IAN KERSHAW

HITLER

1936-1945



Hitler 1889-1936, la primera parte de este estudio, explicaba las razones por las que los habitantes de un estado moderno, de elevado nivel cultural y de economía puntera, pusieron su destino en manos de un intruso de la política como Adolf Hitler. Ese primer volumen terminaba con la remilitarización de Renania en 1936, cuando el gran dictador gozaba del apoyo de una abrumadora mayoría de alemanes.

En esta segunda entrega, Ian Kershaw hace un repaso de las decisiones más demagógicas y sanguinarias de Hitler, hasta su muerte en 1945, y propone explicar de qué modo éste pudo llegar a ejercer el poder absoluto con la aquiescencia y el beneplácito de los ciudadanos de su país, que se dejaron arrastrar a una guerra genocida, al asesinato en masa y a la propia devastación.

Se trata, en palabras del autor, de una «*historia sobrecogedora de autodestrucción tanto nacional como individual, de cómo un pueblo y sus representantes fraguaron su propia catástrofe como parte de una destrucción calamitosa de la civilización europea*».

Ian Kershaw

Hitler 1936-1945

[Némesis]

ePub r1.0
Watcher 07-10-2018

Título original: *Hitler 1936-1945. Nemesis*
Ian Kershaw, 2000
Traducción: José Manuel Álvarez Flórez
Revisión, OCR y notas: Watcher
Retoque de cubierta: Watcher
Gracias a la *Boston Public Library*, por escanear este libro, desgraciadamente descatalogado

Editor digital: Watcher
ePub base r1.2

PREFACIO

La primera parte de este estudio, Hitler 1889-1936, intentó mostrar cómo los habitantes de un estado moderno, de elevada cultura y con una economía avanzada pudieron permitir que llegara al poder y pudieron confiar su destino a un intruso en la política con pocas dotes especiales, si es que tenía alguna, aparte de su indudable talento como demagogo y propagandista.

En la época en que se preparó su acceso a la Cancillería, a través de las intrigas de individuos influyentes próximos al presidente del Reich Von Hindenburg, Hitler había sido capaz de conseguir en elecciones libres los votos de sólo un tercio del electorado alemán. Otro tercio (de la izquierda) se oponía a él implacablemente, aunque padecía una desorganización interna. El resto se mantenía en general escéptico, expectante, vacilante e indeciso. Al final del primer volumen habíamos examinado la consolidación del poder de Hitler hasta el punto en que se había convertido casi en poder absoluto. La oposición interna había sido aplastada. Los que dudaban habían acabado mayoritariamente convencidos de la bondad del régimen por las dimensiones de la reconstrucción interna y de la reafirmación exterior de fuerza que, de un modo casi increíble, había restaurado gran parte del orgullo nacional perdido y había hecho olvidar el sentimiento de humillación dejado por la Puniera Guerra Mundial. El autoritarismo era considerado por la mayoría una bendición; la represión de los que estaban políticamente en desacuerdo, las minorías étnicas detestadas o los inadaptados sociales se aprobaba como un pequeño precio que había que pagar por lo que parecía ser un renacimiento nacional. La adulación de las masas a Hitler había ido haciéndose cada vez más fuerte y la oposición había sido

aplastada y reducida a la insignificancia, y fuerzas poderosas del ejército, la aristocracia terrateniente, la industria y los altos puestos del funcionariado habían prestado su apoyo al régimen. Fuesen cuales fuesen sus aspectos negativos, se consideraba que les ofrecía mucho en beneficio de sus propios intereses.

Cuando el primer volumen se acercaba a su fin con la remilitarización de la Renania en 1936, Hitler gozaba del apoyo de la abrumadora mayoría de los alemanes, de más incluso de los que le habían votado antes de que se convirtiera en canciller. La mayoría de los alemanes, después de haber salido de las profundidades de la degradación nacional, estaban más que satisfechos de compartir el orgullo nacional recuperado. Estaba ampliamente difundida la impresión de que Alemania iba a convertirse en la potencia dominante en Europa. El sentimiento profundo de degradación personal que el propio Hitler había experimentado en los años de Viena, hacía mucho ya que había dejado paso a un sentimiento creciente de misión política, de ser el hombre que había de redimir a Alemania del caos y el adalid en la lucha contra las fuerzas sombrías y amenazadoras que ponían en peligro hasta la existencia misma de la nación. En 1936, su autoglorificación narcisista se había hinchado inconmensurablemente como consecuencia de la semideificación que sus seguidores proyectaban sobre él. Por entonces, se consideraba infalible; su imagen de sí mismo había alcanzado la dimensión de la soberbia sacrílega.

Los alemanes habían dado forma a esa soberbia sacrilega personal de su caudillo. Estaban a punto de penetrar en su expresión plena: la máxima apuesta de la historia de la nación, lograr el dominio completo del continente europeo. Tendrían que aceptar las consecuencias. El tamaño de la propia apuesta era indicio de una voluntad implícita de cortejar la autodestrucción. Unos cuantos individuos clarividentes consideraron probable que una soberbia sacrílega de una escala tal conjurase su propia Némesis.

Némesis es en la mitología griega la diosa de la retribución, que aplica el castigo de los dioses por la locura humana de la arrogancia desmesurada, la soberbia sacrilega, la hubris. El adagio de que «el orgullo precede a la caída» es reflejo de algo que suele suceder. La

historia nos proporciona ejemplos abundantes entre los encumbrados y poderosos, aunque ese juicio de Némesis tienda a ser un juicio más político que moral. A la ascensión meteórica de dirigentes, políticos o favoritos que dominan la corte ha seguido con mucha frecuencia una arrogancia del poder que precipita una caída en desgracia igual de rápida. Aflige, normalmente, a un individuo que, lo mismo que una estrella fugaz, destella en lo alto y se esfuma luego rápidamente en la insignificancia, dejando el firmamento básicamente intacto.

La hubris del individuo refleja muy de cuando en cuando en la historia fuerzas más profundas de la sociedad y propicia una retribución de más largo alcance. Napoleón, que se eleva desde unos orígenes humildes en medio de trastornos revolucionarios, que se hace con el poder del estado francés, que pone él mismo sobre su cabeza la corona imperial, que conquista la mayor parte de Europa y que acaba en la derrota y el exilio con su imperio reemplazado, desmantelado y desacreditado, proporciona un ejemplo elocuente. Sin embargo; Napoleón no destruyó Francia. Y hay aspectos importantes de su legado que se mantuvieron intactos. Una estructura administrativa nacional, un sistema educativo y un código legal constituyen tres restos positivos y significativos. Por otra parte, no hay ningún oprobio moral vinculado a Napoleón. A los franceses modernos les puede inspirar, y les inspira a menudo, orgullo y admiración».

El legado de Hitler fue completamente distinto. Ese legado, único en los tiempos modernos (tal vez Atila el huno y Gengis Khan brinden paralelos en el pasado lejano), fue un legado de absoluta destrucción. Ni en los restos arquitectónicos ni en la creación artística ni en las estructuras políticas ni en los modelos económicos y menos aún en la talla moral hubo nada del Reich de Hitler que recomendar a las futuras generaciones. Se produjeron, sin duda, grandes mejoras en la motorización, la aviación y la tecnología en general… impulsadas en parte por la guerra. Pero eso se estaba produciendo en todos los países capitalistas, y sobre todo en los Estados Unidos, y es seguro que se habría producido también en Alemania sin Hitler. Y lo más significativo es que Hitler, a diferencia de Napoleón, dejó tras él un inmenso trauma moral, un trauma de tales dimensiones que es imposible, incluso décadas

después de su muerte (si prescindimos de un residuo de apoyo marginal), volver la vista hacia el dictador alemán y su régimen con aprobación o admiración… en realidad sin sentir otra cosa que aversión y condena.

Hasta en los casos de Lenin, Stalin, Mao, Mussolini y Franco el nivel de condena no es tan unánime o moralmente tan abrumador. Hitler, cuando comprendió que la guerra estaba irrevocablemente perdida, buscó su lugar en la historia, en lo más alto del panteón de los héroes germánicos. En vez de eso, se mantiene sólo como el personaje odioso quintaesencial del siglo xx. Se ha asegurado sin duda un lugar en la historia… pero de un modo que él no había previsto: como la encarnación de la maldad política moderna. Pero maldad es un concepto teleológico o filosófico, más que histórico. Identificar a Hitler con la maldad y el mal puede muy bien ser veraz y moralmente satisfactorio al mismo tiempo, pero no explica nada. Y la unanimidad en la condena puede ser incluso una barrera directa que impida comprender y explicar. Hitler me resulta personalmente un personaje detestable y desprecio todo lo que su régimen significó, como espero que los capítulos siguientes dejen sobradamente claro. Pero esa condena me ayuda muy poco a entender por qué millones de ciudadanos alemanes, que eran mayoritariamente seres humanos normales, que no tenían nada de malvados innatos, interesados en general por el bienestar y los asuntos cotidianos propios y de sus familias, semejantes a la gente normal de otras partes, y a quienes no había lavado el cerebro ni hipnotizado por completo en modo alguno una propaganda fascinadora ni había sometido por el terror una represión implacable, hallasen atractivo tanto de lo que Hitler significaba; o estuviesen dispuestos a luchar hasta el amargo final en una guerra terrible contra la poderosa coalición de las naciones más poderosas del mundo que se alineaban contra ellos. Mi tarea en este volumen, como en la primera parte de este estudio, ha sido, pues, no entregarme a disquisiciones morales sobre el problema del mal en un personaje histórico, sino intentar explicar el dominio que Hitler ejerció sobre una sociedad que acabó pagando un precio tan alto por el apoyo que le prestó.

Porque, al final, el castigo de Némesis a Hitler por su soberbia sin

paralelo, por su hubris, acabaría siendo no sólo un castigo personal, sino el castigo de la Alemania que le había creado. Su propio país quedaría en ruinas (y gran parte de Europa con el) y dividido. Lo que era anteriormente la Alemania central (Mitteldeutschland) experimentaría durante cuarenta años los valores impuestos del vencedor soviético, mientras las partes occidentales acabarían reviviendo y prosperando bajo una «pax americana». Una Austria nueva, que había experimentado bajo Hitler la Anschluss, demostraría en su independencia reconstituida haber perdido de una vez por todas cualquier ambición de formar parte de Alemania. Las provincias orientales del Reich desaparecerían para siempre… y con ellas los sueños de conquistar el este. La expulsión de las minorías étnicas alemanas de aquellas provincias eliminaría (aunque a un precio predeciblemente duro) el irredentismo que había plagado los años de entreguerras. Las grandes fincas de aquellas provincias, base de la influencia de la aristocracia Junker, desaparecerían también. La Wehrmacht, representación última del potencial militar alemán, quedaría desacreditada y destruida. Desaparecería con ella el estado de Prusia, bastión del poder económico y político del Reich desde los tiempos de Bismarck. La gran industria sobreviviría lo suficientemente intacta para reconstruirse con una fuerza y un vigor, es cierto… pero estaría ya cada vez más integrada en una serie de estructuras europeoccidentales y americanizadas.

Todo esto habría de ser el resultado de lo que la segunda parte de este estudio se propone explicar: cómo Hitler pudo ejercer el poder absoluto que se le había permitido adquirir; cómo los más poderosos del país se ataron aún más a una forma sumamente personalizada de gobierno aclamada por millones y excepcional en el estado moderno, hasta que fueron ya incapaces de desprenderse de la voluntad de un hombre que estaba arrastrándoles inequívocamente por el camino que llevaba a la destrucción; y cómo los ciudadanos de este estado moderno se hicieron cómplices en una guerra genocida de un carácter desconocido hasta entonces por la humanidad, que condujo a un asesinato en masa patrocinado por el estado a una escala nunca vista, una destrucción continental y la devastación final de su propio país.

Es una historia sobrecogedora de autodestrucción tanto nacional

como individual, de cómo un pueblo y sus representantes fraguaron su propia catástrofe como parte de una destrucción calamitosa de la civilización europea. Aunque el desenlace es sabido, tal vez merezca la pena considerar una vez más cómo llegó a producirse. Si este libro contribuye un poco a un entendimiento más profundo, me consideraré plenamente satisfecho.

IAN KERSHAW.
Manchester-Sheffield, abril de 2000.

INTRODUCCIÓN

1936: HITLER TRIUNFANTE

No parece que haya penetrado en la conciencia de nadie que esta nueva hazaña de Hitler es otro hito en el camino hacia el infierno.

«INFORME DE ALEMANIA» DE SOPADE, ABRIL DE 1936.

Capítulo I

«Creo que, en el día de hoy, después de tres años, se puede dar por terminada la lucha por la igualdad de derechos de Alemania». El día era el 7 de marzo de 1936 y esas palabras las que Hitler dirigió al Reichstag cuando soldados alemanes penetraron en la Renania desmilitarizada desafiando a las democracias occidentales. «Grandes son los triunfos que me ha permitido conseguir la Providencia para nuestra Patria en estos tres años—continuaba Hitler—. Nuestra posición ha mejorado en todos los ámbitos de nuestra vida nacional, política y económica [...]. En estos tres años, Alemania ha recuperado su honor, ha encontrado de nuevo la fe, ha superado su mayor penuria económica y ha iniciado, por último, una nueva ascensión cultural». En este himno a sus propios «triunfos», Hitler afirmaba también explícitamente que «no tenemos ninguna reclamación territorial que hacer en Europa». Terminaba con una petición (recibida con una aclamación arrebatada) de apoyo para las nuevas «elecciones» (aunque sólo quedaba un partido, el Partido Nazi), previstas para el 29 de marzo.[1] El resultado de esas «(elecciones» fue que un 98, 9 por 100 de los votos respaldaron a Hitler. Pero no puede haber duda alguna de que por mucho que se hubiesen «manipulado» las cifras, fuese cual fuese el peso combinado de la propaganda y la coerción que hubiese tras ellas, una mayoría aplastante del pueblo alemán aplaudía en marzo de 1936 la recuperación por parte de Hitler de la soberanía alemana en la Renania (lo mismo que había aplaudido antes sus primeros pasos para librarse de los grilletes de Versalles). Fue un importante triunfo para Hitler, tanto en el interior del país como fuera de él. Constituyó el punto culminante de la primera fase de su dictadura.

El triunfo de Hitler constituyó también la demostración más clara de

la debilidad de Francia y de Gran Bretaña, las potencias dominantes en Europa desde la Primera Guerra Mundial. Hitler había roto con absoluta impunidad los tratados de Versalles y Locarno, los principales soportes del acuerdo de paz postbélico. Y había hecho patente la recuperación de Alemania y su nuevo y destacado papel en los asuntos internacionales.

El poder de Hitler dentro de Alemania era absoluto por entonces. El mayor estado-nación, y al mismo tiempo más moderno y ambicioso de Europa central, estaba a sus pies, atado a la política «carismática» de «salvación nacional». Nadie se atrevía a desafiar su posición como dictador. No se enfrentaba a ninguna amenaza seria de oposición.

La atmósfera de entusiasmo nacional creada por el éxito espectacular de la Renania fue, ciertamente, efímera en sí. No tardaron en volver a hacerse presentes las quejas y las preocupaciones de la vida cotidiana. El descontento de los obreros por los bajos salarios y por las condiciones de trabajo precarias, el resentimiento de los campesinos por la «economía coercitiva» del Estamento Nacional de Alimentación, las quejas de los pequeños comerciantes por las dificultades económicas y la ubicua insatisfacción del consumidor porque los precios continuaban igual. El comportamiento y la corrupción de los funcionarios del partido seguían siendo, como siempre, motivo de quejas. Y en las zonas católicas, donde la «lucha de la Iglesia» se había intensificado, los ataques del partido a las prácticas e instituciones eclesiásticas y el acoso al clero (con juicios de miembros de las órdenes religiosas por supuestos delitos de contrabando de divisas y por delitos sexuales, juicios a los que se dio mucha publicidad) dejaron una atmósfera sumamente agria. Pero no convendría exagerar el significado del descontento. Nada de esto se tradujo en oposición política que pudiese causar un problema grave al régimen.

Las fuerzas de la oposición de izquierdas, los comunistas y los socialistas, estaban aplastados, intimidados y se veían impotentes; estaban consternados ante la supina aquiescencia de las democracias occidentales mientras Hitler seguía desbaratando el orden internacional de postguerra. La imagen propagandística de audacia extraordinaria y talento político parecía corresponderse con la realidad para millones de personas, como consecuencia de la debilidad de las potencias

occidentales. El peligroso trabajo ilegal de resistencia clandestina había continuado, bajo la amenaza de recriminación draconiana, y había llegado incluso a revivir durante un breve periodo, a finales de 1935 y principios de 1936, en que la escasez de alimentos hizo aumentar el desasosiego en las zonas industriales, y nunca llegó a cesar del todo. Pero, a raíz de una inmensa operación de la Gestapo para aplastar todos los posibles indicios de breve reactivación de la agitación comunista, quedó prácticamente descartada cualquier amenaza de resistencia desde abajo por organizaciones clandestinas.[2] Las células de la resistencia, especialmente las de los comunistas, eran presa constante de los informadores de la Gestapo, y se producían en consecuencia infiltraciones frecuentes en ellas, se detenía a sus miembros y se les internaba en campos de concentración. Se ha calculado que aproximadamente la mitad de los 300. 000 miembros que tenía el partido comunista en 1932 estuvieron presos en algún momento durante el Tercer Reich… una estadística indicativa de una represión de desgaste implacable.[3] Aun así, surgían invariablemente nuevas células. Los que arriesgaban la libertad, y hasta la vida, mostraban un gran valor. Pero no disponían de poder ni de influencia, no tenían contactos en puestos elevados y carecían por ello de toda posibilidad de derribar al gobierno. No podían por entonces plantear ninguna amenaza al régimen de Hitler. Una oposición que pusiese en peligro su dictadura (si prescindimos de las actuaciones imprevisibles de alguien ajeno que actuase solo, como ocurriría en 1939) casi no podía proceder más que de dentro del propio régimen.[4]

Por el momento, los pilares en que el régimen se apoyaba (fuerzas armadas, partido, industria, funcionariado) eran leales en su apoyo.

Las elites nacionalconservadoras que habían ayudado a Hitler a llegar al poder en 1933, creyendo que serían capaces de controlarle y manipularle, se habían tragado mayoritariamente sus discrepancias. Había habido una inquietud intensa en esos círculos, sobre todo durante la creciente crisis interna de la primavera y el verano de 1934 a la que se había puesto fin con la matanza de los dirigentes de las tropas de asalto (y la liquidación de numerosos opositores más, genuinos o presuntos) en la «Noche de los Cuchillos Largos», el 30 de junio de 1934. Pero pese a

sus recelos constantes por las tendencias anticapitalistas del partido, la conducta prepotente de los jefes de este, los ataques a las iglesias cristianas, el descontrol de las formaciones nacionalsocialistas y otros aspectos inquietantes del régimen, las elites conservadoras no se habían distanciado a principios de 1936 de Hitler en ningún sentido serio.

Las fuerzas armadas, aunque el cuerpo de oficiales apartaba a menudo las narices ante aquellos vulgares arribistas que estaban dirigiendo el país, tenían menos motivos que la mayoría para estar descontentas. Las tensiones con la SA que habían preocupado tanto a los jefes militares en los primeros meses del régimen formaban parte ya del pasado. El asesinato político de dos generales, el antiguo canciller del Reich Kurt von Schleicher y el general de división Ferdinand von Bredow, en la «Noche de los Cuchillos Largos», había parecido un precio no muy alto que había que pagar para terminar con el flagelo del jefe de la SA Ernst Röhm y sus aliados. Por otra parte, los jefes del ejército habían recibido completo respaldo en su objetivo de reconstruir una Wehrmacht poderosa, un objetivo acariciado incluso en el periodo sombrío de la década de 192o.[5] Al ejército le había encantado la reimplantación en marzo de 1935 servicio militar obligatorio (como base de un ejército de época de paz notablemente ampliado de treinta y seis divisiones), pese a que estuviese prohibido por el Tratado de Versalles. De acuerdo con la promesa de Hitler de febrero de 1933 de que «en los próximos 4-5 años el principio básico ha de ser: todo para las fuerzas armadas».[6] el rearme estaba ya adquiriendo rápidamente un ritmo creciente. La existencia de la Luftwaffe (una violación más de Versalles) había sido proclamada sin recriminaciones, en marzo de 1935. Y, curiosamente, Gran Bretaña había resultado un cómplice voluntario del socava miento de Versalles al mostrarse dispuesta en junio de 1935 a firmar el Tratado Naval con el Reich que permitía a Alemania alcanzar el 35 por 100 de la fuerza de la marina británica. Con la militarización de la Renania Hitler había logrado después satisfacer un deseo ansiado de la cúpula militar mucho antes de que esta hubiese considerado posible dar ese paso. Estaba haciendo todo lo que los jefes de las fuerzas armadas querían que hiciese… e incluso más. Podía haber muy poco motivo de queja.

Los dirigentes de la industria, el comercio y de las finanzas, aunque albergasen a menudo preocupaciones personales por las dificultades del momento y por futuros problemas económicos que se avecinaban, estaban, por su parte, agradecidos a Hitler por la destrucción de los partidos de izquierda y de los sindicatos. Volvían a ser «los dueños de su casa» en sus relaciones con la mano de obra. Y estaba abierta de par en par la puerta para un enorme incremento de sus beneficios y de sus dividendos. Ni siquiera cuando se criticaban las intromisiones del partido, se planteaban los problemas del comercio de exportación o la escasez de materias primas, o se hacían públicas quejas por la dirección de la economía, había industriales que abogasen, ni siquiera en privado, por una vuelta a los «malos» tiempos democráticos anteriores de la república de Weimar.

Algunos individuos pertenecientes a los grupos de la elite nacionalconservadora (principalmente de la jefatura del ejército y de los escalones superiores de la burocracia del estado) empezarían a tantear unos dos años después, gradual y titubeantemente al principio, la posibilidad de una oposición radical al régimen nazi. Pero de momento, aún consideraban que las políticas aparentemente satisfactorias de afirmación nacional y reconstrucción encarnadas en la figura de Hitler favorecían sus intereses y lo que era, según su criterio, el interés de la nación.

Sólo la «lucha de la Iglesia», que se intensificaba, y que provocaba fricciones entre el clero y los feligreses por una parte y los activistas del partido por otra, ensombrecía sustancialmente, en especial en las zonas rurales católicas donde la influencia del clero se mantenía incólume, sobre lo que equivalía por lo demás a un amplio consenso generalizado (manufacturado en parte, claro, a través de una mezcla de represión y propaganda). Pero la postura de las dos principales confesiones cristianas estaba salpicada de ambivalencia. El clero, aunque ejercía aún una influencia considerable sobre la población practicante, consideraba que tenía que ser cauto en las declaraciones públicas, sobre todo en asuntos que no se relacionasen directamente con cuestiones religiosas. En vez de guiar a la opinión pública, se dejaba influir por ella. Había que tener en cuenta el hecho de que los «éxitos» nacionales de Hitler, sobre

todo su triunfo en la remilitarización de la Renania, eran inmensamente populares, incluso entre los mismos fieles que criticaban con aspereza los ataques nazis a las iglesias.

El desasosiego provocado por la «lucha de la Iglesia» era amplio pero no unánime. Raras veces equivalía a un rechazo radical del régimen, o a un compromiso con la oposición política activa y directa. La defensa férrea de las normas, costumbres y prácticas tradicionales contra las argucias nazis era compatible con un apoyo personal a Hitler, con la aprobación de su agresión a la izquierda, con el aplauso a sus «triunfos» nacionales, con la aceptación de sus medidas discriminatorias contra los judíos, y de la mayoría de las medidas, en realidad, que no afectasen directamente a los asuntos eclesiásticos. Los obispos católicos habían exhortado a sus feligreses a obedecer al nuevo régimen durante las primeras semanas de cancillería de Hitler.[7] E incluso respaldaron públicamente la actitud contraria al bolchevismo «ateo» del régimen en el punto álgido de la «lucha de la Iglesia», y reafirmaron su lealtad a Hitler.[8] La brutalidad de los campos de concentración, el asesinato en 1934 de los dirigentes de las SA y la discriminación creciente contra los judíos no había provocado protestas oficiales de ninguna clase ni oposición alguna. Así mismo, en una iglesia protestante con divisiones internas, el desasosiego, la crítica o el desacuerdo con la prepotencia con que trataban los nazis a la iglesia y su intromisión en sus asuntos, prácticas, estructuras y doctrina coexistieron (si prescindimos de los ejemplos de unos cuantos individuos excepcionales) con declaraciones oficiales de lealtad y aprobaciones sinceras de lo que estaba haciendo Hitler.

La autoridad indiscutible del Führer en la primavera de 1936 estaba apuntalada por la adulación de las masas. Grandes sectores de la población sencillamente le adoraban. Esto lo reconocían hasta sus adversarios. «Qué tipo, Hitler. Tuvo el valor de arriesgarse», era un sentimiento constatado a menudo en la época por la oposición clandestina socialista. «Todos los alemanes odian el espíritu de Versalles. Hitler ha roto ahora ese tratado maldito y se lo ha arrojado a los pies a los franceses» era la razón que se daba para explicar la renovación del apoyo al dictador incluso entre los que hasta entonces habían sentido

escaso entusiasmo por él.[9] En 1936 el pueblo alemán (al menos la inmensa mayoría de él) se complacía en el orgullo nacional que Hitler (casi él solo, daba la impresión a veces, en los trompeteos implacables de la efusiva propaganda) había devuelto al país.

El respaldo de un movimiento de masas inmenso y el puntal de su apoyo plebiscitario garantizaban que la corriente de adulación fuese incesante. Pero el apoyo a Hitler era bastante genuino y de alcance masivo. La mayoría de los alemanes, fuesen cuales fuesen sus quejas, apoyaban por lo menos a Hitler en algunos aspectos en el verano de 1936. Indiscutiblemente, los triunfos en política exterior habían unido a la mayoría aplastante de la población bajo su jefatura. La admiración por el Führer era generalizada. De hecho, en el ámbito de la rutina de la vida diaria, había muchos también que estaban dispuestos a atribuir a Hitler el haber conseguido un cambio en Alemania que a ellos les parecía poco menos que milagroso. Para la mayoría de los que no pertenecían a una minoría perseguida, no seguían apoyando firmemente a los comunistas y socialdemócratas perseguidos, o no se sentían radicalmente contrarios al régimen por los ataques a las iglesias, las cosas parecían ir incomparablemente mejor de lo que estaban cuando había llegado Hitler al poder. El paro, lejos de aumentar más (como habían predicho los Jeremías de turno) había quedado prácticamente barrido. El nivel de vida estaba empezando a mejorar, de forma modesta pero apreciable. Había más artículos de consumo asequibles. La «radio del pueblo» (Volksempfänger) se estaba extendiendo a cada vez más hogares.[10] Se expandían las actividades de tiempo libre, las diversiones y las formas menores de turismo. Los cines y los salones de baile estaban llenos. Y aunque los viajes «elegantes» anunciados a bombo y platillo a Madeira y a Noruega en cruceros organizados por «Al Vigor por la Alegría» (la sección del Frente Alemán del Trabajo encargada de organizar las actividades del tiempo de ocio) siguieron estando reservados a los privilegiados y tuvieron poca incidencia real en la división de clases, hubo mucha más gente que pudo aprovechar los días libres en el campo o asistiendo a funciones de teatro y a conciertos.[11] Aquellos fueron los «buenos tiempos» para muchos cuando volvían la vista atrás, incluso mucho después de acabada la guerra.[12]

En sólo tres años, Hitler parecía haber salvado a Alemania de las miserias y divisiones de la democracia de Weimar, y haber preparado el camino para un futuro grandioso para el pueblo alemán. El demagogo y agitador político parecía haberse transformado en un estadista y un dirigente nacional de una talla comparable a la de Bismarck. Que el resurgimiento nacional hubiese llegado acompañado de un rígido autoritarismo, de la pérdida de los derechos civiles, de una represión brutal de la izquierda y de una discriminación creciente contra los judíos y contra otros sectores sociales considerados indignos de pertenecer a la «comunidad nacional» era algo que la mayoría consideraba, al menos, un precio que merecía la pena pagar y para muchos eran hechos deseados y positivos.

Fueron pocos los que tuvieron en esta etapa la previsión de imaginar lo que vendría después: que la nueva posición de Alemania en la primavera de 1936 resultaría el preludio de una expansión sin límites, una guerra mundial que traería consigo una matanza de escala inconmensurable, un genocidio sin paralelismo y finalmente la destrucción del propio Reich. «No parece que haya penetrado en la conciencia de nadie—decía el perspicaz informe del movimiento socialdemócrata en el exilio—que esta nueva hazaña de Hitler es otro hito en el camino hacia el infierno».[13]

Capítulo II

Para la mayoría de los dictadores habría sido suficiente adquirir un poder sin oposición sobre el estado. Para Hitler, esto no era ningún fin en sí mismo. Según su forma de pensar, el poder servía a una finalidad ideológica doble: destruir a los judíos (para él el enemigo mortal de Alemania) y, a través de su destrucción, hacerse con el dominio de todo

el continente europeo, como plataforma para el posterior dominio del mundo. Ambos objetivos engranados, que se apoyaban en una «visión del mundo» que consideraba que la lucha racial y la supervivencia del más apto eran los determinantes claves de la historia de la humanidad, habían sido fundamentales en su pensamiento desde la década de 1920. Aunque no estuviese cartografiada la ruta para alcanzar esos objetivos, estas ideas básicas no le abandonaron nunca una vez formadas.

La intensidad obsesiva y la tenacidad con que mantuvo estas ideas fijas constituyeron una parte esencial de ese papel único de Hitler en la conducción de Alemania, de Europa y del mundo hacia el desastre. Sin embargo, eran relativamente pocos entre los millones de seguidores a los que atrajo el nazismo en su camino hacia el poder los que veían las cosas exactamente como las veía Hitler, o que les atrajese la adhesión fanática a los puntos fijados de la «visión del mundo» personal que constituía su propia fuerza impulsora ideológica principal.[14] El atractivo creciente de Hitler como una alternativa a la democracia de Weimar se apoyó en una medida mucho mayor en la contundencia de su ataque frontal e inflexible a un sistema político visiblemente fallido socavado en las altas esferas y que iba perdiendo cada vez más el apoyo de las masas. Durante su ascensión al poder, sus principios ideológicos básicos habían estado embebidos dentro del arsenal genérico y global de las diatribas llenas de odio contra el «sistema» de Weimar y dentro de la atractiva contraimagen que conjuraba de renacimiento nacional, una vez que los «criminales» que habían instigado la derrota y la revolución, con consecuencias catastróficas, hubiesen sido destruidos. Su éxito como demagogo se basaba en su capacidad para decir lo que las masas desafectas deseaban oír, para hablar su lenguaje, para captar y explotar una psicología de desesperación e investirla de una esperanza nueva para un resurgir de la nación como un ave fénix de las cenizas. Nadie tenía tanta capacidad como él para dar expresión a los odios, los resentimientos, las esperanzas y las expectativas populares. Hablaba con mayor estridencia, mayor vehemencia, más expresividad y más capacidad de atracción que todos los demás que tenían un mensaje ideológico similar. Él era el portavoz de las masas nacionalistas en un periodo decisivo de crisis nacional generalizada.

Y al demostrar que era capaz de galvanizar a las masas nacionalistas como no era capaz de hacerlo ningún otro, se fue convirtiendo progresivamente en una propuesta atractiva para los que tenían poder e influencia, que veían en él y en su Movimiento en rápida expansión un arma indispensable en la lucha contra el «marxismo», palabra clave no sólo para ataques a los comunistas sino también a los socialdemócratas, los sindicatos y el propio sistema democrático, que las elites conservadoras habían hecho todo lo posible por torpedear. Con su ayuda se le dio a Hitler, en la etapa final del colapso de la república de Weimar, aquello por lo que llevaba luchando mucho tiempo: el control del estado alemán. El error fatal de estas elites había sido pensar que podrían controlar a Hitler. Descubrieron demasiado tarde lo desastrosamente que le habían subestimado.

Por la época en que Hitler fue elevado al poder, la política «redentora» que había predicado (resarcirse de la derrota y de la revolución de 1918) había conseguido el apoyo de unos trece millones de alemanes, entre los que figuraba una base militante de bastante más de un millón de miembros de las diversas ramas del Movimiento Nazi. Hitler encarnaba sus expectativas de salvación nacional. Las tendencias pseudorreligiosas del culto edificado en torno a él (en una época en que aún era fuerte la piedad popular) habían sido capaces de presentarle como un «redentor» secular. Una guerra perdida, humillación nacional, miseria económica y social profunda, falta de fe en las instituciones democráticas y en los políticos, y tendencia a buscar un «hombre fuerte» capaz de salvar mediante la fuerza los abismos políticos agudos, infranqueables en apariencia, que imperaban en una situación de crisis global de estado, eran factores que habían contribuido todos ellos a arrastrar a grandes sectores de las masas hacia consignas seductoras de salvación nacional.

Pero no sólo se habían sentido atraídos los políticamente ingenuos. El hondo pesimismo generalizado en los círculos neoconservadores e intelectuales podía hallar también atractivo en la idea de «renacimiento nacional», por mucho que se pudiese menospreciar la vulgaridad de Hitler y de sus seguidores. El sentimiento de decadencia cultural imparable (directamente emparejado a menudo con puntos de vista cada

vez más de moda sobre el crecimiento supuestamente inexorable de la contaminación racial) había ido adquiriendo un ritmo creciente ya antes de la Primera Guerra Mundial.[15] En el periodo que siguió a la guerra, el talante de desesperación cultural se afianzó con una fuerza cada vez mayor entre los intelectuales conservadores. Influyó mucho en esto La decadencia de Occidente de Oswald Spengler, con su melancólica prognosis de decadencia cultural imparable.[16] El arte abstracto y el teatro moderno podían ser vilipendiados como «judíos» y no auténticamente alemanes. El «hot» jazz sincopado (denominado «música de negros») parecía epitomizar la inminente e inevitable americanización no sólo de la música sino de todos los aspectos de la vida, en la tierra de Bach y de Beethoven.[17]

La decadencia cultural de Alemania parecía reflejarse en la política. Donde sólo unas décadas antes Bismarck había presidido el escenario político corno un gigante, los representantes del país parecían ahora reducidos a pigmeos que no paraban de pelearse entre ellos, el Reichstag irremediablemente dividido era como el reflejo de una Alemania irremediablemente dividida… es decir, irremediable a menos que surgiese un nuevo héroe nacional capaz de crear (si era necesario por la fuerza) una nueva unidad. Sólo se podían depositar esperanzas en la visión de un héroe de ese género (militar, estadista y sumo sacerdote todo en uno) que surgiera de las cenizas de la humillación nacional y de la miseria de postguerra pal a restaurar la grandeza y el orgullo de la nación.[18] Las semillas del subsiguiente respaldo intelectual a Hitler y a su Movimiento se fertilizaron en ese suelo… por muy alejada que resultase estar la realidad de ese ideal.

El antisemitismo estridente de los nazis no fue ningún obstáculo para ese apoyo. Los judíos (menos del 1 por 100 de la población, la inmensa mayoría deseosos de que les considerasen buenos ciudadanos alemanes y patriotas) tenían pocos amigos. Hasta los que podrían criticar abiertamente la violencia nazi y los frecuentes ultrajes que tuvo que sufrir la comunidad judía durante la república de Weimar, estaban a menudo infestados de alguna forma de resentimiento, envidia o recelo respecto a los judíos. Aunque eran relativamente pocos los que se sentían atraídos por la violencia directa contra ellos (que era sin embargo

frecuente en la Alemania de Weimar) estaba generalizado el antisemitismo latente o pasivo.[19] Y el prejuicio se intensificó con la incesante agitación nazi que reforzó capas de animosidad intensificada ya por la búsqueda de chivos expiatorios de una guerra perdida, una revolución, una crisis política creciente y una profunda miseria social. Proliferaban las alegaciones de que los judíos eran desproporcionadamente ricos, que su dominio de la economía era perjudicial y su influencia en la esfera cultural insana. Dicho de otro modo, el sentimiento de que los judíos eran diferentes (por mucho que se esforzasen en demostrar lo contrario) y eran responsables de los males de Alemania se estaba extendiendo a toda prisa ya antes de que Hitler tomara el poder.

Una vez que lo tomó, las premisas antisemitas del nazismo pudieron apoyarse ya en esos sentimientos negativos, impregnar todo el régimen y, magnificadas por una propaganda incesante, afectar a todos los niveles de la sociedad. La intención de «extirpar» a los judíos de Alemania, como una base de renovación nacional apoyada en la «purificación» racial, estaba por tanto garantizado que impulsaría iniciativas de todos los rincones del régimen. Y entre los muchos que se sentían incómodos e inquietos ante la ferocidad del antisemitismo en el nuevo estado, la hostilidad latente generalizada hacia los judíos y la indiferencia moral ante la discriminación les impedían levantar barreras para detener la espiral de la persecución.

Los activistas consideraron las restricciones a las agresiones directas a los judíos del año de la olimpiada (1936), una mera estratagema temporal, y se limitaron a mantener bullendo bajo la superficie la presión en favor de más medidas discriminatorias. La codicia, la malevolencia y el resentimiento, así como el odio directo y la ortodoxia ideológica, garantizaban que el peso de la persecución no disminuiría. A finales de 1937, la «arianizacion» de la economía estaba empezando ya a avanzar muy deprisa. En 1938 eran de nuevo frecuentes los ataques directos a la comunidad judía. La dinámica interna de unas fuerzas policiales ideológicamente dirigidas y con un programa de actuación propio, a la búsqueda de nuevos grupos raciales que pudiesen ser su objetivo y de nuevas posibilidades de «resolver la cuestión judía»,

constituyó en los «años tranquilos» de 1936 y 1937 un acicate más para que aumentara el radicalismo en la lucha contra el «enemigo racial», en vez de significar un freno.

Así que, poco a poco, la «eliminación de los judíos», que Hitler había planteado ya como el objetivo necesario de un gobierno nacional en 1919, empezó a parecer un objetivo realizable.[20]

Y también en la otra esfera más estrechamente relacionada con las propias obsesiones ideológicas de Hitler, la expansión de las fronteras de Alemania, estaban actuando las fuerzas radicalizadoras. Aunque él era el exponente principal, el más obsesivo y con menos escrúpulos del impulso expansionista alemán, el sueño de dominar Europa no era ni mucho menos un sueño exclusivamente suyo. Arraigado en ciertas tendencias de la ideología imperialista alemana,[21] llevaba incrustado en el pensamiento de Hitler como un elemento clave desde mediados de la década de 1920 como mínimo. Había ganado luego nuevo impulso al mismo tiempo que lo ganaba el propio Movimiento nazi, aumentando enormemente de tamaño a principios de la década de 1930. Había formado parte de la gran «misión» de «redención nacional» encarnada en la «visión» utópica de Hitler de un glorioso futuro alemán. Por muy irreal que pudiese haber parecido la adquisición de «espacio vital» en Europa oriental a expensas de la Unión Soviética «por la espada» (como había afirmado repetidas veces Hitler a finales de la década de 1920), en condiciones de debilidad y empobrecimiento sin precedentes del estado alemán a principios de la década de 1930, la «visión» hitleriana de dominio de Europa vagamente expresada tenía la gran ventaja de que podía abarcar (sin ser del todo idéntica a ellas) concepciones diferentes, y sostenidas desde hacía mucho, de la renovación del dominio alemán caro a los corazones de grupos poderosos dentro de la jefatura del ejército, en los altos niveles del Ministerio de Asuntos Exteriores, en algunos círculos prominentes de Ja industria, el comercio y las finanzas y entre muchos intelectuales. Al recuperarse la confianza durante los primeros años de la dictadura de Hitler, al reactivarse la economía, al empezar a cobrar impulso el rearme y al conseguir el régimen un triunfo diplomático tras otro, las diversas ideas de dominio y expansión alemanes empezaron poco a poco a cuajar y a parecer cada vez más

realistas.

Además, la expansión empezó a parecer no sólo ideológicamente deseable como la consumación del renacimiento de la nación, la culminación de la «salvación nacional» que. había predicado Hitler; se consideraba cada vez más deseable, y hasta necesaria, por razones económicas y militares.

Para los dirigentes del capital y para la industria la idea hitleriana de «espacio vital» se fundía fácilmente con sus nociones de una «esfera económica más grande» (Grossraumwirtschaft), aunque prefirieran La expansión que permitiese recuperar el dominio alemán tradicional de la Europa sudoriental en vez de una colonización brutal de Rusia. Cuando las ideas de recuperación económica se convertían en ideas de dominación económica y cuando las presiones de una economía cada vez más orientada hacia la fabricación de armamento dejaron al descubierto la escasez creciente de mano de obra y de materias primas, el atractivo de la expansión se hizo mucho más evidente. Los malabarismos económicos necesarios para satisfacer al mismo tiempo las demandas del consumidor y el gasto en armamento exigían urgentemente una solución. El hecho de que la prioridad acabara inclinándose en favor de una economía armamentista puso las bases prácticas de la expansión. Efectivamente, para los sectores de la economía alineados con la producción de armamento, el respaldo ferviente al programa expansionista del gobierno era el camino seguro para la obtención de grandes beneficios.

Para los militares, obligados a esperar el momento oportuno mientras Alemania había estado encadenada por las cláusulas del Tratado de Versalles y la carga de las indemnizaciones impuestas al país después de la Primera Guerra Mundial (y suprimidas de hecho en 1932), era un viejo objetivo volver a dotar al ejército de unas dimensiones similares a las que antes poseía para recuperar los territorios perdidos y conseguir la dominación de Europa central.[22] La velocidad de la reconstrucción de las fuerzas armadas después de 1933 y la renuencia y la incapacidad evidentes de las democracias occidentales para contrarrestarla crearon también un impulso propio. No sólo a Hitler sino también a algunos dirigentes militares les pareció oportuno aprovecharse de las

circunstancias que podrían hacerse rápidamente menos favorables en cuanto Inglaterra y Francia iniciasen una carrera armamentista para contrarrestar el rearme de Alemania. La inestabilidad internacional que siguió a la quiebra del orden de Versalles, la debilidad de las democracias occidentales y la incipiente carrera armamentista indicaban que el momento era más propicio de lo que podría volver a ser nunca en el futuro para asentar el papel dominante de Alemania en el continente europeo. Era un argumento que Hitler podría desplegar a menudo con eficacia cuando se dirigía a sus generales. La proximidad de vecinos potencialmente hostiles en Polonia y Checoslovaquia, las perspectivas de conflicto en algún momento futuro con Francia e Inglaterra y, sobre todo, por el este, los temores (fuese cual fuese la percepción de su debilidad en el momento) del bolchevismo, todo aumentaba el atractivo del expansionismo y ayudaba con ello a vincular a los militares a Hitler y a sus propios sueños de dominio de Europa.

Así fue como los puntos fijos de la ideología de Hitler («eliminación de los judíos» y preparativos para una lucha titánica futura por «espacio vital») actuaron como objetivos a largo plazo tan amplios y convincentes que pudieron fácilmente integrar los intereses divergentes de los estamentos que formaban las columnas básicas del régimen nazi. Como consecuencia, los instrumentos de un estado sumamente moderno situado en el corazón de Europa (burocracia, economía y, no menos, ejército) se vincularon cada vez más a la autoridad «carismática» de Hitler, a la política de salvación nacional y al sueño del dominio europeo encarnado en el poder y la «visión» personalizados de un hombre. Los objetivos lejanos, invariables y esenciales de Hitler se habían convertido inexorablemente en la fuerza impulsora de todo el régimen nazi, aportando una estructura a la energía y el dinamismo extraordinarios que impregnaron todo el sistema de gobierno. Era un dinamismo sin un punto final a la dominación, en el que no podía llegar a saciarse nunca el ansia de poder, en que la agresión sin trabas no podría reducirse a mero autoritarismo opresor.

Los «buenos tiempos» que los tres primeros años de dictadura de Hitler parecían haber proporcionado a Alemania (revitalización económica, orden, perspectivas de prosperidad, restauración del orgullo

nacional) podrían no durar indefinidamente. Estaban edificados sobre arena. Se apoyaban en la ilusión de que la estabilidad y la «normalidad» estaban al alcance de la mano. En realidad, el Tercer Reich era incapaz de asentarse en la «normalidad». No se trataba simplemente de la personalidad y el impulso ideológico de Hitler, aunque ninguna de estas dos cosas debería subestimarse. Su temperamento, su energía incansable, su disposición instintiva de jugador a correr riesgos para conservar la iniciativa, se fortalecieron todos con la mayor confianza en sí mismo que le habían proporcionado sus triunfos de 1935 y 1936. Su mesianismo creciente se iba alimentando con la droga de la adulación masiva y el servilismo de casi todos los que le rodeaban. Su sensación de correr contra el tiempo, la impaciencia por actuar, eran estimuladas por la creencia creciente de que podrían no quedarle muchos años de vida. Pero más allá de estas facetas de la personalidad de Hitler, estaban actuando otras fuerzas más impersonales, presiones desencadenadas e impulsadas por los objetivos milenaristas que él representaba. Una combinación de fuerzas impulsoras personales e impersonales garantizaron que en los dos años «tranquilos» entre la ocupación de la Renania y la ocupación de Austria el dinamismo ideológico del régimen no sólo no disminuyese sino que se intensificase, que la espiral de la radicalización siguiese creciendo.

El triunfo de 1936, que tanto había fortalecido la seguridad en sí mismo de Hitler, resultó en este sentido no un final sino un principio. La mayoría de los dictadores se habrían contentado con poder gozar de un triunfo de tanta trascendencia y habrían parado ahí. Para Hitler la remilitarización de la Renania no era más que un peldaño importante en la búsqueda del dominio de Europa. Los meses que siguieron prepararon el camino para la intensa radicalización de todos los aspectos del régimen que se hicieron notorios de finales de 1937 en adelante, y que llevarían a Alemania y a Europa dos años más tarde a una segunda conflagración catastrófica.

1

RADICALIZACIÓN INCESANTE

El enfrentamiento con el bolchevismo se acerca. Así que necesitamos estar preparados. El ejército está completamente ganado para nuestra causa. El Führer es intocable. […] Tenemos prácticamente asegurado el dominio de Europa. No debemos desperdiciar ninguna oportunidad. Así que rearmémonos.

Los judíos deben salir de Alemania, de toda Europa, sí. Eso llevará algo de tiempo. Pero sucederá y debe suceder. El Führer está firmemente decidido a ello.

ENTRADAS DEL DIARIO DE GOEBBELS DE 15 DE NOVIEMBRE DE 1936 Y 30 DE NOVIEMBRE DE 1937, QUE INDICAN LAS IDEAS DE HITLER.

Capítulo I

Hitler estaba más convencido que nunca, a raíz del triunfo de la Renania, de que seguía un camino marcado por el destino, de que le guiaba la mano de la Providencia. El plebiscito del 29 de marzo de 1936 era, tanto en Alemania como litera de ella, una demostración del aumento de la fuerza de Hitler. Podía actuar con una confianza nueva. Durante el verano, empezaron a conformarse los alineamientos que cristalizarían a lo largo de los tres años siguientes. El equilibrio de poder en Europa se había modificado inconfundiblemente.[1]

El primer paso de Hitler después de su éxito en las «elecciones» fue, característicamente, presentar un «plan de paz» (generoso en su opinión) a sus codiciados aliados, los ingleses. El 1 de abril, el enviado especial en Londres, Joachim von Ribbentrop, el antiguo vendedor de champán que se había convertido en el asesor más fiable en política exterior del régimen, entregó al gobierno inglés la oferta que Hitler había redactado el día anterior. Incluía una moratoria de cuatro meses en el envío de tropas de refuerzo a la Renania, junto con la declaración de su voluntad de participar en conversaciones internacionales para la firma de un tratado de paz de veinticinco años, que limitase la producción de las formas más potentes de artillería pesada, y prohibiese bombardear objetivos civiles y el uso de gas tóxico, armas químicas y bombas incendiarias.[2] La «oferta» aparentemente razonable era fruto de la grave perturbación diplomática que se produjo a raíz de la ocupación alemana de la Renania, cuando Francia presionó con retraso a actuar contra Alemania, lo que produjo iniciativas inglesas para conseguir que Hitler se comprometiese a no aumentar el número de soldados que tenía emplazados en el Rin y a no fortificar la región.[3] Naturalmente Hitler

no había hecho concesiones sobre estos puntos concretos. La respuesta del 6 de mayo de 1936 del ministro de asuntos exteriores inglés, Anthony Eden, dejó la puerta abierta para una mejora de las relaciones a través de nuevos acuerdos internacionales que sustituyeran al ya difunto acuerdo de Locarno de 1925. Pero la respuesta fue básicamente negativa, pese a todo su lenguaje diplomático. Eden informaba al ministro de asuntos exteriores alemán, Konstantin Freiherr von Neurath, que «el gobierno de Su Majestad lamenta que el gobierno alemán no haya sido capaz de hacer una contribución más sustancial al restablecimiento de la confianza que es un paso preliminar tan esencial para las negociaciones generales que ambos se plantean».[4] El gobierno inglés dejaba clara con esto la desconfianza que le inspiraba Hitler. Se asentaría con un desasosiego cada vez más intenso en la resolución de impedir, prácticamente a cualquier coste, que Inglaterra acabase envuelta una vez más en una guerra.[5] Como había dicho a finales de abril Stanley Baldwin, el primer ministro inglés: «Con dos lunáticos como Mussolini y Hitler nunca puedes estar seguro de nada. Pero estoy decidido a mantener al país fuera de la guerra».[6]

Aunque Hitler habría de encontrar dificultades crecientes para conseguir la alianza que deseaba con Inglaterra, su triunfo en la Renania abrió nuevas oportunidades en otras partes. Italia, afectada desde el verano anterior por las repercusiones de la invasión de Abisinia, se encaminaba con retraso hacia una conclusión victoriosa para Mussolini, que veía muy bien que se desviase de él la atención de las potencias occidentales por la remilitarización de la Renania. Más aún: las secuelas diplomáticas de la invasión de Abisinia habían propiciado una mejora de las relaciones entre Italia y Alemania. Como había señalado Mussolini antes, ese mismo año, el interés de Italia por proteger Austria de una penetración alemana había disminuido notoriamente en compensación por el apoyo de Alemania en el conflicto de Abisinia. Estaba abriéndose el camino para que pudiera surgir después, a finales de año, el «eje» Berlín-Roma. Entre tanto, la consecuencia inevitable de que desapareciera la protección italiana fue que Austria se río obligada a reconocer (lo haría en julio en un acuerdo desigual) que el país había caído ahora dentro de la órbita de influencia de Alemania.

Quince días después del acuerdo austríaco, las líneas de falla diplomáticas de Europa se ensancharían aún más con la decisión de Hitler de comprometer a Alemania en una intervención en lo que se convertiría en seguida en la Guerra Civil española, torvo preludio de la catástrofe que no tardaría en afectar a Europa entera. Para los observadores inteligentes, estaba cada vez más claro: el golpe de Hitler en la Renania había sido el catalizador de un importante cambio de poder en Europa; la ascensión de Alemania era un elemento impredecible y sumamente desestabilizador del orden internacional, las posibilidades de que no se produjese una nueva guerra europea en el futuro habían disminuido considerablemente.

Hitler se proclamó de nuevo, ante el público alemán, un hombre de paz, insinuando astutamente a quién había que culpar de las crecientes amenazas de guerra. El día 1 de mayo, antes día de fiesta internacional de los trabajadores, y rebautizado ahora como el «Día Nacional de la Fiesta del Pueblo Alemán», Hitler formuló una pregunta retórica: «Yo me pregunto—decía—, ¿quiénes son entonces esos elementos que no quieren ni descanso ni paz ni un entendimiento, que tienen que agitar continuamente y sembrar desconfianza? ¿Quiénes son en realidad?». La multitud, haciéndose cargo inmediatamente del sentido de la pregunta, aulló: «Los judíos». Hitler empezó de nuevo: «Yo sé…», y le interrumpieron los vítores que duraron varios minutos. Cuando por fin pudo continuar, retomó su frase, aunque (una vez conseguido el efecto deseado) en un tono completamente distinto ya: «Sé que no son los millones que tendrían que tomar las armas si estos agitadores llegaran a conseguir lo que se proponen. No son los que…».[7]

Pero el verano de 1936 no era, como él sabía muy bien, el momento para poner en marcha una nueva campaña antisemita. En agosto iban a celebrarse en Berlín los Juegos Olímpicos. El deporte se convertiría en un vehículo de política y propaganda nacionalistas en lo que iba a ser una ocasión única. Nunca tendría la estética del poder nazi un público tan amplio. Los ojos del mundo iban a estar fijos en Berlín, no se podía desperdiciar una oportunidad como aquella de presentar la mejor cara de la nueva Alemania a sus cientos de miles de visitantes de todo el globo. No debía ahorrarse ningún gasto ni esfuerzo en esa tarea. No

podía ponerse en peligro la imagen positiva sacando a la vista de todos el lado «oscuro» del régimen. No se podía permitir la violencia antijudía directa, como la que había salpicado el verano anterior. Aunque con dificultades, el antisemitismo se mantuvo secreto. Las manifestaciones de este que se consideró que podían parecer desagradables a los visitantes extranjeros, como los carteles antijudíos a la entrada de las poblaciones («Aquí no queremos judíos» y otras formulaciones atroces), habían sido retirados ya por orden de Hitler ante la insistencia del conde Henri Baillet- Latour, el presidente belga del Comité Olímpico Internacional, antes de que se iniciase el febrero anterior la Olimpiada de Invierno en la estación de esquí bávara de Garmisch-Partenkirchen.[8] Hubo que frenar temporalmente a los antisemitas fanáticos del partido. Había, de momento, otros objetivos más importantes. Hitler podía permitirse esperar circunstancias más adecuadas para ajustar cuentas con los judíos.

Se pintaba, se renovaba, se restauraba y se construía a un ritmo frenético para que Berlín, la ciudad de las Olimpiadas, ofreciese la mejor apariencia posible.[9] El punto central era el nuevo Estadio Olímpico. Hitler había tachado enfurecido los planes originales del arquitecto Werner March de «caja de cristal moderna» y había amenazado en una de sus acostumbradas rabietas infantiles con suspender las Olimpiadas. Probablemente fuese una maniobra para asegurarse de que se saldría con la suya. Y los que le rodeaban, como si estuvieran cediendo a los caprichos de un niño mimado, procuraron hacer todo lo posible para que no quedase decepcionado. Speer trazó rápidamente un dibujo, imponente pero de forma más clásica, que obtuvo inmediatamente la aprobación de Hitler.[10] Este no sólo se calmó ya, sino que exigió inmediatamente, lleno de entusiasmo, que fuese el estadio más grande del mundo… Pese a que cuando aún se estaba construyendo superaba ya en tamaño al estadio que había sido el más grande del mundo hasta entonces, el de Los Ángeles, construido para las Olimpiadas de 1932, se quejase de que todo era demasiado pequeño.[11]

Berlín entero estaba engalanado con estandartes de la esvástica el 1 de agosto cuando la llegada de la antorcha olímpica señaló, en medio de un ceremonial espectacular, el comienzo de la XI Olimpiada moderna, la

Olimpiada de Hitler. Arriba en el cielo colgaba del enorme dirigible Hindenburg la bandera olímpica. En el estadio se había reunido con gran expectación una multitud de 110.000 personas. Se calculaba que alrededor de un millón más, que no habían podido conseguir entradas, se alineaban en las calles de Berlín para poder ver pasar a su Caudillo que se trasladaba en un desfile de limusinas con otros dignatarios e invitados de honor al gran templo del deporte recién construido. Cuando entró esa tarde en el gran estadio resonó una fanfarria de treinta trompetas. Richard Strauss, el compositor de fama mundial, vestido de blanco, dirigió un coro de 3. 000 cantores que interpretaron el himno nacional, «Deutschland, Deutschland über alles», y el himno del propio partido nazi, la «Horst-Wessel-Lied», antes de interpretar el nuevo «Himno Olímpico», compuesto especialmente para la ocasión. Al acabar la música, empezó a repicar la gigantesca campana olímpica, anunciando el desfile de los atletas participantes que tuvo lugar a continuación. Muchas delegaciones nacionales hicieron el saludo nazi al pasar delante de la tribuna en que estaba Hitler; los ingleses y los estadounidenses se abstuvieron manifiestamente de hacerlo.[12] Zumbaban las cámaras por todo el estadio. Los equipos de filmación de Leni Riefenstahl, la brillante directora que, después de su éxito con la filmación de la Concentración del Partido de 1934, había recibido el encargo de hacer una película sobre la Olimpiada, habían sido instalados en numerosos puntos estratégicos, y acumulaban material para registrar en celuloide los emocionantes acontecimientos.[13]

Finalmente, concluidas las ceremonias de apertura, se iniciaron las competiciones. Durante las dos semanas siguientes, hubo un brillante despliegue de proezas deportivas. Entre los notables triunfos que se lograron en una reñida competición, no hubo ninguno comparable al del atleta negro estadounidense Jesse Owens, que ganó cuatro medallas de oro. Como es bien sabido, Hitler no estrechó la mano de Owens para felicitarle. No estaba previsto, en realidad, que debiese felicitar a Owens ni a ningún otro ganador. Pero, aunque no hubiese estado previsto en principio por los organizadores, sí había estrechado la mano a los que habían ganado medallas el primer día, finlandeses y alemanes. Cuando los últimos participantes alemanes de salto de altura quedaron

eliminados ese día, a ultima hora, Hitler abandonó el estadio al anochecer, antes de que terminase la competición, que había sido aplazada y se desarrollaba con retraso. Fuese o no esto un desaire deliberado, la cuestión es que le impidió tener que decidir si estrechaba la mano de Cornelius Johnson y David Albritton, dos estadounidenses negros que quedaron primero y segundo en salto de altura. Pero Jesse Owens no compitió en ninguna final ese día. Y antes de que ganase ninguna de sus medallas, el conde Baillet-Latour, presidente del Comité Olímpico Internacional, había informado cortésmente a Hitler que como un invitado de honor del Comité que era, si bien el más importante, no estaba de acuerdo con aquel protocolo de que fuese él quien felicitase a los ganadores. A partir de entonces, no volvió a felicitar a ninguno.[14] No se hallaba pues en condiciones de hacer objeto de una afrenta directa a Owens cuando el velocista estadounidense consiguió la primera de sus medallas de oro al día siguiente en los cien metros. El hecho de que había estado pensando en hacerle un desaire a Owens se puede deducir de lo que parece ser que le dijo a Baldur von Schirach, el dirigente de la Juventud de Hitler, de que a los estadounidenses debería darles vergüenza dejar que les ganaran sus medallas los negros, y que él nunca estrecharía la mano de uno. Ante la propuesta de Schirach de que le fotografiasen con Jesse Owens, Hitler parece ser que tuvo un estallido de cólera por lo que consideró una grave ofensa.[15]

Mientras se desarrollaban los acontecimientos deportivos, la jefatura nazi no perdió ninguna oportunidad de impresionar con muestras desmesuradas de hospitalidad a destacados dignatarios que visitaban el país. Joachim von Ribbentrop, recién nombrado por Hitler embajador en Londres, agasajó espléndidamente a cientos de invitados extranjeros importantes en su elegante villa de Dahlem. El ministro de propaganda del Reich Joseph Goebbels dio una recepción espectacular de talante italiano acompañada de una exhibición extraordinaria de fuegos artificiales para unos mil visitantes ilustres (más de la mitad de ellos extranjeros) en la encantadora Pfaueninsel (Isla del Pavo Real) en el Havel (el gran ensanchamiento de agria del noroeste de Berlín), unido para la ocasión a tierra firme por pontones expresamente construidos. Hermann Göring, jefe de la Luftwaffe y considerado la segunda

autoridad del estado, superó a todos los demás en extravagancia festiva. El parlamentario conservador inglés sir Henry «Chips» Channon, muy rico y muy impresionable, que anclaba por entonces rondando los cuarenta, la recordaba corno una fiesta inolvidable: «No sé cómo describir aquella función multitudinaria y deslumbrante—confesaba en su diario—. Fuimos en coche hasta el Ministerium—el Ministerio del Aire de Berlín, donde se encontraba la propia residencia palaciega de Góring—y nos encontramos con que en sus graneles jardines había de 700 a 800 invitados contemplando boquiabiertos un espectáculo espléndido. Göring, todo sonrisas y órdenes y condecoraciones, nos recibió alegremente, con su esposa al lado. […] Hacia el final de la cena bailó a la luz de la luna un cuerpo de ballet: era el espectáculo más encantador que se pueda imaginar, y hubo murmullos de grata sorpresa entre todos los invitados. […] El fondo del jardín estaba a oscuras y de pronto, sin previo aviso, hubo una avalancha de luz y una procesión de caballos blancos, asnos y campesinos, surgidos de la nada, y se nos condujo al interior de un parque de atracciones especialmente construido para la ocasión. Era fantástico, glorietas, cafés con cerveza y champán, campesinos bailando y schuhplattleando a mujeres enormes que llevaban galletas y cerveza, un barco, una cervecería, multitudes de gente alegre y risueña, animales. […] La música atronaba, los atónitos invitados vagaban por allí. "No se ha visto nada como esto desde los tiempos de Luis XIV", comentó alguien. "No, desde Nerón", repliqué yo…"».[16]

Por muy majestuoso que fuese el estadio, por muy espectacular que. resultase el ceremonial, por muy espléndida que fuese la hospitalidad, habría sido embarazoso para Hitler, y para el orgullo nacional, el que la actuación alemana en las competiciones olímpicas hubiese sido pobre. Pero no había por qué preocuparse. Los atletas alemanes (con gran alegría de Hitler) convirtieron la Olimpiada en un triunfo nacional. Alemania fue el país que obtuvo más medallas.[17] Lo que no contribuyó a debilitar la fe de la nación en su superioridad.[18]

Las Olimpiadas fueron, sobre todo, un enorme éxito propagandístico para el régimen nazi. Hitler asistió casi todos los días (ratificando así la importancia del acontecimiento) y la multitud se levantaba a saludar

cada vez que entraba en el estadio.[19] La cobertura de los medios de comunicación alemanes fue masiva. Se transmitieron unos 3.000 programas a todo el mundo en unos cincuenta idiomas; recibieron retransmisiones un centenar de emisoras de radio sólo en Estados Unidos; fueron incluso las primeras olimpiadas que se transmitieron por televisión, aunque la cobertura, limitada a Berlín, dio sólo imágenes borrosas.[20] Asistieron a las competiciones casi cuatro millones de espectadores (que gastaron millones de marcos del Reich por ese privilegio).[21] Muchos millones más leyeron reportajes sobre ellas o vieron noticiarios. Y algo de primordial importancia: se había mostrado a visitantes de todo el mundo la Alemania de Hitler. La mayoría de ellos se fueron profundamente impresionados.[22] «Me temo que los nazis han triunfado con su propaganda—comentaba el periodista estadounidense William Shirer—. Primero, han organizado la Olimpiada a una escala fastuosa, como no se había hecho hasta ahora, y esto ha complacido mucho a los atletas. Segundo, han hecho un montaje muy bueno para los visitantes en general, sobre todo para los grandes hombres de negocios».[23] Un marginado del interior del país, el filólogo judía Viktor Klemperer, que vivía en Dresde, tuvo una impresión pesimista parecida. Para él los juegos Olímpicos eran «un asunto absoluta y totalmente político. […] Se machaca sin cesar a la gente y a los extranjeros con la idea de que aquí se puede ver el resurgir (Aufschwung), el florecer, el nuevo espíritu, la unidad, la firmeza, la gloria y también, naturalmente, el espíritu pacífico del Tercer Reich abrazando amorosamente al mundo entero». La agitación antijudía y los tonos belicosos habían desaparecido de los periódicos, comentaba, al menos basta el 16 de agosto, fecha del final de la Olimpiada. A los imitados se les recordaba repetidamente la «pacífica y alegre» Alemania en agudo contraste con el pillaje y las matanzas a que se entregaban (se decía) las «hordas comunistas» en España.[24] La activista entusiasta de la Juventud de Hitler Melita Maschmann traía a la memoria años más tarde a los jóvenes que regresaban a sus propios países con una imagen pacífica y positiva similar de Alemania. «Todos teníamos—recordaba—la esperanza de un futuro de paz y amistad».[25] Según su opinión y la de los muchos que compartían su entusiasmo, era un futuro en el que no había espacio

alguno para gente como Viktor Klemperer y otros a los que se consideraba inadaptados raciales. En cualquier caso, no tardaría mucho en hacerse patente que las expectativas de coexistencia pacífica no eran más que quimeras.

Lejos del atractivo de la Olimpiada y de la vista del público, el contraste con la imagen externa de buena voluntad pacífica era profundo. La crisis autoprovocada de la economía alemana debida a la incapacidad para proporcionar al mismo tiempo cañones y mantequilla (para mantener los suministros de materias primas para armamento y para el consumo) estaba alcanzando por entonces la línea divisoria. No podía aplazarse mucho tiempo más una decisión sobre cuál iba a ser la orientación económica del país. El resultado en el verano de 1936 fue una política económica orientada hacia la expansión, haciendo mucho más seguro el conflicto internacional. El estallido de la Guerra Civil española había empezado ya por entonces a acercar más a Europa a la explosión.

Capítulo II

En la primavera, se había hecho evidente que no era posible ya armonizar las demandas de un rearme rápido y un consumo interior creciente. En aquel momento no había suministros de materias primas para la industria armamentista más que para dos meses.[26] Los suministros de combustible para las fuerzas armadas atravesaban una situación particularmente crítica.[27] El ministro de economía Hjalmar Schacht estaba profundamente alarmado ante el ritmo acelerado del rearme y sus consecuencias, inevitablemente perjudiciales para la economía. Sólo una reducción intensa de los niveles de vida (imposible sin poner en peligro la estabilidad del régimen) o un gran aumento de

las exportaciones (igualmente imposible dadas las prioridades del régimen, las dificultades de la tasa de cambio y la situación de los mercados externos) podían en su opinión permitir una industria militar en expansión. Insistía, por tanto, inflexiblemente en que era hora de echar el freno al rearme.[28]

Los militares tenían otras ideas. Los jefes de las fuerzas armadas, indiferentes a las sutilezas de la economía pero entusiasmados con el potencial del armamento avanzado moderno, presionaban sin cesar por una aceleración rápida y masiva del programa de armamento. Unas semanas después de la reocupación de la Renania, el general Ludwig Beck, jefe del estado mayor general del ejército, había presentado planes para ampliar a 41 las 36 divisiones previstas en marzo de 1935, cuando se reintrodujo el servicio militar. En el verano, se habían hecho ya planes para que el ejército fuese mayor en 1940 de lo que lo había sido el ejército de guerra del kaiser en 1914.[29]

Los jefes del ejército no estaban actuando impulsados por la presión de Hitler. Tenían programa propio. Estaban al mismo tiempo «trabajando en la dirección del Führer». Actuando, consciente o inconscientemente, «según sus directrices y hacia su objetivo» (en frases reveladoramente utilizadas por un oficial nazi en un discurso dos años antes, para indicar cómo operaba la dinámica del gobierno nazi)[30] con el pleno conocimiento de que sus ambiciones de rearme coincidían totalmente con los objetivos políticos de Hitler, y que podían contar con su respaldo frente a tentativas de reducir el gasto de armamento. El ministro de guerra del Reich Werner von Blomberg, el general en jefe del ejército Werner Freiherr von Fritsch, comandante en jefe del ejército, y su jefe de estado mayor Beck, estaban por tanto preparando el camino, al proporcionar la potencia armada necesaria, para el posterior expansionismo en el que se embarcarían todos siguiendo la estela de Hitler.[31]

Pero, de todos modos, el estancamiento económico parecía absoluto. Tanto el Ministerio de Alimentos como el de Armamento exigían que se les otorgasen aumentos inmensos en la asignación de la escasa moneda extranjera.[32] La situación podía llegar a hacerse insostenible. Había que establecer prioridades económicas básicas, era una cuestión urgente.

Resultaba imposible satisfacer a los que pedían la autarquía y a los grupos de presión vinculados a la exportación. Hitler se mantuvo inactivo varios meses. No tenía ninguna solución clara al problema. El personaje clave en este punto fue Göring.

Hubo varios factores que contribuyeron a que Göring pasase a ocupar el papel central en el escenario de la política económica: su propio impulso insaciable de acumular poder; su intervención el otoño anterior actuando como mediador en una disputa entre Schacht y Richard Walther Darré, ministro de alimentos y agricultura del Reich, por la asignación de la escasa moneda extranjera para importar productos alimentarios de los que había necesidad, en vez de las materias primas que precisaba la industria armamentista en expansión; el hecho de que Schacht quisiese utilizarle como barrera contra intromisiones del partido en la esfera económica; la desesperación creciente de Blomberg por la crisis de materias primas en la producción de armamento que acabaría obligándole a respaldar las pretensiones de poder del jefe de la Luftwaffe; y, en no menor grado, la renuncia patente de Hitler a verse involucrado, sobre todo si ello significaba tomar decisiones que fuesen contrarias a las demandas del partido.[33] Blomberg llevaba meses presionando en favor de un «comisario energético». El repetido rechazo de Schacht de la propuesta, por la amenaza que significaba para su propia esfera de competencia, abrió la puerta a Göring, como ministro del aire y jefe de la Luftwaffe, para pedir que el comisario energético hubiese de responder ante él. Luego, en marzo de 1936, cuando la escasez de combustible alcanzó un punto critico, Göring decidió proponerse como «dictador del combustible».[34] Schacht y Blomberg, deseosos por diferentes razones de poner coto a las ambiciones de Göring, intentaron bloquearle con una comisión de cuatro miembros formada por ellos tres y el ministro del Reich Hanns Kerrl (aliado íntimo de Göring al que Hitler había asignado funciones en los asuntos económicos en la primavera de 1936) para lidiar con la crisis de divisas.[35] Schacht, con la esperanza de quitarse de encima al partido, ayudó a convencer a Hitler para que nombrara a Göring a principios de abril plenipotenciario al cargo de la obtención de materias primas y de la asignación de divisas del Reich. La misión de Göring era superar la crisis,

poner de nuevo en marcha con fuerza el rearme a través de una política de autarquía en la producción de combustible.[36] Pero por entonces, Göring estaba ya al volante. Schacht estaba convirtiéndose rápidamente en el hombre de ayer. En mayo, horrorizado ante la nueva base de poder que sus propias maniobras maquiavélicas habían ayudado involuntariamente a crear para Göring, el ministro de economía protestó a Hitler. Este se lo quitó de encima. No quería saber nada del asunto, parece que le dijo, y le aconsejó al ministro de economía que hablase de ello con el propio Göring.[37] «No irán bien las cosas mucho más tiempo con Schacht—comentaba Goebbels—. No es de los nuestros de corazón». Pero pensaba que también Göring tendría problemas con el asunto de las divisas y de las materias primas, y comentaba: «No entiende demasiado de eso».[38]

No necesitaba entender. Su tarea consistía en mover de un sitio a otro su considerable peso, forzar el ritmo, introducir en todo el asunto una sensación de urgencia, hacer que sucedieran las cosas. «El aporta la energía. ¿Tiene la experiencia y el conocimiento económicos necesarios además? ¿Quién sabe? De cualquier modo, hará mucho alarde», fue la valoración que hizo Goebbels.[39]

No tardó Göring en disponer un equipo de técnicos especialistas a las órdenes del teniente coronel Fritz Löb de la Luftwaffe. El departamento de investigación del equipo de planificación de Löb, a cargo de Karl Krauch, director de la empresa química IG Farben, propuso en seguida soluciones para aumentar al máximo la producción de combustibles sintéticos y conseguir rápidamente la autosuficiencia en la extracción de petróleo.[40] A mitad de verano los planificadores de Löb habían presentado un programa detallado para superar aquella crisis continuada. El programa proponía una orientación acusada hacia una economía más dirigida, con prioridades claras basadas en un impulso general dirigido a garantizar el cumplimiento del programa armamentista y a mejorar el suministro de alimentos a través del máximo de autarquía posible en campos específicos y la producción de materias primas sustitutas como goma y combustibles sintéticos y grasas industriales.[41] No era una economía de guerra, pero iba camino de convertirse en lo más próximo a una economía de guerra en época de

paz.

A finales de julio, mientras Hitler estaba en Bayreuth y Berchtesgaden, Göring tuvo muchas oportunidades de analizar con él sus planes para la economía. El 30 de julio obtuvo permiso de Hitler para exponerlos a bombo y platillo en la Concentración del Partido de septiembre. Estaba previsto «un gran discurso del general en jefe en el Congreso del Partido», según una anotación del diario de trabajo de Göring.[42] Este se proponía cosechar la gloria. El nuevo programa económico dominaría la concentración del partido. Eso era lo que tenía previsto el jefe de la Luftwaffe. Pero en lo tocante a la propaganda, Hitler, oliéndose otra oportunidad de reforzar su imagen con el anuncio de un «Plan Cuatrienal», no estaba dispuesto, nunca lo estaba, a ceder el papel de protagonista. Decidió pronunciar él mismo el discurso clave.[43]

Hitler estaba, por otra parte, cada vez más preocupado por la amenaza acechante, según su punto de vista, del bolchevismo y con la perspectiva de que el torbellino internacional creciente pudiese conducir a la guerra no en un futuro lejano sino próximo.[44] Fuese cual fuese el oportunismo táctico que desplegase y por mucho que utilizase el tema con fines propagandísticos, no cabe duda de que el enfrentamiento inminente con el bolchevismo siguió siendo (como lo había sido desde mediados de la década de 1920 como mínimo) el norte y guía de su pensamiento en política exterior. En 1936, esta lucha titánica futura empezó a adquirir perfiles más definidos.

En febrero de 1936, en una entrevista privada con el antiguo ministro del aire inglés lord Londonderry, Hitler se había concentrado en lo que describía como «la creciente amenaza para el mundo que significa el bolchevismo». El estaba destinado, dijo, a ejercer internacionalmente de profeta, lo mismo que lo había hecho en Alemania unos quince años atrás. Comprendía los peligros del bolchevismo mejor que los demás estadistas europeos, añadió, porque «su carrera política se había desarrollado en la lucha contra las tendencias bolcheviques». La Europa continental se hallaba en una situación de desequilibrio e inestabilidad, aseguró. Había en la mayoría de los países unos gobiernos débiles y efímeros. El continente estaba «viviendo al día». El «extraordinario desarrollo del poder soviético» había que considerarlo con ese telón de

fondo de «decadencia». Además, añadió, intentando asustar con el fantasma del bolchevismo a su invitado inglés, la Unión Soviética no era sólo la mayor potencia militar del continente, sino también «la encarnación de una idea». Pasó después a enumerar datos y cifras del poder económico y militar soviético. La admisión de Rusia en la Liga de Naciones le recordaba la fábula del zorro que, tras disipar los recelos del resto de los animales, fue devorándolos luego uno detrás de otro. «Lo mismo que no se permite a los portadores de gérmenes en la vida normal frecuentar la compañía de las personas sanas, debemos mantener también a Rusia a distancia», sostenía. Pero si la descomposición de Europa y el fortalecimiento de Rusia continuaban, preguntaba, «¿cuál será la situación dentro de diez, veinte o treinta años?».[45]

Hitler había expuesto a lord Londonderry la perspectiva de guerra entre la Unión Soviética y Japón, con la derrota de los japoneses abriendo el camino para el dominio soviético también del Extremo Oriente. Después de entrevistarse con el embajador japonés en Berlín a principios de junio, repitió su opinión de que se estaba fraguando un conflicto en el Extremo Oriente, aunque en esta ocasión le pareció que Japón «zurraría» a Rusia. Entonces, «ese coloso empezará a tambalearse (ins Wanken kommen). Y llegará para nosotros la gran hora. Deberemos hacernos con tierra para cien años—le contó a Goebbels—. Esperemos que por entonces estemos preparados—añadía el ministro de propaganda en su diario—, y que el Führer aún siga con vida. Para que se pase a la acción».[46]

Guando estaba de vacaciones en Berchtesgaden a mediados de julio, Hitler le explicó a Goebbels que «la próxima concentración del partido será de nuevo contra los bolcheviques».[47] Unos cuantos días después, en Bayreuth, donde asistió como siempre al Festival de Wagner, previno contra el «peligro judío y bolchevique» a dos de sus más fervorosos seguidores ingleses, las bellas hijas del aristócrata inglés lord Redesdale, Unity Valkyrie Mitford (que decía que sentarse al lado de Hitler era «como sentarse junto al sol»),[48] y su hermana Diana (divorciada de un miembro de la rica familia Guinness y a punto de casarse con el jefe de la British Union of Fascists, Oswald Mosley, en una ceremonia a la que asistieron Hitler y Goebbels).[49] Por lesas fechas, centraban también la

atención de Hitler en la amenaza bolchevique los sucesos de España. Hasta entonces, apenas había dedicado un pensamiento a España. Pero la noche del 25 de julio, después de una representación de Sigfrido dirigida por Wilhelm Furtwängler, su decisión de enviar ayuda al general Franco (pese al consejo en sentido contrario del Ministerio de Asuntos Exteriores) comprometió a Alemania a una participación en lo que estaba convirtiéndose rápidamente en la Guerra Civil española.[50]

La derecha española se había negado a aceptar la victoria por escaso margen del Frente Popular de izquierdas en las elecciones de febrero de 1936, y eso había puesto al país al borde de la guerra civil. Durante el final de la primavera y el principio del verano, habían empezado a llegar informaciones aterradoras de actos terroristas, asesinatos políticos, ataques violentos al clero y quema de iglesias y de que el país se estaba hundiendo rápidamente en el caos. Europa estaba alarmada. La derecha española podía presentarlo todo fácilmente como obra de revolucionarios marxistas y evocar la imagen de un país en el que estaban a punto de tomar el poder los comunistas.[51] Entre mayo y junio, tomaron forma planes del ejército para dar un golpe de estado.[52] El 17 de julio guarniciones del ejército del Marruecos español se levantaron contra el gobierno elegido. El comandante en jefe del ejército de Marruecos, general Francisco Franco, se puso a la mañana siguiente al mando de la rebelión. Pero un motín de marineros leales a la República le dejó sin el medio de transporte que necesitaba para trasladar su ejército a la península, la mayor parte de la cual permanecía en manos republicanas. Los pocos aviones de los que pudo apoderarse eran muy poca cosa para poder establecer un puente aéreo.[53] En estas circunstancias aciagas, Franco recurrió a Mussolini y a Hitler. Llevó una semana superar la negativa inicial de Mussolini a ayudar a los rebeldes españoles. A Hitler se le convenció en unas horas. Para él las razones ideológicas y estratégicas (la posibilidad de que triunfase el bolchevismo en la península Ibérica) estaban por encima de todo. Pero parece que ejerció también su influencia en la decisión la posibilidad de conseguir un acceso a materias primas de las que había necesidad urgente para el programa de rearme (un aspecto destacado por Göring).[54]

La buena suerte se puso del lado de Franco en su petición a Alemania

para que enviara aviones de transporte. El Ministerio de Asuntos Exteriores alemán había recibido con frialdad su petición inicial de ayuda. Franco decidió entonces apelar directamente a Hitler. Johannes Bernhardt, un hombre de negocios alemán, director de una empresa exportadora con estrechas relaciones mercantiles con el ejército español de Marruecos y miembro de la organización en el extranjero del partido nazi (la Auslandsorganisation o AO), había ofrecido su ayuda a Franco para la mediación. El 22 de julio Franco aún seguía sin tener a su disposición un avión capaz de llegar a Alemania. Pero al día siguiente llegó a Marruecos con el general rebelde Orgaz un avión correo, un Junkers Ju-52/3m de la Lufthansa requisado por los rebeldes en Las Palmas pese a las protestas alemanas. Franco aceptó entonces la oferta de ayuda de Bernhardt. Este voló hasta Berlín, acompañado por el jefe de la delegación de la AO en Tetuán, Adolf Langenheim. Llevaba una petición escrita de Franco a Hitler, y casi seguro otra similar dirigida a Göring.[55] Llegaron al aeródromo de Tempelhof a última hora del día 24 de julio.[56]

Por otra parte, el Ministerio de Asuntas Exteriores alemán estaba cada vez más preocupado por el deterioro de la situación en España. Una serie de ataques de comunistas y anarquistas a ciudadanos alemanes provocó el envío de dos barcos de guerra a las aguas costeras españolas. Grecia el temor a que una victoria de las fuerzas del gobierno abriese el camino a una toma del poder por los comunistas. La perspectiva de un triunfo del bolchevismo también en el suroeste de Europa (unido a la victoria del Frente Popular de izquierdas en Francia a principios de ese mismo año) parecía una posibilidad real.[57] Aun así, el Ministerio de Asuntos Exteriores consideraba demasiado arriesgada una participación directa. Se comunicó en términos inequívocos al Gauleiter Ernst Wilhelm Bohle, jefe de la AO, que había transmitido la propuesta de los emisarios de Franco, que no siguiera adelante con aquel asunto.[58] Pero Bohle no hizo caso de la advertencia y telefoneó a Rudolf Hess, vicepresidente del partido, que lo dispuso todo inmediatamente para que los emisarios volasen en su avión personal hasta Turingia a entrevistarse con él. Después de hablar con ellos durante dos horas, Hess telefoneó a Hitler. Se concertó una entrevista en Bayreuth con el Führer para última hora

del día siguiente, 25 de julio.[59]

Eran cerca de las diez de la noche cuando se hizo pasar a Bernhardt y a Langenheim a presencia de Hitler en la residencia Wagner, «Haus Wahnfried». Hitler había sido ya bien informado por entonces de cómo estaban las cosas en España. Sabía que la situación de los rebeldes había empeorado. El último informe de la embajada alemana en Madrid de esa misma mañana incluía la advertencia de que la perspectiva era una larga guerra civil, y que una victoria republicana tendría consecuencias perjudiciales para los intereses alemanes. El informe esgrimía el espectro de un régimen soviético español estrechamente vinculado a la alianza francosoviética.[60] Göring había tenido ya también por entonces la oportunidad de informar a Hitler de las ventajas económicas que se podían obtener de la ayuda a Franco, si la causa de los rebeldes triunfaba.[61]

Pero eso distaba mucho de ser el desenlace seguro de la situación. Bernhardt ratificó el mensaje de que la lucha de Franco contra el comunismo era una lucha perdida sin ayuda alemana.[62] La conversación pasó a la cuestión del pago por la ayuda. Bernhardt, al ver que Hitler parecía «un poco sorprendido» cuando le mencionó sumas puramente nominales, destacó las «ricas fuentes» de recursos que se podían conseguir en Andalucía, pasando luego seguramente a indicar los beneficios para Alemania de un aumento de las importaciones de materias primas a cambio de armamento.[63] Hitler seguía sin decidirse aún. Pero cuando pasó a convertir la audiencia en otro largo monólogo, en el qué alabó el idealismo de los nacionalistas españoles y peroró sin tregua sobre los peligros del bolchevismo, hubo ya pocas dudas sobre el desenlace. A diferencia del ministro de asuntos exteriores, estaba convencido de que el peligro de verse emparedado entre dos bloques bolcheviques era más grave que los riesgos que podía acarrear una intervención alemana en la crisis española, incluso en el caso de que, como parecía probable, se convirtiese en una guerra civil prolongada y a gran escala. Llegaría un momento, en su opinión, en que sería inevitable la guerra contra la Unión Soviética (la lucha por el «espacio vital» de Alemania). La perspectiva de una España bolchevique era una complicación peligrosa.[64] Decidió proporcionar a Franco la ayuda

solicitada. El que tomase la decisión solo además de ser indicio de una segundad en sí mismo notablemente fortalecida lo era también del debilitamiento de la posición de los que le habían asesorado en asuntos internacionales. Es posible que Hitler, conociendo la resistencia del Ministerio de Asuntos Exteriores a que se interviniese en el conflicto, y sabiendo que Göring, pese a todo su interés por los posibles beneficios económicos, compartía algunas de las reservas del Ministerio, se apresuró a presentar a los dubitativos un fait accompli.[65] Es posible también que Hitler estuviese aún bajo los efectos del Sigfrido de Wagner, cuya representación había estado presenciando poco antes. La cuestión es que la operación para ayudar a Franco vino a denominarse Unternehmen Feuerzauber («Operación Fuego Mágico»). En recuerdo de la música heroica que acompaña el paso de Sigfrido a través del anillo de fuego para liberar a Brunilda.[66]

A Göring y a Blomberg no se les convocó hasta después de que Hitler tomó la decisión. Göring, pese a sus esperanzas de conseguir beneficios económicos con la intervención, se sintió inicialmente «horrorizado» por el peligro de las posibles complicaciones internacionales. Pero, ante la habitual intransigencia de Hitler cuando había tomado una decisión, no tardó en ceder y sumarse a él.[67] Blomberg, cuya influencia, comparada con la posición de poder que había tenido anteriormente, se estaba ya debilitando (sobre todo después de su nerviosismo con el asunto de la Renania) se sumó sin poner objeciones.[68] Ribbentrop también aconsejó inicialmente en contra de la intervención en España cuando llegó a Bayreuth y le dijeron que Hitler se proponía apoyar a Franco. Pero el Führer se mostró inflexible. Había ordenado ya que se pusiesen aviones a disposición de Franco. La consideración decisiva era ideológica: «Si España llega realmente a hacerse comunista, Francia en su situación actual será bolchevizada también a su debido tiempo, y entonces Alemania está liquidada. Emparedados entre el poderoso bloque soviético por el este y un fuerte bloque francoespañol por el oeste, no podríamos hacer prácticamente nada si Moscú decidiese atacarnos».[69] Hitler desechó las débiles objeciones de Ribbentrop (nuevas complicaciones con Inglaterra y que la burguesía francesa era lo suficientemente fuerte para mantener a raya al bolchevismo) y se limitó

a dar por concluida la conversación insistiendo en que su decisión estaba ya tomada.[70]

No tardaron en salir rumbo al Marruecos español y a Cádiz (ciudad que había caído rápidamente en manos de los insurrectos) veinte aviones de transporte Junkers Ju-52 (diez más de los que había pedido Franco) apoyados por seis cazas Heinkel He 51. Habría de seguir más ayuda posteriormente a través de un sistema de trueque de armas y pertrechos alemanes por materias primas españolas bajo la cobertura de dos empresas, una alemana y una española.[71] A pesar de las advertencias que se le habían hecho de que Alemania podía verse metida en unas arenas movedizas militares y de lo mucho que pesaban en él las consideraciones ideológicas, es probable que Hitler sólo interviniese dando por supuesto que la ayuda alemana inclinaría la balanza rápida y decisivamente en favor de Franco. «Estamos teniendo una pequeña participación en España. No está claro. Quién sabe para qué servirá», comentaba Goebbels lacónicamente al día siguiente de que se tomara la decisión de ayudar a Franco.[72] La premisa de la decisión impulsiva de Hitler eran los beneficios inmediatos, no la participación a largo plazo. Hasta octubre no empezó a haber una intervención militar y económica significativa en España.[73] Por entonces la fuerza impulsora era Göring, espoleado por su papel de director del nuevo Plan Cuatrienal, además de jefe de la Luftwaffe.

Hitler se mostró de acuerdo en que hubiera aumentos sustanciales de la ayuda militar alemana a España. Cazas, bombarderos y 6.500 militares (la futura Legión Cóndor, una unidad mixta de la Luftwaffe a la que se asignó la tarea de apoyar a los nacionalistas españoles) fueron enviados para participar en lo que se estaba convirtiendo rápidamente en el ensayo de un enfrentamiento general entre las fuerzas del fascismo y el comunismo.[74]

El impulso ideológico que había tras la disposición de Hitler a involucrar a Alemania en el torbellino español (su preocupación cada vez más intensa por la amenaza bolchevique) no era una tapadera de las consideraciones económicas que tanto pesaban en Göring.[75] Ratifican esto tanto por sus declaraciones públicas como por las privadas. Públicamente, en su proclama de apertura de la Concentración del

Partido de todo el Reich de Nuremberg el 9 de septiembre, proclamó, tal como le había dicho el día anterior a Goebbels, que estaba haciéndose realidad el «peligro más grande del mundo», del que tanto hacía ya que había avisado él (la «revolucionarización del continente» mediante el trabajo de «agentes manipuladores bolcheviques» dirigidos por «un cuartel general revolucionario judío internacional de Moscú»). La reconstrucción militar de Alemania se había emprendido precisamente para impedir que lo que estaba conviniendo en ruinas España sucediese allí.[76] Sus sentimientos no eran muy distintos cuando, lejos de la vista del público, habló ai gabinete durante tres horas a principios de diciembre sobre la situación en política exterior. Se centró en el peligro del bolchevismo. Europa estaba dividida en dos campos. No había ya vuelta atrás. Describió las tácticas de los «rojos». España se había convertido en el asunto decisivo. Francia, gobernada por el primer ministro Léon Blum (al que se consideraba un «agente de los soviets», un «sionista y destructor del mundo») sería la próxima victima. El que venciese en España conseguiría un gran prestigio. Las consecuencias eran importantes para el resto de Europa, y en especial para Alemania y para los restos de comunismo que había en el país. Esta era la razón, continuó, de la ayuda armamentista de Alemania a España. «Lo único que Alemania puede querer es que la crisis se demore hasta que estemos preparados—declaró—. Cuando llegue, aprovechad la oportunidad (zugreifen). Coged el ascensor en el momento justo. Pero salid también en el momento justo. Rearme. El dinero puede no desempeñar ningún papel».[77] Sólo unas dos semanas antes, Goebbels había escrito en su diario: «Después de cenar hablé por extenso con el Führer a solas. Está muy contento con la situación. El rearme va bien. Estamos invirtiendo sumas fabulosas. En 1938 estaremos completamente listos. El enfrentamiento con el bolchevismo se acerca. Así que necesitamos estar preparados. El ejército está completamente ganado para nuestra causa. El Führer es intocable. […] Tenemos prácticamente asegurado el dominio de Europa. No debemos desperdiciar ninguna oportunidad. Así que rearmémonos».[78]

Capítulo III

El anuncio del Plan Cuatrienal en la Concentración del Partido de Nuremberg en septiembre había elevado por entonces la política de rearme a un nuevo plano. Se habían establecido prioridades. Significaban en la práctica que equilibrar el gasto de bienes de consumo y de rearme sólo podía sostenerse durante un periodo de tiempo limitado por medio de un programa intensivo que maximizase el potencial autárquico para preparar a Alemania lo más rápidamente posible para el enfrentamiento que Hitler consideraba inevitable y otras personalidades destacadas del régimen consideraban probable, y hasta sumamente probable, en un plazo de pocos años. Con la introducción del Plan Cuatrienal se empujó a Alemania en la dirección de la expansión y de la guerra. Economía e ideología estaban ya completamente entrelazadas. Aun así, la decisión de pasar al Plan Cuatrienal fue en última instancia ideológica. Todavía seguían siendo posibles opciones económicas, aunque la política de los tres años anteriores las habían reducido ya notoriamente. Schacht, Goerdeler y otros, respaldados por importantes sectores de la industria, eran partidarios de abandonar una economía orientada hacia el armamento y reincorporarse a los mercados internacionales. Contra esto el poderoso grupo de presión IG-Farben, vinculado a la Luftwaffe, presionaba por que se aumentase al máximo la producción de combustibles sintéticos. La situación se mantuvo estancada durante el verano. La crisis económica que había acosado a Alemania durante el invierno y la primavera anteriores seguía sin resolverse. Ante aquel enfrentamiento sin final visible, a finales de agosto se presionó a Hitler para que tomase partido. La preocupación por el bolchevismo, que había pesado notoriamente en él a lo largo del verano, fue decisiva en su enfoque característico de los problemas económicos de Alemania.

La fuerza impulsora que había tras la creación de lo que vino a llamarse Plan Cuatrienal no era, sin embargo, Hitler sino Göring. A raíz de las conversaciones que habían tenido en Berchtesgaden y Bayreuth en julio, Hitler había pedido a Göring informes sobre la situación económica, y lo que habría que hacer para superar los problemas.

Göring, por su parte, había pedido a principios de agosto que le enviaran con la mayor rapidez posible memorandos de diferentes ramas de la economía. La urgencia se debía a razones propagandísticas, no económicas: lo que contaba era el hecho inminente de la Concentración del Partido a principios de septiembre. Los complejos informes no pudieron elaborarse con la rapidez que quería Göring. Cuando se trasladó a Berchtesgaden a principios de la última semana de agosto, sólo tenía un informe de su equipo de materias primas y moneda sobre las posibilidades de la producción de materia prima sintética dentro de Alemania.[79] Se había enfrentado entre tanto a una vigorosa oposición a sus planes económicos por parte de Schacht, que exponía lo que pensaban algunos sectores importantes y personajes de los negocios y la industria, como Albert Vögler, uno de los industriales más importantes del Ruhr, director de la mayor empresa siderúrgica de Europa, la Vereinigte Stahlwerke, que había respaldado con firmeza una cancillería de Hitler en la fase final de la república de Weimar. Se unió también a las críticas hacia final de mes Carl Goerdeler, alcalde de Leipzig, que había servido a Hitler como comisario de precios del Reich y que se convertiría en un destacado adversario del régimen.[80] Y fue entonces cuando se convenció a Hitler, durante la última semana de agosto, para que dictara un largo memorando sobre la dirección que había de seguir la economía. Sería una de las escasísimas ocasiones (si prescindimos de directrices, decretos y leyes formales) en que puso sus ideas por escrito durante el Tercer Reich.

Lo más probable es que el memorando, que no tenía ni título ni firma y que posiblemente no se terminase hasta el 2 de septiembre, dos días antes de que se presentase a los ministros del gobierno, se elaborase a indicación de Göring.[81] El jefe de la Luftwaffe era el que podía beneficiarse más directamente de él en su lucha con Schacht por el control de la economía. «La falta de entendimiento del ministro de economía del Reich y la resistencia de los hombres de negocios alemanes a todos los planes a gran escala (grosszügigen) le impulsaron a redactar este memorando en el Obersalzberg», le explicó Hitler a su ministro de armamento Albert Speer, cuando le entregó una copia ocho años después.[82] Las dos únicas copias del memorando distribuido

originalmente fueron para el propio Göring y para su aliado contra Schacht, el ministro de guerra Blomberg. Al ministro de economía no se le enseñó ni una copia del memorando, y no se enteró en realidad hasta el 2 de septiembre de que Hitler se proponía anunciar una nueva política económica en la Concentración del Partido anual.[83]

El memorando estaba dividido en dos partes. La primera, que trataba de «la situación política», era puro Hitler. Estaba redactado exclusivamente en términos ideológicos. El «razonamiento» era, como en Mein Kampf y en el Segundo Libro, socialdarwinista y racialmente determinista. «La política es la conducción y el curso de la lucha histórica por la vida de los pueblos—empezaba—. El objetivo de esas luchas es la afirmación de la existencia». El mundo estaba dirigiéndose hacia un nuevo conflicto, centrado en el bolchevismo, «cuya esencia y propósito […] es exclusivamente la eliminación de aquellos estratos de la humanidad que han aportado hasta ahora la dirección y su sustitución por la internacional judía». Alemania sería el punto local del enfrentamiento inevitable con el bolchevismo. «No es objetivo de este memorando profetizar el momento en que la situación insostenible de Europa se convierta en crisis abierta. Sólo quiero exponer en estas líneas mi convicción de que esta crisis no puede dejar de llegar y que llegará—aseguraba—. Una victoria del bolchevismo sobre Alemania no llevaría a un Tratado de Versalles sino a la destrucción definitiva, a la aniquilación, en realidad, del pueblo alemán. […] Dada la necesidad de defenderse de ese peligro, deben pasar a un segundo plano todas las demás consideraciones por ser completamente irrelevantes». La capacidad defensiva del pueblo alemán se había fortalecido muy notablemente bajo el nacionalsocialismo. Había un nivel de solidaridad ideológica sin precedentes. Pero era vital convertir el ejército alemán «en el primer ejército del mundo, en la instrucción, en la formación de unidades, en armamento y, sobre todo, en educación espiritual (in der geistigen Erziehung)». Si no se conseguía eso, «Alemania estará perdida», aseguraba.[84]

La segunda parte del memorando, que trataba de la «situación económica de Alemania» y exponía un «programa para una solución definitiva de nuestra necesidad vital», mostraba signos inconfundibles de

la influencia de Göring y se basaba además en los programas de materias primas elaborados por su equipo planificador, con aportaciones significativas de IG Farben.[85] La similitud con declaraciones sobre la economía expuestas a principios de verano por Göring indica que Hitler o bien tenía ante él esas declaraciones cuando redactó su memorando o bien su comisario de materias primas trabajó con él en su preparación.[86] El tono era, sin embargo, clásicamente hitleriano, hasta en la amenaza de una ley «que haga a todos los judíos responsables de todos los daños causados a la economía alemana por especímenes individuales de esa comunidad de criminales», una amenaza que se llevó a la práctica unos dos años más tarde.

Se buscaría una solución temporal a los problemas económicos en una autarquía parcial. Aumentar al máximo la producción nacional siempre que fuese posible permitiría suplir las importaciones de alimentos necesarios, que no tendrían que hacerse ya en detrimento del rearme. Había que aumentar la producción de combustible, acero y goma sintética. El coste era irrelevante. Las objeciones (y la oposición manifestada en las semanas previas) se desecharon y se desdeñaron. La nación no vivía para la economía, sino que «las finanzas y la economía, los dirigentes económicos y las teorías deben servir todos exclusivamente a esta lucha por la autoafirmación que está librando nuestro pueblo». El ministro de economía tenía que limitarse a establecer las tareas económicas nacionales; la industria privada tenía que realizarlas. Si no podía hacerse así, el estado nacionalsocialista, amenazaba Hitler, «se encargaría de culminar esa tarea él mismo con éxito». Acompañaba su amenaza, como tenía por costumbre, de duras alternativas: «La economía alemana o bien demuestra que es capaz de asumir las nuevas tareas económicas o bien demuestra ser completamente incompetente para sobrevivir en esta edad moderna en que un Estado Soviético está llevando a cabo un plan gigantesco. Pero en ese caso no será Alemania la que se irá abajo, sino, como máximo, unos cuantos empresarios». Aunque los problemas económicos de Alemania, aseguraba el memorando, se podían aliviar temporalmente a través de las medidas formuladas, sólo podían resolverse de una forma definitiva ampliando el «espacio vital». Era «tarea de la jefatura política resolver algún día ese

problema». Esto recordaba de nuevo Mein Kampf y el Segundo libro. Pero coincidía también con el tono agresivo de Göring en sus declaraciones sobre cuestiones económicas hechas con anterioridad aquel mismo verano. Sólo matices separaban el imperialismo nacionalista más pragmático de Göring de la versión de Hitler, determinada por la raza. Ambas variantes implicaban un conflicto bélico en un punto determinado del futuro… cuando la movilización económica, escribía Hitler, se convirtiese «exclusivamente en una cuestión de voluntad». El memorando terminaba abogando por un «Plan de Varios Años» (no se mencionaba en el documento la expresión «Plan Cuatrienal») para conseguir la máxima autarquía posible en las condiciones existentes y que fuese posible pedir sacrificios económicos al pueblo alemán. Se habían desperdiciado oportunidades durante los cuatro años anteriores; en los cuatro siguientes había que conseguir que el ejército alemán fuese operativo y que estuviese listo para la guerra.[87]

Se facilitaban pocos datos concretos, incluso en las secciones económicas. No se delineaba ninguna estructura organizativa. Las ideas económicas que se planteaban en la segunda parte no eran nuevas en sí. Pero la búsqueda de la mayor autarquía posible subordinándolo todo a un programa de rearme forzado quedaba así unida a un nuevo plan y definida como la prioridad inmediata.[88] Las concepciones económicas de Hitler se limitaban, como siempre, a un imperativo ideológico. El memorando era absolutamente programático. Las nociones expansionistas más pragmáticas de Göring y Blomberg, tanto en la esfera militar como en la económica, estaban incluidas dentro de la visión ideológica hitleriana. Además, la forma de argumentación de Hitler era característica. La inflexibilidad de sus premisas ideológicas unida a la amplitud misma de sus generalidades dogmáticas, hacían que a los críticos les fuese imposible oponerse a sus argumentos sin rechazar al propio Hitler y su visión del mundo. Esa visión del mundo, pese a los ajustes tácticos que habían resultado necesarios, volvía a mostrar su coherencia interna en la importancia básica asignada al inminente enfrentamiento con el bolchevismo, un tema que, como hemos visto, preocupaba a Hitler a lo largo de 1936.

Göring consiguió lo que quería con el memorando de Hitler. Armado

con el respaldo de este pudo establecer su supremacía en la esfera básica de la economía armamentista.[89] Schacht se hizo cargo de la envergadura de la derrota que había sufrido.[90] Hitler se mostraba reacio a prescindir de él por el prestigio que tenía en el extranjero.[91] Pero su estrella se estaba apagando rápidamente. Podían condenarse ya sin más las políticas alternativas a las que se proponían en el memorando de Hitler. El memorando de Goerdeler, que rechazaba el programa autárquico y defendía un recorte del desarme en favor de una reincorporación a la economía de mercado internacional, fue desechado perentoriamente por el nuevo gran jefe de armamentos. El estilo dictatorial con que dirigió la reunión del Gonsejo Ministerial prusiano el 4 de septiembre fue el del vencedor en la lucha de poder, recreándose en la certeza de que controlaba el enorme imperio económico que se abría ya ante él.[92]

El crecimiento de ese inmenso dominio no se derivó de una idea de planificación económica claramente concebida. Parece ser que Hitler había supuesto (en la medida en que se hubiese dignado dedicar alguna consideración a cuestiones organizativas) que Göring trabajaría valiéndose sólo de una pequeña burocracia y operaría como autoridad suprema coordinando la política económica con los ministros correspondientes, que conservarían sus responsabilidades específicas.[93] En vez de eso, Göring improvisó rápidamente una panoplia de «comisarios especiales» (Sonderbeauftragte), respaldado cada uno de ellos por su propio aparato burocrático, para diferentes facetas del Plan Cuatrienal, con frecuencia sin controles claramente delineados, solapándose o interfiriendo no pocas veces con las tareas del Ministerio de Economía, y que sólo debían rendir cuentas, claro está, al propio Göring. Era una receta para la anarquía administrativa y económica.

Pero el impulso que generó el Plan Cuatrienal fue inmenso. Afectó a todas las esferas de la economía en los años siguientes de paz. Las presiones resultantes sobre el conjunto de la economía no eran soportables indefinidamente. El impulso económico generó una dinámica propia que se nutrió directamente del imperativo ideológico de Hitler. Los tecnócratas ambiciosos de las oficinas y suborganizaciones del Plan Cuatrienal, así como los directivos del gigante de la industria química en

rápida expansión IG Farben, estaban también, a su manera, fuese cual fuese su motivación directa, «trabajando en la dirección del Führer». La expansión territorial se hacía necesaria tanto por razones económicas como ideológicas. Y también impulsó la política racial a un nuevo plano el hecho de que los despojos que podía proporcionar un programa de «arianización» se convirtiesen en suculentas ganancias ávidamente absorbidas por una economía que empezaba a recalentarse a causa de las presiones que ella misma generaba.

Cuando Hitler redactó su memorando a finales de agosto de 1936 todo esto quedaba en el futuro. Hitler no tenía una idea clara de cómo se desarrollaría todo. No estaba, además, demasiado interesado en estas cuestiones. Su preocupación más inmediata cuando redactaba el memorando no era la economía sino la propaganda. Necesitaba el nuevo programa económico como piedra angular para la Concentración del Partido. El gran discurso que pronunció allí sobre la economía (que quena pronunciar en principio Göring, como ya hemos visto) se basaba estrechamente, a veces palabra por palabra, en su memorando de agosto.[94] Ahora hablaba públicamente por primera vez de un «nuevo Programa Cuatrienal» (que recordaba su «plan cuatrienal» inicial planteado en 1933, inmediatamente después de que le nombraran canciller).[95] Una economía planificada daba la impresión de ser moderna. Se había introducido ya un «Plan Quinquenal» en el estado bolchevique hacia el que iban dirigidos en última instancia los preparativos alemanes.[96] La denominación «Plan Cuatrienal» cuajó en seguida en la prensa alemana. Pasó a ser la denominación oficial unas semanas después, el 18 de octubre, con el «Decreto de Ejecución del Plan Cuatrienal» de Hitler.[97]

Capítulo IV

En la esfera de la política exterior, los cambios que habían empezado a producirse durante la crisis abisinia fueron asentándose a lo largo del verano y del otoño de 1936. Estaban empezando a adorar unos contornos más claros. Consideraciones diplomáticas, estratégicas, económicas e ideológicas (diferenciables pero a menudo íntimamente entrelazadas) estaban arrastrando a Alemania a aguas desconocidas y más peligrosas. La posibilidad de una nueva conflagración europea estaba empezando a parecer real, por muy inconcebible y terrorífica que resultase la perspectiva para la mayoría de los miembros de la generación que había pasado por la última.

La alianza con Inglaterra, deseada desde hacía tiempo y que había parecido una posibilidad real en junio de 1935, cuando se firmó el Pacto Naval, había seguido siendo algo difícil de conseguir. Aún era un sueño remoto. La crisis abisinia y la reocupación de la Renania, y ahora la Guerra Civil española, habían constituido obstáculos para una relación más estrecha, pese a los esfuerzos alemanes por atraer a los que se suponía que tenían poder e influencia en Inglaterra.[98] Ribbentrop, nombrado en el verano embajador en Londres (cargo que asumió a regañadientes), con órdenes de Hitler de conseguir arrastrar al gobierno inglés a un pacto anti-Comintern, tenía cada vez menos esperanzas, después de su triunfo con el Tratado Naval, de que se pudiese llegar a una alianza con los ingleses.[99] Hitler le comentó a Mussolini en septiembre que el nombramiento de Ribbentrop constituía la última tentativa de ganarse a Inglaterra.[100] Pero el nuevo «embajador Brickendrop», como se le motejó debido a sus innumerables faux pas (como saludar al rey con el «saludo hitleriano») y por el que pasó a conocérsele en los círculos diplomáticos londinenses, o «Embajador de Media Jornada» debido a sus frecuentes ausencias, hizo de todos modos su aportación personal al creciente distanciamiento que se sentía en Inglaterra respecto al Tercer Reich.[101] Para Hitler la abdicación el 11 de diciembre de 1936 del rey Eduardo VIII, en vista de la oposición que había en Inglaterra al enlace matrimonial que se proponía con una estadounidense divorciada dos veces, Wallis Simpson, fue una victoria de las fuerzas hostiles a Alemania.[102] Ribbentrop le había animado considerando que el rey era proalemán y antisemita y que había sido

depuesto por una conspiración antialemana vinculada a los judíos, los masones y poderosos grupos de presión políticos.[103] A finales de año (según una información sobre sus puntos de vista), Hitler no estaba ya tan entusiasmado con la alianza con Inglaterra, y aseguraba (se puede dudar que estuviese convencido del todo de ello) que podría aportar como máximo algunos pequeños beneficios coloniales, pero que obstaculizaría por otra parte los planes de expansión de Alemania en el centro y sureste de Europa. La razón que daba era que Italia, debido a la alianza angloalemana que socavaría su política en el Mediterráneo, se vería obligada a aliarse con Francia, lo que llevaría a un bloque de los dos países que intentaría establecer un nuevo orden en el sureste de Europa. Su conclusión era que unos vínculos más fuertes con Italia favorecerían mucho más los intereses de Alemania.[104]

La reaproximación a Italia (lenta y tenue en la primera mitad de 1936) había llegado a cuajar por entonces en una nueva alianza de las dos dictaduras militaristas de corte fascista que dominaban la Europa central y meridional. La crisis abisinia había acercado a Italia a Alemania, como hemos indicado ya. Habían dejado de ser un problema las posibles repercusiones que esto podía tener en Austria. Esta, privada de Facto de su protector italiano, se vio más arrastrada aún, inevitablemente, por la estela alemana.[105] Alentada por los italianos y sometida a la presión de Alemania, acabó firmando el 11 de julio de 1936 un acuerdo de amplio alcance con ella que mejoraba las relaciones entre los dos países y ponía fin a las restricciones que pesaban sobre la prensa alemana y sobre las actividades económicas y culturales alemanas dentro de Austria.[106] El acuerdo, aunque reconocía la independencia austríaca, sometía en realidad al vecino oriental del Reich a una dependencia en los ámbitos de la economía y de la política exterior.[107] Se trataba de una evolución de las cosas que se adecuaba por entonces a los deseos tanto de Alemania como de Italia.[108] Y al cabo de unas semanas la ayuda proporcionada por las dos dictaduras a los rebeldes nacionalistas de España y la participación cada vez mayor en la guerra acercaron aún más a Alemania y a Italia. Los pilotos alemanes e italianos no tardaron en operar allí al unísono.[109] La aniquilación del pueblecito vasco de Guernica, con el resultado de 2.500 ciudadanos muertos o

heridos, en un bombardeo devastador de tres horas la tarde del 26 de abril de 1937 por fuerzas conjuntas germanoitalianas, inmortalizado en el famoso cuadro de Picasso, se convertiría en un emblema del horror de la Guerra Civil española y de los civiles inocentes indefensos frente a la nueva amenaza aterradora procedente del cielo.[110]

Los beneficios diplomáticos de estos vínculos más estrechos con Italia estaban reforzados en opinión de Hitler por las credenciales antibolcheviques del régimen de Mussolini. En su memorando de agosto sobre la economía, Hitler había destacado a Italia como el único país europeo aparte de Alemania capaz de mantenerse firme ante el bolchevismo.[111] En septiembre hizo tentativas de acercamiento a Mussolini a través de su enviado Hans Frank, invitándole a visitar Berlín al año siguiente; invitación que fue aceptada inmediatamente.[112] El yerno de Mussolini, el vanidoso conde Ciano (el Ducellino), concretó los detalles con Neurath a mediados de octubre. Acordaron luchar unidos contra el comunismo, reconocer rápidamente un gobierno de Franco en España, Alemania aceptó la anexión de Abisinia e Italia expresó su «satisfacción» por el acuerdo germano-austríaco.[113]

Hitler estuvo muy efusivo cuando recibió a Ciano en Berchtesgaden el 24 de octubre. Dijo que Mussolini era «el estadista más importante del mundo, con el que ni remotamente puede él compararse».[114] La conversación duró dos horas y cuarto y Hitler, según Ciano, «habló despacio y en voz baja», con «arrebatos violentos cuando se refería a Rusia y al bolchevismo. La forma de expresarse era lenta y un poco ampulosa. Cada pregunta daba lugar a una larga exposición y repetía varias veces cada concepto con otras palabras. […] Los temas principales de su conversación fueron el bolchevismo y el cerco inglés».[115] Ciano le había hablado a Hitler de un telegrama que había caído en manos italianas dirigido a Londres, al Ministerio de Asuntos Exteriores inglés, por el embajador inglés en Berlín, sir Erich Phipps, que decía que el gobierno del Reich estaba en manos de peligrosos aventureros. La airada respuesta de Hitler fue que «Inglaterra estaba dirigida también por aventureros cuando había construido su imperio. Hoy está gobernada sólo por incompetentes». Alemania e Italia deberían «pasar al ataque», utilizando la táctica del antibolchevismo para obtener apoyo de los

países que recelaban de una alianza germanoitaliana. No había intereses enfrentados entre Italia y Alemania, proclamó. El Mediterráneo era «un mar italiano». Alemania tenía que tener libertad de acción hacia el este y en el Báltico.[116] Dijo que estaba convencido de que Inglaterra atacaría a Italia, a Alemania o a ambas, si se le presentaba la oportunidad y veía buenas posibilidades de éxito. Sin embargo, un frente común antibolchevique, que incluyese a potencias del este, del Extremo Oriente y de Sudamérica, actuaría como elemento disuasorio, y hasta podría empujar a Inglaterra a buscar un acuerdo. Si Inglaterra continuaba con su política agresiva, buscando tiempo para el rearme, Italia y Alemania le llevaban ventaja en rearme material y psicológico, dijo con entusiasmo. Alemania estaría lista en tres años, en cuatro más que lista; y mejor aún en cinco.[117] Una semana después Mussolini dijo en un discurso que pronunció en Milán, en la plaza de la catedral, que el vínculo que unía Berlín y Roma era como «un eje en torno al cual pueden girar todos aquellos estados europeos que tengan un deseo de paz y colaboración».[118] Se acuñó así un término nuevo, «Eje», que en un sentido positivo o negativo, pasó a cautivar la imaginación. En la propaganda italiana y alemana evocaba el poderío y la fuerza de dos países con filosofías emparentadas que unían sus fuerzas contra enemigos comunes. Para las democracias occidentales alzaba el espectro de la amenaza conjunta a la paz europea de dos potencias expansionistas bajo la jefatura de peligrosos dictadores.

La imagen amenazadora pasó a hacerse global cuando, pocas semanas después de que se formase el Eje, Hitler firmó otro pacto más con la única potencia aparte de Italia a la que había mencionado en su memorando de agosto como adversaria firme del bolchevismo: Japón.[119] Hitler le había dicho a Ciano en septiembre que Alemania había hecho ya progresos considerables con vistas a un acuerdo con Japón en el marco de un frente antibolchevique. La tendencia antibritánica había sido explícita.[120] La fuerza impulsora que había tras el pacto del lado alemán había sido desde el principio Ribbentrop, estimulado por Hitler.[121] Los profesionales del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, mucho más interesados en las relaciones con China, se vieron básicamente excluidos como «aficionados» del Dienststelle Ribbentrop

(Negociado Ribbentrop), la oficina de asuntos exteriores fundada en 1934, en la que había ya unas 160 personas trabajando y en la que Hitler estaba depositando una confianza creciente y que fue la que lo dirigió todo.[122] Neurath no fue el único que se opuso al acercamiento a Tokio (una vez que llegó a enterarse, con retraso).[123] Schacht, Göring y Blomberg, junto con destacados industriales (incluido el magnate del armamento del Ruhr Krupp von Bohlen), figuraban entre los que estaban deseosos de no dañar las relaciones con China, fuente de cuantiosas entregas de materias primas indispensables para la industria armamentista, sobre todo manganeso y tungsteno.[124] En la política exterior alemana «oficial», Japón seguía siendo algo completamente secundario. Pero en la política exterior «alternativa» que estaba dirigiendo Ribbentrop, deseoso de ratificar sus credenciales como portavoz del Führer en asuntos internacionales y en sintonía con el interés ideológico de Hitler por un acuerdo simbólico antibolchevique, las relaciones con Japón tenían una importancia mucho mayor.

Ribbentrop se valió en enero de 1935 de su intermediario, el doctor Friedrich Wilhelm Hack, que estaba bien relacionado con los círculos industriales importantes y con los militares japoneses, para efectuar tanteos. Los jefes militares japoneses se dieron cuenta de que un acercamiento a Berlín podía debilitar los vínculos alemanes con China y proporcionarles un aliado potencial contra la Unión Soviética.[125] La principal iniciativa durante la segunda mitad de 1935 parece que la tomaron, en realidad, las autoridades militares japonesas, a través de Hack, en estrecha colaboración con Ribbentrop.[126] En octubre el agregado militar japonés en Berlín, Hiroshi Oshima, hizo propuestas para un pacto de neutralidad antisoviético. Ribbentrop trasladó a Hitler las propuestas (presentadas como un pacto contra la Comintern, no directamente contra la Unión Soviética) a finales de noviembre, y obtuvo su aprobación. Debido a la agitación interna que se produjo en Japón a raíz de la revuelta militar de febrero de 1936, y a la situación internacional en rápido cambio, el pacto tardaría casi un año en llegar a fructificar.[127] El 27 de noviembre de 1936 Hitler aprobó lo que acabaría llamándose el Pacto Anti-Comintern (Italia se sumó a él un año después), de acuerdo con cuya provisión principal (incluida en un

protocolo secreto) ninguna de las partes ayudaría a la Unión Soviética de ningún modo en caso de que esta atacase a Alemania o al Japón.[128] El pacto era más importante por lo que simbolizaba que por sus provisiones concretas: las potencias más militaristas y expansionistas del inundo habían hallado un medio de aproximarse. Aunque el pacto fuese ostensiblemente defensivo, no parecía que fuese a fomentar las perspectivas de paz en ninguna de las dos zonas del planeta.[129]

Hitler proclamó en su discurso al Reichstag de 30 de enero de 1937, día en que se celebraba el cuarto aniversario de su ascensión al poder, que «la hora de las supuestas sorpresas» había pasado ya. Alemania quería «a partir de ahora de modo leal» trabajar en condiciones de igualdad con otras naciones para superar los problemas que asediaban a Europa.[130] Este pronunciamiento no tardaría en resultar aún más cínico de lo que en su momento pareció. El que fuesen inevitables posteriores «sorpresas» (y que no tardasen mucho en producirse) no se debió sólo al temperamento y la psicología de Hitler. Las fuerzas desencadenadas en cuatro años de régimen nazi (internas y externas) estaban generando su propia dinámica. Los que de formas tan distintas estaban «trabajando en la dirección del Führer» garantizaban, directa o indirectamente, que las propias obsesiones ideológicas de Hitler sirviesen como directrices generales de las iniciativas políticas. La inquietud (y la temeridad) arraigadas en la personalidad de Hitler reflejaban las presiones en pro de la acción que emanaban de diferentes modos de los diversos componentes del régimen, débilmente unidos por objetivos de afirmación nacional y pureza racial encarnados en la figura del Caudillo. Internacionalmente, la fragilidad y la inestabilidad crónica del orden de postguerra habían quedado al descubierto brutalmente. Dentro de Alemania, la quimérica búsqueda de la pureza racial, respaldada por una jefatura para la que eso era un dogma de fe fundamental, se podía contener temporalmente, si las circunstancias lo exigían, pero era inevitable que no tardase en reafirmarse para dar una vuelta más al tornillo de la discriminación. El régimen nazi no podía quedarse parado. Como habría de comentar el propio Hitler antes de que acabase el año, la alternativa a la expansión (y a la energía nerviosa que era la sangre vital del régimen) era lo que él llamaba «esterilidad», que traía consigo,

al cabo de un tiempo, «tensiones de carácter social», mientras que no actuar en el futuro próximo podría provocar una crisis interna y «un punto debilitador del régimen».[131] El audaz movimiento hacia delante (Flucht nach vorne), marca de fábrica de Hitler, era, pues, intrínseco al propio nazismo.

Capítulo V

A la mayoría de los observadores, tanto externos como internos, el régimen de Hitler, después de cuatro años en el poder, les parecía que había tenido éxito, que era estable y fuerte. La posición personal del Führer era intocable. La imagen de gran estadista y caudillo genial de la nación manufacturada por la propaganda se correspondía con los sentimientos y las expectativas de gran parte de la población. La reconstrucción interna del país y los triunfos nacionales en política exterior, que se atribuían a su «genio», le habían convertido en el dirigente político más popular de toda Europa. La mayoría de los alemanes de a pie (como la mayoría de la gente de a pie de todas partes en la mayoría de las épocas) ansiaba paz y prosperidad. Hitler parecía haber estabilizado las bases necesarias para que las hubiera. Había devuelto la autoridad al gobierno. Se habían restablecido la ley y el orden. Eran pocos los que se preocupaban porque se hubiesen destruido libertades chiles en el proceso. Volvía a haber trabajo. La economía se hallaba en rápida expansión. Qué diferencia entre aquello y el paro masivo y el desastre económico de la democracia de Weimar. Aún había muchísimo que hacer, por supuesto. Quedaban muchas quejas que satisfacer. Entre ellas, el conflicto con las iglesias que provocaba mucho resentimiento. Pero se eximía en general a Hitler de toda culpa. Pese a cuatro años ya de «lucha de la Iglesia» feroz, el jefe de la Iglesia

Protestante de Baviera, el obispo Meiser, ofreció públicamente oraciones por Hitler, dando gracias a Dios «por cada éxito que, a través de vuestra gracia, le habéis otorgado hasta ahora por el bien de nuestro pueblo».[132] La mayoría suponía que los aspectos negativos de la vida cotidiana no se debían al Führer. Eran culpa de sus subordinados, que le ocultaban a menudo lo que sucedía.

Sobre todo, y esto hasta los críticos tenían que admitirlo, Hitler había restaurado el orgullo nacional alemán. Alemania había superado su humillación de postguerra y se había convertido de nuevo en una gran potencia. Había quedado demostrado que la defensa mediante la fuerza era una estrategia victoriosa. Hitler había corrido riesgos. Había habido mucho miedo a que esos riesgos condujesen a una nueva guerra. Pero siempre había quedado demostrado al final que él tenía razón. Y la posición de Alemania se había fortalecido extraordinariamente como consecuencia. Aun así, hubo un alivio generalizado cuando Hitler indicó en su discurso de 30 de enero de 1937 que el periodo de «sorpresas» había terminado. El comentario de Hitler se interpretó en todo el país como un signo de que las prioridades pasarían a ser ya la consolidación y la estabilidad.[133] No duraría mucho esa ilusión. El año de 1937 habría de ser el de la calma que precede a la tormenta.[134]

Hitler no sólo se había ganado a la gente ordinaria. Y la impresión de que el caudillo del Tercer Reich era un hombre de una visión y un talento extraordinarios no fue sólo algo creado por las fantasías de los medios de comunicación. Una figura de la talla de David Lloyd-George (un producto de las tradiciones radicales galesas, antiguo jefe del Partido Liberal y primer ministro de Inglaterra en la época del Tratado de Versalles) salió de su entrevista de tres horas con Hitler en la Berghof a principios de septiembre de 1936 (en la que los antiguos adversarios habían intercambiado recuerdos de la Primera Guerra Mundial) enormemente impresionado, convencido de que el dirigente alemán era «un gran hombre».[135] Aún más notable fue el caso del dirigente laborista inglés y notorio pacifista George Lansbury (cuyo traje arrugado y su jersey de lana hicieron que se introdujese un nuevo código indumentario para las audiencias del Führer): salió de su entrevista con Hitler de mediados de abril de 1937 firmemente convencido de que este

estaba dispuesto a hacer lo que fuese necesario para evitar la guerra.[136] Tanto se había entusiasmado en la entrevista que no se había dado cuenta de lo mucho que estaba aburriendo a Hitler, y de lo vagas y elusivas que habían sido las respuestas monosilábicas de este a los planes de paz idealistas que había expuesto él.[137] Otros eminentes visitantes extranjeros que se entrevistaron con Hitler salieron de la entrevista también con impresiones positivas. «No solamente inspiraba miedo o aversión—recordaba el embajador francés François-Poncet—. Provocaba curiosidad; despertaba simpatía; su prestigio crecía; la fuerza de atracción que emanaba de él causaba efectos más allá de las fronteras de su país».[138]

Hitler podía causar una impresión positiva en un encuentro personal incluso a los que en el interior de Alemania mantenían una postura crítica declarada frente al régimen. Se le daba muy bien sintonizar con la sensibilidad de su interlocutor, podía ser encantador y parecía a menudo una persona razonable y complaciente. Era, como siempre, un hábil simulador. En una relación personal podía hacer comulgar con ruedas de molino incluso a los críticos más enardecidos. Tras una entrevista con él de tres horas en el Berghof a principios de noviembre de 1936, el influyente arzobispo católico de Munich-Freising cardenal Faulhaber (hombre de agudo ingenio, que había criticado valerosamente muchas veces los ataques nazis a la Iglesia Católica) se fue convencido de que Hitler era profundamente religioso. «Es indudable que el Canciller del Reich vive en la fe en Dios—comentaba en un informe confidencial—. Reconoce que es el cristianismo quien ha edificado la cultura occidental».[139]

Pocos eran los que podían afirmar, incluso entre los que estaban a diario en su compañía (el entorno habitual de ayudantes y secretarios) y los que tenían acceso privilegiado y frecuente, que «conocían» a Hitler, que conseguían acercarse al ser humano que había dentro de la cáscara del personaje del Führer. El propio Hitler procuraba firmemente mantener la distancia. «Las masas necesitan un ídolo», habría de decir más tarde.[140] Representaba el papel no sólo para las masas, sino incluso para su entorno más íntimo. Pese a los torrentes de palabras que vertía en público, y a los prolongados monólogos que propinaba a los

miembros de su círculo personal, era por temperamento un individuo muy reservado, hermético incluso. Debido a un cinismo y una desconfianza profundamente arraigados ni quería confiar en los demás ni era capaz de hacerlo. Tras el personaje público conocido por millones de personas, había una personalidad cerrada. Eran muy escasas las relaciones verdaderamente personales. Mantenía a distancia hasta a la mayoría de los que llevaban años incluso en su entorno inmediato. No utilizaba la forma familiar Du («tú») más que con un puñado de personas. Utilizó la forma distante de tratamiento Sie («usted») hasta cuando volvió a ver a su amigo de la juventud August Kubizek al año siguiente, después de la Anschluss.[141] La forma convencional de dirigirse a él, que había quedado establecida a partir de 1933, Mein Führer, subrayaba el formalismo de las relaciones. La autoridad de su cargo dependía de que se preservase el halo del que se le rodeaba, como él sabía muy bien. Esto le exigía mantenerse distanciado hasta de los miembros de su familia inmediata. El «misterio» de la personalidad de Hitler tenía importantes causas funcionales, además de temperamentales. Para él era más importante el respeto a su autoridad que el afecto personal.

Las relaciones de Hitler con los miembros de su servicio personal eran serias, correctas, educadas y corteses. Solía intercambiar unas cuantas palabras amables con sus secretarias una vez liquidados los compromisos que pudiese tener a última hora de la mañana, y solía tomar el té con ellas por la tarde y por la noche.[142] Disfrutaba con los chistes y canciones (acompañadas al acordeón) de su cocinero y Hausintendant o mayordomo Arthur Kannenberg.[143] Podía mostrar simpatía y comprensión, como cuando su nuevo ayudante de la Luftwaffe, Nicolaus von Below, tuvo que pedirle (con mucha vergüenza) permiso para irse de luna de miel inmediatamente después de entrar a su servicio.[144] Envió regalos a Christa Schroeder, una de sus secretarias, cuando se puso enferma y la visitó en el hospital.[145] Disfrutaba haciendo regalos a sus colaboradores por sus cumpleaños y en Navidad, y se ocupaba personalmente de elegir los más adecuados.[146]

Pero faltaban el calor y el afecto auténticos. Las muestras de amabilidad y consideración eran superficiales. A Hitler sus colaboradores

y ayudantes personales le interesaban sólo mientras le eran útiles.[147] Por muy prolongados y leales que fuesen sus servicios, si dejaban de ser útiles prescindía de ellos. El personal, por su parte, admiraba al «jefe» (der Chef), que era como le llamaban. Le respetaban y, a veces, le temían. Su autoridad era absoluta y nadie la discutía. La lealtad de todos ellos hacia él estaba también por encima de cualquier duda. Pero es dudoso que les gustase de verdad como persona. Había una cierta rigidez en el ambiente siempre que estaba presente él. Era difícil relajarse en su compañía. Era exigente con su personal, que tenía que trabajar muchas horas y ajustarse a sus excéntricos hábitos de trabajo.[148] Sus secretarias estaban de servicio muchas veces por las mañanas, pero tenían que estar dispuestas a tomar al dictado largos discursos por la noche, tarde o muy temprano.[149] Aunque en ocasiones era de una amabilidad paternalista, otras veces apenas reparaba en su existencia.[150] Era, a sus propios ojos, más incluso que a los de los que le rodeaban, la única persona que importaba. Sus deseos, sus sentimientos y sus intereses eran lo único que contaba. Podía ser indulgente con las pequeñas infracciones siempre que no le afectaran a él. Pero cuando se sentía agraviado, o menospreciado, podía ser duro en el tratamiento de los que le rodeaban. Era brusco y ofensivo con la amiga, que le caía mal, de su ayudante jefe Wilhelm Brückner, veterano de la SA de los primeros tiempos del partido que había participado en el fallido golpe de 1923.

Unos años más tarde le despediría perentoriamente, pese a sus prolongados y esforzados servicios, a raíz de una disputa intrascendente.[151] En otra ocasión despidió a su ayuda de cámara Karl Krause, que llevaba varios años a su servicio, también por un asunto trivial.[152] Hasta su jovial jefe de recepción, Arthur Kannenberg, que disfrutaba en general de una libertad parecida a la de un bufón de corte, tenía que tener mucho cuidado. Angustiado siempre por la posibilidad de que ocurriese algo embarazoso que pudiera dejarle en ridículo y dañar su imagen, Hitler le amenazó con castigarle si el personal a su cargo cometía algún error en las recepciones.[153]

A Hitler le desagradaba profundamente cualquier cambio en el personal de su entorno inmediato. Le gustaba ver las mismas caras a su alrededor. Quería que fuesen aquellos a los que estaba habituado y que

estaban habituados a él. Era notablemente uniforme en sus rutinas, inflexible en sus hábitos y sumamente reacio a introducir cambios en su equipo personal, para ser alguien cuyo estilo de vida había sido siempre tan bohemio en muchos aspectos.[154]

En 1937 tenía cuatro ayudantes personales: el SA-Gruppenführer Wilhelm Brückner (el ayudante jefe); Julius Schaub (que había sido antes jefe de su guardia personal, un veterano del golpe de 1923 que había estado en la prisión de Landsberg con él y a su servicio personal desde entonces, y que estaba al cargo de sus documentos confidenciales, llevaba dinero para uso del «jefe», actuaba como su secretario personal, factótum general y «cuaderno de notas»); Fritz Wiedemann (que había sido superior directo de Hitler en la guerra); y Albert Bormann (el hermano de Martin, con el que no se hablaba, sin embargo).[155] Tres ayudantes militares (el coronel Friedrich Hossbach del ejército de tierra, el capitán Karl-Jesko Otto von Puttkamer de la marina y el capitán Nicolaus von Below de la Luftwaffe) eran los responsables de la relación de Hitler con los jefes de las fuerzas armadas. Las secretarias, los ayudas de cámara (tenía que haber uno de servicio en todos los momentos del día), su piloto, Hans Bauer, su chófer Erich Kempka, el jefe del SS-Leibstandarte «Adolf Hitler» y hombre de confianza del Führer desde hacía muchos años, Sepp Dietrich, los jefes del cuerpo de guardia y los agregados de la policía y los médicos que le atendieron en distintas épocas, formaban parte todos ellos de su servicio personal suplementario.[156]

En 1937 la jornada de Hitler se ajustaba a una pauta bastante regular, al menos cuando estaba en Berlín. A última hora de la mañana, su ayudante de cámara, Karl Krause, daba unos golpecitos en la puerta y dejaba los periódicos y cualquier mensaje importante que pudiese haber junto a la puerta de su cuarto. Mientras Hitler recogía esto y lo leía, Krause corría a su cuarto de baño y Le preparaba la ropa. Hitler, siempre preocupado por evitar qué le vieran desnudo, insistía en vestirse él mismo, sin ayuda de nadie.[157] No solía salir hasta el mediodía de su suite privada de la nueva Cancillería del Reich renovada, llamada también «apartamento del Führer», y que constaba de un salón, una biblioteca, un dormitorio y un cuarto de baño, junto con una habitación

pequeña reservada para Eva Braun.[158] Daba entonces las instrucciones necesarias a sus ayudantes militares, o recibía información de ellos, Otto Dietrich le pasaba un resumen de la prensa y Hans Heinrich Lammers, jefe de la Cancillería del Reich, le indicaba cuáles eran los compromisos del día. Las reuniones y discusiones, en las que Hitler solía pasear con su interlocutor por el «Wintergarten» (o invernadero) contemplando el jardín, ocupaban generalmente las dos horas siguientes (a veces más), de manera que la comida solía retrasarse.[159]

El comedor, claro y espacioso, tenía en el centro una gran mesa redonda con una docena de sillas y cuatro mesas pequeñas alrededor, con seis sillas cada una. Hitler se sentaba en la mesa grande de espaldas a la ventana, frente a un cuadro de Kaulbach, Entrada de la Diosa Sol.[160] Algunos de los invitados (entre ellos Goebbels, Göring y Speer) solían acudir habitualmente. Otros eran nuevos o se les invitaba raras veces. Se hablaba en general de los acontecimientos mundiales. Pero Hitler adaptaba la discusión a las personas presentes. Era cuidadoso con lo que decía. Procuraba conscientemente que a los imitados les quedase grabada su opinión, en algunos casos puede que para ver cómo reaccionaban. A veces dominaba la «conversación» él con un monólogo. Otras veces, se contentaba con escuchar mientras Goebbels discutía con otro comensal, o se desarrollaba una conversación más general. A veces la charla era interesante. A los nuevos podía parecerles la ocasión emocionante y las palabras de Hitler una «revelación». A Frau Below, la esposa del nuevo «Luftwaffe-Adjutant», el ambiente y la compañía de Hitler le parecían al principio estimulantes y le impresionaban mucho sus conocimientos de historia y de arte.[161] Pero para el personal de la casa que ya lo había oído todo muchas veces, la comida del mediodía solía ser un asunto tedioso.[162]

Después de comer había normalmente otras reuniones en el Salón de Música con embajadores, generales, ministros del Reich, dignatarios extranjeros o conocidos personales como los Wagner o los Bruckmann. Estas reuniones raras veces duraban más de una hora, y se organizaban en torno a un té. Después, Hitler se retiraba a sus habitaciones para un descanso, o se iba a dar un paseo por el parque adyacente a la Gandulería del Reich.[163] No se sentaba en todo el día en su

monumental escritorio más que para añadir apresuradamente su Urina a leyes, cartas de nombramiento u otros documentos oficiales que le presentaban. Dictaba poco o nada a sus secretarias, aparte de sus discursos importantes, cartas a jefes de estado extranjeros y la esporádica nota protocolaria de agradecimiento o de condolencia.[164] Esto no se debía sólo a su aversión a la burocracia, sino a que no quería de ninguna manera comprometerse por escrito. La consecuencia era que sus ayudantes y el personal a su servicio tenían que encargarse a menudo de pasar a forma escrita directrices que eran confusas, que estaban mal estructuradas, o que correspondían a reacciones espontáneas. El ámbito de posible confusión, de distorsión y de malentendidos era enorme. Lo que Hitler se había propuesto o había expuesto originalmente solía dar pie a diferentes interpretaciones, después de haber pasado por varias manos, y era imposible reconstruirlo con seguridad.[165]

La cena, que era hacia las 8, seguía la misma pauta que la comida, pero solía haber menos personas presentes y la conversación se centraba en los temas favoritos de Hitler, como el arte y la historia. Durante la comida, uno de los sirvientes (la mayoría de los cuales procedía de su cuerpo de guardia, el Leibstandarte) presentaba a Hitler una lista de películas, tanto alemanas como extranjeras, que aún no se habían proyectado y que había proporcionado Goebbels. (A Hitler le encantó el regalo de Navidad que le hizo Goebbels en 1937: treinta películas de los cuatro años anteriores y dieciocho de dibujos animados del ratón Mickey).[166] Después de la cena se proyectaba en el Salón de Música la película elegida. Los miembros del servicio y los chóferes de los imitados podían asistir a la proyección. Las secretarias de Hitler, sin embargo, no asistían a las comidas de la Cancillería del Reich, aunque sí tenían acceso a ellas en la atmósfera más relajada del Berghof. ¡Después la conversación se prolongaba normalmente hasta las dos, más o menos, momento en que Hitler se retiraba.[167]

En este mundo del interior de la Cancillería del Reich, con sus rutinas establecidas y sus formalismos, donde se hallaba rodeado del personal que estaba habitualmente a su servicio y recibía además a la mayoría de los visitantes o invitados oficiales, a los que solía inspirar un respeto

reverencial, Hitler permanecía encapsulado en el papel y la imagen del Führer, papel que le había elevado a la condición de un semidiós. Pocos eran capaces de comportarse con naturalidad en su presencia. Los toscos «veteranos» de los primeros tiempos del partido acudían ya con menos frecuencia. Los que asistían a las comidas de la Cancillería del Reich sólo le conocían en la mayoría de los casos desde que había empezado a rodeársele de aquel halo de «gran caudillo».[168] Todo estol reforzaba su propia creencia de que era un «hombre predestinado», que recorría su camino «con la seguridad de un sonámbulo».[169] Al mismo tiempo, estaba cada vez más desvinculado del contacto humano, cada vez más aislado en su reino de megalomanía creciente. Siempre contento de abandonar Berlín, sólo se relajaba un poco mientras estaba con los Wagner durante el festival anual de Bayreuth y en su retiro alpino «de la montaña», encima de Berchtesgaden.[170] Pero hasta en el Berghof se mantenían los rituales. También allí dominaba él toda la existencia de sus invitados. Era prácticamente imposible que se crease una atmósfera informal en su presencia. Y, pese al gran número de personas que estaban pendientes de él y que le rendían pleitesía, Hitler seguía padeciendo una gran pobreza de contacto real, estaba desvinculado de toda relación personal significativa por la superficialidad de sus emociones y por su actitud explotadora y egocéntrica con el resto de los seres humanos.

En cuanto a su relación con Eva Braun (a la que había conocido en 1929, cuando, con diecisiete años de edad, trabajaba en la oficina de su fotógrafo, Heinrich Hoffmann), no podemos saber con seguridad qué satisfacción emotiva le proporcionaba, si es que le proporcionaba alguna. No debía de ser mucha, de todos modos. La mantenía apartada de la mirada pública por razones de prestigio. Las raras veces que estaba en Berlín, permanecía encerrada en su pequeña habitación en el «apartamento del Führer», mientras Hitler atendía las tareas oficiales o estaba ocupado con alguna otra cosa.[171] Ni siquiera en su círculo íntimo permitía que ella estuviera presente en las comidas si había algún invitado importante. No le acompañaba en sus frecuentes viajes y tenía que estar la mayor parte del tiempo en el piso que él tenía en Munich o en el Berghof, el único lugar donde podía aflorar como miembro de la

«familia» extensa.[172] Pero incluso hasta allí la escondía si tenía que recibir a un imitado importante.[173] Cuando estaba presente, Hitler solía tratarla horriblemente, humillándola a menudo delante de otros.[174] En contraste con la galantería rancia (besar manos, coger del brazo o del codo) que solía desplegar con las mujeres guapas, lo único que hacía con ella era frotar con sal la herida.[175] Que sufrió durante mucho tiempo los desdenes de Hitler lo demuestran las quejumbrosas entradas de su diario de dos años antes, de 1935.[176] La profunda depresión que esto le causaba había culminado en una segunda tentativa de suicidio en mayo de aquel año: una sobredosis de somníferos que fue, como su primer intento (con un revólver) de 1932, un cri de coeur más que una tentativa seria de matarse.[177]

Las relaciones en que Hitler se acercó más a la amistad fueron las que mantuvo con Joseph Goebbels y, cada vez más, con su arquitecto de corte y nuevo favorito Albert Speer, al que en enero de 1937 encomendó la tarea de dirigir la reconstrucción de Berlín.[178] Buscaba a menudo la compañía de ambos, le complacía su presencia, estimaba a sus esposas y familiares y podía sentirse con ellos tranquilo y a gusto. La casa de Goebbels era para él un refugio frecuente en Berlín. Las largas conversaciones con Speer sobre la reconstrucción de la capital equivalían a lo más parecido a una «afición» que Hitler tenía, un alivio grato de su entrega pon lo demás total a la política. En el caso de Goebbels había al menos elementos de una relación paternofilial.[179] Hasta pudo atisbarse un raro destello de interés humano cuando en septiembre de 1937 le pidió que se quedase un día más en Nuremberg después de la Concentración del Partido, porque (según el ministro de propaganda) no le gustaba que volase de noche.[180] Hitler era la figura dominante, la figura del padre. Pero debía de ver algo de sí mismo en cada uno de sus dos protegidos: el brillante propagan dista en Goebbels, el arquitecto de talento en Speer.

En el caso de Speer, la fascinación por la arquitectura aportaba un vínculo obvio. A los dos les gustaban los edificios neoclásicos de una escala monumental. A Hitler le impresionaban el gusto de Speer en arquitectura, su energía y su capacidad de organización. Había pasado rápidamente a considerarle el arquitecto que podía llevar a la práctica

sus propios planes grandiosos de construcción, concebidos como la representación de una gloria y un poderío teutónicos que durarían siglos. Pero había otros arquitectos disponibles, algunos mejores que Speer. El atractivo que este poseía para Hitler no se reducía a la manía constructora que les vinculaba estrechamente. No había en el asunto nada homoerótico, o al menos no lo había conscientemente. Pero es posible que Hitler viese en aquel arquitecto guapo, de una ambición ardiente, con talento, de éxito, una imagen inconscientemente idealizada de sí mismo.[181] Lo que está claro es que tanto Speer como Goebbels adoraban a Hitler. La adoración que Goebbels profesaba a Hitler como figura paterna se mantuvo incólume desde mediados de la década de 1920. «Es un hombre fabuloso» fue sólo una de sus efusiones sentimentales de 1937 hacia el personaje que era el centro de su universo.[182] En el caso de Speer, como él mismo reconocería más tarde, el amor que sentía por Hitler trascendía las ambiciones de poder que su protector y modelo que imitar podía satisfacer… aunque hubiese sido de ellas de las que había surgido en principio y no pudiese llegar nunca a separarse completamente de ellas.[183]

En años anteriores, Hitler había hablado invariablemente de su propia «misión» como el mero inicio del paso de Alemania al dominio del mundo. El proceso tardaría generaciones en completarse del todo.[184] Pero, exaltado por triunfos casi inimaginables desde 1933 y víctima cada vez más del mito de su propia grandeza, crecía progresivamente en él la impaciencia por ver cumplida su «misión» en vida.

Esto se debía, en parte, a una megalomanía incipiente. En 1937 habló en numerosas ocasiones de planes de construcción de una monumentalidad asombrosa.[185] El día de su cumpleaños, a medianoche, estuvo fantaseando sobre un futuro glorioso con Goebbels y Speer delante de los planos de la reconstrucción de Berlín.[186] Pensó incluso durante un tiempo en fundar una nueva capital en el Müritzsee de Mecklenburg, unos 130 kilómetros al noroeste de Berlín, pero acabó abandonando una idea que era patentemente absurda.[187] «El Führer no está dispuesto a hablar de dinero. ¡Construid, construid! ¡Ya se pagará de un modo u otro! —le hace decir Goebbels—. Federico el Grande no preguntó por el dinero cuando edificó Sanssouci».[188]

Operaba aquí también como estímulo la creciente preocupación de Hitler por su propia mortalidad y la impaciencia por conseguir todo lo que pudiese durante lo que le quedase de vida. Hasta mediados de la década de 1930, su salud había sido en general buena, asombrosamente buena si tenemos en cuenta que no hacía ejercicio, que consumía una dieta pobre (antes incluso de su estrambótico vegetarianismo, que adoptó a raíz de la muerte de su sobrina Geli Raubal en 1931) y a su elevado desgaste nervioso. Padecía ya, sin embargo, de dolores de estómago crónicos que se convertían a veces en espasmos agudos.[189] Un específico que tomaba (un viejo remedio de las trincheras basado en el aceite de limpiar las armas) resultó que era ligeramente tóxico y que producía jaquecas, visión doble, mareos y zumbidos en los oídos.[190] En 1935 había estado preocupado por la posibilidad de que fuese canceroso un pólipo que tenía en la garganta (se lo extirparon finalmente en mayo de ese año).[191] Resultó que era inofensivo. Durante 1936, un año de tensión casi constante, los retortijones de estómago fueron a menudo graves, y le salió un eccema en ambas piernas y las tenía que llevar cubiertas de vendas.[192] En la Navidad de 1936 pidió al doctor Theodor Morell, un médico que había tratado con éxito a su fotógrafo Heinrich Hoffmann, que intentara curarle. Morell le dio vitaminas y un nuevo fármaco para Jos problemas intestinales.[193] Goebbels mencionó en junio de 1937, y de nuevo en agosto, que Hitler no se encontraba bien.[194] Pero en septiembre, parece que el tratamiento de Morell cambió las cosas. Hitler estaba bastante impresionado. Volvía a sentirse en forma, había recuperado el peso normal y habían desaparecido los eccemas.[195] Su fe en Morell perviviría hasta el búnker de 1945. Desde finales de 1937 en adelante su creciente hipocondría le hizo apoyarse cada vez más en las pastillas, medicamentos e inyecciones de Morell.[196] Y el miedo al cáncer (que había sido la causa de la muerte de su madre) no le abandonó nunca. A finales de octubre, explicó en una reunión de jefes de propaganda que sus padres habían muerto jóvenes los dos y que a él probablemente no le quedase mucho tiempo de vida. «Era necesario, por tanto, resolver los problemas que había que resolver (espacio vital) lo más pronto posible, para que eso pudiera tener lugar durante su periodo de vida. Las generaciones posteriores ya no serían capaces de conseguir

lo. Sólo él se hallaba en condiciones de poder hacerlo».[197]

Durante 1937 Hitler estuvo raras veces alejado de la mirada pública. No se perdió una sola oportunidad de grabar en la mente del pueblo alemán todo un despliegue de «logros» internos escasamente creíbles y las glorias de sus grandes «triunfos» en política exterior. Exaltado por el éxito y seguro de la adulación de las masas, quería que le vieran. Los lazos entre el Führer y el pueblo (la argamasa del régimen, del que dependía que se consiguiesen repetir logros y triunfos) se reforzaron con ello. Y para Hitler los éxtasis que le procuraban sus audiencias de masas eran como nuevas dosis de una droga que alimentaba su egomanía.

Una sucesión constante de actuaciones garantizaba que estuviese siempre visible. En 1937 el calendario nazi, que giraba en torno a los discursos importantes y las apariciones públicas de Hitler y los desfiles y concentraciones a que asistía, estaba ya bien establecido, los rituales firmemente definidos. Un discurso al Reichstag el 30 de enero (el aniversario de la toma de posesión de su nombramiento como canciller), los discursos a los «veteranos» del partido del 24 de febrero (el aniversario de la promulgación del Programa del Partido de 1920) y el 8 de noviembre (el aniversario del golpe fallido de 1923), la presidencia de los grandes desfiles militares de su cumpleaños, el 20 de abril, un discurso ante una inmensa multitud (estimada en 1.200.000 personas en 1937) en el Lustgarten de Berlín el «Día Nacional de la Fiesta del Pueblo Alemán» (1 de mayo) y, por supuesto, la semana de la Concentración del Partido del Reich en Nuremberg, en la primera mitad de septiembre, constituyeron todos ellos celebraciones oficiales del año. Figuraron además ese año, entre otras apariciones públicas, las siguientes: la inauguración de la Exposición Internacional del Automóvil que tuvo lugar en Berlín el 20 de febrero, al día siguiente de depositar una corona en el monumento al soldado desconocido de Berlín y de una revista de tropas, en el «Día de la Conmemoración de los Héroes»; la botadura del barco de «Al Vigor por la Alegría» Wilhelm Gustloff (concebido como un transatlántico para los trabajadores alemanes) el 5 de mayo; la inauguración de la Exposición Agrícola del Reich que se celebró en Munich el 30 de mayo; un discurso ante 200. 000 personas en la concentración de Gau del partido de la Bayerische Ostmark (Marcas

Orientales Bávaras) en Ratisbona el 6 de junio y en otra concentración de masas posterior de la Gau Unterfranken (Baja Franconia) el 27 de ese mismo mes; un discurso en la fiesta de inauguración de la Casa del Alte Alemán (la nueva e impresionante galería de arte proyectada por uno de los primeros arquitectos favoritos de Hitler, Paul Ludwig Troost) en Munich el 19 de julio; una alocución a medio millón de asistentes al Festival de la Liga de Cantantes Alemanes en Breslau [Wroclaw] el 1 de agosto; cinco días de visita oficial de Mussolini a Alemania entre el 25 y el 29 de septiembre; discursos a primeros de octubre en la fiesta de la cosecha en el Bückeberg, cerca de Hannover, y en Berlín en la inauguración de la campaña «Ayuda de Invierno» (la colecta anual que empezó a hacerse en 1933 para ayudar a los parados en los meses de invierno); un discurso a los fieles del partido en Augsburgo el 21 de noviembre y otro en la colocación de la primera piedra de la Facultad de Técnica Militar de la Universidad Técnica de Berlín el 27 de noviembre. Hitler pronunció en total unos veintiséis discursos importantes en el curso del año (trece sólo en la concentración del partido de Nuremberg), aparte de alocuciones menores y apariciones en desfiles y otros actos públicos en que no habló.[198]

El efecto de sus discursos dependía mucho, como siempre, del lugar donde los pronunciase. El contenido era repetitivo y monótono. Los temas eran los familiares. Se alababan logros del pasado, se anunciaban grandiosos planes futuros, se insistía en los horrores y la amenaza del bolchevismo. Pero no había ningún conflicto entre propaganda e ideología. Hitler creía en lo que decía.

Consideraba que se estaba consiguiendo completar la «nacionalización de las masas» (el requisito previo para la expansión y el poder alemanes, que él venía postulando desde principios de la década de 1920). En su discurso de tres horas ante el Reichstag de 30 de enero de 1937, en el aniversario de su ascensión al poder, discurso en que dio cuenta de sus primeros cuatro años en el cargo, afirmó que había restaurado el honor alemán con la reimplantación del servicio militar obligatorio, la creación de la Luftwaffe, la reconstrucción de la marina y la reocupación de la Renania, y proclamó que retiraba solemnemente la firma alemana de la aceptación de culpabilidad por la guerra del Tratado

de Versalles, «arrancada entonces a un gobierno débil».[199] El 1 de mayo, ensalzó a Alemania como una sociedad sin clases en que individuos de todos los orígenes tenían una oportunidad de ascender hasta la cima por sus propios méritos… siempre que coincidiesen con el interés colectivo de la nación y siempre que se diese un sometimiento ciego y absoluto, como el que él mismo había practicado durante casi seis años cuando había estado sirviendo en el ejército.[200] Totalmente distanciado de las consideraciones prácticas de la política cotidiana, exponía una visión imponente del poder, el dominio y la grandeza de Alemania atesorada en el arte heroico y en la arquitectura que monumentalizaba los logros culturales teutónicos para un millar de años. «La construcción de un templo» para «un arte alemán verdadero y eterno», así era como describía él la «Casa del Arte Alemán» en su inauguración en el mes de julio.[201] Obsequiar a «un pueblo milenario de un pasado cultural e histórico de mil años» con una «ciudad milenaria» que se correspondiese con él era lo que tenía previsto Hitler en noviembre en su proyecto de convertir Berlín en «Germania», la capital del mundo.[202] En la Concentración del Partido del Reich de Nuremberg de primeros de septiembre, los temas de los grandes triunfos nacionales y sociales de los últimos años se emparejaron con los objetivos de una revolución racial cuyas profundas consecuencias crearían «al nuevo hombre» (Menschen).[203] El extenso discurso que pronunció en la clausura del Congreso del Partido fue una diatriba contra el «bolchevismo judío».[204] En pasajes que recuerdan a veces Mein Kampf y en su ataque más feroz a los judíos en muchos meses, los retrató como la fuerza impulsora del bolchevismo y su «ataque general al orden social de hoy» y habló de «la asociación internacional incivil de criminales judeobolcheviques que pretendía gobernar Alemania, como un Viejo territorio cultural de Europa, desde Moscú».[205] Eso era lo que querían oír los fieles del partido. Pero era mucho más que escaparatismo. Hitler, incluso en privado, cuando dictaba los discursos a su secretaria, cuando llegaba a los pasajes que hablaban del bolchevismo, enrojecía y le llameaban los ojos, se ponía frenético y aullaba a todo volumen sus denuncias atronadoras.[206]

Capítulo VI

Aparte de la continua actividad propagandística que giraba en torno a sus discursos y sus apariciones públicas, Hitler se concentró principalmente en 1937 en no perder de vista ni un momento siquiera las fluctuaciones que se producían en los asuntos mundiales y sus gigantescos planes de construcción. El conflicto persistente con las iglesias católica y protestante fue, a pesar de la radicalidad de sus inclinaciones personales, un motivo de irritación constante, sobre todo en los primeros meses del año, más que un interés prioritario (como lo era para Goebbels, Rosenberg y muchos miembros ordinarios del partido). Respecto a la «cuestión judía», Hitler (a juzgar por las muchas discusiones en privado con Goebbels a las que este hacía referencia en su diario) mostraba poco interés activo y raras veces hablaba directamente sobre el tema, aunque sus ideas seguían siendo las mismas. Sin embargo, por mucho que él se desentendiese, la radicalización del régimen continuó imparable, impuesta por una diversidad de medios por activistas del partido, por la burocracia ministerial, por los oportunistas económicos y, en no menor medida, por una policía de orientación ideológica.

En febrero de 1937 Hitler dejó claro a su circulo intimo que no quería una «lucha de la Iglesia» en aquella coyuntura. No estaban maduros los tiempos para eso. Esperaba «el gran combate mundial en el plazo de unos cuantos años». Si Alemania perdía una guerra más, significaría el fin.[207] Estaba claro lo que quería decir con esto: había que restaurar la calma por el momento en las relaciones con las iglesias. Pero, en vez de eso, el conflicto se intensificó. Era absolutamente imposible erradicar el anticlericalismo y los sentimientos contrarios a las iglesias de los militantes de base del partido. Dirigentes nazis de provincias como Adolf Wagner, Gauleiter de la Alta Batiera (y ministro de educación y de interior bávaro) estaban deseosos de mantener el conflicto en ebullición.[208] El ansia de militantes y dirigentes locales del partido (un número desproporcionado de los cuales eran profesores) de acabar con la influencia cristiana cuya fuerza procedía de los centros de enseñanza confesionales mantenía el impulso en el nivel de base. Se

enfrentaba a una actuación de retaguardia resuelta (aunque fallida en último término) del clero y de la población practicante.[209] El control que tenían las iglesias de los valores y la mentalidad de grandes sectores de la población era una evidente espina en el costado de un Movimiento que tenía una «visión del mundo» propia sumamente intolerante y que se creía con derechos exclusivos sobre las almas y no sólo sobre los cuerpos. El ataque a las prácticas e instituciones de las iglesias cristianas era algo que estaba profundamente arraigado en la psique del nacionalsocialismo. Donde la presencia de la iglesia era fuerte, como en las zonas apartadas de la Baviera rural, no hacía falta que se avivase mucho el conflicto desde arriba en pueblos y aldeas para que estallase.[210]

Al mismo tiempo, los activistas podían basarse en la violencia verbal de los dirigentes del partido hacia las iglesias para empujar a las bases. Los ataques organizados de Goebbels al clero a través de «juicios por inmoralidad» orquestados contra los franciscanos en 1937 (a los que seguían normalmente alegaciones falsas o burdamente exageradas de graves delitos sexuales de las órdenes religiosas) proporcionaban más munición.[211] Y, por otra parte, por mucho que Hitler afirmase en algunas ocasiones que quería una tregua en el conflicto, sus propios comentarios incendiarios proporcionaban a sus subalternos inmediatos la licencia que necesitaban para avivar la «lucha de la Iglesia», seguros de que estaban «trabajando en la dirección del Führer». La impaciencia de Hitler con las iglesias provocaba frecuentes estallidos de hostilidad. A principios de 1937 proclamaba que «el cristianismo estaba maduro para su destrucción» (Untergang) y que las iglesias debían doblegarse a la «primacía del estado», y clamaba contra cualquier acuerdo con «la institución más horrible que puede concebirse».[212] En dos conferencias que convocó en febrero con el propósito de intentar acabar con las perniciosas consecuencias del conflicto que Kerrl, el ministro de asuntos eclesiásticos, no había hecho nada por resolver, se hizo eco ávidamente de la propuesta de Goebbels de nuevas elecciones… que se anunciarían como «el esfuerzo por la paz del Führer en la cuestión de la Iglesia».[213] Indicó sin embargo que en algún momento del futuro se separarían la Iglesia y el Estado, se revocaría el Concordato de 1933 entre el Reich y

el Vaticano (para dejar las manos libres al régimen) y toda la fuerza del partido se centraría en «la destrucción de los curas (Pfaffen)». De momento era necesario esperar, ver lo que hacían los adversarios y actuar de una forma inteligente desde el punto de vista táctico. Todo era un medio para alcanzar un fin: «la vida del pueblo». El esperaba que hubiese «un gran enfrentamiento mundial (Auseinandersetzung)» en el plazo de cinco o seis años. En el plazo de quince, conseguiría liquidar la Paz de Westfalia, el tratado de 1648 que había establecido un acuerdo de los estados alemanes, poniendo fin a la Guerra de los Treinta Años. «Una grandiosa perspectiva de futuro», en palabras de Goebbels.[214]

Hitler, a mediados de marzo, en un discurso a los Gauleiter proclamó que no quería «ninguna victoria ordinaria» sobre las iglesias. Lo que había que hacer con un adversario era o bien mantenerse tranquilo (totschweigen) o darle muerte (totschlagen), esa fue su explicación.[215] En abril, Goebbels informaba con satisfacción de que el Führer estaba volviéndose más radical en la «cuestión de la Iglesia» y había dado permiso para que se iniciasen «juicios por inmoralidad» contra el clero.[216] Goebbels reseñó luego los ataques verbales de Hitler al clero y su satisfacción por la campaña de propaganda en varias ocasiones a lo largo de las semanas siguientes.[217] Gran parte de los ataques probablemente los incitase Goebbels. Pero Hitler se sentía feliz dejando que el ministro de propaganda y otros se encargasen de la dirección. En un asunto como este, que tanta división causaba, el propio Goebbels reconocía plenamente que lo que había que evitar a toda costa era «enviar al Führer a hacer el trabajo del campo».[218] Hitler volvía a ser sin embargo objeto de la atención mundial por la persecución del clero cuando, a principios de julio, fue detenido como parte de un ataque a eclesiásticos protestantes «desleales» el pastor Martin Niemöller, la voz más autorizada de la «Iglesia Confesional».[219] Pero, si es que podemos guiarnos por las entradas del diario de Goebbels, durante la segunda mitad del año disminuyeron el interés y la participación directa de Hitler en la «lucha de la Iglesia». Ocupaban ya su atención otras cuestiones.

La «cuestión judía» no parece haber figurado destacadamente entre ellas. Goebbels, que veía a Hitler casi a diario en esta época y que menciona los temas de muchas conversaciones privadas que sostuvieron,

no cita más que un par de casos en que se habló de la «cuestión judía». El primer día de la Concentración del Partido de Nuremberg, Hitler habló en su hotel con Goebbels sobre «cuestiones raciales». «También ahí hay mucho aún que hay que aclarar», comentaba el ministro de propaganda.[220] A finales de noviembre, entre «el millar de cosas de las que se habló» durante la comida, figuró la «cuestión judía». Parece que lo que hizo que se abordase el tema fue que Goebbels estaba, preparando legislación destinada a prohibir a los judíos asistir a los teatros y a los actos culturales. «Mi nueva ley estará lista pronto—escribía[221]—. Pero el objetivo no es ese. Los judíos deben salir de Alemania, de toda Europa, sí. Eso llevará algo de tiempo. Pero sucederá y debe suceder. El Führer está firmemente decidido a ello».[222] Era una confesión de fe, no una decisión política que se basase en una estrategia claramente estudiada. La política antisemita, como hemos visto, había ido acelerando el ritmo desde 1933 sin una dirección central asidua o coherente. No fue distinto en 1937. Las ideas de Hitler, como deja claro su comentario a Goebbels, persistieron invariables desde su primera declaración sobre la «cuestión judía» de septiembre de 1919. En abril de 1937 dio indicios patentes de su cautela táctica manteniendo su coherencia ideológica en este asunto ante una reunión de ochocientos jefes de distrito (Kreisleiter). Aunque dejó claro a sus enemigos que quería destruirlos, había que dirigir el combate con astucia, y a lo largo de un periodo de tiempo, según explicó a sus ávidos oyentes. La astucia le ayudaría a arrinconarlos. Luego vendría el golpe al corazón.[223] Fue de acuerdo con estas normas como sancionó, a raíz de la petición en junio de 1937 del dirigente de los Médicos del Reich, Gerhard Wagner, medidas (que entrarían en vigor en 1938) para prohibir el ejercicio práctico de la medicina a todos los médicos judíos… una medida que había considerado inoportuna cuando se había planteado el asunto a finales de 1933.[224]

Pero esto constituyó en este periodo un caso raro de participación directa. Porque en general se contentaba con mantenerse inactivo de momento en la «cuestión judía». Bastaba con que hubiese su aprobación tácita. Y bastó con su diatriba contra el «bolchevismo judío» en la Concentración del Partido de septiembre para que se considerase que

había luz verde para desencadenar una nueva oleada antisemita (más feroz incluso que la de 1935) que habría de desarrollarse a lo largo de 1938.[225]

Después de dos años relativamente tranquilos, volvió a intensificarse la discriminación contra los judíos. Empezaron a darse pasos de una radicalidad creciente para expulsar les de la economía y de cada vez más esferas de la actividad social. El Servicio de Seguridad (Sicherheitsdienst, SD), cuya «Sección judía» (Judenreferat) estaba dirigida por el ambicioso Adolf Eichmann, llevaba abogando en realidad, desde principios de año, por que se renovara la presión sobre los judíos para expulsarles de la economía y acelerar su emigración de Alemania.[226] Se recomendaba el cultivo de una «actitud popular hostil a los judíos» y la exhibición de «excesos» ilegales (la violencia tumultuaria, que se consideraba especialmente efectiva).[227] En otoño el ambiente se estaba volviendo más hostil que nunca para la población judía.[228] La pérdida de influencia de Schacht, y finalmente su cese como ministro de economía el 27 de noviembre, eliminó ya un obstáculo para la «arianización» de la economía. Creció la presión para que se cumpliese este aspecto del Programa del Partido.[229] Göring, que estaba por entonces al cargo de la economía, estaba más que dispuesto a impulsar la «arianización». El crecimiento de la economía convirtió al gran capital, despejadas las dudas de los primeros años de régimen nazi, en socio servicial, deseoso de beneficiarse de la subasta de empresas judías a precios reventados.[230] En abril de 1938 más del 60 por 100 de las empresas judías habían sido liquidadas o «arianizadas».[231] Desde finales de 1937 en adelante, los judíos se enfrentaron también a escala individual a una gama creciente de medidas discriminatorias, iniciadas sin coordinación central por diversos ministerios y organismos del Estado (que estaban, cada uno a su manera, «trabajando en la dirección del Führer»), lo que aumentó desmesuradamente el peso de la persecución.[232] La aportación personal de Hitler había consistido, como siempre, en establecer el tono y dar sanción y legitimidad a las actuaciones de otros.

En cuanto a los acontecimientos mundiales, sucesos que escapaban al control de Hitler, estaban haciéndole especular sobre el momento y las circunstancias en que se produciría el gran enfrentamiento. A finales de

1937, los datos indicaban que la radicalización se estaba acelerando no sólo en la política antijudía (y en la persecución y represión de otras minorías étnicas y sociales, principalmente a instigación de la Gestapo), sino también en la política exterior.[233]

Hitler inició el año expresando su esperanza a los que se sentaban a comer con él de que aún tenía seis años para preparar el próximo enfrentamiento. «Pero si se presenta una oportunidad muy favorable—comentaba Goebbels—tampoco quiere desperdiciarla». Hitler destacó la fuerza de los rusos y previno contra el error de subestimar a los ingleses por su débil jefatura política. Veía posibilidades de conseguir aliados en Europa oriental (sobre todo Polonia) y en los Balcanes como consecuencia de la intención de Rusia de extender la revolución al resto del mundo.[234] Hitler hizo estos comentarios después de escuchar un largo informe de Blomberg a primera hora de la mañana en el Ministerio de Guerra sobre la rápida expansión del rearme y los preparativos de la Wehrmacht para el «Caso X»: Alemania, junto con sus aliados fascistas, contra Rusia, Checoslovaquia y Lituania. Se planteó, evidentemente, la cuestión de la ocupación alemana. Hitler, Goebbels y Blomberg hablaron de la instalación de Gauleiter veteranos como comisarios civiles. El Führer se quedó satisfecho con lo que oyó.[235]

Un anticipo de lo que podría esperarse de las autoridades alemanas en la guerra fue lo que siguió al lanzamiento de dos «bombas rojas» por un avión republicano español, a ultima hora del día 29 de mayo, contra el acorazado Deutschland, estacionado en Ibiza, y a consecuencia de las cuales murieron veintitrés marineros alemanes y resultaron heridos unos setenta más. Blomberg envió a Munich al almirante Raeder, comandante en jefe de la marina, para parar el golpe de la furia de Hitler. La reacción inmediata de este, que según Goebbels «echaba humo de rabia», fue bombardear Valencia como represalia. Pero, después de una conferencia precipitadamente convocada con Blomberg, Raeder, Göring y Neurath. ordenó que en vez de eso el crucero Almirante Scheer cañonease una población costera del sur de España, la ciudad portuaria de Almería. Hitler, hirviendo de cólera pero inquieto por el desenlace, estuvo paseándose por su habitación de la Cancillería del Reich hasta las tres de la mañana. El ataque, que duró una hora, dejó un saldo de 21 civiles

muertos, 53 heridos y 39 edificios destruidos. Hitler se quedó satisfecho. Lo había considerado una cuestión de prestigio. El prestigio estaba ya restaurad0.[236]

Hitler ya había perdido por entonces la fe en que España se convirtiese en un país auténticamente fascista. Consideraba que Franco era una versión española del general Seeckt (el antiguo «hombre fuerte» del ejército alemán en la década de 1920), un militar sin movimiento de masas detrás que le respaldase.[237] Pero pese a las preocupaciones que le causaba España, no lamentaba en absoluto haber ordenado la intervención alemana y señalaba las muchas ventajas que había obtenido Alemania con su participación.[238] Las anotaciones del diario de Goebbels reflejan visiones más amplias de Hitler de los acontecimientos mundiales durante la segunda mitad de 1937, y lo pendiente que estaba de las oportunidades para una expansión alemana. La radicalización de la política exterior que trajeron consigo la Anschluss con Austria y luego la crisis de los Sudetes con Checoslovaquia en 1938 estaban anunciadas en las cavilaciones de Hitler de estos meses sobre futuros acontecimientos.

El archienemigo, la Unión Soviética, estaba en su opinión debilitado por sus conflictos internos y por los triunfos japoneses en la guerra Contra China.[239] Las purgas estalinistas le desconcertaban. «Stalin probablemente esté enfermo del cerebro (Gehirnkrank)—decía, según nos cuenta Goebbels—. No se puede explicar de otro modo su régimen sangriento. Pero Rusia no conoce nada más que el bolchevismo. Ese es el peligro que tenemos que aplastar algún día».[240] Unos meses después, seguía repitiendo la idea de que Stalin y sus seguidores estaban locos. «Deben ser exterminados (Muss ausgerottet werden)», era su siniestra conclusión.[241] Estaba esperando la oportunidad que podría surgir a raíz de la victoria japonesa sobre China. Una vez aplastada China, suponía, Tokio dirigiría su atención hacia Moscú. «Esa será nuestra gran hora», predijo.[242]

La fe de Hitler en una alianza con Inglaterra se había evaporado prácticamente. Su actitud en este punto se parecía un poco ya a la de un enamorado desdeñado.[243] Despreciaba al gobierno inglés y veía a Inglaterra muy debilitada como potencia mundial.[244] Incitado por

Ribbentrop, por entonces agresivamente antibritánico, y en honda discrepancia con la línea más cauta del Ministerio de Asuntos Exteriores, que buscaba de momento un acuerdo negociado con Inglaterra (con revisión territorial y concesión de colonias), había depositado sus esperanzas (demasiado para el gusto de Goebbels) en su nuevo amigo Mussolini.[245]

No se escatimó nada en los preparativos del gran alarde, rodeado de toda la pompa y la solemnidad imaginables para impresionar el máximo posible al Duce durante su visita a Alemania entre el 25 y el 29 de septiembre. Hitler había llegado incluso a enviar un avión a buscar peras maduras para el Duce, preocupado por la posibilidad de que no hubiese suficiente variedad de frutas que ofrecer a su invitado del sur de Europa.[246] Ni siquiera la lluvia torrencial que empapó a los cientos de miles de personas que acudieron al Tempelhof el 28 de septiembre para oír los discursos de los dos dictadores, y que hizo que a Mussolini le resultase difícil leer el texto en alemán que tenía preparado, pudo estropear la impresión que le causó al Duce la visita.[247] Regresó a su país con una imagen fastuosa del vigor y el poderío alemanes, junto con una sensación creciente de que el papel de Italia en el Eje estaba destinado a ser el de socio comanditario. Hitler estaba también entusiasmado con el resultado. Había habido acuerdo de cooperar en España y en las posiciones de ambos países con respecto a la guerra del Extremo Oriente. Hitler estaba convencido de que la amistad italiana estaba asegurada, porque Italia tenía de todos modos (pocas alternativas. Lo único que seguía pendiente era la cuestión austríaca, que Mussolini no quería abordar. «Bueno, esperemos a ver», comentaba Goebbels.[248]

Es evidente por los comentarios que recoge Goebbels que en el verano de 1937 Hitler estaba empezando ya a dirigir la mirada hacia Austria y Checoslovaquia, aunque no hubiese aún indicio alguno de cuándo y cómo podría lanzarse contra esos dos estados. Ni tampoco fueron las motivaciones ideológicas y estratégico-militares, por importantes que fueran para Hitler, las únicas ideas influyentes de expansión en Europa central. El principal estímulo para el aumento de la presión alemana sobre Austria desde el éxito de Göring en su visita a Italia de enero, habían sido los problemas económicos, sobre todo la

necesidad de satisfacer las demandas de materias primas de la Wehrmacht.[249] En el atractivo que tenía para Alemania la absorción de la república alpina figuraban las reservas de oro y divisas, el suministro de mano de obra e importantes materias primas.[250] Nada tiene de extraño, por tanto, que la Oficina del Plan Cuatrienal figurase en vanguardia de los que pedían una Anschluss lo antes posible. El contenido económico de la cuestión austríaca se hizo aún más evidente cuando Hitler nombró en julio de 1937 a Wilhelm Keppler, que había servido antes de importante vínculo con dirigentes del mundo empresarial, para coordinar asuntos del partido relacionados con Viena.[251] En julio se obligó al gobierno austriaco a añadir más concesiones a las otorgadas en el acuerdo de 1936, incluido el cese de la censura que pesaba sobre Mein Kampf «Es posible que estemos dando un paso adelante más», cavilaba Goebbels.[252] «El Führer hará tabula rasa en Austria algún día», comentaba el ministro de propaganda después de una charla con Hitler a principios de agosto. «Esperemos que podamos verlo todos—continuaba—. Entonces irá a por ello. (Er geht dann aufs Ganze). Ese estado no es un estado. Su pueblo nos pertenece y vendía a nosotros. La entrada del Führer en Viena será un día el triunfo del que se sentirá más orgulloso».[253] Al final de la Concentración anual de Nuremberg, unas semanas después, Hitler explicó a Goebbels que el problema de Austria se resolvería un día «por la fuerza».[254] Antes de final de año, Papen exponía ya a Hitler planes para derribar al canciller austriaco Schuschnigg.[255] Göring y Keppler estaban convencidos los dos por entonces de que Hitler abordaría la cuestión de Austria durante la primavera o el verano de 1938.[256]

En el caso de Checoslovaquia las intenciones de Hitler según Goebbels estaban también muy claras. «Chequia (die Tschechei) no es tampoco un estado —escribió en su diario en agosto—. Será invadida algún día».[257] Goebbels utilizó el hecho de que las autoridades checas se negaran a permitir que los niños de la zona de los Sudetes fueran de vacaciones a Alemania como pretexto para iniciar una campaña de prensa vitriólica contra los checos.[258] Göring había estado por entonces insistiendo ante el embajador inglés, Nevile Henderson (que daba la impresión de ser más favorable a las reclamaciones alemanas que su

predecesor sir Eric Phipps, al que había sustituido en abril), en los derechos de Alemania sobre Austria y sobre los Sudetes (también el derecho a una revisión de la frontera polaca a su debido tiempo). Con un viejo conocido inglés, el antiguo agregado aéreo de la embajada británica en Berlín, el coronel Christie, fue todavía más lejos: Alemania tenía derecho no sólo a los Sudetes, sino a la totalidad de Bohemia y Moravia, le aseguró.[259] A mediados de octubre, a raíz de las demandas de autonomía de Konrad Henlein, el dirigente alemán de los Sudetes, Goebbels predecía que Checoslovaquia no tendría «nada de que reírse en el futuro».[260]

El 5 de noviembre de 1937 el ministro de propaganda comió con Hitler, como era habitual. Se habló de la situación general. Había que procurar atenuar la cuestión checa, por el momento, debido a que Alemania no se hallaba aún en condiciones de emprender ninguna acción. El asunto de las colonias había que tomarlo también con más calma, para no despertar falsas expectativas entre la población. Y, con las navidades próximas, había que moderar también el tono en la «lucha de la Iglesia». La prolongada saga de Schacht estaba acercándose a su desenlace final. Todos estaban de acuerdo en que Schacht tenía que irse. Pero el Führer quería esperar hasta después de la conmemoración ritual del golpe fallido de 1923, que celebraba el partido el 9 de noviembre, para actuar. Por la tarde, Goebbels se fue a casa a seguir trabajando. El Führer, anotó, tenía «conversaciones con el Estado Mayor».[261]

Capítulo VII

En la penumbra del final de la tarde, los jefes del ejército, de la Luftwaffe y de la marina, junto con el ministro de guerra Blomberg, entraron en la Cancillería del Reich para una reunión en la que, según

ellos creían, se iba a decidir la asignación de suministros de acero para las fuerzas armadas. El motivo de la reunión se remontaba a finales de octubre, en que el almirante Raeder, cada vez más preocupado por la forma que tenía Göring de asignar el acero y por el tratamiento preferente que se daba a la Luftwaffe, había planteado a Blomberg un ultimátum, en el que decía que no era posible ampliar la marina sin suministros suplementarios de acero. Raeder no estaba dispuesto a hacer concesiones. Pensaba que era necesario que el Führer tomara una decisión inmediata.[262] Blomberg, con la disputa entre las distintas ramas de las fuerzas armadas bullendo y la perspectiva de que se estancase el impulso armamentista, presionó a Hitler para que aclarase la situación. Hitler acabó accediendo a que se celebrase una reunión. Fue Blomberg y no él quien envió a los jefes de las tres ramas de las fuerzas armadas las invitaciones para tratar de «la situación del programa de armamento y las demandas de materias primas».[263] Los jefes militares se llevaron una sorpresa cuando llegaron a la Cancillería del Reich a las cuatro, al ver que, además de Hitler y su ayudante militar, el coronel Hossbach, también estaba presente el ministro de asuntos exteriores Neurath. Les estaba esperando otra sorpresa, porque Hitler, en vez abordar el tema de la asignación de materias primas (que se liquidó en relativamente poco tiempo y hacia el final de la prolongada reunión), hablando a partir de unas notas que tenía preparadas, se lanzó a un monólogo que duró unas dos horas y en el que habló de la necesidad que tenía Alemania de expandirse mediante el uso de la fuerza en los próximos años.[264]

Empezó destacando la importancia de lo que tenía que decir. Dijo que quería explicar lo que pensaba de la política exterior. En el caso de que falleciera, lo que iba a decirles debería considerarse su «legado testamentario». No se había previsto que se levantara acta de la reunión, pero Hossbach, que estaba sentado en la mesa enfrente de Hitler, decidió que lo que estaba a punto de oír podría tener cierta trascendencia y empezó a tomar notas en su agenda. Estaba seguro de que le interesarían a su mentor, el general Beck, cuya actitud era cada vez más crítica.[265]

Hitler se lanzó a abordar un tema familiar: la necesidad de ampliar el «espacio vital» alemán. Sin esa expansión, se asentaría la «esterilidad»,

que conduciría al desorden social, un argumento que reflejaba la premisa de Hitler de que se necesitaban una movilización permanente y objetivos nuevos constantemente renovados, internos y externos, para garantizar el apoyo popular al régimen. Siguiendo una linea característica, planteó alternativas a la ampliación del «espacio vital», sólo para desecharlas. No se podía conseguir más que una autarquía limitada. No se podían garantizar por esa vía los suministros de alimentos. La dependencia de la economía mundial no podía aportar jamás seguridad económica y dejaría a Alemania débil y desvalida. Hitler atacaba con esto las ideas vinculadas a Schacht, cuyo cese como ministro de economía estaba decidido. Schacht había sido también partidario firme de una política colonial. Hitler desechó las «ideas liberales capitalistas de la explotación de colonias». La devolución de las colonias sólo se produciría, aseguró, una vez que Inglaterra estuviese seriamente debilitada y Alemania más fortalecida. «Espacio vital», dijo, significa territorio para la explotación agrícola en Europa, no adquisición de colonias en ultramar. Inglaterra y Francia, implacablemente hostiles ambas, se interponían en el camino de Alemania. Pero Inglaterra y su imperio estaban debilitados. Y Francia se enfrentaba a problemas internos. Su conclusión respecto a la primera parte de su discurso fue que el problema de Alemania sólo se podía resolver mediante el uso de la fuerza, que siempre entrañaba riesgos. Sólo quedaban por aclarar dos cosas: el cuándo y el cómo.

Hitler pasó a describir a continuación tres escenarios posibles. Primero explicó, en un comentario característico, que el tiempo no corría en favor de Alemania, que sería imperativo actuar entre 1943 y 1945 como muy tarde. La fuerza relativa en armamento disminuiría. Las otras potencias estarían preparadas para una ofensiva alemana. Luego planteó, aludiendo a los problemas de 1935-36, la perspectiva de dificultades económicas que produjesen una nueva crisis de alimentos sin divisas para controlarla: un posible «momento débil (Schwächungsmoment) del régimen». La disminución de la natalidad, el descenso del nivel de vida y el envejecimiento del Movimiento y de sus dirigentes eran elementos que había que añadir para ratificar lo que aseguró que era su «decisión irrevocable de resolver el problema alemán de espacio en 1943-45 lo

más tarde».

En los otros dos escenarios Hitler delineó circunstancias en las que sería necesario atacar antes de 1943-45: si se acentuaban mucho en Francia los conflictos internos, o si Francia entraba en guerra con otra potencia, de manera que no fuese capaz de ninguna acción militar contra Alemania. En ambos casos sería el momento de atacar a Checoslovaquia. Una guerra de Francia e Inglaterra contra Italia era según él una posibilidad clara que podía derivarse del prolongado conflicto de España (cuya prolongación favorecía los intereses de Alemania). En ese caso, Alemania debía estar preparada para atacar sin dilación, aprovechando las circunstancias, a los checos y a Austria, incluso en el caso de que sucediese eso en 1938. El primer objetivo en cualquier guerra en que participase Alemania sería invadir Checoslovaquia y Austria simultáneamente con la finalidad de proteger el flanco oriental para cualquier posible operación militar en Occidente. Hitler suponía que Inglaterra, y probablemente también Francia, habían prescindido ya de Checoslovaquia. Los problemas que había dentro del imperio colonial (Hitler pensaba al decir esto ante todo en la creciente presión por la independencia en la India) y la renuencia a acabar enredándose en una larga guerra europea serían factores que acabarían resultando decisivos, en su opinión, para que Inglaterra se abstuviese de intervenir en una guerra contra Alemania. Francia era improbable que interviniese sin apoyo inglés. Italia no pondría objeciones a la desaparición de Checoslovaquia. La actitud hacia Austria no podía determinarse de momento. Dependería de si Mussolini seguía aún con vida… otro argumento implícito para no aplazar las cosas. Polonia estaría demasiado preocupada por Rusia para atacar a Alemania. Rusia estaría preocupada por la amenaza del Japón. La incorporación de Austria y Checoslovaquia mejoraría la seguridad de las fronteras alemanas, liberando fuerzas para otros usos, y permitiría crear doce divisiones más. Suponiendo que se expulsara a tres millones de personas de los dos países, su anexión significaría la adquisición de alimentos para cinco o seis millones de individuos. Hitler concluyó afirmando que cuando llegase el momento el ataque a los checos debería efectuarse «con la velocidad del relámpago» (blitzartig schnell).[266]

Los comentarios de Hitler a sus jefes de Estado Mayor se correspondían con lo que había estado diciéndoles durante semanas a Goebbels y a otros dirigentes del partido. Quiso aprovechar la ocasión que le brindaba la reunión para tratar del tema de la asignación de materias primas para convencer con argumentos parecidos a sus jefes militares. El desdén que le inspiraba la prudencia de la cúpula militar había aumentado de forma paralela al aumento de su seguridad en sí mismo. El incidente del Deutschland había acentuado aún más ese desdén. Quería ver ahora cómo reaccionaban los jefes del Estado Mayor ante las audaces ideas de expansión que proponía.[267] Habría sido asombroso que el alto mando militar no hubiese captado las claras sugerencias de expansión a costa de Austria y Checoslovaquia, que no hubiese percibido su decepción con Inglaterra y no conociese su idea de que la debilidad del imperio británico convertía a Italia en un aliado preferible, y su opinión de que había remitido la amenaza de Rusia (mencionada sólo de pasada en la reunión del 5 de noviembre) y que un conflicto prolongado en el Mediterráneo que implicase a las grandes potencias era beneficioso para los intereses de Alemania.[268] Pero la reunión del 5 de noviembre fue la primera ocasión en que Hitler comunicó explícitamente a los jefes del Estado Mayor sus ideas sobre el momento y las circunstancias adecuadas para la expansión alemana en Austria y Checoslovaquia.[269]

Los argumentos de Hitler no convencieron a la mayor parte de su pequeña audiencia. El en ningún momento se llamó a engaño ante la reacción negativa a sus comentarios.[270] Tal vez fuese sólo por despecho por lo que se negó más de una vez a leer el memorando de la reunión que Hossbach había redactado cinco días después a partir de las notas que había tomado en el momento.[271]

Los que más alarmados estaban por lo que habían oído eran Blomberg, Fritsch y Neurath. No era el objetivo de la expansión lo que les preocupaba. No había discrepancia con Hitler a ese respecto. La habitual interpretación racial del Lebensraum de este tenía un énfasis distinto, pero se correspondía bastante bien con los intereses estratégico-militares de supremacía alemana en Europa central y con los objetivos de Göring de dominio económico en Europa sudoriental. Y no les

preocupaba tampoco lo dicho sobre la anexión de Austria y la destrucción de Checoslovaquia. Era algo que en 1937 se daba por supuesto en general que sucedería en algún momento.[272] Ni siquiera la crítica incisiva del general Beck a la declaración de Hitler, cuando leyó una versión de ella unos días después, discutía «la conveniencia de aclarar (bereinigen) el asunto de Chequia (Tschechei) (quizás también Austria) si se presenta la oportunidad».[273]

Lo que les sorprendió fue la perspectiva de usar primero la fuerza y con ello el grave peligro de que Alemania se riese enredada en una guerra con Inglaterra y Francia. Les parecía que Hitler estaba asumiendo riesgos imprudentes. Plantearon objeciones. A Neurath le parecía sumamente improbable que se extendiese el conflicto mediterráneo del modo que había supuesto Hitler. Los generales señalaron las deficiencias del análisis militar de este.[274] Alemania debía evitar por todos los medios acabar enredada en una guerra contra Inglaterra y Francia, esta era la esencia de sus comentarios.[275] Hasta Göring era partidario aún de llegar a un acuerdo con Inglaterra, aunque se mantuviese callado hasta que se pasó a hablar de cuestiones de armamento.[276] Raeder, que era el que había querido que se celebrase la reunión, era el único que parecía imperturbable. Si hemos de creer su testimonio posterior, no se tomó en serio los comentarios de Hitler, que consideró que eran sólo un medio de espolear al ejército para que acelerara la provisión de armamento. Un posible conflicto futuro con Inglaterra era, para Raeder, un elemento inevitable a la hora de planificar la expansión naval. Pero un conflicto inminente en la situación en que se hallaba Alemania en cuanto a armamento, era hasta tal punto «una absoluta locura» que no podía considerarse, en su opinión, una proposición seria.[277]

Había otros que estaban menos tranquilos. Hitler tuvo que tranquilizar a Fritsch al final de la reunión, explicándole que no había ningún peligro inmediato de guerra y que no tenía ninguna necesidad de cancelar el permiso que tenía previsto.[278] Al general Beck, al que le mostraron una copia del acta de la reunión que había redactado Hossbach, los comentarios de Hitler le parecieron «apabullantes» (niederschmetternd).[279] Lo que le asombraba no era el que se plantease la expansión a costa de Austria y Checoslovaquia y el dominio de Europa

central, una vez que se hubiese consolidado la fuerza militar, sino la irresponsabilidad y el diletantismo con que Hitler estaba dispuesto a correr el riesgo de enredar a Alemania en una guerra catastrófica con las potencias occidentales. La crítica detallada y devastadora de diez puntos a la declaración de Hitler, redactada probablemente como la base de los comentarios que iba a hacerle a Blomberg, indicaba lo serio que le parecía el peligro y hasta qué punto estaba distanciado de la política de alto riesgo del jefe del estado y comandante supremo de las fuerzas armadas.[280] Neurath, que había acordado con Beck y Fritsch que hablaría él con Hitler, tuvo la oportunidad de hacerlo a mediados de enero de 1938. Le advirtió de que su política significaba guerra. Muchos de sus planes se podían cumplir a través de métodos más pacíficos, aunque un poco más lentos. Hitler contestó que no disponía de más tiempo.[281]

Las dudas de Blomberg, expuestas en la reunión de noviembre, fueron, como siempre, efímeras. El acomodaticio ministro de guerra no tardaría en transmitir los deseos de Hitler a los altos mandos de la Wehrmacht. En unas semanas, sin que Hitler hubiese tenido que dar una orden expresa, el jefe del estado mayor de la defensa coronel Alfred Jodl, comprendiendo lo que había que hacer, había decidido una modificación significativa de los planes de movilización anteriores contra Checoslovaquia, dirigida a impedir la intervención checa en el caso de una guerra contra Francia. La nueva disposición incluía lo siguiente: «Una vez que Alemania haya concluido sus preparativos de guerra en todas las esferas, se habrá creado la base militar para iniciar una guerra ofensiva (Angriffskrieg) contra Checoslovaquia y poner así fin victoriosamente al problema alemán de espacio, incluso en el caso de que interviniese contra nosotros una u otra de las grandes potencias».[282]

El Tercer Reich estaba entrando, tanto externa como internamente, en una nueva fase, más radical. La dirección del pensamiento de Hitler estaba clara desde la reunión de noviembre y desde sus comentarios anteriores del otoño. Aún no estaba nada decidido, no había planes trazados, ningún programa establecido. Aún había que «esperar a ver». Pero la opción de Hitler se fortaleció todavía más a finales de enero y

principios de febrero de 1938 por una serie casual de acontecimientos. Por un escándalo personal que afectaba al ministro de guerra Werner von Blomberg.

Capítulo VIII

Blomberg no era popular entre los miembros del alto mando del ejército. Se le consideraba más un hombre de Hitler que un hombre del ejército. Una palabra amistosa de Hitler o un toque de patetismo en un discurso podían conmoverle hasta las lágrimas.[283] Algunos generales le llamaban a sus espaldas «Hitlerjunge Quex» por el héroe de la Juventud de Hitler de una película de propaganda, dispuesto a sacrificar su vida por su fe en el Führer.[284] Pensaban que su admiración por Hitler nublaba su juicio profesional. Para Fritsch, su superior inmediato, era demasiado impulsivo, demasiado sensible a la influencia, demasiado débil en sus propios juicios.[285] El cuerpo de oficiales pretencioso y conservador le consideraba también demasiado próximo a los gerifaltes del partido a los que ellos en general despreciaban. El hecho de que Blomberg llevara la insignia de oro del partido en el uniforme y desfilara todos los años en la celebración del golpe fallido de 1923 no contribuía a aumentar su prestigio.[286] Cuando su vida personal pasó a crear un problema profesional a finales de enero de 1938, no tenía amigos con los que pudiese contar. Pero hasta entonces, hasta el escándalo del que él mismo era responsable, su posición como mano derecha de Hitler en todas las cuestiones relacionadas con la Wehrmacht era segura. Como él mismo habría de reconocer más tarde, mantuvo fielmente su apoyo a Hitler, «habría ido siguiendo al Führer hasta Austria» y estaba esperando a que transcurriese el periodo de diez años en que poder reconstruir las fuerzas armadas para la guerra que consideraba inevitable.[287] Hitler,

por su parte, tal como había hecho desde 1933, continuó recurriendo a Blomberg para que le preparase la máquina de guerra que se proponía utilizar, como había indicado en noviembre, mucho antes de que hubiese transcurrido la década prevista por el propio Blomberg. Tener que prescindir de su ministro de guerra en esa coyuntura no era algo que figurase ni remotamente en sus previsiones.

Una mañana de septiembre de 1937, cuando el mariscal de campo, viudo y con cinco hijos ya adultos, paseaba por el Tiergarten, conoció a la mujer que cambiaría su vida y provocaría, involuntariamente, la mayor crisis interna del Tercer Reich desde la de Rohm del verano de 1934. Blomberg, un individuo solitario y vacío, se enamoró perdidamente de su nueva amiga, Fräulein Margarethe Gruhn, treinta y cinco años más joven qué él, y de un origen social completamente distinto. Al cabo de unas semanas le había pedido que se casara con él. Necesitaba el consentimiento de Hitler, como comandante supremo de la Wehrmacht. Dio a entender que su prometida era una mecanógrafa, una sencilla «muchacha del pueblo», y que le preocupaba la reacción del cuerpo de oficiales ante el hecho de que se casara con alguien de inferior condición. Hitler se ofreció inmediatamente a hacer de testigo de boda para ratificar el rechazo a una presunción clasista tan pasada de moda y recomendó a Göring como segundo testigo.[288] La boda se preparó con mucho secreto. Ni siquiera el ayudante de Blomberg se enteró hasta la tarde anterior. La ceremonia, a la que sólo asistieron los cinco hijos de Blomberg y la madre de la novia, aparte de los novios y los testigos, Hitler y Göring, se celebró en el Ministerio de Guerra el 12 de enero. No hubo ninguna celebración y sólo se publicó en los periódicos una breve nota.[289]

Blomberg tenía buenas razones para querer apartar a su novia de la atención pública. La muchacha tenía un turbio pasado. En las navidades de 1931, con dieciocho años, había posado para una serie de fotos pornográficas que habían caído en manos de la policía. Al año siguiente la policía la incluyó en el registro oficial de prostitutas. En 1934 había atraído de nuevo la atención de la policía, debido a una acusación de robo a un cliente.[290] Y, a los pocos días de la boda, las prostitutas de Berlín empezaron a hablar de que «una de ellas» había llegado a subir

tanto en la escala social que se había casado con el ministro de guerra, general Fritsch.[291] La Gestapo había recogido también los rumores por entonces. El jefe de policía de Berlín, Wolf Heinrich Graf von Helldorff, fue puesto en antecedentes y dándose cuenta de las implicaciones políticas de lo que vio en la ficha que la registraba como prostituta, planteó el asunto inmediatamente al colega de Blomberg más cercano a él, el general Wilhelm Keitel, jefe de la oficina de la Wehrmacht, para cerciorarse de que la mujer de la ficha policial era realmente la esposa del ministro de guerra. Keitel, que sólo había visto a Fräulein Gruhn en una ocasión, en el funeral de la madre de Blomberg, cubierta con un grueso velo, no pudo ayudar a Helldorff, pero le remitió a Göring, que había sido testigo de la boda. Göring ratificó la identidad el 21 de enero. Tres días después, el mismo Göring esperaba nervioso en el vestíbulo de la Cancillería del Reich, con una carpeta marrón en la mano, el regreso de Hitler, que había estado en Baviera.[292]

Hitler se quedó estupefacto con la noticia que le esperaba. La gazmoñería y el prejuicio racial se dieron la mano cuando se enteró de que las fotos indecorosas de la esposa de Blomberg las había hecho un judío de origen checo, con el que ella estaba cohabitando por entonces. Rumores insidiosos aseguraban que Hitler se había bañado siete veces al día siguiente para librarse de la mancha de haber besado la mano de Frau Blomberg. Lo que más le preocupaba era, sin embargo, el desprestigio que aquello iba a causar; que él, como testigo de la boda, sería el hazmerreír de todo el mundo. Se pasó la noche despierto, como contaría él mismo más tarde, pensando en cómo podría evitar el ridículo.[293] Al día siguiente, como recordaba su ayudante Fritz Wiedemann, se paseaba por su habitación, con las manos a la espalda y murmurando: «Si un mariscal de campo alemán se casa con una puta, es que es posible cualquier cosa en este mundo».[294] Göring y Goebbels intentaron animarle durante la comida.[295] Esa mañana, Hitler había hablado por primera vez con su ayudante militar el coronel Hossbach sobre el asunto. Ensalzó los méritos de Blomberg. Pero el mariscal de campo le había colocado en una situación muy embarazosa al no contarle la verdad sobre su novia y al involucrarle como testigo de boda. Manifestó su tristeza por tener que perder a un colega tan leal, pero debido al pasado

de su esposa, Blomberg tenía que cesar como ministro de guerra.[296] «No se puede salvar a Blomberg—escribía Goebbels—. Sólo queda la pistola para un hombre de honor. […] El Führer como testigo de boda. Es inconcebible. La peor crisis del régimen desde el asunto de Rohm. […] El Führer parece un cadáver».[297]

Göring, suponiendo que Blomberg no sabía nada del pasado sombrío de su esposa y con la esperanza de poder tapar el asunto y evitan un escándalo público, se apresuró a persuadir al mariscal de campo para que anulara inmediatamente su matrimonio. Pero Blomberg se negó, para asombro e indignación de Göring y de Hitler. Este último tuvo su última audiencia con él el 27 de enero. Se inició de forma acalorada, pero luego la cosa se calmó y Hitler acabó ofreciéndole a Blomberg la posibilidad de volver a unirse a él, y olvidarlo todo, si Alemania tenía que entrar en guerra. Al día siguiente, Blomberg se había ido… había cruzado la frontera de Italia para iniciar un año de exilio, dulcificado con una «gratificación» de 50. 000 marcos y su pensión completa como mariscal de campo.[298]

Mientras tanto, la crisis se había intensificado para Hitler. La misma noche del 24 de enero en que estaba recuperándose de los efectos de la noticia relacionada con el ministro de guerra y de un humor sombrío, recordó el tufillo de un escándalo potencial de dos años antes relacionado con el jefe del ejército, general Von Fritsch. Himmler le había presentado por entonces, en el verano de 1936, un informe que planteaba sospechas de que Fritsch había sido chantajeado por un chapero de Berlín llamado Otto Schmidt por supuestas prácticas homosexuales a finales de 1933. Hitler se había negado a creer las acusaciones, había rechazado sin más cualquier investigación, había dicho que no quería oír hablar más del asunto y había dado orden de que se destruyese el informe. Pero ahora le dijo a Himmler que quería que se rehiciese el informe urgentemente. La reconstrucción no planteó ningún problema porque, pese a las órdenes expresas de Hitler de que se destruyese, Reinhard Heydrich, jefe de la Policía de Seguridad, lo había guardado en lugar seguro. Al cabo de unas horas, a las 2:15 de la madrugada del 25 de enero, el informe estaba encima de la mesa de Hitler.[299]

Hitler no había pedido el informe como parte de una estrategia bien meditada para librarse de Fritsch además de Blomberg. De hecho, parece que aún seguía pensando en Fritsch la mañana del 26 de enero, al día siguiente de que viese el informe «reconstruido», como posible sucesor de Blomberg como ministro de guerra.[300] Es probable que Hitler pensase en Fritsch para el puesto inmediatamente al comprender que tenía que prescindir de Blomberg. Influido por la conmoción por la que estaba pasando y por la pérdida inmediata de confianza en sus jefes militares, Hitler quiso cerciorarse de que no iba a haber más escándalos.[301] Pero al igual que en el caso de Blomberg había sucedido lo inesperado, en el caso de Fritsch también empezaron a desplegarse los acontecimientos de un modo impredecible. Parece ser que Hitler le dijo posteriormente a su ayudante militar, el comandante Gerhard Engel, que sin el asunto Blomberg nunca habría vuelto a destaparse el caso Fritsch.[302] La segunda crisis surgió de la primera.

La mañana del 25 de enero, Hitler, sumido en la depresión por el asunto Blomberg, entregó el breve informe sobre Fritsch a Hossbach con instrucciones de secreto absoluto. Hossbach se quedó horrorizado ante las implicaciones que podía tener un segundo escándalo para la Wehrmacht. Pensó que Fritsch, al que admiraba mucho, aclararía fácilmente todo aquello… o que sabría lo que había que hacer.[303] De cualquier modo, se preservaría el honor del ejército. Con esta idea, desobedeció la orden expresa de Hitler e informó a Fritsch sobre el informe.[304] Fue un paso fatídico.

Fritsch, cuando Hossbach le dio la noticia del archivo la noche del 25 de enero, reaccionó con cólera y disgusto ante las acusaciones y aseguró que todo era mentira. Hossbach informó de ello a Hitler. El dictador no mostró indicio alguno de enfado por el acto de desobediencia. En realidad pareció sentirse aliviado, y comentó que puesto que todo estaba en orden, Fritsch podía convertirse en ministro de guerra.[305] Sin embargo, Hitler añadió que Hossbach le había causado un gran perjuicio al violar el secreto.[306] De hecho, Hossbach le había causado a Fritsch un perjuicio aún mayor.

Cuando Fritsch se enteró por Hossbach de lo que pasaba, se estuvo, como es lógico, varias horas cavilando sobre las acusaciones. Debían de

tener algo que ver, pensó, con el miembro de la Juventud de Hitler con el que había comido, normalmente solo, en 1933-34, con la finalidad de cumplir con la petición de la Campaña de Ayuda de Invierno de que se proporcionaran comidas gratis a los necesitados. Supuso que malas lenguas se habían inventado una relación ilícita a partir de lo que no eran más que actos inofensivos de caridad. Pensando que podría aclarar el malentendido, buscó a Hossbach al día siguiente, 26 de enero. Pero lo único que hizo fue despertar las dudas personales del ayudante militar de Hitler. A Hossbach no se le ocurrió indicarle a Fritsch que mencionar la historia de la Juventud de Hitler podría no ser tácticamente el mejor medio de convencer a Hitler de su inocencia.[307]

Hitler habló durante la tarde con Himmler, el ministro de justicia del Reich Gürtner y Göring (que quería también el puesto de ministro de guerra que había dejado vacante Blomberg y veía a Fritsch como un rival).[308] Había un clima general de desconfianza. Hitler aún. seguía dudoso al anochecer. Göring le presionó para que decidiese. Hossbach eligió el momento para sugerir que Hitler hablase directamente del asunto con Fritsch. Hitler aceptó, después de algunas vacilaciones.[309] Entre tanto, habían sido enviados al campo de internamiento de Börgermoor, en el Emsland, cuatro oficiales de la Gestapo con el encargo de llevar a Otto Schmidt a Berlín.[310] Esa noche se desarrolló una escena significativa en la biblioteca privada de Hitler de la Cancillería del Reich: un careo entre el jefe del ejército, de paisano, y su acusador, un preso de mala reputación probada, en presencia del comandante supremo y jefe de estado y del ministro presidente de Prusia, Göring.

Hitler miraba abatido a Fritsch. Pero fue directamente al grano. Dijo que quería simplemente la verdad. Si Fritsch reconocía su culpa, estaba dispuesto a tapar el asunto y mandarle muy lejos de Alemania. Había considerado la posibilidad de que sirviese como asesor militar de Chang-kai-chek.[311] Fritsch proclamó vehementemente su inocencia. Luego cometió el error de contar al Führer lo del episodio inofensivo del muchacho de la Juventud de Hitler. Tuvo precisamente el efecto contrario a lo que él esperaba. Despertó inmediatamente las sospechas de Hitler, que le entregó el informe. Mientras lo estaba leyendo, se hizo pasar a su presunto chantajista. Otto Schmidt, que había resultado un

testigo fidedigno en muchos otros casos en que había chantajeado a otros individuos, insistió en que reconocía a Fritsch como el hombre en cuestión. Fritsch repitió varias veces, de un modo frío y concentrado, que nunca en su vida había visto a aquel hombre y le dio a Hitler su palabra de honor de que no tenía nada que ver con todo aquel asunto. Hitler había esperado, así se lo dijo a sus generales unos días después, que Fritsch tiraría el informe a sus pies. Su conducta sumisa no le pareció a Hitler una demostración apasionada de inocencia ofendida.[312] A Fritsch, por su parte, le resultaba difícil creer que Hitler y Göring siguiesen sospechando e hiciesen caso omiso de la palabra de honor de un oficial alemán de alta graduación.[313] La realidad, como comprendió Goebbels, era que Hitler había perdido ya la fe Sen Fritsch.[314]

El interrogatorio de Fritsch por la Gestapo en la mañana del 27 de enero, en que se enfrentó de nuevo con su atormentador Schmidt, no produjo resultados concluyentes. Schmidt se mantuvo firme en sus acusaciones, Fritsch indignado y vehemente en su rechazo de cualquier relación. Lo detallada que era la historia que explicaba su acusador parecía darle verosimilitud. Pero como señaló Fritsch, en vano, los detalles eran falsos. El supuesto encuentro con él se decía que había tenido lugar en noviembre de 1933. Schmidt afirmaba que lo recordaba como si hubiese sido el día anterior. Sin embargo, había dicho que Fritsch estaba fumando (cosa que no hacía desde 1925), que llevaba un abrigo de piel (prenda que nunca había poseído) y (se presionó repetidamente a Schmidt sobre este punto) dijo ser el «general de artillería Von Fritsch», rango que no había alcanzado hasta el 1 de febrero de 1934.[315] No se tuvo en cuenta la incoherencia de esto ni se investigó. Todo quedó en la palabra de uno contra la del otro.

Mientras tanto, Hitler había pasado el informe Fritsch al ministro de justicia Franz Gürtner y le había pedido su opinión. Goebbels tenía poca confianza en el resultado. «Gürtner tiene que redactar aún un informe jurídico—escribía—. Pero de qué sirve todo eso. La porcelana se ha roto en pedazos».[316] El informe de Gürtner, entregado antes de final de mes, fue perjudicial. Poniendo cabeza ahajo concepciones jurídicas convencionales, aseguraba que Fritsch no había demostrado su inocencia y consideraba que el asunto del muchacho de la Juventud de Hitler era

perjudicial para su causa.[317] Pero Gürtner insistió en que a Fritsch debía juzgarle un tribunal militar de acuerdo con la legalidad vigente. La cúpula militar respaldo la petición. Aunque a regañadientes, tratándose de un personaje tan destacado como el jefe del ejército, Hitler no tuvo más elección que acceder.[318]

El doble escándalo de Blomberg y Fritsch había dejado a la jefatura nazi con un importante problema de relaciones públicas. ¿Cómo se le iba a explicar a la gente todo aquello? ¿Cómo se podía evitar un golpe tan grave al honor y al prestigio del régimen? El viernes 27 de enero, Hitler, que parecía pálido y gris, decidió cancelar su gran discurso al Reichstag en el aniversario de la «toma del poder». La reunión del gabinete del Reich se canceló también. Goebbels comentó que un medio de salir de la crisis política sería que el propio Hitler se hiciese cargo de la totalidad de la Wehrmacht, con las diferentes secciones de las fuerzas armadas en ministerios separados. «Y luego viene la cuestión más difícil—añadió—: cómo comunicarlo al pueblo (wie dem Volke sagen). Están circulando los rumores más disparatados. El Führer ya no puede más (ganz erledigt). Ninguno de nosotros ha pegado ojo desde el lunes».[319]

Se adoptó, al menos en parte, la propuesta de Goebbels (si es que fue realmente idea suya) de reestructurar completamente la jefatura de la Wehrmacht.[320] Brindaba una salida clara al problema de la elección de un sucesor de Blomberg. Hitler nunca se tomó en serio las ambiciones de Göring, que deseaba claramente el cargo. Blomberg, Keitel y Wiedemann hablaron los tres en favor de Göring. Este habría estado dispuesto a renunciar a su control del Plan Cuatrienal a cambio del Ministerio de Guerra. Pero Hitler desdeñaba su capacidad militar. Ni siquiera era competente, se burlaba Hitler, dirigiendo la Luftwaffe, así que lo sería aún menos dirigiendo todas las fuerzas armadas. Nombrar a Göring (que en su carrera militar oficial no había llegado a tener rango más alto que el de capitán) habría sido ofensivo para el ejército y para la marina. Más aun, habría significado para Hitler una considerable concentración de mando militar en las manos de un hombre.[321] Heinrich Himmler también albergaba ambiciones, aunque siempre carentes de cualquier realismo tratándose de un jefe de policía que dirigía una pequeña fuerza militar, rival de la del ejército, que se convertiría en las Waffen-SS, que

no había servido en la Primera Guerra Mundial y que, según el posterior comentario despectivo de un general, apenas sabía conducir un coche de bomberos. Hitler les dijo a sus generales el 5 de febrero que los minores de que Himmler iba a ocupar el cargo habían sido «tonterías demenciales» (wahnsinniges Geschwätz). A un tercero ambicioso candidato, el general Walter von Reichenau, se le consideraba demasiado próximo al partido y demasiado antitradicionalista para que resultara aceptado por el ejército.[322]

En realidad, Hitler, atendiendo a una sugerencia de Blomberg en su audiencia de despedida, había decidido ya el 27 de enero asumir él mismo la jefatura de la Wehrmacht, y no nombrar sucesor del ministro de guerra.[323] Al cabo de unas horas, estaba ya iniciando al general Keitel (al que hasta entonces casi no conocía, pero al que le había recomendado Blomberg) en sus ideas (es decir, inicialmente de Blomberg) para una nueva estructura organizativa de la Wehrmacht. Keitel sería, dijo, su único asesor en cuestiones relacionadas con la Wehrmacht.[324] Esto, con un solo movimiento, cambió el equilibrio interno de poder dentro de las fuerzas armadas de la cúpula rectora tradicionalista y el estado mayor del ejército de tierra (como el sector más grande) a la oficina de la Wehrmacht, que representaba al conjunto de todas las fuerzas, y que dependía directamente de Hitler y estaba sumisa a él.[325] En una declaración del 7 de febrero, dirigida a los jefes del ejército, que explicaba los cambios que se habían producido, se aseguraba que el hecho de que Hitler asumiese el mando de la Wehrmacht «estaba ya previsto en su programa, pero para una fecha posterior».[326] En realidad, fue una decisión que se tomó rápidamente porque proporcionaba una solución a una crisis embarazosa.

El 3 de febrero Hitler pidió a Fritsch, cuyo cese llevaba días siendo una cuestión que sólo aguardaba prácticamente el momento oportuno, que presentara la dimisión.[327] Por entonces, dados los rumores que circulaban, se había encontrado ya solución al problema de cómo explicar el cese de los dos altos jefes militares: «Con el fin de rodear con una cortina de humo todo el asunto, se producirá una gran reorganización», escribía Goebbels.[328] En una discusión de dos horas, Hitler, a solas con Goebbels en sus habitaciones privadas, repasó todos

los acontecimientos, cómo le había decepcionado Blomberg, en el que había confiado ciegamente; que no creía a Fritsch a pesar de sus desmentidos («ese tipo de gente siempre hace eso»); que se haría cargo él mismo de la Wehrmacht con los diferentes sectores de las fuerzas armadas como ministerios; y los cambios personales que se proponía hacer, sobre todo la sustitución de Neurath por Ribbentrop en el Ministerio de Asuntos Exteriores.[329] «El Führer quiere desviar la atención pública de la Wehrmacht, hacer contener la respiración a Europa», escribía el coronel Jodl en su diario. El canciller austríaco Schuschnigg, añadía amenazadoramente, debería de estar «temblando».[330]

La reorganización se hizo en cuatro días. Fueron cesados doce generales (aparte de Blomberg y Fritsch), seis de la Luftwaffe; se renovaron también 51 puestos más (un tercio en la Luftwaffe).[331] El cargo de Fritsch pasó a ocuparlo Walther von Brauchitsch, un candidato de compromiso propuesto por Blomberg y Keitel para cortar el paso a Reichenau.[332] A la marina se la dejó en paz. Raeder, según lo que cuenta Goebbels sobre lo que pensaba Hitler, «se comportó espléndidamente durante toda la crisis y todo está en orden en la marina». A Göring se le dio un bastón de mariscal de campo como premio de consolación por el Ministerio de Guerra.[333] Se introdujeron también cambios importantes en el servicio diplomático. Neurath, que tenía que dejai sitio a su archirrival Ribbentrop, fue «elevado» a un pseudocargo de jefe de un «consejo privado» (Geheimer Kabinettsrat) de ministros que nunca se reunió.[334] Las embajadas clave de Roma, Tokio, Londres y Viena tuvieron nuevos embajadores. Se anunció también como parte de la reorganización general la sustitución de Schacht por Funk en el Ministerio de Economía.[335]

Blomberg y Fritsch se dijo que se habían retirado «por razones de salud».[336] Blomberg sobreviviría a la guerra, alabando aún el «genio» del Führer pero decepcionado por el hecho de que no le hubiese llamado de nuevo a su servicio, y moriría, rechazado hasta el final por sus antiguos camaradas del ejército, en la cárcel de Nuremberg en marzo de 1946.[337] La inocencia de Fritsch (víctima de un error de identidad) quedaría demostrada en un juicio militar en Berlín el 18 de marzo de

1938.[338] Aunque su nombre quedó limpio, no logró la rehabilitación que esperaba conseguir. Profundamente deprimido y amargado, pero aún proclamando ser «un buen nacionalsocialista»,[339] se ofreció voluntario para su antiguo regimiento de artillería en la campaña polaca y resultaría mortalmente herido en los arrabales de Varsovia el 22 de septiembre de 1939.[340]

La noche del 4 de febrero se emitió un comunicado sobre los grandes cambios efectuados; se dijo que se pretendía con ellos la «concentración más fírme de todas las fuerzas políticas, militares y económicas en la mano del caudillo supremo».[341] Esta noticia sensacional ocupó una página tras otra de los periódicos del día siguiente. Gran sorpresa, inquietud por la probabilidad de la guerra y una oleada de rumores a cual más disparatado (que incluían un intento de asesinar a Hitler, detenciones y fusilamientos masivos, tentativas de deponer a Hitler y a Göring y de proclamar una dictadura militar, oposición de los generales cesados a planes de guerra) fueron reacciones comunes en los siguientes días.[342] Las verdaderas razones se mantuvieron en la oscuridad. «Dios quiera que la gente no se entere de nada porque además no se lo creería», decía Hitler según testimonio de Goebbels. «Así que la máxima discreción». La forma que Hitler tuvo de manejar el asunto fue acentuar la concentración de fuerzas bajo su mando y «no dejar que se sepa nada».[343]

La tarde del día siguiente, 5 de febrero, Hitler, pálido y demacrado, se dirigió a sus generales. Describió lo que había pasado, citando de los informes policiales y leyó secciones del informe condenatorio de Gürtner sobre Fritsch. Los reunidos se quedaron pasmados. No se planteó ninguna objeción. Las explicaciones de Hitler parecieron convincentes. Nadie puso en duda que podría haber actuado de un modo distinto.[344] Como reconoció uno de los presentes, el general Curt Liebmann, «la impresión que nos causaron estas revelaciones, tanto lo de Blomberg como lo de Fritsch, fue absolutamente aplastante, sobre todo porque Hitler había descrito ambas cosas tan claramente que difícilmente podían quedar dudas sobre su culpabilidad. Todos teníamos la sensación de que el ejército de tierra (a diferencia de la marina, la Luftwaffe y el partido) habían recibido un golpe devastador (vernichtenden)…».[345] En

un momento crucial, el debilitamiento del código moral del cuerpo de oficiales por sus principales representantes había minado la autoridad de la jefatura militar y había fortalecido considerablemente con ello la posición de Hitler. Esa noche, el Führer habló en un tono emotivo durante una hora al gabinete, exponiendo una vez más el drama, hallando palabras de alabanza para Blomberg, Fritsch y sobre todo Neurath, explicando que era necesario atenerse a la versión oficial de los hechos y recordando con mucho patetismo sus propios sentimientos de desesperación durante la crisis.[346] Resultó ser la última reunión del gobierno del Tercer Reich. Después, Hitler le dijo a Goebbels que tenía la sensación de estar en la misma posición respecto a la Wehrmacht que en la que había estado respecto al pueblo alemán en 1933. «Tendría que luchar primero por su posición. Pero pronto triunfaría».[347]

Dos semanas después, el 20 de febrero, Hitler se dirigió al Reichstag. Su discurso, extraordinariamente largo, que sustituía al que debería haber pronunciado el 30 de enero, no tuvo nada nuevo que decir sobre la crisis Blomberg-Fritsch, tal como era de prever.[348] Para contrarrestar rumores de fisuras entre el partido y la Wehrmacht, volvió a la idea de las «dos columnas», los dos puntales, el político y el militar, del Estado. Estaba claro, sin embargo, para el oyente atento. Se había esfumado ya cualquier posibilidad de que la Wehrmacht fuese un poder por derecho propio, emplazado por encima de la política. «En este Reich. todo el que tenga un cargo de responsabilidad es un nacionalsocialista», proclamó Hitler. El partido y la Wehrmacht tenían simplemente funciones diferenciadas, y estaban unidos los dos en su jefatura indiscutible.[349]

Aunque fue una crisis imprevista, no manufacturada, el asunto Blomberg-Fritsch generó un cambio fundamental en las relaciones entre Hitler y la elite no nazi más poderosa, el ejército. Precisamente en el momento en que el aventurismo de Hitler estaba empezando a provocar estremecimientos de alarma, el ejército había demostrado su debilidad y sin un murmullo de protesta había aceptado el control directo incluso en el dominio inmediato de la Wehrmacht. Hitler percibió esta debilidad, mostró un desprecio creciente hacia el cuerpo de oficiales y se vio cada vez más en el papel no sólo de jefe de estado sino de gran caudillo militar.

El desenlace del asunto Blomberg-Fritsch equivalió al tercer peldaño (después del incendio del Reichstag y el «golpe de Rohm») que permitió a Hitler cimentar el poder absoluto y, muy especialmente, su dominio del ejército. Con los militares castrados y el halcón Ribbentrop en el Ministerio de Asuntos Exteriores, las fuerzas que habrían podido aconsejar prudencia no podían poner coto al impulso personal de Hitler en favor de la más rápida expansión posible, impulso al que se sumaba la dinámica expansionista procedente de la economía y de la carrera armamentista. En los meses que siguieron, la dinámica radical que había estado acumulándose a lo largo de 1937 llevaría los acontecimientos nacionales e internacionales a un terreno nuevo. La amenaza de guerra cada vez estaría más próxima. Se intensificaría de nuevo la persecución racial. La «visión» ideológica de Hitler estaba empezando a hacerse realidad. El impulso que el Führer había hecho tanto por favorecer, pero que estaba alimentado además por fuerzas ajenas a su persona, le arrastraba consigo. La «visión» estaba empezando a sobreponerse al frío cálculo político. Se estaba entrando en la zona de peligro.

2

EL IMPULSO EXPANSIVO

Puede que aparezca en Viena un día de pronto; como una tormenta de primavera.

HITLER A KURT SCHUSCHNIGG, EL CANCILLER AUSTRIACO, 12 DE FEBRERO DE I938.

Estoy absolutamente decidido a que Checoslovaquia tenga que desaparecer del mapa.

HITLER, DIRIGIÉNDOSE A SUS GENERALES EL 28 DE MAYO DE 1938.

Si reconoce usted el principio de autodeterminación para el tratamiento de la cuestión de los Sudetes, entonces podemos discutir cómo llevarlo a la práctica.

HITLER A NEVILLE CHAMBERLAIN, EL PRIMER MINISTRO BRITÁNICO, 15 DE SEPTIEMBRE DE 1938.

Tuve la impresión de que se trataba de un hombre en quien se podía confiar una vez que había dado su palabra.

CHAMBERLAIN, EN UNA CARTA PRIVADA DEL 19 DE SEPTIEMBRE DE 1938, AL VOLVER DE SU

PRIMERA REUNIÓN CON HITLER.

La «misión»» de Hitler desde que entró en la política había sido borrar la mancha de la derrota y la humillación de 1918 destruyendo a los enemigos de Alemania (internos y externos) y restaurando la grandeza nacional. Esta «misión», tal como había asegurado en muchas ocasiones durante la década de 1920, sólo podía alcanzarse a través de «la espada».[1] Eso significaba guerra por la supremacía. Era un riesgo que no podía evitarse. «Alemania será una potencia mundial o no habrá Alemania», había escrito en Mein Kampf.[2] Nada había cambiado a lo largo de los años en su fe fanática en esa «misión». Había hecho los arrullos de paloma necesarios para el consumo internacional. Y sus tempranos discursos y escritos habían sido desechados a menudo como arrebatos desmelenados que tenían poco que ver con las realidades prácticas de la diplomacia internacional y que no había que tomarse demasiado en serio como expresiones veraces de un propósito.[3] Pero, independientemente de la retórica pública, los primeros cinco años desde su nombramiento como canciller habían confirmado una y otra vez la fe de un Caudillo cada vez más convencido de su mesianismo, seguro de que su «misión» iba camino de cumplirse. Sus propias acciones (decisiones como las de 1936 de remilitarizar la Renania e introducir el Plan Cuatrienal) habían sido instrumentos para conseguir que la «misión» resultase más factible.

Fuerzas poderosas que desbordaban el mero «triunfo de la voluntad» habían hecho posibles aquellas acciones. La decisión final había sido invariablemente de Hitler. Había sido él quien había decidido el momento de los movimientos decisivos en política exterior. Pero los pasos significativos tomados desde 1933 habían coincidido siempre con los intereses de las instituciones claves de poder del régimen, sobre todo con los de la Wehrmacht.[4] Las convicciones de Hitler, obsesivamente mantenidas, habían servido de acicate para, y se habían mezclado con, los ambiciosos planes armamentistas de las

fuerzas armadas, las diversas ideas de restauración de la hegemonía en Europa del Ministerio de Asuntos Exteriores (junto con los departamentos «aficionados» implicados en los asuntos internacionales) y los objetivos autárquicos de grandes empresas industriales. Su visión personal de la grandeza de Alemania a través de la pureza racial, la fuerza de las armas y el resurgir de la nación había demostrado ser una inspiración para cientos de miles de fervorosos seguidores militantes, ansiosos de llevar a la práctica sus máximas y acelerar el ritmo de la radicalización por el procedimiento de «trabajar en la dirección del Führer». Además, el fanatismo ideológico que Hitler encarnaba había sido institucionalizado en un partido inmenso y en sus organizaciones afiliadas, sobre todo en el poder creciente de las SS. Estas últimas, que controlaban la policía alemana y albergaban claras ambiciones militares, se habían convertido en la organización clave en que se apoyaba el dinamismo ideológico del régimen.

Hitler, a finales de 1937, percibía intensamente, como demostraban sus comentarios en la «reunión de Hossbach», que el tiempo corría en contra de Alemania. Él había llegado a la conclusión de que no podía limitarse a esperar pasivamente la evolución de los acontecimientos internacionales; como mucho en 1943-45 tenía que estar todo preparado para emprender una acción militar, antes si se presentaban las circunstancias adecuadas. Su entusiasmo por acelerar el impulso de expansionismo estaba parcialmente agudizado por un sentimiento creciente de que podría no quedarle mucho tiempo de vida para alcanzar sus objetivos.[5] Pero influía también en ello el convencimiento de que las presiones que se acumulaban no se podían contener sin la expansión que él de todos modos perseguía, y también que se daba cuenta de que Alemania perdería la ventaja en armamento que de momento tenía en cuanto los otros países emprendiesen sus propios programas armamentistas. En esa tesitura concreta, con Hitler ya en ese estado de ánimo, el asunto Blomberg-Fritsch sirvió para destacar

su supremacía personal absoluta, para resaltar la docilidad del ejército y para debilitar además la influencia residual del menguante número de voces que aconsejaban prudencia.

Antes de que se hubiesen apagado las reverberaciones de la crisis, un fatídico error de cálculo del canciller austríaco Kurt Schuschnigg, relacionado con un plebiscito para respaldar la independencia de su país, dio a Hitler una oportunidad muy bien recibida de desviar la atención de sus problemas internos (tal como había indicado Jodl que quería hacer) con el dramatismo de la Anschluss.[6] Se convirtió en un momento decisivo del Tercer Reich. Hitler pensó, con más seguridad incluso que tras el triunfo de la Renania de dos años atrás, que podía enfrentarse al mundo… y ganar. Y el impulso hacia la radicalización que proporcionó la Anschluss, tanto a escala internacional como nacional, constituyó un eslabón crucial en la cadena de acontecimientos que acabarían lanzando a Europa en septiembre de 1939 a una nueva guerra.

Capítulo I

Hitler estaba convencido, desde sus años de infancia en Linz, de que el futuro de la población de habla alemana de Austria tenía que ser su incorporación al Reich alemán. Había sido partidarios como muchos de los habitantes de aquella zona del país, de las ideas de Georg Schönerer, el dirigente pangermanista, y había rechazado la monarquía de los Habsburgo y deseado la unión con el Reich guillermiano de Alemania. La derrota en la Primera Guerra Mundial había conducido luego al desmembramiento del esparcido imperio multiétnico de los Habsburgo.

La nueva Austria, una creación de las potencias victoriosas en el Tratado de Saint Germain de septiembre de 1919, no era más que un mero resto del antiguo imperio. La pequeña república alpina había pasado a tener sólo siete millones de habitantes (frente a los 54 millones del imperio), dos millones de ellos en la propia Viena. El país estaba convulsionado por problemas sociales y económicos sobrecogedores y por profundas fisuras políticas, acompañado todo ello de un resentimiento latente por la pérdida de territorio y la revisión de las fronteras. Sin embargo, la nueva Austria era completamente germanohablante. La idea de la unión (o Anschluss) con Alemania resultaba ya mucho más atractiva y recibió un apoyo aplastante en plebiscitos a principios de la década de 1920. La ascensión de Hitler al poder en Alemania cambió esto. Acentuó las ya agudas divisiones entre socialistas, pangermanistas y católico-conservadores (con su propia marca de fascismo nacionalista austríaco). Una Anschluss con la Alemania de Hitler sólo resultaba una propuesta atractiva para los pangermanistas, por entonces completamente absorbidos ya en el Movimiento Nazi austríaco.[7] Pero a pesar de la prohibición del partido nazi en Austria a raíz del asesinato de inspiración alemana del canciller austríaco Engelbert Dollfuss en julio de 1934, el poderío creciente del Tercer Reich y el hecho de que Austria se viese cada vez más expuesta al dominio alemán al debilitarse la protección de Italia como consecuencia del conflicto abisinio, mantuvieron vivas las esperanzas de la Anschluss entre una parte considerable de la población del país.

Entre tanto, para el régimen de Hitler las perspectivas de lograr la unión con Austria, implícita en el primer punto del Programa del Partido Nazi de 1920, que exigía «la fusión de todos los alemanes […] en una Alemania Mayor»,[8] había pasado a hacerse más factible con el cambio de las circunstancias diplomáticas que siguió a la invasión italiana de Abisinia y luego a la victoriosa remilitarización de la Renania. Hitler había escrito en la primera página de Mein Kampf. «La Austria alemana debe volver a la gran madre patria alemana, y no por consideraciones económicas. No, y de nuevo no: aunque esa unión fuese desdeñable desde un punto de vista económico; sí, incluso aunque fuese perjudicial, debe sin embargo producirse. Una misma sangre exige un mismo Reich».

[9] Pero no eran exclusivamente los impulsos ideológicos, ni mucho menos, los que impulsaban a querer situar Austria bajo el dominio alemán. Independientemente de lo que Hitler dijese en Mein Kampf, a finales de la década de 1930 la posición geográfica de Austria, emplazada estratégicamente a caballo de zonas vitales de Europa central, y los recursos materiales significativos que se añadirían a la economía alemana, fuertemente presionada por el propósito de rearmarse lo más rápidamente posible de acuerdo con el Plan Cuatrienal, fueron los determinantes claves para que se forzase el ritmo de la actuación política respecto al vecino oriental del Reich.

Como hemos indicado ya, durante la segunda mitad de 1937, Hitler había hablado varias veces, en términos imprecisos pero amenazadores, de una acción contra Austria. Durante el verano había vinculado más al partido nazi austríaco a Berlín encargando a su asesor económico Wilhelm Keppler el control de los asuntos del partido en Viena.[10] Esto proporcionó un canal de información sobre la marcha de los acontecimientos en el interior de Austria, que se añadía a los informes directos que Hitler recibía de Franz von Papen (el antiguo vicecanciller del gobierno del Reich que había sido nombrado enviado especial en Viena para calmar las aguas agitadas a raíz del asesinato de Dollfuss, y que había pasado a ser embajador tras la firma del acuerdo de julio de 1936). La consecuencia de esto fue que se debilitó aún más la influencia del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán.[11] En septiembre Hitler había sondeado a Mussolini para saber cuál sería la reacción italiana, pero recibió respuestas incoherentes e incluso desalentadoras. A principios de noviembre, en la «reunión de Hossbach», había dado a entender firmemente una pronta actuación para acabar con Austria. La visita a Alemania a mediados de noviembre de lord Halifax, lord del sello privado y presidente del consejo del gobierno inglés, próximo al primer ministro recién nombrado, Neville Chamberlain, y que no tardaría en ser nombrado a su vez ministro de asuntos exteriores, había confirmado a Hitler que Inglaterra no haría nada en caso de una operación alemana contra Austria.[12]

Lord Halifax le había dicho a Hitler que las cuestiones de Austria, Checoslovaquia y Danzig «caían en la categoría de modificaciones

posibles en el orden europeo que podrían estar destinadas a producirse con el paso del tiempo». (En la entrada de su diario en que habla de la conversación que sostuvieron, Halifax había anotado que le había dicho a Hitler que «sobre todas esas cuestiones no estábamos necesariamente interesados en mantener el actual statu quo, aunque sí en evitar que se tratasen de manera que fuese probable que se derivasen problemas de ello»). Hitler había contestado asegurando que «se había firmado el acuerdo del 11 de julio [de 1936] con Austria y se tenía la esperanza de que condujese a la solución de todos los problemas». El posterior informe confidencial de Halifax sobre la reunión citaba a Hitler diciendo que «Alemania no quería anexionarse Austria o reducirla a la dependencia política: lo que quería era conseguir por medios pacíficos la plena unión económica, cultural, comercial y posiblemente monetaria y cambiaría con Austria y que hubiese en ella un gobierno realmente amigo de Alemania y dispuesto a trabajar hombro con hombro por el bienestar común de ambas ramas de la raza teutónica».[13]

Unos cuantos días después, Hitler le había dicho al Gauleiter de Danzig, Albert Forster, que quería que Danzig se mantuviese en calma de enero en adelante para poder concentrarse en Austria.[14] En diciembre, informó a V0n Papen (que había hablado de formas de derribar a Schuschnigg) de que quería evitar el uso de la fuerza en la cuestión austríaca mientras fuese deseable hacerlo para impedir repercusiones internacionales.[15] Göring y Keppler tenían los dos la impresión de que Hitler actuaría en Austria en la primavera o el verano de 1938.[16]

Era evidente que durante la segunda mitad de 1937, pese a su desmentido expreso a lord Halifax, Hitler había pasado a estar dispuesto a acabar con la independencia de Austria en un futuro previsible. Pero coincidía en esto plenamente con otras fuerzas del Tercer Reich. El tratado austriacoalemán del 1 1 de julio de 1936, unido a la mejora de relaciones con Italia, habían producido inevitablemente una mayor presión alemana sobre Austria. Sólo una confianza cada vez más débil en Italia y las esperanzas, patentemente poco realistas, depositadas en las potencias occidentales podían impedir la tenaza implacable que amenazaba la frágil posición de Austria en Europa central. Papen y el ministro de exteriores Neurath ejercieron su propia influencia donde fue

posible, el primero principalmente a través de líneas de comunicación directas con Hitler, el segundo mediante canales oficiales del Ministerio de Asuntos Exteriores; el número creciente de nazis austríacos desplegaba un clamor incesante de agitación; los directores del Plan Cuatrienal y los directivos de las industrias siderúrgicas lanzaban miradas envidiosas a los yacimientos de mineral de hierro y otras fuentes de materias primas escasas; quien ejerció mayor presión y se esforzó más a lo largo de 1937 por que se buscase una solución rápida y radical a la «cuestión austríaca» fue, mucho más que Hitler, Hermann Göring, próximo por entonces al pináculo de su poder.

Göring no estaba operando simplemente como agente de Hitler en las cuestiones relacionadas con «la cuestión austríaca». Sus prioridades diferían en aspectos significativos.[17] Mientras el antibolchevismo era un elemento básico del pensamiento de Hitler, las ideas generales que Göring tenía de la política exterior, y que impulsó, en gran medida por iniciativa propia, a mediados de la década de 1930, se basaban más en concepciones pan germanistas tradicionales de política de poder nacionalista para alcanzar la hegemonía en Europa que en el dogmatismo racial básico de la ideología hitleriana. La devolución de las colonias (que nunca fue un tema crucial para Hitler), la alianza con Inglaterra (por la que continuó esforzándose mucho después de que el entusiasmo de Hitler se hubiese apagado), y el dar prioridad al dominio de Europa sudoriental para garantizar los suministros alemanes de materias primas de una inmensa esfera económica de explotación (Grossraumwirtschaft, una idea que difería de la insistencia racialmente determinada de Hitler en el Lebensraum), eran los puntales básicos del programa de Göring para conseguir la hegemonía alemana.[18] Dentro de este marco, su geografía y sus materias primas otorgaban a Austria una posición capital tanto en el aspecto estratégico como en el económico.[19]

Göring, dados los crecientes problemas de Alemania para garantizar suministros de materias primas, estaba cada vez más decidido, ahora como máximo jefe del Plan Cuatrienal, a presionar para lo que él llamaba la «unión» o «fusión» (Zusammenschluss) de Austria y Alemania… incluso a costa de sacrificar si era necesario la alianza con

Italia a la que Hitler daba tanta importancia.[20] Durante su visita a Roma de enero de 1937 Mussolini había llegado casi a ofenderse por sus bruscas peticiones de que Italia se aviniese a aceptar el hecho de que Austria tendría que acabar cayendo en manos alemanas. Pero cuando le había mencionado el asunto cuatro meses después, el Duce había parecido reconocer tácitamente que la Anschluss era sólo cuestión de tiempo. Un mes antes de su segunda visita (nominalmente privada) a Italia de ese año, en abril, en medio de graves bloqueos en los suministros de materias primas de Alemania, Göring les había dicho confidencialmente a los directivos de la industria siderúrgica que los ricos yacimientos de hierro de Austria debían pasar a Alemania.[21] No estaba prevista ninguna escala temporal. Pero era evidente, teniendo en cuenta las agobiantes dificultades económicas, que Göring no pensaba en el futuro lejano.

Al resultar infructuosos los sondeos diplomáticos, efectuados también por Neurath y Papen, aumentó la impaciencia de Göring por una solución más radical de la «cuestión austríaca». Antes de la visita de Mussolini a Alemania en septiembre, Hitler dio instrucciones a Göring de que procurase ser delicado con aquel importante huésped en cuestiones relacionas con Austria. Quería que Mussolini entendiese que Alemania no tenía ninguna intención de llevar el problema austríaco hasta un punto critico en un futuro previsible, pero que sería posible una intervención alemana en caso de que se provocase de algún otro modo una crisis en Austria. Por quién o en qué circunstancias era algo que se dejaba a la imaginación. El caso que Göring hizo a las instrucciones de Hitler quedó claro cuando le mostró al Buce, en su visita a Carinhall, un mapa de Europa en el que Austria había sido incorporada ya a Alemania. El que no hubiese ninguna reacción negativa por parte de Mussolini fue considerado por su anfitrión indicio de que Italia no pondría ninguna objeción a una Anschluss.[22] Göring le enseñó el mismo mapa en noviembre a Guido Schmidt, secretario del Ministerio de Asuntos Exteriores austríaco e invitado suyo a una exposición internacional de caza. Los buenos cazadores no conocían fronteras, le dijo Göring sonriente.[23] Era un intento de apabullar a Schmidt para que aceptara la inevitabilidad de una unión monetaria entre Alemania y Austria, que

estaba claro que se pretendía que se acabase convirtiendo, con el tiempo, en una fusión plena de los dos países.[24] Poco después, en ese mismo mes. Göring aseguró a lord Halifax (de cuya visita a Alemania había sido instigador), que las intenciones alemanas hacia Austria no eran agresivas y que las relaciones entre los dos países podían solventarse por medios diplomáticos.[25] Al mismo tiempo, dio pasos adicionales para aislar aún más a Austria en el sudeste de Europa.[26]

A principios de 1938, se había apretado aún más el lazo corredizo alrededor del cuello de Austria. Göring estaba presionando fuerte en pro de la unión monetaria. Pero con Austria procurando dar largas al asunto y con las reacciones inciertas de Italia, parecía improbable que se pudieran conseguir resultados inmediatos a través de los canales diplomáticos. Y una Anschluss que fuese resultado de una intervención alemana por la fuerza padecía improbable en un futuro próximo.

Fue en esta tesitura tan poco prometedora en la que surgió la idea de una entrevista de Hitler con el canciller austríaco Schuschnigg. Esa entrevista es muy posible que formase parte del plan de Papen para hacer caer al canciller austríaco, del que a mediados de diciembre de 1937 hablaba Goebbels.[27] Según la versión posterior del propio Papen, había sido él quien le había sugerido esa reunión al canciller austríaco en diciembre… de acuerdo con el deseo expreso del propio canciller que le había hablado aquel mismo mes de la posibilidad de unas conversaciones directas con Hitler (que el canciller austríaco consideraba ingenuamente la única esperanza de estabilizar la deteriorada situación en que se hallaba su país mediante una ratificación de su independencia y de los términos del Acuerdo de julio de 1936). Luego había planteado la misma propuesta a Neurath y a Hitler.[28] Se la repitió a Guido Schmidt el 7 de enero, indicando la disposición del Führer a celebrar una entrevista hacia finales de mes. Schuschnigg aceptó la fecha.[29] Hitler había aplazado luego la reunión debido a la crisis Blomberg-Fritsch. Se volvió a concertar de nuevo para el 12 de febrero.[30] A Hitler, que, como había dado a entender Jodl, buscaba en la política exterior algo que desviase la atención de los problemas internos que habían dominado las semanas anteriores, la reunión con el canciller austríaco le brindaba la oportunidad de obtener concesiones austríacas que le diesen algo

tangible que incluir en su discurso al Reichstag, pospuesto del 30 de enero al 20 de febrero.

Entre tanto, los austríacos habían sacado a la luz documentos embarazosos para el gobierno alemán, que revelaban los planes del NSDAP austríaco destinados a derribar a Schuschnigg mediante la provocación de graves disturbios (que incluían, como provocación, el asesinato de Von Papen por nazis austríacos disfrazados de miembros del Frente de la Patria).[31] Al mismo tiempo, Schuschnigg estaba intentando ganarse a Arthur Seyss-Inquart (abogado austríaco y simpatizante nazi que se había mantenido a distancia de los elementos más alborotadores del NSDAP) con el propósito de incorporar a los nazis a una derecha patriótica austríaca unida que aplacase a Berlín pero preservase la independencia del país.[32] Sin embargo, Hitler tenía metido en el bolsillo a Seyss, que comunicaba a Berlín todo lo que Schuschnigg estaba dispuesto a conceder.[33] Los términos que Hitler impuso a este ultimo en la reunión del 12 de febrero eran básicamente una versión ampliada de los que el propio canciller austríaco había expuesto a Seyss… y eran conocidos ya en Berlín antes de la reunión.[34] La principal discrepancia era, sin embargo, significativa: que Seyss fuese nombrado ministro del interior y que sus poderes se ampliasen hasta incluir el control de la policía.[35]

A las once de la mañana del 12 de febrero, Papen se reunió con el canciller austríaco, en compañía de Guido Schmidt y un ayudante, en la frontera alemana, en Salzburgo, donde habían pasado la noche. Los visitantes austríacos no se quedaron embelesados precisamente al oír que en el grupo que les esperaba en el Berghof figuraban tres generales alemanes.[36] A Nicolaus von Below, ayudante de Hitler para la Luftwaffe, le habían dicho que se asegurase de que estuviese presente Keitel y además uno o dos generales de apostura particularmente «marcial». Below había propuesto a los generales al mando del ejército de tierra y de la Luftwaffe en Munich, Walter von Reichenau (uno de los generales más completamente nazificados) y Hugo Sperrle (que había dirigido el año anterior la Legión Cóndor, las escuadrillas enviadas a España para ayudar a los nacionales), propuesta que había contado con la aprobación entusiasta de Hitler. Keitel había llegado esa mañana de

Berlín, junto con Ribbentrop. Los dos generales habían ido hasta allí desde Munich. Hitler les explicó que su presencia no tenía más finalidad que intimidar a Schuschnigg por la amenaza implícita de un uso de la fuerza militar.[37]

Hitler, tenso y nervioso, recibió a Schuschnigg en las escaleras de su retiro alpino con la debida cortesía.[38] Sin embargo, en cuanto entraron en el gran vestíbulo, con su vista impresionante de las montañas, su humor cambió abruptamente. Guando Schuschnigg le comentó la belleza del panorama, replicó: «Sí, aquí maduran mis ideas. Pero no hemos venido aquí a hablar del tiempo y de lo bonita que es la vista».[39]

Hitler llevó a Schuschnigg a su estudio mientras Papen, Schmidt, Ribbentrop y Los demás se quedaban fuera. Una vez dentro se lanzó a un ataque feroz, que duró hasta la hora de comer, sobre la larga historia de las «traiciones» de Austria al pueblo alemán. «Y puede usted estar seguro de una cosa. Herr Schuschnigg—parece ser que amenazó—. Estoy firmemente decidido a poner fin a todo esto. […] Yo tengo una misión histórica (Auftrag) y la cumpliré porque la Providencia me ha destinado a hacerlo. […] No cree usted que pueda aguantarme media hora, ¿verdad? ¿Quién sabe? Tal vez aparezca en Viena un día de pronto; como una tormenta de primavera. Entonces verá usted lo que es bueno».[40]

Mientras tanto, Ribbentrop había presentado a Guido Schmidt el ultimátum de Hitler; poner fin a todas las restricciones a la actividad nacionalsocialista en Austria, amnistía para los nazis detenidos, nombramiento de Seyss-Inquart para el Ministerio del Interior con control sobre las fuerzas de seguridad; además, debía ser nombrado ministro de guerra otro simpatizante nazi, Edmund Glaise-Horstenau (antiguo archivero e historiador militar) y debían darse pasos para la integración del sistema económico austríaco con el de Alemania.[41] Estas exigencias debían cumplirse antes del 15 de febrero… lecha determinada por el importante discurso sobre política exterior que Hitler tenía que pronunciar el 20 de febrero.[42]

Estaba previsto en principio que las conversaciones durasen hasta la hora de comer. Pero la primera sesión la habían ocupado casi exclusivamente las diatribas de Hitler. Los visitantes austríacos no

pudieron irse al final hasta última hora del día. Sin embargo, durante la comida, Hitler pareció transformarse; volvió a ser otra vez el cordial anfitrión. Se hizo pasar a los generales. Estos le dijeron a Schmidt que no tenían ni idea de por qué habían sido invitados. La conversación evitó la «cuestión austríaca». Fue básicamente una charla informal, salvo cuando Sperrle habló de sus experiencias en la Guerra Civil española, lo que dio a Hitler la oportunidad de retomar su tema favorito: los peligros del bolchevismo.[43] Schuschnigg no volvió al estudio de Hitler hasta el final de la tarde, informado ya por Schmidt de las exigencias alemanas. Hitler amenazó con invadir Austria si no se satisfacían plenamente sus demandas. Schuschnigg se negó a ceder a las amenazas. Dijo que sólo el presidente austríaco podía nombrar ministros del gobierno y otorgar una amnistía. Él no podía garantizar que fuera a hacerse. Cuando se retiraba para hablar de nuevo con Schmidt, pudieron oírse en toda la casa los gritos que daba Hitler para que acudiese inmediatamente Keitel. Cuando el general, que llegó a paso ligero al estudio del Führer, preguntó qué se quería de él, le dijo: «Nada. Siéntese». Al cabo de diez minutos de charla intrascendente, le dijo que se fuese.

Pero la comedia tuvo sus efectos sobre Schuschnigg.[44] La amenaza de invasión militar parecía muy real. Al final Papen introdujo una serie de modificaciones en las peticiones alemanas y el austríaco, presionado, acabó aceptando la condición más difícil de aceptar, el nombramiento de Seyss-lnquart. «Por primera vez en mi vida—dijo Hitler a Schuschnigg—he decidido reconsiderar una decisión definitiva».[45] Acongojado y abrumado, Schuschnigg firmó.

Por entonces era ya de noche. Los austríacos, cabizbajos y deprimidos después de verse sometidos a una intimidación tan implacable, prefirieron irse hambrientos que aceptar la invitación de Hitler a cenar. Regresaron a Salzburgo en silencio. Sólo habló Papen. «Ahora puede hacerse usted ya una idea, Herr Bundeskanzler, de lo difícil que es tratar con una persona tan inestable», comentó, añadiendo que la próxima vez sería muy distinto y que el Führer podía ser «claramente encantador».[46]

Keitel regresó a Berlín a la mañana siguiente temprano para organizar unas falsas maniobras militares cerca de la frontera austríaca con la finalidad de ejercer más presión sobre los vecinos orientales del

Reich.[47] No se planteaban verdaderos preparativos militares para una invasión. Hitler tuvo que informar al comandante supremo del ejército, el recién nombrado Von Brauchitsch, que no estaba pensando en un conflicto militar.[48]

Hitler estaba insatisfecho al final de la reunión con Schuschnigg,[49] pero le dijo a Goebbels que sus amenazas de usar la fuerza habían tenido su efecto. «Los cañones hablan siempre un buen lenguaje», dijo.[50] Hasta el 15 de febrero, en que Schuschnigg cumplió sus exigencias, no mejoró su humor.[51] «La prensa del mundo ruge. Habla de violación. No sin una cierta justificación», escribía Goebbels.[52] Hitler pasó los días siguientes básicamente retirado en sus habitaciones privadas del Berghof, preparando borradores de su gran discurso del día 20 y dictándoselo a las dos secretarias que trabajaban turnándose a la máquina.[53] En el discurso daba las gracias al canciller austríaco «por la gran comprensión y la disposición cordial» para aceptar su invitación a celebrar conversaciones y sus esfuerzos por encontrar un medio de servir a «los intereses de ambos países».[54]

Dos semanas después de la famosa reunión en el Berghof, cuando estaba estableciendo directrices para el inquieto NSDAP austríaco, que había amenazado con perturbar el curso de los acontecimientos con sus propios planes descabellados de disturbios, Hitler insistió, según las notas que tomó Keppler en la reunión, en que quería seguir «la vía evolutiva, se pudiese prever o no la posibilidad de éxito en el presente. El protocolo firmado por Schuschnigg—continuó—era de tan largo alcance que si se cumplía totalmente quedaría resuelta de modo automático la «cuestión austríaca». Una solución por la fuerza era algo que él no deseaba si había algún modo de evitarlo, porque «para nosotros el peligro en política exterior va disminuyendo de año en año y la fuerza militar se hace cada año mayor».[55] El enfoque de Hitler aún era por entonces coincidente con la política evolutiva de Göring. Se daba cuenta claramente de que el aumento de presión sobre Schuschnigg en la reunión de febrero había surtido efecto. Austria no era más que un satélite alemán. La extinción de los últimos restos de independencia seguiría como algo natural. No hacía ninguna falta utilizar la fuerza.

De acuerdo con la política «caballo de Troya» de ir erosionando la

independencia austríaca desde dentro, después de la reunión de Berchtesgaden Hitler había satisfecho las peticiones de Seyss-Inquart (que coincidían con protestas anteriores del propio Schuschnigg) de que depusiese al capitán Josef Leopold, jefe de los díscolos nacionalsocialistas austríacos, y a sus colaboradores.[56] Aun así, los nazis austríacos habían recibido un nuevo estímulo con la reunión del Berghof y el discurso de Hitler del 20 de febrero, su primera emisión completa por la radio austríaca (en la que dijo que «a la larga» sería «insoportable» para los alemanes contemplar la separación de diez millones de compatriotas por fronteras impuestas a través de tratados de paz).[57] Los disturbios aumentaron, sobre todo en la provincia de Estiria, en el sudeste del país, donde el resentimiento por la pérdida de territorio cedido al nuevo estado de Yugoslavia después de la Primera Guerra Mundial había ayudado a alimentar el radicalismo que había convertido la región en un semillero del nazismo austríaco.[58] La situación era por entonces bastante explosiva, las fuerzas del estado austríaco apenas podían contener a los nazis. Las propias llamadas de Schuschnigg al patriotismo austríaco y a la independencia del país no habían hecho más que exacerbar la tensión en el interior e irritar aún más a Hitler.[59] Al mismo tiempo, Schuschnigg, claramente impresionado por las amenazas de Hitler de utilizar la fuerza y ansioso por evitar cualquier cosa que pudiese dar ocasión a que lo hiciese, aseguraba a Inglaterra, Francia e Italia que tenía la situación controlada en vez de intentar despertar la simpatía extranjera por las tácticas de mano dura alemanas.[60] En Berlín se consideró además otro indicio de una actitud política contemporizadora por parte de Inglaterra: la dimisión como ministro de asuntos exteriores el 21 de febrero de Anthony Eden, al que los dirigentes alemanes despreciaban, y su sustitución por lord Halifax, especialmente conocido allí por su visita a Alemania el noviembre anterior para propiciar un enfoque conciliatorio de las peticiones revisionistas en pro de la preservación de la paz en Europa y para impedir un conflicto que pudiese poner en peligro la posición de Gran Bretaña como potencia mundial.[61]

Transmitieron el mismo tono los comentarios de sir Nevile Henderson, el embajador inglés en Berlín, cuando se reunió con Hitler el

3 de marzo. El Führer, que estaba de muy mal humor, se mostró inflexible. Si Inglaterra se oponía a un acuerdo justo en Austria, donde Schuschnigg tenía el apoyo de sólo el 15 por 100 de la población, Alemania tendría que luchar, proclamó. Y él, si intervenía, lo haría como un relámpago (blitzschnell). Su objetivo era, sin embargo, que «se garantizasen los justos intereses de los alemanoaustriacos y que se pusiese fin a la opresión a través de un proceso de evolución pacífica».[62] Por muy impropio que resultase describir como «evolución pacífica» el socavamiento del estado austríaco desde dentro mediante una combinación de infiltración y agitación, respaldadas por la intimidación alemana, la solución preferida de la «cuestión austríaca» era todavía el uso de tácticas de presión, no la invasión armada.

Pero estas tácticas fueron arrojadas por la borda debido a la decisión totalmente inesperada de Schuschnigg, comunicada el 9 de marzo, de celebrar un referéndum sobre la autonomía austriaca cuatro días después. Los propios nazis llevaban años presionando para que se celebrara un plebiscito sobre la Anschluss, seguros de que conseguirían un apoyo masivo en una cuestión en la que les respaldaba un gran número de austriacas desde 1919.[63] Pero el referéndum de Schuschnigg, en que se pedía a los votantes que respaldaran «una Austria libre y alemana, independiente y social, cristiana y unida; para la libertad y el trabajo, y para la igualdad de todos los que se pronuncian en favor de la raza y de la patria», estaba planteado de un modo que difícilmente podía dejar de dar el resultado deseado. Sería un rechazo directo de la unión con Alemania.[64] Los planes alemanes quedaban inmediatamente desbaratados. Estaba en juego el propio prestigio de Hitler. Los movimientos que siguieron, que culminaron en la invasión alemana de Austria y en la Anschluss, se improvisaron todos entonces, sobre la marcha y a velocidad vertiginosa.

Al gobierno alemán le dejó completamente desconcertado la maniobra de Schuschnigg. Berlín estuvo varias horas sin reaccionar. No se había informado previamente a Hitler de las intenciones de Schuschnigg, y al principio no se lo podía creer. Pero su asombro no tardó en convertirse en una furia creciente ante lo que consideraba una traición y un incumplimiento del acuerdo de Berchtesgaden.[65]

Goebbels reseña en su diario la decisión de celebrar un plebiscito en Austria, aunque sin más comentario en principio.[66] A última hora del día, cuando se estaba dirigiendo a un grupo de directores de periódicos en una recepción que se celebraba en el Ministerio de Propaganda, le convocaron de pronto para que compareciera en presencia de Hitler. Cuando llegó, ya estaba allí Göring. Se le informó de la maniobra de Schuschnigg, «un truco extremadamente sucio» (ganz gemeinen Bubenstreich) para «engañar» (übertölpeln) al Reich mediante «un plebiscito estúpido e idiota». El trío aún no sabía muy bien qué hacer. Consideraron la posibilidad de responder con la abstención nazi en el plebiscito (lo que habría socavado su legitimidad) y la de enviar un millar de aviones para que tiraran octavillas sobre Austria «y luego intervenir activamente».[67] De momento, se dio instrucciones a la prensa alemana de no publicar absolutamente nada sobre Austria.[68]

De noche, tarde ya, Hitler, tal vez azuzado por Göring, se fue calentando. Se llamó de nuevo a Goebbels. Estaba presente también Glaise-Horstenau (junto con Seyss-Inquart, un simpatizante de los nazis miembro del gobierno austriaco), que se encontraba de visita en el sur de Alemania y había sido rápidamente convocado a Berlín por Göring. «El Führer le describe drásticamente sus planes—escribe Goebbels—. Glaise se echa atrás ante las consecuencias». Pero Hitler, que continuó analizando la situación con Goebbels hasta las cinco de la mañana, estaba ya «plenamente en marcha» y mostraba «un ánimo de lucha maravilloso». «Cree que ha llegado la hora», escribía Goebbels. Quería consultarlo con la almohada. Pero estaba seguro de que Italia e Inglaterra no harían nada. Era posible una intervención de Francia, pero no era probable. «El riesgo no es tan grande como cuando la ocupación de la Renania», fue la conclusión.[69]

Lo poco preparados que estaban los dirigentes alemanes para la maniobra de Schuschnigg lo demuestra el hecho de que el ministro de asuntos exteriores, Ribbentrop, estaba en Londres, a Reichenau hubo que llamarle a El Cairo y al general Erhard Milch (mano derecha de Göring en la Luftwaffe) a Suiza, donde se encontraba de vacaciones.[70] Estaba previsto que fuera el propio Göring quien presidiese el tribunal militar que había de juzgar el caso Fritsch, y que se reunía por primera vez el 10

de marzo. Hubo que aplazar bruscamente la audiencia cuando llegó un emisario con un mensaje en el que se pedía la presencia inmediata de Göring en la Cancillería del Reich.[71] También se había convocado allí a Goebbels, que cuando llegó se encontró a Hitler profundamente concentrado en sus pensamientos, inclinado sobre unos mapas. Se analizaron planes para transportar a 4.000 nazis austríacos que habían estado exiliados en Baviera, junto con 7.000 reservistas paramilitares más.[72]

Al alto mando de la Wehrmacht le cogió completamente por sorpresa la petición de planes para una intervención militar de Hitler. Keitel, que recibió de pronto orden de presentarse en la Cancillería del Reich la mañana del 10 de marzo, sugirió débilmente que se llamase a Brauchitsch y a Beck, sabiendo muy bien que no existía ningún plan, pero deseoso de evitar el tener que decírselo a Hitler. Brauchitsch no estaba en Berlín. Beck le explicó con desesperación a Keitel: «No hemos preparado nada, no ha pasado nada, nada». Pero Hitler desechó sus objeciones. Se le ordenó marchar y regresar en unas horas para informar de qué unidades del ejército estarían listas para iniciar la marcha la mañana del día 12.[73]

Por entonces, Goebbels había tenido nuevamente intensas discusiones a solas con Hitler. Parece que fue él quien propuso la idea de que los dos miembros pronazis del gabinete austríaco, Seyss-Inquart y Gleise-Horstenau, exigieran que el referéndum se atuviese a los procedimientos establecidos para el plebiscito del Sarre de 1935. Si Schuschnigg se negaba, como era de esperar, los dos ministros dimitirían y de 600 a 800 aviones alemanes regarían Austria con octavillas el sábado, exhortando a la gente a la resistencia contra el gobierno. El pueblo (es decir, los militantes nazis) se sublevaría. Y el domingo, 13 de marzo, el día del referéndum, la Wehrmacht seguida por los «legionarios» austríacos (paramilitares exiliados con base en Baviera) iniciarían la invasión. El SA-Obergruppenführer Hermann Reschny, jefe de las fuerzas de asalto austriacas, pensaba que el ejército austríaco abriría fuego. Esto era algo con lo que había que contar también. Pero Mussolini no podía hacer nada y Londres no quería mientras que París se vería obstaculizada por su crisis de gobierno. «Así que es un riesgo que hay que correr. En

cualquier caso, hay que prepararlo todo. El Führer elabora los planes militares. […] Marzo siempre ha sido el mes de suerte del Führer».[74]

Hacia la medianoche Hitler convocó de nuevo a Goebbels. «La suerte está echada—escribe éste—. El sábado la invasión. Directos a Viena. Gran actividad aérea. El Führer irá personalmente a Austria. Göring y yo debemos quedarnos en Berlín. En ocho días Austria será nuestra». Analizó con Hitler las cuestiones de propaganda, luego volvió a su ministerio a trabajar en ellas hasta las cuatro de la madrugada. No se permitió ya salir a nadie del Ministerio hasta que empezase la operación. La actividad era febril. «De nuevo un gran momento. Con una gran tarea histórica. […] Es maravilloso», escribía.[75]

Goebbels, después de dormir tres horas, estaba de nuevo con Hitler a las ocho dictando el texto de las octavillas que había que distribuir en Austria.[76] Cuando Papen llegó a toda prisa de Viena una hora después a la Cancillería del Reich, se encontró con una actividad frenética. Aparte de Goebbels y de su equipo de propaganda, Neurath, Frick (con varios funcionarios del Ministerio del Interior), Himmler («rodeado por una docena de gigantescos oficiales de las SS»), Brauchitsch, Keitel y su ayudante estaban todos allí presentes. Faltaba Ribbentrop, marginado en Londres, donde estaba haciendo sus despedidas oficiales tras cesar en su puesto de embajador; Göring había obstaculizado su regreso a Berlín.[77]

En el pensamiento de Hitler ocupaba esa mañana lugar preferente la posible reacción de Mussolini. Hacia el mediodía, envió una carta manuscrita, a través de su emisario el príncipe Philipp de Hessen, en la que le decía al Duce que como «un hijo de este suelo [austríaco]» se sentía impulsado inevitablemente a intervenir para restaurar el orden en su patria, y le reiteraba su inalterable estimación y subrayaba que nada alteraría su promesa de respetar la frontera del Brenner.[78] Pero fuese cual fuese la reacción del Duce, Hitler había emitido ya por entonces su directriz para el «Caso Otto», manifestando su intención de invadir Austria si fallaban otras medidas (las condiciones presentadas a Schuschnigg por Seyss-Inquart). La operación, bajo su mando, debería efectuarse «sin recurrir al uso de la fuerza, en forma de una entrada pacífica con la bienvenida del pueblo».[79]

Cuando hicieron pasar esa mañana a Papen para verle, Hitler se

hallaba «en un estado que rozaba la histeria».[80] Quien asumió casi toda la dirección del asunto a lo largo del día fue Göring (según su propia versión), más que Hitler. «Fui yo, más que el Führer, quien marcó el ritmo e incluso quien lo llevó todo hasta su resolución final, superando los recelos del Führer», insistió orgullosamente en su juicio de Nuremberg, deseoso de establecer para la posteridad su propio «mito de Göring».[81] «Sin discutirlo en realidad con el Führer—recordaba—pedí espontáneamente la dimisión inmediata del canciller Schuschnigg. Cuando se aprobó esto, planteé la exigencia siguiente, de modo que todo estuvo ya listo para la Anschluss».[82] Esto era en realidad una simplificación excesiva.

Hitler había remitido el primer ultimátum hacia las diez, exigiendo que Schuschnigg suspendiera el referéndum dos semanas para permitir que se organizara un plebiscito similar al que se había hecho en el Sarre en 1935, la idea que había propuesto Goebbels el día anterior. Schuschnigg debía dimitir como canciller para dejar paso a Seyss-Inquart. Debían revocarse todas las restricciones legales que pesaban sobre los nacionalsocialistas.[83] Fue hacia las 14:45, cuando Schuschnigg aceptó el aplazamiento del plebiscito pero se negó a dimitir, cuando actuó Göring por iniciativa propia repitiendo el ultimátum de que dimitiera el canciller y le sustituyera Seyss. Luego Göring informó a la Cancillería del Reich: Seyss tenía que ser nombrado canciller a las 17:30, las otras condiciones del ultimátum original tenían que estar aceptadas a las 19:3o.[84] Se había limitado, pues, a hacer caso omiso de las objeciones del propio Seyss, que aún albergaba la esperanza de evitar una invasión alemana y de preservar algunos jirones de independencia austríaca.[85] Seyss, que parecía tenso y agobiado, transmitió el ultimátum al gobierno austríaco, comentando que él no era más que «una operadora de una centralita telefónica».[86] Proseguían mientras tanto los preparativos militares en Alemania, «pero la invasión aún no es segura», escribía Goebbels. Se discutieron planes para convertir a Hitler en presidente federal, que sería aclamado por el voto del pueblo, «y luego, ya poco a poco (dann so nach und nach) completar la Anschluss».[87] Lo que se preveía en el futuro inmediato era la «coordinación» (Gleichschaltung) de Austria, no la Anschluss.[88]

Luego llegó la noticia de que sólo había sido aceptada una parte del segundo ultimátum. A la súplica desesperada de ayuda inglesa de Schuschnigg lord Halifax había respondido con un telegrama que decía, incorrectamente: «(Gobierno de Su Majestad son incapaces de garantizar protección».[89] Schuschnigg dimitió hacia las 15:3o.[90] Pero el presidente Wilhelm Miklas se negó a nombrar canciller a Seyss-Inquart.[91] Se envió un ultimátum posterior a Viena, que expiraba a las 19:3o.[92] Por entonces Göring estaba en plena actividad. Nicolaus von Below, cuando volvió a la Cancillería del Reich a última hora del día, lo encontró «en su elemento», hablando por teléfono sin parar con Viena, el absoluto «dueño de la situación».[93] Poco antes de las ocho Schuschnigg emitió por radio un emotivo discurso en el que explicaba el ultimátum. Austria, dijo, había cedido ante la fuerza. Las tropas no ofrecerían resistencia para evitar el derramamiento de sangre.[94]

Por entonces, grupos nazis arrasaban las ciudades austríacas, ocupando edificios oficiales de provincias. Dirigentes nazis locales tenían la esperanza de conseguir la Gleichschaltung mediante la toma del poder desde dentro para evitar una invasión alemana.[95] Göring presionó a Seyss-Inquart para que enviara un telegrama preparado, dictado desde Berlín, pidiendo ayuda al gobierno alemán para «restaurar el orden» en las ciudades austríacas, «para que tengamos legitimación», como confesó con franqueza Goebbels.[96] Keppler llamó por teléfono a las 20: 48 para informar a Göring de que Seyss se negaba a enviar el telegrama. Göring contestó que no hacía falta que se enviase el telegrama; lo único que tenía que hacer Seyss era decir «acepto».[97] Finalmente, Keppler envió el telegrama, a las 21:10. Era irrelevante. Veinticinco minutos antes, convencido por Göring de que haría el ridículo si después de haber enviado el ultimátum no actuaba, Hitler había dado ya a la Wehrmacht la orden de ponerse en marcha.[98] Brauchitsch había dejado la Cancillería del Reich, con la orden de invasión en el bolsillo, deprimido y preocupado por la reacción en el extranjero.[99] Justo antes de las 22:30 Hitler oyó la noticia que había estado esperando con impaciencia: Mussolini estaba dispuesto a aceptar la intervención alemana. «Dígale a Mussolini, por favor, que nunca olvidaré esto, nunca, nunca, nunca, pase lo que pase—dijo Hitler efusivamente por teléfono, con inmenso alivio a

Philipp de Hesse—. Si alguna vez necesitase alguna ayuda o estuviese en algún peligro, puede estar seguro de que le ayudaré cueste lo que cueste, pase lo que pase, aunque el mundo entero se alzase contra él», añadió, arrastrado por el entusiasmo.[100]

El presidente Miklas cedió a medianoche. Seyss-Inquart fue nombrado canciller federal.[101] Se habían cumplido ya todas las exigencias alemanas. Pero la invasión siguió adelante. Como comentaba cínicamente el periodista estadounidense William Shirer, que observaba lo que estaba pasando en Viena: con la invasión Hitler incumplió los términos de su propio ultimátum.[102] Un ultimo intento de Seyss-Inquart, a las 2:30, de detener la invasión fue rechazado con brusquedad por Hitler: no podía detenerse ya la intervención militar.[103] Keitel no se atrevió a transmitir una petición del general Max von Viebahn que recibió a las cuatro, en la oficina central de la Wehrmacht, en que le rogaba que interviniera ante el Führer para que desistiera de la invasión. Si Hitler hubiese tenido noticia de la petición, aseguraba Keitel, habría sentido un absoluto desprecio por el alto mando del ejército.[104] Eso, en opinión de Keitel, había que evitarlo a toda costa después de los acontecimientos de las semanas anteriores. La «visita amistosa» de las tropas alemanas se inició a las 5:30.[105]

Esa misma mañana, más tarde, Hitler, acompañado por Keitel, aterrizó en Munich, camino de su entrada triunfal en Austria, dejando a Göring como sustituto en el Reich.[106] A mediodía, la cabalgata de Mercedes grises, con las capotas bajadas pese al tiempo gélido, había llegado a Mühldorf am Inn, cerca de la frontera austríaca. El general Fedor von Bock, comandante en jefe del 8° ejército recién formado, precipitadamente creado en dos días a partir de unidades de tropa de Baviera, informó a Hitler. El SS-Leibstandarte motorizado Adolf Hitler había llegado de Berlín para unirse a ellos. Bock pudo decirle a Hitler que los soldados alemanes habían sido recibidos con llores y con verdadero entusiasmo desde que habían cruzado la frontera dos horas antes. Hitler escuchó el informe de las reacciones en el extranjero del jefe de prensa del Reich, Otto Dietrich. No esperaba complicaciones militares ni políticas, y dio orden de seguir viaje hacia Linz.[107]

Frick, de vuelta en Berlín, estaba redactando el borrador de una serie

de leyes destinadas a proporcionar un marco legal a la absorción alemana de

Austria. Aún no se preveía una Anschluss plena (la incorporación completa de Austria, que significase su desaparición como país); al menos no en un futuro inmediato. Estaban previstas elecciones para el 10 de abril, con Austria «bajo la protección de Alemania». Hitler iba a ser presidente federal, aboliendo la constitución. «Luego ya podemos impulsar las cosas en la dirección que nos parezca», comentaba Goebbels.[108] Ni siquiera el propio Hitler había insinuado una Anschluss en su proclama, leída a mediodía por Goebbels en la radio alemana y en la austriaca; decía sólo que habría un «verdadero plebiscito» sobre el futuro y el destino de Austria en poco tiempo.[109]

Esa tarde, poco antes de las cuatro, Hitler cruzó la frontera austriaca por el estrecho puente de su lugar de nacimiento, Braunau am Inn. Las campanas de la iglesia estaban repicando. Decenas de miles de personas (la mayoría de las cuales no eran de Braunau) se alineaban por las calles de la pequeña población en un éxtasis de alegría. Pero Hitler no se detuvo. Su visita la había dictado la utilidad propagandística, no el sentimiento. Braunau desempeñó su breve función simbólica. Bastó con eso. La cabalgata continuó su camino triunfal hacia Linz.

Tenían que ir mucho más despacio de lo previsto por las multitudes jubilosas que llenaban los lados de la carretera. Hitler no llegó a la capital de la Alta Austria hasta cuatro horas después, cuando era ya de noche. Hacía mucho que estaban esperándole allí Seyss-Inquart, Glaise-Horstenau, Himmler y otros destacados nazis.[110] Y también una enorme multitud reunida en la plaza del mercado. Los coches no pudieron seguir más allá. La escolta de Hitler abrió paso a través de la multitud para que pudiera seguir a pie los últimos metros hasta el ayuntamiento de la ciudad.[111] Doblaban las campanas; la extasiada multitud chillaba «Heil»; Seyss-Inquart apenas pudo hacerse oír en sus comentarios introductorios. Hitler parecía profundamente conmovido.[112] Le corrían las lágrimas por las mejillas.[113] En su discurso desde el balcón del ayuntamiento de Linz, dijo a las masas, que le interrumpían constantemente con sus descontrolados vítores, que la Providencia debía de haberle elegido para devolver su patria al Reich alemán. Ellos eran

testigos de que había cumplido ya su misión. «No sé qué día seréis llamados—anadió—. Tengo la esperanza de que no falte mucho». Este comentario un tanto místico parecía indicar que ni siquiera entonces se proponía aún acabar horas después con la identidad de Austria incorporando el país a Alemania.[114]

Los planes se modificaron rápidamente una vez más. El se había propuesto ir directamente a Viena, pero decidió quedarse en Linz todo el día siguiente, domingo 13, y entrar en Viena el lunes.[115] Su grupo, con el acompañamiento de gritos incesantes de «Un pueblo, un Reich, un caudillo» (ein Volk, ein Reich, ein Führer), se instaló en el Hotel Weinzinger, en la orilla del Danubio. Se dispusieron precipitadamente camas. El restaurante no tenía reservas suficientes para tantas comidas. El único teléfono que había en el hotel tuvo que reservarse exclusivamente para uso de Hitler.[116] La recepción extraordinaria que le habían brindado le había afectado muchísimo. Le contaron que los periódicos extranjeros estaban ya hablando de la Anschluss de Austria con Alemania como un fait acccompli. Fue en esta atmósfera donde tomó forma rápidamente la idea de la anexión inmediata de Austria.

Se oyó decir a Hitler, con impaciencia, que no quería cosas a medias. Se dio orden de que acudiese a Linz urgentemente Stuckart, del Ministerio del Interior del Reich, para preparar un borrador de legislación.[117] En una entrevista que concedió al periodista inglés Ward Plrice en el Hotel Weinzinger, Hitler insinuó que Austria se convertiría en una provincia alemana «como Baviera o Sajonia».[118] Es evidente que consideró más el asunto durante la noche.[119] Al día siguiente, 13 de marzo (el día programado en principio para el referéndum de Schuschnigg sobre la independencia austríaca) se completó la Anschluss, que no era lo que estaba previsto la noche anterior.[120] La visita de Hitler a Leonding, donde llevó flores a la tumba de sus padres y volvió a la casa donde había vivido la familia y se encontró con algunos conocidos a los que hacía treinta años que no veía, tal vez fortaleciese la creencia, estimulada la noche anterior por su recepción en Linz, de que la Providencia le había predestinado para volver a unir su país natal (Heimat) al Reich.[121]

En algún momento de ese día, Hitler se puso en contacto con

Mussolini para asegurarse de que el Duce aceptaba la decisión Final de la Anschluss plena. Al oír la noticia deseada, envió un telegrama efusivo, en un tono parecido al mensaje telefónico de dos días antes: «¡Mussolini, nunca olvidaré esto!».[122] La respuesta del Duce al día siguiente, dirigida simplemente a «Hitler, Viena», era menos emotiva: «Mi postura está determinada por la amistad entre nuestros dos países sellada en el eje», decía.[123]

Stuckart había llegado mientras tanto durante la noche y se había instalado en el hotel Weinzinger la mañana del 13 a redactar el borrador de la Ley para la Reunificación de Austria con el Reich alemán.[124] Esta ley se preparó a toda prisa, con muchas consultas e intercambios de Stuckart, desde Linz, y Keppler, desde Viena.[125] Hitler dijo a un sorprendido y jubiloso grupo de dirigentes nazis austríacos, invitados a comer en el Hotel Weinzinger, hacia las tres de la tarde, que estaba a punto de promulgarse una importante ley que establecía la incorporación de Austria al Reich alemán.[126] Hacia las cinco, el Consejo de Ministros austríaco (un órgano que por entonces se parecía ya muy poco al gabinete de Schuschnigg) aceptó unánimemente el borrador de Stuckart con una o dos pequeñas reformulaciones. La reunión duró sólo cinco minutos y terminó con los reunidos poniéndose en pie para hacer el «saludo alemán». El presidente austríaco, Wilhelm Miklas, dejó su cargo aproximadamente al mismo tiempo, negándose a firmar la ley de reunificación y traspasando sus poderes a Seyss-Inquart. Esa noche, Seyss-Inquart y Keppler fueron a Linz a confirmar que la ley había sido aceptada. Hitler la firmó antes de que Finalizara la velada.[127] Austria se había convertido en una provincia alemana.[128] A Göring, que había sido, como ya liemos visto, quien había presionado con mayor firmeza por la unión de los dos países antes de los acontecimientos desencadenados por la reunión del Berchtesgaden, le cogió de sorpresa: se quedó atónito al ver cómo se había producido la Anschluss.[129]

El ejército austríaco juró inmediatamente fidelidad a Hitler. En una maniobra sorprendente, el Gauleiter Josef Bürckel, un «veterano» del Movimiento de plena confianza pero sin conexiones con Austria, fue trasladado desde el Sarre para reorganizar el NSDAP.[130] Hitler se daba

cuenta claramente de que era preciso meter en cintura al partido en Austria lo antes posible y no dejarlo en manos de la jefatura austríaca, turbulenta, indisciplinada e imprevisible.

A media mañana del 14 de marzo, Hitler abandonó Linz camino de Viena. Multitudes jubilosas aclamaron a la cabalgata de limusinas (acompañaban al Mercedes de Hitler trece coches de policía) durante todo el trayecto basta la capital, a la que llegó, de nuevo con retraso, al final de la tarde.[131] Obedeciendo órdenes del cardenal Innitzer, arzobispo de Viena, todas las iglesias católicas de la ciudad tocaron sus campanas en honor de Hitler y colocaron estandartes con esvásticas en los campanarios (un gesto extraordinario teniendo en cuenta la «lucha de la iglesia» que se había desarrollado en el propio Reich durante los años anteriores).[132] Las escenas de entusiasmo, según un periodista suizo que las presenció, «desafiaban cualquier descripción».[133] Un observador inglés de los hechos comentaba: «Decir que las multitudes que recibieron a Hitler a lo largo de la Ringstrasse estaban poseídas por un delirio de júbilo es decir poco».[134] Hitler tuvo que salir varías veces al balcón del Hotel Imperial debido a los gritos constantes de la multitud que clamaba: «¡Queremos ver al Führer!».[135] Keitel, que tenía su habitación en la parte delantera del hotel, no pudo dormir por el griterío.[136]

Al día siguiente, 15 de marzo, con un tiempo magnífico de primavera, Hitler se dirigió a una enorme y delirante multitud, calculada en un cuarto de millón de personas, en la Heldenplatz de Viena. El Partido Nazi vienés había estado esperando impaciente durante tres días su llegada a la ciudad.[137] Habían tenido tiempo para garantizar que todo estuviese preparado. Se dio orden de cerrar en todos los centros de trabajo (aunque no debía dejar de pagarse por ello a los trabajadores una compensación por las horas pasadas de pie y esperando el discurso de Hitler); el personal de muchas fábricas y oficinas se había desplazado en grupo para ir a oír el histórico discurso; las escuelas llevaban sin abrirse desde el sábado; la Juventud de Hitler y las muchachas de la Bund Deutscher Mädel habían acudido en autobuses de todas partes de Austria; había formaciones del partido que habían acudido en pleno.[138] Pero pese a toda la organización, el entusiasmo desbordante de la

inmensa multitud era innegable… y contagioso. Los menos entusiastas se habían visto ya reducidos a la sumisión por la brutalidad descarada de las hordas nazis, que aprovechaban su triunfo desde el fin de semana para propinar temibles palizas o para robar y saquear a voluntad, y por las primeras oleadas de detenciones masivas (calculadas entre 10.000 y 20.000 en los primeros días) organizadas por Himmler y Heydrich, que habían llegado a Viena el 12 de marzo.[139]

En el discurso de Hitler hubo una mención amenazadora de la «nueva misión» de las «Marcas Orientales (Ostmark) del Pueblo Alemán» (como pasó a llamarse lo que antes era el país independiente de Austria) como «bastión» contra las «tormentas del Este».[140] Concluyó, con vítores tumultuosos que duraron minutos, proclamando «ante la historia la entrada de mi patria en el Reich alemán».[141]

Tras asistir a un desfile militar por la tarde, Hitler tuvo una audiencia breve pero importante, preparada por Papen, con el cardenal primado austríaco Innitzer.[142] El cardenal garantizó a Hitler la lealtad de los católicos de Austria, la mayoría aplastante de la población.[143] Tres días después, junto con seis obispos y arzobispos austríacos más, estampó su firma en una declaración de pleno apoyo y bendición al nuevo régimen de Austria en la que manifestaba su convicción de que «mediante la actuación del Movimiento Nacionalsocialista se pondría freno al peligro del bolchevismo ateo, que lo destruía todo».[144] El cardenal Innitzer añadía, de su puño y letra, «Heil Hitler».[145]

Hitler abandonó Viena a ultima hora del día y voló a Munich, desde donde regresó al día siguiente a Berlín para otro «recibimiento de héroe».[146] Dos días después, el 18 de marzo, el Reichstag, convocado precipitadamente, escuchó su relato de los acontecimientos que habían conducido a lo que describió como el «cumplimiento del supremo cometido histórico».[147] Luego se disolvió el Reichstag y se convocaron nuevas elecciones para el 10 de abril. El 25 de marzo, inició en Königsberg lo que habría de ser su última campaña «electoral», en la que pronunció seis de los catorce discursos importantes en la antigua Austria.[148] La maquinaria de propaganda se puso de nuevo en marcha a plena potencia en ambas partes del esparcido Reich. Se prohibió a los periódicos utilizar la palabra ja en cualquier contexto que no estuviese

relacionado con el plebiscito.[149] Cuando se comunicaron los resultados el 10 de abril, el 99,08 por 1oo de los votantes del «Viejo Reich» y el 99,75 de «Austria» dieron un «sí» a la Anschluss y a la «lista del Führer».[150] El ministro de propaganda Goebbels se felicitó a sí mismo. «fin resultado como éste, de casi el 100 por 100, es al mismo tiempo una enseña de honor para todos los propagandistas electorales», fue su conclusión.[151]

Desde la perspectiva de Hitler, era un resultado casi perfecto. Pese a los indudables métodos manipulativos, a amaños y trampas con los votos, era indiscutible que el apoyo sincero a la actuación de Hitler había sido masivo.[152] Un triunfo en política exterior había fortalecido una vez más su posición en el interior y en el extranjero. A la inmensa mayoría del pueblo alemán, Hitler le parecía una vez más un estadista de dotes extraordinarias. Para los dirigentes de las democracias occidentales, aumentaban aún más las angustias por la inestabilidad creciente de Europa central.

La aventura austriaca había terminado. La atención de Hitler estaba desplazándose ya hacia otra parte. Pocos días después de regresar de Viena, estaba de nuevo examinando mapas con Goebbels. «Lo primero que viene ahora es Chequia (Tschechei)—escribía el ministro de propaganda—. Y rigurosamente (rigoros), en La primera oportunidad. […] El Führer es maravilloso. […] Un verdadero genio. Ahora se pasa las horas sentado ante el mapa pensando. Resulta conmovedor, cuando dice que quiere llegar a ver él mismo el gran Reich alemán de los germanos (Germanen)».[153]

La Anschluss fue una línea divisoria para Hitler y para el Tercer Reich. Su telón de fondo había sido el de una crisis nacional. Pero casi de la noche a la mañana se había desactivado cualquier amenaza residual del asunto Blomberg-Fritsch con un triunfo mayor que cualquier otro del que hubiese podido disfrutar Hitler anteriormente. La recepción abrumadora con que se había encontrado al llegar a Viena en su grandioso desfile, y sobre todo su regreso a Linz, le habían causado una impresión profunda. La embriaguez de las multitudes le hacía sentirse como un dios. La rápida improvisación sobre la marcha de La Anschluss, con la que se cumplía un sueño que él había tenido cuando era un joven

seguidor de Schönerer hacía ya tantos años, demostraba una vez más (o al menos le parecía) que podía hacer todo lo que quisiese. Daba la impresión de que su instinto era infalible. Las potencias «occidentales» eran impotentes. Quedaba demostrado, como siempre, que los dubitativos y escépticos del interior eran débiles y que se equivocaban. No había nadie que pudiera interponerse en su camino. Como diría más tarde Papen: «Hitler había conseguido la Anschluss por la fuerza; a pesar de todas las advertencias y profecías, sus métodos habían demostrado ser los más directos y eficaces. No sólo no había habido ningún choque armado entre los dos países sino que ninguna potencia extranjera había considerado conveniente intervenir. Habían adoptado la misma actitud pasiva que cuando se había reintroducido el servicio militar en Alemania y cuando la reocupación de la Renania. El resultado fue que Hitler se hizo impermeable a los consejos de todos los que deseaban que ejerciese la moderación en su política exterior.[154]

Con la Anschluss Hitler había creado una «Gran Alemania» (Grossdeutschland), incorporando a ella su país natal. Como indica una entrada del diario de Goebbels de entonces, estaba impaciente por conseguir más. Se había visto a sí mismo en tiempos como el «tambor», que preparaba el camino al «gran caudillo» que vendría después. Luego había acabado considerándose él mismo ese «gran caudillo», reconstruyendo Alemania, «nacionalizando» a las masas para el gran conflicto futuro. ¿Viviría para ver la creación del Gran Reich Germánico, que incluyese a todos los alemanes y dominase el continente europeo? Durante mucho tiempo lo había dudado. Tal vez fuese necesario un «gran caudillo» posterior para completar la tarea, pensaba. Pero a partir de 1936, pasó a convencerse de que no iba a hacer falta, Europa se había puesto «en movimiento»; el conflicto no tardaría ya mucho en llegar. A finales de 1937 estaba previendo la expansión en un futuro previsible. Ahora la Anschluss le indicaba que el Gran Reich Germánico no tenía por qué ser un proyecto a largo plazo. Podría crearlo él mismo. Pero tenía que ser pronto. La incorporación de Austria había debilitado seriamente las defensas de Checoslovaquia, el estado eslavo que él había detestado desde su fundación y un aliado del archienemigo bolchevique y de Francia. El paso siguiente para el dominio alemán del continente

europeo le estaba llamando.

La Anschluss no sólo puso en movimiento la montaña rusa de la expansión exterior. Dio un empuje masivo al ataque a los «enemigos internos». Unos de los primeros que habían llegado a Viena habían sido Himmler y Heydrich. La represión fue feroz, peor de lo que lo había sido en Alemania a raíz de la ascensión nazi al poder en 1933. Los archivos de la policía austriaca cayeron inmediatamente en manos de la Gestapo. Los que apoyaban al régimen caído, pero sobre todo socialistas, comunistas y judíos (que habían pasado a depender de Adolf Eichmann, la estrella en ascenso del «Departamento Judío» del SD) fueron detenidos a miles en «custodia preventiva».[155]

Muchos otros judíos fueron maltratados, vapuleados y torturados en horribles ordalías por matones nazis, que arrasaban y se entregaban al pillaje. Las tiendas judías fueron saqueadas a voluntad. A algunos judíos concretos les robaron en las calles a la vista de todos el dinero, las joyas, los abrigos de piel. Grupos de judíos, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, fueron sacados a rastras de oficinas, tiendas y hogares y obligados a fregar las aceras en «brigadas de limpieza», mientras sus atormentadores les controlaban y, contemplados por una multitud de espectadores que chillaban «por fin trabajan los judíos», les daban patadas, les arrojaban agua fría y sucia y los sometían a todo tipo imaginable de humillaciones despiadadas.[156]

La furia acumulada de las turbas nazis amenazaba con estallar en un pogromo a gran escala. El veterano corresponsal en Viena del Daily Telegraph, G.E.R. Gedye, describió la atmósfera amenazadora: «Cuando crucé Graben [una de las calles principales del centro de Viena] para ir a mi oficina, inundaba ya las calles la marea parda. Fue un sabbath de brujas indescriptible: guardias de asalto, muchos de ellos recién salidos de la escuela, con cartucheras y carabinas, con los brazaletes de la esvástica como única señal de autoridad, desfilaban codo con codo con policías renegados, hombres y mujeres chillando o gritando histéricamente el nombre de su jefe, abrazando a la policía y arrastrándoles en una corriente remolineante de humanidad, camiones llenos de guardias de asalto empuñando unas armas escondidas durante mucho tiempo, aullando furiosos, intentando hacerse oír por encima de

la algarabía, hombres y mujeres que daban saltos, gritaban y bailaban a la luz de las antorchas humeantes que no tardaron en hacer aparición, el aire lleno de un pandemónium sonoro en que se entremezclaban chillidos de: «¡Abajo los judíos! ¡Heil Hitler! ¡Heil Hitler! ¡Sieg Heil! ¡Mueran los judíos!…».[157]

«El Hades había abierto sus puertas y había soltado a sus espíritus más viles, más despreciables y más impuros», así era como describía la escena el prestigioso dramaturgo y escritor Carl Zuckmayer, cuyas obras estaban prohibidas en Alemania desde 1933. Viena se había transformado, en su opinión, «en una pesadilla pintada por el Bosco».[158]

Un judío de diecisiete años recordaba más tarde su propia experiencia, sólo unas semanas después de formar parte de una alegre multitud que gozaba bailando, bebiendo y divirtiéndose en el carnaval vienés: «Corrí a la ventana y miré hacia Nussdorferstrasse. […] Entonces apareció ya el primer camión. Iba repleto de hombres que gritaban y chillaban. Ondeaba sobre sus cabezas una inmensa bandera de la esvástica. […] Entonces pudimos oír ya claramente lo que estaban gritando: Ein Volk, ein Reich, ein Führer! cantaban a coro, seguido de Ju-da verr-rrecke! Ju-da verr-rrecke! («¡Mueran los judíos!»). […] Yo aún estaba mirando a Nussdorferstrasse cuando oí de pronto un grito ahogado justo debajo de nuestra ventana. Estiré el cuello y vi a un policía austríaco, con un brazalete de la esvástica colocado ya sobre la manga del uniforme verde oscuro, empuñando la porra y golpeando con furia demente a un hombre que se retorcía a sus pies. Reconocí inmediatamente al policía. Le conocía de toda la vida…».[159]

Hubo miles de personas que intentaron huir. Las masas se amontonaban en las estaciones ferroviarias, intentando irse a Praga. Las pocas pertenencias que habían podido llevar consigo se las habían arrebatado brigadas de hombres con brazaletes de la esvástica que se habían concentrado en las estaciones y «confiscaban» a voluntad, entraban en los compartimentos de los trenes y sacaban a rastras a víctimas arbitrariamente seleccionadas para posterior maltrato e internamiento. Los que se fueron en el expreso nocturno de las 23:15 creyeron que habían escapado. Pero les hicieron dar la vuelta en la

frontera checa. Su calvario no había hecho más que empezar. Otros intentaron huir por carretera. Las carreteras que llevaban a la frontera checa no tardaron en quedar bloqueadas. Se llenaron de vehículos abandonados cuando sus ocupantes, al darse cuenta de que las autoridades checas no dejaban cruzar la frontera a los refugiados, se habían internado en los bosques para intentar cruzarla a pie.[160]

Para muchos sólo hubo una forma de escapar. El suicidio pasó a ser frecuente en la comunidad judía vienesa en aquellos días terribles.[161]

El afán de erradicar a los «enemigos del pueblo», que en Alemania había amainado a mediados de la década de 1930 y había empezado a cobrar fuerza otra vez en 1937, se revitalizó debido a las nuevas «oportunidades» que se presentaban en Austria. La campana radicalizada se reimportaría rápidamente al «Viejo Reich», tanto en la nueva oleada aterradora de antisemitismo del verano de 1938, como (fuera del escenario [público pero en ultima instancia más siniestro) en la rápida expansión de la participación de las SS en la búsqueda de soluciones a la «cuestión judía».[162]

Después de los temblores del asunto Blomberg-Fritsch, la posición interna de Hitler había pasado a ser más fuerte que nunca. Su jefatura era absoluta. El cuerpo de oficiales del ejército, profundamente airado por el tratamiento dispensado a Fritsch, había visto cómo el triunfo de la Anschluss les dejaba desinflados. Las semillas de la resistencia quedarían sembradas en un pequeño número de oficiales y acabarían germinando en una conspiración que estaría a punto de acabar con la vida de Hitler el 20 de julio de 1944. Pero en esta etapa la amargura y el resentimiento iban dirigidos sobre todo contra Himmler, Heydrich y Göring, no contra Hitler. Y se daban cuenta de que no había fuerzas capaces de llevar adelante un golpe porque, como decía el general de división Friedrich Olbricht, «el pueblo apoya a Hitler».[163] Tampoco les pasó desapercibido el recibimiento que se dispensó a las tropas alemanas en las carreteras austriacas. En lo referente a la Anschluss, la inmensa mayoría de los oficiales pensaba lo mismo que el pueblo: no podían por menos que aprobar y (aunque a veces a regañadientes) admirar el último triunfo de Hitler.

Entre la masa de la población, «el milagro alemán» que había traído

Hitler desencadenó lo que se describía como «un frenesí elemental de entusiasmo»… una vez que estuvo claro que las potencias occidentales se quedarían de brazos cruzados y no harían nada, y que «nuestro Führer lo ha conseguido sin derramamiento de sangre».[164] Sería la ultima vez que los alemanes (ahora con el añadido de sus primos del este, cuya rápida decepción no tardaría en disipar la loca euforia con que muchos de ellos habían vitoreado a Hitler)[165] sentirían que dejaba de pesar sobre ellos la amenaza de guerra tan rápidamente después de un golpe de mano de política externa completado en unos días y presentado como un fait accompli. La crisis siguiente, la de los Sudetes, se arrastraría durante meses y les llevaría al borde del pánico por la posibilidad de una guerra. Y si Hitler hubiese conseguido lo que se proponía, habría sido una guerra.

Capítulo II

La crisis de Checoslovaquia del verano de 1938 llevó el impulso expansionista de Alemania a un nuevo plano. Esta crisis era diferente de las que la habían precedido en una serie de aspectos significativos. Hasta la Anschluss, los triunfos importantes en política exterior se habían correspondido con las expectativas revisionistas y nacionalistas de todos los intereses poderosos del Reich, y muy especialmente con las del ejército. La retirada de la Liga de Naciones en 1933, la reintroducción del servicio militar general en 1935, la reocupación de la Renania en 1936 y probablemente también la Anschluss, eran objetivos que se habría planteado cualquier gobierno nacionalista de la Alemania de la época. Los métodos (que el ejército, el Ministerio de Asuntos Exteriores y otros miraron a menudo con recelo) fueron hitlerianos. El momento oportuno lo había decidido el Führer. Las decisiones de actuar fueron

sólo suyas. Pero había habido en todos los casos un vigoroso respaldo, además de una cierta vacilación, entre sus consejeros. Y él reflejó en todos los casos diversas corrientes de expresión revisionista. La inmensa popularidad de sus triunfos en todos los sectores de la elite política y entre las masas de la población, atestiguaba el consenso de fondo que había tras el revisionismo. Las primeras crisis habían sido todas ellas de corta duración. La tensión había sido en todos los casos pasajera, el éxito, rápido. Y el júbilo popular había sido en parte, en todos los casos, una expresión de alivio por la no intervención de las potencias occidentales, porque se había disipado la amenaza de otra guerra (algo que hacía sentir escalofríos de horror a la mayoría de la gente normal). La popularidad y el prestigio resultantes que obtuvo Hitler se debieron sobre todo a sus «triunfos sin derramamiento de sangre».[166] En realidad, como hemos visto, había habido siempre pocas probabilidades de intervención aliada, hasta para responder a la reocupación de la Renania. La plataforma para los golpes incruentos de Hitler había sido la debilidad y las divisiones de las potencias occidentales.

En el verano de 1938, la política exterior de Hitler fue por primera vez más allá del revisionismo y de la integración nacional, aunque las potencias occidentales no llegasen a captar el hecho. Fuese cual fuese su barniz público de interés y preocupación por el tratamiento de los alemanes de los Sudetes,[167] no había duda alguna para los grupos dirigentes de Alemania que sabían lo que pensaba Hitler (sus comentarios en la reunión de Hossbach ya lo habían dejado claro), que sabían que lo que se proponía no era sólo la incorporación de los Sudetes, sino la destrucción del propio estado checoslovaco. A finales de mayo este objetivo, y el momento oportuno para intentar alcanzarlo, habían sido expuestos en líneas generales al alto mando del ejército. Significaba guerra… con seguridad contra Checoslovaquia y probablemente (así les parecía a otros), pese a que Hitler supusiese lo contrario, contra las potencias occidentales. El Führer, se hizo inconfundiblemente claro, quería en realidad la guerra. «Viva la guerra… incluso si dura de dos a ocho años», proclamaría dirigiéndose al dirigente de los Sudetes Konrad Henlein en septiembre, en el punto álgido de la crisis.[168] «Todas las generaciones tienen que pasar en algún

momento por la experiencia de la guerra», recordaba haberle oído comentar su ayudante Fritz Wiedemann por esas mismas fechas.[169] Pese a todas las advertencias, él estaba dispuesto a ir a la guerra (aunque no la creyese probable en aquella tesitura) incluso contra Gran Bretaña y Francia.

A muchos de los que sabían lo que Hitler se proponía les sobrecogía y les horrorizaba la pura temeridad del hecho de cortejar el desastre con el riesgo completamente innecesario (en su opinión) de guerra en aquel momento contra las potencias occidentales, una guerra que pensaban que Alemania no podía ganar en el estado de preparación en que se hallaba.

Lo que les sobrecogía no era la perspectiva de destruir Checoslovaquia. El estado que había sido creado en 1918 con las ruinas del imperio de los Habsburgo había mantenido la democracia pese a las minorías de alemanes, húngaros, polacos y rutenos que había junto con los checos y los eslovacos (aunque desde la ascensión de Hitler al poder en Alemania la minoría étnica alemana, de unos tres millones de individuos, había empezado a mostrarse cada vez más inquieta). El país tenía una fuerte base industrial, y había ampliado su capacidad de defensa hasta el punto de que su ejército tenía que considerarse una fuerza con la que había que contar. No tenía nada de sorprendente el hecho de que se hubiese dado tanta importancia a la defensa si tenemos en cuenta que sus largas fronteras norte y sur lindaban con Alemania, Austria, Hungría, Rumania, Ucrania y Polonia. Checoslovaquia buscaba apoyo en los enemigos de Alemania (no sólo en Francia, sino también en la Unión Soviética) y había en el país un número considerable de comunistas. Así que los nacionalistas alemanes sólo podían ver en Checoslovaquia un grave agente irritante que ocupaba un territorio estratégicamente crucial. Si añadimos a eso el prejuicio antieslavo, no podía merecer gran consideración para ellos una democracia hostil al Reich, cuya destrucción aportaría importantes ventajas para el dominio económico y militar alemán de la Europa central. El ejército había planeado ya en 1937 la posibilidad de un ataque preventivo contra Checoslovaquia (el «Plan Verde») para contrarrestar la posibilidad de que si los franceses atacaban al Reich por el oeste los checos, aliados

suyos, lo hiciesen también por el este.[170] Al disiparse el peligro de guerra contra los franceses, algo que a mediados de la década de 1930 se había tomado muy en serio, se habían introducido enmiendas en el «Plan Verde» un mes después de la «reunión de Hossbach» para tener en cuenta las circunstancias probables en que la Wehrmacht podía invadir Checoslovaquia para resolver el problema del «espacio vital».[171]

La caída de Checoslovaquia brindaba también una perspectiva halagüeña desde el punto de vista económico. Göring, cuyo equipo dirigía el Plan Cuatrienal, y los directivos de las industrias de armamento, lanzaban por su parte miradas codiciosas a las materias primas y las fábricas de armas checoslovacas. Como indicaban innumerables informes, estaban creciendo alarmantemente, además,[172] los problemas internos de una economía notoriamente orientada hacia la producción de armamento pero muy dependiente aún de costosas importaciones de alimentos y materias primas, que afrontaba una escasez aguda y creciente de mano de obra y con un sector agrícola forzado hasta el límite. Las presiones económicas en pro de la expansión coincidían plenamente con los objetivos de política de poder de la jefatura del régimen. Los que habían abogado por una estrategia económica alternativa, sobre todo, claro está, Schacht, habían perdido por entonces su influencia. El personaje dominante era Göring. Y en los sueños de dominio alemán de la Europa sudoriental de Göring, era un puntal claramente decisivo la adquisición de Checoslovaquia.

Pero ni la estrategia militar ni la necesidad económica forzaron una crisis checa en 1938. Beck, el jefe del estado mayor, pudo, ciertamente, afirmar en mayo de 1938 que «Chequia (die Tschechei) en la forma que la forzó a adoptar el Diktat de Versalles es inaceptable para Alemania», de manera que «debe hallarse un medio de eliminarla como un punto de peligro para el Reich, si es preciso a través de una solución militar». Pero, pese a ello, se puso a la cabeza de los que se oponían en el ejército a lo que consideraba un paso catastrófico que hacía entrar al Reich en conflicto con Occidente.[173] Göring, del que había partido la máxima presión intimidatoria contra el gobierno austríaco durante la crisis de la Anschluss, que superaba a todos en su rapacidad, compartía las aprensiones de Beck y presionó en favor de concesiones territoriales de

las potencias occidentales en Checoslovaquia con el fin de evitar lo que él veía como una guerra desastrosa contra Inglaterra. Había pocos que estuviesen tan deseosos como él de que desapareciese el estado checo. Pero su idea de cómo debía producirse esa desaparición (liquidación gradual a lo largo del tiempo por medio de una presión implacable) se aproximaba más a las de los nacionalistas conservadores que a la intención de Hitler de conseguirla en el futuro inmediato a través del poder militar. Cuando las posibilidades de guerra con Inglaterra aumentaron, Göring empezó a asustarse. En el punto álgido de la crisis, presionaría en favor de la paz en Munich y no de La agresión contra los checos que era lo que prefería Hitler. Después de Munich nunca volvería a ser tan grande su influencia política.[174]

Fue la visión de un desastre nacional lo que condujo a que surgieran de un modo vacilante por primera vez corrientes significativas de oposición a lo que se consideraba locura de Hitler. En la cúpula del ejército (aún afectada por el escándalo Fritsch), en el Ministerio de Asuntos Exteriores y en otras altas instancias, estaban plantados los gérmenes de la resistencia entre los convencidos de que se estaba conduciendo a Alemania directamente a la catástrofe.[175] Entre los militares, los que afloraron como los principales adversarios de la política de alto riesgo de Hitler fueron el general en jefe del ejército Beck. que dimitió en el verano como jefe de estado mayor, y el almirante Wilhelm Canaris, jefe del Abwehr (departamento de defensa militar).[176] En el Ministerio de Asuntos Exteriores, el secretario de estado Ernst von Weizsäcker figuraba a la cabeza de los que se oponían a la política que apoyaba ávidamente su inmediato superior, el ministro de exteriores Von Ribbentrop.[177] Entre los civiles con un conocimiento interno de lo que estaba pasando, Carl Goerdeler, el antiguo comisario para el control de precios del Reich, utilizó sus amplios contactos en el extranjero para advertir sobre los propósitos de Hitler.[178]

No existía tampoco una presión popular para una aventura exterior, no digamos para una aventura que se consideraba probable que llevase a la guerra con las potencias occidentales. Entre la gente normal, excluida de las deliberaciones de las altas esferas que mantenían Europa en una delgadísima cuerda floja entre la guerra y la paz en septiembre, la larga

e interminable crisis de Checoslovaquia, que se había prolongado durante el final de la primavera y el verano, a diferencia de las crisis anteriores dejó tiempo para que las angustias por la guerra adquirieran impulso. La aguda tensión produjo lo que se describió como una «psicosis de guerra real».[179] A nadie le entusiasmaban los checos. Y la propaganda implacable sobre su supuesta persecución de la minoría alemana tuvo además su influencia. Había realmente algunos sentimientos de verdadera agresión fanática, aunque estaban básicamente limitados a jóvenes crédulos, que no tenían experiencia de la Primera Guerra Mundial. El sentimiento abrumadoramente mayoritario era un ferviente deseo de que se evitase la guerra y se preservase la paz. Hubo por primera vez un asomo de falta de confianza en la política de Hitler. La mayoría esperaba que él preservase la paz, que no llevase a Alemania a una nueva guerra.[180] Pero esta vez, tanto para los principales actores del drama como para los millones que miraban angustiados, la guerra parecía un desenlace más probable que la paz.

Entre los que tenían poder e influencia, el partidario más resuelto de una guerra para destruir Checoslovaquia era el nuevo ministro de asuntos exteriores, Joachim von Ribbentrop, una personalidad completamente distinta del conservador al que desbancaba, Neurath. Ribbentrop estaba más que deseoso de grabar su huella en el Ministerio de Exteriores… y de compensar la situación embarazosa en que había quedado cuando, principalmente por obra de Göring, había sido marginado en Londres sin poder participar en el triunfo austriaco en cuya organización había desempeñado un papel tan importante su archirrival en política exterior.[181] Fue él quien proporcionó a Hitler su principal apoyo en aquellos meses. Su odio a Inglaterra (el país que le había desdeñado y ridiculizado) así como su devoción aduladora al Führer le convirtieron en el más halcón de los halcones, un belicista al que sólo le superaba el propio Hitler. Cuando no estaba azuzando directamente a Hitler, estaba haciendo todo lo posible por apuntalar la convicción de que, cuando llegase el momento, Inglaterra no lucharía, que si había una guerra sería local. El secretario de estado Von Weizsäcker estaba seguro de que la influencia de Ribbentrop sobre Hitler

en este sentido era funesta. Cuando, a mediados de agosto, Weizsäcker contradijo la afirmación de Ribbentrop de que las potencias occidentales no actuarían, el ministro de asuntos exteriores replicó que «hasta entonces el Führer no se había equivocado nunca; sus acciones y decisiones más difíciles (la ocupación de la Renania) le respaldaban. Había que creer en su talento genial, como creía él, Ribbentrop, por largos años de experiencia». Tenía la esperanza de que también Weizsäcker pudiese llegar a tener «esa fe ciega». El Secretario de Estado lo lamentaría más tarde si no fuese así, y los hechos hablarían luego contra él.[182]

Pero pese a toda la influencia de Ribbentrop, no podía haber duda alguna de que la crisis que puso a Europa al borde mismo de la guerra en el verano de 1938 estuvo instigada y dirigida por el propio Hitler. Y a diferencia de la rápida improvisación y la velocidad vertiginosa que había caracterizado las crisis anteriores, esta se proyectó conscientemente para que fuese escalándose a lo largo de un periodo de meses.

Hasta 1938, las actuaciones de Hitler en política exterior habían sido audaces, pero no temerarias. Había demostrado poseer un conocimiento sutil de la debilidad de sus adversarios, un instinto seguro para aprovechar las divisiones y la inseguridad. La sincronización de sus acciones había sido excelente, su combinación de farol y chantaje, eficaz, su manipulación de la propaganda para respaldar sus golpes, magistral. Había ido más lejos y más deprisa de lo que nadie podría haber esperado en la revisión de los términos de Versalles y del desbaratamiento del acuerdo diplomático de postguerra. Desde el punto de vista de las potencias occidentales, sus métodos eran, como mínimo, diplomacia heterodoxa… tosca, brutal, desagradable; pero sus objetivos coincidían claramente con el clamor nacionalista alemán tradicional. Hasta la Anschluss, y durante esta, Hitler había demostrado ser un político nacionalista consumado. Durante la crisis de los Sudetes aún existió cierta simpatía por las peticiones de incorporar las zonas de habla alemana al Reich (por otra especie de Anschluss) entre los que estaban dispuestos a tragarse la propaganda de Goebbels sobre los abusos cometidos por los checos contra los alemanes de los Sudetes, o

dispuestos a aceptar en cierta medida que había otro problema de nacionalidad que hacía falta resolver. Hizo falta la crisis, y su desenlace, para que pudiera quedar claro que Hitler no se pararía ante nada. Parte de la vergüenza que se sintió en las democracias occidentales por el acuerdo de Munich, en cuanto se disipó el entusiasmo por el mantenimiento de la paz, se debió a que lo único que se había hecho había sido comprar a Hitler por un tiempo sacrificando Checoslovaquia. Antes de que se llegase a ese punto, había habido una incomprensión creciente entre los estadistas occidentales a lo largo del verano respecto a Hitler y a sus objetivos. Algunos de los comentarios que ponían en duda su cordura reflejan la impresión que tenían en la época los estadistas ingleses de que estaban tratando con alguien que había desbordado los límites de la conducta racional en política internacional. Según la opinión del embajador inglés, Nevile Henderson, Hitler se había vuelto «completamente loco» y, partidario de la guerra a toda costa, había «cruzado la frontera de la cordura».[183]

No se equivocaban demasiado. La primavera de 1938 señaló la fase en la que la obsesión de Hitler por cumplir su «misión» durante su vida empezó a dominar el frío cálculo político. Tal como lo había expuesto Goebbels en el párrafo antes citado, Hitler quería vivir personalmente la experiencia del «Gran Reich Germánico».[184] Es probable, como ya hemos dicho, que el aumento de sus preocupaciones por su estado de salud y su obsesión por la posibilidad de que su muerte estuviese cercana influyeron en que su sensación de urgencia se intensificase. Un odio profundamente arraigado (herencia de su formación austriaca, cuando la hostilidad rabiosa hacia los checos había sido endémica en la parte del Imperio de los Habsburgo de habla alemana) añadía una dimensión personal más al impulso de destruir un estado checoslovaco aliado con los archienemigos de la Unión Soviética al este y Francia al oeste. Intervenía también, como siempre, el prestigio. Habría de sentirse ofendido y en una situación embarazosa ante la maniobra diplomática de la súbita movilización militar checa de mayo (que en general, aunque equivocadamente, se creyó una reacción a los movimientos iniciales de amenaza de Alemania).[185] Esto reforzó como mínimo su decisión de actuar con rapidez para aplastar a Checoslovaquia en el otoño.[186] Por

último, el sentimiento de su propia infalibilidad, enormemente reforzado por el triunfo de la Anschluss, respaldaba su creciente confianza en su propia voluntad, unida a su menguante disposición a escuchar consejos equilibradores. El que siempre hubiese acertado en sus cálculos sobre la debilidad de las potencias occidentales en el pasado, teniendo que superar normalmente la prudencia de sus asesores del ejército y del Ministerio de Asuntos Exteriores, le convenció de que también en este caso acertaba infaliblemente en sus cálculos. Durante 1937 había llegado a menospreciar la fuerza y la voluntad de luchar de Inglaterra, que había rechazado sus tanteos, y de Francia, convulsionada por divisiones internas. Sus ideas, en parte impulsadas, y en cierto grado notablemente amplificadas, por Ribbentrop, se habían endurecido hasta el punto de que creía que las potencias occidentales no harían nada por defender Checoslovaquia. Esto reforzó al mismo tiempo su convicción de que la posición del Reich respecto a las potencias occidentales sólo podía empeorar cuando el inevitable incremento armamentista de estas empezase a alcanzar el de Alemania. Según él, mantenerse inactivo (un elemento recurrente de su forma de pensar) no era una opción: sería ni más ni menos que entregarse en manos de sus enemigos. Por tanto, según su forma de razonar característica, había que actuar sin dilación para conservar la iniciativa.

Estas vetas diversas de su pensamiento se unían todas en la conclusión de que era el momento adecuado para atacar Checoslovaquia. Mientras no se eliminase ese país (este era el elemento estratégico clave en la idea de Hitler) Alemania no podría actuar ni en el este ni en el oeste. Había pasado de una política exterior apoyada por Gran Bretaña a otra en la que estaba dispuesto a actuar sin ella y, en caso necesario, contra ella. A pesar de las aprensiones de otros, la guerra contra (Checoslovaquia tenía, en su opinión, pocos riesgos. Y, si en contra de lo esperado, las potencias occidentales eran lo bastante necias para intervenir, Alemania las derrotaría.

Más importante que por qué tenía Hitler tanta prisa por destruir Checoslovaquia es por qué se encontraba por entonces en posición de poder superar o ignorar poderosas objeciones y decidir que había que llevar a Alemania hasta el borde mismo de una guerra europea

generalizada. Fue decisivo en esto el proceso, que ya hemos seguido, de la expansión de su poder personal, respecto a los otros órganos de poder del régimen, hasta el punto de que, en la primavera de 1938, se había librado de todas las restricciones institucionales y había establecido una supremacía indiscutible sobre todos los sectores del «cártel del poder».[187] Los cinco años de forma sumamente personalizada de gobierno de Hitler habían erosionado toda apariencia de participación colectiva en la elaboración de las decisiones políticas. Esta fragmentación hacía que resultase casi imposible al mismo tiempo organizar cualquier oposición de la elite del poder (por no hablar ya de los peligros añadidos para la vida y la libertad) y que se fortaleciese excepcionalmente el poder del propio Hitler. Había disminuido intensamente la posibilidad de consejos más prudentes de echar los frenos. La constante hobbesiana de «guerra de todos contra todos», los feudos de poder que competían entre ellos que caracterizaban el régimen nacionalsocialista, se producían por debajo de Hitler, enalteciendo su posición excepcional como fuente de toda autoridad y dividiendo a los intereses individuales y sectoriales de las diferentes entidades del poder (el Movimiento, la burocracia del estado, el ejército, el capital, la policía y sendas subdelegaciones). Hitler era, por tanto, el eje vital y único capaz de abordar las cuestiones internas, igual que las externas, a través de relaciones bilaterales, ofreciendo su apoyo aquí, negándolo allá, manteniéndose como árbitro tínico, aunque él prefiriese (o se sintiese impulsado a) dejar que las cosas se fuesen resolviendo y dejar que sus subordinados lo resolviesen luchando entre ellos. Era una consecuencia inevitable de la autoridad del Führer, más que una estrategia planificada de «divide y vencerás». Al no haber órganos de coordinación que unificasen la política, cada interés sectorial del Tercer Reich sólo podía prosperar disponiendo de la legitimidad que otorgaba el respaldo del Führer. Así que, inevitablemente, todos «trabajaban en la dirección del Führer» con el fin de conseguir o mantener ese respaldo, garantizando con ello que el poder de Hitler aumentara aún más y que se promovieran sus obsesiones ideológicas personales.

La desintegración inexorable de las estructuras coherentes de gobierno era por tanto no sólo producto del omnipresente culto al Führer

que reflejaba y embellecía la supremacía absoluta de Hitler, sino que sustentaba al mismo tiempo el mito del Caudillo infalible que todo lo veía y todo lo sabía, elevándolo al principio mismo del propio gobierno. Además, como ya hemos ido viendo, Hitler se había ido tragando él mismo en el proceso el anzuelo del mito. Era el que con más fervor creía en su propia infalibilidad y en que estaba predestinado. No era una buena premisa para tomar decisiones de modo racional.

La conformidad de todos los sectores del régimen en el crecimiento del culto al Führer, la exención en favor del propio Hitler hasta por parte de críticos internos vehementes del partido o la Gestapo, y la plena conciencia de la inmensa popularidad del «gran Caudillo», fueron elementos que contribuyeron todos ellos a que resultase extraordinariamente difícil en el verano de 1938 (la primera vez que afloraban profundas angustias sobre el curso de su jefatura) considerar ya la posibilidad de retirar el apoyo, no digamos de adoptar algún tipo de actuación opositora.

De todos modos, no debería exagerarse la amplitud de la oposición a los planes de atacar Checoslovaquia. Desde dentro del régimen, sólo el ejército poseía capacidad potencial para frenar a Hitler. El caso Blomberg-Fritsch había dejado, no hay duda, un legado de rabia, disgusto y desconfianza entre los altos mandos militares. Pero esto iba dirigido contra la dirección de las SS y de la policía, más que personalmente contra Hitler. Hasta Beck, que era con mucho el crítico más vehemente del régimen entre la cúpula militar, se esforzó (y no por razones tácticas) en resaltar que la resistencia necesaria contra los métodos de las SS y los corruptos «peces gordos» del partido era una «lucha por el Führer» y no debería haber ni la «más leve presunción de nada parecido a un complot» contra él.[188]

A raíz de los cambios de febrero de 1938, la propia posición del ejército, en relación con Hitler, se había debilitado. La jefatura del ejército se había transformado en el proceso, como se ha afirmado, pasando de ser una «elite de poder» a ser una «elite funcional», un adjunto del poder de Hitler más que «un estado dentro del estado» como había sido en realidad desde la época de Bismarck.[189] La Anschluss había fortalecido aún más la supremacía de Hitler. En el verano de 1938,

independientemente de las angustias por el peligro de guerra con las potencias occidentales, la jefatura de las fuerzas armadas estaba interiormente dividida. Hitler podía apoyarse en un respaldo incondicional de Keitel y Jodl en el mando supremo de la Wehrmacht. Se podía confiar en que Brauchitsch mantuviese a raya al ejército, pese a las posibles reservas de algunos generales. Raeder respaldaba, como siempre, plenamente a Hitler y estaba preparando la marina para una posible guerra con Inglaterra. Göring, el jefe de la Luftwaffe, que temía esa guerra y la consideraba como la negación de su concepción personal de la política expansionista alemana, se inclinaba sin embargo axiomáticamente ante la autoridad superior del Führer en todos los puntos en que su enfoque empezaba a discrepar del de este. Así que, cuando Beck se sintió obligado a dimitir como jefe de estado mayor, no se produjo ninguna protesta amplia en el ejército de tierra, no digamos ya en las otras secciones de la Wehrmacht. En vez de eso, se quedó aislado y estableció por ello vínculos con otros individuos igualmente aislados y descontentos que había dentro de las fuerzas armadas, el Ministerio de Asuntos Exteriores u otros ministerios del estado que empezaban a considerar medios de desbancar a Hitler. Sabían perfectamente que estaban nadando contra una corriente fuerte. Pese a las dudas y preocupaciones que pudiese haber, sabían muy bien que el consenso de respaldo a Hitler seguía incólume dentro de las elites del poder. Sabían también que, pese a las angustias crecientes por el peligro de guerra, Hitler aún tenía a su disposición reseñas inmensas de apoyo fanático de las masas.[190] La resistencia no tenía, por tanto, buenas perspectivas de éxito.

No era nada sorprendente, pues, que hubiese una docilidad abrumadora y que nadie se opusiese a la jefatura de Hitler o a su política peligrosa, a medida que iba desarrollándose la crisis a lo largo del verano. Pese a las reservas que pudiese haber, todos los sectores de la elite del poder del régimen habían llegado por entonces a vincularse a Hitler… para el florecimiento o para el desastre.

Capítulo III

También la pléyade internacional colaboró con Hitler. Checoslovaquia, pese a los tratados que tenía firmados con Francia y con la Unión Soviética, estaba desvalida y sin amigos. La vacilación de Francia durante el verano era consecuencia de un intento desesperado de evitar el tener que cumplir las obligaciones asumidas en el tratado con Checoslovaquia involucrándose militarmente, para lo que no tenía ni la voluntad ni la preparación necesarias. Los franceses temían que Checoslovaquia cayese bajo control alemán. Pero temían aún más verse enredados en una guerra por defender a los checos.[191] La Unión Soviética, preocupada con sus trastornos internos, sólo podía ayudar en realidad a la defensa de Checoslovaquia si se le permitía cruzar territorio polaco o rumano… una posibilidad que se podía descartar.[192] Polonia y Hungría consideraban ambas con avidez la posibilidad de obtener ganancias revisionistas propias a expensas de una Checoslovaquia desmembrada. Italia, después de haber apoyado a su socio en el Eje en rápida ascensión en el problema clave de Austria, no tenia, evidentemente, ningún interés en apuntalar Checoslovaquia.[193] Gran Bretaña, que estaba preocupada por problemas y compromisos globales de diversas partes de su imperio, y sabía muy bien que no estaba preparada para un conflicto cada vez más probable con Alemania, estaba deseosa de evitar a toda costa verse arrastrada prematuramente a una guerra por un problema de nacionalidad de un país centroeuropeo con el que no estaba vinculada por ningún tratado que la comprometiese. Los ingleses sabían que los franceses no estaban dispuestos a ayudar a los checos.[194] El gobierno aún seguía otorgando a Hitler el beneficio de la duda, dispuesto a creer que sus designios sobre el territorio de los Sudetes no equivalía a un «ansia de poder internacional» ni significaba que estuviese planeando un futuro ataque a Francia e Inglaterra.[195] Además de esto, en Londres se aceptaba que era verdad que los checos estaban oprimiendo a la minoría alemana de los Sudetes.[196] La presión sobre ellos para que se plegaran a las exigencias de Hitler era una reacción obligada y que los franceses respaldaban.

Además de esta posición internacional cada vez más desesperada, ayudo también mucho a Hitler la fragilidad interna de la propia Checoslovaquia. Al gobierno checo no sólo lo estaba colocando en una posición insostenible el clamor de los alemanes de los Sudetes, sino los designios de los eslovacos, que querían también su autonomía. La única democracia nacida del acuerdo de postguerra que subsistía estaba a punto de ser abandonada por sus «amigos» y devorada por sus enemigos, minada desde dentro y desde fuera.

Precisamente unos días antes de que Schuschnigg se viese empujado a la crisis de la Anschluss, Goebbels había anotado, después de discusiones con Hitler, que Checoslovaquia sería «rota en pedazos (zerfetzt) un día».[197] Incluso mientras Göring estaba garantizando a los checos que no había ningún plan de actuación militar contra ellos, estaba diciéndoles a los húngaros que el turno de Checoslovaquia llegaría seguro una vez resuelta la cuestión austríaca.[198] El propio Hitler, según Jodl, hizo también comentarios similares en ese periodo, más o menos: «Austria tendría que ser digerida primero».[199] A las dos semanas de la Anschluss, en conversaciones en Berlín con el dirigente alemán de los Sudetes Konrad Henlein, Hitler indicaba que la cuestión checa se resolvería «dentro de poco». Estableció también la estrategia general de formular exigencias que el gobierno de Praga no pudiese cumplir: era vital impedir que el gobierno checoslovaco se alinease en cualquiera de las etapas del proceso con la posición en favor de la cual estaba presionando Inglaterra para resolver el conflicto de los alemanes de los Sudetes.[200] Henlein no perdió el tiempo y formuló rápidamente sus peticiones, que equivalían a la autonomía de los alemanes de los Sudetes, el 24 de abril en el Congreso del Partido alemán de los Sudetes en Carlsbad (Karlovy Vary).[201] Henlein se guardó además una petición en la manga que Hitler estaba seguro por su conocimiento del estado multinacional austrohúngaro que nunca podía ser aceptado: el que hubiese regimientos alemanes dentro del ejército checoslovaco.[202] En la propia Alemania, la estrategia fue elevar el volumen de la propaganda sobre la presunta opresión de los alemanes de los Sudetes por los checos. En caso necesario, se podían amañar incidentes que alimentasen la agitación.[203] Militarmente, Hitler albergaba la esperanza de impedir la

intervención inglesa, y estaba seguro de que los franceses no actuarían solos.[204] Un elemento disuasorio claro, en su opinión, era la construcción de una fortificación de hormigón de casi setecientos kilómetros (proyectada para incluir unos conos antitanques llamados «dientes de dragón», emplazamientos artilleros y unos once mil búnkeres y refugios subterráneos reforzados) a lo largo de la frontera occidental de Alemania (el «Muro Occidental») para disponer de un obstáculo significativo frente a cualquier intento francés de invasión. El interés directo que se tomó Hitler en el Muro Occidental y la urgencia por terminar las fortificaciones estaban directamente relacionados con la cuestión de poder aprovechar el momento oportuno para un ataque dirigido contra los checos.[205] En esta etapa, a finales de marzo y en abril de 1938, es evidente que Hitler no tenía pensado ningún esquema cronológico preciso para la destrucción de Checoslovaquia.[206]

Aún seguía siendo así cuando Hitler dio instrucciones a Keitel, el 21 de abril, de trazar planes para una operación militar contra Checoslovaquia. Según la versión que dio el propio Keitel de la reunión, Hitler mencionó que el problema tendría que resolverse alguna vez teniendo en cuenta la opresión de la minoría alemana, pero sobre todo debido a la posición estratégica de Checoslovaquia, que era de enorme peligro para el Reich en el caso del «gran enfrentamiento en el este, no sólo con los polacos sino sobre todo con el bolchevismo».[207] Sin embargo, Hitler había indicado que no se proponía atacar Checoslovaquia en un futuro cercano a menos que circunstancias internas del país o acontecimientos internacionales fortuitos brindasen la oportunidad. Entonces había que aprovecharla tan rápidamente (la acción militar tendría que resultar decisiva en cuatro días) que las potencias occidentales comprendiesen que era inútil la intervención.[208] Keitel y Jodl no se dieron ninguna prisa por elaborar el plan de operaciones que, cuando acabó presentándose en borrador a Hitler el 20 de mayo, aún constituía lo que Keitel había considerado que eran las intenciones de Hitler un mes atrás. «No es mi intención aplastar Checoslovaquia por la acción militar en un futuro inmediato», empezaba el borrador.[209]

Hitler había reaccionado entre tanto con furia ante el memorando

compuesto el 5 de mayo por el jefe del estado mayor del ejército de tierra, el general Beck, que insistía en la incapacidad militar de Alemania para ganar una guerra larga, y advertía de los peligros de una intervención inglesa en el caso de una operación militar alemana contra Checoslovaquia ese año.[210] Un indicio de las divisiones dentro de la jefatura del propio ejército de tierra, no digamos ya de la Wehrmacht en su conjunto, y sus debilitadas relaciones con el Führer, fue la decisión de Keitel y Brauchitsch, sin consultar a Beck, de no presentarle a Hitler las primeras partes del memorando porque sabían que las desecharía inmediatamente y no leería siquiera la tercera parte.[211] Hitler fue más cáustico aún cuando Göring le informó de lo poco que se había avanzado en la construcción del Muro Occidental (donde el trabajo de construcción había estado dirigido por Grupo de Mando 2 del ejército de tierra, mandado por el general Wilhelm Adam). Acusó al Estado Mayor de sabotear sus planes, retiró a los jefes de los equipos de construcción y puso al cargo de todo a Fritz Todt, su especialista en obras públicas que, desde 1933, se había encargado de dirigir la construcción de carreteras.[212] Era un ejemplo del modo cada vez más prepotente que tenía Hitler de tratar con el alto mando del ejército.[213] Hitler aún seguía recordando lo que consideraba obstruccionismo del ejército en una fecha tan tardía como 1942.[214]

La cuestión de la actitud de Mussolini ante la operación alemana contra Checoslovaquia había figurado en lugar destacado en la agenda de Hitler durante su visita a Italia a principios de mayo. Tres trenes especiales, que transportaban a unos quinientos diplomáticos, funcionarios, dirigentes del partido, agentes de seguridad y periodistas habían partido hacia Roma el 2 de mayo.[215] La devolución de la visita, espléndida en extremo en sus preparativos, transcurrió con menos fluidez que la visita oficial de Mussolini a Alemania el septiembre anterior. Hitler estaba irritado por el hecho de que su anfitrión fue el rey Víctor Manuel III, no Mussolini. Se sintió a disgusto y desplazado en medio de los ceremoniales de la corte. Tuvo además la sensación, no sin motivo, de que el rey y la reina y su círculo de cortesanos le trataban con cierto desdén.[216] El punto bajo llegó para Hitler cuando, a continuación de una representación de gala de Aida en Nápoles, se

encontró sin previo aviso, al lado del rey (que iba vestido con uniforme completo), aún con su traje de etiqueta, el brazo derecho extendido, el izquierdo apretado contra el chaleco, los faldones de la chaqueta detrás ondeando al viento, inspeccionando una guardia de honor con el aspecto, según su ayudante Fritz Wiedemann, de un nervioso jefe de camareros de un restaurante.[217] Más tarde, desahogó furioso su cólera con Ribbentrop, que buscó a su vez un chivo expiatorio y echó al jefe de protocolo.[218]

Hubo también contratiempos diplomáticos. Ribbentrop, torpe como siempre, eligió un momento absolutamente inoportuno para intentar arrancar a los italianos un pacto de ayuda mutua, dirigido contra Francia e Inglaterra, que formalizase el acuerdo del Eje. Ciano se mostró despectivo con Ribbentrop. Mussolini, que estaba interesado a largo plazo en un pacto de ese tipo, le explicó a su yerno que Ribbentrop «pertenece a la categoría de los alemanes que traen la desgracia a Alemania. Habla sin parar a diestro y siniestro de hacer la guerra, sin tener un enemigo concreto ni un objetivo claro a la vista». No había que tomárselo en serio.[219]

Hitler, por otra parte, había hecho mucho por disipar cualquier frialdad inicial hacia la visita con su discurso de Roma de la noche del 7 de mayo en el que habló con entusiasmo de la «frontera alpina» natural que proporcionaba una «separación clara de los espacios vitales de ambas naciones».[220] Esta renuncia pública a cualquier derecho sobre el Tirol meridional no era más que lo que Hitler había estado diciendo desde mediados de la década de 1920. Pero viniendo tan poco después de la Anschluss, era importante para tranquilizar a los italianos, más aún teniendo en cuenta que estaba ansioso por sondearlos sobre Checoslovaquia. Los sondeos fueron, desde el punto de vista de Hitler, la parte más positiva de la visita. Los comentarios de Mussolini le parecieron que eran un estímulo para que actuara contra los checos.[221] El secretario de estado V0n Weizsäcker reseñó que Italia se proponía mantenerse neutral en cualquier guerra entre Alemania y Checoslovaquia.[222] Ribbentrop decía en una circular a las misiones diplomáticas alemanas informando sobre la visita de Hitler: «Por lo que se refiere a la cuestión de los Sudetes, las conversaciones indicaron sin

más que los italianos comprenden nuestro interés por la suerte de los alemanes de los Sudetes».[223] En el aspecto diplomático, Hitler había conseguido lo que quería de la visita.

Antes de la «Crisis del Fin de Semana» del 20-22 de mayo, no se había establecido ningún esquema cronológico para un ataque a Checoslovaquia. Era evidente, sin embargo, que Hitler estaba cada vez interesado en actuar dentro del futuro previsible. Había hablado ya a mediados de mayo de resolver la «cuestión de los Sudetes» a finales de año, puesto que la situación internacional bien podría deteriorarse después.[224] Entonces fue cuando se produjo la «Crisis del Fin de Semana».[225]

Las embajadas francesa e inglesa y el gobierno de Praga recibieron informes el 19-20 de mayo de movimientos de tropas alemanas cerca de la frontera checa que se tomaron muy en serio, dada la estridente propaganda anticheca alemana y la tensión en los Sudetes por las inminentes elecciones locales que iban a celebrarse allí. El gobierno checoslovaco reaccionó a lo que consideró una amenaza de invasión inminente movilizando parcialmente sus reservas militares (cerca de 180.000 hombres).[226] La tensión se elevó aun más cuando murieron dos alemanes de los Sudetes en un incidente en el que había participado la policía checa. Mientras tanto, la garantía explícita de Keitel al embajador inglés Henderson de que los movimientos eran sólo maniobras rutinarias de primavera, de las que se había informado a la prensa, había dado lugar a que Ribbentrop, indignado por el hecho de que Henderson no hubiese seguido los canales diplomáticos adecuados para hacer pública la información, lanzó una furiosa diatriba en la que amenazaba con que Alemania combatiría como había hecho en 1914 si estallaba la guerra.[227]

Esto produjo el efecto de despertar una auténtica alarma en el embajador inglés, preocupado por la posibilidad de que Keitel le hubiese engañado y que fuese inminente una invasión alemana de Checoslovaquia. La tarde del sábado, 21 de mayo, Henderson recibió instrucciones del ministro de asuntos exteriores inglés de informar a Ribbentrop que los franceses estaban obligados a intervenir en caso de un ataque contra Checoslovaquia, y que los alemanes no deberían pensar

que los ingleses se iban a quedar cruzados de brazos.[228] La airada respuesta de Ribbentrop no tenía nada de tranquilizadora: «Si Francia llegase a cometer la locura de atacarnos, eso conduciría quizás a la mayor derrota de la historia francesa, y si Inglaterra se le unía, entonces, una vez más, deberíamos tener que combatir hasta la muerte».[229] Pero el domingo, 22 de mayo, las operaciones inglesas de reconocimiento en las fronteras no revelaron nada extraño.[230] Había sido una falsa alarma.

La crisis se esfumó con la misma rapidez con que se había iniciado. Pero las reacciones en el extranjero, sin excluir a Inglaterra, siguieron la tónica de afirmar que los alemanes habían intentado emprender una operación militar pero que Hitler había dado marcha atrás debido a la presión.[231] Según las notas del diario de Jodl (aunque se escribieron unas semanas después) Hitler consideró una afrenta la pérdida de prestigio de Alemania.[232] Keitel recordaría más tarde haberle oído decir que no estaba dispuesto a tolerar «una provocación tal» de los checos y exigir que se preparase lo más deprisa posible todo lo que fuese necesario para un ataque.[233] El que Hitler decidiese destruir Checoslovaquia antes de que acabase el año no se debió a la crisis. Ya era su intención hacerlo, como hemos dicho, antes de ella. Pero la crisis aceleró las cosas. Este golpe al orgullo reforzó su decisión de actuar lo antes posible. Se desechó cualquier aplazamiento. «Después del 21 de mayo estaba absolutamente claro que tenía que resolverse el problema de un modo u otro. Cualquier nuevo aplazamiento sólo podía empeorar las cosas y hacer que la solución fuese más sangrienta», así fue como lo expuso retrospectivamente él mismo.[234]

Después de cavilar sobre el asunto en el Berghof, sopesando el consejo de sus jefes militares de que Alemania estaba mal equipada para un ataque inmediato a los checos, Hitler regresó a Berlín y convocó una reunión de sus principales generales, junto con personalidades dirigentes del Ministerio de Asuntos Exteriores, para el 28 de mayo.[235] El día antes de la reunión, Hitler había dicho a Raeder que acelerara el programa de construcción de acorazados y submarinos.[236] El objetivo era claramente Inglaterra. Pero Hitler no esperaba una guerra contra los ingleses por Checoslovaquia. El conflicto con Occidente, proclamó en la

conferencia militar del día siguiente, llegaría en un plazo de tres o cuatro años más.[237] Hitler dijo sin rodeos a sus generales: «Estoy absolutamente decidido a que Checoslovaquia tenga que desaparecer del mapa».[238] Aseguró que Alemania era mucho más fuerte que en 1914. Enumeró la serie de triunfos que se habían conseguido desde 1933. Pero el estado de satisfacción permanente era algo que no existía. La vida era una lucha constante. Y Alemania necesitaba espacio vital en Europa y en posesiones coloniales. La generación actual tenía que resolver el problema. Francia e Inglaterra se mantendrían hostiles a una expansión del poder alemán. Checoslovaquia era el enemigo más poderoso de Alemania en caso de un conflicto con Occidente. Así que era necesario eliminarla. Indicó como razones para una ficción inmediata el estado incompleto de las fortificaciones checas, el retraso de los programas de armamento ingleses y franceses y la situación internacional favorable. Había que acelerar drásticamente la construcción de las fortificaciones occidentales. Proporcionarían la estructura para una «invasión relámpago de Checoslovaquia».[239]

Dos días después, estaba listo el «Plan Verde» revisado. Sus líneas básicas eran las mismas que habían trazado ya, aquel mismo mes, Keitel y Jodl. Pero ahora el preámbulo decía: «Es mi decisión inalterable destruir Checoslovaquia mediante una operación militar en el futuro próximo». La nota adjunta de Keitel indicaba que los preparativos tenían que estar completados el 1 de octubre lo más tarde.[240] A partir de esa fecha, Hitler estaba decidido a «explotar toda oportunidad política favorable» para lograr su objetivo.[241] Era una decisión en favor de la guerra y, si fuera necesario, en contra de las potencias occidentales.[242]

Beck, el jefe del Estado Mayor, respondió con dos memorandos del 29 de mayo y 3 de junio, sumamente críticos respecto a los supuestos políticos de Hitler sobre Inglaterra y Francia y también respecto a las directrices operativas del «Caso Verde».[243] Aun así, al igual que en su memorando anterior del 5 de mayo, había un solapamiento significativo con los supuestos básicos de Hitler sobre la necesidad de «espacio vital» (aunque Beck tuviese una concepción mucho más limitada de lo que esto implicaba) y de eliminar (por la guerra si era necesario) el estado de Checoslovaquia. El «punto cardinal» (como él decía) de discrepancia era

el de la perspectiva de una guerra con Gran Bretaña y Francia que Beck estaba seguro que Alemania perdería.[244] Pero por entonces Beck aún trabajaba con la ilusión de que a Hitler le estaba aconsejando mal el Oberkommando der Wehrmacht (OKW, Comando Supremo de la Wehrmacht). Su objetivo principal no era tanto Hitler como lo que constituía en su opinión una estructura impropia del mando militar.[245] Lo que sólo gradualmente empezaba a ver con claridad era hasta qué punto se había aislado incluso en el propio alto mando del ejército. El jefe del ejército Von Brauchitsch, sobre todo, aunque compartía algunas de las reservas de Beck, no haría nada que pudiese parecer opuesto a los planes de Hitler o una crítica de ellos.[246] El distanciamiento entre Brauchitsch y Beck se hizo más acusado. El jefe del ejército recurría cada vez más al segundo de Beck, el general Franz Halder.[247]

En una reunión de unos cuarenta altos mandos del ejército celebrada en Barth, en la Pomerania, el 13 de junio, Brauchitsch hizo inicialmente de portavoz de Hitler, en una sesión matinal en que se comunicó la decisión de resolver el problema checo por la fuerza a los reunidos, para la mayoría de los cuales fue una sorpresa absoluta, porque no habían sabido nada hasta entonces de la directriz de Hitler. En una situación tan tensa, Brauchitsch apeló a la lealtad de sus principales oficiales. La reunión había sido convocada por Hitler para informar a los oficiales sobre el caso Fritsch y atajar el descontento por el tratamiento que se había dispensado al antiguo jefe del ejército, muy respetado, y que no sólo no se había apagado sino que había crecido desde su exoneración completa por un tribunal militar.[248] Cuando llegó Hitler, hacia el mediodía, el anuncio sorpresa de Brauchitsch de la inminencia de la guerra le había ayudado ya a superar los problemas internos. La subsiguiente «rehabilitación» de Fritsch, hábilmente coordinada (aunque no se le hubiese repuesto en su cargo) sirvió para evitar la posible crisis de confianza. Terminó tomando el tema introducido por Brauchitsch: en vista del peligro inminente de guerra, apeló a la lealtad de sus oficiales.[249] Los generales acataron su autoridad. Cualquier esperanza que pudiese haber albergado Beck (que no estaba presente en la reunión) de un rechazo unitario del mando militar a la aventura checa de Hitler quedaba demostrado que era vana.

La propia posición de Beck, y la fuerza de sus argumentos operativos, se debilitaron notablemente a mediados de junio cuando los resultados de unas maniobras (iniciadas por el propio Estado Mayor, y que no habían pedido ni Hitler ni el OKW) demostraron, contrariamente a los sombríos pronósticos de Beck, que Checoslovaquia sería ocupada con toda probabilidad en once días, con la consecuencia de que podrían enviarse rápidamente tropas a luchar al frente occidental.[250] Sus diferencias con Brauchitsch resultaban claras e indiscutibles al finalizar el análisis de las maniobras durante la segunda mitad de junio. Las advertencias pesimistas de Beck se consideraban exageradas hasta en el propia estado mayor.[251] Beck, cada vez más desesperado y aislado, llegó en el Verano al extremo de proponer la dimisión colectiva del alto mando militar para obligar a Hitler a ceder, a lo que seguiría una purga de los «radicales» responsables del aventurerismo internacional de alto riesgo.[252] «El deber militar [del alto mando de la Wehrmacht]—escribió el 16 de julio de 1938—tiene un límite en el punto en que su conocimiento, conciencia y responsabilidad prohíbe la ejecución de una orden. Si no se atiende a su consejo y advertencias en tal situación, tienen el derecho y el deber ante el pueblo y ante la historia de dimitir de sus cargos. Si todos ellos actúan con voluntad unánime, es imposible que se despliegue la actividad militar. Habrán con ello salvado a su patria de lo peor, de la destrucción (Untergang). […] Los momentos extraordinarios exigen acciones extraordinarias».[253]

Resultó imposible convencer a Brauchitsch de que apoyase la idea de un ultimátum de los generales a Hitler, aunque el comandante en jefe del ejército aceptase una gran parte del análisis militar de Beck y compartiese sus temores a una intervención occidental. En una reunión de altos mandos celebrada el 4 de agosto, Brauchitsch no pronunció el discurso que le había preparado Beck. En su lugar, distanciándose de él, le hizo leer su propio memorando del 16 de julio, con su valoración sumamente pesimista de las cosas que podían pasar tras una invasión de Checoslovaquia.[254] La mayoría de los presentes coincidía en que Alemania no podía ganar una guerra contra las potencias occidentales. Pero Reichenau, hablando «desde su conocimiento personal del Führer», advirtió que no era aconsejable que acudieran generales individuales a

Hitler con ese argumento; tendría el efecto contrario al que pretendían. Y el general Ernst Busch puso en duda que fuese asunto de los militares intervenir en cuestiones políticas. Como reconoció Brauchitsch, los presentes se oponían a correr el riesgo de una guerra por Checoslovaquia. Él por su parte comentó que una nueva guerra mundial sería el fin de la cultura alemana. Pero no hubo ningún acuerdo sobre qué consecuencias prácticas deberían seguir. El capitán general Gerd von Rundstedt, uno de los oficiales más viejos y respetados, no estaba dispuesto a provocar una nueva crisis entre Hitler y el ejército oponiéndose a su política, pese a que entrañase peligro de guerra. El teniente general Erich von Manstein, comandante de la decimoctava división de infantería, que se distinguiría más tarde como un estratega militar de talla excepcional, aconsejó a Beck desprenderse de la carga de la responsabilidad (que correspondía a la jefatura política) y hacer todo lo posible por garantizar el éxito de la operación contra Checoslovaquia. [255]

Brauchitsch, aunque careciese de energía, era evidente que no estaba solo en su oposición a que se presentara un ultimátum a Hitler. La realidad era que no había ningún apoyo colectivo para una oposición frontal. Brauchitsch se dio por satisfecho con pasar el memorando de Beck a Hitler a través de uno de sus ayudantes.[256] Cuando Hitler se enteró de lo que había pasado en la reunión se puso furioso. Brauchitsch fue convocado al Berghof y sometido a tal ataque verbal feroz de altos decibelios y de varias horas de duración, que a los que estaban sentados en la terraza debajo de las ventanas abiertas de la habitación de Hitler les resultaba tan embarazoso que acabaron yéndose de allí.[257]

Hitler reaccionó dando un paso heterodoxo, que fue convocar a una reunión el 10 de agosto en el Berghof no a la cúpula militar sino a un grupo selecto del segundo nivel de la oficialidad, los que podrían albergar la esperanza de un rápido ascenso si se producía un conflicto militar. Esperaba con ello, evidentemente, poder influir en su Estado Mayor a través de los subordinados de los miembros de este. Pero resultó decepcionado. Su arenga, que duró varias horas, no consiguió convencer a su público, que estaba plenamente familiarizado con el contenido del memorando de julio de Beck.[258] Enfurecido en determinado momento

por unas dudas sobre las fortificaciones occidentales, aulló: «El general Adam dijo que el Muro Occidental sólo aguantaría tres días. Yo os digo que aguantará tres años si lo ocupan soldados alemanes».[259] La crisis de confianza entre Hitler y el estado mayor del ejército había alcanzado niveles graves. Al mismo tiempo, los oficiales reunidos estaban divididos entre ellos y algunos se mostraban cada vez más críticos con Beck.[260]

Cinco días después, Hitler intentó una vez más contrarrestar los efectos del memorando de Beck sobre los altos mandos durante unas maniobras de artillería en Jüterbog, unos cien kilómetros al sur de Berlín. Expuso una vez mas su despliegue de argumentos sobre la situación internacional favorable, justificando su decisión de resolver el problema checoslovaco por la fuerza aquel otoño. Lo que él no podía disipar era el miedo y el convencimiento de que Occidente actuaría para defender Checoslovaquia.[261] Beck hizo un último intento de convencer a Brauchitsch para que adoptara una postura firme contra Hitler.[262] Le oyó como quien oye llover. El 18 de agosto, Beck presentó la dimisión que había preparado ya un mes antes.[263] Desperdició una última posibilidad incluso entonces. Aceptó la petición de Hitler («por razones de política exterior») de hacer pública su dimisión. Se perdió así una última oportunidad de convertir la inquietud que desasosegaba al ejército, y al pueblo alemán, en un desafío abierto a la jefatura política del Reich, sabiendo Beck además, como sabía, que sólo Ribbentrop, y quizás Himmler, respaldaban plenamente a Hitler.[264] La trayectoria de Beck hasta la resistencia básica fue valiente. Pero en el verano de 1938 se fue convirtiendo gradualmente, al menos en lo relativo a la estrategia política, en una figura aislada dentro de la cúpula militar. Según su propia visión del asunto varios meses más tarde: «Yo advertí… y al final estaba solo».[265] Irónicamente, había sido más responsable que ningún otro en suministrar a Hitler el poder militar que el dictador estaba deseando usar.[266]

Así que, a mediados de verano, Hitler estaba seguro de la docilidad de los militares, aunque se sintiesen más reacios que entusiastas en el apoyo a la guerra contra los checos y pudiese haber en sus relaciones tensión y recelo. Y mientras los generales se mantuvieran sumisos, no peligraba su posición, su política era indiscutible.

Su interpretación de la política internacional resultó aproximarse más a la realidad que la de Beck y los generales. En la partida de póquer política de todo aquel verano, con sus conjeturas y segundas conjeturas, las potencias occidentales estaban deseosas de evitar la guerra a toda costa, mientras que los vecinos de Checoslovaquia de Europa oriental lo estaban de aprovecharse de una guerra pero no querían correr riesgos. La actividad diplomática, cada vez más febril a medida que transcurría el verano, parecía en cualquier caso que tenía cada vez menos posibilidades de rendir algún dividendos, sobre todo teniendo en cuenta que el mayor belicista aparte del propio Hitler era su ministro de asuntos exteriores, Ribbentrop.

Los que estaban próximos a las fuentes de la oposición dentro de Alemania transmitían mensajes, a menudo fatídicos, a veces contradictorios, a los que se otorgaban invariablemente diversos grados de fe y escepticismo.[267] Se hicieron sondeos por vías heterodoxas. Göring efectuó tanteos a través de una serie de contactos informales. Dejó caer que estaría interesado en ir él mismo a Londres para celebrar conversaciones sobre las relaciones angloalemanas al más alto nivel. Göring sirvió de intermediario de la invitación del gobierno británico a Fritz Wiedemann, ayudante de Hitler, para que fuese a Londres.[268]

El propósito aparente era discutir la posibilidad de una futura visita del propio Göring. Wiedemann, que había ido alejándose progresivamente de Hitler por la política exterior de alto riesgo, estaba particularmente deseoso de evitar a Ribbentrop cuando se reunió con lord Halifax en Londres a mediados de julio. No había recibido instrucciones de Hitler sino de Göring, Hitler había aprobado la visita, pero no le había dado ningún mensaje para transmitir a Londres. Wiedemann, en contacto con Beck, Göring y otros que estaban deseosos de evitar el conflicto militar, intentó convencer a los ingleses de que Alemania quería una solución pacífica de la crisis checa. Pero él sabía muy bien que no era así. Había estado presente en la reunión del 20 de mayo en la que Hitler había informado claramente de sus propósitos.[269] De cualquier modo, el Führer no estaba interesado por la «misión» de Wiedemann. Guando este regresó a Berlín, no le concedió más que cinco minutos para informar y desechó la posibilidad de una visita allí

de Göring.[270] La cólera de Ribbentrop por el hecho de que le hubiesen pasado por alto ayudó a desacreditar a Wiedemann a los ojos de Hitler, lo que acabaría por llevarle al «exilio» como cónsul general en San Francisco.[271]

Hacia la mitad del verano, el ministro de asuntos exteriores alemán consideró que la suerte estaba echada. Dijo a su secretario de estado, Ernst von Weizsäcker, «que el Führer estaba Firmemente decidido a resolver el caso checo por la fuerza de las armas». Mediados de octubre era la última fecha posible debido a las condiciones de vuelo. «Las otras potencias estaba claro que no harían nada y si lo hiciesen las atacaríamos también y ganaríamos».[272] Weizsäcker, cuyos esfuerzos se mantenían urgentemente concentrados en una solución diplomática que concediese el territorio de los Sudetes a Alemania y acelerase al mismo tiempo el «proceso de disolución química» (chemischer Auflösungsprozess) de Checoslovaquia, acabaría hallando solaz en el pacto entre las grandes potencias que se firmaría en Munich.[273] Pero sólo gradualmente llegaría a hacerse cargo de contra qué estaba luchando en su propio ministerio, por no mencionar ya a Hitler. En reflexiones de postguerra sobre su propia conducta en la época, confesó sinceramente: «Yo quería aplicar el arte de lo posible y subestimé el valor de lo irracional».[274]

Hitler, por su parte, pasó casi todo el verano en el Berghof. Pese a la crisis de los Sudetes, su rutina diaria difirió poco de los años anteriores: se levantaba tarde, daba paseos, veía películas y se distraía en compañía de su cortejo habitual y con sus visitantes favoritos, como Albert Speer. Basándose en informaciones de prensa o en informes que le facilitaban quienes tenían posibilidades de acceder a él, intervino también (a veces extravagantemente) en una serie de minucias: castigo por infracciones de tráfico, modificar la base de una estatua, consideraciones de si todos los cigarrillos debían hacerse sin nicotina o el tipo de agujeros que debían tener las astas de las banderas. Se inmiscuyó también directamente en el curso de la justicia, ordenando la pena de muerte para el autor de una serie de robos en carretera y la condena más rápida posible para el presunto asesino múltiple de una serie de mujeres.[275]

Pero la crisis checoslovaca estuvo siempre presente en el fondo…

Hitler estaba preocupado por la planificación operativa de «Verde». La confianza en sus generales fue disminuyendo a medida que aumentaba su cólera por el escepticismo de estos respecto a sus planes.[276] Se involucró también hasta en los más mínimos detalles de la construcción del Muro Occidental, un elemento clave de sus planes para derrotar a los checos sin intervención francesa y un elemento disuasorio necesario para hacer desistir a los vecinos occidentales de Alemania de intentar siquiera cruzar el Rin. Aún estaba esperando que se terminaran las fortificaciones en el otoño (con la llegada del hielo, como le explicó a Goebbels), momento en que sabría que Alemania sería inexpugnable desde el oeste.[277] Pero la lentitud del ejército le enfureció. Cuando el general Adam aseguró que era imposible conseguir los 12.000 hombres más que había pedido, se puso furioso y proclamó ¡que para Todt la palabra «imposible» no existía.[278] Se sintió impulsado a dictar un extenso memorando, basado en sus propias experiencias de la guerra, en que exponía sus ideas sobre la naturaleza de las fortificaciones que había que erigir, refiriéndose incluso a dormitorios, comida, bebida y servicios en los búnkeres, dado que los nuevos reclutas, decía recordar, solían padecer diarreas.[279] El Muro Occidental tenía prioridad sobre los demás proyectos de construcción. A finales de agosto había 148.000 obreros y 50.000 zapadores del ejército estacionados en las fortificaciones. Se había paralizado temporalmente la construcción de viviendas y autopistas para utilizar a los trabajadores en el proyecto.[280]

A finales de agosto, Hitler realizó una visita de inspección al frente occidental. Fue al general Adam a quien le correspondió la tarea nada envidiable de informarle de que a finales de octubre no estaría terminado más que aproximadamente un tercio de lo que hacía falta… y esto sólo si llegaban las materias primas necesarias. Adam pudo ver que Hitler estaba al borde de la explosión. Esta se produjo cuando el general comentó que las potencias occidentales intervendrían con toda seguridad, en su opinión, en el caso de un ataque alemán a Checoslovaquia. Hitler replicó indignado: «No tenemos tiempo para escuchar más cosas de ese tipo. Usted no entiende de eso. En Alemania producimos 23 millones de toneladas de acero al año, los franceses sólo 6 millones y los ingleses sólo 16 millones. Los ingleses carecen de

reservas y los franceses tienen gravísimos problemas internos. Se cuidarán mucho de declararnos la guerra». Siguieron «datos» más dudosos. La técnica de Hitler de lanzar un torrente de estadísticas (correctas, inventadas o embellecidas) para apoyar una argumentación hacía extremadamente difícil contradecirla. Adam, sobrecogido (según afirmaría más tarde) por la «falta de educación (Unbildung)» de Hitler y por el hecho de que estuviese dispuesto a recurrir a mentiras para salirse con la suya, respondió provocativamente que si era así, no tenía sentido preocuparse más por el frente occidental. Tras unos instantes de tensión, durante los cuales los presentes se prepararon para otro arrebato violento, Hitler se calmó y continuó la inspección sin más incidentes. [281]

Por entonces, finales de agosto, la crisis estaba empezando a acercarse al punto culminante. La cuestión de Checoslovaquia dominaba ya todas las conversaciones de sobremesa en la Cancillería del Reich.[282] «Hay una grave inquietud en el país debido a la situación», escribía Goebbels en su diario. «En todas partes se habla de guerra. […] El tema estrella: guerra y Praga. Estas cuestiones preocupan mucho en este momento a todos».[283] El ministro de propaganda, a diferencia de algunos de los subordinados inmediatos de su Ministerio, aún confiaba en que, cuando llegase el momento, Inglaterra, que era quien tenía la clave del asunto en sus manos, no haría más que protestar.[284] También Hitler estaba decidido y se sentía optimista cuando Goebbels le vio en el Obersalzberg el último día de agosto: no creía que Inglaterra interviniese. «Sabe lo que quiere y va directo hacia su objetivo», comentaba Goebbels. También él sabía por entonces que el momento previsto para la operación era octubre.[285]

La gente normal no tenía ni idea, claro está, de la agresión que se planeaba. Las semanas de propaganda antichecа, a menudo de un tono que bordeaba la histeria, habían dado la impresión de que el problema era la persecución ruin de la minoría alemana, no la destrucción militar de Checoslovaquia. Pero si los alemanes de los Sudetes se integraban 0 no «en el hogar del Reich» era menos importante, para la mayoría de la población, que evitar una guerra que Hitler estaba decidido a emprender. Beck había resaltado la amplia oposición popular a la guerra

en su memorando de julio.[286] «En Berlín la opinión más acreditada es que Hitler se ha decidido por la guerra si es necesario para recuperar los Sudetes—escribía el periodista estadounidense William Shirer a principios de septiembre—. Yo lo dudo por dos razones: primero, el ejército alemán no está listo; segundo, el pueblo está absolutamente en contra de la guerra».[287] «La psicosis de guerra crece—escribía Goebbels— Flota sobre el país un ánimo sombrío. Todo el mundo espera lo que se avecina».[288] Los informes sobre la opinión pública elaborados por el SD y otras organizaciones reseñaban invariablemente sentimientos parecidos.[289] Mucha gente procuraba distraerse de sus preocupaciones actuando como si el mañana no existiera. «Los teatros están muy concurridos, los cines llenos, los cafés atestados, con música y baile hasta la madrugada—decía un informe de principios de septiembre—. El tráfico de las excursiones dominicales está alcanzando cifras récord». Pero el estado de ánimo era depresivo. «Existe en los sectores más amplios de la población una preocupación muy seria por la posibilidad de que a corto o largo plazo una guerra ponga fin a la prosperidad económica y tenga un final terrible para Alemania».[290]

Capítulo IV

Durante el mes de agosto, los ingleses habían ejercido indirectamente presión sobre los checos para que aceptasen las reivindicaciones de los alemanes de los Sudetes a través de la misión de lord Runciman, encaminada a ganar tiempo. El propósito era mediar entre el Partido Alemán de los Sudetes y el gobierno de Praga y resolver el problema planteado en el marco de una existencia continuada del estado de (Checoslovaquia.[291] El gobierno inglés se había enterado a finales de mes, a través de sus contactos con medios de la oposición en Alemania,

de que Hitler se proponía atacar Checoslovaquia en cuestión de semanas. Suponían que el momento crucial probablemente sería después del discurso de Hitler en la Concentración del Partido del Reich en Nuremberg de mediados de septiembre.[292] El 30 de agosto, en una reunión de emergencia, el gabinete inglés decidió no transmitir a Hitler una advertencia oficial de probable intervención británica en caso de agresión alemana. En vez de eso, se decidió aplicar mayor presión sobre los checos, a los que se transmitió casi un ultimátum: o aceptaban el programa de Henlein para dar prácticamente, la autonomía a los alemanes de los Sudetes dentro del estado checoslovaco, como había expuesto el propio Henlein en su discurso de Karlsbad en abril, o estaban perdidos.[293] El 5 de septiembre el presidente Edouard Benes, enfrentado con una elección tan poco envidiable, cedió a la presión.[294]

Esto puso en un aprieto, en realidad, a Henlein y a la dirección política de los alemanes de los Sudetes: absolutamente en contra de todas las previsiones, sus peticiones habían sido satisfechas casi en su totalidad.[295] Quedaba así desactivado el pretexto de Hitler para la guerra. Los alemanes de los Sudetes, que buscaban desesperados una excusa para romper las negociaciones con los checos, se aferraron a un incidente en el que la policía checa maltrató a tres alemanes de la zona acusados de espionaje y contrabando de armas.[296] Fue suficiente para mantener viva la tensión hasta el gran discurso de Hitler del 1 2 de septiembre.

Aunque los dirigentes de los alemanes de los Sudetes estaban cada vez más preocupados por la perspectiva de una guerra, el partido de Henlein no hacía otra cosa que bailar al son que tocaba Hitler. Este le había dicho ya el 26 de agosto al hombre que era la mano derecha de Henlein, Karl Hermann Frank, que instigase «incidentes» provocadores.[297] Continuó esto con instrucciones de preparar los «incidentes» para el 4 de septiembre.[298] Le había dicho con toda claridad a Frank cuáles eran sus intenciones. «El Führer se ha decidido por la guerra», había informado Frank. Hitler había fustigado verbalmente a Benes, diciendo que quería cogerle vivo y que iba a ahorcarle él mismo.[299] Tres días después, el 29 de agosto, se supo, por lo que emanaba del entorno de Hitler, que ya no sería suficiente con que los checos se aviniesen a las

peticiones de Karlsbad bajo presión inglesa. «Así que el Führer quiere guerra», fue la conclusión que extrajo Helmuth Groscurth, jefe del Departamento II del Abwehr.[300]

Pero cuando Hitler se reunió con Henlein en el Berghof el 2 de septiembre no dijo gran cosa. Vino a indicar de modo implícito al dirigente de los Sudetes que actuaría ese mes, aunque sin concretar fecha.[301] Henlein, sabiendo que Hitler tenía pensada una solución militar, dijo sin embargo a su contacto inglés, Frank Ashton-Gwatkin, ayudante de Runciman, que el Führer se inclinaba por un acuerdo pacífico… información que alimentaría aún más Las ansias de apaciguamiento.[302] La realidad era muy diferente: en una conferencia militar en el Berghof al día siguiente de su reunión con Henlein, Hitler decidió detalles de la Operación Verde, el ataque a Checoslovaquia, previsto para el 1 de octubre.[303]

En esta etapa Hitler era ya completamente impermeable a las señales de alarma que se captaban en los círculos diplomáticos. Cuando el almirante Canaria regresó de Italia con informes de que los italianos aconsejaban urgentemente en contra de la guerra, y de que decían que ellos no participarían, Hitler los interpretó simplemente como muestra de las divisiones entre el estado mayor y el Duce, como una cosa parecida a los problemas que él estaba teniendo en Alemania con el ejército.[304] Se mantuvo firme en que Inglaterra estaba marcándose un farol, intentando ganar tiempo, que estaba insuficientemente armada y que se mantendría neutral.[305] La advertencias sobre las insuficiencias de la marina alemana obtuvieron la misma respuesta.[306] El momento actual, con la cosecha recogida, continuó argumentando, era el más favorable para una acción militar. En diciembre, sería ya demasiado tarde.[307] Se mostró un desprecio similar hacia los rumores de advertencia de Francia. Cuando el embajador alemán en París, Johannes von Welczek, informó de su fírme impresión de que Francia se vería obligada muy a su pesar a hacer honor a la obligación que había contraído con los checos, Hitler se limitó a apartar a un lado el informe, diciendo que no le interesaba.[308] Lord Halifax, al enterarse de esto, se lo comentó al gabinete británico como prueba de que «Herr Hitler estaba posible o hasta probablemente loco».[309]

C0n la propaganda alemana alcanzando ya una intensidad febril, Hitler pronunció su esperada y muy temida diatriba contra los checos en la asamblea final del Congreso del Partido el 1 2 de septiembre. Aunque los ataques contra los checos fueron venenosos, con una amenaza inconfundible si no se otorgaba la «autodeterminación», Hitler no exigió la entrega del territorio de los Sudetes ni un plebiscito para poner fin al problema.[310] En Alemania había un ambiente de guerra inminente y de gran tensión.[311] Los inquietos checos pensaban que la guerra y la paz se pendían en ese día de la balanza.[312] Pero según el programa de Hitler faltaban todavía dos semanas.[313]

El discurso del Führer disparó, de todos modos, una oleada de disturbios en la región de los Sudetes.[314] Estos incidentes, y la sensación de pánico que se había apoderado del gobierno francés, convencieron a Neville Chamberlain de que, si se quería evitar la ofensiva alemana que se esperaba para finales de septiembre, era preciso celebrar conversaciones directas con Hitler (una idea propuesta ya a finales de agosto).[315] La noche del 14 de septiembre se supo en Alemania la noticia sensacional: Chamberlain había solicitado un encuentro con Hitler, que le había invitado al Obersalzberg al mediodía del día siguiente.[316]

El 15 de septiembre, por la mañana temprano, el primer ministro inglés, un personaje austero, reservado y mojigato, de 69 años, despegó del aeropuerto de Croydon en un bimotor Lockheed, con la esperanza, según dijo, de garantizar la paz.[317] No estaba seguro de qué podría esperarle; y le ponía nervioso el viaje en avión.[318] Era su primer viaje aéreo, y su primera experiencia de lo que en una época posterior se llamaría «viajes diplomáticos» o «diplomacia a lo Kissinger».

Chamberlain fue aclamado en Munich por las multitudes en su recorrido desde el aeropuerto a la estación para tomar el tren especial de Hitler que le llevaría a Berchtesgaden. Acompañado por sir Horace Wilson, su asesor personal, y William Strang, jefe de la sección para Europa central del Ministerio de Asuntos Exteriores inglés, el embajador británico sir Nevile Henderson y Ribbentrop, Chamberlain tuvo que ver, sin duda, cómo pasaba un tren de transporte de tropas tras otro durante su viaje de tres horas. Llovía, el cielo estaba encapotado y amenazador,

cuando llegó al Berghof.

Hitler estaba esperando en las escaleras para recibirle. Chamberlain se fijó en la Cruz de Hierro, de primera clase, que llevaba prendida en el uniforme. Le impresionó, como a todos los visitantes, la majestuosidad de la residencia alpina del Führer, lamentando que las nubes bajas estropeasen la vista del panorama impresionante de montañas que se divisaba por el gran ventanal que daba a Salzburgo. Le impresionó menos la apariencia física del Caudillo alemán. El rostro de Hitler le pareció, tal como dijo a una de sus hermanas cuando volvió a Londres, «más bien desagradable […] y parece en conjunto completamente vulgar. No te fijarías en él en una multitud…».[319]

Tras un poco de charla insulsa, el primer ministro británico y Hitler se retiraron al estudio de este. A Ribbentrop se le mantuvo al margen de las conversaciones, lo que le irritó muchísimo. Sólo estaba presente el intérprete, Paul Schmidt. Hitler y Chamberlain hablaron durante tres horas con la paz de Europa pendiente de un hilo. Hitler enumeró los agravios alemanes, con esporádicos estallidos contra Benes. Chamberlain escuchó con rostro impasible mientras fuera se acumulaban las nubes de tormenta en consonancia con la atmósfera amenazadora que imperaba dentro del retiro alpino, y luego dijo que estaba dispuesto a considerar cualquier solución que se ajustase a los intereses alemanes siempre que se descartase el uso de la fuerza. Hitler replicó airadamente: «¿Quién habla de fuerza? Herr Benes la está utilizando contra mis compatriotas en los Sudetes. Fue Herr Benes quien movilizó en mayo y no yo. No lo aceptaré más. Resolveré este asunto yo mismo en un futuro próximo de un modo u otro». «Si no le he entendido mal—replicó airado Chamberlain—está decidido a actuar de todos modos contra Checoslovaquia. Si es esa su intención, ¿por qué me ha hecho venir hasta Berchtesgaden? Dadas las circunstancias, lo mejor es que me vaya inmediatamente. Parece que todo es inútil». Fue un contraataque efectivo a las bravatas de Hitler, que dio marcha atrás, para asombro de Schmidt. «Si reconocen ustedes el principio de autodeterminación para el tratamiento de la cuestión de los Sudetes, entonces podemos discutir cómo llevarlo a la práctica», afirmó. Chamberlain dijo que tenía que consultar con sus colegas de gabinete. Pero cuando declaró que estaba

dispuesto a reunirse de nuevo con Hitler después, se disipó la tensión. Chamberlain obtuvo de Hitler la promesa de no emprender ninguna acción militar mientras tanto. Con eso concluyó la reunión.[320]

Durante su estancia esa noche en un hotel de Berchtesgaden, antes de coger el avión al día siguiente, a la delegación inglesa se le negó una copia de la transcripción de las conversaciones del intérprete Schmidt, una infracción notoria de las normas de cortesía de la diplomacia. La orden procedía del propio Hitler, no de Ribbentrop.[321] Quería, evidentemente, que su posición de trato se mantuviese lo más abierta posible, y evitar que le comprometiese cualquier formulación verbal.[322]

Inmediatamente después de la reunión, Hitler explicó a Ribbentrop y a Weizsäcker lo sucedido, frotándose las manos satisfecho por el resultado. Aseguró que había conseguido arrinconar a Chamberlain. Su «intención brutalmente anunciada, incluso a riesgo de una guerra general en Europa, de resolver la cuestión checa» (no había hablado de la «cuestión de los Sudetes») junto con su concesión de que las reivindicaciones territoriales de Alemania en Europa quedarían entonces satisfechas, habían obligado a Chamberlain, aseguraba, a ceder los Sudetes. Él, por su parte, había podido rechazar la propuesta de un plebiscito. Si los checos se negasen a celebrarlo, «estaría despejado el camino para la invasión alemana».[323] Si Checoslovaquia cedía en los Sudetes, se tomaría más tarde el resto del país, quizás la primavera siguiente. En cualquier caso, tendría que haber una guerra y sucedería antes de que él muriese.[324]

Hitler estaba claramente satisfecho del desarrollo de las conversaciones.[325] Al día siguiente habló a los miembros de su círculo íntimo en el Berghof sobre la entrevista. Dio la impresión, como la noche anterior, de que tal vez pudiese ahora, después de todo, considerar una solución diplomática… al menos para el futuro inmediato. La visita de Chamberlain le había impresionado y, en cierto modo, le había inquietado. Tratar directamente con un dirigente democrático que tenía que volver a consultar con los miembros de su gobierno y era responsable ante el parlamento, dejaba una sombra de inseguridad. Su propósito aún seguía siendo básicamente, dijo, marchar sobre Praga. Pero había por primera vez signos de vacilación. Estaba empezando a

considerar una posible marcha atrás. Sólo muy a regañadientes, insinuó, si resultaba inevitable en función de la situación general europea, accedería a la propuesta inglesa. Aparte de eso, podían arreglarse las cosas con los checos sin participación inglesa. De cualquier modo Checoslovaquia era difícil de gobernar, dada su mezcla étnica y las reclamaciones de las minorías (polacos, húngaros y especialmente eslovacos). Había ya, creía el entorno inmediato de Hitler, un atisbo de esperanza de que la guerra se evitase.[326]

Chamberlain informó al gabinete inglés de su convencimiento de que había disuadido a Hitler de una invasión inmediata de Checoslovaquia y que los objetivos del dictador alemán eran «estrictamente limitados». Si se concedía la autodeterminación a los alemanes de los Sudetes eso significaría, en su opinión, el fin de las reclamaciones alemanas sobre Checoslovaquia.[327] Hasta qué punto se había permitido Chamberlain dejarse engañar por la personalidad y la seguridad en sí mismo del dictador de Alemania resulta evidente en la valoración privada que hizo a una de sus hermanas, Ida, a su regreso a Inglaterra: «A pesar de la aspereza y la implacabilidad que me pareció ver en su rostro, tuve la impresión de que se trataba de un hombre en quien se podía confiar una vez que había dado su palabra».[328]

Los días siguientes se pasaron presionando a los checos para que accedieran a su propio desmembramiento. El enfoque conjunto de ingleses y franceses era, evitando a ser posible el plebiscito, obligar a los checos a hacer concesiones territoriales a cambio de una garantía internacional contra la agresión no provocada. Los checos cedieron el 21 de septiembre.[329]

La segunda reunión de Chamberlain con Hitler se había concertado mientras tanto para el 22 de septiembre, en Bad Godesberg, un tranquilo balneario de la región del Rin, al lado de Bonn. Los alemanes habían considerado en principio la posibilidad de incluir al primer ministro francés, Edouard Daladier, pero la idea había sido desechada.[330] Para Hitler la presión de los ingleses y los franceses sobre los checos no hizo más que poner al descubierto la debilidad de las potencias occidentales. No era de esperar una resistencia seria por parte de Inglaterra; Francia haría lo que hiciese Inglaterra; la guerra estaba medio ganada.[331] Así

era como lo veía Hitler. No estaba seguro de si los checos resistirían solos. Goebbels le aseguró que lo harían.[332] Pero también Hitler estaba sintiendo la tensión. Se distrajo riendo películas intrascendentes. No quiso ver nada que fuese más serio.[333] Sus opciones seguían abiertas. Al día siguiente de su reunión con Chamberlain había ordenado que se crease una Legión Alemana de los Sudetes, una unidad de voluntarios semejante a los Freikorps compuesta por refugiados políticos al mando de Henlein para que organizase disturbios y ataques terroristas.[334] Servirían en caso necesario como una garantía de la provocación programada que daría el pretexto para una invasión alemana. Pero Hitler, como habían mostrado los comentarios que había hecho después de la risita de Chamberlain, estaba alejándose ya claramente de la destrucción militar total de alto riesgo de Checoslovaquia de un solo golpe, en la que había insistido, pese a la mucha oposición interna, a lo largo del verano. Había indicios de que estaba orientándose en realidad hacia una solución territorial parecida a la que acabaría formando la base del Acuerdo de Munich. Hitler no creía que consiguiese los Sudetes sin que los checos luchasen, aunque pensaba que las potencias occidentales abandonarían a Benes a su suerte. Así que contaba con un enfrentamiento militar limitado para asegurar los Sudetes como una primera etapa. La destrucción del resto de Checoslovaquia seguiría luego, quizás inmediatamente, y si no en poco tiempo.[335]

El 19 de septiembre Hitler mostró a Goebbels el mapa que reflejaba las reivindicaciones que iba a presentar a Chamberlain en su próxima reunión. La idea era forzarle a aceptar una línea de demarcación lo más amplia posible. Los checos deberían evacuar el territorio que se cedería, que ocuparían al cabo de ocho días tropas alemanas. Tal como le informó a Goebbels, los preparativos militares no estarían listos hasta entonces. Si había alguna discrepancia, se exigiría un plebiscito en Navidad. Si Chamberlain pedía más negociaciones, el Führer no se sentiría ya vinculado por ningún acuerdo y tendría libertad de acción.[336] «El Führer mostrará a Chamberlain su mapa, y luego… ¡fin (Schluss), basta! Sólo de ese modo puede resolverse este problema», comentaba Goebbels.[337]

Capítulo V

La tarde del 22 de septiembre Hitler y Chamberlain se reunieron de nuevo, esta vez en el lujoso Hotel Dreesen de Bad Godesberg, con su magnífica vista del Rin. Chamberlain había volado desde Inglaterra aquella mañana y le instalaron en la orilla opuesta del río, en el Hotel Petersberg.[338] Cuando William Shirer, uno de los periodistas que estaban cubriendo la visita, observó de cerca a Hitler en el jardín de su hotel, le pareció muy tenso. Las sombras oscuras de las ojeras y el tic nervioso del hombro derecho cuando caminaba hicieron pensar a Shirer que estaba al borde de una crisis. Otros periodistas del grupo habían empezado a difundir el rumor de que Hitler, cuando le daba una de sus rabietas, mordía el borde de la alfombra. La expresión «muerde alfombras», una vez acuñada, habría de tener larga vida.[339]

La reunión empezó para Chamberlain con una sorpresa. Informó en principio de cómo se habían satisfecho las redamaciones planteadas en Berchtesgaden. Mencionó la propuesta fraucobritánica de unas nuevas fronteras de Checoslovaquia, y el deseado pacto de no agresión alemán con los checos. Se retrepó luego en su asiento, con una expresión satisfecha en el rostro. Y se quedó atónito cuando Hitler le contestó: «Lamento Herr Chamberlain que no pueda ya aceptar esas cosas. Después de lo sucedido en los últimos días, esta solución no sirve ya». Hitler aseguró que no podía firman un pacto de no agresión con Checoslovaquia hasta que no se diese satisfacción a las reivindicaciones de Polonia y Hungría. Tenía ciertas objeciones a los tratados propuestos. Sobre todo, la escala temporal prevista era demasiado larga. Luego pasó a indignarse hasta el frenesí contra Benes y la supuesta represión terrorista de los alemanes de los Sudetes, y exigió la ocupación inmediata del territorio. Chamberlain indicó que esto era una exigencia completamente nueva, que desbordaba lo acordado en Berchtesgaden. Y, deprimido y furioso, regresó a su hotel de la otra orilla del río.[340]

Chamberlain no acudió a la reunión prevista a la mañana siguiente. Envió una carta a Hitler en la que le decía que le era imposible aprobar un plan que la opinión pública de Inglaterra, Francia y el resto del

mundo consideraría que se apartaba del principio en que se habían puesto de acuerdo previamente. Y estaba además completamente seguro, escribía, de que los checos movilizarían sus fuerzas armadas para hacer frente a cualquier intento de penetración en los Sudetes de tropas alemanas. Hitler y Ribbentrop deliberaron precipitadamente. Luego Hitler dictó una larga respuesta… que equivalía a poco más que sus declaraciones verbales del día anterior y que insistía en la transferencia inmediata del territorio de los Sudetes para pon el fin a la «tiranía checa» y salvaguardar «la dignidad de una gran potencia». Se encomendó al intérprete Schmidt traducir la carta de entre cuatro y cinco páginas y entregársela en mano a Chamberlain. Este la recibió con calma.[341] Su respuesta fue entregada a Ribbentrop al cabo de unas dos horas. Se ofrecía para transmitir las nuevas exigencias a los checos, decía que tenía que volver a Inglaterra para preparar eso, y pedía un memorando del gobierno alemán que se acordó que entregaría Hitler a última hora del día.

Eran casi las once cuando regresó Chamberlain al Hotel Dreesen. El dramatismo de la reunión de última hora de la noche estaba acentuado por la presencia de asesores de ambas partes, plenamente conscientes de que la paz de Europa colgaba de un hilo muy fino, cuando Schmidt empezó a traducir el memorando de Hitler. Exigía la retirada completa del ejército checo del territorio señalado en el mapa, que debía cederse a Alemania el 28 de agosto.[342] Hitler había hablado a Goebbels el 21 de septiembre de exigir ocho días para la retirada checa y la ocupación alemana.[343] Ahora, en la noche del 23 de septiembre, exigía que se iniciase la retirada en poco más de dos días y que se completase en cuatro. Chamberlain alzó las manos en un gesto de desesperación. «Eso es un ultimátum—protestó—. Con una gran decepción y profundo pesar debo dejar constancia, Herr Canciller del Reich—comentó—que no ha apoyado usted lo más mínimo mis esfuerzos por mantener la paz».[344]

En este momento de tensión, llegó la noticia de que Benes había anunciado la movilización general de las fuerzas armadas checas. Hubo unos instantes de silencio. La guerra parecía ya inevitable. Entonces Hitler, en poco más que un susurro, le dijo a Chamberlain que a pesar de aquella provocación él se atendría a su palabra y no emprendería

ninguna acción contra Checoslovaquia… al menos mientras el primer ministro inglés permaneciese en suelo alemán. Como una concesión especial, aceptaría el 1 de octubre como fecha para la retirada checa del territorio de los Sudetes. Era el día que él había establecido semanas antes como el momento del ataque a Checoslovaquia. Modificó la fecha a mano en el memorando, añadiendo que las fronteras serían muy distintas si hubiese que proceder por la fuerza contra Checoslovaquia. Chamberlain accedió a presentar a los checos el memorando revisado. Después de tanto dramatismo, la reunión terminó en un clima de relativa armonía. Chamberlain regresó a Londres a la mañana siguiente, decepcionado pero no desesperado, para informar a su gabinete.[345]

Mientras Chamberlain reunía a su gabinete de gobierno, Hitler paseaba por los jardines de la Cancillería del Reich con Goebbels en una tarde cálida de principios de otoño, hablando por extenso de cuáles iban a ser sus próximos movimientos. «Él no cree que Benesh [Benes] vaya a ceder—escribía en su diario el ministro de propaganda al día siguiente —. Pero entonces caerá sobre él un juicio terrible. El 27-28 de septiembre estará listo nuestro despliegue militar (Aufmarsch). El Führer tiene luego un margen de cinco días para maniobrar. Ya estableció esas fechas el 28 de mayo. Y las cosas han salido tal como él predijo. El Führer tiene genio profético. Pero primero viene nuestra movilización. Se efectuará a la velocidad del rayo, de manera que le parecerá un milagro a todo el mundo. Estará todo listo (ist das alles fertig) en ocho o diez días. Si atacamos a los checos desde nuestras fronteras, el Führer cree que llevará dos o tres semanas. Pero si les atacamos después de nuestra entrada (Einmarsch), cree que se acabará en ocho días. La solución radical es la mejor. Si no será el cuento de nunca acabar».[346] Este testimonio, un poco confuso, parece indicar que Hitler estaba en aquella tesitura considerando una invasión de Checoslovaquia en dos etapas: primero la zona de los Sudetes, luego en un momento posterior y no especificado, el resto del país. Esto se corresponde con la idea de la que informa Weizsäcker después de la primera reunión con Chamberlain.[347] Así que Hitler no estaba tirándose un farol con sus planes de apoderarse de los Sudetes por la fuerza el 1 de octubre si no se le concedía previamente. Pero había dado marcha atrás de su propósito,

que se remontaba a la primavera, de acabar con Checoslovaquia entera en una sola operación militar a principios de octubre.[348]

Mientras tanto en Londres el estado de ánimo era cambiante. Chamberlain, después de la experiencia por la que había pasado en Godesberg, se iba desplazando hacia una actitud más dura, y con él el gobierno inglés. Después de conversaciones con los franceses, se decidió que no se presionaría a los checos para que aceptasen las nuevas condiciones. Sir Horace Wilson, el asesor más íntimo de Chamberlain, debía ir a Berlín como emisario del primer ministro a recomendar una transferencia territorial supervisada y al mismo tiempo para advertir a Hitler de que en el caso de una acción militar alemana contra Checoslovaquia Francia haría honor a sus compromisos e Inglaterra apoyaría a Francia.[349]

A última hora de la tarde del 26 de septiembre, Wilson, acompañado por sir Nevile Henderson y sir Ivone Kirkpatrick, primer secretario de la embajada inglesa, fueron recibidos por Hitler en su estudio de la Cancillería del Reich. Esa noche Hitler tenía que lanzar un ataque feroz a Checoslovaquia en el Sportpalast. Wilson no había elegido un buen momento para esperar una deliberación racional sobre la carta de Chamberlain que entregó al dictador alemán. Hitler escuchó, claramente agitado, la traducción de la carta, que le informaba de que los checos habían rechazado los términos que él había formulado en Godesberg. En plena lectura de la carta tuvo una explosión de cólera y se levantó y gritó: «No tiene ningún objeto seguir negociando». Luego se dirigió hacia la puerta, como si diese por terminada ya la reunión, dejando en su propio estudio a sus visitantes. Pero recuperó el control y volvió a su asiento mientras se traducía el resto de la carta. En cuanto concluyó la lectura, hubo otro arrebato frenético. El intérprete, Paul Schmidt, comentó más tarde que no había visto nunca a Hitler tan furioso. Las tentativas de Wilson de analizar los problemas racionalmente y su fría advertencia de las repercusiones de una operación militar alemana no hicieron sino provocarle aún más. «Si Francia e Inglaterra quieren atacar —aulló— adelante. No me importa nada» (Mir ist das vollständig gleichgültig). Luego dio a los checos hasta las dos del miércoles, 28 de septiembre, para aceptar los términos del memorando de Godesberg y la

ocupación alemana de los Sudetes el 1 de octubre. En caso contrario Alemania los tomaría por la fuerza. Le recomendó a Wilson hacer una visita aquella noche al Sportpalast, para que apreciara personalmente el estado de ánimo que imperaba en Alemania.[350]

Los oídos del mundo estaban pendientes del discurso de Hitler al tenso público de unas veinte mil personas que llenaba el grande y tenebroso Sportpalast.[351] Había gran número de diplomáticos y periodistas presentes, que estaban pendientes de cada palabra. Al periodista estadounidense William Shirer, que estaba sentado en el palco que quedaba justo encima del Canciller alemán, le pareció que este estaba «en el peor estado de exaltación en que yo le haya visto».[352] Su discurso («una obra maestra psicológica», en opinión de Goebbels)[353] estaba perfectamente sintonizado con el talante antichecho provocado de los fieles del partido. Pronto se sintió en su elemento y se lanzó a interminables diatribas contra Benes y el estado checoslovaco. Benes estaba decidido, aseguró, «a exterminar lentamente la alemanidad» (das Deutschtum langsam auszurotten).[354] Refiriéndose al memorando que había presentado a Chamberlain, y la «oferta» que había hecho a los checos, indicó que su tolerancia ante la intransigencia de Benes se había acabado ya.[355] Ensalzó luego, cínicamente, a Chamberlain por sus esfuerzos en favor de la paz. El había asegurado al primer ministro inglés, continuó, que, una vez resuelto el problema de los Sudetes, no tenía más reivindicaciones territoriales en Europa.[356] Garantizaba también, aseguró, que no tenía ningún interés más en relación con el estado checo. «No queremos para nada checos», proclamó.[357] La decisión de guerra o paz le correspondía a Benes: «O bien acepta esta oferta y da por fin libertad a los alemanes, o nosotros mismos garantizaremos esa libertad», amenazó. El se pondría ahora al frente de un pueblo unido, distinto del de 1918, como su primer soldado. «Nosotros estamos decididos. Ahora Herr Benes puede escoger», concluyó.

Las masas que había en el recinto, que habían interrumpido casi cada frase con sus fanáticos aplausos, se pasaron varios minutos gritando, vitoreando y cantando: «Manda Führer, te seguiremos» (Führer befiehl, wir folgen!). Hitler se había lanzado a un frenesí casi orgásmico al final

del discurso. Guando Goebbels, que puso fin al acto, pidió para él la lealtad de todo el pueblo alemán y proclamó que «nunca se repetirá un noviembre de 1918» Hitler, según Shirer, «alzó la vista hacia él, con una expresión de furia ansiosa en la mirada [...] se levantó bruscamente y con un fuego fanático en los ojos [...] bajó con dureza la mano derecha, después de un amplio giro, y dio un golpe en la mesa y gritó [...] Ja, Luego se desplomó en su asiento exhausto».[358]

Hitler no estaba de humor para llegar a acuerdos cuando volvió sir Horace Wilson a la mañana siguiente a la Cancillería del Reich con otra carta de

Chamberlain garantizando la retirada checa del territorio de los Sudetes si Alemania se abstenía de usar la fuerza. Cuando Wilson le preguntó si debía llevar algún mensaje suyo a Londres, Hitler contestó que los checos sólo tenían la opción de aceptar o rechazar el memorando alemán. En caso de que lo rechazaran, gritó, repitiéndose unas cuantas veces, «aplastaré a los checos». Wilson, que era un hombre alto, se irguió entonces en toda su estatura y lenta pero enfáticamente transmitió un mensaje más de Chamberlain; «Si Francia, en cumplimiento de las obligaciones asumidas en el Tratado, inicia activamente hostilidades contra, Alemania, el Reino Unido se verá obligado a apoyarla».[359] Hitler replicó a gritos, furioso: «Si Francia e Inglaterra atacan, que lo hagan. Me es completamente indiferente. Estoy preparado para cualquier eventualidad. Lo único que puedo hacer es tomar nota de la posición. Hoy es martes y el lunes que viene estaremos todos en guerra».[360] La reunión terminó en ese punto. Según recuerda Schmidt, era imposible hablar racionalmente con Hitler esa mañana.[361]

De todos modos, las advertencias de Wilson no cayeron en saco roto. Cuando se calmó, mandó a Weizsäcker que le redactara el borrador de una carta dirigida a Chamberlain, pidiéndole que convenciera a los checos para que entraran en razón y asegurándole que no tenía más interés en Checoslovaquia una vez hubiesen sido incorporados al Reich los alemanes de los Sudetes.[362]

Al final de esa tarde, una división motorizada inició su desfile amenazador por Wilhelmstrasse pasando por delante de los edificios oficiales. Durante tres horas Hitler permaneció en su ventana mientras

pasaba atronando.[363] Según los recuerdos de su ayudante de la Luftwaffe Nicolaus von Below, había ordenado el despliegue no para comprobar el espíritu marcial del pueblo de Berlín, sino para impresionar a los periodistas y diplomáticos extranjeros con el poderío militar de Alemania y con su disposición para la guerra.[364] Si el propósito era ese, le salió el tiro por la culata. El periodista estadounidense William Shirer explicaba que la hosca reacción de los berlineses (metiéndose en los portales, negándose a mirar, ignorando el despliegue militar) era «la manifestación más impresionante contra la guerra que he visto en mi vida».[365] Goebbels, que había participado en los preparativos, escribe en su diario que el desfile había causado «la más honda impresión».[366] Pero, contradiciendo este comentario, parecía reconocer que la gente había hecho poco caso del desfile.[367] Hitler se enfadó y se sintió decepcionado, según parece, por la falta de entusiasmo que habían mostrado los berlineses.[368] Era patente el contraste con las reacciones del público elegido a dedo del Sportpalast. Era un indició del estado de ánimo predominante en el país. Pese a los sentimientos que hubiese en relación con los alemanes de los Sudetes, sólo una pequeña minoría fanática pensaba que mereciesen una guerra contra las potencias occidentales.

Pero si Hitler estaba decepcionado porque la actitud de la gente no se parecía a la de agosto de 1914, su decisión de seguir adelante con la acción militar el 3 de octubre, si los checos no cedían, se mantenía fírme, como dejó claro esa noche a Ribbentrop y a Weizsäcker.[369] En realidad, el ministro de asuntos exteriores era más belicoso aún en su actitud que el propio Hitler. Le dijo a Rudolf Schmundt, sucesor de Hossbach como principal ayudante militar del Führer, que el que los checos aceptasen el ultimátum alemán era lo peor que podía pasar.[370] Pero Ribbentrop era por entonces prácticamente el único halcón con influencia sobre Hitler.[371] Había presiones crecientes de todas partes para que se apartara del borde del abismo.

Para Hitler, dar marcha atrás después de haber tomado una «decisión inalterable», equivalía) al desprestigio. Aun así, sucedió algo que a los habituados a tratarle de cerca les pareció inconcebible. A la mañana siguiente del 28 de septiembre, horas antes de que expirase el ultimátum

a Checoslovaquia, cambió de idea y cedió a las peticiones del acuerdo negociado. «No se puede entender este cambio. El Führer ha cedido, y de forma fundamental», escribía Helmuth Groscurth.[372]

La intervención decisiva fue la de Mussolini. Había sido Göring, cada vez más inquieto, quien había hecho sondeos para ello unos quince días antes. También Göring había intentado, a través de Henderson, interesar a los ingleses en la idea de una conferencia de las grandes potencias para resolver el problema de los Sudetes mediante negociaciones.[373] Antes de la intervención decisiva de Mussolini, los ingleses y los franceses habían aplicado también la máxima presión. Chamberlain había hablado la noche anterior por la radio de lo absurdo de la guerra por «una disputa en un país lejano entre gente de la que no sabemos nada».[374] A esto había seguido una réplica a la carta de Hitler, en que subrayaba que no podía creer que el Canciller alemán estuviese dispuesto a arriesgarse a una guerra mundial que podría acarrear el fin de la civilización «por unos cuantos días de demora en la resolución de un problema que lleva planteado tanto tiempo».[375] Su carta contenía propuestas, acordadas con los franceses, de presionar a los checos para que cedieran inmediatamente el territorio de los Sudetes, cesión garantizada por Inglaterra y que se iniciaría el 1 de octubre. Una Comisión Internacional de Fronteras se encargaría de los detalles del acuerdo territorial. El primer ministro inglés indicó que estaba dispuesto a ir a Berlín inmediatamente, junto con los representantes de Francia e Italia, para discutir todo el asunto.[376] Chamberlain escribió también a Mussolini, instándole a sumarse a su propuesta «que mantendrá a todos nuestros pueblos alejados de la guerra».[377]

Tampoco los franceses se habían quedado cruzados de brazos. El embajador en Berlín, André Frainçois-Poncet, había recibido instrucciones a las cuatro de presentar a Hitler propuestas similares a las de Chamberlain.[378] Su petición a primera hora de la mañana siguiente de una audiencia con Hitler no fue bien acogida por Ribbentrop, aún deseoso de guerra.[379] Pero tras la intercesión de Göring, a instancias de Henderson, Hitler accedió a ver al embajador francés a las 11:15.[380] Por entonces la Cancillería del Reich estaba llena de ayudantes, ministros, generales y jefes del partido, que hablaban en pequeños

grupos o que se acercaban para una charla rápida con Hitler. Al intérprete Schmidt la Cancillería del Reich le parecía un campamento militar más que la sede de un gobierno. Hitler se retiraba cada poco con Ribbentrop, Göring o Keitel para analizar una cuestión u otra. Pero, en general, Hitler parecía cruzar las habitaciones pronunciando miniarengas tipo Sportpalast a todo el que se tomaba la molestia de escucharle.[381] Antes de que llegase François-Poncet, Göring y Neurath habían instado ambos a Hitler a que negociara un acuerdo. Göring y Ribbentrop tuvieron una discusión feroz, aunque no en presencia de Hitler, discusión en la que el ministro de asuntos exteriores fue acusado de belicista. El sabía lo que era la guerra, gritó Göring. Si el Führer lo ordenaba, estaría en el primer avión. Pero insistió en que Ribbentrop estuviese en el asiento de al lado.[382]

François-Poncet, cuando le concedieron por fin su audiencia, advirtió a Hitler de que no iba a poder delimitar un conflicto armado con Checoslovaquia, sino que pondría Europa en llamas. Dado que podía obtener casi todo lo que pedía sin guerra, el riesgo parecía insensato.[383] En aquel momento, hacia las 11:4o, la discusión fue interrumpida por un mensaje que anunciaba que el embajador italiano, Bernardo Attolico, deseaba ver a Hitler inmediatamente para una cuestión de gran urgencia. Hitler salió de la habitación con su intérprete, Schmidt. El alto y encorvado embajador de rostro rojizo fue al grano sin perder un instante. Comunicó a Hitler entrecortadamente que el gobierno inglés había hecho saber a Mussolini que vería con buenos ojos su mediación en la cuestión de los Sudetes. Las discrepancias eran pequeñas. El Duce apoyaba a Alemania, continuó el embajador, pero era «de la opinión de que la aceptación de la propuesta inglesa resultaría ventajosa» y solicitaba un aplazamiento de la movilización prevista.[384] Tras un momento de pausa, Hitler contestó: «Decidle al Duce que acepto su propuesta».[385] Era poco antes del mediodía. Hitler tenía ya un medio de dar marcha atrás sin quedar mal.[386] «No tenemos ninguna justificación para la guerra—comentaba Goebbels —. No puedes desencadenar una guerra mundial por una cuestión de modalidades».[387]

Cuando el embajador inglés Henderson entró a las 12:15 con una

carta de Chamberlain, Hitler le dijo que a petición de su «gran amigo y aliado, el Signor Mussolini», había pospuesto veinticuatro horas la movilización. El apogeo de la liebre de guerra había pasado. Durante la audiencia de una hora de Henderson, Attolico interrumpió una vez más para decirle a Hitler que Mussolini había accedido a las propuestas inglesas para una reunión de las cuatro grandes potencias.[388] Guando la espectacular noticia llegó a Chamberlain, hacia el final de un discurso sobre la crisis que estaba pronunciando ante una Cámara de los Comunes tensa y atestada, y que estaba esperando un anuncio que significaba guerra, la cámara estalló. «Nos pusimos de pie en los escaños, blandiendo nuestros órdenes del día, gritamos hasta quedarnos roncos… una escena de entusiasmo indescriptible—reseñó un miembro del Parlamento—. Ahora hay que salvar la paz».[389]

Se evitaba la guerra… al menos por el momento. «El cielo empieza de nuevo a aclararse un poco—escribía Goebbels—. Probablemente tengamos aún la posibilidad de hacernos pacíficamente con el territorio alemán de los Sudetes. La principal solución aún es posible, y nos rearmaremos para eventualidades futuras».[390]

La tarde siguiente, temprano, Hitler, Mussolini, Chamberlain y Edouard Daladier, el pequeño, silencioso y atildado primer ministro de Francia (que parecía un poco incómodo con la tarea de entregar partes de Checoslovaquia, sin que ni siquiera estuviese presente un representante de ese país), junto con Ribbentrop, Weizsäcker, Ciano, Wilson y Alexis Léger, secretario de estado del Ministerio de Asuntos Exteriores francés, ocuparon sus asientos alrededor de una mesa en la recién construida Führerbau, en medio del complejo de edificios del partido que rodeaban la Casa Parda (el enorme y majestuoso cuartel general del NSDAP) de Munich. Allí procedieron a trocear Checoslovaquia.[391] Chamberlain, que escribió en privado cuando regresó a Inglaterra que el día había sido para él una «pesadilla prolongada», sintió «un alivio instantáneo» ante los comentarios iniciales «moderados y razonables» de Hitler.[392] Los cuatro jefes de gobierno empezaron por exponer sus posiciones respectivas sobre la cuestión de los Sudetes. Todos se mostraron contrarios (Hitler incluido) a una solución de tuerza. El único desacuerdo se produjo cuando el dictador

alemán lanzó feroces ataques contra Benes, que provocaron una briosa réplica del por lo demás reservado Daladier, y cuando Chamberlain irritó a Hitler insistiendo obstinadamente en una compensación económica para Checoslovaquia por la propiedad del gobierno que se iba a transferir ahora a Alemania. «Nuestro tiempo es demasiado valioso para perderlo en esas trivialidades», dijo Hitler furioso. Tras un breve descanso a media tarde, las discusiones se centraron en la propuesta escrita para resolver la cuestión de los Sudetes, traducida por entonces a las cuatro lenguas, que Mussolini había entregado el día anterior (aunque el texto había sido en realidad esbozado por Göring, luego formalizado en el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán bajo la mirada de Weizsäcker con cierta participación de Neurath pero evitando cualquier intervención de Ribbentrop, antes de que se entregase al embajador italiano). Proporcionó la base para lo que se convertiría en el tristemente célebre Acuerdo de Munich. El círculo de los que participaban en las discusiones se había ampliado ahora para incluir a Göring y a los embajadores de Italia, Francia y Gran Bretaña (Attolico, François-Poncet y Henderson), así como asesores legales, secretarios y ayudantes. Pero se trataba ya principalmente de una cuestión de tecnicismos jurídicos y de complejas cuestiones de detalle. El trabajo principal estaba hecho. Esa noche Hitler invitó a los participantes a una cena festiva. Chamberlain y Daladier se excusaron. Una vez hecho el trabajo sucio, tenían pocas ganas de celebrarlo.[393]

Las deliberaciones habían durado en total unas trece horas.[394] Pero aunque la reunión en la cumbre de las cuatro potencias resultase trascendental para el mundo exterior, la decisión real se había tomado ya hacia el mediodía del 28 de septiembre, cuando Hitler había accedido a la propuesta de Mussolini para un acuerdo negociado.[395] Finalmente, liada las 2: 30 de la madrugada del 30 de octubre, se firmó el borrador del acuerdo.[396] Los términos eran esencialmente los del memorando de Godesberg, modificados por las propuestas finales anglofrancesas y con fechas establecidas para una progresiva ocupación alemana, que quedaría completada en diez días.[397] «Hemos logrado, pues, todo lo que queríamos de acuerdo con el plan pequeño—comentaba Goebbels en su diario—. El plan grande aún no es realizable por el momento, dadas

las circunstancias imperantes».[398]

Goebbels añadía al día siguiente: «Hemos caminado todos por una delgada cuerda floja sobre un abismo vertiginoso. […] La palabra "paz" está en todos los labios. El mundo está invadido por un frenesí de alegría. El prestigio de Alemania ha crecido enormemente. Ahora somos otra vez realmente una potencia mundial. Es ya una cuestión de rearme, rearme, rearme…».[399] Hitler y Ribbentrop no compartían el entusiasmo general. Ribbentrop había abogado por la guerra hasta el último minuto. Se le había robado su ocasión de humillar a los ingleses… y aumentaba su indignación el hecho de que Chamberlain hubiese sido vitoreado en su recorrido a través de Munich en un coche descubierto como si se tratase del héroe del momento, el verdadero salvador de la paz de Europa.[400] El estado de ánimo de Hitler se había modificado de un día para otro. La impresión que había dado de estar gozando de su triunfó sobre las potencias occidentales se había desvanecido la mañana siguiente.[401] Parecía pálido, cansado y enfermo cuando Chamberlain le visitó en su apartamento de Prinzregentenplatz para presentarle una declaración conjunta en la que Alemania e Inglaterra acordaban que no habría más enfrentamientos bélicos entre ellas. Chamberlain había sugerido esa reunión privada durante un descanso de la reunión del día anterior. Hitler, según el comentario del primer ministro inglés, había dado un «salto ante la idea». A Chamberlain la reunión le pareció «una charla muy cordial y agradable». «Al final—continuaba—saqué la declaración que había preparado previamente y pregunté si la firmaría».[402] Tras un momento de vacilación, Hitler (al intérprete Paul Schmidt le pareció que con cierta renuencia) añadió su firma.[403] Para él, aquel documento era intrascendente. Y para él Munich no fue ningún gran motivo de celebración. Tenía la impresión de que le habían arrebatado el triunfo mayor que estaba seguro que habría logrado con una guerra limitada con los checos, que había sido su objetivo todo el verano.[404] Hasta la acción militar con el objetivo más restringido de conseguir los Sudetes por la fuerza le había sido negada. Se había visto forzado, por la rapidez con que las potencias occidentales habían obligado a Checoslovaquia a entregar los Sudetes, a ceder en las directrices que había mantenido desde mayo pese a la oposición interna. Durante la

crisis polaca del verano siguiente esto le decidiría mucho más a evitar la posibilidad de que le desviasen de la guerra. Pero cuando llegase la crisis siguiente, él estaría más seguro aún de conocer bien a sus adversarios: «Nuestros enemigos son pequeños gusanos—diría a sus generales en agosto de 1939—. Lo demostraron en Munich».[405] De los miembros del entorno inmediato de Hitler ninguno había hecho tanto por propiciar la aceptación final de un acuerdo negociado como Göring. Se había apuntado últimamente una victoria sobre su archirrival, y halcón destacado, Ribbentrop. El borrador que constituyó la base del Acuerdo de Munich había sido en gran parte obra suya. Su excelente humor en Munich era consecuencia de la satisfacción que le producía el que hubiese acabado triunfando su posición. Pero señaló el fin de su influencia en la política exterior. Fue la primera y la última vez que presionó por una solución que no contaba con el favor de Hitler. Percibió claramente el disgusto de este. La consideración que le tenía se debilitó y durante los meses siguientes quedaría completamente desbancado por Ribbentrop como mano derecha del Führer en todas las cuestiones relacionadas con la política exterior. Debilitado y deprimido, Göring se tomaría unas largas vacaciones en el Mediterráneo a principios de 1939, dejando vía libre a su archirrival, y quedaría excluido en gran medida de las decisiones sobre el programa expansionista que culminó en la crisis polaca y en la guerra.[406]

Hitler pasó a menospreciar también a sus generales después de Munich.[407] Había estado todo el verano irritado con ellos porque se oponían a sus planes. Podemos imaginarnos cómo habría reaccionado si hubiese sabido que nada menos que un personaje como su jefe de estado mayor, el general Halder, había participado en planes para un golpe de estado en caso de una guerra por Checoslovaquia.[408] Es difícil saber si los planes de los grupos mal coordinados implicados en la incipiente conspiración habrían llegado a algo. Pero con el Acuerdo de Munich, se esfumó irremediablemente la oportunidad. Chamberlain regresó a Inglaterra, donde le aguardaba un recibimiento de héroe, y donde proclamó desde la ventana de la residencia del primer ministro en el número 10 de Downing Street (eligiendo palabras que asociaba con Benjamin Disraeli, primer ministro de la reina Victoria, después de la

Conferencia de Berlín de seis décadas antes) que había conseguido «paz con honor» y «paz para nuestro tiempo».[409] El Manchester Guardian, distanciándose de la euforia general, señalaba inteligentemente las consecuencias externas: los checos difícilmente podían considerar la fragmentación forzada de su país una «paz con honor»; a Checoslovaquia se la había «dejado desvalida»; «Hitler podrá avanzar de nuevo, cuando decida, con mucho más poder».[410] Las consecuencias dentro de Alemania también eran profundas. Para los adversarios alemanes del régimen nazi, que habían albergado la esperanza de utilizar el aventurerismo militar de Hitler como el arma para la deposición y destrucción de este, Chamberlain no era precisamente el héroe del momento. «Chamberlain salvó a Hitler», así era como valoraba agriamente la diplomacia contemporizadora de las potencias occidentales.[411]

La popularidad y el prestigio de Hitler alcanzaron nuevas cotas después de Munich. Volvió a ser objeto de otro recibimiento triunfal en Berlín. Pero se daba cuenta perfectamente de que la oleada elemental de euforia reflejaba el alivio que se sentía por la preservación de la paz. La «vuelta a casa» de los alemanes de los Sudetes no tenía más que una importancia secundaria. No se le aclamaba como el «primer soldado del Reich», sino como el salvador de una paz que él no había querido.[412] En la hora crítica, al pueblo alemán le había faltado, en opinión de Hitler, el entusiasmo por la guerra. Aquel espíritu de 1914 había estado ausente. Aún no se había conseguido el rearme psicológico. Unas semanas después, cuando se dirigía a un público selecto de varios cientos de directores de periódicos y periodistas alemanes, dio una muestra notablemente franca de sus sentimientos: «Las circunstancias me han forzado a hablar durante décadas casi exclusivamente de paz—declaró—. Es natural que esa […] propaganda de paz tenga también su aspecto dudoso. Puede conducir con demasiada facilidad a que se asiente en la mente de muchas personas la idea de que el régimen actual se identifica con la decisión y la voluntad de preservar la paz a toda costa. Eso no sólo conduciría a una valoración errónea de los objetivos de este sistema, sino que conduciría también, y sobre todo, a que la nación alemana, en vez de estar prevenida frente a lo que pueda suceder, esté dominada por

un espíritu que, como el derrotismo, le arrebataría inevitablemente a la larga los triunfos del régimen actual». Era necesario, por tanto, transformar la psicología del pueblo alemán, para hacerle ver que algunas cosas sólo se podían conseguir a través de la fuerza, y presentar los temas de política exterior de tal modo que «la voz interior del propio pueblo empiece lentamente a clamar por el uso de la fuerza».[413]

El discurso es revelador. El respaldo popular a la guerra tenía que fabricarse, porque la guerra y la expansión estaban irrevocablemente vinculadas a la supervivencia del régimen. Los éxitos, triunfos sin fin, eran algo indispensable para el régimen y para la popularidad y el prestigio del propio Hitler de los que dependía, en último término, el propio régimen. Sólo a través de la expansión (imposible sin guerra) podía Alemania, y podía el régimen nacionalsocialista, sobrevivir. Eso era lo que pensaba Hitler. El juego de la expansión era inevitable. No se trataba de una cuestión de elección personal.

La herencia de Munich habría de debilitar fatalmente a los que podrían, incluso entonces, haber puesto límites a Hitler. En vez de eso, desaparecieron todos los límites potenciales (externos e internos) que podían obstaculizar su libertad de acción. Nada frenaba ya a Hitler en su búsqueda de la guerra. Y la próxima vez estaba decidido a no permitir que le bloqueasen maniobras diplomáticas de última hora de las potencias occidentales, cuya debilidad había podido ver con sus propios ojos en Munich.

3

SEÑALES DE UNA MENTALIDAD GENOCIDA

En Alemania no puede seguir habiendo judíos. Se trata de una cuestión de tiempo. Los expulsaremos progresivamente con una implacabilidad sin precedentes.

HIMMLER, EN UN DISCURSO A LOS DIRIGENTES DE LAS SS EL 8 DE NOVIEMBRE DE 1938.

Si el Reich alemán entra en un conflicto de política exterior en el futuro previsible, se puede dar por seguro que nosotros en Alemania pensaremos en primer lugar en provocar un gran enfrentamiento con los judíos.

GÖRING, EN UNA REUNIÓN EN EL MINISTERIO DEL AIRE, 12 DE NOVIEMBRE DE 1938.

Los judíos no provocaron el 9 de noviembre en vano. Ese día será vengado.

HITLER, DIRIGIÉNDOSE A FRANZISEK CHVALKOVSKY, MINISTRO DEL EXTERIOR CHECOSLOVACO, 2 1 DE ENERO DE 1939.

Quiero ser de nuevo un profeta: ¡si la judeidad financiera internacional dentro y fuera de Europa consiguiese precipitar a las naciones una vez más a

una guerra mundial, el resultado no será la bolchevización de la tierra y con ello la victoria de la judeidad, sino la aniquilación (Vernichtung) de la raza judía en Europa!

HITLER. EN UN DISCURSO AL REICHSTAG, 30 DE ENERO DE 1939.

La dinámica ideológica del régimen nazi era un componente vital del impulso de expansión. No se trataba exclusivamente, ni mucho menos, de una cuestión de Weltanschauung personalizada de Hitler. En realidad, los objetivos ideológicos del Führer habían desempeñado hasta entonces sólo un papel subordinado en su política expansionista y no figurarían destacadamente en la crisis polaca durante el verano de 1939. El partido y sus numerosas suborganizaciones eran, claro está, importantes para mantener la presión en pro de más y más medidas discriminatorias contra los grupos que constituían objetivos ideológicos. Pero de la oficina central del partido, al cargo de Rudolf Hess, adjunto de Hitler en asuntos del partido, no podía esperarse gran cosa en cuanto a planificación coherente.[1] El órgano clave no era el partido sino las SS.

El interés en la expansión era evidente en sí. Himmler, Heydrich y el alto mando de las SS, animados por sus éxitos en Austria y en los Sudetes, estaban deseosos de ampliar (bajo la égida de Hitler, naturalmente) su propio imperio. Un decreto del Führer de agosto de 1938 satisfacía ya el deseo de Himmler de crear un ala armada de las SS. Aportó de hecho una cuarta sección de las fuerzas armadas, mucho más pequeña que las otras, pero concebida como un órgano de «soldados políticos» ideológicamente motivados que estaban a «disposición exclusiva» del Führer.[2] No tenía nada de extraño que Himmler hubiese sido uno de los halcones en la crisis de los Sudetes, que se alineó con Ribbentrop y alentó la agresividad de Hitler.[3] Los dirigentes de las SS estaban ahora a la espera de ganancias territoriales que les proporcionasen oportunidades de experimentación ideológica para poder materializar la visión de un Reich alemán mayor, racialmente purificado bajo el talón de la casta elegida de la elite de las SS. En el mundo que vendría después de Hitler, alcanzada ya la «victoria final», las SS estaban destinados a ser los amos de Alemania y de Europa.

Ellos consideraban que su misión era la erradicación

implacable de los enemigos ideológicos de Alemania, que, en una extraña visión de Himmler, eran numerosos y amenazadores. A primeros de noviembre de 1938, les explicaba a sus hombres: «Debemos tener claro que en los próximos diez años es seguro que nos enfrentaremos a conflictos insólitos y decisivos. No es sólo la lucha de las naciones, que en este caso son utilizadas como fachada por el bando opuesto, sino la lucha ideológica (weltanschauliche) de toda la judeidad internacional, la masonería, el marxismo y las iglesias del mundo. Estas fuerzas (de las que yo considero que los judíos son el espíritu impulsor, el origen de todas las negaciones) saben bien que si Alemania e Italia no son aniquiladas, serán aniquilados (vernichtet werden) ellos. Esta es una conclusión elemental. En Alemania no puede seguir habiendo judíos. Se trata de una cuestión de tiempo. Los expulsaremos progresivamente con una implacabilidad sin precedentes».[4]

Este discurso se pronunció un día antes de que Alemania estallara en una orgía de violencia primitiva contra su minoría judía en el tristemente célebre pogromo del 9-10 de noviembre de 1938, cínicamente apodado en el habla popular, por los millones de fragmentos de cristales rotos que llenaron las aceras de Berlín contiguas a las tiendas judías destrozadas, «Noche de los Cristales Rotos» (Reichskristallnacht).[5] Esa noche de horror, un retroceso de un estado moderno al salvajismo asociado con épocas antiguas, puso al descubierto ante el mundo la barbarie del régimen nazi. Dentro de Alemania, trajo consigo medidas draconianas para excluir a los judíos de la economía, acompañadas de una reestructuración de la política antisemita que pasó a estar bajo el control de las SS, cuyos dirigentes vinculaban guerra, expansión y erradicación de la judeidad.

Esta vinculación no sólo se reforzó en opinión de las SS a raíz de la «Noche de los Cristales Rotos». También para Hitler empezaba a adquirir forma concreta la relación entre la guerra que sabía que venía y la destrucción de los judíos de Europa. El

no se había desviado desde la década de 1920 de la idea de que la salvación alemana sólo podía lograrse a través de una lucha titánica por la supremacía en Europa y por el posible poder mundial, contra poderosos enemigos respaldados por el enemigo más poderoso de todos, tal vez más poderoso aún que el propio Tercer Reich: la judeidad internacional. Era un riesgo colosal, pero para Hitler era un riesgo que había que correr inevitablemente. Y para él el destino de los judíos estaba inextricablemente vinculado a ese riesgo.

Capítulo I

El pogromo de amplitud nacional llevado a cabo por bandas de saqueadores nazis la noche del 9-10 de noviembre fue la culminación de una tercera oleada de violencia antisemita (peor aún que las de 1933 y 1935) que había comenzado en la primavera de 1938 y continuado como acompañamiento interno de la crisis de política exterior a lo largo del verano y el otoño. Parte del telón de fondo del verano de violencia fue el terror manifiesto en las calles de Viena en marzo y el «éxito» que se había apuntado Eichmann forzando a los judíos vieneses a emigrar. Los dirigentes nazis de las ciudades del «viejo Reich», particularmente de Berlín, tomaron nota. La posibilidad de librarse de «sus» judíos parecía estar al alcance de la mano. Un segundo elemento de ese telón de fondo fue el movimiento de «arianización» destinado a ahuyentar a los judíos de la vida económica.[6] A principios de 1933 había unos 50. 000 negocios judíos en Alemania. En julio de 1938 sólo quedaban 9. 000. El gran impulso para excluir a los judíos llegó entre la primavera y el otoño de 1938. Los 1.600 negocios en manos judías de Munich en febrero de

1938, por ejemplo, habían quedado reducidos a 666 (dos tercios de ellos propiedad de ciudadanos extranjeros) en octubre.[7] El movimiento de «arianización» no sólo cerró negocios, o hizo que los compraran por una miseria los nuevos propietarios «arios». Trajo consigo además una nueva riada de medidas legislativas que imponían toda una gama de restricciones discriminatorias y prohibición de actividades (como en el caso de los médicos y abogados judíos) hasta el punto de impedir a los judíos intentar ganarse la vida como vendedores ambulantes. De la legislación para señalar los negocios judíos que quedaban a identificar a las personas no había más que un paso. Un decreto de 17 de agosto había impuesto a los judíos varones la obligación de añadir el nombre «Israel» y a las mujeres, «Sara», a los nombres que tuviesen y, bajo pena de cárcel, a utilizar esos nombres en todos los asuntos oficiales. El 5 de octubre, fueron obligados a llevar una «J» estampada en el pasaporte.[8] Unos cuantos días después, Göring declaró que «la cuestión judia debe afrontarse ya con todos los medios disponibles, pues ellos [los judíos] deben salir de la economía».[9]

Junto con la legislación llegó, inevitablemente, la violencia. Salpicaron los meses de verano multitud de ataques localizados a propiedades judías y a personas concretas, efectuados normalmente por miembros de formaciones del partido. La atención de los militantes nazis se centró, mucho más de lo que lo había hecho en las oleadas antisemitas anteriores, en sinagogas y cementerios judíos, que fueron objeto de repetidos actos vandálicos. Como un indicador de su actitud, y como anticipo «metódico» de lo que seguiría en todo el país durante la «Noche de los Cristales Rotos», la principal sinagoga de Munich fue demolida el 9 de junio, siendo la primera de Alemania destruida por los nazis. Durante una visita a la ciudad unos días antes, Hitler había criticado que estuviese tan próxima a la Deutsches Künsterlerhaus («Casa de los Artistas Alemanes»). La razón oficial que se dio fue que el edificio era un impedimento para el tráfico. A la comunidad judía de Munich se la avisó sólo con unas horas de antelación de la demolición de la sinagoga.[10] Julius Streicher, el perseguidor de judíos jefe del Partido Nazi, alumno aplicado de su maestro, no tardó en instigar la demolición de la principal sinagoga de Nuremberg, proclamando que el edificio

desfiguraba «el bello paisaje urbano alemán» (das schöne deutsche Stadtbild). Decenas de miles de personas se congregaron el 10 de agosto para contemplar la demolición.[11]

Hitler consideró importante que no se le asociase públicamente con la campaña antijudía a medida que fue tomando impulso durante 1938. No se permitió, por ejemplo, a la prensa ningún análisis de la «cuestión judía» en relación con sus visitas a diferentes partes de Alemania en ese año.[12] El motivo parece haber sido que Hitler quería preservar su imagen tanto dentro del país como en el exterior (sobre todo teniendo en cuenta el desarrollo de la crisis checa), y procuraba evitar que se le asociase personalmente con actuaciones desagradables contra los judíos. De ahí que insistiese, en septiembre de 1938, en el periodo culminante de la crisis de los Sudetes, en que no se diese publicidad en esa etapa al hecho de que había firmado la quinta ordenanza de aplicación de la Ley de Ciudadanía del Reich, para excluir a los abogados judíos, porque podía deteriorar en un momento tan tenso la imagen de Alemania (refiriéndose claramente a su propia imagen).[13]

En realidad, poco o nada necesitaba hacer para estimular la creciente campaña contra los judíos. Había otros que se encargaban de dirigir, que tomaban la iniciativa, que espoleaban a la acción… siempre, claro está, partiendo de la base de que eso estaba de acuerdo con la gran misión del nazismo.[14] Era un caso clásico de «trabajar en la dirección del Führer»… dando por supuesto (normalmente a partir del propio interés) que él aprobaba las medidas encaminadas a la «eliminación» de los judíos, medidas que se consideraba que favorecían claramente sus objetivos a largo plazo. Los activistas del partido de las diversas formaciones del Movimiento no necesitaban ningún estímulo para desencadenar más ataques contra los judíos y contra sus propiedades. Los «arios» que tenían negocios, desde los de menor a los de mayor envergadura, estaban pendientes de cualquier oportunidad de beneficiarse a expensas de sus competidores judíos. Cientos de judíos se vieron forzados, a menudo a través de extorsiones propias de gángsteres, a vender por una miseria a hombres de negocios «arios» sus propiedades, entre las que figuraban bancos privados de renombre como Warburg y Bleichröder. Los que más ganaron fueron los más fuertes. Las empresas

gigantes como Mannesmann, Krupp, Thyssen, Flick e IG-Farben, y bancos despicados como el Deutsche Bank y el Dresdner Bank, fueron los principales beneficiarios, mientras que una diversidad de consorcios mercantiles, funcionarios del partido corruptos y un numero incontable de pequeñas firmas comerciales agarraron lo que pudieron.[15] Pilares «arios» del sistema, como los médicos y los abogados, dieron también la bienvenida a las ventajas económicas que podía reportarles la expulsión de los judíos de las profesiones médica y jurídica.[16] Los profesores universitarios consagraron su talento, sin que nadie les empujara a hacerlo, a definir las supuestas características negativas de la psicología y el carácter judíos.[17] Y, durante todo el periodo, los funcionarios públicos trabajaron como hormigas para afinar la legislación que convertía a los judíos en parias y descastados y sus vidas en una desdicha y un tormento.[18] La policía, sobre todo la Gestapo, auxiliada como siempre por ciudadanos serviciales deseosos de denunciar a judíos o a los que consideraban «amigos de los judíos» (Judenfreunde),[19] sirvió como órgano de aplicación activa de la ley valiéndose de sus métodos racionales de detención e internamiento en campos de concentración en vez de la tosca violencia de los fanáticos del partido, aunque con el mismo objetivo. Y también se aprestó por su parte a adoptar el papel capital en la elaboración de la política antijudía el Servicio de Seguridad (el Sicherheitsdiendst, o SD), que había empezado como el servicio de espionaje del propio partido, pero se había convertido en el organismo clave de vigilancia y planificación ideológica dentro de unas SS en rápida expansión.[20]

Cada grupo, organismo o individuo dedicado a impulsar la radicalización de la discriminación antijudía tenía intereses encubiertos y programa específico. Lo que les unía y les hacía sentirse a todos justificados era la idea de la purificación racial y, en particular, de una Alemania «libre de judíos» encarnada en la persona del Führer. Así que el papel de Hitler era crucial, aunque fuese a veces indirecto. Su sanción general era necesaria. Pero para la mayoría hacía falta poco más.

Es absolutamente indiscutible que Hitler aprobó plenamente y respaldó el nuevo envite contra los judíos, aunque procurara mantenerse alejado de los focos. Uno de los principales agitadores en favor de la

acción radical contra los judíos, Joseph Goebbels, no tuvo ningún problema en abril de 1938 (en la estela inmediata de la salvaje persecución de los judíos de Viena) para obtener el apoyo de Hitler a sus planes de «limpiar» Berlín, sede de su propio Gau. La única condición que puso Hitler fue que no se hiciese nada hasta después de que él se entrevistase con Mussolini a principios de mayo. Era de gran importancia para él que esas conversaciones con el Duce tuviesen un resultado positivo, especialmente en relación con los planes que tenía en marcha sobre Checoslovaquia. Había que evitarlas posibles repercusiones diplomáticas de una persecución intensificada de los judíos en la capital de Alemania. Goebbels había analizado ya sus propios objetivos en la «cuestión judía» con el jefe de la policía de Berlín, Wolf Heinrich Graf von Helldorf, antes de hablar del asunto con Hitler. «Luego se lo planteamos al Führer. Está de acuerdo, pero sólo después de su viaje a Italia. Los establecimientos judíos (Judenlokale) serán peinados. Luego se asignará a los judíos una piscina y unos cuantos cines y restaurantes (Lokale). En el resto, entrada prohibida. Berlín dejará de tener el carácter de paraíso judío. Los negocios judíos serán señalados como tales. Estamos actuando ahora, hasta cierto punto, más radicalmente. El Führer quiere expulsarlos poco a poco a todos. Negociar con Polonia y Rumania. Lo más adecuado para ellos sería Madagascar».[21]

La «solución Madagascar» (que sería objeto de una consideración seria durante un breve periodo en 1940) llevaba décadas propugnándose entre los antisemitas radicales.[22] La alusión a ella en esta coyuntura parece indicar que Hitler estaba abandonando la idea de que la emigración resolvería el «problema judío» e inclinándose por una solución basada en el reasentamiento territorial. Es muy posible que hubiese influido en él Heydrich, que informaba de las ideas de los «especialistas» en política judía del SD. La relativa falta de éxito de las tentativas de «persuadir» a los judíos para que emigraran (casi las tres cuartas partes de la población judía registrada en 1933 aún vivía en Alemania, pese a la persecución, en octubre de 1938) junto con los crecientes impedimentos a la emigración judía introducidos por otros países habían obligado al SD a revisar sus ideas sobre la futura política antijudía.[23] A finales de 1937 el entusiasmo por la idea de favorecer la

creación de un estado judío en Palestina, que había puesto en marcha Eichmann, en parte a través de pactos secretos con contactos sionistas, se había enfriado considerablemente. La visita del propio Eichmann a Palestina, organizada por su intermediario sionista, había sido un absoluto fracaso. Y algo más importante aún: el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán se oponía rotundamente a la idea de un estado judío en Palestina.[24] Sin embargo, el objetivo seguía siendo la emigración.

También Hitler se inclinaba por Palestina como un territorio de destino. A principios de 1938, reafirmó la política, que databa de casi un año antes, dirigida a promover por todos los medios posibles la emigración de los judíos a cualquier país dispuesto a aceptados, pero con la idea de Palestina como primera opción.[25] Sin embargo, no perdía de vista los posibles peligros de crear un estado judío que pudiese ser una amenaza para Alemania en una fecha futura. De cualquier modo, se estaban discutiendo otras ideas. Ya había habido en 1937 propuestas en el SD para deportar judíos a partes yermas e inhóspitas del mundo, apenas capaces de sustentar vida humana y claramente incompatibles, en opinión del SD. con un florecer renovado de la judeidad y una revitalización potencial de la «conspiración mundial». Además de Palestina, se habían mencionado como posibilidades Ecuador, Colombia y Venezuela.[26] Nada salió de esas ideas en la época. Pero las propuestas básicamente se diferenciaban poco de la vieja idea, posteriormente puesta al día, de Madagascar como un territorio inhóspito adecuado para acomodar judíos hasta que, estaba implícito, se murieran.[27] La idea del reasentamiento de los judíos, aireada ya por el SD, era en sí misma latentemente genocida.

Fuese cual fuese la línea política favorecida, el «objetivo final» (como indicaban los comentarios de Hitler a Goebbels) seguía siendo impreciso, y como tal compatible con todas las tentativas de promover la «eliminación» de los judíos. Esta «eliminación» definitiva se consideraba que tardaría un buen número de años en completarse. Heydrich, a continuación incluso de la «Noche de los Cristales Rotos», aún estaba previendo un «movimiento de emigración» que duraría de ocho a diez años.[28] El propio Hitler había insinuado ya a Goebbels hacia finales de julio de 1938 que «los judíos deben desaparecer de Alemania en diez

años». Mientras tanto, añadió, había que retenerlos en «prenda» (Pfaustpfand).[29] No abandonaría esta idea del «rehén», característica de su mentalidad, hasta diciembre de 1941, cuando la declaración de guerra a Estados Unidos hizo redundante la idea.[30] Por entonces, los judíos del Reich estaban ya siendo deportados al este, hacia una muerte segura.

Entre tanto, Goebbels estaba impaciente por iniciar la «limpieza racial» de Berlín. «Hay que empezar por algún sitio», comentaba. En su opinión la eliminación de los judíos de la economía y de la vida cultural de la ciudad podía conseguirse en unos cuantos meses.[31] El programa que Helldorf elaboró para él a mediados de mayo, y al que él dio su aprobación, proponía una serie de medidas discriminatorias (que incluían carnés de identidad especiales para los judíos, señalización de las tiendas judías, prohibición del uso de los parques a los judíos y compartimentos especiales para ellos en los trenes) la mayoría de las cuales llegaron a ser de aplicación general a raíz del pogromo de noviembre.[32] Helldorf también previo la construcción de un gueto en Berlín que debían financiar los judíos más ricos.[33]

Aunque siguió sin alcanzarse este último objetivo, la atmósfera venenosa creada por la agitación de Goebbels (con la aprobación tácita de Hitler) tuvo resultados rápidos.[34] El 27 de mayo una multitud de unas mil personas recorrió zonas de Berlín, destrozando escaparates de tiendas pertenecientes a judíos e induciendo a la policía, deseosa de no perder la iniciativa en la política antijudía, a detener a los propietarios en «custodia preventiva».[35] Guando, a mediados de julio, activistas del partido se dedicaron a pintar consignas antisemitas en las tiendas judías de la Kurfürstendam, la principal calle comercial del oeste de la ciudad, y se produjeron algunos saqueos de establecimientos, la preocupación por la imagen de Alemania en el extranjero obligó a poner coto a la violencia pública. Hitler intervino directamente desde el Berchtesgaden, tras lo cual Goebbels prohibió a regañadientes todas las acciones ilegales.[36] Sin embargo, Berlín había marcado la pauta. En Frankfurt,

Magdeburg y otras poblaciones se realizaron «acciones» similares, iniciadas por las organizaciones locales del partido.[37] Los militantes consideraron que el hecho de que no hubiese una prohibición general

explícita desde arriba de las «acciones individuales», como la que se había impuesto en 1935, les daba luz verde para intensificar sus propias campañas. Se había encendido la mecha para un verano y un otoño de violencia. A medida que aumentaba la tensión de la crisis checa, iniciativas antisemitas locales de varias regiones procuraron que la «cuestión judía» se convirtiese en un barril de pólvora que esperaba la chispa.[38]

Es muy posible que la propia aprobación de Hitler a la campaña antisemita del verano estuviese vinculada al hecho de que estaba esperando una breve guerra para aplastar Checoslovaquia en el otoño.[39] Parece que el coronar esa empresa con éxito debía de ir acompañado de completar la expropiación de las propiedades judías y la expulsión de los judíos de la economía.[40] Sin embargo, Hitler tuvo que elegir al final darse por satisfecho de momento con los Sudetes y la tensión se había evaporado súbitamente. Pero el triunfalismo del Movimiento Nazi, las presiones para excluir a los judíos de la economía como una cuestión urgente, las peticiones de que se acelerase la emigración y el impulso general de violencia y discriminación que se había acumulado a lo largo del verano hicieron que se precipitase la marea radical. La atmósfera se había vuelto amenazadora en extremo para los judíos.

Aun así, desde la perspectiva de la jefatura del régimen, cómo expulsar a los judíos de la economía y obligarles a abandonar Alemania aun parecían ser cuestiones sin una solución obvia. Eichmann había dicho ya en enero de 1932, en un extenso memorando interno, que los pogromos eran el medio más eficaz de acelerar la emigración lenta.[41] La mañana del 7 de noviembre de 1938 un judío polaco de diecisiete años, Herschel Grynszpan, disparó contra el tercer secretario de la embajada alemana en París, Ernst vom Rath. El suceso venía como anillo al dedo, era una oportunidad que no podía desperdiciarse. Y Goebbels la aprovecho ávidamente. No tuvo ningún problema para conseguir pleno apoyo de Hitler.

Capítulo II

Grynszpan había querido matar al embajador. Dio la casualidad de que Vom Rath fue el primer funcionario que vio. El atentado era un acto de desesperación y de venganza por su propia existencia miserable y por la deportación a finales de octubre desde Hanover de su familia, depositada, junto con 18.000 judíos polacos más, en las fronteras de Polonia.[42] Dos años y medio antes, cuando el estudiante de medicina judío David Frankfurter había matado al dirigente nazi de Suiza Wilhelm Gustloff en Davos, las circunstancias habían exigido que se evitase por todos los medios cualquier reacción violenta de fanáticos del partido en Alemania. Pero la situación difícilmente podría haber sido más distinta en el clima amenazador del otoño de 1938. Entonces, se debía espolear a las hordas nazis para que dirigiesen su cólera contra los judíos. La muerte de Vom Rath (fallecido a causa de las heridas la tarde del 9 de noviembre) coincidió además casualmente con el decimoquinto aniversario del intento de golpe de Hitler de 1923. Ese día se reunían en toda Alemania miembros del partido para celebrar uno de los acontecimientos legendarios del «periodo de lucha». La conmemoración anual de este suceso constituía un punto culminante del calendario nazi. En Munich, como de costumbre, se reunían los peces gordos del partido.

A la mañana siguiente del fatídico atentado, la prensa nazi, orquestada por Goebbels, había lanzado torrentes de malévolos ataques contra los judíos, que tenían necesariamente que incitar a la violencia.[43] Así que esa noche, la del 8 de noviembre, se instigaron en una serie de lugares del país mediante la agitación de dirigentes locales del partido sin directrices de arriba, pogromos que incluyeron la quema de sinagogas, la destrucción de propiedades judías, el saqueo de bienes y el maltrato a judíos concretos. Normalmente los dirigentes locales del partido que participaron eran antisemitas radicales de zonas, como Hesse, con una larga tradición de antisemitismo.[44] Goebbels anotaba con satisfacción en su diario: «En Hesse grandes manifestaciones antisemitas. Se quemaron las sinagogas. ¡Ojalá se pudiera dar ahora rienda suelta a la cólera del pueblo!».[45] Al día siguiente, reseñaba las

«manifestaciones», quema de sinagogas y demolición de tiendas en Kassel y Dessau.[46] Durante la tarde, llegó la noticia de la muerte de Vom Rath. «Ahora ya está» (Nun aber ist es g[ar]), comentaba Goebbels.[47]

La «vieja guardia» del partido se reunía esa noche en el Antiguo Ayuntamiento de Munich. También asistía Hitler. Cuando iba hacia allí, con Goebbels, le explicaron lo de los disturbios contra los judíos en Munich, pero se mostró partidario de que la policía adoptase una actitud indulgente.[48] Difícilmente podía haber evitado enterarse de las acciones antijudías de Hesse y de otras partes, así como de la instigación por parte de la prensa. Era imposible ignorar el hecho de que, entre los radicales del partido, la tensión antisemita estaba creciendo. Pero Hitler no había hecho ninguna indicación, pese al grave estado de Vom Rath por entonces y al clima antisemita amenazador, de que se preparara ninguna acción cuando había hablado a la «vieja guardia» del partido en su tradicional discurso de la Bürgerbräukeller la noche anterior.[49] Cuando se reunieron los dirigentes del partido para la recepción del día 9, Hitler sabía que había muerto Vom Rath. Había enviado a su propio médico, el doctor Karl Brandt, a atender al herido, y tenía que estar bien informado sin duda de que había empeorado y de su fallecimiento lo más tarde a las siete de esa tarde, y muy probablemente unas horas antes, por teléfono.[50] Según su ayudante de la Luftwaffe, Nicolaus von Below, ya le habían dado la noticia (que había recibido sin reacción visible) esa tarde cuando estaba enzarzado en disensiones sobre cuestiones militares en su apartamento de Munich.[51]

Durante la recepción se vio a Goebbels y a Hitler hablar de forma agitada, aunque no se pudiese oír la conversación. Hitler se fue poco después, antes de lo habitual y sin hablar con los presentes como solía hacer, para regresar a su apartamento de Munich. Hacia las diez de la noche Goebbels pronunció un discurso breve pero sumamente incendiario, en que informó de la muerte de Vom Rath, indicando que había habido ya actos de «represalia» contra los judíos en Kurhessen y Magderburg-Anhalt. Dejó sobradamente claro, sin decirlo de forma explícita, que el partido debía organizar y realizar «manifestaciones» contra los judíos por todo el país, aunque había que procurar que

pareciera que eran expresiones de cólera popular espontánea.[52]

La entrada del diario de Goebbels no deja duda del contenido de su discusión con Hitler. «Voy a la recepción del partido en el Viejo Ayuntamiento. Muchas cosas en marcha (Riesenbetrieb). Explico el asunto al Führer. Él decide: que las manifestaciones continúen. Retirad a la policía. Que los judíos sientan por una vez la cólera del pueblo. Eso está bien. Transmito inmediatamente las instrucciones a la policía y al partido. Luego hablo durante un rato en ese tono a los jefes del partido. Tormentas de aplausos. Salen todos directos al teléfono. Ahora la gente actuará».[53]

Goebbels hizo, desde luego, todo lo que pudo para asegurarse de que «la gente» actuaba. Dio instrucciones detalladas de lo que había que hacer y lo que no. Provocó la agresividad donde había vacilación.[54] Inmediatamente después de su alocución, la Stosstrupp Hitler, un «pelotón de asalto» cuyas tradiciones se remontaban a los tiempos vertiginosos de antes del golpe fallido, los tiempos de las peleas en las cervecerías y que llevaba el nombre del Führer, se lanzó a hacer estragos por las calles de Munich. Casi inmediatamente demolieron la vieja sinagoga de Herzog-Rudolf-Strasse, que se había dejado en pie después de la destrucción de la sinagoga principal en el verano. A Adolf Wagner, Gauleiter de Munich y la Alta Baviera (que era supuestamente responsable del orden en la provincia como ministro del interior bávaro), no precisamente un moderado en la «cuestión judía», le dio miedo y quiso dar marcha atrás. Pero Goebbels le llamó al orden inmediatamente. Precisamente en la «capital del Movimiento» no podía impedirse lo que estaba pasando ya en toda Alemania. Goebbels dio luego instrucciones telefónicas a Berlín para que se demoliese la sinagoga de Fasasenstrasse, pinto al Kurfürstendam.[55]

Los altos mandos de la policía y de las SS, también reunidos en Munich pero que no estaban presentes cuando Goebbels había pronunciado su discurso, no se habían enterado de la «acción» hasta que esta había empezado. A Heydrich, que estaba entonces en el Hotel Vier Jahreszeiten, le informó la oficina de la Gestapo de Munich hacia las 23:20, después de que hubiesen salido ya las primeras órdenes pala el partido y para la SA. Buscó inmediatamente a Himmler para que le

indicase cómo debía actuar la policía. Localizó al Reichsführer-SS en el apartamento de Hitler de Munich.[56] Preguntó qué órdenes tenía Hitler para él. Hitler contestó (lo más probable es que fuese a instancias de Himmler) que quería que las SS se mantuvieran al margen de la «acción».[57] El desorden y La destrucción y la violencia incontrolados no eran el estilo de las SS. Himmler y Heydrich preferían el enfoque «racional» y sistemático de la «cuestión judía». Poco después de la medianoche se cursaron órdenes de que los hombres de las SS que participasen en «manifestaciones» debían hacerlo con ropa civil.[58] A la 1:20 Heydrich envió un télex a todos los jefes de policía dando instrucciones de que no se debía impedir la destrucción de las sinagogas y se debía detener a todos los judíos varones, para los que hubiera sitio en las cárceles, sobre todo a los ricos.[59] La cifra de 20-30.000 judíos había sido ya mencionada en una circular de la Gestapo enviada antes de medianoche.[60]

Mientras tanto, por todo el país, militantes del partido (sobre todo hombres de la SA) fueron convocados súbitamente por sus jefes locales y se les mandó quemar sinagogas o se les dio rienda suelta para destruir otras propiedades judías.[61] Muchos de los que participaron habían estado celebrando su propia conmemoración del «golpe de la cervecería», y a algunos se les notaban los efectos de la bebida. La docena aproximada de hombres de la SA-Reserve de Marburg, que aún estaban bebiendo copiosamente cuando su Standartenführer les comunicó, para su sorpresa, que tenían que quemar la sinagoga esa noche, no pudieron encontrar nada con lo que prender fuego al edificio hasta que alguien cayó en la cuenta de que había cuatro latas grandes de petróleo en el teatro de al lado.[62] En Tubinga, a tres miembros del partido que iban con paso inseguro camino de casa a altas horas de la madrugada, los recogió en ruta un coche en el que iba el jefe de distrito. Les dijo que había recibido un telegrama del Gauleiter de Stuttgart en que le decía que había que quemar todas las sinagogas del Reich. Regresaron con él al cuartel general del partido a buscar material incendiario. Guando llegaron a la sinagoga, la encontraron ya arrasada. Un grupo de ocho hombres de la SA y de las SS habían irrumpido en ella hacia la medianoche y habían destrozado la puerta y las ventanas y

habían sacado parte de los objetos y los habían tirado al río Neckar. Los miembros del partido tuvieron dificultades para prender fuego a la sinagoga, lo consiguieron finalmente con ayuda de una corona de hojas de roble y un abrillantador del suelo. Los bomberos velaron por que no se propagara el fuego a las casas vecinas. Por la mañana, la sinagoga era una cáscara chamuscada.[63] Esta fue la pauta que se repitió, con ligeras variaciones, por toda Alemania.

A medianoche, en el Feldherrnhalle de Munich donde había concluido el golpe fallido de 1923, Goebbels había sido testigo del juramento de fidelidad a Hitler de las SS. Guando se disponía a regresar a su hotel, vio el cielo enrojecido por el incendio de la sinagoga de Herzog-Rudolf-Strasse.[64] Volvió al cuartel general del Gau. Se dieron instrucciones para que los bomberos extinguiesen sólo lo que fuese necesario para proteger los edificios colindantes. Pero la sinagoga debían dejarla arder. «La Stosstrupp está causando muchos daños», comentó. Le llegaban informes de 75 sinagogas incendiadas en todo el Reich, quince de ellas en Berlín. Es evidente que por entonces conocía ya la circular de la Gestapo. «El Führer ha ordenado—escribió—que sean detenidos inmediatamente entre 20 y 30. 000 judíos». De hecho, había sido una orden de la Gestapo en que no se hacía ninguna alusión a una circular del Führer. Pero está claro que Goebbels, aunque había sido él el instigador del pogromo, procuró que las decisiones clave llegaran de Hitler.[65] Continuaba así: «Esto empeorará (Das wird ziehen). Deberían darse cuenta de que se nos ha agotado la paciencia». Fue con Julius Schaub, factótum general de Hitler, al Club de Artistas a esperar más noticias. Schaub estaba en magnífica forma. «Ha revivido su antiguo pasado de Stosstrupp», comentó Goebbels. Volvió al hotel. Oía desde allí el ruido de los cristales de los escaparates de las tiendas. «Bravo, bravo—escribió. Tras unas horas de sueño, añadiría: —Los queridos judíos se lo pensarán en el futuro antes de disparar así contra diplomáticos alemanes. Y ese fue el significado del ejercicio».[66]

Fueron llegando nuevos informes de destrozos y saqueos durante toda la mañana. Goebbels analizó la situación con Hitler. «Sopeso con el Führer las medidas tomadas. Permitir que continúe el ataque o parar. Esa es ahora la cuestión».[67] Dado que aumentaban las críticas a la

«acción», procedentes también, aunque naturalmente no por razones humanitarias, de los propios escalones superiores del partido, se tomó la decisión de pararla.[68] Goebbels preparó un decreto para poner fin a la destrucción, comentando cínicamente que si se permitiese continuar con ella se corría peligro de «que empezase a aparecer el populacho».[69] Informó a Hitler, que nos dice que se mostró «de acuerdo con todo. Sus opiniones son muy radicales y agresivas. [...] El Führer aprueba, con pequeñas modificaciones, mi edicto para poner fin a las acciones. [...] El Führer quiere pasar a medidas muy severas contra los judíos. Deben poner ellos mismos sus asuntos en orden. Las compañías de seguros no les pagarán nada. Luego el Führer quiere ir expropiando gradualmente los negocios de los judíos».[70]

Por entonces, el resultado de aquella noche de horror para los judíos de Alemania había sido la demolición de unas cien sinagogas, la quema de varios centenares más, la destrucción de 8. 000 tiendas judías como mínimo y el saqueo de innumerables viviendas. Las aceras de las grandes ciudades estaban sembradas de trozos de cristal de los escaparates de las tiendas de propiedad judía; las mercancías que no habían sido robadas estaban tiradas a la calle. Las casas particulares fueron arrasadas, los muebles rotos, espejos y cuadros destrozados, las ropas despedazadas, preciadas posesiones destruidas sin ningún miramiento.[71] Heydrich cuantificó poco después los daños materiales en varios cientos de millones de marcos.[72]

El padecimiento humano de las víctimas fue incalculable. Fueron frecuentes las palizas y el maltrato brutal, incluso de mujeres, niños y ancianos. Fueron asesinados aproximadamente un centenar de judíos. Una mujer de Innsbruck contaba desesperada el 10 de noviembre cómo había irrumpido un grupo de jóvenes en la vivienda que compartía con su marido y una hija de cuatro años. Ellos no conocían a ninguno de los asaltantes. «¿Qué queréis de mí?», había dicho su marido. No recibió ninguna respuesta. Diez minutos después su mujer le encontró muerto a puñaladas. A la comunidad judía sólo se le permitió escribir, como causa de muerte, «herida en el pecho» (Brustverletzung)[73] No tiene nada de extraño que el suicidio fuese frecuente esa noche terrible. Algunos se intentaron matar pero no lo consiguieron. Un médico judío de Viena, al

que impidieron arrojarse por la ventana de un tercer piso, se cortó las venas y el cuello, pero no pudo acabar así con su vida y le ingresaron en una clínica psiquiátrica.[74] Sucumbieron muchos más en las semanas que siguieron al pogromo en los campos de concentración de Dachau, Buchenwald y Sachenhausen, a donde habían sido enriados los 30.0000 varones detenidos por la policía como un medio de forzarles a emigrar.[75] Hans Berger, de cuarenta años, de Wiesbaden, fue uno de los detenidos en custodia preventiva por la Gestapo el 10 de noviembre. Como todos los detenidos con él, fue sometido por los guardias del campo de Buchenwald, donde fue internado, a torturas de un sadismo indescriptible. Para aumentar al máximo la humillación, se dejaba a los prisioneros (muchos de los cuales sufrían diarrea crónica) entre sus propios excrementos. Era como si la suciedad y el hedor tuvieran que resaltar la separación de los judíos de la «comunidad nacional» alemana, «sana», «limpia» y «saludable».[76] Para Herr Berger terminaron por fin tres semanas de infierno en la tierra cuando le dejaron libre y pudo emigrar a Bruselas y de allí al sur de Francia. Él, su esposa y dos hijos se supone que figuraron luego entre los deportados a los campos de exterminio.[77]

La escala y la naturaleza del salvajismo, y el propósito patente de aumentar al máximo la degradación y la humillación, eran muestra del éxito que había conseguido la propaganda en la demonización de la figura del judío, algo indiscutible dentro de las organizaciones del propio partido, y en la aceleración del proceso, iniciado con la subida de Hitler al poder, de deshumanización de los judíos y de su exclusión de la sociedad alemana, un paso vital en el camino del genocidio.[78]

Sin embargo, la circular propagandística de una expresión espontánea de cólera del pueblo no se la creyó nadie. «Absolutamente todo el mundo sabe—admitía más tarde el propio tribunal del partido—que actuaciones políticas como la del 9 de noviembre las organiza y ejecuta el partido, se confiese o no. Si se queman todas las sinagogas en una sola noche, eso es algo que se tiene que organizar de alguna manera, y sólo puede organizarlo el partido».[79]

Los ciudadanos ordinarios, afectados por el clima de odio y la propaganda dirigida a los malos instintos, impulsados también

simplemente por la envidia y la codicia, siguieron en muchos sitios la iniciativa del partido y se sumaron a la destrucción y el saqueo de las propiedades judías. Participaron en ocasiones individuos considerados los pilares de su comunidad. En Düsseldorf, por ejemplo, se dijo que habían participado en la violencia médicos de un hospital de la ciudad; en la aldea de Gaukönigshofen, en la Baja Franconia, campesinos respetables destrozaron el santuario de la Torá, arrojaron los rollos y otros objetos sagrados a las llamas que envolvían la sinagoga y se presentaron con cestos de la ropa para llevarse el vino y los víveres de los hogares judíos.[80] Escolares y adolescentes se mostraron dispuestos al día siguiente a añadir sus pullas, burlas e insultos a los judíos a los que estaba deteniendo la policía, a los que se sometía con frecuencia a una chusma aullante y vociferante que les apedreaba cuando les llevaban detenidos.[81] Muchos jóvenes alemanes estaban fanatizados y habituados a la brutalidad por los años de adoctrinamiento en la Juventud de Hitler. La funcionaría de la BDM, Melita Maschmann, por ejemplo, se decía que los judíos eran los enemigos de la nueva Alemania y había aprendido ahora lo que significaba eso. La judeidad mundial tenía que considerar lo que había sucedido como una advertencia. Si sembraban el odio contra Alemania, tenían que comprender «que hay rehenes de su pueblo que están en nuestras manos».[82]

No cabe duda alguna, al mismo tiempo, que mucha gente normal se quedó horrorizada ante lo que se encontró cuando salió a la calle la mañana del 10 de noviembre. «Todos los informes están de acuerdo—resumía el Sopade (la dirección del Partido Socialdemócrata en el exilio) en su veredicto de los sucesos de la Noche de los Cristales Rotos—en que la gran mayoría del pueblo alemán condena firmemente las atrocidades».[83] En este sentido actuaban razones muy diversas. Algunos sentían, sin duda, repulsión humana ante la conducta de las hordas nazis y simpatía hacia los judíos, incluso hasta el extremo de ofrecerles consuelo y ayuda material. Judíos que consiguieron huir a lugares seguros contaron meses más tarde cómo «vecinos cristianos» de Schweinfurt les habían dado leche y ropa de cama. En Burgsinn, también en la Baja Franconia, los habitantes de la localidad les dieron dinero, ropa, pan y otros alimentos. Judíos de otros lugares contaban historias parecidas.[84] No todos los

motivos de condena eran tan nobles. Muchas veces lo que les dolía era el baldón que constituían aquellos «vándalos» para el prestigio de. Alemania como «nación culta». «Dan ganas de llorar, tiene uno que avergonzarse de ser alemán, parte de un noble pueblo (Edelvolk) ario, una nación civilizada culpable de una desgracia cultural como esta», escribía un simpatizante nazi en una carta anónima a Goebbels.[85] Lo más frecuente era un enorme resentimiento por la destrucción incontrolada de bienes materiales en un momento en que se decía al pueblo que cada migaja que se ahorrase contribuiría a los esfuerzos del Plan Cuatrienal. «Por una parte, tenemos que guardar el papel de plata y los tubos vacíos de pasta de dientes y por otra se causan deliberadamente daños que significan millones de marcos», decía una de aquellas amargas quejas.[86]

Capítulo III

La mañana del 10 de noviembre, aumentaba también la cólera entre nazis destacados responsables de la economía por los daños materiales que se habían producido. Walther Funk, que había sustituido a Schacht como ministro de economía a principios de año, se (piejo directamente a Goebbels, pero le dijeron, para aplacarle, que Hitler no tardaría en dar una orden a Göring para excluir a los judíos de la economía.[87] El propio Göring, que había estado en el coche cama de un tren que iba de Munich a Berlín mientras se desarrollaba la noche de violencia, se puso furioso cuando se enteró de lo que había pasado. Estaba en juego su propia credibilidad como gran jefe de la economía. Había exhortado al pueblo, como le dijo a Hitler, a guardar los tubos de pasta de dientes vacíos, las limas oxidadas y todos los materiales de desecho. Y ahora, se habían destruido insensatamente valiosas propiedades.[88]

Hitler dejó claro a Goebbels cuando se reunieron a la hora de comer el 10 de noviembre en su restaurante favorito de Munich, la Osteria, que tenía intención de introducir medidas económicas draconianas contra los judíos. Las dictaba la idea perversa de que fuesen los propios judíos quienes tuviesen que pagar la factura por la destrucción de sus propiedades por los nazis. Dicho de otro modo, las víctimas tenían la culpa de su propia persecución. Tendrían que costear los daños sin que las empresas de seguros alemanas tuviesen que aportar nada y sus propiedades serían expropiadas. Es dudoso que, como afirmaría posteriormente Göring, hubiese sido de Goebbels de quien partió la iniciativa de proponer la imposición de una multa de mil millones de marcos a los judíos. Lo más probable es que Göring, con su interés directo como jefe del Plan Cuatrienal en aumentar al máximo la explotación económica de los judíos, hubiese propuesto él mismo la idea en conversaciones telefónicas con Hitler, y quizás también con Goebbels, esa tarde. Es posible que la idea fuese del propio Hitler, aunque Goebbels no se refiere a ella al hablar de su deseo de tomar «medidas muy duras» en su reunión en el restaurante. En realidad, la propuesta tenía que contar con el apoyo de Hitler. Ya había manifestado, en realidad, en 1936, en su «Memorando sobre el Plan Cuatrienal», refiriéndose a la aceleración de los preparativos económicos para la guerra, su intención de hacer responsables a los judíos de cualquier daño que sufriese la economía alemana. Hitler decretó con las medidas decididas «que ahora debería aplicarse también la solución económica» y «ordenarse en general lo que tenía que suceder».[89]

Esto se consiguió de hecho en la reunión que Göring convocó en el Ministerio del Aire para el día siguiente, 12 de noviembre, por la mañana, a la que asistieron unas cien personas. Göring empezó afirmando que la reunión era de importancia fundamental. Había recibido una carta de Bormann, en nombre del Führer, que quería una solución coordinada de la «cuestión judía». El Führer le había informado además por teléfono, el día anterior, de que los pasos decisivos debían tomarse desde un centro sincronizador. El problema era, continuó, esencialmente económico. Era en ese campo en el que debía resolverse el asunto. Repudió el método de las «manifestaciones», que perjudicaba a

la economía alemana. Luego se concentró en medios de confiscar negocios judíos y de aumentar al máximo los posibles beneficios que podía reportar al Reich la desgracia judía. Goebbels aseguró que era necesario tomar numerosas medidas de discriminación social contra los judíos, que él llevaba meses presionando en Berlín para que se impusieran: exclusión de cines, teatros, parques, playas y balnearios, escuelas «alemanas» y compartimentos de ferrocarril utilizados por «arios». Heydrich propuso que los judíos llevasen una señal distintiva, lo que condujo a una discusión sobre si sería adecuado o no crear guetos. Al final se consideró que no (aunque se obligaría a los judíos a abandonar las casas de pisos «arias» y se les prohibiría el acceso a ciertas zonas de las ciudades, obligándoles así en la práctica a agruparse); y la propuesta de una señal distintiva la rechazó el propio Hitler poco después (posiblemente para evitar que se repitiera la violencia tipo pogromo que había provocado críticas incluso entre los dirigentes del régimen).[90] No se introducirían en el propio Reich hasta septiembre de 1941.

Pero la «Noche de los Cristales Rotos» había generado, por otra parte, vías completamente nuevas para medidas radicales. Esto se hizo evidente sobre todo en la esfera económica, a la que volvió la reunión. A las empresas de seguros se les dijo que tendrían que cubrir las pérdidas, pues en caso contrario resultarían perjudicadas sus actividades en el exterior. Pero los pagos debían hacerse al Reich y no, por supuesto, a los judíos. Hacia el final de la prolongada reunión, Göring anunció, con la aprobación de todos los reunidos, la «multa de expiación» que debía imponerse a los judíos.[91] Luego, ese mismo día, emitió decretos que imponían la multa de mil millones de marcos, que excluían a los judíos de la economía a partir del 1 de enero de 1939 y que establecían que los judíos eran responsables del pago de los daños causados en sus propiedades.[92] «En realidad ahora se hace tabula rasa—comentaba Goebbels con satisfacción—. Ha triunfado el punto de vista radical».[93]

De hecho, el pogromo de noviembre había despejado de la forma más brutal posible una vía para salir del estancamiento en que se había metido en 1938 la política antijudía nazi. La emigración se había reducido a poco más que un goteo, sobre todo a raíz de la Conferencia

de Evian, donde a iniciativa del presidente de Estados Unidos, Franklin D. Roosevelt, delegados de treinta y dos países se habían reunido en ese centro turístico francés y habían deliberado del 6 al 14 de julio y confirmado la negativa de la comunidad internacional a aumentar las cuotas de inmigración para los judíos. Las medidas destinadas a expulsar a los judíos de la economía se desarrollaban aún con demasiada lentitud para el gusto de los fanáticos del partido. Y la política antijudía había sido víctima de una absoluta falta de coordinación. La participación de Hitler había sido muy escasa. Goebbels, una fuerza motriz, como ya hemos dicho, que llevaba presionando desde la primavera para, que se tomaran medidas antijudías, se había dado cuenta inmediatamente de la oportunidad que le brindaba el asesinato de Vom Rath. Tanteó el ambiente y vio que las condiciones eran propicias. El atentado contra Vom Rath resultó también oportuno en un sentido personal. Los problemas conyugales de Goebbels y su relación con la actriz de cine checa Lidia Baarova amenazaban con debilitar su prestigio ante Hitler.[94] Ahora se presentaba una oportunidad de «trabajar en la dirección del Führer» en un sector clave y de recuperar su favor.

Una consecuencia de la noche de violencia fue que los judíos pasaron a querer desesperadamente abandonar Alemania. Entre finales de 1938 y el principio de la guerra huyeron unos 80. 000, en unas condiciones sumamente traumáticas.[95] Algunos, como los Fröhlich, la familia del eminente historiador estadounidense Peter Gay, consiguieron a fuerza de audacia e ingenio, y de pequeñas pero peligrosas ilegalidades en la forma de falsificación de documentos y contrabando de bienes, burlar a unos burócratas intimidantes y obstructivos y eludir sus argucias, consiguiendo, en medio de una angustia constante y con muchos trabajos, comprar visados de salida para Cuba, después de que les negaran la entrada en Gran Bretaña.[96] Hubo muchísimos más que tuvieron menos suerte, angustiados por el destino desconocido de mandos y padres a los que se había llevado la Gestapo, o que se habían escapado sólo con lo que podían llevar encima. Muchos, con poca esperanza de una ruta de salida oficial, cruzaron las fronteras clandestinamente; sólo en Holanda entraron así 1.500.[97] Muchos otros judíos que solicitaron asilo fueron rechazados en la frontera holandesa

cuando se duplicó el número de guardias de frontera para impedir la entrada a las víctimas de los nazis.[98] Pero en la fecha en que estos cerraron las fronteras, el 17 de noviembre, habían conseguido refugiarse allí, legal o ilegalmente, 7.000 judíos alemanes.[99] En esos mismos días, el gobierno británico abrió las puertas del país a diez mil niños judíos, aunque rechizó una petición de que se permitiese entrar en Palestina a otros veintiún mil judíos.[100] Decenas de miles de ellos, recurriendo en su desesperación a los medios que pudieron, lograron eludir las garras de los nazis y huir cruzando las fronteras vecinas a Inglaterra, Estados Unidos, Latinoamérica, Palestina (a pesar de las prohibiciones inglesas) y al refugio remoto con la legislación más indulgente de todas: el Shanghai ocupado por los japoneses.[101]

Los nazis habían avanzado considerablemente en su objetivo de forzar a los judíos a abandonar el país. Había que afrontar además el problema de ir eliminándolos poco a poco de la economía. Pese a sus críticas a Goebbels, Göring se había apresurado a tomar las medidas precisas para «arianizar» plenamente la economía, aprovechando la Reichskristallnacht. Cuando habló, una semana después, del «estado muy crítico de las finanzas del Reich», pudo añadir: «La primera ayuda de todas será la de los mil millones impuestos a los judíos y a través de los beneficios para el Reich de la arianización de los intereses judíos».[102] Hubo también otros miembros de la jefatura nazi que, criticaran o no a Goebbels, aprovecharon también la oportunidad de introducir una corriente de nuevas medidas discriminatorias, intensificando la desesperación de la comunidad judía de Alemania.[103] La radicalizados alimentó la radicalización.

Y esa radicalización no se enfrentó ya a ninguna oposición de peso. La oposición sólo habría podido llegar de los que tenían acceso a los mecanismos del poder. La gente normal que expresaba rabia, pesar, disgusto o vergüenza por lo sucedido era impotente. Los que podrían haber expresado esos sentimientos, como los dirigentes de las iglesias cristianas, entre cuyos preceptos figuraba «ama a tu prójimo como a ti misino», guardaron silencio. Ningún credo, ni protestantes ni católicos, formuló una protesta oficial ni respaldó siquiera a los pastores o sacerdotes que tuvieron el valor de hablar. Dentro de la jefatura del

régimen, los que habían utilizado, como Schacht, objeciones económicas o tácticas de otro tipo para combatir lo que consideraban «excesos» alocados y contraproducentes de los antisemitas radicales del partido, eran ya políticamente impotentes. De todos modos, esos argumentos económicos perdieron toda su fuerza con la «Noche de los Cristales Rotos». Los dirigentes de las fuerzas armadas, aunque algunos de ellos estaban escandalizados porque lo que había pasado constituía una «desgracia cultural», no emitieron ninguna protesta pública. Brauchitsch se encogió de hombros cuando llegaron a sus oídos comentarios indignados de sus generales. Su cobarde reacción era un reflejo del sentimiento más amplio de impotencia difundido entre el cuerpo de oficiales, cuya fuerza colectiva y cuya autoridad moral frente a Hitler habían disminuido muchísimo a lo largo de los meses que abarcaban la crisis Blomberg-Fritsch, la Anschluss, la crisis de los Sudetes y ahora la Reichskristallnacht. Y a pesar de todo lo que había pasado, había claramente una tendencia a creer que Hitler no era responsable, y se podía echar la culpa a Goebbels.[104]

Aparte de eso, el profundo antisemitismo que imperaba en las fuerzas armadas hacía que no se pudiese esperar de ellas ninguna oposición al radicalismo nazi digna de mención. Característica de esa mentalidad fue una carta que escribió el respetado capitán general Von Fritsch, casi un año después de su cese y sólo un mes después del pogromo de noviembre. Parece ser que estaba escandalizado por la «Noche de los Cristales Rotos». Pero, como muchos otros, lo que le horrorizaba era el método y no el objetivo. Mencionó en su carta que después de la guerra anterior había llegado a la conclusión de que Alemania tenía que triunfar en tres batallas para volver a ser grande. Hitler había ganado la batalla contra la clase obrera (Arbeiterschaft). Las otras dos batallas, contra el ultramontanismo católico y contra los judíos, aún seguían. «Y la lucha contra los judíos es la más dura—comentaba—. Es de esperar que esté clara en todas partes la dificultad de esa lucha».[105]

La «Noche de los Cristales Rotos» constituyó la celebración final dentro de Alemania del «antisemitismo de pogromo». Aunque Hitler estuviese dispuesto a utilizar el método, había asegurado ya en 1919 que no podía aportar ninguna solución a la «cuestión judía».[106] Los

enormes daños materiales causados, el desastre en el ámbito de las relaciones públicas del que era reflejo la condena casi unánime de la prensa internacional y, en menor medida, la crítica a los «excesos» (aunque no a la legislación antijudía draconiana que los siguió) por parte de amplios sectores de la población alemana garantizaron que la conspiración de violencia directa hubiese de cesar. Ocupó su lugar algo que resultó ser aún más siniestro: el traslado de la responsabilidad práctica de una política antijudía coordinada a los antisemitas «racionales» de las SS. El 24 de enero de 1939, Göring creó una oficina central (basada en el modelo que había funcionado eficazmente en Viena) para la «emigración judía» bajo la égida del jefe de la Policía de Seguridad. Reinhard Heydrich.[107] La política seguía siendo emigración forzada, convertida ya en un impulso general acelerado para expulsar a los judíos de Alemania. Pero la transferencia de la responsabilidad global a las SS inició, sin embargo, una nueva fase en la política antijudía. Para las víctimas, constituyó un paso decisivo en el camino que había de acabar en las cámaras de gas de los campos de exterminio. Heydrich habría de remitirse a este encargo de Göring cuando se iniciase en enero de 1942 la Conferencia de Wannsee, para coordinar las medidas de exterminio.[108]

Hitler participó directamente en la elaboración de la política antijudía en las semanas que siguieron a la «Noche de los Cristales Rotos». El 5 de diciembre, Göring transmitió en su nombre a los Gauleiter directrices sobre una serie de medidas discriminatorias que prohibían, por ejemplo, el acceso de los judíos a hoteles y restaurantes, pero que les permitían comprar en tiendas «alemanas». A finales de diciembre, Göring pidió de nuevo consejo a Hitler sobre las limitaciones que debían imponerse a los judíos, que luego transmitió a todas las oficinas del estado y del partido. El ámbito que se dejaba a la interpretación de las instrucciones era muy amplio y estas estaban mal definidas. Las propuestas radicales de Goebbels y Heydrich en la reunión del 1 2 de noviembre ni se adoptaron en su totalidad ni se rechazaron del todo. Se excluía a los judíos de los coches cama y de los vagones restaurante en los trenes, por ejemplo, pero no se establecían compartimentos especiales para ellos; seguía permitiéndoseles utilizar el

transporte público. Otro ejemplo, no debía abolirse para los judíos la renta limitada; pero era deseable, sin embargo, que se concentrasen en casas de pisos específicas. No se privaba de sus pensiones a los funcionarios públicos judíos expulsados de sus puestos. Y se hacía también una serie de excepciones para los Mischlinge, es decir, los considerados mestizos judío-arios. Esto no era indicio de «moderación» o de falta de radicalismo por parte de Hitler. Una muestra de su línea dura fue el comunicado que remitió en diciembre de 1938 al ministro del interior del Reich, Frick, de que no se serviría más del derecho que tenía a eximir a individuos determinados de las disposiciones de las Leyes de Nuremberg. Por lo demás, estaba dispuesto, lo mismo que lo había estado después de las oleadas antisemitas previas de 1933 y 1935, a dejar que la radicalización de la política antijudía se desarrollase orgánicamente.[109]

Capítulo IV

La brutalidad directa del pogromo de noviembre, la detención y encarcelamiento de unos 30.000 judíos que siguió a continuación y las medidas draconianas para expulsarlos de la economía habían contado con la aprobación explícita de Hitler, según atestiguan claramente las entradas del diario de Goebbels, aunque las iniciativas hubiesen partido de otros, sobre todo del propio ministro de propaganda.

A los que le vieron la noche del 9 de noviembre, a última hora, les pareció preocupado y enfurecido por los informes que habían llegado a el sobre lo sucedido.[110] Cuando el ayudante jefe de Himmler, Karl Wolff, les informó de la quema de la sinagoga de Munich justo antes de las 23: 30, esa misma noche, a Himmler, sumamente crítico con Goebbels, le dio la impresión de que para Hitler era una sorpresa lo que

estaba oyendo.[111] Nicolaus von Below, ayudante de la Luftwaffe de Hitler, que le vio inmediatamente después de regresar a su apartamento desde el Ayuntamiento Viejo, estaba convencido de que no había nada fingido en su patente irritación y su condena de los estragos.[112] A Speer, Hitler le dijo, pesaroso en apariencia y hasta avergonzado, que él no había querido aquellos «excesos». Speer pensó que probablemente le hubiese empujado a aquello Goebbels.[113] Rosenberg, unas semanas después de los acontecimientos, estaba convencido de que Goebbels, al que detestaba profundamente, había «ordenado la operación basándose en un decreto general (Anordnung) del Führer como si fuese en su nombre».[114] Hitler comunicó a los jefes militares, igual de dispuestos a adjudicar la culpa a «ese cerdo de Goebbels», que la «operación» se había producido sin su conocimiento y que uno de sus Gauleiter había perdido el control.[115]

¿Estaba Hitler sinceramente sorprendido por la escala de la «acción», para la que él mismo había dado luz verde aquella misma noche? La agitada discusión con Goebbels en el Ayuntamiento Viejo, como muchos otros casos de carta blanca verbal según el estilo no estructurado ni oficializado de tomar decisiones característico del Tercer Reich, probablemente dejó intenciones precisas susceptibles de interpretación. Y, desde luego, en el curso de la noche, el maremágnum de críticas de Göring, Himmler y otros nazis destacados evidenció que la «acción» se había desbocado, había resultado contraproducente y había que pararla… sobre todo por los daños materiales que había producido.

Pero cuando Hitler había aceptado la propuesta de Goebbels de «dejar que sigan las manifestaciones», sabía perfectamente por los informes de Hessen lo que significaban las «manifestaciones».[116] No hacía falta mucha imaginación para prever lo que pasaría si se alentaba activamente una batalla campal contra los judíos en todo el Reich. Si Hitler no había pretendido que las «manifestaciones» que había aprobado tomasen aquel curso, ¿qué había pretendido exactamente? Incluso en el trayecto hacia el Ayuntamiento Viejo, se había mostrado contrario, al parecer, a una actuación dura de la policía contra los vándalos antijudíos de Munich.[117] La legendaria Stosstrupp Hitler, que llevaba su propio nombre, se había lanzado contra las propiedades judías

en cuanto había terminado de hablar Goebbels. Uno de sus subalternos de más confianza, Julius Schaub, había estado con Goebbels en el meollo del asunto, comportándose como el combatiente de Stosstrupp de los viejos tiempos que era. Durante los días que siguieron. Hitler procuró no definirse. No alabó a Goebbels ni lo que había sucedido. Pero no le condenó abiertamente, ni siquiera en su círculo íntimo, y no digamos ya de forma pública, ni se disoció categóricamente de su impopular ministro de propaganda. En realidad, menos de una semana después, se vio de nuevo a Hitler con Goebbels en una representación de Kabale und Liebe («Intriga y amor») en la inauguración del Teatro Schiller, y hasta se quedó esa noche en la villa que tenía Goebbels en Schwanenwerder. También en esa ocasión «habló con aspereza de los judíos». Goebbels estaba convencido de que su política contra los judíos contaba con la plena aprobación de Hitler.[118]

Nada de esto da la impresión de actuaciones contrarias a la voluntad de Hitler, u opuestas a sus intenciones.[119] Parece indicar, más bien, como suponía Speer, la turbación de Hitler cuando se vio claramente que la operación que había aprobado era condenada de forma prácticamente unánime hasta en las más altas instancias del régimen. Si el propio Goebbels podía fingir que se enfurecía por la quema de sinagogas que él mismo había incitado directamente a destruir, e incluso ordenado destruir, Hitler era sin duda capaz del mismo cinismo.[120] Por lo único que estaba furioso era porque la «acción» amenazaba con incluirle en una impopularidad que no había, sabido predecir. Sus mandos subordinados se dejaban engañar muy confiados, creyendo que el Führer no había sido el responsable. Preferían como objetivo a Goebbels, que resultaba más cómodo y qué había desempeñado un papel más visible. A partir de esa noche, fue como si Hitler quisiera correr un velo sobre todo el asunto. En un discurso que pronunció en Munich ante los representantes de la prensa la noche siguiente, la del 1o de noviembre, no hizo la más leve mención del ataque contra los judíos.[121] Ni siquiera en su «círculo intimo» volvió a referirse nunca, durante el resto de su vida, a la Reichskristallnacht.[122] Pero aunque se hubiese distanciado de lo sucedido, había favorecido en realidad, en todos los casos, las medidas más extremas.

Todo indica que la «Noche de los Cristales Rotos» influyó mucho en Hitler. Durante dos décadas por lo menos, probablemente más, había albergado sentimientos que fundían miedo y desprecio en una visión patológica de los judíos como la encarnación del mal que ponía en peligro la supervivencia alemana. Además de las razones pragmáticas por las que Hitler coincidía con Goebbels en que era el momento oportuno para desencadenar la furia del Movimiento Nazi contra los judíos, influía también el ansia de destruir lo que consideraba que era el enemigo más implacable de Alemania, responsable en su opinión de la guerra y su consecuencia más trágica y dañina para el Reich, la Revolución de Noviembre. Esta demonización de los judíos y el miedo a la «conspiración judía internacional» formaban parte de una visión del mundo que considera el acto casual y desesperado de Herschel Grynszpan parte de un complot para destruir el poderoso Reich alemán. Hitler había pasado por entonces varios meses en el epicentro de una crisis internacional que había puesto a Europa al borde mismo de una nueva guerra. En el marco de una crisis prolongada en política externa, con la perspectiva de un conflicto internacional siempre próxima, la «Noche de los Cristales Rotos» parece haber reinvocado (desde luego volvió a resaltar) los presuntos vínculos entre el poder de los judíos y la guerra, presentes desde 1918-19 en su visión deformada del mundo y detalladamente expuestos en Mein Kampf.

En el último capitulo de Mein Kampf Hitler había comentado que «el sacrificio de millones en el frente» no habría sido necesario si «se hubiese sometido a gases asfixiantes a doce o quince mil de esos judíos corruptos».[123] Esta retórica, aunque fuese expresión de unos sentimientos aterradores, no era un indicio de que Hitler estuviese pensando ya en la «Solución Final». Pero el vínculo homicida implícito entre guerra y matanza de judíos estaba allí. Los comentarios de Göring al final de la reunión del 12 de noviembre habían apuntado amenazadoramente en esa misma dirección: «Si el Reich alemán entra en un conflicto de política exterior en el futuro previsible, se puede dar por seguro que nosotros en Alemania pensaremos en primer lugar en provocar un gran enfrentamiento con los judíos».[124]

Con la guerra aproximándose de nuevo, es indudable que estaba

presente en la mente de Hitler la cuestión de la amenaza que representaban los judíos en un futuro conflicto. La idea de utilizarlos como rehenes, que formaba parte de la mentalidad de Hitler, pero que había expuesto también el órgano de las SS Das Schwarze Korps en octubre y noviembre de 1938, atestigua el vínculo entre la guerra y la idea de una «conspiración mundial». «Los judíos que viven en Alemania e Italia son los rehenes que el destino ha puesto en nuestras manos para que podamos defendernos eficazmente de los ataques de la judeidad mundial», comentaba el Das Schwarze Korps el 27 de octubre de 1938, bajo el titular de «Ojo por ojo, diente por diente».[125] «Los judíos que están en Alemania son una parte de la judeidad mundial», amenazaba el mismo periódico el 3 de noviembre, tinos días antes de que se desencadenase el pogromo de dimensiones nacionales. «Son también responsables de cualquier medida que pueda tomar la judeidad mundial contra Alemania y… son responsables de los daños que nos inflige y nos infligirá». A los judíos había que tratarlos como miembros de una potencia en guerra e internarlos para impedir que luchasen al servicio de los intereses de la judeidad mundial.[126] Hitler no había intentado hasta entonces desplegar la táctica del «rehén» como un arma de su política exterior.[127] Es posible que sugerencias de la jefatura de las SS volvieran a despertar en su mente esa idea de los «rehenes». Fuese así o no, la posible utilización de judíos alemanes como peones para chantajear a las potencias occidentales, con el fin de que aceptasen una mayor expansión alemana, posiblemente fuese la razón por la que, al decir que era su «voluntad inquebrantable» resolver «el problema judío» en el futuro cercano, y en un momento en que la política oficial era forzar la emigración por todos los medios posibles, no mostró el menor interés por los planes propuestos por el ministro sudafricano de defensa y economía Oswald Pirow, al que recibió en la Berghof el 24 de noviembre para tratar de una cooperación internacional en la emigración de los judíos alemanes.[128] Es probable también que fuese esa misma la razón de la horrible amenaza que hizo al ministro de asuntos exteriores checoslovaco, Franzisek Chvalkovsky, el 21 de enero de 1939. «Aquí (bei uns) los judíos serán aniquilados (vernichtet)—proclamó—. Los judíos no habían provocado el 9 de noviembre de 1918 en vano. Ese día será

vengado».[129]

No debe confundirse de nuevo la retórica con un plan o un programa. Es muy poco probable que Hitler hubiese revelado en un comentario a un diplomático extranjero planes de exterminar a los judíos que, cuando finalmente afloraron en 1941, se les asignó la condición de sumo secreto. Además, aniquilación (Vernichtung) era una de las palabras favoritas de Hitler. Tendía a recurrir a ella cuando intentaba que sus amenazas se grabaran en la mente de los que le oían, fuesen muchos o pocos. Hablaría más de una vez el verano siguiente, por ejemplo, de su intención de «aniquilar» a los polacos.[130] Aunque el tratamiento que se les dispensó después de 1939 fue horroroso, no se atuvo a ningún programa genocida.

Pero, de todas maneras, el lenguaje no dejaba de ser significativo. Estaba tomando forma el germen de un posible desenlace genocida, aunque no se hallase aún claramente concebido. Estaban en el aire la destrucción y la aniquilación de los judíos, no sólo la emigración. Das Schwarze Korps, que retrataba ya el 24 de noviembre a los judíos hundiéndose cada vez más en la condición de delincuentes y parásitos empobrecidos, llegaba a esta conclusión: «En la etapa de esa evolución nos enfrentaríamos por tanto a la dura necesidad de erradicar (auszurotten) el submundo judío lo mismo que estamos habituados en nuestro estado de orden (Ordnungsstaat) a erradicar a los delincuentes: ¡a sangre y fuego! El resultado sería el final definitivo y real de la judeidad en Alemania, su aniquilación completa (Vernichtung»).[131] No se trataba de un anticipo de Auschwitz y Treblinka. Pero sin esa mentalidad no habrían sido posibles Auschwitz y Treblinka.

Hitler, en su discurso al Reichstag del 30 de enero de 1939, en el sexto aniversario de su ascensión al poder, reveló públicamente su asociación genocida implícita de la destrucción de los judíos con el advenimiento de otra guerra. Probablemente estuviese incluida en sus comentarios la idea del «rehén». Y, como siempre, tenía un ojo puesto en el efecto propagandístico. Pero sus palabras eran más que propaganda.[132] Daban un atisbo de la patología de su mente, del propósito genocida que estaba empezando a asentarse. No tenía idea de cómo la guerra iba a traer consigo la destrucción de los judíos. Pero estaba

seguro, por alguna razón, de que el resultado de una nueva conflagración sería ése. «He sido profeta muchas veces en mi vida—proclamó—y la mayoría se burló de mí. En la época de mi lucha por el poder fueron los judíos los primeros que recibieron sólo con risas mis profecías de que llegaría algún día a asumir la jefatura del estado y de todo el pueblo de Alemania y que conseguiría también entonces, entre otras cosas, solucionar el problema judío. Creo que aquella risa hueca de la judeidad de Alemania ha debido de quedárseles ya atragantada. Hoy quiero ser de nuevo un profeta: ¡si la judeidad financiera internacional dentro y fuera de Europa consiguiese precipitar a las naciones una vez más a una guerra mundial, el resultado no será la bolchevización de la tierra y con ello la victoria de la judeidad, sino la aniquilación (Vernichtung) de la raza judía en Europa!».[133] Era una «profecía» a la que Hitler volvería en numerosas ocasiones en 1941 y 1942, cuando la aniquilación de los judíos había dejado ya de ser retórica sobrecogedora para convertirse en una sobrecogedora realidad.[134]

4

UN ERROR DE CÁLCULO

Se me recordará como el alemán más grande de la historia.

HITLER, HABLANDO A SUS SECRETARIAS DESPUÉS DE IMPONER UN PROTECTORADO ALEMÁN SOBRE EL RESTO DE CHECOSLOVAQUIA, 15 DE MARZO DE 1939.

En el caso de cualquier actuación que pusiese en peligro claramente la soberanía polaca […] el gobierno de Su Majestad se sentiría obligado a prestar inmediatamente al gobierno polaco todo el apoyo de que dispusiese.

EL PRIMER MINISTRO BRITÁNICO, NEVILLE CHAMBERLAIN, DIRIGIÉNDOSE A LA CÁMARA DE LOS COMUNES, 31 DE MARZO DE 1939.

Voy a destilar para ellos una poción diabólica.

HITLER. AL ENTERARSE DE LA GARANTÍA INGLESA DE APOYO A POLONIA, 31 DE MARZO DE 1939.

Capítulo I

Las cosas empezaron a moverse deprisa después de Munich. Sólo los ingenuos desesperados, los optimistas incurables o los tontos rematados podían haberse creído que los Sudetes eran el límite de las ambiciones de expansión alemanas. Ni el gobierno inglés ni el francés creyeron tal cosa, por supuesto. Chamberlain no tardó en desengañarse de su fe ingenua inicial, a raíz de su primera entrevista con el dictador alemán, en que este era un hombre de palabra, y de cualquier esperanza de que el Acuerdo de Munich trajese paz perdurable. Tanto él como el resto del gobierno británico estaban resignados a una mayor expansión de Alemania por el sureste de Europa, pero pensaban que se podría contener a Hitler por lo menos dos años más.[1] Francia e Inglaterra estaban ya rearmándose a un ritmo febril. Al final resultó que carecían de fundamento los temores a un ataque inminente contra Inglaterra, que es muy probable que estimulase el coronel Haas Oster (emplazado en el centro neurálgico del servicio de contraespionaje de Alemania como jefe de estado mayor del Abwehr, y fuerza impulsora clave en el complot contra Hitler que se había quedado en nada con la firma del Acuerdo de Munich).[2] Pero existía una preocupación grave y creciente en Londres por la posibilidad de un nuevo «acto de perro rabioso» de Hitler en un futuro próximo. Dónde y cuándo podría golpear eran interrogantes sobre los que se especulaba.[3]

El torbellino diplomático de Europa central brindaba, ciertamente, más oportunidades de revisionismo… y no sólo de Alemania. Casi antes de que se secase la tinta del Acuerdo de Munich, Hungría (azuzada por Polonia, que perseguía intereses propios con la formación de un cordón centroeuropeo de estados fuerte entre Alemania y la Unión Soviética)

había puesto los ojos en la punta oriental de Checoslovaquia conocida como Rutenia (o la Carpato-Ucrania), una extensión montañosa tan atrasada que parte de su población campesina nunca había oído hablar de Hitler.[4] Hungría había decepcionado a Hitler por su indecisión durante la crisis de los Sudetes. Y a Alemania le convenía en ese momento alentar a los nacionalistas ucranianos de una población rutenia étnicamente dividida.[5] Así que las esperanzas húngaras de obtener Rutenia quedaron de momento vetadas.[6] Como hemos indicado ya, los propios planes de Hitler de destruir totalmente Checoslovaquia sólo se habían interrumpido temporalmente, no habían sido abandonados por el Acuerdo de Munich.[7] Con el estado desmembrado de Checoslovaquia ya sin amigos y, con sus fortificaciones fronterizas perdidas, indefenso y a merced de Alemania, era sólo cuestión de tiempo el que se completase la aplicación de los planes trazados en 1938 para su liquidación. Como hemos visto, esa había sido precisamente la idea de Hitler antes de aceptar el pacto de Munich.

Pero la atención alemana pasó a centrarse en Polonia, dejando a un lado el resto de Checoslovaquia. No había en esta etapa ningún plan de invasión y conquista. El objetivo (que pronto resultó ilusorio) era vincular Polonia a Alemania contra Rusia (bloqueando así también cualquier posibilidad de una alianza de los polacos con los franceses). Al mismo tiempo, la intención era llegar a un acuerdo sobre Danzig y el Pasillo (el territorio que Alemania había sido obligada a ceder a Polonia en 1919, en el Tratado de Versalles, que daba acceso al mar a los polacos pero dejaba Prusia oriental desprendida del resto del Reich).[8] Ribbentrop estaba ya a finales de octubre proponiendo solventar todas las discrepancias que había entre Alemania y Polonia a través de un acuerdo para la devolución de Danzig, con acceso por ferrocarril y carretera a través del Pasillo (lo que no era en sí una idea novedosa) a cambio de un puerto franco para Polonia en la zona de Danzig y una ampliación del tratado de no agresión a veinticinco años con una garantía conjunta de fronteras.[9]

La propuesta se encontró con una respuesta glacial predecible del gobierno polaco.[10] Lo que este rechazaba con mayor vehemencia era su incorporación al Pacto Anti-Comintern, que equivalía a aceptar la

condición de marioneta de Alemania.[11] La obstinación de los polacos, especialmente en la cuestión de Danzig, provocó muy pronto las primeras señales de impaciencia de Hitler y los primeros indicios de preparativos para tomar Danzig por la fuerza.[12] Sin embargo, Hitler estaba por entonces más interesado en un acuerdo negociado con los polacos. Engañosamente informado por Ribbentrop de que estos estaban dispuestos en principio a llegar a una nueva solución de la «cuestión de Danzig» y el Pasillo, destacó la amistad polacoalemana en su discurso al Reichstag del 30 de enero de 1939.[13] Algunos jefes del ejército se habían mostrado días antes más beligerantes. En contraste con su miedo absoluto a la intervención occidental durante la crisis de los Sudetes, algunos generales aseguraban ahora que Francia e Inglaterra no intervendrían (un reflejo directo de la debilidad de las potencias occidentales que había quedado al descubierto en Munich) y que deberían abandonarse las conversaciones con los polacos en favor de medidas militares. Aseguraban que una guerra contra Polonia sería popular entre la tropa y entre el pueblo alemán.[14]

Ribbentrop, ayudado por Göring, desempeñó en este caso, por razones estratégicas, la función de moderado. Para él, el principal enemigo no era Polonia, sino Inglaterra. Argumentaba que, con un ataque prematuro a Polonia y a Rusia en 1939, Alemania se quedaría aislada, perdería su ventaja en armamento y lo más probable era que se viese obligada por la fuerza de Occidente a ceder las ganancias territoriales que pudiese lograr. Lo que tenía que hacer Alemania en vez de eso era actuar conjuntamente con Italia y Japón, manteniendo la neutralidad polaca hasta después de ajustar cuentas con Francia y de que se hubiese aislado, como mínimo, a Inglaterra negándole cualquier poder en el continente, si es que no se la derrotaba militarmente.[15] Una guerra de Alemania e Italia piara derrotar a Francia y dejar aislada a Inglaterra había sido la base de las directrices militares establecidas por Keitel, siguiendo instrucciones de Hitler, en noviembre de 1938.[16] La prioridad que Hitler otorgó en enero de 1939 al Z-Plan de la marina, para la construcción de una gran flota de guerra dirigida claramente contra el poder naval británico, indica que estaba pensando en esa época en un posible enfrentamiento con las potencias occidentales como

primer objetivo militar. La construcción al mismo tiempo de un «Muro Oriental» (fortificaciones defensivas limitadas por si se daba el posible conflicto con Polonia sobre Danzig) es un indicador más en esa dirección.[17] Rusia y la erradicación del bolchevismo podían esperar. Pero ni Hitler ni nadie de su entorno esperaba que fuese a producirse la guerra con Inglaterra y Francia como se produciría aquel otoño. Hitler le había dicho a Goebbels en octubre de 1938 que él preveía «un conflicto muy grave en un futuro más lejano», en el que se decidiría la hegemonía europea. Este conflicto sería «probablemente con Inglaterra».[18] Göring (que había perdido prestigio ante Hitler desde que había ayudado a organizar el Acuerdo de Munich que había paralizado su plan de tomar Checoslovaquia por la fuerza, y al que el Führer no incluía ya entre los iniciados a los que comunicaba sus planes) no tenía expectativa alguna de una guerra generalizada antes de, más o menos, 1942.[19] Keitel había visto cómo se trasladaba a Viena a finales de octubre de 1938 a su mano derecha en el alto mando de la Wehrmacht, el general Jodl, una medida que, según aseguró más tarde, él habría impedido si hubiese tenido alguna idea de que la guerra podría llegar a ser inminente.[20]

A finales de otoño y durante el invierno de 1938-39, existían entre el mando militar alemán distintos puntos de vista sobre métodos y objetivos en política exterior. El ejército estaba más dispuesto a una acción militar contra Polonia de lo que lo había estado contra Checoslovaquia. Sin embargo, las medidas específicas adoptadas, especialmente la construcción de las fortificaciones orientales, eran aún de naturaleza defensiva. El «Ostwall» constaba de poco más que de fortificaciones básicas (fustigadas por Hitler por su notoria carencia de arsenal y como trampas mortales para sus usuarios) junto con un recodo del río Oder a unos cien kilómetros al este de Berlín.[21] Los preparativos militares a largo plazo iban dirigidos a un posible enfrentamiento con Occidente, pero se admitía sin ambages que a las fuerzas armadas les faltaban años para estar en condiciones de afrontar un conflicto con Inglaterra y Francia.[22] Como en 1938, el principal temor de los jefes militares era que Alemania se viese forzada a un enfrentamiento prematuro por actuaciones temerarias y por una política exterior demasiado arriesgada. Göring y Ribbentrop abogaban por políticas

diametralmente opuestas hacia Inglaterra. Göring aún seguía depositando esperanzas en una política de expansión en Europa suroriental, respaldada para el futuro previsible con un entendimiento con Inglaterra.[23] Ribbentrop, por entonces violentamente antibritánico, depositaba sus esperanzas, como ya hemos dicho, en suavizar los problemas en el frente oriental de Alemania y estrechar la alianza con Italia y Japón con la finalidad de preparar el terreno para una operación contra Inglaterra en cuanto fuese factible. Pero en esta etapa, la estrella de Göring se hallaba temporalmente en declive y la diplomacia habitualmente torpe de Ribbentrop cosechaba pocos éxitos en la mayoría de los casos.[24] Las ideas de Hitler coincidían en términos generales con las de su ministro de asuntos exteriores, estuviesen o no influidas por los razonamientos de este. El choque inminente con el bolchevismo, que ocupaba el primer plano en 1936, aunque no descartado, claro está, pues Hitler seguía considerándolo la lucha decisiva que habría que afrontar en algún momento del futuro, se había desplazado por entonces hacia las sombras. Hitler era partidario en aquel momento de un reacercamiento a los polacos, para atraerlos a la órbita alemana, y de prepararse para el enfrentamiento con Occidente (que él seguía diciendo que no sería antes de 1943 o 1944).[25] Pero se daba por satisfecho, como siempre, con mantener abiertas sus opciones a la espera de acontecimientos.

Lo único seguro era que los acontecimientos se producirían, proporcionando con ello la oportunidad para la expansión alemana. Pues no había en el Tercer Reich ningún órgano de poder o influencia que sostuviese que había que darse ya por satisfechos con las ganancias territoriales ya obtenidas. Todos los grupos de poder pretendían continuar la expansión… con guerra o sin ella.

Los argumentos militares, estratégicos y de política de poder en favor de la expansión estaban apuntalados por consideraciones económicas. Las presiones del programa de rearme forzado se estaban dejando sentir agudamente a finales de 1938. La política de «rearme a toda costa» se estaba demostrando ya que sólo se podía mantener a corto plazo. Empezaban a producirse atascos en sectores cruciales de la economía.[26] Los exacerbaba además la falta de una planificación económica coherente y global. La absorción de Austria, con sus áreas industriales en

torno a Viena y a Linz, y de los Sudetes, una parte de Checoslovaquia relativamente bien industrializada, había aliviado un poco el problema. A los parados de esos añadidos al Reich se les puso rápidamente a trabajar. Hubo nuevas fuentes de mano de obra especializada disponibles. La maquinaria industrial existente podía ampliarse para la fabricación de armamento, como en el caso del inmenso complejo siderúrgico creado en Linz por la Reichswerke Hermann Göring, de propiedad estatal. El mineral de hierro de Austria y el lignito de alta calidad de los Sudetes eran valiosos para la producción de combustible sintético. En la región de los Sudetes había también yacimientos de tungsteno y uranio, con los que Alemania no había contado hasta entonces.[27] Desde el punto de vista económico, la expansión de 1938 había proporcionado a la industria alemana un estímulo significativo. Pero hacía falta una mayor expansión para que las tensiones acumuladas en una economía sobrecalentada y orientada al armamento no alcanzasen el nivel explosivo. El Plan Cuatrienal había estado implícitamente dirigido a descargar los costes del rearme alemán sobre las zonas de Europa que se explotarían después de una guerra victoriosa.[28] En 1938-39, era muy evidente que no se podía aplazar indefinidamente esa mayor expansión si se querían superar los puntos muertos económicos.

Guando Göring se dirigió a los miembros del Consejo de Defensa del Reich (Reichverteidigungsrat) en su primera reunión el 18 de noviembre de 1938, les dijo: «Caballeros, la situación económica parece muy crítica».[29] El mes siguiente, Goebbels escribió en su diario: «La situación económica del Reich es catastrófica. Debemos buscar nuevas vías. No se puede seguir así. No tardaremos en enfrentarnos a la inflación».[30] En realidad, el programa de rearme masivo, que estimulaba una demanda creciente debida al pleno empleo, pero sin una expansión correspondiente en bienes de consumo, era intrínsecamente inflacionista.[31] Los controles de precios y la amenaza de un castigo draconiano habían contenido las presiones inflacionistas hasta entonces. Pero no se podían mantener a raya indefinidamente. A principios de junio de 1939, el consejo de administración del Reichsbank envió una propuesta a Hitler, apoyada por ocho signatarios, en que pedía

contención financiera para evitar el «peligro amenazador de la inflación».[32] La reacción de Hitler fue: «¡Esto es un motín!». Schacht fue cesado como presidente del Reichsbank doce días después.[33]

Pero las voces agoreras no exageraban. Y no desaparecía el problema cesando a Schacht. La demanda insaciable de materias primas crecía al mismo tiempo que la demanda de bienes de consumo en la estela del auge de la industria de armamento y había dejado las finanzas públicas en situación desesperada. Cuando se produjo el cese de Schacht, la deuda nacional se había triplicado desde la subida al poder de Hitler. El ministro de economía llegó a la conclusión de que no habría más solución que sencillamente anularla después de la guerra. Hitler conocía el problema, aunque no entendiese los pormenores técnicos. Dio orden de que se redujese el gasto de la Wehrmacht en el primer cuarto de 1939… una orden que el ejército se limitó a ignorar.[34] No podía plantearse, claro está, una forma de abordar el problema mediante políticas fiscales más convencionales ni un cambio completo orientado a la exportación para reincorporarse a la economía internacional. La decisión de rechazar esa vía se había tomado en 1936. Ya no había vuelta atrás.

Además de la crisis de las finanzas públicas, la escasez de mano de obra que había ido agudizándose intensamente desde 1937, estaba planteando por entonces una amenaza real tanto en la agricultura como en la industria. Los repetidos y quejumbrosos informes del ministro de agricultura y alimentación del Reich, Richard Walther Darré, no dejaban dudas sobre la gravedad de los problemas con los que se enfrentaba la agricultura.[35] Se había producido una disminución del 16 por 100 en el número de trabajadores agrícolas entre 1933 y 1938, al intensificarse «la huida del campo» a trabajos mejor pagados en la industria.[36] Era una sangría que no se podía atajar por mucha presión o propaganda que se aplicasen. Y tampoco resolvía el problema la mecanización: las escasas divisas disponibles se necesitaban para tanques, cañones y aviones, no para tractores y cosechadoras. Los indicios de una disminución acelerada de la producción agrícola se hacían notorios. Eso significaba mayor demanda sobre unas importaciones sumamente reducidas.[37] Las mujeres, muchas de ellas del propio hogar campesino, estaban ya

dedicadas en gran número al trabajo agrícola. El servicio de trabajo en la tierra de las muchachas y el reclutamiento de la Juventud de Hitler para colaborar en las tareas de la recolección sólo podía ser una ayuda marginal.[38] El tínico remedio en un futuro previsible era el uso de los «trabajadores extranjeros» que aportarían la guerra y la expansión. Poco tenía de sorprendente que cuando se trajesen los primeros «trabajadores extranjeros» después de la campaña polaca y se destinasen principalmente al trabajo agrícola, se les considerase en principio «salvadores en un periodo de necesidad» (Retter in der Not).[39]

A la industria no le iba mejor que a la agricultura, pese a la afluencia de trabajadores del campo. En 1938, llegaban regularmente informes de todos los sectores sobre la creciente escasez de trabajadores, con consecuencias graves para la capacidad productiva hasta de las industrias más decisivamente relacionadas con el armamento.[40] El resultado era una mano de obra hosca, que trabajaba demasiado y (pese a la vigilancia creciente y a duros controles empresariales respaldados por el estado) con frecuencia díscola.[41] Un indicio, entre otros muchos, de las consecuencias peligrosas para el régimen de la escasez de mano de obra fue la paralización de las exportaciones de carbón y la reducción de las entregas a los ferrocarriles en enero de 1939 debido a que hacían falta 320. 000 mineros más en el Ruhr. Por entonces, se calculaba que el número de trabajadores que se necesitaban en Alemania era de un millón. Esa cifra aumentaría aún más al estallar la guerra.[42]

Las presiones económicas no empujaron a Hitler a la guerra. Ni siquiera determinaron el momento en que se inició.[43] Eran, como ya liemos indicado, una consecuencia inexorable de las decisiones políticas de años anteriores, la primera de las cuales había sido, en cuanto Hitler fue nombrado canciller (naturalmente, con el respaldo entusiasta de las fuerzas armadas), convertir el rearme en un gasto absolutamente prioritario; la segunda, más decisiva aún, desdeñar en 1936 las objeciones de los que presionaban para que se volviese a una economía más equilibrada y a una participación en los mercados internacionales, en vez de esforzarse por conseguir la máxima autarquía en el marco de una economía orientada al armamento y centrada en la preparación de la guerra. Los crecientes problemas económicos alimentaban las

presiones militares y estratégicas en pro de la expansión. Pero no habían sido el origen primero de esas presiones. Y para Hitler no hacían sino confirmar su diagnóstico de que, sin conquista territorial, no se podría fortalecer nunca la posición de Alemania.

Capítulo II

Los lamentos de Hitler por el Acuerdo de Munich y la sensación de que se había perdido una oportunidad de ocupar la totalidad de Checoslovaquia de un golpe, habían aumentado en vez de disminuir durante los últimos meses de 1938.[44] En consecuencia, su impaciencia por actuar había crecido. Estaba decidido a no dejarse acorralar por las potencias occidentales, y más convencido que nunca de que no habrían combatido por Checoslovaquia y de que no habrían hecho ni habrían podido hacer nada por impedir que Alemania ampliara su dominio en Europa central y oriental. Por otra parte, como le había comentado a Goebbels en octubre, estaba seguro de que Inglaterra no aceptaría la hegemonía alemana en Europa sin luchar en algún momento.[45] El contratiempo que había supuesto Munich, según su plinto de vista, le confirmó en la idea de que estaba cercana ya la guerra contra Occidente, y que no había tiempo que perder si Alemania quería mantener su ventaja.[46]

Hitler había dado ya una nueva directriz a la Wehrmacht el 21 de octubre de 1938, sólo tres semanas después del Acuerdo de Munich, para que se preparase para las «eventualidades siguientes»: «1. Garantizar la seguridad de las fronteras del Reich alemán y proteger contra ataques aéreos por sorpresa; 2. Liquidación del resto del estado checo; 3. Ocupación del territorio de Memel». El tercer punto se refería a la región de Memel, una ciudad portuaria del Báltico de población

predominantemente alemana, que había sido separada de Alemania por el Tratado de Versalles. Sobre el segundo punto clave, la directriz añadía: «Debe ser posible destruir en cualquier momento el resto del estado checo si sigue una política antialemana».[47] Los checos, dándose cuenta de la peligrosa situación en que se encontraban, hacían en realidad todo lo posible por acomodarse a los intereses alemanes. In extremis, con tal de mantener su existencia como país, estaban dispuestos a convertirse en un satélite de Alemania.[48] ¿Por qué insistía tanto entonces Hitler en acabar con los restos del estado checo? No era necesario políticamente. En realidad, los dirigentes alemanes tuvieron que darse cuenta necesariamente de que una invasión de Checoslovaquia, violando el Acuerdo de Munich y quebrantando promesas solemnes dadas en fecha tan reciente, tendría inevitablemente gravísimas repercusiones internacionales.

Parte de la respuesta a esto ha de buscarse sin duda en la personalidad y la psicología del propio Hitler. Sus antecedentes austríacos y su aversión a los checos desde la juventud fueron casi con seguridad elementos significativos. Pero después de la ocupación, la persecución de los checos no sería en modo alguno tan dura como la que sufrirían posteriormente los polacos ocupados. «Tienen que tener siempre algo que perder», comentaba Goebbels.[49] Y, tras su entrada triunfal en Praga, Hitler mostró un interés notablemente escaso por los checos.

Más importante fue, sin duda, el sentimiento de que le habían «robado» su triunfo, de que los políticos occidentales habían quebrantado su «propósito inquebrantable». «Ese tal Chamberlain me ha estropeado la entrada en Praga», se le oyó decir cuando volvió a Berlín después del Acuerdo de Munich del otoño anterior.[50]

Probablemente haya que considerarse también como una parte de la explicación su «firme obstinación», su decisión de no dejarse quitar Praga.[51] Y sin embargo, las entradas del diario de Goebbels indican claramente, como hemos dicho ya, que Hitler había decidido antes de Munich que cedería ante las potencias occidentales en ese punto, pero que se tragaría el resto de Checoslovaquia cuando llegase el momento y que la adquisición de los Sudetes haría más fácil esa segunda etapa.[52]

Así era como racionalizaba Hitler por entonces la posición en la que se había emplazado. Pero indica que aceptaba de momento un plan de dos etapas para la adquisición completa de Checoslovaquia, y no destaca la venganza como motivo.

Había otras razones para ocupar el resto de Checoslovaquia que excedían el ámbito de las motivaciones personales de Hitler. Tenían una importancia evidente las consideraciones económicas. Por muy sumisos que estuviesen dispuestos a ser los checos, seguía en pie el hecho de que después de la transferencia de octubre de 1938, que entregaba al Reich importantes reservas de materias primas, quedaban aún inmensos recursos en Checo-Eslovaquia (que fue como pasó a llamarse oficialmente el país, con el guión significativamente insertado) y fuera del control alemán directo.[53] El enorme volumen de la riqueza industrial y los recursos del país se hallaban en los viejos centros checos de Bohemia y Moravia, no en la Eslovaquia predominantemente agrícola. Seguían en manos de los checos unas cuatro quintas partes de las obras públicas y de las industrias eléctricas y de fabricación de máquinas herramientas. Los textiles, la industria química y el vidrio eran otras industrias significativas que tentaban a los alemanes. Y, por otra parte, los talleres de Skoda producían locomotoras y maquinaria además de armas. Checoslovaquia poseía también grandes cantidades de oro y de divisas que podían ayudar sin duda a aliviar algo las escaseces del Plan Cuatrienal.[54] Y se podía requisar y redistribuir una gran cantidad de equipamiento para reforzar el ejército alemán. El arsenal checo era el mayor con mucho entre los países más pequeños de Europa central.[55] La artillería antiaérea, la artillería de campo y las ametralladoras checas se consideraban mejores que sus equivalentes alemanas. Todo ello fue requisado por el Reich, y también la artillería pesada de las fábricas de Skoda.[56] Posteriormente se calculó que habían caído en manos alemanas armas suficientes para equipar veinte divisiones más.[57] Hitler se había negado significativamente el otoño anterior a permitir a los polacos ocupar la región de Moravská-Ostrava, importante por sus minerales y sus industrias. Fue el primer territorio que ocuparon los alemanes en marzo de 1939.[58]

Pero de mayor importancia aún que la explotación y el beneficio

económico directo era la posición estratégico-militar de lo que quedaba de Checoslovaquia. Mientras los checos conservasen una cierta autonomía y tuviesen en su posesión abundante equipamiento militar y grandes recursos industriales, no podía descartarse la posibilidad de que surgieran problemas allí en caso de que Alemania se viese enredada en una guerra. Más importante aún: la posesión de los territorios rectangulares y bordeados de montañas de Bohemia y Moravia, en el borde suroriental del Reich brindaba una plataforma fácilmente reconocible para una mayor expansión hacia el este y para el dominio militar. Quedaba ya abierto el camino hacia los Balcanes. Quedaba además reforzada así la posición alemana de enfrentamiento con Polonia. Y en caso de conflicto en el oeste, estaban consolidadas las fronteras del este.[59]

En el invierno de 1938-39, la «cuestión polaca», cuya significación crecía sin cesar, era de inmediata trascendencia en cualquier consideración del problema de Checo-Eslovaquia. Según Below, Hitler lamentaba no haber ocupado la totalidad del país el otoño anterior, porque el punto de partida para las negociaciones con los polacos sobre Danzig y las rutas de tránsito extraterritoriales a través del Pasillo habría sido entonces mucho más ventajoso.[60] Como hemos visto, se habían disipado ya las esperanzas alemanas de un revisionismo pacífico para adquirir Danzig y acceso a través del Pasillo, atrayendo al mismo tiempo a Polonia a la órbita alemana. El futuro del resto del estado de Checo-Eslovaquia ocupaba un lugar importante en las maniobras diplomáticas. Los polacos habían visto bloqueada la posibilidad de desprender Rutenia del solar checo mediante la cesión a Hungría (lo que desde el punto de vista polaco habría debilitado el movimiento nacionalista ucraniano dentro de Rutenia, con su evidente peligro por fomentar problemas entre la considerable minoría ucraniana que había dentro de Polonia). Habían dirigido por ello la atención hacia Eslovaquia. La autonomía eslovaca de Praga aislaría, razonaban los polacos, a Rutenia de Bohemia y conseguiría por ello el mismo resultado que se habría obtenido con la absorción húngara.[61]

Göring, deseoso de defender lo que pudiese de su menguante influencia en política exterior aprovechando al máximo sus amplios

contactos en Europa oriental, consiguió convencer a Hitler de las ventajas que podría aportar un estado eslovaco independiente. El propio Göring quería utilizar Eslovaquia para bases aéreas alemanas destinadas a operaciones en Europa oriental, dirigidas especialmente a los Balcanes. Pero la solución eslovaca a las preocupaciones de Polonia por el nacionalismo ucraniano en Rutenia se podría utilizar, en su opinión, como moneda de cambio para convencer a Polonia de que aceptase algunos ajustes territoriales mediante los cuales algunas antiguas regiones alemanas volverían al Reich.[62] Y si los polacos se mostraban intransigentes, podría ayudarles a cambiar de actitud una Eslovaquia bajo tutela alemana con una política antipolaca.[63]

En diciembre de 1938 aún no había indicio alguno de que Hitler estímese preparando un ataque inminente contra los checos. Había atisbos, sin embargo, de que no tardarían ya en producirse los movimientos siguientes en política exterior. Hitler le dijo el 17 de diciembre al dirigente alemán de Memel, Ernst Neumann, que la anexión del territorio se produciría en el mes de marzo próximo, o en abril, y que no quería que hubiese ninguna crisis en la zona antes de eso.[64] La ocupación de la zona de Memel se había mencionado, como ya hemos dicho, en la misma directriz militar de octubre como preparación de un ataque contra Checoslovaquia. A mediados de enero, Hitler indicó al ministro de asuntos exteriores húngaro, el conde István Csáky, que no era posible ninguna acción militar entre el octubre previo y marzo.[65] El 13 de febrero, Hitler hizo saber a unos cuantos colaboradores que se proponía emprender una operación contra los checos a mediados de marzo. Se adaptó en función de ello la propaganda alemana.[66] Los franceses habían recibido ya a principios de febrero noticias de los servicios de espionaje de que se podía producir una operación alemana contra Praga en el plazo de unas seis semanas.[67]

La reunión de Hitler en el Berghof con el ministro de asuntos exteriores polaco y hombre fuerte del gobierno, Joseph Beck, el 5 de enero había resultado decepcionante desde el punto de vista alemán. Hitler había intentado aparentar contentarse con que se considerase necesario que Danzig volviese a Alemania y con rutas de acceso a Prusia oriental a través del Pasillo. Beck vino a decir implícitamente que la

opinión pública polaca impediría cualquier concesión sobre Danzig.[68] Cuando Ribbentrop regresó con las manos vacías de su visita a Varsovia el 26 de enero, diciendo que los polacos se mantenían firmes, cambió notoriamente la actitud de Hitler hacia Polonia.[69]

De las propuestas amistosas, la política pasó a las presiones. Polonia quedaría excluida del reparto de los despojos de la destrucción del estado checo (aunque a Hungría, a la que se había impedido beneficiarse el otoño anterior, se le otorgaría a su debido tiempo Rutenia). Y la conversión de Eslovaquia en un estado marioneta alemán aumentaba la amenaza sobre la frontera meridional de Polonia. Así que, una vez conseguida la demolición de Checo-Eslovaquia, los alemanes esperaban que los polacos tuvieran una mejor disposición a cooperar.[70] El fracaso de las negociaciones con ellos probablemente acelerase la decisión de destruir el estado checo.[71]

En enero y febrero de 1939, Hitler pronunció tres discursos (no destinados al público en general) dirigidos a grupos de oficiales. Tenía, por una parte, la esperanza de mejorar las relaciones con el ejército, delicadas desde el caso Blomberg-Fritsch, y quería destacar, por otra, el tipo de mentalidad que esperaba frente a los conflictos que se avecinaban.

El 18 de enero, ante 3.600 jóvenes oficiales recientemente ascendidos reunidos en el Salón de Mosaicos de la Nueva Cancillería del Reich de Speer, inaugurada unos días antes, en un panegírico en que cantó las Virtudes de fe, optimismo y heroísmo de los soldados, Hitler pidió «la fe incondicional en que nuestra Alemania, nuestro Reich alemán, será un día la potencia dominante en Europa». Esto se basaba en el tamaño y la estirpe racial de la población alemana y en que se habían superado la «descomposición» general del pueblo y del estado que se había producido a partir de 1918. Ahora había en Alemania un espíritu nuevo, «el espíritu de la visión del mundo que domina Alemania hoy […] un espíritu profundamente militar». La nueva Wehrmacht se había convertido en garante de la fuerza militar del estado. Era su «voluntad inquebrantable—proclamó—que la Wehrmacht alemana se convirtiese en la fuerza armada más poderosa del mundo», y era tarea de los jóvenes oficiales ayudar a conseguirlo.[72] Le complació la favorable reacción de

su publico, que rompía a aplaudir con frecuencia, en contraste con la tradición militar habitual de escuchar sus discursos en silencio, que a él no le gustaba. Después, pasó un rato sentado y charlando con grupos de oficiales. Tenía la impresión de que la reunión había ido bien. Ni siquiera pareció enfadarse cuando le informaron de que oficiales borrachos, incapaces de encontrar los servicios en el edificio recién estrenado, habían vomitado en los rincones de su nuevo y esplendoroso Salón de Mosaicos.[73]

Una semana más tarde, el 25 de enero, se dirigió a 217 oficiales, entre los que había generales y almirantes destacados, y resaltó en su discurso su visión de un futuro glorioso, que estaba ya al alcance de la mano, edificado sobre el retorno a los valores heroicos del pasado. Estos habían incluido «la brutalidad, es decir, la espada, si fallaban lodos los demás métodos». También significaban la eliminación de «los principios de la mentalidad democrática, parlamentaria, pacifista y derrotista» que había caracterizado la catástrofe de 1918 y la república que había seguido a la derrota alemana. Puso como modelo al Imperio Británico, pero también como ejemplo de cómo los imperios acababan destruidos por el pacifismo. Luego concluyó exponiendo un panorama atractivo para los oficiales jóvenes que le escuchaban. Cuando la tarea de edificar la nueva sociedad se hubiese consolidado, en un centenar de años más o menos, produciendo una nueva elite dirigente, «entonces el pueblo que estoy convencido de que será el primero que siga esa vía afirmará su derecho a dominar Europa».[74]

En un tercer discurso, pronunciado en el Kroll Opera House el 10 de febrero ante un numeroso grupo de altos mandos, Hitler expuso de nuevo elocuentemente su convencimiento de que sólo adquiriendo más «espacio vital» se podía proporcionar un futuro a Alemania. Manifestó su decepción por la actitud de algunos oficiales durante la crisis de 1938 y procuró convencer a su auditorio de que todos los pasos que había dado en política exterior (aunque no su momento preciso) se habían ajustado a un plan cuidadosamente preconcebido. Los acontecimientos de 1938 habían formado parte de una cadena, que se remontaba hacia atrás a 1933, y era un paso hacia delante en un largo camino. «Comprendan, caballeros—proclamó, hacia el final de su extenso discurso—que los

grandes éxitos recientes se han producido sólo porque supe apreciar las oportunidades. [...] He asumido la responsabilidad. [...] De resolver el problema alemán de espacio. Tengan en cuenta que este pensamiento dominará todo mi ser mientras viva. Pueden estar seguros, también, de que actuaré inmediatamente y no retrocederé jamás ante las medidas más extremas (vor dem Äussersten). [...] Así que no se sorprendan si en años venideros se intenta también alcanzar uno u otro objetivo alemán en cuanto se presente la oportunidad y les insto a que me respalden y sigan entonces con la confianza más ferviente».[75]

En este periodo, según Goebbels, Hitler no hablaba prácticamente de nada más que de política exterior. «Siempre está sopesando nuevos planes», escribía Goebbels. «¡Un carácter napoleónico!».[76] El ministro de propaganda había adivinado ya lo que iba a venir cuando Hitler le dijo a finales de enero que se iba «a la montaña» (al Obersalzberg) a pensar sobre los próximos pasos que había que dar en política exterior. «Tal vez le toque de nuevo a Czechia (die Tschechei). Después de todo, ese problema sólo está resuelto a medias», escribió en su diario.[77]

Capítulo III

A principios de marzo, dado el creciente clamor nacionalista eslovaco (instigado por Alemania) por la plena independencia de Praga, la fragmentación de lo que quedaba del estado de Checo-Eslovaquia parecía cuestión de tiempo para los que observaban de cerca la situación. La propaganda alemana contra Praga se había vuelto ya estridente. Las relaciones entre los gobiernos checo y eslovaco eran tensas. Pero pese a toda su presión los alemanes eran incapaces de conseguir que los dirigentes eslovacos proclamasen de una vez la independencia total y solicitasen ayuda alemana que necesitaban

urgentemente.[78]

Cuando el gobierno de Praga depuso al gabinete eslovaco, envió policías para ocupar las oficinas del gobierno de Bratislava y puso bajo arresto domiciliario al anterior primer ministro, Padre Jozef Tiso, Hitler consideró que había llegado su momento. El 10 de marzo les dijo a Goebbels, Ribbentrop y Keitel que había decidido invadir y aplastar el resto del estado checo y ocupar Praga. La invasión habría de producirse cinco días después; serían los idus de marzo. «Nuestras fronteras deben extenderse hasta los Cárpatos—escribía Goebbels—. El Führer grita de alegría. Esta jugada es absolutamente segura».[79]

Se envió un telegrama a Göring, que estaba de vacaciones en la Riviera, gozando de las lujosas comodidades de San Remo, diciéndole que no abandonara el lugar hasta que las tropas alemanas entraran en Checoslovaquia, con el fin de no levantar sospechas en el exterior.[80] El 12 de marzo se dieron órdenes al ejército y a la Luftwaffe de que estuvieran preparados para entrar en Checoslovaquia a las seis de la mañana del día 15, pero que hasta entonces debían mantenerse a diez kilómetros de la frontera como mínimo.[81] La movilización alemana era a esas alturas tan evidente que parecía imposible que los checos no se diesen cuenta de lo que estaba pasando.[82] Por otra parte, se había intensificado la campaña propagandística contra ellos.[83] Ribbentrop, Goebbels y Hitler estuvieron analizando de noche, hasta muy tarde, cuestiones de política exterior. Según Ribbentrop, llegaría un momento en que el conflicto con Inglaterra sería inevitable. Hitler, según Goebbels, se estaba preparando para él, pero no lo consideraba inevitable. Goebbels criticaba la inflexibilidad de Ribbentrop. «Pero el Führer le corrige, claro».[84]

Esa noche, 1 2 de marzo, liso había recibido la visita de unos oficiales alemanes y había sido invitado a ir a Berlín. Al día siguiente se entrevistó con Hitler. Este le dijo que había llegado la hora histórica de los eslovacos. Si no hacían nada, acabarían devorados por Hungría.[85] Tiso captó el mensaje. A mediodía del día siguiente, 14 de marzo, de regreso en Bratislava, hizo que la asamblea eslovaca proclamase la independencia. La deseada petición de «protección» no se efectuó, sin embargó, hasta un día más tarde, después de que los barcos de guerra

alemanes del Danubio hubiesen dirigido sus miras a las oficinas del gobierno eslovaco.[86]

Goebbels escuchó de nuevo cómo Hitler exponía sus planes. La «operación» quedaría completada en ocho días. Los alemanes estarían en Praga en un día, sus aviones en dos horas. No se esperaba derramamiento de sangre. «Luego el Führer quiere establecer (einlegen) un periodo prolongado de calma política», escribía Goebbels, añadiendo que no lo creía, aunque fuese una perspectiva tentadora. Le parecía que era necesario un periodo de calma. «Llega un momento en que los nervios ya no aguantan».[87]

En la mañana del 14 de marzo, llegó la solicitud esperada de Praga, pidiendo a Hitler que concediera audiencia al presidente del estado checo, doctor Emil Hácha. Este era un hombre pequeño, tímido, sin mucho mundo y además bastante enfermo, que llevaba en el cargo desde el noviembre anterior y que no podía montar en avión debido a una afección cardíaca.[88] Llegó a Berlín hacia el anochecer, después de un viaje de cinco horas, acompañado sólo por el ministro del exterior, Chvalkovsky, su secretaria y su hija. Hitler le tuvo esperando nervioso en el Hotel Adion hasta la medianoche para aumentar la presión sobre él… «los viejos métodos probados de táctica política», en palabras de Goebbels.[89] Mientras Hacha iba poniéndose cada vez más nervioso, Hitler se entretenía viendo una película titulada Ein Hoffnungsloser Fall («Un caso desesperado»).[90]

Se respetó la ficción del protocolo correspondiente a la visita de un jefe de estado. Cuando Hácha llegó a la Nueva Cancillería del Reich, le sometieron en primer lugar al ceremonial grotesco de pasar revista a la guardia de honor. Fue hacia la una de la madrugada cuando, sofocado de nerviosismo y angustia, se le introdujo al fin en el entorno intimidatorio del grandioso «estudio» que tenía Hitler en la Nueva Cancillería del Reich.[91] Había bastantes personas reunidas allí, entre ellas Ribbentrop, el jefe de su equipo personal, Walther Hewel, Keitel, Weizsäcker, el secretario de estado Otto Meissner, el jefe de prensa Otto Dietrich y el intérprete Paul Schmidt. También estaba allí Göring, al que se había hecho regresar de sus vacaciones. El único apoyo de Hácha era la presencial de Chvalkovsky y del doctor Voytech Mastny, el embajador

checo en Berlín.[92]

Hitler adoptó su actitud más intimidatoria. Se lanzó a una violenta filípica contra los checos y el «espíritu de Benes» que, proclamó, aún seguía vivo. Era necesario para salvaguardar el Reich, dijo a continuación, imponer un protectorado sobre lo que quedaba de Checoslovaquia. Esto a Hácha y Chvalkovsky les dejó estupefactos y paralizados. La invasión de las tropas alemanas era «irreversible», bramó Hitler. Keitel confirmaría que se estaban dirigiendo ya hacia la frontera checa y que la cruzarían a las 6 de la madrugada.[93] En realidad, sus «huéspedes» checos sabían que algunas habían cruzado ya la frontera en cierto lugar.[94] Hácha debía telefonear a Praga inmediatamente y dar las órdenes precisas para que no hubiese resistencia, si quería evitarse el derramamiento de sangre. Hácha dijo que no quería que hubiese derramamiento de sangre y pidió a Hitler que detuviera la escalada militar. Hitler se negó: era imposible; las tropas estaban ya movilizadas.[95] Intervino Göring para añadir que su Luftwaffe estaría sobre Praga al amanecer y el que cayeran o no las bombas sobre la bella ciudad era algo que dependía de Hacha. En realidad, la séptima división aerotransportada designada para la operación estaba en tierra, inmovilizada por la nieve.[96] Pero ante la amenaza, el presidente checo se desmayó. Si le pasase algo a Hácha, pensaba Paul Schmidt, el mundo entero pensaría que había sido asesinado en la Cancillería del Reich.[97] Pero Hácha se recuperó, revivió con la inyección que le puso el doctor Morell, el médico personal de Hitler.

Entre tanto, no se podía comunicar con Praga por teléfono. Ribbentrop estaba fuera de sí de indignación por los fallos del servicio de correos alemán (aunque se demostró que los problemas estaban del lado de Praga). Finalmente pudo establecerse contacto. El intimidado presidenta se puso inmediatamente al teléfono y, a través de una línea que fallaba, transmitió la orden de que las tropas checas no abrieran fuego contra los invasores alemanes. Poco antes de las cuatro, Hácha firmó la declaración que ponía el destino de su pueblo en manos del Caudillo del Reich alemán.[98]

Hitler, entusiasmado, entró a ver a sus dos secretarias, Christa Schroeder y Cerda Daranowski, que habían estado de guardia toda la

noche. «Bueno, hijas—exclamó, señalándose las mejillas—, que cada una de vosotras me dé un beso aquí y aquí. […] Este es el día más feliz de mi vida. Lo que se ha buscado en vano durante siglos, he tenido la suerte de conseguirlo yo. Acabo de lograr que Czechia se una al Reich. Hácha ha firmado el acuerdo. Se me recordará como el alemán más grande de la historia».[99]

Dos horas después de que fírmase Hácha, el ejército alemán cruzaba las fronteras y se dirigía a Praga, siguiendo el plan previsto. A las nueve de la mañana las unidades de vanguardia entraban en la capital checa, tras un lento avance por carreteras cubiertas de hielo, en medio de la niebla y la nieve. El tiempo invernal proporcionaba un telón de fondo adecuado para el final de la ultima y traicionada democracia centroeuropea. Las tropas checas acataron la orden recibida y permanecieron en sus cuarteles y entregaron las armas.[100]

Hitler dejó Berlín a mediodía, viajando en su tren especial hasta Leipa, unos cien kilómetros al norte de Praga, a donde llegó durante la tarde. Había una flota de Mercedes esperando para llevarles a él y a sus acompañantes el resto del viaje hasta Praga. Estaba nevando copiosamente, pero Hitler fue durante gran parte del trayecto con el brazo extendido, saludando a las columnas interminables de soldados alemanes a los que pasaban. A diferencia de sus entradas triunfales en Austria y en los Sudetes, sólo una muestra mínima de la población observaba hosca e indefensa al borde de la carretera. Unos cuantos se atrevieron a saludar con el puño cerrado cuando pasaba el coche de Hitler. Pero las calles estaban casi desiertas cuando llego a Praga al final del día y subió hasta el Castillo de Hradschin, la antigua residencia de los reyes de Bohemia.[101] No había casi nada preparado para su llegada. Las grandes puertas de hierro del castillo estaban cerradas. No había comida disponible para los nuevos ocupantes cuando Hitler se sentó con el ministro del interior del Reich, Frick, y con su secretario de estado Stuckart para dar forma final al decreto que iniciaba el protectorado alemán. Se envió a la escolta militar a primera hora a buscar pan, jamón y Pilsner. También se le dio a Hitler un vaso de cerveza. La probó, torció el gesto y la dejó. Era demasiado amarga para él.[102] Dictó el preámbulo del decreto. Decía que «los territorios de Bohemia y Moravia habían

pertenecido al espacio vital del pueblo alemán durante mil años».[103] En la terminología, que sonaba a cosa ajena a los oídos prusianos, había atisbos de los orígenes austríacos de Hitler; el nombre del Protectorado procedía de la terminología de los territorios de la antigua corona imperial de los Habsburgo. Hitler pasó la noche en el Hradschin. Cuando el pueblo de Praga despertó a la mañana siguiente, vio el estandarte de la esvástica ondeando en el castillo. Veinticuatro horas después Hitler se había ido.[104] Mostró poco interés más por Praga y por el Protectorado. Para los checos se habían iniciado seis largos años de sometimiento.

Hitler regresó a Berlín, vía Viena, el 19 de marzo, para la inevitable, y por entonces ya acostumbrada, recepción triunfal. A pesar de las gélidas temperaturas, acudió a dar la bienvenida al héroe un número enorme de ciudadanos. Cuando se bajó del tren en la Görlitzer Bahnhof, le recibió Göring, con lágrimas en los ojos, con una alocución que resultaba embarazosa incluso dentro los niveles de adulación imperantes. Miles de ciudadanos aclamaron entusiasmados al Führer en su ruta hasta la cancillería del Reich. La mano experta del doctor Goebbels había organizado otro espectáculo de masas. Los focos formaban un «túnel de luz» a lo largo de Unter den Linden. Siguió una brillante exhibición de fuegos artificiales. Luego Hitler salió al balcón de la Cancillería del Reich, a saludar a la extasiada muchedumbre de fervientes súbditos.[105]

La reacción real del pueblo alemán ante el expolio de Checoslovaquia fue, sin embargo, menos unánime (en cualquier caso menos eufórica) que la de las muchedumbres vitoreantes de Berlín, galvanizadas en muchos casos por activistas del partido. Esta vez no había habido ningún «regreso a casa» de alemanes étnicos al Reich. La vaga idea de que Bohemia y Moravia habían pertenecido al «espacio vital alemán» durante mil años dejaba fría a la mayoría de la gente, sobre todo a la mayoría de los alemanes del norte que habían tenido tradicionalmente poca o incluso ninguna relación con las tierras checas.[106] Para muchos, tal como decía el informe de un jefe nazi de distrito, pese a la alegría por las «grandes hazañas» del Führer y la confianza depositada en él, «las necesidades y preocupaciones de la vida cotidiana son tan grandes que vuelve a predominar enseguida el pesimismo».[107] Había una gran

cuantía de indiferencia, escepticismo y crítica, junto a las inquietudes que causaba el hecho de que la guerra estuviese ahora mucho más cerca. «¿Era necesario hacer eso?», se preguntaba mucha gente. Recordaban las palabras exactas de Hitler, después del Acuerdo de Munich, de que los Sudetes habían sido su «última reivindicación territorial».[108] En el cinturón industrial de Renania-Westfalia, según un informe del movimiento clandestino social-demócrata, había muchos que condenaban la invasión y se expresaba al mismo tiempo simpatías por los checos en las minas, en los servicios de los obreros y en las calles. Se criticaba el régimen nazi, pero había también desprecio hacia Francia e Inglaterra por cómo habían dejado hacer a Hitler lo que había querido.[109] Eran comunes sentimientos similares entre los que detestaban a los nazis. «No se ha disparado un tiro. No ha habido ninguna protesta en ningún sitio», escribía una mujer en su diario… y añadía al comentario el presagio de un amigo: «Apuesto a que ahora consiguen Danzig y Polonia sin guerra aún, […] y si tienen suerte, hasta Ucrania».[110] «¿Es que nunca va a tener bastante?», murmuraba la madre de una chica de catorce años de Paderborn. La propia chica, que el verano anterior estaba horrorizada por los «ultrajes» supuestamente perpetrados contra la minoría alemana de los Sudetes, simpatizaba ahora con los checos, y se preguntaba al mismo tiempo por qué Alemania se anexionaba el territorio de «un pueblo completamente extraño» que no podía ser «germanizado» de ninguna manera. Se consolaba pensando que no había habido derramamiento de sangre, que podía ser incluso ventajoso para un país pequeño estar bajo la protección de una gran potencia, y que el pueblo alemán sería un protector «mucho más generoso, tolerante y justo» que «algunos pueblos eslavos».[111] Era una muestra de la hostilidad latente y generalizada hacia los eslavos, el efecto de la propaganda y de los sentimientos confusos que continuaban acompañando al expansionismo de Hitler. Hasta los adversarios de este se daban cuenta de que los escrúpulos morales tenían poco peso frente a otro gran éxito prestigioso. «También la oposición interna afirma ahora que es un gran hombre», decía un informe enviado a la jefatura socialdemócrata exiliada en París. Era un indicio de lo difícil que resultaba oponerse a los que alababan sus «triunfos». No tenían sentido

los argumentos críticos, incluido «el argumento de que Checoslovaquia había sido invadida y Hitler había hecho una cosa que no estaba bien».[112]

Hitler se había mostrado despectivo respecto a las potencias occidentales antes de la toma de Praga. Había considerado acertadamente que se limitarían de nuevo a protestar, pero que no harían nada. Sin embargo, todo nos lleva a sacar la conclusión de que se equivocó en sus cálculos de cuál iba a ser la reacción de Inglaterra y Francia después de la invasión de Checoslovaquia. La reacción inicial en Londres fue de sorpresa y decepción ante la cínica violación del Acuerdo de Munich, pese a las advertencias que había recibido el gobierno británico. La política de apaciguamiento yacía hecha añicos entre las ruinas del estado checoslovaco. Hitler había quebrantado su promesa de que no habría ya más reclamaciones territoriales. Y la conquista de Checoslovaquia había destruido la ficción de que la política de Hitler iba dirigida a unir a todos los alemanes en un solo estado. Hitler, estaba sobradamente claro (se admitía al fin, con un cierto retraso), era una persona en la que no se podía confiar. No se detendría ante nada. El discurso de Chamberlain en Birmingham el 17 de marzo insinuaba una nueva política. «¿Es el último ataque a un pequeño estado o seguirán otros? —preguntaba—. ¿Se trata, en realidad, de un paso en la dirección de intentar dominar el mundo por la fuerza?».[113] La opinión pública inglesa no tenía ninguna duda. Hitler había unido un país profundamente dividido respecto al Acuerdo de Munich. En todas partes se oía decir a la gente que la guerra con Alemania era inevitable y necesaria al mismo tiempo. El reclutamiento para las fuerzas armadas se incrementó casi de la noche a la mañana.[114] Estaba ya claro para el hombre de la calle y para el gobierno: había que enfrentarse a Hitler.

Al día siguiente, 18 de marzo, en medio de rumores de que Alemania estaba amenazando a Rumania, el gabinete británico respaldó la recomendación del primer ministro de efectuar un cambio fundamental de política. No se podía confiar ya en las garantías de los dirigentes nazis, afirmó Chamberlain. La vieja política de intentar llegar a un acuerdo con las dictaduras considerando que tenían objetivos limitados no era posible ya. Chamberlain consideraba su discurso de Birmingham,

según explicó a su gabinete, «un desafío a Alemania por si intentaba dominar Europa por la fuerza. Lo que venía a decir era que si daba otro paso en esa dirección, la del dominio de Europa, Inglaterra aceptaría el desafío». Lord Halifax, ministro de asuntos exteriores, destacó la idea de que «el verdadero problema era que Alemania pretendía la dominación del mundo, y a todos los países les interesaba impedirlo por su propio bien». Inglaterra era el único país que podía organizar la resistencia (aunque reconocía que era difícil ver cómo iba a poder atacar Inglaterra a Alemania con eficacia si los alemanes invadían Rumania o si se volvían contra Holanda). «O bien la actitud del gobierno alemán era un farol, en cuyo caso la bloquearía una declaración pública nuestra, o no lo era, en cuyo caso era necesario que estuviésemos unidos todos para hacerle frente, y cuanto antes nos unamos, mejor. Si no podríamos ver cómo Alemania va absorbiendo un país tras otro». La política había cambiado, pasando de intentar apaciguar a Hitler a intentar detenerle. Si Alemania incurría en una nueva agresión, se enfrentaría desde el principio con el dilema de echarse atrás o ir a la guerra. Como dejaban claro los comentarios del ministro de asuntos exteriores, en esta nueva estrategia era indiferente la dirección geográfica que pudiese tomar cualquier nueva operación de Hitler. Pero el primer ministro tenía pocas dudas sobre dónde podía surgir el problema la próxima vez. «El pensaba que la clave de la situación era, muy probablemente. Polonia […] Había llegado el momento de que se unieran los que estaban amenazados por la agresión alemana (fuese de modo inmediato o no). Debíamos indagar hasta qué punto estaba dispuesta Polonia a seguir esas directrices».[115] La garantía inglesa a la nación polaca y la génesis de la crisis del verano que, esta vez, acabaría en guerra las había anunciado ya Chamberlain en sus comentarios.

En París se produjeron reacciones similares. Daladier comunicó a Chamberlain que los franceses acelerarían el rearme y no consentirían ninguna agresión más. A los estadounidenses se les comunicó que Daladier estaba decidido a ir a la guerra si los alemanes actuaban contra Danzig o contra Polonia. Hasta los firmes defensores del apaciguamiento decían que ya estaba bien: no habría otro Munich.[116]

Capítulo IV

Antes de que se iniciase la crisis polaca, Hitler tuvo otro triunfo que añadir a los anteriores, aunque fuese un triunfo menor comparado con ellos. Como hemos dicho ya, en su directriz del 21 de octubre de 1938 se había referido a que había que prepararse para «la ocupación de Memel y de su territorio».[117] La incorporación de Memel al Reich alemán habría de ser ya la última anexión sin derramamiento de sangre. La zona de Memel, con una población principalmente alemana pero con una minoría sustancial lituana, se hallaba bajo administración francesa tras su desmembramiento de Alemania en 1919. Los lituanos habían invadido el territorio obligando a retirarse a las fuerzas francesas de ocupación en enero de 1923. Al año siguiente se había otorgado, por un acuerdo internacional, un alto grado de independencia, pero seguía siendo en realidad un enclave alemán bajo tutela lituana. Habían surgido problemas durante un breve periodo en 1935, cuando los lituanos sometieron a juicio a 1 28 nacionalsocialistas de la zona, condenando a muerte a cuatro de ellos. Pero Hitler, aparte de lanzar un feroz ataque verbal contra los lituanos, no había hecho nada en aquel momento. El problema se esfumó con la misma rapidez con que había surgido. No volvió a plantearse en otros cuatro años. Pero en marzo de 1938, el ejército alemán había trazado planes para ocupar el territorio de Memel en caso de que hubiese una guerra entre Polonia y Lituania. Luego, en octubre, Hitler había incluido la recuperación de Memel en la directriz de la invasión de Checoslovaquia. Y a finales de año, interesado en un acuerdo con Polonia, había insistido en que los inquietos nazis de Memel no debían plantear conflictos. A principios de 1939, los lituanos, deseosos de evitar cualquier acción que pudiese provocar, una intervención alemana, habían accedido a todos los deseos de la población de Memel, ya mayoritariamente nazificada.[118]

Políticamente, el retorno del territorio a Alemania no tuvo demasiada trascendencia. Fue algo de relativamente poca importancia, incluso simbólicamente. Pocos alemanes ordinarios se tomaron demasiado interés por la incorporación al Reich de un territorio tan remoto y minúsculo. Pero la adquisición de un puerto en el Báltico, con la

posibilidad de que Lituania pudiese convertirse también en un satélite alemán, tenía importancia estratégica. A eso hay que añadir la subordinación a la influencia alemana de Eslovaquia, en las fronteras meridionales de Polonia, que reforzaba aún más la presión alemana sobre los polacos.[119]

El 20 de marzo, Ribbentrop sometió) al ministro de asuntos exteriores lituano, Joseph Urbsys, a las tácticas intimidatorias habituales. Kowno sería bombardeada, amenazó, si no se cumplía la exigencia alemana de una devolución inmediata de Memel.[120] Urbsys regresó a Kowno al día siguiente, 21 de marzo. Los lituanos no estaban con ánimo de lucha. Enviaron un borrador de comunicado. No era del todo satisfactorio y tuvo que ser redactado de nuevo en Berlín. Por entonces los ministros lituanos se habían ido a dormir y tuvo que despertarlos el embajador alemán, al que le habían dicho, en lenguaje figurado, que les pusiera una pistola en el pecho. «O firman o ya saben», comentaba Goebbels.[121] A las tres quedó definitivamente aceptado todo. El comunicado revisado llegó unas tres horas después. Se envió a Berlín una delegación lituana para ultimar detalles. «Si aplicas un poco de presión, las cosas marchan», comentaba Goebbels, con satisfacción.[122]

Hitler abandonó Berlín esa tarde, 22 de marzo, camino de Swinemünde, donde abordó), con Raeder, el crucero Deutschland. A última hora del día, Ribbentrop y Urbsys acordaron las condiciones para la cesión oficial del territorio de Memel a Alemania. El decreto de Hitler se firmó a la mañana siguiente, 23 de marzo. Tropas alemanas cruzaron el puente próximo a Tilsit y entraron en Memel. Aterrizaron al mismo tiempo escuadrillas de la Luftwaffe. A la 1:3o de la madrugada, Hitler desembarcó en la costa del nuevo territorio alemán. Pronunció un discurso notablemente breve en el teatro. Estuvo menos de tres horas allí. Al mediodía siguiente estaba de nuevo en Berlín. Esta vez, prescindió del regreso heroico.[123] No se podía permitir que las entradas triunfales en Berlín llegasen a ser tan frecuentes que se convirtiesen en una rutina. Goebbels se daba cuenta de «el peligro de que el pequeño burgués (Spiesser) piense que las cosas van a seguir así siempre. Andan circulando un montón de ideas fantásticas sobre los próximos planes de la política exterior alemana».[124]

Según Goebbels, Hitler repitió lo que había dicho unos cuantos días antes. Ahora quería un periodo de calma para conseguir nueva confianza. «Entonces se pondrá sobre el tapete (aufs Tapet) la cuestión colonial». «Siempre una cosa después de otra», añadía el ministro de propaganda.[125]

No preveía que se calmasen las cosas. Es evidente, sin embargo, que Hitler no se planteaba una guerra con las potencias occidentales en cuestión de unos meses.

Capítulo V

Su propia presión sobre Polonia forzó las cosas. Ribbentrop, sin perder un minuto, había instado al embajador Lipski el 21 de marzo para que preparara una visita de Beck a Berlín. Le indicó que Hitler estaba perdiendo la paciencia y que la prensa alemana estaba pidiendo a gritos que la dejaran lanzarse sobre los polacos… una amenaza de que se podían inflamar fácilmente los sentimientos de los alemanes contra Polonia lo mismo que lo habían hecho contra Checoslovaquia. Repitió las reivindicaciones sobre Danzig y el Pasillo. Se podía tentar a cambio a Polonia con la explotación de Eslovaquia y Ucrania.[126]

Pero los polacos no estaban dispuestos a actuar de acuerdo con el guión. Beck, teniendo en cuenta el discurso de Chamberlain en Birmingham, efectuó secretamente sondeos en Londres para un acuerdo bilateral con Gran Bretaña.[127] Por otra parte, los polacos movilizaron sus tropas.[128] El 25 de marzo, Hitler aún decía que no quería resolver la cuestión de Danzig por la fuerza para no empujar a los polacos en brazos de los ingleses.[129] Le había comentado a Goebbels la noche anterior que tenía la esperanza de que los polacos reaccionasen a la presión, «pero debemos morder la manzana agria y garantizar tas

fronteras de Polonia».[130]

Pero, justo después del mediodía del 26 de marzo, Lipski, en vez de concretar la deseada visita de Beck, se limitó a presentar a Ribbentrop un memorando que exponía los puntos de vista del ministro de asuntos exteriores polaco. Rechazaba rotundamente las propuestas alemanas, recordando por si acaso a Ribbentrop la garantía verbal de Hitler en su discurso del 20 de febrero de 1938 de que se respetarían los derechos e intereses de Polonia. Ribbentrop perdió el control. Excediéndose del mandato de Hitler, le dijo a Lipski que si los polacos emprendían alguna acción contra Danzig (de lo que no había el menor indicio) se consideraría una agresión contra el Reich. La tentativa de intimidación no causó efecto en Lipski. Contestó que si Alemania impulsaba planes dirigidos a la reintegración de Danzig en el Reich significaría una guerra con Polonia.[131] Ya se puede imaginar la reacción de Hitler.[132] Goebbels escribía en su diario: «Polonia aún plantea grandes dificultades. Los polacos son y seguirán siendo por naturaleza enemigos nuestros, aunque nos hayan hecho algún servicio en el pasado por conveniencia propia».[133] Beck confirmó la actitud inquebrantable de los polacos al embajador alemán en Varsovia la noche del 28 de marzo: si Alemania intentaba utilizar la fuerza para modificar la condición de Danzig, habría guerra».[134]

Por otra parte, el 27 de marzo, Chamberlain, advertido de que podría ser inminente un ataque alemán a Polonia, explicó al gabinete británico que el estaba dispuesto a ofrecer a Polonia garantías unilaterales para fortalecer la resolución polaca y disuadir a Hitler.[135] La política que se había desarrollado desde la invasión de Checoslovaquia quedaba expuesta en la declaración de Chamberlain a la Cámara de los Comunes del 31 de marzo de 1939: «En caso de cualquier actuación que pusiese en peligro claramente la independencia polaca, y a la que el gobierno polaco considerase, por ello, vital oponerse con sus fuerzas nacionales, el gobierno de Su Majestad se sentiría obligado inmediatamente a prestar al gobierno polaco todo el apoyo de que dispusiese».[136]

Después de la visita de Beck a Londres entre el 4 y el 6 de abril, Chamberlain anunció a la Cámara de los Comunes que Gran Bretaña y Polonia habían acordado firmar un pacto de ayuda mutua en el caso de

un ataque «por parte de una potencia europea».[137]

Cuando Hitler se enteró de la garantía inglesa del 31 de marzo, tuvo un ataque de cólera. Dio un puñetazo en la mesa de mármol de su estudio de la Cancillería del Reich. «Voy a destilar para ellos una poción diabólica», bramó.[138]

Había sucedido exactamente lo que él había querido evitar. Había esperado que la presión actuara sobre los polacos con la misma facilidad con que lo había hecho con los checos y los eslovacos. Había supuesto que los polacos recapacitarían a su debido tiempo y cederían Danzig y concederían las rutas extraterritoriales a través del Pasillo. Él había dado por supuesto que Polonia se convertiría entonces en un satélite alemán, un aliado en cualquier ataque posterior a la Unión Soviética. Y había querido mantener Polonia fuera de las garras de Inglaterra. Ahora todo eso quedaba desbaratado. Habría que tomar Danzig por la fuerza. Los ingleses habían frustrado sus planes y los polacos le habían menospreciado. Les daría una lección.[139]

O eso pensaba. En realidad el exceso de confianza de Hitler, su impaciencia y su interpretación errónea de los efectos de la agresión alemana contra Checoslovaquia habían dado lugar a un error de cálculo fatídico.

Al día siguiente, 1 de abril, Hitler habló en Wilhelmshaven después de asistir a la botadura del Tirpitz (el segundo nuevo acorazado moderno, después del Bismarck, que se pretendía que fuese la punta de lanza del reto de Alemania a la marina inglesa durante los próximos cinco años),[140] y aprovechó la oportunidad para atacar lo que afirmó que era una «política de cerco» de Inglaterra y para lanzar amenazas apenas veladas tanto contra Polonia como contra Inglaterra. Resumió su brutal filosofía en sola frase breve: «Quien no tiene poder pierde el derecho a la vida».[141]

A finales de marzo Hitler había indicado a Brauchitsch, jefe del ejército, que utilizaría la fuerza contra Polonia si fallaba la diplomacia. Las diversas divisiones de las fuerzas armadas empezaron a preparar inmediatamente borradores de sus propios planes operativos. Estos borradores se presentaron a Hitler en la inmensa «letra del Führer», para que los pudiera leer sin gafas. El añadió un preámbulo en que trataba de

los objetivos políticos. El 3 de abril estaba lista la directriz para el «Caso Blanco» (Fall Weiss).[142] Se emitió ocho días después.[143] Su primera sección, escrita por el propio Hitler, empezaba: «Las relaciones alemanas con Polonia siguen basándose en el principio de evitar conflictos. Pero si Polonia modificase su política hacia Alemania, política que se ha basado hasta ahora en los mismos principios que los nuestros, y adoptase una actitud amenazadora hacia Alemania, podría resultar necesario buscar una solución definitiva a pesar del tratado que hay en vigor entre los dos países. El objetivo será entonces destruir la fuerza militar polaca y crear en el este una situación que satisfaga las exigencias de la defensa nacional. Se proclamará parte del Reich el Estado Libre de Danzig al iniciarse las hostilidades. Los dirigentes políticos deben considerar que su tarea es en ese caso aislar a Polonia si es posible, es decir, limitar la guerra sólo a Polonia».[144] La Wehrmacht tenía que estar preparada para iniciar el «Caso Blanco» en cualquier momento a partir del 1 de septiembre de 1939.[145]

Sólo tinos cuantos meses antes, los jefes del ejército habían estado divididos respecto a la conveniencia de atacar Checoslovaquia. Ahora no había signo de vacilación. Los objetivos de la próxima campaña para aplastar Polonia los perfiló en unos quince días el jefe del alto estado mayor, Halder, ante los generales y oficiales del alto Estado Mayor. Las esperanzas de la oposición de organizar un golpe contra Hitler el otoño anterior, cuando la crisis de los Sudetes se acercaba a su desenlace, se habían centrado en Halder. Él había estado dispuesto por entonces a organizar el asesinato de Hitler.[146] Y ahora ese mismo Halder se recreaba patentemente con la perspectiva de una victoria rápida y fácil sobre los polacos y preveía un posterior conflicto con la Unión Soviética o con las potencias occidentales. Les dijo a los oficiales superiores que «gracias a la política extraordinaria y podríamos decir que instintivamente segura del Führer», se había modificado básicamente la situación militar en el centro de Europa. En consecuencia, se había modificado también significativamente la posición de Polonia. Halder dijo que estaba seguro de que decía lo que pensaban muchos de sus oyentes al comentar que con el fin de las «relaciones amistosas» con Polonia «se había caído una piedra del corazón». Polonia debía de

incluirse ya entre los enemigos de Alemania. El resto de la alocución de Halder trataba de la necesidad de destruir Polonia «a una velocidad récord» (einen Rekord an Schnelligkeit). La garantía británica no impediría que sucediese eso. No estimaba gran cosa la capacidad de lucha del ejército polaco.[147] No constituía un «adversario serio». Describió con cierto detalle el curso que seguiría el ataque alemán, admitiendo la cooperación con las SS y la ocupación del país por las formaciones paramilitares del partido. El objetivo, repitió, era garantizar «que Polonia fuese no sólo derrotada sino liquidada lo más rápido posible», interviniesen o no en Occidente Inglaterra y Francia (lo que en realidad consideraba improbable). El ataque tenía que ser «aplastante» (zermalmend). Terminaba oteando más allá del conflicto polaco: «Tenemos que acabar con Polonia en tres semanas, y si es posible en una quincena. Luego dependerá de los rusos el que el frente oriental se convierta o no en el destino de Europa. En cualquier caso, un ejército victorioso, impregnado del espíritu de las gigantescas victorias obtenidas, estará dispuesto a enfrentarse al bolchevismo o […] a lanzarse contra Occidente…».[148]

Sobre Polonia no había divergencias entre Hitler y su Jefe del alto Estado Mayor. Los dos querían aplastarla a una velocidad meteórica, a ser posible en una campaña aislada pero, si no había más remedio, incluso con intervención occidental (aunque ambos consideraban esto más improbable que probable). Y los dos oteaban más allá de Polonia hacia una ampliación del conflicto, hacia el este o el oeste, en algún momento. Hitler podía estar satisfecho. No tenía por qué esperar que sus jefes militares le planteasen problemas esta vez.

Estaban ya trazados los contornos para la crisis del verano de 1939. No terminaría con el pretendido conflicto limitado para destruir Polonia, sino con las grandes potencias europeas enzarzadas en otra guerra continental. Esto fue consecuencia, en primer término, del error de cálculo en que había incurrido Hitler aquella primavera. Pero, como indicaba el discurso de Halder a los generales, el error de cálculo no había sido sólo de Hitler.

5

JUGÁNDOSE EL TODO POR EL TODO

La solución al problema de cómo debe resolverse la cuestión de «Danzig y el Pasillo» sigue siendo la misma entre el público en general: ¿Incorporación al Reich? Sí. ¿A través de una guerra? No.

OPINIÓN RECOGIDA EN UNA POBLACIÓN DE LA ALTA FRANCONIA, 31 DE JULIO DE 1939.

Cuando se inicia y desencadena una guerra lo que importa no es tener la razón sino conseguir la victoria.

HITLER A SUS JEFES MILITARES, 22 DE AGOSTO DE 1939.

Yo, en mi vida, siempre me he jugado el todo por el todo.

HITLER A GÖRING, 29 DE AGOSTO DE 1939.

Goebbels había organizado un asombroso espectáculo de culto al Führer para el 20 de abril de 1939, que era el día que cumplía Hitler los cincuenta años. Los lujosos despliegues de lisonjas y de adulación superaron los de todos los «cumpleaños del Führer» de años anteriores. Las celebraciones se iniciaron ya la tarde del 19. A la noche, Hitler fue conducido, con cincuenta limusinas como escolta, por los atestados siete kilómetros del «Eje Este-Oeste», recién inaugurado, iluminado por llameantes antorchas y adornado con cientos de estandartes. Ese iba a ser el principal bulevar de la nueva capital del imperio nazi que se proyectaba, «Germania». Después de que Speer declarase abierta al público la nueva carretera, Hitler había regresado a la cancillería del Reich y había presenciado desde el balcón cómo delegaciones del partido de todos los Gaue serpenteaban a la luz de las antorchas recorriendo su camino entre la inmensa multitud vitoreante que llenaba Wilhelmsplatz. A medianoche le felicitaron todos los miembros de su séquito personal, empezando por las secretarias. Speer, firmemente asentado en la condición de favorito de la corte, regaló a un encantado Hitler un modelo de cuatro metros del gigantesco arco de triunfo que coronaría el Berlín reconstruido. El capitán Hans Bauer, piloto de Hitler, le regaló un modelo de cuatrimotor Focke-Wulf 200 «Condor», que se estaba construyendo para servir en el verano como la «máquina del Führer». Sobre las largas mesas del salón donde Bismarck había presidido el Congreso de Berlín de 1878 estaban expuestos en una hilera tras otra, el resto de los regalos: estatuas de desnudos en mármol blanco, piezas fundidas en bronce, porcelana de Meissen, cuadros al óleo (algunos valiosos, había un Lenbach e incluso un Tiziano, pero sobre todo los lienzos insulsos característicos de la Casa del Arte Alemán de Munich), tapices, monedas raras, armas antiguas y numerosos regalos más, muchos de ellos bastante kitsch, como los almohadones bordados con emblemas nazis o con «Heil mein Führer». Hitler admiró algunos, se rió de otros e hizo caso omiso

de la mayoría.[1]

El elemento básico del cumpleaños mismo era una exhibición gigantesca del poder y la fuerza del Tercer Reich, concebida como un medio de mostrar a las potencias occidentales que se enfrentaría a ellas si ponían obstáculos a la nueva Alemania. Los embajadores de Inglaterra, Francia y Estados Unidos, llamados por sus gobiernos respectivos después de la invasión de Checoslovaquia, estaban ausentes. Los polacos no habían enviado ninguna delegación.[2] El desfile por el «Eje Este-Oeste» comenzó a las once y duró casi cinco horas. Las secretarias de Hitler regresaron a la Cancillería del Reich agotadas por aquel espectáculo «terriblemente largo»; pero el Führer nunca se cansaba de ser el centro de atracción en los despliegues propagandísticos, por mucho tiempo que tuviese que pasar con el brazo levantado.[3] Se filmó todo el desfile en 10.000 metros de película. La imagen de Hitler el «estadista genial» tenía que complementarse ya con el retrato del «caudillo militar futuro, inspeccionando sus fuerzas armadas».[4]

«Se agasaja al Führer como no se ha agasajado nunca a ningún otro mortal», decía efusivamente Goebbels.[5] El discípulo que más le adoraba no era en modo alguno un juez racional. Pero, aunque toda la celebración hubiese estado minuciosamente preparada, no se podía negar que Hitler era verdaderamente popular entre las masas, que había muchos que le deificaban. Se mantenían aún relativamente inmunes a la adulación a Hitler los miembros de lo que habían sido antes de 1933 las subculturas socialista y comunista, agriamente antinazis, a pesar del terror y de la propaganda. Había también muchos católicos relativamente inmunes al atractivo del nazismo, y, en menor medida, feligreses protestantes a los que la «lucha de la Iglesia» había distanciado de él (aunque en general se echase la culpa a sus subordinados, especialmente a Rosenberg y a Goebbels). Los intelectuales podían desdeñar a Hitler, los conservadores anticuados de clase alta quejarse de la ordinariez de los nazis y aquellos a los que aún les quedaban

restos de los valores liberales y humanitarios estaban sobrecogidos por la brutalidad del régimen, plenamente demostrada durante la «Noche de los Cristales Rotos». Aun así, Hitler era sin duda el jefe de gobierno más popular de Europa. Los dirigentes socialdemócratas exiliados, analizando el culto al Führer tal como se reflejaba en la plétora de cartas, poemas y otras devotalia enviados por ciudadanos ordinarios y publicados en periódicos alemanes con motivo del quincuagésimo cumpleaños de Hitler, confesaban que el fenómeno no podía explicarse sólo por la propaganda. Hitler, un dirigente nacional surgido de las capas bajas de la sociedad, había conjurado una cierta «fe ingenua» enraizada en largas tradiciones de caudillaje «heroico». El terror impuesto en el interior y la presteza con que las potencias occidentales habían entregado a Hitler un triunfo tras otro en el exterior habían minado el escepticismo de muchos indecisos. El resultado era que estaba muy extendida la fe en el Führer, aunque había mucho miedo a la guerra.[6] «Un gran hombre, un genio, una persona enviada por el cielo», era la impresión ingenua de una muchacha de diecisiete años.[7] Y eran muchos los que pensaban eso.

Pese a las críticas que la gente ordinaria pudiese hacer de la vida cotidiana en el Tercer Reich, de sus aspectos irritantes y vejatorios, el culto edificado en torno al Führer era una enorme fuerza integradora. La realidad diaria del régimen nazi generaba mucho antagonismo. Las grandiosas construcciones del partido, erigidas con enormes costes, ofendían mucho a una población obrera de las grandes ciudades muy presionada y con viviendas precarias. Continuaban amontonándose criticas y más críticas por la corrupción visible, los lujos escandalosos y la arrogancia de los funcionarios del partido. Y aunque la «lucha de la Iglesia» se había apagado un tanto, en comparación con la intensidad que había llegado a alcanzar en los años 1936 y 1937, el conflicto de desgaste entre fanáticos anticlericales y la población cristiana practicante seguía dando origen a repetidas fricciones.[8] Pero los «éxitos» de Hitler aportaban un contrapeso: eran una

serie de «triunfos» que se presentaban como los de un caudillo nacional (y no como los del jefe de un partido), por lo que casi todos los alemanes podían enorgullecerse de ellos. «He acabado con el caos de Alemania—proclamaba Hitler en su discurso al Reichstag el 28 de abril—restaurado el orden, aumentado enormemente la producción en todos los sectores de muestra economía nacional». Su letanía de lo que se presentaba como logros personales suyos continuaba así: «He conseguido reincorporar del todo a la producción útil a los siete [!] millones de parados que tan caros eran a todos nuestros corazones, mantener al campesino alemán en sus tierras pese a todas las dificultades y salvarlas para él, al conseguir un nuevo florecer del comercio alemán, y mejorar espectacularmente el transporte. No sólo he unido políticamente al pueblo alemán sino que lo he rearmado militarmente, y he intentado además romper una página tras otra de aquel Tratado, que contenía en sus 448 artículos las violaciones más ruines que hayan podido imponerse a las naciones y a los seres humanos. He devuelto al Reich las provincias que nos robaron en 1919. He conducido de vuelta a la patria a los millones de alemanes que se sentían profundamente desdichados porque habían sido arrancados de nuestro lado. He renovado la unidad histórica milenaria del espacio vital alemán y he procurado hacer todo esto sin derramamiento de sangre y sin infligir ni a mi pueblo ni a otros los sufrimientos de la guerra. He logrado esto con mis propias fuerzas, siendo como soy alguien que hace veintiún anos era un trabajador y un soldado anónimo del pueblo».[9]

A la gente le inquietaba el que todo aquello pudiese durar poco. Pero, de todos modos, resultaba casi increíble el contraste con los tiempos sombríos de depresión económica y humillación nacional. Lo que se había conseguido parecía pasmoso. La mayoría de la gente no quería que se pusiese en peligro por un conflicto externo. A los que no cavilaban mucho sobre las causas y las consecuencias, les parecía que era todo obra de un hombre sólo. Para ese hombre, lo que se había conseguido hasta

entonces no era más que una preparación para lo que había de venir.

Mientras transcurrían una primavera y un verano que habrían de ser los últimos del periodo de paz, los subordinados de Hitler veían claramente los problemas internos y su repercusión en grandes sectores de la población. El SD había hablado de un «estado de ánimo próximo a la desesperación absoluta» entre los campesinos a finales de 1938, debido a la «huida de la tierra» y la enorme escasez de mano de obra subsiguiente. La sensación de estar aplastado, afirmaba el SD, se reflejaba en parte en resignación y en parte en rebeldía directa contra los dirigentes de los campesinos.[10] En los primeros meses de 1939, se decía que el estado de ánimo de los campesinos había empeorado aún más.[11] Se informaba de que en Baviera había alcanzado el «punto de ebullición» (Siedehitze).[12] El SD llegaba a la conclusión de que la «batalla de la producción» había dejado atrás ya su punto de máxima expansión y estaba entrando en la fase de contracción, con predominio de la agricultura extensiva y el peligro que eso entrañaba para la «esencia völkisch».[13] En realidad, toda la expansión económica había alcanzado ya sus límites, según el SD. Si aumentaba la presión sobre la mano de obra lo único que se lograría sería que el rendimiento y la producción disminuyesen.[14]

A principios de 1939[15] se informaba de «descontento y agitación crecientes» como consecuencia de las condiciones de vivienda, trabajo y vida entre la clase obrera de una de las regiones más industrializadas, la del Ruhr. En verano, informes de la misma zona indicaban un crecimiento acelerado de los casos de enfermedad entre trabajadores industriales de las fábricas de armamento y de las minas de carbón… sólo se pueden aventurar conjeturas en cuanto a si, como aseguraban algunos, se debía a «falta de disciplina» o, más probablemente, a que se les obligaba a trabajar demasiado en realidad o a una combinación de ambas cosas.[16] Por entonces, la situación

laboral se describía como «catastrófica».[17] Pero era la apatía hosca, no la rebeldía, lo que caracterizaba a una mano de obra agotada por exigencias de producción excesivas.[18] De cualquier modo, aunque la clase obrera industrial estuviese neutralizada políticamente, su capacidad productiva había alcanzado su punto máximo a todos los efectos. Esto por sí solo constituía una amenaza evidente para los preparativos a largo plazo para la guerra que pudieran hacerse.

Hitler no mostraba ningún interés por los pormenores y detalles de los problemas económicos que llegaban de todas las partes del Reich. Era sensible, como lo había sido a mediados de la década de 1930, a la influencia que podía tener aquello sobre el estado de ánimo, negándose en 1938 a considerar subidas del precio de los alimentos.[19] Pero estaba cada vez más preocupado por la política exterior. Los asuntos internos se dejaban mayoritariamente a un lado. No se tomaban decisiones, se posponían o se descuidaban muchos asuntos; era difícil acceder a Hitler. Hasta Lammers que, al no haber ya reuniones del gabinete, era el único vínculo con los diversos ministros del gobierno, se había visto obligado a rogar al ayudante principal del Führer, Wilhelm Brückner, el 21 de octubre de 1938 que le consiguiera una breve audiencia con Hitler para analizar asuntos urgentes, ya que, debido a las exigencias de la política exterior, no había conseguido más que una breve entrevista con él desde el 4 de septiembre.[20] Los informes de los «Fiduciarios del Trabajo» (Treuhänder der Arbeit) se habían pasado normalmente a Lammers y se habían presentado en muchas ocasiones directamente a Hitler en 1937. Pero en 1938-39, cuando se agudizó la crisis laboral, el Führer fue informado verbalmente del contenido, destacándose la gravedad de los crecientes problemas laborales, sólo en una ocasión (en la reunión con Lammers de principios de septiembre de 1938) y la mayoría de los informes, considerados sumamente repetitivos, ni siquiera llegaban ya por entonces a Lammers.[21]

Por lo que se refiere a la agricultura, era más notorio aún el

desinterés de Hitler. Se negaba simplemente a acceder a las repetidas peticiones de audiencia de Darré y no respondía al bombardeo de la Cancillería del Reich con memorandos sobre lo crítico de la situación procedentes del Ministerio de Agricultura. Hasta octubre de 1940 no se pudo convencer a Hitler para que hablase de la honda preocupación de la comunidad campesina por la falta de trabajadores. Contestó que sus necesidades estarían cubiertas después de la guerra.[22]

Se manifestaba en esto un rasgo clave del pensamiento de Hitler: la guerra como panacea. Fuesen cuales fuesen los problemas, se resolverían (y sólo podrían resolverse) a través de la guerra. Hitler estaba atento, sin duda, a los peligros de un desplome de su popularidad y la probable crisis interna que se produciría entonces.[23] Los temores a una repetición de 1918 nunca llegaban a desaparecer del todo.[24] Parecía percibir incluso que hasta su inmensa popularidad tenía cimientos poco firmes. «Desde que empecé a actuar en política, y sobre todo desde que dirijo el Reich—dijo a su audiencia de directores de periódicos en noviembre de 1938—no he tenido más que éxitos. […] ¿Qué sucedería entonces si experimentásemos alguna vez el fracaso? También podría suceder eso, caballeros».[25] Pero estaba hablando en este caso para los «estratos intelectuales», hacia los que de todos modos solo sentía desprecio. Si tenía algún conocimiento de los informes sobre el pesimismo que imperaba entre los trabajadores industriales y los campesinos, ello no debía de hacer más que confirmar su idea de que había tenido razón todo el tiempo: sólo la guerra y la expansión podían proporcionar la solución de los problemas de Alemania.

Es dudoso, en realidad, el que hubiese llegado a creer en las informaciones sobre un desánimo generalizado, incluso en el caso de que las leyese. Tres años antes, más o menos, incluso, cuando su ayudante de aquel periodo, Fritz Wiedemann, había intentado resumir el contenido de los informes de opiniones negativas, Hitler se había negado a escuchar, gritando: «El estado de ánimo de la gente no es malo, sino bueno. Yo eso lo se

mejor que nadie. Se hace malo precisamente por esos informes. Prohíbo esas cosas en el futuro».[26] El día que se invadiese Polonia les diría a los miembros del Reichstag: «Que nadie me diga que en su Gau o en su región o en su sección local (Gruppe) o en su célula podría haber desánimo en determinado momento. Los responsables del estado de ánimo de la gente sois vosotros».[27] En abril de 1939 consideró que lo que verdaderamente indicaba el estado de ánimo del pueblo era la adulación de las multitudes en las celebraciones de su quincuagésimo cumpleaños, que, según decía, le habían dado nuevas fuerzas.[28] Después de un triunfo espectacular tras otro, su fe en sí mismo se había expandido por entonces hasta la megalomanía plena. Se comparaba a menudo con Napoleón, Bismarck y otros grandes personajes históricos, incluso entre sus imitados en el Berghof.[29] Los programas de reconstrucción que ocupaban continuamente su pensamiento los concebía como su monumento perdurable, como un testamento de grandeza similar a las construcciones de los faraones o de los césares.[30] Estaba convencido de que tenía un destino ante sí. Esa mentalidad dejaba poco espacio para las preocupaciones e inquietudes diarias de la gente normal. Y sucedía lo mismo en gran medida cuando Schacht o Göring llamaban su atención sobre el deterioro de la situación económica. Aquellos problemas eran, en su opinión, una molestia pasajera sin trascendencia, comparados con la grandeza de su visión y con la magnitud de la lucha que había de llegar. El estaba convencido de que la economía convencional (aunque tuviese un conocimiento limitado de ella) nunca resolvería los problemas. Unicamente la espada, tal como venía defendiendo él desde la década de 1920, aportaría la solución: la conquista del «espacio vital» necesario para la supervivencia. Las tierras del este proveerían un día a Alemania. Entonces no habría ya problemas económicos. Las oportunidades estaban aguardando, pero había que aprovecharlas sin demora. Sus enemigos (lo había dicho después de Munich) eran insignificantes, pero estaban

acumulando fuerzas. No había tiempo que perder.

Era una mentalidad extraña. Pero en el verano de 1939, esa mentalidad estaba conduciendo a Alemania hacia una guerra europea. Hitler había estado empujando hacia ella claramente a lo largo de toda su trayectoria. Habían sido el revanchismo y el revisionismo los que le habían proporcionado su plataforma. Los mandarines del Ministerio de Asuntos Exteriores, los capitanes de la industria y sobre todo los jefes de las fuerzas armadas habían hecho todo lo posible (por su propio interés) por «trabajar en la dirección del Führer» para destruir Versalles y Locarno, fomentar la expansión económica y edificar una maquinaria de guerra. Las potencias occidentales, debilitadas y divididas, habían cedido una vez tras otra. Habían proporcionado el telón de fondo internacional para la expansión del poder de Hitler, para los triunfos diplomáticos aclamados por millones. La exaltación de su prestigio había elevado, por otra parte, a Hitler a una posición en la que inspiraba respeto y sobrecogimiento incluso a los que formaban parte de su entorno inmediato. El culto al Führer le alejaba cada vez más de la crítica, minaba a la oposición, fortalecía extraordinariamente su posición contra los que habían hecho todo lo posible por elevarle pero que se encontraban ahora con que se habían quedado atrás o marginados. Las elites de poder nacionalconservadoras habían ayudado a crear a Hitler. Pero ahora él se alzaba por encima de ellas.[31] Los importantes cambios de personal en la jefatura del ejército y en el Ministerio de Asuntos Exteriores en febrero de 1938, y los grandes triunfos en política exterior que siguieron, habían eliminado las últimas posibles influencias limitadoras. Rodeado de lacayos, marionetas y oportunistas, Hitler disponía por entonces de un poder absoluto. Podía decidir sobre la guerra y la paz.[32]

Capítulo I

Hitler hizo público el abrupto cambio en la política hacia Polonia y Gran Bretaña en su gran discurso al Reichstag del 28 de abril de 1939.

Este discurso, que duró dos horas y veinte minutos, había sido provocado por un mensaje enviado unos quince días antes por Roosevelt, el presidente de Estados Unidos.[33] Impulsado por la invasión de Checoslovaquia, y como respuesta directa al discurso agresivo que había pronunciado el dictador alemán el 1 de abril en Wilhelmshaven. Roosevelt había apelado a él para que le diera una garantía de que renunciaría a efectuar ataques como aquel en los veinticinco años siguientes a treinta países a los que nombraba y que eran principalmente europeos, pero entre los que se incluían también Irak, Arabia, Siria, Palestina, Egipto e Irán. Si se daba esa garantía, Estados Unidos, declaraba Roosevelt, haría todo lo posible en favor del desarme y el acceso equitativo a las materias primas en los mercados mundiales.[34] A Hitler le enfureció el telegrama. Además, el hecho de que se hubiese publicado en Washington antes de que se recibiera en Berlín se consideró un desaire. A Hitler le pareció además que tenía un tono arrogante.[35] Y el que se nombrasen los treinta países le permitió afirmar que se habían hecho investigaciones en cada uno de ellos y que ninguno se sentía amenazado por Alemania. Pero algunos, como Siria, no habían podido responder, alegaba, porque se hallaban privados de libertad y bajo el control militar de estados democráticos, mientras que la República de Irlanda lo que temía era la agresión de Inglaterra, no la de Alemania.[36] El que Roosevelt sacase a colación el tema del desarme (que tantos frutos le había rendido a Hitler unos años antes) le brindaba otro regalo propagandístico. Arremetió contra el presidente estadounidense «respondiendo» con mucho sarcasmo a su carta en veinte puntos, aclamados estruendosamente cada uno de ellos por los miembros del Reichstag, que rompían a reír además a carcajadas cuando se burlaba de él.[37]

Hitler regresó luego a la Cancillería del Reich bañado en sudor, listo para el baño caliente que le habían preparado.[38] Funcionarios del

Ministerio de Asuntos Exteriores pensaban que había «fustigado» (ausgekeilt) en todas direcciones, comentario que Hitler consideró un cumplido. Muchos oyentes alemanes de la transmisión lo consideraron uno de los mejores discursos que había pronunciado hasta entonces.[39] William Shirer, el periodista estadounidense destacado en Berlín, se sentía inclinado a ratificarlo: «Hitler ha sido hoy un actor soberbio», escribió.[40] La representación había estado dirigida principalmente al consumo interno. El mundo exterior (al menos aquellos países que creían que habían complacido a Hitler durante demasiado tiempo) estaban menos impresionados.

Antes del vodevil, Hitler había elegido la ocasión para rescindir el Pacto de No Agresión con Polonia y el Acuerdo Naval con Inglaterra. Las embajadas alemanas en Varsovia y Londres habían entregado memorandos informando de ello para que la comunicación coincidiese con el momento del discurso. Hitler, tras reiterar su admiración por el Imperio británico, su búsqueda de un entendimiento y que lo único que él pedía a Inglaterra era la devolución de las antiguas colonias alemanas, culpaba de la rescisión del acuerdo naval a la «política de cerco» que seguía Inglaterra.[41] En realidad estaba sirviendo a Los intereses de la marina alemana, que consideraba sus planes de construcción restringidos por el pacto y que llevaba un tiempo presionando para que Hitler lo rescindiera.[42] La intransigencia de los polacos en relación con Danzig y el Pasillo, su movilización de marzo (que era para Hitler una afrenta casi tan grande como la movilización checa del mayo anterior) y el que se alineasen con Inglaterra contra Alemania se alegaron como razones para rescindir el pacto polaco.[43] Unas razones que no se consideraron imperativas ni mucho menos fuera de Alemania.

Desde finales de marzo, en que los ingleses habían dado su garantía a Polonia, seguida poco después del anuncio de que iba a firmarse un tratado de ayuda mutua anglopolaco, Hitler había renunciado, en realidad, a insistir con los polacos. Las directrices militares de principios de abril reconocían esto.

El suponía que los polacos no iban a ceder a las exigencias alemanas sin combatir. Así que habría que combatir. Y que aplastarlos. Sólo faltaba decidir el momento y las condiciones.

Era seguro que la nueva actitud agresiva de Hitler hacia Polonia sería muy bien acogida por la jefatura del régimen, incluso entre los que se habían opuesto a las tácticas de alto riesgo en Checoslovaquia el verano anterior, y entre amplios sectores de la población alemana. El tradicional sentimiento antipolaco del Ministerio de Asuntos Exteriores quedó reflejado en la satisfacción con que Von Weizsäcker había transmitido a los polacos a principios de abril la noticia de que Alemania ponía fin a todas las negociaciones.[44]

También entre los militares imperaba el sentimiento antipolaco. Los jefes del ejército (incluso los que no hacían mucho caso a Hitler) estaban entusiasmados con la idea de una revisión de las fronteras en disputa con Polonia mientras que se habían mostrado fríos en el caso de Checoslovaquia. La tropa estaba deseando que le dieran rienda suelta con los polacos.[45] Los comandantes de las ramas de las fuerzas armadas estuvieron, además, más integrados desde el principio en la planificación militar en el caso de Polonia de lo que lo habían estado en las primeras etapas de la crisis de los Sudetes.[46] A pesar de la garantía inglesa, tenían más confianza que el año anterior en la capacidad de Hitler para asestar otro golpe más y tenían menos miedo a la intervención occidental.[47]

El 23 de mayo, en una reunión celebrada en su estudio de la nueva Cancillería del Reich, Hitler expuso sucintamente lo que pensaba sobre Polonia, y sobre temas estratégicos más amplios, a un pequeño grupo de altos mandos militares. Los puntos principales de su discurso los recogió por escrito su ayudante de la Wehrmacht el teniente coronel Rudolf Schmundt. Fue una alocución franca, aunque (según las notas tomadas) se mantuviese la ambigüedad en algunos puntos. No sólo planteaba la perspectiva de un ataque a Polonia sino que se dejaba claro también que el objetivo de mayor alcance era prepararse para un enfrentamiento inevitable con Inglaterra. A diferencia de la reunión del 5 de noviembre de 1937 sobre cuyo contenido había tomado notas Hossbach, no hay ningún indicio de que a los mandos militares les causase grave inquietud lo que oyeron. Como en la ocasión anterior, se había convocado la reunión para tratar de problemas relacionados con la asignación de materias primas, problemas debidos a la prioridad otorgada en enero al

Z-Plan de la marina.[48] Como entonces, Hitler no abordó esos pormenores, sino que se lanzó a hacer una valoración general de carácter estratégico, esta vez centrada en Polonia y en Occidente. Apenas se mencionó a otros países, incluida la Unión Soviética.

Hitler empezó destacando, significativamente (era un indicio además de que no le habían pasado desapercibidos los informes sobre las crecientes dificultades), que era necesario resolver los problemas económicos de Alemania. Su solución era la que llevaba quince años repitiendo, aunque en esta ocasión la expuso con mayor claridad que en su primer discurso a los jefes militares cuando había sido nombrado canciller, unos seis anos antes. «Esto no es posible sin "penetrar en" otros países o atacar las posesiones de otros», declaró sin rodeos. Luego continuó en una vena característica: «Es fundamental para toda potencia poseer espacio vital proporcional a la grandeza del estado. Se puede pasar sin él un tiempo, pero tarde o temprano habrá que resolver el problema sea como sea. Las alternativas son engrandecimiento o decadencia. En un plazo de quince o veinte años nos veremos obligados a buscar una solución. Ningún estadista alemán puede eludir más tiempo ese problema».

Luego pasó a Polonia. Los polacos estaban siempre del lado de los enemigos de Alemania. El Tratado de No Agresión no había modificado esto lo más mínimo. Expuso sus intenciones con una claridad brutal. «No es Danzig lo que está en juego. El problema que se nos plantea es el de expandir nuestro espacio vital en el este y garantizar suministros de alimentos, además de resolver la cuestión de los estados bálticos. Los suministros de alimentos sólo se pueden obtener de áreas escasamente pobladas. Independientemente de lo fértil que pueda ser la tierra, la producción se incrementará espectacularmente si la cultivan alemanes. No hay otras posibilidades visibles en Europa». Las colonias no eran solución, aseguró, ya que eran siempre vulnerables a un bloqueo marítimo. En caso de guerra con Occidente, los territorios del este podían proporcionar, sin embargo, alimentos y mano de obra.

Pasó luego de las consideraciones económicas a las estratégicas. El problema de Polonia no podía separarse del enfrentamiento con Occidente. Los polacos cederían a la presión rusa e intentarían

aprovechar cualquier enfrentamiento militar alemán con las potencias occidentales. De esto extraía la conclusión de que era necesario «atacar Polonia en la primera ocasión que se presentase. No podemos esperar una repetición de Czechia. Habrá guerra. Nuestra tarea es aislar a Polonia. Conseguir ese aislamiento será decisivo». Se reservaba, por tanto, la elección del momento del ataque. Había que evitar un conflicto simultáneo con Occidente. Pero si llegase a producirse (Hitler reveló aquí sus prioridades) «entonces la lucha debe ser primordialmente contra Inglaterra y Francia». Repitió (contradiciéndose directamente, si es que son veraces las notas de Schmundt) que el ataque a Polonia sólo tendría éxito si se mantenía al margen a Occidente, pero si eso resultaba imposible «es mejor caer sobre Occidente y liquidar Polonia al mismo tiempo».

En los comentarios de Hitler sobre la Unión Soviética había, por primera vez, una hostilidad más matizada. Las relaciones económicas sólo serían posibles, dijo, después de que mejoraran las relaciones políticas, lo que era una alusión indirecta a los comentarios que había hecho el nuevo ministro de asuntos exteriores soviético Molotov unos días antes.[49] No descartó, como había hecho anteriormente, esa mejora de relaciones. Sugirió incluso que a Rusia podía no importarle la destrucción de Polonia.

Su principal preocupación era el choque inminente con Occidente, especialmente con Gran Bretaña. Dudaba que fuese posible a largo plazo una coexistencia pacífica. Venía a decir (como le había dicho en privado a Goebbels anteriormente en ese mismo año) que era inevitable una lucha por la hegemonía. «Por tanto Inglaterra es nuestro enemigo y el enfrentamiento con Inglaterra es una cuestión de vida o muerte». Especuló sobre cómo sería el enfrentamiento… unas especulaciones no muy alejadas de lo que acabaría sucediendo al cabo de un año. Habría que invadir Holanda y Bélgica. No se haría caso de Jas declaraciones de neutralidad. Una vez que Francia fuese también derrotada (lo que no le parecía que plantease mucha dificultad), las bases de la costa oeste permitirían a la Luftwaffe y los submarinos efectuar el bloqueo que pondría a Inglaterra de rodillas. Sería una guerra total: «Así que debemos quemar las naves y no será ya una cuestión de bueno y malo sino de ser

o no ser para So millones de personas». Había que contar con una guerra de diez a quince años de duración. Había que prepararse, por tanto, para una guerra larga, aunque se hiciese todo lo posible para asestar un golpe decisivo por sorpresa al principio… lo que sólo sería factible si Alemania evitaba «deslizarse en» una guerra con Inglaterra como consecuencia de Polonia. Es evidente que Hitler estaba previendo también, al decir esto, la eliminación de Polonia antes de que se produjera ningún conflicto con Occidente.[50]

En el conflicto con Inglaterra lo decisivo (y aquí Hitler proporcionaba indirectamente la solución a la asignación de materias primas y demostraba al mismo tiempo que estratégicamente aún estaba encerrado en el pasado) no sería la potencia aérea sino la destrucción de la marina británica. Pero no se aclaraba cómo se conseguiría hacerlo exactamente. Había que organizar un equipo especial de operaciones especiales de las fuerzas armadas para que preparase el terreno con detalle y mantuviese informado a Hitler. «El objetivo es siempre poner a Inglaterra de rodillas», aseguró.

Sólo Göring respondió al final de este discurso, franco pero divaga torio. Quería, como es natural, oír cosas concretas sobre las prioridades en la asignación de materias primas y sobre el momento probable del conflicto con Occidente. Hitler contestó, vagamente, que serían los diversos sectores de las fuerzas armadas los que decidirían qué debía construirse. Pero en cuanto a las necesidades de la marina su posición era inflexible, como ya lo había indicado su comentario: «No se cambiará nada en el programa de construcción naval». Para alivio de los presentes, que lo consideraron indicativo de cuándo se produciría el conflicto previsto con Occidente, indicó que los programas de rearme tenían que tener como meta 1943-44, la misma escala temporal que había dado en noviembre de 1937. Pero nadie dudaba de que Hitler se proponía atacar Polonia ese misino año.[51]

Capítulo II

A lo largo de la primavera y el verano se hicieron frenéticos esfuerzos diplomáticos para intentar aislar a Polonia y disuadir a las potencias occidentales para que no se inmiscuyeran en lo que se concebía como un conflicto localizado. El día antes de que Hitler se dirigiese a sus mandos militares, Italia y Alemania habían firmado el llamado «Pacto de Acero», destinado a advertir a Inglaterra y Francia de que no debían respaldar a Polonia.[52] Los italianos se habían irritado por el hecho de que se les hubiese mantenido en la ignorancia respecto a la invasión de Checoslovaquia. «Hitler me manda un mensaje cuando ocupa un país», se había lamentado Mussolini.[53] Pero Ribbentrop había procurado limar asperezas. La anexión italiana de Albania a primeros de abril (en parte para demostrar a los alemanes que ellos también podían hacerlo) había sido aplaudida por Berlín. Los japoneses, a los que sólo les interesaba una alianza antisoviética y que deseaban evitar cualquier compromiso relacionado con Occidente, se negaron en redondo a aceptar el gran plan de Ribbentrop de establecer un pacto tripartito.[54] Pero el pomposo ministro de asuntos exteriores alemán (hasta Hitler lo calificaba de engreído) consiguió engañar a los italianos y hacerles firmar un pacto militar bilateral con el sobreentendido de que el Führer quería paz durante cinco años y esperaba que los polacos se avinieran pacíficamente a razones una vez que comprendieran que no iba a llegarles ninguna ayuda de Occidente.[55]

El gobierno alemán tuvo un éxito desigual en su intento de garantizar la ayuda o la neutralidad benevolente de una serie de países europeos más pequeños e impedir que acabaran cayendo en la órbita anglofrancesa. En Occidente se apoyó la neutralidad belga (pese a los planes de Hitler de no respetarla cuando le conviniese hacerlo) para evitar la proximidad inmediata de las potencias occidentales a los centros industriales de Alemania. Se había hecho todo lo posible en años anteriores para fomentar los vínculos comerciales con los países neutrales de Escandinavia con la finalidad de mantener, sobre todo, las importaciones vitales de mineral de hierro de Suecia y Noruega.[56] En el

Báltico, Letonia y Estonia firmaron pactos de no agresión. Sin embargo, en Europa central los esfuerzos diplomáticos habían tenido resultados dispares. Hungría, Yugoslavia y Turquía no parecían dispuestas a alinearse estrechamente con Berlín. No se pudo impedir que Turquía se alinease oficialmente con Inglaterra. Pero, hasta en ese caso, Turquía, que necesitaba mantener buenas relaciones con Alemania, estaba dispuesta a proporcionar los suministros vitales de cromo. Sin embargo, la penetración económica en los Balcanes había garantizado que afluirían de Yugoslavia cobre y otros minerales. Y una presión constante había convertido Rumania en un satélite económico, condición ratificada por un tratado a finales de marzo de 1939, tratado que venía a garantizar a Alemania un acceso decisivo al trigo y al petróleo rumanos en caso de que estallasen las hostilidades.[57]

El gran interrogante era la Unión Soviética. Podía ser el anticristo del régimen, pero la clave de la destrucción de Polonia estaba en sus manos. Si pudiese impedirse que la URSS se aliase con Occidente en el pacto tripartito por el que Inglaterra y Francia estaban trabajando sin mucho entusiasmo; mejor aún, si se pudiese conseguir lo inconcebible, un pacto entre la Unión Soviética y el propio Reich, Polonia quedaría absolutamente aislada, a merced de Alemania, las garantías anglofrancesas no servirían de nada e Inglaterra (el adversario principal) quedaría enormemente debilitada. Estas ideas empezaron a gestarse en el pensamiento del ministro de asuntos exteriores de Hitler en la primavera de 1939.[58] En las semanas siguientes fue Ribbentrop del lado alemán, más que un vacilante Hitler, quien tomó la iniciativa de intentar explorar todos Los indicios de que a los rusos pudiese interesarles un acercamiento… indicios que llevaban aflorando desde el mes de marzo.[59]

Dentro de la capa dirigente soviética, la arraigada creencia de que Occidente quería fomentar una agresión alemana en el este (es decir, contra la URSS), la certeza de que después de Munich no existía ya una seguridad colectiva, la necesidad de prevenir cualquier intento de agresión de los japoneses en el este y, sobre todo, la necesidad desesperada de ganar tiempo para reforzar las defensas para el ataque que se consideraba seguro que llegaría en un momento u otro,

empujaban (aunque durante un periodo de tiempo considerable sólo tímidamente) en la misma dirección.[60] Pero Stalin no quería cerrar ninguna puerta. No lo haría hasta agosto, en que se demostró que no era posible un pacto con las renuentes potencias de Occidente.[61]

Ribbentrop, según contaría más tarde, había considerado un indicio de que podría haber una posibilidad: el discurso de Stalin en el Congreso del Partido Comunista el 10 de marzo. En él, había atacado la política de apaciguamiento de Occidente por considerar que fomentaba la agresión alemana contra la Unión Soviética, y había proclamado que no estaba dispuesto a «sacarles las castañas del fuego» a las potencias capitalistas. Ribbentrop mostró el discurso a Hitler y le pidió autorización para comprobar qué era lo que quería Stalin. Hitler no se decidía. Quería esperar acontecimientos.[62] Pero Ribbentrop efectuó cautos sondeos. La reacción extraoficial fue alentadora. Ribbentrop pensó, sin embargo, que Hitler lo desaprobaría y no lo sometió a su consideración.[63] Aun así, a mediados de abril el embajador soviético aseguraba a Weizsäcker que las discrepancias ideológicas no debían impedir unas mejores relaciones.[64] No hubo todavía respuesta de Hitler. Seguía sin estar convencido cuando Gustav Hilger, un diplomático que llevaba mucho tiempo en la embajada alemana de Moscú, fue conducido al Berghof para explicar que el cese del ministro de asuntos exteriores soviético, Maxim Litvinov (que había estado vinculado al mantenimiento de lazos estrechos con Occidente, en parte durante un periodo en que fue embajador soviético en Estados Unidos, y que era además judío) y su sustitución por Vyacheslav Molotov, mano derecha de Stalin, tenía que considerarse una señal de que el dictador soviético estaba buscando un acuerdo con Alemania.[65]

Fue de nuevo a Ribbentrop a quien estimuló la sugerencia.[66] El embajador alemán en Moscú, el conde Friedrich Werner von der Schulenburg, le comunicó, más o menos por entonces, que la Unión Soviética estaba interesada en un reacercamiento a Alemania.[67] Ribbentrop olfateó una operación que podría cambiar espectacularmente las tornas respecto a Inglaterra, el país que había osado desdeñarle… una operación que le proporcionaría además gloria y el favor del Führer y un puesto en la historia como el arquitecto del triunfo de Alemania. Hitler, por su parte, pensaba que los problemas económicos rusos y la

oportunidad que había visto «el zorro astuto» de Stalin de eliminar cualquier amenaza de Polonia a las fronteras occidentales de la

Unión Soviética eran los verdaderos motivos de la apertura hacia Alemania. Y lo que a él le interesaba era aislar a Polonia y disuadir a Inglaterra.[68]

Ribbentrop pudo ya convencer a Hitler para que accediese a las peticiones soviéticas de que se reanudasen las negociaciones comerciales que se habían roto en el lebrero anterior.[69] Sin embargo Molotov explicó a Schulenburg que para poder reanudar las conversaciones había que encontrar una «basa política». No dejó claro en qué pensaba exactamente.[70] Hitler vertió de nuevo agua fría sobre la avidez de Ribbentrop por reanudar las conversaciones políticas. Weizsäcker opinaba que la idea del ministro de asuntos exteriores de ofrecer una mediación en el conflicto soviético con el Japón e insinuar una partición de Polonia sería rechazada «con carcajadas de risa tártara».[71] Los profundos recelos que existían por ambas partes hicieron que las relaciones volvieran a enfriarse durante el mes de junio. Molotov continuó contestando con evasivas y sin cerrar ninguna puerta. Sólo se mantuvieron activas, sin mucho entusiasmo, conversaciones sobre cuestiones económicas. Pero a finales de junio, Hitler, irritado por los problemas planteados por los soviéticos en las conversaciones de índole económica, mandó poner fin a todas las negociaciones.[72] Esta vez tomaron la iniciativa los soviéticos. Al cabo de tres semanas hicieron saber que se podían reanudar las negociaciones comerciales y que las perspectivas de un acuerdo económico eran favorables.[73] Esta era la señal que había estado esperando Berlín. Schulenburg recibió orden en Moscú de «coger otra vez los hilos».[74]

Cuatro días después, el especialista en Rusia de Ribbentrop en la sección de comercio del Ministerio de Asuntos Exteriores, Karl Schnurre, invitó al encargado de negocios soviético, Georgei Atakhov, y al representante comercial Evengy Babarin a cenar en Berlín. Siguiendo órdenes detalladas del propio ministro de asuntos exteriores, indicó que el acuerdo comercial podía ir acompañado de un entendimiento político entre Alemania y la Unión Soviética que tuviese en cuenta sus mutuos intereses territoriales. La respuesta fue alentadora.[75] Al cabo de tres

días Ribbentrop daba instrucciones a Schulenburg para que le presentase los mismos puntos directamente a Molotov. Schnurre escribió personalmente a Schulenburg: «Políticamente, se está abordando aquí el problema de Rusia con extrema urgencia». Decía que estaba en contacto diario con Ribbentrop, que mantenía a su vez un contacto constante con el Führer. Ribbentrop quería conseguir un avance decisivo en la cuestión rusa para desbaratar las conversaciones anglosoviéticas, pero también para propiciar un entendimiento con Alemania. «De ahí la urgencia con que le enviamos las últimas instrucciones».[76] Molotov se mostró evasivo y un tanto negativo cuando se reunió con Schulenburg el 3 de agosto. Pero dos días después Astakhov hacía saber a Ribbentrop, a través de sus contactos extraoficiales con Schnurre, que el gobierno soviético estaba seriamente interesado en la «mejora de las relaciones mutuas» y dispuesto a considerar negociaciones políticas.[77]

Hacia finales de julio, Hitler, Ribbentrop y Weizsäcker habían elaborado la base de un acuerdo con la Unión Soviética que entrañaba la partición de Polonia y de los estados bálticos.[78] Se dejaron caer indicaciones de esa propuesta durante la reunión de Molotov con Schulenburg el 5 de agosto.[79] Pero Stalin no tenía ninguna urgencia. Y se había enterado ya por entonces de lo que pretendían los alemanes, y de cuándo tenían previsto aproximadamente llevar a cabo la operación prevista contra los polacos.[80] Hitler, sin embargo, no tenía tiempo que perder. No podía aplazarse el ataque a Polonia. Las lluvias del otoño, le explicó al conde Ciano a mediados de agosto, convertirían carreteras y caminos en un barrizal y Polonia en «una ciénaga inmensa […] completamente inadecuada para cualquier operación militar». El ataque tenía que producirse a finales de mes.[81]

Capítulo III

Mientras tanto, Hitler bacía todo lo posible por ocultar lo que tenía pensado al pueblo alemán y al mundo exterior. Había dicho a la agencia de prensa del NSDAP a mediados de julio que publicase las fechas de la «Concentración Nacional de la Paz» del partido. Iba a ser más larga que nunca y estaba previsto que se celebrase en Nuremberg del 2 al 1 1 de septiembre de 1939. Se anunciaba también que Hitler asistiría a un acto multitudinario, al que se esperaba que asistiesen unas 100.000 personas, que tendría lugar el 27 de agosto y en el que se celebraría el vigésimo quinto aniversario de la Batalla de Tannenberg.[82] Por entonces hacía ya varias semanas que existían planes militares detallados para iniciar el ataque que debía destruir Polonia no más tarde del 1 de septiembre.[83]

Curiosamente, durante la mayor parte de los tres meses de aquel verano lleno de dramatismo, en que Europa se hallaba al borde de la guerra, Hitler estuvo prácticamente ausente de Berlín, la sede del gobierno. Como siempre, mucho de ese tiempo, el que no estuvo en su refugio alpino encima de Berchtesgaden, lo pasó viajando por Alemania. A principios de junio visitó el lugar donde se estaba construyendo la fábrica Volkswagen de Fallersleben, donde había colocado la primera piedra aproximadamente un año antes. De allí se fue a Viena, a la «Semana de Teatro del Reich», en la que asistió al estreno de Friedenstag de Richard Strauss, y obsequió a sus ayudantes con relatos de sus visitas al teatro y a la ópera allí treinta años atrás y les aleccionó sobre los esplendores de la arquitectura vienesa. Antes de irse, visitó la tumba de su sobrina, Geli Raubal (que se había pegado un tiro en circunstancias misteriosas en su piso de Munich en 1931). Voló luego hasta Linz, donde criticó las nuevas viviendas para obreros porque carecían de los balcones que a él le parecía imprescindible que tuviesen todos los pisos. De allí fue en coche hasta Berchtesgaden vía Lambach, Hafed y Fischlham, lugares relacionados con su infancia y donde había asistido a la escuela por primera vez.[84]

A principios de julio, estaba en Rechlin, Mecklenburg, inspeccionando nuevos prototipos de aviones, entre los que se incluía el He 176, el primer avión propulsado por cohetes, con una velocidad de casi mil kilómetros por hora. Siempre que se mostraba particularmente interesado por algo, Göring le decía que se haría todo lo posible por

garantizar que estuviese listo pronto para el uso. Nadie se atrevía a explicar que se utilizaría en el futuro lejano.[85]

Luego, a mitad de mes, Hitler asistió en Munich a un acontecimiento extraordinario de cuatro días de duración, «la Exposición de Arte Alemán 1939», que culminó en un gran desfile con enormes carrozas y atuendos extravagantes de tiempos antiguos para ilustrar los dos mil años de cultura alemana.[86] Menos de una semana después, hizo su visita habitual al festival de Bayreuth. En Haus Wahnfried, en el anexo que la familia Wagner había reservado para que lo usara él, Hitler se sentía tranquilo y a gusto. Allí era «Tío Wolf», que era como le llamaban los Wagner desde sus primeros tiempos en la política. Mientras estaba en Bayreuth, un poco cohibido con su esmoquin blanco, asistió a representaciones de El holandés errante, Tristán e Isolda, La Walkiria y El crepúsculo de los dioses, saludando como siempre al publicó desde la ventana del primer piso.[87]

Hubo también un segundo encuentro (tras el del año anterior en Linz) con su amigo de la juventud August Kubizek. Hablaron de los viejos tiempos de Linz y de Viena, cuando iban juntos a las óperas de Wagner. Kubizek pidió tímidamente a Hitler que le firmase docenas de autógrafos para llevárselos a sus amistades. Hitler accedió a hacerlo. El sobrecogido Kubizek, funcionario arquetípico de la administración local de un pueblecito soñoliento, fue pasando cuidadosamente el secante por cada firma. Salieron a dar un paseo y rememoraron el pasado en la creciente oscuridad junto a la tumba de Wagner. Luego Hitler llevó a Kubizek a hacer un recorrido de Haus Wahnfried. Kubizek recordó a su antiguo amigo el episodio del Rienzi de Linz de tantos años atrás. (La obra primeriza de Wagner, basada en la historia de un «tribuno del pueblo» de la Roma del siglo XIV, había emocionado tanto a Hitler que después de la representación, muy de noche ya, había arrastrado a su amigo hasta la cima del Freinberg, una colina próxima, de los arrabales de Linz y le había aleccionado sobre el significado de lo que habían visto). Hitler contó luego la historia a Winifried Wagner y la concluyó diciendo, con mucho más patetismo que veracidad: «Así fue como empezó todo». Es probable que Hitler se creyese su propio mito. Kubizek ciertamente se lo creyó. Emotivo e impresionable como había sido

siempre, y convertido ya en una victima convencida del culto al Führer, se fue con lágrimas en los ojos. Poco después, oyó las aclamaciones de la multitud que despedía a Hitler.[88]

Hitler pasó la mayor parte del mes de agosto en el Berghof. La vida cotidiana se atenía a las pautas habituales, salvo cuando tenía que recibir visitas importantes. La rutina establecida era más flexible que la de Berlín, pero sus rituales eran igual de tediosos y repetitivos. Comidas prolongadas a mediodía, dominadas por la voz de Hitler, la llegada de los informes de prensa (que estaban escritos con la letra grande de la «máquina del Führer», y que exigían habitualmente la colaboración del personal en la búsqueda de sus galas de lectura, que no estaban nunca en su sitio porque se negaba a que le viesen en público con ellas puestas), paseos cuesta abajo hasta la Casa de Té por la tarde para tomar té o café con pastas (lo que daba pie de nuevo para más monólogos sobre sus temas favoritos) y un tentempié al final del día seguido de una película y más charla a última hora de la noche para los que no podían escapar. Magda Goebbels le explicó a Ciano lo mucho que se aburría. «¡Siempre es Hitler el que habla! —recordaba que le decía—. Puede ser todo lo Führer que quiera, pero no hace más que repetirse y aburre a sus invitados».[89]

Aunque menos que en Berlín, se observaban aún formalismos rigurosos. Había una atmósfera cargada, sobre todo en presencia de Hitler. Sólo Gretl, la hermana de Eva Braun, la alegraba un poco, fumando incluso (que estaba muy mal visto), coqueteando con los ordenanzas y siempre decidida a burlarse de cualquier influjo deprimente que pudiese ejercer el Führer. Los escasos rasgos de humor que por lo demás afloraban solían ser de dudoso gusto en un medio predominantemente masculino, donde las mujeres presentes, incluida Eva Braun, servían principalmente de decoración. Pero el tono era, en general, de corrección extrema, con mucho besado de manos y mucho Gnädige Frau.[90] A pesar de que los nazis se burlaban tanto de la burguesía, la vida en el Berghof estaba impregnada de las formas y modales profundamente burgueses del dictador arriviste.

La prolongada ausencia de Hitler de Berlín mientras la paz en Europa pendía de un hilo ejemplifica hasta qué punto había llegado la

desintegración de cualquier semblanza de gobierno central convencional. Pocos eran los ministros a los que se permitía ver a Hitler. Había disminuido incluso el número de los pocos privilegiados habituales. Goebbels, el hombre más odiado de Alemania según Rosenberg (que, como autoproclamado «especialista» ideológico del partido, era también muy detestado por sus ataques radicales a las iglesias cristianas y había razones para considerarle un buen juez), aún no había recuperado el favor de Hitler, que había perdido por su aventura con Lida Baarova.[91] Göring no había recuperado el terreno perdido desde Munich.[92] Speer disfrutaba de la condición especial de favorito. Pasaba gran parte del verano en el Berchtesgaden,[93] pero casi siempre estaba satisfaciendo la pasión de Hitler por la arquitectura, no discutiendo pormenores de la política exterior. Los «asesores» de Hitler sobre el único tema de verdadera importancia, la cuestión de la guerra y la paz, habían quedado ya reducidos a Ribbentrop, aún más belicista si cabe que el verano anterior, y a los jefes militares. En las cuestiones cruciales de política exterior tenía todo el terreno prácticamente sólo para él, salvo cuando le representaba el jefe de su equipo personal, Walther Hewel, mucho más estimado por el dictador y por todos los demás que el vanidoso ministro de asuntos exteriores. El segundo al mando del Ministerio, Weizsäcker, que era quien se ponía al timón cuando su jefe se ausentaba de Berlín, decía que no había visto a Hitler, ni siquiera de lejos, desde mayo a mediados de agosto. Weizsäcker añadía que era difícil de entender desde Berlín qué era lo que estaba haciendo en el Obersalzberg.[94]

La personalización del gobierno en las manos de un hombre (que equivalía en este caso a concentración del poder para decidir sobre la guerra o la paz) estaba prácticamente completada.

Capítulo IV

Danzig, que era supuestamente el problema que estaba arrastrando a Europa a la guerra, no era en realidad más que un peón de la partida alemana que se estaba jugando desde Berchtesgaden. El Gauleiter Albert Forster (un antiguo empleado de banco de Franconia de treinta y siete años que había aprendido algunas de sus primeras primeras lecciones políticas con Julius Streicher y había sido jefe del NSDAP en Danzig desde 1930) había recibido en una serie de ocasiones a lo largo del verano instrucciones detalladas de Hitler sobre lo que debía hacer para mantener la tensión sin que llegara a estallar. Como en el caso de los Sudetes el año anterior, era importante no forzar las cosas demasiado pronto.[95] Había que sintonizar exactamente los acontecimientos locales con el programa decidido por Hitler. Había que manufacturar incidentes que se pudiesen mostrar a la población del Reich y al mundo exterior como ejemplos de las presuntas injusticias perpetradas por los polacos contra los alemanes en Danzig. Los casos de maltrato (la mayoría amañados, algunos auténticos) de la minoría alemana en otras partes de Polonia proporcionaban también alimento regular para una campaña propagandística organizada que, de nuevo de forma análoga a la utilizada con los checos en 1938, llevaba clamando en grandes titulares desde mayo contra las iniquidades de los polacos.

La propaganda tuvo sus efectos, desde luego. El miedo a la guerra con las potencias occidentales, aunque generalizado aún entre la población alemana, rio era ni mucho menos tan intenso (al menos hasta agosto) como lo había sido durante la crisis de los Sudetes. La gente razonaba, con cierta justificación (y respaldada por la prensa alemana), que pese a las garantías ofrecidas a Polonia, no era probable que Occidente luchase por Danzig después de haber cedido en los Sudetes.[96] Muchos pensaban que Hitler había conseguido hasta entonces salirse con la suya sin derramamiento de sangre y que volvería a hacerlo en este caso.[97] Algunos tenían una fe ingenua en él. Una muchacha de diecisiete años recordaba mucho después lo que habían sentido ellas y sus amistades: «Se propagaban continuamente rumores de una guerra inminente pero no nos preocupaban demasiado. Estábamos convencidos de que Hitler era un hombre de paz y que haría todo cuanto pudiese por arreglar las cosas pacíficamente».[98] Pero el miedo a la guerra era, sin

embargo, algo omnipresente. Lo que mejor resumía el sentimiento más general tal vez fuese el informe de una población de la Alta Franconia de finales de julio de 1939: «La solución al problema de cómo debe resolverse la cuestión de «Danzig y el Pasillo» sigue siendo la misma entre el público en general: ¿Incorporación al Reich? Sí. ¿A través de una guerra? No».[99]

Pero la angustia por la posibilidad de una guerra generalizada por Danzig no significaba que hubiese oposición a una operación militar contra Polonia… siempre que se pudiese mantener al margen a Occidente. Fomentar el odio a los polacos mediante la propaganda era un trabajo muy fácil. «Puede incitarse al pueblo mucho más deprisa contra los polacos que contra ningún otro pueblo vecino», comentaba el Sopade, la organización socialdemócrata exiliada. Muchos pensaban que «a los polacos les estaría bien que les diesen un repaso».[100] Otros informes de los observadores del Sopade, de cuya actitud antinazi no podemos dudar, destacan los efectos que estaba teniendo la propaganda incluso entre los que eran hostiles al régimen. Los sentimientos antipolacos se estaban agudizando intensamente. «Una operación contra Polonia sería aplaudida por una mayoría abrumadora del pueblo alemán —decía un informe—. Los polacos son enormemente odiados entre las masas por lo que hicieron al final de la guerra».[101] «Si Hitler ataca a los polacos, tendrá el apoyo de la mayoría de la población», comentaba otro.[102] También en Danzig, donde era especialmente intenso el miedo a una guerra, como es natural, los informes diarios sobre el «terror polaco» estaban creando un antagonismo entre los que nunca habían «odiado a los polacos». Se decía, sobre todo, que un Danzig polaco no lo quería nadie, lítese cual fuese su posición política; la convicción de que Danzig era alemán era universal.[103]

El asunto que los nazis de Danzig explotaron para elevar la tensión fue la supervisión de la oficina de aduanas por inspectores de aduanas polacos. Estos habían abusado realmente de su posición, favoreciendo un mayor control polaco de la navegación. Pero no había habido ningún conflicto grave y podía haberse solucionado todo sin problema de una forma amistosa, o podría haberse llegado a un modus vivendi, si la intención hubiese sido esa. Pero en realidad los funcionarios de aduanas

estaban sometidos cada vez más a violentos ataques.[104] Esto producía el efecto deseado de mantener la tensión al borde del estallido en la Ciudad Libre. Cuando se informó a los inspectores de aduanas el 4 de agosto (en lo que resultó ser una iniciativa de un funcionario alemán excesivamente riguroso) de que no se les permitiría realizar sus deberes y reaccionaron amenazando con impedir que llegasen productos alimenticios al puerto, la crisis local amenazó con estallar, y con hacerlo demasiado pronto. Los alemanes dieron marcha atrás a regañadientes… tal como explicaba la prensa internacional.[105] Forster fue llamado a Berchtesgaden el 7 de agosto y regresó para proclamar que había llegado ya al límite la paciencia del Führer con los polacos, que probablemente estuviesen actuando presionados por Londres y París.[106]

Esta argumentación fue transmitida por Forster a Carl Burckhardt, alto comisario de la Liga de las Naciones en Danzig. Hitler, que no veía modo de poder mantener a Occidente fuera de su guerra con Polonia, estaba dispuesto a utilizar como intermediario al representante de la detestada Liga de Naciones.[107] El 10 de agosto, durante una cena en honor del representante adjunto de Polonia en Danzig, Tadeusz Perkowski, que cesaba en su cargo. Burckhardt recibió una llamada telefónica. Era el Gauleiter Forster para decirle que Hitler quería verle en el Obersalzberg al día siguiente a las cuatro de la tarde y que enviaba su avión personal, que estaría listo para despegar con él a la mañana siguiente temprano.[108] Tras un viaje en el que un eufórico Albert Forster le obsequió con historias de peleas de cervecería con los comunistas durante la «época de lucha», Burckhardt aterrizó en Salzburgo y, después de un refrigerio rápido, le subieron en coche por la carretera en espiral de más alla del propio Berghof hasta el «Nido del Aguila» (Adlerhorst), la espectacular «Casa de Té» recientemente construida en las vertiginosas alturas de las cumbres.[109]

A Hitler no le gustaba el «Nido del Aguila» y raras veces subía hasta allí. Se quejaba de que había un aire demasiado enrarecido a aquella altura y que no le iba bien a su presión sanguínea.[110] Le preocupaba la posibilidad de un accidente en las carreteras que había construido Bormann por aquella empinada ladera arriba y de que se produjese un fallo en el ascensor que tenía que trasladar a sus pasajeros desde el

inmenso vestíbulo de paredes de mármol excavado en la roca hasta la cumbre de la montaña, que quedaba a más de quince metros por encima.[111] Pero se trataba de una visita importante. Hitler quería impresionar a Burckhardt con la vista espectacular que se divisaba por encima de las cumbres, que conjuraba la imagen de majestad distante del dictador de Alemania como señor de todo lo que se divisaba.[112]

La imagen arrogante había quedado un tanto empañada poco después de que llegara Burckhardt, cuando uno de los miembros del servicio se las había arreglado para dejar caer un pesado sillón sobre un pie de Hitler, que se había puesto a dar saltos de dolor.[113] Pero se recuperó enseguida y pasó a pulsar todas las cuerdas para convencer a Burckhardt (y a través de él a las potencias occidentales) de lo modestas y razonables que eran sus peticiones sobre Polonia y de lo inútil del apoyo occidental. Era un intento calculado de mantener a Occidente al margen del conflicto inminente. Su voz se elevaba de pronto en un crescendo de cólera, se desplomaba en una tristeza y una resignación fingidas en el instante siguiente. Las amenazas dejaban paso, incluso en esta etapa, a esperanzas de un acuerdo con Inglaterra. Casi mudo de cólera, atacó a la prensa por sugerir que se había acobardado y había dado marcha atrás en la cuestión de los aduaneros polacos. Elevando la voz casi hasta el grito, lanzó su respuesta al ultimátum polaco: si llegaba a producirse el más leve incidente, aplastaría a los polacos sin previo aviso de tal modo que no quedaría ni rastro de Polonia. Si eso significaba guerra general, que lo significase. El no lucharía como Guillermo II, coartado por su conciencia, sino implacablemente, hasta el amargo final. Vertió como siempre un raudal de datos y cifras para demostrar la superioridad de Alemania en armamento. Podía defender el frente occidental, gracias a las fortificaciones que había construido, con 74 divisiones. El resto de sus fuerzas se lanzarían sobre Polonia, que quedaría liquidada en tres semanas. Lo único que él quería era tierra en el este para alimentar a Alemania y una colonia nada más, para madera. El comercio internacional no ofrecía ninguna base segura. Alemania tenía que vivir de sus propios recursos. Esa era la única cuestión; el resto eran tonterías. Insistió más de una vez en que no quería nada de Occidente, que lo fínico que exigía era manos libres en el este. Dijo que estaba dispuesto a

negociar, pero no si le insultaban y le lanzaban ultimátums. Acusó a Inglaterra y a Francia de interferir en las propuestas razonables que él había hecho a los polacos. Ahora los polacos habían adoptado una posición que bloqueaba definitivamente cualquier acuerdo. Sus generales, vacilantes un año atrás, estaban ahora deseosos de que les dejaran lanzarse contra los polacos.

Hitler llevó a Burckhardt fuera, a la terraza. Había tenido demasiada agitación, confesó. Necesitaba la paz y la tranquilidad que hallaba allí. Burckhardt le encareció que eso era algo que dependía de él más que de ninguna otra persona. Hitler contestó, bajando la voz, que no era así. Si él supiese que Inglaterra y Francia estaban incitando a Polonia a la guerra, él la preferiría «este año que al que viene». Pero se acercaba ya al objeto de la visita de Burckhardt. Si los polacos estaban dispuestos a dejar Danzig en paz, él podría esperar. Estaba dispuesto a firmar un pacto con Gran Bretaña, garantizando las posesiones inglesas. Para él, repitió, era una cuestión de trigo y madera. Estaba dispuesto a negociar sobre esos temas. «Pero si me injurian y me ridiculizan como en mayo pasado, será ya otro asunto. Hablo muy en serio. Si se produce el más leve incidente en Danzig o con nuestras minorías pegaré duro». Pasando de nuevo de las amenazas a un aparente razonamiento, comentó que debería acudir a Berlín[114] un enviado inglés que hablase alemán, a ser posible el general Ironside, alto, apuesto y deslumbrante, pero con «más apariencia y músculos que cerebro».

Gomo estaba previsto, Burckhardt transmitió rápidamente el meollo de sus charlas con Hitler a los gobiernos británico y francés.[115] El dictador le había parecido a Burckhardt mucho más viejo que la última vez que le había visto, dos años atrás, según explicó a sus contactos ingleses y franceses, y le había dado la sensación en la entrevista de estar nervioso e incluso preocupado.[116] «Hitler parecía indeciso, bastante preocupado, bastante envejecido», fue el lacónico comentario de sir Alexander Cadogan, que dirigía el Ministerio de Asuntos Exteriores.[117] La única conclusión que se extrajo del informe de Burckhardt fue la de urgir modelación a los polacos.[118]

Mientras Hitler y Burckhardt estaban reunidos en el «Nido del Águila» en el Kehlstein, estaba celebrándose otra reunión a sólo unos

cuantos kilómetros de distancia, en la esplendorosa residencia recién adquirida por Ribbentrop, que dominaba el lago de Fuschl, cerca de Salzburgo. El conde Ciano, resplandeciente en su uniforme, estaba oyendo explicar al ministro de asuntos exteriores alemán, que vestía, para sorpresa de sus visitantes, ropa civil informal, que los italianos habían estado engañados durante varios meses respecto a las intenciones de Hitler. La atmósfera era gélida. Ribbentrop le explicó a Ciano que la «destrucción implacable de Polonia por Alemania» era inevitable. El conflicto no se convertiría en un conflicto generalizado. Si Inglaterra y Francia intervenían estaban condenadas a la derrota. Pero la información de la que disponía «y sobre todo su conocimiento psicológico» de Inglaterra, insistió, le hacían descartar cualquier intervención. A Ciano, Ribbentrop le pareció irracional y obstinado. No servía de nada discutir con él. Eludió todas las peticiones de detalles sobre los planes de Alemania diciendo que «todas las decisiones están aún encerradas en el pecho impenetrable del Führer». La cena transcurrió en silencio. Ciano se fue después de diez horas de conversaciones, muy deprimido, seguro de que «se propone provocar el conflicto y se opondrá a cualquier iniciativa que pudiese tener como consecuencia una resolución pacífica de la crisis actual».[119] Ciano añadió en su diario: «La decisión de luchar es implacable. El [Ribbentrop] rechaza cualquier solución que pudiese satisfacer a Alemania y evitar la guerra».[120]

Esta impresión de Ciano se reforzó cuando vio a Hitler en el Berghof al día siguiente. Entre las razones alegadas para explicar la necesidad de actuar, la mayoría de las cuales eran una repetición de las que había alegado Ribbentrop, Hitler reveló de nuevo hasta qué punto le afectaban las cuestiones de prestigio. Afirmó que Alemania, siendo como era una gran nación, no podía tolerar las provocaciones constantes de Polonia «sin perder prestigio». El estaba convencido de que se trataría de un conflicto localizado, que Inglaterra y Francia, por mucho ruido que anduviesen haciendo, no irían a la guerra. Sería necesario combatir un día contra las potencias occidentales. Pero consideraba «imposible que esa lucha pueda comenzar ahora».[121] Ciano escribió que se dio cuenta inmediatamente de «que ya no hay nada que hacer. Ha decidido atacar y

atacará».[122]

Llegaron noticias importantes para Hitler precisamente cuando estaba comunicando al decepcionado Ciano su decisión de atacar Polonia a finales de agosto lo más tarde: los rusos estaban dispuestos a iniciar conversaciones en Moscú, incluyendo en ellas la situación de Polonia. Fue Ribbentrop el que recibió exultante la noticia por teléfono en el Berghof. Llamó a Hitler, que hubo de interrumpir su entrevista con Ciano, a la que volvió entusiasmado para informar del acontecimiento.[123] Ya estaba despejado el camino.

Parece que la idea fue en principio enviar a Moscú a dirigir las conversaciones a Hans Frank, el principal especialista en temas jurídicos de los nazis, que había participado en 1936 en las conversaciones de las que había surgido el Eje.[124] Pero el 14 de agosto Hitler había decidido enviar a Ribbentrop.[125] Durante los días siguientes se desplegó todo un torbellino de actividades diplomáticas en el que Ribbentrop presionaba con la máxima urgencia para llegar lo antes posible a un acuerdo, mientras Molotov recurría astutamente a rodeos y evasivas, hasta que se hizo evidente que la misión anglo-francesa no tenía ya interés para los soviéticos.[126] Se acordó el texto de un tratado comercial por el que se intercambiarían anualmente productos manufacturados alemanes por valor de 200 millones de Reich Marks por una cuantía equivalente de materias primas soviéticas.[127] Finalmente, a última hora del día 19 de agosto, el teletipo comunicó a Hitler y a Ribbentrop, que esperaban ansiosos en el Berghof, la noticia que querían: Stalin estaba dispuesto a firmar sin demora un pacto de no agresión.[128]

Lo único que planteaba problemas graves era la fecha propuesta para la visita de Ribbentrop (el 26 de agosto). Era el día elegido para invadir Polonia.[129] Hitler no podía esperar tanto. El 20 de agosto decidió intervenir personalmente. Envió un mensaje telegráfico a Stalin, a través de la embajada alemana en Moscú, solicitando que se recibiera a Ribbentrop, provisto de plenos poderes para firmar un pacto, el 22 o el 23.[130] La intervención de Hitler cambió las cosas, pero Stalin y Molotov le hicieron sudar una vez más. En el Berghof había una tensión casi insoportable. El mensaje no llegó hasta más de veinticuatro horas después, a última hora del día 21 de agosto. Stalin había accedido. Se

esperaba a Ribbentrop en Moscú en el plazo de dos días, el 23 de agosto. Hitler se dio una palmada en la rodilla encantado. Se pidió champán para todos… aunque Hitler no lo probó siquiera. «Esto les pondrá en un brete», proclamó, refiriéndose a las potencias occidentales.[131]

La noticia, que se comunicó poco antes de medianoche, fue como una bomba. La mayoría de los ciudadanos alemanes, después de que se repusieron de la sorpresa, sintieron simplemente una sensación de alivio. El entendimiento con los insólitos nuevos amigos del este había eliminado el peligro de cerco en una guerra en dos frentes.[132] Los jefes del ejército de más edad, formados en la tradición de la Reichswehr de Seeckt de buenas relaciones con Rusia, sintieron lo mismo. La mayoría supuso que Polonia no se atrevería ya a luchar, y que se resolvería el conflicto de un modo muy parecido a la crisis de los Sudetes del año anterior.[133] Pero las reacciones eran dispares, incluso entre la jefatura nazi. «Estamos otra vez encima. Ahora podemos dormir más tranquilos», escribía Goebbels, encantado.[134] «La cuestión del bolchevismo es por el momento de importancia secundaria—añadía luego, diciendo que era también la opinión del Führer—. Estamos apurados y comeremos ahora como las moscas del diablo».[135]

En el caso del viejo antibolchevique recalcitrante Alfred Rosenberg, que era del Báltico y había conocido por experiencia personal las condiciones que existían en la época de la Revolución Rusa, la reacción fue naturalmente distinta. «Una pérdida moral de respeto si tenemos en cuenta nuestros veinte años ya de larga lucha», fue como describió el pacto. De todos modos, estaba dispuesto a atribuir a la necesidad el giro de ciento ochenta grados de Hitler, un cambio radical insólito, y echaba la culpa a Ribbentrop, que consideraba que ocupaba el puesto de ministro de asuntos exteriores que debía ocupar él, de destruir toda esperanza de la deseada alianza con Inglaterra.[136] La actitud de Rosenberg, decepcionado por el pacto pero dispuesto como siempre a depositar su confianza en el juicio del Führer, era sin duda la de la mayoría de los «viejos combatientes» del partido.[137] A un buen número de hombres de la SA, veteranos de muchas luchas callejeras con los comunistas, les parecía todavía peor el cambio espectacular de dirección. Se oyeron voces que decían que debía retirarse Mein Kampf de las

librerías porque Hitler estaba haciendo lo contrario de lo que había escrito en él.[138] Heinrich Hoffmann, según su propia versión posterior, le expuso a Hitler las reacciones de los fieles del partido. «Los miembros de mi partido me conocen y confían en mí; saben que yo nunca me apartaré de mis principios básicos y comprenderán que el objetivo final de esta última jugada es eliminar el peligro oriental», se dice que contestó Hitler. Pero a la mañana siguiente el jardín de la Casa Parda estaba al parecer cubierto de insignias arrojadas allí por miembros del partido desilusionados.[139]

En el extranjero, comentaba Goebbels, la noticia del inminente pacto de no agresión era «la gran sensación mundial».[140] Pero la reacción no fue la que habían esperado Hitler y Ribbentrop. La actitud fatalista de los polacos fue que el pacto no cambiaría nada.[141] En París, donde la noticia del pacto germanosoviético resultaba un golpe especialmente duro, el ministro de asuntos exteriores francés, George Bonnet, temiendo un acuerdo germano-soviético contra Polonia, consideró si no sería mejor presionar ahora a los polacos para que llegaran a un entendimiento con Hitler para ganar el tiempo suficiente para que Financia pudiese preparar sus defensas.[142] Pero finalmente, después de dos días de vacilación, el gobierno francés ratificó que Francia cumpliría con las obligaciones asumidas.[143] El gabinete británico, que se reunió la tarde del 22 de agosto, no se conmovió por la espectacular noticia, aunque miembros del parlamento formulasen preguntas inquisitivas sobre aquel fallo de los servicios de espionaje ingleses. El ministro de asuntos exteriores desdeñó fría, aunque absurdamente, el pacto diciendo que quizás no tuviese demasiada importancia.[144] Se remitieron instrucciones a las embajadas de que se mantenían inalterables los compromisos de Inglaterra con Polonia. Se aprobó la propuesta de sir Nevile Henderson de enviar una carta personal del primer ministro a Hitler, advirtiéndole que Inglaterra cumpliría sus obligaciones con Polonia.[145]

Mientras tanto Hitler, de excelente humor por su último triunfo, se dispuso a dirigirse a todos los jefes de las fuerzas armadas la mañana del 22 de agosto para explicarles sus planes sobre Polonia. La reunión, que se celebró en el Berghof, había sido convocada antes de que hubiese

llegado la noticia de Moscú.[146] El propósito de Hitler era convencer a los generales de que había que invadir Polonia sin dilación.[147] El golpe diplomático, que era por entonces del dominio público, tuvo que fortalecer sin duda su fe en sí mismo. Desde luego, debilitó cualquier posible crítica de su público.

Los generales llegaran principalmente en avión, aterrizando en Salzburgo, en Munich o en un pequeño aeródromo próximo a Berchtesgaden, desde donde fueron luego conducidos en coche hasta el Obersalzberg a lo largo de la mañana.[148] Vestían de paisano para no llamar demasiado la atención… un objetivo al que no colaboró mucho Göring, al aparecer con un exótico atuendo de cazador.[149] El general Liebman se había encontrado con Von Papen en el camino, al pasar por Salzburgo. Papen le contó que había hablado con Hitler la noche anterior y que le había advertido de que no debía arriesgarse a una guerra contra Inglaterra, en la que las posibilidades de ganar serían de menos de un 50 por 100. Tenía la sensación de que sus argumentos no le habían hecho ninguna mella.[150] Al mediodía, cuando Hitler inició su alocución, había unos cincuenta oficiales (incluidos los ayudantes del Führer) en el gran salón del Berghof.[151] Estaba también presente Ribbentrop.[152] Los generales estaban sentados en hileras de sillas. Hitler, apoyado en el gran piano, habló sin mirar apenas las escasas notas que tenía en la mano izquierda.[153] No se levantó acta. Se dijo explícitamente a los presentes que no tomasen nota de lo que se decía.[154] Algunos de ellos, entre los que se incluía el almirante Canaris, jefe del Abwehr, no hicieron caso y anotaron subrepticiamente los puntos principales. Otros, entre los que figuraba el jefe del Estado Mayor, comandante general Halder, y el almirante general Boehm, consideraron lo que habían oído tan importante que hicieron un resumen rápido de todo lo ocurrido a última hora del día.[155]

«Pata mí estaba claro que tenía que producirse tarde o temprano un conflicto con Polonia—empezó Hitler—. Había tomado ya mi decisión en primavera, pero pensaba que iría primero contra Occidente en el plazo de unos cuantos años y que hasta después de eso no lo haría contra el este». Las circunstancias le habían hecho pensar de otro modo, continuó. Señaló en primer lugar la importancia que tenía en la situación su propia

persona, y afirmó, sin concesión alguna a la falsa modestia: «Todo depende básicamente de mí. de mi existencia, debido a mis dotes políticas. Y también del hecho de que probablemente nadie volverá a tener jamás la confianza de todo el pueblo alemán como la tengo yo. Es probable que nunca vuelva a haber en el futuro un hombre con más autoridad de la que tengo yo. Así que mi existencia es un factor de gran valor. Pero puede eliminarme en cualquier momento un criminal o un loco». Destacó también el papel personal de Mussolini y Franco, mientras que Inglaterra y Francia carecían de una «personalidad sobresaliente». Hizo luego una breve alusión a los problemas económicos de Alemania como un motivo más para no demorar la operación. «Para nosotros es fácil tomar decisiones. No tenemos nada que perder; tenemos todo por ganar. Debido a las limitaciones (Einschränkungen) a las que estamos sometidos nuestra situación económica es tal que sólo podremos aguantar unos cuantos años más. Göring puede confirmar esto. No tenemos otra elección. Debemos actuar». Repasó luego la constelación de fuerzas internacionales y llegó a la conclusión siguiente: «Todas estas circunstancias favorables no existirán ya en el plazo de dos o tres años. Nadie sabe cuánto tiempo más voy a vivir. Así que, es mejor que el conflicto sea ahora».

Continuó luego, ateniéndose a una línea característica. Era mejor probar las armas alemanas ya. La situación polaca se había hecho insoportable. No se podía dejar la iniciativa a otros. Se corría el peligro de perder prestigio. Lo más probable era que Occidente no interviniese. Había un riesgo, pero era tarea del político tanto como del general afrontar el peligro con una resolución férrea. El ya lo había hecho en el pasado, sobre todo en 1936, cuando la recuperación de la Renania, y siempre había acertado. Había que correr el riesgo. «Nos enfrentamos— aseguró con su dualismo apocalíptico habitual— con la dura alternativa de atacar o de aniquilación segura si no, tarde o temprano». Comparó la potencia relativa en armamento de Alemania y de las potencias occidentales. Llegó a la conclusión de que Inglaterra no estaba en condiciones de ayudar a Polonia. Ni estaba interesada tampoco en una guerra larga. Occidente había depositado sus esperanzas en la enemistad entre Alemania y Rusia. «El enemigo no tuvo en cuenta la gran fuerza de

mi resolución—se ufanó—. Nuestros enemigos son gente de poca monta (kleine Würmchen). Lo comprendí en Munich». El pacto con Rusia se firmaría dos días después. «Ahora Polonia está en la posición en la que la quiero». No tenía por qué haber ningún miedo a un bloqueo. El este proporcionaría el trigo, el ganado, el carbón, el plomo y el zinc que se necesitasen, Lo único que temía, dijo, en una alusión evidente a Munich, era «que en el último momento venga algún cerdo a presentarme un plan de mediación». Dando un atisbo de lo que tenía pensado para después de la destrucción de Polonia, añadió que el objetivo político iba más allá. «Se ha puesto en marcha la destrucción de la hegemonía inglesa. Abrirán el camino los soldados después de que yo haya hecho los preparativos políticos». Göring dio las gracias a Hitler, asegurándole que la Wehrmacht cumpliría con su deber y se interrumpió la reunión hacia la una y media para una comida ligera en la terraza.[156]

Después de la comida, Hitler habló de nuevo durante una hora, más o menos, explicando parcialmente los detalles operativos.[157] Sus comentarios más amplios iban dirigidos ya principalmente a estimular la moral de combate. El estilo y la dicción eran inimitables, los sentimientos de un socialdarwinismo brutal. Repitió que hacía falta una «resolución férrea». No se retrocedería «ante nada». Era un «lucha a vida o muerte». La destrucción de Polonia era lo prioritario, aunque llegase a estallar la guerra en Occidente, y había que llevarla a cabo con gran rapidez, debida a la época del año en que estaban. El objetivo era, aseguró, con cierta vaguedad, aunque con un tono de amenaza evidente, «eliminar las fuerzas activas (Beseitigung der lebendigen Kräfte), no el llegar a una línea determinada»[158] Se contaría con un pretexto propagandístico para iniciar la guerra, aunque fuese poco convincente. Concluyó con un resumen de su filosofía: «Al vencedor no le preguntarán después si dijo la verdad o no. Cuando se inicia y desencadena una guerra lo que importa no es tener la razón sino conseguir la victoria. Cerrad el corazón a la piedad. Actuad brutalmente. Hay ochenta millones de personas que deben conseguir lo que tienen derecho a tener. Hay que garantizar su existencia. El más fuerte tiene la razón. El más implacable».[159]

La reacción de los presentes no fue unánime. Unos tres meses

después, el general Liebmann, que no era ciertamente un admirador del Führer, recordaba sus propios sentimientos. Había escuchado algunos discursos eficaces de Hitler, escribía, pero este carecía completamente de objetividad y estaba plagado de ilusiones. «Su tono jactancioso y chillón era francamente repulsivo. Te daba la impresión de que quien hablaba era un hombre que había perdido del todo el sentido de la responsabilidad y toda idea clara de lo que significaba una guerra victoriosa, y que, con una desvergüenza inconcebible, estaba decidido a dar un salto hacia la oscuridad». Pensaba además que muchos que habían salido de allí con cara seria, o con expresiones lúgubres y sombrías, eran de la misma opinión que él.[160]

Probablemente fuese así. Pero aunque los generales no estuviesen entusiasmados por lo que había dicho Hitler, lo cierto es que no pusieron ninguna objeción. El talante era predominantemente fatalista, de resignación. Liebmann intentó después de la guerra resumir el efecto general que produjo el discurso. Los generales reunidos, comentaba, estaban seguros de que el cuadro no era tan de color rosa como Hitler lo describía. Pero consideraron que era ya demasiado tarde para poner objeciones, y se limitaron a albergar la esperanza de que todo saliera bien.[161] De todas formas, nadie habló contra Hitler.[162] Brauchitsch, que era quien tendría que haber replicado si hubiese tenido que hacerlo alguien, no dijo nada. Las objeciones que pudiera tener sólo se podrían haber hecho, en opinión de Liebmann, en representación de todos los generales. Es evidente que dudaba de que Brauchitsch pudiese haber hablado en nombre de todos. De todas maneras, él pensaba que esas objeciones habrían tenido que hacerse en primavera. En agosto era ya demasiado tarde. Liebmann añadía otro punto revelador. Para Hitler era sólo cuestión de una guerra contra Polonia. Y el ejército tenía ganas de eso.[163] No podría haber sido más evidente el desastroso desplome del poder del ejército que se había producido a partir de las primeras semanas de 1938. Su aún lamentado antiguo jefe, Werner von Fritsch, le había comentado a Ulrich von Hassell unos meses antes: «Este hombre [Hitler] es para bien o para mal el destino de Alemania. Si ese destino está ahora en el abismo, nos arrastrará a todos con él. No hay nada que hacer».[164] Era un indicio de la capitulación de la jefatura de la

Wehrmacht ante la voluntad de Hitler. Los propios comentarios de este después de la reunión indicaban que, en vísperas de la guerra, tenían poca confianza en sus generales y sentía mucho desprecio hacia ellos.[165]

Hacia el final de su discurso, Hitler se había interrumpido un momento para desear éxito a su ministro de asuntos exteriores en Moscú. Ribbentrop se iba en ese momento a coger el avión a Berlín. Desde allí, de noche ya, iría en el Condor particular de Hitler a Königsberg y, después de una noche de inquietud y de nervios preparando notas para las negociaciones, seguiría desde allí, a la mañana siguiente, hacia la capital rusa.[166] Hizo falta un segundo Condor por lo grande que era el séquito que le acompañaba, unas treinta personas, entre las que se incluía Heinrich Hoffmann, para garantizar que el momento histórico quedase captado en película y sin que ello fuese en menoscabo de los beneficios de su negocio familiar.[167] A las dos horas de aterrizar, Ribbentrop estaba en el Kremlin. Asistid. o por Schulenburg (el embajador alemán en Moscú), fue conducido a un largo salón donde, para su sorpresa, le aguardaban no sólo Molotov sino también el propio Stalin. Ribbentrop empezó exponiendo el deseo de Alemania de unas nuevas relaciones con la Unión Soviética que tuviesen una base duradera. Stalin contestó que aunque los dos países llevaban años «vertiendo cubos de basura» uno sobre otro, no había ningún obstáculo para poner fin al enfrentamiento. La conversación pasó en seguida a la determinación de esferas de influencia. Stalin planteó el derecho de la URSS a Finlandia, gran parte del territorio de los estados bálticos y Besarabia. Ribbentrop habló de Polonia, como estaba previsto, y de que era necesario trazar una línea de demarcación entre Alemania y la Unión Soviética. En esto se llegó en seguida a un acuerdo (pasaría a lo largo de los ríos Vístula, San y Bug). También fue rápido el proceso para llegar al pacto de no agresión. Los cambios territoriales que lo acompañarían, que repartirían Europa oriental entre Alemania y la Unión Soviética, se consignaron en un protocolo secreto. La única dilación se produjo cuando las reivindicaciones por parte de Stalin de los puertos letones de Liban (Lie-paja) y Windau (Ventspils) paralizaron el proceso un instante. Ribbentrop consideró que debía consultar.[168]

Hitler, que estaba esperando en el Berghof, había hecho ya telefonear a la embajada de Moscú para preguntar cómo iban las conversaciones.[169] Paseaba impaciente por la terraza mientras el cielo perfilaba la silueta del Unterberg en impresionantes tonos turquesa, luego violeta, luego rojo intenso. Below comentó que eso indicaba una guerra sangrienta. Si era así, contestó Hitler, cuanto antes mejor. Cuanto más tiempo pasase, más sangrienta sería.[170]

Al cabo de unos minutos hubo una llamada de Moscú. Ribbentrop aseguró a Hitler que las conversaciones estaban yendo bien, pero le preguntó sobre los puertos letones. Al cabo de media hora, Hitler había consultado un mapa y comunicado su respuesta por teléfono: «Sí, de acuerdo».[171] Quedaba eliminado el último obstáculo. Hubo una cena de celebración en el Kremlin, a ultima hora. El vodka y un chispeante vino de Crimea lubricaron un ambiente efervescente ya de autofelicitación mutua. Entre los brindis hubo uno por Hitler propuesto por Stalin.[172] Se habían redactado mientras tanto los textos del Pacto y del Protocolo. Aunque fechados el 23 de agosto, los fu marón por fin Ribbentrop y Molotov bastante después de medianoche.[173] Hitler y Goebbels habían estado medio viendo una película, demasiado nerviosos aún por lo que estaba pasando en Moscú para disfrutaría. Finalmente, hacia la una telefoneó de nuevo Ribbentrop: éxito rotundo. Hitler le felicitó.[174] «Caerá como una bomba», comentó.[175]

En realidad los efectos en el exterior quedaban un tanto amortiguados por el anuncio previo de que era inminente un acuerdo.[176] Aun así, las implicaciones eran evidentes. «Un día sombrío», comentaba sir Alexander Cadogan en el Ministerio de Asuntos Exteriores inglés.[177] Harold Nicolson, un crítico del gobierno de Chamberlain, estaba «estupefacto».[178] «Parece inevitable una partición de Polonia», comentaba un miembro del parlamento conservador, Chips Channon. «No puedo soportar la idea de que nuestro mundo se esté desmoronando».[179] «Todos están de acuerdo en que la guerra es algo inconcebible […] pero el abismo que separa los puntos de vista inglés y hitleriano es tan ancho que en realidad parece casi inevitable», comentaba Collin Brooks, un periodista con fuertes conexiones conservadoras, y añadía: «Los motores de la destrucción pueden llegar a

ser tantos y tan terribles que no volverá a haber ninguna guerra más en muchas generaciones».[180]

Mientras tanto la Comintern consolaba a los conmocionados miembros de los partidos comunistas que la constituían, explicando el Pacto como el único camino que le quedaba a la URSS, dada la política de apaciguamiento que seguían con Hitler las democracias occidentales. Se abogaba de nuevo por un frente popular contra la agresión hitleriana, lo que se acompañaba de la consideración ilusoria de que las posibilidades de impedir la guerra y de unir a los alemanes para derrocar a Hitler podrían haberse reforzado con el nuevo pacto.[181] La dirección exiliada del partido comunista alemán, por su parte, alineándose inmediata y predeciblemente con Moscú, aclamó el pacto como «un acto victorioso de paz por parte de la Unión Soviética», que contribuía a distender la situación internacional.[182]

La cálida bienvenida que Hitler dispensó a Ribbentrop cuando regresó a Berlín al día siguiente reflejaba alivio además de satisfacción.[183] Mientras su ministro de asuntos exteriores estaba en Moscú, Hitler había empezado a pensar que Inglaterra podría luchar después de todo.[184] Ahora estaba convencido de que esa posibilidad quedaba descartada.

Capítulo V

Mientras Ribbentrop volaba hacia Moscú, sir Nevile Henderson, el embajador británico en Berlín, volaba hacia Berchtesgaden para entregar la carta escrita por el primer ministro, Neville Chamberlain, después de la reunión del gabinete del 22 agosto. Chamberlain destacaba en su carta su convencimiento de que «esa guerra entre nuestros dos pueblos sería la calamidad más grande que podría ocurrir». Pero no dejaba ninguna duda

a Hitler sobre la posición británica. Un acuerdo germanosoviético no modificaría las obligaciones asumidas por Inglaterra con Polonia. Sin embargo, Inglaterra estaba dispuesta, si se podía crear una atmósfera pacífica, a discutir todos los problemas que afectaban a las relaciones con Alemania. Y también estaba deseosa de que Polonia y Alemania pusiesen fin a sus enfrentamientos y provocaciones para que pudiera haber entre los dos países conversaciones directas sobre el tratamiento recíproco de las minorías.[185]

Henderson llegó al Berghof a la una del mediodía el 23 de agosto, acompañado por Weizsäcker y Hewel. Hitler estaba sumamente agresivo. «No hizo ningún discurso largo, pero su lenguaje era violento y extremado tanto respecto a Inglaterra como a Polonia», informó Henderson.[186] El canciller alemán se lanzó a una serie de diatribas desmelenadas contra el apoyo inglés a los checos del año anterior, y el que estaban prestando ahora a los polacos, mientras que él lo único que quería tener con Inglaterra era una relación de amistad. Aseguró que el «cheque en blanco» que Inglaterra había otorgado a Polonia descartaba la posibilidad de unas negociaciones. Su actitud era recriminatoria, amenazadora y absolutamente inflexible. Finalmente accedió a contestar a Chamberlain en el plazo de dos horas.[187]

Henderson regresó a Salzburgo pero le llamaron enseguida para que volviera al Berghof. Esta vez la reunión fue más breve: duró menos de media hora. Hitler estaba ya más tranquilo, pero firmemente decidido a atacar a Polonia si se maltrataba allí a otro alemán. Si había guerra toda la culpa la tendría Inglaterra. «Inglaterra había decidido destruir y exterminar a Alemania», continuó. El tenía ya cincuenta años. Consideraba preferible la guerra entonces que cinco o diez años más tarde.[188] Henderson respondió que era absurdo hablar de exterminio. Hitler replicó que Inglaterra estaba luchando por razas inferiores, mientras que él estaba luchando sólo por Alemania. Esta vez los alemanes combatirían hasta el último hombre. Habría sido diferente en 1914 si hubiese sido canciller él entonces. Sus repetidas ofertas de amistad a Inglaterra habían sido rechazadas despectivamente. Así que había llegado a la conclusión de que Inglaterra y Alemania no podrían llegar nunca a un acuerdo. Inglaterra le había obligado a pactar con

Rusia. Henderson afirmó que la guerra parecía inevitable si Hitler insistía en su acción directa contra Polonia. El Führer acabó proclamando que sólo un cambio completo de la política inglesa hacia Alemania podía convencerle de que había un deseo de establecer buenas relaciones.[189] La respuesta por escrito a Chamberlain que entregó a Henderson estaba formulada en un tono muy parecido. Contenía la amenaza (aunque no expresa, claramente implícita) de decretar la movilización general, si Inglaterra y Francia movilizaban sus propias fuerzas.[190]

Las diatribas de Hitler eran, como tantas otras veces, teatrales. Eran una representación destinada a quebrantar la garantía inglesa a Polonia mediante una exhibición calculada de brutalidad verbal. En cuanto Henderson se fue, Hitler se dio una palmada en el muslo (era así como solía felicitarse) y exclamó, dirigiéndose a Weizsäcker: «Chamberlain no sobrevivirá a esta discusión. Esta misma noche caerá su gobierno».[191]

El gobierno de Chamberlain aún seguía en pie al día siguiente. La fe de Hitler en sus propios poderes le había impedido hacer una valoración realista. Su comentario revelaba lo poco que sabía del estado de ánimo del gobierno británico, al que por entonces respaldaba ya plenamente la opinión pública. Se quedó desconcertado, por tanto, al día siguiente por la mesurada respuesta de Inglaterra al pacto germanosoviético, y le irritaron los discursos que pronunciaron en el parlamento Chamberlain y Halifax ratificando la decisión de Inglaterra de cumplir sus obligaciones con Polonia.[192] A las veinticuatro horas Ribbentrop le había convencido de que, dado que el garrote había producido poco efecto, pasara a la zanahoria.[193]

A las 12:45 del 25 de agosto, Henderson fue informado de que Hitler quería verle a la una y media en la Cancillería del Reich. La reunión duró una hora. Estuvieron también presentes Ribbentrop y Paul Schmidt, el intérprete. Hitler estaba mucho más tranquilo que en Berchtesgaden. Criticó el discurso de Chamberlain, pero estaba dispuesto a hacer «una gran oferta global» a Inglaterra, dijo, y a comprometerse a mantener la existencia continuada del Imperio Británico una vez que se hubiese resuelto con carácter de urgencia la cuestión polaca.[194] Hitler estaba tan deseoso de que se considerase inmediata y seriamente su «oferta»

que propuso que Henderson volase a Londres y puso a su disposición un avión. Henderson contestó que sólo se consideraría la oferta si significaba una solución negociada de la cuestión polaca. Hitler se negó a garantizar eso. Y acabó la entrevista con un comentario patético: él era por naturaleza un artista no un político, y una vez que estuviese resuelta la Cuestión polaca acabaría su vida como un artista.[195] Henderson voló a Londres a la mañana siguiente.[196] Goebbels no esperaba que saliese gran cosa de ello.[197]

La «oferta» a Inglaterra no era, en realidad, más que una treta. Otro de sus intentos (cada vez más desesperados) de que Inglaterra dejase de apoyar a Polonia e impedir así que la guerra que se pretendía que fuese localizada se convirtiese en una guerra general europea. La sinceridad de la «oferta» de Hitler la revela el hecho de que al mismo tiempo que Henderson estaba hablando en la Cancillería del Reich, se estaban haciendo los preparativos finales para iniciar el «Caso Blanco» a la mañana siguiente, sábado, 26 de agosto, a las 4:30.[198] Estaba previsto que se iniciase el ataque a Polonia mientras Henderson volaba a Londres en el avión que había puesto Hitler a su disposición. Cuando el gobierno inglés estuviese considerando su «oferta», la Wehrmacht debería estar efectuando incursiones devastadoras en Polonia. Habría sido otro fait accompli.[199] Como les había dicho a sus generales el 22 de agosto, esta vez no iban a privarle de su guerra con negociaciones de última hora.

Hitler había decidido ya el 12 de agosto la fecha probable del 26 para la invasión de Polonia.[200] Se había ratificado esa fecha como el probable inicio del «Caso Blanco» en la reunión de mandos militares del 22 de agosto.[201] Schmundt se enteró de la decisión de Hitler que confirmaba esto en la tarde siguiente, mientras Ribbentrop estaba en Moscú, y después de ver a Henderson en el Berghof.[202] Goebbels se enteró en la mañana del 25 que la movilización debía producirse esa tarde. A mediodía, Hitler le dio instrucciones de propaganda, destacando que a Alemania no le habían dejado otra salida que luchar contra los polacos, y preparar al pueblo para una guerra que, si era preciso, duraría «meses y años».[203] Las comunicaciones telefónicas entre Berlín y Londres y París estuvieron cortadas varias horas esa tarde. Se cancelaron bruscamente la celebración de Tannenberg y la Concentración del

Partido anual. Se cerraron los aeropuertos a partir del 26 de agosto. El 27 de agosto se inició el racionamiento de alimentos.[204] Pero a mediodía del 25, mientras Hitler estaba dando directrices de propaganda a Goebbels, la oficina de Keitel estaba telefoneando a Halder para saber cuál era el último plazo para dar la orden de iniciar la operación, porque podría tener que haber un aplazamiento. Se envió la respuesta: el plazo concluía a las tres de la tarde. La orden final se demoró hasta la una y media porque Henderson estaba por entonces en la Cancillería del Reich. Luego se demoró más con la esperanza de que pudiese haber una respuesta de Mussolini al comunicado que le había enviado Hitler aquella misma mañana. Presionado por el programa militar, pero deseoso de recibir noticias de Roma, Hitler aplazó el ataque una hora más. Finalmente, sin esperar la respuesta de Mussolini, pero incapaz de esperar más, Hitler dio la orden a las 15:02. Las directrices de movilización se transmitieron a los diversos comandantes de las tropas durante la tarde.[205] Luego, sorprendentemente, se canceló la orden al cabo de cinco horas.[206] Con muchas murmuraciones de los altos mandos del ejército sobre la incompetencia que el hecho entrañaba, se paró justo a tiempo la compleja maquinaria de la invasión.[207]

La respuesta de Mussolini había llegado a las 17:45. A las 19:30 Brauchitsch telefoneó a Halder para anular la orden de invasión.[208] Hitler, agitado y nervioso, había cambiado de idea.

El 24 de agosto el Führer había redactado una extensa carta para Mussolini, en la que justificaba la alianza con la Unión Soviética e indicaba que era inminente un ataque contra Polonia.[209] Hizo entrega de la carta el embajador alemán en Roma el día 25 por la mañana.[210] La respuesta de Mussolini causó una enorme conmoción a un Hitler demasiado seguro de sí mismo. El Duce no se andaba por las ramas: Italia no estaba en condiciones de ofrecer ayuda militar en aquel momento.[211] Hitler despidió gélidamente a Attolico, el embajador italiano. «Los italianos están comportándose exactamente igual que en 1914», oyó comentar a Hitler Paul Schmidt.[212] «Eso modifica toda la situación—consideraba Goebbels—. El Führer sopesa y cavila. Es un serio golpe para él».[213] Durante una hora, se multiplicaron en la Cancillería del Reich los comentarios contra el socio del Eje. Se oía por

todas partes la palabra «traición».[214] Se convocó urgentemente a Brauchitsch. Cuando llegó, sobre las siete de la tarde, le dijo a Hitler que aún había tiempo para detener el ataque y recomendó hacerlo para ganar tiempo para el «juego político» (politisches Spiel) del dictador. Hitler aceptó inmediatamente la propuesta. Se envió a Vormann a las 19:45 con una orden desesperada para Halder de detener el inicio de las hostilidades.[215] Keitel salió de la habitación de Hitler para decirle a un ayudante: «Hay que anular inmediatamente la orden de iniciar la marcha».[216]

A Hitler le llegó, más o menos al mismo tiempo, otra mala noticia. Minutos antes de que hubiese llegado el comunicado de Roma, había sabido a través del embajador francés, Robert Coulondre, que también los franceses estaban decididos a cumplir sus obligaciones con Polonia.[217] Esto no era nada decisivo en sí. Hitler estaba seguro de que se podía mantener a los franceses fuera de la guerra si no participaba Londres en ella.[218] Luego llegó Ribbentrop a contarle que se había firmado a última hora, aquella misma tarde, la alianza militar acordada el 6 de abril entre Inglaterra y Polonia.[219]

Esto había sucedido después de que Hitler hubiese hecho su «oferta» a Henderson. Era improbable, y debía de estar claro incluso para Hitler, que si Inglaterra acababa de firmar la alianza fuese a dejar de cumplirla justo al día siguiente.[220] El héroe de ayer, Ribbentrop, pasaba de pronto a caer en desgracia y, en medio de una crisis de política externa de la que dependía la paz, no se le vio durante dos días.[221] Hitler volvió a recurrir al gran rival del ministro de asuntos exteriores, a Göring.[222]

Göring preguntó inmediatamente si la invasión quedaba cancelada definitivamente. «No. Tendré que ver si podemos evitar la intervención de Inglaterra», fue la respuesta.[223] Cuando el emisario personal de Göring, su amigo sueco, el industrial Birger Dahlems, que estaba ya en Londres para fustigar a lord Halifax con vagas ofertas de buenas intenciones alemanas similares a las que Henderson enviaría en breve por la ruta oficial, consiguió finalmente, con gran dificultad, hacer una llamada telefónica a Berlín, se le pidió que se presentara al mariscal de campo a última de hora del día siguiente.[224]

Entre tanto, Hitler escribió otra vez a Mussolini, que había indicado que la carencia de material bélico impedía a Italia participar en la guerra de Alemania, para preguntar qué era exactamente lo que necesitaba.[225] La respuesta llegó al día siguiente en forma de una lista de peticiones claramente imposibles de satisfacer. Lo único que podía hacer Hitler era decirle a Mussolini que comprendía la posición de Italia y que esperaba apoyo propagandístico, pero que no dejaría a pesar de todo de resolver la cuestión del este, aun a riesgo de una intervención occidental.[226] Se dejó a Mussolini, a quien había «sacado de quicio, en realidad» todo el asunto, haciendo vagas propuestas en favor de una solución política.[227] La cólera de Hitler iba dirigida, sin embargo, contra el rey de Italia, no contra su amigo, el dictador italiano. Se alegraba, dijo, de que no hubiese ya una monarquía en Alemania.[228]

El estado de ánimo en la Cancillería del Reich no había mejorado precisamente con el mensaje de Daladier del 26 de agosto, que ratificaba la solidaridad de Francia con Polonia.[229] En el núcleo central del gobierno alemán parecía reinar el caos. Nadie tenía una idea clara de lo que estaba pasando. Hewel, jefe del equipo personal de Ribbentrop, aunque con puntos de vista diferentes de los de su jefe, advirtió a Hitler de que no debía menospreciar a los ingleses. Era mejor juez en eso que su ministro, aseguró. Hitler cortó la discusión furioso. A Brauchitsch le pareció que Hitler no sabía muy bien qué era lo que debía hacer.[230]

Desde luego, Dahlerus le encontró en un estado de gran agitación cuando le llevaron hacia medianoche a la Cancillería del Reich. Había llevado con él una carta de lord Halifax que indicaba en términos que no comprometían a nada que eran posibles las negociaciones si no se usaba la fuerza contra Polonia.[231] No añadía en realidad nada a lo que había dicho ya Chamberlain en su carta de 22 de agosto.[232] Influyó en Göring, pero Hitler ni siquiera la miró, se lanzó a una larga diatriba, con la que se puso en un estado de nervios frenético. paseando sin cesar por la habitación, lanzando miradas furibundas, la voz imprecisa un momento, lanzando datos y cifras sobre la potencia de las fuerzas armadas alemanas, gritando al momento siguiente como si se dirigiese a una reunión del partido, amenazando con aniquilar a sus enemigos, dando a Dahlerus la impresión de ser una persona «completamente

anormal».[233] Por último, se calmó lo suficiente para enumerar los puntos de la oferta que quería que Dahlerus llevase a Londres. Alemania quería un pacto o alianza con Inglaterra, garantizaría las fronteras polacas y defendería el Imperio Británico (incluso contra Italia, añadió Goebbels). Inglaterra debía ayudar a Alemania a adquirir Danzig y el Pasillo, y a la devolución de las colonias alemanas. Debían darse garantías a la minoría alemana de Polonia.[234] Hitler había modificado sus propuestas en un intento de quebrar el respaldo inglés a Polonia. A diferencia de la «oferta» hecha a Henderson, la alianza con Inglaterra parecía ahora ser posible antes de cualquier acuerdo con Polonia.

Dahlerus llevó el mensaje a Londres en la mañana del día siguiente, 27 de agosto. La reacción fue fría y escéptica. Se mandó a Dahlerus volver e informal de que Inglaterra estaba dispuesta a llegar a un acuerdo con Alemania, pero que no rescindiría la garantía dada a Polonia. Después de negociaciones directas entre Alemania y Polonia sobre fronteras y minorías, los resultados necesitarían una garantía internacional. Las colonias podían ser devueltas a su debido tiempo, pero no bajo amenaza de guerra. Se rechazaba la oferta de defender el Imperio Británico.[235] Sorprendentemente, para Dahlems, que estaba de vuelta en Berlín a última hora del día, Hitler aceptó los términos, siempre que se diesen instrucciones inmediatas a los polacos de establecer contacto con Alemania e iniciar negociaciones.[236] Halifax se cercioró de que se haría esto. En Varsovia, Beck accedió a iniciar negociaciones.[237] Entre tanto, la movilización alemana, que en ningún momento había sido cancelada junto con la invasión, continuó en marcha.[238] En el mismo día del ir y venir de Dahlerus, el Abwehr fue informado de que la nueva fecha del ataque era el 31 de agosto.[239] Al día siguiente, antes de que Henderson llegase otra vez a Berlín con la respuesta oficial inglesa, Brauchitsch informó a Halder de que Hitler había fijado provisionalmente como fecha de la invasión el 1 de septiembre.[240]

Mientras Henderson partía para Berlín, Hitler se estaba dirigiendo a una reunión de jefes del partido y de las SS en la Cancillería del Reich. Estaban presentes en ella Himmler, Heydrich, Bormann y Goebbels. Fuese cual fuese su estado de ánimo, Hitler sólo podía esperar del grupo

respaldo entusiasta para cualquier línea dura que quisiese adoptar. Les dijo que estaba decidido a que se resolviese la cuestión del este de una forma u otra. Planteó como exigencia mínima la devolución de Danzig y un acuerdo sobre la cuestión del Pasillo. La máxima dependía de la situación militar. No podía rebajar más la exigencia mínima y se atendría a ella. «Se ha convertido ya en una cuestión de honor», escribía Goebbels.[241] Si no se satisfacían esas exigencias mínimas, «entonces guerra: ¡brutal!». La guerra sería dura, y Hitler no descartó siquiera un posible fracaso. Pero, según Halder, añadió que «mientras yo este con vida, no se hablará jamás de capitulación». El acuerdo con los soviéticos no había sido bien comprendido en general en el partido. No era más que «un pacto con Satanás para expulsar al Demonio», proclamó Hitler. Hablaba con voz ronca y a Halder le pareció demacrado y exhausto. Se decía que estaba siempre completamente rodeado por sus asesores de las SS.[242]

Henderson entregó a Hitler una traducción de la respuesta inglesa a su «oferta» del 25 de agosto a las diez y media de esa noche, la del 28. Estaban allí Ribbentrop y Schmidt.[243] Hitler y Henderson hablaron durante una hora. Por una vez, Hitler ni interrumpió ni arengó a Henderson. Estuvo, según el embajador inglés, correcto y razonable y no se irritó por lo que leyó.[244] Pero esa «atmósfera amistosa» que apreció Henderson lo era sólo en términos relativos. Hitler habló aún de aniquilar Polonia.[245] La respuesta inglesa no iba más allá sustancialmente que la contestación verbal que había transmitido Dahlems (y había sido redactada una vez conocida la respuesta de Hitler a ella).[246] El gobierno inglés insistía en un acuerdo previo entre Alemania y Polonia sobre los problemas que las enfrentaban. Inglaterra había obtenido ya garantías de la voluntad de negociar de los polacos. Teniendo en cuenta los resultados del acuerdo a que se llegase y de cómo se llegase a él, Inglaterra estaría dispuesta a trabajar por un entendimiento duradero con Alemania. Pero se liaría honor a las obligaciones contraídas con Polonia.[247] Hitler prometió dar una respuesta por escrito al día siguiente.[248]

Goebbels supo enseguida que Hitler no estaba satisfecho con lo que había visto.[249] Pero el ministro de propaganda creyó captar, sin

embargo, un debilitamiento de la posición inglesa, una mayor disposición a negociar. El Führer, comentó, quería ahora un plebiscito en el Pasillo bajo control internacional. Tenía la esperanza de conseguir apartar a Londres de Varsovia a través de este instrumento y «encontrar una ocasión para atacar».[250] Hitler tenía previsto sopesar su respuesta durante la noche y apareció, escribe Himmler, con una «obra maestra de diplomacia» (ein Meisterstück an Diplomatie) que pondría a los ingleses en un aprieto.[251]

A las siete y media de la tarde del 29 de agosto, Henderson, luciendo como siempre un clavel rojo oscuro en el ojal de la solapa de la chaqueta de su traje oscuro de raya diplomática, bajó a oscuras por la Wilhelmstrasse (Berlín estaba pasando por apagones de luz experimentales) entre una multitud de trescientos o cuatrocientos berlineses silenciosos pero no hostiles, para ser recibido en la Cancillería del Reich como la noche anterior con un redoble de tambores y guardia de honor.[252] Otto Meissner, cuyo papel como jefe de la llamada Cancillería Presidencial era básicamente representativo, y Wilhelm Brückner, el ayudante jefe, le condujeron escoltado hasta Hitler. También estaba presente Ribbentrop. El Führer estaba de un humor menos amistoso que la noche anterior. Dio su respuesta a Henderson. Había vuelto a subir el precio, pero de un modo que hacía imposible el acuerdo, exactamente como se le había mandado hacer a Henlein en los Sudetes el año anterior. Hitler exigía ahora que se presentase en Berlín un emisario polaco provisto de plenos poderes al día siguiente, miércoles 30 de agosto. Hasta el flexible Henderson, que protestó porque con aquel plazo de tiempo era imposible que llegase el emisario polaco, dijo que aquello parecía un ultimátum.[253] Hitler contestó que sus generales estaban presionándole para que tomase una decisión. No estaban dispuestos a perder más tiempo debido a que iba a empezar la temporada de las lluvias en Polonia.[254] Henderson le dijo a Hitler que el éxito o el fracaso de cualquier negociación con Polonia dependía de su buena voluntad o su falta de ella. Era él el que debía elegir. Pero cualquier intento de utilizar la fuerza contra Polonia conduciría inevitablemente a un conflicto con Inglaterra.[255] El telegrama de Henderson al ministro de asuntos exteriores, lord Halifax, a primera hora

de la tarde siguiente, decía: «Si se sigue permitiendo que Herr Hitler tenga la iniciativa, a mí me parece que el resultado sólo puede ser o la guerra o de nuevo la victoria para él con una simple exhibición de fuerza y un estímulo más para que siga el mismo camino de nuevo al año que viene o al siguiente».[256]

Después de que se fue Henderson, se hizo pasar al embajador italiano, Attolico. Había ido a decirle a Hitler que Mussolini estaba dispuesto a mediar con Inglaterra si era necesario. Lo último que deseaba Hitler, como había dejado claro a sus generales en la reunión del 22 de agosto, era una intercesión de última hora para que se produjese un nuevo Munich… y menos aún del socio que acababa de decirle que no podría cumplir el pacto que había firmado recientemente. Hitler explicó fríamente a Attolico que estaban en marcha conversaciones con Inglaterra y que él había comunicado ya que estaba dispuesto a aceptar a un negociador polaco.[257]

A Hitler no le había gustado la respuesta de Henderson a la que había dado él al gobierno inglés. Así que llamó a Göring para enviar a Dahlerus una vez más por la ruta extraoficial para comunicar a los ingleses lo esencial de los «generosos» términos que se proponía ofrecer a los polacos: retorno de Danzig a Alemania y un plebiscito sobre el Pasillo (dándose a Alemania un «pasillo a través del Pasillo» si el resultado se inclinaba a favor de los polacos). A las cinco de la madrugada del 30 de agosto, Dahlerus se dirigía de nuevo a Londres en un avión militar alemán.[258] Una hora antes había transmitido ya la nada sorprendente respuesta de lord Halifax de que la exigencia alemana de que el emisario polaco se presentase aquel mismo día era absurda.[259]

Durante el día, mientras hablaba de paz, Hitler se preparaba para la guerra. Por la mañana dio instrucciones a Albert Forster, proclamado una semana antes jefe del estado en Danzig, sobre lo que había que hacer en la Ciudad Libre al estallar las hostilidades.[260] Luego, firmó el decreto que creaba un consejo ministerial para la defensa del Reich con amplios poderes para promulgar decretos. Presidido por Göring, sus otros miembros eran Hess como subjefe del partido, Frick como plenipotenciario para la administración del Reich, Funk como

plenipotenciario para la economía, Lammers, el jefe de la cancillería del Reich, y Keitel, jefe del canto alto mando de la Wehrmacht.[261] Tenía la apariencia de un «gabinete de guerra» para encargarse del gobierno del Reich mientras Hitler se ocupaba de cuestiones militares. En realidad, la fragmentación del gobierno del Reich había ido ya demasiado lejos para que eso fuese posible. Debido al propio interés de Hitler en impedir que existiese un órgano centralizado que actuase como posible freno a su propio poder, el Consejo Ministerial no podría aportar siquiera la resurrección limitada de un gobierno colectivo.[262]

Hitler dedicó gran parte del día a trabajar en las «propuestas» que iba a plantear al negociador polaco que, como era previsible, nunca apareció. No había sido una proposición ya desde el principio. Pero cuando Henderson volvió a la Cancillería del Reich a medianoche para presentar la respuesta británica a la comunicación de Hitler de la noche anterior, encontró a Ribbentrop en un estado de gran nerviosismo y de muy mal humor. Al interprete Paul Schmidt (presente, a pesar de que Henderson insistió, como siempre, en hablar en su alemán no demasiado perfecto) le pareció en determinado momento que el ministro de asuntos exteriores alemán y el embajador inglés iban a llegar a las manos.[263] Ribbentrop después de leer las «propuestas» de Hitler a una velocidad vertiginosa, de manera que Henderson fue incapaz de tomar nota de ellas, se negó (por órdenes expresas de Hitler) a dejar que el embajador inglés leyera el documento; luego lo tiró en la mesa afirmando que estaba ya anticuado (überholt), puesto que no había llegado a Berlín ningún emisario polaco a medianoche.[264] Henderson informó a Halifax de «que todo el comportamiento de Herr von Ribbentrop durante una desagradable entrevista remedaba al peor Herr Hitler».[265] A Henderson le parecía retrospectivamente que Ribbentrop «estaba desaprovechando voluntariamente la última oportunidad de una solución pacífica».[266]

No había habido, en realidad, ninguna «última oportunidad». No se había esperado la llegada de ningún emisario polaco. Lo que quería precisamente Ribbentrop era no ofrecer condiciones que los ingleses pudiesen pasar a los polacos, que podrían mostrarse dispuestos a discutirlas. Hitler había necesitado su «generosa propuesta sobre la regulación de la cuestión de Danzig y del Pasillo», como le oiría decir

Schmidt más tarde, como «una coartada, especialmente frente al pueblo alemán, para mostrarles que he hecho todo lo posible por preservar la paz».[267] Inmediatamente después de la audiencia de Henderson con Ribbentrop, Hitler le había dicho a Goebbels que quería que se publicase el documento «en una oportunidad adecuada».[268] Se acordó que se transmitiría por radio aquella noche.[269] Por entonces, Göring se había enterado, por su intermediario Dahlerus, que no había ninguna iniciativa por parte de Londres, lo que no tenía nada de sorprendente: el gobierno inglés insistía, como había hecho todo el tiempo, en un arreglo pacífico de la cuestión polaca antes de que pudiera haber una negociación para mejorar las relaciones entre Inglaterra y Alemania.[270]

El ejército había recibido orden el 30 de agosto de hacer todos los preparativos necesarios para atacar el 1 de septiembre a las 4: 30 de la madrugada. Si había negociaciones en Londres que exigían un aplazamiento, se enviaría una notificación antes de las tres de la tarde del día siguiente. Pero el 2 de septiembre era el último día posible para el ataque.[271] A las 6: 30 de la mañana del 31 de agosto, unas horas después de que Henderson saliera de la Cancillería del Reich después de oír los términos de la «oferta» alemana a Polonia, Halder se enteró de que Hitler había dado la orden de atacar el 1 de septiembre, un día antes de que se cumpliese el plazo.[272] Göring, en nombre de la Luftwaffe, había puesto objeciones por alguna razón a que la hora fijada fuese las 4:3o.[273] A las 12:40 de la mañana Hitler había redactado y firmado ya la orden.[274] A la 13:50 (mucho antes aún del posible punto de cancelación de las tres de la mañana) se confirmó la orden de seguir adelante, modificándose la hora de inicio que pasó a ser las 4: 45 de la madrugada. «Se dice que la intervención armada de las potencias occidentales es ya inevitable—escribía Halder—. A pesar de esto, el Führer ha decidido atacar».[275]

Cuando comunicaron a Hitler que había llegado Ribbentrop a la Cancillería del Reich, le dijo que había dado ya la orden y que «las cosas estaban rodando» (die Sache rolle). Ribbentrop le deseó suerte.[276] «Parece como si finalmente la suerte estuviese echada», escribió Goebbels.[277]

Hitler, después de tomar su decisión, se aisló de todo contacto

exterior.[278] Se negó a recibir al embajador polaco, Josef Lipski, esa misma tarde. Le recibió Ribbentrop poco después. Pero al enterarse de que el embajador no llevaba poderes plenipotenciarios para negociar dio la entrevista por terminada inmediatamente. Cuando Lipski volvió a su embajada se encontró con que estaban cortadas las comunicaciones telefónicas con Varsovia.[279]

A las nueve de la noche la radio alemana transmitió la «propuesta de dieciséis puntos» de Hitler, que Ribbentrop había presentado tan groseramente a Henderson a medianoche.[280] A las diez y media llegaban los primeros informes de una serie de incidentes fronterizos graves, que incluían un ataque «polaco» armado a la estación de radio alemana de Gleiwitz, en la Alta Silesia. Esto había sido preparado semanas antes por la oficina de Heydrich, utilizando hombres de las SS vestidos con uniformes polacos para efectuar los ataques. Para aumentar la apariencia de autenticidad, se mató mediante inyecciones letales a unos cuantos internos de campos de concentración y se les trasladó a los lugares oportunos para que proporcionaran los necesarios cadáveres.[281]

La gente continuaba en toda Alemania con sus actividades cotidianas como siempre. Pero la normalidad era engañosa. Todos tenían el pensamiento fijo en el hecho de que la guerra era probable. Una guerra breve, sin apenas bajas, y limitada a Polonia, era una cosa. Pero parecía ya casi segura una guerra con Occidente, que tantos que tenían recuerdos de la Gran Guerra de 1914-18 llevaban años temiendo. No había un estado de ánimo como el de agosto de 1914, no había ningún «patriotismo vitoreante». Las caras de la gente expresaban angustia, miedo, preocupaciones y aceptación resignada de aquello con lo que la enfrentaban. «Todo el mundo está contra la guerra—escribía el corresponsal estadounidense William Shirer el 31 de agosto— ¿Cómo puede un país ir a una guerra importante con una población tan opuesta a ella?», preguntaba.[282] «La confianza en el Führer es probable que se vea sometida a su prueba del ácido más dura—decía un informe de Ebermannstadt, un distrito de la Alta Franconia—. La abrumadora mayoría de los camaradas del pueblo esperan de él que impida la guerra, si no es posible de otro modo, a costa de Danzig y del Pasillo».[283]

No podemos determinar hasta qué punto era veraz este informe como

muestra de la opinión pública. Es algo de todos modos intrascendente. Los ciudadanos ordinarios, fuesen cuales fuesen sus temores, no tenían poder para influir en el curso de los acontecimientos. Mientras algunos de ellos dormían un sueño inquieto acariciando la esperanza de que aún pudiese producirse; a las once de la noche y más tarde, un milagro que preservase la paz, se hacían a las 4:30 los primeros disparos y caían las primeras bombas cerca de Dirschau. Y un cuarto de hora después, exactamente, en el puerto de Danzig, el antiguo acorazado alemán Schleswig-Holstein, que había pasado a convertirse en buque escuela de la marina, apuntaba con sus cañones al depósito de municiones fortificado polaco de Westerplatte y abría fuego.[284]

Al final de la tarde la jefatura del ejército informaba: «Nuestras tropas han cruzado la frontera por todas partes y avanzan hacia sus objetivos del día, sólo ligeramente contenidas por las fuerzas polacas enviadas contra ellas».[285] En el propio Danzig, el supuesto objetivo del conflicto entre Alemania y Polonia, los puestos fronterizos y los edificios públicos bajo control polaco habían sido atacados al amanecer. El alto comisario de la Liga de Naciones había sido obligado a irse y se había izado la bandera de la esvástica en el edificio de la institución.[286] El Gauleiter Albert Forster proclamó la reincorporación de Danzig al Reich.[287] En el torbellino del primer día de hostilidades puede que fuesen pocas en Alemania las personas que llegaron realmente a hacerse cargo de la situación.

A Shirer, las pocas personas que había visto en la calle, en una mañana gris y encapotada, le habían parecido apáticas.[288] No hubo muchos vítores de los pocos que se alineaban en las aceras cuando pasó Hitler camino del Reichstag poco antes de las diez de la mañana. Habían sido llamados a filas aproximadamente un centenar de representantes. Pero Göring procuró que no hubiese espacios vacíos cuando hablase Hitler. Para llenarlos se limitó a reclutar funcionarios del partido que los ocupasen.[289] Hitler, que vestía ahora el uniforme de la Wehrmacht, no estaba en su mejor forma. Parecía tenso. Hubo menos vítores de los habituales.[290] Tras una extensa justificación de la presunta necesidad de la operación militar alemana, proclamó: «Polonia ha disparado ya anoche por primera vez contra nuestro territorio por medio de soldados

de su ejército. Desde las 5:45 de la madrugada [quería decir las 4:45] se ha respondido al fuego. Y a partir de ahora se responderá con bombas a las bombas».[291]

Hitler aún no había abandonado la esperanza de que se pudiese mantener a los ingleses al margen del conflicto. Cuando regresó del Reichstag mandó a Göring que convocase a Dahlerus para hacer un último intento.[292] Pero no quería intervenciones exteriores, no quería una repetición de Munich. Mussolini, influido por Ciano y Attolico, y disgustado por lo humillante que resultaba para Italia no poder ofrecer ayuda militar, llevaba unos días intentando organizar luna conferencia de paz. Buscaba desesperadamente impedir que se extendiese la guerra, pues temía que Inglaterra y Francia atacasen a Italia.[293] Antes de recibir a Dahlerus, Hitler envió al Duce un telegrama en el que decía explícitamente que no quería su mediación.[294] Luego llegó Dahlerus. Encontró a Hitler nervioso. Le olía tan mal la boca que estuvo a punto de retroceder un paso o dos. La actitud de Hitler era absolutamente implacable. Estaba decidido a quebrar la resistencia polaca «y aniquilan (vernichten) al pueblo polaco», le dijo. A continuación añadió que estaba dispuesto a iniciar más negociaciones si los ingleses las deseaban. Siguió de nuevo la amenaza, en tonos cada vez más histéricos. A los ingleses les interesaba evitar un enfrentamiento bélico con él. Pero si Inglaterra decidía luchar, lo pagaría caro.

El lucharía uno, dos, y hasta diez años si era preciso.[295]

Los informes de Dahlerus sobre este despliegue histérico no podían pesar gran cosa en Londres.[296] Ni tampoco la aproximación oficial que se produjo la noche del 2 de septiembre, invitando a sir Horace Wilson a Berlín para celebrar conversaciones con Hitler y Ribbentrop. Wilson contestó simplemente que las tropas alemanas debían retirarse antes de territorio polaco. Si no lo hacían, Inglaterra lucharía.[297] Esto no era más que una repetición del mensaje que había transmitido ya a Ribbentrop el embajador inglés la noche anterior.[298] No se recibió ninguna respuesta a ese mensaje.[299] A las nueve de la mañana del 3 de septiembre, Henderson entregó el ultimátum inglés al intérprete Paul Schmidt, en lugar de a Ribbentrop, que no había querido recibirle.[300] A menos que se diesen seguridades antes de las once de la mañana de que

Alemania estaba dispuesta a poner fin a su operación militar y a retirarse de territorio polaco, decía el ultimátum, «existirá un estado de guerra entre los dos países a partir de esa hora».[301] No se dieron esas seguridades, «por tanto», comunicó por radio Chamberlain al pueblo inglés y se repitió luego inmediatamente en la Cámara de los Comunes, «este país está en guerra con Alemania».[302] La declaración de guerra francesa se produjo esa tarde, a las cinco.[303]

Hitler había conducido a Alemania a la guerra europea general que él había querido evitar unos cuantos años más. Los que conocían las «interioridades» del ejército pensaban que este, con sus 2, 3 millones de hombres, estaba menos preparado para la guerra, debido a la rapidez del programa de rearme, de lo que lo había estado en 1914.[304] Hitler estaba combatiendo en aquella guerra aliado con la Unión Soviética, el archienemigo ideológico. Y estaba en guerra con Inglaterra, la presunta «amiga» a la que llevaba anos cortejando. Pese a todas las advertencias, Hitler había expuesto siempre sus planes (que contaban invariablemente con el respaldo de su belicista ministro de asuntos exteriores) partiendo del supuesto de que Inglaterra no entraría en la guerra, a pesar de que había asegurado que ni siquiera esa eventualidad le detendría. No tenía nada de extraño que cuando recibió el ultimátum inglés en la mañana del 3 de septiembre, según cuenta Paul Schmidt, se volviese a Ribbentrop y le preguntase: «¿Y ahora qué?».[305]

Capítulo VI

«La responsabilidad por esta terrible catástrofe recae sobre los hombros de una persona—había dicho Chamberlain en la cámara de los comunes 1 de septiembre—, el canciller alemán, que no ha vacilado en precipitar al mundo en la desdicha para satisfacer sus ambiciones

absurdas».[306] Era una simplificación excesiva pero comprensible. Una visión tan personalizada pasaba por alto inevitablemente los pecados de omisión de otros (incluido el gobierno inglés y sus aliados los franceses) que habían ayudado a permitir a Hitler acumular una base de poder exclusivo tan grande que sus actuaciones pudiesen determinar el destino de Europa.

Internacionalmente, la combinación de intimidación y chantaje de Hitler no podría haber funcionado de no ser por la fragilidad del acuerdo europeo de postguerra. El Tratado de Versalles era «el hallazgo afortunado del chantajista».[307] Había proporcionado a Hitler la base para sus crecientes demandas, que se aceleraron drásticamente en 1938-39. Había aportado la plataforma para la agitación étnica, que Hitler podía explotar fácilmente en el caldero de Europa central y oriental. Y había dejado además un incómodo complejo de culpabilidad en Occidente, especialmente en Inglaterra. Hitler podría despotricar y exagerar; sus métodos podrían ser repugnantes; pero ¿no había acaso algo de verdad en lo que decía? Los gobiernos occidentales, aunque más Inglaterra que Francia, respaldados por sus poblaciones cansadas de guerra, deseosas ante todo de hacer cuanto fuese posible por evitar una nueva conflagración, cuya diplomacia no tenía nada que hacer frente a las técnicas sin precedentes de mentira y amenaza, pensaban eso y se esforzaron por aplacar a Hitler. El chantajista se limitó entonces a aumentar sus exigencias, como suelen hacer los chantajistas. Cuando las potencias occidentales comprendieron claramente a lo que se enfrentaban, no estaban ya en condiciones de meter en vereda al «perro rabioso».

Dentro de Alemania, el poder personal de Hitler se había ido ampliando a partir de 1933 a expensas de otros grupos de poder (sobre todo del ejército) hasta hacerse absoluto e indiscutible. En el año 1938, que se inició con casi un enfrentamiento con el ejército por el caso Blomberg-Fritsch, continuó con el triunfo de la Anschluss y terminó con la paz salvándose por muy poco en Munich (pero no gracias a que se opusiesen a Hitler el ejército alemán ni los que ocupaban puestos importantes dentro del régimen), se dieron pasos importantes en ese proceso.

En 1939, cuando se avecinaba la guerra, una serie de individuos que habían empezado a establecer contacto entre ellos el año anterior y cuyos enfoques y objetivos dispares acabarían fusionándose en el atentado de 1944 contra Hitler (nacionalistas con acceso a los instrumentos del poder, horrorizados ante la posibilidad demencial de que los riesgos que se estaban corriendo pudiesen desencadenar otro enfrentamiento bélico) habían advertido a Occidente de los planes del dictador. El coronel Oster del Abwehr había filtrado información vital. El teniente coronel Gerhard Graf von Schwerin había intentado estimular una muestra mayor de beligerancia inglesa para quitar peso a las afirmaciones de Hitler de que Inglaterra no lucharía. Adam von Trott zu Solz, que había sido becario Rhodes en Oxford y tenía un amplio circulo de amistades en puestos elevados en Inglaterra, había intentado (haciéndose eco de las ideas de Weizsäcker) proponer un acuerdo que restaurase la independencia checa pero accediese a las reivindicaciones alemanas sobre Danzig y el Pasillo. Las tentativas de los que se oponían a Hitler cayeron en terreno pedregoso. En Inglaterra se había producido un cambio drástico de actitud a raíz de la invasión de Checoslovaquia. Se desconfiaba demasiado de las motivaciones, había muy pocas pruebas de que existiese una «oposición» coherente (en realidad no existía), estaba demasiado poco claro cómo se iba a reemplazar a Hitler, si es que iba a hacerse. Aunque los esfuerzos fuesen bienintencionados, no hay por qué extrañarse de que no resultase nada de ellos.[308]

Dentro de Alemania, en los últimos días de paz, los conservadores que se oponían a Hitler no estaban coordinados, no tenían claro lo que estaba pasando y no estaban seguros de cómo debían actuar. Un ejemplo fue su conducta cuando Hitler rescindió su orden de atacar el 26 de agosto, unas horas después de haberla dado. Hans-Bernd Gisevius, que había sido oficial de la Gestapo pero que por entonces se oponía radicalmente a Hitler, acudió directamente a Schacht y el general Tilomas, jefe de la Oficina de Economía de Guerra (Wehrwirtschaft), les confirmó la noticia a los dos. Entonces pensaron los tres que era el momento ya de convencer a Halder y a Brauchitsch para que intervinieran deponiendo a Hitler. Es sumamente dudoso que pudiese tener alguna esperanza de éxito cualquier plan que incluyese a

Brauchitsch. Pero no llegó a mencionarse nunca el asunto siquiera. Oster, que detestaba el régimen tanto como el que más, y su jefe Canaris pensaron ¡que no haría falta un golpe. Su ignorancia de las cuestiones políticas resulta sobrecogedora. Un caudillo supremo que rescinde una orden tan decisiva como la de guerra y paz en unas horas estaba acabado, según su punto de vista, de un hiperoptimismo descabellado.[309] Canaris añadía: «Nunca se recuperará de este golpe. Se ha salvado la paz para veinte años».[310] Los adversarios de Hitler, armados con tales «perspicacias», no hicieron nada.

Y, salvo que se hubiese podido conseguir que entrara en acción la jefatura del ejército, tampoco podrían haber conseguido nada. Pero la jefatura del ejército, como ya hemos visto, estaba debilitada y dividida. Ya hemos hablado algo del sentimiento que predominaba entre los generales después del discurso de Hitler en el Berghof el 22 de agosto. El estado de ánimo era muy parecido en los tensos días que siguieron. Algunos oficiales destacados pensaron que era probable que Hitler se equivocase en su optimismo sobre la no intervención de Occidente. Otros pensaban aún que el conflicto podría ser un fenómeno localizado. La mayoría eran escépticos pero fatalistas y se sentían deprimidos. Lo que prevalecía era la resignación, no el entusiasmo fanático por la guerra. Pero no era una plataforma de oposición.[311] Lo único que hacía falta era docilidad, aunque fuese a regañadientes, por parte de algunos generales. Hitler seguía sin verse obstaculizado por ninguna acción como la que había planteado Beck en el punto álgido de la crisis de los Sudetes el año anterior, por ninguna amenaza de negarse a colaborar en la destrucción de Polonia.

Cerca del epicentro del poder del Reich, pero siguiendo una línea que difería de la de Hitler y de la de Ribbentrop, estaba Göring, que intentaba ahora una especie de regreso después de estar meses eclipsado. Durante el verano había intentado a través de tres intermediarios (el millonario sueco Axel Wenner-Gren, su propio ayudante en la organización del Plan Cuatrienal, Helmut Wohltat, y, como ya hemos visto, Birger Dahlerus, también sueco) atraer a los ingleses a una negociación.[312] Nada había resultado de ello, como era de prever. En el gobierno inglés no había un talante propicio para iniciativas que se

apoyasen en concesiones importantes a Alemania basadas en una autoridad poco clara y que dejaban intacto el poder de Hitler, sin que disminuyese el futuro potencial de agresión. Es indudable que Göring estaba ansioso por evitar la guerra con Inglaterra, al menos hasta que Alemania estuviese preparada para el gran enfrentamiento. Todo su pensamiento político se había basado durante los años anteriores en una reaproximación a Inglaterra. Esta estrategia se enfrentaba a un desastre inminente, situación que Göring achacaba exclusivamente a Ribbentrop. Pero lo cierto es que Göring no tenía en el fondo ninguna alternativa real que ofrecer a Hitler. Sus sondeos extraoficiales no unieron más éxito del que Unieron las amenazas de Hitler para separar a los ingleses de los polacos. Tampoco tenía, además, el propósito de alzarse contra Hitler. Pese a todas las diferencias de enfoque, Göring siguió siendo siempre un hombre de Hitler.[313]

No era sólo Göring quien echaba la culpa de la guerra no a Hitler sino a Ribbentrop. Pensaban lo mismo, entre otros, Dahlerus, Hassell, Hewel, Papen, Weizsäcker y el embajador inglés Henderson.[314] Es indiscutible que la seguridad que tenía Ribbentrop en sí mismo, debida a que «entendía» a los ingleses y a que estaba absolutamente convencido de que al final no combatirían por Polonia, ayudó a influir en el error de cálculo de Hitler.[315] Pese a la impresión que procuró dejar en sus memorias, Ribbentrop había sido (como el año anterior) un rotundo belicista, con su grosera agresividad alimentada por un resentimiento en rescoldo debido al tratamiento que le habían dispensado en Inglaterra. Siempre se podía esperar de él, como de Goebbels y Himmler, que azuzase a Hitler. Aunque actuase siempre como un amplificador, es difícil imaginarle como la fuerza motriz, dada la imperiosa seguridad en sí mismo del Führer y su propia sumisión aduladora. Nikolaus von Vormann, oficial de contacto de Hitler con el alto mando del ejército, no tenía duda, en una visión retrospectiva, sobre el carácter de la relación: «Hitler no creía en una guerra con las potencias occidentales porque no quería creer en ella. Por la diferencia de carácter y teniendo en cuenta la atmósfera del cuartel general del Führer» (es evidente que se refería, dado que estaba escribiendo sobre los días que precedieron a la guerra, a la Cancillería del Reich) llegaba a la conclusión de «que la iniciativa

dependía de Hitler y que el básicamente sumiso (weiche) Ribbentrop, que no tenía en realidad ninguna opinión propia, consideró apropiado y conveniente reforzarle en esa posición».[316]

Decidió Hitler. Eso está claro. La quiebra de cualquier semblanza de gobierno colectivo en los seis años anteriores le dejó en disposición de decidir las cosas solo. Nadie dudaba (el efecto asfixiante de años de creciente culto al führer había conseguido eso) que el tenía derecho a decidir y que había que obedecer sus decisiones. Escuchar consejos dispares o contrarios, sopesar los pros y los contras y llegar a una conclusión no era su estilo. Él pensaba las cosas de noche, daba con lo que le parecía a él la solución y lo exponía para que se aprobara por aclamación.[317] O exponía sus ideas en monólogos interminables hasta convencerse de que eran acertadas.[318] En los días críticos, vio mucho a Ribbentrop, Göring, Goebbels, Himmler y Bormann. Sin embargo, otros personajes destacados del partido, como los ministros del gobierno e incluso favoritos de la corte como Speer, tuvieron poco contacto con él.[319] También estuvo en constante comunicación, como es natural, con el alto mando de la Wehrmacht. Pero mientras Goebbels, por ejemplo, sólo se enteró de forma indirecta de los planes militares, los jefes de las fuerzas armadas no llegaron a tener toda la información sobre el desarrollo de los acontecimientos diplomáticos o se les comunicó con retraso. El gabinete no se reunió en ningún momento, claro está. Schacht, que aún era nominalmente miembro de ese órgano que no funcionaba, como ministro sin cartera del Reich, quiso insistir en que se convocara una reunión del gabinete, dado que constitucionalmente cualquier declaración de guerra tenía que ir precedida por una consulta al gabinete.[320] Era una esperanza sin fundamento que no tardó en descartar. En realidad, y resultaba notable tratándose de un complejo estado moderno, no había ningún gobierno aparte de Hitler y aquellos individuos con los que él decidiese consultar en un momento determinado. El era el único vínculo de las piezas que componían el régimen. Sólo en presencia suya se podían dar los pasos claves. Pero aquellos a los que permitía acceder a él, dejando a un lado su entorno habitual de secretarias, ayudantes y personal de este estilo, eran en su mayor parte oficiales que necesitaban directrices operativas o los que,

como Ribbentrop o Goebbels, pensaban como él y dependían de él. El gobierno interno del Reich se había convertido en una autocracia del Führer.

Para los que estaban próximos a Hitler, la toma de decisiones personalizada significaba cualquier cosa menos coherencia, claridad y racionalidad. Generaba, por el contrario, desconcierto, improvisación, cambios rápidos de dirección, inseguridad. Hitler estaba desquiciado. Eso se transmitía a los que le rodeaban. «No era un hombre de lógica o razón (Raison)», reflexionaba Ernst von Weizsäcker casi una década después. Esto se manifestaba, continuaba, en el «extraño zigzag» de sus intenciones y acciones en aquellos últimos días de paz: «El 22 de agosto Hitler indicó en una alocución a sus generales que estaba firmemente decidido a iniciar la guerra en unos cuantos días se mantuviese localizada o no; al día siguiente contaba con que fuese localizada, pero podría también afrontar una guerra europea». Con el Pacto de Moscú, según Weizsäcker, Hitler «cruzó el Rubicón». «El 25 a mediodía aceptó a Occidente; el 25 por la noche rescindió la orden de ataque que ya se había dado por miedo a que interviniera Inglaterra pero no Italia. El 31 de agosto ya no hay nada que le importe; ordena el ataque a Polonia aunque sabe que no ha cambiado nada, es decir, que Italia sigue fuera e Inglaterra ha prometido en firme ayuda a los polacos. El 3 de septiembre, por último, Hitler se sorprende ante la declaración de guerra anglofrancesa y se queda al principio sin saber qué hacer».[321] Hitler, seguía comentando Weizsäcker, con bastante perspicacia, era prisionero de sus propios actos. El carro había empezado ya en primavera a rodar hacia el abismo. En los últimos días de agosto, Hitler «difícilmente podría haber hecho dar la vuelta al carro sin que le lanzase fuera de él».[322]

Presiones externas del curso en el que se había embarcado se unieron en este punto a la psicología personal de Hitler. A los cincuenta años de edad, los hombres suelen cavilar sobre las ambiciones que tenían y sobre el hecho de que se agota el tiempo que queda para conseguir satisfacerlas. Para Hitler, una persona con un ego extraordinario y ambiciones de pasar a la historia como el alemán más grande de todos los tiempos, y un hipocondríaco obsesionado ya con la proximidad de la

muerte, la sensación de envejecer, de que el vigor juvenil desaparece, de que no hay tiempo que perder se magnificaba inmensamente. El había más que insinuado todo esto el 23 de agosto, como indicamos ya, al embajador inglés, Nevile Henderson.[323] A los que formaban su séquito les había dicho en la cena unos días antes: «Tengo ya cincuenta años, poseo aún el pleno dominio de mi fuerza. El problema he de resolverlo yo y no puedo esperar más. Dentro de unos cuantos años no estaré ya física ni quizás tampoco mentalmente en condiciones de hacerlo».[324] Los grandiosos desfiles del 20 de abril se habían celebrado para demostrar al mundo la potencia militar de Alemania. Para Hitler la celebración de su quincuagésimo aniversario sólo le había recordado lo viejo que estaba haciéndose.[325]

Entre la reunión de Hossbach de noviembre de 1937 y el estallido de la guerra a principios de septiembre de 1939, Hitler había tenido constantemente la sensación de que se le acaba el tiempo, se sentía presionado a actuar antes de que las condiciones se hiciesen más desventajosas. El había previsto la guerra contra Occidente hacia 1943-1945, contra la Unión Soviética (aunque no se estableciese un calendario) en algún momento posterior a eso. Nunca había pensado en evitar la guerra. Todo lo contrario: revivir la primera gran guerra perdida le hacía basarlo todo en la victoria en la segunda gran guerra que había de llegar. El futuro de Alemania, nunca lo había dudado y lo había dicho así en innumerables ocasiones, sólo se podía decidir por medio de la guerra. En la forma de pensar dualista característica de él. la victoria garantizaría la supervivencia, la derrota significaría la erradicación total, el fin del pueblo alemán. La guerra (la esencia del sistema nazi que se había desarrollado bajo su jefatura) era para Hitler inevitable. Lo único problemático era el momento y la dirección. Y no había tiempo que perder. Partiendo de sus propias extrañas premisas, dada la escasez de recursos de Alemania y los pasos rápidos hacia el rearme que estaban dando Inglaterra y Francia, había una cierta lógica tortuosa en lo que él decía.[326] Se estaba acabando el tiempo en las opciones de la guerra de Hitler.

Esta vigorosa fuerza impulsora de la mentalidad de Hitler estaba alimentada por otras vetas de su insólita estructura psicológica. Los años

de éxitos espectaculares (atribuidos todos por él al «triunfo de la voluntad») y la adulación descarada y los halagos que se le prodigaban por todas partes, el culto al Führer sobre el que el «sistema» estaba edificado, habían borrado por entonces completamente en él el poco sentido de sus propias limitaciones que pudiese haber tenido. Esto le llevó a una calamitosa sobrevaloración de sus propias capacidades, unida a una denigración extremada de aquellos (sobre todo de los militares) que abogaban más racionalmente en favor de una mayor prudencia. Esto venía acompañado de una negativa igual de desastrosa a considerar el pacto y el compromiso, no digamos ya la retirada, más que como signos de debilidad. La experiencia de la guerra y su traumático desenlace habían cimentado sin duda esta característica. Estaba presente en realidad ya al principio de su carrera política, por ejemplo en la época del golpe frustrado de Munich de 1923. Pero debía de tener raíces más profundas. Es posible que los psicólogos pudiesen tener respuestas para esto. Lo cierto es que el rasgo conductista, cada vez más peligroso a medida que se ampliaba su poder, hasta llegar a constituir una amenaza para la paz de Europa, recordaba al niño mimado convertido en aspirante a «hombre macho». Su incapacidad para entender que el gobierno inglés no estuviese dispuesto a ceder a sus amenazas produjo rabietas de cólerá frustrada.[327] El convencimiento de que se saldría con la suya a través de la intimidación se convertía en furia ciega siempre que se ponía al descubierto su «farol». La importancia que asignaba a su propia imagen y a su prestigio era un rasgo extremadamente narcisista. El número de veces que recordó la movilización checa de mayo de 1938, luego la movilización polaca de marzo de 1939, como una afrenta a su prestigio era revelador. La consecuencia perdurable fue una sed de venganza agudizada. Luego la rescisión de la orden de atacar Polonia el 26 de agosto, muy criticado como prueba de incompetencia por los militares, la consideró una derrota frente a sus generales y sintió amenazado su prestigio.[328] El resultado fue una impaciencia creciente por remediar esto lo antes posible mediante una nueva orden, tras la cual no habría va marcha atrás, sin alguna modificación de la situación diplomática. A una escala más amplia, se puede decir lo mismo de su reacción al Acuerdo de Munich del año anterior.

Toda su actuación durante la crisis polaca puede interpretarse como una reacción a la derrota que creía haber sufrido personalmente al acceder a dar marcha atrás a finales de septiembre de 1938. Su comentario a sus generales de que quería impedir a toda costa que «algún cerdo» intercediese esta vez; su decisión de impedir la mediación de Mussolini; y su incremento de los riesgos para evitar la negociación al final eran todos ellos reflejo de su «síndrome de Munich».

No eran sólo circunstancias externas, sino también su psicología personal, lo que le empujaba hacia delante, lo que le impulsaba hacia el peligro. Su respuesta el 29 de agosto, cuando Göring sugirió que no era necesario «jugarse el todo por el todo» era, por tanto, absolutamente característica: «Yo, en mi vida, siempre me he jugado el todo por el todo».[329] Para él no había otra elección.

El jugador tiene que pensar que ganará. La decepción de Hitler el 3 de septiembre al escuchar el ultimátum inglés dejó paso en seguida al optimismo necesario. Goebbels estaba con él esa noche. Hitler pasó inmediatamente después a la situación militar. El Führer «cree en una guerra patata (Kartoffelkrieg) en Occidente», escribió. Al enterarse de que Churchill, al que hacía tiempo que se consideraba en Berlín el principal belicista occidental, había sido incorporado al gabinete inglés como primer lord del almirantazgo, Goebbels no se sintió ya tan seguro.[330]

6

LICENCIA PARA LA BARBARIE

… Se planearon en Polonia abundantes fusilamientos y […] había que exterminar sobre todo a la nobleza y al clero.

ALMIRANTE CANARIS, PIDIENDO ACLARACIONES AL GENERAL KEITEL EL 12 DE SEPTIEMBRE DE 1939 SOBRE INFORMACIÓN QUE HABÍA LLEGADO HASTA ÉL.

Esta cuestión ya ha sido decidida por el Führer.

RESPUESTA DEL GENERAL KEITEL.

Vosotros sois ahora la raza dominante aquí. Nunca se ha edificado nada a base de blandura y debilidad. […] Por eso espero de vosotros, lo mismo que lo espera nuestro Führer Adolf Hitler, que seáis disciplinados, pero que os mantengáis sólidamente unidos como el acero Krupp. No seáis blandos, sed implacables y barred todo lo que no sea alemán y pueda obstaculizar el trabajo de construcción.

LUDOLF VON ALVENSLEBEN, JEFE DE LOS PELOTONES DE LA MILICIA DE LA «VOLKSDEUTSCHER SELBSTSCHUTZ» («AUTOPROTECCIÓN ÉTNICA ALEMANA») DE LA PRUSIA OCCIDENTAL, 16 DE OCTUBRE DE 1939.

No le importaba que se demostrase alguna vez en el futuro que los métodos para conseguir el territorio habían sido desagradables (unshón) o legalmente objetables.

NOTA DE MARTIN BORMANN, 20 DE NOVIEMBRE DE I94O, SOBRE LOS COMENTARIOS DE HITLER AL GAULEITER DE LOS TERRITORIOS INCORPORADOS.

El nazismo se encontró en la guerra en su elemento.[1] El Movimiento Nazi había nacido de una guerra perdida. La experiencia de aquella contienda y el deseo de borrar la mancha de aquella derrota formaban parte de su esencia vital. La «renovación nacional» y la preparación para otra guerra con la finalidad de conseguir aquel dominio de Europa que la primera gran guerra no había proporcionado era lo que lo mantenía en marcha. Movilizar al pueblo con el propósito de conseguir una renovación perpetua del «espíritu de 1914» era una preparación esencial para el nuevo conflicto.[2] La nota clave del mensaje era «lucha». La supervivencia nacional (el futuro del pueblo alemán), algo que su caudillo llevaba quince años o más predicando, sólo podía garantizarse adquiriendo «espacio vital». Y, como había afirmado insistentemente, este sólo podía obtenerse «a través de la espada».

Seis años de gobierno nazi habían hecho que resultase mucho más clara la «visión del mundo» que defendía Hitler. La restauración del territorio arrebatado a Alemania en Versalles se había transformado, casi imperceptiblemente al principio, en un impulso de expansión. Hitler había hecho más que ningún otro individuo por que se produjese esa transformación. Pero no podría haberse logrado sin la participación entusiasta de todos los grupos dirigentes, y sobre todo del alto mando de las fuerzas armadas, en el esfuerzo por un rápido rearme general. Y todos los sectores de las elites del régimen habían apoyado la expansión, con objeciones sólo a su rapidez y a lo que se consideraban peligros innecesarios de conflicto con las potencias occidentales. Entre tanto, se había avanzado mucho en el objetivo de la «purificación racial», aunque en este sentido la intervención de Hitler se limitó únicamente a dar luz, verde a la acción en momentos clave (y esto fue crucial) y a aprobar lo que se había hecho. Habían influido bastante en ello el resentimiento y el prejuicio social tradicional. La denuncia generalizada de conciudadanos por alemanes ordinarios había

mantenido en marcha el molino de la discriminación y la persecución. La obsesión con «la ley y el orden» se transformaba fácilmente en una obsesión con la exclusión de los «alborotadores» y los «marginados sociales». El fetichismo de la higiene social se convirtió en seguida en presión en favor de medidas para mejorar la «higiene racial».

Había disponibles y a mano víctimas del prejuicio social que no eran ni mucho menos algo exclusivo de la Alemania de entreguerras: prostitutas, homosexuales, gitanos, delincuentes habituales y otros que se consideraba que ensuciaban la imagen de la nueva sociedad mendigando, no queriendo trabajar o adoptando cualquier otro tipo de conducta «antisocial». Aparte de estos estaba, claro, el enemigo social y racial número uno: los judíos. Alemania se diferenció de otros países respecto a estos grupos «marginales» en que se dio licencia desde las más altas instancias del país para que cada órgano de control y poder buscase soluciones radicales para «limpiar» la sociedad, otorgándose el mayor ámbito posible para iniciativas cada vez más inhumanas que pudiesen hacer caso omiso de los límites de la legalidad o pasarlos por alto o eludirlos. Los organismos más directamente involucrados (la burocracia de la higiene y de la sanidad, las autoridades judiciales y la policía ordinaria) no vacilaron en explotar, en pro de sus propios intereses encubiertos como organismos, las instrucciones generales de la filosofía del estado nazi para dirigir el movimiento destinado a librar a la sociedad de «indeseables raciales», «elementos perjudiciales para el pueblo» y «ajenos a la comunidad». Cobraron atractivo la esterilización y los programas eugénicos. Y la persecución implacable de los judíos, el objetivo racial primordial, había mostrado ya también antes de la guerra signos de la mentalidad que conduciría a las cámaras de gas, como ya liemos visto.

La guerra aportó luego las circunstancias y oportunidades para una radicalización espectacular de la cruzada ideológica del nazismo. Objetivos a largo plazo parecieron convertirse en

objetivos políticos alcanzables casi de la noche a la mañana. La persecución que se había dirigido habitualmente contra minorías sociales detestadas pasó a dirigirse contra todo un pueblo sometido y conquistado. Los judíos, una pequeña proporción de la población alemana, no sólo eran mucho más numerosos en Polonia, sino que eran despreciados por muchos dentro de su tierra natal y pasaron a ser lo más vil de lo vil para los brutales ocupantes del país.

Fue Hitler quien estableció también ahora, lo mismo que antes de la guerra, el tono de barbarie creciente, quien dio licencia para ella y la aprobó. Pero sus acciones no nos proporcionan por sí solas una explicación adecuada de esa escalada. La desintegración acelerada de cualquier semblanza de gobierno colectivo, el debilitamiento de la legalidad por un ejecutivo con una política de invasión y expansión constantes, y las ambiciones de poder de una jefatura de las SS crecientemente autónoma fueron procesos que desempeñaron todos ellos un papel importante. Estos procesos se habían desarrollado entre 1933 y 1939 en el propio Reich. Ahora, al ofrecer la invasión de Polonia nuevas perspectivas, adquirirían un impulso completamente nuevo. Los planificadores y organizadores, los teóricos del dominio y los tecnócratas del poder de la cúpula dirigente de las SS consideraron Polonia un campo experimental. Se les otorgó carta blanca para hacer prácticamente lo que quisieran. La «visión» del Führer constituía la legitimación que necesitaban. Los jefes del partido nombrados para regir la administración civil de las partes de Polonia añadidas al Reich, respaldados por funcionarios de confianza e «inventiva», también consideraban que estaban «trabajando en la dirección del Führer» en sus esfuerzos por lograr la «germanización» lo más rápida posible de sus territorios. Y el ejército de ocupación (oficiales y tropa) imbuidos de un prejuicio antipolaco hondamente arraigado, no necesitaban en realidad muchos estímulos para someter a los polacos derrotados de una forma implacable.

La radicalización ideológica repercutió en el frente interior, siendo una manifestación importante de ello el desarrollo de una «acción de eutanasia» para eliminar a los enfermos incurables, algo que había quedado paralizado durante los años de paz, pero que podía intentarse ahora. Y, a medida que la guerra fue produciendo en sus primeras etapas éxitos militares casi increíbles en Occidente, empezaron a aflorar las opciones para «resolver la cuestión judía" y para afrontar el problema aún pendiente de la "lucha de la Iglesia"» (que Hitler había querido amortiguar al iniciarse las hostilidades).

Pero la zona clave fue Polonia. La radicalización ideológica que se produjo allí en los dieciocho meses que siguieron a la invasión alemana fue un precedente básico de los planes que se pusieron en marcha en la primavera de 1941 como preparación para la guerra que Hitler sabía que tendría que afrontar en algún momento: la guerra contra la Rusia bolchevique.

Capítulo I

Hacia las nueve de la noche del 3 de septiembre, Hitler subió en su tren blindado especial en la Stettiner Bahnhof de Berlín camino del frente.[3] Durante gran parte de las tres semanas siguientes, el tren, que se detuvo primero en la Pomerania (Hinterpommern) y luego en la Alta Silesia, constituyó el primer «cuartel general del Führer» de época de guerra.[4] En el séquito que acompañaba a Hitler iban dos ayudantes personales (Wilhelm Brückner y Julius Schaub durante la mayor parte del tiempo) dos secretarias (Christa Schroeder y Gerda Daranowski), dos criados, su médico, Karl Brandt (o a veces su ayudante, Hans-Karl von

Hasselbach) y sus cuatro asesores militares (Rudolf Schmundt, Karl-jesko von Puttkamer, Gerhard Engel y Nicolaus von Below).[5] Detras del vagón de Hitler, el primero del tren, que contenía su espacioso «salón», un dormitorio y un cuarto de baño, junto con compartimentos para sus ayudantes, estaba el vagón de mando, con el equipo de comunicaciones y una sala de conferencias para reuniones con jetes militares. En el vagón siguiente tenía sus dependencias Martin Bormann.[6] El día de la invasión de Polonia había informado a Lammers de que «seguiría perteneciendo permanentemente al séquito del Führer».[7] A partir de entonces, nunca estuvo lejos de Hitler, haciéndose eco de sus deseos y recordándole constantemente que era necesario mantener el impulso ideológico del régimen.

Las tropas polacas, mal equipadas para la guerra moderna, no fueron desde el principio un enemigo serio para los invasores.[8] En los dos primeros días fueron destruidos la mayoría de los aeródromos y casi toda la tuerza aérea polaca.[9] Las defensas polacas fueron superadas rápidamente, el ejército quedó desbaratado en seguida. Halder, jefe de Estado Mayor, comentaba ya el 5 de septiembre: «El enemigo está prácticamente derrotado».[10] En la segunda semana de combate, las fuerzas alemanas habían llegado ya a los arrabales de Varsovia.[11] Hitler apenas intervino en el mando militar,[12] pero siguió con muchísimo interés la evolución de la guerra. Abandonaba el tren la mayoría de las mañanas para ir a ver en coche una parte distinta de la línea del frente.[13] Sus secretarias, que no le acompañaban y se pasaban el día aburridas en el vagón de tren mal ventilado, inmóvil bajo el resplandor de un sol ardiente, intentaban convencerle para que no saliese a recorrer los escenarios del combate de pie en su coche, como hacía en Alemania.[14] Pero Hitler estaba en su elemento. La guerra le vigorizaba.

El 17 de septiembre, el ejército de Stalin invadió Polonia desde el este, en una operación que Hitler había esperado con impaciencia. Los generales alemanes, a los que no se había informado hasta entonces de los detalles precisos de la línea de demarcación trazada en el protocolo secreto del pacto Ribbentrop-Molotov, no ocultaron su cólera por tener que retirarse de territorios que quedaban más allá del límite acordado y que había costado bajas conquistar. Halder lo reseñaba así: «Un día

desgraciado para los que dirigen la política alemana».[15]

Dos días después, Hitler entró en Danzig entre escenas de júbilo indescriptible. Permaneció instalado durante toda la semana siguiente en el Casino-Hotel del centro residencial adyacente de Zoppot.[16] Desde allí, el 22 y de nuevo el 25, voló hasta los arrabales de Varsovia para ver la devastación causada en la ciudad de un millón de habitantes por el fuego artillero y los bombardeos que él había ordenado. El 27 de septiembre, cuando el comandante militar de Varsovia entregó finalmente la ciudad, Hitler estaba otra vez en Berlín, a donde regresó silenciosamente sin que se le preparase ningún recibimiento de héroe.[17] Polonia ya no existía. Habían sido hechos prisioneros de guerra unos 700. 000 soldados polacos.[18] Habían muerto en acción unos 70. 000 y resultaron heridos 133.000 más.[19] Las bajas alemanas ascendieron a unos 11.000 muertos, con 30.000 heridos y 3.400 más desaparecidos.[20]

Entre los muertos alemanes figuraba el coronel general Werner von Fritsch, atrapado inesperadamente por fuego intenso polaco el 22 de septiembre en una inspección del frente donde estaba combatiendo su regimiento de artillería.[21] Fritsch, ejemplo característico de la mentalidad de los nacionalistas conservadores que tenían profundas reservas respecto a Hitler pero se regocijaban con las ganancias territoriales que había conseguido, había comentado en su última carta desde el frente que la victoria en la guerra proporcionaría «los estados unidos de la Europa central, un bloque continental fuerte bajo la jefatura de Alemania».[22] Hitler apenas reaccionó cuando le informaron de la muerte de Fritsch.[23] Públicamente casi pasó desapercibida.[24] Un año después, en el aniversario, Hitler prohibió expresamente todo tributo floral.[25]

Los planes políticos y territoriales para Polonia no estaban completados antes de la invasión. Se improvisaron y enmendaron a medida que se desarrollaban los acontecimientos en septiembre y octubre de 1939. En realidad, Hitler había mostrado un interés notoriamente escaso por Polonia antes del otoño de 1938. Como austriaco, sus principales antipatías antieslavas iban dirigidas contra los checos, no contra los polacos. Para los prusianos, los antagonismos seculares que giraban en torno al territorio en disputa de las fronteras

orientales del Reich seguían la dirección opuesta. Pese al tradicional sentimiento antipolaco del Ministerio de Asuntos Exteriores y del ejército, Hitler había promovido el pacto con Polonia en 1934 y había expresado repetidas veces su admiración por el jefe del estado polaco, mariscal Pilsudski, que había derrotado al Ejército Rojo en 1-920. Aunque el pacto tenía un valor táctico evidente durante el proceso de rearme y muchos seguidores nazis lo consideraban simplemente una treta con un periodo de vida limitado, Hitler, como ya liemos visto, siguió prefiriendo en el otoño de 1938 y en la primavera de 1939 tener a Polonia como aliada (si es que no como una especie de satélite alemán). La garantía inglesa había cambiado todo eso. Pero el nuevo objetivo de destruir Polonia por la fuerza militar en el verano de 1939 aún no estaba aunado con planes claros para el futuro del país después de la guerra. Ni en Mein Kampf ni en escritos o discursos posteriores parecía haber tenido Hitler gran cosa que decir sobre Polonia. En su Segundo Libro decía que había que expulsar a los polacos de su tierra y dársela a los alemanes étnicos. En ese breve pasaje se oponía rigurosamente a la incorporación de los polacos al Reich (como antes de 1914). «El estado völkisch—declaraba—, debe tomar por el contrario la decisión de o bien acordonar a esos elementos racialmente ajenos para no volver a permitir que la sangre de nuestro pueblo se degrade (zersetzen) o bien expulsarlos inmediatamente y transferir la tierra (Grund und Boden) que quede disponible a los camaradas de nuestro pueblo».[26] Había por lo demás notoriamente poco sobre Polonia. Para él la solución del supuesto «problema de espacio» de Alemania estaba en las vastas extensiones de Rusia, como tantas veces había dicho. Pero Hitler había demostrado repetidas veces que estaba dispuesto a prescindir de objetivos ideológicos a largo plazo en favor de ventajas más inmediatas.

El pacto firmado con la Unión Soviética en agosto, y en particular su protocolo secreto, en que se acordaba la partición de Polonia, modificó lógicamente la situación. El «espacio vital» más al este quedó fuera de la ecuación por un futuro previsible. El reasentamiento de poblaciones y la experimentación étnica tendría que tener lugar ya en el antiguo territorio de Polonia, no más al este. En el protocolo secreto no se había determinado si debía continuar existiendo un estado polaco o no. Un

país dividido entre dos potencias ocupantes tenía pocas perspectivas de sostener ni siquiera un estado marioneta. Sin embargo, el que los soviéticos no hubiesen invadido inmediatamente y la esperanza que tenía Hitler, incluso a esas alturas, de persuadir a Occidente, que se enfrentaba al hecho consumado de una derrota polaca, de no declarar la guerra y llegar a un acuerdo con él, dejaba los planes alemanes aún indefinidos.[27]

El 7 de septiembre Hitler se había mostrado dispuesto a negociar con los polacos, reconociendo un resto de estado polaco (con concesiones territoriales a Alemania y ruptura de vínculos con Inglaterra y Francia), junto con una Ucrania occidental independiente.[28] Cinco días después aún era favorable a un resto de estado polaco semiautónomo con el que pudiese negociar una paz en el este, y pensaba en exigencias territoriales limitadas a la Alta Silesia y al Pasillo si Occidente no intervenía.[29] Otra opción propuesta por Ribbentrop era una división entre Alemania y Rusia y la creación, con el resto de Polonia, de una Ucrania polaca y galitziana autónoma… una propuesta que era improbable qué Moscú aceptase.[30] La retrasada ocupación soviética de la Polonia oriental el 17 de septiembre descartó en cualquier caso rápidamente esta posibilidad. Hitler aun dejó sin definir la forma final de Polonia en el discurso que pronunció en Danzig el 19 de septiembre.[31] Durante los días siguientes, Stalin dejó clara su oposición a la existencia de un resto de estado polaco. Su preferencia inicial por la línea de demarcación a lo largo de los cursos de los ríos Pissia, Narew, Vístula y San se sustituyó luego por la propuesta de intercambiar territorios del centro de Polonia situados dentro de la zona soviética, entre los ríos Vístula y Bug. por Lituania. Una vez que Hitler hubo aceptado esta propuesta (la base del Tratado Germanosoviético de Amistad firmado el 28 de septiembre de 1939) quedaba sólo en manos de Berlín la cuestión de si debía haber o no un resto de estado polaco.[32]

Hitler estaba considerando aún la posibilidad de alguna forma de entidad política polaca a finales de mes.[33] Tuvo en cuenta por última vez la posibilidad de recrear un estado polaco truncado (aunque descartando expresamente cualquier reconstrucción de la Polonia del acuerdo de Versalles) en su discurso al Reichstag del 6 de octubre, como

parte de su «oferta de paz» a Occidente.[34] Pero por entonces las medidas provisionales tomadas para administrar la Polonia ocupada habían eliminado ya en la práctica lo que quedaba de esa perspectiva. Antes incluso del formulismo del rechazo de Chamberlain a la «oferta de paz» el 1 2 de octubre, esas medidas habían creado su propia dinámica en favor de un resto de territorio polaco (el «Gobierno General», como pasó a llamarse) junto a partes sustanciales del antiguo estado polaco que debían incorporarse al propio Reich.

El 26 de octubre, a través de una serie de decretos caracterizados por una precipitación y una improvisación extraordinarias, Hitler puso fin a la administración militar de la Polonia ocupada, sustituyéndola por un gobierno civil en manos de «viejos combatientes» experimentados y probados del Movimiento. Albert Förster, Gauleiter de Danzig, fue nombrado jefe del nuevo Reichsgau de Prusia Occidental-Danzig. Arthur Greiser, antiguo presidente del senado de Danzig, fue puesto al cargo de la zona más grande anexionada, Reichsgau Posen (o «Reichsgau Wartheland», como pronto pasó a rebautizarse, aunque se la conociese simplemente como «Warthegau»). Hans Frank, el jefe legal del partido, fue nombrado gobernador general del resto de territorio polaco.[35] Se añadió también otro antiguo territorio polaco al Gane ya existente de Prusia Oriental y Silesia. En cada uno de los territorios incorporados, sobre todo en Wartheland. las fronteras establecidas a lo largo de octubre encerraban grandes zonas que nunca habían formado parte de las antiguas provincias prusianas. Se ampliaron así las fronteras del Reich unos 150-200 kilómetros hacia el este. Los alemanes étnicos sólo eran mayoría en la zona de Danzig. En el resto de los territorios incorporados la proporción de alemanes en la población raras veces llegaba a superar gran cosa el 1o por 100.[36]

Era conquista imperialista, no revisionismo. El tratamiento del pueblo del territorio recién conquistado no tenía precedentes y sus formas modernas de barbarie evocaban, aunque en una forma aún más terrible, los sometimientos más bárbaros de siglos pretéritos. Lo que había sido una vez Polonia equivalía en la visión primitiva de sus nuevos dominadores a nada más que un territorio colonial en la Europa oriental, cuyos recursos se podían saquear a voluntad, a cuyos habitantes se

consideraba (con la ayuda de las modernas teorías raciales cubriendo viejos prejuicios) seres humanos inferiores a los que se trataba tan brutalmente como se considerase adecuado.

En la propia Alemania, pese a las nuevas restricciones económicas, la vida siguió más o menos igual durante la campaña polaca.[37] Los cafés, restaurantes y bares de Berlín habían estado tan llenos como siempre la primera noche de la contienda.[38] La noche que los ingleses y los franceses declararon la guerra, William Shirer oyó a la gente decir que la «cosa polaca» acabaría pronto, y que Occidente no se movería. «Había vales de comida y vales de jabón y no podías conseguir gasolina y era difícil andar de noche porque se cortaba la luz ante la posibilidad de que se produjeran bombardeos—informaba—. Pero la guerra en el este les parecía algo que sucedía demasiado lejos».[39] Una semana después, seguían sin materializarse aún los temores a una conflagración en el oeste. Las actividades de ocio y diversión seguían, sin que las afectase la guerra que se desarrollaba en el este. Ese fin de semana se jugaron doscientos partidos de fútbol en Alemania. Los berlineses llenaron los cines, fueron a la ópera a ver Madame Butterfly y Tannhäuser o al Teatro del Estado, donde se representaba la Ifigenia de Goethe.[40] Shirer escuchó lo que decía el público que salía de la ópera, mayoritariamente femenino. «Parecían haber olvidado el hecho de que había una guerra en marcha, de que estaban cayendo bombas y proyectiles alemanes sobre las mujeres y los niños de Varsovia», comentaba.[41] «Aún no he encontrado un alemán, ni siquiera entre aquellos a los que no les gusta el régimen—añadía el 20 de septiembre—que considere que tenga algo de malo el que Alemania destruya Polonia. […] Mientras ganen los alemanes y no haya que apretarse demasiado el cinturón, esta no será una guerra impopular».[42] Los informes de la cúpula dirigente socialdemócrata en el exilio (la Sopade) explicaban más o menos lo mismo, basándose en información filtrada desde el interior de Alemania.[43] Eran muchos los que creían la versión propagandística de que se trataba de una guerra que Alemania se había visto forzada a emprender. Y los que se creían las historias morbosas (exageraciones disparatadas la mayoría) de atrocidades polacas contra la minoría étnica alemana en la Polonia occidental. Había muchos que aprobaban el «enfoque riguroso»

en el tratamiento de los polacos.[44] Alentaban esta actitud las cartas que enviaban a casa los soldados. Una, nada excepcional, decía: «No se ha visto jamás en una guerra nada más vil que los soldados polacos. Apenas han cogido prisioneros. A los que han caído en sus manos los han asesinado de una forma horrible, mientras que nosotros hemos tratado a los polacos de un modo tan fraternal».[45] La gente seguía el avance militar con gran interés.[46] Se alegraban con la victoria.[47] Pero el triunfo militar en Polonia se daba en general por supuesto. La popularidad de Hitler se mantenía incólume.[48] La mayoría de la gente albergaba la esperanza de que Occidente recapacitase pronto y se acabase la guerra.

Capítulo II

El terror desencadenado desde los primeros días de la invasión de Polonia dejó completamente eclipsadas la violencia, la persecución y la discriminación que se habían producido en el propio Reich desde 1933 (pese a lo terribles que habían sido).[49] La orgía de atrocidades se desencadenó desde arriba, explotando en las etapas iniciales el antagonismo étnico que la agitación y propaganda nazis había hecho tanto por atizar. El programa radical planificado de «limpieza étnica» que siguió fue autorizado por el propio Hitler. Pero todo parece indicar que quien lo instigó fue, casi con seguridad, la cúpula de las SS. Las SS se habían dado cuenta en seguida de las posibilidades de expansión que tenían. Con la Anschluss se habían abierto nuevas posibilidades de extender los tentáculos del estado policial. Se habían utilizado entonces Einsatzgruppen (destacamentos) de la Policía de seguridad por primera vez. Se habían desplegado también después en el territorio de los Sudetes, luego en el resto de Checoslovaquia, donde había un ámbito

aún mayor para el ataque de las SS a los «enemigos del estado». Estaba despejado el camino para una gran escalada de brutalidad descontrolada en Polonia. Fueron enviados allí, una vez más, cinco (más tarde seis) Einsatzgruppen. Interpretaron con la máxima liberalidad sus instrucciones de matar «rehenes» como respuesta a cualquier acto de hostilidad, o «insurgentes», que eran cualesquiera que mostrasen el más leve indicio de oposición activa a las fuerzas de ocupación. La necesidad de mantener buenas relaciones con la Wehrmacht limitó inicialmente la amplitud y la arbitrariedad de los fusilamientos.[50] Es probable que limitase también al principio la «acción» encaminada a liquidar a la nobleza, el clero y los intelectuales polacos.[51] Esta «acción» se cobró finalmente, sin embargo, unas 60.000 víctimas.[52] No hay duda de que con la ocupación de Polonia las barbaridades de los Einsatzgruppen se elevaron a un nuevo plano. Se creó así la plataforma para lo que habría de suceder posteriormente en el ataque a la Unión Soviética de 1941.[53]

No faltaron entre los alemanes étnicos de los antiguos territorios polacos individuos deseosos de ayudar. La explosión de violencia recordaba, de una forma inmensamente ampliada, el tratamiento salvaje y bárbaro de los «enemigos del estado» en Alemania en la primavera de 1933. Pero ahora, después de seis años de ataque acumulativo a todos los principios de la conducta humana y civilizada, y de un adoctrinamiento persistente en el odio patriotero, se podía dar rienda suelta exteriormente contra un enemigo oprimido y despreciado a la agresividad acumulada.

En la Polonia de preguerra había una discriminación indudable contra la minoría alemana (aproximadamente un 3 por 100 de la población total), que había aumentado intensamente durante la crisis del verano de 1939. Eos alemanes habían estado además en una posición económica desventajosa. La incorporación de Austria y de los Sudetes había despertado expectativas entre los alemanes de Polonia de «volver al Reich» ellos también.[54] Y, en una atmósfera de conflicto étnico creciente, la propaganda de Goebbels, exagerando groseramente o simplemente inventando incidentes de violencia esporádica contra la minoría alemana (mientras se guardaba silencio, claro está, sobre ultrajes peores del lado alemán), contribuyó inmensamente a alimentar

venenosos antagonismos hacia los polacos.

Estos, por su parte, inmediatamente después de la invasión alemana, como reacción a casos de sabotaje reales o presuntos por parte de la minoría alemana (a la que se consideraba una «quinta columna») detuvieron a unos 10-15.000 alemanes étnicos (1-2 por 100 de la minoría alemana) y los trasladaron a marchas forzadas hacia el este.[55] Aunque la brutalidad que acompañó a las marchas se exageró más tarde inmensamente con fines propagandísticos, la verdad es que los prisioneros fueron objeto de frecuentes palizas o recibieron otros tipos de malos tratos y se vieron sometidos a la violencia de la población local cuando pasaban por aldeas y pueblos polacos. En algunos casos se mató de un tiro al que ya no podía andar más.[56]

Se cometieron tropelías contra la minoría alemana en muchos sitios. En Bromberg (Bydgoszcz) sobre todo, los ataques del 3 de septiembre contra los alemanes tuvieron el carácter de un pogromo local. Nunca se ha determinado satisfactoriamente cuántos murieron allí.[57] La propaganda alemana explotó los ataques a los alemanes étnicos como una aparente justificación para una política de «limpieza étnica» que había sobrepasado con mucho en los primeros días lo que pudiese considerarse una represalia.[58] Los alemanes aseguraban en noviembre de 1939 que habían muerto 5.400 personas en los «asesinatos de septiembre» (incluyendo lo que ellos llamaban el «domingo sangriento de Bromberg»). Luego, en febrero de 1940, siguiendo instrucciones de Hitler (según se aseguró luego) esta cifra se multiplicó simplemente por diez, más o menos, y se inventó un total de 58.000 alemanes muertos.[59] Los cálculos más fidedignos sitúan el total de alemanes étnicos asesinados en tropelías, marchas forzadas, bombardeos y fuego de artillería en unos 4.000.[60] Aunque esas atrocidades fueron terribles, eran en general estallidos espontáneos de odio que se producían en el marco del pánico y el miedo que siguieron a la invasión alemana. No se podían comparar ni remotamente con el salvajismo calculado del tratamiento de que hicieron objeto a los polacos los invasores alemanes, y menos aún justificarlo, ¡ya que este último era un tratamiento encaminado a acabar con todo lo que no fuese una existencia de esclavos para el pueblo polaco.[61]

Algunas de las peores atrocidades alemanas de las semanas que siguieron a la invasión la perpetró la Volksdeutscher Selbstschutz (Autoprotección de los alemanes étnicos), una milicia de civiles creada siguiendo instrucciones de Hitler en los primeros días de septiembre y que en poco más de una semana quedó bajo el control de las SS.[62] Se hizo cargo de su organización Ludolf von Alvensleben, el ayudante de Himmler, que la dirigió además después en la Prusia occidental, donde la amplitud de su brutalidad destacó incluso en el horrible catálogo de fechorías de las otras ramas de la organización.[63] Decenas de miles de alemanes étnicos varones de entre 17 y 45 años de edad sirvieron en la Selbstschutz.[64] Von Alvensleben explicaba a sus reclutas en una reunión celebrada en Thorn el 16 de octubre: «Vosotros sois ahora la raza dominante aquí. Nunca se ha edificado nada a base de blandura y debilidad. […] Por eso espero de vosotros, lo mismo que lo espera nuestro Führer Adolf Hitler, que seais disciplinados, pero que os mantengáis sólidamente unidos como el acero Krupp. No seais blandos, sed implacables y barred todo lo que no sea alemán y pueda obstaculizar el trabajo de construcción».[65] La Selbstschutz, sobre todo en la Prusia occidental, donde el conflicto étnico había sido más feroz, llevó a cabo un número incalculable de «ejecuciones» de civiles polacos. El 7 de octubre, Von Alvensleben informaba de que sus unidades había tomado las «medidas más extremas» contra 4. 247 antiguos ciudadanos polacos.[66] Cuando un dirigente subordinado suyo de la Selbstschutz informó a Von Alvensleben de que esa semana no se había realizado ninguna ejecución, se le preguntó si es que no quedaban más polacos en su ciudad.[67] La Selbstschutz acabó disolviéndose (en la Prusia occidental en noviembre y en los demás lugares a principios de 1940) pero sólo porque sus atrocidades incontroladas empezaban a resultar contraproducentes debido a los conflictos resultantes con el ejército y las autoridades civiles alemanas de las zonas ocupadas.[68]

Las tropelías de la Selbstschutz no eran más que un elemento del programa de «lucha étnica» radical (Volkstumskampf) elaborado por la jefatura de las SS para la institución del «nuevo orden» en Polonia. Las operaciones de «limpieza étnica» más sistemáticas, que entrañaban liquidación generalizada de grupos elegidos, corrieron principalmente a

cargo de los Einsatzgruppen de la Policía de seguridad, que seguían al avance militar. Heydrich informaba ya al final de la primera semana de la invasión de que estaba furioso (como lo estaba también, al parecer, Hitler) por los legalismos de los tribunales militares, pese a las doscientas ejecuciones diarias. Exigía que se fusilase o se ahorcase sin juicio. «Hay que acabar (umgebracht) con la nobleza, el clero y los judíos», fueron al parecer sus palabras.[69] Repitió los mismos sentimientos unos días después, refiriéndose a una «limpieza del terreno» (Flurbereinigung) general, dirigiéndose a Eduard Wagner, general de intendencia de Halder.[70] No tardaron en llegar informes de atrocidades. Con fecha de 10-11 de septiembre llegaba la noticia de una matanza de judíos a los que se había encerrado en una iglesia perpetrada por las SS, así como del fusilamiento, también obra de las SS, de gran número de judíos.[71] El 12 de septiembre el almirante Canaris, jefe del Abwehr; le contó a Keitel que había oído que estaba planeado efectuar «abundantes fusilamientos (Fusilierungen) en Polonia y que había que exterminar (ausgerottet) sobre todo a la nobleza y al clero». Keitel replicaba que «esa cuestión ya ha sido decidida por el Führer».[72] Por entonces ya se había oído decir a Halder, jefe del Estado Mayor, que «era la intención del Führer y de Göring aniquilar (vernichten) y exterminar (auszurotten) al pueblo polaco», y que «el resto no podría ni siquiera insinuarse por escrito».[73]

Lo que esto venía a significar (un programa de «limpieza étnica» total) se lo explicó Heydrich a los comandantes de los Einsatzgruppen el 21 de septiembre. La idea era que las antiguas provincias alemanas se convertirían en Gaue alemanes. Se crearía otro Gau con una «población de idioma extranjero» (mit fremdsprachiger Bevölkerung) con capital en Cracovia. Las provincias alemanas estarían rodeadas por una «muralla oriental», formando el «Gau de idioma extranjero» una especie de «tierra de nadie» delante de ella. El Reichsführer-SS sería nombrado comisario de asentamiento para el Este (un nombramiento de vital importancia, dados los poderes inmensos, prácticamente ilimitados, de Himmler en el este, confirmados por un edicto secreto de Hitler el 7 de octubre).[74] «La deportación de judíos al Gau de idioma extranjero, la expulsión al otro lado de la línea de demarcación, ha sido aprobada por el Führer»,

continuaba Heydrich. El proceso había de espaciarse a lo largo de un año. Respecto a «la solución del problema polaco», al 3 por 100 de la mayoría de la capa dirigente de los territorios ocupados se le había «vuelto inofensivo» y se la había internado en campos de concentración. Los Einsatzgruppen debían elaborar listas de dirigentes significativos y de varios grupos de profesionales de clase media (incluidos maestros y sacerdotes) que debían ser deportados al territorio restante (que pronto pasaría a llamarse el «Gobierno General»). Los «polacos primitivos» debían ser utilizados como «trabajadores emigrantes» y deportados gradualmente al «Gau de idioma extranjero». Los polacos no debían de ser más que trabajadores estacionales y emigrantes, con sus hogares permanentes en la región de Cracovia. A los judíos de las zonas urbanas había que concentrarlos en guetos, en los que habría mayores posibilidades de control y disponibilidad para una posterior deportación. A los de las zonas rurales había que trasladarlos a las poblaciones. A los judíos se les sacaba sistemáticamente de las zonas alemanas en trenes de mercancías. Heydrich tenía previsto además deportar a Polonia judíos del Reich y 30.000 gitanos.[75]

Hitler habló poco más de una semana después con Rosenberg del programa de germanización y deportación que debía aplicarse en Polonia. Las tres semanas que había pasado allí durante la campaña habían confirmado sus arraigados prejuicios raciales. «Los polacos—recordaba Rosenberg que le había dicho—una fina capa germánica, debajo de ese material atroz. Los judíos la cosa más horrible que pueda imaginarse. Las ciudades cubiertas de suciedad. Ha aprendido muchísimo en estas semanas. Sobre todo: si Polonia hubiese gobernado unas cuantas décadas más las antiguas zonas del Reich, todo estaría plagado de piojos (verlaust) y podrido. Ahora era preciso que gobernase aquí una mano limpia y dominadora». Hitler se refirió luego, siguiendo unas directrices similares a las del discurso de Heydrich a sus mandos de los Einsatzgruppen, a sus planes piara los territorios polacos conquistados. «Quería dividir el territorio ocupado en tres sectores: 1. Entre el Vístula y el Bug: todos los judíos (también los del Reich) junto con todos los elementos que no fuesen de fiar. En el Vístula una Muralla Oriental infranqueable (más sólida incluso que la del oeste). 2. A lo largo

de la frontera anterior un ancho cinturón de germanización y colonización. Habría allí una gran tarea para todo el pueblo: crear un granero alemán, un campesinado fuerte, reasentar allí a buenos alemanes de todo el mundo. 3. En medio, una “forma de estado” (Staatlichkeit) polaco. Tendrá que dejarse al futuro la decisión de si podría avanzar o no al cabo de unas décadas el cinturón colonizador».[76]

Unos días después, Hitler habló con Goebbels en un tono similar. «El juicio del Führer sobre los polacos es aniquilatorio (vernichtend)—reseñaba Goebbels—. Más animales que seres humanos… La suciedad de los polacos es inconcebible». Hitler no quería una asimilación. «Habría que meterlos a todos en su estado reducido [se refería al «Gobierno General»] y dejar que se las arreglen entre ellos». Si Enrique el León (el poderoso duque de Sajonia y Baviera del siglo XII, que había reasentado campesinos en tierras de la Alemania septentrional y oriental) hubiese conquistado el este, el resultado, dado el ámbito de poder asequible en la época, habría sido una raza híbrida alemana «eslavizada», continuó Hitler. «Es mucho mejor que las cosas estén como están. Ahora al menos conocemos las leyes raciales y podemos actuar de acuerdo con ellas».[77]

Hitler insinuó en su discurso al Reichstag del 6 de octubre, aunque en términos sumamente vagos para el público, el «trabajo de limpieza» (Sanierungsarbeit) y el reasentamiento étnico masivo como preparación para el «nuevo orden de relaciones etnográficas» en la antigua Polonia.[78] Sólo en relaciones confidenciales con los miembros de la capa dirigente del régimen que necesitaban información (una técnica característica de su gobierno era no difundir información fuera de los límites básicos) habló Hitler con franqueza, como había hecho con Rosenberg y Goebbels, sobre lo que estaba previsto. En una reunión que se celebró el 17 de octubre en la cancillería del Reich y a la que asistieron Keitel, Frank, Himmler, Hess, Bormann, Lammers, Frick y el Secretario de Estado del Ministerio del Interior del Reich, Stuckart, Hitler delineó una política draconiana para Polonia.[79] Los militares debían sentirse felices de verse libres de responsabilidad administrativa. El «Gobierno General» no iba a convertirse en parte del Reich. No era tarea de la administración gobernarlo como una provincia modelo ni

establecer una economía sólida y una base financiera. Había que privar a la intelectualidad polaca de toda posibilidad de convertirse en una clase dirigente.[80] El nivel de vida debía mantenerse bajo: «Sólo queremos obtener de allí mano de obra». Debía darse allí vía libre a la administración, independencia respecto a los Ministerios de Berlín. «No queremos hacer allí nada de lo que se haga en el Reich», se comentaba lúgubremente. Para efectuar la tarea que había que hacer sería necesaria «una dura lucha étnica (Volkstumskampf) que no admitirá ninguna limitación legal. Los métodos no serán compatibles con nuestros principios habituales». El dominio de la zona permitiría «purificar el territorio del Reich también de judíos y polacos». La cooperación del «Gobierno General» con los nuevos Gaue de Posen y Prusia occidental se produciría únicamente con propósitos de reasentamiento (a través del comisario de asentamiento, el nuevo cargo de Himmler). «La inteligencia y la dureza en esta lucha étnica—concluía Hitler, acudiendo al recurso habitual de las necesidades nacionales como justificación—deben librarnos de tener que volver a los campos de batalla por causa de este país».[81] «El trabajo del demonio», le llamó.[82]

No puede caber duda sobre la aprobación por parte de Hitler de lo que había puesto en marcha Heydrich.[83] Este último, refiriéndose varios meses después a las accidentadas relaciones de las SS y la policía en Polonia con los mandos del ejército, indicaba que el trabajo de los Einsatzgruppen en ese país estaba (como había estado también en Austria y en Checoslovaquia) «de acuerdo con la orden especial del Führer». La «actividad política» realizada en Polonia por el Reichsführer-SS, que había provocado conflictos con una parte de los jefes del ejército, había seguido «las directrices del Führer además de las del mariscal general». Añadió que «las directrices de acuerdo con las cuales se produjo el despliegue policial fueron extraordinariamente radicales (por ejemplo, órdenes de liquidación de numerosos sectores de la capa dirigente polaca, que incluían a miles de individuos)». Los jefes del ejército, como no les habían transmitido la orden, habían supuesto que la policía y las SS estaban actuando arbitrariamente.[84]

En realidad, a los comandantes del ejército que estaban sobre el terreno en Polonia no se les había dado ninguna instrucción explícita

sobre órdenes de Hitler para la política de «limpieza étnica» asesina de las SS y de la policía de seguridad, aunque Brauchitsch sabía muy bien lo que se pretendía, lo mismo que Keitel.[85] Esto era en sí característico del funcionamiento del régimen y de la habilidad de Hitler (que mantenía plenamente informado sólo al círculo más pequeño posible y hablaba la mayor parte del tiempo, allí incluso, de generalidades, aunque draconianas) para encubrir su propia responsabilidad. No se trata, ni mucho menos, de que el ejército no se hubiese manchado con ninguna atrocidad en Polonia. La proclama de Brauchitsch a los polacos del 1 de septiembre les había dicho que la Wehrmacht no consideraba a la población como un enemigo y que se respetarían todos los acuerdos sobre derechos humanos.[86] Pero ya en las primeras semanas de septiembre numerosos informes del ejército hablaban de saqueos, «fusilamientos arbitrarios», «maltrato de desarmados, violaciones», «quema de sinagogas» y matanzas de judíos por soldados de la Wehrmacht.[87] Los jefes del ejército (incluso los más pronazis) consideraban, sin embargo, estas acciones repugnantes faltas graves de disciplina, no parte de una «limpieza» total que debía efectuarse por todos los medios posibles, e intentaron castigar a los infractores a través de los tribunales militares. (En realidad, la mayoría de ellos fueron amnistiados por Hitler mediante un decreto del 4 de octubre que justificaba Las acciones alemanas como represalias «debidas a la amargura por las atrocidades cometidas por los polacos»).[88] Los comandantes que estaban sobre el terreno, en Polonia, aunque su propio gobierno militar fuese duro, no veían como parte de un programa de exterminio de «lucha étnica» las atrocidades que reconocían entre sus propias tropas (en su opinión efectos colaterales lamentables, aunque inevitables, de la conquista militar de un acerbo enemigo al que se consideraba además un pueblo «inferior»). Su enfoque, aunque el tratamiento que dispensase a los polacos fuese draconiano, difería notoriamente del pensamiento de Hitler, Himmler y Heydrich.

En la segunda mitad de septiembre el desasosiego entre los comandantes del ejército que estaban en Polonia ante el salvajismo de las acciones de las SS se fue convirtiendo gradualmente en crítica inconfundible.[89] El conocimiento de esto alimentó las quejas de la

cúpula dirigente nazi por la «falta de comprensión» por parte del ejército de lo que era necesario hacer en una «lucha étnica».[90] Hitler le dijo a Goebbels el 13 de octubre que los militares que estaban en Polonia eran «demasiado blandos y complacientes» y serían sustituidos lo antes posible por la administración civil. «Sólo la fuerza es eficaz con los polacos—añadió—. Asia empieza en Polonia».[91] El 17 de octubre, en un paso que contribuyó notablemente a la ampliación de la autonomía de las SS, Hitler liberó a estas y a la policía de la jurisdicción militar.[92] Dos días después un decreto que no se hizo público estableció que la administración militar cesaría en Polonia el 25 de octubre, y que la sustituiría un gobierno civil. Esto ya se había anunciado unos quince días antes con la decisión de Hitler de establecer una administración civil en Danzig y en la Prusia occidental, una decisión impulsada directamente, al parecer, por las quejas de Forster por la «falta de entendimiento» por parte del ejército de las medidas que se estaban tomando allí.[93]

La transferencia de responsabilidades del ejército no mejoro gran cosa las relaciones entre este y las SS en Polonia, que empeoraron. Las denuncias más directas (y valerosas) de las horrendas tropelías de las SS, que continuaban, se hicieron en informes escritos a Brauchitsch por el coronel general Johannes Blaskowitz, comandante del ejército en Polonia después de que finalizase la administración militar.[94] Sus informes condenaban las «atrocidades criminales, maltratos y saqueos efectuados por las SS, policías y administración», criticando severamente los «instintos animales y patológicos» de las SS que habían conducido a la matanza de decenas de miles de judíos y polacos.

Blaskowitz temía «un embrutecimiento inconmensurable y un envilecimiento moral» si no se sometía a control a las SS… algo que, según decía, iba haciéndose cada vez menos posible dentro de Polonia «puesto que pueden muy bien creerse oficialmente autorizados y justificados para cometer cualquier acto de crueldad». El general Wilhelm Ulex, comandante en jefe de la sección meridional del frente, informaba en un tono similar.[95]

La pusilánime reacción del comandante en jefe del ejército Von Brauchitsch (en realidad una apología de la bárbara política de «limpieza étnica» autorizada por Hitler) resultó fatídica.[96] Comprometió la

posición del ejército y señaló el camino para el acuerdo entre el ejército y las SS respecto a las acciones genocidas que habrían de llevarse a cabo en la Unión Soviética en 1941. Brauchitsch habló de «errores lamentables» (bedauerliche Missgriffe) en la «solución difícil» de las «tareas étnico-políticas». Tras prolongadas discusiones con el Reichsführer-SS, quedó convencido de que el futuro traería un cambio. Tenía que prohibirse la crítica que ponía en peligro «la unidad y la capacidad de lucha de las tropas». «La combinación de tareas étnico-políticas, necesarias para garantizar el espacio vital alemán y ordenadas por el Führer, tenía que conducir necesariamente a medidas duras, excepcionales por otra parte, contra la población polaca de la zona ocupada—afirmaba—. La necesaria realización acelerada de estas tareas, derivadas de la lucha inminentemente decisiva del pueblo alemán, trajo consigo como es natural una posterior intensificación de estas medidas».[97] Previendo sin duda la explosión inevitable ante la ineptitud del ejército, Brauchitsch no entregó siquiera a Hitler en persona los informes. Como había hecho con el memorando de Beck, de julio de 1938, pasó al menos el primer informe el 18 de noviembre de 1939 por mediación del ayudante militar de Hitler Gerard Engel. La reacción fue escasa al principio. Luego llegó en seguida la denuncia feroz de las «actitudes infantiles» de la jefatura del ejército. «No se puede desencadenar una guerra con métodos del Ejército de Salvación», bramaba Hitler.[98]

Las investigaciones que había iniciado Himmler a raíz de las quejas del ejército llegaron a la conclusión de que no era más que una cuestión de «trivialidades»,[99] pero el Reichsführer-SS estaba indignado por los ataques. En marzo de 1940 buscó finalmente una oportunidad de dirigirse a los jefes del ejército. Aceptó responsabilidades por lo que había pasado, aunque quitó importancia a los informes, atribuyendo las denuncias de atrocidades graves a rumores.[100] Según el recuerdo de uno de los participantes, el general Weichs, añadió que «estaba dispuesto, en cuestiones que parecían casi incomprensibles, a asumir responsabilidades ante el pueblo y ante el mundo, ya que no podía relacionarse la persona del Führer con esas cosas».[101] Otro participante, con más motivos que la mayoría para tomarse vivo interés por los

comentarios de Himmler, el general Ulex, recordaba que el Reichsführer-SS había dicho: «Yo no hago nada de lo que no esté enterado el Führer».[102]

Al sancionar el programa de liquidación que constituía el núcleo del brutal proceso de «limpieza étnica» de Polonia Hitler había cruzado el Rubicón, y lo había cruzado también con él el régimen que dirigía. No se trataba ya de una exhibición de brutalidad descarada en el interior del país que estremecía (como lo había hecho la matanza de la cúpula dirigente de la SA en 1934, más aún, el pogromo de noviembre de 1938 contra los judíos) precisamente porque las estructuras y tradiciones de legalidad del Reich aún no estaban socavadas del todo, por mucho que se hubiesen debilitado. En lo que había sido en tiempos Polonia, no había impedimento alguno para la práctica de la violencia, esta era sistemática y adquirió una escala nunca presenciada en el Reich propiamente dicho. La ley, aunque draconiana, no contaba para nada. Se daba carta blanca a la policía. Hasta las zonas incorporadas se trataban, en cuanto al control policial, como si no fueran del Reich.[103] Lo que estaba sucediendo en los territorios conquistados se hallaba aún, desde luego, lejos del genocidio generalizado que habría de producirse en el verano de 1941, durante la campaña rusa. Pero tenía rasgos casi genocidas. Fue el campo de instrucción para lo que habría de seguir.

Los comentarios de Hitler a Rosenberg y a Goebbels mostraban cómo sus impresiones de los polacos le proporcionaban la autojustificación para los métodos drásticos que había aprobado. Es indudable que Himmler y Heydrich le habían reafirmado en esas actitudes. También Goebbels avivó los prejuicios de Hitler para desahogar los propios. A mediados de octubre Goebbels Je habló del trabajo preliminar sobre lo que habría de convertirse en la nauseabunda película «documental» antisemita Der ewige Jude (El judío eterno). Hitler escuchó con gran interés. Lo que Goebbels le dijo a Hitler podría suponerse por sus propias reacciones cuando vio las primeras imágenes de lo que llamó la «película del gueto». La apariencia de los judíos degradados y oprimidos, aplastados bajo el yugo nazi, había llegado a parecer la caricatura que había producido la propia propaganda de Goebbels. «Descripciones tan terribles y brutales en sus detalles que se te coagula la sangre en las

venas—comentó—. Retrocedes ante la visión de un embrutecimiento (Roheit) tal. Los judíos tienen que ser aniquilados (vernichtet)».[104] Unos quince días después Goebbels mostró a Hitler las horribles escenas de matanza ritual de la película e informó de sus propias impresiones (apuntando ya claramente en una dirección genocida), espigadas durante su visita al gueto de Lodz: «Es indescriptible. Esos no son ya seres humanos. Son animales. Así que no es una tarea humanitaria sino quirúrgica. De otro modo Europa perecerá debido a la enfermedad judía».[105]

Goebbels, Himmler, Heydrich y otros nazis destacados estaban, en un sentido mucho más literal, «trabajando en la dirección del Führer», cuya autoridad les permitía realizar sus propias fantasías. Lo mismo les sucedía a innumerables personajes menores del experimento racial en marcha en los territorios ocupados. Los académicos (con los historiadores en vanguardia) se superaban a sí mismos justificando la hegemonía alemana en el este.[106] «Especialistas» raciales del partido se pusieron a trabajar para formular la base «científica» de la inferioridad de los polacos.[107] Ejércitos de planificadores, trasladados al este empezaron a dejar dispararse la imaginación ideando planes megalomaníacos de reasentamiento étnico y reestructuración social.[108] Hitler no tenía más que proporcionar una licencia general para la barbarie. Sobraban manos dispuestas a ponerla en práctica.

Esto empezó con los jefes de la administración civil de la Polonia ocupada. Forster en Danzig-Prusia occidental, Greiser en la Warthegau y Frank en el Gobierno General eran «viejos combatientes» de confianza, elegidos personalmente para la tarea por Hitler. Sabían lo que se esperaba de ellos. No eran necesarias directrices regulares y precisas.

La Warthegau proporciona un ejemplo claro de los modos de «trabajar en la dirección del Führer» (anticipándose a las intenciones y deseos presuntos de Hitler) convertidos en acciones cada vez más radicales. El hombre de Hitler en Posen, jefe de la administración civil de «Reichsgau Wartheland» (como se llamó oficialmente a partir de enero de 1940), era Arthur Greiser. Para Greiser, que era natural de la zona de Posen, el camino hasta Hitler había sido el clásico. Como en el caso del propio Führer, la guerra había sido una experiencia formativa.

Se identificó completamente con la mentalidad del «soldado del frente». La derrota y la pérdida de su provincia natal dejaron una huella profunda. Al servicio en los Freikorps siguieron años en los que sobrevivió a duras penas, ganándose la vida como mejor podía, dedicándose incluso a organizar paseos en barca por el puerto de Danzig.[109] El resentimiento que le causaba su calamitosa situación económica contribuyó sin duda a empujarle más hacia el campo völkisch, luego al Partido Nazi. Estaba al parecer sin trabajo en 1929, cuando se sintió atraído por lo que más tarde llamaría «la solución de la gran cuestión social»… que era sin duda sinónimo en su pensamiento de la «cuestión étnica» de las antiguas provincias prusianas. El creía que «en el caos la política de partido, sólo Hitler era capaz de esa solución».[110]

Greiser fue lo suficientemente inteligente y ambicioso para abrirse camino entre las intrigas del partido de Danzig hasta llegar a convertirse en ayudante de Forster y presidente del senado de la Ciudad Libre, sobreviviendo a escándalos de corrupción económica, a su pertenencia a una logia masónica en la década de 1920 y a la tormentosa ruptura de su primer matrimonio. La supervivencia de Greiser se debió en gran medida a sus buenas relaciones con Himmler. Estaba ya dispuesto también a hacer lo que fuese por conservar el favor de Hitler. «Ningún precio era demasiado alto por conservar ese favor—recordaba Cari Burckhardt—. Si Hitler expresaba un deseo, contaba más incluso que una orden».[111] Cuando Hitler le nombró gobernador del Reich y Gauleiter de la Warthegau, su «gratitud no tenía limites», según un contemporáneo.[112] No perdía ninguna oportunidad de destacar «que era persoma gratissima al Führer» y que gozaba también de la confianza del Reichs-führer-SS.[113] Consideraba que su tarea era trabajar para poner en práctica la «visión heroica» del Führer para la germanización de la Warthegau, convertirla en una «Gau modelo» del «Nuevo Orden». Se le dio amplio margen para hacerlo.

La dirección conjunta del estado y el partido de la zona incorporada, de acuerdo con el sistema utilizado en la Ostmark y en los Sudetes, proporcionaba al partido una influencia mucho mayor que en el «Viejo Reich».[114] Greiser, cuando se le presentaba un obstáculo, invocaba «los poderes plenipotenciarios especiales que me otorgó personalmente el

Führer» los cuales de acuerdo con su mandato, tenían que ser más amplios, aseguraba, que en otras zonas del Reich.[115]

Greiser exigía a sus subordinados que fuesen «brutales, duros y otra vez duros» en la «lucha étnica».[116] La brutalidad se reproducía a sí misma; se convirtió en la norma. Estaba prohibida la indulgencia. La atmósfera que imperaba en la Warthegau puede calibrarse por la directriz del jefe de la policía (no de la terrible policía de seguridad) de un distrito de la provincia de Posen. Hablando de los polacos, comunicaba que no «quiero ver que ningún agente muestre suavidad con esos elementos».[117] El mismo jefe de policía añadía unos meses después: «El polaco es para nosotros un enemigo y espero de todo agente… que actúe en consecuencia. Los polacos deben sentir que no tienen derecho a ponerse al mismo nivel que un pueblo con cultura».[118] Esta actitud se transmitió a, y fue adoptada por, casi todos los aproximadamente 25. 000 policías y 22. 500 miembros de la administración pública (la mayoría procedentes del Reich) que controlaban la Warthegau.[119]

La actitud de Hitler hacia la policía en los territorios incorporados era característica. Considera que era muy importante otorgar a su Gauleiter la «libertad de acción necesaria» para llevar a cabo sus difíciles tareas. Subrayaba «que él sólo pedía un informe de los Gauleiter después de diez años de que su zona sea alemana, es decir, puramente alemana. No preguntaría por los métodos que habían usado para hacerla alemana, y no le importaba que se demostrase alguna vez en el futuro que los métodos para conseguir el territorio habían sido desagradables (unschön) o legalmente objetables».[120] La consecuencia inevitable de este mandato amplio (aunque se alegase que era algo contrario a la intención de Hitler) era la competencia entre Greiser y su archirrival Forster, que querían cada uno de ellos ser el primero en proclamar que su Gau estaba plenamente germanizado.[121] Greiser y Forster utilizaron medios distintos para lograr ese objetivo. Mientras Forster, para profunda irritación de Himmler, incluyó el mayor número posible de polacos de su zona en el tercer grupo de la Deutsche Volksliste (Lista étnica germánica), dándoles ciudadanía alemana a prueba (es decir, sometida constantemente a revocación), Greiser se inclinó, fanática e

implacablemente, por el apartheid, la máxima separación de los dos grupos étnicos.[122] Mientras Forster chocaba a menudo con Himmler, Greiser daba pleno apoyo a la política del Reichs-führer-SS y traba jaba en estrecha cooperación con el máximo jefe de las SS y de la policía en la Warthegau, Wilhelm Koppe.

La Warthegau convirtió los años de tortura indescriptible para el pueblo sometido en lo más próximo a una visión del «Nuevo Orden» en el este. Los vastos programas de deportación y reasentamiento, la erradicación implacable de la influencia cultural polaca, el cierre generalizado de iglesias católicas y la detención o el asesinato del clero, el desahucio de los polacos de sus propiedades y los niveles casi increíbles de discriminación contra la población polaca mayoritaria (siempre acompañada de la amenaza de ejecución sumaria) se realizaron bajo la égida de Greiser y Koppe con poca necesidad de implicar a Hitler. Por otra parte, la campaña feroz de esa misma pareja para librar su zona germanizada de lo más vil de lo vil (la minoría judía de la Warthegau) habría de constituir un eslabón vital de la cadena que conduciría a finales de 1941 a la «Solución final».[123]

La rapidez con que se habían improvisado las divisiones geográficas y la estructura administrativa de los territorios ocupados de la antigua Polonia, el que se hubiese dado carta blanca a los jefes del partido, la amplia autonomía que había conseguido la policía y la ausencia total de trabas legales, habían propiciado una batalla por el poder en el «salvaje este». Pero donde el conflicto entre las autoridades de ocupación era más endémico, como en el Gobierno General, resultaba evidente que la mayor concentración de poder estaba en manos de la policía de seguridad, representada por el Jefe supremo de la policía y de las SS, respaldado por Himmler y Heydrich. La «Orden Negra» de Himmler, bajo los poderes ampliados del Reichsführer como comisario del Reich para la consolidación de la germanidad, y con la misión que le había asignado Hitler de «limpiar» el este, se hallaba verdaderamente en su elemento en los nuevos territorios ocupados. El poder ilimitado que habían traído consigo la guerra y la ocupación, y las lecciones de barbarie aprendidas rápidamente en la antigua Polonia, se pondrían en práctica rápidamente durante el ataque a la Unión Soviética del verano de 1941.

Capítulo III

Entre tanto, dentro del propio Reich, con el inicio de la guerra se había dado un paso vital en el hundimiento en la barbarie moderna. Hitler pasó a autorizar también allí el asesinato en masa.

Paralelamente a las matanzas perpetradas en la Polonia ocupada, hubo un avance irreversible en la dirección del genocidio. El programa (eufemísticamente llamado la «acción eutanásica») para matar a los enfermos mentales y a otros enfermos incurables que puso en marcha en el otoño de 1939 habría de proporcionar una pasarela para un programa de exterminio más vasto que vendría después. Y, como la destrucción de la judeidad europea, estaba claramente vinculado en su pensamiento con la guerra que, estaba seguro, traería consigo el cumplimiento pleno de su «misión» ideológica.

Fue en el mes de octubre cuando Hitler hizo copiar a una de sus secretarias, en papel con membrete suyo y con fecha atrasada de 1 de septiembre de 1939 (el día que había empezado la guerra) esta única frase: «Se encomienda al Reichsleiter Bouhler y al doctor en medicina Brandt la responsabilidad de ampliar la autoridad de ciertos médicos especificados de manera que, tras valoración crítica del estado de los considerados enfermos incurables, pueda otorgárseles una muerte misericordiosa». Luego cogió una pluma y firmó con su nombre bajo esta lapidaria sentencia de muerte incondicional.[124]

Por entonces, la matanza de enfermos mentales, ya autorizada verbalmente por el Führer, se practicaba sin problema. No se correspondía ni con el estilo de Hitler ni con su instinto transmitir por escrito órdenes mortíferas. La razón de que lo hiciese en este caso y sólo en él eran las dificultades con que se encontraban, en un país donde se suponía aún que imperaba la soberanía de la ley, los que intentaban, sin una autoridad evidente, crear una organización secreta para llevar a la práctica la orden criminal.[125] El conocimiento de la autorización por escrito de Hitler siguió limitado, incluso entonces, al menor número de personas posible. Hasta diez meses después, el 27 de agosto de 1940, no llegó a mostrarse una copia de él al propio ministro de justicia del Reich, Franz Gürtner, que se enfrentaba a críticas crecientes por la ilegalidad de

lo que se iba filtrando cada vez más a la opinión pública inevitablemente.[126]

En realidad, lo que se estaba haciendo no tenía ningún fundamento jurídico. Hitler se negó explícitamente a que hubiese una ley de «eutanasia» porque rechazaba la perspectiva de una burocracia pesada y torpe y de trabas legales.[127] El mandato de Hitler no podía considerarse, incluso según las teorías jurídicas de la época, como un decreto oficial del Führer, y no poseía, por tanto, carácter de ley.[128] Pero una orden del Führer, fuese cual fuese su condición jurídica, se consideraba de todos modos vinculante.[129] Eso se aplicaba también al ministro de justicia del Reich Gürtner. Una vez que río con sus propios ojos que Hitler respaldaría la liquidación de los enfermos mentales, y que no era obra de subalternos del partido que operasen sin autoridad, abandonó sus tentativas de bloquear o regular los asesinatos basadas en la ley.[130] A un valiente juez de distrito, Lothar Kreyssig, que había escrito francas cartas de protesta denunciando la crasa ilegalidad de la acción, y que al enseñarle la autorización de Hitler había exclamado que lo malo no podía convertirse en bueno aun cuando se basase en una teoría legal positiva, Gürtner le respondió simplemente: «Si no es usted capaz de aceptar la voluntad del Führer como una fuente de derecho, como una base del derecho, no pude seguir siendo juez». Poco después se comunicaría la noticia de su retiro.[131]

Este incidente muestra hasta qué punto había socavado la esencia del derecho la aceptación del «poder del Führer». La génesis de la «acción de eutanasia» que Hitler autorizó por escrito en octubre de 1939 proporciona, por otra parte, un ejemplo clásico de cómo el «trabajar en la dirección del Führer» convertía un objetivo ideológico en una política realizable.

Hitler era indispensable para el proceso. Sus bien difundidas ideas de la década de 1920 sobre «eutanasia» sirvieron después de 1933 como un estímulo a los que estaban deseosos de resolver el «problema» de lo que describían como el «lastre» de la sociedad (Ballastexistenzen).[132] Estaban representados sobre todo en la Liga de médicos nacionalsocialistas, pero no se trataba exclusivamente de nazis fanáticos.

La idea de la «destrucción de la vida indigna de vivir» (Vernichtung

lebensunwerten Lebens) había sido ya objeto de debate publico a raíz de la publicación en 1920 de un breve tratado del profesor Karl Binding, abogado, y del doctor Alfred Hoche, psiquiatra (ninguno de ellos nacionalsocialista) en que se pedía la eliminación de los locos y los enfermos incurables a instancias de la familia o por decisión de una comisión formada por dos médicos y dos abogados que hubiesen investigado minuciosamente las circunstancias del caso. Entre las razones que se daban para esta política (y que más tarde habían de pregonar los nazis) figuraba la necesidad de evitar el tener que gastar en el cuidado de los considerados nada más que una carga social un dinero que estaría de otra forma disponible para finalidades «productivas».[133]

Sin embargo, los médicos habían rechazado por una abrumadora mayoría la eutanasia durante el periodo de Weimar. Los psiquiatras empezaron haciendo lo mismo, pese a que se iba difundiendo la idea de que podía darse mejor uso al dinero gastado en los «idiotas». Cuando las condiciones profesionales de la psiquiatría empeoraron, cuando descendió la posición social de los psiquiatras (se les consideraba a menudo una especie de médicos de segunda clase) y cuando las condiciones de los manicomios se deterioraron drásticamente como consecuencia de los recortes en el gasto público de principios de la década de 1930, ganaron terreno las propuestas radicales para reducir el coste del apoyo institucionalizado a los enfermos mentales. Pero se admitía que no había aún una mentalidad propicia para esos cambios entre los ciudadanos.

La ascensión al poder de Hitler cambió la situación, y abrió nuevas posibilidades a la profesión médica. Algunos psiquiatras destacados estaban más que dispuestos a explotarlas. Las presuntas intenciones de Hitler les proporcionaron directrices para sus esfuerzos, aunque se considerase que no era aún el momento oportuno para introducir el programa que querían. El papel de Hitler fue especialmente decisivo en 1938-39 al aprobar todos los pasos de lo que acabaría convirtiéndose en un programa completo de «eutanasia» a partir del otoño de 1-939. indudable que sin esa aprobación y sin el impulso ideológico que él encarnaba no habría habido ninguna «acción de eutanasia».

Pero la mentalidad que condujo a la eliminación de los enfermos

mentales no fue una creación de Hitler. La entronización de la dictadura había dado licencia a los profesionales de la medicina y de la psiquiatría a partir de 1933 para pensar lo impensable apoyándose en cimientos firmes, sobre todo a raíz de los catastróficos recortes del gasto publico de los años de la Depresión. Ideas minoritarias, constreñidas hasta en una democracia deficiente, podían convertirse ya en opinión general. El proceso aceleró su ritmo. En 1939, los médicos y enfermeros adscritos a los manicomios se hacían cargo ya de qué era lo que había que hacer. Y lo mismo la burocracia médica, que engrasaba las ruedas de la maquinaria de matar.[134] La opinión general de la mayoría de los ciudadanos tampoco era desfavorable por entonces. Aunque había sentimientos fuertes en contra de la eutanasia, sobre todo entre los vinculados a las iglesias, otros estaban a favor (al parecer sobre todo en el caso de enfermos mentales o niños minusválidos) o por lo menos pasivamente dispuestos a aceptarla.[135]

Por último, y no menos importante, fue que el que se pudiese poner en marcha un programa secreto de asesinato en masa, coincidiendo con el estallido de la guerra, habría sido inconcebible sin la progresiva erosión de la legalidad y la desintegración de las estructuras formales de gobierno que habían estado produciéndose desde 1933.

Hitler había expuesto con bastante claridad lo que pensaba que había que hacer con los enfermos incurables en Mein Kampf donde abogaba por su esterilización. El marco de este comentario era una diatriba sobre la necesidad de erradicar de la sociedad las enfermedades de transmisión sexual. No quería medidas tibias que se quedaran cortas. «Es un contrasentido—escribía—dejar que enfermos incurables contaminen continuamente a los que están sanos. […] La exigencia de que se impida a los individuos defectuosos propagar vástagos igualmente defectuosos es una exigencia cuya razón está clarísima. […] El enfermo incurable será implacablemente segregado, en caso necesario […] una medida bárbara paral el desdichado al que se le aplique, pero una bendición para su prójimo y para la posteridad».[136]

Para Hitler, como de costumbre, cuando habló en la concentración del partido de Nuremberg en 1929 sobre cómo había que tratar a los más débiles de la sociedad, pesaba menos el argumento económico

utilizado por el grupo de presión eugenésico de la profesión médica y por otros que las cuestiones de «higiene racial» y el «futuro mantenimiento de nuestra fuerza étnica (Volkskraft), de toda nuestra nacionalidad étnica (unseres Volkstums), en realidad».[137] «Si Alemania hubiese de tener un millón de niños por año—proclamó—y eliminar (beseitigen) a 700.000-800. 000 de los más débiles de ellos, el resultado final tal vez fuese incluso un aumento de fuerza».[138] Esto implicaba ingeniería racial a través del asesinato generalizado, justificado por medio de la ideología del darwinismo social, no «eutanasia» en el sentido convencional como liberación voluntaria de la enfermedad mortal.

Según los comentarios de su médico, Karl Brandt, en su juicio de postguerra, se sabía que Hitler era partidario de la eutanasia involuntaria de 1933 en adelante como mínimo.[139] También Lammers recordaría más tarde a Hitler cavilando sobre la eliminación de los enfermos mentales en 1933 en las discusiones sobre la «Ley de esterilización».[140] Pero en 1933, la opinión pública alemana no estaba en modo alguno preparada para un paso tan drástico. El régimen nazi no podía plantearse la introducción de una medida tan polémica como la «eutanasia» forzosa para los enfermos incurables, que era seguro que provocaría por entonces como mínimo la condena de la Iglesia católica.

Pero no se perdió de vista la idea. En 1933 se publicó un extenso memorando sobre derecho penal nacionalsocialista, del que era autor el ministro de justicia prusiano Hanns Kerrl, que no consideraba la eutanasia voluntaria, certificada por dos médicos, como infracción penal. Kerrl afirmaba también que no sería un delito en el caso de que el estado «ordenase legalmente privar de la vida, a través de organismos oficiales, a los enfermos mentales incurables».[141] La jerarquía de la Iglesia católica reaccionó de forma predeciblemente hostil (aunque en un memorando que se mantuvo inédito).[142] En 1935, el informe publicado de Gürtner sobre el trabajo de la comisión creada para revisar el código penal, en directa oposición a la línea de interpretación de Kerrl, pareció descartar entonces explícitamente la perspectiva de una legalización de la eliminación de los enfermos mentales.[143] Sin embargo, la posición del propio Hitler se indicaba en su respuesta de 1935 al dirigente de Médicos del Reich, Gerhard Wagner (que participó destacadamente en la

campaña para introducir una «Ley de la sangre» antijudía). Evidentemente Wagner presionaba en pro de medidas radicales que permitieran la «destrucción de la vida indigna de vivir». Hitler parece ser que le dijo que «asumiría y resolvería los problemas de eutanasia» en caso de una guerra. El era «de la opinión de que una cuestión de ese tipo podía resolverse con más facilidad y suavidad estando en guerra», y que la oposición que se esperaba de las iglesias tendría entonces menos influencia que en época de paz. Así que se proponía «resolver de forma radical el problema de los manicomios en caso de guerra».[144]

Hitler tuvo poca participación durante los tres años siguientes en el tema de la «eutanasia». Hubo otros más activos. El dirigente de Médicos del Reich, Wagner, alentado sin duda por el comentario de Hitler de que tenía previsto introducir, en cuanto la guerra para la que el régimen se estaba preparando brindase la oportunidad, un «programa de eutanasia», promovió debates sobre cómo debería prepararse a la población para esa medida. Se publicaron cálculos del coste del mantenimiento de los enfermos mentales y los que padecían enfermedades hereditarias, inculcando la impresión de lo mucho que se podría hacer por el bien de todos con los vastos recursos que se «desperdiciaban» en vidas «inútiles». Se enviaron cámaras a los manicomios para filmar escenas que horrorizasen a la opinión pública del país y convenciesen a todos de que era necesario eliminar por el bien del conjunto de la población a los que se retrataba como la hez de la sociedad.[145] La Oficina política y racial nacionalsocialista (NS-Rasse und Politisches Amt) produjo cinco películas mudas de este tipo entre 1935 y 1937.[146] Había una de ellas que le gustó tanto al propio Hitler, Erbkrank (Enfermo hereditario), hecha en 1936, que encargó una continuación con sonido, Opfer der Vergangenheit (Víctima del pasado) y ordenó proyectarla en todos los cines de Alemania en 1937.[147]

A partir de 1936, se obligó a las iglesias a transferir a los pacientes de los sanatorios que dirigían a instituciones controladas por el estado.[148] Estas instituciones habían sufrido ya recortes presupuestarios cuando se aumentó el hacinamiento con esta medida y había empeorado además la calidad del servicio medico y sanitario.[149] Circulaban rumores de que el ministro del interior del Reich estaba considerando la posibilidad de

reducir drásticamente las raciones de alimento para los pacientes de los manicomios en caso de guerra.[150] En el órgano de las SS Das Schwarze Korps una carta de un lector que pedía en 1937 una ley que permitiese eliminar a los niños retrasados mentales, si sus padres daban consentimiento, iba acompañada de un comentario que propugnaba una ley «que ayude a la naturaleza a corregirse». Al argumento de que no había ningún derecho a matar, afirmaba el periódico, se podía responder diciendo que había cien veces menos derecho a desafiar a la naturaleza manteniendo vivo «lo que no nació para la vida». No se le quitaba nada a un niño con una lesión cerebral grave si se «extingue la luz de su vida».[151] En estos sentimientos se presagiaba el programa de «eutanasia infantil». Estaba en el aire la generalización del asesinato en los manicomios. El que se materializase era cuestión de tiempo y de oportunidad.

Entre tanto, la «Cancillería del Führer del NSDAP», el organismo que habría de encargarse de la «acción de eutanasia» de 1939 en adelante, estaba haciendo todo lo que podía para ampliar su propia base de poder en la selva política del Tercer Reich. Pese a lo impresionante de su nombre, la Cancillería del Führer tenía poco poder real. Hitler la había creado a finales de 1934 para que se encargara de la correspondencia de los miembros del partido dirigida a él como jefe del NSDAP. Oficialmente debía ser el órgano encargado de mantener al Führer en contacto directo con las preocupaciones de su pueblo.[152] Mucha de la correspondencia, como dejó claro el propio Hitler, consistía en quejas triviales, pequeños agravios y peleas personales menores de miembros del partido. Pero a partir de 1933 llegaban ya muchísimas cartas dirigidas a Hitler… sobre un cuarto de millón por año a finales de la década de 193o.[153] Y muchas de ellas había que contestarlas para mantener la ficción de que el Führer atendía las quejas del pueblo.

Hitler puso la Cancillería del Führer bajo el control de Philipp Bouhler, un burócrata silencioso pero profundamente leal y respetuoso, miembro de la Reichsleitung del partido (la jefatura del Reich) desde 1933. Bouhler, eficiente y tenaz, había sido en gran medida el que se había hecho cargo de la tarea de poner en pie la organización administrativa del partido después de la refundación de 1925.[154] En la

época de su nombramiento, con treinta y cinco años de edad, tenía cierto aspecto de búho con sus gafas negras y redondas de montura de cuerno y el pelo peinado hacia atrás. Su voz suave y sus modales corteses eran algo insólito en la dirección del partido. Era un individuo silencioso, siempre entre bastidores, que, en otra época y otro lugar, podría haberse convertido en secretario de una empresa. Pero Bouhler, aunque tenía aún dificultades para caminar (y tal vez huellas psicológicas) por las graves heridas en las piernas que había sufrido hacia el final de la guerra y que le habían impedido seguir la carrera de oficial del ejército como su padre, era ambicioso.[155] Era además, pese a sus peculiaridades introvertidas, un fanático en el aspecto ideológico. Y consiguió entonces, explotando sus conexiones directas con Hitler, lo impreciso de sus atribuciones y el carácter aleatorio del asunto que vino a cruzarse en el camino de la organización que dirigía, ampliar su pequeño imperio… pisando muchos pies ajenos en el proceso. Cuando la Cancillería del Führer se trasladó en 1936 a un nuevo local próximo a la Cancillería del Reich, estaba formada por seis departamentos y los 26 empleados originales casi se habían duplicado, pasando luego a multiplicarse por cinco en 1942.[156] De los diversos departamentos, el más importante era el Departamento (Amt) 11 (del Departamento Principal, Hauptamt, de 1939) dirigido por Viktor Brack, ayudante de Bouhler. Este Departamento cubría una amplia gama de asuntos heterogéneos pero su sección «IIb», dirigida por Hans Hefelmann, tenía a su cargo atender las peticiones relacionadas con el Ministerio del Interior del Reich, que incluían temas delicados que afectaban a la competencia del departamento de salud del Ministerio.[157] Brack, cinco años más joven que Bouhler, era, en realidad, más ambicioso aún que su jefe. Tenía unos antecedentes nazis clásicos: educación völkisch, Freikorps, participación en el golpe frustrado de la cervecería, estudios de economía agrícola en la Technische Hochschule de Munich, activismo estudiantil, ingreso en el partido y en las SS a la edad de 25 años en 1929. Su padre era el médico de Frau Himmler. El mismo fue durante un tiempo chófer de Himmler.[158] Y estaba ideológicamente sintonizado con lo que se necesitaba. Y dispuesto a aprovechar una oportunidad cuando se presentaba.

Esa oportunidad llegó en un momento impreciso de los primeros

meses de 1939. Por entonces el padre de un niño de Pomssen, cerca de Leipzig, con una discapacidad grave (había nacido ciego, sin el antebrazo izquierdo y con una pierna deforme) envió una petición a Hitler, rogando que se liberase al niño a través de la eutanasia. La petición llegó a la oficina de Hefelmann de la Cancillería del Führer.[159] Hefelmann no se planteó involucrar ni al Ministerio de Justicia del Reich ni al del Interior. Pensó que debía presentarse la petición directamente a Hitler, para ver cómo consideraba este que debía tratarse aquel asunto.[160] Esto probablemente fuese en mayo o junio de 1939.

Hitler envió a su médico, Karl Brandt, a la Clínica Infantil de la Universidad de Leipzig, a consultar a los médicos que atendían al niño con el mandato de autorizarles en su nombre a practicar la eutanasia si la situación era tal como el padre la había descrito.[161] Esto se hizo hacia finales de julio de 1939. Poco después del regreso de Brandt, Hitler le otorgó poder verbalmente, como había hecho con Bouhler, para actuar de un modo similar si surgían otros casos. (El caso del niño de Pomssen no era evidentemente un ejemplo aislado por esta época).[162] No se sabe si Hitler dio ese paso sin que nadie le instase a hacerlo o si siguió una indicación de Brandt o del ambicioso Bouhler. Pero entre febrero y mayo de 1939 Hefelmann, siguiendo instrucciones de Brandt, celebró reuniones con médicos que simpatizaban con la causa y acabó creando una organización camuflada a la que se le dio el nombre de «Registro científico del Reich de dolencias congénitas y hereditarias graves» (Reichsauchuss zur wissenschaftlichen Erfassung erb-und anlagebedingter schwerer Leiden). Se calcula que se hizo morir bajo su égida a entre cinco y ocho mil niños, la mayoría de ellos con inyecciones del barbitúrico luminal.[163]

En julio Hitler les dijo a Lammers, a Bormann y al doctor Leonardo Conti (nombrado recientemente jefe de sanidad del Reich y Secretario de Estado para la salud del Ministerio del Interior) que era partidario de la eutanasia para los que padecían una enfermedad mental grave. Aseguró que se podía hacer un mejor uso de hospitales, médicos y personal sanitario en una guerra. Conti recibió el encargo de investigar si era factible ese programa.[164] Por entonces se avecinaba va claramente la guerra. Los propios comentarios de Hitler mostraban que seguía

pensando en un «programa de eutanasia» en el marco de la guerra. En ese periodo Hitler probablemente hubiese recibido ya la evaluación que había encomendado Brack hacia principios de año al doctor Joseph Mayer, profesor de teología moral de la universidad de Paderborn. Hitler estaba preocupado por la posible reacción de las iglesias en el caso de que se introdujese un «programa de eutanasia». Suponía que tanto la iglesia católica como las protestantes se opondrían frontalmente. A Mayer, que había publicado en 1927 un ensayo que propugnaba la esterilización obligada de los enfermos mentales, se le había pedido que evaluase la actitud de la Iglesia católica. El defendía el derecho del estado a quitar la vida a los enfermos mentales. Aunque esto era contrario a la doctrina católica ortodoxa, Mayer daba la impresión de que no había por qué esperar una oposición inequívoca de las iglesias. Esta fue la conclusión que extrajo al parecer Hitler, después de posteriores investigaciones hechas con discreción.[165] El mayor obstáculo interno para un programa de aquel tipo parecía ser superable. El programa podía seguir adelante.

Había ya un organismo disponible, creado para ocuparse de la «eutanasia» infantil. Brack se había enterado indirectamente de las instrucciones de Hitler a Conti en la reunión de julio.[166] Al ver su oportunidad, pero al tener que actuar necesariamente sin dilación, pata que Conti y el ministro del interior del Reich no le arrebataran el control, había hecho redactar a Hefelmann un breve memorando estadístico de los manicomios y se lo había llevado a Bouhler. El jefe de la Cancillería del Führer no tuvo demasiado problema para conseguir que Hitler ampliase la autorización que les había otorgado anteriormente a él y a Brandt para ocuparse de la «eutanasia» infantil. Fue en agosto de 1939 cuando Hitler le dijo a Bouhler que quería que se guardase el más estricto secreto y que se diese «una solución completamente antiburocrática a este problema». Se debía mantener al margen el máximo posible al ministro del interior del Reich.[167]

Poco después de esto, se convocó a un buen número de médicos a una reunión en la Cancillería del Reich para saber qué opinaban sobre un programa de esas características. Se mostraron abrumadoramente favorables y dispuestos a colaborar. Indicaron que podría haber unos

60.000 pacientes «elegibles».[168] El que fuesen tantos los que participaban significaba que resultaría difícil mantener el secreto. Hacía falta un organismo camuflado. Se crearon tres, uno para distribuir cuestionarios en los manicomios (la Asociación de Manicomios del Reich), otro para ocuparse de las cuestiones económicas y de personal (Fundación comunitaria para la administración de manicomios) y otro para organizar el transporte (Transporte de pacientes de la comunidad). Estos organismos, dirigidos por Brack, tenían su base en una modesta villa de Berlín-Charlottenburg, Tiergartenstrasse 4, de donde recibió su nombre toda la «acción de eutanasia», «T4». La organización contaba con una nómina de 114 empleados, además de Bouhler, Brandt y Brack.[169]

La creación de una organización de este tipo y la ejecución de su horripilante tarea no exigió, es evidente, más que la autorización verbal que había bastado hasta entonces para la «eutanasia» de los niños. Esto fue lo que puso en marcha la autorización casi casual de Hitler unas semanas después, aunque con la fecha anterior de 1 de septiembre. Esta capacitación informal y la forma en que la Cancillería del Reich había podido expropiar, sin que se informase siquiera a los ministros de estado, el control de un programa concebido para provocar la muerte de decenas de miles de personas en una actuación que carecía de todo fundamento jurídico, es el más claro indicio de hasta qué punto habían sido deformadas y desbancadas las estructuras internas de gobierno por órganos del ejecutivo dedicados a poner en práctica lo que consideraban que era la voluntad del Führer. La atmósfera furtiva de intriga y misterio (algunos personajes destacados, como el propio Brack, trabajaban incluso con nombres falsos) realzaban el carácter ilegal de lo que estaba pasando.[170] El régimen había pasado a la actividad criminal directa.

El personal médico de los manicomios seleccionaba entre sus pacientes a los que debían incluirse en la «acción de eutanasia». También ellos estaban «trabajando en la dirección del Führer», fuese o no esa su motivación manifiesta. Se marcaban con una cruz roja los nombres de los pacientes incluidos. A los no incluidos se les señalaba con un signo «menos» en azul.[171] Para matar a los elegidos se utilizaba principalmente gas, monóxido de carbono, que administraban médicos a los que no se obligaba a participar, en manicomios seleccionados, los

más tristemente célebres de los cuales fueron los de Grafeneck, Hadamar, Bernburg, Brandeburgo, Hartheim y Sonnenstein.[172]

Paralelamente a la «acción» T4, el Gauleiter de Pomerania, Franz Schwede-Coburg, alertado rápidamente por las nuevas posibilidades, trabajó en estrecha colaboración con las SS en octubre de 1939 para «despejar» los manicomios próximos a las poblaciones costeras de Stralsund, Swinemünde y Stettin con objeto de hacer sitio para alemanes étnicos de la región báltica (y en Stralsund para un cuartel de las SS). Se sacó a los pacientes de los manicomios, se les trasladó a Neustadt, no lejos de Danzig, y fueron fusilados allí por pelotones de miembros de las SS. El Gauleiter Erich Koch no tardó en seguir el ejemplo, asumiendo los costes de la «evacuación» de 1.558 pacientes de manicomios de su Gau de la Prusia oriental, liquidados por un pelotón de las SS proporcionado por Wilhelm Koppe, recién nombrado jefe de policía en el Rekksgau Posen del Gauleiter Arthur greiser. Este era el Sonderkommando Lange, que pronto habría de actuar en el propio Gau de Greiser, valiéndose de cámaras de gas móviles prototípicas para matar a los enfermos mentales en esta zona de la Polonia anexionada. A mediados de 1940, estas «acciones» regionales habían acabado con la vida unas 10.000 personas.[173]

Cuando se puso fin en agosto de 1941 a «Aktion-T4» (tan secretamente como se había iniciado), se había sobrepasado ya la cifra que se habían marcado los médicos al final del verano. Se calcula que habían caído víctimas del «programa de eutanasia» de Hitler sólo en la «acción» T4 por esas fechas entre 70.000 y 90.000 pacientes.[174] Dado que la matanza no se limitó a la «acción» T4 ni terminó cuando se puso fin a la misma en 1941, el número de víctimas del programa del nazismo para liquidar a los enfermos mentales puede que se acercase al doble de ese número.[175]

Capítulo IV

¿Existía la voluntad de detener el ya avanzado proceso de quiebra de la civilización y hundimiento en la barbarie moderna que había abierto nuevas vías con tanta rapidez desde el principio de la guerra? E incluso si existiese esa voluntad, ¿podía hacerse algo?

Dada la posición indiscutible de dominio de Hitler dentro del régimen, sólo se podían lograr cambios significativos en esta época, en el otoño de 1939, deponiéndole o asesinándole. De esta verdad básica se habían hecho cargo por fin el verano anterior, durante la crisis de los Sudetes, aquellos individuos que ocupaban puestos elevados en el ejército, el Ministerio de Asuntos Exteriores y otros organismos próximos a los instrumentos del poder que habían tanteado la vía de la oposición radical al régimen. Y hasta estos individuos habían tendido durante mucho tiempo a eximir a Hitler de las críticas que dirigían contra otros, especialmente contra Himmler, Heydrich y la Gestapo. Pero por entonces se daban cuenta ya de que sin un cambio en la cúspide misma del poder no se produciría absolutamente ningún cambio. Este convencimiento empezó a forjar vínculos más firmes entre los individuos y grupos dispares afectados. Oster, respaldado por su jefe, el enigmático Canaris, fue la fuerza impulsora que propugnó el que el Abwehr se convirtiera en centro de una red opositora, valiéndose de los contactos y relaciones establecidos el verano anterior. Oster nombró a su colaborador de mayor confianza, e implacablemente opuesto a Hitler. el teniente coronel Helmuth Groscurth, enlace con el jefe del Estado Mayor Halder en el cuartel general del alto mando del ejército, en Zossen, justo al sur de Berlín. Instó a Weizsäcker a nombrar enlace del Ministerio de Asuntos Exteriores en el cuartel general del ejército a otro adversario del régimen, el Rittmeister (comandante de caballería) Hasso von Etzdorf. Esto probablemente se hiciese por iniciativa de Erich Kordt, jefe de la oficina ministerial, que continuó convirtiendo, bajo la protección de Weizsäcker, el Ministerio de Asuntos Exteriores en otro centro de contactos de la oposición, situando simpatizantes (entre ellos a su hermano Theo) en embajadas en el exterior. Oster también nombró para su propio equipo a otro individuo que desarrollaría una activa labor

ampliando y profundizando los contactos de la oposición mientras oficialmente recogía información secreta extranjera: el abogado Hans Dohnanyi, hábil y bien relacionado, colaborador íntimo durante unos años de Gürtner, ministro de justicia del Reich, y que había ayudado a librar al antiguo comandante en jefe del ejército, Fritsch, de la falsa acusación presentada contra él de haber mantenido relaciones homosexuales. Dohnanyi llevaría en coche regularmente a Oster durante el otoño de 1939 (semanas deprimentes para los que se oponían a Hitler) a ver al hombre al que todos los que tenían la esperanza de que el régimen nazi se acabara pronto consideraban patrocinador de los grupos de oposición, el antiguo jefe del Estado Mayor general Ludwig Beck.[176] Poco a poco iba aflorando algo que empezaba a parecer un movimiento de resistencia básica y clandestina y que surgía, inevitablemente, entre «servidores», antiguos o actuales, del régimen.[177] Para estos individuos, mayoritariamente de tendencia nacionalconservadora, patriotas todos ellos, constituía un gran dilema el plantearse derribar al jefe del estado, más terrible aún en aquel momento en que Alemania estaba en guerra.

El otoño de 1939 sería un periodo de prueba crucial para la resistencia nacionalconservadora. Al final, se resignarían al fracaso. Entre sus preocupaciones básicas no figuraba como algo prioritario la brutalidad que se estaba desplegando en Polonia (aunque los informes detallados de los actos abominables que se perpetraban allí sirvieran, sin duda, para cimentar el impulso opositor y la sensación de que era urgente, tanto por razones morales como por un sentimiento de vergüenza nacional, librarse de Hitler y de sus secuaces, que eran responsables de aquellos actos criminales).[178] Tampoco figuraba como prioritario el problema de la «acción de eutanasia». En realidad, estuvieron varios meses sin enterarse siquiera de que se estaba generalizando el asesinato de enfermos mentales en los manicomios. Al menos, no se planteó como un asunto de primordial importancia. El problema clave para ellos era, desde hacía ya unos dos años, el convencimiento de que Hitler estaba conduciendo a Alemania a la catástrofe al lanzarla a una guerra contra las potencias occidentales. Era vital impedir un calamitoso ataque a Francia e Inglaterra y poner fin a la guerra. Este asunto había alcanzado el punto critico en el otoño de 1939,

cuando Hitler estaba decidido a seguir adelante con un ataque inicial en el oeste. Pero antes incluso de que, debido a las condiciones meteorológicas adversas, decidiera no emprender en el otoño y el invierno tan peligrosa aventura (aventura que continuaría luego la primavera siguiente obteniendo triunfos militares inimaginables en el frente occidental) ya se habían puesto claramente al descubierto la fragilidad, la debilidad y las divisiones de la incipiente resistencia. No se había hecho ningún intento de derrocar a Hitler.[179]

A Hitler sólo se le podía derrocar a finales de 1939 de dos formas: o con un golpe de estado desde arriba, es decir, un ataque desde dentro de la cúpula dirigente del régimen efectuado por los que tenían acceso al poder y apoyo militar; o bien (era algo que el dictador nunca descartaba) un atentado contra su vida desde abajo, obra de un inconformista que actuase completamente solo, al margen de los grupos de resistencia clandestina de izquierdas conocidos (por entonces pequeños, fragmentados y sin poder alguno) en los que con tanta facilidad podía infiltrarse la Gestapo.[180] Mientras generales y funcionarios de alto rango sopesaban si podrían actuar, pero carecían de la voluntad y la decisión necesarias para hacerlo, un hombre sin acceso a los pasillos del poder, sin vínculos políticos, y sin una ideología rígida, un carpintero suabo llamado Georg Elser, actuó. Hasta julio de 1944, nadie estaría tan a punto de acabar con Hitler como lo estuvo Elser a principios de noviembre de 1939. Sólo la suerte salvaría al dictador en esta ocasión. Y las motivaciones de Elser, que se basaban en la ingenuidad del sentimiento elemental en vez de surgir de la conciencia torturada de los más cultos y más informados, no se corresponderían con los intereses de los situados en puestos elevados sino con los de innumerables alemanes ordinarios de la época. Volveremos a abordar el asunto dentro de poco.

Para Hitler, la demolición global y rápida de Polonia no constituyó una victoria tras la que pudiese sentarse a esperar acontecimientos. Tenía, por supuesto, la esperanza de que Occidente se aviniese a razones (según su punto de vista), tras comprobar el poder de la Wehrmacht en acción, y llegase a un acuerdo con Alemania. Los sondeos que se hicieron en septiembre y octubre para una posible paz estaban formulados con ese enfoque. Tal como lo expuso a principios de octubre

Weizsäcker (calculando las posibilidades de paz en no más del 20 por 100), con un resumen de lo que él consideraba que era el desenlace que quería Hitler, en el caso un tanto improbable de que Londres pudiese aceptar un acuerdo a expensas de Polonia, Alemania «se ahorraría la delicada decisión de cómo se podría obligar militarmente a Inglaterra a ceder».[181] Las potencias occidentales no habían hecho absolutamente nada militarmente para ayudar a Polonia.[182] Tal vez se les pudiese convencer ahora para que aceptasen el hecho consumado, se aviniesen a una paz del vencedor relativamente generosa y a dar la guerra por terminada, con la devolución a Alemania de sus antiguas colonias y, sobre todo, que se le dejase mano libre en el este, tal como Hitler había pedido siempre.[183] Si las potencias occidentales hubiesen acatado estas propuestas (y habría más intentos de acercamiento a Inglaterra durante 1940) no habría hecho más que aplazarse el conflicto inevitable con el que Hitler llevaba contando desde 1937. En realidad, Hitler, aunque sus sondeos eran bastante serios, tenía pocas expectativas de que Inglaterra mostrase interés por un acuerdo, sobre todo después de que el gabinete inglés hubiera anunciado que estaba preparándose para una guerra que duraría por lo menos tres años. El estaba seguro de que las potencias occidentales intentarían aguantar el máximo posible, hasta que hubiesen completado sus programas de armamento.[184] Eso señalaría un punto de peligro para Alemania. Aunque sentía cierto desprecio hacia los militares franceses (un punto de vista que no compartían sus generales), tenía en gran estima la resistencia y la capacidad de lucha de los ingleses.[185] Y detrás de los ingleses estaba siempre la amenaza (que en ese periodo él no tenía demasiado en cuenta) de que acabasen interviniendo los estadounidenses. Así que no había tiempo que perder. Al día siguiente mismo de su regreso a Berlín, con la artillería machacando aún Varsovia, Hitler dijo a sus jefes militares que se preparasen para atacar en el oeste ese mismo otoño.[186]

«El tiempo—proclamó—especialmente en el sentido psicológico y material actúa en contra nuestra». La victoria sobre Polonia había traído consigo un aumento de prestigio. Pero, prosiguió, «todos los éxitos históricos se quedan en nada si no se continúan». Mientras tanto los enemigos de Alemania estaban mejorando su capacidad militar. Si se les

dejaba llegar hasta las fronteras del Reich, sería demasiado tarde para un contraataque. Podrían destruir el Ruhr. «Por tanto, nada de esperar a que llegue el enemigo, sino que si fallasen los intentos de paz, ataque a Occidente». Desdeñó a los franceses que, dijo, «valen menos que los polacos». Los ingleses, sin embargo, «son el tanto decisivo». Era, pues, «esencial que se preparen planes inmediatos para un ataque contra Francia». La derrota de Francia, se deducía claramente, obligaría a Inglaterra a ceder. Hitler expuso objeciones obvias a un ataque inmediato. Las lluvias estacionales llegarían en unas cuantas semanas. La fuerza aérea sería más eficaz en primavera. «Pero no podemos esperar», insistió. Si no era posible un acuerdo con Chamberlain, él machacaría «al enemigo hasta que se desmorone». El objetivo era «poner a Inglaterra de rodillas; destruir Francia».[187] Su momento preferido para efectuar el ataque era finales de octubre.[188] Los comandantes en jefe (Göring incluido) estaban desconcertados. Pero no protestó ninguno. Hitler, cuando acabó de hablar, tiró despreocupadamente al fuego sus notas.[189]

Dos días después, Hitler le explicó a Rosenberg que propondría una gran conferencia de paz (junto con un armisticio y la desmovilización) para regular racionalmente todas las cuestiones pendientes. Rosenberg preguntó si se proponía proseguir la guerra en Occidente. «Naturalmente», replicó Hitler. La Línea Maginot, recordaba Rosenberg que había dicho, ya no era un obstáculo. Si los ingleses no querían la paz, les atacaría con todos los medios disponibles «y les aniquilaría (vernichten)»… su frase favorita, una vez más.[190]

El discurso de Hitler al Reichstag del 6 de octubre brindaba, tal como le había dicho a Rosenberg, la perspectiva de una conferencia de paz y seguridad.[191] Pero un punto de partida para eso era que debía aceptarse el reparto de Polonia entre Alemania y la Unión Soviética. No habría ninguna reconstrucción de la Polonia del acuerdo de Versalles.[192] Sería una paz según las condiciones de Hitler, sin hacer la menor concesión respecto a lo que había conseguido ya. Pintó un cuadro aterrador de destrucción y muerte si las potencias occidentales rechazaban su «oferta». Achacó el belicismo a «un cierto capitalismo y periodismo internacional judío» implicando en especial a Churchill y a

los que le apoyaban.[193] En caso de que prevaleciese la postura de Churchill, dijo, Alemania lucharía. Recurriendo a uno de sus tópicos favoritos, añadió: «Nunca volverá a repetirse un noviembre de 1918 en la historia alemana».[194] El discurso era como un ramo de olivo sujeto por una mano enfundada en un guantelete de acero.

Chamberlain rechazó la «oferta» de Hitler en un discurso que pronunció en la cámara de los comunes seis días después.[195] Era lo que Hitler había esperado. No había aguardado hasta recibir una respuesta. El mismo día de su discurso del Reichstag, insistió, en una conversación con Brauchitsch y Halder, en que era necesario un movimiento decisivo en el noroeste para impedir un avance francés aquel otoño a través de Bélgica que pusiese en peligro el Ruhr.[196] Dos días después Brauchitsch fue informado de que Hitler había fijado el 25 de noviembre como la fecha de ataque.[197] Un general, el comandante general Ritter von Leeb, escribió en su diario ese día que existía claramente un propósito serio de efectuar «ese ataque demencial», violando la neutralidad de Holanda, Bélgica y Luxemburgo, lo que significaba que el discurso del Reichstag no había sido más que para «engañar al pueblo alemán».[198] Ese mismo día, 9 de octubre, Hitler terminó un largo memorando en el que había trabajado durante dos noches, que bosquejaba y justificaba sus planes para un ataque a Occidente. Lo había preparado específicamente porque sabía muy bien que los jefes del ejército se oponían a la idea.[199] Insistía de nuevo en que el tiempo tenía una importancia decisiva. Cuanto antes se iniciara el ataque, mejor. El objetivo era la derrota militar completa de las potencias occidentales.[200] Levó el memorando en una reunión que tuvo con los jefes del ejército el 10 de octubre.[201] Su contenido estaba incorporado en la «Directriz nº 6 para la dirección de la guerra» emitida ese mismo día, más tarde (aunque con fecha 9 de octubre), en que se comunicaba la decisión de Hitler de emprender una acción ofensiva «sin dejar pasar mucho tiempo».[202]

Cuando Hitler se enteró el 12 de octubre de que Chamberlain había rechazado su «oferta de paz», no hizo ningún esfuerzo (que Weizsäcker pensaba que aun habría sido posible) para tantear vías de aproximación que permitiesen desactivar la situación, sino que anunció sin demora, incluso sin esperar a conocer todo el texto del discurso de Chamberlain,

que Inglaterra había rechazado la mano de paz que se le había tendido y que, en consecuencia, la guerra continuaba.[203] El 16 de octubre Hitler le explicó a Brauchitsch que había abandonado toda esperanza de llegar a un acuerdo con Occidente. «Los ingleses—dijo—sólo estarán dispuestos a hablar después de que sean derrotados. Debemos lanzarnos sobre ellos lo antes posible». La fecha que calculaba era entre el 15 y el 20 de noviembre.[204] En cuestión de días, Hitler adelantó esta fecha fijando ya el «Caso Amarillo», que había sido el nombre en clave que se había asignado al ataque a Occidente, para el 12 de noviembre.[205]

Hitler cuando hablaba a sus generales se limitaba básicamente a los objetivos militares. Con su círculo íntimo y con los jefes del partido era más expresivo. A Goebbels le pareció muy seguro de sí mismo el 11 de octubre. La derrota de Alemania en la última guerra, afirmó, era atribuible únicamente a la traición. Esta vez no se perdonaría a los traidores.[206] Respondió al rechazo de Chamberlain a su «oferta de paz» asegurando que se alegraba de poder ya «ir a por Inglaterra» (gegen England losgehen). Había abandonado casi toda esperanza de paz. «Los ingleses tendrán que aprender por las malas», aseguró.[207]

Su estado de ánimo era parecido cuando se dirigió el 21 de octubre a los Reichsführer y Gauleiter en un discurso de dos horas. Consideraba inevitable la guerra con Occidente. No había otra elección. Pero el final sería «el gran Reich del pueblo alemán (Volksreich) completo (umfassende)».[208] Hitler explicó a los dirigentes de su partido que lanzaría su gran ataque contra Occidente (y contra la propia Inglaterra) en el plazo aproximado de una quincena. Utilizaría todos los métodos disponibles, incluidos los ataques a ciudades. Después de derrotar a Inglaterra y a Francia se volvería otra vez hacia el este. Luego (una alusión al Sacro imperio romanogermánico de la Edad Media) crearía una Alemania como la de los tiempos antiguos, incorporándole Bélgica y Suiza.[209] Es evidente que pensaba aún de acuerdo con estas directrices cuando le dijo a Goebbels unos cuantos días después que había elegido B0rgoña para el reasentamiento de los tiroleses meridionales. «Está ya distribuyendo provincias francesas—reseñaba el ministro de propaganda—. Va muy por delante del proceso gradual de las cosas. Como todos los genios».[210]

El 6 de noviembre Goebbels escuchaba de nuevo las opiniones de Hitler sobre la guerra. «Él opina que Inglaterra tiene que recibir un golpe decisivo. Así es. El poder de Inglaterra es ya simplemente un mito, no es ya una realidad. Más motivo aún para que haya que aplastarla. Hasta que no se haga no habrá paz en el mundo. Los militares dicen que no estamos preparados. Pero ningún ejército estará nunca preparado. Esa no es la cuestión. La cuestión es estar más preparado que los otros. Y ese es el caso. […] El ataque contra las potencias occidentales no tendrá que esperar mucho más». «Es posible—añadía Goebbels—que el Führer triunfe antes de lo que todos pensamos en la tarea de anular la Paz de Westfalia. Con eso quedará coronada su existencia histórica».[211] Goebbels pensaba que la decisión de seguir adelante era inminente.[212]

Todo indica que la presión para un rápido ataque contra Occidente vino directamente de Hitler, sin que se iniciase ni impulsase desde ninguna otra parte. Era axiomático que recibía el apoyo de Goebbels y de la jefatura del partido. En cuanto a los militares, como indicaban los comentarios de Goebbels, era ya una cuestión distinta. Hitler podía contar con el respaldo (o al menos la ausencia de objeciones) de Raeder, comandante en jefe de la Marina.[213] Y Göring, fuesen cuales fuesen sus angustias privadas, nunca se desviaría en público de la línea de Hitler.[214] Pero, como este mismo percibió, la decisión de atacar a Occidente ya en el otoño volvió a situarle en trayectoria de colisión con la cúpula dirigente del ejército, con Brauchitsch y Halder como punta de lanza. El 14 de octubre, previamente informado por Weizsäcker de la reacción de Hitler ante el discurso de Chamberlain rechazando su «oferta de paz», el jefe del ejército y su jefe de Estado Mayor se reunieron para analizar las consecuencias. Halder enumeró tres posibilidades: atacar, esperar, «cambios fundamentales». Ninguna ofrecía perspectivas de éxito decisivo, y menos aún la última «puesto que es esencialmente negativa y tiende a hacernos vulnerables».[215] Los comentarios matizadores eran de Brauchitsch. El comandante en jefe del ejército, débil, extremadamente cauto y atado a la tradición, no podía concebir otra cosa que intentos convencionales de disuadir a Hitler de lo que a él le parecía una vía de actuación desastrosa. Pero es evidente que estaba respondiendo a una sugerencia que había dejado caer Halder. después de las conversaciones

con Weizsäcker del día anterior, de detener a Hitler en el momento en que diese la orden de atacar a Occidente.[216] La tercera posibilidad críptica significaba entonces nada menos que el hecho extraordinario de que en las primeras etapas de una guerra trascendental los dos máximos representantes del ejército hablaban de la posibilidad de un golpe que entrañaba la deposición de Hitler como jefe de estado.[217]

Sin embargo, las diferencias entre los dos jefes del ejército eran muy grandes. Y nada salió de la conversación que pudiese apuntar hacia un pían embrionario para derrocar a Hitler. Brauchitsch intentó, dentro de los límites de la ortodoxia, que generales que gozaban del favor del Hitler, como Reichenau y Rundstedt, procuraran influir en él para que cambiara de idea… una tentativa infructuosa.[218] Halder fue más allá. A principios de noviembre estaba aún más convencido, si cabe, de que era necesario utilizar la acción directa contra Hitler para impedir la catástrofe inminente. En esto, sus ideas empezaban a corresponderse con las del pequeño número de los que se oponían radicalmente al régimen en el Ministerio de Asuntos Exteriores y en el Abwehr, que estaban considerando ya activamente medidas para desbancar a Hitler.[219]

En las últimas semanas de octubre hubo pequeños grupos opositores dispersos, con una cierta conexión entre sí, que sopesaron furtivamente varios planes para deponer a Hitler, la mayoría de ellos poco realistas y poco meditados. Goerdeler y sus principales contactos (Hassell, Beck y Popitz) formaban uno de estos grupos y consideraron durante un tiempo si podría ser una opción un gobierno de transición dirigido por Göring (cuya resistencia a enzarzarse en una guerra contra Inglaterra conocían).[220] Este grupo, a través de Beck, estableció débiles vínculos con el grupo que tenía su base en el Abwehr. Oster, Dohnanyi, Gisevius y Groscurth. Este último elaboró un plan de actuación para un golpe, que incluía la detención de Hitler (tal vez declarándole enfermo mental), junto con Himmler, Heydrich, Ribbentrop, Göring, Goebbels y otros nazis destacados.[221] El grupo del Abwehr, alentado por su jefe, el almirante Canaris, y dirigido por Oster, intentó conseguir que respaldaran sus ideas oficiales jóvenes seleccionados del cuartel general del Estado Mayor de Zossen, aunque con poco éxito. Su ambivalencia respecto a Halder hizo que no se aproximaran a él directamente.

Además, no sabían nada de las ideas que le había expuesto a Brauchitsch el 14 de octubre.[222] Un tercer grupo de individuos que compartían la opinión de que había que desbancar a Hitler e impedir la guerra con Occidente tenía a Weizsäcker como centro y al Ministerio de Asuntos Exteriores como base, y estaba representado por Erich Kordt, que podía valerse de su posición como jefe de la oficina ministerial de Ribbentrop para establecer contactos en el interior y en el extranjero.[223] Gomo ya hemos dicho, este grupo tenía contacto con el grupo del Abwehr y con conocidos simpatizantes del Estado Mayor general (principalmente oficiales de Estado Mayor, aunque por entonces no el propio Halder) a través del contacto de Weizsäcker en el ejército, el secretario de legación Hasso von Etzdorf.[224]

El propio Halder, y su amigo y subordinado más inmediato, el general Otto von Stülpnagel, llegaron a la idea de un golpe a finales de mes, después de que Hitler confirmase su intención de atacar el 12 de noviembre.[225] Halder envió a Stülpnagel a efectuar sondeos subrepticios entre generales seleccionados sobre su posible reacción a un golpe. Lo que descubrió no fue alentador. Aunque comandantes del grupo del ejército como Bock y Rundstedt se oponían a una ofensiva contra Occidente, rechazaban la idea de un golpe, en parte por considerar que no estaban ¡seguros de que fuesen recibir el apoyo de los oficiales que estaban a su mando. Además, Halder comprobó para su propia satisfacción, a partir de una «muestra» de la opinión pública para la que utilizó al padre de su chófer y a unos cuantos individuos más, que el pueblo alemán apoyaba a Hitler y no estaba preparado para un golpe de estado.[226] La indecisión de Halder mostraba su profunda inseguridad respecto a la justificación moral y a las posibilidades de éxito de un golpe contra el jefe del estado y comandante supremo de las fuerzas armadas. Otros adoptaron una actitud más audaz, pero los diversos núcleos de oposición, aunque débilmente conectados por ideas paralelas de librarse de Hitler, no tenían ningún plan de actuación coherente, unificado y coincidente. Ni tampoco había, aunque se aceptase ya la disposición de Halder a actuar, plena confianza en que el jefe del estado, del que dependía prácticamente todo, estuviese firmemente decidido a apoyarlo hasta el final.[227]

Esta era la situación hacia el mediodía del 5 de noviembre, cuando Brauchitsch recorría nervioso los pasillos de la Cancillería del Reich para hablar directamente con Hitler sobre la decisión de atacar a Occidente. Si el ataque debía producirse el 12 de noviembre según lo previsto, el comandante supremo del ejército tenía que recibir una confirmación de la orden de ocuparse de los preparativos de las operaciones a la 1 de la tarde del día 5. Entre los grupos de oposición se tenía la esperanza de que se pudiese convencer al final a Brauchitsch para que se uniese a un golpe si Hitler, tal como se esperaba, se mantenía firme en su posición de lanzar un ataque. Halder esperó en la antecámara mientras Brauchitsch y Hitler conferenciaban. Se les unió Keitel poco después. La reunión fue un fiasco. No duró más de veinte minutos. Brauchitsch, titubeante, empezó a decirle a Hitler que los preparativos no estaban lo suficientemente adelantados para una ofensiva contra Occidente, que lo más probable era que resultase catastrófica debido precisamente a ello. Pasó luego a respaldar su argumentación alegando que la infantería había demostrado debilidad moral y técnica en el ataque a Polonia y que había habido bastantes fallos de disciplina entre los oficiales y entre la tropa. Se habían producido en el frente síntomas similares a los de 1917-18, aseguró. Esto fue un grave error. Desviaba del tema principial y, como era de prever, provocó en Hitler un arrebato de furia. Quería pruebas concretas, aulló, y exigía que se le pusiese al corriente de cuántas penas de muerte se habían aplicado. No creía a Brauchitsch e iría en avión al frente la noche siguiente para ver las cosas por sí mismo. Luego desdeñó el punto principal de Brauchitsch. El ejército no estaba preparado, afirmó, porque no quería luchar. El tiempo aún sería malo en primavera, y por lo tanto malo también para el enemigo. Él conocía el «espíritu de Zossen», bramó, y lo destruiría. Y, casi temblando de rabia, Hitler salió de la habitación dando un portazo y dejando al jefe del ejército mudo, tembloroso, blanco como la cal y hundido.[228]

«Es imposible analizar sosegadamente estas cosas con él», comento Halder, un tanto eufemísticamente.[229] Pero para Halder las repercusiones de la reunión tenían más largo alcance. Hablar de destruir el «espíritu de Zossen» indicaba al jefe del Estado Mayor que Hitler sabía del complot que existía para desbancarlo. La Gestapo podía aparecer en

Zossen en cualquier momento. Halder regresó aterrado a su cuartel general y dio orden de que se destruyeran todos los documentos relacionados con la conspiración.[230] Al día siguiente le dijo a Groscurth que se efectuaría el ataque contra Occidente. No había nada que hacer. «Impresión muy deprimente», anotaba Groscurth.[231]

Hitler había dado la orden para la ofensiva a la una y media de la tarde del 5 de noviembre, poco después de entrevistarse con Brauchitsch.[232] Dos días después se pospuso el ataque por causa del mal tiempo,[233] pero se había perdido la oportunidad de actuar contra Hitler. Habrían de transcurrir varios años para que las circunstancias volvieran a ser favorables. La orden de ataque, que era el momento previsto para efectuar el golpe propuesto, había llegado y pasado. Brauchitsch, al que la audiencia con Hitler había afectado mucho, había dado a entender que él no haría nada, aunque no intentaría tampoco obstaculizar el golpe. Canaris, al que abordó Halder, se enfadó por la sugerencia de que debería instigar el asesinato de Hitler. Halder hizo ya poco, aparte de esa sugerencia de que podría asumir la responsabilidad del trabajo sucio algún otro. Había pasado el momento. Fue dando marcha atrás gradualmente de los planes de oposición. Al final, le faltaron la voluntad, la decisión y el valor necesarios para actuar. El grupo del Abwehr no se rindió, pero reconocieron que las posibilidades de éxito habían disminuido. Los sondeos de Oster a Witzleben, luego a Leeb, Bock y Rundstedt, dieron resultados desiguales.[234] La verdad era que el ejército estaba dividido. Algunos generales se oponían a Hitler, pero había más que le respaldaban. Y por debajo del alto mando, había oficiales jóvenes, y más aún soldados, cuyas reacciones a un intento de parar en seco a Hitler en el camino que estaba emprendiendo eran inciertas. Hitler siguió llevando la voz cantante en todo el conflicto con los altos mandos del ejército. Y no había cedido lo más mínimo. Pese a aplazamientos repetidos por causa del mal tiempo (29 en total) no había cancelado su ofensiva contra Occidente.[235] Las divisiones, la desconfianza, la fragmentación, pero sobre todo la falta de decisión habían impedido actuar a los grupos opositores (especialmente a los personajes claves del ejército).

Los conspiradores del Abwehr, el Ministerio de Asuntos Exteriores y

el cuartel general del Estado Mayor se quedaron tan asombrados como todos los demás alemanes cuando se enteraron de que se había producido un atentado contra Hitler en la Börgerbräukeller la noche del 8 de noviembre de 1939. Pensaron que podía tratarse de alguien de sus propias filas, o que habrían sido nazis disidentes o algún otro tipo de adversarios (comunistas, clérigos o «reaccionarios») y que Hitler había sido avisado a tiempo.[236] En realidad, Hitler, sentado en el compartimento de su tren especial y analizando con Goebbels por qué el enfrentamiento con el clero habría de aplazarse hasta el final de la guerra, no se enteró siquiera de lo que había pasado hasta que su viaje a Berlín se vio interrumpido en Nuremberg con la noticia. Su primera reacción fue que la información debía de ser un error.[237] Según Goebbels, pensó que era un «engaño» (Mystifikation).[238] Pronto se comunicó la versión oficial, según la cual el Servicio secreto inglés estaba detrás de la tentativa de asesinato, y que el autor del atentado era «un títere» de Otto Strasser.[239] La captura al día siguiente de dos agentes ingleses, el comandante R. H. Stevens y el capitán S. Payne Best, en la frontera holandesa fue utilizada por la propaganda para sustentar esta rocambolesca interpretación.[240]

La verdad era menos complicada… aunque mucho más asombrosa. El atentado era obra de una sola persona, de un alemán corriente, un hombre de la clase obrera que había actuado sin ayuda ni conocimiento de nadie más.[241] Mientras los generales habían titubeado, él había intentado liquidar a Hitler para salvar a Alemania y a Europa de un desastre mayor.

Se llamaba George Elser. Era un carpintero de Königsbronn, Württemberg.[242] En la época en que intentó matar a Hitler tenía treinta y seis años, era bajo de estatura, de cabello oscuro y ondulado peinado hacia atrás. Los que le conocían (no eran muchos) tenían buen concepto de él. Era un solitario con pocos amigos, tranquilo, reservado, industrioso y un perfeccionista en su trabajo. Tenía pocos estudios dignos de mención, no leía libros y apenas se interesaba por la prensa. Hasta tal punto que en los días que precedieron inmediatamente a su tentativa de asesinato, se tomó tan poco interés por las noticias que no se dio cuenta de que, debido al asunto apremiante de la guerra (eran

precisamente, como hemos visto, los días en que se tomaba la decisión de iniciar la ofensiva occidental y luego se anulaba), Hitler había prescindido de su alocución habitual a los «viejos combatientes» en el aniversario del golpe fallido de la cervecería y había sido sustituido por Hess. El atentado habría sido, por tanto, inútil. Pero Elser no sabía nada de esto, ni de la decisión que tomó Hitler después de pronunciar el discurso. Curiosamente, a Elser no le interesaba la política en realidad. No participaba en discusiones políticas y no sabía demasiado de ideologías. Había ingresado, eso sí, en una organización comunista, la Roter Frontkämpferbund (Liga roja de combatientes del frente) y había pertenecido al sindicato de los trabajadores de la madera, pero no había tenido participación activa en ninguna de las dos organizaciones. Antes de 1933 había apoyado al KPD en las elecciones, pero porque en su opinión luchaba por mejorar la suerte de las clases trabajadoras, no por un programa ideológico. Después de 1933 dijo que había observado un deterioro del nivel de vida de la clase obrera y limitaciones a su libertad. Percibía la cólera de los trabajadores contra el régimen. Participó en discusiones con compañeros de trabajo sobre las míseras condiciones de vida y compartía sus ideas. Compartía también las angustias por la guerra inminente que todos esperaban para el otoño de 1938. Después del Acuerdo de Munich se convenció, dijo, «de que Alemania haría más reivindicaciones y se anexionaría otros países y que la guerra sería por tanto inevitable». Sin que nadie le instara a ello, empezó a obsesionarle la idea de buscar medios de mejorar la condición de los obreros y de impedir la guerra. Llegó así a la conclusión de que sólo la «eliminación» de la cúpula dirigente del régimen (por lo cual entendía Hitler, Göring y Goebbels) permitiría eso. Esta idea no se le borraba del pensamiento. En el otoño de 1938 decidió que él mismo efectuaría «la eliminación de la cúpula dirigente».[243]

Elser leyó en los periódicos que la próxima reunión de los dirigentes del partido se celebraría en la Bürgerbräukeller a principios de noviembre y se fue a Munich a estudiar las posibilidades que tenía de hacer lo que había pensado. No había grandes problemas de seguridad. (En actos como aquel la seguridad se dejaba en manos del partido, no de la policía). Llegó a la conclusión de que el mejor método sería colocar

una bomba de relojería en la columna situada detrás de donde se colocaría Hitler. Durante los meses siguientes robó explosivos de la fábrica de armamento en que trabajaba por entonces y diseñó el mecanismo de la bomba de relojería. A principios de abril viajó de nuevo de Königsbronn a Munich y volvió a la Bürgerbräukeller. Esta vez efectuó un reconocimiento más minucioso, haciendo bocetos detallados y tomando medidas exactas. Su nuevo trabajo, en una cantera, le permitió robar dinamita. En las semanas siguientes construyó un modelo de la bomba con todos los detalles y efectuó una prueba práctica con el mecanismo de explosión en el huerto de sus padres. A principios de agosto regresó a Munich. Entre entonces y principios de noviembre se escondió treinta veces en la Bürgerbräukeller, practicando una cavidad en la columna elegida y saliendo por una puerta lateral a la mañana siguiente muy temprano. Fue tan meticuloso que hasta llegó a forrar la cavidad con estaño para impedir que se oyese un sonido a hueco, si alguien daba un golpe en la columna, o que se dañase el mecanismo de la bomba al clavar algún elemento decorativo. La bomba quedó colocada en su sitio, y dispuesta, el 6 de noviembre. Elser no dejaba nada al azar. Volvió la noche del 7 de noviembre para cerciorarse de que funcionaba adecuadamente. Pegó la oreja a la columna y oyó el tictac. Todo estaba en orden. A la mañana siguiente abandonó Munich rumbo a Constanza el camino (pensaba) de Suiza y de la seguridad.[244]

Esa noche, como sucedía siempre el 8 de noviembre, se reunió la «vieja guardia» del partido. Hitler había comunicado que pronunciaría finalmente su discurso anual.[245] Lo normal era que durase desde las ocho y media de la tarde más o menos hasta aproximadamente las diez. Ya se había anunciado que, teniendo en cuenta la circunstancia de la guerra, la reunión de ese año empezaría antes y que se acortarían los dos días de celebración del golpe.[246] Hitler empezó su discurso poco después de su llegada a la Bürgerbräukeller, a las ocho y diez, y terminó poco después de las nueve. El discurso en sí fue una larga diatriba contra Inglaterra, sumamente sarcástica en el tono, bien adaptada a su estentórea audiencia de fanáticos del partido.[247] Hitler solía pasar un rato charlando con los «viejos luchadores» del Movimiento después del discurso. Pero esta vez salió inmediatamente para la estación, escoltado

por un buen número de gerifaltes del partido, para tomar el tren de las 21:31 y volver a Berlín.[248]

A las nueve y veinte estallaron por efecto de la bomba de Elser la columna que estaba inmediatamente detrás de donde había estado Hitler unos minutos antes, y parte del techo de encima. Murieron ocho personas en la explosión y sesenta y tres más resultaron heridas, dieciséis de ellas de gravedad.[249] Hitler se había ido sólo diez minutos antes de que estallase la bomba.

Hitler atribuyó su salvación a la «Providencia»: era una señal de que habría de cumplir la tarea que le había asignado el destino.[250] El Völkischer Beobachter, en su titular del 10 de noviembre, calificó el hecho como «la salvación milagrosa del Führer».[251] En realidad, no hubo nada providencial ni milagroso en el asunto. Fue pura suerte. Las razones de que Hitler regresara sin dilación a Berlín eran bastante lógicas. La decisión de atacar a Occidente se había pospuesto temporalmente el 7 de noviembre, y luego se había tomado una decisión definitiva el nueve. Hitler tenia que estar de vuelta en la Cancillería del Reich por entonces. Era un asunto más importante que evocar los viejos tiempos con veteranos del partido en la Bürgerbräukeller.[252] Elser no podía haber sabido nada sobre las razones que Hitler tenía para acortar su ya breve viaje a Munich. Fue simple casualidad que el carpintero suabo no tuviese éxito, mientras los generales no habían conseguido organizar siquiera una tentativa. No está claro incluso si los generales habrían actuado en caso de que el atentado de Elser hubiese tenido éxito y una vez eliminado el objetivo principal de sus planes de golpe de estado. Pero con el fracaso de Eider había desaparecido la posibilidad de que fuerzas más «moderadas» se hiciesen cargo y apartasen al país del borde de la guerra total con Occidente.

Elser había sido detenido ya en el puesto de aduanas cerca de Constanza cuando estalló la bomba. Le habían cogido intentando cruzar la frontera suiza ilegalmente. Parecía una detención rutinaria. Hasta unas horas después no empezaron a darse cuenta los funcionarios de fronteras de que el contenido de los bolsillos de Georg Elser, que incluía una postal de la Bürgerbräukeller, le vinculaba con la tentativa de asesinato de Hitler. Elser confesó el 14 de noviembre. Unos cuantos días

después hizo una relación completa de sus actividades y de los motivos que había tras ellas. Le internaron en el campo de concentración de Sachsenhausen y se le trató, curiosamente, como a un prisionero privilegiado. Es probable que Hitler, que siguió creyendo que Elser era el testaferro de una conspiración internacional, tuviese pensado un juicio-espectáculo una vez terminada la guerra para incriminar a los servicios secretos ingleses. A finales de 1944 o principios de 1945, Elser fue trasladado a Dachau. No iba a haber ningún juicio-espectáculo. Con la guerra prácticamente perdida, Elser no tenía ya ningún valor para el régimen. Le sacaron y le mataron poco antes de que llegaran allí los estadounidenses.[253]

Elser había actuado solo, pero las preocupaciones que le habían empujado a hacerlo (el nivel de vida, la inquietud por la ampliación de la guerra) eran algo generalizado en el otoño de 1939. Abundaban los informes de desasosiego entre la clase obrera por entonces. El Decreto de Economía de Guerra del 4 de septiembre había traído consigo un empeoramiento instantáneo del nivel de vida, impuestos más elevados, abolición del precio más alto de las horas extras y el trabajo en días festivos y otras restricciones. Había seguido una congelación salarial.[254] La indisciplina industrial, que incluía el absentismo y la negativa a hacer horas extras, acabaron obligando al régimen a dar marcha atrás.[255] Pero el aumento del horario de trabajo, la subida de precios de los alimentos y una escasez aguda de carbón afectaron ese otoño, sobre todo, a los más pobres de la sociedad. Y el aumento de la presencia policial en las fábricas era un recordatorio constante de la amenaza del campo de trabajo para los que se pasaran de la raya.[256]

La euforia por la victoria en Polonia no tardó en esfumarse. Además de las preocupaciones diarias estaban las de una ampliación de la guerra. La «Guerra Falsa» (como calificaban los periodistas estadounidenses a los meses de otoño e invierno de 1939-40), sin ninguna acción de Occidente, despertó esperanzas. Lo que la gente quería por encima de todo era que se acabase la guerra. Elser, en sus angustias por la guerra, expresaba lo que pensaban muchos. Se hallaba en terreno mucho menos seguro al atribuir la culpa de la guerra a la cúpula dirigente nazi. Todo indica que la propaganda había conseguido convencer a la mayoría de los alemanes

ordinarios de que eran las potencias occidentales las culpables de la prolongación de una guerra que Hitler había hecho todo lo que había podido por evitar.[257] Por muchas críticas que hiciese la gente al partido y al régimen (y eran muchas y agrias), Hitler aún conservaba su enorme popularidad. La actitud crítica de un conservador de clase alta de Munich estaba influida sobre todo por el ataque al cristianismo; la idea de que no había nadie en la ciudad que no lamentase el fracaso del atentado de Elser no era más que una ilusión.[258] Pocos habrían aplaudido una tentativa de asesinato que hubiese tenido éxito. Un número enorme de personas se habrían quedado consternadas. Habría habido grandes posibilidades de un efecto contraproducente y de una nueva leyenda de «puñalada por la espalda». En realidad, el fracaso del atentado trajo consigo, como podía esperarse, un nuevo gran aumento del apoyo a Hitler, acompañado de sentimientos de odio intenso hacia Inglaterra, que se consideraba la instigadora. No sólo eran los informes internos los que destacaban que «la devoción al Führer se había hecho aún más intensa».[259] Los adversarios del régimen en la clandestinidad reconocieron también que la bomba de Elser había provocado un «fortalecimiento de la resolución». La gente decía que si el atentado hubiese tenido éxito habría causado desconcierto interno, beneficiado a los enemigos de Alemania, provocado la pérdida de la guerra y una miseria mayor que la causada por Versalles y echado abajo todo lo conseguido desde 1933.[260]

El control que Hitler tenía de Alemania era más firme que nunca. El que los que estaban en posiciones de poder no hubiesen sabido actuar contra él y las repercusiones del atentado de Elser, demostraron que nadie podía desafiar su autoridad desde dentro de las elites del régimen y que era aún inmensamente popular entre las masas. Se valió de esto último cuando se dirigió a un público de unos doscientos generales destacados y otros oficiales importantes de la Wehrmacht en la Cancillería del Reich el 23 de noviembre al mediodía.

Este discurso de Hitler fue notable por su franqueza. Teniendo en cuenta el conflicto con la jefatura del ejército de las semanas anteriores, su objetivo era convencer a los generales de la necesidad de atacar a Occidente sin dilación. En primer lugar enumeró ante su público los

éxitos de los años precedentes. Luego pasó al conflicto con Polonia. Se le reprochaba, dijo, que quisiese «luchar y luchar otra vez». Sus palabras siguientes constituían el núcleo de su filosofía: «En la lucha (Kampf) está para. mí el destino de todas las criaturas. Nadie puede evitar la lucha si no quiere quedar debajo».[261] Esto le llevó a la lucha por el Lebensraum. Reiterando de nuevo palabras que había pronunciado repetidas veces a finales de la década de 1920, fue inflexible: «Sólo se soluciona con la espada». Los que carecían de fuerza para luchar debían ceder. La lucha ahora, continuó, era diferente a la de cien años atrás. «Hoy podemos hablar de una lucha racial». Esto tenía una dimensión material evidente. Era una lucha, añadió, por campos petrolíferos, caucho y riqueza material.[262]

Pasó luego a revisar la posición estratégica del país. Alemania no se enfrentaba a una guerra en dos frentes. El frente occidental permanecía abierto, pero nadie sabía por cuánto tiempo. Había sopesado mucho si debía atacar primero en el este y luego en el oeste. «No organicé las fuerzas armadas básicamente con el fin de no atacar. Siempre tuve la intención de atacar».[263] El frente polaco podía mantenerse ya con unas cuantas divisiones… algo considerado durante mucho tiempo difícil de conseguir. La cuestión es cuánto tiempo podría mantener Alemania su posición en Occidente. Habló abiertamente de la futura política hacia la Unión Soviética. Rusia, dijo, no era peligrosa en aquel momento y estaba preocupada por el Báltico. «No podemos oponernos a Rusia hasta que estemos libres en el oeste. Además, Rusia está intentando aumentar su influencia en los Balcanes y quiere proyectarse hacia el golfo Pérsico. Ese es también el objetivo de nuestra política exterior».[264] Después pasó a Italia. Allí, dijo, todo dependía de Mussolini. «Italia no atacará hasta que Alemania haya iniciado la ofensiva contra Francia. La muerte del Duce puede ser tan peligrosa para nosotros como la muerte de Stalin». «C0n qué facilidad puede producirse la muerte de un jefe de estado—comentó aludiendo al atentado de Elser—. Yo mismo he experimentado eso recientemente».[265] Después de repasar la situación llegó a la conclusión característica: «Todo está determinado por el hecho de que el momento es ahora favorable; dentro de seis meses podría no serio ya».[266]

Volvió a su propio papel. «Debo describir modestamente como último

factor a mi propia persona: irreemplazable. Ni un militar ni un civil podrían reemplazarme. Las tentativas de asesinato se pueden repetir. Estoy convencido de mi capacidad intelectual y de decisión. Las guerras nunca se acaban hasta que se aniquila al adversario. El que crea otra cosa es un irresponsable. El tiempo trabaja en favor de nuestros adversarios. Hay en este momento una relación de fuerzas que jamás va a poder sernos más propicia, que para nosotros sólo puede empeorar. El enemigo no hará la paz cuando la relación de fuerzas sea desfavorable para nosotros. No hay que ceder. Tenemos que ser duros con nosotros mismos. Yo atacaré y no capitularé. El destino del Reich depende sólo de mí».[267]

Destacó la superioridad militar de Alemania sobre Inglaterra y Francia. Halagó a los jefes de las fuerzas armadas diciendo que eran mejores que los de 1914. Pero hubo una crítica inconfundible a los altos mandos del ejército de tierra. Aunque alabó expresamente a la marina, la Luftwaffe y el ejército de tierra en Polonia, subrayó (en un comentario mordaz que apuntaba directamente a Brauchitsch) que no podía «soportar oír decir a la gente que el ejército no está en buenas condiciones. Todo está en manos del jefe militar. Puedo hacer cualquier cosa con el soldado alemán si está bien dirigido».[268]

También las condiciones internas aconsejaban atacar pronto, continuó. Era imposible la revolución desde dentro. Y detrás del ejército estaba la industria de armamento más fuerte del mundo. Pero Alemania tenía un talón de Aquiles: el Ruhr. Un avance de Inglaterra y Francia a través de Bélgica y Holanda pondría en peligro el Reich. En cuanto el ejército francés hubiese penetrado en Bélgica sería ya demasiado tarde.[269] Expuso además otro argumento para violar la neutralidad belga y holandesa. Sólo se podrían colocar minas que cubriesen la costa inglesa para conseguir un bloqueo si se ocupaban Holanda y Bélgica. Se comparó (como haría a lo largo de toda la guerra) con Federico el Grande. «Prusia debe su ascensión al heroísmo de un hombre. Incluso allí—proclamó en un aparte dirigido a los jefes de su ejército—los consejeros más íntimos estaban dispuestos a capitular. Todo dependió de Federico el Grande».[270] Hitler dijo que ahora se estaba jugando todo lo que había conseguido por la victoria. Estaba en juego quién habría de

dominar Europa en el futuro.[271] Su decisión era inalterable, continuó. «Atacaré a Francia e Inglaterra en el momento más favorable y lo antes posible. La violación de la neutralidad de Bélgica y Holanda no tiene importancia. Nadie preguntará por eso cuando hayamos ganado. […] No considero que sea posible acabar la guerra más que con un ataque. […] Todo ello significa el final de la Guerra Mundial, no sólo una acción única. No se trata de una cuestión concreta y nada más sino de la existencia o la no existencia de la nación».[272] Hitler exigió que el «espíritu de decisión» se transmitiese a los escalones inferiores.[273]

Su punto final fue la disposición psicológica del pueblo alemán. Volvería a destacar esto cinco años después cuando justificase ante sus generales la necesidad de ir a la guerra en 1939. Por entonces diría que era imposible preservar el entusiasmo y la disposición abnegada como si fuesen cosas que pudiesen conservarse en una botella que no hubiese más que descorcharla luego y sacarlas.[274] No se trataba sólo de una consideración retrospectiva. Con un ojo puesto en el posible deterioro del respaldo que tenía del pueblo, les dijo ahora a los militares: «Quiero aniquilar al enemigo. Detrás de mí está el pueblo alemán, cuya moral de lucha sólo puede empeorar».[275] Hitler tampoco veía ninguna posibilidad de esperar en este aspecto. El tiempo corría en contra de Alemania. Terminó finalmente con un floreo retórico… y con una profecía: «Si superamos esta guerra victoriosamente (y la superaremos) nuestra época quedará en la historia de nuestro puebla. Me mantendré en pie o pereceré en esta lucha. Jamás sobreviviré a la derrota de mi pueblo. No habrá capitulación frente al exterior, ni revolución en el interior».[276]

Esa tarde, a las seis, Hitler convocó a Brauchitsch y a Halder para que fueran a verle. Les amonestó una vez más por los fallos del alto mando del ejército, amenazando con arrancar de raíz el «espíritu de Zossen» y aplastar cualquier oposición del Estado Mayor. Brauchitsch ofreció su dimisión, Hitler la rechazó. Brauchitsch debía cumplir con su deber.[277] Hitler no tenía necesidad de ir más allá. El discurso de aquel mismo día, con su crítica escasamente velada del alto mando del ejército frente a las alabanzas dedicadas a la Luftwaffe y a la marina, y sus amenazas de destruir a cualquiera que se opusiese a él, habían ofendido a algunos

generales. Pero les había acobardado. No había protestado ninguno por lo que Hitler había dicho. Se quejaron después, en privado, pero sólo se pudo convencer a Guderian para que expresase, y en términos suaves, unos cuantos días después la inquietud de todos por la desconfianza evidente de Hitler. Los radicales de la oposición, entre tanto, habían abandonado a Halder. Y Brauchitsch había quedado reducido a un deprimido encerrado en sí mismo, dispuesto a aguantar las ofensas de Hitler y a aceptar pese a todo la responsabilidad de la ofensiva occidental a la que en su interior se oponía.[278]

Hitler había tenido razón en su discurso: no se podía esperar ninguna revolución en el interior. El estado policial de Heydrich lo impedía. Pero no era sólo una cuestión de represión. Junto al rigor implacable del régimen con la oposición interna se alzaba el consenso básico generalizado de la mayor parte de la sociedad con mucho de lo que había hecho el régimen y, en especial, lo que se consideraban los notables triunfos del propio Hitler. Esto se manifestaba en la extraordinaria adulación que se tributaba al Caudillo. Hitler gozaba de un nivel de popularidad que no superaba ningún otro dirigente político de la época. Tenía razón al decir que tenía tras él al pueblo alemán, porque tenía verdaderamente tras él a una mayoría abrumadora de ese pueblo. Eso le había fortalecido extraordinariamente en sus conflictos con el ejército y había debilitado en muchas ocasiones la resolución de los grupos opositores. A finales de 1939 estaba garantizada su supremacía. La bomba de

Elser no había hecho más que provocar una demostración renovada de su popularidad. Mientras, la oposición interna estaba resignada a no tener posibilidad de actuar. La marina y la Luftwaffe respaldaban a Hitler. El alto mando del ejército cumpliría con su deber, fuesen cuales fuesen sus reservas. La fuerza de Hitler era la división de los generales, unida a su agudo sentido del deber, incluso cuando seguían una vía de actuación que ellos mismos consideraban desastrosa.

Nada podía detener la ofensiva occidental. Hitler estaba ya obsesionado con «derrotar a Inglaterra».[279] La única duda era cuándo se produciría el ataque, no si se produciría. Después de aplazamientos a corto plazo, el último de ellos a mediados de enero, el 16 de enero de

1940 Hitler decidió por fin aplazarlo hasta la primavera.[280]

La guerra había de continuar y ampliarse. También había de aumentar la barbarie, que era una parte intrínseca de ella. En el interior del país las matanzas en los manicomios estaban convirtiéndose en un programa de asesinato en masa a gran escala. En Polonia, los grandiosos planes de reasentamiento dirigidos por Himmler y Heydrich estaban procediendo al desarraigo y la deportación de decenas de miles de polacos y judíos hacía el «basurero» del Gobierno General.[281] Además, el elemento básico de la obsesión de la «limpieza racial», la «eliminación» de los judíos, estaba más lejos que nunca de una solución, ahora que habían caído en manos de los nazis unos dos millones de judíos polacos. Goebbels informó en diciembre a Hitler sobre su reciente visita a Polonia. El Führer, reseñó en su diario, escuchó con atención su informe y se mostró de acuerdo con sus ideas sobre la «cuestión judía y polaca». «El peligro judío tiene que ser desterrado de entre nosotros. Pero reaparecerá en unas cuantas generaciones. No hay ninguna panacea».[282]

Es evidente que aún no había ninguna «solución completa» a la vista al «problema judío». La búsqueda constante para encontrar esa «panacea» por parte de subalternos nazis que trabajaban «en la dirección del Führer» garantizaría, sin embargo, que no tardase en empezar a aflorar gradualmente una «solución» en los territorios conquistados y sometidos del este.

7

EL CENIT DEL PODER

El Führer está muy desconcertado por la persistente oposición de Inglaterra a hacer la paz. [...] Cree (lo mismo que nosotros) que se debe a la esperanza que tienen depositada los ingleses en Rusia...

Decisión: La destrucción de Rusia debe por tanto convertirse en parte de esta lucha. [...] Si empezásemos en mayo de 1941, tendríamos cinco meses para finalizar la tarea.

ENTRADAS DEL DIARIO DEL GENERAL HALDER, JEFE DEL ESTADO MAYOR GENERAL, 13 Y 31 DE JULIO DE 194O.

«Sólo cuando ya no se puede dar marcha atrás… encuentra uno el valor para las decisiones grandiosas. […] Eso es lo que sucede también en nuestra situación actual». Goebbels estaba resumiendo aquí lo que había dicho Hitler durante la comida el 15 de enero de 1940. Había empezado refunfuñando por las previsiones meteorológicas que hablaban de tiempo inestable; hacía falta que el tiempo fuese por lo menos medio decente para la ofensiva, había dicho. Luego había pasado a filosofar sobre la necesidad de fortaleza en la adversidad, uno de sus temas habituales y que se haría aún más repetitivo a medida que avanzase la guerra. Hizo alusión a los héroes habituales del panteón germánico (Bismarck y, más aún, Federico el Grande) añadiendo ejemplos de su propia «época y lucha» para ilustrar sobre cómo el peligro despertaba cualidades especiales de valor y audacia en el «genio histórico». «El Führer fue siempre más grande en la adversidad que en la fortuna», añadía el impresionable ministro de propaganda. Sin embargo, Goebbels había recogido el punto serio de las cavilaciones típicamente narcisistas de Hitler sobre su propia «grandeza»: no podía haber marcha atrás. Este imperativo se había vinculado directamente a la política alemana en Polonia, lo que indicaba que Hitler y Goebbels percibían con toda claridad el Rubicón que se había cruzado descendiendo a aplicar el bárbaro tratamiento que se había aplicado a los polacos. «No debemos perder la guerra, ese es el asunto—resumía Goebbels—. Y todos nuestros pensamientos y nuestros actos han de dirigirse a eso».[1]

Una técnica característica que tenía Hitler para exponer sus argumentos era plantear siempre alternativas extremas, una de las cuales desdeñaba o ridiculizaba inmediatamente. La única posición de trato que aceptaba él era el hecho consumado, apoyado en una fuerza derivada de un vigor subyacente. Para su mentalidad eran inadmisibles las concesiones, los compromisos y los acuerdos, la retirada. Y si se descartaba la posibilidad de retroceder, no quedaba ımás opción que avanzar audazmente.

Así era como había actuado desde el ultimátum en que había exigido la jefatura del partido en 1921 y la insensata tentativa de golpe de 1923. En 1940, teniendo en cuenta cómo se habían dejado manipular por Hitler el ejército y el Ministerio de Asuntos Exteriores, sobre todo, a lo largo de los años anteriores y especialmente desde principios de 1938, hasta depender casi completamente de él, esta forma de pensar había arrastrado inexorablemente en su estela a todos los órganos de un sistema estatal complejo y moderno. Ayudado por una buena cuantía de respaldo entusiasta y por la ineficacia de una resistencia limitada y a menudo pusilánime, Hitler había llegado casi a alinear con las circunstancias objetivas su filosofía subjetiva, la de que no había más salida que el ataque audaz y sin dilación porque el tiempo estaba trabajando en contra de Alemania.

Pero estas circunstancias, las condiciones en las que se tomarían las decisiones cruciales de 1940-41, no las había conformado sólo Hitler. El había emplazado al Reich en un dilema. No se podía poner fin a la guerra. Se trataba ya de una decisión que estaba fuera del control de Alemania, salvo que se pudiese forzar a Inglaterra a sentarse en una mesa de conferencias o se la derrotase militarmente. Pero Alemania no estaba equipada en aquella etapa ni desde el punto de vista militar, como indicaban claramente los jefes de las fuerzas armadas, ni desde el económico, como mostraban todos los indicadores, para mantener la guerra larga con la que ya contaban los ingleses, como era bien sabido.[2] La Wehrmacht había iniciado las hostilidades en el otoño de 1939 sin planes bien trazados para una gran guerra, y sin ninguna estrategia para una ofensiva en Occidente. No se había pensado con claridad y con detenimiento absolutamente nada.[3] De las tres ramas de las fuerzas armadas la mejor equipada era la Luftwaffe. Pero incluso en este caso, el programa de armamentos estaba previsto completarlo en 1942 no en 1939.[4] El plan operativo de la marina se basaba en una flota que no podría estar lista hasta 1943.[5] De hecho, el Z-Plan (paralizado

al principio de la guerra) dejaría a Alemania con graves limitaciones en el mar hasta 1946. Y dentro de los límites de ese plan, la construcción de los submarinos necesarios para un bloqueo económico de Inglaterra fue deliberadamente descuidada por Hitler en favor de los intereses del ejército. Sin embargo, el propio ejército carecía hasta de municiones suficientes después de la breve campaña polaca (en la que un 50 por 100 de los tanques y de las unidades motorizadas utilizados habían quedado fuera de servicio) para considerar una continuación inmediata de la guerra en Occidente.[6]

La guerra podría haberse terminado si el gobierno francés hubiese sido lo suficientemente audaz para enviar al menos las cuarenta divisiones que había prometido a los polacos que entrarían en acción contra las mucho menos numerosas que los alemanes habían dejado guardando el frente occidental en septiembre de 1939.[7] Cuando estalló la guerra los alemanes sólo podían disponer de 32 divisiones para el frente occidental. Los franceses tenían por entonces 91 divisiones, aunque se calculaba que se tardarían diez días en movilizar a cincuenta de ellas.[8] Al final de la campaña polaca era ya de todos modos demasiado tarde. Tal como fueron las cosas, el respiro que el ejército alemán obtuvo durante los repetidos aplazamientos de la ofensiva occidental, para gran pesar de Hitler, en el invierno de 1939-40, fue crucial porque proporcionó el tiempo y la oportunidad necesarios para poner el ejército en condiciones de atacar Francia.[9]

La derrota de Francia era decisiva, Hitler se lo jugaba todo en ella. Si se podía conseguir que Inglaterra no llegase a tener un punto de apoyo en el continente antes de que esa derrota se materializase, Hitler estaba convencido de que los ingleses tendrían que pedir la paz. Conseguir que Inglaterra quedase fuera de la guerra mediante el aislamiento después de que Alemania hubiese derrotado a Francia era la única estrategia bélica general de Hitler mientras el invierno anormalmente gélido de 1940 iba dejando paso gradualmente a la primavera.

[10] También se alinearía en algún momento contra Alemania, Hitler lo sabía perfectamente, el poderío de Estados Unidos. Por el momento predominaba en el país el aislacionismo y era probable que la atención del público se centrase en las próximas elecciones presidenciales del otoño, así que podía contarse con que no hubiese una temprana intervención en un conflicto europeo. Pero mientras Inglaterra siguiese en la guerra, no se podía descartar la participación (como mínimo a través de una neutralidad benevolente) de Estados Unidos, con su inmenso poder económico. Y ese era un factor que quedaba fuera del alcance de Alemania. Lo que hacía más imprescindible aún, tanto desde el punto de vista objetivo como simplemente desde la obsesión maníaca de Hitler con el tiempo, eliminar a Inglaterra de la guerra sin dilación.[11]

El este había dejado de ocupar el primer plano en el pensamiento de Hitler… aunque no hubiese desaparecido de él. Mussolini le había escrito a principios de enero, exhortándole a no prescindir por razones tácticas de sus viejos principios de antibolchevismo (y antisemitismo).[12] Hitler afirmaba, un tanto falsamente, en su respuesta, enriada dos meses después, que Stalin había transformado el bolchevismo en «una ideología y una idea económica del estado nacional ruso», que Alemania no tenía interés en combatir.[13] En privado, decía una cosa muy distinta. El bolchevismo, comentó durante la comida el 12 de enero, era la forma de «organización estatal» que correspondía a los eslavos. Comparaba a Stalin con un Iván el Terrible moderno, que se hubiese deshecho de la clase dirigente tradicional y la hubiese sustituido por eslavos. Eso era bueno para Alemania. «Mejor un socio débil como vecino que un tratado de alianza, aunque sea bueno», añadió cínicamente.[14] En su memorando del octubre anterior ya había comentado que se podía contar con la neutralidad soviética por el momento, pero que ningún tratado o acuerdo podía garantizarla en el futuro. «En 8 meses, un ano, no digamos ya unos cuantos años todo esto podría ser diferente», había dicho.[15] «Si hubiera que

cumplir todos los tratados que se firman—le explicó a Goebbels—no existiría ya la humanidad».[16] Hitler suponía que los rusos romperían el pacto de no agresión cuando les conviniese hacerlo. De momento eran militarmente débiles… una condición fomentada por las inexplicables purgas de Stalin; estaban preocupados por sus propios asuntos en el Báltico, sobre todo la problemática guerra finlandesa; y no planteaban, por tanto, ningún peligro por el este. Se podría ajustar cuentas con ellos en una etapa posterior. Su actitud actual era para Hitler una prueba más de que su ataque a Occidente, y la eliminación de Inglaterra de la guerra, no podían esperar.

Había una cierta lógica en la suposición de que, después de una derrota de Francia y de la oferta de unas condiciones «razonables», Inglaterra se resignaría a lo inevitable por su propio interés. Seguía habiendo allí grupas de presión que pensaban de ese modo. No había nada inexorable en la decisión inglesa de «ir por su cuenta» en el verano de 1940. Pero esa decisión, cuando llegase, viciaría la única estrategia que tenía Hitler. Al suponer que el propio interés inmediato era el único móvil de la guerra y la paz, infravaloró burdamente la capacidad de resistencia y el idealismo que habían aflorado en Inglaterra a raíz de la ocupación de Praga en 1939 y que el nuevo primer ministro, Winston Churchill, consiguió conjurar en el pueblo inglés en el verano de 1940. El «duelo» entre Hitler y su archienemigo Churchill dominaría el verano. Su desenlace determinaría en muchos sentidos el curso posterior de la guerra.[17]

Hitler estaba en 1940-41 en el cénit de su poder, pero a pesar del triunfo espectacular sobre Francia, no podía poner fin a la guerra en Occidente tal como quería. Su incapacidad para hacerlo condicionaría el resto de la guerra. La decisión de abrir otro frente en el este sin que hubiese terminado aún en el oeste privaría a Alemania del espacio de maniobra que pudiese quedarle. Y en el verano de 1941 se haría patente lo catastrófica que esa decisión había sido.[18]

Capítulo I

A principios de 1940 empezó a verse claramente que, antes de que pudiese lanzarse la ofensiva occidental, era imperativo asegurar el control de Escandinavia y de los accesos al mar del Norte. Una consideración clave era la salvaguardia de los suministros de mineral de hierro sueco, vitales para la economía de guerra alemana, y que partían principalmente del puerto de Narvik, en el norte de Noruega. Hitler había reconocido hablando con Raedor, ya en 1934, lo esencial que sería el que la marina garantizase las importaciones de mineral de hierro en caso de guerra.[19] Pero no había mostrado ningún interés estratégico concreto pon Escandinavia hasta los primeros meses de 1940. Junto a la necesidad de asegurar los suministros de mineral estaba, en el pensamiento de Hitler, el objetivo de mantener a Inglaterra fuera del continente europeo.[20] La marina, por su parte, no había elaborado ningún plan operativo para Escandinava antes de que se iniciase la guerra. Pero cuando la perspectiva de una guerra con Inglaterra empezó a tomar forma concreta a finales de la década de 1930, los planificadores de la marina empezaron a considerar que podía ser necesario disponer de bases en la costa noruega.[21]

Una vez iniciada la guerra, el alto mando de la marina, no Hitler, tomó la iniciativa de presionar para que se ocupasen Dinamarca y Noruega. En octubre, y luego a principios de diciembre de 1939, Raeder, ascendido en el último abril al rango de Gran Almirante, destacó ante Hitler la importancia que tenía la ocupación de Noruega para la economía de guerra. Finalmente Raeder, después de presentarle al dirigente nacionalista noruego Vidkun Quisling el 12 de diciembre, convenció a Hitler para que accediera a encargar un estudio exploratorio

al alto mando de la Wehrmacht para la ocupación de Noruega. Cada vez más preocupado por la posibilidad de que se les adelantase una ocupación inglesa (con el pretexto de ayudar a los finlandeses en la guerra contra la Unión Soviética), Raeder continuó presionando a Hitler en favor de una actuación rápida. En enero, dio instrucciones al alto mando de las fuerzas navales para que preparase un plan operativo. Hitler se alarmó ya en serio por el peligro de una intervención de los Aliados en Noruega después de que el Altmark, que llevaba a unos trescientos marinos mercantes aliados capturados en el Atlántico sur, hubiese sido atacado el 16 de febrero en aguas noruegas por una patrulla de abordaje del destructor inglés Cossack y los prisioneros hubiesen sido liberados.[22] La cuestión pasó así a convertirse en un problema urgente. Cinco días después mandó llamar al general Von Falkenhorst, que tenía experiencia de Finlandia, donde había combatido en la Primera Guerra Mundial. Bastó esto para que Hitler le pusiese al cargo de los preparativos del «Ejercicio Weser». Pero no se entregó en principio ningún documento ni mapa que pudiese ayudarle a planear la operación, para mantener el máximo secreto. Así que Falkenhorst se compró una guía de Noruega, se encerró en la habitación del hotel y regresó por la tarde con propuestas que Hitler aceptó.[23] Rumores transmitidos por la embajada alemana en Estocolmo de una operación inglesa importante en un futuro próximo, indicaron que no había tiempo que perder. El 1 de marzo Hitler emitió la directriz para Weserübung («Ejercicio Weser»).[24] Dos días después, destacaba lo urgente que era una intervención en Noruega. Quena que se acelerasen los preparativos y ordenó que el «Ejercicio Weser» se realizase unos días antes de la ofensiva occidental.[25] Luego, a lo largo de marzo, fueron aumentando los temores a una ocupación inglesa, hasta que, a final de mes, Raeder consiguió por fin convencer a Hitler para que accediera a establecer una fecha precisa para la operación. Guando habló con sus comandantes el 1 de abril, se atuvo estrictamente a la línea de argumentación de Raeder. Al día siguiente se fijó como fecha de inicio de la operación el 9 de abril.[26] Cuarenta y ocho horas después se supo que la operación inglesa era inminente. El 8 de abril barcos de guerra ingleses minaron las aguas en torno a Narvik.[27] Se había iniciado la carrera por Noruega.[28]

La colocación de minas por parte de los Aliados dio a Alemania el pretexto que había estado esperando. Hitler llamó a Goebbels y le explicó lo que pasaba mientras paseaban los dos solos por el recinto de la Cancillería del Reich bajo un encantador sol de primavera. Todo estaba dispuesto. No se esperaba resistencia digna de consideración. No le importaba la reacción de Estados Unidos. Aún tardaría en llegar ayuda material de allí unos ocho meses y ayuda humana aproximadamente un año y medio. «Y debemos conseguir la victoria, en este año. Si no la superioridad material del bando enemigo sería demasiado grande. Además, una guerra larga sería difícil de soportar psicológicamente», admitió Hitler. Y le dio a Goebbels un atisbo de sus objetivos en relación con la conquista del norte. «Primero, una vez que tengamos los dos países [Dinamarca y Noruega], nos estaremos quietos durante un breve periodo y luego le daremos a Inglaterra una buena zurra (bepflastert). Tenemos ya una base para atacar». Estaba dispuesto a no tocar siquiera a los reyes de Dinamarca y Noruega, siempre que no crearan problemas. «Pero nunca dejaremos ya esos dos países».[29]

A pesar de las advertencias de los suecos, de una acumulación de tropas y barcos en el Báltico dispuestos para atacar Escandinavia, el ataque alemán cogió desprevenidos a los ingleses.[30] Se produjeron desembarcos y aterrizajes en Dinamarca a primera hora de la mañana del 9 de abril. Un barco de guerra alemán penetró en el puerto de Copenhague; la marina de guerra danesa ni siquiera se había puesto en estado de alerta. El aeródromo de Aalborg, en el norte de Jutlandia, cayó en poder de tropas alemanas que descendieron en paracaídas. El ejército danés abrió fuego brevemente en Schleswig norte, pero los daneses decidieron en seguida no ofrecer resistencia. La operación Noruega no se desarrolló con tanta suavidad, Narvik y Trondheim fueron tomadas, pero el hundimiento del Blücher, por un solo proyectil de una antigua hatería costera que fue a dar en la bodega de las municiones del nuevo crucero cuando pasaba por los estrechos cerca de Oscarborg, obligó a los buques que lo acompañaban a dar la vuelta y retrasó la ocupación de Oslo durante unas horas, lo que permitió a la familia real noruega y al gobierno abandonar la capital. Pese a la tenaz resistencia de los noruegos y a pérdidas navales relativamente altas a manos de la flota

inglesa, la superioridad aérea, después de la rápida toma de los aeropuertos, permitió en seguida a las tropas alemanas obtener un control suficiente para forzar la evacuación de las tropas inglesas, francesas y polacas que habían desembarcado en Noruega central a principios de mayo. Los Aliados acabarían tomando Narvik más tarde, a finales de mes, tras una lucha prolongada, hasta que Churchill les hizo salir de allí de nuevo a principios de junio debido al creciente peligro que para Inglaterra significaba la ofensiva alemana en Occidente. El día 10 capitularon las últimas tropas noruegas.

El «Ejercicio Weser» había resultado un éxito, pero había tenido un coste. Gran parte de la flota de superficie de la marina de guerra alemana había quedado fuera de combate para el resto de 1940. Controlar las partes ocupadas de Escandinavia a partir de entonces absorbería, de forma más o menos permanente, unos 300.000 hombres, muchos de ellos dedicados a mantener a raya una población noruega amargamente resentida con la administración alemana, a la que ayudaba el movimiento de Quisling.[31] Y había una consecuencia más que acabaría siendo una desventaja para los alemanes y resultaría significativa e importante para el esfuerzo bélico inglés. La opinión pública inglesa atribuyó la culpa del fracaso aliado en Noruega no a Churchill sino al primer ministro Chamberlain. Así que ese fallo condujo indirectamente a la caída del gobierno Chamberlain y llevó al poder a la persona que resultaría ser el adversario más firme y tenaz de Hitler: Winston Churchill.[32]

El éxito final del «Ejercicio Weser» ocultó a todos, salvo al alto mando de las fuerzas armadas, las graves deficiencias de Hitler como comandante militar. La falta de coordinación entre las secciones de las fuerzas armadas; los fallos de comunicación entre la OKW y los altos mandos de la marina y, sobre todo, del ejército y la Luftwaffe (que obligaron a modificar directrices ya formuladas y emitidas); la propia resistencia de Hitler a oponerse a Raeder o a Göring en las reuniones informativas más importantes aunque abogase por una línea dura en privado; y su constante intromisión en las minucias del control de las operaciones: todo esto dio origen a graves complicaciones en la ejecución del «Ejercicio Weser»[33] Y pese a lo mucho que hablaba de

que había que controlar firmemente los nervios, Hitler dio muestras de pánico y de un juicio militar de aficionado cuando las cosas empezaron a ir mal en Narvik a mediados de abril. El general Walter Warlimont, que pudo observarle de cerca durante esos días, recordaba más tarde «la impresión de una debilidad de carácter verdaderamente aterradora en el hombre que estaba a la cabeza del Reich». Y apuntaba, citando entradas del diario de Jodl, «un cuadro estremecedor de agitación y falta de equilibrio». Recordaba una vez que había visto en la cancillería del Reich a Jodl, al que consideraba el principal artífice del éxito de la operación, y que «allí estaba Hitler hundido en un sillón, en un rincón, con la mirada perdida: nadie se fijaba en él, era la viva imagen del pesimismo caviloso. Parecía que estuviese esperando que una nueva noticia resolviese la situación…».[34] Esta vez, la crisis pasó pronto. Hitler pudo saborear la gloria de otro triunfó. Pero cuando se acabasen las victorias, los fallos de un tipo de jefatura militar como la suya se convertirían en una debilidad persistente.

De todos modos, podía desviar ya todas sus energías hacia aquella ofensiva occidental tan esperada.

Los repetidos aplazamientos del «Caso Amarillo» (como había pasado a llamarse la ofensiva occidental), en los que debía de influir la inseguridad del propio Hitler además de las malas condiciones meteorológicas, y las preocupaciones por los problemas del transporte, no sólo brindaron la posibilidad de reorganizar el ejército después de la campaña polaca sino que proporcionaron también tiempo para reconsiderar los planes operativos.[35] En Polonia, Hitler no había intervenido en las operaciones militares. Ahora, en la preparación de la ofensiva occidental, intervino por primera vez directamente.[36] Esa intervención estableció el modelo para el futuro. Había empezado a ponerse nervioso ya en el otoño con las directrices del alto mando del ejército. A algunos altos mandos tampoco les convencían.[37] Los planes parecían demasiado convencionales. Eran lo que podía esperar el enemigo. Hubo que modificarlos para que llegaran a parecer satisfactorios.[38] Preveían que la ofensiva más importante llegaría del norte, a uno u otro lado de Lieja. Hitler quería algo más audaz, algo que contuviese el elemento crucial de la sorpresa. Sus propias ideas eran aún

embrionarias. Se inclinaban por una línea principal de ataque más al sur… aunque el alto mando del ejército consideraba esto arriesgado también, ya que entrañaba atacar a través del difícil terreno boscoso de las Ardenas, con problemas evidentes para las operaciones con tanques. Hitler estuvo varias semanas sin saber que el teniente general Von Manstein, jefe de Estado Mayor del Grupo A del ejército de tierra, estaba estudiando más detenidamente ideas similares. Manstein era uno de los generales que estaban preocupados por la estrategia poco imaginativa del alto mando. Después de hablar con Guderian, el general con más experiencia en la guerra de tanques, llegó a la conclusión de que las Ardenas no constituían ninguna barrera insuperable para un ataque con divisiones acorazadas. El general Von Rundstedt, superior inmediato de Manstein, apoyó también el plan más audaz. Sin embargo, Manstein no consiguió convencer al alto mando del ejército para que adoptase su plan. Brauchitsch se opuso rotundamente a cualquier modificación de la estrategia establecida y ni siquiera accedió a analizar el plan de Manstein. Halder por lo menos se avino a tener en cuenta todas las propuestas operativas en una serie de maniobras. Estas acabarían haciéndole en febrero más favorable al plan de Manstein. Pero Brauchitsch siguió negándose en enero a mostrar a Hitler el borrador del plan operativo de Manstein e hizo trasladar al insistente general a un nuevo puesto de mando en Stettin. De todos modos, Hitler había sabido en la segunda mitad de diciembre de las lineas básicas del plan de Manstein. El aplazamiento hasta la primavera de «Amarillo» que se decidió luego, en enero, le dio la oportunidad de declarar que quería dar nuevas bases a la operación, y sobre todo mantener el secreto absoluto y el elemento sorpresa. Su «Orden Básica» del 11 de enero, que debía colgarse en todas las oficinas militares, se enmarcaba en ese contexto.[39] La orden, en la que se ponía de manifiesto uno de los instintos predominantes de Hitler. declaraba: «Nadie, ninguna oficina, ningún oficial debe enterarse de algo que debe ser secreto si no tiene que tener conocimiento de ello imprescindiblemente por razones oficiales». Deberían así mismo saber sólo lo necesario para realizar sus tareas, y eso no antes de que fuese preciso para realizarla».[40]

A mediados de febrero aún no estaba definitivamente acordado el

plan operativo de «Amarillo». Se decía que Hitler había descrito la planificación elaborada por el alto mando del ejército como las «ideas de un cadete» (Gedanken eines Kriegsschülers)[41] Pero aún no había nada encajado en su sitio. En ese punto, tomó la iniciativa Schmundt, el asesor de la Wehrmacht de Hitler, y concertó una reunión con Manstein el 17 de febrero. Jodl había sido informado ya por entonces de que Hitler era partidario de una ofensiva de las unidades motorizadas por el flanco sur, hacia Sedán, que sería donde menos lo esperase el enemigo. La jefatura del ejército, adoptando esos deseos de Hitler y teniendo en cuenta también los resultados de las maniobras, había adaptado ya sus esquemas estratégicos cuando Hitler habló, el 18 de febrero, de la impresión favorable que le había causado el plan de Manstein el día anterior.[42] La suerte estaba echada. Las ideas básicas del aficionado habían coincidido, por casualidad, con el brillante plan heterodoxo del estratega profesional. El plan Manstein, perfeccionado posteriormente por el OKH, dio a Hitler lo que quería: un ataque por sorpresa en el sector más inesperado que, aunque no carente riesgos, poseía la audacia del genio. La famosa «hozada» (aunque no se trataba de una designación contemporánea) se incorporó a la nueva directriz del 24 de febrero.[43] Mientras las fuerzas aliadas respondían al esperado ataque alemán a través de Bélgica, unidades blindadas del Grupo A del ejército cruzarían rápidamente a través de fas Ardenas y penetrarían en las tierras bajas del norte de Francia camino de la costa, abriendo trocha a través de las fuerzas aliadas y empujándolas hacia la trayectoria del Grupo B del ejército, que avanzaba desde el norte.[44]

A Mussolini no se le transmitió, claro está, ninguna información estratégica cuando se encontraron los dos dictadores el 18 de marzo de 1940, por primera vez desde la conferencia de Munich, en el Paso del Brenner. Pero Hitler tuvo buen cuidado de aclarar las relaciones con su aliado italiano antes de que se iniciase la gran ofensiva occidental. Nevaba copiosamente cuando el tren de Hitler entró en la pequeña estación, a unos 1. 200 metros por encima de la frontera germano-italiana. Mussolini y Ciano recibieron a Hitler y a Ribbentrop en el andén. Luego los dictadores y sus ministros de asuntos exteriores pasaron al tren especial de Mussolini, que estaba en la vía contigua. La

circulación ferroviaria permaneció interrumpida mientras los dictadores hablaban. No se permitió pasar ni a los trenes de pasajeros ni a los de mercancías, que llevaban las cargas imprescindibles de carbón, que tan desesperadamente se necesitaban para el duro invierno.[45]

Las conversaciones duraron dos horas y media. No cabía ya ninguna duda de quién era el socio dominante. Era notorio lo poco que hablaba Mussolini. Escuchaba, casi respetuosamente, mientras Hitler hablaba prácticamente todo el tiempo. Explicó que había ido allí a darle al Duce una idea general de la situación desde el punto de vista alemán antes del gran enfrentamiento. Intentó justificar el momento elegido para el ataque a Polonia, destacando lo desventajoso que habría sido esperar. Con una presunción apenas oculta describió el triunfo militar de Polonia y cómo el mal tiempo le había impedido atacar inmediatamente en Occidente. Bombardeó a Mussolini y a su acompañante Ciano con datos y cifras sobre la fuerza militar alemana. Dijo que confiaba en poder dar cuenta de sus enemigos en el otoño. Luego llegó al objeto de la reunión: convencer a Italia para que entrase en la guerra. Si Italia se daba por satisfecha con ser una potencia mediterránea de segunda fila, comentó, no tenía por qué hacer nada. Pero Inglaterra y Francia bloquearían siempre sus ambiciones de convertirse en una potencia de primera fila. Si Alemania ganase la guerra, necesitaría llegar a un acuerdo «con un gran socio» para mantener lo que hubiese ganado.[46] Refiriéndose a la carta de Mussolini de enero, y a su propia respuesta de unos cuantos días antes de la reunión, Hitler insistió en que la intransigencia inglesa le había obligado a establecer una alianza con Rusia. Pero, aunque Stalin había privado al bolchevismo de su carácter judío e internacional y lo había convertido en un «moscovitismo eslavo», Rusia seguía siendo para Alemania un «mundo absolutamente ajeno». «Para Alemania sólo podía existir un socio: Italia. Rusia no era más que una cobertura de seguridad».[47] Terminó su monólogo proclamando su deseo de que Mussolini llevase a Italia a la guerra en apoyo de Alemania en el momento en que le fuese bien. Mussolini, en los pocos minutos en que le dejaron hablar (intimidado y entusiasmado al mismo tiempo con Hitler) expresó su deseo de sumarse a la guerra. Lo único que planteaba algunos problemas era el momento de hacerlo. Las fuerzas armadas italianas

tardarían unos cuatro meses en estar listas. E Italia no estaba en condiciones de mantener una guerra larga. Mussolini tendría que determinar cuál era el momento adecuado. Tras un ligero refrigerio, Mussolini y Ciano dijeron adiós a Hitler desde el andén y el tren especial de este regresó a Alemania atravesando el Tirol.[48] Mussolini estaba irritado por lo poco que había podido hablar. Curiosamente, sacó la conclusión del encuentro de que Hitler no estaba preparándose para lanzar una gran ofensiva por tierra.[49] Hitler quedó muy satisfecho de las conversaciones. Estaba una vez más impresionado con el dictador italiano, es de suponer que por lo bien que había escuchado. «Mussolini irá con nosotros hasta el final», fue su valoración.»[50] «El Führer no piensa para nada en una paz podrida», escribía Goebbels, tras escuchar la versión entusiasta que había dado Hitler de la reunión con su amigo italiano.[51]

Sin embargo, Hitler parecía pensar en algún tipo de «paz podrida» cuando habló un mes después sobre sus planes para tratar con Inglaterra. «El Fúhrer se propone asestar [a Inglaterra] un golpe que la deje fuera de combate—escribía Goebbels—. Aun así, haría la paz hoy. Condición: Inglaterra fuera de Europa y devolución de nuestras colonias, con un redondeo (ahgerundet). Veremos. No quiere en modo alguno aniquilar Inglaterra, ni destruir su imperio. Pero debemos tener calma (Ruhe)». Continuaba hablando luego de convertir Noruega en una fortaleza comparable a Singapur, considerada aún inexpugnable, que disuadiese a Inglaterra de pensar siquiera en una nueva guerra. Era bueno, aseguraba, que Italia no se hubiese incorporado a la guerra en el septiembre anterior. Inglaterra habría dado marcha atrás y no habría intervenido en el conflicto, pero sólo para que todo volviese a empezar de tres a cinco años después, en circunstancias más favorables. Extrajo esta conclusión: «Si ha de ser alguna vez, que sea ahora». Aleccionado por la campaña escandinava, destacó la importancia crucial de la potencia aérea. La Luftwaffe había revolucionado la actividad bélica. «Y ahí nosotros vamos por delante», proclamó. Alemania podría haber abordado la guerra con un programa naval completamente erróneo. Pero los grandes barcos no eran ya enemigos para la potencia aérea. Eso era lo que había quedado demostrado. Pese a que Hitler pudiese decir que prefería una paz en que

Inglaterra quedase corno un socio menor de Alemania, tranquilo e inactivo, su capacidad de dominio destruida aunque se dejase intacto, muy nominalmente, su imperio (y tampoco convendría exagerar la admiración que decía sentir por él)[52] él estaba seguro de que sólo se podría forzar a los ingleses a sentarse en la mesa de conversaciones aislándoles después de una derrota militar devastadora como la que se proponía infligir a Francia. Y cuanto antes se produjese, mejor. «El Führer presiona para que se actúe lo antes posible—comentaba Goebbels —. No podemos y no queremos esperar más».[53]

Cuatro días después, Hitler habló de nuevo de sus planes. Había que aplastar a Francia como «un acto de justicia histórica». Pero Inglaterra necesitaba sus posesiones ultramarinas y no debía perderlas. «Inglaterra puede tener paz si no se inmiscuye en los asuntos de Europa y nos devuelve nuestras colonias y un poco más para redondear. Pero eso sólo es posible después de que haya recibido un golpe de esos que dejan fuera de combate». El destino tendría que seguir su curso. La ofensiva occidental era ya sólo cuestión de una meteorología adecuada y de elegir el momento más oportuno.[54]

A principios de mayo, ingleses y franceses preveían que podía empezar en cualquier momento la ofensiva occidental alemana.[55] La intención de atacar en la primera semana de mayo había sido reconsiderada, en realidad, teniendo en cuenta los acontecimientos de Escandinavia. Pero se fijó por fin la fecha del 10 de mayo.[56] Hitler se sentía seguro y confiado. A los que le veían de cerca, les parecía tranquilo y optimista, como si se hubiesen disipado las dudas de meses anteriores y estuviese ya dejando que los acontecimientos siguiesen su curso. Pensaba que Francia tardaría unas seis semanas en capitular y que Inglaterra abandonaría entonces una guerra que, si continuaba, significaría la pérdida de su imperio… algo completamente inconcebible.[57] Las fuerzas militares estaban prácticamente equilibradas.[58] De lo que Hitler aún no había informado era del estado crítico de las reservas de materias primas de Alemania: había caucho para seis meses, combustible suficiente sólo para cuatro meses. El botín que se obtuviese en la campaña occidental resultaría decisivo para garantizar la base material necesaria para seguir la guerra.[59]

El nivel de confidencialidad mantenido incluso en el entorno íntimo de Hitler en los días anteriores a la ofensiva lúe bastante firme. Cuando el tren blindado especial de este, cuyo nombre en clave era Amerika. salió de una estación pequeña y retirada de los arrabales de Berl al final del día 9 de mayo, su jefe de prensa, Otto Dietrich, pensaba que iba a visitar los astilleros de Hamburgo, y hasta sus propias secretarias creían que se dirigía a Dinamarca y Noruega a visitar las tropas. Después de medianoche, el tren abandonó silenciosamente en las cercanías de Hanover las vías que se dirigía hacia el norte, desviándose hacia el oeste. Ni siquiera entonces se reveló el destino. Pero a esas alturas no había ya duda alguna de la finalidad del viaje. Hitler estuvo de excelente humor todo el tiempo. Amanecía cuando se bajaron del tren en una pequeña estación de la región de Eifel. Estaba cerca de Euskirchen, aunque no había ningún letrero en la estación que lo indicase porque habían sido retirados todos los letreros con los nombres de las poblaciones del sector y sustituidos por indicadores militares amarillos. Había vehículos esperando para llevar al grupo a través de aquella zona accidentada y boscosa hasta su nueva residencia temporal: el cuartel general del Führer situado cerca de Münstereifel al que se había dado el nombre de Felsennest (Peñón del nido del águila). El alojamiento era pequeño y sencillo. Aparte de Hitler, sólo Keitel, Schaub y un sirviente tenían habitaciones en el primer búnker. Jodl, el doctor Brandt, Schmundt, Below, Puttkamer y el ayudante de Keitel estaban en el segundo. A los demás hubo que alojarlos en la aldea próxima. Los bosques del entorno vibraban con los gorjeos primaverales de los pájaros. Pero, cuando los miembros del equipo de Hitler se reunieron delante del búnker de este, los pacíficos sonidos del campo en primavera quedaron interrumpidos por el estruendo lejano de la artillería. Hitler señaló hacia el oeste. «Caballeros—proclamó—acaba de empezar en este momento la ofensiva contra las potencias occidentales».[60]

Capítulo II

Esa ofensiva prosiguió a un ritmo vertiginoso que asombró al mundo. Ni siquiera Hitler y sus jefes militares se habían atrevido a esperar tal escala de éxitos iniciales.[61] En el flanco norte, se produjo en cinco días la rendición de Holanda, cuya reina y cuyo gobierno huyeron, exiliándose en Inglaterra. Antes de eso, un bombardeo similar al que se había producido en Guernica había llevado la muerte y la devastación al casco antiguo de Rotterdam desde el cielo. Era la marca de fábrica del nuevo tipo de guerra. Ya la había padecido antes la población civil de Varsovia; pronto llegarían a temerla los habitantes de las ciudades inglesas; y, en una etapa posterior de la guerra, se verían sometidos también a todo su horror los propios ciudadanos alemanes. La neutralidad de Bélgica sería violada, por segunda vez en menos de treinta años, junto con la de Holanda. El 18 de mayo se produjo la rendición incondicional del ejército belga, que dejaba al rey Leopoldo en realidad en la condición de un prisionero con el gobierno en el exilio. Entre tanto, el sistema de «hozada» estaba resultando un éxito brillante y decisivo. Las unidades acorazadas alemanas, auxiliadas por la ineptitud estratégica y operativa del alto mando francés, consiguieron cruzar las Ardenas, Luxemburgo y el sur de Bélgica y penetrar en el norte de Francia, rompiendo la pequeña línea de defensa gala y cruzando ya el Mosa el 13 de mayo. A los diez días de iniciada la ofensiva, la noche del 20-21 de mayo, el avance había cubierto unos 230 kilómetros y había llegado a la costa del canal de la Mancha. La «hozada» había funcionado. Las fuerzas aliadas habían quedado cortadas en dos y un enorme numero de soldados había quedado comprimido entre la costa y el avance de las divisiones alemanas. El 26 de mayo el Ministerio de Guerra de Londres se inclinó ante lo que había ido haciéndose cada vez más inevitable y ordenó la evacuación de la fuerza expedicionaria inglesa, cuyo núcleo principal estaba librando por entonces una lucha desesperada por la retaguardia justo al este de Dunkerque, el último puerto del canal de la Mancha que quedaba en manos aliadas. En los días siguientes casi 340. 000 soldados ingleses y franceses (la masa principal de las tropas aliadas que aún luchaban en el norte de Francia) serían transportados a lugar

seguro al otro lado canal en una flota improvisada de pequeñas embarcaciones mientras la Luftwaffe machacaba los muelles y las playas del puerto.[62]

Había ayudado mucho a hacer posible la evacuación la decisión que tomó Hitler, a las 11: 42 de la mañana del 24 de mayo, de detener el avance alemán, cuya punta de lanza estaba a solo unos veinticinco kilómetros de Dunkerque. Son rocambolescas las sugerencias que se hicieron después de la guerra de que Hitler había querido dejar que las tropas inglesas Se salvasen en un acto de generosidad para animar a Inglaterra a acudir a la mesa de negociaciones con sus ejércitos intactos.[63] Se aseguró que el propio Hitler había dicho a los miembros de su entorno unos quince días después que «el ejército es la columna vertebral de Inglaterra y del imperio. Si aplastamos al cuerpo invasor, el imperio está condenado. Como nosotros ni queremos ni podemos heredarlo, debemos darle la oportunidad. Mis generales no han entendido eso».[64] Esos sentimientos, si es que alguna vez se expresaron en esos términos, no fueron más que una autojustificación por un error militar. La decisión de no avanzar sobre Dunkerque se tomó por razones militares y por consejo militar. Según su ayudante de la Luftwaffe, Nicolaus von Below, «el ejército inglés no tenía ninguna importancia para él» en Dunkerque.[65]

Hitler había ido en avión esa mañana, la del 24 de mayo, a Charleville, casi unos ciento sesenta kilómetros al este del canal de la Mancha, a visitar el cuartel general del coronel general Gerd von Rundstedt, comandante del grupo A del ejército de tierra, que había sido quien había efectuado el notable avance en el «movimiento de hoz» a lo largo del flanco sur. Cuando llegó Hitler a las once y media, Rundstedt le dio un informe sobre la situación. La propuesta de detener el avance de las unidades motorizadas procedió no de Hitler sino de Rundstedt, uno de los generales en quien el Führer más confiaba. Hitler aceptó la propuesta, añadiendo que había que conservar los tanques para las próximas operaciones en el sur y que si se avanzaba más se limitaría el ámbito de actuación de la Luftwaffe.[66] Hitler estaba deseando continuar con el ataque hacia el sur sin la demora que creía que se produciría si dedicaban unos días a acosar a las tropas aliadas que tenían

rodeadas en Dunkerque.[67] Cuando llegó Brauchitsch a la mañana siguiente, el 25, con la idea de que avanzasen los tanques por las llanuras, Hitler se opuso, alegando que los numerosos canales que entrecruzaban Flandes hacían que fuese un terreno impropio para tanques.[68] Pero dejó que decidiera Rundstedt, que rechazó la propuesta debido a que se necesitaban los tanques para las operaciones que habían de iniciarse a continuación en el sur.[69] Tanto Halder como Brauchitsch se quedaron consternados.[70] Tendrían que llegar a un acuerdo con un comandante supremo de la Wehrmacht que intervenía directamente en las operaciones.[71] Pero no hubo la menor magnanimidad en la decisión de reservar los tanques. Como hemos visto, Hitler quería asestar a Inglaterra un golpe que la dejase fuera de combate para obligarla a aceptar las condiciones de paz. No tenía ningún interés en dejar que las tropas inglesas escapasen a la cautividad o a la destrucción. Göring le había convencido de que dejase a la Luftwaffe acabar con el enemigo cercado.[72] No se le ocurrió pensar que los ingleses pudiesen escapar.[73]

En realidad, la Luftwaffe no llegaría a poder cumplir las promesas de Göring. Pese a sus proclamaciones de éxito, el mal tiempo y las fuerzas aéreas inglesas se combinaron para impedir lo que Göring había supuesto que sería una tarea fácil. Dunkerque no contribuyó a enaltecer el prestigio de la Luftwaffe.[74] Hitler comprendió al cabo de dos días que la orden de detener el avance había sido un error. El 26 de mayo dio por fin orden de avanzar sobre Dunkerque para impedir más evacuaciones.[75] Por entonces eran pocas las tropas que habían podido ser evacuadas,[76] pero el retraso de cuarenta y ocho horas fue vital y permitió a los ingleses organizar a lo largo de los días siguientes la extraordinaria retirada, una obra maestra de improvisación, que estuvo acompañada de mucha buena suerte.

Dunkerque parecía de importancia secundaria para Alemania desde el punto de vista militar y se sucedían, por otra parte, éxitos asombrosos. Constituía, en realidad, una enorme derrota para Inglaterra, pero el que las tropas pudiesen haber vuelto atrás en tales condiciones para combatir más adelante fue algo que el nuevo primer ministro inglés Churchill (que había accedido al cargo el mismo día que se había iniciado la ofensiva occidental) y el mito popular convirtieron en un símbolo del espíritu de

lucha de los ingleses: el triunfo arquetípico sobre la adversidad. El gran revés de Dunkerque proporcionó de ese modo un estímulo a la moral inglesa en uno de los puntos más bajos de la larga historia de la nación. Dunkerque fue también fatídico en otro sentido. Si se hubiese perdido la fuerza expedicionaria inglesa, habría sido prácticamente imposible que Churchill hubiese sobrevivido a la creciente presión de las poderosas fuerzas que estaban dispuestas dentro de Inglaterra a llegar a un entendimiento con Hitler.[77]

Hacia el final de la primera semana de junio, Hitler trasladó su cuartel general a Bruly-de-Péche, cerca de Bruselas.[78] Se estaba iniciando la segunda fase de la ofensiva alemana. Las líneas francesas fueron arrolladas en seguida. Aunque los franceses tenían más artillería y tanques que los alemanes, eran abrumadoramente inferiores en potencia aérea. No sólo eso: el armamento y las tácticas de los franceses estaban anticuados, desconectados de las exigencias de la guerra moderna mecanizada. Y otra cosa igual de importante: el alto mando militar francés transmitía su sensación derrotista a la tropa. La disciplina se hundió junto con la moral de lucha. Y los civiles huyeron de las grandes ciudades a miles siguiendo el ejemplo de los combatientes. Había quien confiaba en la astrología. Los creyentes depositaban su confianza en la oración y en la intercesión de Santa Genoveva. Ninguna de las dos cosas serviría de nada.[79]

El 14 de junio las tropas alemanas atravesaron la Línea Maginot al sur de Saarbrücken. Ese mismo día, cuando aún no hacía seis semanas que se había iniciado la ofensiva occidental, sus compañeros entraban en París.[80] Una generación antes, los padres y tíos de aquellos soldados habían combatido cuatro años y no habían podido llegar a París. Ahora las tropas alemanas lo habían logrado en poco más de cuatro semanas. La disparidad en cifras de bajas indicaba la magnitud de la victoria. Las pérdidas aliadas se calculaban en 90. 000 muertos, 200. 000 heridos y 1, 9 millones de capturados o desparecidos. Los muertos alemanes no llegaban a 30. 000 y el número total de bajas no llegaba a los 165. 00o.[81]

No tenía nada de raro que Hitler se sintiese en la cima del mundo, y que empezase a darse palmadas de alegría en los muslos (que era su

modo habitual de expresar entusiasmo) y riese con alivio cuando le llegó la noticia a Bruly-de Peche el 17 de junio de que el nuevo gobierno francés del mariscal Pétain había pedido la paz.[82] Parecía inminente el final de la guerra. Inglaterra cedería ya seguro. Hitler veía la victoria total al alcance de la mano.

Mussolini había incorporado a Italia a la guerra una semana antes, con la esperanza de sacar tajada antes de que todo terminase, justo a tiempo para conseguir ganancias suculentas y disfrutar de la gloria de una victoria fácil.[83] A Hitler no le complació gran cosa tener que recibir el 18 de junio a su nuevo compañero de armas cuando este voló a Munich a encontrarse con él para discutir la petición francesa de armisticio.[84] Él quería términos benignos para los franceses y disipó rápidamente las esperanzas de Mussolini de hacerse con parte de la flota francesa. Hitler estaba ansioso por evitar que la marina francesa se pasase a los ingleses… algo que Churchill había intentado ya conseguir.[85] «Está claro por todo lo que dice que quiere actuar rápidamente para acabar la guerra—escribía Ciano—. Hitler es ahora el jugador que ha hecho una gran jugada y ha ganado mucho y quiere levantarse de la mesa sin arriesgar nada más».[86] Ribbentrop confirmó a Ciano que Hitler prefería la paz con Inglaterra a la guerra. El dictador alemán afirmaba de nuevo que no tenía ningún deseo de destruir el Imperio británico, que decía considerar «un factor importante de equilibrio en el mundo».[87] Un atisbo de lo que quería decir con esto puede vislumbrarse por un comentario que le haría unos quince días después a Goebbels de que, si se destruyese el imperio, su herencia no iría a parar a manos de Alemania sino de «grandes potencias extranjeras», con lo que se refería a los Estados Unidos y al Japón, y probablemente también a la Unión Soviética.[88] Lo que la aparente magnanimidad de Hitler respecto al imperio significaría para Inglaterra lo había previsto claramente Churchill. Inglaterra se convertiría, aseguró el primer ministro inglés, «en un estado vasallo del imperio de Hitler». «Se formaría sin duda un gobierno proalemán—escribía a Roosevelt el 15 de junio—para hacer la paz y para que pudiese presentar a una nación destrozada o hambrienta una defensa casi irresistible de la sumisión absoluta a la voluntad nazi».[89]

Después de haber conseguido su gran victoria sin ninguna ayuda de los italianos, Hitler estaba decidido a que el avergonzado y decepcionado Mussolini, que se veía obligado ahora a soportar el papel de socio menor en el Eje, no participase en las negociaciones del armisticio con los franceses.[90] Hitler había especificado ya el 20 de mayo, cuando los tanques alemanes habían llegado a la costa francesa, que las negociaciones de paz con Francia, a la que se exigiría la devolución de antiguos territorios alemanes, se celebrarían en el Bosque de Compiégne, donde se había firmado el armisticio de 1918.[91] Así que dio órdenes de recuperar el vagón de ferrocarril del mariscal Foch, conservado como una pieza de museo, en el que los generales alemanes habían firmado el cese del fuego, y transportarlo hasta el claro del bosque. Aquella derrota y sus consecuencias estaban grabadas indeleblemente en la conciencia de Hitler. No se borrarían devolviendo la humillación. A las tres y cuarto de la tarde del 21 de junio, Hitler, acompañado por Göring, Raeder, Brauchitsch, Keitel, Ribbentrop y Hess, contemplaron una inscripción conmemorativa de la victoria en la que se mencionaba la «arrogancia criminal del Reich alemán», luego ocuparon su puesto en el vagón, sin hablar con la delegación francesa. Hitler escuchó durante diez minutos, de nuevo sin pronunciar palabra aunque, según contó más tarde, dominado por el sentimiento de venganza por la humillación de noviembre de 1918.[92] Keitel leyó el preámbulo de los términos del armisticio. Luego Hitler se fue para regresar a su cuartel general. La purgación simbólica de la vieja deuda se había completado.[93] «Se ha extinguido ya la desgracia. Es una sensación de volver a nacer», escribía Goebbels a última hora de esa noche, después de que Hitler le hubiese contado por teléfono los dramáticos acontecimientos.[94]

Francia tenía que dividirse: la zona costera del norte y el oeste quedaría bajo ocupación alemana, el centro y el sur formarían un estado títere, dirigido por Pétain, con la sede del gobierno en Vichy.[95] El 24 de junio se firmó el armisticio francoitaliano y a la 1:35 de la madrugada siguiente se dieron por terminadas todas las hostilidades. Hitler proclamó el final de la guerra en Occidente y la «victoria más gloriosa de todos los tiempos». Ordenó que se tocaran las campanas en el Reich una semana entera y que ondearan las banderas durante diez días.[96]

Cuando se iba acercando el momento del cese de las hostilidades, Hitler, sentado a la mesa de madera de su cuartel general de campaña, ordenó que se apagaran las luces y se abrieran las ventanas para oír, en la oscuridad, la trompeta que señalaría fuera aquel momento histórico.[97]

Hitler pasó parte de los días siguientes haciendo excursiones. Max Amann (jefe de la sección de publicaciones del partido) y Ernst Schmidt, dos camaradas de la Primera Guerra Mundial, se incorporaron a su entorno habitual para una gira nostálgica por los campos de batalla de Flandes, volviendo a visitar los lugares donde habían estado destacados.[98] Luego, el 28 de junio, antes de que se despertasen la mayoría de los parisienses, Hitler hizo su única visita a la capital de la Francia ocupada.[99] No duró más de tres horas. Y su finalidad era cultural, no militar. Acompañado por los arquitectos Hermano Giesler y Albert Speer, y por su escultor favorito, Arno Breker, Hitler aterrizó en el aeropuerto de Le Bourget a la hora para él extraordinariamente temprana de las cinco y media de la mañana. La breve gira se inició en L'Opera. Todas las luces estaban encendidas, como para una función vespertina de gala, cuando se detuvieron a la entrada los tres Mercedes. Un guía francés de cabello blanco, respetuoso pero reservado, condujo al pequeño grupo por el interior del edificio vacío. A Hitler le emocionó su belleza. Se había pasado sin duda horas despierto las noches anteriores leyendo las descripciones del teatro y disfrutó demostrando su conocimiento detallado de él. El guía no quiso aceptar la propina de cincuenta marcos con la que el ayudante de Hitler, por orden de este, intentó compensarle.[100] Los turistas continuaron su recorrido. Pasaron en sus coches sin detenerse por delante de La Madeleine, cuya forma clásica impresionó a Hitler, subieron por los Campos Elíseos, pararon en la Tumba del Soldado Desconocido debajo del Arco de Triunfo, vieron la Torre Eiffel y contemplaron en silencio la tumba de Napoleón en Les Invalides. A Hitler le admiraron las dimensiones del Pantheón, pero su interior (como recordaría más tarde) resultó «una terrible decepción»,[101] y parecieron dejarle indiferente las maravillas medievales de París, como la Sainte Chapelle. La gira concluyó, curiosamente, en el testamento decimonónico a la piedad católica, la iglesia del Sacré-Coeur. Con un último vistazo a la ciudad desde las alturas de Montmartre, Hitler se fue.

A media mañana estaba ya otra vez en su cuartel general de campaña. Ver París, le contó a Speer, había sido el sueño de su vida.[102]

Pero a Goebbels le dijo que gran parte de lo que había visto de París le había parecido muy decepcionante.[103] Había considerado la posibilidad de destruirlo. Sin embargo, comentó, según Speer, «cuando hayamos terminado en Berlín, París será sólo una sombra. ¿Por qué habríamos de destruirlo?».[104]

El 2 de julio Goebbels visitó el nuevo cuartel general del Führer en la Selva Negra para discutir los detalles de su regreso triunfal a Berlín y los planes para un discurso en el Reichstag en el que se haría otra «oferta de paz» a Inglaterra. El regreso estaba previsto para el día 6, que era sábado, y el discurso para el lunes siguiente. El discurso, generoso en su formulación, sería una última oportunidad para Inglaterra. No estaba seguro de que fuese a ser bien recibido. Sabía que Churchill no tragaría el anzuelo, pero tenía depositadas ciertas esperanzas, aunque no fuesen demasiado firmes, en otros de los que se sabía que estaban haciendo tanteos encaminados a la paz. Si Londres no aceptaba las condiciones, comentaba Goebbels amenazadoramente, recaería sobre ella la responsabilidad de las consecuencias. «Serán terribles», añadía.[105]

La recepción que aguardaba a Hitler en Berlín cuando entró su tren en la Anhalter-Bahnhof a las tres de la tarde del 6 de julio era asombrosa. Superaba incluso los recibimientos que le habían tributado después de los grandes triunfos de antes de la guerra, como el de la Anschluss. Muchos de los que estaban allí llevaban esperando seis horas de pie, mientras la mañana grisácea iba dejando paso al sol brillante de la tarde. Las Calles estaban salpicadas de flores a lo largo de todo el recorrido, desde la estación hasta la Cancillería del Reich. Cientos de miles de personas vitorearon hasta quedarse roncos. Hitler, al que Keitel ensalzó como el caudillo más grande de todos los tiempos, fue reclamado una y otra vez para que saliera al balcón y se empapase de la adulación desenfrenada de las masas.[106] «Si fuese posible que el sentimiento en favor de Adolf Hitler aumentase, ese aumento se habría producido en realidad el día de su regreso a Berlín», comentaba un informe desde provincias.[107] Ante tanta «grandeza», decía otro, «quedan silenciadas todas las mezquindades y protestas».[108] Hasta a los adversarios del

régimen les resultaba difícil resistirse a aquella atmósfera de victoria. Trabajadores de las fábricas de armamento presionaban para que se les permitiese incorporarse al ejército. Todos creían que estaba ya a la vuelta de la esquina la victoria final. Sólo se interponía en su camino Inglaterra. Quizás por única vez en el Tercer Reich había entre la población una auténtica fiebre de guerra. El odio a Inglaterra, estimulado por una propaganda incesante, era un sentimiento generalizado. La gente estaba deseando ver por fin de rodillas a aquel inveterado, altanero y arrogante enemigo.[109] Pero aún había sentimientos de miedo y de angustia mezclados con la agresividad.[110] Fuese la actitud triunfalista o temerosa, el deseo de que la guerra llegase a un rápido fin era casi universal.

Entre tanto, Hitler había cambiado de idea respecto a lo de pronunciar su discurso del Reichstag el lunes. El 3 de julio los barcos ingleses habían hundido varios barcos de guerra franceses anclados en la base naval de Mersel-Kébir, cerca de Orán, en la Argelia francesa, matando a 1.250 marineros galos en la acción. La acción de Churchill, una muestra de la resolución inglesa, estaba destinada a impedir que la flota de guerra de sus antiguos aliados cayese en manos de Hitler.[111] Para el Führer esto creaba una situación nueva. Quería esperar acontecimientos. No estaba seguro de si debía seguir adelante y apelar a Inglaterra.[112] Cuando Ciano se reunió con él, al día siguiente de su regreso a Berlín, le encontró «bastante inclinado a continuar la lucha y a desencadenar una tormenta de cólera y de acero sobre los ingleses». Sin embargo, añadía Ciano, «aún no se ha tomado la decisión final, y es por esa razón por lo que ha aplazado su discurso, porque, como él mismo dijo, quiere sopesar cada una de las palabras».[113] Habría de posponer este discurso tres veces (un indicio de que no estaba seguro de cómo debía proceder en aquel momento crucial) hasta que lo programó finalmente para el día diecinueve.[114] «Pese a todo, el Führer aún sigue teniendo una actitud muy positiva hacia Inglaterra—comentaba Goebbels—. Aún no está decidido a asestar el golpe final. Quiere pensarse otra vez su discurso en paz y por esa razón se va al Obersalzberg». Si Londres rechazaba la última oferta, se «asestaría inmediatamente a Inglaterra un golpe aniquilador. Los ingleses parecen

no tener ni idea de lo que les espera».[115]

Hitler, mientras estaba en el Berghof, tuvo conversaciones con sus jefes militares sobre una posible invasión de Inglaterra si se rechazaba su «oferta de paz». En estas conversaciones, una invasión se consideraba aún una última posibilidad más que una primera opción. Raeder, informando sobre un estudio que el alto mando de la marina llevaba elaborando desde el noviembre anterior, le había planteado ya a Hitler el 21 de mayo, durante las primeras etapas de la ofensiva occidental, la posibilidad de un desembarco.[116] Habían hablado de nuevo sobre ello el 20 de junio y Hitler había analizado también el asunto brevemente con Brauchitsch.[117] La Wehrmacht se había enterado oficialmente el 2 de julio de la decisión de Hitler de que se podría efectuar un desembarco en Inglaterra si se daban determinadas condiciones.[118] Raeder le había explicado a Hitler en junio que un desembarco naval sólo podría producirse después de que la Luftwaffe hubiese conseguido el dominio aéreo de la Inglaterra meridional.[119] Repitió esta condición previa cuando se encontró con Hitler el 1 1 de julio en el Obersalzberg, propugnando un «bombardeo concentrado» para empezar. Pero las ambiciones navales iban mucho más allá de la presunta rendición inglesa, obviando así la necesidad de lo que Raeder consideraba, lo mismo que Hitler, la peligrosa empresa de invadir Inglaterra. Alemania necesitaría una gran marina para defender su imperio colonial, sobre todo frente la acechante amenaza de los Estados Unidos.[120] Así que Raeder, aprovechando la oportunidad para promover los intereses de la marina, planteó la posibilidad de construir una gran flota de guerra para combatir cualquier posible alianza naval anglo-estadounidense.[121] Al día siguiente Jodl esbozó para Hitler las ideas iniciales sobre los planes operativos para un desembarco.[122] El sábado 13 de julio le tocó a Halder el turno de viajar al Berghof a informar sobre los planes operativos.[123] Pero un desembarco tenía que ser un último recurso. «El Führer está muy desconcertado por la persistente negativa de Inglaterra a hacer la paz—comentaba Halder—. Considera (como nosotros) que la razón es que tiene la esperanza puesta en Rusia y cuenta por ello con que va a tener que obligarla por la fuerza a acceder a la paz. En realidad esto es muy contrario a sus deseos. La razón es que la derrota militar de

Inglaterra traerá consigo la desintegración del Imperio británico». Como indicaba Halder, Hitler repitió lo que les había explicado a Goebbels y a otros. «Esto no beneficiaría gran cosa a Alemania. Se derramaría sangre alemana para conseguir algo que sólo beneficiaría al Japón, a los Estados Unidos y a otros».[124]

Sólo se hablaba de Inglaterra en este periodo. Hitler lamentaba no haber hecho más por «reclutar» (angehmert) al duque de Windsor cuando aún era rey. Se preguntaba hasta qué punto podía serle útil sir Oswald Mosley (el jefe de los «camisas pardas», la Unión de fascistas ingleses)[125] Seguía sin estar seguro de cómo debía actuar. «Tengo la impresión de que el F[ührer] aún no está seguro y no sabe qué es lo que debería hacer y cómo debería hacerlo», anotaba el ayudante del ejército de tierra Gerhard Engel, preguntándose si Hitler llegaría realmente a pronunciar su discurso del Reichstag.[126] En un breve viaje que hizo desde el Berghof, para visitar los altos hornos de Linz y la fábrica de tanques de Wels, siguió presionando en favor de la expansión. Pudiera llegarse o no a un acuerdo con los ingleses, estaba previsto el uso de armamento alemán de nuevo en fecha no muy lejana.[127]

El 16 de julio Hitler firmó la «Directriz nº 16 para los preparativos de una operación de desembarco contra Inglaterra». El preámbulo decía: «Puesto que Inglaterra, pese a su situación militar desesperada, aún no da ninguna señal identificaba de que esté dispuesta a llegar a un acuerdo, he decidido preparar una operación de desembarco contra ella y, en caso necesario, llevarla a término. La finalidad de esta operación es impedir que el territorio patrio inglés se convierta en una base para la continuación de la guerra contra Alemania y, en caso de que fuese necesario, ocuparla completamente».[128] Seguían los planes operativos, pero las matizaciones del preámbulo («en caso necesario» y «en caso de que fuese necesario») indicaban el poco entusiasmo de Hitler.

Esto se transmitió a los jefes del ejército. Rundstedt, comandante en jefe en el Oeste, simplemente no se tomó en serio la «León marino»… una actitud respaldada por el informe de Göring de que Hitler le había dicho confidencialmente que no se proponía efectuar la operación. No se molestó siquiera en asistir a los ejercicios de desembarco anfibio. A él y a todos los que las habían estudiado las dificultades logísticas les

parecían insuperables, dada la fuerza de la marina inglesa.[129]

A Hitler le parecía, pues, que el que los ingleses se aviniesen a razones era mucho más deseable que una invasión. Así que, después de firmar la directriz, fijó como fecha de su discurso al Reichstag el 19 de jubo, viernes, a última hora del día, en el Kroll Opera House.[130]

El Reichstag tenía esa noche un aire militar. En los escaños de los seis diputados caídos en la campaña occidental se habían colocado coronas de laurel. En la primera fila estaban los grandes capitostes militares de galones dorados, el pecho cargado de medallas y condecoraciones, muchos pavoneándose de sus recientes ascensos a mariscales de campo o coroneles generales.[131] Hitler tenía una visión cínica de los ascensos de sus jefes militares. Fuesen cuales fuesen sus ideas políticas, si se mostraba generoso con ellos les vincularía mucho más, como en tiempos antiguos, a sus juramentos de lealtad y a él como distribuidor de dones. Tenía previsto eximir de impuestos sus retribuciones y no se andaría con miserias cuando llegase la hora de hacer donaciones de tierras, una vez ganada la guerra.[132] Esto no modificaba en absoluto su convencimiento de que los jefes del ejército (Brauchitsch y Halder en particular) habían quedado gravemente en evidencia una vez más en la campaña occidental, y que había resultado de nuevo acertado su propio criterio.[133] Hitler estaba en excelente forma, habló con calma, con menos histeria de lo habitual. William Shirer, que observaba desde la tribuna de la prensa, admiró la representación. «El Hitler que vimos esta noche en el Reichstag era el conquistador, y tenía conciencia de ello, y fue sin embargo un actor tan maravilloso, un manipulador de la mente alemana tan magnífico, que mezcló soberbiamente la total seguridad en sí mismo del conquistador con esa humildad que siempre cala en las masas cuando saben que alguien está en la cúspide. […] Estaba en su mejor forma como orador. […] He admirado a menudo su forma de utilizar las manos, que son un poco femeninas y muy artísticas. Esta noche las ha utilizado maravillosamente, parecía expresarse casi tanto con las manos (y el balanceo del cuerpo) como con las palabras y el uso de la voz».[134]

El objeto de su discurso, tal como le explicó a Goebbels antes del acto, ese mismo día, era hacerle una oferta breve pero imprecisa a Inglaterra, indicando que era la última palabra, y dejando a Londres la

elección.[135] Una gran parte del discurso, que duró dos horas y cuarto por lo menos, estuvo dedicada a describir el curso de la guerra, ensalzando los triunfos militares de los comandantes y enumerando sus ascensos. Guando llegó a los nombres de los doce generales que iban a ser nombrados mariscales de campo, saludó a cada uno de ellos. Ellos se pusieron firmes en los lugares que ocupaban en la galería y devolvieron el saludo.[136] Hubo una mención especial de Göring, ascendido a mariscal del Reich. Cuando Hitler le colocó la insignia correspondiente, Göring se emocionó tanto que parecía un niño con zapatos nuevos.[137] Hitler destacó la fuerza de la posición de Alemania. Sólo en los últimos minutos de su discurso llegó al punto que todo el mundo estaba esperando: su «apelación a la razón, y también a Inglaterra».[138] La «apelación» llegó y pasó… en esas palabras y unos pocos apartes. Hizo la acusación que lanzaba siempre contra Churchill como el máximo belicista. Luego la amenaza de que Inglaterra, y el Imperio británico serían destruidos. Hubo una expresión hipócrita de pesar por las víctimas causadas por la prolongación de la guerra. Y hubo la «apelación a la razón» del vencedor. Eso fue todo.[139] No tiene nada de raro que la reacción fuese de decepción, incluso entre el entorno de Hitler… sobre todo cuando se comunicó al cabo de una hora el rechazo categórico inglés de la «oferta».[140]

Hitler se había equivocado al juzgar el estado de animo predominante en Inglaterra. Y no había elaborado su discurso de modo que ofreciese algo que pudiese tentar a los enemigos de Churchill, que podrían haber formado un grupo de presión en favor de la paz.[141] A Ciano, que se entrevistó con Hitler al día siguiente del discurso, le dijeron que las reacciones inglesas habían descartado cualquier posibilidad de que se llegase a un entendimiento. Hitler aseguró que estaba preparándose para atacar Inglaterra, cuya resistencia se desmoronaría a los primeros golpes.[142] Esto estaba destinado a los italianos, pero indirectamente (a través de filtraciones conocidas), también a oídos ingleses, para estimularles a pensar bien las cosas. Pero Hitler mantenía una postura diferente con Goebbels. Aún no quería aceptar que la respuesta de Inglaterra fuese del todo creíble. «Piensa esperar un poco».[143]

Dejó la cuestión en el aire cuando se reunió con los comandantes en jefe de la Wehrmacht el 21 de julio.[144] «Ninguna imagen clara de lo que está sucediendo en Inglaterra—reseñaba Brauchitsch como dicho por Hitler en su informe a Halder al día siguiente—. Deben completarse lo antes posible los preparativos para una acción armada». Hitler no permitiría que se perdiese la iniciativa militar. Pero es evidente que aún tenía esperanzas de una solución diplomática. «Cruzar el canal de la Mancha le parece al Führer muy arriesgado. Así que sólo se ha de emprender la invasión si no queda otro medio de llegar a un entendimiento con Inglaterra», informaba Halder. «La situación de Inglaterra es desesperada. Tenemos la guerra ganada», aseguraba Hitler.

Pero Inglaterra aún depositaba sus esperanzas en los Estados Unidos y en Rusia. Existía la posibilidad, decía Hitler, refiriéndose a los rumores de crisis en Londres, de que pudiese llegar al poder y buscar condiciones de paz un gabinete que incluyese a Lloyd-George, Chamberlain y Halifax.[145] Pero, si no sucedía eso, habría que someter a Inglaterra mediante una ofensiva aérea combinada con una intensificación de la guerra submarina hasta que llegase el momento, a mediados de septiembre, en que pudiese efectuarse una invasión. Hitler decidiría en unos días, después de oír a media semana el informe de Raeder sobre la logística naval operativa, si se realizaría la invasión en el otoño. Si no, sería antes del próximo mayo. La decisión final sobre la intensidad de los ataques submarinos y aéreos se dejaría para principios de agosto. Existía la posibilidad de que pudiese iniciarse la invasión en fecha tan temprana como el 25 de agosto.

Hitler volvió finalmente al asunto que había empezado ya a inquietarle: la posición de Rusia. Stalin, señaló, tenía su propio programa. Estaba flirteando con Inglaterra para mantenerla en la guerra, atar a Alemania y aprovechar la situación para emprender su propia política expansionista. No había indicios de que se preparase ninguna agresión rusa a Alemania. «Pero—continuaba Hitler—nuestra atención debe desviarse hacia el problema ruso y planear la forma de afrontarlo». Reunir la fuerza militar alemana llevaría de cuatro a seis meses. El objetivo sería «aplastar al ejército ruso o al menos tomar tanto territorio ruso como sea necesario para impedir ataques aéreos enemigos contra

Berlín y contra las industrias de Silesia». Dijo también que era necesario proteger los yacimientos petrolíferos rumanos. Harían falta de ochenta a cien divisiones. Estaba pensando en atacar a Rusia aquel mismo otoño, para aliviar la presión de la guerra aérea sobre Inglaterra.[146] Considerando lo que había sucedido en Occidente, Hitler había comentado a Jodl y a Keitel, ya cuando la capitulación francesa, que «una campaña contra Rusia sería un juego de niños (Sandkastenspiel)».[147]

Era un panorama asombroso el que planteaba Hitler a sus jefes militares. Aún no estaba comprometiéndose a nada, claro. Pero se estaba ahora considerando va la guerra en dos frentes, que había sido siempre anatema. Paradójicamente, Hitler, tras abogar desde la década de 1920 por un enfrentamiento con la Unión Soviética para destruir el bolchevismo y ganar Lebensraum, había vuelto ahora a la idea de una guerra contra Rusia por razones estratégicas: obligar a pactar a su antigua presunta amiga Inglaterra, que ahora se mantenía obstinadamente en sus trece contra todo pronóstico. El objetivo ideológico de aplastar al bolchevismo, aunque Hitler lo invocase claramente como parte de su argumentación, era por entonces secundario frente a la necesidad estratégica de conseguir sacar a Inglaterra de la guerra.[148] Era un indicio de los problemas en que Hitler se había metido. Inglaterra no le seguiría el juego. Pero él sabía que la lección militar que no paraba de decir que había que darle, y que el pueblo alemán esperaba ya, era un asunto arriesgado. Por eso se inclinaba ahora por dar un paso (y la mayoría de sus generales estaban de acuerdo con el) que se consideraba menos peligroso: un ataque a la Unión Soviética.

En realidad, el alto mando del ejército, preocupado por la acumulación de tropas soviéticas en la Rusia meridional relacionada con la creciente presión de Stalin sobre los estados balcánicos, había añadido ya, a mediados de junio, nueve divisiones motorizadas más a las quince previamente destinadas a un traslado al este.[149] Y el 3 de julio Halder, sin órdenes de Hitler pero siguiendo indicaciones que es evidente que le había transmitido Weizsäcker, del Ministerio de Asuntos Exteriores, se mostró dispuesto a anticiparse al cambio de dirección, a «trabajar en la

dirección del Führer», cuando decidió estudiar las posibilidades de una campaña contra la Unión Soviética. El jefe del Estado Mayor, yendo por delante de Hitler en este punto, pidió a sus planificadores operativos que estudiasen «los requerimientos de una intervención militar que obligase a Rusia a reconocer la posición dominante de Alemania en Europa».[150]

Hitler aún seguía eludiendo una decisión final sobre Inglaterra.[151] Sin embargo, cuando salió para Bayreuth, en la que resultaría ser la última vez, para ver al día siguiente una representación de Götterdämmerung, lo hizo con la impresión de que el rechazo oficial por lord Halifax de su «oferta de paz» en un discurso radiado la noche del 22 de julio equivalía al «rechazo final de Inglaterra». «La suerte está echada —escribía Goebbels—. Estamos sintonizando la prensa y la radio para una lucha».[152] En realidad, la suerte no estaba echada definitivamente. Hitler seguía sin estar seguro de cómo debía actuar.

Hacía mucho que se había convencido de lo que pregonaba la propaganda alemana. Era él quien quería la paz. Churchill, respaldado por la «plutocracia judía», era el belicista… el obstáculo para el triunfo. Mientras estaba en Bayreuth, Hitler vio por última vez a August Kubizek, su amigo de la época juvenil. Kubizek seguía siendo tan crédulo como siempre, y Hitler le contó que la guerra estaba obstaculizando todos sus grandes planes para reconstruir Alemania. «No me convertí en Canciller del Gran Reich alemán para desencadenar la guerra», le dijo. Kubizek le creyó.[153] Probablemente también se lo creyese él.

Desde Bayreuth se fue al Obersalzberg. Mientras estaba allí, los jefes del ejército se enteraron por Raeder de que la marina no podría estar lista para las operaciones contra Inglaterra hasta el 15 de septiembre. La fecha más temprana para una invasión, teniendo en cuenta la luna y las mareas, era el 26 de ese mes. Si esa fecha resultaba imposible, la invasión tendría que aplazarse hasta el mayo siguiente.[154] Brauchitsch era escéptico respecto a la posibilidad de que la marina fuese capaz de proporcionar la base para una invasión en el otoño. (De hecho, la marina había llegado a la conclusión de que era sumamente desaconsejable intentar invadir en cualquier punto ese año, y era sumamente escéptica respecto a las posibilidades de una invasión en cualquier época).[155] Halder coincidía c0n Brauchitsch en desechar la idea de una operación

durante el mal tiempo. Pero veían inconvenientes, militares y políticos, en un aplazamiento para el año siguiente. Consideraron las posibilidades de debilitar la posición de Inglaterra en ultramar mediante ataques a Gibraltar, Haifa y Suez, apoyando a los italianos en Egipto e incitando a los rusos a avanzar sobre el golfo Pérsico. Se rechazó un ataque a Rusia en favor del mantenimiento de relaciones amistosas.[156]

Hitler había estado consultando mientras tanto a Jodl en privado. El 29 de julio le preguntó al jefe del Estado Mayor directivo de la Wehrmacht sobre el despliegue del ejército en el este, y si se podría atacar y derrotar a Rusia aquel mismo otoño. Jodl lo descartó totalmente por razones prácticas. En ese caso, dijo Hitler, había que mantener una reserva absoluta. Debían emprenderse estudios para determinar si la operación era factible, pero sólo debían estar al tanto de ello unos cuantos oficiales del Estado Mayor. El hecho es que, curiosamente, la Wehrmacht no había esperado la orden de Hitler. «El ejército—comentaría Jodl más tarde—se había enterado ya de cuáles eran las intenciones del Führer en la etapa en que estas aún se estaban sopesando. Se elaboró pues un plan operativo antes incluso de que se hubiese dado la orden de hacerlo». Y ya en julio, como más tarde diría «por su propia iniciativa» (aus eigenem Antrieb), el general de división Bernhard von Lossberg, del «Departamento de Defensa Nacional» (Abteilung Landesverteidigung) de Jodl, había empezado a trabajar en un «estudio operativo para una campaña rusa» («an die Bearbeitung einer Operationsstudie für einen Russlandfeldzug»).[157] En esta etapa sólo se pretendía que el proyecto estuviese listo para el momento en que se pudiese necesitar. La conversación de Hitler con Jodl indicaba que había llegado ese momento.

Lossberg estaba sentado con los cuatro miembros del Estado Mayor de Jodl, dirigido por Warlimont, en el vagón restaurante del tren especial Atlas, en la estación de Bad Reichenhall, cuando Jodl bajó del Berghof para informar sobre su conversación con Hitler.[158] Según Warlimont, la consternación ante lo que oyeron (que significaba la temida guerra en dos frentes) dio lugar a una hora de agria discusión. Jodl respondía exponiendo la opinión de Hitler de que era mejor afrontar ya la guerra Inevitable contra el bolchevismo, con la potencia

alemana en su cenit, que hacerlo más tarde; y que en el otoño de 1941 la victoria en el este habría llevado a la Luftwaffe a su cúspide para el ataque contra Inglaterra.[159] Fuesen cuales fuesen las objeciones (es imposible saber si Warlimont las exageraba en su versión de postguerra) se emprendieron ya con una sensación de urgencia mucho mayor los estudios de factibilidad, con el nombre cifrado de Aufbau-Ost («Concentración en el Este»).[160]

Dos días más tarde, el 31 de julio, Hitler se reunió con sus jefes militares en el Berghof. Raeder repitió la conclusión a la que habían llegado sus planificadores navales de que la fecha más temprana para una invasión de Inglaterra no podía ser antes del 15 de septiembre, y se mostró partidario de aplazarla hasta el mayo siguiente. Hitler quería mantener sus opciones abiertas. Con el paso del tiempo irían poniéndose más difíciles las cosas. Los ataques aéreos debían empezar inmediatamente. Determinarían la fuerza relativa de Alemania. «Si los resultados de la guerra aérea son insatisfactorios, se paralizarán los preparativos de invasión. Si tenemos la impresión de que los ingleses se están desmoronando y que los efectos empezarán a manifestarse pronto, procederemos a atacar», afirmó. Él se mantenía escéptico respecto a una invasión. Los riesgos eran grandes; también lo era el triunfo que se podía obtener, añadió. Pero estaba pensando ya en el paso siguiente. ¿Y si la invasión tenía lugar, qué? Volvió entonces a las esperanzas que depositaba Inglaterra en Estados Unidos y en Rusia. Si tenía que eliminarse a Rusia, entonces Estados Unidos tampoco podría auxiliar a Inglaterra debido al aumento de poder del Japón en el Extremo Oriente. Rusia era «el factor sobre el que más se estaba apoyando Inglaterra». Los ingleses habían estado «completamente hundidos». Ahora había revivido. Rusia se había estremecido con los acontecimientos de Occidente. Los ingleses estaban ahora tratando de aguantar, con la esperanza de que se produjese un cambio en la situación en los meses siguientes.

Pasó luego a su conclusión trascendental: eliminar a Rusia de la ecuación. Las notas de Halder conservaban el énfasis de Hitler. Con Rusia machacada, se desmoronaría la última esperanza de Inglaterra. Entonces Alemania sería la dueña de Europa y de Jos Balcanes. Decisión: La destrucción de Rusia debe por tanto convertirse parte de esta lucha.

Primavera de 1941. Cuanto antes sea aplastada Rusia, mejor. El ataque logra su propósito sólo si se puede hacer pedazos el estado ruso hasta sus raíces de un solo golpe. No bastará con dominar sólo una parte del país. Mantenerse quieto durante el invierno siguiente sería peligroso. Así que es mejor esperar un poco más, pero con la decisión resuelta de eliminar a Rusia. […] Si empezásemos en mayo de 1941, tendríamos cinco meses para finalizar la tarea».[161]

A diferencia de las reacciones angustiadas de 1938 y 1939, en que los generales habían temido una guerra con Inglaterra, no hay nada que indique que se quedaran paralizados de horror ante lo que ahora oían. (Como ya liemos dicho, Halder, espigando lo que estaba en el aire, se había anticipado a Hitler mencionando, a principios de mes, la posibilidad de una intervención militar para obligar a los rusos a reconocer el predominio de Alemania).[162] La infravaloración del potencial militar ruso era algo que Hitler compartía con sus generales. Las informaciones de los servicios secretos sobre el ejército soviético eran muy pobres. Pero la infravaloración no era sólo resultado de falta de información. La actitud desdeñosa hacia los eslavos se mezclaba fácilmente con el desprecio hacia lo que había llegado a conseguir el bolchevismo. El contacto con jos generales soviéticos en la partición de Polonia no había impresionado a los alemanes. El desdichado espectáculo del Ejército Rojo en Finlandia (donde los fineses mal equipados habían infligido inesperadas y cuantiosas bajas a los soviéticos en las primeras etapas de la «Guerra del Invierno» de 1939-40) no había colaborado a mejorar su imagen. Por otra parte, estaba la aparente locura que había impulsado a Stalin a destruir su propio cuerpo de oficiales. Mientras que un ataque a las islas Británicas seguía siendo una empresa peligrosa, un ataque a la Unión Soviética no causaba gran alalina. Allí podía esperarse una auténtica «guerra relámpago».[163]

Al día siguiente de la reunión en el Berghof, Hitler firmó la Directriz nº 17, que intensificaba la guerra aérea y marítima contra Inglaterra como base para conseguir su «sometimiento definitivo». Hitler se reservó explícitamente (subrayando la frase en la directriz) la decisión sobre el uso de los bombardeos destinados a sembrar el terror.[164] Se acordó que se inciase la ofensiva cuatro días después, pero se pospuso hasta el día 8

y después nuevamente hasta el día 13, debido a las malas condiciones meteorológicas.[165] A partir de entonces, los cazas alemanes intentaron barrer del cielo a la fuerza aérea inglesa. Se lanzaron oleadas de ataques a los aeródromos del sur de Inglaterra. Spitfires, Hurricanes y Messerschmitts giraban, trazaban arcos, descendían en picado y se ametrallaban entre ellos en los dramáticos y heroicos combates aéreos de los que dependía en aquel momento la supervivencia de Inglaterra. Los primeros resultados optimistas proclamados en Berlín no tardaron en resultar sumamente engañosos.[166] Se trataba de una tarea que no estaba al alcance de la Luftwaffe. Al principio los jóvenes pilotos ingleses resistían a duras penas, luego gradualmente fueron logrando la supremacía. A pesar de las órdenes de Hitler de que sólo él debía decidir respecto a los bombardeos destinados a sembrar el terror, un centenar de aviones de la Luftwaffe, actuando al parecer a partir de una directriz de redacción imprecisa emitida por Göring el 2 de agosto, habían atacado el East End de Londres la noche del 24 de agosto. Como represalia, la aviación inglesa efectuó la noche siguiente los primeros ataques aéreos a Berlín.[167] Aunque fueron ineficaces, causaron una gran conmoción entre los habitantes de la ciudad. Göring había bromeado en una ocasión diciendo que si los aviones ingleses llegaban alguna vez a Alemania, su nombre no sería Hermann Göring sino Hermann Meier. A partir de entonces, las lenguas cáusticas de Berlín pasaron a apodarle «Herr Meier».[168]

A Hitler el bombardeo de Berlín le pareció: una desgracia.[169] Su reacción fue, como siempre, amenazar con represalias terribles. «¡Barreremos sus ciudades! Pondremos fin al trabajo de esos piratas de la noche», clamaba en un discurso que pronunció en el Sportpalast el 4 de septiembre.[170] Habló con Göring sobre la preparación de la venganza. A partir del 7 de septiembre comenzó el bombardeo nocturno de Londres.[171] Les tocaba el turno de experimentar noche tras noche el terror que venía de los cielos a los habitantes de la capital británica. El paso a los bombardeos destinados a sembrar el terror señaló un alejamiento de la idea del desembarco que Hitler no se había tomado nunca del todo en serio. Convencido por Göring, pasó a pensar durante un tiempo que se podía obligar a Inglaterra a sentarse en la mesa de

conferencias a base de bombardeos sin que que las tropas alemanas tuvieran que emprender el peligroso desembarco.[172] Pero, aunque el Blitz fue terrible, la Luftwaffe no poseía en realidad potencial suficiente para someter a Inglaterra a base de bombardeos. El jefe del Estado Mayor operativo de la Luftwaffe (Luftwaffenführungstab) general Otto Hoffmann von Waldau, aseguraba casi un mes después del punto culminante de la «Batalla de Inglaterra» que habría hecho falta una flota aérea cuatro veces mayor para poner a Inglaterra de rodillas.[173]

Entre el 10 y el 13 de septiembre hubo signos de que Hitler había descartado del todo la idea del desembarco.[174] El 14 de septiembre explicó a sus comandantes que no se habían alcanzado las condiciones necesarias para la «Operación León Marino» (el plan operativo para atacar Inglaterra). Los propios jefes militares no creían que el desembarco en Inglaterra pudiese efectuarse con éxito en aquella etapa.[175] «Yo tenía la impresión en aquellas conversaciones—escribió Nicolaus von Below muchos años después—de que Hitler había abandonado toda esperanza de invadir con éxito Inglaterra la primavera siguiente. En el otoño de 1940 el gran desconocido, aquel cruce bastante improvisado del mar, le asustaba. No estaba seguro».[176]

Entre tanto, los combates aéreos sobre el Canal se intensificaron durante la primera quincena de septiembre, alcanzando su apogeo el domingo día 15. La Wehrmacht admitió haber perdido 182 aparatos en esos quince días, 43 sólo el día 15.[177] Los horrores del Blitz continuarían castigando las ciudades inglesas durante varios meses. Entre las peores devastaciones figuró el bombardeo de Coventry la noche del 14 de noviembre, cuando el ataque alemán pasó a centrarse en el cinturón industrial de las Midlands para alcanzar objetivos más asequibles que Londres.[178] Pero la «Batalla de Inglaterra» había terminado. Hitler nunca había estado convencido de que la ofensiva aérea alemana llegase a conseguir sentar las bases para aquella invasión, sobre la que de todos modos se mostraba tan escéptico. El 17 de septiembre ordenó aplazar indefinidamente (aunque no cancelar, por razones psicológicas) la «Operación León Marino».[179]

Los sondeos de paz habían fracasado. La batalla por dominar el cielo había fracasado. Mientras, la entrega a Inglaterra el 3 de septiembre de

cincuenta destructores por parte de los Estados Unidos (un acuerdo que Roosevelt había conseguido al fin que prosperase, inicialmente con mucha oposición de los aislacionistas) era, pese a la escasa utilidad de los viejos barcos de guerra, el indicio más claro hasta entonces de que Inglaterra podría contar en un futuro previsible con la potencia militar aún inactiva de Estados Unidos.[180] Era cada vez más urgente conseguir sacar a Inglaterra de la guerra. Hitler aún disponía de opciones en el otoño de 1940. Existía la posibilidad de forzar a Inglaterra a llegar a un acuerdo mediante una estrategia de ataques a sus baluartes del Mediterráneo y del Cercano Oriente. Pero cuando esa opción se desvaneció también, no le quedó ya más que una posibilidad: la única que en su opinión no sólo era estratégicamente indispensable sino que encarnaba una de sus obsesiones ideológicas más persistentes. No se llegaría a ese punto hasta diciembre de 1940. Entonces sería el momento de prepararse para la cruzada contra el bolchevismo.

Capítulo III

Hitler no tenía poder para llevar la guerra a la conclusión que deseaba. Y, dentro de Alemania, no tenía medio de impedir que la administración del Reich se sumergiese cada vez más en el descontrol. Pasaron a ampliarse enormemente las tendencias ya claramente visibles antes de la guerra: dualismo partido-estado sin resolver, esferas de competencia imprecisas o superpuestas, proliferación de la creación ad hoc de «autoridades especiales» (Sonderbehörden) improvisadas con poder para manejar áreas específicas de la política, anarquía administrativa. No era que Hitler fuese un «dictador débil».[181] Su poder era reconocido y admitido en todos los frentes. No se emprendía nada significativo que contradijese sus deseos conocidos. Gozaba de un apoyo

popular inmenso. Sus adversarios estaban desmoralizados y no tenían esperanzas. No había posibilidad de organizar una oposición a él. El deslizamiento hacia el descontrol no significaba una disminución de la autoridad de Hitler. Significaba más bien que el carácter mismo de esa autoridad había introducido en ella la erosión y el minado de las formas habituales de gobierno y, al mismo tiempo, la incapacidad para tener en cuenta todos los aspectos del gobierno de un Reich cada vez más grande y complejo. Ni siquiera alguien más capaz, dinámico y laborioso en lo relativo a la administración que Hitler podría haberlo hecho. Y durante los primeros meses de la guerra, como hemos visto, Hitler estaba durante periodos prolongados lejos de Berlín y abrumadoramente concentrado en los acontecimientos militares. Era imposible para él permanecer en contacto continuo con la marcha del Reich y participar competentemente en ella. Pero al no haber ningún órgano de gobierno colectivo que sustituyese al gabinete, que llevaba sin reunirse desde febrero de 1938, ni ninguna auténtica delegación de poderes (que Hitler constantemente evitaba, considerando que era un debilitamiento potencialmente peligroso de su autoridad), se aceleró inevitablemente la desintegración de toda semblanza de «sistema» coherente de gobierno. La erosión continuada de todo lo que pudiese parecer gobierno colectivo lejos de disminuir el poder de Hitler lo fortaleció aún más en realidad. Pero como esta desintegración iba acompañada (en parte causa y en parte efecto) de la lucha darwinista que se libraba recurriendo a los objetivos ideológicos de Hitler, se aceleró inevitablemente también la radicalización inherente al proceso de «trabajar en la dirección del Führer».[182]

Antes de que se invadiese Polonia en septiembre de 1939 se había desarrollado poca planificación sistemática de los aspectos prácticos del gobierno del Reich en situación de guerra. Se improvisó mucho, como siempre.[183] A finales de agosto de 1939 se creó, a modo de una especie de «comité permanente» del Consejo de Defensa del Reich (Reichsverteidigungsrat) creado en 1938 (el cual se había reunido sólo dos veces, ambas para escuchar largos discursos de Göring), un Consejo Ministerial de la Defensa del Reich (Ministerrat für die Reichsverteidigung). Esto parece que fue idea de Göring, con vistas,

como siempre, a aumentar su poder. Hitler, por su parte, estaba dispuesto a hacer lo que equivalía en la práctica a una pequeña concesión de poder con el fin de descargarse de una parte de su propia carga administrativa y aprobar rápidamente la legislación necesaria para el esfuerzo bélico. Por otra parte, halagando la vanidad de su sucesor designado y compensándole al mismo tiempo por sus conocidas objeciones a la guerra contra Inglaterra, podía al mismo tiempo afianzar el sentimiento de lealtad de Göring e invertir así en una pequeña póliza de seguros. No se había hecho ningún preparativo para ese organismo cuando Hitler dio instrucciones verbales, que funcionarios de la Cancillería del Reich convirtieron en un decreto al cabo de un par de horas. El jefe del estridentemente absurdo Departamento Constitucional (Verfassungsabteilung) del Ministerio del Interior del Reich se enteró de la existencia del nuevo órgano por los periódicos. No se había consultado a nadie de su departamento.

Los seis miembros permanentes del Consejo Ministerial eran Göring (como presidente), Frick (plenipotenciario para la administración), Funk (plenipotenciario para la economía), Lammers (jefe de la Cancillería del Reich), Keitel (jefe del mando supremo de la Wehrmacht) y Hess (delegado de Hitler como jefe del partido). Se otorgó al consejo el derecho de promulgar decretos sobre asuntos internos con poder de ley, pero no se pretendía que fuese un «gabinete de guerra». Ni el ministro de asuntos exteriores ni el de propaganda pertenecían a él. Los decretos los firmaban generalmente Göring, Frick y Lammers, pero no tenían que pasar por Hitler como las leyes normales. Sin embargo, este tuvo buen cuidado de imponer al Consejo limitaciones que protegiesen su propio derecho a invalidar sus actuaciones en caso necesario. Había delegado sus poderes en el Consejo, pero este no le sustituía.

En la práctica, el Consejo sólo se reunió en unas cuantas ocasiones, la última a mediados de noviembre de 1939. La mayoría de los decretos que promulgó se referían a cuestiones económicas y administrativas relativamente rutinarias, y se produjeron por circulación de anteproyectos legislativos más que por deliberación colectiva. El número de representantes ministeriales que pedían estar presentes no tardó en convertir las pocas reuniones del Consejo que se produjeron en grandes

sesiones de difícil manejo… precisamente lo que se había pretendido evitar. Hasta el propio Göring perdió interés. A Hitler le hizo muy feliz ver marchitarse el nuevo órgano. Un intento de acelerar el proceso legislativo a través de un «Colectivo de Tres» (Dreierkollegium) formado por Frick. Funk y Keitel no conseguiría tener más éxito. De hecho, el trío no llegó a reunirse ni una sola vez. Los anteproyectos de legislación pasaban simplemente por los otros dos órganos. Y nunca llegaban a resolverse los solapamientos y conflictos de competencias.

El tibio interno de resucitar alguna forma de gobierno colectivo no había conseguido despegar. El propio estilo autocrítico de Göring por una parte, unido a una incompetencia administrativa debida a su creencia de que lo único que importaba era la «voluntad», garantizaban que cualquier cuerpo colectivo que estuviese a su cargo tuviese que acabar atrofiándose inevitablemente. El desprecio que le inspiraba la burocracia hacía que no tuviese, lo mismo que Hitler, la menor consideración hacia ella, fomentando el que se prescindiese durante la guerra de toda la legislación que no fuese absolutamente necesaria para la defensa del Reich.[184] Y algo aún más importante, las sensibles antenas del propio Hitler para cualquier limitación de su poder, cualquier limitación de los principios de su mando personalizado sin limitaciones, viciaban desde el principio cualquier posibilidad de una verdadera delegación del papel del jefe del gobierno en Göring y la formación de un auténtico «gabinete de guerra». Tan sensible era Hitler a cualquier cosa que pudiese imponer límites a su libertad de acción o constituir una posible amenaza interna a su posición, que bloquearía las débiles tentativas de Lammers de reinstaurar las reuniones de gabinete en 1942 y hasta negaría a los ministros el permiso para reunirse una noche de vez en cuando alrededor de una mesa con unas cervezas.[185]

Hitler estaba ya prácticamente alejado del gobierno cotidiano del Reich. Sin embargo, no había ningún individuo que llenase el vacío, y menos aún un cuerpo colectivo. El desorden administrativo tenía inevitablemente que aumentar.

Los ministros, o sus secretarios de estado, celebraban de vez en cuando Chefbesprechungen (charlas de jefes de departamento) para intentar resolver los conflictos insuperables o llegar a un acuerdo a base

de chalaneo. Pero esas reuniones no podían sustituir a la coordinación gubernamental a través de un gabinete. Y a medida que avanzaba la guerra fueron convirtiéndose cada vez más en asambleas enormes, que se desviaban de cualquier posible finalidad que pudiese haberse articulado mediante acuerdos que estableciesen un equilibrio entre los intereses ministeriales.[186] De todos modos, ministros poderosos como Goebbels, con acceso privilegiado a Hitler, tenían poca necesidad de un órgano de ese género. Si no se atendía a sus intereses podían llevar el asunto a más altas instancias y conseguir la autorización que necesitaban. La edificación de un imperio por parte del Ministerio de Propaganda de Goebbels, junto con las ambiciones de poder de «autoridades especiales» como la Organización del Plan Cuatrienal de Göring, el comisariado de la vivienda de Ley o las SS de Himmler, garantizaban que el conflicto fuese al mismo tiempo endémico e incompatible con cualquier noción de gobierno coordinado.[187]

Aparte de los privilegiados, el único vínculo entre los ministros del gobierno y Hitler era a través de Lammers. Hitler insistió, poco después de que comenzase La guerra, en que sólo se le presentasen asuntos que hubiese que resolver después de que hubiesen dejado claras sus posiciones respecto a ellos tocios los jefes de departamento del gobierno. Con la excepción de las cuestiones puramente militares, todos los asuntos que se presentasen a Hitler tenían que hacerlo a través de Lammers.[188] Así que cualquier disputa quedaba contenida a un nivel inferior a Hitler. Y él, desde sus alturas olímpicas, podía alinearse con los vencedores de la lucha darwiniana. Más que parte de una estrategia de «divide y vencerás» cuidadosamente estudiada era una consecuencia inevitable y necesaria de que pretendiese impedir que su posición de autoridad acabase arrastrada a la ciénaga de los conflictos que había generado inevitablemente su forma de mando (y el dinamismo ideológico que incluía).[189]

El impulso ideológico del nacionalsocialismo era inseparable del conflicto endémico que existía dentro del régimen. Sin este impulso ideológico, encarnado en la «misión» de Hitler (según la visión que de ella tenían sus seguidores), es inexplicable la fragmentación del gobierno en la casi anarquía de feudos compitiendo entre sí y de rivalidades

intestinas. En otros regímenes de tipo fascista, incluido el de Mussolini, no mostraban nada con las mismas tendencias acusadas a la desintegración gubernamental. La «radicalización acumulativa» del Tercer Reich tenía su fuerza motriz en la «visión» de purificación racial e imperio que representaba Hitler.[190] Los comienzos de la guerra, como hemos visto ya en el marco del lanzamiento de la «acción de eutanasia» dentro de Alemania, habían intensificado agudamente la propia entrega de Hitler al cumplimiento de los objetivos ideológicos asumidos hacía mucho tiempo.[191] Pero la radicalización interna desbordaba la participación personal de Hitler. «Trabajar en la dirección» de su «visión» era la clave del éxito en la guerra interna del régimen.

A los que «trabajaban en la dirección del Führer» en un sentido absolutamente literal había que buscarlos en el partido y sus principales ramas, sobre todo las SS. El partido (una organización burocrática cuya coherencia interna estaba destruida por sus propios objetivos no burocráticos de «mando» en favor de objetivos ideológicos a largo plazo) se encontró en la guerra con tareas nuevas y ampliadas, que giraban principalmente en torno a la propaganda, el control y la movilización. La entrega a los Gauleiter de amplios poderes sobre la administración civil de ámbito regional, en su nueva condición de comisarios de defensa del Reich, fue un paso significativo en esa dirección.[192] El objetivo era galvanizar a la administración civil y movilizar a la población con el mismo espíritu que había caracterizado al propio partido en su «época de lucha». Pero la consecuencia fue un grado aún más impenetrable de solapamiento, confusión, conflicto y caos administrativos.

Hitler procuraba mantener la lealtad que le profesaban los Gauleiter. Los personajes más destacados que había entre ellos aún disfrutaban de acceso privilegiado. Y de vez en cuando Hitler se dirigía a grupos de Reichsleiter y de Gauleiter, para mantener la lealtad entre algunos de los «viejos combatientes» de más confianza, claro está, y para transmitir directrices de actuación que solían introducirse en la burocracia del estado.[193] Pero las reuniones eran poco más que arengas destinadas a levantar la moral. No había ningún debate propiamente dicho. Y Hitler, lo mismo que con los ministros de su gobierno, procuraba evitar reuniones que no estuviesen organizadas desde arriba. Según Baldur von

Schirach, nombrado en el verano de 1940 Gauleiter de Viena, Hitler consideraba una conspiración cualquier reunión extraoficial de más de tres Gauleiter.[194]

En la cúspide del partido, el control que tenía Hess de los Gauleiter no era mayor de lo que lo había sido antes de la guerra.[195] Su despacho seguía teniendo sólo una influencia esporádica en la política, pero no cejaba en sus intentos de ejercer presión sobre el estado en sectores que eran esenciales en la ideología del nacionalsocialismo, como por ejemplo las cuestiones raciales.[196] Durante 1940 esas cuestiones no habían alcanzado ni mucho menos la intensidad que alcanzarían en el año y medio siguiente. El que Bormann pasase a ocupar la jefatura de facto del partido a partir de mayo de 1941, y el lanzamiento de la campaña rusa el mes siguiente, elevarían a un nuevo plano la capacidad del partido para interferir y sus posibilidades de intervenir para determinar la dirección política. Pero la incoherencia y las contradicciones internas persistirían. No podía zanjarlas ningún individuo, por poderoso que fuese. Eran algo intrínseco a la propia naturaleza del partido y a los objetivos del Caudillo al que se esforzaba por seguir.

Donde el partido disponía de mayor posibilidad de actuación era en los territorios ocupados. Ya indicamos en el capítulo anterior los amplios poderes que otorgó Hitler a los Gauleiter Forster y Freiser en las zonas incorporadas de Polonia. Basándose en el modelo desarrollado en Austria y en los Sudetes, los jefes del partido lo eran al mismo tiempo de la administración civil en su condición de gobernadores del Reich. Esto permitió al partido una aportación mucho más decisiva en esas zonas que en el «Viejo Reich».[197] Hitler destacó expresamente en septiembre de 1940 que a sus Gauleiter del este «sólo se les podían pedir cuentas por no realizar las tareas que se les exigían» y no debían verse obstaculizados por limitaciones legales como en el propio Reich.[198] Después de la ofensiva occidental, se otorgó el mismo estatus especial a los jefes de la administración civil en Alsacia, Lorena y Luxemburgo. Pero el Gauleiter Josef Bürckel no llegó a ver cumplidas sus ambiciones de regir una nueva Reichsgau Westmark mediante la adición de Lorena (donde era el jefe de la administración civil) a su Gau del partido de Sarre-Palatinado. Sus poderes como jefe del partido de su Gau siguieron

existiendo al mismo tiempo (y a menudo chocando) con los de las autoridades civiles de Lorena.[199]

Ni siquiera hubo una disminución del conflicto administrativo y de las luchas de poder en el este, donde el dualismo partido-estado parecía resuelto.[200] Allí, cualquier tensión entre ministros del gobierno del Reich y los individuos nombrados por Hitler para regir los territorios ocupados solo podía tener un resultado. Pero los jefes del partido, y Hans Frank como general gobernador, tenían que contar con el poder casi ilimitado de los miembros de las SS que discurría paralelo a sus propios feudos. Arthur Greiser, gobernador del Reich de Wartheland, estaba en buenas relaciones con Himmler, lo mismo que lo estaba con el jefe superior de la policía y de las SS de Posen, Wilhelm Koppe. Greiser, que era también miembro de las SS, estaba plenamente comprometido con las líneas más radicales de la «lucha étnica» promovida por Himmler (para el cual, en su nuevo cargo de Comisario del Reich para la Consolidación de lo Germánico, por el que dirigía el programa brutal de reasentamiento, la Warthegau era la provincia más importante). Los conflictos en la zona de Greiser eran, en consecuencia, mínimos. En la Gnu vecina de Danzig-Prusia Oriental, Albert Forster, no menos diligente que Greiser respaldando el programa racial de Hitler, no era tan dócil en sus relaciones con Göring, Goebbels, Bormann y, además, el Reichsführer-SS (del que se cuenta que había dicho: «Si yo tuviese una cara como la de Himmler, no hablaría para nada de raza»).[201] Y en el Gobierno General, Hans Frank tenía dificultades crecientes con las SS, sobre todo con el jefe superior de policía y de las SS allí, Wilhelm Krüger, que en los últimos años de la ocupación siempre podía contar con el respaldo superior de Himmler, y a través de él, en caso necesario, del propio Hitler.[202]

Los choques en los territorios ocupados de Polonia no se debían a que hubiese objetivos ideológicos contrapuestos, como ejemplifican los casos de Forster y Frank. Por agrias que fuesen las rivalidades, todos los implicados podían recubrir a los «deseos del Führer» y afirmar que estaban trabajando para hacer realidad su «visión». Lo que estaba en juego no eran objetivos, sino métodos… y sobre todo ámbitos de poder. El propio carácter de la autoridad imprecisa que se otorgaba a los

paladines de Hitler, el ámbito que se les concedía para edificar y ampliar sus propios imperios, y las delimitaciones confusas de competencias, garantizaban una lucha constante y la anarquía institucional. Garantizaban al mismo tiempo un despliegue incesante de energía para impulsar la radicalización ideológica. El desorden administrativo y la «radicalización acumulativa» eran dos caras de la misma moneda.

Capítulo IV

La radicalización del «programa» nacionalsocialista, con su vaguedad, no podía disminuir. Las diversas interpretaciones que hacían los distintos grupos de poder y los individuos importantes en posiciones de influencia del imperativo ideológico que representaba Hitler, hacían que se mantuviese plenamente visible el sueño de la nueva sociedad que había de crearse a través de la guerra, La lucha, la conquista y la purificación racial. En un nivel básico, consideraciones prácticas triviales (aunque no dejasen por ello de ser importantes para los afectados) como el déficit crónico de viviendas, la escasez y el coste crecientes de los artículos de consumo o una escasez aguda de trabajadores agrícolas podían producir resentimientos que se canalizaban fácilmente hacia minorías despreciadas y se alimentaban con codicia mezquina de la posibilidad de adquirir bienes o propiedades de judíos. Los mensajes llenos de odio de la propaganda avivaban las llamas de estos antagonismos sociales. La mentalidad que se fomentaba con esto brindaba una puerta abierta al fanatismo de los creyentes. La rivalidad interna, consustancial al propio régimen, garantizaba que el impulso radical no sólo se mantuviese sino que se intensificase con las nuevas oportunidades proporcionadas por la guerra. Y como la victoria parecía inminente, se abrían nuevas perspectivas de desarraigar a enemigos raciales, de desplazar a

poblaciones inferiores y de edificar el «nuevo mundo feliz».

La política racial desplegó una dinámica propia sin apenas participación directa de Hitler. Dentro del Reich, aumentaron las presiones para librar a Alemania de una vez por todas de sus judíos. En los manicomios estaba en pleno apogeo la matanza de los enfermos mentales. Y la obsesión de la seguridad de una nación en guerra, a la que sus enemigos amenazaban por todas partes y desde dentro, unida a la necesidad aún mayor de unidad nacional, fomentaron la persecución de grupos de nuevos elementos «extraños» que pudiesen ser un objetivo. Los «trabajadores extranjeros», especialmente los que procedían de Polonia, ocupaban la primera línea de esta persecución intensificada.[203]

Sin embargo, el verdadero crisol era Polonia. La megalomanía racial tenía allí carta blanca, aunque fue precisamente la ausencia completa de planificación sistemática en la batalla campal del poder ilimitado lo que produjo los problemas logísticos imprevistos y los callejones sin salida administrativos de «limpieza étnica» que propiciaron a su vez actitudes genocidas cada vez más radicales.

Los que disfrutaban de posiciones de poder e influencia vieron en la ocupación de Polonia una oportunidad para resolver la «cuestión judía»… pese al hecho de que habían caído en las garras del Tercer Reich más judíos que nunca. Para las SS habían surgido perspectivas completamente nuevas. Entre los dirigentes del partido, todos los Gauleiter querían librarse de «sus» judíos y ahora veían posibilidades de hacerlo. Estos fueron los puntos de partida. Al mismo tiempo, para los que regían las partes de la antigua Polonia que habían sido incorporadas al Reich, la expulsión de los judíos de sus territorios era sólo parte del objetivo más amplio de germanización, que había que lograr lo más rápido posible. Esto significaba también afrontar la «cuestión polaca», trasladar a miles de polacos para dejar sitio a alemanes étnicos del Báltico y de otras zonas, clasificando a los «mejores elementos» como alemanes y reduciendo al resto a La condición de ilotas incultos al servicio de sus amos alemanes. La «limpieza étnica» para producir la necesaria germanización mediante reasentamiento estaba intrínsecamente relacionada con la radicalización de las ideas sobre la «cuestión judía».[204]

Sólo unos días después de la invasión alemana de Polonia, los jefes del partido y la policía de seguridad de Praga, Viena y Kattowitz vieron en las ideas expuestas por Heydrich de que había que crear una «reserva judía» al este de Cracovia una oportunidad de librarse de los judíos de sus zonas.[205] Parece ser que fueron la iniciativa personal y la ambición de Eichmann las que estimularon las esperanzas de una expulsión inmediata de los judíos.[206] El jefe de la policía del Reich, Arthur Nebe, preguntó a Eichmann por esas mismas fechas, a mediados de octubre de 1939, cuándo podría enviar a la reserva a los gitanos de Berlín. Entre el 18 y el 26 de octubre Eichmann organizó el transporte de varios miles de judíos desde Viena, Kattowitz y Moravia hasta la zona de Nisko, al sur de Lublin. También fueron incluidos en la deportación los judíos de Viena. Se inició al mismo tiempo el reasentamiento de los alemanes bálticos.[207] A los pocos días de que se iniciasen los traslados a Nisko hubo que paralizar bruscamente la operación debido a que la falta de provisiones para los judíos deportados a Polonia creó una situación caótica tras su llegada allí.[208] Pero todo aquello era un anticipo de deportaciones más importantes que habrían de venir.

A finales de mes, Himmler, en su nueva condición de comisario del Reich para la Consolidación de lo Germánico, ordenó sacar a todos los judíos de los territorios incorporados. Se preveía deportar a unos 550. 000. Después les tocó el tumo a varios cientos de miles de «población polaca especialmente hostil», que completaban una cifra total de aproximadamente un millón de personas.[209] En la mayor de las zonas previstas para deportaciones y reasentamientos de alemanes étnicos, la Warthegau, resultó imposible alcanzar el número previsto inicialmente para la deportación, o efectuarla con la rapidez prevista. Aun así, en la primavera de 1940, fueron deportados en condiciones espantosas 128.011 polacos y judíos.[210] Sádicos de las SS llegaban de noche, vaciaban bloques de pisos enteros y cargaban a sus habitantes (sometiéndoles a todo género de humillaciones brutales) en camiones abiertos, pese al frío intenso, para trasladarlos a los campos de agrupamiento temporal, en donde los cargaban en camiones de ganado atestados y sin calefacción y los enviaban al sur, sin sus pertenencias y a menudo sin agua ni comida. Eran frecuentes los fallecimientos en los

viajes. Los que sobrevivían sufrían a menudo de congelación o de otras secuelas de la terrible prueba por la que habían pasado.[211] A los deportados se les enviaba al Gobierno General, considerado en los territorios anexionados como una especie de basurero para indeseables. Pero Hans Frank, el general gobernador, no estaba más deseoso de tener judíos en su zona de lo que pudiesen estarlo los Gauleiter de las regiones incorporadas. Le parecía bien que se pudrieran en una reserva, pero fuera de su territorio. En noviembre de 1939 Frank había expuesto con toda claridad lo que se proponía para su provincia. Era un placer, aseguraba, poder enfrentarse por fin físicamente con la raza judía: «Cuantos más mueran, mejor. […] Los judíos deberían ver que liemos llegado. Queremos llevar entre la mitad y tres cuartos de la poblado» judía al este del Vístula. Los eliminaremos de todos los sitios que podamos. Está en juego aquí todo el asunto. Los judíos fuera del Reich, de Viena, de todas partes. No necesitamos para nada judíos en el Reich».[212]

Aproximadamente al mismo tiempo que Frank expresaba estos sentimientos, el gobernador del Reich de la Wartheland, Arthur Greiser, comentando que había visto en Lods «personajes a los que escasamente se puede asignar la designación "persona" (Gestalten… denen man kaum noch den Namen «Mensch» zubilligen kann), comunicaba al mismo tiempo que la «cuestión judía» estaba prácticamente resuelta.[213] Sin embargo, a principios de 1940, sus esperanzas (y las de Wilhelm Koppe, jefe de policía de la Warthegau) de una lápida expulsión de los judíos al Gobierno General estaban ya resultando vanas. Hans Frank y sus subordinados estaban empezando a poner objeciones al número de judíos que les obligaban a aceptar, sin una planificación clara de lo que se iba a hacer con ellos y esfumadas ya sus propias esperanzas de poder enviarlos más allá, a una reserva (una idea abandonada en el ínterin).[214] Frank consiguió el apoyo de Göring, que estaba interesado por su parte en que no se perdiera un potencial humano útil para el esfuerzo bélico. La fuerte crítica de Göring al «reasentamiento salvaje» en una reunión del 12 de febrero chocaba con las exigencias de Himmler de espacio libre para los cientos de miles de alemanes étnicos sacados ya de sus lugares de origen. Al día siguiente mismo, fueron a la zona de Lublin

judíos de Stettin para dejar sitio a alemanes bálticos «con trabajos de marinero».[215] El jefe de policía del distrito de Lublin, Odilo Globocnik, comentó que si los judíos que iban al Gobierno General no eran capaces de alimentarse por sí mismos, o de que les alimentaran otros judíos, habría que dejar que se murieran de hambre.[216] El 24 de marzo, a instancias de Frank, Göring se sintió obligado a prohibir toda «evacuación» al Gobierno General «hasta nueva orden».[217] A Greiser se le dijo que su solicitud de autorización para deportar a los judíos de la Warthegau tendría que quedar aplazada hasta agosto.[218] A partir del 1 de mayo de 1940, se aisló del resto de la ciudad el inmenso gueto de Lodz, en el que vivían 163.177 personas, creado inicialmente como una solución temporal hasta que se pudiese enviar a los judíos de la Warthegau al otro lado de la frontera, al Gobierno General.[219] Las muertes por enfermedad y por hambre empezaron a dispararse durante el verano.[220] Frank, en una reunión celebrada en Cracovia el 31 de julio, le dijo a Greiser en términos inequívocos que Himmler, siguiendo instrucciones de Hitler, había dado garantías de que no se deportarían más judíos al Gobierno General.[221] Y el 6 de noviembre de 1940 Frank informó a Greiser mediante un telegrama de que no debía haber más deportaciones al Gobierno General hasta que se acabase la guerra. Himmler estaba enterado de esto. Se obligaría a dar la vuelta a todas las partidas que llegasen.[222] Quedaba así bloqueada indefinidamente la solución que a Greiser le había parecido un año antes que estaba tan al alcance de la mano.

Y en el momento en se cerraba una puerta, se abrió otra… o al menos pareció abrirse durante un breve periodo. En la reunión de Cracovia de finales de julio, Greiser dijo que había surgido una nueva posibilidad. Explicó que había oído decir a Himmler «que se tiene ahora la intención de mandar a los judíos a ultramar, a zonas específicas». Quería que se aclarase pronto eso.[223]

Como ya indicamos en un capítulo anterior, el SD había jugado ya en 1937 con la idea de reasentar judíos en alguna región inhóspita del mundo. Una de las posibilidades mencionadas eran ciertas zonas yermas del Ecuador.[224] En los años 1938-40 pasó a mencionarse como un posible emplazamiento la isla de Madagascar, una colonia francesa

próxima a la costa Áfricana. La idea era, al parecer, iniciativa del orientalista y antisemita Paul de Lagarde, que la había propuesto en 1885, y la había popularizado en círculos racistas mas tarde, en la década de 1920. Henry Hamilton Beamish, hijo de un contralmirante inglés de ascendencia irlandesa, que fundó en 1919 una organización antisemita llamada «Los britanos».[225] Streicher, Göring, Rosenberg, Ribbentrop e incluso Hjalmar Schacht habían aludido esporádicamente a esto.[226] Streicher había aireado la idea varias veces en el Stürmer. Había podido recoger además conversaciones de preguerra de las autoridades polacas con las inglesas y francesas sobre el posible traslado de gran número de judíos a Madagascar.[227] El propio Hitler había aprobado la idea de una reserva judía en Madagascar en conversación con Göring en noviembre de 1938.[228] Al aumentar en la primavera de 1940 la posibilidad de recuperar los territorios coloniales en un futuro cercano (y de adquirir algunos que no hubiesen pertenecido anteriormente a Alemania), empezó a mencionarse ya Madagascar como una opción política clara en vez de una perspectiva hipotética.[229]

Parece ser que fue Himmler, quizás tanteando el panorama, quien propuso entonces por primera vez en los círculos más elevados la idea de deportar a los judíos a una colonia Áfricana, aunque no se refiriese específicamente a Madagascar. A mediados de mayo, después de una visita a Polonia, el Reichsführer-SS elaboró un memorando de seis páginas titulado «Algunas ideas sobre el tratamiento de la población ajena en el este», en el que detallaba planes brutales de selección racial para aplicar en Polonia, que incluían el traslado de niños de buena estirpe racial a Alemania y la supresión de la identidad étnica del resto por el procedimiento de reducir su formación a una enseñanza elemental de la lectura y la escritura con el fin de que no pudieran hacer más que servir a la clase dirigente alemana. «Por horrible y trágico que pudiese ser cada caso individual—escribía Himmler—si se rechaza el método bolchevique de la erradicación (Ausrottung) de un pueblo por convicción interior como antialemán e inadmisible, se trata aun así del método mejor y más suave».[230] El tema del memorando (que Hitler leyó y aprobó explícitamente, con instrucciones de que sólo circulase entre individuos claves, el 25 de mayo, durante la pausa en la campaña

occidental en la que los tanques estaban parados justo delante de Dunkerque) era la «cuestión polaca», no la «cuestión judía».[231] Himmler no mencionaba más que en un breve pasaje lo que él preveía que iba a sucederles a los judíos. «El término “judío”— escribía—tengo la esperanza de que se extinga por completo mediante la posibilidad de una emigración a gran escala de todos los judíos a África o a alguna otra colonia».[232]

El jefe del «Negociado judío» (Judenreferat) del Ministerio de Asuntos Exteriores, Franz Rademacher, recién nombrado y sumamente ambicioso, percibiendo lo que flotaba en el aire, preparó el 3 junio un extenso memorando interno, en el que planteaba, como un objetivo de guerra, tres opciones: echar a todos los judíos de Europa; deportar a los judíos de Europa occidental, por ejemplo, a Madagascar perol dejando a los de la oriental en el distrito de Lublin como rehenes, para mantener paralizados a los Estados Unidos en su lucha contra Alemania (suponiendo que la influencia de los judíos estadounidenses impediría al país entrar en la guerra); o crear un hogar nacional judío en Palestina, solución esta ultima de la que no era partidario.[233] Esta había sido la primera vez que se había mencionado Madagascar explícitamente en un documento político como una posible «solución a la cuestión judía».[234] Era producto de la iniciativa de Rademacher, más que resultado de instrucciones de arriba.[235] Con el respaldo de Ribbentrop (que es probable que hubiese obtenido a su vez la aprobación de Hitler y de Himmler), Rademacher se puso a trabajar para perfilar los detalles de su propuesta de reasentar a todos los judíos de Europa en la isla de Madagascar, donde estarían bajo mandato alemán pero con un gobierno judío.[236] Sin embargo, Heydrich, alertado presumiblemente por Himmler en la primera oportunidad, no estaba dispuesto a ceder al Ministerio de Asuntos Exteriores el control de un asunto tan vital. El 24 le dejó muy claro a Ribbentrop que era él quien tenía a su cargo el manejo de la «cuestión judía», que le había encomendado Göring en enero de 1939. La solución no era ya la emigración. «Será necesaria por tanto una solución final territorial (territoriale Endlösung)». Procuró que se le incluyera en todas las discusiones «que se relacionen con la solución final (Endlösung) de la cuestión judía» (la primera vez que se

utilizaron las palabras concretas «solución final», según parece, y por entonces claramente en el marco del reasentamiento territorial).[237] A mediados de agosto Eichmann y su mano derecha, Theo Dannecker, habían trazado planes bastante detallados (su memorando tenía una extensión de catorce páginas) para trasladar a cuatro millones de judíos a Madagascar. El plan del SD no preveía nada parecido a un gobierno judío autónomo. Los judíos estarían sometidos a un control estricto por parte de las SS.[238]

Poco después de que Rademacher hubiese sometido su propuesta original, a principios de junio, alguien, probablemente Ribbentrop, había propuesto a Hitler la idea de Madagascar. Según Paul Schmidt, Hitler le había dicho a Mussolini, durante la reunión que habían celebrado en Munich inmediatamente después de que los franceses comunicaran que estaban dispuestos a aceptar un armisticio, que «podía crearse un estado israelí en Madagascar».[239] Ribbentrop le había dicho a Ciano al mismo tiempo «que es intención del Führer crear un estado libre judío en Madagascar, al que enviará a los varios millones de judíos que viven en el territorio del viejo Reich, así como en los territorios recientemente conquistados».[240] Dos días después de su reunión con Mussolini, Hitler le mencionó de nuevo Madagascar al Gran Almirante Raeder.[241] El 8 de julio retomó el asunto durante unas conversaciones con Hans Frank sobre la situación en el Gobierno General. Frank explicó a sus colegas el 12 de julio la importante decisión del Führer (que apoyaba su propia propuesta) de que no se enviarían al Gobierno General más partidas de judíos. «Me gustaría añadir, en términos políticos generales—comentaba Frank—que está previsto transportar, en el tiempo más breve posible, una vez que llegue la paz, a toda la tribu judía (Judensippschaft) del Reich alemán, el Gobierno General y el Protectorado a una colonia Áfricana o americana. Uno piensa en Madagascar…». Dado que había conseguido que se incluyese el Gobierno General en los planes, equivalía «aquí también a un alivio colosal en el futuro previsible».[242] A principios de agosto, Hitler mencionó al embajador alemán en París Otto Abetz «que se proponía evacuar a todos los judíos de Europa después de la guerra», que, claro está, pensaba que se acabaría pronto.[243] Y a mediados de agosto, informando sobre una conversación con Hitler,

Goebbels anotaba: «Queremos transportar después a los judíos a Madagascar».[244]

Por entonces el plan de Madagascar había tenido ya su breve auge. El llevarlo a la práctica habría dependido no sólo de que se pudiese obligar a los franceses a entregar su colonia (una cuestión relativamente simple) sino conseguir además el control de los mares tras den otar a la marina inglesa. Al continuar la guerra, el plan cayó en el olvido a final de año y nunca más se volvió a resucitar. Pero a lo largo del verano, durante tres meses o así, toda la cúpula dirigente nazi se tomo la idea en serio, Hitler incluido.

El que Hitler respaldara tan deprisa este plan tan mal concebido y tan impracticable indicaba su participación superficial en la política antijudía durante 1940. Sus principales intereses ese año estaban claramente en otra parte, en la dirección de la estrategia bélica. De momento al menos, la «cuestión judía» era para él un asunto secundario. Sus comentarios sobre los judíos surgían normalmente por incitación de otros, como Himmler, Frank, Ribbentrop o Goebbels, todos con intereses directos en la política antijudía. Así mismo, sus decisiones, como la de que cesaran los traslados de judíos al Gobierno General, fueron más que nada reacciones a instancias ajenas y, como en este caso, otorgaban la maxima aprobación a una política que había sido introducida ya. La aversión visceral de Hitler a los judíos se mantenía intacta.

Su intervención entusiasta en la elaboración del horroroso documental de Goebbels El judío eterno era un indicio de ello.[245] Su convencimiento básico de que la guerra traería la solución al «problema» seguía, por supuesto, inalterable. Goebbels nos informal a principios de junio, después de una conversación con Hitler, del comentario amenazador de este de que «acabaremos rápidamente con los judíos después de la guerra».[246] Pero no había por entonces ningún indicio de que Hitler tuviese otra cosa en la cabeza que la vaga idea de Madagascar.

Sin embargo, bastó el mandato amplio de «resolver la cuestión judía» asociado con la «misión» de Hitler, unido a los bloqueos para hacerlo en la Polonia ocupada. Hubo otros que fueron más activos que el propio Hitler. A Goebbels, Hitler le dio sólo garantías de que los judíos estaban

destinados a abandonar Berlín, sin que aprobase ninguna actuación inmediata.[247] Hubo otros que tuvieron más suerte con sus peticiones. Los Gauleiter a los que se asignaban responsabilidades en las zonas recién ocupadas del oeste se apresuraban a aprovechar su cargo para librarse de los judíos de sus Gaue, lo mismo que en el este. En julio, Robert Wagner, Gauleiter de Baden y ahora al cargo de Alsacia, y Josef Bürckel, Gauleiter de Sarre-Palatinado y jefe de la administración civil de Lorena, presionaron a Hitler para que permitiera la expulsión hacia el oeste, hacia la Francia de Vichy, de los judíos de sus dominios. Hitler dio su aprobación. Fueron deportados unos 3.000 judíos ese mes de Alsacia a la zona no ocupada de Francia.[248] En octubre, tras otra reunión con los dos Gauleiter, fueron enviados a Francia en nueve tienes un total de 6.504 judíos, sin ninguna consulta previa a las autoridades francesas. Los burócratas dieron minuciosos detalles a la policía, que debía detener a los judíos, recordándole que los detenidos tenían que cortar el agua y el gas en sus casas, entregar los animales de compañía (de los que se daría recibo) al gobierno local o a funcionarios del partido y llevar cuenta de las llaves de los pisos que se vaciaban. A los judíos se les permitía llevarse una maleta con ropa, comida para unos cuantos días y 100 Reich Marks por persona. Se confiscaban sus propiedades. Tenían que estar preparados para partir en el plazo de dos horas. Algunos se suicidaron. Los que estaban guardando cama fueron transportados hasta los trenes en camillas. El más viejo de los judíos deportados era un hombre de 97 años de Karlsruhe. La policía se encargó de controlar el transporte, que se efectuó de acuerdo con la Wehrmacht (hasta el punto de que se utilizaron vehículos de la Wehrmacht para transportar a judíos de zonas alejadas a los «puntos de recogida»). Después de un viaje aterrador que duró varios días, los judíos fueron internados en campos del sur de Francia, al pie de los Pirineos. Ni la comida ni las condiciones eran mínimamente adecuadas para los deportados, mayoritariamente ancianos. Las autoridades francesas, concluía el informe sobre las deportaciones, parecían tener pensado deportarlos a Madagascar en cuanto pudiese efectuarse la travesía sin problema.[249]

La gestión de la radicalización de la política antijudía corrió a cargo, sobre todo, de la dirección de las SS y la policía de seguridad. Mientras

Hitler prestaba en este período poca atención a la «cuestión judía», salvo cuando se enfrentaba a un asunto concreto que le hubiese planteado alguno de sus subordinados, Himmler y Heydrich estaban mayoritariamente dedicados a planificar el «nuevo orden», sobre todo en la Europa oriental. En el otoño el Plan Madagascar era letra muerta, pese al hecho de que Eichmann estuviese esperando aún a finales de diciembre que Heydrich tomase una decisión.[250] Pero por entonces la decisión que había tomado Hitler, bajo los efectos del fracaso de los intentos de poner fin a la guerra en el oeste, de preparar la invasión de la Unión Soviética volvió a abrir nuevas perspectivas en el este para una «solución» a la «cuestión judía». Volvió a invertirse la política que se seguía en el Gobierno General. A Hans Frank, que había estado esperando en el verano que los judíos de su zona fuesen enviados a Madagascar, le dijeron entonces que tenían que quedarse. Estaba prohibida la emigración desde el Gobierno General.[251] Las condiciones brutales de trabajos forzados y creación de guetos causaban un gran desgaste entre la población. El trabajo que se les imponía acababa a menudo matándolos.[252] Era ya evidente una mentalidad abiertamente genocida. Heydrich propuso provocar una epidemia en el recién impermeabilizado gueto de Varsovia en el otoño de 1940 para exterminar por ese medio a los judíos que había allí.[253] Fue en un sector en que predominaba esta mentalidad donde Frank, así se lo dijo Hitler en diciembre, tenía que estar preparado para recibir más judíos.[254]

Con Hitler desempeñando poco papel activo, pero proporcionando carta blanca, se habían creado mentalidades y condiciones en los territorios ocupados de la antigua Polonia con las que el genocidio a gran escala quedaba a sólo un paso de distancia. La política antijudía no había seguido una línea recta y clara a lo largo de 1940. Pero dentro de la cúpula dirigente de las SS y de la policía de seguridad, sobre todo, pensamientos y planes se habían orientado en una dirección implícitamente genocida. Hitler había reaccionado a las veleidades de la política en vez de proporcionar una orientación clara. Pero su alusión en términos generales a la «eliminación» de los judíos y su «profecía» de que la guerra aportaría una solución a la «cuestión judía», eran

suficientes. Paradójicamente, el que se pasase a centrar la atención en los preparativos para la guerra en el este no había emanado directamente de aquella obsesión ideológica de Hitler con el «judeobolchevismo», que databa de veinte años atrás, sino de la consideración estratégica de que había que conseguir forzar a Inglaterra a ceder a las exigencias alemanas. Pero una vez que empezaron a adquirir forma concreta los preparativos para invadir la Unión Soviética, en la primavera de 1941, pasó a convertirse en algo fundamental la base ideológica del inminente enfrentamiento con el «judeobolchevismo». Siguiendo una ruta tortuosa, en vez de seguir una línea recta, Hitler estaba volviendo al núcleo de su Weltanschauung… que ahora no era ya pura palabrería, sino que adoptaba la forma de pasos políticos concretos que conducirían a Alemania al genocidio generalizado.

Capítulo V

Antes de que Hitler firmase la directriz de diciembre de 1940 para preparar lo que adoptaría pronto la forma de una «guerra de aniquilación» contra la Unión Soviética, hubo un paréntesis en el que se mantuvo incierta la dirección de la guerra en un futuro inmediato. Hitler se mostró dispuesto durante esta fase, que se extendió de septiembre a diciembre de 1940, a explorar diferentes posibilidades de presionar a Inglaterra para que se saliese del conflicto antes de que los estadounidenses pudiesen entrar en él. Al fracasar la «estrategia periférica», un término apuntado por Jodl a finales de julio,[255] que en ningún momento había llegado a entusiasmar del todo a Hitler, fue afianzándose la idea de invadir la Unión Soviética (propuesta por primera vez en julio) hasta que se materializó por ultimo en una directriz de guerra el 18 de diciembre.

Con la invasión de Rusia en el otoño de 1940, tal como había propuesto inicialmente Hitler, y excluido por razones prácticas Jodl, había que buscar otros medios de conservar la iniciativa estratégica. Hitler estaba abierto a una serie de propuestas. Ribbentrop consiguió resucitar la idea de un bloque antibritánico de Alemania, Italia, Japón y la Unión Soviética por la que había abogado antes de la guerra. La nueva situación creada tras las victorias alemanas en la Europa occidental abría también ahora la perspectiva de ampliar el frente antibritánico mediante la cooperación activa de España y de la Francia de Vichy en la zona mediterránea, junto con una serie de estados satélites en el sureste de Europa.[256] A Japón, la invasión de Holanda y la derrota de Francia, junto con el grave debilitamiento de Inglaterra, le brindaban una tentación irresistible, con el señuelo de las posesiones inglesas (que incluían Singapur, el Borneo británico, Birmania y más allá la propia India) como una posible presa más. Los intereses de Japón en la expansión hacia el sur le hacían desear ahora aliviar un poco las prolongadas tensiones en su relación con la Unión Soviética. Al mismo tiempo, Japón estaba deseando mejorar sus relaciones con Alemania, agriadas desde el Pacto Hitler-Stalin, para tener las manos libres en el Asia suroriental, sin que se lo impidiesen las posibles ambiciones alemanas respecto a Indochina y las Indias Orientales holandesas. Ribbentrop había asegurado ya en mayo a los japoneses que Alemania no tenía interés en aquellos territorios. Hitler se oponía por entonces a cualquier alianza formal con Japón, o a dejarle las manos libres en el Asia suroriental. Hasta finales de verano, en que se convenció ya de que Inglaterra no aceptaría su «oferta», y en que estaba preocupado por la posibilidad de que los Estados Unidos no tardasen en entrar en la guerra (un paso que parecía más cercano desde la noticia del acuerdo de los destructores con Inglaterra), no cambió de actitud.[257] Las negociaciones que se iniciaron a finales de agosto llevaron a la firma del Pacto Tripartito el 27 de septiembre de 1940, de acuerdo con el cual Alemania, Italia y Japón acordaban ayudarse mutuamente en caso de que uno de los signatarios fuese atacado por una potencia externa no implicada en los conflictos europeo y chinojaponés… refiriéndose, por supuesto, a los Estados Unidos.[258]

También Raeder consiguió aprovecharse de la vacilación de Hitler a finales de verano y en el otoño de 1940. En septiembre el comandante en jefe de la marina presentó dos memorandos en los que propugnaba con firmeza en favor de una estrategia dirigida a destruir la fuerza de Inglaterra en el Mediterráneo y en Oriente Próximo. El objetivo de Raeder era bastante transparente: quería la marina más grande y más potente que esa estrategia exigía. Para Hitler, el ataque frontal a las posesiones inglesas equivalía a modificar completamente una estrategia a la que se había atenido durante mucho tiempo.[259] Aun así, manteniendo abiertas por el momento sus opciones respecto al mejor medio de sacar a Inglaterra de la guerra e impedir que los estadounidenses entrasen en ella, Hitler no rechazaba la ambiciosa propuesta de Raeder (que apuntaba directamente contra Inglaterra) de hacerse con el control de Gibraltar y del Canal de Suez, para llegar a través de Palestina y Siria hasta la frontera turca. Bases en Dakar, Casablanca y las Azores fortalecerían la posición alemana en el Atlántico. El dominio del Mediterráneo arrebataría a los ingleses, en la grandiosa visión de Raeder, su centro estratégico clave y les expulsaría de Oriente Próximo. Al mismo tiempo, aseguraría el control italiano del África oriental (permitiendo a Italia combatir en el mar en el Océano Índico) y bloquearía la posibilidad de que los estadounidenses adquiriesen bases en el noroeste de África antes de entrar en la guerra. Con Inglaterra por entonces obligada a pedir la paz, Alemania estaría en una posición tan fuerte que no tendría ya nada que temer de los Estados Unidos. Raeder tomaba incluso en consideración lo que sabía evidentemente que era la predilección instintiva de Hitler por un ataque a la Unión Soviética. Con Turquía «en nuestro poder», la amenaza de la Unión Soviética se reduciría. Sería «discutible que aun fuese necesario entonces avanzar contra los rusos desde el norte», concluía.[260]

Hitler no puso objeciones. Destacó que una vez establecida la alianza con Japón quería celebrar conversaciones con Mussolini y quizás con Franco antes de decidir si era más ventajoso trabajar con Francia o con España. Creía que era más probable que la elección se inclinase por Francia, ya que España pediría mucho, es decir el Marruecos francés, pero ofrecería poco.[261] Así resultó ser.

Franco había considerado con una visión oportunista la posibilidad de unirse al Eje a mediados de junio, pensando en el botín que se podría obtener en una guerra que estaba a punto de ganarse (como parecía). Quería Gibraltar, el Marruecos francés y Orán, la antigua provincia española, parte por entonces de la Argelia francesa. Había en realidad todo tipo de razones para que Hitler evitase las propuestas que pudiesen poner en peligro el armisticio. En septiembre, parecía ya oportuno y deseable un malabarismo diplomático para asegurar el apoyo a la estrategia mediterránea de Francia, España e Italia. Ribbentrop y Ramón Serrano Suñer, cuñado y emisario personal de Franco, que pronto habría de convertirse en ministro español de asuntos exteriores, se reunieron en Berlín el 16 de septiembre. A Serrano Suñer, partidario del Eje pero nacionalista orgulloso y abogado pedante además de católico devoto, Ribbentrop, arrogante y sin tacto, le inspiró una aversión profunda desde el mismo momento en que le vio. Rechazó la petición de la cesión de una de las islas Canarias como base alemana, no se comprometió con las otras propuestas y repitió la lista de las peticiones de Franco en el mes de junio. Hitler estaba dispuesto a conceder el Marruecos francés si Alemania podía tener bases y derechos de extracción de minerales en la colonia. Franco no quería saber nada de eso. Serrano Suñer repitió el alto precio de España por entrar en la guerra. Lo único que salió de la reunión fue una oferta de Franco de entrevistarse con Hitler en la frontera española en octubre.[262]

Antes de eso, el 4 de octubre, Hitler volvió a entrevistarse con Mussolini; en el Brenner, lo mismo que en marzo. Se hallaban también presentes Ciano y Ribbentrop, que se encontraba mal y que guardaba un silencio impropio de él. Hitler atribuyó el que los ingleses siguiesen prolongando la guerra, pese a los intensos bombardeos alemanes, a la esperanza de una intervención estadounidense y de la ayuda rusa. Creía que el Pacto Tripartito había hecho disminuir el peligro de lo primero y que las tropas alemanas trasladadas a la frontera oriental eran un elemento disuasorio para Stalin. Luego planteó la cuestión de la intervención española, exponiendo las peticiones de Franco. Indicó que Alemania necesitaba una base en Marruecos, antes de que consiguiese sus propias colonias en África occidental. Ceder a las peticiones

territoriales de Franco (dejando aparte Gibraltar), continuó, podría provocar la ocupación inglesa de las islas Canarias y la adhesión del norte de África al movimiento gaullista. Aunque Francia era una enemiga natural del Eje, Hitler no desechaba la posibilidad de ganarla para la coalición antibritánica. Mussolini se mostró conforme con la actitud que había que adoptar con España, reafirmando las peticiones italianas de que Francia cediese Niza, Córcega, Túnez y Yibuti… peticiones que en realidad habían quedado pendientes en el armisticio.[263] Las conclusiones que extrajo Ciano de la reunión fueron que el desembarco previsto en Inglaterra no se produciría, que el objetivo era ahora ganarse a Francia para la coalición antibritánica, ya que Inglaterra estaba resultando más difícil de derrotar de lo previsto, y que, por suerte para Italia, había cobrado mayor importancia el sector mediterráneo. En opinión de Ciano, Hitler se había mostrado también una vez más extremadamente antibolchevique.[264]

La reunión había sido cordial, pero ocho días después se puso una vez más a prueba la paciencia de Mussolini cuando se enteró de que los alemanes habían enviado una misión militar a Bucarest y que estaban haciéndose cargo de la defensa de los campos petrolíferos rumanos. La represalia de Mussolini fue ordenar la invasión de Grecia a final de mes, para presentar a Hitler esta vez un hecho consumado.[265] Hitler había aconsejado en contra de esa operación en numerosas ocasiones.[266]

El 20 de octubre Hitler, acompañado por Ribbentrop, partió en su tren especial hacia el sur de Francia, asistiendo en primer término dos días después a una reunión con Pierre Laval, segundo de Pétain y ministro de asuntos exteriores del régimen de Vichy. La reunión resultó alentadora. Laval, lleno de empalagosa humildad, brindó la posibilidad de una íntima colaboración de Francia y Alemania, esperando como compensación para la primera la conservación de sus posesiones Áfricanas y que se viese libre de las cuantiosas reparaciones (ambas cosas a costa de Inglaterra) en cuanto se pudiese firmar un acuerdo de paz. Hitler no pretendía precisar los detalles en firme. Dejando claro que algunas posesiones Áfricanas pasarían a Alemania después de la guerra, se contentó con ofrecer el incentivo de que la mejora de las condiciones para Francia dependería de la amplitud de la cooperación francesa y de

la rapidez con que se pudiese conseguir derrotar a Inglaterra. Formuló una invitación al mariscal Pétain para celebrar conversaciones en una entrevista que Laval se prestó inmediatamente a preparar.[267]

El tren de Hitler viajó hasta Hendaya, en la frontera española, para encontrarse con el Caudillo el día 23. Desde el punto de vista de Hitler, esta reunión era meramente de sondeo. Al día siguiente, tal y como había acordado con Laval, hablaría con Pétain en el mismo sentido. El rechazo por parte de las fuerzas de Vichy de un desembarco británico gaullista en Dakar, el puerto francés de África occidental, intensificó la ya existente preferencia de Hitler y Ribbentrop hacia Francia sobre España si los intereses respectivos de ambos no llegaban a un acuerdo.[268] Hitler sabía que sus altos mandos militares se oponían a los intentos de hacer participar a España en la guerra y que Weizsäcker había recomendado enérgicamente que no merecía la pena que España se uniera al eje.[269] El propósito de Franco, en cambio, no era que España interviniera en el conflicto, sino obtener el máximo beneficio de esa participación.[270]

El encuentro en la estación fronteriza de Hendaya empezó con retraso. El traqueteante tren de Franco llegaba tarde, pese a tener que recorrer sólo una corta distancia.[271] Mientras esperaban, Hitler y Ribbentrop se pusieron a pasear por el andén, hablando de cómo tenían que manejar la entrevista. Hitler dijo que no quería poner por escrito ninguna concesión territorial a los españoles de las posesiones francesas. Dada la «verborrea latina» era seguro que se enterarían los franceses. De todos modos, continuó Hitler, no se podía esperar que los franceses cediesen alguna de sus posesiones a los españoles, además del hecho de que el Imperio francés se pasaría entonces en bloque al general Charles de Gaulle (el jefe de la «Francia Libre», exiliado en Londres), precisamente cuando iba a intentar al día siguiente convencer a Pétain para que comprometiese a los franceses en una participación activa en el conflicto con Inglaterra.[272] Esto significaba, en realidad, que Hitler tenía poco o nada que ofrecer a Franco, que quería mucho. Los contornos de la dificultosa reunión que seguiría estaban ya definidos.

Tuvo lugar en el salón del tren de Hitler.[273] Franco (de baja estatura, gordo, moreno de tez, el sonsonete monótono de cuya voz

recordaba, como se diría más tarde, al de un almuédano musulmán) comenzó manifestando la satisfacción que sentía por tener la oportunidad de ver al Führer y darle las gracias por todo lo que Alemania había hecho por España. Se habían establecido fuertes lazos entre los dos países durante la guerra civil y él tenía la esperanza de que se mantuviesen. Sería una satisfacción para España luchar del lado de Alemania en la guerra que se estaba librando. Sin embargo, los problemas económicos del país lo descartaban. Por otra parte, Hitler, clara y decepcionantemente para oídos españoles, dedicó gran parte de su alocución a rebajar las esperanzas que pudiese albergar Franco de obtener grandes ganancias territoriales a un mínimo coste. Empezó describiendo la potencia militar alemana. Señaló luego el principal problema: el peligro de que las colonias francesas se pasasen a De Gaulle y a los Aliados y de que Inglaterra y los Estados Unidos ocupasen las islas del Atlántico (las Azores y las Canarias) próximas a la costa Áfricana. Era necesario, continuó, poner fin a la guerra rápidamente. Mientras continuase la lucha contra los ingleses, Alemania necesitaba que Francia le sirviese de base y que tomase una posición clara contra Inglaterra. Dijo que lo que quería era formar «un frente muy grande contra Inglaterra», pero «los deseos españoles y las esperanzas francesas constituían obstáculos» para conseguirlo. Continuó hablando extensamente (para irritación de Franco, sin duda) de lo interesado que estaba en llegar a un acuerdo con los franceses. Estaba dispuesto a ofrecer a Francia condiciones favorables y a compensarla en un acuerdo de paz definitivo por las pérdidas territoriales en África a cambio de su apoyo para poner fin rápidamente a la guerra. Pero estaba cada vez más claro que tenía pocas cosas concretas que ofrecer a España. Propuso una alianza, con la entrada española en la guerra en enero de 1941, que sería recompensada con Gibraltar. Era evidente, sin embargo, que en el pensamiento de Hitler no había nada destinado a España del territorio colonial del norte de África que Franco deseaba.[274] El dictador español estuvo un rato sin decir nada. Luego desplegó su lista de peticiones exorbitantes de alimentos y armas. Añadió, por si acaso, que en su opinión las esperanzas alemanas de un rápido final de la guerra (Hitler había empezado proclamando que desde el punto de vista militar la

guerra estaba prácticamente ganada) eran exageradas y que la flota y el gobierno británicos, respaldados por los Estados Unidos, continuarían la lucha desde el Canadá. Hitler se enfadó entonces tanto que se levantó de la mesa, asegurando que no tenía objeto continuar. Pero se calmó y continuó. Las conversaciones no produjeron más que un acuerdo sin contenido que dejaba a los españoles decidir cuándo se incorporarían al Eje, si es que alguna vez llegaban a hacerlo. Cuando Hitler abandonaba la reunión, se le oyó decir: «Con este tipo no hay nada que hacer» («Mit diesem Kerle ist nichts zu machen»).[275] El comentario de Franco a su ministro de asuntos exteriores fue: «Esta gente es insoportable. Quieren que entremos en la guerra a cambio de nada».[276]

Ribbentrop estaba indignado con Franco, que le parecía un «cobarde desagradecido», cuando volaba al día siguiente hacia Burdeos para entrevistarse con Pétain.[277] Unos días más tarde, en Florencia, Hitler le explicó a Mussolini que «prefería que le sacaran tres o cuatro muelas» que tener que soportar otra discusión de nueve horas con Franco. Un «espíritu valeroso», dijo, pero que no reunía las condiciones necesarias para ser un político o un organizador.[278] En un marco más íntimo, vociferaba contra «ese cerdo jesuita» y «ese orgullo español descaminado».[279]

Las conversaciones con Pétain y Laval en Montoire el 24 de octubre no fueron más fructíferas. Tras las delicadezas diplomáticas iniciales, Hitler destacó, como había hecho con Franco, la potencia militar alemana, lo débil que era la posición de Inglaterra y su deseo de que la guerra llegase a un rápido fin. Buscaba la cooperación de Francia con la «comunidad» de países que estaba organizando contra Inglaterra. El anciano dirigente de la Francia de Vichy ni se comprometió ni concretó. Aseguró a Hitler que se haría todo lo posible por asegurar el orden en los territorios coloniales franceses de África y defenderlos (era después del ataque a Dakar). Podía confirmar el principio de colaboración francesa con Alemania, que Laval había acordado en su reunión con Hitler dos días antes, pero no podía entrar en detalles y necesitaba consultar a su gobierno antes de asumir un acuerdo vinculante. Laval añadió que Pétain necesitaría convocar a la Asamblea Nacional (algo que le resultaba muy desagradable) para poder declarar la guerra a Inglaterra.

Tanto Pétain como Laval indicaron que la amplitud de la cooperación francesa dependería de que hubiese por parte de Alemania un tratamiento generoso y de la adquisición de territorio colonial después de que se llegase a una paz definitiva. Hitler no había ofrecido nada concreto a Pétain. No había recibido a cambio seguridades concretas de ningún género en el sentido de que Francia fuese a colaborar activamente, ni en la lucha contra Inglaterra ni para recuperar el territorio perdido en el África ecuatorial francesa frente a los «franceses libres» de De Gaulle, aliados con Inglaterra.[280] Los resultados fueron por tanto intrascendentes.[281]

Hitler declaró al final de la reunión que estaba contento, y dijo después que Pétain le había impresionado.[282] Pero al producirse el encuentro después de la tensa discusión con Franco, y centrándose por ello el mayor interés en el papel de Francia en el Mediterráneo, no era sorprendente que

Hitler y Ribbentrop volviesen a Alemania con una sensación decepcionante por la vacilación de los franceses.[283] Fue un viaje lento durante el cual Hitler, desanimado y convencido de que sus intuiciones iniciales eran correctas, dijo a Keitel y a Jodl que (pieria atacar a Rusia durante el verano de 1941.[284]

Al cruzar la frontera alemana, Hitler recibió noticias que no mejoraron su estado de ánimo. Le informaron de que los italianos estaban a punto de invadir Grecia. Se puso furioso ante la estupidez de que se emprendiese semejante operación militar con las lluvias del otoño y las nieves del invierno de las montañas balcánicas.[285]

Sin embargo, durante la reunión de los dos dictadores y sus ministros de asuntos exteriores en Florencia el 28 de octubre (básicamente un informe de las negociaciones con Franco y Pétain) Hitler contuvo sus sentimientos sobre la aventura griega de los italianos y la reunión transcurrió en paz y armonía.[286] Hitler habló de la desconfianza mutua que existía entre él y Stalin. Sin embargo, dijo, Molotov no tardaría en ir a Berlín. (Ribbentrop había convencido a Hitler poco antes, aquel mismo mes, para que invitase al comisario soviético de asuntos exteriores a celebrar conversaciones). Tenía la intención, añadió, de dirigir las energías rusas hacia la India. Esta curiosa idea era de Ribbentrop, y

formaba parte de su plan para establecer esferas de influencia para Alemania, Italia, Japón y Rusia (las potencias que formaban su pretendido Bloque Euroasiático que abarcaría «desde el Japón a España»).[287] Fue una idea que tuvo muy corta vida.

A principios de noviembre, cuando informaba a sus jefes militares sobre sus negociaciones con Franco y Pétain, Hitler se había referido a Rusia como «todo el problema de Europa» y había dicho que era necesario «hacer todo lo posible para estar preparados para el gran enfrentamiento». La reunión con sus jefes militares mostró, sin embargo, que aún seguían abiertas las opciones para la continuación de la guerra, donde tuviese que ser, en el este o en el oeste. Al comandante Engel, su ayudante del ejército de tierra, que había asistido a la reunión, Hitler le había parecido «visiblemente deprimido», y había dado la «impresión de que en este momento no sabe cómo deberían enfocarse las cosas».[288] Es absolutamente seguro que la visita de Molotov fue lo que convenció finalmente a Hitler de que el único camino que le quedaba para seguir adelante era aquel por el que había acabado indinándose desde el verano por razones estratégicas y al que se sentía inclinado de todos modos ideológicamente: un ataque a la Unión Soviética.

Cuando Molotov había sido invitado a Berlín estaban deteriorándose ya gravemente las relaciones con la Unión Soviética. Los designios soviéticos respecto a partes de Rumania (que se había visto forzada a principios de verano a ceder Besarabia y el norte de Bucovina) y sobre Finlandia (en la práctica un satélite soviético a raíz de su derrota en la reciente guerra) había provocado la intervención directa alemana en esas zonas. Hitler, inquieto por los pozos petrolíferos de Ploesti, había accedido en septiembre a la petición del general Antonescu de que enviase una misión militar alemana con varias divisiones acorazadas y varias unidades de la fuerza aérea a Rumania, oficialmente para reorganizar el ejército rumano. No se hizo caso de las protestas de los rusos, que consideraban que el que los alemanes garantizasen las fronteras de Rumania violaba el pacto de 1939. A finales de noviembre, Rumania entró plenamente dentro de la órbita alemana al unirse al Pacto Tripartito. La posición alemana sobre Finlandia se había modificado hacia finales de julio… que era cuando se había planteado

por primera vez un ataque a la Unión Soviética. Se efectuaron entregas de armas y se establecieron acuerdos que permitían a las tropas alemanas el paso a Noruega, a pesar, nuevamente, de las protestas soviéticas. Entre tanto, se había incrementado el número de divisiones alemanas en la frontera oriental para contrarrestar la concentración de tropas a lo largo de la frontera meridional de la Unión Soviética.[289]

Ribbentrop, a quien no parecía intimidar el que las relaciones germano-soviéticas resultasen cada vez más difíciles, convenció a Hitler, más escéptico en principio, de que existía la posibilidad de crear el bloque continental antibritánico incluyendo también a la Unión Soviética en el Pacto Tripartito. Hitler indicó que estaba dispuesto a ver lo que salía de la propuesta, pero el mismo día que comenzaron las conversaciones con Molotov, emitió una directriz que, independientemente de cuáles pudiesen ser los resultados de ellas, «todos los preparativos ordenados verbalmente para el este [debían] continuar».[290]

La invitación a Molotov había sido enviada el 13 de octubre… antes de que se efectuaran los fallidos sondeos a Franco y Pétain.[291] Molotov y su séquito llegaron a Berlín la mañana del 12 de noviembre. A Weizsäcker le pareció que los desastrados rusos parecían extras de una película de gángsteres.[292] La hoz y el martillo de las banderas soviéticas ondeando al lado de los estandartes de la esvástica proporcionaron un espectáculo extraordinario en la capital del Reich, pero no se tocó La internacional, para evitar, al parecer, que los berlineses, que aún estaban familiarizados con la letra, se uniesen a ella. Las negociaciones, que se celebraron en el estudio de Ribbentrop del antiguo palacio del presidente del Reich, lujosamente reformado, fueron mal desde el principio. Molotov, ojos fríos alerta tras unos quevedos de montura metálica, una gélida y breve sonrisa flotando en su rostro de jugador de ajedrez, le recordó a Paul Schmidt (había que redactar un informe escrito de las conversaciones) a su antiguo profesor de matemáticas. Sus comentarios, claros, directos y precisos y las preguntas que formulaba contrastaban con las declaraciones pomposas, y prolijas de Ribbentrop. Molotov dejó pasar sin comentario las afirmaciones iniciales del ministro de asuntos exteriores alemán, que aseguró que

Inglaterra estaba ya derrotada. Y apenas reaccionó ante sus claras insinuaciones al iniciarse las conversaciones de que la Unión Soviética debería dirigir sus intereses territoriales hacia el golfo Pérsico, Oriente Medio y la India (claramente indicada aunque no se mencionase por el nombre). Pero cuando se incorporó Hitler a las conversaciones en la sesión de la tarde y aportó su amplia gama de intereses estratégicos, Molotov lanzó una granizada de preguntas concretas sobre Finlandia, los Balcanes, el Pacto Tripartito y las esferas de influencia propuestas en Asia, que sorprendieron al dirigente alemán con la guardia baja. Hitler se sintió visiblemente incómodo y pidió un oportuno aplazamiento.

Molotov no había terminado. Empezó al día siguiente donde lo había dejado la tarde anterior. No respondió al consejo de Hitler de mirar hacia el sur y hacia los despojos del Imperio británico. Estaba más interesado, dijo, por cuestiones con una repercusión europea más evidente. Presionó a Hitler para que aclarara cuáles eran los intereses alemanes en Finlandia, que en su opinión contravenían el pacto de 1939, y el porqué de las garantías dadas a Rumania y de la misión militar enviada allí. Luego preguntó cuál sería la reacción de Alemania si la Unión Soviética actuase del mismo modo respecto a Bulgaria. Hitler sólo pudo contestar, nada convincentemente, que tendría que consultar a Mussolini. Molotov expuso los intereses soviéticos en Turquía, dando seguridades en los Dardanelos y una salida al Egeo.

El banquete final en la embajada soviética terminó en una desbandada general, símbolo del fiasco que habían supuesto los dos días de negociaciones, al sonar las sirenas avisando de un ataque aéreo. Ribbentrop (mostrando una vez más su instinto infalible para la torpeza) saco del bolsillo un borrador de acuerdo en su búnquer privado e hizo una última vana tentativa de convencer a Molotov para que aceptara una división entre cuatro potencias de una gran parte del planeta. Molotov reafirmó fríamente el interés soviético por los Balcanes y por el Báltico, no por el océano Índico.[293] Las cuestiones que interesaban a la Unión Soviética, continuó, algo más expansivo que durante las negociaciones propiamente dichas, no eran sólo Turquía y Bulgaria y el destino de Rumania y de Hungría, sino también saber cuáles eran las intenciones del Eje en Yugoslavia, Grecia y Polonia. El gobierno soviético quería

saber también cuál era la actitud alemana respecto a la neutralidad sueca. Luego estaba la cuestión de las salidas al Báltico.[294] Más tarde, pero en ese mismo mes, Molotov le dijo al embajador alemán en Moscú, Graf von der Schulenburg, que las condiciones soviéticas para acceder a un pacto cuatripartito incluían la retirada de las tropas alemanas de Finlandia, el reconocimiento de que Bulgaria estaba dentro de la esfera de influencia rusa, la concesión de bases en Turquía, la aceptación de la expansión soviética hacia el golfo Pérsico y la cesión por Japón del sur de Sajalín.[295]

Molotov enumeró estas condiciones el 26 de noviembre.[296] Hitler no necesitó esperar tanto. Consideraba las conversaciones de Berlín, según le había dicho a su ayudante del ejército de tierra, el comandante Engel ya antes de que se celebraran, como una prueba para ver si Alemania y la Unión Soviética estaban «espalda contra espalda o pecho contra pecho».[297] Y los resultados de la «prueba» estaban ya claros, en su opinión. Las negociaciones de dos días con Molotov habían bastado para mostrar que los intereses territoriales incompatibles de Alemania y de la Unión Soviética hacían inevitable que se produjeran choques en un futuro próximo. Hitler le explicó a Engel que en realidad él no había esperado que saliese nada de la visita de Molotov. «Las conversaciones habían mostrado hacia dónde apuntaban los planes rusos. M[olotov] había dejado salir el gato del saco. Para él (el F[ührer]) había sido un alivio, en realidad. Aquello no seguiría ni siquiera como un matrimonio de conveniencia. Dejar entrar a los rusos en Europa significaba el fin de la Europa central. Los Balcanes y Finlandia eran también flancos peligrosos.[298]

La convicción de Hitler, que se había consolidado desde el verano, estaba confirmada: el ataque a la Unión Soviética tenía que producirse en 1941. En un momento indeterminado del otoño, probablemente después de la visita de Molotov, envió a sus ayudantes a buscar un emplazamiento adecuado como cuartel general de campaña del este. Le recomendaron un lugar de la Prusia oriental, cerca de Rastenburg, y dio órdenes a Todt para que iniciara la construcción y tuviese el cuartel general terminado para el mes de abril.[299] El 3 de diciembre felicitó al mariscal de campo Fedor von Bock en su sexagésimo cumpleaños y le

comentó que «el problema del este está agudizándose». Habló de que corrían rumores de contactos entre Rusia y los Estados Unidos y Rusia e Inglaterra. Era peligroso esperar acontecimientos. Pero si se eliminaba a los rusos de la ecuación, las esperanzas inglesas de derrotar a Alemania en el continente se esfumarían, y al quedar los japoneses libres del peligro de un ataque soviético por la retaguardia, se haría más difícil la intervención de los Estados Unidos.[300]

Dos días después, el 5 de diciembre, Hitler revisó con Brauchitsch y Halder los objetivos del ataque previsto a la Unión Soviética. Las ambiciones soviéticas en los Balcanes, aseguró, eran una fuente de posibles problemas para el Eje. «La hegemonía en Europa se decidirá en la batalla contra Rusia—añadió—. El ruso es inferior. El ejército carece de dirección». La ventaja alemana en dirección, material y soldados alcanzaría su punto máximo en la primavera. «Cuando el ejército ruso sea batido una vez—continuó Hitler, en su burda infravaloración de las fuerzas soviéticas—es inevitable el desastre final». El objetivo de la campaña, aseguró, era «aplastar los recursos humanos rusos». Los ataques claves debían producirse en los flancos norte y sur. Moscú, comentó, no era «de gran importancia». Había que acelerar al máximo los preparativos para la campaña. Estaba previsto que se inciase a finales de mayo.[301] Halder informó de lo que pensaba Hitler en una reunión de jefes militares que se celebró el 13 de diciembre. La campaña, les dijo, exigiría lanzar 130-140 divisiones contra la Unión Soviética en la primavera de 1941.[302] No había ningún indicio de que Brauchitsch, Halder o sus mandos subordinados pusiesen objeciones al análisis de Hitler. Este le resumió a Jodl el 17 de diciembre su estrategia destacando «que debemos resolver todos los problemas de la Europa continental en 1941, ya que los Estados Unidos estarían en condiciones de intervenir a partir de 1942».[303]

Al día siguiente, 18 de diciembre de 1940, Hitler emitió la directriz de guerra nº 21, que empezaba así: «La Wehrmacht alemana debe estar preparada, también antes del final de la guerra contra Inglaterra para aplastar (niederwerfen) a la Rusia soviética en una campaña rápida».[304]

La operación había sido bautizada por el Estado Mayor general con el nombre cifrado de «Otto». El Estado Mayor operativo de la Wehrmacht

se había referido a ella llamándola «Fritz» y el borrador de la directriz nº 21 mostrado a Jodl el 12 de diciembre había llevado ese nombre. Cuando Jodl se la presentó a Hitler cinco días después, este la rebautizó en clave con el nombre más imperioso de «Barbarroja», una alusión al poderoso emperador del siglo XII, soberano del primer Reich germánico, que había dominado la Europa central y dirigido una cruzada contra el infiel.[305] Hitler se disponía ahora a preparar su propia cruzada contra el bolchevismo.

El 8-9 de enero de 1941 Hitler celebró conversaciones en el Berghof con jefes militares. Respecto a las razones para atacar a la Unión Soviética, repitió argumentos que llevaba exponiendo desde el verano anterior. Sus argumentaciones se apoyaban en parte en una interpretación de las intenciones soviéticas, más perfilada después de la visita de Molotov. Stalin era astuto, dijo Hitler, y se aprovecharía cada vez más de los problemas de Alemania. Pero la cuestión en su caso era, como siempre, la necesidad de eliminar lo que él consideraba un soporte vital de los intereses británicos. «La posibilidad de una intervención rusa en la guerra estaba sosteniendo a los ingleses—continuó—. Sólo abandonarían la lucha si se acabase con esa última esperanza continental».

No creía que «los ingleses estuviesen locos» (sinnlos toll). Si veían que ya no tenían ninguna posibilidad de ganar la guerra, dejarían de luchar, ya que perder significaría que dejarían de tener el poder necesario para mantener el Imperio. Si eran capaces de aguantar, podían formar de 40 a 50 divisiones y les ayudaban Estados Unidos y Rusia, a Alemania se le presentaría una situación muy difícil. No debía pasar eso. Hasta entonces siempre había actuado siguiendo el principio de aplastar las posiciones más importantes del enemigo antes de avanzar un paso. Por tanto había que aplastar ahora a Rusia. O los ingleses cedían entonces o Alemania continuaría la lucha contra Inglaterra en circunstancias más favorables. Aplastar a Rusia permitiría además ¿Japón volverse con toda su potencia contra Estados Unidos, lo que obstaculizaría la intervención americana. Indicó otras ventajas más para Alemania. Se podría reducir sustancialmente de tamaño el ejército del este, lo que permitiría una concentración mayor de la industria bélica en

la marina y en la Luftwaffe. «Alemania sería entonces invulnerable. El territorio gigantesco de Rusia contenía riquezas innumerables. Alemania tenía que dominarlo económica y políticamente, pero no anexionarlo. Entonces controlaría todas las posibilidades de desencadenar la lucha contra otros continentes en el futuro. Nadie la podría derrotar ya. Si la operación se llevase a cabo—concluía Hitler—Europa contendría el aliento».[306] Si los generales que estaban escuchando tenían alguna reserva, lo cierto es que no la manifestaron.[307]

Poco más de un mes después, Hitler añadió un argumento revelador más… que destacaba característicamente el aspecto psicológico de la movilización. «Es inevitable un conflicto. Una vez liquidada Inglaterra, no sería capaz ya de arrastrar al pueblo alemán a una lucha contra Rusia; por tanto había que liquidar a Rusia antes».[308]

Durante 1940 habían ido situándose gradualmente en primer plano las obsesiones gemelas de Hitler («eliminar a los judíos» y Lebensraum). El proceso no tenía nada de accidental. La radicalización de la política antijudía había sido impulsada principalmente por la capa dirigente de la policía de seguridad, en general sin una participación específica de Hitler (aunque por supuesto sí contando con su aprobación), hasta que en Polonia las mentalidades genocidas, en condiciones casi genocidas, habían adquirido un impulso propio. En el sector decisivo de la estrategia bélica, en el que la participación activa de Hitler era indiscutible y crucial, había vuelto a hacer aparición su vieja obsesión por el «espacio vital» debido a las dificultades con que se enfrentaba en su intento de forzar a Inglaterra a abandonar el conflicto bélico. Ahora, en la primera mitad de 1941, podían iniciarse por fin los preparativos técnicos para aquel enfrentamiento que Hitler siempre había deseado. En esos meses, las dos obsesiones gemelas se fundirían una en otra. Estaban a punto de darse los pasos decisivos para la guerra genocida.

8

DISEÑO DE UNA «GUERRA DE ANIQUILACIÓN»

La próxima campaña no es sólo un simple conflicto armado; conducirá también a un enfrentamiento de dos ideologías diferentes. […] La intelectualidad judeobolchevique, que ha sido hasta ahora la «opresora del pueblo», debe ser eliminada.

DIRECTRICES OPERATIVAS PARA «BARBARROJA», 3 DE MARZO DE 1941.

Debemos olvidar el sentimiento de camaradería entre soldados. Un comunista no es un camarada ni antes ni después de la batalla. Esta es una guerra de aniquilación.

HITLER, EN UN DISCURSO A OFICIALES SUPERIORES, 30 DE MARZO DE 1941.

Tengamos razón o no, tenemos que ganar. […] Y cuando hayamos ganado, ¿quién nos preguntará por el método?

HITLER, HABLANDO CON GOEBBELS, 16 DE JUNIO DE 1941.

Con la decisión de invadir la Unión Soviética, confirmada en la directriz de 18 de diciembre de 1940, Hitler había cerrado sus opciones estratégicas. En su ansia de no perder la iniciativa en la guerra, había cambiado toda la orientación de la actividad bélica alemana hacia el objetivo de infligir en cuestión de meses una derrota militar completa a la Unión Soviética y hacerla desaparecer como entidad política. Le respaldaban sus jefes militares, que en ningún momento plantearon objeciones serias a la vía de actuación que él propuso, aunque algunos tuviesen reservas personales. En una consideración retrospectiva, parece una estupidez absoluta. En aquel momento, los generales de Hitler no pusieron reparos en su mayoría porque menospreciaron burdamente, lo mismo que él, la capacidad militar y la potencia bélica de la Unión Soviética. Aunque resulte curioso desde una perspectiva posterior, la verdadera angustia no la causaba según su punto de vista la Unión Soviética sino Gran Bretaña, respaldada por su imperio mundial y por la intervención que parecía cada vez más probable de los Estados Unidos, con sus inmensos recursos. El albur que aceptaron correr la mayoría de los asesores militares (el almirante Raeder fue una excepción, las tempranas reservas de Göring se desdeñaron)[1] se basaba en liquidar a la Unión Soviética en cuestión de cuatro o cinco meses para conseguir la hegemonía en Europa. Inglaterra, obligada a actuar por el ataque japonés a los territorios imperiales del Asia sudoriental, no tendría entonces más remedio que avenirse a un acuerdo. Los Estados Unidos, enfrentados al Japón en el Pacífico, se mantendrían apartados del escenario europeo. Alemania tendría así ganada la guerra. Dispondría del dominio de toda Europa. Podría abordar ya de esta forma, desde una posición de fuerza, el enfrentamiento posterior, inevitable en último término, con los Estados Unidos.

Hitler se había adentrado en una dirección en la que no había vuelta atrás. ¿Tenía elección? El gran almirante Raeder

creía que sí. Algunos generales lo pensaban también. Lo pensaba Ribbentrop, pero Hitler, por su parte, sólo había coqueteado en el otoño de 1940 con la «estrategia periférica». Tras haber planteado inmediatamente después de la victoria en el oeste una campaña contra la Unión Soviética, aquella guerra por la que había abogado como la necesidad básica, fue atrayéndole cada vez más la idea. El intento de debilitar la fuerza británica en el Mediterráneo equilibrando los intereses de Italia, España y la Francia de Vichy, fue abandonado al primer signo de dificultades patentes. Es probable que la mejor estrategia de Hitler en el otoño de 1940 hubiese sido sentarse y esperar acontecimientos. Japón jugaba su propio juego. Como se demostraría en la primavera de 1941, deseaba un nuevo acercamiento a la Unión Soviética para poder tener las manos libres en el sur. Como las ambiciones territoriales japonesas crecían insaciablemente, era casi inevitable un conflicto con Inglaterra y con los Estados Unidos. Si Hitler hubiese esperado, habrían aumentado intensamente los problemas para ambos países en el Pacífico y en el Extremo Oriente. La Unión Soviética y Alemania, como había demostrado la visita de Molotov, se enfrentaban a choques indudables en Escandinavia y en los Balcanes. Los objetivos expansionistas rusos chocaban directamente con los intereses alemanes en esas legiones, pero la Unión Soviética no planteaba ninguna amenaza directa a Alemania en esa época. Himmler, haciéndose eco probablemente de las opiniones del propio Hitler, había rechazado de forma expresa la idea de que existiese esa amenaza en un discurso dirigido a funcionarios del partido aproximadamente por las fechas de la visita que hizo Molotov a Berlín en noviembre de 1940. Rusia, aseguró, era «militarmente inofensiva (militärische ungefährlich)». Con un cuerpo de oficiales pobre y mal equipado y adiestrado, el ejército ruso «no puede plantearnos absolutamente ningún peligro» («Sie kan uns überhaupt nicht gefährlich werden»).[2] Si hubiese habido voluntad de coexistir y de repartirse entre las dos la Europa

continental (eso era en realidad lo que pensaba en el fondo Ribbentrop) no habría habido potencia alguna que pudiese habérselo impedido, dados los compromisos globales de Inglaterra y la amenaza que planteaba Japón en el Pacífico. Pero ninguna de estas opciones se ajustaba a la mentalidad de Hitler… ni a la de sus jefes militares ni a la de los dirigentes del partido, en realidad. Desde la perspectiva de Hitler, Alemania no podía permitirse esperar. Rusia planteaba, a su modo de ver, una amenaza que no podía más que aumentar en el año siguiente. Un ataque alemán inmediato eliminaría, por una parte, esa amenaza y acabaría con las esperanzas inglesas basadas en una intervención estadounidense. Por otra parte, perder la iniciativa significaba, desde el punto de vista de Hitler, ponerse él y poner a Alemania una camisa de fuerza que sólo podía apretar cada vez más. De ese modo se perdería la guerra. Se habría esfumado la oportunidad de Alemania. Y la enemistad internacional contra Alemania que él y el régimen nacionalsocialista habían provocado era tal que lo más probable sería que cualquier concesión a la debilidad significase la caída del régimen y su expulsión del poder.

Además, abstenerse de emprender esa acción audaz, mantenerse pasivo, sería (en la visión de Hitler) perder el ímpetu psicológico que había generado la guerra. Para mantener el dinamismo del Movimiento nacionalsocialista era necesario que continuase la expansión, la conquista de nuevos territorios, marcarse nuevos objetivos, perseguir implacablemente el milenio. La visión no podía ser limitada: no podía interrumpirse permanentemente la búsqueda mediante acuerdos territoriales convencionales que no permitirían conseguir (en opinión de Hitler y de sus seguidores) el grial de una sociedad nueva edificada sobre la pureza y el dominio racial. Para que el nazismo se sostuviese y se reforzase, para que no perdiese su vigor ideológico, tenía que continuar la guerra. No podía haber un hundimiento en la esterilidad. Era algo en lo que Hitler había insistido ya en la reunión de Hossbach, en noviembre de 1937. [3]

Estas consideraciones eran las que predominaban en la mente de Hitler. Sin embargo, había también presiones económicas, que no le pasaban desapercibidas ni mucho menos. Alemania había ido haciéndose a partir de 1939 cada vez más dependiente de los cuantiosos suministros de materias primas que llegaban de la Unión Soviética. En virtud de un acuerdo firmado en enero de 1941, que mejoraba el de febrero de 1940, los rusos prometieron entregar dos millones y medio de toneladas de grano y un millón de toneladas de aceite en mayo de 1942, a cambio de bienes de equipo alemanes (cada vez más necesarios para el esfuerzo bélico) cuya entrega estaba previsto que se iniciase en el verano de 1941. Los problemas de suministros que generaba la economía de guerra estaban causando ya tensiones y dificultades en el verano de 1940. Los especialistas en planificación habían previsto ya que los problemas económicos de Alemania aumentarían en 1941. Tenía que aumentar por tanto, necesariamente, no que disminuir, la dependencia de Rusia, algo que era anatema para todos los que depositaban su fe en variantes de políticas autárquicas basadas en la hegemonía económica de Europa (Grossraumwirtschaft). La amenaza soviética a los pozos petrolíferos de Rumania constituía un serio peligro para el esfuerzo bélico del Eje. Por eso se valió Hitler de ello como argumento al resaltar que la fuerza aérea rusa podía convertir aquellos yacimientos petrolíferos en «una extensión de ruinas humeantes… y la vida del Eje depende de esos yacimientos petrolíferos».[4]

Las motivaciones económicas, militares, estratégicas e ideológicas no eran separables en lo que pensaba Hitler de la Unión Soviética. Se fundían, las utilizaba con distinta fuerza en ocasiones distintas para persuadir a los que estaban en su compañía de que su vía de actuación era correcta e inevitable. La argamasa que las mantenía unidas era, sin duda, igual que lo había sido durante casi dos décadas, el imperativo de destruir de una vez por todas el «bolchevismo judío», un objetivo que

proporcionaría al mismo tiempo la seguridad necesaria en forma de «espacio vital» y que daría a Alemania el dominio político y militar sobre el continente europeo. Pero Hitler no empezó a insistir en el objetivo ideológico prioritario de la «Operación Barbarroja» hasta marzo de 1941. Heydrich y Himmler se habían dado cuenta ya por entonces de que era el momento oportuno para plantearse ese objetivo.[5]

En realidad, el intento de Hitler. de evitar quedar encerrado en una camisa de fuerza a base de mantener la iniciativa estratégica (la apuesta de la «Operación Barbarroja») acabaría, a finales de 1941 precisamente, en la situación de cerco en torno a Alemania que él había querido evitar, cuando el esfuerzo de guerra alemán se enfrentase con reveses y crisis, la guerra en el este se arrastrase hacia un futuro infinito y los estadounidenses entrasen finalmente en la contienda. Sería ya difícil, prácticamente imposible, hallar una salida. La suerte estaba echada. Y, por entonces, estaban ya empezando a funcionar los campos de exterminio. Victoria o destrucción total estaban convirtiéndose ya en las únicas opciones posibles. La mentalidad del «todo o nada» de Hitler había envuelto al estado alemán y conformaba sus alternativas de futuro. Pero a finales de 1941, aunque la fortuna militar fluctuase en una guerra que aun se prolongaría, las posibilidades se inclinaban ya en favor de la destrucción, no de la victoria.

Capítulo I

Entre enero y marzo de 1941 se perfilaron y recibieron la aprobación

de Hitler los planes de la «Operación Barbarroja». Pese a su muestra de confianza, no estaba tan seguro interiormente. El mismo día que se comunicó la directriz del ataque a la Unión Soviética al comandante en jefe de la Wehrmacht, el 18 de diciembre de 1940, el comandante Engel le había contado a Brauchitsch (que aún no tenía claro si Hitler estaba marcándose un farol con lo de invadir la URSS) que el Führer no estaba seguro de cómo iban a ir las cosas. Desconfiaba de sus propios jefes militares, no estaba seguro de la fuerza de los rusos y estaba decepcionado con los ingleses por su intransigencia.[6] Su falta de confianza en la planificación operativa de la jefatura del ejército no se disipó del todo en los primeros meses de 1941. Su intervención en la etapa planificadora provocó en seguida roces con Halder y condujo a mediados de marzo a enmiendas de cierta importancia en las directrices detalladas de la invasión.[7]

Hitler había apreciado ya a principios de febrero dudas (en realidad un talante menos entusiasta) entre algunos de los jefes del ejército respecto a las perspectivas de éxito de la campaña inminente. El general Tilomas había expuesto al alto mando del ejército un panorama devastador de deficiencias en los suministros.[8] Halder había anotado en su diario el 28 de enero el meollo de su discusión con Brauchitsch a primera hora de la tarde sobre «Barbarroja»: «El “propósito” (Sinn) no está claro. No golpeamos de ese modo a los ingleses. No mejorará sustancialmente nuestro potencial económico. No se debe menospreciar el peligro en el oeste. Italia bien podría desmoronarse tras la pérdida de sus colonias y tenemos un frente sur en España, Italia y Grecia. Si además nos comprometemos en Rusia, no haremos sino empeorar aún más una situación mala».[9] Manifestaron dudas y recelos los comandantes de las tres secciones del ejército, los mariscales de campo V0n Leeb, V0n Bock y Von Rundstedt, cuando comieron con Brauchitsch y Halder el 31 de enero.[10] Brauchitsch se mostró como siempre poco dispuesto a plantear a Hitler problemas y preocupaciones. Pero Bock intentó hacerlo el 1 de febrero. El creía que el ejército alemán «derrotaría a los rusos si le hacían frente y luchaban». Pero dudaba que fuese posible obligarles a aceptar condiciones de paz. Hitler se mostró desdeñoso. La pérdida de Leningrado, Moscú y Ucrania obligaría a los

rusos a abandonar la lucha. En caso contrario, los alemanes seguirían presionando más allá de Moscú, hasta Ekaterimburgo. La producción de guerra, continuó Hitler, era como todas las demandas. Había materia prima en abundancia. La economía estaba boyante. Las fuerzas armadas contaban con más potencial humano del que había disponible al iniciarse la guerra. Bock no consideró que mereciese la pena indicar que aún era posible poner fin al conflicto. «Lucharé—aseguró Hitler—. Estoy convencido de que nuestro ataque caerá sobre ellos como una granizada».[11]

Halder tuvo buen cuidado de no excederse en una conferencia que celebró con Hitler el 3 de febrero. Planteó problemas de suministro, pero indicó métodos por los que podían superarse y minimizó los peligros en los que había estado insistiendo sólo unos días antes. Los jefes del ejército cedieron a la insistencia de Hitler en dar prioridad a la toma de Leningrado y de la costa báltica sobre el avance hacia Moscú, pero se olvidaron de analizar con suficiente detalle las consecuencias de esa estrategia.[12] Se informó a Hitler de la superioridad de los rusos en tropas y tanques, pero él no estimaba gran cosa su calidad. Todo dependía de que hubiese victorias rápidas los primeros días y se asegurasen el Báltico y el flanco sur hasta Rostow. Moscú, como había subrayado repetidas veces, podía esperar. Según Below, Brauchitsch y Halder «aceptaron las directrices de Hitler para desencadenar la guerra contra Rusia sin una sola palabra de objeción u oposición».[13]

En los días que siguieron a la reunión, el general Thomas emitió más prognosis sombrías de la situación económica. Había combustible para vehículos para dos meses, para la aviación hasta el otoño, producción de cancho hasta finales de marzo. Thomas pidió a Keitel que transmitiera su informe a Hitler. Keitel explicó que el Führer no se permitiría que influyeran en él problemas económicos. Lo más probable es que el informe nunca llegara a Hitler. De cualquier modo, si lo que pretendía Thomas era frenarle exponiéndole duras realidades económicas, estaba garantizado que su método sería contraproducente. Un informe posterior demostraba que si se obtenían victorias rápidas y se ocupaban los campos petrolíferos del Cáucaso, Alemania se haría con el 75 por 100 de las materias primas que alimentaban la industria de guerra soviética. Esa

prognosis sólo podía servir para alentar a Hitler y a otros dirigentes nazis.[14]

Hitler seguía preocupado por una serie de aspectos de la planificación del OKH. Le inquietaba que los jefes del ejército infravalorasen los peligros de los ataques soviéticos a los flancos alemanes desde los pantanos del Pripet y pidió en febrero un estudio detallado que le permitiera extraer sus propias conclusiones.[15] A mediados de marzo contradijo las conclusiones del Estado Mayor general, asegurando (correctamente, tal como resultaron las cosas) que los pantanos del Pripet no eran ningún impedimento para el avance del ejército. Pensaba también que el plan existente dejaría a las fuerzas alemanas demasiado esparcidas y con demasiada dependencia en el frente sur de la fuerza, a su parecer dudosa, de las divisiones rumanas, húngaras y eslovacas (estas últimas desdeñadas por el mero hecho de ser eslavas). Ordenó, por tanto, la modificación de un avance en dos flancos de la sección sur del ejército que pasó a ser un avance único hacia Kiev y por el Dnieper abajo. Finalmente, volvió a insistir en que el objetivo crucial tenía que ser asegurar Leningrado y el Báltico, no avanzar hasta Moscú que según proclamó, en una reunión con sus jefes militares el 17 de marzo, era «completamente intrascendente» («Moskau völlig gleichgültig!»).[16] En esta conferencia, esas modificaciones del plan operativo original fueron aceptadas sin objeciones por Brauchitsch y Halder.[17] Con eso quedaba concluido en todos sus detalles esenciales el esquema militar de la invasión.

Capítulo II

Sin embargo, mientras iban tomando forma los preparativos para la gran ofensiva, Hitler estaba preocupado por la peligrosa situación que

había creado en los Balcanes la desdichada invasión de Grecia por Mussolini del octubre anterior y por la necesidad de poner remedio a las consecuencias de la incompetencia militar italiana en el norte de África.

Hizo todo lo posible por no hacer sentirse incómodo a Mussolini por los reveses militares de Albania y del norte de África (donde tropas inglesas muy inferiores en numero habían tomado a principios de mes el bastión italiano de Bardia), cuando llegó a la pequeña estación de Puch, cerca de Salzburgo, el 19 de enero para dos días de conversaciones en el Berghof.

Cuando llegó el tren de Mussolini, Hitler y sus jefes militares estaban esperando en el andén en medio de la nieve.[18] Las conversaciones empezaron sin dilación. No se hizo mención alguna de los reveses militares italianos. La discusión se centró principalmente en los Balcanes, y en un nuevo intento, a través de la persuasión personal del Duce, de conseguir la intervención española en la guerra y el acuerdo para un ataque alemán a Gibraltar.[19] Mussolini, al informar a Ciano sobre sus conversaciones privadas, dijo que «encontró a Hitler muy antirruso, leal a nosotros y no demasiado preciso sobre lo que se propone hacer en el futuro contra Inglaterra». Un desembarco quedaba descartado. La dificultad de esa operación entrañaba un riesgo de fracaso inaceptable, tras lo cual Inglaterra «sabría que Alemania empuña sólo una pistola descargada».[20]

La tarde del 20 de enero, Hitler habló durante dos horas en presencia de especialistas militares sobre el enfoque de una intervención alemana en Grecia. «Abordó la cuestión primordialmente desde un punto de vista técnico —reseñaba Giano—relacionándola con la situación política general. He de admitir que hace esto con mía maestría excepcional. Nuestros especialistas militares están impresionados».[21] Aunque el «Hitler muy antirruso» que vio Mussolini señalase los futuros peligros que podrían llegar de la Unión Soviética después de la muerte de Stalin, cuando los judíos, marginados por el momento de la jefatura, pudiesen ocuparla de nuevo y cuando la fuerza aérea rusa pudiese destruir los yacimientos petrolíferos rumanos, no llegó a dar en ningún momento indicio alguno de que se estuviese preparando para atacar en el este.[22] Se mantendría en la ignorancia a los italianos, como siempre, hasta el

último instante.

Mussolini regresó de las conversaciones «entusiasmado» (según Ciano) «como lo está siempre después de una reunión con Hitler».[23] Fue una suerte que el Duce se fuese cuando lo hizo. Si se hubiese quedado dos días más su creciente sentimiento de inferioridad respecto a su socio del Eje se habría agudizado aún más ante la noticia desastrosa para su régimen fascista de que Tobruk había caído en poder de los ingleses.[24]

Al desprecio popular que inspiraba en Alemania el comportamiento de los italianos en la guerra se unía un desdén creciente de los dirigentes nazis hacia sus colegas fascistas.[25] «Mussolini ha perdido muchísimo prestigio», comentaba Goebbels hacia finales de enero de 1941, viendo debilitarse la posición del Duce por el desastre militar del norte de África.[26] Hitler, fuesen cuales fuesen sus dudas y sus propias críticas a los italianos, no tenía más opción que mantenerse unido a su socio del Eje.[27]

Durante el calamitoso mes de enero la lucha en Libia había dejado un saldo de 130. 000 italianos prisioneros de los ingleses.[28] Había que afrontar la posibilidad de una derrota total de los italianos en el norte de África. El 6 de febrero Hitler estaba informando al general que había elegido para detener el avance inglés y conservar la Tripolitania para el Eje.[29] Este general era Erwin Rommel, que, combinando el farol y la inteligencia táctica, conseguiría invertir la situación a lo largo de la segunda mitad de 1941 y durante la mayor parte de 1942 y mantener a raya a los ingleses en el norte de África.

La esperanza de Hitler de conseguir una conquista estratégica vital en el Mediterráneo (con una influencia notoria sobre la situación en el norte de África) mediante la toma de Gibraltar volvió sin embargo a quedar frustrada por la obstinación del general Franco. Hitler había sido informado ya por Jodl a finales de enero de que tendría que dejarse a un lado la «Operación Félix» (el ataque previsto a Gibraltar) porque lo antes que podría producirse ya sería a mediados de abril. Las tropas y las armas serían entonces necesarias para «Barbarroja», que en aquel momento estaba programado que podía empezar sólo un mes más tarde.[30] Hitler aún tenía la esperanza de que Mussolini, en su encuentro con

Franco del 12 de febrero, pudiese convencer al Caudillo para que entrase en la guerra. El día antes de la reunión, Hitler envió a Franco una carta personal, exhortándole a unir sus fuerzas con las potencias del Eje y a reconocer «que en tiempos tan difíciles es más el corazón intrépido que la prudente previsión lo que puede salvar a las naciones».[31] Franco no se dejó impresionar. Repitió cuáles eran las exigencias españolas en Marruecos, que se sumaban a la de Gibraltar. Y añadió además, como precio por la entrada de España en la guerra en una fecha indeterminada, unas exigencias tan exorbitantes en suministros de grano (diciendo que 100.000 toneladas prometidas por los alemanes sólo daban para veinte días) que no había ninguna posibilidad de que se pudiesen aceptar.[32] A España había que dejarla, como antes, fuera de la ecuación.

Capítulo III

Hitler confirmó las «terribles condiciones» de España de que le informó Goebbels, al día siguiente de su gran discurso en el Sportpalast del 30 de enero de 1941, para conmemorar el octavo aniversario de su nombramiento para el cargo de canciller.[33] El ministro de propaganda encontró a Hitler muy animado, seguro de que Alemania mantendría la iniciativa estratégica, convencido de la victoria, revitalizado como siempre por el entusiasmo desbocado (era para él como una droga) de la inmensa multitud de vociferantes admiradores que llenaba el Sportpalast. «Le he visto muy pocas veces así en la época reciente», comentaba Goebbels.[34] «El Führer siempre vuelve a impresionarme—añadía—. Es un auténtico Caudillo, un dispensador inextinguible de fuerza».[35]

Hitler se había centrado en su discurso casi exclusivamente en atacar

a Gran Bretaña. No dedicó ni una sola sílaba a Rusia; ni volvió a mencionar a la Unión Soviética en ningún discurso público hasta el 22 de junio de 1941, el día de la invasión.[36] Per o, cuando habió con Goebbels al día siguiente, se refirió a un informe sobre Rusia que había elaborado Ernst Torgler, hijo del antiguo miembro destacado del KPD, basándose en una experiencia de siete años en el país. «¡Horrible! —comentó Goebbels (haciéndose eco presumiblemente de sentimientos de Hitler al dar cuenta del meollo de la conversación)—. Todo confirmaba lo que sospechábamos, creíamos y también decíamos». Goebbels ratificó esas impresiones basándose en un informe sobre la situación en Moscú que había recibido él mismo, procedente de un personaje destacado de su Ministerio.[37]

Hubo otro aspecto del discurso de Hitler del 30 de enero digno de mención. Por primera vez desde el inicio de la guerra, reiteró su amenaza de «que si el resto del mundo hubiese de precipitarse en una guerra general por los judíos, ¡la totalidad de los judíos habrán representado su último papel en Europa!». «Hoy pueden todavía reírse de ello—añadió, amenazadoramente—lo mismo que se reían antes de mis profecías. Los meses y años próximos demostrarán que también en este caso he sabido ver las cosas acertadamente».[38] Hitler había lanzado su amenaza, en tonos similares, en su discurso al Reichstag del 30 de enero de 1939. Al repetirla ahora, dijo recordar que había hecho su «profecía» en el discurso que había pronunciado ante el Reichstag al estallar la guerra. Pero, en realidad, no había mencionado a los judíos en su discurso al Reichstag del 1 de septiembre, el día de la invasión de Polonia. Cometería el mismo error de datación en varias ocasiones más durante los dos años siguientes.[39] Era un indicio, subconsciente o más probablemente intencional, de que asociaba de forma directa la guerra con la destrucción de los judíos.

¿Por qué repitió la amenaza en esa coyuntura? No había ninguna necesidad con textual visible de hacerlo. Había aludido anteriormente en el discurso a «una cierta camarilla capitalista del judaismo internacional», pero no había interpretado por lo demás la melodía antisemita.[40] Es probable que la «profecía» repetida estuviese concebida, igual que la original de enero de 1939, como una amenaza a

lo que Hitler siempre consideró como la «plutocracia» bajo control judío de Inglaterra y de los Estados Unidos. Fue una repetición del ardid chantajista de que conservaba a los judíos en su poder como rehenes.

Pero en las semanas inmediatamente anteriores a su discurso, Hitler había estado pensando en el destino de los judíos y había encargado a Heydrich la tarea de elaborar un nuevo plan, que sustituyese al ya difunto de Madagascar, para expulsar a los judíos de la esfera alemana de dominio.[41] Su repetida «profecía» probablemente fuese una velada insinuación de ese propósito, aunque cualquier plan fuese todavía vago en esa etapa.

Tal vez Hitler hubiese albergado su «profecía» en los recovecos de su mente desde que la había elaborado en un principio. Tal vez uno de sus subordinados se la hubiese recordado. Pero lo más probable es que fuese la inclusión del extracto de su discurso en la película propagandística Der ewige Jude, que había pasado a proyectarse al público en noviembre de 1940, lo que avivó la memoria de Hitler respecto a su anterior comentario.[42] Fuese cual fuese el motivo, resultaba alarmante que repitiese la amenaza en ese momento. Aunque no supiese muy bien cómo iba a traer la guerra la destrucción de los judíos europeos, estaba seguro de que el resultado sería ese. Y esto sucedía sólo unos meses antes de que hubiese de desencadenarse la guerra contra el archienemigo, contra el «bolchevismo judío». La idea de la guerra para destruir a los judíos de una vez por todas estaba empezando a adquirir forma concreta en la mente de Hitler.

De acuerdo con la versión de su ayudante del ejército de tierra Gerhard Engel (recuerdos de postguerra, apoyados parcialmente en notas perdidas anteriores en forma de diario), Hitler discutió la «Cuestión Judía» poco después de su discurso, el 2 de febrero, con un grupo de sus íntimos.[43] Estaban presentes en la reunión Keitel, Bormann, Ley, Speer y el brazo derecho y oficial de contacto de Ribbentrop, Walther Hewel. Ley planteó el tema de los judíos. Fue el disparador para que Hitler expusiese por extenso sus ideas. Preveía que la guerra aceleraría la Solución, pero creaba también dificultades adicionales. Originalmente, había tenido a su alcance «acabar con el poder de los judíos como máximo en Alemania». En una ocasión había pensado, dijo, en deportar,

con la ayuda de los ingleses, a Palestina o a Egipto a medio millón de judíos alemanes. Pero objeciones diplomáticas habían bloqueado esa idea. Ahora el objetivo debía ser «acabar con la influencia judía en toda la zona de poder del Eje». En algunos países, como Polonia y Eslovaquia, podían hacer eso los propios alemanes. En Francia, se había hecho más complicado después del armisticio, y era precisamente donde tenía especial importancia. Habló de pedir a Francia la isla de Madagascar para reasentar allí a los judíos. Cuando un Bormann claramente incrédulo (debía de tener presente sin duda que el Ministerio de Asuntos Exteriores hacía mucho ya que había prescindido del Plan Madagascar y, lo que era aún más importante, también la Oficina central de seguridad del Reich) preguntó cómo se podía hacer eso en plena guerra, Hitler respondió vagamente que le gustaría poder disponer de toda la flota de «Al Vigor por la Alegría» para esa tarea, pero que temía exponerla a los ataques de los submarinos enemigos. Luego, de un modo un tanto contradictorio, añadió que «ahora estaba pensando en algo distinto, no precisamente más amistoso».[44]

Este comentario críptico (suponiendo que la versión de Engel sea una versión fiel de lo que había dicho Hitler) era, se puede suponer razonablemente, una insinuación de que la derrota de la Unión Soviética, que se suponía cuestión de sólo unos meses, dejaría abierta la perspectiva de la deportación completa de los judíos a las nuevas tierras conquistadas en el este… y trabajos forzados en condiciones brutales en los pantanos del Pripet (que se extendían hacia la Rusia Blanca en lo que anteriormente eran las zonas orientales de Polonia), y en los gélidos páramos árticos del norte de la Unión Soviética. Estas ideas las estaban aireando por primera vez en este período, más o menos, Himmler, Heydrich y Eichmann.[45] Ellos habrían planteado sin vacilar sus ideas a Hitler. Se estaba desbordando ya con mucho mentalmente lo que se había planteado en el Plan Madagascar, por muy inhumano que hubiese sido este también. En un clima tan inhóspito como el que se preveía ahora, el destino de los judíos estaría sellado. En unos cuantos anos la mayoría de ellos habrían muerto de hambre, congelados o víctimas de un trabajo agotador.[46] La idea de una solución territorial completa al «problema judío» había pasado a ser prácticamente sinónimo de

genocidio.

Hitler había estado sometido a continuas presiones de los dirigentes nazis para que permitiese deportar a los judíos de sus territorios, con el Gobierno General, entonces lo mismo que antes, como el «basurero» preferido. Entre los más insistentes estaba el Gauleiter de Viena, y antiguo dirigente de la Juventud de Hitler, Baldur von Schirach, que llevaba presionando firmemente desde el verano anterior con la finalidad de aliviar los problemas de vivienda crónicos de la ciudad «evacuando» de ella a 60.000 judíos y enviándolos al Gobierno General. Hitler había accedido al final a hacerlo en diciembre de 1940. Estaban ultimados ya los planes para realizarlo a principios de febrero de 1941.[47] Hitler, nada más regresar de su visita a Viena de marzo, en el tercer aniversario de la Anschluss, discutió con Hans Frank y Goebbels el traslado inminente de los judíos de Viena. Goebbels, deseoso de librarse de los judíos de Berlín, se aplacó con la indicación de que la capital del Reich sería La siguiente. «Luego, llegará un momento en que tendrán que salir todos de Europa», añadió el ministro de propaganda.[48]

A pesar de los problemas que habían surgido en 1940 en relación con el traslado de judíos y polacos al Gobierno General, Heydrich (presionado en parte por la Wehrmacht, que necesitaba tierras para hacer maniobras militares) había aprobado en enero de 1941 un nuevo plan para expulsar a los dominios de Hans Frank a 771.000 polacos junto con los 60.000 judíos de Viena (plegándose a las demandas de deportación de Schirach, respaldado por Hitler) para que dejaran libre espacio en el que se pudiese asentar a los alemanes étnicos.[49] Una fuerza impulsora importante que había tras la urgencia del nuevo y ambicioso programa de reasentamiento era la necesidad de acomodar (e incorporar como mano de obra) a los alemanes étnicos llevados a Polonia desde Lituania, Besarabia, Bukovina y otras zonas de Europa oriental y míseramente albergados desde entonces en campos de tránsito. Los subordinados de Frank estaban desanimados ante la perspectiva de tener que lidiar con un nuevo y enorme aflujo de «indeseables».[50] Pero la cuestión es que complicaciones logísticas inevitables del nuevo plan pronto lo desenmascararon como un grandioso ejercicio de demencia inhumana. A mediados de marzo el plan

había encallado. Sólo habían sido deportadas al Gobierno General 25. 000 personas. Y sólo habían salido de Viena unos 5.000 judíos, ancianos la mayoría de ellos.[51] No había aún ninguna perspectiva de que se pudiese cumplir, dentro de los confines del territorio que se hallaba en aquel momento bajo control alemán, el programa de reasentamiento completo que propugnaba Himmler ni, dentro de ese programa, de resolver lo que parecía estar convirtiéndose en un problema cada vez más insoluble: librarse de los judíos.

Por lo que indican comentarios del colega de Eichmann, Theodor Dannecker, y, posteriormente, del propio Eichmann. fue en el paso de 1940 a 1941 cuando Heydrich consiguió la aprobación de Hitler (no está claro si fue por intercesión de Göring o de Himmler) a su propuesta para la «evacuación definitiva» de los judíos alemanes al Gobierno General.[52] El 21 de enero Dannecker anotó: «De acuerdo con la voluntad del Führer, la cuestión judía dentro de la parte de Europa regida o controlada por Alemania ha de someterse después de la guerra a una "solución final" (einer endgültigen Lösung)». Con este fin, Heydrich había obtenido de Hitler, a través de Himmler o de Göring, el «encargo de llevar adelante un proyecto de solución final (Endlösungsprojektes)».[53] Es evidente, en esta etapa, que lo que se planteaba era aún una solución territorial, un sustituto del abortado Plan Madagascar. Eichmann barajaba una cifra de unas 5. 800. 000 personas.[54]

Dos meses después Eichmann explicó a representantes del Ministerio de Propaganda que a Heydrich le «habían encargado la evacuación definitiva de los judíos (endgültigen Judenevakuierung)» y había planteado una propuesta en ese sentido entre ocho y diez semanas antes. Pero la propuesta no había sido aceptada «porque el Gobierno General no estaba por el momento en condiciones de absorber un solo judío o polaco más».[55] Guando Hans Frank visitó Berlín el 17 de marzo para hablar en privado con Hitler sobre el Gobierno General (planteando sin duda las dificultades que le creaba el nuevo plan de deportación de Heydrich) se le garantizó, en lo que equivalía a un cambio radical de la política previa, que el Gobierno General sería el primer territorio que se riese libre de judíos.[56] Pero, sólo tres días después de esa reunión, Eichmann aun explicaba que Heydrich estaba dirigiendo la «evacuación

definitiva de los judíos» al Gobierno General.[57] Es evidente que (al menos esa era la línea que sostenía Eichmann) Heydrich seguía aún entonces con la vista puesta en el Gobierno General como la base de una solución territorial. Frank no quería saber nada de eso. Y Hitler le había planteado ahora además la perspectiva de que su territorio sería el primero que se riese libre de sus judíos. Tal vez esto se dijese sólo para aplacar a Frank. Pero teniendo en cuenta las ideas que estaban ya tomando forma para una nueva solución territorial completa en los territorios que se conquistarían muy pronto en la Unión Soviética (eso se creía), era casi con seguridad un indicador más de que Hitler estaba ya considerando una nueva opción para una solución radical del «problema judío» en cuanto se acabase la guerra mediante una deportación en masa al este.

Heydrich y su jefe Himmler estaban ciertamente deseosos de aprovechar la oportunidad de ampliar su propia base de poder a gran escala explotando el nuevo potencial que estaba a punto de surgir en el este. Himmler se había apresurado a familiarizarse con el pensamiento de Hitler y había aprovechado sin duda la oportunidad para hacer sus propias propuestas. La misma noche que se firmó la directriz militar para que se iniciase la «Operación Barbarroja», el 18 de diciembre, se había dirigido a la Cancillería del Reich para celebrar una entrevista con Hitler. No sobrevive ninguna transcripción ni anotaciones de lo que se habló, pero es difícil de creer que Himmler no plantease la cuestión de las nuevas tareas para las SS que serían necesarias en el nuevo enfrentamiento con el «judeobolchevismo».[58] Se trataba sólo, en ese punto, de obtener una amplia autorización de Hitler para planes que aún había que elaborar.

Himmler y Heydrich habrían de estar ocupados durante las semanas siguientes en la delimitación de su nuevo imperio. Himmler informó a un grupo selecto de dirigentes de las SS en enero de que tendría que haber una reducción de unos treinta millones en la población eslava en el este.[59] La Oficina Central de Seguridad del Reich encargó ese mismo mes que se hiciesen los preparativos para una amplia actuación policial.[60] A principios de febrero Heydrich había emprendido ya negociaciones preliminares con Brauchitsch sobre la utilización de unidades de la

policía de seguridad junto con el ejército para «tareas especiales». No se preveían problemas importantes.[61]

Capítulo IV

Lo que podrían significar esas «operaciones especiales» fue resultando cada vez más claro para un círculo más amplio de los iniciados en la preparación de «Barbarroja» durante febrero y marzo. El 26 de febrero el general Georg Thomas, el especialista económico de la Wehrmacht, se enteró por Göring de que un objetivo inicial durante la ocupación de la Unión Soviética era «liquidar (erledigen) rápidamente a los dirigentes bolcheviques».[62] Una semana más tarde, el 3 de marzo, los comentarios de Jodl sobre la primera versión de las instrucciones operativas para «Barbarroja» que se le habían enviado rutinariamente hacían esto explícito: «todos los comisarios o dirigentes bolcheviques deben ser liquidados inmediatamente». Jodl había modificado un poco el borrador antes de enseñárselo a Hitler.[63] Ahora resumía las directrices de Hitler para la «versión final». Estas dejaban claro que «la próxima campaña no es sólo un conflicto armado; conducirá también a un enfrentamiento entre dos ideologías diferentes. […] El ideal socialista no puede ya borrarse en la Rusia de hoy. Desde el punto de vista interno la formación de nuevos estados y gobiernos debe basarse inevitablemente en este principio. La intelectualidad judeobolchevique, que ha sido hasta ahora la «opresora del pueblo», debe ser eliminada». La tarea que hay que realizar, continuaban las directrices, era «tan difícil que no se puede confiar al ejército».[64] Jodl había hecho mecanografiar de nuevo a doble espacio el borrador para permitir a Hitler hacer nuevas modificaciones. Cuando Keitel firmó por fin el 13 de marzo la nueva versión, esta especificaba que «el Führer ha encomendado al Reichsführer-SS ciertas

tareas especiales dentro de la zona de operaciones del ejército», aunque no se hacía ya mención alguna de la liquidación de la «intelectualidad judeobolchevique» ni de los «dirigentes y comisarios bolcheviques».[65]

Aun así, había que dar instrucciones directas a la tropa de que se tratase implacablemente a los comisarios políticos y a los judíos con que se encontrase. Cuando Heydrich se reunió con Göring para tratar una serie de problemas relacionados con las actividades de la policía en la campaña del este, se le dijo que había que entregar al ejército un folleto de tres o cuatro páginas con instrucciones «sobre el peligro de la organización GPU, los comisarios políticos, judíos, etc., de manera que supiesen a quién tenían que llevar en la práctica al paredón».[66] Göring pasó luego a subrayar que la Wehrmacht tendría en el este poderes limitados, y que se le otorgaría a Himmler una gran esfera de autoridad independiente. Heydrich entregó a Göring su borrador de propuestas para la «solución de la Cuestión judía, que el mariscal del Reich aprobó con pequeñas enmiendas. Estas preveían, evidentemente, la solución territorial, que había sido concebida hacia el cambio de año y que ya habían aprobado Himmler y Hitler, de deportación de todos los judíos europeos a los páramos de la Unión Soviética, donde perecerían.[67]

Así que durante los tres primeros meses de 1941 habían pasado claramente a un primer plano y se habían aclarado en líneas generales los objetivos ideológicos del ataque a la Unión Soviética. El más activo en llevar adelante la iniciativa había sido Reinhard Heydrich, junto a su jefe nominal Himmler.[68] Göring, los jefes de la Organización del Plan Quinquenal y el Comando supremo de la Wehrmacht habían estado también profundamente implicados. Hitler había autorizado más que iniciado. Su papel preciso queda oculto en las sombras, como resulta tan frecuente. Pero tenía poca necesidad de salir al primer plano. Todos conocían su visión radical del «judeobolchevismo». A los diversos objetivos de política de los distintos (y normalmente rivales) grupos de poder de la jefatura del régimen se los podía reconciliar aceptando las propuestas más radicales, de Heydrich y Himmler, para el tratamiento del archienemigo del este. Esto se correspondía, además, con los impulsos ideológicos del propio Hitler. Así que fue él quien estableció una vez más la tónica para la brutalidad mientras otros se preocupaban

de la mecánica de esta. Y en el marco del inminente enfrentamiento, la brutalidad estaba ya adoptando formas y dimensiones que nunca había adquirido anteriormente, ni siquiera en el campo de instrucción experimental de la Polonia ocupada.

A mediados de marzo estaban bastante avanzadas, como ya hemos dicho, las conversaciones entre la policía de seguridad y la jefatura del ejército sobre el tratamiento de los comisarios políticos. También en eso fueron cómplices los jefes del ejército, en el fatídico progreso hacia la política de asesinato planificado del régimen en la Unión Soviética. El 17 de marzo, Halder anotó comentarios que Hitler realizó ese día: «La intelectualidad introducida por Stalin debe ser exterminada. Hay que aplastar la maquinaria de control del imperio ruso. En la Gran Rusia debe utilizarse la fuerza en su forma más brutal».[69] Hitler no decía nada aquí de ninguna política más amplia de «limpieza étnica». Pero la jefatura del ejército había aceptado dos años antes la política de aniquilación de la clase dirigente polaca. Dada la intensidad de su antibolchevismo predominante, no tendría ningún problema para aceptar que era necesario liquidar a la intelectualidad bolchevique.[70] El 26 de marzo una orden secreta del ejército exponía, aunque en términos suaves, la base del acuerdo con la policía de seguridad que autorizaba «medidas ejecutivas relacionadas con la población civil».[71] Al día siguiente, el comandante en jefe del ejército, mariscal de campo Von Brauchitsch, comunicó a sus comandantes del ejército del este: «Las tropas deben tener claro que la lucha será una lucha de raza contra raza (von Rasse zu Rasse) y que deben actuar con la necesaria severidad».[72]

El ejército apoyaba ya, pues, en gran medida, el objetivo estratégico y el objetivo ideológico de desarraigar implacablemente y destruir la base «judeobolchevique» del régimen soviético cuando Hitler, en un discurso pronunciado en la Cancillería del Reich ante unos doscientos oficiales de alto rango que duró casi dos horas y media, expuso con una claridad inconfundible sus ideas sobre la guerra inminente con el archienemigo bolchevique y sobre lo que esperaba del ejército. No era aquel el momento de hablar de estrategia y de táctica. Era el momento de delinear para generales en los que aún no confiaba demasiado la naturaleza del conflicto en que iban a participar. Expuso una vez más sus

argumentos habituales. Inglaterra había depositado sus esperanzas en los Estados Unidos y en Rusia. Había que resolver el problema ruso sin dilación. Esa era la clave para que Alemania pudiese realizar las otras tareas que tenía pendientes. Tendría así a su disposición recursos humanos y materiél En Rusia, el objetivo tenía que ser aplastar a las fuerzas armadas y destruir el estado. Hitler repitió sus comentarios despectivos sobre el armamento ruso, superior numéricamente pero de mala calidad. Su confianza se mantenía incólume. Los rusos, aseguró, se desmoronarían ante el ataque combinado de los tanques y de los aviones alemanes. Una vez concluidas las operaciones militares, no harían falta más que unas sesenta divisiones en el este, quedando las demás libres para actuar en otros lugares.

Pasó luego a la parte más asombrosa de su discurso: los objetivos ideológicos de la guerra. Fue franco: «Choque de dos ideologías. Crítica demoledora del bolchevismo, considerado criminalidad social. El comunismo es un peligro enorme para nuestro futuro. Debemos olvidar el sentimiento de camaradería entre soldados. Un comunista no es un camarada ni antes ni después de la batalla. Esta es una guerra de aniquilación. Si no entendemos esto, podremos derrotar al enemigo, pero treinta años después tendremos que combatir de nuevo al adversario comunista. No desencadenamos la guerra para preservar al enemigo». Explicó luego que había que «exterminar a los comisarios bolcheviques y a la intelectualidad comunista». «Tenemos que luchar contra el veneno de la desintegración—continuó—. Esta no es una tarea para tribunales militares. Los mandos de la tropa deben saber todos lo que está enjuego. Deben ser ellos los dirigentes en esta lucha. […] Los comisarios y los hombres de la GPU—proclamó—son criminales y hay que tratarlos como tales». La guerra seria muy distinta de la del oeste. «En el este, severidad hoy significa indulgencia en el futuro». Los mandos tenían que superar cualquier escrúpulo personal que pudiesen sentir.[73]

Brauchitsch aseguraba después de la guerra que los generales que le rodeaban estaban escandalizados cuando Hitler terminó de hablar.[74] Si hubiese sido así, tendría que haber aclarado simplemente por qué esos generales (y Brauchitsch en su nombre) no expusieron a Hitler el motivo de que se sintieran escandalizados. Sin embargo, el general Warlimont,

que también estuvo presente, recordaba «que ninguno de los asistentes aprovechó la oportunidad ni para mencionar siquiera las peticiones que había hecho Hitler durante la mañana».[75] Guando actuó como testigo en un juicio dieciséis años después del final de la guerra, Warlimont dijo, para explicar el silencio de los generales, que Hitler había convencido a algunos de que los comisarios no eran soldados sino «delincuentes criminales» (kriminelle Verbrecher). Otros (él incluido) se habían atenido, aseguraba, a la actitud tradicional de los oficiales de que Hitler, como jefe del estado y comandante supremo de la Wehrmacht, «no podía hacer nada ilícito».[76]

Al día siguiente del discurso de Hitler a los generales, el 31 de marzo de 1941, se dio la orden de preparar, de acuerdo con la dirección prevista de la inminente campaña, tal como él la había esbozado, directrices para el «tratamiento de los representantes políticos (Hoheitsträger)». No está claro cómo se dio exactamente esa orden y quién la dio. Halder supuso, cuando le preguntaron después de la guerra, que procedía de Keitel. «Cuando uno ha visto, docenas de veces, cómo el comentario más despreocupado de Hitler hacía correr al teléfono al hiperdiligente mariscal de campo para desencadenar todos los demonios, es fácil imaginar que un comentario al azar del dictador preocupase a Keitel hasta hacerle creer que era su deber en esa ocasión dar expresión práctica a la voluntad del Führer antes incluso de que se iniciasen las hostilidades. Entonces él o alguno de sus subordinados habría telefoneado al OKH y preguntado cómo andaban las cosas. Si se le hubiese hecho realmente esa pregunta al OKH, lo habrían considerado, como es natural, un acicate y se habrían puesto en movimiento inmediatamente».[77] Fuese una orden directa de Hitler o fuese (como suponía Halder) que Keitel hubiese «trabajado en la dirección del Führer» una vez más, las directrices formuladas a finales de marzo acabarían convirtiéndose el 12 de mayo en un edicto oficial.[78] Se ordenaba por primera vez de modo explícito y por escrito la liquidación de los funcionarios del sistema soviético. El motivo que se aducía era que «los dirigentes (comisarios) y representantes políticos» constituían un peligro, ya que «habían demostrado claramente con su trabajo sedicioso y subversivo previo que rechazaban todo el orden, la

constitución, la civilización y la cultura de Europa. Por tanto, deben ser eliminados».[79]

Esto formaba parte de una serie de órdenes para la dirección de la guerra en el este (que partían del marco que había definido Hitler para la guerra en su discurso de 30 de marzo) que emitieron en mayo y junio los altos mandos del ejército y la Wehrmacht. Su inspiración era Hitler, eso es indiscutible, pero les dieron forma operativa oficiales superiores (y sus asesores legales), que se esforzaban todos ávidamente por cumplir los deseos del Führer.[80]

El primer borrador del decreto de Hitler de 13 de mayo de 1941, el llamado «Decreto Barbarroja», que definía la aplicación de las leyes militares en el campo de actuación de la Operación Barbarroja, lo elaboró la sección jurídica del alto mando de la Wehrmacht.[81] La orden excluía de la jurisdicción de los tribunales militares actos punibles cometidos por civiles enemigos. A los guerrilleros había que fusilarlos inmediatamente. Se ordenaban represalias colectivas contra comunidades aldeanas enteras en casos en que no se pudiese identificar rápidamente a perpetradores individuales. Las acciones de miembros de la Wehrmacht contra civiles no estarían sometidas automáticamente a medidas disciplinarias, aunque se considerasen de forma general como delitos.[82]

La propia «Orden de los comisarios», fechada a 6 de junio, se atenía directamente a esa orden previa. Su formulación estaba instigada por el alto mando del ejército.[83] Las «Instrucciones para el tratamiento de los comisarios políticos» comenzaba: «En la lucha contra el bolchevismo, no debemos suponer que la conducta del enemigo se vaya a basar en principios de humanidad o de derecho internacional. Se puede esperar en concreto un tratamiento de los prisioneros inhumano, cruel e inspirado en el odio por parte de comisarios políticos de todos los rangos, que son los verdaderos dirigentes de la resistencia. […] Mostrar consideración con esos elementos durante esta lucha, o actuar de acuerdo con normas de guerra internacionales es erróneo y pone en peligro tanto nuestra propia seguridad como la rápida pacificación del territorio conquistado. […] Los comisarios políticos han introducido bárbaros métodos asiáticos de guerra, así que ha de administrarse en su

caso justicia inmediata y con la máxima severidad. Serán, por cuestión de principios, fusilados inmediatamente, hayan sido capturados durante operaciones o hayan mostrado resistencia de algún otro modo».[84]

La pronta aceptación por parte de los oficiales superiores de las directrices trazadas por Hitler para la dirección criminal de la guerra en el este no tenía nada de sorprendente. Tenía lugar después de la erosión gradual de la posición tradicional de poder de la cúpula dirigente de las fuerzas armadas (especialmente del ejército de tierra) que llevaba produciéndose desde 1933. Hitos de ese proceso habían sido el asunto Rohm de 1934 (cuando habían sido liquidados los dirigentes de la SA, en gran medida para aplacar al ejército) y, especialmente, la crisis Blomberg-Fritsch de 1938. La gran victoria en el oeste de 1940 había silenciado a los dubitativos, resaltando el complejo de inferioridad en rápido crecimiento de la cúpula diligente de las fuerzas armadas frente a Hitler. La subordinación del ejército a un caudillo cuyo programa político había servido durante mucho tiempo a sus propios Fines se había convertido, inexorablemente, en sometimiento a un caudillo cuyas apuestas de alto riesgo coqueteaban con el desastre y cuyos objetivos ideológicos estaban implicando al ejército en la criminalidad directa.

Sin embargo, no ha de verse en esto una imposición de la voluntad de Hitler a un ejército renuente. Si los jefes del ejército se aprestaban a traducir los imperativos ideológicos de Hitler en decretos operativos era. en parte, con la Finalidad de demostrar su Fiabilidad política y de no perder terreno frente a las SS, como había sucedido durante la campaña polaca.[85] Pero las bases de una docilidad tan ferviente iban más allá de eso. La experiencia de Polonia había sido un elemento vital en el descenso a la barbarie. Durante los dieciocho meses de participación en el sometimiento brutal de los polacos (aunque las peores atrocidades fuesen perpetradas por las SS, había habido un sentimiento de repugnancia considerable y unos cuantos generales habían sido lo suficientemente audaces como para protestar por ellas) habían ayudado a preparar el terreno para que hubiese aquella pronta disposición a colaborar en la barbarie premeditada de un género completamente distinto que iba incluida en la «Operación Barbarroja».

Cuando los oficiales llegaron a conocer de una forma más

generalizada toda la barbarie de la Orden de los comisarios en las semanas que precedieron inmediatamente a la campaña, hubo, también en este caso, honrosas excepciones. Oficiales superiores del Grupo B del ejército (que se convertiría en Grupo de Ejército del Centro), el general Hans von Salmuth y el teniente coronel Henning von Tresckow (que se convertiría más tarde una fuerza impulsora de planes para matar a Hitler), por ejemplo, hicieron saber confidencialmente que procurarían persuadir a sus comandantes de división de que ignoraran la orden. Treskow comentó: «Si se va a quebrantar el derecho internacional, habría que esperar primero a que lo hicieran los rusos, en vez de hacerlo nosotros».[86] Como el comentario indica, se reconocía claramente que la Orden de los comisarios era una violación del derecho internacional.[87] El mariscal de campo Fedor von Bock, comandante del Grupo de Ejército del Centro, rechazó el fusilamiento de guerrilleros y civiles sospechosos por considerarlo incompatible con la disciplina militar y se valió de esto como argumentación para eludir la Orden de los comisarios.[88]

Pero, como indicaban los comentarios de postguerra de Warlimont. una parte al menos del cuerpo de oficiales creía que Hitler tenía razón, que los comisarios soviéticos eran «criminales» y no había que tratarles como a «soldados», que era como se había tratado al enemigo en el frente, occidental. El coronel general Georg von Küchler, comandante del 18° Ejército, por ejemplo, explicó a sus comandantes de división el 25 de abril que sólo podía conseguirse una paz de cierta duración en Europa si Alemania controlaba un territorio que garantizase su propio suministro de alimentos y el de otros estados. Esto era inconcebible sin un enfrentamiento con la Unión Soviética. En términos muy parecidos a Los del propio Hitler, continuó: «Nos separa de Rusia, ideológica y racialmente, un profundo abismo. Rusia es, por la propia extensión de tierra que ocupa, un estado asiático. […] El objetivo tiene que ser aniquilar a la Rusia europea, disolver el estado europeo ruso. […] Los comisarios políticos y los jefes del GPU son criminales. Ellos son los que tiranizan a la población. […] Hay que hacerles comparecer ante un tribunal de campaña y condenarlos basándose en el testimonio de los habitantes. […] Esto nos ahorrará sangre alemana y avanzaremos más deprisa».[89] Aún más categórica fue la orden operativa del Grupo

Blindado 4, emitida por el coronel general Erich Hoepner (que sería ejecutado tres años después por su participación en el complot para matar a Hitler) el 2 de mayo, antes incluso de la Orden de los comisarios: «La guerra contra la Unión Soviética es un sector fundamental de la lucha por la existencia del pueblo alemán. Es la vieja lucha del pueblo germánico contra los eslavos, la defensa de la cultura europea frente a la inundación asiático-moscovita, la repulsa del bolchevismo judío. Esta lucha tiene que tener como objetivo aplastar a la Rusia actual y debe llevarse a cabo con una severidad sin precedentes. Toda acción militar debe regirse en su concepción y en su ejecución por la voluntad férrea de aniquilar implacable y totalmente al enemigo. Y se ha de ser especialmente implacable con los que respaldan el actual sistema rusobolchevique».[90]

La complicidad de Krücher, Hoepner y numerosos generales más estaba engranada en su formación y educación, en su modo de pensar. El solapamiento ideológico con la capa dirigente nazi fue considerable y es indiscutible. Hubo apoyo a la creación de un imperio oriental. El desprecio hacia los eslavos estaba profundamente arraigado. El odio al bolchevismo estaba extendido por todo el cuerpo de oficiales.[91] También era algo generalizado el antisemitismo (aunque raras veces de la variedad directamente hitleriana). Estos dos elementos combinados constituían la levadura psicológica cuya fermentación convirtió fácilmente a los generales en instrumentos para el asesinato en masa en la inminente campaña oriental.[92]

Capítulo V

En la última semana de marzo, tres días antes de que definiese para sus generales el carácter de la «Operación Barbarroja», Hitler recibió

unas noticias poco gratas con repercusiones en la planificación de la campaña oriental. Le explicaron que el golpe militar de Belgrado había derrocado al gobierno del primer ministro Cvetkovic y destituido al regente, el príncipe Pablo, en favor de su sobrino, el rey Pedro II, de diecisiete años. Sólo dos días antes, en una ceremonia espléndida, en la mañana del 25 de marzo, en presencia de Hitler, en el entorno palaciego de Schloss Belvedere de Viena, Cvetkovic había firmado la adhesión de Yugoslavia al Pacto Tripartito, comprometiendo finalmente (después de mucha presión) a su país del lado del Eje. Hitler consideró esto como «de extrema importancia en relación con el futuro de las operaciones militares alemanas en Grecia».[93] La intervención alemana allí resultaría arriesgada, le explicó a Ciano, si hubiese sido dudosa la posición de Yugoslavia, con la larga línea de comunicaciones a sólo unos veinte kilómetros de la frontera yugoslava dentro de territorio búlgaro.[94] Se sentía, por tanto, muy aliviado, aunque, comentó, «las relaciones internas en Yugoslavia podían pese a todo evolucionar de una forma más complicada».[95] Fuesen cuales fuesen sus aprensiones, Keitel le encontró unas horas después de la firma risiblemente aliviado, «feliz de que no hubiese que esperar más sorpresas desagradables en los Balcanes».[96] Ese optimismo tardó menos de cuarenta y ocho horas en venirse abajo. El entramado de la estrategia balcánica, cuidadosamente tejido a lo largo de meses, había sido rasgado.

Esta estrategia estaba dirigida a vincular cada vez más estrechamente a Alemania a los estados balcánicos, interrelacionados ya con ella desde el punto de vista económico. Mantener la zona al margen de la guerra había permitido a Alemania obtener un beneficio económico máximo que podía poner al servicio de sus intereses militares en otras partes.[97] El impulso inicial fue antibritánico, pero desde la visita de Molotov a Berlín la política alemana en los Balcanes había adoptado una tendencia crecientemente antisoviética.[98]

La imprudente invasión de Grecia por Mussolini el octubre anterior había traído consigo luego una importante revisión de objetivos. La amenaza que planteaba la intervención militar inglesa en Grecia era algo que no podía menospreciarse. No se podía atacar a la Unión Soviética mientras fuese tan patente el peligro en el sur. El 12 de noviembre Hitler

había emitido la Directriz nº 18, que daba orden al ejército de efectuar los preparativos necesarios para ocupar desde Bulgaria el norte continental griego del Egeo en caso de que se hiciese necesario hacerlo, para que la Luftwaffe pudiese atacar cualquier base británica que amenazase los yacimientos petrolíferos rumanos.[99] Ni la Luftwaffe ni la marina estaban satisfechas con esto y presionaban para que se ocupase toda Grecia y el Peloponeso. A finales de noviembre, el Estado Mayor operativo de la Wehrmacht accedió a ello.[100] La Directriz nº 20 de Hitler de 13 de diciembre de 1940 para la «Operación Marita» hablaba aún de la ocupación de la costa norte del Egeo, pero consideraba ya la posibilidad de ocupar toda la Grecia continental, «si fuese necesario».[101] La intención era tener la mayor parte de las tropas comprometidas disponibles «para nuevo despliegue» lo más rápidamente posible.[102]

Teniendo en cuenta que a esta directriz le seguiría al cabo de unos días la de «Barbarroja», era evidente lo que significaba «nuevo despliegue». El tiempo apremiaba. Hitler le había dicho a Ciano en noviembre que Alemania no podría intervenir en los Balcanes antes de la primavera.[103] «Barbarroja» estaba previsto que empezase en mayo. Cuando el mal tiempo retrasó inesperadamente los complejos preparativos de «Marita», se hicieron más acuciantes aún los problemas de cronometraje. Y una vez que Hitler decidió por fin en marzo (siguiendo anteriores consejos militares, como hemos visto) que la operación tenía que conseguir expulsar a los ingleses de toda la Grecia continental y ocuparla, la campaña tenía que ser más larga y al mismo tiempo más amplia de lo previsto en principio.[104] Fue esto lo que hizo que Hitler, en contra de la opinión expuesta con firmeza del alto mando del ejército, redujese el tamaño de las fuerzas destinadas inicialmente al flanco meridional de «Barbarroja».[105]

En los meses intermedios se habían hecho arduos esfuerzos en el frente diplomático para asegurar la fidelidad de los estados balcánicos. Hungría, Rumania y Eslovaquia se habían unido al Pacto Tripartito en noviembre de 1940.[106] Bulgaria, activamente cortejada por Hitler desde el otoño anterior, se comprometió por fin con el Eje el 1 de marzo.[107] La última pieza del rompecabezas era la más difícil de encajar: Yugoslavia. Bastaba su posición geográfica para hacerla vital para el

éxito de un ataque a Grecia. Así que también aquí se hicieron a partir de noviembre todos los esfuerzos posibles para conseguir un compromiso oficial con el Pacto Tripartito. La promesa de un puerto del Egeo, el de Salónica, brindó una cierta tentación.[108] La amenaza de ocupación alemana (el palo, como siempre, al lado de la zanahoria) hizo pensar aún más. Pero estaba claro que, entre el pueblo yugoslavo, la alineación con el Eje no sería un paso bien recibido. Hitler y Ribbentrop presionaron intensamente al príncipe Pablo cuando visitó Berlín el 4 de marzo. Pese al miedo a la agitación interior, en la que insistía el regente, la visita del príncipe preparó el camino para la firma posterior, el 25 de marzo, del Pacto Tripartito. Hitler se mostró dispuesto a aceptar los términos estipulados por el gobierno yugoslavo: garantía de la integridad territorial del país; ninguna vía de paso para las tropas alemanas; ningún apoyo militar para la invasión de Grecia; ninguna petición futura de apoyo militar; y respaldo a la reivindicación yugoslava de Salónica.[109] Pero horas después de que el primer ministro Cvetkovic y el ministro de asuntos exteriores Cincar-Markovic firmasen el Pacto en Viena, oficiales serbios de alta graduación, resentidos desde hacía mucho por la influencia croata en el gobierno, dieron un golpe de estado.[110]

Hitler recibió la noticia el día 27 por la mañana. Se enfureció. Convocó inmediatamente a Keitel y a Jodl. Gritó que nunca aceptaría aquello, agitando en la mano el telegrama de Belgrado. Le habían traicionado del modo más vergonzoso y aplastaría Yugoslavia por muchas promesas que hiciera el nuevo gobierno.[111] «El Führer no bromea con estas cosas», comentaba

Goebbels un día o dos después.[112] Hitler había mandado avisar también a los jefes de la Luftwaffe y del ejército (Göring y Brauchitsch), junto con el ministro de asuntos exteriores Ribbentrop. Poniendo como siempre al mal tiempo buena cara, destacó la buena suerte que habían tenido de que el golpe se hubiese producido entonces, y no después de que hubiese empezado ya «Barbarroja».[113] Tal como habían sucedido las cosas, aún quedaba más o menos el tiempo justo para resolver el problema de los Balcanes.[114] Pero era urgente hacerlo ya. Se había ordenado perentoriamente a Halder que regresase de Zossen. Hitler preguntó abiertamente cuánto tiempo necesitaba para preparar un

ataque contra Yugoslavia. Halder aportó en el acto los rudimentos de un plan de invasión, que había elaborado en el coche en el viaje desde Zossen.[115]

A la una Hitler se dirigía a una audiencia considerable de oficiales del ejército y de la Luftwaffe.[116] «El Führer está decidido—decía el informe del Estado Mayor de operaciones de la Wehrmacht—a hacer todos los preparativos necesarios para aplastar Yugoslavia militarmente y como una forma de estado». Era esencial la rapidez. Era importante efectuar el ataque «con severidad implacable» en una «operación relámpago». Esto tendría el efecto de disuadir a los turcos y de ofrecer ventajas para la posterior campaña contra Grecia. Los croatas respaldarían a Alemania y serían recompensados con su autonomía. Los italianos, los húngaros y los búlgaros tendrían ganancias territoriales a expensas de Yugoslavia en compensación por su apoyo. Habría que postponer el inicio de la «Operación Barbarroja», añadió Hitler, hasta cuatro semanas.[117] No hubo ninguna discusión.[118] Hitler ordenó que se iniciasen inmediatamente los preparativos. Había que comunicar al ejército y a la Luftwaffe las tácticas previstas a última hora del día.

Jodl resumió los objetivos de Hitler en la directriz militar para el ataque que se envió ese mismo día.[119] Los planes para la invasión de Grecia y los preparativos de «Barbarroja» se revisaron a toda prisa para dejar paso al ataque preliminar a Yugoslavia. Hitler no mostró ningún indicio de reconocimiento por el trabajo de su Estado Mayor general.[120] Finalmente se programó que la operación empezase en las primeras horas del día 6 de abril.[121] «Pero eso ya no es más que un pequeño inicio—comentaba Goebbels—. El problema de Yugoslavia no llevará demasiado tiempo. […] La gran operación es la que viene después: contra R.».[122]

La crisis yugoslava había obligado a Hitler a retrasar unas cuantas horas su reunión con el belicista ministro de asuntos exteriores japonés Yosuke Matsuoka. También se hizo preciso que Ribbentrop abandonase las conversaciones preliminares con su colega japonés para asistir a la reunión informativa convocada por Hitler.[123] La visita de Matsuoka a Berlín estuvo acompañada de una pompa y un ceremonial enormes. Se hizo todo lo posible por impresionar al importante huésped. Se habían

organizado, como solía hacerse en las visitas oficiales, multitudes vitoreantes, que en esta ocasión agitaban las pequeñas banderas japonesas de papel que habían sido repartidas a miles. El diminuto Matsuoka, permanentemente empequeñecido por los larguiruchos hombres de las SS que le rodeaban, agradecía de cuando en cuando las aclamaciones de la multitud agitando en el aire la chistera.[124]

Hitler dio mucha importancia a la visita. Albergaba la esperanza (fomentada por Raeder y Ribbentrop) de persuadir a los japoneses para que atacasen Singapur sin demora.[125] Ante la inminencia de «Barbarroja», eso dejaría atados a los ingleses en Extremo Oriente. La pérdida de Singapur sería un golpe catastrófico para la aún invicta Gran Bretaña. En Berlín se pensaba que esto serviría también para mantener a los Estados Unidos fuera de la guerra.[126] Y cesarían de un golpe los signos preocupantes y crecientes de un posible acercamiento entre Japón y los Estados Unidos.[127] Hitler no buscaba ayuda militar del Japón en la inminente guerra contra la Unión Soviética. En realidad, no estaba dispuesto a divulgar nada de «Barbarroja»… aunque en las conversaciones que Matsuoka había sostenido antes, aquella misma mañana, con Ribbentrop este le había hablado de un deterioro de las relaciones germano-soviéticas y había apuntado claramente la posibilidad de que Hitler llegase a atacar a la Unión Soviética en determinado momento.[128]

Hitler explicó a Matsuoka los éxitos militares y la posición de las potencias del Eje. Tenían el control de todos los frentes. Inglaterra había perdido la guerra, y todo consistía ya en que lo reconociese. Las dos esperanzas que les quedaban a los ingleses, continuó, entonando de nuevo el viejo estribillo, eran la ayuda estadounidense y la Unión Soviética. La primera no tendría ningún papel significativo antes de 1942. Y Alemania tenía disponibles de 160 a 180 divisiones que él no vacilaría en utilizar contra la Unión Soviética si era necesario… aunque añadió que no creía que el peligro se materializase. Japón, indicó implícitamente, no tenía por qué temer un ataque de la Unión Soviética en el caso de que atacara Singapur: había 150 divisiones alemanas (Hitler duplicaba sobradamente el número real) estacionadas en la frontera con Rusia.[129] Así que no podía haber un momento más

favorable para que los japoneses actuasen.[130]

Hitler había desplegado todo su repertorio retórico, pero la respuesta de Matsuoka le decepcionó amargamente. El ministro de asuntos exteriores japonés declaró que un ataque a Singapur era simplemente una cuestión de tiempo y no podría producirse, en su opinión, con la rapidez suficiente. Pero no era él quien gobernaba Japón y su criterio no había prevalecido hasta entonces frente a una potente oposición. «En el momento actual—afirmó—no podía asumir, dadas las circunstancias, ningún compromiso de actuar en nombre del Imperio japonés».[131]

Hitler no iba a conseguir nada de Matsuoka, del que diría más tarde que combinaba «la hipocresía de un misionero americano de la Biblia con la astucia de un asiático japonés».[132] Estaba claro: Hitler no podía contar con una intervención militar japonesa en un futuro previsible. Sin embargo, siguió considerándola un paso vital en el marco mundial. Como comentaba Ciano unas semanas después, «Hitler aún considera extremadamente importante la carta japonesa. En primer lugar, para amenazar y contrapesar completamente en el momento adecuado cualquier posible acción estadounidense».[133] Cuando Matsuoka regresó brevemente a Berlín a principios de abril para informar sobre su entrevista con Mussolini, Hitler se mostró dispuesto a proporcionarle todos los estímulos necesarios. Accedió a la petición de ayuda técnica para la construcción de submarinos. Hizo luego una oferta no solicitada. Si Japón «entraba» en guerra con los Estados Unidos, Alemania «extraería las consecuencias» inmediatamente. Los Estados Unidos intentarían habérselas con sus enemigos uno a uno. «Por tanto, Alemania intervendría de forma inmediata—dijo Hitler—en caso de un conflicto Japón-Estados Unidos, porque la fuerza de las tres potencias del Pacto era su actuación común. Su debilidad sería dejarse derrotar por separado».[134] Era la idea que llevaría a Alemania a entrar en guerra contra los Estados Unidos más tarde, ese mismo año, después del ataque japonés a Pearl Harbour. Entre tanto, el pacto de neutralidad soviético-japonés que Matsuoka negoció con Stalin en su viaje de regreso vía Moscú (pacto que garantizaba que Japón no se vería arrastrado a un conflicto entre Alemania y la Unión Soviética, y que aseguraba su flanco norte en caso de expansión por el sudeste de Asia) fue una sorpresa

desagradable para Hitler.[135]

Mientras Matsuoka estaba en Berlín, iban tomando forma ya frenéticamente los preparativos para «Marita». Estuvieron listos en poco más de una semana. Se acordó que la «Operación Marita» se iniciara el domingo 6 de abril a las 5:20 de la mañana. Había una tensión febril en el Ministerio de Propaganda y en otros organismos del régimen. Goebbels había preparado ya, con la aprobación de Hitler, las fanfarrias radiofónicas para la campaña balcánica, tomadas del comienzo de «Prinz Eugen».[136] A la 1 de la madrugada, afectado también por la tensión y a punto de echarse a dormir unas horas, recibió una llamada del Führer. Hitler trazó un esbozo del ataque. Contaba con que la campaña podría durar dos meses. Goebbels creía que menos. Hitler se refirió al Tratado de Amistad qué la Unión Soviética había firmado con Yugoslavia precisamente el día antes.[137] No tenía ningún miedo a Rusia. Había tomado suficientes precauciones. Si los rusos querían atacar, cuanto antes lo hicieran mejor. Si Alemania no actuaba inmediatamente, arderían todos los Balcanes y Turquía. Había que impedirlo. La guerra contra los serbios se llevaría a cabo «sin piedad».

El tiempo parecía arrastrarse. Goebbels tomó té con Hitler y, para distraerse, prescindieron de la guerra y hablaron de otras cosas distintas. Hitler recurrió a uno de sus temas favoritos: convertir Liftz en una capital cultural más grande que Viena. Goebbels dijo que le ayudaría en todo lo posible, en primer lugar instalando allí unos estudios cinematográficos.[138] Pasó otra hora. Llegaron por fin las 5: 20. Se había iniciado el ataque. A Hitler le pareció que podía irse a la cama ya.[139]

Poco después, Goebbels leyó por la radio La proclama que había dictado Hitler.[140] Por entonces, cientos de bombarderos de la Luftwaffe estaban convirtiendo Belgrado en un montón de ruinas humeantes. Hitler justificaba la acción como represalia contra una «camarilla criminal servia» de Belgrado que, a sueldo del servicio secreto inglés, estaba intentando extender la guerra en los Balcanes como en 1914. Las tropas alemanas pondrían fin a su acción una vez que los «conspiradores de Belgrado» hubiesen sido derrocados y se hubiese visto obligado a abandonar la región el último soldado inglés.[141] Lo que no se podía revelar, claro está, era que la invasión de Yugoslavia sería, al menos en

un aspecto importante, un ensayo para «Barbarroja». Hitler había dicho en privado que la campaña tendría que ser «implacable» («olme Gnade»).[142] El 2 de abril, el jefe del Estado Mayor general Halder (accediendo presumiblemente a una petición de Heydrich) añadió dos nuevos grupos elegidos como objetivo junto a «emigrantes, saboteadores y terroristas» de los que tenían que encargarse la policía de seguridad y el SD en la campaña de los Balcanes: comunistas y judíos.[143]

El 10 de abril, con la campaña en sus primeras etapas, Hitler dejó Berlín a ultima hora del día camino de su cuartel general de campaña improvisado. Estaba emplazado en su tren especial Amerika, estacionado a la entrada de un túnel al pie de los Alpes en un tramo de una sola vía de la línea férrea de Viena a Graz, en una zona boscosa próxima a Mönichkirchen. El Estado Mayor operativo de la Wehrmacht y los asesores más íntimos de Hitler se alojaban en un hostal cercano. El túnel debía brindar protección en caso de un ataque desde el aire.[144] El día antes de que saliese de Berlín, Hitler había tenido que soportar el peor ataque aéreo que habían lanzado los ingleses hasta el momento contra la capital del Reich. Resultaron dañados algunos de los edificios históricos de la avenida Unter den Linden, incluido el Palacio de la Opera, la Universidad, la biblioteca pública y el Palacio del príncipe heredero. Hitler se puso furioso con Göring por el fracaso de la Luftwaffe. Encargó inmediatamente a Speer la reconstrucción del Palacio de la Opera.[145]

Hitler permaneció quince días en su cuartel general de campaña oculto y sólidamente protegido. Le visitaron allí el rey Boris de Bulgaria, el almirante Horthy, el regente de Hungría y el conde Ciano… buitres que que se agrupaban en torno al cadáver de Yugoslavia.[146] Cumplió allí 52 años, aniversario que tuvo una celebración extraña con un concierto interpretado delante del tren especial, después de que Göring hubiese hecho el panegírico del talento del Führer como comandante militar, y Hitler hubiese dado la mano a cada uno de sus jefes de las fuerzas armadas.[147] Fue allí donde recibió también la noticia de la capitulación de Yugoslavia y de Grecia.[148]

Tras superar cierta resistencia inicial tenaz, la doble campaña contra Yugoslavia y Grecia se había desarrollado con una rapidez inesperada.[149] De hecho, la planificación operativa alemana había infravalorado

burdamente las débiles fuerzas enemigas. Sólo diez de las veintinueve divisiones alemanas desplazadas a los Balcanes habían entrado en acción durante más de seis días.[150] El día 10 de abril se llegó a Agram, y se proclamó un estado croata independiente, apoyado en el sanguinario movimiento antiserbio Utasha. Dos días después se llegaba a Belgrado. El 17 de abril se rindió incondicionalmente el ejército yugoslavo. Quedaron en poder de los alemanes unos 344. 000 prisioneros. Las bajas en el bando victorioso fueron de sólo 151 muertos, 392 heridos y 15 desaparecidos.[151]

El interés de Hitler por la conquista de Grecia, a diferencia del ataque punitivo a Yugoslavia, era puramente estratégico. Prohibió que se bombardease Atenas y lamentó tener que luchar contra los griegos. Si no hubiesen intervenido allí los ingleses (enviando tropas a principios de marzo para ayudar a los griegos a luchar contra las fuerzas de Mussolini) nunca habría tenido que apresurarse a acudir en auxilio de los italianos, le explicó a Goebbels.[152]

Mientras tanto, el doceavo ejército alemán había avanzado rápidamente por territorio yugoslavo sobre Salónica, que cayó el 9 de abril. El núcleo principal de las fuerzas griegas capituló el 21 de ese mismo mes. Siguió una breve farsa diplomática. El golpe que había sufrido el prestigio de Mussolini exigió que la rendición a los alemanes, que ya se había producido, estuviese acompañada de una rendición a los italianos. Hitler se vio obligado a pasar por ello para evitar un distanciamiento de Mussolini. Se prescindió del acuerdo firmado por el general List. Se envió a Jodl a Salónica con un nuevo armisticio. Esta vez participaron en él los italianos. Se firmó finalmente, el 23 de abril, entre protestas de los griegos.[153] Había 218.000 griegos y 12.000 ingleses prisioneros frente a 100 muertos y 3.500 heridos o desaparecidos del lado alemán. Los ingleses consiguieron evacuar, en un pequeño «Dunkerque», a 50.000 hombres (aproximadamente cuatro quintas partes de su fuerza expedicionaria), que tuvieron que dejar atrás o destruir su equipo pesado.[154] La campaña entera había durado menos de un mes.[155]

Hitler accedería sin entusiasmo, mientras estaba en Mönichkirchen, a la operación complementaria destinada a conquistar Greta mediante el

lanzamiento de paracaidistas. Accedió presionado por Göring, al que presionaba a su vez el comandante de la división paracaidista, el general Kurt Student.[156] A finales de mayo, también esto había resultado un éxito, pero había sido arriesgado. Y las bajas alemanas de 2.071 muertos, 2.594 heridos y 1.888 desaparecidos en un despliegue de unos 22. 000 hombres eran mucho más elevadas que las de toda la campaña balcánica. La «Operación Mercurio» (el ataque a Creta) convenció a Hitler de que los lanzamientos masivos de paracaidistas habían pasado a la historia. No se planteó utilizarlos al año siguiente en el ataque a Malta.[157] La ocupación de Creta brindaba la posibilidad de intensificar los ataques contra la posición de Inglaterra en Oriente Medio. El alto mando de la marina intentó persuadir a Hitler de ello.[158] Pero él tenía los ojos fijos en una sola dirección: el este.

Hitler regresó a Berlín el 28 de abril: era la última vez que el caudillo regresaba triunfador de una victoria relámpago lograda a un coste mínimo. Aunque la gente respondía en Alemania con menos entusiasmo que cuando las notables victorias del oeste, la campaña de los Balcanes parecía demostrar una vez más que su caudillo era un estratega militar de talento. Su popularidad se mantenía incólume. Pero había nubes en el horizonte. La gente, en su inmensa mayoría, quería, como siempre, paz: paz victoriosa, por supuesto, pero, sobre todo, paz. Aguzaban el oído cuando Hitler decía «nos aguarda un año duro de lucha» y hablaba, en su informe triunfal al Reichstag sobre la campaña de los Balcanes del 4 de mayo, de proporcionar armas mejores aún el «próximo año» a los soldados alemanes. Y estas preocupaciones de la gente se intensificaron con los rumores inquietantes de un deterioro de las relaciones con la Unión Soviética y de que se estaban concentrando tropas en las fronteras orientales del Reich.[159]

De lo que la masa del pueblo no tenía, por supuesto, la menor idea era de que Hitler había emitido ya casi cinco meses antes la directriz para preparar la «Operación Barbarroja» (la invasión de la Unión Soviética). Esa directriz, de fecha 18 de diciembre, decretaba que unos preparativos que exigían más de ocho semanas debían estar completados el 15 de mayo.[160] Sin embargo, la directriz no había fijado una fecha para el comienzo del ataque. (En una de las conferencias militares

anteriores a la directriz, el 5 de diciembre, Hitler había previsto finales de mayo como el momento del ataque. Pero esto no era más que una fecha teórica, ya que aún faltaba mucho por entonces para una campaña que dependería de las condiciones meteorológicas para poder disfrutar de la ventaja inicial decisiva.[161] Hitler, en su discurso a los jefes militares de 27 de marzo, inmediatamente después de que llegase la noticia del golpe en Yugoslavia, había hablado de un aplazamiento de hasta cuatro semanas como consecuencia de la necesidad de intervenir en los Balcanes.[162] Cuando volvió a Berlín tras su estancia en Mönichkirchen, se apresuró a fijar con Jodl una nueva fecha (después de que Halder le garantizase la disponibilidad de medios transporte para trasladar las tropas al este) para el inicio de «Barbarroja»: el 22 de junio.[163]

Hacia el final de la guerra, Hitler, buscando chivos expiatorios a su alrededor, volvió La vista atrás, hacia el fatídico aplazamiento, y lo consideró decisivo en el fracaso de la campaña rusa. «Si hubiésemos atacado a Rusia ya del 15 de mayo en adelante—aseguraba—habríamos estado en condiciones de terminar la campaña oriental antes del comienzo del invierno».[164] Esta consideración era extremadamente simplista y exageraba además la repercusión de la campaña balcánica en la planificación de «Barbarroja».[165] Las condiciones meteorológicas, con una primavera excepcionalmente húmeda en Europa central, habrían descartado casi seguro la posibilidad de un ataque importante antes de junio, hasta quizás de mediados de junio.[166] Además, el principal desgaste de las divisiones alemanas que participaron en la campaña balcánica se debió más a la tardía inclusión de Yugoslavia que a la invasión de

Grecia, planeada a lo largo de varios meses y al mismo tiempo que se planificaba «Barbarroja».[167] Lo que constituyó una desventaja en el inicio de «Barbarroja» fue que hubo que desplegar a una velocidad frenética divisiones que habían avanzado hasta el sur de Grecia y que luego, sin un periodo de recuperación, tuvieron que ser transportadas rápidamente a sus posiciones en el este.[168] Además, el daño causado a los tanques por las carreteras llenas de rodadas y baches de las montañas balcánicas exigió un inmenso esfuerzo para poder equiparlos de nuevo

para la campaña del este, y es probable que ello contribuyese al elevado número de fallos mecánicos que hubo durante la invasión de Rusia.[169] La repercusión más grave de la campaña balcánica en la planificación de «Barbarroja» probablemente fuese la disminución de las fuerzas alemanas en el flanco meridional, al sur de los pantanos del Pripet.[170]◦ Pero ya hemos visto que Hitler tomó la decisión en ese sentido el 17 de marzo, antes de que se produjera el golpe en Yugoslavia.

La debilidad del plan para invadir la Unión Soviética no podía achacarse a los italianos, por su fracaso en Grecia, ni a los yugoslavos, por lo que para Hitler era una traición. El desastre de «Barbarroja», cuando se produjo, fue algo directamente atribuible al carácter de las ambiciones y objetivos bélicos alemanes. Estos no eran sólo voluntad de poder incontrolable, megalomanía y obsesión ideológica de Hitler, ni mucho menos. Él había aportado, sin duda, la fuerza impulsora. Pero no había encontrado resistencia digna de mención en los escalones más elevados del régimen. El ejército, sobre todo, le había apoyado plenamente en el giro hacia el este. Y si la infravaloración por parte de Hitler del poder militar soviético fue crasa, se trataba de una infravaloración compartida por sus jefes militares, que seguían absolutamente convencidos de que la guerra en la Unión Soviética habría terminado mucho antes de que llegase el invierno.

Capítulo VI

Mientras tanto, Hitler se vio obligado de nuevo por acontecimientos que escapaban a su control, esta vez cerca de casa, a desviar la atención de «Barbarroja».

Cuando se bajó del estrado al final de su discurso a los diputados del Reichstag el 4 de mayo, ocupó su lugar, como siempre, al lado del

subjefe del partido, su seguidor más sumiso y servil, Rudolf Hess.[171] Y pocos días después, cuando estaba en el Obersalzberg, llegó allí la asombrosa noticia de que su segundo en el partido había cogido un Messerschmitt 110 en Augsburgo, había despegado en dirección a Inglaterra y había desaparecido. La noticia estremeció el Berghof como si fuera una bomba.[172] El primer deseo fue que hubiese muerto. «Es de esperar que haya caído», se oyó decir a Hitler.[173] Luego llegó de Londres la noticia (no inesperada ya por entonces) de que Hess había aterrizado en Escocia y había sido hecho prisionero. Con la campaña rusa inminente, Hitler se enfrentaba ahora a una crisis interna. Más importante aún: Hess había proporcionado a los ingleses un regalo para sus servicios de propaganda o para los servicios secretos. De hecho, el gabinete británico no tardó en tomar la decisión de olvidarse de las evidentes posibilidades propagandísticas para presionar a Stalin en una coyuntura crítica.[174]

La tarde del sábado 10 de mayo, Hess había dicho adiós a su esposa, Ilse, y a su hijo pequeño, Wolf Rüdiger, diciendo que estaría de vuelta el lunes por la noche. Desde Munich había ido en su Mercedes a la fábrica de Messerschmitt, situada cerca de Augsburgo. Allí, cambió de indumentaria, se puso un traje de piloto forrado de piel y una chaqueta de capitán de la Luftwaffe. (Su alias en la misión había de ser Hauptmann Alfred Horn). Poco antes de las (5 de una tarde clara de sol, su Messerschmitt 110 se dirigió a la pista y despegó. Poco después de las 11, después de cruzar Alemania, el mar del Norte y las Tierras Bajas de Escocia, Hess se lanzó fuera de la cabina, abandonando el avión, no lejos de Glasgow (y lesionándose una pierna al hacerlo), y descendió en paracaídas, algo que no había hecho nunca.

La defensa aérea había localizado la ruta y había habido observadores que habían visto cómo el ocupante del avión se lanzaba en paracaídas antes de que el aparato estallase en llamas. Sin embargo, fue un peón agrícola de la zona, Donald Mclean, el primero que llegó al escenario de los hechos. Vio en seguida que el paracaidista, que se debatía para librarse de su arnés; estaba desarmado. Al preguntarle si era inglés o alemán, Hess respondió que era alemán; se llamaba Hauptmann Alfred Horn y tenía que entregar un mensaje importante al

duque de Hamilton. Había llegado por entonces también al escenario de los hechos otro habitante de la zona, un hombre ya de edad, William Craig. Mientras este último iba a buscar ayuda, Hess fue conducido cojeando a la casa en que vivía McLean con su esposa y su madre, donde le ofrecieron una taza de té, que rechazó diciendo que prefería un vaso de agua. Poco después entraron en la casa unos cuantos miembros de la Home Guard,la milicia de voluntarios locales, que se dirigían ya a la granja porque habían visto descender a un paracaidista cerca de allí. Olían a whisky y se llevaron al prisionero, apuntándole con una vieja pistola de la Primera Guerra Mundial, le metieron en un coche y le condujeron al cuartel general de la Home Guard, una garita de vigilancia que había en la aldea contigua. Pronto aparecieron la policía y más oficiales de la milicia y curiosos que querían ver al prisionero alemán. Les siguió poco después el comandante Graham Donald, oficial del grupo auxiliar del Royal Observer Corps, que había estado siguiendo el curso del avión de Hess en su mapa hasta que había desaparecido la señal. El prisionero que estaba por entonces (bastante después de medianoche, una hora y media o más después de aterrizar) causado y probablemente cada vez más nervioso por las posibilidades de cumplir su «misión», convenció a Donald de que tenía un mensaje secreto trascendental para el duque de Hamilton.

Donald decidió ponerse en contacto con el duque, pero no se dejó engañar por lo de «Hauptmann Horn»; dijo que le explicaría al duque de Hamilton que tenía a Rudolf Hess bajo su custodia. En realidad, el duque ya había sido informado por entonces de que había un piloto alemán capturado que decía que tenía que hablar con él, aunque hasta que recibió la llamada telefónica de Donald no supo de la posible verdadera identidad del piloto. Ni siquiera entonces, cuando se le dijo que se aguardaba urgentemente su presencia, se mostró el duque muy inclinado a salir aquella misma noche para ir a ver a aquel prisionero de tan alto rango que se decía portador de un mensaje de vital importancia dirigido a él.[175]

El duque, teniente coronel de la fuerza aérea inglesa, acabó abandonando por fin su base para ir a hablar con el prisionero a media mañana del 11 de mayo. La conversación fue infructuosa, pero

convenció a Hamilton de que estaba realmente frente a Hess. A última hora del día voló al sur, convocado para informar a Churchill en Ditchley Park, Oxfordshire, una residencia palaciega del siglo XVIII emplazada en un majestuoso recinto, que el primer ministro inglés utilizaba a menudo como cuartel general de fin de semana. Churchill estaba en plena cena. Se había programado para la velada la proyección de una película, la divertidísima Los hermanos Marx en el Oeste. Churchill estaba contento de poder distraerse de las sombrías noticias que llegaban sobre los daños causados por el intenso ataque aéreo que había sufrido Londres la noche anterior. «Bueno, venga y cuéntenos esa extraña historia suya», dijo Churchill, bromeando con Hamilton, cuando este entró en el comedor. Hamilton indicó que se trataba de una historia que sería mejor explicar en privado. Los otros imitados, aparte del Secretario de Estado del aire, sir Archibald Sinclair, se retiraron. Hamilton explicó entonces lo que había pasado, pero el parte completo habría de esperar hasta después de medianoche. «Sea Hess o no lo sea—dijo Churchill—yo voy a ver a los hermanos Marx».[176]

Al día siguiente, lunes 12 de mayo, intervinieron en el asunto los profesionales del Ministerio de Asuntos Exteriores. Se decidió enriar a Ivone Kirkpatrick, que había sido primer secretario de la embajada inglesa en Berlín desde 1933 a 1938, y un firme adversario de la política de apaciguamiento, para que interrogase a Hess. Kirkpatrick y Hamilton salieron a coger el avión para Escocia a última hora del día. No llegaron a Buchanan Castle, cerca de Loch Lomond, para enfrentarse con el prisionero hasta después de medianoche.[177]

La primera noticia que tuvo Hitler de la desaparición de Rudolf Hess la recibió a última hora de la mañana del domingo 11 de mayo, cuando apareció inesperadamente en el Berghof Karl-Heinz Pintsch uno de los ayudantes del segundo del Führer. Portaba un sobre que contenía una carta que le había dado Hess poco antes de despegar, confiándosela para que se la entregase personalmente a Hitler. Pintsch, aunque con ciertas dificultades, consiguió que los ayudantes de Hitler entendieran que se trataba de una cuestión de la máxima urgencia y que tenía que hablar personalmente con el Führer.[178] Cuando Hitler leyó la carta de Hess, palideció.[179] Albert Speer, que estaba ocupado en aquel momento

haciendo unos croquis arquitectónicos, oyó de pronto un «chillido casi animal». Luego Hitler aulló: «¡Que venga Bormann inmediatamente! ¡¿Dónde está Bormann?!».[180]

Hess había expuesto sucintamente en la carta las razones por las que había volado hasta Escocia para hablar con el duque de Hamilton y ciertos aspectos de un plan de paz entre Alemania e Inglaterra que se firmaría antes de que se iniciase «Barbarroja». Explicaba que había hecho tres intentos previos de llegar a Escocia, pero que se había visto obligado a renunciar debido a problemas mecánicos en el aparato.[181] Su objetivo era lograr, con su actuación personal, que se comprendiese la vieja idea de Hitler de amistad con Inglaterra que sin embargo el propio Führer, pese a todos sus esfuerzos, no había sido capaz de conseguir. Si el Führer no estaba de acuerdo, podía hacer que se le declarase loco.[182]

Hitler telefoneó en seguida a Göring, que residía por entonces en su castillo de Veldenstein, cerca de Nuremberg. No estaba de humor para charlas, así que le gritó por teléfono: «Göring, ven aquí inmediatamente. Ha sucedido una cosa terrible». También se convocó a Ribbentrop.[183] Entre tanto, Hitler había ordenado que se detuviera a Pintsch, el desventurado portador de malas noticias, y a Alfred Leitgen, el otro ayudante de Hess, y paseaba arriba y abajo por el salón sin cesar, furioso.[184] Todo el Berghof estaba cargado de una atmósfera de alta tensión y de especulaciones.[185] Hitler tuvo la suficiente lucidez, en medio de aquel torbellino, para actuar con rapidez evitando que se produjese un vacío de poder en la dirección del partido debido a la deserción de Hess. Ese mismo día, emitió un lacónico edicto que establecía que la antigua oficina del vicepresidente del partido pasase a denominarse Cancillería del Partido y que quedase subordinada personalmente a él. La dirigiría, como antes, el camarada del partido Martin Bormann.[186] El tratamiento del problema recordaba el que había aplicado Hitler en la crisis de Gregor Strasser en 1932 tomando las riendas en sus propias manos, nominalmente al menos.[187] En la práctica, convertir a Bormann en jefe de la oficina central del partido aportaría a partir de entonces un nivel de celo intervencionista del partido, que impondría cada vez más su activismo ideológicamente orientado sobre la administración del régimen, a una escala que nunca se

había conocido bajo Hess.[188]

Göring llegó a última hora del día, acompañado por el general Ernst Udet. Hitler repitió que tenía la esperanza de que Hess se hubiese estrellado. Preguntó a Göring y a Udet si era probable que Hess consiguiese alcanzar su objetivo, situado en las proximidades de Glasgow. Los dos creían que había que descartarlo. En su opinión, Hess no tenía suficiente dominio del equipo técnico. Hitler no estaba de acuerdo con eso. Por otra parte, se despacho a Ribbentrop a Roma para impedir cualquier posible enfrentamiento en el Eje.

Podía llegar la noticia de Londres en cualquier momento. Era vital evitar que Mussolini pudiese suponer que Alemania estaba intentando acordar una paz por separado con Inglaterra.[189]

Hitler se puso furioso al enterarse de que Hess, pese a que tenía prohibido volar, había preparado sus planes con minucioso detalle. Se convenció (basándose en lo que indicaba el propio Hess en su carta) de que el Vice-Führer estaba padeciendo realmente un trastorno mental, e insistió en convertir su «locura» en el punto central del comunicado sumamente embarazoso que había que dirigir al pueblo alemán.[190] Como aún no había noticias de Inglaterra, pero se consideraba que era imprescindible algún tipo de comunicación oficial de Berlín, se sugirió que el Vice-Führer probablemente se hubiese estrellado en ruta. No se sabía aun nada del paradero de Hess cuando se emitió el comunicado esa noche, a las ocho. En él se mencionaba la carta que había dejado atrás, que mostraba «en su confusión, desgraciadamente, las huellas de un transtorno mental», lo que inspiraba temores de que hubiese sido «víctima de alucinaciones». «En estas circunstancias», concluía el comunicado, había que suponer que «el camarada del partido Hess se había estrellado en alguna parte en su viaje, es decir, sufrido un accidente».[191]

Goebbels, a quien Hitler había pasado por alto en su primera ronda de consultas, había sido convocado ya también al Obersalzberg. «El Führer esta completamente deshecho», anotaba en su diario el ministro de propaganda. «Qué espectáculo para el mundo: la persona que ocupa el segundo puesto después del Führer víctima de un transtorno mental».[192] Al día siguiente, al llegar al Berghof, le enseñaron las cartas que

había dejado Hess. «Un caos mental descabellado, una ingenuidad de colegial», fue su veredicto sobre lo que se proponía Hess, actuar a través del duque de Hamilton para hacer caer a Churchill y conseguir un acuerdo de paz. No se le ocurrió pensar, por desgracia, que Churchill le haría detener inmediatamente». Las cartas, aseguró, estaban llenas de «ocultismo mal enfocado». Indicó que Hess creía en los horóscopos. «Un caso absolutamente patológico», fue su conclusión.[193] Entre tanto, el 13 de mayo, temprano, la BBC de Londres había emitido el comunicado oficial de que Hess se hallaba realmente prisionero en Inglaterra,

Era evidente que el primer comunicado alemán redactado por Hitler el día antes no sería ya suficiente. El nuevo comunicado de 13 de mayo reconocía el vuelo de Hess a Escocia y su captura. Insistía en su enfermedad física (había padecido una afección de la vesícula biliar) que se remontaba a años atrás, que le había hecho ponerse en manos de hipnotizadores, astrólogos e individuos similares, lo que había sido causa de «una confusión mental» que había conducido a aquella última acción. Se dejaba también abierta la posibilidad de que el servicio secreto inglés le hubiese tendido una trampa. Afectado por delirios, había emprendido una acción propia de un idealista sin hacerse cargo de las consecuencias. Su acción, terminaba el comunicado, no introduciría ningún cambio en la lucha contra Inglaterra.[194]

Los dos comunicados, obligados finalmente a admitir que el Vice-Führer había cogido un avión y había volado en él hasta el territorio enemigo, y que atribuía la acción a su estado mental, mostraban todos los indicios de ser una tentativa precipitada y mal concebida de atenuar la magnitud del escándalo. Curiosamente, no se había informado a Goebbels de lo que había sucedido hasta ultima hora del 12 de mayo.[195] Hitler no había recurrido a él para asesoramiento propagandístico sobre cómo presentar el desastre, sino que había confiado al principio en Otto Dietrich, el jefe de prensa. Goebbels fue sumamente crítico desde el principio con la explicación de la «enfermedad mental». Ninguno de los Reichsleiter y Gauleiter que le inundaron con llamadas telefónicas para hablarle sobre la posición adoptada, escribió, creía la historia de la «locura». «Resulta tan absurda que podría tomarse por una mistificación», confesaba con franqueza.[196] Él habría preferido no decir

nada hasta que se hubiese visto obligado a hacerlo, indicando entonces que Hess había «perdido evidentemente el control» en el último momento, tal como se había hecho en 1932 en el caso de Gregor Strassen.[197] De ese modo se podría haber echado la culpa a la debilidad y no a la locura. Habría sido una interpretación más fácil de defender.[198] Tal como estaban las cosas, había que afrontar una dificultad real: la de explicar cómo se había permitido que un hombre que se admitía que hacía años que estaba mentalmente desequilibrado siguiese ocupando un cargo tan importante en el gobierno del Reich. «Es razonable preguntarse cómo un idiota semejante podía ser el segundo al mando después del Führer», comentaba Goebbels.[199]

Los informes del SD y otros sondeos de las reacciones populares indicaban a Goebbels las repercusiones dañinas sobre la moral del pueblo.[200] Las secuelas del caso Hess fueron desastrosas para el prestigio del Partido Nazi. Había habido críticas fuertes y sostenidas al partido y a sus representantes de forma generalizada incluso durante el verano triunfal de 1940. Junto a la adulación que se prodigaba al Führer y los elogios a la Wehrmacht se tenía la impresión de que el partido y sus representantes habían servido quizás en otros tiempos para una finalidad, pero que eran ya superfluos. Muchos pensaban que los funcionarios del partido eran corruptos, entrometidos e interesados, que se beneficiaban personalmente dentro del país y que procuraban eludir el reclutamiento mientras el indomable Führer y sus bravos soldados estaban en el frente combatiendo al enemigo. Lo mismo que antes de la guerra, la corrupción, la prepotencia, la vida disoluta y otros fallos personales de los «dioses de pacotilla» (Nebengötter) llenos de ínfulas eran objeto de una amplia condena. El descontento popular era muy notorio en los meses que precedieron al escándalo Hess. No tenía, por tanto, nada de sorprendente que, junto a la profunda conmoción y a la consternación que sintieron los miembros del partido y los seguidores leales, la deserción de Hess provocase una oleada de crítica masiva que cayó sobre las cabezas de los personajillos del partido.[201]

Los innumerables y disparatados rumores que surgieron de pronto en todas las partes del Reich, en lo que un funcionario del gobierno calificó como «el mes de los rumores», daban una idea del sentimiento popular.

[202] Se rumoreaba, por ejemplo, que Himmler y Ley habían huido al extranjero, que el Gauleiter de la Alta Baviera, Adolf Wagner, había sido detenido en la frontera cuando intentaba exportar a Suiza 22 millones de Reichmarks robados a los monasterios, y que Alfred Rosenberg, Julius Streicher, Count Hellford (el jefe de la policía de Berlín) y Walter Darré (el guru de Blut und Boden) habían sido fusilados por su participación en la «traición» de Hess.[203] Por supuesto, ninguno de esos rumores era cierto. Pero su existencia (y el rumor negativo era una forma de crítica importante en un estado policial) muestra claramente la poca consideración que le merecían a la gente destacados representantes del partido. Goebbels acusó tan intensamente aquel golpe para el prestigio del partido que quiso evitar que se le viese en público. «Es como un horrible sueño—comentaba—. El partido tendrá que meditar esto durante mucho tiempo».[204] Desde su punto de vista, la única solución era cerrar las escotillas y esperar a que amainase el huracán. No tardaría en comentar que el asunto estaba perdiendo su tono dramático.[205] Estaba convirtiéndose en una sorpresa efímera.

A veces hasta el propio Hitler quedaba atrapado en la línea de fuego de la crítica. En un chiste popular que circulaba en ese periodo Hess tenía que comparecer ante Churchill. El primer ministro inglés, una expresión de bulldog en la cara, el puro en la boca, se decía que había dicho: «Así que tú eres el loco, ¿eh?». «Oh, no—contestaba Hess—yo no soy más que su segundo».[206] De todos modos había, en general, un profundo contraste entre el desprecio apenas disimulado hacia los funcionarios del partido y la inmensa popularidad del propio Hitler, que encarnaba todo lo que se consideraba positivo del nacionalsocialismo. Se manifestaba mucha simpatía hacia el Führer que, por encima de todas sus otras preocupaciones, tenía que lidiar ahora con esta. Se suponía, como siempre, que, mientras él se dedicaba a trabajar sin descanso por el bien del país, algunos de sus dirigentes de más confianza le ocultaban las cosas, le defraudaban o le traicionaban.[207]

Este elemento clave del «mito del Führer» fue uno de los que utilizó el propio Hitler el 13 de mayo en el Berghof cuando se dirigió a una reunión precipitadamente organizada de los Reichsleiter y los Gauleiter. La atmósfera era tensa cuando Göring y Bormann, los dos con gesto

agrio, entraron en el salón antes de que hiciese su aparición Hitler. Bormann leyó la carta final de Hess a Hitler. Eran palpables los sentimientos de conmoción y de cólera entre los que escuchaban. Luego entró Hitler. Habló magistralmente sobre la lealtad y la traición, muy al estilo de la última gran crisis dentro de la dirección del partido, la de diciembre de 1932.[208] Hess le había traicionado, aseguró. Apeló a la lealtad de sus «viejos combatientes» de más confianza. Declaró que Hess había actuado sin su conocimiento, que estaba mentalmente enfermo y que había puesto al Reich en una situación inadmisible frente a sus socios del Eje. Había, enviado por ello a Ribbentrop a Roma para aplacar al Duce. Volvió a insistir en que Hess hacía mucho tiempo que se comportaba de una forma extraña (sus relaciones con los astrólogos y demás). Criticó severamente al antiguo Vice-Führer por negarse a obedecer sus órdenes de que no siguiese haciendo prácticas de vuelo. Hess, dijo, había dispuesto que se le asignase un Messerschmitt especialmente adaptado y que se le enviasen de modo regular mapas meteorológicos del mar del Norte. Unos días antes de su deserción, continuó, había ido a verle y le había preguntado significativamente si aún era partidario del programa de cooperación con Inglaterra que había esbozado en Mein Kampf. Y él, claro está, había ratificado su posición.

Hitler, cuando terminó de hablar, se apoyó en la gran mesa que había cerca de la ventana. De acuerdo con una versión, estaba «llorando y parecía diez años más viejo».[209] «Nunca he visto al Führer tan profundamente afectado», explicó Hans Frank unos días después en una reunión con sus subordinados en el Gobierno General.[210] Mientras él seguía allí de pie junto a la ventana, las setenta personas aproximadamente que estaban presentes fueron gradualmente levantándose de sus asientos y agrupándose a su lado en un semicírculo. Nadie dijo una palabra.[211] Luego Göring aportó una efusiva exposición de la devoción hacia él de todos los presentes. La profunda cólera se reservaba sólo para Hess.[212] El «núcleo» de seguidores defendía y apoyaba una vez más a su Caudillo en un momento de crisis, como en la «época de lucha». El régimen había recibido una sacudida enorme, pero la dirección del partido, su columna vertebral, aún se mantenía unida.

Al menos uno de los presentes, el Gauleiter Ernst Wilhelm Bohle, de

la Auslandsorganisation (Organización de Países Extranjeros), pensó (o así lo aseguró después de la guerra) que Hess había actuado con pleno conocimiento y estímulo de Hitler.[213] Hubo algunos contemporáneos más que pensaron que Hitler había participado en el asunto. Entre ellos, curiosamente, el general Karl Heinrich Bodenschatz, ayudante de Göring, que estaba presente en el Berghof cuando se le comunicó la noticia a Hitler. Aunque se haya dado crédito a veces a sus declaraciones, no hay el menor indicio de pruebas imperativas y sostenibles que las apoyen.[214]

Todos los que vieron a Hitler en los días que siguieron a la noticia de La defección de Hess comentaron su profunda conmoción, su desánimo y su cólera ante lo que consideraba una traición. Esto se ha interpretado a veces, lo mismo que lo interpretaron también una serie de contemporáneos, como una inteligente actuación de Hitler, que encubría un plan del que sólo Hess y él tenían conocimiento.[215] Gomo hemos indicado en más de una ocasión, Hitler era capaz, sin duda, de escenificar una interpretación teatral. Pero si esto era actuación, lo era de un calibre de oscar de Hollywood.

Que el Vice-Führer hubiese sido capturado en Inglaterra fue algo que estremeció al régimen hasta sus cimientos. Gomo señaló sarcásticamente

Goebbels, nunca pareció habérsele ocurrido a Hess que esto pudiese ser el desenlace de su «misión». Cuesta trabajo imaginar que no hubiese cruzado eso por la mente de Hitler, si se hubiese tratado de un plan premeditado. Pero la verdad es que habría sido absolutamente impropio del Führer participar en un plan tan descabellado. Su propia sensibilidad agudizada hacia cualquier posible amenaza a su prestigio, a que le dejasen en ridículo ante su pueblo y ante el mundo exterior, habría sido suficiente para haber descartado la idea de enviar a Hess a Inglaterra en una misión de paz unipersonal. Pero, de cualquier manera, había todo género de razones, desde su punto de vista, para no haber participado y para haber prohibido del modo más categórico lo que había pensado Hess.

Hitler era, ciertamente, un jugador. Pero sopesaba siempre los pros y los contras y corría lo que a él le parecían riesgos calculables. Antes de intentar un golpe estaba siempre muy nervioso, vacilante incluso. En

este caso, su comportamiento no tuvo nada de especial en los días que precedieron al drama de Hess. Eran tan remotas las posibilidades de que el vuelo tuviera éxito (aun en el caso de que hubiese habido incentivación por parte del servicio secreto británico, de lo que no hay prueba alguna) que no resulta concebible que Hitler se plantease la posibilidad.[216] Y si lo hubiese hecho, cuesta creer que hubiese elegido a Hess como emisario suyo. Hess no había participado en la planificación de «Barbarroja». Apenas había tenido contacto personal con Hitler en los últimos meses. Sus competencias estaban estrictamente limitadas a las cuestiones del partido. No tenía ninguna experiencia en asuntos exteriores. Y nunca se le había confiado anteriormente ninguna negociación diplomática delicada.[217] En cualquier caso, no resulta fácil entender qué motivos podría haber tenido Hitler para pensar en una misión secreta como la que intentó llevar a cabo Hess. Hitler llevaba meses concentrado exclusivamente en preparar todo lo necesario para poder atacar a la Unión Soviética y destruirla precisamente con la finalidad de forzar a Inglaterra a dejar la guerra. El y sus generales confiaban en que la Unión Soviética estaría completamente derrotada en el otoño. La programación del ataque no dejaba espacio de maniobra. Lo último que quería Hitler era un retraso debido a complicaciones diplomáticas que pudiesen surgir por la intervención de Hess unas semanas antes de que tuviese que desencadenarse la invasión. Si «Barbarroja» no se inciaba antes de finales de junio, habría habido que aplazarla para el año siguiente. Esto habría resultado inconcebible para Hitler. Sabía muy bien que entre las capas dirigentes inglesas había grupos que aún preferían hacer un llamamiento a la paz. El esperaba que lo hiciesen después y no antes de «Barbarroja».

Rudolf Hess no implicó a Hitler en ningún momento, ni en los interrogatorios a que lo sometieron después de aterrizar en Escocia ni en las discusiones con sus compañeros de prisión mientras esperaba juicio en Nuremberg ni durante su largo internamiento en Spandau. Su versión no se apartó nunca de la que dio a Ivone Kirpatrick en su primer interrogatorio del 13 de mayo de 1941. «Había venido aquí—así fue como lo resumió Kirpatrick en su informe—sin conocimiento de Hitler para convencer a personas responsables de que puesto que Inglaterra no

podía ganar la guerra, la vía más prudente era hacer la paz ya. Por su prolongado e íntimo conocimiento del Führer, que se había iniciado dieciocho años atrás en la fortaleza de Landsberg, podía dar su palabra de honor de que el Führer nunca había albergado ningún plan contra el Imperio británico. Ni había aspirado nunca al dominio del mundo. Creía que la esfera de interés de Alemania estaba en Europa y que cualquier desperdicio de la fuerza de Alemania más allá de las fronteras de Europa sería una debilidad y llevaría consigo las semillas de la destrucción de Alemania». Admitió, cuando Kirpatrick le presionó sobre si Rusia debía considerarse parte de Europa o de Asia, que Alemania tenía algunas reivindicaciones sobre Rusia, pero negó que Hitler estuviese planeando atacar a la Unión Soviética.[218]

Los interlocutores ingleses de Hess llegaron en seguida a la conclusión de que este no tenía nada que ofrecer que significase algo más que las declaraciones públicas de Hitler, en especial su «llamamiento a la paz» ante el Reichstag de 19 de julio de 1940. Kirpatrick concluía así su informe: «Hess no parece… estar al tanto de lo que se decide en los consejos del gobierno alemán respecto a las operaciones; y no es probable que posea más información secreta de la que pudiese haber espigado en el curso de conversaciones con Hitler y otros».[219] Si, teniendo en cuenta esto, Hess estuviese siguiendo órdenes del propio Hitler, habría tenido que ser un actor consumado (y haber seguido siéndolo durante las cuatro décadas siguientes) como parece ser que era aquel caudillo al que tanto reverenciaba. Pero, entonces, ¿con qué fin? No decía nada que no hubiese expuesto el propio Hitler públicamente en muchas ocasiones.[220] No aportaba ninguna posición negociadora nueva. Daba la impresión de que creyese que el mero hecho de que el Vice-Führer se pusiese voluntariamente (a través de un acto que entrañaba valor personal) en manos del enemigo fuese suficiente para que el gobierno británico se convenciese de la buena voluntad del Führer, de las intenciones serias que había tras su objetivo de cooperación con Inglaterra contra el bolchevismo y de la necesidad de derrocar a la «facción belicista» de Churchill y llegar a un acuerdo amistoso.[221] La ingenuidad de estos pensamientos apunta firmemente en favor de una tentativa inspirada por nadie más que por el idealista,

ensoñador y atolondrado Hess.

Sus propias motivaciones no eran más misteriosas ni más profundas de lo que parecían. Hess había visto fuertemente limitado su acceso a Hitler durante una serie de años, pero sobre todo desde que había empezado la guerra. Su subordinado nominal Martin Bormann había estado en realidad usurpando su puesto, siempre en compañía del Führer, siempre con la posibilidad de decir una palabra aquí o allá, siempre con la posibilidad de traducir sus deseos en acción. Una acción espectacular para conseguir lo que el Führer llevaba muchos años intentando lograr transformaría su condición de la noche a la mañana, convirtiendo a «Fräulein Anna», como le apodaban muchos despectivamente en el partido, en un héroe nacional.[222]

En Hess habían seguido influyendo muchísimo Karl Haushofer (su antiguo profesor y el principal exponente de las teorías geopolíticas que habían influido en la formación de las ideas de Lebensraum de Hitler) y su hijo Albrecht (que más tarde pasó a estar estrechamente involucrado con grupos de la resistencia). Las ideas de ambos habían reforzado en Hess la creencia de que había que hacer todo lo posible por impedir que se torpedease la «misión» que había expuesto Hitler casi dos décadas atrás: el ataque al bolchevismo junto con Inglaterra y no oponiéndose a ella. Albrecht Haushofer había intentado varias veces ponerse en contacto con el duque de Hamilton (un destacado miembro de la Asociación Angloalemana del que se sabía que simpatizaba con la idea de una cooperación estrecha y pacífica entre Inglaterra y Alemania) antes de la escapada de Hess, pero no había recibido respuesta a sus cartas. Hamilton, por su parte, negó con toda firmeza, justificadamente al parecer, haber recibido las cartas, y negó también lo que decía Hess de que le había conocido en 1936, en las Olimpiadas de Berlín.[223]

En agosto de 1940, cuando empezó a planear su propia intervención, Hess estaba profundamente decepcionado por la reacción británica a las «condiciones de paz» que había ofrecido Hitler. Sabía además que Hitler estaba pensando por entonces atacar a la Unión Soviética, antes incluso de que Inglaterra estuviese dispuesta a «recapacitar» y aceptar las condiciones de paz. La estrategia original estaba, pues, hecha pedazos. Hess consideraba que su papel era el de paladín más leal del Führer,

destinado ahora a restaurar a través de su intervención personal la posibilidad de salvar a Europa del bolchevismo, una oportunidad única desechada sin ningún miramiento por la camarilla «belicista» de Churchill que se había apoderado del gobierno británico. Hess actuó sin conocimiento de Hitler pero profunda (aunque erróneamente) convencido de que estaba realizando sus deseos.

Hess pasó a convertirse en peón involuntario en las maniobras del espionaje británico para engañar a Stalin. Anthony Eden y Alexander Cadogan, subsecretario permanente del Ministerio de Asuntos Exteriores, consiguieron convencer a un Churchill renuente de que debía abandonar su propósito inicial de convertir la captura de Hess en un capital propagandístico lo mayor posible, algo que Hitler y Goebbels esperaban y temían.[224] Espoleados por un informe de sir Stafford Cripps, el embajador inglés en Moscú, según el cual el vuelo de Hess a Escocia había vuelto a inflamar la vieja paranoia en la jefatura soviética de un acuerdo de paz entre Alemania e Inglaterra a costa de Rusia, Eden y Cadogan idearon una trama más sutil, dirigida a fortalecer la oposición soviética a Hitler. El que no hubiese más que un comunicado público sumamente lacónico sobre la captura de Hess formaba parte de esa trama.[225]

A principios de junio, gracias al descodificador «Ultra», que había permitido desde mediados de 1940 descifrar los mensajes de los servicios secretos alemanes, el gabinete británico estaba informado de que Hitler atacaría a la Unión Soviética durante la segunda mitad del mes.[226] Los ingleses también habían sido informados, indirectamente, a través de una filtración transmitida vía Dahlerus, nada menos que por un personaje de la categoría de Göring (preocupado, como lo estaba Hess, por evitar una guerra de dos frentes).[227] Churchill, deseoso de apartar a la Unión Soviética de Alemania, figuraba entre los que habían hecho saber a Stalin ya en abril que debía esperar un ataque alemán.[228]

El objetivo de Edén, Cadogan y lord Beaverbrook era ahora explotar la captura de Hess sembrando más dudas en la mente de Stalin sobre si Inglaterra estaba a punto de llegar a un acuerdo con Hitler, basado en propuestas de paz presentadas por el antiguo Vice-Führer, mientras dejaba la puerta abierta al mismo tiempo a un acercamiento entre

Inglaterra y la Unión Soviética, con advertencias sobre las intenciones alemanas. La amenaza de una paz de compromiso, se razonaba, podía reforzar el miedo de Moscú al aislamiento hasta el punto de que el Ejército Rojo pudiese lanzar un ataque contra la Wehrmacht. Al mismo tiempo, el suministrar a Stalin información sobre los planes alemanes podría impulsarle a buscar contactos con Inglaterra. Se servirían bien, de cualquier modo, los intereses de Inglaterra. Se enviaron, pues, señales deliberadamente contradictorias sobre las intenciones británicas. Los servicios secretos ingleses preveían una tercera reacción (la más probable) de Stalin ante la presión que estaban intentando sutilmente ejercer: que adoptase una actitud de «esperar a ver».[229]

Como era de prever, Stalin eligió al final la tercera opción. Desdeñó las advertencias, seguro de que Hitler no se arriesgaría a una guerra en dos frentes. La defección de Hess fortaleció esa seguridad, ya que Stalin supuso que había sido Hitler quien había encomendado al Vice-Führer la tarea de sondear posibilidades de paz y que sólo quedaban disponibles unas pocas semanas para poder lanzar un ataque. El silencio de Londres sobre Hess junto a los rumores de que Inglaterra podría estar dispuesta a dejar la guerra, unido a las advertencias de un ataque inminente de Hitler a Rusia, reforzaba aún más el supuesto de una grave escisión en el gobierno británico. Desde el punto de vista de Stalin, esto significaba que, aunque todavía hubiese tiempo ese año, lo más probable era que las posibilidades de un ataque alemán quedasen aplazadas y bloqueadas, obstaculizándose con ello un acuerdo con Alemania.[230]

Sin embargo, Stalin intentó mantener sus opciones abiertas… por si acaso. El día que se comunicó la captura de Hess en Londres, el 13 de mayo, Stalin había desplazado a la zona de la frontera occidental de la Unión Soviética cuatro ejércitos adicionales. Les siguieron veinticinco divisiones más a principios de junio, mientras rumores de Berlín y de Londres coincidían en que estaba madura una paz por separado.[231] Cuando llegó el momento en que debía iniciarse «Barbarroja», fueron desplegadas en posiciones avanzadas en un arco en torno a Bialystock y Lemberg grandes divisiones de tanques rusas. Se pretendía que estuviesen en condiciones de convertirse rápidamente en una fuerza de ataque si, en contra de lo que esperaba Stalin, se acordaba rápidamente

una paz por separado entre Inglaterra y Alemania.[232]

Stalin había visto en el vuelo de Hess a Inglaterra una racionalidad, como parte de la estrategia planeada por Hitler, que en realidad no existía. Le había impulsado a ello la política británica. De lo que el dictador soviético no podía hacerse cargo, por desgracia para él y para su país, era de la situación real: que Hitler no había tenido nada que ver con la absurda aventura de Hess; que Hitler no tenía el menor deseo en aquel momento de entrar en negociaciones con Inglaterra; y que estaba centrado en una «guerra de aniquilación» para destruir la Unión Soviética, con el fin de no dejar luego a Inglaterra otra elección que buscar condiciones de paz.

Capítulo VII

A mediados de mayo, Hitler, después de pasarse una semana preocupado por el caso Hess, pudo volver a dirigir ya su atención al enfrentamiento inminente. La directriz que firmó el 23 de mayo, apoyando el régimen pro-Eje de Irak que había llegado al poder después de un golpe militar a principios de abril, se había negado a permitir movimientos de tropas británicas en el país y había enviado tropas iraquíes a rodear una base aérea inglesa) tenía un significado poco más que nominal. Habían sido ya enviados a Irak a mediados de mayo un pequeño número de aviones alemanes, con tropas. Poco podían hacer para ayudar al débil ejército iraquí a rechazar a las fuerzas de auxilio inglesas invasoras, que acabarían restableciendo un gobierno probritánico. De todos modos, la directriz de Hitler dejaba claro que la decisión sobre la posibilidad de que Alemania intentase socavar la posición británica en el Mediterráneo oriental y en el golfo Pérsico no se tomaría hasta después de «Barbarroja».[233]

El final de lo que había sido un mes problemático para Hitler llevó más tristeza aún al Berghof con la noticia que se recibió el 27 de mayo de la pérdida del potente acorazado de bolsillo Bismarck, hundido en el Atlántico después de una feroz batalla con barcos de guerra y aviones ingleses. Se fueron al fondo con el navio 2. 300 marineros.[234] A Hitler no le inquietaban las pérdidas humanas. Su cólera se dirigía contra los altos mandos de la marina por exponer innecesariamente al navio al ataque enemigo… un riesgo inmenso, le parecía, para una ganancia potencialmente escasa.[235]

Entre tanto, iban ya adquiriendo rápidamente forma concreta los preparativos ideológicos para «Barbarroja». Hitler no necesitaba hacer nada más a ese respecto. Había trazado las directrices en marzo. Fueron suficientes, como vimos antes, para que los altos mandos de la Wehrmacht y del ejército de tierra las convirtiesen en mayo y principios de junio en la serie de órdenes de liquidar a los comisarios políticos soviéticos y ofrecer a los soldados alemanes una «licencia para disparar»[236] contra la población civil rusa fuera de la jurisdicción de los tribunales militares.[237] Fue también durante el mes de mayo cuando Heydrich reunió los cuatro Einsatzgruppen («grupos de trabajo») que acompañarían al ejército en la Unión Soviética. Cada uno de ellos estaba compuesto por entre 600 y 1.000 hombres (procedentes sobre todo de diversas ramas de la organización policial, con el añadido de los Waffen-SS) y estaba dividido en cuatro o cinco Einsatzkommandos («fuerzas de trabajo») o Sonderkommandos («fuerzas especiales»).[238] Los mandos intermedios tenían en su mayoría estudios superiores. Había entre ellos miembros del mundo académico muy cualificados, funcionarios del estado, abogados, un pastor protestante y hasta un cantante de ópera.[239] La cúpula diligente procedía casi exclusivamente del SD y de la policía de seguridad.[240] Eran en su mayoría, como los jefes de la Oficina central de seguridad del Reich, hombres con una buena formación cultural, de una generación, justo demasiado joven para haber participado en la Primera Guerra Mundial, que había sido amamantada con los ideales völkisch en las universidades alemanas durante la década de 192o.[241] Durante la segunda mitad de mayo, los aproximadamente tres mil hombres seleccionados para los

Einsatzgruppen se reunieron en Pretzsch, al nordeste de Leipzig, donde les sirvió de base para la instrucción ideológica que se prolongaría hasta que se iniciase «Barbarroja», la Escuela de policía de frontera.[242] Heydrich se dirigió a ellos en varias ocasiones. Evitó ser demasiado preciso al describir los grupos que serían su objetivo cuando entrasen en la Unión Soviética. Pero lo que quería decir estaba muy claro de todos modos. Mencionó que los judíos eran la fuente en que se originaba el bolchevismo en el este y había que erradicarlos de acuerdo con los objetivos del Führer. Y les explicó que los militantes y funcionarios comunistas, los judíos, los gitanos, los saboteadores y agentes secretos ponían en peligro la seguridad de la tropa y debían ser ejecutados inmediatamente.[243] El 22 de junio estaba ya preparado para empezar a soplar el torbellino genocida.

«La Operación Barbarroja sigue adelante—escribía Goebbels en su diario el 31 de mayo—. Entra ya en acción la primera oleada de camuflaje. Se está movilizando todo el aparato militar y todo el estado. Sólo hay unas cuantas personas informadas sobre el verdadero fondo del asunto». A los ministros del gobierno, a excepción de Goebbels y Ribbentrop, no se les informó de lo que se preparaba. El propio Ministerio de Goebbels tuvo que volver a sacar a colación el asunto de la invasión de Inglaterra. Se desplazaron hacia el oeste catorce divisiones del ejército para dar cierto aire de realidad a la farsa.[244]

Como parte del subterfugio de que se esperaban acciones en el oeste mientras se desarrollaban a toda marcha los preparativos para «Barbarroja», Hitler concertó otro encuentro con Mussolini en el paso del Brenner para el 2 de junio.[245] No tiene nada de raro que el Duce no pudiese entender la razón de aquellas conversaciones precipitadamente organizadas.[246] El socio del Eje más próximo a Hitler estaba representando involuntariamente su papel en una compleja farsa.

Hitler no dijo una palabra de «Barbarroja» a sus amigos italianos. Aseguró en el viaje de regreso que había dejado caer una insinuación.[247] Pero, en caso de que lo hubiese hecho, a Mussolini le pasó completamente desapercibida. Los dos dictadores hablaron a solas durante casi dos horas, antes de que se les uniesen sus ministros de asuntos exteriores. Mussolini contó luego que Hitler había llorado al

hablar sobre Hess.[248] Si lo hizo, lloraba por el daño político que había hecho el antiguo Vice-Führer. No hubo lamentos personales por la pérdida de alguien que había sido uno de sus más leales adoradores durante muchos años.[249] Ciano y Ribbentrop estuvieron mientras tanto revisando las relaciones con una serie de países y el estado general de la guerra. «Los rumores que circulan sobre el inicio de operaciones contra Rusia en un futuro próximo—comentó Ribbentrop—deben considerarse carentes de fundamento, al menos excesivamente prematuros». La impresión que transmitió fue la de que la concentración de tropas alemanas no era más que una respuesta a la concentración militar soviética en la frontera alemana y que cualquier acción del Reich sólo se produciría después de que el Ejército Rojo intentase iniciar un ataque.[250]

Hitler, para irritación de Mussolini, había monopolizado evidentemente su conversación privada. Y pasó a hacer otro tanto en presencia de los ministros de asuntos exteriores. Su errabundo tour d'horizon estaba prácticamente vacío de verdadera sustancia que pudiese haber justificado una reunión urgente.[251] Los italianos, preocupados porque el motivo de la reunión pudiese ser forzarles a hacer concesiones en beneficio de Francia, se alegraron al enterarse de que las relaciones entre esta y Alemania seguían igual.[252] Hitler, con Ribbentrop ampliando como siempre sus ideas, describió lo que él consideraba una situación cada vez más crítica en Inglaterra, especulando sobre Lloyd-George como probable sucesor de Churchill y una política mucho más favorable a la paz con el Eje como consecuencia. Descartó la invasión de Chipre, que Mussolini había propuesto. Finalmente, volviendo a la «cuestión judía», proclamó que «todos los judíos deben salir de Europa después de la guerra», y mencionó Madagascar (un proyecto definitivamente desechado seis meses atrás) como una posible solución.[253] La Unión Soviética brilló por su ausencia en el discurso.[254]

El comunicado que se emitió se limitaba a decir que el Führer y el Duce habían celebrado conversaciones amistosas sobre la situación política que habían durado varias horas.[255] El engaño había sido un éxito. La impresión general de Ciano era «que por el momento Hitler no tiene ningún plan de acción preciso». Mussolini estaba convencido

también, así lo decía Ciano, «de que los alemanes recibirían con el mayor entusiasmo un compromiso de paz. "Están ya hartos de victorias"».[256]

Cuando Hitler recibió al embajador japonés Oshima al día siguiente de sus conversaciones con Mussolini, dejó caer una insinuación general (que fue correctamente interpretada) de que era inevitable el conflicto con la Unión Soviética en un futuro próximo.[257] Pero el tínico estadista extranjero al que se mostró dispuesto a comunicar algo más que insinuaciones fue al general Antonescu, el dirigente rumano, cuando se entrevistó con él en Munich el 12 de junio.[258] A Antonescu había que ponerle más o menos en antecedentes. Después de todo, Hitler estaba confiando en tropas rumanas como apoyo en el flanco meridional. Antonescu se mostró más que dispuesto a ayudar. Ofreció él mismo voluntariamente sus tropas antes de que Hitler tuviese que pedírselo. Cuando llegase el 22 de junio, proclamaría una «guerra santa» contra la Unión Soviética.[259] El señuelo de recuperar Besarabia y la Bukovina septentrional, junto con la adquisición de partes de Ucrania, era lo suficientemente tentador para el dictador rumano.[260] Hitler reveló, incluso a Antonescu, lo menos posible unos cuantos días antes de «Barbarroja». Su explicación del inminente enfrentamiento con la Unión Soviética estaba formulado como una reacción defensiva necesaria para hacer frente a la amenaza militar que el expansionismo de Stalin constituía para Alemania y para Europa. No mencionó ninguna fecha. Antonescu adivinó, sin embargo, que era algo inminente.[261] El caudillo rumano se mostró de acuerdo en lo de que no podía aplazarse ya un enfrentamiento con Rusia. El ejército soviético no ofrecería una resistencia fuerte, en su opinión, y el pueblo estaba deseando liberarse. El pueblo rumano estaba por su parte deseando vengarse de las injusticias que había padecido a manos de los rusos. Las comparaciones con Napoleón no tenían sentido, dijo, dada la motorización de la guerra moderna. Hitler replicó «que el objetivo de la acción no era dejar que los ejércitos rusos se retirasen hacia el interior de su vasto territorio: esos ejércitos tenían que ser aniquilados (vernichtet)».[262]

El 14 de junio Hitler celebró su última conferencia militar antes del inicio de «Barbarroja». Los generales llegaron escalonadamente a la

Cancillería del Reich para evitar que se sospechase que se estaba preparando algo importante. Hitler pidió un informe a cada comandante del ejército de las operaciones previstas en los respectivos escenarios durante los primeros días de la invasión. Escuchó, en general, sin interrumpir. El cuadro que sacó en conclusión lúe de ventaja numérica, pero inferioridad cualitativa, del Ejército Rojo. El panorama era, pues, positivo. Después de comer, Hitler habló durante una hora.[263] Expuso las razones que había para atacar a Rusia. Confesó una vez más que estaba convencido de que el hundimiento de la Unión Soviética induciría a Inglaterra a llegar a un acuerdo.[264] Subrayó que la guerra era una guerra contra el bolchevismo. Los rusos combatirían con firmeza y ofrecerían una dura resistencia. Había que esperar intensos ataques aéreos, pero la Luftwaffe conseguiría rápidos éxitos y facilitaría el avance de las fuerzas de tierra. Lo peor de la lucha estaría liquidado en unas seis semanas, pero todos los soldados tenían que saber por qué estaban luchando: la destrucción del bolchevismo. Si se perdiese la guerra, Europa sería bolchevizada.[265] La mayoría de los generales estaban preocupados por la apertura de dos frentes de guerra, evitar lo cual había sido una premisa de la planificación militar. Pero no formularon ninguna objeción. Brauchitsch y Halder no dijeron una palabra.[266]

Dos días después Hitler convocó a Goebbels a la Cancillería del Reich para explicarle la situación (se le dijo que entrara por una puerta trasera para no despertar sospechas). A Goebbels le pareció que Hitler tenía buen aspecto, a pesar de vivir en un estado de tensión excepcional, como sucedía siempre antes de las «acciones» importantes. Le explicó que una vez que se hubiese iniciado la «acción» se calmaría, como había sucedido en numerosas ocasiones anteriores.[267] Recibió a su ministro de propaganda cálidamente. Luego le hizo un resumen de la situación. La campaña griega se había cobrado su tributo en materiél, por eso se había retrasado un poco la concentración militar, pero estaría completada ya en una semana y luego se iniciaría inmediatamente el ataque a Rusia. Era bueno que hiciese tan mal tiempo, comentó, y que aún no hubiese madurado la cosecha en Ucrania. Podían albergar la esperanza de hacerse con la mayor parte de ella. El ataque sería el de mayor

envergadura de toda la historia. No volvería a suceder lo de Napoleón (un comentario que tal vez pusiese al descubierto precisamente los miedos subconscientes de que se repitiese la historia). Los rusos tenían entre 180 y 200 divisiones, más o menos, tantas como los alemanes, dijo, aunque no había comparación en cuanto a calidad. Y el hecho de que estuviesen amontonadas en las fronteras del Reich era una gran ventaja. «Serían rodeados fácilmente». Hitler pensaba que «la acción» duraría unos cuatro meses. Goebbels calculó que se necesitaría menos tiempo incluso: «El bolchevismo se vendrá abajo como un castillo de naipes», pensaba. Hitler se había convencido por entonces de la teoría de la guerra preventiva que él mismo había inventado. «Tenemos que actuar—contaba Goebbels—. Moscú quiere mantenerse al margen de la guerra hasta que Europa esté exhausta y haya perdido sangre vital. Entonces Stalin entraría en acción para bolchevizar Europa e introducir su forma de gobierno». La acción alemana impediría eso. No se ponía ningún límite geográfico a «la acción». La lucha continuaría hasta que el poder ruso hubiese dejado de existir.

Goebbels continuaba su resumen de la argumentación de Hitler: la derrota de Rusia dejaría libres unas 150 divisiones y cuantiosos recursos para la guerra con Inglaterra. «La orientación (Tendenz) de toda la campaña está clara—escribía—. El bolchevismo debe caer e Inglaterra verá que le arrebatan de la mano su última arma continental posible». «Hay que sacar de Europa el veneno bolchevique». Todos los verdaderos nazis, añadía, se alegrarían de que un «auténtico socialismo» ocupase el lugar del «bolchevismo judío» en Rusia. El Pacto de 1939 («una mancha en nuestra honrosa enseña») quedaría liquidado. «Aquello a lo que hemos dedicado nuestras vidas a combatir, será aniquilado ahora». Transmitió sus pensamientos a Hitler, que dijo: «Tengamos razón o no, debemos ganar. Esa es la única manera. Y es moralmente justo y necesario. Y cuando hayamos ganado, ¿quién nos preguntará por el método? De cualquier modo, hemos empeñado tanto en eso que tenemos que ganar, porque si no todo nuestro pueblo (y en primer lugar nosotros mismos, con todo lo que nos es querido) será barrido».

Hitler le preguntó a Goebbels por la opinión pública. El ministro de propaganda contestó que la gente creía que las relaciones con la Unión

Soviética eran aún sólidas, pero apoyaría al régimen «cuando apelemos a ella». Indicó que debido al velo de secreto el enfoque había sido completamente distinto a los anteriores. Había impresores y empaquetadores produciendo y empaquetando panfletos, confinados en el Ministerio de Propaganda hasta que se produjese la invasión. En realidad, Goebbels estaba menos al tanto de la opinión pública de lo que él imaginaba. Dada la amplitud de la concentración militar en las provincias orientales del Reich, no tenía nada de sorprendente que hiciese ya semanas que proliferaban los rumores sobre un conflicto inminente con Rusia.[268] Aun así, el ocultamiento fue bastante efectivo. Según un informe interno, «la concentración de numerosas tropas en las zonas orientales había hecho que surgiesen especulaciones de que estaban a punto de producirse acontecimientos trascendentales allí, sin embargo es probable que la abrumadora mayoría del pueblo alemán no piense en un enfrentamiento de tipo bélico con la Unión Soviética».[269]

El propio Goebbels, después de su reunión con Hitler del 18 de junio, había salido por la puerta trasera de la Cancillería del Reich y había sido conducido en coche a través de la ciudad, «donde la gente pasea inocentemente bajo la lluvia. Gente feliz—escribía—que nada sabe de todas nuestras preocupaciones y que vive el día a día».[270]

El 18 de junio, había 200. 000 panfletos impresos para distribuir entre las tropas.[271] El 21 de junio Hitler dictó la proclama al pueblo alemán que debía leerse al día siguiente.[272] Hitler parecía en esta ocasión agotado, y se hallaba en un estado de gran agitación nerviosa, paseando de un lado a otro, preocupado, involucrándose en minucias de la propaganda como las fanfarrias que debían emitirse por la radio para anunciar las victorias alemanas.[273] Goebbels recibió una llamada comunicándole que fuese a verle a última hora del día. Analizaron los dos la proclama, a la que Goebbels añadió unas cuantas sugerencias. Pasearon durante varias horas por las habitaciones de Hitler. Estuvieron probando las fanfarrias durante una hora. Hitler fue relajándose un poco gradualmente. «El Führer va librándose de una pesadilla a medida que se acerca la decisión—comentaba Goebbels—. Es lo que le pasa siempre». Goebbels volvía de nuevo a la necesidad intrínseca del conflicto inminente, de la que Hitler se había convencido ya: «No hay más

remedio que atacar—escribía, resumiendo los pensamientos de Hitler—. Ese tumor canceroso ha de ser cauterizado. Stalin caerá». Hitler indicó que llevaba trabajando desde julio del año anterior en los preparativos de lo que estaba a punto de producirse. Ahora había llegado el momento. Se había hecho todo lo que se había podido. «Ahora es cuando debe decidirse la suerte de la guerra». A las 2: 30 de la madrugada, Hitler decidió por fin que era hora de dormir un poco.[274] «Barbarroja» debía empezar una hora después.[275]

Goebbels estaba demasiado nervioso para seguir su ejemplo. A las 5:30, unas dos horas después justamente de que las armas alemanas hubiesen abierto fuego en toda la frontera, sonaron por las radios de todo el país las fanfarrias de Liszt. Goebbels leyó la proclama de Hitler.[276] Venía a ser una extensa justificación pseudohistórica de la acción preventiva alemana. Los dirigentes judeobolcheviques de Moscú llevaban dos décadas intentando destruir no sólo Alemania sino la totalidad de Europa. Él se había visto obligado, afirmó, debido a la política inglesa de cerco, a dar el paso amargo de establecer el pacto de 1939.[277] Pero la amenaza soviética había aumentado desde entonces. Había en aquel momento 160 divisiones rusas concentradas en las fronteras alemanas. «Ha llegado, pues, la hora—declaraba Hitler—de responder a esta conspiración de los belicistas judeoanglosajones y los dirigentes además judíos del cuartel general bolchevique de Moscú».[278] Se emitió además una proclama ligeramente corregida para los soldados que se apiñaban en la frontera y que estaban penetrando en Rusia.[279]

El 21 de junio, Hitler había redactado al fin una carta para su principal aliado, Benito Mussolini, en la que explicaba y justificaba con retraso sus razones para atacar a la Unión Soviética. La carta le fue entregada a Ciano a las 3 de la mañana del día siguiente, justo cuando estaba a punto de empezar el ataque. Ciano tuvo que molestar a Mussolini para transmitirle la noticia… para gran enojo del dictador italiano, que se quejó de que los alemanes no le decían nada y luego le hacían despertar en plena noche para comunicarle un hecho consumado.[280] Se exponían de nuevo los mismos argumentos, todos apoyados en la necesidad de emprender un ataque preventivo. Hitler destacaba, característicamente, los peligros de esperar. El tiempo, como siempre, no

estaba del lado de Alemania. La Unión Soviética sería más fuerte al cabo de un año, Inglaterra (que basaba en ella sus esperanzas) estaría menos dispuesta aún a la paz y por entonces estaría disponible ya la entrega masiva de material estadounidense. Su conclusión era característica: «Suceda lo que suceda ahora, Drice, nuestra situación no puede empeorar como consecuencia de este paso; sólo puede mejorar». Hitler acababa su carta con frases que, como sus comentar los a Goebbels, daban un atisbo de su pensamiento en vísperas de la lucha titánica: «Permitidme que os diga una cosa más para terminar, Duce. Tuve que luchar para llegar a esta decisión y por eso vuelvo a sentirme espiritualmente libre. La asociación con la Unión Soviética, pese a la sinceridad absoluta de los esfuerzos por conseguir una conciliación final, fue sin embargo a menudo muy molesta para mí, porque me parecía, en el fondo, una ruptura con todo mi origen, mis ideas y mis obligaciones anteriores. Me siento muy feliz ahora por haberme librado de esos calvarios mentales».[281]

Se estaba iniciando la guerra más destructiva y brutal de la historia de la humanidad. Era la guerra que Hitler llevaba deseando desde la década de 1920: la guerra contra el bolchevismo. Era el gran enfrentamiento. Había llegado hasta él por una ruta indirecta. Pero, por fin, allí estaba la guerra de Hitler, hecha realidad.

Durante un año la cúpula dirigente alemana había ido avanzando conscientemente hacia esa guerra y preparándola. La incapacidad de Hitler para llevar a Inglaterra a la mesa de negociaciones había aportado el acicate para que se considerase la audaz jugada de un ataque en el este pese a que no estuviese aún decidida la lucha en el oeste. La fuerza impulsora era la impresión de que no quedaba tiempo, dada la amenaza acechante de los Estados Unidos y la casi certeza de una participación indirecta como mínimo en la guerra a través de suministros masivos de material si se prolongaba un año más. La necesidad de garantizar las fuentes ilimitadas de materias primas del territorio soviético y de asegurar que no hubiese ninguna interrupción en los suministros de petróleo de Rumania era un motivo básico adicional. Las consideraciones ideológicas (la necesidad de erradicar el bolchevismo de una vez por todas) profundamente grabadas en la psique de Hitler durante casi dos

décadas, no habían sido el determinante primario del momento elegido para el enfrentamiento, pero le dieron su colorido indeleble. Su carácter no sólo de guerra sino de cruzada.

Si Inglaterra hubiese estado dispuesta a llegar a un acuerdo, la guerra con la Unión Soviética habría estado de todos modos esperando en algún punto del futuro… en las condiciones que siempre había esperado Hitler. El había buscado el conflicto. Él era el autor principal de una guerra que había sido un elemento básico de su pensamiento durante casi dos décadas. Pero cuando llegó el momento de planificar realmente, no sólo imaginar, el enfrentamiento, los jefes de la Wehrmacht, incluidos los dirigentes del ejército, la rama clave de las fuerzas armadas respecto a la guerra en el este, habían seguido cada uno de sus pasos. Habían dejado que Hitler dictara el curso de los acontecimientos. En ningún momento habían intentado seriamente disuadirle. Todo lo contrario, la combinación de antibolchevismo e infravaloración burda del potencial militar soviético había impulsado a los jefes del ejército a ser no menos optimistas que el propio Hitler sobre la facilidad con que la URSS iba a ser derrotada.

Aunque los objetivos iniciales se habían forjado a partir de consideraciones estratégicas, no tardaría mucho en llegar la aportación ideológica. Himmler y Heydrich, que en seguida se hicieron cargo de la oportunidad que se les ofrecía de ampliar su imperio y de crear todo un nuevo y enorme territorio para sus experimentos raciales, no tuvieron ninguna dificultad para explotar la vieja paranoia de Hitler con el «judeobolchevismo» y proponer nuevos planes para resolver «el problema judío». Hitler había trazado en marzo los parámetros de una guerra genocida que serviciales agentes de la Wehrmacht y la jefatura de las SS estaban deseosos de convertir en directrices firmes para la acción.

La guerra en el este, que decidiría el futuro del continente europeo, fue realmente la guerra de Hitler. Pero fue más que eso. No se la impuso un dictador tiránico a un país mal dispuesto. Accedieron a ella, le dieron incluso la bienvenida (aunque en diferente medida y por diferentes razones) todos los sectores de la elite alemana, los no nazis igual que los nazis. Grandes sectores de la población ordinaria también, incluidos los millones que lucharían en las filas inferiores del ejército, se adhirieron

(una vez superada la conmoción inicial) al mensaje de la propaganda nazi impartida para el conflicto, el de la «cruzada contra el bolchevismo». Los pronazis más comprometidos ideológicamente se tragarían por entero la interpretación de la guerra como una guerra preventiva para evitar la destrucción de la cultura occidental por las hordas bolcheviques. Creían fervientemente que hasta que no se erradicase por completo el judeobolchevismo no llegaría a liberarse Europa. En estas concepciones, entretejido con el enfrentamiento con el bolchevismo, estaba prefigurado el camino hacia el Holocausto. El legado de unas dos décadas de sentimientos profundamente arraigados, y a menudo fanáticos, contra el bolchevismo, plenamente entrelazado con el antisemitismo, estaba a punto de manifestarse en toda su plena ferocidad.

9

EL ENFRENTAMIENTO

Así que probablemente no sea ninguna exageración decir que se ha ganado la campaña rusa en dos semanas.

GENERAL HALDER, 3 DE JULIO DE 1941.

Toda la situación en su conjunto deja cada vez más claro que hemos subestimado al coloso ruso.

GENERAL HALDER, 11 DE AGOSTO DE 1941.

Lo que fue la India para Inglaterra, lo será para nosotros el territorio del este.

HITLER, HABLANDO EN PRIVADO EN EL CUARTEL GENERAL DEL FÜHRER, AGOSTO DE 1941.

Al amanecer del 22 de junio, unos tres millones de soldados alemanes cruzaron las fronteras y penetraron en territorio soviético. Por un capricho de la historia, como comentaba Goebbels con cierto desasosiego, era exactamente la misma fecha en que se había adentrado en Rusia el Gran Ejército de Napoleón ciento veintinueve años atrás.[1] Los modernos invasores desplegaron unos 3.600 tanques, 600.000 vehículos motorizados (incluidos coches blindados), 7.000 piezas de artillería y 2.500 aviones. No todo su transporte estaba mecanizado, ya que también utilizaban caballos (625.000). Frente a los ejércitos invasores, distribuidos por las fronteras occidentales de la URSS, había casi tres millones de soldados soviéticos, respaldados por un número de tanques que se calcula hoy que debía de llegar a ser entre 14.000 y 15.000 (casi dos mil de ellos de los modelos más modernos), unas 34.000 piezas de artillería y entre 8.000 y 9.000 cazas.[2] La magnitud del choque titánico que se iniciaba, que sería el principal determinante del desenlace de la Segunda Guerra Mundial y, después de ella, de la configuración de Europa durante casi medio siglo, es casi un desafío a la imaginación.

Capítulo I

A pesar de la ventaja numérica en armamento de los ejércitos soviéticos defensores, las primeras etapas del ataque parecieron respaldar todo el optimismo de Hitler y de su Estado Mayor general

sobre La inferioridad de sus enemigos bolcheviques y la rapidez con que se podía conseguir una victoria completa. El ataque en tres flancos dirigido por los mariscales de campo Wilhelm Ritter von Leeb en el norte, Fedor von Bock en el centro y Gerd von Runstedt en el sur logró inicialmente avances asombrosos. A finales de la primera semana de julio estaban en manos alemanas Letonia y Lituania. El avance de Leeb en el norte, con Leningrado como objetivo, había llegado hasta Ostrov. El grupo de ejército del centro había penetrado aún más. Había sido tomada gran parte de la Rusia Blanca. Minsk estaba cercada. Los ejércitos de Bock ya tenían en su punto de mira la ciudad de Smolensk. Más al sur, las tropas de Rundstedt habían tomado a mediados de julio Zitomir y Berdicev.[3]

El desastre soviético fue inmenso… y evitable. Stalin, con los tanques alemanes en pleno avance, aún pensaba que Hitler estaba tirándose un farol, que no se atrevería a atacar a la Unión Soviética hasta que hubiese acabado con Inglaterra. Stalin había estado bien informado sobre la concentración militar alemana y la amenaza creciente de invasión. Aunque había previsto algunas reivindicaciones territoriales por parte alemana, estaba seguro de que unas negociaciones podrían evitar el ataque en caso necesario, al menos en 1941. Y al año siguiente, la Unión Soviética estaría más preparada. Dos de los generales soviéticos de la máxima graduación, el mariscal Semyon Timoshenko y el general Georgi Zhukov habían propuesto un plan el 15 de mayo para un ataque preventivo contra Alemania, pero Stalin había descartado la idea, temiendo que provocase el ataque que quería evitar. No existían planes para invadir Alemania. La guerra preventiva contra una invasión soviética inminente era una leyenda de la propaganda nazi.[4] Tan convencido estaba Stalin de que su diagnosis de la situación era correcta que había decidido no hacer caso de una verdadera inundación de informes de los servicios secretos que avisaban del peligro inminente, algunos de los cuales predecían la fecha exacta de la invasión.[5] Una vez que se produjo el ataque, Stalin permaneció varios días sumido en un estado de casi colapso mental y depresión profunda. Una de las primeras cosas que hizo, en medio de violentos cambios de humor, fue cubrir de insultos a sus jefes militares y destituir a algunos altos mandos.[6]

La torpe intromisión de Stalin y su incompetencia militar, unidas al miedo y el servilismo de sus generales y a las limitaciones de la rígida concepción estratégica soviética hicieron que no se considerara preciso tomar las necesarias precauciones para establecer posiciones defensivas y cubrir la retirada. Y se dejaron así ejércitos enteros en posiciones desprotegidas, fácil presa de los movimientos de pinza de las formaciones de panzers en rápido avance.[7] El Ejército Rojo sufrió, en una serie completa de inmensos cercos, pérdidas asombrosas de hombres y equipamiento. En el otoño, había ya unos tres millones de soldados que se habían encaminado formando largas y lúgubres columnas hacia la cautividad en manos alemanas. A una elevada proporción de ellos sus captores los someterían a un tratamiento inhumano y terrible y no regresarían.[8] Aproximadamente el mismo número habían muerto por entonces o estaban heridos.[9] El carácter brutal del conflicto, evidente desde el primer día, estaba determinado ya en los planes del alto mando alemán para una «guerra de aniquilación» que habían ido tomando forma desde marzo. A los prisioneros soviéticos no se les debía tratar como soldados; no se consideraban aplicables en su caso las convenciones de Ginebra. Se fusilaba perentoriamente a los comisarios políticos (una categoría que se interpretaba en el sentido más amplio posible) y se sometía a la población civil a las represalias más crueles.[10] Y no sólo cometía atrocidades la Wehrmacht. Del lado soviético, Stalin se recuperó lo suficiente del trauma de la invasión para proclamar que el conflicto no era una guerra normal, sino una «gran guerra patriótica» contra los invasores. Era necesario, declaró, formar grupos guerrilleros para librar una «guerra implacable».[11] El miedo mutuo a la captura estimuló rápida y directamente la espiral de barbarie en el frente oriental. Pero no fue la causa primaria de la brutalidad. La fuerza impulsora fue la campaña ideológica nazi para extirpar el «judeobolchevismo». La reacción de Hitler en privado al discurso de Stalin era reveladora. La declaración de guerra de guerrillas, comentó, tenía la ventaja de permitir el exterminio de cualquiera que se interpusiese en el camino.[12] La interpretación amplia de lo que era un «guerrillero» por la policía secreta garantizaba que entre el creciente número de los liquidados destacasen particularmente los judíos.

El primer día de la invasión empezaron a llegar ya a Berlín informes de hasta un millar de aviones soviéticos destruidos y de la toma de Brest-Litowsk por las tropas invasoras. «No tardaremos en conseguirlo—escribía Goebbels en su diario. Y añadía inmediatamente—: Debemos conseguirlo pronto. Hay entre la gente un estado de ánimo algo deprimido. El pueblo quiere paz […] Cada nuevo espectáculo bélico causa inquietud y preocupación».[13]

El principal responsable del conflicto bélico más mortífero del siglo, un conflicto que en los casi cuatro años que iba a durar produciría una cosecha inconcebible de dolor a las familias de toda Europa central y oriental y un nivel de destrucción nunca visto en la historia humana, dejó Berlín sobre el mediodía del 23 de junio. Hitler salía con su séquito hacia su nuevo cuartel general de campaña. Lo había elegido él mismo el otoño anterior y estaba cerca de Rastenburg, en Prusia oriental.[14] Se suponía que, como en las campañas anteriores, estaría allí unas cuantas semanas, haría un recorrido por las zonas conquistadas y luego regresaría a Berlín. Este fue sólo uno de los cálculos en que se equivocó. La «Guarida del Lobo» (Wolfsschanze), situada cerca de Rastenburg, habría de ser su residencia principal en los tres años y medio siguientes. La abandonaría ya como un hombre hundido en un país hundido.

La «Guarida del Lobo» (otro juego con el seudónimo favorito de Hitler desde la década de 1920, en que le gustaba llamarse «Lobo», supuesto significado de «Adolf» y que implicaba fuerza) estaba oculta en los bosques sombríos de la región de Mansuria, a unos ocho kilómetros de la pequeña población de Rastenburg.[15] Hitler y su séquito llegaron allí a última hora del día 23 de junio. El nuevo entorno no complació demasiado a los recién llegados. El complejo central consistía en diez búnkeres, construidos durante el invierno, camuflados y emplazados en zonas protegidas contra incursiones aéreas por capas de hormigón de una anchura de dos metros. El búnker de Hitler estaba en el extremo norte del complejo. Las ventanas daban todas al norte para que no entrase en él el sol. Había habitaciones lo suficientemente grandes para conferencias militares en los búnkeres de Hitler y de Keitel, y barracones con un comedor para unas veinte personas. En otro complejo (conocido como Área 2 del cuartel general) situado a poca distancia, rodeado de

alambre espinosa y apenas visible desde la carretera, estaba instalado el Estado Mayor de operaciones de la Wehrmacht bajo el mando de Warlimont. El cuartel general del ejército de tierra, donde tenían su base Brauchitsch y Halder, se hallaba situado a unos cuantos kilómetros en dirección nordeste. Göring (designado por Hitler el 29 de junio sucesor suyo en caso de que falleciese) y el Estado Mayor de la Luftwaffe estaban instalados en sus trenes especiales.[16]

La parte de Hitler del cuartel general del Führer, conocida como «Zona de seguridad uno», no tardó en tener un ritmo diario propio. El acontecimiento principal era el «análisis de la situación» que tenía lugar a mediodía en el búnker que compartían Keitel y Jodl. Podía durar hasta dos horas. Brauchitsch, Halder y el coronel Adolf Heusinger, jefe de la sección de operaciones del ejército de tierra, asistían una o dos veces por semana. A esta reunión seguía una comida prolongada, que en ese primer periodo solía empezar puntualmente a las dos de la tarde. Hitler se limitaba como siempre a una dieta rigurosa sin carne. Las audiencias no relacionadas con cuestiones militares que pudiese conceder quedaban relegadas para las tardes. Hacia las cinco llamaba a sus secretarias para tomar café. Se otorgaban unas palabras especiales de alabanza a la que conseguía comer más pastas. Luego, a las seis, se celebraba la segunda sesión de información militar, a cargo de Jodl. La cena era a las siete y media y solía durar unas dos horas. Después había cine. La parte final de la rutina diaria era la reunión de secretarias, ayudantes e invitados para tomar el té, con el acompañamiento de los monólogos de última hora de la noche de Hitler.[17] Los que podían, echaban un sueñecito en algún momento de la tarde para poder mantener los ojos abiertos de madrugada.[18] A veces, era ya de día cuando se ponía fin a las discusiones nocturnas.[19]

Hitler se sentaba siempre en el mismo sitio en las comidas, de espaldas a la ventana, flanqueado por el jefe de prensa Dietrich y por Jodl, y con Keitel, Bormann y Bodenschatz enfrente. Luego había generales, oficiales de Estado Mayor, ayudantes, los médicos de Hitler y los huéspedes que estuviesen de visita.[20] El ambiente era bueno en esos primeros días, sin demasiados formalismos. imperaba aún un optimismo generalizado.[21] La vida allí no había alcanzado aún aquel estadio que

hizo que Jodl pudiera describirlo como algo situado a medio camino «entre un monasterio y un campo de concentración».[22]

A Hitler le habían acompañado también a su cuartel general de campaña dos de sus secretarias, Christa Schroeder y Gerda Daranowski. Chista Schroeder describió su vida allí a una amiga una semana después de su llegada. Su alojamiento era muy sencillo. La sección de dormitorio de su búnker no era mayor que el compartimento del vagón de un tren. Tenían un lavabo, un espejo y una radio, pero no mucho más. Había duchas, pero las primeras semanas no había agua caliente. No tenían casi nada que hacer. Dormir, comer, beber y charlar les ocupaban la mayor parte del día. Algunos miembros del personal del cuartel general de campaña, absolutamente masculino salvo ellas, empezaron a quejarse de la presencia en el complejo militar de dos secretarias sin apenas nada que hacer, lo cual les parecía algo totalmente superfluo.[23] Las secretarias desperdiciaron gran parte de su energía intentando acabar con una plaga de mosquitos. Hitler se quejaba de que los asesores que habían elegido el lugar hubiesen escogido «para él la zona más pantanosa, infestada de mosquitos y climáticamente desfavorable», y bromeaba diciendo que tendría que encargar a la Luftwaffe que efectuase una cacería de mosquitos allí.[24] «El jefe», como le llamaban los que estaban diariamente en su compañía, estuvo en general de buen humor durante la primera parte de la campaña rusa. Le gustaba bromear con sus secretarias. Una noche que Christa Schroeder salió al recinto exterior a oscuras y no podía encontrar su linterna, Hitler le dijo que no creyese que se la había robado él. «Yo soy un ladrón de países (Ländledieb), no un ladrón de linternas (Lämpledieb)», dijo, haciendo un pequeño chiste.[25]

Lo monótona que empezó a resultarles en seguida a las secretarias de Hitler la vida dentro de los confines del cuartel general del Führer lo indicaban los comentarios de Christa Schroeder en una carta que escribió a finales de agosto a una amiga: «Nos encontramos permanentemente desconectados del mundo estemos donde estemos, en Berlín, en la montaña [en el Berghof] o de viaje. Siempre el mismo grupo reducido de personas, siempre la misma rutina detrás de la valla». Se corría el peligro, continuaba, de «perder el contacto con el mundo real». Y decía

que lo único que mantenía al grupo unido era la vida en común de los habitantes de la Wolfsschanze, que giraba en torno a «el Jefe». Pero todo se desmoronaba inmediatamente si estaba ausente Hitler.[26]

Lo mismo que en Berlín o en el Berghof, bastaba una palabra durante las comidas sobre uno de los temas favoritos del Führer para desencadenar un monólogo que duraba una hora.[27] En estos primeros días, solía quedarse mirando un gran mapa de la Unión Soviética que había en la pared. Y se lanzaba de pronto a otra arenga más sobre el peligro que significaba para Europa el bolchevismo y que si hubiesen esperado un ano más habría sido demasiado tarde. En una ocasión las secretarias de Hitler le oyeron decir, frente a un gran mapa de Europa y señalando a la capital rusa: «En cuatro semanas estaremos en Moscú. Moscú será arrasada hasta los cimientos».[28] todo había ido mucho mejor de lo que podría haberse imaginado, comentaba. Había sido una suerte que los rusos hubiesen situado sus tropas en las fronteras y no hubiesen arrastrado a los ejércitos alemanes hacia el interior del país, lo que habría creado problemas con los suministros.[29] Dos tercios de las fuerzas armadas bolcheviques y cinco sextas partes de los tanques y de la aviación estaban destruidos, le explicó a Goebbels el 8 de julio, en la primera visita que hizo el ministro de propaganda al cuartel general del Führer.[30] Después de evaluar con detalle la situación militar con sus asesores de la Wehrmacht, escribía Goebbels, la conclusión del Führer era «que la guerra en el este estaba básicamente ganada ya».[31] Con el Kremlin no cabía hablar siquiera de condiciones de paz. (Sólo un mes más tarde cambiaría de opinión a este respecto). El bolchevismo sería barrido y Rusia fragmentada en sus componentes y privada de todo centro económico, intelectual o político. En sólo unas semanas Japón atacaría a la Unión Soviética por el este. Preveía la caída de Inglaterra «con una certeza de sonámbulo». No podía decir si aceptaría una propuesta de paz de Londres.[32] Otras veces, incluso en esta etapa inicial, Hitler estaba menos exuberante, y mostraba signos de inseguridad respecto a la Unión Soviética, de la que, según decía, sabían tan poco.[33]

Llegaron noticias de 3.500 aviones y unos mil tanques soviéticos destruidos. Sin embargo, había otras noticias de combates encarnizados

de soldados soviéticos que temían lo peor si se rendían. Hitler habría de decir al embajador japonés Oshima el 14 de julio que «nuestros enemigos no son ya seres humanos, son animales».[34] Debió de ser entonces cuando Christa Schroeder, haciéndose eco, sin duda, de lo que decía su «jefe» y de la atmósfera general del cuartel general de campaña, comentó a su amiga que «por toda la experiencia previa se puede decir que es una ludia contra animales salvajes».[35]

Hitler no había permitido informes de la Wehrmacht durante los primeros días de la campaña,[36] pero el domingo 29 de junio (una semana después de iniciarse el ataque) fue, según descripción de Goebbels, «el día de los comunicados especiales». Se emitieron doce de ellos en total, precedido cada uno de la «Fanfarria rusa» basada en la Rapsodia húngara de Liszt, a partir de las once de la mañana.[37] Se había conseguido, según los informes, el dominio aéreo. Grodno, Brest-Litowsk, Vilnius, Kowno y Dünaburg estaban en manos alemanas. Había dos ejércitos soviéticos cercados en Bialystok. Había sido tomada Minsk. Los rusos habían perdido, se proclamó, 2.233 tanques y 4.107 aviones. Se había capturado una enorme cantidad de material militar. Se había hecho un número enorme de prisioneros. Pero la recepción popular de estas noticias en Alemania fue menos entusiasta de lo que se había esperado que fuese. La gente se cansó en seguida de aquellos comunicados especiales que se sucedían, uno tras otro, y se mostraba escéptica con la propaganda. No se entusiasmaban ya, tenían los sentidos embotados. A Goebbels le enfureció la presentación del OKW y prometió que nunca se repetiría.[38]

La invasión de la Unión Soviética, para la que no había habido, como hemos visto, necesidad alguna de manipulación previa de la opinión pública como las de las campañas anteriores, se presentó al pueblo alemán como una guerra preventiva. El Führer la había emprendido, decían las directrices de Goebbels a la prensa, para atajar en el último momento la amenaza que pesaba sobre el Reich y sobre toda la cultura occidental por la traición del «judeobolchevismo». Los bolcheviques lo tenían todo planeado para atacar en cualquier momento al Reich e invadir y destruir Europa. Sólo la actuación audaz del Führer lo había impedido.[39] Más extraordinario que esta mentira propagandística es el

hecho de que Hitler y Goebbels se hubiesen convencido de que era verdad.[40] Conociendo perfectamente su falsedad, tenían que representar una farsa, incluso entre ellos, para justificar la decisión no provocada de atacar y destruir completamente la Unión Soviética.

A finales de junio las bolsas alemanas de Bialystok y Minsk habían proporcionado las asombrosas cifras de 324.000 soldados del Ejército Rojo prisioneros, 1.800 piezas de artillería y 3. 00 tanques capturados o destruidos. Poco más de quince días después, la batalla de Smolensk duplicó esas cifras.[41] Los cálculos alemanes contabilizaban ya el segundo día de campaña en 2.500 el número de aviones derribados o destruidos en tierra. Catando Göring expresó dudas sobre las cifras se comprobaron y se descubrió que eran 200 o 300 menos del total auténtico.[42] Al cabo de un mes de lucha, la cifra de aviones destruidos había llegado a los 7.564.[43] A principios de julio se calculaba que habían sido parcial o totalmente destruidas 89 de las 164 divisiones soviéticas y que sólo 9 de las 29 divisiones de tanques del Ejército Rojo eran aún aptas para el combate.[44]

No tardaría en hacerse evidente con grave conmoción lo mucho que se había infravalorado el potencial bélico de la Unión Soviética. Pero a principios de julio no tenía nada de sorprendente que los altos mandos alemanes creyesen que «Barbarroja» estaba a punto de convertirse en una victoria completa y que la campaña terminaría antes del invierno, como estaba previsto. El 3 de julio Halder resumía su veredicto con palabras que acabaría lamentando: «Así que probablemente no sea ninguna exageración decir que se ha ganado la campaña rusa en dos semanas». Tuvo al menos la previsión de reconocer que esto no significaba que hubiese terminado: «La simple inmensidad geográfica del país y lo obstinado de la resistencia, en la que se recurre a todos los medios, exigirá nuestros esfuerzos varias semanas más».[45]

Capítulo II

Las ganancias territoriales que proporcionaron los éxitos espectaculares de la Wehrmacht en la primera fase de «Barbarroja» otorgaron a Hitler el dominio de una extensión del continente europeo mayor que la que pudiese haber conseguido dominar ningún dirigente anterior desde Napoleón. Su poder y su fuerza alcanzaron entonces su punto culminante. En los monólogos de la hora de comer o de última hora de la noche ante su acompañamiento habitual del cuartel general del Führer, daría muestras en las semanas siguientes de pocos signos, quizás ninguno, del cansancio y el desgaste y la tensión nerviosa que le causarían el conflicto creciente que le enfrentaría a sus jefes militares y la suerte variable de la lucha en el frente. Sus efusiones discursivas y divagatorias eran la expresión más pura de un poder megalomaníaco e ilimitado y de una inhumanidad increíble. Eran el rostro del futuro, tal como él lo veía, en el nuevo e inmenso imperio del este.

«La belleza de Crimea», entonaba la noche el 5 de julio de 1941 a última hora, se haría accesible a los alemanes por medio de una autopista. Sería la versión alemana de la Riviera italiana o francesa.[46] Cada alemán, después de la guerra, comentaba, tenía que tener la oportunidad de ver personalmente con su «Coche del Pueblo» (Volkswagen) los territorios conquistados, ya que tendría «que estar dispuesto en caso necesario a combatir por ellos». No se podía repetir el error del periodo de preguerra de limitar la idea colonial a la propiedad de unos cuantos capitalistas o unas cuantas empresas. Las carreteras serían más importantes en el futuro que el ferrocarril para el transporte de pasajeros. Sólo viajando por carretera se podía conocer un país, aseguraba.[47]

Le preguntaron si bastaría con extender las conquistas hasta los Urales. Bastaría «inicialmente», contestó, pero había que exterminar al bolchevismo y sería necesario efectuar expediciones desde allí para destruir los nuevos centros que pudiesen surgir. «San Petersburgo», como él llamaba a Leningrado, «era incomparablemente más bella que Moscú como ciudad».[48] Pero había decidido que su destino debía ser idéntico

al de la capital. «Tenía que darse un ejemplo aquí, y la ciudad desaparecerá completamente de la faz de la tierra». Sería rodeada, bombardeada y rendida por el hambre.[49] Suponía también que iba a quedar al final muy poco de Kiev. Consideraba que la destrucción de las ciudades soviéticas era la base indispensable para que hubiese un poder alemán perdurable en los territorios conquistados.[50] No se toleraría ninguna potencia militar en trescientos kilómetros al este de los Urales.[51] «La frontera entre Europa y Asia no son los Urales, sino el lugar donde cesen los asentamientos humanos de tipo germánico y comiencen los puramente eslavos. Nuestra tarea es empujar esa frontera lo más lejos posible hacia el este, más allá de los Urales, en caso necesario».[52]

Para Hitler el pueblo ruso sólo era apto para el trabajo duro bajo coerción.[53] «Los eslavos—proclamó—eran una familia conejil (Kanin chenfamilie) que nunca pasaría de la asociación familiar si no la obligaba a hacerlo una clase dirigente. Su condición natural y preferida era la de una desorganización general».[54] «Los ucranianos—comentaba en otra ocasión—eran igual de holgazanes, desorganizados y nihilísticamente asiáticos que los grandes rusos». Carecía de sentido hablar en su caso de cualquier ética del trabajo. El único lenguaje que ellos entendían era «el del látigo». Admiraba la brutalidad de Stalin. El dictador soviético, pensaba, era «uno de los seres humanos vivos más grandes puesto que, aunque sólo a través de una durísima coacción, había logrado soldar en un estado a aquella familia conejil eslava».[55] Describía al «astuto caucasiano» como «uno de los personajes más extraordinarios de la historia del mundo», que apenas salía de su despacho pero podía gobernar desde allí por medio de una burocracia servil.[56]

Para Hitler el modelo de dominio y explotación continuaba siendo el Imperio británico. Su inspiración para el futuro control de territorios por parte de su raza dominante era el Raj, el gobierno británico de la India. Manifestó públicamente en muchas ocasiones la admiración que le inspiraba el hecho de que un país tan pequeño como Inglaterra hubiese sido capaz de asentar su dominio por todo el mundo en un inmenso imperio colonial. El gobierno británico de la India en particular era una muestra de lo que Alemania podía hacer en Rusia. Había que conseguir

controlar el territorio del este con un cuarto de millón de hombres, decía. Con ese número de hombres sólo dominaban los ingleses a 400 millones de indios. Rusia estaría siempre dominada por gobernantes alemanes. Había que procurar que la educación de las masas no pasase de capacitarles para entender las señales de tráfico de las carreteras, aunque el hecho de que tuvieran un nivel de vida razonable sería beneficioso para los intereses alemanes.[57] El sur de Ucrania, sobre todo Crimea, se poblaría con campesinos-soldados alemanes. Habría que deportar a un sitio u otro a la población existente para hacerles sitio, pero eso no era ningún problema. Lo que se planteaba era un asentamiento de tipo feudal moderno: habría un ejército permanente de millón y medio a dos millones de hombres, que aportaría unos treinta o cuarenta mil hombres anuales que habrían completado su servicio de doce años. A los que fuesen hijos de campesinos, se les daría una granja, totalmente equipada por el Reich, a cambio de sus doce años de servicio militar. También se les proporcionarían armas. La única condición era que debían casarse con muchachas del campo, no de ciudad.[58] Los campesinos alemanes vivirían en bellos asentamientos, unidos por buenas carreteras a la población más cercana. Fuera de este medio estaría «el otro mundo» donde vivirían los rusos bajo el yugo alemán. Sería una revolución, «lo único que tenemos que hacer es tirar unas cuantas bombas en sus ciudades y asunto terminado».[59] Al cabo de diez años, preveía, habrá una elite alemana, con la que se contaría cuando hubiese que emprender nuevas tareas. «Saldrá a la palestra un hombre nuevo, un tipo de hombre verdaderamente superior, que no podrá ser utilizado, claro, en Occidente: los virreyes».[60] Los administradores alemanes se alojarían en edificios espléndidos; los gobernadores vivirían en «palacios».[61]

Sus cavilaciones sobre la perspectiva de un equivalente alemán a la India continuaron durante tres días sucesivos con sus noches, del 8 al 11 de agosto. La India había aportado el orgullo inglés. Los vastos espacios les habían obligado a gobernar a millones con sólo unos cuantos hombres. «Lo que fue la India para Inglaterra, lo será para nosotros el territorio del este», proclamó.[62]

Para Hitler la India era el corazón de un imperio que había aportado

a Inglaterra no sólo poder sino prosperidad. La explotación económica implacable había sido siempre un elemento básico de su sueño de un imperio alemán en el este. Ahora parecía que el sueño iba a convertirse pronto en realidad. «Ucrania y luego la cuenca del Volga serán un día los graneros de Europa—preveía—. Y también proporcionaremos a Europa hierro. Si Suecia dejase un día de proporcionarlo, no pasaría nada, lo sacaríamos del este.[63] La industria belga puede intercambiar sus productos (artículos de consumo baratos) por trigo de esas zonas. Podemos coger a nuestras familias obreras pobres de Turingia y de las montañas de Harz, por ejemplo, y darles grandes extensiones de tierra (grosse Räume).[64] «Exportaremos trigo a Europa a cambio de todo lo que necesitemos», seguía diciendo un mes después. «En Crimea tendremos cítricos, plantaciones de caucho (con 40.000 hectáreas nos haremos independientes) y algodón. Los pantanos del Pripet nos proporcionarán juncos. Les daremos a los ucranianos pañuelos de cabeza, cuentas de vidrio como alhajas y las demás cosas que les gustan a la gente de las colonias. Nosotros los alemanes, y eso es lo principal, debemos formar una comunidad cerrada como una fortaleza. El mozo de establo más bajo debe ser superior a cualquiera de los nativos…».[65]

En el pensamiento de Hitler la base de la seguridad era la autarquía. Y la conquista del este, como él había dicho insistentemente a mediados de la década de 1920, ofrecería ahora a Alemania esa seguridad. «La lucha por la hegemonía en el mundo se decidirá para Europa a través de la ocupación del espacio ruso», explicó a su séquito a mediados de septiembre. «Esto convierte a Europa en el lugar más firme del mundo frente a la amenaza de bloqueo».[66] Volvió a este asunto unos días después. «En cuanto comprendo que una materia prima es importante para la guerra, dedico todos los esfuerzos a conseguir que podamos ser autosuficientes en ella. Hierro, carbón, petróleo, trigo, ganado, madera, hemos de tenerlos a nuestra disposición. […] Hoy puedo decir: Europa es autosuficiente, siempre que impidamos que exista otro estado mamut que pueda utilizar la civilización europea para movilizar Asia contra nosotros». Comparó, como había hecho con frecuencia varios años antes, los beneficios de la autarquía con la economía de mercado internacional y los errores que habían cometido, según su punto de vista, Inglaterra y

Estados Unidos al pasar a depender de las exportaciones y los mercados ultramarinos, que generaba una competencia asesina, costes de producción y tarifas aduaneras correspondientemente elevadas y paro. Inglaterra había aumentado el paro y empobrecido a su clase obrera por el error de industrializar la India, decía. Alemania no estaba atada a las exportaciones, y esto significaba que era la única nación sin paro. «El país que ahora estamos conquistando no es para nosotros más que una fuente de materias primas y un mercado, no un campo para la producción industrial. […] Ya no necesitaremos buscar un mercado activo (aufnahmefähigen) en el Extremo Oliente. Nuestro mercado está aquí. Lo único que necesitamos es asegurarlo. Entregaremos artículos de algodón, cacerolas, todos los productos simples destinados a satisfacer la demanda de las cosas necesarias para vivir. No seremos capaces de producir todo lo que se puede vender aquí, ni mucho menos. Veo en eso grandes posibilidades de construir un Reich fuerte, una verdadera potencia mundial. […] Dispondremos de un campo de actividad inigualable durante unos cuantos siglos».[67]

Hitler era franco en cuanto a la justificación del derecho de conquista de aquel territorio: el poder era el derecho. Un pueblo culturalmente superior, privada de «espacio vital», no necesitaba ninguna justificación más.[68] Para él se trataba, como siempre, de las «leyes de la naturaleza». «Si yo hago daño a los rusos ahora, es porque si no me lo harían ellos a mí—proclamaba—. El buen Dios lo hace así, una vez más. Arroja de pronto a las masas de la humanidad a la tierra y tiene que arreglárselas cada uno por su cuenta para salir adelante. Una persona le quita algo a otra. Y al final lo único que puedes decir es que el más fuerte gana. Ese es después de todo el orden más razonable de las cosas».[69]

La lucha en el este no tendría fin, eso estaba claro, incluso después de una victoria alemana. Hitler hablaba de construir una «Muralla Oriental» a lo largo de los Urales, como barrera contra súbitas incursiones desde el «peligroso embalse humano» de Asia. No sería una fortificación convencional, sino una muralla viva formada por aquellos campesinos-soldados que serían los nuevos pobladores del este. «Una lucha de frontera permanente en el este producirá una sólida estirpe e impedirá que volvamos a hundirnos en la molicie de un sistema estatal basado

únicamente en Europa».[70] La guerra era para Hitler la esencia de la actividad humana. «Lo que significa para una muchacha conocer a un hombre—decía—significa la guerra para él».[71] En esas primeras semanas hacía frecuentes alusiones a sus experiencias personales en la Primera Guerra Mundial, probablemente Las más formativas de su vida. Viendo el documental de la Batalla de Kiev, se sintió profundamente emocionado por «una epopeya heroica como no había habido hasta hoy». Inmediatamente después añadió (en clara contradicción) que había sido también así en lo que él siempre había llamado «la Guerra Mundial», pero que nadie había podido recogerlo del mismo modo para la posteridad. «Me siento inmensamente feliz por haber podido experimentar la guerra de este modo», añadió.[72] Si pudiese desearle una cosa al pueblo alemán, comentó en otra ocasión, sería que tuviese una guerra cada quince o veinte años. Si se le reprochase la pérdida de 200. 000 vidas, contestaría que había ampliado la nación alemana en dos millones y medio, y se sentía justificado para pedir el sacrificio de las vidas de una décima parte. «La vida es cruel (grausam). Llegar a ser, existir y dejar de ser, siempre hay un matar (ein Töten). Todo lo que nace debe luego morir. Qué más da que sea por una enfermedad, un accidente o una guerra».[73]

Las ideas de un «nuevo orden» social de Hitler hay que situarlas en este marco de conquista, explotación implacable, derecho del poderoso, dominio racial y guerra más o menos permanente en un mundo en el que la vida valía poco y se podía disponer de ella sin problema. Sus ideas hundían a menudo sus raíces en el resentimiento que le causaba el hecho de cómo habían sido ignoradas sus propias «dotes», que aún ardía en rescoldo, o por las desventajas de su condición social comparadas con los privilegios de los aristócratas y de los ricos. Por eso abogaba por la educación gratuita, proporcionada por ti estado, para todos los jóvenes con talento. Los trabajadores tendrían vacaciones anuales y tendrían la posibilidad de hacer un crucero una o dos veces en su vida.[74] Criticó las diferenciaciones entre distintas clases de pasajeros en esos cruceros. Y aprobó la introducción de la misma comida para oficiales y tropa en el ejército.[75] Hitler podría parecer que propugnara ideas propias de una sociedad moderna, con movilidad social, sin clases, sin privilegios y

basada sólo en el logro individual. Pero el principio básico seguía siendo la raza, a lo que todo lo demás estaba subordinado. Así, en el este, decía, todos los alemanes viajarían en vagones de ferrocarril tapizados de primera o de segunda clase, para separarlos de la población nativa.[76] Era una visión de la sociedad que podía tener sin duda atractivos para muchos miembros de la supuesta raza superior. La imagen era de un cuerno de la abundancia de riqueza afluyendo al Reich desde el este. El Reich estaría enlazado con las nuevas fronteras por autopistas que cruzarían las estepas interminables y los enormes espacios rusos. La prosperidad y el poder estarían asegurados a través de la nueva estirpe de superhombres que regirían a las masas eslavas oprimidas.

A los que oían a Hitler describirla, aquella visión les parecía emocionantemente moderna y atractiva: se rompía con las jerarquías tradicionales vinculadas a la clase y al estatus para pasar a una sociedad en que se recompensaba el talento y había prosperidad para todos… es decir, para todos los alemanes. En realidad, había elementos del pensamiento de Hitler que eran indiscutiblemente modernos.[77] Quería servirse, por ejemplo, de las ventajas de la tecnología moderna, para construir invernaderos calentados con vapor que proporcionasen a las ciudades alemanas un suministro regular de verduras y frutas frescas durante todo el invierno.[78] Pretendía también que el transporte moderno abriese el este. Aunque las riquezas del este afluirían a Alemania en tren, Hitler consideraba el coche el medio de transporte vital del futuro.[79] Sin embargo, pese a toda su aparente modernidad, la visión social era esencialmente atávica. Lo que aportaba la inspiración eran las conquistas coloniales del siglo XIX. Lo que estaba ofreciendo Hitler era una versión modernizada de la ya anticuada conquista imperialista, traducida al terreno étnicamente mixto de Europa oriental, donde los eslavos proporcionarían el equivalente alemán de las poblaciones nativas conquistadas de la India y África del Imperio británico.

A mediados de julio, se habían dado los pasos claves para hacer realidad la horrenda visión. En una importante reunión de cinco horas que se celebró en el cuartel general del Führer el 16 de julio y a la que asistieron Göring, Rosenberg, Lammers, Keitel y Bormann, Hitler trazó

las directrices políticas básicas y las disposiciones prácticas para el gobierno y la explotación de las nuevas conquistas. La premisa fundamental era, de nuevo, la justificación de que los fuertes merecían heredar la tierra basada en el darwinismo social. Sin embargo, en los comentarios iniciales de Hitler, tal como nos los transmite Bormann, estaba presente la impresión de que lo que estaban haciendo era moralmente objetable. «La motivación a los ojos del mundo de los pasos que damos debe estar regida por puntos de vista tácticos. Debemos proceder en este caso exactamente igual que en los de Noruega, Dinamarca, Holanda y Bélgica. Tampoco en esos casos habíamos dicho nada de nuestras intenciones y seguiremos lógicamente sin hacerlo», reseñaba Bormann. «Volveremos pues a insistir en que nos vimos obligados a ocupar una zona para poner orden e imponer seguridad. Teníamos que procurar proporcionar tranquilidad, alimentos, transporte, etc., etc., en beneficio de la propia población nativa. De ahí que nos asentemos. ¡Así que no debería resultar visible que se ha iniciado un asentamiento definitivo! De todos modos podremos tomar y tomaremos todas las medidas necesarias (fusilamientos, deportaciones, etc).. No queremos hacernos enemigos prematuros sin necesidad. Así que nos limitaremos a actuar como si quisiésemos ejercer un mandato. Pero debe estar claro para nosotros que nunca más abandonaremos estos territorios», continuaba la franca exposición de Hitler. «En consecuencia, es cuestión de: 1. No hacer nada que obstaculice el asentamiento definitivo sino más bien prepararlo en secreto; 2. Destacar que somos liberadores… Se trata básicamente de dividir la tarta gigante de manera que podamos primero dominarla, segundó gobernarla y tercero explotarla. Los rusos han dado ya la orden de organizar una guerra de guerrillas por detrás de nuestras líneas de combate. Esta guerra de guerrillas tiene también sus ventajas: nos proporciona la posibilidad de exterminar todo lo que se nos oponga. Como principio básico no debe haber ya ninguna posibilidad de que se forme una potencia militar al oeste de los Urales, aunque tengamos que combatir cien años para lograrlo».[80]

Hitler procedió a efectuar nombramientos para los cargos claves del este ocupado. Rosenberg fue confirmado al día siguiente como jefe de lo

que parecía superficialmente el omnipotente Ministerio del Reich para los territorios ocupados del este.[81] Pero nada era lo que parecía en el Tercer Reich. La autoridad de Rosenberg, como dejaba claro el decreto de Hitler, no tocaba las esferas de competencia respectivas del ejército, el Plan cuatrienal de Göring y las SS. Dicho de otro modo, los peces gordos quedaban fuera del control de Rosenberg. Más aún, la propia idea de Rosenberg de ganarse a ciertas nacionalidades como aliados, bajo la tutela alemana, contra la Gran Rusia (ideas en las que él y su equipo llevaban trabajando desde la primavera) chocaban con la política de represión máxima y reasentamiento brutal de Himmler y con los objetivos de explotación económica total de Göring. Himmler dispondría en cuestión de semanas planes para deportar en los veinticinco años siguientes a unos treinta millones de personas a los climas mucho más inhóspitos de más al este. Göring estaba considerando la posibilidad de matar de hambre en Rusia de veinte a treinta millones de personas… posibilidad que había propuesto ya, antes de que se iniciase la invasión, el Grupo Agrícola del Equipo Económico para el Este.[82] Los tres (Rosenberg, Himmler y Göring) podían encontrar un común denominador en el objetivo de Hitler de destruir el bolchevismo y adquirir «espacio vital». Pero, por encima de ese mínimo, la idea de Rosenberg (no menos cruel pero más pragmática) no tenía ninguna posibilidad frente a la idea contraria (respaldada, como hemos visto, por la visión del propio Hitler) de represión y expolio absolutos.[83]

Hitler, oponiéndose a los deseos de Rosenberg, había accedido en la conferencia de 16 de julio a la sugerencia de Göring respaldado por Bormann, de que Erich Koch, Gauleiter de la Prusia oriental, extraordinariamente brutal (incluso para criterios nazis) y de mentalidad independiente, fuese nombrado comisario del Reich del territorio clave de Ucrania.[84] Koch, como Hitler, pero a diferencia de Rosenberg, rechazaba cualquier forma de estado tapón ucraniano. En su opinión era preciso «ser duros y brutales» desde el principio mismo. Contaba con el apoyo del cuartel general del Führer. Todo el mundo pensaba allí que era la persona más adecuada para hacer lo que se necesitaba hacer en Ucrania. Le llamaban el «segundo Stalin» y se consideraba un cumplido.[85]

A diferencia del tirano Koch, que seguía prefiriendo su viejo dominio de la Prusia oriental al nuevo feudo, Hinrich Lohse, nombrado comisario del Reich en el Báltico, que había pasado a llamarse Ost land, se convirtió en el hazmerreír de las fuerzas alemanas de ocupación de su propio territorio por su burocratización fanática y a menudo ridicula, plasmada en torrentes de decretos y directrices. Se hallaba, pese a todo ello, en una posición débil frente al poder de las SS y otros organismos rivales.[86] Así mismo, Wilhelm Kube, nombrado a propuesta de Göring y Rosenberg comisario del Reich en Bielorrusia, demostró ser no sólo corrupto e incompetente a una escala grandiosa sino otro mezquino dictador en su provincia, cuyas instrucciones eran ignoradas a menudo por sus subordinados y que se veía obligado a ceder una y otra vez ante el poder superior de las SS.[87]

Estaba trazado, pues, el curso para un «Nuevo Orden» en el este que desmentía hasta el nombre mismo. No había nada parecido a orden. Parecía haber sólo aquella guerra generalizada de todos contra todos que, incorporada al sistema nazi en el propio Reich y ampliada luego inmensamente en La Polonia ocupada, se llevaba ahora a sus últimas consecuencias en los territorios conquistados de la Unión Soviética.

Capítulo III

En realidad, y pese a los triunfos extraordinarios logrados por la Wehrmacht en su avance, en julio se haría evidente que el plan operativo de «Barbarroja» había fracasado. Y, pese a todos los aires de seguridad y confianza que desplegaba Hitler frente a su séquito en la «Guarida del Lobo», fue también en esas semanas cuando se produjeron los primeros indicios de tensiones y conflictos en el alto mando militar y en la toma de decisiones que continuarían afectando al esfuerzo bélico

alemán. Hitler había intervenido en cuestiones tácticas desde el principio. El 24 de junio le había explicado ya a Brauchitsch lo preocupado que estaba porque el cerco de Bialystok no le parecía suficientemente firme.[88] Al día siguiente lo que le preocupaba era el hecho de que tal vez los cuerpos de ejército del centro y del sur estuviesen profundizando demasiado en su avance. Halder desechó esa preocupación. «¡La cantinela de siempre! —escribía en su diario—. Pero eso no hará cambiar nada en nuestros planes».[89] El 27, el 29 y el 30 de junio y nuevamente el 2 y el 3 de julio, Halder reseña preguntas o intervenciones que indicaban que Hitler estaba preocupado por los despliegues de tropas.[90] «Todo el lugar se halla de nuevo en un estado de excitación nerviosa—comentaba Halder el 3 de julio, refiriéndose al cuartel general del Führer—, porque el Führer tiene miedo a que la cuña del grupo de ejército del sur que avanza ahora hacia el este pueda verse amenazada por ataques en los flancos norte y sur». Halder admitía que desde el punto de vista táctico no era un miedo injustificado, pero le molestaba la intromisión. «Lo que está faltando a alto nivel—confiaba a su diario—es esa confianza en los mandos ejecutivos que es uno de los elementos más importantes de nuestra organización jerárquica y que se produce por una falta de capacidad para entender esa fuerza coordinadora derivada de la formación y los estudios comunes de nuestro cuerpo dirigente».[91]

Era comprensible la irritación de Halder por las intromisiones de Hitler. Pero los errores y fallos de juicio, incluso en la primera fase de «Barbarroja», que se había desarrollado en apariencia con tanto éxito, eran tanto de los profesionales del alto mando del ejército como de aquel antiguo cabo de la Primera Guerra Mundial que se creía ya el mayor caudillo militar de todos los tiempos.

Este conflicto creciente con Hitler giraba en torno a la aplicación del plan estratégico «Barbarroja» según lo expuesto en el mes de diciembre anterior en la directriz 21. Esta directriz había emanado a su vez de los estudios de factibilidad efectuados durante el verano por estrategas militares. La planificación la había iniciado, en realidad, Halder el 3 de julio de 1940, casi un mes antes de que Hitler diese las órdenes verbales el 31 para preparar la campaña de primavera en el este.[92] Se hicieron a

continuación estudios de factibilidad, los más importantes, que presentó a principios de agosto de 1940 el general Erich Marcks, jefe de Estado Mayor del 18° ejército. Se realizaron maniobras en el cuartel general del ejército para poner los estudios a prueba. El alto mando del ejército se había inclinado entonces por convertir Moscú en el objetivo clave, basándose sobre todo en el «Plan Marcks». La concepción diferente del propio Hitler coincidía en una serie de elementos esenciales con el estudio estratégico independiente preparado para el Estado Mayor operativo de la Wehrmacht por el teniente coronel Bernhard Lossberg en septiembre de 1940, aunque también difiriese de este en la cuestión crucial de Moscú.[93]

Hitler en la «Directriz Barbarroja» de diciembre y todas las planificaciones estratégicas posteriores, habían insistido en las ofensivas en dirección norte, para tomar Leningrado y asegurar el Báltico, con una ofensiva luego hacia el sur para ocupar Ucrania.[94] El Estado Mayor general del ejército había aceptado, aunque sin entusiasmo, la modificación significativa de lo que había previsto en un principio. De acuerdo con este plan enmendado, el grupo de ejército del centro debía avanzar hasta Smolensk antes de girar hacia el norte a encontrarse con los ejércitos de Yon Leeb para el asalto a Leningrado. La toma de Moscú no figuraba en el plan acordado de «Barbarroja» hasta después de que se hubiese completado la ocupación de Leningrado y Kronstadt.[95]

Hitler estaba preocupado ya el 29 de junio porque le parecía que el grupo de ejército del centro, donde había sido más espectacular el avance, podía estar excediéndose en este.[96] El 4 de julio decía que se enfrentaba a la decisión más difícil de toda la campaña: la de si debería atenerse al plan original de «Barbarroja», modificarlo para efectuar una ofensiva que permitiese un avance en profundidad hacia el Cáucaso (en el que ayudarían a Rundstedt algunas de las unidades acorazadas del grupo de ejército del centro), o mantener la concentración de unidades acorazadas en el centro y avanzar hacia Moscú.[97] La decisión a la que llegó el 8 de julio fue la que quería Halder: continuar la ofensiva del grupo de ejército del centro con el objetivo de destruir la concentración de fuerzas del enemigo al oeste de Moscú.[98] Esta modificación de la estrategia descartaba ya el giro del grupo de ejército del centro hacia

Leningrado, incluido en el plan «Barbarroja» original.[99] Hitler aceptó que la «solución ideal» sería dejar que el grupo de ejército del norte, el de Leeb, alcanzase sus objetivos por sus propios medios.[100] Sin embargo, Hitler no estaba de acuerdo ni siquiera entonces en la prioridad de conquistar Moscú, que era en su opinión, y según sus propias palabras, «sólo una idea geográfica».[101]

El conflicto con el alto mando del ejército, apoyado por el grupo de ejército del centro, sobre si había que centrarse en la torna de Moscú como objetivo, continuó durante las semanas siguientes. Hitler presionó, en una fórmula operativa revisada, para que se otorgase prioridad a la toma de Leningrado, incluyendo además ahora en el sur un avance hacia la zona industrial de Járkov y hacia el Cáucaso, a donde había que llegar antes de que empezase el invierno. Al mismo tiempo, su «Suplemento a la Directriz nº 33», fechado el 23 de julio, indicaba que el grupo de ejército del centro destruiría al enemigo entre Smolensk y Moscú sólo con sus divisiones de infantería y que sería entonces cuando se «incluiría Moscú en la ocupación».[102]

A finales de julio Halder había cambiado de parecer sobre lo de la de la victoria rápida y segura. A principios de mes le había dicho a Hitler que sólo 46 de las 164 divisiones soviéticas conocidas eran aún capaces de combatir. Esté había sido sin duda una sobreestimación del alcance de la destrucción; era, por supuesto, una infravaloración imprudente de la capacidad del enemigo para reponer fuerzas. El 23 de julio revisó la cifra estableciendo un total de 93 divisiones. Y su conclusión era ya que el enemigo había sido «decisivamente debilitado», pero en modo alguno «definitivamente aplastado». En consecuencia, dado que las reservas de recursos humanos soviéticas se consideraban ya inagotables, Halder defendió con más fuerza aún que el objetivo de las futuras operaciones tenía qué ser la destrucción de las zonas de producción de armamento del entorno de Moscú.[103]

Al revisar el potencial de las defensas soviéticas, había que tener en cuenta también las pérdidas del ejército alemán y de la Luftwaffe. La tripulación aérea mostraba signos de agotamiento; no se podían revisar y reparar los aviones con suficiente rapidez. A finales de julio no había ya más que 1.045 aviones en servicio. Los ataques aéreos a Moscú que

exigió Hitler apenas fueron eficaces porque había pocos aparatos disponibles. La mayoría de los 75 ataques a la capital soviética efectuados en los meses siguientes los realizó un pequeño número de bombarderos que apenas podían afectar a la producción soviética de armamento.[104] La infantería tenía aún más necesidad de descanso. Llevaba avanzando y librando combates encarnizados un mes seguido sin pausa. El plan operativo original había previsto un descanso al cabo de veinte días para que los soldados se recuperaran, pero pasaron cuarenta sin que disfrutasen de ningún descanso, y aún no había terminado la primera fase de la campaña.[105] Por entonces, las bajas eran ya, entre heridos, desaparecidos y muertos, de 213.301 oficiales y soldados.[106] Además, pese a los milagros de organización realizados por el general de intendencia Eduard Wagner, los problemas de transporte, en carreteras que resultaban a menudo intransitables para el transporte motorizado hasta en pleno verano, creaban graves dificultades en el mantenimiento de las líneas de suministro de combustible, pertrechos y provisiones para un ejército en rápido avance. Los suministros del grupo de ejército del centro exigían veinticinco trenes de mercancías diarios, pero pese a trabajar las veinticuatro horas del día para adaptar las vías férreas al ancho alemán, a finales de julio y en agosto aún no llegaban a la línea del frente más que de ocho a quince trenes al día.[107]

Estaba haciéndose evidente ya a finales de julio que el plan operativo revisado de «Barbarroja», tal como se formulaba en el Suplemento a la Directriz nº 33 de Hitler, no podía llevarse a cabo antes de que llegase el invierno.[108] Hitler consideró que esto exigía apoyo de unidades acorazadas del grupo de ejército del centro para el asalto a Leningrado. Moscú podía esperar. Halder adoptó el punto de vista diametralmente opuesto. Convirtiendo Moscú en el objetivo se conseguiría que los soviéticos empeñaran en su defensa el grueso de sus fuerzas. Si se tomase la ciudad, incluidos su sistema de comunicaciones y sus industrias, se dividiría en dos la Unión Soviética y se haría más difícil la resistencia. Lo que estaba implícito en esto era que la conquista de la capital produciría la caída del sistema soviético y el final de la guerra en el este.[109] Si no se efectuaba con toda rapidez el ataque a Moscú, el

enemigo contendría la ofensiva antes del invierno y luego se reagruparía. No se habría alcanzado con ello el objetivo militar de la guerra contra la Unión Soviética.[110]

Hitler seguía aún obstinado en que conquistar la región industrial de Járkov y la cuenca del Donets y cortar el paso a los suministros soviéticos de petróleo socavaría la resistencia más que la caída de Moscú.[111] Pero vacilaba. Por entonces, hasta Jodl y el Estado Mayor operativo de la Wehrmacht se habían convencido de que era necesario atacar Moscú.[112] El 30 de julio, Hitler, mencionando la llegada de abundantes refuerzos a las tropas enemigas que ocupaban el frente del grupo de ejército del centro y que lo flanqueaban, canceló el Suplemento a la Directriz nº 33.[113] Halder se quedó momentáneamente extasiado. «Esta decisión libera a todo soldado con sentido común de la horrible visión que nos obsesionó durante estos últimos días, ya que la obstinación del Führer hizo que pareciese inminente el empantanamiento de la campaña del este».[114] Pero cuando se emitió ese mismo día la directriz nº 34, ofreció poco consuelo a Halder. El grupo de ejército del centro debía recuperarse para el ataque siguiente; en el norte debía continuar el ataque a Leningrado; y el grupo de ejército del sur debía destruir a las fuerzas enemigas al oeste del Dnieper y en los alrededores de Kiev.[115] La verdadera decisión (en favor o en contra del ataque sobre Moscú) no había hecho más que aplazarse un tiempo, en realidad.[116]

A principios de agosto, Hitler seguía empeñado en que lo prioritario era Leningrado. Según sus cálculos la ciudad quedaría aislada el 20 de agosto y entonces el grupo de ejército del centro podría desplegar de nuevo tropas y aviones. La segunda prioridad paral Hitler era, como antes, «el sur de Rusia, especialmente la región del Donets», que constituía la «base completa de la economía rusa». Moscú ocupaba un tercer puesto claro en su lista de prioridades. Aceptaba que de acuerdo con ese orden de prioridades no se podría tomar la capital antes del invierno. Halder intentó en vano que Brauchitsch obtuviese una decisión clara sobre si era prioritario concentrarlo todo en asestar al enemigo un golpe mortífero en Moscú o tomar Ucrania y el Cáucaso por razones económicas. Convenció a Jodl para que interviniese ante Hitler para

persuadirle de que había que conseguir los objetivos de Moscú y Ucrania.[117]

Halder estaba empezando a hacerse cargo por entonces de la magnitud de la tarea a la que se enfrentaba la Wehrmacht. «Toda la situación en su conjunto deja cada vez más claro que hemos subestimado al coloso ruso—escribía el 11 de agosto—. Al principio de la guerra, contábamos con unas 200 divisiones enemigas. Ahora hemos contado ya 360. Esas divisiones no están en realidad armadas y equipadas de acuerdo con nuestros criterios y su dirección táctica suele ser pobre. Pero ahí están y si aplastamos una docena de ellas, los rusos simplemente sacan otra docena. […] Y así nuestras tropas, esparcidas por una línea de frente inmensa, sin ninguna profundidad, están sometidas a los ataques constantes del enemigo».[118]

Hitler, en su Suplemento a la Directriz nº 34, del 12 de agosto, afirmaba categóricamente por primera vez que en cuanto se eliminasen las amenazas de los flancos y las unidades blindadas se hubiesen repuesto había que proseguir el ataque contra las fuerzas enemigas concentradas para proteger Moscú. El objetivo era «la eliminación del enemigo antes del invierno de todo el centro de comunicaciones, de armamentos y de gobierno de alrededor de Moscú», según la directriz.[119] Pero tres días después Hitler intervino una vez más en las disposiciones tácticas ordenando que unidades blindadas del flanco norte del grupo de ejército del centro ayudasen al grupo de ejército del norte a contener un fuerte contraataque soviético.[120]

En este hecho de que cediese, aunque con muchas matizaciones, en lo de Moscú y luego se volviese atrás, en realidad, de su decisión, es posible que influyese el grave ataque de disentería del que fue víctima en la primera mitad de agosto. En realidad en los últimos años, y a pesar de una hipocondría creciente, había disfrutado de una salud notablemente buena, si tenemos en cuenta sus hábitos de alimentación y el tipo de vida que llevaba. Pero por entonces se había visto postrado en un momento vital. Goebbels le encontró aún mal de salud y «muy irritable», aunque mejorando, cuando visitó el cuartel general del Führer el 18 de agosto. Las semanas de tensión y las inesperadas dificultades militares del mes anterior («un periodo claramente malo») se habían cobrado su

tributo, en opinión del ministro de propaganda.[121] De hecho, electrocardiogramas hechos por entonces indicaron que Hitler tenía esclerosis coronaria progresiva y acelerada. El análisis que hizo Morell de los resultados de las pruebas no pudo elevar precisamente el estado de ánimo de Hitler ni aliviar su hipocondría.[122]

Es probable que su mala salud del mes agosto, en un momento en que estaba anonadado por la evidencia innegable de que los servicios secretos alemanes habían incurrido en una notoria subestimación del verdadero potencial de las fuerzas soviéticas, debilitase temporalmente su resolución de continuar la guerra en el este. Goebbels se quedó claramente atónito durante su visita al cuartel general del Führer al enterarse de que Hitler estaba pensando en aceptar condiciones de paz de Stalin e incluso decía que el bolchevismo, sin el Ejército Rojo, no significaría ningún peligro para Alemania.[123] (En realidad, parece ser que Stalin consideró a finales de julio, durante un breve periodo, la posibilidad de efectuar sondeos para llegar a un acuerdo, que incluiría la entrega de una gran extensión de territorio soviético).[124] Hitler, en un estado de ánimo pesimista respecto a una victoria rápida y completa en el este, se estaba agarrando a un clavo ardiendo: quizás Stalin pidiese la paz; tal vez cayese Churchill; la paz podría irrumpir de pronto. El cambio podía llegar con la misma rapidez que lo había hecho en enero de 1933, decía (y seguiría haciéndolo muchas veces más hasta 1945), cuando, sin perspectiva alguna de ello a principio de mes, los nacionalsocialistas se habían encontrado en el poder en cuestión de semanas.[125]

Halder tenía también los nervios destrozados por entonces. Pensaba ya que había llegado el momento de enfrentar a Hitler de una vez por todas con la necesidad imperativa de destruir a las fuerzas enemigas concentradas alrededor de Moscú. El 18 de agosto Brauchitsch envió a Hitler el memorando de Halder. Decía que los grupos de ejercito del norte y del sur tendrían que alcanzar sus objetivos con sus propios recursos, pero que el principal esfuerzo debía ser la ofensiva inmediata contra Moscú, porque el grupo de ejército del centro no podría continuar sus operaciones después de octubre debido a las condiciones meteorológicas.[126]

El memorando de Halder lo había preparado el coronel Heusinger, jefe del departamento de operaciones del ejército. Dos días después de su presentación, Heusinger lo analizó con Jodl. El asesor militar más íntimo de Hitler indicó motivos psicológicos en las decisiones estratégicas del dictador. Heusinger recordaba que Jodl había dicho que Hitler sentía «una aversión instintiva a seguir el mismo camino que Napoleón. Moscú le produce una sensación un poco siniestra» («etwas Unheimliches»). Cuando Heusinger insistió en que era necesario derrotar a las fuerzas enemigas en Moscú, Jodl replicó: «Eso es lo que dices tú. Ahora te diré cuál será la respuesta del Führer: Hay en este momento una posibilidad mucho mejor de derrotar a las fuerzas rusas. Su principal zona de concentración está ahora al este de Kiev». Heusinger presionó a Jodl para que apoyara el memorando. Jodl finalmente contestó: «Haré lo que pueda. Pero tienes que admitir que las razones del Führer están bien pensadas y no se pueden desechar sin más ni más. No debemos intentar obligarle a hacer algo que va contra sus convicciones internas. Su intuición ha acertado en general. ¡Eso no puedes negarlo!».[127] Aún prevalecía el mito del Führer… y entre los más próximos a Hitler.

No tardó en llegar la respuesta de Hitler, como era de esperar… y fue una réplica devastadora al alto mando del ejército. El 21 de agosto se le comunicó que Hitler rechazaba sus propuestas porque no se correspondían con sus intenciones. En vez de ellas, ordenó: «El principal objetivo que hay que conseguir antes de que empiece el invierno no es la toma de Moscú, sino que está más bien en el sur, y es la ocupación de Crimea y de la región carbonífera e industrial del Donets, junto con el aislamiento de las zonas petroleras rusas del Cáucaso y, en el norte, el cerco de Leningrado y la confluencia con los finlandeses». El paso clave inmediato era rodear y destruir al 5° Ejército Soviético, que se hallaba en la región de Kiev, en situación muy expuesta, mediante un movimiento de pinza de los grupos de ejército del centro y del sur. Eso abriría el camino al grupo de ejército del sur para avanzar en dirección sureste, hacia Rostov y Járkov. La conquista de Crimea, añadía Hitler, era «de importancia decisiva para garantizar nuestro suministro de petróleo de Rumania». Había que valerse de todos los medios, en consecuencia, para cruzar rápidamente el Dnieper y llegar a Crimea antes de que el enemigo

pudiese reclutar nuevas fuerzas.[128]

Hitler desarrolló sus argumentos al día siguiente en un «Estudio» en el que acusaba al alto mando del ejército de no cumplir su plan operativo y ratificaba que era necesario desviar el peso principal del ataque hacia el norte y el sur y relegar Moscú a la condición de un objetivo secundario. Se acusaba a Brauchitsch de falta de autoridad, por dejarse influir por los intereses especiales de los sectores individuales del ejército. Y era especialmente hiriente la alabanza que se hacía, por contraste, de la firme autoridad de Göring en su dirección de la Luftwaffe.[129]

En este «Estudio» del 22 de agosto, Hitler repitió una vez más el objetivo de eliminar a la Unión Soviética como un aliado continental de Inglaterra, privando así a esta de la esperanza de poder cambiar el curso de los acontecimientos en Europa. Este objetivo, aseguraba, sólo podía alcanzarse a través de la aniquilación de las fuerzas soviéticas y la ocupación o destrucción de las bases económicas que podían permitirle continuar la guerra, con especial hincapié en las fuentes de materias primas. Reafirmaba que era necesario concentrarse en destruir la posición soviética en el Báltico y ocupar Ucrania y la región del mar Negro, que eran vitales como fuente de materias primas para la economía de guerra soviética. Consideraba también necesario proteger los suministros alemanes de petróleo de Rumania. El alto mando del ejército era culpable de no haber cumplido sus órdenes de aprovechar el avance sobre Leningrado. Insistía en que las tres divisiones del grupo de ejército del centro, que estaba previsto desde el principio de la campaña que ayudaran al grupo de ejército del norte, más débil numéricamente, debían ser abastecidas rápidamente de lo necesario y que se lograría entonces el objetivo de conquistar Leningrado. Una vez hecho esto, se podían utilizar las unidades motorizadas suministradas por el grupo de ejército del centro para concentrarse en el único objetivo que le quedaba, el avance sobre Moscú. Tampoco en el sur debía haber ningún desvío de los planes originales para avanzar hacia Moscú. En cuanto se lograse destruir las fuerzas soviéticas situadas al este y al oeste de Kiev que amenazaban el flanco del grupo de ejército del centro, argumentaba, quedaría significativamente facilitado el avance sobre Moscú.

Rechazaba, por tanto, las propuestas del alto mando del ejército para la posterior dirección de las operaciones.[130]

Halder no pudo contenerse, en la intimidad de las notas de su diario. «Considero insoportable para el OKH la situación creada por la intromisión del Führer—escribía—. Nadie más que el propio Führer es culpable de la trayectoria en zigzag provocada por sus órdenes sucesivas». El tratamiento de que se hacía objeto a Brauchitsch, continuaba, era «absolutamente ofensivo». Halder había propuesto al comandante supremo que presentaran los dos la dimisión, pero Brauchitsch se había negado a dar ese paso «considerando que las dimisiones no serían aceptadas y no cambiaría nada con ello».[131]

Así que Halder, profundamente alterado, voló al día siguiente hasta el cuartel general del grupo de ejército del centro. Los comandantes reunidos respaldaron, como era de prever, su preferencia por reanudar la ofensiva sobre Moscú. Estaban de acuerdo en que el avance sobre Kiev significaría una campaña de invierno. El mariscal de campo Von Bock propuso que el general Heinz Guderian, uno de los comandantes favoritos de Hitler, y que fue particularmente elocuente en la reunión, acompañase a Halder al cuartel general del Führer para intentar convencer al dictador de que cambiase de criterio y aceptase el plan del alto mando del ejército.

Cuando llegaron Halder y Guderian a Prusia oriental, estaba oscureciendo. Según la versión posterior de Guderian (dirigida, como es lógico, a presentarse él lo más favorablemente posible) Brauchitsch le prohibió plantear la cuestión de Moscú. Se había ordenado realizar la operación del sur, declaró el comandante en jefe del ejército, así que el único problema era cómo llevarla a cabo. No tenía sentido discutir. Ni Brauchitsch ni Halder acompañaron a Guderian cuando entró a ver a Hitler, que estaba flanqueado por un númeroso séquito en el que figuraban Keitel, Jodl y Schmundt. Fue el propio Hitler quien planteó la cuestión de Moscú, según Guderian, y luego le dejó exponer sin interrupción los argumentos por los que consideraba que era necesario convertir el avance sobre la capital rusa en lo prioritario. Guando Guderian acabó de hablar, empezó a hacerlo Hitler. Expuso la opción alternativa, procurando no perder el control. Las materias primas y la

base agrícola de Ucrania eran vitales para la continuación de la guerra, afirmó. Había que neutralizar Crimea para descartar posibles ataques a los yacimientos petrolíferos rumanos desde portaaviones soviéticos. «Mis generales no saben nada de los aspectos económicos de la guerra», le oyó decir Guderian por primera vez. Hitler se mostró inflexible. Ya había dado órdenes estrictas para un ataque a Kiev como objetivo estratégico inmediato. La acción debía efectuarse teniendo en cuenta eso. Todos los presentes asentían a cada frase que decía Hitler. Los representantes del OKW le apoyaban en todo. Guderian se sintió aislado. Evitó a partir de entonces toda posible discusión. Adoptó la actitud, así lo explicó mucho después, de que, puesto que la decisión de atacar Ucrania estaba confirmada, su tarea era ya garantizar que se realizase con toda la eficacia posible para asegurar la victoria antes de que llegasen las lluvias del otoño.

Cuando informó a Halder al día siguiente. 24 de agosto, el jefe del Estado Mayor general del ejército se puso furioso ante el cambio completo de actitud de Guderian al verse enfrentado directamente a Hitler.[132] La decepción de Halder era mucho mayor porque Guderian, al que había considerado un posible futuro comandante en jefe del ejército, había figurado entre los críticos más vehementes de Hitler el día anterior, durante la reunión del cuartel general del grupo de ejército del centro.[133] A Bock le inspiró el mismo desprecio que a Halder el que Guderian se hubiese desmoronado de aquel modo bajo la presión de Hitler.[134] Lo cierto es que, pese a todo el oprobio que pudiesen amontonar sobre él sus superiores, las posibilidades que Guderian tenía de hacer cambiar de opinión a Hitler eran muy escasas.[135] En realidad, la suerte estaba echada. La gran batalla por Kiev y el dominio de Ucrania estaba a punto de empezar.

Cuando terminó la «Batalla de Kiev» el 25 de septiembre (la propia ciudad de Kiev había caído seis días antes) el frente suroeste soviético estaba completamente destruido. La insistencia de Hitler en enviar el grupo blindado de Guderian al sur para conseguir cercar al enemigo había propiciado una victoria extraordinaria. Se hizo un numero asombroso de prisioneros soviéticos (unos 665.000). En el enorme botín capturado se incluían 884 tanques y 3.018 piezas de artillería.[136] La

victoria preparó el camino para que Rundstedt pasara a ocupar Ucrania, gran parte de Crimea y la cuenca del Donets, con más pérdidas enormes de hombres y material del Ejército Rojo.[137] Teniendo en cuenta la magnitud de las pérdidas soviéticas en los tres meses transcurridos desde el inicio de «Barbarroja», el mando militar alemán llegó a la conclusión de que aún podía tener éxito el avance sobre Moscú (al que se dio el nombre de «Operación Tifón») pese a iniciarse en una época tan tardía del año.[138]

No tenía nada de extraño que Hitler, rebosante de satisfacción por la gran victoria de Kiev, estuviese de un humor entusiasta cuando Goebbels habló con él a solas en el cuartel general del Führer el 23 de septiembre. Los comentarios de Hitler que nos transmite su ministro de propaganda nos proporcionan un atisbo notable de su pensamiento en aquella coyuntura. Tras quejarse agriamente de las dificultades que tenía para imponer su criterio a los «especialistas» del Estado Mayor general, Hitler expuso la idea de que las derrotas asestadas al Ejército Rojo en Ucrania señalaban el cambio decisivo. «Se ha roto el hechizo», reseñaba Goebbels. Las cosas se desarrollarían ahora con rapidez en otras partes del frente. Podían esperarse grandes victorias en las tres o cuatro semanas siguientes. A mediados de octubre, los bolcheviques estarían en plena retirada. El avance siguiente sería hacia Jarkov, a donde se llegaría en unos días, luego hasta Stalingrado y el Don. En cuanto estuviese en manos alemanas esa zona industrial y los bolcheviques tuviesen cortadas sus líneas de suministro de carbón y las bases de su producción de armamento, tendrían la guerra perdida.

Leningrado, la ciudad donde había nacido el bolchevismo, repitió Hitler, sería destruida calle por calle y arrasada hasta los cimientos. No se podría alimentar a su población de cinco millones de habitantes.[139] El arado volvería a pasar un día sobre el emplazamiento de la ciudad. El bolchevismo había empezado con hambre, sangre y lágrimas. Acabaría del mismo modo. La puerta de entrada de Asia a Europa se cerraría, se haría regresar a los asiáticos a las tierras a las que pertenecían. Insistió en que a Moscú podría aguardarle también un destino similar al de Leningrado. El ataque a la capital se produciría una vez tomada la cuenca industrial. La operación de cerco de la ciudad estaría completada

el 15 de octubre. Y en cuanto las tropas alemanas llegasen al Cáucaso, Stalin estaba perdido. Hitler estaba seguro de que, en esa situación, Japón no desperdiciaría la oportunidad de obtener ganancias en la parte oriental de la Unión Soviética. Lo que pasaría entonces dependería de Stalin. Podría capitular. O podría buscar una «paz especial», que Hitler, naturalmente, aprovecharía. El bolchevismo, con su potencial militar destruido, no representaría ya ningún peligro. Podría empujársele otra vez hacia Asia. Podría conservar ambiciones imperialistas extraeuropeas, pero eso sería una cuestión intrascendente para Alemania.

Volvió luego a un tema familiar. Con la derrota del bolchevismo, Inglaterra habría perdido su última esperanza en la Europa continental. Desaparecería su última posibilidad de victoria. Y los crecientes éxitos de los submarinos en el Atlántico de las semanas siguientes ejercerían mayor presión aún sobre Churchill, que estaba dando muestras de tensión nerviosa.[140] Hitler no descartaba que Inglaterra depusiera a Churchill para buscar la paz. ¿Las condiciones de Hitler serían las de siempre: estaba dispuesto a dejar tranquilo el Imperio, pero Inglaterra tendría que salir de Europa. Los ingleses probablemente dejasen a Alemania las manos libres en el este, pero intentarían conservar la hegemonía en la Europa occidental. Eso no lo permitiría. «Inglaterra se había sentido siempre una potencia insular. Es ajena a Europa, y hasta hostil. No tiene ningún, futuro en Europa».[141]

Las perspectivas eran halagüeñas, en conjunto, para Hitler en aquel momento. Un comentario indicaba, sin embargo, que no estaba a la vista un fin próximo del conflicto. Hitler le dijo a Goebbels de pasada (no tardaría en demostrarse que su suposición era claramente errónea) que se habían tomado todas las precauciones precisas para que las tropas pudiesen invernar en el este.[142]

En realidad, por entonces, Hitler y los altos mandos de la Wehrmacht habían llegado ya a la conclusión de que la guerra en el este no habría terminado en 1941. El hundimiento de la Unión Soviética, proclamaba el 27 de agosto un memorado del OKW aprobado por Hitler, era el próximo objetivo de guerra determinante. Pero el memorado añadía que, «si resulta imposible alcanzar ese objetivo plenamente durante 1941, la continuación de la campaña del este tiene prioridad máxima para

1942»[143] Los éxitos militares del verano habían sido notables, pero no se había conseguido el objetivo del golpe rápido y decisivo, que era la base del plan «Barbarroja». Las fuerzas soviéticas, a pesar de sus enormes pérdidas, no habían quedado completamente destruidas ni mucho menos. Continuaban reponiéndose a partir de una reserva aparentemente ilimitada de hombres y de reclusos y combatían con uñas y dientes en la proclamada «Gran Guerra Patriótica» contra el agresor. Por otra parte, la pérdidas alemanas no eran desdeñables. Las bajas sumaban, ya antes de las «batalla de Kiev», casi 400. 000 hombres, o sobre el 11 por 100 del ejército del este.[144] Y estaba empezando a resultar cada vez más difícil encontrar repuestos. A finales de septiembre, la mitad de los tanques estaban fuera de servicio o en diversas etapas de reparación.[145] Y por entonces las lluvias del otoño estaban empezando ya a convertir las carreteras en ciénagas intransitables. Pese a los éxitos del verano, debían matizarse muy notoriamente las bases objetivas que pudiese haber para seguir siendo optimista. El avance hacia Moscú, que se inició el 2 de octubre, y que pretendía lograr una victoria decisiva antes de que empezase el invierno, se basaba en esperanzas más que en expectativas reales. Era un último intento desesperado de infligir una derrota concluyente a la Unión Soviética antes del invierno. Y acabó siendo una improvisación que demostró el fracaso del plan «Barbarroja» original en vez de convertirse en su coronación triunfal.[146]

Es evidente que la culpa de las dificultades con las que se enfrentaba el ejército alemán la tenía el propio Hitler. Mientras Stalin aprendió de las calamidades de 1941 y pasó a dejar las cuestiones militares cada vez más en manos de los especialistas,[147] las intromisiones de Hitler tanto en los detalles tácticos así como en la estrategia general, que nacían de la desconfianza crónica y creciente que le inspiraba el alto mando del ejército, fueron profundamente perjudiciales, como indicaban los problemas de Halder. Fueron muy notables la tenacidad y la obstinación con que se negó a aceptar que el ataque a Moscú pudiese ser prioritario, a pesar de que durante un tiempo, a finales de julio, habían aceptado que lo era no sólo el alto mando del ejército sino hasta su propio asesor militar más íntimo, Jodl. Después de las gloriosas victorias de 1940,

Hitler creyó que su talento militar era superior al de todos sus generales. El desprecio que le inspiraban Brauchitsch y Halder se fortalecía cada vez que había una discrepancia entre su criterio personal y el de ellos. Por otra parte, las semanas de conflicto, y la forma desconcertante con que iban llegando las directrices en julio y agosto para enmendarse luego, debilitó la confianza de Hitler no sólo en el desesperadamente abúlico Brauchitsch y en el Estado Mayor general del ejército de Halder, sino también en los comandantes de campo.

Sin embargo, no se trataba de un problema unilateral. Por supuesto, como hemos visto ya, la invasión de la Unión Soviética había sido una idea de Hitler… y eso en el apogeo del triunfo, en el verano de 1940, pero los estudios de factibilidad del ejército habían respaldado ese verano la propuesta, lejos de descartarla como ilusoria, vana o arriesgada hasta el punto de rondar el desastre directo. La tensión entre las concepciones antagónicas de la campaña del este aún seguía presente interiormente en el caso de Halder cuando Hitler emitió la directriz 21 el 18 de diciembre de 1940, indicando Moscú como objetivo secundario en vez de primario. El conflicto de los meses de verano siguientes estaba prefigurado en esta contradicción sin resolver antes incluso de que se hubiese iniciado la campaña. El alto mando del ejército parecía haber aceptado, aunque fuese a regañadientes, la estrategia alternativa por la que Hitler se inclinaba. La planificación estratégica de los meses siguientes se atuvo a esta premisa.

La estrategia de conseguir controlar primero el Báltico y cortar las comunicaciones con centros económicos soviéticos esenciales, protegiendo al mismo tiempo los suministros alemanes de petróleo rumano, antes de atacar Moscú no era en realidad ninguna insensatez. Y el temor a que un ataque frontal a Moscú hiciese simplemente retroceder a las fuerzas soviéticas y no permitiese rodearlas estaba plenamente justificado. La preferencia del alto mando del ejército por desviarse del plan «Barbarroja» una vez iniciada la campaña no era una mejora evidente en sí. La vuelta a la estrategia que en principio había preferido Halder era tentadora porque el grupo de ejército del centro había avanzado de una forma más rápida y espectacular de lo previsto y estaba presionando con fuerza para que se le permitiera seguir y, según su

criterio, finalizar la tarea tomando Moscú. Sin embargo, se debía aún más al hecho de que resultaba ya evidente que los servicios de espionaje del ejército se habían equivocado deplorablemente en sus estimaciones de la fuerza militar soviética. El ataque a Moscú, aunque preferido por el OKH en sus planteamientos desde las etapas iniciales, había pasado en realidad a convertirse en un sustituto del plan «Barbarroja», que había fracasado estrepitosamente, no sólo por la intromisión de Hitler sino también por la incompetencia y los fallos de la dirección del ejército.

Dado que Hitler había colocado a los hombres claves, Brauchitsch y Halder, en sus puestos, le corresponde a él una buena parte de la culpa por sus fallos. Sin embargo, Brauchitsch, como comandante en jefe del ejército, fue desastrosamente débil e ineficaz. Su aportación a la planificación estratégica parece haber sido mínima. Desgarrado entre las presiones de sus comandantes de campo y la intimidación de que Hitler le hacía objeto, constituía un agujero negro donde era decisiva una autoridad clarividente y resuelta. Brauchitsch era ya una caña rota mucho antes de la crisis que acabaría conduciendo a su destitución del cargo. El desprecio con que Hitler le trataba tenía una cierta justificación.

A Halder, debido en paite a sus propias justificación es exculpatorias de postguerra y a sus coqueteos (aunque no llegaran a nada) con grupos opuestos a Hitler, lo ha tratado más generosamente la posteridad. A él era a quien le correspondía la responsabilidad de planificar las operaciones militares como jefe del Estado Mayor general. Las accidentadas relaciones con el alto mando de la Wehrmacht, portavoz en gran medida del propio Hitler, debilitó gravemente, claro está, la posición de Halder, pero el jefe del Estado Mayor general no señaló los problemas del plan «Barbarroja» original. El desvío hacia el norte de fuerzas del grupo de ejército del centro no salió bien del todo. No se tuvieron en cuenta los problemas a los que se enfrentarían las fuerzas motorizadas en el territorio comprendido entre Leningrado y Moscú. Halder fue tibio desde el principio respecto a la concentración en el Báltico y habría preferido el ataque frontal a Moscú, pero, como ya hemos visto, se permitió que se enconara la disputa una vez iniciada la campaña, en vez de resolverla con antelación.[148]

Además, el ataque general a Moscú en el que Halder insistía con urgencia (y también el comandante del grupo de ejército del centro, Von Bock) habría sido también una empresa sumamente arriesgada. Habría sido imposible entonces, casi con toda seguridad, eliminar las grandes fuerzas soviéticas de los flancos (como sucedió en la «batalla de Kiev»). Y los rusos estaban esperando el ataque contra la capital. Si la Wehrmacht hubiese llegado a la ciudad, en ausencia de una Luftwaffe capaz de arrasar Moscú hasta los cimientos (como quería Hitler), el resultado probablemente hubiese sido un anticipo de lo que acabaría pasando en Stalingrado. Y aun en el caso de que se hubiese conquistado la ciudad, no se habría ganado la guerra. Habría sido improbable un hundimiento psicológico, político, económico y militar soviético como consecuencia.[149]

Sean cuales sean las especulaciones que se puedan hacer en torno a esto, el que la campaña del este se hubiese descarriado ya a finales del verano de 1941 no puede achacarse única, ni siquiera principalmente, a la intromisión de Hitler en cuestiones que deberían haberse dejado a los militares profesionales. El deducir de ello, como se hace en algunas memorias de postguerra, que los militares habrían ganado la guerra en el este para Alemania si se les hubiese dejado actuar con autonomía, es una pretensión arrogante y autodefensiva. Los problemas crecientes de «Barbarroja» eran en último término consecuencia del calamitoso error de calculo según el cual la Unión Soviética se desmoronaría como un castillo de naipes tras una Blitzkrieg, error que se apoyaba en unos supuestos sumamente optimistas, una infravaloración del enemigo y unos recursos extremadamente limitados.[150] Este fue el error de cálculo de Hitler, pero sus planificadores militares lo compartieron.

Capítulo IV

Mientras se iban produciendo estos tumultuosos acontecimientos en el frente este, el Reich estaba convirtiéndose gradualmente en un estado de Führer con un Führer ausente. Durante el verano de 1940, Hitler había estado fuera, en su cuartel general de campaña del frente occidental,[151] cerca de dos meses. No había sido más que un intermedio, pero una vez iniciada la campaña del este, y sobre todo una vez que se comprendió que no se iba a tratar en este caso de una repetición de los rápidos triunfos militares anteriores, su ausencia se hizo prolongada y luego, en realidad, permanente. Mientras Churchill se preocupaba por hablar al pueblo inglés y se dejaba ver el máximo posible, Hitler desapareció prácticamente de la vista del público. Durante los meses restantes de 1941, en que el estado de ánimo general en el Reich no era ni mucho menos entusiasta, apenas abandonó su cuartel general de campaña para aparecer en público en Alemania. Presionado por Goebbels para que pronunciase un discurso con la finalidad de levantar una moral que flaqueaba, se dignó pasar seis horas en Berlín el 3 de octubre. Dos meses después, el 8 de noviembre, fue a Munich, dirigió su discurso habitual a los «viejos combatientes» del Movimiento para conmemorar el golpe, habló al día siguiente a los Reichsleiter y Gauleiter y regresó inmediatamente a la «Guarida del Lobo». Y asistió en Berlín el 21 de noviembre al funeral del general Ernst Udet (el as de la aviación de la Primera Guerra Mundial al cargo del armamento aéreo, que se había suicidado después de que Göring le hubiese convertido en chivo expiatorio de los fracasos de la Luftwaffe en el frente oriental), regresando seis días después para la ceremonia que prolongaba el Pacto Anti-Comintern, ocasión que aprovechó para recibir a una serie de dignatarios extranjeros antes de partir de nuevo para su cuartel general de campaña de la Prusia oriental tras una estancia de dos días.[152]

Por lo demás, el pueblo alemán le veía sólo esporádicamente en algún noticiario, acompañado casi siempre de sus generales. Su ausencia continuada en 1941 fue el principio de un proceso que, a medida que fue avanzando la guerra y la victoria final fue convirtiéndose en un espejismo, transformaría al dirigente más notoriamente populista del siglo xx, el demagogo magistral cuya base de poder se había apoyado en

gran medida en su habilidad sin par para valerse de las expectativas y los resentimientos del pueblo, en un personaje remoto y distante.

El distanciamiento creciente de Hitler trajo consigo inevitablemente una aceleración de la tendencia existente, sumamente desarrollada, a la desintegración de toda semblanza de administración coordinada del Reich. Las cifras descarnadas de la legislación aprobada por el gobierno proporcionan un indicador. De las 445 disposiciones legales emitidas en 1941, sólo 72 leyes, decretos del Führer hechos públicos y decretos ministeriales guardaban cierta semejanza con lo que podríamos llamar medidas para la coordinación de una política interministerial Los 373 decretos restantes procedían de ministerios individuales que no habían efectuado consultas más amplias.[153]

El nombramiento de Bormann en mayo de 1941 como jefe de la Cancillería del partido recién formada acentuó la tendencia en vez de frenarla. Su proximidad a Hitler, su energía burocrática, su fidelidad ideológica y su dinamismo implacable proporcionaron sin duda un ímpetu nuevo al partido, que llevaba años dirigido por el débil e ineficaz Rudolf Hess. Bormann consideró que su papel, como miembro «del grupo más próximo al Führer», consistía en canalizar información seleccionada hacia Hitler e «informar continuamente a los Reichsleiter, Gauleiter y jefes de organizaciones de las decisiones y opiniones del Führer».[154] Aunque, debido a la influencia de los acontecimientos del este, la dirección del partido por Bormann acentuase el tono ideológico y la radicalización de la política en el frente interno, no aportó, sin embargo, ninguna coordinación al gobierno. Todo lo contrario: la consecuencia en la práctica fue intensificar aun más el conflicto intergubernamental y elevar la tensión insuperable que se había creado dentro del régimen nazi entre las demandas de la administración burocrática y las presiones antiburocráticas de una jefatura del régimen de orientación ideológica.[155]

El papel de Hitler siguió siendo, claro está, decisivo. Era, como siempre, el eje del sistema (si «sistema» es un término adecuado para semejante batalla campal administrativa) y la fuente de legitimación ideológica. Solía mantenérsele informado, por otra parte, aunque fuese de forma asistemática y desproporcionada, de cuestiones completamente

triviales, además de las que se consideraban más importantes. Pero la insistencia en conservar en sus manos todos los controles primordiales de todas las esferas de poder significativas, unida a su ausencia material del centro de gobierno, su entrega casi total al esfuerzo bélico y su absoluta aversión a los métodos burocráticos, generaron una fragmentación ineludible de la maquinaria administrativa y, junto con ella, una radicalización cada vez más intensa del régimen.

La última operación militar de Hitler en el este para destruir el bolchevismo de un sólo golpe rápido y devastador habría de poner en peligro también su popularidad personal y con ello el núcleo mismo del apoyo al régimen. Hitler había conseguido su inmensa popularidad durante la década de 1930 gracias a sus éxitos, sobre todo a través de sus «victorias sin derramamiento de sangre», que habían aportado expansión territorial y habían devuelto la fuerza y el orgullo nacional a un país humillado. Cuando se inició la guerra en 1939, las victorias fueron rápidas, espectaculares y, aunque no «sin derramamiento de sangre», sí relativamente indoloras para el pueblo alemán. Pero para mantener los altos niveles de popularidad alcanzados tras la contundente victoria sobre Francia de 1940, Hitler necesitaba aportar la victoria final. Y esa victoria le había eludido hasta entonces. Sensible como era a la inconstancia del apoyo popular, y teniendo siempre presente cómo el hundimiento de la moral de lucha había dejado paso al fervor revolucionario en 1917-18, sabía lo mucho que significaba el aplastamiento rápido y completo de la Unión Soviética. La victoria en el este proporcionaría la base material de la prosperidad y el poder perdurables: el botín infinito de las riquezas de los nuevos territorios para mejorar el nivel de vida del país y las oportunidades ilimitadas de movilidad hacia arriba, riqueza y dominación. El no conseguir asestar el golpe mortal significaría, por el contrario, poner en peligro al régimen. Significaba guerra prolongada, y debido a ello, privaciones y sacrificios crecientes, sufrimientos y desgracias y, con todo ello, a su debido tiempo, las condiciones en las que se podrían minar la popularidad del régimen y la autoridad única del propio Hitler.

Aunque los leales al régimen nazi dieron la bienvenida al enfrentamiento con el archienemigo, después del periodo incómodo de

lo que consideraban un pacto puramente táctico, las reacciones iniciales del pueblo alemán al inicio de «Barbarroja», estando como estaba sin preparar para la ampliación de la guerra al este, fueron en general de angustia y consternación.[156] Ya hemos indicado que los primeros «comunicados especiales» de los notables avances y éxitos militares de la Wehrmacht no habían tenido ni mucho menos los efectos deseados, como bien sabía Goebbels. Mientras los comunicados triunfalistas del alto mando de la Wehrmacht seguían atronando en la radio, y un boletín tras otro iban informando de una grandiosa victoria más, proclamando la derrota total o la aniquilación del enemigo y anunciando que Stalin estaba desplegando sus últimas reservas, se despertaban esperanzas de un rápido final del conflicto. (Las estimulaban el tono de la propaganda: Goebbels les había dicho a los representantes de los medios de información el 22 de junio que la guerra en el este se acabaría en ocho semanas).[157] Los nazis leales estaban entusiasmados, como es natural; los que se oponían al régimen, deprimidos. Pero las profundas angustias y las esperanzas de una paz rápida (con la victoria si era posible, pero sobre todo que pusiera fin a la guerra) entre la masa de la población era algo que no podía hacerse olvidar por mucho tiempo. Y, por muy grandes que fuesen las victorias de la Wehrmacht que se comunicaban, no parecía que hubiese un final a la vista. A medida que iba pasando el verano iba haciéndose evidente que Stalin se hallaba muy lejos de haber agotado sus últimas reservas. Empezaba a aumentar el escepticismo en los informes. Además, los informes de combates encarnizados, feroz resistencia del Ejército Rojo y, sobre todo, «brutalidades horribles» y de «la forma inhumana de luchar de los bolcheviques» y los «tipos criminales» del «estado judío» aumentaron como es natural las preocupaciones, fuese cual fuese la envergadura de las victorias, de aquellos cuyos padres, hermanos, hijos y maridos estaban en el frente.[158]

Un joven soldado, recién casado y en casa de permiso, dejó una indicación en su diario de cuál era el estado de ánimo después de sólo dos semanas de lucha cuando asistió en su iglesia de siempre al servicio del domingo por la mañana: «Se leyeron (en un tono completamente normal) el nombre, año de nacimiento, fecha y lugar de muerte de los

caídos y esos datos fríos tuvieron precisamente un efecto doblemente conmovedor. Sollozaban las viudas por toda la iglesia…».[159] Pero esas observaciones no impedían que se aprobasen los objetivos nazis. El mismo soldado testimoniaba, unos cuantos días después, su aprobación de las películas antisemitas Jud Süss y Die Rothschilds, destacando cómo la familia de banqueros judíos había conseguido por medio de su dinero determinar la política de Europa. Y cuando vio, a principios de agosto, documentales de la lucha en el este comentó la forma «demoníaca» de luchar «verdaderamente ruso-asiática», según sus palabras, del Ejército Rojo, con desprecio de «todas las reglas de civilización y humanidad».[160]

Las actitudes respecto a la guerra (y la necesidad de librarla) se hallaban divididas. En agudo contraste con los puntos de vista de este soldado, los deseos de una comunidad agrícola de la Franconia septentrional, de acuerdo con el franco informe del Landrat local, difícilmente podrían haber estado más alejados de los objetivos ideológicos de la capa dirigente nazi. En su zona, escribía, no había «la menor comprensión para la realización de planes para el dominio del mundo. […] Hombres y mujeres agotados por el trabajo, exhaustos, no veían por qué había de llevarse la guerra aún más allá, hasta Asia y África».[161] A finales de agosto, el mismo Landrat escribió: «No tengo más que un solo deseo, que uno de los funcionarios de Berlín o Munich […] estuviese en mi despacho en el momento en que, por ejemplo, un viejo campesino agotado solicita en tono suplicante que le asignen trabajadores u otras ayudas, y como prueba de su necesidad muestra dos cartas, en una de las cuales el comandante de la compañía del hijo mayor contesta que no se puede conceder permiso para la recolección y en la otra el comandante de la compañía del hijo pequeño informa de su muerte heroica en un enfrentamiento cerca de Propoiszk».[162]

Desde el punto de vista de los alemanes más corrientes, lo que eran en su recuerdo los «buenos tiempos» de la década de 1930 habían terminado. Se estaba produciendo un deterioro profundo de las condiciones de la vida diaria. La causa de esto era, en su opinión, la guerra. Lo que hacía falta era ponerle fin y volver a la «normalidad», no otra ampliación (innecesaria, en opinión de muchos) del conflicto, y

además ahora contra el enemigo más peligroso e implacable. La preocupaciones diarias dominaban el estado de ánimo, junto con el miedo por los seres queridos que estaban en el frente. Los informes de las ciudades destacaban la «situación catastrófica de las provisiones» y la cólera por la escasez de alimentos y los altos precios. Crecía el descontento entre los trabajadores de la industria por las condiciones de trabajo y por los niveles salariales. Según informaba el SD de Stuttgart era una opinión muy extendida que el «hombre pequeño» volvía a ser el bobo del que se aprovechaban todos. Tenía que trabajar duro y sacrificarse mucho, como siempre, para que se beneficiaran los «caciques (Bonzen), los plutocratas, los encopetados (Standesdünkel) y los que se estaban haciendo ricos con la guerra». «¿Qué significa aquí comunidad nacional?», se preguntaba quejumbrosamente.[163] En las zonas alpinas de Baviera, el estado de ánimo era «malo y la gente estaba cansada de la guerra», agobiada por las «preocupaciones de la vida diaria grandes y pequeñas y en constante aumento» y (se aseguraba, exagerando un poco) comparables a las de 1917.[164]

Y como remate llegaron nuevas preocupaciones. Fue precisamente mientras una guerra feroz rugía en el frente oriental cuando alcanzó su apogeo dentro del Reich el ataque renovado del régimen nazi contra el cristianismo que se había iniciado a principios de 1941. Estaban causando además por entonces un profundo desasosiego rumores inquietantes (se habían propagado durante el año anterior como un incendio) sobre el asesinato de los enfermos mentales en los manicomios. La eliminación de «la vida que no vale la pena vivirse» había ido adquiriendo un sesgo amenazador, potencialmente peligroso para todas las familias, pues se estaban trayendo del frente y albergando en hospitales, sanatorios y manicomios de todo el Reich a un número creciente de soldados con graves daños físicos y secuelas mentales.

A pesar de que el propio Hitler había dicho insistentemente que no quería que hubiese enfrentamientos con las iglesias mientras durase la guerra (el enfrentamiento decisivo con el cristianismo debía producirse después de la victoria final), había habido una oleada de agitación anticlerical acompañada de una serie de nuevas medidas durante la primera mitad de 1941. Parece que el activismo procedía principalmente

de abajo, que los radicales anticlericales explotaban las necesidades de época de guerra para intentar acabar con el controvertido dominio (fortalecido por las angustias de la propia guerra) que seguían ejerciendo las iglesias sobre la población. Pero no hay duda de que se alentaba la tendencia desde arriba, sobre todo a través de Bormann y de la Cancillería del partido. Bormann, en una circular confidencial de junio de 1941 dirigida a todos los Gauleiter, había proclamado expresamente que el cristianismo y el nacionalsocialismo eran incompatibles. El partido debía luchar, por tanto, para acabar con el poder y la influencia de la Iglesia.[165] Es extremadamente dudoso que esto representase los deseos de Hitler, dada su actitud básica respecto a las relaciones con las iglesias durante la guerra. Por otra parte, Bormann no actuaba nunca directamente en contra de la voluntad de Hitler. Lo más probable es que interpretase mal en esta ocasión las repetidas peroratas de Hitler sobre la malévola influencia del cristianismo y transmitiese señales erróneas a los militantes del partido.[166]

Por la época en que Bormann escribió su circular, se había estimulado va la hostilidad de los feligreses de las iglesias con la prohibición de las publicaciones eclesiales, la sustitución de las monjas por «hermanas pardas» de la organización del auxilio social (la Nationalsozialistische Volkswohl fahrt o NSV), el paso de las celebraciones de festividades de los días laborables al domingo más próximo y los intentos de suprimir el rezo en las escuelas. Corrían rumores de que pronto se prohibiría bautizar a los niños y de que se expulsaría a los sacerdotes de las casas parroquiales. En algunas localidades causaron una cólera inmensa los cierres de monasterios, el desalojo de los monjes y la requisa de las propiedades monásticas para acomodar a refugiados o habilitar espacio para oficinas del partido.[167]

En la predominantemente católica Baviera el descontento popular provocado por los ataques nazis a la Iglesia alcanzó su punto álgido en ese verano de 1941. El Gauleiter de la «Gau tradicional» de Munich y de la Alta Baviera, Adolf Wagner, uno de los aliados más antiguos de Hitler, actuando en su condición de ministro de educación, había ordenado en abril que se retiraran los crucifijos de las escuelas bávaras. Es imposible saber si, como se aseguró más tarde, estaba intentando «hacer realidad

visible la doctrina transmitida por el Reichsleiter Bormann de que el nacionalsocialismo y el cristianismo son opuestos irreconciliables», o si estaba actuando por iniciativa propia.[168] La orden se emitió varias semanas antes que la circular de Bormann, que no pudo haber provocado, por tanto, la «acción». Pero es probable que Wagner captase señales procedentes del cuartel general del partido de fecha anterior, aunque del mismo año, y actuase atacando el símbolo mismo del propio cristianismo (sin efectuar al parecer ninguna consulta en la propia Baviera) con el propósito de dar un contenido directo al impulso antieclesial en su propia provincia, donde el poder del catolicismo era una espina clavada en el costado del partido.

De cualquier modo, la cuestión es que el resultado fue despertar un torrente de agria protesta, organizado sobre todo por madres de escolares. Sus cartas a los seres queridos que tenían en el frente asombraron a unos soldados que no podían creerse lo que estaban haciendo los «bolcheviques de casa» y amenazaban con ejercer una influencia dañina en la moral de las tropas. Las reuniones multitudinarias en los ayuntamientos, el negarse a enviar a los niños a la escuela, la recogida de firmas para peticiones y las manifestaciones públicas de madres indignadas hicieron que no se pudiese ignorar el asunto. Una petición, acompañada de una lista de firmas que contenía 2.331 nombres, decía: «Los hijos de nuestro pueblo están en el este luchando contra el bolchevismo. Muchos están dando su vida por la causa. No podemos entender que precisamente en esta época tan dura pueda haber gente que quiera quitar la cruz de las escuelas».[169] Wagner se vio obligado a revocar la orden, pero la situación había llegado a hacerse tan caótica que los funcionarios del partido de algunas zonas no empezaron hasta entonces a retirar realmente los crucifijos. La agitación creada por esta medida completamente innecesaria fue aplacándose gradualmente, pero no cesó en realidad hasta el otoño. El daño que se hizo al prestigio del partido en esas regiones lúe inconmensurable e irreparable.[170]

Ni siquiera Hitler escapó a la cólera de los católicos bávaros. Campesinos de algunas zonas retiraron su retrato de sus casas. «Mejor Guillermo por la gracia de Dios que el idiota de Berchtesgaden» («Lieber

Wilhelm von Gottes Gnaden als den Depp von Berchtesgaden») era un sentimiento testimoniado en Munich.[171] Pero el mito del Führer (el de que no sabía nada de las cosas que hacían a espaldas suyas sus subordinados) aún era tuerte, pese a que no se mantuviese completamente ileso. «El Führer no quiere esto, y desde luego no sabe nada de la eliminación de las cruces», gritaba una mujer durante una manifestación.[172] «Lleváis camisas pardas por encima, pero por dentro sois bolcheviques y judíos, porque si no no seríais capaces de hacer esto a espaldas del Führer», decía una carta anónima procedente de una mujer de la zona de Berchtesgaden.[173] Como indican esos comentarios, la fuerza del sentimiento en el caso del «crucifijo» era perfectamente compatible con el apoyo a Hitler y a la «cruzada contra el bochevismo ateo» que los propios obispos católicos habían aplaudido.[174] Pero el asunto del crucifijo, aunque sólo afectase a una parte de Alemania, había puesto por un momento al descubierto la creciente fragilidad del apoyo al partido y al régimen al agudizarse la inevitable radicalización y la carencia de una política coordinada y pragmática. La agresividad desviada hacia fuera, siempre que fuese indolora y alcanzase sus objetivos, era, al parecer, básicamente inobjetable. Pero en cuanto se dirigía hacia dentro, contra sistemas de creencias tradicionales y generalizados y no contra minorías inocuas y odiadas, pasaba a ser ya una cuestión completamente distinta. La «prioridad absoluta» que exigía el nazismo, su intolerancia con cualquier estructura institucional que no controlara el Movimiento y la «radicalización acumulativa» intrínseca al propio sistema creaban, en realidad, una tendencia inexorable hacia el aumento, no la disminución, de la conflictividad social.[175]

Esto se hizo evidente por entonces, en relación con un asunto que pertenecía al núcleo mismo de la ideología del régimen, al salir a la luz pública, a mediados del verano de 1941, la existencia de una grave inquietud por la «acción de eutanasia». Desde el verano de 1940 habían estado circulando rumores demasiado creíbles sobre la matanza de los pacientes de los manicomios. Al producirse la «acción» en manicomios seleccionados del interior de Alemania, muy cerca de mídeos de población importantes, había sido imposible mantenerla tan secreta como se pretendía. Los que vivían en la vecindad inmediata veían que

llegaban los autobuses grises, que descargaban a los pacientes, que entraban en el manicomio, y que después salía constantemente humo por las chimeneas del crematorio.[176] Se habían producido de cuando en cuando, por ejemplo en Absberg. Franconia, en febrero de 1941, demostraciones públicas de simpatía por las víctimas cuando las cargaban en los autobuses para llevarlas a lo que todo el inundo sabía que era una muerte segura.[177] El secreto y la ausencia de declaraciones públicas, no digamos ya de leyes, que autorizasen lo que se sabía que estaba pasando, alimentó los fuegos de la alarma. Llegaron cartas de protesta a la Cancillería y al Ministerio de Justicia del Reich. Algunas eran incluso de nacionalsocialistas de pura cepa.[178] Otras eran de personalidades eclesiásticas, que en este caso no se mordían la lengua.[179] Las protestas de los eclesiásticos habían tenido hasta entonces carácter confidencial, pero el 7 de julio se dio lectura en las iglesias católicas a una carta pastoral de los obispos alemanes en que se proclamaba que no era lícito matar más que en caso de guerra o en defensa propia.[180] Este intento velado de criticar la «acción de eutanasia» no dejó, sin embargo, ninguna huella visible. Las fábricas de la muerte siguieron trabajando.

Luego, el 3 de agosto de 1941, Clemens August Graf von Galen, el obispo católico de Münster, Westfalia, remitiéndose a la carta pastoral, en un sermón muy valiente pronunciado en la iglesia de St. Lamberti de Münster, denunció abierta y claramente lo que estaba pasando. A Galen, profundamente conservador, antiliberal y antisocialista, había llegado a considerársele simpatizante de los nazis en la década de 1930 en algunos círculos eclesiásticos.[181] En junio de 1941, junto con otros obispos católicos, había aplaudido el ataque a la Unión Soviética y había ofrecido sus oraciones por la «defensa victoriosa frente a la amenaza bolchevique contra nuestro pueblo».[182] Pero en julio, cuando Münster estaba padeciendo una granizada de bombas británicas, pronunció una serie de sermones denunciando en los términos más rotundos la eliminación de las órdenes religiosas de la ciudad por parte de la Gestapo.[183]

El 14 de julio, al día siguiente de un sermón en que atacaba el cierre de los monasterios, Galen envió un telegrama a la Cancillería del Reich

pidiendo a Hitler que defendiera al pueblo de la Gestapo. El domingo siguiente, 20 de julio, leyó el telegrama en la iglesia. Dos días después envió a Lammers lo que sólo podría considerarse una crítica de Hitler y su estado. La entrega de Hitler a las cuestiones militares y de política exterior era tal, indicaba, que no se hallaba en condiciones de atender a todas las peticiones y quejas que se le enviaban. «Adolf Hitler no es un ser divino, que se halle por encima de las limitaciones naturales, que sea capaz de controlarlo y dirigirlo todo al mismo tiempo. Sin embargo, cuando como consecuencia de esta sobrecarga de trabajo del dirigente responsable […] la Gestapo arrasa sin freno en el frente interior […] entonces sé (que debo) […] alzar la voz con fuerza».[184]

También Lammers llamó la atención de Hitler pobre la agitación popular provocada por el cierre de los monasterios cuando se discutía una protesta del obispo de Trier, Franz Rudolf Bornewasser. Parece probable que se comunicasen al mismo tiempo a Hitler el telegrama de Galen y el contenido de la carta de este a Lammers. La protesta confidencial del obispo Bornewasser había vinculado ya la agitación por el cierre de los monasterios al desasosiego por la eliminación de la «vida indigna». Galen hizo lo mismo entonces… pero en público. Su furia por la disolución de los monasterios encendió la mecha para su ataque directo al «programa de eutanasia» nazi.[185]

El obispo Galen, en su sermón del 3 de agosto, puso de nuevo en la picota a la Gestapo por sus ataques a las órdenes religiosas católicas. Luego pasó a la «acción de eutanasia». «Existe una sospecha general que roza la certeza—afirmó el obispo—de que esas numerosas muertes de personas con enfermedades mentales no se producen por sí solas sino que se provocan deliberadamente, que se está siguiendo la doctrina de acuerdo con la cual ha de destruirse la llamada “vida indigna”, es decir, matar a personas inocentes si uno considera que sus vidas no son ya útiles para la nación y para el estado». Calen indicó, en términos emotivos, lo que esto entrañaba. Las personas que se habían quedado inválidas por un accidente de trabajo o en la guerra, y el soldado que arriesgaba la vida en el frente, corrían todos peligro. «Una comisión puede incluirnos en la lista de los “improductivos”, que se han convertido, según su opinión, en “vida indigna”. Y no habrá fuerza

policial que nos proteja ni tribunal de justicia que investigue nuestro asesinato y asigne al asesino el castigo que se merece. ¿Quién va a ser capaz ya de confiar en su médico? Puede muy bien denunciar a su paciente como “improductivo” y recibir instrucciones de matarle. Es imposible imaginar el grado de depravación moral, de desconfianza general que se propagaría hasta dentro de las familias si esta doctrina espantosa se tolerase, se aceptase y se aplicase».[186]

Hitler, antes incluso de que Galen pronunciara su sermón, había dado ya muestras de preocupación por el desasosiego popular y por la moral del país en una coyuntura bélica tan crítica, hasta el punto de que había remitido órdenes a los Gauleiter para que paralizasen hasta nueva orden las requisas de las propiedades de los monasterios y de la Iglesia. No eran permisibles bajo ninguna circunstancia acciones independientes de los Gauleiter. Se cursaron órdenes similares dirigidas a la Gestapo.[187] Según Papen, Hitler atribuyó toda la culpa a los exaltados del partido. El le había dicho a Bormann que aquel «disparate» tenía que cesar, y que no toleraría ningún conflicto, dada la situación interna.[188] Se trataba simplemente de un movimiento táctico. Hitler simpatizaba con los radicales, pero actuaba pragmáticamente.[189] Gomo dejaban claro sus comentarios de un mes más tarde, aprobaba plenamente el cierre de los monasterios.[190] Su actitud estaba determinada únicamente por el hecho de que era necesario mantener unas relaciones pacíficas con las iglesias para evitar el deterioro de la moral en el frente interno. Los acontecimientos de la Warthegau (donde se cerraron en 1941 el 94 por 100 de las iglesias católicas y protestantes de la diócesis de Posen-Gnesen, se asesinó al 11 por 100 de los eclesiásticos y se encerró en las cárceles y en los campos de concentración a la mayoría de los restantes) mostraron la cara del futuro.[191] Un final victorioso de la guerra habría traído consigo indiscutiblemente un ataque renovado más feroz aún contra las iglesias. Pero, ante una agitación tan generalizada, Hitler tuvo que tomarse en serio las repercusiones del sermón de Galen sobre la matanza de los pacientes de los manicomios, una copia del cual le había enviado Lammers.[192] Además, con ese sermón, que se reprodujo en miles de copias clandestinas y circuló de mano en mano, se había roto el secreto de la «acción de eutanasia».[193]

La cúpula diligente nazi comprendió que no se podía actuar con firmeza contra Calen, dadas las circunstancias. Se le indicó a Bormann que Galen debería ser ahorcado. Bormann contestó que, aunque se merecía sin duda la pena de muerte, «el Führer difícilmente decretaría esa medida, teniendo en cuenta la situación de guerra». Goebbels reconoció que si se tomaba alguna medida contra el obispo, podía perderse el apoyo de la población de Münster y de Westfalia en plena guerra.[194] Albergaba la esperanza de que un giro favorable en la campaña del este proporcionase la oportunidad de ocuparse de él.[195] Goebbels se opuso, como es natural, considerando la preocupación de Hitler por el debilitamiento de la moral como consecuencia del conflicto de las iglesias, a que se sacase a debate publico la «eutanasia» precisamente en aquel momento. «Ese debate—escribía—no haría más que exaltar de nuevo sentimientos, algo extraordinariamente inoportuno en un periodo crítico de la guerra. Todo lo que provoque agitación debería mantenerse alejado del público en este momento. La gente está tan absorbida por los problemas de la guerra que los demás problemas sólo exaltan e i tiritan».[196] Los comentarios de Goebbels sobre la opinión pública durante su visita al cuartel general del Führer el 18 de agosto debieron de convencer aún más a Hitler de que había llegado el momento de calmar la agitación interior, pues el 24 de agosto dio orden de que cesase la «acción de eutanasia» T4 con el mismo secreto con que la había puesto en marcha dos años antes.[197]

Ese mismo día, a través de una circular interna del partido, Hitler dio orden de que se construyesen edificios para sustituir a los hospitales dañados en zonas amenazadas por las incursiones aéreas del enemigo. Las construcciones prefabricadas tipo cuartel debían estar unidas a manicomios y asilos para ancianos, cuyos pacientes y residentes tenían que ser realojados para dejar sitio a las víctimas de los ataques aéreos. Los costes del traslado de los pacientes debían correr a cargo del «Servicio de Transporte de Pacientes (Comunitario»… precisamente la misma institución, dirigida por la Cancillería del Führer, cuyos autobuses habían llevado a los internos de los manicomios a morir a los centros de «eutanasia». La orden estaba firmada nada menos que por el doctor Karl Brandt, que había recibido autorización junto con Bouhler en el otoño de

1939 para realizar la «acción de eutanasia», y, teniendo en cuenta concretamente la inquietud que causaría el hecho de que se hiciese el traslado en los mismos autobuses, establecía que se debía informar con anterioridad a las familias del destino de los pacientes y que debía permitírseles visitarles allí. La prensa lanzaría una campaña propagandística para explicar lo que estaba pasando e impedir que se difundieran rumores.[198]

El obispo Galen había relacionado inteligentemente en su sermón del 3 de agosto la «acción de eutanasia» con los ataques aéreos sobre Münster, insinuando un «castigo de Dios» por las ofensas contra el mandamiento de «no matarás». El sermón había relacionado los tres sectores (los ataques a la Iglesia, la «eutanasia» y los bombardeos aéreos de las ciudades alemanas) en los que la población se había alejado más del régimen y era mayor por consiguiente el peligro de desmoralización. Los habitantes del cinturón industrial de Westfalia eran los que estaban siendo más castigados por los ataques. Como indicaban los informes del SD, la moral en la zona se resentía consecuentemente. Los ataques a los monasterios y a las órdenes religiosas de la zona habían alcanzado al mismo tiempo su punto álgido. Y era precisamente entonces cuando se estaba trasladando también a los pacientes de los asilos de Westfalia hacia los centros de liquidación «eutanásica». Si se querían proporcionar hospitales de emergencia para las víctimas de los ataques aéreos y combatir las repercusiones de estos sobre la moral, había que hacer uso del espacio de los manicomios. Pero esto sólo se podía hacer trasladando a los pacientes que había en ellos. Y esto provocaría inmediatamente más agitación. Fue la presión de esta camisa de fuerza lo que forzó a Hitler a ceder a la presión generada por la protesta de Galen. Su solución pragmática fue, al parecer, parar la «acción» T4 para poder ofrecer servicio hospitalario a las víctimas de ataques aéreos y dar las garantías necesarias correspondientes para apaciguar la agitación en Westfalia y restaurar la moral.[199]

Cuando Hitler dio la orden de parar la «acción de eutanasia» T4, esta había dado ya cuenta de más de las 70.000 víctimas previstas al principio del «programa».[200] De hecho, Bouhler se había ufanado ante Goebbels en enero de 1941 de que habían sido eliminados ya 40. 000

enfermos mentales y que aún quedaban otros 60.ooo de los que ocuparse.[201] A finales de 1941, la cifra de muertos con gases, por hambre o envenenados con inyecciones mortales estaba más cerca de los 100.000 que de los 70.000.[202] La «orden de parar» no paró además del todo ni permanentemente el «programa de eutanasia». Hasta 1945 habrían de perecer en centros de «eutanasia» existentes o recién creados, tras una selección efectuada por médicos, decenas de miles de prisioneros de los campos de concentración enfermos o no aptos para el trabajo.[203] En cuanto al personal de la T4, se le encontró en seguida nuevas tareas. Los especialistas en las técnicas de gaseado estarían reubicados en unas semanas y tendrían como nueva tarea la de iniciar la planificación en Polonia de un «programa» de matanza generalizada de mucha mayor envergadura: el exterminio de los judíos de Europa.

Capítulo V

Goebbels, en su larga charla con Hitler del 23 de septiembre, aprovechó la oportunidad para describir el estado de ánimo general de la población alemana. Hitler, comentaba el ministro de propaganda, estaba perfectamente al tanto de la «grave prueba psicológica (Belastungsprobe)» a la que se había visto sometido el pueblo alemán durante las ultimas semanas. Goebbels, que percibía una peligrosa desmoralización, presionó a Hitler, que no había aparecido en público desde que se había iniciado la campaña rusa v que la última vez que se había dirigido al pueblo alemán había sido el 4 de mayo, tras la victoriosa campaña de los Balcanes, para que fuese a Berlín y se dirigiese a la nación. Hitler coincidió con él en que era el momento adecuado v le pidió que preparase para finales de la semana siguiente un acto de masas que sirviese como apertura de la campaña de Ayuda de Invierno.[204] Se

fijó como fecha del discurso el 3 de octubre. Goebbels tuvo que librar una batalla con el cuartel general del Führer, hasta un día antes de la fecha prevista, para conseguir que Hitler acudiese realmente a Berlín para hablar en el Sportpalast. Y no consiguió que Hitler confirmase finalmente su llegada hasta última hora de ese día. Pudo disponer entonces los preparativos. Ese día, el 2 de octubre, se había lanzado la «Operación Tifón», la gran ofensiva contra Moscú.[205] Las primeras noticias que llegaban del frente eran buenas. No podría haberse elegido mejor escenario para el discurso, pensaba Goebbels. Tenía la esperanza de que el Führer estuviese en buena forma. «La impresión que causará entonces su discurso en Alemania y en el mundo entero, será inmensa, después de seis meses de silencio».[206]

Hitler, en su proclama a los soldados del frente del este al principio de la «Operación Tifón», describió el bolchevismo como básicamente similar al peor género de capitalismo por la pobreza que producía, subrayando que «los que sostienen este sistema también son en ambos casos los mismos: ¡judíos y sólo judíos!».[207] Quedaba ya la última arremetida antes del invierno para asestar al enemigo «el golpe de muerte».[208] Su discurso a la nación estaría dominado por sentimientos similares.

El tren de Hitler llegó a Berlín hacia la una de la tarde del día siguiente. Se llamó inmediatamente a Goebbels para que acudiera a la Cancillería del Reich. Encontró a Hitler con buen aspecto y lleno de optimismo. Le expuso la situación general del frente en la intimidad de su habitación. El avance estaba desarrollándose mejor de lo esperado. Se estaban consiguiendo grandes victorias. «Si el tiempo se mantiene moderadamente favorable—comentaba Goebbels—, el Führer está convencido de que el ejército soviético estará prácticamente aplastado en catorce días».[209] Todos los soldados sabían, por la proclama, lo que estaba en juego: había que aniquilar al ejército bolchevique antes de que empezara el invierno; la alternativa era quedarse empantanados a medio camino y tener que aplazar el golpe decisivo hasta el año siguiente. Hitler estaba convencido de que si el ataque tenía éxito habría terminado lo peor de la guerra: «¡Por lo que ganaremos en nuevo armamento y en potencial económico de Las zonas industriales que se

extienden ante nosotros! Hemos conquistado ya tantas fuentes de suministro de petróleo que obtenemos ahora como producción propia el que la Unión Soviética nos había prometido a través de tratados económicos anteriores».[210] Los Estados Unidos no estaban en situación de influir en el curso de la guerra. En cuanto Alemania tuviese en sus manos las zonas industriales y agrícolas rusas decisivas, «seremos lo suficientemente independientes y podremos cortar el paso a las importaciones inglesas por medio de nuestros submarinos y de la Luftwaffe».[211] Hitler no estaba de humor para acuerdos ni compromisos. Consideraba necesario llegar a una solución clara con Inglaterra, porque si no el «sangriento enfrentamiento se repetiría al cabo de unos años». No creía probable que Stalin capitulase, aunque no podía descartarlo.[212] Pensaba también que la «plutocracia de Londres» seguiría ofreciendo dura resistencia y «que todo lo que sucede es en su conjunto producto del destino». Era bueno, retrospectivamente, que ninguno de los sondeos que se habían hecho desde 1939 para llegar a un acuerdo pacífico respecto a Polonia, Francia e Inglaterra hubiese dado resultado. «Los problemas más trascendentales habrían quedado si no sin resolver y, tarde o temprano, habrían conducido de nuevo, indiscutiblemente, a la guerra. No debe haber ya nunca en Europa otra fuerza militar más que la nuestra».[213]

Cuando Hitler fue conducido al Sportpalast aquella tarde, se alineaban en las calles multitudes vitoreantes, que el partido no tenia ningún problema para movilizar. Le aguardaba una recepción arrebatada en aquel local grande y tenebroso.[214] Goebbels lo comparó con los actos de masas del periodo de ascensión al poder.[215] La primera parte del discurso de Hitler estuvo dedicada a echar la culpa de la guerra a la camarilla belicista inglesa, respaldada por la judeidad internacional.[216] Pasó luego a justificar el ataque a la Unión Soviética como una acción preventiva. Dijo que las precauciones alemanas habían sido insuficientes sólo en una cosa: «No teníamos ni idea de lo gigantescos que eran los preparativos de este enemigo contra Alemania y Europa y lo inmenso que era el peligro, y liemos escapado por los pelos de la aniquilación no sólo de Alemania sino de toda Europa». Describió la amenaza como «una segunda tormenta de un nuevo Gengis Khan». Pero, afirmó,

pronunciando por fin las palabras que su público estaba deseando oír: «Pueda decir hoy que este enemigo está ya aplastado y que no se levantará más».[217]

Pasó luego a burlarse, para gozo de su publico, de la propaganda británica y prodigó los elogios a la Wehrmacht y a los esfuerzos que se habían hecho en el frente interno. Hacia el final de la alocución casi todas sus frases fueron interrumpidas por tormentas de aplausos. Hitler, pese al largo periodo de silencio, no había perdido su don. El público del Sportpalast se levanto al unísono al final en una ovación extasiada.[218] Hitler estaba emocionado por la recepción que se le había tributado. Aquel estado de ánimo, dijo, era exactamente el mismo del «periodo de lucha» de antes de 1933. Y los vítores de los berlineses ordinarios en las calles hacía mucho «que no habían sido tan grandes y auténticos».[219] Pero tenía prisa por irse. Le llevaron directamente a la estación. A las siete de la tarde, sólo seis horas después de su llegada, iba ya otra vez camino de su cuartel general de Prusia oriental.[220]

Cuando Goebbels acompañaba a Hitler a la estación llegaron las últimas noticias del frente. El avance estaba desarrollándose aún mejor de lo esperado.[221] El Führer había tenido en cuenta todos los factores, comentaba Goebbels. Evaluando con realismo todas las circunstancias, había llegado a la conclusión de que «no se nos puede arrebatar ya la victoria».[222] El único motivo de preocupación eran las condiciones meteorológicas. «Si el tiempo sigue como hasta ahora—escribía el ministro de propaganda—podríamos albergar la esperanza de que nuestros deseos se cumplan».[223]

Pero la meteorología en Rusia era predecible. Empezaría a llover demasiado pronto. En unas cuantas semanas, las lluvias dejarían paso a condiciones árticas. Por optimista que Hitler pudiese parecer, sus jefes militares sabían que estaban luchando contra el tiempo.[224]

Pero las etapas iniciales del avance difícilmente podrían haber ido mejor. Halder susurraba, poco después de que se iniciase, que la Operación Tifón estaba «haciendo progresos agradables» y siguiendo «un curso absolutamente clásico».[225] El ejército alemán había lanzado contra las fuerzas del mariscal Timoshenko 78 divisiones, un total de casi dos millones de hombres, y casi dos mil tanques, apoyados por una

gran parte de la Luftwaffe.[226] La Wehrmacht parecía una vez más invencible. Volvió a caer en manos alemanas un enorme número de prisioneros (673.000), junto con cantidades inconmensurables de botín, esta vez en las grandes bolsas de la doble batalla de Briansk y Viaz'ma en la primera mitad de octubre.[227] No tenía nada de extraño que reinase un gran optimismo en el cuartel general del Führer y entre los jefes militares. Jodl consideraba la victoria de Viaz'ma la jornada más decisiva de la guerra rusa, comparable con Königgrätz.[228] El general de intendencia Eduard Wagner pensaba que la Unión Soviética estaba al borde del colapso. En una carta a su esposa del 5 de octubre, decía: «En este momento se está desarrollando la operación de Moscú. Tenemos la impresión de que es inminente el gran colapso final […] Se han establecido objetivos operativos que nos habrían puesto en otros tiempos los pelos de punta. ¡Hacia el este de Moscú!». Luego, yo calculo que la guerra estará prácticamente terminada y tal vez sea entonces cuando se produzca el colapso del sistema. Eso nos será muy útil en la guerra contra Inglaterra. No deja nunca de asombrarme el juicio militar del Führer. Esta vez está interviniendo, se podría decir que decisivamente, en el curso de las operaciones, y hasta ahora ha acertado siempre».[229]

La noche del 8 de octubre, Hitler habló del giro decisivo de la situación militar en los tres últimos días. Werner Koeppen, el enlace de Rosenberg en el cuartel general del Führer, informó a su jefe de que «el ejército ruso puede considerarse prácticamente aniquilado».[230] La opinión de Hitler (pronto tendría que revisaría drásticamente) era que el bolchevismo se estaba encaminando al desastre por la falta de un sistema de defensa antitanques.[231] «El rápido colapso de Rusia tendría una influencia desastrosa en Inglaterra», aseguraba. Churchill había depositado todas sus esperanzas en la máquina de guerra rusa. «Ahora también eso pertenece al pasado».[232]

La noche del 4 de octubre, durante la cena, Hitler había estado de excelente humor. Acababa de regresar de una visita que había hecho al cuartel general del alto mando del ejército para felicitar a Brauchitsch que cumplía 60 años ese día. Se puso a considerar, y no era la primera vez que lo hacía, el futuro del «Este alemán». Según sus previsiones, en el medio siglo siguiente habría allí cinco millones de granjas de antiguos

soldados que seguirían dominando el continente a través de la fuerza militar. No asignaba valor alguno a las colonias, dijo, y podría llegar rápidamente a un acuerdo con Inglaterra en ese campo. Alemania no necesitaba más que un pequeño territorio colonial para plantaciones de café y té. Todo lo demás podría producirse en la Europa continental. Camerún y una parte del África ecuatorial francesa o el Congo belga bastarían para cubrir las necesidades alemanas. «Nuestro Misisipí debe ser el Volga, no el Níger», fue su conclusión.[233]

La noche siguiente, después de que Himmler obsequiase a los comensales de la cena con sus impresiones sobre Kiev, y comentase que se podía «prescindir» del 80 al 90 por 100 de la empobrecida población de la ciudad, Hitler abordó el asunto de los dialectos alemanes. Empezó explicando lo que detestaba el acento sajón y pasó luego a rechazar todos los dialectos alemanes. Hacían más difícil el estudio del alemán a los extranjeros. Y el alemán tenía que convertirse ahora en la forma general de comunicación en Europa.[234]

Hitler aún seguía con un humor excelente el 13 de octubre, día en que le visitó Walter Funk, el ministro de economía del Reich. Los territorios orientales significarían el fin del paro en Europa, le aseguró. Preveía enlaces lluviales desde el Don y el Dnieper entre el mar Negro y el Danubio, por los que llegarían a Alemania petróleo y trigo. «Europa, y no América, será la tierra de las posibilidades ilimitadas».[235]

Cuatro días después, la presencia de Fritz Todt impulsó a Hitler a una visión aún más grandiosa de las nuevas vías de comunicación que se extenderían por los territorios conquistados. Las carreteras llegarían no sólo hasta Crimea sino hasta el Cáucaso, así como a regiones situadas más al norte. Se fundarían ciudades alemanas como centros administrativos en los cruces de los ríos. Habría tres millones de prisioneros de guerra disponibles para suministrar la mano de obra necesaria para los próximos veinte años. Se alinearían en los bordes de las carreteras las granjas alemanas. «La monótona estepa de corte asiático presentaría muy pronto un aspecto completamente distinto». Hablaba ya de diez millones de alemanes, además de colonos de Escandinavia, Holanda, Flandes e incluso de América, que echarían raíces allí. La población eslava tendría «que vegetar más allá, en su

propia mugre, lejos de las grandes vías de comunicación». Saber interpretar las señales de tráfico sería formación suficiente para ellos. A los que estaban comiendo ahora pan alemán, dijo, no habrá ya por qué exaltarlos con la recuperación de los graneros del este del Elba por la espada en el siglo XII. «Aquí en el este se repetirá un proceso similar al de la conquista de América». Hitler pensaba que ojalá fuese diez o quince años más joven para poder ser testigo de todo lo que iba a Suceder.[236]

Pero por entonces las condiciones meteorológicas por sí solas hacían ya que las posibilidades de que la visión de Hitler llegase a materializarse alguna vez estuviesen disminuyendo drásticamente. Hacía va mal tiempo. A mediados de octubre, las operaciones militares se habían estancado al barrer el frente lluvias intensas. Las unidades estaban inmovilizadas. Los vehículos del grupo de ejército del centro estaban atascados en vías intransitables. Nada podía moverse fuera de las carreteras atascadas. «La lluvia y el barro están impidiéndonos el avance mucho más que los rusos», comentaba el mariscal de campo Bock.[237] Se libraba por todas partes «una batalla con el barro».[238] Encima de eso, había graves carencias de combustible y municiones.[239]

Había también preocupación ya, nada prematura, por las provisiones de invierno de las tropas. El 26 de octubre Hitler preguntó directamente sobre este asunto al intendente Wagner, en una visita que hizo este al cuartel general del Führer. Wagner prometió que los grupos de ejército norte y sur tendrían la mitad de las provisiones que necesitaban a finales de mes, pero el grupo de ejército del centro, el mayor de los tres, sólo tendría un tercio. Suministrar al sur resultaba especialmente difícil porque los soviéticos habían destruido parte de la vía férrea a lo largo del mar de Azov.[240] Unos días después, el 1 de noviembre, Hitler hizo una visita al cuartel general del alto mando del ejército para examinar la exposición de ropa de invierno que había preparado Wagner. El intendente le aseguró una vez más que se disponía ya de prendas de ropa suficientes paral las tropas. Hitler aceptó esas garantías.[241] Cuando Wagner habló con Goebbels, el ministro de propaganda sacó la impresión de que «se había pensado en todo y no se había olvidado nada».[242]

En realidad, Wagner parece que no empezó a preocuparse en serio de esta cuestión vital hasta que empeoró rápidamente el tiempo a mediados de octubre, mientras que Halder se había dado cuenta ya en agosto de que el problema del transporte de las prendas y los equipos de invierno hasta el frente del este sólo podría resolverse con la derrota del Ejército Rojo antes de que llegase lo peor del invierno.[243] Brauchitsch aún seguía afirmando, en sus largas conversaciones con Goebbels del 1 de noviembre, que todavía era posible avanzar hasta Stalingrado antes de que llegasen las nieves y que cuando las tropas instalasen sus cuarteles de invierno Moscú quedaría aislada.[244] Por entonces esto era optimismo disparatado. Brauchitsch acabó viéndose obligado a reconocer los problemas meteorológicos existentes, los caminos intransitables, las dificultades de transporte y la preocupación por el aprovisionamiento de las tropas para el invierno.[245] La verdad es que, por muy poco realistas que hubiesen sido el alto mando de la Wehrmacht y del ejército respecto a lo que se podía conseguir en su opinión antes de que llegase lo más duro del invierno, las dos últimas semanas de octubre habían tenido unos efectos sumamente clarificadores en los comandantes de la línea del frente y las exageradas esperanzas de éxito iniciales de la «Operación Tifón».[246] A finales de mes había quedado temporalmente interrumpida la ofensiva fie las agotadas tropas del grupo de ejército del centro.[247]

Sin embargo, la impresión que dio Hitler en su discurso tradicional a la vieja guardia del partido, reunida en el Löwenbräukeller de Munich al final de la tarde del 8 de noviembre, el aniversario del golpe de 1923, fue completamente distinta.[248] El discurso estaba concebido ante todo para el consumo interno.[249] Pretendía reforzar la moral y agrupar a los militantes más antiguos y más leales después de los meses difíciles del verano y del otoño. Hitler hizo desfilar una vez más ante su público las victorias de campañas anteriores y explicó por qué se había sentido obligado a atacar a la Unión Soviética. Pasó luego a describir la envergadura de las pérdidas soviéticas. «Camaradas míos de partido—proclamó—ningún ejército del mundo, incluido el ruso, se recupera de unas pérdidas como esas».[250] «Nunca se ha dado el caso—continuó—de que un imperio gigante fuese aplastado y desbaratado en un tiempo más

corto que la Rusia soviética».[251] Comentó luego las afirmaciones del enemigo de que la guerra continuaría en 1942. «Puede durar todo lo que quiera—replicó—. El último batallón de este campo de batalla será un batallón alemán».[252] Esta fue, pese al triunfalismo, la insinuación más clara de que la guerra se hallaba lejos del final.

Al día siguiente, después de la ceremonia habitual en los «Templos del Honor» de los «héroes» del golpe en la Königsplatz de Munich, Hitler se dirigió a sus Reichsleiter y Gauleiter. El discurso fue en realidad una apelación a la lealtad incondicional, una apelación dirigida a la verdadera columna vertebral del partido, al núcleo básico capaz de un apoyo sin fisuras. Y en esa apelación mezcló, como siempre, la amenaza velada y el patetismo. A los que se saliesen de la línea, se mostrasen débiles o conspirasen contra él se les trataría implacablemente: esa fue la primera parte de su mensaje. Se refirió a la destitución (el año anterior) de Josef Wagner de su cargo de Gauleiter de Westfalia-Sur y de Silesia. Las simpatías procatólicas de Wagner (y las de su esposa) se declararon incompatibles con el cargo de Gauleiter. En realidad, había sido víctima de intrigas internas del partido. Pero la gota que para Hitler había colmado el vaso había sido una carta de Frau Wagner (al parecer con respaldo de su marido), prohibiendo a su hija casarse con un SS no cristiano. Hitler habló sombríamente de la conducta compilatoria de Wagner y del capitán Franz Pfeffer von Salomon, antiguo jefe de la SA, internado por entonces en un campo de concentración.[253] Se decía de ambos que habían tenido estrechas relaciones con Rudolf Hess. Hitler destacó el golpe que había supuesto el asunto Hess y lo agradecido que estaba de que la propaganda inglesa hubiese desperdiciado la oportunidad de presentar a Hess como embajador suyo portador de una oferta de paz. Alemania habría perdido a sus aliados como consecuencia, suponía… algo que paralizaba incluso entonces la sangre en las venas.

Luego pasó al patetismo. Jamás se podría plantear una capitulación. Él continuaría la guerra hasta que acabase en victoria. «Y en caso de que una grave crisis afligiese a la patria—dijo sin la menor sensación de contradicción manifiesta—se le vería a él con la última división».[254] Él, para garantizar la moral de la población, depositaba toda su confianza en el partido y en sus Reichsleiter y Gauleiter, «que debían agruparse a

su alrededor como un cuerpo solemnemente juramentado (festverschwormes Korps)».[255] A la Unión Soviética la veía ya derrotada, aunque fuese imposible predecir cuánto duraría la resistencia. En las cuatro semanas que aún faltaban para que llegase el invierno esperaba que se pudiesen alcanzar los objetivos previstos. Luego las tropas podrían ocupar sus cuarteles de invierno.

Terminó con una petición de confianza y de que se aprovechara aquella oportunidad de participar en una lucha que iba a determinar el futuro de Europa. Alemania estaba en condiciones de responder a los máximos esfuerzos de los Estados Unidos. Y aún no se podía captar plenamente lo que significaba la destrucción de la Unión Soviética. Proporcionaría a Alemania un territorio de horizontes ilimitados. «Esta tierra, que hemos conquistado con la sangre de hijos alemanes, no se entregará nunca. Más tarde habrá millones de familias campesinas alemanas que se establecerán allí para llevar el impulso del Reich lejos hacia el este».[256]

Poco después de su discurso, Hitler estaba de nuevo camino de Prusia oriental y llegaría a la «Guarida del Lobo» a última hora del día siguiente.[257] La nieve estaba cayendo ya por entonces en el este. La lluvia torrencial había dejado paso al hielo y a temperaturas muy por debajo de cero. Ni siquiera los tanques eran capaces muchas veces de lidiar con las laderas cubiertas de hielo. Para los hombres, las condiciones iban empeorando de día en día. Había ya una escasez aguda de ropa de abrigo para protegerlos. Estaban empezando a proliferar los casos de congelamiento. Se había hundido drásticamente la capacidad de combate de la infantería.[258] Sólo el grupo de ejército del centro había perdido ya por entonces unos 300. 000 hombres y sólo había disponible poco más de la mitad de ese número para reemplazarles.[259]

Fue en ese momento, el 13 de noviembre, cuando, en una conferencia de alto nivel del grupo de ejército del centro, a una temperatura de -13°, al ejército de blindados de Guderian se le asignó, como parte de las órdenes para la renovación de la ofensiva, el objetivo de aislar Moscú cortando sus líneas de comunicación del este mediante la toma de Gorki, unos cuatrocientos kilometros al este de la capital soviética.[260] La asombrosa falta de realismo de las órdenes del ejército procedía de la

perversa obstinación con que el Estado Mayor general seguía insistiendo en la idea de que el Ejército Rojo estaba al borde del colapso y era notoriamente inferior a la Wehrmacht en capacidad de combate y en dirección. Estas ideas, pese a todas las pruebas de lo contrario, dominaban aún en el caso de Halder (y las compartía en realidad básicamente el comandante en jefe del grupo de ejército del centro, Von Bock); eran la base del memorando de la segunda ofensiva, presentado por el Estado Mayor general el 7 de noviembre.[261] Los objetivos absurdamente optimistas que se planteaban (figuraba en la lista propuesta la ocupación de Maikop, una importante fuente de petróleo del Cáucaso, de Stalingrado y de Gorki) eran obra de Halder y su Estado Mayor. No hubo ninguna presión de Hitler sobre él. Lo que en realidad hubo fue todo lo contrario: Halder presionó para conseguir la aceptación de sus objetivos operativos. Estos objetivos se correspondían en buena medida con objetivos que Hitler había considerado como no alcanzables hasta el año siguiente.[262] Si Hitler hubiese rechazado con más energía en esta etapa las propuestas de Halder, podría haberse evitado el desastre de las semanas siguientes. Pero la inseguridad, la vacilación y la falta de claridad de Hitler dieron margen al alto mando del ejército para cometer catastróficos errores de juicio.[263]

La oposición a la que se enfrentaron los planes de Halder en la conferencia del 13 de noviembre tuvo como consecuencia una limitación de los objetivos a un ataque directo a Moscú. Este se llevó adelante con plena conciencia de los problemas logísticos insolubles y los inmensos peligros de un avance en condiciones casi árticas sin ninguna posibilidad de garantizar los suministros. Ni siquiera el objetivo estaba claro. Cortar las comunicaciones soviéticas hacia el este era algo que no se podía conseguir. Las posiciones de vanguardia de las cercanías de Moscú estaban totalmente desprotegidas. Sólo la conquista de la propia ciudad, que se suponía que iba a provocar el hundimiento y la capitulación del régimen soviético y el final de la guerra, podría justificar el riesgo.[264] Pero con una potencia aérea insuficiente para someter la ciudad a fuerza de bombardeos antes de que llegasen las tropas de tierral la entrada en Moscú habría significado luchar calle por calle. Con las fuerzas disponibles y en las condiciones imperantes, no es fácil ver cómo podría

haber salido victorioso el ejército alemán.

Sin embargo, a mediados de noviembre se reinició el avance hacia Moscú. Hitler se sentía por entonces claramente inquieto con la nueva ofensiva. Según el recuerdo de su ayudante del ejército, el comandante Gerhard Engel, la noche del 25 de noviembre expresó su «gran preocupación por el tiempo y el invierno ruso». «Empezamos con un mes de retraso», continuó, volviendo de nuevo a la estrategia por la que siempre se había inclinado. «La solución ideal sería la caída de Leningrado, la captura de la zona meridional y luego, una vez conseguido eso, un ataque en pinza sobre Moscú desde el sur y el norte a la vez, junto con el ataque frontal. Luego cabría la posibilidad de una muralla oriental con bases militares». Hitler concluía, característicamente, destacando que el tiempo era «su mayor pesadilla». [265]

Unos cuantos días antes, Hitler se había mostrado al parecer más optimista en una conversación de tres horas con Goebbels. El ministro de propaganda comentaba el buen aspecto que Hitler tenía, casi indemne, en su opinión, a las presiones de la guerra. Al principio la conversación se centró en la situación en el norte de África, y se mostró menos optimista que el alto mando del ejército sobre el mantenimiento de las posiciones en la zona, dada la incapacidad para transportar hasta allí las tropas y el material necesarios. Preveía reveses en aquel frente y aconsejó a Goebbels que no despertase expectativas de éxito militar. Pero, según Goebbels, sus ojos estaban tan lijos en el este que consideraba que los acontecimientos del norte de África eran sólo «periféricos» y no podían afectar a lo que estaba sucediendo en el continente europeo.[266] No tardó en pasar a la campaña del este. Insistió una vez más en su propósito de destruir Leningrado y Moscú. «Si la meteorología se mantiene favorable, aún quiere intentar rodear Moscú y abandonarlo luego al hambre y a la devastación».[267]

El que un avance hacia el Cáucaso tuviese éxito dependía del tiempo, pero la mejora de este y de las condiciones de las vías de comunicación (con la superficie helada, en vez del barro) había permitido al menos que volviesen a intervenir unidades motorizadas. Los problemas de suministro eran graves, pero él seguía confiando en que las tropas

controlarían la situación. Goebbels le preguntó si aún creía en la victoria. El contestó, característicamente, que «si había creído en la victoria en 1918, cuando yacía desvalido como un cabo medio ciego en un hospital militar de la Pomerania, ¿por qué no habría de creer ahora en nuestra victoria cuando controlaba las fuerzas armadas más potentes del mundo y tenía a casi toda Europa postrada a sus pies?». Minimizaba los problemas; surgían en todas las guerras. «La historia del mundo no la hizo el buen tiempo», añadió.[268]

Tres días después, Goebbels recibió una llamada telefónica del cuartel general del Führer en la que se le dijo que fuese cauto en su propaganda sobre la exposición de ropa de invierno para las tropas. Estaba resultando casi imposible transportar los suministros al frente. En tales circunstancias una exposición de ese tipo en Alemania podía crear «mala sangre».[269] La cautela estaba justificada. El inicio de una recogida de emergencia de ropa de invierno en Alemania daría el indicio más obvio de que las seguridades que la propaganda había dado sobre los suministros de las tropas no habían estado justificadas. Indicaba inconfundiblemente un grave fallo de planificación.[270]

El 29 de noviembre, con Hitler de nuevo brevemente en Berlín, Goebbels tuvo una oportunidad más de hablar con él largamente. Hitler parecía lleno de optimismo y de confianza, desbordaba energía, su estado de salud era excelente.[271] Su actitud todavía era positiva, pese al revés de Rostov, confió el ejército de unidades blindadas del general Ewald von Kleist se había visto obligado a retroceder el día anterior después de una toma inicial de la ciudad.[272] Hitler se proponía ahora retirarse lo suficientemente lejos de la población para que se pudieran efectuar ataques aéreos masivos que destruyesen completamente la ciudad como un «ejemplo sangriento». El Führer nunca había sido partidario, escribía Goebbels, de tomar ninguna de las ciudades soviéticas importantes. No había en ello ventaja práctica alguna y sólo planteaba el problema de alimentar a las mujeres y a los niños. Era indudable, continuó Hitler, que el enemigo había perdido la mayor parte de sus grandes centros de producción de armamento. Ese había sido, aseguraba, el objetivo de la guerra, y se había conseguido mayoritariamente. Tenía la esperanza de avanzar más hacia Moscú, pero

era imposible por el momento establecer un gran cerco. La meteorología incierta convertía en una locura cualquier avance de 200 kilómetros más hacia el este sin suministros seguros. Las tropas de primera línea quedarían aisladas y habría que hacerlas retroceder con una gran pérdida de prestigio, algo que era inadmisible en el momento presente. Así que la ofensiva habría de realizarse a una escala más pequeña.[273] Hitler aún esperaba que cayera Moscú. Cuando cayese, no se dejarían de ella prácticamente más que ruinas. Al año siguiente habría una ampliación de la ofensiva hacia el Cáucaso para tomar posesión de las fuentes de suministro de petróleo soviéticas… o al menos impedir que se sirvieran de ellas los bolcheviques. Crimea se convertiría en una inmensa zona de asentamiento alemán para los mejores tipos étnicos, que se incorporaría al territorio del Reich como una Gau, a la que se llamaría «Gau ostrogoda» (Ostgotengau) como un recordatorio de las más antiguas tradiciones germánicas y de los propios orígenes de lo germánico.[274]

Hitler estaba por entonces claramente en su elemento, permitiendo a Goebbels que tuviera un atisbo de aquella visión de la prosperidad alemana basada en la colonización y explotación del este que había expuesto tantas veces a su séquito en la «Guarida del Lobo». Volvió, como siempre, a la amenaza del oeste. No era ya más que cuestión de tiempo el que Londres reconociese la «posición desesperada de las plutocracias».[275] Manifestó que confiaba (a diferencia de lo que diría en algunos de sus comentarios de sólo unos días más tarde) en que se estuviesen distribuyendo los pertrechos de invierno entre la tropa. Una vez que se hiciese esto, sería la meteorología la que determinaría lo lejos que podría llegar el avance. «Lo que no se pueda conseguir ahora, lo conseguiremos el verano que viene», eran los sentimientos de Hitler, según las notas de Goebbels. «En cualquier caso, a los bolcheviques había que hacerles regresar a Asia. La Rusia europea debe ganarse para Europa». Le parecía que 1942 iba a ser un año difícil, pero consideraba que la situación sería ya muchísimo mejor en 1943. Había ya víveres y materias primas disponibles de las partes europeas ocupadas de la Unión Soviética. En cuanto se organizase adecuadamente la explotación de la zona, «nuestra victoria no correrá peligro ya».[276]

La exhibición de optimismo de Hitler estaba destinada a engañar a Goebbels… o a engañarse a sí mismo. El mismo día que hablaba con el ministro de propaganda, Walter Rohland (al cargo de la producción de tanques y que acababa de regresar de una visita al frente) le había hablado, delante de Keitel, Jodl, Brauchitsch, Von Leeb y otros jefes militares, de la superioridad de la producción soviética de blindados. Rohland previno también, a partir de su propia experiencia obtenida en un viaje a los Estados Unidos en 1930, del inmenso potencial de armamentos que se alinearía contra Alemania si los estadounidenses se sumaban a la guerra. Era indudable que en ese caso Alemania la perdería.[277] Fritz Todt, uno de los ministros más leales y capaces de Hitler, que había organizado la reunión para tratar del armamento, continuó los comentarios de Rohland con un informe sobre la producción de armamento alemana. Y en la propia reunión o de modo más confidencial después, Todt añadió: «Esta guerra ya no se puede ganar militarmente». Hitler escuchó sin interrumpir, luego preguntó; «¿Cómo debería acabar yo entonces esta guerra?». Todt contestó que la guerra sólo se podía terminar políticamente. Hitler replicó: «No me resulta fácil ver por el momento un medio de ponerle fin políticamente».[278]

Cuando Hitler regresaba a Prusia oriental la noche del 29 de noviembre, las noticias que llegaban del frente no eran buenas.[279] Y durante los días siguientes iban a empeorar las cosas de forma notoria.

Hitler, en cuanto regresó a la «Guarida del Lobo» cayó en «un estado de agitación extrema» por la situación del ejército de blindados de Kleist, expulsado de Rostov, kleist quería retirarse a una posición defensiva segura en la desembocadura del río Bakhmut. Hitler se lo prohibió y exigió que la retirada se detuviese más al este. Se convocó a Brauchitsch al cuartel general del Führer y se le sometió a un torrente de improperios. Intimidado, el comandante en jefe, un hombre enfermo y con una depresión grave, transmitió la orden al comandante del grupo de ejército del sur, comandante de campo Von Runstedt. La respuesta que llegó de este, que es evidente que no se hizo cargo de que la orden procedía del propio Hitler, fue que no podía obedecerla y que o se cambiaba la orden o se le relevaba de su puesto.[280] Esta respuesta se

transmitió directamente a Hitler. A primera hora de la mañana siguiente, Rundstedt, uno de los generales más sobresalientes y heles de Hitler, fue depuesto (el chivo expiatorio del revés de Rostov) y se traspasó el mando al comandante de campo Walter von Reichenau.[281] Luego, ese mismo día, Reichenau llamó por teléfono para decir que el enemigo había atravesado las líneas ordenadas por Hitler y pedía permiso para retirarse hasta las que había pedido hacerlo Runstedt. Hitler accedió.[282]

El 2 de diciembre Hitler voló al sur para examinar personalmente la posición de Kleist. Se le puso al corriente de los informes del grupo de ejército del sur de antes del ataque a Rostov, que él no había visto. El resultado había sido previsto en ellos con toda exactitud. Hitler exoneró de culpa al grupo de ejército y al ejército de blindados, pero no repuso en su puesto a Rundstedt.[283] Eso habría equivalido a una aceptación pública de su propio error.

En esa misma lecha, 2 de diciembre, tropas alemanas habían llegado en su avance casi hasta Moscú, pese a que hacia un tiempo atroz. Las unidades de reconocimiento alcanzaron un punto situado a sólo unos veinte kilómetros del centro de la ciudad.[284] Pero la ofensiva se había convertido ya en una tentativa sin esperanza. Con un frío intenso (la temperatura litera de Moscú el 4 de diciembre había descendido hasta los -35°) y sin apoyo adecuado, Guderian decidió la noche del 5 de diciembre hacer retroceder a sus tropas a posiciones defensivas más seguras. El cuarto ejército blindado de Hoepner y el tercero de Reinhardt, a poco más de treinta kilómetros al norte del Kremlin, se vieron obligados a hacer lo mismo.[285] El 5 de diciembre, el mismo día que se hundió irremediablemente la ofensiva alemana, se inició el contraataque soviético. Al día siguiente cayeron sobre los exhaustos soldados del grupo de ejército del centro un centenar de divisiones a lo largo de un frente de unos trescientos veinte kilómetros de extensión.[286]

Capítulo VI

En medio de la creciente pesadumbre que imperaba en el cuartel general del Führer por los acontecimientos del este, llegaron las mejores noticias que podría haber deseado Hitler. Durante la noche del domingo 7 de diciembre, llegaron informes de que los japoneses habían atacado a la flota estadounidense anclada en Pearl Harbor, Hawai.[287] Las primeras noticias indicaban que habían sido hundidos dos acorazados y un portaaviones y que habían quedado gravemente dañados cuatro más y cuatro cruceros.[288] A la mañana siguiente el presidente Roosevelt recibió el respaldo del congreso estadounidense para declarar la guerra al Japón.[289] Winston Churchill, entusiasmado por tener ya a los americanos «en el mismo barco» (tal como le había dicho Roosevelt), no tuvo ningún problema para obtener autorización del gabinete de guerra para una declaración de guerra británica inmediata.[290]

Hitler pensaba que tenía buenas razones para estar encantado. «No podemos perder la guerra de ninguna manera—exclamó— Tenemos ahora un aliado que no ha sido vencido jamás en 3. 000 años».[291]

Esta precipitada suposición se debía al panorama que hacía mucho ya que se planteaba Hitler: la intervención japonesa ataría a los Estados Unidos al teatro bélico del Pacífico y debilitaría gravemente a Inglaterra con el ataque a sus posesiones del Extremo Oriente.[292] Goebbels se hizo eco de estas expectativas: «Al estallar la guerra entre Japón y los Estados Unidos se ha producido un cambio completo en el cuadro general del mundo. Los Estados Unidos difícilmente estarán en condiciones de transportar material que merezca la pena a Inglaterra y no digamos ya a la Unión Soviética».[293]

Las relaciones entre Japón y los Estados Unidos habían ido deteriorándose progresivamente a lo largo del otoño. Al desaparecer a mediados de octubre la posibilidad de un acercamiento en el asunto de una atenuación de las sanciones económicas que estaban afectando con dureza al Japón, había dimitido el gobierno del príncipe Konoye y había sido sustituido por un gabinete encabezado por el general Tojo.[294] Desde entonces, los belicistas y partidarios de la línea dura del

estamento militar habían ido adquiriendo cada vez más fuerza. A principios de noviembre habían fijado un plazo para el acuerdo con los estadounidenses. Si no se podía conseguir el acuerdo en ese plazo, habían estipulado, habría guerra.[295] El embajador alemán en Tokio, general Eugen Ott, aunque no estuviese al tanto de los detalles, había informado a Berlín a primeros de noviembre de que tenía la impresión de que era probable la guerra entre Japón y los Estados Unidos e Inglaterra. Se había enterado también de que el gobierno japonés estaba a punto de pedir garantías de que Alemania acudiría en ayuda de Japón en caso de que este entrase en guerra con los Estados Unidos.[296] Lo que había tras el optimismo de Hitler cuando había hablado con Goebbels a mediados de mes era sin duda esta información, la de que Japón entraría «activamente en la guerra en un futuro previsible».[297]

La cúpula dirigente japonesa había tomado, en realidad, el 12 de noviembre la decisión de que, si acababa resultando inevitable la guerra con los Estados Unidos, se intentaría llegar a un acuerdo con Alemania sobre la participación en la guerra contra los estadounidenses, y al compromiso de no firmar una paz por separado. Si Alemania insistía en que Japón participara en la guerra contra la Unión Soviética se le respondería que Japón no se planteaba intervenir por el momento. Si Alemania retrasaba entonces su entrada en la guerra contra los Estados Unidos, habría que aceptarlo.[298]

El 21 de noviembre Ribbentrop había expuesto a Ott la política del Reich: Berlín consideraba evidente que si cualquiera de los dos países, Alemania o Japón, se hallaban en guerra con los Estados Unidos, el otro país no firmaría la paz por separado.[299] Dos días después, el general Okamoto, jefe de la sección del Estado Mayor japonés que se encargaba de los ejércitos extranjeros, dio un paso más. Preguntó al embajador Ott si Alemania se consideraría en guerra con los Estados Unidos en caso de que Japón tuviese que iniciar las hostilidades.[300] No hay constancia de que Ribbentrop contestase al telegrama de Ott, que llegó el 24 de noviembre, pero cuando se reunió con el embajador Oshima en Berlín el 28 de noviembre, le aseguró que Alemania acudiría en ayuda de Japón si este tuviese que entrar en guerra con los Estados Unidos. Y no había ninguna posibilidad de una paz por separado entre Alemania y los

Estados Unidos bajo ninguna circunstancia. El Führer estaba decido sobre ese punto.[301]

Para los japoneses, el acuerdo con Alemania significaba muy poco. Las fuerzas aéreas y navales japonesas habían partido hacia Hawai dos días antes de que Ribbentrop se reuniese con Oshima. Y el 1 de diciembre se había dado orden de atacar el día 7.[302]

Las garantías que había dado Ribbentrop estaban plenamente de acuerdo con los comentarios de Hitler durante la visita a Berlín de Matsuoka en la primavera, de que si Japón entrase en guerra con los Estados Unidos, Alemania extraería inmediatamente las consecuencias.[303] Pero en ese momento, antes de llegar a ningún acuerdo oficial con los japoneses, Ribbentrop consideró necesario, evidentemente, consultar a Hitler. Se lo dijo así a Oshima la noche del 1 de diciembre.[304] Al día siguiente Hitler voló, como ya hemos visto, a visitar el grupo de ejército del sur tras el revés de Rostov. En el viaje de regreso el mal tiempo le obligó a pasar la noche en Poltava, donde parece ser que se encontró con las comunicaciones cortadas. No pudo regresar a su cuartel general hasta el 4 de diciembre.[305] Ribbentrop le vio allí y obtuvo su aprobación para lo que equivalía a nuevo pacto tripartito (para el que el ministro de asuntos exteriores alemán obtuvo en seguida la aceptación de Ciano) que estipulaba que si estallaba la guerra entre cualquiera de los participantes en el acuerdo y los Estados Unidos, los otros dos estados se considerarían también inmediatamente en guerra con los Estados Unidos.[306] Así que, antes ya de Pearl Harbor, Alemania se había comprometido en realidad a entrar en guerra con los Estados Unidos en caso de que Japón (como parecía ya inevitable) se viese envuelto en las hostilidades.

El acuerdo, que había incluido la promesa mutua y no se había limitado a un compromiso unilateral, estaba aún sin firmar cuando los japoneses atacaron Pearl Harbor. Esta agresión japonesa sin provocación previa daba a Hitler lo que quería sin que se hubiese comprometido ya oficialmente a ninguna actuación por parte alemana. Sin embargo, estaba deseoso de conseguir un acuerdo revisado (que se completó el 11 de diciembre y que sólo estipulaba ya la obligación de no firmar un armisticio o un tratado de paz con los Estados Unidos sin consentimiento mutuo) por razones propagandísticas: para incluirlo en su gran discurso

al Reichstag de esa tarde.[307]

La idea de un discurso al Reichstag a mediados de diciembre, que diese cuenta del año de guerra de 1941, era algo que hacía varias semanas que figuraba en el pensamiento de Hitler. Había hablado ya de ello con Goebbels el 21 de noviembre.[308] Inmediatamente después de Pearl Harbor, decidió convertir la declaración de guerra a los Estados Unidos en el punto culminante de un discurso que llevaba pensando mucho tiempo. En cuanto oyó la noticia del ataque japonés, telefoneó a Goebbels, al que expresó su alegría, y al que ordenó que convocase al Reichstag para el miércoles 10 de diciembre, «para dejar clara la posición alemana». Goebbels comentó: «Es probable que, de acuerdo con el Pacto Tripartito, no podamos evitar una declaración de guerra a los Estados Unidos. Pero eso ya no es tan malo. Ahora estamos protegidos en cierta medida por los flancos. Los Estados Unidos no podrán ya proporcionar tan deprisa, aviones, armas y espacio de transporte a Inglaterra, porque es de suponer que necesiten todo eso para su propia guerra con Japón».[309]

El ataque japonés a Pearl Harbor fue sumamente oportuno para Hitler desde el punto de vista propagandístico. Dada la situación de crisis en el frente del este, tenía pocas cosas positivas que incluir en un informe sobre la situación dirigido al pueblo alemán. No se había hecho en realidad mención alguna de un discurso al Reichstag desde que él había planteado la posibilidad por primera vez unas semanas antes. Sin nada más que contar que reveses y una guerra que se prolongaba, contradiciendo todas las promesas, es casi seguro que habría preferido no pronunciar ningún discurso. Pero el ataque japonés le proporcionó un ángulo positivo. El 8 de diciembre, Ribbentrop le dijo al embajador Oshima que el Führer estaba estudiando el mejor modo, desde el punto de vista psicológico, de declarar la guerra a los Estados Unidos.[310] Como necesitaba tiempo para preparar cuidadosamente un discurso tan importante, Hitler postpuso la convocatoria del Reichstag del 10 de diciembre, la fecha que había decidido en principio, para el día siguiente, pese a la presión japonesa para que lo hiciese antes.[311] Al menos la hora del discurso, las tres de la tarde, aunque no muy buena para el público al público alemán, permitiría, comentaba Goebbels, que

lo escucharan los japoneses y los estadounidenses.[312]

La mañana del 9 de diciembre, el tren de Hitler llegó a la Anhalter Bahnhof de Berlín.[313] Hitler le explicó a Goebbels, al que vio al mediodía, su sorpresa y su incredulidad inicial ante el ataque a Pearl Harbor, aunque él nunca había dudado de que Japón no tardaría en verse obligado a actuar si no quería renunciar a su derecho a la condición de potencia mundial.[314] «El Führer vuelve a estar resplandeciente de optimismo y de confianza en la victoria—comentaba Goebbels—. Es bueno, después de tantos días en que hemos tenido que digerir noticias desagradables, volver a entrar en contacto directo con él».[315] Hitler aún tenía que preparar su discurso. Le dio a Goebbels un resumen de lo que se proponía decir.[316] Pero cuando Goebbels volvió a verle a la hora de comer del día siguiente, 10 de diciembre, aún no había tenido tiempo, según dijo, de empezar a trabajar en el discurso.[317]

El que Alemania declararía la guerra a los Estados Unidos era, como hemos visto, algo que se daba por supuesto. Ningún acuerdo con los japoneses la obligaba a ello.[318] Pero Hitler no vaciló. Una declaración oficial podría tener que esperar hasta que se pudiera convocar el Reichstag. Pero en la primera oportunidad, la noche del 8-9 de diciembre, había dado ya la orden de que los submarinos alemanes hundieran barcos estadounidenses.[319] Era necesaria una declaración de guerra oficial para garantizar en la medida de lo posible (en consonancia con el acuerdo del 11 de diciembre) que Japón se mantuviese en la guerra.[320] Y era también importante, desde el punto de vista de Hitler, conservar la iniciativa y no dejar que pasase a los Estados Unidos. Convencido como estaba desde hacía varios meses de que Roosevelt sólo buscaba una oportunidad para poder intervenir en el conflicto europeo, Hitler consideró que su declaración estaba sólo adelantándose a lo inevitable y, en cualquier caso, oficializando lo que era ya una realidad en la práctica. Y era también importante para el público alemán demostrar que el seguía controlando aún los acontecimientos. Aguardar a una declaración de guerra oficial de los Estados Unidos habría sido, desde el punto de vista de Hitler, un signo de debilidad.[321] Como siempre, prestigio y propaganda nunca estaban lejos del centro de las consideraciones de Hitler. «Una gran potencia no deja que le declaren la

guerra, la declara ella», dijo Ribbentrop a Weizsäcker, haciéndose eco sin duda de los sentimientos de Hitler.[322]

El discurso que este pronunció la tarde del jueves, 11 de diciembre, duró una hora y media.[323] No fue uno de sus mejores discursos. La primera mitad consistió únicamente en el informe extenso y triunfalista sobre el progreso de la guerra que tenía previsto exponer mucho antes de los acontecimientos de Pearl Harbor. Causó cierta sorpresa la cifra que dio de 160.000 muertos; se había supuesto que la cifra era mucho más alta.[324] (La cifra coincidía, en realidad, con los datos que tenía el alto mando del ejército, aunque Hitler omitió mencionar que el total de bajas alemanas, incluidos los heridos y más de 35.000 desaparecidos, era por entonces de 750.000 hombres).[325] El resto del discurso estuvo dedicado principalmente a un interminable ataque sostenido a Roosevelt. Hitler presentó la imagen de un presidente respaldado por «toda la insidia satánica» de los judíos, decidido a la guerra y a la destrucción de Alemania.[326] Por último llegó al punto culminante de su discurso: las provocaciones (sin respuesta hasta el momento) habían obligado finalmente a Alemania y a Italia a actuar. Leyó una versión de la declaración que había entregado al encargado de negocios estadounidense aquella tarde, con una declaración de guerra oficial a los Estados Unidos. Luego leyó el nuevo acuerdo, firmado aquel mismo día, en el que Alemania, Italia y Japón se comprometían a rechazar un armisticio o una paz por separado con Inglaterra o con Estados Unidos.[327]

En opinión de Goebbels, el discurso de Hitler había tenido un efecto «fantástico» en el pueblo alemán, para el que la declaración de guerra había sido una sopresa, no una conmoción.[328] En realidad, el discurso no había sido capaz de hacer gran cosa por elevar la moral de la población que, dada la segura ampliación de la guerra a lo largo de un futuro indefinido y la posibilidad de agresión a un adversario poderoso más, se había hundido hasta alcanzar su punto más bajo desde el comienzo del conflicto.[329]

No es que Goebbels estuviese ciego, en realidad, a esta desmoralización.[330] Hitler, por su parte, tenía, como siempre, la capacidad no sólo de convencerse él mismo sino de convencer también a

los que estaban en su presencia, de que las cosas estaban menos mal de lo que parecía. No sólo pensaba que la entrada de Japón en la guerra constituía un momento decisivo. Seguía también transmitiendo optimismo en relación con el frente oriental, pese a la deprimente situación que existía allí. «El Führer no se toma demasiado trágicamente los acontecimientos de la campaña oriental», escribía Goebbels, después de haber hablado con Hitler el 9 de diciembre.[331] Las condiciones meteorológicas y los problemas de suministro habían hecho ya necesario un alto para acumular potencial y recursos para una ofensiva de primavera contra la Unión Soviética, en el sur en abril y en el centro a mediados de mayo. Esto se prepararía tan cuidadosamente que conduciría en seguida a la victoria. Por entonces el ejército estaría completamente listo y no tendría que recurrir a sus últimas reservas.

La capacidad de Hitler para dar un brillo positivo hasta a un revés importante le permitía incluso ver el comienzo del mal tiempo en el este durante el otoño como una ventaja. Si no hubiesen llegado las lluvias cuando habían llegado, dijo, las tropas alemanas habrían avanzado tanto que no habría podido resolverse el problema de suministros. Esto mostraba «lo bueno que es el destino con nosotros y cómo nos impide con su intervención cometer errores que de otro modo habríamos cometido sin duda».[332] Reconoció lo necesario que había sido parar la ofensiva para dar tiempo a que las tropas agotadas se recuperaran. Y admitió que no había por el momento armas suficientes para enfrentarse a los pesados blindados rusos. De dónde estaban sacándolos era algo que constituía un misterio, pero eran «en este momento la mayor preocupación que existe en el frente». «Los bolcheviques—continuó—son comparables en general con los animales; pero también los animales son a veces obstinados (standhaft) y, puesto que la Unión Soviética no necesita tener consideración alguna con su propio pueblo, es en cierta manera superior a nosotros».[333] Pero Hitler llegaba a la conclusión de que los reveses recientes eran sólo temporales y que la posición alemana, sobre todo después la entrada de los japoneses en la guerra, era tan favorable que «el resultado de esta poderosa lucha continental era indudable».[334]

Al día siguiente Hitler fue al menos un poco más realista. Admitió

que la situación en el este era «por el momento no muy buena», y accedió a los deseos de Goebbels de preparar a la opinión pública para reveses inevitables, mediante una propaganda más en consonancia con el realismo de la dureza de la guerra y de los sacrificios que exigía. Hitler y Goebbels analizaron, evidentemente, la catastrófica carencia de prendas de invierno para las tropas y las repercusiones que esto tenía sobre la moral.[335] Goebbels estaba perfectamente al tanto, por las amargas críticas de innumerables cartas de soldados a sus seres queridos, de los efectos negativos de la crisis de suministros sobre la moral, tanto en el frente como en el interior del país.[336] Pero Hitler tenía ya puestos los ojos en la gran ofensiva de la primavera de 1942.[337] Y, como siempre cuando se enfrentaba con reveses, se refirió al periodo de la «lucha por el poder» y a cómo se habían superado las dificultades en aquella época.[338]

La necesidad de elevar la moral, en primer lugar entre los que él consideraba responsables de sostenerla en el frente interior, fue sin duda alguna la razón básica de la alocución que dirigió Hitler (la segunda en poco más de un mes) a sus Gauleiter la tarde del 12 de diciembre.

Empezó hablando de las consecuencias de Pearl Harbor. Si Japón no hubiese entrado en la guerra, él habría tenido que declarar la guerra a los Estados Unidos en un momento u otro. «Ahora el conflicto del Asia oriental cae sobre nosotros como un regalo que nos echaran en el regazo», cuenta Goebbels que dijo. No debería menospreciarse la significación psicológica del hecho. Sin el conflicto entre Japón y los Estados Unidos, una declaración de guerra a los estadounidenses habría resultado difícil de aceptar para el pueblo alemán. Pero, dadas las circunstancias, se aceptaba como algo normal. La ampliación del conflicto tenía también consecuencias positivas para la guerra submarina en el Atlántico. Esperaba que, libre de trabas, aumentaría considerablemente el tonelaje hundido, lo que probablemente fuese decisivo para ganar la guerra. Ante la posibilidad de objeciones de que la alianza con los japoneses era algo opuesto a «los intereses del hombre blanco en el Asia oriental», Hitler fue franco, rotundo y pragmático: «Los intereses de la raza blanca deben dejar paso de momento a los intereses del pueblo alemán. Nosotros estamos luchando por nuestra vida. ¿De qué

vale una gran teoría si se arrebata la base de la vida (Lebens boden)? […] En una lucha a vida o muerte, son justos todos los medios que el pueblo tenga a su alcance. Nos aliaríamos con cualquiera si pudiéramos debilitar con ello la posición anglosajona».[339]

Volvió a la guerra en el este, Tanto el tono como el contenido fueron muy parecidos a los que había empleado con Goebbels en privado. Reconoció que había sido necesario hacer retroceder a las tropas a una línea más defendible, pero, dados los problemas de suministros, consideraba que eso era mucho mejor que hallarse unos 300 kilómetros más al este. Las tropas estaban reservándose ya para la próxima ofensiva de primavera y verano. Por entonces estaría listo un nuevo ejército acorazado que estaba preparándose en Alemania. Aludió también a los problemas que había para defenderse de los tanques rusos, pero añadió que estaba ya muy adelantada la fabricación de una nueva arma antitanque. Le parecía que la situación general era muy favorable. La campaña norteÁfricana, aseguró mendazmente, estaba bien aprovisionada y estaba descartado por el momento un desembarco aliado en la Europa continental. Las dificultades que se afrontaban en el momento estaban determinadas por los elementos (naturbeding).[340]◦

Era su firme intención, proclamó, liquidar (erledigen) en el año siguiente a la Unión Soviética, al menos hasta los Urales. «Luego tal vez fuese posible llegar a un punto de estabilización en Europa a través de una especie de semipaz», con lo que parecía querer decir que Europa se mantendría como una fortaleza autosuficiente, bien armada, que dejaría a las otras potencias beligerantes combatirla en otros escenarios bélicos. Un ataque a la Europa continental, aseguró, sería mucho menos posible ya de lo que lo era entonces. Y dados los progresos conseguidos por Alemania en armamento antiaéreo, él era «extraordinariamente escéptico» en cuanto a los efectos de las incursiones aéreas inglesas, que creía que serían cada vez más limitadas. Si acababa siendo así, afirmó, Inglaterra no sabría qué hacer.[341]

Luego esbozó su visión del futuro. Dijo que su ideario nacionalsocialista se había fortalecido durante la guerra. Era esencial emprender, una vez que la guerra hubiese terminado, un inmenso programa social que abarcase a campesinos y obreros. El pueblo alemán

se merecía eso. Y ese programa proporcionaría (siempre el razonamiento político por detrás del objetivo de mejora material) la «base más segura de nuestro sistema de estado (unseres staatlichen Gefüges)». El inmenso programa de construcción de viviendas que tenía pensado sería posible, expuso abiertamente, gracias a la mano de obra barata, reduciendo los salarios. El trabajo lo harían los condenados a trabajos forzados de los países derrotados. Indicó que a los prisioneros de guerra se les utilizaba ya plenamente en la economía bélica. Era así como debía ser, afirmó, y así había sido en la antigüedad, dando origen primero a la mano de obra esclava. Las deudas de guerra alemanas serían sin duda de 200 a 300 billones de marcos. Estos tenían que cubrirse a través del trabajo «principalmente de la gente que había perdido la guerra». Esa mano de obra barata permitiría que se construyesen viviendas y se vendiesen con un beneficio sustancial, que se destinaría a pagar las deudas de guerra en un plazo de diez a quince años.[342]

Hitler expuso una vez más su visión del este como la «futura India» de Alemania, que se convertiría en tres o cuatro generaciones en «absolutamente alemana».[343] Dejó claro que en esa utopía no habría sitio para las iglesias cristianas. Después del problema del verano, tenía que adoptar tuna línea que aplacase a los exaltados del partido pero también contuviese al mismo tiempo sus instintos. Ordenó que se avanzase lentamente, por el momento, en la «cuestión de las iglesias». «Pero está claro—escribía Goebbels, que se encontraba entre los radicales anticlericales más agresivos—que después de la guerra tiene que buscarse una solución final. […] Hay, concretamente, una oposición insuperable entre la visión del mundo cristiana y la heroica germánica».[344]

Compromisos urgentes en Berlín (en particular la audiencia al día siguiente con el embajador Oshima para condecorarle con la Gran Cruz de Oro de la Orden del Aguila Alemana) impidieron a Hitler regresar esa noche, como se proponía, a la «Guarida del Lobo».[345] Cuando por fin llegó de nuevo a su cuartel general, en la mañana del 16 de diciembre, fue una vuelta a una realidad completamente distinta del cuadro color de rosa que había pintado a sus Gauleiter.[346] Se estaba desarrollando allí una crisis militar potencialmente catastrófica.

Capítulo VII

Antes ya de que Hitler hubiese salido hacia Berlín, el mariscal de campo Von Bock había descrito la debilidad de su grupo de ejército en caso de un ataque concentrado del enemigo, y había hablado de que existía el peligro de una derrota grave si no se enviaban tropas de reserva.[347] Luego, mientras Hitler estaba en la capital del Reich, la contraofensiva soviética había roto las líneas alemanas introduciendo una peligrosa cuña entre el segundo y el cuarto ejército y Guderian informó de que sus tropas se hallaban en una situación desesperada y de que había una grave «crisis de confianza» de los mandos en el frente.[348] Se había enviado a Schmundt al grupo de ejército del centro el 14 de diciembre para que analizara la situación directamente; Hitler reaccionó de forma inmediata, sin esperar el informe de Brauchitsch, que había acompañado a Schmundt, ni tener en cuenta a Halder.[349] Se convocó al coronel general Friedrich Fromm, comandante del ejercito de reserva y se le pidió un informe sobre las divisiones que se podían enriar inmediatamente al frente del este. A Göring y al jefe de la sección de transportes de la Wehrmacht, el teniente general Rudolf Gercke, se les dio orden de organizar el transporte.[350] Y se enviaron a un frente que se desmoronaba cuatro divisiones y media de la reserva, reclutadas en toda Alemania a una velocidad vertiginosa. Se consiguieron otras nueve divisiones del frente occidental y de los Balcanes.[351] El 15 de diciembre Jodl transmitió a Halder la orden de Hitler de que no debía haber ninguna retirada donde hubiese posibilidad de mantener el frente. Pero donde la posición fuese insostenible, y una vez hechos los preparativos para una retirada en orden, se permitía retroceder a una línea más defendible.[352] Esto se correspondía con las recomendaciones de Bock y del hombre que no tardaría en sustituirle como comandante del grupo de ejército del centro y que aún mandaba el 4° ejército, el mariscal de campo Günther von Kluge.[353] Esa noche Brauchitsch, profundamente deprimido, le dijo a Halder que no veía que hubiese ninguna posibilidad de que el ejército saliese de la posición en que se hallaba.[354] Hitler hacía mucho ya por entonces que había dejado de escuchar a su

descorazonado comandante en jefe del ejército, que por entonces, en palabras de Halder, «casi no era ya ni siquiera un cartero» («kaum mehr Briefträger») y estaba tratando directamente con sus comandantes de grupo de ejército.[355]

Bock había comentado ya, en realidad, a Brauchitsch el 13 de diciembre que Hitler debería tomar una decisión sobre si el grupo de ejército del centro debía mantenerse Firme y defender sus posiciones o si debía retroceder. En cualquier caso, había asegurado claramente Bock, existía el peligro de que ese grupo de ejército se desmoronase, quedase «en ruinas» («in Trümmer»). Bock no transmitió ninguna recomendación Firme, pero indicó las desventajas de la retirada: la disciplina de las tropas podía resentirse y podían desobedecer la orden de mantenerse Firmes en la nueva línea.[356] Lo que esto quería decir estaba claro: la retirada podía convertirse en una huida a la desbandada. Resulta notable el hecho de que no se transmitiese a Hitler en el momento el análisis que había hecho Bock de la situación. No lo recibió hasta el 16 de diciembre, cuando Bock le dijo a Schmundt lo que le había explicado a Brauchitsch tres días antes.[357]

Esa noche, Guderian, que dos días antes había soportado una ventisca durante veintidós horas para ver a Brauchitsch en Roslavl y defender su propuesta en favor de una retirada, recibió una llamada de Hitler por una renqueante línea telefónica: no iba a haber ninguna retirada; había que mantener la linea del frente; se enviarían tropas de relevo.[358] Al grupo de ejército del norte se le comunicó el mismo día, 16 de diciembre, que tenía que defender el frente hasta el último hombre. Al grupo de ejército del sur se le dijo también que mantuviese el frente y que se le enviarían tropas de reserva de Crimea después de la inminente caída de Sebastopol. Al grupo de ejército del centro se le informó de que no se podían tolerar retiradas amplias por la pérdida completa de armamento pesado que se produciría. «Ha de obligarse a las tropas, con la responsabilidad personal del comandante, los comandantes a su servicio y los oficiales, a mantener una resistencia ciega en sus posiciones sin tener en cuenta si el enemigo penetra por los flancos o por la retaguardia».[359]

La decisión de Hitler de que no debía haber retirada, transmitida a

Brauchitsch y a Halder la noche del 16 al 17 de diciembre, la había tomado él solo. Pero parece ser que se basó en la valoración de Bock para justificar una táctica tan arriesgada. Su orden decía: «No se puede plantear una retirada. Sólo en algunos lugares ha habido una penetración profunda del enemigo. Lo de establecer posiciones de retaguardia es fantasía. En el frente no hay más que un problema: el enemigo tiene más soldados. No tiene más artillería. Está mucho peor que nosotros».[360]

El 13 de diciembre el mariscal de campo Von Bock había presentado a Brauchitsch su petición de que se le relevase del mando porque, según decía, no había superado las consecuencias de su enfermedad anterior.[361] Cinco días después, Hitler mandó a Brauchitsch informar a Bock de que su petición de permiso estaba concedida. Kluge se hizo cargo del mando del grupo de ejército del centro.[362] El 19 de diciembre le tocó el turno de partir (que hacía mucho que debería haberle correspondido) al comandante en jefe del ejército, comandante de campo Walther von Brauchitsch.

La deposición de Brauchitsch hacía ya algún tiempo que estaba en el candelero. Los ayudantes militares de Hitler llevaban especulando sobre su reemplazo desde mediados de noviembre.[363] Hacía varias semanas que andaba muy mal de salud. Había sufrido un grave ataque al corazón a mediados de noviembre.[364] A principios de diciembre, su salud, según reseñaba Halder, estaba «dando de nuevo motivos de preocupación» bajo la presión de una tensión constante.[365] Hitler había hablado ya de él en noviembre como «un hombre completamente enfermo, al que no le quedan fuerzas».[366] Atrapado en medio del conflicto entre Hitler y Halder, su posición había sido muy poco envidiable. Pero su propia debilidad había contribuido notoriamente a su desgracia. Había intentado continuamente conciliar lo que le pedían sus comandantes de los grupos de ejército y lo que pedía Halder con la necesidad de complacer a Hitler y su debilidad y su docilidad le habían dejado cada vez más expuesto en la creciente crisis frente a un Caudillo al que le faltaba desde el principio confianza en el alto mando de su ejército y que estaba decidido a intervenir en las disposiciones tácticas. Los que veían cómo le trataba Hitler reconocían que Brauchitsch no

estaba ya a la altura del cargo que poseía.[367] Él, por su parte, estaba deseando dimitir, e intentó hacerlo inmediatamente después de que se iniciase la contraofensiva soviética, en la primera semana de diciembre. Pensaba en Kluge o en Manstein como posibles sucesores.[368]

Hitler le dijo a Schmundt por entonces (e hizo comentarios del mismo tenor a su ayudante de la Luftwaffe, Nicolaus von Below dos días después) que no sabía muy bien por quién sustituirle, cosa que no era cierta, en realidad. Schmundt había sido partidario durante un tiempo de que fuese el propio Hitler quien asumiese el mando del ejército, para restaurar la confianza, y se lo propuso entonces. Hitler dijo que lo pensaría.[369] Según Below, fue la noche del 16-17 de diciembre cuando Hitler decidió por fin asumir él, personalmente, el mando supremo del ejército. El comportamiento de Brauchitsch en el punto álgido de la crisis que culminó en la orden de «aguantar fírme», convenció a Hitler de una vez por todas de que tenía que prescindir de él.[370] Salieron por un momento a la palestra los nombres de Manstein y Kesselring, pero a Hitler no le gustaba Manstein, pese a ser un militar brillante. Y el comandante de campo Albert Kesselring, con fama de organizador enérgico y capaz, y de eterno optimista, había sido elegido para hacerse cargo del mando de la Luftwaffe en el Mediterráneo (y tal vez estuviese, de todos modos, demasiado sometido a la influencia de Göring).[371] La cuestión es que Hitler se había convencido ya por entonces de que hacerse cargo del ejército no era más que «una cuestión de mando operativo de escasa envergadura» que «puede hacer cualquiera».[372] Halder, que podría haber pensado que era el que más tenía que perder con el cambio, parece ser que se alegró mucho de él, en realidad. Da la impresión de que se engañó a sí mismo en principio pensando que con él, al estar directamente en presencia de Hitler en la toma de decisiones, podría ampliar su propia influencia a cuestiones relacionadas con toda la Wehrmacht. Keitel puso coto en seguida a tales pretensiones, determinando que, como antes, las responsabilidades de Halder se limitaban estrictamente a los intereses del ejército y que él mismo se hacía cargo de todas las tareas no operativas que habían correspondido anteriormente al OKH.[373]

La noticia de que Hitler asumía el mando supremo del ejército se

comunicó oficialmente el 19 de diciembre.[374] Como a Brauchitsch se le había ido dejando cada vez más de lado durante la creciente crisis, el cambio era menos fundamental, en cierto modo, de lo que parecía. Pero significaba, de todas maneras, que Hitler pasaba a asumir responsabilidad directa en las cuestiones tácticas, además de en la estrategia general. Ningún otro jefe de un estado beligerante (ni siquiera Stalin que, tras el desastre inicial, dio marcha atrás y dejó de intervenir tanto en las cuestiones tácticas) estaba tan involucrado en las minucias de las cuestiones militares. Hitler se sobrecargó aún más de trabajo absurdamente. Y asumir el mando directo del ejército le privaría, ante la opinión pública alemana, de chivos expiatorios en futuros desastres militares.[375]

Pisando los talones del anuncio de la dimisión de Brauchitsch llegó un signo aún más claro de crisis en el este. El 20 de diciembre Hitler publicó un llamamiento al pueblo alemán para que enviase ropa de invierno de abrigo para las tropas del feste.[376] Goebbels enumeró durante una larga emisión de radio esa noche todas las prendas de ropa que se debían entregar.[377] La población reaccionó con conmoción y cólera: atónita e indignada de que los mandos no hubiesen tenido la previsión precisa para cubrir las necesidades básicas de sus seres queridos, que estaban combatiendo en el frente expuestos a un invierno polar implacable.[378]

Al día siguiente de la destitución de Brauchitsch Hitler envió también una directriz en términos enérgicos al grupo de ejército del centro ratificando la orden emitida cuatro días antes de mantener las posiciones y combatir hasta el último hombre. «Debe inyectarse a la tropa la voluntad ciega de defender el terreno que ocupa—decía la directriz—por todos los medios posibles, hasta los más duros. […] En donde esa voluntad no esté presente el frente empezará a desmoronarse (ins Wanken geraten) sin perspectiva de volver a estabilizarlo en una posición prevista. Tanto los oficiales como los soldados han de tener claro todos ellos que la retirada les expondrá a los peligros del invierno ruso mucho más que el mantenerse en sus posiciones, por muy inadecuadamente equipadas que estén. Esto, sin tener en cuenta las pérdidas materiales considerables e inevitables que se producen en una

retirada. […] Hablar de la retirada de Napoleón es amenazar con que se haga realidad. Así que sólo ha de haber retirada donde haya una posición previamente dispuesta en retaguardia. […] Pero si las tropas tienen que abandonar una posición sin que se les ofrezca un equivalente en sustitución, cada retirada corre el peligro de crear una crisis de confianza en el mando». Donde hubiese de producirse una retirada sistemática. Hitler dio orden de que se practicase la política de tierra quemada más brutal posible. «Todo sector de territorio que sea forzoso dejar al enemigo hay que procurar que le resulte lo más inutilizable que sea posible. Deben quemarse y destruirse todos los lugares habitables sin tener consideración alguna con sus habitantes; debe privarse al enemigo de toda posibilidad de albergue». Finalizaba apelando a la fuerza de voluntad y a un sentimiento de superioridad que no debía perderse. No había, proclamaba, «razón alguna para que los soldados deban perder su sentimiento de superioridad sobre este enemigo, constantemente demostrado hasta ahora. Habrá que procurar, más bien, fortalecer en todas partes su confianza en sí mismos y la voluntad de superar a este enemigo y de superar las dificultades creadas por la meteorología hasta que hayan llegado refuerzos suficientes y quede definitivamente asegurado el frente.[379]

Un comandante menos dispuesto que la mayoría a aceptar la «orden de alto» de Hitler sin protesta fue Guderian, el héroe de las unidades blindadas. Guderian tenía una línea de comunicación directa con Hitler a través de Schmundt.[380] La utilizó para concertar una reunión especial en el cuartel general del Führer, donde podía exponer abiertamente a Hitler sus argumentos en favor de la retirada. Guderian tenía un sistema propio para afrontar las órdenes militares que le parecían inaceptables. Con la connivencia de Bock, había ignorado tácitamente o pasado por alto órdenes anteriores, en general siguiendo el procedimiento de actuar primero y comunicarlo después. Pero al ser sustituido Bock por Kluge, cambió la situación. Guderian y Kluge no se llevaban bien. Hitler estaba bien informado de la «heterodoxia de Guderian». Resulta quizás sorprendente, por ello, que estuviese dispuesto pese a todo a conceder una audiencia al comandante de las unidades de blindados el 20 de diciembre, una audiencia que duró además cinco horas, y le permitiese

exponer sus argumentos por extenso.[381]

Estuvo presente en la reunión todo el séquito de Hitler. Guderian informó a este de la situación del segundo ejército acorazado y del segundo ejército, y de su intención de retirarse. Hitler le prohibió esto último expresamente. Pero Guderian no explicaba toda la historia. La retirada, para la que había supuesto seis días antes que recibía autorización de Brauchitsch, ya estaba en marcha. Hitler se mostró inflexible. Dijo que las tropas debían atrincherarse donde estuviesen y mantener cada metro cuadrado de terreno. Guderian indicó que la tierra estaba congelada hasta una profundidad de metro y medio. Hitler replicó que tendrían que hacer cráteres en el suelo con obuses, como se había hecho en Flandes durante la Primera Guerra Mundial. Guderian señaló tranquilamente que no eran comparables las condiciones del terreno en Flandes con las de Rusia en mitad del invierno. Hitler insistió en su orden. Guderian objetó que la pérdida de vidas sería enorme, Hitler mencionó el «sacrificio» de los hombres de Federico el Grande. «¿Cree usted que los granaderos de Federico el Grande estaban deseosos de morir? —replicó Hitler—. Querían vivir también, pero el rey tenía razón al pedirles que se sacrificaran. Y creo que yo también tengo derecho a pedir a cualquier soldado alemán que entregue su vida». Le parecía que Guderian estaba demasiado próximo al sufrimiento de sus soldados y sentía demasiada piedad por ellos. «Debería distanciarse más—le aconsejó—. Créame, las cosas se ven más claras cuando se examinan a mayor distancia».[382]

Guderian volvió al frente con las manos vacías. Al cabo de unos días, Kluge pidió la destitución del comandante de blindados, que se hizo efectiva y se le comunicó el 26 de diciembre.[383] No sería ni mucho menos el último general importante que caería en desgracia durante la crisis del invierno. En las tres semanas siguientes fueron destituidos los generales Helmuth Förster.

Hans Graf von Sponeck, Erich Hoepner y Adolf Strauss, se relevó del mando del grupo de ejército del norte al mariscal de campo Von Leeb y murió de un derrame cerebral el mariscal de campo Von Reichenau. Sponeck fue condenado a muerte (se le conmutó más tarde la pena) por retirar a sus tropas de la península de Kerch, en el frente de Crimea.

Hoepner, por retirarse también, fue expulsado sumariamente del ejército con pérdida de todos sus derechos, incluido el de recibir una pensión.[384] Cuando finalizó la crisis, en primavera, habían sido sustituidos también numerosos mandos subordinados.[385]

La crisis se prolongó en enero. La víspera de Año Nuevo, mientras el gramófono recién adquirido aullaba Lieder de Richard Strauss y, por supuesto, el inevitable Wagner, y los habitantes del cuartel general del Führer se ponían algo más achispados y alegres, Hitler se pasó tres horas hablando por teléfono con Kluge, insistiendo en que debía mantenerse el frente.[386] Cuando al fin terminó, convocó a sus secretarias a tomar un té en mitad de la noche. El buen humor de estas no tardó en esfumarse. Hitler empañó en seguida la atmósfera poniéndose a dar cabezadas y quedándose finalmente dormido. La alegría desapareció. Los miembros de su séquito, que entraban a felicitarle el año, perdían la sonrisa y se ponían serios. Fue tan horroroso que Christa Schroeder volvió a su habitación y rompió a llorar. Halló remedio a esto volviendo al comedor de oficiales y uniéndose a unos cuantos oficiales jóvenes que había allí cantando canciones de marineros con acompañamiento de copiosas cantidades de alcohol.[387]

Hasta mediados de enero no se mostró Hitler dispuesto a aceptar la retirada táctica por la que había estado suplicando Kluge.[388] A finales de mes, había terminado lo peor. Se había estabilizado el frente este a un enorme coste. Hitler reclamaba todo el mérito por ello. Se trataba, una vez más, de «un triunfo de la voluntad». Mirando hacia atrás unos meses después, culpaba de la crisis del invierno a un fallo casi completo del alto mando del ejército. Un general había acudido a él, decía, con la petición de retirada. Él le había preguntado si creía realmente que haría menos frío quince kilómetros más atrás. Había preguntado también si cesaría la retirada en las fronteras del Reich. Al oír que tal vez fuese necesario retirarse tan lejos, dijo que había destituido inmediatamente al general, indicándole que volviese a Alemania lo más deprisa posible. Él mismo se haría cargo de la dirección del ejército, que se quedaría donde estaba. Era evidente para él, continuó, que una retirada habría significado «el destino de Napoleón». Había descartado por completo cualquier posibilidad de retirada. «¡Y lo conseguí! El que superáramos

este invierno y estemos hoy en posición de avanzar de nuevo victoriosamente […] es sólo atribuible a la bravura de los soldados en el frente y a mi voluntad firme de aguantar, a toda costa».[389]

La salvación gracias al genio del Führer fue, claro, la línea adoptada (y creída) por Goebbels y por otros dirigentes nazis.[390] Sus declaraciones públicas combinaban fe pura y propaganda impura, pero a pesar de la condena directa de Halder (después de la guerra) de la «orden de alto» de Hitler, no todos los especialistas en cuestiones militares estaban tan dispuestos a considerar esa orden un error catastrófico. Por ejemplo, el general Guenther Blumentritt, jefe de Estado Mayor de Kluge, se mostró dispuesto a reconocer que la decisión de aguantar fírme había sido acertada y decisiva al mismo tiempo para evitar un desastre mucho mayor del que en realidad se produjo.[391]

El que Hitler se diera cuenta en seguida de los peligros de un hundimiento a gran escala del frente y la resolución absolutamente implacable con la que se resistió a las peticiones de retirada, probablemente permitiesen evitar un desastre de proporciones napoleónicas.[392] Pero si hubiese sido menos inflexible y prestado más atención a algunos de los consejos que le daban sus comandantes de campo, es probable que se hubiese podido conseguir lo mismo con muchas menos pérdidas de vidas humanas. Además, la estabilización no llegó a conseguirse por fin hasta después de que flexibilizase la «orden de alto» y accediese a una retirada táctica para formar una nueva línea de frente.[393]

Las tensiones de la crisis del invierno habían dejado su huella en Hitler. Mostraba ahora signos inconfundibles de agotamiento físico. Goebbels se quedó impresionado cuando lo vio en marzo. Estaba canoso y muy envejecido. Confesó a su ministro de propaganda que se había sentido mal durante un tiempo y con mareos. Reconoció que el invierno le había afectado también psicológicamente.[394] Pero parecía haber aguantado lo peor. Desde luego, según todas las apariencias externas, su confianza seguía incólume. Los insinuaciones de dudas sobre el resultado de la guerra del otoño eran ya cosa del pasado.[395] Explicó a sus colaboradores del cuartel general del Führer que la entrada de Japón en la guerra había sido un momento crucial de la historia, que significaría

«la pérdida de un continente entero»… un hecho lamentable, porque la pérdida sería para la «raza blanca».[396] Los ingleses no serían capaces de resistir frente ajapón una vez perdido Singapur.[397] La cuestión sería entonces si Inglaterra podría conservar la India. El estaba convencido de que, si se le brindase la posibilidad de conservar la India (e impedir la desintegración completa del imperio) a cambio de abandonar Europa a Alemania, casi toda la población inglesa estaría a favor.[398]

Pese a lo que en las profundidades de la crisis del invierno habían parecido obstáculos insuperables, Alemania estaba preparada en primavera para lanzar otra ofensiva en el este. La guerra aún no estaba decidida ni mucho menos.[399] El equilibrio de fuerzas en aquella coyuntura no favorecía en principio a nadie. Y el curso de los acontecimientos experimentaría muchas variaciones antes de que la derrota de Alemania llegase a parecer inexorable. Pero el invierno de 1941-42 puede considerarse, retrospectivamente, no sólo un momento decisivo sino el principio del fin.[400]

El objetivo que Hitler se había planteado desde el verano de 1940, con el respaldo de sus estrategas militares, había sido forzar a Inglaterra a llegar a un acuerdo y mantener a los Estados Unidos fuera de la guerra por el procedimiento de infligir una derrota rápida y global a la Unión Soviética. A finales de 1941, Alemania no había conseguido derrotar a la Unión Soviética y había pasado a enredarse en el este en una guerra larga, enormemente enconada y costosa. Inglaterra no sólo no había mostrado el menor interés en llegar a un entendimiento, sino que estaba ahora luchando junto a los Estados Unidos y, después de la firma de un tratado de ayuda mutua en Moscú el 12 de julio de 1941, aliada (pese a los roces continuados) con la Unión Soviética.[401] Y Alemania estaba ahora, además, en guerra con los Estados Unidos. Pese a su desprecio por ese país, Hitler no conocía ningún medio de derrotarlo.[402] Y si no podía alcanzarse una victoria definitiva sobre la Unión Soviética rápidamente, los poderosos recursos estadounidenses no tardarían en pesar en la contienda. Hitler tenía que depositar ahora todas sus esperanzas en los japoneses, que podrían debilitar seriamente a los ingleses y atar a los Estados Unidos a un conflicto en el Pacífico. Pero no podía basarse ya sólo en el poder de las armas alemanas. Alemania no conservaba ya la

iniciativa. El siempre había predicho que el tiempo corría en contra de Alemania en su búsqueda de la supremacía. Sus propias acciones, más que las de ninguna otra persona, habían garantizado el que eso fuese ya realmente así. Aunque todavía tardaría varios meses en hacerse claro y patente, el juego de Hitler, en el que había apostado ni más ni menos que el futuro de la nación, había fracasado estrepitosamente.

10

EL CUMPLIMIENTO DE LA «PROFECÍA»

Yo ya dije el 1 de septiembre de 1939 en el Reichstag alemán (y procuro no hacer profecías precipitadas) que esta guerra no se acabará como se imaginan los judíos, con el exterminio de los pueblos arios europeos, sino que el resultado de esta guerra será la aniquilación de la judeidad. Se aplicará ahora, por primera vez, la vieja ley judía: ojo por ojo, diente por diente.

HITLER, HABLANDO EN EL SPORTPALAST,
BERLÍN, 30 DE ENERO DE 1942.

Se les está aplicando a los judíos una sentencia que es brutal, pero plenamente merecida. Lo que les profeció el Führer por traer una nueva guerra mundial está empezando a cumplirse de la forma más terrible. […] El Führer es también en este caso el portavoz y el adalid inquebrantable de una solución radical.

GOEBBELS, ENTRADA DE DIARIO, 27 DE MARZO DE 1942.

No fue ninguna casualidad que la guerra en el este condujese al genocidio. El objetivo ideológico de erradicar el «judeobolchevismo» era esencial y no periférico en lo que se había proyectado deliberadamente como una «guerra de aniquilación». Estaba inseparablemente vinculado a la campaña militar. Con el ataque mortífero durante los primeros días de la invasión de los Einsatzgruppen, respaldados por la Wehrmacht, quedó ya establecido el carácter genocida del conflicto. No tardaría en convertirse en un programa genocida total, como jamás había visto el mundo.

Hitler habló mucho durante el verano y el otoño de 1941 a sus colaboradores inmediatos, en los términos más brutales que se podía imaginar, sobre los objetivos ideológicos que perseguía con la destrucción de la Unión Soviética. También habló durante los mismos meses, en numerosas ocasiones, en sus monólogos en el cuartel general del Führer (aunque utilizando siempre generalizaciones brutales) sobre los judíos. Fueron los meses en que, a partir de las contradicciones y la falta de claridad de la política antijudía, empezó a adquirir forma concreta un programa para matar a todos los judíos de la Europa ocupada por los nazis.

En contraste con los asuntos militares, en que su repetida intromisión era una muestra de su preocupación constante por minutiae tácticas y de la desconfianza que le inspiraban los militares profesionales, la participación de Hitler en cuestiones ideológicas era menos frecuente y menos directa. Había trazado las directrices en marzo de 1941. Necesitaba hacer poco más. La autocombustión se encargaría de que los fuegos genocidas, una vez encendidos, se convirtiesen en una potente conflagración en medio de la barbarie de una guerra con la que se pretendía destruir el «judeobolchevismo». En los objetivos ideológicos, a diferencia de lo que sucedía con las cuestiones militares, Hitler no tenía ninguna necesidad de preocuparse de que los «profesionales» fuesen a fallarle. Podía estar seguro de que

Himmler y Heydrich, sobre todo, no dejarían rincón sin escudriñar para eliminar de una vez por todas al enemigo ideológico. Y podía estar igualmente seguro de que encontrarían colaboradores serviciales en todos los niveles entre los dueños del nuevo Imperium del este, perteneciesen al partido, a la policía o a la burocracia civil.

Lo mismo que, desde el otoño de 1939 en adelante hasta su «orden de alto» de agosto de 1941, no había considerado que necesitase involucrarse más en la «acción de eutanasia», una vez dada la autorización para que se iniciase, tampoco vería ahora razón alguna para participar en la tarea diaria del trabajo sucio del genocidio. No era ni su estilo ni su inclinación.[1] La organización, la planificación y la ejecución podían dejarse sin problema a otros. No faltaba quien estuviese deseoso de «realizar el trabajo práctico para nuestro Führer».[2] Bastaba que se proporcionase su autorización para los pasos importantes y podía dar ya por supuesto que, con respecto a la «cuestión judía», se estaba cumpliendo su «profecía» de 1939.

Capítulo I

La víspera del inicio de «Barbarroja», Hitler había asegurado a Hans Frank que los judíos serían «desalojados» del Gobierno General «en un futuro previsible». La provincia de Frank podría por tanto considerarse simplemente una especie de «campo de tránsito» (Durchgangslager).[3] Frank saboreó el placer de poder «librarse» en el Gobierno General de los judíos y comentó que estos estaban «pereciendo gradualmente» en Polonia. «En realidad el Führer había profetizado eso para los judíos»,

comentaba Goebbels.[4] La intención había sido, desde principio de año, como ya hemos visto, deportar a los judíos de los dominios de Frank hacia el este, después de la victoria sobre la Unión Soviética (que se esperaba para el otoño).[5] Los judíos de Polonia, y luego del resto de Europa, quedarían barridos en el este en unos cuantos años por el hambre y por el trabajo agotador en los gélidos páramos de un clima ártico. El destino previsto para los que no eran aptos para el trabajo no era difícil de imaginar, aunque no se formulase.

Los 5-6 millones de judíos de la URSS estaban incluidos en el plan general de reasentamiento para la reorganización racial de la Europa del este, el «Plan General para el Este» que Himmler había encargado preparar a sus planificadores de los nuevos asentamientos dos días después de que se iniciase «Barbarroja». Ese plan preveía la deportación en los treinta años siguientes de 31 millones de personas, principalmente eslavos, al otro lado de los Urales y a la Siberia occidental.[6] Los judíos habrían sido sin duda el primer grupo étnico que habría perecido en una solución territorial que equivalía para ellos a una sentencia de muerte. Lo que se pretendía era en sí mismo claramente genocida. La «solución territorial» podría considerarse, por tanto, como un tipo de «solución final» prevista. Pero matar a todos los judíos de Europa fusilándolos o gaseándolos (el programa de matanza industrializada a gran escala que se convertiría en los meses siguientes en lo que sería luego una «solución final» definida de una forma distinta) aún no estaba pensado en esa etapa.

Reinhard Heydrich había recibido ya en marzo luz verde de Hitler para enriar a los Einsatzgruppen a la Unión Soviética detrás de la Wehrmacht a «pacificar» las zonas conquistadas erradicando «elementos subversivos». Hitler había especificado en marzo que «la intelectualidad judeobolchevique debe ser eliminada».[7] Heydrich se había mostrado más que dispuesto a aplicar una interpretación sumamente liberal a este mandato en sus órdenes a los Einsatzgruppen en Pretzsch y Berlín en las semanas previas a la campaña.

Según una carta que Heydrich enrió el 2 de julio a los cuatro altos jefes de la policía y de las SS recién nombrados para las zonas conquistadas de la Unión Soviética, los Einsatzgruppen habían recibido

instrucciones de liquidar a «todos los judíos al servicio del partido y del estado», junto los funcionarios comunistas y una serie de «elementos extremistas».[8] Las instrucciones verbales de Heydrich debieron de dejar claro que había que aplicar la interpretación más amplia posible a esa directriz.

Las matanzas no se limitaron, desde el principio mismo, a los judíos funcionarios del estado o del partido comunista. El 3 de julio, por ejemplo, el jefe del Einsatzkommando de Luzk, en la Polonia oriental, había hecho fusilar ya a unos 1.160 judíos varones. Dijo que quería dejar su sello en la ciudad.[9] En Kaunas (Kowno), Lituania, fueron fusilados el 6 de julio un total de 2.514 judíos.[10] Los fusilamientos los efectuó el Einsatzkommando 5, con base en esa zona, en veinte días de julio. La inmensa mayoría de las víctimas de las «ejecuciones», un total de 4. 400 (según una meticulosa enumeración), eran judíos.[11] Pero Jas órdenes no habían sido categóricas.[12] Podían interpretarse de diversos modos. Mientras el Einsatzgruppe A, que estaba en la zona del Báltico, no se atenía apenas a límites en sus matanzas, el Einsatzgruppe B de la Rusia Blanca se orientó al principio, sobre todo, hacia la «intelectualidad» judía, mientras que el Einsatzgruppe C habló de matar a los judíos haciéndolos trabajar hasta el agotamiento en la desecación de los pantanos del Pripet.[13] Mientras unos Einsatzkommandos se dedicaban a matar judíos más o menos indiscriminadamente, un pelotón asesino de Chotin, en el Dniester, limitó su acción criminal a principios de julio a «intelectuales» judíos y comunistas (aparte de los médicos).[14]

En el Báltico fue especialmente feroz la carnicería del Emsatzgruppe A. La primera matanza de judíos se produjo el 24 de junio, sólo dos días después de que se iniciase «Barbarroja», en la pequeña población lituana de Gargzdai, que quedaba nada más cruzar la frontera. Hombres de la policía de seguridad y una unidad policial de Memel mataron a tiros esa tarde a 201 judíos. El 18 de julio, los pelotones asesinos habían acumulado 3.300 víctimas; en agosto los muertos oscilaban ya entre los 10.000 y 12.000, la mayoría judíos varones, además de los comunistas.[15]

A las unidades asesinas las ayudaron en las primeras etapas nacionalistas lituanos a los que se empujó a violentos pogromos contra

los judíos.[16] En Kowno los judíos fueron ejecutados a garrotazos, uno a uno, por un entusiasta local, mientras multitudes de mirones (había mujeres que levantaban en brazos a sus hijos para que lo vieran) aplaudían y vitoreaban. Un testigo recordaba que habían perecido de ese modo de 40 a 50 judíos en tres cuartos de hora. Cuando el carnicero terminó su carnicería, se subió sobre el montón de cadáveres e interpretó con un acordeón el himno nacional lituano. Los soldados alemanes miraban impasibles, algunos sacaban fotos.[17] El comandante de la Wehrmacht de la zona, general-coronel Ernst Busch, tras oír informes de las atrocidades, adoptó la posición de que se trataba de disputas internas lituanas y que él no tenía ninguna autoridad para intervenir. Se consideraba una cuestión en la que tenía competencia exclusiva la policía de seguridad.[18]

Hitler quería seguir de cerca las operaciones de matanza en la Unión Soviética. El 1 de agosto el SS-Brigadeführer Heinrich Müller, jefe de la Gestapo, había transmitido un mensaje cifrado a los comandantes de los cuatro Einsatzgruppen: «Deben enviarse al Führer informes continuos desde aquí sobre las tareas llevadas a cabo por los Einsatzgruppen en el este».[19]

Goebbels testimonia su satisfacción cuando recibió un informe detallado a mediados de agosto que le comunicaba que «se estaba desatando la venganza contra los judíos en las poblaciones grandes» del Báltico y que estaban «siendo asesinados en masa en las calles por las organizaciones de autodefensa». Relacionaba la matanza directamente con la «profecía» de Hitler de enero de 1939. «Lo que el Führer profetizó está pasando ya—escribía—que si la judeidad lograba provocar otra guerra, perdería su existencia».[20] Tres meses después, cuando visitó Vilnius, Goebbels habló de nuevo de la «horrible» (grauenhaft) «venganza» de la población local contra los judíos, que habían sido «fusilados a miles» y estaban siendo «ejecutados» aún a centenares. El resto habían sido encerrados en guetos y trabajaban en beneficio de la economía local. Los habitantes del gueto, comentaba, eran «personajes viles» (scheussliche Gestalten). Describía a los judíos como «los piojos de la humanidad civilizada. Tenían que ser erradicados de algún modo (ausrotten), porque si no volverían siempre a desempeñar su papel

torturador (peinigende) y oneroso, La única forma de lidiar con ellos es tratarlos con la necesaria brutalidad. Si les perdonas, serás su víctima más tarde».[21]

Todo esto eran expresiones extremas, patológicas, de sentimientos que tenían amplia circulación, con frecuencia en una forma casi igual de abiertamente genocida, entre los nuevos amos de los territorios orientales, y no era ni mucho menos algo exclusivo de Los nazis intransigentes.

En contraste con los conflictos entre la Wehrmacht y las SS que siguieron a la invasión de Polonia, la estrecha colaboración que se estableció entre Heydrich y el alto mando del ejército en la preparación de «Barbarroja» permitió que la barbarie de los Einsatzgruppen en la campaña del este no encontrase obstáculos y reinase a menudo una estrecha armonía.[22] El alto mando de la Wehrmacht se alineó desde el principio con el objetivo ideológico de combatir al «judeobolchevismo». La cooperación con el SD y con la policía de seguridad fue amplia y se facilitó servicialmente. Sin ella, los Einsatzgruppen no podrían haber funcionado como lo hicieron.[23] «En la relación con la Wehrmacht no hay ahora, como no lo hubo antes, ningún problema (ohne jede Trübung)—decía el informe de un Einsatzgruppe a mediados de agosto —. Sobre todo, se puede apreciar en los medios de la Wehrmacht un interés cada vez mayor por las tareas y los asuntos que corresponden al trabajo de la policía de seguridad y una comprensión de los mismos. Esto fue especialmente notorio en las ejecuciones».[24]

En una orden emitida el 12 de septiembre de 1941, el jefe de la OKW, mariscal de campo Wilhelm Keitel, proclamó: «La lucha contra el bolchevismo exige una actuación rigurosa (Durchgreifen) implacable y enérgica, sobre todo contra los judíos, los principales transmisores del bolchevismo».[25] Otras exhortaciones de jefes militares iban aún más lejos. Un mes más tarde, el mariscal de campo Walter von Reichenau, comandante en jefe del sexto ejército y enfáticamente pronazi, explicaba a sus tropas: «En la esfera del este el soldado no es sólo un combatiente que actúa según las reglas del arte de la guerra, sino también el portador de una ideología racial (völkisch) implacable y el vengador de todas las brutalidades que se han infligido a la nación étnica (Volkstum) alemana

y a otras emparentadas. Así que el soldado debe tener clara conciencia de que es necesaria la expiación severa pero justa de los subhumanos judíos (am Jüdischen Untermenschentum)». Y concluía: «Sólo de este modo cumpliremos con nuestro deber histórico de liberar al pueblo alemán de una vez por todas de la amenaza judeoasiática».[26]

El comandante en jefe del 17° ejército, coronel general Hermann Hoth, fue más allá aún, si cabe, que Reichenau. Hablaba en una orden sobre la «Conducta del soldado alemán en el este», emitida el 17 de noviembre, de una lucha de «dos filosofías intrínsecamente incompatibles [...] el sentimiento alemán del honor y de la raza, la tradición militar (Soldatentum) alemana secular, contra las formas asiáticas de pensar y los instintos primitivos fomentados por un pequeño número de intelectuales principalmente judíos». Sus hombres deberían actuar movidos por «la fe en un cambio de los tiempos, en el que la jefatura de Europa ha pasado al pueblo alemán, por la superioridad de su raza y por sus logros». Se trataba de una «misión para salvar la cultura europea del avance de la barbarie asiática». Explicaba que el Ejército Rojo había «asesinado brutalmente» a soldados alemanes. Cualquier simpatía por la población nativa estaba absolutamente fuera de lugar. Destacaba la culpabilidad de los judíos por la situación de Alemania después de la Primera Guerra Mundial. Consideraba el exterminio del «soporte espiritual del bolchevismo» y de la «ayuda de los guerrilleros» como «una medida de autoprotección».[27]

Hacia finales de noviembre, el comandante en jefe del 11° ejército, Erich von Manstein, se mostraba igual de inflexible en una orden secreta a sus tropas. El pueblo alemán llevaba desde el 22 de junio, aseguraba, librando una lucha a vida o muerte contra el sistema bolchevique, al que no se estaba combatiendo de acuerdo con las reglas europeas tradicionales de la guerra. Lo que se hallaba claramente implícito era que un régimen soviético dominado por judíos era responsable de eso. Manstein se refería a la guerra de guerrillas soviética por detrás de las líneas del frente. Los judíos, con «todos los puntos claves de la administración y la dirección política, el comercio y la artesanía» en sus manos, formaban, decía, el «intermediario entre el enemigo de la retaguardia y los que luchan aún en el Ejército Rojo y los dirigentes

rojos». Extraía de esto una conclusión. «El sistema judeobolchevique debe ser erradicado (ausgerottet) de una vez por todas—escribía—. No debe entrar nunca más en el espacio vital europeo. Así que el soldado alemán tiene encomendada la tarea no sólo de aplastar los instrumentos militares de poder de este sistema. Es también el portador de una idea racial (völkisch) y el vengador de todas las atrocidades perpetradas contra él y contra el pueblo alemán. […] El soldado debe aceptar con comprensión que es necesaria la dura expiación que se impone a los judíos, portadores espirituales del terror bolchevique. […]».[28]

Otros comandantes del ejército se valieron cada vez más de la propagación de las actividades guerrilleras para justificar el tratamiento despiadado que se aplicaba a los judíos. Algunos comandantes ya equiparaban a los judíos en las primeras semanas do «Barbarroja» con los guerrilleros, o les consideraban su principal fuente de apoyo.[29] Pero la «guerra de guerrillas» no empezó a adquirir fuerza hasta el otoño.[30] En la zona de retaguardia del grupo de ejército del centro se organizó en septiembre de 1941 un «seminario» para que pudiera haber un intercambio de opiniones y experiencias entre oficiales seleccionados y portavoces de las SS sobre la forma de «combatir a los guerrilleros». Entre los portavoces figuraban el jefe superior de las SS y de la policía de Rusia Centro, SS-Gruppenführer Erich von dem Bach-Zelewski, que habló sobre «La captura de comisarios y guerrilleros», y el jefe del Einsatzgruppe B (emplazado en la región de Minsk), SS-Gruppenführer Arthur Nebe, que habló sobre la «Cooperación del ejército y el SD en la lucha contra los guerrilleros» y las relaciones entre los judíos y el movimiento guerrillero. Los participantes sacaron de su «curso de orientación» el mensaje claro que debía servir como directriz para la futura política de «pacificación»: «Donde hay un guerrillero hay un judío, y donde hay un judío hay un guerrillero».[31]

Estas voces eran influyentes, pero había otras.[32] Algunos comandantes insistían en un distanciamiento riguroso de la Wehrmacht de las actuaciones de la policía de seguridad. Uno de ellos, el general Karl von Roques, emitió una orden a finales de julio prohibiendo a sus hombres participar en pogromos basándose en que era algo «impropio de un soldado» y que dañaría gravemente el prestigio de la Wehrmacht.[33]

Sin embargo, su orden fue ineficaz. Continuaron dándose casos en que «soldados y también oficiales habían emprendido independientemente fusilamientos de judíos o participado en ellos». En septiembre, se vio obligado a emitir otra orden, en la que repetía que las «medidas ejecutivas», especialmente contra los judíos, eran competencia exclusiva del jefe superior de la policía y de las SS, y que cualquier fusilamiento no autorizado por soldados individuales o la participación en «medidas ejecutivas» de las SS y de la policía se trataría como desobediencia y sería motivo de actuación disciplinaria.[34]

Muchas de las cartas escritas a casa desde el frente por los soldados ordinarios indican claramente que en el caso de muchos de ellos no hacía falta mucha persuasión para convencerles de que la matanza implacable de los judíos estaba justificada. Sometidos durante muchos años a un adoctrinamiento incesante sobre los judíos en la escuela y en la Juventud de Hitler, e inundados desde el comienzo de «Barbarroja» de propaganda sobre los horrores del «judeobolchevismo», procuraban a menudo confirmar sus prejuicios en su avance por el territorio ruso.[35] Un soldado comentaba, en una carta a casa escrita en julio, su conmoción ante las «pruebas de las atrocidades judías y bolcheviques, cosas que yo difícilmente habría creído posibles», y explicaba que él y sus camaradas estaban vengándose de ellas.[36] Otro escribía, también en julio: «Todos, hasta el último que dudaba, sabemos hoy que la batalla contra estos subhumanos, a los que los judíos han azuzado hasta el frenesí, no sólo era necesaria sino que llegó en el momento preciso. Nuestro Führer ha salvado a Europa de un caos seguro».[37] No era sorprendente con una mentalidad de este género que muchas unidades de la Wehrmacht participasen por iniciativa propia en el fusilamiento de judíos y en otras atrocidades desde la fase inicial de «Barbarroja».[38]

En las primeras semanas de «Barbarroja», las «acciones» de los Einsatzgruppen y sus subunidades tenían como objetivo principal a los judíos varones. La matanza, pese a ser horrible, no era en modo alguno comparable a la magnitud que alcanzaría a partir de agosto. Un Einsatzkommando particularmente asesino de Lituania, por ejemplo, mató nueve veces más judíos en agosto y catorce veces más en septiembre de lo que lo había hecho en julio.[39] Lo que en las primeras

semanas se consideraba como una «acción» a gran escala consistía en el fusilamiento de cientos de judíos, raras veces de más de un millar. Pero a principios de octubre el Einsatzkommando 4a, adscrito al Einsatzgruppe C de Ucrania, podía informar con fría precisión: «En represalia por el incendio de Kiev, fueron detenidos todos los judíos y el 29 y el 30 del 9 fueron ejecutados un total de 33-771».[40] Fue la tristemente célebre matanza de Babi-Yar, en las afueras de Kiev. Los judíos (muchos de ellos mujeres, niños y ancianos) habían sido detenidos como represalia por una serie de explosiones que se habían producido en la ciudad unos días antes, justo cuando Kiev estaba a punto de caer en poder de la Wehrmacht y en las que habían muerto unos cuantos centenares de soldados alemanes. Los sacaron en pequeños grupos a las afueras de la ciudad, les obligaron a desnudarse y luego a colocarse de pie sobre un montículo encima del barranco de Babi-Yar. Los cuerpos sin vida de las víctimas iban cayendo sobre el creciente montón de cadáveres que había bajo ellas, a medida que iban atronando las descargas repetidas de los pelotones asesinos.[41]

Se incluía ya generalmente en las matanzas a las mujeres y los niños (considerados posibles «vengadores» en el futuro), siguiendo instrucciones verbales transmitidas durante el mes de agosto a lo largo de toda la línea de mando por Himmler y luego por los comandantes de los diversos pelotones asesinos.[42] Así, el Einsatzkommando 3 fusiló a 135 mujeres entre los 4.239 judíos «ejecutados» durante el mes de julio, pero durante el mes de septiembre de 1941 del total de 56.459 judíos asesinados 26.243 eran mujeres y 15.112 eran niños.[43] El total de judíos asesinados entre los cuatro Einsatzgruppeny sus subunidades fue de unos 50. 000 antes de mediados de agosto, un enorme aumento en la escala de los asesinatos de Polonia, pero sólo un 10 por 100 del medio millón que se calcula que perecerían en los cuatro meses siguientes.[44]

El inmenso aumento del número de víctimas exigía técnicas de matanza diferentes. Al principio, se mantuvo una semblanza de tribunal militar y «ejecución» por un pelotón de fusilamiento. Pero al cabo de unas cuantas semanas, los asesinos se turnaban con una metralleta, segando a sus víctimas desnudas cuando se arrodillaban al borde de una fosa. La matanza había pasado rápidamente «del procedimiento militar a

la carnicería masiva».[45]

Algunos jefes de Einsatzgruppen afirmaron después de la guerra que Heydrich les había transmitido en sus instrucciones la orden del Führer de exterminar a los judíos de la Unión Soviética.[46] Pero la modificación concreta de la escala de las operaciones de matanza de las primeras semanas y la intensa escalada que se produjo de mediados de agosto en adelante, indica claramente que no se había emitido antes de que se iniciase «Barbarroja» ningún mandato general de exterminar a la totalidad de los judíos soviéticos.[47] El numero de hombres involucrados inicialmente en las acciones de los Einsatzgruppen (unos 3.000 en total, cuyo núcleo básico procedía sobre todo de la Gestapo, la policía criminal, la policía regular [Ordnungspolizei] y el SD) habría sido incapaz en cualquier caso de ejecutar un programa genocida de envergadura y difícilmente podrían haberse reunido pensando en uno.[48] Su rápido aumento de número mediante batallones policiales suplementarios se inició a finales de julio. A fin de año había once veces más miembros de las unidades asesinas de los que existían al iniciarse «Barbarroja».[49]

El 15 de agosto, inmediatamente después de presenciar esa mañana una «ejecución» de judíos cerca de Minsk que le hizo sentirse mal, Himmler había contado a sus hombres que él y Hitler responderían ante la historia por el necesario exterminio de los judíos como «los transmisores del bolchevismo mundial».[50] Fue durante esas visitas suyas a las unidades ejecutoras en el este ese mes cuando Himmler les dio instrucciones, como ya hemos visto, de que ampliaran la matanza, pasando a incluir a las mujeres y a los niños.[51] ¿Había recibido él una nueva autorización explícita de Hitler? ¿O supuso que el mandato existente del Führer bastaba para la ampliación masiva de las operaciones de matanza?

No se sabe qué pudieron hablar los dos durante los cinco días, del 15 al 20 de julio, en que Himmler estuvo en el cuartel general del Führer.[52] Pero durante su estancia allí, Himmler había leído las actas de la importante reunión que había tenido Hitler el día 16 con Göring, Bormann, Lammers, Keitel y Rosenberg. En esa reunión, Hitler había afirmado, como ya hemos visto, que Alemania nunca dejaría los

territorios conquistados. Debían tomarse todas las medidas necesarias para el asentamiento definitivo. Había hecho elocuentes comentarios de que la guerra de guerrillas proclamada por Stalin proporcionaba «la posibilidad de exterminar todo lo que se nos oponga» (die Möglichkeit auzurotten, was sich gegen uns stellt) y que como mejor podía lograrse la pacificación del territorio conquistado era matando a tiros a cualquiera «que incluso nada más mirase de reojo» (dass man jeden, der nur schief schaut, totschiesse).[53] Al día siguiente, Hitler emitió un decreto en el que asignaba a Himmler la responsabilidad de velar por la seguridad en las regiones civiles recién instauradas de dominio alemán del este. Esto situó en la práctica la «cuestión judía», como parte de un cometido policial más amplio, directamente en manos de Himmler.[54] Al cabo de una semana, este había aumentado las operaciones de «control policial» detrás de la línea del frente en el este con 11.000 hombres, el principio del aumento mucho mayor que había de seguir.[55] Lo más probable es que Himmler, percibiendo cuál era el talante de Hitler en aquel momento, explicase que las fuerzas que tenía a su disposición en aquel momento para la «pacificación» del este eran insuficientes, y luego pidiese, y se le concediese, la autoridad necesaria para aumentar las fuerzas disponibles hasta el nivel adecuado. El que se considerase a los judíos, como se había hecho desde el principio de la campaña, el grupo cuyo exterminio era un objetivo primordial (con el pretexto de que constituían la oposición más peligrosa a la ocupación), haría innecesario un mandato específico sobre el tratamiento que debía dispensárseles dentro del cometido general de «pacificación». Al tratar a los judíos en el este como le pareció más adecuado, Himmler podía dar por supuesto que estaba «trabajando en la dirección del Führer».

Capítulo II

Los comentarios de ese periodo sobre los judíos del propio Hitler habrían convencido sin duda a Himmler de eso. En las horas de penumbra de antes del amanecer del 10 de julio, Hitler había comentado: «Me siento como el Robert Koch de la política. Él encontró el bacilo de la tuberculosis y a través de eso mostró nuevos caminos a la investigación médica. Yo descubrí a los judíos como el bacilo y el fermento de toda descomposición social. Su fermento. Y he demostrado una cosa: que un estado puede vivir sin judíos; que la economía, la cultura, el arte, etc., etc., pueden existir sin judíos y en realidad mejor. Ese es el peor golpe que he asestado a los judíos».[56]

Hitler mantuvo su terminología biológica cuando habló (con notable franqueza) con el ministro de defensa del estado brutalmente racista recién creado de Eslovaquia, mariscal Sladko Kvaternik, el 22 de julio. Había empezado con una irracionalidad reveladora: no seria él, sino Stalin, quien sufriría esta vez el destino de Napoleón. No era la primera vez que hacía un comentario que indicaba una inseguridad latente respecto a su decisión de invadir Rusia.[57] En las primeras semanas de la «guerra de aniquilación» que había desencadenado, empezaba a aflorar su mentalidad genocida. Lo mismo que en las conversaciones de la semana anterior con el embajador japonés Oshima, pasó luego a describir al pueblo ruso como «bestial». Al aconsejar a Kvaternik intervenir en su país con puño de hierro contra los «elementos criminales y antisociales», proclamó que no se podía hacer con ellos más que una cosa: «¡aniquilarlos (vernichten)!». Era necesario «acabar con (beseitigen) ellos» o encerrarlos, si no eran peligrosos, en campos de concentración de los que nunca debían salir.[58] Hacia el final de las conversaciones, Hitler volvió a los judíos. Les llamó «el azote de la humanidad». Los «comisarios judíos» habían ejercido un poder brutal en el Báltico, aseguró. Y ahora los lituanos, los estonios y los letones estaban tomando «venganza sangrienta» contra ellos. «Si a los judíos se les diese […] rienda suelta—continuó—como en el paraíso soviético, pondrían en práctica los planes más insensatos. Rusia se ha convertido así en un foco de infección (Pestherd) para la humanidad. […] Porque con que sólo un estado tolere dentro de él a una familia judía, eso aportará el bacilo básico (Bazillenherd) paral una nueva descomposición.

Si no hubiese ya judíos en Europa, no se alteraría más la unidad de los estados europeos. Carece de importancia a qué lugar se envíe a los judíos, Siberia o Madagascar».[59]

Era una actitud claramente genocida. La alusión a Madagascar no tenía sentido. Había sido descartada como opción meses atrás. Pero Siberia, que había pasado a preferirse en el ínterin, habría significado una especie de genocidio en sí. Fue con esa mentalidad con la que Hitler aceptó el gran aumento del número de unidades policiales en el este, y dio presumiblemente a Himmler carta blanca para actuar como considerase adecuado en la tarea de «limpiar» de judíos los territorios conquistados del este. Y era evidente, por sus comentarios a Kvaternik, que Hitler estaba considerando «una solución para la cuestión judía» no sólo en la Unión Soviética sino en la totalidad de Europa.

Aún no se había tomado ninguna decisión para la «solución final» (es decir, el exterminio de los judíos en todo el continente). Pero el genocidio estaba en el aire. En la Warthegau, la mayor de las zonas anexionadas de Polonia, las autoridades nazis aún estaban divididas en julio de 1941 respecto a lo que había que hacer con los judíos a los que no habían podido deportar al Gobierno General. Una de las propuestas era concentrarlos en un inmenso campo que pudiese vigilarse fácilmente, cerca del centro de producción carbonífera, y obtener el máximo beneficio económico de su explotación despiadada, pero quedaba pendiente la cuestión de qué hacer con los judíos que no eran aptos para el trabajo.

Un memorando enviado el 16 de julio de 1941 a Eichmann, a la Oficina Superior de Seguridad del Reich, por el jefe del SD de Posen, SS-Sturmbannführer Rolf-Heinz Höppner, pulsaba una nota amenazadora. «Se corre el peligro este invierno—decía su cínico informe a Eichmann—de que no se pueda alimentar ya a todos los judíos. Hay que considerar seriamente si la solución más humana no podría ser acabar con los que no son capaces de trabajar con algún tipo de preparado de acción rápida». Tras preguntar a Eichmann cuál era su opinión, Höppner concluía así: «Son cosas que parecen un poco fantásticas, pero podrían llevarse a la práctica perfectamente, en mi opinión».[60]

El último día del mes, Heydrich mandó a Eichmann que redactara

una autorización escrita de Göring (nominalmente al cargo de la política antijudía desde enero de 1939) para preparar «una solución completa (Gesamtlösung) de la cuestión judía en la esfera de influencia alemana de Europa».[61] El mandato estaba enmarcado como un suplemento de la tarea asignada a Heydrich el 24 de enero de 1939, para resolver el «problema judío» a través de la «emigración» y la «evacuación». Heydrich estaba ya encargado de elaborar un plan global con las medidas organizativas, técnicas y materiales necesarias.[62] Este mandato escrito era una ampliación del verbal que ya le había enriado Göring y que había recibido lo más tarde en marzo.[63] Respaldaba su autoridad en las relaciones con las autoridades del estado y era una señal indicativa de su control sobre la «solución final» una vez que se hubiese obtenido la victoria definitiva en el este (que se suponía inminente).[64] No hacía falta consultar a Hitler.[65]

La red barredera estaba cerrándose sobre los judíos de Europa, pero el mandato de Heydrich no fue la señal para instalar campos de exterminio en Polonia. El objetivo en ese momento era aún una solución territorial, desplazar a los judíos hacia el este.[66] En los meses siguientes, la evidencia de que la gran jugada de la victoria rápida por K.O. en el este había fallado modificaría irrevocablemente ese objetivo.

Capítulo III

Con la victoria aparentemente al alcance de Alemania, estaban aumentando las presiones para intensificar la discriminación contra los judíos y para deportarlos del Reich.[67] Las crecientes privaciones de la guerra permitían a los activistas del partido desviar hacia los judíos quejas y resentimientos cotidianos. El SD de Bielefeld informaba, por ejemplo, en agosto de 1941, de que un fuerte sentimiento por la

«conducta provocativa de los judíos» (das provozierende Verhalten der Juden) había hecho necesario que se les prohibiese asistir a los mercados semanales «con la finalidad de evitar actos de violencia» (um Tätlichkeiten zu vermeiden). Además, había contado con la aprobación general, se decía, la notificación publicada en los periódicos locales de que los judíos no recibirían ninguna compensación por daños sufridos como consecuencia de la guerra. Existía también, se aseguraba, el sentimiento firme de que sólo se debería servir en las tiendas a los judíos una vez que hubiesen sido atendidos los clientes alemanes. Pesaba en el aire la amenaza de recurrir a la autoayuda y utilizar la fuerza contra los judíos si no se hacía nada. De todos modos, se afirmaba amenazadoramente que esas medidas no serían suficientes para satisfacer a la población. Aumentaban las peticiones de que se introdujese alguna señal identificatoria obligada, como la que habían llevado los judíos en el Gobierno General desde el principio de la guerra, para impedir que los eludiesen las restricciones que se les imponían.[68]

Es evidente que los fanáticos del partido estaban trabajando (al parecer con éxito) para soliviantar a la opinión pública contra los judíos. La presión desde abajo era música celestial para los oídos de los jefes de la policía y del partido como Goebbels y Heydrich, deseosos por razones propias de aumentar la discriminación contra los judíos y hacerlos desaparecer totalmente de Alemania lo antes posible. No tardaría en transmitirse a través de Goebbels al propio Hitler.

La señal identificatoria para los judíos era algo que Hitler había rechazado cuando se le había pedido tras la «Noche de los Cristales Rotos». No le había parecido adecuado por entonces, pero ahora le estaban sometiendo a una presión insistente para que cambiase de opinión. A mediados de agosto, Goebbels se había convencido de que la «cuestión judía» había vuelto a hacerse «aguda» en Berlín. Afirmaba que los soldados de permiso no podían entender cómo podía haber en Berlín judíos que tuviesen criados «arios» y grandes apartamentos. Los judíos estaban minando la moral de la población a través de comentarios en las colas o en el transporte público. Consideraba necesario, por tanto, que llevasen una enseña para que se les pudiese identificar inmediatamente.[69]

Tres días después una reunión en el Ministerio de Propaganda precipitadamente convocada, llena de gacetilleros del partido, intentó convencer a representantes de otros ministerios de que era necesario introducir una identificación para los judíos. Eichmann, el representante de la RSHA, informó de que Heydrich había planteado ya una propuesta de ese tipo a Göring poco antes. Göring la había devuelto, diciendo que tenía que decidir el Führer. Heydrich había reformulado entonces su propuesta, que se enviaría a Bormann, para que él hablase del asunto con Hitler.[70] La idea del ministro de propaganda era una elaboración retórica de los comentarios que había confiado a su diario unos días antes. Los judíos de Berlín, se decía, eran un «centro de agitación», ocupaban apartamentos de los que había gran necesidad. Eran responsables, entre otras cosas, del acaparamiento de alimentos; hasta se les atribuía la escasez de fresas de la capital. Los soldados de permiso procedentes del este no podían comprender que aún se permitiese a los judíos hacer aquellas cosas. La mayoría de ellos no trabajaban. Había que «despacharlos» para Rusia (nach Russland abkarren). «Sería mejor matarlos a todos» (am besten wäre es, diese überhaupt totzuschlagen).[71] Sobre la cuestión de la «evacuación de los judíos del Viejo Reich», Eichmann comentó que Heydrich había hecho una propuesta al Führer, pero que había sido rechazada y que el jefe de la policía de seguridad estaba trabajando en una propuesta modificada para la «evacuación» parcial de los judíos de las ciudades grandes.[72] Dada la supuesta urgencia de medidas que evitasen la desmoralización entre los soldados del frente, se comunicó que Goebbels tenía previsto solicitar al Führer una audiencia lo antes posible.[73]

Esta fue la razón de la visita del ministro de propaganda al cuartel general del Führer el 18 de agosto. Se encontró con que Hitler estaba recuperándose de una enfermedad, en mitad de un conflicto en marcha con sus jefes militares, en un estado de tensión nerviosa y sumamente irritable.[74] En ese estado, Hitler se hallaba, claro, mucho más propicio a sugerencias radicales. Guando Goebbels planteó al fin el «problema judío», debió de repetir sin duda los argumentos sobre los daños que estaban causando los judíos, que desmoralizaban al pueblo, sobre todo a los soldados del frente. Esto era poner el dedo en la llaga. Hitler debió de

acordarse al oír todo aquello de la desmoralización general que tanto le había disgustado en Berlín y Munich hacia el final de la Primera Guerra Mundial, de la que él, y muchos otros, habían culpado a los judíos. Otorgó a Goebbels lo que este había ido a pedir: permiso para obligar a los judíos a llevar una señal identificatoria. Según Goebbels, Hitler expresó su convicción de que su «profecía» del Reichstag (que «si los judíos conseguían provocar de nuevo una guerra mundial, esa guerra acabaría con la destrucción de los judíos») estaba cumpliéndose con una «exactitud que puede considerarse casi misteriosa». Los judíos del este se estaban viendo obligados a pagar la factura, comentaba Goebbels. La judeidad era un cuerpo extraño en las naciones cultas. «Los judíos—había comentado el Führer según nos dice Goebbels—no van a tener en realidad muchos motivos para reírse en el futuro».[75]

Al día siguiente Goebbels escribía que se pondría a trabajar inmediatamente en la «cuestión judía», ya que el Führer le había dado permiso para ordenar que todos los judíos llevasen una gran estrella de David amarilla. Una vez que los judíos llevasen esa enseña, Goebbels estaba seguro de que desaparecerían rápidamente de los lugares públicos. «Si no es posible aún por el momento convertir Berlín en una ciudad libre de judíos, que no aparezcan al menos en público—comentaba—. Pero, además de eso, el Führer me ha concedido permiso para deportar a los judíos de Berlín hacia el este en cuanto termine la campaña oriental». Los judíos, añadía, estropeaban no sólo la apariencia sino la atmósfera de la ciudad. Obligarles a llevar el distintivo sería una mejora. Pero, escribía, «sólo puedes poner fin al asunto del todo librándote de ellos. Tenemos que abordar el problema sin ningún sentimentalismo».[76]

El 1 de septiembre, un decreto de la policía estipulaba que todos los judíos de más de seis años debían llevar la «estrella de David». Una semana después Goebbels, con el fin de preparar a la población para la introducción de la enseña, hizo que la oficina de propaganda del partido sacase un folleto especial de circulación masiva en su publicación Wochensprüche (Máximas semanales), con la «profecía» de Hitler a toda plana.[77]

Según los informes del SD (que debían hacerse eco principalmente de

sentimientos de la línea dura de los medios del partido) la introducción de la estrella amarilla contó con la aprobación general, pero no iba lo suficientemente lejos, en opinión de algunos, y hacía falta ampliarla a los Mischlinge en vez de limitarla sólo a los judíos puros. Algunos decían que la estrella amarilla deberían llevarla también en la espalda.[78] No todos los alemanes ordinarios reaccionaron del mismo modo que los radicales del partido. Hubo también numerosas muestras de disgusto y desaprobación por la introducción de la estrella amarilla y de simpatía hacia las víctimas. Según la entrada del diario de una mujer de Berlín, que profesaba una profunda antipatía al régimen, «la mayoría de la población no está contenta con este nuevo decreto. Casi todas las personas que nos encontramos se sienten tan avergonzadas como nosotros».[79] El intelectual de Dresden Viktor Klemperer, deprimido y con miedo a aventurarse a salir de casa señalado por la «estrella de David», se encontró con palabras indirectas de consuelo de un taxista. En otra ocasión un conductor, golpeando con el puño el panel de control, exclamó dirigiéndose a la esposa de Klemperer: «¡Qué jugarreta tan ruin!» (Solch eine Gemeinheit!).[80] Inge Deutschkron, entonces una joven que vivía en Berlín, destacaba como Klemperer el aislamiento discriminatorio devastador que provocaba la «estrella de David», pero recordaba algunos pequeños actos de bondad y una mezcla de actitudes: «Había gente que te miraba con odio; había otros cuya mirada revelaba simpatía; y otros más que apartaban la vista automáticamente».[81] No es posible saber con seguridad cuál era la reacción más característica.[82] Apoyar abiertamente a los judíos era en cierta medida peligroso. Goebbels castigaba a los que sentían alguna simpatía por su suerte, amenazándoles con encerrarles en un campo de concentración. Aumentó aún más el volumen de su invectiva antisemita.[83] Fuesen cuales fuesen los sentimientos de simpatía, no podían significar nada al lado del clamor estridente de los radicales, cuyas demandas (pregonadas sobre todo por el ministro de propaganda del Reich) iban orientadas cada vez más a la eliminación completa de los judíos. Como Goebbels había reconocido, la deportación tenía que esperar, pero la presión en favor de ella no cesaría.

El 22 de agosto, el SS-Sturmbannführer Carltheo Zeitschel, consejero

de legación de la embajada alemana en París, redactó un memorando para el embajador, Otto Abetz, indicando que las zonas recién ocupadas del este brindaban la posibilidad de «una solución satisfactoria definitiva» (endgültigen) para el «problema judío». Recomendaba deportar a los judíos de toda Europa a un «territorio especial» cerrado, solo para ellos. El transporte no plantearía problemas insuperables (los judíos del Gobierno General, llegaba a indicar, podían ir por carretera en sus propios vehículos) y se podía realizar incluso durante la guerra. Abogaba por que se presentase su propuesta a Ribbentrop, Rosenberg y Himmler, así como a Göring que, pensaba, era particularmente receptivo a las ideas sobre el «problema judío» y, después de su experiencia en la campaña del este, probablemente brindaría firme apoyo a su propuesta. Si se adoptaban las sugerencias expuestas, afirmaba Zeitschel, «podríamos tener Europa libre de judíos en el menor tiempo posible».[84]

La mayor parte de la presión en favor de la deportación procedía de la policía de seguridad. La policía de seguridad de la Warthegau, donde las autoridades nazis llevaban desde el otoño de 1939 intentando en vano expulsar a los judíos, figuraba en primera fila. Debió de ser hacia finales de agosto cuando Eichmann pidió al jefe del SD de Posen, SS-Sturmbannführer Rolf Heinz Höppner (el mismo Höppner que le había escrito en junio sugiriendo la posibilidad de liquidar durante el invierno a los judíos de su zona que no eran aptos para el trabajo mediante un «preparado de acción rápida») que le expusiese sus opiniones sobre la política de reasentamiento y su aplicación.

El memorando de quince páginas de Höppner, enviado a Eichmann el 3 de septiembre, no estaba dedicado sólo, ni siquiera principalmente, a la deportación de judíos, pero el «problema judío» formaba parte de su visión general de las posibilidades de un reasentamiento extensivo regido por criterios raciales. Sus ideas se correspondían estrechamente con las desarrolladas en el Plan General para el Este (Generalplan Ost). Preveía deportaciones una vez terminada la guerra «fuera del espacio de asentamiento alemán» de los «sectores indeseables de la población» del Gran Reich alemán y de pueblos de la Europa del este y del sureste considerados racialmente impropios para la germanización. Incluía específicamente en sus propuestas «la solución definitiva (endgültige) de

la cuestión judía», no sólo en Alemania sino también en todos los estados bajo influencia alemana. Las zonas a las que proponía que se enviara al enorme número de deportados eran los «grandes espacios de la actual Unión Soviética». Añadía que sería pura especulación (Phantasterei) considerar la organización de esos territorios, «ya que han de tomarse antes las decisiones básicas». Sin embargo, era esencial, decía, que hubiese una claridad absoluta desde el principio sobre el destino de los «indeseables», «si el objetivo es establecer para ellos permanentemente una forma concreta de existencia, o si deberían ser completamente eliminados (ausgemertz)».[85]

Estaba claro que Höppner, que sabía muy bien lo que se pensaba en los altos niveles del SD, aceptaba la idea de matar a los judíos. En realidad, él mismo la había expuesto unas semanas antes. Pero es evidente que a principios de septiembre no tenía noticia de que se hubiese tomado la decisión de exterminar a los judíos de Europa. Por lo que a él se refería, el objetivo seguía siendo su expulsión a los «espacios» disponibles de la desmantelada Unión Soviética una vez terminada la guerra.

Capítulo IV

Sin embargo, a pesar de la presión creciente en favor de la deportación, el traslado de los judíos al este seguía aún bloqueado en aquel momento. Cuando las autoridades alemanas de Serbia intentaron deportar a Rusia a 8. 000 judíos a mediados de septiembre, recibieron una respuesta perentoria de Eichmann. Ni siquiera se podía enviar allí a los judíos de Alemania. Propuso fusilarlos.[86]

El único que podía tomar la decisión de autorizar la deportación de los judíos de Europa hacia el este era Hitler. Y sólo unas semanas atrás

había rechazado la propuesta de Heydrich de deportarlos. Sin la aprobación de Hitler, Heydrich no podía actuar. El Führer se mostraba reacio, incluso entonces, en septiembre, a dar ese paso, pese a que la presión iba en aumento. Sólo se pueden hacer conjeturas sobre la razón de que Hitler se resistiese a la presión hasta ese punto. Había dado por supuesto, claro, que las deportaciones y una solución definitiva de la «cuestión judía» seguirían al final victorioso de una guerra que esperaba que durase cuatro o cinco meses. Pero Hitler veía ya por entonces, con toda claridad, que esa expectativa había sido una ilusión. Es posible que desempeñase aún un papel la vieja idea del «rehén». En su tortuosa interpretación, conservar a los judíos en su poder constituía una buena baza en la mesa de negociaciones con las «plutocracias» occidentales «bajo control judío», especialmente con los Estados Unidos, pero había consideraciones más prácticas. ¿A dónde se iba a enviar a los judíos? En las zonas que estaban por entonces bajo ocupación alemana había que efectuar una «limpieza étnica», no podían convertirse en una reserva judía. En aquel momento se estaba matando a miles de judíos soviéticos allí, pero ¿qué hacer si afluían a la zona millones de judíos más de toda Europa, que planteaban problemas de un género completamente distinto? La muerte masiva por hambre (el destino al que Hitler estaba dispuesto a condenar a los ciudadanos de Leningrado y Moscú) exigía que se habilitase una zona para asentar en ella a los judíos hasta que se muriesen. Esto tenía que ser en un territorio destinado a la «exportación» y no a la «importación» de «indeseables». La otra posibilidad sólo podía ser la propia zona de combate, o al menos su retaguardia, pero esto era sencillamente imposible; además, se había desplegado a los Einsatzgruppen para eliminar a decenas de miles de judíos precisamente en esas zonas; y, desde el punto de vista de Hitler, habría significado trasladar al enemigo racial más potente al lugar donde más peligroso podía ser.

Así que, mientras siguiese la guerra en el este, debía de pensar Hitler, la expulsión de los judíos para que perecieran en los páramos desolados de la Unión Soviética que se adquirirían tenía sencillamente que esperar. Y si se consideraba la posibilidad de deportar judíos a Rusia para fusilarlos como a los judíos soviéticos, los problemas prácticos (a pesar

del gran aumento de mano de obra disponible) de implementar un programa de exterminio global con fusilamientos en masa descartaba en la práctica esa opción, al menos como solución a corto plazo. Luego estaba la cuestión del transporte. No había trenes suficientes disponibles para llevar suministros a la línea del frente. Eso era más urgente que facturar judíos hacia el este. Cuando acabase la guerra, los trenes asignados para llevar de regreso a casa desde el este a las tropas, junto con millones de toneladas de grano y cajones llenos de botín, podían usarse sin problema en el viaje de ida para transportar a los judíos hacia su destino.[87]

De pronto, a mediados de septiembre, Hitler cambió de idea. No hubo ninguna indicación clara del posible motivo, pero en agosto, Stalin había ordenado la deportación de los alemanes del Volga, ciudadanos soviéticos de ascendencia alemana que se habían establecido en el siglo XVIII a lo largo de la cuenca de ese río. A finales de mes todos los habitantes de esa región (más de 600.000 personas) fueron desarraigados a la fuerza y deportados en trenes de ganado, en condiciones espantosas, supuestamente por considerarles «saboteadores y espías», a la Siberia occidental y al norte del Kazajstán. fueron víctimas de las deportaciones casi un millón de alemanes del Volga en total.[88] Fue la primera de las terribles medidas que tomó Stalin para destruir las nacionalidades en el sur de la Unión Soviética. La noticia de aquella deportación feroz había llegado a Alemania a principios de septiembre.[89] Goebbels había insinuado a principios de septiembre que esa deportación podría provocar una reacción radical.[90] No tardó mucho en llegar. Alfred Rosenberg, recién nombrado ministro del Reich para los territorios ocupados del este, se apresuró a abogar por «la deportación (Verschickung) de todos los judíos de la Europa central» al este como represalia. Su enlace en el cuartel general del ejército, Otto Braütigam, recibió instrucciones suyas el 14 de septiembre para que obtuviese de Hitler la aprobación de esa propuesta. Braütigam acabó consiguiendo despertar el interés del ayudante jefe de la Wehrmacht de Hitler, Rudolf Schmundt, que lo creyó «un asunto muy importante y urgente» que Hitler consideraría de gran interés.[91]

La venganza y la represalia eran siempre estímulos importantes en el

caso de Hitler, pero al principio vaciló. Su reacción inmediata fue remitir el asunto al Ministerio de Asuntos Exteriores. Ribbentrop se mostro inicialmente evasivo. Quería discutirlo personalmente con Hitler.[92] Werner Koeppen, el oficial de enlace de Rosenberg en el cuartel general del Führer, escribía: «El Führer no ha tomado hasta ahora ninguna decisión sobre el asunto de las represalias contra los judíos alemanes por el tratamiento de que se ha hecho objeto a los alemanes del Volga». Se decía que estaba considerando tomar esa decisión en el caso de que entrasen en la guerra los Estados Unidos.[93]

El comentario aporta una clave del pensamiento de Hitler. Había seguido ateniéndose a la noción de «rehén»… encarnada en su «profecía» de 1939 y dirigida a disuadir a los Estados Unidos de entrar en la guerra mediante la amenaza de lo que les sucedería en ese caso a los judíos de Europa. En agosto, Roosevelt y Churchill se habían reunido para celebrar conversaciones en barcos de guerra en la costa de Terranova y proclamaron allí, en la «Carta del Atlántico», sus principios comunes de coexistencia libre y pacífica de las naciones en un mundo postnazi.[94] Roosevelt había declarado también el 11 de septiembre que la marina de los Estados Unidos abriría fuego cuando avistase barcos de guerra alemanes en aguas esenciales para la defensa del país. Parecía cada vez más una cuestión de tiempo el que los Estados Unidos pasasen a estar plenamente involucrados en las hostilidades como aliados de Inglaterra. La deportación de los judíos en esa coyuntura, impulsada por las deportaciones soviéticas de los alemanes del Volga, fue el duro recordatorio de Hitler a los estadounidenses de su profecía: que si los Estados Unidos entraban en la guerra los judíos europeos pagarían el precio.[95]

Con estas ideas en la cabeza, Hitler estaba ya dispuesto a aceptar la propuesta de Heydrich y Himmler, que se hacía eco de peticiones y sugerencias que llegaban a ellos de sus propios subordinados y de los Gauleiter de las grandes ciudades, en el sentido de que era necesario y urgente poner en práctica los viejos planes para una «solución de la cuestión judía» de caracter global y de que la deportación al este era en realidad factible aunque aún no se hubiese acabado la guerra allí. El que estuviese dispuesto ahora a ceder a esos argumentos también se debía en

parte, sin duda, a que había aceptado que no había posibilidad de un desenlace rápido de la campaña rusa. Fue entonces, precisamente, cuando admitió que la guerra en el este se prolongaría a 1942.[96] El que abordase la «solución final de la cuestión judía» era posiblemente un indicio de que se daba cuenta de no podía esperar tanto. La conclusión a la que llegó debió de ser que, si tenía que aplazarse la victoria sobre el bolchevismo, no debía posponerse más el momento de ajustar cuentas con su adversario más poderoso, los judíos. Habían sido ellos quienes habían provocado la guerra; ahora verían cumplida la «profecía» que él había hecho.

Cuando Himmler almorzó con Hitler en la «Guarida del Lobo» el 16 de septiembre, tuvo que surgir sin duda el tema de la deportación.[97] Es casi seguro que el Reichsführer-SS presionó para que se deportase a los judíos del Reich. Al día siguiente, Ribbentrop se reunió con Hitler para discutir la propuesta de Rosenberg. Ese mismo día 17 de septiembre, a última hora, Himmler hizo una visita al ministro de asuntos exteriores.[98] Hitler debía de haber accedido por entonces a las propuestas de empezar a deportar a judíos alemanes, austriacos y checos al este. Es evidente que Himmler se fue con la autorización. Notificó la decisión al día siguiente.

La Warthegau desempeñó de nuevo un papel directo en los acontecimientos. El 18 de septiembre, Arthur Greiser, gobernador del Reich y Gauleiter de la Warthegau, recibió una carta de Himmler. «El Führer quiere—decía la misiva—que el Viejo Reich y el Protectorado [Bohemia y Moravia] se vacíen y liberen de judíos del oeste, que deben ser trasladados al este lo antes posible». Himmler le decía a Greiser que tenía intención de deportar a los judíos primero a los territorios polacos que habían pasado al Reich dos años antes y luego, «en la próxima primavera, expulsarlos aún más lejos, hacia el este». Con esta idea en la cabeza, enviaba 60.000 judíos al gueto de Lodz, en la provincia de Greiser, para que pasaran allí el invierno.[99]

Hacia mediados de septiembre, pues, Hitler había cedido a la presión y había autorizado la deportación de los judíos alemanes y checos al este, algunos de ellos después de una estancia temporal en Lodz (donde ya se sabía que el gueto tenía un grave problema de hacinamiento y

superpoblación). Fue el disparador para una nueva fase crucial en el surgimiento paulatino de un programa global de genocidio. Durante los meses siguientes irían planteándose, una tras otra, iniciativas para ampliar el ámbito de la matanza.

La decisión de empezar a deportar a los judíos alemanes, austriacos y checos al este, cuando aún seguía la guerra c0n toda intensidad, fue una decisión fatídica. Llevó «la solución final de la cuestión judía» en el conjunto de Europa un enorme paso más allá. Sólo podemos hacer conjeturas sobre cómo se llegó a ello, sobre cuál pudo ser el curso de la conversación que sostuvieron el 16 de septiembre Hitler v Himmler, durante al almuerzo o después de él

Debió de mantenerse, casi seguro, en un ámbito de generalidades terribles. Es posible que Himmler argumentase que transportar a los judíos del Reich y del Protectorado hacia el este podía ser el inicio del programa de reasentamiento a gran escala y de la aplicación práctica del plan de Heydrich para una «solución total de la cuestión judía». Sería una represalia merecida por la deportación soviética de los alemanes del Volga. Satisfaría los deseos del partido. Respondería a las quejas de los Gauleiter y aliviaría el problema de la vivienda en las grandes ciudades. E impediría (un argumento que es seguro que tenía que influir en Hitler) el minado sedicioso de la moral por el descontento que propagaban los judíos en el frente interno. Puede que continuase argumentando Himmler que, de momento, podía encontrarse espacio para los judíos deportados en los campos de trabajo soviéticos abandonados. Podría ponérseles a trabajar allí hasta que pereciesen. A los «elementos peligrosos» se les podía eliminar inmediatamente, junto con los no fuesen aptos para el trabajo. Himmler, admitiendo tal vez que había problemas de transporte, habría aceptado que muchos judíos podrían ser enviados en una primera fase hasta Polonia y que se les podría trasladar luego a Rusia en la primavera siguiente o en el verano, en que se suponía que habría acabado ya por fin la guerra. No es probable que se discutiesen los detalles.

Sin embargo, aunque se acordase que los judíos del Reich debían ser deportados por etapas, quedaba en pie la cuestión de qué hacer con los millones de judíos de la Europa oriental, sobre todo de Polonia. A Hans

Frank se le había prometido la rápida evacuación de los judíos del Gobierno General. Arthur Greiser estaba deseando deportar a los judíos de la Warthegau. Si Himmler planteó esos temas probablemente se le diese luz verde para «resolver el problema» como mejor pudiese, dentro de la propia Polonia, empezando por los judíos que no eran aptos para el trabajo.

La cuestión del consumo de los escasos recursos alimentarios era una consideración crucial, un elemento vital en la creciente vorágine de exterminio.[100] Alimentar «existencias gravosas» (Ballastexistenzen) había sido una parte decisiva del fundamento ideológico de la «acción de eutanasia» en el propio Reich. En el este, la crueldad hacia los «pueblos inferiores» subyugados y despreciados hizo que se adoptase en este asunto la actitud más brutal imaginable. Al ampliarse la guerra, y aumentar los problemas que planteaba el suministro de víveres, las autoridades civiles y militares empezaron a presionar con mucha más fuerza para que se hiciesen ahorros a costa de los enemigos políticos, ideológicos y raciales… sobre todo de los judíos. Las ideas del propio Hitler tenían que hacerle bastante proclive a cualquier sugerencia de Himmler de que los judíos que no pudiesen trabajar (los ancianos, los enfermos y los niños, por ejemplo) fuesen liquidados.[101] En esos mismos días, Hitler le estaba diciendo a Goebbels que era necesario que Leningrado «desaparezca completamente». Sería imposible, aunque se tomase la ciudad, alimentar a sus cinco millones de habitantes. ¿De dónde saldrían los suministros de víveres y los medios de transporte para llevarlos hasta allí?, preguntaba. La ciudad donde se había iniciado el bolchevismo sería arrasada hasta los cimientos… un «castigo de la historial duro pero justificable», en palabras de Goebbels.[102] La conclusión de Hitler sobre el destino necesario de los judíos no era por entonces más suave.

El que Hitler accediese a la deportación de los judíos alemanes no equivalía a una decisión para la «solución final».[103] Es dudoso que se tomase alguna vez una decisión global y única de ese tipo, pero el que Hitler autorizase las deportaciones abrió de par en par la puerta a toda una gama de nuevas iniciativas de numerosos dirigentes nazis locales y regionales que aprovecharon la oportunidad para librarse de su propio

«problema judío», para empezar a matar judíos en sus propias zonas. En las semanas siguientes se produjo una aceleración apreciable en el ritmo de la actividad genocida. La rapidez y la amplitud de la escalada de matanzas indica una autorización de Hitler para liquidar a los cientos de miles de judíos de varias zonas del este que no podían trabajar.[104] Pero aún no había ningún programa coordinado y global de genocidio generalizado. Esto tardaría aún meses en surgir.

Capítulo V

Pocos días después de que se tomase la decisión de deportar a los judíos del Reich, Goebbels estaba otra vez en el cuartel general del Führer, y aprovechaba la ocasión para volver a presionar en favor de la expulsión de los judíos de Berlín. Antes de su audiencia con Hitler, tuvo la oportunidad de hablar con Reinhard Heydrich. Estaban también en la «Guarida del Lobo» Himmler, Neurath y una serie de personalidades destacadas más. El motivo de esa reunión de notables era la decisión de Hitler de «retirar» a Neurath de su puesto de protector del Reich en Praga, a raíz de las intrigas contra él de radicales de dentro de la administración nazi en la antigua capital checa, que podían explotar en su contra informes de una incidencia creciente de huelgas y sabotajes. Los niveles de represión habían sido relativamente moderados con Neurath,[105] pero el aumento de los disturbios impulsó a Hitler a sustituirle por un hombre duro, Heydrich, el jefe de la policía de seguridad (nominalmente como protector delegado del Reich) con el encargo de aplastar con puño de hierro todas las formas de resistencia.

Goebbels se apresuró a recordar a Heydrich su deseo de «evacuar» a los judíos de Berlín lo antes posible. Heydrich, evidentemente, le dijo al ministro de propaganda que así se haría «en cuanto hayamos llegado a

una clarificación de la cuestión militar en el este. Ellos [los judíos] deberían ser transportados todos al final a los campos construidos por los bolcheviques. Estos campos los habían erigido los judíos. Así que resultaba muy adecuado que estuviesen también poblados por judíos».[106]

Durante su reunión a solas con Hitler de dos horas, Goebbels no tuvo ningún problema para obtener las seguridades que buscaba de que Berlín se libraría pronto de sus judíos. «El Führer es de la opinión—escribía en su diario al día siguiente—de que los judíos tienen que desaparecer definitivamente de toda Alemania. Las primeras ciudades que estarán libres de judíos serán Berlín, Viena y Praga. Berlín es la primera de la cola y tengo la esperanza de que conseguiremos en el transcurso de este año transportar una porción sustancial de los judíos de allí hacia el este».[107]

En realidad, no llegaría a quedar del todo satisfecho. Hacia finales de octubre escribía en su diario que se había empezado a deportar a los judíos de Berlín. Varios miles de ellos habían sido enriados en una primera etapa a Litzmannstadt (que era como había pasado a llamarse oficialmente Lodz),[108] pero no tardaría en quejarse de obstáculos que impedían su rápida «evacuación».[109] Y en noviembre se enteró por Heydrich de que las deportaciones habían planteado más problemas de los previstos.[110]

Goebbels aumentó la presión el 16 de noviembre con una filípica llena de odio que publicó en Das Reich (un periódico de «calidad» que llegaba a un millón y medio de hogares), titulada «Los judíos son culpables». Citaba explícitamente la «profecía» de Hitler de la «aniquilación de la raza judía en Europa», diciendo: «Estamos presenciando precisamente ahora el cumplimiento de esa profecía». El destino de los judíos, proclamaba, era un destino «duro, pero sobradamente justificado», y no tenía ningún sentido ni compadecerles ni lamentarlo.[111] Goebbels dio orden de que ese artículo tuviese la máxima difusión entre las tropas del frente oriental.[112] En Alemania, según el SD, «halló fuerte eco» entre la población, aunque los feligreses cristianos lo habían criticado.[113] A Goebbels le complació la reacción positiva que se produjo en los círculos del partido. El artículo aportaba,

según él, «argumentos convincentes» de los que el «pequeño miembro del partido» podía servirse «en su lucha diaria».[114]

El ministro de propaganda volvió a plantearle a Hitler la deportación de los judíos de Berlín durante la conversación de tres horas que sostuvieron unos días después, el 21 de noviembre. Hitler supo, como siempre, aplacar fácilmente a Goebbels. Le explicó que estaba de acuerdo con sus puntos de vista sobre la «cuestión judía». Quería una «política enérgica» contra los judíos… pero una política que no «cause problemas innecesarios». La «evacuación de los judíos» tenía que hacerse ciudad por ciudad y aún no estaba claro cuándo le tocaría el turno a Berlín, Cuando llegase el momento, la «evacuación» debía efectuarse lo más deprisa posible.[115]

Una vez más, como había sucedido repetidamente en el caso de Frank en Cracovia y de Schirach en Viena, Hitler había despertado esperanzas que habían impulsado a sus subordinados a presionar en favor de la acción radical. El que fuese menos fácil de lo previsto satisfacer luego las esperanzas no hacía más que avivar las llamas, impulsando a la búsqueda frenética de una solución definitiva al problema que había sido creado en principio sólo por el propio fanatismo ideológico de los nazis.[116]

Tanto Himmler como Heydrich seguían hablando aún en octubre de deportar a los judíos hacia el este; se mencionaban Riga, Reval y Minsk. Se pusieron en marcha planes para construir campos de exterminio en Riga y, al parecer, en Mogilew, a más de doscientos kilómetros al este de Minsk. Tuvieron que abandonarse finalmente debido a problemas de transporte y a la actividad constante de las guerrillas.[117] Pero Ja atención de los dirigentes de las SS, presionados por las iniciativas que estaban tomando sus subalternos, que se habían dado cuenta en seguida de que les estaban dando luz verde y que se apresuraron a poner en marcha genocidios localizados, empezó a desviarse hacia Polonia, que planteaba menos problemas logísticos, como una zona en la que se podía dar «una solución final a la cuestión judía».[118]

La utilización de gas venenoso ya se había considerado antes de que se diese la orden de deportación. Hacían falta formas de matar más eficaces, menos públicas y (con el cinismo nazi característico) menos

estresantes (para los asesinos, claro) que los fusilamientos masivos. El uso de furgones provistos de cámara de gas, que se habían utilizado ya en Prusia oriental en 1940 para matar a las víctimas de la «acción de eutanasia», brindaba una alternativa, aunque tenía sus inconvenientes, como no tardó en demostrarse.[119] Se consideraron otros métodos, con instalaciones estacionarias. Durante el otoño, probablemente en diciembre, fueron gaseados varios centenares de prisioneros de guerra rusos en Auschwitz, convertido luego en campo de concentración principalmente para polacos, como un experimento, relacionado con un gran crematorio que había sido encargado a una empresa de Erfurt, J. A. Topf e Hijos. El gas venenoso Zyklon-B se usó por primera vez con los prisioneros soviéticos; en el verano de 1942 sería ya de uso habitual para el exterminio de los judíos de Europa, transportado en tren hasta la inmensa fábrica de matar de Auschwitz-Birkenau.[120]

Una vez tomada la decisión de deportar al este a los judíos del Reich, empezaron a ponerse en marcha las cosas muy deprisa. El 4 de octubre Heydrich le dijo al Gauleiter Alfred Meyer, Secretario de Estado del Ministerio para los territorios ocupados del este de Rosenberg, que las tentativas de la industria de conseguir judíos como parte de su mano de obra «viciarían el plan de evacuación total (Aussiedlung) de los judíos de los territorios ocupados por nosotros».[121] Luego, ese mismo mes, después de la visita a Berlín del jefe de policía de Lublin, SS-Brigadeführer Odilo Globocnik, cuyo propósito era, evidentemente, instigar el exterminio de los judíos de su zona, las SS reclutaron a trabajadores polacos para construir un campo en Belzec, en Polonia oriental. Unas semanas después acudieron allí especialistas en las técnicas de gaseado utilizadas con pacientes en la «acción de eutanasia», desplazados a Polonia para asesorar sobre las cámaras de gas que se estaban construyendo en Belzec.[122] Inicialmente, el objetivo era utilizar Belzec, cuya capacidad asesina era relativamente pequeña en los primeros meses, para gasear a judíos de la zona de Lublin que no eran aptos para el trabajo.[123] Sólo gradualmente fue aclarándose como objetivo la liquidación de todos los judíos polacos… un objetivo encamado en lo que, con el añadido de otros dos campos más, Sobibor y Treblinka, en la primavera de 1942, acabaría llamándose «Aktion

Reinhardt».[124]

Eichmann fue enviado a Auschwitz también en el otoño, para discutir sobre las instalaciones de gaseado con Rudolf Höss, que era el comandante allí.[125] Las operaciones de matanza en masa empezaron en Belzec en la primavera de 1942 y en Auschwitz en el verano. Habían estado precedidas por acontecimientos en la Warthegau. La primera de las veinte remesas del otoño de 1941, con judíos alemanes de Lodz, había llegado allí el 16 de octubre. Las autoridades de Lodz había puesto al principio vehementes objeciones a la orden de septiembre de aceptar más judíos. Himmler fue implacable. Reprendió con aspereza al presidente del gobierno de Lodz, Friedrich Uebelhoer, que poseía un grado honorífico de las SS. Sin embargo, junto a la reprimenda, se había dicho también a las autoridades de Lodz que los judíos que no fuesen aptos para el trabajo no tardarían en ser liquidados, lo que había sido un evidente alivio para ellas. En las semanas del otoño se estaban efectuando ya matanzas masivas a tiros y con gas (en furgones con cámara). Al mismo tiempo, Herbert Lange, jefe de un comando especial que ya había actuado antes en Soldau, en Prusia oriental, gaseando a los pacientes de los manicomios, empezó a buscar un emplazamiento adecuado para poner en marcha el exterminio sistemático de los judíos de la Warthegau.[126]

En determinado momento, el Gauleiter Greiser pidió permiso a Himmler (que se lo concedió) para liquidar a 100.000 judíos en su zona.[127] No hay ninguna indicación directa de que la petición de Greiser sobrepasase el nivel de Himmler. No habría sido necesario, claro, llevar la petición más allá, si se supiese que Hitler había otorgado ya una autorización general para la matanza en masa de judíos en Polonia. El que esa aprobación de Hitler, aunque fuese general, era imprescindible se puede deducir de una iniciativa posterior procedente del jefe del gobierno de la Warthegau. Guando Wilhelm Koppe, jefe superior de la policía y de las SS en la Warthegau, escribió unos meses después a Himmler en apoyo de la petición de Greiser de ampliar la matanza a 30. 000 polacos que padecían tuberculosis incurable, la respuesta que dio el ayudante personal del Reichsführer, SS-Sturmbannführer Rudolf Brandt, fue que «la decisión final en este asunto debe tomarla el Führer».[128] El

comentario revelador del propio Greiser sobre si era necesario consultar a Hitler o no fue: «Yo no creo que, haga falta preguntar al Führer de nuevo sobre este asunto, especialmente porque en nuestra última conversación sobre los judíos me dijo que podía actuar con ellos de acuerdo con mi propio criterio».[129] Semejante respuesta habría sido ciertamente característica del enfoque de Hitler, pero el episodio indica que, si era necesario contar con la aprobación de Hitler para el exterminio de 30. 000 polacos con tuberculosis incurable, tenía que ser indispensable contar como mínimo con carta blanca suya para matar a 100.000 judíos. No podemos saber con exactitud cuándo hablo Greiser directamente con Hitler sobre los judíos de su zona. La fecha más probable es antes de que se tomase la decisión de exterminar a los 100.000 judíos a los que se aludía en la correspondencia inicial con Himmler. Se consultase o no a Hitler sobre los hechos concretos, resulta evidente que era necesaria una aprobación general suya. En la primera semana de diciembre de 1941, Chelmo, una estación de furgones con cámara de gas del sur de la Warthegau, se había convertido en la primera unidad de exterminio que iniciaba sus actividades.[130]

La Warthegau no era la única zona programada para la recepción de deportados. Poco antes de que comenzase la matanza en Chelmo, habían llegado al Báltico las primeras remesas de judíos alemanes. La intención inicial era enviarlos a Riga, para instalarlos en un campo de concentración de las afueras de la ciudad antes de su posterior deportación al este. Hitler había aprobado las propuestas del comandante local de la policía de seguridad, SS-Sturmbannführer doctor Otto Lange, para construir un campo de concentración. Lange había propuesto, sin embargo, erigir un campo para judíos letones. Esto se convirtió, de acuerdo con un «deseo» del Führer, en la construcción de un «gran campo de concentración» para judíos de Alemania y del Protectorado. Estaba previsto internar allí a unos 25. 000, de camino, se decía, hacia un destino final «más al este».[131] Algunos diligentes nazis, al menos, sabían perfectamente por entonces lo que significaba la deportación al este. Cuando Goebbels, que aún seguía presionando para que se deportase a los judíos de Berlín lo más deprisa posible, aludía a mediados de diciembre a la deportación al este de los judíos de la parte

ocupada de Francia, decía que era «en muchos casos sinónimo de la pena de muerte».[132]

Cuando tenían que llegar ya a Riga los primeros judíos de Berlín, apenas se había iniciado la construcción del campo. Hubo que recurrir a una solución improvisada. Los trenes se desviaron a Kowno, Lituania, en vez de dirigirse a Riga. Entre el 25 y el 29 de noviembre, los exhaustos y aterrados judíos fueron sacados de cinco trenes que llegaban a Kowno desde Berlin, Frankfurt, Munich, Viena y Breslau y, sin ninguna selección basada en la aptitud para el trabajo, fusilados por miembros del Einsatzkommando de la población. El mismo destino aguardaba a un millar de judíos alemanes que llegaron a Riga más tarde, el 30 de noviembre. Se limitaron a llevarlos al bosque y a fusilarlos allí, junto con unos 14.000 judíos letones del gueto de Riga. Himmler había dicho antes, ese mismo mes, al jefe de policía de la zona, Friedrich Jeckeln, «que todos los judíos de la Ostland, del primero al último, debían ser exterminados (vernichtet)».[133]

Pese a lo seguro que pudiese estar Jeckeln de su mandato criminal, otros dirigentes nazis del este aún tenían sus dudas. Hinrich Lohse, comisario del Reich para la región este (Ostland) y Wilhelm Kube, general comisario para Bielorrusia (Weeissruthenien), figuraban entre los que estaban menos seguros de que tuviera que incluirse a los judíos del Reich en fusilamientos en masa y matanzas indiscriminadas junto con los judíos del este. Y solicitaron una aclaración urgente del ministro del Reich para los territorios ocupados del este y de la oficina central de seguridad del Reich. Lohse, presionado por la Wehrmacht para que conservase trabajadores especializados judíos, quería directrices sobre si eran o no relevantes los criterios económicos para determinar si los judíos debían de ser liquidados. En Minsk, donde la policía de seguridad había fusilado a 12.000 judíos del gueto local para hacer sitio a un aflujo de judíos alemanes, Kube protestó alegando que «gente que procede de nuestra propia esfera cultural» debería ser tratada de una forma distinta que las «brutales hordas nativas» (bodenständigen vertierten Horden).[134] Quería saber si debían hacerse excepciones con los mestizos (Mischlinge), los judíos con condecoraciones de guerra o los que tuviesen conyuges «arios». Al Ostministerium y a la RSHA llegaron otras

protestas y preguntas, que indicaban al mismo tiempo desazón y falta de claridad sobre el destino previsto para los judíos del Reich. Esto impulsó a Himmler a intervenir el 30 de noviembre para intentar prohibir la liquidación de una partida de un millar de judíos alemanes (muchos de ellos ancianos, algunos condecorados con la Cruz de Hierro de primera clase) enviados a Riga. Su llamada telefónica llegó demasiado tarde. Por entonces los judíos habían sido asesinados ya por los pelotones asesinos de Jeckeln.[135]

El día anterior, 29 de noviembre, Heydrich había enviado invitaciones a varios secretarios de estado y representantes elegidos de las SS para una conferencia que debía celebrarse el 9 de diciembre cerca del Wannsee, un bello lago del extremo occidental de Berlín. Heydrich quería informar a los ministros del gobierno relacionados con el asunto de los planes de la RSHA para deportar al este a todos los judíos de Europa que estuviesen al alcance de Alemania.[136] Además, estaba deseoso de garantizar, en consonancia con la tarea que había solicitado realizar y se le había concedido a finales de julio, que todas las partes implicadas reconociesen su primacía en la organización de las deportaciones.[137] El 8 de diciembre, un día antes del previsto para la conferencia, Heydrich la pospuso para el 20 de enero de 1942.

El aplazamiento se debió a los dramáticos acontecimientos que estaban produciéndose en el Pacífico y en Europa oriental. El ataque japonés a Pearl Harbor del 7 de diciembre traería consigo en cuestión de días, como Heydrich sabía muy bien, una declaración alemana de guerra a los Estados Unidos. Con eso, la guerra europea se convertiría en una guerra mundial. Por otra parte, el inicio de la primera contraofensiva importante del Ejército Rojo el 5 de diciembre había bloqueado en un futuro previsible cualquier posibilidad de deportaciones en masa a territorio soviético.[138] Ambos acontecimientos tendrían consecuencias importantes para los programas de deportación. Pronto se harían evidentes sus repercusiones.

Los planes para articular una «solución final» a la «cuestión judía» estaban a punto de entrar en una nueva fase… una nueva fase mucho más infernal que todas las anteriores.

Capítulo VI

La responsabilidad de Hitler por el genocidio contra los judíos no puede ponerse en duda. Sin embargo, pese a todas sus diatribas públicas antijudías, que constituían la incitación más fuerte a ataques de violencia extrema cada vez más radicales y pese a todas sus sombrías insinuaciones de que se estaba cumpliendo su «profecía», siempre procuraba ocultar las huellas de su participación en el asesinato. Es posible que, incluso en el apogeo de su propio poder, temiese el de ellos, y la posibilidad de que se vengasen algún día. Es posible también que, dándose cuenta de que el pueblo alemán no estaba preparado para conocer el terrible secreto, hubiese decidido (su propia tendencia general al secreto era, como siempre, una tendencia muy marcada) a no hablar de ello más que en términos terribles pero imprecisos. Fuesen cuales fuesen las razones, él no podría haber pronunciado nunca el tipo de discurso que pronunciaría Himmler dos años después en Posen, un discurso tristemente célebre en el que describió lo que era ver un millar de cadáveres tendidos uno al lado del otro y habló abiertamente de «el exterminio (Ausrottung) del pueblo judío» Como una «página gloriosa de nuestra historia que nunca se ha escrito y que nunca se escribirá».[139] Hitler nunca era capaz de hablar de una forma franca y directa, ni siquiera en su círculo íntimo, sobre la matanza de los judíos. El conocimiento pleno de su asesinato no debía mencionarse de forma directa en presencia suya, evidentemente, ni siquiera en el grupo cerrado de conspiradores criminales.

Aun así, a diferencia de los primeros años de la guerra, en que ni en público ni (a juzgar por las notas del diario de Goebbels) en privado mencionaba apenas a los judíos, Hitler pasó a referirse a ellos en numerosas ocasiones ahora, en los meses en los que se estaba decidiendo su destino. Los comentarios se limitaban invariablemente a generalidades, tanto si los hacía en discursos públicos como si se trataba de consideraciones hechas en los monólogos nocturnos del cuartel general de campaña de Prusia oriental… pero siempre con la esporádica alusión amenazadora a lo que estaba pasando.

Durante la comida del 6 de octubre, la conversación se centró

principalmente en la eliminación de la resistencia checa tras el nombramiento de Heydrich como protector delegado del Reich el 27 de septiembre. Hitler habló de formas «de hacer pequeños a los checos». Un método era fusilar a diez rehenes por cada acto de sabotaje en que no se pudiese encontrar al autor. Otro era (la zanahoria además del palo, como siempre) mejorar las raciones de víveres en las fábricas donde no hubiese ningún caso de sabotaje. Su tercera propuesta fue la deportación de los judíos. Esto lo decía unas tres semanas después de que accediese a su deportación del Reich y del Protectorado. Sus comentarios revelan al menos una de las razones por las que accedió a deportarlos: seguía creyendo en los judíos como «quintacolumnistas» peligrosos, que propagaban la sedición entre la población. Era exactamente lo que siempre había pensado él del papel de los judíos en Alemania durante la Primera Guerra Mundial. «Deben ser expulsados del Protectorado todos los judíos—dijo a los comensales—y no sólo al Gobierno General sino directamente más al este. No es posible hacerlo en este momento debido a la gran demanda de medios de transporte por parte de los militares. Al mismo tiempo que los judíos del Protectorado, deberían desaparecer todos los de Berlín y de Viena. Los judíos son en todas partes el conducto a través del cual circulan las noticias del enemigo con la rapidez del viento por todos los sectores de la población».[140]

El 21 de octubre, un mes después de la orden de deportación, y como parte de una diatriba que comparaba el «cristianismo judío» con el «bolchevismo judío», Hitler comparó la caída de Roma con la bolchevización contemporánea a través de los judíos. «Si erradicamos (ausrotten) esta plaga—era su conclusión—haremos una buena obra en favor de la humanidad, de cuya trascendencia no pueden hacerse cargo nuestros hombres de ahí fuera».[141] Cuatro días después sus invitados fueron Himmler (un visitante frecuente en la «Guarida del Lobo» durante esas semanas) y Heydrich.[142] La conversación volvió a girar principalmente en torno a las vinculaciones del judaismo y el cristianismo.[143] Hitler recordó a sus invitados y a su séquito habitual su «profecía». «Esta raza criminal tiene los dos millones de muertos de la Guerra Mundial sobre su conciencia», continuó, y «ahora de nuevo cientos de miles. ¡Que nadie me diga que no podemos enviarles a los

pantanos (Morast)! ¿Quién se preocupa, entonces, de nuestra gente? Es bueno que nos preceda el horror (der Schrecken) de que estamos exterminando a la judeidad. El intento de fundar un estado judío acabará en un fracaso».[144] Estas notas de las diatribas de Hitler eran inconexas, pero, a pesar de la talla de coherencia, indican que estaba informado de los intentos que se hicieron en el verano (acabaron abandonándose) de ahogar a mujeres judías llevándolas a los pantanos del Pripet.[145] La atribución de la culpa de los muertos de la Primera Guerra Mundial y de la guerra en curso a los judíos que hace Hitler, y el que recurra de nuevo a su «profecía» testimonian su convencimiento de que era inminente la destrucción de la judeidad. Pero, aparte de la alusión a la eficacia de los rumores de exterminio, no había indicio alguno de la inminente «solución final». Con Himmler y Heydrich como invitados no había necesidad de fingir, pero no debe asignarse ninguna significación a la ausencia de alusiones.[146] A mediados de octubre las consecuencias derivadas de la orden de deportación del mes anterior aún no se habían fundido en el programa genocida completo.

La noche del 5 de noviembre, comentarios sobre la «inferioridad racial» de la clase baja inglesa llevaron a Hitler una vez más a un monólogo sobre los judíos. Lo vinculó, como siempre, a la guerra. Aquella era la «guerra más estúpida» que habían emprendido los ingleses en toda su historia, peroró, y conduciría tras la derrota a un estallido de antisemitismo sin paralelo en Inglaterra. El final de la guerra, proclamó, traería «la caída del judío».[147] Luego lanzó un insólito ataque verbal sobre la falta de capacidad y de creatividad de los judíos en todos los aspectos de la vida salvo uno: mentir y engañar. El edificio entero del judío «se derrumbará si no tiene seguidores—continuó—. En un momento, se viene todo abajo. Siempre he dicho que los judíos son los demonios más estúpidos que existen. No tienen un solo músico, un pensador, carecen de arte, no tienen nada, absolutamente nada. Son mentirosos, falsificadores, impostores. Si han conseguido llegar a alguna parte ha sido sólo por la simpleza de los que les rodeaban. El judío, si no fuese por el ario, no sería capaz de nada. Nosotros podemos vivir sin los judíos, pero ellos no pueden vivir sin nosotros».[148]

Los vínculos que existían según él entre los judíos y aquella guerra

supuestamente inspirada por ellos, después de años en los que apenas los había mencionado, pasaron a ocupar un lugar preminente en sus alocuciones públicas. Pero, independientemente de los floreos retóricos, y de cuáles fuesen las motivaciones propagandísticas de la apelación a los instintos antisemitas de sus seguidores incondicionales del partido, no puede caber la menor duda, si tenemos en cuenta sus comentarios privados, de que Hitler creía en lo que decía.

El 8 de noviembre de 1941, en su discurso a la «vieja guardia» de veteranos del golpe de la cervecería, Hitler utilizó el tema de los judíos como los responsables de la guerra. Pese a las victorias del año anterior, afirmó, aún estaba preocupado porque se daba cuenta de que detrás de la guerra estaba «el judío internacional». Ellos habían envenenado a los pueblos a través de su control de la prensa, la radio, el cine y el teatro; ellos habían hecho que el rearme y la guerra beneficiasen a sus negocios y sus intereses financieros; él había acabado dándose cuenta de que los judíos eran los instigadores de la conflagración mundial. Inglaterra, bajo la influencia judía, había sido la fuerza impulsora de la «coalición mundial contra el pueblo alemán». Sin embargo, había sido inevitable que la Unión Soviética, «el máximo servidor de la judeidad», se enfrentase un día al Reich. Desde entonces había quedado claro que el estado soviético estaba dominado por comisarios judíos. Y Stalin no era más que «un instrumento en la mano de esa judeidad todopoderosa». Detrás de él estaban «todos esos judíos que en una ramificación multiplicada por mil dirigen ese poderoso imperio». El haber llegado a «ver» eso, añadía Hitler, había pesado mucho en él y le había obligado a afrontar el peligro del este.[149]

Hitler volvió al supuesto «carácter destructivo» de los judíos cuando habló de nuevo para su auditorio cautivo habitual de la «Guarida del Lobo» en la noche del 1-2 de diciembre. Hubo de nuevo una insinuación, pero sólo eso, de Jo que él consideraba la justicia natural que se les imponía a los judíos: «aquel que destruye la vida, se expone él mismo a la muerte. Y es eso ni más ni menos lo que les está sucediendo a ellos».[150] Los furgones con cámaras de gas de Chelmo empezaban a matar judíos de la Warthegau precisamente aquellos mismos días.[151] En la mentalidad deformada de Hitler, esa matanza era una venganza lógica

por la destrucción que habían causado los judíos… sobre todo en aquella guerra que él consideraba obra suya. Es evidente que nunca se alejaba mucho de su pensamiento el tema de su «profecía» en esas semanas en que estaba desplegándose en el este la crisis del invierno. Figuraba en primera línea en sus pensamientos después de Pearl Harbor. Con su declaración de guerra a los Estados Unidos el 11 de diciembre, Alemania estaba ya involucrada en una «guerra mundial»… una expresión utilizada hasta entonces exclusivamente para la devastación de 1914-18. En su discurso al Reichstag del 30 de enero de 1939, había «profetizado» que la consecuencia de una nueva guerra mundial sería la destrucción de los judíos. En su opinión, esa guerra había llegado ya.

El 12 de diciembre, al día siguiente de que hubiese comunicado la declaración de guerra de Alemania a los Estados Unidos, Hitler se dirigió a sus Reichsleiter y Gauleiter (un público de unas 50 personas) en sus habitaciones de la Cancillería del Reich. Gran parte de su charla estuvo dedicada a las consecuencias de Pearl Harbor, la guerra en el este y el futuro glorioso que aguardaba a Alemania después de la victoria final. Habló también de los judíos. Y evocó, una vez más, su «profecía».

«Con respecto a la cuestión judía—escribía Goebbels, resumiendo los comentarios de Hitler—el Führer está decidido a resolverla de una vez (reinen Tisch zu machen). Profetizó que si traían otra guerra mundial sería su aniquilación (Vernichtung). No era sólo una frase (keine Phrase). La guerra mundial está ahí. La aniquilación de la judeidad ha de ser la consecuencia necesaria. Hay que enfocar este asunto sin ningún sentimentalismo. No estamos allí para tener compasión de los judíos, sino sólo compasión por nuestro pueblo alemán. Si el pueblo alemán ha sacrificado de nuevo ya unos 160.000 muertos en la campaña del este, los que originaron este sangriento conflicto tendrán que pagar por ello con sus propias vidas».[152]

El tono era más amenazador y vengativo que nunca. La «profecía» original había sido una advertencia. A pesar de aquella advertencia, los judíos habían desencadenado (en opinión de Hitler) la guerra mundial. Tenían que pagar por ello.

Hitler aún pensaba en su «profecía» el 14 de diciembre, en que habló en privado con Alfred Rosenberg, ministro del Reich para los territorios

del este. Rosenberg, refiriéndose al texto de un próximo discurso, sobre el que quería la opinión de Hitler, comentó que su «punto de vista no era hablar del exterminio (Ausrottung) de la judeidad. El Führer aprobó esa actitud y dijo que ellos «nos habían cargado con la guerra mundial, y habían provocado la destrucción así que no tenía nada de extraño que fuesen ellos los primeros que sufriesen las consecuencias».[153]

Los jefes del partido que habían oído hablar a Hitler el 12 de diciembre en el marco espectacular de la declaración de guerra a los Estados Unidos y de una crisis en marcha en el frente oriental entendieron el mensaje. No era necesaria ninguna orden ni directrices de ningún tipo. Ellos comprendieron en seguida que había llegado la hora de la verdad. El 16 de diciembre Hans Frank informó a personajes importantes de la administración del Gobierno General. «Por lo que se refiere a los judíos—empezó—os lo diré muy claramente: tiene que ponerse fin al asunto sea como sea». Se refirió explícitamente a la «profecía» de Hitler sobre su destrucción en el caso de otra guerra mundial. Repitió lo que había dicho Hitler en su alocución a los Gauleiter de que la compasión hacia los judíos no tenía sentido. La guerra resultaría un triunfo parcial en caso de que los judíos de Europa sobreviviesen a ella, continuó. «Así que procederé respecto a los judíos considerando que tienen que desaparecer. Deben irse», proclamó. Dijo que aún seguía negociando para deportarlos al este. Mencionó la reprogramada conferencia de Wannsee de enero, en la que se discutiría el asunto de la deportación. «De cualquier modo—comentó—se iniciará una gran migración judía». «Pero—preguntó—: ¿qué les va a pasar a los judíos? ¿Creéis que se les instalará en aldeas de asentamiento en el Ostland? En Berlín nos dijeron: ¿por qué nos planteáis tantos problemas? No podemos hacer nada con ellos en el Ostland ni en el comisarado del Reich [Ucrania]. ¡Liquidadlos vosotros mismos! […] Debemos destruir (vernichten) a los judíos siempre que los encontremos y siempre que sea posible hacerlo. […]». Es evidente, sin embargo, que Frank no tenía aún conocimiento de ningún plan para llevar a cabo eso. «Los judíos son también extraordinariamente dañinos para nosotros debido a su glotonería—continuó—. Tenemos en el Gobierno General unos 2, 5 millones, quizás con los estrechamente relacionados con judíos y lo que

eso significa, unos 3,5 millones de judíos. No podemos fusilar a esos 3,5 millones de judíos, no podemos envenenados, pero tenemos que ser capaces de tomar medidas que conduzcan de una forma u otra a conseguir su exterminio (Vernichtungserfolg)…».[154]

La «solución final» (considerada como el exterminio físico de los judíos de Europa) estaba todavía aflorando. La ideología de la aniquilación total estaba sustituyendo a todos los posibles planteamientos económicos de matar a los judíos sometiéndolos a un régimen de trabajo que acabara con ellos. «Las consideraciones económicas deberían ser algo que básicamente no se tuviese en cuenta en relación con este problema» fue la respuesta que se dio finalmente el 18 de diciembre a las preguntas de Lohse sobre la utilización de trabajadores especializados judíos del Báltico en la industria de armamentos.[155] El mismo día, en una charla privada con Himmler, Hitler confirmó que en el este la guerra de guerrillas, que se había expandido notoriamente en el otoño, proporcionaba un marco útil para la destrucción de los judíos. Tenían que «ser exterminados como guerrilleros» (Als Partisannen auszurotten), anotó Himmler como conclusión de su charla.[156] Las diversas hebras del genocidio empezaban rápidamente a trenzarse.

El 20 de enero de 1942 se celebró por fin en una gran villa junto al Wannsee la conferencia sobre la «solución final», pospuesta desde el 9 de diciembre, junto a representantes de los ministros del Reich del interior, de justicia y de los territorios del este, del de asuntos exteriores, de la oficina del plan cuatrienal y del Gobierno General estaban el SS-Gruppenführer Heinrich Müller, jefe de la Gestapo, los comandantes de la policía de seguridad del Gobierno General y de Letonia, Karl Schoengarth y Otto Lange, junto con Adolf Eichmann (el especialista en deportación de la RSHA, al que correspondió la tarea de redactar el acta de la reunión).[157]

Habló en primer lugar Heydrich, que explicó que Göring le había asignado la responsabilidad de preparar (una alusión al mandato del julio anterior) «la solución final de la cuestión de los judíos europeos». La conferencia tenía por objeto aclarar y coordinar las medidas organizativas. (Más tarde se hizo un vano intento de definir la situación

de los mestizos Mischlinge en el marco de los planes de deportación).[158] Heydrich examinó la trayectoria de la política antijudía, luego declaró que «la evacuación de los judíos hacia el este ha aflorado ahora, con el permiso previo del Führer, como otra solución posible además de la emigración». Habló de adquirir «experiencia práctica» en el proceso para «la próxima solución final de la cuestión judía», que incluiría hasta 11 millones de judíos de Europa (extendiéndose, fuera de lo que Alemania controlaba en aquel momento, hasta abarcar Inglaterra e Irlanda, Suiza, España, Turquía y las colonias francesas del norte de África). En ese gigantesco programa de deportación, se peinarían de oeste a este los territorios que se hallaban bajo ocupación alemana. A los judíos deportados se les pondría a trabajar en grandes brigadas de trabajo. Muchos, tal vez la mayoría, morirían en el proceso. A los individuos especialmente fuertes y resistentes que sobreviviesen habría de aplicárseles «el tratamiento correspondiente».

Aunque, como testificó más tarde Eichmann, se hablase explícitamente (sin que se reflejase en las actas) de «matar y eliminar y exterminar» (Töten und Eliminieren und Vernichten),[159] Heydrich no estaba organizando un programa existente y definido de matanza en masa en campos de exterminio. Pero la conferencia de Wannsee fue un peldaño clave en el camino hacia el terrible desenlace genocida. Del programa de deportación concebido para la aniquilación de los judíos mediante los trabajos forzados y el hambre en territorio soviético ocupado tras el final de una guerra victoriosa se fue pasando en seguida al convencimiento de que habría que acabar sistemáticamente con los judíos antes de que terminase la guerra… y que su exterminio había de producirse no ya en la Unión Soviética, sino en el territorio del Gobierno General.[160]

El que el Gobierno General se convirtiese en la primera zona donde hiciese efectiva la «solución final» lo solicitó directamente en la conferencia su representante, el Secretario de Estado Josef Bühlen Quería que se «evacuase» lo antes posible a los dos millones y medio de judíos de su zona, la mayoría de ellos no aptos para el trabajo, según subrayó. Las autoridades de la zona harían todo lo que pudiesen para ayudar a acelerar el proceso.[161] Las esperanzas de Bühler se cumplirían

en los meses siguientes. La matanza regionalizada en las zonas de Lublin y Galitzia se amplió en la primavera a todo el Gobierno General, cuando los trenes de deportados empezaron a conducir su cargamento humano a Los campos de exterminio de Belzec, Sobibor y Treblinka. Por entonces, estaba tomando forma rápidamente un programa global de aniquilación sistemática de los judíos que abarcaba toda la Europa bajo ocupación alemana. A principios de junio se había elaborado un programa para la deportación de judíos de la Europa occidental.[162] El transporte desde el oeste empezó en julio. La mayoría salió hacia el mayor de los campos de exterminio que estaba en funcionamiento por entonces, Auschwitz-Berkenau, en el territorio anexionado de la Alta Silesia. La «solución final» estaba en marcha. El asesinato en masa industrializado proseguiría sin interrupción. A fines de 1942 habían muerto ya, según los cálculos de las propias SS, cuatro millones de judíos.[163]

Hitler no había participado en la conferencia de Wannsee. Probablemente supiese que estaba celebrándose, pero ni siquiera eso es seguro. No había ninguna necesidad de que participara. Ya había vuelto a indicar en términos inequívocos en diciembre de 1941 cuál debería ser el destino de los judíos, ahora que Alemania estaba ya involucrada en otra guerra mundial. Por entonces habían desarrollado ya un impulso propio iniciativas de matanza locales y regionales. Heydrich estaba más que satisfecho de poder valerse de la carta blanca que le había dado Hitler para las deportaciones al este para ampliar las operaciones de matanza hasta convertirlas en un programa global de genocidio de alcance europeo.

El 30 de enero de 1942, el noveno aniversario de la «toma del poder», Hitler se dirigió a un Sportpalast llenó a rebosar. Invocó una vez más, tal como había estado haciendo en privado las últimas semanas (es impresionante la frecuencia con que insistió en ello durante esos meses) su «profecía» del 30 de enero de 1939. La fechó, como siempre, erróneamente, el día que estalló la guerra con el ataque a Polonia. «Tenemos muy claro—proclamó—que la guerra sólo puede terminar o con el exterminio de los pueblos arios o con la desaparición de los judíos de Europa». Y continuó: «Yo ya dije el 1 de septiembre de 1939 en el Reichstag alemán (y procuro no hacer profecías precipitadas) que esta

guerra no se acabará como se imaginan los judíos, con el exterminio de los pueblos arios europeos (nämlich dass die europäischarischen Völker ausgerottet werden), sino que el resultado de esta guerra será la aniquilación (Vernichtung) de la judeidad. Se aplicará ahora, por primera vez, la vieja ley judía: ojo por ojo, diente por diente… Y llegará la hora en que el enemigo mundial más malvado de todos los tiempos dejará ya de cumplir su papel, por lo menos en un millar de años».[164]

El mensaje no pasó desapercibido a su público. El SD (recogiendo sin duda comentarios hechos sobre todo por ávidos militantes nazis) informaba de que sus palabras se «había considerado que significaban que la batalla del Führer contra los judíos continuaría hasta el fin con tenacidad implacable y que no tardaría en desaparecer de suelo europeo el último judío».[165]

Capítulo VII

Cuando Goebbels habló con Hitler en marzo, las máquinas de la muerte de Belzec habían iniciado su truculenta actividad.[166] Hitler continuaba «implacable» respecto a la «cuestión judía», escribía el ministro de propaganda. «Los judíos deben salir de Europa, si es necesario mediante el uso de los medios más brutales», era su punto de vista.[167]

Una semana después, Goebbels no tenía ya ninguna duda de lo que quería decir lo de «los medios más brutales». «Desde el Gobierno General, empezando en Lublin, se está deportando ya a los judíos hacia el este. Se está utilizando aquí un procedimiento bastante bárbaro, que no debe describirse con mayor detalle, y no queda mucho más de los judíos. Probablemente se pueda decir en general que el 60 por 100 de ellos deben ser liquidados, mientras que al otro 40 por 100 se les puede

poner a trabajar… Se les está aplicando a los judíos una sentencia que es brutal, pero plenamente merecida. Lo que les profetizó el Führer por traer una nueva guerra mundial está empezando a cumplirse de la forma más terrible. No se puede permitir que prevalezca en estas cosas ningún sentimentalismo. Los judíos, si no los rechazásemos, nos aniquilarían (vernichten). Es un combate a vida o muerte entre la raza aria y el bacilo judío. Ningún otro gobierno y ningún otro régimen podrían desplegar la fuerza necesaria para resolver este asunto de una forma global. El Führer es también en este caso el portavoz y el adalid inquebrantable de una solución radical […]».[168]

El propio Goebbels había desempeñado un papel considerable a lo largo de los años en el proceso abogando por una «solución radical». Había sido uno de los militantes del partido más importantes y con un puesto más alto en la jerarquía que más había presionado a Hitler en numerosas ocasiones respecto a la «cuestión judía». La policía de seguridad (el papel de Heydrich probablemente fuese, en realidad, más importante incluso que el de Himmler) había tenido una actuación clave en el proceso por el que un imperativo ideológico había ido convirtiéndose gradualmente en un plan de exterminio. Y había habido muchos otros que, a diferentes niveles del régimen, habían contribuido en mayor o menor medida a un proceso de radicalización progresiva y sin trabas. La complicidad tenía carácter general, abarcaba desde los altos mandos de la Wehrmacht y los capitanes de la industria a los gacetilleros del partido, los subalternos de la burocracia y los alemanes ordinarios que esperaban beneficiarse materialmente con la deportación de una minoría desvalida pero detestada a la que había pasado a considerarse el enemigo inexorable de la nueva «comunidad del pueblo».

Sin embargo, Goebbels sabía muy bien lo que hacía al señalar el papel de Hitler. Este papel había sido a menudo indirecto, más que claro y directo. Había consistido en autorizar más que en dirigir. Y las diatribas llenas de odio, aunque insólitas por la hondura de su inhumanidad, se mantuvieron en el ámbito de las generalizaciones. Sin embargo, no puede haber duda alguna al respecto: el papel de Hitler había sido decisivo e indispensable en el camino hacia la «solución final». Si él no hubiese llegado al poder en 1933 y hubiese conseguido el

poder un gobierno nacionalista conservador, tal vez una dictadura militar, lo más probable es que se hubiese introducido también legislación discriminatoria contra los judíos en Alemania. Pero sin Hitler, y sin el régimen único que él encabezaba, habría sido imposible que se elaborase un programa destinado a lograr el exterminio físico de los judíos de Europa.

11

LA ÚLTIMA GRAN JUGADA DE DADOS

Si no consiguiese el petróleo de Maykop y de Grozny, tendría que poner fin a esta guerra.

HITLER, PRIMAVERA DE 1942.

Panorama general: ¿hemos llevado el riesgo demasiado lejos?

GENERAL HALDER, 15 DE AGOSTO DE 1942.

¡Podéis estar seguros—añadió—de que nadie volverá a echarnos de ese lugar!

HITLER, HABLANDO DE STALINGRADO, 30 DE SEPTIEMBRE DE 1942.

¿Cómo puede ser alguien tan cobarde? No lo comprendo. Tiene que morir tanta gente. Luego un hombre así va y mancilla en el último momento el heroísmo de tantos otros.

HITLER EL 1 DE FEBRERO DE 1943 AL ENTERARSE DE LA RENDICIÓN DEL MARISCAL DE CAMPO PAULUS EN STALINGRADO.

Aún había nieve en el suelo en la «Guarida del Lobo». Soplaba un viento gélido que no daba ningún respiro del frío. No obstante, a finales de febrero de 1942, se veían los primeros indicios de que no estaba lejos la primavera.[1] Hitler estaba impaciente porque terminase el temible invierno.[2] Tenía la sensación de que le habían fallado los jefes militares, los planificadores logísticos, los organizadores del transporte; de que los comandantes del ejército habían sido unos timoratos, sin fortaleza suficiente ante una crisis; que lo único que había impedido la catástrofe había sido su fuerza de voluntad personal, su decisión. En su opinión todas las crisis equivalían a un enfrentamiento de voluntades. La crisis del invierno no había sido diferente. Superarla había sido otro nuevo «triunfo de la voluntad», comparable en su opinión a su ascensión al poder en 1933 contra todo pronóstico. Nunca llegó a penetrar en su cabeza la idea de que la pretensión de dejar fuera de combate a la Unión Soviética en unos pocos meses había sido un disparate, ni de que la estrategia global de «Barbarroja» hubiese estado viciada desde el principio; ni que sus propias intromisiones constantes hubiesen complicado los problemas del mando militar. La crisis del invierno había agudizado su sensación, siempre próxima a la superficie, de que tenía que luchar no sólo contra enemigos externos sino contra los de sus propias filas que eran ineptos, incapaces o incluso desleales. Pero la crisis se había superado. Estaba convencido de que habían sido sus dotes de mando las que habían salvado al ejército del destino de las tropas de Napoleón. Habían sobrevivido al invierno ruso. Esto era por sí sólo un golpe psicológico para el enemigo, que había sufrido también intensamente. Era preciso ya atacar de nuevo lo más pronto posible; destruir en una gran ofensiva final a aquel adversario mortalmente debilitado. Ese era el curso de sus pensamientos. En las noches de insomnio en su búnker, no sólo quería borrar los recuerdos de aquellos meses oscuros y fríos asolados de crisis. Estaba impaciente porque empezase de una

vez la nueva ofensiva en el este, el avance hacia el Cáucaso, Leningrado y Moscú, que volvería a darle la iniciativa.[3] Sería una apuesta colosal. Si fallaba las consecuencias serían inconcebibles.

Para los habitantes del cuartel general del Führer que no estaban dedicados a la planificación militar la vida era monótona y aburrida. Las secretarias de Hitler iban todos los días hasta la aldea próxima y volvían para dar un paseo. Si no, mataban el tiempo como podían. Las charlas, la película a última hora del día, la reunión diaria obligatoria de todas las tardes en la Casa de Té y luego el otro té final de noche, a última hora, completaban el día. «Como siempre tomamos el té las mismas personas, no hay ningún estímulo del exterior y nadie experimenta nada a un nivel personal—escribía Christa Schroeder a una amiga en febrero de 1942—. La conversación suele ser apática y tediosa, pesada y aburrida. La charla siempre sigue las mismas líneas». Los monólogos de Hitler (que bosquejaban su visión expansiva del mundo) estaban reservados para la hora de comer o para las horas de penumbra. En la reunión de la tarde para tomar el té, nunca se hablaba de política. Todo lo que se relacionase con la guerra era tabú. Sólo había charla insustancial. Los presentes no tenían además puntos de vista independientes, o se los guardaban para ellos. La presencia de Hitler dominaba la escena, pero raras veces servía ya para animarla. Aunque estaba siempre cansado, le resultaba difícil dormir. Se resistía a irse a la cama debido al insomnio. Los demás solían estar deseando que lo hiciese. El tedio de estos que le hacían compañía parecía a veces algo permanente. De cuando en cuando aliviaba ese tedio en las veladas del final del día la audición de discos: sinfonías de Beethoven, selecciones de Wagner o Lieder de Hugo Wolf. Hitler escuchaba con los ojos cerrados, pero quería siempre los mismos discos. Los demás se los sabían de memoria. El decía: «Aida, último acto», y alguien gritaba a uno de los sirvientes: «Número ciento y pico».[4]

Lo único que le importaba a Hitler era la guerra, pero,

encapsulado en el extraño mundo de la «Guarida del Lobo», estaba cada vez más desconectado de sus realidades, tanto en el frente como en el interior de Alemania. El aislamiento descartaba todo vestigio de humanidad. No había nada que se pareciese a afecto real, no digamos ya amistad, ni siquiera hacia aquellos de su propio entorno que llevaban con él muchos años; el cariño auténtico estaba reservado sólo para su joven alsaciano.[5] Había descrito al ser humano el otoño anterior como nada más que «una bacteria cósmica» ridicula (eine lächerliche "Weltraumbaktrie")».[6] Así que la vida humana y el sufrimiento de las personas eran para él intrascendentes. Jamás visitó un hospital de campaña, ni a los que se quedaban sin hogar después de los ataques aéreos. No vio ninguna matanza, ni se acercó jamás a un campo de concentración, ni a unos barracones de prisioneros de guerra famélicos. Sus enemigos eran a sus ojos como bichos que había que aplastar. Pero el profundo desprecio que le inspiraba la existencia humana se extendía a su propio pueblo. Decisiones que costaban la vida a decenas de miles de soldados suyos se tomaban (quizás sólo fuese posible tomarlas de ese modo) sin tener en cuenta para nada los problemas humanos. Como le había dicho a Guderian durante la crisis del invierno, había que desechar los sentimientos de compasión y lástima por el sufrimiento de los soldados.[7] Para Hitler, los cientos de miles de muertos y mutilados no eran más que una abstracción, el sufrimiento un sacrificio necesario y justificado en la «lucha heroica» por la supervivencia del pueblo.

Entre los soldados ordinarios, en medio de la barbarie y el embrutecimiento, se podían hallar visiones menos heroicas de la guerra. Un soldado del frente oriental que había asistido a las concentraciones del partido en Nuremberg en época de paz, lloraba la muerte de un camarada a finales de enero: «¡Por qué siempre ha de ser: sacrificio, lucha, victoria, muerte! —se lamentaba—. ¿Es la muerte heroica entonces el ideal de este mundo?».[8] Un joven recluta de Colonia, en modo alguno

opuesto al régimen, escribía en su diario unas cuantas semanas después, durante el periodo de instrucción en la Prusia oriental, antes de que le enviaran al frente del este: «Estoy convencido de que, si supiese que todo esto tenía un sentido, podría conseguir voluntariamente, y conseguiría, mucho más. Pero ¿para qué?, me pregunto. ¿Para qué y por quién debemos perecer? ¿Para qué y por quién ser un esclavo? ¿Para qué pasar hambre, helarse y luego por último estirar la pata? ¿Para qué? ¿Para qué? Un millar de preguntas… ninguna respuesta».[9]

Los vínculos que habían unido a una gran parte de la población alemana a Hitler desde 1933 estaban empezando a debilitarse. Los informes del SD de principios de 1942 aún indicaban que la gente estaba deseosa de ver fotos de Hitler en los noticiarios. «Una sonrisa del Führer. Su propia mirada nos da fuerza y valor de nuevo». Estas efusiones se mencionaban como comentarios corrientes.[10] Pero Hitler estaba convirtiéndose en una figura remota, en un caudillo distante. Goebbels tuvo que modificar su imagen para adaptarla al cambio que había introducido la campaña rusa. El estreno de su nueva y espléndida película El gran rey, a principios de 1942, permitió a Goebbels presentar a Hitler por asociación como un Federico el Grande de nuestro tiempo, aislado en su majestad, dirigiendo una lucha heroica por su pueblo contra poderosos enemigos y superando al final crisis y calamidades para emerger triunfante.[11] Era un retrato que se ajustaba cada vez más a la imagen que tenía Hitler de sí mismo durante los últimos años de la guerra.[12]

Pero la imagen modificada no podía hacer nada para modificar la realidad: los vínculos del pueblo alemán con Hitler habrían de debilitarse inconmensurablemente a medida que las victorias se convirtiesen en derrotas, los avances en retiradas, la expansión en contracción, a medida que la lista de bajas creciese catastróficamente, que los aliados desertasen y que se fuese aceptando cada vez más que la guerra iba a conducir irremediablemente al desastre. Y a medida que la guerra se iba

volviendo en contra de Alemania, Hitler buscaría a su alrededor con mayor ansia chivos expiatorios.

Capítulo I

En 1942 surgió una complicación inicial para Hitler con la pérdida de su ministro de armamento, el doctor Fritz Todt, muerto en un accidente de aviación la mañana del 8 de febrero, poco después de despegar del aeródromo del cuartel general del Führer.

Todt había proyectado y organizado la construcción de autopistas y la Muralla del oeste para Hitler.[13] En marzo de 1940 se le había encomendado la tarea de coordinar la fabricación de armas y municiones como ministro del Reich.[14] Pero le aguardaría un puesto más importante en julio de 1941 con la centralización en sus manos del control de la energía y de las vías fluviales.[15] En la segunda mitad del año, cuando se hicieron evidentes las primeras señales de una escasez grave de mano de obra en la industria alemana, se encomendó a Todt organizar el despliegue masivo dentro de Alemania de prisioneros de guerra soviéticos y de trabajadores forzados civiles.[16] La acumulación de cargos trascendentales para la economía de guerra era un indicio de la alta estima en que Hitler tenía a Todt. Se trataba de un sentimiento recíproco. Todt era un nacionalsocialista convencido, pero a finales de 1941, conociendo muy bien como conocía el inmenso potencial armamentístico de los Estados Unidos y sobrecogido por la incompetencia logística de la planificación económica de la Wehrmacht durante la campaña del este, había acabado cayendo en un pesimismo profundo, convencido de que ya no se iba a poder ganar la guerra.[17]

Sus declaraciones públicas no revelaban, como es natural, ninguna de

sus dudas privadas. Y durante diciembre y enero había dado, conjuntamente con la industria, los pasos necesarios para racionalizar y concentrar drásticamente la producción de armamento. Hitler, al que se había informado de las graves deficiencias de la producción de armamento y que estaba deseoso de ampliarla al máximo durante 1942, respaldó los cambios.[18] El paso decisivo consistió en proporcionar a la industria un mayor ámbito y mayores incentivos para que mejorara su eficacia además de liberar la fabricación de armamentos de la intervención de los militares, de la Organización del Plan Cuatrienal y de algunos de los controles burocráticos agobiantes que se le habían impuesto.[19] Al mismo tiempo, pasaron a otorgarse al ejército las prioridades que se habían otorgado a la Luftwaffe y a la marina cuando se pensaba que se ganaría la guerra en el este con facilidad y rapidez.[20]

La mañana del 7 de febrero, Todt voló a Rastenburg para someter a Hitler las propuestas que se habían acordado en su reunión de unos días antes con representantes de las industrias de armamento.[21] No se sabe de qué más se habló en la reunión de esa tarde con Hitler. No estaba presente nadie más y no se tomaron notas ni se levantó acta. Las especulaciones posteriores de que Todt pidió poderes más amplios de los que Hitler estaba dispuesto a concederle, o de que amenazó con dimitir o de que expuso ideas derrotistas sobre la guerra, se basan en la conjetura y en alguna prueba poco fidedigna.[22] Pero es evidente que no fue una reunión muy armoniosa. Todt, deprimido y después de pasar una mala noche, partió a la mañana siguiente hacia Munich en un bimotor Heinkel 111. Estaban reparando esos días su avión personal, un Junker 52, y había pedido prestado a la Luftwaffe el Heinkel, que era el avión personal del mariscal de campo Sperrle. Lo conducía el piloto habitual de Todt, que hizo un breve vuelo de prueba con él poco antes de partir.[23] Poco después de abandonar la pista, el aparato giró bruscamente, se dirigió de nuevo a tierra, se incendió y se estrelló. Los cadáveres de Todt y de cuatro personas más que iban a bordo fueron extraídos de los restos en llamas con unos varales. Una investigación oficial descartó que hubiese habido un sabotaje,[24] pero nunca se disipó del todo la sospecha.[25] La causa del accidente sigue siendo un misterio. A Hitler, según testigos que le vieron de cerca, le conmovió profundamente la

muerte de Todt, al que se decía que aún admiraba y necesitaba mucho para la economía de guerra.[26] Aunque, como se alegó a menudo más tarde, la brecha que se había abierto entre él y Todt se hubiese convertido ya en algo irreparable. debido al convencimiento que había expresado con firmeza el ministro de armamento de que no se podía ganar la guerra, no se entiende muy bien por qué habría de estar Hitler tan desesperado como para llegar a tener que matar a Todt en un accidente aéreo preparado en su propio cuartel general en circunstancias que garantizaban la inmediata sospecha. Si hubiese querido prescindir de los servicios de Todt, la solución más sencilla habría sido el «retiro» por razones de salud. El único beneficiario evidente de la muerte de Todt fue el sucesor de este, al que Hitler nombró con notable rapidez: su sumamente ambicioso arquitecto de corte Albert Speer. Pero Speer había tenido unas relaciones magníficas con Todt. Y la única «prueba» que se utilizó más tarde para insinuar una participación de Speer fue su presencia en el cuartel general del Führer cuando se produjo el accidente y su rechazo, unas horas antes de la partida prevista, de una oferta de Todt de llevarle en su avión.[27] Fuese cual fuese la causa del accidente en el que Todt murió (y la rapidez con que Hitler corrió un velo sobre la investigación alimentó, como es natural, la sospecha) situó en primer plano a Albert Speer, que había figurado hasta entonces en segunda fila en la jerarquía de los dirigentes nazis y que no era conocido más que como el arquitecto de corte y favorito personal del Führer.

El ascenso meteórico de Speer en la década de 1930 se había apoyado en la astuta explotación de la manía constructora del aspirante a arquitecto Hitler, unida a la fuerza impulsora de su propia ambición y a un talento organizativo indudable. A Hitler le gustaba Speer. «Es un artista y tiene un espíritu afín al mío—decía—. Es un constructor como yo, inteligente, modesto y sin la obstinación de la mentalidad militar».[28] Speer comentaría más tarde que él había sido lo más próxima a un amigo que había tenido Hitler.[29] Ahora bien, Speer estaba exactamente en el lugar adecuado (cerca de Hitler) cuando se necesitaba un sucesor de Todt. Seis horas después de la muerte repentina del ministro del Reich, se nombró a Speer para sustituirle en todos sus cargos.[30] El nombramiento fue una sorpresa para muchos… incluido, si hemos de

aceptar su versión de los hechos, el propio Speer.[31] Pero Speer estaba esperando claramente suceder a Todt en el trabajo de construcción… y posiblemente en más.[32] En realidad, se apresuró a utilizar la autoridad de Hitler para conseguir que se le otorgasen poderes más amplios de los que nunca había disfrutado Todt.[33] No tardaría en tener que luchar para abrirse camino en la selva de rivalidades e intrigas que constituía el gobierno del Tercer Reich. Pero una vez que Hitler, al día siguiente de su regreso de Berlín, donde había asistido al funeral oficial de Todt el 12 de febrero (en el que él mismo pronunció la oración fúnebre con los ojos llenos de lágrimas, tal vez de cocodrilo),[34] hubo respaldado la supremacía del recién nombrado en la producción de armamento en un discurso dirigido a los jefes de las industrias del ramo, el nuevo ministro, que no había cumplido aun los treinta y ocho años de edad, descubrió que «podía hacer dentro de unos límites amplísimos prácticamente lo que quisiese».[35] Speer, edificando sobre los cambios que había puesto en marcha su predecesor, añadiendo su propio estilo organizativo y su dinamismo implacable, y aprovechándose de condición de favorito de Hitler, demostró ser una elección inspirada. Durante los dos años siguientes, pese a la intensificación de los bombardeos aliados y de que la suerte iría abandonando a Alemania en la guerra, consiguió duplicar la producción de armamento.[36]

Hitler rebosaba seguridad en sí mismo cuando Goebbels tuvo oportunidad de hablar con él por extenso durante su estancia en Berlín después del funeral de Todt. Tras las penalidades del invierno, el dictador tenía razones para creer que se había conseguido superar la prueba. Durante esos mismos días que estuvo en Berlín los ingleses sufrieron dos golpes potentes que debilitaban su prestigio. Tres acorazados alemanes, el Gneisenau, el Scharnhorst y el Prinz Eugen, habían partido de Brest y habían cruzado el canal de la Mancha con daños mínimos, ante las mismas narices de los ingleses, dirigiéndose a anclajes más seguros en Wilhelmshaven y Kiel. Hitler no cabía en sí de gozo.[37] Al mismo tiempo, llegaba del Extremo Oriente la noticia de la inminente caída de Singapur. Hitler expresó su admiración por los japoneses,[38] pero estaba enturbiada por el sentimiento de que los ingleses estaban perdiendo su imperio cuando podrían haber aceptado su

«oferta» y combatido al lado de Alemania en vez de contra ella. «Esta es una noticia maravillosa, aunque quizás también triste», le había dicho al dirigente rumano Antonescu unos días antes.[39] A Ribbentrop le dijo que no exagerase las manifestaciones de alegría por la caída de Singapur. «Tenemos que pensar en siglos—parece ser que dijo—. Habrá un día en que se produzca el enfrentamiento con la raza amarilla».[40] Goebbels percibió una cierta resignación ante el hecho de que los avances japoneses significaban «el retroceso del hombre blanco» en el Extremo Oriente.[41] Sin embargo, a pesan de sus prejuicios raciales, Hitler adoptó un punto de vista pragmático. «Se me acusa de simpatizar con los japoneses—recordaba haberle oído decir su secretaria—. ¿Qué significa simpatizar? Los japoneses tienen la piel amarilla y los ojos rasgados, pero están luchando contra los estadounidenses y los ingleses, y por tanto son útiles a Alemania».[42] Dicho de otro modo, el enemigo de su enemigo era su amigo.

Sobre todo, Hitler estaba contento con las perspectivas que se presentaban en el este. Se habían superado los problemas del invierno y se habían aprendido lecciones importantes. «Unas tropas que han sido capaces de soportar un invierno así son invencibles», anotaba Goebbels. Había empezado ya el gran deshielo. «El Führer está planeando una ofensiva con unos cuantos ataques demoledores y aplastantes, que están ya preparados en buena medida y que conducirán gradualmente sin duda a la destrucción del bolchevismo».[43] Hitler transmitió el mismo entusiasmo el 15 de febrero en un discurso destinado a elevar la moral que pronunció ante casi 10.000 oficiales en prácticas en el Sportpalast. El mundo se había opuesto a Federico el Grande y a Bismarck. «Hoy, yo tengo el honor de ser ese enemigo—proclamó—porque estoy intentando convertir el Reich alemán en una potencia mundial». Estaba inconmensurablemente orgulloso de que la Providencia le hubiese dado la oportunidad de dirigir la «lucha inevitable». Ellos deberían sentirse orgullosos de participar en unos acontecimientos tan trascendentales.[44] La recepción que le blindaron fue entusiasta. Abandonó el inmenso local con una tormenta de aplausos y vítores desbordantes zumbándole en los oídos.[45] Regresó a su cuartel general convencido como siempre de que, fuesen cuales fuesen sus problemas con el alto mando, tenía el respaldo

absoluto de los jóvenes oficiales y de la tropa. Los oficiales recién nombrados, por su parte, entusiasmados por la retórica de Hitler, tenían en realidad muy poca idea de lo que les esperaba en el servicio activo en el este.

Capítulo I

El 15 de marzo Hitler estaba de nuevo en Berlín. Las graves pérdidas del invierno hacían imprescindible que asistiera a la ceremonia del mediodía del

Día de los Héroes. Hasta el final de su discurso no abordó la conmemoración de los muertos. Durante la mayor parte de él se limitó a su mecánica repetición habitual de la responsabilidad de los «conspiradores judeocapitalistas del mundo» por la guerra y a ensalzar el heroísmo de la lucha, dirigida, afirmó, a lograr una paz duradera.[46] Describió los meses anteriores como una lucha sobre todo contra los elementos de un invierno como no se había visto en casi un siglo y medio.[47] «Pero hoy sabemos una cosa—proclamó—. Las hordas bolcheviques, que fueron incapaces de derrotar a los soldados alemanes y a sus aliados este invierno, serán derrotadas por nosotros hasta la aniquilación el próximo verano».[48]

Muchas personas estaban demasiado preocupadas por los rumores que corrían de que iban a reducirse las raciones de víveres como para prestar mucha atención al discurso.[49] Goebbels sabía muy bien que los suministros de alimentos habían llegado a un punto crítico y que haría falta una «obra de arte» para transmitir al pueblo las razones de que se redujeran las raciones.[50] Reconocía que las reducciones provocarían «una crisis en el estado de ánimo de la población del país».[51] Hitler, que percibía con toda claridad lo delicada que era la situación, había

convocado a su ministro de propaganda en su cuartel general para analizar el problema antes de que se hiciese pública la reducción de las raciones.[52] Goebbels tenía tantos problemas que exponer a la atención de Hitler que casi no sabía por dónde empezar.[53] Según él, la desmoralización que empezaba a apreciarse entre la población en el interior del país exigía medidas duras que la contrarrestasen. La gente comprendería las penalidades de la guerra si caían por igual sobre toda la población, pero lo que sucedía era (entraban en juego aquí con fuerza los resentimientos de clase del propio Goebbels) que los más pudientes conseguían evitar privaciones graves a través de sus «relaciones» y del mercado negro. Goebbels había firmado una ley que prohibía el mercado negro. Sin embargo su severidad había quedado atenuada por la intervención del ministro de economía. Goebbels estaba decidido a plantearle el asunto al Führer y tenía la esperanza de que Bormann y el partido le apoyasen y pudiese conseguir así que Hitler respaldase medidas más radicales.[54]

Goebbels, a su regresó a Berlín, el 18 de marzo, después de unos días fuera en la «Ostmark» y en Baviera, se había quedado impresionado con una «escena escandalosa» que había presenciado en la estación. Los soldados que viajaban hacia el frente del este tenían qué ir de pie en los pasillos de los trenes «mientras señoras finas, que regresan bronceadas de las vacaciones, tenían, naturalmente, sus coches cama». Lo que hacía falta, decía, era una ley por la que «todas las infracciones contra principios nacionalsocialistas de la jefatura del pueblo en guerra sean castigadas con la pena correspondiente».[55] También le iba a plantear eso a Hitler durante su visita al cuartel general del Führer. Pero Goebbels creía que, tal como estaban las cosas, los representantes del sistema jurídico oficial saboteaban la interpretación radical de la ley que era necesaria en una guerra total. El aprobaba las peticiones de Bormann, que quería que se aplicasen sentencias más duras contra los especuladores del mercado negro.[56] Y decidió presionar a Hitler para que cambiase a los altos cargos del Ministerio de Justicia, que desde la muerte de Gürtner el año anterior había estado dirigido por el Secretario de Estado Franz Schlegelberger. «Aún dominan allí los elementos burgueses—comentaba—y como los cielos están altos y el Führer lejos,

es extraordinariamente difícil imponerse frente a esas autoridades obstinadas y que trabajan con desgana».[57] Fue con este talante (decidido a convencer a Hitler para que apoyase medidas radicales, atacase privilegios y castigase a la burocracia estatal, sobre todo a los jueces y a los abogados) con el que llegó Goebbels a la «Guarida del Lobo» en la gélida mañana del 19 de marzo.[58]

Se encontró con un Hitler que daba claras muestras de la tensión a la que había estado sometido durante los últimos meses, y que se hallaba en un estado de ánimo más que propicio a las propuestas radicales de Goebbels. No necesitaba instrucciones sobre la atmósfera que imperaba en Alemania y los efectos que causaría la reducción de las raciones de alimentos.[59] Se quejaba de que la falta de medios de transporte impedía que se llevaran víveres desde Ucrania. Se echaba la culpa al ministro de transporte por la escasez de locomotoras. Estaba decidido a tomar medidas duras. Goebbels se apresuró entonces a criticar el «fracaso» del sistema judicial. Hitler no puso objeciones. También en ese sector estaba decidido a actuar con «las medidas más duras». Goebbels expuso luego su propuesta de una nueva ley general para castigar a los que infringiesen los «principios de autoridad nacionalsocialista del pueblo». Quería que se pusiese en nuevas manos el Ministerio de Justicia del Reich y presionó en favor de Otto Thierack, «un nacionalsocialista auténtico», un SA-Gruppenführer, y que presidía por entonces, como sustituto de Gürtner, el tristemente célebre Tribunal del Pueblo (Volksgeriditshof), que se encargaba de los casos de traición y de otros delitos graves contra el régimen.[60] Cinco meses después, Hitler efectuaría el nombramiento que había pedido Goebbels y, a través de Thierack, se completaría la capitulación del sistema judicial a la política del estado.[61]

De momento, Hitler aplacó a Goebbels con la propuesta de preparar el terreno para un ataque radical a los privilegios sociales convocando de nuevo el Reichstag y haciendo que le concediese «un poder plenipotenciario especial», de manera que «los malhechores sepan que la comunidad del pueblo le ampara en todos los sentidos». Dados los poderes que Hitler poseía ya, la motivación era puramente populista. Un ataque a los funcionarios del estado y a los jueces y a los privilegiados

de la sociedad (o, en palabras de Hitler, «los saboteadores» y «los negligentes en el cumplimiento del deber en las funciones públicas») tenía que ser sin duda popular entre las masas. Hasta entonces no se podía destituir a los jueces, ni siquiera el Führer podía hacerlo. También existían limitaciones a sus derechos de intervención en la esfera militar. El caso del coronel general Erich Hoepner era una espina que aún seguía clavada. Hitler había depuesto a Hoepner en enero y le había expulsado del ejército por haberse retirado desobedeciendo su «orden de alto». Hoepner había puesto luego un pleito contra el Reich en relación con la pérdida de su derecho a una pensión… y lo había ganado. Con los nuevos poderes de Hitler, nunca podría volver a suceder eso. Podían darse ejemplos en el sector militar y civil que sirviesen como elementos disuasorios para otros y «despejasen la atmósfera».[62]

«En un clima tal—escribía Goebbels al día siguiente—mis propuestas para la radicalización de nuestra autoridad bélica tuvieron como es natural un efecto absolutamente positivo sobre el Führer. No tengo más que tocar un tema y ya he conseguido lo que quería. El Führer acepta sin objeciones, punto por punto, todo lo que yo propongo individualmente». [63]

Hubo otros que siguieron animando a Hitler a respaldar la radicalización del frente interior, después de que Goebbels regresase de la «Guarida del Lobo». Fueron sobre todo Bormann y Himmler. El 24 de marzo, el SD informó sobre una «crisis de confianza» debida a que el estado no adoptaba una posición lo suficientemente dura contra el mercado negro y sus corruptos clientes entre los privilegiados y bien situados. Parece ser que había sido Himmler quien había encargado directamente el informe; Bormann informó a Hitler de su existencia, fres días después, Goebbels fustigó a los estraperlistas del mercado negro en Das Reich, pregonando dos casos en que se había aplicado la pena de muerte a los culpables.[64]

Esa misma noche, la del 29 de marzo, Hitler obsequió a su pequeño auditorio de la «Guarida del Lobo» con una diatriba contra los abogados y los defectos del sistema jurídico, llegando a la conclusión de que «todo jurista tenía que ser deficiente por naturaleza, o se hacía con el tiempo». [65]

Esto fue sólo unos cuantos días después de que se hubiese dirigido personalmente, en un arrebato de furia ciega, al ministro de justicia en funciones Schlegelberger y, viendo que daba largas al asunto, al más ávidamente servicial Roland Freisler (más tarde presidente de infausta memoria del tribunal del pueblo como sucesor de Thierack, pero por entonces Secretario de Estado segundo en el Ministerio de Justicia), para insistir en que se condenase a muerte a un hombre llamado Ewald Schlitt. Esto no se apoyaba en bases más sólidas que la lectura en un periódico vespertino de Berlín de la descripción sensacionalista de cómo un tribunal de Oldenburg había condenado a Schlitt a sólo cinco años de cárcel por una horrible agresión física (según la versión del periódico) cuya consecuencia final había sido la muerte de su esposa en un manicomio. El tribunal había sido clemente porque había considerado que Schlitt había sufrido un acceso de locura temporal. Schlegelberger no tuvo el valor de exponer detalladamente el caso a Hitler y de defender a los jueces al mismo tiempo. En vez de eso, prometió conseguir una sentencia más severa. Freisler no tuvo ningún reparo en satisfacer los deseos de Hitler y se anuló la semencia original. En el nuevo juicio que se celebró, Schlitt fue condenado a muerte como estaba previsto y guillotinado el 2 de abril.[66]

Hitler se había puesto tan furioso por lo que había leído sobre el caso Schlitt (que se correspondía con todos sus prejuicios contra los abogados y que llegaba precisamente en el momento en que el sistema judicial estaba convirtiéndose en chivo expiatorio de los problemas del frente interior) que había amenazado en privado con «enviar al infierno al ministro de justicia con una ley del Reichstag» si se dictaban más sentencias «excesivamente clementes».[67] En realidad, el caso Schlitt se utilizó como pretexto para exigir del Reichstag poderes absolutos sobre la propia ley.

Hitler telefoneó a Goebbels el 23 de abril para explicarle que había decidido pronunciar el discurso ante el Reichstag que hacía mucho tiempo que tenía pensado. Goebbels se encargó de todos los preparativos necesarios para convocar al Reichstag pata las 3 de la tarde del domingo 26 de abril.[68]

Goebbels se pasó por Ja Cancillería del Reich para comer poco

después de que Hitler llegara Berlín, a mediodía del 25. Le pareció que tenía buen aspecto y que se sentía en buena forma, aunque con un humor particularmente agrio porque la defensa antiaérea no había sido capaz de defender los talleres Heinkel en Rostock de los daños causados por una incursión de la aviación enemiga, tras el inicio de la ofensiva de bombardeos inglesa con un ataque devastador a Lübeck a finales de marzo.[69] Hitler pasó de criticar a la Luftwaffe a criticar la falta de iniciativa de la «antimoderna» marina de guerra, que según él carecía de «mandos de talla».[70] Pero, respecto al frente del este, estaba convencido de que se habían asimilado las lecciones del invierno y lleno de optimismo en cuanto a la ofensiva inminente, ya en avanzado estado de preparación. Se le habían entregado informes que detallaban la situación de hambre y el canibalismo entre el ejército y la población civil de la Unión Soviética y el nivel desastroso de equipamiento de los soldados del Ejército Rojo.[71] Parecía (algo que proclamaría insistentemente a lo largo de 1942) que la Unión Soviética estaba prácticamente en sus últimos estertores. Goebbels estaba claramente menos seguro de que Alemania consiguiese triunfos decisivos en el verano. Y el propio Hitler dio una muestra de que pensaba que la victoria total en el este no se conseguiría en 1992, al hablar de la construcción de una línea de defensa más sólida en el próximo invierno, cuando los suministros para las tropas alemanas no planteasen ya problemas.[72]

No tardó en lanzarse a una de sus obsesiones favoritas: el vegetarianismo. Gran parte del resto de la «discusión» consistió en una conferencia sobre los peligros de comer carne.[73] En la guerra, explicó, no se podía hacer gran cosa para modificar los métodos de alimentación, pero tenía previsto abordar el problema en cuanto la guerra terminase. Y lo mismo dijo sobre la cuestión de las iglesias cristianas, que era uno de los temas favoritos de Goebbels, que lo sacó a colación una vez más. Hitler dijo que era necesario, por el momento, no responder a las «actividades sediciosas» del clero; debía aplazarse «el enfrentamiento» para «una situación más ventajosa después de la guerra», en que tendría que llegar él como el «vengador».[74]

En una comida breve al día siguiente, justo antes del discurso del

Reichstag, una buena parte de la charla giró en torno a los estragos causados en Rostock por un nuevo ataque inglés, el más intenso hasta entonces. Muchas de las casas del centro de la ciudad portuaria del Báltico habían sido destruidas. Pero la fábrica Heinkel sólo había perdido aproximadamente un 10 por 100 de su capacidad productiva.[75] La represalia alemana por los ataques ingleses había sido bombardear Exeter y Bath. Goebbels era partidario de destruir completamente los «centros culturales» ingleses.[76] Hitler, furioso por el nuevo ataque a Rostock, accedió a la propuesta de Goebbels. Había que responder al terror con el terror. Los «centros culturales» ingleses, los centros turísticos de la costa y las «ciudades burguesas» debían ser arrasadas hasta los cimientos. Los efectos psicológicos de esto (y esa era la cuestión clave) serían mucho mayores que los logrados a través de los intentos, la mayoría fallidos, de destruir sus fábricas de armamento. El bombardeo alemán se iniciaría ahora a gran escala. Hitler había emitido ya la directriz para que se preparase un extenso plan de ataque según esos criterios.[77]

Goebbels (durante la comida de mediodía, no en conversación privada) planteó una vez más la «cuestión judía». Por entonces estaban funcionando ya varios mataderos en Polonia, tal vez todos. Los comentarios de Hitler se mantuvieron, como siempre, en la amenaza imprecisa. Volvió a insistir, según Goebbels, en su posición «implacable» (unerbittlich): «quiere expulsar completamente a los judíos de Europa». El ministro de propaganda sabía, lo mismo que otros miembros del «círculo íntimo», lo que esto significaba. Después de todo, se había referido a la liquidación de los judíos en términos inequívocos en su propio diario sólo un mes atrás.[78] El «castigo más duro» que se podía infligir a los judíos era «todavía demasiado suave», añadía ahora.[79]

La razón de que Hitler escogiese este momento concreto para convocar al Reichstag fue objeto de muchas especulaciones y rumores entre la población. Pero sus antecedentes y el inminente ataque al sistema judicial siguieron siendo secretos muy bien guardados.[80] La que habría de ser la última sesión que celebrase el Gran Reichstag alemán empezó puntualmente a las tres de esa tarde. Hitler habló poco más de una hora. Estaba nervioso al principio, empezó titubeante, luego

habló tan deprisa que algunas partes del discurso casi no se entendían.[81] Gran parte de él la ocupó la prolija relación habitual de los antecedentes de la guerra. Siguió a esto una descripción de la lucha a lo largo del invierno anterior… con una insinuación clara de que habría que afrontar aún otro invierno antes de que se acabase la guerra.[82] Pasó luego al punto central de su alocución. Vino a decir que había habido fallos e insuficiencias en el transporte, la administración y la justicia. Hubo un ataque de pasada (sin mencionar nombres) al general Hoepner: «Nadie puede verse privado de sus derechos bien ganados», pero había que saber «que hoy hay sólo deberes». Pidió, por tanto, al Reichstag «la confirmación expresa de que poseo el derecho legítimo a obligar a todos a cumplir con su deber» y el derecho a destituir al que ocupa un cargo sin respetar los «derechos adquiridos». Utilizando el caso Schlitt como ejemplo, lanzó un feroz ataque al sistema judicial. A partir de entonces, dijo, intervendría en casos como aquel y depondría a los jueces «que se muestren claramente incapaces de darse cuenta de cuáles son las exigencias del momento».[83]

En cuanto Hitler terminó de hablar, Göring leyó la «Resolución» (Beschluss) del Reichstag. Esta forma insólita de decreto (una propuesta presentada por el presidente del Reichstag a los miembros de este para su aprobación) había sido sugerida y luego redactada por Lammers a toda velocidad, antes de la sesión, con la finalidad de eludir cualquier problema constitucional que se pudiera plantear, pero también para destacar la concesión oficial por la asamblea popular a Hitler de aquellos poderes de tan largo alcance.[84] De acuerdo con la «resolución», Hitler, en su condición de «caudillo de la nación, comandante supremo de la Wehrmacht, jefe del gobierno y titular supremo del poder ejecutivo, como primer magistrado (oberster Gerichtsherr) y como jefe del partido» (esto último un añadido insertado específicamente por Laminers), estaba facultado, «sin que le vinculasen las disposiciones legales existentes», para deponer de su cargo y castigar a cualquiera, sea cual sea su condición, que no cumpla con su deber, sin respeto a los derechos de pensión y sin ningún procedimiento formal estipulado.[85]

Naturalmente, la «Resolución» fue aprobada por unanimidad.[86] Las últimas hilachas de constitucionalidad quedaban así rotas, Hitler era

ahora la ley.

A muchas personas les sorprendió que Hitler necesitase ampliar sus poderes. Se preguntaban qué habría sido lo que había provocado sus feroces ataques a la administración interna. No tardó en percibirse la decepción que producía el hecho de que palabras tan fuertes no fueran seguidas de acciones inmediatas.[87] Abogados, jueces y funcionarios estaban consternados, como es natural, ante aquel ataque a sus profesiones y a su posición. La causa del ataque era para ellos un misterio. Era evidente, pensaban, que el Führer había sido muy mal informado.[88] Pero las consecuencias resultaban evidentes. Como señaló el jefe de la judicatura en Dresden, con la liquidación total de la autonomía judicial Alemania se había convertido ya en un «auténtico estado de Führer».[89]

Hitler podía hacer caso omiso de las previsibles lamentaciones de jueces y abogados que continuarían a pesar de todo, con pocas excepciones, cumpliendo con todo lo que se les exigía. En una vana tentativa de defender su condición y autoridad, se mostrarían más dispuestos que nunca a hacer lo imposible por dar cabida a toda iniciativa inhumana, minando con ello precisamente lo que albergaban la esperanza de preservar: un estado basado en la soberanía de la ley, aunque fuese dura, y el poder de la judicatura para interpretar e imponer esa ley. A Hitler no le habían abandonado sus instintos populistas. Sectores menos encumbrados de la población se entusiasmaron con este ataque suyo al rango y el privilegio.[90] Esto le había permitido desviar la atención con éxito de cuestiones más fundamentales relacionadas con los fallos del invierno anterior y proporcionar el estimulo que tanta falta hacía para evitar la desmoralización, mediante ataques fáciles a objetivos intrascendentes.

Después de su discurso, Hitler, animado por la euforia del Reichstag, el entusiasmo de las multitudes que se alineaban en las calles en su regreso a la Cancillería del Reich y las felicitaciones aduladoras de su séquito, pudo relajarse, pensar en un descanso en su retiro alpino y repasar sus planes para la gran remodelación de Linz con el fin de convertirla en «la ciudad del Danubio», una metrópoli cultural que eclipsase a Viena.[91]

Para la mayoría del pueblo alemán, sólo la perspectiva de una paz que trajese la victoria final podía evitar a largo plazo la desmoralización. A muchas «almas abatidas», decía un informe del partido sobre el estado de ánimo de la población, sólo les había afectado una parte del discurso del Führer: aquella en que había hablado de los preparativos para la campaña de invierno de 1942-43. «Cuanta más conciencia se tenga en Alemania de la crudeza y la dureza de la lucha en invierno en el este, más fuerte se hace el deseo de que se acabe. Pero ahora el final aún no está a la vista. Como consecuencia son muchas las esposas y las madres que están sufriendo».[92] Las esperanzas despertadas por los éxitos de la ofensiva de verano dejarían paso rápidamente a la desesperación por las calamidades que traerían el otoño y el invierno siguientes.

Capítulo III

Horas después de su discurso del Reichstag, Hitler salió hacia Munich, camino del Berghof y de un encuentro con Mussolini. Al día siguiente, durante la comida en su restaurante preferido de Munich, la Osteria, estuvo animado y comunicativo.[93] Explicó a Hermann Giesler, uno de sus arquitectos preferidos, y a Hermann Esser, su antiguo compañero de armas de los viejos tiempos de las primeras luchas del partido en Munich, sus planes para que trenes expresos de dos pisos corriesen a 200 kilómetros por hora por vías de cuatro metros de anchura entre la Alta Silesia y la cuenca del Donets. Naturalmente, habría problemas para llevar a cabo ese proyecto ferroviario, admitió, pero no había que achicarse por ellos.[94] Dos días después, en un Berghof cubierto de nieve, con Eva Braun actuando como anfitriona, obsequiaba a sus invitados a cenar con quejas sobre la falta de grandes tenores wagnerianos en Alemania y las deficiencias de los directores de

orquesta más destacados, Bruno Walter y Hans Knappertsbusch. Walter, un judío que se había hecho famoso como director de la Opera del estado de Baviera y la Leipziger Gewandhaus y al que los nazis habían obligado a abandonar Alemania en 1933 y a emigrar a América, era una «nulidad absoluta», proclamó Hitler, que había acabado con la orquesta de la Opera estatal de Viena hasta tal punto que ya no era capaz de interpretar más que «música cervecera». Aunque el archirrival de Walter, Knappertsbusch, alto, rubio, de ojos azules, tenía la apariencia de un varón «ario» modelo, escucharle dirigir una ópera era «un castigo» en opinión de Hitler, pues la orquesta ahogaba el canto y el director hacía tales giros que resultaba penoso mirarle. Sólo Wilhelm Furtwängler, que había convertido la Filarmónica de Berlín en una orquesta de una magnificencia tan sobresaliente, uno de los embajadores culturales más importantes del régimen, y un maestro reconocido en la interpretación de los favoritos del propio Hitler, Beethoven, Brahms, Bruckner y Wagner, contó con su aprobación incondicional.[95]

Entre monólogo y monólogo, había tenido «discusiones» con Mussolini en el castillo barroco de Klessheim, que había sido en otros tiempos residencia de los príncipes obispos de Salzburgo, que había sido lujosamente rehabilitado con muebles y alfombras expropiadas en Francia para convertirlo en residencia nazi para invitados y centro de conferencias.[96] El ambiente era cordial. A Ciano le pareció que Hitler estaba cansado y que mostraba huellas de las tensiones del invierno. Se fijó también en que estaba encaneciendo. El objetivo primario de Hitler era transmitir optimismo a Mussolini respecto a la guerra en el este.[97] El mensaje de Ribbentrop a Ciano, en su reunión por separado, fue el mismo: el «talento del Führer» había permitido superar los problemas del invierno ruso; una ofensiva inminente hacia el Cáucaso privaría a Rusia de combustible, pondría fin al conflicto y obligaría a Inglaterra a pactar; las esperanzas que los ingleses habían puesto en los Estados Unidos equivalían a «un fraude colosal».[98]

Las conversaciones continuaron al día siguiente, con los jefes militares ya presentes, en el Berghof. La descripción de Ciano deja claro en qué medida hubo una verdadera discusión: «Hitler habla, habla, habla, habla», sin parar durante una hora y cuarenta minutos. Mussolini,

acostumbrado también a dominar todas las conversaciones, tuvo que soportarlo en silencio, lanzando de cuando en cuando una mirada subrepticia a su reloj. Ciano desconectó y se puso a pensar en otras cosas. Keitel bostezaba y se esforzaba por mantenerse despierto. Jodl no lo consiguió: «Tras una lucha épica», acabó quedándose dormido en el sofá.[99] Mussolini, intimidado como siempre por Hitler, parece ser que quedó satisfecho de las reuniones.[100]

En realidad, no tuvieron resultados concretos. Hitler había empezado, como solía, con una descripción color de rosa de la guerra en el este, dando la impresión de que la Capacidad industrial soviética había caído en picado y que el potencial militar del Ejército Rojo había disminuido también. Sacó la conclusión, característicamente, de que «las cosas no pueden por consiguiente empeorar, sino sólo mejorar».[101] Repitió su suposición de que si Rusia era derrotada se habrían esfumado las esperanzas inglesas, pero pasó luego a indicar los peligros de un desembarco inglés en el occidente de Europa, o en el norte de África. Teniendo en cuenta esta posibilidad, era necesario, urgió, tener una gran prudencia en los tratos con Francia, cuya colaboración era meramente oportunista. En el norte de África había que contar con que las colonias francesas apoyasen una invasión enemiga. Las potencias del Eje tenían por tanto que estar preparadas, subrayó, para apoderarse de la Francia no ocupada en cualquier momento crítico. Hitler no mostró mucho entusiasmo con los planes italianos de un ataque inicial a Malta. Para él la prioridad en el Mediterráneo era proporcionar el limitado apoyo que pudiese a la inminente ofensiva de Rommel en el norte de África, que no tardaría en iniciarse. Eso tenía que preceder al ataque a Malta.[102] Pero su atención estaba fija en el este. Allí era donde se decidiría la guerra en tierra, proclamó.[103]

De vuelta en el Berghof después de que partiese el grupo italiano, Hitler explicó a sus comensales a la hora comer lo mucho que le había impresionado la espaciosa rehabilitación que había hecho Hermann Giesler de Klessheim. Los arquitectos tenían que incorporar «ideas generosas» sobre la amplitud de espacios en la planificación urbana de Alemania. Podrían evitarse asi los complejos habitacionales sin orden ni concierto de Zwickau, Gelsenkirchen, Bitterfeld y otras poblaciones «sin

ninguna cultura». «Era, por tanto, su decisión firme—parece ser que dijo—procurar que llegue un poco de cultura incluso a las poblaciones más pequeñas y que como consecuencia la apariencia de nuestras poblaciones vaya alcanzando un nivel cada vez más alto».[104]

Una semana más tarde, el 8 de mayo, la Wehrmacht inició la ofensiva de primavera que tenía programada. Los primeros objetivos del 11° Ejército de Manstein, tal como establecía la directriz de Hitler del 5 de abril, eran la península de Kerch y Sebastopol en Crimea.[105] La directriz establecía como el principal objetivo de la ofensiva de verano, cuyo nombre en clave era «Azul», el avance hacia el Cáucaso, para apoderarse de los yacimientos de petróleo y ocupar los puertos de montaña que daban acceso al golfo Pérsico. Eliminar la base de la economía bélica soviética y destruir el resto de sus fuerzas militares (que se consideraban catastróficamente debilitadas por el invierno) traería, se suponía, la victoria en el este. Allí, había ratificado Hitler al planear las operaciones del verano, se decidiría la guerra.[106] El factor clave no era ya el «espacio vital» sino el petróleo. «Si no consiguiese el petróleo de Maykop y de Grozny—confesó Hitler—tendría que poner fin (liquidieren) a esta guerra».[107]

Los altos mandos de la Wehrmacht y del ejército no discutieron la prioridad estratégica. No tenían, de todos modos, ninguna alternativa mejor que recomendar. Y el que no hubiese una estructura de mando coordinada significaba, como antes, competir por la aprobación de Hitler… una versión castrense de «trabajar en la dirección del Führer».[108] No se trataba de que Hitler impusiese un diktat a sus jefes militares. Halder, pese a que sabía perfectamente lo graves que eran las bajas alemanas, respaldó sin objeciones la decisión de emprender una ofensiva total para destruir las bases de la economía soviética.[109] La directriz de abril para «Azul» llevaba claramente su huella.[110] Y los planificadores operativos, a pesar de la magnitud del error de cálculo en que habían incurrido el año anterior, informados por unos servicios secretos muy deficientes, lejos de trabajar sobre la base de «en el peor de los casos», respaldaron el optimismo respecto a la debilidad económica y militar de la Unión Soviética.[111]

Fuesen cuales fuesen las suposiciones sobre las pérdidas soviéticas

(de las que el servicio secreto alemán seguía lastimosamente poco informado) el potencia] de la propia Wehrmacht se había debilitado drásticamente, como sabía muy bien Halder. Aproximadamente un millón de los 3,2 millones de hombres que habían atacado la Unión Soviética el 22 de junio de 1941 estaban por entonces muertos, prisioneros o desaparecidos.[112] A finales de marzo, sólo el 5 por 100 de las divisiones del ejército se hallaban en condiciones plenamente operativas.[113] Las cifras que Halder dio a Hitler el 21 de abril eran absolutamente escalofriantes. Se habían perdido desde el otoño unos 900. 000 hombres, y sólo habían sido reemplazados en un 50 por 100 (con la llamada a filas de todos los jóvenes de veinte años disponibles y con una merma grave de la mano de obra en Alemania). Sólo se había repuesto el 10 por 100 de los vehículos perdidos (aunque la mayoría de las pérdidas de vehículos de oruga pudieron cubrirse). Las pérdidas de armamento fueron también enormes. A principios de la ofensiva de primavera, hacían falta en el frente del este unos 625. 000 hombres más.[114] Con carencias tan enormes, todo se volcó en reforzar la ofensiva del sur de la Unión Soviética. De las 68 divisiones concentradas en esa parte del frente, 48 habían sido reconstituidas completamente y 17, por lo menos, parcialmente.[115]

El Ejército Rojo, debido a los deficientes servicios secretos soviéticos, tampoco estaba preparado esta vez para el ataque alemán cuando se produjo.[116] El 19 de mayo la ofensiva de Kerch estaba básicamente concluida, con la captura de 150.000 prisioneros y un cuantioso botín. Se había rechazado con éxito, aunque con dificultad, un fuerte contraataque en Járkov.[117] A finales de mayo, la batalla de Járkov había terminado también con una notable victoria, con tres ejércitos soviéticos destruidos, unos 200. 000 prisioneros y un inmenso botín.[118] Esto se debió en no pequeña medida a que Hitler, plenamente respaldado por Halder, se negó a permitir al mariscal de campo Bock, comandante del grupo de ejército del sur, interrumpir la ofensiva planeada y adoptar una posición defensiva.[119]

Hitler tenía razones para sentirse satisfecho la tarde del 23 de mayo, en que habló durante dos horas a puerta cerrada en la Cancillería del Reich a los

Reichsleiter y los Gauleiter. Había ido a Berlín al funeral de Carl Röver, Gauleiter de Weser-Ems, que se había celebrado el día anterior.[120] Después de un periodo difícil, también en el frente interior, no podía, evidentemente, desperdiciar la oportunidad de reforzar la solidaridad y la lealtad de sus incondicionales veteranos del partido, un sector vital de su base de poder. Y en esa compañía, se mostré dispuesto a hablar con cierta franqueza sobre sus objetivos.

Uno de ellos era el propio trabajo del partido. La muerte de un camarada tan valioso como Rover era una indicación de que había que cultivar a los sucesores a los puestos dirigentes del partido de su generación, que tenían por entonces entre 45 y 60 años (el Gauleiter fallecido había nacido en 1889). Pero éstos no serían capaces de afrontar problemas que la «comunidad jurada» de la cúpula dirigente original del partido había eludido. Se trataba de su obsesión habitual con el paso del tiempo y la muerte. Ellos habían estado destinados (ausersehen) a resolver los problemas que la revolución nacionalsocialista había situado en primer plano. No se debía postergar nada. Había que resolver definitivamente esos problemas, por muy dificultosos que parecieran. El mismo tenía la esperanza de sobrevivir a la guerra. Estaba convencido de que sólo él sería capaz de superar las dificultades que el conflicto planteaba.[121]

Pasó luego a la guerra en el este. Describió la crisis del invierno, fustigando los fallos de los jefes de la Wehrmacht, los organizadores del transporte, la judicatura y el funcionariado.[122] La intervención japonesa había sido una bendición, en un momento en que Alemania se estaba enfrentando a la catástrofe. Algunos jefes del ejército habían perdido el ánimo en esa situación.

El solo (este era el meollo de los comentarios), gracias a su rechazo inflexible de las peticiones de retirada, impidió «un desastre napoleónico».[123] Elogió la actuación de las Waffen-SS en el este, y del partido como la columna vertebral del frente interior, el contrapeso de las dudas y del pesimismo.[124] Estaba decidido a destruir las iglesias cristianas después de la guerra por su conducta «insidiosa» durante el invierno, dijo, haciéndose eco de las diversas quejas que le habían transmitido Goebbels y los otros Gauleiter.[125] Nunca se produciría una

revolución contra el régimen, proclamó, si se ajustaban las cuentas a tiempo a los elementos rebeldes. El había dado órdenes expresas a Himmler de que si se corriese peligro de que el Reich «se hundiese en el caos», debía «fusilar a los delincuentes de todos los campos de concentración».[126]

Hitler dijo que reconocía que Stalin era un «hombre de talla que se elevaba por encima de los personajes democráticos de las potencias anglosajonas». Él sabía, naturalmente, según reseña Goebbels, «que Jos judíos están decididos a conseguir que, sean cuales sean las circunstancias, la guerra acabe con su triunfo, ya que saben que la derrota significa para ellos también la Liquidación personal». Era una visión más franca de su «profecía», a la que vinculaba en esta ocasión inconfundible y explícitamente, en la interpretación que hacía Goebbels de lo quería decir, con la liquidación física de los judíos.[127]

Hitler destacó que la guerra del este no era comparable a ninguna guerra del pasado. No era una simple cuestión de victoria o derrota, sino de «triunfo o destrucción (Triumph oder Untergang)». Conocía perfectamente la enorme capacidad del programa de armamento estadounidense, pero la escala de producción de que hablaba Roosevelt «no podía ser cierta de ninguna manera». Y él tenía buena información sobre la escala de la construcción naval japonesa. Creía que la marina estadounidense sufriría graves pérdidas cuando se enfrentase a la flota japonesa.[128] Adoptó el punto de vista de «que hemos ganado La guerra en el invierno pasado». Ahora se hacían preparativos para lanzar una ofensiva en el sur de la Unión Soviética dirigida a cortar los suministros de petróleo del enemigo. Estaba decidido a acabar con los soviéticos en el próximo verano.[129]

Miraba hacia el futuro. Su visión era muy familiar para los que habían sido invitados suyos a comer o a cenar en la «Guarida del Lobo». Fue franco respecto a sus objetivos imperialistas. El Tercer Reich ampliaría enormemente su territorio hacia el este para obtener carbón, trigo, petróleo y, sobre todo, seguridad nacional. También en el oeste tendría que reforzarse el Reich. Tendría que ser «a costa de los franceses», pero se trataba en ese caso de una cuestión estratégica, no étnica. «Debemos resolver las cuestiones étnicas (völkischen) en el este».

En cuanto estuviese en manos alemanas el territorio necesario para la consolidación de Europa, tenía el propósito de construir una fortificación gigantesca, como el limes de la época romana, para separar Asia de Europa. Continuó luego con su visión de un territorio poblado por campesinos-soldados, que constituirían una población de 250 millones en setenta u ochenta años. Entonces Alemania estaría segura frente a cualquier amenaza futura. No habría ya ningún problema, aseguró, para preservar el carácter étnico alemán (völkisch) de los territorios conquistados. «Ese sería también el sentido concreto de esta guerra. Pues el gran sacrificio de sangre sólo podría estar justificado si futuras generaciones consiguiesen con él la bendición de los trigales ondulantes». Aunque estuviese bien adquirir unas cuantas colonias para proveerse de caucho o café, «nuestro territorio colonial está en el este. Hay que conseguir tierra negra fértil y hierro, las bases de nuestra prosperidad futura». Concluyó su visión del futuro con una vaguísima noción de lo que entendía él por una revolución social. El Movimiento nacionalsocialista, dijo, tenía que asegurarse de que la guerra no acabase con una victoria capitalista, sino con, una victoria del pueblo. Había que edificar una sociedad nueva después de la victoria, una sociedad que se apoyase no en el dinero, la condición o el apellido, sino en el valor y en la fortaleza de carácter (Bewährung). Estaba seguro de que la victoria sería para Alemania. Una vez estuviese resuelto el «asunto del este» (se debía esperar que fuese en el verano) «entonces tenemos prácticamente ganada la guerra. En ese momento estaremos ya en condiciones de emprender una guerra pirata contra las potencias anglosajonas, que no serán capaces de soportar a largo plazo».[130]

Poco más de una semana después, Hitler estaba de nuevo en Berlin, esta vez para dirigirse a unos diez mil jóvenes oficiales en el Sportpalast el 30 de mayo. Adoptó, como es natural, un tono diferente, pero ofreció en esencia las mismas imágenes del espectro atroz de una victoria bolchevique y el poder y la prosperidad que proporcionaría la conquista imperialista. Kerch y Járkov no eran, les dijo, más que el «preludio» de lo que habría de seguir en el verano. Alemania vencería, y debía vencer, les dijo. Si llegase a vencer el enemigo, entonces «nuestro pueblo alemán sería exterminado (ausgerottet). Se implantaría en Europa la barbarie

asiática. La mujer alemana sería un blanco legítimo para aquellas bestias. La intelectualidad sería exterminada y aniquilada (vernichtet)». Por otra parte, la victoria del Reich y la «adquisición de «espacio vital», daría a las futuras generaciones trigo, hierro, carbón, petróleo, lino, caucho y madera en abundancia.[131]

Hitler había estado muy animado cuando le había visto Goebbels a la hora de comer en la Cancillería del Reich el día antes de que pronunciase el discurso de los oficiales. C0n el avance hacia el Cáucaso, explicó a su ministro de propaganda, «estaremos apretando al sistema soviético en la nuez, como si dijésemos».[132] El creía que las nuevas pérdidas soviéticas de Kerch y de Járkov eran irreparables; Stalin estaba agotando ya sus recursos; había problemas importantes con el suministro de alimentos en la Unión Soviética; cundía el desánimo.[133] Explicó también que tenía planes concretos para la ampliación de las fronteras del Reich también en el oeste. Consideraba muy natural que Bélgica, con sus antiguas provincias germánicas de Flandes y Brabante, se convirtiese en Reichsgaue alemanas. Y Holanda lo mismo, pese a las ideas del dirigente nacionalsocialista holandés Anton Müssert.[134]

Dos días antes, el 27 de mayo, uno de los secuaces más importantes de Hitler, Reinhard Heydrich, jefe de la policía de seguridad y desde el otoño anterior Protector Delegado de Bohemia y Moravia, había resultado mortalmente herido en una tentativa de asesinato obra de patriotas checos exiliados que habían sido transportados en avión desde Londres, con la ayuda del departamento de guerra subversiva inglés, el Ejecutivo de Operaciones Especiales (SOE), y se habían lanzado en paracaídas en las cercanías de Praga. Heydrich había descuidado la seguridad. Esa mañana abandonó su residencia palaciega de Panenske Brezany, a unos veinte kilómetros de Praga, para dirigirse a su cuartel general del castillo de Hradcany, en la capital, en un Mercedes abierto, sólo con el chófer, sin escolta. Hacía siempre la misma ruta. Los dos asesinos y su camarada encargado de vigilar habían estado observándole durante un tiempo. Esa mañana había salido un poco tarde. Poco después de las 10: 30 el que estaba vigilando hizo con un espejo la señal convenida, que indicaba que se estaba acercando el coche a la curva cerrada en que se vería obligado a reducir la velocidad, que era donde se

iba a realizar el atentado. Cuando el coche aminoró la marcha, el primer agente checo, Josef Gabcik, salió a la carretera, sacó una metralleta de debajo del abrigo y apretó el gatillo. El arma se encasquilló, pero el compañero de Gabcik, Jan Kubis, corrió hacia el coche y le lanzó la granada que llevaba. La bomba dio en la rueda de atrás y explotó. Heydrich, herido por la explosión, intentó perseguir a su atacante, pero acabó desplomándose. Kubis, herido también por la explosión, escapó en una bicicleta. Gabcik desapareció en un tranvía lleno de gente después de herir al chófer de Heydrich en ambas piernas. El que había hecho de centinela se fue tranquilamente andando. Junto al Mercedes destrozado yacía mortalmente herido uno de los hombres más poderosos del Reich de Hitler.[135]

Hitler siempre fue partidario de las represalias brutales. No podía haber ninguna duda de que el ataque contra uno de los representantes claves de su poder provocaría una reacción feroz.

A los asesinos les traicionó, por una cuantiosa recompensa, otro agente del SOE checo. Las SS acabaron localizándoles y se suicidaron tras un enfrentamiento a tiros. Sin embargo, sus muertes contribuyeron poco a aplacar la sed de sangre nazi. Para saciarla, fueron detenidos y ejecutados por las SS unos trescientos checos, doscientos de ellos mujeres. El 10 de junio se destruiría toda la aldea de Lidice (el nombre se le había encontrado a un agente de la SOE checo detenido con anterioridad), se fusiló a sus habitantes varones, las mujeres fueron enviadas al campo de concentración de Ravensbrück y los niños fueron evacuados.[136]

Hitler se hallaba en un estado de ánimo propicio para que Goebbels sacase una vez más a colación el asunto de la deportación de los judíos que quedaban en Berlín. La participación de una serie de jóvenes judíos (relacionados con un grupo de la resistencia con vinculaciones comunistas dirigido por Herbert Baum) en un intento de incendio intencionado en la exposición antibolchevique «El paraíso soviético» en el Lustgarden de Berlín el 18 de marzo, permitió al ministro de propaganda insistir en los riesgos de seguridad que significaba el hecho de que los aproximadamente 40.ooo judíos que aún seguían en la capital del Reich no fuesen deportados.[137] El había estado haciendo todo lo

posible, había escrito en su diario el día anterior, para que fuesen «facturados para el este» el mayor numero posible de judíos de su zona.[138] Y pedía ahora «una política judía más radical» y, decía, «el Führer está muy dispuesto a ello», ya que le había dicho a Speer que procurase sustituir lo antes posible a los judíos de la industria de armamento por «trabajadores extranjeros».[139]

Se pasó luego a considerar los peligros de una posible revuelta interna en el caso de una situación crítica en la guerra, algo que Hitler había mencionado en su discurso a los Gauleiter de unos días antes.[140] Si se agudizaba el peligro, repitió ahora, las prisiones «se vaciarían mediante liquidaciones» para evitar la posibilidad de que se abrieran las puertas para dejar suelta entre el pueblo a la «turba rebelde».[141] Pero, a diferencia de 1917 no había nada que temer de los trabajadores alemanes, aseguró Hitler. Todos ellos deseaban la victoria. Eran los que más podían perder con la derrota y no pensarían en apuñalarle por la espalda. «Los alemanes sólo participan en movimientos subversivos cuando les arrastran a ello con engaños los judíos», dijo Hitler, en versión de Goebbels. «Así que hay que liquidar el peligro judío, cueste lo que cueste». La civilización de la Europa occidental sólo proporcionaba una fachada de asimilación. Al volver al gueto, los judíos volvían en seguida al tipo original. Pero había entre ellos elementos que actuaban «con peligrosa brutalidad y sed de venganza (Rachsucht)». «Por tanto—reseñaba Goebbels—el Führer no es nada partidario de enviar a los judíos a Siberia.

Allí, en condiciones de vida durísimas, volverían a constituir un elemento vigoroso. Preferiría mucho más que se reinstalaran en África central. Allí vivirían en un clima que era seguro que no les haría fuertes y capaces de resistencia. En realidad, el objetivo del Führer es dejar la Europa occidental completamente libre de judíos. No pueden tener ya ningún hogar aquí».[142]

¿Significaban esos comentarios que Hitler no se daba cuenta de que la «solución final» estaba en marcha, que los judíos habían sido asesinados a miles ya en Rusia y que estaban siéndolo por entonces con gas venenoso en centros industriales de asesinato en masa que estaban funcionando ya en Chelmno, Belzec, Sobibor y Auschwitz-Birkenau (y

que no tardarían en estarlo en Treblinka y Maidanek)? Eso parece inconcebible, aunque no tuviese por qué estar informado detalladamente de lo que estaba pasando, ni de los nombres de los campos de exterminio, en realidad. Como hemos dicho ya, se había pedido que se enviasen a Hitler informes de las matanzas de los Einsatzgruppen en la URSS de modo regular. En diciembre de 1941, le había dicho explícitamente a Himmler que los judíos (refiriéndose, es cierto, a los del este) tenían que ser «exterminados como guerrilleros». Y en marzo de 1942 Goebbels se había remitido a Hitler como la inspiración de la «solución más radical» de la «cuestión judía», al hablar de la liquidación de los judíos de la zona de Lublin.

El 9 de abril de 1942, en un momento en que las deportaciones de los países de Europa occidental a las cámaras de gas de Polonia estaban también en marcha, Hans Frank dijo a sus subordinados del Gobierno General que las órdenes para la liquidación de los judíos procedían «de la autoridad superior».[143] El propio Himmler habría de asegurar explícitamente el 28 de julio de 1942, en una carta interna, considerada alto secreto, dirigida al SS-Obergruppenführer Gottlob Berger, jefe de la oficina principal de las SS, que él estaba actuando explícitamente bajo la autoridad de Hitler: «Los territorios ocupados del este están siendo liberados de judíos. El Führer ha cargado sobre mis hombros la tarea de hacer que se cumpla esta orden tan difícil».[144]

No podemos saber cuánto detalle pidió Hitler ni cuánto se le dio. Sin embargo, un indicio al menos de que estaba informado de la matanza de un enorme número de judíos lo proporciona un informe que Himmler había hecho redactar para él a finales de 1942, en el que había estadísticas sobre judíos «ejecutados» en el sur de Rusia por supuestas relaciones con la actividad «bandolera». Hitler había ordenado a mediados de diciembre que se combatiese a las «bandas» de guerrilleros «con los medios más brutales (mit den allerbrutalsten Mitteln)», medios que había que utilizar también contra las mujeres y los niños, y Himmler le había presentado estadísticas del sur de Rusia y de Ucrania sobre el número de «bandidos» liquidados en los tres meses de septiembre, octubre y noviembre de 1942. Las cifras de los que habían ayudado a las «bandas» o que se sospechaba que estaban relacionados con ellas

incluían 363. 211 «judíos ejecutados». La relación con la actividad subversiva era una farsa evidente. Los otros «ejecutados» por la misma razón eran en total «sólo» 14. 257.[145]

Cuatro meses después de esto, en abril de 1943, Himmler envió a Hitler un informe estadístico abreviado sobre «la solución final de la cuestión judía». Sabiendo como sabía que en el entorno de Hitler era tabú la mención explícita de la matanza en masa de los judíos, Himmler había presentado el informe estadístico en un lenguaje camuflado. Había que mantener la ficción. Himmler ordenó que en la versión abreviada que debía enviarse a Hitler se eliminase la expresión «tratamiento especial» (que era ya un eufemismo de matar). Su estadístico, el doctor Richard Korherr, recibió orden de referirse sólo al «transporte de judíos». Había una alusión a que los judíos estaban siendo «canalizados» a través de campos no identificados. La técnica de camuflaje verbal se utilizaba allí con una finalidad específica. Hitler comprendería lo que significaba y reconocería el «mérito» del Reichsführer-SS.[146]

Cuando durante la comida del 29 de mayo de 1942 les habló a Goebbels y a los otros imitados en la mesa de que era preferible «evacuar» a los judíos al África central, Hitler estaba manteniendo la ficción, que tenía que mantenerse hasta en el «círculo de su corte», de que se estaba reasentando a los judíos y poniéndolos a trabajar en el este.[147] El propio Goebbels, en la entrada correspondiente de su diario, continuaba con la ficción, aunque supiese perfectamente (como indica una entrada anterior explícita de su diario) lo que Les estaba pasando a los judíos en Polonia.[148] Hitler, como ya indicamos en el capítulo anterior, había hablado a principios de 1941 de deportar a los judíos al este. El Plan Madagascar había sido abandonado por entonces hacía ya algún tiempo, si es que alguna vez lo había tomado en serio. En septiembre de 1941 había autorizado la deportación de los judíos al este. Hablar ahora de enviar a los judíos al África central, cuando sólo quince días antes había vuelto a indicar el escaso interés que sentía por las colonias ultramarinas y cuando, dadas las circunstancias, no había la menor posibilidad de conseguir territorio allí, equivalía simplemente a una hoja de parra para tapar lo que sabía que estaba sucediendo en realidad.[149] Hitler había interiorizado ya su autorización de la matanza

de los judíos. Era característico de su forma de tratar con la «solución final» bien el hecho de que hablase de ella repitiendo lo que sabía que hacía mucho que había dejado de suceder, o bien que aludiese al traslado de los judíos de Europa (a menudo en el marco de su «profecía») en algún momento lejano del futuro.

La preocupación de Hitler por mantener el secreto seguía siendo grande. En ninguna parte hay una indicación explícita, incluso en discusiones con ayudantes o secretarías, de que supiese del exterminio de los judíos.[150] El tema probablemente no se mencionase, si es que se mencionaba, más que en privado a Himmler y en términos generales (como en su discusión del 18 de diciembre de 1941), y por lo demás se insinuaba oscuramente en comentarios camuflados, cuyo significado estaba perfectamente claro para los que sabían lo que estaba pasando. Himmler adoptó la misma estrategia.[151]

¿Por qué estaba Hitler tan deseoso de mantener la ficción del reasentamiento y ocultaba el «terrible secreto» incluso a los miembros de su círculo íntimo? Una explicación parcial hay que buscarla sin duda en la fuerte tendencia personal de Hitler al secretismo extremo, que convirtió en una forma general de gobernar, tal como se establece en su «Orden básica» de enero de 1940, en la que se dice que la información sólo debería ser accesible cuando hubiese «necesidad de saber».[152] El conocimiento del exterminio podía proporcionar al enemigo un regalo propagandístico, e incluso provocar agitación y problemas internos en los territorios ocupados, sobre todo en la Europa occidental.[153] Y por lo que se refiere a la opinión pública del propio Reich, la cúpula dirigente nazi creía que el pueblo alemán no estaba preparado para la enorme crueldad del exterminio de los judíos.[154] Hitler coincidió con Rosenberg a mediados de diciembre de 1941, inmediatamente después de la declaración de guerra a los Estados Unidos, en que no sería apropiado hablar de exterminio en público.[155] A finales de 1942, Bormann estaba deseoso de acallar los rumores que circulaban sobre la «solución final» en el este.[156] Himmler aludiría a ello más tarde, hablando para los jefes de las SS, como «una página gloriosa de nuestra historia que nunca se escribirá».[157] Era, evidentemente, un secreto que había que llevarse a la tumba.

En las declaraciones públicas en que hacía referencia a su «profecía» de 1939, Hitler podía ya alegar el derecho a un lugar en «el glorioso secreto de nuestra historia» mientras seguía distanciándose de las sórdidas y horrorosas realidades de la matanza en masa.[158] Además de eso, otra razón para el secreto era que Hitler no quería ninguna intromisión burocrática o jurídica. Ya había tenido experiencia de eso en la «acción de eutanasia», en que bastaba con su autorización escrita única, y los problemas que surgieron posteriormente. Sus diatribas contra la burocracia y el sistema judicial de la primavera de 1942 eran un indicio más de lo sensible que era a esa intromisión. Para evitar inconvenientes de tipo legal, Himmler se negó explícitamente en el verano de 1942 a considerar las propuestas para definir a «un judío».[159]

Pero es probable que hubiese además en el secretismo obsesivo de Hitler respecto al destino de los judíos un sustrato psicológico profundo. El Tercer Reich era poderoso, pero quizás no lo fuese aún, así debía razonar su mente deformada, tanto como el poder de los judíos, la «conspiración mundial» en la que todavía creía firmemente. No disponía aún de ningún medio de enfrentarse a los judíos, que creía que eran quienes estaban detrás de la guerra con Inglaterra y, sobre todo, con los Estados Unidos. A pesar de su optimismo público, aparece de cuando en cuando la insinuación velada de que albergaba el pensamiento, en la oscuridad de sus noches de insomnio, de que podría perder la guerra, de que sus enemigos podían acabar imponiéndose.[160] Algunos alemanes ordinarios que se tragaban la propaganda nazi manifestaban en mitad de la guerra, poniendo al descubierto sus prejuicios arraigados, una preocupación por la «Venganza de los judíos» si Alemania acababa derrotada en su lucha.[161] Resulta difícil aceptar el que Hitler no albergase también esa preocupación en los recovecos de su mente. Ocultar que él estaba al tanto de la «solución final», hasta a sus colaboradores íntimos, garantizaría que esa información no pudiese llegar a sus archienemigos.

Capítulo IV

A Manstein no le resultó tan fácil tomar Sebastopol y eso paralizó hasta finales de junio el inicio de «Operación Azul» (el avance hacia el Cáucaso).[162] Pero Hitler no tenía por qué dudar en ese momento de que la guerra iba bien. En el Atlántico, los submarinos habían actuado con un éxito sin precedentes. En los seis primeros meses de 1942, habían hundido casi un tercio más de tonelaje naval que durante todo 1941, y se habían perdido además muchos menos submarinos en el proceso.[163] Y la noche del 21 de junio llegó la asombrosa noticia de que Rommel había tomado Tobruck. Mediante brillantes maniobras tácticas, había conseguido burlar durante las tres semanas anteriores al 8° ejército británico, torpemente dirigido y pobremente equipado, y había logrado infligir luego una importante derrota al bando aliado apoderándose del bastión de Tobruk, en la costa libia, y capturando 33. 000 prisioneros aliados (muchos de ellos sudÁfricanos) y una inmensa cantidad de botín.[164] Era una victoria alemana espectacular y un desastre para los ingleses. Se abría de par en par la puerta para el dominio alemán do Egipto. Se divisaba de pronto el panorama deslumbrante de una enorme pinza con las tropas de Rommel avanzando hacia el este y el ejército del Cáucaso bajando por Oriente Medio y uniéndose para acabar con la presencia británica en esa región crucial.[165] Hitler, entusiasmado, ascendió inmediatamente a Rommel a mariscal de campo. Los italianos tenían la esperanza de que los alemanes les apoyasen en la invasión de Malta, pero esta operación se aplazó y Hitler respaldó en su lugar los planes de Rommel para avanzar hasta el Nilo. Pocos días después las tropas alemanas estaban a una distancia sorprendente de Alejandría.[166]

Una nube sombría en un horizonte por lo demás claro y despejado era, no obstante, el daño causado en las ciudades del oeste de Alemania por los bombardeos ingleses. El 30 de mayo, Hitler había dicho que no daba demasiada importancia a las amenazas de importantes ataques de las fuerzas aéreas inglesas. Se habían tomado precauciones, según él. La Luftwaffe tenía tantas escuadrillas estacionadas en el oeste del país que se respondería por partida doble a los ataques aéreos.[167] Esa misma

noche el centro de la ciudad de Colonia fue devastado por el primer ataque con mil bombarderos. La Luftwaffe aseguró que en el ataque sólo habían participado 70 bombarderos ingleses y que habían sido derribados 44, pero hasta la cúpula dirigente nazi consideró esto absurdo. Hitler dio más crédito a los informes, más realistas, de la oficina regional del partido de Colonia0 Hasta el propio Goebbels había telefoneado al cuartel general del Führer y había hablado de que cálculaba que habían participado en el ataque de 250 a 300 bombarderos.[168] Hitler se puso furioso por el fracaso de la Luftwaffe, que había sido incapaz de defender el Reich y culpó personalmente a Göring por haber descuidado la construcción de una defensa antiaérea suficiente.[169]

Hitler y su séquito estaban muy contentos a principios de junio con la situación militar, pese al bombardeo de Colonia. El primer día del mes Hitler voló en su «Aparato del Führer» (un Focke-wulff de sencillo interior y pocas características especiales, aparte de un escritorio delante de su asiento) a Poltava, al cuartel general del grupo de ejército del sur, para estudiar con el mariscal de campo Bock el cronometraje y la táctica de la próxima ofensiva. Cuando accedió a propuesta de Bock a aplazar el inicio de «Operación Azul» unos días para sacar el máximo partido de la victoria de Járkov acabando con las fuerzas soviéticas de las zonas adyacentes, estaban presentes todos los comandantes, además de Manstein. Hitler informó a los comandantes de que el resultado de «Azul» sería decisivo en la guerra.[170] Cuando regresó a la «Guarida del Lobo» contó a sus comensales durante la comida del día siguiente que el número de mujeres rubias de ojos azules que había visto en Poltava había trastocado un tanto sus ideas raciales.[171] Le había dejado atónito lo bien alimentada y bien vestida que estaba la gente de la zona. Allí no se podía hablar de hambre.[172]

El 4 de junio Hitler hizo una visita sorpresa (había sido preparada el día anterior) a Finlandia. Oficialmente, la visita tenía como motivo la celebración del 75 cumpleaños del héroe militar finés mariscal de campo barón Carl Gustaf von Mannerheim, comandante supremo de las fuerzas armadas finlandesas. Podemos imaginar lo contento que debía de estar Mannerheim de que Hitler se apropiase de su fiesta de cumpleaños. Pero

los finlandeses no tenía mucha opción al respecto. Pese a que se sentían cada vez más incómodos por su alianza con Alemania, alianza que habían establecido antes de

«Barbarroja» con la esperanza de una victoria amplia y rápida de la Wehrmacht,[173] no disponían de ninguna alternativa a la tutela alemana. En cuanto a Hitler, el hecho de que fuese la única vez que viajaba a una zona que no estaba bajo control alemán directo, aparte de una serie de viajes a Italia y de sus entrevistas en el sur de Francia con Pétain y Franco en 1940, nos puede dar una idea de la significación que asignaba a la reunión.[174]

El objetivo de la visita informal era reforzar la solidaridad finlandesa con Alemania insistiendo con Mannerheim (un veterano en la lucha contra el Ejército Rojo) en la inmensidad de la amenaza del bolchevismo. Se advertiría al mismo tiempo a los finlandeses contra cualquier posible consideración de un abandono de la «protección» alemana y de efectuar sondeos para una aproximación a la Unión Soviética. Además, la visita atajaría cualquier posible vinculación de Finlandia con los aliados occidentales.[175]

La entrevista se celebró en el tren especial de Mannerheim en medio de los bosques cerca del aeropuerto de Immola.[176] Después del ceremonial (Hitler impuso a Mannerheim la «Gran Cruz de Oro de la Orden Alemana del Aguila») hubo una comida. Luego los principales participantes se retiraron para una reunión confidencial. Durante una hora y media Hitler expuso su habitual informe sobre la guerra a un pequeño auditorio casi completamente silencioso formado por Mannerheim, el presidente del estado Risto Ryti y Keitel. En los primeros once minutos grabados (la única grabación de comentarios políticos de Hitler hecha sin que él lo supiese que se conserva) su acento austríaco, despojado del tono gutural y autoritario habitual, ayudó a que su retórica resultara más animada e intensa de lo que pudiera dar a entender un resumen escrito.[177] Su principal objetivo era destacar el creciente peligro que constituía la Unión Soviética (mucho mayor incluso de lo que se había imaginado al principio de «Barbarroja») y el carácter inevitable del conflicto. Subrayó la coherencia de la política alemana.[178] Se atuvo, por supuesto, a la versión de que Alemania se

había visto obligada a actuar mediante una guerra preventiva para atajar una agresión soviética inminente.[179] El monólogo de Hitler hasta entonces venía a ser sólo una amplia panorámica de la guerra. No tenía ninguna intención de entrar en un análisis de planes militares futuros. No mencionó ni una sola vez, por ejemplo, la ofensiva prevista. De hecho, no se informaría de ella a los finlandeses hasta un día antes de que se iniciase, durante la visita que Mannerheim hizo a Alemania para corresponder a la que había realizado Hitler.[180]

La reunión no produjo resultados concretos. No era ese su objetivo. Hitler estaba convencido por entonces de que podía contar con el apoyo de los finlandeses. Quedó satisfecho de la visita.[181] Los finlandeses, por su parte, mantenían unas relaciones superficialmente buenas con Alemania, mientras observaban atentamente los acontecimientos. El curso de la guerra en los seis meses siguientes les transmitió su propio mensaje claro de que debían empezar a buscar lealtades alternativas.[182]

Mientras Hitler viajaba a Finlandia, llegó de Praga la noticia de que Reinhard Heydrich había muerto de las heridas que había sufrido en el atentado del 27 de mayo.[183] Hitler, de regreso ya en su cuartel general, atribuyó a «estupidez o imbecilidad pura (reinen Stumpfsinn)» el que «un hombre tan insustituible como Heydrich hubiese de exponerse al peligro» de los asesinos, viajando en un coche descapotable sin la escolta correspondiente e insistió en que los dirigentes nazis se atuvieran a las medidas de seguridad adecuadas.[184] Hitler estaba caviloso en el funeral oficial que se celebró en Berlín el 9 de junio. Hacía tan poco tiempo de la muerte de Todt que tenía la sensación de que los dirigentes del partido y del estado sólo se reunían para los funerales oficiales, lo que no se alejaba mucho, ciertamente, de la verdad.[185] A última hora del día estuvo con Goebbels recordando los viejos tiempos del partido, lo difícil que había sido alquilar un local en Munich, los problemas para llenar el Circus Krone, su alivio cuando había hablado por primera vez en el Sportpalast a un público que ni fumaba ni bebía y que prestaba atención. «El Führer se siente muy feliz con esos recuerdos—comentaba Goebbels—. Vive del pasado, que le parece como un paraíso perdido».[186]

Capítulo V

La «Operación Azul», la gran ofensiva del verano en el sur, empezó el 28 de junio.[187] Una semana antes, se había estrellado por detrás de las líneas enemigas un avión alemán que llevaba planes operativos para «Azul».[188] Stalin pensó que era desinformación deliberada y no hizo caso, ni tampoco de las advertencias de Inglaterra.[189] La ofensiva, en la que intervinieron cinco ejércitos en dos grupos contra la parte más débil del frente soviético, entre Kursk al norte y Taganrog en el mar de Azov al sur, pudo valerse (como «Barbarroja» el año anterior) del factor sorpresa para lograr unos éxitos espectaculares al principio.[190] El 1 julio, por otra parte, caía por fin Sebastopol, y tras ello se produjo el ascenso inmediato de Manstein a mariscal de campo.[191]

Después de la ruptura inicial de las líneas rusas, el rápido avance sobre Voronezh terminó con la conquista de la ciudad el 6 de julio. Sin embargo, esto trajo consigo el primer enfrentamiento de la campaña entre Hitler y sus generales. Voronezh era en sí un objetivo sin importancia, pero un contraataque soviético había inmovilizado en la ciudad dos divisiones acorazadas durante dos días. Esto hizo más lento el avance hacia el sureste a lo largo del Don y permitió escapar a las fuerzas enemigas. Hitler se indignó al ver que Bock no había seguido sus instrucciones de que el avance de las divisiones acorazadas debía continuar sin detenerse hasta ti Volga para conseguir la máxima destrucción de las fuerzas soviéticas. En realidad, cuando había ido en avión a Poltava, al cuartel general de Bock, el 3 de julio, Hitler se había mostrado mucho menos dogmático y claro en la discusión cara a cara con el mariscal de campo de lo que se mostraba en sala de mapas de la «Guarida del Lobo».[192] Pero eso no salvó a Bock. Hitler dijo que no estaba dispuesto a permitir que estropearan sus planes los mariscales de campo lo mismo que habían hecho en el otoño de 1941. Bock fue destituido y le reemplazó el coronel general Freiherr Maximilian von Weichs.[193]

El 16 de julio Hitler, con objeto de estar más cerca del frente sur, trasladó su cuartel general a un nuevo emplazamiento, al que se dio el

nombre de «Ogro», situado cerca de Vinnitsa, en Ucrania.[194] Dieciséis aviones, con los motores ya en marcha, aguardaban ese día en la pista de la «Guarida del Lobo» a Hitler y a su séquito para llevarlos en un vuelo de tres horas a su nueva residencia. Tras un viaje en coche por carreteras llenas de baches, llegaron finalmente a las cabañas húmedas e infestadas de mosquitos que iban a ser sus hogares durante los tres meses y medio siguientes.[195] Hasta la «Guarida del Lobo» empezó a parecer idílica. En el «Ogro», hacía un calor asfixiante durante el día, mientras que las noches eran claramente frías, hasta en pleno verano. Los mosquitos constituían una plaga aún peor que en Prusia oriental. Todo el mundo tenía que tomar a diario una medicina de sabor amargo llamada Atibrin como medida preventiva contra la malaria. Halder estaba bastante contento con la distribución del nuevo cuartel general. Las secretarias de Hitler no lo estaban tanto con sus habitaciones pequeñas y estrechas. Tenían poco que hacer y se aburrían, como en Rastenburg. Lo más parecido a distracción eran las visitas a un matadero y planta de procesado de carne local, a una granja colectiva o al decrépito teatro del pueblo cercano, aparte de ver películas.[196] Para Hitler, la rutina diaria era exactamente la misma que en la «Guarida del Lobo». Aún podía parecer expansivo, relajado y animado en las comidas (la suya consistía solo en un plato de verdura y unas manzanas).[197] Monopolizaba en la mesa, como siempre, los temas de conversación, que abarcaban una amplia variedad de asuntos relacionados con sus intereses y obsesiones. Se incluían entre ellos los peligros del tabaco, la construcción de una red de carreteras en los territorios del este, los defectos del sistema jurídica, los logros de Stalin como un Gengis Khan de los tiempos modernos, que mantenía bajo el nivel de vida entre los pueblos sometidos, la necesidad de sacar de las ciudades alemanas a los judíos que aún quedaban en ellas y el fomento de la iniciativa privada en vez de una economía controlada por el estado.[198]

Sin embargo, fuera de los soliloquios de la cena, crecía una vez más la tensión entre Hitler y sus jefes militares. La ofensiva seguía ganando terreno, pero el número de prisioneros soviéticos capturados disminuía constantemente. Esto fue objeto de interminables análisis y discusiones en el cuartel general del Führer.[199] Los asesores militares de Hitler

estaban preocupados. Pensaban que los soviéticos estaban haciendo retroceder a sus fuerzas poique preparaban una gran contraofensiva, probablemente en el Volga, en la región de Stalingrado.[200] Halder había avisado ya el 1 2 de julio de que en el frente estaban preocupados porque temían que el enemigo, conocedor de las tácticas alemanas de movimiento envolvente, estuviese eludiendo el combate directo y retirándose hacia el sur.[201] Sin embargo, la opinión de Hitler era que el Ejército Rojo estaba al borde del colapso final. Presionó por tanto aún más en favor de un avance rápido.[202]

Su estilo de mando impulsivo, aunque confuso o ambiguo a veces (como había mostrado el episodio de Voronezh), creaba constantes problemas a los planificadores operativos. Pero el problema básico era de más largo alcance. Hitler se sentía impulsado por dos imperativos: el tiempo y los recursos materiales. La ofensiva tenía que completarse antes de que entrase plenamente en juego el poder de los recursos de los aliados. Y la posesión de los yacimientos petrolíferos del Cáucaso sería, en su opinión, decisiva para llevar la guerra en el este a una feliz conclusión y proporcionaría al mismo tiempo la plataforma necesaria para continuar una guerra prolongada contra las potencias anglosajonas.[203] Si no se conseguía ese petróleo, había dicho Hitler, la guerra estaría perdida para Alemania en tres meses.[204] Por tanto Hitler, siguiendo su propia lógica, no tenía más elección que jugárselo todo en aquel ambicioso avance hacia el Cáucaso en una victoriosa ofensiva de verano. Aunque pudieron oírse algunas voces escépticas, Halder y los profesionales del alto mando del ejército habían apoyado la ofensiva.[205] Pero la brecha que había entre ellos y el dictador, que se había abierto ya el verano anterior, estaba ensanchándose rápidamente. Lo que Hitler consideraba negatividad, pesimismo y timidez de los enfoques tradicionales del alto mando del ejército provocaba en él paroxismos de cólera. A los planificadores del ejército, por su parte, les daba miedo lo que les parecía cada vez más un juego temerario en el que se utilizaban métodos de aficionado y que cada día parecía más probable que acabase en desastre, pero no podían abandonar ya la estrategia en cuya elaboración habían participado. El gravoso precio que pronto habría que pagar por ella se convertiría en catástrofe en Stalingrado. El esfuerzo

bélico alemán había puesto en marcha una dinámica autodestructiva.

El peligro de un desastre militar lo amplió gravemente la directriz nº 45 del 23 de julio de 1942 de Hitler. A partir de entonces era inevitable que sucediese una catástrofe. A diferencia de la directriz de abril, en la que había sido visible la mano de Halder, esta se apoyaba únicamente en una decisión de Hitler, que el Estado Mayor general había intentado impedir.[206] La directriz para la continuación de «Azul», rebautizada ahora «Operación Braunschweig», empezaba con una afirmación de una falta de realismo inquietante: «En una campaña de poco más de tres semanas, se han alcanzado básicamente los objetivos generales asignados al flanco sur del frente oriental. Sólo débiles fuerzas enemigas de los ejércitos de Timoshenko han conseguido escapar al movimiento envolvente y alcanzar la orilla meridional del Don. Tenemos que contar con que sean reforzadas desde la zona del Cáucaso».[207]

Hitler había dividido antes, en ese mismo mes, el grupo de ejército del sur en un sector septentrional (grupo de ejército B, en principio al mando del mariscal de campo Von Bock, luego, tras su destitución, del coronel general Freiherr von Weichs) y un sector meridional (grupo de ejército A, al mando del mariscal de campo Wilhelm List).[208] La intención original, de acuerdo con su directriz nº 41 del 5 de abril, había sido avanzar hacia el Cáucaso después del cerco y la destrucción de las fuerzas soviéticas en las proximidades de Stalingrado. Esto se modificaba ahora para permitir que los ataques al Cáucaso y a Stalingrado (incluyendo la toma de la propia ciudad) se efectuasen simultáneamente. El grupo de ejército A de List, más fuerte, se dejaba para destruir a las fuerzas enemigas en la zona de Rostov y conquistar luego solo toda la la región del Cáucaso. Esto debía incluir el palo por la costa oriental del mar Negro, cruzar el Kuban y ocupar las alturas en torno a los yacimientos petrolíferos de Maykop, controlando los puertos de montaña casi infranqueables del Cáucaso y siguiendo en dirección sureste para conquistar la región rica en petróleo de alrededor de Grozny, luego Bakú, lejos, al sur, en el mar Caspio. El ataque a Stalingrado se dejaba para un grupo de ejército B más débil, que se esperaba que presionase luego siguiendo la cuenca inferior del Volga hasta Astrakán, en el Caspio.[209] La estrategia era absolutamente demencial.

Sólo la evaluación más incautamente optimista de la debilidad de las fuerzas soviéticas podría haber justificado la escala del riesgo, pero Hitler tenía precisamente esa opinión de las fuerzas del enemigo. Además, estaba como siempre temperamentalmente predispuesto a una estrategia de jugarse el todo por el todo, desechando las alternativas y quemando naves para que no hubiera ninguna posibilidad de retroceso. Podía reforzar, como siempre, su autojustificación con la actitud dogmática de que no había otra alternativa. Halder, que se fiaba de valoraciones más realistas del potencial soviético y de la acumulación de fuerzas en la zona de Stalingrado, pero que no podía ejercer ninguna influencia sobre Hitler, estaba por entonces seriamente preocupado y se sentía al mismo tiempo frustrado por su propia impotencia.[210] El 23 de julio, el día que Hitler emitió su directriz nº 45, había escrito en su diario: «Esta tendencia crónica a subestimar la capacidad del enemigo va adquiriendo gradualmente proporciones grotescas y convirtiéndose en un claro peligro. La situación está haciéndose cada vez más insoportable. No hay espacio para ningún trabajo serio. Esta supuesta jefatura se caracteriza por una reacción patológica a las impresiones del momento y una falta total de comprensión de lo que es la maquinaria de mando y de sus posibilidades».[211] El 15 de agosto, las notas de Halder para su informe sobre la situación empezaban así: «Panorama general: ¿hemos llevado el riesgo demasiado lejos?».[212] La pregunta estaba muy justificada, pero se había caído en la cuenta del problema demasiado tarde.

A mediados de agosto, el grupo de ejército A había avanzado unos 560 kilómetros hacia el sur, por la llanura norte del Cáucaso. Se hallaba muy separado del grupo de ejército B, con un largo flanco desprotegido y formidables problemas logísticos para asegurar los suministros.[213] Su avance se hizo notoriamente más lento en las estribaciones boscosas del Cáucaso septentrional.[214] Se tomó Maykop, pero las refinerías de petróleo estaban en ruinas, habían sido sistemática y expertamente destruidas por las fuerzas soviéticas en retirada.[215] Por entonces se había perdido ya el ímpetu. Hitler mostró poco sentido de la realidad cuando habló en privado con Goebbels el 19 de agosto. Las operaciones en el Cáucaso, dijo, estaban yendo extremadamente bien. Quería tomar

posesión dé los yacimientos petrolíferos de Maykop, Grozny y Baku durante el verano, garantizar los suministros de crudo alemanes y destruir los de la Unión Soviética. Una vez que se hubiese llegado a la frontera soviética, seguiría la penetración en Oriente Medio, se ocuparía Asia menor y se invadirían luego Iraq, Irán y Palestina y se cortarían los suministros ingleses de petróleo. En dos o tres días, quería iniciar el gran ataque a Stalingrado. Se proponía destruir completamente la ciudad, que no quedase piedra sobre piedra. Era necesario tanto psicológica corno militarmente. Las fuerzas desplegadas en la zona se consideraban suficientes para tomar la ciudad en ocho días.[216]

Estas palabras no mostraban indicio alguno de que la confianza y la seguridad en sí mismo de Hitler disminuyeran.[217] Pero su reacción exagerada al cabo de dos días cuando le llegó la noticia de que tropas de montaña habían plantado la bandera alemana en la cima del Elbrus, la montaña más alta de la cordillera del Cáucaso con 5.630 metros de altitud, indica que la seguridad en sí mismo era una fachada, tal vez para él mismo sobre todo. Tras esa fachada, tenía los nervios tensos e iba aumentando la angustia que la ofensiva le causaba. Los soldados debían de haber pensado que a él le complacería la hazaña. En realidad, le enfureció lo que le parecía una escalada absurda sin ninguna finalidad militar.[218] Speer escribiría más tarde que raras veces le había visto tan enfurecido, que se había pasado varios días indignado con «esos escaladores locos», que deberían comparecer ante un tribunal militar. En mitad de una guerra, despotricaba, su ambición boba les había impulsado a escalar un estúpido pico, cuando él había ordenado que se concentrase todo en la torna de Suchum. En realidad fue tura escapada sin importancia, pero la reacción exagerada, casi histérica, de Hitler hacía que pareciese, recordaba Speer, como si los montañeros hubiesen echado a perder todo su plan operativo.[219]

Mientras tanto, los últimos éxitos significativos del grupo de ejército B habían sido cercar y destruir el 8 de agosto dos ejércitos rusos al suroeste de Kalac, en el Don, justo al oeste de Stalingrado.[220] El 23 de agosto, avanzando en medio de un calor agobiante y obstaculizado por una escasez crónica de combustible, el 6° ejército, al mando del general Friedrich Paulus, consiguió llegar al Volga, al norte de Stalingrado.[221]

El avance, en medio de potentes defensas soviéticas, no tardó en detenerse. La ofensiva de verano había recorrido su curso, en realidad, en menos de dos meses.[222] Halder escribía ya el 26 de agosto: «Cerca de Stalingrado, grave tensión debido a contraataques enemigos de superior potencia. Nuestras divisiones no son ya muy fuertes. El mando esta sometido a una gran tensión nerviosa».[223] Sin embargo, el 6° ejército logró consolidar su posición. En Jas semanas siguientes, consiguió incluso recuperar la iniciativa, pero la pesadilla de Stalingrado no había hecho más que empezar.

Mientras la parte meridional de un frente que había adquirido una extensión enorme se estaba quedando sin fuerza, con el 6° ejército empantanado ya en Stalingrado y el grupo de ejército A varado en el Cáucaso, el grupo de ejército del centro de Kluge se había enfrentado a un grave revés, había sufrido un número espantoso de bajas en una desventurada tentativa ordenada por Hitler de liquidar a las fuerzas soviéticas emplazadas en Sukhinichi, a unos 230 kilómetros al oeste de Moscú, desde donde se esperaba establecer la base para una nueva ofensiva sobre la capital. Kluge, en una visita que había hecho a «Ogro» el 7 de agosto, le había pedido a Hitler que retirase dos divisiones acorazadas de la ofensiva de Sukhinichi para utilizarlas contra una amenaza de contraofensiva soviética en la región de Rzhev. Hitler se había negado, insistiendo en que se reservaran para la ofensiva de Sukhinichi. Kluge se había marchado diciendo: «Usted, mi Führer, asumirá entonces la responsabilidad de esto».[224]

Y en el norte, a finales de agosto, las expectativas de lanzar un asalto y tomar por fin la ciudad de Leningrado azotada por el hambre se habían debilitado enormemente debido a la contraofensiva soviética al sur del lago Lagoda. En septiembre se había hecho subir del frente sur al 11° ejército de Manstein para encabezar el asalto final a Leningrado en la ofensiva «Luces del norte». Pero en vez de eso se encontró con que tenía que rechazar el ataque soviético. No había ninguna posibilidad de tomar Leningrado y arrasarla hasta los cimientos. La última oportunidad de hacerlo se había esfumado.[225] La exhibición exterior de confianza en la victoria de Hitler no podía ocultar ya su creciente angustia interior. Estaba sumamente irritable. Se hicieron más frecuentes las explosiones

de cólera.[226] Buscaba como siempre chivos expiatorios para el precipitado deterioro de la situación militar en el este y no tardó mucho en encontrarlos.

Las relaciones con Halder habían tocado ya fondo. El 24 de agosto, el deterioro de la situación en Rzhev había impulsado al jefe del Estado Mayor general a urgir a I Hitler para que permitiese una retirada del 9° ejército a una línea más corta y más defendible. Hitler, delante de todos los reunidos en la conferencia de mediodía, se volvió contra él. «Usted siempre viene aquí con la misma propuesta, la de retirada—rugió—. Exijo en el mando la misma firmeza que en los soldados del frente». Halder, profundamente ofendido, le gritó: «Tengo la firmeza, mi Führer, pero allá fuera están cayendo a miles valientes mosqueteros y tenientes como un sacrificio inútil en una situación desesperada, solo porque a sus comandantes no se les permite tomar la única decisión razonable y tienen las manos atadas a la espalda».[227] Hitler se le quedó mirando fijamente. «¿Qué puede usted decirme; Herr Halder, sobre los soldados, usted que se sentó en el mismo asiento (Drehschemel) en la Primera Guerra Mundial, también, usted que ni siquiera lleva la enseña negra de los heridos?».[228] Todos tos presentes se dispersaron, consternados y avergonzados. Hitler intentó calmar un poco a Halder esa noche, pero estaba claro para todos los que habían presenciado la escena que los días del jefe del Estado Mayor estaban contados.[229]

Hasta la mano derecha militar de Hitler, el leal y devoto Jodl, habría de sentir ahora todo el peso de su cólera. El 5 de septiembre List había pedido que Jodl fuese enviado al cuartel general del grupo de ejército A, que estaba en Stalino, al norte del mar de Azov, para tratar del posterior despliegue del 39° cuerpo de montaña.[230] La visita se produjo dos días más tarde. Desde el punto de vista de Hitler, el propósito era urgir a List para que acelerase el avance en el frente del Cáucaso, que estaba prácticamente paralizado. A Hitler hacía algún tiempo ya que se le estaba agotando la paciencia por la falta de progresos allí. Pero Jodl, lejos de volver con noticias positivas, regresó esa noche con una relación devastadora de la situación. No se podía ya hacer retroceder a los soviéticos por los pasos de montaña. Lo más que se podía conseguir, con mayor movilidad y máxima concentración de fuerzas, era hacer un

último intento de llegar a Grozny y al mar Caspio. Hitler fue enfureciéndose más y más a cada frase. Fustigó la «falta de iniciativa» de la jefatura del ejército; y atacó, por primera vez, a Jodl, el mensajero portador de malas noticias.[231] Fue la peor crisis en la relación entre Hitler y sus jefes militares desde el agosto anterior.[232] Hitler estaba absolutamente indignado, pero Jodl se mantuvo firme. Fue un enfrentamiento a gritos.[233] Jodl respaldó plenamente las opiniones de List sobre la situación. Hitler estalló. Acusó a Jodl de no cumplir sus órdenes, de haberse dejado convencer por List y de tomar partido por el grupo de ejército. El no le había enviado al Cáucaso, dijo, para que volviese decidido a sembrar dudas entre la tropa.[234] Jodl replicó que List se estaba ateniendo fielmente a las órdenes que el propio Hitler le había dado.[235] Hitler, fuera de sí de rabia, dijo que se estaban tergiversando sus palabras. Aquella situación tendría que cambiar. Tendría que asegurarse de que no se le malinterpretase deliberadamente en el futuro.[236] Hitler, como una prima donna despechada, se fue de allí violentamente, negándose a dar la mano a Jodl y a Keitel como había hecho siempre al final de las reuniones.[237] Claramente deprimido, además de furioso, le dijo esa noche a Schmundt, su ayudante de la Wehrmacht: «Me alegraré cuando pueda quitarme este detestable uniforme y pisotearlo».[238] No veía final a la guerra en Rusia, ya que no se había alcanzado ninguno de los objetivos del verano de 1942. La angustia por el invierno inminente era aterradora, dijo. «Pero, por otra parte —escribía el ayudante del ejército Engel—no retrocederá en ningún sitio».[239]

Hitler estuvo varios días seguidos sin salir de su cabaña a oscuras. Se negaba a aparecer en las comidas comunitarias. Las reuniones para dar instrucciones militares, con el menor número posible de personas presentes, se celebraban en la atmósfera glacial de su cabaña, no en el cuartel general de la Wehrmacht. Y no daba la mano absolutamente a nadie. Al cabo de cuarenta y ocho horas llegó al cuartel general un grupo de taquimecanógrafas, estenógrafas con experiencia del Reichstag (donde la necesidad de estenógrafas activas no era ya precisamente acuciante). Hitler había insistido en que se registrasen todas las instrucciones que se diesen en las reuniones informativas para que no se

le pudiese malinterpretar después.[240]

Al día siguiente del enfrentamiento con Jodl, Hitler destituyó a List. Él mismo se hizo cargo de momento del grupo de ejército A, lo que demostraba la desconfianza que le inspiraban sus generales. Era ya comandante de las fuerzas armadas, de una rama de las mismas fuerzas armadas y de un grupo de esa rama. Al mismo tiempo, se dio orden a Keitel de que le dijera a Halder que pronto sería destituido de su puesto. Se rumoreaba que también estaban señalados para la destitución el propio Keitel y Jodl.[241] Este último admitió en privado que había cometido un fallo al intentar indicar a un dictador dónde se había equivocado. Esto, dijo Jodl, solo podía debilitar su seguridad en sí mismo, que era la base de su personalidad y de sus acciones. Jodl añadió que fuese quien fuese su sustituto, no podía ser un nacionalsocialista más incondicional de lo que lo era él.[242]

Sucedió, sin embargo, que el empeoramiento de la situación en Stalingrado y en el Mediterráneo impidió la sustitución prevista de Jodl por Paulus y de Keitel por Kesselring.[243] Pero Halder no se salvó. Hitler se quejó amargamente a Below de él. diciendo que no entendía los problemas del frente y que carecía de ideas, por lo que no podía aportar soluciones. Enfocaba la situación fríamente, sólo a partir de mapas y tenía unas «ideas completamente erróneas» de cómo estaban yendo las cosas.[244] Hitler sopesó el consejo de Schmundt de sustituir a Halder por el general de división Kurt Zeitzler, un tipo de personaje muy distinto, un individuo pequeño, calvo, ambicioso y dinámico de cuarenta y siete años de edad, que creía firmemente en el Führer, y al que Hitler había encargado en abril la reorganización del ejército en el oeste y, como jefe de Estado Mayor de Rundstedt, la construcción de defensas costeras.[245] También Göring animó a Hitler a deshacerse de Halder.[246]

Se llegó a ese punto el 24 de septiembre. Zeitzler se había llevado una sorpresa cuando había sido llamado al cuartel general del Führer y Hitler le había comunicado su ascenso al generalato pleno de infantería y sus nuevas responsabilidades.[247] Halder, en lo que habría de ser su última sesión de instrucciones militares, fue relevado sin ceremonia de su puesto. Hitler le explicó que tenía los nervios deshechos y que también él estaba muy tenso. Halder necesitaba irse y era preciso educar

al Estado Mayor general para que creyese fanáticamente en «la idea». Hitler, escribió Halder en su última entrada de diario, estaba decidirlo a imponer su voluntad también en el ejército.[248]

El Estado Mayor general tradicional, una fuerza poderosa durante tanto tiempo, con su jefe desechado ya como un cartucho usado, había llegado a su punto final simbólico de capitulación ante las fuerzas a las que se había unido en 1933. Zeitzler inició el nuevo régimen exigiendo fe en el Führer a los miembros del Estado Mayor general.[249] Pronto comprendería él mismo que no sería suficiente sólo con eso.

Capítulo VI

La batalla de Stalingrado era ya inminente. Ambas partes comprendían lo decisiva que sería. El alto mando alemán se sentía optimista.

Los planes de Hitler para la ciudad del Volga, inmensamente superpoblada, eran similares a los proyectos de aniquilación que acariciaba para Leningrado y Moscú. «Las órdenes del Führer son que habría que eliminar (beseigtigt) a toda la población masculina en cuanto se entrase en la ciudad—reseñaba el alto mando de la Wehrmacht—, ya que Stalingrado, con su población totalmente comunista de un millón de habitantes es especialmente peligrosa».[250] Halder escribía simplemente, sin comentario adicional: «Stalingrado: la población masculina debe ser destruida (vernichtet), la femenina debe ser deportada».[251]

Cuando el general Yon Weichs, comandante en jefe del grupo de ejército B, había visitado el cuartel general del Führer el 11 de septiembre, le había dicho a Hitler que estaba seguro de que el ataque al núcleo urbano de Stalingrado podría empezar casi inmediatamente y que estaría completado en diez días.[252] De hecho, al principio todo parecía

indicar que la ciudad no tardaría mucho en caer. Pero hacia la segunda mitad de septiembre la lucha por Stalingrado se había convertido ya en una batalla de una intensidad y una ferocidad difícilmente imaginables. La lucha se desarrollaba a menudo disparando casi a quemarropa, calle por calle, casa por casa. Las tropas alemanas y soviéticas luchaban prácticamente cuerpo a cuerpo. La conquista final de lo que se había convertido rápidamente en poco más que un cascarón de ruinas humeantes, empezaba a comprenderse que podría llevar semanas, meses incluso.[253]

Tampoco eran alentadoras las noticias que llegaban de otros sitios. La ofensiva de Rommel en El Alamein en dirección al canal de Suez hubo de interrumpirse ya el 2 de septiembre, sólo tres días después de que hubiese empezado. Rommel se mantuvo confiado las semanas siguientes, tanto en público como en privado, aunque informase de los graves problemas de escasez de armas y de equipamiento cuando vio a Hitler el 1 de octubre para recibir de sus manos el bastón de mariscal de campo.[254] Pero en realidad la retirada del 2 de septiembre resultaría ser el principio del fin para el Eje en el norte de África.[255] El 8° ejército británico, con la moral revitalizada bajo un nuevo comandante, el general Bernard Montgomery, y con sus anticuadas unidades blindadas perdidas sustituidas por nuevos tanques Sherman, demostraría en el otoño su superioridad sobre las escasas fuerzas de Rommel.[256]

En el propio Reich, se habían intensificado las incursiones aéreas nocturnas británicas. Munich, Bremen, Düsseldorf y Duisburg figuraban entre las ciudades que sufrían ya una destrucción grave.[257] Hitler decía que se alegraba de que su propio piso de Munich hubiese sufrido importantes daños; no le habría gustado que las bombas le hubiesen respetado (no habría parecido bien, evidentemente) habiendo sido atacado el resto de la ciudad. Pensaba que el ataque podría tener un efecto saludable porque despertaría a la población de Munich a las realidades de la guerra.[258] Las incursiones aéreas tenían otro lado bueno, le había dicho a Goebbels a mediados de agosto: el enemigo «nos descarga de trabajo» destruyendo edificios que habrían tenido que ser derribados de todos modos para llevar a cabo la planificación urbana mejorada de postguerra.[259] Estos comentarios no indicaban mucha

sensibilidad por los sufrimientos que causaban los bombardeos a la gente normal. Al ciudadano ordinario el aullido de las sirenas, las noches de desasosiego en los refugios antiaéreos y los rumores (exagerados o no) de los horrores de otras ciudades les destrozaban los nervios. Y la incapacidad de la Luftwaffe para defender sus ciudades debilitaba la confianza de la gente en la jefatura del país.[260] Hitler sentía su propia impotencia para responder como le habría gustado: vengándose con una destrucción mucho mayor de ciudades británicas. Pero Alemania tenía una gran escasez de bombarderos. El Heinkel 177 había resultado un fracaso, como ya había predicho Hitler hacía mucho, pues tenía numerosos fallos de motor que impedían su uso, y los Junker 88 no se podían fabricar en numero suficiente, ya que había que dar prioridad a los cazas. Hitler, sin mucha posibilidad de hacer frente a la amenaza creciente que llegaba por el cielo, decía que confiaba en las seguridades que le daba Göring de que pronto mejorarían las cosas en la Luftwaffe.[261]

A finales de septiembre Hitler voló a Berlín. Había prometido a Goebbels aprovechar la inauguración de la campaña de ayuda de invierno para dirigirse a la nación durante la segunda mitad de septiembre.[262] Era importante, una vez más, sostener la moral de la población en un momento vital.

Hitler tenía buen aspecto, cuando Goebbels lo rio en el almuerzo el 28 de septiembre, después de hablar para 12.000 jóvenes oficiales en el Sportpalast. Estaba más optimista de lo que Goebbels había imaginado que estaría respecto a Stalingrado. La ciudad no tardaría en caer, aseguraba. Luego podría reanudarse ya el avance hacia el Cáucaso, incluso durante el invierno. Goebbels no compartía aquel optimismo.[263] Era como si Hitler se sintiese incapaz de prescindir, incluso en privado, de la ficción de que todo iba bien en la campaña del este. Below, su ayudante de la Luftwaffe, creía que Hitler estaba empezando por entonces a engañarse a sí mismo respecto a las realidades de la situación.[264]

Al día siguiente, habló para un pequeño grupo de generales, junto con Göring y Speer, sobre Jos peligros de una invasión en el oeste. Aunque el intento de desembarco de tropas canadienses en Dieppe a

mediados de agosto había sido un fiasco, había sido también un recordatorio de la amenaza. Pero en la primavera, cuando estuviese construida la Muralla del Atlántico con sus quince mil búnkeres, el Reich sería inmune, aseguró.[265]

El discurso de Hitler en el Sportpalast del 30 de septiembre combinó una glorificación de los triunfos militares alemanes con un ataque sarcástico y burlón a Churchill y a Roosevelt.[266] Aunque esto no era nuevo, el público cuidadosamente seleccionado del Sportpalast disfrutó con ello. Tanto ese público presente como el más amplio que escuchaba por radio la transmisión del discurso, tomaron nota sobre todo cuando Hitler indicó que, después de que se habían superado los peligros del último invierno, lo peor quedaba ya atrás, y pronto afluirían a Alemania para mejorar el nivel de vida los beneficios económicos de los territorios ocupados.[267] Pasó luego a repetir su profecía sobre los judíos (por entonces un arma habitual de su arsenal retórico) con unas frases que eran las más amenazadoras que había pronunciado hasta entonces: «Los judíos solían reírse, también en Alemania, de mis profecías. No sé si aún siguen riéndose hoy, o si ya se les ha acabado la risa. Pero ahora sólo puedo ofrecer, también, una cosa segura: se les acabará la risa en todas partes. Y también acertaré en mis profecías».[268] Pero el discurso fue notable sobre todo por la seguridad que mostró respecto a la batalla por Stalingrado. La metrópolis del Volga, que llevaba el nombre del dirigente soviético, estaba siendo tomada por asalto, proclamó, y sería conquistada. «¡Podéis estar seguros—añadió—de que nadie volverá a echarnos de ese lugar!».[269]

Su exhibición pública de optimismo fue desmedida, incluso en un foro más reducido, cuando habló para los Gauleiter y los Reichsleiter durante casi tres horas en la tarde siguiente. Se sentía a gusto, explicó a los reunidos, en compañía de sus camaradas de partido más veteranos.[270] «Los Gauleiter—le había dicho a Goebbels a mediados de agosto—nunca me engañan», a diferencia, había dicho, de sus generales. «Son los colegas más leales y más de fiar. Si perdiese mi confianza en ellos no sabría en quién confiar».[271] Esbozó los planes para llegar al Cáucaso, para cortar las vías del suministro de petróleo de la Unión Soviética. Dijo que había querido hacer eso el año anterior, pero que Brauchitsch había

orientado la campaña en una dirección completamente distinta, hacia Moscú «que es relativamente intrascedente para nosotros». Pero estaba seguro de que Alemania entraría ya en posesión de los yacimientos petrolíferos de Grozny, mientras que una primera prioridad era conseguir que los yacimientos petrolíferos ocupados en un estado ruinoso en Maykop funcionasen de nuevo. «La toma de Stalingrado—escribía Goebbels—es para él un hecho consumado», aunque pudiese llevar aún algo de tiempo. Una vez conseguido eso, el objetivo siguiente sería Astrakán, después la Luftwaffe destruiría los yacimientos petrolíferos soviéticos claves de Bakú.

A partir de entonces, como ya le había explicado a Goebbels varias semanas antes, (cuando había hablado de invadir Iraq, Irán y Palestina), centraría la atención en los suministros de petróleo ingleses de Mesopotamia y de Oriente Medio.[272] Hitler, examinando la posición de sus enemigos, llegaba a la notable conclusión de que «la guerra estaba prácticamente perdida para el otro bando, por mucho tiempo que estuviese en condiciones de prolongarla». Sólo un levantamiento interno en Alemania podía darle la victoria al enemigo. Era tarea del partido procurar que no pudiese suceder nunca eso. Alabó luego efusivamente el trabajo del partido. Cuanto más se prolongaba la guerra, comentó Goebbels, más próximo estaba el Führer al partido.[273]

El absurdo optimismo de Hitler a principios de octubre poco tenía que ver con las crecientes angustias de sus asesores militares sobre la situación en Stalingrado. El invierno no estaba ya lejos. Paulus, Weichs, Jodl y Zeitzler eran todos ellos partidarios de retirarse de un objetivo que, mayoritariamente en ruinas, había perdido ya toda significación como centro de comunicaciones y de armamentos, y de ocupar posiciones de invierno más seguras. La única alternativa era enviar allí numerosos refuerzos.[274] La opinión de Hitler (se lo había dicho así a Goebbels a mediados de agosto) era que esta vez el invierno estaba tan bien previsto que los soldados del este vivirían mejor de lo que la mayoría de ellos había vivido en tiempo de paz.[275]

El 6 de octubre, después de que Paulus hubiese informado de una interrupción temporal del ataque porque sus tropas estaban exhaustas, Hitler ordenó la «conquista total» de Stalingrado como objetivo clave del

grupo de ejército B.[276] En realidad, podría haber sido defendible elegir la protección incluso de una ciudad en ruinas en vez de las estepas despejadas y expuestas a las inclemencias del invierno si la situación en cuanto a los suministros hubiese sido tan favorable como es evidente que Hitler se imaginaba que era, si las líneas de aprovisionamiento hubiesen sido seguras y si la amenaza de una contraofensiva soviética no hubiese sido tan grande, pero todo indica que sólo se había hecho provisión de invierno suficiente para el 6° ejército. Las líneas de suministro se extendían ya a lo largo de un frente enormemente extenso y que distaba mucho de ser seguro en el flanco norte. Y el servicio secreto hablaba de grandes concentraciones de tropas soviéticas que podrían constituir un peligro real para la posición del 6° ejército. La opción razonable era la retirada.[277]

Hitler no quería saber nada de eso. A principios de octubre, Zeitzler y Jodl le oyeron asegurar por primera vez, al rechazar rotundamente su consejo sobre el peligro de quedarse empantanados en una lucha casa por casa con cuantiosas bajas, que la conquista de la ciudad era necesaria no sólo por razones operativas, sino por razones «psicológicas»: para demostrar al mundo que las armas alemanas seguían conservando su potencia y para estimular la moral de los aliados del Eje.[278] Más despectivo que nunca respecto a los generales y a los asesores militares que carecían de la fuerza de voluntad necesaria, y convencido de que sólo él había impedido el invierno anterior una ignominiosa retirada a gran escala por su insistencia inquebrantable en que había que mantenerse firme, se negaba ahora a considerar cualquier propuesta de retirada en Stalingrado. Pero su «orden de alto» del invierno anterior había tenido méritos tácticos. Esta vez no tenía ninguno. El miedo a quedar en ridículo había desplazado al razonamiento militar. Las afirmaciones demasiado publicas que había hecho en el Sportpalast y luego a sus Gauleiter habían convertido la conquista de Stalingrado en una cuestión de prestigio.[279] Y, aunque afirmase que el hecho de que la ciudad llevase el nombre de Stalin no tenía ninguna significación,[280] retirarse precisamente de aquella ciudad aumentaría aún más sin duda alguna la pérdida de prestigio.

Hitler estaba empezando a darse cuenta al mismo tiempo de que

aumentaba la preocupación entre sus asesores militares por la acumulación de fuerzas soviéticas en las orillas septentrionales del Don, que eran las secciones más débiles del frente, donde la Wehrmacht dependía de la firmeza de sus ejércitos aliados, los rumanos, los húngaros y los italianos.[281]

*

La situación en el norte de África era por entonces casi crítica. El 8° ejército de Montgomery había iniciado su gran ofensiva en El Alamein el 23 de octubre. Rommel, que estaba de permiso por enfermedad, había sido enviado de nuevo rápidamente a organizar la defensa de las fuerzas del Eje e impedir un desastre. La confianza inicial de Hitler en que Rommel se mantendría firme se había esfumado rápidamente. Rommel, sin combustible ni municiones y enfrentado a un enemigo numéricamente muy superior, fue incapaz de impedir que los tanques de Montgomery rompieran las líneas alemanas en la potente ofensiva renovada que se había iniciado el 2 de noviembre. Hitler envió al día siguiente un telegrama de respuesta al deprimente informe de Rommel sobre la posición y las perspectivas de sus tropas. «En la situación en la que se encuentra usted—decía el telegrama—no puede haber más alternativa que aguantar, no ceder ni un paso y emplear en el combate todas las armas y soldados disponibles». Se haría todo lo posible por enviar refuerzos. «No sería la primera vez en la historia que la voluntad más fuerte triunfase sobre batallones enemigos más fuertes. Pero no puede usted ofrecer a sus tropas otra vía que la victoria o la muerte».[282] Rommel no había esperado la respuesta de Hitler. Suponiendo cuál sería, había dado orden de retirada horas antes de que llegase. Por una insubordinación de ese género durante la crisis del invierno habían sido destituidos perentoriamente generales a principio de año. El prestigio de Rommel entre el pueblo alemán (había sido celebrado sólo unas semanas antes como un héroe militar) fue lo único que le salvó ahora de la misma ignominia.[283]

El 7 de noviembre, cuando Hitler fue a Munich para pronunciar su discurso tradicional en el Löwenbräukeller a Jos que habían participado en el golpe frustrado de 1923, las noticias del Mediterráneo habían empeorado drásticamente. Su tren especial se había detenido en una

pequeña estación del bosque de Turingia, en el trayecto de Berlín a Munich,[284] para que recibiera un mensaje del Ministerio de Asuntos Exteriores: la marina aliada reunida en Gibraltar, que hacía ya días que había dado motivos para especular sobre un probable desembarco en Libia, estaba desembarcando tropas en Argel y en Orán.[285] Sería el primer contingente de tropas de tierra estadounidenses que se incorporaría a la guerra de Europa.[286]

Hitler dio inmediatamente órdenes para la defensa de Túnez, pero el desembarco les había cogido desprevenidos tanto a él como a sus asesores militares. Y Orán estaba fuera del alcance de los bombarderos alemanes, lo que dio motivo a un nuevo torrente de cólera por la incompetencia y la falta de previsión de la Luftwaffe.[287] Más adelante, en Bamberg, subió al tren Ribbentrop. Suplicó a Hitler que le permitiese hacer sondeos de paz con Stalin a través de la embajada soviética en Estocolmo con una oferta de concesiones de largo alcance en el este. Hitler rechazó con brusquedad la propuesta: un momento de debilidad no era el adecuado para iniciar negociaciones con un enemigo.[288] En su discurso a la «vieja guardia» del partido la noche del 8 de noviembre, Hitler descartó públicamente cualquier posibilidad de una paz negociada. Respecto a sus anteriores «ofertas de paz», declaró: «De ahora en adelante no habrá más ofertas de paz».[289]

No era precisamente el ambiente que habría elegido Hitler para un gran discurso. No sólo no tenía nada positivo que comunicar; el discurso tenía que pronunciarse en medio de una crisis militar. Hasta Goebbels tuvo problemas para precisar cuándo debía empezar exactamente. Hitler necesitaba tiempo nada más llegar a Munich para orientarse sobre el desembarco aliado en el norte de África y decidir qué hacer.[290] Aún estaba indeciso cuando llegó a la Casa Parda a las cuatro de la tarde. Analizó la situación de Francia e Italia con Goebbels, Himmler, Ribbentrop y Keitel. Se hicieron llamadas telefónicas a París, Roma y Vichy. No se podía tomar ninguna decisión en el poco tiempo que faltaba para el discurso, que había sido pospuesto y se había acabado decidiendo que empezase a las seis.[291]

Según Goebbels, la noticia que había dado la radio del desembarco aliado en África había «electrizado» a los miembros del partido reunidos

para el acto. «Todo el mundo sabe que, si se lanzasen las cosas por un cierto camino abajo, nos encontraríamos en un momento crucial de la guerra».[292] Pero si los «viejos combatientes» del partido estaban esperando que Hitler les ilustrase un poco sobre la situación, quedarían decepcionados. Lo único que habría de brindarles serían los ataques verbales habituales a los dirigentes enemigos y los paralelismos bravucones con la situación interna antes de la «toma del poder». El rechazo de toda negociación, la voluntad de lucha, la resolución firme de derrotar al enemigo, la falta de alternativas a la victoria absoluta y la seguridad del triunfo final en una guerra por la existencia misma del pueblo alemán constituyeron la base del mensaje. A diferencia del kaiser, que había capitulado en la Primera Guerra Mundial a «las doce menos cuarto», él terminaría, así lo aseguró, «en principio siempre a las doce y cinco».[293] Brindó de nuevo la perspectiva de una victoria inminente en Stalingrado. «Quería tomarla y, bueno, somos modestos: la tenemos. Sólo quedan unos cuantos puntitos allí». Si tenía que llevar aún un poco de tiempo era porque quería evitar un segundo Verdún. No mencionó los desembarcos del enemigo en el norte de África. Y el hecho de que el 8° ejército británico hubiese obligado a retroceder al Afrika Korps lo despachó con una sola frase: «Si dicen que han avanzado en algún sitio en el desierto, ya han avanzado unas cuantas veces antes y luego han tenido que retroceder».[294]

Luego, por cuarta y última vez en el año, invocó su «profecía» sobre los judíos. En ese punto de su gran discurso, acababa de descartar cualquier negociación con los enemigos exteriores y cualquier oferta de paz que propusiesen. Se remitió a su actitud anterior con los enemigos internos. Había sido imposible llegar a un entendimiento con ellos (Hitler decía eso ahora, aunque en su momento había hecho ostentación de no buscarlo). Habían querido violencia; y la habían tenido. Y estos enemigos internos han sido eliminados (beseitigt)», dijo. Luego pasó a los judíos. «Otra potencia también, que estuvo presente en tiempos en Alemania, ha aprendido ya que las profecías nacionalsocialistas no eran charla huera. Esa es la principal potencia a la que tenemos que agradecer todas las desgracias: la judeidad internacional. Aún recordaréis la sesión del Reichstag en la que yo proclamé: si la judeidad

piensa que puede provocar una guerra mundial para exterminar a las razas europeas, entonces el resultado será no el exterminio de las razas europeas, sino el exterminio (Ausrottung) de la judeidad de Europa. Siempre se han reído de mí como profeta. De los que se reían entonces, son incontables los que ya no se ríen hoy. Y los que aún siguen riéndose, es posible también que no sigan haciéndolo mucho tiempo (in einiger Zeit)».[295]

El discurso no fue uno de los mejores de Hitler. Había sido un orador convincente cuando había sido capaz de retorcer la realidad de una forma plausible para su público. Pero ahora estaba pasando por alto hechos desagradables, o poniéndolos cabeza abajo. El abismo entre retórica y realidad se había hecho demasiado grande. Como dejaban patente los informes del SD, para la mayoría de los alemanes los discursos de Hitler no podían tener ya más que una repercusión superficial. Hasta los que se emocionaban con su desafiante despliegue verbal volvían rápidamente a sentirse abrumados por las preocupaciones de la vida diaria: por el suministro de alimentos, por la escasez de mano de obra, por las condiciones de trabajo, por el recuerdo de los seres queridos que estaban en el frente, por los ataques aéreos. Y las noticias del desembarco enemigo en el norte de África arrojaban una sombra de profundo pesimismo por las fuerzas poderosas coaligadas contra Alemania en una guerra cuyo final parecía más lejano que nunca. Esto se sumaba a un nerviosismo creciente por la situación en Stalingrado, pese a lo que pudiese haber dicho Hitler. Las críticas a los dirigentes del país por enredar al pueblo en una guerra como aquella eran ahora más frecuentes (aunque se manifestasen, en general, por necesidad, con mucho cuidado) e incluían a menudo implícitamente a Hitler, al que no se distanciaba, como antes, de los aspectos negativos del régimen. Su popularidad había disminuido. Se habían ido extendiendo desde el verano de 1942 los rumores de que estaba física o mentalmente enfermo, que había sufrido una crisis nerviosa, que tenía que estar sometido a cuidados médicos constantes y que caía en tales arrebatos de cólera que recurría a morder la alfombra.[296] Lo que esto implicaba de que el caudillo alemán y su régimen estaban fuera de control se aproximaba incómodamente a la verdad.

Pero el público clave de Hitler no habían sido, en principio, los millones que estaban pegados a sus aparatos de radio, sino sus viejos fieles camaradas del partido que se hallaban en el local.[297] Era esencial para reforzar aquella columna vertebral del poder personal de Hitler y de la voluntad de mantener firme y unido el frente interno. Allí, con aquel público, Hitler aún podía intentar conjurar gran parte del entusiasmo, la entrega y el fanatismo de otros tiempos.[298] Sabía qué cuerdas pulsar. La música era una melodía familiar, pero todos los allí presentes tuvieron que captar (y en cierta medida compartir) una sensación de autoengaño en la letra.

Hitler estuvo hasta las tres de la mañana con sus Gauleiter, los paladines en quien más confiaba. Se discutieron todos los temas imaginables. Hitler pontificó, entre otras cosas, sobre su teoría de que el cáncer lo causaba el tabaco. De lo único que no se habló fue de la guerra. Tal vez fue lo mejor dadas las circunstancias, comentaba Goebbels.[299]

La auténtica preocupación de Hitler esa noche era cuál sería la reacción de los franceses a los acontecimientos del norte de África; precisamente entonces estaba reunido el consejo de ministros en Vichy. Hitler le dijo en principio al embajador Abetz que presionara al régimen de Vichy para que declarara la guerra a los ingleses y los estadounidenses. Pero, comprendiendo que los franceses procurarían ganar tiempo, cuando el tiempo era lo esencial. se vio obligado más tarde a suavizar sus exigencias y a no insistir en una declaración oficial de guerra. Las líneas telefónicas estuvieron zumbando toda la noche entre Munich, Vichy y Roma, pero no se acordaron medidas concluyentes. Entonces Hitler decidió celebrar una reunión en Munich con Laval y Mussolini. Por entonces, empezaban a llegar noticias de que se estaba desmoronando en el África del norte francesa la resistencia inicial.[300] El desembarco había conseguido afianzarse.

Cuando Ciano llegó a Munich (Mussolini se encontraba mal y declinó la invitación,) Hitler se había enterado de que el general Henri Giraud se había puesto al servicio de los aliados y había salido subrepticiamente de Francia y había sido transportado al norte de África. Giraud, comandante del 7° ejercito francés antes del desastre de 1940 y en prisión desde

entonces, se había escapado de su encierro y había huido a la Francia no ocupada anteriormente, en ese misino año. Se corría el peligro ahora de que proporcionase un mascarón de proa a la resistencia francesa en el norte de África y un foco de apoyo al enemigo. Existía también por entonces la creciente sospecha, que pronto se vio justificada, de que el almirante Jean François Darían, jefe de las fuerzas armadas francesas, se disponía a cambiar de bando. Los estadounidenses se habían ganado a Darían, justo antes de los desembarcos de «Antorcha», con la oferta de reconocerle como jefe del gobierno francés. El conflicto inevitable con los ingleses, que apoyaban a De Gaulle, quedaría obviado cuando un joven monárquica francés asesinase a Darían poco antes de Navidad.[301]

Hitler, como ya dijimos, había insistido en sus conversaciones con Mussolini a finales de abril en que era necesario estar preparados para ocupar el sur de Francia.

La preocupación por Giraud y Darían significaba ahora que no tenía sentido ya pensar en hacer concesiones a los franceses. Guando Ciano se encontró con Hitler a última hora del día 9 de noviembre (Laval viajaba en coche y se esperaba que llegase durante la noche) había tomado una decisión. Lo que dijese Laval no tendría importancia. Hitler no modificaría «su enfoque ya definido: la ocupación total de Francia, el desembarco en Córcega y una cabeza de puente en Tunicia».[302] Cuando llegó por fin Laval, que parecía un personaje francés de provincias de segunda fila, que desentonaba entre los altos jefes militares y que intentó intercambiar cortesías sobre su largo viaje, se le dispensó un trato que rozaba el desprecio. Hitler exigió puntos de desembarco en Tunicia. Laval intentó arrancar concesiones a Italia. Hitler se negó a perder el tiempo en semejantes deliberaciones. Laval, deseoso de eludir la responsabilidad que significaría ceder territorio al Eje, propuso que se enfocase como un hecho consumado. Parecía no haberse dado cuenta de que era eso precisamente lo que se pretendía.

Mientras él estaba en la habitación de al lado fumando un cigarrillo, Hitler dio la orden de ocupar el resto de Francia al día siguiente, que era 11 de noviembre y el aniversario del armisticio de 1918. A Laval se le informaría a la mañana siguiente.[303] Hitler, en una carta al mariscal Pétain y en una proclama dirigida al pueblo francés el 11 de noviembre,

justificaba la ocupación diciendo que era necesario defender la costa de la Francia meridional y Córcega de la invasión enemiga desde la nueva base del norte de África.[304] Esa mañana, tropas alemanas ocuparon el sur de Francia sin resistencia militar, de acuerdo con los planes de la «Operación Anton» que había sido preparada en mayo.[305]

Hitler se fue a pasar unos cuantos días al Berghof y perdió un poco aquella máscara de vivacidad. Below lo encontró profundamente preocupado por las acciones angloamericanas. Estaba preocupado también por los problemas de suministros en el Mediterráneo, problemas que los submarinos británicos habían agudizado. No se fiaba ya de los italianos. Estaba seguro de que pasaban información secreta a los ingleses sobre los movimientos de los barcos de suministro alemanes. También le preocupaban las deficiencias de la Luftwaffe. Below se enteró de que no era ya Göring quien estaba controlándolo todo. Hitler prefería tratar con el jefe de Estado Mayor de la Luftwaffe, Hans Jeschonnek, sobre cuestiones de detalle. La defensa del Reich dependía demasiado de aviones que estaban donde no deberían estar o a los que el mal tiempo impedía volar. Hacía falta más artillería antiaérea en las proximidades de las ciudades alemanas. Respecto al frente este, no estaba esperando «ninguna nueva sorpresa», pero temía que fuese inminente una ofensiva soviética de gran envergadura.[306]

Capítulo VII

El 19 de noviembre, Zeitzler comunicó a Hitler que había empezado la ofensiva soviética. Las fuerzas soviéticas que estaban al oeste y al noroeste de Stalingrado rompieron inmediatamente el frente por la parte más débil, que era la que estaba al cargo del ejército rumano. Se envió allí el cuerpo acorazado 48° del general Ferdinand Heim, pero no

consiguió cerrar la brecha. Hitler, enfurecido, destituyó a Heim. Posteriormente ordenó que se le condenara a muerte… una sentencia que sólo la intervención de Schmundt pudo impedir que se cumpliera.[307] Al día siguiente el «frente de Stalingrado» del Ejército Rojo penetró a través de las divisiones del 4° ejército rumano hasta el sur de la ciudad y se unió el 22 de noviembre con las fuerzas soviéticas que habían penetrado desde el norte y el oeste. Con ello, los 220. 0000 hombres del 6° ejército quedaron completamente cercados.[308]

Hitler había decidido regresar a la «Guarida del Lobo» esa noche. Su viaje en tren de vuelta desde el Berchtesgaden hasta Prusia oriental duró veinte horas, debido a las repetidas y prolongadas paradas para telefonear a Zeitzler. El nuevo jefe del Estado Mayor general insistió en que se concediese permiso al 6° ejército para abrirse camino luchando y salir de Stalingrado. Hitler no cedió ni un milímetro.[309] Ya había enviado el 21 de noviembre una orden a Paulus: «El 6° ejército ha de aguantar, pese al peligro de un cerco temporal».[310] A última hora del día 22 de noviembre, ordenó: «El ejército está temporalmente rodeado por fuerzas rusas. Conozco al 6° ejército y a su comandante en jefe y sé que se comportarán valerosamente en esta situación difícil. El 6° ejército debe saber que yo estoy haciendo todo lo posible por ayudarle y liberarle».[311] Hitler creía que se podía remediar la situación. Se podía organizar la ayuda que permitiese una ruptura del cerco, pero no podía hacerse de la noche a la mañana. Se elaboró precipitadamente un plan para desplegar el 4° ejército blindado del coronel general Hermann Hoth al suroeste de Stalingrado, para que preparase un ataque que aliviase al 6° ejército, pero se tardaría unos diez días en poder intentarlo. Entre tanto, Paulus tenía que resistir y se enviarían suministros a las tropas por aire. Era una operación de envergadura y sumamente arriesgada, pero Göring aseguró a Hitler que podría hacerse. Jeschonnek no le contradijo. Zeitzler, sin embargo, discrepó violentamente. Y desde dentro de la propia Luftwaffe, el coronel general Wolfram Freiherr von Richtholen, que gozaba normalmente de la confianza de Hitler, planteó graves dudas basándose al mismo tiempo en la meteorología (con temperaturas que estaban ya cayendo en picado, nieblas gélidas y una lluvia congelante que cubría de hielo las alas de los aviones) y en el número de aparatos

disponibles. Hitler decidió creer a Göring.[312]

La decisión que tomó Hitler fue facilitar suministro aéreo al 6° ejército hasta que le llegase la ayuda el 23 de noviembre. Por entonces Paulus le había comunicado ya que las reservas de provisiones y equipamiento eran peligrosamente escasas y desde luego insuficientes para defender la posición. Paulus pidió permiso para intentar romper el cerco. Weichs, comandante en jefe del grupo de ejército B y Zeitzler, el jefe del Estado Mayor general, respaldaron esto también plenamente como la única opción realista.[313] Zeitzler, actuando evidentemente sobre la base de un notable malentendido, llegó a informar a Weichs a las 2 de la mañana de que había «convencido al Führer de que la única posibilidad de salvar al ejército era rompiendo el cerco». Cuatro horas después el Estado Mayor general tuvo que transmitir exactamente la decisión contraria de Hitler: el 6° ejército tenía que mantenerse firme y recibiría suministros desde el aire hasta que pudiese llegar la ayuda.[314] Con esta orden quedaba sellado el destino de casi un cuarto de millón de hombres.

Hitler no estaba totalmente aislado en el apoyo militar a esta decisión. El mariscal de campo Von Manstein había llegado esa mañana, la del 24 de noviembre, al cuartel general del grupo de ejército B, tal como había ordenado Hitler tres días antes, para tomar el mando de un nuevo grupo de ejército del Don (que incluía el 6° ejército cercado). El principal objetivo era apuntalar el debilitado frente sur y oeste de Stalingrado, para asegurar las líneas del grupo de ejército A del Cáucaso. También asumió el mando de la tentativa del general Hoth de auxiliar al 6° ejército.[315] Pero Manstein, a diferencia de Paulus, Weichs y Zeitzler, no aprobó un intento de ruptura del cerco antes de que llegaran refuerzos y adoptó un punto de vista optimista respecto a las posibilidades de un puente aéreo. Manstein era uno de los generales en que Hitler más confiaba. Su análisis de la situación fortaleció sin duda el juicio del propio Hitler.[316]

A mediados de diciembre, Manstein había cambiado diametral mente de opinión. Richthofen le había convencido de que, con las atroces condiciones meteorológicas imperantes, era imposible el puente aéreo que se necesitaba. Aun en el caso de que el tiempo mejorase un poco, no

se podía mantener por mucho tiempo el suministro aéreo.[317] Manstein pasó a presionar entonces en numerosas ocasiones en favor de que se permitiese al 6° ejército romper el cerco.[318] Pero por entonces habían disminuido mucho las posibilidades de hacerlo; de hecho, una vez que la tentativa de auxilio de Hoth se vio detenida por la resistencia encarnizada de las tropas soviéticas a unos cincuenta kilómetros de Stalingrado y se vio obligado finalmente a retroceder unos días después, esas posibilidades habían pasado rápidamente a ser inexistentes.[319] El 19 de diciembre, Hitler rechazó una vez más todos los ruegos de que considerase una ruptura del cerco. De todos modos la información militar indicaba ya que el 6° ejército, notoriamente debilitado y rodeado por poderosas fuerzas soviéticas, sólo sería capaz de avanzar un máximo de treinta kilómetros en dirección suroeste, es decir, no lo suficiente para encontrarse con el ejército blindado de ayuda de Hoth.[320] El 21 de diciembre, Manstein pidió a Zeitzler una decisión definitiva sobre si el 6° ejército debería intentar romper el cerco mientras aún pudiese enlazar con el 5° cuerpo blindado o si el comandante en jefe de la Luftwaffe podía garantizar los suministros aéreos durante un largo periodo de tiempo. Zeitzler envió un cable respondiendo que Göring estaba seguro de que la Luftwaffe podría abastecer de suministros al 6° ejército, aunque Jeschonnek era por entonces de una opinión diferente. Hitler permitió una investigación del mando del 6° ejército sobre la distancia que se podría esperar que pudiese avanzar hacia el sur si se podían mantener los otros frentes. La respuesta que llegó fue que había combustible para veinte kilómetros y que no se podría mantener la posición mucho tiempo. El ejército de Hoth estaba aún a cincuenta y cuatro kilómetros de distancia.[321] Aún no se tomó ninguna decisión. «Es como si el Führer no fuese capaz ya [de tomar una]», escribía Helmuth Greiner, el cronista de guerra del OKW.[322]

El propio alto mando del 6° ejército describió la táctica de una ruptura del cerco en masa sin ayuda del exterior («Operación Trueno») como «una solución catastrófica» (Katastrophenlösung).[323] Esa noche Hitler descartó la idea: Paulus sólo tenía combustible para una corta distancia, no había ninguna posibilidad de romper el cerco.[324] Dos días después, el 23 de diciembre, Manstein tuvo que retirar unidades del 4°

ejército blindado de Hoth para apuntalar el flanco izquierdo de su propio ejército que se desmoronaba. Además de eso, Hoth tuvo hacer retroceder a sus debilitadas fuerzas. El intento de romper el cerco de Stalingrado había fracasado.[325] El 6° ejército estaba condenado.

Paulus aún intentaba que le dieran permiso para romper el cerco, pero el día de Nochebuena, Manstein había renunciado ya a intentar persuadir a Hitler para que diese su aprobación a lo que por entonces sólo se podría haber considerado una maniobra de pura desesperación, sin esperanza de éxito. La principal prioridad era ya sostener el flanco izquierdo para impedir una catástrofe aún peor.[326] Esto era esencial para que pudiese retirarse el grupo de ejército A del Cáucaso.[327] Zeitzler había planteado a Hitler la necesidad urgente de esa retirada la noche del 27 de diciembre. Hitler había accedido a regañadientes y después había cambiado de opinión. Era demasiado tarde. Zeitzler había telefoneado comunicando la aprobación inicial de Hitler. La retirada del Cáucaso se había iniciado ya.[328] Stalingrado se había convertido en una prioridad menor.[329]

Aunque Hitler estaba preocupado por el frente oriental, y sobre todo por la catástrofe inevitable ya de Stalingrado, no podía permitirse olvidar lo que estaba pasando en el norte de África. Y le preocupaba cada vez más la actitud de sus aliados italianos.

Montgomery había obligado a retirarse precipitadamente al Afrika Corps de Rommel, y expulsaría totalmente de Libia al ejército alemán e italiano durante enero de 1943.[330] Hitler, azuzado por Göring, estaba ya convencido de que Rommel había perdido el valor.[331] Pero al menos los 50. 000 soldados alemanes y 18. 000 italianos enviados a toda prisa a Tunicia en noviembre y diciembre habían contenido a los aliados impidiéndoles un rápido dominio del norte de África y evitando una temprana penetración en el propio continente europeo.[332] Aun así, Hitler sabía que los italianos estaban vacilando. La visita de Göring a Roma a finales de noviembre lo había confirmado.[333] Su compromiso con la guerra era objeto por entonces de graves dudas.[334] Y cuando llegaron a la «Guarida del Lobo» el 18 de diciembre para tres días de conversaciones Ciano y el mariscal conde Ugo Cavalero, jefe de las fuerzas armadas italianas, se acababa de producir el hundimiento

catastrófico del 8° ejército italiano, hostigado durante los dos días anteriores por la ofensiva soviética en el curso medio del Don. Hitler ocultó su cólera y su decepción por lo que consideraba como la debilidad militar de su socio del Eje, aludiendo únicamente en una sola frase a los reveses italianos. Lo que más le interesaba de las conversaciones era convencer a los italianos de que era necesario y urgente intensificar los esfuerzos (a través de mayores sacrificios de la población civil) para garantizar transporte suficiente para proporcionar suministros vitales a las fuerzas del norte de África, insistiendo en que eso era «decisivo para la guerra». Desde el punto de vista italiano, lo más importante era indicar a Hitler que había llegado el momento de poner fin a la guerra en el este y de buscar un acuerdo con la Unión Soviética.[335]

Era la primera vez que se celebraba una cumbre con los italianos en Prusia oriental. Ciano mencionaba «la tristeza de aquel bosque húmedo y el aburrimiento de la vida comunal en el cuartel de mando». «No hay ni una nota de color—continuaba—ni una nota vivaz. Salas de espera llenas de gente que fuma, come, charla. Olor a cocina, olor a uniforme, a botas».[336] Las conversaciones aportaron poco que fuese constructivo para alguna de las dos partes. Cuando Ciano planteó lo que proponía Mussolini, que Alemania llegase a un acuerdo con la Unión Soviética para poder dedicar el máximo esfuerzo a la defensa frente a las potencias occidentales, Hitler se mostró despectivo. Si él hiciese eso, contestó, se vería obligado en muy poco tiempo a combatir una vez más contra una Unión Soviética revigorizada.[337] Los visitantes italianos se mostraron evasivos respecto a las exhortaciones de Hitler a dejar de tener consideración con los civiles y enviar suministros al norte de África.[338]

Para el pueblo alemán, muy especialmente para las numerosas familias con seres queridos en el 6° ejército, las navidades de 1942 fueron deprimentes. Una transmisión radiofónica que conectaba a los soldados de todos los frentes, incluido el de Stalingrado, hizo llorar a muchas familias agrupadas en el hogar en torno al árbol de Navidad, cuando los hombres del «frente del Volga» se unían a sus camaradas cantando «Noche de paz». Los que escuchaban en Alemania no sabían que la conexión era una farsa.[339] Ni tampoco sabían que ese mismo día de la Navidad de 1942 habían muerto en Stalingrado 1.280 soldados

alemanes.[340] Se daban cuenta ya, por entonces, de que sobre el 6° ejército se cernía un destino sombrío.

La propaganda triunfalista de septiembre y octubre, que indicaba que la victoria en Stalingrado estaba a la vuelta de la esquina, había dejado paso en las semanas siguientes a la contraofensiva soviética a poco más que un silencio sombrío. Pero las indicaciones de combates encarnizados eran suficientes para dejar claro que las cosas no estaban yendo según lo previsto. Los rumores de que el 6° ejército estaba cercado (transmitidos a través de las cartas desesperadas de los soldados atrapados allí) se propagaron rápidamente.[341] Pronto se hizo evidente que los rumores eran ni más ni menos que la verdad. Mientras se intensificaba día a día en Alemania un estado de ánimo sombrío, la terrible lucha que se desarrollaba en las calles de Stalingrado se encaminaba hacia su desenlace inexorable.

Las últimas cartas a casa de los soldados confirmaron los peores temores. «No estés triste ni llores por mí, cuando recibas esta carta mía, que será la última—escribía un capitán a su esposa a mediados de enero —. Aquí estoy en medio de una gélida tormenta en una posición desesperada en la ciudad del destino, Stalingrado. Llevamos meses cercados y mañana empezará el último combate, hombre contra hombre».[342] Otro soldado comparaba la mísera realidad de la muerte en Stalingrado con la fantasía del heroísmo: «Están cayendo como moscas, y nadie se toma la molestia de enterrarlos. Están tirados por todas partes, sin brazos ni piernas ni ojos, con los vientres abiertos».[343] «Estamos completamente solos, sin ayuda del exterior», decía otra última carta a casa. «Hitler nos ha dejado en la estacada. Esta carta podrá salir si aún sigue en nuestro poder el aeródromo. Estamos en el norte de la ciudad. Los hombres de mi batería lo suponen, también, pero no están tan seguros como yo. Esto es, pues, lo que parece ser el final».[344] Algunos se aferraban en vano, incluso entonces, a las últimas hilachas de fe en Hitler. «El Führer prometió firmemente sacarnos de aquí. Eso fue lo que se nos leyó y todos lo creimos. Yo aún sigo creyéndolo hoy, porque tengo que creer en algo. […] He creído toda mi vida, o al menos ocho años de ella, en el Führer y en su palabra. Es horrible ver cómo dudan aquí, y vergonzoso oír las palabras que dicen y que no puedes

contradecir porque se corresponden con los hechos».[345] Estos sentimientos no abundaban por entonces entre los que estaban combatiendo, padeciendo y muriendo en el infierno de Stalingrado. Mucho más característica era la pesadumbre que expresaba en una última carta otro soldado desesperado: «Te amo y tú me amas y por eso debes saber la verdad. Está en esta carta. La verdad es el conocimiento de la lucha más dura en una situación desesperada. Miseria, hambre, frío, resignación, duda, desesperación y una muerte horrorosa. […] No soy cobarde, sólo estoy triste porque no puedo dar mayor prueba de mi valor que morir por este absurdo, por no decir este crimen. […] No os deis mucha prisa para olvidarme».[346]

El ayudante de Hitler de la Luftwaffe Nicolaus von Below recibió una serie de cartas de oficiales superiores del 6° ejército, que describían su situación con detalles gráficos. Se las mostró a Hitler y le leyó pasajes claves. Hitler escuchó sin hacer comentarios, salvo en una ocasión en que comentó inescrutablemente que «el destino del 6° ejército nos dejó a todos un profundo deber en la lucha por la libertad de nuestro pueblo».[347] Below tuvo la impresión de que Hitler se había dado cuenta ya de que no se podía conseguir la victoria en una guerra en dos frentes contra los rusos y los estadounidenses. Pero no reveló ningún signo externo de debilidad. Se sentía obligado a mantener la farsa, incluso en su círculo íntimo, de que se ganaría la guerra… y aún seguía siendo capaz de transmitir ese optimismo a los que le rodeaban. Lo que él pensaba en realidad, nadie lo sabía.[348]

El 10 de enero, después de que Paulus rechazase una propuesta de rendición, se inició el ataque final soviético para destruir el 6° ejército. Hitler hizo caso omiso del emisario enviado a la «Guarida del Lobo» a solicitar permiso para que Paulus tuviese libertad para poner fin a la carnicería. El 15 de enero, encargó al mariscal de campo Erhard Milch, el máximo jefe de armamento de la Luftwaffe y cerebro de toda su organización de transporte, que llevase por aire 300 toneladas de suministros al día al ejército asediado. Era pura fantasía, aunque se basase en parte en la información inexacta de la que Zeitzler se había quejado en más de una ocasión. La nieve y el hielo en las pistas con temperaturas subárticas impedía a menudo los despegues y los

aterrizajes. De todos modos, el 22 de enero se perdió la última pista aérea de las cercanías de Stalingrado. Ya sólo se podría arrojar los suministros desde el aire. Las tropas muertas de hambre y de frío que quedaban, bajo un fuego enemigo constante, eran a menudo incapaces de recogerlas.[349]

Por entonces se estaba ya preparando al pueblo alemán para lo peor. Tras un largo periodo de silencio, el informe del 16 de enero de la Wehrmacht había hablado en términos sombríos de una «lucha defensiva de heroica bravura contra un enemigo que atacaba por todas partes».[350] Después de la visita de Goebbels a la «Guarida del Lobo» el 22 de enero, en la que obtuvo respaldo de Hitler para una radicalización del frente interno en una campaña paca la «guerra total», se dieron inmediatamente instrucciones a la prensa para que hablase del «gran sacrificio conmovedor y heroico que las tropas cercadas en Stalingrado están ofreciendo a la nación alemana». Esto debía de inscribirse en el marco inmediato de la movilización de los ciudadanos para la «guerra total».[351]

Hitler había descrito sin rodeos la difícil situación del 6° ejército a Goebbels en su reunión. No había prácticamente ninguna esperanza de rescatar a los cercados. Era un «drama heroico de la historia alemana».[352] Cuando estaban hablando llegaron noticias que indicaban que la situación estaba deteriorándose con gran rapidez. A Hitler esto le «afectó profundamente»,[353] según Goebbels, pero no se le ocurría pensar que pudiese atribuírsele a él alguna responsabilidad en el asunto. Se quejó amargamente de la Luftwaffe, que no había cumplido su promesa respecto a la cuantía de los suministros.[354] Schmundt le dijo aparte a Goebbels que estos habían sido ilusorios. A Göring sus propios asesores le habían pintado el cuadro optimista que suponían que él deseaba y él se lo había transmitido al Führer.[355] Era un problema que afligía a toda la dictadura… hasta llegar a Hitler y él incluido. Sólo eran aceptables los mensajes positivos. El pesimismo (que normalmente significaba realismo) era un signo de fracaso. Las distorsiones de la verdad estaban incorporadas al sistema de comunicaciones del Tercer Reich a todos los niveles… y sobre todo en los escalones superiores del régimen.

Hitler expresó su absoluto desprecio hacia los aliados que habían sido

incapaces de mantener la línea, con más irritación aún que le causaba el que su propia Luftwaffe no hubiese sido capaz de estar a la altura de las circunstancias. Los rumanos eran malos, los italianos peores y los peores de todos eran los húngaros.[356] La catástrofe no se habría producido si todo el frente oriental hubiese estado controlado por unidades alemanas, como él había querido. Las unidades de intendencia alemanas, vociferó, habían actuado mejor que las divisiones de elite italianas, rumanas y húngaras. Pero no creía que los socios del Eje estuviesen pensando desertar. A Italia «le gustaría bailar fuera de la pista»; aunque mientras estuviese allí Mussolini, eso podía descartarse. El Duce era lo suficientemente inteligente para saber que eso significaría el fin del fascismo y su propio fin. Rumania era esencial para Alemania por su petróleo, dijo Hitler. Él les había dejado claro a los rumanos lo que les esperaba si intentaban alguna tontería.[357]

Hitler aún tenía la esperanza (al menos eso lite lo que le dijo a Goebbels) que secciones del 6° ejército fuesen capaces de resistir hasta que se las pudiese auxiliar.[358] En realidad no existía la menor posibilidad de ello y él lo sabía mejor que nadie. El 6° ejército estaba ya en las últimas. El 22 de enero, el mismo día que Goebbels había estado hablando con Hitler en el cuartel general del Führer, Paulus había pedido permiso para rendirse. Hitler rechazó la petición. Luego rechazó una petición similar de Manstein de que permitiera al 6° ejército rendirse. No podía plantearse siquiera la capitulación, dijo, por una cuestión de honor. A última hora del día, telegrafió al 6° ejército para decir que con su lucha había hecho una aportación histórica a la lucha más grande de la historia alemana.[359] El ejército tenía que mantenerse firme «hasta el último hombre y la última bala».[360]

El 6° ejército había empezado a resquebrajarse el 23 de enero. Había quedado cortado en dos cuando tropas soviéticas procedentes del sur y del oeste habían conseguido unirse. El 26 de enero se completó la división del 6° ejército.[361] Una sección de él izó bandera blanca el día 29. Ese mismo día Paulus envío un telegrama de felicitación a Hitler por el décimo aniversario de su toma del poder, que era el día 30.[362]

Las «celebraciones» en Alemania del aniversario del día del triunfo de Hitler en enero de 1933 se hicieron de forma discreta. Se prohibieron las

banderitas.[363] Hitler no pronunció su discurso habitual. Permaneció en su cuartel general y encomendó a Goebbels la lectura de su proclama.[364] Sólo había una frase que hacía alusión a Stalingrado: «La lucha heroica de nuestros soldados en el Volga debería ser una advertencia para que todo el mundo hiciera el máximo en esta lucha por la libertad de Alemania y el futuro de nuestro pueblo y, en un ámbito más amplio, por la supervivencia de todo nuestro continente».[365] En el propio Stalingrado, se acercaba el final. Los restos del 6° ejército efectuaron sondeos para rendirse a los soviéticos esa misma noche, la del 30 de enero de 1943. Se celebraron negociaciones al día siguiente.[366] Ese mismo día se comunicó el ascenso de Paulus a mariscal de campo.[367] Se esperaba que terminase la lucha con una muerte heroica. A última hora de ese día, se rindió.[368] Dos días después, se rindió también el sector norte de las tropas cercadas. La batalla de Stalingrado había terminado. Habían perecido en el combate unos cien mil hombres de veintiún divisiones alemanas y dos rumanas. Cayeron prisioneros 113.000 soldados alemanes y rumanos más. Sólo unos cuantos miles sobrevivirían a la cautividad.[369]

Capítulo VIII

Hitler no mencionó siquiera la tragedia humana cuando se reunió con sus jefes militares en la conferencia de mediodía el 1 de febrero. Lo que le preocupaba era la pérdida de prestigio por la rendición de Paulus. Le resultaba imposible comprenderlo e imposible también perdonarlo. «He aquí a un hombre que se pone a hacer consideraciones mientras entre cincuenta y sesenta mil de sus soldados mueren y se defienden valientemente hasta el final. ¿Cómo pudo entregarse a los bolcheviques?», se preguntaba, fuera de sí de furia ante lo que

consideraba una traición.[370] No podía sentir ningún respeto por un oficial que había preferido la cautividad a pegarse un tiro.[371] «Con lo fácil que es hacer algo así. La pistola… es tan sencillo. ¿Cómo se puede ser tan cobarde como para retroceder ante eso?».[372] «No se nombrará mariscal de campo a nadie más en esta guerra», prometió (aunque no cumplió su palabra).[373] Estaba seguro (resultó una suposición acertada) de que, en manos soviéticas, Paulus y los otros generales capturados no tardarían en hacer propaganda antialemana. Recurriendo a las historias terroríficas de torturas en las prisiones rusas que habían circulado en la prensa völkisch desde principios de la década de 1920, dijo: «Les encerrarán en el sótano de las ratas y al cabo de dos días los tendrán tan ablandados (mürbe) que dirán lo que ellos quieran. […] Pasarán ahora a la Lubljanka y les comerán las ratas. ¿Cómo puede alguien ser tan cobarde? No lo comprendo. Tiene que morir tanta gente. Luego un hombre como ese va y mancilla en el último momento el heroísmo de tantos otros. Podría liberarse de todas las desgracias y entrar en la eternidad, en la inmortalidad nacional, y él prefiere ir a Moscú. Cómo se puede elegir eso. Qué locura».[374]

Para el pueblo alemán, la oportunidad que Paulus había perdido de ganar la inmortalidad no era en modo alguno una preocupación básica. Sus pensamientos, cuando oyeron el 3 de febrero el temido comunicado (falso hasta el final) de que los oficiales y soldados del 6° ejército habían luchado hasta la última bala y «muerto para que Alemania pudiera vivir», fueron para la tragedia humana y la magnitud del desastre militar.[375] El «sacrificio heroico» no era ningún consuelo para los afligidos familiares y amigos.[376] Las mujeres de Nuremberg figuraban entre las que tenían muchos maridos, padres, hijos o hermanos en el 6° ejército. Cuando llegó la noticia el 3 de febrero arrancaron los ejemplares de los periódicos de las manos a los vendedores, gritando y lamentándose, fuera de sí de dolor. Los hombres lanzaban insultos contra La jefatura nazi. «Hitler ha estado tres meses mintiéndonos», bramaba la gente. Habia hombres de la Gestapo mezclados entre la gente, pero ninguno de ellos intervino para detener a aquellos miembros de unas masas furiosas y consternadas. Se rumoreaba que habían recibido órdenes de contenerse.[377]

El SD informó que toda la nación estaba «profundamente conmovida» por la suerte del 6° ejército. Había una profunda depresión y una cólera generalizada por el hecho de que no se hubiese evacuado Stalingrado o no se hubiese auxiliado a las tropas cercadas en ella cuando aún se estaba a tiempo de hacerlo. La gente preguntaba cómo podía haber habido informes tan optimistas tan poco tiempo antes del desastre. Se criticaba el que se hubiese infravalorado (como el año anterior) a las fuerzas soviéticas. Eran muchos ya los que pensaban que no se podía ganar la guerra y que consideraban con angustia las consecuencias de la derrota.[378]

Hasta Stalingrado Hitler había estado mayoritariamente exento de las críticas que la gente pudiese hacer al régimen. Eso pasó ahora a modificarse drásticamente.[379] Su responsabilidad por el desastre era evidente. «Por primera vez—como escribía Ulrich von Hassell—las murmuraciones críticas se relacionan directamente con él. Hay, en esa medida, una auténtica crisis de jefatura. […] El sacrificio de la sangre más preciosa por un prestigio absurdo o criminal se hace patente y visible de nuevo».[380] La gente había creído que Hitler daría una explicación en su discurso del 30 de enero.[381] Su evidente renuencia a hablar a la nación no hizo más que intensificar la crítica. Los adversarios del régimen se sentían alentados. Pintadas en las paredes atacando a Hitler, «el asesino de Stalingrado», eran un indicio de que la resistencia clandestina no estaba extinta.[382] Algunos oficiales del ejército y funcionarios de puestos elevados, horrorizados por lo que había sucedido, revivieron planes conspiratorios que llevaban prácticamente dormidos desde 1938-39.[383]

En Munich, un grupo de estudiantes, junto con uno de sus profesores, cuyo idealismo y cuya creciente aversión hacia la inhumanidad criminal del régimen les había llevado el año anterior a formar el grupo de oposición La «Rosa blanca», lanzaron entonces abiertamente un ataque contra Hitler. Los estudiantes de medicina Alexander Schmorell y Hans Scholl habían constituido inicialmente la fuerza impulsora del grupo y no tardarían en unírseles Christoph Probst, Sophie Scholl (hermana de Hans), Willi Graf y Kurt Huber, profesor de filosofía de la Universidad de Munich, cuya actitud crítica hacia el régimen en conferencias y debates

había influido en todos ellos. Los estudiantes procedían todos de medios burgueses conservadores. Estaban animados por un idealismo humanista y por creencias cristianas. Los horrores del frente del este, experimentados por un breve periodo de forma directa cuando fueron llamados a filas Graf, Schmorell y Hans Scholl, convirtieron el noble idealismo en un mensaje político explícito. «¡Condiscípulos! —decía su manifiesto final (compuesto por el profesor Huber) distribuido en La Universidad de Munich el 18 de febrero—. La nación está estremecida por el extermino de los hombres de Stalingrado. La genial estrategia del cabo de la [Primera] Guerra Mundial ha conducido (gehetzt) insensata e irresponsablemente a trescientos treinta mil alemanes al desastre y a la muerte. ¡Te damos las gracias, Führer!».[384]

Fue un acto de desafío muy valiente, pero fue también suicida. Hans y Sophie Scholl fueron denunciados por un bedel de la universidad (que fue aplaudido posteriormente por estudiantes nazis por su actuación), y detenidos en seguida por la Gestapo. A Christoph Probst le detuvieron poco después. Su juicio ante el «Tribunal del pueblo», presidido por Roland Freisler, se celebró cuatro días después. El veredicto (sentencia de muerte) era una conclusión prevista. Fueron guillotinados los tres la misma tarde. Willi Graf, Kurt Huber y Alexander Schmorell sufrieron el mismo destino al cabo de unos meses. Otros estudiantes próximos al movimiento fueron condenados a largos periodos de cárcel.[385]

El régimen había sido malherido, pero no estaba al borde del colapso. Arremetía sin el menor escrúpulo y con absoluta ferocidad ante el más leve asomo de oposición. El nivel de brutalidad con su propia población estaba a punto de aumentar considerablemente con el aumento de los reveses en el exterior.

Si Hitler sintió algún remordimiento personal por Stalingrado o simpatía humana por los muertos del 6° ejército y sus familias, no lo dejó ver. Los que estaban muy próximos a él pudieron percibir indicios de tensión nerviosa.[386] Insinuó en privado que estaba preocupado porque creía que su salud no soportaría la presión.[387] Sus secretarias tuvieron que aguantar monólogos nocturnos aún más prolongados al ir adquiriendo su insomnio proporciones crónicas. Los temas eran en gran medida los mismos de siempre: su juventud en Viena, el «periodo de

lucha», la historia de la humanidad, la naturaleza del cosmos. No había alivio alguno para el aburrimiento de sus secretarias, que por entonces se sabían ya casi de memoria sus disertaciones sobre todos los temas. Ni siquiera había ya las veladas esporádicas en que se escuchaban discos para matar el tedio. Hitler, como le había dicho a Goebbels unas semanas antes, ya no quería escuchar música.[388] Hablar era para él como una droga. Dos años más tarde le explicaría a uno de sus médicos que él tenía que hablar (casi sobre cualquier cosa excepto los asuntos militares) para huir de las noches de insomnio cavilando sobre disposiciones de tropas y viendo mentalmente dónde estaba cada división en Stalingrado.[389] Como suponía Below, las malas noticias del norte de África, sumadas a las del frente del este, debían de haberle planteado graves dudas, en la intimidad de su propia habitación del búnker del cuartel general, sobre si aún se podría ganar la guerra.[390] Pero exteriormente, incluso en el círculo íntimo de la «Guarida del Lobo», tenía que mantener la fachada de invencibilidad. No se podía permitir que se viese la menor fisura. Hitler se mantenía fiel a su credo de voluntad y fuerza. Una sombra de debilidad era, según él, un regalo para los enemigos y los subversivos. La grieta de desmoralización se ensancharía luego rápidamente hasta convertirse en un abismo. Nunca se debía permitir, por tanto, que los jefes militares y, sobre todo, los del partido, percibiesen el menor atisbo de que vacilase en su resolución.

No se percibió, desde luego, el menor rastro de desmoralización, depresión o inseguridad cuando se dirigió a los Reichsleiter y Gauleiter a los que habló durante casi dos horas en su cuartel general el 7 de febrero.[391] Les aseguró desde el principio mismo de su alocución que él creía más que nunca en la victoria. Luego describió lo que Goebbels calificó como «la catástrofe del frente oriental».[392] No asumió personalmente ningún fallo. Aunque dijo que aceptaba, como es natural, la plena responsabilidad por los acontecimientos del invierno,[393] no dejo duda alguna de a quién correspondía en su opinión la verdadera culpa. Había buscado a su alrededor chivos expiatorios desde el principio de su carrera política (en realidad, por lo que se sabe, desde sus primeros comentarios sobre política). Ese rasgo estaba demasiado arraigado en su psique paira que prescindiera de él entonces, cuando

había que explicar, por primera vez, un desastre nacional sin paliativos. Dirigiéndose a los altos mandos del partido, lo mismo que en su conversación privada con Goebbels de unos quince días antes, volvió a echar la culpa del desastre de Stalingrado directamente al «fallo completo» de los aliados de Alemania (los rumanos, los italianos y los húngaros) cuya capacidad de combate merecía su «absoluto desprecio».[394] La consecuencia del hundimiento de los aliados de Alemania en el frente defensivo había sido poner en peligro al ejército del Cáucaso. Esto había hecho necesaria la «orden extraordinariamente difícil, que entrañaba un gran sacrificio», de que el 6° ejército aguantase firme y retuviese al Ejército Rojo «para impedir que la catástrofe afectase a todo el frente oriental». Las espantosas condiciones meteorológicas, dijo, habían impedido que se le suministrase por aire, como se había supuesto que se podría hacer. En su opinión la crisis, en términos generales, podía llegar a controlarse. «Se ha salvado el ejército del Cáucaso a costa del sacrificio del 6° ejército en Stalingrado».[395]

En el pensamiento de Hitler no sólo se hallaba arraigada la búsqueda de chivos expiatorios sino también el sentimiento de traición e infidelidad. Otro elemento de su explicación del desastre de Stalingrado fue que existía la posibilidad de una inminente traición francesa, lo que le habría obligado a retener en el oeste varias divisiones, especialmente divisiones de las SS, cuando se necesitaban desesperadamente en el este.[396] Pero Hitler tenía la capacidad extraordinaria, como indicaba Below, su ayudante de la Luftwaffe, de convertir lo negativo en positivo y convencer a su público de ello.[397] Un desembarco del enemigo en Francia habría sido mucho más peligroso, aseguraba, que lo que había pasado en el norte de África y había sido frenado con la ocupación de Túnez.[398] Veía motivos para el optimismo, también, en el éxito de los submarinos, y en el programa de armamento de Speer, que aportaría mejor defensa contra las incursiones aéreas además de una producción masiva en el verano del tanque Tiger.[399]

Gran parte del resto del discurso trató de la «psicología» de la guerra. Goebbels había estimulado los instintos de Hitler al solicitar la radicalización del «frente interno» y el paso a la «guerra total». Las exhortaciones del ministro de propaganda hallaron eco en su mensaje a

los Gauleiter. La crisis era más psicológica que real, proclamó, y debía superarse en consecuencia por «medios psicológicos». Era tarea del partido conseguir eso. Los Gauleiter debían recordar el «periodo de lucha». Ahora se necesitaban medidas radicales. La austeridad, el sacrificio y la desaparición de los privilegios de ciertos sectores de la sociedad estaban a la orden del día. Se invocaron los reveses y el triunfó final de Federico el Grande (estaba clara la comparación implícita con el caudillaje del propio Hitler).[400] Los reveses que se afrontaban ahora (de los que sólo eran culpables los aliados de Alemania) tenían incluso ventajas psicológicas. La propaganda y la agitación del partido podían despertar a la gente y hacerla ver que las alternativas estaban claras: o convertirse en amos de Europa o sufrir «un exterminio y una liquidación totales».[401]

Hitler indicaba una ventaja que, según él, tenían sus enemigos: que a ellos les sostenía la judeidad internacional. La consecuencia, dijo Hitler según cuenta Goebbels, era «que tenemos que eliminar a la judeidad no sólo en el territorio del Reich sino en toda Europa». Goebbels reseñaba aprobatoriamente que Hitler había vuelto a adoptar su punto de vista y que en un futuro previsible no habría ya judíos en Berlín. «La actitud implacable hacia los judíos que [Hitler] inculca a todos los Gauleiter—añadía Goebbels—hace ya mucho que está políticamente a la orden del día en Berlín».[402] Hitler descartó categóricamente, como había hecho siempre, cualquier posibilidad de capitulación.[403] Aseguró que no existía ninguna posibilidad de un hundimiento del Reich alemán, pero sus comentarios posteriores pusieron al descubierto el hecho de que estaba considerando precisamente eso. La posibilidad de ese hundimiento «significaría el final de su vida», proclamó. Estaba claro quiénes serían, en tal eventualidad, los chivos expiatorios: los propios alemanes. «Ese hundimiento sólo podría causarlo la debilidad del pueblo», afirmó, según Goebbels. «Pero si el pueblo alemán volvía a ser débil, no se merecería otra cosa que su destrucción a manos de un pueblo más fuerte; no se podía sentir en ese caso ninguna simpatía por él».[404] Ese sentimiento seguiría presente en él hasta el final.

Hitler podía hablar de ese modo a los jefes del partido, la columna vertebral de su apoyo. A los Gauleiter se les podía unir con esa retórica.

Eran después de todo fanáticos como lo era el propio Hitler. Eran parte de su «comunidad juramentada». Lo de que la radicalización del «frente interno» correspondiese al partido era para ellos muy grato. De todos modos, fuesen cuales fuesen las dudas que albergasen, si es que las tenían, no tenían otra elección que seguir adelante con Hitler. Habían quemado las naves con él. Él era la única garantía de aquel poder del que hacían gala. Al pueblo alemán no era tan fácil aplacarlo como a los virreyes inmediatos de Hitler. Guando este se dirigió en Berlín a la nación por primera vez desde el desastre de Stalingrado, con motivo de la celebración (que ese año, precisamente, no tenía posibilidad de eludir) del Día de Homenaje a los Héroes, el 21 de marzo de 1943, su discurso dio lugar a mayores críticas que ningún otro discurso suyo desde que se había convertido en canciller.[405]

Fue uno de sus discursos más breves. A Goebbels le complació el que sólo tuviese 15 páginas; reducía las posibilidades de que fuese interrumpido por un ataque aéreo inglés, que estaba previsto y que se temía.[406] Hitler le explicó a Goebbels que quería aprovechar el discurso para lanzar otro feroz ataque al bolchevismo. Se sentía como un viejo propagandista, según le dijo: propaganda significaba repetición.[407] Tal vez fuese la angustia, como había insinuado Goebbels, por un posible ataque aéreo lo que hizo que Hitler pronunciase su discurso en un tono monocorde rápido y tedioso. Fuese cual fuese el motivo, el ataque rutinario al bolchevismo y a los judíos como la fuerza que estaba detrás de la «guerra despiadada» no podía despertar demasiado entusiasmo. Reinaba una profunda decepción. Revivieron los rumores sobre su mala salud… junto con otros que aseguraban que había sido un sustituto el que había hablado, y que el auténtico Führer estaba bajo arresto domiciliario en el Obersalzberg, víctima de una perturbación mental provocada por lo de Stalingrado. Resultaba sumamente extraño que no hubiese mencionado nunca directamente Stalingrado en una ceremonia que estaba dedicada a la memoria de los caídos y en un momento en el que estaba tan presente el trauma. Y su alusión sobre la marcha, al final del discurso, a una cifra de 542.000 alemanes muertos en la guerra se consideró que era demasiado baja y se recibió con absoluta incredulidad.[408]

Las reacciones al discurso fueron un claro indicador de que los vínculos del pueblo alemán con Hitler estaban disolviéndose. No podía ser algo que se produjese de un día para otro. Pero Stalingrado fue el punto en que los signos se hicieron ya inconfundibles. No había ninguna rebelión en el aire; Hitler tenía razón en eso. El estado de ánimo general era sombrío, depresivo, había angustia por el presente, miedo del futuro y sobre todo cansancio de la guerra; pero no rebeldía. La idea de derribar al régimen difícilmente podían albergarla los que no perteneciesen a la exigua minoría de quienes le servían desde dentro, tenían contactos en puestos elevados y podían recurrir al poder de los militares, y estaban ya conspirando activamente por provocar la caída de Hitler. El régimen era demasiado fuerte, tenía una capacidad de represión demasiado grande, era demasiado evidente que estaba decidido a aplastar cualquier oposición (y se hizo aún más evidente al flaquear el apoyo positivo y debilitarse las lealtades). Las reservas de apoyo sin fisuras eran aún sustanciales. Se podían encontrar sobre todo (aunque también hubiese ahí signos inconfundibles de erosión) entre los miembros de una generación más joven que había asimilado los ideales nazis en la escuela, entre muchos soldados ordinarios del frente que se aferraban desesperadamente a un rayo de esperanza y, naturalmente, sobre todo, entre los militantes del partido en los que se mezclaban la creencia ferviente y el deseo de hacer carrera.[409] Los devotos fanáticos del culto al Führer, cuya adulación a Hitler no había flaqueado, o que estaban implicados en los crímenes contra la humanidad que él había inspirado, seguían controlando el frente interior, y estaban dispuestos a recurrir a cualquier medida, por implacable que fuese, para sostener los cimientos del régimen. Para el grueso de la población no había más alternativa que seguir luchando.

En esto, al menos, estaban unidos el dictador y el pueblo al que regía. Hitler, como percibían ya cada vez más ciudadanos ordinarios, había cerrado todas las vías que pudiesen haber conducido a una paz negociada. Las victorias iniciales empezaban a verse gradualmente de una forma distinta. No había ningún final visible, pero a un número creciente de ciudadanos les parecía ya que estaba claro que Hitler les había metido en una guerra que sólo podía acabar en devastación,

derrota y desastre. Aún quedaba mucho camino por recorrer, pero en los meses siguientes las penurias de la guerra se abatirían con creciente ferocidad sobre la población de la propia Alemania. Lo que había quedado al descubierto después de Stalingrado se iría viendo con creciente claridad a lo largo de esos meses: pese a toda la fuerza persistente del apoyo que se le otorgaba, el idilio del pueblo alemán con Hitler tocaba a su fin. Sólo faltaba el amargo proceso de divorcio.

12

ASEDIADO

¡No tenemos sólo una «crisis de caudillaje», sino, hablando con rigor, una «crisis de Caudillo»!

SPEER, RECORDANDO LA VALORACIÓN QUE HACÍA GOEBBELS A FINALES DE FEBRERO DE 1943.

Alemania y sus aliados estaban en el mismo barco en un mar agitado. Era evidente que en esa situación cualquiera que quisiese irse se ahogaría inmediatamente.

HITLER, HABLANDO CON EL ALMIRANTE HORTHY DE HUNGRÍA, ABRIL DE 1943.

Herr Feldmarschall, no somos dueños en este caso de nuestras decisiones.

HITLER AL MARISCAL DE CAMPO VON KLUGE, 20 DE JULIO DE 1943, AL DÍA SIGUIENTE DE LA CAÍDA DE MUSSOLINI.

Una página gloriosa de nuestra historia, que nunca se ha escrito nunca y que nunca se podrá escribir. […] Teníamos el derecho moral, teníamos el deber con nuestro pueblo, de destruir a ese pueblo que quería destruirnos.

HIMMLER, HABLANDO A LOS DIRIGENTES DE LAS SS EN POSEN SOBRE LA «SOLUCIÓN FINAL DE LA CUESTIÓN JUDÍA», 4 DE OCTUBRE DE 1943.

«Los ingleses afirman que el pueblo alemán ha perdido la confianza en el Führer», proclamaba Goebbels. Era el principio de la quinta de sus diez preguntas retóricas de hacia el final de su discurso de dos horas de la noche del 18 de febrero de 1943, en el que proclamaba la «guerra total». El público del Sportpalast de Berlín, cuidadosamente elegido, se levantó como un solo hombre para desmentir una alegación tan injuriosa. Se elevaron las voces a coro: «El Führer manda, obedeceremos». El tumulto duró lo que pareció un siglo. El maestro de la propaganda, orquestando a la perfección el frenesí del público, interrumpió al fin para preguntar: «¿Es vuestra confianza en el Führer mayor, más leal y más inconmovible que nunca? ¿Estáis dispuestos a seguirle en todo y hacer todo lo que sea necesario para conducir la guerra a un final victorioso absoluto y sin limitaciones?». Catorce mil voces gritaron histéricamente al unísono la respuesta que invitaba a dar Goebbels en su intento de acallar a los que dudaban en el interior del país y de transmitir al mundo exterior la inutilidad de toda esperanza de hundimiento interior de Alemania. Goebbels terminó su perorata destinada a levantar la moral (y que había sido interrumpida más de doscientas veces por aplausos, vítores, gritos de aprobación y ovaciones estruendosas) con las palabras de Theodor Körner, el poeta patriótico de la época de la lucha de Prusia contra Napoleón: «Ahora pueblo, levántate… ¡y que se desencadene la tormenta!». El gran auditorio estalló. En medio de los vítores desmelenados sonaron el himno nacional «Deutschland, Deutschland über alies» y la «Horst-Wessel-Lied» del partido. El espectáculo terminó con gritos de «Adolf Hitler, el gran caudillo alemán, Sieg Heil, Sieg Heil».[1]

El discurso se proponía demostrar la absoluta solidaridad de pueblo y caudillo, transmitiendo la decisión inquebrantable de Alemania de continuar e incluso intensificar la lucha hasta que se alcanzase la victoria.[2] Pero la solidaridad, pese a la impresión que pudiese dejar temporalmente el espectáculo

propagandístico de Goebbels, estaba disminuyendo deprisa por entonces, la fe en Hitler entre la masa de la población estaba gravemente minada. Lo que hizo Goebbels, en realidad, fue solicitar de su auditorio «una especie de Ja plebiscitario a la autodestrucción»[3] en una guerra que Alemania no podía ya ganar y a la que tampoco podía poner fin a través de una paz negociada.

Las menguantes esperanzas de victoria se habían convertido ya, para los que tenían algún sentido del realismo, en la casi certeza de derrota final. El pueblo alemán, el régimen nazi y su caudillo estarían en los meses siguientes cada vez más asediados. Amigos y aliados desertarían, las ganancias territoriales se desmigajarían, los ataques aéreos, cuya intensidad aumentaría sin cesar, dejarían devastadas las ciudades alemanas; la superioridad insalvable del enemigo en potencial humano y armamento se iría haciendo patente con progresiva claridad y empezarían a multiplicarse en el país los indicios de que, pese a lo que pudiese sugerir la retórica de Goebbels, las lealtades hacia el régimen, e incluso hacia la persona de Hitler, se hallaban gravemente debilitadas. Sin embargo, la actitud desafiante y decidida conjurada por el discurso del Sportpalast de Goebbels, apuntalada por nuevos niveles de represión draconiana a medida que disminuía el apoyo al régimen, ayudó a descartar cualquier perspectiva de hundimiento en el frente interior. Esto a su vez alargaría la defunción del régimen durante dos años más, garantizando que se intensificaran al máximo la muerte y la devastación en una lucha larga, tenaz y cada vez más desesperada.

Goebbels estaba de acuerdo con Hitler en ese espíritu que intentaba poner de manifiesto por medio de su discurso del Sportpalast. El que propugnase que era necesario infundir la voluntad fanática de victoria en todo el pueblo y movilizar psicológicamente el frente interior, para que aceptase las medidas más radicales en una lucha total por la supervivencia de la nación, había recibido la aprobación de Hitler en

numerosas ocasiones durante los meses anteriores. No está claro del todo si el ministro de propaganda había enseñado a Hitler previamente, como solía hacer, el texto del discurso del Sportpalast.[4] Cuando lo pronunció, Hitler estaba visitando su cuartel general de campaña de Ucrania. Goebbels comenta que era difícil comunicar con él, pero consideraba de todos modos que no era necesario, ya que las principales directrices propagandísticas habían sido establecidas ya.[5] Hitler, aunque no escucho la transmisión, pidió que se le enviara inmediatamente el texto y se lo alabó a Goebbels poco después. No había realmente nada en el discurso a lo que Hitler pudiese poner la menor objeción.[6]

No tardaron, sin embargo, en esfumarse las esperanzas que albergaba Goebbels de que el discurso le proporcionase la autorización de Hitler para concentrar la dirección de la «guerra total» en sus manos. El ministro de propaganda llevaba mucho tiempo presionando en favor de medidas prácticas para radicalizar el esfuerzo bélico. Su enfoque personal se concentraba, claro, predominantemente, en la movilización psicológica. Otros, entre los que destacaban Speer y el alto mando de la Wehrmacht, centraban su atención más concretamente en las necesidades de recursos humanos de las fuerzas armadas y de la industria armamentista y en el problema de cómo extraer las escasas reservas que quedaban de potencial humano. Lo que ellos entendían por «guerra total» incluía el reclutamiento de mano de obra femenina, que aún no se había utilizado en la producción industrial, y que era bien sabido que el enemigo llevaba tiempo utilizando. Pero Hitler, respaldado por Göring, se había resistido a ello imponiendo unas penurias y unos sacrificios materiales cada vez mayores a la población civil. Tenía presente, como siempre, el hundimiento de la moral de lucha en el frente interior durante la Primera Guerra Mundial, convencido de que eso había socavado el esfuerzo militar y preparado el camino a la revolución.[7] Su temor a la influencia que podía tener la

medida sobre la moral de combate de sus compatriotas del frente, unido a sus ideas tradicionalistas sobre el papel doméstico de las mujeres, le habían llevado a oponerse al reclutamiento de mano de obra femenina para trabajar en una industria de armamento sometida a una dura presión.[8] Sin embargo, durante la crisis de Stalingrado había concedido finalmente su autorización para movilizar todos los recursos y toda la mano de obra disponible del frente interior y se habían tomado algunas medidas iniciales.[9]

Pero Goebbels había calculado mal. La dirección del esfuerzo bélico de la «guerra total» abarcaba mucho más que la movilización psicológica, en la que él era un maestro sin par. «Por detrás del trono», en el nivel situado por debajo de Hitler, la medida desencadenó nuevas luchas por el poder en cuanto sus segundos (entre los que destacaban, además del propio Goebbels, Göring, Speer, Robert Ley, jefe del Erente Alemán del Trabajo, Fritz Sauckel, plenipotenciario de Distribución de la Mano de Obra y, cómo no, Bormann) empezaron a rivalizar por situarse en la mejor posición posible para conseguir el control de las nuevas esferas de poder que estaban aflorando.[10] Hitler, incapaz de arbitrar de una forma racional o sistemática en los inevitables conflictos que surgían en unas esferas de competencias que se solapaban y que a veces chocaban entre sí, pero atento siempre a preservar su propio poder, nunca otorgó a Goebbels la autoridad que este ansiaba sobre el frente interior. El esfuerzo bélico de la «guerra total» consiguió éxitos parciales en áreas individuales. Pero la ausencia de una dirección fuerte y coherente desde arriba en el frente interior produjo lo que Goebbels calificó con pesar como «una falta completa de dirección en la política interior alemana».[11] Quedaba descartada axiomáticamente la planificación coherente, bien organizada y claramente coordinada… y con ella las ilusiones que pudiese haberse hecho el ministro de propaganda de que se le dejase mano libre en los asuntos internos. Cuando Hitler accedió finalmente a nombrar a Goebbels «plenipotenciario para

el despliegue de la guerra total», el 20 de julio de 1944, era ya demasiado tarde y, de todos modos, incluso entonces, los poderes otorgados estaban rigurosamente delimitados.[12]

Los resultados del gran discurso de Goebbels fueron, por tanto, decepcionantes en lo que se refiere a sus ambiciones de conseguir el control del esfuerzo bélico de la «guerra total». Pese a tanta grandilocuencia, el programa especial del Sportpalast tuvo pocos efectos perdurables. Goebbels no tardó en volver a aprender la lección de que, aunque fuese poderoso, seguía siendo sólo uno más en las luchas por el poder de los que intentaban lograr el respaldo de la autoridad sin restricciones de Hitler. Volvería a darse cuenta también en seguida, a raíz del discurso, de que aunque la autoridad del propio dictador se mantuviese incólume, su ausencia física, su concentración en las cuestiones militares y su participación esporádica y semidistanciada en el día a día del gobierno del Reich, hacían que estuviese más expuesto que nunca a la influencia de los que se hallaban a su lado («toda esa carga de los idiotas de corte y de los agitadores irresponsables»)[13] y que no pudiese conciliar o superar los intereses encontrados de aquellos barones que rivalizaban entre sí. Era, en realidad, incapaz del todo, incluso en el caso de que hubiese querido, de imponer unas líneas claras de autoridad para combatir los signos ya avanzados de desintegración que se manifestaban en el gobierno y la administración.

Para Hitler, los meses que siguieron a Stalingrado intensificaron los rasgos familiares de carácter arraigados. La fachada de optimismo, a menudo absurdo, se mantenía básicamente intacta, incluso dentro de su círculo íntimo. Seguiría haciendo alarde de una voluntad indomable. Los vuelos de la fantasía, alejados de la realidad, adquirían nuevas dimensiones. Pero de cuando en cuando se desprendía la máscara en comentarios que revelaban una depresión y un fatalismo profundos. Era el fugaz reconocimiento exterior de algo de lo que ya estaba convencido interiormente: había

perdido la iniciativa para, siempre. Ese convencimiento provocaba invariablemente nuevos torrentes de cólera, con la que fustigaba a quien pudiese echar la culpa, que solían ser, como siempre, sus jefes militares. Eran todos mentirosos, desleales, opuestos al nacionalsocialismo, reaccionarios y totalmente incapaces de apreciar la cultura, bramaba. Estaba deseando poder dejar de tener que relacionarse con ellos.[14] Acusaba, por último, al propio pueblo alemán, que le parecía que se mostraba demasiado débil para sobrevivir e indigno de él en la gran lucha. A medida que se sucedían los reveses, el asediado Führer iba recurriendo con mayor presteza a una búsqueda de la represalia y la venganza implacables, tanto contra sus enemigos externos (tras los cuales veía, como siempre, al personaje demoníaco del judío) como contra cualquiera que en el interior pudiera atreverse a mostrar derrotismo, no digamos ya a «traicionarle». No había influencias personales que pudiesen haber moderado su inhumanidad básica. El hombre que había sido idolatrado por millones carecía por completo de amigos… aparte (según un comentario suyo) de Eva Braun y de su perro, Blondi.[15]

La guerra, y los odios con que la había investido, le consumían cada vez más. Las veladas musicales habían cesado después de Stalingrado.[16] Comía solo bastante a menudo, para no tener que hablar con sus generales. Había pocas cosas que le interesaran, aparte de la guerra y de su obsesión con las edificaciones. Le explicó a Goebbels cómo ansiaba poder ir al teatro o ver cine de nuevo, estar entre la gente como antes, volver a disfrutar de la vida cuando la guerra terminase.[17] Esto era mera nostalgia en medio de un conflicto bélico del que, aunque no fuese capaz de verlo, era autor principal, y que había ocupado el centro de sus pensamientos durante dos décadas. Por entonces, Hitler era, como individuo, en muchos aspectos, una cáscara vacía y calcinada. Pero su resistencia y su fuerza de voluntad seguían siendo extraordinarias. Y en el régimen extrañamente informe que presidía, su poder era aún inmenso,

ilimitado, indiscutible.

Cuando la guerra que él mismo había desencadenado «llegó al Reich», el dictador (que envejecía rápidamente, convirtiéndose cada vez más en una ruina física y mostrando signos acusados de una tensión nerviosa intensa) fue distanciándose progresivamente de su pueblo. Era como si no pudiese mirarles a la cara ahora que no había ya triunfos de los que informar y que tenía que asumir la responsabilidad de las bajas crecientes, de las penurias y del sufrimiento. Ya antes de la catástrofe de Stalingrado, a principios de noviembre de 1942, cuando su tren había parado por casualidad junto a un tren de soldados que regresaban del este, soldados de aspecto abatido, agotados por el combate, su única reacción había sido pedir a uno de sus criados que bajase las persianas.[18] Cuando la suerte de Alemania en la guerra empezó a caer en picado entre 1943 y 1945, el antiguo cabo de una gran guerra anterior no buscó nunca la experiencia directa de lo que sentía el soldado ordinario.

El número de grandes discursos públicos que pronunció constituyó un claro indicador del abismo creciente que se abría entre el Führer y el pueblo. En 1940 Hitler había pronunciado nueve grandes discursos públicos, en 1941 siete, en 1942 cinco. En 1943 no pronunció más que dos (además de una alocución radiada el 10 de septiembre), en el «Día de los Héroes», el 21 de marzo, y el dirigido, como siempre, a la «vieja guardia» en la Löwenbräukeller de Munich, el 8 de noviembre.[19] Pasaba la mayor parte del tiempo alejado de los ministerios del gobierno de la Wilhelmstrasse de Berlín (y del pueblo alemán), en su cuartel general de campaña, o en su nido de águila sobre el Berchtesgaden. No pasó más que unos cuantos días en Berlín (principalmente en mayo) durante todo 1943. Estuvo en el Berghof unos tres meses en total. Durante el resto del tiempo permaneció encerrado en su cuartel general de la Prusia oriental, a excepción de una serie de breves visitas a Ucrania.[20]

Goebbels lamentaba en julio de 1943 el que Hitler se hubiese desvinculado tanto de las masas. Estas, comentaba el ministro de propaganda, habían proporcionado la aclamación en la que se había apoyado su autoridad única. Él les había dado la fe y la confianza que habían sido el punto focal del apoyo del régimen. Pero ahora, en opinión de Goebbels, esa relación corría un grave peligro, y con ella la estabilidad del propio régimen. Lo indicaba el gran número y el tono crítico de las cartas (la mitad de ellas anónimas) que llegaban al Ministerio de Propaganda. «Sobre todo, se plantea una y otra vez en esas cartas—continuaba—por qué el Führer no risita nunca las zonas que han sufrido ataques aéreos, por qué no aparece nunca Göring, pero sobre todo por qué el Führer ni siquiera se dirige al pueblo alemán para explicar la situación actual. Considero sumamente necesario que el Führer haga eso, a pesar de la carga que significan los acontecimientos del sector militar. No se puede olvidar al pueblo demasiado tiempo. El es al fin y al cabo el corazón de nuestro esfuerzo bélico. Si llegase a perder alguna vez su capacidad de resistencia y la fe en sus dirigentes, nos enfrentaríamos a la crisis de autoridad más grave que se haya planteado nunca».[21]

Capítulo I

El paso a la «guerra total», que se produce durante la crisis de Stalingrado, proporcionó la demostración definitiva de que el gobierno personal de Hitler era incompatible con cualquier semblanza de gobierno colectivo y cualquier tipo de proceso decisorio racional.

La campaña para movilizar todas las reservas que quedaban en el frente interior (lo que vino a llamarse «guerra total») tenía sus raíces en la necesidad de remediar la enorme carencia de potencial militar humano que habían dejado las cuantiosas bajas subidas por la Wehrmacht durante los primeros meses de «Barbarroja». Keitel había pedido ya a principios de diciembre de 1941 que se espigara el personal superfluo de las burocracias de los ministerios del gobierno, de la economía y de la propia Wehrmacht.[22] Esto había dado lugar a tentativas de liberar personal para el ejército simplificando la administración gubernamental, extraordinariamente rígida, pesada y torpe. La proliferación de «autoridades especiales» junto a los ministerios del gobierno y el dualismo partido-estado (productos directos del estado de Führer), junto con las nuevas tareas administrativas originadas por las demandas de la guerra, habían conducido a una expansión colosal de la burocracia y habían generado centenares de regulaciones, decretos y ordenanzas. La cuantía de trámites y de papeleo que esto traía consigo era asfixiante. Había un resentimiento inmenso contra lo que se motejaba de «guerra de los papeles».

Las diatribas de Hitler contra la burocracia del estado eran bien conocidas por todos los que entraban en contacto con él. Su desprecio a los funcionarios de mentalidad legalista no conocía límites. Según su opinión se podía reducir el número de funcionarios en dos tercios.[23] No era difícil, pues, estimular sus prejuicios y fue fácil lograr su apoyo para la campaña de reducción de la burocracia. Pero poner en práctica las medidas necesarias era ya otro asunto. La actitud del propio Hitler era a menudo vacilante en la práctica, contradictoria y, en último término, predominantemente conservadora. Y, a pesar de su respaldo, los intentos de reducir el personal de las oficinas del estado chocó en seguida con poderosos intereses encubiertos. Los resultados fueron escasos, como era previsible.[24] Pero las demandas de potencial humano del frente desencadenaron inevitablemente nuevos esfuerzos para extraer todo el personal excedente pasible del funcionariado. En el otoño de 1942, Hitler había encargado al general Walter von Unruth, que había tenido anteriormente un relativo éxito sacando personal de las burocracias civil y militar en los territorios ocupados del este, que hiciese una

investigación en la administración civil e incluso en la industria de armamentos.[25] Pero también esto había dado escasos frutos porque los ministros del gobierno se habían defendido de las peores incursiones para privarles de su personal. Y cuando el general Von Unruh intentó hacerse con algunos de los que trabajaban en los grandiosos proyectos arquitectónicos del Führer (incluidos 68 hombres de 35 años o menos empleados en la oficina de planificación que proyectaba la reconstrucción de gran parte del centro de Munich), Hitler decidió, como era de prever, que no se podía prescindir de ellos.[26]

En las navidades de 1943, antes de que se hiciese evidente el fracaso de los intentos de Unruh, Hitler había dado las órdenes necesarias para que se tomasen medidas más radicales para reclutar personal para el frente y para la industria de armamentos. Se encomendó a Martin Bormann la coordinación de los esfuerzos, en colaboración con el jefe de la Cancillería del Reich, Hans Heinrich Lammers.[27] Fueron informados inmediatamente Goebbels y Sauckel. El propósito era cerrar todos los negocios cuyo objetivo fueran artículos «de lujo» o que no fuesen necesarios por otra razón para el esfuerzo bélico y trasladar al personal al ejército y a la producción de armas. Se debía reclutar para el trabajo a las mujeres. Se decidió que era imposible desprenderse de hombres para el servicio del frente, salvo que pudieran sustituirlos las mujeres en una serie de diversos tipos de trabajo. Según el Ministerio de Propaganda, el número de mujeres que trabajaban había disminuido en unas 147 000 desde el inicio de la guerra.[28] Y de 8,6 millones de mujeres que estaban empleadas a finales de 1942, sólo 968.000 trabajaban en la producción de armamento.[29] En la primavera de 1942, Hitler había rechazado rotundamente el reclutamiento de mujeres para trabajar en la industria bélica. Los industriales habían estado presionando en favor de ello y Speer había hecho suya su petición. Pero Sauckel, que defendía celosamente su territorio y aseguraba que la responsabilidad de la distribución de la mano de obra le correspondía sólo a él, había mantenido a raya a Speer y había solicitado el apoyo del Führer, respaldado por Göring. Es probable, como indica Speer, que Sauckel hubiese pedido por tanto a Hitler que no accediese al reclutamiento de las mujeres.[30] Según la versión de Sauckel, las razones de Hitler habían

sido ideológicas.[31] Habría corrido peligro con ello la tasa de natalidad y se habría debilitado, en consecuencia, la fuerza racial de Alemania. Pensaba también que las mujeres estarían expuestas a un peligro moral.[32]

Pero a principios de 1943 la necesidad de mano de obra se había hecho tan aguda que Hitler se vio obligado a admitir que no se podía evitar por más tiempo el reclutamiento de mujeres. Ni siquiera el trabajo forzado de cerca de seis millones de trabajadores extranjeros y de prisioneros de guerra podía compensar los aproximadamente once millones de hombres que había llamado a filas la Wehrmacht.[33] Lo máximo que podía hacer para limitar lo que consideraba una medida que probablemente causase un daño en la moral de lucha de la población era elevar la edad de reclutamiento de los dieciséis años, que habían decidido los ministros del gobierno interesados, a los diecisiete.[34] En un decreto del Führer de 13 de enero de 1943, que no se hizo público, se ordenaba que las mujeres de entre 17 y 50 años se presentaran para colaborar en el esfuerzo bélico.[35] Había poco entusiasmo entre las afectadas. Las mujeres recurrían siempre que podían a los criterios de exención (que incluían la responsabilidad del cuidado de los niños y el trabajo en la agricultura y en el funcionariado y a todas las influencias posibles para eludir el reclutamiento. Cuando no podían evitarlo, procuraban conseguir tareas livianas de oficina, dejando que la industria de armamento siguiera con escasez de mano de obra femenina.[36]

Antes ya de que Hitler firmase el decreto, se había iniciado una lucha denodada por las esferas de competencia. Lammers, para mantener firmemente en sus manos el control de las medidas de la «guerra total» e impedir que se esfumase el control centralizado, y con el respaldo de los altos funcionarios de la Cancillería del Reich Leo Killy y Friedrich Wilhelm Kritzinger, propuso a Hitler que todas las medidas se tomasen obligatoriamente «bajo la autoridad del Führer», y que se crease un órgano especial para controlarlas. La idea era crear una especie de pequeño «gabinete de guerra»; el «Consejo Ministerial para la Defensa del Reich» había equivalido potencialmente a eso, como indicamos en un capítulo anterior, pero nunca había tenido funciones de ese género en la

práctica y hacía ya mucho que había caído en desuso. Lammers pensó que lo más adecuado sería que los jefes de las tres ramas ejecutivas de la autoridad del Führer (el mando supremo de la Wehrmacht, la Cancillería del Reich y la Cancillería del partido) actuasen en estrecha colaboración, reuniéndose con frecuencia, manteniendo contacto regular con el propio Hitler y situándose por encima de los intereses particularistas de los ministerios individuales. Hitler dio su aprobación. Es evidente que no veía en ello ninguna amenaza para su posición. Todo lo contrario: se podía garantizar que las tres personas implicadas (Keitel, Lammers y Bormann) respaldasen los intereses de Hitler a expensas de cualesquiera otros individuos más poderosos. Un indicio de que era eso realmente lo que pensaba Hitler fue la exclusión de Göring, Goebbels y Speer del órgano coordinador, que no tardaría en conocerse como el «Comité de tres» (Dreierausschuss).[37] Duraría hasta el otoño en que se atrofiaría… una víctima más de la negativa de Hitler a conceder cualquier poder concreto que pudiese chocar con su autoridad como Führer, y de su estilo de gobierno bisoño y asistemático.

El comité sólo dispuso de poder, desde el principio mismo, para emitir ordenanzas autorizadoras de acuerdo con las directrices generales que había trazado Hitler. No se le otorgó ninguna autonomía.[38] Hitler se reservó, como siempre, la decisión final en todo lo importante. Fue una exageración lo que dijo más tarde Speer de que la intención de los tres miembros del comité había sido controlar el poder de Hitler.[39] La lealtad de los tres y su sumisión ciega a la voluntad de Hitler eran indudables. No hicieron nada en la práctica que pudiese haber chocado con los deseos de Hitler. Y, aunque Speer destaca los planes de Bormann de utilizar el comité para favorecer sus propias ambiciones de poder, el jefe de la Cancillería del partido parece haberse dado básicamente por satisfecho en la práctica con dejar la mayor parte del trabajo rutinario a Lammers… que no era precisamente alguien que pretendiese hacerse con el gobierno del Reich.[40]

El «Comité de tres» celebró, en total, once reuniones oficiales entre enero y agosto de 1943. Fueron invitados a ellas los jefes de los departamentos del gobierno, pero las reuniones no equivalieron, como afirmaría luego Speer, a una resurrección del gabinete.[41] El comité,

pese a todo su potencial para un aumento de poder como órgano que actuaba en estrecha proximidad con el Führer, chocó en seguida con intereses encubiertos profundamente arraigados, tanto en los ministerios del gobierno como en las oficinas regionales del partido, interesados en conservar su personal y sus esferas de competencia, que podrían verse amenazados por cualquier intento de centralizar y simplificar las enredadas líneas de la administración.[42] Tenía pocas posibilidades de echar abajo los feudos sobre los que se apoyaba el régimen nazi y pronto se hizo evidente que cualquier esperanza de introducir un poco de orden en el caos administrativo endémico del Tercer Reich era totalmente ilusoria.

Sin embargo, los súbditos más poderosos de Hitler estaban decididos a hacer todo lo posible para sabotear un proceso que les parecía contrario a sus propias posiciones de poder… y del que estaban excluidos. Los primeros indicios de hostilidad hacia el papel del «Comité de tres» afloraron durante la recepción que se celebró en la residencia de Goebbels tras su discurso de la «guerra total» del 18 de febrero. Nueve días más tarde, Funk, Ley y Speer volvieron a reunirse a tomar coñac y té en los majestuosos apartamentos de Goebbels (sombríos ya, pues se habían quitado las bombillas para atenerse a las nuevas exigencias de la «guerra total») para ver qué se podía hacer.[43] Poco después, a principios de marzo, Goebbels bajó desde Berlín al Berchtesgaden para estudiar con Göring un medio de eludir al Comité. Speer ya le había sondeado.[44] En conversaciones que duraron cinco horas, en la villa palaciega de Göring en el Obersalzberg, en una parte de las cuales estuvo Speer presente, el mariscal del Reich, ataviado con «ropas un tanto barrocas», acabó sumándose a la causa.[45]

El «Comité de tres», que él apodó desdeñosamente «los tres reyes»,[46] era un motivo de preocupación también para él. Detestaba a Lammers, al que consideraba un «super burócrata» que quería volver a poner el control del Reich en manos de los funcionarios del gobierno. Hitler, pensaba Göring, no había visto bien lo que era Lammers. Había que abrirle los ojos al Führer. Bormann perseguía, claro, sus propios objetivos ambiciosos. Keitel era un individuo completamente insignificante.[47] Goebbels y Göring dejaron a un lado viejas

discrepancias. El ego considerable de Göring se hallaba bastante alicaído debido a que había perdido el favor de Hitler por la incapacidad de la Luftwaffe para impedir el bombardeo de las ciudades alemanas. Goebbels le halagaba, reprochándole al mismo tiempo que hubiese permitido que cayera en desuso el Consejo Ministerial para la Defensa del Reich. El plan del ministro de propaganda (en realidad, el primero que lo había expuesto había sido Speer)[48] era revivir el Consejo Ministerial, bajo la presidencia de Göring, permitiendo a los miembros que lo convirtieran en un órgano eficaz para regir el Reich, dejando libre a Hitler para concentrarse en la dirección de los asuntos militares. Goebbels habló de «la falta total de una dirección clara en la política interna y externa».[49] Göring dijo que el Führer le había dado la impresión de haber envejecido quince años desde el comienzo de la guerra. Se había encerrado demasiado y llevaba un tipo de vida que no era saludable ni mental ni físicamente. Pero probablemente no se pudiese hacer nada al respecto.[50]

Goebbels formuló sus argumentos en términos de lealtad a Hitler y de la necesidad de aliviarle de las cargas agobiantes que pesaban sobre él y permitirle concentrarse en la dirección militar. El estado de ánimo depresivo que le aquejaba (Hitler comentaba cada poco que no tenía ningún miedo a la muerte) era muy comprensible, dijo Goebbels; mayor razón, pues, para que sus «amigos más íntimos» formasen «una sólida falange en torno a su persona». Recordó a Göring la amenaza que se cernía sobre todos ellos si se perdía la guerra: «Sobre todo respecto a la cuestión judía, estamos tan profundamente metidos en eso que ya no hay salida posible. Y eso está bien. Un Movimiento y un pueblo que han quemado las naves luchan, por experiencia, con menos trabas que los que aún tienen una posibilidad de retirada».[51] El partido necesitaba una revitalización.[52] Y si Göring era capaz de reactivar el Consejo Ministerial y ponerlo en manos de los seguidores más leales de Hitler, argumentaba Goebbels, seguro que el Führer estaría de acuerdo.[53]

Goebbels propuso que Göring y él hablaran con las personas adecuadas. Pero a ninguna de ellas se le debería confiar la intención real de eludir al «Comité de tres» y transferir la autoridad al Consejo Ministerial. Ya elegirían el momento de plantear la propuesta al propio

Hitler. Sabían que esto no sería fácil, ipese a la insistencia de Goebbels en que al Führer le gustaría la idea. Goebbels y Speer empezaron mientras tanto a trabajar con Hitler. Goebbels y Göring volverían a reunirse a los quince días. Estaban seguros de que controlarían en seguida el problema de «los tres reyes».[54]

Pero el problema, especialmente tal como lo veía Goebbels, no era algo que se limitase al «Comité de tres»: era un problema del propio Hitler. Naturalmente, las ambiciones que albergaba el propio Goebbels de hacerse con la dirección del frente interior (infundir el impulso revolucionario en el esfuerzo bélico de la «guerra total») tenían un papel importante en sus maquinaciones. Pero no era sólo eso. Había que ganar la guerra. La perspectiva de perderla era absolutamente inadmisible. Hacía falta una jefatura más fuerte en el interior del país para salvaguardar el esfuerzo bélico. Goebbels se mantenía totalmente leal a la persona a la que llevaba muchos años considerando una imagen paterna casi deificada. Pero veía en el tipo de jefatura de Hitler (su ausencia de Berlín, su distanciamiento del pueblo, su concentración casi total en las cuestiones militares y, sobre todo, su creciente dependencia de Bormann para todo lo relacionado con los asuntos internos) una debilidad básica del gobierno del Reich. A Goebbels, que era un político consumado, le costaba trabajo entender que Hitler pudiese desdeñar la política en favor de una cuestión subordinada a ella como era el mando militar.[55]

Goebbels se quejaba en su diario de una «crisis de jefatura». Los problemas que había entre los diligentes subordinados le parecían tan graves que creía que el Führer debería barrerlos con escoba de acero.[56] «Piensa en el ministro del interior [Frick]—bramaba—. Tiene 67 años de edad y se pasa tres cuartas partes del año en el Chiemsee [el mayor de los bellos lagos bávaros, situado unos cien kilómetros al sureste de Munich] en vez de cumplir con sus obligaciones en Berlín. A Göring hay que ir a verle a Karinhall, a Bouhler a Nussdorf», sus casas de campo. «Todos los dirigentes del Reich y del partido están de vacaciones». El Führer soportaba una carga verdaderamente agobiante desde que había empezado la guerra. Pero eso era por no tomar decisiones y cambiar de una vez al personal para que no tuviera que ocuparse de tantas

cuestiones intrascendentes.[57] Goebbels pensaba (aunque lo expresase discretamente) que Hitler estaba demasiado débil y no era capaz de hacer nada. «Guando se le plantea una cosa desde muchas partes—escribía—el Führer se muestra a veces un tanto vacilante (schwankend) en sus decisiones. Tampoco reacciona siempre como es debido ante la gente. Hace falta ayudar un poco ahí».[58]

Guando había hablado en privado en su residencia con Speer, Funk y Ley justo una semana después de su discurso de la «guerra total», había ido más allá. Según la versión posterior de Speer, Goebbels había dicho en aquella ocasión: «¡No tenemos sólo una "crisis de caudillaje", sino, hablando con rigor, una "crisis de Caudillo"!». Los otros se mostraron de acuerdo con él. «Nosotros estamos aquí sentados, en Berlín. Hitler no oye lo que nosotros tenemos que decir sobre la situación. No puedo influir en él políticamente—se quejaba Goebbels—. No puedo siquiera informarle sobre las medidas que son más urgentes en mi zona. Todo pasa por Bormann. Hay que convencer a Hitler para que venga más a menudo a Berlín». Goebbels añadió que Hitler había perdido el control sobre la política interna, que controlaba Bormann, haciendo ver al Führer que este aún tenía las riendas bien sujetas en sus manos.[59] Al recibir Bormann el 12 de abril el título de «secretario del Führer», se agudizó aún más aquella sensación tan intensa que tenía Goebbels de que el jefe de la Cancillería del partido estaba «manejando» a Hitler.[60]

Pero aunque Goebbels y Speer pudiesen lamentar que el control de Hitler sobre los asuntos internos fuese mucho más débil, lo cierto es que, en la reunión que tuvieron con él a principios de marzo, los que se mostraron débiles fueron ellos a la hora de plantear su propuesta de que Göring se hiciese cargo de un Consejo Ministerial para la Defensa del Reich puesto al día que dirigiese el frente interno. Speer había ido en avión al cuartel general de Hitler, trasladado de nuevo temporalmente el 5 de marzo a Vinniza, Ucrania, con el fin de allanar el camino para una visita de Goebbels. El ministro de propaganda llegó a Vinniza tres días después. Speer le urgió con franqueza a tener prudencia. Los bombardeos aéreos de las ciudades alemanas, que se sucedían prácticamente sin obstáculo, habían puesto furioso a Hitler contra Göring y los fallos de la Luftwaffe. No era precisamente el momento

propicio para proponerle que volviera a poner al mariscal del Reich al cargo de los asuntos internos. Goebbels opinó, sin embargo, que tenían que intentarlo.[61]

En la primera reunión que tuvieron con él, Hitler, que parecía cansado pero bien por lo demás, se lanzó como siempre a criticar agriamente a sus generales que según dijo le engañaban siempre que podían.[62] Continuó en la misma vena durante una conversación privada de cuatro horas a solas con Goebbels esa misma larde. Estaba indignado con Göring, y con toda la jefatura de la Luftwaffe con la excepción del jefe del Estado Mayor general, Hans Jeschonnek. Pensaba, en un razonamiento característico, que el mejor medio de impedir que las ciudades alemanas fuesen reducidas a montones de escombros era respondiendo con «terror por nuestra parte».[63] Es evidente que Goebbels, pese a haberle dicho a Speer que tenían que seguir adelante con la propuesta, llegó a la conclusión durante su charla con Hitler de que sería inútil hacerlo. «En vista del estado de ánimo predominante—escribía—considero inoportuno plantearle al Führer la cuestión de la jefatura política de Göring; este no es el momento adecuado. Tenemos que aplazar el asunto para más adelante».[64] Quedó descartada toda esperanza de plantear el asunto, incluso indirectamente, cuando, de noche, tarde ya, estaban los dos charlando con Hitler junto al fuego y llegaron noticias de un intenso bombardeo aéreo sobre Nuremberg. Hitler se puso furioso con Göring y con el alto mando de la Luftwaffe. Les costó mucho trabajo calmar a Hitler y decidieron posponer sus planes. Nunca los resucitarían.[65]

Goebbels y Speer habían fallado ante el primer obstáculo. Al verse frente al Führer, no habían sido capaces de plantarle cara. Bastó que se pusiese furioso con Göring para que ya no pudiese plantearse siquiera un análisis racional de la reestructuración del gobierno del Reich. Pero los problemas iban más allá. Goebbels y Speer creían que la culpa de todo la tenían el que estuviese demasiado centrado en la dirección de la estrategia militar, la zorrería de Bormann y el que no se decidiese de una vez a abrirse camino a través de la selva de autoridades enfrentadas y a radicalizar el frente interior como ellos querían que hiciera. Estaban aferrándose, en realidad, a una ilusión, la de que el régimen era

reformable, pero que Hitler no quería reformarlo. No se daban cuenta de que el «sistema» informe de gobierno que había surgido era al mismo tiempo producto inexorable del mando personalizado de Hitler y la garantía de su poder.

En un estado moderno, que ha de apoyarse inevitablemente en la burocracia, que depende de la sistematización de un procedimiento regular, centrar todas las esferas del poder en manos de un solo hombre (cuyo estilo de mando, apoyándose como se apoyaba en una mezcla de fuerza y propaganda, era absolutamente antiburocrático y cuyo enfoque del gobierno completamente asistemático) sólo podía producir el caos administrativo en medio de una ciénaga de autoridades rivales. Pero esta misma incoherencia organizativa era la salvaguardia del poder de Hitler, ya que los hilos de la autoridad estaban todos en sus manos. Cambiar el «sistema» sin cambiar su punto focal era imposible. Hitler no podía reformar su Reich; no podía tener, además, interés en hacerlo. Continuó interviniendo como siempre, de forma caprichosa y arbitraria, en una amplia gama de asuntos, asuntos triviales con mucha frecuencia, socavando al hacerlo toda apariencia de orden de gobierno o de racionalidad. Goebbels y Speer no desistieron de sus propósitos inmediatamente. El 17 de marzo tuvieron, junto con Levy Funk, una reunión de tres horas con Göring, en la que repasaron en gran parte los mismos asuntos que habían analizado ya anteriormente, en ese mismo mes, cuando se habían reunido con el mariscal del Reich en Berchtesgaden. Lo único que se acordó al final fue que Göring propusiese al Führer, en un futuro próximo, que «activase un poco la jefatura alemana en el interior del país» resucitando el Consejo Ministerial e incluyendo en él también a Speer, Ley, Himmler y Goebbels. El ministro de propaganda consiguió incluso que Göring le aceptase como delegado suyo en la dirección de las reuniones semanales previstas.[66] Todo quedó en nada, como era de prever. Durante el mes de abril, Lammers, contando con la aprobación de Hitler, incluyó a Göring en dos reuniones del «Comité de tres» que trataron de la aplicación del decreto del Führer sobre la guerra total en los territorios ocupados. Parecer ser que su antagonismo con el comité se esfumó prácticamente a partir de entonces.[67] La energía inicial de Göring pronto dejó paso a la letargia, como tan

a menudo sucedía. De todos modos, su estrella había eclipsado tanto al producirse nuevos e intensos ataques aéreos, que debió de darse cuenta de lo poco realista que había sido su esperanza de lograr el respaldo de Hitler para cualquier nuevo cargo de autoridad. Llegó en su ayuda una enfermedad diplomática, no se sabe si relacionada con su elevada ingestión diaria de narcóticos.[68] Acabó el mes de abril guardando cama por prescripción médica.[69] Como comentaría Speer lacónicamente, Göring no volvió del todo a la vida hasta Nuremberg, durante el juicio en el que le condenaron a muerte.[70]

Goebbels aún seguía hablando en septiembre de encontrar apoyo suficiente para bloquear la tentativa de Lammers (eso era lo que le parecía al ministro de propaganda) de arrogarse autoridad basándose en el respaldo de un decreto del Führer que le autorizaba a examinar cualquier disputa entre los ministros y decidir si debía llevarse o no el asunto a Hitler.[71] Pero por entonces no había en realidad necesidad alguna de intrigas para poner obstáculos al «Comité de tres». Este se había atrofiado ya hasta la intrascendencia.

Las propuestas para recortar la burocracia, simplificar la administración del gobierno y ahorrar así potencial humano fueron torpedeadas principalmente por el propio Hitler. Cuando se le planteó tener que decidir sobre propuestas de abolir una serie de distritos del gobierno local (Landkreise) y fundirlos con sus vecinos, sus instintos antiburocráticos le indujeron a un cauto conservadurismo. Los distritos seguirían como estaban. El cargo de Landrat (prefecto de distrito) era especialmente importante en época de guerra, decía Bormann (ateniéndose, sin duda, a lo que decía Hitler) en una carta al ministro de interior del Reich, Wilhelm Frick, de 15 de junio de 1943. Debido a la regulación especial de la economía (Zwangsbewirtschaftung) en época de guerra el público tenía que recurrir mucho más a las oficinas del

Landrat, Había que evitar cualquier motivo de protesta. Y, de todos modos, el ahorro en potencial humano sería pequeño.[72]

Hitler enfocaba el «frente interior», como siempre, en términos sobre todo de moral de combate y descartaba cualquier medida que pudiese debilitarla. Bloqueó del mismo modo, en parte por sugerencia de Lammers, las tentativas de simplificar el gobierno regional y la

administración de los Länder.[73] Quedaron en nada, incluso, los planes para disolver el Ministerio de Finanzas prusiano, que se solapaba en sus competencias extensa e innecesariamente con el Ministerio de Finanzas del Reich. Hitler dijo que no podía decidir sobre el asunto sin consultar a Göring. Este dijo implícitamente que prefería la reducción a la abolición. En junio, Bormann no contaba ya con nadie que apoyase su petición de abolir el Ministerio. Lammers consiguió en cambio apoyo para su propuesta de que se conservase, sin reducción de personal.[74]

Casi el único logro de efecto perdurable del «Comité de tres» durante los aproximadamente nueve meses que actuó, fue una moratoria en la creación de nuevos puestos en el funcionariado.[75] Sus tentativas de cerrar pequeños negocios considerados innecesarios pata el esfuerzo bélico produjeron resultados inapreciables y tuvieron un enorme coste, pues distanciaron del régimen a los que veían amenazada su forma de ganarse la vida.[76] Los informes del SD reflejaban la hostilidad de los pequeños comerciantes que se enfrentaban a la ruina con el cierre de sus negocios, y del público en general, que con el cierre de bares y restaurantes se veía privado de sus centros de consumo y de distracción, ya bastante limitados.[77] Un informe local del SD, de Bad Kissingen, en la Baja Franconia, resumía el estado de ánimo: «El prestigio del NSDAP ha quedado gravemente dañado por su intervención en los cierres de negocios y en la distribución de mano de obra en la provincia. Según los rumores, camaradas nacionales afectados por cierres y por pérdida de parientes han descolgado y destrozado las fotografías del Führer que tenían en casa».[78]

La inutilidad de los esfuerzo del comité y la disparatada irracionalidad del gobierno en aquel estado de Führer se manifestaron en toda su crudeza en las disputas sobre si se debían prohibir o no las carreras de caballos, discusiones que duraron en total seis meses, y que se desarrollaron en uno de los periodos más críticos de la guerra. Goebbels intentó conseguir que se prohibieran a raíz de las quejas (según él) de los trabajadores de Berlín por el hecho de que las carreras de caballos se celebrasen los domingos mientras ellos tenían que trabajar. Pidió una directriz a Hitler. Bormann y Lammers convencieron al dictador de que no se debía negar a los trabajadores una de las pocas

formas de diversión de que aún disfrutaban. Pera después de una visita de Goebbels al cuartel general del Führer, Hitler cambió de opinión y se mostró partidario de la prohibición. Estaba ya acosado por las partes interesadas. Lammers acabó aprobando una norma que enumeraba hipódromos concretos que debían seguir abiertos. Los comisarios de defensa del Reich de esas zonas (Gauleiter todos ellos) tenían permiso para prohibir cualquier caliera de caballos si consideraban que el mantenimiento de la moral de guerra lo exigía. Los demás hipódromos debían cerrarse (junto con las oficinas de corredores de apuestas). Como es natural, se produjeron inmediatamente protestas de jefes provinciales del partido que consideraban que sus propias zonas salían perjudicadas.

En el caso de un enfrentamiento que se produjo en Munich entre el Gauleiter Paul Giesler (hermano del arquitecto de corte Hermann) y el concejal Christian Weber, uno de los veteranos camaradas de Hitler de los viejos tiempos, bravucón y corrupto, hubo que recurrir al propio Hitler para que lo resolviera el. Weber era un producto clásico de los primeros tiempos del partido en Munich. Antiguo apagabroncas de bar y matón de cervecería, había sido aupado en el Tercer Reich a una serie de cargos honoríficos en la «capital del Movimiento», y disponía de un apartamento en el Residenz que habían ocupado antes los reyes de Baviera. La gente de la ciudad le detestaba por su ostentación de la riqueza y el poder que el favor de Hitler le había proporcionado. Algunos pensaban insidiosamente que su encumbramiento se debía a que se abstenía de divulgar secretos desagradables sobre el tipo de vida que llevaba el Führer en el primer periodo del partido. Pero Hitler habría podido acabar sin problema por otros medios con un chantaje indirecto de ese tipo. Es indudable que Weber había prestado valiosos servicios a Hitler en los tiempos de la lucha callejera en Munich. Su ascensión a la riqueza local y a la notoriedad era un ejemplo más, aunque especialmente escandaloso, de la enorme corrupción que constituía un rasgo endémico del Tercer Reich. El caso es que había que apaciguar a Weber como «viejo luchador» (literalmente) de los primeros tiempos que era y propietario (entre muchas otras cosas, entre ellas el monopolio del servicio de autobuses regional) del hipódromo de Riem.[79] Así lo hizo Giesler, primer lugarteniente de Hitler en Baviera y partidario fanático

de la campaña de «guerra total». La «decisión» salomónica de Hitler fue que se prohibieran las carreras en Reim (considerando que sólo se podía llegar allí en coche o en autobús, lo que provocaba un gasto innecesario en gasolina), pero se permitiesen en el centro de la ciudad en el Theresienwiese.

Pero Hitler vio poco después un anuncio en la prensa que anunciaba carreras de caballos en Berlín y le comentó a Bormann que Munich no debería estar en una situación de desventaja respecto a la capital del Reich. Había que permitir de nuevo que hubiese carreras en Riem. Ante las repercusiones del asunto, pasaron a intervenir diversas autoridades. Lammers y Bormann intercambiaron cartas. Hitler, cuya opinión se solicitó de nuevo, alegó una intrigante reflexión macroeconómica: las apuestas absorbían una capacidad de gastó excedente. Los Gauleiter continuaron con sus quejas. Por último, tras seis meses de disputas por un asunto de una trivialidad tan pasmosa, Bormann y Lammers acordaron, apoyándose en «una expresión de voluntad del Führer», permitir las carreras de caballos y las apuestas en términos generales… pero dejando la decisión de prohibirlas en cada caso particular al respectivo comisario de defensa del Reich.[80] Así que al final no se había llegado a tomar más decisión que la de dejarlo todo al arbitrio de los jefes del partido.

Pocas cosas podían demostrar con mayor claridad lo absurdo de las normas de gobierno de la dictadura (o de la falta de ellas). El poder de Hitler seguía intacto. Todas las partes afectadas habían buscado en varias ocasiones su imprimatur. No había nadie más que pudiese resolver el asunto. Pero tampoco podía Hitler, en realidad, más que por el procedimiento de eludir la decisión como hizo al final. Sus intervenciones titubeantes y fluctuantes (resultaba evidente con bastante frecuencia que seguía el consejo de la ultima persona con la que había hablado) alargaron enormen te la solución del asunto. Pero era muy poco racional en primer término que un jefe de estado y comandante de Las fuerzas armadas hubiese de ser repetidamente importunado en medio de una guerra mundial por diversos subalternos enredados en disputas mezquinas sobre carreras de caballos. El problema era, en este como en muchos otros casos, que no había delegado ninguna verdadera

autoridad en el «Comité de tres»; sus miembros tenían que consultarle en todos los puntos; y esto era muchas veces necesario en el caso de las carreras de caballos porque no había ningún órgano central del Reich que pudiera tomar e imponer las decisiones necesarias como política de gobierno. El fallido experimento del «Comité de tres» demostró de forma concluyente que cualquier forma de gobierno colectivo, por débiles que fuesen sus estructuras, estaba condenada por la necesidad de proteger la arbitraria «voluntad del Führer». Pero cada vez era más difícil que esta «voluntad» pudiera ejercerse de manera que permitiese el funcionamiento de un estado moderno, y no digamos ya de un estado que estaba actuando en las condiciones de crisis de una gran guerra. La dictadura de Hitler no tenía futuro como sistema de gobierno.

Capítulo II

No era en los asuntos internos en lo que se centraba primordialmente el interés de Hitler en la primavera y el verano de 1943. En realidad, su atención se hallaba consagrada casi en exclusiva al curso de la guerra. La tensión que esto le causaba había dejado en él su huella. Guderian, que disfrutaba de nuevo del favor del Führer tras una larga ausencia, se quedó impresionado en su primer encuentro, el 20 de febrero de 1943, por el cambio que apreció en La apariencia física de Hitler desde la ultima vez que se habían visto, que había sido a mediados de diciembre de 1941: «En los catorce meses transcurridos había envejecido enormemente. Su actitud era menos segura, y su lenguaje vacilante; le temblaba la mano izquierda».[81]

El presidente Roosevelt, al final de las reuniones que había celebrado con Churchill y con los jefes del Estado Mayor conjunto en Casablanca, en el Marruecos francés, del 14 al 24 de enero de 1943, para analizar la

estrategia bélica, había anunciado al final de la conferencia de prensa (para sorpresa del primer ministro inglés), que los aliados impondrían a sus enemigos una «rendición incondicional». Era una decisión que se correspondía plenamente con la mentalidad de Valhalla de Hitler.[82] Para él, esa decisión no cambiaba nada. Lo único que hacía era confirmar aún más que su postura resuelta y decidida y su rechazo de cualquier acuerdo eran correctos. Como les dijo a los jefes del partido a principios de febrero, se sintió inmune después de aquello a cualquier tentativa de convencerle para que buscase un acuerdo de paz negociado.[83] Se trataba ya, como él había dicho siempre que sería, de una cuestión clara de victoria o destrucción. Había ya pocos, incluso entre sus seguidores más próximos, como admitía Goebbels, que fuesen aún capaces de creer de verdad que era posible la victoria. Pero estaba descartado cualquier intento de negociación. Sólo quedaba abierto, cada vez con mayor claridad, el camino de la destrucción. Para Hitler cerrar todas las vías de escape tenía ventajas indudables. El miedo a la destrucción era un motivador potente.

Algunos de los principales generales de Hitler, Manstein en especial, habían intentado convencerle inmediatamente después de Stalingrado de que debería, si no ceder el mando del ejército, nombrar al menos un comandante supremo de su confianza en el frente del este. El candidato evidente para el puesto de «comandante supremo del este» era el propio Manstein. Pero Hitler no quería saber nada de eso. Decía que no conocía ningún comandante al que pudiese confiarle ese puesto de mando.[84] Como sospechaba Guderian, Manstein probablemente fuese demasiado independiente y demasiado franco, en su opinión, para el gusto de Hitler. Tras los agrios conflictos de los meses anteriores, prefirió la docilidad de un Keitel a los razonamientos incisivos y precisos de un Manstein.[85] Significó un debilitamiento aún mayor del potencial militar de Alemania, pero la reacción instintiva de Hitler ante el desastre de Stalingrado fue no hacer ninguna concesión; tenía que recuperar la iniciativa sin demora en el frente oriental.

La ofensiva de Manstein a mediados de marzo para recuperar Járkov y llegar al Donets había sido un éxito muy necesario. Habían perecido unos 50.000 soldados soviéticos.[86] Esto había hecho pensar una vez

más a Hitler que las reservas de Stalin, debían de estar agotándose.[87] Con la confianza fortalecida, regresó a mediados de marzo de Vinnitsa a la «Guarida del Lobo», en palabras de Warlimont, «con el aire de un caudillo victorioso, considerándose claramente y considerando su jefatura la principal causa del giro favorable de los acontecimientos en el este, que pusieron temporalmente punto final a la retirada que se había iniciado después de Stalingrado».[88] Cuando Goebbels lo vio el 19 de marzo «con un aspecto extraordinariamente fresco y saludable», estaba «muy contento de haber logrado de nuevo cerrar completamente el frente».[89] Quería pasar inmediatamente a la ofensiva. Era importante atacar mientras el Ejército Rojo estuviese aún afectado por el revés de Jarkov. Era también necesario enviar a la población alemana, profundamente amargada por Stalingrado, y a los aliados del Reich, una indicación de que cualquier duda sobre la victoria final estaba absolutamente fuera de lugar.

En ese momento, afloró una vez más la discrepancia que existía en la planificación militar entre el Estado Mayor general del ejército, directamente responsable del frente del este, y la rama de operaciones del alto mando de la Wehrmacht (al cargo de todos los demás escenarios bélicos). Los planificadores del alto mando de la Wehrmacht eran partidarios de una estrategia defensiva en todos los frentes que permitiese la concentración y movilización gradual de recursos en toda Europa para una gran ofensiva posterior. El alto mando del ejército pensaba de otro modo. Quería una ofensiva limitada pero rápida. El peligro de la estrategia defensiva, argumentaban los jefes del ejército, era que exigía comprometer en el frente oriental gran número de fuerzas alemanas mientras la Unión Soviética constituyese una amenaza, debilitándose con ello las defensas, sobre todo en el Mediterráneo y en la Europa occidental. Así que la primera prioridad era estabilizar el frente oriental. Para conseguirlo, hacía falta una ofensiva victoriosa. Kurt Zeitzler, jefe del Estado Mayor general del ejército, había proyectado una operación que entrañaba el cerco y la destrucción de gran número de divisiones soviéticas en un gran saliente situado al oeste de Kursk, un nudo ferroviario importante que estaba situado unos ochocientos kilómetros al sur de Moscú. En ese saliente occidental del frente que

quedaba de la campaña de invierno de 1942-43, de unos 190 kilómetros de anchura y 120 de profundidad, había concentrados cinco ejércitos soviéticos. Si la operación tenía éxito debilitaría gravemente el potencial ofensivo soviético.[90]

No había que preguntar siquiera por qué estrategia se inclinaría Hitler. Apoyó inmediatamente el plan del ejército para un ataque decisivo en un frente sumamente acortado: unos 150 kilómetros frente a los 2. 000 de la «Operación Barbarroja» de 1941. El alcance limitado de la operación indicaba cómo habían disminuido las ambiciones alemanas en el este desde junio de 1941. Aun así, una victoria táctica que destruyese el saliente soviético centrado en Kursk habría sido muy importante. Habría descartado, muy probablemente, la posibilidad de una ofensiva soviética posterior en 1943, lo que habría liberado tropas alemanas que podrían haberse desplegado en el escenario mediterráneo, sobre el que pesaba una amenaza cada vez mayor. La orden de lo que habría de llamarse «Operación Ciudadela», emitida el 13 de marzo, preveía un ataque en pinza por parte del grupo de ejército de Manstein desde el sur y del de Kluge desde el norte, para cercar a las tropas soviéticas en el saliente.[91] En su confirmación de la orden de 15 de abril, Hitler proclamaba: «Este ataque es de importancia decisiva. Debe ser una victoria rápida y concluyente. Debe darnos la iniciativa para la primavera y el verano. […] Todo oficial, todo soldado debe estar convencido de la importancia decisiva de este ataque. La victoria de Kursk debe brillar como un faro para el mundo».[92] Así habría de ser. Pero no como Hitler lo había imaginado.

Estaba previsto que se iniciase «Ciudadela» a mediados de mayo. Pero como en los dos años anteriores, se produjeron aplazamientos significativos que ponían en peligro el éxito de la operación. No se debieron directamente a Hitler, pero revelaron de nuevo los graves problemas que había en la estructura de mando militar y en el proceso decisorio. Se debieron a discrepancias en la coordinación de los principales generales involucrados en la operación. El 4 de mayo, Hitler los reunió en Munich para discutir «Ciudadela».[93] Manstein y Kluge querían iniciar la operación lo antes posible. Sólo así se podrían causar graves pérdidas al enemigo. Si no, argumentaban, era preferible

descartar por completo la operación. Estaban sumamente preocupados por la posibilidad de perder la ventaja que proporcionaba la sorpresa y por la posible concentración de fuerzas soviéticas en caso de que se produjese un aplazamiento. Otros generales, debido a la grave derrota de Stalingrado y a la debilidad del flanco meridional, no querían emprender una nueva ofensiva a gran escala tan pronto.[94] El coronel general Walter Model (conocido como un mando especialmente duro y capaz, lo que le había convertido en uno de los favoritos de Hitler y candidato a dirigir el ataque del 9° ejército desde el norte) recomendó un aplazamiento hasta que hubiese refuerzos disponibles.[95] Se sumó a la opinión de Zeitzler, que también gozaba del favor de Hitler, de que el tanque pesado Tiger, que acababa de salir de las cadenas de producción, y el nuevo tanque Panther, más ligero, proporcionarían a Alemania la ventaja decisiva necesaria para recuperar la iniciativa.[96] Hitler, que tenía grandes esperanzas depositadas en ambos tanques, dio su respaldo a Model.

Manstein se mostró evasivo. Kluge pasó a apoyar el plan de Zeitzler. Guderian, con el respaldo de Speer, se opuso a él indicando que los defectos ya conocidos del Panther no se podían corregir antes de la ofensiva, y que, de todos modos, las reservas deberían destinarse a la preparación prioritaria de las defensas necesarias para rechazar la invasión inevitable en el oeste, que se produciría al año siguiente. Cuando Guderian intentó unos días después convencer a Hitler de que era innecesaria ese año la ofensiva en el este, tuvo la impresión de que el Führer no estaba del todo decidido. Es posible que Hitler se hubiese echado atrás realmente por entonces. O tal vez su aparente tibieza se debiera sólo a que quería evitar un enfrentamiento con Guderian.[97] A medida que fueron pasando las semanas, con posteriores aplazamientos, el deterioro de la situación en el norte de África empezó a dar motivos de preocupación a Hitler. ¿Necesitaría llevar apresuradamente al escenario bélico meridional efectivos que estuviesen comprometidos en «Ciudadela»?[98]

Lo cierto es que el 4 de mayo pospuso «Ciudadela» para mediados de junio. Volvió a posponerse luego, y no se inició finalmente hasta principios de julio. Incluso en esa fecha, había menos tanques Tiger y

Panther disponibles de los que se había previsto. Y los soviéticos, informados por el servicio secreto inglés y por una fuente propia que tenían dentro del alto mando de la Wehrmacht, habían reforzado sus defensas y estaban preparados y esperando.[99] Mientras tanto, la situación en el norte de África estaba dando gravísimos motivos de preocupación. Algúnos de los asesores militares de Hitler más cercanos a él, Jodl entre ellos, se habían resignado ya en diciembre de 1942 a la pérdida completa del norte de África.[100] El propio Hitler había insinuado en determinado momento que estaba considerando la posible evacuación de las tropas alemanas,[101] pero no se había tomado después de eso ninguna medida. Influían mucho en él las ideas del mariscal de campo Kesselring, comandante en jefe del sur, un optimista nato, como la mayoría de los que ocupaban altos cargos en el Tercer Reich, obligados de todos modos a exudar optimismo, fuesen cuales fuesen sus verdaderos sentimientos y por muy sombría que fuese en realidad la situación.[102] En la relación con Hitler (y con otros altos jefes nazis cuya mentalidad coincidía con la suya) raras veces merecía la pena ser realista. El realismo podía considerarse con demasiada facilidad derrotismo. Hitler necesitaba optimistas que le animaran… otra forma de «trabajar en la dirección del Führer». En el terreno militar, eso aumentaba las posibilidades de incurrir en errores estratégicos graves.

En marzo, Hitler, entusiasmado por el éxito de Manstein en Jarkov, había proclamado que la defensa de Túnez sería decisiva para el desenlace de la guerra. Era. por tanto, una prioridad máxima.[103] Dada su actitud de negarse a considerar la posibilidad de retirada, se perfilaba ya claramente el siguiente desastre militar. Cuando Below voló al sur a finales de mes para examinar el frente norteÁfricano e informar sobre él a Hitler, ni siquiera Kesselring fue capaz de ocultar el hecho de que Túnez no se podría defender. El coronel general Hans-Jürgen von Arnim, que se había hecho cargo del mando norteÁfricano sustituyendo a un agotado y desanimado Rommel, opinaba lo mismo. El Estado Mayor de Kesselring era más pesimista aún: no veía ninguna posibilidad de impedir eficazmente que los aliados pasasen de Túnez a Sicilia cuando hubiera caído el norte de África, cosa que daba por segura. Cuando Below informó a Hitler, este apenas hizo comentarios. A su ayudante de

la Luftwaffe le pareció que había prescindido ya del norte de África y estaba preparándose interiormente para la deserción final de sus socios italianos.[104]

Hitler, sabiendo lo debilitado que dejaría al Duce el duro golpe que no tardaría en sufrir su prestigio en el norte de África, se había pasado casi cuatro días a principios de abril en el palacio barroco restaurado de klessheim.

Cerca de Salzburgo, intentando levantarle la maltrecha moral y medio urgiéndole y medio intimidándole para que continuara la lucha. Mussolini, que estaba tan agotado por la tensión de la guerra y por la depresión que necesitó ayuda para bajar del tren, le pareció un «anciano destrozado».[105] También produjo el Duce una impresión patética al intérprete, el doctor Paul Schmidt, cuando pidió con tristeza una paz negociada en el este para reforzar las defensas en el oeste, descartando la posibilidad de derrotar a la Unión Soviética.[106] Hitler desechó sin más la idea y le recordó la amenaza que planteaba para el fascismo en Italia la caída de Túnez. Procuró darle la impresión «de que no puede haber más salvación para él que lograr la victoria con nosotros o morir».[107] Le exhortó a hacer todo lo posible por conseguir que la marina italiana proporcionase suministros a las fuerzas de allí. El resto de la visita consistió principalmente en monólogos de Hitler (que incluyeron largas digresiones sobre la historia prusiana) encaminados a fortalecer la capacidad de resistencia de Mussolini.[108] Hitler se quedó convencido de que lo había logrado.[109]

Las conversaciones con Mussolini constituyeron una de las diversas reuniones con sus aliados que Hitler efectuó durante el mes de abril mientras estaba en el Berghof. El rey Boris de Bulgaria, el mariscal Antonescu de Rumania, el almirante Horthy de Hungría, el primer ministro Vidkun Quisling de Noruega, el presidente Tiso de Eslovaquia, el Poglavnik (caudillo) Ante Pavelic de Croacia y el primer ministro Pierre Laval de la Francia de Vichy visitaron todos ellos el Berghof o Klessheim a finales de mes.[110] El objetivo era en todos los casos reforzar la capacidad de resistencia (en parte engatusando y en parte con amenazas apenas veladas) y mantener vinculados a la causa del Eje a quienes dudaban o desfallecían.

Hitler comunicó a Antonescu que conocía los intentos de aproximación al enemigo de ministros rumanos. Planteó, como siempre, una disyuntiva de victoria clara o «destrucción completa» en una lucha hasta el fin por «espacio vital» en el este. Parte del argumento implícito de Hitler era cada vez más intentar impedir la deserción utilizando la complicidad en la persecución de los judíos. Su propia paranoia respecto a la responsabilidad de los judíos por la guerra y todos sus males conducía fácilmente a la amenaza sugerida de que se habían quemado las naves, de que no había salida, y de que las represalias serían terribles en caso de que perdieran la guerra. La insinuación estaba implícita en su comentario de que el tratamiento que Antonescu dispensaba a los judíos era demasiado suave, y le aseguró que cuanto más radicales fuesen las medidas mejor sería en el caso de los judíos.[111]

Hitler fue más brusco en sus reuniones con Horthy y Klessheim el 16-17 de abril. Reprendió a Horthy por los sondeos hechos al enemigo en secreto por fuentes húngaras destacadas y grabados por el servicio secreto alemán. Se le dijo que «Alemania y sus aliados estaban en el mismo barco, en un mar agitado. Era evidente que en esa situación cualquiera que quisiese irse se ahogaría inmediatamente».[112] Hitler criticó, lo mismo que había hecho con Antonescu, aunque en términos mucho más duros, lo que consideraba una política excesivamente suave hacia los judíos. Horthy había mencionado que, a pesar de las severas medidas que se habían tomado, la delincuencia y el mercado negro aún seguían florecientes en Hungría. Hitler contestó que la culpa era de los judíos. Horthy preguntó que qué se esperaba que hiciera con los judíos. Les había quitado sus medios de vida; no iba a matarlos a todos. En ese momento, intervino Ribbentrop para decir que los judíos debían ser «aniquilados» (vemichtet) o encerrados en campos de concentración. No había otra salida. Luego Hitler obsequió a Horthy con estadísticas destinadas a mostrarle lo fuerte que había sido la influencia judía en Alemania. Comparó después la ciudad «alemana» de Nuremberg con la población «judía» vecina de Fürth.[113] Siempre que se había dejado a los judíos solos, no habían producido más que miseria y abandono. Eran puros parásitos. Presentó Polonia como modelo. Allí se había hecho «una limpieza a fondo». Si los judíos no querían trabajar «entonces se les

fusilaba. Si no podían trabajar, tendrían que pudrirse (verkommen)». Desplegó, como solía hacer, uno de sus símiles bacterianos preferidos. «Habría que tratarlos como bacilos de la tuberculosis, con los que podría infectarse un cuerpo sano. Esto no sería cruel si se considerase que había que matar incluso a criaturas inocentes como las liebres y los ciervos. ¿Por qué se habría de perdonar a unas bestias que quieren traernos el bolchevismo?».[114]

La insistencia de Hitler en los judíos como gérmenes-bacilos y como responsables de la guerra y de la propagación del bolchevismo no era, claro está, nada nuevo. Y su creencia profundamente arraigada en el poder demoníaco que aún seguían detentando supuestamente los judíos mientras estaban siendo diezmados es algo en lo que no hace falta insistir. Pero esta era la primera vez que utilizaba la «cuestión judía» en discusiones diplomáticas para presionar a jefes de estado con el fin de que introdujesen medidas antijudías draconianas. ¿Por qué lo hacía?

En abril de 1943 parece ser que había sido especialmente alertado respecto a la «cuestión judía». El mes anterior había accedido por fin a que se deportase a los miembros que quedaban de la comunidad judía de Berlín.[115] En abril se le envió un desglose detallado, que hemos mencionado ya, elaborado por el estadístico de las SS Richard Korherr, de casi un millón y medio de judíos «evacuados» y «canalizados a través» (durchgeschleust) de los campos polacos.[116] Desde mediados de mes, había ido enfureciéndose progresivamente con las noticias de la batalla que se estaba librando en el gueto de Varsovia, donde los Waffen-SS enviados para reducirlo a escombros estaban encontrándose con una resistencia valerosa y desesperada de la población.[117] Por otra parte, sólo unos días antes de su reunión con Horthy, se habían descubierto en el bosque de Katyn, cerca de Smolensk, tumbas colectivas que contenían los restos de miles de oficiales polacos asesinados en 1940 por la policía de seguridad soviética, la NKVD. Hitler dio permiso inmediatamente a Goebbels para que lo capitalizase al máximo propagandísticamente.[118] También dio instrucciones a Goebbels para que situase la «cuestión judía» en el primer plano de la propaganda. Goebbels aprovechó el caso de Katyn como una oportunidad excelente para hacer exactamente eso.[119]

La directriz de Hitler a Goebbels para que amplificase el tratamiento propagandístico de la persecución de los judíos y su uso explícito de la «cuestión judía» en las reuniones con los dignatarios extranjeros indican claramente motivos instrumentales. Hitler creía, como había creído siempre, sin la menor duda, en el valor propagandístico del antisemitismo. A principios de mayo les explicó a sus Gauleiter que el antisemitismo, tal como lo había pro pagado el partido los primeros años, se había convertido de nuevo en el mensaje básico. Albergaba esperanzas de que se difundiese en Inglatera. La propaganda antisemita, decía, tenía que partir de la premisa de que los judíos eran los dirigentes del bolchevismo y prominentes en la plutocracia occidental. Los judíos tenían que salir de Europa. Esto tenía que repetirse constantemente en el conflicto político que la guerra llevaba incorporado.[120] En sus reuniones con Antonescu y con Horthy, Hitler hablaba, como siempre, procurando causar un efecto. Como ya hemos indicado, tenía la esperanza de vincular más estrechamente al Reich a sus vacilantes socios del Eje a través de su complicidad en la persecución de los judíos. En el otoño, en discursos pronunciados en Posen, Himmler utilizaría la «cuestión judía» de forma similar, pero aún más explícita, para mantener a la jefatura nazi más unida a través de la complicidad en el asesinato masivo de judíos.

Hitler, aunque satisfecho del resultado de sus charlas con Antonescu, consideró que no había conseguido impresionar a Horthy. Goebbels, que sospechaba que el tono duro que Hitler había utilizado había sido contrapro ducente, comentaba que los húngaros se daban cuenta de que Alemania se hallaba en una posición débil y sabían que las guerras no se ganaban simplemente con palabras.[121] Hitler explico a los Gauleiter que no había conseguido persuadir a Horthy de que era necesario adoptar medidas más duras contra los judíos. Horthy había planteado lo que Hitler calificaba (sólo podía verse de ese modo desde su perspectiva) como «contraargumentos humanitarios». Hitler naturalmente los descartaba. De acuerdo con el resumen que hizo Goebbels, Hitler dijo: «No se puede hablar de humanidad en el caso de los judíos. A los judíos hay que echarlos abajo sea como sea».[122]

A principios de primavera, Ribbentrop, haciéndose eco de los temores

expresados por socios del Eje respecto a su futuro bajo el dominio alemán, había planteado a Hitler vagas ideas de una futura federación europea.[123] Lo poco que esto interesó al dictador se puede deducir de sus reacciones a los encuentros de abril con jefes de estado y de gobierno… especialmente la insatisfactoria discusión con Horthy. Hitler sacó de esto la conclusión, según explicó a los Gauleiter a principios de mayo, de que la «morralla de los pequeños estados» (Kleinstaatengerümpel) debía «liquidarse lo antes posible». Europa debía tener una forma nueva, pero eso sólo podría ser bajo jefatura alemana. «Vivimos hoy—continuó—en un mundo en que la norma es destruir y ser destruidos». Manifestó su convencimiento de que «el Reich será un día el amo de toda Europa», lo que abriría el camino para el dominio del mundo. Insinuó cuál sería si no la alternativa. «El Führer pinta para los Reichs y Gauleiter un cuadro estremecedor de las perspectivas a las que se enfrentaría el Reich en caso de una derrota alemana. Esa derrota no debía, por tanto, figurar jamás en nuestros pensamientos. Debemos considerarla desde el principio algo imposible y decidir luchar hasta el ultimo aliento».[124]

Hitler, hablando con Goebbels el 6 de mayo en Berlín, adonde había acudido para asistir al funeral oficial del jefe de las SA, Viktor Lutze (que había muerto en un accidente de automóvil), aceptó que la situación en Túnez era «bastante desesperada». La imposibilidad de enviar suministros a las tropas significaba que no había ninguna salida. Goebbels resumió así el pensamiento de Hitler: «Guando piensas que 150.000 de nuestros mejores jóvenes están aún en Túnez, te haces idea de la catástrofe que nos amenaza allí. Tendrá la magnitud de la de Stalingrado. Y desde luego producirá también las más duras críticas entre el pueblo alemán».[125] Pero cuando habló al día siguiente a los Reichs y Gauleiter. no mencionó Túnez en ningún momento, no hizo alusión alguna a las últimas noticias, según las cuales las tropas aliadas habían penetrado hasta los arrabales de la ciudad y el puerto estaba ya en manos británicas.[126]

Las tropas del Eje se estaban entregando en realidad por entonces a miles. En el transcurso de una semana, el 13 de mayo, se había rendido casi un cuarto de millón de soldados, el mayor numero de prisioneros

capturados hasta entonces por los Aliados, aproximadamente la mitad de los cuales eran alemanes y los restantes italianos. Sólo consiguieron escapar unos ochocientos.[127] El norte de África estaba perdido. La catástrofe dejó tambaleándose al socio italiano del Eje. Para Mussolini, era el final, pero también la derrota era una catástrofe para Hitler. Si el enemigo daba un corto paso y cruzaba los estrechos de Sicilia significaría su penetración en la fortaleza de Europa por su punto débil meridional.

Y en el Atlántico, la batalla estaba en realidad perdida, aunque esto tardase todavía varios meses en hacerse patente. La; dimisión como comandante en jefe de la Marina el 30 de enero de 1943 del gran almirante Raeder, exponente de lo que Hitler había llegado a identificar como una estrategia naval anticuada, basada en una gran flota de guerra de superficie, y su sustitución por Karl Dönitz, defensor del submarino, había significado un importante cambio de prioridades.[128] Hitler explicó a sus Gauleiter el 6 de mayo que el submarino era el arma que podía cortar las arterias del enemigo. Este arma estaba, en su opinión, en los inicios de su desarrollo. Esperaba grandes cosas de ella.[129] A finales de ese mes, le explicó a Dönitz: «No se puede plantear siquiera una reducción de la guerra submarina. El Atlántico es mi acceso occidental (Vorfeld), y si tengo que desencadenar una operación defensiva en él, es mejor poder defender solo la costa de Europa». Accedió inmediatamente a la petición de Dönitz de aumentar el ritmo de construcción de submarinos de treinta a cuarenta al mes.[130] Pero, en realidad, ese mismo mes se habían perdido en el Atlántico 41 submarinos con 1. 336 hombres (las pérdidas más altas en un solo mes de toda la guerra) y el número de submarinos que habían operado hasta entonces había sobrepasado ya el punto máximo. Dönitz, ante las pérdidas sufridas, ordenó retirar los submarinos de las rutas de convoyes del Atlántico y trasladarlos al suroeste de las Azores.[131] Los servicios secretos británicos habían conseguido descifrar los códigos alemanes con el descodificador «Ultra» y eso estaba permitiéndoles localizar las señales de los submarinos. Se podía saber con una cierta precisión por dónde estaban operando. El empleo de aviones Liberator de largo alcance, equipados con radar y capaces de cubrir el «espacio atlántico» (600

millas oceánicas desde Groenlandia hasta las Azores, que anteriormente quedaban fuera del alcance de los aviones que volaban desde las costas inglesas y americanas) era otro aspecto del progresivo éxito de los Aliados en su lucha contra la amenaza de los submarinos.[132] Los suministros esenciales entre Norteamérica e Inglaterra, que los dos años anteriores habían corrido grave peligro, podían afluir ahora con una seguridad creciente. Era imposible ya evitar que aumentase la desventaja del Reich frente al poder material de los aliados occidentales.

La mayor preocupación de Hitler tras la caída de Túnez era la situación de su aliado más antiguo. En cuanto cayó Túnez, el Estado Mayor operativo del mando supremo de la Wehrmacht bosquejó (probablemente a petición de Hitler) un escenario «en caso de que Italia se retirase de la guerra». Planteaba la probabilidad de que los aliados se abriesen paso hasta el continente europeo a través de los Balcanes, inestables y apenas defendidos. Hitler, confundido en parte por una información falsa facilitada por el servicio secreto inglés, que la había colocado en un cadáver que se había dejado flotando junto a la costa española,[133] discrepaba de su propio Estado Mayor y de Mussolini, que creían que iba a producirse un desembarco aliado en Sicilia. En su opinión, el desembarco se produciría en Cerdeña. Se hicieron planes de emergencia para trasladar fuerzas desde los frentes oriental y occidental al Mediterráneo, y para poner a Rommel (que estaba ya casi repuesto) al mando de las tropas de Italia si se producía el derrumbe italiano.[134]

Hitler se sintió muy pesimista a mediados de mayo, después de recibir información sobre la situación en Italia, procedente de Konstantin Alexander Freiherr von Neurath, hijo del antiguo ministro de asuntos exteriores, que había sido el contacto del Ministerio de Exteriores del Afrika Corps de Rommel. Pensaba que los monárquicos y la aristocracia habían saboteado el esfuerzo bélico en Italia desde el principio. Les culpaba de haber impedido una declaración italiana de solidaridad con Alemania en 1939. Según él si esa declaración se hubiese producido los ingleses no se habrían apresurado dar garantías a Polonia, y los franceses no les habrían seguido, y no habría estallado la guerra.[135] Creía que en Italia ya no había ningún deseo de transportar soldados a Sicilia para impedir el desembarco aliado. Toda la posible fuerza de voluntad

personal del Duce (y Hitler seguía excluyéndole de su feroz crítica de los italianos) estaba siendo saboteada.[136]

Pesaba un gran interrogante, en su opinión, sobre la salud de Mussolini (sufría de una úlcera de estómago desde septiembre del año anterior) y le pesaban ya los años, que eran casi sesenta. Hitler estaba convencido de que las fuerzas reaccionarias asociadas al rey Víctor Manuel III (cuyos poderes nominales como jefe de estado seguían convirtiéndole pese a todo en foco de una fuente alternativa potencial de lealtad) triunfaría sobre las fuerzas revolucionarias del fascismo. Había que aceptar la posibilidad de un hundimiento del régimen.[137] Era necesario hacer planes para defender el Mediterráneo sin Italia.[138] No decía, sin embargo, cómo podía hacerse con una ofensiva inminente en el este y sin tropas disponibles.

Hitler se había propuesto por entonces volver a Vinnitsa, pero el aplazamiento de «Cindadela», la situación precaria en el Mediterráneo y sus propios problemas de salud, le hicieron decidir de pronto volver al Obersalzberg, después de una breve estancia en la «Guarida del Lobo».[139] Permaneció allí hasta finales de junio. Durante esas semanas que pasó en los Alpes bávaros, el distrito del Ruhr, el corazón industrial de Alemania, continuó padeciendo una devastación causada desde el cielo. En mayo había habido allí ataques espectaculares contra los grandes embalses que suministraban agua a la región. Si la destrucción hubiese seguido, los daños habrían sido incalculables. De momento, podían repararse los embalses. Desde las incursiones contra los embalses, las importantes ciudades de Duisburg, Dusseldorf, Bochum, Dortmund y Wuppertal-Barmen habían sido devastadas en intensos bombardeos nocturnos. La insuficiencia de las defensas aéreas era demasiado evidente. Hitler continuó desahogando su cólera contra Göring y la Luftwaffe,[140] pero quedaba claramente al descubierto su propia impotencia para resolver el asunto. Goebbels daba la cara al menos; recorrió las poblaciones bombardeadas, habló en un servicio fúnebre en su ciudad natal de Elberfeld y en una gran concentración que se celebró en Dortmund.[141] Hitler siguió en su idilio albino. El ministro de propaganda consideraba psicológicamente importante para la población del Ruhr una visita del Führer. Aunque a Goebbels le había

impresionado la reacción favorable con que se había encontrado en su gira programada, las impresiones más realistas sobre el estado de ánimo de la población de los informes del SI) pintaban un cuadro distinto. La cólera por el fracaso del régimen en la protección de los ciudadanos era un fenómeno generalizado. El saludo de «Heil Hitler» había desaparecido prácticamente. Eran frecuentes los comentarios hostiles sobre el régimen y sobre la persona de Hitler.[142]

Hitler prometió a Goebbels hacia finales de junio que haría una visita detenida a la zona devastada. Le dijo que tendría que ser «la próxima semana o la siguiente», pero sabía perfectamente que no sería posible. Había programado por entonces el inicio de «Ciudadela» para la primera semana de julio. Y esperaba que se produjese en cualquier momento el desembarco aliado en la costa italiana. El sufrimiento humano de la población del Ruhr tenía poca importancia para él en el fondo. «Aunque las pérdidas personales sean lamentables—le explicó a Goebbels—hay que asumirlas, por desgracia en interés de una estrategia superior (Kriegführung)».[143]

Durante su estancia en el Obersalzberg, Hitler estuvo preocupado sobre todo por la perspectiva de una inminente invasión del enemigo en el sur, y por la proximidad del inicio de la ofensiva «Ciudadela» en el este.

Aún creía que el desembarco enemigo se produciría en Cerdeña. Sicilia era bastante segura, en su opinión, y se podía defender. (Dado que la mayoría de los defensores de la isla eran italianos, Hitler debía de tener menos confianza de la que confesaba, o haber modificado su valoración normalmente despectiva de las fuerzas armadas italianas). Estaba decidido a no abandonar Italia. No habría una retirada hasta el valle del Po, aunque los italianos abandonaran la guerra. La primera norma de la estrategia general alemana era que los combates se desarrollaran lejos de la patria. Hitler creía que lo más probable era que los italianos cediesen poco a poco en las negociaciones con el enemigo y no que capitulasen sin más. Todo sería distinto, pensaba, si el Duce fuese aun joven y estuviese en buena forma física. Pero era viejo y estaba agotado. No se podía confiar absolutamente nada en la familia real. Y (añadía en una última reflexión característica) en Italia no se había

eliminado (beseitigt) a los judíos, mientras que en Alemania (resumía Goebbels), «podemos estar muy contentos de haber seguido una política radical. No hay judíos detrás de nosotros que puedan heredarnos».[144]

A medida que la guerra había ido poniéndose implacablemente en contra de Alemania, el asediado Führer fue refugiándose cada vez más en su obsesión con la responsabilidad de los judíos en el conflicto. Según su visión maniquea del mundo, la lucha final entre las fuerzas del bien y del mal (la raza aria y los judíos) estaba llegando a su punto culminante. No podía haber pausa en la lucha por acabar con la judeidad.

Poco más de un mes antes, Hitler, incitado por Goebbels, había hablado por extenso de la «cuestión judía». El ministro de propaganda consideró la charla una de las discusiones más interesantes que había sostenido con el Führer.[145] Goebbels había estado releyendo Los protocolos de los ancianos de Sión (la burda falsificación rusa que pretendía describir una conspiración judía para dominar el mundo), pensando en su utilización en la campaña propagandística del momento. Planteó el asunto durante la comida. Hitler consideraba que la propaganda antisemita desempeñaría un papel importante en el esfuerzo bélico, sobre todo por el efecto que podía causar sobre los ingleses. Estaba seguro de la «absoluta autenticidad» de los Protocolos. Los judíos, pensaba, no trabajaban de acuerdo con un programa establecido. Seguían, como siempre, su «instinto racial».[146] Y eran iguales en todo, dijo también, según el testimonio de Goebbels, estuviesen en los guetos del este «o en los palacios bancarios de la City [londinense] o en Wall Street», y perseguían instintivamente los mismos objetivos y empleaban los mismos métodos sin necesidad de elaborarlos juntos. Podía muy bien plantearse la cuestión, prosiguió (según el resumen de sus comentarios que nos transmitió Goebbels), de por qué había judíos, en realidad. Era lo mismo que preguntar (de nuevo la analogía habitual con los insectos) por qué había escarabajos de patata (Kartoffelkäfer). La respuesta a esta pregunta la proporcionaba como siempre su creencia más esencial (la vida como lucha). «La naturaleza está gobernada por la ley de la lucha. Siempre habrá formas parásitas de existencia para acelerar la lucha e intensificar el proceso de selección entre los fuertes y los débiles. […] En la naturaleza, la vida actúa siempre inmediatamente contra los parásitos;

en la existencia de los pueblos, no siempre sucede eso. De ahí viene el peligro judío. Por tanto, los pueblos modernos no tienen más remedio que exterminar a los judíos (Es bleibt also den modernen Völkern nichts anderes übrig, ais die Juden auszurotten)».[147]

Los judíos utilizaban todos los medios para defenderse contra este «proceso gradual de aniquilación (allmädhlichen Vernichtungsprocess)». Uno de sus métodos era la guerra.[148] Era la misma visión tortuosa encarnada en su «profecía»: los judíos desencadenaban la guerra, pero provocaban con ello su propia destrucción. En opinión de Hitler, la judeidad mundial estaba al borde de un hundimiento histórico (geschichtlichen Sturz). Esto llevaría tiempo. Aludía presumiblemente a los judíos que estaban fuera del alcance alemán, especialmente en los Estados Unidos, donde él creía que harían falta unas cuantas décadas «para desplazarlas de su poder. Esa es nuestra misión histórica, que no se puede detener, sino sólo acelerar con la guerra. La judeidad mundial piensa que está a punto de lograr una victoria mundial, esa victoria mundial no llegará. En lugar de eso, habrá una caída mundial. Los pueblos que hayan identificado y combatido antes a los judíos, accederán al dominio del mundo».[149]

Cuatro días después de esta conversación, el 16 de mayo, el SS-Brigade-führer Jürgen Stroop envió un telegrama con la siguiente noticia: «¡El barrio judío de Varsovia ya no existe! La gran operación concluyó a las 20:15 horas, cuando se voló la sinagoga de Varsovia. […] El número total de judíos capturados v aniquilados fue, según el recuento efectuado, de 56.065 […]».[150] Una fuerza de unos tres mil hombres, miembros de las SS en su inmensa mayoría, habían utilizado un tanque, vehículos acorazados, ametralladoras pesadas y artillería para volar e incendiar edificios que los judíos habían estado defendiendo encarnizadamente y para combatir la valerosa resistencia que ofrecían los habitantes del gueto, armados con poco más que pistolas, granadas y cócteles mólotov. La rebelión del gueto, que había durado un mes, había exacerbado la creciente irritación de Hitler por la incapacidad de Hans Frank para mantener el orden en el Gobierno General en medio de una agitación creciente provocada por las tentativas de las SS de desarraigar y deportar a 108.000 polacos del distrito de Zamosc, en la zona de

Lublin, con la finalidad de reasentar allí a alemanes étnicos.[151] Su tendencia habitual a vincular a los judíos con las actividades subversivas o guerrilleras hacía que Hitler desease por todos los medios acelerar su aniquilación. Himmler, después de analizar el asunto con él el 19 de junio, anotaba que «el Führer declaró después de mi informe (Vortrag) que la evacuación de los judíos, pese a la agitación que pudiese provocar en los tres o cuatro meses próximos, debería efectuarse sin contemplaciones y continuar hasta el final».[152]

Estas conversaciones eran siempre privadas, Hitler no hablaba aún del destino de los judíos, salvo de forma más generalizada, ni siquiera entre los miembros de su círculo íntimo. Era un tema que todos los que estaban próximos a él sabían que tenían que evitar. Pensar en criticar el tratamiento que se aplicaba a los judíos era anatema, por supuesto. La única vez que se planteó el asunto ocurrió de forma inesperada. Fue durante la visita de dos días al Berghof a finales de junio de Baldur von Schirach, Gauleiter de Viena, y su esposa Henriette. Esta última, hija de Heinrich Hoffmann, el fotógrafo de Hitler, conocía a este desde que era una niña. Creía que podía hablar con él abiertamente, pero su marido había caído un tanto en desgracia, en parte porque a Hitler le habían enfurecido los cuadros modernos incluidos en una exposición de pintura que Schirach había organizado en Viena a principios de año.[153] Henriette le explicó a Baldur en el viaje al Berchtesgaden que quería que Hitler supiera lo que ella había presenciado recientemente en Amsterdam, donde había visto cómo detenían y conducían brutalmente a un grupo de mujeres judías para deportarlas. Un hombre de las SS le había ofrecido objetos de valor arrebatados a los judíos a un precio de saldo. Su marido le dijo que no lo mencionase. Las reacciones de Hitler eran imprevisibles. Y (una respuesta típica de la época) de todos modos, ella no podía cambiar nada.[154]

Schirach había conseguido ya el primer día de su visita, el 23 de junio, provocar una respuesta airada de Hitler al sugerir que una política distinta en Ucrania podría haber rendido frutos.[155] La tarde siguiente, Hitler estuvo de un humor irritable durante la visita estatutaria a la Casa de Té. La atmósfera era gélida.[156] El ambiente continuó tenso por la noche, cuando se reunieron alrededor del fuego en el salón del Berghof.

Henriette estaba sentada al lado de Hitler, y se frotaba las manos con nerviosismo y hablaba quedamente. De pronto, Hitler se levantó con brusquedad y se puso a pasear por el salón, bramando: «Eso es precisamente lo que necesito, que me vengas tú con esas bobadas sentimentales. Qué te importan a ti esas judías». Los otros que estaban presentes no sabían adonde mirar. Hubo un silencio tenso y embarazoso. Se oía crepitar el fuego en los troncos de la chimenea.

Cuando llegó Goebbels, aprovechó la escena en su beneficio estimulando la conocida aversión a Viena de Hitler. Este arremetió contra el desventurado Schirach criticando su labor como Gauleiter allí y ensalzando los logros de Berlín (el dominio de Goebbels, por supuesto). Hasta que, fuera de sí de cólera, pasó a decir que había sido un error desde el principio enviar a Schirach a Viena, o incorporar a los vieneses al Reich. Schirach se ofreció a dimitir. «Eso no tienes que decidirlo tu. Tú estás donde estás y seguirás ahí», fue la respuesta de Hitler. Pero eran ya las cuatro de la mañana. Bormann comunicó a los Schirach que era mejor que se marcharan ya. Lo hicieron sin decir adiós, y claramente en desgracia.[157]

La semana anterior al incidente de los Schirach, Hitler había decidido por fin seguir adelante con la ofensiva «Cindadela». Los informes de Guderian de que el tanque Panther aún tenía fallos importantes y no estaba preparado para la acción en la línea del frente no hicieron más que aumentar sus recelos.[158] Y a mediados de mes, se le presentó la recomendación del OKW de que se debía cancelar «Ciudadela». Se había retrasado ya tanto que existían posibilidades crecientes de que coincidiese con la ofensiva que se esperaba que iniciase el enemigo en el Mediterráneo, por lo que debía cancelarse. Jodl, que acababa de regresar de un permiso, comino en que era peligroso y estúpido comprometer tropas en el este persiguiendo, como máximo, un éxito limitado, cuando el principal peligro se hallaba en aquel momento en otra parte. Surgía de nuevo la escisión entre el OKW y la jefatura del ejército. Zeitzler, jefe del Estado Mayor general del ejército, ponía objeciones a lo que consideraba una interferencia. Guderian sospechaba que la influencia de Zeitzler había sido decisiva para convencer a Hitler de que había que seguir adelante.[159] Este rechazó, de todos modos, el consejo del Estado Mayor

de operaciones de la Wehrmacht. Se programó el comienzo de «Ciudadela» para el 3 de julio, luego se pospuso por última vez para dos días después.[160]

A pesar de las advertencias de Guderian, Hitler explicó confidencialmente a Goebbels a finales de junio que la Wehrmacht no había sido tan fuerte en el este desde 1941, y que si esperaban «unas cuantas semanas más» tendrían los nuevos Panther y un buen número de Tiger, «el mejor tanque del mundo en este momento». Había renunciado a sus planes del Cáucaso y de Oriente Medio. No se podía soñar ya con llegar hasta los Urales. Había obligado a esto la poca fiabilidad de los aliados de Alemania, sobre todo de los italianos. Si ellos hubiesen aguantado, habrían podido ocupar el Cáucaso y probablemente hubieran podido evitar con ello la pérdida del norte de África. Estaba convencido, sin embargo, de que la Unión Soviética se hundiría un (ha por el hambre. El este seguía siendo para él el «frente decisivo».[161]

A finales de junio, Hitler regresó a la «Guarida del Lobo» para el inicio de «Ciudadela». El 1 de julio se dirigió a sus comandantes. Explicó la demora en parte por la necesidad de esperar a los refuerzos blindados que proporcionaban ya, aseguró, por primera vez, la superioridad sobre los soviéticos, y en parte (aunque poco convincentemente) por el peligro de que el enemigo consiguiese desembarcar en el Mediterráneo si se hubiese producido antes la ofensiva. La decisión de seguir adelante estaba determinada, afirmó, por la necesidad de atajar una ofensiva soviética que se esperaba ese mismo año, más tarde. Un éxito militar tendría también un efecto saludable sobre los socios del Eje y sobre la moral en Alemania.[162] Cuatro días después, se lanzó por fin la última ofensiva alemana en el este. Fue el principio de un mes desastroso.

Capítulo III

Las descargas de la artillería pesada soviética justo antes de que se iniciase la ofensiva empezaron a dar claros indicios de que el Ejército Rojo había sido alertado de cuándo iba a iniciarse «Ciudadela».[163] Se habían concentrado para defender Kursk un mínimo de 2. 700 tanques soviéticos. Se enfrentaron a un número similar de tanques alemanes. A lo largo de una semana, se desarrolló la batalla de tanques más importante de la historia.[164] Tanto Model como Manstein lograron al principio buenos avances, aunque con cuantiosas bajas. También la Luftwaffe tuvo éxitos iniciales. Pero Guderian tenía razón en sus advertencias sobre los fallos del Panther. Se averiaron casi todos. Eran pocos los que seguían funcionando al cabo de una semana. El tanque en el que tantas esperanzas se habían depositado no reforzó la ofensiva de Manstein, sino que la obstaculizó. También los noventa Tiger Porsche desplegados por Model mostraron graves deficiencias en el campo de batalla. No tenían ametralladoras, por lo que estaban mal equipados para el combate a corta distancia. No podían, por tanto, neutralizar al enemigo.[165] A mediados de mes, los soviéticos lanzaron su propia ofensiva contra el saliente alemán de alrededor de Orel, hacia el norte de los campos de batalla de «Cindadela», es decir, hacia la retaguardia de Model. Aunque Manstein seguía avanzando todavía, la parte norte de la pinza estaba ahora en peligro.

El 13 de julio Hitler convocó a Manstein y a Kluge, los dos comandantes del grupo de ejército, para valorar la situación. Manstein era partidario de continuar. Kluge afirmó que el ejército de Model no podía continuar. Hitler puso fin a regañadientes de modo prematuro a «Ciudadela».[166] Las pérdidas soviéticas eran mayores, pero «Ciudadela» había fracasado ostentosamente en sus objetivos. Guderian lo resumió así: «Con el fracaso de "Ciudadela" habíamos sufrido una derrota decisiva. Las formaciones blindadas, reformadas y reequipadas con tanto esfuerzo, habían experimentado cuantiosas pérdidas, tanto en hombres como en equipo, y serían ya inutilizables durante mucho tiempo».[167] La opinión de Warlimont era similar: «La operación Ciudadela fue algo más que una batalla perdida; entregó a los rusos la iniciativa y no volvimos a recuperarla ya en toda la guerra».[168]

En el Mediterráneo se estaban produciendo acontecimientos de una

gravedad similar. Súbitamente, la noche del 9 al 10 de julio, llegaron informes de que una flota enemiga estaba transportando gran número de fuerzas de asalto desde el norte de África a Sicilia. Se esperaba un desembarco. Hitler, como ya hemos dicho, había pensado que el destino más probable era Cerdeña. El momento concreto le cogió desprevenido. Las tropas alemanas que había en Sicilia (sólo dos divisiones) no eran suficientes para defender toda la costa. La defensa se apoyaba sobre todo en las fuerzas italianas. Pronto se hizo evidente la superioridad aérea del enemigo. Y llegaron noticias alarmantes sobre los soldados italianos: huían, abandonando las armas. Aunque se siguió combatiendo encarnizadamente durante el mes de julio, ya había quedado claro al cabo de dos días que el desembarco aliado había tenido éxito.[169] Kesselring informó el 13 de julio que Sicilia «no se podía conservar sólo con fuerzas alemanas». Dos días después, Jodl fue aún más allá y declaró que «en mi opinión Sicilia no se puede defender».[170] Era urgente celebrar una reunión con Mussolini. El 18 de julio Hitler dejó el cuartel general de la Prusia oriental por el Berghof. Al día siguiente temprano voló a Feltre, cerca de Belluno, en el norte de Italia, para ver a Mussolini.[171] Esa habría de ser la ultima vez que pisase suelo italiano.

Después de aterrizar en Treviso, Hitler y Mussolini fueron en el tren del Duce hasta una estación próxima a Feltre y luego aún tuvieron que viajar una hora más en coches descapotables, con un calor asfixiante, para llegar a la villa elegida para la reunión, que empezó al mediodía. En cuanto Hitler empezó a hablar, llegó la noticia de que había habido un importante ataque aéreo en Roma; era el primer bombardeo que sufría la ciudad y había causado pánico entre la población y había difundido la idea de que el régimen fascista estaba al borde del colapso. Hitler se pasó dos horas seguidas hablando sin parar. Mussolini, que estaba cansado y se sentía mal, no podía seguir todo lo que le decía. El séquito del Duce entendía poco o nada. De todos modos, la alocución no contenía propuestas significativas. No era más que una batería de propaganda dirigida a apuntalar la vacilante moral del Duce y a impedir que Italia acordase una paz separada. A algunos de los presentes todo aquello les parecía embarazoso y superficial. Hitler no quiso exponer propuestas concretas sobre la formación de luna estructura de mando

unificada de las fuerzas del Eje en Sicilia, que era lo que quería su Estado Mayor militar. Mussolini disgustó a sus propios asesores militares por su debilidad. Comentó después que había tenido la sensación de que a medida que hablaba Hitler su fuerza de voluntad se esfumaba. Después de la alocución, Hitler habló con Mussolini en privado durante la comida, y le explicó que Alemania había mejorado los submarinos y que tenían en preparación armas secretas capaces de arrasar Londres hasta los cimientos en una semana. Luego llegó el momento del tedioso viaje de vuelta hasta el aeródromo de Treviso. Los generales de Hitler consideraron que la visita había sido un esfuerzo inútil. En cuanto al propio Hitler (aún convencido del poder de su retórica) lo más probable es que creyese que había conseguido una vez más levantar la moral de Mussolini.[172] Pronto se desengañaría. La misma noche del día de las conversaciones de Feltre, le mostraron un informe del servicio secreto que había enviado Himmler, según el cual se estaba planeando un golpe de estado para sustituir a Mussolini por el mariscal Pietro Badoglio.[173]

Durante el sábado 24 de julio empezaron a llegar informes de que había sido convocado por primera vez desde el principio de la guerra el Gran Consejo Fascista. Daba la impresión de que la vieja guardia fascista se proponía presionar a Mussolini para que abandonara algunos de los muchos cargos de estado que había ido acumulado, para que pudiera dedicar más energías al esfuerzo bélico.[174] Es probable que fuese esto lo que pensaba el propio Mussolini. Es posible también que buscase un pretexto para romper con Alemania. Quizá su mala salud, unido a un exceso de confianza en que no tendría problema en ultimo término para manipular al Gran Consejo. Fuesen cuales fuesen los motivos, lo cierto es que su reacción ante las críticas cada vez más estridentes que se formulaban en la reunión, fue extrañamente apática, lánguida y apagada. El Consejo inició las deliberaciones a las cinco de la tarde. Duraron en total diez horas y culminaron, tras una asombrosa votación de diecinueve a siete, con la decisión de solicitar al rey que buscase una política más capaz de salvar a Italia de la destrucción.[175] Ni siquiera entonces el Duce llegó a darse cuenta plenamente del peligro. Fue a ver al rey (respecto al cual tenía muchísimas menos dudas que Hitler) esa misma mañana más tarde, sin saber lo que le esperaba. Durante la

audiencia, el monarca le interrumpió bruscamente, comunicándole que, puesto que la guerra parecía perdida y el ejército estaba desmoralizado, ocuparía sus cargos como primer ministro el mariscal Badoglio. Cuando el atónito Duce abandonaba las cámaras reales, la policía, que hacía semanas que tenía planeada su detención, la llevó a cabo. Le metieron en una ambulancia que estaba esperando y, acompañado de varios carabinieri, fue conducido a toda velocidad hacia un lugar donde debía permanecer en arresto domiciliario, y que fue temporalmente la isla mediterránea de Ponza. Le dijeron que en esa isla habían estado en el pasado algunos presos famosos, entre ellos la madre de Nerón, un papa del siglo VI y, en los últimos tiempos, un gran maestre de la masonería.[176]

Mientras Hitler celebraba su sesión de información militar a mediodía del 25 de julio, las noticias que llegaban de Roma constituían de momento poco más que rumores. Walther Hewel, enlace de Ribbentrop en el cuartel general del Führer, comunicó la noticia de que Roberto Farinacci, jefe fascista radical de Cremona y antiguo secretario del partido, había sido el impulsor de la convocatoria del Gran Consejo. Hitler comentó que Farinacci tenía suerte de haberlo hecho en Italia y no en Alemania. En Alemania él habría ordenado inmediatamente a Himmler que le detuviese. «¿Qué saldrá de ello, de todos modos?», preguntó. «Tonterías», fue su propia respuesta.[177] La reunión (y especialmente su desenlace) tuvo que hacerle sentirse satisfecho por no haber permitido jamás que llegase a existir un senado del Partido Nazi.

A la hora de la sesión de información militar vespertina en el cuartel general del Führer, habían llegado las noticias sensacionales de Italia, aunque las cosas no estuviesen aún absolutamente claras. Se dedicó casi toda la sesión a analizar las implicaciones. Dado que Italia no había abandonado la guerra, no se podía ejecutar el plan previsto de ocupar el país (cuyo nombre en clave era «Alarico»). Pero Hitler exigió, en un tono de gran agitación, que se actuase inmediatamente, que se ocupase Roma y se depusiese al nuevo régimen. Calificó lo sucedido de «traición descarada», describiendo a Badoglio como «nuestro más denodado enemigo».[178] Aún creía en Mussolini… siempre que estuviese respaldado por las armas alemanas. Suponía al Duce todavía en libertad

y quería que se le trasladase a Alemania en seguida, porque estaba seguro de que si se hacía eso aún podría solucionarse la situación. Dijo furioso que enviaría tropas a Roma al día siguiente para detener a la «chusma», es decir, todo el gobierno, el rey, el príncipe heredero, Badoglio, la «pandilla completa». Si no se hacía eso, en dos o tres días habría otro golpe.[179] Mandó telefonear a Göring («frío como el hielo en las crisis más graves», como había afirmado insistentemente al mediodía, olvidando temporalmente los fracasos del mariscal del Reich como jefe de la Luftwaffe) y decirle que acudiese lo antes posible a la «Guarida del Lobo».[180] Se localizó a Rommel en Salónica y se le ordenó presentarse sin demora. Hitler tenía el propósito de ponerle al mando de las tropas de Italia.[181] Quería que localizaran a Himmler.[182] También se llamó a Goebbels y se le dijo que saliese inmediatamente hacia Prusia oriental. Goebbels se daba cuenta de que la situación era «extraordinariamente crítica».[183] Ribbentrop, que estaba en Fuschl, su residencia del Salzkammergut, cerca de Salzburgo, y que aún no se había recobrado de la infección respiratoria que había contraído, recibió orden de acudir también a la «Guarida del Lobo».[184] Poco después de medianoche, Hitler se reunió con sus jefes militares por tercera vez en poco más de doce horas, e improvisó frenéticamente los detalles de la evacuación de Sicilia y la planeada ocupación de Roma, junto con la detención de los miembros del nuevo gobierno italiano.[185]

A las diez de la mañana del 26 de julio, Hitler se reunió con Goebbels y con Göring, que acababan de llegar al cuartel general del Führer. Ribbentrop se reunió con ellos media hora más tarde. Goebbels había estado comentando la situación con Himmler y Bormann. Sólo se podían hacer de momento conjeturas sobre lo sucedido, pero Goebbels se aproximaba bastante a la realidad en sus suposiciones sobre el golpe de estado que se había producido. Le daba qué pensar que un régimen que llevaba veintiún años en el poder pudiese ser derrocado desde el interior.[186] ¿Podía suceder algo semejante en Alemania? Hitler expuso su interpretación de la situación. Creía que Mussolini se había visto obligado a abandonar el poder. No se sabía si seguía vivo, pero desde luego no estaba en libertad. Hitler veía detrás de la conspiración a las fuerzas de la masonería italiana, que Mussolini había prohibido pero que

aún actuaba entre bastidores. El golpe, aseguró, iba dirigido en ultimo término contra Alemania, ya que Badoglio llegaría con toda seguridad a un acuerdo con los ingleses y los estadounidenses para sacar a Italia de la guerra. Los ingleses buscarían el mejor momento para un desembarco en la Italia continental, quizás en Génova, con el fin de aislar a las tropas alemanas del sur. Había que tomar precauciones anticipándose a esa posibilidad.

Hitler explicó también que se proponía enviar a Roma una división de paracaidistas que estaba por entonces destacada en el sur de Francia, como parte de la maniobra destinada a ocupar la ciudad. El rey, Badoglio y los miembros del nuevo gobierno serían detenidos y enviados a Alemania en avión. En cuanto estuviesen en manos alemanas, cambiarían ya las cosas. Tal vez Farinacci, que había evitado que le detuvieran refugiándose en la embajada alemana y que se hallaba ya camino del cuartel general del Führer, pudiese convertirse en jefe de un gobierno títere si no podían rescatar al propio Mussolini. Hitler creía que el Vaticano participaba también en la conjura para derrocar a Mussolini. En la sesión informativa de después de medianoche había hablado desaforadamente de ocupar el Vaticano y «sacar de allí a ese montón de cerdos».[187] Goebbels y Ribbentrop le disuadieron de una acción tan precipitada e imprudente, convencidos de que tendría repercusiones internacionales negativas. Hitler insistió en favor de una acción rápida para capturar al nuevo gobierno italiano. Rommel. que había llegado ya también al cuartel general del Führer y había sido elegido para hacerse cargo del mando supremo en Italia, se opuso a aquella reacción improvisada que encerraba un alto riesgo y que estaba provocada por el pánico. Defendió una actuación cuidadosamente preparada, pero eso quizás tardase unos ocho días en llevarse a cabo.[188] La reunión terminó sin una salida clara a la crisis.

Por entonces, estaban llegando ya informes de manifestaciones antifascistas en las calles de Roma. También había signos evidentes de notorio desasosiego y de inseguridad entre la población alemana. Los que apoyaban a los nazis estaban consternados por la destitución de Mussolini. Los grupos de oposición ilegales veían alumbrar un rayo de esperanza. La idea de que pudiera suceder algo parecido en Alemania «se

oye constantemente», según los sondeos de la opinión pública del SD: «La idea de que la forma de gobierno considerada en el Reich inamovible pudiese modificarse bruscamente también está muy extendida en Alemania».[189] La maquinaria de propaganda de Goebbels se enfrentaba con problemas serios. Como el propio Goebbels reconocía, no podía explicar la verdad, que «era una crisis ideológica y organizativa de largo alcance del fascismo, quizás incluso su liquidación». El conocimiento de lo que estaba sucediendo en Italia «podría incitar a algunos elementos subversivos en Alemania, que quizás crean que pueden urdir con nosotros lo mismo que han urdido en Roma Badoglio y compañía». Hitler no creía que hubiese muchas posibilidades de algo así, pero, de todos modos, ordenó a Himmler que reprimiese implacablemente cualquier conato.[190]

La conferencia militar de mediodía estuvo dedicada de nuevo al asunto del traslado de tropas a Italia para asegurar ante todo el norte del país, y al plan precipitadamente elaborado de capturar al gobierno de Badoglio.[191] Al mariscal de campo Yon Kluge, que había volado hasta allí desde el grupo de ejército del centro (que intentaba desesperadamente contener la ofensiva soviética en el saliente de Orel, al norte de Kursk) se le explicaron abruptamente las consecuencias de los acontecimientos de Italia para el frente oriental. Hitler dijo que necesitaba las mejores divisiones de las Waffen-SS, que estaban asignadas entonces a Manstein, en el sur del frente del este, porque debía trasladarlas a Italia inmediatamente. Eso significaba que Kluge tenía que ceder parte de sus fuerzas para reforzar el frente debilitado de Manstein. Kluge señaló, en vano aunque de forma convincente, que esto haría imposible la defensa de la región de Orel. Pero las posiciones que estaban preparando en el Dnieper para la retirada en orden de sus tropas, que debía efectuarse antes del invierno, no estaban listas, ni mucho menos. Lo que le pedían que hiciese, protestó Kluge, era emprender «una evacuación absolutamente precipitada». «Aun así. Herr Feldmarshall, no somos dueños en este caso de nuestras decisiones», replicó Hitler.[192] A Kluge no se le dejó ninguna elección.

Había llegado entretanto Farinacci. Su descripción de lo que había sucedido y su crítica de Mussolini no le granjearon las simpatías de

Hitler. Se descartó toda idea de utilizarle como mascarón de proa de un régimen bajo control alemán.[193] Hitler habló por separado con sus principales secuaces antes de retirarse a sus habitaciones para comer solo. Necesitaba un descanso después de veinticuatro horas de nervios y de actividad. Regresó por la noche para una larga conferencia a la que asistieron treinta y cinco personas, pero no se decidió nada nuevo.[194] Al día siguiente, Hitler seguía decidido a actuar sin dilación, «cueste lo que cueste». Prefería «la improvisación generosa» al «trabajo sistemático, empezando demasiado tarde y dejando que las cosas en Italia se consoliden demasiado». Pero a Rommel no le convencían las operaciones militares previstas.[195] Jodl y Kesselring opinaban lo mismo.[196] Al cabo de unos días, Hitler se vio obligado a admitir que era precipitado y absolutamente impracticable cualquier intento de ocupar Roma y de enviar un destacamento de asalto para capturar a los miembros del gobierno Badoglio y a la familia real italiana.[197] Se descartaron los planes. La atención de Hitler pasó a centrarse en descubrir el paradero del Duce y ponerlo lo antes posible en manos alemanas. Entretanto, dejó para él en poder de Kesselring un ejemplar de las obras completas de Nietzsche como regalo por su sesenta cumpleaños. Es evidente que pensó que el Duce, una vez localizado, tendría tiempo y ganas de reflexionar sobre la «voluntad de poder».[198]

Con la crisis italiana aún en su apogeo, el desastroso mes de julio se acercó a su fin en medio de los ataques aéreos más intensos que se habían producido hasta entonces en toda la guerra. Entre el 24 y el 30 de julio, la fuerza aérea inglesa, valiéndose de tiras de aluminio para cegar los radares alemanes, desencadenó la «operación Gomorra», una serie de ataques devastadores sobre Hamburgo que sembraron la muerte y la destrucción, superando todo lo experimentado hasta entonces en la guerra aérea. Oleadas de bombas incendiarias desencadenaron terroríficas tormentas de fuego que convirtieron la ciudad en un infierno ardiente, y consumieron todo a su paso. Miles de personas murieron asfixiadas en los sótanos o quedaron reducidas a cenizas en las calles. Se calcula que perdieron así la vida 30. 000 personas. Medio millón quedaron sin hogar y quedaron en ruinas 24 hospitales, 58 iglesias y 277 escuelas. Resultó completamente destruido el 50 por 100 de la ciudad.

[199] Hitler, como siempre, no mostró ninguna señal de remordimiento por las pérdidas humanas. Lo que más le preocupaba era la repercusión psicológica. Cuando le dieron la noticia de que cincuenta aviones alemanes habían minado el estuario del Humber, vociferó: «¡No se le puede decir al pueblo alemán en esta situación: Hemos minado eso; cincuenta aviones han arrojado minas!; eso no causa absolutamente ningún efecto. […] ¡El terror sólo se destruye con el terror! Tenemos que contraatacar. Todo lo demás no sirve de nada».[200]

Hitler no se daba cuenta de cuál era el estado de ánimo de un pueblo con el que había perdido el contacto. Lo que la inmensa mayoría de la gente deseaba no eran represalias, que era en lo que él pensaba exclusivamente, sino una defensa adecuada contra el terror procedente del cielo y (sobre todo) que terminase aquella guerra que estaba costándoles sus hogares y sus vidas. Los informes del SD hablaban de rumores de agitación que la policía había tenido que reprimir, y también (recordando 1918) de un «espíritu de noviembre» entre la población.[201] El Gauleiter Karl Kaufmann repitió la petición que ya le había hecho a Hitler de que visitase las ruinas de la segunda ciudad de Alemania por su tamaño. Pero el Führer ni siquiera recibió a una delegación de los que habían realizado hazañas sobresalientes en los servicios de emergencia.[202] Goebbels le rogó que hablase por la radio, aunque sólo fuese un cuarto de hora. «El Führer no ha hablado al público desde el Día de los Héroes (21 de marzo)—añadía Goebbels—. Ha desaparecido, es como si se hubiera perdido en las nubes. Eso no es bueno para el esfuerzo bélico práctico». Hitler accedió a hablar… más adelante, probablemente aquella misma semana.[203] Naturalmente, nunca llegó a hacerlo. Goebbels no conseguía entender por qué Hitler no se dirigía al pueblo. «La verdad es que el desasosiego ha alcanzado una amplitud tal entre las grandes masas que lo único que puede aclarar las cosas de nuevo es una palabra del propio Führer», cavilaba. Pero Hitler consideraba la situación del momento «tan impropia como pudiera imaginarse».[204] De cualquier modo, seguían absorbiéndole, como durante todo el calvario que había padecido Hamburgo, los acontecimientos de Italia.

Curiosamente, pese a la urgencia frenética de las reuniones de crisis que siguieron a la deposición de Mussolini, no se habían aplicado las

importantes decisiones militares. El frenesí de actividad había dado pocos resultados. El consejo urgente al que habían sido convocados con tanta urgencia sus acólitos en todo el Reich, había dejado las cosas en el aire. Las «decisiones» espontáneas adoptadas en las prolongadas sesiones informativas militares (en medio de explosiones de invectivas amenazadoras contra la «camarilla» de Badoglio) no condujeron básicamente a nada, o se redujeron de tono por influencia de criterios profesionales más sosegados. Badoglio había dicho además que Italia seguía en la guerra, fiel a sus compromisos, lo que significaba que Alemania tenía que actuar con cautela. Sobre la urgencia impulsiva de Hitler de ocupar Roma y deponer al gobierno, habían prevalecido consejos más prudentes. Y aunque Hitler seguía rechazando la evacuación de Sicilia, e insistía en que el enemigo no debía poner el pie en la Italia continental, Kesselring había dado pasos preparando el terreno para lo que resultó una evacuación brillantemente planeada, que se produjo la noche del 11-12 de agosto y que cogió por sorpresa al enemigo y permitió escapar a zona segura a 40.000 soldados alemanes y 62.000 italianos, con todo el armamento y el equipo. Por último, el 17 de agosto, se dio orden de emprender combatiendo la retirada hacia el continente a las últimas tropas alemanas que quedaban en Sicilia.[205] Había quedado establecido el doble mando de Kesselring en el sur y Rommel en el norte de Italia.[206] Pero, a medida que transcurría el mes de agosto, fueron aumentando las sospechas de que los italianos no tardarían en desertar. Y, a finales de mes, se emitieron directrices para la conducta que había que seguir en el caso de una defección italiana, directrices que llevaban meses en el cajón y que se reformularon entonces con el nombre cifrado de «Eje».[207]

Bajo la presión de los acontecimientos de Italia, Hitler había hecho finalmente algo que hacía tiempo que debería haber hecho en la propia Alemania. Azuzado por Goebbels, llevaba varios meses manifestando su insatisfacción con el ministro del interior del Reich, Wilhelm Frick, a quien consideraba despectivamente un hombre «viejo y agotado».[208] Pero no se le ocurría ninguna alternativa. Y continuó aplazando la decisión hasta que la caída de Mussolini le obligó a pensar detenidamente en el asunto y se convenció de que había llegado la hora

de reforzar la presión en el frente interior y eliminar cualquier posibilidad de que la desmoralización derivase en actividades subversivas. Tenía a mano el hombre a quien podía confiar esa tarea.

El 20 de agosto nombró al Reichsführer-SS Heinrich Himmler nuevo ministro del interior del Reich. El nombramiento equivalía al reconocimiento táctico por parte de Hitler de que su autoridad en el país se apoyaba ya en la represión policial, no en la adulación de las masas, de la que había disfrutado en otros tiempos.[209] Y se permitió, como siempre, para cubrir las apariencias, que Frick siguiese siendo ministro del Reich y se le «mandó de un puntapié escaleras arriba», dándole un puesto en apariencia importante, en el que sustituía a Neurath (que no había ejercido el cargo desde septiembre de 1941) como protector del Reich de Bohemia y Moravia. Pero para garantizar que sus poderes fuesen nominales, se dio al Secretario de Estado Karl Hermann Frank el nuevo título de ministro de estado para Bohemia y Moravia y se reforzó su autoridad.[210]

El 3 de septiembre cruzaron el estrecho de Messina hacia Italia los primeros soldados ingleses, que desembarcaron en Reggio di Calabria. Ese mismo día, los italianos firmaron en secreto su armisticio con los Aliados, que se hizo público cinco días después.[211]

El 8 de septiembre, Hitler había volado por segunda vez en quince días al cuartel general del grupo de ejército sur, situado en Zaporozhye, en la punta baja del Dnieper, al norte del mar de Azov, para hablar con Manstein sobre la situación cada vez más crítica del flanco sur del frente oriental. Sería la última vez que pisase territorio conquistado a la Unión Soviética. Unos cuantos días antes, a raíz de los avances soviéticos, se había visto obligado a autorizar la retirada de la cuenca del Donets (tan importante por sus ricos yacimientos de carbón) y de la cabeza de puente de Kuban, sobre el estrecho de Kerch, que era la puerta de Crimea. El Ejército Rojo había roto ya la delgada costura que habían tejido los grupos de ejército de Kluge y de Manstein, y estaba irrumpiendo por la brecha. La única salida posible era la retirada.[212]

Hitler se encontró con una atmósfera tensa en la «Guarida del Lobo» a su regreso. Lo que había previsto hacía mucho (pese a los comentarios tranquilizadores en sentido contrario de Kesselring y de la embajada

alemana en Roma) era realidad. Los periódicos ingleses y estadounidenses publicaban esa mañana (la del 8 de septiembre) informaciones de que la capitulación del ejército italiano era inminente. Por la tarde, se fue materializando la noticia. A las seis, las informaciones fueron confirmadas en Londres por la BBC.[213] Se convocó una vez más a los dirigentes nazis al cuartel general del Führer para una reunión de crisis al día siguiente.[214] El tiempo impropiamente frío y lluvioso aportaba un telón de fondo adecuado a la situación.[215] En parte por despecho, en parte porque podría saber demasiado y resultar peligroso, Hitler había hecho detener rápidamente y había depositado en el cuartel general de la Gestapo de Königsberg al príncipe Felipe de Hesse, yerno del rey de Italia, que había estado varias semanas en el cuartel general del Führer.[216] Mientras tanto, se había dado la orden de poner en movimiento la «operación Eje». «El Führer—escribía Goebbels—está decidido a hacer tabula rasa en Italia».[217]

El anuncio prematuro de la BBC dio una ventaja inicial al Estado Mayor de operaciones del OKW. Dieciséis divisiones alemanas habían sido trasladadas ya por entonces a la Italia continental. Unidades de las SS curtidas en el combate y retiradas del frente oriental a finales de julio y principios de agosto, y soldados procedentes de Sicilia, Córcega y Cerdeña estaban preparados para tomar el control de la Italia central. El 10 de septiembre Roma estaba en manos alemanas. Las tropas italianas fueron desarmadas. Los pequeños focos de resistencia fueron implacablemente aplastados. Una división que resistió hasta el 22 de septiembre acabó con 6.000 muertos. Unos 650.000 soldados quedaron cautivos de los alemanes. Sólo la masa principal de la pequeña marina y de la ineficaz fuerza aérea escaparon y se entregaron a los aliados. En unos cuantos días, Italia quedó ocupada por su antiguo socio del Eje.[218]

Horas después de la capitulación italiana, se había producido un desembarco enemigo en el golfo de Salerno, unos cincuenta kilómetros al sureste de Nápoles. La denodada resistencia alemana con la que se enfrentaron durante una semana antes de recibir refuerzos que les permitiesen salir de su cabeza de playa amenazada (uniendo fuerzas con tropas del 8° ejército de Montgomery, que avanzaba hacia el norte desde Reggio di Calabria y que entró en Nápoles el 1 de octubre), era

indicativo de lo que les esperaba a los Aliados en los próximos meses cuando la Wehrmacht les fuese disputando cada kilómetro de su avance hacia el norte.

Pero para el alto mando alemán estaba claro que sería aún más difícil para las fuerzas armadas en la nueva situación responder a las presiones crecientes que pesaban tanto sobre el frente oriental como sobre el frente sur.[219] Goebbels consideraba necesario intentar buscar la paz, bien con la Unión Soviética o bien con los aliados occidentales. Comentó que había llegado el momento de sondear a Stalin. Ribbentrop adoptó la misma posición. Había iniciado sondeos para ver si el dictador soviético estaba dispuesto a avenirse a razones.[220] Pero Hitler descartó la idea. En realidad, dijo, él prefería buscar un arreglo con Inglaterra… que probablemente estaría dispuesta a ello. Pero, como siempre, no pensaba negociar en inferioridad de condiciones. A falta del éxito militar decisivo que necesitaba y que iba alejándose cada vez más, era sin duda ilusoria cualquier esperanza de convence] le de que considerase un enfoque distinto a la continuación implacable de la lucha.[221]

Goebbels, respaldado por Göring, rogó a Hitler, esta vez con éxito, que hablase al pueblo alemán. Hitler se mostró reacio a hacerlo hasta el ultimo minuto que precedió a la grabación de la transmisión, el 10 de septiembre. Quería aplazarlo para ver cómo resultaban las cosas. Goebbels repasó el texto con él línea por línea. Finalmente, consiguió poner al Führer al micrófono. El discurso en sí (que se limitaba principalmente a alabar sin límites a Mussolini, condenar a Badoglio y a quienes le apoyaban, y a decir que se había previsto la «traición» y se habían tomado todas las medidas necesarias, y a pedir que se tuviese la confianza y se mantuviese la lucha) no tenía nada sustancial que ofrecer, aparte de una insinuación de represalias inminentes por el bombardeo de las ciudades alemanas.[222] Pero Goebbels quedó satisfecho. Los informes indicaban que el discurso había ido bien y que había contribuido a levantar la moral.[223] Él había conseguido, se decía, el propósito principal de su risita al cuartel general del Führer. Pensaba también que Hitler se sentía mejor al haberse sacado el discurso de dentro después de tanto tiempo. Y le arrancó la promesa de que hablaría pronto en el Sportplast para iniciar la campaña de la Ayuda de Invierno.

Pensaba que podría volverle a hacer sentir el gusto por establecer «contacto directo con el pueblo».[224] Resultaría decepcionado, una vez más.

Por lo que se refería a la situación en Italia, Hitler estaba por entonces resignado a perder el control sobre el sur del país. Su intención era retirarse a los Apeninos, que el Estado Mayor de operaciones del OKH hacía mucho que consideraba la línea de defensa preferible. Sin embargo, estaba preocupado por la posibilidad de que los aliados avanzasen desde Italia a través de los Balcanes. En el otoño, esta preocupación habría de hacerle cambiar de idea y decidir defender Italia mucho más al sur. Una consecuencia de esto fue inmovilizar allí fuerzas que necesitaban en otras partes.[225]

Los rápidos éxitos de la Wehrmacht en la ocupación de Italia proporcionaron cierto alivio. El estado de ánimo de Hitler mejoró considerablemente por un breve periodo a última hora del día 12 de septiembre, cuando llegó la asombrosa noticia de que Mussolini, cuyo paradero había sido descubierto hacía poco, había sido liberado de manos de sus captores en un hotel para esquiadores de la montaña más alta de Abruzzi mediante una incursión extraordinariamente audaz de paracaidistas y hombres de las SS, realizada con un planeador y dirigida por el SS-Hauptsturmführer austríaco Otto Skorzeny.[226] La euforia no duró mucho. Hitler recibió al ex Duce cálidamente cuando este, que no era ya el orgulloso dictador sino que estaba demacrado y vestía un sobrio traje oscuro y un abrigo negro, fue conducido hasta Rastenburg el 14 de septiembre. Mussolini, privado de los atributos del poder, era un hombre hundido. Las conversaciones privadas que sostuvieron dejaron a Hitler «extraordinariamente decepcionado».[227] Tres días después, Mussolini fue enviado a Munich para que empezara a organizar su nuevo régimen.[228] A finales de septiembre había creado en el none de Italia su «Repubblica di Saló» fascista reconstituida, un estado policial represivo y brutal gobernado con una mezcla de crueldad, corrupción y matonismo, pero que operaba inconfundiblemente bajo los auspicios de sus amos alemanes.[229] El grandilocuente dictador italiano de otros tiempos ya no era más que una dócil marioneta de Hitler y tenía ya los días contados.

Con el avance del otoño, fue empeorando la situación en el frente oriental, como era previsible. Hitler había sido notablemente optimista a finales de septiembre, incluso en privado, hablando sólo para Goebbels (al que se permitía participar en el paseo matutino del Führer con su alsaciano Blondi). Confiaba en que la rápida retirada hasta el Dnieper sería un éxito y dejaría defensas que resultarían infranqueables a lo largo del invierno. El acortamiento del frente en unos 350 kilómetros liberaría al mismo tiempo fuerzas para una reserva flotante de 34 divisiones que se podían enviar rápidamente a cualquier frente en el que fuesen necesarias.[230]

Pronto se demostró que ese optimismo estaba totalmente injustificado. El traslado de tropas a Italia debilitó las posibilidades de evitar la ofensiva soviética. Y el no haber erigido la «muralla oriental» de fortificaciones a lo largo del Dnieper durante los dos años que había estado en manos alemanas resultó entonces costoso. La velocidad del avance soviético no dejó ninguna posibilidad de construir una línea de defensa sólida.[231] A finales de septiembre, el Ejército Rojo había conseguido cruzar el Dnieper y establecer en las orillas occidentales del gran río importantes cabezas de puente. A principios de octubre, los alemanes perdieron la cabeza de puente de Zaporozhye. Por entonces, la Wehrmacht había tenido que retroceder a lo largo del frente meridional unos 235 kilómetros debido a la presión de las fuerzas soviéticas. Por otra parte, soldados alemanes y rumanos quedaron aislados en Crimea, que Hitler se negó a evacuar, temiendo, como antes, las posibilidades que ello daría para efectuar ataques aéreos contra los yacimientos petrolíferos rumanos y preocupado por el mensaje que enviaría eso a Turquía y a Bulgaria. A finales de mes, el Ejército Rojo había penetrado tanto en el gran recodo del Dnieper en el sur que cualquier posibilidad de que los alemanes mantuviesen la línea defensiva propuesta era pura fantasía. Hacia el norte, Kiev, la ciudad soviética de mayor tamaño en manos alemanas, fue recuperada por el Ejército Rojo el 5-6 de noviembre. Manstein quiso hacer una tentativa de recuperarla. Para Hitler eran más importantes la cuenca baja del Dnieper y Crimea. El control de la cuenca baja del Dnieper era la clave para la protección de los yacimientos de manganeso de Nikopol, vitales para la industria

siderúrgica alemana. Y si el Ejército Rojo Volvía a controlar Crimea, los yacimientos petrolíferos rumanos estarían de nuevo amenazados desde el aire.[232] Pero pese a lo mucho que pudiese anhelar Hitler nuevos éxitos militares, la realidad era que a finales de 1943, los graneros ilimitados de Ucrania y el centro industrial del norte del Cáucaso, que había considerado en tantas ocasiones vitales para el esfuerzo bélico (y fuente de la futura prosperidad alemana en el «Nuevo Orden») estaban irremediablemente perdidos.[233]

Capítulo IV

No estaba perdida, sin embargo, la guerra contra los judíos, que, en opinión de Hitler, eran los autores de toda la conflagración mundial. Como ya liemos dicho, Hitler había accedido en junio al deseo de Himmler de completar la «evacuación» de los judíos polacos. En el otoño de 1943, quedó concluida la «Aktion Reinhardt»: habían sido asesinados aproximadamente millón y medio de judíos en las cámaras de gas de los campos de exterminio de Belzec, Sobibor y Treblinka, en la Polonia oriental.[234] La jefatura de las SS presionaba ahora con firmeza para que se ampliase la «solución final» a todos los rincones que quedaban del imperium nazi, incluso aquellos en los que era probable que las deportaciones tuviesen repercusiones diplomáticas. Entre ellos figuraban Dinamarca e Italia.

Las autoridades nazis sabían muy bien que cualquier operación contra los judíos daneses era probable que provocase protestas públicas y agriase las relaciones con la potencia ocupada. Había poco antisemitismo en el país. La pequeña minoría judía estaba plenamente integrada en la sociedad danesa. Un ataque a los judíos se consideraría de forma generalizada un ataque a ciudadanos daneses. Aun así, el alto

mando de las SS decidió en el verano que había llegado el momento. Werner Best, el plenipotenciario del Reich en Dinamarca, presionó para que se actuase. En septiembre, Hitler accedió a su petición de que se deportase a los judíos daneses, desechando el nerviosismo de Ribbentrop por la posibilidad de una huelga general o de otras formas de desobediencia civil. Aunque nada de esto se materializase, la detención de los judíos daneses fue un fracaso rotundo. Consiguieron capturar a varios centenares (menos del 10 por 100 de la población judía) y deportarlos a Theresienstadt. Escaparon casi todos. Innumerables ciudadanos daneses ayudaron a la abrumadora mayoría de sus compatriotas judíos (7.900 personas en total, incluyendo unos cuantos centenares de cónyuges no judíos) a huir a través del Sund a la seguridad de la neutral Suecia, en la operación de rescate más notable de toda la guerra.[235]

En octubre, Hitler aceptó la recomendación de Ribbentrop de enviar a los judíos de Roma «como rehenes» al campo de concentración austríaco de Mauthausen. Esto sucedió a raíz de las tentativas de la Oficina Central de Seguridad del Reich de Berlín, que quería deportarlos a la Italia superior para «liquidarlos». Previendo posibles problemas con el Vaticano, parece ser que Ribbentrop consiguió modificar las intenciones de las SS, proponiendo la deportación a Mauthausen. La «acción» de detener a los judíos volvió a fracasar. La mayor parte de la comunidad judía consiguió evitar la captura. Ocultaron a algunos ciudadanos no judíos indignados. Miles de ellos hallaron refugio en conventos y monasterios de Roma y en el propio Vaticano. El papado se mostró dispuesto a cambio a guardar silencio público sobre el ultraje. Una protesta firme e inequívoca del pontífice podría haber disuadido a los ocupantes alemanes, que no estaban seguros de las reacciones, y haber impedido las deportaciones de los judíos a los que pudiesen detener. Los alemanes estaban esperando esa protesta. Nunca se produjo. Pese a la directriz de Hitler, siguiendo el consejo de su ministro de asuntos exteriores, los judíos capturados no fueron enviados en realidad a Mauthausen. De los 1.259 judíos que cayeron en manos alemanas, la mayoría fueron conducidos directamente a Auschwitz.[236]

La aceptación por parte de Hitler de las peticiones de las SS de

acelerar y culminar la «solución final» se debió sin duda alguna a su deseo de completar la destrucción de aquellos a quienes consideraba responsables de la guerra. Quería, ahora como antes, ver cumplida la «profecía» que había proclamado en 1939 y a la que había aludido repetidas veces. Pero ahora, aún más que en primavera, cuando había animado a Goebbels a subir el volumen de la propaganda antisemita, existía la necesidad, acosados y contra la pared como estaban, de unir a sus seguidores más próximos en una «comunidad de destino» juramentada, vinculada por su propio conocimiento del exterminio de los judíos y por su participación en él.

El 4 de octubre, el Reichsführer-SS Heinrich Himmler habló clara y francamente sobre la matanza de los judíos en una alocución dirigida a los dirigentes de las SS reunidos en el ayuntamiento de Posen, capital de la Warthegau. Dijo que se estaba «refiriendo al programa de evacuación de los judíos, al exterminio del pueblo judío». Era, continuó, «una página gloriosa de nuestra historia, que nunca se ha escrito y que nunca se podrá escribir. Porque sabemos lo difíciles que nos habríamos puesto las cosas si, encima de los bombardeos aéreos, las penalidades y privaciones de la guerra, tuviésemos hoy todavía judíos en todas las ciudades como saboteadores secretos, agitadores y alborotadores. Habríamos llegado ya probablemente a la etapa de 1916-17, en que los judíos eran aún parte del cuerpo del pueblo alemán (Vülkshörper)». La mentalidad era idéntica a la de Hitler. «Teníamos el derecho moral, teníamos el deber con nuestro pueblo—concluía Himmler—de destruir a ese pueblo que quería destruirnos. […] No queremos al final, por haber exterminado un bacilo, enfermar por ese bacilo y morir».[237] El vocabulario también recordaba el de Hitler. Himmler no mencionó a Hitler. No había necesidad de hacerlo. El punto clave para el Reichsführer era no asignar responsabilidad a una sola persona. El objetivo básico de su discurso era destacar su responsabilidad conjunta, que estaban todos ellos unidos en aquel asunto.[238]

Dos días después, en el mismo Salón Dorado de Posen, Himmler se dirigió a los Reichs y Gauleiter del partido. El tema fue el mismo. Ofreció, según la versión de Goebbels, un «cuadro franco y sin barnices» del tratamiento de los judíos.[239] «Nos enfrentamos—proclamó Himmler

—a esta cuestión: ¿qué deberíamos hacer con las mujeres y los niños? Yo decidí también buscar en esto una solución completamente clara. No me consideré justificado para exterminar a los hombres (es decir, para matarles o hacerles morir) y permitir que los vengadores en forma de sus hijos creciesen para nuestros hijos y nietos. Había que tomar la difícil decisión de hacer desaparecer de la tierra a ese pueblo». Himmler parecía indicar que la ampliación de la matanza a las mujeres y los niños había sido iniciativa suya. Pero inmediatamente se asoció él mismo y asoció a las SS con una «misión» (Auftrag), «la más difícil que hemos tenido hasta ahora».[240] Los Gauleiter, entre los que estaba Goebbels, que habían hablado directamente con Hitler sobre el tema tantas veces, no debieron de tener ningún problema para deducir qué autoridad había tras el encargo de aquella «misión». El objetivo de revelaciones tan notablemente francas sobre el tema tabú era nuevamente claro. Himmler señaló en una lista a los que no habían asistido a su discurso o no habían anotado su contenido.[241]

Los discursos de Himmler, garantizando que sus propios subordinados y los mandos del partido estuviesen plenamente informados sobre el exterminio de los judíos, habían contado (no puede haber duda alguna al respecto) con la aprobación de Hitler. Al día siguiente mismo de escuchar a Himmler, se dio orden a los Gauleiter de que acudieran a la «Guarida del Lobo» a escuchar un informe del propio Hitler sobre la situación bélica. Se descartaba axiomáticamente que el Führer hablase de forma explícita sobre la «solución final». Pero ya podía dar por supuesto que sabían muy bien que no había ninguna salida. El conocimiento de ese hecho subrayaba su complicidad. Goebbels no hizo ninguna anotación en su diario correspondiente a ese día, algo insólito. Sólo sobrevive el comunicado que se publicó sobre la reunión. Pero no deja de ser iluminador. «Todo el pueblo alemán sabe—había dicho Hitler a los Reichs y Gauleiter—que es una cuestión de existir o no existir. Se han destruido los puentes. Ya sólo se puede seguir adelante».[242]

Cuando Hitler se dirigió (por última vez, como se vería) a la vieja guardia del partido en la Löwenbräukeller de Munich el día del aniversario del golpe frustrado, el 8 de noviembre, se mostró tan

desafiante como siempre.[243] Según los informes del SD, el discurso, emitido por radio, causó buen efecto, aunque básicamente sólo entre fanáticos del partido y fieles creyentes. Les elevó la moral temporalmente, sobre todo por las firmes insinuaciones de una represalia inminente contra Inglaterra por el terror aéreo… que se repetiría durante la segunda mitad de noviembre en cinco importantes ataques contra el propio Berlín.[244] Pocos más podrían hallar en la vacua grandilocuencia consuelo alguno por las vidas de los seres queridos sacrificados en vano, de los hogares destruidos, de las ciudades devastadas, de las penurias y miserias, y de una guerra que ya consideraban perdida a todos los efectos y propósitos.[245] Pero los que eran tan imprudentes como para manifestar en voz alta tales opiniones, tenían que contar con una rápida represalia. Hitler había indicado expresamente en su discurso cuál sería su destino. No habría capitulación. No se repetiría lo de 1918, había proclamado una vez más (la pesadilla de aquel año seguía indeleblemente grabada en su psique) y no se debilitaría el frente por la subversión en el interior del país. Estaba claro que cualquier comentario derrotista y subversivo que se oyese le costaría la cabeza a la persona que lo hiciese.[246]

Por entonces, Hitler estaba preocupado (aunque no hizo, por supuesto, la menor alusión a ello en su discurso) por una nueva y grave amenaza militar, una amenaza que si no se lograba desbaratar traería consigo la destrucción de Alemania: la invasión que iba a producirse (con toda seguridad en su opinión) durante el próximo año en el oeste. «El peligro en el este continúa—decía su preámbulo a la directriz número 51 del 3 de noviembre—. Pero acecha un peligro mayor en el oeste: ¡el desembarco anglosajón! […] Si el enemigo logra romper allí nuestras defensas en un frente amplio, las consecuencias a corto plazo son imprevisibles. Todo indica que el enemigo, como muy tarde en primavera pero quizás antes, pasará a atacar el frente occidental de Europa».[247]

A sus asesores militares les dijo el 20 de diciembre que estaba seguro de que la invasión se produciría después de mediados de febrero o a principios de marzo. Los meses siguientes se dedicarían a prepararse para el gran ataque inminente en el oeste. Esto, comentó Hitler, decidiría

la guerra.[248]

13

ESPERANDO MILAGROS

Hay tantas discrepancias en el bando enemigo, que es forzoso que la coalición se desmorone un día.

HITLER, HABLANDO CON EL MARISCAL DE CAMPO VON MANSTEIN, 4 DE ENERO DE 1944.

Ojalá sean correctas estas previsiones del Führer. Hemos tenido recientemente tantas decepciones, que sientes que surge dentro de ti un cierto escepticismo.

GOEBBELS, 4 DE MARZO DE 1944.

El Führer no sabía si se produciría una invasión ni cuándo, pero los ingleses habían tomado medidas que sólo se podrían mantener de seis a ocho semanas y si la invasión no tenía lugar, estallaría una grave crisis en Inglaterra. Él utilizaría entonces nuevas armas técnicas que tuviesen efectividad en un radio de 250 a 300 kilómetros y que convertirían Londres en un montón de ruinas.

ACTA DE LA REUNIÓN ENTRE HITLER Y MUSSOLINI, 22 DE ABRIL DE 1944.

Si rechazamos la invasión, entonces la situación de la guerra cambiará completamente. El Führer lo da

por seguro. No se le ocurre siquiera que pueda no ser así.

GOEBBELS, 7 DE JUNIO DE 1944.

Capítulo I

«El año 1944 planteará duras y graves exigencias a todos los alemanes. El curso de la guerra, con toda su atrocidad, alcanzará su punto crítico durante este año. Tenemos la absoluta seguridad de que conseguiremos superarlo con éxito».[1] Esto y la perspectiva de nuevas ciudades alzándose resplandecientes de las ruinas de los bombardeos después de la guerra era todo lo que podía ofrecer Hitler a los lectores de su proclama de Año Nuevo de 1944. Sin embargo, eran muy pocos los que podían compartir su confianza. Para los acosados combatientes del frente, no fue distinto el mensaje de Hitler. La crisis militar de 1943 se había debido, les dijo, al sabotaje y la traición de los franceses en el norte de África y de los italianos después de la caída de Mussolini. Pero la mayor crisis de la historia alemana se había superado triunfalmente. Por dura que hubiese sido la lucha en el este, la cuestión era que «el bolchevismo no ha conseguido su propósito». Luego miraba hacia los aliados occidentales y hacia el futuro: «El mundo occidental plutocrático puede emprender su anunciada tentativa de efectuar un desembarco donde quiera: ¡fracasará!».[2]

Desde que Alemania se había visto obligada a adoptar una posición defensiva, sufriendo sólo reveses, Hitler no había cambiado su cantinela. Había inmovilizado y fosilizado su posición. En su opinión, los desastres militares habían sido consecuencia de la traición, la incompetencia, la desobediencia a las órdenes y, sobre todo, la debilidad. No admitía un solo error o fallo de juicio por su parte. No habría capitulación; no habría rendición; no habría ninguna retirada; no se repetiría lo de 1918; había que resistir a toda costa, contra lo que fuese: ese era el mensaje invariable. Junto a esto, la creencia (inconmovible, salvo quizás en sus

pensamientos más íntimos y en los accesos de depresión durante las noches insomnes, pero una cuestión de fe ciega que no se apoyaba en la razón) de que la fuerza para aguantar firme acabaría conduciendo a un cambio en la dirección de la marea y a la victoria final de Alemania. En público, expresaba su infundado optimismo mediante alusiones a la gracia de la Providencia. Tal como les decía a sus soldados el 1 de enero de 1944, después de superar el periodo defensivo volverían al ataque para asestar al enemigo golpes devastadores, «la Providencia otorgará la victoria al pueblo que se haya esforzado más por conseguirla». Su fe instintiva en que la recompensa había de ser para el más fuerte se mantenía intacta. «Por tanto, si la Providencia otorga la vida como premio a los que han luchado y se han defendido con más valor, nuestro pueblo recibirá ayuda del justo árbitro que siempre otorga la victoria al de más mérito».[3]

Por vacuos que pudiesen parecer estos sentimientos a los hombres de los diversos frentes, que estaban padeciendo penalidades sin cuento, sometidos a un peligro constante, que en muchos casos se daban cuenta de que nunca volverían a ver a sus seres queridos, distaban mucho de ser simple propaganda cínica para el propio Hitler. El tenía que creer en aquellas ideas… y creyó, con seguridad hasta el verano de 1944, y hasta puede que más tarde aún. Las alusiones, en público y en privado, a la «Providencia» y al «Destino» aumentaron a medida que disminuía su control sobre el curso de la guerra.[4] Las opiniones sobre el curso de la guerra que exponía a sus generales, a otros dirigentes nazis (incluidas las conversaciones privadas con Goebbels) y a su entorno inmediato, no daban muestra alguna de que su propia resolución vacilase, o de que se hubiese resignado en alguna medida a la posibilidad de una derrota. Si era una comedia lo que representaba, se trataba de una interpretación muy brillante, y se mantuvo sustancialmente invariable, con independencia del marco y de las personas relacionados. «Es impresionante con qué certeza cree el Führer en su misión», escribía Goebbels en su diario a principios de junio de 1944.[5] Otras personas que veían a Hitler con frecuencia, en proximidad íntima, y que eran menos impresionables que Goebbels, pensaban lo mismo.[6] Sin esa convicción interior, Hitler habría sido incapaz de impulsar a quienes le

rodeaban a hallar nuevas fuerzas, como tan a menudo siguió haciendo. Sin ella, no se habría enzarzado tan fanáticamente en agrios conflictos con sus jefes militares. Sin ella, habría sido incapaz, sobre todo, de conservar en su interior la capacidad para continuar a pesar de obstáculos cada vez más sobrecogedores.

Su pasmoso optimismo no se debilitó, pese a las calamidades y crisis crecientes de la primera mitad de 1944. Pero el autoengaño necesario era colosal. Hitler vivía cada vez más en un mundo de ilusión, aferrándose a los clavos ardiendo que podía encontrar con una desesperación que iría agudizándose durante el transcurso del año. La invasión, cuando llegase, sería rechazada sin duda, pensaba. Depositaba también enormes esperanzas en los efectos devastadores de las «armas milagrosas». Cuando estas no respondieron a las expectativas, se convencería de que la alianza contra él era frágil y pronto se desmoronaría, como había ocurrido en la Guerra de los Siete Años dos siglos antes, después de la indomable defensa de uno de sus héroes, Federico el Grande. Ni siquiera en el periodo final de un año catastrófico para Alemania perdería la esperanza de que pasase eso. Aún seguiría esperando milagros.

Sin embargo, no tenía medios racionales para salir de la catástrofe inevitable que pudiese exponer a quienes tan pródigamente le habían adulado en tiempos mejores. Albert Speer. en un esbozo de retrato hecho inmediatamente después de la guerra, consideraba que aquel «genio» del primer Hitler que hallaba salidas «elegantes» en las crisis, había ido consumiéndose con el implacable exceso de trabajo impuesto por las exigencias de la guerra, que había debilitado la intuición, que necesitaba un estilo de vida de mayor amplitud y desahogo, más en consonancia con un temperamento artístico como el suyo. El cambio en las pautas de trabajo, que le había hecho convertirse, en contra de su tendencia natural, en un adicto obsesivo al trabajo, preocupado por el detalle, incapaz de relajarse, inmerso en un entorno invariable y nada inspirador, había traído consigo en opinión de Speer una enorme tensión mental, unida a una obstinación y una inflexibilidad crecientes en decisiones que habían cerrado todos los caminos salvo el que llevaba hacia el desastre.[7]

Era indiscutible que toda la existencia de Hitler había estado absorbida por la continuación de la guerra. Los periodos de ocio de los años anteriores al estallido del conflicto habían desaparecido. La despreocupación por el detalle, el distanciamiento de los asuntos cotidianos, el interés por los planes arquitectónicos grandiosos, la asignación generosa de tiempo al entretenimiento y a la diversión, a oír música, al cine, a la indolencia, que había sido una característica suya desde su juventud, habían dejado paso a un programa de trabajo torturante en el que Hitler cavilaba sin tregua sobre los aspectos más tediosos de la táctica militar, dejando poco o ningún espacio para lo que no estuviese relacionado con la dirección de la guerra en una rutina básicamente invariable, que se repetía un día tras otro. Noches en que apenas dormía; levantarse tarde por la mañana, largas conferencias a mediodía y al final (le la tarde con sus jefes militares, en las que imperaba a menudo una tensión extrema; una dieta estricta y espartana, que consumía a menudo solo en su habitación; un breve paseo diario con su perra alsaciana Blondi como único ejercicio. El mismo entorno, la misma gente, monólogos a última hora de la noche para intentar relajarse (a expensas de un público aburrido), evocaciones de la juventud, la Primera Guerra Mundial y los «buenos tiempos del pasado», de cuando el Partido Nazi había llegado al poder; luego, por último, un nuevo intento de conciliar el sueño: esa rutina (sólo marginalmente más relajada cuando estaba en el Berghof) tenía que ser por fuerza, a la larga, perjudicial para la salud y poco propicia a la calma y a la reflexión sensata y racional.

Todos los que veían a Hitler comentaban lo mucho que había envejecido durante la guerra.[8] Antes les había parecido vigoroso y lleno de energía a quienes convivían con él. Ahora le encanecía el cabello muy deprisa, caminaba encorvado, tenía los ojos inyectados de sangre, tenía problemas para controlar el temblor de una pierna; no tenía más que cincuenta y tantos años y parecía ya un viejo.[9] A pesar de su creciente hipocondría, había gozado en realidad de una salud magnífica durante la década de 1930. Ni siquiera entonces pasó un día en la cama por enfermedad. Pero el creciente número de pastillas e inyecciones que le administraba diariamente el doctor Morell (noventa

clases de ellas en total durante la guerra y veintiocho pastillas distintas al día) no pudieron impedir su deterioro físico.[10]

En 1944 Hitler era un hombre enfermo… en algunos periodos del año muy enfermo. Los cardiogramas (le habían hecho el primero en 1941) habían revelado que padecía una afección cardiaca que estaba empeorando.[11] Y además de los trastornos intestinales y estomacales crónicos que había empezado a padecer, tenía desde 1942 síntomas, que se agudizaron en 1944, que indicaban con bastante certeza médica el inicio del síndrome de Parkinson. Esos síntomas resultaban inconfundibles sobre todo para quienes convivían con él: un temblor incontrolable en el brazo izquierdo, espasmos en la pierna izquierda y un paso torpe al caminar, arrastrando los pies.[12] Sin embargo, aunque Las tensiones de la última fase de la guerra tuvieron efecto en él, no hay evidencias de que su salud mental hubiera sufrido daño.[13] Las explosiones de cólera y los bruscos cambios de humor eran rasgos intrínsecos de su carácter y su mayor frecuencia en la fase final de la guerra se debía a la tensión de una situación militar que se deterioraba muy deprisa y a su propia incapacidad para modificarla, que le inducían como siempre a fustigar ferozmente a sus generales y a cualquiera a quien pudiese responsabilizar de cosas de las que era él el primer responsable.

Al atribuir la pérdida de su «genio» a las presiones del exceso de trabajo, incompatible con un supuesto talento natural para la improvisación, Speer ofrecía una explicación ingenua y engañosa del destino de Alemania, personalizándolos en último término en la figura «demoniaca» de Hitler.[14] El que este adoptase una forma de trabajo tan perniciosa y agobiante no se debió, ni mucho menos, a la casualidad. Fue consecuencia directa de una forma extrema de gobierno personalizado que había erosionado ya gravemente por la época en que empezó la guerra esas estructuras de gobierno y mando militar más formalizadas y regularizadas que constituyen un aspecto esencial del estado moderno. Ningún otro dirigente de la época de guerra (ni Churchill ni Roossevelt y ni siquiera Stalin) estaba tan absorbido por la tarea de dirigir los asuntos militares ni tenía tan pocas posibilidades como él de delegar autoridad. La quiebra de las estructuras de gobierno

en Alemania había sido mucho más profunda que la erosión que se había producido en el estado soviético bajo el despotismo de Stalin. Las riendas del poder estaban exclusivamente en manos de Hitler. Aún le respaldaban importantes bases de poder. No había ninguna que pudiese eludir al Führer, pese a las crecientes angustias que pudiesen afligir a Jos militares, a algunos personajes de la industria y a una serie de personalidades importantes de la burocracia estatal por la cuesta abajo por la que les estaba conduciendo. Todas las medidas importantes, tanto en los asuntos militares como en cuestiones internas, necesitaban su autorización. No había ningún órgano de coordinación superior, ningún gabinete de guerra, ningún politburó. Pero Hitler, que se veía obligado inevitablemente a dirigir la guerra a la defensiva, se veía a menudo casi paralizado en su pensamiento y con frecuencia en sus acciones. Y en cuestiones relacionadas con el «frente interno», aunque se negase a ceder un centímetro de su autoridad, era sin embargo incapaz, como se quejaba sin cesar Goebbels, de algo más que de esporádicas y arbitrarias intervenciones o de una inactividad evasiva.

Hasta individuos más dotados que Hitler se habrían sentido desbordados e incapaces de lidiar con la magnitud y la naturaleza de los problemas administrativos que planteaba la dirección de una guerra mundial. Sus triunfos en la política exterior de la década de 1930, y luego como comandante militar hasta 1941, no habían sido fruto de su «genio artístico» (según la expresión de Speer) sino sobre todo de su habilidad sin par para explotar las debilidades y las divisiones de sus adversarios, y de saber hallar el momento oportuno para actuar con gran rapidez. No se trataba de «genio artístico» sino del instinto del jugador que apuesta fuerte con buenas cartas contra adversarios débiles, eso era lo que había hecho triunfar a Hitler en aquellos primeros años. Esos instintos agresivos funcionaban bien mientras se pudiese conservar la iniciativa. Pero en cuanto cambiaba la racha y tenía que jugar con malas cartas una partida interminable en que la suerte le era cada vez más adversa, esos instintos perdían su eficacia. Las características individuales de Hitler se fundían ahora fatídicamente, en condiciones de desastre creciente, con la debilidad estructural de la dictadura. La desconfianza cada vez mayor que le inspiraban los que se hallaban a su

alrededor, sobre todo sus generales, era una cara de la moneda. La otra cara era su egomanía sin límites, que se manifestaba coléricamente (con mucha mayor intensidad cuando empezaron a acumularse los desastres) en la creencia de que sólo él era competente o digno de confianza, y que sólo él podría garantizar la victoria. El hecho de que asumiese el mando operativo del ejército en la crisis del invierno de 1941 había sido la manifestación más evidente de ese síndrome desastroso.

La explicación de Speer era aún más deficiente por el hecho de que la situación catastrófica de Alemania en 1944 era consecuencia directa de los pasos que había dado Hitler (con el apoyo abrumador de las fuerzas más poderosas del país y la aclamación general de las masas) en los años en que su «genio» (según Speer) había estado menos constreñido. El que Hitler no pudiese hallar ninguna solución «elegante» al estrangulamiento creciente que le imponía la poderosa coalición que había creado la propia agresividad alemana no se debía a cambios en la forma de trabajar, sino que era consecuencia directa de una guerra que él y gran parte de sus jefes militares habían deseado. No tenía, pues, otra elección que afrontar la realidad de que la guerra estaba perdida, o aferrarse con firmeza a ilusiones.

Eran cada vez menos los alemanes que compartían el fatalismo inconmovible de Hitler respecto al desenlace de la guerra. La retórica del dictador, tan vigorosa en periodos más optimistas, había perdido su capacidad de arrastrar a las masas. O creían lo que él decía o creían lo que sus ojos y sus oídos les mostraban: ciudades devastadas, listas cada vez más largas de soldados muertos en los partes de bajas de la prensa, sombríos comunicados radiofónicos (aunque se disfrazasen) de más avances soviéticos, ninguna señal de que estuviese cambiando la suerte en el desarrollo de la guerra. Hitler se daba cuenta de que había perdido la confianza de su pueblo. El gran orador no tenía ya a su publico. Sin triunfos que proclamar, no deseaba ya dirigirse al pueblo alemán. Los vínculos entre el Führer y el pueblo habían sido un apoyo vital del régimen en tiempos anteriores. Pero la distancia que separaba a gobernante y gobernados se había convertido ya en un abismo.

Durante 1944 Hitler se distanciaría del pueblo alemán aún más de lo que se había distanciado en los dos años anteriores. Estaba lejos

físicamente (encerrado casi siempre en su cuartel general de campaña de la Prusia oriental o en su idílico retiro de las montañas de Baviera) y los alemanes comunes apenas le veían ya ni siquiera en los noticiarios.[15]

Durante 1944 no apareció en público para pronunciar un discurso más que una vez. Cuando habló el 24 de febrero, aniversario de la proclamación del programa del partido de 1920, en la Hofbräuhaus de Munich, para el círculo íntimo de la «vieja guardia» del partido, rechazó expresamente las exhortaciones de Goebbels a que se emitiese el discurso por radio y no se hizo ni una sola mención de él en la prensa.[16] Se dirigió a la nación por radio dos veces, el 30 de enero y el 20 de julio de 1944. Pero aparte de eso, el pueblo alemán no oyó hablar directamente a su caudillo en todo el año. Hasta su alocución tradicional a los «viejos luchadores» del partido del 8 de noviembre la leyó Himmler. Hitler se había convertido para las masas en un dirigente prácticamente invisible. Estaba alejado de la vista de todos, y para la mayoría probablemente cada vez más del pensamiento… salvo como un obstáculo que impedía poner fin a la guerra.

El aumento de la represión y la unidad negativa forjada por el miedo a la victoria del bolchevismo, contribuyeron en buena medida a garantizar en los últimos años de guerra que no sé materializase nunca el peligro de una rebelión interior como la que se había producido en 1918. Pero a pesar de todas las reseñas persistentes (y en algunos sentidos asombrosas) de culto al Führer entre los partidarios decididos del nazismo, Hitler se había convertido para la abrumadora mayoría de los alemanes en el principal impedimento para que se pudiera poner fin a la guerra. La mayoría de la gente podía preferir, como al parecer se decía, «un Final con horror» a «un horror sin final»,[17] pero no tenían ningún medio visible de cambiar su destino. Sólo los que se movían en los pasillos del poder tenían alguna posibilidad de eliminar a Hitler. Algunos grupos de oficiales maquinaban precisamente con ese fin, a través de vínculos conspiratorios con ciertos altos funcionarios. Tras una serie de intentos fallidos, su golpe llegaría en julio de 1944. Sería la última oportunidad que tendrían los alemanes de poner fin al régimen nazi. Las agrias rivalidades de los dirigentes subsidiarios, la ausencia de un foro centralizado (equivalente al Gran Consejo Fascista de Italia)

desde el que pudiese lanzarse un golpe interno, el carácter informe de las estructuras del gobierno nazi pero la necesidad de la autoridad de Hitler en cada faceta de ese gobierno, así como el hecho de que los dirigentes del régimen hubiesen quemado las naves con el dictador en el genocidio del régimen y en otros actos insólitos de inhumanidad, descartaban cualquier otra posibilidad de derrocarlo. Debido a ello, el régimen sólo podía considerar la alternativa de su propio suicidio colectivo en una guerra perdida inexorablemente. Y así, como una fiera salvaje acorralada y mortalmente herida, combatió con una ferocidad y una implacabilidad fruto de la desesperación. Y su caudillo, que iba perdiendo cada vez más el contacto con la realidad, que esperaba milagros, que seguía luchando con molinos de viento, estaba dispuesto al estilo wagneriano en caso de una catástrofe final apocalíptica y de acuerdo con sus creencias socialdarwinistas puras, a entregar a su pueblo a las llamas si resultaba incapaz de lograr la victoria que él le había exigido, unas llamas a las que se lanzaría también él.

Capítulo II

Prepararse para la invasión en Occidente que era seguro que se produciría en los próximos meses, constituía la preocupación predominante de Hitler y de sus asesores militares a principios de 1944. Estaban convencidos de que la fase crítica que seguiría a la invasión decidiría el resultado de la guerra.[18] Se depositaban grandes esperanzas en las fortificaciones que se estaban construyendo a lo largo de la costa atlántica de Francia y en las nuevas y poderosas armas de destrucción que se estaban preparando y que ayudarían a la Wehrmacht a infligir una derrota estruendosa a los invasores en cuanto pisasen suelo continental. Los aliados occidentales, obligados a retroceder, con

Inglaterra tambaleándose bajo los golpes devastadores de unas armas de potencia inaudita contra las que no había defensa alguna, comprenderían que no podían derrotar a Alemania. La alianza «antinatural» con la Unión Soviética se desmoronaría; y el Reich alemán, libre de amenazas en el oeste, podría consagrar todas sus energías, quizás hasta con respaldo de los ingleses y de los estadounidenses, después de firmar un acuerdo de paz con ellos, a la tarea de rechazar y derrotar al bolchevismo. Por esos derroteros discurrían las corrientes de pensamiento optimistas en el cuartel general de Hitler.

Los acontecimientos del frente oriental (el escenario clave de la guerra) eran, sin embargo, muy preocupantes, lo suficiente para acaparar la atención de Hitler. El 24 de diciembre de 1943 se había iniciado una nueva ofensiva soviética en el sur de ese frente oriental que había conseguido rápidos avances y ensombrecido en el cuartel general del Führer un ambiente navideño ya pesimista. Hitler pasó la Nochevieja encerrado en sus habitaciones a solas con Bormann.[19] No participó en ninguna celebración. Al menos en compañía de Martin Bormann, su leal mano derecha en todas las cuestiones del partido, estaba «entre los suyos». En sus conferencias militares diarias era muy distinto. Las tensiones con sus generales eran palpables. Algunos leales del entorno de Hitler, como Jodl, compartían en cierta medida su optimismo. Otros eran ya más escépticos. Según Nicolaos von Below, ayudante de la Luftwaffe de Hitler, hasta el jefe del Estado Mayor Zeitzler, ingenuo e idealista al principio, no creía ya una palabra de lo que decía Hitler.[20] Era imposible deducir, incluso para quienes estaban habitualmente próximos a él, qué pensaba en realidad Hitler de la guerra, si albergaba dudas íntimas contrarias a aquel optimismo que manifestaba siempre.[21]

Fuesen cuales fuesen sus pensamientos más íntimos, su posición externa era predecible. La retirada, por mucha necesidad táctica o por muchas ventajas que pudiesen conseguirse con ella, estaba descartada. Cuando luego se producía inevitablemente, tenía que hacerse siempre en condiciones menos favorables que cuando se había propuesto en un principio. La «voluntad» de resistir era, como siempre, el valor supremo para Hitler. En la crisis del invierno de 1941, su negativa a permitir la retirada había impedido probablemente que se produjese un

hundimiento del frente. Pero desde entonces el implacable avance soviético, respaldado por una superioridad en armamento y en potencial humano, había impuesto inevitablemente una estrategia defensiva que era extraña al carácter de Hitler, y que exigía algo más que insistir enfáticamente en la «voluntad» y el espíritu de lucha. A finales de diciembre, Hitler, impulsado por el miedo a que la propaganda subversiva elaborada en Moscú por la organización Freies Deutschland («Alemania Libre»), respaldada por el gobierno soviético,[22] y dirigida a socavar la moral de lucha entre las tropas alemanas, estuviese consiguiendo ese objetivo, había ordenado, a instancias de Himmler y de Bormann, la creación de un cuerpo de oficiales de orientación nacionalsocialista para inculcar el espíritu del movimiento nazi en la Wehrmacht.[23] Lo que se necesitaba en realidad era flexibilidad táctica y una pericia militar mayores que las que poseía el propio comandante en jefe del ejército. En esas circunstancias, la obstinación de Hitler y su intromisión en cuestiones tácticas planteaban dificultades cada vez mayores a sus comandantes de campo.

Manstein se enfrentó de nuevo con la inflexibilidad de Hitler cuando voló el 4 de enero de 1944 hasta el cuartel general del Führer para informar sobre el rápido deterioro de la situación del grupo de ejército del sur. Las fuerzas soviéticas concentradas en la curva del Dnieper habían conseguido efectuar importantes avances. Esos avances suponían una gran amenaza para La supervivencia del cuarto ejército blindado (situado en la región comprendida entre Vinnitsa y Berichev). La ruptura de esta posición abriría una enorme brecha entre los grupos de ejército sur y centro, poniendo con ello en peligro mortal todo el frente meridional. En opinión de Manstein, esto exigía el urgente traslado de efectivos al norte para contrarrestar la amenaza. Eso sólo podía hacerse evacuando la curva del Dnieper, abandonando Nikopol (con sus suministros de manganeso) y Crimea, y reduciendo drásticamente el frente hasta una longitud que pudiese defenderse con más facilidad. Hitler se negó en redondo a considerar semejante propuesta. Perder Crimea, argumentó, provocaría la defección de Turquía, junto con Bulgaria y Rumania. Los refuerzos para el ala norte amenazada no podían proceder del grupo del ejército norte, porque eso podría

significar la defección de Finlandia y la pérdida del Báltico y de los suministros vitales de mineral sueco. No se podían trasladar tampoco fuerzas del frente oeste antes de rechazar la invasión. «Hay tantas discrepancias en el bando enemigo—recordaba Manstein que le había dicho Hitler—que es forzoso que la coalición se desmorone un día. Por eso era una cuestión de la máxima importancia ganar tiempo». Manstein no tendría más remedio que aguantar hasta que hubiese refuerzos disponibles.[24]

Cuando terminó la conferencia militar, Manstein solicitó ver a Hitler en privado, acompañado sólo por Zeitzler, jefe del Estado Mayor general del ejército. Hitler accedió a regañadientes, como solía hacer cuando no estaba seguro de lo que se avecinaba. En cuanto se fueron todos, Manstein empezó a hablar. La actitud de Hitler, fría ya, no tardaría en alcanzar el punto de congelación. Taladraba con la mirada al mariscal de campo, mientras le oía decir que la situación del ejército en el este no sólo se debía a la superioridad del enemigo sino que se «debía también a cómo somos dirigidos».[25] Manstein, impávido pese a la atmósfera intimidatoria, reiteró la petición que había formulado en dos ocasiones anteriores de que se le nombrara comandante en jefe superior para el frente oriental con absoluta independiencia de actuación dentro del marco de los objetivos estratégicos globales, es decir, una autoridad similar a la que ostentaban Rundstedt en el oeste y Kesselring en Italia. Eso habría significado en la práctica una entrega por parte de Hitler de sus poderes de mando en el escenario oriental. No estaba dispuesto a aceptar algo así, claro está. Pero su argumento resultó contraproducente. «¡Ni siquiera yo puedo conseguir que me obedezcan los mariscales de campo! —replicó—. ¿Acaso piensa que le obedecerían a usted mejor?». Manstein contestó que sus órdenes no habían sido nunca desobedecidas. En este punto, Hitler, controlando la cólera pese a que se trataba de una clara insubordinación, dio por terminada la conversación.[26] Manstein había dicho la última palabra. Pero regresaba a su cuartel general con las manos vacías.

No sólo no tenía ninguna posibilidad de que le nombrasen comandante en jefe del frente oriental; sus opiniones sinceras estaban por entonces sembrando dudas en la mente de Hitler sobre su viabilidad

al mando del grupo de ejército sur. Por el momento, las órdenes de Hitler para las tropas de Manstein eran claras: no podía haber retroceso alguno. En realidad, la tenaz resistencia alemana en el recodo del Dnieper y en Nikopol consiguió frenar de momento el avance soviético. Pero la pérdida de ese territorio y de Crimea era una conclusión prevista que sólo se podía aplazar temporalmente.

A Guderian, otro de los comandantes que había sido en tiempos favorito de Hitler, no le fue mejor que a Manstein cuando intentó, en enero, en una audiencia privada, convencer a Hitler para que simplificara y unificara el mando militar nombrando a un general de confianza para un nuevo cargo de jefe del Estado Mayor general de la Wehrmacht. Esa medida, con la que se pretendía poner fin a la nociva debilidad del núcleo central del mando supremo de la Wehrmacht, habría significado la destitución de Keitel. Hitler rechazó la propuesta sin más. Habría significado también, como Hitler percibió inmediatamente, una disminución de su poder de mando militar. Guderian había chocado como Manstein con un obstáculo inamovible. Sus recomendaciones de retiradas tácticas cayeron en terreno pedregoso, como las de Manstein. Como él mismo resumiría más adelante: «Así que no se modificó nada. Había que luchar por cada metro cuadrado de terreno. Ni una sola vez podía resolverse una situación que se había hecho desesperada con una retirada oportuna».[27]

Hay un punto álgido del largo discurso que pronunció Hitler ante aproximadamente un centenar de sus jefes militares el 27 de enero, que resulta revelador de hasta qué punto se habían deteriorado las relaciones de Hitler con sus generales, incluso con los que habían sido sus comandantes más leales y de mayor confianza.[28] Después de una comida sencilla, durante la cual el ambiente fue notoriamente frío, Hitler, junto al interminable recurso habitual a las lecciones de la historia, la insistencia en el «lucha» como una ley natural y la descripción de su propio despertar político y de la creación del partido, ofreció poco más que una exhortación a aguantar firme. Y para eso era de vital importancia el adoctrinamiento en el espíritu del nacionalsocialismo. Les dijo que podían estar seguros de una cosa: «Que no cabía pensar nunca en una capitulación, pase lo que pase». La única

cosa de sustancia del extenso discurso fue una brevísima alusión a las nuevas armas que se hallaban en proceso de fabricación, sobre todo de nuevos submarinos, de los que esperaba un cambio completo en la suerte de la guerra en el mar.[29] En el punto álgido de su perorata, Hitler abordó el objetivo principal de su discurso. Habló de su derecho a exigir a sus generales no simple lealtad sino apoyo fanático. Y proclamó con mucho patetismo: «En ultimo extremo, si alguna vez me viese abandonado como caudillo supremo, debo tener como última defensa (Letztes) a todo el cuerpo de oficiales, que deberán agruparse con las espadas desenvainadas en torno a mí».[30] Entonces se produjo una pequeña sorpresa: Hitler fue interrumpido, algo que no había sucedido desde los tiempos de las cervecerías de Munich. El mariscal de campo Von Manstein exclamó: «Y así será, mein Führer»[31] Hitler se quedó completamente desconcertado y perdió el hilo del discurso. Miró gélidamente a Manstein y dijo: «Muy bien. Si es así, nunca podremos perder esta guerra. Nunca. Pase lo que pase. Porque la nación combatirá con la fuerza necesaria. ¡Eso me da mucha alegría, mariscal de campo Von Manstein!». Tras esto, se recuperó en seguida e insistió en que eran necesarios de todos modos grandes avances en la «educación» del cuerpo de oficiales.[32] Las palabras de Manstein se podían interpretar en un sentido literal como algo no sólo inofensivo, sino alentador.[33] Pero, como indicó el propio Manstein después de la guerra, su sentido implícito era más crítico de lo que parece. La interrupción, recordaría el mariscal de campo, había surgido de forma espontánea e instintiva al percibir que Hitler había puesto en duda su propio sentido del honor y el de los demás oficiales al cuestionar su lealtad.[34]

Hitler, por su parte, vio en la interrupción un reproche por la falta de confianza en sus generales.[35] Todavía estaba dolido por su conversación con Manstein de tres semanas antes, y por una carta franca que el mariscal de campo le había enviado posteriormente.[36] Minutos después de la interrupción, Hitler había convocado a Manstein a su presencia. En la entrevista, a la que asistió también Keitel, Hitler prohibió a Manstein interrumpirle en el futuro. «Tampoco usted toleraría semejante conducta en sus subordinados», afirmó, añadiendo, en una ofensa gratuita, que la carta que le había escrito unos días antes la había

escrito presumiblemente para justificarse ante la posteridad en su diario de guerra. Manstein, ofendido por esto, replicó: «Debe perdonarme usted que utilice una expresión inglesa en relación con esto, pero lo único que puedo responder a su interpretación de mis motivos es que yo soy un caballero». La audiencia llegó a su fin con esta nota discordante.[37] Era evidente que Manstein tenía los días contados.[38]

Tres días después, al mediodía, en el onceavo aniversario de su ascensión al poder, Hitler se dirigió al pueblo alemán. No fue hasta Berlín, como tampoco lo había hecho el año anterior. En 1943, en las angustias finales del desastre de Stalingrado, había sido Göring quien había hablado en su lugar. En esta ocasión habló él mismo, pero se limitó a una alocución breve desde su cuartel general. Mientras su voz restallaba en el aire desde la «Guarida del Lobo» de la Prusia oriental, las sirenas anunciaron en Berlín el inicio de otro ataque aéreo masivo sobre la ciudad. Simbólicamente (podría parecerlo en una consideración retrospectiva) el Sportpalast, escenario de tantos triunfos nazis en la «época de lucha», antes de 1933, y donde con tanta frecuencia se habían reunido desde entonces decenas de miles de fíeles del partido a oír los grandes discursos de Hitler, fue destruido esa noche por una granizada de bombas incendiarias.[39]

El discurso radiado de Hitler no podía ofrecer a sus oyentes nada de lo que ellos anhelaban oír: cuándo se acabaría la guerra, cuándo se pondría fin a la devastación desde el aire. Lo que oyeron en su lugar fue sólo una perorata sobre la amenaza del bolchevismo siguiendo las líneas habituales y acompañada del feroz vocabulario de siempre sobre las «bacterias judías». Si el bolchevismo llegase a triunfar, dijo, destruiría Alemania e invadiría el resto de Europa: ese era el objetivo de la judeidad internacional que sólo podía combatir el estado nacionalsocialista, edificado durante los once años anteriores.[40] No hubo ni una sola palabra de consuelo para quienes habían perdido a los seres queridos en el frente, ni sobre las miserias y penurias causadas por los ataques aéreos. Hasta Goebbels se dio cuenta de que el discurso, al pasar por alto prácticamente todos los temas que preocupaban a la gente normal, no había tenido ningún efecto.[41] De hecho, los informes del SD de los días siguientes (llenos de alusiones al cansancio de la guerra, a la

angustia por la situación en el frente oriental y por los bombardeos y por el convencimiento de que la guerra ya no se podía ganar) no hacía mención alguna de reacciones al discurso del Führer. Esto contrastaba notoriamente con años anteriores. Ahora las consignas propagandísticas de Hitler caían en oídos sordos. Y nadie creía ya en sus promesas anteriores de que se tomarían represalias por la destrucción de las ciudades alemanas, después del último ataque aéreo contra Berlín. Lo que se pensaba del discurso podía deducirse indirectamente de comentarios recogidos como: «No queremos tranquilizantes. Queremos que nos digan cuál es la situación de Alemania». O el de un obrero de Berlín de que «sólo un idiota puede decirme que se va a ganar la guerra». [42]

Capítulo III

Estaba plenamente justificado el escepticismo, tanto respecto a la capacidad de la defensa antiaérea alemana para proteger las ciudades contra los ataques enemigos como a la posibilidad de lanzar ataques de represalia contra Inglaterra. Hacía mucho que la popularidad de Göring se había esfumado del todo entre la masa general del público; aquella Luftwaffe de la que tanto se habían ufanado había demostrado ser completamente incapaz de impedir la destrucción de las ciudades y pueblos alemanes. Tampoco colaboró mucho a mejorar el prestigio del mariscal del Reich en el cuartel general del Führer la última oleada de incursiones aéreas, sobre todo el importante ataque contra Berlín. No hacía falta gran cosa para precipitar a Hitler en una agria filípica sobre la incompetencia de Göring como jefe de la Luftwaffe. Goebbels, en especial, que era Gauleiter de Berlín y tenía nuevas responsabilidades en las medidas de coordinación de la defensa civil en la guerra aérea,

posiblemente tuviese más experiencia directa que ningún otro dirigente nazi de lo que significaban para la población los bombardeos aliados de las ciudades alemanas, así que no perdía oportunidad, siempre que veía a Hitler, de desahogar su cólera contra Göring.[43] Pero por muy violentamente que Hitler condenase lo que Goebbels describía como el «fracaso total de Göring» en la defensa aérea,[44] no se planteaba siquiera desprenderse de uno de sus paladines más veteranos. Cuando Goebbels habló con él a principios de marzo del fracaso de la Luftwaffe, Hitler mostró incluso comprensión y simpatía por el mariscal del Reich y por la difícil situación en que se hallaba. «El Führer comprende perfectamente—escribía Goebbels—que Göring esté un poco nervioso en la situación en que se halla en este momento. Pero creo que tendremos que ayudarle de todos modos. De momento, no puede soportar una crítica. Hay que andar con mucho cuidado al decirle las cosas».[45] En una ocasión postenor, en que se criticaba al mariscal del Reich por la «catastrófica inferioridad» aérea, Goebbels decía que Hitler «no podía hacer nada acerca de Göring, porque si lo hiciese se causaría un daño aún peor a la autoridad del partido en el Reich».[46] Esa seguiría siendo la actitud de Hitler durante todo el año.

Una gran esperanza de contrarrestar un tanto la superioridad aérea del enemigo era la que se había depositado en la producción del caza a reacción, el Me262, que había sido encargado en el mes de mayo anterior. Su velocidad de hasta 800 kilómetros por hora garantizaba que podía superar en vuelo a cualquier aparato enemigo. Pero cuando el diseñador aeronáutico, profesor Willi Messerschmitt, le explicó a Hitler su consumo exagerado de combustible, ello había conducido en septiembre de 1943 a que se dejase asignarle prioridad de producción. Prioridad que no se renovaría hasta un decisivo cuarto de año más tarde, hasta el 7 de enero de 1944, en que se convocó a

Speer y a Milch al cuartel general de Hitler para comunicarles, basándose en informaciones de la prensa inglesa, que los británicos casi habían completado sus pruebas con aparatos a reacción. Hitler exigió entonces que se acelerase inmediatamente la producción del Me262 para poner en servicio sin dilación el mayor número posible de ellos. Pero se había perdido un tiempo precioso. Estaba claro que los primeros

aparatos tardarían meses en producirse. Es dudoso que Hitler estuviese tan claramente informado de esto como afirmaría en fecha posterior Speer.[47] Cuando el capitán Hanna Reitsch, que se había convertido en uno de los pilotos estrella de Hitler, visitó a este a finales de febrero para que le impusiese la Cruz de Hierro de primera clase, le propuso la creación de una escuadrilla kamikaze al estilo japonés. Hitler rechazó la idea, diciendo que esperaba grandes cosas en el futuro inmediato del rápido despliegue de sus aviones a reacción. Reitsch comentó que aún tardarían meses en estar listos. Nicolaus von Below, ayudante de la Luftwaffe de Hitler, insistió luego en el asunto, la misma noche, pero Hitler aseguró firmemente que la Luftwaffe le había informado de que no sería así y de que las fechas que él había establecido se cumplirían. Nadie había contradicho abiertamente sus peticiones, aseguró.[48] El propio Speer, según Goebbels, estaba seguro de que los nuevos aviones supondrían un cambio radical en la suerte del ejército alemán en la guerra aérea.[49]

El instinto de Hitler tendía como siempre al ataque como la mejor forma de defensa. Estaba esperando, como un gran número de alemanes corrientes (con impaciencia y un escepticismo cada vez mayor), la posibilidad de lanzar armas de destrucción devastadoras contra Gran Bretaña para pagar a los ingleses con la misma moneda y obligar a las fuerzas aliadas a replantearse su estrategia en la guerra aérea. Sus ilusiones sobre la rapidez con que podrían estar listas para el uso las «armas milagrosas» y la probable repercusión de las mismas en la estrategia británica, estaban estimuladas también en este caso por los cálculos optimistas de sus asesores.

Speer había convencido a Hitler ya en octubre de 1942, después de presenciar pruebas en Peenemünde en un periodo anterior del mismo año, del potencial destructivo de un cohete de largo alcance, el A4 (más conocido después como la V2), capaz de entrar en la estratosfera en su ruta para descargar las bombas (y una devastación imparable) sobre Inglaterra. Hitler había ordenado inmediatamente que se produjeran en masa a una escala inmensa. Cuando Werner von Braun, el genio que había tras la construcción, había explicado unos meses más tarde de lo que el cohete era capaz y le había mostrado a Hitler una película en

color de las pruebas, el entusiasmo de este fue inmenso. Era, le dijo a Speer, «el arma decisiva de la guerra», que aliviaría la carga que soportaba Alemania en cuanto se lanzase sobre los ingleses. Había que acelerar rápidamente su producción, a expensas de la producción de tanques si era preciso. En el otoño de 1943, se había hecho ya evidente que cualquier expectativa de un despliegue inmediato era de un optimismo desmesurado.[50] Pero Speer aún le decía a Goebbels en febrero de 1944 que el programa de cohetes podía estar listo a finales de abril.[51] Los cohetes no se lanzarían en realidad hasta septiembre.[52]

El proyecto alternativo de la Luftwaffe, el Programa «Kirschkern», que produjo lo que se llamarían las bombas volantes V1, estaba más avanzado. También se remontaba a 1942. Y, como el proyecto A4, había grandes esperanzas depositadas en él y unas expectativas optimistas respecto a su ritmo de producción. Esta se inició en enero de 1944. Las pruebas fueron sumamente alentadoras.[53] Speer le decía a Goebbels a principios de febrero que el arma estaría lista a principios de abril.[54] Milch bosquejó para Hitler un mes después una destrucción total de Londres en una oleada de 1. 500 bombas volantes a lo largo de diez días, a partir del 20 de abril, día del cumpleaños del Führer, con la previsión de enviar las restantes en el mes siguiente. Suponía que al cabo de tres semanas de soportar semejante bombardeo Inglatera estaría de rodillas.[55] Las ilusiones de Hitler resultan más explicables si tenemos en cuenta la información que estaba recibiendo. Influía en ella la competencia, en este caso entre el proyecto A4 del ejército y el programa «Kirschkern» de la Luftwaffe. Y aún regía también el viejo! lema de «trabajar en la dirección del Führer», esforzarse (como la clave para conservar poder y posición) en lograr lo que se sabía que él quería, aportar el milagro que él deseaba y acomodarse a sus deseos aunque fuesen irreales. La renuencia a transmitir noticias malas o deprimentes era la otra cara de la misma moneda. Ambas cosas unidas tenían como consecuencia un exceso de optimismo intrínseco y sistemático y hacían que se alentasen esperanzas imposibles que conducían inevitablemente a un desengaño amargo.

Capítulo IV

Durante el mes de febrero, Hitler, hojeando el extracto de la prensa internacional que había preparado para él como siempre en un resumen general su jefe de prensa Otto Dietrich, había visto una noticia de Estocolmo que afirmaba que un oficial del Estado Mayor general del ejército había sido designado para pegarle un tiro. El SS-Standartenführer Johann Rattenhuber, responsable de la seguridad personal de Hitler, recibió inmediatamente instrucciones de extremar las medidas de seguridad en la Guarida del Lobo. Había que registrar cuidadosamente a todos los visitantes y que revisar minuciosamente todas las carteras. Hitler tenía sus reservas en cuanto a lo de extremar las medidas de seguridad.[56] De todos modos, al cabo de unos días el asunto dejó de tener importancia porque decidió abandonar la Guarida del Lobo y trasladarse al Berghof, cerca de Berchtesgaden. Las recientes inclusiones aéreas sobre Berlín y la superioridad aérea de los aliados, que era cada vez mayor, hacían que no se pudiese descartar ya un ataque al cuartel general del Führer. Era esencial, por consiguiente, reforzar las paredes y los techos de los edificios. Mientras los trabajadores de la Organización Todt efectuaban las obras, se trasladaría el cuartel general al Berschtengaden.[57] A última hora del día 22 de febrero, tras haber anunciado que hablaría para la «vieja guardia» en Munich el día 24, en la celebración anual de la proclamación del programa del partido en 1920, abandonó la Guarida del Lobo en su tren especial y se dirigió hacia el sur.[58] No regresaría del Berghof hasta mediados de julio.

Se había encontrado mal a mediados de mes. Sus trastornos intestinales estuvieron acompañados por un catarro grave. El temblor de la pierna izquierda resultaba notorio.[59] Se quejaba también de visión borrosa en el ojo derecho, que un oftalmólogo diagnosticó quince días después que había sido debida a una pequeña hemorragia vascular.[60] Sus problemas de salud eran ya crónicos y aumentaban.[61] Pero estaba bastante mejor cuando llegó el 24 de febrero a una de sus viejas guaridas, la Hofbraühaus de Munich, a pronunciar su gran discurso ante

un público de partidarios fervientes, la «vieja guardia» del partido, como se llamaban ellos mismos.[62] En esta compañía, Hitler se hallaba en su elemento. Recuperaba su buena forma como orador. Bastaban las viejas certezas. Creía, le oyeron decir los fanáticos reunidos, con más firmeza que nunca en la victoria que la constancia en la resistencia traería. No tardarían en llegar las represalias en forma de ataques masivos sobre Londres; la invasión de los aliados occidentales, cuando se produjese, sería rápidamente rechazada. Su perorata alcanzó el punto culminante cuando explicó a un auditorio loco de entusiasmo, que interrumpía continuamente con aplausos arrebatados, que el camino recorrido desde la promulgación del programa del partido hasta la toma del poder había sido mucho más duro y desesperado que el que tenía que recorrer ahora el pueblo alemán para conseguir la victoria.

El recorrería su camino sin componendas y sin compromisos. Vinculó esto a la «cuestión judía»: lo mismo que los judíos habían sido «aplastados» en Alemania, lo serían en el mundo entero. Los judíos de Inglaterra y de los Estados Unidos (a quienes se culpaba como siempre de la guerra) podían esperar lo que ya les había sucedido a los judíos de Alemania. Era un burdo ataque al objetivo ideológico nazi primordial con el que quería compensar la ausencia de cualquier otro éxito militar tangible. Pero era exactamente lo que su público deseaba oír. Se entusiasmaron todos.[63] De todos modos, el entusiasmo de muchos de ellos debió de debilitarse un tanto la noche siguiente, que hubieron de pasar en un refugio antiaéreo frío y húmedo, temiendo un importante ataque contra Munich que no llegó a materializarse.[64] Por entonces, Hitler había abandonado la ciudad y se dirigía al Berghof, su paraíso alpino, afectado también ya por el peligro desde el aire, cubierto con una red de camuflaje, con su gran salón débilmente iluminado, comunicado por pasadizos recién construidos a búnkeres antiaéreos.[65]

Hitler convocó a Goebbels en el Berghof a principios de marzo. La razón inmediata era la posibilidad de una inminente defección de Finlandia.[66] En realidad, esto resultó de momento una falsa alarma. La defección de Finlandia no se produciría hasta seis meses más tarde.[67] Pero la reunión con Goebbels el 3 de marzo no se limitó (nunca lo hacían sus reuniones con él) a un asunto específico y provocó otra

exposición panorámica de Hitler que nos proporciona un atisbo de lo que pensaba en aquel momento.

Hitler explicó a Goebbels que, considerando el asunto de la crisis finlandesa, había decidido poner fin de una vez a la «traición» continuada de Hungría. Se depondría al gobierno y se detendría a todos sus miembros, se pondría al jefe del estado, el almirante Horthy, bajo «protección» alemana, se desarmaría al ejército y se instauraría un nuevo régimen. Luego podría afrontarse el problema de la aristocracia húngara y, sobre todo, de los judíos de Budapest (a quienes se consideraba, naturalmente, la causa del problema). Se confiscarían las armas, la mano de obra, el petróleo y los víveres del país que podrían mejorar mucho la situación de Alemania. Había que resolver ese problema lo antes posible.[68]

Hitler desbordaba confianza en cuanto a la situación militar. Pensaba que podían mantener un frente más reducido en el este. Quería pasar de nuevo a la ofensiva en el verano. Harían falta para ello cuarenta divisiones, que habría que llevar del frente occidental después de que se rechazase en él victoriosamente la invasión. Antes de eso, habría que despejar el flanco meridional. Estaba preocupado por las dificultades que se planteaban para acabar con la cabeza de puente de Anzio, en la costa occidental de Italia, donde los aliados habían desembarcado en enero a unos 70.000 hombres, principalmente estadounidenses, pero no habían sabido explotar el factor sorpresa y se hallaban inmovilizados.[69] Hitler echaba la culpa a sus jefes militares, como siempre, sobre todo al comandante de la zona, Kesselring, y lamentaba haberle concedido poderes de mando tan ilimitados. Lo consideraba una prueba más de que «tenía que hacerlo todo él mismo».[70]

Sobre la invasión que esperaban con toda probabilidad en los meses siguientes, Hitler estaba «absolutamente seguro» de las posibilidades de Alemania. Describió las fuerzas de que disponían para rechazarla, destacando sobre todo la calidad de las divisiones de las SS que se habían enviado. Señaló también la superioridad de las armas alemanas, sobre todo los tanques, los nuevos Panther y Tiger, que aunque no estuviesen disponibles en el número adecuado todavía, constituían una gran mejora con relación a los anteriores. (A pesar de que los

bombardeos aéreos se intensificaban progresivamente, la dispersión de la industria dirigida por Speer había conseguido mantener la producción hasta entonces). Hitler consideraba que Alemania sería capaz de mantenerse firme incluso en el aire. Era raro que Goebbels insinuase una crítica de Hitler en las entradas de su diario. Pero, en esta ocasión, el optimismo le parecía infundado hasta al ministro de propaganda, que escribió: «Ojalá sean correctas estas previsiones del Führer. Hemos tenido recientemente tantas decepciones, que sientes que surge dentro de ti un cierto escepticismo».[71]

Hitler esperaba mucho también de las «represalias», que tenía previsto desencadenar de forma masiva en la segunda mitad de abril, y de la nueva capacidad de fuego y del radar incorporado de los cazas alemanes. Pensaba acabar con los ataques aéreos enemigos en el invierno siguiente, tras lo cual, Alemania podría «reanudar el ataque a Inglaterra».[72] Hitler no necesitaba grandes estímulos para derramar su bilis sobre sus generales. Stalin lo tenía mucho más fácil, comentó. Había mandado fusilar a los generales del tipo de los que estaban causando problemas en Alemania. Pero respecto a la «cuestión judía», Alemania se estaba beneficiando de su política radical: «Los judíos ya no pueden hacernos daño».[73]

A las dos semanas de esta charla de Hitler con Goebbels, se había invadido Hungría. Fue la última invasión alemana de la guerra. La génesis de la decisión de ocupar Hungría se remontaba en realidad a la derrota de Stalingrado. Gomo ya vimos entonces, Hitler había sido sumamente mordaz en sus críticas de las divisiones húngaras (y rumanas) de allí. Los húngaros (junto con los rumanos) habían empezado a su vez a sondear discretamente a los aliados. Hitler, enterado de esto, había dicho claramente a Horthy y a Antonescu cuáles serían las consecuencias de una traición. Las manifestaciones de lealtad de Antonescu le habían satisfecho, pero seguía albergando ciertas dudas sobre los húngaros. Después de la defección de Italia en septiembre, había ordenado que se elaborasen por si acaso planes (Margarethe I y Margarethe II) para la ocupación de Hungría y de Rumania, por si hiciese falta cortar de raíz cualquier peligro que pudiese surgir. Una carta de Horthy del 12 de febrero de 1944, pidiendo el regreso de nueve

divisiones húngaras del frente oriental, necesarias según él para defender la frontera de los Cárpatos de una penetración soviética, había disparado los timbres de alarma. El asunto resultaba aún más urgente debido a que el Ejército Rojo estaba avanzando realmente hacia los Cárpatos, que Hitler no quería que defendiesen sólo los húngaros, «que no eran de liar». Más aún: el servicio secreto alemán se había enterado de que los húngaros habían intentado iniciar conversaciones diplomáticas con los aliados occidentales y con la Unión Soviética.[74]

Desde el punto de vista de Hitler, que coincidía plenamente con la opinión de sus jefes militares, era ya hora sobrada de actuar. La orden de iniciar Margarethe I se dio el 11 de marzo. Debían utilizarse exclusivamente tropas alemanas, procedentes en parte del frente occidental; el plan original preveía además el despliegue de unidades eslovacas, rumanas y croatas.[75] El uso de tropas de sus detestados vecinos para instalar un gobierno títere no habría servido para estimular mucho la futura lealtad de los húngaros hacia Alemania. De todos modos, Antonescu, en sus conversaciones con Hitler en Klessheim del 26-28 de febrero (en las que había propuesto una vez más, sin la menor posibilidad de éxito, que se hiciesen sondeos para una paz. con las potencias occidentales),[76] se había negado a permitir la participación rumana en la ocupación de Hungría a menos que estuviese acompañada de la devolución inmediata de los sustanciales sectores de territorio que Rumania se había visto obligada a entregar a los húngaros en 1940. Hitler, que no quería perder el apoyo de los húngaros después de la ocupación, se había negado a aceptarlo.[77] Pero accedió más tarde, contraviniendo de nuevo su intención original, a la propuesta del mariscal de campo Von Weichs, de que no se desarmase a los militares húngaros si Horthy estaba dispuesto a aceptar la invasión y a impedir que se ofreciera resistencia.[78] Y en una tentativa posterior de evitar provocaciones que fomentasen una resistencia innecesaria por parte de los húngaros, debía darse a Horthy la oportunidad de «invitar» a los alemanes a entrar en su país, siguiendo los métodos utilizados ya en Austria y en Checoslovaquia en 1938 y 1939.[79]

El jefe de estado húngaro, de setenta y cinco años, llegó a Klessheim con su ministro de asuntos exteriores, su ministro de guerra y su jefe del

Estado Mayor general, la mañana del 18 de marzo, creyendo que iba allí a discutir las cuestiones que había planteado en la carta que había escrito a Hitler el 12 de febrero (y de la que no había recibido respuesta), en especial la retirada de las divisiones húngaras del frente del oriental. Iba hacia una trampa.

Hitler y Horthy hablaron en alemán, sin que hubiese intérpretes presentes. Paul Schmidt, el intérprete de Hitler, estaba esperando con sus colegas fuera, en el pasillo, cuando se abrió de pronto bruscamente la puerta de la habitación del palacio donde se celebraban las conversaciones e irrumpió rojo de cólera el almirante Horthy, seguido apresuradamente por un Hitler frenético que consiguió al fin alcanzar a su indignado huésped para acompañarle a sus habitaciones, de acuerdo con lo que exigía el protocolo, y que se dirigió luego hecho una furia a buscar a Ribbentrop para efectuar con él conversaciones urgentes.[80]

La reunión con el jefe de estado húngaro había sido realmente tempestuosa. Hitler había acusado al principio al gobierno húngaro, basándose en la información del servicio secreto alemán, de negociar con los aliados para intentar sacar a Hungría de la guerra. Aferrándose con firmeza, como siempre, a su idea de que los judíos eran la causa de la guerra y que, por tanto, el que siguiesen existiendo en un país proporcionaba en la práctica una quinta columna de subversión que ponía en peligro el esfuerzo bélico, Hitler se mostró especialmente agresivo en sus acusaciones y reprochó a Horthy el que estuviese permitiendo que casi un millón de judíos viviesen sin trabas, lo que desde el bando alemán se consideraba una amenaza para el frente oriental y el de los Balcanes. En consecuencia, el mando alemán, continuó Hitler, tenía temores justificados de que se produjese en Hungría una defección similar a la que se había producido en Italia. Por tanto, había decidido ocupar militarmente el país y exigió que Horthy firmase una declaración conjunta aceptando la ocupación. Horthy se negó a firmar. Empezó a subir el tono de la conversación. Hitler dijo que si Horthy no firmaba se produciría la ocupación de todas maneras sin su aprobación. Cualquier resistencia armada sería aplastada por tropas croatas, eslovacas y rumanas, además de alemanas. Horthy amenazó con dimitir. Hitler dijo que en tal caso él no podía garantizar la seguridad de

su familia. Ante un chantaje tan ruin, Horthy se levantó y gritó: «¡Si está ya todo decidido, no tiene sentido que siga aquí un minuto más, me voy inmediatamente!». Y salió en tromba de la habitación.[81]

Cuando Horthy estaba pidiendo que le llevasen a su tren especial, y Ribbentrop estaba regañando a Döme Sztojay, el embajador húngaro en Berlín, sonó una alarma aérea. En realidad, el «ataque aéreo» no era más que una treta, complementada con una pantalla de humo para ocultar el palacio de Schlessheim y con un supuesto corte de las líneas telefónicas con Budapest. La finalidad de esta compleja farsa era conseguir que Horthy abandonase la idea de una marcha prematura y obligarle a reanudar las conversaciones con Hitler. Ribbentrop comunicó a Schmidt, en un aparte, que si Horthy no accedía a las exigencias alemanas, no regresaría con una escolta honorífica, sino como prisionero. La intimidación y las argucias dieron resultado, como siempre. Cuando Horthy regresó a su treu esa noche, lo hizo acompañado del jefe de la policía de seguridad, Ernst Kaltenbrunner, y del emisario de Ribbentrop en Hungría, Edmund Veesenmeyer, provisto de poderes plenipotenciarios para garantizar que se respetarían los intereses alemanes. Y esto no sucedió hasta que Horthy hubo accedido finalmente a la introducción de un régimen títere dispuesto a aceptar las demandas alemanas, con Sztojay como primer ministro.[82]

Al día siguiente, 19 de marzo de 1944, Hungría estaba en manos alemanas. No se trataba sólo de que se podían obtener inmediatamente materias primas y mano de obra para el esfuerzo bélico alemán, sino que, como Hitler le había dicho a Goebbels quince días antes, se podía resolver ya la «cuestión judía» en Hungría.[83]

Capítulo V

Con la ocupación alemana de Budapest, la mayor comunidad judía de Hungría, que aún seguía intacta (unas 750.000 personas), estaba condenada. Los nuevos amos del país no perdieron ni un instante. Los hombres de Eichmann entraron en Budapest con Las tropas alemanas. En unos cuantos días, habían sido detenidos ya dos mil judíos. La primera deportación (un tren con unos 3.000 judíos, hombres, mujeres y niños, amontonados en condiciones indescriptibles en unos cuarenta vagones de ganado) salió para Auschwitz un mes después.[84] A principios de junio, noventa y dos trenes habían llevado a morir a casi 300.000 judíos húngaros.[85] Cuando Horthy paró las deportaciones un mes más tarde, desencadenando los acontecimientos que conducirían a su propia destitución, habían sido enviados a las cámaras de gas 437.402 judíos húngaros.[86]

El día que las tropas alemanas entraron en Hungría, se celebró en el Berghof una extraña ceremonia.[87] Los mariscales de campo, que habían sido llamados de las distintas partes del frente, presenciaron la presentación a Hitler por su superior, Rundstedt, de una declaración de lealtad, que habían firmado todos ellos. Las firmas habían sido recogidas en una gira por el frente por el ayudante jefe de la Wehrmacht de Hitler, el general Schmundt. La idea procedía (era muy propio) de Goebbels (aunque eso no se divulgase y no se le dijese a Hitler).[88] La razón había sido la propaganda subversiva antialemana difundida desde Moscú por un general capturado, Walter von Seydlitz-Kurzbach, y otros oficiales que habían caído en manos soviéticas en Stalingrado.[89] En realidad, los efectos de la propaganda de Seydlitz habían sido mínimos. Pero se trataba de un periodo de nervios para la cúpula dirigente nazi. De todos modos, la principal intención de Schmundt era acabar con la desconfianza de Hitler hacia sus generales y mejorar sus gélidas relaciones con ellos, que tan patentes se habían hecho en aquella reunión de enero en que Manstein le había interrumpido. Era, sin embargo, destacable en sí y a la vez claro indicio de que no todo iba bien, el que en mitad de un conflicto tan titánico los altos jefes militares considerasen oportuno redactar una declaración firmada de lealtad a su comandante supremo y jefe de estado. Es indudable que Manstein, el último mariscal de campo que firmó el documento, pensó eso. La

declaración le pareció completamente superfina desde el punto de vista de un militar.[90] A Hitler pareció conmoverle el acto.[91] Fue un momento excepcional de armonía en las relaciones con sus generales.

Pero pronto se volvió a la normalidad. Al cabo de una semana, Manstein estaba otra vez en el Berghof. El primer ejército blindado, al mando del general Hans Valentin Hube, se hallaba en peligro inminente de quedar cercado por tropas soviéticas que habían penetrado desde Ternopol hasta el Dniester. Manstein insistió (en contra de la recomendación de Hube de que su ejército buscase una posición segura retirándose hacia el sur por el Dniester) en una penetración hacia el oeste, con el fin de crear un nuevo frente en la Galitzia. Sería necesario para esto que el primer ejército blindado recibiese refuerzos. Para que llegasen esos refuerzos de alguna otra parte del frente era necesario el permiso de Hitler. Hubo palabras fuertes entre Manstein y Hitler en la conferencia militar de mediodía. Pero Hitler se negó a acceder a la petición de Manstein e hizo responsable personalmente al mariscal de campo por la posición desfavorable de su grupo de ejército. Luego se pospuso la discusión hasta última hora del día. Manstein, indignado, le dijo a Schmundt que si sus órdenes no obtenían la aprobación de Hitler deseaba dimitir de su cargo.

Pero cuando se reanudaron las deliberaciones, Hitler, asombrosamente había cambiado de opinión. No está claro quién o qué le había persuadido a hacerlo, o si simplemente había considerado el asunto y había modificado su decisión. Lo cierto es que pasó a ofrecer a Manstein los refuerzos que quería, incluido un cuerpo blindado de las SS procedente del frente occidental.[92] Manstein se fue momentáneamente satisfecho. Pero Hitler no soportaba que le arrancaran concesiones… sobre todo tras su rechazo inicial delante de muchos testigos. Y Manstein, desde su punto de vista, había sido en las semanas anteriores problemático e ineficaz en el mando. La forma que tenía Hitler de afrontar los reveses militares importantes era invariablemente (dejando aparte el tratamiento de guante blanco que otorgaba a su viejo aliado político Göring como jefe de la Luftwaffe, a pesar de los desastres de la guerra aérea) echar la culpa al comandante y buscar un sustituto que elevase la moral de combate de la tropa y fortaleciese su voluntad de

continuar la lucha. Era hora de dejar atrás a Manstein, lo mismo que a otro distinguido mariscal de campo, Kleist, que, dos días después que Manstein, había hecho también una vista al Berghof solicitando permiso para que el grupo de ejército A de la costa del mar Negro retrocediese del Bug al Dniester.[93]

El 30 de marzo, el avión Condor de Hitler recogió a Manstein y a Kleist y los llevó al Berghof. Zeitzler le explicó a Manstein que después de su ultima visita, Göring, Himmler y probablemente Keitel habían estado conspirando contra él. Zeitzler se había ofrecido a dimitir, una oferta que había sido sumariamente rechazada.[94] Schmundt había procurado que la destitución de los dos mariscales de campo se efectuase con decoro, sin ningún rencor.[95] Fueron sustituidos por Walter Model y Ferdinand Schörner, ambos generales curtidos, y que gozaban del favor de Hitler, que los consideraba ideales para elevar la moral de la tropa e infundirle un espíritu de lucha nacionalsocialista riguroso. Al mismo tiempo, se modificaron los nombres de los grupos de ejército, que pasaron a ser grupo de ejército del norte de Ucrania y grupo de ejército del sur de Ucrania. En realidad, Ucrania ya se había perdido. El que se rebautizasen simbólicamente formaba parte del objetivo de revitalizar la moral de la tropa indicándole que no tardaría en recuperarse Ucrania.

Pronto se comprobaría una vez más que los cambios de personal y de nomenclatura no eran suficientes. Los nuevos comandantes no fueron más capaces de detener el implacable avance soviético de lo que lo habían sido Manstein y Kleist. El 2 de abril, Hitler emitió una orden operativa que empezaba así: «La ofensiva rusa en el sur del frente oriental ha superado su punto culminante. Los rusos han agotado y dividido sus fuerzas. Ha llegado el momento de detener definitivamente su avance».[96] Se trataba de una esperanza vana. Un elemento crucial de las nuevas líneas trazadas era el aprovisionamiento de Crimea, que había que conservar a toda costa. Era imposible hacerlo. Odessa, el puerto del mar Negro que era vital para las líneas de suministro de Crimea, había sido abandonado el 10 de abril. A principios de mayo se había perdido toda Crimea. Y Hitler se vio obligado a acceder la noche del 8-9 de mayo a la evacuación de Sebastopol por mar. La vana lucha sostenida para conservar Crimea había costado unas 60.000 vidas alemanas y rumanas.

[97] Cuando cesó la ofensiva soviética de primavera, los alemanes habían tenido que retroceder en algunos sectores hasta mil kilómetros en un año.[98]

Hitler estaba furioso por el hundimiento de Crimea cuando Goebbels tuvo la oportunidad (la primera en un mes) de sostener una charla en privado con él en Munich el 17 de abril, después del funeral de Adolf Wagner, su antiguo y leal cacique de la «Gau tradicional» de Munich y de la Alta Baviera. Los acontecimientos del frente oriental habían evolucionado mucho más deprisa y de modo más crítico de lo que cabría haber esperado. Buscando como siempre chivos expiatorios, Hitler dirigió su cólera contra el comandante de Crimea, el general Erwin Jaenecke, a quien consideraba un derrotista que llevaba demasiado tiempo pensando sólo en la retirada. Habló de crear un tribunal militar para dilucidar las responsabilidades del mando militar en Crimea (y a principios de mayo ordenaría que se crease uno tras la destitución de Jaenecke después de la evacuación de Sebastopol).[99] Luego le explicó a Goebbels que había conseguido controlar el frente oriental y que se había detenido ya la retirada general. «Eso sería maravilloso», fue el comentario demasiado justificadamente escéptico que anotó Goebbels en su diario. Hitler estaba pensando ya en una nueva ofensiva. No podía saberse cuándo tendría lugar, pero él opinaba que se produciría inmediatamente después de que se rechazase la invasión en el oeste. Pasando a este último frente, Hitler se deshizo en alabanzas a la tarea de Rommel en la construcción de las defensas atlánticas. La invasión se produciría con toda seguridad, dijo, y tal vez se produjese incluso en el mes siguiente. Pero Rommel le había hecho la promesa firme de que el 1 de mayo estaría todo listo. El optimismo del propio Hitler, que a veces parecía absurdo, era sin duda muy poco realista, pero hay que tener en cuenta que estaba constantemente alimentado por el excesivo deseo de sus generales y de sus jefes del partido de decirle lo que sabían que él quería oír. Lo de engañarse y engañar era algo omnipresente en el régimen. Hitler estaba convencido de que se rechazaría la invasión contundentemente y que eso conduciría a una crisis en Inglaterra. Se podrían desencadenar entonces las represalias previstas contra una población desmoralizada, provocando una conmoción de proporciones

sísmicas.[100]

Goebbels seguía preocupado por la salud de Hitler. La última vez que se habían reunido, que había sido un mes antes en el Berghof, habían estado viendo unas películas de años anteriores que había hecho Eva Braun. Viendo aquellos filmes de aficionado, resultaba patente lo mucho que había envejecido Hitler y el gran deterioro físico que había sufrido durante la guerra.[101] Goebbels le dijo que podría dirigirse al pueblo alemán el 1 de mayo. No se había sentido en condiciones de hablar en el «Día de los Héroes», el 12 de marzo, por lo que le había sustituido el gran almirante Dönitz, uno de los pocos jefes militares a quienes Hitler respetaba mucho y que era sin duda un hombre con mucho futuro.[102] Hitler le dijo a Goebbels (que hizo comentarios acerca de su tensión nerviosa en las últimas semanas, sobre todo por la cuestión de Hungría) que no conseguía dormir más de tres horas diarias… debía de ser una exageración, pero no cabe duda de que los viejos problemas de insomnio se habían agravado. Pareció dispuesto a hablar por radio el 1 de mayo, pero aseguró que su salud no le permitía pronunciar un discurso en público. No sabía si podría aguantarlo.[103]

Era una excusa. Cuando, después de su conversación con Goebbels, dirigió una fogosa arenga, improvisada y sin notas, a los dirigentes del partido, no pareció que le preocupase gran cosa el que pudiera desmoronarse a mitad del discurso (en el que proclamó, entre otras afirmaciones estimulantes, que el avance soviético tenía también sus ventajas, porque convencía a todas las naciones de lo grave que era la amenaza).[104] Pero cuando hablaba para la «vieja guardia» estaba entre gente de confianza. Un discurso dirigido a un numeroso público, dadas las circunstancias, cuando sabía muy bien el desánimo que imperaba entre la población, era algo completamente distinto.[105]

El cumpleaños de Hitler contó ese año (cumplía cincuenta y cinco), con las ceremonias y celebraciones acostumbradas. Goebbels hizo adornar Berlín con banderas y lanzó una nueva consigna de un patetismo rotundo: «Nuestras paredes se rompieron, pero nuestros corazones no». El palacio de la ópera de Unter den Linden se decoró con adornos festivos para la celebración habitual, a la que asistieron personajes de alto rango del estado, del partido y de la Wehrmacht.

Goebbels describió los logros históricos de Hitler. La filarmónica de Berlín, dirigida por Hans Knappertsbusch, interpretó la sinfonía Heroica de Beethoven.[106] Pero el estado de ánimo predominante entre los fieles nazis en estos acontecimientos era artificioso. Goebbels sabía muy bien por los informes de las oficinas de propaganda que el estado de ánimo del pueblo era «muy crítico y escéptico» y que «la depresión en las grandes masas» había alcanzado «niveles preocupantes».[107] Aparte de la propaganda obligada, el entusiasmo era más escaso y menos expresivo. Informes bávaros de zonas rurales mencionaban que se veían muy pocas banderitas. Y eso resultaba especialmente notorio donde los seres queridos no habían regresado de la guerra.[108] Para esta gente resultaba particularmente vacuo el panegírico de Goebbels en el principal periódico del partido, el Völkischer Beobachter, en el que afirmaba que «el pueblo alemán nunca había alzado la vista hacia el Führer tan lleno de fe como en los días y en las horas en que había cobrado conciencia de toda la carga de esta lucha por nuestra vida».[109]

El estado de ánimo era sólo superficialmente festivo, incluso en el Berghof. Hitler recibió antes de la sesión militar informativa de mediodía las felicitaciones de todo el personal de la casa e inspeccionó todos los regalos que estaban expuestos en el comedor. Más tarde, habría una exhibición de nuevos prototipos de tanques en la autopista de Salzburgo, cerca de Klessheim.

Pero cuando apareció el jefe del Estado Mayor Zeitzler, todo volvió a ser como siempre y Hitler desapareció para hablar de la situación militar.[110] Entre los invitados de ese día estaba el general Hube, a quien Hitler tenía en gran estima y a quien ascendió a coronel general, en reconocimiento por su éxito rompiendo el cerco soviético con su primer ejército blindado. Hitler había pensado en él incluso como un posible nuevo comandante en jefe del ejército. Esa noche, tarde, Hitler dio permiso para que Hube saliera hacia Berlín. El avión chocó con un árbol cuando despegaba, se le rompió un ala y Hube resultó muerto. Estuvo a pinito de ser una doble tragedia para Hitler, porque Walther Hewel, contacto de Ribbentrop en el cuartel general del Führer y muy querido en el Berghof, salió del accidente sólo con conmoción cerebral y serias magulladuras. La pérdida de un general tan distinguido como

Hube fue un golpe para Hitler. Corrió incluso el riesgo de volar hasta Berlín (a Goebbels le pareció una locura, dado que los aliados dominaban el cielo) unos días después, en una de sus raras visitas a la capital, para honrar a Hube en un complejo funeral de estado.[111]

Entre tanto, el 22 de abril, Hitler había recibido una vez más a Mussolini, a quien había obsequiado con un extenso monólogo en Klessheim, cuya finalidad era infundirle ánimos. Le habló de los peligros a los que se enfrentaban Alemania y sus aliados. No mostró el menor indicio de derrotismo. «El Führer no sabía si se produciría una invasión ni cuándo—decía el acta de la reunión—pero los ingleses habían tomado medidas que sólo se podrían mantener de seis a ocho semanas, y si la invasión no tenía lugar, estallaría una grave crisis en Inglaterra. El utilizaría entonces nuevas armas técnicas que tuviesen efectividad en un radio de 250 a 300 kilómetros y que convertirían Londres en un montón de ruinas».[112] El pensamiento voluntarista era necesario… y no sólo para elevar la flaqueante moral del Duce.

Capítulo VI

A mediados de abril había regresado al Berghof un rostro familiar que hacía meses que no se veía por allí. Albert Speer había estado fuera de circulación, ingresado en el hospital de la Cruz Roja de Hohenlychen, a unos cien kilómetros al norte de Berlín, para una operación de rodilla (padecía además una grave tensión nerviosa). Hitler le había hecho una breve visita durante su corto periodo de convalecencia en Klessheim, pero luego el ministro de armamento se había ido a Meran, en el sur del Tirol, a recuperarse en compañía de su familia.[113]

Un ministro ausente era en el Tercer Reich una invitación para que otros ávidos de poder ocupasen el vacío. Karl Otto Saur, un técnico muy

capaz, jefe de la oficina técnica del Ministerio de Armamento, había aprovechado la oportunidad para granjearse el favor de Hitler en ausencia de Speer. En marzo se había creado un Estado Mayor de cazas (que conectaba al Ministerio de Speer con la Luftwaffe para acelerar y coordinar la producción en la defensa aérea) y Hitler puso el nuevo organismo en manos de Saur, en contra de los deseos expresos de Speer.[114] Y cuando Hitler, acuciado por el bombardeo casi sin trabas de las ciudades alemanas, descubrió que se habían hecho pocos progresos en la construcción de inmensos búnkeres antiáreos subterráneos para proteger de los bombardeos aéreos la producción de cazas, Xaver Dorsch, otra mano derecha de Speer, que era jefe de la oficina central del aparato de construcción masiva, la Organización Todt (OT) vio que allí estaba su oportunidad. Göring, presionado por Hitler porque no se habían construido los búnkeres y deseoso de librarse de una vez del oprobio del fracaso constante de la defensa aérea, llamó a Dorsch a mediados de abril y le dijo que la OT tendría que construir los búnkeres sin dilación. Dorsch contestó que él no tenía ninguna autoridad dentro del propio Reich; Speer había decidido que la OT trabajase sólo fuera de las fronteras del Reich. Pero como era bastante despierto y estaba bastante informado sobre el objetivo y las posibilidades de la reunión mostró planos de un proyecto de ese tipo para Francia. Göring informó a su vez a Hitler, que asignó a Dorsch esa misma noche responsabilidad exclusiva para la construcción de los seis inmensos búnkeres dentro del propio Reich (pasando por encima de Speer) acompañada de toda la autoridad necesaria para garantizar que esa tarea tuviese prioridad máxima.

Dorsch había prometido a Hitler que los búnkeres estarían terminados en noviembre. Speer sabía que era imposible.[115] Pero eso le molestó menos que el que se minara la base de su poder. Speer no habría llegado hasta la elevada posición que ocupaba si no hubiese tenido habilidad para defender sus propios intereses en las maquinaciones y rivalidades implacables que se desarrollaban alrededor de Hitler. No estaba dispuesto a aceptar que se le privase de autoridad sin luchar. El 19 de abril, escribió una larga carta a Hitler, quejándose de las decisiones que había tomado y exigiendo que se restaurase su autoridad sobre Dorsch. Añadía que estaba dispuesto a dimitir si Hitler no accedía

a sus deseos. La cólera inicial de Hitler ante la carta dejó paso a la consideración más pragmática de que aún necesitaba las dotes organizativas de Speer. Le envió un mensaje por mediación de Erhard Milch, jefe supremo de armamento de la Luftwaffe, diciéndole que aún le tenía en gran estima. El 24 de abril, Speer apareció en el Berghof. Hitler salió a recibirle vestido de etiqueta, los guantes en la mano, y le acompañó como a los dignatarios extranjeros haciéndole pasar al imponente vestíbulo. Speer, tocado en su vanidad, se enterneció inmediatamente. Hitler siguió prodigándole halagos. Le dijo que le necesitaba para supervisar todos los trabajos de construcción. Estaba de acuerdo con lo que él considerase correcto en ese sector. Se lo ganó del todo. Esa noche Speer estaba de nuevo incorporado a la «familia» del Berghof, charlando de menudencias con Eva Braun y con los demás en la sesión de última hora de la noche en tomo al fuego. Bormann propuso que escuchasen un poco de música. Pusieron discos de Wagner, naturalmente, y El murciélago de Johann Strauss.[116]

En ausencia de Speer y a pesar de los importantes daños causados por los ataques aéreos, Saur había conseguido aumentar considerablemente la producción de cazas… pero con una disminución correspondiente de la producción de bombarderos. Hitler, aunque estaba encantado ante la perspectiva de una mejor defensa aérea, tendía instintivamente como siempre a la agresión y quería ante todo recuperar la iniciativa a través de los bombardeos. Así que llovía sobre mojado cuando el nuevo jefe del Estado Mayor de operaciones de la Luftwaffe, Karl Koller, le presentó un informe a principios de mayo en que se indicaba la peligrosa disminución de la producción de bombarderos, y que era lo que se necesitaba para mantener el dominio alemán. Hitler comunicó en seguida a Göring que los exiguos objetivos establecidos para la producción de bombarderos eran inaceptables. Göring transmitió al Estado Mayor de cazas el mensaje de que tenía que triplicarse la producción de bombarderos… manteniendo el aumento masivo del número de cazas que tenían que salir de las líneas de producción. Göring, ansioso como siempre por complacer, le había explicado a Hitler que se habían hecho rápidos progresos en la producción del avión a reacción, el Me262, en el que tantas esperanzas tenía depositadas el

dictador.[117]

El otoño anterior, Hitler, después de haber retirado la consideración de prioridad máxima asignada a la producción del Me262 debido a su consumo descomunal de combustible, había cambiado de opinión. El diseñador, profesor Willi Messerschmitt, le había inducido a creer (es posible que fuese un malentendido) que el aparato a reacción, una vez en servicio, no podría utilizarse como un caza, sino como un bombardero para atacar Inglaterra y desempeñar un papel decisivo en el rechazo de la próxima invasión, haciendo estragos en las playas cuando desembarcaran las tropas aliadas. Göring, tan poco realista por lo menos como su jefe en sus expectativas, prometió que los bombarderos a reacción estarían listos en mayo.[118] En su reunión con Speer y Milch de enero, cuando pidió que se acelerase la producción del avión a reacción, Hitler había dicho que quería utilizarlo como bombardero, bao horror del equipo técnico de la Luftwaffe. Sus argumentos en contra de ello no sirvieron de nada.[119]

El 23 de mayo, en una reunión en el Berghof con Göring, Saur y Milch, para hablar de la producción aeronáutica, Hitler oyó mencionar el Me262 como un caza. Interrumpió a quien hablaba. El había supuesto, afirmó, que se estaba construyendo como un bombardero. Pronto se aclaró que sus instrucciones del otoño anterior, carentes de realismo, habían sido simplemente ignoradas. Hitler tuvo una explosión de cólera, en la que dio orden de que el Me262 (a pesar de todas las objeciones técnicas que esgrimieron los especialistas que estaban presentes) debía construirse exclusivamente como bombardero. Göring se apresuró a transmitir la diatriba por la escala de autoridad abajo a los especialistas en construcción de la Luftwaffe. Pero tuvo que explicarle a Hitler que los importantes cambios de diseño necesarios retrasarían cinco meses la producción.[120] El que hubiese combustible disponible por entonces para el nuevo aparato era otro asunto. Los importantes ataques aéreos estadounidenses a las plantas de combustible de la Alemania central y oriental del 12 de mayo, a los que seguirían ataques aún más destructivos a finales de mes, junto con los ataques aliados a las refinerías rumanas próximas a Ploesti, efectuados desde bases de Italia, redujeron la producción de combustible alemán a la mitad.

Aprovechando rápidamente este último fracaso embarazoso de Göring, Speer consiguió sin problema convencer a Hitler para que transfiriese a su Ministerio el control absoluto sobre la producción aeronáutica.[121]

Tres días después de la discusión sobre el Me262, se celebró otra reunión mayor en el Obersalzberg. Habían sido convocados al Berghof para oír un discurso de Hitler (uno de los que pronunció entre el otoño de 1943 y el verano de 1944) un numeroso grupo de generales y otros oficiales superiores, que habían participado en cursos de instrucción ideológica y que se disponían a regresar al frente.[122] Se reunieron el 26 de mayo en el Platterhof, el gran hotel contiguo al Berghof, que se alzaba donde había estado la Pensión Moritz, mucho más modesta, en la que se había hospedado Hitler en la década de 1920. Dos días antes, les había hablado el Reichsführer-SS Himmler, que había procurado fortalecer su compromiso con el nacionalsocialismo subrayando que la «cuestión judía», un asunto «decisivo para la seguridad interna del Reich y de Europa» se había «resuelto sin compromiso, de acuerdo con el mando y con el conocimiento intelectual (verstandesmässiger Erkenntnis)».[123] Se estaba utilizando la «solución final» para fortalecer la moral de combate y para indicar a los mandos militares que estaban a punto de salir para el frente que ellos y los dirigentes del régimen estaban en el mismo barco, eran todos cómplices en la matanza de los judíos. Hitler habló a los oficiales esa tarde. Su objetivo, como el de Himmler, era cimentar su identidad como grupo con los ideales del nacionalsocialismo que él encarnaba.[124] Y, como Himmler, aludiría en términos inconfundibles a lo que estaba pasándoles a los judíos.

Tras un largo preámbulo en que bosquejó, como siempre, cómo había llegado a sus convicciones políticas y a la jefatura del partido y del estado, expuso las virtudes de la intolerancia, basándose en sus principios socialdarwinistas, y destacó que «la vida toda es una intolerancia perpetua», que no había «ninguna tolerancia en la naturaleza» que «destruye (vernichtet) todo lo que es incapaz de vida».[125] Pasó luego a destacar las cualidades de mando que sólo se hallaban en la raza nórdica, la forja de una nueva sociedad sin clases bajo el nacionalsocialismo y el futuro glorioso que seguiría a la victoria final. Un pasaje esencial del discurso abordó la «solución final». Hitler habló

de los judíos como de un «cuerpo extraño» que había sido imprescindible extirpar del pueblo alemán, aunque no todos hubiesen comprendido por qué había procedido él de un modo tan «brutal e implacable».[126]

Luego llegó al punto clave. «Al eliminar a los judíos—continuó— eliminé en Alemania la posibilidad de que se crease algún tipo de núcleo o grupo revolucionario. Podríais decir, naturalmente: Sí, pero ¿no podrías haberlo hecho de una forma más sencilla… o no de una forma más sencilla, puesto que todas las otras posibilidades habrían sido más complicadas, sino más humana? Caballeros—continuó—estamos empeñados en una lucha a vida o muerte. Si triunfasen nuestros adversarios en esta lucha, el pueblo alemán sería erradicado (ausgerottet). El bolchevismo asesinaría a millones y millones de nuestros intelectuales. El que no muriera de un tiro en la nuca sería deportado. Eliminarían a los niños de las clases superiores. Toda esta brutalidad ha sido organizada por los judíos». Habló de 40. 000 mujeres y niños muertos por las bombas incendiarías arrojadas sobre Hamburgo, añadiendo: «No esperéis otra cosa de mí que el respaldo implacable del interés nacional en la forma que en mi opinión tenga el mayor efecto y produzca el mayor beneficio para la nación alemana». Ante esto, los oficiales estallaron en clamorosos y prolongados aplausos.

«En este caso—continuó Hitler—lo mismo que en general, la humanidad equivaldría a la mayor crueldad con nuestro propio pueblo. Si he incurrido ya en el odio de los judíos, no quiero al menos perder las ventajas de ese odio». Se oyeron gritos de «muy bien» del público. «La ventaja—prosiguió— es que nosotros poseemos una entidad limpiamente organizada en la que nadie puede interferir. Considerad lo que sucede por el contrario en otros estados. Hemos podido saber muy bien lo que sucedió en un estado que siguió el camino contrario: Hungría. El estado entero socavado y corroído, judíos por todas partes, incluso en las más altas esferas judíos y más judíos, y todo el estado cubierto, tenemos que decirlo, por una red sin suturas de agentes y espías que sólo se abstuvieron de asestar el golpe porque temían que un golpe prematuro provocaría nuestra intervención, pero estaban esperando el momento de hacerlo. He intervenido allí también, y este problema se resolverá también ahora». Citó una vez más su «profecía» de 1939, según la cual

en caso de que hubiese otra guerra sería «erradicada» (ausgerottet) no la nación alemana sino la propia judeidad. El público aplaudió vigorosamente.[127] A continuación, destacó «un solo principio, la conservación de nuestra raza». Lo que servía a ese principio era bueno, dijo; lo que iba en menoscabo de ese principio, malo.[128] Concluyó el discurso, de nuevo entre estruendosos aplausos, hablando de la «misión» del pueblo alemán en Europa. Como siempre, planteó alternativas absolutas: la derrota en la guerra significaría «el final de nuestro pueblo»; la victoria, «el principio de nuestro dominio de Europa».[129]

Capítulo VI

Pese a lo nervioso que pudiese estar Hitler en el Berghof en los primeros días de junio por una invasión que era seguro que se produjese en un futuro cercano, había pocos signos visibles de ese nerviosismo, si es que había alguno. Para el ayudante de la Luftwaffe de Hitler, Nicolaus von Below, el ambiente del Obersalzberg era casi como el de antes de la guerra. Hitler hacía un aparte con la esposa de Below cuando se la invitaba a comer y hablaba con ella de los niños y de la granja de sus padres. Por la tarde, Hitler cogía el sombrero, el bastón y la capa y emprendía el paseo estatutario hasta la Casa de Té para tomar café con pastas. Por las noches, alrededor del fuego, disfrutaba de un poco de distracción y relajamiento con la charla intrascendente de sus invitados o peroraba, como siempre, sobre los temas habituales: grandes personajes de la historia, la forma que tendría Europa en el futuro, la ejecución de la obra de la Providencia combatiendo a judíos y bolcheviques, la influencia de las iglesias y, por supuesto, los planes arquitectónicos, junto con las consabidas evocaciones de los primeros tiempos.[130] Hasta se recibió con calma, el 34 de junio, la noticia de que

los aliados habían tomado Roma y que las tropas alemanas habían retrocedido hasta los Apeninos. Pese a toda su importancia estratégica, Italia era para Hitler un espectáculo secundario.[131] No tendría que esperar mucho para que empezase el principal.

Cuando Goebbels le acompañó a la Casa de Té, el 5 de junio por la tarde, Hitler parecía tranquilo y daba la impresión de estar bien de salud, en comparación con su estado de los últimos meses. Le había explicado antes a su ministro de propaganda que los planes para las represalias estaban ya tan adelantados que estaría en condiciones de lanzar sobre Londres en pocos días de trescientas a cuatrocientas de aquellas nuevas bombas volantes sin piloto.[132] (En realidad, había dado la orden para un importante ataque sobre Londres, que incluía el uso de estas nuevas armas, el 16 de mayo).[133] Insistió en que estaba muy seguro de que cuando la invasión se produjese sería rechazada. Rommel, dijo, estaba tan seguro como él.[134] El mariscal de campo parecía haber superado realmente gran parte de su escepticismo inicial del otoño anterior, cuando Hitler le había hecho responsable de las defensas del Atlántico (aunque Goebbels consideraba el informe de uno de sus subordinados, a raíz de una visita a Rommel, «en cierta medida alarmante»).[135] El 4 de junio. Rommel se había ido incluso de permiso unos días con su familia a las cercanías de Ulm. Otros oficiales al mando del frente occidental parecían no darse cuenta tampoco de la inminencia de la invasión, a pesar de que reconocimiento había enviado avisos telegráficos aquel mismo día indicando que había movimiento al otro lado del canal. De nada de esto se informó al OKW de Berchtesgaden ni al séptimo ejército del general Friedich Dollmann, directamente al cargo del frente de invasión, lo que resulta más asombroso aún.[136]

En su paseo hasta la Casa de Té, Goebbels no advirtió la menor señal de depresión o de agotamiento mental en Hitler. Aún seguía exponiendo planes para un futuro después de la guerra. Descartaba cualquier acuerdo con Inglaterra. La consideraba un país acabado, y estaba decidido a asestar el golpe de muerte si tenía la menor oportunidad. La plutocracia inglesa tenía planeada la guerra con Alemania, continuó, desde 1936. Inglaterra e Italia acabarían teniendo que pagar por la guerra. Goebbels regresó del paseo preocupado, con miedo a que la

salud de Hitler no pudiese soportar el curso de la guerra. Y confió un deseo a su diario, después de analizar una serie de cuestiones personales (entre ellas sus perennes críticas a Göring y a Ribbentrop): que el Führer «pueda llegar a ser más firme y duro en sus decisiones personales y materiales de lo que lo es actualmente».[137] Entre tales decisiones, Goebbels aún albergaba la esperanza de que Hitler tomase la de concederle plenos poderes para aplicar en el interior de Alemania auténticas medidas de «guerra total» mucho más radicales que las adoptadas hasta el momento. El ministro de propaganda aún tendría que esperar algunas semanas para esto.

Esa noche, Goebbels estaba de vuelta en el Berghof. Después de la cena, Hitler y su séquito vieron el último noticiario. La conversación se centró luego en el cine y en el teatro. Eva Braun intervino con una aguda crítica de algunas producciones. «Luego estuvimos sentados junto a la chimenea hasta las dos de la mañana—escribió Goebbels—intercambiando recuerdos, disfrutando de los muchos buenos días y semanas que hemos pasado juntos. El Führer pregunta sobre una cosa y otra. El ambiente es en conjunto el de los viejos tiempos». Cuando Goebbels abandonó el Berghof, estalló una tormenta. Cuatro horas después, empezaron a llegar las primeras noticias de que se iniciaría esa noche la invasión. Goebbels se había sentido poco inclinado a creer lo que se había interceptado en las comunicaciones enemigas. Pero cuando bajaba del Obersalzberg a sus habitaciones de Berchtesgaden, la noticia estaba ya demasiado clara: «había empezado el día decisivo de la guerra».[138]

Hitler se fue a la cama poco después de que se marchara Goebbels, probablemente hacia las tres. Cuando llegó Speer a la mañana siguiente, siete horas después, aún no le habían despertado con la noticia de la invasión. En realidad, parece que el escepticismo inicial del mando supremo de la Wehrmacht respecto a que aquello fuese realmente la invasión se había disipado poco antes, probablemente entre las 8:15 y las 9:3o.[139] Hitler, influido por los informes del servicio secreto alemán,[140] había hablado mucho en las semanas anteriores de que la invasión se iniciaría como un falso itaque para apartar tropas alemanas del verdadero lugar de desembarco. (De hecho, las maniobras de señuelo

aliadas, con lanzamiento de falsos paracaidistas y otras tácticas de distracción, contribuyó al desconcierto inicial alemán respecto al lugar de desembarco).[141] Sus ayudantes vacilaban ya ante la idea de despertarle con una información errónea. Según Speer, Hitler (que había previsto correctamente que el desembarco sería en La costa de Normandía) aún sospechaba en la conferencia militar del mediodía que se trataba de una maniobra de distracción preparada por el servicio secreto enemigo. Sólo entonces accedió al fin (Jodl se había opuesto anteriormente)[142] a la petición formulada, ya con retraso, por el comandante en jefe del frente occidental, el mariscal de campo Von Rundstedt (que había manifestado dudas en telegramas anteriores de esa mañana de que el desembarco pudiese ser sólo un señuelo), de que se desplegasen dos divisiones acorazadas que estaban de reserva en la zona de París contra la cabeza de playa que estaba asentándose rápidamente a unos 160 kilómetros.[143] El retraso fue decisivo. Si las divisiones acorazadas se hubiesen desplazado durante la noche, podrían haber cambiado el curso de los acontecimientos. Su desplazamiento durante el día estuvo obstaculizado por intensos ataques aéreos de los aliados y sufrieron graves pérdidas en hombres y en materia.[144]

Ante las primeras noticias de la invasión Hitler pareció aliviado; como si se hubiese desprendido de sus hombros una pesada carga, pensó Goebbels. Lo que llevaba meses esperando era ya realidad. Se había producido, decía, exactamente donde él había predicho.[145] El mal tiempo, añadió, favorecía a Alemania.[146] Desbordaba seguridad, y proclamaba que ahora era posible ya aplastar al enemigo. Estaba «absolutamente seguro» de que las tropas aliadas, cuya capacidad no estimaba gran cosa, serían rechazadas. «Si rechazamos la invasión—escribía Goebbels—la situación de la guerra cambiará completamente. EL Führer lo da por seguro. No se le ocurre siquiera que pueda no ser así». A ninguno de los dirigentes nazis congregados en Klessheim para recibir al nuevo primer ministro húngaro Döme Sztojay, se le ocurría contradecir a Hitler. Göring daba la batalla ya por ganada. Ribbentrop estaba «totalmente del lado del Führer. Está también más que seguro, como el Führer, sin que sea capaz de dar razones detalladas de ello», comentaba irónicamente Goebbels… era, como Jodl, uno de los

silenciosos escépticos.[147] Había buenas razones para el escepticismo. De hecho, el que del lado alemán se hubiese reaccionado con retraso había ayudado a garantizar que por entonces la batalla de las playas estuviese ya prácticamente perdida.

La vanguardia de la inmensa escuadra aliada de casi 3. 000 buques que se aproximaba a la costa de Normandía había desembarcado ya el primer contingente de tropas estadounidenses en «playa de Utah», en la península de Cotentin, a las 6: 30, sin encontrarse con una resistencia notable. Siguieron poco después desembarcos en los emplazamientos inglés y canadiense (Oro, Juno y Espada), que también fueron mejor de lo esperado. Sólo tropezó con graves dificultades el segundo desembarco estadounidense en playa Omaha, que se enfrentó a una buena división de infantería alemana que dio la casualidad de que estaba preparada y situada tras una extensión particularmente firme de fortificaciones. Las tropas que desembarcaron en la playa descubierta fueron simplemente segadas por el fuego enemigo. El número de bajas fue enorme. La ventaja, prescindiendo de los simples números, se inclinaba claramente por los defensores. Omaha proporcionó una prueba terrible de a lo que podrían haber tenido que enfrentarse los desembarcos en otras partes si la defensa alemana hubiese estado preparada adecuadamente y esperando. Pero incluso en Omaha, después de varias horas tempestuosas de terrible derramamiento de sangre, casi 35. 000 soldados estadounidenses consiguieron finalmente avanzar y asentarse en suelo francés. Al final del día, habían desembarcado unos 156.000 soldados aliados, habían establecido contacto con los 13.000 paracaidistas estadounidenses lanzados detrás de los flancos de las líneas enemigas varias horas antes de los desembarcos y habían conseguido asentar cabezas de playa… que abarcaban una considerable extensión de unos treinta kilómetros de largo y diez de profundidad.[148]

Lo que en una visión retrospectiva da a veces la impresión de haber sido casi un triunfo inexorable de la «operación jefe supremo» podría haber tenido unos resultados completamente distintos. El optimismo inicial de Hitler no estaba absolutamente injustificado. El había creído que la costa atlántica estaba mejor fortificada de lo que estaba en realidad. Aun así, la ventaja debería haber correspondido en las primeras

etapas decisivas a los defensores de la costa, como sucedió en Omaha. Pero el que se actuase con retraso resultó sumamente costoso. Las divisiones entre los comandantes alemanes y la falta de acuerdo en las tácticas entre Rommel (que era partidario de que las divisiones blindadas estuviesen muy próximas a la costa, con la esperanza de aplastar inmediatamente a la fuerza invasora) y el general Leo Geyr von Schweppenburg, comandante del grupo blindado del oeste (que (pieria mantener a las divisiones acorazadas atrás hasta que estuviese claro dónde deberían concentrarse) había constituido una debilidad significativa en la planificación alemana para hacer frente a la invasión.[149] Los señuelos estratégicos aliados influyeron, como ya hemos dicho, en el desconcierto inicial de los comandantes alemanes la misma noche de la invasión. Y la absoluta superioridad aérea de los aliados (frente a unas 10. 000 salidas aliadas el día D, la Luftwaffe no pudo conseguir poner en el aire más que 80 cazas con base en Normandía)[150] proporcionó también una ventaja inmensa a las fuerzas invasoras por la cobertura de que dispuso durante las primeras etapas decisivas. En cuanto las tropas aliadas desembarcaron y establecieron sus cabezas de playa, la cuestión era si se las podría reforzar mejor y más deprisa que las posiciones alemanas. En esto, la capacidad de fuego desde el aire tenía una importancia decisiva. Los aviones aliados podían al mismo tiempo dificultar gravemente el uso de las lineas de suministro alemanas y ayudar a garantizar que siguieran llegando refuerzos a través de las playas de Normandía.[151] El 12 de junio, las cinco cabezas de playa aliadas se habían consolidado en un solo frente y se estaba haciendo retroceder, aunque lentamente, a los defensores alemanes. Entre tanto, estaban ya penetrando por la península de Cotentin tropas estadounidenses.[152] Quedaba abierto el camino hacia el puerto clave de Cherbourg.

Los mandos nazis, cuyo optimismo inicial sobre el rechazo de la invasión se había esfumado en unos días, conservaban una gran esperanza: aquellas «armas milagrosas» tan esperadas. No era Hitler el único que pensaba que esas armas aportarían un cambio en la situación bélica.[153] Se habían dispuesto más de cincuenta emplazamientos en la costa, en el Paso de Calais, desde los que se podrían disparar en

dirección a Londres las bombas volantes V1, tempranos misiles de crucero, provistos con motores a reacción y difíciles de derribar. Hitler había contado con los efectos devastadores de un ataque masivo sobre la capital británica con centenares de estas nuevas armas disparadas simultáneamente. Había habido una serie de problemas de producción que habían retrasado la entrega de esas armas. Hitler presionó entonces para que se activase. Pero las rampas de lanzamiento no estaban listas. Por último, el 12 de junio, se lanzaron desde ellas diez bombas volantes. Cuatro estallaron al despegar. Sólo llegaron a Londres cinco, causando daños mínimos.[154] Hitler, furioso, quería cancelar la producción. Pero tres días después, el efecto sensacional del lanzamiento con éxito de 244 V1 sobre Londres le convenció y cambió de idea.[155] Pensaba que la nueva fuerza destructiva conduciría rápidamente a la evacuación de Londres y que trastocaría el esfuerzo bélico aliado.[156]

Los tonos triunfalistas del informe de la Wehrmacht sobre el lanzamiento de la V1, y los de una serie de artículos de prensa, eran igual de fantasiosos y disgustaron mucho a Goebbels, que aún estaba deseoso de reforzar la actitud de aguantar a toda costa en vez de un optimismo peligroso.[157] Se había creado la impresión, escribía consternado el ministro de propaganda, de que se iba a acabar la guerra en unos días. Estaba deseando poder poner fin a tales ilusiones. La euforia podía convertirse rápidamente en acusaciones contra el gobierno. Ordenó que se moderase el tono de los informes y se matizasen las expectativas exageradas… y consiguió convencer a Hitler de que sus propias instrucciones a la prensa, que fomentaban la euforia, se atuviesen a las nuevas directrices.[158]

El avance continuo de los aliados, pese a las aparentes nuevas perspectivas que brindaba la V1, impulsó a Hitler a trasladarse la noche del 16 de junio en avión, junto con Keitel y Jodl y el resto del Estado Mayor, desde el Berchtesgaden hasta el frente occidental, para analizar la situación con sus comandantes regionales, Rundstedt y Rommel. Quería reforzar su moral vacilante explicando las posibilidades de la V1 y destacando al mismo tiempo la necesidad imperativa de defender el puerto de Cherbourg.[159] Una vez que atenazaron en Metz sus cuatro Focke-Wulf Condor, Hitler y su séquito continuaron en un coche

blindado, a primeras horas de la mañana siguiente, hasta Margival, al norte de Soissons, donde se había instalado a un elevado coste el viejo cuartel general del Führer construido en 1940, con un nuevo equipo de comunicaciones y enormemente reforzado. Las conversaciones tuvieron lugar esa mañana en un túnel ferroviario próximo a prueba de bombas.[160]

Hitler, pálido y cansado, sentado a horcajadas en un taburete, movía nervioso las gafas y jugueteaba con lápices de colores mientras se dirigía a sus generales, que tenían que permanecer de pie.[161] Rundstedt informó sobre los acontecimientos de los últimos diez días, llegando a la conclusión de que era ya imposible expulsar de Francia a los aliados.[162] Hitler echó la culpa acremente a los comandantes locales. Rommel contestó señalándole lo desesperado de la lucha contra una fuerza muy superior como la de los aliados. Hitler recurrió a la V1, un arma, dijo, que podía decidir la suerte de la guerra y hacer que los ingleses anhelasen la paz. Los mariscales de campo, impresionados por lo que habían oído, pidieron que se utilizase la V1 contra las cabezas de playa aliadas, pero lo único que consiguieron fue que el general Erich Heinemann, el comandante responsable del lanzamiento de las bombas volantes, les dijese que el arma no era lo bastante precisa para que se pudiera hacer eso. Pero Hitler prometió que pronto dispondrían de cazas a reacción, que les proporcionarían el control del espacio aéreo. Sabía perfectamente que la producción de esos aparatos estaba sólo en sus inicios.[163]

Después de la comida (que tuvo lugar en un búnker, debido al peligro de ataques aéreos), Hitler habló a solas con Rommel. La conversación se convirtió en discusión acalorada en varias ocasiones. El mariscal de campo pintó un cuadro sombrío de las perspectivas. El frente occidental no podría mantenerse mucho tiempo más, afirmó, y rogó a Hitler que buscase una solución política. «Preste atención a su frente de invasión, no a la continuación de la guerra», fue la brusca respuesta que recibió.[164] Hitler no esperó más y regresó a Salzburgo por la tarde. Esa noche en el Berghof, descontento por los sucesos del día, comentó a su séquito que Rommel había perdido el temple y se había convertido en un pesimista. «Sólo los optimistas pueden conseguir algo hoy en día»,

añadió.[165]

Al día siguiente, 18 de junio, los americanos llegaron a la costa occidental de la península de Cotentin, aislando en la práctica la península y el puerto de Cherbourg, de manera que ya no podían llegar refuerzos a la Wehrmacht. «Están afirmando muy concretamente que han conseguido cortar. ; Es cierto o no», preguntó Hitler en la conferencia militar de la noche. «Sí, así es, lo han conseguido», fue la respuesta de Jodl.[166]

La guarnición alemana de Cherbourg se rindió ocho días después. Con este puerto en su poder (aunque se tardó casi un mes en reparar lo que habían destruido los alemanes y en poner el puerto en funcionamiento) y un control casi absoluto del espacio aéreo, los aliados apenas tenían que preocuparse ya por los refuerzos. El avance, que chocaba con una resistencia tenaz, era laboriosamente lento. Pero la invasión había sido un éxito. Hacía mucho que se había esfumado cualquier posibilidad de obligar a volver al mar a las tropas aliadas, que llegaban cada vez en mayor número.[167] Hitler estaba enfurecido por el hecho de que los aliados hubiesen conseguido la iniciativa. Ahora le quedaba poco más qué la esperanza de que la alianza se escindiese.[168]

Cuando Goebbels le vio para una charla privada de tres horas el 21 de junio, se mantuvo firme, sin embargo, frente a las sugerencias de que había llegado el momento de tomar medidas drásticas para introducir la «guerra total» por la que el ministro de propaganda llevaba tanto tiempo abogando. Goebbels había utilizado a uno de sus mejores contactos en el cuartel general del Führer, el general Schmundt, ayudante de la Wehrmacht, para organizar su visita y preparar el terreno para sus propuestas.[169] Al llegar al Berghof escuchó un informe de Schmundt y Julius Schaub, el factótum general, sobre la visita de Hitler al frente occidental, y sobre su decisión, después de examinar la situación allí, de trasladar al oeste dos divisiones blindadas de este. Cuando estaban hablando, llegó la noticia de que se habían producido importantes ataques aéreos sobre Berlín durante el día, que habían destruido muchos de los principales edificios representativos y oficiales del centro de la ciudad. Como es natural, la popularidad de Göring se hundió hasta el nivel más bajo de todos los tiempos en el Obersalzberg. Hitler estaba

indignado por la incompetencia del mariscal del Reich. Goebbels tuvo también oportunidad de hablar con Speer, que le comentó lo precaria que era la situación después de los ataques aéreos estadounidenses a las plantas de combustible. En agosto habría que racionar el suministro de combustible de los tanques y los aviones. Había que tomar medidas drásticas para reducir el consumo en el sector civil. El deseo de Goebbels de presionar para conseguir nuevos poderes que le permitiesen hacerse cargo de la revitalización del esfuerzo bélico de la «guerra total» y la movilización de las fuerzas restantes del frente interior se agudizó después de haber visto a su llegada que Salzburgo parecía seguir exactamente igual que en época de paz.[170]

Después de la comida, se sentaron los dos en el gran salón del Berghof, con su inmenso ventanal abierto al panorama sobrecogedor de los Alpes, y Goebbels expuso por extenso sus argumentos. Expresó sus dudas sobre el optimismo infundado, «por no decir las ilusiones», en relación con a la guerra. La «guerra total» no había sido hasta el momento más que una simple consigna. Había que admitir la situación de crisis para poder superarla. Existía una necesidad urgente de reformar a fondo la Wehrmacht. Había observado que Göring (se trataba de uno de sus ataques acostumbrados al mariscal del Reich) vivía en un mundo completamente fantástico. El ministro de propaganda amplió luego su ataque a los demás altos mandos militares. El Führer necesitaba un Scharnhorst y un Gneisenau (los héroes militares prusianos que habían creado el ejército que rechazó a Napoleón), no un Keitel y un Fromm (comandante del ejército de reserva), proclamó. Luego prometió que conseguiría reclutar a un millón de soldados mediante una reorganización rigurosa de la Wehrmacht y medidas draconianas en la esfera civil. El pueblo esperaba y quería medidas duras. Alemania estaba a punto de hundirse en una crisis que podría acabar con cualquier posibilidad de tomar esas medidas con alguna perspectiva de éxito. Era necesario actuar con realismo, prescindiendo por completo de cualquier derrotismo, y actuar ya.[171]

Hitler, en una reacción característica, inició su farragosa respuesta con una historia resumida de la Wehrmacht. Aceptó que había ciertas debilidades en la organización de la misma y que pocos de sus mandos

eran nacionalsocialistas. Pero prescindir de ellos durante la guerra sería un disparate (Unding), ya que no había sustitutos. Defendió a Keitel y a Fromm. La ampliación desmesurada de la Wehrmacht había sido necesaria por la ocupación de las inmensas regiones del este que se habían conquistado. Aunque estaban ya mayoritariamente perdidas no podía efectuarse una reorganización de la noche a la mañana. Hitler estaba furioso por el «fracaso absoluto» de la Luftwaffe, que atribuía a Göring. Los técnicos especialistas de la Luftwaffe no habían hecho caso de sus deseos. Había que reformarla y ya había empezado a hacerlo. No podía confiar en sus generales, que le «defraudaban» continuamente. La guerra rió había producido ni un solo genio entre ellos.

A pesar de las críticas, su respuesta podía ofrecer poco estímulo a Goebbels. La conclusión de Hitler fue, en resumen, que no era momento adecuado para tomar las medidas extraordinarias que deseaba el ministro de propaganda. Pese a las peticiones de Goebbels, quería actuar por el momento ateniéndose a los métodos ensayados y probados. Creía que con esos métodos podrían superar las crisis del momento. Si se producían crisis más graves, entre ellas el que Turquía entrase en la guerra en el bando aliado, que se hundiera Finlandia, que no se pudiese mantener el frente oriental (lo aceptaba como una posibilidad) o que no se pudiesen destruir las cabezas de puente del oeste, entonces estaría dispuesto a tomar «medidas completamente excepcionales». Goebbels lo resumió así: «El Führer no considera la crisis lo suficientemente grave e imperiosa como para valerse de todos los recursos».[172] Hitler añadió que en el instante que considerase necesario recurrir a «medidas definitivas» otorgaría al ministro de propaganda los poderes correspondientes». Pero, «de momento, quería actuar siguiendo la vía de la evolución y no la de la revolución». Goebbels se fue con las manos vacías de una reunión que consideró una de las más serias que había tenido con Hitler y que le había dejado amargamente decepcionado.[173]

Es evidente que a Goebbels no le convencía el tono positivo constante con que describía Hitler las perspectivas militares. Dudaba con razón de que fuera posible defender Cherbourg hasta que llegaran las dos nuevas divisiones del este; y de lo que pensaba Hitler de que un ataque masivo de las divisiones blindadas pudiese destruir luego la cabeza de puente

aliada. Pero en cuanto a las «armas milagrosas» las expectativas del Führer le parecían al ministro de propaganda bastante realistas. Creía que Hitler no exageraba los efectos de la VI (abreviatura de Vergertungswaffe-I: «arma de represalia 1»), como había bautizado ya a la bomba volante. Pero abrigaba la esperanza de que estuviese listo el cohete A4 (rebautizado luego V2 para poder lanzarlo en agosto). Y esperaba que su capacidad destructiva ayudase a decidir el desenlace de la guerra. Hitler descartó una vez más cualquier posibilidad de un «acuerdo» con Inglaterra, pero se mostró menos decidido (eso dedujo Goebbels) a descartar la posibilidad de algún punto de acuerdo con la Unión Soviética. Esto no podía plantearse en la situación, militar del momento, pero un cambio significativo de las cosas en Extremo Oriente podría modificarla. Goebbels comprendía, sin embargo, que eso era adentrarse en el reino de las cavilaciones vacuas.[174]

Si a Hitler le inquietaba en alguna medida lo que le habían dicho sus comandantes del frente occidental durante su breve y turbulenta visita de unos días antes, no dio el menor indicio de ello durante su charla con Goebbels en privado. Y cuando volvió a dirigirse la tarde siguiente a sus generales les expuso una vez más su fe en la supervivencia de los más aptos, insistió en que ya no podía producirse ninguna revolución en el interior del país porque los judíos habían «desaparecido» y en que aplastaría sin piedad el más leve asomo de subversión interna, subrayando que rendirse significaba siempre «destrucción […] a la larga, destrucción completa», que la lucha que se estaba librando era una lucha por la existencia misma de Alemania y ratificó su fe inamovible en que había sido designado por la Providencia, en que los peligros se superarían, en que «este nuevo estado no capitulará jamás». Representó, pues, a la perfección, el papel de Führer, sin el menor asomo de debilidad o de duda.[175] Aún podía entusiasmar a su público… al menos, momentáneamente.[176]

Ese mismo día, el 22 de junio de 1944, exactamente tres años después de que se iniciase la operación Barbarroja, el Ejército Rojo lanzó su nueva gran ofensiva en el este. Hitler había predicho que Stalin no sería capaz de resistir la tentación de iniciar su ofensiva ese día.[177] La fuerza principal de la gran ofensiva soviética, la mayor hasta entonces,

en la que se desplegaron casi dos millones y medio de soldados y unos cinco mil tanques, respaldados por 5. 300 aviones, y a la que Stalin puso el nombre cifrado de «Bragation», por un héroe militar de la derrota del Gran Ejército de Napoleón en 1812, iba dirigida contra el grupo de ejército del centro de la Wehrmacht.[178] Los preparativos alemanes, basados en informaciones del servicio secreto fatalmente erróneas, transmitidas al jefe del Estado Mayor Zeitzler por el jefe de los servicios secretos militares del este, Reinhard Gehlen, habían previsto en realidad una ofensiva en la parte sur del frente, donde se habían concentrado todas las reservas y la mayoría de las divisiones acorazadas. El grupo de ejército del centro había quedado con sólo 38 divisiones, que constaban de la mitad de soldados y una quinta parte del número de tanques que tenía el Ejército Rojo, en un sector del frente que se extendía a lo largo de unos 1. 300 kilómetros.[179] Parece ser que se llegó a la conclusión de que era probable que la ofensiva se efectuase contra el grupo de ejército del centro con mucho retraso, y eso en contra de la opinión firme de Zeitzler, el jefe del Estado Mayor general.[180] Pero cuando el mariscal de campo Ernst Busch, comandante en jefe del grupo de ejército del centro, recomendó acortar el frente a límites más defendibles, Hitler preguntó desdeñosamente si también él era uno de esos generales «que miraban siempre hacia la retaguardia».[181]

Los inicios relativamente suaves de la ofensiva indujeron luego a pensar en principio a los asesores militares de Hitler que la operación era un señuelo.[182] Sin embargo, la brecha inicial fue suficiente para romper las defensas alemanas en torno a Vitebsk. De pronto, irrumpió por la brecha la primera oleada de tanques. Siguieron en rápida sucesión otras. Respaldaban el avance bombardeos y descargas de artillería pesada. Busch apeló a Hitler para que permitiese abandonar las «plazas fortificadas» (Feste Plätze) de Vitebsk, Orsha, Mogilev y Bobruisk, creadas en la primavera en un vano intento de establecer una serie de baluartes defensivos clave, fortalezas que debían defenderse a toda costa al mando de curtidos generales seleccionados.[183]

La respuesta de Hitler era previsible. Las «plazas fortificadas» debían mantenerse a toda costa. Había que defender cada metro cuadrado de terreno.[184] Busch, uno de los fervientes admiradores que tenía Hitler

entre los generales, aceptó la orden sin ninguna objeción. Decidió cumplirla sin más como una demostración de lealtad. Las consecuencias eran previsibles. El Ejército Rojo rodeó los baluartes y quedaron inmovilizadas las divisiones alemanas, no las soviéticas; luego fueron cercadas y finalmente destruidas por las fuerzas que seguían a las tropas de avance.[185] Las divisiones que perdió la Wehrmacht debido a este desastroso error táctico habrían sido vitales para defender otras partes del frente.[186]

A los dos días de iniciarse la ofensiva, el 3° ejército blindado de Vitebsk había quedado aislado y a esto siguió dos días más tarde el cerco del 9° ejército cerca de Bobruisk. En los primeros días de julio, se enfrentó al mismo destino cerca de Minsk el 4° ejército. Los refuerzos trasladados desde la parte sur del frente no pudieron impedir su destrucción. Cuando la ofensiva soviética aminoró el ritmo a mediados de julio había conseguido penetrar en el centro más de 320 kilómetros, abriendo en el frente un hueco de unos 160 kilómetros de ancho y el Ejército Rojo tenía ya en el punto de mira Varsovia. El grupo de ejército del centro había perdido veintiocho divisiones con 350.000 hombres en una catástrofe aún mayor que la de Stalingrado. Por entonces, iban cobrando fuerza otras ofensivas devastadoras en el Báltico y en el sur.[187] Los meses siguientes traerían calamidades aún peores y, junto con el avance imparable de los aliados en el oeste, darían paso a la fase final de la guerra.

Capítulo VIII

Hitler reaccionó a los desastres militares de principios de verano de una forma característica. Echó la culpa a otros y destituyó a sus comandantes. Fuesen cuales fuesen las dotes de Hitler como estratega

militar, lo cierto es que sólo habían rendido beneficios mientras Alemania había manejado la batuta y habían sido posibles las ofensivas relámpago. Pero en cuanto la única estrategia factible fue la defensiva (irrevocablemente desde el fracaso de «Cindadela» en el verano de 1943) se hicieron plenamente visibles las deficiencias de Hitler como caudillo supremo alemán. Como indican las actas de las conferencias militares con sus asesores, no era que careciese completamente de conocimientos tácticos, pese a no haber tenido una instrucción formal. Ni se trataba tampoco, como se defendió a veces en testimonios apologéticos de posguerra de generales alemanes, de que profesionales que sabían más se veían obligados invariablemente a obedecer las órdenes demenciales de un torpe militar aficionado. Como muestran las notas literales de las conferencias, las tácticas de Hitler no tenían en general nada intrínsecamente absurdo y no solían hallarse en crasa contradicción con el asesoramiento militar que le proporcionaban.

Aun así, en momentos de crisis, afloraban invariablemente las tensiones. Y en 1944, las crisis militares individuales se estaban acumulando en una crisis todopoderosa de vida o muerte para el propio régimen. Por entonces, hacía mucho que había desaparecido la habilidad política de Hitler. Descartaba sin más toda consideración de un posible intento de llegar a una solución política. Se habían quemado las naves (como había indicado en varias ocasiones); no había vuelta atrás. Y, puesto que rechazaba cualquier idea de negociación desde una posición que no fuese de fuerza, posición de la cual se habían derivado sus éxitos anteriores, no había posibilidad alguna de buscar un acuerdo de paz. El instinto de jugador que tan bien había senado a Hitler hasta 1941, había perdido su eficacia hacía mucho, en lo que se había convertido en una lucha de acoso con la espalda contra la pared. Pero cuanto más empeoraba la situación más desastrosamente autodestructivo se hacía otro instinto omnipresente e irracional de Hitler: el de que la «voluntad» por sí sola era capaz de triunfar frente a toda adversidad, incluso con niveles de armamento y efectivos humanos crasamente dispares. Como hemos visto ya, solía comparar a ese respecto, absurdamente, la adversidad que había tenido que afrontar en muchas ocasiones en su ascensión al poder con la adversidad de aquel momento, el de los

últimos estertores de una guerra mundial. En cierto modo, el que recurriese invariablemente, y aún más cuanto peor se hiciese la crisis, a una simple fe en el «triunfo de la voluntad» como salida, era sin duda una reproducción de su actitud en coyunturas críticas durante la «época de lucha». (Por ejemplo, en la crisis de la dirección del partido de julio de 1921, o en la crisis que se desarrolló en torno a Gregor Strasser en diciembre de 1932). La tendencia autodestructiva innata implícita en su actitud de todo o nada en esos momentos se trasladaba ahora, catastróficamente, a la jefatura militar.

Era inevitable que estrategas militares curtidos y generales endurecidos en el combate, instruidos en formas más sutiles de mando táctico, chocasen con él (a menudo de forma estridente) cuando su interpretación de las opciones disponibles era tan diametralmente opuesta a las del comandante supremo, y las órdenes que este emitía les parecían tan suicidas desde el punto de vista militar. Pero estaban educados también, por otra parte, en la obediencia a las órdenes de un superior. Y Hitler era jefe de estado, jefe de las fuerzas armadas y, desde 1941, desastrosamente, comandante en jefe (responsable de las decisiones tácticas) del ejército. Negarse a obedecer no sólo era un acto de insubordinación militar, era un acto desleal de resistencia política.

Pocos estaban dispuestos a seguir esa ruta. Pero la lealtad incluso cuando llegaba a fe en la visión del Führer. no era ninguna salvaguardia contra la destitución si no se cumplían exigencias casi imposibles de cumplir. Hitler, de acuerdo con su lógica deformada, donde no había triunfado la «voluntad», lo achacaba a debilidad o incompetencia del comandante, por muy adversas que fuesen las circunstancias. Otro comandante con una actitud superior, suponía, habría obtenido un resultado diferente, por muy desfavorable que fuese objetivamente la posición concreta. El comandante del grupo de ejército del centro, mariscal de campo Busch, leal y fiel a Hitler, pagó por ello el precio del «fracaso» del grupo de ejército del centro durante el inicio de la ofensiva soviética Hitler le destituyó el 28 de junio y le sustituyó por uno de sus comandantes favoritos, el mariscal de campo Walter Model, duro, enérgico y recién ascendido, y que retenía al mismo tiempo su mando del grupo de ejército del norte de Ucrania. A Model algunos le

calificaban, dada la frecuencia con que se le encomendaba la tarea de resolver crisis, «el bombero de Hitler».[188]

Pocos días después hubo un cambio de mando también en el oeste. Informes del mando supremo de la Wehrmacht, sometidos por el comandante en jefe, mariscal de campo Von Rundstedt y el comandante del grupo blindado del oeste, general Geyr von Schweppenburg, habían trazado un cuadro pesimista sobre las posibilidades de mantener las líneas frente a los avances enemigos en Francia. Jodl jugó con los sentimientos de Hitler, comentando que esto significaba el primer paso hacia la evacuación de Francia. El informe se había atenido a valoraciones realistas similares de la situación en el frente occidental entregadas por Rundstedt y Rommel en el Berghof dos días antes, el 29 de junio.[189] El 3 de julio, Rundstedt recibió un comunicado manuscrito de su destitución remitido por Hitler. Oficialmente había sido sustituido por razones de salud.[190] Siguió a eso la destitución de Geyr y del mariscal de campo Hugo Sperrle, que había sido el responsable de la defensa aérea en el oeste. El sustituto de Rundstedt, Kluge, que gozaba en aquel momento del favor de Hitler, llegó a Francia, como diría más tarde Guderian, «lleno aún del optimismo que imperaba en el cuartel general supremo».[191] Pronto cambiaría de actitud.

Otro jefe militar que cayó irremediablemente en desgracia por entonces fue el jefe del Estado Mayor general Kurt Zeitzier. Había impresionado a Hitler, cuando había sido nombrado para sustituir a Halder en septiembre de 1942, por su dinamismo, su energía y su espíritu de lucha. Era el tipo de jefe militar que quería Hitler. La relación se había apagado visiblemente a partir de la primavera de 1944, cuando Hitler le había atribuido una parte importante de la culpa por la pérdida de Crimea. En mayo, Zeitzler manifestó su deseo de dimitir. El fuerte respaldo que prestó a finales de junio a la retirada del amenazado grupo de ejército norte del Báltico a una línea más defendible, y su pesimismo respecto a la situación del frente occidental constituyeron la última gota. Zeitzler era incapaz ya de ver racionalidad en las tácticas de Hitler. Hitler menospreciaba lo que consideraba el derrotismo de Zeitzler y del Estado Mayor general. Zeitzler, al límite de su resistencia ya tras enconadas discusiones con Hitler, desapareció sin más del Berghof el 1

de junio. Había sufrido una crisis nerviosa. Hitler no Volvió a dirigirle la palabra. Acabaría expulsándole de la Wehrmacht en enero de 1945, negándole el derecho a llevar uniforme. Hasta que fue nombrado sustituto suyo Guderian el 21 de julio, el ejército estuvo en realidad sin jefe del Estado Mayor general.[192]

El avance soviético había llevado al Ejército Rojo en el sector norte del frente hasta cerca de Vilna, en Lituania. Tenía ya en el punto de mira la frontera de Prusia oriental. El 9 de julio Hitler voló de nuevo con Keitel, Dönitz, Himmler y el jefe del Estado Mayor general de la Luftwaffe, general Günther Korten, a su viejo cuartel general de las proximidades de Rastenburg, en Prusia oriental. El mariscal de campo Model y el general Johannes Friessnerg, recientemente nombrado comandante del grupo de ejército norte en sustitución del general Georg Lindemann, abandonó el frente oriental para unirse a ellos. Las conversaciones se centraron principalmente en los planes para la creación urgente de una serie de nuevas divisiones que apuntalaran el frente oriental y sirviesen de protección frente a posibles penetraciones enemigas en Prusia oriental. Model y Friessnerg parecían optimistas. Hitler, en opinión de su ayudante de la Luftwaffe, Below, también tenía una visión positiva de los acontecimientos del frente oriental. Esa misma tarde regresó en avión al Berghof.[193] Había insinuado ya que, dada la situación del este, tendría que trasladar su cuartel general otra vez a Prusia oriental, aunque estuviesen todavía incompletas las fortificaciones de su alojamiento. Below, leyendo entre líneas uno o dos comentarios, tuvo la impresión, según escribiría más tarde, de que durante los que habrían de ser los últimos días de Hitler en el Berghof, antes de que se fuese el 14 de julio a la «Guarida del Lobo», para no volver nunca más, no se hacía ya ilusiones respecto al desenlace de la guerra. Aun así, a cualquier alusión pesimista respondía insistiendo con firmeza en que había que continuar luchando, en los efectos que tendrían las nuevas armas y en la victoria final. Para Below estaba claro una vez más que Hitler no capitularía nunca.[194] No habría una repetición de 1918. Su «misión» política se había basado desde el principio en esa premisa. Todo el Reich ardería en llamas antes.

Hitler había vivido en medio de la relativa tranquilidad del

Obersalzberg durante casi cuatro meses. Por entonces, el séquito habitual del Berghof' se había reducido un tanto. En los días que precedieron a su partida había habido unos cuantos imitados para animar el ambiente. Hitler por su parte parecía haberse hecho más reservado. La última noche, dándose cuenta quizás de que no volvería a ver el Berghof, se detuvo delante de los cuadros que colgaban en el gran salón. Besó la mano de la esposa de Below y de Frau Brandt, esposa de uno de sus médicos, y se despidió de ellas.[195] A la mañana siguiente, 14 de julio, regresó en avión a la Prusia oriental, llegando a la «Guarida del Lobo», notablemente fortificada y muy diferente en su apariencia a cuando se había construido en 1941. Llegó al final de la mañana y a la una estaba dirigiendo la conferencia militar como si nunca hubiese salido de allí. Estaba más encorvado que antes. Pero su fuerza de voluntad seguía inconmovible, pese a los grandes reveses, y continuaba impresionando al admirado Below.[196] Para otros, esa fuerza de voluntad (o negativa obstinada a aceptar la realidad) era precisamente lo que estaba impidiendo poner fin a la guerra y arrastrando a Alemania a una catástrofe inevitable. Quienes pensaban así estaban decididos a actuar antes de que fuese demasiado tarde para salvar lo que quedaba del Reich, echar los cimientos de un futuro sin Hitler y demostrar al mundo exterior que había «otra Alemania», además de las fuerzas del nazismo.

Entre las conferencias que se celebraron durante los últimos días del Berghof hubo dos, el 6 y el 11 de julio, relacionadas con la movilización del «ejército interior» (Heimatheer). Asistió a ellas un joven oficial. Llevaba un parche en un ojo, tenía acortado el brazo derecho y le faltaban dos dedos en la mano izquierda, consecuencia todo ello de las graves heridas que había sufrido durante la campaña Áfricana.[197] Este oficial, el coronel Graf Glaus Schenk von Stauffenberg, jefe de Estado Mayor desde el 1 de julio del coronel general Friedrich Fromm, comandante en jefe del ejército de reserva, estuvo presente, al día siguiente de la llegada de Hitler a la «Guarida del Lobo», en una conferencia posterior sobre el fortalecimiento del ejército interior.[198]

La cuestión de crear nuevas divisiones del ejército interior figuró una vez más en el orden del día en la conferencia militar del 20 de julio.

Stauffenberg recibió de nuevo orden de estar presente.

Y esta vez colocó una bomba de relojería que llevaba metida en la cartera, debajo de la mesa de roble del barracón de madera donde Hitler celebraba la conferencia. Hitler dio comienzo a la sesión media hora antes de lo habitual, a las 12:30. Quince minutos después estalló la bomba.[199]

14

UNA SUERTE ENDEMONIADA

No se trata ya del objetivo práctico, sino de mostrar al mundo y a la historia que el movimiento de resistencia alemán se ha atrevido, arriesgando la vida, a dar el golpe decisivo. Todo lo demás es indiferente al lado de eso.

COMANDANTE GENERAL HENNING VON TRESCKOW, JUNIO DE 1944.

Ya es hora de que se haga algo. Pero el hombre que tiene el valor de hacer algo debe hacerlo sabiendo que pasará a la historia alemana como un traidor. Aunque si no lo hace, será un traidor a su propia conciencia.

CORONEL CLAUS SCHENK GRAF VON STAUFFENBERG, JULIO DE 1944.

Una exigua camarilla de oficiales ambiciosos, desaprensivos y al mismo tiempo criminales y estúpidos, ha forjado una conjura para eliminarme y para erradicar también conmigo a casi toda la jefatura de las fuerzas armadas alemanas.

HITLER, 21 DE JULIO DE 1944.

El atentado de Stauffenberg contra Hitler del 20 de julio de 1944 tenía una larga prehistoria.[1] Los complejos hilos de esa prehistoria contenían en no pequeña medida mezclas y manifestaciones profundas de elevados valores éticos y de un sentimiento trascendente de deber moral, códigos de honor, idealismo político, convicciones religiosas, valor personal, notable abnegación, profunda humanidad y un amor a la patria que estaba alejado años luz de la patriotería nazi. La prehistoria estaba también repleta (¿cómo podría no haberlo estado, dadas las circunstancias?) de discrepancias, dudas, equivocaciones, errores de cálculo, dilemas morales, miopía, vacilación, escisiones ideológicas, choques personales, organización deficiente, desconfianza… y pura mala suerte.

Los orígenes de un golpe de estado para eliminar a Hitler se remontaban, como hemos visto en capítulos anteriores, a la crisis de los Sudetes de 1938. La decisión de Hitler de arriesgarse a una guerra con las potencias occidentales y exponer Alemania al desastre, había impulsado entonces a una serie de personajes que ocupaban elevadas posiciones en el alto mando del ejército, el servicio diplomático y el Abwehr, junto con un círculo de otros personajes estrechamente relacionados con ellos, a conspirar para destituirle en caso de que decidiese atacar Checoslovaquia. La conspiración, aunque plagada de dificultades, había tomado forma en realidad en el periodo en que la disposición de Chamberlain a llegar a un acuerdo con Hitler en Bad Godesberg y luego en Munich eliminó la posibilidad y privó de su impulso a los conspiradores. La acción que tenían prevista podría no haberse materializado de todos modos. El verano siguiente, en que la amenaza de guerra parecía aun mayor, el mismo grupo de individuos había intentado revivir la conspiración que había perdido impulso con el Acuerdo de Munich. Pero los leves parpadeos de oposición se habían quedado en nada un año después de Munich, hundiéndose en las divisiones internas, por la popularidad

continuada de Hitler entre las masas y también por la lealtad que le profesaban los jefes del ejército, que aunque a veces pareciese vacilante se mantenía en el fondo y decisivamente intacta; el apoyo de estos últimos era vital en un golpe de estado. Y serían los mismos ingredientes los que obstaculizarían la conspiración contra Hitler durante la guerra, en condiciones mucho más difíciles.

El carpintero suabo Georg Elser, que actuaba solo, no había compartido las vacilaciones de los que actuaban dentro de los escalones del poder del régimen. Había actuado incisivamente, como ya hemos visto, en la Bürgerbräukeller, la noche del 8 de noviembre de 1939 y había estado a punto de enviar a Hitler al otro mundo. Sólo la suerte le había salvado en esa ocasión. Pero, aparte de las actuaciones de un asesino solitario y con los grupos de resistencia clandestinos de izquierdas, aunque nunca eliminados, débiles, aislados y sin acceso a los pasillos del poder, la única esperanza de derrocar a Hitler residía ya en quienes ocupaban posiciones de cierto poder o influencia dentro del propio régimen.

La participación en el gobierno nazi creaba en sí, como es natural, ambivalencia en los sectores periféricos de la conspiración. Violar juramentos de lealtad era un asunto serio, hasta para algunos cuya aversión a Hitler era evidente. Los valores prusianos constituían en este caso una espada de doble filo: el sentimiento profundo de obediencia a la autoridad y servicio al estado chocaba con sentimientos igual de profundos de deber para con Dios y con la patria.[2] El que triunfase una cosa u otra dentro del individuo, el que se aceptase con pesadumbre servir a un jefe de estado considerado legítimo pero detestado o se rechazase esa lealtad en nombre de lo que se consideraba un bien mayor, si el jefe de estado estaba llevando al país a la ruina, era una cuestión de conciencia y de juicio.[3] Y podía suceder, y sucedía, cualquiera de esas dos cosas.

Aunque hubiese numerosas excepciones a una generalización amplia, las diferencias generacionales tenían cierta importancia.

Entre la generación más joven de oficiales había, por ejemplo, mayor tendencia a albergar pensamientos de participación activa en un intento de derrocar al jefe del estado que entre quienes habían alcanzado ya los escalones más altos de general o mariscal de campo. Eso se hallaba implícito en un comentario del propio Stauffenberg varios meses antes de su atentado contra Hitler: «Dado que los generales no han conseguido nada hasta el momento, les toca ya intervenir a los coroneles».[4] Por otra parte, las actitudes respecto al asesinato del jefe del estado (en medio de una lucha externa de proporciones titánicas contra un enemigo cuya victoria ponía en peligro la existencia misma de un estado alemán) diferían fundamentalmente por razones morales, no simplemente generacionales. Cualquier ataque contra el jefe del estado constituía, claro está, alta traición. Pero en una guerra, diferenciar esto de una traición a la patria, de colaboración con el enemigo, era sobre todo cuestión de convicción personal y del peso relativo de los valores morales. Y sólo unos pocos se hallaban en condiciones de acumular experiencias detalladas y directas de crueldad brutal y podían disponer al mismo tiempo de medios para conseguir derribar a Hitler. Y eran menos aún los que estaban dispuestos a actuar.

Aparte de las consideraciones éticas, estaba el miedo existencial a las terribles consecuencias (tanto para los propios individuos como para sus familias) si se descubría alguna complicidad en una conjura para derrocar al jefe del estado e instigar un golpe. Eso era sin duda suficiente para disuadir a muchos que simpatizaban con los objetivos de los conspiradores pero que no estaban dispuestos a enredarse en la conspiración. Y no sólo actuaban como elementos disuasorios el peligro de ser descubiertos y los riesgos físicos. Estaba también el aislamiento de la resistencia. Participar en la conspiración contra Hitler o incluso coquetear con ella significaba aceptar un distanciamiento interior de amigos, colegas, camaradas, entrar en un mundo de penumbra inmensamente peligroso y de aislamiento social, ideológico e incluso moral.

Y, aun teniendo en cuenta la necesidad evidente, en un estado policial terrorista, de minimizar riesgos mediante el máximo secreto, los conspiradores sabían muy bien que carecían de apoyo popular.[5] Incluso en esa coyuntura, en que se multiplicaban los desastres militares y se adivinaban catástrofes decisivas, no había cesado ni mucho menos el respaldo fanático a Hitler y, aunque fuese ya una tendencia minoritaria, seguía mostrando una fuerza y una capacidad de resistencia notables. Los que aún estaban vinculados al régimen agonizante, los que habían invertido en él, se habían comprometido con él, habían quemado sus naves con él, eran aún auténticos devotos del Führer y era probable que no se detuvieran ante nada, al aumentar la adversidad, en su represión desenfrenada de cualquier señal de oposición. Pero, aparte de los fanáticos, había muchos otros que (ingenuamente o tras profunda reflexión) pensaban que no sólo era un error, sino un acto depreciable y desleal, debilitar al propio país en guerra. Stauffenberg resumió así los dilemas de los conspiradores unos días antes de colocar la bomba en la Guarida del Lobo: «Ya es hora de que se haga algo. Pero el hombre que tenga el valor de hacer algo debe hacerlo sabiendo que pasará a la historia alemana como un traidor. Aunque si no lo hace, será un traidor a su propia conciencia».[6]

Como esto indica implícitamente, la necesidad de evitar una leyenda de puñalada por la espalda como la que había surgido al final de la Primera Guerra Mundial, dejando un legado funesto para la desventurada república de Weimar, era una carga y una angustia constantes para quienes habían decidido (a veces con dolor de corazón) que el futuro de Alemania dependía de la capacidad que ellos tuviesen de eliminar a Hitler, violentamente o no, formar un nuevo gobierno y buscar condiciones de paz. Esto fue una razón importante de que las personalidades dirigentes de la resistencia aguardaran fatídicamente, a partir de 1938, el «momento justo»… que nunca llegó. El miedo a derribar a un héroe nacional que

acababa de obtener triunfos casi inconcebibles (que, en algunos casos, ellos mismos habían aplaudido y que les cautivaban) les hizo sentirse incapaces mientras Hitler estuvo acumulando un aparente éxito tras otro antes de la guerra, durante la oleada de victorias relámpago. Pero, preocupados también por las consecuencias de derrocar a Hitler y apuñalar por la espalda aparentemente el esfuerzo bélico después de un desastre importante, sus vacilaciones continuaron presentes cuando la victoria final se había convertido ya en una quimera. Los conspiradores, en vez de controlar el momento del golpe, se contentaron con depender de contingencias externas que no podían controlar ellos, dada la naturaleza de las cosas.

Cuando llegó por fin el golpe, con la invasión de los aliados consolidada en Occidente y el Ejército Rojo presionando las fronteras del Reich en el este, los conspiradores se dieron cuenta de que habían desperdiciado la oportunidad de influir con su actuación en el posible resultado de la guerra. Como diría una de sus fuerzas impulsoras claves, el comandante general Henning von Tresckow, jefe del Estado Mayor del segundo ejército en el sector meridional del frente oriental a finales de 1943: «No se trata ya del objetivo práctico, sino de mostrar al mundo y a la historia que el movimiento de resistencia alemán se ha atrevido, arriesgando la vida, a dar el golpe decisivo (Wurf). Todo lo demás es indiferente al lado de eso».[7]

Capítulo I

Todas las posibilidades de oposición a Hitler se habían esfumado a

raíz de la asombrosa cadena de éxitos militares que se produjeron entre el otoño de 1939 y la primavera de 1941. Quien había revitalizado entonces las ideas de oposición entre una serie de oficiales del frente, algunos de ellos elegidos a propósito por su actitud contraria al régimen, había sido el coronel (lo era entonces) Henning von Tresckow, primer oficial de Estado Mayor del mariscal de campo von Bock en el grupo de ejército del centro. Lo había hecho a raíz de la promulgación de la tristemente célebre ley de comisarios, que ordenaba la liquidación de todos los comisarios políticos del Ejército Rojo capturados. Tresckow, nacido en 1901, alto, calvo, de carácter serio, un militar profesional, ferviente partidario de los valores prusianos, frío y reservado pero al mismo tiempo una personalidad fuerte y enérgica, de una modestia cautivadora pero de voluntad férrea, había sido un temprano admirador de Hitler, pero se había convertido pronto en crítico inflexible de la ilegalidad y las políticas inhumanas del régimen.[8] Entre los militares que Tresckow consiguió llevar al grupo de ejército del centro se incluían estrechos aliados suyos en la conspiración que se estaba fraguando contra Hitler, y destacaban entre ellos Fabian von Schlabendorff (seis años más joven que el propio Tresckow, con formación jurídica, que haría de enlace entre el grupo de ejército del centro y otros puntos focales de la conspiración) y Rudolph-Christoph Freiherr von Gersdorff, nacido en 1905, militar profesional, archicrítico de Hitler va, y situado en una posición clave en los servicios secretos del grupo de ejército del centro.[9] Los intentos de convencer a Bock y a los otros dos comandantes de grupo del frente oriental, Rundstedt y Leeb para que se enfrentaran a Hitler y rechazaran sus órdenes, no tuvieron éxito, sin embargo.[10] Y cualquier perspectiva realista de oposición en el frente volvió a desaparecer hasta finales de 1942. Por entonces, en plena crisis de Stalingrado, Tresckow, considerando a Hitler responsable de la ruina segura de Alemania, se mostró dispuesto a asesinarle.[11]

A lo largo de 1942 empezaron a revivir dentro de la propia Alemania una serie de puntos focales de una oposición (militar y civil) que se hallaba prácticamente aletargada. El salvajismo de la guerra en el frente oriental y, ante la crisis del invierno de 1941-42, la magnitud del desastre hacia el que Hitler estaba conduciendo a Alemania habían

revitalizado la idea, aún inconcreta, de que había que hacer algo. Beck, Goerdeler, Popitz y Hassell (vinculados todos ellos a la conspiración de antes de la guerra) volvieron a reunirse en Berlín en marzo de 1942, pero decidieron que había pocas posibilidades todavía. Se acordó, de todos modos, que el antiguo jefe de Estado Mayor Beck sería un eje central de la embrionaria oposición. Se celebraron reuniones poco después, con el coronel Hans Oster (jefe de la oficina central encargada de los servidos secretos exteriores del Abwehr, la fuerza impulsora de la conspiración de 1938, que había filtrado los planes de la invasión alemana a Holanda en 1940) y Hans von Dohnanyi, un jurista que había tenido una participación significativa en la conspiración de 1938 y que se valió de su posición en la sección exterior del Abwehr, lo mismo que Oster, para establecer contactos con oficiales de tendencias opuestas al régimen.[12] Por las mismas fechas, Oster consiguió forjar estrechos vínculos con un nuevo e importante recluta de los grupos de oposición, el general Friedrich OIbricht, jefe de la oficina general del ejército de Berlín y segundo de Fromm como comandante del ejército interior. Olbricht, nacido en 1888 y militar de profesión, no era un individuo al que le gustase destacar. Era un ejemplo del general de despacho, el organizador, el administrador militar. Pero había sido excepcional en su actitud pro Weimar antes de 1933 y posteriormente (impulsado sobre todo por sentimientos patrióticos y cristianos) en su coherente posición anti-Hitler, incluso entre el júbilo de los triunfos en política exterior de la década de 1930 y las victorias de la primera fase de la guerra. Su papel habría de ser el de planificar del golpe de estado que había de seguir al asesinato de Hitler.[13]

Tresckow (descrito más tarde por la Gestapo como «sin duda una de las fuerzas impulsoras y el “espíritu diabólico” de los círculos golpistas», y a quien Stauffenberg llamaba al parecer su “maestro” [Lehrmeister)] al agudizarse la crisis de Stalingrado hacia finales de 1942, empezó a presionar para que se asesinase a Hitler sin dilación.[14] Estaba convencido de que no se podía esperar nada de la cúpula militar en la ejecución del golpe de estado. «Ellos lo único que harán será segur una orden», pensaba.[15] El mismo asumió la tarea de aportar la «ignición» (Initialzündung), que era como llamaban los conspiradores al asesinato

de Hitler que conduciría a la eliminación de la cúpula nazi y a la toma del poder.[16] Tresckow había encargado ya a Gersdoff la tarea de obtener los explosivos adecuados en el verano de 1942. Este adquirió y probó varios artilugios, entre ellos explosivos ingleses para sabotaje y para la resistencia francesa que habían sido capturados tras una desdichada expedición de comando en St. Nazaire y Dieppe en 1942. El y Tresckow eligieron finalmente un pequeño artilugio magnético inglés, una clam (cierto tipo de mina adhesiva), del tamaño aproximado de un libro, ideal para sabotaje y fácil de ocultar.[17] Olbricht, entre tanto, coordinó los contactos con los conspiradores de Berlín e hizo el trabajo de base necesario para que se produjese un golpe en marzo. Los planes para ocupar importantes posiciones militares y civiles en Berlín y en otras ciudades importantes, siguieron básicamente las líneas directrices que habrían de seguirse en julio de 1944.[18]

Un problema evidente era cómo acercarse lo suficiente a Hitler para poder matarle. Sus movimientos eran impredecibles. Como ya hemos tenido ocasión de comentar, modificaba frecuentemente sus planes en el último minuto, y no sólo por razones de seguridad. Ese orden del día imprevisible frustró a mediados de febrero de 1943 el plan de dos oficiales, el general Hubert Lanz y el comandante general Hans Speidel, de detener a Hitler en una visita que este tenía prevista al cuartel general del grupo de ejército B de Poltawa. La visita no se materializó. Cuando Hitler decidió por fin visitar el frente el 17 de febrero, fue a Zaporozhye y no a Poltawa (donde de todos modos ya no estaba por entonces el grupo de ejército B).[19] La seguridad personal de Hitler se había) reforzado considerablemente por entonces.[20] Estaba rodeado siempre de guardaespaldas de las SS, con las pistolas listas y le llevaba siempre de un lado a otro su propio chófer Erich Kempka, en una de sus limusinas personales, que estaban estacionadas en diferentes puntos del Reich y de los territorios ocupados.[21] Schmundt, ayudante de la Wehrmacht de Hitler, les había contado a Tresckow y a Gersdoff que el Führer llevaba un chaleco y un sombrero antibalas. Eso ayudó a convencerles de que había pocas posibilidades de que un asesino elegido tuviese tiempo de sacar la pistola, apuntar con cuidado y asegurarse de que el disparo matara a Hitler. Tampoco era seguro, además, que el

tirador elegido, el teniente coronel Georg Freiherr von Boeselager, Cruz de Hierro con hojas de roble, estuviese mentalmente en condiciones de matar a una persona a sangre fría, aunque se tratase de Hitler. Le parecía una cosa completamente distinta de lo que pasaba en la guerra, en que se disparaba contra un enemigo anónimo.[22]

Sin embargo, Boeselager dispuso lo necesario para que un grupo de oficiales, que se habían mostrado dispuestos a hacerlo, disparasen contra Hitler durante una visita que esperaban que hiciera pronto al cuartel general del grupo de ejército del centro de Smolensk. La visita acabó realizándose el 13 de marzo. El plan de disparar contra él en el comedor de oficiales del mariscal de campo von Kluge, comandante del grupo de ejército del centro, se abandonó porque había una posibilidad evidente de que pereciesen con Hitler Kluge y otros altos mandos. Dada la actitud titubeante y doble de Kluge hacia la conspiración contra Hitler, conspiradores más cínicos podrían haber considerado que merecía la pena correr el riesgo. Pero lo cierto es que los conspiradores consideraron que la pérdida de Kluge y de otros oficiales distinguidos del grupo de ejército del centro debilitaría aun más gravemente el tambaleante frente oriental. La idea pasó a ser disparar contra Hitler cuando recorriese la corta distancia que separaba su coche del cuartel general. Pero el pelotón ejecutor, tras haberse infiltrado por el cordón de seguridad que rodeaba a Hitler y situarse en posición de abrir fuego, no ejecutó el plan. No está claro si fue porque Hitler siguió una ruta distinta para volver al coche o si (la explicación más probable) se consideró que se corría demasiado peligro de matar a Kluge y a otros oficiales superiores del grupo.[23]

Tresckow volvió al plan original de acabar con Hitler con una bomba. Durante la comida en la que, si se hubiesen llevado a cabo los planes originales, se habría matado a Hitler de un tiro, Tresckow pidió a uno de los miembros del séquito del Führer, el teniente coronel Heinz Brandt, que viajaba en el avión de Hitler, que llevase un paquete suyo para el coronel Hellmuth Stieff del alto mando del ejército. Eso no tenía nada de extraño. Solían enviarse paquetes de un sitio a otro del frente valiéndose del medio de transporte de que se dispusiese. Tresckow explicó que formaba parte de una apuesta que había hecho con Stieff. El paquete

parecía contener dos botellas de coñac. En realidad eran dos partes de la bomba lapa inglesa que Tresckow había construido.

Schlabendorff llevó el paquete al aeródromo y se lo dio a Brandt justo cuando este subía al Condor de Hitler, que se disponía a despegar. Había activado poco antes la cápsula de ignición que ponía en marcha el mecanismo detonador, que debía actuar a los treinta minutos. Hitler estallaría en el aire poco antes de que el avión llegase a Minsk. Schlabendroff regresó con la mayor rapidez posible al cuartel general e informó a la oposición de Berlín del Abwehr de que la «ignición» para el golpe estaba dispuesta. Pero no llegó ninguna noticia de la explosión. La tensión en el grupo de Tresckow era palpable. Horas después, se enteraron de que Hitler había aterrizado sin problema en Rastenburg. Schlabendorff transmitió a Berlín la palabra clave que indicaba que la tentativa había fracasado. El porqué de que no se hubiese producido la explosión era un misterio. Es posible que el frío intenso impidiese la detonación. Para los nerviosos conspiradores, que cavilaban sobre la causa probable del fracaso, esto se convirtió en una cuestión secundaria frente a la necesidad urgente de recuperar el paquete incriminatorio. Tresckow llamó por teléfono a Brandt para decirle que había habido un error y que debía guardar el paquete. A la mañana siguiente, Schlabendorff voló hasta el alto mando del ejército con dos botellas de coñac auténticas; recuperó la bomba, abrió sólo una vez con cautela el paquete con una cuchilla de afeitar y desactivó con gran alivio el explosivo. Alivio que se mezclaba con una intensa decepción por haber perdido una oportunidad tan buena.[24]

Pero se les presentó inmediatamente otra. Gersdorff tenía la posibilidad de asistir al «día de los héroes» que se celebraría en Berlín el 21 de marzo de 1943. Y comunicó que estaba dispuesto a sacrificar su vida para acabar con la de Hitler durante la ceremonia con una bomba. Tresckow, por su parte, garantizó a Gersdorff que el golpe de estado que seguiría al asesinato de Hitler conduciría a un acuerdo con las potencias occidentales, para capitular frente a ellas y continuar la defensa del Reich en el este, que introduciría además una forma democrática de gobierno. Se superaron a continuación, aunque no sin dificultad, los problemas que se planteaban para conseguir que Gersdorff estuviese lo

suficientemente cerca de Hitler para poder asesinarle, y los de determinar con exactitud en qué momento empezarían las ceremonias (dadas las precauciones de seguridad, revelar ese dato significaba arriesgarse a una condena a muerte). Otro problema era el cronometraje preciso del atentado. El mejor mecanismo detonador que pudo encontrar Gersdorff duraba diez minutos. La ceremonia propiamente dicha, en el patio con techo de cristal del Zeughaus, el antiguo arsenal, en Unter den Linden, el bello bulevar bordeado de árboles del centro de Berlín, no brindaba ninguna posibilidad de una explosión a corta distancia de Hitler. Y una vez que estuviese fuera, pasando revista a la guardia de honor en el monumento a los caídos en la guerra de Unter den Linden, depositando la corona, dirigiéndose a los soldados heridos que habían sido seleccionados o conversando con los invitados de honor, Gersdorff no tendría ninguna razón para acercarse a él. Su oportunidad se habría esfumado.

Así que el atentado tendría que realizarse mientras Hitler estaba visitando Ja exposición del botín de guerra capturado a los soviéticos, y en el periodo comprendido entre la ceremonia del Zeughaus y la colocación de la corona en el cenotafio. Gersdorff se colocó a la entrada de la exposición, en las salas del Zeughaus. Alzó el brazo derecho para saludar a Hitler cuando entró el dictador Y pulsó al mismo tiempo, con la mano izquierda, el mecanismo detonante de la bomba. Esperaba que Hitler estuviese en la exposición media hora, tiempo más que suficiente para que estallase el artefacto. Pero ese año Hitler recorrió la exposición con mucha prisa, sin mirar apenas aquel material expuesto allí para que él lo viera, y al cabo de dos minutos se había ido. Gersdorff no podía seguirle. Buscó los lavabos más próximos y desactivó diestramente el artefacto.[25]

Una suerte asombrosa había acompañado a Hitler una vez más. No sabemos si fue la preocupación por la posibilidad de un ataque aéreo aliado que estaba prevista, como ya vimos en un capítulo anterior; o si fue que los encargados de la seguridad de Hitler procuraron evitan que se expusiera demasiado en una aparición pública, dada la atmósfera de desasosiego después de Stalingrado, cuando, tras las protestas de la «Rosa blanca» de los estudiantes de Munich, Hans y Sophie Scholl y sus

amigos, circulaban rumores de que se intentaba derrocar al régimen. O si el propio Hitler, mal dispuesto para una actuación pública en circunstancias delicadas, mientras el país se tambaleaba ante un desastre militar de tanta envergadura, no estaba de humor para ceremoniales y simplemente quería terminar deprisa con ellos. En fin, fuese cual fuese la razón, el hecho es que había fracasado otro intento planeado a conciencia pese a las dificultades y emprendido con notable riesgo. Tardaría en presentarse una nueva oportunidad.

La conmoción y el estado de ánimo depresivo que había producido el desastre de Stalingrado habían brindado también probablemente el mejor momento psicológico posible para un golpe de estado contra Hitler. Un golpe con éxito en ese momento tal vez hubiese ofrecido una posibilidad de dividir a los aliados, pese a la estrategia de «rendición sin condiciones» que estos habían proclamado recientemente. La eliminación de la cúpula dirigente nazi y la oferta de capitular en el oeste que Tresckow se proponía, habría planteado en realidad un dilema a los aliados occidentales sobre la posible reacción ante una propuesta de paz.

Los aliados occidentales llevaban mucho tiempo rechazando sistemáticamente los sondeos de los grupos alemanes de oposición. Por ejemplo, Anthony Eden, el ministro de asuntos exteriores británico, había calificado al obispo George Bell de Chichester como un «clérigo pestilente» (palabras que recordaban las que supuestamente había empleado el rey Enrique II para instigar al asesinato del arzobispo Thomas Becket en 1170) por sus esfuerzos por ponerse en contacto con eclesiásticos alemanes de la oposición que querían saber cuál sería la actitud del gobierno británico hacia una Alemania sin Hitler.[26] Pese a prolongados contactos con destacadas figuras de la conspiración (entre ellas Carl Goerdeler, Adam von Trott y el pastor evangelista de mentalidad radical Dietrich Bonhoeffer, que había ejercido durante un tiempo el ministerio en la iglesia alemana del sur de Londres) los dirigentes ingleses consideraban a la oposición alemana (y los estadounidenses compartían ese mismo punto de vista) poco más que una molestia. Un golpe de estado que tuviese éxito, pensaban, pondría en peligro la alianza con la

Unión Soviética (exactamente la estrategia que los conspiradores perseguían) y plantearía problemas a la hora de establecer el orden de postguerra en Alemania. El criterio clave era hasta qué punto la actuación de quienes se oponían a Hitler en el interior del país contribuiría al triunfo militar de los aliados. Un memorando interno del gobierno inglés, escrito poco más de un mes antes de que estallase la bomba de Stauffenberg en el cuartel general de Hitler, daba una respuesta clara: «No hay ninguna iniciativa que podamos tomar respecto a los individuos o grupos alemanes "disidentes", militares o civiles, que brinde la menor perspectiva de aportar ayuda práctica a nuestras operaciones militares actuales en Occidente».[27]

Los aliados, aunque estuviesen dispuestos a diferenciar entre la cúpula nazi y el pueblo alemán, lo estaban menos a separar a Hitler y sus secuaces de sus jefes militares y de las tradiciones prusianas que se consideraba que habían sido una causa importante de las dos guerras mundiales. Por entonces, con la guerra cada vez más favorable a sus intereses, los aliados se sentían más reacios que nunca a hacer mucho caso a una oposición interna que daba la impresión de que había hablado mucho pero no había conseguido nada, y que aún albergaba, además, esperanzas de conservar parte de las ganancias territoriales conseguidas por Hitler.[28]

Esto era aplicable sin duda a algunos de los miembros más viejos del grupo nacionalista conservador que se alineaba con el antiguo comisario de precios del Reich, Carl Goerdeler, cuya ruptura con Hitler se había producido ya, como hemos visto, a mediados de la década de 1930. Goerdeler y quienes se alineaban más o menos con él (sobre todo el antiguo jefe de Estado Mayor Ludwig Beck, Ulrich von Hassell, que había sido embajador alemán en Roma, el ministro de finanzas prusiano Johannes Popitz y el entusiasta ex nazi y profesor de política y economía de Berlín [Staat-und Wirtschaftsswissenschaften] Jens Jessen) despreciaban la brutalidad del régimen nazi.[29] Pero estaban deseosos de que Alemania recuperara la condición de gran potencia, y seguían considerando que el Reich debía dominar Europa central y oriental. Goerdeler, que estaba previsto que fuese nuevo canciller del Reich en un gobierno poshitleriano, había previsto a principios de 1942 «una

federación europea de estados bajo jefatura alemana en un plazo de diez a veinte años» si se podía poner fin a la guerra e instaurar un «sistema político razonable».[30] En el verano de 1943, pese al drástico deterioro de la situación militar de Alemania, el incorregible optimismo de Goerdeler aún le llevó a proclamar como sus objetivos en política exterior: la restauración de las fronteras orientales de 1914 (refiriéndose, por supuesto, al mantenimiento del Pasillo polaco, readquirido por Alemania con un inconmensurable despliegue de barbarie); retención de Austria y de los Sudetes, junto con Eupen-Melmedy y el Tirol meridional (que ni siquiera Hitler se había anexionado), negociaciones con Francia sobre Alsacia y Lorena; soberanía alemana sin ningún menoscabo; ninguna indemnización de guerra y unión económica de Europa (salvo Rusia).[31]

Respecto a la naturaleza que tendría un régimen postnazi, las ideas de los nacionalistas conservadores, que desdeñaban las características plebiscitarias y demagógicas de lo que era para ellos la política populista de masas, eran esencialmente (pese a las diferencias de matices) oligárquicas y autoritarias. Propugnaban la restauración de la monarquía y derecho de voto limitado en comunidades de autogobierno, basadas en los valores de la familia cristiana, encarnación de la auténtica «comunidad nacional», que los nazis habían corrompido.[32]

Entre los rasgos más sorprendentes de la falta de realismo de Goerdeler figuraba su convencimiento, cuando se le planteó que habría que retirar del escenario por la fuerza a Hitler, de que se le podría convencer con argumentos razonables para que se fuera.[33] Su planteamiento de un golpe de estado incruento le llevó incluso a sugerir que él podría desbancar a Hitler a través de un debate público si los militares le proporcionaban la posibilidad de dirigirse a la Wehrmacht y al pueblo.[34] Menos mal que la carta que contenía esa notable propuesta, escrita en mayo de 1944, fue devuelta por Stieff y nunca llegó a manos del jefe del Estado Mayor Zeitzler.[35]

Las ideas de Goerdeler y de sus íntimos colaboradores, cuya edad, mentalidad y formación les inclinaban a mirar hacia atrás, hacia el Reich de antes de 1914 para mucha de su inspiración, tenían escaso apoyo entre un grupo de una generación más joven (nacidos sobre todo en la

primera década del siglo xx) que venían a identificarse como grupo precisamente a través de la oposición rotunda a Hitler y a su régimen. El grupo, cuyos dirigentes eran mayoritariamente de origen aristocrático, pasó a conocerse como «Círculo de Kreisau», expulsión acuñada por la Gestapo y tomada de la finca de Silesia en que el grupo celebró una serie de reuniones. La finca pertenecía a uno de sus personajes más destacados, Helmuth James Graf von Moltke, nacido en 1907, de formación jurídica, gran admirador de las tradiciones inglesas, descendiente del famoso jefe del Estado Mayor general del ejército prusiano en la era Bismark.[36] Las ideas del Círculo de Kreisau para un «nuevo orden» después de Hitler, se remontaban en embrión a 1940, cuando las elaboraron por primera vez Moltke y su íntimo amigo y pariente Peter Graf Yorck von Wartenburg, tres años mayor que él, también licenciado en derecho, uno de los creadores del grupo, y con buenos contactos con la oposición militar. Los dos habían rechazado el nazismo y su tosca inhumanidad en una etapa temprana del régimen. En 1942-43, consiguieron reunir en Kreisau y en Berlín a una serie de amigos y asociados de mentalidad similar, de todas las clases sociales y todas las divisiones confesionales, entre quienes figuraban el antiguo Oxford Rhodes Scholar y portavoz en política exterior del grupo, Adam von Trott zu Solz, el socialdemócrata Carlo Mierendorff, el pedagogo socialista Adolf Reichwein, el jesuíta Alfred Delp y el pastor protestante Eligen Gerstenmaier.

El Círculo de Kreisau, a diferencia del guipo de Goerdeler, estaba inspirado principalmente por el idealismo del movimiento juvenil alemán, de las filosofías cristiana y socialista y de las experiencias de la miseria de postguerra y de la ascensión del nacionalsocialismo. Moltke, Yorck y sus colegas (a diferencia del grupo de Goerdeler) no tenían ningún deseo de aferrarse a expectativas de hegemonía alemana sobre el continente. Pensaban en vez de eso en un futuro en que la soberanía nacional (y las ideologías nacionalistas que la sustentaban) dejaría paso a una Europa federal, siguiendo en parte el modelo de los Estados Unidos de América. Sabían muy bien que Alemania tendría que hacer importantes concesiones territoriales y tendría que abonar también algún tipo de indemnización a los pueblos de Europa que tanto habían sufrido

bajo el régimen nazi. Consideraban que tenía que haber un tribunal internacional que juzgase a los criminales de guerra, como base para alejar al pueblo alemán de su vinculación con el nacionalsocialismo. Y pensaban en una organización internacional fuerte que preservase la igualdad de derechos para todos los países del mundo. Su idea de una nueva forma de estado se basaba sobre todo en ideales sociales y cristianos alemanes, buscando una democratización desde abajo, mediante comunidades con autogobierno basadas en la justicia social, garantizada por un estado central que fuese poco más que una organización paraguas para los intereses particularizados y localizados dentro de una estructura federal.[37]

Estas ideas eran inevitablemente utópicas. El Círculo de Kreisau no tenía armas que lo respaldasen, no tenía acceso a Hitler. Dependía del ejército para la acción. Moltke, que se oponía al asesinato, y sobre todo Yorck, presionaron en varias ocasiones en favor de un golpe que derrocase a Hitler. En 1943, la desconfianza de Moltke en la cúpula militar alemana debido a su complicidad en buena parte de la barbarie nazi le llevó a propugnar apoyo militar estadounidense para un nuevo gobierno alemán de oposición. Se lanzarían en paracaídas tropas aliadas en las ciudades alemanas para respaldar un golpe de estado.[38]

Una esperanza tan ilusoria aún dejaba fuera de la ecuación el paso inicial: cómo eliminar a Hitler y quién debería hacerlo. Esta era la cuestión primordial que seguía preocupando a Tresckow y a los demás oficiales que se habían comprometido con la oposición, más que las visiones utópicas de un orden político y social futuro. El problema pasó a hacerse aún más difícil, en realidad, durante el verano y el otoño de 1943. Cualquier esperanza de que Manstein pudiese comprometerse con la oposición quedó descartada en el verano. «Los mariscales de campo prusianos no se amotinan», fue su respuesta lapidaria a los sondeos de Gersdorff.[39] Manstein al menos fue sincero y franco. Kluge, por el contrario, daba una de cal y otra de arena. Ofreció respaldo a Tresckow y a Gersdorff y luego se volvió atrás.[40] No había nada que hacer en ese sector, aunque quienes estaban en la oposición siguieran aferrados a la ilusión de que en el fondo Kluge estaba de su parte.

Hubo más problemas. Beck estaba por entonces gravemente enfermo.

Y Fritz-Dietlof Graf von der Schulenburg (abogado de formación, que tras simpatizar en principio con el nacionalsocialismo y ocupar una serie de altos cargos administrativos con el régimen, había pasado a servir de enlace entre la oposición militar y la civil) fue interrogado como sospechoso de participar en planes para un golpe de estado, aunque le pusieron en libertad más tarde.[41] Otros, incluido Dietrich Bonhoeffer, fueron detenidos también, cuando los tentáculos de la Gestapo amenazaron con llegar hasta las principales figuras de la resistencia. Peor aún: Hans von Dohnanyi y Hans Oster del Abwehr fueron detenidos en abril, en principio por supuestas irregularidades con moneda extranjera; esto despertó sospechas sobre su participación en la oposición política. El jefe del Abwehr, el almirante Canaris, un embaucador profesional, consiguió durante un tiempo despistar a los agentes de la Gestapo. Pero el Abwehr no podía seguir siendo un centro de la oposición. En febrero de 1944 su departamento exterior, que había estado bajo el control de Oster, fue incorporado a la Oficina central de seguridad del Reich y el propio Canaris quedó sometido a arresto domiciliario, aunque siguiese siendo un personaje dudoso para la oposición.[42]

Tresckow se esforzaba incesantemente por impulsar los planes del atentado contra Hitler, en parte mientras estaba de permiso en Berlín. Pero en octubre se hallaba destacado en el frente a la cabeza de un regimiento, alejado de su influyente cargo anterior en el cuartel general del grupo de ejército del centro. Por otra parte, kluge resultó herido en un accidente de automóvil y fue sustituido por le mariscal de campo Ernst Busch, un militar rotundamente leal a Hitler, así que podía descartarse un intento de asesinato desde el grupo de ejército del centro.[43] En ese momento, Olbricht revivió la idea que ya se había considerado antes pero no se había materializado nunca, de realizar el atentado contra Hitler y el golpe de estado subsiguiente, no mediante el ejército del frente sino desde el cuartel general del ejército de reserva de Berlín.[44] Encontrar un asesino que tuviera acceso a Hitler había sido un problema importante. Ahora lo tenían al alcance de la mano.

Claus Schenk Graf von Stauffenberg procedía de una familia de la nobleza suaba. Nacido en 1907, el pequeño de tres hermanos, creció

bajo la influencia del catolicismo (aunque su familia no era practicante) y del movimiento juvenil. Le atraían en especial las ideas del poeta Stefan George, extraordinariamente estimado en ese periodo por un impresionable círculo de jóvenes admiradores, extrañamente cautivados por su vago misticismo cultural neoconservador que apartaba la vista de las esterilidades de la existencia burguesa centrándose en una nueva elite de esteticismo aristocrático, de emoción y virilidad.[45] Stauffenberg se sintió inicialmente atraído, como muchos otros jóvenes oficiales, por aspectos del nacionalsocialismo (y también por la insistencia de este en el valor de unas fuerzas armadas potentes y por su política exterior anti-Versalles) pero rechazó su antisemitismo racial y, tras la crisis Blomberg-Fritsch de principios de 1938, fue mostrándose cada vez más crítico con Hitler y su búsqueda de la guerra. Aun así, cuando servía en

Polonia despreciaba al pueblo polaco, aprobaba la colonización del país y le entusiasmó la victoria alemana.[46] Le entusiasmaron aún más los éxitos asombrosos de la campaña occidental y daba la impresión de haber cambiado de idea acerca de Hitler.[47]

Pero la creciente barbarie del régimen le sobrecogió. A finales de la primavera de 1942 su actitud hacia Hitler pasó a ser ya irremediablemente hostil por influencia de informes indiscutibles de testigos de las matanzas de judíos ucranianos por hombres de las SS. Al escuchar los informes, Stauffenberg llegó a la conclusión de que había que derrocar a Hitler.[48] Como señalaron algunos de sus críticos, comparado con los demás había tardado un poco en llegar a convencerse de que debía unirse a la conspiración.[49] En abril de 1943, cuando servía en el norte de África con la décima división acorazada, resultó, como ya hemos dicho, gravemente herido, perdiendo el ojo derecho, la mano derecha y dos dedos de la izquierda. Poco después de que le diesen de alta en el hospital en agosto, cuando hablaba con Friedrich Olbricht de un nuevo puesto como jefe del Estado Mayor de la oficina general de guerra (Allegemeines Heeresamt) de Berlín, este le tanteó para ver si quería unirse a la resistencia. Había pocas dudas sobre cuál sería su respuesta. Había llegado a la conclusión de que el único modo de librarse de Hitler era matarlo.[50]

A principios de septiembre, Stauffenberg había sido presentado a los

principales personajes de la oposición. Por lo que puede deducirse, su posición política, después de unirse a la resistencia, tenía poco o nada en común con la de los nacionalistas conservadores (trataba casi con desdén las ideas de Goerdeler) y estaba más próximo a las del Círculo de Kreisau.[51] Pero Stauffenberg, lo mismo que Tresckow, era un hombre de acción, un organizador más que un teórico. Deliberó con Tresckow en el otoño de 1943 sobre el mejor medio de asesinar a Hitler y sobre el tema relacionado pero independiente de organizar el golpe de estado que debía seguir. Como medio de apoderarse del estado, se les ocurrió la idea de reestructurar un plan operativo cuyo nombre cifrado era «Valquiria», elaborado ya por Olbricht y aprobado por Hitler, para movilizar el ejército de reserva en el interior del país en caso de un levantamiento interno grave. El plan reformulado empezaba denunciando no a «subversivos» antinazis, sino a golpistas de dentro del propio partido nazi. «Una camarilla sin escrúpulos de dirigentes del partido no combatientes» que «ha intentado aprovecharse de la situación para apuñalar por la espalda al frente profundamente acosado y hacerse con el poder con fines egoístas», exigiendo la proclamación de la ley marcial.[52] El objetivo de «Valquiria» había sido proteger al régimen. Ahora se transformaba en una estrategia para derribarlo.[53]

Para poner «Valquiria» en marcha se planteaban dos problemas. El primero era que la orden tenía que ser emitida por el jefe del ejército de reserva. Era el general Friedrich Frontín, nacido en 1888 en una familia protestante de vigorosas tradiciones militares, un hombre inmenso de carácter un tanto reservado, con la firme creencia de que el ejército era la garantía de la condición de Alemania como potencia mundial. Fromm no era ningún partidario decidido de Hitler, sino un individuo que no quería comprometerse y se mantenía al margen en su cauto deseo de no cerrar ninguna puerta y respaldar a quien ganase, fuese el régimen o fuesen los golpistas… pero acabaría saliéndole el tiro por la culata.[54] El otro problema era el del acceso a Hitler. Tresckow había llegado a la conclusión de que sólo un intento de asesinato que se realizase en el cuartel general del Führer podría evitar el carácter impredecible del orden del día de Hitler y las estrictas precauciones de seguridad que le rodeaban. El problema era encontrar a alguien dispuesto a realizar el

atentado que tuviese motivo para estar próximo a Hitler en el cuartel general del Führer.

Stauffenberg, que había aportado un dinamismo nuevo al vacilante impulso de la oposición, quería un atentado contra Hitler a mediados de noviembre. Pero, ¿quién lo ejecutaría? El coronel Stieff, a quien Stauffenberg sondeó en octubre de 1943, rechazó la propuesta. Tuvo que postponerse el atentado. En la primavera de 1944 se sondeó al coronel Joachim Meichssner, del Estado Mayor operativo de la Wehrmacht (Wehrmachtfürungsstab) para ver si se prestaba a hacerlo. También él rechazó la propuesta.[55] Entre tanto, Stauffenberg conoció al capitán Axel Freiherr von dem Bussche, cuyo valor en acción le había otorgado la Cruz de Hierro de primera clase, entre otras condecoraciones. Bussche había pasado por la terrible experiencia de presenciar un fusilamiento en masa de miles de judíos en Ucrania en octubre de 1942, y eso le hacía partidario de cualquier posibilidad de eliminar a Hitler y a su régimen. Stauffenberg le sondeó y se mostró dispuesto a sacrificar su vida haciendo estallar una granada mientras el Führer visitaba una exposición de nuevos uniformes.

La mala suerte continuó desbaratando los planes de los conspiradores. Una exposición de uniformes que debía celebrarse en diciembre de 1943 tuvo que cancelarse porque el tren que llevaba los nuevos uniformes fue alcanzado en un ataque aéreo y los uniformes resultaron destruidos. Antes de que Bussche pudiera intentarlo de nuevo resultó gravemente herido en el frente oriental en enero de 1944; perdió una pierna y quedó descartado para los planes de Stauffenberg.[56]

El teniente Ewald Heinrich von Kleist, hijo de Ewald von Kleist-Schmenzin, terrateniente prusiano y crítico de Hitler desde hacía mucho tiempo, se declaró dispuesto a cumplir la misión.[57] Se preparó todo para la visita que debía hacer Hitler a la exposición de uniformes a mediados de febrero. Pero la exposición volvió a cancelarse.[58]

Surgió otra oportunidad cuando Rittmeister Eberhardt von Breitenbuch, ayudante del mariscal de campo Busch (sucesor de Kluge como comandante en jefe del grupo de ejército del centro) y conocedor ya de los planes para eliminar al Führer, tuvo la oportunidad de acompañar a Busch a una sesión informativa militar en el Berghof el 11

de marzo de 1944. Breitenbuch no estaba seguro respecto a un atentado con bomba, pero se había declarado dispuesto a pegarle un tiro en la cabeza a Hitler. Llevaba su pistola Browning en el bolsillo del pantalón y lista para disparar en cuanto se acercara a Hitler. Pero en esta ocasión no permitieron entrar a los ayudantes en la sesión informativa. La suerte seguía estando del lado de Hitler.[59]

Hasta Stauffenberg empezó a perder el ánimo… sobre todo después de que los aliados occidentales hubiesen conseguido asentarse firmemente en suelo francés. La Gestapo había localizado por entonces el rastro de la oposición. Se produjo una serie de detenciones de personajes destacados que indicaba una intensificación del peligro.[60] ¿No sería mejor esperar ya a la derrota inevitable? ¿No sería en realidad un golpe de estado contra Hitler, aunque tuviese éxito, sólo un gesto inútil? Tresckow dio la respuesta a esto: era decisivo que el golpe se produjese, que el mundo exterior viese que había un movimiento alemán de oposición dispuesto a derribar aquel régimen nefasto aun a costa de las vidas de sus miembros.[61]

Se presentó una última oportunidad. El 1 de julio de 1944, Stauffenberg, que había ascendido ya a coronel, fue nombrado jefe del Estado Mayor de Fromm… en realidad, su segundo. Eso le proporcionaba lo que hasta entonces no había podido tener: acceso a Hitler en las sesiones informativas militares relacionadas con el ejército interior. Ya no necesitaba buscar a nadie para llevar a cabo el atentado. Podía ejecutarlo él. Se hizo más evidente aún que esa era la solución cuando Stieff rechazó una segunda petición de Stauffenberg para que intentara matar a Hitler en la exposición de uniformes que se celebraría por fin en Klessheim el 7 de julio.[62]

El problema que tenía Stauffenberg para asumir el papel de asesino era que le necesitaban al mismo tiempo en Berlín para organizar el golpe desde el cuartel general del ejército de la reserva.[63] Este doble papel hacía que aumentasen las posibilidades de fracaso. No era la situación ideal, ni mucho menos, pero había que correr el riesgo.

Stauffenberg estuvo presente por primera vez en las sesiones informativas de dos horas de duración del Berghof, en su condición de jefe del Estado Mayor de Fromm, el 6 de julio. Llevaba explosivos. Pero

parece ser que no se presentó una oportunidad adecuada. Fuese cual fuese el motivo lo cierto es que no hizo ningún intento en esta ocasión. Impaciente por actuar, decidió intentarlo en su próxima visita al Berghof, cinco días después. Pero le contuvo la ausencia de Himmler, a quien los conspiradores querían eliminar junto con Hitler.[64] Tampoco en esa ocasión sucedió nada. El 15 de julio, cuando volvió al cuartel general del Führer, trasladado de nuevo a la Guarida del Lobo de la Prusia oriental, Stauffenberg estaba decidido a actuar. Pero tampoco esta vez sucedió nada. Lo más probable es que no pudiese preparar la carga a tiempo para la primera de las tres sesiones de esa tarde. Mientras se estaba celebrando la segunda sesión breve, él estaba telefoneando a Berlín para aclarar si debería seguir adelante con el atentado de todos modos aunque no estuviese Himmler. Durante la tercera sesión, estuvo directamente involucrado en la exposición, lo que le privó de toda posibilidad de preparar la bomba y de llevar a cabo el atentado.[65] Esta vez Olbricht llegó incluso a emitir la orden de «Valquiria». Tuvo que hacerse pasar luego por una práctica de instrucción para situaciones de emergencia.[66] Pero no podía repetirse el error. La próxima vez no podía darse la orden para que se inciase «Valquiria» antes del atentado. Habría que esperar a que Stauffenberg confirmase que Hitler había muerto. Después de perder la oportunidad el día 15, la tercera vez que se había corrido un riesgo tan grande sin ningún resultado, Stauffenberg se preparó para lo que les dijo a sus compañeros de conspiración reunidos en su casa en la Wannsee de Berlín la noche del 16 de julio, que sería el último intento.[67] Este intento se produciría durante su próxima visita a la Guarida del Lobo, en la sesión informativa prevista para el 20 de julio.

Capítulo II

Después de un vuelo de dos horas desde Berlín, Stauffenberg y su ayudante, el teniente Werner von Haeften, aterrizaron en Rastenburg a las diez y cuarto de la mañana del 20 de julio. A Stauffenberg le llevaron inmediatamente en coche hasta la Guarida del Lobo, que quedaba a 6 kilómetros. Haeften acompañó al comandante general Stieff, que había llegado en el mismo avión, al alto mando del ejército y luego fue también al cuartel general del Führer. A las 1 i: 3o, Stauffenberg estaba en una reunión previa a la sesión informativa, dirigida por Keitel, que duró tres cuartos de hora. Había cierto apuro de tiempo porque la sesión informativa de Hitler debía celebrarse media hora antes de lo habitual, a las 12:30, debido a que aquella tarde llegaba Mussolini.

En cuanto terminó la reunión con Keitel, Stauffenberg preguntó dónde podía refrescarse un poco y cambiarse de camisa. Hacía calor y era una petición perfectamente normal. Pero tenía que darse prisa. Haeften, con la cartera que contenía la bomba, se encontró con él en el pasillo. En cuanto entraron en los servicios, empezaron rápidamente a instalar los mecanismos detonadores en los dos artefactos explosivos que habían llevado, y a colocar estos luego en la cartera de Stauffenberg; pesaba un kilo cada uno, aproximadamente. Stauffenberg puso en marcha el mecanismo de la primera carga. La bomba podía estallar en cualquier momento al cabo de un cuarto de hora, dado el ambiente cargado y el calor que hacía, y tardaría en hacerlo como máximo media hora. Keitel, que estaba fuera esperando, empezó a impacientarse. En ese momento hubo una llamada telefónica del general Erich Fellgiebel, jefe de comunicaciones del alto mando de la Wehrmacht y encargada en la conjura contra Hitler de la tarea vital de bloquear tras el atentado las comunicaciones con el cuartel general del Führer y desde él hacia el exterior. Recibió la llamada el comandante Ernst John von Freyend, ayudante de Keitel. Fellgiebel quería hablar con Stauffenberg y le pidió que le llamara. No había tiempo para eso. Freyend envió al sargento mayor Werner Vogel a comunicar a Stauffenberg el mensaje de Fellgiebel y a decirle que se diera prisa. Vogel encontró a Stauffenberg y a Haeften muy ocupados con cierto objeto. Al decirle que tenía que darse prisa, Stauffenberg replicó bruscamente que ya lo estaba haciendo. Freyend le gritó entonces que debía ir inmediatamente. Vogel esperó

junto a la puerta abierta. Stauffenberg cerró rápidamente la cartera. No hubo ninguna posibilidad de instalar el mecanismo detonador del segundo explosivo que habían llevado. Haeften lo metió todo con diversos papeles en su bolsa. Fue un momento decisivo. Si se hubiese metido en la cartera de Stauffenberg el segundo artilugio junto con el primero, incluso sin disponer de carga, la explosión de este último lo habría hecho estallar, con lo que el efecto se habría más que duplicado. En ese caso, es casi seguro que no habría sobrevivido nadie.[68]

Cuando se hizo pasar a Stauffenberg, había empezado ya la sesión informativa, que se celebró como siempre en la cabaña-barracón de madera que había tras la valla alta que rodeaba el perímetro rigurosamente vigilado de la Guarida del Lobo. Hitler estaba sentado en el centro del lado largo de la mesa más próximo a la puerta, de cara a las ventanas; estaba escuchando al comandante general Adolf Heusinger, jefe de operaciones del cuartel general del Estado Mayor general, que describía la situación en el frente oriental, que estaba empeorando con gran rapidez. Cuando Keitel le presentó a Stauffenberg le estrechó la mano sin apenas fijarse en él y volvió a centrar la atención en el informe de Heusinger. Stauffenberg había pedido un sitio que quedara lo más cerca posible del Führer: Le daban una buena excusa sus problemas de audición y la necesidad de tener sus papeles a mano cuando informase sobre la creación de una serie de nuevas divisiones en el ejército de reserva para contener la penetración soviética en Polonia y en Prusia oriental. Le encontraron sitio a la derecha de Hitler, al final de la mesa. Freyend, que había entrado con la cartera de Stauffenberg, la colocó debajo de la mesa, apoyada en la parte externa de la sólida pata de la derecha.

Stauffenberg alegó nada más llegar una excusa para irse. Esto no llamó mucho la atención. Había mucho ir y venir durante las conferencias diarias. Sucedía habitualmente que había que salir a atender llamadas telefónicas importantes o porque reclamaban la presencia de quien fuera en otra parte. Dejó allí la gorra y el cinturón para indicar que volvería. En cuanto salió de la habitación pidió a Freyend que estableciera la conexión para la llamada que aún tenía que hacer al general Fellgiebel. Pero cuando Freyend regresó a la reunión,

Stauffenberg colgó y volvió rápidamente al edificio de los ayudantes de la Wehrmacht, donde se encontró con Haeften y Fellgiebel. Estaba también allí el teniente Ludolf Gerhard Sander, oficial de comunicaciones del departamento de Fellgiebel. Entre tanto, se había advertido ya en la reunión la ausencia de Stauffenberg. Le habían necesitado para que facilitase una información durante la exposición de Heusinger. Pero a nadie se le había ocurrido pensar nada siniestro. Stauffenberg y Haeften estaban entonces en el edificio de los ayudantes de la Wehrmacht intentando conseguir el coche que estaba previsto que les llevase rápidamente al aeropuerto. En ese momento, oyeron una explosión ensordecedora procedente de los barracones. Fellgiebel miró sorprendido a Stauffenberg. Este se encogió de hombros. Sander no pareció sorprenderse. Los animales salvajes detonaban constantemente las minas que había colocadas alrededor del recinto, comentó. Era la una menos cuarto, aproximadamente.[69]

Stauffenberg y Haeften salieron hacia el aeropuerto en su coche con chófer lo más rápido que les fue posible sin despertar sospechas. Aún no se había dado la voz de alarma cuando Stauffenberg consiguió que le dejase pasar la guardia de la puerta de la zona interna. Tuvo más problemas para salir del perímetro externo. Por entonces ya había sonado la alarma. Hubo de telefonear a un oficial. Rittmeister (capitán de caballería) Leonhard von Möllendorf, que le conocía, y que autorizó su salida. Una vez fuera, recorrieron a toda velocidad la tortuosa carretera que llevaba al aeropuerto. Haeften tiró en el camino un paquete que contenía el segundo explosivo. El coche les dejó a unos cien metros del avión que esperaba y regresó inmediatamente. A la una y cuarto de la tarde volaban ya de regreso a Berlín. Estaban convencidos de que nadie podía haber sobrevivido a la explosión. De que Hitler estaba muerto.[70] Así habría sido si hubieran colocado la bomba en un búnker de hormigón en vez de en la cabaña de madera donde solían celebrarse las conferencias de primera hora de la tarde.

Hitler estaba inclinado sobre la sólida mesa de roble, apoyado en un codo, la barbilla en la mano, estudiando en un mapa posiciones de reconocimiento aéreo, cuando estalló la bomba, con un relampagueo llameante azul y amarillo y una explosión ensordecedora. Estallaron

puertas y ventanas, se alzaron densas nubes de humo, volaron en todas direcciones fragmentos de cristal y de madera, montones de papeles y otros desechos. Partes de la cabaña destrozada estaban en llamas y en unos instantes aquello se convirtió en un absoluto pandemónium. En el momento de la explosión, había veinticuatro personas en el barracón. La explosión derribó a algunos y lanzó a otros por la habitación. Había quien tenía el cabello o la ropa en llamas. Se oían gritos de socorro. Se desplazaban formas humanas dando tumbos de un lado a otro (conmocionados, magullados, medio cegados, con los tímpanos rotos) entre el humo y los escombros, buscando desesperadamente una salida entre las ruinas. Los menos afortunados yacían entre los escombros, algunos gravemente heridos.[71]

Once de los que habían sufrido las peores heridas fueron conducidos rápidamente al hospital de campaña que quedaba a unos tres kilómetros.[72] El estenógrafo, doctor Heinrich Berger, a quien había alcanzado de lleno el impacto de la explosión, tenía las piernas destrozadas y murió poco después, por la tarde. El coronel Heinz Brandt, mano derecha de Heusinger (y, según se descubrió más tarde, relacionado con la conspiración), perdió una pierna y murió al día siguiente. Lo mismo que el general Günther Korten, jefe del Estado Mayor general de la Luftwaffe, atravesado por una astilla de madera. El comandante general Rudoll Schmundt, ayudante de la Wehrmacht de Hitler, perdió un ojo y una pierna y sufrió graves quemaduras en la cara. Murió en el hospital pocas semanas después. Los únicos que no recibieron el impacto directo de la explosión fueron Keitel y Hitler; y Keitel sólo sufrió rotura de tímpanos.[73]

Hitler no sufrió más que heridas superficiales. Tras la conmoción inicial de la explosión, se cercioró de que estaba ileso y podía moverse. Se dirigió hacia la puerta por entre los escombros, apagándose las llamas de los pantalones y de la parte de atrás del pelo con las manos. Tropezó con Keitel que le abrazó llorando y gritando: «¡Mi Führer, está usted vivo, está usted vivo!».[74] Keitel le ayudó a salir de allí. Tenía la chaqueta del uniforme rota y los pantalones negros y los calzoncillos largos blancos hechos jirones. Pero podía caminar sin problema.[75] Regresó inmediatamente a su búnker. Se avisó en seguida al doctor

Morell. Hitler tenía el brazo derecho hinchado y le dolía, apenas podía levantarlo; tenía también rasguños y contusiones en el brazo izquierdo y quemaduras y ampollas en las piernas (llenas además de fragmentos de astillas) y cortes en la frente. Pero eso y los tímpanos rotos eran todos los daños que había sufrido.[76] Cuando entró Linge, su sirviente, muy asustado, Hitler estaba tranquilo, y le dijo con una agria sonrisa: «Alguien ha intentado matarme, Linge».[77]

Below, ayudante de la Luftwaffe de Hitler, que había sufrido heridas relativamente leves en la explosión, había conservado la serenidad suficiente, a pesar de la conmoción y de los cortes que tenía en la cara de los fragmentos de cristales, para correr a la cabaña de señales y dar orden de que se bloquearan todas las comunicaciones que no fuesen de Himmler, Keitel y Jodl. Al misino tiempo, había llamado a Himmler y a Göring para que acudieran al búnker de Hitler. Luego se había dirigido hacia allí también.[78] Hitler estaba sentado en su estudio con el alirio escrito en la cara, dispuesto a exhibir (al parecer con cierto orgullo) la ropa destrozada.[79] Se había concentrado ya en la cuestión de quién habría perpetrado la tentativa de asesinato. Según Below, Hitler rechazaba las sugerencias (a las que habían dado crédito en principio) de que pudiesen haber colocado la bomba los trabajadores de la OT que habían estado un tiempo en el cuartel general del Führer reforzando el recinto contra los ataques aéreos.[80] Por entonces, las sospechas recaían ya claramente en el desaparecido Stauffenberg. La búsqueda de Stauffenberg y la investigación de la tentativa de asesinato se iniciaron hacia las dos de la tarde, aunque no se comprendió por entonces que aquello había sido la señal para un levantamiento general contra el régimen. La cólera de Hitler contra los mandos del ejército de los que siempre había desconfiado, crecía por minutos. Estaba decidido a desencadenar, una terrible venganza contra quienes creía que estaban apuñalando por la espalda al Reich en momentos de crisis.[81]

Capítulo III

Stauffenberg iba ya camino de Berlín. Los conspiradores esperaban nerviosos su llegada o noticias de lo que había pasado, y no sabían si actuar o no; aún no tenían claro si debían continuar con la operación «Valquiria».[82] El mensaje que había conseguido transmitir Fellgiebel para el comandante general Fritz Thiele, jefe de comunicacones del alto mando del ejército, antes incluso de que hubiese despegado el avión de Stauffenberg de Rastenburg, era menos claro de lo que creía. Decía que había pasado algo terrible; el Führer aún seguía vivo. Eso era todo. No había detalles. No estaba claro si la bomba había estallado, si a Stauffenberg le habían impedido (como unos cuantos días antes) ejecutar su plan, o si le habían detenido, si seguía vivo en realidad. Los mensajes que fueron llegando luego indicaban que en la Guarida del Lobo habia sucedido algo, ciertamente, pero que Hitler había sobrevivido.[83] ¿Aún debía seguir adelante «Valquiria»? No se habían trazado planes de emergencia para llevar a cabo un golpe de estado en caso de que Hitler siguiese aún vivo. Y, sin noticias confirmadas de la muerte de Hitler, era seguro que Fromm, en su condición de comandante del ejército de reserva, no daría el visto bueno al golpe. Olbricht llegó a la conclusión de que emprender cualquier acción antes de tener noticias definitivas sería exponer al desastre a todos los implicados. Se perdió así un tiempo decisivo. Uno de los conspiradores, Hans-Bernd Gisevius, vinculado a la oposición desde 1938 y por entonces agente del Abwehr destinado en Suiza, que acababa de regresar a Alemania, criticaría más tarde la incompetencia de Olbricht. «Sin dirección y sin juicio», fue como describió al grupo del Bendlerblock que estaba esperando el regreso de Stauffenberg.[84] Sólo se habían podido además bloquear las comunicaciones desde la Guarida del Lobo hacia el exterior temporalmente. Poco después de las cuatro de esa tarde, antes de que se hubiese puesto en marcha el golpe, esas comunicaciones funcionaban ya de nuevo sin problema.[85]

Stauffenberg llegó a Berlín entre las 14:45 y las 15:15. No había ningún coche esperándole. Su chófer estaba aguardando en el aeródromo

de Rangsdorf. Pero el avión de Stauffenberg había ido a aterrizar a Tempelhof (o puede que a otro aeródromo de Berlín, este detalle no está claro), y él había tenido que telefonear para que enviaran un coche que les llevase a Haeften y a él a Bendlerstrasse. Fue una demora más. En una coyuntura tan crucial, Stauffenberg no llegó al cuartel general de la conspiración, donde la tensión era febril, hasta las cuatro y media. Haeften, por su parte, había llamado por teléfono desde el aeródromo a Bendlerstrasse. Y había comunicado (la primera vez que los conspiradores oían la noticia) que Hitler había muerto.[86] Stauffenberg lo repitió cuando llegaron los dos a Bendlerstrasse. Explicó que cuando estaba con el general Fellgiebel cerca del barracón, vio con sus propios ojos cómo llegaban corriendo hombres de primeros auxilios para ayudar y cómo llegaban también vehículos de los servicios de urgencia. Su conclusión era que nadie podía haber sobrevivido a una explosión como aquella.[87] Por muy convincente que resultase su explicación para aquellas personas que estaban deseosas de creer en su mensaje, un personaje clave, el general Fromm, sabía más. Había hablado con Keitel hacia las cuatro y este le había dicho que el Führer había sufrido sólo heridas leves. Aparte de eso, Keitel había preguntado dónde podría estar el coronel Stauffenberg.[88]

Fromm se negó en redondo a la petición de Olbricht de que firmase las órdenes para poner en marcha «Valquiria». Pero cuando este regresó a la habitación a comunicar que Fromm se negaba, su impaciente jefe de Estado Mayor, coronel Mertz von Quirnheim, amigo de Stauffenberg v que hacía mucho que estaba estrechamente vinculado a la conspiración, había iniciado ya las operaciones enviando un telegrama al comandante militar regional que empezaba con estas palabras: «El Führer, Adolf Hitler, ha muerto».[89] Cuando Fromm intentó hacer detener a Mertz, Stauffenberg le comunicó que, por el contrario, quien estaba detenido era él, Fromm.[90]

Por entonces, se había establecido contacto ya con algunos de los principales conspiradores, y estos habían empezado a llegar a la Bendlerstrasse. Allí estaba Beck, que comunicó que había asumido el mando del estado; y que el mariscal de campo Erwin von Witzleben, antiguo comandante en jefe en Francia e involucrado desde hacía mucho

en la conspiración, era el nuevo comandante en jefe del ejército.[91] El general Hoepner, al que los golpistas habían elegido sucesor de Fromm, y a quien Hitler había destituido al caer en desgracia a principios de 1942 y a quien había prohibido volver a vestir el uniforme; llegó sobre las 16:30, vestido de civil, con una maleta. La maleta contenía su uniforme, que volvió a ponerse aquella tarde.[92]

La situación en la Bendlerstrasse iba haciéndose cada vez más caótica. Conspirar para poner en marcha un golpe de estado en un estado policial no es ni mucho menos una cuestión sencilla. Pero incluso en las circunstancias existenciales imperantes, había mucho que olía a aficionado en la organización. Se habían dejado colgando demasiados cabos sueltos. Se había prestado demasiada poca atención a detalles pequeños pero importantes de tiempo, coordinación y, sobre todo, comunicaciones. No se habían tomado medidas para volar el centro de comunicaciones del cuartel general del Führer o para dejarlo inutilizado permanentemente de algún otro modo.[93] No se había dado ningún paso para hacerse inmediatamente con el control de las emisoras de radio de Berlín y de otras ciudades. Los golpistas no emitieron ningún mensaje por radio. No detuvieron a los dirigentes del partido y de las SS. Dejaron en paz al maestro de la propaganda, al propio Goebbels. Entre los conspiradores, hubo demasiados dedicados a emitir y transmitir órdenes. Hubo demasiada inseguridad y una vacilación excesiva. Todo se había centrado en matar a Hitler. Se había dado por supuesto que si Stauffenberg conseguía que estallara la bomba, Hitler estaría muerto. Cuando se puso en duda la premisa y a continuación se desmintió, quedaron al descubierto las incoherencias del plan previsto para el golpe de estado. Lo que fue crucial, al no haber noticias confirmadas de la muerte de Hitler, fue que hubo demasiadas personas leales al régimen y demasiadas que vacilaban, que tenían demasiado que perder si se ponían del lado de los conspiradores.

La noticia deprimente para los conspiradores de que Hitler había sobrevivido fue cobrando fuerza por mucho que Stauffenberg insistiera en lo contrario. Beck proclamó que, fuese cual fuese la verdad, «para mí este hombre está muerto», y sus acciones posteriores estarían determinadas por eso.[94] Pero para el éxito de la conspiración, hacía

falta mucho más que eso. Al final de la tarde, los insurrectos fueron viendo cada vez con mayor claridad que el golpe había fracasado. «Valiente lío, este» (Schöne Schweine rei, das), había susurrado el marisca] de campo Witzleben a Stauffenberg cuando llegó hacia las ocho a Bendlerstrasse.[95]

En el cuartel general del Führer no tardó en comprenderse que la tentativa de asesinato era la señal para una insurrección militar y política contra el régimen. A media tarde, Hitler había asignado el mando del ejército de reserva a Himmler. Y Keitel había informado a las diversas regiones militares que había habido un atentado contra el Führer, pero que este seguía con vida y que no debían obedecerse en ningún caso las órdenes de los conspiradores.[96] Hasta en la Bendlerstrasse, sede de la insurrección, había leales al régimen. El oficia] de comunicaciones, que también recibió la orden de Keitel, transmitía por la noche, mientras los conspiradores iban hundiéndose en la desesperanza, el mensaje de que las órdenes que tenía que transmitir en su nombre no eran válidas.[97] Por otra parte, el ayudante de Fromm consiguió difundir por el edificio la noticia de que Hitler seguía vivo, y reunir a un grupo de oficiales dispuestos a hacer frente a los conspiradores, cuyo apoyo ya limitado y vacilante, dentro y fuera de la Bendlerstrasse, iba esfumándose rápidamente. Las unidades del ejército que en principio habían apoyado el golpe, se volvieron atrás en cuanto se confirmó la noticia de que Hitler había sobrevivido al atentado.[98]

Lo mismo sucedió en París. El comandante militar, general Carl Heinrich von Stülpnagel, y los oficiales a su mando, habían respaldado a los insurrectos. Pero el comandante supremo de occidente, mariscal de campo von Kluge, vacilaba como siempre. En una llamaba inútil desde Berlín, Beck no consiguió convencerle para que se uniera al levantamiento. «Kluge—dijo Beck a Gisevius al colgar el teléfono—. ¡Ahí le tienes!».[99] En cuanto se enteró de que había fracasado la tentativa de asesinato, Kluge rescindió las órdenes de Stülpnagel de detener a todos los miembros de las SS, el SD y la Gestapo en París, le destituyó, denunció su actuación a Keitel y felicitó luego a Hitler por haber sobrevivido a aquel intento traicionero de quitarle la vida.[100]

Por entonces, los acontecimientos estaban llegando en Berlín a su

desenlace final. Goebbels había presidido a última hora de la mañana una conferencia sobre la producción de armamento en Alemania que había pronunciado Speer en el ministerio de propaganda y a la que habían asistido ministros, altos funcionarios del estado e industriales. Después de clausurar el acto, se había llevado a Walter Funk y a Albert Speer a su estudio para hablar de la movilización de los recursos aún disponibles en el interior del país. Mientras estaban hablando, le avisaron de que había una llamada telefónica urgente del cuartel general del Führer. Pese al rápido bloqueo de las comunicaciones, él tenía una línea directa propia con el cuartel general del Führer que, evidentemente, aún seguía funcionando. La llamada era del jefe de prensa, Otto Dietrich, que le comunicó que había habido un atentado contra Hitler. Eso fue unos minutos después de que se produjese la explosión.[101] Había pocos detalles en esa etapa, aparte de la información de que Hitler había sobrevivido. Goebbels explicó que lo más probable era que los obreros de la OT hubiesen sido los responsables, y reprochó furioso a Speer que no hubiese tomado medidas de precaución suficientemente rigurosas para que no pudiese suceder una cosa así.[102]

El ministro de propaganda estuvo excepcionalmente silencioso y pensativo durante la comida. Y, cosa notable dadas las circunstancias, se retiró después de comer para su siesta habitual. Le despertó entre las dos y las tres su jefe de la oficina de prensa, Wilfried von Oven, que acababa de recibir una llamada telefónica de Heinz Lorenz, segundo de Dietrich, que estaba muy nervioso. Lorenz había dictado un breve texto (redactado, según dijo, por el propio Hitler), para que se transmitiese por radio. A Goebbels no le gustó mucho la redacción y comentó que la rapidez con que se transmitiese la noticia era menos importante que asegurarse de que estaba correctamente redactada para consumo público. Dio instrucciones de preparar un comentario convenientemente manipulado. Es evidente que el ministro de propaganda aún no se hacía cargo en esta etapa de la gravedad de la situación, de que había oficiales del ejército implicados y de que se había puesto en marcha una insurrección. Estaba convencido de que un fallo de seguridad había permitido a los trabajadores de la OT perpetrar un atentado y le habían

dicho, por otra parte, que Hitler había sobrevivido al mismo. Era lo único que sabía. Aun así, resulta extraña su conducta después de que se enteró de la noticia, y durante la tarde, cuando siguió su rutina habitual y emitió con un retraso insólito el mensaje radiado, que desde el cuartel general del Führer le habían pedido que emitiese urgentemente. Quizás llegara a la conclusión de que la crisis inmediata que pudiese haberse producido ya estaba superada, y que era mejor esperar a recibir más información antes de emitir un comunicado de prensa. Pero lo más probable es que no estuviese seguro de lo que estaba pasando y quisiera cubrirse.

Acabaron poniendo punto final a su inmovilidad, tras este largo intervalo, más noticias que llegaron de la Guarida del Lobo. Telefoneó a Speer y le dijo que lo dejase todo y acudiese en seguida a su residencia, que quedaba cerca de la puerta de Brandenburgo. Allí le explicó que le habían comunicado del cuartel general del Führer que había en marcha un golpe militar a gran escala en todo el Reich. Speer ofreció su pleno apoyo a Goebbels para aplastar la insurrección. Al cabo de unos minutos, Speer se dio cuenta de que había soldados armados en las calles, y que estaban llamando a la casa. Eran más o menos las seis y media de la tarde.[103] Goebbels echó un vistazo y fue a su dormitorio y cogió una cajita de pastillas de cianuro («por lo que pueda pasar») y la guardó en el bolsillo.[104] Le preocupaba el hecho de no haber podido localizar a Himmler. Quizás el Reichführer-SS hubiese caído en manos de los golpistas… ¿O estaría también él detrás del golpe? Las sospechas se multiplicaban.[105] La eliminación de un personaje tan importante como Goebbels debería haber sido algo prioritario para los conspiradores. Pero, por extraño que parezca, nadie había pensado siquiera en cortarle el teléfono. Eso y el hecho de que los jefes de la insurrección no hubiesen emitido ninguna proclama por radio, convenció al ministro de propaganda de que no todo estaba perdido, aunque recibiese noticias inquietantes de tropas avanzando hacia Berlín.[106]

El batallón de guardia que rodeaba la casa de Goebbels estaba al mando del comandante Otto-Ernst Remer, que tenía entonces treinta y dos años y que era fanáticamente fiel a Hitler, pero que se creyó al principio la falacia de los conspiradores de que estaban aplastando una

insurrección de grupos de las SS y del partido contrarios al Führer. Guando su superior, el comandante de la ciudad de Berlín, comandante general Paul von Hase, le ordenó que participase en el acordonamiento de la zona donde estaban los edificios del gobierno, Remer obedeció de inmediato.[107] Pero pronto empezó a sospechar que no era verdad lo que le habían dicho. Que en realidad no estaba ayudando a aplastar un golpe de dirigentes de las SS y del partido contra Hitler, sino un golpe militar contra el régimen organizado por oficiales rebeldes. Quiso la suerte que el teniente Hans Hagen, un oficial de la jefatura nacionalsocialista (NS-Führungsoffizier) encargado de inculcar los principios nazis a la tropa, hubiera pronunciado una conferencia aquella tarde al batallón de Remer organizada por el ministerio de propaganda.[108] Hagen se valió entonces de su contacto fortuito con Remer para ayudar a sabotear la conspiración contra Hitler. A través del vice Gauleiter de Berlín, Gerhard Schach, convenció a Goebbels para que hablara directamente con Remer y le convenciera de qué era lo que estaba pasando en realidad y se lo ganara. Luego Hagen buscó, a través de un intermediario, a Remer, sembró en su mente las semillas de la duda sobre lo que estaba haciendo y le convenció de que no debía hacer caso de las órdenes de su superior, Von Hase, y debía ir a ver a Goebbels. En ese momento, Reiner aún no estaba seguro de si Goebbels formaba parte de un golpe interno del partido contra Hitler. Sin embargo, después de pensárselo un poco, accedió a hablar con el ministro de propaganda.

Goebbels le recordó su juramento de fidelidad al Führer. Remer proclamó su lealtad a Hitler y al partido, pero añadió que el Führer había muerto. En consecuencia tenía que cumplir las órdenes de su comandante, el comandante general Von Hase. «¡El Führer está vivo! —replicó Goebbels—. He hablado con él hace sólo unos minutos». Remer, indeciso, vacilaba visiblemente. Goebbels se ofreció a dejarle hablar con Hitler. Eran las siete de la tarde, aproximadamente. Unos minutos después se hizo la llamada a la Guarida del Lobo. Hitler preguntó a Remer si reconocía su voz. Remer se puso firme y dijo que sí. «¿Me oye? ¡Ya ve que estoy vivo! El intento ha fracasado—oyó que decía Hitler—. Una pequeña camarilla de oficiales ambiciosos quisieron acabar

conmigo. Pero ya tenemos a los saboteadores del frente. No tardaremos en dar cuenta de esa plaga. Le asigno a usted la tarea de restaurar inmediatamente la calma y la seguridad en la capital del Reich, si es necesario por la fuerza. ¡Está usted bajo mi mando personal para ese fin hasta que llegue a la capital del Reich el Reichsführer-SS!».[109] Remer no necesitó más argumentos. Lo único que pudo oír Speer, que estaba en la habitación en aquel momento, fue «jawohl, mi Führer. […] ¡Jawohl, como usted ordene, mi Führer!». Remer quedó así al cargo de la seguridad en Berlín en lugar de Von Hase. Había de seguir todas las instrucciones de Goebbels.[110]

Remer dispuso lo necesario para que Goebbels informase a sus hombres. Este se dirigió al batallón de guardia en el jardín de su residencia hacia las 20:30 y se los ganó en seguida.[111] Casi dos horas antes, había emitido por radio un comunicado explicando a los oyentes el atentado que había sufrido Hitler, y cómo había salido de él sólo con leves rasguños, que había recibido esa misma tarde a Mussolini y que se había reincorporado ya a su trabajo.[112] Para los que aún dudaban, la noticia de que Hitler había sobrevivido fue una información decisiva. Entre las ocho y las nueve se levantó el cordón que rodeaba la zona de los edificios del gobierno.[113] Se necesitaba ya el batallón de guardia para otra misión: la de acabar con los conspiradores en su cuartel general de Bendlerstrasse. El punto culminante de la conspiración había pasado ya. Los conspiradores tenían las horas contadas.

Capítulo IV

Algunos estaban intentando ya escapar a su suerte antes incluso de que el comunicado de Goebbels, radiase la noticia de que Hitler había sobrevivido.[114] Hacia el final del día, el grupo de conspiradores del

«Bendlerblock», el edificio del alto mando de la Wehrmacht en la Bendlerstrasse, era casi lo único que quedaba del levantamiento. El batallón de guardia de Reiner tenía rodeado el edificio. Se acercaban ya al centro de la ciudad de Berlín unidades acorazadas leales al gobierno. Los comandantes de las tropas no estaban ya dispuestos a obedecer las órdenes de los insurrectos. Hasta en el propio Bendlerblock había oficiales superiores que no aceptaban sus órdenes y que les recordaban el juramento que habían hecho de lealtad a Hitler que, dado que la radio había comunicado la noticia de que había sobrevivido, aún seguía siendo válido.[115]

Un grupo de oficiales de Estado Mayor, insatisfechos con las explicaciones cada vez más pobres que daba Olbricht de lo que estaba pasando y deseosos, como es natural, ante una causa claramente perdida, y al margen de cuáles fuesen sus sentimientos hacia Hitler, de salvar el pellejo, se rebelaron. Poco después de las nueve de la noche, se armaron y volvieron a la habitación de Olbricht. Mientras su portavoz, el teniente coronel Franz Herber, estaba hablando con Olbricht, se oyeron disparos en el pasillo, uno de los cuales hirió a Stauffenberg en el hombro. Fue sólo una breve ráfaga. Herber y sus hombres irrumpieron en la oficina de Fromm, donde estaban también el coronel general Hoepner, el comandante del ejército de reserva elegido por los conspiradores, Mertz, Beck, Haeften y el herido Stauffenberg. Haeften exigió hablar con Fromm y le dijeron que estaba aún en su apartamento (en el que permanecía bajo guardia desde la tarde). Uno de los oficiales rebeldes se dirigió inmediatamente allí, le dejaron pasar y le contó a Fromm lo que había pasado. La guardia que había a la puerta de Fromm se había esfumado ya. Fromm, liberado, regresó a su despacho para enfrentarse a los golpistas. Eran alrededor de las diez de la noche cuando su corpulenta figura apareció en la puerta de su despacho. Contempló burlonamente a los dirigentes de la insurrección, absolutamente abatidos ya. «Bien, caballeros—proclamó—, ahora les haré yo a ustedes lo que esta tarde me hicieron ustedes a mí».[116]

Como señalaría más tarde Gisevius, lo que los conspiradores le habían hecho a Fromm aquella tarde había sido encerrarle en su habitación y darle emparedados y vino.[117] Fromm no fue tan ingenuo.

Tenía que salvar el cuello… o eso pensaba él. Les dijo a los golpistas que estaban detenidos y les exigió que entregaran sus pistolas. Beck pidió que se le permitiera conservar la suya «para uso privado». Fromm le ordenó que hiciese uso de ella inmediatamente. Beck dijo que en aquel momento estaba pensando en el pasado. Fromm le urgió a acabar de una vez. Beck se llevó la pistola a la cabeza y disparó, pero sólo consiguió rozarse en la sien. Fromm concedió a los demás unos minutos por si querían escribir sus últimas palabras. Hoepner aprovecho la oportunidad y se sentó al escritorio de Olbricht; lo mismo hizo el propio Olbricht. Beck, entre tanto, conmocionado por el tiro de refilón que se había disparado en la cabeza, se resistió a los intentos de quitarle la pistola e insistió en que se le permitiera pegarse otro tiro. Ni siquiera entonces consiguió más que producirse una herida grave en la cabeza. Con Beck retorciéndose en el suelo, Fromm abandonó la habitación y se enteró de que había entrado en el patio del Bendlerblock el batallón de guardia. Se enteró también de que Himmler, recién nombrado comandante del ejército de reserva, se dirigía hacia allí. No había tiempo que perder. Volvió a su habitación al cabo de cinco minutos y anunció que había celebrado un consejo de guerra en nombre del Führer. Mertz, Olbricht, Haeften y «este coronel cuyo nombre no mencionaré más» habían sido condenados a muerte. «Coja unos cuantos hombres y ejecute esa sentencia abajo en el patio inmediatamente», ordenó a un oficial que estaba allí. Stauffenberg intentó echar toda la responsabilidad sobre sus hombros, diciendo que los demás se habían limitado a cumplir órdenes pero Fromm no le hizo ningún caso. Los cuatro conspiradores fueron conducidos al patio para la ejecución y Hoepner (señalado también en principio para morir, pero eximido luego, de momento, tras una conversación en privado con Fromm) fue conducido a prisión. Tras echar un vistazo al agonizante Beck, Fromm ordenó a uno de los oficiales que lo rematara. El antiguo jefe del Estado Mayor general fue arrastrado sin ceremonias a una habitación contigua, donde se le dio el tiro de gracia. [118]

A los condenados les condujeron rápidamente al patio, donde ya estaba esperando un pelotón de fusilamiento elegido entre los miembros del batallón de guardia. Para realzar la macabra escena, se había dado

orden a los conductores de los vehículos aparcados en el patio de que encendieran los faros y los dirigieran hacia el pequeño montón de arena que había junto a la puerta, por la que salieron Stauffenberg y sus compañeros de conspiración. En el momento en que el pelotón de fusilamiento abrió fuego, Haeften se puso delante de Stauffenberg y murió antes. No sirvió de nada. Stauffenberg fue colocado de nuevo en el montón de arena. Cuando sonó la descarga se le oyó gritar: «¡Viva la sagrada Alemania!». Siguió instantes después la ejecución del ultimo de los cuatro, Mertz von Quirnheim. Fromm había telegrafiado inmediatamente comunicando que se había sofocado cruentamente el intento de golpe de estado y que se había ejecutado a los cabecillas. Luego dirigió una alocución apasionada a los reunidos en el patio, atribuyendo el hecho milagroso de que Hitler se hubiese salvado a una intervención de la providencia. Concluyó con un triple Sieg Heil al Führer.

Mientras se llevaban en un camión los cadáveres de los ejecutados, junto con el de Beck, cuyo cuerpo habían bajado a rastras por las escaleras hasta el patio, para enterrarlös (Himmler los haría exhumar al día siguiente para incinerarlos) fueron detenidos los demás conspiradores, entre ellos Von der Schulenburg, el hermano de Stauffenberg, Berthold, y Yorck von Wartenburg. Eran aproximadamente las doce y media de la noche.[119]

Se había puesto fin así, a falta sólo de los restos de la conspiración que aún quedaban en París, Praga y Viena, y aparte de las terribles e inevitables represalias que seguirían, a la última tentativa de derribar a Hitler y a su régimen.

Capítulo V

Horas antes, en ese mismo 20 de julio de 1944, tan crucial, Hitler, tras la explosión, poco después de regresar a su búnker, se había negado a considerar la posibilidad de cancelar la visita prevista del Drice, programada para las dos y media de la tarde, pero aplazada una hora debido a que su tren llegaba con retraso.[120] Habría de ser la última reunión de las diecisiete que celebraron los dos dictadores.[121] Fue, desde luego, la más extraña. Hitler parecía tranquilo, poco había que indicase que acababa de escapar a un atentado que podía haberle costado la vida. Saludó a Mussolini con la mano izquierda, ya que tenía problemas para levantar el brazo derecho herido.[122] Explicó al sorprendido Duce lo que había pasado y luego le llevó a ver la cabaña-barracón de madera destrozada donde se había producido la explosión. En una macabra escena, en medio de la devastación, con el intérprete Paul Schmidt como única compañía, Hitler explicó a su colega dónde estaba, con el brazo derecho apoyado en la mesa estudiando el mapa, cuando había estallado la bomba. Le enseñó el pelo chamuscado de la nuca. Luego puso una caja del revés y se sentó en ella. Schmidt encontró un taburete aún utilizable para Mussolini entre los escombros. Los dos dictadores estuvieron unos instantes sin decir palabra. Luego Hitler dijo, con voz tranquila: «Cuando vuelvo a considerarlo todo, […] llegó a la conclusión, por mi salvación milagrosa, mientras otros de los presentes recibieron heridas graves, […] deque no me va a pasar nada». Estaba más convencido que nunca, añadió, de que le estaba concedido a él conducir su causa común a un final victorioso.[123]

El mismo tema, que la Providencia le había salvado, estuvo presente en todo su discurso posterior, que emitieron todas las emisoras de radio poco después de medianoche. Ya había preguntado a media tarde cuánto se tardaría en preparar lo necesario para una emisión y le habían dicho que no estaría todo listo hasta las seis de la tarde, como muy pronto. Pero eso era Irreal. Aún había que escribir el discurso y la tarde estaba ocupada con la visita de Mussolini. Había que disponer las cosas para que el discurso se transmitiese en cadena por todas las emisoras de radio y se grabase. El equipo necesario para la transmisión tenía que llegar de Königsberg. Pero los técnicos no estaban inmediatamente disponibles; se habían ido a bañarse al Báltico.[124] Puede que el propio Hitler perdiese

un poco de interés por la idea debido a las distracciones del día. Parece ser que le correspondió en parte una vez más a Goebbels convencerle de que era necesario que dirigiera una breve alocución al pueblo alemán.[125] Hasta bastante después de medianoche no tuvo lugar por fin la transmisión de su mensaje, al que siguieron otros de Göring y de Dönitz.[126]

Hitler dijo que se dirigía al pueblo alemán por dos razones: para que pudieran oír su voz y saber que estaba ileso y bien; y para hablarles de un crimen sin paralelo en la historia alemana. «Una exigua camarilla de oficiales ambiciosos, desaprensivos y al mismo tiempo criminales y estúpidos, ha forjado una conjura para eliminarme y erradicar (auszurotten) también conmigo a casi a toda de la jefatura las fuerzas armadas alemanas». Lo comparó con la puñalada por la espalda de 1918. Pero esta vez, la «pequeña pandilla de elementos criminales» sería «implacablemente erradicada (unbarmherzig ausgerottet)». Se refirió en tres ocasiones distintas al hecho de que hubiese sobrevivido como «una señal de la Providencia de que debo continuar mi tarea, y por ello la continuaré».[127]

En realidad, como tantas veces en su vida, no había sido la Providencia la que le había salvado sino la suerte: una suerte endemoniada.

15

NO HAY SALIDA

Es preferible sacrificarlo todo, absolutamente todo, por la victoria, que por el bolchevismo. […] ¿Para qué iba a seguir yendo a la escuela si fuese a acabar en Siberia? […] Pero si todos nos pusiésemos a pensar de ese modo, no quedaría esperanza. Así que, levanta la cabeza. ¡¡Confianza en nuestra voluntad y en nuestra jefatura!!

ENTRADA DEL DIARIO DE UNA ADOLESCENTE, SEPTIEMBRE DE 1944.

Se ha dicho siempre que ha sido Dios quien nos ha enviado al Führer. No lo dudo. Dios nos envió al Führer. pero no para salvar a Alemania, sino para destruirla. La Providencia ha decidido la destrucción del pueblo alemán, y Hitler es el ejecutor de esa voluntad.

OPINIÓN RECOGIDA EN LA REGIÓN DE STUTTGART, NOVIEMBRE DE 1944.

Si no resulta, no veo otra posibilidad de llevar la guerra a una conclusión favorable

HITLER A SPEER, HABLANDO EN EL OTOÑO DE 1944 DE LA INMINENTE OFENSIVA DE LAS ARDENAS.

No capitularemos. Jamás. Podemos caer. Pero arrastraremos un mundo con nosotros.

HITLER A SU AYUDANTE DE LA LUFTWAFE, NICOLAUS VON BELOW, A FINALES DE DICIEMBRE DE 1944.

«Ahora tengo por fin al cerdo que lleva años saboteando mi tarea—rugía Hitler cuando empezaron a aflorar los detalles de la conspiración organizada contra él—. Ahora tengo pruebas. Todo el Estado Mayor está contaminado».[1] Quedaba confirmada así por fin la vieja desconfianza profundamente arraigada que le inspiraban los jefes del ejército, una consecuencia inevitable de su pronta aceptación de la lisonjera descripción que Keitel había hecho de él, tras la victoria de Francia en 1940, como un genio militar sin parangón, el «caudillo más grande de todos los tiempos», y de su convencimiento de que los generales eran incapaces de alcanzar la victoria final y, a partir del primer invierno ruso, de evitar la interminable sucesión de derrotas. Le parecía ya absolutamente claro por qué habían tropezado con tales reveses sus planes militares: habían sido saboteados desde el principio por la traición de los oficiales del ejército. «Ahora ya sé por qué tenían que fracasar todos mis grandes planes en Rusia estos últimos años—bramó—. ¡Era todo traición! Si no hubiese sido por esos traidores, hace mucho que habríamos triunfado. Esa es mi justificación ante la historia» (un indicio, también, de que Hitler estaba buscando conscientemente un puesto en el panteón de los héroes teutónicos).[2] Goebbels se hizo eco, como tantas otras veces, de los sentimientos de Hitler. «Los generales no se oponen al Führer porque estemos sufriendo una crisis en el frente—escribía en su diario—. Más bien, estamos sufriendo una crisis en el frente porque los generales se oponen al Führer».[3] Hitler estaba convencido de que había un «envenenamiento de sangre interno». Con los puestos dirigentes ocupados por traidores decididos a destruir el Reich, clamaba, con personajes claves como el general Eduard Wagner (responsable como general de intendencia de los suministros militares), y el general Erich Fellgiebel (jefe de operaciones de señales en el cuartel general del Führer) relacionados con la conspiración, no tenía nada de asombroso que el Ejército Rojo dispusiese de

información previa sobre las tácticas militares alemanas. Había habido «traición permanente». Lo que era sintomático de uní «crisis de desánimo» subyacente. Debería haberse actuado antes. En realidad, hacía año y medio ya que se sabía que había traidores en el ejército. Era hora ya de poner fin de una vez a aquello». A esas criaturas, las más viles que hayan vestido el uniforme militar de toda la historia, a esa chusma que se ha perpetuado desde tiempos pretéritos, hay que liquidarla y expulsarla». A la recuperación de aquella crisis de desánimo seguiría la recuperación militar.[4] Sería «la salvación de Alemania».[5]

Capítulo I

La venganza era algo prioritario para Hitler. No habría misericordia en aquella tarea de limpieza exhaustiva. Se actuaría de un modo implacable. Los «barrería y erradicaría (ausmerzen und ausrotten)» a todos ellos, bramaba.[6] No se otorgaría a «aquellos criminales» la ejecución mediante el pelotón de fusilamiento a la que tenía derecho un soldado honorable. Serían expulsados de la Wehrmacht, comparecerían como civiles ante un tribunal y serían ejecutados dos horas después de la sentencia: «Hay que colgarlos inmediatamente, sin la menor piedad», proclamó.[7] Dio órdenes de que se formara un «tribunal militar de honor», en el que generales distinguidos (entre los que se incluían Keitel, Rundstedt, que lo presidió, y Guderian) expulsarían del ejército a quienes se demostrase que habían participado en la conjura, a los que se consideraría deshonrados.[8] Y decidió además que aquellos a los que condenase después a muerte el Tribunal del Pueblo, debía ahorcárseles

en la cárcel vestidos con el uniforme de los presidiarios.[9] Hablaba favorablemente de las purgas que hacía Stalin con sus oficiales.[10] «El Führer está muy furioso con los generales, sobre todo con los del Estado Mayor general—escribía Goebbels después de ver a Hitler el 22 de julio —. Está absolutamente decidido a dar un ejemplo sangriento y a erradicar a la logia masónica que ha estado oponiéndose a nosotros todo el tiempo y que sólo esperaba su oportunidad para apuñalarnos por la espalda en el momento más crítico. El castigo que se debe imponer ahora debe tener dimensiones históricas».[11]

Hitler estaba furioso también por la actuación perentoria del coronel general Fromm, que había mandado fusilar inmediatamente a Stauffenberg y a los demás diligentes del golpe frustrado, y dio orden inmediata de que los demás conspiradores capturados compareciesen ante el Tribunal del Pueblo.[12] El presidente del Tribunal del Pueblo, Roland Freisler, un nazi fanático que, pese a haber sentido simpatías en principio por la izquierda radical, se había comprometido ideológicamente desde principios de la década de 1920 con la causa völkisch, consideró (un ejemplo clásico de lo de «trabajar en la dirección del Führer») que debía dictar una sentencia como la que «dictaría en el caso el propio Führer». Para él, el Tribunal del Pueblo era expresamente un «tribunal político». Bajo su presidencia, el número de condenas a muerte dictadas por el Tribunal había pasado de 102 en 1941 a 2.097 en 1944. No tenía nada de extraño que se hubiese hecho ya famoso como un «juez sediento de sangre» (Blutrichter),[13] Goebbels, recapitulando comentarios que había hecho Hitler en la reunión que habían celebrado los dos recientemente, explicaba que los implicados en el complot debían ser juzgados por el Tribunal del Pueblo «y condenados a muerte». Freisler, añadía, «encontrará el tono adecuado para tratarles».[14] En cuanto a Hitler, quería sobre todo que no se otorgase a los conspiradores «tiempo para hacer discursos» durante su defensa (recordando quizás el trato benigno que le había dispensado el tribunal de Munich en 1924 y que le había permitido convertir su juicio a raíz del golpe frustrado en un triunfo propagandístico personal). «Pero ya se encargará de eso Freisler. Él es nuestro Vyschinsky», añadía refiriéndose al tristemente célebre fiscal de Stalin en los juicios espectáculo de la década de 193o.

[15]

Goebbels no tuvo que esforzarse mucho para convencer a Hitler de que la razón de que Fromm, superior directo de Stauffenberg, se hubiese dado tanta prisa era que había querido ocultar su complicidad. En realidad, había sido incluido ya por Bormann en una circular a los Gauleiter la noche del 20 de julio entre los que debían ser detenidos como parte de la «pandilla reaccionaria de criminales» que estaban tras la conspiración.[16] Después de la represión del golpe en el Bendlerblock y la rápida ejecución de Stauffenberg, Olbricht, Haeften y Mertz von Quirnheim, Fromm se había dirigido al Ministerio de Propaganda con el propósito de hablar por teléfono con Hitler. Goebbels, en vez de ponerle en contacto con él, le había hecho sentarse en otra habitación mientras telefoneaba él al cuartel general del Führer. Pronto obtuvo la decisión que deseaba. Ordenó inmediatamente que se pusiese a buen recaudo, vigilado por una guardia armada, al antiguo comandante en jefe del ejercito de la reserva.[17] Tras unos meses de prisión, una farsa de juicio ante el Tribunal del Pueblo y una condena amañada, basada en su supuesta cobardía (pese al poco heroico motivo de autopreservación que había dictado su papel en el centro del escenario del Bendlerblock el 20 de julio, no era ningún cobarde), Fromm acabaría muriendo a manos de un pelotón de fusilamiento en marzo de 1945.[18]

En la confusión que reinaba en el Bendlerblock a última hora de la noche el 20 de julio, había dado la impresión al principio de que a las ejecuciones de los dirigentes del golpe (junto con el suicidio ayudado de Beck) hubiesen de seguir otras. Pero la llegada de una unidad de las SS poco después de la medianoche, al mando del Sturmbannführer Otto Skorzeny (que ya había rescatado a Mussolini de la cautividad el verano anterior) que había sido enviado al escenario del levantamiento por Walter Schellenberg, jefe del servicio secreto exterior del SD, junto con la aparición en escena del jefe del SD, Ernst Kaltenbrunner y del comandante Otto-Ernst Remer, recién nombrado comandante del batallón de guardias de Berlín y principal responsable de sofocar el golpe, impidieron que se produjesen más ejecuciones sumarias y pusieron fin a la insurrección.[19] Mientras tanto, había volado a Berlín el propio Himmler y, en su nueva condición temporal de comandante en

jefe del ejército de reserva, había dado órdenes de que no se emprendiese ninguna otra acción independiente contra oficiales considerados sospechosos.[20]

Poco antes de las cuatro, Bormann pudo informar a los jefes provinciales del partido, los Gaueliter, que el golpe había sido sofocado ya.[21] Por entonces, los detenidos en la Bendlerstrasse (entre quienes se incluían el hermano de Stauffenberg, Berthold, el antiguo funcionario y vicepresidente de la policía de Berlín, Fritz-Dietlof von der Schulenburg, Peter Graf Yorck von Wartenburg, miembro destacado del «Círculo de Kreisau», el pastor protestante Eugen Gerstenmaier y el terrateniente y oficial del Abwehr, Ulrich Wilhelm Graf Schwerin von Schwanenfeld) habían sido conducidos a esperar su destino.[22] El antiguo coronel general Erich Hoepner, detenido por Fromm pero no ejecutado, y el mariscal de campo Erwin von Witzleben, que había abandonado la Bendlerstasse antes de que quedase desbaratada la conspiración, no tardaron en ser detenidos también, con otra serie de implicados.[23] El ministro de finanzas prusiano Popitz, el antiguo ministro de economía Schacht, el antiguo jefe de Estado Mayor, coronel general Halder, el comandante general Stieff fueron rápidamente detenidos y también el almirante Canaris y el comandante general Oster, del Abwehr. El comandante Hans Ulrich von Oertzen, oficial de enlace para el sector de defensa de Berlín (Wehrkreis III), que habían dado las primeras órdenes de «Valquiria», se suicidó con una granada de mano. Henning von Tresckow, una de las primeras fuerzas impulsoras de los intentos de asesinato de Hitler, se suicidó de forma similar en el frente, cerca de Ostrow, en Polonia. El general Wagner se pegó un tiro. El general Fellgiebel no quiso hacerlo. «Hay que aguantar, no hay que hacer eso», le dijo a su ordenanza. Sabiendo muy bien que su detención era inminente, pasó gran parte de la tarde, extrañamente, en la Guarida del Lobo, donde incluso felicitó a Hitler por haber salido ileso y esperó su destino inevitable.[24]

Los que cayeron en las garras de la Gestapo tenían que contar con terribles torturas. Casi todos las soportaron con el idealismo, y hasta el heroísmo, que les había sostenido durante toda su arriesgada oposición.[25] En las primeras etapas de sus investigaciones, la Gestapo consiguió

extraer una información notablemente escasa, aparte de lo que ya sabían por aquellos a quienes maltrataron tan enconadamente. Aun así, el número de detenidos aumentó rápidamente cuando amplió sus investigaciones la «Comisión especial 20 de julio», creada al día siguiente de la tentativa de golpe de estado bajo el mando del SS-Obersturmbannführer Georg Kiessel y que no tardaría en crecer hasta incluir a cuatrocientos oficiales. Kiessel pudo informar en seguida de que había seiscientas personas detenidas.[26] Fueron detenidos casi todos los personajes destacados de las diversas ramas de la conspiración, aunque Goerdeler aguantó escondido hasta el 12 de agosto. Hitler recibía informes diarios de nuevos nombres de implicados.[27] Quedaba demostrado que la idea que se había hecho en un principio de que se trataba sólo de una «pequeña camarilla» de oficiales opuestos a él, era un error. Los tentáculos de la conspiración se extendían mucho más allá de lo que podría haberse imaginado él. Le indignaba sobre todo que hasta Graf Helldorf, presidente de la policía de Berlín, «combatiente veterano» del movimiento nazi y antiguo dirigente de las SS, estuviese también profundamente implicado.[28] A medida que fue creciendo la lista y fue poniéndose al descubierto el alcance de la conspiración (sobre todo después de la confesión notablemente completa de Goerdeler, deseoso de destacar ante la historia la importancia de los esfuerzos de la oposición por eliminar a Hitler y a su régimen), fue aumentando también la furia y el amargo resentimiento de Hitler contra los conservadores (sobre todo contra la aristocracia terrateniente) que nunca le habían aceptado del todo.[29] «Acabamos con la lucha de clases de la izquierda, pero desgraciadamente nos olvidamos de acabar con (zur Strecke zu bringen) la lucha de clases de la derecha», se le oyó comentar.[30] Pero era el peor momento posible para fomentar las divisiones en el pueblo; habría que esperar hasta después de la guerra para ajustar cuentas con la aristocracia.[31]

De todos modos, Himmler no necesitaba que le animaran a tomar venganza contra las familias de los conspiradores, muchos de ellos de origen aristocrático. Explicó a los Gauleiter, reunidos en Posen quince días después del atentado contra Hitler, que actuaría de acuerdo con las tradiciones de la «venganza de sangre» (Blutrache) del antiguo derecho

germánico para erradicar «la sangre traidora» en todo el clan de los traidores. «La familia de Graff Stauffenberg», prometió, «será barrida toda ella, hasta el último de sus miembros». Los Gauleiter aplaudieron. La esposa de Claus von Stauffenberg, sus hermanos, sus hijos, primos, tíos y tías fueron detenidos. Las familias de los otros conspiradores fueron detenidas también. Sólo el que se terminase la guerra pudo impedir que se cumpliera del todo la intención de Himmler.[32] Una operación policial a gran escala (Gewitteraktion o «Acción tormenta») a finales de agosto para detener a los adversarios del régimen (una consecuencia indirecta más que explícitamente de la conspiración del 20 de julio) acabó con la detención de unas cinco mil personas en total.[33] La ferocidad de la ofensiva contra todo posible rastro de oposición que siguió al atentado fallido fue, sin duda, una demostración de que el régimen aún seguía poseyendo una capacidad sin trabas para la represión implacable. Pero el que la represión fuese tan absolutamente implacable revelaba también una desesperación que indicaba que el régimen tenía los días contados.

El 7 de agosto, comenzaron los proyectados juicios espectáculo del Tribunal del Pueblo de Berlín. Los ocho primeros (que incluían los de Witzleben, Hoepner, Stieff y Yorck) de lo que se convirtió en una procesión regular de los acusados, fueron entrando acompañados cada uno de ellos por dos hombres de la Gestapo, en una sala de juicio adornada con cruces gamadas, en la que había unos trescientos espectadores seleccionados (incluidos los periodistas elegidos por Goebbels). Allí tuvieron que soportar la cólera feroz, el desprecio mordaz y la humillación implacable que amontonó sobre ellos el presidente del tribunal, el juez Roland Freisler, que vestía una toga roja. Sentado tras un busto de Hitler, su rostro reflejaba en sus gestos y muecas un odio y un desprecio extremos. Lo que presidía no era más que un vil remedo sin semejanza alguna con un auténtico juicio, con la condena a muerte garantizada desde el principio. Los acusados mostraban señales visibles de las torturas a que habían sido sometidos en prisión. Para degradarles hasta en la apariencia física, iban vestidos con ropas andrajosas, sin cuello ni corbata, y se les mantuvo esposados incluso mientras estaban sentados allí, en la sala del juicio. A Witzleben hasta le privaron de

tirante o cinturón, de manera que tenía que sujetarse los pantalones con una mano. No se les permitió expresarse ni explicar sus motivos, porque Freisler les interrumpía en cuanto lo intentaban, bramando insultos, tachándoles de rufianes, traidores, asesinos cobardes. Cuando Graf Schwerin von Schwanenfeld intentó decir, por ejemplo, más tarde, en agosto, que los numerosos asesinatos que había presenciado en Polonia habían atormentado su conciencia, Freisler no se lo permitió. «¿Asesinatos? —gritó—. Es usted realmente un vil canalla. ¿Cómo puede ser capaz de decir eso?».[34] Se había dado orden (lo más probable es que la diese Goebbels, aunque es indudable que con autorización de Hitler) de que se filmasen los juicios, con el propósito de incluir extractos de ellos en los noticiarios, así como en un «documental» titulado «Traidores ante el Tribunal del Pueblo» (Verräter vuor dem Volksgericht). Freisler daba tales gritos que el cámara tuvo que decirle que estaba destrozando la grabación sonora.[35] Aun así, los acusados lograron plantar cara al juez valerosamente en varias ocasiones. Por ejemplo, después de que se hubiese dictado la sentencia de muerte prevista, el general Fellgiebel dijo: «Pues que la ejecución no se demore, señor presidente, porque si no, puede que le cuelguen a usted antes que a nosotros». Y el mariscal de campo von Witzleben dijo: «Puede entregarnos usted al verdugo. En tres meses, el pueblo furioso y atormentado le pedirá cuentas y le arrastrará por el arroyo».[36] Los juicios fueron una farsa tan lúgubre que hasta el ministro de justicia del Reich, Otto Georg Thierack, un nazi fanático que, en su fervor ideológico, había entregado por entonces prácticamente los últimos vestigios de un sistema jurídico completamente pervertido a la ilegalidad policial arbitraria de las SS, se quejó posteriormente de la conducta de Freisler.[37]

Una vez pronunciados los veredictos, se llevaron a los condenados, a muchos de ellos a la prisión de Plötzensee, en Berlín. Hitler dio orden de que se les negasen los últimos ritos y los servicios de un sacerdote (aunque esta orden cruel se eludió, al menos parcialmente, en la práctica).[38] La forma normal de ejecución por delitos capitales civiles era en el Tercer Reich la decapitación.[39] Pero Hitler había ordenado, al parecer, que los conspiradores del 20 de julio fuesen colgados, que los

colgasen como a reses en un matadero.[40] En la pequeña sala de ejecución de una sola planta, con las paredes encaladas, dividida con una cortina negra, habían puesto ganchos en un raíl instalado en el techo, como los de colgar la carne. No solía haber más luz que la que entraba por dos ventanas, por las que se veía la forma borrosa de una guillotina que se usaba a menudo. Pero, al menos en el caso de los primeros grupos de conspiradores, las ejecuciones eran filmadas y fotografiadas, como los juicios, es de suponer que por orden de Himmler o de Goebbels, y el macabro escenario estaba iluminado con luces brillantes como un estudio cinematográfico. En una mesita de un rincón había una botella de coñac, pero para los verdugos, no para templar los nervios de las víctimas. Se introducía a los condenados con las esposas puestas y con pantalones de presidiario. No había últimas palabras ni el consuelo de un sacerdote o un pastor. Sólo el humor negro del verdugo. Las descripciones de los testigos hablan de la firmeza y la dignidad de los ejecutados. El ahorcamiento se efectuaba en veinte segundos, a partir de la entrada del preso en la estancia. Pero la muerte no era inmediata. A veces era rápida. En otros casos, la agonía era lenta. Podía durar hasta más de veinte minutos. Y había una indecencia gratuita más: los verdugos bajaban los pantalones a los condenados antes de que les llegara la muerte. Se oía durante todo el tiempo el zumbido de la cámara.[41] Las fotografías y la truculenta película se llevaban luego al cuartel general del Führer. Speer contaría más tarde que había visto un montón de fotos de aquellas en la mesa de mapas de Hitler en su visita a la Guarida del Lobo del 18 de agosto. Hombres de las SS y algunos civiles, añade, fueron a ver las ejecuciones en el cine esa noche, pero no asistió nadie de la Wehrmacht.[42] No es seguro que Hitler viese la película de las ejecuciones; los testimonios son contradictorios a ese respecto.[43]

Aunque algunas de estas ejecuciones relacionadas con la conspiración frustrada del 20 de julio de 1944 no tuvieron lugar hasta meses después de los juicios, la mayoría de ellas se efectuaron en las semanas siguientes. Cuando cesó la matanza, el número de muertos entre los directamente implicarlos era en total unos doscientos.[44] Pero fue el último triunfo de Hitler.

La euforia que le inspiró al principio el convencimiento de que se había salvado por obra de la Providencia y de que la «traición» de los conspiradores era la explicación de la mala fortuna militar de Alemania, no tardó en esfumarse. La realidad traía reveses diarios, crisis y desastres; ni siquiera Hitler podía reprimir del todo algo tan fuerte. Los problemas no daban un momento de respiro. Tuvo que volver a centrarse en seguida en las cuestiones militares.

Pero la conspiración de Stauffenberg dejó en él una huella perdurable. Las heridas que le había causado la explosión de la bomba habían sido, como ya dijimos, relativamente superficiales. El quitaba importancia a las heridas e incluso bromeaba sobre ellas con su séquito, como si quisiera reafirmar de ese modo su indestructibilidad y su virilidad soportando el dolor.[45] Pero eran menos triviales de lo que daba él a entender. Casi quince días después del atentado aún se filtraba la sangre a través de las vendas de las heridas de la pierna.[46] Padecía dolores fuertes, sobre todo en el oído derecho, y quedó mermada su capacidad de audición.[47] Le trató el doctor Erwin Giesing, especialista en garganta, nariz y oídos, de un hospital cercano, y luego el profesor Kart von Eicken, que le había extraído un pólipo de la garganta en 1935, y a quien se llevó hasta allí en avión desde Berlín. Pero lo más grave, los tímpanos rotos, siguieron sangrando y tardaron varias semanas en curar.[48] Se pensó durante un tiempo que del oído derecho no se recuperaría nunca.[49] El trastorno del equilibrio provocado por las lesiones en el oído interno le hacía desviar los ojos hacia la derecha y tender a inclinarse también a la derecha al caminar. Tenía también malestar y mareos frecuentes[50] y la presión arterial muy alta.[51] Parecía viejo, enfermo y tenso.[52] Once días después del atentado, explicó a quienes asistieron a la sesión informativa militar del día que no se hallaba en condiciones de hablar en público por el momento. No podía permanecer de pie mucho tiempo, temía un ataque súbito de mareo y le preocupaba también que no pudiese caminar erguido.[53] Unas semanas después, le confesaría a Morell, su médico, que aquellas semanas transcurridas desde el atentado habían sido «las peores de su vida», y añadió que había conseguido controlar los problemas «con un heroísmo que ningún alemán podría soñar».[54] Curiosamente, el temblor que tenía antes en la

pierna izquierda y en las manos casi desapareció con la explosión.[55] Morell lo atribuyó a la conmoción nerviosa. Pero a mediados de septiembre, el temblor había vuelto.[56] Por entonces, las fuertes dosis diarias de pastillas e inyecciones no podían hacer nada ya para evitar el deterioro a largo plazo de la salud de Hitler. Y las consecuencias psicológicas fueron igual de graves como mínimo.

La sensación de desconfianza y de traición alcanzó en él por entonces niveles paranoicos. Se tomaron rápidamente precauciones en el exterior. Se hicieron muchísimo más rígidas todas las medidas de seguridad en el cuartel general del Führer.[57] A partir de entonces, se registraba en todas las reuniones informativas a todos los asistentes para ver si llevaban armas o explosivos.[58] Se comprobaban también las medicinas y los alimentos que tomaba para ver si contenían veneno. Los alimentos que le regalaban, como chocolatinas o caviar (que le gustaba mucho), se destruían todos inmediatamente.[59] Pero las medidas de seguridad exteriores no podían modificar en nada la profunda conmoción que le causaba el hecho de que algunos de sus generales se hubiesen vuelto contra él. Según Guderian, a quien nombró jefe del Estado Mayor general como sucesor de Zeitzler, a las pocas horas de que estallase la bomba de Stauffenberg «no creía ya en nadie. Y antes era difícil tratar con él, pero a partir de entonces se convirtió en una tortura, y era cada vez peor a medida que pasaban los meses. Perdía el control con frecuencia y su lenguaje fue haciéndose más violento. Su círculo íntimo ya no ejercía sobre él una influencia moderadora…».[60]

Aunque Hitler insistía en que se había demostrado que tenía buenas razones para no fiarse de sus jefes militares, y aunque había encontrado los chivos expiatorios que necesitaba para explicarse los reveses en todos los frentes, nunca había considerado posible una conspiración para derrocarle preparada por los que se hallaban tan próximos al corazón del régimen, y menos aún por oficiales que, lejos de consagrarse con toda su fuerza a conseguir la victoria de Alemania, se dedicaban a hacer todo lo posible por socavar el esfuerzo bélico desde dentro. En 1918, según su visión tergiversada de las semanas trascendentales de la derrota y la revolución, los enemigos internos habían apuñalado por la espalda a quienes luchaban en el frente. Toda su vida en la política había estado

consagrada a reparar aquel desastre y a evitar que pudiera volver a repetirse en una nueva guerra. Y se había producido una variante de aquella traición, dirigida en este caso no por marxistas subversivos que pusiesen en peligro desde el interior el esfuerzo bélico, sino por oficiales de la Wehrmacht, que habían estado a punto de socavar el esfuerzo bélico en el frente interior.[61] La desconfianza era algo profundamente arraigado en el carácter de Hitler, pero los acontecimientos del 20 de julio transformaron esa desconfianza subyacente en un convencimiento muy visceral de que todos los miembros del ejército que le rodeaban eran unos traidores y mentían y pretendían una vez más asestar una puñalada por la espalda a una nación empeñada en una lucha titánica por la supervivencia.

El atentado fallido no sólo infundió a Hitler una sed feroz de venganza, sino que reforzó aún más en él el sentimiento de que era el destino el que le guiaba. Convencido de que la «Providencia» estaba de su parte, el haberse salvado era para él la garantía de que iba a cumplir su misión histórica. Se entregó aún más al mesianismo puro. «Esos criminales que querían acabar conmigo no tenían ni idea de lo que le habría sucedido al pueblo alemán—explicó a sus secretarias—. No conocen los planes de nuestros enemigos, quieren aniquilar a Alemania para que no vuelva a levantarse nunca. Si las potencias occidentales creen que pueden mantener a raya al bolchevismo sin Alemania se engañan. Esta guerra tenemos que ganarla nosotros. Europa caerá si no en manos del bolchevismo. Yo procuraré que nadie pueda frenarme o eliminarme. Soy el tínico que conoce el peligro y el único que puede impedirlo».[62] Estos sentimientos recordaban, a través de un espejo deformante, el personaje redentor wagneriano, el héroe único que podía salvar del desastre a los poseedores del Grial, en realidad al mundo. Un Parsifal moderno.

Pero, considerando una vez más su puesto en la historia, y las razones por las que el destino había conducido a Alemania a la tragedia creciente en que estaba sumida, y no a una victoria gloriosa, halló una razón más, aparte de la traición de sus generales: la debilidad del pueblo. Hitler, si es que podemos creer a Speer, dio muestras en este periodo de que pensaba que el pueblo alemán podría no ser merecedor

de él, podría haber demostrado ser débil, haber fracasado en su prueba ante la historia, y estar condenado por ello a la destrucción.[63] En medio de las continuas manifestaciones de optimismo sobre el resultado de la guerra, fue una de las pocas indicaciones, en público o en privado, de que Hitler llegase a considerar en realidad, ni siquiera un instante, la posibilidad de derrota total.

Pese al barniz positivo que instintiva e insistentemente aplicaba a las noticias de los últimos reveses mientras seguía interpretando a la perfección el papel de Führer, Hitler no dejaba de darse cuenta de la trascendencia del desembarco con éxito de los aliados occidentales en Normandía, del colapso espectacular del frente oriental que dejaba las fronteras del propio Reich bajo la mira del Ejército Rojo, del bombardeo incesante que la Luftwaffe era incapaz de impedir, de la superioridad aplastante de los aliados en armamento y en materias primas y, por los sombríos informes, de una escasez de combustible crítica y creciente. Kluge y Rommel le habían instado a que pusiese fin a una guerra que no podía ganar.[64] Pero él siguió negándose de plano a considerar la posibilidad de propuestas de paz. Según dijo durante la sesión informativa con sus generales del 31 de agosto de 1944, la situación no estaba «madura todavía para una solución política. Tener la esperanza de que se dé un momento político favorable para hacer algo cuando se están sufriendo graves derrotas militares es, naturalmente, infantil e ingenioso. Esos momentos pueden presentarse cuando obtienes victorias». Pero ¿dónde podían materializarse las victorias? Lo único que podía alegar era su convencimiento de que la coalición aliada se desmoronaría en un momento u otro bajo el peso de sus presiones internas. Era cuestión de esperar ese momento, por dura que fuese la situación.

«Mi tarea ha sido—continuó—, especialmente desde 1941, no perder el valor en ninguna circunstancia». Dijo que vivía sólo para llevar adelante aquella lucha, desde que sabía que sólo se podía triunfar en ella con voluntad de acero. Sin embargo, los oficiales del Estado Mayor general, en vez de desplegar esa voluntad de acero, habían estado minándola, difundiendo sólo pesimismo. Pero la lucha seguiría, si era necesario hasta en el Rin. Y evocó de nuevo a sus grandes héroes de la

historia: «Pase lo que pase, seguiremos combatiendo hasta que, como dijo Federico el Chande, uno de nuestros malditos adversarios se canse, y hasta que consigamos una paz que garantice la existencia de la nación alemana durante los próximos cincuenta o cien años». Luego añadió, volviendo a una de sus principales obsesiones: «Sobre todo una paz que no mancille otra vez nuestro honor, como pasó en 1918». Este pensamiento le llevó directamente a la conspiración y al atentado y a considerar el hecho de que hubiese sobrevivido a él. «El destino podría haber tomado un giro diferente», dijo, y luego añadió, con cierto patetismo: «Si mi vida hubiese terminado así, para mí, personalmente, sólo podría decir que habría significado liberarme de preocupaciones, de noches de insomnio y de una grave tensión nerviosa. En una fracción de segundo, te liberas de todo eso y obtienes la paz y el descanso eterno. Pero lo cierto es que aún estoy vivo. Y el hecho de que aún esté vivo he de agradecérselo sin embargo a la Providencia».[65]

Aunque divagase en sus razonamientos, el sentido de sus palabras era bastante claro: no se podía plantear siquiera una paz negociada más que desde una posición de fuerza (que era inconcebible en términos realistas); la única esperanza era resistir hasta que se desmoronase la coalición aliada (pero el tiempo, y el enorme desequilibrio de recursos materiales, no actuaban precisamente en favor de Alemania); su papel histórico era, en su opinión, eliminar toda posibilidad de una segunda capitulación que siguiera las directrices de la de noviembre de 1918; entre Alemania y el desastre estaba sólo él, pero el suicidio (fuesen cuales fuesen las consecuencias para el pueblo alemán) le proporcionaría la liberación en una décima de segundo. Según su peculiar punto de vista, él tenía la misión histórica de continuar la lucha hasta llegar a la destrucción total (e incluso la autodestrucción) con el fin de impedir otro «noviembre de 1918» y de borrar el recuerdo de aquella «desgracia». Era una tarea infinitamente más honrosa que negociar una paz desde la debilidad, algo que sería una ignominia para él y para el pueblo alemán. Y eso equivalía casi a admitir que se acercaba el momento de la lucha final y que no habría límites en una lucha que era probable que acabase en la destrucción, en la que la única visión monumental que quedaba era la búsqueda de la grandeza histórica… aunque el Reich y el pueblo se

precipitasen en las llamas en el proceso.

Esto significaba también que no había salida. Con el fracaso de la conspiración para derrocar a Hitler desapareció la ultima oportunidad de un final negociado de la guerra. Ese fracaso garantizó al pueblo alemán la destrucción casi total de su país. Fuesen cuales fuesen las diversas reacciones a los acontecimientos del 20 de julio y sus secuelas, los alemanes normales y corrientes estuvieron expuestos durante los ocho meses siguientes a La devastación de sus ciudades en ataques aéreos implacables contra los que no tenían prácticamente defensa alguna, a las dolorosas pérdidas de seres queridos luchando en una guerra claramente inútil contra fuerzas enemigas inmensamente superiores, a duras privaciones en las condiciones materiales de la vida diaria y a un miedo y a una represión intensificados a manos de un régimen que no se detenía ante nada. Los horrores de una guerra que Alemania había infligido al resto de Europa caían ahora (aunque de una forma mucho más suave, incluso entonces) sobre el propio país. Con la oposición interna aplastada y una jefatura incapaz de traer la victoria e incapaz de evitar la derrota, y que no estaba dispuesta a buscar la paz, la liberación sólo podía llegar a través de la destrucción militar completa.

Para las innumerables víctimas de Hitler de toda Europa, los avances del Ejército Rojo en el este y de las fuerzas angloestadounidenses en el oeste y en el sur, aunque habían sido impresionantes, no habían llegado aún al punto de poner punto final a la guerra y poner fin con ello a los inmensos sufrimientos causados por el régimen nazi. La desdicha humana aún no había alcanzado el punto culminante. Aumentaría en un crescendo en los meses futuros.

Capítulo II

Los que habían arriesgado sus vidas en la conspiración para asesinar a Hitler sabían perfectamente que estaban actuando sin el respaldo de las masas.[66] Los conspiradores, en caso de que su intento de golpe de estado hubiese tenido éxito, lo único que habrían podido esperar habría sido que un rápido final de la guerra les proporcionase el apoyo de la inmensa mayoría de la población (la mayor parte de la cual había sido admiradora de Hitler) y que se pudiese evitar así que surgiera una nueva «leyenda de puñalada por la espalda», como la que había envenenado la política alemana después de la Primera Guerra Mundial.[67] Y sabían muy bien, por otra parte, que si fracasaban en su intento no podrían contar con ningún apoyo popular, que su acto se consideraría una vil traición y que lo único que podían esperar de la gran masa de la población era que les considerase una absoluta ignominia.

Sin embargo, la cúpula dirigente nazi no dejaba nada al azar. El Gauleiter Siegfried Uiberreither, dirigente nazi de Styria, preguntó horas después de que estallase la bomba de Stauffenberg si estaban previstas manifestaciones públicas de apoyo a Hitler. Le dijeron que eran bienvenidas las «manifestaciones de lealtad» y que, tras su petición, se transmitirían en seguida instrucciones a todos los Gauleiter. Las enviaron al día siguiente y en ellas se animaba a organizar inmensas concentraciones de masas al aire libre «en las que se exprese la alegría y la satisfacción del pueblo por la salvación milagrosa del Führer».[68] Estas manifestaciones se celebraron los días siguientes en pueblos y ciudades de toda Alemania. Cientos de miles de ciudadanos normales y corrientes y de representantes de la Wehrmacht expresaron «espontáneamente» su conmoción y su indignación por el «repugnante atentado contra la vida del Führer» (das ruchlose Attentat gegen den Führer) y el alivio y la alegría que les causaba el que hubiese sobrevivido.[69]

Los sentimientos eran idénticos a los registrados en sondeos de opinión anteriores realizados por el SD y trasmitidos por el jefe de la policía de seguridad Ernst Kaltenbrunner a Martin Bormann cuando había corrido como reguero de pólvora la noticia del asesinato. Un informe recopilado el 21 de julio hablaba de reacciones uniformes en todo el pueblo alemán de «la consternación, la conmoción, la

indignación y la cólera más intensas». El informe aseguraba incluso que en algunas regiones y entre algunos sectores de la población que se sabía que mantenían una actitud crítica hacia el nazismo, podían constatarse también los mismos sentimientos; ni un solo comentario insinuaba simpatía por el asesinato planeado. En algunas ciudades, se decía que había habido mujeres que se habían echado a llorar en las tiendas y en las calles al enterarse de lo sucedido. Un comentario bastante común era: «Gracias a Dios, el Führer está vivo». Muchos estaban dispuestos a aceptar la versión del propio Hitler, que consideraba su supervivencia una señal de la Providencia e indicio de que, pese a todos los reveses, la guerra acabaría en victoria. El informe añadía que muchas personas vinculaban «ideas místicas y religiosas con la persona del Hitler».[70]

La gente se apresuró en principio a sacar la conclusión de que detrás de la tentativa de asesinato había agentes del enemigo… una suposición que provocó una nueva oleada de odio contra los ingleses.[71] Tras el discurso de Hitler (que se emitió de noche, tan tarde que la mayoría de la gente estaba ya en la cama, pero que se repitió a primera hora de la tarde del 21 de julio) la indignación pasó a centrarse en aquellos a los que se consideraba traidores internos. Provocaba además gran indignación el hecho de que el atentado contra la vida del Führer lo hubiesen realizado oficiales de la Wehrmacht, pues lo consideraban (como el propio Hitler) la traición que explicaba los desastres militares de Alemania.[72] Se confiaba plenamente en que el «hombre fuerte» del régimen, Heinrich Himmler, llevaría a cabo una «limpieza» implacable en el cuerpo de oficiales. Se oían comentarios aprobatorios de las purgas de Stalin. Y un discurso de Robert Ley atacando violentamente a la aristocracia dio origen a una ofensiva general contra los «encopetados», los «engreídos» y los «tipos del monóculo». Existía resentimiento por el hecho de que las cargas de la «guerra total» no las sufrían todos por igual, de que había demasiada gente que había conseguido eludirlas. A esa gente había que meterla en cintura, y había que aplicar medidas firmes para conseguirlo. Entonces se sobrellevarían voluntariamente todos los sacrificios que fuese necesario hacer para acabar la guerra con un final rápido y victorioso.[73]

El fracaso del atentado despertó un fuerte apoyo a Hitler no sólo

dentro de Alemania sino también entre los soldados del frente. Aumentaron, por ejemplo, las manifestaciones de fe en Hitler entre los prisioneros de guerra capturados por los aliados en Normandía a finales de julio.[74] Y la censura militar, que había examinado 45.000 cartas de soldados del frente en agosto de 1944, comentaba «el elevado número de expresiones de alegría por la salvación del Führer».[75] Los que escribían a casa no se veían presionados y no tenían por qué aludir siquiera al atentado contra la vida de Hitler. Es indudable que el apoyo a él era sincero.

Cuatro días después de que estallara la bomba de Stauffenberg, los informes del SD destacaban aún la condena casi unánime de la tentativa de asesinato y la alegría por la supervivencia del Führer. Sin embargo, se insinuaban ya otras cosas. Sólo en casos absolutamente aislados, decía el informe, «no se condenaba firmemente el ataque». Una mujer de Halle había sido detenida por haber lamentado el desenlace del atentado. Otra mujer de Viena había comentado que tenía que pasar algo como aquello porque la guerra estaba durando demasiado. Pero (eso aseguraba el SD) incluso sectores «políticamente indiferentes» de la población reaccionaron acaloradamente contra esos comentarios.[76]

La reacción de apoyo a Hitler y de feroz condena de quienes habían intentado matar al Führer, como mostraban los informes del SD y como hemos indicado, era algo que los propios conspiradores habían esperado en caso de que fracasaran. Dejaba patente la amplia reserva de popularidad de Hitler que existía aún y a la que podría recurrirse para fortalecer al régimen en un momento crítico, a pesar del curso catastrófico de la guerra, cada vez más evidente. El culto al Führer no se había extinguido en absoluto.

Pero, como hemos visto, no cabe duda alguna de que la popularidad de Hitler había disminuido a lo largo de los dos años anteriores. Se le echaba cada vez más la culpa a él de las desdichas de una guerra que era casi seguro que acabaría en derrota. Es difícil aceptar, por tanto, que la unanimidad de los sentimientos de alegría por su supervivencia recogidos por el SD fuesen fiel reflejo de lo que pensaba el pueblo alemán en su conjunto. Es indiscutible que el SD recogió una opinión ampliamente expresada, indicativa sin duda de un aumento real del

sentimiento de apoyo a Hitler. Pero las opiniones que los informantes del SD pudieron oír debieron de ser las que procedían sobre todo de partidarios del régimen, de nazis fanáticos y de los que querían demostrar su apoyo o disipar cualquier sospecha de que pudiesen mostrarse críticos con Hitler. La gente con puntos de vista menos positivos hacía bien en callarse… sobre todo en una coyuntura tan crítica.[77] El castigo por comentarios imprudentes se había ido haciendo más draconiano a medida que había empeorado la suerte de las armas alemanas en la guerra. A finales de julio de 1944, era poco menos que suicida lamentar en voz alta que Hitler hubiese salido ileso y siguiese vivo. Algunas personas corrieron riesgo. Un conductor de tranvías de Berlín aventuró un breve pero agudo comentario sobre el discurso radiofónico de Goebbels del 26 de julio, en el que el ministro de propaganda había fustigado a los conspiradores: «Dan ganas de vomitar», comentó.[78] Parece además que no le pasó nada.

Pero los sentimientos críticos sólo se podían expresar sin peligro en privado o entre amigos y familiares de los que uno se fiase. Por ejemplo, un muchacho que sólo tenía por entonces dieciséis años confió el 21 de julio de 1944 al diario que guardaba en el desván de la casa en que vivía, cerca de Hamburgo: «¡Tentativa de asesinato de Hitler! Ayer se produjo un ataque con explosivos contra Hitler en su estudio. Por desgracia, como por un milagro, el cerdo salió ileso. […] Anoche a la una Hitler pronunció un discurso por la radio. Es muy curioso que repitiese seis veces que es sólo cuestión de "una pequeña camarilla", porque las amplias medidas que ha tomado desmienten esa afirmación. No hay por qué utilizar un ejército entero para acabar con «una pequeña conspiración».[79] Este muchacho no enseñaba su diario a nadie, ni siquiera a sus padres.

Otra entrada de diario, de alguien que había sido en tiempos seguidor de Hitler y cuyo antiguo entusiasmo se había enfriado, contenía el siguiente comentario cínicamente ambiguo: «Tentativa de asesinato del Führer. La "Providencia" le ha salvado, y, en consecuencia, podemos creer en la victoria».[80] Las cartas a los seres queridos estaban también «codificadas» al máximo por razones de seguridad. Un alemán bastante instruido, firme crítico del nazismo durante años, comentaba en una

carta escrita el 21 de julio desde París a su esposa canadiense que vivía en Alemania los acontecimientos del día anterior: «Para algunas personas, no puede haber sido una buena noche, pero debemos agradecer que el asunto acabase como acabó. Porque esta guerra, como he dicho siempre, sólo puede llevarla hasta la conclusión deseada Adolf Hitler».[81]

Signos de que había otras voces además de las de condena unánime recogidas por el SD, y de que el silencio de una gran mayoría de la población era significativo, podían hallarse incluso en informes oficiales de localidades de provincias. Uno de esos informes, procedente de la Alta Baviera, admitía con toda franqueza que «parte de la población habría aplaudido el éxito del atentado porque, en primer lugar, habrían tenido la esperanza de que eso significase un final más rápido de la guerra».[82] Otro informe incluía el peligroso comentario de una mujer, oculta en la oscuridad de un rincón de un refugio antiaéreo: «Ojalá le hubiera liquidado».[83]

También en el frente estaba más dividida la opinión sobre el atentado de lo que sugerían las apariencias. Insinuar que se lamentaba que Hitler hubiese sobrevivido era cortejar el desastre. Las cartas a casa tenían que pasar el control de la censura y podían ser interceptadas. Era más seguro callarse. Así que es notable que llegase a haber incluso un leve aumento de la crítica al régimen en agosto de 1944, e inc luso más elocuente el que los remitentes de algunas cartas se arriesgasen a un represalia extrema. Un soldado tuvo suerte.

Su carta a casa del 4 de agosto escapó a la atención del censor. Decía en ella: «Me hablas en tu carta del atentado contra el Führer. Sí, nos enteramos de ello el mismo día que sucedió. Desgraciadamente, los caballeros tuvieron mala suerte. Si no, habría habido ya una tregua, y nos habríamos librado de esta mierda».[84] En otros casos, el censor localizó comentarios audaces similares y la consecuencia casi segura para el autor de la carta era la sentencia de muerte.[85]

Como revelaban las reacciones ante el atentado, los vínculos del pueblo alemán con Hitler, aunque muy debilitados, no se habían roto aún, ni mucho menos, a mediados de 1944. El que el atentado de Stauffenberg hubiese fracasado había provocado una corriente de apoyo

a Hitler que fortaleció indiscutiblemente el régimen durante un tiempo. El sentimiento de que era un crimen odioso intentar matar al jefe del estado en un momento en que la nación luchaba por su propia existencia no era algo exclusivo de los nazis fanáticos. El sector católico de la población, por ejemplo, notorio por su tibio respaldo al régimen, que había llevado a cabo una campaña de desgaste contra la Iglesia desde sus inicios, estaba también representado de forma destacada en las inmensas manifestaciones de lealtad a Hitler de finales de julio.[86] Las dos confesiones religiosas predominantes (que tenían notoria influencia en la formación de la opinión pública) condenaron el atentado incluso después de la guerra.[87] Y todavía a principios de la década de 1950, un tercio de los consultados en las encuestas de opinión aún criticaban el atentado contra Hitler del 20 de julio de 1944.[88] Pero, sobre todo, las opiniones recogidas por el SD en los primeros días que siguieron al intento de asesinato indicaban que, aunque disminuyese el apoyo, aún había masas de seguidores leales al Führer. Sería la última vez que se expresasen. No hay medio de saber con exactitud qué porcentaje representaban de la población (o incluso de un Partido Nazi que contaba por entonces con unos ocho millones de alemanes como miembros nominales);[89] pero es casi seguro que eran ya minoría… aunque se tratase de una minoría dominante con una inmensa capacidad de represión.

Hubo incluso algunas delegaciones provinciales del propio SD que aportaron al cabo de unas semanas de la explosión de la Guarida del Lobo indicios categóricos del desplome de la popularidad de Hitler. Un informe devastador del 8 de agosto, procedente de la oficina del SD de Stuttgart, por ejemplo, empezaba afirmando que para la abrumadora mayoría de la población de aquella zona la cuestión no era si Alemania ganaría la guerra, sino sólo si les gobernarían los rusos o los americanos. Prescindiendo de un pequeño número de militantes del partido y de un sector pequeño de la población, nadie creía que fuese a ocurrir un milagro. Lo que la gente captó en el discurso de Hitler de la noche siguiente al atentado de Stauffenberg fue exactamente lo contrario de lo que se pretendía. Estaba claro ya, se decía, que Göring, Goebbels y otros dirigentes del régimen habían mentido al asegurar que el tiempo corría a favor de Alemania, que la producción de armamento estaba aumentando

y que no tardaría ya en llegar el día en que se volviese a emprender la ofensiva con el respaldo de nuevas armas decisivas. Ahora habían oído decir al propio Hitler que hacía años que se saboteaba su tarea. En otras palabras, la gente decía: «El Führer confiesa que hasta ahora el tiempo no ha estado de nuestro lado, que corría en contra nuestra. Si a un hombre como el Führer le han engañado de ese modo—continuaba el resumen de la opinión imperante—, «se debe o bien a que no es el genio que se ha dicho que es o bien a que, sabiendo lo que estaban haciendo los saboteadores, mintió intencionadamente al pueblo alemán, lo que sería igual de malo, pues, con esos enemigos dentro, nunca podría haber aumentado la producción de guerra y nunca podríamos conseguir la victoria». Se exponía con toda claridad lo que se deducía de estas ideas: «El aspecto más preocupante de todo el asunto tal vez sea que la mayoría de los camaradas del pueblo, incluso los que hasta ahora han creído firmemente en él, han perdido toda la fe en el Führer».[90]

A medida que iba pasando el otoño y que Hitler, después de su breve regreso para ocupar por última vez el centro de la atención pública, volvía a esfumarse de la conciencia cotidiana de la mayor parte, se endurecieron aún más las actitudes contrarias a él en la misma región. El 6 de noviembre, la oficina del SD de Stuttgart recogía una opinión que se aseguraba que, aunque con variaciones diversas, podía oírse bastante a menudo: «Se ha dicho siempre que ha sido Dios quien nos ha enviado al Führer. No lo dudo. Dios nos envió al Führer, pero no para salvar Alemania, sino para destruirla. La Providencia ha decidido la destrucción del pueblo alemán, y Hitler es el ejecutor de esa voluntad».[91]

A veces, lo único que quedaba era la fe irracional. Una adolescente que escribía en su diario a finales de agosto y principios de septiembre de 1944, veía caer un golpe tras otro sobre el esfuerzo bélico alemán: el atentado contra la vida del Führer, los avances de los aliados occidentales, el constante retroceso alemán en el frente oriental, los bombardeos incesantes y el hundimiento de los compañeros de alianza del Reich. «En un lado está la victoria, que cada vez resulta más dudosa, y en el otro el bolchevismo—escribía—es preferible sacrificarlo todo, absolutamente todo, por la victoria, que por el bolchevismo. Si eso viniese, no deberías pensarlo más. ¿Para qué iba a seguir yo yendo a la

escuela si fuese a acabar en Siberia? ¿Para qué? ¿Para qué? Y hay toda una hilera de preguntas como esa. Pero si todos nos pusiésemos a pensar de ese modo, no quedaría esperanza. Así que, levanta la cabeza. ¡Confianza en nuestra voluntad y en nuestra jefatura!».[92]

Esta entrada de diario sugiere que el miedo al bolchevismo era por entonces uno de los elementos de cohesión más importantes en que se sustentaba el apoyo al esfuerzo bélico alemán y que militaban contra cualquier fallo en la moral de lucha en el interior del país. Aun así, cuando empezaron a llegar sin tregua noticias de derrotas, destrucción y deserción de aliados, y cuando las pérdidas de propiedades y posesiones, de hogares y seres queridos, amontonaron una desventura tras otra, empezaron a hacerse visibles los primeros signos de desintegración. El saludo alemán «Heil Hitler» se sustituía cada vez más por «buenos días», o, en el sur de Alemania, «Grüss Gott». La evacuación de la zona de Aachen (la antigua sede del imperio de Garlo magno, en donde habían ya irrumpido los aliados) a primeros de septiembre, estuvo acompañada de «un tipo de fuga muy semejante al pánico de la población civil alemana», según un informe enviado a Himmler.[93] Informes de la Wehrmacht procedentes del frente occidental hablaban más tarde, pero en el mismo mes, de una creciente falta de disciplina y de indicios de desintegración entre las tropas, con un aumento del número de deserciones, que se reflejaba en una intensificación notoria de penas draconianas impuestas por tribunales militares.[94]

Algunos de los desertores del oeste consiguieron llegar hasta Colonia. Esta gran ciudad del Rin se hallaba por entonces destruida en su mayor parte por los bombardeos (aunque su majestuosa catedral gótica siguiese sorprendentemente en pie) con gran parte de la población evacuada. En medio de las ruinas y de los escombros, en los sótanos de edificios calcinados, afloraron formas de oposición al régimen nazi próximas a la actividad guerrillera. Se mezclaron allí en el otoño de 1944, en una oposición efímera pero problemática para el régimen, grupos heterogéneos de soldados desertores, trabajadores extranjeros (que formaban ya aproximadamente un 20 por 100 de la mano de obra del Reich y planteaban a las autoridades nazis preocupaciones crecientes de insurrección), miembros de bandas disidentes de juventud desafecta

(conocida pintorescamente como «Piratas de Edelweiss») y la organización clandestina comunista (infiltrada y aplastada muchas veces, pero con una capacidad constante para recuperarse). Estos grupos robaban víveres, irrumpían en los campamentos y almacenes de la Wehrmacht para conseguir armas y organizaban actos de sabotaje. A veces llegaban a mantener tiroteos con los guardias de los campamentos y con la policía. Sus acciones tenían una orientación política: mataron, entre otros, a varios agentes de la Gestapo, incluido el jefe de la Gestapo de la propia Colonia, a un miembro de las SS y a un funcionario del Partido Nazi. La Gestapo les atribuía un total de veintinueve asesinatos. Eran frecuentes los ataques de estos grupos contra la Juventud de Hitler y otras formaciones nazis. Con los explosivos que robaban se proponían volar el cuartel general de la Gestapo y los tribunales de justicia de la ciudad y matar a un conocido abogado y a varios miembros de la organización del partido.[95] Es posible que la actividad semiguerrillera de Colonia se hubiese extendido a otras regiones de la región del Ruhr y el Rin, si el avance aliado en el oeste no hubiese aflojado el paso. Habría resultado más difícil combatirlo entonces. Pero tal como fueron las cosas, la Gestapo, con ayuda de unidades de la Wehrmacht, consiguió responder con efectos devastadores en el otoño. Los grupos de la resistencia no cedieron sin ludia. Un grupo mantuvo una batalla armada durante doce horas, hasta que fue volado el sótano destruido que les sema de «fortaleza». Otro grupo se defendió con granadas de mano y una ametralladora, consiguiendo finalmente romper el cordón policial y escapar.[96] Pero cuando la Gestapo terminó su tarea, habían sido detenidos unos doscientos miembros de este grupo y los otros grupos se hallaban totalmente destruidos y sus dirigentes habían sido ejecutados y los demás miembros encarcelados.[97]

Si el atentado de Stauffenberg hubiera tenido éxito, es posible que los tipos de activismo político de base como el que surgió en Colonia se hubiesen convertido en un fermento revolucionario con base en Alemania occidental. Pero podrían haberse dado muchas otras posibilidades (y muy dispares) si Hitler hubiese sido asesinado el 20 de julio. El resultado real fue que la resistencia desde abajo (de comunistas, socialistas, jóvenes rebeldes, trabajadores extranjeros, desertores del

ejército y otros), pese al valor demostrado por los implicados, se vio privada de toda posibilidad de éxito. El régimen había sido desafiado desde dentro. Pero el golpe dirigido contra su corazón no había resultado mortífero. Ahora reaccionaba con toda la ferocidad de que era capaz. Por el momento, al menos, consiguió reagrupar fuerzas y consolidarse de nuevo, dilatando el fin en varios meses, prolongando el calvario de millones de personas atrapadas en el remolino creciente de muerte y destrucción. Hitler y la jefatura nazi habían sobrevivido. Pero no había salida en el camino de autodestrucción en que se habían embarcado.

Tampoco había ninguna salida para el alemán de a pie. Se daba por supuesto que el régimen estaba liquidado. La única esperanza era que los ingleses y los estadounidenses contuvieran a los bolcheviques. Las reacciones más frecuentes, cuando acechaba aún otro invierno de guerra, eran la apatía, la resignación y el fatalismo. «A mí me da igual todo. Ya no puedo hacer juicios sobre la situación. Seguiré trabajando en mi tarea, esperaré y aceptaré lo que venga». Este enfoque, del que nos dan noticia las delegaciones regionales del Ministerio de Propaganda en el otoño de 1944, se decía que era predominante no sólo entre «el hombre de la calle», sino también entre miembros del partido e incluso entre los funcionarios, algunos de los cuales ya no querían ponerse las insignias nazis.[98] Era una señal evidente de que se acercaba el fin.

Capítulo III

Las columnas institucionales del régimen (la Wehrmacht, el partido, los ministerios del Estado y el aparato de seguridad controlado por las SS) se conservaban intactas en la segunda mitad de 1944. Y Hitler, la piedra angular que mantenía unida la estructura del régimen, seguía

siendo paradójicamente indispensable para su supervivencia, aunque condujese al mismo tiempo a Alemania hacia la perdición (por entonces incluso en opinión de algunos próximos a la cúpula dirigente). Así que la predecible concentración en torno a Hitler que siguió a la tentativa de asesinato de julio no podía ocultar durante mucho tiempo el hecho de que el edificio del régimen estaba empezando a desmoronarse a medida que el imperio nazi se encogía en toda Europa, y de que hasta algunos de los que más se habían beneficiado del nazismo empezaban a buscar posibles vías de salida, al aumentar el convencimiento de que la guerra estaba perdida. El régimen inició su fase más radical después del atentado, pero era un radicalismo que se debía a una reacción cada vez más desesperada del régimen ante una crisis que era tanto interna como externa.

La reacción evidente del propio Hitler tras la conmoción que le causó la bomba de Stauffenberg había sido recurrir a su base firme y fiel, los jefes del partido, y a su grupo de paladines más veteranos y de mayor confianza. En la atmósfera de acorralamiento sin salida de los últimos meses del régimen, el partido habría de asumir una función más dominante que en ningún momento desde la «toma del poder», invocando la superación de la adversidad de la «época de lucha»,[99] intentando infundir el «espíritu de lucha del nacionalsocialismo» a todo el pueblo, en una tentativa cada vez más inútil de combatir una superioridad material abrumadora de los aliados en armamento, con poco más que fuerza de voluntad fanática.

Hitler, como había hecho siempre en las crisis, se había apresurado a asegurarse tras el intento de golpe del 20 de julio la lealtad firme de los Gauleiter, los jefes provinciales del partido. Había entre ellos algunos que habían figurado entre sus hombres de mayor confianza durante cerca de dos décadas. Los Gauleiter constituían colectivamente, ahora lo mismo que antes, un soporte vital de su régimen. Sus virreyes provinciales eran ya, con sus posiciones en el partido afianzadas por la ampliación de sus poderes como comisarios de defensa del Reich, una garantía frente a cualquier posibilidad de disturbios encabezados por el ejército o a una posible insurrección de las regiones. Bormann había enviado una serie de circulares dirigidas a ellos el 20 de julio e

inmediatamente después, para asegurarse de que estaban bien informados de la gravedad de lo sucedido y de las medidas tomadas para aplastar el levantamiento.[100] Al cabo de unos días, estaba organizando ya una conferencia de los Reichsleiter y Gauleiter que debía celebrarse en Posen el 3-4 de agosto «para intensificar el esfuerzo bélico», según decía él.[101] Speer, Himmler, Goebbels y el propio Bormann figuraron entre los que se dirigieron a los jefes del partido. Speer consiguió impresionarles con cifras sobre la producción de armamento, que era muchísimo mayor de lo que ellos habían supuesto y que ayudó a calmarles los nervios. Himmler los enardeció con una apasionada prehistoria de la «traición» del 20 de julio, y con sus planes para una reorganización completa, «de acuerdo con principios nacionalsocialistas», del ejército de reserva, cuyo mando le había encomendado Hitler. Goebbels les explicó que el estado y el ejército no habían hecho más que crear problemas al Führer. «Ahora se acabará con eso—proclamó—. Se hará cargo el partido».[102]

Al día siguiente, los jefes del partido viajaron hasta la Guarida del Lobo. Hitler fue extendiendo lánguidamente la mano izquierda para saludarles uno por uno. Luego, pasaron a la sala de proyecciones donde pronunció un discurso sobre las consecuencias del intento de asesinato. No les dijo nada que no hubiese dicho a su círculo más íntimo inmediatamente después del suceso. Les explicó que él era indispensable para la nación, que «necesita un hombre que no capitule bajo ninguna circunstancia, sino que mantenga alzada inquebrantablemente la bandera de la fe y la confianza». Al final, ajustaría cuentas con sus enemigos, dijo. Pero la base de esto, añadió, apelando como siempre al apoyo de sus camaradas más fieles, era saber que tenía tras él «certeza absoluta, confianza fiel y cooperación leal». Una vez más, bastó con sus palabras para impresionar a su publico y para levantarle la moral.[103] Esto era crucial. Durante los meses siguientes, a medida que empezaban a desgastarse y finalmente a romperse los hilos de la administración del estado, los jefes del partido (sobre todo los que actuaban en sus regiones como comisarios de defensa del Reich) fueron cada vez más decisivos en el mantenimiento del sistema en las provincias que quedaban de régimen nazi.[104]

En el último intento desesperado de aumentar al máximo los recursos para la «guerra total» recayó en los comisarios de defensa del Reich un amplio campo para la propaganda, ¡La movilización y el control estricto de la población, las tareas predominantes del partido cuando la mayoría de la gente pensaba ya en lo que iba a suceder después del final del régimen y de la derrota militar inminente, en un futuro incierto. La escasez de hombres disponibles para enviar al frente y de trabajadores para las industrias de armamento, había aumentado de forma alarmante a lo largo de la primera mitad de 1944. La autorización de Hitler en enero a Fritz Sauckel, plenipotenciario del control de la mano de obra, para acabar con la escasez de trabajadores mediante el uso de obreros forzados procedentes de los territorios ocupados, mientras se otorgaba al mismo tiempo a Speer protección para la mano de obra empleada en sus fábricas de armamento de Francia, no había hecho nada por resolver el problema y además había agudizado el conflicto entre Sauckel y Speer.[105] Aparte de Speer, las SS, la Wehrmacht y el partido habían demostrado también un afán por impedir que les esquilmasen su personal Bormann había sido responsable incluso de un aumento del 51 por 100 en el número de «ocupaciones reservadas», exentas de reclutamiento, en la administración del partido entre mayo de 1943 y junio de 1944.[106]

Por otra parte, la escasez de mano de obra se había agudizado mucho con el doble desastre militar de junio del desembarco aliado en Normandía y la devastadora ofensiva del Ejército Rojo en el frente oriental. Esto había impulsado a Goebbels y a Speer a unir fuerzas para conseguir que Hitler accediese a una drástica radicalización del «frente interior» de modo que se pudiese aprovechar todo el potencial humano disponible para la esfuerzo bélico.[107] Le habían enviado los dos largos memorandos a mediados de julio, prometiendo inmensos ahorros de mano de obra para sobrellevar la situación hasta que estuviesen, disponibles las nuevas armas y se desmoronase la coalición antialemana.[108] Pero, antes de la bomba de Stauffenberg, Hitler se había mostrado, como ya vimos, poco dispuesto a satisfacer sus radicales peticiones. Fuese cual fuese la retórica acompañante y el sentimiento indudable entre los menos favorecidos (sentimiento que la propaganda del propio

Goebbels había ayudado a fomentar) de que muchos de los que gozaban de mejor posición económica aún podían eludir las cargas de la guerra y no estaban colaborando en la causa nacional, tales peticiones eran inevitablemente impopulares en muchos círculos, se oponían a poderosos intereses encubiertos y transmitían además una impresión de desesperanza. Y como se apresuraba a señalar la administración del estado, los beneficios podrían no ser tan impresionantes; sólo uno de cada doce de los que estaban trabajando en el funcionariado que no habían sido llamados a filas tenía menos de cuarenta y tres años, y más de dos tercios pasaban de los cincuenta y cinco.[109]

Hitler le había dicho a su ministro de propaganda, en fecha tan reciente como el mes de junio, que aún no estaban maduras las cosas para «una gran llamada a la guerra total en el verdadero sentido de la palabra», que las crisis se superarían «del modo habitual», pero que él estaría dispuesto a introducir «medidas totalmente anormales» si se produjesen «más crisis graves».[110] El cambio de opinión de Hitler, que se manifestó inmediatamente después de la tentativa fallida de asesinato, cuando decidió otorgar a Goebbels la nueva autoridad que este anhelaba desde hacía tanto tiempo, de plenipotenciario del Reich para el esfuerzo bélico total (Rechsbevollmächtigt), equivalía a admitir tácitamente que el régimen se enfrentaba a una crisis de una intensidad sin precedentes.

El que Goebbels actuara de una forma tan decisiva para sofocar el levantamiento del 20 de julio influyó mucho, sin duda, para que Hitler le eligiera para supervisar la radicalización del frente interior. El Hitler vacilante de antes se convirtió en un hombre más abierto a sus peticiones de medidas draconianas. En realidad, la decisión ya estaba tomada cuando en una reunión de representantes ministeriales y otros personajes importantes del régimen, que se celebró dos días después del atentado de Stauffenberg, el jefe de la Cancillería del Reich, Lammers, propuso que se otorgasen amplios poderes al ministro de propaganda para llevar a cabo una reforma del estado y de la vida pública. Se otorgaron a Himmler amplios poderes complementarios al mismo tiempo para reorganizar la Wehrmacht y reclutar todo el potencial humano todavía disponible.[111] Al día siguiente, 23 de julio, los dirigentes del régimen, a quienes se unió por entonces Goebbels, se reunieron en la

Guarida del Lobo donde el propio Hitler, apoyándose mucho en el memorando de Goebbels de la semana anterior, confirmó el nuevo papel del ministro de propaganda. Hitler pidió «algo fundamental» si aún se quería ganar la guerra. Había enormes reservas disponibles todavía sin utilizar. Y había que utilizarlas ya sin respeto a personas, posiciones ni cargos. Alabó al partido de los primeros tiempos, que había lograr «el mayor éxito histórico» con sólo un sencillo aparato administrativo. Goebbels reseñó con interés el cambio de actitud de Hitler desde su encuentro de un mes antes. La tentativa de asesinato y los acontecimientos en el frente oriental habían introducido claridad en sus decisiones, escribía en su diario.[112] El ministro de propaganda comentaba además lacónicamente a su personal que «a Hitler hay que ponerle una bomba en el culo para que entre en razón».[113]

El decreto de Hitler del 25 de julio, nombrando a Goebbels para el nuevo cargo, indicaba que la propuesta para el nombramiento de un «plenipotenciario del Reich para el esfuerzo bélico total» procedía de Göring, en su vieja (pero absolutamente ineficaz) condición de presidente del consejo de ministros para la defensa del Reich.[114] De hecho, la formula se la había sugerido el propio Goebbels, y luego se había encargado de redactar cuidadosamente un borrador Lammers, par a que no quedase mal Göring, que había puesto objeciones a aquella nueva merma de su autoridad y que había conseguido, como siempre, que Hitler se negara a permitir una disminución de su prestigio. Aun así, el mariscal del Reich se retiró indignadísimo a su finca de caza de Rominten, Prusia oriental, y estuvo varias semanas sin querer volver a la Guarida del Lobo.[115] Goebbels disfrutó de su momento de triunfo. Parecía haber logrado al fin lo que llevaba tanto tiempo queriendo conseguir: el control del «frente interior» con «los más amplios poderes plenipotenciarios […] que se hayan otorgado hasta ahora en el Reich nacionalsocialista», con autoridad (el factor decisivo en su opinión) para emitir directrices dirigidas a los ministros y a las autoridades gubernamentales de más alto rango.[116] A su personal le explicó que tenía «poderes dictatoriales prácticamente absolutos dentro del Reich».[117]

Pero en el Tercer Reich nada era nunca del todo lo que parecía. El

propio decreto limitaba los poderes de Goebbels en algunos aspectos. Podía emitir directrices dirigidas a las «autoridades de más alto rango del Reich». Pero sólo ellas podían emitir ordenanzas y decretos de cierta trascendencia. Y esas ordenanzas y decretos tenían que contar con la anuencia de Lammers, Bormann y Himmler (como plenipotenciario de la administración del Reich, condición inherente a su cargo de ministro del interior). Cualquier directriz relacionada con el propio partido tenía que contar con el apoyo de Bormann (y por detrás de Bormann, coincidir con los deseos del propio Hitler). Cualquier objeción no resuelta a las directrices de Goebbels tenía que pasar a Lammers para que tomara la decisión definitiva el propio Hitler. Aparte de lo que especificaba el propio decreto, Hitler comunicó a Goebbels que se hallaban excluidas también de las directrices las autoridades directamente responsables ante él (las que participaban en los planes de reconstrucción de Berlín, Munich y Linz, el personal encargado de los vehículos de motor que estaban a su servicio y el personal de la Cancillería del Reich, de la Cancillería presidencial y de la Cancillería del partido).[118] La Wehrmacht, bajo la autoridad de Himmler, había estado exenta desde el principio.

Estas restricciones a sus poderes no apagaron el entusiasmo de Goebbels por su nueva tarea. En una alocución radiofónica del 26 de julio, un día después de su nombramiento, el ministro de propaganda transmitió la impresión de que, lejos de haberse agotado las reservas de potencial humano por los cinco años de guerra, la movilización total no había hecho más que empezar y se liberarían «por todo el país tantas manos para el frente y para las fábricas de municiones, que no nos costará demasiado controlar de forma soberana los problemas que tienen que surgir inevitablemente de vez en cuando en la guerra».[119] En cuanto Goebbels puso en marcha, con su enérgico dinamismo habitual, un verdadero frenesí de actividad en su nuevo papel, entró inmediatamente en acción el principio de que con «voluntad» se podía superar cualquier problema. El equipo de cincuenta personas que formó en seguida, eligiéndolas en varios ministerios, sobre todo en el suyo, en el de propaganda, se enorgullecía de sus métodos antiburocráticos, de la rápidez con que podía tomar decisiones y de su capacidad de

improvisación. Goebbels, como agentes principales para garantizar la aplicación de las directrices en las regiones y el que no se dejase piedra sin remover en la búsqueda de reservas disponibles de mano de obra, recurrió a los Gauleiter del partido, fortaleciendo sus ya amplios poderes como comisarios de defensa del Reich. Pensaba que se podía confiar en que ellos volverían a invocar el espíritu de la «época de lucha» para impedir que la burocracia se entrometiese en el camino de la acción. (La cooperación de los Gauleiter estaba garantizada en la práctica, siempre que no se les quisiese quitar el personal de sus oficinas del partido. Bormann garantizaba que estuviesen bien protegidas).[120]

Además del activismo del partido, Goebbels necesitaba también el respaldo de Hitler. Se lo aseguró mediante una sucesión ininterrumpida de boletines sobre los progresos del programa (Führer-Informationen), impresos en una «máquina del Führer» (una máquina de escribir con los caracteres muy grandes para que pudiera verlos bien la vista debilitada de Hitler)[121] en que comunicaba los éxitos y exponía recomendaciones generales (como la simplificación del papeleo burocrático innecesario) de tal manera que, dada la mentalidad de Hitler, la aprobación fuese prácticamente automática, posibilitando así más vías de intervención.[122]

Sin embargo, Hitler no dio una aprobación general a todas las medidas propuestas por Goebbels. Podía contar con que Bormann le llamaría la atención sobre cualquier propuesta que sus propias antenas, bastante finas aún, le indicasen que podría tener una influencia perjudicial innecesaria en la moral de la población, en el interior del país y muy especialmente entre los soldados del frente. Rechazó, por tanto, la propuesta del «plenipotenciario para la guerra total» de ahorrar mano de obra en los servicios postales suprimiendo la entrega de paquetes pequeños y de telegramas privados, considerando que esos cambios producirían escasos beneficios y serían sumamente impopulares entre las familias divididas por la guerra. Y bloqueó también la propuesta de que cesase el suministro de periódicos y revistas al frente, porque a los soldados les gustaba mucho leerlos.[123]

Por otra parte, Goebbels no pudo superar la oposición a sus propuestas cuando Lammers y Göring se unieron para rechazar la

propuesta de que se eliminase la oficina del ministro presidente de Prusia junto con el Ministerio prusiano de Finanzas (que había sido rechazada por Lammers el año anterior, pero que había pasado a hacerse irrebatible tras la participación del ministro Popitz en la conspiración contra Hitler). Teniendo en cuenta el esfuerzo burocrático necesario para transferir las actividades a otra parte, hasta el cierre del Ministerio de Finanzas prusiano resultaba contraproducente como medida para ahorrar personal. Los complejos problemas de reorganización administrativa que planteó Lammers si se eliminaba el cargo de presidente ministro acabaron haciendo decidir a Hitler en contra de su abolición.[124]

Un problema evidente era el de cómo debían reutilizarse los ahorros que se hiciesen en mano de obra. Speer, como ministro de armamento, quería utilizar la hueva mano de obra disponible en las fábricas que se hallaban bajo su control. Goebbels, por su parte, consideraba que su tarea principal era liberar nuevas reservas para el frente. La efímera alianza entre los dos se fue al traste en seguida por esa causa. Speer consideraba que Goebbels socavaba ahora sus poderes y que también lo hacían los Gauleiter que, espoleados por el plenipotenciario de la guerra total y aprovechando las nuevas oportunidades que la revitalización del partido proporcionaba, intervenían frecuente y arbitrariamente en su esfera, la de la producción de armamento. El conflicto se agudizó al pedir Goebbels que se reclutasen cien mil hombres de la industria de armamento. El 21 de septiembre envió a Hitler una extensa carta en que exponía sus peticiones de que se limitase la intervención del partido en cuestiones de armamento.

Dada su relación personal con Hitler y la naturaleza prioritaria de su trabajo, esta apelación personal de Speer había tenido en el pasado bastantes posibilidades de éxito. En esta ocasión, Hitler no hizo comentarios a la carta de Speer, sino que llamó a su ayudante y le mandó que se la pasase a Bormann. Pidió su parecer a este y a Goebbels, que estaba por entonces en el cuartel general del Führer. Speer escribió mucho después que era como si Hitler estuviese demasiado cansado para abordar personalmente un problema tan complejo.[125]

Unas horas después, pidieron a Speer que acudiese a la oficina

cercana de Bormann, donde se reunió con el jefe de la Cancillería del partido, en mangas de camisa y con tirantes por encima de su gran estómago, y con el diminuto Goebbels, ataviado con más formalismo. Speer no tenía nada que hacer frente a la nueva alianza, basada en el interés mutuo, que controlaba el partido, que estaba al cargo de la propaganda, que apelaba a los principios del nacionalsocialismo y a los Gauleiter y que contaba con acceso a Hitler. Fue una discusión acalorada. Pero las alusiones de Speer a su «responsabilidad histórica» y las amenazas de dimitir no impresionaron. «Yo creo que hemos dejado que este joven se hiciera demasiado grande», escribía fríamente Goebbels en su diario. Bormann le dijo a Speer que tenía que aceptar las decisiones de Goebbels y le prohibió que volviese a recurrir a Hitler. Goebbels informó a Speer de que se proponía utilizar plenamente los poderes que le había otorgado Hitler. La discusión terminó con la declaración de Goebbels de que le plantearía a Hitler la cuestión (totalmente retórica) de si estaba dispuesto a prescindir de aquellos 100.000 hombres.[126]

Dos días después, Hitler firmó una proclama de Speer dirigida a los directores de las fábricas de armamento que, en opinión del ministro, le otorgaba la mayoría de las peticiones que él había formulado en su carta. Hitler parecía que estaba dando lo que querían a las dos partes enfrentadas, como hacía siempre. Pero Speer se daba cuenta de que aquello no era una victoria sobre Bormann y Goebbels. Hitler no estaba dispuesto a mantener a raya a sus jefes del partido (Speer creía que no podía hacerlo).[127] En realidad, no podía hacer nada para poner fin al conflicto entre dos de sus barones feudales más importantes. La disputa se prolongó varias semanas.[128] Aunque no hubo ningún ganador claro, había indicios bastante evidentes de que la influencia de Speer sobre Hitler, que había sido excepcional, se estaba debilitando. Por otra parte, tanto la posición de Goebbels como la de Bormann se habían reforzado con la vuelta al activismo del partido. Y entonces, como siempre, todas las posiciones de poder del Tercer Reich dependían aún del favor de Hitler.

Goebbels, respaldado por ese favor, imprimió sin duda un impulso nuevo de austeridad extrema en el país durante las primeras semanas

que desempeñó su nuevo cargo de plenipotenciario de la guerra total. En la esfera cultural, se cerraron muchos teatros y escuelas de arte, se redujeron orquestas de tamaño, en la industria cinematográfica se introdujeron recortes drásticos de personal, se suprimieron tres cuartas partes de la Cámara Cultural del Reich. Se impusieron grandes restricciones a las imprentas, y se cerraron muchos periódicos. También se cerraron empresas que fabricaban productos que no eran necesarios para el esfuerzo bélico, como juguetes y artículos de moda. Se restringió notablemente el uso del servicio doméstico (desempeñado mayoritariamente por no alemanes), liberándose hasta cuatrocientas mil mujeres para el trabajo (con un aumento de la edad de reclutamiento de los cuarenta y cinco a los cincuenta y cinco años). Se redujeron los servicios postales y ferroviarios. Se obligó a las oficinas locales del gobierno a simplificar los trámites administrativos y a reducir el personal. Se prohibieron los permisos a partir de mediados de agosto. En los negocios y la administración del estado trabajaban un mínimo de sesenta horas semanales. En octubre se había conseguido reunir un total de 451. 800 hombres disponibles para el esfuerzo bélico.[129]

Las cifras eran engañosas. Una gran parte de hombres procedentes de la administración del estado y de la economía eran demasiado viejos para el servicio militar. Así que Goebbels se vio obligado a buscar hombres adecuados en ocupaciones reservadas, trabajos que se consideraban esenciales para el esfuerzo bélico, entre los que se incluían los oficios especializados de las fábricas de armamento o de la producción de artículos alimentarios. Su sustitución por trabajadores mayores, menos aptos, con menos experiencia y menos cualificados, cuando era posible, era administrativamente complicada e ineficaz al mismo tiempo. La adición neta de trabajadoras alcanzó un total de poco más de un cuarto de millón. Un elevado número del medio millón de personal femenino movilizado sustituyó a mujeres mayores que estaban atadas al hogar. Sólo había 271. 000 mujeres más trabajando en septiembre de 1944 de las que había en mayo de 1939. Pese a las medidas draconianas que se habían aplicado, el número de alemanes varones empleados en la industria había descendido hasta nada más que 848. 500 durante el mismo periodo (cifra sobradamente compensada por

los trabajadores extranjeros). Mientras que hasta un sector tan esquilmado como el administrativo sólo había perdido el 17 por 1oo de sus empleados. En realidad, la economía alemana sólo se mantenía en pie debido al empleo de mano de obra extranjera forzada, que constituía ya el 20, 8 por 100 de la misma (porcentaje que era muy superior en la agricultura). Y aunque, en parte por las medidas de Goebbels, resultó posible emdar un millón de hombres más o menos al frente entre agosto y diciembre de 1944, las bajas alemanas en los tres primeros de esos meses fueron en total de 1.189.oo entre muertos y heridos.[130] Por mucho que Goebbels pregonase sus logros como plenipotenciario del Reich para el esfuerzo bélico total, la realidad era que lo único que hacía era rebañar el fondo del caldero.

Y entre los aspectos más extraños de la campaña de «guerra total» de la segunda mitad de 1944, figuraba el hecho de que Goebbels (de acuerdo con el director de cine Veit Harlan), precisamente cuando estaba apurando las últimas reservas de mano de obra, estaba permitiendo por orden expresa de Hitler que se empleasen 187. 000 soldados retirados del servicio activo como extras para la película épica en color titulada Kolberg, cuyo tema era la defensa de la pequeña población báltica del mismo nombre contra Napoleón y que debía servir como modelo y estímulo en la campaña de la guerra total. Según Harlan, no sólo Goebbels sino también Hitler, estaba «convencido de que una película así sería más útil que una victoria militar».[131] La propaganda tenía que ser lo primero, incluso durante la crisis terminal del régimen.

La evocación de la defensa heroica de la patria por las masas contra el ejército napoleónico invasor (el mito que se exponía en Kolberg) se aplicó directamente a la expresión más vivida del impulso desesperado de la «guerra total»: la creación por Heinrich Himmler de la Volkssturm, o milicia popular, el 18 de octubre de 1944, en que se cumplían 131 años de la legendaria derrota de Napoleón en la «Batalla de los pueblos», cerca de Leipzig, cuando una coalición de fuerzas al mando de Blücher liberó definitivamente el territorio alemán de las tropas del emperador francés.[132] La Volkssturm era la encarnación militar de la fe del partido en el «triunfo de la voluntad».[133] Era la tentativa del partido de militarizar la patria, simbolizando la unidad mediante la participación

del pueblo en la defensa nacional, superando las deficiencias de armamento y de recursos a base de pura fuerza de voluntad.

El Ministerio de Propaganda había hecho propuestas para que se creasen unidades de «protección de fronteras» en el este ya a mediados de julio, después de la penetración del Ejército Rojo en Lituania.[134] Pero en las semanas que siguieron al atentado contra la vida de Hitler, se hizo primordialmente con la iniciativa de Martin Bormann. Más dispuesto a combatir la posible agitación interior que la invasión exterior, Bormann buscó en agosto la ayuda de Himmler, como comandante del ejército de reserva, para armar a los funcionarios del partido. El partido había asumido también la responsabilidad de la Luftwaffe para el servicio antiaéreo. Las amenazas en las fronteras produjeron nuevos servicios, controlados también por el partido, pues era necesario excavar fortificaciones. Fue esta una tarea que involucró a las mujeres además de a los hombres en un trabajo manual duro y pesado.[135]

Aunque Goebbels seguía convencido de que incorporaría a su tarea de «guerra total» la organización de la Volkswehr (defensa del pueblo), como se llamó inicialmente, dejando los aspectos militares para las SA, Bormann y Himmler habían llegado al acuerdo de dividirse esa responsabilidad entre los dos. A principios de septiembre se propusieron los borradores para un decreto de Hitler. Este acabó firmándolo el 26 de septiembre, aunque se fechó el día antes.[136] Hablaba del «objetivo final» de la alianza enemiga que se decía que era «la erradicación del hombre alemán» (Ausrottung des deutschen Menschen). Ese enemigo debía ser rechazado hasta que se lograse una paz que garantizase el futuro de Alemania. Para conseguirlo, continuaba el decreto de Hitler, en su lenguaje habitual, «iniciamos el despliegue completo de todos los alemanes contra la conocida voluntad de aniquilación total de nuestros enemigos de la internacional judía». Debía crearse la «Volkssturm alemana» en todas las Gaue del partido, que debía incluir a todos los hombres capaces de portar armas de entre los dieciséis y los sesenta años de edad. La instrucción y organización militares y la provisión de armamento correspondía a Himmler, como comandante del ejército de reserva. Las cuestiones organizativas y políticas eran competencia de

Bormann, que actuaba en representación de Hitler.[137] A los funcionarios del partido se les asignaba la tarea de formar compañías y batallones.[138] Se preveía un numero total de seis millones de miembros de la Volkssturm.[139] Todos ellos tenían que jurar «lealtad y obediencia incondicionales al Führer del gran Reich alemán Adolf Hitler», y debían preferir «la muerte a renunciar a la libertad y el futuro social del pueblo».[140]

Los hombres reclutados tenían que proporcionar sus propias prendas de ropa, así como utensilios para comer y beber, artículos de cocina, una mochila y una manta.[141] Y como escaseaba el suministro de municiones en el frente, el armamento de los miembros de la Volkssturm era bastante pobre, lógicamente.[142] No tenía nada de extraño que la Volkssturm fuese bastante impopular y se la considerase inútil, dado que la guerra ya estaba perdida. Según un comentario recogido, la Volkssturm se había creado porque «no hay nada más que oponer al ataque de nuestros enemigos que gente y sangre». Según otro comentario, el cartel del decreto del Führer en el que creaba la Volkssturm parecía el comunicado de una ejecución… y en realidad la anunciaba, «la ejecución de todo el pueblo alemán».[143]

Los temores estaban justificados, sobre todo en el frente oriental. El Gauleiter Erich Koch informaba ya en octubre de numerosas bajas entre las unidades de la Volkssturm de la Prusia oriental.[144] Las bajas eran militarmente inútiles. No contuvieron el avance del Ejército Rojo ni un solo día. Se calcula que perdieron la vida en total en la Volkssturm unos 175.000 ciudadanos, que eran en su mayoría demasiado mayores, demasiado jóvenes o demasiado débiles para el combate.[145] La inutilidad de las bajas era un indicio claro de que Alemania se hallaba al borde de la quiebra militar.

Cuando el otoño de 1944 se encaminaba hacia lo que resultaría ser el último invierno de la guerra, la urdimbre del régimen aún se mantenía firme. Pero todo indicaba que los hilos estaban empezando a desgastarse. El cierre de filas que había seguido al atentado de Stauffenberg había producido temporalmente un ímpetu revitalizador en el partido. Hitler, casi como un reflejo, se había vuelto hacia dentro, hacia aquellos en quienes confiaba. Su distanciamiento, no sólo de los jefes del ejército a

quienes detestaba sino también de los órganos de administración del estado, empezó a ampliarse inmensamente al ir apoyándose cada vez más en un número menguante de viejos paladines. Resultó especialmente fortalecida la posición de Bormann, basada en la combinación de su cargo de jefe de organización del partido y, sobre todo, en su proximidad a Hitler como secretario y portavoz del Führer, que vigilaba el acceso al mismo y lo restringía. Fue uno de los ganadores del cambio de circunstancias que se produjo después del 20 de julio.[146] Otro de los ganadores fue Goebbels, que, como Bormann, había aprovechado la oportunidad para fortalecer su propia posición de poder al aumentar el partido el control sobre casi todos los aspectos de la vida en el interior de Alemania. La movilización y el control habían sido la esencia de la actividad del partido desde el principio. Ahora, cuando el régimen se tambaleaba, volvía a su esencia.

Speer fue uno de los que salieron perdiendo con los cambios producidos por la conspiración frustrada. No podía contar ya con el favor especial que le otorgaba Hitler. Sin una base en el partido, empezó a sentir el frío. Lo mismo le sucedió, al fortalecerse el partido, a Lammers, el único elemento de coordinación entre las tareas de los diversos ministerios del Reich y Hitler. Aunque sus relaciones con Bormann nunca habían estado libres de tensión, habían funcionado a su manera, y habían constituido a veces la base de una alianza pragmática contra otras fuerzas del régimen.[147] En el otoño de 1944, había empezado a romperse el equilibrio de sus posiciones con el fortalecimiento de la posición de Bormann. Disminuyó el contacto entre ellos. Más importante aún: Lammers perdió el acceso a Hitler. El principal organizador de la tarea de gobierno ya no se hallaba en posición de analizarla con el jefe del estado. En una carta a Bormann del 1 de enero de 1945, Lammers, evocando la buena cooperación anterior, lamentaba que hiciese ya tres meses que no podía celebrar una audiencia con Hitler, que hubiese tenido que ceder a finales de octubre las habitaciones de que disponía cerca del cuartel general de campaña de Hitler y que los ministros del Reich tuviesen que buscar inevitablemente otros canales para acercarse al Führer si él no podía proporcionarlos. Se quejaba de que se había visto a menudo en la embarazosa situación de

haber tenido que asumir la responsabilidad de decisiones del Führer que se le habían transmitido sin ninguna posibilidad de influir en ellas y lograr un resultado distinto. Su lamento concluía con una petición patética a Bormann de que le consiguiera una breve audiencia con el Führer para poder tratar con él de los muchos asuntos que se habían acumulado durante aquel periodo.[148] Era evidente que, con el final del régimen a la vista, Hitler tenía poco interés por las tareas normales de gobierno. Por otra parte, el trabajo de los principales organismos del estado sólo podía fragmentarse aún más.

Hay otro proceso, vinculado a una fuente bastante imprevisible, que aporta en una visión retrospectiva (en la época aún era algo bien oculto) el indicio más claro de que el régimen empezaba a tambalearse. Uno de los que más se beneficiaron del golpe fallido del 20 de julio de 1944 fue el Reichsführer-SS Heinrich Himmler.[149] Hitler había asignado al «fiel Heinrich» la jefatura de la laberíntica organización de seguridad, encomendándole la responsabilidad general de poner al descubierto el trasfondo de la conspiración y detener a los conspiradores. Y, además de los otros amplios poderes de que disponía, Himmler obtuvo también entonces acceso directo al ámbito militar como comandante del ejército de reserva, con atribuciones para emprender una reorganización a gran escala. Pronto dispondría también, como hemos visto ya, del control sobre la milicia popular, la Volkssturm. Pero en ese mismo periodo, Himmler, que probablemente fuese ya el individuo más poderoso de Alemania después de Hitler, estaba jugando un doble juego, combinando las demostraciones de lealtad absoluta con sondeos secretos a Occidente, inducidos por la vana esperanza de salvar no sólo el pellejo sino su posición de poder en el caso de que ingleses y estadounidenses acabasen entrando en razón y pasando a combatir la amenaza del comunismo con la ayuda de sus SS. En octubre, Himmler utilizó a un intermediario de las SS para transmitir a un industrial italiano con buenas conexiones en Inglaterra la propuesta de poner a disposición de los aliados veinticinco divisiones alemanas destacadas en Italia como defensa contra el comunismo, a cambio de una garantía de la preservación del territorio y de la población del Reich. Tanto los ingleses como los estadounidenses rechazaron de plano la propuesta.[150] En este escenario no cabía Hitler.

Pero lo único que estaba haciendo Himmler era engañarse a sí mismo. Estaba demasiado implicado en los aspectos más terribles del régimen nazi para que los aliados pudiesen tomarle en serio como posible dirigente de una Alemania post-Hitler. Tampoco para él había salida. Sin el respaldo de Hitler, su poder se evaporaría como un soplo de aliento en el aire crudo de la mañana. Eso era tan cierto a finales de 1944, como en cualquier otro periodo del Tercer Reich.

La autoridad de Hitler se mantenía intacta. Pero si hubiese podido abrirse una vía de escape deponiéndole o desembarazándose de él, había ya entre sus paladines más fieles algunos que la habrían seguido.

Capítulo IV

Mientras tanto, iba cerrándose el cerco en torno al Reich de Hitler. Entre junio y septiembre, la Wehrmacht perdió en todos los frentes bastante más de un millón de hombres, entre muertos, capturados o desaparecidos. Las pérdidas en tanques, armas, aviones y otro tipo de armamento fueron incalculables.[151] La guerra aérea era por entonces casi completamente unilateral. La escasez de combustible hacía que muchos cazas alemanes no pudieran despegar cuando las escuadrillas de bombarderos ingleses y estadounidenses devastaban los pueblos y ciudades alemanes con impunidad, tanto de día como de noche. La guerra en el mar estaba casi definitivamente perdida por entonces para Alemania, La flota de submarinos no había llegado a recuperarse nunca de sus pérdidas de la segunda mitad de 1943, mientras que los convoyes aliados podían cruzar ya el Atlántico casi sin obstáculos. La segunda mitad de 1944 sólo hundieron doce barcos, con un total de 55.290 toneladas, en el Atlántico Norte (sin ninguna pérdida durante el mes de octubre). Otros sesenta y cinco barcos (una pequeña fracción del tonelaje

aliado total que surcaba los mares) cayeron víctimas de los submarinos alemanes frente a las costas de Inglaterra. Se perdieron en total 138 submarinos durante el mismo periodo.[152] Por otra parte, los territorios del imperio nazi fueron reduciéndose notoriamente, a partir de junio y hasta finales del verano debido a los avances de los aliados, tanto en el frente occidental como en el oriental.

En el frente occidental, los comandantes militares de Alemania hacía mucho que consideraban inútil la continuación de la guerra. El débil e impresionable Kluge se dejó convencer fácilmente por Hitler cuando sustituyó a Rundstedt a principios de junio de que los comandantes del frente occidental, sobre todo Rommel, habían sido demasiado pesimistas en su análisis de la situación. Pero después de una visita de dos días al frente no tuvo más remedio que admitir que Rommel tenía razón. En su carta a Hitler del 15 de julio, Rommel había dicho explícitamente que, pese al heroísmo con que estaban luchando las tropas, «la lucha desigual se encamina a su fin». Se sentía, por tanto, obligado a pedir a Hitler, escribía, «que sacara las consecuencias de esta situación sin demora».[153] Hizo saber también a los jefes de la conspiración contra Hitler que estaría dispuesto a unirse a ellos si se rechazaban sus peticiones de que se pusiese fin a la guerra. Nunca se llegó a investigar al mariscal de campo más famoso de Alemania. Tres días antes de que estallase la bomba de Stauffenberg, Rommel resultó gravemente herido cuando su coche patinó y se salió de la carretera después de que le alcanzase el fuego de un avión enemigo.[154]

Cinco días después del atentado contra Hitler se inició la «Operación Cobra», el avance aliado en dirección sur, hacia Avranches, con un feroz «bombardeo de saturación» de unos dos mil aviones que arrojaron 47. 000 toneladas de bombas sobre una división acorazada alemana ya debilitada en una zona de unos quince kilómetros cuadrados. Terminó el 30 de julio con la toma de Avranches y la apertura no sólo de la ruta hacia los puertos de la costa de Bretaña, sino también hacia el flanco alemán al descubierto en dirección este y hacia el corazón de Francia.[155]

Cuando Hitler expuso a Jodl su visión panorámica de la situación militar general la noche del 31 de julio aún no se percibían plenamente

las consecuencias de la pérdida de Avranches. Hitler fue bastante realista en su valoración. Se daba cuenta perfectamente de lo peligrosa que era la situación en todos los frentes y de que era imposible combatir en las circunstancias existentes contra la abrumadora superioridad aliada en hombres y armamento, sobre todo en potencia aérea. Su principal esperanza era poder resistir y esperar. La tecnología armamentística, más aviones, y una posible ruptura de la alianza brindarían nuevas oportunidades.[156] Tenían que conseguir un cierto espacio de respiro en el oeste, le dijo a su ayudante de la Luftwaffe, Nicolaus von Below, poco después de su entrevista con Jodl. Luego, con nuevas divisiones acor azadas y nuevas escuadrillas de cazas, podría lanzar una gran ofensiva en el frente occidental. Below, lo mismo que muchos otros observadores, había considerado más importante concentrar todas las fuerzas en el frente oriental, contra el Ejército Rojo. Hitler contestó que podía atacar a los rusos en un momento posterior. Pero eso no podía hacerse con los estadounidenses ya en el Reich. (Hitler indujo a Below a creer al mismo tiempo que temía más al poder de los judíos en Estados Unidos que a los bolcheviques).[157] Por tanto, su estrategia era ganar tiempo, infligir un golpe importante a los aliados occidentales, esperar que se produjese una escisión en la alianza y volverse luego contra los rusos desde una nueva posición de fuerza.

Hitler pensaba, según le dijo a Jodl, que el frente oriental se podía estabilizar, siempre que se pudiesen movilizar fuerzas suplementarias. Pero una penetración del enemigo en el este, ya fuese en la Prusia oriental o en Silesia, que pusiese en peligro el territorio patrio tendría graves consecuencias psicológicas y plantearía una situación crítica.[158] Cualquier desestabilización en el frente oriental influiría en la actitud de los estados balcánicos, continuó, Turquía, Rumania, Bulgaria y Hungría. Había que tomar medidas preventivas. Era decisivo asegurar Hungría, tanto por las materias primas vitales como la bauxita y el manganeso, como por las líneas de comunicación con la Europa sudorienta). Bulgaria era esencial para el control de los Balcanes y para obtener mineral de hierro de Grecia.[159]. Hitler también temía un desembarco inglés en los Balcanes o en las islas Dálmatas, que Alemania no podría rechazar y que «podría tener lógicamente consecuencias catastróficas».[160]

En cnanto al frente italiano, Hitler consideraba que lo más ventajoso era paralizar allí fuerzas aliadas significativas para que no pudieran desplegarse en otra parte. La retirada de las fuerzas alemanas a los Apeninos eliminaría la movilidad táctica, sin impedir en realidad un avance aliado, y no dejaría otra posibilidad que la retirada a posiciones defensivas en los Alpes, lo que liberaría tropas aliadas para el frente occidental. Pero estaba dispuesto, como último recurso, a dejar Italia (y todos los Balcanes), hacer retroceder a las tropas alemanas hasta los Alpes y retirar sus fuerzas principales para destinarlas a la lucha vital en el frente occidental.[161]

Para él el escenario decisivo de la guerra era ese. Los soldados no entenderían que él siguiese en Prusia oriental cuando corrían peligro valiosas zonas occidentales del Reich y tras ellas el Ruhr, el corazón industrial de Alemania.[162] Tendrían que tomar las medidas necesarias para trasladar al oeste el cuartel general del Führer.[163] Habría que centralizar el mando.[164] No podían dejar la responsabilidad de esto a Kluge, comandante supremo del frente occidental. Hitler estaba tan paranoico por entonces por la posibilidad de que el ejército le traicionase, que le explicó a Jodl que sería necesario en ese caso no comunicar aquel plan al mando del ejército del oeste (e indicó la participación de Stülpnagel en la conspiración contra él), ya que era probable que se comunicase inmediatamente al enemigo.[165]

Hitler indicó lo que consideraba una cuestión decisiva en el oeste. «Si perdiésemos Francia como zona de guerra (Kriegsgebiet), perderíamos la base de la guerra submarina».[166] (Aunque, como ya hemos dicho, los submarinos eran ya ineficaces en la segunda mitad de 1944, a Hitler le había convencido Dönitz de que pronto habría disponibles submarinos nuevos y mejores, que constituirían un arma vital en la guerra contra las potencias occidentales).[167]

Se perderían además materias primas esenciales (señaló el wolframio, importante para la producción de acero y de productos electrotécnicos). Si no fuese tan importante para el esfuerzo bélico conservar Francia, dijo, abandonaría las zonas costeras (aún vitales para las bases de submarinos de Brest y Saint Nazaire) y haría retroceder las fuerzas móviles a una línea más defendible. Pero no veía de momento ninguna

posibilidad de mantener esa línea con las fuerzas disponibles, fuese cual fuese el punto donde se estableciese. Hemos de tener claro que sólo podría producirse un cambio en Francia si consiguiésemos la supremacía aérea, aunque sólo fuese durante un breve periodo», afirmó. Pero llegaba a la conclusión de que «por duro que pudiera ser por el momento», había que hacer todo lo posible por conservar «para el caso más extremo» como una «última reserva» las divisiones de la Luftwaffe que puedan formarse en el Reich (aunque eso pudiese llevar semanas) y utilizarlas donde se pudiese «en la última tirada de dados» (wo die letzten Würfel fallen) para lograr un cambio de suerte definitivo.[168]

Hitler intentaba desesperadamente ganar tiempo. «No puedo actuar yo mismo—dijo—pero puedo hacer que le resulte colosalmente difícil al enemigo actuar en las profundidades de la zona». Para esto, era esencial privarle del acceso a los puertos de la costa francesa, impidiendo el desembarco de tropas, armas y provisiones. (En aquel momento, sólo estaba en manos aliadas Cherburgo, con el puerto muy dañado). Hitler estaba dispuesto, según afirmó sin ambages, «sencillamente a sacrificar ciertas tropas» con ese fin. Había que conservar los puertos, insistió, a toda costa, sin la menor consideración por la gente de allí, para hacer que al enemigo le resultase imposible suministrar cantidades ilimitadas de hombres». Si no lo conseguían, podría producirse rápidamente un hundimiento del frente. Junto con esto, en un temprano atisbo de lo que se convertiría en una política de «tierra quemada» dirigida finalmente hacia el propio Reich, debían destruirse todas las instalaciones ferroviarias, incluidas las vías y las locomotoras, así como los puentes. También los puertos debían destruirse en último extremo, si no se podían conservar. Si pudiesen conservarse los puertos unas seis o diez semanas en el otoño, ganarían un tiempo precioso.[169]

Pero el tiempo no corría a favor de Hitler. Al enterarse de la gravedad de la conquista aliada de Avranches, ordenó (valiéndose de un plan operativo que había propuesto Kluge) una contraofensiva inmediata en dirección oeste desde Mortain, que en principio estaba previsto que se iniciase el 2 de agosto, con la finalidad de recuperar Avranches y de dividir las fuerzas de avance estadounidenses al mando del general George S. Patton.[170] La contraofensiva, que acabó iniciándose el 7 de

agosto, resultó desastrosa. Sólo duró un día, no pudo impedir que parte de las tropas de Patton penetrasen en Bretaña (donde pese a una defensa denodada la guarnición de Brest sólo aguantó hasta el 19 de septiembre) y terminó con las fuerzas alemanas sumidas en el caos, aunque evitando por poco un desastre aún peor.[171]

El 15 de agosto, Hitler rechazó la petición de Kluge de dar orden de retroceder a unos cien mil soldados amenazados de desastre inminente por embolsamiento cerca de Falaise. Al no poder comunicarse con Kluge ese día (el mariscal de campo se había trasladado a la zona de combate, en el corazón de la «bolsa de Falaise», y su radio había quedado inutilizada por el fuego enemigo) Hitler, que conocía perfectamente los coqueteos de Kluge con la conspiración contra él y conocía su pesimismo respecto al frente occidental, llegó rápidamente a la conclusión de que estaba negociando una rendición con los aliados occidentales.[172] Según Hitler, fue «el peor día de su vida».[173] Llamó inmediatamente al mariscal de campo Model, uno de los generales de su mayor confianza, que estaba en el frente oriental, le nombró sustituto de Kluge y le envió al cuartel general del frente occidental. Hasta que llegó Model, Kluge no había sido informado siquiera por Hitler de su inminente destitución. La perentoria nota manuscrita de Hitler, que le entregó Model, y en la que le ordenaba regresar a Alemania, terminaba con el comentario amenazador y ambiguo de que el mariscal de campo debía considerar qué dirección quería seguir. La llegada de Model no pudo cambiar la suerte de las tropas alemanas, pero bajo su mando (ayudado por errores tácticos del comandante de las fuerzas aliadas de tierra, el general Montgomery) resultó posible sacar en el último minuto a unos cincuenta mil hombres de la «bolsa de Falaise», que se cerraba cada vez más, para combatir otro día, más cerca de casa. Pero el mismo número de hombres cayeron prisioneros y resultaron muertos otros diez mil.[174]

Kluge debía de estar casi seguro de que sería detenido de inmediato, expulsado de la Wehrmacht y conducido ante el Tribunal del Pueblo por su relación con la conjura contra Hitler.[175] En el viaje de regreso a Alemania el 19 de agosto, cerca de Metz, pidió al chófer que parara para hacer un descanso. Deprimido, agotado y desesperado, se tomó una pastilla de cianuro.

Había escrito una carta a Hitler el día anterior. El mariscal de campo, que (como Hitler sabía) había tenido conocimiento previo de que se iba a producir el atentado, y que incluso un año antes del atentado de Stauffenberg había mostrado simpatía por Tresckow y el sector de oposición del grupo de ejército del centro, aprovechó sus ultimas palabras para alabar la jefatura de Hitler. «Mi Führer, siempre he admirado vuestra grandeza—escribió—. Habéis dirigido una lucha honesta y absolutamente grande», continuaba, refiriéndose a la guerra en el frente oriental. «La historia dará testimonio de ello». Apelaba luego a Hitler para que mostrase la grandeza necesaria para poner fin a una lucha sin perspectivas de éxito, con la finalidad de aliviar el sufrimiento de su pueblo. Su súplica en la agonía era todo lo que era capaz de distanciarse de la jefatura bélica del dictador. Terminaba con un voto de lealtad: «Me separo de usted, Führer, de quien siempre he estado interiormente más cerca de lo que quizás pueda usted imaginar, con la conciencia de haber cumplido con mi deber hasta el límite extremo».[176]

No se conoce la reacción directa de Hitler a la carta.[177] Pero el suicidio de Kluge no hizo sino convencerle no sólo de la participación del mariscal de campo en la conjura, sino también de que había estado intentando rendir sus fuerzas del oeste al enemigo. Hitler reflexionaba amargamente sobre esto y le resultaba difícil de entender. Había ascendido a Kluge dos veces, otorgándole los más altos honores, y le había hecho cuantiosas donaciones (que incluían un cheque de 250.000 RM libres de impuestos cuando cumplió sesenta años y un gran suplemento a su sueldo de mariscal de campo).[178] Quería impedir que se filtrasen noticias de la supuesta tentativa de capitulación de Kluge. Podrían causar un grave desánimo; inspirarían, sin duda, un desprecio aún mayor hacia el ejército. Permitió finalmente que los generales se enteraran del suicidio, pero para la opinión pública, la muerte del mariscal de campo (de un ataque al corazón, se dijo) no se comunicó hasta que su cadáver llevaba ya quince días sepultado en la iglesia de su finca de Brandenburgo. El funeral fue muy discreto. Hitler había prohibido todas las ceremonias.[179]

El día que se había perdido temporalmente el contacto con Kluge, el 15 de agosto, los aliados emprendieron la «Operación Dragón», el

desembarco de tropas en la costa mediterránea francesa.[180] Después de conquistar rápidamente Marsella y Toulon, continuaron hacia el norte, obligando a Hitler a aceptar a regañadientes la retirada hacia el norte de casi todas sus fuerzas de la Francia meridional con la finalidad de formar un frente cohesivo a lo largo del curso superior del Marne y el Saona, que se extendiese hasta la frontera suiza.[181] Estaba ya a la vista el final de la ocupación alemana de Francia. Aunque tardaría aún varias semanas en completarse, el momento simbólico llegó cuando, impulsado por huelgas, por un levantamiento popular y por ataques de la resistencia francesa contra los ocupantes alemanes, además de la favorable disposición del comandante alemán, general Dietrich von Choltitz a rendirse (pese a las órdenes de Hitler de reducir París a escombros si no podía conservarse),[182] el comandante supremo aliado, general Dwight D. Eisenhower, concedió a una división francesa el honor de liberar la capital francesa el 24 de agosto. Grandes multitudes celebraron la liberación dos días después, cuando vitorearon la marcha triunfal por los campos Elíseos del general Charles de Gaulle, jefe de los Franceses Libres.[183] Las escenas de gozo sólo aplazaron de momento las amargas recriminaciones que se produjeron en el interior del país contra los ciudadanos galos que habían colaborado con los ocupantes.

Por entonces, los aliados occidentales tenían dos millones de hombres en el continente.[184] Entraron en Bélgica y liberaron Bruselas el 3 de septiembre y conquistaron al día siguiente el importante puerto de Amberes, antes de que se pudiesen destruir sus instalaciones. De los puertos importantes del canal, sólo el de Cherburgo había estado hasta entonces en manos de los aliados, y los suministros a través de esa ruta se veían gravemente obstaculizados por el alto grado de destrucción. Amberes era vital para la penetración en Alemania. Pero hasta el 27 de noviembre no estuvo en condiciones seguras el estuario de Scheldt y no quedaron totalmente libres de minas los accesos al puerto.[185] Mientras tanto, la ofensiva aliada en dirección a las fronteras alemanas sufrió un importante revés con las graves pérdidas que produjeron, especialmente entre las tropas inglesas, los diez días de enconada lucha en la operación combinada por tierra y por aire («Huerto del Mercado») que se inició el 17 de septiembre para tomar los cruces fluviales en Eindhoven, Nimega

y Arnhem.[186] Además de por los problemas de suministro, la fatiga del combate y la necesidad de reponer las bajas, el avance aliado se atascó debido a la denodada defensa alemana, favorecida por el acortamiento de las líneas de suministro, la reutilización de los soldados que se habían librado de la bolsa de Falaise y los refuerzos procedentes del este.[187] En el oeste era evidente que, a pesar de los espectaculares éxitos de los aliados desde el día D, la guerra distaba mucho de haber terminado.

En el este, después de la gran ofensiva de verano del Ejército Rojo, la red alemana de alianzas con países balcánicos empezó a deshacerse en agosto de forma bastante parecida a lo que había temido Hitler. El 2 de agosto, Turquía anunció que rompía las relaciones con Alemania. Económicamente significaba la pérdida de los suministros de cromo.[188] Militarmente, estaba claro que Turquía acabaría uniéndose en algún momento a los aliados.[189] Tres días más tarde, el 5 de agosto, Hitler, acompañado por Ribbentrop, Keitel y Guderian, recibió al mariscal Antonescu en la Guarida del Lobo en un vano intento de apuntalar la alianza con Rumania.[190] Las conversaciones discurrieron con bastante suavidad. Pero Rumania había hecho ya sondeos de paz a los aliados. Y en Bucarest estaban agrupándose fuerzas destinadas a derribar a Antonescu y a sacar a Rumania de una guerra por la que el país había perdido interés después de las graves pérdidas que había sufrido en Stalingrado y en Crimea.[191] El 20 de agosto, cuando los soviéticos atacaron al grupo de ejército del sur de Ucrania, hubo unidades rumanas que desertaron en masa, uniéndose muchas de ellas al enemigo y atacando a sus antiguos aliados. Las tropas rumanas, cuando llegaron al Danubio antes que los alemanes en retirada, cerraron el cruce del río. Dieciséis divisiones alemanas quedaron expuestas al ataque del Ejército Rojo y fueron totalmente destruidas.[192] Fue un desastre militar de primer orden. Tres días más tarde, Antonescu fue depuesto tras un golpe de estado en Bucarest. Su sucesor, el rey Miguel, inició negociaciones de paz. Rumania cambió de bando, declarando la guerra a Alemania… y a Hungría (de la que pretendía ahora recuperar el territorio de Transilvania que se había visto obligada a ceder en 1940). El Ejército Rojo, al que se sumaron unidades rumanas, estaba ya en condiciones de cruzar el Danubio. La Wehrmacht, por su pane, había perdido en quince

días 380.000 hombres indispensables.[193]

Bulgaria, un país que desde 1941 había jugado una cuidadosa baza diplomática, se hallaba ahora en una situación muy apurada. Las tropas soviéticas cruzaron sus fronteras el 8 de septiembre (la URSS había declarado la guerra al país tres días antes) y ese mismo día Bulgaria cambió rápidamente de bando y declaró la guerra a Alemania.[194] Pendía ya del más débil de los hilos el control alemán sobre toda la región balcánica. El colapso de Rumania y de Bulgaria, seguido de la rápida ocupación soviética, hizo imperativa la retirada urgente de las tropas alemanas de Grecia. Comenzó en septiembre. A mediados de octubre, las tropas inglesas llevadas por vía aérea ocuparon Atenas e impidieron la revolución. El ejército guerrillero de Tito estaba por entonces a punto de entrar en Belgrado.[195] Entre tanto, las tropas alemanas estaban empeñadas en sofocar con una brutal represión un levantamiento protagonizado sobre todo por guerrilleros del país de inspiración soviética, junto con una notable minoría del ejército, 60.000 hombres, en el estado títere de Eslovaquia.[196] No lo conseguirían hasta finales de octubre. Y (lo más importante de todo desde el punto de vista de Hitler) en el caos creciente de la Europa sudoriental, Hungría, su principal aliado pero que llevaba mucho tiempo vacilante, había iniciado inmediatamente después del cambio de bando de Rumania sondeos urgentes para iniciar negociaciones de paz con la Unión Soviética. Las consecuencias pronto se harían sentir con la ocupación alemana del país a mediados de octubre.[197]

En estas mismas semanas críticas, Hitler estaba perdiendo también un aliado vital en la Europa septentrional. Hacía meses que se percibían claramente señales de peligro relacionadas con la posición de Finlandia. Los graves reveses en el norte del frente oriental alemán durante el verano fomentaron la sensación que existía en Finlandia de que el país debía abandonar su alianza con Alemania y la guerra. El presidente del estado, Risto Ryti, dimitió el 1 de agosto y fue sustituido por el veterano héroe de guerra, mariscal Carl Gustav van Mannerheim. Para la cúpula nazi era evidente que el paso siguiente de Mannerheim sería buscar un armisticio con la Unión Soviética.[198]e nada valió que Hitler enviase a Finlandia el 3 de agosto al coronel general Ferdinand Schörner en un

intento de fortalecer la resolución de Mannerheim; ni el que enviase más tarde, ese mismo mes, a Keitel a Helsinski para añadir las hojas de roble a la Cruz de Caballero del mariscal.[199] El 2 de septiembre, Mannerheim comunicó a Hitler que Finlandia no podía continuar la lucha. Debían romperse inmediatamente las relaciones. Las tropas alemanas debían abandonar el país el 15 de septiembre. El día 19 Finlandia firmó un armisticio con la Unión Soviética.[200]

En esos mismos meses trascendentales, a lo largo de agosto y septiembre, la cúpula dirigente alemana se enfrentó también a la represión del peligroso levantamiento que se produjo en Varsovia.

El levantamiento se había iniciado el 1 de agosto, dos días después de que penetraran los tanques del Ejército Rojo en los arrabales de Varsovia del este del Vístula, y la radio soviética había animado a los habitantes de la ciudad a levantarse contra sus ocupantes. El general Tadeusz Bor-Komorowski, jefe del ejército clandestino polaco (de unos 25. 000 hombres), supuso que el Ejército Rojo se proponía entrar en Varsovia y quiso, con un ojo puesto en el futuro, que fuesen los polacos quienes liberasen la capital del país… y polacos que representasen al gobierno exilado con base en Londres, no al «Comité polaco de liberación nacional» que había creado Stalin en Lublin. El levantamiento no estaba bien planeado. Los polacos comprendieron que no podían contar con mucha ayuda de las potencias occidentales, pero no preveían que la Unión Soviética fuese a dejarlos en la estacada. Sin embargo el Ejército Rojo se detuvo en el Vístula y no entró en la ciudad mientras Stalin (cínicamente consciente de que desbarataba así las esperanzas contenidas de independencia polaca en el orden de postguerra) ni ayudó a los polacos ni facilitó hasta que fue demasiado tarde los intentos de los ingleses y de los estadounidenses de suministrar armas y municiones a los insurrectos.[201]

Guderian, el jefe del Estado Mayor alemán, que no sabía nada de la cínica artimaña de Stalin y temía una cooperación entre los insurrectos y el Ejército Rojo, pidió a Hitler que incluyese Varsovia (aún bajo la égida de Hans Frank como general gobernador) en la zona militar de operaciones y la situase así bajo el control de la Wehrmacht.[202] Hitler se negó. Lo que hizo en vez de eso fue asignar por entero la

responsabilidad de aplastar la insurrección al jefe de las SS, Himmler. Este se había apresurado a ir a ver a Hitler en cuanto se había enterado del levantamiento. Explicaría poco después cómo le había planteado la noticia: «Dije: "Mein Führer, es un momento desagradable. Pero históricamente es una bendición lo que están haciendo los polacos. Nos costará cinco o seis semanas, pero después de eso Varsovia, la capital, la cabeza, la inteligencia de este antiguo pueblo polaco de dieciséis o diecisiete millones de habitantes, se habrá extinguido… este pueblo que nos ha bloqueado el este durante setecientos años y que se ha interpuesto siempre en nuestro camino desde la primera batalla de Tannenberg. Después de eso, el problema polaco ya no será históricamente un gran problema para nuestros hijos ni para todos los que vengan después de nosotros; ni para nosotros, en realidad"».[203]

Así que Himmler dio orden de destruir totalmente Varsovia,[204] encomendando al SS-Obergruppenführer Erich von dem Bach-Zelewski, que había participado anteriormente en matanzas de judíos en Rusia, y que había estado posteriormente al cargo de combatir a los guerrilleros en el frente oriental, de aplastar el levantamiento con toda la implacabilidad necesaria. Durante las semanas siguientes, Bach dirigió una feroz ofensiva contra los insurgentes polacos, utilizando como punta de lanza a dos brigadas tristemente célebres por su brutalidad, Kaminski y Dirlewanger (unidades de las SS de unos seis mil hombres formadas en el primer caso por ex prisioneros de guerra rusos, muchos de ellos rabiosamente antipolacos y en el segundo caso por delincuentes y forajidos sacados de los campos de concentración).[205] Como era de prever, se produjeron brutales orgías de atrocidades en las que hombres, mujeres y niños fueron sacrificados a miles mientras Varsovia era pasto de las llamas. Cuando el general Bor se rindió el 2 de octubre, la salvaje represión había dejado unas 200. 000 víctimas civiles polacas. Las bajas alemanas se elevaban a unos 26.000 hombres muertos, heridos o desaparecidos.[206] El 11 de octubre, Hans Frank recibió la notificación de que todas las materias primas, artículos textiles y mobiliario que quedasen en Varsovia debían sacarse de allí antes de que se arrasasen hasta los cimientos los restos humeantes de la ciudad.[207]

Capítulo V

Y mientras las noticias de todas las zonas del imperio pasaban de terribles a desastrosas, Hitler cayó enfermo. El 4 de septiembre se quejó a Morell, su médico, de presión alrededor del ojo derecho. Morell reseñó en sus notas presión arterial. Seis días más tarde, indicaba presión arterial fluctuante «tras gran agitación (Aufregung)». Al día siguiente, 15 de septiembre, Morell anotaba: «Quejas de mareo, palpitaciones en la cabeza y reaparición del temblor en las piernas, especialmente en la derecha, y en las manos». Se le había hinchado el tobillo izquierdo. Morell reseñaba de nuevo: «Mucha agitación (viel Aufregungen)».[208] La presión arterial sistólica de 150 mm no era excesivamente alta, aunque sí lo era más que a principios de mes. Morell, de acuerdo con la práctica contemporánea, estaba menos preocupado por la presión arterial diastólica de Hitler, que le tomaba relativamente pocas veces. Cuando lo hizo, comprobó que era por lo regular demasiado alta, a veces preocupantemente alta.[209] Era un indicio de que Hitler tenía un problema cardíaco, y un electrocardiograma que se le hizo el 24 de septiembre indicó arterosclerosis progresiva (aunque no hubiese peligro grave de angina).[210]

Durante la noche anterior al cardiograma Hitler volvió a tener espasmos estomacales agudos… como indicaba Morell «después de gran agitación» (probablemente relacionada con el desembarco por vía aérea de los aliados en Arnhem y la cólera que le causaba la incompetencia de la Luftwaffe).[211] Eran tan intensos la noche siguiente que Hitler no pudo levantarse por la mañana (algo muy raro) y parecía excepcionalmente apático.[212] El 27 de septiembre, Morell indicó a Hitler que tenía la piel amarillenta, algo que había advertido ya el doctor Giesing unos días antes. Hitler se negó a permitir que Morell le examinase.[213] Pero por entonces estaba muy enfermo. La ictericia, acompañada de temperatura alta y graves espasmos estomacales, le mantuvo en cama durante los días siguientes. El color amarillo de la piel desapareció finalmente el 12 de octubre, el día que le llegó la noticia de la muerte (por las heridas que le había causado la explosión de la bomba

del 20 de julio) de su ayudante favorito, Rudolf Schmundt, y Hitler se sintió ya lo suficientemente bien para levantarse de la cama, vestirse y acudir a la primera sesión informativa sobre la situación a la que asistía desde que había caído enfermo. Sin embargo, a los que estaban próximos a él aún les parecía apático y apagado. Hasta mediados de mes no volvió a sentirse él mismo. Por entonces, debido a lo poco que había comido durante la enfermedad (había seguido una dieta a base de puré de patata, sopa de avena y compota), había adelgazado seis kilos y medio.[214]

Mientras Hitler estaba enfermo, el doctor Giesing, especialista en garganta, nariz y oídos a quien se había trasladado allí para que le atendiese después de la explosión de la bomba de Stauffenberg, empezó a recelar del tratamiento de Morell. Comenzó a preguntarse si las pastillitas negras que Hitler tomaba todos los días por prescripción de Morell, las «pastillas contra los gases del doctor Koestler», serían en realidad una de las causas de los trastornos estomacales crónicos del dictador, en vez de un buen remedio para ellos. Aunque Giesing pudiese estar verdaderamente preocupado por Hitler, es probable que la ambición de desplazar a Morell influyese en lo que hizo a continuación. Consiguió unas cuantas pastillas de aquellas, las mandó analizar y descubrió que contenían estrictina. Luego las tomó él mismo y descubrió que tenían leves efectos perjudiciales, que relacionó con los de Hitler. Giesing comentó sus descubrimientos y sus sospechas a otros médicos que atendían a Hitler, el doctor Karl Brandt y el doctor Hanskarl von Hasselbach, que transmitieron a su vez la información a otras personas del entorno de Hitler. Cuando este se enteró se puso furioso. Proclamó su absoluta fe en Morell y despidió a Brandt y a Hasselbach, que llevaban con él desde los primeros años del régimen. También ordenó a Giesing que abandonara su servicio. Su sustituto fue uno de los antiguos médicos del personal de Himmler, el SS-Obersturmbannführer Ludwig Stumpfegger.[215]

Los diagnósticos y métodos de tratamiento de Morell eran con frecuencia discutibles, en realidad. Muchas de las innumerables pastillas, medicamentos e inyecciones que prescribía a Hitler (que su criado Heinz Linge le proporcionaba a petición suya de un botiquín que estaba

siempre a mano)[216] eran de dudoso valor, a menudo inútiles y en ocasiones exacerbaban incluso el problema (sobre todo en el caso del trastorno intestinal crónico). Pero afirmar que el doctor Morell estuviese perjudicando intencionadamente a Hitler no tenía sentido. El gordo, untuoso y sudoroso Morell era más bien desagradable físicamente y, por su acceso privilegiado a Hitler (que se reforzó a medida que aumentaron los achaques del dictador), provocaba mucho resentimiento en el «círculo de la corte». El que explotase visiblemente la relación con su paciente para aumentar su poder, su influencia y sus ventajas materiales no hacía más que aumentar la animosidad hacía él Pero, pese a las considerables limitaciones que pudiese tener como médico, es indudable que hacía cuanto podía por el caudillo al que tanto admiraba y al que tan devoto era.

El hipocondríaco Hitler dependía, por su parte, de Morell. Necesitaba creer, y parecía hacerlo, que el tratamiento de este era el mejor que podía conseguir y que era beneficioso. En ese sentido, Morell tal vez fuese realmente bueno para Hitler.[217] En cierta medida, él y sus medicamentos no eran ni una parte importante ni siquiera una parte menor de la desdichada situación de Alemania en el otoño de 1944. Se puede descartar el que Hitler estuviese envenenado por la estrictina y la belladona de las pastillas contra los gases o de otros medicamentos, drogado con los opiáceos que se le administraban para aliviar los espasmos intestinales o que tuviese dependencia de la cocaína que constituía el 1 por 100 de las gotas oftálmicas que le prescribía para la conjuntivitis el doctor Giesing. No es seguro que Hitler tomase anfetaminas para combatir el cansancio y mantener la energía. Y no puede demostrarse que dependiese de ellas aun en el caso de que las tomase; ni que influyeran en su conducta.[218] Los problemas de salud de Hitler en el otoño de 1944, aunque fuesen crónicos, se debían al estilo de vida, la dieta, la falta de ejercicio y la tensión excesiva, que se sumaban probablemente a una debilidad congénita (que es posible que fuese la causa tanto del problema cardíaco como del síndrome de Parkinson).[219] Estaba sometido a una tensión mental enorme, que exageraba sus rasgos caracteriológicos extremos profundamente arraigados. Sus fobias, la hipocondría y las reacciones histéricas eran indicios probables de

algún tipo de desorden de la personalidad o de anormalidad psiquiátrica. Había un factor paranoide que sustentaba toda su «carrera» política. Y se hizo aún más evidente hacia el final. Pero Hitler no padecía ningún trastorno psicótico importante. Desde luego no estaba clínicamente loco.[220] Si había demencia en la situación en que se hallaba Alemania en el otoño de 1944, no era por la supuesta locura de un hombre, sino que se debía a las altas apuestas empeñadas en una partida en la que se jugaba el todo por el todo y en la que se perseguía el dominio continental y el poder mundial, partida que los dirigentes del país (no sólo Hitler), respaldados por gran parte de una población crédula, se habían mostrado anteriormente dispuestos a asumir y que ahora le estaba costando al país muy cara y se hacía evidente que era una política de alto riesgo en la que no había vuelta atrás.

Capítulo VI

Durante esas semanas quedó claro una vez más que no había ninguna salida. A finales de agosto habían llegado de Japón indicios de que Stalin podría estar pensando en la posibilidad de un acuerdo de paz con la Alemania de Hitler. Japón estaba interesado en promoverlo, porque permitiría a Alemania dedicar todo su esfuerzo bélico a los aliados occidentales y esperaba que de ese modo debilitase las energías de los Estados Unidos lejos del Pacífico. Con enormes bajas en el bando soviético, los territorios perdidos desde 1941 recuperados y el presunto interés de Stalin en querer aprovechar lo que quedase del potencial industrial de Alemania para una lucha posterior con Occidente, Tokio creía que no eran nada desdeñables las posibilidades de una paz negociada.[221] El 4 de septiembre, Oshima, el embajador japonés en Berlín. viajó hasta Prusia oriental para plantearle directamente a Hitler

la propuesta de sondear a Stalin. La respuesta era predecible. Alemania no tardaría en lanzar una nueva ofensiva con las nuevas armas a su disposición. Y, de todos modos, no había signo alguno de que Stalin albergara pensamientos de paz. Sólo deteniendo su avance podría hacerle cambiar de opinión, fue la conclusión realista de Hitler. No quería que los japoneses efectuasen de momento ningún sondeo.[222]

Oshima, evidentemente, no cedió. En ese mismo mes utilizó el pretexto de una discusión sobre la «guerra total» con Weerner Naumann, Secretario de Estado del Ministerio de Propaganda, para plantear a Goebbels la propuesta de una paz por separado con la Unión Soviética. Podía estar seguro de que por esa vía la propuesta llegaría de nuevo a Hitler, quizás con el respaldo de alguien que era notorio que tenía influencia en el cuartel general del Führer.

Es evidente que el informe de Naumann fue la primera noticia que tuvo Goebbels de la propuesta japonesa. El ministro de propaganda calificó las conversaciones entre su Secretario de Estado y el embajador japonés de «absolutamente sensacionales».[223] Oshima explicó a Naumann, según el resumen de Goebbels, que Alemania debería valerse de todos los medios para conseguir una «paz especial». E indujo a Naumann a creer que ese acuerdo sería posible. Fue franco respecto al interés del Japón, presionado por sus propios problemas bélicos, en dar a Alemania libertad de acción en Occidente. Pensaba que Stalin, un realista, estaría abierto a propuestas si Alemania estaba dispuesta a aceptar «sacrificios» y criticó la falta de flexibilidad de la política exterior alemana. Goebbels consideraba que la propuesta de Oshima equivalía a un cambio de dirección de toda la política de guerra alemana y se daba cuenta de que la posición del embajador japonés proalemán en su propio país se había debilitado gravemente a medida que había ido cambiando la suerte de la guerra. Pero, como había supuesto Oshima, Goebbels transmitió inmediatamente la información a Bormann y a Himmler, para que estos se la transmitieran a su vez al propio Hitler.[224]

Goebbels consideró que se debía hacer más. Pero en vez de intentar plantearle a Hitler el asunto verbalmente, decidió preparar un extenso memorando. A medianoche del 20 de septiembre, después de trabajar en

él sin descanso desde primera hora de la tarde, consiguió terminarlo. Estaba formulado como una carta a Hitler y le causó una satisfacción tan evidente que lo incluyó entero en su diario.

El texto estaba adaptado con mucha habilidad a la mentalidad de Hitler. Los acontecimientos del verano habían echado por la borda todas sus esperanzas, empezaba. Comentaba a continuación cómo Hitler había dividido a sus adversarios a finales de 1932 y principios de 1933 con el objeto de obtener una «victoria limitada» el 30 de enero que luego preparó el camino para la conquista total del poder que habría de seguir. Trazaba luego una analogía entre esto y la necesidad que había en aquel momento de conformarse con algo menos que los objetivos iniciales de la guerra, para poder dividir a los miembros de una alianza que mostraba ya claros indicios de fragmentación. Alemania nunca había ganado una guerra en dos frentes, señalaba con toda franqueza. Había pocas posibilidades de dar cuenta simultáneamente de los enemigos del este y del oeste. «No podemos ni firmar la paz con ambas partes al mismo tiempo, ni librar una guerra con éxito a largo plazo contra ambos bandos al mismo tiempo», argumentaba. Pasaba luego a la parte principal de su propuesta. Reformulando lo que le había explicado Oshima, pasaba luego a considerar que el frío realismo de Stalin, que sabía que tarde o temprano tendría que enfrentarse con Occidente, brindaba una posibilidad, ya que el dirigente soviético no deseaba ni agotar sus propias fuerzas militares ni que el potencial armamentístico alemán cayese en manos de las potencias occidentales. Exponía luego el interés que tenía Japón en mediar para que se llegara a un acuerdo. Ese acuerdo con Stalin aportaría nuevas perspectivas en el oeste y situaría a los angloamericanos en una posición en la que no podrían continuar la guerra indefinidamente. «No conseguiríamos—aseguraba—la victoria con la que soñamos en 1941, pero de todos modos sería la mayor victoria de la historia alemana. Los sacrificios que ha hecho el pueblo alemán en esta guerra quedarían así plenamente justificados».

El peligro en el este no cesaría del todo, por supuesto. «Pero estaríamos preparados para él en el futuro», aseguraba. Las palabras siguientes demostraban que Goebbels sabía lo difícil que era su tarea si pretendía modificar la actitud de rechazo obstinado a cualquier

negociación que Hitler había mantenido hasta entonces: «Usted, mi Führer, tal vez rechace todo esto como utópico», decía. Pero si se lograse, constituiría a los ojos del pueblo «el más alto logro del arte político alemán de la guerra». La situación bélica cambiaría de golpe. Alemania tendría de nuevo un respiro, libertad de movimientos, podría reponerse y luego, en el momento preciso, «asestar los golpes que decidirían la guerra».[225]

Goebbels esperó con impaciencia la respuesta de Hitler a su memorando. Acabaría sabiendo que Hitler lo había leído, pero que lo había dejado a un lado sin comentarios. Nunca llegó a materializarse la audiencia prometida para analizarlo con él.[226] Puede que influyese en ello la enfermedad de Hitler, pero, de todos modos, no hay pruebas de que este hiciese el menor caso de la propuesta de su ministro de propaganda. Sus propios planes seguían directrices completamente distintas. La idea de una ofensiva en el frente occidental, que llevaba fraguándose desde mediados de agosto,[227] estaba cobrando forma por entonces. Hitler pensaba en una tentativa final de cambiar el curso de la guerra: emplear las ultimas reservas de hombres y armamento en una ofensiva a través de las Arderías a finales de otoño o en invierno, dirigida a infligir un golpe importante a los aliados occidentales, a recuperar Amberes (privándoles de su puerto continental más importante) e incluso a forzarles a «volver al Atlántico».[228] «¡Una gran ofensiva en el frente occidental! —le dijo a Speer—. ¡Ya verá! Eso provocará el hundimiento y el pánico de los estadounidenses. Los atravesaremos por el medio y tomaremos Amberes. Se quedarán sin su puerto de suministro. Y será un cerco inmenso de todo el ejército inglés, con cientos de miles de prisioneros. ¡Lo mismo que pasó en Rusia!».[229]

El objetivo era ganar tiempo para desarrollar nuevas armas.[230] Y luego, desde una nueva posición de fuerza, podría volverse contra los rusos.[231] Sabía muy bien que las «armas milagrosas» no podían aportar un cambio decisivo en el curso de la guerra en el estado de desarrollo en que se hallaban, ni satisfacer las exageradas esperanzas que había depositado en ellas el pueblo alemán, influido por una propaganda incesante.[232] Hitler, cuando vio por primera vez los prototipos de la V2, había pensado lanzar 5. 000 unidades dirigidas contra Inglaterra en

un gran ataque inicial.[233] Pero cuando se produjo el lanzamiento el 8 de septiembre, no se pudieron enviar más que veinticinco cohetes en un periodo de diez días.[234] Eran poco más que un pinchazo de alfiler en la ofensiva aliada contra la Alemania nazi. Aun así, Hitler esperaba muchísimo del despliegue posterior del arma.[235] Al final de la guerra, gracias a la explotación brutal de los trabajadores extranjeros, había resultado posible lanzar unas 3.000 V2, principalmente contra Londres, Amberes y Bruselas. No había ninguna defensa contra estos proyectiles. Su eficacia terrorista era considerable. Y provocaron la muerte de 2.724 personas en Inglaterra y muchas más en Bélgica. Sin embargo, su efecto militar fue insignificante.[236]

Por otra parte, el desarrollo de la única arma secreta verdaderamente capaz de influir en el curso de la guerra en favor de Alemania, la bomba atómica, era un proyecto en el que se llevaba trabajando desde el principio de la guerra, aunque con un progreso lento. Speer dio un apoyo especial a la investigación en 1942 pero, pese a su oferta de aumentar los fondos, no estaba acabada ni mucho menos y (aunque los científicos nucleares alemanes no lo supiesen) se iba muy por detrás de los progresos conseguidos en los Estados Unidos. Durante la primera fase triunfal de la guerra no parecía que hubiese mucha necesidad de intensificar la investigación sobre un arma de ese género. Cuando Speer se reunió a mediados de 1942 con los principales científicos atómicos, entre los que figuraban Otto Hahn y Werner Heisenberg, estos le dijeron que era técnicamente posible un arma nuclear pero que el paso de la teoría a la práctica llevaría varios años. A Hitler, que tenía ya una idea general de la posibilidad de una bomba atómica en un futuro lejano, el informe de Speer le pareció que confirmaba que aún faltaba mucho tiempo para que pudiera llegar a utilizarse en la práctica, que no podría desempeñar ningún papel en la guerra que se estaba librando, así que no se tomó demasiado interés por ella. De todos modos, por entonces no se disponía ya de los recursos necesarios para fabricarla. Y menos mal que fue así, pues Hitler no habría vacilado un instante en arrojarla sobre Londres y sobre Moscú.[237]

Un elemento clave de la estrategia de Hitler era el despliegue de gran número de cazas en el frente occidental para recuperar la iniciativa

aérea. Había insistido en eso en su sesión informativa con Jodl a finales de julio.[238] En agosto, cuando Speer y Adolf Galland, el as de la aviación que dirigía la sección de cazas de la Luftwaffe, intentaron convencerle de utilizar los cazas en el Reich en vez de en el frente occidental, él había tenido un ataque de furia tal que había ordenado que se parara toda la producción de aviones en favor de una concentración absoluta en la defensa antiaérea.[239] Speer no había hecho caso de esa explosión de cólera. En septiembre, la producción de cazas alcanzó la cifra récord de 2.878 aparatos, un aumento de dos veces y media respecto a la producción de enero.[240] Hitler tenía sus cazas.

El que los cazas dispusiesen de combustible era ya otro asunto. Hitler sabía que las materias primas y el combustible habían disminuido hasta niveles peligrosos. Speer le envió un memorando el 5 de septiembre en el que indicaba que la pérdida del cromo de Turquía significaba que toda la producción de armamento quedaría paralizada en unos dieciséis meses, hacia enero de 1946. Hitler se tomó con calma la noticia.[241] Sólo pudo confirmarle aún más en la idea de que no había nada que perder y de que había que apostarlo todo a la nueva ofensiva en el frente occidental. Speer le informó también de que, en cuanto al combustible, la situación era tan crítica que las escuadrillas de cazas no podían despegar y las fuerzas de tierra se veían limitadas en sus movimientos. Para conseguir 17.500 toneladas de combustible (que había sido antes la producción de dos días y medio) para la ofensiva de las Ardenas, tuvo que reducirse notablemente su suministro a otros sectores del frente.[242]

Hitler, junto con Jodl, estudió mapas de las Ardenas en su lecho de enfermo a finales de septiembre.[243] Más tarde, le explicó a Goebbels que había dedicado las semanas de su enfermedad casi exclusivamente a cavilar sobre su venganza. Ahora volvía a estar bien y podía poner en práctica sus planes.[244] Sería su jugada final. Como muy bien sabía, las posibilidades de que saliera bien eran muy remotas. «Si no resulta —le dijo a Speer— no veo otra posibilidad de llevar la guerra a una conclusión favorable». Y añadió: «Pero lo conseguiremos».[245]

Desde la perspectiva de Hitler, no había ninguna alternativa. Aunque se pudiesen estabilizar los frentes, la guerra se perdería en unos cuantos meses debido a la escasez de combustible.[246] Como había demostrado

en su rechazo de la propuesta de Oshima, no se planteaba la posibilidad de pedir la paz a Stalin desde una posición de debilidad. Desdeñaba igualmente las propuestas de Papen de efectuar sondeos para un acuerdo de paz en Occidente.[247] Tenía que recuperar la iniciativa… y esto solamente podía conseguirse en Occidente. Eso era lo que pensaba Hitler en el otoño de 1944. En opinión de Speer, Hitler sabía que entonces estaba jugando su última carta.[248]

Antes de que pudiera centrar del todo la atención en los planes operativos de la inminente ofensiva hubo de detenerse momentáneamente debido a una secuela insistente del atentado de julio. Hitler llevaba sospechando desde principios de agosto que Rommel había tenido conocimiento de la conjura que se preparaba contra él.[249] Luego había confirmado la sospecha el testimonio del teniente coronel Cäsar von Hofacker, miembro del equipo de Stülpnagel en París, implicado en la conspiración, que había proporcionado una declaración escrita en la que hablaba del apoyo de Rommel a la conspiración. Hitler le mostró a Keitel la declaración y convocó a Rommel para que acudiera a verle. El mariscal de campo, que estaba recuperándose de las heridas en su casa, cerca de Ulm, alegó que no estaba en condiciones de viajar. Ante esto, Keitel le escribió una carta, redactada por Hitler, proponiéndole que se presentase al Führer si era inocente. En caso contrario, se enfrentaría a un juicio. Debía sopesar las consecuencias y actuar en función de ello. Hitler ordenó que el general Wilhelm Burgdorf (sustituto de Schmundt como ayudante jefe suyo) le llevase a Rommel la carta y la declaración acusatoria de Hofacker.

Burgdorf, acompañado de su segundo el general Ernst Maisel, fue en coche hasta casa de Rommel en Herrlingen el sábado 14 de octubre y le entregó la carta junto con la declaración de Hofacker. Rommel preguntó si Hitler conocía la declaración. Luego solicitó un poco de tiempo para pensar las cosas. No le llevó mucho. Hitler había dado orden a Burgdorf de que se impidiese a Rommel pegarse un tiro (la forma tradicional de suicidio entre los oficiales) y que se le ofreciese veneno para que la muerte pudiera atribuirse a una lesión cerebral causada por el accidente de automóvil. Hitler, teniendo en cuenta la popularidad de Rommel, le ofrecía un funeral oficial con todos los honores. Rommel, ante la

posibilidad de que le expulsaran del ejército y le hicieran comparecer ante el tribunal del pueblo, con una ejecución segura como resultado y con las inevitables recriminaciones contra su familia, tomó el veneno.[250]

Fue Rundstedt quien representó a Hitler en el funeral oficial. En el ayuntamiento de Ulm, el 18 de octubre, Rundstedt declaró en su elogio fúnebre que el «corazón de Rommel pertenecía al Führer». Dirigiéndose al mariscal de campo difunto, proclamó: «Nuestro Führer y comandante supremo te envía por mi mediación su agradecimiento y sus saludos». Para el público en general, Hitler comunicó ese mismo día que Rommel había fallecido a causa de las graves heridas que le había causado el accidente. «Con él se va uno de nuestros mejores jefes militares. […] Su nombre ha entrado en la historia del pueblo alemán».[251]

Había otro problema de más largo alcance que preocupaba a Hitler a mediados de octubre: el propósito de Hungría de desertar de su alianza con Alemania. Hitler llevaba ya varias semanas temiendo y esperando esa posibilidad. La alianza con Hungría se había hecho cada vez más insostenible durante el verano. Las defecciones de Rumania y Bulgaria en agosto habían hecho luego cuestión de tiempo el que Hungría intentase poner fin a su dependencia de Alemania. Los sondeos efectuados tanto con los aliados occidentales como con la Unión Soviética tras la defección de Rumania, conocidos por el servicio secreto alemán, eran claros indicios de la dirección que tomaban las cosas. Otro indicador, a raíz del cambio de bando de Rumania, fue que el almirante Horthy, jefe del estado, sustituyó el gobierno títere de Sztojay, entronizado a instancias alemanas en el mes de marzo, por un gobierno militar presidido por el general Geisa Lakatos y directamente responsable ante él. A principios de octubre, Horthy había enviado una delegación a Moscú para inciar negociaciones encaminadas a sacar a Hungría de la guerra. Y el empujón final lo dio una ofensiva soviética dirigida hacia las llanuras húngaras, que se inició el 6 de octubre, aunque acabase siendo rechazada por divisiones acorazadas alemanas. A pesar de que las condiciones propuestas por Molotov, en nombre de los aliados, para un cambio de bando de Hungría incluyesen una declaración inmediata de guerra a Alemania, fueron aceptadas por

Horthy y firmadas por la delegación húngara en Moscú el 11 de octubre. Su aplicación tenía que esperar a que se preparase en Budapest un golpe contra las fuerzas alemanas estacionadas en Hungría. Horthy, presionado por la Unión Soviética para que cumpliese de una vez lo acordado, informó al enviado alemán Edmund Veesenmayer el 15 de octubre de que Hungría abandonaba la alianza alemana y comunicó en una alocución radiada de primera hora de la mañana la noticia del armisticio.[252]

Hitler no había permanecido ocioso mientras se producían estos acontecimientos. Tanto por su importancia estratégica como por su importancia económica como proveedora de combustible y de productos alimentarios, había que hacer todo lo posible para impedir que Hungría siguiera el camino de Rumania y de Bulgaria. Hitler llevaba semanas preparando su propio contragolpe en Budapest, dirigido a desplazar a Horthy, sustituyéndole por un gobierno títere presidido por Ferencz Szalasi (dirigente fanático del partido fascista húngaro radical, la Cruz de la Flecha, antiguo oficial expulsado del ejército que había cumplido además posteriormente una condena de tres años de cárcel) garantizando así que Hungría no desertase. Ya a mediados de septiembre, Otto Skorzeny, principal agente ejecutivo de Hitler para resolver crisis desde su audaz rescate de Mussolini del año anterior, había sido llamado a la Guarida del Lobo y se le había explicado que Horthy estaba aproximándose a los aliados occidentales y a los rusos con vistas a una inminente paz por separado, y que estaba dispuesto a arrojarse en brazos del Kremlin. Hitler ordenó a Skorzeny que preparase un plan operativo para tomar por la fuerza la Ciudadela de Budapest (la fortaleza donde residían Horthy y su entorno) en caso de que Hungría traicionase su alianza con Alemania.

Skorzeny empezó a planear inmediatamente con todo detalle la compleja operación (que se denominó «Panzerfaust», «Bazooka») contra el barrio fortificado del gobierno, con su laberinto de pasadizos subterráneos. Skorzeny insistía en que la acción sólo podía seguir, no preceder, a un acto hostil de Hungría contra Alemania.[253] Es probable que el servicio secreto alemán estuviese informado de la visita de la delegación húngara a Moscú. De cualquier modo, estaba claro que los

acontecimientos se acercaban con rapidez a su desenlace. El comandante de las SS en Budapest, SS-Obergruppenführer Otto Winkelmann presionó para que se actuase urgentemente. Hitler envió a Budapest al SS-Obergruppenführer von dem Bach-Zelewski, que acababa de reprimir brutalmente el levantamiento de Varsovia, para que se hiciese cargo de «Panzerfaust». Skorzeny tuvo algunos problemas iniciales para convencer a Bach-Zelewski de que no debía actuar con la misma brutalidad (que incluía el uso de su enorme mortero de 65 centímetros contra la ciudad de Budapest, como había hecho contra Sebastopol y Varsovia). Al final se acordó utilizar un plan más refinado.[254] El plan incluía el rapto del hijo de Horthy, Nicklas (que, como sabía bien el servicio secreto alemán, había estado trabajando para conseguir una paz por separado con la Unión Soviética a través de contactos yugoslavos), con el fin de chantajear a su padre para que abandonase sus intenciones de desertar. Skorzeny, jugando con el nombre del hijo de Horthy, llamó a la operación «Ratón» (Nicky).[255] La mañana del domingo 15 de octubre, los hombres de Skorzeny, en una audaz emboscada y tras una refriega a tiros de cinco minutos con los guardaespaldas húngaros, se llevaron al joven Horthy envuelto en una alfombra, lo metieron en un camión que estaba esperando, lo llevaron a un aeropuerto y lo pusieron en un avión rumbo a Vierta y a su posterior destino, el campo de concentración de Mauthaussen.[256]

Cuando Veesenmayer llegó a la entrevista que tenía concertada al mediodía con el almirante Horthy, le explicó que su hijo había sido raptado. Y añadió que sería fusilado al primer signo de «traición». La respuesta del regente fue una mezcla de protesta furiosa y de casi un colapso nervioso. No le sirvió de nada, por supuesto. Pero tampoco las amenazas alemanas pudieron detenerle, dada la situación en que se hallaba, y dos horas más tarde, comunicó por radio el acuerdo de paz por separado con la Unión Soviética.

Cuando acabó de hablar, el edificio de la radio fue tomado por hombres de la Cruz de la Flecha, que emitieron una declaración en sentido contrario, reafirmando la continuación de la lucha de Hungría contra la Unión Soviética en el bando alemán. Poco después, Szalasi comunicó que había tomado el poder. Esa noche tuvo pleno efecto el

chantaje a Horthy. Le comunicaron que si dimitía y entregaba oficialmente el poder a Szalasi, se le daría asilo en Alemania y se dejaría en libertad a su hijo. En caso contrario, tomarían por la fuerza la Ciudadela. Sometido a una presión extrema, Horthy cedió. Accedió a dejar el cargo y a dejar paso a Szalasi. Skorzeny casi no encontró resistencia cuando entró en la Ciudadela el día siguiente por la mañana temprano, acompañado por unidades de tanques Panther y Goliath. Dos días después, el 18 de octubre, Horthy iba camino de Alemania en un tren especial, acompañado por Skorzeny y una escolta militar alemana. Pasaría el resto de la guerra «como huésped del Führer» en Schloss Hirschberg, cerca de Weilheim, en la Alta Baviera. El destino de Hungría, bajo su nueva jefatura fascista fanática, siguió vinculado al de Alemania hasta que los cercados defensores de Budapest abandonaron la lucha el 11 de febrero de 1945. Sólo unos centenares consiguieron romper el cerco y llegar hasta las líneas alemanas. Fue el final del último aliado que le quedaba a Hitler en la Europa sudoriental.[257]

Con el fracaso del intento de Horthy de sacar a Hungría de la guerra, se inició el tormento final de la mayor comunidad judía que quedaba bajo control alemán. Como ya hemos dicho antes, Horthy había puesto fin en julio a las deportaciones (principalmente a Auschwitz). Por entonces, habían sido enviados ya a la muerte 437.402 judíos, más de la mitad de la comunidad.[258] En el momento de la destitución de Horthy y la toma del poder por Szalasi a mediados de octubre, Himmler estaba abandonando la «solución final» y poniendo fin a las matanzas en Auschwitz.[259] Pero la escasez desesperada de mano de obra en Alemania llevó por entonces a que se hicieran planes para utilizar a judíos húngaros como trabajadores esclavos en las instalaciones de montaje subterráneas de los proyectiles V2. Como no había trenes para transportarlos, tendrían que caminar. Pocos días después de que Szalasi tomara el poder, decenas de miles de judíos (tanto mujeres como hombres) fueron detenidos y, a finales de mes, iniciaron lo que para muchos serían unas marchas mortales en las que sucumbirían de agotamiento, de frío y a causa de las torturas de los guardias, tanto de las SS como húngaros. Tan elevada llegó a ser la mortandad entre las mujeres judías que Szalasi, tal vez preocupado por salvar el pellejo si el

curso de la guerra seguía empeorando para Alemania, puso punto final a las marchas a pie a mediados de noviembre. Las posteriores tentativas de las SS de trasladar a más judíos por ferrocarril quedaron frustradas por no haber ya trenes disponibles.[260] Mientras tanto, para los 160.000 judíos de Budapest que quedaban, apretujados en un gueto que se hallaba al alcance de la artillería soviética, privados de toda propiedad, aterrorizados y asesinados a voluntad por los hombres de la Cruz de la Flecha, la pesadilla diaria prosiguió hasta febrero, en que se rindió la ciudad. Se calcula que por entonces había tirados sin enterrar por las calles y casas de Budapest unos veinte mil cadáveres de judíos.[261]

Mientras tanto, el 21 de octubre, Hitler, recuperado de su reciente enfermedad, recibió muy contento a Skorzeny y le tendió los brazos, conduciéndole al interior de su búnker escasamente iluminado de la Guarida del Lobo para que le contara la historia de su triunfo en Budapest y para recompensarle con el ascenso a Obersturmbannführer. Cuando Skorzeny se levantó para irse, Hitler le detuvo: «No se vaya, Skorzeny—le dijo—. Tengo lo que quizás sea la misión más importante de su vida. Muy poca gente sabe hasta ahora de los preparativos de un plan secreto en el que desempeñará usted un papel muy importante. En diciembre, Alemania iniciará una gran ofensiva, que es muy posible que decida su destino». Y pasó a informarle con detalle de la operación militar que le ocuparía tanto tiempo a partir de entonces: la ofensiva de las Ardenas.[262]

Capítulo VII

Hitler había expuesto sus peticiones para una ofensiva en las Ardenas el 16 de septiembre. Guderian manifestó graves recelos, debido a la situación que existía en el frente oriental, el escenario bélico del que era

responsable directo. Jodl advirtió de la supremacía aérea y de la probabilidad de lanzamiento de paracaidistas. Hitler no hizo caso de esto. Dijo que quería 1. 500 cazas el 1 de noviembre, cuando se hubiesen completado los preparativos de la ofensiva. Esta se iniciaría con mal tiempo, para que la aviación enemiga no pudiese actuar en buenas condiciones. Se escindiría y cercaría a las fuerzas enemigas. Se tomaría Amberes, dejando al enemigo sin vía de escape.[263]

Por entonces, el enemigo estaba ya en suelo alemán en el oeste. A mediados de septiembre, soldados del primer ejército estadounidense habían atravesado ya el muro occidental y habían llegado a los arrabales de Aachen. El control alemán de la ciudad había quedado desorganizado momentáneamente. Los jefes del partido habían intentado organizar una evacuación caótica de la población, mientras el comandante local de la Wehrmacht, general Gerd Graf von Schwerin, rechazaba la orden, calificándola de «estúpida» y hacía preparativos para la rendición.[264] Schwerin había sido destituido perentoriamente y Hitler había dado órdenes de que se defendiese por los medios más radicales cada centímetro de suelo alemán. Que no se permitiese que nada de valor cayera en manos del enemigo. Era una política de «tierra quemada» que provocó reacciones muy dispares, incluso entre los dirigentes nazis.[265] Rundstedt, que a partir del 5 de septiembre volvía a ser comandante en jefe del frente occidental, había declarado en la proclamación en que comunicaba la orden de Hitler, que cada casa debía convertirse en una fortaleza, y que la destrucción de propiedades y monumentos culturales alemanes tenía que realizarse si respondía a necesidades de la defensa.[266] En ese caso concreto, el de Aachen, la ciudad había resistido más de lo que parecía probable en principio. Pero al cabo de un mes de lucha denodada en la zona, acabó rodeada por las fuerzas estadounidenses el 13 de octubre y, tras una semana de bombardeo incesante, fue tomada por fin el 21 de octubre.[267]

Unos días antes, concretamente el mismo día en que capitulaba ante los hombres de Skorzeny la Ciudadela de Budapest, el enemigo había irrumpido también en territorio alemán en el este. El 16 de octubre, el «Tercer frente de la Rusia blanca» al mando del general Ivan Tscherniakowski, había penetrado en Prusia oriental y había llegado

hasta Nemmersdorf, Goldap (la primera ciudad importante de la provincia) y los arrabales de Gumbin nen, dirigiéndose luego ya hacia Königsberg.[268] Las carreteras estaban llenas de refugiados que huían espantados ante el avance ruso.[269] El Ejército Rojo tenía ya en el punto de mira el cuartel general del Führer. Bormann le explicó a su esposa que «preferiríamos más seguridad para el Führer, sesenta u ochenta kilómetros no son distancia para los vehículos acorazados».[270] Pero de momento Hitler se resistió a las presiones de los que querían que abandonase la Guarida del Lobo. El traslado al Berghof o a Berlín creía que transmitiría señales equívocas a los hombres que luchaban en el frente.[271] Dio instrucciones estrictas de que no debía hablarse de marchar. Pero se redujo el personal y Schaub empaquetó todos los archivos y pertenencias de Hitler, para poder partir en cualquier momento.[272] Resultó posible aplazar el momento. Gumbinnen se recuperó, dejando al descubierto escenas horripilantes de las atrocidades (que incluían innumerables casos de mujeres violadas y asesinadas y casas saqueadas a voluntad por las tropas soviéticas). El Ejército Rojo tuvo que ponerse a la defensiva en la Prusia oriental. La Wehrmacht recuperó también Goldap unos quince días más tarde. El peligro inmediato estaba contenido.[273]

Cuando Nicolaus von Below, ayudante de la Luftwaffe de Hitler, regresó a la Guarida del Lobo el 24 de octubre, después de recuperarse durante varias semanas de los efectos de la explosión del 20 de julio, encontró al dictador entregado a los preparativos de la ofensiva de las Ardenas, que estaba previsto iniciar a finales de noviembre o principios de diciembre.[274] Lo más angustioso era, como siempre, saber si la Luftwaffe estaría por entonces en condiciones de proporcionar la necesaria protección aérea. El ayudante naval Karl-Jesko von Puttkamer explicó a Below que la incompetencia de la Luftwaffe aun seguía siendo el «tema número uno» y que había una tensión permanente entre Hitler y Göring.[275]

Hitler había querido ya en septiembre poner la Luftwaffe en manos del coronel general Robert Ritter von Greim, un as del aire de la Primera Guerra Mundial, nacionalista romántico y ferviente admirador del dirigente nazi desde principios de la década de 1920, que luego había

ascendido rápidamente y se había distinguido como comandante de la Luftwaffe, sobre todo en el frente oriental. Aunque Greim habría tenido control operativo, Hitler, con su actitud característica, quería que Göring, para quien sólo tenía amargas recriminaciones por el fracaso de la Luftwaffe, siguiera en el puesto de comandante en jefe.[276] Hitler criticaba mordazmente a Göring, pero, como decía Goebbels, aún mantenía con el mariscal del Reich una «auténtica lealtad nibelunga».[277] A pesar de la pérdida casi universal de prestigio y popularidad de Göring, destituir de su cargo en aquel momento a un personaje clave del régimen sólo podría haberse interpretado, en opinión de Hitler, como un signo de debilidad y desesperación.[278] Por tanto, no se podía plantear siquiera la destitución del mariscal del Reich, a pesar de sus tallos. Greim se daba cuenta de que la proposición que se le hacía era imposible, y no se apresuró a aceptarla. De todos modos, las objeciones del propio Göring parece ser que persuadieron a Hitler de que la idea tenía pocas posibilidades de resultar eficaz. A principios de noviembre, se había dejado a un lado. Como le dijo Below a Greim, todo quedaría como estaba salvo por el nombramiento del general Karl Koller para el cargo de jefe de Estado Mayor de la Luftwaffe en lugar del general Werner Kreipe (a quien Hitler se había negado a ver durante seis semanas).[279] Göring había conservado su cargo, pero parecía apático, resignado, una sombra de su antiguo yo animoso y vivaz.[280]

Nada de eso disuadió a Hitler de su inminente ofensiva, en la que tantas esperanzas tenía depositadas. El aumento de la producción de cazas ponía a su disposición (al menos nominalmente) una flota de unos tres mil aviones y entraban además en servicio los primeros Me262 (aunque Hitler seguía depositando pocas esperanzas en ellos como cazas; los prefería como los bombarderos que hacía tanto que pedía).[281] En realidad, pocos aviones de aquellos podrían volar al mismo tiempo, teniendo en cuenta la escasez crónica de combustible.[282] Aunque pusiese la mejor cara posible, Hitler sabía muy bien que la potencia aérea era su elemento más débil.[283] De ahí las constantes diatribas contra Göring. En aquella inminente ofensiva se amontonaban las posibilidades en su contra en mayor número de lo que estaba dispuesto a reconocer.

Inmerso en cuestiones militares y afrontando el desastre por todas partes, Hitler no estaba de humor para viajar por un Reich cansado de la guerra con el fin de dirigirse a la vieja guardia del partido como había hecho siempre el 8 de noviembre, aniversario del golpe de 1923, y la fecha más sagrada del calendario nazi. Goebbels había intentado convencerle en septiembre de que tenía que volver a dirigirse al pueblo alemán, por lo menos a través de una breve alocución radiada. Hitler había accedido en principio, pero había dicho que antes quería esperar a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos en Hungría. A Goebbels esto le resultaba incomprensible, pero el golpe que se estaba preparando para impedir la defección de Hungría era el único éxito posible que tenía Hitler a la vista. Y es evidente que consideraba, como siempre, que necesitaba tener algún triunfo que comunicar si iba a dirigirse al pueblo alemán, para levantar la moral en el interior del país y también para consumo externo, fuera de Alemania.

Goebbels quería una transmisión radiada inmediata, pero, como era de prever, todo quedó en nada. Luego intervino la enfermedad de Hitler y desapareció toda esperanza de un discurso.[284] Los peligros de que un ataque aéreo coincidiese con un discurso público como era norma en la Löwenbräu-keller de Munich, probablemente contribuyera también a que se cancelase ese año. En su lugar, se programó una pálida sombra del acontecimiento normal que debería tener lugar por primera vez no el mismo día del aniversario del golpe sino el domingo siguiente, 12 de noviembre, en Munich. Su elemento principal era una proclama de Hitler que debía leer Himmler. Como señalaba Goebbels, esto no era comparable a lo que significaba oír al propio Hitler, sobre todo si realizaba la lectura Himmler, con su dicción fría.[285]

La proclama en sí, a pesar de las alabanzas de Goebbels a su contenido y estilo, sólo pudo ser una decepción para quienes esperaban noticias de algún cambio en el curso de la guerra o (lo que deseaba la mayoría de la gente) algún indicio de que la guerra terminaría pronto. Hitler ni siquiera se refirió directamente a los acontecimientos del frente. Un largo preámbulo reafirmó los principios del nacionalsocialismo y trazó vaguísimos paralelismos entre la lucha que se desarrollaba en aquel momento y las crisis que el partido había sabido controlar a partir

de 1923, lo que le había llevado al poder diez años más tarde. Se insistía como siempre en la lucha por la supervivencia nacional contra enemigos que se proponían la «aniquilación de nuestro pueblo y su erradicación para poner fin a su existencia» y se insistía también en la «voluntad satánica de persecución y destrucción» de la judeidad.[286] La «salvación de Europa del monstruo bolchevique» sólo podía conseguirse por mediación del Reich alemán bajo el mando nacionalsocialista.[287] Continuaba fustigando la «traición sobre traición» de que había sido víctima Alemania los dos años anteriores, reservando su bilis más ponzoñosa para los «criminales» interiores que habían intentado apuñalar a Alemania por la espalda.[288] Alabó la bravura de la Wehrmacht y muy especialmente del frente interior. Insistió en que al final se lograría el triunfo. Y dejó claro que mientras él siguiese al mando no habría capitulación, no se pondría fin a la lucha. Sus adversarios tenían razón en una cosa, dijo: «Mientras yo viva, Alemania no sufrirá el destino de los estados europeos inundados por el bolchevismo».[289] Dijo que se mantenía «inconmovible en su voluntad de dar al mundo un ejemplo que seguir no menos encomiable en esta lucha que los que han dado otros grandes alemanes en el pasado».[290] En aquella lucha, su vida personal no tenía ninguna importancia. Era una velada insinuación de que por lo que aún podía seguir luchando era por su puesto en la historia. La lucha «heroica» que preveía, una lucha de proporciones wagnerianas, descartaba cualquier posibilidad de capitulación, de un acto vergonzoso como el de 1918. La lucha hasta el final parecía claro que estaba destinada a prolongarse hasta la destrucción del pueblo alemán con la autodestrucción «heroica» de su caudillo.

En los días que siguieron a su discurso llegó a admitir, casi por primera vez, en realidad, incluso en privado, que la guerra estaba perdida. Empezaba ya a ocupar sus pensamientos su propio fin. Cuando Jodl recomendó el traslado del cuartel general del Führer a Berlín, utilizando como argumento la inminente ofensiva de las Ardenas, Hitler aseguró que no volvería a abandonar Prusia oriental.[291] Tal vez agudizase el estado depresivo que le dominaba un nuevo trastorno, que le afectaba en esta ocasión a la garganta.[292] Es posible también que le

impulsase a coincidir con Bormann en que había llegado por fin el momento de abandonar su cuartel general de Prusia oriental, ya que se había decidido que necesitaba someterse a una pequeña operación en Berlín en la que debían extirparle un pólipo de las cuerdas vocales.[293] El 20 de noviembre por la tarde, Hitler y su séquito subieron a su tren especial y salieron camino de Berlín, dejando atrás definitivamente la Guarida del Lobo.

Hitler había dejado ya de ser hasta tal punto una presencia real para el pueblo alemán por aquel entonces que, como había dicho Goebbels, corrían rumores de que estaba gravemente enfermo e incluso de que había muerto.[294] Goebbels tuvo la oportunidad de hablar por extenso con él a principios de diciembre. Le encontró recuperado de sus trastornos estomacales. Podía comer y beber normalmente. Había pasado ya también por la operación y había recuperado la voz normal.[295] Hitler le dijo que había ido a Berlín a preparar el próximo ataque en el frente occidental. Todo estaba dispuesto para asestar un golpe importante a los aliados que le proporcionaría un éxito no sólo militar sino también político. Dijo que había trabajado día y noche en el plan de la ofensiva, también durante su enfermedad. A Goebbels le pareció que Hitler estaba de nuevo en forma.[296] Interrumpieron sus conversaciones por la tarde y las reanudaron a medianoche, prolongándolas hasta las cinco y media de la mañana.[297]

Hitler esbozó para su ministro de propaganda el maravilloso plan de aquella ofensiva. Se tomaría Amberes en nueve o diez días. La intención era aplastar a toda la fuerza enemiga al norte y al sur; luego, lanzar un ataque masivo con cohetes sobre Londres. Un éxito importante tendría una repercusión inmensa en la moral del país e influiría en las actitudes hacia Alemania en el exterior.[298] A juicio de Goebbels, Hitler era como un hombre que hubiese revivido.[299] La perspectiva de emprender una nueva ofensiva y de recuperar la iniciativa, ejercía en él claramente los mismos efectos que una droga.

Los planes operativos para la ofensiva de las Ardenas (conocida por entonces como «Guardia en el Rin», y más tarde como «Niebla de otoño») habían sido elaborados por el OKW en septiembre y presentados a Hitler el 9 de octubre. El objetivo de la operación (penetrar a través

del Eifel y de las Ardenas por Bélgica hasta la costa del canal, tomando Amberes) quedaba cumplido en ese punto. Los planes detallados de la ofensiva se los describió Jodl a los jefes del ejército del oeste el 3 de noviembre. Dieciséis divisiones, ocho de ellas acorazadas, formarían el punto focal del ataque. El SS-Oberstgruppenführer Sepp Dietrich dirigiría el 6° ejército acorazado de las SS; el general Hasso von Manteuffel, el 5° ejército acorazado.[300] Los comandantes reunidos consideraron, sin excepción, sumamente irreal el objetivo (la toma de Amberes, a unos 200 kilómetros de distancia). Las fuerzas que tenían a su disposición eran sencillamente inadecuadas, alegaron, y aún más en invierno. Podría conseguirse como máximo, decían, un objetivo más limitado; por ejemplo, recuperar Aquisgrán y las zonas adyacentes del muro occidental, para disponer así de una base para una ofensiva posterior en el oeste. Jodl descartó las objeciones. Explicó claramente a los comandantes que esos éxitos limitados no bastaban. Hitler tenía que hallarse como resultado de la ofensiva en una posición que permitiese «que las potencias occidentales estuviesen dispuestas a negociar». El 10 de noviembre, Hitler firmó la orden para la ofensiva que había preparado el OKW. Reconocía en el preámbulo, que estaba dispuesto «a aceptar el máximo riesgo para llevar a cabo esta operación». Se estableció como fecha de inicio el 27 de noviembre. Luego, tras numerosos aplazamientos causados por retrasos en los preparativos de pertrechos y equipo y en el desplazamiento de unidades que estaban empeñadas en combates, se estableció como fecha de inicio el 10 de diciembre.[301] Tras otros dos aplazamientos posteriores, se fijó como fecha definitiva el 16 de diciembre.[302]

Hitler, en previsión de la ofensiva, había dejado Berlín el 10 de diciembre a última hora del día y había trasladado su cuartel general a Ziegenberg, cerca de Bad Nauheim, junto a la frontera occidental. La Organización Todt había construido en una etapa anterior de la guerra búnkeres y barracones en una zona boscosa. Rundstedt y su Estado Mayor estaban alojados en una majestuosa residencia próxima.[303]

Hitler habló a sus comandantes militares en dos grupos el día de su llegada, el 11 de diciembre, y volvió a hacerlo al día siguiente en el «Adlerhorst» («Nido del águila»), que era como se llamaba el nuevo

cuartel general, para informarles de la ofensiva inminente. Tras un largo preámbulo en el que daba su propia versión del trasfondo de la guerra, esbozó lo que se proponía lograr con aquella ofensiva. Las consideraciones psicológicas eran prioritarias, como lo eran siempre para Hitler. Sólo se podía mantener una guerra mientras hubiera esperanza de victoria. Era necesario destruir, por tanto, esa esperanza mediante una acción ofensiva. Una estrategia defensiva no podría conseguir ese objetivo. Tenía que ir seguida de un ataque victorioso. «Por tanto, me he esforzado desde el principio en dirigir la guerra siempre que era posible ofensivamente—afirmó—. Las guerras se deciden en último término, cuando una de las partes enfrentadas reconoce que ya no puede conseguir la victoria. Lograr que el enemigo llegue a esa conclusión es, en consecuencia, la tarea más importante».[304] Así que era decisivo convencer al enemigo de que la victoria no estaba a la vista, obligándole a ponerse de nuevo a la defensiva. Luego Hitler pasó a exponer otra premisa inconmovible de su modo de dirigir la guerra. «Es también importante fortalecer esos factores psicológicos no dejando pasar un instante sin demostrar claramente al enemigo que, haga lo que haga, no puede contar nunca con la capitulación, nunca, nunca. Esa es la cuestión decisiva».[305] Aludió, casi inevitablemente, al cambio de suerte de Federico el Grande en la Guerra de los Siete Años. Llegaba así a otra constante de su pensamiento: la voluntad del caudillo heroico, que era lo único que hacía posible el triunfo sobre la adversidad cuando todos los que le rodeaban desesperaban de la victoria.

Esto le llevó a hablar a continuación de la supuesta fragilidad de la coalición con que se enfrentaban. Unos meses antes, había fustigado a los que se habían conjurado para derribarle por su ingenuidad al suponer que era posible dividir a los aliados.[306] Ahora su opinión era que la alianza incluía elementos tan heterogéneos, con objetivos dispares e intereses que divergían «a cada momento»; «si les asestaban unos cuantos golpes realmente fuertes, podría suceder en cualquier momento que ese frente común artificialmente mantenido pudiese desmoronarse de pronto con un inmenso estruendo».[307] Era cierto que las tensiones entre los soviéticos y los aliados occidentales se habían hecho más evidentes durante la segunda mitad de 1944, pero Hitler era lo bastante

racional sin duda para saber que su propia destrucción y la del régimen que dirigía proporcionaban una base común suficiente para mantener unida la coalición hasta la derrota de Alemania. Sabía también que ni los aliados occidentales ni (pese a lo que le había contado Oshima) los soviéticos buscarían la paz con Alemania mientras estuviesen militarmente en una situación de superioridad absoluta.

Como el gran propagandista que había sido, Hitler siempre podía infundir una convicción absoluta cuando se dirigía a un público y necesitaba convencerle de que lo que se proponía era la única alternativa posible. Ese don suyo había demostrado su gran poder desde principios de la década de 1920. Las insinuaciones de pesimismo (o de mayor realismo) en sus conversaciones con Below y otros en las semanas anteriores a la ofensiva de las Ardenas, aunque fuesen sólo deslices momentáneos, indicaban, sin embargo, que Hitler sabía muy bien lo que se jugaba en las Ardenas. Tenía que asumirlo porque desde su perspectiva no había en realidad otra salida alternativa. Si se conseguía lo que parecía imposible, razonaba, y se infligía una grave derrota a las potencias occidentales mientras empezaba a emplearse el nuevo armamento alemán y antes de que pudiese iniciarse la esperada ofensiva soviética de invierno, podían abrirse nuevas posibilidades. En realidad, la única alternativa a esta apuesta era, en su opinión, defender centímetro a centímetro el suelo alemán en una lucha de retaguardia que era seguro que acabaría no sólo en la derrota sino en la destrucción total de Alemania… y en la suya propia. Había que correr el riesgo.

La «operación Niebla de otoño» (la ofensiva de las Ardenas) se inició el 16 de diciembre por la mañana temprano. Se habían concentrado en ella todas las reservas disponibles. Se lanzaron contra un frente en el que había unos 80. 000 soldados estadounidenses con cuatrocientos tanques unos 200. 000 soldados alemanes apoyados por seiscientos tanques.[308] El tiempo era perfecto para el ataque alemán, con espesas nubes que bloqueaban la actuación de la aviación enemiga. La ofensiva cogió por sorpresa a las tropas estadounidenses. El ejército acorazado de las SS de Sepp Dietrich no tardó en encontrar una fuerte resistencia en el norte del frente y sólo pudo avanzar muy despacio. El 5° ejército acorazado de Manteuffel consiguió romper el frente en el sur y avanzar en una

profunda brecha de más de cien kilómetros hasta cerca del río Mosa, poniendo sitio a la ciudad de Bastogne, importante nudo de comunicaciones. Pero sabiendo que llegaban tropas estadounidenses para romper el cerco, el brigadier general Anthony McAuliffe, comandante de la cercada división aerotransportada 101, pudo dar una respuesta contundente a las peticiones de rendición-: «¡Un cuerno!».[309] Bastogne resistió, inmovilizando con ello a tres divisiones alemanas hasta que llegó el 3° ejército estadounidense del general Patton en su auxilio.

Mientras tanto, el avance de Manteuffel se había hecho más lento, obstaculizado por la dificultad del terreno, el mal tiempo, los puentes rotos y la escasez de combustible, así como por una resistencia cada vez más firme de los estadounidenses. El 24 de diciembre se despejó el cielo, exponiendo a las tropas alemanas a los ataques aéreos incesantes de cinco mil aviones aliados. Los movimientos de tropas sólo podían realizarse de noche. Las líneas de suministro y los aeropuertos alemanes fueron bombardeados de forma implacable. Los cazas alemanes sufrieron graves pérdidas. En cuanto Patton consiguió romper el frente alemán para socorrer a Bastogne el 26 de diciembre, Manteuffel tuvo que renunciar a toda esperanza de seguir avanzando. La «operación! Niebla de otoño» había fracasado.[310]

Pero Hitler aún no estaba dispuesto a inclinarse ante lo inevitable. Ordenó, como maniobra de distracción, una ofensiva secundaria en el norte de Alsacia («operación Viento del norte»). El objetivo era aislar y destruir a las fuerzas estadounidenses en el extremo nordeste de Alsacia, permitiendo a Manteuffel continuar la ofensiva principal en las Ardenas.[311] Hitler se dirigió una vez más a los comandantes de la operación y destacó de nuevo la motivación psicológica: el carácter decisivo de la lucha para la existencia de Alemania. El problema con que se enfrentaba Alemania, comenzó, tenía que resolverse y se resolvería, bien de forma ventajosa para el país o bien llevándolo a la «aniquilación» (Vernichtung). No se trataba de lograr una paz honorable con la victoria como en guerras anteriores, en caso de que Alemania resultase derrotada. La guerra, proclamó, decidiría la «existencia de la esencia de nuestro pueblo alemán». La victoria del enemigo «debe necesariamente

bolchevizar a Europa». No era cuestión de modificar la forma del estado sino de la esencia del pueblo. Si no se mantenía, dejaría de existir. «La eliminación destruye para siempre esa raza en determinadas circunstancias», aseguró.[312] No debían suponer, añadió, que aceptaba ni por un segundo la posibilidad de perder de la guerra. Y aportó un atisbo de su propia motivación psicológica, que sustentaba su filosofía de todo o nada: «Nunca en mi vida he aceptado el término capitulación, y soy uno de los hombres que han conseguido elevarse desde la nada. Para mí, pues, la situación en que nos encontramos no es nada nueva. La situación era para mí muy difícil en una época muy diferente y mucho peor. Les explico esto sólo para que puedan comprender por qué persigo mi objetivo con tanto empeño y por qué no hay nada que pueda hacerme desistir».[313]

El resto del discurso incluía el desfile habitual de ejemplos históricos que atestiguaban el triunfo de la voluntad sobre la adversidad, incluyendo también a Federico el Grande y, como siempre, una valoración optimista de las posibilidades de triunfo militar. Destacó, como tantas veces, la importancia del tiempo, de golpear sin esperar condiciones supuestamente óptimas y de los peligros de esperar, dejando pasar el momento oportuno y hacer que empeore la situación. Descartó de nuevo la imposibilidad de que Alemania pudiese sostener indefinidamente una guerra defensiva. Por razones estratégicas y psicológicas, era esencial volver a la ofensiva, y recuperar la iniciativa. Aquella operación sería trascendental, aseguró. Su éxito eliminaría automáticamente la amenaza que pesaba sobre la parte meridional de la ofensiva de las Arderías, y con eso la Wehrmacht habría expulsado al enemigo de una mitad del frente occidental. «Luego, necesitaremos mirar más lejos», añadió.[314]

Un lapsus pareció revelar, sin embargo, que sabía que el ambicioso objetivo que se había planteado en la ofensiva de las Arderías no podía alcanzarse; que sabía que no podría obligar ya a los aliados a abandonar el continente; y que, por tanto, las operaciones defensivas deberían continuar en el oeste lo mismo que en el este. En determinado momento, habló del «objetivo inamovible (das unverrückbare de la operación diciendo que sólo consistía «en parte (halbwegs)» en una «limpieza»

(Bereinigung) de la situación en el oeste.[315] Esto indicaba implícitamente que su discurso a los comandantes había sido poco más que un intento de aupar la esperanza por encima de la razón.

«Viento del norte» empezó el día de Año Nuevo. Fue la última ofensiva de Hitler y la menos eficaz de todas. Las tropas alemanas sólo avanzaron unos veinte kilómetros y lograron unas cuantas victorias menores, obligando a las fuerzas de Eisenhower a retroceder en la zona de Estrasburgo durante un tiempo. Pero era una ofensiva demasiado débil para que tuviese grandes consecuencias. Pudo contenerse sin que los estadounidenses tuviesen que retirar tropas de las Ardenas. «Viento del norte» había resultado ser poco más que una brisa fugaz.[316]

Aun más devastador fue el golpe mortal administrado a la Luftwaffe el 1 de enero, el mismo día que se iniciaba «Viento del norte». Había resultado posible al fin lanzar una ofensiva aérea alemana, aunque con consecuencias desastrosas. Unos ochocientos cazas y bombarderos alemanes lanzaron ataques masivos a aeropuertos aliados del norte de Francia, Bélgica y Holanda y consiguieron dañar gravemente casi trescientos aviones, limitando el potencial aéreo aliado durante una semana o más. Pero se perdieron también 277 aviones alemanes, buen número de ellos derribados por sus propias baterías, instaladas en torno a las rampas de lanzamiento de las V2, No había posibilidad de que la Luftwaffe se recuperase de semejantes pérdidas. Quedó prácticamente liquidada.[317]

El día de Año Nuevo de 1945, las emisoras de radio alemanas emitieron el tradicional discurso de Hitler al pueblo alemán. No contenía nada nuevo.[318] Hitler no dijo nada sobre los efectos de las «armas milagrosas» ni sobre las medidas para contrarrestar los aterradores bombardeos aéreos ni dijo tampoco nada concreto sobre la situación militar en las fronteras. Sobre todo, no dio el menor indicio de que el final de la guerra estuviese próximo. Habló sólo de su continuación en 1945 y hasta que se consiguiese la victoria final, en la que por entonces sólo podían creer los soñadores. Los oyentes habían escuchado lo mismo muchas veces: la confirmación de que «nunca se repetirá en el Reich alemán un 9 de noviembre»;[319] que los enemigos de Alemania, dirigidos por «la conspiración mundial de la internacional judía» se

proponían «erradicar» (auszurotten) a su pueblo;[320] que la situación en que se encontraba Alemania se debía a la debilidad de sus aliados; que el esfuerzo combinado del frente y del interior del país mostraba la «esencia de nuestra comunidad social» y un espíritu indomable e indestructible; y que «ese enemigo mundial que es la internacional judía» no sólo fracasaría en su intento de destruir (vernichten) Europa y erradicar (auszurotten) a sus pueblos, sino que provocaría su propia destrucción (Vernichtung),[321]

Fueron pocos los que quedaron convencidos. Muchos, como algunos observadores de la zona de Stuttgart, probablemente estuviesen dispuestos a reconocer que «el Führer ha trabajado para la guerra desde el principio».[322] Lejos de ser el genio de la propaganda de Goebbels, comentaban estos observadores, Hitler había «desencadenado intencionadamente esta conflagración mundial con el fin de que le proclamasen el gran "transformador de la humanidad"».[323] Se reconocían con retraso las consecuencias catastróficas del caudillo al que antes habían apoyado, vitoreado y elogiado. Su respaldo había ayudado a situarle en una posición en la que su poder sobre el estado alemán era total. Por entonces, a falta de capacidad o disposición (especialmente desde los acontecimientos del 20 de julio) de quienes tenían acceso a los pasillos del poder para enfrentarse a su autoridad, no digamos ya para derrocarle, aquel hombre mantenía en sus manos el destino del pueblo alemán. Había ratificado una vez más, como había hecho siempre, su negativa obstinada a considerar cualquier tipo de capitulación. Eso significaba que no iba a cesar el sufrimiento del pueblo alemán (y de las innumerables víctimas de aquel régimen al que ellos en otro tiempo habían apoyado con tanto entusiasmo). Era evidente que cesarían cuando dejase de existir el propio Hitler. Y eso sólo podía significar la derrota total, la ruina y la ocupación.

Con el fracaso de la ofensiva de las Ardenas, desaparecía toda esperanza de rechazar el avance implacable del enemigo en el frente occidental. Y en el oriental, el Ejército Rojo estaba esperando el momento para lanzar su ofensiva de invierno. Hitler se vio obligado a aceptar el 3 de enero que «no tiene ya ninguna perspectiva de éxito la continuación de la operación originalmente planeada [en las Ardenas]».

[324] Cinco días después, llegó el reconocimiento tácito de que su última jugada había sido una tirada de dados perdedora, con su aprobación de la retirada del 6° ejército acorazado al noroeste de Bastogne y su orden, al día siguiente, de retirar del frente las divisiones acorazadas de las SS.[325] El 14 de enero, un día antes de que Hitler abandonase su cuartel general del frente occidental para volver a Berlín, el alto mando de la Wehrmacht reconocía que «la iniciativa en la zona de la ofensiva ha pasado al enemigo».[326]

Hitler había afirmado categóricamente en las sesiones informativas previas a las ofensivas de las Ardenas y de Alsacia que Alemania no podía sostener indefinidamente una guerra defensiva. Por entonces, había consumido las valiosas reservas de potencial humano, había perdido cantidades ingentes de armamento y había agotado las divisiones que le quedaban en una ofensiva que había costado la vida a unos 80. 000 soldados alemanes (debilitando al mismo tiempo el frente oriental y abriendo el camino para las rápidas incursiones del Ejército Rojo de las próximas semanas).[327] Habían quedado además destruidos los restos de la Luftwaffe sin posibilidad de reposición, mientras el combustible y otros suministros esenciales para el esfuerzo bélico disminuían rápidamente haciendo que sólo se pudiera continuar la lucha unos meses más. La deducción estaba clara: se había extinguido el último leve destello de esperanza, se había cerrado la última vía de escape. La derrota era inevitable. Hitler no había perdido el contacto con la realidad. Se daba cuenta de todo esto. Below le encontró una noche después del fracaso de la ofensiva en su búnker cuando ya habían sonado las sirenas anunciando un ataque aéreo, profundamente deprimido. Habló de quitarse la vida, dado que se había esfumado la última posibilidad de ganar la guerra. Criticó ferozmente la incapacidad de la Luftwaffe y a los «traidores del ejército». Según el recuerdo posterior de Below, Hitler dijo: «Sé que la guerra está perdida. El potencial al que nos enfrentamos es demasiado grande. Me han traicionado. Desde el 20 de julio se ha puesto al descubierto todo lo que yo no creía posible. Y los que estaban contra mí eran precisamente aquellos que más se habían beneficiado del nacionalsocialismo. Les mimé y les condecoré a todos. Ese fue su agradecimiento. Lo que más me

gustaría sería meterme una bala en la cabeza». Pero, como tantas veces, Hitler se recuperó rápidamente, diciendo: «No capitularemos. Jamás. Podemos caer. Pero arrastraremos un mundo con nosotros».[328]

Eso era lo que le hacía continuar. Lo que había sustentado su «carrera» política desde el principio. No habría una repetición de 1918, no habría puñalada por la espalda, no habría capitulación. Esto (y su puesto en la historia como un héroe alemán derribado por la debilidad y la traición) era todo lo que le quedaba.

16

EN EL ABISMO

Luego llega un hombre a caballo y grita: Salvaos, vosotros que podéis. En media hora estarán aquí los rusos. Nos domina un miedo paralizador.

RECUERDO DE UN REFUGIADO ALEMÁN DE PRUSIA ORIENTAL, HABLANDO DE LOS ACONTECIMIENTOS DE ENERO DE 1945.

Era como si estuviesen disparando contra perros callejeros. […] No les importaba nada y disparaban en todas direcciones, sin ninguna consideración. Veíamos la sangre en la nieve blanca y seguíamos caminando.

RECUERDO DE UN PRISIONERO JUDÍO EN LA MARCHA FORZADA DESDE AUSCHWITZ-BIRKENAU, ENERO DE 1945.

Debe ser nuestra ambición dar un ejemplo también en nuestra época que sirva de guía a las generaciones futuras en adversidades y crisis similares, lo mismo que hoy nosotros podemos guiarnos por el ejemplo de los antiguos héroes anteriores de la historia. El año de 1918, por tanto, no se repetirá.

HITLER HABLANDO CON GOEBBELS, 11 DE MARZO DE 1945.

El mortal enemigo judeobolchevique se ha lanzado con sus masas al ataque por última vez. Pretende destruir Alemania y exterminar a nuestro pueblo.

PROCLAMA FINAL DE HITLER A LOS SOLDADOS DEL FRENTE ORIENTAL, 15 DE ABRIL DE 1945.

«He abandonado ya finalmente toda esperanza de que se vaya a ganar esta guerra. Qué enorme culpa la de Hitler. Si no puedo ver de nuevo a mi familia, no quiero vivir más. Sobre todo, una muerte rápida sería mejor para ellos que ser deportados o torturados de otro modo. He sepultado una esperanza tras otra en esta guerra. Pero ahora es el periodo peor. ¿Qué pasará?».[1]

Eran millones los alemanes que compartían en los últimos meses del Tercer Reich sentimientos similares a estos que confiaba a su diario el 28 de enero de 1945 un joven soldado alemán que vivía oculto en Hungría, con el miedo diario a que volvieran a capturarle los rusos, de quienes había conseguido escapar el otoño anterior. Sin esperanza de la victoria tanto tiempo prometida, sin esperanza en muchos casos de volver a ver sus hogares y a sus seres queridos, y temblando ante un futuro en manos de conquistadores implacables, hacían ahora a Hitler, antes su ídolo, personalmente responsable de la inmensa desgracia que se había abatido sobre ellos. Lo que les habían parecido triunfos tan gloriosos de los años 1939-41 hacía mucho que estaban ya olvidados. También lo estaba el júbilo que los había acompañado. Ese júbilo, que se sumaba al apoyo popular generalizado ya existente que había obtenido Hitler con sus «triunfos» de antes de la guerra, había ayudado a emplazar su autoridad por encima de cualquier valoración. Y ahora, la mayoría veía ya claramente que aquella autoridad había sido utilizada para seguir políticas desastrosas que habían conducido a Alemania al desastre.

Pocos eran, por entonces, quienes comprendían plenamente cómo podía haberse llegado a aquello. Ese mismo soldado, expresando sin duda una vez más lo que pensaban inmensas masas mudas, tenía una respuesta simple: «El mayor error fue la guerra con Rusia. Por mucho valor y mucha disposición al sacrificio que uno tenga, no puede enfrentarse con un mundo entero. [...] Quisimos abarcar más de lo que podíamos. Sobre

todo nuestros jefes».[2]

Había sido una política desastrosa la que había llevado a Alemania a la guerra con la Unión Soviética, desde luego. Pero no se había tratado de un simple error. Había sido más bien algo profundamente arraigado, como objetivo, desde la década de 1920, en la psique y en el impulso ideológico del propio Hitler. Alemania sólo podría sobrevivir expandiéndose hacia el este, consiguiendo «espacio vital» a expensas de la Unión Soviética, ganando «por la espada» y destruyendo el peligro mortal del «bolchevismo judío»: ese había sido su mensaje insistente desde mediados de la década de 1920. La destrucción del bolchevismo había pasado de ser la obsesión de un solo individuo a transformarse durante la década de 1930 en la ideología oficial del régimen nazi, en un objetivo respaldado con entusiasmo por el partido, polla mayor parte del aparato del estado y por los jefes de las fuerzas armadas. Los alemanes normales y corrientes, aunque temiesen la guerra, habían coincidido en que el bolchevismo constituía la mayor amenaza para el futuro de la nación. Al final de esa década, la visión ideológica de Hitler, que se había mantenido inmutable desde la época de Mein Kampf había pasado a un primer plano; lo que había sido un objetivo utópico y remoto se había convertido en algo real y posible. Como vimos, a las pocas semanas de la derrota de Francia, Hitler había dirigido su mirada hacia el este, hacia la guerra a la que sabía que tendría que enfrentarse un día.

La segunda parte de la sencilla explicación del soldado se aproximaba más a la verdad. Había sido realmente un objetivo perseguido desde la arrogancia del poder y el engreimiento de una presunta superioridad innata. Era en realidad como una partida colosal en la que lo que estaba en juego era el futuro de Alemania. El que aun no se hubiese obligado a Inglaterra a entrar en razón y que los Estados Unidos constituyesen una presencia amenazadora al fondo, junto con el convencimiento de que la Unión Soviética sería un enemigo mucho más poderoso al cabo de unos años, hizo que (dada la mentalidad de

Hitler) no se pudiese posponer la partida. Los dirigentes políticos y militares del Reich se mostraron mayoritariamente de acuerdo. Observadores más racionales se habrían cuidado de no apostar mucho por el resultado. El peligro tenía que parecer sobrecogedor. Pero con el entusiasmo del triunfo sobre Francia y la ilusión de que los «inferiores» de la Unión Soviética serían incapaces de aguantar más de unos cuantos meses frente al poderío de la invencible Wehrmacht, no sólo Hitler sino también la jefatura del ejército alemán creyeron que tenían la hegemonía europea al alcance de la mano. La hubris, la soberbia sacrilega que había envuelto a Hitler en la década de 1930 y había alimentado su búsqueda del dominio europeo iba a encontrar ahora, sin embargo, su némesis, su castigo divino.

En el invierno de 1941, era evidente que la jugada no había valido la pena. En el invierno siguiente (el invierno de Stalingrado), las consecuencias se consideraban ya catastróficas. Alemania había perdido permanentemente la iniciativa. Ya no había ninguna posibilidad de repetir las campañas incisivas y fulminantes que habían proporcionado triunfos tan asombrosos entre 1939 y 1941. En vez de eso, había que combatir (y con recursos y potencial humano cada vez más escasos) en una guerra defensiva encarnizada y agotadora para la que Hitler, por su temperamento y por sus dotes militares, estaba singularmente mal equipado. Mientras tanto, un bombardeo implacable estaba reduciendo a cenizas las ciudades de Alemania. Y una vez que los aliados occidentales consiguieron establecer una base firme en suelo continental en el verano de 1944, el desenlace final era ya claro y evidente… al menos para quienes aplicaban la lógica militar convencional a un enfrentamiento cada vez más desigual.

Con el fracaso de la conspiración de julio de 1944 para derrocar a Hitler desapareció la última esperanza realista en el interior de Alemania de un final negociado de una guerra que estaba conduciendo ya inexorablemente a la destrucción del Reich alemán. A partir de entonces ya no hubo más

posibilidades de modificar desde dentro las estructuras de poder. Pese a los indicios de que estaban empezando a desintegrarse, estas estructuras, con la autoridad indiscutible de Hitler como centro, se mantuvieron intactas hasta las últimas etapas de la agonía final del régimen. Como consecuencia, Hitler conservó incólume un poder absoluto incluso cuando el régimen caminaba tambaleante hacia su desaparición. Y mientras sobreviviese Hitler y hasta que Alemania fuese totalmente aplastada, continuaría la guerra.

Esto significó a su vez que no había ninguna posibilidad de una alternativa a la calamitosa escalada de muerte y destrucción mientras Alemania se convertía en ruinas. No era que no se considerasen las alternativas. En un momento u otro, casi todos los dirigentes nazis que estaban a las órdenes de Hitler (Goebbels, Göring, Ribbentrop y Himmler entre ellos) albergaron intenciones de explorar vías para una paz separada bien con los rusos o bien con los aliados occidentales. Hitler desechó rotundamente esas ideas. El sólo negociaría desde una posición de fuerza, después de un éxito militar, afirmaba insistente. Pero las posibilidades de que llegase a tener esa opción eran prácticamente inexistentes, así que, en lugar de ello, hablaba incansable e incesantemente de la voluntad necesaria para superar la adversidad; de que había que negarse a capitular, de aguantar hasta «cinco minutos después de la media noche». Y mientras tanto, Alemania ardía.

Sus generales le exhortaban una y otra vez a efectuar retiradas tácticas o a apuntalar sectores clave de los frentes, cediendo otras zonas para conquista posterior y retirando de ellas tropas que se necesitaban con urgencia. Hitler también se negaba a esto invariable e inflexiblemente. Los choques con sus jefes militares (sobre todo con el jefe del Estado Mayor general, Heinz Guderian) eran cada vez más agrios. Su irracionalidad obstinada parecía desbaratar toda lógica militar. Daba la impresión de que había perdido la conexión con la realidad. Era como si le poseyese un ansia de muerte… dirigida no sólo hacia

sí sino hacia Alemania y hacia su pueblo, una entrega a la némesis, al castigo divino.

Se trataba, en realidad, de algo básico para la propia forma tortuosa de razonar de Hitler, que había estado obsesionado por la traición desde su amarga experiencia de los últimos años de la Primera Guerra Mundial, en que se había enfrentado con el derrotismo, había sido testigo de la subversión en el interior del país, había quedado traumatizado cuando yacía en el hospital militar de Pasewalk por la noticia de la derrota inesperada y la revolución perpetrada por los odiados socialdemócratas, en que todo lo que había significado algo para él había quedado destruido. A partir de entonces había convertido en su misión vital borrar los efectos de lo que llamaba la «puñalada por la espalda» de 1918 y de la humillación nacional infligida a la nación alemana por aquellos a quienes insistía en llamar «los criminales de noviembre». Y había consagrado su vida política a eliminar a toda costa cualquier posibilidad de que 1918 se repitiese, a evitar una repetición de lo que consideraba una capitulación cobarde y la consiguiente entrega impotente a los dictados de las potencias extranjeras. Con este fin, y basándose en la burda filosofía de que la voluntad superaría cualquier obstáculo, se sintió justificado para exigir sacrificio total al pueblo alemán bajo su mando. De nuevo según su visión del mundo, la derrota no traería esta vez otro «Diktat de Versalles» (por repugnante que hubiese sido) sino la destrucción total de Alemania. Por tanto, desde su óptica, no tenía sentido rendirse. Si no se podía conseguir la victoria, lo único que quedaba era luchar hasta el final. El triunfo imaginario que había que buscar era ya un lugar en la historia, ser reconocido por las futuras generaciones si es que no por las presentes por sus cualidades heroicas, épicas.

Incapaz de encontrar defectos en él mismo (en su juicio, su estrategia, su jefatura), Hitler echaba la culpa de lo que había ido mal cada vez más a los militares profesionales, a los jefes del ejército en los que nunca había llegado a confiar del todo, que

no habían llegado nunca a impregnarse del todo del espíritu nacionalsocialista. Y después de que algunos de esos oficiales hubieran intentado acabar con él en el verano de 1944, su obsesión por la traición alcanzó ya niveles paranoicos. Era cada vez más inútil intentar razonar con él partiendo de criterios militares o estratégicos; eso lo más probable era que provocase estallidos de furia contra la indignidad y la traición de sus jefes militares. Sólo contaban con su favor generales como Schörner o Model, que unían a sus grandes dotes militares algo que se aproximaba a la propia filosofía de Hitler y la aceptación de sus exigencias inflexibles e implacables a las tropas. Su negativa a aceptar que la fuerza de voluntad no podía enfrentarse sola a la superioridad masiva de un enemigo en potencial humano y en equipamiento costaría miles de vidas de sus soldados en un sacrificio innecesario. Eso a él no le importaba. De acuerdo con su lógica implacable y cruel, era la debilidad de los propios soldados la que les había condenado. Su pérdida individual no significaba nada en la lucha de la nación por su propia existencia. Cuando el pueblo alemán, a pesar de sus heroicos esfuerzos, pareció también incapaz de hacer frente al potencial superior del enemigo, él se mostró dispuesto a aceptar que merecía la derrota. Los alemanes habían sido al final débiles; no habían estado a la altura de sus exigencias; habían sido, tal como le dijo a uno de sus generales, indignos de él.[3]

Este caudillaje, que había llevado a Alemania a una aventura tan temeraria, que había asombrado al mundo con sus triunfos debidos a la audacia, a una resolución implacable y a negarse en redondo a aceptar compromisos ni acuerdos mientras había llevado la batuta, y que se había basado en su lucha en principios de «todo o nada», no era, por tanto, la jefatura adecuada para buscar o preparar una salida diplomática cuando se hallaba acorralada y sin salida. En realidad, como sabía perfectamente Hitler (menos alejado de la realidad de lo que a menudo se ha supuesto), su propia persona era un obstáculo directo para cualquier forma de armisticio negociado. El tenía

los días contados tanto en el caso de una paz negociada como en el de la derrota total. Así pues, sin nada en juego para él personalmente, era fácil mantener el principio de «no capitular» que significaba autodestrucción para él, para el régimen y para el Reich alemán. Cuando Baldur von Schirach, el Gauleiter de Viena, había expuesto casi dos años antes con toda franqueza su opinión de que había que poner fin a la guerra de algún modo, Hitler le había preguntado furioso: «¿Cómo cree que puede conseguirse eso? Él sabe muy bien que no hay más salida, salvo que yo me pegue un tiro».[4]

El dogmatismo de «o lo uno o lo otro», la negativa obstinada por cuestión de principios a considerar cualquier compromiso o negociación o concesión, le habían sido útiles y le habían llevado invariablemente al triunfó en su «carrera» política mientras combatía con adversarios débiles, divididos y vacilantes. Pero fue un obstáculo inmenso e insuperable cuando las posiciones enemigas eran fuertes y estaban unidas, cuando se había perdido irremisiblemente la iniciativa, disminuía día tras día la capacidad negociadora y se necesitaban desesperadamente tácticas militares más flexibles y dotes políticas más sutiles. No sólo era la escala de los crímenes monstruosos contra la humanidad perpetrados por su régimen lo que eliminaba la posibilidad de buscar un final negociado de la guerra, que es concebible que pudiese haberse conseguido con una jefatura distinta pese a las exigencias aliadas de «rendición incondicional» estipuladas en 1943 en Casablanca. Su carácter, todo lo que él había defendido desde que había entrado en la política, lo descartaba también categóricamente. El temperamento de Hitler, que se puso al descubierto a menudo en las crisis que se le plantearon en el camino hacia el logro del poder absoluto (en 1921, por ejemplo, cuando obtuvo la jefatura del partido; o en 1923, cuando impulsó el desafortunado golpe de estado; o en 1932, cuando se enfrentó con el desafío de Gregor Strasser) le inclinaron a plantear la autodestrucción como la alternativa si no se salía con la suya.

Había realmente un toque teatral, melodramático e histérico en sus amenazas de suicidio, pero revelaban un rasgo auténtico y profundamente arraigado de su carácter. Su filosofía de la vida como «lucha», su reducción de todos los elementos de un conflicto a un rotundo «blanco» y «negro», «o una cosa u otra», su actitud instintivamente radical en todas las cuestiones, descartaban cualquier posibilidad de retirada o de negociación, dejando sólo la amenaza de autodestrucción como única alternativa a la imposición de su voluntad.

Se perfilaba, pues, implícitamente un final wagneriano. No habría capitulación, de ningún modo, aunque eso significase Valhalla para todos.

Capítulo I

Hitler aún no se había repuesto del fracaso de la ofensiva de las Ardenas, su última gran esperanza, cuando se desataron en el frente oriental todos los infiernos. Había empezado la ofensiva soviética. El ataque principal, desde cabezas de puente del Vístula, al sur de Varsovia, iba dirigido a la Polonia meridional, después al cinturón industrial decisivo de Silesia, y al río Oder, la última barrera antes de llegar a Berlín. El primer frente ucraniano del mariscal Ivan Konev inició el ataque el 12 de enero, tras cinco horas de bombardeo artillero, desde la cabeza de puente de Baranov, en el Vístula meridional. Siguió rápidamente más al norte, desde las cabezas de puente de Polavy y Magnuszev, un ataque del primer frente bielorruso del mariscal Georgi Zhukov. Un ataque secundario, de los frentes bielorrusos segundo y tercero, desde cabezas de puente del río Narev hacia el norte de

Varsovia, pretendía cortar en dos la línea del frente alemán de la Prusia oriental.

La superioridad numérica del Ejército Rojo era abrumadora. En el decisivo sector central de un frente de 900 kilómetros que se extendía desde los

Cárpatos hasta el Báltico, había concentrados unos 2. 200.000 soldados soviéticos frente a 400.000 del lado alemán. Pero en las cabezas de puente claves del Vístula, desde donde se estaba lanzando la ofensiva, el desequilibrio era inmenso. El Estado Mayor general alemán calculaba que la proporción era de once a uno en infantería, de siete a uno en tanques y de veinte a uno en artillería en favor del Ejército Rojo.[5] Guderian, que estaba al corriente por los informes del general Reinhard Gehlen, jefe del departamento de «ejércitos extranjeros del este», de la inmensa concentración de fuerzas soviéticas y de que la ofensiva soviética era inminente, había rogado a Hitler en Navidad, cuando ya había perdido fuerza la ofensiva de las Arderías, que trasladase fuerzas al este. Hitler había desechado los informes de Gehlen como información falsa del enemigo, «la mayor impostura desde Gengis Khan».[6]

Cuando Guderian, en una visita posterior al cuartel general del Führer de Ziegenberg, el día de Año Nuevo de 1945, consiguió de Hitler cuatro divisiones, el dictador insistió en que se enviaran a Hungría, no al centro del frente oriental, donde según los servicios secretos del ejército se esperaba el ataque.[7] El 9 de enero, Guderian había hecho otro viaje a Ziegenberg para mostrar a Hitler diagramas y planos en que se indicaba la fuerza relativa de ambos bandos en las zonas vulnerables del Vístula. Hitler los rechazó considerándolos «completamente estúpidos» y le dijo a Guderian que quien los había hecho debería estar encerrado en un manicomio. Guderian defendió a Gehlen y se mantuvo firme. La tormenta amainó con la misma rapidez con que había estallado. Pero de todos modos Hitler rechazó despectivamente las recomendaciones urgentes de evacuar partes del Vístula y del Narev, retirarse a posiciones más defendibles y trasladar fuerzas desde el oeste para apuntalar los puntos débiles del frente. Guderian comentó, proféticamente: «El frente oriental es como un castillo de naipes, si se rompe en un punto, se

desmoronará todo lo demás». La respuesta de Hitler fue que «el frente oriental debe ayudarse a sí mismo y arreglárselas con lo que tiene». Gomo comentó más tarde Guderian, era una «estrategia de avestruz».[8]

Una semana después, el 16 de enero, cuando el Ejército Rojo había logrado ya enormes avances, Hitler, que había vuelto a Berlín, se mostró dispuesto a trasladar tropas del oeste al este. Pero Guderian se indignó al enterarse de que el 6° ejército acorazado de Sepp Dietrich (que volvía al este tras la fallida campaña de las Ardenas y que constituía el grueso de las nuevas fuerzas disponibles) iba a ser enviado a Hungría, donde Hitler esperaba hacer retroceder a los rusos al otro lado del Danubio y liberar Budapest. Con las plantas de producción de gasolina sintética alemanas destruidas por los ataques aéreos de mediados de enero, conservar los yacimientos de petróleo húngaro y las refinerías era para él una consideración vital. Sin ellos, argumentaba, el esfuerzo bélico alemán estaba condenado de todos modos.[9] Tampoco tuvo Guderian mucho éxito cuando intentó convencer a Hitler de que evacuase por mar, por el Báltico, a las tropas alemanas que se hallaban en gran peligro de quedar aisladas en Courland, en la punta de Letonia, para desplegarlas de nuevo en el frente oriental. Dönitz había conseguido convencer a Hitler de que Courland era una zona costera vital para los nuevos submarinos que aseguraba que estaban ya casi a punto para lanzarlos contra el oeste.[10] La consecuencia fue que 200. 000 hombres que se necesitaban desesperadamente quedaron inmovilizados en Courland hasta la capitulación de Alemania en mayo.[11]

Como había predicho Guderian, la Wehrmacht fue totalmente incapaz de contener el avance del Ejército Rojo. El 17 de enero, las tropas soviéticas habían arrollado a las fuerzas alemanas que habían encontrado en su camino. Quedó abierta ante ellas la ruta hacia la frontera alemana. Arriba, los aviones soviéticos controlaban el cielo, bombardeando y ametrallando a voluntad. Algunas divisiones alemanas quedaron rodeadas; otras retrocedieron hacia el oeste todo lo deprisa que pudieron. El 17 de enero las tropas alemanas que quedaban en Varsovia evacuaron la ciudad, sumiendo a Hitler en un paroxismo de cólera tal que, en un momento crítico del avance en que eran necesarios para operaciones militares vitales, hizo detener a varios oficiales del

Estado Mayor general que habían emitido señales relacionadas con la retirada de Varsovia, y (junto con el propio Guderian) fueron sometidos a un interrogatorio que duró varias horas, dirigido por el jefe de la oficina central de seguridad del Reich, Ernst Kaltenbrunner, y el jefe de la Gestapo, Heinrich Müller.[12]

Las tropas soviéticas entraron en Budapest el 18 de enero. Los combates en la ciudad durarían hasta mediados de febrero. La lucha enconada en torno al lago Balaton y en otras partes de Hungría se prolongó varias semanas más.[13] Pero, por mucha importancia que Hitler le asignase, aquel enfrentamiento desigual no podía tener más que un desenlace. Y Hungría constituía poco más que un elemento secundario frente a la enorme catástrofe para el Reich que estaba produciéndose al norte, donde las tropas soviéticas apenas encontraban oposición seria en su rápido avance a través de Polonia. Tomaron Lodz. Estaban ya en su punto de mira Kalisz y Posen, en el Warthegau.[14] El 20 de enero, cruzaron la frontera alemana en el sector de Posen y de Silesia.

Aún más al norte, reinaba el desconcierto entre las tropas alemanas ante los avances soviéticos en Prusia oriental. El coronel general Hans Reinhardt, comandante del grupo de ejército del centro, que estaba defendiendo aquella zona, fue destituido por Hitler, que se indignó al saber que había evacuado posiciones costeras al romper las tropas soviéticas las defensas alemanas el 26 de enero, cortando en dos el frente. El general Friedrich Hossbach, que mandaba el 4° ejército, también fue destituido perentoriamente por Hitler, indignado al ver que no había obedecido las órdenes de resistir (y que no había consultado a su grupo de ejército sobre su decisión) al enfrentarse con una posición indefendible y ante un grave peligro de cerco.[15] Hitler, fuera de sí, acusó de traición a Reinhardt y a Hossbach.[16] Pero un cambio de personas (el coronel general austriaco Lothar Tendulic en lugar de Reinhardt, y el general Friedrich-Wilhelm Müller por Hossbach) no sirvió para evitar el desastroso hundimiento alemán en condiciones desesperadas, tanto en Prusia oriental como en el resto del frente del este. Lo mismo sucedió cuando Hitler sustituyó el 17 de enero al coronel general Josef Harpe, convertido en el chivo expiatorio del hundimiento

del frente del Vístula, por su favorito, el coronel general Ferdinand Schörner, y su desdichado nombramiento el 25 de enero del Reichsführer-SS Heinrich Himmler, pese a las objeciones estridentes de Guderian, para que asumiera el mando del recién formado y precipitadamente constituido grupo de ejército del Vístula que pretendía detener el avance soviético en Pomerania. No tardaría en hacerse patente que no tenía sentido esperar que el «triunfo de la voluntad» y el rigor de uno de sus hombres «duros» de más confianza prevalecerían.[17] Himmler, respaldado por oficiales de las Waffen-SS, valerosos pero militarmente inexpertos, pronto descubrió que enfrentarse al potencial del Ejército Rojo era una tarea bastante más dura que detener y perseguir a adversarios políticos indefensos y a «inferiores raciales». A mediados de febrero, Hitler se vio obligado a admitir que el grupo de ejército del Vístula no estaba bien dirigido. Tras una furibunda pelea con Guderian que duró dos horas, cedió de pronto y asignó al general Walther Wenck al cuartel general de Himmler para que asumiese el mando efectivo de la contraofensiva limitada prevista en el Oder, en Pomerania. «El Estado Mayor general ha ganado hoy una batalla», proclamó.[18] Hitler reconocería finalmente el fracaso del Reichsführer-SS como comandante militar, al sustituirle por el coronel general Gotthard Heinrici el 20 de marzo.[19] Este hecho constituyó un hito significativo en el creciente distanciamiento de Hitler y de su jefe de las SS.[20]

La catástrofe del frente oriental era por entonces casi completa. En el sur, Breslau, enardecida por la jefatura nazi fanática del Gauleiter Karl Hanke. resistió el asedio hasta principios de mayo.[21] Glogau, hacia el noroeste, continuó resistiendo también. Pero era una resistencia que tenía escasa trascendencia militar. A finales de enero, Alemania había perdido la región industrial clave de Silesia. El 23 de enero, las tropas rusas habían llegado ya al Oder, entre Oppeln y Ohlau. Cinco días más tarde, lo cruzaron en Steinau, al sur de Breslau.[22] Más al norte, Posen quedó cercada y se perdió la mayor parte de la Warthegau.[23] Su Gauleiter, Arthur Greiser, uno de los esbirros más brutales de Hitler, que había impuesto un reino de terror sobre la población predominantemente polaca de su feudo, había huido ya hacia el oeste,

junto con otros dirigentes nazis de la región, intentando salvar la piel, aunque al final fue en vano.[24] Su huida, como la de otros representantes del partido, exacerbó la cólera y el desprecio de la gente normal y corriente por el comportamiento de los jerifaltes nazis.[25]

En los primeros días de febrero, las tropas soviéticas habían establecido una cabeza de puente en el Oder, entre Küstrin y Frankfurt an der Oder. Aun así, Hitler, agitando los puños en un frenesí de cólera, se negó a escuchar los ruegos de Guderian para que evacuara inmediatamente los puestos militares avanzados de los Balcanes, Italia, Noruega y sobre todo Courland, con el fin de liberar reservas con las que defender la capital.[26] Todo lo que pudo conseguir Guderian se dedicó a una efímera contraofensiva alemana en Pomerania a mediados de febrero. El Ejército Rojo la rechazó con facilidad y ocupó casi toda Pomerania durante febrero y principios de marzo. Aunque la cercada Königsberg resistía aún, la mayor parte de Prusia oriental estaba por entonces también en manos soviéticas.

Los inmensos avances soviéticos de enero se habían consolidado e incluso ampliado por entonces. Los hombres de Zhukov habían avanzado casi 460 kilómetros desde mediados de enero. Berlín estaba expuesto a un ataque desde la cabeza de puente del Oder, próxima a Küstrin, a menos de setenta kilómetros de distancia. Se había superado el último obstáculo en el camino hacia la capital. Pero, debido a la rapidez del avance, las líneas de suministros soviéticas se habían quedado muy atrás. Había que organizarías por las rutas de transporte destrozadas de la devastada Polonia. Los estrategas soviéticos consideraban, además, que las lluvias de primavera obstaculizarían las maniobras militares. Y estaba claro que las sangrientas batallas que se avecinaban para tomar Berlín exigirían una preparación minuciosa. Su conclusión era que el ataque final a la capital podría esperar de momento.[27]

Mientras se desplegaba este desastre de proporciones colosales en el frente oriental, los aliados estaban reafirmándose rápidamente en el oeste, una vez rechazada la ofensiva de las Ardenas.[28] A principios de febrero había unos dos millones de soldados estadounidenses, ingleses, canadienses y franceses preparados para la invasión de Alemania.[29] El ataque del primer ejército canadiense, que se inició el 8 de febrero al sur

de Nimega en la dirección de Wesel, encontró dura resistencia y no pudo avanzar al principio más que lentamente, entre combates denodados. Pero la última semana del mes, las tropas estadounidenses, situadas al suroeste, avanzaron con rapidez hacia Colonia, llegando al Rin al sur de Düsselforf el 2 de marzo y tres días más tarde a los arrabales de Colonia. De nada valió que Hitler destituyese (de nuevo) al mariscal de campo Gerd Rundstedt, comandante en jefe del frente occidental, que había intentado en vano convencerle para que retirara sus fuerzas al otro lado del Rin, y lo sustituyese el 10 de marzo por el mariscal de campo Albert Kesselring, el antiguo y tenaz defensor de las posiciones alemanas en Italia.[30]

Las tropas alemanas en retirada habían volado los puentes del Rin en todas partes al cruzarlo… salvo en Remagen, entre Bonn y Coblenza, allí había quedado uno intacto, pues las tropas alemanas en retirada no habían conseguido activar a tiempo los explosivos que habían colocado y las fuerzas estadounidenses del primer ejército al mando del general Courtney H. Hodges, lo ocuparon inmediatamente, el 7 de marzo. Establecieron en seguida una cabeza de puente y consiguieron salvar así la última barrera natural en el camino de los aliados occidentales. Quince días más tarde, tropas estadounidenses habían cruzado de nuevo el Rin audazmente, utilizando lanchas de asalto (Ja primera vez que se había efectuado esa maniobra desde los tiempos de Napoleón) al sur de Maguncia, en Oppenheim, donde tendieron rápidamente un pontón y consolidaron su posición en la orilla derecha del río.[31] Por entonces, las orillas del Rin entre Coblenza y Ludwigshafen estaban bajo control estadounidense. Más al norte, Montgomery gozó de un momento escénico de gloria cuando, observadas por Churchill y Eisenhower, sus tropas cruzaron el bajo Rin el 23-24 de marzo tras un ataque masivo aéreo y artillero contra Wesel. La resistencia alemana más seria había sido superada mayoritariamente por entonces. Se había perdido un tercio de todas las fuerzas alemanas concentradas en el frente occidental desde febrero (293.000 hombres capturados y 60.ooo muertos o heridos). La insistencia de Hitler en negarse a ceder territorio al oeste del Rin, en vez de retroceder para luchar desde la otra orilla del río tal como había recomendado Rundstedt, había contribuido

significativamente a la magnitud y la rapidez del éxito de los aliados.[32]

Mientras las defensas alemanas se desmoronaban, en el frente oriental y en el occidental, y las tuerzas enemigas se disponían a atacar el corazón mismo del Reich, tanto las ciudades alemanas como las instalaciones militares y las plantas de combustible estaban siendo sometidas al bombardeo más intenso de toda la guerra. Los jefes de Estado Mayor ingleses y estadounidenses, presionados por el Comando de Bombarderos del mariscal Arthur Harris, habían acordado a finales de enero aprovechar la conmoción causada por la ofensiva soviética para ampliar los ataques aéreos previstos sobre objetivos estratégicos (principalmente plantas de petróleo y nudos de enlace de la red de transporte) para incluir el bombardeo sectorial y la destrucción de Berlín, Leipzig, Dresden y otras ciudades de la Alemania central y oriental. El objetivo era intensificar el creciente caos que imperaba en los grandes centros urbanos del este del Reich, mientras miles de refugiados huían hacia el oeste del avance del Ejército Rojo. Además, los aliados occidentales estaban deseando demostrar a Stalin, que iba a reunirse con Churchill y Roosevelt en Yalta, que estaban prestando apoyo a la ofensiva soviética con su campaña de bombardeos. El resultado fue que aumentó inmensamente el terror a los ataques aéreos al llover las bombas sobre ciudadanos casi indefensos. Además de los cuarenta y tres ataques de precisión a gran escala en Magdeburg, Gelsenkirchen, Botrop, Leuna, Ludwigshafen y otras instalaciones, con el fin de acabar con la producción de combustible de Alemania, ataques masivos dirigidos contra centros de población civil convirtieron los barrios interiores de las ciudades alemanas en zonas devastadas. Berlín sufrió el 3 de febrero el ataque más terrible que había sufrido hasta entonces; murieron en él tres mil personas y resultaron heridas otras dos mil. Las zonas más castigadas fueron las más pobres de la parte central de la ciudad. Diez días después, la noche del 13-14 de febrero, la bella ciudad de Dresde, la relumbrante capital cultural de Sajonia, famosa por su fina porcelana pero que no era ni mucho menos un centro industrial importante y que por entonces estaba llena de refugiados, se convirtió en un inmenso infierno cuando los bombarderos Lancaster de las fuerzas aéreas británicas (seguidos al día siguiente por otro ataque masivo de los

B7 estadounidenses) arrojaron oleadas de bombas incendiarias y explosivas. Se calcula que perdieron la vida 35.000 ciudadanos como mínimo en la demostración más implacable de fuerza y de superioridad aérea de los aliados en toda la guerra.[33] Y hubo más ciudades devastadas, entre ellas Essen, Dortmund, Maguncia, Munich, Nuremberg y Würzburg. En los últimos cuatro meses y medio de guerra, se lanzaron sobre Alemania 471.000 toneladas de bombas, el doble que durante todo el año de 1943. Sólo en marzo, se arrojaron casi tres veces más bombas que durante todo el año de 1942.[34]

Por entonces, Alemania estaba militar y económicamente de rodillas. Pero mientras Hitler viviese, no podía haber perspectiva de rendición.

Capítulo II

El tratamiento salvaje y brutal de que se había hecho objeto a los pueblos a los que se había derrotado (sobre todo en las zonas orientales de Europa) se estaba volviendo ahora contra el pueblo alemán. En los últimos meses, cosecharía los frutos del torbellino de barbarie desenfrenada que había sembrado el régimen de Hitler.

La noticia del avance del Ejército Rojo se difundió como un reguero de pólvora y Prusia oriental, Pomerania, Silesia y otras regiones del este se llenaron de refugiados asediados por el pánico, con frecuencia apenas equipados para afrontar el frío intenso. Huían con o sin sus pertenencias y por cualquier medio que podían hallar, muchos de ellos a pie. «Las carreteras están llenas de refugiados, que van en carros y andando— recordaba un testigo—. De vez en cuando, pasan coches atestados de gente y de maletas, seguidos por las miradas envidiosas de lo que van a pie. Se producen continuos atascos. La gente se aterra cuando se alza el grito de «¡Los rusos están cerca!». Todos se miran. No puede ser posible

esto. Luego Mega un hombre a caballo y grita: “Salvaos, vosotros que podéis. En inedia hora, estarán aquí los rusos. Nos domina un miedo paralizador”».[35]

Otro infórme, de Königsberg, donde la plaza mayor estaba llena de carros de refugiados, conducidos principalmente por mujeres, y la amedrentada población no se atrevía a pensar en el futuro, describía así la escena el 26 de enero: «Es de noche cuando abandonamos la casa. En la vieja carretera que lleva a Pillau rechinan sin cesar las ruedas de los carros que pasan. Al lado, gentes de todas las edades y posiciones empujan sus trineos o sus cochecitos de niño cargados hasta los topes. Nadie mira hacia atrás».[36] Una mujer comentaba: «El Führer no nos dejará caer en manos de los rusos. Nos gaseará antes».[37] Nadie hizo caso de un comentario tan extraño. Otros discutían sobre cuánto cianuro hacía falta para suicidarse. Era como si estuvieran hablando del menú que les esperaba para la comida siguiente.[38]

Un muchacho que huía del frente de Polonia que estaba desmoronándose viajó con su madre y su hermana durante dos días y dos noches en un tren atestado que se dirigía a Breslau. Por la ventanilla iba viendo los cadáveres de soldados alemanes junto la vía, ahorcados y con carteles al cuello que los denunciaban como cobardes y desertores, y carreteras llenas de ganado sacrificado que sus propietarios no habían podido llevarse.[39] Una pareja que consiguió subir al último tren que salía hacia Breslau hablaba de que los refugiados «se aplastaban unos a otros y morían en avalanchas humanas, de cadáveres arrojados desde trenes de mercancías sin calefacción durante el viaje, de caminatas que concluían en medio de una calle, de madres enloquecidas que no querían creer que los niños de pecho que llevaban en brazos estuviesen ya muertos».[40] Unos días después, Berlín figuraba ya entre las ciudades llenas de refugiados del este, amargados y enfurecidos. «Los que lo han perdido todo, pierden también el miedo», decía un informe. La policía no intervenía, por el momento.[41]

Intensificaban el terror las historias filtradas y explotadas por la propaganda sobre el tratamiento que recibía la población alemana que no había podido huir antes de que llegasen las tropas soviéticas.[42] «Los refugiados que llegan aquí de las Gane orientales traen noticias

estremecedoras de los padecimientos de la población que huye de allí y que ha buscado refugio en el Reich, temerosa de los bolcheviques», decía un informe regional de la Baja Baviera.[43] Las historias de horrores eran ciertas con demasiada frecuencia, pues los soldados del Ejército Rojo, a menudo borrachos y sin control, se vengaban de lo que les habían hecho a los suyos con las familias que caían en sus manos, entregándose a orgías de saqueos, violaciones, palizas, matanzas y otras formas de malos tratos amedrentadores.[44] Un cálculo cuidadoso indica que fueron violadas por lo menos 1,4 millones de mujeres en los territorios orientales… un 19 por 100 de la población femenina de aquellas regiones. En Prusia oriental, el porcentaje debió de ser muy superior.[45]

El miedo a ser capturadas por el Ejército Rojo no era algo que estuviese limitado a la población civil, ni mucho menos. Informes que llegaban a Himmler no dejaban ninguna ilusión en pie respecto al hundimiento de la moral entre los soldados alemanes en las zonas de combate del este. Esto era especialmente acusado entre las unidades organizadas precipitadamente de «rezagados» (Versprengte), soldados que habían quedado separados de sus unidades originales cuando estas habían sido desbaratadas por la acción enemiga o habían huido en desbandada. Entre ellos no había el menor rastro del espíritu de cuerpo ni de disposición para luchar. Dominaba el miedo a las atrocidades y fusilamientos sumarios en caso de captura por el Ejército Rojo; prevalecía el pánico.[46] Se informaba también de robos y saqueos cometidos por soldados alemanes. Aumentaban notablemente las deserciones. Las retiradas llegaban a convertirse fácilmente en desbandadas. En el último tren que salió de Bromberg, una población de Prusia oriental, y que transportaba refugiados hacia el oeste, soldados armados se habían apoderado de muchos de los asientos arrebatándoselos a las mujeres y a los niños, a quienes dejaron atrás. También los funcionarios del Partido Nazi figuraban en la primera linea de los que querían marcharse apresuradamente a zonas más seguras.[47]

Para combatir los signos inconfundibles y crecientes de desmoralización y desintegración, se formaron tribunales improvisados que administraban castigos sumarios no sólo dentro de la Wehrmacht sino también para la población civil.[48] El más leve comentario que

oliese a derrotismso podía provocar una represión inmediata y draconiana.[49] El terror que el régimen nazi había «exportado» anteriormente a los pueblos subyugados bajo su bota lo dirigía ahora que se hallaba en sus estertores finales contra el propio pueblo alemán. Era el más claro indicio, aparte del número menguante de fanáticos y desesperados sin nada que perder, de que no le quedaba ya al régimen ningún apoyo entre las masas.

Ni siquiera la amenaza de ejecución sumaria era suficiente para acabar con los evidentes signos de desmoralización y cansancio de la guerra, especialmente notorios en las zonas occidentales del Reich. Las llamadas al heroísmo, al sacrificio, a la resistencia hasta el último hombre, caían mayoritariamente en saco roto. Lo único que quería la mayoría de la gente, tanto soldados como civiles, era sobrevivir, que acabasen los bombardeos, los combates y el sufrimiento. Pensaban lo mismo que el periodista de Berlín que comentaba mordazmente: «Resistid. La más estúpida de todas las consignas. Muy bien. Resistirán hasta que estén todos muertos. No queda otra salida».[50] A diferencia de lo que sucedía en el frente oriental, muchos, animados por rumores de buen trato en zonas conquistadas por los estadounidenses, se mostraban por entonces más dispuestos a probar suerte con los aliados occidentales que a continuar la lucha». La población está esperando claramente la entrada de los americanos—decía un informe de la Wehrmacht de la zona de Mayen, una pequeña población situada entre el Rin y el Mosela —. Ya han saboteado directa o indirectamente todas las medidas tomadas por los soldados alemanes para defender las poblaciones. Como pude ver yo mismo, había banderas blancas preparadas, se quemaban todos los indicios de pertenencia al partido y se instaba a los soldados a ponerse ropa de chiles…». De otros distritos de la Renania llegaban informes similares.[51]

En el sur del país sucedía algo muy parecido. Decían que la gente de la región de Augsburgo seguía «con horror los acontecimientos del este del

Reich, donde la oleada de los soviéticos invade (umbrandet) las fronteras de la patria».[52] Dominaba por todas partes un estado de ánimo de profunda depresión, gran angustia y pérdida de toda esperanza

de un desenlace favorable de la guerra. El miedo constante a los ataques aéreos destrozaba los nervios. «Hoy fue terrible lo de los aviones (Fliegern)—escribía en su diario una mujer de la Selva Negra en febrero —. Ha sido peor que nunca. Estuvieron casi todo el día volando, iban y volvían una y otra vez. Pasamos muchísimo miedo. No voy a poder aguantarlo mucho más».[53] El desaliento era mucho mayor donde ataques devastadores (como el que sufrió Nuremberg el 2 de enero, que destruyó 29. 500 hogares, mató a 1. 794 personas y arrasó la «ciudad vieja» medieval) causaban daños inmensos y pérdidas de vidas humanas.[54] En Dresde se amontonaban en cualquier carro o camión disponible los cadáveres de decenas de miles de víctimas del ataque del 13-14 de febrero (hombres, mujeres y niños). Los tractores cavaban tumbas colectivas, pero no se podía enterrar a los muertos con suficiente rapidez y el hedor de los cadáveres en descomposición obligó a las autoridades a recurrir a cremaciones masivas en la vieja plaza del mercado… una experiencia inolvidable para los que se vieron obligados a presenciarla.[55]

Un muchacho, utilizado con otros de la Deutsches Jungvolk (la organización preparatoria de la Juventud de Hitler) para colaborar en las tareas de desescombro urgente después de un ataque aéreo contra su pequeña población natal de Turingia, vio soldados que sacaban cadáveres carbonizados de una casa incendiada del barrio. Eran los primeros muertos que él y sus amigos habían visto en la guerra, «y nos impresionó tanto aquello que perdimos todo nuestro valor».[56] Aun así, si prescindimos de las filas menguantes de fanáticos del partido, era en la Juventud de Hitler donde probablemente estuviesen la mayoría de los idealistas que quedaban, educados en los mitos del heroísmo, se mostraban dispuestos a acudir a la llamada hasta el final, sirviendo incansablemente como auxiliares en las unidades antiaéreas, atendiendo a los refugiados, cuidando a los heridos, desescombrando después de los ataques aéreos e intentando finalmente rechazar con bazokas a los tanques soviéticos. Un muchacho herido en un ataque aéreo consiguió ponerse firme cuando pasó un oficial, que le preguntó si le dolía: «Sí, pero eso no es importante—replicó él—. Alemania tiene que alcanzar la victoria».[57]

Palabras como esas ya casi no se oían más que entre los ingenuos y los ciegamente crédulos. El miedo a las represalias inmediatas y feroces hacía que la mayoría de la gente fuese cauta en extremo en sus comentarios, salvo con los amigos íntimos y con la familia. Era demasiado pronto para indagar sobre las causas de la guerra, no digamos ya para las reflexiones morales, pero sabiendo como sabían que los sufrimientos y sacrificios que se les habían exigido habían sido inmensos pero inútiles, buscaban a quien echar la culpa. Aunque no se hablase claro era evidente que se atribuía a la jefatura del partido… y al propio Hitler.[58]

«La confianza en el mando es cada vez menor—decía un informe elaborado a principios de mayo sobre las cartas controladas por oficiales del ministerio de propaganda—porque la pregonada contraofensiva que iba a liberar nuestras provincias orientales ocupadas no se produjo y porque ha sido imposible cumplir las promesas de un cambio inminente en el curso de la guerra. Son especialmente agrias las críticas a los estamentos superiores del partido y a la jefatura militar».[59] Poco después, un informe de la oficina de propaganda de Halle-Merseeburg (el tipo de informe en el que se solía evitar todo asomo de derrotismo) resumía el estado de ánimo que predominaba en aquella zona en un lenguaje que, aunque cifrado, no podía ocultar la amplitud del sentimiento anti-Hitler. «Los que todavía confiaban, sin vacilaciones ni titubeos, en las palabras del Führer de que el cambio histórica a nuestro favor se produciría aún en este año se decía que lo tenían muy mal frente a los que dudaban y ante tantas penalidades. Pese a la fe inquebrantable en el Führer, la gente no se priva de comentar que es indudable que las autoridades militares no han podido informar al Führer sobre la verdadera situación, porque si no no se habría llegado a la grave crisis actual».[60]

Un gráfico ejemplo de los sentimientos que inspiraba el hombre que tan recientemente había sido objeto de una adulación tan excepcional fue el que se dio el 11 de marzo de 1945 en una ceremonia conmemorativa en que se honraba a los caídos en la guerra en el monumento de Market Schellenberg, una pequeña población alpina situada a unos cinco minutos en coche de la residencia de Hitler del

Berghof: «Cuando el jefe de la unidad de la Wehrmacht lanzó al final de su discurso en el acto conmemorativo un “Sieg Heil” por el Führer no se le unieron los miembros de la Wehrmacht presentes ni los de la Volkssturm ni los espectadores chiles que habían acudido. Este silencio de las masas—comentaba un observador de la policía local—causó una sensación deprimente y es probable que refleje mejor que ninguna otra cosa las actitudes de la población».[61]

Para la mayoría, Hitler, el dirigente al que tantos habían llegado casi a adorar, estaba ahora impidiendo que se pudiera poner fin a su sufrimiento. Era una impresión veraz. Y Hitler estaba prolongando además por entonces el final de los sufrimientos mucho mayores de las víctimas del nazismo.

En los tormentos de estas víctimas (entre las que ocupaban lugar preferente como siempre los judíos) no se produjeron modificaciones. En contraste con la «atmósfera de catástrofe» que imperaba, los pocos judíos que aún quedaban en Alemania podían al menos empezar a albergar cautamente la esperanza de que el final del régimen no se prolongaría mucho tras el inicio de la ofensiva soviética a mediados de enero. Pero junto a las esperanzas acechaba aún la angustia de que el régimen mortalmente herido pudiese caer sobre ellos en cualquier momento, o incluso de que fuesen deportados en el último momento.[62] Cuando la mayoría del pequeño número de judíos que aún vivían en Dresde y se consideraban aptos para el trabajo fueron detenidos a mediados de febrero pera «evacuarlos», ellos sabían que tenían que considerar lo que les esperaba como una «marcha hacia la muerte».[63] Uno de ellos, al que dejaron atrás, comentaba a Victor Klemperer, el antiguo especialista en literatura francesa de la universidad técnica de Dresde: «Sólo hemos conseguido un aplazamiento de la ejecución de unos ocho días. Entonces nos sacarán de la cama a las seis de la mañana. Nos pasará como a los demás».[64] Era, como indican los comentarios, una vida regida aún por el miedo más intenso. Pero era infinitamente más aterrador el destino de los cientos de miles de judíos y de otros que estaban en manos de las SS en los campos de concentración del este. Sus vidas seguían pendiendo de un hilo, del capricho arbitrario de sus perseguidores al introducir la rápida irrupción de los soldados soviéticos una láse final y terrible en su

calvario.

Los campos de exterminio de Polonia habían sido cerrados uno tras otro ante los avances del Ejército Rojo, con precipitados intentos de borrar las huellas del genocidio. Pero unos 70.000 prisioneros de diferentes naciones, credos, tendencias políticas y grupos étnicos (entre quienes destacaban, claro, los judíos) seguían aún encarcelados en la inmensa y dispersa red de campos de concentración de la Europa ocupada por los nazis.[65] Un tercio de ellos morirían en las espantosas marchas forzadas que tuvieron que soportar entonces quienes estaban en los campos del este cuando sus implacables captores, cuyo odio no mostraba indicio alguno de disminuir ni siquiera en esa etapa final, les condujeron (hambrientos, congelados, exhaustos, comiendo nieve para saciar una sed ardiente) hacia el oeste, a paso rápido, de cinco en fondo, a punta de fusil en medio de gélidas ventiscas y a un ritmo extremadamente agotador.[66] Había reacciones diversas entre quienes se encontraban en las calles con las columnas de presidiarios, que se sumaban a menudo a las multitudes de refugiados que huían del Ejército Rojo. Algunos (una ola levísima de humanitarismo en el implacable mar de crueldad) se apiadaban de ellos y les ofrecían comida (que los guardias les prohibían aceptar). Otros reaccionaban con hostilidad ante aquellas ruinas humanas que pasaban arrastrando los pies.[67] El considerarse ellos mismos víctimas no constituía necesariamente, ni siquiera en esa hora final, un antídoto contra el odio a los perseguidos por el régimen. Los años de invectivas contra los «enemigos del estado», contra los judíos sobre todo, habían cumplido su tarea, apoyándose a menudo en prejuicios y fobias ya existentes.

En lo que era con mucho el mayor de los campos de exterminio, el inmenso complejo aterrador de Auschwitz, junto a Kattowitz, en la Alta Silesia, algunos de los inmensos hornos crematorios habían sido desmantelados y volados en el otoño de 1944 (uno de ellos tras un levantamiento de prisioneros judíos).[68] Pero el horror continuó sin respiro. Aún había unos 65.000 prisioneros de numerosas nacionalidades (casi todos judíos) en Auschwitz y en sus numerosos campos subsidiarios a mediados de enero de 1945, cuando se acercaba ya el Ejército Rojo. Los preparativos para evacuar los campos se improvisaron con gran

rapidez, mientras se hacían tentativas desesperadas de borrar las huellas de la increíble crueldad. Una nota final que dos prisioneros consiguieron escribir justo antes de que se iniciase el desmantelamiento de los campos da una idea de lo que habría de llegar: «Ahora estamos sufriendo la evacuación. Caos, pánico entre las SS… están borrachos. […] Las intenciones cambian de hora en hora, ya que no saben qué órdenes van a recibir. […] Este tipo de evacuación significa la aniquilación de la mitad de los prisioneros por lo menos».[69]

Durante cinco días, a partir del 17 de enero, largas columnas de prisioneros escuálidos, hambrientos y congelados abandonaron el recinto del campo y fueron conducidos hacia el oeste por guardias de las SS en marchas forzadas de hasta 250 kilómetros. Unos 56. 000 salieron a pie, otros 2. 200 fueron enviados en ferrocarril al final de la evacuación.[70] Centenares de ellos que estaban demasiado débiles o enfermos para iniciar las marchas fueron fusilados en los campos. Las cifras de muertos en aquellas terribles jornadas fueron enormes, como es de suponer. Los que se desplomaban en el camino incapaces de mantener el ritmo agotador o intentaban escapar eran ejecutados a tiros allí mismo. Hasta parar unos instantes para la necesidad humana más elemental era arriesgarse a provocar la ira de los guardias. «Era como si estuviesen disparando contra perros callejeros. […] No les importaba nada y disparaban en todas direcciones, sin ninguna consideración. Veíamos la sangre en la nieve blanca y seguíamos caminando».[71] Sólo en las marchas fueron asesinados por los guardas de las SS unos ochocientos prisioneros.[72] Después de días de camino con raciones de hambre y en condiciones de congelación, los supervivientes llegaron al campo de concentración de Gross-Rosen, en la Baja Silesia, cada vez más desastrosamente atestado.[73] A la mayoría les enviaron poco después en vagones de ferrocarril abiertos, en viajes que duraban hasta dos semanas en pleno invierno, a más de diez campos distintos, incluidos Mauthausen, Buchenwald, Dachau y Sachenhausen y (decenas de miles) a Bergen-Belsen, junto a Celle, en el noroeste de Alemania, ya enormemente superpoblados y que se estaban convirtiendo rápidamente en las profundidades del infierno con que se encontraron estupefactos y horrorizados los soldados ingleses en abril de 1945.[74]

El 26 de enero, una unidad de las SS voló el ultimo de los hornos crematorios de Birkenau. Al día siguiente, los guardias de las SS se retiraron en una lucha encarnizada con las tropas soviéticas que liberaron a 7.000 prisioneros exhaustos y esqueléticos que encontraron en el recinto del campo de Auschwitz. Encontraron también 368.820 trajes de hombre, 836.244 vestidos y abrigos de mujer, 5.525 pares de zapatos de mujer, 13.964 alfombras, gran cantidad de prendas de niño, cepillos de dientes, dentaduras postizas, ollas y cacerolas y una inmensa cantidad de pelo humano.[75]

Capítulo III

El hombre que ocupaba el centro de este sistema en rápida implosión que había desencadenado un horror y una desdicha tan inmensos abordó su tren especial en Ziegenberg, su cuartel general del oeste a última hora del día 15 de enero de 1945 y salió hacia Berlín con su séquito de ordenanzas, secretarias y ayudantes. Como comentaba un gracioso, Berlín era más práctico como cuartel general. Pronto se podría viajar allí tanto al frente oriental como al occidental en metro. Hitler aún era capaz de provocar lisas.[76] Pero sus esperanzas de éxito militar en el oeste estaban definitivamente condenadas. Ahora la prioridad urgente era intentar rechazar la ofensiva soviética en el este.[77] Su partida la había provocado la oposición de Guderian a su orden el 15 de enero de trasladar el poderoso cuerpo blindado «Grossdeutschland» de Prusia oriental a las proximidades de Kielce, en Polonia, donde el Ejército Rojo amenazaba con irrumpir a través de la Warthegau y con poner en peligro el avance. Guderian señaló que no sólo era imposible ejecutar la maniobra a tiempo para rechazar el avance soviético, sino que se debilitarían con ella al mismo tiempo gravemente las defensas de Prusia

oriental justo cuando el ataque soviético desde el Narev estaba poniendo en extremo peligro aquella provincia. La realidad era que las tropas del «Grossdeutsland» estaban sentadas junto a las vías del tren mientras el Führer y su jefe del Estado Mayor general discutían por teléfono sobre su destino. Hitler no rescindiría su orden. Pero la disputa ayudó a convencerle de que necesitaba dirigir las cosas desde más cerca. Era el momento de trasladarse a Berlín.[78]

Su tren entró esa noche en la capital con las persianas bajadas. Las llegadas triunfales a Berlín sólo eran ya recuerdos lejanos. Su coche se abría paso en medio de las ruinas, atravesando calles a oscuras camino de la Cancillería del Reich, ahora fría y deprimente, cuyos cuadros, alfombras y tapices habían sido trasladados a lugar seguro por los crecientes ataques aéreos contra la ciudad. Pocos habitantes de Berlín sabían siquiera que había regresado; probablemente fuesen menos aún los que se interesaban por ellos.[79] De todos modos, Hitler no tenía ningún deseo de verlos. El camino que llevaba hasta su lugar destino sólo estaba expedito para los pocos que tenían los documentos y pases necesarios para satisfacer el intenso escrutinio de los guardias de las SS armados con ametralladoras y apostados en una serie de controles de seguridad. Hasta el jefe del Estado Mayor general tenía que entregar sus armas y dejar que examinasen meticulosamente su cartera.[80]

Hitler estuvo completamente inmerso durante los días siguientes en los acontecimientos del frente oriental. Su insistencia en que las tropas resistiesen y disputasen cada metro de terreno había conseguido impedir lo que se hubiese convertido sin duda en una desbandada a las puertas de Moscú en diciembre de 1941. Pero en la campaña defensiva de 1943 y 1944 esa táctica había resultado en general costosa y contraproducente. Ahora era inútil, desastrosa. Provocaba enfrentamientos diarios con el jefe del Estado Mayor Guderian. La cólera de Hitler por la pérdida de Varsovia y por las retiradas tácticas de sus generales en Prusia oriental no conocía límites, como ya explicamos. Parecía incapaz de reconocer los desequilibrios objetivos de fuerzas y la debilidad táctica que había dejado tan expuesto el frente del Vístula y creía ver traición por todas partes. Las frecuentes filípicas sobre la incompetencia o la traición de sus generales alargaban

extraordinariamente las sesiones de información militar que se celebraban dos veces al día. Guderian calculaba que los viajes desde el cuartel general del Estado Mayor de Zossen, al sur de Berlín, dos veces al día le llevaban unas tres horas. De cuatro a seis horas más las consumía en las conferencias propiamente dichas. Desde el punto de vista del jefe del Estado Mayor, era tiempo perdido.[81]

Estos choques constantes de Hitler y su antiguo admirador Guderian se debían a lo que eran por entonces filosofías total e irreconciliablemente opuestas, sin ningún terreno en común entre ellas. Para Hitler, ni siquiera cabía pensar en capitular, aunque el precio que hubiese que pagar por ello fuese la destrucción de Alemania. Para el jefe del Estado Mayor, había que impedir la destrucción de Alemania, al precio de capitular… por supuesto, en el oeste. Para Guderian (y no era el único que pensaba así, ni mucho menos) la única esperanza de impedir la destrucción total de Alemania era concentrarlo todo en rechazar la ofensiva soviética e iniciar al mismo tiempo negociaciones para un armisticio en el oeste, por pobre que fuese la base de negociación. Quizás pudiesen convencer a los occidentales de que también a ellos les convenía impedir que los rusos dominasen Alemania después de la guerra y aceptasen la rendición de las partes occidentales del país para permitir al Reich defender sus fronteras orientales.

Esta fue la propuesta que le esbozó Guderian el 23 de enero al doctor Paul Barandon, el nuevo enlace del Ministerio de Asuntos Exteriores con el ejército. Era una débil esperanza, pero, como comentó Guderian, el que está apurado se agarra a un clavo ardiendo. Abrigaba la esperanza de que Barandon le preparase una audiencia con Ribbentrop, y que el ministro de asuntos exteriores y él pudiesen entrevistarse inmediatamente con Hitler para poner fin a la guerra.[82] Barandon preparó la entrevista. Ribbentrop. cuando Guderian se reunió con él dos días después, parecía horrorizado ante la perspectiva de que los rusos pudiesen estar a las puertas de Berlín en unas semanas. Pero se declaró fiel seguidor del Führer, y dijo que sabía que el Führer se oponía a los sondeos de paz, así que no estaba dispuesto a apoyar a Guderian. Cuando Guderian entró en la sala de las sesiones informativas esa noche, oyó que Hitler gritaba nervioso: «¡Cuando el jefe del Estado Mayor va a

ver al ministro de asuntos exteriores y le informa de la situación en el este para conseguir un armisticio en el oeste, lo que está haciendo no es ni más ni menos que cometer alta traición!».[83] Ribbentrop, por supuesto, había informado inmediatamente a Hitler del contenido de sus conversaciones con Guderian. Hitler no tomó luego ninguna medida contra este. Pero su diatriba era un aviso. «Prohíbo con toda firmeza las generalizaciones y deducciones sobre la situación general—recordaba Speer haberle oído gritar—. Eso sigue siendo asunto mío. El que le asegure en el futuro a otra persona que la guerra está perdida será tratado como traidor a este país con todas las consecuencias para él y para su familia. Actuaré sin respetar posición ni prestigio». Ernst Kaltenbrunner, el jefe de la policía de seguridad, montaría guardia a partir de entonces sentado al fondo, silencioso y amenazador, en las sesiones informativas.[84]

En realidad, pese a este arrebato (y pese a que Ribbentrop se negase a considerar la propuesta de Guderian) Hitler estaba al tanto a principios de 1945 de unos sondeos muy tanteantes de su ministro de exteriores vía Estocolmo. Berna y Madrid para ver si los aliados occidentales ponían fin a la guerra con Alemania y se unían a la lucha contra el bolchevismo. También sabía que Ribbentrop estaba considerando una propuesta alternativa: aproximarse a la Unión Soviética para que ayudara a Alemania a aplastar a Inglaterra.[85] Hitler se había opuesto en principio a toda idea de sondeos de paz. Luego pareció cambiar de opinión. «No saldrá nada de eso—le había dicho a Ribbentrop—. Pero si realmente quieres hacerlo, puedes intentarlo».[86] Sin embargo, no sólo no había posibilidad alguna de que los soviéticos ni los aliados occidentales mostrasen una auténtica disposición a iniciar las negociaciones de paz en aquella etapa; Ribbentrop sabía muy bien que Hitler no tenía el menor deseo de emprenderlas. Una de las premisas de cualquier negociación de paz, y Hitler estaba al tanto de ello, habría sido su deposición. Eso sólo bastaba ya para hacerle rechazar indignado cualquier idea de negociación.[87] Como comentaría más tarde el ministro de asuntos exteriores, Hitler «consideraba cualquier tanteo para iniciar negociaciones un signo de debilidad». Sus sondeos, decía, no hicieron más que «demostrar que no era posible entablar ninguna negociación

seria» mientras viviese Hitler.[88]

Esto estaba igual de claro para Goebbels. A finales de enero se había dirigido a Göring que, desconsolado por los acontecimientos del frente oriental y convencido de que Alemania no tenía ya posibilidades militares, dijo estar dispuesto a utilizar sus contactos suecos para efectuar sondeos en Inglaterra y quería que Goebbels le ayudara a convencer a Hitler de que, puesto que cualquier sondeo por parte de Ribbentrop (por el que tanto el mariscal del Reich como el ministro de propaganda sentían un profundo desprecio) estaba condenado al fracaso, debería intentar él esa vía. Goebbels no le animó. En el fondo, no quería presionar a Hitler porque corría el riesgo de perder la confianza de este, que, añadió significativamente: «Es en realidad toda la base de mi tarea». En cualquier caso, Göring sólo podía actuar, comentó, con la aprobación de Hitler «y el Führer no se la otorgará». Göring consideraba a Hitler demasiado intransigente y se preguntaba si querría en realidad una solución política. El sí, contestó Goebbels, pero «el Führer no cree que exista en este momento esa posibilidad».[89]

La eterna esperanza de Hitler era, como siempre, que se deshiciese la alianza contra él. Si Inglaterra y los Estados Unidos querían impedir la bolchevización de Europa, le explicó a Goebbels, tendrían que recurrir a la ayuda de Alemania. La coalición tenía que romperse. Era cuestión de aguantar hasta que llegase el momento.[90] En el fondo, Goebbels consideraba a Hitler demasiado optimista.[91] Pero Jodl y Göring se atuvieron a esta ilusión en la sesión informativa del 27 de enero. Pese a lo sombría que había sido su actitud cuando hablaba con Goebbels, en presencia de Hitler Göring adoptó una postura distinta. Jodl y él consideraban indiscutible que el avance soviético había hecho añicos los planes ingleses. Göring pensaba que si las cosas iban mucho más lejos estaban dispuestos a unir fuerzas para impedir una ocupación soviética de Alemania. Hitler sugirió que podría resultar útil el Comite Nacional de Alemania Libre, la «organización de traidores» con sede en Moscú y vinculada al general Seydlitz, del 6° ejército perdido en Stalingrado. Le había dicho a Ribbentrop, explicó, que filtrase a los ingleses la historia de que los soviéticos habían adiestrado a 200. 000 comunistas al mando de oficiales alemanes y que ya estaban listos para actuar. La perspectiva

de un gobierno nacional bajo dirección rusa en Alemania tenía que provocar inquietud, sin duda, en Inglaterra. Los ingleses no había entrado en la guerra para ver cómo «el este llegaba hasta el Atlántico» añadió Göring. Hitler comentó: «Los periódicos ingleses están escribiendo ya amargamente: ¿Cuál es el objetivo de la guerra?».[92]

El no veía, sin embargo, posibilidad de acercamiento a sus enemigos occidentales, según dijo cuando Goebbels expuso el tema para tantearle. En conversaciones con su ministro de propaganda en días sucesivos de finales de enero, en que parecía debilitado por la fatiga, reflexionó sobre el fracaso de la pretendida alianza con Inglaterra. Podría haber sido posible, pensaba, si hubiese seguido siendo primer ministro Chamberlain. Pero Churchill, «el verdadero padre de la guerra», lo había estropeado todo.[93] Pasó luego a expresar su admiración por el realismo brutal de Stalin como revolucionario que sabía exactamente lo que quería y había aprendido su método de atrocidades de Gengis Khan. También en este caso descartaba Hitler cualquier posibilidad de negociación.[94] Clamaba, como siempre, contra los fallos de sus generales. Explicó, como había hecho tantas veces, de qué modo se habían superado las crisis en el partido antes de 1933, y que estaba decidido a hacer frente a las crisis de la guerra. «Quería—le explicó a Goebbels—mostrarse digno de los grandes ejemplos de la historia». Si conseguía cambiar la suerte de Alemania, pensaba el ministro de propaganda, sin el menor rastro de cinismo, no sólo sería el hombre del siglo sino el del milenio.[95]

Goebbels continuaba considerando a Hitler excesivamente optimista respecto a las posibilidades de rechazar el avance soviético.[96] En realidad, por pesimista o fatalista que fuese en momentos sombríos, Hitler no estaba aún dispuesto ni mucho menos a abandonar la lucha. Habló de sus objetivos en la inminente ofensiva de Hungría. En cuando volviese a disponer del petróleo húngaro, dedicaría divisiones adicionales de Alemania a liberar la Alta Silesia. La operación llevaría en total unos dos meses. A Goebbels no se le escapaba el aire de irrealidad de todo aquello. Haría falta muchísima suerte para conseguirlo, escribía.[97]

Goebbels se quedó «asombrado» de que Hitler, que llevaba dos años

mostrando una resistencia tan obstinada a hablar en público, se mostrase tan dispuesto a aceptar la propuesta de hablar por radio a la nación el 30 de enero, doceavo aniversario de la «toma del poder».[98] Debía de considerar que en un momento de crisis nacional como aquel, después de que el enemigo había penetrado tan profundamente en el Reich, el que él no hablase en una fecha tan señalada del calendario nazi habría transmitido las peores señales posibles. Era imperativo que reforzase la voluntad de lucha, sobre todo en las menguantes fronteras alemanas.

En realidad, su discurso grabado, que se emitió a las diez de la noche, equivalía a poco más que un intento de levantar la moral, apelar al espíritu de lucha, exigir el sacrificio más extremo en «la crisis más grave de Europa en muchos siglos», y reafirmar su propia, voluntad de seguir luchando y de negarse a considerar cualquier cosa que no fuese la victoria. Aludió, inevitablemente, a una «conspiración mundial de la internacional judía», a los «judíos del Kremlin», al «espectro del bolchevismo asiático» y a «una tormenta que llega de las profundidades de Asia». Pero ni una sola palabra sobre los desastres militares de los últimos quince días. Y no había más que una frase en que se mencionase «el horrible destino que se está abatiendo sobre el este y erradicando al pueblo por decenas y centenares de miles en las aldeas, en las marcas, en el campo y en las ciudades», que acabará siendo «rechazado y dominado».[99] El discurso no podía resultar atractivo más que para los seguidores acérrimos. Sólo dos de un grupo de soldados que escucharon el discurso por la radio en su puesto de Bamberg se levantaron y extendieron el brazo derecho en el saludo nazi cuando puso fin a la emisión el himno nacional. Los demás siguieron sentados y no tardaron en exponer sus críticas.[100] Goebbels se declaró satisfecho con el discurso y consideró que había tenido un eco significativo en el pueblo alemán.[101] Probablemente fuese más realista un informe local del SD del sur de Alemania en su valoración de lo que acabaría siendo la última vez que el pueblo alemán escuchase la voz de Hitler: «La propaganda no ha conseguido fortalecer la fe en un cambio positivo. Ni siquiera el discurso del Führer del 30 de enero consiguió disipar las dudas sonoramente expuestas (die lauten Zweifel)».[102] Al caudillo reverenciado de otros tiempos le quedaba ya poca credibilidad.

Ese mismo día 30 de enero, Speer envió a Hitler un memorando. Le comunicaba que la economía de guerra y de la producción de armamento habían llegado a su fin. Tras la pérdida de la Alta Silesia, no había posibilidad de satisfacer las necesidades de municiones, armas y tanques de las tropas del frente. «En consecuencia, no puede compensarse ya la superioridad material del enemigo con la bravura de nuestros soldados». La fría respuesta de Hitler dejó claro que no le gustaba recibir informes como aquel que olían a derrotismo. Ordenó a Speer que no le pasase el memorando a nadie, añadiendo que las conclusiones derivadas de la situación del armamento eran asunto suyo y de nadie más.[103] Pero, prescindiendo del milagro que aún seguía esperando, Hitler tenía que ver con claridad, como todos los que le rodeaban, que Alemania no podría resistir mucho más ni económica ni militarmente. Mucho después de los hechos, Speer planteó la pregunta de por qué los que tenían contacto regular con Hitler no le hicieron frente en una acción conjunta ni siquiera en aquel momento exigiéndole que explicase cómo se pensaba poner fin a la guerra. (No daba indicios al plantear esto de cuáles habrían sido las consecuencias de un escenario tan improbable). Göring, Himmler, Ribbentrop, e incluso en algunos sentidos Goebbels, habían figurado, después de todo, entre los dirigentes nazis que habían planteado en un momento u otro la cuestión de las negociaciones de paz con el enemigo, que Hitler había descartado sistemáticamente. Ahora se acercaba el final y Alemania se enfrentaba no sólo a la derrota militar sino a la destrucción total. «Ha de pasar algo sin duda», cuchicheó Speer a Dönitz durante una sesión informativa a principios de febrero, cuando se notificaron nuevos desastres. Dönitz contestó fríamente que él sólo estaba para representar a la Marina. El Führer sabía lo que estaba haciendo.[104]

La respuesta aporta al mismo tiempo una contestación a la pregunta que Speer planteó años más tarde: no había posibilidad alguna, ni siquiera entonces, de que se formase un frente unido contra Hitler, ni siquiera entre los que veían claro como el cristal el abismo que se abría ante ellos. Las secuelas de la conjura contra él del año anterior no habían dejado la más leve duda a ninguno de los que se hallaban en su entorno de la dureza implacable con que trataría a cualquiera que considerase

una amenaza. Pero la imposibilidad de un frente conjunto contra Hitler no se debía sólo, ni siquiera primordialmente, al miedo. Hacía mucho que el mecanismo básico más recóndito del régimen dependía de la capacidad de Hitler para enfrentar entre sí a sus paladines. Sus profundas divisiones y animosidades sólo se conciliaban en virtud de su adhesión y su lealtad indiscutibles al caudillo, que seguía controlando los restantes hilos del poder y de la autoridad. El culto al Führer distaba aún mucho de estar muerto en aquella parte interna de la «comunidad carismática». Entre los niveles más altos de la jefatura militar, Keitel, Jodl y Dönitz aún seguían totalmente unidos a Hitler. Su lealtad era inconmovible; su dedicación, absoluta. Göring, completamente desprestigiado, hacía mucho ya que carecía de la energía necesaria para emprender algo contra Hitler, y desde luego de la voluntad de hacerlo. Lo mismo podía decirse de Ribbentrop, que no tenía además amigos en la jerarquía nazi y que inspiraba por otra parte desprecio y aversión a la mayoría. Goebbels, el dirigente del Frente del Trabajo Robert Ley, así como el dirigente del partido más próximo a Hitler, Martin Bormann, figuraban entre los partidarios más radicales de la posición intransigente de este y le eran absolutamente leales. Speer, por su parte, era (pese a lo que pudiese pensar después de la guerra) uno de los que menos se podía esperar que dirigiese un levantamiento contra Hitler, que plantease un ultimátum o que sirviese como centro de un plan conjunto para presionarle. Ese escenario que planteaba Speer mucho después de los hechos, era por tanto absolutamente inconcebible. La «comunidad carismática» se veía obligada por su lógica interna a seguir al caudillo del que siempre había dependido… aunque la estuviese llevando claramente a la perdición.

Capítulo IV

El barro del gobierno de Berlín era ya un paisaje triste y deprimente, como gran parte de la ciudad, antes de que una inmensa flota de bombarderos estadounidenses lanzasen a plena luz del día el 3 de febrero una nueva granizada de destrucción desde el cielo en el ataque más intenso de la guerra sobre la capital. Resultó destruida en ese bombardeo la vieja Cancillería del Reich, el palacio neobarroco que databa de la época de Bismarck. La fachada permaneció intacta pero, salvo un ala, el resto del edificio era ya poco más que un cascarón. La nueva Cancillería del Reich, un proyecto de Speer, también sufrió numerosos impactos directos.[105] El cuartel general de Bormann, situado en la Cancillería del partido, sufrió graves daños y otros edificios del centro neurálgico del imperio nazi quedaron destruidos total o parcialmente. La zona entera era una masa de escombros. El jardín de la Cancillería estaba salpicado de cráteres de bombas. Faltó la electricidad durante un tiempo y no había más agua disponible que la de un carro situado delante de la Cancillería del Reich.[106] Pero, a diferencia de la mayoría de la población de los barrios bombardeados de Berlín y de otras partes, los dirigentes del Tercer Reich aún podían contar por lo menos con alojamiento y refugio alternativos, aunque fuesen modestos para su nivel.

Hitler, con la mayor parte de sus habitaciones de la Cancillería del Reich destruidas por las bombas incendiarias, pasó a vivir predominantemente bajo tierra. Unas escaleras de piedra que parecían interminables, flanqueadas por paredes de hormigón, conducían al claustrofóbico y laberíntico entorno subterráneo del mundo del Führer, una construcción de dos plantas situada debajo del jardín de la Cancillería del Reich, a bastante profundidad.[107] El enorme recinto de aquel búnker había sido excavado en 1943, ampliando un búnker anterior que databa de 1936, destinado en principio a su posible uso futuro como refugio antiaéreo. Había sido notoriamente reforzado durante la estancia de Hitler en su cuartel general del oeste.[108] El complejo era completamente autónomo, con sistema de calefacción e iluminación propios y bombas de agua que funcionaban con un generador diesel.[109] Hitler había dormido allí desde su regreso a Berlín.[110] Y le serviría de macabro domicilio las semanas que le quedaban de

vida.

El búnker distaba mucho de los entornos palaciegos a los que Hitler estaba acostumbrado desde 1933. Podía apreciarse un intento de conservar al menos un cierto esplendor en el pasillo que conducía hasta él, que había sido convertido en una especie de sala de espera cubierta con una alfombra roja y con elegantes sillas alineadas a las paredes, de las que colgaban cuadros procedentes de sus residencias anteriores. Desde allí se pasaba a una pequeña antesala y, tras pasar unas cortinas, se entraba a su estudio. Era una habitación pequeña (de unos dos metros por tres y medio) y daba una impresión agobiante. Había una puerta a la derecha que daba al dormitorio, que tenía a su vez puertas que daban a una pequeña sala de sesiones, al cuarto de baño y a un vestidor pequeño | que se comunicaba con lo que se convertiría en el dormitorio de Eva Braun). En el estudio se apretujaban una mesa escritorio, un sofá pequeño, una mesa normal y tres sillones que lo hacían agobiante e incómodo. Dominaba completamente la habitación un gran retrato de Federico el Grande, que brindaba a Hitler el recordatorio constante de las supuestas recompensas que proporcionaba el saber mantenerse fírme cuando todo parece perdido… hasta que cambia milagrosamente la dirección de la marea.[111] «Cuando las malas noticias amenazan con aplastar mi espíritu, contemplar este cuadro me da nuevo valor» se le oyó comentar.[112]

Al principio, después incluso de haberse trasladado a vivir al búnker, Hitler siguió pasando parte del día en el ala de la Cancillería del Reich que seguía en pie. Almorzaba todos los días con sus secretarias, con las cortinas cerradas, en una habitación lúgubre, iluminada con luz eléctrica.[113] La sala de operaciones del viejo edificio de la Cancillería del Reich no se podía utilizar ya y las conferencias militares de la tarde, que solían empezar hacia las tres y duraban dos o tres horas, se celebraban en torno a la mesa de mapas del imponente estudio de Hitler de la nueva Cancillería del Reich, con su suelo pulido, gruesa alfombra, cuadros, sofá y butacas de cuero y, curiosamente, grandes ventanales que llegaban hasta el techo con cortinas grises intactos aún.[114] El círculo de participantes se había ampliado por entonces e incluía Bormann, Himmler, Kaltenbrunner y con frecuencia a Ribbentrop. Hitler

solía tomar después una taza de té con sus secretarias y ayudantes; luego volvía a la seguridad de su morada subterránea.[115] Los que asistían a la última comida del día debían recorrer cocinas y pasillos, pasar por cuartos de máquinas, pozos de Ventilación y lavabos y atravesar dos pesadas puertas de acero para poder llegar hasta el búnker del Führer.[116] Goebbels, cuando se aventuró por primera vez a bajar a ver a Hitler, decía luego que recorrer aquellos pasadizos era como recorrer «un laberinto de Hincheras».[117] En las semanas siguientes,

Hitler trasladó casi todas sus actividades al búnker, y no salía más que para disfrutar de unas bocanadas de aire fresco, dejar que Blondi paseara unos minutos por el jardín de la Cancillería o para comer con sus secretarias en la superficie.[118] A partir de entonces, raras veces vio la luz del día. Para él y su «corte», que pasaban casi toda su existencia en los confines del cuartel general subterráneo, la noche y el día perdieron la mayor parte de su significado.

La jornada de Hitler solía empezar por entonces con el sonido de las sirenas que avisaban de un ataque aéreo al final de la mañana. Linge tenía instrucciones de despertarle hacia el mediodía, si no se había despertado, a veces incluso a la una.[119] Era frecuente, probablemente debido a las nefastas mezclas de pildoras, pociones e inyecciones que tomaba a diario, que incluían estimulantes además de sedantes, que durmiese, según decía, sólo tres horas.[120] Los ataques aéreos le ponían nervioso. Inmediatamente se vestía y se afeitaba. El Führer tenía que cuidar la apariencia exterior. No podía presentarse ante su círculo íntimo sin afeitar y con ropa de dormir, ni siquiera durante un ataque aéreo. Las tardes estaban ocupadas exclusivamente por la comida y la primera de las prolongadas sesiones informativas, de las que había dos diarias. La última comida del día, que no solía empezar hasta las ocho, a veces más tarde, solía prolongarse mucho. Hitler se retiraba a veces una o dos horas y en ocasiones dormía un poco hasta la hora de la segunda sesión informativa. Por entonces solía ser la una de la madrugada. Al final de la sesión (sumamente agotadora siempre para todos los que asistían, incluido el propio Hitler) estaba listo ya para tumbarse en el sofá de su habitación. Pero aún le quedaban fuerzas para pontificar para sus secretarias y otros miembros de su círculo íntimo, que tomaban el té con

él en plena noche. Les obsequiaba, como había hecho a lo largo de la guerra, a veces hasta dos horas, con banalidades y monólogos sobre la Iglesia, los problemas raciales, el mundo clásico o el carácter alemán. [121] Después de acariciar a Blondi y jugar un rato con su cachorro (al que había puesto el nombre de Lobo), permitía ya que sus secretarias se retirasen y se retiraba también él finalmente a la cama. Por entonces eran, como norma, según el programa prescrito de Linge, sobre las cinco de la mañana, aunque en la práctica era con frecuencia mucho más tarde.

Un elemento de escapismo puro salpicaba por entonces la dosis diaria de pesadumbre que significaban para Hitler las noticias que llegaban de los frentes: sus visitas a la maqueta de su ciudad natal, Linz, a la que había previsto retirarse, tal como habría de ser reconstruida al final de la guerra tras una gloriosa victoria alemana. La maqueta era un proyecto de su arquitecto Hermann Giesler (a quien Hitler había encargado en el otoño de 1940 la reconstrucción de la ciudad) y se instaló en febrero de 1945 en el espacioso sótano de la nueva Cancilleiía del Reich. En enero de 1945, cuando se hizo evidente el fracaso de la ofensiva de las Ardenas, cuando el frente oriental se hundía ante el empuje del Ejército Rojo, y cuando llovían también las bombas sobre la región del Danubio en que estaba situada Linz, Bormann y los ayudantes de Hitler telefoneaban insistentemente al despacho de Giesler. El Führer hablaba sin parar de la maqueta de Linz, le decían a Giesler. ¿Cuándo estaría lista para que pudiese inspeccionarla?

El equipo de Giesler trabajó noche y día para poder satisfacer la petición de Hitler. Cuando la maqueta estuvo al fin en condiciones de que pudiese verla, el 9 de febrero, Hitler se quedó extasiado. Inclinado sobre ella, la examinó desde todos los ángulos y con distintos tipos de iluminación. Pidió un asiento, comprobó las proporciones de los diferentes edificios. Pidió los detalles de los puentes. Estudió la maqueta durante mucho tiempo, visiblemente perdido en sus pensamientos. Durante el tiempo que Giesler estuvo en Berlín, Hitler iba a ver la maqueta con él dos veces al día, primero por la tarde y luego por la noche. Se llevaba también a miembros de su entorno personal para explicarles sus planes de edificación mientras examinaban la maqueta.

[122] Contemplando el modelo de una ciudad que él sabía que nunca se construiría, Hitler podía caer en ensueños, volviendo a las fantasías de la juventud, cuando soñaba con su amigo Kubizek con reconstruir Linz.[123] Eran días lejanos. Pronto tenía que volver a una realidad mucho más dura.

A principios de febrero habló con Goebbels sobre la defensa de Berlín. Hablaron de la posible evacuación de una parte de las oficinas del gobierno a Turingia. Pero Hitler le explicó a Goebbels que él estaba decidido a quedarse en Berlín y «a defender la ciudad».[124] Aún seguía pensando con mucho optimismo que el frente del Oder podría mantenerse. Goebbels era más escéptico.[125] Hablaban los dos de la guerra en el este como de una lucha histórica para salvar el «mundo cultural europeo» de los hunos y mongoles actuales. Los que estaban en mejor posición eran quienes habían quemado las naves y no pensaban ya en acuerdos ni en negociaciones. «En realidad, entre nosotros no nos planteábamos siquiera la idea de capitulación», escribía Goebbels.[126] Aun así, con Hitler aún convencido de que la coalición que existía contra él se desmoronaría aquel año, Goebbels recomendó efectuar sondeos para una posible aproximación a los ingleses. No explicó, sin embargo, cómo podría efectuarse. Hitler dijo, como siempre, que el momento no era propicio para ello. De hecho, temía que los ingleses pudiesen recurrir a métodos bélicos más draconianos, incluyendo el empleo de gases asfixiantes. En ese caso, él estaba decidido a fusilar a un gran número de los prisioneros angloamericanos que estaban en manos de los alemanes.[127]

A última hora del día 12 de febrero, «los Tres Grandes» (Roosevelt, Stalin y Churchill) emitieron un comunicado desde Yalta (Crimea) donde llevaban una semana reunidos, dedicando gran parte del tiempo a discutir la forma que tendrían Alemania y Europa después de la guerra.[128] El comunicado no dejaba que la jefatura nazi se hiciese ilusiones sobre los planes de los aliados para Alemania: el país sería dividido y desmilitarizado, su industria controlada, se pagarían indemnizaciones, se juzgaría a los criminales de guerra, se aboliría el Partido Nazi. «Ahora sabemos dónde estamos», comentó Goebbels.[129] Se transmitió la noticia a Hitler inmediatamente. No pareció impresionarse mucho.[130] Era la

confirmación que necesitaba para reafirmarse en su posición invariable de que no tenía sentido capitular. Los dirigentes aliados, comentó, «quieren separar al pueblo alemán de su jefatura. Siempre lo he dicho: no se puede pensar en otra capitulación». Y añadió, tras una breve pausa: «La historia no se repite».[131]

La noche siguiente, el centro urbano de Dresde quedó completamente destruido por un ataque aéreo. Hitler oyó la noticia de la devastación impávido, apretando los puños.[132] Goebbels, de quien se dijo que temblaba de furia, exigió inmediatamente la ejecución de decenas de miles de prisioneros de guerra altados, uno por cada ciudadano muerto en los ataques aéreos.[133] A Hitler le gustó la idea. Estaba seguro de que si los alemanes trataban brutalmente a los prisioneros de guerra, los aliados tomarían represalias. Eso impediría desertar a los soldados alemanes del frente occidental.[134] Guderian recordaba a Hitler diciendo: «Los soldados del frente oriental luchan mucho mejor. La razón de que en el oeste cedan tan fácilmente es esa estúpida convención de Ginebra que les promete un buen trato como prisioneros. Hay que acabar con esa convención estúpida».[135] Sólo los esfuerzos de Jodl, Keitel, Dönitz y Ribbentrop, que consideraban contraproducente esa reacción, le disuadieron de dar un paso tan drástico.[136]

Unos días después, Hitler convocó a los Gauleiter, sus virreyes del partido, que era en quienes más confiaba, a la Cancillería del Reich, para lo que sería su último encuentro. La última vez que se habían reunido había sido a principios de agosto del año anterior, poco después de que Stauffenberg atentase contra la vida del Führer. Esta vez el motivo era el 25 aniversario de la proclamación del programa del partido en la Hofbräuhaus de Munich el 24 de febrero de 1920.

Hitler se había dirigido a menudo a los Gauleiter en momentos de crisis durante los años anteriores. El verdadero propósito de esa última reunión era concentrar el núcleo que seguía apoyándole cuando el régimen se enfrentaba a su crisis más grave. No tenía precisamente buenas noticias que comunicarles. En el frente occidental, los aliados presionaban hacia el Rin. En el oriental, la contraofensiva lanzada unos días antes en Pomerania no brindó más que un fugaz rayo de luz en una oscuridad intensa. El grupo del ejército del Vístula de Himmler se estaba

enfrentando aquel mismo día a un nuevo ataque del Ejército Rojo. La ausencia de Erich Koch, cuya Gau de Prusia oriental estaba casi completamente aislada por el Ejército Rojo, y de Karl Hanke, asediado en Breslau, era un recordatorio del destino de las provincias orientales. Y el grupo de Gauleiter pedía a Martin Mutschman, Gauleiter de Sajorna, noticias de Dresde, o a los camaradas de partido de la Renania explicaciones sobre el fracaso de la ofensiva de las Ardenas y sobre la lucha en el frente oeste, lo que era por sí solo bastante elocuente.

La apariencia de Hitler cuando entró en el salón a las dos de aquella tarde fue urna sorpresa para muchos Gauleiter, que llevaban unos seis meses sin verle. Su estado físico se había deteriorado visiblemente, incluso en el breve espacio de aquellos seis meses. Estaba más demacrado, envejecido y encorvado que nunca, caminaba con paso inseguro, como si le pesaran las piernas. Tenía un temblor incontrolable en la mano y el brazo izquierdos. Estaba muy pálido, tenía los ojos enrojecidos, grandes ojeras, se le escurría por la comisura de los labios de vez en cuando un hilillo de saliva.[137]

Bormann había advertido previamente a los Gauleiter que no plantearan ninguna crítica.[138] Había como siempre pocas posibilidades de enfrentamiento. Pero la compasión que les inspiró el aspecto de Hitler disipó el talante crítico inicial.[139] Quizás aprovechando eso, Hitler renunció en determinado momento a seguir intentando llevarse a la boca un vaso de agua con mano temblorosa sin derramarla e hizo una alusión a su propia debilidad. Habló sentado a una mesita durante hora y media, con las notas esparcidas delante. Empezó, como tantas otras veces, con una historia «heroica» del partido. Ante un presente y un futuro tan sombríos, había pasado a refugiarse cada vez más en los «triunfos» del pasado. Volvió a evocar una vez más la Primera Guerra Mundial, su decisión de entrar en la política y la lucha del nacionalsocialismo en la república de Weimar. Ensalzó el nuevo espíritu creado por el partido después de 1933. Pero su público no quería oír hablar del pasado lejano. En realidad, estaban ansiosos por saber cómo pensaba superar, si es que pensaba hacerlo, la crisis abrumadora que se había abatido sobre ellos. Abordó sólo, como siempre, las generalidades. Dijo que se acercaba la fase decisiva de la guerra, que en ella se decidiría cómo iba a ser el siglo

siguiente. Mencionó, como solía hacer, las «nuevas armas» que cambiarían el curso de la guerra, y alabó los aviones a reacción y los nuevos submarinos. Su principal objetivo era infundir ánimos a sus más firmes seguidores para un esfuerzo final, levantarles la moral e impulsarlos a luchar hasta el tin para que también ellos impulsaran al pueblo de su región al sacrificio abnegado y la defensa indomable y a negarse a capitular. Si el pueblo alemán perdía la guerra, proclamó (en una demostración más de su socialdarwinismo invariable), sería la prueba de que no poseía el «valor interno» (inneren Wert) que se le había atribuido, y él no sentiría la menor compasión por un pueblo así. Intentó convencer a los Gauleiter de que él era el único que podía juzgar acertadamente sobre el curso de los acontecimientos. Pero incluso en ese medio, entre los jefes del partido que habían sido durante muchos años la columna vertebral de su poder, pocos eran capaces ya de compartir su optimismo. Su capacidad para motivar a sus seguidores más próximos con el vigor de su retórica se había esfumado.[140]

Esto resultaba aún más notorio en el caso de la población en general, para la que las palabras del mayor demagogo conocido de la historia se hallaban ya privadas por entonces de toda capacidad de convicción y solían considerarse poco más que frases vacías, que lo único que prometían era más sufrimiento, un sufrimiento que no cesaría hasta que no se pudiera poner fin a la guerra. El aniversario de la promulgación del programa del partido había sido tradicionalmente (hasta 1942) la fecha de un gran discurso de Hitler en la Festsaal de la Hofbräuhaus de Munich. En 1945, lo mismo que en 1942 y 1943, Hitler se limitó a redactar una proclama. La leyó Hermann Esser, uno de sus compinches de Munich de los primeros tiempos del partido y habría de ser el último mensaje de Hitler al pueblo alemán.

Su contenido se reducía a otra repetición de las largas frases huecas del mensaje de siempre: sólo el nacionalsocialismo había dado al pueblo la entereza para combatir la amenaza que constituía para su propia existencia una «alianza antinatural», «un pacto diabólico entre el capitalismo democrático y el bolchevismo judío». Las atrocidades del bolchevismo («esa plaga judía») las estaban padeciendo dilectamente en las regiones orientales del Reich. Sólo «un fanatismo extremo y una

obstinación inflexible» podían rechazar el peligro de «esta aniquilación judeobolchevique de pueblos y a sus proxenetas de Europa occidental y América». La debilidad perecería y debía perecer. Era un «deber mantener la libertad de la nación alemana para el futuro» y (la tentativa inconfundible de apuntalar el espíritu de lucha inspirando miedo) «no dejar que los trabajadores alemanes sean enviados a Siberia». La Alemania nacionalsocialista, con su odio fanático al «destructor de la humanidad» reforzado por el sufrimiento que había soportado, proseguiría la lucha hasta que se produjese «el cambio histórico». Sería ese año. Hitler terminó su discurso con una pincelada de patetismo. Su vida sólo tenía el valor que pudiese tener para la nación. Quería compartir el sufrimiento del pueblo y casi lamentaba que no hubiesen bombardeado el Berghof, porque eso le habría permitido compartir la sensación de pérdida de posesiones. (Los aliados le permitirían compartir esa sensación unas semanas después). «La vida que nos quede—proclamó al final—sólo puede servir para cumplir una misión, la de corregir lo que le han hecho a nuestro pueblo los criminales judíos internacionales y sus secuaces».[141]

En el informe rutinario de la emisora del SD del Berchtesgaden, adonde habían acudido en otros tiempos miles de «peregrinos» para intentar ver desde lejos al Führer durante sus estancias en el Berghof, se hizo un comentario incisivo. «Para la mayoría abrumadora de los camaradas del pueblo—decía el informe—, el contenido de la proclama fue como el soplo del viento entre las ramas deshojadas».[142]

Probablemente fuese por razones de imagen pública por lo que Hitler rechazó la petición de Goebbels de un reportaje periodístico destinado a levantar la moral de la población. Debía de darse cuenta con toda claridad del escarnio inevitable que provocaría la noticia de los soldados (muchos de los cuales eran casi niños) vitoreándole en una breve visita que él y un pequeño séquito habían hecho el 3 de marzo a las tropas de Wriezen, unos 60 kilómetros al nordeste de Berlín, justamente detrás de las líneas del frente del

Oder.[143] Las nuevas que llegaban del frente oriental habían dejado deprimido a Hitler; el temblor de la mano izquierda era más evidente que nunca cuando el ministro de propaganda le vio la noche siguiente.

Los tanques soviéticos habían roto las defensas alemanas en Pomerania y estaban a las puertas de Kolberg, en el Báltico. (Cuando hubo que evacuar la ciudad después, en ese mismo mes, Goebbels no dejó que se publicara la noticia debido a la imagen escandalosamente contradictoria que transmitía después de la película en color de épica nacionalista que había mandado hacer sobre la lucha de la ciudad contra Napoleón, destinada a fomentar la resistencia frente al Ejército Rojo).[144] Himmler, el comandante del grupo de ejército del Vístula, responsable de la defensa de Pomerania, había caído enfermo (parece ser que no padecía más que un catarro fuerte que se sumaba a una gran tensión nerviosa) y tras guardar cama un tiempo se había retirado a la clínica de Hohenlycher, a unos veinte kilómetros al norte de Berlín, para un periodo de convalecencia. Hitler echó al culpa del desastre, como siempre, al Estado Mayor general. Aún tenía la esperanza de contener el avance del Ejército Rojo; Goebbels tenía sus dudas. Más al sur, quedaban directamente amenazadas las zonas industriales checas. Sin ellas, Goebbels no veía cómo iban a poder cubrirse ni siquiera las necesidades mínimas de armamento.[145] Hitler tenía la esperanza de que se pudiera resistir allí y en Silesia, y de infligir graves reveses al Ejército Rojo con una contraofensiva que se iniciaría el 6 de marzo y que sería la última de la guerra.[146]

En el oeste, Hitler aún se sentía optimista en cuanto a las posibilidades de defender el Rin. En realidad, las tropas estadounidenses estaban a punto de entrar en Colonia, y pocos días más tarde tomarían el puente de Remagen y se establecerían al otro lado del gran río. Goebbels, dispuesto como tantas veces a oponer al optimismo instintivo de Hitler cautas insinuaciones de realismo, señaló que, si las defensas occidentales no resistían, «se vendría abajo nuestro último argumento de guerra política», puesto que los angloamericanos conseguirían penetrar en la Alemania central y no tendrían ya ningún interés en iniciar negociaciones. La creciente crisis de la alianza seguía siendo un clavo ardiendo al que agarrarse. Pero Goebbels se daba cuenta de que Alemania podría estar postrada antes de que se materializase.

Hitler aún creía que era más probable que mostrase interés en iniciar negociaciones Stalin que las potencias occidentales. Roosevelt y

Churchill tendrían problemas con la opinión pública, pero Stalin podría ignorarla y cambiar completamente su política de guerra de un día para otro. Aun así, Hitler insistía como siempre en que una «paz especial», fuese la que fuese, sólo podía basarse en el éxito militar. Si se lograba hacer retroceder a los soviéticos causándoles graves bajas, se mostrarían más dóciles. Hitler tenía la esperanza de que el precio fuese una nueva división de Polonia, la devolución de Hungría y Croacia a la soberanía alemana y libertad operativa en Occidente. Así que su objetivo, según Goebbels, era «continuar la lucha contra Inglaterra con la energía más brutal». Inglaterra, pensaba, volviendo al país que había desdeñado sus aproximaciones anteriores, era la «eterna perturbadora (Störenfried) de Europa». Expulsándola del continente definitivamente, Alemania conseguiría paz, al menos por un tiempo. Goebbels pensaba que las atrocidades soviéticas eran un obstáculo para los planes de Hitler. Pero escribía lacónicamente que Europa había sobrevivido ya a los estragos de los mongoles: «Las tormentas del este van y vienen, y Europa tiene que afrontarlas».[147]

Goebbels seguía siendo el ferviente devoto de Hitler que había sido durante veinte años. Se entusiasmaba siempre con Hitler después de pasar un tiempo en su compañía, aunque se sintiese por otra parte frustrado muchas veces a sus espaldas y le criticase por lo que consideraba una resistencia indebida a adoptar las medidas necesarias para radicalizar el frente interior, y por su debilidad en cuestiones personales, sobre todo al negarse insistentemente a destituir a Göring y a Ribbentrop, sobre los que Goebbels consideraba que recaía una responsabilidad excesiva para desdicha de Alemania. En su opinión, la decisión y el optimismo de Hitler resplandecían en medio de la «atmósfera desolada» de la Cancillería del Reich. «Si alguien puede dominar la crisis, ese alguien es él—comentaba el ministro de propaganda—. No se puede encontrar a nadie que se le pueda comparar».[148]

Pero, aunque persistiese su subordinación personal a la imagen paterna que durante tanto tiempo había reverenciado, ni siquiera Goebbels se dejaba convencer por la aparente seguridad de Hitler en que cambiaría el curso de las cosas. Estaba ya esperando el final, pensando

en los libros de historia. Magda y los niños se unirían a él y se quedarían en Berlín, pasase lo que pasase, le dijo a Hitler. Si no se podía vencer en la lucha, había que preservar al menos el honor, escribía.[149] Estaba entusiasmado con la biografía de Federico el Grande de Tilomas Carlyle, que glorificaba el heroísmo del monarca prusiano y le regaló un ejemplar a Hitler. Le leyó los pasajes relacionados con la resolución implacable del rey en circunstancias de desesperación creciente, durante la Guerra de los Siete Años y cómo se vio recompensada por el cambio de suerte súbito y espectacular que se produjo. A Hitler se le llenaron los ojos de lágrimas.[150] También él estaba pensando en su lugar en la historia. «Debe ser nuestra ambición—le dijo a Goebbels el 11 de marzo, día de los héroes—dar un ejemplo también en nuestra época que sirva de guía a las generaciones futuras en adversidades (Belastungen) y crisis similares, lo mismo que hoy nosotros podemos guiarnos por el ejemplo de los antiguos héroes de la historia».[151] El tema se incluía en su proclama a la Wehrmacht de ese día. Decía en ella que era su «decisión irrevocable […] proporcionar al mundo del futuro un ejemplo que no sea peor que los que nos han dejado los tiempos pasados». La frase que seguía resumía la esencia de la «carrera» política de Hitler: el año de 1918, por tanto, no se repetirá».[152]

Capítulo V

Eso era algo que había que evitar a cualquier precio, incluso al de la auto-destrucción. Hitler, de acuerdo con su forma de pensar característica de «o una cosa o la otra», había planteado invariablemente como alternativa a la victoria total por la que había luchado, la destrucción total. Convencido en su fuero interno de que sus enemigos se proponían esa destrucción total (el plan Morgenthau de 1944 que

preveía la reducción de la Alemania derrotada a la condición de un país agrícola con una economía preindustrial había dado pie a esta creencia) [153] ninguna medida era para él demasiado radical en la lucha por la supervivencia. Coherente sólo con su propia forma de razonar tortuosa y extraña, estaba dispuesto a tomar unas medidas cuyas consecuencias eran de tan largo alcance para la población alemana que ponían en peligro las bases mismas de la propia supervivencia de esta, por la que aseguraba estar luchando. Para él era más importante en último término negarse a capitular que el que siguiese existiendo el pueblo alemán (si se mostraba incapaz de derrotar a sus enemigos).

Eran pocos, incluso entre sus más próximos acólitos, los que estaban dispuestos a seguir al pie de la letra este impulso autodestructivo. Albert Speer era uno de los que miraban hacia el futuro, hacia lo que aguardaba después de una guerra perdida… y después de Hitler, el hombre a quien había reverenciado y a quien debía su carrera y su acceso al poder y a la influencia. Quizás el ambicioso Speer abrigara aún la esperanza de poder desempeñar un puesto importante en una Alemania sin Hitler. El sabía muy bien que la guerra estaba irremediablemente perdida. Y pretendía (como Guderian en la esfera militar) salvar lo que se pudiese salvar de la base económica del país. No tenía ningún interés en que Alemania se hundiese en un remolino destructivo para satisfacer el principio irracional y absurdo de autosacrificio «heroico» en vez de capitular. Sabía muy bien que la preservación de la base material de Alemania para un futuro post-Hitler era desde hacía mucho tiempo el objetivo de los principales industriales con los que había trabajado en tan estrecha relación.[154] Había impedido también que se cumpliesen las órdenes de Hitler de destruir la industria francesa. Y en las últimas semanas había acordado con el coronel general Heinrici en la Alta Silesia, el mariscal de campo Model en el Ruhr (que estaba a punto de ser ocupado por los aliados occidentales) y con el coronel general Guderian para todo el frente oriental, que no se destruyesen, siempre que fuese posible evitarlo, las fábricas, las minas, los ferrocarriles, las carreteras, los puentes, las instalaciones de agua, gas y electricidad y las demás instalaciones vitales para la economía alemana.[155]

El 18 de marzo, Speer le pasó a Below un memorando que había redactado tres días antes. Below tenía que elegir un momento favorable para entregárselo a Hitler.[156] El memorando exponía claramente que el colapso definitivo de la economía alemana se produciría en el plazo de cuatro a ocho semanas, tras lo cual, no se podría continuar la guerra. El principal deber de los que regían el país debía ser hacer todo lo posible por la población civil, pero volar puentes, con la consiguiente destrucción de la infraestructura de transporte significaría «la eliminación de cualquier posibilidad de existencia (Lebensmöglichkeit) posterior para el pueblo alemán». La conclusión de Speer era la siguiente: «No tenemos ningún derecho a emprender en esta etapa de la guerra una destrucción que podría afectar a la existencia del pueblo […] Tenemos el deber de dejarle al pueblo todos los medios posibles para que pueda emprender la reconstrucción en el futuro».[157]

Cuando surgió el tema de la población local de la zona de combate del Sarre en la reunión militar informativa de esa noche pudo verse ya con suficiente claridad cuál iba a ser la respuesta de Hitler. La orden expresa que dio fue que debía iniciarse inmediatamente la evacuación total. No había que preocuparse por la población.[158] Unas horas después de terminar la sesión informativa, cuando Speer salía ya para una gira por las zonas del frente occidental amenazadas, Hitler le llamó. De acuerdo con el recuerdo de Speer (lo anotó por escrito diez días después) Hitler le explicó con toda frialdad que si perdían la guerra también se perdería el pueblo y que no había ninguna necesidad de tener en cuenta ni siquiera la base de su supervivencia más primitiva. El pueblo alemán había demostrado ser más débil en la lucha. No sobrevivirían más que los que eran inferiores.[159]

Hitler había prometido a Speer una respuesta escrita a su memorando. No tardó en recibirla. Era, como cabía esperar, lo contrario de lo que había recomendado Speer. Según la opinión de Hitler, no se podía permitir de ninguna manera que instalaciones militares intactas útiles para la producción industrial cayeran en manos del enemigo, como había sucedido en la Alta Silesia y en el Sarre.[160] Su decreto del 19 de marzo, que llevaba como encabezamiento «Medidas destructivas en el territorio del Reich», se correspondía con una filosofía que chocaba por

entonces frontalmente con la de Speer. «La lucha por la existencia de nuestro pueblo—decía el decreto—obliga a utilizar, también dentro del territorio del Reich, todos los medios que puedan debilitar la capacidad de combate del enemigo y sus avances. Se deben aprovechar todas las posibilidades de causar daños perdurables, directa o indirectamente, a la capacidad de ataque del enemigo. Es un error creer que el transporte, las comunicaciones, las instalaciones industriales y de suministros no destruidas o solo temporalmente dañadas, se pueden volver a hacer operativas para nuestros propósitos una vez reconquistados los territorios perdidos. El enemigo no nos dejará más que tierra calcinada cuando se retire y no tendrá consideración alguna con la población. En consecuencia, ordeno: 1. Deben ser destruidas dentro del territorio del Reich todas las instalaciones de transporte, comunicaciones, industriales y de suministros, así como los valores materiales que el enemigo pueda llegar a utilizar inmediatamente o en un futuro previsible. 2. Los responsables de que esa destrucción se efectúe son: las autoridades militares que estén al mando en todo lo tocante a la esfera militar, incluidas las instalaciones de transporte y comunicaciones; los Gauleiter y comisarios de defensa del Reich, en el caso de las instalaciones industriales y de suministros y otros valores materiales. Las tropas han de proporcionar la ayuda necesaria a los Gauleiter y a los comisarios de defensa del Reich en la realización de su tarea…».[161]

El decreto no llegó a cumplirse. Aunque varios Gauleiter (entre quienes destacaba Friedrich Karl Florian, de Düsseldorf) se mostraron en principio deseosos de cumplir las órdenes de Hitler al pie de la letra, Speer consiguió al final convencerles de la inutilidad de la acción prescrita. De todos modos, los Gauleiter coincidieron en que era imposible cumplir la orden en la práctica.[162] Model fue uno de los comandantes militares del frente que se mostró también dispuesto a cooperar con Speer manteniendo la destrucción de las instalaciones industriales a un nivel mínimo. A finales de marzo, Speer había conseguido tras muchos esfuerzos convencer a Hitler (aunque este supiese que el ministro de armamentos había saboteado en la práctica su orden) para que le otorgase responsabilidad general sobre el cumplimiento de todas las medidas relacionadas con las tareas de

destrucción. Con esto, las decisiones clave dejaron de estar en manos de los Gauleiter, los principales representantes de Hitler en las regiones. Y eso significaba, como Hitler sabía, que se haría todo lo posible por evitar la destrucción que él había decretado.[163]

El incumplimiento de la orden de «tierra quemada» fue el primer signo evidente de que estaba empezando a eclipsarse la autoridad de Hitler. «Estamos dando órdenes en Berlín que no llegan en realidad adonde tienen que llegar y que, por supuesto, no se cumplen—comentaba Goebbels a finales de marzo—. Veo en eso el peligro de una disminución extraordinaria de la autoridad».[164]

Hitler seguía considerándose indispensable. «Si me sucediese algo a mí, Alemania estaría perdida, porque no tengo sucesor», les dijo a sus secretarias. «Hess se ha vuelto loco, Göring ha dilapidado las simpatías del pueblo alemán y a Himmler le rechaza el partido». Esa era la valoración que hacía.[165]

A mediados de febrero de 1945, en sus conversaciones con Goebbels, Hitler había sido absolutamente despectivo con las dotes de mando de Göring en «periodos turbulentos». Como «caudillo de la nación» era «absolutamente inimaginable».[166] Las diatribas contra el mariscal del Reich eran algo muy frecuente. En una ocasión, durante una sesión militar informativa, Hitler, cerrando los puños y rojo de cólera, humilló a Göring delante de todos los presentes amenazando con reducirle a la condición de soldado raso y con disolver la Luftwaffe, como rama independiente de las fuerzas armadas. Lo único que pudo hacer Göring fue retirarse a la antesala y tomarse unas copas de coñac.[167] Pero a pesar de estar expuesto al vitriolo habitual de Goebbels sobre el mariscal del Reich y a sus ruegos apasionados de que le destituyese, Hitler insistía en su idea de que no tenía ningún sustituto adecuado.[168]

También se había endurecido la actitud de Hitler hacia Himmler. Su furia ciega por la retirada de las divisiones (incluida la que llevaba su nombre, la «Leibstandarte Adolf Hitler») del 6° ejército acorazado de Sepp Dietrich, ante la perspectiva de numerosas bajas y cerco inminente en el Danubio, en medio de encarnizados combates, iba dirigida contra Himmler. El Reichs-führer SS estaba desesperado por su ruptura con Hitler, simbolizada en la orden que se vio obligado a transmitir a

Dietrich. según la cual sus cuatro divisiones de las Waffen-SS, entre ellas la división de elite «Leibstandarte Adolf Hitler», debían quitarse los brazaletes como castigo.[169] Con Hitler sintiéndose traicionado hasta por sus comandantes de las SS, la estrella menguante de Himmler se hundió precipitadamente con sus propios fracasos evidentes como comandante del grupo del ejército del Vístula. Hitler hizo personalmente responsable al Reichsführer-SS de no haber sido capaz de contener el avance soviético en Pomerania. Le acusó de haber caído inmediatamente bajo la influencia del Estado Mayor general (un delito abyecto en su opinión), e incluso de desobediencia directa a sus órdenes de construir defensas antitanques en Pomerania. Hitler, acusando a otros como siempre, consideraba que si Himmler hubiese cumplido sus órdenes no se habría perdido Pomerania. A Goebbels le explicó que se proponía dejar muy claro en su próxima reunión que si llegaba a repetirse algo como aquello la ruptura sería irrevocable.[170] No está claro si el distanciamiento se agudizó posteriormente por los rumores que corrían en el extranjero (que en realidad se aproximaban bastante a la verdad) y que vinculaban el nombre de Himmler con sondeos de paz.[171] Pero lo indudable es que Himmler se había desprestigiado notoriamente ante Hitler.[172] El Reichsführer, por su parte, se mostraba abatido por la ruptura de relaciones y cauto en extremo al mismo tiempo, pues sabía que su autoridad dependía exclusivamente, incluso entonces, de que Hitler siguiese favoreciéndole.[173] Pero desde que fue privado de su mando del grupo de ejército del Vístula el 20 de marzo, empezó a seguir cada vez más un camino propio.

El círculo de aquellos en los que Hitler confiaba disminuía a toda prisa. Al mismo tiempo, su intolerancia ante cualquier oposición a sus ideas se había hecho casi absoluta. La única voz que quedaba entre sus generales que era cada vez más franca y directa en sus críticas era la del general Guderian. Mientras Keitel hablaba con tan poca autoridad que los oficiales más jóvenes le apodaban sarcásticamente el «mozo de garaje del Reich», y Jodl adecuaba cuidadosamente sus sesiones informativas al estado de ánimo de Hitler y se anticipaba a sus deseos, Guderian era lacónico, incisivo y flanco en sus comentarios.[174] Los enfrentamientos, que habían ido aumentando de intensidad a partir las Navidades,

concluyeron bruscamente a finales de marzo con la destitución de Guderian. Por entonces había fracasado ya la ofensiva final alemana en la región del lago Balaton, en Hungría, que se había iniciado el 6 de marzo, y los soviéticos avanzaban hacia las últimas reservas de petróleo que le quedaban a Alemania; por otra parte, el Ejército Rojo había aislado Kennisberg, en la Prusia oriental, había avanzado hacia Oppeln, en la Alta Silesia, tomado Kolberg en la costa báltica, había roto las defensas alemanas cerca de Danzig y había rodeado a los batallones de las SS que defendían fieramente el bastión de Küstrin, en el Oder, de gran importancia estratégica. En Occidente, fuera de la esfera de responsabilidad de Guderian, las noticias eran como mínimo igual de sombrías. El tercer ejército estadounidense del general Patton había tomado Darmstadt y llegado al río Main y tanques estadounidenses habían llegado a los arrabales de Frankfurt. Hitler no contaba con que el frente occidental se desmoronase con tanta rapidez. Olía a traición, como siempre.[175] Y en consonancia con su carácter, estaba dispuesto a convertir a Guderian en el chivo expiatorio de la situación alarmante del frente oriental.[176]

Guderian esperaba tener que enfrentarse a una reunión tormentosa cuando llegó al búnker de Hitler el 28 de marzo para la sesión informativa de la tarde. Estaba decidido a continuar con su defensa del general Theodor Busse, a quien se acusaba de ser responsable de que el 9° ejército que estaba a su mando auxiliase a las tropas cercadas en Küstrin. Pero Hitler no estaba dispuesto a escuchar. Aplazó perentoriamente la reunión, ordenando que se quedaran solos con él Keitel y Guderian. Inmediatamente, se comunicó al jefe de Estado Mayor que sus problemas de salud exigían que tomase en seguida un permiso de convalecencia de seis semanas. Fue sustituido por el general Hans Krebs, mucho más sumiso.[177]

Estaban llegando ya informes del cuartel general de Kesselring, de que el frente occidental mostraba claros indicios de desintegración en la región de Hanau y Frankfurt am Main. Se estaban izando banderas blancas; había mujeres que abrazaban a los soldados estadounidenses cuando llegaban. Las tropas alemanas no querían seguir luchando y huían ante cualquier perspectiva de combate o simplemente se rendían.

Kesselring quería que Hitler hablase sin dilación para apuntalar la vacilante voluntad de combate. Goebbels se mostró de acuerdo. Churchill y Stalin habían hablado a sus naciones en momentos de máximo peligro. La posición de Alemania era aún peor. «En una situación tan grave, la nación no puede seguir así, sin que se dirija a ella la más alta autoridad», escribía Goebbels, que telefoneó al general Burgdorf, ayudante jefe de la Wehrmacht de Hitler desde la muerte de Schmundt, y le convenció de que era necesario convencer a Hitler de que debía dirigirse al pueblo alemán.[178] Al día siguiente Goebbels estuvo paseando durante una hora entre las ruinas del jardín de la Cancillería del Reich al lado de la figura encorvada de Hitler e intentó ejercer toda su influencia para convencerle de que pronunciase un discurso radiado de diez a quince minutos. Pero Hitler no quería hablar, «porque en este momento no tiene nada positivo que decir». Goebbels no se rindió. Al final Hitler accedió. Pero el evidente escepticismo de Goebbels resultó justificado, porque luego todo quedó en nada.[179] Al cabo de unos días, prometió de nuevo pronunciar su discurso… pero sólo después de haber obtenido alguna victoria en Occidente. Sabía que debía hablar al pueblo. Pero el SD le había informado de que su discurso anterior (su proclama del 24 de febrero) había sido criticado porque no contenía nada nuevo. Y Goebbels reconocía que no tenía en realidad nada nuevo que ofrecer al pueblo, pero insistió con la esperanza de que Hitler hablase de todos modos. «El pueblo estaba esperando una consigna al menos», insistía.[180] Pero a Hitler no le quedaban ya ni siquiera consignas propagandísticas para el pueblo alemán.

Goebbels estaba perplejo (y se sentía frustrado e irritado a pesar de su admiración) por la resistencia de Hitler a dar, incluso a aquellas alturas de la guerra, lo que él consideraba pasos decisivos y radicales para cambiar la suerte de Alemania. En esto, reflexionaba en privado, Federico el Grande había sido mucho menos considerado. Hitler, por su parte, aceptaba el diagnóstico del problema. Pero eso no se traducía en ninguna medida efectiva. Se tomaba demasiado a la ligera los reveses y los grandes peligros, pensaba Goebbels… al menos, añadía significativamente, en presencia suya; «tiene que pensar de una forma distinta en el fondo, estoy seguro».[181] Aún confiaba en la ruptura entre

los aliados que llevaban prediciendo tanto tiempo. «Pero me duele—escribía Goebbels—que no se haya sentido hasta el momento obligado a hacer algo para que se agudice la crisis política en el campo enemigo. No efectúa cambios en el personal, ni en el gobierno del Reich ni en el servicio diplomático. Göring sigue ahí. Ribbentrop sigue ahí. Se mantiene a todos los inútiles (prescidiendo de los de segunda fila) y en mi opinión sería muy necesario iniciar aquí en concreto un cambio de personal porque eso tendría una importancia decisiva para la moral de nuestro pueblo. Yo presiono y presiono; pero no puedo convencer al Führer de que las medidas que propongo son necesarias». Era, señalaba Goebbels, «como si viviese en las nubes».[182]

No era sólo Hitler quien vivía en un mundo de fantasía. «Un día, surgirá el Reich de nuestros sueños—escribía Gerda Bormann a su marido—. ¿Viviremos nosotros, me pregunto, o nuestros hijos, para verlo?». «¡Tengo la firme esperanza de que nosotros lo veremos», anotaba Martin, entre líneas. «Esto me recuerda, en cierto modo, el "Crepúsculo de los dioses" en el Edda», continuaba la carta de Gerda. […] Los monstruos están asaltando el puente de los dioses… la ciudadela de los dioses se desmorona y todo parece perdido. Y luego, de pronto, surge una nueva ciudadela, que es aún más bella. […] No somos los primeros que sostenemos un combate mortal contra los poderes del mundo subterráneo y el que nos sintamos impulsados a hacerlo, y seamos capaces de ello además, debería convencernos de nuestra victoria final».[183]

También la maquinaria administrativa del partido del estado estaba impregnada de una atmósfera de irrealidad. Aunque la burocracia del estado (mayoritariamente desplazada ya de Berlín) se enfrentaba, como es natural, a las realidades de una guerra perdida, intentando resolver los graves problemas de los refugiados del este, albergar a los que los bombardeos de las ciudades habían dejado sin hogar y garantizar que los servicios públicos sugieran funcionando. Mucho de lo que quedaba de la administración civil (enormemente obstaculizada en sus tareas por las repetidas rupturas de las comunicaciones ferroviarias y postales) tenía poco que ver con las necesidades cotidianas de la población.[184] Por ejemplo, el ministro de finanzas Lutz Graf Schwerin von Krosigk, un

hombre sobrio y un funcionario veterano, completó a finales de marzo sus planes de reforma fiscal, una reforma criticada por Goebbels (como si fuese posible aplicarla) por su insistencia «antisocial» en gravar el consumo, que afectaría a la mayoría de la población, en vez de hacer más hincapié en el impuesto sobre la renta.[185] El que gran parte del país estuviese por entonces ocupado por el enemigo parecía no tener importancia.

Mientras tanto, Martin Bormann seguía trabajando febrilmente en la reestructuración del partido para poder controlar la nueva Alemania de la época de paz que seguiría a la guerra.[186] Y a medida que el Reich menguaba, que se desintegraban las líneas de comunicación y que las directrices iban (quedando desbordadas por los acontecimientos, él enviaba más circulares, decretos y disposiciones que nunca (unas cuatrocientas en los cuatro últimos meses de la guerra) que iban transmitiéndose en cascada hasta llegar a los funcionarios inferiores del partido. «Bormann emite de nuevo una masa de nuevos decretos y órdenes—escribía Goebbels el 4 de abril—. Ha convertido la Cancillería del partido en la Cancillería del papel. Todos los días envía una montaña de cartas y comunicaciones que los Gauleiter, que se hallan en medio de la lucha, no pueden ni siquiera leer. Es en gran medida algo completamente inútil y sin ningún valor para la lucha práctica».[187] La burocracia del partido multiplicaba el número de normas sobre la provisión de grano para el pan, el adiestramiento de mujeres y muchachas en el uso de armas cortas, la reparación de los ferrocarriles y de las carreteras, el suministro adicional de alimentos extraídos de plantas silvestres, fruta, y setas, y toda una legión de temas similares.[188]

Además de esta miscelánea estaban las exigencias y exhortaciones constantes de resistir a toda costa. Bormann informó el 1 de abril a los funcionarios del partido que a «cualquier miserable […] que no luche hasta el último aliento» le aguardaría un castigo sumario y draconiano por deserción.[189] Envió a funcionarios a trabajar con las unidades de la Wehrmacht para levantar la moral en las zonas próximas al frente y para crear organizaciones semi-guerrilleras como los «Freikorps Adolf Hitler» (formados por funcionarios del partido) y «Werwolf» (que eran

principalmente miembros de la Juventud de Hitler) para que continuaran la lucha mediante la actividad guerrillera en las zonas ocupadas del Reich. La propaganda alemana pretendía transmitir a los aliados la impresión de que estaban amenazados por un movimiento de resistencia clandestino que contaba con una amplia organización. En la práctica, el «Werwolf» tenía escasa importancia militar y era una amenaza principalmente para los ciudadanos alemanes que mostraban algún signo de «derrotismo» por sus represalias malévolas y arbitrarias.[190]

El 15 de abril, Bormann envió una circular a los jefes políticos del partido: «El Führer espera que controléis la situación en vuestras Gaue, si es necesario con la velocidad del rayo y con una brutalidad extrema…».[191] Al igual que un número cada vez mayor de sus misivas, esta circular era papel mojado. Tenía una repercusión mínima en la realidad. Era un ejemplo clásico de la fe ilusoria, desesperada y terca en el triunfo de la voluntad pura. Pero ni siquiera la violencia arbitraria y sin trabas de un régimen que estaba claramente en sus estertores finales podía poner coto a los claros indicios de desintegración. Cada vez se veían menos uniformes pardos del partido por la calle. Y cada vez eran más los funcionarios del partido, se esfumaban en el éter cuando se acercaba el enemigo, la gente no buscaba una muerte heroica, quería seguir viviendo.[192] «La conducta de nuestros dirigentes de Gau y de distrito en el oeste ha causado una enorme decepción entre la población—comentaba Goebbels—. Como consecuencia, el partido está prácticamente acabado en el oeste».[193]

A primeros de abril, abandonaron Hungría las últimas tropas alemanas. Bratislava cayó en poder del Ejército Rojo que avanzaba hacia Viena. En el norte, las tropas alemanas aisladas en Königsberg entregaron la ciudad el 9 de abril. En el oeste, las tropas aliadas penetraron por Westfalia y tomaron Münster y Hamm. El 10 de abril estaban en manos estadounidenses Essen y Hanover. Se cerraba la tenaza sobre el Ruhr, el maltrecho corazón industrial de Alemania. Un súbito rayo de optimismo atravesó las densas y sombrías tinieblas que envolvían el búnker de Hitler. Llegó la noticia de que el 12 de abril había muerto en su retiro invernal de Warm Springs (Georgia) el

presidente Roosevelt, uno de sus grandes adversarios y uno de los ejes de la odiosa coalición de fuerzas que se oponían a él.

Goebbels telefoneó entusiasmado para felicitar a Hitler.[194] Dos semanas después, el ministro de propaganda había recibido un expediente con material astrológico que incluía el horóscopo del Führer. Profetizaba una mejora de la situación militar alemana en la segunda mitad de abril. Goebbels aseguró que su único interés por el material era propagandístico, para dar al pueblo algo a lo que pudiera aferrarse.[195] Cumplió esa finalidad, por el momento, para Hitler. Este, que parecía revitalizado, ordenó con voz emocionada a Speer: «¡Mira, lee esto! ¡Mira! Nunca has querido creerlo. ¡Mira! […] Tenemos aquí el gran milagro que siempre he predicho yo. ¿Quién tiene razón ahora? La guerra no está perdida. ¡Léelo! ¡Roosevelt ha muerto!».[196] A Hitler le parecía que estaba actuando allí de nuevo la mano de la Providencia. Goebbels, que acababa de leer la biografía de Federico el Grande de Carlyle, le recordó a Hitler la muerte de la zarina Isabel, que había producido un súbito cambio de suerte para el rey prusiano en la Guerra de los Siete Años. La coalición artificial enemiga que luchaba contra Alemania se desintegraría. Se estaba repitiendo la historia.[197] Es imposible saber si Hitler estaba tan convencido como parecía de que la mano de la Providencia había introducido un cambio en la guerra o no lo estaba. Alguien próximo a él en ese periodo, su ayudante de la Luftwaffe Nicolaus von Below, creía que a Hitler no le había emocionado tanto la noticia como a Goebbels, que, como siempre, dirigía su cínica mirada hacia las posibles ventajas propagandísticas del hecho.[198]

Hasta a quienes tenían contacto directo con él les resultaba difícil saber qué era lo que pensaba realmente Hitler de la guerra. El mariscal de campo Kesselring, que le vio por última vez el 12 de abril, el día de la muerte de Roosevelt, recordaba más tarde: «… Aún estaba optimista. Es difícil saber hasta qué punto estaba actuando. Considerándolo desde aquí, tiendo a creer que estaba literalmente obsesionado con la idea de una salvación milagrosa, que se aferraba a ella como a un clavo ardiendo».[199]

Verdadero o fingido, el júbilo de Hitler no duró mucho. El 13 de abril, le dieron la noticia de que el Ejército Rojo había tomado Viena. Al

día siguiente, los ataques estadounidenses consiguieron dividir a las fuerzas alemanas que defendían el Ruhr. Tres días más tarde, terminaban los combates allí. El mariscal de campo Model, favorito de Hitler durante tanto tiempo, disolvió su grupo de ejército B para no presentar una capitulación oficial. Daba igual. El hecho fue que 325.000 soldados alemanes y treinta generales se entregaron a los estadounidenses el 17 de abril. Model se suicidó cuatro días después en una zona boscosa situada al sur de Duisburg.[200]

Ante la posibilidad de que el Reich quedara partido en dos, Hitler había emitido el 15 de abril, en previsión de una nueva ofensiva soviética (que él, probablemente engañado por la información falsa de Stalin dirigida a los aliados occidentales, pensaba que antes de lanzarse sobre Berlín cruzaría primero Sajonia hacia Praga para cortar el paso a los estadounidenses), había emitido una «orden básica».[201] Creaba con ella un cargo de comandante supremo (era en realidad su representante militar) que debía asumir la responsabilidad de la defensa del Reich en cualquier parte en que él no estuviese situado en caso de que se interrumpieran las comunicaciones. El elegido para la zona oeste fue el almirante Dönitz. El mariscal de campo Kesselring, fue elegido en cambio para la zona sur.[202] Lo que se indicaba implícitamente era que Hitler se reservaba la opción de continuar la lucha desde el sur, en el refugio de los Alpes bávaros.

Hitler emitió la que resultaría ser su última proclama a los soldados del frente oriental ese mismo día. Hacía un uso considerable en ella de las historias que se habían difundido sobre las atrocidades soviéticas. «El mortal enemigo judeobolchevique se ha lanzado con sus masas al ataque por última vez—empezaba—. Pretende destruir Alemania y exterminar a nuestro pueblo. Vosotros, soldados del este, conocéis ya en buena medida cuál es el destino que aguarda a todos los niños, y a las muchachas y mujeres alemanes. Mientras que a los niños y a los ancianos se les asesina, a las mujeres y a las muchachas se las denigra convirtiéndolas en putas de barracón. Al resto los envían a Siberia». La proclama avisaba luego a los soldados para que estuviesen atentos al más leve indicio de traición, por parte sobre todo (la exageración de siempre sobre la influencia del Comité Nacional para una Alemania

Libre, creado en Moscú por oficiales alemanes capturados) de tropas que luchaban contra ellos con uniformes alemanes y que estaban a sueldo de los rusos. Si algún desconocido daba orden de retirada, debían detenerle y, en caso necesario, «ejecutarle inmediatamente, sin tener en cuenta su graduación». El punto culminante de la proclama era esta consigna: «Berlín sigue siendo alemana; Viena volverá a serlo. Y Europa nunca será rusa».[203]

Pero de nada valió la consigna. El 16 de abril, a primera hora del día, un inmenso ataque artillero anunció el inicio de la esperada ofensiva desde la línea de los ríos Odel y Neisse. La protagonizaban un millón de soldados soviéticos bajo las órdenes de los mariscales Zhukov y Konev. Los defensores alemanes del 9° ejército y, al sur de ellos, el 4° ejército acorazado, combatieron tenazmente. Los soviéticos sufrieron bajas importantes. El frente resistió varias horas. Pero la situación era desesperada. Por la tarde, después de un bombardeo artillero renovado, quedó rota la línea alemana al norte de Küstrin, en la orilla occidental del Oder. El hueco entre el 9° ejército y el 4° ejército acorazado no tardó en ensancharse. Penetró por él la infantería soviética, a la que siguieron centenares de tanques. A lo largo de los dos días siguientes, estas fuerzas ampliaron y consolidaron sus posiciones en la zona sur de Frankfurt an der Oder. A partir de entonces, se hundió ya del todo el frente del Oder. Sólo podía haber ya un desenlace. El Ejército Rojo siguió avanzando y rompiendo las defensas alemanas. Tenía ya Berlín en el punto de mira.

El 9° ejército del general Busse se vio obligado a retroceder hacia el sur de la ciudad. Hitler había ordenado a Busse que formase una línea de frente que su comandante de grupo de ejército, el coronel general Heinrici, había considerado que exponía al 9° ejército a quedar cercado. Pero Heinrici hizo caso omiso de las órdenes de Hitler y ordenó la retirada hacia el oeste. Por entonces, sólo partes del ejército de Busse pudieron evitar ya el cerco inminente.[204] El Estado Mayor general alemán se vio obligado, por su parte, a huir de su cuartel general en búnker seguros de Zossen al Wannsee; aviones alemanes creyeron erróneamente que su columna de vehículos en retirada formaba parte de una unidad soviética y la atacaron.[205] Hacia el norte, las fuerzas que estaban al mando del coronel general Heinrici y del SS-

Obergruppenführer Felix Steiner eran la última barrera que impedía que se materializase la amenaza de un cerco de la ciudad, mientras el Ejército Rojo avanzaba por Eberswalde hacia Oranienburg. El 20 de abril, los tanques soviéticos habían llegado a los arrabales de la ciudad. Esa tarde, Berlín estuvo sometida ya al fuego de la artillería enemiga.[206]

Desde la Cancillería del Reich se oía claramente el estruendo del fuego artillero.[207] Allí, con el Ejército Rojo a la puerta y con el acompañamiento del bombardeo casi incesante de los aviones aliados, los dirigentes nazis se reunieron para celebrar, por última vez como todos sabían muy bien, el cumpleaños de Hitler (cumplía 56) y, en la mayoría de los casos, para despedirse. Era el inicio de los ritos finales del Tercer Reich.

17

EXTINCIÓN

Es la única posibilidad de restaurar la reputación personal. [...] Si dejamos el escenario mundial en la deshonra, habremos vivido para nada.

HITLER, ESPERANDO UNA ÚLTIMA VICTORIA MILITAR, 25 DE ABRIL DE 1945.

Sobre todo, encomiendo a la jefatura de la nación y a sus súbditos la meticulosa observancia de las leyes de la raza y la resistencia implacable al envenenador universal de todos los pueblos, la judeidad internacional.

TESTAMENTO POLÍTICO DE HITLER, 29 DE ABRIL DE 1945.

El 20 de abril de 1945, día que Hitler cumplió cincuenta y seis años, la atmósfera del búnker era más lúgubre que festiva. No había el menor rastro de las pompas y celebraciones de años anteriores. Las ruinas desoladas de la Cancillería del Reich constituían en sí mismas un claro recordatorio, si es que hacía falta uno, de que no había motivos de alegría. Hasta Hitler sentía esto. Todo parece indicar que su cumpleaños le resultaba embarazoso y lo mismo les sucedía a todos los que se veían obligados a felicitarle, con los rusos a las puertas de Berlín.

El Estado Mayor personal de Hitler siempre se había reunido el día de su aniversario para ser los primeros en felicitarle cuando el reloj daba las doce de la noche. Pero ese año Hitler estaba deprimido y ya había dicho a su sirviente Heinz Linge que no quería recibirles; no había ningún motivo de felicitación. Así que ordenó a Linge que transmitiese el mensaje. Como era de prever, no se hizo caso de esta orden del Führer. Cuando se acercaba la medianoche, esperaban en la antesala para felicitarle oficialmente el ayudante jefe general Wilhelm Burgdoff; el enlace de Himmler, SS-Gruppenführer Hermann Fegelein (que se había casado hacía poco con Gretl, la hermana de Eva Braun); el veterano factótum al servicio de Hitler, Julius Schaub, que era miembro de la «casa» desde mediados de la década de 1920; los ayudantes de Hitler NSKK-Oberführer Alwin-Broder Albrecht y el SS-Sturmbannführer Otto Günsche, enlace de Ribbentrop, Walter Hewel, y el oficial de prensa Heinz Lorenz. Hitler se sentía cansado y abatido y dijo a Linge que les comunicara que no tenía tiempo para recibirles. Sólo cedió después de que intercediera Fegelein por mediación de su cuñada Eva Braun (que había regresado a la Cancillería del Reich unas semanas antes, anunciando que se quedaba con Hitler, y que había rechazado todos los intentos de convencerla para que se fuese).[1] El Führer recorrió laboriosamente la hilera de los auxiliares y asesores personales con una expresión vacua para recibir unas felicitaciones de cumpleaños susurradas,

tendiendo la mano para que se la estrecharan.[2] Siguieron a esto las felicitaciones apagadas, casi avergonzadas, de los jefes militares que asistieron a la primera sesión del día. Hitler tomó luego té en su estudio con Eva Braun. Cuando al fin se fue a la cama eran casi las nueve de la mañana; le despertó al poco rato el general Burgdorf con la noticia de que los rusos habían roto las defensas y avanzaban hacia Cottbus, unos cien kilómetros al sureste de Berlín, en la parte sur del frente. Hitler recibió la noticia de pie, vestido con camisa de noche, en la puerta de su dormitorio y le dijo a Linge que aún no se había dormido y que le despertase una hora más tarde de lo habitual, a las dos.[3]

Después de desayunar, jugar un rato con su cachorro alsaciano y dejar que Linge le administrase su colirio de cocaína, subió lentamente las escaleras hasta el parque de la Cancillería del Reich. Allí le esperaban con los brazos en alto en el saludo nazi las delegaciones del ejército de Courland, de la SS -División «Berlín» y veinte muchachos de la juventud de Hitler que se habían distinguido en el combate. ¿Era en eso en lo que se basaba la defensa de Berlín?, se preguntó una de las secretarias de Hitler.[4] El Führer les dijo unas palabras en un murmullo, acarició la mejilla a dos o tres muchachos y les dejó a los pocos minutos para que siguieran luchando contra los tanques rusos.

Entre los que esperaban ser recibidos a la puerta del jardín de invierno de la Cancillería en una fila posterior estaban Bormann, Himmler, Goebbels, el dirigente de la juventud del Reich Artur Axmann y el doctor Morell. Hitler, con un aspecto agotado y apático, la cara cenicienta y más encorvado que nunca, cumplió con el formulismo de pronunciar unas palabras; ya no era capaz de levantar el ánimo de los demás con ellas, naturalmente.[5] El almuerzo con Christa Schroeder y Johanna Wolf, la secretaria jefe, fue deprimente.[6] Después, volvió sobre sus pasos a las entrañas de la tierra para una última sesión informativa de tarde. Ya no volvería a salir vivo del búnker.

Se habían reunido ya allí los personajes más destacados del

Reich (al menos, los que se hallaban en las cercanías de Berlín): Göring, Dönitz, Keitel, Ribentrop, Speer, Jodl, Himmler, Kaltenbrunner, el nuevo jefe del Estado Mayor general Hans Krebs y otros más. Le felicitaron todos ellos. Nadie mencionó la catástrofe que se avecinaba. Juraron todos lealtad imperecedera. Todos se dieron cuenta de que Göring había sustituido su uniforme de color gris plata resplandeciente con charreteras doradas por el caqui… «Como un general americano», comentaría uno de los presentes. Hitler no hizo ningún comentario.[7]

Capítulo I

La sesión estuvo dominada por el inminente ataque aéreo. Las noticias que llegaban del extremo sur de la ciudad eran catastróficas. Göring indicó que lo único que estaba despejado aún era una carretera que llevaba hacia el sur, a través del Bayerischer Wald; podía quedar bloqueada en cualquier momento. Su jefe de Estado Mayor, el general

Karl Koller, añadió que había que descartar cualquier tentativa posterior de trasladar el mando supremo de la Wehrmacht por vía aérea al nuevo cuartel general. Todos presionaron a Hitler para que abandonase inmediatamente Berlín y saliese hacia el Berchtesgaden. El respondió que no podía pretender que sus tropas librasen la batalla decisiva por Berlín si él huía para ponerse a salvo. Keitel le había dicho ya a Koller antes de la sesión que Hitler estaba decidido a quedarse en Berlín,[8] y al felicitarle le había susurrado unas palabras indicándole que todos confiaban en que tomara decisiones rápidas antes de que la capital del Reich se convirtiese en campo de batalla. Era una insinuación clara de que Hitler debía salir hacia el sur con todo su séquito antes de que fuese demasiado tarde. Hitler le interrumpió, diciendo: «Keitel, sé lo que quiero hacer. Seguiré luchando delante de Berlín, dentro de Berlín o detrás de Berlín».[9] Pero ahora parecía indeciso. Poco después, dominado por una agitación creciente, declaró que dejaría en manos del destino si moría en la capital o huía en el último momento al Obersalzberg.[10]

En el caso de Göring no había dudas. Había enviado a su esposa Emmy y a su hija Edda a un lugar seguro de Las montañas bávaras hacía ya más de dos meses. Había escrito su testamento en febrero. Había facturado hacia el sur en marzo cajones y cajones llenos de los tesoros artísticos producto del saqueo que tenía en Carinhall, su palaciega residencia campestre del Schorfheide, unos sesenta kilómetros al norte de Berlín. Había transferido a su cuenta de Berchtesgaden medio millón de marcos. Cuando llegó a la Cancillería del Reich para felicitar a Hitler, se estaba minando ya con explosivos Carinhall; el resto de sus pertenencias estaban siendo embaladas para trasladarlas en camiones también al Obersalzberg.[11] Cuando terminó la sesión informativa, no perdió el tiempo intentando hablar unas palabras en privado con Hitler. Era urgente que se fuese al sur de Alemania, dijo, para dirigir a la Luftwaffe desde allí. Necesitaba salir de Berlín aquella misma noche. Hitler apenas pareció darse cuenta de que se iba. Tras murmurar unas palabras y estrechar manos con aire ausente, el primer paladín del Reich se fue, a toda prisa y sin fanfarria. A Albert Speer, que estaba al lado, le pareció que aquella separación era un símbolo del final inminente del

Tercer Reich.[12]

Fue la primera de muchas escapadas. Casi todos los que habían acudido a felicitar a Hitler por su cumpleaños y hacían promesas de lealtad eterna, esperaban impacientes que llegara el momento en que pudiesen abandonar a toda prisa aquella ciudad que estaba condenada. Pronto se formarían caravanas de coches que se dirigirían hacia el norte de Berlín, hacia el sur y hacia el oeste, por cualquier carretera que estuviese aún abierta. Dönitz se fue hacia el norte, provisto de las instrucciones en que Hitler desarrollaba la directriz de cinco días antes sobre la división del mando en caso de que el Reich quedase dividido geográficamente. Él debía hacerse cargo del mando en el norte y continuar la lucha. El hecho de que Hitler le otorgase poderes plenipotenciarios para emitir en la zona norte todas las órdenes importantes para el estado y el partido, además de para la Wehrmacht, era una muestra de la gran estima en que le tenía por haber apoyado incondicionalmente la decisión de luchar hasta el fin, y por la esperanza de una continuación de la guerra submarina.[13] No tardaron mucho en seguirle Himmler, Kaltenbrunner y Ribbentrop. Speer se iría esa misma noche, más tarde, camino de Hamburgo, sin ninguna despedida formal.

Según el testimonio de postguerra de Julius Schaub, a Hitler le decepcionó profundamente el que sus paladines quisiesen abandonar el búnker con aquella premura apenas disimulada. Se limitó a otorgar un protocolario cabeceo de despedida a los que estaban deseosos de salvar lo que pudiesen de sí mismos y de sus posesiones, ahora que su poder se había extinguido prácticamente.[14] La mayoría de los altos jefes del ejército se habían ido ya por entonces. Bormann había dicho ya a los restantes ministros del gobierno (al de finanzas Lutz Graf Schwerin-Krosigk, al de transportes, Julius Dorpmüller, al de justicia Otto Georg Thierack, al de los territorios ocupados del este, un cargo superfluo desde hacía mucho, Alfred Rosenberg, al de educación Bernhard Rust y al de trabajo Franz Seldte), junto con el jefe de la Cancillería presidencial, el superviviente Otto Meissner, que debían apresurarse a hacer los preparativos para salir hacia el sur, porque no tardaría en quedar bloqueada la carretera. Al ayudante naval de Hitler, almirante Karl-Jesko von Puttkamer, se le envió al Obersalzberg a destruir

documentos importantes que había allí.[15] A Johanna Wolf y Christa Schroeder, Hitler las convocó en su estudio aquella noche para comunicarles que tenían que estar listas para salir hacia el Berghof en el plazo de una hora. Cuatro días antes les había dicho en tono confidencial: «Berlín seguirá siendo alemana. Lo único que tenemos que hacer es ganar tiempo». Pero esa noche les dijo que la situación había cambiado tanto en los últimos cuatro días que tenía que prescindir del personal que estaba a su servicio.[16]

La escena en el patio de la Cancillería del Reich era casi caótica: vehículos atestados de bolsas y maletas, el estruendo de la artillería recordando lo cerca que estaba el Ejército Rojo, coches corriendo luego en medio de la noche hacia donde esperaban los aviones, atravesando muros de humo que brotaban de edificios en llamas, pasando entre ruinas sombrías y hombres del Volkssturm que estaban levantando barricadas.[17] Durante las tres noches siguientes se hicieron una veintena de vuelos desde los aeródromos berlineses de Gatow y Staaken, que trasladaron al Berchtesgaden a la mayoría del personal de Hitler.[18]

Esa noche, tarde ya, se reunieron en la habitación del Führer a tomar algo con él y con Eva Braun el resto de los ayudantes, las Secretarias y la joven dietista austríaca de Hitler, Constanze Marzialy. No se habló nada de la guerra.[19] La secretaria más joven de Hitler, Traudl Junge, se había quedado muy impresionada al oírle admitir por primera vez en su presencia aquel mismo día que ya no creía en la victoria. Él podría estar dispuesto a hundirse con el barco, pero ella no estaba dispuesta: pensaba que apenas había empezado a vivir. Fue para ella una alegría poder reunirse, después de que Hitler se retiró a su habitación (temprano para él), en una fiesta «extraoficial» en el antiguo salón del primer piso del apartamento de Hitler en la Cancillería del Reich con Eva Braun y otros «inquilinos» del búnker, entre quienes figuraban Bormann y Morell. En el entorno fantasmal de una habitación despojada de casi todo su antiguo esplendor, con el único disco que pudieron encontrar girando en el gramófono (un éxito algo rancio ya, de antes de la guerra, titulado «Las rosas rojas te traen felicidad», Blutrote Rosen erzählen Dir vom Gluck). Rieron, bailaron, bebieron champán; intentaron gozar de una o dos horas de diversión… hasta que una explosión cercana les hizo volver

bruscamente a la realidad.[20]

Cuando se despertó a Hitler a las nueve y media de la mañana siguiente, se le comunicó la noticia de que el centro de Berlín se hallaba sometido ya al fuego de la artillería enemiga.[21] Al principio, no se lo creyó. Pidió inmediatamente información a Karl Koller, jefe del Estado Mayor de la Luftwaffe, sobre la posición de la batería artillera soviética. Aportó la respuesta un puesto de observación del zoo de Berlín: la batería estaba a sólo trece kilómetros, en el suburbio de Marzahn.[22] La red barredera se cerraba muy rápido. La información ayudó poco a serenar el estado de ánimo de Hitler, cada vez más imprevisible. A medida que pasaban las horas, iba pareciendo más y más un hombre al límite de su resistencia, con los nervios destrozados, sometido a una fuerte tensión, próximo al punto de ruptura. En esa misma dirección apuntaban sus reacciones irracionales cuando resultaba imposible cumplir un torbellino de órdenes casi histéricamente aulladas o no se podían satisfacer las peticiones de información.

No tardaría en establecer conexión telefónica con Koller, pidiendo en este caso información sobre el número de aviones alemanes que se encontraban en el sur de la ciudad. Fallos en las comunicaciones impidieron a Koller proporcionársela. Llamó nuevamente, para preguntar por qué no habían podido actuar el día anterior los aviones a reacción que tenían su base cerca de Fraga. Koller le explicó que los cazas enemigos habían atacado los aeropuertos tan insistentemente que no habían podido despegar los reactores. «Además ya no necesitamos esos reactores. La Luftwaffe no sirve de nada». Hitler había replicado furioso: «¡Habría que ahorcar inmediatamente a todos los jefes de la Luftwaffe!».[23]

Capítulo II

El desesperado se agarró a otro clavo ardiendo más. Los soviéticos habían extendido tanto sus líneas hacia el nordeste de Berlín que existía la posibilidad, pensaban Hitler y el jefe del Estado Mayor Krebs, de que el cuerpo acorazado dirigido por el SS-Obergruppenführer Felix Steiner lanzase un contraataque con buenas posibilidades de éxito. Un torbellino de llamadas telefónicas con más de un asomo de histeria asignaron al mando de Steiner una heterogénea variedad de unidades que quedaban aún, entre las que se incluían fuerzas navales y de la Luftwaffe sin instrucción en la lucha en tierra y que disponían sólo de armamento ligero.[24] «Todo comandante que retenga fuerzas será ejecutado en el plazo de cinco horas—gritó Hitler dirigiéndose a Koller—. «Los comandantes deben saberlo. Usted mismo garantizará con su cabeza el que se despliegue hasta el último hombre».[25] Las fuerzas de Steiner tenían absolutamente prohibido retirarse hacia el oeste. Los oficiales que se resistiesen a obedecer debían ser fusilados inmediatamente. «Del éxito de su misión depende el destino de la capital alemana», dijo Hitler a Steiner… añadiendo que también su vida dependía del cumplimiento de aquella orden.[26] El 9° ejército de Busse, situado al sur de Berlín, recibió al mismo tiempo orden de restablecer y reforzar la línea defensiva desde Königswusterhausen a Cottbus. Debía atacar y aislar además a las unidades de tanques de Konev, que habían irrumpido por la retaguardia, con la ayuda de un avance hacia el norte de partes del grupo de ejército del centro de Schörner, que aún combatía denodadamente en las proximidades de Elsterwalde, unos cien kilómetros al sur de Berlín.[27] Era una esperanza ilusoria, pero algunos generales aún seguían apoyando el falso optimismo de Hitler. Le habían levantado visiblemente el ánimo los informes optimistas de su mariscal de campo más reciente, Schörner (que había sido ascendido el 5 de abril), y del general Wenck, sobre las posibilidades de su 12° ejército recién constituido, que estaba atacando a las fuerzas estadounidenses en el Elba.[28]

El coronel general Heinrici, comandante del grupo de ejército del Vístula, no era uno de los eternos optimistas que satisfacían la necesidad constante de buenas noticias que tenía Hitler. Advirtió sobre el peligro de cerco si el 9° ejército no retrocedía. Amenazó con dimitir si Hitler insistía en sus órdenes. Pero Hitler insistió. Y Heinrici no dimitió.[29] El

general había venido a decirle a Speer unos días antes que Berlín caería sin una resistencia seria.[30] Esta idea era para Hitler una herejía. El día que envió sus órdenes a Steiner y al 9° ejército, le dijo a Jodl: «Lucharé mientras tenga un solo soldado. Cuando el último soldado me abandone, dispararé yo mismo».[31] Esa noche, tarde ya, rebosaba aún confianza en el ataque de Steiner. Cuando Koller le habló de las deficiencias de las tropas de la Luftwaffe que se había visto obligado a suministrar a las de Steiner, Hitler contestó: «Ya verá. Los rusos sufrirán la mayor derrota, la derrota más sangrienta de su historia ante las puertas de la ciudad de Berlín».[32]

Era una bravata. Dos horas antes, el doctor Morell le había encontrado exhausto y abatido en su estudio. El médico y sus medicinas, aunque poco eficaces en un sentido objetivo, habían sido durante años un soporte psicológico importante para Hitler. Ahora, Morell decidió administrarle una dosis inofensiva más de glucosa. Hitler reaccionó sin previo aviso con una explosión incontrolable, acusando a Morell de querer drogarle con morfina. Le dijo que sabia que los generales querían que le drogase para poder enviarle al Berchtestagen. «¿Me toma usted por loco?», le chilló. Y echó de allí al tembloroso médico amenazando con pegarle un tiro, fuera de sí.[33]

Hacía días que se fraguaba la tormenta. Estalló la tarde del 22 de abril, durante la sesión informativa que se inició a las tres y media. Hitler estaba ya desde el principio demacrado, con una expresión fija, pero muy agitado, como si sus pensamientos estuviesen en otra parte. Salió dos veces en plena sesión para ir a sus habitaciones ¡privadas.[34] Luego, cuando llegó la noticia desalentadora de que las tropas soviéticas habían roto el cordón interior de defensa y habían penetrado en los arrabales del norte de Berlín, Hitler había dicho al fin (después de una serie frenética de llamadas telefónicas que proporcionaron información contradictoria) que el ataque de Steiner, que él había estado aguardando con impaciencia toda la mañana, no había llegado a producirse.[35] Ante esto, pareció perder el control. Ordenó salir a todo el mundo de la sala de sesiones, salvo a Keitel, Jodl, Krebs y Burgdorf.[36] diatriba que atronó durante la media hora siguiente fue una conmoción hasta para los que hacía mucho que tenían experiencia de los accesos de cólera de

Hitler. Uno de los que lo presenciaron, explicaba esa noche: «Hoy se ha roto en mi interior algo que aún no puedo entender».[37] Hitler dijo a gritos que había sido traicionado por todas las personas en las que había confiado. Clamó contra la constante traición del ejército. Ahora, hasta las SS le mentían: después del fracaso de Sepp Dietrich en Hungría, Steiner no había atacado. Las tropas no luchaban, aullaba, no había defensas antitanques. Hitler sabía también que, como añadió Jodl, no tardarían en agotarse las municiones y el combustible.

Por fin se derrumbó en su asiento. Cesó la tormenta. Su voz se convirtió casi en un susurro. La guerra estaba perdida, gimió. Era la primera vez que alguien de su círculo íntimo le oía decirlo. Estaban estupefactos. Había decidido, por tanto, quedarse en Berlín, continuó, y dirigir la defensa de la ciudad. Era físicamente incapaz de luchar en persona, y corría peligro de resultar herido y caer en las manos del enemigo. Así que, en el último momento, se pegaría un tiro. Todos intentaron hacerle cambiar de idea. Tenía que salir de Berlín inmediatamente y trasladarse a su cuartel general del Berchtesgaden. Había que retirar las tropas del frente occidental y concentrarlas en el oriental. Hitler contestó que todo se estaba desmoronando irremisiblemente. No podía hacerlo. Podía hacerlo Göring. Alguien objetó que ningún soldado combatiría por el mariscal del Reich. «¿Qué significa luchar? —preguntó Hitler—. No hay ya mucho por lo que luchar, y si de lo que se trata es de entablar negociaciones, el mariscal del Reich puede hacerlo mejor que yo».[38]

Tras esto, Hitler, la cara cubierta de una palidez mortecina, abandonó la sala de sesiones y se retiró a sus dependencias.[39] Mandó llamar a sus restantes secretarias, Gerda Christian y Traudl Junge, y a su dietista Constanze Marziarly. Eva Braun estaba también presente cuando él explicó a su personal que debían prepararse: un avión les llevaría al sur al cabo de una hora. «¡Todo está perdido—dijo—, no hay ninguna esperanza» (Es ist alles verloren, hoffnungslos verloren). Pero las secretarias cayeron en la cuenta de pronto, sorprendidas, de que estaban rechazando la oferta de marchar de allí y diciéndole a Hitler que también ellas se quedaban con él. Eva Braun ya le había dicho que ella no se iría.[40]

Se produjeron entre tanto llamadas telefónicas urgentes de Dönitz y Himmler. Ninguno de los dos consiguió convencerle para que cambiara de idea. Llegó Ribbentrop. No le permitieron ver a Hitler. También estaba presente Goebbels.[41] Hitler le había telefoneado hacia las cinco, hablando a gritos, muy alterado, de traiciones y de cobardía. Goebbels acudió lo más deprisa que pudo búnker y habló con él un rato a solas. Consiguió calmarle. Luego salió para comunicar que, siguiendo órdenes del Führer, él, su esposa y sus hijos se trasladarían al bunker y vivirían allí a partir de entonces.[42] Para el ministro de propaganda, la decisión de Hitler era la consecuencia lógica de una postura coherente; lo consideraba, con absoluto patetismo, un hecho histórico determinante de la muerte heroica en Berlín de un Sigfrido moderno, traicionado por todos los que le rodeaban.[43]

Para los militares de cabeza dura como Karl Koller, la perspectiva era muy distinta: Hitler estaba abandonando al pueblo alemán cuando más lo necesitaba; no había querido asumir su responsabilidad con las fuerzas armadas, con el estado y con el pueblo en el momento más crítico; era una negligencia en el cumplimiento del deber peor que muchas de las faltas por las que se habían administrado penas draconianas.[44]

Pero tras la conducta histérica de Hitler había graves consideraciones prácticas. Se había limitado a decir que se quedaba en Berlín. Los demás podían irse adonde quisieran.[45] Él ya no tenía más órdenes que dar a la Wehrmacht.[46] Pero seguía siendo el comandante supremo. ¿Quién iba a dar las órdenes ahora? Berlín estaba condenado y era indudable que iba a caer en unos días. ¿Dónde iba a estar entonces el cuartel general de la Wehrmacht? ¿Cómo se podía retirar a las fuerzas del frente occidental sin negociar un armisticio? Iras infructuosas súplicas a Hitler, Keitel decidió ir hasta el cuartel general del 12° ejército del general Wenck. Hitler había accedido finalmente a firmarle a Wenck una orden por la que podía abandonar sus planes operativos previos (defenderse en el Elba contra los americanos) y dirigirse a Berlín, estableciendo contacto con los restos del 9° ejército, que aún combatía en el sur de la ciudad. El objetivo era aislar a las fuerzas enemigas en el suroeste de la capital, avanzar «y liberar (freikämpfen) la capital del Reich en que reside el Führer, que confía en sus soldados».[47] El ejército de Wenck se había

formado apresuradamente a primeros de abril. Sus tropas apenas habían recibido instrucción militar. No tenían armamento adecuado; casi no contaban con apoyo acorazado.[48] Las fuerzas soviéticas las superaban en número y tenían cuatro veces más armamento.[49] No estaba nada claro lo que se quería que hiciese Wenck en el improbable caso de que lograse penetrar hasta el centro de Berlín, aparte de sacar a Hitler de allí, si era necesario por la fuerza (tal como diría más tarde Keitel).[50]

Hitler, que había conseguido serenarse ya, se mostró tan atento como para interesarse incluso por si Keitel comía bien antes de ponerse en marcha. Jodl tomaba entre tanto medidas para garantizar el traslado inmediato al Berchtesgaden de una parte del alto mando de la Wehrmacht, y que se trasladase al resto al cuartel de Krampnitz, cerca de Postdam. Hitler seguiría disponiendo del mando supremo por medio de líneas telefónicas que le mantenían en contacto con Krampnitz y Berchtesgaden. Las sesiones informativas habituales seguirían celebrándose, aunque con muchos menos participantes.[51]

Hitler había dado orden a Schaub, por otra parte, de quemar todos los papeles y documentos que había en su caja fuerte del búnker. Luego le dio instrucciones para que hiciera lo mismo en Munich y en el Berghof. Tras una despedida protocolaria del amo al que había senado durante veinte años, abandonó Berlín rumbo al sur en avión.[52] La cofradía del búnker era ya mucho más pequeña.[53] Los que quedaban se consolaban bebiendo. Llamaban al búnker «el depósito de cadáveres» y decían que sus habitantes eran «una exposición de cadáveres vivientes». Su tema de conversación principal era cuándo y cómo debían suicidarse.[54]

Sorprendentemente, Hitler había recuperado la compostura a la mañana siguiente. Aún vociferaba por las tropas que parecían haberse evaporado en el aire. «Es tan triste cuando lo piensas—clamaba—, ¡por qué viviré aún!». Pero las noticias de Keitel sobre su reunión con Wenck le habían proporcionado un nuevo rayo de esperanza. Ordenó que se uniesen al ejército de Wenck todas las tropas que hubiese disponibles, por mal equipadas que estuviesen. A Dönitz se le había telegrafiado ya la noche anterior para que tuviese listos para el combate a todos los marineros como la prioridad más urgente y que, prescindiendo de todos

los intereses de la marina, se trasladasen en avión a Berlín para incorporarse a la «batalla alemana del destino» (deutsche Schicksalsschlacht) en la capital del Reich. Se cursaron también telegramas a Himmler y al alto mando de la Luftwaffe para que enviasen sus últimas reservas para ayudar a reforzar Berlín. «El enemigo sabe que estoy aquí», añadió Hitler, refiriéndose a la proclama de Goebbels al pueblo de Berlín de aquel día, en la que comunicaba que el Führer permanecería en la ciudad para dirigir su defensa.[55] El enemigo concentraría todos sus esfuerzos en tomar la capital lo antes posible. Pero Hitler pensaba que eso le proporcionaba la oportunidad de hacerles caer en la trampa del ejército de Wenck. Krebs calculaba que disponían aún de cuatro días. Hitler pensaba igual: «El asunto tiene que decidirse en cuatro días», dijo.[56]

Esa tarde, volvió al búnker Albert Speer. Había tenido que hacer un tortuoso viaje de diez horas desde la zona de Hamburgo para recorrer sólo unos 160 kilómetros. Había descartado en seguida la posibilidad de ir en coche por carreteras atestadas de refugiados que querían abandonar desesperadamente Berlín por cualquier ruta que aún estuviese expedita, y voló primero hasta el aeropuerto de Rechlin, Mecklenburg, y luego hasta el aeródromo de Gatow, al oeste de Berlín. Allí tomó un avión ligero Fieseier Storch, consiguiendo aterrizar finalmente en el eje Este-Oeste, cerca de la puerta de Brandenburgo, el ancho bulevar por el que había desfilado triunfalmente seis años antes en la celebración del cincuenta cumpleaños de Hitler. El bulevar no tenía ya farolas y se había convertido en una pista de aterrizaje provisional.[57] Como ya hemos dicho, Speer había estado trabajando varias semanas con industriales y generales para sabotear las órdenes de «tierra quemada» de Hitler. Sólo dos días antes, había grabado en Hamburgo un discurso (que en realidad nunca llegó a emitirse y que probablemente redactase pensando bastante en mejorar sus perspectivas personales en el mundo que vendría después de Hitler), instando a poner fin a la destrucción insensata. Pero, pese a aquel distanciamiento creciente, Speer aún no podía librarse del todo de Hitler. Seguía habiendo fuertes vínculos emotivos que le unían a él. Después de aquella marcha de la noche del cumpleaños de Hitler, que había pasado prácticamente desapercibida, el antiguo ministro de

armamento no se sentía a gusto poniendo fin a su relación especial sin una despedida adecuada. Esa había sido la razón de aquel vuelo absolutamente innecesario y sumamente peligroso.[58]

Cuando se dirigía a la habitación de Hitler, en el búnker, se encontró con Bormann. El secretario del Führer, que no tenía ninguna gana de terminar sus días en las catacumbas del búnker, imploró a Speer que utilizase toda su influencia para persuadir a Hitler de que saliese hacia el sur. Aún era posible. En unas cuantas horas, sería ya demasiado tarde. Speer le dio una respuesta evasiva. Luego le pasaron a ver a Hitler, que, como había predicho Bormann, se apresuró a preguntarle qué opinaba, si debía seguir en Berlín o irse al Berchtesgaden. Speer no vaciló. Sería mejor que acabara su vida como Führer en la capital del Reich que en su retiro de fin de semana, dijo. Hitler parecía cansado, apático, resignado, quemado. Había decidido quedarse en Berlín, murmuró. Sólo quería saber qué opinaba él. Como el día anterior, dijo que no pensaba combatir personalmente. Corría el peligro de que le capturasen vivo. También quería evitar a toda costa que su cuerpo cayese en manos del enemigo y que lo exhibiesen como un trofeo. Así que había dado orden de que quemasen su cadáver. Eva Braun moriría con él. «Créeme, Speer —añadió—, será fácil poner fin a mi vida. Un breve instante y me libraré de todo, quedaré libre de esta existencia miserable».[59]

Minutos después, en la sesión informativa (por entonces de mucha menor duración y sin información precisa y reciente de los servicios secretos debido a los problemas de comunicaciones),[60] Hitler intentó de nuevo emanar optimismo, inmediatamente después de hablar de su muerte inminente y de su cremación. Sólo entonces comprendió Speer el gran contenido de teatro y representación que había habido siempre en el papel de Führer.[61]

De pronto, se produjo una conmoción en el pasillo. Entró Bormann precipitadamente con un telegrama para Hitler. Era de Göring. El informe de la trascendental reunión del día anterior, que Koller había llevado personalmente al Berchtesgaden para explicarlo de palabra, había planteado un dilema al mariscal del Reich. Koller había ayudado a convencer al vacilante Göring de que Hitler había renunciado en realidad a través de sus actos a la jefatura del estado y de la Wehrmacht.

Debía entrar en vigor, por tanto, la ley del 29 de junio de 1941, que nombraba a Göring sucesor suyo en caso de que quedase incapacitado él para actuar. Göring aún no estaba convencido del todo. No podía estar seguro de que Hitler no hubiese cambiado de parecer y le preocupaba la influencia de su archienemigo Bormann. Finalmente, Koller propuso que se enviase un telegrama. Göring aceptó la propuesta. Koller, aconsejado por Lammers, la redactó cuidadosamente, procurando estipular con mucha cautela que, si Göring no tenía ninguna noticia a las diez de la noche de aquel día, daría por supuesto que entraría en vigor lo dispuesto en la ley de sucesión y que se haría cargo él de toda la jefatura del Reich. Tomaría inmediatamente las medidas que fuesen necesarias, según le dijo a Koller, para rendirse a las potencias occidentales, aunque no a los rusos.

En el telegrama que le envió a Hitler (con una copia para Below, el ayudante de la Luftwaffe que aún seguía en el búnker) no había huella alguna de deslealtad.[62] Pero, como había temido Göring, Bormann se puso inmediatamente manos a la obra para hacer la peor interpretación posible de él. Hitler mostró desinterés, o apatía, al principio. Pero cuando Bormann sacó otro telegrama de Göring, en el que citaba a Ribbentrop para una entrevista inmediata, en caso de qué no hubiese recibido ninguna otra instrucción de Hitler o de él a medianoche, fue muy fácil invocar una vez más el espectro de la traición. Hitler estaba ya convencido de que la había. Como hemos tenido ya ocasión de indicar, Goebbels (y el propio Bormann) habían sido durante varios meses quienes más habían destacado entre los que instaban a Hitler a destituir a Göring, a quien calificaban de incompetente, corrupto, sibarita drogadicto y único responsable del desastre de la Luftwaffe y de la superioridad aérea que tan decisiva consideraban había sido para la suerte de Alemania. Dado que Hitler resultaba sumamente imprevisible, como habían dejado claro los acontecimientos del día anterior, no tenía nada de extraño el torrente incontrolable de cólera que se desató por lo que había hecho Göring con la Luftwaffe, por su corrupción, por su adicción a la morfina.

Saboreando su victoria, Bormann redactó rápidamente un telegrama en el que se despojaba a Göring de sus derechos de sucesión, y se le

acusaba de traición, aunque no se adoptarían otras medidas si el mariscal del Reich dimitía de todos sus cargos inmediatamente por motivos de salud. La respuesta afirmativa de Göring se recibió media hora después.[63] Pero esa noche, el que había sido en otros tiempos el hombre más poderoso del Reich después de Hitler, fue puesto bajo arresto domiciliario, y el Berghof quedó rodeado de guardias de las SS.[64] El poder de Hitler se esfumaba rápidamente; pero aún no había llegado del todo a su fin.

Esa misma noche, más tarde, antes de abandonar el búnker, Speer se sentó un rato con Eva Braun en su habitación, a beber una botella de Moët Chandon y a comer pastas y dulces. Eva parecía tranquila y relajada. Le explicó que Hitler había querido enviarla de nuevo a Munich, pero que ella se había negado. Había ido a Berlín a poner punto final a todo. A las tres de la mañana, apareció Hitler. Speer se emocionó al llegar el momento de la despedida. Había vuelto al búnker precisamente para eso. Fue un trago doloroso. Hitler le dio un débil apretón de manos. «Así que te vas. Bueno. Adiós». Eso fue todo.[65]

La noche anterior había llegado al búnker sin anunciarse otro visitante además de Speer: el general Helmuth Weidling, comandante del 56° cuerpo acorazado, incorporado al 9° ejército que estaba luchando en el sureste de Berlín. Se habían cortado las comunicaciones con él la noche del 20 de abril y Hitler había dado la orden de detenerle por deserción.[66] Y, asombrosamente, había vuelto a Berlín y había ido al búnker del Führer para defender su inocencia. Hitler estaba impresionado. A la mañana siguiente, le encomendó la defensa de Berlín, en sustitución del coronel Ernst Kaether, que había desempeñado el cargo durante dos días.

Fue un nombramiento audaz. Weidling tenía a su disposición unidades precipitadamente formadas, con un total de 44.600 soldados, 42.500 hombres de la Volkssturm (cuya capacidad de combate se hallaba severamente reducida tanto por la edad como por lo miserable del equipo de que disponían), unos 2.700 muchachos de la juventud de Hitler y unos cuantos centenares de otros «combatientes» del Servicio de Trabajo y de la Organización Todt, que debían defender los puentes por los que tendría que cruzar el ejército de auxilio de Wenck. Dönitz había

prometido 5. 500 marinos más, pero aún no estaban disponibles. Frente a ellos, y avanzando sin cesar hacia la ciudad, había unos dos millones y medio de soldados de las mejores divisiones del Ejército Rojo. Weidling sabía desde el principio que se le encomendaba una misión imposible. [67]

Las noticias que llegaban de unos frentes que iban reduciéndose sin cesar en torno a Berlín eran cada vez más sombrías. Al mediodía del 24 de abril, tropas soviéticas de los ejércitos de Zhukov y de Konev habían establecido ya contacto en los arrabales del sur de la ciudad. Se completaba así el cerco del 9° ejército de Busse. Eran ya ilusorias las esperanzas de que consiguiese abrirse paso luchando hacia el oeste para unirse al 12° ejército de Wenck (cuya marcha hacia la capital se hallaba aún en la etapa preparatoria). Estaban llegando informes a la Cancillería del Reich de intensos combates callejeros en los distritos norte y sur de la capital. Varios distritos del norte estaban ya en manos soviéticas y la carretera de Nauen, la última vía importante que llevaba hacia el oeste, se hallaba bloqueada por tanques T34. La artillería soviética llevaba bombardeando desde el mediodía el aeródromo de Tempelhof, cerca del centro de la ciudad. Al anochecer, había quedado sometido también a un intenso fuego artillero el aeropuerto de Gatou, en las riberas del Havel. al noroeste de Berlín. El Eje Este-Oeste, donde había aterrizado el día anterior Albert Speer, era ya en la práctica la última estrecha arteria de comunicación no telefónica con el exterior que quedaba en la ciudad.

A la mañana siguiente, al amanecer, habían empezado a recibir fuego de artillería intenso e insistente zonas próximas al centro de la ciudad. Hacia el mediodía, la punta de lanza del ejército de Konev, que se había desplazado rodeando Berlín y dirigiéndose luego hacia el sur, se encontró con las unidades avanzadas del ejército de Zhukov, que se dirigían hacia el norte rodeando también la ciudad, en Ketzin, al oeste. Berlín estaba prácticamente cercada. A la misma hora, más o menos, soldados soviéticos y estadounidenses compartían cigarrillos en Torgau, en el Elba, en la Alemania central. El Reich estaba ya cortado en dos.[68]

Por otra parte, los bombarderos de las fuerzas aéreas inglesas habían dejado reducido a ruinas humeantes el palacio alpino de Hitler, el Berghof, encima de Berchtesgaden, en una operación simbólica, ya que

no había absolutamente ningún objetivo militar posible en ella (salvo quizás el de asestar un golpe al posible foco de guerra de guerrillas nazi prevista para después del cese oficial de hostilidades desde lo que se consideraba un mítico «reducto nacional»).[69]

Hitler, en su guarida subterránea cada vez más aislada y acosada, con un sistema de comunicaciones en proceso acelerado de descomposición y con mapas operativos cada vez más irreales y desbordados constantemente por los acontecimientos, aún estaba seguro de saber más que nadie. «La situación de Berlín parece peor de lo que es», afirmó, con aparente seguridad, el 25 de abril, cuando llevaba cinco días sin aventurarse a salir del búnker. Ordenó que se peinase la ciudad para conseguir las últimas reservas de potencial humano que sumar al combate para ayudar desde dentro a preparar el terreno para la llegada de Wenck.[70] Este había conseguido avanzar un poco, por entonces, hacia los lagos del sur de Postdam. Pero partes de su ejército aún estaban empeñadas en combates con los estadounidenses hacia el oeste, en el Elba, al norte de Wittenberg. Y del 9° ejército que debía unir sus fuerzas con él sólo quedaban ya restos.[71] Con lo que tenía a su disposición, Wenck no contaba más que con una remotísima posibilidad de llegar a Berlín.

Pero Wenck era ya la única esperanza. Hitler aún seguía creyendo en una victoria final, en que se presentaría una última oportunidad de cambiar el rumbo de las cosas. Todavía entonces seguía aferrándose a la idea de que la alianza contra él se desmoronaría si era capaz de asestar un buen golpe al Ejército Rojo. «Creo que ha llegado el momento en que por un impulso de autoconservación los otros se enfrentarán de todos modos con este coloso y Moloc bolchevique proletario inmensamente hinchado. […] Si consigo tener éxito aquí y defender la capital, tal vez crezca la esperanza entre los ingleses y los estadounidenses de que quizás pudiesen aún enfrentarse a todo este peligro junto con una Alemania nazi. Y el único hombre que puede hacerlo soy yo», aseguraba.[72]

Sus comentarios a Goebbels ese día parecían estar dirigidos en parte a convencerse a sí mismo de que su decisión de no ir a la Alemania meridional y quedarse en Berlín era la más correcta. «Consideraría mil

veces más cobarde suicidarme en el Obersalzberg que aguantar y caer aquí—afirmó—. Ellos no dirían: “Tú, como Führer…”. Sólo soy el Führer mientras pueda dirigir. Y no puedo dirigir sentado en lo alto de una montaña, sino que tengo que tener el mando directo de los ejércitos que han de obedecer mis órdenes. Dejadme obtener una victoria aquí, por difícil y dura que sea. Ya volveré a tener derecho después a ajustarles las cuentas a esos individuos torpes y lentos que están constantemente provocando obstrucciones. Entonces trabajaré con los generales que han demostrado su valía».[73]

Hitler decía todo esto pensando más que nada en el lugar que quería ocupar en la Historia. Seguía siendo, incluso entonces (incitado por Goebbels, naturalmente) el propagandista, seguía pendiente de su imagen. Había que luchar hasta el final en el búnker por razones de prestigio y daba igual que eso condujese a una victoria gozosa o a la autoinmolación sacrificial: era algo necesario. No se le ocurría siquiera plantearse la matanza incesante de soldados y de civiles que eso entrañaba. «Sólo aquí puedo conseguir un triunfo—le explicaba a Goebbels—[…], aunque sea sólo un triunfo moral, es por lo menos la posibilidad de evitar la humillación y de ganar tiempo».[74] «Sólo con una actitud heroica podemos sobrevivir a este momento, el más duro de todos», continuó. Si ganaba la «batalla decisiva» sería «rehabilitado». Quedaría demostrado, por ejemplo, que había tenido razón al destituir a sus generales por no aguantar a pie firme en sus posiciones.

Y si tenía que perder, habría perecido entonces «decentemente», no como un «refugiado indigno, sentado en el Berchtesgaden y lanzando desde allí órdenes inútiles». Veía, dijo, «una posibilidad de enmendar la Historia» consiguiendo un triunfo. «Es la única oportunidad de restaurar la reputación personal… Si dejamos el escenario mundial en la deshonra, habremos vivido para nada. El que sigas viviendo un poco más o no es algo completamente intrascendente. Mejor terminar el combate con honor que continuar unos cuantos meses o años más en la vergüenza y la deshonra». Goebbels, teniendo muy presentes de nuevo en su pensamiento las hazañas de Federico el Grande en la famosa batalla de Leuthen (la épica victoria del rey prusiano en 1757 sobre el ejército austríaco, muy superior en número), resumía así las alternativas

heroicas: «Si todo va bien, entonces es bueno en cualquier caso. Si las cosas no saliesen bien y el Führer tuviese una muerte honorable en Berlín y Europa acabase bolchevizándose, en cinco años como mucho sería un personaje legendario y el nacionalsocialismo habría alcanzado una condición mítica (ein Mythos)…».[75]

Capítulo III

No todos los que se hallaban en el laberinto de túneles que había debajo de la Cancillería del Reich estaban dispuestos a compartir el final «heroico» en el que pensaban Hitler y Goebbels. «No quiero morir con esa gente allí abajo en el búnker—decía el comandante Bernd von Freytag-Loringhoven, de treinta y un años, ayudante de Krebs—. Quiero que mi cabeza se encuentre al aire y libre cuando llegue el final».[76] Hasta los miembros de las SS que formaban la guardia personal de Hitler preguntaban ansiosamente por el avance de Wenck, consolándose con la bebida cuando estaban fuera de servicio y buscando posibles vías de escape a lo parecía cada vez más una tumba subterránea indudable. Arriba en las calles, pese a la amenaza (que se cumplía a menudo) de ejecución sumaria por «consejos de guerra itinerantes» por derrotismo, no digamos ya en el caso de deserción, muchos hombres ya de edad avanzada miembros de la Volkssturm, sabiendo como sabían que era completamente inútil seguir con una lucha tan desesperadamente desigual e intentando evitar una muerte absurda de «héroes», aprovechaban cuando se aproximaban las tropas soviéticas cualquier oportunidad para desaparecer e intentar reunirse con sus familiares, buscando el refugio que pudiesen hallar en sótanos y búnkeres.[77]

Las condiciones de vida empeoraban rápidamente entre las ruinas humeantes de la gran ciudad. Se agotaban los víveres. El sistema de

conducción de agua no funcionaba ya. Los viejos, los enfermos, los heridos, las mujeres y los niños, los soldados inválidos o impedidos y los refugiados se aferraban todos a la vida en los sótanos, en refugios atestados y en las estaciones de metro, mientras el infierno rugía arriba.[78]

Como las comunicaciones fallaban cada vez más (la comunicación con Jodl y el cuartel general del OKH quedó cortada un rato en el curso de la noche),[79] el antes poderoso alto mando del ejército instalado en el búnker obtenía la información que debían suministrarle los servicios secretos sobre los movimientos de tropas en la ciudad recurriendo a la guía telefónica, en la que se marcaban números al azar. «Perdone, señora, ¿ha visto usted a los rusos?», se preguntaba. «Sí—respondían—. Hace media hora que estuvieron dos aquí. Formaban parte de un grupito de unos doce tanques que estaban en el cruce».[80]

A pesar del enfrentamiento desigual, las tropas regulares, la mayoría de ellas con una instrucción militar insuficiente, mal equipadas, en muchos casos con pocas municiones, siguieron luchando denodadamente en las calles de Berlín. En la noche del 26 de abril, los soldados soviéticos estaban ya cerca de la Alexanderplatz, el corazón mismo de la ciudad. La Cancillería del Reich, situada en el barrio del gobierno, que había estado sometido todo el día a un intenso fuego artillero, les quedaba ya a poco más de un kilómetro de distancia.

Hacia el anochecer, los inquilinos del búnker tuvieron un breve momento de emoción: la inesperada aparición del herido coronel general de la Luftwaffe Robert Ritter von Greim, auxiliado por su bella compañera Hanna Reitsch, veinte años más joven que él, as de la aviación y piloto de pruebas. Eran ambos fervientes y ya veteranos admiradores de Hitler. Le habían dicho que acudiese a Berlín un par de días antes.[81] Habían tenido que realizar los dos un vuelo extremadamente peligroso desde Munich. Greim había resultado herido en un pie al ser alcanzado su Fieseler Storch por el fuego artillero cuando se aproximaba al centro de Berlín y se había hecho cargo del aparato Reitsch y había aterrizado sin problema en el Eje Este-Oeste. Luego habían requisado un coche para que les llevase a la Cancillería del Reich. Auxiliado por Reitsch, el herido Greim se adentró en el búnker

cojeando laboriosamente. Aún no sabía por qué había ido allí.

Hitler entró a saludarle después de que le vendaron el pie. Tras criticar la «Traición» de Göring, Hitler informó a Greim que había sido ascendido a mariscal de campo y le nombró nuevo jefe de la Luftwaffe. Podría haberse hecho todo por teléfono, pero en vez de eso, Greim había tenido que arriesgar la vida para recibir personalmente la noticia. Y parecía probable que él y Reitsch estuviesen condenados a acabar su vida en el búnker. Pero lejos de enfurecerse o deprimirse o las dos cosas a la vez Greim y Reitsch estaban entusiasmados. Pidieron que les dejasen quedarse en el búnker con Hitler. Les dieron cápsulas de veneno, por si sucedía lo peor. Pero Hitler convenció a Greim de que no todo estaba perdido. «No hay que perder la fe—oyó decir Koller a Greim, cuando telefoneó al búnker—. Todo acabará bien. El encuentro con el Führer y su fortaleza me han infundido un vigor nuevo extraordinario. Esto es como la fuente de la juventud (Jungbad)». A Koller le parecía más bien un manicomio.[82]

Las sesiones informativas habían quedado ya muy reducidas de tamaño y habían cambiado de carácter. La única personalidad militar importante que quedaba era Krebs. Participaba también Goebbels desde que había pasado a residir en el búnker. También estaban presentes el dirigente de la Juventud de Hitler, Axmann, el general Weidling (responsable de la defensa de Berlín), el vicealmirante Voss (enlace de Dönitz), el coronel Nicolaus von Below (el veterano ayudante de la Luftwaffe) y el SS-Brigadeführer Wilhelm Mohnke, al que Hitler acababa de nombrar comandante del barrio del gobierno de Berlín (que había sido bautizado como «la Ciudadela»).

En la primera reunión que se celebró el 27 de abril, a primera hora del día, la discusión se centró en las posibilidades que había de que Wenck consiguiese abrirse camino. Había llegado a los arrabales de Postdam, pero no tenía a su disposición más que tres divisiones. Necesitaba refuerzos desesperadamente. Había ya muy pocas posibilidades de que el asediado 9° ejército de Busse consiguiese abrirse paso en dirección noroeste para unirse a él. Pero aún había esperanzas de que las fuerzas que estaban al mando del teniente general Rudolf Holste, al noroeste de Berlín, pudiesen abrirse camino hacia el sur hasta

establecer contacto con Wenck. Había poco tiempo. Krebs informó de combates encarnizados en las calles del centro de la ciudad. Los soviéticos habían llegado a la Alexanderplatz. Pronto tendrían a tiro la Potsdamer Platz, que era donde estaba situado el búnker. «¡Dios quiera que llegue Wenck!», exclamó Goebbels. «Se me ha ocurrido de pronto una cosa terrible», añadió lúgubremente Hitler. «¡Wenck está en Potsdam y aquí los soviéticos están presionando en Potsdamer Platz!». «Y yo no estoy en Potsdam sino en la Potsdamer Platz».

La valoración que hacía de la situación era realista: las tres divisiones de Wenck no eran suficientes. Podrían serlo para tomar Potsdam, pero no eran más que divisiones de infantería, sin apoyo acorazado, y no podrían abrirse camino entre las unidades de tanques soviéticas. Voss intentó infundir ánimos. «¡Wenck llegará aquí, mi Führer! ¡Se trata únicamente de si va a poder hacerlo solo». Fue suficiente para que Hitler cayese en un nuevo ensueño. «Se imaginan. Eso se extenderá como un incendio por todo Berlín cuando se sepa. Un ejército alemán ha conseguido penetrar por el oeste y establecer contacto con la Cindadela (Festung)». Los soviéticos, pensaba, habían sufrido grandes bajas, estaban sufriendo aún más en la intensa lucha casa por casa, y sólo podrían incorporar más tropas en posiciones avanzadas peligrosas. Bastó esa idea: se había convencido ya de que la situación no era tan sombría. Las incesantes explosiones le habían mantenido despierto las últimas noches. Pero esa noche dormiría mejor, dijo. Sólo quería que le despertaran «si hay un tanque ruso a la puerta de mi cabaña», para que tuviera tiempo de hacer lo que era preciso hacer.[83]

La segunda sesión del día la inició Mohnke comunicando que habían conseguido llegar hasta la Wilhelmsplatz, el centro del barrio del gobierno, los primeros tanques enemigos. Habían sido rechazados (en esa ocasión), pero el tiempo se estaba acabando. Krebs calculaba que los habitantes del búnker no disponían más que de 24-46 horas. Tenía que producirse en ese periodo el contacto entre los ejércitos de Wenck y Busse para que pudiera haber alguna esperanza. Pero Hitler sabía en el fondo que eso no sucedería. Se quejaba insistentemente del «error catastrófico» del 9° ejército, que él atribuía al hecho de que no se hubiesen cumplido sus órdenes y se hubiese intentado atravesar las

líneas soviéticas en la dirección equivocada. La débil esperanza de que llegasen las restantes fuerzas del norte, las de Holste y Steiner (en quien Hitler había perdido toda la confianza unos días antes), también se había esfumado prácticamente, si no en los ensueños sí al menos en la realidad.

Jodl, pese a una suplica desesperada de Keitel de que concentrase todos sus esfuerzos en prestar auxilio a Berlín, había desviado las unidades, duramente presionadas, de Holste y Steiner para rechazar a las fuerzas soviéticas al norte de la capital. Equivalía a una entrega de Berlín.[84] Bormann decía mordazmente en su diario, en comentarios que apuntaban significativamente a la conocida resistencia del Reichsführer-SS Himmler a desplegar el cuerpo de las SS de Steiner para ayudar a salvar Berlín: «¡Himmler y Jodl están reteniendo las divisiones que vienen a auxiliarnos! Nosotros resistiremos y caeremos con el Führer. Fieles hasta la muerte. Otros creen que tienen que actuar de acuerdo "con un conocimiento superior". Sacrifican al Führer con una deslealtad (que les deshonra) propia de su "sentido del honor"».[85]

Hitler y Goebbels recayeron en las evocaciones. Les impulsó a ello el comentario de Mohnke, en el que no había ni rastro de ironía: «¡No hicimos del todo lo que queríamos en 1933, mi Führer!». La explicación de Hitler (aunque no fuese algo que hubiese pensado por entonces, ni mucho menos) era que había llegado al poder demasiado pronto. El momento adecuado habría sido un año o más después, tras la muerte de Hindenburg. Para llevar a cabo una revolución completa, habría sido necesario que se hubiese demostrado que el viejo sistema se hallaba en un estado de quiebra total. Pero, dadas las circunstancias, no había tenido más remedio que llegar a un acuerdo con Hilgenberg, Schleicher (no fue un gran acuerdo porque el antiguo Canciller del Reich había sido en realidad asesinado por sicarios de Hitler en 1934, durante el «caso Rohm») y otros pilares del viejo orden. Cuando murió Hindenburg, continuó Hitler, se había debilitado ya la decisión de librarse de los conservadores y estaba en marcha la tarea de reconstrucción. «Si no hubiese sido así, se habría eliminado a millares de ellos en ese periodo», aseguró. «Podría haber sucedido si yo hubiese llegado al poder por la voluntad expresa del pueblo [debía de querer decir unas elecciones

presidenciales] o mediante un golpe de estado. Uno lamenta después haber sido tan bueno», concluyó.

Esto volvió a conducir la conversación inexorablemente hacia lo patético y a la evocación de lo «heroico». Hitler dijo que se había quedado en Berlín, «para tener más derecho moral a actuar contra la debilidad. […] No puedo amenazar constantemente a otros si yo mismo me escapo de la capital del Reich en el momento crítico… Tenía derecho a asumir el mando en esta ciudad. Ahora debo obedecer los mandatos del destino. Aunque pudiese salvarme, no lo haría. El capitán se hunde también con su barco». Voss recogió la metáfora, como era de prever. También predominaban en él el patetismo y la emoción. «Estar aquí en la Cancillería del Reich es como estar en el puente de mando de un navio —cavilaba de forma poco convincente—. Hay algo aquí que es aplicable a todos. No queremos huir. [Pero después él, y casi todos los demás, intentarían huir del búnker en el último momento]. Tenemos que estar juntos. Porque hay que ser una comunidad como es debido y nada más». [86]

Capítulo IV

Las noticias que habían ido filtrándose durante el día no podrían haber sido peores. Las tropas de Wenck, sin ayuda del 9° ejército (cuyo cerco se aceptaba ya casi como una conclusión inevitable), habían sido rechazadas hacia el sur de Potsdam. Había una atmósfera de «juicio final» en el búnker, aliviada sólo por los copiosos suministros de alcohol y de comida procedentes de las bodegas de la Cancillería del Reich.[87] Hitler le explico a Below que había decidido darle a Weidling, el comandante de Berlín, la orden de irse. Debía irse todo su Estado Mayor, así como Bormann y Goebbels. Él se quedaría y moriría en la capital.

Hacia la noche ya, en medio de noticias cada vez peores, había cambiado de opinión. Sería inútil intentar salir de allí. Le entregó a Below una cápsula de veneno, por si llegaba a producirse «una situación difícil».[88]

En la tercera sesión informativa del día la suerte del 9° ejército cercado, con sus once divisiones, casi cuatro veces más que las fuerzas que Wenck tenía a su disposición, llevó de nuevo a Hitler perorar, como un disco de larga duración, sobre lo que consideraba la desobediencia y la deslealtad constantes del ejército. Sólo singularizó a Schörner, comandante del grupo de ejército del centro, para alabarle como «un verdadero caudillo». También alabó a Dönitz por cumplir su promesa de enviar unidades navales para la defensa de Berlín y para la protección personal de Hitler. La débil esperanza depositada en Wenck aún no se había extinguido del todo. Pero Hitler estaba pensando en la lucha final en la «Ciudadela». Para la defensa de la «Cindadela» eran vitales un mando firme y unas tropas fieles. Volvía a aflorar en él el miedo a que le capturasen. «Debo tener la certeza absoluta»—dijo, tras recibir la noticia de que tanques enemigos se habían abierto camino durante un breve periodo hasta la Wilhelmstrasse—de que no me atrapará un tanque ruso con alguna astuta artimaña». Consideraba que era sólo cuestión de tiempo que los soviéticos utilizasen artillería pesada para bombardear la «Ciudadela» desde corta distancia. «Entonces será cuestión de una lucha heroica por una ultima isla—comentó—. Si no llegan tropas de auxilio, tendremos que tenerlo claro: no es mal final para una vida caer luchando por la capital de tu Reich».[89]

No todo el mundo estaba dispuesto a sumarse a un pacto suicida. Hermann Fegelein, el oportunista cínico, aventurero y mujeriego, que se había elevado hasta una posición encumbrada en las SS gracias al favor de Himmler, y que había reforzado luego sus vínculos con la «corte» de Hitler casándose con la hermana de Eva Braun, había desaparecido del búnker. Su ausencia se descubrió el 27 de abril. Y esa noche se le localizó vestido con ropa de civil en su apartamento de Charlottenburg, al parecer con una amiga, bajo los efectos del alcohol y con bastante dinero en las maletas dispuestas para el viaje.[90] Telefoneó a Eva Braun, su cuñada, para que intercediera. (Parece ser que tal vez se sintiese más

atraído, en realidad, por Eva Braun que por su hermana; y es posible que hubiese establecido contacto con ella anteriormente desde su apartamento, intentando convencerla para que abandonara el búnker antes de que fuese demasiado tarde).[91] Pero no sirvió de nada. Le volvieron a llevar esa noche a la Cancillería del Reich, donde le despojaron de las charreteras y de los distintivos del cuello, le degradaron a la condición de soldado raso y le encerraron en una celda improvisada hasta que Hitler estuviese dispuesto a verle.[92]

En las primeras horas del 28 de abril se hicieron desde el búnker llamadas desesperadas a Keitel y Jodl, instándoles a que se hiciesen todos los esfuerzos concebibles para liberar Berlín, con prioridad absoluta. El tiempo era esencial. Había como máximo un margen de cuarenta y ocho horas, se pensaba. «Si no llega ninguna ayuda en ese tiempo, será demasiado tarde —le dijo Krebs a Keitel—. ¡El Führer transmite eso de nuevo!».[93] De Wenck no se recibía ya ningún comunicado.

Los habitantes del búnker pensaban, como tantas otras veces, que de todo aquello emanaba el olor de la deslealtad y de la traición. Bormann telegrafió a Puttkamer esa noche: «En vez de enviar rápidamente las tropas que deberían liberarnos, los que ostentan la autoridad guardan silencio. La lealtad ha dejado paso a la deslealtad. Nosotros seguimos aquí. La Cancillería del Reich es ya un montón de ruinas».[94] En su agenda de mesa, la entrada del día hablaba de alta traición y deslealtad a la patria.[95]

Una hora más tarde, parecieron confirmarse espectacularmente las sospechas. Apareció en el búnker Heinz Lorenz. Acababa de oír un mensaje de la agencia Reuters, emitido por la BBC de Londres y confirmado en Estocolmo. Le dio una copia a Bormann, a quien encontró sentado con Goebbels y Hewel. Entregó otra copia a Linge para que se la pasase a Hitler. Confirmaba la veracidad de una noticia inquietante emitida por Radio Estocolmo en el noticiario de la mañana, transmitida a Hitler a media tarde, aunque inicialmente pareciese carecer de fundamento: que el Reichsführer-SS, Heinrich Himmler, había hecho una oferta de rendición a los aliados occidentales, que la habían rechazado. Hitler había recibido primero la noticia, a última hora de aquella tarde,

de conversaciones de Himmler sobre capitulación «con absoluto desprecio».[96] Había telefoneado inmediatamente al almirante Dönitz, que había dicho que él no sabía nada. Luego Dönitz, a su vez, se puso en contacto con Himmler, que desmintió categóricamente la información y recomendó ignorarlo en vez de emitir un desmentido por la radio.[97] Pero Hitler siguió dándole vueltas al asunto. Quizás estuviese esperando algo de ese tipo. En las últimas semanas había aumentado su desconfianza hacia Himmler. La desobediencia, según su punto de vista, de Sepp Dietrich en Hungría y de Felix Steiner en la tentativa fallida de enviar auxilio a Berlín parecían demostrar que hasta las SS eran ya desleales con él. A Below le pareció que el resentimiento de Hitler contra Himmler crecía a medida que pasaban las horas.[98]

Y ahora todo encajaba: la historia anterior había sido cierta, y el desmentido de Himmler una mentira. Más aún: la noticia de la Reuters había añadido que «Himmler había informado a los aliados occidentales que podía ofrecer una rendición incondicional y cumplirla».[99] Equivalía a decir que el Reichsführer-SS era ya de facto jefe del estado, que Hitler había sido destituido.[100] Era una bomba. No podía tolerarse de ninguna manera. Era una vil traición.

No se sabe con seguridad si Hitler había estado al tanto anteriormente de los tanteos de Himmler para sondear a las potencias occidentales a través del conde Folke Bernadotte, vicepresidente de la Cruz Roja sueca y pariente cercano del rey de Suecia.[101] Las relaciones del Reichsführer con Bernadotte se remontaban a unos dos meses atrás. Había instigado las reuniones y había actuado como intermediario el SS-Brigadeführer Walter Schellenberg, jefe del servicio secreto exterior de la oficina central de seguridad del Reich.[102] El objetivo inicial de Bernadotte había sido negociar la liberación de prisioneros de los campos de concentración, especialmente de escandinavos.[103] Desde el punto de vista de Himmler, presionado por Schellenberg, Bernadotte constituía una posible vía de acceso a los occidentales.[104] Como la situación militar de Alemania había empeorado drásticamente, Himmler, que aún vacilaba y que es evidente que estaba sometido a una gran tensión nerviosa, se había hecho más proclive a las concesiones humanitarias dirigidas a dar la mejor imagen posible de sí mismo.

Buscaba, como la mayoría de los dirigentes nazis, un medio de sobrevivir, no quería arrojarse a la pira funeraria en el Götterddmmerung de Berlín. En marzo había accedido, contraviniendo los deseos de Hitler, a que se entregasen los campos de concentración al enemigo que se aproximaba, en vez de destruirlos. Había accedido también a liberar a un reducido número de judíos y de otros prisioneros, para que se fuesen a Suiza y a Suecia.[105] En su segundo encuentro con Bernadotte a principios de abril, se había avenido también a dejar irse a Suecia a las mujeres danesas y noruegas y a los enfermos de esas nacionalidades que estaban en los campos.[106] Al mismo tiempo, seguía considerando a los prisioneros de los campos «rehenes» suyos: cartas con las que se podía jugar en cualquier negociación con Occidente.[107]

Bernadotte había rechazado la propuesta que le había hecho Schellenberg (casi con seguridad a instancias de Himmler) de que sondease a Eisenhower sobre la posibilidad de una rendición en el oeste. Esa proposición, había indicado Bernadotte, tenía que proceder del propio Reichführer.[108] Sin embargo, Himmler se hallaba en un estado de indecisión crónica así como de tensión nerviosa extrema. Veía con toda claridad lo que se avecinaba; la guerra estaba irremisiblemente perdida. Pero también se daba cuenta de que Hitler arrastraría con él a Alemania al desastre antes que capitular. Himmler, lo mismo que la mayoría de dirigentes nazis, quería salvar el pellejo. Y estaba deseoso además de desempeñar un papel en un acuerdo post Hitler. Tan dogmático como Hitler en la lucha contra el bolchevismo, albergaba la notable ilusión de que el enemigo podría pasar por alto su participación en crímenes monstruosos contra la humanidad por lo útil que podía ser en la continuación de la lucha contra el enemigo mortal no sólo de Alemania sino también de Occidente. Pero no podía librarse, ni siquiera entonces, de los lazos que le unían a Hitler. Aún ansiaba que le otorgase su favor y le preocupaba el hecho de haber quedado desacreditado después de su fracaso como comandante del ejército del Vístula. Y no sólo eso: entonces, como antes, temía a Hitler.[109]

Una tercera reunión con Bernadotte el 2 1 de abril, en la que el Reichsführer-SS parecía muy demacrado y muy nervioso, no dio ningún resultado positivo respecto al asunto de las tentativas de acercamiento a

Occidente. Hitler aún mostraba una cautela extrema y no estaba dispuesto a arriesgar ninguna iniciativa.[110] Es posible, como sugeriría más tarde Schellenberg, que hubiese decidido ya a la hora de comer del 22 de abril que había llegado el momento de actuar. Aunque la verdad es que parece dudoso.[111] Lo que le convenció fue sin duda la noticia que le dio Fegelein, que le telefoneó ese día desde el búnker del Führer, del arrebato extraordinario de furia contenida de Hitler y de su diatriba descontrolada contra la traición que acechaba por todas partes (dirigida también contra las SS por el fallo de Steiner al no lanzar la contraofensiva ordenada), que culminó con su proclamación de que él se quedaría en Berlín y moriría allí.[112] Después de esto, la indecisión de Himmler se evaporó.

El 23 de abril, el conde Bernadotte había accedido, un poco a regañadientes, a la propuesta de Schellenberg de que se reuniera por cuarta vez con Himmler esa noche. La reunión tuvo lugar en el consulado sueco de Lübeck, inquietantemente iluminado por velas debido a un corte del fluido eléctrico. «Es muy probable que Hitler esté ya muerto», empezó Himmler. En realidad, su muerte se produciría de allí a unos cuantos días como máximo. Hasta entonces, su juramento de lealtad le había impedido actuar, continuó Himmler, pero con Hitler muerto o al borde de la muerte, la situación era distinta. Ahora tenía las manos libres. No podía haber ninguna rendición a la Unión Soviética. Él era, y sería siempre, enemigo jurado del bolchevismo. Insistió en que la lucha contra el bolchevismo debía continuar. Pero él estaba dispuesto a declarar a Alemania derrotada por las potencias occidentales, y rogó a Bernadotte que transmitiese su oferta de capitulación al general Eisenhower, con la finalidad de impedir más destrucción absurda. Aún a la luz de las velas, Himmler redactó una carta para el ministro de asuntos exteriores de Suecia, que Bernadotte debía entregarle, y que debía pasarse a los aliados occidentales.[113]

Himmler, como Göring (aunque de una forma distinta), había considerado que la explosión de cólera de Hitler del 22 de abril constituía la práctica abdicación del Führer. Pero, como en el caso de Göring, Himmler pronto se vería obligado a salir de semejante error. Su reacción instintiva, en cuanto tuvo clara su decisión, fue, sin embargo,

crear un gabinete, inventar (a sugerencia de Schellenberg) el nombre de un nuevo partido, el «Partido de Concentración Nacional» (Nationale Sammlungspar tei) y empezar a considerar si debería hacer una inclinación o dar la mano cuando se encontrase con Eisenhower.[114] Parece que en ningún momento se le ocurrió pensar que su oferta de capitulación pudiese ser rechazada. Pero ese fue precisamente el desenlace del asunto, un desenlace del que estaban seguros todos los que se hallaban fuera del perímetro del mundo mental cerrado de los dirigentes nazis en aquella coyuntura. Durante la tarde del 28 de abril, se filtró la noticia sensacional; el Reichsführer-SS estaba dispuesto a capitular.[115]

Eso fue para Hitler la gota que colmó el vaso. Su «fiel Heinrich», cuyas SS tenían como divisa «mi honor es la lealtad», le apuñalaba por la espalda: aquello era el final. Era la máxima traición. Todo el búnker reverberó con una última explosión de furia elemental. Todo el veneno que tenía almacenado se vertió sobre Himmler en un ultimo paroxismo de cólera hirviente. Era, aullaba, «la traición más vergonzosa de la historia de la humanidad».[116]

Guando amainó el ataque de furia, Hitler se retiró a su habitación con Goebbels y Bormann para una larga discusión. Nada más salir de allí, mandó que le enviaran al detenido, a Fegelein. y le sometió a un temible ataque verbal. La reciente desaparición de Fegelein parecía tener ahora una significación siniestra: quería sumarse a aquella vil traición del Reichsführer-SS. Las sospechas paranoicas de Hitler se disparaban. Himmler podía estar conspirando para asesinarle o para entregarle al enemigo. Y Fegelein formaba parte de la conspiración. Tras unas formalidades mínimas Fegelein fue condenado sumariamente a muerte en un «consejo de guerra» improvisado. Luego se lo llevaron fuera, le pusieron delante de un pelotón de fusilamiento y le ejecutaron.[117] Para algunos de los inquilinos del búnker, constituyó una conmoción que uno de los miembros del «círculo interno» fuese culpable de semejante «traición» y que hubiese sido tan perentoriamente eliminado. Para Hitler, fue lo más parecido que tenía a su alcance a una venganza contra el propio Reichsführer-SS.

Capítulo V

Las tropas soviéticas se habían abierto paso ya por entonces hasta la Potsdamer Platz y las calles contiguas a La Cancillería del Reich. Estaban a sólo unos centenares de metros. Había habido un corte de comunicaciones que había durado casi todo el día y durante el que los habitantes del búnker habían estado intentando desesperadamente obtener noticias del ejército de Wenck (que continuaba, cercado, al sur de Potsdam).[118] En la atmósfera que imperaba allí dentro, hasta un perrillo faldero como Keitel y el siempre fiel Jodl, estaban empezando a ser sospechosos de traición por no acudir en auxilio de Berlín.[119]

Poco después de medianoche, tras la ejecución de Fegelein, Hitler encargó a Greim que desplegara a la Luftwaffe para que hiciese todos los esfuerzos posibles para ayudar a Wenck, atacando las posiciones soviéticas que bloqueaban su vía de acceso a Berlín. Era una débilísima esperanza. Tenía un segundo encargo para Greim… un encargo que era, en realidad, aún más importante. Greim tenía que abandonar Berlín y volar hasta Plön para ver a Dönitz y garantizar que se detuviese al traidor, a Himmler… mejor aún, que se le liquidase sin más.[120] Con ese fin, se había pedido a Berlín desde Rechlin un avión de entrenamiento Arado 96 y el aparato había superado sorprendentemente todos los obstáculos y había aterrizado en el Eje Este-Oeste. Greim, que andaba aún con muletas y no se había recuperado ni mucho menos de la herida del pie, y su compañera Hanna Reitsch, aunque insistiesen en que lo que querían era quedarse con Hitler en el búnker, aceptaron de todos modos la misión y fueron conducidos en un vehículo acorazado hasta el avión, que esperaba cerca de la puerta de Brandenburgo, y en el que consiguieron despegar y, más notable aún, eludir el intenso fuego antiaéreo soviético y llegar a Rechlin, desde donde volaron luego a Plön. Pero aquel peligroso viaje resultó infructuoso. Los pocos aviones que Greim consiguió reunir para la defensa de Berlín no sirvieron de nada. Y cuando llegó al cuartel general de Dönitz, el gran almirante no ganaba nada con detener a Himmler, y aún menos con matarle. Ni siquiera fue un consuelo para Greim y Reitsch librarse de aquel modo de morir en el

búnker. «El que no se nos permitiese morir con el Führer fue el disgusto más grande de nuestra vida—clamarían a dúo unos días después—. Habría que arrodillarse reverentemente ante el altar de la patria y rezar».[121]

Después de que Greim y Reitsch se fueron, Hitler se tranquilizó. Era hora de hacer los preparativos. Mientras había tenido un futuro, Hitler había descartado el matrimonio. Había dicho que su vida estaba consagrada a Alemania. No había lugar en ella para una esposa. Habría sido además políticamente impropio. Nadie fuera del círculo interno debía conocer la existencia de Eva Braun. Ella se había visto obligada a aceptar que era sólo un apéndice, que estaba allí cuando él quería y que el resto del tiempo estaba guardada donde no la viesen. Pero ella había decidido acudir al búnker. Y había rechazado los ruegos del propio Hitler de que se fuese. Se había comprometido con él para siempre, mientras otros desertaban. Ahora a Hitler no le importaba ya casarse. Lo hizo simplemente por complacer a Eva Braun.

Para darle lo que ella deseaba por encima de todo, en un momento en que casarse con él era el destino menos envidiable del mundo.

Eva Braun había dado a entender antes, aquel mismo día, que aquella sena su noche de bodas.[122] Luego, tras la marcha de Greim y Reitsch, poco después de la medianoche del 29 de abril, en el más macabro de los entornos, con el búnker temblando por las explosiones cercanas, Hitler y Eva Braun se casaron en la sala de sesiones ante uno de los funcionarios menores de Goebbels y concejal de la ciudad, Walter Wagner, vestido con uniforme nazi y con un brazalete de la Volkssturm, que había sido conducido hasta el búnker en un vehículo blindado para realizar la extraña ceremonia. Actuaron como testigos Goebbels y Bormann. Los demás esperaron fuera para felicitar a la pareja de recién casados. Siguieron el champán, los emparedados y los recuerdos (con cierta jovialidad forzada) de días más felices.[123]

Poco antes de la ceremonia de boda, Hitler había pedido a la más joven de sus secretarías, Traudl Junge, que fuese con él a la habitación donde celebraba sus reuniones militares. Había sido hacia las once y media, cuando le había dicho que quería dictarle una cosa. Ella aún se preguntaba qué podría ser lo que quería dictarle tan tarde cuando Hitler,

inclinándose sobre la mesa, empezó a dictar su testamento y última voluntad.[124]

Empezó con un breve testamento privado. Mencionó primero su matrimonio con Eva Braun y la decisión de ella de acudir a Berlín y morir a su lado. Dejaba sus posesiones al partido, o en caso de que no existiese ya, al estado; aún tenía la esperanza de que su colección de cuadros fuese a una galería de Linz; y nombró a Martin Bormann albacea para que se encargase de que sus parientes y el personal que le había servido durante muchos años recibiese una compensación por su apoyo.[125]

Llegó lluego a la parte más significativa. «Este es mi testamento político», proclamó. Traudl Junge se detuvo un momento, expectante. Pero había oído ya antes todo aquello.[126] Las últimas palabras de Hitler para la posteridad eran un modelo de autojustificación pura. Se trataba de una retórica que se identificaba de forma inmediata, recordaba Mein Kampf y muchísimos discursos suyos; la idea central de que la culpa de la muerte, el sufrimiento y la destrucción causados por la guerra la tenía judeidad internacional se mantenía invariable, hasta cuando era él mismo ya el que se enfrentaba directamente a la muerte. Es falso que yo o algún otro quisiese en Alemania la guerra de 1939—dictó—. Fue deseada e instigada exclusivamente por aquellos estadistas internacionales que eran de ascendencia judía o que trabajaban para intereses judíos. […] Pasarán siglos, pero de las ruinas de nuestras ciudades y monumentos culturales surgirá siempre renovado el odio contra los responsables finales a los que tenemos que dar las gracias por todo: la judeidad internacional y sus colaboradores». La teoría de la conspiración se mantenía incólume. Atribuía el rechazo de su propuesta en vísperas de la invasión de Polonia por una parte a los intereses mercantiles de «círculos destacados de la política inglesa», y por otra parte también a la «influencia de la propaganda organizada por la judeidad internacional».

Llegaba luego un pasaje clave (una alusión indirecta a la «solución final») que se relacionaba una vez más con el cumplimiento de la «profecía» de 1939: «Dije también con toda claridad que, si las naciones de Europa iban a ser consideradas de nuevo como meros paquetes de

acciones de esos conspiradores del dinero y de las finanzas internacionales, también tendría que rendir cuentas esa raza que es la culpable en realidad de esta lucha criminal: ¡los judíos! Dejé también muy claro además que esta vez no morirían millones de niños de los pueblos arios de Europa, millones de adultos y no morirían quemados y bombardeados en las ciudades centenares de miles de mujeres y niños, sin que el verdadero culpable pagase su culpa, aunque de una forma más humana».[127]

Pese a todos los reveses, la lucha de seis años, continuó, pasaría un día a la historia como «la manifestación más gloriosa y valiente de la voluntad de existencia de una nación». Él, por su parte, no podía abandonar Berlín. Las fuerzas que había allí eran demasiado escasas para rechazar al enemigo y (el ataque inevitable a los que consideraba que le habían traicionado) «vemos gradualmente minada nuestra resistencia por sujetos ilusos y sin carácter». Él elegiría la muerte en el momento adecuado.

Dio de nuevo un indicio de su propio miedo a lo que consideraba aún el poder dominante de los judíos: «No deseo caer en las manos de enemigos que necesitarán un espectáculo preparado por los judíos para divertir a sus masas excitadas».

Del sacrificio de los soldados y de su propia muerte junto a ellos acabaría surgiendo un renacer del nacionalsocialismo, prometía. Terminaba con una exhortación a continuar la lucha. Rogaba a los jefes de las fuerzas armadas que infundieran a las tropas el espíritu nacionalsocialista. Su veterano chivo expiatorio, el cuerpo de oficiales del ejército, no saldría indemne ni siquiera esta vez: «Ojalá alguna vez forme parte del concepto del honor del oficial alemán (como sucede ya en nuestra Marina) el que rendir una región o una ciudad es imposible y que los mandos tienen que proceder en esa circunstancia por encima de todo con un brillante ejemplo de la fidelidad absoluta en el cumplimiento del deber frente la muerte».[128]

En la segunda parte del testamento, Hitler pasaba por la farsa de nombrar un gobierno sucesor para lo que quedaba del Reich. El tono era vindicativo. Göring y Himmler quedaban oficialmente expulsados del partido y privados de todos sus cargos por el daño que habían hecho con

sus negociaciones con el enemigo, «sin mi conocimiento y contraviniendo mis deseos», por intentar hacerse con el poder del estado y por deslealtad hacia su persona. Tampoco había ningún cargo en el nuevo gobierno para Speer. El nuevo jefe del estado y de las fuerzas armadas era el gran almirante Dönitz, lo que resultaba menos sorprendente de lo que pudiese parecer a primera vista, dada la alta estima en que Hitler le tenía en esta fase final de la guerra, y en vista sobre todo de la responsabilidad que se le había encomendado unos días antes sobre los asuntos del partido y del estado, además de las cuestiones militares, en la parte septentrional del país. Era significativo, sin embargo, el que Dönitz no heredase el título de Führer. Se reinventaba en vez de eso el título de presidente del Reich, abandonado en 1934 al morir Hindemburg. A Goebbels, que tanto tiempo llevaba presionando para conseguir el pleno control de los asuntos internos, se le recompensaba por su lealtad con el nombramiento de Canciller de un Reich que casi no existía. Bormann, otro que había demostrado su lealtad, pasaba a ser ministro del partido. Tal vez fuese Goebbels (que, junto con Bormann, siguió llevando a Fiäulein funge los nombres de otros ministros para que los incluyera en la lista)[129] el que consiguió la destitución en ese ultimo momento de su viejo adversario Ribbentrop, y su sustitución como ministro de asuntos exteriores por Arthur Seyss-Inquart. El general favorito de Hitler, Schörner, fue nombrado comandante del ejército, mientras que el Gauleiter Karl Hanke, que aún resistía en Breslau, sustituiría a Himmler como Reichsführer-SS y jefe de la policía alemana. El duro Gauleiter de Munich, Paul Giesler, pasaba a ser ministro del interior, y Karl-Otto Saur sustituía a Speer como ministro de armamento. La tarea inútil de ministro de propaganda recaía en el Secretario de Estado de Goebbels, Werner Naumann. Entre los viejos supervivientes se incluían Schwerin-Krosigk (Finanzas), Funk (economía), Thierack (justicia) y Herbert Backe (agricultura). Hitler les encomendaba que prosiguieran la tarea («el trabajo de los siglos venideros») de construir un estado nacionalsocialista. «Sobre todo—concluía el testamento político—encomiendo a la jefatura de la nación y a sus súbditos (Gefolgschaft) la meticulosa observancia de las leyes de la raza y la resistencia implacable al envenenador universal de todos los

pueblos, la judeidad internacional».[130]

Pasaba ya de las cuatro cuando Goebbels, Bormann, Burgdorf y Krebs firmaron el testamento político y Nicolaus von Below añadió su firma al testamento privado.[131]

Hitler, que parecía agotado, se retiró a descansar. Había completado la orden de disolución del Tercer Reich. Sólo faltaba ya el acto final de auto-destrucción.

Pero para Fraülein Junge sus tareas como secretaria de la noche aún no habían terminado. Poco después de que Hitler se hubiese retirado apareció Goebbels en la antesala donde estaba ella terminando su trabajo. Le dominaba la emoción, estaba pálido, le rodaban las lágrimas por las mejillas. Le pidió que copiase su colofón al testamento de Hitler. Dijo que este le había ordenado abandonar Berlín como miembro del nuevo gobierno. Pero «si muere el Führer, mi vida no tiene sentido», le dijo.[132] De todos los dirigentes nazis, Goebbels era el único que llevaba varias semanas valorando con cierto realismo las perspectivas militares, había evocado insistentemente la imaginería del heroísmo, siempre pendiente del puesto que pudiese corresponderle en el panteón de los héroes teutónicos, y había llevado consecuentemente a su esposa y a sus hijos al búnker para morir todos junto a su adorado caudillo en un último acto de Nibelungentreue. Fue, por tanto, absolutamente coherente cuando dictó entonces: «Por primera vez en mi vida, debo negarme categóricamente a obedecer una orden». Su mujer y sus hijos se unían a él en esta negativa. Además de que la lealtad personal se lo exigía, continuó, se perdería el respeto a sí mismo si llegase a «dejar solo al Führer en su hora de mayor necesidad». Goebbels pensaba, lo mismo qué su amo, en la traición. «En el desvarío de la traición del que el Führer se halla rodeado en estos días críticos de la guerra—había mecanografiado Fräulein Junge—tiene que haber al menos unos pocos que se mantengan incondicionalmente fieles a él incluso ante la muerte, aunque al hacerlo contravengan una orden oficial y objetivamente bien fundada que está plasmada en su testamento político». En consecuencia, él, junto con su esposa y sus hijos (que habrían estado de acuerdo si hubiesen sido lo suficientemente mayores para juzgar) estaban firmemente decididos a no abandonar la capital del Reich «y a

permanecer al lado del Führer para poner fin a una vida que para mí personalmente ya no tiene ningún valor si no se puede vivir al servicio del Führer y a su lado». Este último acto del drama nocturno no concluyó hasta las cinco y media.[133]

Capítulo VI

El estado de ánimo que imperaba en el búnker alcanzaba ya por entonces el nivel cero. Todos tenían escrita en la cara la desesperación. Todos sabían que era sólo cuestión de horas el que Hitler se suicidase y se preguntaban qué les reservaría el futuro una vez muerto él.[134] Se hablaba mucho de cuáles eran los mejores métodos de suicidio.[135] A las secretarias, a los ayudantes y a todos los demás que las quisiesen, se les habían dado ya las ampollas metálicas que contenían ácido prúsico y que suministraba el doctor Ludwig Stumpfegger, el médico de las SS que se había incorporado a la «corte» en el último octubre.[136] La paranoia de Hitler se extendía ahora a dudas relacionadas con las cápsulas. En los últimos años había mostrado más afecto a su perra alsaciana Blondi que a cualquier ser humano, incluida posiblemente la propia Eva Braun. Entonces, cuando se acercaba el fin, hizo que probasen el veneno con Blondi. Mandó llamar al profesor Werner Haase, que hubo de abandonar sus tareas en el refugio antiaereo público cercano, que estaba bajo el nuevo edificio de la Cancillería del Reich. Poco antes de la sesión informativa de la tarde del 29 de abril, ayudado por el encargado de los perros de Hitler, el sargento Fritz Tornow, Hasse le abrió la boca al animal y partió con unas pinzas la cápsula de ácido prúsico en ella. El animal se desplomó en unos instantes y quedó inmóvil en el suelo. Hitler no estaba presente, pero entró en la habitación inmediatamente después y contempló el cadáver del animal unos instantes. Luego, con la cara

como una máscara, salió sin decir nada y se encerró en su habitación.[137]

La comunidad del búnker se había reducido aún más por entonces. Aquella mañana habían salido tres emisarios en una misión infructuosa y arriesgada. Estos emisarios eran el SS Standartenführer Wilhelm Zander, ayudante de Bormann, el comandante Willi Johannmeier, ayudante del ejército de tierra de Hitler, y el jefe de prensa en funciones Heinz Lorenz. La misión consistía en llevar copias del testamento a Dönitz, a Schörner y al cuartel general del Partido Nazi de Munich, a la Casa Parda.[138] Aunque habían dejado ya de funcionar las comunicaciones telefónicas normales, siguieron utilizándose hasta el final, si bien con dificultad, las comunicaciones telegráficas con el partido y con la Marina.[139] Pero llegaron correos con informes de que las tropas soviéticas habían establecido ya sus líneas a sólo 400-500 metros de la Cancillería del Reich. El comandante de Berlín, general Weidling, informó a Hitler de que habían iniciado un ataque concentrado contra la «Ciudadela»; no se iba a poder seguir resistiendo mucho tiempo.[140] Tres jóvenes oficiales, el comandante Bernd von Loringhoven (ayudante de Krebs), su amigo Gerhard Boldt (el ordenanza del jefe de Estado Mayor) y el teniente coronel Rudolf Weiss (ayudante del general Burgdorf) decidieron escapar de aquella tumba predestinada. Plantearon a Krebs que iban a tratar de cruzar las líneas enemigas para ver si llegaban hasta donde estuviesen las fuerzas de Wenck. Accedió; lo mismo hizo Hitler después de la conferencia de mediodía. Cuando les estrechaba la mano cansinamente, dijo: «Denle recuerdos míos a Wenck. Díganle que se dé prisa o será demasiado tarde».[141]

También Below, que había sido miembro de la «casa» de Hitler desde 1937, decidió probar fortuna esa misma tarde. Preguntó si Hitler le permitiría intentar llegar hasta el oeste. Hitler accedió inmediatamente. Below salió esa noche, tarde, con una carta de Hitler para Keitel que, por lo que Below recordaba de ella (ya que fue destruida), repeina sus alabanzas a la Marina, echaba la culpa del fracaso de la Luftwaffe exclusivamente a Göring y condenaba al Estado Mayor general y a la deslealtad y la traición que había estado socavando durante tanto tiempo sus esfuerzos. Decía que no podía creer que los sacrificios del pueblo

alemán hubiesen sido inútiles. El objetivo tenía que seguir siendo conseguir territorio en el este.[142]

Hitler se había enterado ya por entonces de que Mussolini había sido capturado y ejecutado por guerrilleros italianos. No es seguro que le explicasen los detalles, que había acabado colgado cabeza abajo en una plaza de Milán, junto con su amante Clara Petacci, y apedreado pon la multitud. En caso de que se enterase de toda la macabra historia, eso no habría hecho más que confirmar su deseo de quitarse la vida antes de que fuese demasiado tarde, y de impedir que sus enemigos se hiciesen con su cadáver.[143] Durante la sesión informativa de última hora del día, el general Weidling le había explicado que los rusos llegarían a la Cancillería del Reich como muy tarde el 1 de mayo.[144] Quedaba poco tiempo.

Hitler hizo, sin embargo, un último intento de comprobar si todavía era posible que llegase ayuda, incluso entonces. No había habido ninguna noticia en todo el día sobre los avances de Wenck (o de la ausencia de ellos), así que telegrafió cinco preguntas a Jodl, que se hallaba esa noche a las once en el último cuartel general del OKW, en Dobbin, pidiendo muy lacónicamente que le explicase dónde estaban las puntas de lanza de Wenck, cuándo sería el ataque, dónde estaba el 9[145] ejército, dónde estaban las tropas de Holste y cuándo se podía esperar que fuese su ataque.[146]

La respuesta de Keitel llegó poco antes de las tres del 30 de abril: el ejército de Wenck aún estaba combatiendo al sur del lago Schwielow, fuera de Potsdam, y sin poder continuar avanzando hacia Berlín. El 9° ejército estaba cercado. El Korps Holste se había visto obligado a adoptar una posición defensiva.[147] Keitel añadía, tras este informe: «Los ataques sobre Berlín no avanzaron en ninguna parte».[148] Estaba ya claro, no cabía duda alguna: la capital del Reich no iba a recibir ningún auxilio.

En realidad, Hitler había renunciado ya. Antes de las dos de la madrugada se había despedido de un grupo de unos veinte o veinticinco sirvientes y guardias. Mencionó ante ellos la traición de Himmler y les explicó que había decidido quitarse la vida antes de que los rusos le capturaran y le exhibieran como una pieza de museo. Les dio la mano a todos ellos, les agradeció sus servicios, les liberó de su promesa de

fidelidad y les dijo que esperaba que pudieran llegar hasta las líneas inglesas o americanas en vez de caer en manos de los rusos. Luego, pasó por la misma ceremonia de despedida con los dos médicos, Haase y Schenck y las enfermeras y los auxiliares sanitarios, que habían servido en el hospital de emergencia instalado debajo de la nueva Cancillería del Reich.[149]

Al amanecer, la artillería soviética inició un bombardeo intenso de la Cancillería del Reich y de los edificios colindantes. Hitler preguntó poco después al comandante de la «Ciudadela», SS-Obergruppenführer Mohnke, cuánto tiempo se podría resistir. La respuesta fue que uno o dos días como máximo.[150] En la última sesión informativa, al final de la mañana, el comandante de Berlín, general Weidling, fue aún más pesimista. Las municiones se estaban agotando rápidamente, habían cesado los suministros aereos y no había posibilidad de reposición; la moral de combate se había hundido; sólo se combatía ya en una zona muy pequeña de la ciudad. Lo más probable era que la batalla de Berlín terminase esa noche. Tras un largo silencio, Hitler preguntó con voz cansina a Mohnke cuál era su opinión. El comandante de la «Ciudadela» dijo que estaba de acuerdo. Hitler se levantó laboriosamente de su asiento. Weidling le presionó para que decidiese si, en caso de una carencia total de municiones, el resto de las tropas podían intentar romper el cerco. Hitler habló brevemente con Krebs, luego dio permiso (que confirmó por escrito) para que un pequeño número intentase romper el cerco. Rechazó como siempre, enfáticamente, una capitulación de la capital.[151]

Luego mandó llamar a Bormann. Era hacia el mediodía. Le dijo que había llegado el momento; esa tarde se pegaría un tiro. Eva Braun también se suicidaría. Había que quemar sus cadáveres. Luego llamó a su ayudante personal, el SS-Sturmbannführer Otto Günsche. No quería que le exhibiesen en un museo de cera de Moscú, dijo. Encargó a Günsche que preparase lo necesario para la cremación y que se asegurase de que se realizaba de acuerdo con sus instrucciones. Estaba tranquilo y sereno. Günsche, menos tranquilo, corrió inmediatamente a telefonear al chófer de Hitler, Erich Kempka, para conseguir toda la gasolina que hubiese disponible. Le aseguró que se trataba de una

cuestión urgente. Los soviéticos podían llegar al jardín de la Cancillería en cualquier momento.[152]

Hitler comió como siempre hacia la una con sus secretarias, Traudl Junge y Gerda Christian, y con su dietista Fräulein Marzialy. No estaba presente Eva Braun. Estuvo tranquilo, no mostró el menor indicio de que su muerte fuese inminente. Poco después de que terminaran de comer, Günsche les dijo a las secretarias que Hitler quería despedirse de ellas. Se unieron para ello a Martin Bormann, Joseph y Magda Goebbels, el general Burgdorf y el general Krebs y otros miembros del «círculo íntimo» de la comunidad del búnker. Hitler, que parecía más encorvado que nunca, y que vestía como siempre su chaqueta de uniforme y pantalones negros, apareció con Eva Braun, que vestía un traje azul con adornos blancos.[153] Les dio la mano a todos, murmuró unas palabras y, al cabo de unos minutos y sin más formalismos, regresó a su estudio.

Eva Braun entró en la habitación de Madga Goebbels acompañada de esta. Magda, a quien tres días antes Hitler había impuesto su propia insignia de oro del partido (una notable muestra de lo mucho que estimaba a aquella mujer, una de sus admiradoras más fervientes) estaba llorosa, sin embargo. No sólo se daba cuenta de que aquello era el fin del Führer al que reverenciaba, sino que al cabo de unas horas se quitaría la vida y quitaría la vida a sus seis hijos, que aún jugaban felices por los pasillos del búnker. Reapareció en seguida, muy nerviosa, y le dijo a Günsche que quería hablar otra vez con Hitler. El accedió a regañadientes y acudió a verla. Parece ser que le pidió por última vez que abandonara Berlín. Y dicen que la respuesta fue la predecible y nada emotiva. Al cabo de un minuto, Hitler se retiró tras las puertas de su estudio por última vez. Eva Braun le siguió casi inmediatamente. Faltaba muy poco ya para las tres y media.[154]

Durante los minutos siguientes, Goebbels, Bormann, Axmann (que había llegado demasiado tarde y no había podido despedirse de Hitler) y los demás miembros de la comunidad del búnker esperaron. Günsche montó guardia a la puerta de la habitación de Hitler.[155] El único ruido que se oía era el zumbido del ventilador diesel. En la parte superior del búnker, Traudl Junge conversaba con los hijos de Goebbels que estaban comiendo.[156]

Fue Linge quien tomó la iniciativa después de esperar unos diez minutos y sin que se oyese aún nada en la habitación de Hitler. Llevó a Bormann con él y abrió la puerta cautelosamente. Hitler y Eva Braun estaban sentados juntos en el pequeño sofá de aquel estudio angosto y agobiante. Ella estaba desplomada a la izquierda de él. Su cuerpo despedía un olor intenso a almendras amargas, el olor característico del ácido prúsico. La cabeza de Hitler colgaba inerte. De un agujero de bala de la sien derecha goteaba sangre. A sus pies, estaba su pistola Walther de 7,65 mm.

EPÍLOGO

> Europa no ha conocido nunca una calamidad semejante para su civilización y nadie puede decir cuándo empezará a recuperarse de sus consecuencias.
>
> MANCHESTER GUARDIAN, 2 DE MAYO DE 1945.

Hitler había muerto. Faltaban solo las exequias fúnebres. No les llevarían mucho tiempo a los habitantes del búnker. El hombre que había dominado en vida su existencia hasta el final, sólo era ya un cadáver del que había que deshacerse lo antes posible. Con los rusos a las puertas de la Cancillería del Reich, los habitantes del búnker tenían otras cosas en que pensar además de su caudillo muerto.

Los cadáveres de Adolf Hitler y de su esposa durante día y medio, Eva Braun, fueron envueltos en las mantas que había llevado rápidamente Heinz Linge, el sirviente de Hitler, a los pocos minutos de que se comprobase que estaban muertos. Los levantaron del sofá y los transportaron por el búnker, a través de unos siete metros y medio de escaleras arriba, hasta el jardín de la Cancillería del Reich. Linge, con la ayuda de tres guardias de las SS, sacaron los restos de Hitler, con la cabeza cubierta por la manta, y la parte inferior de las piernas sobresaliendo. Martin Bormann sacó el cuerpo de Eva Braun al pasillo, donde le alivió

de su carga Erich Kempka, el chófer de Hitler. Otto Günsche, ayudante personal de Hitler y encargado de supervisar el entierro de los cadáveres, se hizo cargo de Eva Braun en las escaleras y la subió hasta el jardín. Colocó los cadáveres uno al lado del otro, Eva Braun a la derecha de Hitler, en un espacio de terreno llano y arenoso, a unos tres metros de la puerta del búnker. Era imposible encontrar por allí un lugar más adecuado. Hasta aquel, que quedaba al lado de la puerta del búnker, resultaba muy peligroso, porque seguía cayendo sobre toda la zona, incluido el jardín, una lluvia incesante de proyectiles de la artillería soviética. El general Hans Krebs, último jefe del Estado Mayor general de Hitler, Wilhelm Burgdorf, su ayudante de la Wehrmacht, Joseph Goebbels, recién nombrado canciller de lo que quedaba del Reich, y Martin Bormann, que había sido nombrado ministro del partido, habían salido también del búnker, incorporándose al extraño cortejo fúnebre y presenciando la macabra escena.

En el búnker se había almacenado una buena cantidad de gasolina en previsión. El propio Kempka había proporcionado doscientos litros a petición de Günsche. Y había más en la sala de máquinas. La gasolina se vertió rápidamente sobre los cadáveres. Pero, como la granizada de proyectiles continuaba, resultaba difícil prender fuego a la pira funeraria con las cerillas que suministró Goebbels. Cuando Günsche estaba ya a punto de intentar hacerlo con una granada, Linge consiguió encontrar un trozo de papel para hacer una antorcha. Bormann logró prender la antorcha de papel y él y Unge la echaron a la pira, retirándose inmediatamente a la seguridad de la entrada. Alguien cerró en seguida la puerta del búnker, dejando abierta sólo una rendija, a través de la cual se vio brotar alrededor de los cadáveres empapados de gasolina una bola de fuego. Se alzaron brazos brevemente en un «Heil Hitler» final y el pequeño cortejo fúnebre descendió apresuradamente hacia las profundidades del búnker, alejándose del peligro de los proyectiles que estallaban fuera. Guando las llamas consumieron

los cadáveres en un entorno adecuadamente infernal, ni uno solo de sus seguidores más cercanos fue testigo del final de un caudillo cuya presencia había electrizado a millones sólo unos años antes.[1]

Ni Unge ni Günsche, las dos personas a quienes Hitler había encargado que se deshicieran de los cadáveres, volvieron para asegurarse de que la tarea estaba terminada. Uno de los guardias del jardín de la Cancillería, Hermann Karnau, atestiguó más tarde (aunque diese versiones contradictorias en distintos momentos como muchos otros testigos del búnker) que, cuando volvió al lugar de la cremación, los cadáveres habían quedado reducidos a poco más que cenizas, que se desmoronaron al tocarlas con el pie.[2] Otro guardia, Erich Mansfeld, recordaba que habían visto la escena junto con Karnau hacia las seis. Karnau le había gritado que todo había terminado. Cuando se acercaron los dos, encontraron dos cadáveres carbonizados, encogidos e irreconocibles («zwei verkohlte, zusammensgeschrumpfte Leichen, die nicht mehr zu identifizieren waren»).[3] El propio Günsche contó que una media hora después de volver de la cremación había encargado a dos miembros del cuerpo de guardia de Hitler, el Hauptsturmführer Ewald Lindloff y el Obersturm-führer Hans Reisser, que se encargaran de que los restos de los cadáveres quedaban enterrados. Lindloff informó más tarde que había cumplido la orden. Dijo que los cadáveres estaban completamente consumidos («schon verkohlt») y en un «estado terrible» («scheusslichem Zustand»), destrozados (supuso Günsche) por el intenso bombardeo del jardín. No fue necesaria la participación de Reisser. Günsche le contó hora y media después de darle la orden que Lindloff ya la había cumplido. Eran por entonces las seis y media de la tarde del 30 de abril.[4]

Había quedado poco de Hitler y de Eva Braun para que Lindloff lo enterrase. Sus escasos restos mortales se unieron en el jardín de arriba a los de muchos otros cadáveres no identificados (o parte de ellos), algunos de los cuales procedían

del hospital que había debajo de la nueva Cancillería del Reich y habían sido arrojados precipitadamente en los cráteres de las bombas de las proximidades de la salida del búnker durante los días anteriores. El intenso bombardeo, que continuó durante unas veinticuatro horas más, colaboró también a la destrucción y a la dispersión de los restos humanos esparcidos por el jardín de la Cancillería.[5]

Cuando los victoriosos soviéticos llegaron allí el 2 de mayo iniciaron inmediatamente una intensa búsqueda de los cadáveres de Hitler y de Eva Braun. Nueve días después, mostraron una caja de puros que contenía parte de una mandíbula y dos puentes dentales al mecánico dentista Fritz Echtmann, que había trabajado para el doctor Johann Hugo Blaschke, odontólogo de Hitler desde 1938. Echtmann pudo comprobar a través de sus archivos que uno de los puentes era de Hitler y el otro de Eva Braun. La mandíbula inferior era también de Hitler. Es casi seguro que eso fue todo lo que consiguieron identificar del antiguo dictador de Alemania. Los restos mortales de Adolf Hitler estaban guardados al parecer en una caja de puros.

Capítulo I

Los habitantes del búnker disponían por fin de libertad para pensar en su propia supervivencia. Cuando aun no habían terminado de arder los cadáveres de Hitler y de Eva Braun arriba, en el jardín de la Cancillería del Reich, habían olvidado ya la promesa de autoinmolarse con su caudillo y se disponían a hacer lo que él había descartado siempre

explícitamente: buscar un acuerdo de última hora con la Unión Soviética. Enviaron un emisario con bandera blanca a intentar concertar una entrevista del general Krebs (que, como antiguo agregado militar en Moscú, tenía la ventaja de hablar ruso con fluidez) con el mariscal Zhukov. A las diez de esa noche, Krebs se dirigió a las líneas soviéticas con una carta de Goebbels y Bormann.

Fue una noche de nervios para los encarcelados en el búnker. Y cuando regresó Krebs a las seis de la mañana siguiente, sólo pudo informar de que los soviéticos insistían en una rendición incondicional y exigían una declaración en ese sentido para las cuatro de la tarde de aquel mismo día 1 de mayo.[6]

Era el fin. Había llegado el momento de hacer los preparativos finales… partiendo del fínico principio subsistente de salvar lo que se pudiera. A las 10:53 de la mañana, llegó a Plön un telegrama para Dönitz: «Testamento en vigor. Llegaré ahí lo antes posible. Hasta entonces, creo que es mejor aplazar publicación. Bormann».[7] Esa mañana, temprano, más de nueve horas después de la grotesca escena del jardín de la Cancillería, el gran almirante, que creía que Hitler aún seguía vivo, había telegrafiado ratificando su lealtad incondicional al búnker.[8] Sólo entonces comprendió que Hitler había muerto. Lo confirmó un telegrama posterior (el ultimo que salió del búnker) dictado por Goebbels y que llegó a Plön a las 15:18 de esa tarde.[9] Ni la Wehrmacht ni el pueblo alemán estaban enterados aún de la muerte de Hitler. Cuando se les comunicó al fin siete horas más tarde, en una emisión de radio de las 22:26 de esa noche, se hizo, característicamente, con una doble distorsión de la verdad: diciendo que Hitler había muerto esa tarde (había muerto el día anterior) y que su muerte se había producido en combate, «en su puesto de la Cancillería del Reich, cuando luchaba hasta el último aliento contra el bolchevismo». Dönitz hablaba en su proclama a la Wehrmacht de la «muerte heroica» del Führer. El informe de la Wehrmacht aseguraba que había caído «a la cabeza de los heroicos defensores de la capital del Reich».[10] El que se hubiese informado con retraso a Dönitz había sido claramente para que Bormann y Goebbels tuvieran una última oportunidad de negociar la rendición al Ejército Rojo sin consultar al nuevo jefe del estado. La falsedad

transmitida por Dönitz a la Wehrmacht y al pueblo alemán era para impedir la predecible reacción de la tropa, si se hubiese tenido noticia del suicidio de Hitler, ante el hecho de que este les hubiese abandonado al final.[11] Ese fue en realidad el mensaje exacto que el general Helmuth Weidling, comandante alemán de Berlín, transmitió a sus hombres cuando les ordenó que dejasen de luchar a primera hora del 2 de mayo. «El 30 de abril de 1945 el Führer se quitó la vida y abandonó así a quienes le habían jurado lealtad—decía la orden—. Vosotros creíais que por orden del Führer aún debíais luchar por Berlín, a pesar de que la falta de armamento pesado y de municiones y la situación general indicasen que la lucha era inútil. […] De acuerdo con el alto mando de las tropas soviéticas, os pido por tanto que pongáis fin inmediatamente a los combates».[12]

Por entonces, había terminado ya definitivamente el drama del búnker. Casi todos los que seguían sepultados bajo la Cancillería del Reich habían pasado la tarde y la noche del 1 de mayo planeando la huida. Goebbels no estaba entre ellos. Junto con su esposa Magda, estaba por entonces disponiendo las cosas para su suicidio… y para quitar la vida a sus seis hijos. A primera hora de la noche, Magda llamó a Helmuth Gustav Kunz, ayudante del médico jefe de la administración sanitaria de las SS (Sanitätsvenualtung), a la Cancillería del Reich y le pidió que administrase una inyección de morfina a cada niño (Helga, Hilde, Hellmut, Holde, Hedda y Heide, que contaban entre doce y cuatro años). Kunz cumplió su cometido hacia las 20:40. En cuanto cayeron en un sueño inducido por la droga, el doctor Ludwig Stumpfegger, médico del propio Hitler al final, rompió una ampolla de ácido prúsico en la boca de cada uno de ellos.

Esa misma noche, más tarde, mientras Wilhelm Mohnke, comandante de la «Ciudadela», daba órdenes para la salida en masa del búnker, Goebbels daba instrucciones a su ayudante Günther Schwägermann para que se encargase de quemar su cadáver y el de Magda. Le regaló como recuerdo la foto de Hitler firmada con marco de plata que había tenido colocada durante tantos años en su escritorio. Luego, él y su esposa, después de una breve despedida, subieron por las escaleras hasta el jardín de la Cancillería y mordieron las cápsulas de ácido prúsico», Un

ordenanza de las SS disparó dos tiros a los cadáveres para asegurarse.[13] Había mucha menos gasolina para la cremación sin ceremonias de la que se había reservado para quemar los cadáveres de Hitler y de Eva Braun Los soldados soviéticos no tuvieron ningún problema para identificar los cadáveres cuando entraron en el jardín de la Cancillería al día siguiente.[14]

Krebs, Burgdorf y Franz Schädle, jefe del cuerpo de guardia de Hitler (Begleitkommando), también decidieron quitarse la vida en el búnker antes de que llegasen los rusos. El resto de los habitantes del búnker probaron suerte esa noche, más tarde, en la huida masiva que emprendieron en grupos. El túnel del metro les llevó a la estación de Friedrichstrasse, unos cien metros al norte de la destruida Cancillería del Reich. Pero una vez en la superficie, en aquel infierno ardiente de Berlín, con proyectiles cayendo por todas partes, se apoderó de ellos el desconcierto. Los grupos se dispersaron en él caos. Se las arregló cada cual como pudo. Algunos de ellos, entre los que se contaban las secretarias Cerda Christian, Traudl Junge y Else Krüger, consiguieron sorprendentemente abrirse camino hasta el oeste. La mayoría, Otto Günsche y Heinz Linge entre ellos, cayeron en manos de los soviéticos y hubieron de pasar años de miseria y malos tratos en cárceles de Moscú. Casi todos los demás perecieron buscando una salida hacia la seguridad, o tomaron la última decisión que les quedaba. Entre estos últimos destaca la constante mano derecha de Hitler durante los años de la guerra, Martin Bormann, y su médico, Ludwig Stumpfegger. Ambos habían perdido la esperanza de escapar y, antes que caer en manos de los Soviéticos, prefirieron tomar veneno a primera hora del 2 de mayo de 1945 en la Invalidenstrasse de Berlín.[15]

Capítulo II

Mientras tanto, fuera de Berlín, iban cumpliéndose las órdenes de liquidación del Tercer Reich. El nuevo régimen de Dönitz (con sede en Flensburg, en el norte de Schleswig-Holstein) las aplicaba, sin embargo, con notoria renuencia y sólo bajo la presión evidente de una situación militar desesperada. Al final de la Primera Guerra Mundial, pese al desastre de la derrota, había sido posible salvar la existencia del Reich y del ejército alemán. Se habían sentado las bases para una esperanza de resurrección nacional. Dönitz conservaba la ilusión de que se iba a poder conseguir eso de nuevo.[16] Aún tenía la esperanza de que con una oferta de capitulación parcial a los occidentales se pudiese evitar la rendición total e incondicional en todos los frentes, manteniendo al mismo tiempo, con respaldo occidental, el Reich alemán para formar, junto con las potencias occidentales, un frente común contra el bolchevismo. Para esto necesitaba ganar tiempo y también permitir la retirada hacia el oeste del mayor número posible de efectivos de la Wehrmacht empeñados aún en combates encarnizados con el Ejército Rojo. Se mostró dispuesto por ello a aprobar la capitulación alemana en el norte de Italia el 2 de mayo, que había sido ya acordada entre la antigua mano derecha de Himmler, Karl Wolf y el jefe del OSS Alien Dulles el día antes del suicidio de Hitler.

También accedió a regañadientes el 4 de mayo a otra capitulación parcial que afectaba a las tropas alemanas del noroeste de Alemania, Holanda y Dinamarca. En el sur, donde los estadounidenses llegaron a Munich el día de la muerte de Hitler, a Innsbruck el 3 de mayo y a Linz (ciudad natal de Hitler) cuatro días después, Kesselring negoció la rendición de las divisiones alemanas de los Alpes septentrionales el 5 de mayo y las de Austria el 7 de ese mismo mes.[17] Pero Dönitz no incluyó en la capitulación parcial las tropas alemanas que se hallaban situadas más al este, luchando aún en Yugoslavia.[18]

Que el gran almirante tenía la esperanza de salvar los restos del Reich de Hitler se hizo evidente en su elección de los miembros del gabinete. Aunque rechazó las tentativas de acercamiento de Himmler para que le incluyese, y dio la espalda también a Ribbentrop, retuvo a varios miembros del gabinete de Hitler, entre ellos Albert Speer, y puso los asuntos exteriores y la dirección del gabinete en manos del veterano ministro de finanzas Schwerin-Krosigk, al que se pensaba que no se

consideraría manchado por los crímenes más graves del nazismo. No introdujo cambios en el alto mando de la Wehrmacht. Los dos pilares de Hitler, Keitel y Jodl, permanecieron en sus puestos. No se declaró ilegal ni se disolvió el Partido Nazi. Aún adornaban las paredes de las oficinas del gobierno de Flensburg fotografías de Hitler. Una de las pocas concesiones que hizo Dönitz fue la reintroducción del saludo militar en la Wehrmacht en sustitución del «Heil Hitler». Pero los tribunales militares siguieron dictando sentencias de muerte, incluso mientras se celebraban ya los ritos fúnebres por el Tercer Reich.[19]

Las tácticas utilizadas por Dönitz consiguieron al menos que 1. 800. 000 soldados alemanes evitasen la cautividad soviética rindiéndose a los aliados occidentales, aunque al elevado coste de continuar el derramamiento de sangre y el sufrimiento hasta que pudo ponerse fin definitivamente a la lucha. Aunque el frente oriental había sido desde 1941 el escenario principal de la guerra, cayeron en manos de los soviéticos menos de un tercio de los diez millones de prisioneros de guerra alemanes.[20] Pero las intenciones de Dönitz de conseguir una capitulación parcial y unilateral para ganarse a los occidentales en esta última etapa para la causa de la defensa de Europa frente al bolchevismo tuvo escaso éxito entre los dirigentes aliados. Cuando su enviado (y sucesor como comandante en jefe de la Marina), el almirante Hans-Georg von Friedeburg viajó con una delegación hasta Rheims, que era donde estaba el cuartel general de Eisenhower, con la esperanza de firmar un acuerdo con los aliados occidentales que equivaliese a una capitulación ante Occidente pero no ante la Unión Soviética, Eisenhower no quiso saber nada del asunto. Insistió en una rendición total e incondicional en todos los frentes. En consecuencia, el 6 de mayo, Dönitz enrió a Jodl a Rheims al parecer con la misma misión: convencer a Occidente de que aceptase la rendición alemana, pero evitando la capitulación total, aunque esta vez con poderes para aceptar una capitulación completa (después de una autorización definitiva desde Flensburg) y con instrucciones de ganar el máximo tiempo posible (cuatro días como mínimo), con el fin de llevar a la unidad alemana de combate más numerosa que aún seguía luchando, el grupo de ejército del centro, hasta las líneas estadounidenses. Eisenhower no se conmovió.

Insistió en que firmaran la capitulación ese mismo día, 6 de mayo, con efectos a partir de la medianoche del 9 de mayo, y amenazó con reiniciar los ataques aéreos si no se firmaba el acuerdo inmediatamente: Se le dio a Jodl media hora para pensarlo. Después de muchas dificultades para comunicarse con Flensburg, Dönitz comprendió que no había alternativa y acabó dando su autorización. A las 2: 41 de la madrugada, en presencia de los representantes de las cuatro potencias aliadas, se firmó la capitulación que estipulaba el cese total de las actividades militares alemanas al final del día siguiente.[21]

El documento al que se añadieron las firmas era, sin embargo, una versión abreviada del texto original de la rendición, acordado por todos los aliados. La jefatura del OKW lo consideró en realidad «no definitivo», creyendo que debía sustituirse por «un tratado de capitulación general» aún por firmar. Mientras tanto, se había dado orden de que se desplazaran hacia el oeste el mayor número posible de tropas y con la máxima rapidez para rendirse a los ingleses y a los estadounidenses.[22] Los representantes de los aliados se reunieron una vez más el 9 de mayo, a petición de Stalin, inmediatamente después de medianoche, en esta ocasión en Karlshorst, en los arrabales de Berlín, donde estaba el cuartel general del mariscal Zhukov, para firmar el documento completo de capitulación. Como los términos del acuerdo de Rheims habían entrado ya en vigor unos minutos antes, se fechó el documento el 8 de mayo.[23] Firmaron por el lado alemán Keitel, Friedeburg y el coronel general Hans Jürgen Stumpff (en representación del comandante en jefe de la Luftwaffe, Ritter von Greim). Y por los aliados Zhukov, el mariscal del ejército del aire inglés Arthur W. Tedder (en representación de Eisenhower), el general francés Jean de Lattre de Tassigny y el general estadounidense Carl Spaatz.[24]

El último informe de la Wehrmacht, del 9 de mayo de 1945, mantenía un tono de orgullo, hablaba de «los triunfos excepcionales en el frente y en la patria», que hallarían «en un veredicto posterior justo de la historia su calificación definitiva». Seguían a la declaración estas palabras, que para millones carecían de sentido: «La Wehrmacht, bajo el mando del gran almirante, ha puesto fin a una lucha en la que ya no había esperanza. En consecuencia, esta guerra que ha durado casi seis

años ha llegado a su fin».[25]

La guerra de Hitler había terminado. Estaba a punto de iniciarse su enjuiciamiento.

Capítulo III

Muchos de los que tenían una mayor responsabilidad después de Hitler por el terrible sufrimiento de los años anteriores y el hondo rastro de dolor que habían dejado atrás, consiguieron escapar al castigo. Como Hitler había dicho siempre, el suicidio era fácil. Algunos de sus principales secuaces siguieron entonces su ejemplo. Heinrich Himmler, la encarnación del terror policial, capturado por los ingleses bajo identidad falsa y vistiendo el uniforme de sargento de la Wehrmacht, masticó una cápsula de cianuro potásico en su celda de la cárcel en Lüneburg el 23 de mayo en cuanto quedó establecida su verdadera identidad.[26] Robert Ley, el jefe rabiosamente antisemita del Frente Alemán del Trabajo, capturado por soldados estadounidenses en las montañas del Tirol, se ahorcó en los lavabos de su celda de la prisión de Nuremberg el 24 de octubre cuando esperaba juicio.[27] Hermann Göring, nombrado por Hitler sucesor suyo hasta su brusca destitución en los últimos días del Tercer Reich, detenido por las fuerzas estadounidenses cerca del Berchtesgaden el 9 de mayo de 1945, también se suicidó. Lo hizo a última hora de la noche del 15 de octubre de 1946, eludiendo así al verdugo que le aguardaba al día siguiente, después de que el tribunal militar internacional de Nuremberg le declarara culpable de todos los cargos que se habían presentado contra él, entre los que se incluían crímenes contra la humanidad.[28]

Otros dirigentes del régimen que no quisieron o no pudieron poner fin a su vida, hubieron de cumplir las penas que les impuso el tribunal y

fueron ahorcados en Nuremberg. El 16 de octubre de 1946, fueron ejecutados, tras ser condenados por haber cometido crímenes contra la humanidad (en todos los casos salvo en uno crímenes de guerra y en algunos casos por complicidad en la comisión de crímenes contra la paz o por cometerlos directamente), el antiguo ministro del exterior, el belicista Joachim von Ribbentrop; el jefe del alto mando de la Wehrmacht, Wilhelm Keitel; el jefe del departamento de operaciones de la Wehrmacht y asesor militar jefe de Hitler, Alfred Jodl; el gurú ideológico nazi y ministro del Reich para los territorios ocupados del este Alfred Rosenberg; el ministro del interior del Reich (hasta su destitución en 1943), Wilhelm Frick; el hombre clave de Hitler en Viena en la época de la Anschluss y más tarde comisario del Reich en Holanda, Arthur Seyss-Inquart; el plenipotenciario del trabajo que presidió el programa de trabajo esclavista, Fritz Sauckel; el temible sucesor de Heydrich como jefe de la RSHA, Ernest Kaltenbrunner; el general gobernador de Polonia y destacado abogado nazi Hans Frank; y el antiguo Gauleiter de Franconia y destacado antisemita Julius Streicher.[29] Pocos los lloraron.

Alfred Speer, el ministro de armamento cuyas manos no estaban más limpias que las de Sauckel en la explotación de los trabajadores forzados, fue uno de los afortunados que consiguieron eludir la horca. Le condenaron a una larga pena de prisión, lo mismo que al último jefe del estado, almirante Dönitz; al ministro de economía, Walther Funk; al ministro de asuntos exteriores hasta su sustitución por Ribbentrop en 1938, Konstantin von Neurath; al jefe de la Marina, Erich Raeder; al veterano dirigente de la Juventud de Hitler y Gauleiter de Viena, Baldur von Schirach; y a Rudolf Hess, segundo del Partido Nazi hasta sur fuga a Escocia en 1941. Funk, Neurath y Raeder fueron puestos en libertad antes de cumplir la totalidad de la condena por razones de salud. Dönitz, Speer y Schirach dejaron la prisión después de cumplir la sentencia completa, en el caso de Speer para convertirse en un autor de grandes éxitos de ventas, en una celebridad y en especialista en el Tercer Reich, con un retrasado complejo de culpa como su sello distintivo. Hess se suicidaría en 1987, cuando aún cumplía sentencia de cadena perpetua en la prisión de Spandau en Berlín.[30]

Entre los nazis de segunda lila implicados en los crímenes más odiosos del régimen, el más tristemente célebre, el administrador de la «solución final», Adolf Eichmann, habría de ser espectacularmente secuestrado en Argentina por agentes israelíes, juzgado en Jerusalén y ahorcado en 1962. El comandante de Auschwitz, Rudolf Höss, el carnicero del gueto de varsovia Jürgen Stroop, el terror de los polacos de la Warthegau, Gauleiter Arthur Greiser y su contrapartida no menos fanática de Danzig-Prusia occidental, Albert Forster, habían sido ahorcados todos ellos en fechas anteriores en Polonia, después de ser sometidos a juicio. Los polacos se mostraron más humanitarios que sus torturadores previos, pues conmutaron por razones de salud la pena de muerte por la de cadena perpetua a Erich Koch, antiguo Gauleiter de la Prusia oriental, notablemente cruel y brutal, incluso para criterios nazis.[31]

Muchos de los que habían participado en crímenes contra la humanidad escaparon con penas leves. Hinrich Lohse, antiguo comisario del Reich en el Báltico, fue puesto en libertad en 1951 por razones de salud después de cumplir sólo tres años de una condena de diez. Murió pacíficamente en su ciudad natal en 1964.[32] Wilhelm Koppe, dirigente de las SS en la Warthegau y responsable junto con Greiser del campo de exterminio de Chelmno, donde perdieron la vida 150.000 judíos, consiguió prosperar oculto tras un seudónimo como director de una fábrica de chocolate en Bonn hasta la década de 1960. Cuando se le descubrió y se le acusó por su participación en actos de asesinato masivo en Polonia fue considerado incapaz para comparecer enjuicio, y acabó muriendo en su cama en 1975.[33] Muchos otros individuos que, «trabajando en la dirección del Führer», habían desempeñado cargos de gran poder, en los que determinaban la vida o la muerte (incluyendo médicos que habían participado en la «acción de eutanasia») y se habían llenado los bolsillos al mismo tiempo a través de una corrupción sin límites y un oportunismo implacable, consiguieron evitar en todo o en parte un castigo severo por sus acciones, y, en algunos casos, lograron prosperar y triunfar en la postguerra.[34]

Pocos de los obligados a dar cuenta de sus acciones durante el régimen de Hitler demostraron pesar o contricción, no digamos ya

sentimiento de culpa. Con escasas excepciones, se mostraron cuando les pidieron cuentas incapaces de reconocer su propia contribución al hundimiento implacable en la barbarie que se produjo durante la era nazi. Junto con las inevitables mentiras, distorsiones y excusas se daba a menudo, según parece, un bloqueo psicológico que les impedía asumir la responsabilidad que les correspondía por sus actos. Era una forma de engañarse a sí mismos que dejaba patente el hundimiento total de su sistema de valores y la destrucción de la imagen idealizada de Hitler a la que se habían aferrado durante tantos años, que había sostenido en realidad oficialmente, o por lo menos justificado, su motivación. Se habían dado por satisfechos durante años con que su poder, sus carreras, sus ambiciones, sus aspiraciones, dependiesen exclusivamente de Hitler. Era por tanto lógico, aunque se tratase de una lógica perversa, que atribuyesen su propia desgracia exclusivamente a lo que consideraban que era una locura criminal de Hitler. De ser el caudillo reverenciado a cuya visión utópica se habían sumado diligentemente, Hitler pasó a ser el chivo expiatorio que había traicionado su confianza y les había seducido con la brillantez de su retórica haciéndoles convertirse en desvalidos cómplices de sus bárbaros planes.

Este proceso psicológico se aplicaba no sólo a muchos de los más implicados en el experimento nazi para determinar quién debía habitar este planeta. Muchísimos alemanes ordinarios estaban dispuestos a hallar una explicación o una defensa de sus actuaciones (o de su no actuación) en los supuestos poderes seductores de Hitler, un caudillo que les había prometido la salvación y que les había conducido al final a la condenación. Por otra parte, alegaban que había impuesto un régimen de terror totalitario que no les había dejado más alternativa que seguir órdenes que no aprobaban. Las dos argumentaciones se alejaban mucho de la verdad.

Como ya hemos podido ver sobradamente, el régimen de Hitler no fue, en la mayor parte de sus doce años de duración, una tiranía que contase con escaso apoyo y que impusiese su voluntad a las masas hostiles de la población. Y, hasta el periodo final de la guerra en que se perdió ya el control,[35] el terror (al menos en el interior de Alemania) había estado dirigido específicamente contra enemigos políticos y

raciales definidos, no había sido arbitrario ni imprevisible mientras había habido un apoyo por lo menos parcial en todos los sectores de la sociedad. Las generalizaciones sobre la mentalidad y la conducta de millones de alemanes en la era nazi tienen necesariamente una aplicación limitada, aparte, quizás, de la generalización de que para la mayoría de la población los metafóricos colores es más probable que sean los tonos variables e irregulares del gris que un blanco y negro puros. Aun así, sigue en pie el hecho de que los miembros de una sociedad muy moderna, refinada y pluralista, después de una guerra perdida, de pasar por una profunda humillación nacional, de la bancarrota económica, de una aguda polarización social, política e ideológica y de lo que tanto los que detentaban poder como la masa general de la población consideraban el absoluto fracaso de un sistema político desacreditado, se habían mostrado dispuestos colectivamente en número creciente a depositar su confianza en la visión milenarista de un hombre que se proclamaba su salvador político. Como podemos ver ahora más fácilmente, en cuanto se consiguieron una serie de triunfos nacionales relativamente fáciles y poco costosos (aunque eran, en realidad, sumamente peligrosos), fueron ya muchos más los dispuestos a tragarse sus dudas y a creer en que su gran caudillo era un instrumento del destino. Además estos triunfos, aunque la propaganda presentase muchos de ellos como atribuibles a los logros de un solo hombre, se habían logrado no sólo con un inmenso aplauso de las masas, sino también con un grado de apoyo muy alto de casi todos los grupos de elite no nazis (los negocios, la industria, el funcionariado, sobre todo las fuerzas armadas) que controlaban casi todos los sectores del poder, aparte de los escalones más elevados del propio movimiento nazi. Aunque el consenso fuese superficial en muchos aspectos, y se apoyase en diferentes grados de respaldo de los diversos aspectos de la visión ideológica general que Hitler encarnaba, brindó sin embargo hasta la mitad de la guerra una plataforma extremadamente amplia y potente que Hitler podía explotar y sobre la que pudo edificar.

La ascensión desde las profundidades de la degradación nacional a las alturas de la grandeza nacional les pareció a muchos (como no cesaba de proclamar la propaganda) casi un milagro, una obra de

redención producida por el genio único del Führer. El poder de Hitler podía de ese modo recurrir a vigorosos elementos de fe pseudoreligiosa, traducidos al misticismo de renacimiento y salvación nacional (que emanaba en parte, sin duda, de la religión institucional en decadencia y de la sustitución que se necesitaba psicológicamente en algunos sectores de las asociaciones semireligiosas con la monarquía), que compensaban también en algunos sentidos muchos aspectos negativos de la vida cotidiana bajo el régimen nazi. Hubo hasta el mismo final individuos inteligentes dispuestos a eximir a Hitler del conocimiento de las atrocidades cometidas en Polonia y en Rusia… y a echar la tulpa a Himmler.[36] El culto al Führer, no sólo aceptado por millones de creyentes sino fomentado en su propio interés por todos los que ocupaban posiciones de autoridad e influencia, aunque fuesen a menudo críticos o escépticos en el fondo, permitió que el poder de Hitler rompiese todas las trabas y se hiciese absoluto. Cuando se comprendió que el camino hacia la prosperidad era en realidad el camino que llevaba a la ruina, el gobierno personalizado del caudillo se desbocó. A Hitler por entonces (no había sido siempre así) no podían ya controlarle los sectores escindidos de un régimen cada vez más fragmentado, al que integraba más que nada el sometimiento al propio dictador y, cada vez más, el miedo a la alternativa: el bolchevismo. El camino que llevaba a la perdición estaba abierto, pero había por entonces pocas alternativas a él, aparte de los valerosos intentos de pequeños grupos o de individuos que al final fracasaron, más incluso por mala suerte que por mala planificación.

El precio que tuvo que pagar el pueblo alemán, y sobre todo el innumerable número de víctimas del régimen fuera y dentro de Alemania, fue incalculable. El precio material fue inmenso. El editor judío inglés de izquierdas Viktor Gollancz describía sus impresiones en Dusseldorf del modo siguiente para The Times el 12 de noviembre de 1945: «Es probable que no olvide nunca la maldad inexplicable de la que fueron culpables los nazis. Pero cuando veo los cuerpos hinchados y los esqueletos vivientes en hospitales de un sitio y otro… entonces no pienso en alemanes sino en hombres y mujeres. Estoy seguro de que habría tenido los mismos sentimientos si estuviese en Grecia o en Polonia. Pero

da la casualidad de que estoy en Alemania y escribo sobre lo que veo aquí».[37] El precio moral fue, en realidad, más inconmensurable aún. Las décadas no borrarían del todo el simple pero imperioso sentimiento escrito con letras inmensas en el escenario de la celebración anual de Hitler del golpe de 1923, el Feldhernnhalle de Munich, en mayo de 1945: «Me avergüenzo de ser alemán».[38] «Europa nunca ha conocido una calamidad semejante para su civilización y nadie puede decir cuándo empezará a recuperarse de sus consecuencias», fue el comentario elocuente y profético a la vez de un periodista inglés sólo tres días más tarde del suicidio en el búnker.[39] El trauma que supuso el legado permanente de Hitler no había hecho más que empezar.

No ha habido nunca en la historia una destrucción comparable (física y moral) asociada al nombre de un solo individuo. El que la destrucción tuviese raíces mucho más profundas y causas mucho más hondas que los objetivos y las acciones de este único individuo ha quedado claramente expuesto en los capítulos precedentes. El que las profundidades hasta entonces inéditas de inhumanidad en que se sumergió el régimen nazi pudiesen contar con un amplio margen de complicidad a todos los niveles de la sociedad ha quedado también demostrado. Pero el nombre de Hitler representa siempre justificadamente el del instigador jefe del hundimiento más profundo de la civilización en los tiempos modernos. La forma extrema de gobierno personal que se permitió que adquiriese y ejerciese un demagogo de cervecería de escasa formación, un patriotero racista, un narcisista megalómano que se proclamó él mismo salvador de la patria, en un país moderno, económicamente avanzado y culto, famoso por sus filósofos y por sus poetas, fue absolutamente decisiva en el terrible despliegue de los acontecimientos que se produjeron en aquellos doce años fatídicos.

Hitler fue el principal autor de una guerra que dejó unos cincuenta millones de muertos y a millones de personas llorando a sus seres queridos e intentando rehacer sus vidas destrozadas. Hitler fue el principal inspirador de un genocidio como no ha conocido nunca el mundo, que se considerará con razón en el futuro un episodio definitorio del siglo XX. El Reich cuya gloria había pretendido asegurar se hundió finalmente, sus restos se dividieron entre las potencias ocupantes

victoriosas. El archienemigo, el bolchevismo, se asentó en la propia capital del Reich y presidió sobre media Europa. Al final, hasta el pueblo alemán, cuya supervivencia había dicho que era la única razón de su lucha política, había llegado a convertirse en algo de lo que podía prescindir.

El pueblo alemán, que Hitler estaba decidido a que se hundiese con él, demostró ser capaz de sobrevivir incluso a Hitler. Pero aunque se reconstruyesen vidas destrozadas y hogares destrozados en ciudades y pueblos destrozados, la huella moral virulenta de la era de Hitler persistía. Sin embargo, poco a poco, surgiría de las ruinas de la vieja sociedad una sociedad nueva, que pasaría a apoyarse, venturosamente, sobre nuevos valores. Pues el régimen de Hitler había demostrado también concluyentemente en su remolino de destrucción la total bancarrota de las ambiciones de poder mundial hipernacionalista y racista (y de las estructuras políticas y sociales que las sustentaban) que habían dominado en Alemania a lo largo del medio siglo anterior y que habían llevado dos veces a Europa y al mundo más amplio a una contienda desastrosa.

La vieja Alemania desapareció con Hitler. La Alemania que había producido a Adolf Hitler, que había visto su futuro en la visión de este, que se había mostrado tan dispuesta a servirle y que había compartido su hubris, su soberbia sacrílega, había compartido también finalmente su némesis, el castigo divino.

AGRADECIMIENTOS

Es para mí un enorme placer aprovechar esta oportunidad para añadir más expresiones de gratitud a las que ya incluí al final del primer volumen de este estudio. Todos los favores que hube de agradecer hace dos años (institucionales, intelectuales y personales) he de volver a agradecerlos aquí en igual, o incluso mayor, medida. Espero que los mencionados allí acepten ahora mi sincerísima y renovada gratitud aunque no vuelva a mencionarlos a todos por el nombre. En algunos casos, sin embargo, he de reiterar explícitamente mi agradecimiento. Y en otros casos he incurrido en nuevas deudas.

Estoy muy agradecido por la ayuda con material de archivo específicamente relacionada con este volumen a los directores, archiveros y personal de: el Bayerisches Hauptstaatsarchiv; al Centro Documental de Berlín; a la Bibliothek für Zeitgeschichte (Stuttgart); a la Birmingham University Library; al Borthwick Institute (York); al Bundesarchivde Berlín (antes en Coblenza); al Bundesarchiv/Militärarchiv de Potsdam (antes en Friburgo i.B).; a la Gumberg Library, Duquesne University, Pittsburgh; al antiguo Institut für Marxismus-Leninismus, Zentrales Parteiarchiv, Berlín Este (GDR); a la Library of Congress, Washington D.C.; a la Princeton University Library; a la Public Record Office de Londres; a la Franklin D. Roosevelt Library, Hyde Park, Nueva York; al «Archivo Especial» de Moscú; a la Wiener Library de Londres; al antiguo Zentrales Staatsarchiv de Potsdam (GDR); y también, y en no menor medida, a Frau Regnauer, directora del Amtsgericht Laufen, que excedió los límites del cumplimiento del deber dándome acceso al testimonio de postguerra de algunos de los testigos claves de los acontecimientos que tuvieron lugar en el búnker en 1945.

He podido, sobre todo, disponer, como en el volumen anterior, de la indispensable y docta ayuda del Institut für Zeitgeschichte de Munich. Me gustaría expresar una vez más mi gratitud más encarecida a su director, el profesor doctor Horst Möller, a todos los colegas y amigos de esa institución y, muy especialmente, al personal de la biblioteca y del archivo que hicieron maravillas satisfaciendo mis frecuentes y extensas peticiones. Es impropio señalar los casos individuales, pero no tengo más remedio que mencionar que Hermann Weiss, como en el primer volumen, me entregó generosísimamente su tiempo y su experiencia archivera. Y me fue también de gran ayuda, con su conocimiento inigualable de los diarios de Goebbels, Elke Fröhlich, sobre todo para aclarar un punto importante y difícil de la transcripción de la terrible caligrafía de Goebbels.

Ha habido numerosos amigos y colegas que me han suministrado en un momento u otro valioso material de archivo o me han permitido leer trabajos aún inéditos de los que eran autores, así como compartir puntos de vista sobre datos y pruebas, literatura científica y problemas de interpretación. Estoy sumamente agradecido a ese respecto por su amabilidad y ayuda a: David Bankier, Omer Bartov, Yeduda Bauer, Richard Bessel, John Breuilly, Michael Burleigh. Chris Clarke, François Delpla, Richard Evans, Kent Fedorowich, Iritig Fetscher, Conan Fischer, Gerald Fleming, Norbert Frei, Mary Ful brook, Dick Geary, Hermann Graml, Otto Gritschneder, Lothar Gruchmann, Ulrich Herbert, Edouard Husson, Anton Joachimsthaler, Otto Dov Kulka, Moshe Lewin, Peter Longerich, Dan Michmann, Stig Hornshøh-Møller, Martin Moll, Bob Moore, Stanislaw Nawrocki; Richard Overy, Alastair Parker, Karol Marian Pospieszalski, Fritz Redlich, Steven Sage, Stephen Salter, Karl Schleunes, Robert Service, Peter Stachura, Paul Stauffer, Jill Stephenson, Bernd Wegner, David Welch, Michael Wildt, Peter Witte, Hans Woller y Jonathan Wright.

Debo dar también las gracias particularmente a Meir Michaelis por sus repetidas muestras de generosidad proporcionándome material de archivo procedente de sus propias investigaciones. Gitta Sereny me brindó también no sólo apoyo amistoso sino además acceso a valiosos documentos de los que disponía, relacionados con su excelente estudio

sobre Albert Speer. Un buen amigo y productor de dotes excepcionales, Laurence Rees, de la BBC, con el que he tenido el placer y el privilegio de cooperar en dos series de televisión relacionadas con el nazismo, y también Detlef Siebert y Tilman Remme, los jefes de los equipos de investigación de los programas, personas capaces e informadas, me han ayudado muchísimo, con sus sagaces investigaciones y con material procedente de las películas que ayudaron a crear. Han sido de singular importancia para este estudio dos destacados historiadores alemanes del Tercer Reich, cuya interpretación de Hitler difiere acusadamente. Eberhard Jäckel me ha proporcionado un gran apoyo y también doctos consejos durante todo el tiempo y Hans Mommsen, amigo de muchos años, no ha escatimado nunca su ayuda, su generosidad y su estímulo. Los dos me han dado acceso también a material inédito. Estoy sumamente agradecido, finalmente, a dos especialistas ingleses en la Alemania nazi, Ted Harrison y Jeremy Noakes, por leer y comentar el texto mecanografiado completo (aunque, naturalmente, cualquier error que persista es sólo culpa mía). La inspiración especial que me proporcionó la obra de Jeremy y que tan grato me fue reconocer en el primer volumen me es igual de grato destacarla en esta ocasión.

Me gustaría dar las gracias, de una forma distinta, a David Smith, director del Borthwick Institute de York (donde se hallan documentos sobre la entrevista de lord Halifax con Hitler al lado de archivos documentales del Yorkshire medieval, en correspondencia con mi esquizofrenia intelectual como historiador de la Alemania nazi que aún se entrega a escarceos con la historia de la vida monástica en Yorkshire durante la Edad Media). Gracias a la oferta generosa de su tiempo y sus conocimientos, ha sido posible llegar a publicar nuestra edición del libro de cuentas de los siglos XIII y XIV del priorato de Bolton sin interrumpir el trabajo necesario para terminar este volumen. Sin la ayuda y el aporte de David eso no habría sido factible.

Como era necesario adaptar la elaboración de este libro a mis tareas habituales en la Universidad de Sheffield, he tenido que poner a prueba considerablemente la paciencia de mis editores, tanto en Penguin como en el extranjero. He tenido la enorme fortuna de poder contar con Simon Winder, mi editor de Penguin, que ha sido una fuente inagotable de

alegre estímulo y de optimismo, además de un crítico y lector sensible. También agradezco sumamente a Simon sus consejos sobre el material fotográfico y los mapas del libro, y a Cecilia Mackay por buscar y ordenar las fotografías. Me gustaría dar las gracias a ese respecto a Joanne King de la BBC, y por la notable ayuda que me proporcionaron a la Bibliothek Fin Zeitgeschichte de Stuttgart, a su director, el doctor Gerhard Hirschfeld (distinguido académico y viejo amigo) y a Irina Renz, que supervisa la extensa colección fotográfica de la institución. Tengo una gran deuda de gratitud por lo que se refiere a la preparación para la imprenta de este extenso texto, lo mismo que en el caso del primer volumen, a la docta correctora Annie Lee, a Diana LeCore, por su gran destreza en la elaboración del índice, y a todo el excelente equipo editorial de Penguin por su gran ayuda y apoyo.

Fuera de Inglaterra, tengo una deuda inmensa con Don Lamín, mi editor de Norton, de Estados Unidos, que me mantuvo permanentemente alerta con sus extensos conocimientos, su gran perspicacia y su inagotable serie de dudas y preguntas. A Ulrich Volz y Michael Neher de Deutsche Verlags-Anstalt y a mis editores de Flammarion, Spektrum y Ediciones Península, que ni ocultaron su pánico ni se dejaron dominar por él cuando se fue demorando la entrega de un extenso texto mecanografiado que aún debía traducirse, les doy las gracias por su tolerancia y su paciencia. Y a los traductores de las ediciones alemana, francesa, holandesa y española, que hicieron milagros para conseguir la aparición simultánea del libro en esas lenguas, a mis gracias más fervientes por sus esfuerzos quiero añadir la expresión de mi gran admiración por sus dotes.

Gomo en el volumen anterior, gran parte de la comprobación de las extensas referencias que se proporcionan en las notas tuvo que efectuarse en un periodo sumamente concentrado en el Institut für Zeitgeschichte de Munich. Esta vez, gracias a Penguin y DVA, pude contar con la valiosísima ayuda de Wenke Meteling (durante un alto en sus propios prometedores estudios históricos en la Universidad de Tubinga); mi sobrina Charlotte Woodford, restando tiempo a su propia investigación de doctorado sobre la literatura alemana de principios de la edad moderna en la Universidad de Oxford, me ayudó también mucho

en la localización subsiguiente de una serie de obras poco conocidas que necesité (y recopiló además para mí detallada y meticulosamente la «lista de obras citadas»); y mi hijo mayor David, que, como dos años antes, se tomó generosamente una semana de vacaciones de su trabajo en la empresa de líneas aéreas (con cierto asombro de sus colegas) para venir a Munich a comprobar referencias para mí. Estoy profundamente agradecido a los tres. Sin ellos, habría sido completamente incapaz de terminar el trabajo a tiempo.

La incomparable Alexander Humboldt-Stiftung de BonnBad Godesberg se ofreció, como en la preparación del primer volumen, a subvencionar el mes de estancia en Munich para cotejar las referencias. Me gustaría expresar mi gratitud por ese apoyo y por toda la generosidad de la que he podido beneficiarme desde que me convertí a mediados de la década de 1970 en miembro de número de ella.

Quiero dar también las gracias más encarecidas a una vieja amiga, Traude Spät, que, con sus grandes dotes como profesora de lengua, me introdujo años ha por el camino que acabaría llevándome a investigar el capítulo más sombrío de la historia de su país, y que me proporcionó no sólo hospitalidad sino también aliento constante en mi tarea cuando pude alojarme en su casa durante mi estancia en Munich.

En el floreciente departamento de historia de la Universidad de Sheffield he tenido que abusar a veces más de lo que habría querido de la tolerancia y de los buenos servicios de mis colegas y de la paciencia de mis alumnos. Quiero darles las gracias a todos por su apoyo, su aliento y su tolerancia y muy especialmente a algunos colegas por facilitarme las cosas asumiendo y realizando eficientemente tareas del departamento, a veces muy gravosas.

Y tengo que dar las gracias, sobre todo, a Beverley Eaton, cuyo estímulo y ayuda eficaz durante diez años de trabajo como ayudante personal y secretaria ha sido de incalculable valor para poder completar este libro teniendo que hacer frente a muchas otras tareas imperiosas. Ella ha soportado más que nadie el peso del trabajo (en la gestión diaria de un departamento en el que había mucho, en el manejo de una correspondencia extensa y creciente y en el desempeño de muchas otras tareas) como consecuencia de mis intentos de hacer una biografía de

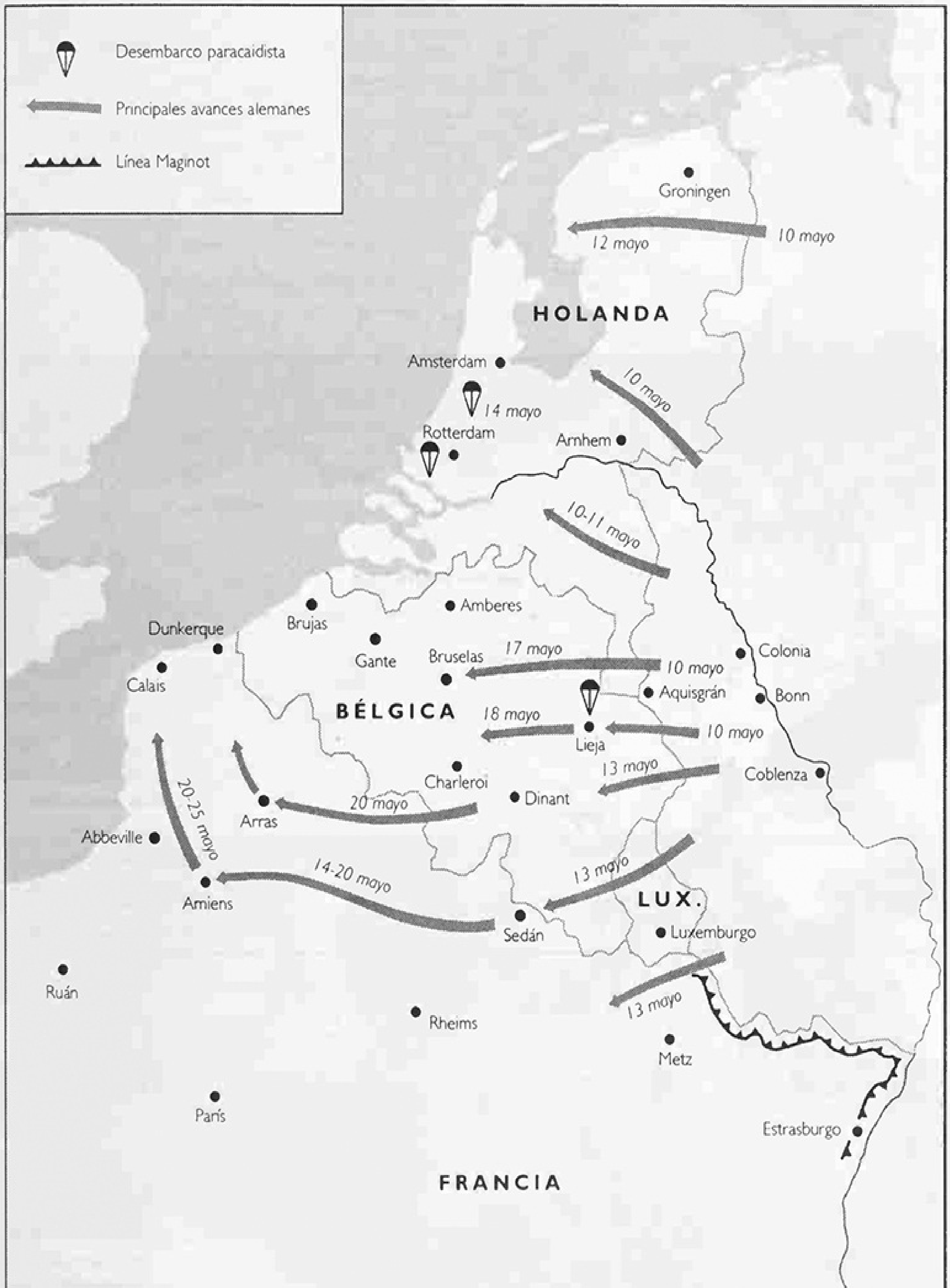
Hitler y ser al mismo tiempo profesor en una universidad en un sistema como el inglés, que se asfixia actualmente bajo el peso de su propia burocracia. Ella ha sido también una fuente constante de apoyo durante todo el periodo de elaboración de este libro.

Por último, en mi propio terreno, en Manchester, el vocal y los miembros del SOFPIK; el club al que me siento más orgulloso de pertenecer, me han brindado su amistad y apoyo durante más tiempo incluso del que ha llevado escribir estos dos volúmenes sobre Hitler. No puedo olvidar, aunque haga ya muchos años de ello, los sacrificios que hicieron mi madre y mi difunto padre, que pasaron por la guerra de Hitler, para darnos a mí y a mi hermana Anne la oportunidad valiosísima de estudiar en la universidad. Y, durante todo este tiempo, no sólo Betty, David y Stephen, sino ahora también con el paso de los años Katie, Becky y (aunque aún no se dé cuenta de ello) Sophie han vivido a la sombra de una biografía de Hitler durante demasiado tiempo. Albergo la esperanza de que podamos volver salir pronto de esa sombra a la luz del sol. Pero me gustaría agradecerles a todos ellos en la medida en que las palabras lo puedan expresar los diversos modos en que han contribuido a la realización de esta tarea.

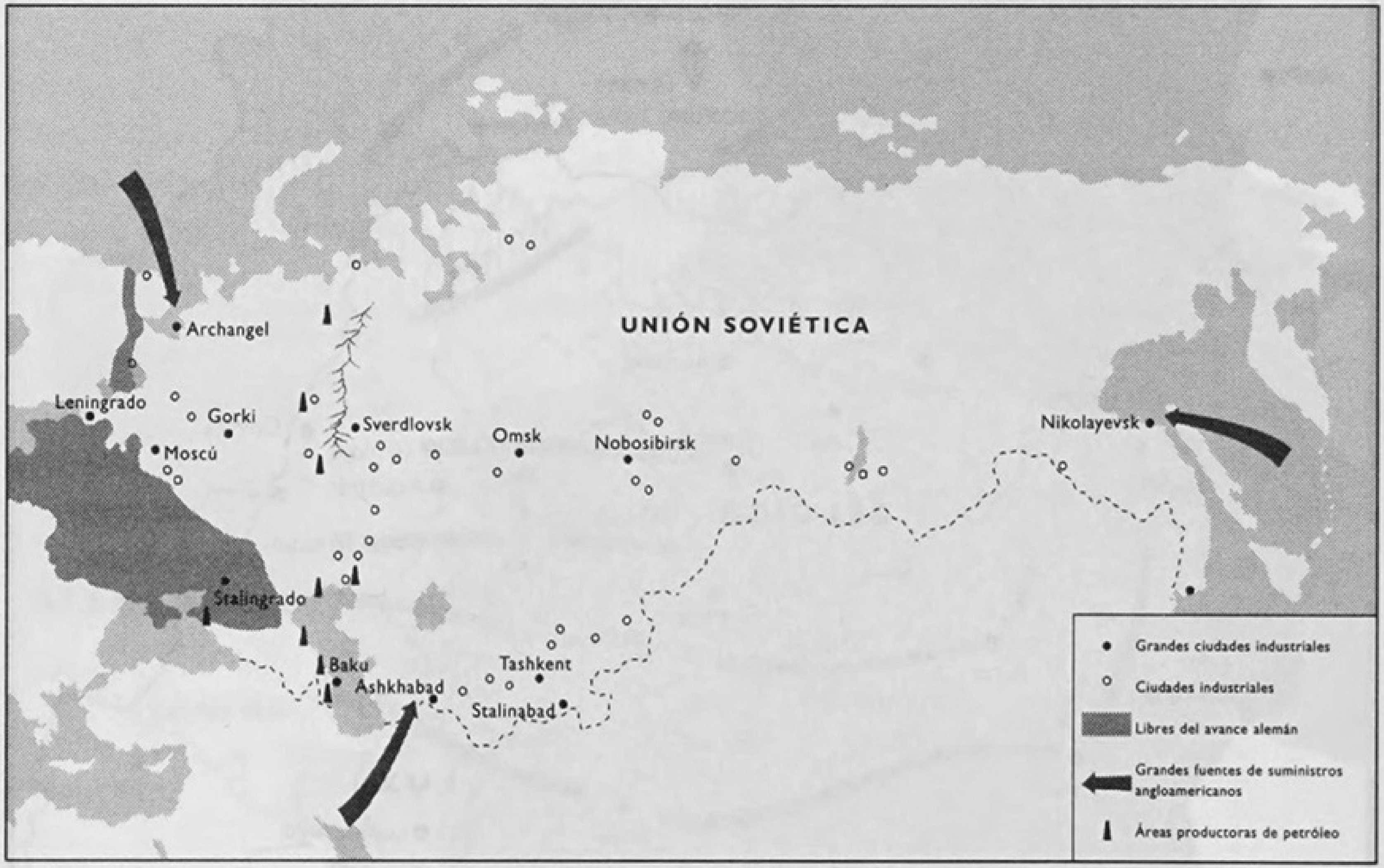
I. K.
Abril de 2000.

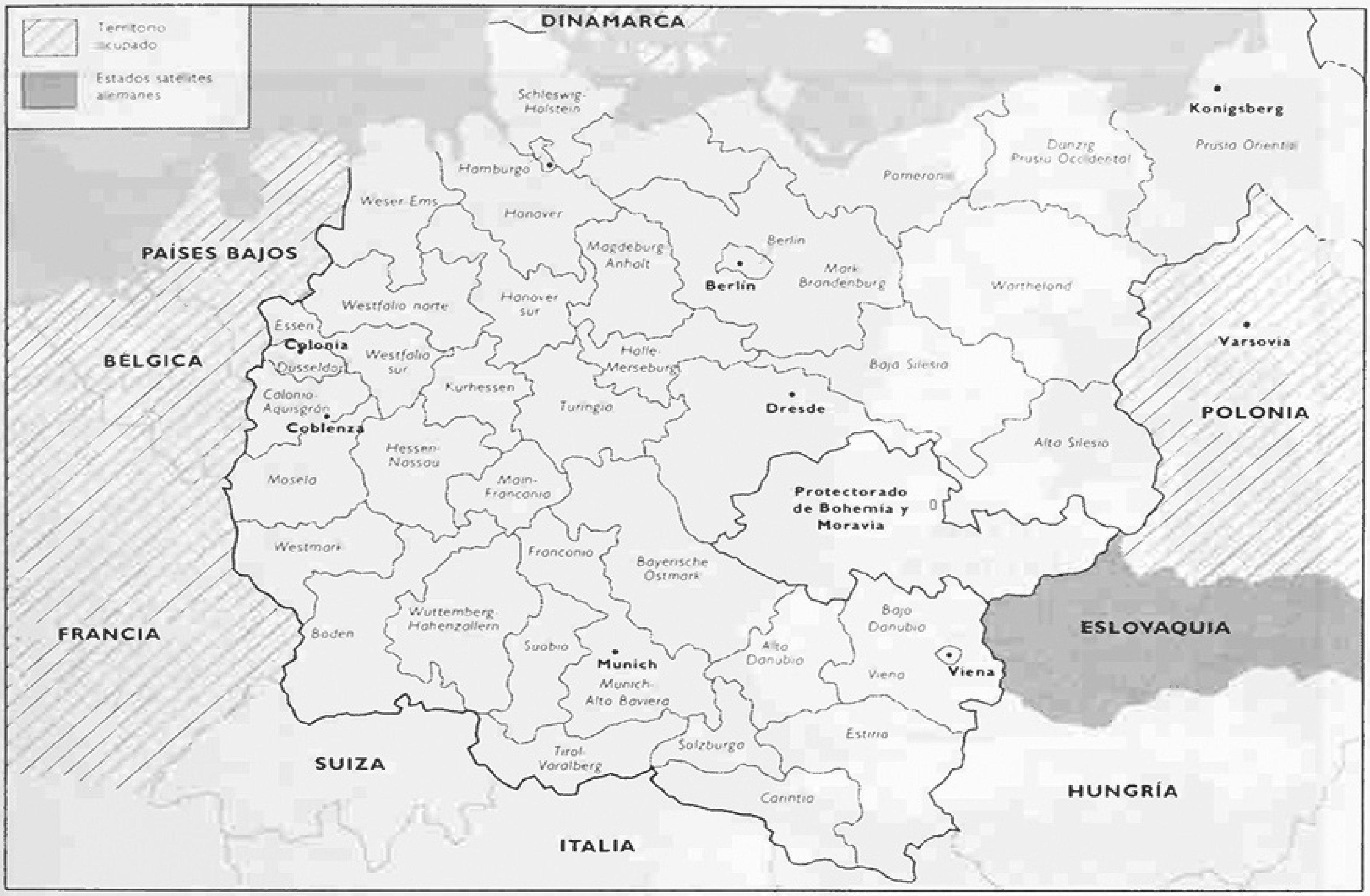

Territorio perdido por Alemania
Territorio perdido por la URSS
Austria-Hungría en 1914
Fronteras posteriores a la Primera Guerra Mundial
FINLANDIA
NORUEGA
Oslo
Estocolmo
Helsinki
Leningrado
Tallin
SUECIA
ESTONIA
UNIÓN SOVIÉTICA
Riga
LETONIA
DINAMARCA
Copenhague
Danzig
(Liga de Naciones Ciudad Libre)
Memel
LITUANIA
Kaunas
Corredor Polaco
PRUSIA OCCIDENTAL
Vilna
Hamburgo
Berlín
ALEMANIA
Varsovia
Brest-Litovsk
POLONIA
SILESIA
Colonia
Weimar
Kiev
Praga
Teschen
GALITZIA
CHECOSLOVAQUIA
LORENA
ALSACIA
Munich
Viena
BESARABIA
SUIZA
AUSTRIA
Budapest
HUNGRÍA
TRANS-SILVANIA
RUMANIA
Locarno
Triestre
Fiume
ITALIA
Bucarest
DOBRUJA
Belgrado
YUGOSLAVIA
BULGARIA
MONTE-NEGRO
Sofía
CÓRCEGA (Francia)
Roma
ALBANIA

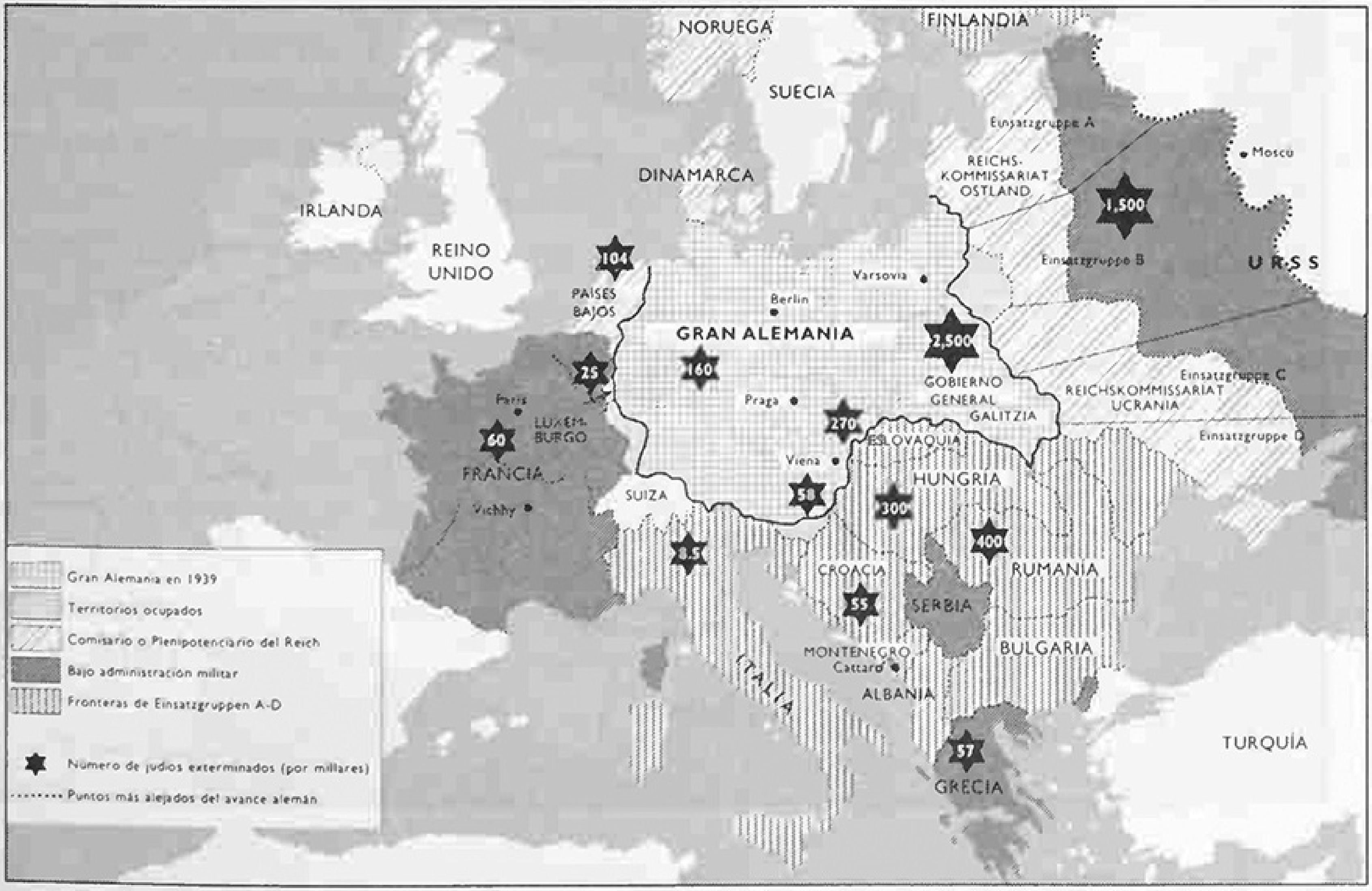

Riga
LETONIA
LITUANIA
Klaipéda
(Memel)
REICHSKOMMISSARIAT OSTLAND
Kaunas
(Kovno)
Vilnius
(Vilno)
Kaliningrado
(Königsberg)
Danzing
PRUSIA ORIENTAL
SUWALKI
Minsk
REICHSGAU
DANZING-
PRUSIA OCCIDENTAL
Olsztyn
Grodno
BIALYSTOK
Bialystok
Bydgoszcz
(Bromerg)
Zichenau
ZICHENAU
Inowroclaw
(Hohensalza)
Poznan
(Posen)
REICHSGAU
WARTHELAND
Varsovia
DISTRITO VARSOVIA
Kalisz
Lódz
(Litzmannstadt)
GOBIERNO GENERAL
REICHSKOMMISSARIAT
UCRANIA
ALEMANIA
Radom
Lublin
DISTRITO RADOM
DISTRITO LUBLIN
Zamosc
Dubno
Para Alta Silesia
KATOWICE
Katowice
Cracovia
Luov
(Lemberg)
DISTRITO CRACOVIA
Para Polonia 1938
Para Alta Silesia oct. 1939
GALITZIA
Para Eslovaquia nov. 1939
CHECOSLOVAQUIA
Frontera polaca antes de 1939
Frente germano-ruso
Anexionado por Alemania
Bajo administración civil alemana
RUMANÍA



Desembarco paracaidista
Principales avances alemanes
Línea Maginot
Groningen
12 mayo
10 mayo
HOLANDA
Amsterdam
14 mayo
Rotterdam
Arnhem
10 mayo
10-11 mayo
Amberes
Brujas
Dunkerque
Gante
Bruselas
17 mayo
10 mayo
Colonia
Calais
Aquisgrán
Bonn
BÉLGICA
18 mayo
10 mayo
Lieja
13 mayo
Coblenza
Charleroi
Dinant
20 mayo
Arras
20-25 mayo
Abbeville
14-20 mayo
13 mayo
Amiens
LUX.
Sedán
Luxemburgo
Ruán
13 mayo
Rheims
Metz
París
Estrasburgo
FRANCIA


UNIÓN SOVIÉTICA
Archangel
Leningrado
Gorki
Moscú
Sverdlovsk
Omsk
Nobosibirsk
Nikolayevsk
Stalingrado
Baku
Ashkhabad
Tashkent
Stalinabad
Grandes ciudades industriales
Ciudades industriales
Libres del avance alemán
Grandes fuentes de suministros angloamericanos
Áreas productoras de petróleo


Territorio ocupado
Estados satélites alemanes
DINAMARCA
PAÍSES BAJOS
BÉLGICA
FRANCIA
SUIZA
ITALIA
HUNGRÍA
ESLOVAQUIA
POLONIA
Schleswig-Holstein
Hamburgo
Weser-Ems
Hanover
Magdeburg-Anhalt
Berlin
Berlín
Mark Brandenburg
Pomerania
Danzig Prusia Occidental
Konigsberg
Prusia Oriental
Wartheland
Varsovia
Westfalia norte
Hanover sur
Essen
Colonia
Düsseldorf
Westfalia sur
Halle-Merseburg
Baja Silesia
Colonia-Aquisgrán
Coblenza
Kurhessen
Turingia
Dresde
Alta Silesia
Hessen-Nassau
Main-Franconia
Mosela
Protectorado de Bohemia y Moravia
Westmark
Franconia
Bayerische Ostmark
Baden
Wuttemberg-Hohenzollern
Suabia
Munich
Munich-Alta Baviera
Alto Danubio
Bajo Danubio
Viena
Tirol-Voralberg
Salzburgo
Estiria
Carintia

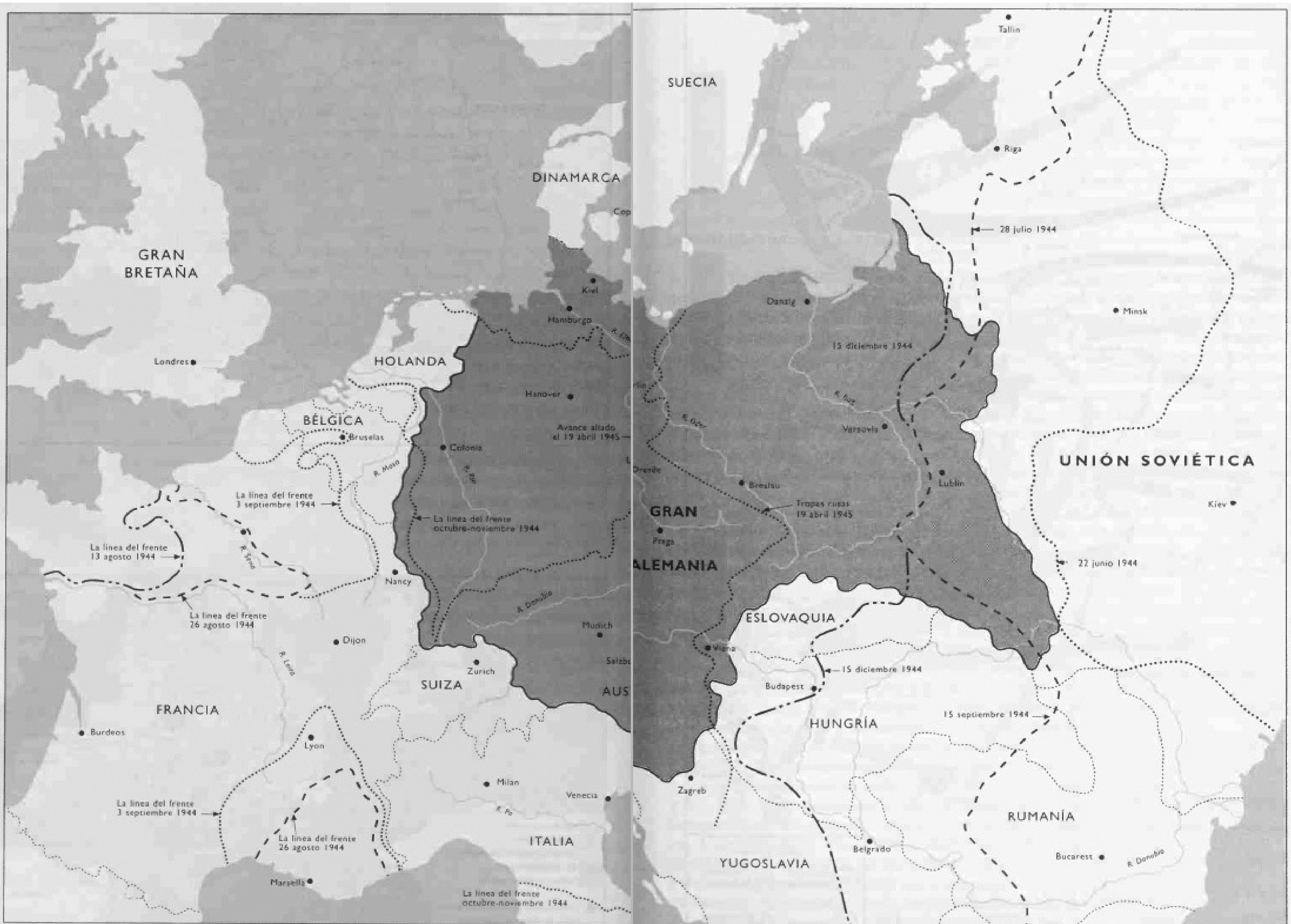

NORUEGA
FINLANDIA
SUECIA
Einsatzgruppe A
REICHS-
KOMMISSARIAT
OSTLAND
Moscu
DINAMARCA
IRLANDA
1,500
REINO
UNIDO
104
URSS
Einsatzgruppe B
Varsovia
PAISES
BAJOS
Berlin
GRAN ALEMANIA
2,500
25
160
Einsatzgruppe C
REICHSKOMMISSARIAT
UCRANIA
GOBIERNO
GENERAL
GALITZIA
Paris
Praga
270
LUXEM-
BURGO
60
ESLOVAQUIA
Einsatzgruppe D
FRANCIA
Viena
HUNGRIA
SUIZA
58
300
Vichhy
400
8.5
CROACIA
RUMANIA
55
SERBIA
BULGARIA
MONTENEGRO
Cattaro
ITALIA
ALBANIA
TURQUÍA
57
GRECIA
Gran Alemania en 1939
Territorios ocupados
Comisario o Plenipotenciario del Reich
Bajo administración militar
Fronteras de Einsatzgruppen A-D
Número de judíos exterminados (por millares)
Puntos más alejados del avance alemán

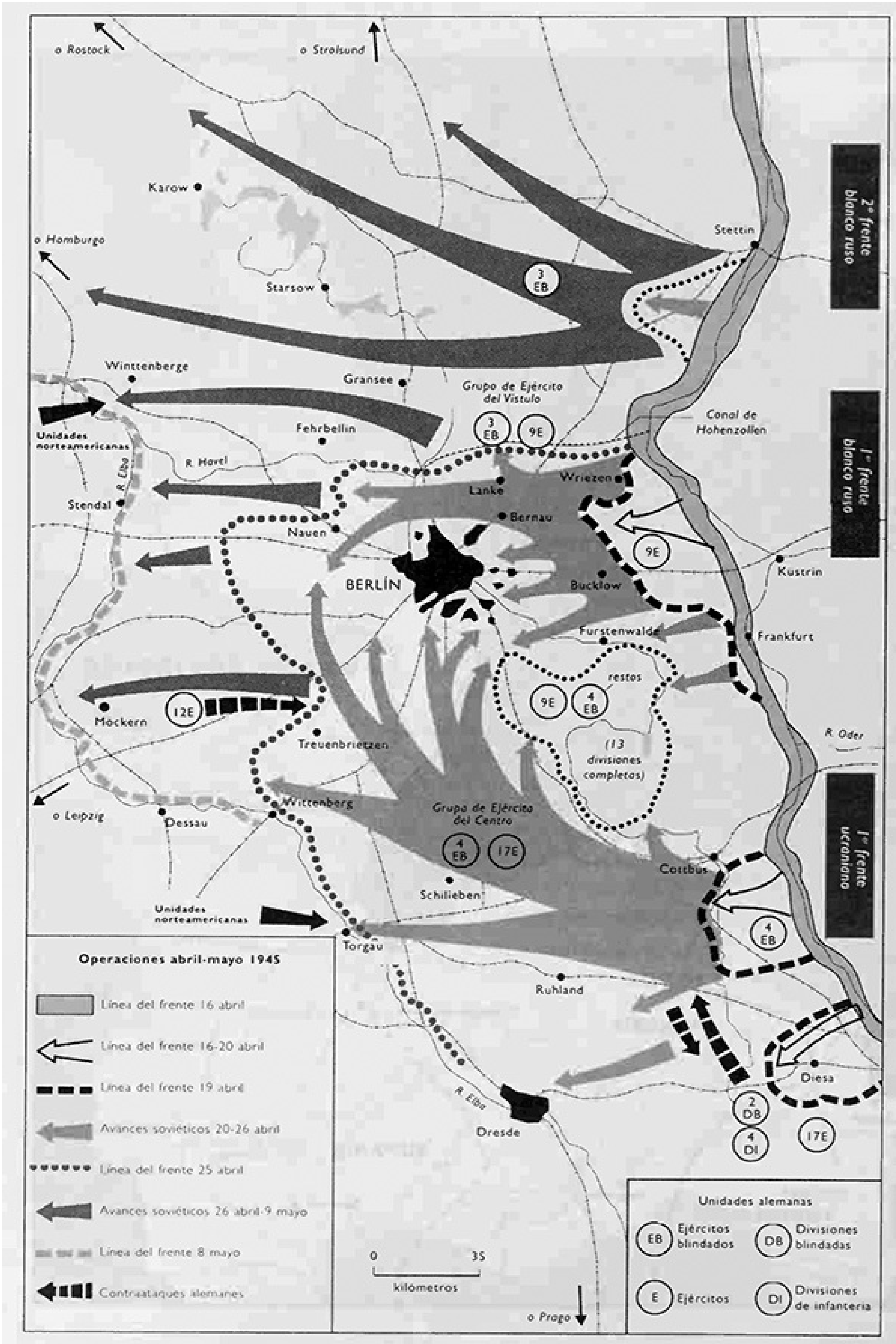


DINAMARCA
Cop
GRAN
BRETAÑA
Kiel
Hamburgo
R. Elba
Londres
HOLANDA
Hanover
BÉLGICA
Bruselas
Avance aliado
el 19 abril 1945
Colonia
R. Rin
R. Mosa
La línea del frente
3 septiembre 1944
La línea del frente
octubre-noviembre 1944
La línea del frente
13 agosto 1944
R. Sena
Nancy
La línea del frente
26 agosto 1944
R. Danubio
Munich
Dijon
R. Loira
Zurich
Salzbu
SUIZA
AUST
FRANCIA
Burdeos
Lyon
Milán
Venecia
La línea del frente
3 septiembre 1944
R. Po
La línea del frente
26 agosto 1944
ITALIA
Marsella
La línea del frente
octubre-noviembre 1944



Tallin
SUECIA
Riga
28 julio 1944
Minsk
Danzig
15 diciembre 1944
rlin
R. Bug
R. Oder
Varsovia
UNIÓN SOVIÉTICA
Dresde
Lublin
Breslau
Tropas rusas
19 abril 1945
Kiev
GRAN
Praga
ALEMANIA
22 junio 1944
ESLOVAQUIA
Viena
15 diciembre 1944
Budapest
15 septiembre 1944
HUNGRÍA
Zagreb
RUMANÍA
Belgrado
Bucarest
R. Danubio
YUGOSLAVIA


GRAN BRETAÑA
Londres
DINAMARCA
Kiel
Hamburgo
HOLANDA
BÉLGICA
Bruselas
Hanover
Avance aliado el 19 abril 1945
Colonia
R. Mosa
La línea del frente 3 septiembre 1944
La línea del frente octubre-noviembre 1944
La línea del frente 13 agosto 1944
R. Sena
Nancy
La línea del frente 26 agosto 1944
Dijon
R. Loira
R. Danubio
Munich
Zurich
SUIZA
FRANCIA
Burdeos
Lyon
Milan
R. Po
Venecia
La línea del frente 3 septiembre 1944
La línea del frente 26 agosto 1944
ITALIA
Marsella
La línea del frente octubre-noviembre 1944
SUECIA
Tallin
Riga
28 julio 1944
Danzig
Minsk
15 diciembre 1944
R. Oder
Varsovia
UNIÓN SOVIÉTICA
Breslau
Lublin
Kiev
GRAN
Tropas rusas 19 abril 1945
Praga
ALEMANIA
22 junio 1944
ESLOVAQUIA
Viena
15 diciembre 1944
Budapest
15 septiembre 1944
HUNGRÍA
Zagreb
RUMANÍA
Belgrado
Bucarest
R. Danubio
YUGOSLAVIA



o Rostock
o Stralsund
o Hamburgo
Karow
Starsow
Stettin
2.º frente blanco ruso
3 EB
Wittenberge
Gransee
Grupo de Ejército del Vístula
3 EB
9E
Canal de Hohenzollen
1.er frente blanco ruso
Unidades norteamericanas
Fehrbellin
R. Havel
R. Elba
Wriezen
Lanke
Bernau
Stendal
Nauen
9E
BERLÍN
Bucklow
Kustrin
Furstenwalde
Frankfurt
restos
9E
4 EB
12E
Möckern
Treuenbrietzen
(13 divisiones completas)
R. Oder
o Leipzig
Dessau
Wittenberg
Grupo de Ejército del Centro
4 EB
17E
1.er frente ucraniano
Cottbus
Schilieben
Unidades norteamericanas
Torgau
4 EB
Operaciones abril-mayo 1945
Línea del frente 16 abril
Línea del frente 16-20 abril
Línea del frente 19 abril
Avances soviéticos 20-26 abril
Línea del frente 25 abril
Avances soviéticos 26 abril-9 mayo
Línea del frente 8 mayo
Contraataques alemanes
Ruhland
Diesa
R. Elba
Dresde
2 DB
4 DI
17E
0
35
kilómetros
o Praga
Unidades alemanas
EB Ejércitos blindados
DB Divisiones blindadas
E Ejércitos
DI Divisiones de infantería

LISTA DE ILUSTRACIONES

Se ha hecho todo lo posible para establecer contacto con todos los titulares de los derechos. Los editores corregirán con mucho gusto los errores y omisiones que se les indiquen. (Se da entre paréntesis la procedencia de las fotografías).

7. Hitler se dirige a las masas entusiasmadas en la Heldenplatz de Viena el 15 de marzo de 1938, después de la Anschluss. (AKG Londres).
8. El Eje: Hitler, flanqueado por Mussolini y por el rey Víctor Manuel III, presencia un desfile de tropas en Roma durante su visita a Italia en mayo de 193S. (Bibliothek für zeitgeschichte, Stuttgart).
9. Hitler es aclamado por multitudes de admiradores en Florencia. (Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart).
10. Parte de la exposición «El judío eterno», que se inauguró en Munich el 8 de noviembre de 1937 y permaneció abierta hasta el 31 de enero de 1938. Se proponía mostrar los «rasgos externos típicos» de los judíos y demostrar sus supuestas características asiáticas. La exposición atrajo a un total de 412.300 visitantes, unos 5.000 por día. Ayudó a alimentar el crecimiento acelerado de la violencia antisemita en Munich y en otras partes de Alemania durante 1938. (AKG Londres).
11. «Judíos en Berlín», de la exposición «El judío eterno», que se inauguró en la capital del Reich el 12 de noviembre de 1938. Dos días antes Goebbels había desencadenado una orgía de violencia en la que se destruyeron propiedades judías por toda Alemania y a la que siguieron detenciones en masa de judíos y su exclusión de los negocios y el comercio. (Corbis/Bettmann).
12. La sinagoga de la Fasenenstrasse, Berlín, arde después de que unidades de asalto nazis le prendieran fuego durante el pogromo de 9-10 de noviembre de 1938. (Corhis/Hulton-Deutsch Collection).
13. El edificio de la Comunidad judía de Kassel a la mañana siguiente del pogromo. Hay camas, papeles y mobiliario, arrojados por los nazis esparcidos por la calle. Espectadores y policía observan cómo dos personas intentan recogerlo. (Ullstein Bilderdienst, Berlín).
14. Transeúntes (unos sonriendo, otros con aparen te desconcierto) ante una tienda judía destruida y saqueada en Berlín. La cantidad de cristales que rompieron las turbas nazis dieron origen al sarcástico apelativo de «Reichskristallnacht». (AKG Londres).
15. ¿Una familia modelo? El ministro de propaganda del Tercer Reich

Joseph Goebbels, su esposa Magda y sus hijos Helga, Hilde y el pequeño Helmut, posan para la cámara en 1936. (Corbis/Hulton-Deutsch Collection).

16. Goebbels habla por radio a los alemanes la víspera de quincuagésimo cumpleaños de Hitler, 20 de abril de 1939. El matrimonio Goebbels había estado sometido a una grave tensión durante los meses anteriores por la relación del ministro de propaganda con la actriz checa Lida Barova, pero Hitler había insistido por razones de prestigio en que Goebbels y su esposa no se separasen. (Hulton Getty).
17. Una fotograba insólita de Eva Braun tomada hacia 1938. Aunque tenía relaciones con Hitler desde 1932, se mantuvieron en secreto y no se hicieron publicas hasta 1945. (Hulton Getty).
18. Hitler observa al general Wilhelm Keitel, jefe del alto mando de la Wehrmacht, que saluda al primer ministro inglés Neville Chamberlain en el Berghof el 15 de septiembre de 1938, durante la crisis de los Sudetes. (Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart).
19. Tropas alemanas cruzan el Puente de Carlos de Praga en marzo de 1939, unos días des-pués de que Hitler hubiese impuesto al gobierno checo la aceptación de un protectorado alemán sobre el país. (Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart).
20. El imponente «estudio» de Hitler en la Cancillería del Reich, utilizado más para impresiona) a los visitantes que para trabajar. (Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart).
21. Pompa y solemnidad: Hermann Göring se dirige a Hitler durante una celebración oficial (probablemente el cumpleaños de este, el 20 de abril de 1939) en la nueva Cancillería del Reich, un proyecto de Albert Speer que se terminó de construir en 1939. (Bayesrisches Haupstaatsarchiv Munich).
22. «El cumpleaños del Führer»: el día de su cuatrigésimo noveno cumpleaños, el 20 de abril de 1938, Hitler se ríe con el el modelo del Volkswagen que le ha regalado Ferdinand Porsche que le indica que el motor está en el maletero. Ninguno de los 336.000 alemanes que pidieron y pagaron parcial o totalmente un Volkswagen llegaron

a recibirlo. Los vehículos se fabricaron durante la guerra para fines exclusivamente militares. (Hulton Getty).

23. «El cumpleaños del Führer»: Heinrich Himmler, jefe de las SS, hace entrega a Hitler de su regalo (un valioso retrato ecuestre de Federico el Grande realizado por Adolí von Menzel) en su quincuagésimo cumpleaños, el 20 de abril de 1939. Observan la escena Sepp Dietrich (centro), comandante de la SS-Leibstandarte Adolf Hitler, y (extremo derecha) Karl Wolff, jefe del equipo personal de Himmler. (Bundesarchiv, Coblenza).
24. Hitler, con traje de etiqueta, camina con Winifred Wagner entre multitudes vitoreantes durante el último Festival de Bayreuth antes de la guerra, en julio de 1939. (Bayerisches Hauptsaatsarchiv, Munich).
25. Molotov firma el Pacto de no Agresión de la Unión Soviética con Alemania a primera hora del 24 de agosto de 1939, observado (de izquierda a derecha) por el mariscal Boris S. Shaposhnikov, jefe de Estado Mayor del Ejército Rojo, Richard Schulze, ayudante de Ribbentrop, el propio ministro alemán de exteriores Joachim von Ribbentrop, con aire petulante, y Stalin. (Corbis)
26. Hitler en su cuartel general de campo temporal durante la campaña polaca, junto con sus ayudantes de la Wehrmacht (de izquierda a derecha): capitán Nicolaus von Below (Luftwaffe), capitán Gerhard Engel (ejército) y coronel Rudolf Schmundt (ayudante jefe). A la izquierda de Hitler está Martin Bormann. (Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart).
27. Hitler en una revista de tropas en Varsovia el 5 de octubre de 1939 una vez obtenida la victoria en Polonia. (Bibliothek für Zeitgeschichte, Munich).
28. Hitler durante su discurso a la «vieja guardia» del partido en la Bürgebräukeller de Munich el 8 de noviembre de 1939. Unos minutos después de que abandonara el local explotó cerca de donde había estado hablando, matando a ocho de los presentes e hiriendo a más de sesenta, una bomba de relojería colocada por George Elser, un carpintero suabo. (Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart).

29. Arthur Greiser, el fanático gobernador del Reich y Gauleiter de la Reichsgau Wartheland, la parte anexionada del oeste de Polonia, en la celebración de la «liberación» de la zona el 2 de octubre de 1939. (Bundesarchiv, Coblenza).
30. Albert Forster, Gauleiter de Danzig-Prusia Occidental, un rival de Greiser en el brutal intento de «alemanizar» las partes de Polonia anexionadas. (Süddeutscher Verlag, Munich).
31. Hitler en su cuartel general «Wolfsschlucht» (Guarida del Lobo), cerca de Bruly de Peche, Bélgica, entusiasmado al enterarse, el 17 de junio de 1940, de qué Francia había pedido un armisticio. A su derecha está Walther Hewel, enlace de Ribbentrop en el cuartel general del Führer. (Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart.)
32. Hitler visita los emplazamientos artilleros de la Línea Maginot en Alsacia. durante su breve estancia en sd cuartel general «Tannenberg», cerca de Freudenstadt, en la Selva Negra, el 30 de junio de 1940. (Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart).
33. Hitler en Frendenstadt el 5 de julio de 1940, el ultimo día que tuvo su sede en «Tannenberg». (Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart).
34. Una inmensa multitud reunida en la Wilhelmplatz de Berlín el 6 de julio de 1940, aclama al héroe vencedor cuando Hitler regresa del triunfo sobre Francia. Göring está a la derecha de Hitler en el balcón de la Cancillería del Reich.(Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart).
35. Hitler se despide de Franco tras sus conversaciones en Hendaya, en la frontera francoespañola, el 23 de octubre de 1940. Las sonrisas ocultaban la irritación que sentían ambos dictadores por el resultado de las conversaciones. (Bibliothek für Zeigeschichte, Stuttgart).
36. Hitler se encuentra con el jefe del estado francés, mariscal Pétain, en Montoire, el 24 de octubre de 1940 para unas conversaciones que produjeron pocos resultados tangibles. (Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart).
37. Ribbentrop hablando con Molotov, ministro del exterior soviético, en una recepción en el hotel Kaiserhof durante la visita del último a Berlín, 12-14 de noviembre de 1940. La dureza de las conversaciones con Molotov confirmó a Hitler en su idea de que

tenía motivos para planear un ataque a la Unión Soviética en 1941. (Bildarchiv Preussischer Kulturbesitz, Berlín).

38. Hitler y el ministro del exterior japonés Matsuoka en la Cancillería del Reich, en Berlín, el 27 de marzo de 1941. El de la izquierda es el funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores e intérprete doctor Paul Schmidt, que levantó acta de la reunión. Hitler había dado ese mismo día instrucciones a sus jefes militares para la invasión de Yugoslavia. (Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart).
39. Hitler en su cuartel general de Mönichkirchen, cerca de Graz, a mediados de abril de 1941, durante la campaña de los Balcanes, hablando con el general Alfred Jodl (izquierda), jefe del Estado Mayor operativo de la Wehrmacht. Detrás de Hitler está Nicolaus von Below, su ayudante de la Luftwaffe. (Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart).
40. Hitler pensativo, acompañado por el jefe del alto mando de la Wehrmacht, mariscal de campo Wilhelm Keitel, se dirige en tren el 30 de junio de 1941 al cuartel general del alto mando, en Angerbnrg, no lejos de su propio cuartel general del Führer de la Guarida del Lobo, cerca de Rastenbnrg, en la Prusia oriental. (Ullstein Bildenlienst, Berlín/Walter Frentz).
41. Un cartel antibolchevique. «La victoria de Europa es tu prosperidad». Con Inglaterra destruida, el puño acorazado de la Alemania nazi aplasta el bolchevismo de Stalin (Imperial War Museum, Londres).
42. El mariscal de campo Walther von Brauchitsch (derecha), el débil comandante en jefe del ejército entre febrero de 1938 y su destitución en diciembre de 1941, en una sesión informativa con el general Franz Halder, jefe del Estado Mayor general de 1938 a 1942. (AKG Londres.)
43. El mariscal de campo Keitel discute cuestiones militares con Hitler en la Guarida del Lobo poco después de la invasión de la Unión Soviética. (Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart).
44. El Reichsführer-SS y jefe de la policía alemana Heinrich Himmler (izquierda) junto a su mano derecha el SS-Obergruppen Führer

Reinhard Heydrich, jefe de la Oficina Central de Seguridad del Reich. Bajo la égida de ambos, y con autorización de Hitler, se dieron los pasos para ejecutar la «solución final de la cuestión judia». (Süddeutscher Verlag, Munich).

45. «Si los financieros judíos internacionales consiguiesen una vez mas precipitar a las naciones en una guerra mundial, el resultado no sería la victoria de los judíos sino la aniquilación de la raza judía en Europa» Adolf Hitler. La «profecía» que Hitler había proclamado ante el Reichstag el 30 de enero de 1939. El cartel lo hizo en septiembre de 1941 como una «Consigna de la semana» la oficina central del departamento de propaganda del Partido Nazi y se distribuyó a las delegaciones del partido de todo el Reich. (The Wienner Library, Londres).
46. Hitler saluda al ataúd de Reinhard Heydrich, jefe de la policía de seguridad, que había sido asesinado por patriotas checos aerotransportados desde Inglaterra, en el funeral oficial que se celebró en su honor en el salón de mosaicos de la nueva Cancillería del Reich de Berlín el 9 de junio de 1942. (Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart).
47. Hitler consuela en el funeral oficial a los hijos de Heydrich. Pero en privado criticó al difunto por no haberse preocupado más por su seguridad. Los otros dirigentes nazis de la foto son, de izquierda a derecha: Kurt Daluege (jefe de la Ordnungspolizei); Bernhard Rust (ministro de educación del Reich); Alfred Rosenberg (Ministro del Reich para los territorios ocupados del este); Viktor Lutze (jefe de Estado Mayor de la SA); Baldur von Schirach (gobernador del Reich y Gauleiter de Viena); Robert Ley (jefe de organización del Partido Nazi y del frente Alemán del trabajo); Himmler; Wilhelm Frick (ministro del interior del Reich); y Göring. (Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart).
48. Hitler se dirige a 12.000 oficiales y cadetes en el Sportpalast de Berlín el 28 de septiembre de 1942. (Bibliothekfür Zeitgeschichte, Stuttgart).
49. Algunos de los jóvenes oficiales reunidos aclaman a Hitler.

(Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart).

50. El mariscal de campo Fedor von Bock en 1942, como comandante en jefe del grupo de ejército del sur. Durante la segunda mitad de 1941 había mandado el grupo de ejército del centro, que había sido punta de lanza del avance hacia Moscú. Aunque cada vez más crítico con la jefatura militar de Hitler, se mantuvo fiel a él. (Ullstein Bilderdienst, Berlín/Walter Frentz).
51. El mariscal de campo Erich von Manstein, posiblemente el comandante militar más dotado de Hitler. A pesar de sus crecientes discrepancias, no quiso sumarse a la conspiración contra él. «Los mariscales de campo prusianos no se amotinan», dijo. (Ullstein Bilderdienst, Berlín/Walter Frentz).
52. Hitler hablando el «Día de los héroes», 15 de marzo de 1942, en el Ehrenhof («patio de honor») del Arsenal, en Unter den Linden, Berlín. (Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart).
53. El frente oriental, julio de 1942. Tropas motorizadas se alejan de una aldea rusa en llamas que han destruido. (Hulton Getty).
54. Los «clientes» de Hitler: recibiendo a los jefes de estados satélites. Hitler saluda al jefe del estado croata, doctor Ante Pavelic, en la Guarida del Lobo, el 29 de abril de 1943. (Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart).
55. Hitler con el dirigente rumano mariscal Antonescu (centro), en el cuartel general del Führer el 15 de febrero de 1942. El de la izquierda es el intérprete de Hitler, Paul Schmidt. (Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart).
56. Hitler saluda al rey Boris III de Bulgaria en la Guarida del Lobo en marzo de 1942. Poco más de una semana después de una visita posterior, el 15 de agosto de 1943, el rey Boris murió súbitamente de un ataque al corazón, lo que hizo correr rumores en el extranjero de que Hitler le había hecho envenenar. (Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart).
57. El turno del presidente eslovaco, monsignor doctor Josef Tiso, de visitar a Hitler, el 23 de abril de 1943, en el palacio barroco restaurado de Klessheim, cerca de Salzburgo. (Bibliothek für

Zeitgeschichte, Stuttgart.)

58. Hitler saluda al dirigente finlandés mariscal Mannerheim en la Guarida del Lobo el 27 de junio de 1942. El que está al fondo es Keitel. (Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart).
59. El almirante Horthy, jefe de estado húngaro, habla con (de izquierda a derecha) Ribbentrop, Keitel y Martin Bormann durante su visita a la Guarida del Lobo de 8-10 de septiembre de 1941. Las visitas posteriores, cuando la suerte en la guerra fue cambiando de signo, resultaron menos armoniosas.
60. Un frente; excesivamente ampliado. En 1942 las exigencias en hombres y material de una vasta gama de frentes y de condiciones habían generado precisamente la incoherencia estratégica que Hitler siempre había temido. Noruega: la grúa de un navio de auxilio deposita en tierra un hidroavión «Do 24» para remolcarlo hasta el hangar donde ha de repararse. (Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart).
61. Un frente excesivamente ampliado. Leningrado: un inmenso cañón, instalado en un tren, dispara sobre la ciudad cercada. El cañón pesaba 145 toneladas, tenía un cañón de 16, 4 metros de longitud y un alcance de 46,6 kilómetros. (Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart).
62. Un frente excesivamente ampliado: tanques alemanes en el frente en la Cirenaica. (Hulton Getty).
63. Un frente excesivamente ampliado. Bosnia: una expedición para cazar guerrilleros. (Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart).
64. Un soldado alemán exhausto en el frente oriental. (Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart).
65. Hitler presencia el desfile de la Wehrmacht tras depositar una corona de flores en el cenotafio de Unter den Linden el «Día de los héroes», 21 de marzo de 1943. Detrás de Hitler están (de izquierda a derecha) Göring, Keitel, el comandante en jefe de la marina Karl Dönitz y Himmler. Poco antes había tenido que abortarse un atentado de opositores del grupo de ejército del centro para matar a Hitler debido a que ese día se modificó sin previo aviso el programa

habitual de actividades del dictador. (Ullstein Bilderdienst, Berlín/Walter Frentz).

66. La «vieja guardia» del partido recibe a Hitler en la Löwenbräukeller de Munich el 8 de noviembre de 1943, en el vigésimo aniversario del «golpe de la cervecería». A la derecha de Hitler está Göring. Sería la última vez que Hitler asistiría al ritual simbólico, un punto culminante del calendario nazi. (Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart).
67. Martin Bormann, jefe de la Cancillería del partido (a raíz del vuelo de Rudolf Hess a Escocia en mayo de 1941). Estuvo al lado de Hitler constantemente desde el principio de la guerra y en abril de 1943 fue nombrado oficialmente secretario del Führer. Gracias a esa proximidad y a su control del partido disfrutaba de un gran poder. (Hulton Getty).
68. Hitler y Goebbels, fotografiados durante un paseo por el Obersalzberg, encima de Berchtesgaden, en junio de 1943. Aún son capaces sonreír, pese a los desastres militares y a los crecientes problemas internos. (Ullstein Bilderdienst, Berlín/Walter Frentz).
69. El frente oriental en primavera y otoño. Un vehículo alemán atascado en el barrizal. (Corbis)
70. El frente oriental en invierno. Había que enterrar en puntos estratégicos los tanques y vehículos blindados para protegerlos de los ataques soviéticos. (Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart).
71. El frente oriental en verano. Un espacio sin limites. La unidad de las Waffen-SS camina a través de campos que parecen interminables. (Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart).
72. La «solución final. Judíos franceses deportados en 1942. Rostros asustados atisban desde detrás del alambre espinoso que cubre las aberturas del vagón de ferrocarril. (Bildarchiv Preussischer Kulturbesitz, Berlín).
73. La «solución final». Judíos polacos obligados a cavar su propia tumba en 1942. (Bildarchiv Preussischer Kulturbesitz, Berlín).
74. La «solución final». incineradoras en Majdanek con esqueletos de prisioneros asesinados al acercarse ya el Ejército Rojo y la liberación

el 27 de julio de 1944. (Ullstein Bilderdienst, Berlín).

75. Hitler y Himmler dan un paseo invernal en el Obersalzberg en marzo de 1944. (Ullstein Bilderdienst, Berlín/Walter Frentz).
76. El grupo de oposición de estudiantes de Munich la «Rosa blanca». Christoph Probst (izquierda) con Sophie y Hans Scholl en julio de 1942. El 22 de febrero del año siguiente fueron condenados a muerte y decapitados el mismo día por distribuir en la Universidad de Munich, tras el desastre de Stalingrado, panfletos que condenaban la crueldad del régimen nazi. (Gedenkstätte Deutscher Widerstand, Berlín).
77. El brillante comandante de tanques Heinz Guderian. Aunque comprendía claramente que Hitler estaba conduciendo Alemania a la catástrofe, condenó el intento de asesinarle del 20 de julio de 1944. Al día siguiente, fue nombrado jefe del Estado Mayor general, cargo que conservó hasta su destitución el 28 de marzo de 1945. (Hulton Getty).
78. El general Ludwig Beck, que, tras dimitir en 1948 de su cargo de jefe del Estado Mayor general (por la insistencia de Hitler en arriesgarse a una guerra por Checoslovaquia), se convirtió en un personaje importante de la oposición conservadora. Se suicidó el 20 de julio de 1944, tras el fracaso del atentado contra Hitler. (AKG Londres).
79. El coronel Claus Graf Schenk von Stauffenberg, la fuerza motriz de la conspiración para matar a Hitler del 20 de julio de 1944, que asumió la responsabilidad de perpetrar el asesinato en la Guarida del Lobo y de dirigir el golpe de estado previsto en Berlín. Al fracasar, fue detenido y fusilado esa misma noche. (AKG Londres).
80. El comandante general Henning von Tresckow, uno de los personajes más valientes de la oposición, inspirador de varios planes para matar a Hitler, incubados en el grupo de ejército del centro en 1943. Stauffenberg le consideraba su mentor. La fotografía es de 1944. Se suicidó el 21 de julio en el frente oriental, cuando supo que el atentado había fracasado. (Süddeutscher Verlag, Munich).
81. Hitler, que parece impresionado, justo después del atentado del 20

de julio de 1944 contra él. (Süddeutscher Verlag, Munich).

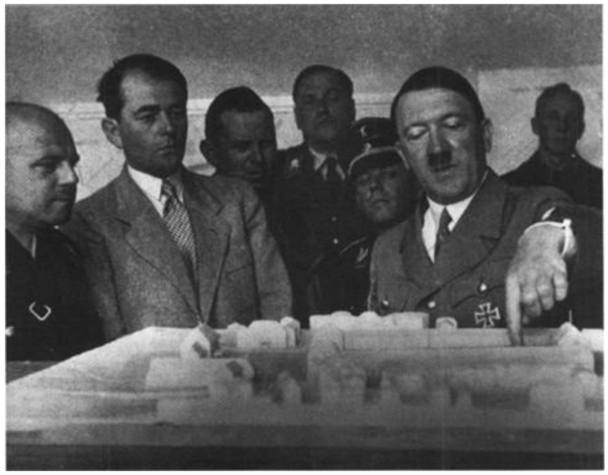
82. Los pantalones de Hitler, destrozados por la explosión de la bomba. (Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart).
83. Hitler recibe a Mussolini en el cuartel general del Führer (fue su último encuentro) unas tres horas después de que hubiese hecho explosión la bomba de Stauffenberg, el 20 de julio de 1944. Da la mano izquierda a Mussolini, porque la explosión le había causado una herida leve en la derecha. (Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart).
84. El gran almirante Dönitz proclama la lealtad de la marina en una declaración radiada poco después de medianoche el 21 de julio de 1944, inmediatamente después de que se hubiesen dirigido al pueblo alemán Hitler y Goebbels. Escuchan a Dönitz, Bormann (izquierda, al lado de Hitler) y Jodl (a la derecha de Hitler, con la cabeza vendada). (Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart).
85. Hitler, envejecido, fotografiado en el Berghof en 1944. (Ullstein Bilderdienst/Berlín, Walter Frentz).
86. Las armas milagrosas: una bomba volante V1 conducida a su plataforma de lanzamiento. (Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart).
87. Las armas milagrosas: un cohete V2, listo para el lanzamiento en Cuxhaven. (Corbis/Hulton-Deutsch Collection).
88. Las armas milagrosas: un soldado americano posa al lado de un Me 262 en la invasión de Alemania de abril de 1945. Hitler había insistido durante mucho tiempo en que se proyectase el caza a reacción como bombardero. Cuando se utilizó finalmente como caza era ya demasiado tarde para que resultase eficaz (Hulton Getty).
89. Rebañando los restos. Hombres mal equipados de la «Volkssturm» (la milicia popular creada por Hitler el 18 de octubre de 1944, cuando ordena que tomen las armas todos los hombres sanos de 16 a 60 años) fotografiada durante una ceremonia de jura en Berlín en diciembre de 1944. (Hulton Getty).
90. El último «Día de los héroes», 11 de marzo de 1945. Hitler no apareció, dejó que fuera Göring (flanqueado por Dönitz, a su

izquierda, y Keitel, a su derecha) quien colocase la corona en el cenotafio en Unter den Linden. (Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart).

91. Mujeres y niños huyen cuando el Ejército Rojo ataca Danzig en marzo de 1945. (AKG Londres).
92. Fantasía: En febrero de 1945, con Berlín a tiro del Ejército Rojo, Hitler estudia la maqueta de la proyectada reconstrucción de postguerra de Linz, su ciudad natal, que le había hecho su arquitecto Hermann Giesler. (National Archives and Records Administration, Washington).
93. Realidad: Hitler, con su ayudante Julius Schaub, en las ruinas de la Cancillería del Reich de Berlín en marzo de 1945, unas semanas antes de que se suicidase. (Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart).



Hitler, septiembre de 1936, retratado con traje y no con el uniforme habitual del partido. (Ullstein Bilderdienst, Berlín).



Hitler discute en 1936 proyectos para nuevos edificios del gobierno en Weimar con su prometedor arquitecto favorito, Albert Speer. A la derecha de Hitler está Fritz Sauckel, gobernador del Reich y Gauleiter de Turingia. (Corbis/Hulton-Deutsch Collection).



Los Juegos Olímpicos de Berlín, 1936: la multitud saluda al Führer. (Ullstein Bilderdienst, Berlín).



La realeza inglesa en el Berghof. Hitler recibe al chique de Windsor (ex rey Eduardo VIII) y a su esposa la duquesa (antes señora Wallis Simpson) el 22 de octubre de 1937, durante su vista a Alemania. (Corhis/Hulton-Deutsch Collection).



El mariscal de campo Werner von Blomberg en 1937. Acabaría siendo destituido de su cargo de ministro de guerra en enero de 1938, por un escándalo relacionado con su esposa. (Corbis/Hulton-Deutsch Collection).



El coronel general Werner Freiherr von Fritsch, comandante en jefe del ejército hasta su destitución tras el escándalo Blomberg, a principios de febrero de 1938, por acusaciones amañadas de homosexualidad. (Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart).



Hitler se dirige a las masas entusiasmadas en la Heldenplatz de Viena el 15 de marzo de 1938, después de la Anschluss. (AKG Londres).



El Eje: Hitler, flanqueado por Mussolini y por el rey Víctor Manuel III, presencia un desfile de tropas en Roma durante su visita a Italia en mayo de 193S. (Bibliothek für zeitgeschichte, Stuttgart).



Hitler es aclamado por multitudes de admiradores en Florencia. (Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart).



Parte de la exposición «El judío eterno», que se inauguró en Munich el 8 de noviembre de 1937 y permaneció abierta hasta el 31 de enero de 1938. Se proponía mostrar los «rasgos externos típicos» de los judíos y demostrar sus supuestas características asiáticas. La exposición atrajo a un total de 412.300 visitantes, unos 5.000 por día. Ayudó a alimentar el crecimiento acelerado de la violencia antisemita en Munich y en otras partes de Alemania durante 1938. (AKG Londres).



«Judíos en Berlín», de la exposición «El judío eterno», que se inauguró en la capital del Reich el 12 de noviembre de 1938. Dos días antes Goebbels había desencadenado una orgía de violencia en la que se destruyeron propiedades judías por toda Alemania y a la que siguieron detenciones en masa de judíos y su exclusión de los negocios y el comercio. (Corbis/Bettmann).



La sinagoga de la Fasenenstrasse, Berlín, arde después de que unidades de asalto nazis le prendieran fuego durante el pogromo de 9-10 de noviembre de 1938. (Corhis/Hulton-Deutsch Collection).



El edificio de la Comunidad judía de Kassel a la mañana siguiente del pogromo. Hay camas, papeles y mobiliario, arrojados por los nazis esparcidos por la calle. Espectadores y policía observan cómo dos personas intentan recogerlo. (Ullstein Bilderdienst, Berlín).



Transeúntes (unos sonriendo, otros con aparente desconcierto) ante una tienda judía destruida y saqueada en Berlín. La cantidad de cristales que rompieron las turbas nazis dieron origen al sarcástico apelativo de «Reichskristallnacht». (AKG Londres).



¿Una familia modelo? El ministro de propaganda del Tercer Reich Joseph Goebbels, su esposa Magda y sus hijos Helga, Hilde y el pequeño Helmut, posan para la cámara en 1936. (Corbis/Hulton-Deutsch Collection).



Goebbels habla por radio a los alemanes la víspera de quincuagésimo cumpleaños de Hitler, 20 de abril de 1939. El matrimonio Goebbels había estado sometido a una grave tensión durante los meses anteriores por la relación del ministro de propaganda con la actriz checa Lida Barova, pero Hitler había insistido por razones de prestigio en que Goebbels y su esposa no se separasen. (Hulton Getty).



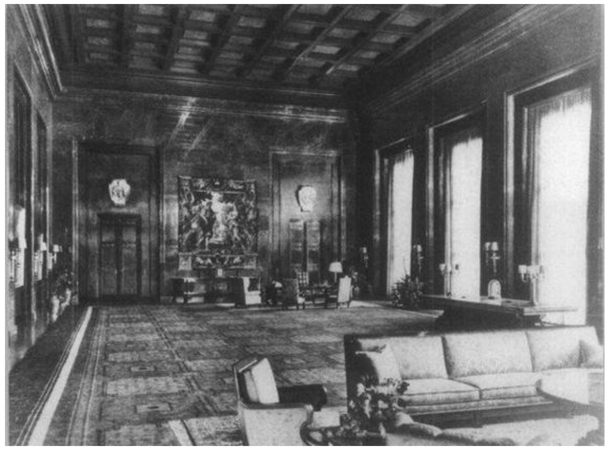
Una fotograba insólita de Eva Braun tomada hacia 1938. Aunque tenía relaciones con Hitler desde 1932, se mantuvieron en secreto y no se hicieron publicas hasta 1945. (Hulton Getty).



Hitler observa al general Wilhelm Keitel, jefe del alto mando de la Wehrmacht, que saluda al primer ministro inglés Neville Chamberlain en el Berghof el 15 de septiembre de 1938, durante la crisis de los Sudetes. (Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart).



Tropas alemanas cruzan el Puente de Carlos de Praga en marzo de 1939, unos días des-pués de que Hitler hubiese impuesto al gobierno checo la aceptación de un protectorado alemán sobre el país. (Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart).



El imponente «estudio» de Hitler en la Cancillería del Reich, utilizado más para impresiona) a los visitantes que para trabajar. (Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart).



Pompa y solemnidad: Hermann Göring se dirige a Hitler durante una celebración oficial (probablemente el cumpleaños de este, el 20 de abril de 1939) en la nueva Cancillería del Reich, un proyecto de Albert Speer que se terminó de construir en 1939. (Bayesrisches Haupstaatsarchiv Munich).



«El cumpleaños del Führer»: el día de su cuatrigésimo noveno cumpleaños, el 20 de abril de 1938, Hitler se ríe con el el modelo del Volkswagen que le ha regalado Ferdinand Porsche que le indica que el motor está en el maletero. Ninguno de los 336.000 alemanes que pidieron y pagaron parcial o totalmente un Volkswagen llegaron a recibirlo. Los vehículos se fabricaron durante la guerra para fines exclusivamente militares. (Hulton Getty).



«El cumpleaños del Führer»: Heinrich Himmler, jefe de las SS, hace entrega a Hitler de su regalo (un valioso retrato ecuestre de Federico el Grande realizado por Adolí von Menzel) en su quincuagésimo cumpleaños, el 20 de abril de 1939. Observan la escena Sepp Dietrich (centro), comandante de la SS-Leibstandarte Adolf Hitler, y (extremo derecha) Karl Wolff, jefe del equipo personal de Himmler. (Bundesarchiv, Coblenza).



Hitler, con traje de etiqueta, camina con Winifred Wagner entre multitudes vitoreantes durante el último Festival de Bayreuth antes de la guerra, en julio de 1939. (Bayerisches Hauptsaatsarchiv, Munich).



Molotov firma el Pacto de no Agresión de la Unión Soviética con Alemania a primera hora del 24 de agosto de 1939, observado (de izquierda a derecha) por el mariscal Boris S. Shaposhnikov, jefe de Estado Mayor del Ejército Rojo, Richard Schulze, ayudante de Ribbentrop, el propio ministro alemán de exteriores Joachim von Ribbentrop, con aire petulante, y Stalin. (Corbis)



Hitler en su cuartel general de campo temporal durante la campaña polaca, junto con sus ayudantes de la Wehrmacht (de izquierda a derecha): capitán Nicolaus von Below (Luftwaffe), capitán Gerhard Engel (ejército) y coronel Rudolf Schmundt (ayudante jefe). A la izquierda de Hitler está Martin Bormann. (Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart).



Hitler en una revista de tropas en Varsovia el 5 de octubre de 1939 una vez obtenida la victoria en Polonia. (Bibliothek für Zeitgeschichte, Munich).



Hitler durante su discurso a la «vieja guardia» del partido en la Bürgebräukeller de Munich el 8 de noviembre de 1939. Unos minutos después de que abandonara el local explotó cerca de donde había estado hablando, matando a ocho de los presentes e hiriendo a más de sesenta, una bomba de relojería colocada por George Elser, un carpintero suabo. (Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart).



Arthur Greiser, el fanático gobernador del Reich y Gauleiter de la Reichsgau Wartheland, la parte anexionada del oeste de Polonia, en la celebración de la «liberación» de la zona el 2 de octubre de 1939. (Bundesarchiv, Coblenza).



Albert Forster, Gauleiter de Danzig-Prusia Occidental, un rival de Greiser en el brutal intento de «alemanizar» las partes de Polonia anexionadas. (Süddeutscher Verlag, Munich).



Hitler en su cuartel general «Wolfsschlucht» (Guarida del Lobo), cerca de Bruly de Peche, Bélgica, entusiasmado al enterarse, el 17 de junio de 1940, de qué Francia había pedido un armisticio. A su derecha está Walther Hewel, enlace de Ribbentrop en el cuartel general del Führer. (Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart.)



Hitler visita los emplazamientos artilleros de la Línea Maginot en Alsacia. durante su breve estancia en sd cuartel general «Tannenberg», cerca de Freudenstadt, en la Selva Negra, el 30 de junio de 1940. (Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart).



Hitler en Frendenstadt el 5 de julio de 1940, el ultimo día que tuvo su sede en «Tannenberg». (Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart).



Una inmensa multitud reunida en la Wilhelmplatz de Berlín el 6 de julio de 1940, aclama al héroe vencedor cuando Hitler regresa del triunfo sobre Francia. Göring está a la derecha de Hitler en el balcón de la Cancillería del Reich.(Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart).



Hitler se despide de Franco tras sus conversaciones en Hendaya, en la frontera francoespañola, el 23 de octubre de 1940. Las sonrisas ocultaban la irritación que sentían ambos dictadores por el resultado de las conversaciones. (Bibliothek für Zeigeschichte, Stuttgart).



Hitler se encuentra con el jefe del estado francés, mariscal Pétain, en Montoire, el 24 de octubre de 1940 para unas conversaciones que produjeron pocos resultados tangibles. (Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart).



Ribbentrop hablando con Molotov, ministro del exterior soviético, en una recepción en el hotel Kaiserhof durante la visita del último a Berlín, 12-14 de noviembre de 1940. La dureza de las conversaciones con Molotov confirmó a Hitler en su idea de que tenía motivos para planear un ataque a la Unión Soviética en 1941. (Bildarchiv Preussischer Kulturbesitz, Berlín).



Hitler y el ministro del exterior japonés Matsuoka en la Cancillería del Reich, en Berlín, el 27 de marzo de 1941. El de la izquierda es el funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores e intérprete doctor Paul Schmidt, que levantó acta de la reunión. Hitler había dado ese mismo día instrucciones a sus jefes militares para la invasión de Yugoslavia. (Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart).



Hitler en su cuartel general de Mönichkirchen, cerca de Graz, a mediados de abril de 1941, durante la campaña de los Balcanes, hablando con el general Alfred Jodl (izquierda), jefe del Estado Mayor operativo de la Wehrmacht. Detrás de Hitler está Nicolaus von Below, su ayudante de la Luftwaffe. (Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart).



Hitler pensativo, acompañado por el jefe del alto mando de la Wehrmacht, mariscal de campo Wilhelm Keitel, se dirige en tren el 30 de junio de 1941 al cuartel general del alto mando, en Angerbnrg, no lejos de su propio cuartel general del Führer de la Guarida del Lobo, cerca de Rastenbnrg, en la Prusia oriental. (Ullstein Bildenlienst, Berlín/Walter Frentz).



Un cartel antibolchevique. «La victoria de Europa es tu prosperidad». Con Inglaterra destruida, el puño acorazado de la Alemania nazi aplasta el bolchevismo de Stalin (Imperial War Museum, Londres).



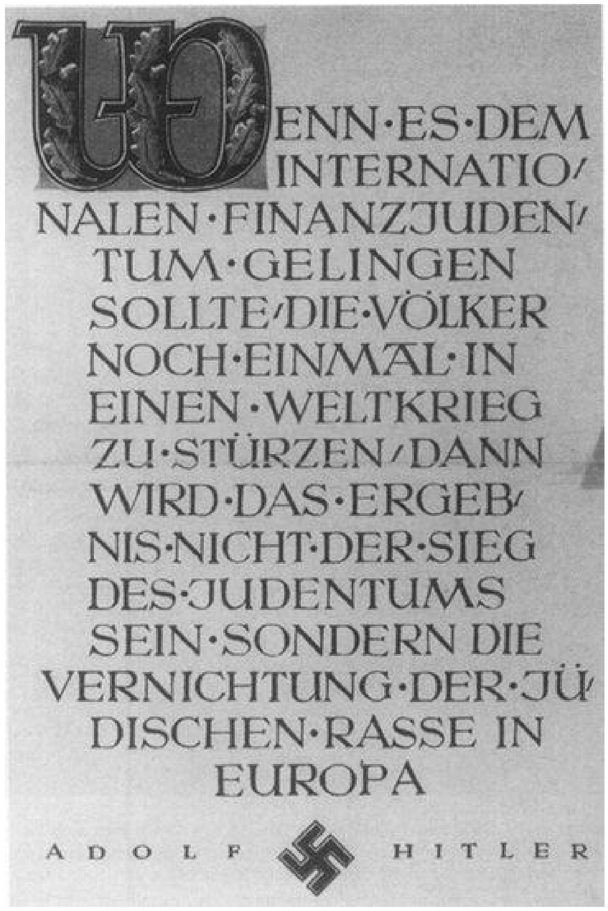
El mariscal de campo Walther von Brauchitsch (derecha), el débil comandante en jefe del ejército entre febrero de 1938 y su destitución en diciembre de 1941, en una sesión informativa con el general Franz Halder, jefe del Estado Mayor general de 1938 a 1942. (AKG Londres.)



El mariscal de campo Keitel discute cuestiones militares con Hitler en la Guarida del Lobo poco después de la invasión de la Unión Soviética. (Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart).



El Reichsführer-SS y jefe de la policía alemana Heinrich Himmler (izquierda) junto a su mano derecha el SS-Obergruppen Führer Reinhard Heydrich, jefe de la Oficina Central de Seguridad del Reich. Bajo la égida de ambos, y con autorización de Hitler, se dieron los pasos para ejecutar la «solución final de la cuestión judia». (Süddeutscher Verlag, Munich).



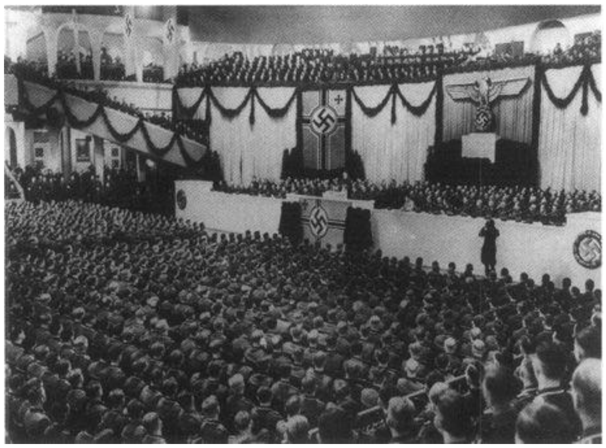
«Si los financieros judíos internacionales consiguiesen una vez mas precipitar a las naciones en una guerra mundial, el resultado no sería la victoria de los judíos sino la aniquilación de la raza judía en Europa» Adolf Hitler. La «profecía» que Hitler había proclamado ante el Reichstag el 30 de enero de 1939. El cartel lo hizo en septiembre de 1941 como una «Consigna de la semana» la oficina central del departamento de propaganda del Partido Nazi y se distribuyó a las delegaciones del partido de todo el Reich. (The Wienner Library, Londres).



Hitler saluda al ataúd de Reinhard Heydrich, jefe de la policía de seguridad, que había sido asesinado por patriotas checos aerotransportados desde Inglaterra, en el funeral oficial que se celebró en su honor en el salón de mosaicos de la nueva Cancillería del Reich de Berlín el 9 de junio de 1942. (Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart).



Hitler consuela en el funeral oficial a los hijos de Heydrich. Pero en privado criticó al difunto por no haberse preocupado más por su seguridad. Los otros dirigentes nazis de la foto son, de izquierda a derecha: Kurt Daluege (jefe de la Ordnungspolizei); Bernhard Rust (ministro de educación del Reich); Alfred Rosenberg (Ministro del Reich para los territorios ocupados del este); Viktor Lutze (jefe de Estado Mayor de la SA); Baldur von Schirach (gobernador del Reich y Gauleiter de Viena); Robert Ley (jefe de organización del Partido Nazi y del frente Alemán del trabajo); Himmler; Wilhelm Frick (ministro del interior del Reich); y Göring. (Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart).



Hitler se dirige a 12.000 oficiales y cadetes en el Sportpalast de Berlín el 28 de septiembre de 1942. (Bibliothekfür Zeitgeschichte, Stuttgart).



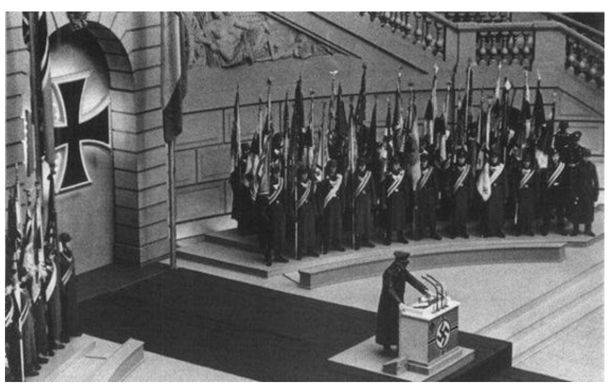
Algunos de los jóvenes oficiales reunidos aclaman a Hitler. (Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart).



El mariscal de campo Fedor von Bock en 1942, como comandante en jefe del grupo de ejército del sur. Durante la segunda mitad de 1941 había mandado el grupo de ejército del centro, que había sido punta de lanza del avance hacia Moscú. Aunque cada vez más crítico con la jefatura militar de Hitler, se mantuvo fiel a él. (Ullstein Bilderdienst, Berlín/Walter Frentz).



El mariscal de campo Erich von Manstein, posiblemente el comandante militar más dotado de Hitler. A pesar de sus crecientes discrepancias, no quiso sumarse a la conspiración contra él. «Los mariscales de campo prusianos no se amotinan», dijo. (Ullstein Bilderdienst, Berlín/Walter Frentz).



Hitler hablando el «Día de los héroes», 15 de marzo de 1942, en el Ehrenhof («patio de honor») del Arsenal, en Unter den Linden, Berlín. (Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart).



El frente oriental, julio de 1942. Tropas motorizadas se alejan de una aldea rusa en llamas que han destruido. (Hulton Getty).



Los «clientes» de Hitler: recibiendo a los jefes de estados satélites. Hitler saluda al jefe del estado croata, doctor Ante Pavelic, en la Guarida del Lobo, el 29 de abril de 1943. (Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart).



Hitler con el dirigente rumano mariscal Antonescu (centro), en el cuartel general del Führer el 15 de febrero de 1942. El de la izquierda es el intérprete de Hitler, Paul Schmidt. (Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart).



Hitler saluda al rey Boris III de Bulgaria en la Guarida del Lobo en marzo de 1942. Poco más de una semana después de una visita posterior, el 15 de agosto de 1943, el rey Boris murió súbitamente de un ataque al corazón, lo que hizo correr rumores en el extranjero de que Hitler le había hecho envenenar. (Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart).



El turno del presidente eslovaco, monsignor doctor Josef Tiso, de visitar a Hitler, el 23 de abril de 1943, en el palacio barroco restaurado de Klessheim, cerca de Salzburgo. (Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart.)



Hitler saluda al dirigente finlandés mariscal Mannerheim en la Guarida del Lobo el 27 de junio de 1942. El que está al fondo es Keitel. (Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart).



El almirante Horthy, jefe de estado húngaro, habla con (de izquierda a derecha) Ribbentrop, Keitel y Martin Bormann durante su visita a la Guarida del Lobo de 8-10 de septiembre de 1941. Las visitas posteriores, cuando la suerte en la guerra fue cambiando de signo, resultaron menos armoniosas.



Un frente; excesivamente ampliado. En 1942 las exigencias en hombres y material de una vasta gama de frentes y de condiciones habían generado precisamente la incoherencia estratégica que Hitler siempre había temido. Noruega: la grúa de un navio de auxilio deposita en tierra un hidroavión «Do 24» para remolcarlo hasta el hangar donde ha de repararse. (Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart).



Un frente excesivamente ampliado. Leningrado: un inmenso cañón, instalado en un tren, dispara sobre la ciudad cercada. El cañón pesaba 145 toneladas, tenía un cañón de 16, 4 metros de longitud y un alcance de 46,6 kilómetros. (Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart).



Un frente excesivamente ampliado: tanques alemanes en el frente en la Cirenaica. (Hulton Getty).



Un frente excesivamente ampliado. Bosnia: una expedición para cazar guerrilleros. (Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart).



Un soldado alemán exhausto en el frente oriental.
(Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart).



Hitler presencia el desfile de la Wehrmacht tras depositar una corona de flores en el cenotafio de Unter den Linden el «Día de los héroes», 21 de marzo de 1943. Detrás de Hitler están (de izquierda a derecha) Göring, Keitel, el comandante en jefe de la marina Karl Dönitz y Himmler. Poco antes había tenido que abortarse un atentado de opositores del grupo de ejército del centro para matar a Hitler debido a que ese día se modificó sin previo aviso el programa habitual de actividades del dictador. (Ullstein Bilderdienst, Berlín/Walter Frentz).



La «vieja guardia» del partido recibe a Hitler en la Löwenbräukeller de Munich el 8 de noviembre de 1943, en el vigésimo aniversario del «golpe de la cervecería». A la derecha de Hitler está Göring. Sería la última vez que Hitler asistiría al ritual simbólico, un punto culminante del calendario nazi. (Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart).



Martin Bormann, jefe de la Cancillería del partido (a raíz del vuelo de Rudolf Hess a Escocia en mayo de 1941). Estuvo al lado de Hitler constantemente desde el principio de la guerra y en abril de 1943 fue nombrado oficialmente secretario del Führer. Gracias a esa proximidad y a su control del partido disfrutaba de un gran poder. (Hulton Getty).



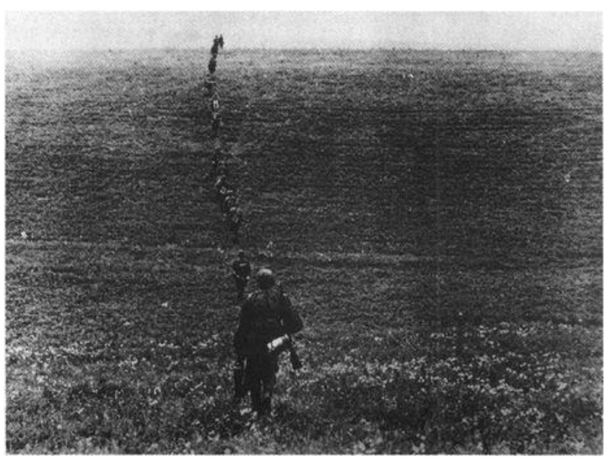
Hitler y Goebbels, fotografiados durante un paseo por el Obersalzberg, encima de Berchtesgaden, en junio de 1943. Aún son capaces sonreír, pese a los desastres militares y a los crecientes problemas internos. (Ullstein Bilderdienst, Berlín/Walter Frentz).



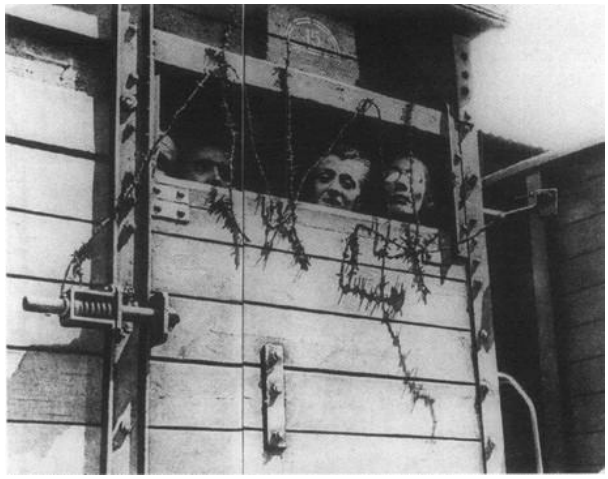
El frente oriental en primavera y otoño. Un vehículo alemán atascado en el barrizal. (Corbis)



El frente oriental en invierno. Había que enterrar en puntos estratégicos los tanques y vehículos blindados para protegerlos de los ataques soviéticos. (Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart).



El frente oriental en verano. Un espacio sin limites. La unidad de las Waffen-SS camina a través de campos que parecen interminables. (Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart).



La «solución final. Judíos franceses deportados en 1942. Rostros asustados atisban desde detrás del alambre espinoso que cubre las aberturas del vagón de ferrocarril. (Bildarchiv Preussischer Kulturbesitz, Berlín).



La «solución final». Judíos polacos obligados a cavar su propia tumba en 1942. (Bildarchiv Preussischer Kulturbesitz, Berlín).



La «solución final». incineradoras en Majdanek con esqueletos de prisioneros asesinados al acercarse ya el Ejército Rojo y la liberación el 27 de julio de 1944. (Ullstein Bilderdienst, Berlín).



Hitler y Himmler dan un paseo invernal en el Obersalzberg en marzo de 1944. (Ullstein Bilderdienst, Berlín/Walter Frentz).



El grupo de oposición de estudiantes de Munich la «Rosa blanca». Christoph Probst (izquierda) con Sophie y Hans Scholl en julio de 1942. El 22 de febrero del año siguiente fueron condenados a muerte y decapitados el mismo día por distribuir en la Universidad de Munich, tras el desastre de Stalingrado, panfletos que condenaban la crueldad del régimen nazi. (Gedenkstätte Deutscher Widerstand, Berlín).



El brillante comandante de tanques Heinz Guderian. Aunque comprendía claramente que Hitler estaba conduciendo Alemania a la catástrofe, condenó el intento de asesinarle del 20 de julio de 1944. Al día siguiente, fue nombrado jefe del Estado Mayor general, cargo que conservó hasta su destitución el 28 de marzo de 1945. (Hulton Getty).



El general Ludwig Beck, que, tras dimitir en 1948 de su cargo de jefe del Estado Mayor general (por la insistencia de Hitler en arriesgarse a una guerra por Checoslovaquia), se convirtió en un personaje importante de la oposición conservadora. Se suicidó el 20 de julio de 1944, tras el fracaso del atentado contra Hitler. (AKG Londres).



El coronel Claus Graf Schenk von Stauffenberg, la fuerza motriz de la conspiración para matar a Hitler del 20 de julio de 1944, que asumió la responsabilidad de perpetrar el asesinato en la Guarida del Lobo y de dirigir el golpe de estado previsto en Berlín. Al fracasar, fue detenido y fusilado esa misma noche. (AKG Londres).



El comandante general Henning von Tresckow, uno de los personajes más valientes de la oposición, inspirador de varios planes para matar a Hitler, incubados en el grupo de ejército del centro en 1943. Stauffenberg le consideraba su mentor. La fotografía es de 1944. Se suicidó el 21 de julio en el frente oriental, cuando supo que el atentado había fracasado. (Süddeutscher Verlag, Munich).



Hitler, que parece impresionado, justo después del atentado del 20 de julio de 1944 contra él. (Süddeutscher Verlag, Munich).



Los pantalones de Hitler, destrozados por la explosión de la bomba. (Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart).



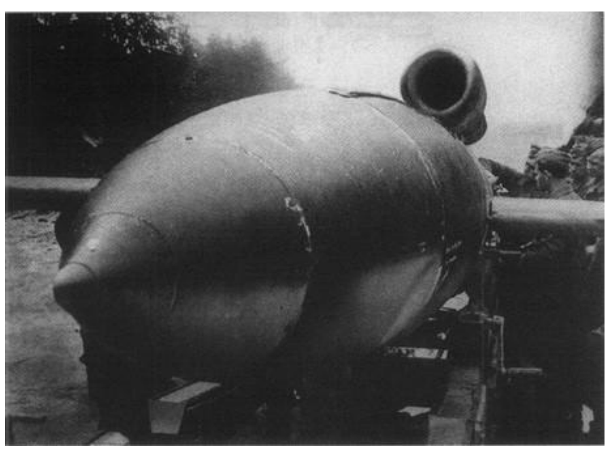
Hitler recibe a Mussolini en el cuartel general del Führer (fue su último encuentro) unas tres horas después de que hubiese hecho explosión la bomba de Stauffenberg, el 20 de julio de 1944. Da la mano izquierda a Mussolini, porque la explosión le había causado una herida leve en la derecha. (Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart).



El gran almirante Dönitz proclama la lealtad de la marina en una declaración radiada poco después de medianoche el 21 de julio de 1944, inmediatamente después de que se hubiesen dirigido al pueblo alemán Hitler y Goebbels. Escuchan a Dönitz, Bormann (izquierda, al lado de Hitler) y Jodl (a la derecha de Hitler, con la cabeza vendada). (Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart).



Hitler, envejecido, fotografiado en el Berghof en 1944. (Ullstein Bilderdienst/Berlín, Walter Frentz).



Las armas milagrosas: una bomba volante V1 conducida a su plataforma de lanzamiento. (Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart).



Las armas milagrosas: un cohete V2, listo para el lanzamiento en Cuxhaven. (Corbis/Hulton-Deutsch Collection).



Las armas milagrosas: un soldado americano posa al lado de un Me 262 en la invasión de Alemania de abril de 1945. Hitler había insistido durante mucho tiempo en que se proyectase el caza a reacción como bombardero. Cuando se utilizó finalmente como caza era ya demasiado tarde para que resultase eficaz (Hulton Getty).



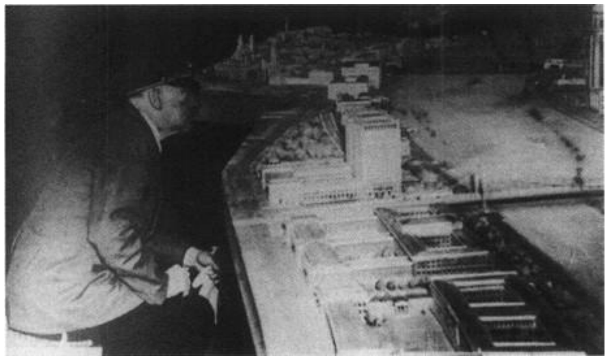
Rebañando los restos. Hombres mal equipados de la «Volkssturm» (la milicia popular creada por Hitler el 18 de octubre de 1944, cuando ordena que tomen las armas todos los hombres sanos de 16 a 60 años) fotografiada durante una ceremonia de jura en Berlín en diciembre de 1944. (Hulton Getty).



El último «Día de los héroes», 11 de marzo de 1945. Hitler no apareció, dejó que fuera Göring (flanqueado por Dönitz, a su izquierda, y Keitel, a su derecha) quien colocase la corona en el cenotafio en Unter den Linden. (Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart).



Mujeres y niños huyen cuando el Ejército Rojo ataca Danzig en marzo de 1945. (AKG Londres).



Fantasía: En febrero de 1945, con Berlín a tiro del Ejército Rojo, Hitler estudia la maqueta de la proyectada reconstrucción de postguerra de Linz, su ciudad natal, que le había hecho su arquitecto Hermann Giesler. (National Archives and Records Administration, Washington).



Realidad: Hitler, con su ayudante Julius Schaub, en las ruinas de la Cancillería del Reich de Berlín en marzo de 1945, unas semanas antes de que se suicidase. (Bibliothek für Zeitgeschichte, Stuttgart).

GLOSARIO DE ABREVIATURAS

ADAP	Akten zur Deutschen Auswärtigen Politik 1918-1945. (Serie D: 1. 9. 37-11. 12. 41; Serie E: 1941-1945)
AO	Auslandsorganisation (Organización Exterior del Partido Nazi)
Anatomie	Hans Buchheim, Martin Broszat, Hans-Adolf Jacobsen, and Helmut Krausnick, Anatomie des SS-Staates, 2 vols., Olten y Freiburg im Breisgau, 1965
APZ	Aus Politik und Zeitgeschichte (Beilage zur Wochenzeitung «Das Parlament»)
BA	Bundesarchiv (Archivos Federales Alemanes, Berlín)
BA/MA	Bundesarchiv/Militärarchiv (Archivos Federales Alemanes/Archivos Militares, Potsdam)
BDC	Centro Documental de Berlín
BHStA	Bayerisches Hauptstaatsarchiv (Archivo Estatal Central de Bavaria)
CD	Ciano's Diary 1939-1943, ed. Malcolm Muggeridge, Londres-Toronto, 1947

CP	Ciano's Diplomatic Papers, ed. Malcolm Muggeridge, Londres, 1948
DBFP	Documents on British Foreign Policy, 1919-1939, 2nd Series, 1929-1938, 3rd Series, 1933-1939, Londres, 1947-61
DAF	Deutsche Arbeitsfront (Frente del Trabajo Alemán)
DBS	Deutschland-Berichte der Sozialdemokratischen Partei Deutschlands, 1934-1940, 7 vols., Frankfurt am Main, 1980
DGFP	Doruments on German Foreign Policy, 1918-1943, Series C (1933-1937), The Third Reich: First Phase; Series D (1937-1943), Londres, 1957-66
Domarus	Max Domarus (ed)., Hitler Reden und Proklamationen 1932-1945, 2 vols. en 4 partes, Wiesbaden, 1973
DRZW	Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg, 6 vols. publicados hasta ahora, ed. Militärgeschichtliches Forschungsamt, Stuttgart, 1979-
DTR Frank	Das Diensttagebuch des deutschen Generalgouverneurs in Polen 1939-1945 ed. Werner Prag and Wolfgang Jacobmeyer, Stuttgart, 1975
DZW	Deutschland im zweiten Weltkrieg, 6 vols., ed. Autorenkollektiv, Berlín Este, 1974-85

FHQ	Führerhauptquartier (Cuartel general del Führer)
Gestapo	Geheime Staatspolizei (Policía estatal secreta)
GG	Geschichte und Gesellschaft
GS	Gendarmerie-Station (comisaría de policía)
GStA	Geheimes Staatsarchiv (Bayerisches Hauptstaatsarchiv, Abt. 11, Munich)
Halder, diario de	The Halder War Diary 1939-1942, ed. Charles Burdick y Hans-Adolf Jacobsen, Londres, 1988
Halder, KTB de	Generaloberst Halder: Kriegstagebuch, ed. Hans-Adolf Jacobsen, 3 vols., Stuttgart, 1962-4
HJ	Hitlerjugend (Juventud de Hitler)
HZ	Historische Zeitschrift
IfZ	Institut für Zeitgeschichte, München (Instituto de Historia Contemporánea, Munich)
IMG	Der Prozess gegen die Hauptkriegsverbrecher vor dem Internationalen Militärgerichtshof, Nürnberg, 14. November 1945-I. Oktober 1946, 42 vols., Nuremberg, 1947-9 (= IMT: Juicio de los principales criminales de guerra ante el Tribunal militar internacional, Nuremberg)
IML/ZPA	Institut für Marxismus-Leninismus, Zentrales Parteiarchiv (Berlín Este, GDR)

Irving, HW	David Irving, Hitler's War, Londres, 1977
IWM	Imperial War Museum
JK	Eberhard Jäckel y Axel Kuhn (eds)., Hitler. Sämtliche Aufzeichnungen 1905-1924, Stuttgart, 1980
JCH	Journal of Contemporary History
JMH	Journal of Modern History
Keitel	Generalfeldmarschall Keitel. Verbrecher oder Offizier? Erinnerung, Briefe, Dokumente des Chefs OKW, ed. Walter Görlitz, Gotinga-Berlín-Frankfurt, 1961
Koeppen	Aufzeichnungen des persönlichen Referenten Rosenbergs Dr. Koeppen über Hitlers Tischgespräche 1941, Bundesarchiv R6/34a, Fols. 1-82 (Notas del doctor Werner Koeppen, enlace de Alfred Rosenberg en el cuartel general del Führer, en la «mesa de conversaciones» de Hitler, 1941)
KPD	Kommunistische Partei Deutschlands (Partido comunista de Alemania)
KTB OKW	Kriegstagebuch des Oberkommandos der Wehrmacht (Wehrmachtsführungsstab), ed. Percy Ernst Schramm, 4 vols. (en seis partes), Frankfurt am Main, 1961-5
LB (Darmstadt)	Lagebesprechungen im Führerhauptquartier.

	Protokollfragmente aus Hitlers militärischen Konferenzen 1942-1945, ed. Helmut Heiber, ed. abreviada, Berlín-Darmstadt-Viena, 1962
LB (Stuttgart)	Hitlers Lagebesprechungen - Die Protokollfragmente seiner militärischen Konferenzen 1942-1945, ed. Helmut Heiber (texto íntegro), Stuttgart, 1962
LBYB	Leo Baeck Institute Yearbook (Anuario del Instituto Leo Baeck)
LR	Landrat (jefe de la administración estatal de distrito)
MadR	Meldungen aus dem Reich. Die geheimen Lageberichte des Sicherheitsdienstes der SS 1938-1945, ed. Heinz Boberach, 17 vols., Herrsching, 1984
MK	Adolf Hitler, Mein Kampf 876-880° reedic., Munich, 1943
MK Watt	Adolf Hitler, Mein Kampf Londres, 1969, trad. por Ralph Manheim, con una introducción de D. C. Watt, edición de bolsillo, Londres, 1973
Monologe	Adolf Hitler: Monologe im Führeihauptquartier 1941-1944. Die Aufzeichnungen Heinrich Heims, ed. Werner Jochmann, Hamburgo, 1980
NA	National Archives (Archivos Nacionales), Washington
Nbg-Dok.	Nürnberg-Dokumente (Documentos utilizados en los Juicios de Nuremberg)

NCA	Nazi Conspiracy and Aggression, ed. Office of the United States Chief off Counsel for Prosecution of Axis Criminality, 9 vols. y 2 vols. suplementarios, Washington D. C., 1946-8
N&P	Jeremy Noakes y Geoffrey Pridham (eds)., Nazism, 1919-1945. A Documentary Reader, 4 vols., Exeter, 1983-98
NSDAP	Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei (Partido Nazi)
NSKK	Nationalsozialistisches Kraftfahrkorps (Cuerpo motorizado nazi)
NSV	Nationalsozialistische Volkswohlfahrt (Asistencia social nazi)
OKH	Oberkommando des Heeres (Alto mando del ejército)
OKW	Oberkommando der Wehrmacht (Alto mando de la Wehrmacht (fuerzas armadas))
OSS	Office of Strategic Services (organismo del servicio secreto de los Estados Unidos)
OT	Organización Todt
PRO	Public Record Office (Oficina del registro público) (Londres y Belfast)
RAF	Royal Air Force (Fuerzas aéreas inglesas)
RGB1	Reichsgesetzblatt

RP	Regierungspräsident (presidente del gobierno, jefe de la administración estatal regional)
RSA	Hitler. Reden, Schriften, Anordnungen: Februar 1925 bis Januar 1933, ed. Institut für Zeitgeschichte, 5 vols. en 12 partes, Munich-Londres-Nueva York-París, 1992-8
RSHA	Reichssicherheitshauptamt (Oficina central de seguridad del Reich)
SA	Sturmabteilung (Tropa de asalto)
SD	Sicherheitsdienst (Servicio de seguridad)
Sopade	Sozialdemokratische Partei Deutschlands (ejecutiva en el exilio del SPD con sede en Praga (1933-8), luego en París (1938-40) y a partir de 1940 en Londres
SPD	Sozialdemokratische Partei Deutschlands (Partido socialdemócrata de Alemania)
SS	Schutzstaffeln (Grupos de defensa)
StA	Staatsarchiv
Staatsmänner I	Staatsmänner und Diplomaten bei Hitler. Vertrauliche Aufzeichnungen 1939-1941, ed. Andreas Hillgruber, Munich, 1969
Staatsmänner II	Staatsmänner und Diplomaten bei Hitler.

	Vertrauliche Aufzeichnungen 1942-1944, ed. Andreas Hillgruber, Frankfurt am Main, 1970
StdF	Stellvertreter des Führers (representante del Führer)
TBJG	Die Tagebücher von Joseph Goebbels. Teil I, Aufzeichnungen 1923-1941, 9 vols. (vols-6-9 publicados hasta ahora publicados), Teil
	II, Diktate 1941-1945, 15 vols., ed. Elke Fröhlich, Munich etc., 1993-8
Tb Irving	Der unbekannte Dr. Goebbels. Die geheimen Tagebücher 1938, Londres, 1995
Tb Spiegel	29/1992, 104-28, 30/1992, 100-9, 31/1992, 102-12, 32/1992, 58-75
Tb Reuth	Joseph Goebbels. Tagebücher 1924-1945, 5 vols., Munich-Zurich, 1992
TWC	Trials of War Criminals before the Nurenberg Military Tribunals under Control Council Law No. 10, 15 vols., Nuremberg, octubre 1946-abril 1949
VB	Völkischer Beobachter (principal periódico nazi)
VfZ	Vierteljahreshefte für Zeitgeschichte
völkisch	nacionalismo racial
Weinberg I	Gerhard L. Weinberg, The Foreign Policy of Hitler's Germany. Diplomatic Revolution in Europe, 1933-36,

Chicago-Londres, 1970

Weinberg II — Gerhard L. Weinberg, The Foreign Policy of Hitler's Germany. Starting World War II, 1933-1939, Chicago-Londres, 1980

Weinberg III — Gerhard L. Weinberg, A World at Arms. A Global History of World War II, Cambridge, 1994

Weisungen — Hitlers Weisungen für die Kriegführung 1939-1945. Dokumente des Oberkommandos der Wehrmacht, ed. Walther Hubatsch, Munich, 1965

BIBLIOGRAFÍA

Abendroth, Hans-Henning, 'Deutschlands Rolle im Spanischen Bürgerkrieg', in Manfred Funke (ed.), Hitler, Deutschland und die Mächte. Materialien zur Außenpolitik des Dritten Reiches, Düsseldorf, 1978, 471-88.

Adam, Uwe Dietrich, Judenpolitik im Dritten Reich, Düsseldorf, 1972.

—'Wie spontan war der Pogrom?', in Walter H. Pehle (ed.), Der Judenpogrom. Von der 'Reichskristallnacht' zum Völkermord, Frankfurt am Main, 1988, 74-93.

Adler, H. G., Der verwaltete Mensch. Studien zur Deportation der Juden aus Deutschland, Tübingen, 1974.

Adolf Hitler: Monologe im Führerhauptquartier 1941-1944. Die Aufzeichnungen Heinrich Heims, ed. Werner Jochmann, Hamburg, 1980.

Aigner, Dietrich, Das Ringen um England, Munich/Esslingen, 1969.

Akten der Reichskanzelei. Die Regierung Hitler. Teil I, 1933-34, ed. Karl-Heinz Minuth, Boppard am Rhein, 1989.

Akten zur Deutschen Auswärtigen Politik 1918-1945. (Serie D: 1.9.37-11.12.41; Serie E: 1941-1945).

Allbritton, William T., and Mitcham, Samuel W. Jr, 'SS-Oberstgruppenführer und Generaloberst der Waffen-SS Joseph (Sepp) Dietrich', in Gerd Ueberschär (ed.), Hitlers militärische Elite, Bd. II. Vom Kriegsbeginn zum Weltkriegsende, Darmstadt, 1998, 37-44.

Allen, William Sheridan, 'Die deutsche Öffentlichkeit und die "Reichskristallnacht" - Konflikte zwischen Werthierarchie und Propaganda im Dritten Reich', in Die Reihen fast geschlossen.

Beiträge zur Geschichte des Alltags unterm Nationalsozialismus, Wuppertal, 1981, 397-411.

—'Die sozialdemokratische Untergrundbewegung: Zur Kontinuität der subkulturellen Werte', in Jürgen Schmädeke and Peter Steinbach (eds.), Der Widerstand gegen den Nationalsozialismus. Die deutsche Gesellschaft und der Widerstand gegen Hitler, Munich/Zurich, 1985, 859-66.

Aly, Götz, 'Endlösung'. Völkerverschiebung und der Mord an den europäischen Juden, Frankfurt am Main, 1995.

Aly, Götz, and Heim, Susanne, Vordenker der Vernichtung. Auschwitz und die deutschen Pläne für eine neue europäische Ordnung, Frankfurt am Main, 1993.

Anatomie des SS-Staates, incl. contributions by Hans Buchheim et al., Olten/Freiburg i. Br., 1965.

Anatomy of the SS State, London, 1968.

Andreas-Friedrich, Ruth, Schauplatz Berlin. Ein deutsches Tagebuch, Munich, 1962.

Angermund, Ralph, Deutsche Richterschaft 1919-1945. Krisenerfahrung, Illusion, politische Rechtsprechung, Frankfurt am Main, 1990.

'Anschluß' 1938. Eine Dokumentation, ed. Dokumentationsarchiv des Österreichischen Widerstandes, Vienna, 1988.

Ansel, Walter, Hitler Confronts England, Durham NC, 1960.

Arad, Yitzhak, Belzec, Sobibor, Treblinka. The Operation Reinhard Death Camps, Bloomington/Indianapolis, 1987.

Aschenauer, Rudolf (ed.), Ich, Adolf Eichmann, Leoni am Starnberger See, 1980.

Auerbach, Hellmuth, 'Konzentrationslagerhäftlinge im Fronteinsatz', in Wolfgang Benz (ed.), Miscellanea: Festschrift für Helmut Krausnick zum 75. Geburtstag, Stuttgart, 1980, 63-83.

—'Volksstimmung und veröffentlichte Meinung', in Franz Knipping and Klaus-Jürgen Müller (eds.), Machtbewußtsein in Deutschland am Vorabend des Zweiten Weltkrieges, Paderborn, 1984, 273-93.

Baigent, Michael, and Leigh, Richard, Secret Germany: Claus von Stauffenberg and the Mystical Crusade against Hitler, London, 1994.

Balfour, Michael, Propaganda in War, 1939-1945, London, 1979.
Balfour, Michael, and Frisby, Julian, Helmuth von Moltke. A Leader against Hitler, London, 1972.
Bankier, David, 'Hitler and the Policy-Making Process on the Jewish Question', Holocaust and Genocide Studies, 3 (1988), 1-20.
—The Germans and the Final Solution. Public Opinion under Nazism, Oxford, 1992.
Baranowski, Shelley, The Confessing Church, Conservative Elites, and the Nazi State, Lewiston/Queenston, 1986.
Barkai, Avraham, Vom Boykott zur 'Entjudung'. Der wirtschaftliche Existenzkampf der Juden im Dritten Reich 1933-1943, Frankfurt am Main, 1987.
—'Schicksalsjahr 1938', in Walter H. Pehle (ed.), Der Judenpogrom 1938. Von der 'Reichskristallnacht' zum Völkermord, Frankfurt am Main, 1988, 94-117, 220-24.
Barnett, Correlli (ed.), Hitler's Generals, paperback edn, London, 1990.
Bartov, Omer, The Eastern Front, 1941-45, German Troops, and the Barbarisation of Warfare, New York, 1986.
—Hitler's Army. Soldiers, Nazis, and War in the Third Reich, New York/Oxford, 1991.
—Hitlers Wehrmacht. Soldaten, Fanatismus und die Brutalisierung des Krieges, Reinbek bei Hamburg, 1995.
—'Operation Barbarossa and the Origins of the Final Solution', in David Cesarani (ed.), The Final Solution. Origins and Implementation, London, 1996, 119-36.
—'From Blitzkrieg to Total War: Controversial Links between Image and Reality', in Ian Kershaw and Moshe Lewin (eds.), Stalinism and Nazism: Dictatorships in Comparison, Cambridge, 1997, 158-84.
Bauer, Yehuda, A History of the Holocaust, New York etc., 1982.
—'The Death-Marches, January-May 1945', in Michael Marrus (ed.), The Nazi Holocaust: Historical Articles on the Destruction of European Jews, vol. 9, Westport, 1989, 491-511.
Baumgart, Winfried, 'Zur Ansprache Hitlers vor den Führern der Wehrmacht am 22. August 1939. Eine quellenkritische

Untersuchung', VfZ, 16 (1968), 120-49.
—'Zur Ansprache Hitlers vor den Führern der Wehrmacht am 22. August 1939 (Erwiderung)', VfZ, 19 (1971), 301-4.
Baur, Hans, Ich flog Mächtige der Erde, Kempten, 1956.
—Hitler at My Side, Houston, 1986.
Beevor, Antony, Stalingrad, London, 1998.
Behr, Friedmann, Mein Jahr 1945, East Berlin, 1988.
Bell, P. M. H., The Origins of the Second World War in Europe, London, 1986.
Below, Nicolaus von, Als Hitlers Adjutant 1937-1945, Mainz, 1980.
Benz, Wolfgang, 'Der Rückfall in die Barbarei. Bericht über den Pogrom', in Walter H. Pehle (ed.), Der Judenpogrom. Von der 'Reichskristallnacht' zum Völkermord, Frankfurt am Main, 1988, 13-51.
Benz, Wolfgang, et al. (eds.), Miscellanea: Festschrift für Helmut Krausnick zum 75. Geburtstag, Stuttgart, 1980.
Benz, Wolfgang, and Pehle Walter H. (eds.), Lexikon des deutschen Widerstandes, Frankfurt am Main, 1994.
Benz, Wolfgang, Graml, Hermann, and Weiß, Hermann (eds.), Enzyklopädie des Nationalsozialismus, Stuttgart, 1997.
Benzenhöfer, Udo, Der gute Tod? Euthanasie und Sterbehilfe in Geschichte und Gegenwart, Munich, 1999.
—'Der Fall "Kind Knauer" ', Deutsches Artzeblatt, 95, Heft 19 (8 May 1998), B 954-5.
Benzenhöfer, Udo, and Finsterbuch, Karin, Moraltheologie pro 'NS-Euthanasie'. Studien zu einem 'Gutachten (1940) von Prof. Joseph Mayer mit Edition des Textes, Hannover, 1998.
Berghahn, Volker R., 'Meinungsforschung im "Dritten Reich": Die Mundpropaganda-Aktion der Wehrmacht im letzten Kriegshalbjahr', Militärgeschichtliche Mitteilungen, 1 (1967), 83-119.
—'NSDAP und "geistige Führung" der Wehrmacht 1939-1943', VfZ, 17 (1969), 17-71.
The Berlin Diaries 1940-1945 of Marie 'Missie' Vassiltchikov, London, 1985.

Bernadotte, Graf Folke, Das Ende. Meine Verhandlungen in Deutschland im Frühjahr 45 und ihre politischen Folgen, Zurich/New York, 1945.

Besson, Waldemar, ‘Zur Geschichte des nationalsozialistischen Führungsoffiziers (NSFO)’, VfZ, 9 (1961), 76-116.

Besymenski, Lew, Die letzten Notizen von Martin Bormann. Ein Dokument und sein Verfasser, Stuttgart, 1974.

Bezymenski, Lev, The Death of Adolf Hitler. Unknown Documents from Soviet Archives, London, 1968.

Bezymenskij, Lev A., ‘Stalins Rede vom 5. Mai 1941 - neu dokumentiert’, in Gerd R. Ueberschär and Lev A. Bezymenskij (eds.), Der deutsche Überfall auf die Sowjetunion. Die Kontroverse um die Präventivkriegsthese,Darmstadt, 1988, 131-44.

Biddis, Michael, ‘History as Destiny: Gobineau, H. S. Chamberlain, and Spengler’, Transactions of the Royal Historical Society, 6th Series, 7 (1997), 73-100.

Bidwell, Shelford, ‘Kesselring’, in Correlli Barnett (ed.), Hitler’s Generals, London, 1989, 265-89.

Birn, Ruth Bettina, Die Höheren SS - und Polizeiführer. Himmlers Vertreter im Reich und in den besetzten Gebieten, Düsseldorf, 1986.

Blasius, Rainer A., Für Großdeutschland - gegen den großen Krieg. Staatssekretär Ernst Freiherr von Weizsäcker in den Krisen um die Tschechoslowakei und Polen 1938/39, Cologne/Vienna, 1981.

—‘weizsäcker kontra Ribbentrop: “München” statt des großen Krieges’, in Franz Knipping and Klaus-Jürgen Müller (eds.), Machtbewußtsein in Deutschland am Vorabend des Zweiten Weltkrieges, Paderborn, 1984, 93-118.

Blatman, Daniel, ‘Die Todesmärsche’, in Ulrich Herbert, Karin Orth and Christoph Dieckmann (eds.), Die nationalsozialistischen Konzentrationslager. Entwicklung und Struktur, vol. 2, Göttingen, 1998, 1063-92.

Bleyer, Wolfgang, ‘Pläne der faschistischen Führung zum totalen Krieg im Sommer 1944’, Zeitschrift für Geschichtswissenschaft, 17 (1969), 1312-29.

Bloch, Michael, Ribbentrop, London, 1994.

Bloß, Hartmut, ‘Deutsche Chinapolitik im Dritten Reich’, in Manfred Funke (ed.), Hitler, Deutschland und die Mächte. Materialien zur Außenpolitik des Dritten Reiches, Düsseldorf, 1978, 407-29.

Blumentritt, Guenther, Von Rundstedt. The Soldier and the Man, London, 1952. [Hay trad. cast: El mariscal Von rundstedt: El soldado y el hombre, Madrid, Espasa-Calpe.]

—‘Moscow’, in The Fatal Decisions, London, 1956, 29-74.

Boberach, Heinz (ed.), Berichte des SD und der Gestapo über Kirchen und Kirchenvolk, Mainz, 1971.

Bock, Fedor von, The War Diary 1939-1945, ed. Klaus Gerbet, Atglen PA, 1996.

Böckenförde, Ernst-Wolfgang, ‘Der deutsche Katholizismus im Jahre 1933. Eine kritische Betrachtung’, Hochland, 53 (1961-2), 215-39.

—‘Der deutsche Katholizismus im Jahre 1933. Stellungnahme zu einer Diskussion’, Hochland, 54 (1961-62), 217-45.

Boelcke, Willi A. (ed.), Deutschlands Rüstung im Zweiten Weltkrieg. Hitlers Konferenzen mit Albert Speer 1942-1945, Frankfurt am Main, 1969.

—(ed.), Wollt Ihr den totalen Krieg? Die geheimen Goebbels-Konferenzen 1939-1943, Munich, 1969.

—Die Kosten von Hitlers Krieg, Paderborn etc., 1985.

Böhm, Hermann, ‘Zur Ansprache Hitlers vor den Führern der Wehrmacht am 22. August 1939’, VfZ, 19 (1971), 294-300.

Boldt, Gerhard, Hitler’s Last Days. An Eye-Witness Account, Sphere Books edn (1947), London, 1973. [Hay trad. cast. de Jesús Ruiz: Los diez últimos días de Hitler, Barcelona, Noguer y Caralt, 1973.]

Bollmus, Reinhard, Das Amt Rosenberg und seine Gegner. Studien zum Machtkampf im nationalsozialistischen Herrschaftssystem, Stuttgart, 1970.

Bonwetsch, Bernd, ‘Stalin, the Red Army, and the “Great Patriotic War” ’, in Ian Kershaw and Moshe Lewin (eds.), Stalinism and Nazism: Dictatorships in Comparison, Cambridge, 1997, 185-207.

Bor, Peter, Gespräche mit Halder, Wiesbaden, 1950.

The Bormann Letters: The Private Correspondence between Martin

Bormann and his Wife from January 1943 to April 1945, ed. H.R. Trevor-Roper, London, 1954.
Botz, Gerhard, Wohnungspolitik und Judendeportation 1938-1945. Zur Funktion des Antisemitismus als Ersatz nationalsozialistischer Sozialpolitik, Vienna, 1975.
—Der 13. März 38 und die Anschluß-Bewegung. Selbstaufgabe, Okkupation und Selbstfindung Österreichs 1918-1945, Vienna, 1978.
—‘Austria’, in Detlef Mühlberger (ed.), The Social Basis of European Fascist Movements, London/New York/Sydney, 1987, 242-80.
—Nationalsozialismus in Wien. Machtübernahme und Herrschaftssicherung 1938/39, 3rd edn, Buchloe, 1988.
—‘Die Ausgliederung der Juden aus der Gesellschaft. Das Ende des Wiener Judentums unter der NS-Herrschaft (1938-1943)’, in Gerhard Botz, Ivar Oxaal and Michael Pollack (eds.), Eine zerstörte Kultur. Jüdisches Leben und Antisemitismus in Wien seit dem 19. Jahrhundert, Buchloe, 1990, 285-312.
Boyd, Carl, Hitler’s Japanese Confidant. General Oshima Hiroshi and MAGIC Intelligence, 1941—1945, Kansas, 1992.
Braham, Randolph L., The Destruction of Hungarian Jewry. A Documentary Account, New York, 1963.
Bramsted, Ernest K., Goebbels and National Socialist Propaganda 1925-1945, Michigan, 1965.
Brechtken, Magnus, ‘ ‘Madagaskar für die Juden’. Antisemitische Idee und politische Praxis 1885-1945, Munich, 1997.
Breitinger, Hilarius, Als Deutschenseelsorger in Posen und im Warthegau 1934-1945. Erinnerungen, Mainz, 1984.
Breitman, Richard, The Architect of Genocide. Himmler and the Final Solution, London, 1991.
—Official Secrets. What the Nazis Planned. What the British and Americans Knew, London, 1998.
Breioer, Heinrich (ed.), Mein Tagebuch. Geschichten vom Überleben 1939—1947, Cologne, 1984.
Broszat, Martin, ‘Zur Perversion der Strafjustiz im Dritten Reich’, VfZ, 6 (1958), 390-443.

—Nationalsozialistische Polenpolitik, Fischer paperback edn, (1961), Frankfurt am Main, 1965.
—‘Nationalsozialistische Konzentrationslager 1933-1945’, in Anatomie des SS-Staates, incl. contributions by Hans Buchheim et al., Olten/Freiburg i. Br., 1965, ii. 9-160.
—Der Staat Hitlers. Grundlegung und Entwicklung seiner inneren Verfassung, Munich, 1969.
—‘Soziale Motivation und Führer-Bindung des Nationalsozialismus’, VfZ, 18 (1970), 392-409.
—‘Hitler und die Genesis der “Endlösung”. Aus Anlaß der Thesen von David Irving’, VfZ, 25 (1977), 739-75.
—‘A Social and Historical Typology of the German Opposition to Hitler’, in David Clay Large (ed.), Contending with Hitler. Varieties of German Resistance in the Third Reich, Cambridge, 1991, 25-33.
Broszat, Martin, Fröhlich, Elke, and Wiesemann, Falk (eds.), Bayern in der NS-Zeit. Soziale Lage und politisches Verhalten der Bevölkerung im Spiegel vertraulicher Berichte, Munich/Vienna, 1977.
Broszat, Martin, and Frei, Norbert (eds.), Das Dritte Reich im Überblick. Chronik-EreignisseZusammenhänge, Munich/Zurich, 1989.
Broszat, Martin, and Schwabe, Klaus (eds.), Die deutschen Eliten und der Weg in den Zweiten Weltkrieg, Munich, 1989.
Browning, Christopher R., The Final Solution and the German Foreign Office, New York/London, 1978.
—Fateful Months. Essays on the Emergence of the Final Solution, New York/London, 1985.
—‘Nazi Resettlement Policy and the Search for a Solution to the Jewish Question, 1939-1941’, in Christopher Browning (ed.), The Path to Genocide. Essays on Launching the Final Solution, Cambridge, 1992, 3-27.
—Ordinary Men. Reserve Police Battalion 101 and the Final Solution in Poland, New York, 1992.
—‘Hitler and the Euphoria of Victory. The Path to the Final Solution’, in David Cesarani (ed.), The Final Solution. Origins and Implementation, London, 1996, 137-47.

Buchbender, Ortwin, and Sterz, Reinhold (eds.), Das andere Gesicht des Krieges. Deutsche Feldpostbriefe 1939-194), Munich, 1982.
Buchheim, Hans, 'Der deutsche Katholizismus im Jahr 1933', Hochland, 53 (1960-61), 497-515.
Büchler, Yehoshua, 'Kommandostab Reichsführer-SS: Himmler's Personal Murder Brigades in 1941', Holocaust and Genocide Studies, I/1 (1986), 11-26.
Bullock, Alan, Hitler. A Study in Tyranny, (1952), Harmondsworth, 1962. [Hay trad. cast. de E. Ladd y J. Luelmo: Hitler, Barcelona, Grijalbo, 1984.]
—Hitler and Stalin. Parallel Lives, London, 1991. [Hay trad. cast. de Pedro Gálvez: Hitler y Stalin: Vidas paralelas, Barcelona, Círculo de Lectores, 1994.]
Burckhardt, Carl J., Meine Danziger Mission 1937-1939, Munich, 1962.
Burleigh, Michael, Germany Turns Eastwards. A Study of Ostforschung in the Third Reich, Cambridge, 1988.
—Death and Deliverance. 'Euthanasia' in Germany, c. 1900-1945, Cambridge, 1994.
—'Psychiatry, German Society, and the Nazi "Euthanasia" Programme', in Michael Burleigh (ed.), Ethics and Extermination. Reflections on Nazi Genocide, Cambridge, 1997, 113-29.
Burleigh, Michael, and Wippermann, Wolfgang, The Racial State. Germany 1933-1945, Cambridge, 1991.
Burrin, Philippe, Hitler and the Jews. The Genesis of the Holocaust, (1989), London, 1994.
Bussmann, Walter, 'Zur Entstehung und Überlieferung der "Hoßbach-Niederschrift" ', VfZ, 16 (1968), 373-84.
Caplan, Jane, Government without Administration. State and Civil Service in Weimar and Nazi Germany, Oxford, 1988.
Carley, Michael Jabara, 1939: the Alliance that Never Was and the Coming of World War II, Chicago, 1999.
Carr, William, Hitler. A Study in Personality and Politics, London, 1978.
—Poland to Pearl Harbor. The Making of the Second World War, London, 1985.

Carroll, Berenice, Design for Total War. Arms and Economics in the Third Reich, The Hague/Paris, 1968.

Cecil, Robert, Hitler's Decision to Invade Russia 1941, London, 1975.

Celovsky, Boris, Das Münchener Abkommen 1938, Stuttgart, 1958.

Cesarani, David (ed.), The Final Solution. Origins and Implementation, London, 1996.

Chamberlain, Neville, The Struggle for Peace, London, 1939.

Chandler, Andrew (ed.), Brethren in Adversity. Bishop George Bell, the Church of England, and the Crisis of German Protestantism, 1933—1939, Woodbridge, 1997.

Charmley, John, Churchill: the End of Glory. A Political Biography, London/New York, 1993.

Chips. The Diaries of Sir Henry Channon, ed. Robert Rhodes James, London, 1967.

Churchill, Winston S., The Second World War. Vol. 1: The Gathering Storm, London etc., 1948. [Hay trad. cast: La segunda guerra mundial, vol. I, Barcelona, Orbis, 1985.]

—The Second World War. Vol. 2: Their Finest Hour, London etc., 1949. [Hay trad. cast: La segunda guerra mundial, vol. 2, Barcelona, Orbis, 1985.]

—The Second World War. Vol. 3: The Grand Alliance, London etc., 1950. [Hay trad. cast: La segunda guerra mundial, vol. 3, Barcelona, Orbis, 1985.]

—The Second World War. Vol. 4: The Hinge of Fate, London etc., 1951. [Hay trad. cast: La segunda guerra mundial, vol. 4, Barcelona, Orbis, 1985.]

—The Second World War. Vol. 5: Closing the Ring, London etc., 1952. [Hay trad. cast: La segunda guerra mundial, vol. 5, Barcelona, Orbis, 1985.]

—The Second World War. Vol. 6: Triumph and Tragedy, London etc., 1954. [Hay trad. cast: La segunda guerra mundial, vol. 6, Barcelona, Orbis, 1985.]

Churchill and Roosevelt: The Complete Correspondence, vol. 1, ed. Warren Kimball, Princeton, 1984.

Ciano, Galeazzo, Tagebücher 1937/38, Hamburg, 1949.
Ciano's Diary, 1939-1943, ed. Malcolm Muggeridge, London, 1947.
Ciano's Diplomatic Papers, ed. Malcolm Muggeridge, London, 1948.
Clare, George, Last Waltz in Vienna. The Destruction of a Family, 1842-1942, Pan Books edn, London, 1982.
Clark, Alan, Barbarossa. The Russian-German Conflict 1941-45, New York (1965), 1985.
Clarke, Chris, 'Josef "Sepp" Dietrich: Landsknecht im Dienste Hitlers', in Ronald Smelser and Enrico Syring (eds.), Die SS: Elite unter dem Totenkopf. 30 Lebensläufe, Paderborn etc., 2000, 119-33.
Colville, John, Downing Street Diaries 1939-1955, London, 1985.
Conquest, Robert, The Nation Killers. The Soviet Deportation of Nationalities, London, 1970.
Conway, John, The Nazi Persecution of the Churches, 1933—1945, London, 1968. [Hay trad. cast. de R. Sánchez y M. Vázquez, La persecución religiosa de los nazis, Barcelona, Plazayjanés, 1973.]
Corni, Gustavo, Hitler and the Peasants, Agrarian Policy of the Third Reich, 1930-1939, New York/Oxford/Munich, 1990.
Corni, Gustavo, and Giest, Horst, Brot-Butter-Kanonen. Die Ernährungswirtschaft in Deutschland unter der Diktatur Hitlers, Berlin, 1997.
Cornwell, John, Hitler's Pope. The Secret History of Pius XII, London, 1999. [Hay trad. cast. de Juan M. Madariaga: El Papa de Hitler: La verdadera historia de Pío XII, Barcelona, Planeta, 2000.]
Costello, John, Ten Days That Saved the West, London, 1991.
Coulondre, Robert, Von Moskau nach Berlin 1936-1939. Erinnerungen des französischen Botschafters, Bonn, 1950.
Courcy, John de, Searchlight on Europe, London, 1940.
Craig, William, Enemy at the Gates. The Battle for Stalingrad, London, 1973. [Hay trad. cast. de Lorenzo Cortina: La batalla por Stalingrado, Barcelona, Noguer y Caralt, 1975.]
Creveld, Martin van, Hitler's Strategy 1940-1941. The Balkan Clue, Cambridge, 1973.
Crowsen, N. J. (ed.), Fleet Street, Press Barons, and Politics: the Journals

of Collin Brooks, 1932-1940, Camden Soc, 5th Ser., vol. 11, London, 1998.
Czech, Danuta, Kalendarium der Ereignisse im Konzentrationslager Auschwitz-Birkenau 1939-1945, Reinbek bei Hamburg, 1989.
Dahlerus, Birger, Der letzte Versuch. London-Berlin. Sommer 1939, Munich, 1948.
Dallin, Alexander, German Rule in Russia 1941-1945. A Study of Occupation Policies, (1957), 2nd edn, Basingstoke/London, 1981.
Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg, ed. Militärgeschichtliches Forschungsamt, 6 vols. so far published, Stuttgart, 1979-.
'Das Reichsministerium des Innern und die Judengesetzgebung. Aufzeichnungen von Dr Bernhard Lösener', VfZ, 9 (1961), 262-311.
Davies, Joseph E., Mission to Moscow, New York, 1941.
Davies, Norman, Europe. A History, Oxford, 1996.
Delpla, François, Montoire. Les premiers jours de la collaboration, Paris, 1996.
—La ruse nazi. Dunkerque: 3-4 mai 1940, Paris, 1997.
—Hitler, Paris, 1999.
D'Este, Carlo, 'Model', in Correlli Barnett (ed.), Hitler's Generals, London, 1989, 318-33.
Deutsch, Harold C, The Conspiracy against Hitler in the Twilight War, Minneapolis, 1968.
Deutschkron, Inge, Ich trug den gelben Stern, (1978), 4th edn, Cologne, 1983.
Deutschland-Berichte der Sozialdemokratischen Partei Deutschlands 1934-1940, 7 vols, Frankfurt am Main, 1980.
Deutschland im zweiten Weltkrieg, ed. Wolfgang Schumann et al., 6 vols., East Berlin, 1974-84.
The Diaries of Sir Alexander Cadogan, 1938-1945, ed. David Dilks, London, 1971.
Dieckmann, Christoph, 'Der Krieg und die Ermordung der litauischen Juden', in Ulrich Herbert (ed.), Nationalsozialistische Vernichtungspolitik 1939-1945. Neue Forschungen und Kontroversen, Frankfurt am Main, 1998, 292-329.

Diehl-Thiele, Peter, Partei und Staat im Dritten Reich. Untersuchungen zum Verhältnis von NSDAP und allgemeiner innerer Staatsverwaltung, 2nd edn, Munich, 1971.

Das Diensttagebuch des deutschen Generalgouverneurs in Polen 1939-1945, ed. Werner Präg and Wolfgang Jacobmeyer, Stuttgart, 1975.

Der Dienstkalender Heinrich Himmlers 1941/42, ed. Peter Witte et al., Hamburg, 1999.

Dipper, Christoph, 'Der deutsche Widerstand und die Juden', GG, 9 (1983), 349-80.

—'Der Widerstand und die Juden', in Jürgen Schmädeke and Peter Steinbach (eds.), Der Widerstand gegen den Nationalsozialismus. Die deutsche Gesellschaft und der Widerstand gegen Hitler, (1985), Munich, 1986, 598-616.

Dirks, Carl, and Janßen, Karl-Heinz, Der Krieg der Generäle. Hitler als Werkzeug der Wehrmacht, Berlin, 1999.

Dobroszycki, Lucjan (ed.), The Chronicle of the Lodz Ghetto, 1941-1944, New Haven/London, 1984.

Documenta Occupationis, ed. Instytut Zachodni, vol. v, Poznan, 1952.

Documents Concerning German-Polish Relations and the Outbreak of Hostilities between Great Britain and Germany on September 3, 1939, London, 1939.

Documents on German Foreign Policy, 1918-1945, Series C (1933-1937). The Third Reich: First Phase; Series D (1937-1945), London, 1957-66.

Dodd, William E., and Dodd, Martha (eds.), Ambassador Dodd's Diary, 1933-1938, London, 1941.

Doenitz, Karl, Memoirs. Ten Years and Twenty Days, (1958), New York, 1997. [Hay trad. cast. de Mariano Orta: Diez años y veinte días, Barcelona, Noguer y Caralt, 1959.]

Dollmann, Eugen, Dolmetscher der Diktatoren, Bayreuth, 1963. [Hay trad. cast.: El intérprete de Hitler: Memorias del doctor Eugen Dollman, Barcelona, Juventud, 1969.]

Domarus, Max, Der Reichstag und die Macht, Würzburg, 1968.

—(ed.), Hitler. Reden und Proklamationen 1932-1945, 2 vols. in 4 parts, Wiesbaden, 1973.

Dönhoff, Marion Gräfin, ‘Um der Ehre willen’. Erinnerungen an die Freunde vom 20. Juli, (1994), 2nd edn, Berlin, 1996.
Dörr, Margarete, ‘Wer die Zeit nicht miterlebt hat…’. Frauenerfahrungen im Zweiten Weltkrieg und in den Jahren danach, 3 vols., Frankfurt/New York, 1998.
Döscher, Hans-Jürgen, Das Auswärtige Amt im Dritten Reich. Diplomatie im Schatten der ‘Endlösung’, Berlin, 1987.
—Reichskristallnacht. Die November-Pogrome 1938, Frankfurt am Main, 1988.
—‘Der Tod Ernst vom Raths und die Auslösung der Pogrome am 9. November 1938 - ein Nachwort zur “Reichskristallnacht” ’ Geschichte in Wissenschaft und Unterricht, 41 (1990), 619-20.
Douglas, Roy, ‘Chamberlain and Appeasement’, in Wolfgang J. Mommsen and Lothar Kettenacker (eds.), The Fascist Challenge and the Policy of Appeasement, London, 1983, 79-88.
Douglas-Hamilton, James, Motive for a Mission. The Story behind Hess’s Flight to Britain, 2nd edn, Edinburgh, 1979.
—The Truth about Rudolf Hess, Edinburgh, 1993.
Dülffer, Jost, Weimar, Hitler und die Marine. Reichspolitik und Flottenbau 1920-1939, Düsseldorf, 1973.
—‘Der Beginn des Krieges 1939: Hitler, die innere Krise und das Mächtesystem’, GG, 2 (1976), 443-70.
—‘Der Einfluß des Auslandes auf die nationalsozialistische Politik’, in Erhard Forndran, Frank Golczewski and Dieter Riesenberger (eds.), Innen - und Außenpolitik unter nationalsozialistischer Bedrohung, Opladen, 1977, 295-313.
Dülffer, Jost, Thies, Jochen, and Henke, Josef (eds.), Hitlers Städte. Baupolitik im Dritten Reich. Eine Dokumentation, Cologne, 1978.
Ehlers, Dieter, Technik und Moral einer Verschwörung. Der Aufstand am 20. Juli 1944, Bonn, 1964.
Eichholtz, Dietrich, ‘Der “Generalplan Ost”. Über eine Ausgeburt imperialistischer Denkart und Politik (mit Dokumenten)’, Jahrbuch für Geschichte, 26 (1982), 217-74.
—Geschichte der deutschen Kriegswirtschaft 1939-1945, Bd. I:1939-

1941, East Berlin, 1984.
—Geschichte der deutschen Kriegswirtschaft 1939-1945, Bd II: 1941-1943, East Berlin, 1985.
Eichholtz, Dietrich, and Pätzold, Kurt (eds.), Der Weg in den Krieg. Studien zur Geschichte der Vorkriegsjahre (1935/36 bis 1939), East Berlin, 1989.
Eichholz, Dietrich, and Schumann, Wolfgang (eds.), Anatomie des Krieges. Neue Dokumente über die Rolle des deutschen Monopolkapitals bei der Vorbereitung und Durchführung des zweiten Weltkrieges, East Berlin, 1969.
Eichstädt, Ulrich, Von Dollfuss zu Hitler. Geschichte des Anschlusses Österreichs 1933-1938, Wiesbaden, 1955.
Encyclopaedia of the Holocaust, ed. Israel Gutmann, New York, 1990.
'Der Endkampf in Berlin (23.4-2.5.1945)', Wehrwissenschaftliche Rundschau, 12/I (1962), 40-52, 111-18, 169-74.
Engel, Gerhard, Heeresadjutant bei Hitler 1938-1943, ed. Hildegard von Kotze, Stuttgart, 1974.
Ericksen, Robert P., Theologians under Hitler, New Haven/London, 1985.
Erickson, John, The Road to Berlin, Boulder, Colorado, 1983.
—The Road to Stalingrad. Stalin's War with Germany, (1975), Phoenix paperback edn, London, 1998.
Eubank, Keith, Munich, Norman, Oklahoma, 1963.
Europa unterm Hakenkreuz: Die faschistische Okkupationspolitik in Polen (1939-1945). Dokumentenauswahl und Einleitung von Werner Röhr et al., East Berlin, 1989.
Evans, Richard J., Rituals of Retribution. Capital Punishment in Germany 1600-1987, Oxford, 1996.
—Rereading German History 1800-1996. From Unification to Reunification, London, 1997.
Falin, Valentin, Zweite Front. Die Interessenkonkurrenz in der And Hitler Kualition, Munich, 1995.
Farquharson, J. E., The Plough and the Swastika. The NSDAP and Agriculture in Germany, 1928-45, London/Beverly Hills, 1976.

Faschismus-Getto-Massenmord. Dokumentation über Ausrottung und Widerstand der Juden in Polen während des zweiten Weltkrieges, ed. Jüdisches Historisches Institut Warschau, (1961), Frankfurt am Main, n.d.

Feiling, Keith, The Life of Neville Chamberlain, London, 1946.

Fellner, Günter, 'Der Novemberpogrom in Westösterreich', in Kurt Schmid and Robert Streibel (eds.), Der Pogrom 1938. Judenverfolgung in Österreich und Deutschland, Vienna, 1990, 34-41.

Fest, Joachim C., The Face of the Third Reich, Harmondsworth, 1972.

—Hitler. Eine Biographie, Frankfurt am Main/Berlin/Vienna, 1976 edn.

—Staatsstreich. Der lange Weg zum 20. Juli, Berlin, 1994.

—Speer. Eine Biographie, Berlin, 1999.

Fetscher, Iring, Joseph Goebbels im Berliner Sportpalast 1943. 'Wollt ihr den totalen Krieg?', Hamburg, 1998.

Fleischhauer, Ingeborg, Die Chance des Sonderfriedens. Deutsch-sowjetische Geheimgespräche 1941-1945, Berlin, 1986.

Fleming, Gerald, Hitler und die Endlösung. 'Es ist des Führers Wunsch…', Wiesbaden/Munich, 1982.

—Hitler and the Final Solution, Oxford, 1986.

—'The Auschwitz Archives in Moscow', Jewish Quarterly, autumn 1991, 9-12.

Foot, M. R. D., Resistance. European Resistance to Nazism 1940-45, London, 1976.

Förster, Jürgen, 'The German Army and the Ideological War against the Soviet Union', in Gerhard Hirschfeld (ed.), The Policies of Genocide. Jews and Soviet Prisoners of War in Nazi Germany, London, 1986, 15-29.

—Stalingrad. Ereignis-Wirkung-Symbol, Munich/Zurich, 1992.

Förster, Otto-Wilhelm, Das Befestigungswesen, Neckargemünd, 1960.

Fox, John P., Germany and the Far Eastern Crisis, 1931-1938. A Study in Diplomacy and Ideology, Oxford, 1982.

—'German Bureaucrat or Nazified Ideologue? Ambassador Otto Abetz and Hitler's Anti-Jewish Policies 1940-44', in Michael Graham Fry

(ed.), Power, Personalities, and Policies. Essays in Honour of Donald Cameron Watt, London, 1992, 175-232.

François-Poncet, André, Souvenirs d’une ambassade a Berlin, Septembre 1931-Octobre 1938, Paris, 1946.

—Als Botschafter im Dritten Reich. Die Erinnerungen des französischen Botschafters in Berlin September 1931 bis Oktober 1938, Mainz/Berlin, 1980.

Frank, Hans, Im Angesicht des Galgens. Deutung Hitlers und seiner Zeit auf Grund eigener Erlebnisse und Erkenntnisse, Munich/Gräfelfing, 1953.

Frei, Norbert (ed.), Medizin und Gesundheitspolitik in der NS-Zeit, Munich, 1991.

—‘Wie modern war der Nationalsozialismus?’, GG, 19 (1993), 367-87.

Friedlander, Henry, The Origins of Nazi Genocide. From Euthanasia to the Final Solution, Chapel Hill/London, 1995.

Friedländer, Saul, Prelude to Downfall: Hitler and the United States, 1939-1941, New York, 1967.

—Nazi Germany and the Jews. The Years of Persecution, 1933-39, London, 1997.

Friedrich, Jörg, Das Gesetz des Krieges. Das deutsche Heer in Rußland 1941-1945. Der Prozeß gegen das Oberkommando der Wehrmacht, 2nd edn, Munich/Zurich, 1995.

Fröhlich, Elke, ‘Hitler und Goebbels im Krisenjahr 1944. Aus den Tagebüchern des Reichspropagandaministers’, VfZ, 38 (1990), 196-224.

—‘Der Pfarrer von Mömbris’, in Martin Broszat and Elke Fröhlich (eds.), Bayern in der NS-Zeit, vol. 6, Die Herausforderung des Einzelnen. Geschichten über Widerstand und Verfolgung, Munich/Vienna, 1983, 52-75.

—See also under Die Tagebücher von Joseph Goebbels.

Funke, Manfred, ‘Die deutsch-italienischen Beziehungen: Antibolschewismus und außenpolitische Interessenkonkurrenz als Strukturprinzip der “Achse” ’, in Manfred Funke (ca.), Hitler, Deutschland und die Mächte. Materialien zur Außenpolitik des

Dritten Reiches, Düsseldorf, 1978, 823-46.
—(ed.), Hitler, Deutschland und die Mächte. Materialien zur Außenpolitik des Dritten Reiches, Düsseldorf, 1978.
—Starker oder schwacher Diktator? Hitlers Herrschaft und die Deutschen. Ein Essay, Düsseldorf, 1989.
Gakenholz, Hermann, 'Reichskanzlei 5. November 1937', in Richard Dietrich and Gerhard Oestreich (eds.), Forschungen zu Staat und Verfassung. Festgabe für Fritz Hartung, Berlin, 1958,459-74.
Galante, Pierre, and Silianoff, Eugen, Last Witnesses in the Bunker, London, 1989.
Gamm, Hans-Jochen, Der Flüsterwitz im Dritten Reich, Munich, 1972.
Gassert, Philipp, Amerika im Dritten Reich. Ideologie, Propaganda und Volksmeinung 1933-1945, Stuttgart, 1997.
Gay, Peter, Weimar Culture. The Outsider as Insider, London (1968), 1988. [Hay trad. cast. de Nora Cateli: La cultura Weimar, Cerdanyola, Arcos Vergara, 1984.]
—My German Question. Growing Up in Nazi Berlin, New Haven/London, 1998.
Gedye, G. E. R., Fallen Bastions. The Central European Tragedy, London, 1939.
Geiss, Josef, Obersalzberg. The History of a Mountain, (1955), Berchtesgaden, n.d.
Gellately, Robert, The Gestapo and German Society. Enforcing Racial Policy, 1933-1945, Oxford, 1990.
Generalfeldmarschall Fedor von Bock. The War Diary, 1939-1945, ed. Klaus Gerbet, Atglen PA, 1996.
Generalfeldmarschall Keitel. Verbrecher oder Offizier? Erinnerungen, Briefe, Dokumente des Chefs OKW, ed. Walter Görlitz, Göttingen/Berlin/Frankfurt am Main, 1961.
Genschel, Helmut, Die Verdrängung der Juden aus der Wirtschaft im Dritten Reich, Göttingen, 1966.
Gerlach, Christian, 'Die Wannsee-Konferenz, das Schicksal der deutschen Juden und Hitlers politische Grundsatzentscheidung, alle Juden Europas zu ermorden', Werkstattgeschichte, 18 (1997), 7-44.

—'Failure of Plans for an SS Extermination Camp in Mogilev, Belorussia', Holocaust and Genocide Studies, 11 (1997), 60-78.
—Krieg, Ernährung, Völkermord. Forschungen zur deutschen Vernichtungspolitik im Zweiten Weltkrieg, Hamburg, 1998.
—'Deutsche Wirtschaftsinteressen, Besatzungspolitik und der Mord an den Juden in Weißrußland, 1941-1943', in Ulrich Herbert (ed.), Nationalsozialistische Vernichtungspolitik 1939-1945. Neue Forschungen und Kontroversen, Frankfurt am Main, 1998, 263-91.
The German New Order in Poland, (1941), London, n.d.
Germans against Hitler: July 20, 1944, 5th edn, Bonn, 1969.
Gersdorff, Rudolf-Christoph, Frhr v., Soldat im Untergang. Lebensbilder, Frankfurt etc., 1979.
Geyer, Michael, 'Restorative Elites, German Society, and the Nazi Pursuit of War', in Richard Bessel (ed.), Fascist Italy and Nazi Germany. Comparisons and Contrasts, Cambridge, 1996, 134-64.
Geyl, Jürgen, Austria, Germany, and the Anschluss, 1931-1938, London/New York/Toronto, 1963.
Gibbels, Ellen, 'Hitlers Nervenkrankheit. Eine neurologisch-psychiatrische Studie', VfZ, 42 (1994), 155-220.
Giesler, Hermann, Ein anderer Hitler. Erlebnisse, Gespräche, Reflexionen, Leoni am Starnberger See, 1977.
Gilbert, Martin, Britain and Germany between the Wars, London, 1964.
—Atlas of the Holocaust, London, 1982.
—The Holocaust. The Jewish Tragedy, Fontana Paperback edn, London, 1987.
Gisevius, Hans Bernd, Bis zum bittern Ende, Bd. II: Vom Münchener Abkommen zum 20. Juli 1944, 2nd edn, Zurich, 1946.
—To the Bitter End, Cambridge, Mass., 1947.
—Bis zum bittern Ende, single vol. edn, Zurich, n.d. [1954?].
Glantz, David M., Soviet Military Deception in the Second World War, London/Totowa NJ, 1989.
—(ed.), The Initial Period of War on the Eastern Front, 22 June-August 1941, London, 1993.
Glantz, David M., and House, Jonathan, When Titans Clashed. How the

Red Army Stopped Hitler, Kansas, 1995.
Goebbels, Joseph, Tagebücher 1945. Die letzten Aufzeichnungen, Hamburg, 1977.
—Goebbels-Reden, 2 Bde. (Bd. 1: 1932-1939; Bd. 2: 1939-1945), ed. Helmut Heiber, Düsseldorf, 1971-2.
—See also under Tagebücher.
Goldhagen, Daniel J., Hitler's Willing Executioners. Ordinary Germans and the Holocaust, New York, 1997. [Hay trad. cast. de Jordi Fibla: Los verdugos voluntarios de Hitler, Madrid, Taurus, 1998.]
Gollancz, Viktor, In Darkest Germany. The Record of a Visit, London, 1947.
Gollwitzer, Helmut, 'Aus der Bekennenden Kirche', in Richard Löwenthal and Patrik von zur Mühlen (eds.), Widerstand und Verweigerung in Deutschland 1933 bis 1945, Berlin/Bonn, 1984, 129-39.
Gordon, Sarah, Hitler, Germans and the 'Jewish Question', Princeton, 1984.
Gorodetsky, Gabriel, 'Churchill's Warning to Stalin. A Reappraisal', Historical Journal, 29 (1986), 979-80.
—'Stalin und Hitlers Angriff auf die Sowjetunion. Eine Auseinandersetzung mit der Legende vom deutschen Präventivschlag', VfZ, 37 (1989), 645-72.
Görtz, Adolf, Stichwort: Front. Tagebuch eines jungen Deutschen 1938-1942, 2nd edn, Leipzig, 1987.
Goschen, Seev, 'Eichmann und die Nisko-Aktion im Oktober 1939', VfZ, 29 (1981), 74-96.
Graf-Stuhlhofer, Franz, 'Hitler zum Fall Heß vor den Reichs - und Gauleitern am 13. Mai 1941. Dokumentation der Knoth-Nachschrift', Geschichte und Gegenwart, 18 (1999), 95-100.
Graml, Hermann, Der 9. November 1938. 'Reichskristallnacht', Beilage zur Wochenzeitung 'Das Parlament', No. 45, 11 Nov. 1953, Schriftenreihe der Bundeszentrale für Heimatdienst, 6th edn, Bonn, 1958.
—'Resistance Thinking on Foreign Policy', in Hermann Graml et al., The German Resistance to Hitler, (1966), London, 1970, 1-54.

—Reichskristallnacht. Antisemitismus und Judenverfolgung im Dritten Reich, Munich, 1988.
—Europas Weg in den Krieg. Hitler und die Mächte 1939, Munich, 1990.
Graml, Hermann, et al., The German Resistance to Hitler, (1966), London, 1970.
Graml, Hermann, Königseder, Angelika, and Wetzel, Juliane (eds.), Vorurteil und Rassenhaß. Antisemitismus in den faschistischen Bewegungen Europas, Berlin, 2001.
Gregor, Neil, Daimler-Benz in the Third Reich, New Haven/London, 1998.
Griffiths, Richard, Fellow Travellers of the Right. British Enthusiasts for Nazi Germany, 1933-9, London, 1980.
Gritzbach, Erich, Hermann Göring. Werk und Mensch, Munich, 1938.
Groehler, Olaf, Das Ende der Reichskanzlei, East Berlin, 1974.
—Die Neue Reichskanzlei. Das Ende, Berlin, 1995.
Groscurth, Helmut, Tagebücher eines Abwehroffiziers 1938-1940, ed. Helmut Krausnick and Harold C. Deutsch, Stuttgart, 1970.
Das Große Lexikon des Zweiten Weltkriegs, ed. Christian Zentner and Friedemann Bedürftig, Munich, 1988.
Gruchmann, Lothar (ed.), Autobiographie eines Attentäters. Johann Georg Elser. Aussage zum Sprengstoffanschlag im Bürgerbräukeller, München, am 8. November 1939, Stuttgart, 1970.
—'Euthanasie und Justiz im Dritten Reich', VfZ, 20 (1972), 235-79.
—'Die "Reichsregierung" im Führerstaat. Stellung und Funktion des Kabinetts im nationalsozialistischen Herrschaftssystem', in Günter Doeker and Winfried Steffani (eds.), Klassenjustiz und Pluralismus, Hamburg, 1973, 187-223.
—Der Zweite Weltkrieg. Kriegführung und Politik, (1967), 4th edn, Munich, 1975.
—Justiz im Dritten Reich 1933-1940. Anpassung und Unterwerfung in der Ära Gürtner, Munich, 1990.
Guderian, Heinz, Panzer Leader, Da Capo Press edn, New York, (1952), 1996.
Günther, Joachim, Das letzte Jahr. Mein Tagebuch 1944/45, Hamburg,

1948.
Gun, Nerin E., Eva Braun-Hitler. Leben und Schicksal, Velbert/Kettwig, 1968. [Hay trad. cast: Hitler y Eva Braun, Barcelona, Bruguera, 1974.]
Gurfein, M. I., and Janowitz, Morris, 'Trends in Wehrmacht Morale', Public Opinion Quarterly, 10 (1946), 78-84.
Gutman, Yisrael, The Jews of Warsaw 1939-1943. Ghetto, Underground, Revolt, London, 1982.
Hachmeister, Lutz, Der Gegenforscher. Die Karriere des SS-Führers Alfred Six, Munich, 1998.
Häufele, Günther, 'Zwangsumsiedlungen in Polen 1939-1941. Zum Vergleich sowjetischer und deutscher Besatzungspolitik', in Dittmar Dahlmann and Gerhard Hirschfeld (eds.), Lager, Zwangsarbeit, Vertreibung und Deportation. Dimensionen der Massenverbrechen in der Sowjetunion und in Deutschland 1933 bis 1954, Essen, 1999, 515-33.
Haffner, Sebastian, Anmerkungen zu Hitler, Munich, 1978.
Halder, Franz, Hitler als Feldherr. Der ehemalige Chef des Generalstabes berichtet die Wahrheit, Munich, 1949.
—Kriegstagebuch. Tägliche Aufzeichnungen des Chefs des Generalstabes des Heeres 1939-1942, Bd. I. Vom Polenfeldzug bis zum Ende der Westoffensive (14.8.1939-30.6.1940), ed. Hans-Adolf Jacobsen, Stuttgart, 1962.
—Kriegstagebuch. Tägliche Aufzeichnungen des Chefs des Generalstabes des Heeres 1939-1942, Bd.ll. Von der geplanten Landung in England bis zum Beginn des Ostfeldzuges (1.7.1940-21.6.1941), ed. Hans-Adolf Jacobsen, Stuttgart, 1963.
—Kriegstagebuch. Tägliche Aufzeichnungen des Chefs des Generalstabes des Heeres 1939-1942, Bd. III: Der Rußlandfeldzug bis zum Marsch auf Stalingrad (22.6.1941-24.9.1942), ed. Hans-Adolf Jacobsen, Stuttgart, 1964.
The Halder War Diary, 1939-1942, ed. Charles Burdick and Hans-Adolf Jacobsen, London, 1988, abridged English translation.
Halifax, Earl of, Fulness of Days, London, 1957.

Hallgarten, George W. F., and Radkau, Joachim, Deutsche Industrie und Politik von Bismarck bis in die Gegenwart, Reinbek bei Hamburg, 1981.

Hamerow, Theodore S., On the Road to the Wolf's Lair. German Resistance to Hitler, Cambridge, Mass./London, 1997.

Hancock, Eleanor, National Socialist Leadership and Total War 1941-45, New York, 1991.

Hanisch, Ernst, Nationalsozialistische Herrschaft in der Provinz. Salzburg im Dritten Reich, Salzburg, 1983.

—Der Obersalzberg: das Kehlsteinhaus und Adolf Hitler, Berchtesgaden, 1995.

Hanke, Peter, Zur Geschichte der Juden in München zwischen 1933 und 1945, Munich, 1967.

Hansen, Reimer, 'Der ungeklärte Fall Todt', Geschichte in Wissenschaft und Unterricht, 18 (1967), 602-5.

—'Ribbentrops Friedensfühler im Frühjahr 1945', Geschichte in Wissenschaft und Unterricht, 18 (1967), 716-30.

Harlan, Veit, Im Schatten meiner Filme. Selbstbiographie, Gütersloh, 1966.

Harris, Robert, Selling Hitler, London, 1986.

Harrison, E. D. R., 'The Nazi Dissolution of the Monasteries: a Case Study', English Historical Review, 109 (1994), 323-55.

—'Der "Alte Kämpfer" Graf Helldorf im Widerstand', VfZ, 45 (1997), 385-423.

—' "… wir wurden schon viel zu oft hereingelegt". Mai 1941: Rudolf Heß in englischer Sicht', in Kurt Pätzold and Manfred Weißbecker (eds.), Rudolf Heß. Der Mann an Hitlers Seite, Leipzig, 1999, 368-92, 523-6.

Hartmann, Christian, Halder. Generalstabschef Hitlers 1938-1942, Paderborn, 1991.

Hartmann, Christian, and Sergej Slutsch, 'Franz Halder und die Kriegsvorbereitungen im Frühjahr 1939. Eine Ansprache des Generalstabschefs des Heeres', VfZ, 45 (1997), 467-95.

Hassell, Ulrich von, Die Hassell-Tagebücher 1938-1944. Aufzeichnungen

vom Andern Deutschland, ed. Friedrich Freiherr Hiller von Gaertringen, Berlin, 1988.
Haufele, 'Zwangsumsiedlungen in Polen 1939-1941. Zum Vergleich sowjetischer und deutscher Besatzungspolitik', in Dittmar Dahlmann and Gerhard Hirschfeld (eds.), Lager, Zwangsarbeit, Vertreibung und Deportation. Dimensionen der Massenverbrechen in der Sowjetunion und in Deutschland 1933 bis 1945, Essen, 1999.
Hauner, Milan, 'Did Hitler want a World Dominion?', JCH, 13 (1978), 15-32.
—Hitler. A Chronology of his Life and Time, London, 1983.
Hayes, Peter, Industry and Ideology. IG Farben in the Nazi Era, Cambridge, 1987.
Heer, Hannes, 'Die Logik des Vernichtungskriegs. Wehrmacht und Partisanenkampf', in Hannes Heer and Klaus Naumann (eds.), Vernichtungskrieg. Verbrechen der Wehrmacht 1941 bis 1944, Hamburg, 1995, 104-38.
—'Killing Fields: the Wehrmacht and the Holocaust in Belorussia, 1941-1942', Holocaust and Genocide Studies, 11 (1997), 79-101.
Heiber, Helmut, 'Der Fall Grünspan', VfZ, 5 (1957), 134-72.
—(ed.), 'Der Generalplan Ost', VfZ, 6 (1958), 281-325.
—Joseph Goebbels, Berlin, 1962.
Heifermann, Ronald, World War II, London, 1973.
Heilmann, H. D., 'Aus dem Kriegstagebuch des Diplomaten Otto Bräutigam', in Götz Aly (ed.), Biedermann und Schreibtischtäter. Materialien zur deutschen Täter-Biographie, 2nd edn, Berlin, 1989, 123-87.
Heinemann, John L., Hitler's First Foreign Minister. Constantin Freiherr von Neurath, Diplomat and Statesman, Berkeley/Los Angeles/London, 1979.
Heinemann, Ulrich, Ein konservativer Rebell. Fritz-Dietlof von der Schulenberg und der 20. Juli, Berlin, 1990.
—'Arbeit am Mythos. Neuere Literatur zum bürgerlich-aristokratischen Widerstand gegen Hitler und zum 20. Juli 1944 (Teil I)', GG, 21 (1995), 111-39.

Heinemann, Ulrich, and Michael Krüger-Charlé, 'Arbeit am Mythos. Der 20. Juli 1944 in Publizistik und wissenschaftlicher Literatur des Jubiläumsjahres 1994 (Teil II)', GG, 23 (1997), 475-501.

Hellfeld, Matthias von, Edelweißpiraten in Köln, 2nd edn, Cologne, 1983.

Henderson, Nevile, Failure of a Mission. Berlin, 1937-1939, London, 1940.

Henke, Josef, England in Hitlers politischem Kalkül: 1935-1939, Boppard am Rhein, 1973.

—'Hitler und England Mitte August 1939. Ein Dokument zur Rolle Fritz Hesses in den deutschbritischen Beziehungen am Vorabend des Zweiten Weltkrieges', VfZ, 21 (1973), 231-42.

—'Hitlers England-Konzeption: Formulierung und Realisierungsversuche', in Manfred Funke (ed.), Hitler, Deutschland und die Mächte. Materialien zur Außenpolitik des Dritten Reiches, Düsseldorf, 1978, 584-603.

Herbert, Ulrich, Best. Biographische Studien über Radikalismus, Weltanschauung und Vernunft 1903-1989, Bonn, 1996.

—Fremdarbeiter. Politik und Praxis des 'Ausländer-Einsatzes' in der Kriegswirtschaft des Dritten Reiches, Berlin/Bonn, 1985.

—'Good Times, Bad Times: Memories of the Third Reich', in Richard Bessel (ed.), Life in the Third Reich, Oxford, 1987, 97-110.

—' "Generation der Sachlichkeit". Die völkische Studentenbewegung der frühen zwanziger Jahre in Deutschland', in Frank Bajohr, Werner Johe and Uwe Lohalm (eds.), Zivilisation und Barbarei, Hamburg, 1991, 115-44.

—'Labour and Extermination: Economic Interest and the Primacy of Weltanschauung in National Socialism', Past and Present, 138 (1993), 144-95.

—'Die deutsche Besatzungspolitik in Dänemark im 2. Weltkrieg und die Rettung der dänischen Juden', Tel Aviver Jahrbuch für deutsche Geschichte, 23 (1994), 93-114.

—(ed.), Nationalsozialistische Vernichtungspolitik 1939-1945. Neue Forschungen und Kontroversen, Frankfurt am Main, 1998.

—'Die deutsche Militärverwaltung in Paris und die Deportation der französischen Juden', in Ulrich Herbert (ed.), Nationalsozialistische Vernichtungspolitik 1939-1945. Neue Forschungen und Kontroversen, Frankfurt am Main, 1998, 170-208.

Herbert, Ulrich, Karin Orth and Christoph Dieckmann (eds.), Die nationalsozialistischen Konzentrationslager. Entwicklung und Struktur, 2 vols., Göttingen, 1998.

Herbst, Ludolf, 'Die Krise des nationalsozialistischen Regimes am Vorabend des Zweiten Weltkrieges und die forcierte Aufrüstung. Eine Kritik', VfZ, 26 (1978), 347-92.

—Der Totale Krieg und die Ordnung der Wirtschaft. Die Kriegswirtschaft im Spannungsfeld von Politik, Ideologie und Propaganda 1939-1945, Stuttgart, 1982.

—Das nationalsozialistische Deutschland 1933-1945, Frankfurt am Main, 1996.

Herzstein, Robert Edward, The War that Hitler Won. The Most Infamous Propaganda Campaign in History, London, 1979.

Heß, Ilse, England-Nürnberg-Spandau. Ein Schicksal in Bildern, Leoni am Starnberger See, 1952.

Hesse, Fritz, Das Spiel um Deutschland, Munich, 1953.

Heston, Leonard L., and Heston, Renate, The Medical Casebook of Adolf Hitler, London, 1979.

Heusinger, Adolf, Befehl im Widerstreit. Schicksalsstunden der deutschen Armee 1923-1945, Tübingen/Stuttgart, 1950.

Heyl, John D., 'The Construction of the Westwall, 1938: An Exemplar for National Socialist Policymaking', Central European History, 14 (1981), 63-78.

Hilberg, Raul, The Destruction of the European Jews, Viewpoints edn, New York, (1961), 1973.

—'Die Aktion Reinhard', in Eberhard Jäckel and Jürgen Rohwer (eds.), Der Mord an den Juden im Zweiten Weltkrieg. Entschlußbildung und Verwirklichung, Stuttgart, 1985, 125-36.

—Die Vernichtung der europäischen Juden, revised transl, edn, Frankfurt am Main, 1990.

Hildebrand, Klaus, Vom Reich zum Weltreich. Hitler, NSDAP und koloniale Frage 1919-1945, Munich, 1969.
—Deutsche Außenpolitik 1933-1945. Kalkül oder Dogma?, Stuttgart etc., 1971.
—The Foreign Policy of the Third Reich, London, 1973.
—Das vergangene Reich. Deutsche Außenpolitik von Bismarck bis Hitler 1871-1945, Stuttgart, 1995.
Hilger, Gustav, and Meyer, Holger G., The Incompatible Allies: A Memoir-History of GermanSoviet Relations 1918-1941, New York, 1953.
Hill, Leonidas E. (ed.), Die Weizsäcker-Papiere 1933-1950, Frankfurt am Main/Berlin/Vienna, 1974.
—'Alternative Politik des Auswärtigen Amtes bis zum 1. September 1939', in Jürgen Schmädeke and Peter Steinbach (eds.), Der Widerstand gegen den Nationalsozialismus. Die deutsche Gesellschaft und der Widerstand gegen Hitler, Munich/Zurich, 1985, 664-90.
Hillgruber, Andreas, 'Der Faktor Amerika in Hitlers Strategie 1938-1941', Aus Politik und Zeitgeschichte Beilage zur Wochenzeitung 'Das Parlament', B19/66 (11 May 1966), 3-21.
—'Japan und der Fall "Barbarossa". Japanische Dokumente zu den Gesprächen Hitlers und Ribbentrops mit Botschafter Oshima von Februar bis Juni 1941', Wehrwissenschaftliche Rundschau, 18 (1968), 312-36.
—(ed.), Staatsmänner und Diplomaten bei Hitler. Vertrauliche Aufzeichnungen 1939-1941, Munich, 1969.
—(ed.), Staatsmänner und Diplomaten bei Hitler. Zweiter Teil. Vertrauliche Aufzeichnungen über Unterredungen mit Vertretern des Auslandes 1942-1944, Frankfurt am Main, 1970.
—'Hitler und die USA', in Otmar Franz (ed.), Europas Mitte, Göttingen/Zurich, 1987, 125-44.
—Hitlers Strategie. Politik und Kriegführung 1940-1941, (1965), 3rd edn, Bonn, 1993.
Hillgruber, Andreas, and Förster, Jürgen (eds.), 'Zwei neue Aufzeichnungen über "Führer-Besprechungen" aus dem Jahre 1942',

Militärgeschichtliche Mitteilungen, 11 (1972), 109-26.
Hippler, Fritz, Die Verstrickung, Düsseldorf, 1981.
Hitler, Adolf, Mein Kampf, 876-88oth reprint, Munich, 1943. [Hay trad. cast dej. L. Jerez, Mi lucha, Barcelona, Wotan, 1985.]
—Mein Kampf, London, 1969, traducción inglesa de Ralph Manheim e introducción de D. C. Watt.
Hitler. Reden, Schriften, Anordnungen: Februar 1925 bis Januar 19 33, ed. Institut für Zeitgeschichte, 5 vols. in 12 parts, Munich/London/New York/Paris, 1992-8.
'Hitlers Höllenfahrt', Der Spiegel, 14/1995, 170-87, 15/1995, 172-86.
Hitlers Lagebesprechungen im Führerhauptquartier. Die Protokollfragmente seiner militärischen Konferenzen 1942-1945, ed. Helmut Heiber, Stuttgart 1962.
Hitlers politisches Testament. Die Bormann Diktate vom Februar und April 1945, mit einem Essay von Hugh R. Trevor-Roper und einem Nachwort von André François-Poncet, Hamburg, 1981.
Hoare, Samuel, Ambassador on Special Mission, London, 1946.
Hoch, Anton, 'Das Attentat auf Hitler im Münchener Bürgerbräukeller 1939', VfZ, 17 (1969), 383—413.
Hoch, Anton, and Weiß, Hermann, 'Die Erinnerungen des Generalobersten Wilhelm Adam', in Wolfgang Benz (ed.), Miscellanea: Festschrift für Helmut Krausnick zum 75. Geburtstag, Stuttgart, 1980, 32-62.
Hockerts, Hans Günter, Die Sittlichkeitsprozesse gegen katholische Ordensangehörige und Priester 1936/1937, Mainz, 1971.
Hoemberg, Elisabeth, Thy People, My People, London, 1950.
Hoensch, Jörg K., Geschichte Polens, Stuttgart, 1983.
Hofer, Walther, Die Entfesselung des Zweiten Weltkrieges, Frankfurt am Main, 1964.
—(ed.), Der Nationalsozialismus. Dokumente 1933-1945, Frankfurt am Main (1957), 1974.
Hoffmann, Heinrich, Hitler Was My Friend, London, 1955. [Hay trad. cast. de J. Gómez de la Serna: Yo fui amigo de Hitler, Barcelona, Noguer, 1973.]

Hoffmann, Peter, 'Maurice Bavaud's Attempt to Assassinate Hitler in 1938', in George L. Mosse (ed.), Police Forces in History, Beverly Hills, 1975, 173-204.

—'Hitler's Personal Security', in George L. Mosse (ed.), Police Forces in History, Beverly Hills, 1975, 151-71.

—Hitler's Personal Security, London, 1979.

—'Generaloberst Ludwig Becks militärpolitisches Denken', HZ, 235 (1982), 101-21.

—Widerstand-Staatsstreich-Attentat. Der Kampf der Opposition gegen Hitler, 4th edn, Munich/Zurich (1969), 1985.

—'Motive', in Jürgen Schmädeke and Peter Steinbach (eds.), Der Widerstand gegen den Nationalsozialismus. Die deutsche Gesellschaft und der Widerstand gegen Hitler, Munich/Zurich, 1985, 1089-96.

—Stauffenberg. A Family History, 1905-1944, Cambridge, 1995.

Höhne, Heinz, The Order of the Death's Head. The Story of Hitler's SS, London, 1969.

—Canaris - Patriot im Zwielicht, Munich, 1976.

—'Canaris und die Abwehr zwischen Anpassung und Opposition', in Jürgen Schmädeke and Peter Steinbach (eds.), Der Widerstand gegen den Nationalsozialismus. Die deutsche Gesellschaft und der Widerstand gegen Hitler, (1985), Munich, 1986, 405-16.

—Die Zeit der Illusionen. Hitler und die Anfänge des 3. Reiches 1933 bis 1936, Düsseldorf/Vienna/New York, 1991.

Hölsken, Heinz Dieter, Die V-Waffen. Entstehung-Propaganda-Kriegseinsatz, Stuttgart, 1984.

Honolka, Bert, Die Kreuzelschreiber. Ärtze ohne Gewissen: Euthanasie im Dritten Reich, Hamburg, 1961.

Hornshøj-Møller, Stig, 'Der ewige Jude'. Quellenkritische Analyse eines antisemitischen Propagandafilms, Institut für den Wissenschaftlichen Film, Göttingen, 1995.

Hoßbach, Friedrich, Zwischen Wehrmacht und Hitler 1934-1938, Wolfenbüttel/Hannover, 1949.

Housden, Martyn, 'Hans Frank - Empire Builder in the East, 1939-41', European History Quarterly, 24 (1994), 367-93.

Hubatsch, Walther, 'Weserübung', Die deutsche Besetzung von Dänemark und Norwegen 1940, 2nd edn, Göttingen/Berlin/Frankfurt, 1960.
—(ed.), Hitlers Weisungen für die Kriegführung 1939-1945. Dokumente des Oberkommandos der Wehrmacht, (1962), Munich, 1965.
Huber, Heinrich (ed.), Dokumente einer christlichen Widerstandsbewegung. Gegen die Entfernung der Kruzifixe aus den Schulen 1941, Munich, 1948.
Hüttenberger, Peter, Die Gauleiter. Studie zum Wandel des Machtgefüges in der NSDAP, Stuttgart, 1969.
—'Nationalsozialistische Polykratie', GG, 2 (1976), 417-42.
—'Vorüberlegungen zum "Widerstandsbegriff" ', in Jürgen Kocka (ed.), Theorien in der Praxis des Historikers, Göttingen, 1977, 117-34.
Hutton, J. Bernard, Hess: the Man and his Mission, London, 1970. [Hay trad. cast. de Adolfo Martín: Hess: El hombre y su misión, Barcelona, Plaza yjanés, 1977.]
Institut für Zeitgeschichte (ed.), Wissenschaftsfreiheit und ihre rechtlichen Schranken. Ein Kolloquium, Munich/Vienna, 1978.
Irving, David, Hitler's War, London etc., 1977. [Hay trad. cast. de Andrés Bosch: La guerra de Hitler, Barcelona, Planeta, 1980^{2}.]
—The War Path. Hitler's Germany, 1933-9, London, 1978. [Hay trad. cast. de Carlos Lagarriaga: El camino de la guerra, Barcelona, Planeta, 1990.]
—Rudolf Heß - ein gescheiterter Friedensbote? Die Wahrheit über die unbekannten Jahre 1941-1945, Graz/Stuttgart, 1987.
—Führer und Reichskanzler. Adolf Hitler 1933-1945, Munich/Berlin, 1989.
—Göring. A Biography, London, 1989. [Hay trad. cast. de María Gutiérrez: Göring, Barcelona, Planeta, 1989.]
—The Secret Diaries of Hitler's Doctor, paperback edn, London (1983), 1990. [Hay trad. cast. de M. A. Renart: Los diarios secretos del médico de Hitler, Madrid, Saned, 1984.]
—(ed.), Der unbekannte Dr. Goebbels. Die geheimen Tagebücher 1938, London, 1995.

—Goebbels: Mastermind of the Third Reich, London, 1996.
Jäckel, Eberhard, Frankreich in Hitlers Europa. Die deutsche Frankreichpolitik im Zweiten Weltkrieg, Stuttgart, 1966.
—'Hitler und der Mord an europäischen Juden', in Peter Märthesheimer and Ivo Frenzel (eds.), Im Kreuzfeuer: Der Fernsehfilm Holocaust. Eine Nation ist betroffen, Frankfurt am Main, 1979, 151-62.
—'Die deutsche Kriegserklärung an die Vereinigten Staaten von 1941', in Friedrich J. Kroneck and Thomas Oppermann (eds.), Im Dienste Deutschlands und des Rechts: Festschrift für Wilhelm G. Grewe, Baden-Baden, 1981, 117-37.
—Hitler in History, Hannover/London, 1984.
—Hitlers Herrschaft. Vollzug einer Weltanschauung, (1986), Stuttgart, 1988.
—'Hitlers doppeltes Kernstück', in Roland G. Foerster (ed.), 'Unternehmen Barbarossa'. Zum historischen Ort der deutsch-sowjetischen Beziehungen von 1933 bis Herbst 1941, Munich, 1993, 14-22.
—'From Barbarossa to Wannsee. The Role of Reinhard Heydrich', unpublished essay.
Jäckel, Eberhard, and Axel Kuhn (eds.), Hitler. Sämtliche Aufzeichnungen 1905-1924, Stuttgart, 1980.
Jacobsen, Hans-Adolf, 'Hitlers Gedanken zur Kriegführung im Westen', Wehrwissenschaftliche Rundschau, 5 (1955), 433-46.
—Dokumente zur Vorgeschichte des Westfeldzuges 1939-1940, Göttingen/Berlin/Frankfurt, 1956.
—Fall Gelb. Der Kampf um den deutschen Operationsplan zur Westoffensive 1930, Wiesbaden, 1957.
—Dünkirchen. Ein Beitrag zur Geschichte des Westfeldzuges 1940, Neckargemünd, 1958.
—(ed.), Dokumente zum Westfeldzug 1940, Göttingen/Berlin/Frankfurt, 1960.
—1939-1945. Der Zweite Weltkrieg in Chronik und Dokumenten, (1959), 5th edn, Darmstadt, 1961.
—Nationalsozialistische Außenpolitik 1933-1938, Frankfurt am

Main/Berlin, 1968.
—Der Weg zur Teilung der Welt, Politik und Strategie von 1939-1945, Koblenz/Bonn, 1977.
—‘Zur Struktur der NS-Außenpolitik 1933-1945’, in Manfred Funke (ed.), Hitler, Deutschland und die Mächte. Materialien zur Außenpolitik des Dritten Ketches, Düsseldorf, 1978, 137-85.
—(ed.), Spiegelbild einer Verschwörung. Die Opposition gegen Hitler und der Staatsstreich vom 20. Juli 1944 in der SD-Berichterstattung. Geheime Dokumente aus dem ehemaligen Reichssicherheitshauptamt, 2 vols., Stuttgart, 1984.
Jacobsen, Hans-Adolf, and Rohwer, Jürgen, Entscheidungsschlachten des Zweiten Weltkrieges, Frankfurt am Main, 1960.
Jahrbuch der öffentlichen Meinung 1947-1955, ed. Elisabeth Noelle and Erich Peter Neumann, Allensbach, 1956.
James, Harold, ‘Die Deutsche Bank und die Diktatur’, in Lothar Gall, et al. (ed.), Die Deutsche Bank 1870-1995, Munich, 1995, 315-408.
Jansen, Christian, and Weckbecker, Arno, Der ‘Volksdeutsche Selbstschutz’ in Polen 1939/40, Munich, 1992.
—‘Eine Miliz im “Weltanschauungskrieg”: der “Volksdeutsche Selbstschutz” in Polen 1939/40’, in Wolfgang Michalka (ed.), Der Zweite Weltkrieg. Analysen-Grundzüge-Forschungsbilanz, Munich/Zurich, 1989, 482-500.
Janßen, Karl-Heinz, ‘Politische und militärische Zielvorstellungen der Wehrmachtführung’, in Rolf-Dieter Müller and Hans-Erich Volkmann (eds.), Die Wehrmacht: Mythos und Realität, Munich, 1999, 75-84.
Janßen, Karl-Heinz, and Tobias, Fritz, Der Sturz der Generäle. Hitler und die Blomberg-FritschKrise 1938, Munich, 1994.
Jersak, Tobias, ‘Die Interaktion von Kriegsverlauf und Judenvernichtung’, HZ, 268 (1999), 311—49.
Jetzinger, Franz, Hitlers Jugend, Vienna, 1956.
Joachimsthaler, Anton, The Last Days of Hitler. The Legends, the Evidence, the Truth, London, 1996.
—Hitlers Ende. Legenden und Dokumente, (1994), Augsburg, 1999.
—Die Breitspurbahn. Das Projekt zur Erschließung des groß-

europäischen Raumes 1941-1945 (1985), 6th edn, Munich, 1999.
Johr, Barbara, 'Die Ereignisse in Zahlen', in Heike Sander and Barbara Johr (eds.), Befreier und Befreite. Krieg, Vergewaltigungen, Kinder, Munich, 1992, 46-72.
Jones, Thomas, A Diary With Letters, 1931-1950, Oxford, 1954.
Jordan, Rudolf, Erlebt und erlitten. Weg eines Gauleiters von München bis Moskau, Leoni am Starnberger See, 1971.
Jukes, Geoffrey, Hitler's Stalingrad Decisions, Berkeley/Los Angeles/London, 1985.
Justiz und NS-Verbrechen, Sammlung deutscher Strafurteile wegen nationalsozialistischer Tötungsverbrechen 1945-1966, vol. 20, Amsterdam, 1979.
[Kaiser, Hermann], 'Neue mitteilungen zur Vorgeschichte des 20. Juli', Die Wandlung, 1 (1945/46), 530-34, extracts from Kaiser's diary.
Kardorff, Ursula von, Berliner Aufzeichnungen 1942-1945, (1976), 2nd edn, Munich, 1982.
Kater, Michael H., The Nazi Party. A Social Profile of Members and Leaders 1919-1945, Oxford, 1983.
—Doctors under Hitler, Chapel Hill, London, 1989.
—Different Drummers: Jazz in the Culture of Nazi Germany, New York/Oxford, 1992.
—The Twisted Muse. Musicians and their Music in the Third Reich, New York/Oxford, 1997.
Kehrig, Manfred, Stalingrad. Analyse und Dokumentation einer Schlacht, Stuttgart, 1974.
—'Die 6. Armee im Kessel von Stalingrad', in Jürgen Förster (ed.), Stalingrad. Ereignis-Wirkung-Symbol, Munich/Zurich, 1992, 76-110.
Kehrl, Hans, Krisenmanager im Dritten Reich, Düsseldorf, 1973.
Kelley, Douglas M., 22 Cells in Nuremberg, (1947), New York, 1961.
Kempka, Erich, Die letzten Tage mit Adolf Hitler, Preußisch Oldendorf, 1975.
Kempner, Robert M. W., Das Dritte Reich im Kreuzverhör. Aus den Vernehmungsprotokollen des Anklägers, Düsseldorf, 1984.
Kershaw, Ian, 'Antisemitismus und Volksmeinung. Reaktionen auf die

Judenverfolgung', in Martin Broszat and Elke Fröhlich (eds.), Bayern in der NS-Zeit, Bd. 11: Herrschaft und Gesellschaft im Konflikt, Munich, 1979, 281-348.

—Popular Opinion and Political Dissent in the Third Reich: Bavaria, 1933-1945, Oxford, 1983.

—'German Popular Opinion and the "Jewish Question", 1939-1943: Some Further Reflections', in Arnold Paucker (ed.), Die Juden im nationalsozialistischen Deutschland, Tübingen, 1986, 366-86.

—'Indifferenz des Gewissens. Die deutsche Bevölkerung und die "Reichskristallnacht" ', Blätter für deutsche und internationale Politik, 11 (1988), 1319-30.

—The 'Hitler Myth'. Image and Reality in the Third Reich, paperback edn, Oxford, (1987), 1989.

—'Improvised Genocide? The Emergence of the "Final Solution" in the "Warthegau" ', Transactions of the Royal Historical Society, 6th Series, 2 (1992), 51-78.

—'Arthur Greiser - Ein Motor der "Endlösung" ', in Ronald Smelser, Enrico Syring and Rainer Zitelmann (eds.), Die braune Elite 11, Darmstadt, 1993, 116-27.

—'Der Überfall auf Polen und die öffentliche Meinung in Deutschland', in Ernst Willi Hansen, Gerhard Schreiber and Bernd Wenger (eds.), Politischer Wandel, organisierte Gewalt und nationale Sicherheit. Beiträge zur neueren Geschichte Deutschlands und Frankreichs. Festschrift für Klaus-Jürgen Müller, Munich, 1995, 237-50.

—The Nazi Dictatorship. Problems and Perspectives of Interpretation, (1985), 4th edn, London, 2000.

Kershaw, Ian, and Lewin, Moshe (eds.), Stalinism and Nazism: Dictatorships in Comparison, Cambridge, 1997.

Kersten, Felix, The Kersten Memoirs 1940-1945, London, 1956.

[Kesselring, Albert], The Memoirs of Field-Marshal Kesselring, (1953), Greenhill Books edn, London, 1997.

Kettenacker, Lothar (ed.), Das 'Andere Deutschland' im Zweiten Weltkrieg. Emigration und Widerstand in internationaler Perspektive, Stuttgart, 1977.

—'Die britische Haltung zum deutschen Widerstand während des Zweiten Weltkriegs', in Lothar Kettenacker (ed.), Das 'Andere Deutschland' im Zweiten Weltkrieg. Emigration und Widerstand in internationaler Perspektive, Stuttgart, 1977, 49-76.

Kielmansegg, Peter Graf, 'Die militärisch-politische Tragweite der Hoßbach-Besprechung', VfZ, 8 (1960), 268-75.

Kirk, Tim, Nazism and the Working Class in Austria. Industrial Unrest and Political Dissent in the National Community, Cambridge, 1996.

Kirwin, Gerald, 'Waiting for Retaliation. A Study in Nazi Propaganda Behaviour and German Civilian Morale', JCH, 16 (1981), 565-83.

—'Allied Bombing and Nazi Domestic Propaganda', European History Quarterly, 15 (1985), 341-62.

Klamper, Elisabeth, 'Der "Anschlußpogrom" ', in Kurt Schmid and Robert Streibel (eds.), Der Pogrom 1938. Judenverfolgung in Österreich und Deutschland, Vienna, 1990, 25-33.

Klee, Ernst, 'Euthanasie' im NS-Staat. Die 'Vernichtung lebensunwerten Lebens', Frankfurt am Main, 1983.

—(ed.), Dokumente zur 'Euthanasie', Frankfurt am Main, 1985.

—Was sie taten - Was sie wurden. Ärzte, Juristen und andere Beteiligte am Kranken - oder Judenmord, Frankfurt am Main, 1986.

Klee, Ernst, Dreßen, Willi, and Rieß, Volker (eds.), 'Schöne Zeiten'. Judenmord aus der Sicht der Täter und Gaffer, Frankfurt am Main, 1988.

Klee, Ernst, and Dreßen, Willi (eds.), 'Gott mit uns'. Der deutsche Vernichtungskrieg im Osten 1939-1945, Frankfurt am Main, 1989.

Klee, Karl, Das Unternehmen 'Seelöwe', Göttingen/Berlin/Frankfurt, 1958.

—(ed.), Dokumente zum Unternehmen 'Seelöwe'. Die geplante deutsche Landung in England 1940, Göttingen/Berlin/Frankfurt, 1959.

Kleist, Peter, Zwischen Hitler und Stalin, Bonn, 1950.

—Die europäische Tragödie, Göttingen, 1961.

Klemperer, Klemens von, German Resistance against Hitler. The Search for Allies Abroad, 1938-1945, Oxford, 1992.

Klemperer, Victor, Ich will Zeugnis ablegen bis zum letzten. Tagebücher

1933-1941, ed. Walter Nowojski and Hadwig Klemperer, (1995), 10th edn, 2 vols., Darmstadt, 1998.

Kleßmann, Christoph, 'Der Generalgouverneur Hans Frank', VfZ, 19 (1971), 245-60.

—'Hans Frank - Parteijurist und Generalgouverneur in Polen', in Ronald Smelser and Rainer Zitelmann (eds.), Die braune Elite, Darmstadt, 1989, 41-51.

Klink, Ernst, Das Gesetz des Handelns: Die Operation 'Zitadelle' 1943, Stuttgart, 1966.

Klinkhammer, Lutz, 'Der Partisanenkrieg der Wehrmacht 1941-1944', in Rolf-Dieter Müller and Hans-Erich Volkmann (eds.), Die Wehrmacht: Mythos und Realität, Munich, 1999, 815-36.

Knappe, Siegfried, and Brusaw, Ted, Soldat. Reflections of a German Soldier, 1936-1949, New York, 1992.

Knipping, Franz, and Müller, Klaus-Jürgen (eds.), Machtbewußtsein in Deutschland am Vorabend des Zweiten Weltkrieges, Paderborn, 1984.

Knopf, Volker, and Martens, Stefan, Görings Reich. Selbstinszenierungen in Carinhall, Berlin, 1999.

Knox, MacGregor, Mussolini Unleashed 1939-1941. Politics and Strategy in Fascist Italy's Last War, (1982), paperback edn, Cambridge, 1986.

Koch, H. W. (ed.), Aspects of the Third Reich, London, 1985.

Kochan, Lionel, Pogrom: 10 November 1938, London, 1957.

Kocka, Jürgen (ed.), Theorien in der Praxis des Historikers, Göttingen, 1977.

Koehl, Robert L., RKFDV: German Resettlement and Population Policy 1939-1945. A History of the Reich Commission for the Strengthening of Germandom, Cambridge, Mass., 1957.

Kogon, Eugen, et al. (eds.), Nationalsozialistische Massentötung durch Giftgas. Eine Dokumentation, Frankfurt am Main, 1983.

Kolb, Eberhard, 'Bergen-Belsen', in Martin Broszat (ed.), Studien zur Geschichte der Konzentrationslager, Stuttgart, 1970, 130-53.

—Bergen-Belsen. Vom 'Aufenthaltslager'zum Konzentrationslager 1943-1945, Göttingen, 1985.

Koller, Karl, Der letzte Monat. Die TagebuchaufZeichnungen des ehemaligen Chefs des Generalstabes der deutschen Luftwaffe vom 14. April bis 27. Mai 1945, Mannheim, 1949.

Kommandant in Auschwitz. Autobiographische Aufzeichnungen des Rudolf Höß, (1963), 4th edn, Munich, 1978.

Kordt, Erich, Nicht aus den Akten… Die Wilhelmstraße in Frieden und Krieg. Erlebnisse, Begegnungen und Eindrücke 1928-1945, Stuttgart, 1950.

Kosnett, Phil, and Patrick, Stephen B. 'Highway to the Reich: Operation Market-Garden, 17-26 September 1944', in Albert A. Nofi (ed.), The War against Hitler. Military Strategy in the West, Conshokoken, PA, 1995, 156-77.

Kotze, Hildegard von, and Krausnick, Helmut (eds.), 'Es spricht der Führer'. 7 exemplarische Hitler-Reden, Gütersloh, 1966.

Krakowski, Schmuel, 'The Death Marches in the Period of the Evacuation of the Camps', in Michael Marrus (ed.), The Nazi Holocaust: Historical Articles on the Destruction of European Jews, vol. 9, Westport, 1989, 476-90.

Kramarz, Joachim, Claus Graf Stauffenberg. 15. November, 1907-20. Juli 1944: Das Leben eines Offiziers, Frankfurt am Main, 1965.

Krausnick, Helmut, 'Denkschrift Himmlers über die Behandlung der Fremdvölkischen im Osten (Mai 1940)', VfZ, 5 (1957), 194-8.

—'Hitler und die Morde in Polen', VfZ, 11 (1963), 196-209.

—'Judenverfolgung', in Hans Buchheim et al., Anatomie des SS-Staates, Olten/Freiburg i. Br., 1965, ii. 283-448.

—'Kommissarbefehl und "Gerichtsbarkeitserlaß Barbarossa" in neuer Sicht', VfZ, 25 (1977), 682-738.

Krausnick, Helmut, and Wilhelm, Hans-Heinrich, Die Truppe des Weltanschauungskrieges. Die Einsatzgruppen der Sicherheitspolizei und des SD 1938-1942, Stuttgart, 1981.

Krautkrämer, Elmar, 'Generalfeldmarschall Albert Kesselring', in Gerd R. Ueberschär (ed.), Hitlers militärische Elite. Bd. I: Von den Anfängen des Regimes bis Kriegsbeginn, Darmstadt, 1998, 121-9.

Krebs, Albert, Tendenzen und Gestalten der NSDAP. Erinnerungen an die

Frühzeit der Partei, Stuttgart, 1959.
'Kremlin "secretly burned Hitler's remains" ', Guardian, 4 April 1995.
Kriegspropaganda 1939-1941. Geheime Ministerkonferenzen im Reichspropagandaministerium, ed. Willi A. Boelcke, Stuttgart, 1966.
Kriegstagebuch des Oberkommandos der Wehrmacht (Wehrmachtführungsstab), Bd. 1: 1. August 1940-31. Dezember 1941, ed. Percy Ernst Schramm, Frankfurt am Main, 1965.
—Bd. II: 1. Januar 1942-31. Dezember 1942, ed. Andreas Hillgruber, Frankfurt am Main, 1963.
—Bd. III: 1. Januar 1943-31. Dezember 1943, ed. Walther Hubatsch, Frankfurt am Main, 1963.
—Bd. IV: 1. Januar 1944-22. Mai 1945, ed. Percy Ernst Schramm, Frankfurt am Main, 1961.
Kroener, Bernhard R., 'Friedrich Fromm - Der "starke Mann im Heimatkriegsgebiet" ', in Ronald Smelser and Enrico Syring (eds.), Die Militärelite des Dritten Reiches, Berlin/Frankfurt am Main, 1995, 171-86.
Krogmann, Carl Vincent, Es ging um Deutschlands Zukunft 1932-1939, Leoni am Starnberger See, 1976.
Krüger, Arnd, Die Olympischen Spiele 1936 und die Weltmeinung, Berlin, 1972.
Kube, Alfred, Pour le mérite und Hakenkreuz. Hermann Göring im Dritten Reich, Munich, 1986.
Kubizek, August, Adolf Hitler, mein Jugendfreund, 5th edn, Graz/Stuttgart, 1989. [Hay trad. cast, de Manuel Scholz: Adolf Hitler, mi amigo dejuventud, Barcelona, Wotan, 1981.]
Kühnrich, Heinz, 'Der deutsch-sowjetische Nichtangriffsvertrag vom 23. August 1939 aus der zeitgenössischen Sicht der KPD', in Dietrich Eichholtz and Kurt Pätzold (eds.), Der Weg in den Krieg. Studien zur Geschichte der Vorkriegsjahre (1935/36 bis 1939), East Berlin, 1989, 517-51.
Kulka, Otto Dov, ' "Public Opinion" in National Socialist Germany and the "Jewish Question" ', Zion, 40 (1975), 186-290 (text in Hebrew, abstract in English, documentation in German).

Kurowski, Franz, ‘Dietrich and Manteufel, in Correlli Barnett (ed.), Hitler’s Generals, London, 1990, 411-37.

Kwiet, Konrad, and Eschwege, Helmut, Selbstbehauptung und Widerstand. Deutsche Juden im Kampf um Existenz und Menschenwürde 1933-1945, Hamburg, 1984.

Lagebesprechungen im Führerhauptquartier. Protokollfragmente aus Hitlers militärischen Konferenzen 1942-1945, ed. Helmut Heiber, Deutsche Buch-Gemeinschaft edn (abridged edn), Berlin/Darmstadt/Vienna, 1963.

Lagevorträge des Oberbefehlshabers der Kriegsmarine vor Hitler 1939-1945, ed. Gerhard Wagner, Munich, 1972.

Lamb, Richard, The Ghosts of Peace, 1935-1945, Salisbury, 1987.

—‘Kluge’, in Correlli Barnett (ed.), Hitler’s Generals, London, 1990, 394-409.

—‘Das Foreign Office und der deutsche Widerstand 1938-1944’, in Klaus-Jürgen Müller and David N. Dilks (eds.), Großbritannien und der deutsche Widerstand 1933-1944, Paderborn etc., 1994, 53-81.

Lang, Jochen von, Der Sekretär. Martin Pormann: Der Mann, der Hitler beherrschte, Frankfurt am Main, 1980.

—Das Eichmann-Protokoll. Tonbandaufzeichnungen der israelischen Verhöre, Berlin, 1982.

—Der Adjutant. Karl Wolff. Der Mann zwischen Hitler und Himmler, Munich, 1985.

Lansbury, George, My England, (1936), London, n.d.

Laqueur, Walter, The Terrible Secret. Suppression of the Truth about Hitler’s ‘Final Solution’, Harmondsworth, 1982.

Large, David Clay (ed.), Contending with Hitler. Varieties of German Resistance in the Third Reich, Cambridge, 1991.

Leach, Barry A., German Strategy against Russia 1939-1941, Oxford, 1973.

Leasor, James, Rudolf Hess: the Uninvited Envoy, London, 1962.

Leber, Annedore, Conscience in Revolt, London, 1957.

Leber, Annedore, and Moltke, Freya Gräfin von, Für und wider Entscheidungen in Deutschland 1918-1945, Frankfurt am Main,

1961.
Lehndorff, Hans Graf von, Ostpreußisches Tagebuch. Aufzeichnungen eines Arztes aus den Jahren 1945-1947, (1967), 15th edn, Munich, 1985.
Leitz, Christian, 'Nazi Germany's Intervention in the Spanish Civil War and the Foundation of HISMA/ROWAK', in Paul Preston and Ann L. Mackenzie (eds.), The Republic Besieged: Civil War in Spain, 1936-1939, Edinburgh, 1996, 53-85. [Hay trad. cast. de Raúl Quintana: «La intervención de la Alemania nazi en la Guerra Civil española y la fundación de HISMA/ROWAK», en La República asediada: Hostilidad internacional y conflictos internos durante la Guerra Civil, Barcelona, Península, 1999. PP-71-100-]
Lemhöfer, Lutz, 'Gegen den gottlosen Bolschewismus. Zur Stellung der Kirchen zum Krieg gegen die Sowjetunion', in Gerd R. Ueberschär and Wolfram Wette (eds.), 'Unternehmen Barbarossa'. Der deutsche Überfall auf die Sowjetunion 1941. Berichte, Analysen, Dokumente, Paderborn, 1984, 131-9.
Lesser, Alexander, 'Russians wanted to sell "Hitler skull" story', Jerusalem Report, 11 March 1993. Letzte Briefe aus Stalingrad, Frankfurt am Main/Heidelberg, 1950.
Levine, Herbert S., Hitler's Free City. A History of the Nazi Party in Danzig, 1925-39, Chicago/London, 1973.
—'The Mediator: Carl J. Burckhardt's Efforts to Avert a Second World War', JMH, 45 (1973), 439-55.
Lewis, Samuel J., 'Albert Kesselring - Der Soldat als Manager', in Ronald Smelser and Enrico Syring (eds.), Die Militärelite des Dritten Reiches, Berlin/Frankfurt am Main, 1995, 270-87.
Lewy, Guenter, The Catholic Church and Nazi Germany, London, 1964.
Lifton, Robert Jay, The Nazi Doctors. Medical Killing and the Psychology of Genocide, New York, 1986.
Linge, Heinz, 'Kronzeuge Linge. Der Kammerdiener des "Führers" ', Revue, Munich, November 1955-March 1956.
—Bis zum Untergang. Als Chef des persönlichen Dienstes bei Hitler, Munich/Berlin, 1980.

Lipski, Josef, Diplomat in Berlin 1933-1939, ed. Waclaw Jedrzejewicz, New York/London, 1968.

Loewenberg, Peter, 'The Kristallnacht as a Public Degradation Ritual', LBYB, 32 (1987), 309-23.

Löffler, Peter (ed.), Bischof Clemens August Graf von Galen. Akten, Briefe und Predigten, vol. 2: 1939-1946, Mainz, 1988.

Londonderry, Marquess of (Charles S. H. Vane-Tempest-Stewart), Ourselves and Germany, London, 1938.

Longerich, Peter, 'Joseph Goebbels und der totale Krieg: eine unbekannte Denkschrift des Propagandaministers vom 18. Juli 1944', VfZ, 35 (1987), 289-314.

—Die braunen Bataillone. Geschichte der SA, Munich, 1989.

—(ed.), Die Ermordung der europäischen Juden. Eine umfassende Dokumentation des Holocaust 1941-1945, Munich/Zurich, 1989.

—Hitlers Stellvertreter. Führung der Partei und Kontrolle des Staatsapparates durch den Stab Heß und die Partei Kanzlei Bormann, Munich etc., 1992.

—Politik der Vernichtung. Eine Gesamtdarstellung der nationalsozialistischen Judenverfolgung, Munich/Zurich, 1998.

Loßberg, Bernhard von, Im Wehrmachtführungsstab. Bericht eines Generalstabsoffiziers, Hamburg, 1950.

Löwenthal, Richard, and Mühlen, Patrik von zur (eds.), Widerstand und Verweigerung in Deutschland 1933 bis 1945, Berlin/Bonn, 1984.

Ludewig, Joachim, 'Walter Model - Hitlers bester Feldmarschall?', in Ronald Smelser and Enrico Syring (eds.), Die Militärelite des Dritten Reiches, Berlin/Frankfurt am Main, 1995, 368-87.

Lukacs, John, The Duel. Hitler vs. Churchill: 10 May-31 July 1940, Oxford, 1992.

Macrakis, Kristie, Surviving the Swastika. Scientific Research in Nazi Germany, New York/Oxford, 1993.

Madajczyk, Czeslaw, 'Generalplan Ost', Polish Western Affairs, 3 (1962), 3-54.

—Die Okkupationspolitik Nazideutschlands in Polen 1939-1945, East Berlin, 1987.

—(ed.), Vom Generalplan Ost zum Generalsiedlungsplan, Munich etc., 1994.

Magenheimer, Heinz, Hitler's War. German Military Strategy, 1940-1945, London, 1998.

Maier, Hedwig, 'Die SS und der 20. Juli 1944', VfZ, 14 (1966), 299-316.

Mammach, Klaus, Der Volkssturm. Bestandteil des totalen Kriegseinsatzes der deutschen Bevölkerung 1944/45, East Berlin, 1981.

—'Widerstandsaktionen und oppositionelles Verhalten', in Dietrich Eichholtz and Kurt Pätzold (eds.), Der Weg in den Krieg. Studien zur Geschichte der Vorkriegsjahre (1935/36 bis 1939), East Berlin, 1989, 403-34.

Mandell, Richard D., The Nazi Olympics, London, 1972.

Manstein, Erich von, Lost Victories, (1955), London, 1982.

Marrus, Michael R., The Nuremberg War Crimes Trial 1945-46. A Documentary History, Boston/New York, 1997.

Martens, Stefan, 'Die Rolle Hermann Görings in der deutschen Außenpolitik', in Franz Knipping and Klaus-Jürgen Müller (eds.), Machtbewußtsein in Deutschland am Vorabend des Zweiten Weltkrieges, Paderborn, 1984, 75-92.

—Hermann Göring. 'Erster Paladin des Führers' und 'Zweiter Mann im Reich', Paderborn, 1985.

Martin, Bernd, Deutschland und Japan im Zweiten Weltkrieg. Vom Angriff auf Pearl Harbor bis zur deutschen Kapitulation, Göttingen, 1969.

—'Die deutsch-japanischen Beziehungen während des Dritten Reiches', in Manfred Funke (ed.), Hitler, Deutschland und die Mächte. Materialien zur Außenpolitik des Dritten Reiches, Düsseldorf, 1978, 454-70.

Maschmann, Melita, Fazit. Mein Weg in die Hitler-Jugend, 5th edn, Munich, 1983.

Maser, Werner (ed.), Hitlers Briefe und Notizen. Sein Weltbild in handschriftlichen Dokumenten, Düsseldorf, 1973.

—Adolf Hitler. Legende-Mythos-Wirklichkeit, (1971), 3rd edn,

Munich/Esslingen, 1976. [Hay trad. cast.: Hitler, Barcelona, Acervo, 1995.]
—Der Wortbruch. Hitler, Stalin und der Zweite Weltkrieg, (1994), 4th edn, Munich, 1997.
Mason, Timothy W., ‘The Legacy of 1918 for National Socialism’, in Anthony Nicholls and Erich Mathias (eds.), German Democracy and the Triumph of Hitler, London, 1971, 215-39.
—Arbeiterklasse und Volksgemeinschaft. Dokumente und Materialien zur deutschen Arbeiterpolitik 1936-1939, Opladen, 1975.
—Sozialpolitik im Dritten Reich. Arbeiterklasse und Volksgemeinschaft, Opladen, 1977.
—‘The Workers’ Opposition in Nazi Germany’, History Workshop Journal, 11 (1981), 120-37.
—‘Die Bändigung der Arbeiterklasse im nationalsozialistischen Deutschland. Eine Einleitung’, in Carola Sachse, et al. (eds.), Angst, Belohnung, Zucht und Ordnung. Herrschaftsmechanismen im Nationalsozialismus,Opladen, 1982, 11-53.
—Nazism, Fascism, and the Working Class. Essays by Tim Mason, ed. Jane Caplan, Cambridge, 1995.
Mayer, Arno J., Why did the Heavens Not Darken? The ‘Final Solution’ in History, New York, 1988.
Mayer, Milton, They Thought They Were Free. The Germans 1933-45, Chicago, 1955.
McKee, Ilse, Tomorrow the World, London, 1960.
Meehan, Patricia, The Unnecessary War. Whitehall and the German Resistance to Hitler, London, 1992.
Meissner, Otto, Staatssekretär unter Ebert-Hindenberg-Hitler. Der Schicksalsweg des deutschen Volkes von 1918 bis 1945, wie ich ihn erlebte, Hamburg, 1950.
Meldungen aus dem Reich. Die geheimen Lageberichte des Sicherheitsdienstes der SS 1938-1945, ed. Heinz Boberach, 17 vols., Herrsching, 1984.
Merson, Allan, Communist Resistance in Nazi Germany, London, 1985.
Messenger, Charles, Hitler’s Gladiator. The Life and Times of

Oberstgruppenführer der Waffen-SS Sepp Dietrich, London, 1988.
—The Last Prussian. A Biography of Field Marshal Gerd von Rundstedt, 1875-1953, London etc., 1991.
Messerschmidt, Manfred, Die Wehrmacht im NS-Staat. Zeit der Indoktrination, Hamburg, 1969.
—‘Krieg in der Trümmerlandschaft. “Pflichterfüllung” wofür?’, in Ulrich Borsdorf and Mathilde Jamin (eds.), Über Leben im Krieg. Kriegserfahrung in einer Industrieregion 1939 -1945, Reinbeck bei Hamburg, 1989, 169-78.
Michaelis, Meir, Mussolini and the Jews. German Italian Relations and the Jewish Question in Italy 1922-1945, Oxford, 1978.
Michalka, Wolfgang, Ribbentrop und die deutsche Weltpolitik 1933-1940. Außenpolitische Konzeptionen und Entscheidungsprozesse im Dritten Reich, Munich, 1979.
—(ed.), Das Dritte Reich. Dokumente zur Innen - und Außenpolitik, vol. 1, Munich, 1985.
—(ed.), Das Dritte Reich. Bd 2: Weltmachtanspruch und nationaler Zusammenbruch 1939-1945, Munich, 1985.
—‘From the Anti-Comintern Pact to the Euro-Asiatic Bloc: Ribbentrop’s Alternative Concept to Hitler’s Foreign Policy Programme’, in H. W. Koch (ed.), Aspects of the Third Reich, London, 1985, 267-84.
Michel, Thomas, Die Juden in Gaukönigshofen/Unterfranken (1550-1941), Wiesbaden, 1988.
Michels, Helmut, Ideologie und Propaganda. Die Rolle von Joseph Goebbels in der nationalsozialistischen Außenpolitik bis 1939, Frankfurt am Main etc., 1992.
Michman, Dan, ‘Die jüdische Emigration und die niederländische Reaktion zwischen 1933 und 1940’, in Kathinka Dittrich and Hans Würzner (eds.), Die Niederlande und das deutsche Exil 1933-1940, Königstein/Ts., 1982, 73-90.
—‘Preparing for Occupation? A Nazi Sicherheitsdienst Document of Spring 1939 on the Jews of Holland’, Studia Rosenthaliana, 32 (1998), 173-80.
Middlebrook, Martin, The Battle of Hamburg: Allied Bomber Forces

against a German City in 1943, New York, 1981.
Milton, Sybil, 'The Expulsion of Polish Jews from Germany, October 1938 to July 1939. A Documentation', LBYB, 29 (1984), 166-99.
—'Menschen zwischen Grenzen: Die Polenausweisung 1938', Menora: Jahrbuch für deutschjüdische Geschichte, (1990), 184-206.
Milward, Alan S., 'Fritz Todt als Minister für Bewaffnung und Munition', VfZ, 14 (1966), 40-58.
—Die deutsche Kriegswirtschaft 1939-1945, Stuttgart, 1966.
—'Fascism and the Economy', in Walter Laqueur (ed.), Fascism. A Reader's Guide, Harmondsworth, 1979, 409-53.
Milza, Pierre, Mussolini, Paris, 1999.
Mitcham, Samuel W., Jr, 'Generalfeldmarschall Fedor von Bock', in Gerd R. Ueberschär (ed.), Hitlers militärische Elite. Bd. 1: Von den Anfängen des Regimes bis Kriegsbeginn, Darmstadt, 1998, 37-44.
—'Generalfeldmarschall Robert Ritter von Greim', in Gerd Ueberschär (ed.), Hitlers militärische Elite, Bd. 2. Vom Kriegsbeginn zum Weltkriegsende, Darmstadt, 1998, 72-9.
Mitcham, Samuel W., Jr, and Mueller, Gene, 'Generaloberst Erich Hoepner', in Gerd R. Ueberschär (ed.), Hitlers militärische Elite. Bd. 2: Vom Kriegsbeginn bis zum Weltkriegsende, Darmstadt, 1998, 93-9.
—'Generalfeldmarschall Walter Model', in Gerd R. Ueberschär (ed.), Hitlers militärische Elite. Bd. 2: Vom Kriegsbeginn bis zum Weltkriegsende, Darmstadt, 1998, 153-60.
Moll, Martin (ed.), 'Führer-Erlasse' 1939-1945, Stuttgart, 1997.
—'Die Tagungen der Reichs - und Gauleiter der NSDAP: Ein verkanntes Instrument zur Koordinierung im "Ämterchaos" des Dritten Reiches?', unpublished paper.
Moltke, Helmuth James von, Letters to Freya, 1939-1945. A Witness against Hitler, London, 1991.
Moltmann, Günter, 'Goebbels' Rede zum totalen Krieg am 18. Februar 1943', VfZ, 12 (1964), 13-43.
—'Goebbels' Speech on Total War, February 18, 1943', in Hajo Holborn (ed.), Republic to Reich. The Making of the Nazi Revolution, Vintage Books edn, New York, 1973, 298-342.

Mommsen, Hans, Beamtentum im Dritten Reich, Stuttgart, 1966.
—'Nationalsozialismus', in C. D. Hernig (ed.), Sowjetsystem und demokratische Gesellschaft. Eine vergleichende Enzyklopädie, 7 vols., Freiburg etc., 1966-72, vol. 4, column 702.
—'Social Views and Constitutional Plans of the Resistance', in Hermann Graml et al., The German Resistance to Hitler, (1966), London, 1970, 55-147.
—'Der Nationalsozialismus. Kumulative Radikalisierung und Selbstzerstörung des Regimes', in Meyers Enzyklopädisches Lexikon, vol. 16, Mannheim, 1976, 785-90.
—'Die Realisierung des Utopischen: Die "Endlösung der Judenfrage" im "Dritten Reich" ', GG, 9 (1983), 381-420.
—'Der Widerstand gegen Hitler und die deutsche Gesellschaft', in Jürgen Schmädeke and Peter Steinbach (eds.), Der Widerstand gegen den Nationalsozialismus. Die deutsche Gesellschaft und der Widerstand gegen Hitler, Munich (1985), 1986, 3-23.
—'Verfassungs - und Verwaltungsreformpläne der Widerstandsgruppen des 20. Juli 1944', in Jürgen Schmädeke and Peter Steinbach (eds.), Der Widerstand gegen den Nationalsozialismus. Die deutsche Gesellschaft und der Widerstand gegen Hitler, Munich (1985), 1986, 570-97.
—'Nationalsozialismus als vorgetäuschte Modernisierung', in Walter H. Pehle (ed.), Der historische Ort des Nationalsozialismus. Annäherung, Frankfurt am Main, 1990, 11-46.
—'Reflections on the Position of Hitler and Göring in the Third Reich', in Thomas Childers and Jane Caplan (eds.), Reevaluating the Third Reich, New York/London, 1993, 86-97.
—'Preußentum und Nationalsozialismus', in Wolfgang Benz, Hans Buchheim and Hans Mommsen (eds.), Der Nationalsozialismus. Studien zur Ideologie und Herrschaft, Frankfurt am Main, 1993, 29-41.
—'Der Kreisauer Kreis und die künftige Neuordnung Deutschlands und Europas', VfZ, 42 (1994), 361-77.
—'Hitler's Reichstag Speech of 30 January 1939', History and Memory, 9

(1997), 147-61.
—Von Weimar nach Auschwitz. Zur Geschichte Deutschlands in der Weltkriegsepoche, Stuttgart, 1999.
—'Der Widerstand gegen Hitler und die nationalsozialistische Judenverfolgung', unpublished paper.
Mommsen, Hans, and Grieger, Manfred, Das Volkswagenwerk und seine Arbeiter im Dritten Reich, Düsseldorf, 1996.
Mommsen, Hans, and Obst, Dieter, 'Die Reaktion der deutschen Bevölkerung auf die Verfolgung der Juden 1933-1943', in Hans Mommsen and Susanne Willems (eds.), Herrschaftsalltag im Dritten Reich. Studien und Texte,Düsseldorf, 1988, 374-485.
Mommsen, Hans, and Willems, Susanne (eds.), Herrschaftsalltag im Dritten Reich: Studien und Texte, Düsseldorf, 1988.
Moore, Bob, Refugees from Nazi Germany in the Netherlands, 1933-1940, Dordrecht, 1986.
Mosley, Nicholas, Beyond the Pale: Sir Oswald Mosley, 1933-1980, London, 1983.
Mosse, George L., The Crisis of German Ideology. Intellectual Origins of the Third Reich, (1964), London, 1966.
Mueller, Gene, 'Generalmarschall Günther von Kluge', in Gerd R. Ueberschär (ed.), Hitlers militärische Elite, vol. 1, Darmstadt, 1998, 130-37.
Mühleisen, Horst, 'Fedor von Bock - Soldat ohne Fortune', in Ronald Smelser and Enrico Syring (eds.), Die Militärelite des Dritten Reiches, Berlin/Frankfurt am Main, 1995, 66-82.
Müller, Christian, Stauffenberg, Düsseldorf, 1970.
Müller, Hans (ed.), Katholische Kirche und Nationalsozialismus, Munich, 1965.
Müller, Klaus-Jürgen, 'Zu Vorgeschichte und Inhalt der Rede Himmlers vor der höheren Generalität am 13. März 1940 in Koblenz', VfZ, 18 (1970), 95-120.
—Armee, Politik und Gesellschaft in Deutschland 1933-1945, Paderborn, 1979.
—(ed.), General Ludwig Beck, Studien und Dokumente zurpolitisch-

militärischen Vorstellungswelt und Tätigkeit des Generalstabschefs des deutschen Heeres 1933-1938, Boppard am Rhein, 1980.
—'Militärpolitik nicht Militäropposition!', HZ, 235 (1982), 355-71.
—'The Structure and Nature of the National Conservative Opposition in Germany up to 1940', in H. W. Koch (ed.), Aspects of the Third Reich, London, 1985, 132-78.
—Das Heer und Hitler. Armee und nationalsozialistisches Regime 1933-1940, 2nd edn, Stuttgart, (1969), 1988.
Müller, Max, 'Der Tod des Reichsministers Dr Fritz Todt', Geschichte in Wissenschaft und Unterricht, 18 (1967), 602-5.
Müller, Rolf-Dieter, Hitlers Ostkrieg und die deutsche Siedlungspolitik, Frankfurt am Main, 1991.
Müller, Rolf-Dieter, and Gerd R. Ueberschär, Kriegsende 1945. Die Zerstörung des Deutschen
Reiches, Frankfurt am Main, 1994.
—Hitler's War in the East 1941-1945. A Critical Assessment, Providence/Oxford, 1997.
Müller, Rolf-Dieter, and Volkmann, Hans-Erich (eds.), Die Wehrmacht: Mythos und Realität, Munich, 1999.
Mulligan, Timothy, 'Spies, Cyphers, and "Zitadelle". Intelligence and the Battle of Kursk', JCH, 22 (1987), 235-60.
München - Hauptstadt der Bewegung, ed. Münchener Stadtmuseum, Munich, 1993.
Musmanno, Michael A., Ten Days to Die, London, 1951.
Mussolini, Benito, My Rise and Fall, (1948), two vols, in one, New York, 1998.
Naasner, Walter, Neue Machtzentren in der deutschen Kriegswirtschaft 1942-1945, Boppard am Rhein, 1994.
Nadler, Fritz, Eine Stadt im Schatten Streichers, Nuremberg, 1969.
Namier, L. B., Conflicts. Studies in Contemporary History, London, 1942.
Nazi Conspiracy and Aggression, ed. Office of the United States Chief of Counsel for Prosecution of Axis Criminality, 9 vols. and 2 supplementary vols., Washington, 1946-8.
' "Nein, nein, das ist nicht mehr meine Pflicht". Lew Besymenski über

Stalingrad und seine Erlebnisse mit Generalfeldmarschall Paulus', Der Spiegel, 37/1992, 170-71.
Neliba, Günter, Wilhelm Frick. Der Legalist des Unrechtsstaates: Eine politische Biographie, Paderborn etc., 1992.
Neumann, Franz, Behemoth. The Structure and Practice of National Socialism, London, 1942.
Newman, Simon, March 1939: the British Guarantee to Poland. A Study in the Continuity of British Foreign Policy, Oxford, 1976.
Nicolson, Harold, Diaries and Letters, 1930-1964, New York, 1980.
Nicosia, Francis R., The Third Reich and the Palestine Question, Austin/London, 1985.
Niewyk, Donald L., The Jews in Weimar Germany, Baton Rouge, 1980.
Noakes, Jeremy, 'Phillip Bouhler und die Kanzlei des Führers der NSDAP: Beispiel einer Sonderverwaltung im Dritten Reich', in Dieter Rebentisch and Karl Teppe (eds.), Verwaltung contra Menschenführung im Staat Hitlers. Studien zum politisch-administrativen System, Göttingen, 1986, 208-36.
—'The Development of Nazi Policy towards the German-Jewish "Mischlinge" 1933-1945', LBYB, 34 (1989), 291-354.
Noakes, Jeremy, and Geoffrey Pridham (eds.), Documents on Nazism 1919-1945, London, 1974.
—(eds.), Nazism 1919-1945: A Documentary Reader, 4 vols., Exeter, 1983-98.
Nofi, Albert A. (ed.), The War against Hitler. Military Strategy in the West, Conshokoken PA, 1995.
Nolte, Ernst, Der europäische Bürgerkrieg. Nationalsozialismus und Bolschewismus, Berlin, 1987.
—'Vergangenheit, die nicht vergehen will', in 'Historikerstreit'. Die Dokumentation der Kontroverse um die Einzigartigkeit der nationalsozialistischen Judenvernichtung, 2nd edn, Munich/Zurich, 1987, 39-47.
Norden, Günter van, 'Widerstand in den Kirchen', in Richard Löwenthal and Patrik von zur Mühlen (eds.), Widerstand und Verweigerung in Deutschland 1933 bis 1945, Berlin/Bonn, 1984, 111-28.

Normann, Käthe von, Tagebuch aus Pommern 1945/46, (1962), 5th edn, Munich, 1984.
Nowak, Kurt, 'Widerstand, Zustimmung, Hinnahme. Das Verhalten der Bevölkerung zur "Euthanasie" ', in Norbert Frei (ed.), Medizin und Gesundheitspolitik in der NS-Zeit, Munich, 1991, 235-51.
O'Donnell, James P., and Bahnsen, Uwe, Die Katakombe. Das Ende in der Reichskanzlei, Stuttgart, 1975.
Oldenhage, Klaus, 'Justizverwaltung und Lenkung der Rechtsprechung im Zweiten Weltkrieg', in Dieter Rebentisch and Karl Teppe (eds.), Verwaltung contra Menschenführung im Staat Hitlers. Studien zum politisch-administrativen System, Göttingen, 1986, 208-36.
Operation Foxley: the British Plan to Kill Hitler, London, 1998.
Ophir, Baruch Z., and Wiesemann, Falk (eds.), Die jüdischen Gemeinden in Bayern 1918-1945. Geschichte und Zerstörung, Munich, 1979.
Orlow, Dietrich, The History of the Nazi Party, vol. 2:1933-1945, Newton Abbot, 1973.
Orth, Karin, 'Rudolf Höß und die "Endlösung der Judenfrage". Drei Argumente gegen deren Datierung auf den Sommer 1941', Werkstattgeschichte, 18 (1997), 45-57.
—Das System der nationalsozialistischen Konzentrationslager. Eine politische Organisationsgeschichte, Hamburg, 1999.
Ose, Dieter, Entscheidung im Westen. Der Oberbefehlshaber West und die Abwehr der allierten Invasion, Stuttgart, 1982.
Oven, Wilfried von, Mit Goebbels bis zum Ende, 2 vols., Buenos Aires, 1950.
—'Der 20. Juli 1944 - erlebt im Hause Goebbels', Verrat und Widerstand im Dritten Reich, Nation Europa, 28 (1978), 43-58.
Overy, Richard J., Goering: the Iron Man, London, 1984.
—'Germany, "Domestic Crisis", and War in 1939', Past and Present, 116 (1987), 138-68.
—War and Economy in the Third Reich, Oxford, 1994.
—Why the Allies Won, London, 1995.
—Russia's War, London, 1997.
The Oxford Companion to the Second World War, ed. I.C.B. Dear and

M.R.D. Foot, Oxford, 1995.
Padfield, Peter, Dönitz: the Last Führer, New York, 1984.
—Himmler. Reichsführer-SS, London, 1991.
—Hess. The Führer's Disciple, London, 1991.
Page, Helena P., General Friedrich Olbricht. Ein Mann des 20. Juli, Bonn/Berlin, 1992.
Papen, Franz von, Memoirs, London, 1952.
Parker, R. A. C, Struggle for Survival. The History of the Second World War, Oxford, 1990.
—Chamberlain and Appeasement. British Policy and the Coming of the Second World War, London, 1993.
Patrick, Stephen B., 'The Ardennes Offensive: An Analysis of the Battle of the Bulge, December 1944', in Albert A. Nofi (ed.), The War against Hitler. Military Strategy in the West, Conshokoken, PA, 1995, 206-24.
Pätzold, Kurt (ed.), Verfolgung, Vertreibung, Vernichtung. Dokumente des faschistischen Antisemitismus 1933 bis 1942, Leipzig, 1983.
—'Hitlers fünfzigster Geburtstag am 20. April 1939', in Dietrich Eichholtz and Kurt Pätzold (eds.), Der Weg in den Krieg. Studien zur Geschichte der Vorkriegsjahre (1935/36 bis 1939), East Berlin, 1989, 309-43.
Pätzold, Kurt, and Runge, Irene, Kristallnacht. Zum Pogrom 1938, Cologne, 1988.
Pätzold, Kurt, and Weißbecker, Manfred, Geschichte der NSDAP 1920-1945, Cologne, 1981.
Paucker, Arnold, Deutsche Juden im Widerstand 1933-1945. Tatsachen und Probleme, Beiträge zum Widerstand 1933-1945, ed. Gedenkstätte Deutscher Widerstand, Berlin, 1999.
Pauley, Bruce F., Hitler and the Forgotten Nazis. A History of Austrian National Socialism, London/Basingstoke, 1981.
Pehle, Walter H. (ed.), Der Judenpogrom. Von der 'Reichskristallnacht' zum Völkermord, Frankfurt am Main, 1988.
Petersen, Jens, Hitler-Mussolini. Die Entstehung der Achse Berlin-Rom 1933-1936, Tübingen, 1973.

Peterson, Edward N., The Limits of Hitler's Power, Princeton, 1969.
Petrova, Ada, and Watson, Peter, The Death of Hitler: the Final Words from Russia's Secret Archives, London, 1995.
Petzina, Dieter, Autarkiepolitik im Dritten Reich. Der nationalsozialistische Vier jahresplan, Stuttgart, 1968.
Peukert, Detlev J. K., Die Edelweißpiraten. Protestbewegungen jugendlicher Arbeiter im Dritten Reich, Cologne, 1980.
—Die KPD im Widerstand. Verfolgung und Untergrundarbeit an Rhein und Ruhr 1933 bis 1945, Wuppertal, 1980.
—Die Weimarer Republik. Krisenjahre der Klassischen Moderne, Frankfurt am Main, 1987.
—'Working-Class Resistance: Problems and Options', in David Clay Large (ed.), Contending
with Hitler. Varieties of German Resistance in the Third Reich, Cambridge, 1991, 35-48.
Picker, Henry, Hitlers Tischgespräche im Führerhauptquartier 1941-1942, ed. Percy Ernst Schramm, Stuttgart, 1963.
Pietrow, Bianka, 'Deutschland im Juni 1941 - ein Opfer sowjetischer Aggression? Zur Kontroverse über die Präventivkriegsthese', GG, 14 (1988), 116-35.
Pike, David Wingeate, 'Franco and the Axis Stigma', JCH, 17 (1982), 369-406.
Plum, Günter, 'Wirtschaft und Erwerbsleben', in Wolfgang Benz (ed.), Die Juden in Deutschland 1933-1945. Leben unter nationalsozialistischer Herrschaft, Munich, 1988, 268-313.
Pohl, Dieter, Von der 'Judenpolitik' zum Judenmord. Der Distrikt Lublin des Generalgouvernements 1939-1944, Frankfurt am Main, 1993.
—Nationalsozialistische Judenverfolgung in Ostgalizien. Organisation und Durchführung eines staatlichen Massenverbrechens, Munich, 1996.
—'Die Ermordung der Juden im Generalgouvernement', in Ulrich Herbert (ed.), Nationalsozialistische Vernichtungspolitik 1939-1945. Neue Forschungen und Kontroversen, Frankfurt am Main, 1998, 98-121.

Poliakov, Leon and Wulf, Josef, Das Dritte Reich und die Juden. Dokumente und Aufsätze, 2nd edn, Berlin, 1955.

Porat, Dina, 'The Holocaust in Lithuania. Some Unique Aspects', in David Cesarani (ed.), The Final Solution, Origins and Implementation, London, 1996, 159-74.

Pospieszalski, Karol Marian, 'The Case of the 58,000 "Volksdeutsche". An Investigation into Nazi Claims Concerning Losses of the German Minority in Poland before and during 1939', in Instytut Zachodni (ed.), Documenta Occupationis, 2nd edn, vol. vii, Poznan, 1981.

Prados, John, 'Cobra: Patton's Offensive in France, Summer 1944', in Albert A. Nofi (ed.), The War against Hitler. Military Strategy in the West, Conshokoken, PA, 1995, 133-55.

Pressac, Jean-Claude, Les Crématoires d'Auschwitz. La Machinerie du Meurtre de Masse, Paris, 1993.

Preston, Paul, 'Franco and Hitler: the Myth of Hendaye 1940', Contemporary European History, 1 (1992), 1-16.

—Franco. A Biography, London, 1993. [Hay trad. cast. de Teresa Camprodón y Diana Falcón: Franco, Barcelona, Grijalbo-Mondadori, 1998.]

—'Mussolini's Spanish Adventure: From Limited Risk to War', in Paul Preston and Ann L. Mackenzie (eds.), The Republic Besieged: Civil War in Spain 1936-1939, Edinburgh, 1996,21-51. [Hay trad. cast. de Raúl Quintana: «La aventura española de Mussolini: Del riesgo limitado a la guerra abierta», en La República asediada: Hostilidad internacional y conflictos internos durante la Guerra Civil, Barcelona, Península, 1999, pp. 41-69.]

Preston, Paul and Mackenzie, Ann L. (eds.), The Republic Besieged: Civil War in Spain 1936-1939, Edinburgh, 1996. [Hay trad. cast. de Raúl Quintana: La República asediada: Hostilidad internacional y conflictos internos durante la Guerra Civil, Barcelona, Península, 1999.]

Prieberg, Fred K., Trial of Strength: Wilhelm Furtwängler and the Third Reich, London, 1992.

Proctor, Robert N., Racial Hygiene. Medicine under the Nazis,

Cambridge, Mass., 1988.
Der Prozeß gegen die Hauptkriegsverbrecher vor dem Internationalen Militärgerichtshof, 42 vols., Nuremberg, 14 November 1945-1 October 1946.
Radzinsky, Edvard, Stalin, New York, 1996.
Raeder, Erich, Mein Leben von 1935 bis Spandau 1955, 2 vols., Tübingen, 1957.
Read, Anthony, and Fisher, David, The Deadly Embrace. Hitler, Stalin, and the Nazi-Soviet Pact, 1939-1941, New York/London, 1988.
—Kristallnacht. Unleashing the Holocaust, London, 1989.
Rebentisch, Dieter, ‘Hitlers Reichskanzlei zwischen Politik und Verwaltung’, in Dieter Rebentisch and Karl Teppe (eds.), Verwaltung contra Menschenführung im Staat Hitlers. Studien zum politisch-administrativen System,Göttingen, 1986, 65-99.
—Führerstaat und Verwaltung im Zweiten Weltkrieg. Verfassungsentwicklung und Verwaltungspolitik 1939-1945, Stuttgart, 1989.
Rebentisch, Dieter, and Teppe, Karl (eds.), Verwaltung contra Menschenführung im Staat Hitlers. Studien zum politisch-administrativen System, Göttingen, 1986.
‘Die Rede Himmlers vor den Gauleitern am 3. August 1944’, ed. Theodor Eschenburg, VfZ, 1 (1953), 357-94.
Reden des Führers am Parteitag der Ehre 1936, Munich, 1936.
Redlich, Fritz, Hitler. Diagnosis of a Destructive Prophet, New York/Oxford, 1999.
Rees, Laurence, The Nazis. A Warning from History, London, 1997.
—War of the Century. When Hitler Fought Stalin, London, 1999.
Reich-Ranicki, Marcel, Mein Leben, Stuttgart, 1999.
Reinhardt, Klaus, Die Wende vor Moskau. Das Scheitern der Strategie Hitler im Winter 1941/42, Stuttgart, 1972.
—‘Moscow 1941. The Turning-Point’, in John Erickson and David Dilks (eds.), Barbarossa. The Axis and the Allies, Edinburgh, 1994, 207-24.
Reitlinger, Gerald, The Final Solution, (1953), Sphere Books edn, London, 1971. [Hay trad. cast. de Rafael de Andrés: La solución final,

Barcelona, Grijalbo Mondadori, 1973.]
Reitsch, Hanna, Fliegen - Mein Leben, Stuttgart, 1951.
Remer, Otto Ernst, Verschwörung und Verrat um Hitler. Urteil eines Frontsoldaten, Preußisch-Oldendorf, 1981.
Renneberg, Monika, and Mark Walker (eds.), Science, Technology, and National Socialism, Cambridge, 1994.
Reuth, Ralf Georg, Goebbels, Munich, 1990.
—(ed.), Joseph Goebbels. Tagebücher, 5 vols., Munich/Zurich, 1992.
Reynolds, Nicholas, 'Der Fritsch-Brief vom 11. Dezember 1938', VfZ, 28 (1980), 358-71.
Ribbentrop, Joachim von, Zwischen London und Moskau. Erinnerungen und letzte Aufzeichnungen, ed. Annelies von Ribbentrop, Leoni am Starnberger See, 1953. [Hay trad. cast. de Rafael Gómez: Entre Londres y Moscú, Barcelona, Destino, 1955.]
—The Ribbentrop Memoirs, London, 1954.
Rich, Norman, Hitler's War Aims. Vol 1: Ideology, the Nazi State, and the Course of Expansion, London, 1973.
—Hitler's War Aims. Vol. 2: The Establishment of the New Order, London, 1974.
Richarz, Monika (ed.), Jüdisches Leben in Deutschland. Bd. 3. Selbstzeugnisse zur Sozialgeschichte 1918-1945, Stuttgart, 1982.
Richter, Timm C., 'Die Wehrmacht und der Partisanenkrieg in den besetzten Gebieten der Sowjetunion', in Rolf-Dieter Müller and Hans-Erich Volkmann (eds.), Die Wehrmacht: Mythos und Realität, Munich, 1999, 837-57.
Riefenstahl, Leni, A Memoir, New York, 1993. [Hay trad. cast. de Juan Godó: Memorias, Barcelona, Lumen, 1991.]
Ritter, Gerhard, Carl Goerdeler und die deutsche Widerstandsbewegung, Stuttgart, 1956.
Roberts, Geoffrey, The Unholy Alliance. Stalin's Pact with Hitler, London, 1989.
Rohde, Horst, 'Kriegsbeginn 1939 in Danzig - Planungen und Wirklichkeit', in Wolfgang Michalka (ed.), Der Zweite Weltkrieg. Analysen-Grundzüge-Forschungsbilanz, Munich/Zürich, 1989, 462-

81.
Rohland, Walter, Bewegte Zeiten. Erinnerungen eines Eisenhüttenmannes, Stuttgart, 1978.
The Rommel Papers, ed. B. H. Liddell Hart, London, 1953.
Roon, Ger van, Neuordnung im Widerstand. Der Kreisauer Kreis innerhalb der deutschen Widerstandsbewegung, Munich, 1967.
—'Hermann Kaiser und der deutsche Widerstand', VfZ, 24 (1976), 259-86.
—'Staatsvorstellungen des Kreisauer Kreises', in Jürgen Schmädeke and Peter Steinbach (eds.), Der Widerstand gegen den Nationalsozialismus. Die deutsche Gesellschaft und der Widerstand gegen Hitler, (1985), Munich, 1986, 560-69.
—Widerstand im Dritten Reich. Ein Überblick, (1979) 7th edn, Munich 1998.
Rosenstock, Werner, 'Exodus 1933-1939. A Survey of Jewish Emigration from Germany', LBYB, 1 (1956), 373-90.
Roskill, S. W., The War at Sea, 3 vols., London, 1954, 1956, 1960.
Rößler, Mechtild, and Schleiermacher, Sabine (eds.), Der 'Generalplan Ost'. Hauptlinien der nationalsozialistischen Planungs - und Vernichtungspolitik, Berlin, 1993.
Rothfels, Hans, The German Opposition to Hitler. An Assessment, London, 1970.
Rückerl, Adalbert (ed.), NS-Vernichtungslager im Spiegel deutscher Strafprozesse, Munich, 1977.
Runzheimer, Jürgen, 'Der Überfall auf den Sender Gleiwitz im Jahre 1939', VfZ, 10 (1962), 408-26.
Safrian, Hans, Eichmann und seine Gehilfen, Frankfurt am Main, 1995.
Salewski, Michael, Die deutsche Seekriegsleitung 1935-1945. Bd. 1: 1935-1941, Frankfurt am Main, 1970.
—Die deutsche Seekriegsleitung 1933-1945), Bd. II: 1942-1945, Munich, 1975.
Salter, Stephen, 'Class Harmony or Class Conflict? The Industrial Working Class and the National Socialist Regime 1933-1945', in Jeremy Noakes (ed.), Government, Party, and People in Nazi

Germany, Exeter, 1980, 76-97.
—'The Mobilisation of German Labour, 1939-1945. A Contribution to the History of the Working Class in the Third Reich', unpublished D.Phil thesis, Oxford University, 1983.
Sandkühler, Thomas, 'Endlösung' in Galizien. Der Judenmord in Ostpolen und die Rettungsinitiativen von Berthold Beitz, Bonn, 1996.
—'Judenpolitik und Judenmord im Distrikt Galizien, 1941-1942', in Ulrich Herbert (ed.),Nationalsozialistische Vernichtungspolitik 1939-1945. Neue Forschungen und Kontroversen, Frankfurt am Main, 1998, 122-47.
Sapir, Jacques, 'The Economics of War in the Soviet Union during World War II', in Ian Kershaw and Moshe Lewin (eds.), Stalinism and Nazism: Dictatorships in Comparison, Cambridge, 1997, 208-36.
Schacht, Hjalmar, Abrechnung mit Hitler, Berlin/Frankfurt am Main, 1949.
—My First Seventy-Six Years, London, 1955.
Schadt, Jörg (ed.), Verfolgung und Widerstand unter dem Nationalsozialismus in Baden. Die Lageberichte der Gestapo und des Generalstaatsanwalts Karlsruhe 1933-1940, Stuttgart, 1976.
Schall-Riancour, Heidemarie, Aufstand und Gehorsam. Offizierstum und Generalstab im Umbruch. Leben undWirken von Generaloberst FranzHalder, Generalstabschef 1938-1942, Wiesbaden, 1972.
Schausberger, Norbert, Der Griff nach Österreich. Der Anschluß, Vienna/Munich, 1978.
—'Österreich und die nationalsozialistische Anschluß-Politik', in Manfred Funke (ed.), Hitler, Deutschland und die Mächte. Materialien zur Außenpolitik des Dritten Reiches, Düsseldorf, 1978, 728-56.
Schellenberg, Walter, Schellenberg, Mayflower Paperback edn, London, 1965.
Schenck, Ernst Günther, Patient Hitler. Eine medizinische Biographie, Düsseldorf, 1989.
Scheurig, Bodo, Henning von Tresckow. Ein Preusse gegen Hitler, Frankfurt am Main/Berlin, 1987.

—Ewald von Kleist-Schmenzin. Ein Konservativer gegen Hitler, Berlin/Frankfurt am Main, 1994.

Schieder, Wolfgang, 'Spanischer Bürgerkrieg und Vierjahresplan', in Wolfgang Michalka (ed.), Nationalsozialistische Außenpolitik, Darmstadt, 1978, 325-59.

Schildt, Axel, 'NS-Regime, Modernisierung und Moderne. Anmerkungen zur Hochkonjunktur einer andauernden Diskussion', Tel Aviver Jahrbuch für deutsche Geschichte, 23 (1994), 3-22.

Schirach, Baldur von, Ich glaubte an Hitler, Hamburg, 1967. [Hay trad. cast.: Yo creí en Hitler, Barcelona, Noguer y Carak, 1968.]

Schirach, Henriette von, Der Preis der Herrlichkeit. Erlebte Zeitgeschichte, (1956), Munich/Berlin, 1975.

Schlabrendorff, Fabian von, Offiziere gegen Hitler, (1946), revised edn, Berlin, 1984.

Schleunes, Karl A., The Twisted Road to Auschwitz. Nazi Policy Toward German Jews, 1933-1939, Urbana/Chicago/London, 1970.

Schmädeke, Jürgen, and Peter Steinbach (eds.), Der Widerstand gegen den Nationalsozialismus. Die deutsche Gesellschaft und der Widerstand gegen Hitler, (1985), paperback edn Munich/Zurich, 1986.

Schmidl, Erwin A., März 38. Der deutsche Einmarsch in Österreich, Vienna, 1987.

Schmidt, Matthias, Albert Speer: Das Ende eines Mythos. Speers wahre Rolle im Dritten Reich, Bern/Munich, 1982.

Schmidt, Paul, Statist auf diplomatischer Bühne 1923-45. Erlebnisse des Chefdolmetschers im Auswärtigen Amt mit den Staatsmännern Europas, Bonn, 1953.

Schmidt, Rainer F., 'Der Heß-Flug und das Kabinett Churchill', VfZ, 42 (1994), 1-38.

Schmidt, Ulf, 'Reassessing the Beginning of the "Euthanasia" Programme', German History, 17 (1999), 543-50.

Schmitz-Berning, Cornelia, Vokabular des Nationalsozialismus, Berlin, 1998.

Schmuhl, Hans-Walter, Rassenhygiene, Nationalsozialismus, Euthanasie.

Von der Verhütung zur Vernichtung ‘lebensunwerten Lebens’, 1890-1945, Göttingen, 1987.
—‘Philipp Bouhler - Ein Vorreiter des Massenmordes’, in Ronald Smelser, Enrico Syring and Rainer Zitelmann (eds.), Die braune Elite II, Darmstadt, 1993, 39-50.
Schneider, Willi, ‘Hitler aus nächster Nähe’, 7 Tage. Illustrierte Wochenschrift aus dem Zeitgeschehen, 17 Oct. 1952-2 Jan. 1953.
Scholl, Inge, Die Weiße Rose, Frankfurt am Main 1952.
Schramm, Percy Ernst, Hitler als militärischer Führer. Erkenntnisse und Erfahrungen aus dem Kriegstagebuch des Oberkommandos der Wehrmacht, Frankfurt am Main, 1962.
Schroeder, Christa, Er war mein Chef. Aus dem Nachlaß der Sekretärin von Adolf Hitler, ed. Anton Joachimsthaler, (1985), 4th edn, Munich/Vienna, 1989.
Schulte, Theo J., The German Army and Nazi Policies in Occupied Russia, Oxford/New York/Munich, 1989.
Schulz, Alfons, Drei Jahre in der Nachrichtenzentrale des Führerhauptquartiers, Stein am Rhein, 1996.
Schulze, Birgit, ‘Himmler als Reichsinnenminister’, unpubl. Magisterarbeit, Ruhr-Universität Bochum, 1981.
Schuschnigg, Kurt, Ein Requiem in Rot-Weiß-Rot, Zurich, 1946.
—Austrian Requiem, London, 1947.
Schustereit, Hartmut, Vabanque: Hitler’s Angriff auf die Sowjetunion 1941 als Versuch, durch den Sieg im Osten den Westen zu bezwingen, Herford, 1988.
Schwarz, Eberhard, ‘Die Stabilisierung der Ostfront nach Stalingrad: Mansteins Gegenschlag zwischen Donez und Dnieper im Frühjahr 1943’, unpublished dissertation, Cologne, 1981.
Schwarz, Michael, ‘ “Euthanasie”-Debatten in Deutschland (1895-1945)’, VfZ, 46 (1998), 617-65.
Schweitzer, Arthur, Big Business in the Third Reich, Bloomington, 1964.
‘Secret of Hitler’s ashes revealed in Soviet archive’, New York Post, 27 January 2000.
Seidler, Franz W., Fritz Todt. Baumeister des Dritten Reiches,

Munich/Berlin, 1986.
—'Deutscher Volkssturm'. Das letzte Aufgebot 1944/45, Munich, 1989.
Semmler, Rudolf, Goebbels - the Man Next to Hitler, London, 1947.
Seraphim, Hans-Günter (ed.), Das politische Tagebuch Alfred Rosenbergs 1934/35 und 1939/40, Munich, 1964.
Sereny, Gitta, Into That Darkness. An Examination of Conscience, Pan Books edn, London, 1977. [Hay trad. cast. de César A. Gómez, En aquellas tinieblas, Madrid, Unión Editorial, 1978.]
—Albert Speer: His Battle with the Truth, London, 1995.
Service, Robert, A History of Twentieth-Century Russia, London, 1998.
Seydewitz, Max, Civil Life in Wartime Germany. The Story of the Home Front, New York, 1945.
Shirakawa, Sam H., The Devil's Music Master: the Controversial Life and Career of Wilhelm Furtwängler, New York, 1992.
Shirer, William L., Berlin Diary, 1934-1941, Sphere Books edn, London, 1970.
—This is Berlin. Reporting from Nazi Germany 1938-40, London, 1999.
Shore, Zach, 'Hitler, Intelligence, and the Decision to Remilitarize the Rhine', JCH, 34 (1999), 5-18.
Siebert, Detlef, 'Die Durchführung des Kommissarefehls in den Frontverbänden des Heeres. Eine quantifierende Auswertung der Forschung', unpublished paper.
Siefken, Hinrich (ed.), Die Weiße Rose und ihre Flugblätter, Manchester, 1994.
Siemen, Hans Ludwig, 'Reform und Radikalisierung. Veränderung der Psychiatrie in der Weltwirtschaftskrise', in Norbert Frei (ed.), Medizin und Gesundheitspolitik in der NS-Zeit, Munich, 1991, 191-200.
Skidelsky, Robert, Oswald Mosley, London, 1981.
Skorzeny, Otto, Skorzeny's Special Missions, London (1957), 1997.
Smelser, Ronald M., The Sudeten Problem 1933-1938. Volkstumspolitik and the Formulation of Nazi Foreign Policy, Folkestone, 1975.
—Robert Ley. Hitler's Labor Front Leader, Oxford/New York/Hamburg, 1988.

Smelser, Ronald M., and Zitelmann, Rainer (eds.), Die braune Elite, Darmstadt, 1989.

Smelser, Ronald M., Syring, Enrico, and Zitelmann, Rainer (eds.), Die braune Elite II, Darmstadt, 1993.

Smelser, Ronald M., and Syring, Enrico (eds.), Die Militärelite des Dritten Ketches, 27 biographische Skizzen, Berlin/Frankfurt am Main, 1995.

Smith, Bradley F., 'Die Überlieferung der Hoßbach-Niederschrift im Licht neuer Quellen', VfZ, 38 (1990), 329-36.

Smith, Bradley F., and Agnes F. Peterson (eds.), Heinrich Himmler. Geheimreden 1933 bis 1945, Frankfurt am Main/Berlin/Vienna, 1974.

Smith, Denis Mack, Mussolini, Paladin edn, London, 1985.

Smith, Woodruff D., The Ideological Origins of Nazi Imperialism, New York/Oxford, 1986.

Smyth, Denis, ' "We Are With You": Solidarity and Self-interest in Soviet Policy towards Republican Spain, 1936-1939', in Paul Preston and Ann L. Mackenzie (eds.), The Republic Besieged: Civil War in Spain, 1936-1939,Edinburgh, 1996, 87-105. [Hay trad. cast. de Raúl Quintana: «"Estamos con vosotros". Solidaridad y egoísmo en la política soviética hacia la España republicana, 1936-1939», en La República asediada: Hostilidad internacional y conflictos internos durante la Guerra Civil, Barcelona, Península, 1999, pp. 101-1 18.]

Sohn-Rethel, Alfred, Ökonomie und Klassenstruktur des deutschen Faschismus, Frankfurt am Main, 1973.

Sommer, Theo, Deutschland und Japan zwischen den Mächten 1935-1940. Vom Antikominternpakt zum Dreimächtepakt, Tübingen, 1962.

Sonnenberger, Franz, 'Der neue "Kulturkampf". Die Gemeinschaftsschule und ihre historischen Voraussetzungen', in Martin Broszat, Elke Fröhlich and Anton Grossmann (eds.), Bayern in der NS-Zeit, vol. 3: Herrschaft und Gesellschaft im Konflikt, Munich/Vienna, 1981, 235-327.

Sontheimer, Kurt, Antidemokratisches Denken in der Weimarer Republik, 3rd edn, Munich, 1992.

Sozialgeschichtliches Arbeitsbuch, III: Materialien zur Statistik des Deutschen Reiches 1914-1945, ed. Dietmar Petzina, Werner Abelshauser and Anselm Faust, Munich, 1978.

Speer, Albert, Erinnerungen, Frankfurt am Main/Berlin, 1969.

—Inside the Third Reich, Sphere Books edn, London, 1971.

—Spandau. The Secret Diaries, Fontana edn, London, 1977.

Speidel, Hans, Invasion 1944. Ein Beitrag zu Rommels und des Reiches Schicksal, Tübingen/Stuttgart, 1949.

Spengler, Oswald, Der Untergang des Abendlandes, 2 vols., Vienna/Munich, 1918-22. [Hay trad. cast. de Manuel García Morente: La decadencia de Occidente, Madrid, Espasa-Calpe, 1989.]

Spiegelbild einer Verschwörung. Die Kaltenbrunner-Berichte an Bormann und Hitler über das Attentat vom 20. Juli 1944. Geheime Dokumente aus dem ehemaligen Reichssicherheitshauptamt, ed. Archiv Peter für historische und zeitgeschichtliche Dokumentation, Stuttgart, 1961.

Spitzy, Reinhard, So haben wir das Reich verspielt. Bekenntnisse eines Illegalen, Munich, 1986.

Sprenger, Isabell, 'Das KZ Groß-Rosen in der letzten Kriegsphase', in Ulrich Herbert, Karin Orth and Christoph Dieckmann (eds.), Die nationalsozialistischen Konzentrationslager. Entwicklung und Struktur, vol. 2, Göttingen, 1998, 1113-27.

Stadler, Karl, Österreich 1938-1945 im Spiegel der NS-Akten, Vienna/Munich, 1966.

Stasiewski, Bernhard, 'Die Kirchenpolitik der Nationalsozialisten im Warthegau 1939-1945', VfZ, 7 (1959), 46-74.

Stauffer, Paul, Zwischen Hofmannsthal und Hitler. Carl J. Burckhardt: Facetten einer ausserge-wöhnlichen Existenz, Zurich, 1991.

Stegemann, Bernd, 'Hitlers Kriegsziele im ersten Kriegsjahr 1939/40. Ein Beitrag zur Quellenkritik', Militärgeschichtliche Mitteilungen, 27 (1980), 93-105.

Stehle, Hansjakob, 'Deutsche Friedensfühler bei den Westmächten im Februar/März 1945', VfZ, 30 (1982), 538-55.

Steinbach, Peter, 'Hans Günther von Kluge - Ein Zauderer im Zwielicht', in Ronald Smelser and Enrico Syring (eds.), Die Militärelite des

Dritten Reiches, Berlin/Frankfurt am Main, 1995, 288-324.
Steinbach, Peter, and Tuchel, Johannes (eds.), Widerstand in Deutschland 1933-1945. Ein historisches Lesebuch, Munich, 1994.
—Lexikon des Widerstandes 1933-1945, Munich, 1994.
Steinberg, Jonathan, All or Nothing. The Axis and the Holocaust 1941-43, London/New York, 1991.
Steinert, Marlis, Hitlers Krieg und die Deutschen. Stimmung und Haltung der deutschen Bevölkerung im Zweiten Weltkrieg, Düsseldorf/Vienna, 1970.
Steinhoff, Johannes, Pechel, Peter, and Showalter, Dennis, Voices from the Third Reich: an Oral History, (1989), New York, 1994.
Steppe, Hilde, ‘ “Mit Tränen in den Augen haben wir dann diese Spritzen aufgezogen”. Die Beteiligung von Krankenschwestern und Krankenpflegern an den Verbrechen gegen die Menschlichkeit’, in Hilde Steppe (ed.),Krankenpflege im Nationalsozialismus, 7th edn, Frankfurt am Main, 1993, 137-74.
Stern, Fritz, The Politics of Cultural Despair, Berkeley/Los Angeles, 1961.
Stern, J. P., ‘The White Rose’, in Hinrich Siefken (ed.), Die Weiße Rose. Student Resistance to National Socialism 1942/43. Forschungsergebnisse und Erfahrungsberichte, (1991), Nottingham, n.d., 11-36.
Sternheim-Peters, Eva, Die Zeit der großen Täuschungen. Mädchenleben im Faschismus, Bielefeld, 1987.
Stokes, Lawrence D., ‘The German People and the Destruction of the European Jews’, Central European History, 6 (1973), 167-91.
Stoltzfus, Nathan, Resistance of the Heart, New York/London, 1996.
Stone, Norman, ‘Hitler, ein Gespenst in den Archiven’, Frankfurter Allgemeine Zeitung, 19 April 1995.
Stöver, Bernd, Volksgemeinschaft im Dritten Reich. Die Konsensbereitschaft der Deutschen aus der Sicht sozialistischer Exilberichte, Düsseldorf, 1993.
Strauss, Herbert A., ‘Jewish Emigration from Germany. Nazi Policies and Jewish Responses (I)’, LBYB, 25 (1980), 313-61.

Strawson, John, Hitler as Military Commander, London, 1971.
—Churchill and Hitler, London, 1997.
Streim, Alfred, Die Behandlung sowjetischer Kriegsgefangener im ‘Fall Barbarossa’, Heidelberg/Karlsruhe, 1981.
Streit, Christian, Keine Kameraden. Die Wehrmacht und die sowjetischen Kriegsgefangenen 1941-1945, Stuttgart, 1978.
The Stroop Report. The Jewish Quarter of Warsaw Is No More. A facsimile edition and translation of the official Nazi report on the destruction of the Warsaw Ghetto, intro. by Andrzej Wirth (1960), London, 1980.
Strzelecki, Andrej, ‘Der Todesmarsch der Häftlinge aus dem KL Auschwitz’, in Ulrich Herbert, Karin Orth and Daniel Blatman (eds.), Die nationalsozialistischen Konzentrationslager. Entwicklung und Struktur, vol. 2, Göttingen, 1998, 1093-1112.
Suchcitz, Andrzej, ‘Poland’s Defence Preparations in 1939’, in Peter D. Stachura (ed.), Poland between the Wars, 1918-1939, London, 1998, 109-36.
Sywottek, Jutta, Mobilmachung für den totalen Krieg. Die propagandistische Vorbereitung der deutschen Bevölkerung auf den Zweiten Weltkrieg, Opladen, 1976.
Die Tagebücher von Joseph Goebbels. Sämtliche Fragmente, Tell l.: Aufzeichnungen 1924-1941, 4 Bde, ed. Elke Fröhlich, Munich, 1987.
Die Tagebücher von Joseph Goebbels. Teil l, Aufzeichnungen 1923-1941, 9 vols. (vols. 6-9 so far-published), Teil 11, Diktate 1941-1945, 15 vols., ed. Elke Fröhlich, Munich etc., 1993-8.
Tausk, Walter, Breslauer Tagebuch 1933-1940, East Berlin, 1975.
Taylor, A. J. p., The Origins of the Second World War, (1961), Penguin edn, Harmondsworth, 1964.
Teppe, Karl, ‘Der Reichsverteidigungskommissar. Organisation und Praxis in Westfalen’, in Dieter Rebentisch and Karl Teppe (eds.), Verwaltung contra Menschenführung im Staat Hitlers. Studien zum politisch-administrativen System, Göttingen, 1986, 278-301.
Terveen, Fritz, ‘Der Filmbericht über Hitlers 50. Geburtstag. Ein Beispiel nationalsozialistischer Selbstdarstellung und Propaganda’, VfZ, 7

(1959), 75-84.
The Testament of Adolf Hitler. The Hitler-Bormann Documents, February-April 1945, with an Introduction by H. R. Trevor-Roper, London, 1961.
La testament politique de Hitler. Notes receuillies par Martin Bormann, ed. François Genoud, Paris, 1959.
Thalmann, Rita, and Feinermann, Emmanuel, Crystal Night: 9-10 November 1938, London, 1974.
Thamer, Hans-Ulrich, Verführung und Gewalt. Deutschland 1933-1945, Berlin, 1986.
Thies, Jochen, Architekt der Weltherrschaft. Die 'Endziele'-Hitlers, Düsseldorf, 1976.
—'Hitler's European Building Programme', JCH, 13 (1978), 413-31.
Thomas, Charles S., The German Navy in the Nazi Era, London, 1990.
Thomas, Hugh, Doppelgänger: The Truth about the Bodies in the Berlin Bunker, London, 1995. Thorwald, Jürgen, Die ungeklärten Fälle, Stuttgart, 1950.
Thun-Hohenstein, Romedio Galeazzo Reichsgraf von, Der Verschwörer. General Oster und die Militäropposition, Berlin, 1982.
Toland, John, The Last 100 Days, London, 1966. [Hay trad. cast. de Fernando Corripio; Los últimos cien días, Barcelona, Bruguera, 1978.]
—Adolf Hitler, London, 1977. [Hay trad. cast.: Adolf Hitler, Barcelona, Cosmos, 1977.]
Toscano, Mario, The Origins of the Pact of Steel, Baltimore, 1967.
Treue, Wilhelm (ed.), 'Hitlers Denkschrift zum Vierjahresplan 1936', VfZ, 3 (1955), 184-210.
—'Rede Hitlers vor der deutschen Presse (10. November 1938)', VfZ, 6 (1958), 175-91.
Trevor-Roper, H. R., The Last Days of Hitler, (1947), Pan Books edn, London, 1973. [Hay trad. cast. de Eduardo de Guzmán: Los últimos días de Hitler, Barcelona, Plaza y Janés, 1966.]
—'The Hole in Hitler's Head', Sunday Times, 29 September 1968 (review of Bezymenski's Death of Adolf Hitler).

Trials of War Criminals before the Nuernberg Military Tribunals, 12 vols., Nuremberg, 1946-9.

Ueberschär, Gerd R., Generaloberst Franz Halder. Generalstabschef, Gegner und Gefangener Hitlers, Göttingen, 1991.

—(ed.), Der 20. Juli 1944. Bewertung und Rezeption des deutschen Widerstandes gegen das NS-Regime, Cologne, 1994.

—(ed.), Hitlers militärische Elite, 2 vols., Darmstadt, 1998.

Ueberschär, Gerd R., and Wette, Wolfgang (eds.), 'Unternehmen Barbarossa'. Der deutsche Überfall auf die Sowjetunion, Paderborn, 1984.

Ueberschär, Gerd R., and Bezymenskij, Lev A. (eds.), Der deutsche Überfall auf die Sowjetunion. Die Kontroverse um die Präventivkriegsthese, Darmstadt, 1988.

United States Strategic Bombing Survey, vol. 4, New York/London, 1976.

'Die Vernehmung des Generaloberst Jodl durch die Sowjets', Wehrwissenschaftliche Rundschau, II (1966), 534-42.

'Die Vernehmung von Generalfeldmarschall Keitel durch die Sowjets', Wehrwissenschaftliche Rundschau, 11 (1966), 651-62.

Die Vertreibung der deutschen Bevölkerung aus den Gebieten östlich der Oder-Neiße, vol. 1, Munich, 1984.

Voges, Michael, 'Klassenkampf in der "Betriebsgemeinschaft". Die "Deutschland-Berichte" der Sopade (1934-40) als Quelle zum Widerstand der Industrie-Arbeiter im Dritten Reich', Archiv für Sozialgeschichte, 21 (1981), 329-84.

Volk, Ludwig, 'Kardinal Faulhabers Stellung zur Weimarer Republik und zum NS-Staat', Stimmen der Zeit, 177 (1966), 173-95.

—'Episkopat und Kirchenkampf', in Dieter Albrecht (ed.), Katholische Kirche und Nationalsozialismus. Ausgewählte Aufsätze von Ludwig Volk, Mainz, 1987.

Volkogonov, Dmitri, Stalin. Triumph and Tragedy, (1991) Rocklin, Ca., 1996.

Wagner, Dieter, and Tomkowitz, Gerhard, Ein Volk, ein Reich, ein Führer. The Nazi Annexation of Austria, 1938, London, 1971.

Wagner, Eduard, Der Generalquartiermeister. Briefe und Tagebuch aufZeichnungen des Generalquartiermeisters des Heeres General der Artillerie Eduard Wagner, ed. Elisabeth Wagner, Munich/Vienna, 1963.

Wagner, Johannes Volker, Hakenkreuz über Bochum, Bochum, 1983.

Wahl, Karl, '… es ist das deutsche Herz'. Erlebnisse und Erkenntnisse eines ehemaligen Gauleiters, Augsburg, 1954.

Walker, Mark, German National Socialism and the Quest for Nuclear Power 1939-1949, Cambridge, 1989.

—'Legenden um die deutsche Atombombe', VfZ, 38 (1990), 45-74.

Walter, Dirk, Antisemitische Kriminalität und Gewalt. Judenfeindschaft in der Weimarer Republik, Bonn, 1999.

Warlimont, Walter, Inside Hitler's Headquarters, 1939-45, (1964), Presidio paperback edn, Novato, n.d.

' "… warum dann überhaupt noch leben!". Hitlers Lagebesprechungen am 23., 25. und 27. April 1945', Der Spiegel, 10. January 1966, 32-46.

Watt, Donald Cameron, 'Hitler's Visit to Rome and the May Weekend Crisis: A Study in Hitler's Response to External Stimuli', JCH, 9 (1974), 23-32.

—How War Came. The Immediate Origins of the Second World War, 1938-1939, (1989), Mandarin paperback edn, London, 1991

Weber, Eugen, The Hollow Years. France in the 1930s, New York/London, 1996.

Weber, Hermann, 'Die KPD in der Illegalität', in Richard Löwenthal and Patrik von zur Mühlen (eds.), Widerstand und Verweigerung in Deutschland 1933 bis 1945, Berlin/Bonn, 1984, 83-101.

Wegner, Bernd, Hitlers Politische Soldaten: Die Waffen-SS 1933-1945, Paderborn, 1982.

—'Hitlers zweiter Feldzug gegen die Sowjetunion. Strategische Grundlagen und historische Bedeutung', in Wolfgang Michalka (ed.), Der Zweite Weltkrieg. Analysen-Grundzüge-Forschungsbilanz, Munich/Zürich, 1989, 652-66.

—'Vom Lebensraum zum Todesraum. Deutschlands Kriegführung

zwischen Moskau und Stalingrad', in Jürgen Förster (ed.), Stalingrad. Ereignis-Wirkung-Symbol, Munich/Zürich, 1992, 17-37.
—'Hitlers Besuch in Finnland. Das geheime Tonprotokoll seiner Unterredung mit Mannerheim am 4. Juni 1942', VfZ, 41 (1993), 117-37.
—'Hitler, der Zweite Weltkrieg und die Choreographie des Untergangs', unpublished paper.
Weinberg, Gerhard L., 'Hitler's Private Testament of May 2, 1938', JMH, 27 (1955), 415-19.
—'The May Crisis, 1938', JMH, 29 (1957), 213-25.
—(ed.), Hitlers Zweites Buch. Ein Dokument aus dem Jahr 1928, Stuttgart, 1961.
—'Adolf Hitler und der NS-Führungsoffizier (NSFO)', VfZ, 12 (1964), 443-56.
—The Foreign Policy of Hitler's Germany, vol. 1: Diplomatic Revolution in Europe, 1933-36, Chicago/London, 1970.
—The Foreign Policy of Hitler's Germany, vol. II: Starting World War II, 1937-1939, Chicago/London, 1980.
—'Hitler and England, 1933-1945', German Studies Review, 8 (1985), 299-309.
—A World at Arms. A Global History of World War II, Cambridge, 1994.
—'German Plans for Victory, 1944-1945', in Gerhard L. Weinberg (ed.), Germany, Hitler, and World War II, Cambridge, 1995, 274-86.
Weindling, Paul, Health, Race, and German Politics between National Unification and Nazism, 1870-1945, Cambridge, 1989.
Weingartner, James T., 'Josef "Sepp" Dietrich - Hitlers Volksgeneral', in Ronald Smelser and Enrico Syring (eds.), Die Militärelite des Dritten Reiches, Berlin/Frankfurt am Main, 1985,113-28.
Weiß, Hermann, 'Die Aufzeichnungen Hermann Görings im Institut für Zeitgeschichte', VfZ, 31 (1983), 365-8.
—'Der "schwache" Diktator. Hitler und der Führerstaat', in Wolfgang Benz, Hans Buchheim and Hans Mommsen (eds.), Der Nationalsozialismus. Studien zur Ideologie und Herrschaft, Frankfurt am Main, 1993, 64-77.

—'Ideologie der Freizeit im Dritten Reich. Die NS-Gemeinschaft "Kraft durch Freude" ', Archiv für Sozialgeschichte, 33 (1993), 289-303.
—(ed.), Biographisches Lexikon zum Dritten Reich, Frankfurt am Main, 1998.
Weizsäcker, Ernst von, Erinnerungen, Munich/Leipzig/Freiburg i. Br., 1950.
Welch, David, Propaganda and the German Cinema, 1933-1945, Oxford, 1983.
—The Third Reich. Politics and Propaganda, London, 1993.
Wendt, Bernd-Jürgen, 'Nationalsozialistische Großraumwirtschaft zwischen Utopie und Wirklichkeit - Zum Scheitern einer Konzeption 1938/39', in Franz Knipping and Klaus-Jürgen Müller (eds.), Machtbewußtsein in Deutschland am Vorabend des Zweiten Weltkrieges, Paderborn, 1984, 223-45.
—Großdeutschland. Außenpolitik und Kriegsvorbereitung des Hitler-Regimes, Munich, 1987.
Werth, Alexander, Russia at War 1941-1945, (1964), New York, 1984. [Hay trad. cast. de Jorge de Lorbar, Rusia en la Guerra (1941-1943), Barcelona, Grijalbo-Mondadori, 1967.]
Wette, Wolfram, 'Die propagandistische Begleitmusik zum deutschen Überfall auf die Sowjetunion am 22. Juni 1941', in Gerd R. Ueberschär and Wolfram Wette (eds.), unternehmen Barbarossa '. Der deutsche Überfall auf die Sowjetunion 1941. Berichte, Analysen, Dokumente, Paderborn, 1984, 111-29.
—'Zur psychologischen Modbilmachung der deutschen Bevölkerung 1933-1939', in Wolfgang Michalka (ed.), Der Zweite Weltkrieg. Analysen-Grundzüge-Forschungsbilanz, Munich/Zurich, 1989, 205-23.
Whaley, B., Codeword Barbarossa, Cambridge, Mass., 1973.
Whaley, Robert Weldon, Assassinating Hitler: Ethics and Resistance in Nazi Germany, London, Ontario, 1993.
Wheal, Elizabeth-Anne, and Pope, Stephen, The Macmillan Dictionary of the Second World War, 2nd edn, London, 1995.
Whiting, Charles, Heydrich. Henchman of Death, London, 1999.

Widerstand und Verfolgung im Köln 1933-1945, ed. Historisches Archiv der Stadt Köln, Cologne, 1974.

Wiedemann, Fritz, Der Mann, der Feldherr werden wollte, Velbert/Kettwig, 1964.

Wieder, Joachim, and Einsiedel, Heinrich Graf von (eds.), Stalingrad. Memories and Reassessments, (1962), London, 1997.

Wighton, Charles, Heydrich. Hitler's Most Evil Henchman, London, 1962.

Wildt, Michael, Die Judenpolitik des SD 1935 bis 1938. Eine Dokumentation, Munich, 1995.

Wilhelm, Hans-Heinrich, 'Hitlers Ansprache vor Generalen und Offizieren am 26. Mai 1944', Militärgeschichtliche Mitteilungen, 2 (1976), 123-70.

—'Wie geheim war die "Endlösung"?', in Wolfgang Benz (ed.), Miscellanea: Festschrift für Helmut Krausnick zum 75. Geburtstag, Stuttgart, 1980, 131-48.

Willems, Susanne, Lothar Kreyssig. Vom eigenen verantwortlichen Handeln. Eine biographische Studie zum Protest gegen die Euthanasieverbrechen in Nazi-Deutschland, (1996), Göttingen, n.d.

Winkler, Dörte, 'Frauenarbeit versus Frauenideologie. Probleme der weiblichen Erwerbstätigkeit in Deutschland 1930-1945', Archiv für Sozialgeschichte, 17 (1977), 99-126.

—Frauenarbeit im Dritten Reich, Hamburg, 1977.

Wiskemann, Elizabeth, The Rome-Berlin Axis. A History of the Relations between Hitler and Mussolini, New York/London, 1949.

Wistrich, Robert, Wer war wer im Dritten Reich, Munich, 1983.

Witetschek, Helmut (ed.), Die kirchliche Lage in Bayern nach den Regierungspräsidentenberichten 1933-1945, vol. I, Mainz, 1966.

Witte, Peter, 'Two Decisions concerning the "Final Solution to the Jewish Question": Deportations to Lodz and Mass Murder in Chelmno', Holocaust and Genocide Studies, 9 (1995), 293-317.

Woller, Hans, Die Abrechnung mit dem Faschismus in Italien 1943 bis 1948, Munich, 1996.

Wright, Jonathan, and Stafford, Paul, 'Hitler, Britain, and the Hoßbach

Memorandum', Militärgeschichtliche Mitteilungen, 42 (1987), 77-123.
Yahil, Leni, The Rescue of Danish Jewry. Test of a Democracy, Philadelphia, 1969.
—'Madagascar - Phantom of a Solution for the Jewish Question', in Bela Vago and George L. Mosse (eds.), Jews and Non-Jews in Eastern Europe, New York, 1974, 315-34.
—The Holocaust. The Fate of European Jewry, 1932-1945, New York/Oxford, 1990.
—'Some Remarks about Hitler's Impact on the Nazis' Jewish Policy', Yad Vashem Studies, 23 (1993), 281-93.
Zeller, Eberhard, Geist der Freiheit. Der Zwanzigste Juli, Munich, 1963.
Zeman, Z. A. B., Nazi Propaganda, Oxford (1964), 1973.
Ziemke, Earl F., Stalingrad to Berlin: the German Defeat in the East, Washington, 1968.
Zimmermann, Michael, Verfolgt, vertrieben, vernichtet. Die nationalsozialistische Vernichtungspolitik gegen Sinti und Roma, Essen, 1989.
—'Die nationalsozialistische Lösung der Zigeunerfrage', in Ulrich Herbert (ed.), Nationalsozialistische Vernichtungspolitik 1939-1945. Neue Forschungen und Kontroversen, Frankfurt am Main, 1998, 235-62.
Zitelmann, Rainer, Hitler. Selbstverständnis eines Revolutionärs, Hamburg/Leamington Spa/New York, 1987.
—Adolf Hitler. Eine politische Biographie, Göttingen, 1989.
—'Die totalitäre Seite der Moderne', in Michael Prinz and Rainer Zitelmann (eds.), Nationalsozialismus und Modernisierung, Darmstadt, 1991, 1-20.
Zoller, Albert, Hitler privat. Erlebnisbericht seiner Geheimsekretärin, Düsseldorf, 1949.
Zuckmayer, Carl, Als wärs ein Stück von mir. Erinnerungen, (1966), Frankfurt am Main, 1971. [Hay trad. cast. de Miguel Chamorro: Como un trozo de mí mismo, Madrid, Aguilar, 1972.]
Zumpe, Lotte, Wirtschaft und Staat in Deutschland 1933 bis 1945, East Berlin, 1980.



IAN KERSHAW (Oldham, Inglaterra, 1943). Es un historiador británico. Sus investigaciones y biografías sobre Adolf Hitler y el Tercer Reich le valieron un importante reconocimiento como historiador: miembro de la Academia Británica y ordenado caballero en 2002.

Estudió en el St. Bede's College, Manchester y en las universidades de Liverpool y Oxford. Comenzó como medievalista, pero más tarde se volcó sobre el estudio de la historia alemana. Es profesor en la Universidad de Sheffield, y fue el discípulo más importante del historiador de la RFA Martin Broszat. Como profesor de Historia Medieval de Manchester, Kershaw aprendió alemán para estudiar el campesinado alemán en la Edad Media.

Kershaw trabajó como historiador de consulta en numerosos documentales de la BBC, destacando *Los nazis: una advertencia de la Historia y La guerra del siglo*.

En 1972, luego de un viaje a Baviera decide abocarse a la historia

moderna de Alemania. Como resultado de esa visita, Kershaw se interesó en aprender cómo y por qué la gente corriente de Alemania podría apoyar el nacionalsocialismo.

Como resultado de este trabajo, escribió su primer libro sobre la Alemania nazi, *El mito de Hitler: imagen y realidad en el Tercer Reich*, que sería publicado en alemán por primera vez en 1980.

Entre otras publicaciones en castellano encontramos: *Hitler 1889-1936* (1999), *Hitler 1936-1945* (2000); *La dictadura nazi. Problemas y perspectivas de interpretación* (2004), *Decisiones trascendentales* (2007), *Hitler, los alemanes y la solución final* (2009), *El final: Alemania, 1944-1945* (2011) y *Descenso a los infiernos. Europa 1914-1949* (2015).

NOTAS

[1] Max Domarus, *Hitler. Reden und Proklamationen 1932-1945*, Wiesbaden, 1973, 596-97. <<

[2] Véase Hermann Weber, «Die KPD in der Illegalität», en Richard Löwenthal y Patrick von zur Mühlen, *Widerstand und Verweigerung in Deutschland 1933 bis 1945*, Berlin-Bonn, 1984, 83-101, aquí 93. <<

[3] Weber, 83. <<

[4] Tenía que ser, en realidad, una «oposición de funcionarios del estado» *(Widerstand der Staatsdiener).* Hans Mommsen, «Der Widerstand gegen Hitler und die deutsche Gesellschaft», en Jürgen Schmädeke y Peter Steinbach (eds.), *Der Widerstand gegen den Nationalsozialismus. Die deutsche Gesellschaft und der Widerstand gegen Hitler,* Munich, 1985, 1985, 9. <<

[5] Véase, Carl Dirks y Karl-Heinz Janssen, *Der Krieg der Generäle. Hitler als Werkzeug der Wehrmacht*, Berlín, 1999, cap. 1. <<

[6] *Akten der Reichskanzlei. Die Regierung Hitler. Teil I, 1933/34*, ed. Karl-Heinz Minuth, Boppard am Rhein, 1989, I, 50; trad. ingl. *Documents on German Foreign Policy, 1918-1945*, Serie C (1933-1937)- *The Third Reich: First Phase*, Londres, 1957-66 [=DGFP], C, I, 37, n° 16. <<

[7] Hans Müller (ed.), *Katholische Kirche und Nationalsozialismus*, Munich, 1965, 88-89, Kundgebung der Fuldaer Bischofskonferenz vom 28. 3. 1933. Y véase Ernst-Wolfgang Böckenförde, «Der deutsche Katholizismus im Jahre 1933. Eine kritische Betrachtung», *Hochland*, 53 (1960-61), 215-39; Ernst-Wolfgang Böckenförde, «Der deutsche Katholizismus im Jahre 1933. Stellungnahme zu einer Diskussion», *Hochland*, 54 (1961-62), 217-45; y Hans Buchheim. «Der deutsche Katholizismus im Jahr 1933», *Hochland*, 53 (1960-61), 497-515. <<

[8] Guenter Lewy, *The Catholic Church and Nazi Germany*, Londres, 1964, 206. <<

[9] *Deutschland-Berichte der Sozialdemokratischen Parti Deutschlands 1934-1940, 7 vols., Frankfurt am Main. 1980 [=DBS], III. 308, 2 de abril de 1936, informe de marzo de 1936. Véase también Bernd Stöver,* Volksgemeinschaft im Dritten Reich. Die Konsensbereitschaft der Deutschen aus der Sicht, sozialistischer Exilberichte, *Düsseldorf, 182-83, 303.* <<

[10] En 1933 salieron al mercado las primeras cien mil Volksempfänger. A finales de 1939, se habían vendido tres millones y medio, y casi tres cuartas partes de los hogares alemanes poseían un aparato de radio. Z.A.B. Zeman, *Nazi Propaganda*, Oxford, 1964, 1973, 49. <<

[11] Véase Hermann Weiss, «Ideologie der Freizeit im Driften Reich. Die NS-Gemeinschaft “Kraft durch Freude”», *Archiv für Sozialgeschichte*, 33 (1993), 289-303. <<

[12] Ulrich Herbert, «Good Times, Bad Times: Memories of the Third Reich», en Richard Bessel (ed.), *Life in the Third Reich*, Oxford, 1987, 97-110. <<

[13] DBS. III. 308, 2 de abril de 1936, informe de marzo de 1936. <<

[14] Véase sobre este punto, Martin Broszat, «Soziale Motivation und Führer-Bindung des Nationalsozialismus», *Viertel Jahreshefte für Zeitgeschichte (WfZ)*, 18 (1970), 392-409. <<

[15] Véase Fritz Stern, *The Politics of Cultural Despair*, Berkeley-Los Angeles, 1961. <<

[16] Oswald Spengler, *Der Untergang des Abendlandes*, 2 vols., Viena-Munich, 1918-22. *Y* véase Michael Biddis, «History as Destiny. Gobineau, H.S. Chamberlain and Spengler», *Transactions of the Royal Historical Society*, 6ª serie, 7 (1997), 73-100, aquí ese. 87-97. <<

[17] Véase, por ejemplo, George L. Mosse, *The Crisis of German Ideology. Intellectual Origins of the Third Reich*, (1964) Londres, 1966, parte III; Detlev J. K. Peukert, *Die Weimarer Republik. Krisenjahre der Klassischen Moderne*, Frankfurt am Main, 1987, esp. cap. 9; y Michael H. Kater, *Different Drummers: Jazz in the Culture of Nazi Germany*, Nueva York-Oxford, 1992. <<

[18] Véanse las tendencias de esa mentalidad en Kurt Sontheimer, *Antidemokratisches Denken in der Weimarer Republik*, 3ª ed., Munich, 1992; y el marco cultural de ese pensamiento en Peter Gay, *Weimar Culture. The Outsider as Insider* (1968) Londres, 1988, cap. 4. <<

[19] Para una valoración nueva de la escala de violencia antisemita durante la república de Weimar, véase Dirk Walter, *Antisemitische Kriminalität und Gewalt. Judenfeindschaft in der Weimarer Republik*, Bonn, 1999. Donald L. Niewyk, *The Jews in Weimar Germany*, Baton Rouge, 1980, cap. III, subraya, más bien, el carácter excepcional de la violencia, pero el predominio (aunque desigual en su manifestación) del prejuicio antijudío. Sarah Gordon, *Hitler; Germans and the «Jewish Question»*, Princeton, 1984, cap. 1-2, también reduce la amplitud de la violencia antijudía y el papel del antisemitismo en la ascensión del nazismo. Daniel J. Goldhagen, *Hitler's Willing Executioners. Ordinary Germans and the Holocaust*, Nueva York, 1997, cap. 1-3, en una interpretación sumamente polémica, considera el antisemitismo «eliminatoria» tan ubicuo en Alemania ya en el siglo XIX y la república de Weimar una acentuación y continuación lógica de rasgos protogenocidas preexistentes generalizados en la sociedad alemana. <<

[20] Para la primera declaración escrita de Hitler sobre antisemitismo, de septiembre de 1919, véase Eberhard Jäckel y Axel Kuhn (eds.), *Hitler. Sämtliche Aufzeichnungen 1905-1924*, Stuttgart, 1980, 88-90. <<

[21] Véase Woodruff D. Smith, *The Ideological Origins of Nazi Imperialism,* Nueva York-Oxford, 198b. <<

[22] Véase Dirks y Janssen, cap. 1; y Karl-Heinz Janssen, «Politische und militärische Zielvorstellungen der Wehrmachtführung», en Rolf-Dieter Müller y Hans-Erich Volkmann (eds.), *Die Wehrmacht: Mythos und Realität*, Munich, 1999, 75-84. <<

[1] Véase Gerhard L. Weinberg, *The Foreign Policy of Hitler's Germany*, vol. I, *Diplomatic Revolution in Europe, 1933-76* [=Weinberg, I], Chicago-Londres, 1970, cap. 11. <<

[2] DGFP, C, V, 355-63, n° 242; Paul Schmidt, *Statist auf diplomatischer Bühne 1923-45. Erlebnisse des Chefdolmetschers im Auswärtigen Amt mit den Staatsmännern Europas,* Bonn, 1953, 329-30, 332-34 (donde Schmidt fecha erróneamente el vuelo a Londres para presentar el plan a finales de abril, no de marzo); Domarus, 617-18. <<

[3] Weinberg, I. 254-57. <<

[4] DGFP, C, V, 514, n° 312; Schmidt, 334-35. <<

[5] Véase Weinberg, I. 272-73. <<

[6] Thomas Jones, *A Diary with Letters, 1931-1950*, Oxford, 1954, 191 (30. 4. 36). <<

[7] Domarus, 621 y n. 121. <<

[8] Heinz Höhne, *Die Zeit der Illusionen, Hitler und die Anfänge des 3. Reiches 1955 bis 1936*, Düsseldorf-Viena-Nueva York, 1991, 347; Richard D. Mandell, *The Nazi Olympics*, Londres, 1972, 93-94, 142-43. <<

[9] Höhne, 345. <<

[10] Albert Speer, *Erinnerungen*, Frankfurt am Main-Berlin, 1969, 94, donde se dice erróneamente que el nombre del arquitecto es Otto March, que es en realidad el del padre de Werner. <<

[11] Arnd Krüger, *Die Olympischen Spiele 1936 und die Weltmeinung*, Berlin, 1972, 63; Mandell, 39, 125 (donde se indica que el estadio era sólo una veinteava parte del enorme complejo deportivo, de un tamaño equivalente al de la propia ciudad de Berlín a finales del siglo XVII), 292. <<

[12] Mandell, 141-50. <<

[13] Véase Leni Riefenstahl, *A Memoir*, Nueva York. 1993, 190-206. Hay una descripción de la película, *Olympiade*, en David Welch, *Propaganda and the German Cinema. 1933-1945*, Oxford, 1983, 112-21. <<

[14] Mandril, 227-229; Riefenstahl, 193. <<

[15] Baldur von Schirach, *Ich glaubte an Hitler*, Hamburgo, 1967. 217-18. <<

[16] Chips. *The Diaries of Sir Henry Channon*, ed. Robert Rhodes James, Londres, 1967 110-11. Véase también Joachim von Ribbentrop, *The Ribbentrop Memoirs*, Londres, 1954, 63-64; William E. Dodd y Martha Dodd (eds.), *Ambassador Dodd's Diary, 1933-38*, Londres, 1941, 346; Schmidt, 337-38; Mandel, 156-58. <<

[17] Mandell, 206207; Höhne, 352. <<

[18] Höhne, 352. Los dejes raciales, así como nacionalistas, se habían hecho patentes en las reacciones alemanas ante la victoria inesperada del boxeador de los pesos pesados Max Schmeling sobre el presuntamente invencible «Bombardero Negro», Joe Louis, en Nueva York el 18 de junio de 1936. Goebbels escuchó la retransmisión del combate a las tres de la madrugada y escribió en su diario: «En el doceavo asalto, Schmeling noquea al negro. Maravilloso. Un combate espectacular, emocionante. Schmeling ha combatido y ganado por Alemania. El blanco por encima del negro, y el blanco era un alemán». *Die Tagebücher von Joseph Goebbels. Sämtliche Fragmente, Teil I, Aufzeichnungen 1924-1941*, 4 vols., ed. Elke Fröhlich, Munich etc., 1987 [=TBJG], vol. 2, 630 (20. 6. 36); y véase Mandell, 117-21. <<

[19] Krüger, 200. <<

[20] Krüger, 201; Mandell. 138-39. <<

[21] Krüger, 196. <<

[22] Höhne, 351-52. El embajador estadounidense Dodd no estaba entre ellos. Le pareció que la propaganda había complacido a los alemanes, pero había «ejercido una mala influencia en los extranjeros». Dodd, 349. La mayoría de los testigos presenciales parecen haber tenido una impresión mucho más favorable. <<

[23] William Shirer, *Berlin Diary*, *1934-41*, Sphere Books, Londres, 1970, 58 (16. 8. 36). <<

[24] Viktor Klemperer, *Ich will Zeugnis ablegen bis zum letzten. Tagebücher 1933-41*, 2 vols., ed. Walter Nowojski y Hadwig Klemperer, Darmstadt, 1998, I. 293 (13. 8. 36). <<

[25] Melita Maschmann, *Fazit. Mein* Weg *in die Hitlerjugend*, 5ª ed. en bolsillo, Munich, 1983, 30-31. <<

[26] Dieter Petzina, Autarkiepolitik im Dritten Reich. Der nationalsozialistische Vierjahresplan, Stuttgart, 1968, 35. <<

[27] Petzina, 37. <<

[28] Hjalmar Schacht, *Abrechung mit Hitler*, Berlin-Frankfurt am Main, 1949, 61-62; y véase Höhne, 375. <<

[29] *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, 6 vols. publicados hasta ahora, ed. Militärgeschichtliches Forschungsamt, Stuttgart. 1979 [=DRZW], I. 431-43. <<

[30] Niedersächsisches Staatsarchiv, Oldenburg, Best. 131 n. 303, F0I. 131v. <<

[31] Véase Höhne, 373. <<

[32] Petzina, 46. <<

[33] Stefan Martens, *Herman Göring. «Erster Paladin des Führers» und «Zweiter Mann im Reich»*, Paderborn, 1985, 68-69; Petzina, 35-40: Höhne, 377-78. <<

[34] Petzina, 39. <<

[35] *Der Prozess gegen die Hauptkriegsverbrecher vor den Internationalem Militärgerichtshof*. Nuremberg, 14. Noviembre 1945-1. Octubre 1946, 42 vols. [=IMG], IX. 319; Arthur Schweitzer. *Big Business in the Third Reich*, Bloomington, 1964, 544; Petzina, 40; Martens, 69. <<

[36] IMG, IX. 319; Petzina, 35-40; Martens, 69; Al fred Kube, *Pour le mérite und Hakenkreuz. Hermann Göring im Dritten Reich,* Munich, 1986, 140-41. <<

[37] Carl Vincent Krogmann, *Es ging um Deutschlands Zukunft 1932-1939*, Leoni am Starnberger See, 1976, 272. <<

[38] TBJG, I/2, 607 (3. 5. 36). <<

[39] Véase TBJG, I/2, 701 (20. 10. 36): «Die Energie bringt er mit, ob auch die wirtschaftl. Kenntnis und Erfahrung? Wer weiss! Immerhin wird er viel Wind machen». Después de la guerra, el propio Göring reconoció que había sido tarea suya, al enfrentarse a los problemas de escasez de materias primas, desplegar su energía «110 como un especialista, sino como una fuerza conductora (Treiber)». IMG, IX. 319. <<

[40] Höhne, 379; Petzina, 44-45; Peter Hayes, Industry and Ideology. IG Farben in the Nazi Era, Cambridge, 1987. 150SS.; DRZW, L278SS. <<

[41] Höhne, 380; Berenice Carroll, *Design for Total War: Arms and Economics in the Third Reich*. La Haya-París, 1968, cap. 7. <<

[42] Cit. Kube, 152. <<

[43] Kube, 152-53; Höhne, 380. <<

[44] Véase Alfred Sohn-Rethel, *Ökonomie und Klassenstruktur des deutschen Faschismus*, Frankfurt am Main, 1973, 139-41 Para los recordatorios de Göring a Hitler en el otoño de 1935 sobre su guerra inminente con la Unión Soviética. <<

[45] Marqués de Londonderry (Charles S.H. Vane-Tempest-Stewart), *Ourselves and Germany*, Londres, 1938, 94-103. Los documentos personales de lord Londonderry en la Oficina del Registro Público de Belfast contiene una descripción de su visita a Alemania (D3099/2/19/8, 9A-9B), pero sólo menciona muy brevemente la entrevista con Hitler. Parece que faltan en el archivo las anotaciones que sirvieron de base a los comentarios publicados. Es evidente que Hitler, en la entrevista que concedió a lord Londonderry, intentó convencerle de que Inglaterra tenía que establecer estrechos vínculos con Alemania. (Como muestran los documentos de Londonderry, los dirigentes políticos alemanes sobreestimaban notoriamente la influencia que tenían en Inglaterra en aquel periodo.) Pero esto no significa que Hitler no creyera lo que decía sobre el bolchevismo. De hecho, este asunto apenas hizo mella en Londonderry, que indicó que en Inglaterra se consideraba mucho menos importante el peligro bolchevique. Él estaba más interesado por la cuestión colonial. Para la visita de Londonderry, véase también Schmidt, 338-42. <<

[46] TBJG, I/2. 622 (9. 6. 36). <<

[47] TBJG, I/2. 644 (17.7.36). <<

[48] Nicholas Mosley, *Beyond the Pale: Sir Oswald Mosley, 1933-1980*, Londres, 1981, 72. Sobre las hermanas Mitford, véase Robert Skidefsky, *Oswald Mosley*, Londres, 1981, 340-341; y Richard Griffiths, *Fellow Travellers of the Right. British Enthusiasts for Nazi Germany, 1933-39*, Londres, 1980, 171ss. <<

[49] TBJG, I/2, 646 (22. 7. 36). A Goebbels las Mitlord le parecieron «aburridas como siempre». I/2, 646 (21.7.36). <<

[50] Véase Paul Preston, *Franco. A Biography*, Londres, 1993, 159; Hans-Adolf Jacobsen, *Nationalsozialistische Aussenpolitik 1933-1938*, Frankfurt am Main-Berlin, 1968, 422-44. <<

[51] Höhne, 356-57. <<

[52] Preston, 128ss. <<

[53] Preston, 140-58. <<

[54] Kube, 163-66. Y véase Weinberg, I. 289-90. <<

[55] Kube, 164. <<

[56] Hans-Henning Abendroth. «Deutschlands Rolle in Spanischen Bürgerkrieg», en Manfred Funke (ed.), *Hitler. Deutschland und die Mächte. Materialien zur Aussenpolitik des Dritten Reiches*, Düsseldorf, 1978, 471-488 aquí 472-73; Preston, 158-59. <<

[57] Abendroth, 474. <<

[58] DGFP, D, III, 10-11, n° 10, Memorandum of the Director of the Political Department of the Foreign Office, Dr. Hans Heinrich Dieckhoff, 25. 7. 36. De acuerdo con Kube, 164, Bohle y Hess trataron el asunto con el Ministerio de Asuntos Exteriores y, casi con seguridad, también, con Göring. <<

[59] Abendroth, 474. <<

[60] DGFP, D, III, 6-7, n° 4; Abendroth, 474-75. <<

[61] Implícito en la versión de Kube, 164-65. <<

[62] Abendroth, 475. <<

[63] Kube, 165, n. 11. <<

[64] Véase Abendroth, 476-79. <<

[65] Lo sugiere Martens, 66. <<

[66] Preston, 159. <<

[67] Abendroth, 475. que cita un comunicado de él a Bernhardt. Kube, 165, asegura que Hitler decidió apoyar el «concepto económico» de Göring. Wolfgang Schieder, «Spanischer Bürgerkrieg und Vieijahresplan», en Wolfgang Michalka (ed.), *Nationalsozialistische Aussenpolitik*, Darmstadt, 1978, 325-59, destaca también el papel de Göring y la importancia básica de los motivos económicos. Martens, 66, por otra parte, argumenta convincentemente (siguiendo la línea de Abendroth) que Hitler tomó la decisión solo y que Göring vaciló al principio, en realidad se horrorizó al enterarse de la decisión. La participación económica seria en España no se produjo hasta octubre de 1936, cuando empezaron también los primeros envíos sustanciales de suministros militares. Göring aseguró en Nuremberg que él había presionado a Hitler, que estaba pensándoselo aún, para que proporcionara el apoyo, para combatir la expansión del comunismo y para darle la oportunidad de probar a la Luftwaffe. IMG, IX. 317; y véase Kube, 165 n. 12. Pero cuando Göring presionó para que se actuara, Hitler ya no estaba pensándoselo; había tomado una decisión. La tergiversación, intencionada o involuntaria, de Göring en Nuremberg es probable que persiguiese, como otras partes de su testimonio, demostrar su propia importancia. Por otra parte, como indica Preston (814 n. 64), tal vez tuviese dos entrevistas independientes con Hitler, Aun así, su afirmación de que influyó en la decisión original de Hitler de intervenir se contradice con otros datos sobre cómo tomó la decisión. <<

[68] Abendroth, 475. <<

[69] Ribbentrop, 59-60. <<

[70] Ribbentrop. 60. <<

[71] Abendroth, 476; Preston, 159-61; véase también Schieder, «Spanischer Bürgerkrieg», 342ss.; y el cuidadoso análisis (cuya conclusión era que las consideraciones económicas habían sido secundarias frente a las ideológicas en la decisión inicial de Hitler de involucrar a Alemania en el apoyo - a Franco) de Christian Leitz, «Nazi Germany's Intervention in the Spanish Civil War and the Foundation of HISMA/ROWAK», en Paul Preston y Ann L. Mackenzie (eds.), *The Republic Besieged: Civil in War Spain, 1936-1939*, Edimburgo, 1996, 53-85. <<

[72] TBJG, I/2, 648 (27. 7. 36), que aborda como siempre los acontecimientos del día anterior. <<

[73] Martens, 66. <<

[74] TBJG, I/2, 671 (23. 9. 36); Höhne, 363. El bando republicano de la Guerra Civil atrajo también apoyo exterior, sobre todo de la Unión Soviética y de las Brigadas Internacionales, fuerzas de voluntarios organizadas por la Comintern y por partidos comunistas individuales, en las que unos 60. 000 hombres combatieron a los insurgentes nacionalistas. Los hombres de estado franceses e ingleses estaban preocupados por la intervención soviética en España, temiendo, como dijo Anthony Eden, ministro de asuntos exteriores inglés en septiembre de 1937, que como consecuencia «el comunismo conseguiría poner sus garras en Europa occidental». Cit. Denis Smyth, «“We Are With You”: Solidarity and Self-interest in Soviet Policy towards Republican Spain, 1936-1939», en Preston y Mackenzie, 87-105, aquí 105. <<

[75] Está implícito esto en Kube, 164-65, aunque la argumentación parece forzada, al menos por lo que se refiere a Hitler. <<

[76] Domaras, 638; TBJG, I/2, 675 (9. 9. 36) <<

[77] TBJG, 1/2, 743 (2. 12. 36). <<

[78] TBJG, I/2, 726 (15. 11. 36). <<

[79] Kube, 153-54. Göring informó verbalmente a Hitler de los planes sobre materias primas concretados el 15 de agosto. Petzina, 49. <<

[80] Petzina, 47-48: Richard J. Overy, *Göring. The Iron Man,* Londres, 1984, 45-46; Gerhard Ritter, *Carl Goerdeler und die deutsche Widerstandsbewegung*, Stuttgart, 1956, 80-82. Para un esbozo de Goerdeler, véase Hermann Weiss (ed.), *Biographisches Lexikon zum Dritten Reich,* Frankfurt am Main, 1998, 153-55. <<

[81] Erich Gritzbach, en su biografía oficial de Göring, *Hermann Göring. Werk und Mensh*, Munich, 1938, 160, destacaba que «después de varios días de trabajo silencioso en el Berghof, el 2 de septiembre el Führer da al ministro presidente [Göring] instrucciones detalladas sobre la reconstrucción de la economía nacionalsocialista que determinarán la vida de Alemania para el presente y el futuro». El memorando de Hitler se leyó a los ministros del gobierno en una reunión celebrada el 4 de de septiembre. IMG, XXXVI. 489ss., Doc.EC-416. <<

[82] Wilhelm Treue, «Hitlers Denkschrift zum Vierjahresplan 1936», VfZ, 3 (1955), 184-210, aquí 184; DGFP, C, V, 853 n. 1, n° 490. <<

[83] Petzina, 48, 52. Según Hans Kehrl, *Krisenmanager im Dritten Reich*, Düsseldorf, 1973, 86, Göring tenía prohibido pasar el documento a sus colaboradores más íntimos e incluso leérselo. Overy, *Göring*, 46, habla de una tercera copia entregada a Fritz Todt, que estaba trabajando en la construcción de la *Autobahnen.* No están claras las pruebas de eso. La nota de Speer, añadida a su copia del memorando (Treue, 184), destacaba que sólo había tres copias, una de las cuales la había recibido en 1944. Si Todt había recibido una copia, lo normal es que se hubiese conservado en los archivos de su ministerio, del que se hizo cargo Speer en 1942. <<

[84] Treue, «Denkschrift», VfZ, 3 (1955), 204-205; trad. ingl. en DGFP, C, V, 853-56, Doc. 490; y Jeremy Noakes y Geoffrey Pridham (eds.), *Nazism*, *1919-194*5. *A Documentan Reader* (=N&P), vol. 2, Exeter, 1984, 281 -89. <<

[85] Petzina, 51; Hayes, 155-65, esp. 164. <<

[86] Kube, 154-55 y n. 22. <<

[87] Treue, 206-207. 209-10; trad. ingl. DGFP, C, V, 856-58, 860-61, Doc. 490. <<

[88] Kube, 156. <<

[89] Kube, 156-57. <<

[90] Kube, 156. <<

[91] TBJG, I/2, 727 (15.11.36). <<

[92] Kube, 157. <<

[93] Kube, 158, que cita un testimonio de posguerra de Lammers y Friedrich Gramsch, Secretario de Estado de Göring en la oficina del Plan Cuatrienal. <<

[94] *Reden des Führers am Parteitag der Ehre 1936*, Munich, 1936, 48-52; Domarus, 637-38; Kube, 155 y n. 24. <<

[95] Kube, 156-57. <<

[96] Conviene, sin embargo, prevenir contra una equiparación del Plan Cuatrienal con los Planes Quinquenales estalinistas, como indicó Hans Mommsen en su «Reflections on the Position oí Hitler and Göring in the Third Reich», en Thomas Childers y Jane Caplan (eds.), *Reevaluating the Third Reich*, Nueva York-Londres, 1993, 86-97, aquí 92. <<

[97] Kube, 157-58. <<

[98] Véase Griffiths, 206-207, 218-19, 268-69. Entre los visitantes ingleses destacados que se entrevistaron con Hitler en 1936 figuraban lord Londonderry (antiguo ministro del aire), David Lloyd George (antiguo primer ministro muy respetado) y Thomas Jones (antiguo alto funcionario del estado y viceministro del gobierno y colaborador íntimo del primer ministro en ejercicio, Stanley Baldwin). <<

[99] Wolfgang Michal-ka, *Ribbentrop und die deutsche Weltpolitik, 1933-40*, 155 para las órdenes. Hitler le dijo a Ribbentrop a Unales de julio que quería que se convirtiese en el próximo embajador en Londres. Véase TBJG, I/2, 646 (22. 7. 36). Decepcionado porque él esperaba que le nombrasen viceministro de exteriores, Ribbentrop no comunicó públicamente el nombramiento hasta el 11 de agosto. Michael Bloch, *Ribbentrop*, Londres, 1944, 97-99. La engañosa versión del propio Ribbentrop en su testimonio de posguerra en Nuremberg fue que le había pedido personalmente a Hitler que prescindiese de un nombramiento anterior como viceministro de exteriores y le nombrase embajador en Londres. IMG, X. 267; y Ribbentrop, 60-61. <<

[100] *Ciano's Diplomatic Papers*, ed. Malcolm Muggeridge, Londres, 1948, [=CP], 44. Mussolini estaba seguro de que Ribbentrop no conseguiría nada. CP, 46. <<

[101] Véanse las memorias del secretario de Ribbentrop durante su periodo en Londres, Reinhard Spitzy, *So haben wir das Reich verspielt. Bekenntnisse eines Illegalen*, Munich, 1986, 101-103; Weinberg, I. 275; Bloch, 100, 110, 111-134 (y n. que atribuye el apelativo al caricaturista David Low); Michalka, *Ribbentrop*, 157-58, en relación con las prolongadas ausencias de Ribbentrop. <<

[102] Josef Henke, «Hitlers England-Konzeption-Formulierung und Realisierungsversuche», en Funke, 584-603, aquí 592; Speer, 592; Fritz Wiedemann, *Der Mann, der Feldherr xuerden wollte*, Velbert-Kettwig, 1964, 152, 156 y 153-56 sobre la visita del duque de Windsor al Berghof el 22 de octubre de 1937. Según Wiedemann (p. 156) a Hitler el duque le pareció el príncipe más inteligente que había conocido, y que no tenía nada de extraño que le hubiesen obligado a abdicar, ya que era muy proalemán. <<

[103] Bloch, 122-23. Pese a lo predispuestos que estaban Hitler y Ribbentrop a retratar a Winston Churchill como un archibelicista y el principal exponente del sentimiento antialemán en Inglaterra, este había apoyado firmemente al rey durante toda la crisis de la abdicación. <<

[104] Cit. Jonathan Wright y Paul Stafford, «Hitler, Britain, and the Hossback Memorandum», *Militargeschichtliche Mitteilungen*, 42 (1987), 94, de BA, Zslg., 101, Nr. 31 (informe Dertinger). N&P, III. 674-75, cit. BA, ZSlg., 101, n. 32 (Informe Dertinger). Las relaciones cada vez peores entre Inglaterra y Alemania durante la segunda mitad de 1936 y en 1937 las examina detenidamente Joseph Henke, *England in Hitlers politischen Kalkül 1935-1939*. Boppard am Rhein, 1973, 49-107 y (extendiéndose especialmente en lo que significaba la cuestión colonial) Klaus Hildebrand, *Von Reich zum Weltreich. Hitler, NSDAP und koloniale Frage 1919-1945*, Munich, 1969, 491-548. Véase también Dietrich Aigner, *Das Ringen um England*, Munich-Esslingen, 1969, 302-320. <<

[105] Weinberg, I. 264. <<

[106] DGFP, C, V, 756-60, n° 446. <<

[107] Weinberg, I. 268-71. Sobre el telón de fondo del acuerdo, véase Jürgen Gehl, *Austria, Germany, and the Anschluss, 1931-1938*, Londres-Nueva York-Toronto, 1963, cap. V. <<

[108] Geyl, 133-34. <<

[109] Höhne, 364. La decisión de Mussolini de intervenir en España fue independiente de la de Hitler. La limitada ayuda inicial siguió una pauta parecida, aunque la intervención italiana no tardó en adquirir unas dimensiones mucho mayores que la de Alemania. Véase Paul Preston, «Mussolini’s Spanish Adventure: From Limited Risk to War», en Preston y Mackenzie, 21-51. <<

[110] Véase Preston, *Franco*, 243-44. <<

[111] Treue, 205. <<

[112] CP, 44, 47; Höhne, 364; Pierre Milza, *Mussolini*, París, 1999, 695-97. <<

[113] Manfred Funke, «Die deutsch-italienischen Beziehungen-Antibolschewismus und aussenpolitische Interessenkonkurrenz als Strukturprinzip der “Achse”», en Funke, 823-46, aquí 834-35; Höhne, 364. Mussolini había manifestado su aprobación personal del acuerdo entre Austria y Alemania (que él había sugerido a Schuschnigg) en su reunión con Frank de 23 de septiembre. CP, 45. <<

[114] CP, 56. <<

[115] CP, 59. <<

[116] CP, 57. <<

[117] CP, 56-60; Jens Petersen, *Hitler-Mussolini*. *Die Entstehung der Achse Berlin-Rom 1933-1936, Tubinga, 1973, 491; Höhne, 364-65.* <<

[118] *CP, 60; Petersen, 492; Elizabeth Wiskemann, The Rome-Berbin Axis. A History of the Relations between Hitler and Mussolini, Nueva York-Londres, 1949, 68.* <<

[119] Treue, 205. <<

[120] CP, 58. <<

[121] Pese a que menospreciaba racialmente a los japoneses, considerándolos meramente capaces de «mantener» pero no de «crear» cultura, Hitler había animado a Ribbentrop en 1933, según el testimonio de este en Nuremberg (IMG, X. 271), a intentar establecer relaciones más estrechas con Japón, predominantemente sobre bases ideológicas. Véase John Fox, *Gennany and the Far Eastern Crisis, 1931-38. A Study in Diplomacy and Ideology,* Oxford, 1982, 175-76; y Theo Sommer, *Deutschland und Japan zwischen den Mächten 1933-1940. Von Antikominternpakt zum Dreimächtepakt*, Tubinga, 1962, 21-22; y, sobre las ideas raciales de Hitler sobre Japón, Adolf Hitler, *Mein Kampf,* 876, 88ª edición, Munich, 1943[88], [=MK], 319. Los primeros sondeos al Japón se hicieron en enero de 1935 (Bernd Martin, «Die deutsch-japanischen Beziehungen während des Dritten Reiches», en Funke, 454-70, aquí 460). <<

[122] Para el Dienststelle Ribbentrop, véase Hans-Adolf Jacobsen, «Zur Struktur der NS-Aussenpolitik 1933-1945», en Funke, 137-85, aquí 162-164. <<

[123] Fox, 182-83, indica que no sucedió eso hasta el otoño de 1935. <<

[124] Martin, 459; Fox, 185; Hartmut Bloss, «Deutsche Chinapolitik im Dritten Reich», en Funke, 407-29, aquí esp. 409-411. <<

[125] Martin. 460; Fox, 177. <<

[126] Fox, 180-181. <<

[127] Martin, 461-62 y 11. 34, 40: Weinberg, I. 344-45; Fox, 199-204. El golpe de estado que planeaban jóvenes oficiales se produjo inmediatamente después de las elecciones de 1936 con un desenlace que no satisfizo al ejército, enzarzado en un conflicto con la marina por la asignación de recursos y la planificación estratégica para la expansión. El conflicto se prolongó hasta el verano, en que se llegó a un acuerdo que otorgaba un peso similar a la presión de la marina que estaba a favor de la expansión hacia el sur y a la fuerte preferencia del ejército de tierra por una política continental que dirigiese la expansión hacia el norte. Finalmente, los elementos aventureros del gobierno consiguieron avanzar en el camino del acuerdo, pero la perturbación que siguió a la revuelta del ejército paralizó las cosas durante un tiempo. <<

[128] Höhne, 368; Martin, 464 n. 54 para la incorporación de Italia en 6.11.37. <<

[129] Véase Weinberg, I. 347. <<

[130] Domarus, 668. <<

[131] IMG, XXV. 404, 409, Doc. 386-PS. <<

[132] *Die kirchliche Lage in Bayern nach den Regierungspräsidentenberichten 1933-1943, vol. I, ed. Helmut Witetschek. Maguncia, 1966, 193.* <<

[133] Domarus, 668; Nicolaus von Below, *Als Hitlers Adjudant 1937-1945*, Maguncia, 1980, 15. <<

[134] Schmidt, 348. <<

[135] Schmidt, 342-46. Véase también la extensa relación de la visita de Lloyd George por Thomas Jones, que le acompañó en su viaje a Alemania y percibió lo mucho que le había impresionado Hitler. Jones, 241-52; al cabo de un año, Lloyd George escribió a un amigo: «Nunca he dudado de la grandeza básica de Herr Hitler. […] No he perdido en ningún momento ni una partícula siquiera de la admiración que siento personalmente por él. […] Lo único que deseo es que tuviéramos a un hombre de su excelsa calidad dirigiendo las cosas en nuestro país hoy». Cit. Martin Gilbert, *Britain and Germany between the Wars*, Londres, 1964, 102. Y véase Winston S. Churchill, *The Second World War. I: The Gathering Storm*, Londres, 1967[9], 224-25: «Nadie se hallaba más absolutamente descaminado que el señor Lloyd George, cuyas descripciones extasiadas de sus conversaciones resultan extrañas leídas hoy. No cabe la menor duda de que Hitler tenía un poder para fascinar a los hombres… ». <<

[136] Schmidt, 350; TBJG, I/3, 119, 142 (21. 4. 37, 12. 5. 37). Véase el comentario de Lansbury en una carta privada escrita el 11 de mayo de 1937: «… Una palabra suave, un pequeño reconocimiento de la posición de Hitler por los diplomáticos, bastaría para cambiarlo todo. […] Hitler 110 irá a la guerra si no le empujan otros a hacerlo. Sabe cómo acabará una guerra europea». Cit. Gilbert, 102. Lansbury había condenado rotundamente a Hitler en el libro que había publicado el año anterior. George Lansbury, *My England*, Londres, s.f. (1936), 193-6. <<

[137] Schmidt, 349-50. <<

[138] *André François-Poncet, Souvenirs d'une ambassade á Berlín, Septembre 1931-Octobre 1938, París, 1946, 262.* <<

[139] Cit. Ludwig Volk, «Kardinal Faulhabers Stellung zur Weimarer Republik und zum NS-Staat», *Stimmen der Zeit*, 177 (1966), 173-95, aquí 187. <<

[140] Henry Picker, *Hitlers Tischgespräche im Führerhauptquartier 1941-1942*, ed. Percy Ernst Schramm, Stuttgart, 1963, 478 (26.7.42). <<

[141] August Kubizek, *Adolf Hitler, mein Jugendfreund,* Graz-Stuttgart, 1989^{5}, 275. <<

[142] Christa Schroeder, *Er war mein Chef. Aus den Nachlass der Sekretärin von Adolf Hitler,* ed. Anton Joachimsthaler, Munich-Viena (1985), 1989^4 47, 60. <<

[143] Schroeder, 54, 58. <<

[144] Below, 20. <<

[145] Schroeder, 269. <<

[146] Schroeder, 55-56. <<

[147] Véase Schroeder, 269 y 78: «Antes de que empezase a dictar yo no existía para él, y creo que muchas veces no me veía siquiera sentada allí a la máquina». <<

[148] Below, 31. Hermann Döring, que se denominaba él mismo «director» (*Verwalter*) del Berghof, decía de Hitler que era «sumamente estricto» (*unwahrscheinlich streng*) respecto a la limpieza y la organización, y que cuando estaba él presente la atmósfera era tensa, y todo el mundo estaba pendiente de sus rápidos cambios de humor. BBC Archives, Londres, «The Nazis: A Warning from History», transcrito del rollo 242, pp. 22, 27-29. <<

[149] Schroeder, 269. <<

[150] Schroeder, 78, 81. <<

[151] Schroeder, 38-39, 58, 289-90, n. 18. <<

[152] Schroeder, 326, 11. 99. <<

[153] Schroeder, 55. Véase Willi Schneider, «Hitler aus nächster Nähe», 7 *Tage: Illustrierte Wochenschrift aus dem Zeitgeschehen*, n. 42 (17 octubre 1952), n. 1, (2 enero 1953), aquí n. 42, 8, para las grandes expectativas y el nerviosismo de Kannenberg. <<

[154] Below, 10, 28; Schroeder, 269. <<

[155] Schroeder, 37-46; Below, 29-30. <<

[156] Below, 18, 29-32. <<

[157] Schroeder, 48. <<

[158] Below, 29, 31. La Cancillería del Reich había sido renovada después de 1933 por Troost y Speer. El Neue Reichskanzlei lo inició Speer en 1938 y se terminó el 7 de enero de 1939. <<

[159] Below, 29, 31-32; Schroeder, 47. <<

[160] Below, 20. <<

[161] Gitta Sereny, *Albert Speer: His Battle with the Truth*, Londres, 1995, 113. <<

[162] Below, 32. <<

[163] Below, 28-29, 32. <<

[164] Schroeder, 79. <<

[165] Below, 32-33. <<

[166] TBJG, I/3, 378 (22.1 2.37). <<

[167] Below, 33. <<

[168] Below, 33-34. <<

[169] Domarus, 606. <<

[170] Below, 22-23; véase Schroeder, 170-96. Y para la aversión de Hitler a Berlín, véase TB Irving, 268 (25. 7. 38). <<

[171] Schroeder, 317, n. 326. <<

[172] Heinrich Hoffmann, *Hitler was my Friend,* Londres, 1955, 162-63. <<

[173] Schroeder, 167. <<

[174] Sereny, 109. <<

[175] Véase Sereny, 11o. Entusiasmado por la interpretación de Brunilda por Resi Iffland en la representación de Bayreuth del *Götterdämmerung* de Wagner, Hitler le había hablado ese verano a Goebbels de «su preferencia por las mujeres grandes», TBJG, I/3, 221 (1.8.37). <<

[176] Nerin E. Gun, *Eva Braun-Hitler, Leben und Schicksal*, Velbert-Kettwig, 1968, 74-78; Werner Maser, *Adolf Hitler. Legende, Mythos, Wirklichkeit*, Munich, 1973^{3}, 325-69; John Toland, *Adolf Hitler*, Londres, 1976, 375-77. <<

[177] Gun, 78-79; Maser, 362-63, 368-69, 369 nota; Toland, 377-78. <<

[178] Domarus, 677; Speer, 87-93, esp. 90. <<

[179] En agosto de 1938, después de una larga conversación con Hitler sobre sus problemas conyugales con Magda, Goebbels anotaría en su diario: «El Führer es para mí como un padre». TBJG, I/6, 44 (16. 8. 38). <<

[180] TBJG, I/3, 266 (14. 9. 37). <<

[181] Véase Sereny, 109, 138-39, 156; y Joachim C. Fest, *Speer. Eine Biographie*, Berlín, 1999-459ss. <<

[182] TBJG. I/3, 221 (1. 8. 37). <<

[183] Sereny, cap. 5. <<

[184] Véase *Hitlers Zweites Buch*, 129-30 para sus ideas sobre Estados Unidos. En su opinión, sólo una Alemania fuerte, racialmente purificada, edificada sobre los principios del nacionalsocialismo, podría combatir a Estados Unidos en la lucha por la hegemonía mundial que se produciría inevitablemente en el futuro lejano. Véase también, Milan Hauner, «Did Hitler want a World Dominio*n*? », *Journal of Contemporary History* [=JCH], 13 (1978), 15-32, esp. 24. <<

[185] Véase TBJG, I/3, 104, 115, 119, 236, 261, 316, 321, 325 (10. 4. 37, 17. 4. 37, 20. 4. 37, 15. 8. 37, 10. 9. 37, 28. 10. 37, 2. 11. 37, 4. 11. 37). Véase en general sobre los planes de construcción monumental de Hitler, y sus relaciones con sus objetivos utópicos de dominio, Jochen Thies, *Architect der Wellherrschaft. Die «Endziele» Hitlers*, Düsseldorf, 1976; y Jochen Thies, «Hitlers European Building Programme», JCH, 13 (1978), 413-31. <<

[186] TBJG, I/3, 119 (20. 4. 37). Hitler había revelado sus planes para la reconstrucción, incluido el gigantesco vestíbulo, unos días antes. TBJG, I/3, 115 (17. 4. 37). <<

[187] TBJG, I/3, 236, 316 (15. 8. 37, 28. 10. 37) <<

[188] TBJG, I/3, 261 (10. 9. 37). <<

[189] *189. David Irving, The Secret Diaries of Hitler's Doctor. Londres, 1990. 31.* <<

[190] Irving, Doctor, 34. <<

[191] Irving, Doctor, 35. <<

[192] Irving, Doctor, 30, 36. <<

[193] Irving, Doctor, 38. <<

[194] TBJG, I/3, 177, 224(18. 6. 37, 3. 8. 37). <<

[195] Irving, Doctor, 38. <<

[196] Irving, Doctor, 18. <<

[197] Domarus, 745. <<

[198] Domarus, 661-768; Milan Hauner, *Hitler. A Chronology of his Life and Time*, Londres, 1983, 116-23. <<

[199] Domarus, 667. Después de su discurso, el Reichstag, sin formalismos, renovó unánimemente la Ley de Autorización por cuatro años más. Domarus, 676. En este mismo discurso Hitler planteó la exigencia alemana de colonias. Domarus, 673. La cuestión colonial se plantearía en numerosas ocasiones durante 1937 (véase, por ejemplo, TBJG, I/3, 46 [16. 2. 7] pero principalmente por razones tácticas. Véase Domarus, 759. Hitler le contó a Goebbels que había incluido conscientemente las exigencias coloniales en su proclama en la Concentración del Partido del Reich con la finalidad de demostrar una mayor firmeza hacia el mundo exterior. TBJG, I/3, 258 (8. 9. 37). En lo que él estaba interesado, y en lo que seguiría estándolo, sería no en la readquisición de territorio colonial en Africa sino en un imperio continental en la Europa del este. Véase Hildebrand, *Vom Reich zum Weltreich,* 501-502; Klaus Hildebrand, *Das vergangene Reich: Deutsche Aussen-politik von Bismark bis Hitler 1871-1945,* Stuttgart, 1995, 640; y Hauner, *Hitler*, 120 para los presuntos comentarios de Hitler en *The Times*, 13 septiembre 1937, sobre la cuestión colonial. <<

[200] Domarus, 690. <<

[201] Domarus, 705-706. <<

[202] Domarus, 765. Sobre los planes de Hitler para Berlín, véase Speer, 87-90; Thies, *Architekt*, 95-98. La metáfora de un «Reich de mil años» era un juego con las tradiciones religiosas milenaristas del próximo Reich celestial, asociado con místicos milenaristas como Joachim di Fiore. Wolfgang Benz, Hermann Graml y Hermann Weiss (eds.), *Enzyklopädie des Nationalsozialismus*, Stuttgart, 1997, 435I 757; Cornelia Schmitz-Berning, *Vokabular des Nationalsozialismus*, Berlin, 1998, 607. <<

[203] Domarus, 715-32, aquí 717. <<

[204] Sobre el uso que hace Hitler del término en este discurso, véase Domarus, 730. <<

[205] Domarus, 728, 731. <<

[206] Schroeder, 78-79. <<

[207] TBJG, I/3, 45 (16.2.37). <<

[208] Véase Ian Kershaw, *Popular Opinion and Political Dissent in the Third Reich*, Bavaria, 1933-1945, *Oxford*, 1983, 216. <<

[209] Sobre la lucha por las escuelas confesionales, véase sobre todo, Franz Sonnenberger, «Der neue “Kulturkampf”. Die Gemeinschaftsschule und ihre historischen Voraussetzungen», en Martin Broszat, Elke Fröhlich y Anton Grossmann (eds.), *Bayern in der NS-Zeit*, vol. 3: *Herrschaft und Gesellschaft im Konflikt*, Munich-Viena, 1981, 235-327; véase también Kershaw, *Popular Opinion*, 209SS. <<

[210] Kershaw, *Popular Opinion*, cap. 5; John Conway, *The Nazi Persecution of the Churches, 1933-1945*, Londres, 1968, 206-13; Edward N. Peterson, *The Limits of Hitlers Power*, Princeton, 1969, esp. caps. 5 y 8; Elke Fröhlich, «Der Pfarrer von Mömbris», en Martin Broszat y Elke Fröhlich (eds.), *Bayern in der NS-Zeit*, vol. 6, «Die Herausforderung des Einzelnen. Geschichten über Widerstand und Verfolgung», 52-75. <<

[211] Sobre los juicios y la campaña orquestada de difamación contra el clero católico véase Hans Günter Hockerts, *Die Sittlichkeitsprozesse gegen katholische Ordensangehörige und Priester 1936/1*937, Maguncia, 1971. Los juicios y la publicidad eran a menudo contraproducentes en regiones de honda raigambre católica. Véase Kershaw, *Popular Opinion*, 196. <<

[212] TBJG I/3, 5 (5. 1. 37), 10 (14. 1. 37), 37-38 (9. 2. 37). <<

[213] Véase Conway, 206-207, donde se consideran confusas las razones de la decisión de Hitler. Las entradas del diario de Goebbels indican que fue él, no Hitler, quien tomó la iniciativa y que Hitler aprovechó ávidamente la sugerencia de elecciones como una salida al problema, para zanjar la dañina discordia. Resultó ser un cálculo erróneo. Véase Conway, 206-13. <<

[214] TBJG, I/3, 55 (23. 2. 37). Hitler comentó de nuevo a Goebbels en junio que estaba considerando la separación de la Iglesia y el Estado. Goebbels añadía que el clero haría bien en no provocar más al Führer. TBJG, I/3, 181 (22. 6. 37). Sin embargo, a Hitler le preocupaba que en el caso de una separación de Iglesia y Estado resultase destruido el protestantismo y no hubiese ningún contrapeso frente al Vaticano. TBJG, I/3, 359 (7. 12. 37). Véase Hans Günter Hockerts, «Die nationalsozialistische Kirchenpolitik im neuen Licht der Goebbels-Tagebücher», APZ, 30. 7. 83, V. 30, 23-28, aquí 29. <<

[215] TBJG, I/3, 77 (13. 3. 37). <<

[216] TBJG, I/3, 97, 105 (2. 4. 37, 10. 4. 37). <<

[217] TBJG, I/3, 129, 143, 156-57. 162 (1. 5. 37, 12. 5. 37, 29-5-37, 2. 6. 37). <<

[218] TBJG, I/3, 119 (21. 4. 37). <<

[219] Conway, 209. «Hemos cazado al cerdo y no le dejaremos escapar otra vez», escribía Goebbels. TBJG, I/3, 195 (4. 7. 37); véase también 194, 196, 198 (3-7-37, 6. 7. 37, 10. 7. 37). La orden de Hitler para que se detuviese a Niemöller (Conway, 209) era casi seguro permiso para actuaciones solicitadas por la Gestapo. La oposición básica de Niemöller al nazismo había seguido un curso pronunciado en su desarrollo desde su entusiasmo inicial en 1933. Para la mayor parte del clero protestante, la oposición en cuestiones eclesiales era compatible con la aceptación (la aprobación entusiasta muchas veces) en otros sectores de la política nazi. Véase la aportación de Günther van Norden, «Widerstand in den Kirchen», y de Helmut Gollwitzer, «Aus der Bekennenden Kirche», en Richard Löwenthal y Patrik von zur Mühlen, *Widerstand und Verweigerung in Deutschland 1933 bis 1945*, Berlin-Bonn, 1984, 111-28, 129-39; la evaluación crítica de Shelley Baranowski, *The Confessing Church*, *(Konservative Elites, and the Nazi State*, Lewiston-Queenston, 1986; y, sobre la penetración de ideas nazis en el pensamiento incluso de destacados teólogos protestantes, Robert P. Ericksen, *Theologians under Hitler,* New Haven-Londres, 1985. <<

[220] TBJG, I/3, 258 (8.9.37). <<

[221] En realidad, la exclusión se efectuó a través de decretos policiales, una ley ordinaria habría atraído demasiada atención pública. TBJG, I/3, 354 (3.12.37). <<

[222] TBJG, I/3, 351 (30.11.37). <<

[223] Hildegard von Kotze y Helmut Krausnick (eds.), *«Es spricht der Führer», y exemplarische Hitler-Reden*, Gütersloh, 1966, 147-48. <<

[224] David Bankier, «Hitler and the Policy-Making Process on the Jewish Question», *Holocaust and Genocide Studies*, 3 (1988), 1-20, aquí 15. <<

[225] Domarus, 727-30; Uwe Dietrich Adam, *Judenpolitik im Dritten Reich*, Düsseldorf, 1972, *1 73; Saul Friedländer,* Nazi Germany and the Jews. The Years of Persecution, 1933-39, *Londres, 1997*, *184-85*. <<

[226] Otto Dov Kulka, «“Public Opinión” in National Socialist Germany and the “Jewisli Question”», *Zion*, 40 (1975), 186-290 (texto en hebreo, resumen en inglés, documentación en alemán), 272-73. Y véase Michael Wildt, *Die Judenpolitik des SD 1935 bis 1938. Eine Dokumentation*, Munich, 1995; y Lutz Hachmeister. *Der Gegenforscher. Die Karriere des SS-Führers Alfred Six*, Munich, 1988, cap. V. El SD se había creado en principio bajo la dirección de Reinhard Heydrich en 1931 para encargarse de la vigilancia de los adversarios políticos del Partido Nazi. Gran parte de esto corrió a cargo de la Gestapo a partir de 1933, cuando la función principal del SD pasó a centrarse en recoger información y elaborar informes sobre «enemigos» ideológicos (como las iglesias), la «cuestión judía» y Los sondeos de la opinión pública. <<

[227] Kulka 274. Véase también BA, R58/991, fols. 71 a-c, Vermek de SD Abt. II 112. El SD contaba en su trabajo con la ayuda de voluntarios, como el especialista en hebreo (un miembro veterano del partido) que, mientras estaba en Leipzig, había elaborado por iniciativa propia un registro de todos los que eran «judíos plenos, en tres cuartas partes, por mitad y en una cuarta parte» en la zona y se proponía hacer lo mismo entonces en la Alta Silesia, y después en toda Silesia. Se brindé) también a enseñar hebreo a los miembros del SD. Se recomendó que el SD hiciese uso de su oferta. BA, R58/991, Fol. 46. Véase también Friedländer, 197ss. <<

[228] El húmero de judíos que emigraron de Alemania no había experimentado, en realidad, grandes fluctuaciones desde la primera oleada de emigración masiva de 1933, pese a la intensidad variable de la persecución nazi. En 1937, hubo incluso una disminución en relación con el porcentaje del año anterior. Según los criterios de los propios nazis la presión emigratoria no había sido la adecuada; más de dos tercios de la población judía de 1933 aún seguía en Alemania. Según las estadísticas de la *Reichsvertretung der deutschen Juden*, la organización creada en 1933 para coordinar y representar los intereses judíos en condiciones cada vez peores, en 1933 huyeron del país 37. 000 judíos, en 1934 lo hicieron 23. 000, en 1935 21. 000, en 1936 25. 000 y en 1937 23. 000. Werner Rosenstock, «Exodus 1933-1939. A Survey of Jewish Emigration from Germany», LBYB, 1 (1956), 373-90, aquí 377; Herbert A. Strauss, «Jewish Emigration from Germany. Nazi Policies and Jewish Responses (I)», LBYB, 25 (1980), 313-61, aquí 326, 330-32. <<

[229] Adam, 172-74. <<

[230] Karl A. Schleimes, *The Twisted Road to Auschwitz. Nazi Policy towards German Jews, 1933-1939, Urbana-Chicago-Londres, 1970, 159-60.* <<

[231] Herman Graml, *Reichskristallnacht. Antisemitismus und Judenverfolgung im Dritten Reich*, Munich. 1988, 167. <<

[232] Adam, 174ss. <<

[233] Véase Martin Broszat, *Der Staat Hitlers. Grundlegung und Entwicklung seiner inneren Verfassung*, Munich, 1969, 432-33. <<

[234] TBJG, I/3, 26 (28. 1. 37). A finales de febrero volvió a hablar de nuevo acerca de su esperanza de que el enfrentamiento se produjera en un periodo de cinco o seis años. TBJG, I/3, 55 (23. 2. 37). <<

[235] TBJG, I/3, 25-26 (28. 1. 37). Frick volvió a sus ideas de Reforma del Reich, pero, pese a que Blomberg le apoyaba, n0 contó con ningún apoyo de Hitler. Frick había planteado el problema en relación con una ley de 26 de enero de 1937 que regulaba la administración y el gobierno regional del Gran Hamburgo, que él consideraba una etapa para una reforma más amplia del Reich. Günter Neliba, *Wilhelm Frick. Der Legalist des Unrechtsstaates: Eine politische Biogaphie*, Paderborn etc., 1992, 149. <<

[236] TBJG, I/3, 158-9 (31.5.37); Domarus, 696-97. Según Goebbels, Hitler estaba amargamente decepcionado con Raeder y Blomberg, que se habían dado por satisfechos con protestas diplomáticas. TBJG, I/3, 162 (2.6.37). Se consideraba que los servicios de espionaje navales habían cometido un fallo terrible al no informar a Hitler del incidente hasta el 30 de mayo a la hora de comer, aunque la noticia había llegado a ultima hora del sábado. A Goebbels le pareció que Raeder no duraría mucho en el cargo. TBJG, I/3, 158 (31.5.37), 162 (2.6.37). El periodista estadounidense William Shirer fue informado de que Hitler se había pasado «todo el día furioso y gritando» y que quería declarar la guerra a España. Shirer, 63. Goebbels (haciéndose eco posiblemente de la opinión del propio Hitler) comentaba poco después que Blomberg era debil y «una marioneta en manos de sus oficiales». Menciona también en la misma entrada lo furioso que estaba Hitler con los oficiales de la Wehrmacht que querían intervenir en cuestiones políticas, «de las que no tienen la menor idea». TBJG, I/3, 181 (22. 6. 37). En septiembre también Göring estaba furioso con la cúpula de la Wehrmacht, de la que pensaba que iba camino de convertirse en «un estado dentro del estado». TBJG, I/3, 257 (8. 9. 37) Véanse también los comentarios de Goebbels en un sentido similar, TBJG, I/3, 316, 322 (28. 10. 37, 2. 11. 37), después de que Hitler, furioso, hubiese criticado las tendencias monárquicas en la Wehrmacht. <<

[237] TBJG, I/3, 211 (24. 7. 57). <<

[238] TBJG, I/3, 221 (1. 8. 37). <<

[239] TBJG, I/3, 370 (15. 12. 37), para la idea de que la amenaza rusa quedaba por lo menos parcialmente disipada con la victoria japonesa sobre China. <<

[240] TBJG, I/3, 198 (10. 7. 37). <<

[241] TBJG, I/3, 378 (22. 12. 37); véase también 385 (28. 12. 37). <<

[242] TBJG, I/3, 351 (30. 11. 37). <<

[243] Véase Jonathan Wright y Paul Stafford, «Hitler, Britain, and the Hossbach Memorandum», *Militärgeschichtliche Mitteilungen*, 42 (1987), 100 y 120 n. 167. <<

[244] TBJG, I/3, 200 (13. 737). Véanse también los propios comentarios de Goebbels (p. 252) sobre 3. 9. 37. <<

[245] TBJG, I/3, 177 (18. 6. 37). Goebbels se mostraba aún escéptico después de las expresiones efusivas de amistad mutua que siguieron a la visita oficial de Mussolini en septiembre. TBJG, I/3, 283 (29. 10. 37), 287, (1. 10. 37). <<

[246] Schneider, N° 42, 8, donde se describe también la compleja organización de las recepciones de Mussolini en Munich y Berlin. <<

[247] Domarus, 737; Hauner, *Hitler*, 121. <<

[248] TBJG, I/3, 281 (28. 9. 37). Véase también 282-83 (29. 11. 37), 284-85 (1. 10. 37). <<

[249] Ralf Georg Reuth (ed.), *Joseph Goebbels. Tage bücher,* 5 vols., Munich, 1992, III. 1100, 11. 88. Véase Norbert Schausberger, «Österreich und die nationalsozialistische Anschluss-Politik», en Funke, 728-56, aquí 744 <<

[250] Schausberger, 746. <<

[251] Schausberger, 744; Geyl, 157. <<

[252] TBJG, I/3, 201 (13. 7. 37). <<

[253] TBJG, I/3, 223 (3. 8. 37). <<

[254] TBJG, I/3, 266 (14. 9. 37). Hitler insinuó al Aga Khan en octubre que Austria, Checoslovaquia, Danzig y el Corredor figuraban en el revisionismo alemán. Schmidt, 382. <<

[255] TBJG, I/3, 369 (15. 12. 37). <<

[256] Gerhard L. Weinberg, *The Foreing Policy of Hitler's Germany. Starting World War II, 1937-1939*, Chicago-Londres, 1980, [=Weinberg, II], 289 y 287, donde se indica que los visitantes extranjeros estaban empezando a esperar ya una operación contra Austria en un futuro próximo. Los beneficios económicos de una requisa de valores en Austria eran una proposición atractiva con la economía armamentista alemana bajo presión. Schausberger, en Funke, 744-78; y el relato completo en Norbert Schausberger, *Der Griff nach Österreich. Der Anschluss*, Viena-Munich. 1978, cap. 6. <<

[257] TBJG, I/3, 223 (3. 8. 37). <<

[258] TBJG. I/3, 223 (3. 8. 37). <<

[259] Wright/Stafford, 102. <<

[260] TBJG, I/3, 307 (20. 10. 37). «Este estado temporal debe desaparecer» (*Dieser Saisonstaat muss weg)* había escrito en su diario el día anterior. 306 (19.10.37). <<

[261] TBJG, I/3, 327 (6.11.37). <<

[262] *Jost Dülffer, Weimar, Hitler und die Marine. Reichspolitik und Rottenbau 1920-1939, Düsseldorf, 1973, 446-47.* <<

[263] *Kube, 195. Klaus-Jürgen Müller, en su Das Heer und Hitler. Armee und nationalsozialistisches Regime 1933-1940, (1969), Stuttgart, 1988*[2]*, 243; y general Ludwig Beck, Studien und Dokumente zur politisch-militärischen Vorstellungswelt und Tätigkeit des Generalstabschefs des deutschen Heeres 1933-1938, Boppard am Rhein, 1980, 249, dice que fue Hitler quien convocó la reunión.* <<

[264] Friedrich Hossbach, *Zwischen Wehrmacht und Hitler 1934-1938*, Wolfenbüttel-Hanover, 1949, 219; Wright/Stafford, 82, para la segunda parte de la reunión que trató de cuestiones del rearme. Después de hablar del asunto de las materias primas, se acordaron nuevas asignaciones a la marina. E11 vez de 45.000 toneladas de acero, la marina recibiría su complemento de 75.000 toneladas entero. Dülffer, 447; Hossbach, 219; Weinberg, II. 41; Wright/Stafford, 123 n. 200 sobre Hitler hablando a partir de unas notas. <<

[265] Walter Bussmann, «Zur Entstehung und Überlieferung der «Hossbach-Niederschrift»«, *Viertel jahreshefte für Zeitgeschichte* (=VfZ), 16 (1968), 373-84, aquí 377; Wright/Stafford, 82. <<

[266] IMG, XXV. 402-13, Doc. 386-PS. Hossbach, 217-20, cuenta cómo tomó las notas en la reunión. Y véase Müller, *Heer*, 243SS.; Müller, *Beck*, 249SS.; Dülffer, *Marine*, 448-51; Hermann Gakenholz, «Reichskanzlei 5. November 1937», en Richard Dietrich y Gerhard Oestreich (ed.), *Forschungen zu Staat und Verfassung. Festgabe für Fritz Hartung*, Berlin, 1958, 459-74. Bussmann, Wright/Stafford y Bradley F. Smith, «Die Überlieferung der Hossbach-Niederschrift en Lichte neuer Quellen», VfZ, 38 (1990), 329-36. han disipado cualquier duda sobre la autenticidad del documento. <<

[267] Véase Wright/Stafford, 84. <<

[268] Véase Weinberg, II. 39 n. 74 para la idea generalmente sobrentendida de que Austria sería invadida y los comentarios de Rapen a un representante húngaro en Viena en mayo de que tanto Austria como Checoslovaquia desaparecerían. La idea de Hitler de que poco se podía ganar en aquel momento con un acercamiento a Inglaterra y su preferencia firme por estrechar lazos con Italia, figuraban en los informes confidenciales sobre reuniones informativas dirigidas a la prensa de Georg Dertinger y el doctor Hans Joachim Kausch. Véase Wright/Stafford, 91-95. <<

[269] Wright/Stafford, 82-84. <<

[270] Hossbach, 219; Müller, *Heer*, 244; Wright/Stafford, 85. <<

[271] Bussmann, 378. <<

[272] Weinberg, II. 39. <<

[273] Müller, *Beck*, 501. <<

[274] IMG, XXV. 412 13; Müller, *Heer*, 244; Wright/Stafford, 99; Gackenholz, 469-72. Hossbach, 219 recordaba que la reunión había desembocado en una discusión acalorada entre Blomberg y Fritsch por una parte y Göring por la otra, mientras Hitler n0 decía casi nada. Según Müller, 244 (aunque sin fuente que respalde la afirmación), la discusión con Göring se relacionaba sobre todo con cuestiones técnicas de los temas de armamento. En el relato de Hossbach sobre la reunión, la única intervención de Göring fue para proponer una disminución de la participación militar alemana en España como consecuencia de los comentarios de Hitler. IMG, XXV. 413. <<

[275] Wright/Stafford, 99. <<

[276] Wright/Stafford, 103. <<

[277] IMG, XIV. 44-45; Erich Raeder, *Mein Leben von 1935 bis Spandau* 7955, Tubinga-Neckar, 1957, 149-50; Müller, *Heer,* 245; Dülffer, 450. n. 56. Pero el testimonio de Raeder en Nuremberg y sus memorias no son en general fidedignos. Dülffer, *Marine*, 450, 11. 56; Weinberg, II. 40; Wright/Stafford, 101, 107; Gackenholz, 470. Reader aseguraba que Göring le había dicho antes de la reunión que los comentarios de Hitler n0 tenían otro objetivo que incitar al ejército a acelerar el rearme. (Göring también declaró en Nuremberg que era ese el objetivo de la reunión. Wright/Stafford, 77.) Contaha, pues, con que hubiese alguna exageración para que la alocución produjese mayor efecto. <<

[278] Müller, *Heer,* 246, n. 193. <<

[279] Müller, *Beck*, 254. <<

[280] Müller, *Beck*, 498-501 (texto), 254-61 (comentario). <<

[281] Gackenholz, 471; Müller, *Heer,* 246. <<

[282] Müller, *Heer*, 247 (Neufassung des Aufmarschplanes «Grün», 21. 12. 37). Blomberg afirmó después de la guerra que él y Fritsch habían querido exponer sus dudas sobre la posibilidad de llevar a la práctica los planes de Hitler, dada la oposición de Inglaterra y Francia, pero añadió que los que estaban presentes en la reunión estaban de acuerdo al abandonarla en que no había que tomar en serio los comentarios de Hitler. IMG, XI, 406. Esto probablemente fuese una alusión indirecta a un intercambio de puntos de vista con Raeder, que era de la misma opinión. <<

[283] Karl-Heinz Janssen y Fritz Tobias, *Der Sturz der Generäle. Hitler und die Blomberg-Fritsch-Krise 1938*, Munich, 1994, 38; Speer, 83. <<

[284] Janssen/Tobias, 35. Para la película *Hitlerjunge Quex*, véase Welch, 59-74. <<

[285] Janssen/Tobias, 59-60. <<

[286] Janssen/Tobias, 34-35. <<

[287] Janssen/Tobias, 16. A finales de 1944, Blomberg habría de enviar una carta a Hitler manifestando su disgusto y su vergüenza por la conjura militar contra él. TBJG, II/14, 333 (2.12.44). <<

[288] Janssen/Tobias, 30. <<

[289] Janssen/Tobias, 38-41. <<

[290] Janssen/Tobias, 27-28. <<

[291] Janssen/Tobias, 56-57 (donde se demuestra convincentemente que la llamada no fue de la Gestapo, como se supuso a menudo). <<

[292] Janssen/Tobias, 45-47, 51. <<

[293] Janssen/Tobias, 27, 51-52. <<

[294] Wiedemann. 112. <<

[295] TBJG, I/3, 414 (26. 1. 38). <<

[296] Hossbach, 124. <<

[297] TBJG, I/3, 415-16 (27. 1. 38). <<

[298] Janssen/Tobias, 54-55; TBJG, 1/3, 419 (29. 1. 38). <<

[299] Janssen/Tobias, 86-88, 91, 93-97. <<

[300] Hossbach, 127; Hans Bernd Gisevius, *Bis zum bitteren Ende*, (ed. en un solo vol.), Zürich, s. f. (¿1954?), 258; Janssen/Tobias, 90. Esto contradice directamente el bien conocido argumento de que el cese de Fritsch fue consecuencia de las objeciones que hizo a los comentarios de Hitler en la reunión del 5 de noviembre de 1937, según las indicaciones de Hossbach. Para esta interpretación, véase Peter Graf Kielmansegg, «Die militärisch-politische Tragweite der Hossbach-Besprechung», VfZ, 8 (1960), 268-75. <<

[301] Janssen/Tobias, 86-87. <<

[302] Gerhard Engel, *Heeresadjutant bei Hitler 1938-1943. Aufzeichnungen des Majors Engel*, ed. Hildegard von Kotze, Stuttgart, 1974, 20-21. Las notas de Engel, aunque parezcan anotaciones de diario contemporáneas, se compilaron después de la guerra, basándose en el recuerdo y, según él, en notas que había tomado en el momento pero que luego había perdido. Como Engel se movió en el entorno de Hitler durante un periodo de cinco años, sus notas siguen teniendo valor, aunque no debieran tomarse por auténticas entradas de un diario. <<

[303] Hossbach, 125-27; Gisevius, *Bis zum bittern Ende*, 258-61; Janssen/Tobias, 99. <<

[304] Hossbach, 126-27; Wiedemann, 117-18. <<

[305] Hossbach, 127; Janssen/Tohias, 100. <<

[306] Wiedemann, 117-18. Véase TBJG, I/3, 417 (28. 1. 38): «Pudo así prepararse. ¡Quién sabe lo que es verdadero y falso aquí! De todos modos es una situación imposible. Se sigue investigando. Pero después de esto Fritsch tendrá que irse también». <<

[307] Hossbach, 127-28; Janssen/Tobias, 101-102. <<

[308] Janssen/Tobias, 102-103. <<

[309] Hossbach, 128-29; Below, 65; *Generalfeldmarschall Keitel. Verbrecher oder Offizier'? Erinnerungen, Briefe, Dokumente des Chefs OKW*, ed. Walter Görlitz, Gotinga-Berlín-Frankfurt am Main, 1961 [=Keitel], 104SS. <<

[310] Janssen/Tobias, 91. Schmidt llevaba detenido desde 1935 y fue condenado en diciembre de 1936 a siete años de cárcel por numerosos casos de chantaje e infracción de las leyes sobre homosexualidad. Sus antecedentes penales se remontaban a 1929. Janssen/Tobias, 91-92) y 277 n. 33. <<

[311] Janssen/Tobias, 104-105. <<

[312] Véase la descripción de la reunión extraordinaria en Hossbach, 129-30; también en Janssen/Tobias, 106. <<

[313] Janssen/Tobias, 108. <<

[314] Goebbels escribió: «Se trata de una palabra contra otra: la de un chantajista homosexual contra la del jefe del ejército. Y el Führer ya no confía en Fritsch». TBJG, I/3, 421 (30.1.38). <<

[315] Janssen/Tobias, 109-16, esp. 113-14. <<

[316] TBJG, I/3, 421 (30.1.38). <<

[317] Janssen/Tobias, 120-121. Fritsch se había encargado de otro muchacho de la Juventud de Hitler durante un mes. Janssen/Tobias, 101. <<

[318] Janssen/Tobias, 122-23. <<

[319] TBJG, I/3, 417 (28.1.38). <<

[320] La idea de ministros diferentes para las diversas ramas de las fuerzas armadas es posible que procediese en principio de Raeder. Janssen/Tobias, 126. Hitler y Goebbels aún andaban hablando el 31 de enero sobre los posibles sucesores de Fritsch, y el candidato del ministro de propaganda era Beck. TBJG. I/3, 423 (1.2.38). <<

[321] Janssen/Tobias, 125-26. Véase Hossbach, 132, n. 1 (los comentarios de posguerra del abogado defensor de Fritsch, Graf v.d. Goltz, de una conversación que había tenido en junio de 1945 con Blomberg); véase también Keitel, 105, 11. 184; Below, 67. <<

[322] Janssen/Tobias, 128-32. El comentario sarcástico sobre Himmler lo hizo después de la guerra en un campo de prisioneros ingles el mariscal de campo Ewald von Kleist. <<

[323] Janssen/Tobias, 126-27. <<

[324] IMG, XXVIII. 358, Doc. 1780-PS, Diario de Jodl: Keitel, 106-109; Janssen/Tobias, 127. Keitel y Jodl elaboraron la estructura organizativa. Janssen/Tobias, 136. Blomberg había recomendado a Keitel con escaso entusiasmo. Hitler había preguntado quién estaba al cargo del equipo de Blomberg. Blomberg mencionó el nombre de Keitel, pero desechó la posibilidad de utilizarlo. «No es más que el hombre que lleva mi oficina», dijo. «Ese es exactamente el hombre que estoy buscando», contestó Hitler. Walter Warlimont, *Inside Hitler's Headquarters, 1939-1945*, Londres, 1964, 13. <<

[325] Janssen/Tobias, 136. <<

[326] Müller, *Heer*, 636. <<

[327] Janssen/Tobias, 140. <<

[328] TBJG, I/3, 424 (1. 2. 38). Hitler había insinuado a Keitel y a Brauchitsch que lo que se pretendía con la reorganización era evitar la impresión negativa que podría causar en el extranjero el cese de Blomberg y Fritsch. Keitel, 112. <<

[329] TBJG, I/3, 423-424 (1. 2. 38). <<

[330] IMG, XXVIII. 362, D0C. 1780-PS, Diario de Jodl (31. 1. 38): «Führer will die Scheinwerfer von der Wehrmacht ablenken, Europa in Atem halten. […] Schussnig [*sic*] soll nicht Mut fassen sondern zittern». <<

[331] Janssen/Tobias, 150; Domarus, 783 da sesenta cargos militares, que incluyen catorce generales, además de Blomberg y Fritsch. El general Liebmann comentó sobre los oficiales del ejército de alta graduación de los que se prescindió, que no podía caber la menor duda de que eran todos personajes que resultaban en algún sentido «incómodos» (*unbequem*) para el partido. IfZ, ED 1, Fol. 416, memorias de Liebmann. <<

[332] Janssen/Tobias, 199-200. Brauchitsch explicó a los generales que había aceptado el puesto «sólo a regañadientes y con considerables reservas» («nur widerstrebend und unter erheblichen Bedenken»). IfZ, ED, Fol. 416, Memorias de Liebmann. <<

[333] TBJG, I/3, 424 (1. 2. 38). <<

[334] Lothar (huchmann, «Die “Reichsregierung” im Führerstaat. Stellung und Funktion des Kabinetts im nationalsozialistischen Herrschaftssystem», en Günther Doeker y Winifred Steffani (eds.), *Klassenjustiz und Pluralismus*, Hamburgo, 1973, 200-201. <<

[335] Janssen/Tobias, 154. <<

[336] TBfG, III. 431 (5. 2. 38); Domarus, 783. Hitler explicó a sus generales el 5 de febrero que, por razones de prestigio tanto en el interior del país como en el extranjero, tal vez no pudiese revelar la verdadera razón de la destitución de Blomberg. IfZ, ED 1, Fol. 415, Memorias de Liebmann. <<

[337] Janssen/Tobias, 79. La opinión que tenía Hitler de Blomberg, tal como se la reveló a sus generales a principios de febrero de 1938, era menos favorable. Le describió como un carácter débil (*einen schwachen Charakter)* que en las situaciones críticas, sobre todo durante la ocupación de la Renania, había perdido el control. IfZ, ED 1, Fol. 415, Memorias de Liebmann. <<

[338] Janssen/Tobias, 182. <<

[339] Janssen/Tobias, 148. <<

[340] Janssen/Tobias, 247-49. <<

[341] Domarus, 728. <<

[342] DBS, V. 9-22; y véase Ian Kershaw, *The «Hitler Myth». Image and Reality in the Third Reich*, Oxford (1987), ed. bolsillo, 1989, 129-30. <<

[343] TBJG, I/3, 434 (6. 2. 38). <<

[344] Hacia finales de 1944, a raíz del complot de la bomba contra él, Hitler se referiría una vez más al caso de Fritsch. Estaba más convencido que nunca, según Goebbels, de que Fritsch había sido el jefe de la conspiración de los generales (en sus primeras etapas) «y que la acusación contra él por homosexualidad era correcta en último término». TBJG, II/4, 333 (2. 12. 44). <<

[345] IfZ, ED 1, Fol. 416, Memorias de Liebmann: «Der Eindruck dieser Eröffnungen - sowohl der über Blomberg, wie der über Fritsch, war geradezu niederschmetternd, besonders deshalb, weil Hitler beide Sachen so dargestellt hatte, dass über die tatsächliche Schuld kaum noch ein Zweifel bestehen konnte. Wir alle hatten das Gefühl, dass das Heer—in Gegensatz zur Marine, Luftwaffe und Partei—einen vernichtenden Schlag erlitten hatte». Véase también Janssen/Tobias, 153 y 294 11. 31 para la fecha de 5 de febrero y no, como en Liebmann, Fol. 416, el 4. <<

[346] TBJG, I/3, 434 (6. 2. 38). Al hablarles a los generales, Hitler había mencionado que durante la crisis de la Renania, cuando Blomberg había perdido el control, de todos sus asesores sólo el «suabo testarudo de Neurath» se había mostrado partidario de no ceder. («Von allen seinen Beratern sei damals nur der “dickschädelige Schwalle Neurath” für Durchhalten gewesen»). IfZ, ED 1, Memorias de Liebmann, Fol. 415. Neurath podía ser tan optimista respecto a los planes para remilitarizar la Renania porque el Ministerio de Asuntos Exteriores había recibido información secreta fidedigna que indicaba que los franceses no recurrirían a la acción militar para impedirlo. Zach Shore, «Hitler, Intelligence, and the Decisión to Remilitarize the Rhine», JCH, 34 (1999), 5-18. <<

[347] TBJG, I/3, 434 (6. 2. 38). <<

[348] Domarus, 792-804, aquí esp. 796-97, 799-800. <<

[349] Domarus, 797. Véase Janssen/Tobias, 157. <<

[1] Claramente implícito en numerosos discursos a finales de la década de 1920, en que se insiste en la «falta de espacio» (*Raumnot*) de Alemania para satisfacer las necesidades de su población, la eterna lucha del hombre por la existencia y la supervivencia del más apto, y analogías con la colonización del este durante la Edad Media o la conquista y la defensa del Imperio Británico. Véase, por ejemplo, *Hitler: Reden, Schriften, Anordnungen: Februar 1925 bis Januar 1999*, ed. Institut für Zeitgeschichte, 5 vols. en 12 partes, Munich-Londres-Nueva York-París, 1992-98 [=RSA], II/2, 447 (6. 8. 27), 546 (16. 11. 27), 554 (21. 11. 27), 733 (3. 3. 28), 778 (17. 4. 28). <<

[2] Adolf Hitler, *Mein Kampf* [=MK], 876-880° reed., Munich, 1943, 742; Adolf Hitler, *Mein Kampf* Londres, 1969, trad. ingl. por Ralph Manheim, con una introducción de D. C. Watt [-MK Watt], 597. <<

[3] Un país que no se hacía ilusiones con Hitler era la Unión Soviética. El comisario del pueblo para asuntos exteriores, Maxim M. Litvinov había comentado en su entrevista con el embajador de Estados Unidos en la Unión Soviética, Joseph E. Davies, el 4 de febrero de 1937, «que la política de Hitler no había cambiado respecto a la que había expuesto en *Mein Kampf* que estaba poseído por un ansia de conquista y de dominar Europa; que él no podía entender por qué Gran Bretaña era incapaz de darse cuenta de que una vez que Hitler dominara Europa se tragaría también las Islas Británicas». En opinión de Davies, Litvinov «parecía estar muy inquieto por esto y preocupado por el hecho de que no hubiese algún tipo de arreglo de las desavenencias entre Francia, Inglaterra y Alemania». Joseph E. Davies, *Mission to Moscow,* Nueva York, 1941, 50-60. <<

[4] Véase Dirks y Janssen, 58-72 para un resumen de los objetivos de la Wehrmacht en el programa de rearme. <<

[5] Werner Maser, *Adolf Hitler. Legende-Mythos- Wirklichkeit*, 3ª ed. bolsillo, Munich-Esslingen (1971), 1976, 374, 455-56; Gerhard L. Weinberg, «Hitler's Private Testament of May 2, 1938», en *Journal of Modern History* [JMH], 27 (1955), 41. 5-19, aquí 415. En 1942, Hitler se refirió a su testamento de cuatro años antes y a su miedo de entonces a padecer cáncer. Picker, 222 (29. 3. 42). <<

[6] IMG, XXVIII. 367, Doc. 1 780-PS (Diario de Jodl). <<

[7] Véase Gerhard Botz, Der, 19. März 38 und die Anschluss-Bewegung. Selbstaufgabe, Okkupation und Selbstfindung Österreichs 1918-1945, *5-14; Bruce F. Pauley*, Hitler and the Forgotten Nazis: A History of Austrian National Socialism, *Londres-Basingstoke, 1981, 4-10.* <<

[8] Walther Hofer (ed.), *Der Nationalsozialismus. Dokumente 1933-1945*, Frankfurt am Main (1957), 1974, 28. <<

[9] MK. 1: MK Watt, 3. <<

[10] Véase Kube, 233, donde se indica que esto surgió de rivalidades internas del partido austríaco, y era también un indicio de que Göring no había recibido ningún encargo equivalente de Hitler de actuar en los asuntos austríacos y estaba haciéndolo de una forma casi independiente. <<

[11] Weinberg, II. 278-79. <<

[12] Weinberg, II. 122; Martens, 122. <<

[13] Borthwick Institute, York, *Papers of ist Earl of Halifax*, 410. 3. 6. «Conversation with Herr Hitler, 19th November 1937», Fols. 13, 16; 410. 3. 3 (VI), «Lord Halifax's Diary. Visit of the Lord President to Germany, 17th to 2 ist November, 1937», Fol. 9; Confidential Memo., Fol. 4. Halifax dice en su diario (Fol. 12) que Hitler le pareció «muy sincero, y que se creía todo lo que decía». Las notas que tomó Halifax en el tren que le llevó de Berlín a Calais el 21 de noviembre (Fol. 1) decían: «A menos que me engañe del todo, los alemanes, hablando en general, desde Hitler al hombre de la calle, quieren relaciones amistosas con Gran Bretaña. Es indudable que hay muchos que no: y los dirigentes pueden estar arrojándonos polvo a los ojos deliberadamente. Pero yo no creo que sea así…». Véase también *The Earl of Halifax: Fulness of Days*, Londres, 1957, 187. <<

[14] Weinberg, II. 288. <<

[15] *Akten zur Deutschen Auswärtigen Politik 1918-194*5 [=ADAP], D. I, N° 80, 106; DGFP, D, I, 80, 129-31; TBJG, III. 369 (15.12.37); Weinberg, II. 287-88; Kube, 241. <<

[16] Weinberg. II. 289. <<

[17] Kube, 216. <<

[18] Véase Kube, 212-14. <<

[19] Véase Kube, 235-36 para la prioridad que otorgaba Göring a los motivos políticos y militares, no sólo ideológicos, de la *Anschluss*. <<

[20] Stefan Martens, «Die Rolle Hermann Görings in der deutschen Aussenpolitik», en Franz Knipping y Klaus-Jürgen Müller (eds.), *Machthewusstsein in Deutschland am Vorabend des Zweiten Weltkrieges*, Paderborn, 1984, 75-92, aquí 80; Kube, 216, 224SS. <<

[21] Kube, 225-27, 229-30, Schmidt, 352-53. <<

[22] Kube, 232, 236-37. <<

[23] Franz von Papen, *Memoirs*, Londres, 1952, 401. <<

[24] Papen, 401; y véase Kube, 238-39. <<

[25] Kube, 240. Halifax se había «divertido inmensamente» en la entrevista con Göring, cuya personalidad le pareció «francamente atractiva», una especie de combinación de «astro del cine, gran hacendado […], primer ministro, dirigente de partido, guardabosques jefe…». Borthwick Institute, *Halifax Papers*, 410. 3. 3 (VI), F0I. 21, *Diary of Halifax's visit to Germany;* hay una versión extractada de su entrevista con Göring en Halifax, 190-91. <<

[26] Martens, *Göring*, 122. <<

[27] TBJG, I/3. 369 (15.12.37). «Papen expone un plan para derribar a Schuschnigg—escribía Goebbels—. El gato no deja en paz al ratón. Pero eso es bueno. Schuschnigg está haciéndose demasiado fuerte y descarado *(frech)*». <<

[28] Papen, 408-409; Franklin D. Roosevelt Library, Hyde Park, Nueva York, *John Toland Collection*, cinta 53, cara B (entrevista de Toland con Kurt Schuschnigg, 11.9.71). Kurt Schuschnigg, *Austrian Requiem*, Londres, 1947, 18, fecha la aproximación de Papen a principios de 1938. Pero en su entrevista siguiente, deja claro que la invitación a Berchestgaden, transmitida por Papen en enero, siguió a un acercamiento anterior. <<

[29] Papen, 409-10. <<

[30] Papen, 412; Weinberg, II. 289-91. El 26 de enero, Papen le dijo a Schmidt que a Hitler le gustaría que Schuschnigg fuese a Berchtesgaden el 15 de febrero. Papen, 410. Cuándo se modificó exactamente la fecha de la reunión es algo que no está claro. Pero Papen fue enviado a Viena para confirmarlo el 5 de febrero, al día siguiente de que hubiese sido cesado como embajador allí. Según su versión, había recomendado de nuevo el encuentro, después de proponen inicialmente un0 en el momento en que la policía austriaca confiscó los documentos del Gauleiter Tavs (que ponían al descubierto planes para realizar acciones que provocaran la intervención alemana) en un registro en el cuartel general del partido en Viena. Papen, 408-09. El registro se efectuó el 25 de enero. (Pauley, 195-96; Weinberg, II. 288). Papen había cursado entonces una invitación a Schuschnigg, refrendada por Hitler, el 27 de enero (Pauley, 195). Esta fue la invitación a la reunión con una nueva fecha que Papen afirmó increíblemente que a Hitler se le había olvidado y hubo que recordársela. (Papen, 408.) La invitación original, de nuevo a sugerencia de Papen y con la aprobación de Hitler, había sido acordada por el canciller austriaco el 8 de enero. (Weinberg, II. 289). <<

[31] Pauley, 196; Weinberg, II. 288. <<

[32] Weinberg, II. 278, 290; Papen, 413. <<

[33] Weinberg, II. 290. <<

[34] El informe de Keppler a Hitler, que describe los términos acordados el 2 de febrero entre Schuschnigg y Seyss-Inquart, está en *«Anschluss» 1938. Eine Dokumentation*, ed. Dokumentationsarchiv des österreichischen Widerstandes, Viena, 1988, 149-50. Véase también Papen, 411-12, 420; Weinberg, II. 292. <<

[35] Papen, 418, 420. <<

[36] Papen, 413. Sin embargo, según su testimonio posterior, Schuschnigg, dándose cuenta de que el caso Blomberg-Fritsch había creado una grave tensión entre Hitler y el ejército, había interpretado erróneamente la noticia de que estarían presentes tres generales como una indicación de que estos ejercerían una influencia moderadora. Franklin D. Roosevelt Library, Hyde Park, Nueva York, *John Toland Collection*, Cinta 53, cara B (entrevista de Toland con Kurt Schuschnigg, 11. 9. 71). <<

[37] Below, 84. <<

[38] Papen, 413. Below, 84 para la tensión de Hitler en la visita. <<

[39] Kurt Schuschnigg, *Ein Requiem in Rot-Weiss-Rot*, Zürich, 1946, 38. <<

[40] Schuschnigg, *Ein Requiem*, 40-42. <<

[41] Papen, 414-17. Para los términos, véase DGFP, D, I, N° 294-95, PP. 513-17; véase también Jürgen Gehl, *Austria, Germany and the Anschluss, 1931-1938*, Londres, 1963, 174. <<

[42] Papen, 420. A Schuschnigg le dieron tres días para obedecer. Schuschnigg, *Ein Requiem*, 49; Papen, 420; Below, 85. Hitler se había retirado al Obersalzberg a preparar su discurso. Below, 83. <<

[43] Below, 85; Papen, 415. <<

[44] Keitel, 177; Papen, 417. <<

[45] Papen, 418-19; Schuschnigg, *Ein Requiem*, 49. <<

[46] Papen, 420; Domarus, 790; Schuschnigg, *Ein Requiem*, 51-52. <<

[47] Keitel, 178 y 11. 26. Jodl y Canaris participaron con Keitel en la preparación de las maniobras. Véase IMG» XXVIII. 367 (Doc. 1780-PS, Diario de Jodl), entrada del 13 de febrero de 1938. <<

[48] Keitel, 178. <<

[49] Below, 85. <<

[50] Joseph Goebbels, *Tagebücher 1924-1945*, 5 vols., ed. Ralf Georg Reuth [=TB Reuth], Munich-Zurich, 1992, 1208 (16. 2. 38). <<

[51] Below, 85; TB Reuth, 1209 (16. 2. 38). <<

[52] *Der Unbekannte Dr. Goebbels: Die geheimen Tagebücher 1938*, ed. David Irving [=TB Irving], Londres, 1995, 53 (17. 2. 38); *Der Spiegel* [=TB Spiegel], 31/1992, 102. <<

[53] Below, 86. <<

[54] Domarus, 803. <<

[55] ADAP, D, I, Doc. 328, p. 450; Kube, 243; Pauley, 198. <<

[56] Papen, 403-04; Pauley, 194-201; también Weinberg, II. 288-90. <<

[57] Domarus, 801. Se había suavizado un poco el tono que tenía el discurso en el borrador. Pauley, 203. <<

[58] Pauley, 202-04. <<

[59] Papen, 422-23; John Toland, *Adolf Hitler,* Londres, 1977, 438-39.
<<

[60] Weinberg, II. 294. <<

[61] Domarus, 804. <<

[62] Nevile Henderson, *Failure of a Mission, Berlin, 1937-1939*, Londres, 1940, 116-17. <<

[63] Pauley, 205. Hitler había pedido un plebiscito en su reunión con Henderson el 3 de marzo… aunque, claro está, sólo en sus términos. Henderson, 116-17. <<

[64] Pauley, 206; Dieter Wagner y Gerhard Tomkowitz, *Ein Volk, ein Reich, ein Führer. Ehe Nazi Annexation of Austria, 1938*, Londres, 1971, 15-19, 25-26. La sección relevante del discurso de Schuschnigg en que anuncia el referéndum está publicada en *«Anschluss» 1938*, 221-22. Véase también Galeazzo Giano, *Tagebücher 1937/38*, Hamburgo, 1949, 121-23, entradas de 9-10 de marzo de 1938. <<

[65] Below, 89; véase también Domarus, 818, para los comentarios posterior es de Hitler a Ward Price (un periodista del *Daily Mail* que le había entrevistado varias veces en anos anteriores), en Linz el 12 de marzo, de que había actuado por la traición de Schuschnigg, a la que al principio no había dado crédito. Hitler dijo al Reichstag el 18 de marzo que los rumores del referéndum le habían parecido «fantásticos» e «increíbles». Domarus, 829. <<

[66] TB Irving, 97 (10. 3. 38); TB Spiegel, 31/1992, 102-103. <<

[67] TB Irving, 97-98 (10. 3. 38); TB Spiegel, 31*/1992, 103*, *105*. <<

[68] Helmut Michels, *Ideologie und Propaganda*. Die Rolle von Joseph Goebbels in der nationalsozialistischen Aussenpolitik bis 1939, Frankfurt am Main 1992, 380. <<

[69] TB Irving, 98 (10. 3. 38); TB Spiegel, 31/1992, 105; véase también David Irving, *Goebbels: Mastermind of the Third Reich*, Londres, 1996, 242-43; Wagner y Tomkowitz, 68-69. <<

[70] Kube, 244. <<

[71] Janssen/Tobias, 175-76. <<

[72] TB Irving, 99 (11. 3. 38); TB Spiegel, 31/1992, 105. <<

[73] IMG, X. 566; Keitel, 178 y. n. 27. Wagner y Tomkowitz, 51-5. <<

[74] TB Irving, 99-100 (11. 3. 38); TB Spiegel, 31/1992, 105; TB Reuth, 1212-13 (11. 3. 38); Irving, Goebbels, 243. <<

[75] TB Reuth, (11.3.38). <<

[76] TB Ireving, 101 (12.3.38); TB Spiegel, 31/1992, 106. <<

[77] Papen, 427; Kube, 244, n. 87. Los dramáticos acontecimientos del 11 de marzo los describe meticulosamente Ulrich Eichstädt, *Von Dollfuss zu Hitler. Geschichte des Anschlusses Österreichs 1933-1938*, Wiesbaden, 1955, 378-422. <<

[78] ADAP, D. I, 468-70, n° 352 (cita 469). <<

[79] IMG, XXXIV. 336-37, D0c. 102-C; Domarus, 809. <<

[80] Papen, 428. <<

[81] IMG, IX. 333; trad. ingl. *Trials of War Criminals before the Nuremberg Military Tribunals*, 12 vols., Nuremberg, 1946-49 [=TWC], XII. 735. <<

[82] IMT, IX. 333. Véase Papen, 438: «El curso de los acontecimientos en la Cancillería del Reich el 11 de marzo de 1938 reveló hasta qué punto se había convertido Goebbels en la personalidad dominante entre los que abogaban por la “solución final”». <<

[83] IMG, XVI. 131-32; TB Irving, 101-102 (12. 3. 38); TB Spiegel, 31/92, 1o6; Toland, 444; Pauley, 208. <<

[84] IMG, XXXI. 355-56, 358, 361, D0C. 2949-PS; *Nazi Conspiracy and Aggression*, ed. Office of the United States Chief of Counsel for Prosecution of Axis criminality [=NCA], Washington, 1946-8, V. 629-31, 635; TB Irving, 101-103 (12. 3 38); TB Spiegel. 31/92, 106-07. Goebbels n0 menciona la petición de retirar el plebiscito, y dice que Göring informó de que todas las peticiones eran netas, planteando luego un ultimátum posterior (y casi idéntico) para media hora más tarde. Su propia entrada resulta confusa. <<

[85] Pauley, 208. <<

[86] NCA, V. 970, 982, D0C. 3254-PS; véase también IMG, XVI. 199 (testimonio de Michael Skubl, que comenta el nerviosismo de Seyss y la impresión que daba de estar dirigido más que de dirigir). <<

[87] TB Irving, 103 (12. 3. 38); TB Spiegel, 31/92, 107; TB Reuth, 1214 (12. 3. 38). <<

[88] Véase Below, 89, al que se le dijo al volver a la Cancillería del Reich al final de la tarde del día 11 de marzo que «Austria será coordinada» al día siguiente. <<

[89] DBFP, Serie 3, I, 13, Doc. 25. <<

[90] Geyl, 189. <<

[91] TB Reuth, 1214 (12. 3. 38). <<

[92] TB Reuth, 1214 (12. 3. 38). <<

[93] Below, 89-90. <<

[94] William Shirer, *Berlin Diary, 1934-1941* (1941), Sphere Books, Londres, 1970, 82-83. <<

[95] Pauley, 211. El Partido Nazi de Austria tenía por entonces unos 164. 000 miembros, más del doble que en 1933, cuando había sido prohibido. Con el partido proscrito y sin elecciones libres, sólo se pueden hacer especulaciones sobre el apoyo con que contaba entre la población en vísperas de la *Anschluss*. Pero en 1932, en las elecciones regionales, el NSDAP había conseguido ya aproximadamente una quinta parte de los votos. Véase Gerhard Botz, «Austria», en Detlef Mühlberger (ed.), *The Social Basis of European Fascist Movements*, Londres-Nueva York-Sidney, 1987, 242-80, aquí 251. Suponiendo que el apoyo se hubiese duplicado en 1938, de acuerdo con la cuantía del aumento de miembros del partido, podríamos suponer que los que apoyaban a los nazis (con grados diversos de militancia) constituían por lo menos dos quintas partes de la población cuando estalló la crisis de la *Anschluss*. El cálculo de Gerhard Botz de entre el 25 y el 35 por 100 de la población que apoyaba con entusiasmo la *Anschluss en* 1938 tal vez sea demasiado bajo. Gerhard Botz, *Der 13. März 38 und die Anschluss-Bewegung. Selbstaufgabe, Okkupation und Selbstfindung Österreichs 1918-1945*, Viena, 1978, 27. <<

[96] TB Reuth, 1214 (12. 3. 38); Pauley, 213; texto en Domarus, 81 n. 120. <<

[97] TWC, XII. 729. <<

[98] Pauley, 213; Kube, 246; TB Irving, 103 (12.3.38); TB Spiegel, 31/92, 107; Eichstädt, 411. <<

[99] Keitel, 178; Papen, 430. Jodl había encontrado a Brauchitsch la noche del 11 de marzo «en un estado de ánimo de desolación absoluta» (*in einer vollkommen desolaten Stimmung)*, por el temor a las repercusiones internacionales. IMG, XV. 442 Keitel, 178 n. 27. <<

[100] IMG, XXXI. 369, D0C. 2949-PS; Domarus, 813; y véase TB, Spiegel, 107, para la reacción de Goebbels. <<

[101] Domarus, 811. <<

[102] Shirer, 83. <<

[103] Pauley, 21 4; Toland, 450. <<

[104] Keitel, 179. <<

[105] TB Irving, 104 (13. 3. 38); TB Spiegel. 31/92, 107; Domarus, 814 («Freundschaftsbesuch» en DNB-Meldung, 12.3.38). Según la versión oficial, las tropas alemanas cruzaron la frontera a las ocho. Domarus, 814. <<

[106] Domarus, 814 dice que Hitler aterrizó a las diez; Keitel, 179 dice que salió de Berlín a las seis; Below, 91 dice que salió a las ocho y llegó a las diez. <<

[107] Below, 91; Keitel, 179. Para Bock, véanse los esbozos de Horst Mühleisen, «Fedor von Bock. Soldat ohne Fortune», en Ronald Smelser y Enrico Syring (eds.), *Die Militärelite des Dritten Reiches*, Berlin-Frankfurt am Main, 1995, 6-82, v Samuel W. Miteham Jr., «Generalfeldmarschall Fedor von Bock», en Gerd R Ueberschär (ed.), *Hitlers militärische Elite. Von den Anfängen des Regimes bis Kriegsbeginn*, Darmstadt, 1998, 37-44; y Generalfeldmarshall Fedor von Bock, *The War Diary, 1939-1945*, ed. Klaus Gerbet, Atglen PA, 1996, 16-17. <<

[108] TB Irving, 104 (13.3.38); TB Spiegel, 31/92, 107. Véase Papen, 438, para las órdenes de Hitler de que se preparase un borrador de legislación que le hiciese jefe de ambos estados en una unión personal. <<

[109] Domarus, 816-17. <<

[110] Below, 91; TB Irving, 106 (13.3.38); TB Spiegel, 31/92, 107; Domarus, 817; Wagner y Tomkowitz, 194-95. <<

[111] Below, 91. <<

[112] Bellow, 92. <<

[113] Heinz Guderian, *Panzer Leader*, Nueva York (1952), DaCapo Press, 1996, 50-6, aquí 56. <<

[114] Domarus, 817-18 y n. 139; Wagner y Tomkowitz, 198-201. <<

[115] TB Irving, 107 (14. 3. 38); TB Spiegel, 31/92, 107. Gerhard Botz, *Nationalsozialismus in Wien. Machtübernahme und Herrschaftssicherung 1938-39*, Buchloe, 1988[3], 71, sugiere que los retrasos en el traslado de las tropas a Viena y el deseo de asegurarse de las reacciones en el extranjero fueron las causas de que se pospusiera la llegada de Hitler a Viena. Pero Guderian. que estaba al cargo de las unidades motorizadas que debían entrar en Austria, corrigió más tarde la muy leída pero falsa versión de que el motivo había sido la ineficacia militar y las averías de tanques, que habían provocado supuestamente la cólera de Hitler. Guderian, 54-55; Churchill, I. 242 (que probablemente obtuvo esa información de un testigo presencial inglés generalmente bien informado que estaba en Viena y presenció los acontecimientos, G.E.R. Gedye, *Fallen Bastions. The Central European Tragedy,* Londres, 1939, 315-16. Geyde había sido corresponsal del *Daily Telegraph* en Austria durante doce años). <<

[116] Véase Schroeder, 85; Below, 92. <<

[117] Below, 92. <<

[118] Domarus, 819. <<

[119] Como indicó David Irving, *Führer und Reichskanzler. Adolf Hitler 1933-1945*, Munich-Berlín, 1989, 91. <<

[120] Schuschnigg, aunque nominalmente libre, estaba por entonces en realidad bajo arresto domiciliario. Véase Schuschnigg, *Austrian Requiem*, 59-60. <<

[121] Franz Jetzinger, *Hitlers Jugend*, Viena, 1956, 131-33, 136 (foto); Domarus, 821; Below, 93; para la visita a Leonding. <<

[122] Domarus, 821; no hay constancia de ninguna conversación telefónica previa con Mussolini (véase Keitel, 179, n. 32), aunque es probable que el telegrama siguiese a una llamada de ese tipo, para, garantizar la aprobación del Duce al paso final de la plena *Anschluss*.
<<

[123] Domarus, 822. <<

[124] Below, 92; Domarus, 820-21 para la ley. Un primer borrador había sido redactado ya antes de que Stuckart abandonase Berlín. Erwin A. Schmidl, *März 38. Der deutsche Einmarsch in Österreich*, Viena, 1987, 214. <<

[125] Kube, 248 y n. 118. Stuckart voló a Viena el 13 de marzo a mediodía para discutir el borrador con Keppler y representantes del gobierno austríaco. Schmidl, 214. <<

[126] *«Anschluss» 1938*, 330-31. <<

[127] TB Irving, 107, 108-09 (14-15.3.38); TB Spiegel, 31/92, 107, 110, la entrada de 14 de marzo (que trata de acontecimientos del día anterior) dice «La *Anschluss está*, prácticamente hecha. El Führer se ha quedado en Linz el domingo» *(Der Anschluss ist praktisch da. Der Führer bleibt Sonntag in Linz).* La entrada de 15 de marzo (informando sobre «ayer») dice: «*Anschluss* completada. Elecciones el 10 de abril. […] Las fuerzas armadas austríacas bajo el mando del Führer» (*Anschluss vollzogen. Am 10. April Wahl.* […] *Die österreichische Wehrmacht dem Führer unterstellt)* Esto indica que la firma de la legislación sobre la *Anschluss se* produjo la noche del 13 de marzo. <<

[128] Los datos sobre la decisión de la *Anschluss* proceden de Below, 92; Leonidas E. Hill (ed.), *Die Weizsäcker-Papiere 1933-1950*, Frankfurt am Main, Berlín-Viena, 1974, 124 (26. 3. 38); Domarus, 820-21; Schmidl, 214-15; *«Anschluss» 1938*, 328ss.; Irving, *Führer*, 91. <<

[129] Kube, 248-49; David Irving, *Göring. A Biography*, Londres, 1989, 210-11. De la versión frecuentemente citada—véase, por ejemplo, Toland, 452; Irving, *Führer*, 91; Wagner y Tomkowitz, 211—de que Göring enviase un intermediario a Linz con la sugerencia de pasar a la *Anschluss* plena y que Hitler aceptase, sólo hay un testimonio dudoso y refleja los esfuerzos de Göring para enaltecer su propio papel. Véase Kube, 248, n. 117. Papen, influido por el testimonio de Göring en Nuremberg, afirmó también que Hitler pasó a la *Anschluss* completa por insistencia de Göring. Papen, 438. <<

[130] Domarus, 821; Below, 92; Pauley, 219-20. <<

[131] Below, 92-93; Domarus, 822; Gedye, 318; Botz, *Wien*, 72. <<

[132] Botz, *Wien*, 119. <<

[133] Domains, 822. <<

[134] Gedye, 318. <<

[135] Below, 93; Schroeder, 85; Domarus, 822; «Gedye, 318-19; Botz, *Wien*, 73. <<

[136] Keitel, 180. <<

[137] Botz, *Wien*, 69-71. <<

[138] Botz, *Wien*, 73-74. <<

[139] Botz, *Wien*, 55-58. <<

[140] Domarus, 823; Botz, *Wien*, 75. <<

[141] Domarus, 824; Wagner y Tomkowitz, 226-29. <<

[142] Papen, 432-33. Papen dice que la reunión duró una hora. Botz, *Wien*, 76, 120, 523 n. 19, asegura que no fue más de un cuarto de hora. El apretado programa de Hitler no habría permitido una audiencia más larga para Papen. <<

[143] Papen, 433; Botz, *Wien*, 120. <<

[144] Botz, *Wien*, 123; Lewy, 212. <<

[145] Domarus, 825; Botz, *Wien*, 122. <<

[146] Domarus, 825-26; Botz, *Wien*, 76, 523 n. 19. <<

[147] Domarus, 830. <<

[148] Domarus, 832-50. <<

[149] BA, R55/445, «Wahlparole Nr. 8», 1. 4. 38. <<

[150] Domarus, 850. <<

[151] BA, R55/445, «Rundspruch Nr. 69. Tagesparole vom 11. April 1938, betr. die Kommentierung des Wahlergebnisses» [*Ein solches, beinahe I00 prozentiges Wahlergebnis ist gleichzeitig ein Ruhmesblatt für alle Wahlpropagandisten*]. <<

[152] Véase Botz, *Der 13. März 38*, 24-26, y esp., Botz, *Wien*, cap. II; Ernst Haifisch, *Nationalsozialistische Herrschaft in der Provinz. Salzburg im Dritten Reich*, Salzburgo, 1983, 52-71, para el voto de Austria; también Helmut Auerbach. «Volksstimmung und veröffentlichte Meinung», en Knipping y Müller, 273-93, aquí 279. Un ejemplo, citado por Auerbach (279, n. 33), de manipulación de votos fue el caso de la zona de Konstanz donde 32 papeletas que contenían votos de *Nein* habían sido contadas como *Ja*. Véase Jörg Schadt (ed.), *Verfolgung und Widerstand unter dem Nationalsozialismus in Baden. Die Lageberichte der Gestapo und des Generalstaatsanwalts Kalsruhe 1933-1940*, Stuttgart, 1976, 270. <<

[153] TB, Irving, 123 (20. 3. 38); TB Spiegel, 31/92, 11o. <<

[154] Papen, 438. <<

[155] Botz, *Wien*, 57. <<

[156] Gerhard Botz, «Die Ausgliederung der Juden aus der Gesellschaft. Das Ende des Wiener Judentums unter der NS-Herrschaft (1938-1943)», en Gerhard Botz, Ivar Oxaal y Michael Pollak (eds.), *Eine zerstörte Kultur Jüdisches Leben und Antisemitismus in Wien seit dem 19. Jahrhundert*, Buchloe, 1990, 285-312, aquí 289-90; Geyde, 307-09. <<

[157] Geyde, 295. <<

[158] Carl Zuckmayer, *Als wärs ein Stück von mir. Erinnerungen*, Frankfurt am Main (1966), 1971, 61. <<

[159] George Clare, *Last Waltz in Vienna. The Destruction of a Family, 1842-1942*, Pan Books, Londres, 1982, 177-78. <<

[160] Botz, *Wien*, 55; Gedye, 300-02; Wagner y Tomkowitz, 160-61. <<

[161] Geyde, 305, 307, 313. <<

[162] Véase Hans Safrian, *Eichmann und seine Gehilfen,* Frankfurt am Main, 1995, cap. 1, esp. 36ss.; Wildt, 52-54. <<

[163] Janssen/Tobias, 190-94, cita 194. <<

[164] Cit. Kershaw, «Hitler Myth», 130-31; y véase Auerbach en Knipping y Müller, 278. <<

[165] Véase Karl Stadler, *Österreich 1938-1945 im Spiegel der NS-Akten*, Viena-Munich, 1966, cap. 2; Botz, *Wien*, 355-64, 475-82; Tim Kirk, *Nazism and the Working Class in Austria. Industrial Unrest and Political Dissent in the National Community*, Cambridge, 1996, cap. 2. <<

[166] Véase Kershaw, «Hitler Myth», 12. 1-32. <<

[167] La minoría alemana había sufrido realmente algunas formas de discriminación económica y burocrática a manos de los checos, aunque raras veces de carácter grave antes de que la toma del poder en Alemania por los nazis diese un nuevo cariz a las tensiones étnicas, avivadas principalmente por los alemanes de los Sudetes. Incluso entonces, la propaganda nazi dentro y fuera de los Sudetes procuró exagerar el supuesto maltrato de la población alemana. Véase Ronald M. Smelser, *The Sudeten Problem 1933-1938. Volkstumspolitik and the Formulation of Nazi Foreign Policy*, Folkestone, 1975, 8-9, 214SS.; y sobre todo los comentarios contemporáneos sobre la naturaleza y el grado de la discriminación contra la minoría alemana (descrita como «probablemente la más privilegiada de toda Europa») en Gedye, 396: «Nunca perseguida políticamente, siempre arrogantemente consciente del respaldo de los sesenta millones de Alemania, sus auténticos motivos de queja se limitaban a ciertas restricciones económicas (que eran, en parte, políticamente necesarias por la deslealtad alemana hacia la república) y a la oficiosidad mezquina de algunos funcionarios locales checos. […] Sus pequeños agravios habían sido continuamente exagerados, hinchados y pregonados a bombo y platillo en el extranjero por la maquinaria propagandística alemana, debido a que eran el instrumento para poder realizar los planes alemanes de hegemonía en Europa oriental». <<

[168] Helmut Groscurth, *Tagebücher eines Abwehroffiziers 1938-1940*, ed. Helmut Krausnick y Harold C. Deutsch, Stuttgart, 1970, 111-12 (4. 9. 38). <<

[169] Wiedemann, 171. <<

[170] IMG, XXXIV. 732-47, Doc. 175-C. <<

[171] IMG, XXXIV. 745-47. Véase también ADAP, D, VII, 547ss. Beck y la jefatura del ejército no interpretaban la expresión «espacio vital» del modo que la explicaba Hitler. Pero esas superposiciones eran posibles debido a la vaguedad del concepto. Véase Müller, *Heer*, 250 y n. 215. <<

[172] Véase Timothy W. Mason, *Arbeiterklasse und Volksgemeinschaft. Dokumente und Materialien zur deutschen Arbeiterpolitik 1936-1939*, Opladen, 1975, cap. XII. <<

[173] Müller, *Beck*, 521; Klaus-Jürgen Müller, «The Structure and Nature oí the National Conservative Opposition in Germany up to 1940», en H. W. Koch (ed.), *Aspects of the Third Reich*, Londres, 1985, 132-78, aquí 159. <<

[174] Véase Kube, cap. VII. <<

[175] Véase Hans Bernd Gisevius, To *the Bitter End*, Cambridge, 1947, 275-326; Erich Kordt, *Nicht aus den Akten… Die Wilhelmstrasse in Frieden und Krieg. Erlebnisse, Begegnungen und Eindrücke 1928-194*5, Stuttgart. 1950, 232-57; Müller, en Koch, *Aspects*, 156SS.; Hans Rothfels, *The German Opposition to Hitler: An Assessment*, Londres, 1970, 56-63; y, esp., Harold C. Deutsch, *The Conspiracy against Hitler in the Twilight War*, Minneapolis, 1968, cap. 1; y Peter Hoffmann, *Widerstand-Staatsstreich-Attentat. Der Kampf der Opposition gegen Hitler* (1969), Munich-Zurich, 1985[4], cap. IV. <<

[176] Para Beck, véase sobre todo Müller, *Beck.* cap. 6. La interpretación que hace Müller de Beck dio lugar a fuertes críticas de Peter Hoffmann, «Generaloberst Ludwig Becks militärpolitisches Denken», *Historische Zeitschrift* (HZ), 234, 1982, 101-21, que vio en el tratamiento de Müller un énfasis indebido en el oportunismo a expensas de la insistencia en la motivación ética; y una aguda réplica de Klaus-Jürgen Müller, «Militärpolitik nicht Militäropposition!», HZ, 235 (1982), 355-71. Sobre Canaris, véase Heinz Höhne, *Canaris Patriot im Zwielicht*, Munich, 1976. <<

[177] Sobre Weizsäcker, véase Rainer A. Blasius, *Für Grossdeutschland gegen den grossen Krieg: Staatssekretär Ernst Freiherr von Weizsäcker in den Krisen um die Tschechoslowakei und Polen 1938/39*, Colonia/Viena, 1981; y Rainer A. Blasius, «Weizsäcker kontra Ribbentrop: “München” statt des grossen Krieges», en Knipping y Müller, 93-118. Como en el caso de Beck, los motivos de Weizsäcker han sido interpretados de formas diversas. Leonidas E. Hill, el editor de los documentos de Weizsäcker, subraya la insistencia del secretario de estado en la evolución pacífica de Alemania como potencia mundial. Leonidas E. Hill, «Alternative Politik des Auswärtigen Amtes bis zum 1. September 1939», en Jürgen Schmädeke y Peter Steinbach (eds.). *Der Widerstand gegen den Nationalsozialismus: Die deutsche Gesellschaft und der Widerstand gegen Hitler*, Munich-Zurich, 1985, 664-90, aquí 669-678. Blasius, por el contrario, destaca la afinidad de Weizsäcker con los objetivos expansionistas de Hitler, pese a la creciente oposición a una guerra que está seguro que será catastrófica para Alemania. <<

[178] Véase Gerhard Ritter, C*arl Goerdeler und die deutsche Widerstandsbewuegung.*, Stuttgart, 1956, cap. 10; Riemens von Klemperer, *German Resistance against Hitler. The Search for Allies Abroad, 1938-1945*, Oxford, 1992, 86-101; Patricia Meehan, *The Unnecessary, War: Whitehall and the German Resistance to Hitler*, Londres, 1992, 86-87, 102-03, 122ss. <<

[179] Un término utilizado por el *Regierungspräsident* de Niederbayern y el *Oberpfalz* en su informe de 8 de septiembre 1938, GStA, MA106673. El informe anual del SD de 1938 hablaba también de una «psicosis de guerra». *Meldungen aus dem Reich: Die. geheimen Lageberichte des Sicherheitsdienstes der SS 1938-45*, 17 vols., ed. Heinz Boberach, Herrsching, 1984 (=MadR), II. 72-3. <<

[180] Véase Kershaw, «Hitler Myth», 132-39; y Auerbach, en Knipping y Müller, 280SS. <<

[181] Bloch, 175. <<

[182] Weizsäcker- Papiere, 1 36; ADAP, D, II, Nº 374, 473; Blasius, en Knipping, 101. <<

[183] Henderson pensó que otra crisis como la del 21 de mayo acabaría con él DBFP, Serie 3, 11, Apéndice 1, 649, 651, 653 y Doc. 823, 284.
<<

[184] TB Irving, 123 (20. 3. 38). <<

[185] IMG, XXVIII. 372. <<

[186] Weinberg, II. 318; véase también 366-70; Gerhard L. Weinberg, «The May Crisis, 1938», JMH, 29 (1957), 213-25, esp. 225; y Donald Cameron Watt, «Hitler's Visit to Rome and the May Weekend Crisis: A Study in Hitler's Response to External Stimuli», JCH, 9 (1974), 23-32 (y la crítica de Weinberg de la interpretación de Watt, en Weinberg, II. 366 n. 21o). <<

[187] Véase, para este término extraído del análisis del régimen nazi por Franz Neumann, *Behemoth. The Structure and the Practice of National Socialism*, Londres, 1942 (véanse sus comentarios en 296, 38283); Peter Hüttenberger, «Nationalsozialistische Polykratie», *Geschichte und Gesellschaft* [=GG], 2 (1976), 417-42. <<

[188] Müller, *Heer,* 327; Müller, *Armee und Drittes Reich*, 350-51. <<

[189] Klaus-Jürgen Müller, Armee, Politik und Gesellschaft in Deutschland 1933-1945, Paderborn, 1979, 43-44. <<

[190] Hasta los informes de la oposición dejan claro que, aunque la opinión se hallaba dividida sobre la probabilidad y el resultado de la guerra, amplios sectores nazificados de la sociedad respaldaban firmemente a Hitler. Véase DBS, v. 684-90, informe de julio de 1938, redactado el 24 de agosto de 1938. <<

[191] Weinberg, II. 328, 363-64. <<

[192] Weinberg, II. 341, 352SS. <<

[193] Weinberg, II. 322-23. <<

[194] Weinberg, II. 343. <<

[195] Weinberg, II. 348; cita de lord Halifax para Henderson, 19. 3. 38.
<<

[196] Weinberg, II. 325. Para la exageración de agravios en la propaganda alemana, véase Gedye, 396. <<

[197] TB Irving. 91 (7. 3. 38); y véase Irving, *Goebbels*, 242. <<

[198] Weinberg, II. 334. <<

[199] IMG, XXVIII. 372. El primer ministro inglés Neville Chamberlain, por su parte, había «comparado Alemania con una boa constrictor que había devorado una buena comida y estaba intentando digerirla antes de comer otra cosa». Cit. Weinberg, II. 302. <<

[200] ADAP. D, II. 157, nº 106; y véase Smelser, 217sS. <<

[201] DGFP, D, II, 242, nº 135. <<

[202] DGFP, D, II. 198, nº 197; Weinberg, II. 335. <<

[203] Weinberger, II. 321; y véase Michels, 382 para la propaganda de Goebbels durante la crisis de los Sudetes. <<

[204] Véanse sus ideas tal como las recoge el memorando de Hossbach de la reunión del 5 de noviembre de 1937. DGFP, D, I, 29-39, esp. 32-34, nº 19; Weinberg, II. 317, 336. <<

[205] Véase «Denkschrift zur Frage unserer Festungsanlagen» de Hitler de 1 de julio de 1938 en Otto-Wilhelm Förster, *Das Befestigungswesen*, Neckargemünd, 1960, Suplemento 13, 1 23-48; también John D. Heyl, «The Construction of the Westwall, 1938. An Exemplar for National Socialist Policymaking», *Central European History*, 14 (1981), 63-78; y Weinberg, II. 318. <<

[206] Weinberg, II. 337. <<

[207] Keitel, 182. Keitel fecha la reunión el 20 de abril. Pero para la fecha correcta de 21 de abril véase IMG, XXV. 415-18. D0C. 388-PS; Domarus, 851 (y 851-52 para las notas de Schmundt); y Weinberg, II. 337-38 y n. 91. <<

[208] Domarus, 851-52; Weinberg, II. 338. <<

[209] Keitel, 183; DGFP, D, II. 300-03, aquí esp. 300, nº 175. <<

[210] Müller, *Beck*, 51o (texto completo pp. 502-12); Müller, *Heer*, 301ss. <<

[211] Keitel, 184; Müller, *Heer*, 305. <<

[212] Keitel, 184-85; Below, 105-06; Weinberg II. 318, 371; y véase Franz W. Seidler, *Fritz Todt. Baumeister des Dritten Reiches*, Munich, 1986, cap. 4. Agradezco a Steven F. Sage que compartiese conmigo algunas ideas sobre Todt y su obra, que serán revisadas en su próximo estudio, y el que me dejase ver material inédito que había reunido sobre Todt. Los planes del ejército para el «Muro Occidental» tenían previsto construir grandes fortalezas subterráneas bien aprovisionadas al estilo de la Línea Maginot francesa. Esto chocaba con la concepción de Hitler de un número muchísimo mayor de estructuras antitanque y emplazamientos artilleros fortificados relativamente sencillos, con una finalidad eminentemente disuasoria. Véase Heyl, 64-65. <<

[213] Véase Below, 106. <<

[214] *Monologe*, 344 (16 de agosto de 1942). <<

[215] Schmidt, 390; Bloch. 181. <<

[216] Ciano, *Tagebücher* 1937/1938, 156-59 (entradas de 3-9 de mayo de 1938); Eugen Dollmann, *Dolmetscher der Diktatoren*, Bayreuth, 1963, 37-38; Wiedemann, 140. <<

[217] Schmidt, 392-93; Wiedemann, 141-42; Ciano, *Tagebücher*, 156, nota. Hay pequeñas discrepancias entre la descripción fidedigna de Schmidt y la de Wiedemann (que no menciona la representación de *Aida* y presenta a Hitler inspeccionando una formación nazi después de una cena deslumbrante a la que 110 asistió el rey sino el príncipe heredero). <<

[218] Bloch, 181. <<

[219] Ciano, *Tagebücher*, 157 (entrada del 6 de mayo de 1938); Bloch, 182; véase también Schmidt, 394. <<

[220] Domarus, 861; y véase Schmidt, 394-95. <<

[221] DGFP, D, I, 1108-10, n° 761-62; Weinberg, II. 340. <<

[222] DGFP, D, I, 1110, n° 762; Weinberg, 309. <<

[223] Politisches Archiv, Auswärtiges Amt, Bonn, Pol. 2a 1 (6936), Bd. 16, Deutsch-italienische pol. Beziehungen, enero-septiembre 1938. (*Was sudetendeutsche Frage anlangt*, *so ergaben Unterhaltungen ohne weiteres, dass Italiener für unsere Anteilnahme am sudetendeutschen Schicksal Verständnis haben*.) <<

[224] Weizsäcke-Papiere, 127-28. <<

[225] Véanse las versiones en Bloch, 183-85; Weinberg, 367-69; Weinberg, «May Crisis», y Watt, «Hitlers Visit to Rome». <<

[226] Boris Celovsky, *Das Münchener Abkommen 1938*, Stuttgart, 1958, 20c) v 11. 2. <<

[227] Schmidt, 395-96. <<

[228] DBFP, Serie 3, I, 332-33, 341, n°. 250, 264. <<

[229] DGFP, D, II, 315-17, n° 186. <<

[230] Bloch, 185. <<

[231] Bloch, 185; Weinberg, II. 369. <<

[232] IMG, XXVIII. 372. Para la sugerencia de que no había sido la «crisis de mayo» la razón de que Hitler diese la orden el 30 de mayo, sino que la razón había sido su deliberación del 20 de abril, véase Weinberg II. 366 y 337 n. 87 y 370 n. 219, para la datación de la entrada del diario de Jodl en junio-julio, y 366. <<

[233] Keitel, 185 (sobre el regreso de Hitler a Berlín; establece una relación directa con nuevas instrucciones para «Verde»). Véanse también declaraciones públicas de Hitler, que indican su reacción a la «provocación checa», en discursos de 12. 9. 38 y 30. 1. 39 (Domarus, 868-69). <<

[234] Wilhelm Treue (ed.), «Rede Hitlers vor der deutschen Presse (10. November 1938)», VfZ, 6 (1958), 175-91, aquí 183. <<

[235] Wiedemann, 126; Jost Dülffer, *Weimar, Hitler und die Marine. Reichspolitik und Flottenbau 1920- 1939*, Düsseldorf, 1973, 466. <<

[236] Dülffer, 471-74. Hitler pidió que se construyeran seis grandes acorazados (los inicios del posterior Plan Z) y le dijo a Raeder que necesitaba una «flota de riesgo» para llegar a un acuerdo con Gran Bretaña, (… *dass er eine Risikoflotte haben müsse, ohne die es nicht zu einem Ausgleich mit England kommen werde*). IfZ, ZS-41, Admiral a. D Werner Fuchs, 16. 12. 51, Fol. 16. Raeder sabía muy bien en 1938 que no había esperanza alguna (*Aussichtslosigkeit*) en una guerra por mar contra la marina inglesa. BA/MA, PG/34566, *Akten des Oberbefehlshabers der Kriegsmarine, Grossadmiral Erich Raeder,* «Aus der Unterrichtung des Amtschefs A am 12. 7. 38. […]». El alto mando de la marina consideraba los seis acorazados como el mínimo en los seis años siguientes para un posible conflicto con Inglaterra que entrañaría, teniendo en cuenta el Imperio Británico y otras naciones, guerra contra entre un tercio y la mitad del mundo entero. BA/MA, PG 34566, Admiral Rolf Caris, «Stellungnahme zur "Entwurfstudie" Seekriegführung gegen England», septiembre 1938. <<

[237] Wiedemann, 128. <<

[238] NCA, I. 520-21, Doc. PS-3037; Wiedemann, 127. <<

[239] Müller, *Beck*, 512-20 (y también 290SS.). <<

[240] IMG, XXV. 433-39, aquí 433-34, D0C. 388-PS; DGFP, D, II, 358-64, aquí 358, N° 221. <<

[241] ADAP, D, II, 377-80 (cita, 377), n° 282; DGFP, D, II. 473-77, aquí 473, n° 282. <<

[242] Michael Geyer, «Restorative Elites, German Society, and the Nazi Pursuit of War», en Richard Bessel (ed.), *Fascist Italy and Nazi Germany. Comparisons and Contrasts*, Cambridge, 1996, 134-64, aquí 163; véase también *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg* (=DRZW), ed. *Militärgeschichtliches Forschungsamt*, 6 vols. publicados hasta ahora, Stuttgart, 1979, I. 644SS. <<

[243] Müller, *Beck*, 521-37 (y 289-97). <<

[244] Müller, *Beck*, 523-25. <<

[245] Müller, *Heer,* 313. <<

[246] Müller, *Heer*, 313-14. Véase Janssen/Tobias, 206-19, para la inexactitud de los rumores de que respecto a Brauchitsch había sido «comprado» por Hitler con una sustanciosa cantidad para ayudar a los gastos que había tenido que efectuar para divorciarse de su esposa con la finalidad de volver a casarse. La sumisión ciega posterior de Brauchitsch a Hitler n0 fue comprada; fue una cosa natural y espontánea. <<

[247] Müller, *Heer,* 314. <<

[248] Müller. *Armee*, Doc. 115, S. 259-61 (informe de Halder sobre el discurso de Hitler); Below, 103-05; fanssen/Tobias, 237ss.; Weinberg, II. 385; Müller, *Beck*, 297; Müller, *Heer*, 315; IfZ, ED 1, Fol. 416-17, «Persönliche Erlebnisse des Generals d. Inf. a. D. Gurt Liebmann in den fahren 1938/39» (compilado en noviembre de 1939). <<

[249] Janssen/Tobias, 240. <<

[250] Müller, *Beck*. 298-300. <<

[251] Müller, *Beck*, 3o0-01 (y n. 88 para una fecha posterior al 16 de junio para la discusión concluyente). <<

[252] Müller, *Beck*, 307-08, 537-62. Beck imaginó a Brauchitsch entregando a Hitler en la segunda mitad de septiembre una protesta colectiva de los altos mandos militares y la negativa a colaborar en una guerra contra Checoslovaquia. Müller, *Beck*, 558. Véase también Müller, *Heer*, 315-33. <<

[253] Müller, *Beck*, 552. <<

[254] Müller, *Heer*, 333-35 y n. 138, 337; Müller, *Beck*, 542-50, para el texto del memorando de Beck de 16 de junio de 1938. Véase también el infórme de la reunión (fechado erróneamente el 3. 8. 38) en las memorias del general Liebmann, IfZ, ED 1, Fol. 418. <<

[255] Müller, *Heer,* 335-37. <<

[256] Müller, *Heer,* 337. <<

[257] Below, 112. <<

[258] Below, 113. <<

[259] Anton Hoch y Hermann Weiss, «Die Erinnerungen des Generalobersten Wilhelm Adam», en Wolfgang Benz (ed.), *Miscellanea: Festschrift für Helmut Krausnick zum* 75. *Geburtstag*, Stuttgart, 1980, 32-62, aquí 54. Debe preferirse la versión de Adam a una en la que la furia de Hitler iba dirigida a la crítica de Beck al Muro Occidental. Müller, *Heer*, 338. <<

[260] Below, 113. <<

[261] IfZ, *ED* 1, *Liebmann Memoirs,* fol. 417-18; Müller, *Heer,* 339; Keitel, 186-87; Below, 115. <<

[262] Müller, *Heer,* 339. <<

[263] Müller, *Heer,* 333, 339-40 Müller, *Beck,* 310-11. <<

[264] Müller, *Heer,* 340; Müller, *Beck*, 557. <<

[265] Müller, *Beck*, 311, 580. <<

[266] Véase Müller, *Beck*, 311. Hay un extenso análisis de la posición y la radicalización de Beck durante el verano de 1938 en Müller, *Heer*, cap. 7. <<

[267] Klemperer, 96-101; Meehan, 141SS. <<

[268] Kube, 269. <<

[269] Weinberg, II. 383 y n. 18. <<

[270] Wiedemann, 166; Müller, *Beck*, 557, 559; Bloch, 188-9; Weinberg, 383. <<

[271] Wiedemann, 166, 235-36; Bloch, 188-89; Weinberg, II. 383. <<

[272] TWC, XII. 798-799. Hitler y Göring habían contado lo mismo, más o menos, a los jefes de la marina en julio. BA/MA, PG/34566, *Akten des Oberbefehlshabers der Kriegsmarine, Grossadmiral Erich Raeder*, «Aus der Unterrichtung des Amtschefs A am 12. 7. 38…». <<

[273] Einst von Weizäcker, *Erinnerungen*, Munich-Leipzig-Freiburgo i. Br., 1950, 192 (y 165 para las palabras citadas). <<

[274] Cit. Blasius en Knipping y Müller, 1 1 8. <<

[275] Irving, *Führer*, 118-19 (con ejemplos pero sin fuentes). Véase también Broszat, *Staat Hitlers*, 418. <<

[276] Below, 112, 114-15. <<

[277] TBJG, I/6, 49 (19. 8. 38). <<

[278] Cit. Irving, *Führer*, 1 27. <<

[279] Texto en Förster, *Befestigungswesen*, 123-48, aquí esp. 132, 137, 143; y véase Keitel, 185-86, para las fortificaciones que quería Hitler en el Muro Occidental. <<

[280] Irving, *Führer,* 128; Mason, *Arbeiterklasse*, 106, 556, 667, 849.
<<

[281] Hoch y Weiss, 55. <<

[282] TBJG, I/6, 59 (26. 8. 38). <<

[283] TBJG, I/6, 61-62 (28. 8. 38). <<

[284] TBJG, I/6, 63 (30. 8. 38). <<

[285] TBJG, I/6, 68 (1. 9. 38). <<

[286] Müller, Beck, 538-39, 544-45, 561. <<

[287] Shirer, 102. <<

[288] TBJG. I/6, 65 (31. 8. 38), 68 (1. 9. 389. <<

[289] Véase Kershaw, «Hitler Myth», 133SS.; Auerbach en Knipping y Müller, 282-83. <<

[290] BA/MA, RW19/41, WWI VII (Munich, 9. 9. 38). <<

[291] Groscurth, 105 n. 29; Smelser, 231-32. <<

[292] Bloch, 191; Weinberg, II. 421, 428; Klemperer, 101ss.; Median, 149SS. <<

[293] DBFP, Serie 3, II, 195-96, N° 727 (y véase también 220-21), N° 752). <<

[294] Weinberg, 418-20; Smelser, 235. <<

[295] Smelser, 235. <<

[296] Smelser, 236-37. <<

[297] Groscurth, 104 y n. 26. <<

[298] Groscurth, 111. <<

[299] Groscurth, 104. <<

[300] Groscurth, 107. <<

[301] Groscurth, 112. <<

[302] Groscurth, 112y n. 62; Smelser, 234-35. <<

[303] DGFP, D/II, 686-87, n° 424; y véase Bloch, 191. <<

[304] Groscurth, 113-15. <<

[305] Groscurth, 109. <<

[306] Groscurth, 107. <<

[307] Groscurth, 109. <<

[308] Groscurth, 112. <<

[309] Cit. Weinberg, II. 423 n. 195. <<

[310] Domanis, 900-05 (esp. 904-05); Shirer, 104-05 para las reacciones. <<

[311] Schmidt, 401. <<

[312] Shirer, 104-05. <<

[313] En una reunión con sus jefes militares en Nuremberg en fecha 9-10 de septiembre, se confirmó el día fijado como el especificado en el Plan Verde (1 de octubre). DGFP. D, II, 727-30, n° 448 (notas de Schmundt); Smelser, 238. <<

[314] Smelser, 237. <<

[315] Weinberg, II. 426-29. <<

[316] TBJG, I/6, 91 (15. 9. 38); Groscurth, 118. <<

[317] Schmidt, 401; Keith Feiling, *The Life of Neville Chamberlain*, Londres, 1946, 364. <<

[318] C0nfesó «una cierta congoja cuando me vi volando sobre Londres y viendo abajo las casas, a tanta distancia», pero no tardó en empezar a disfrutar del «maravilloso espectáculo de cadenas de relumbrantes cúmulos blancos que se extendían hasta el horizonte debajo de mí», pasando luego a experimentar «más momentos de nerviosismo cuando descendimos en círculos hacia el aeródromo» de Munich después de atravesar algunas turbulencias en las que «el aeroplano cabeceó y se balanceó como un barco en el mar». Birmingham University Library, *Chamberlain Collection*, NC 18/1/1069, Carta de Neville Chamberlain a su hermana Ida, 19 de septiembre de 1938. <<

[319] Birmingham University Library, *Chamberlain Collection*, NC 18/1/1069, Carta de Neville Chamberlain a su hermana Ida, 19 de septiembre de 1938. <<

[320] Schmidt, 401-07; DGFP, D, II, 787-98, n° 487; DBFP, Serie 3, II, 342-51, n° 896. Según las notas que tomó Chamberlain en la reunión (DBFP, Serie 3, II, 338-41, n° 895, aquí 340), su respuesta a Hitler había sido: «Si el Führer está decidido a resolver este asunto por la fuerza sin esperar siquiera a que haya un cambio de impresiones entre nosotros, ¿para qué quería que viniese aquí? He perdido el tiempo». <<

[321] Schmidt, 406, echa la culpa a Ribbentrop. Pero como indica Weinberg, II. 433 y n. 235, parece que Ribbentrop actuaba por órdenes de Hitler. Véase DGFP, D, II, 830-31, n° 532. <<

[322] Weinberg, II. 433. <<

[323] Weizsäcker, *Erinnerungen*, 184. <<

[324] Weizsäcker-Papiere, 143. <<

[325] TBJG, I/6, 94 (17. 9. 38); Below, 123. Según Keitel, 189, Hitler no estaba satisfecho del resultado. No se apoya con nada la afirmación, que contradice las impresiones de Weizsäcker y de Below. <<

[326] Below, 123. La versión del propio Keitel (dado que había estado presente en el Berghof, pero n0 concretamente en las conversaciones) debe haberse basado en la descripción hecha por Hitler y restaba importancia al papel de Chamberlain. Hitler, según Keitel, había amenazado con cancelar el pacto naval, ante lo cual Chamberlain se había «hundido» (*zusammengesackt*). El Führer había añadido que estaba preparado para lo que fuese y que tenía una ventaja de veinte años sobre el primer ministro inglés. Para ahorrarle a Chamberlain el largo viaje hasta Berchtesgaden, accedió a encontrarse con él en Godesberg. Él estaba dispuesto a viajar a Londres pero allí estaría expuesto a los insultos de los judíos. «Hay una decisión de avanzar», concluía Keitel. Groscurth, 120 y n. 102-03. <<

[327] Weinberg. II. 438. <<

[328] Birmingham University Library. *Chamberlain Collection*, NC 18/1/1069, Carta de Neville Chamberlain a su hermana Ida, 19 de septiembre de 1938. <<

[329] Weinberg, II. 437-44. <<

[330] TBJG, I/6, 94 (17. 9. 38). <<

[331] TBJG. I/6, 99 (19. 9. 38). <<

[332] TBJG, I/6, 101 (20. 9. 38). <<

[333] TBJG, I/6, 98 (18. 9. 38). <<

[334] Groscurth, 120 y n. 104; Weinberg, II. 434. <<

[335] Véase el informe de Goebbels sobre lo que pensaba Hitler en TBJG, I/6, 113 (26. 9. 38). <<

[336] TBJG, I/6, 101 (20. 9. 38), 103 (21. 9. 38), 105 (22. 9. 38). <<

[337] TBJG I /6, 103 (21. 9. 38). <<

[338] Schmidt, 407. <<

[339] Shirer, 113. Para alusiones a Hitler como el «mordedor de alfombras» en plena guerra, véase Kershaw, «Hitler Myth», 187. <<

[340] Schmidt, 407-09. <<

[341] Schmidt, 409-11. <<

[342] Schmidt, 412. <<

[343] TBJG, I /6, 105 (22. 9. 38). <<

[344] Schmidt, 412. <<

[345] Schmidt, 413-14. <<

[346] TBJG, I /6, 113 (26. 9. 38). <<

[347] Véase Weizsäcker, *Erinnerungen*, 184; Weizsäcker-Papiere, 143.
<<

[348] El recuerdo de Below era algo distinto. Según su versión posterior, Hitler no creía que los checos aceptasen las peticiones inglesas y alemanas. Por tanto, continuaría con su «Plan Verde», encaminado a la ocupación de la totalidad de Checoslovaquia. Hitler había dicho a sus jefes militares que esa sería su solución favorita. Las conversaciones con Chamberlain habían confirmado su impresión de que Inglaterra y Francia n0 intervendrían militarmente. Below, 126. <<

[349] Weinberg, II. 449. <<

[350] Schmidt, 415; Henderson, 159; DBFP. Serie 3, II, 554-7 (cita, 555), N° 1118, donde la nota de Kirkpatrick dice: «Si Francia e Inglaterra decidían atacar, que atacasen. No le importaba nada». <<

[351] Domarus, 933 dice 20. 000; Shirer, 116 dice 15. 000. <<

[352] Shirer, 116. <<

[353] TBJG, I/6, 116 (27. 9. 38). <<

[354] Domarus, 928. <<

[355] Domarus, 930-32. <<

[356] Domarus, 932 (y véase también 927). <<

[357] Domarus, 932. <<

[358] Domarus, 932-33; Shirer, 116-17. <<

[359] Henderson, 160; Schmidt, 416-17. <<

[360] Henderson, 160; Schmidt, 417. <<

[361] Schmidt, 416. <<

[362] Henderson, 160-61; Groscurth, 125-26, n. 130-31 (para la autoría de Weizsäcker); Schmidt, 417; Weinberg, II. 451 y n. 294 para lo de que la decisión de escribir a Chamberlain se tomó antes de la exhibición militar de esa tarde; DGFP, D, II, 966-8, N° 635; DBFP, Serie 3, II, 576-78, n° 1144. <<

[363] Henderson, 161. <<

[364] Below, 127. <<

[365] Shirer, 117 y véase Wiedemann 175-76. <<

[366] TBJG, 1/6, 119 (29. 9. 38). <<

[367] Below, 127. <<

[368] Schmidt, 417; Shirer, 117. Véase también Weizsäcker-Papiere, 145; Engel, 39-40; Ruth Andreas-Friedrich, *Schauplatz, Berlin: Ein deutsches lagebuch*, Munich, 1962, 5-6; y Marlis Steinert, *Hitlers Krieg und die Deutschen. Stimmung und Haltung der deutschen Bevölkerung im Zweiten Weltkrieg*, Düsseldorf-Viena, 1970, 77-79. <<

[369] Weizsäcker-Papiere, 170. <<

[370] Groscurth, 125 (27. 9. 38) y n. 127. <<

[371] Himmler, como diría implícitamente Weizsäcker más tarde, también era partidario de la guerra. Véase Weizsäcker, *Erinnerungen*, 191. El crecimiento de su imperio de las SS se basaba en la expansión alemana. Pero su participación en la política exterior fue mínima. <<

[372] Groscurth, 128 (28. 9. 38). <<

[373] Kube, 273-75. <<

[374] Neville Chamberlain, *The Struggle for Peace*, Londres, 19. 39, 275; Groscurth, 1 25 n. 129. <<

[375] Chamberlain, 299; Schmidt, 420. <<

[376] Henderson, 162-63. <<

[377] DBFP, Serie 3, II. 587, n° 1159; Feiling, 372-73. <<

[378] Hender- son. 162. <<

[379] *Weizsäcker, Erinnerungen*, 186-87. <<

[380] Henderson, 162-63. <<

[381] Schmidt. 418. <<

[382] Henderson, 163; TBJG, I/6, 119 (29. 9. 38). <<

[383] André François-Poncet, *Als Botschafter im Dritten Reich: Die Erinnerungen des französichen Botschafters in Berlin September 1931 bis Oktober 1938*, Maguncia-Berlin, 1980, 378; Schmidt, 418-19. <<

[384] Schmidt, 420; Henderson, 164. <<

[385] Schmidt, 420. <<

[386] Henderson, 164. <<

[387] TBJG, I/6, 119 (29. 9. 38). <<

[388] Henderson 164-166; DBFP, Serie 3, 11, 597, n° 1 180; Weinberg, II. 453-56 para los antecedentes diplomáticos de la decisión de Mussolini. Goebbels (TBJG, I/6, 119 [29. 9. 38]) afirma erróneamente que la idea de la Conferencia de las Cuatro Potencias fue de Hitler. <<

[389] Chips, 171; véase también Harold Nicolson, *Diaries and Letters, 1930-1964*, Nueva York, 1980, 138; Jones, 410-11: Cadogan, 109; Richard Lamb, *The Chasis of Peace*, 1935-1945, Salisbury, 1987, 86. El propio Chamberlain comentó unos días después: «El hecho de que la noticia de la entrega hubiese de llegar a mí en el momento mismo de concluir mi discurso en la Cámara fue un detalle dramático que supera cualquier obra de ficción». University of Birmingham Library, *Chamberlain Papers*, NC 18/1/1070, Carta de Neville a su hermana Ida, 2 de octubre de 1938. Los dirigentes laboristas y liberales apoyaron cálidamente la decisión de Chamberlain de ir a Munich, aunque se daban cuenta de que cualquier acuerdo significaría la cesión de los Sudetes a Alemania. Los críticos consenadores, incluidos Winston Churchill y Anthony Eden, guardaron silencio. Sólo protestó un miembro del Parlamento, un comunista. Roy Douglas, «Chamberlain and Appeasement», en Wolfgang J. Mommsen y Lothar Kettenacker (eds.), *The Fascist Challenge and the Policy of Appeasement*, Londres, 1983, 79-88, aquí 86-87. <<

[390] TBJG, I/6, 120 (29. 9. 38). <<

[391] Schmidt, 421. Véase Boris Celovsky, *Das Münchener Abkomen 1938*, Stuttgart, 1958, cap. 10, esp. 460ss., para una descripción detallada del curso de la conferencia y de sus resultados; también Keith Eubank, *Munich*, Norman/Oklahoma, 1963, 207-22. <<

[392] University of Birmingham Library, *Chamberlain Papers,* NC 18/1/1070, carta de Neville a su hermana, Ida, 2 de octubre de 1938. <<

[393] Descripción de lo ocurrido en la conferencia basada en Schmidt, 421-24. Véase también DBFP, Serie 3, un, 630-35, N° 1227; Henderson, 166-168. Para la autoría de la propuesta atribuida a Mussolini, véase Schmidt, 423, Weinberg, II. 457; Kube, 273; y Blasius, *Für Deutschland*, 68. <<

[394] Henderson, 166. <<

[395] Schmidt, 421. <<

[396] Schmidt, 424. <<

[397] Henderson, 167. <<

[398] TBJG, I/6, 122 (30. 9. 38). <<

[399] TBJG, I/6, 122 (1. 10. 38). <<

[400] Groscurth, 128 (29. 9. 38) y n. 142; Weizsäcker, *Erinnerungen*, 187-88; Schmidt, 425-26. <<

[401] Schmidt, 425-26; véase Below, 129 (una versión deformada). Kube, 276 11. 86; Michalka, *Ribbentrop*, 240 11. 2; Josef Henke, *England in Hitlers politischem Kalkül*, Boppard, 1973, 187-204, para las reacciones negativas de Hitler a Munich. <<

[402] University of Birmingham Library, *Chamberlain Papers*, NC 18/1/1070, carta de Neville a su hermana Ida, 2 de octubre de 1938. <<

[403] Schmidt, 425; DBFP. Serie 3, 11, 635-50, n° 1228. <<

[404] Véase Henderson, 174-75. <<

[405] IMG, XXVI. 343, Doc. 798-PS. <<

[406] Kube, 275-78, 299SS. <<

[407] Henke, *England*, 188. <<

[408] Según Below, el ayudante de la Wehrmacht de Hitler, comandante Engel, informó por entonces que había encontrado a Halder desplomado sobre la mesa cuando se había anunciado la Conferencia de Munich. Below se mostró incrédulo, por que sabía que Halder se había opuesto a la movilización y dijo que sólo había entendido, después de las revelaciones de posguerra sobre sus relaciones con un complot para deponer a Hitler, que el Acuerdo de Munich había desbaratado sus planes. Below, 130. Para las relaciones de Halder con la incipiente oposición a Hitler, y para su conducta durante la crisis de los Sudetes, véase Hoffmann, 109-29; Christian Hartmann, *Halder: Generalstabschef Hitlers 1938-1942*, Paderborn etc., 1991, 99-116; y también Gerd R. Ueberschär, *Generaloberst Franz Halder Generalstabschef Gegner und Gefangener Hitlers*, Gotinga, 1991, 33-34. Sobre Munich y el fracaso de los planes de golpe de estado, véase Gisevius, 326; Klemperer, 109-10; y Hoffmann, 128-29. Para las divisiones internas de los que se oponían a la guerra y los planes de golpe, véase Müller, en Koch, *Aspects*, 163-72. <<

[409] University of Birmingham Library, *Chamberlain Papers,* NC 18/1/1070, Carta de Neville a su hermana Ida, 2 de octubre de 1938, donde se describen las escenas de euforia en las calles mientras le conducían del aeródromo de Heston a Buckingham Palace, luego a Downing Street. Véanse también *The Diaries of Sir Alexander Cadogan, 1938-1945,* ed. David Dilks, Londres, 1971, 111; Winston S. Churchill. *The Second World War. I: The Gathering Storm,* Londres etc., 1948, 286. Para el inmediato pesar de Chamberlain por haber utilizado esa frase arrastrado por la emoción a su regreso, véase Nicolson, 140; Halifax, 198-99. <<

[410] *Manchester Guardian*, 1 de octubre de 1938. <<

[411] Gisevius, 326; Müller, en Koch, *Aspects*, 171. Vease también Ritter, 204; Ulrich von Hassell, *Die Hassell-Tagebücher 1938-1944: Aufzeichnungen vom Andern Deutschland*, ed. Friedrich Freiherr Hiller von Gaertringen, Berlin, 1988, 54-57. <<

[412] Kershaw, «*Hitler Myth*», 138; Auerbach en Knipping y Müller, 284-86; Steinert, 79; Below, 129. <<

[413] Treue, «*Rede Hitlers vor der deutschen Presse*», 182. <<

[1] Para la esfera de competencia de la oficina central del partido, véase esp. Peter Longerich. *Hitlers Stellvertreter. Führung der Partei und Kontrolle des Staatsapparates durch den Stab Hess und die Partei-Kanzlei Beormann*, Munich, 1992; y Dietrich Orlow, *The History of the Nazi Party*, vol 2, 1933-1945, Newton Abbot, 1973. <<

[2] Bernd Wegner, *Hitlers Politische Soldaten: Die Waffen-SS 1933-1945*, Paderborn, 1982, 114-15. <<

[3] Véase Weizsäcker, *Erinnerungen*, 188, 191. <<

[4] Bradley F. Smith y Agnes F. Peterson (eds.), *Heinrich Himmler. Geheimreden 1933 bis 1945*, Frankfurt am Main-Berlín-Viena, 1974, 37 (discurso a los *SS-Gruppenführern*, 8. 11. 38). Véase también Peter Padfield, *Himmler. Reichsführer-SS*, Londres, 1991. 238. <<

[5] El término *Reichskristallnacht* era una alusión irónica que no sólo se refería a la cantidad de cristales rotos que cubrían las calles del centro de Berlín y de otras ciudades, sino también a la evidente orquestación de los estragos desde arriba, pese a la propaganda que pretendía explicarlos como una explosión de cólera popular espontánea contra los judíos. Hermann Graml, *Reichskristallnacht. Antisemitismus und Judenverfolgung im Dritten Reich*, Munich, 1988, 35. <<

[6] Estudios básicos son los de Helmut Genschel, *Die Verdrängung der Juden aus der Wirtschaft im Dritten Reich, Gotinga, 1966; y Avraham Barkai,* Vom Boykott zur «Entjudung». Der wirtschaftliche Existenzkampf der Juden im Dritten Reich 1933-1943, *Frankfurt am Main. 1987. Véase también Avraham Barkai, «Schicksalsjahr 1938», en Walter H. Pehle (ed.),* Der Judenpogrom 1938. Von der «Reichskristallnacht» zum Völkermord, *Frankfurt am Main, 1988, 94-117, 220-24; y Günter Plum, «Wirtschaft und Erwerbsleben», en Wolfgang Benz (ed.),* Die Juden in Deutschland 1933-1945. Leben unter nationalsozialistischer Herrschaft, *Munich. 1988, 268-313.* <<

[7] Graml, Reichskristallnacht, 170. <<

[8] Graml, Reichskristallnacht, 171-75. <<

[9] IMG, XXVII, 163. <<

[10] Graml, *Reichskristallnacht*, 171; Peter Hanke, *Zur Geschichte der Juden in München zwischen 1933 und 1945*, Munich, 1967, 204-05; Baruch Z. Ophir y Falk Wiesemann (eds.), *Die jüdischen Gemeinden in Bayern 1918-1945. Geschichte und Zerstörung*, Munich, 1979, 50. <<

[11] Ophir y Wiesemann, 211; Fritz Nadler, *Eine Stadt im Schatten Streichers*, Nuremberg, 1969, 8-10, e imagen 2. <<

[12] Sarah Gordon, *Hitler, Germans and the «Jewish Question»*, Princeton, 1984, 153. <<

[13] David Bankier, «Hitler and the Policy-Making Process on the Jewish Question», *Holocaust and Genocide Studies*, 3 (1988), 1-20, aquí 8. <<

[14] Entre los ejemplos figuran la presión de Hess para que se incluyese a los *Mischlinge* (parcialmente judíos) en la legislación discriminatoria, peticiones de la Liga de Abogados Nacionalsocialistas (*NS-Rechtswahrerbund)* de que se excluyese a los abogados judíos, y la queja (que prosperaría) del Dirigente de Médicos del Reich, Gerhard Wagner a Hitler, por el hecho de que se siguiese permitiendo aún practicar la medicina en Alemania a médicos judíos. Uwe Dietrich *Adam*, *Juden politik im Dritten Reich*, Düsseldorf, 1972, 167-70; Bankier, «Hitler», 15; Wildt, 45; Longerich, *Hitlers Stellvertreter*, 214-16. <<

[15] Véase Raul Ihlberg, *The Destruction of the* European Jews *(1961), Viewpoints, Nueva York, 1973, 6oss.; Karl A. Schleimes*, The Twisted Road to Auschwitz. Nazi Policy Toward German Jews, 1933-1939, *Urbana-Chicago-Londres*, 1979, 160-64, 222-23; Barkai, «Schicksalsjahr», 96-109; Barkai, *Boykott*, cap. 3; Friedländer, 243; Harold James, «Die Deutsche Bank und die Diktatur», en Lothar Gall *et al, Die Deutsche Bank 1850-1995*, Munich, 1995, pt. II, esp. 347-51. <<

[16] Michael H. Kater, *Doctors under Hitler*, Chapel Hill-Londres, 1989, 198-201; Barkai, *Boykott*, 133-34. <<

[17] Victor Klemperer, *Ich will Zeugnis ablegen bis zum, letzten. Tagebücher 1933-1941*, ed. Walter Nowojski y Hadwig Klemperer, (1995) 1998[10], 415 (12. 7. 38). <<

[18] Uno de los relatos más conmovedores, entre otros muchos, del impacto de la rápida degradación de las condiciones de vida sobre una familia concreta es el de Peter Gay, *My German Question. Growing up in Nazi Berlin*, New Haven-Londres, 1998, aquí esp. 119-23. <<

[19] El papel de la denuncia para ayudar a aplicar y mantener la política antijudía lo ha examinado Robert Gellately, *The Gestapo and German Society. Enforcing Racial Policy, 1933-1945*, Oxford. 1990. <<

[20] Véase, esp. Wildt, 35SS., y Doc. 9-32; también, los archivos relacionados con el Departamento II. 112 de Eichmann, en BA, R58/991-95; y Hachmeister, cap. VSD. <<

[21] TB Irving, 169-70 (23. 4. 38). <<

[22] Véase Magnus Brechtken, *«Madagaskar für die Juden»*. *Antisemitsche Idee und politische Praxis 1885-1945*, Munich, 1997, esp. caps. II-III. <<

[23] De acuerdo con las cifras del SD, el 1 de enero de 1938 aún quedaban en el territorio del «Viejo Reich» 370. 000 judíos, casi tres cuartas partes de la cifra registrada en 1933. Teniendo en cuenta que serían entre 200-250.000 judíos los que se encontraban en territorio alemán después de la anexión de Austria y de los Sudetes, a finales del verano de 1938 probablemente hubiese (teniendo en cuenta incluso la emigración forzada de ese año) más judíos en manos de los nazis de los que había cuando Hitler se había hecho con el poder. MadR, II. 21-22, 27-29. <<

[24] Los sionistas habían establecido contacto con Eichmann en febrero de 1937 con la esperanza de conseguir condiciones más favorables que permitiesen a los judíos emigrar a Palestina. Feivel Polkes, un emisario de la Haganah, una organización militar judía clandestina, recibió autorización para ir a Berlín y entrevistarse con Eichmann para discutir la suavización de las restricciones que pesaban sobre la transferencia de moneda extranjera con el fin de facilitar la emigración. Polkes se fue con las manos vacías, pero luego invitó a Eichmann a visitar Oriente medio. Eichmann, acompañado por su superior, Herbert Hagen, salió para Palestina a principios de noviembre de 1937. La situación de intranquilidad que había en Palestina impidió que se celebrasen reuniones allí, pero Eichmann y Hagen se encontraron de nuevo con Polkes en El Cairo. Eichmann informó negativamente a su regreso a Heydrich sobre las propuestas de Polkes para subvencionar la emigración judía a Palestina. Por entonces, había aumentado considerablemente en la jefatura nazi, de todos modos, el temor a los peligros que podría acarrear ayudar a que se crease un estado judío en Palestina. El propio Hitler había intervenido para ordenar que se suspendiesen las negociaciones para posteriores acuerdos de traslados de Alemania a Palestina. BA, R58/954, Fols. 11-66 (informe de Hagen); Schleunes, 207-11; Jochen von Lang, *Das Eichmann-Protokoll. Toribandaufzeichnungen der israelischen Verhöre*, Berlín, 1982, 31-35, 43-46; Wildt, 44. Y véase Francis R. Nicosia, *The Third Reich and the Palestine Question*, Austin-Londres, 1985. <<

[25] Wildt, 44. <<

[26] Wildt, 32-33. <<

[27] Wildt, 33. <<

[28] Wildt, 60. <<

[29] TBJG, I/3, 490 (25. 7. 38). <<

[30] Véase Christian Gerlach, «Die Wannsee-Konferenz, das Schicksal der deutschen Juden und Hitlers politische Grundsatzentscheidung, alle Juden Europas zu ermorden», *Werkstattgeschichte*, 18 (1997), 7-44, aquí 27. <<

[31] TB Irving, 214 (25. 5. 38). Goebbels incorporó a las conversaciones al ministro de economía Walther Funk. <<

[32] Wildt, 55-56. <<

[33] TB Irving; 214 (25. 5. 38), 253 (2. 7. 38). <<

[34] Goebbels afirmaba de nuevo en su diario a finales de julio que «el Führer aprueba cómo estoy llevando las cosas *(mein Vorgehen)* en Berlín». TB Irving, 268 (26. 7. 38). <<

[35] Wählt. 55-56. <<

[36] TBJG, I/3, 463 (22. 6. 38); TB Irving, 246-47 y n. 1; Wildt, 57. <<

[37] Wildt, 55. <<

[38] Véase Kulka, «Public Opinion», XLIV. <<

[39] Véase Graml, *Reichskristallnacht.* 174. <<

[40] Graml, *Reichskristallnacht*, 174; Barkai, «Schicksalsjahr», 101. <<

[41] Wildt, 99; Kulka, «Public Opinion», 274-75. <<

[42] Graml, *Reichskristallnacht*, 9-12; Helmut Heiber, «Der Fall Grünspan», VfZ, 5 (1957), 134-72, aquí 134-39; Rita Thälmann y Emmanuel Feinermann, *Crystal Night: 9-10 November 1938*, Londres, 1974, 26-42; Anthony Read y David Fisher, *Kristallnacht. Unleashing the Holocaust*, Londres, 1989, 1-6, 33-55; Lionel Kochan, *Pogrom: 10 November 1938*, Londres, 1957, 34-49. La deportación de los judíos polacos la habían puesto en marcha las actuaciones del gobierno polaco, que prohibió el regreso de los judíos polacos que vivían en el extranjero. Véase Sybil Milton, «The Expulsión of Polish Jews from Germany, October 1938 to July 1939: A Documentation», *Leo Baeck Institute Yearbook*, 29 (1984), 166-99; Sybil Milton, «Menschen zwischen Grenzen: Die Polenausweisung 1938», *Menora: Jahrbuch für deutsch-jüdische Geschichte*, 1990, 184-206; y H. G. Adler, *Der verwaltete Mensch. Studien zur Deportation der Juden aus Deutschland*, Tubinga, 1974, 91-105. Grynszpan alegó más tarde que había tenido una relación homosexual con Vom Rath para impedir el juicio espectáculo que el régimen nazi había previsto. Véase Heiber, «Der Fall Grünspan», 148ss., que demuestra que esto no era plausible como motivo auténtico del atentado. Hans-Jürgen Döscher, *Reichskristallnacht. Die November-Pogrome 1938*, Frankfurt am Main, 1988, 62-63, intenta revivir el argumento de que el asesinato de Vom Rath surgió en realidad de una relación homosexual con Grynszpan, aunque esto sigue siendo sólo una especulación. Döscher se apoya sobre todo en el hecho de que el bar al que Grynszpan fue a cargar el revólver la mañana del 7 de noviembre era conocido como un local de homosexuales, y que, cuando Grynszpan fue a la embajada, no preguntó por el embajador, sino por «un secretario de la legación», a cuya presencia (la de Vom Rath) le condujeron con escaso formalismo previo. El que era embajador por entonces,

Johannes Graf von Welczek, recordaba, sin embargo, después de la guerra que cuando regresaba de su paseo matinal se encontró a Grynszpan junto a la entrada de la embajada, y que, sin saber a quién estaba dirigiéndose, le preguntó cómo podría ver al embajador y él le remitió al portero del edificio. Heiber, «Der Fall Grünspan», 134-35. <<

[43] Graml. *Reichskristallnacht*, 13. <<

[44] Hermann Grand, *Der* 9. November 1938. «Reichskristallnacht», *Beilage zur Wochenzeitung «Das Parlament»*, n° 45 (11 noviembre 1953), aquí Bonn, 1958[6] (Schriftenreihe der Bundeszentrale für Heimatdienst), *17-23; Graml*, Reichskristallnacht, *12-16.* <<

[45] TBJG, I/6, 178 (9. 11. 38); TB Irving, 407 (9. 11. 38). <<

[46] TBJG, I/6, 180 (10. 11. 38); TB Irving, 409 (10. 11. 38). <<

[47] TBJG, I/6, 180 (10. 1 1. 38). La lectura alternativa de la última palabra en TB Irving, 409 (10. 11. 38): «Ahora es bueno» (*Nun aber ist es gut*), puede desecharse casi con seguridad, pese a que el texto siga siendo difícil de descifrar en ese punto. Una comparación detenida de la caligrafía, sobre todo en pasajes adyacentes, da «gar» como La mejor lectura. He de agradecer a Elke Fröhlich sus consejos en este punto. <<

[48] IfZ, ZS-243, I (Heinrich Heim), Fol. 27: declaración del antiguo *SA-Gruppenführer* Max Jüttner. Véase también Irving, *Goebbels*, 274. <<

[49] Adam, *Judenpolitik*, 206; Domarus, 966SS. para el discurso. <<

[50] Uwe Dietrich Adam, «Wie spontan war der Pogrom?», en Walter H. Pehle (ed.), *Der Judenpogrom. Von der «Reichskristallnacht» zum Völkermord*, Frankfurt am Main, 1988, 74-93, aquí 76. Parece sumamente improbable que, como se ha dicho a menudo. Hitler se enterase de la muerte de Vom Rath poco antes de las nueve esa noche durante la cena en el Ayuntamiento Viejo de Munich, Vom Rath llevaba ya por entonces varias horas muerto. El Ministerio de Asuntos Exteriores ya había sido informado esa mañana de que la muerte de Vom Rath era inminente. A las 18:20 había llegado un telegrama a Berlín del doctor Brandt, dirigido a Hitler, notificándole la muerte de Vom Rath a las 16:30. Podría suponerse que el telegrama siguiese a una comunicación telefónica, y confirmaría esto el testimonio de Below de que Hitler se había enterado de la noticia por la tarde. Véase Below, 136. La Agencia de Noticias Alemana (DNB) remitió la noticia a los periódicos a las siete de la tarde. Ralph Georg Reuth, *Goebbels*, Munich, 1990, 395 (según Irving, *Goebbels*, 273 y 612 n. 22, aunque sin fuente que lo apoye, incluso ya a las 17). El Ministerio de Asuntos Exteriores envió un telegrama de pésame al padre de Vom Rath a las 19: 40. La cronología anterior (salvo indicación contraria) se toma de Hans-Jürgen Döscher, «Der Tod Ernst vom Raths und die Auslösung der Pogrome am 9. November 1938. Ein Nachwort zur "Reichskristallnacht"», *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht*, 41 (1990), 619-20. Si son ciertas las versiones (véase Adam en Pehle, 77, 92) de que el telegrama comunicando la muerte de Vom Rath se entregó a Hitler durante la cena en el Ayuntamiento Viejo tan tarde como a las 20: 45, sólo pudo hacerse por el efecto que podía causar. Parece probable, teniendo en cuenta esto, que se produjese un cierto grado de planificación previa de Goebbels y Hitler entre el atentado del 7 de noviembre y la discusión en el Ayuntamiento Viejo anterior al

discurso de Goebbels de la noche del 9 de noviembre. Véase Adam, en Pehle, 91-92: Döscher, «Der Tod Ernst vom Raths», 620. Véase también Döscher, «Reichskristallnacht», 79. <<

[51] Below, 136. <<

[52] IMG, XXXII. 20-29 (D0C. 3063-PS, *Report of the Party Court*, febrero 1939); IMG, XX. 320-21 (testimonio de Eberstein); Graml, *Reichskristallnacht*, 17-18; Graml, *Der* 9. *November 1938*, 23SS. <<

[53] TBJG, I/6, 180 (1o. 11. 38); TB Irving, 409 (10. 11. 38). De acuerdo con la valoración que hace el Tribunal del Partido del pogromo y de sus secuelas, enviada el 13 de febrero de 1939 a Göring, «el Führer había decidido después de su informe [el de Goebbels], que tales manifestaciones [como las ocurridas en el *Gaue* de Kurhessen y Magdeburg-Anhalt] no habían sido ni preparadas ni organizadas por el partido. Pero cuando surgían espontáneamente, no debían rechazarse». IMG, XXXII. 21. <<

[54] TBJG, I/6, 180 (10. 11. 38). Fuera de Munich, entre los dirigentes del partido que no habían estado presentes durante el discurso de Goebbels, hubo algunos intentos iniciales de no hacer caso a las incitaciones a desencadenar pogromos. Véase IMG, XX. 48-49, para las instrucciones (sólo parcialmente obedecidas) del Gauleiter Karl Kaufmann (Hamburgo) para impedir que se realizase la «acción» en su *Gau*. Véase también Graml, *Reichskristallnacht*, 24-26; Graml, *Der 9. November 1938*, 30-35; Irving, *Goebbels*, 612 n. 33. Goebbels no se había dado por contento con que su mensaje se transmitiese sólo por teléfono. A las 12: 30 y a las 13: 40 del 10 de noviembre, envió un cable a las Oficinas de Propaganda del *Gau* para garantizar la mayor coordinación posible del partido. IMG, XXXII. 21-22; Graml, *Der 9. November 1938*, 27. <<

[55] TBJG, I/6, 180 (10. 11. 38); TB Irving, 409 (10. 11. 38). Para el pogromo en Munich, véase Hanke, 214SS. <<

[56] Según una nota dictada por Himmler a las tres del 10 de noviembre (IMG, XXI. 392), y la información subsiguiente de su adjunto jefe, *SS Gruppenführer* Karl Wolff (IfZ, ZS-317, II, Fol. 28), Himmler estaba en el apartamento de Hitler de Prinz-Regenten-Platz entonces. Wolff dijo que se había enterado de la «acción» hacia las 23: 20 (presumiblemente al mismo tiempo que Heydrich) y se había dirigido inmediatamente al apartamento privado de Hitler. Con Heydrich estableció contacto a las 23: 15 Stapo Munich. Dio una primera orden sobre el uso de ropa civil a las 0: 20. Adam en Pehle, 77; Kurt Pätzold e Irene Runge, *Kristallnacht. Zum Pogrom 1938*, Colonia, 1988, 113-14. <<

[57] IMG, XXI. 392; HZ, ZS-317, II, Fol. 28. <<

[58] Pätzold-Runge, 113-14. <<

[59] IMG, XXXI. 516-18; Pätzold-Runge, 1 14-16; Adam en Pehle, 77-79; Graml, *Reichskristallnacht*, 21, 33; Thalmann, 59-61. <<

[60] IMG, XV, 377 (D0C. 734-PS). <<

[61] Peter Longerich, *Die braunen Bataillone. Geschichte der SA*, Munich, 1989, 230-37; PätzoldRunge, 112-13, 116-18. <<

[62] Milton Mayer, *They Thought they were Free*. *The Germans* Chicago, 1955, 16-20. <<

[63] Adam en Pehle, 74-75. <<

[64] Goebbels no especifica qué sinagoga era. Pero las informaciones de la prensa de Munich sobre la noche del pogromo se refieren a la vieja sinagoga de Herzog-Rudolf-Stras. se en llamas. El interior de la sinagoga para judíos de Europa oriental de Reichenbachstrasse fue incendiado también, pero el edificio propiamente dicho no llegó a arder. La sinagoga principal de Herzog-Max-Strasse había sido demolida en el verano. Véase Wolfgang Benz, «Der Rückfall in die Barbarei. Bericht über den Pogrom», en Pehle, 28; Hanke, 214; y Ophir y Wiessemarm Jo, 52. <<

[65] La cifra de 20-30. 000 judíos a los que había que detener se mencionaba en las instrucciones que envió por telegrama Heinrich Müller, jefe de la Gestapo, justo antes de medianoche. IMG, XXV. 377. Esto fue después de que Hitler y Himmler se hubiesen reunido en el apartamento de este último, en la Prinzregentenplatz de Munich, cuando el jefe de las SS había pedido que se le aclarasen las instrucciones. Estas instrucciones preliminares, transmitidas por Himmler a Müller, no se ampliaron hasta que el jefe de las SS regresó de la ceremonia de medianoche del juramento de los nuevos reclutas. Himmler, en cuanto regresó, fue inmediatamente a ver a Heydrich, que transmitió instrucciones más detalladas para la Gestapo en un telegrama a la 1: 20. IMG, XXXI. 516-18. El número de judíos no se especificaba en este último telegrama. Se subrayaba que debían ser detenidos y conducidos a campos de concentración sobre todo los judíos varones sanos y ricos. Pätzold-Runge, 113-16. <<

[66] TBJG, I/6, 180-81 (10. 11. 38); TB Irving, 40910 (10. 11. 38). <<

[67] TBJG, I/6, 181 (10. 11. 38); TB Irving, 411 (10. 11. 38). <<

[68] Benz en Pehle, 32. La «acción» continuó, sin embargo, en varios lugares hasta el 13 de noviembre, en que cesó al fin. Las órdenes de «parar» pueden verse en Pätzold-Runge, 127-29. <<

[69] TBJG, I/6, 182 (11. 11. 38); TB Irving, 411 (11. 11. 38). <<

[70] TBJG, I/6, 182 (1 1. 11. 38); TB Irving, 411 (11. 11. 38). <<

[71] Véase la descripción, una entre muchas, en Gay, 13. 2-36. <<

[72] Pätzold-Runge, 136 (informe de Heydrich), pero las cifras son un cálculo demasiado bajo. Graml, *Reichskristallnacht*, 32. <<

[73] Günter Fellner, «Der Novemberpogrom in Westösterreich», en Kurt Schmidt y Robert Streibel, *Der Pogrom 1938. Judenverfolgung in Österreich und Deutschland*, Viena, 1990, 34-41, aquí 39. <<

[74] Elisabeth Klamper, «Der “Anschlusspogrom”», en Schmid y Streibel. 25-33, aquí 31. <<

[75] Graml, *Reichskristallnacht*, 32. <<

[76] Esta es una sugerencia convincente de Peter Loewenberg, «The Kristallnacht as a Public Degradation Ritual», *Yearbooh of the Leo Baeck Institute* (YLBI), 32 (1987), 309-23. <<

[77] Monika Richarz, *Jüdisches Leben in Deutschland: Selbstzeugnisse zur Sozialgeschichte 1918-1945*, Stuttgart, 1982, 323-35. Véase también el testimonio, en sentido similar, que aporta Loewenberg, 314. <<

[78] Véase sobre esto Loewenberg, esp. 314, 321-23. <<

[79] IMG, XXXII. 27. <<

[80] Wiener Library, Londres. PIId/15, 151, 749; *Thomas Michel*, Die Juden in Gaukönigshofen/Unierfranken (1550-1942), *Wiesbaden*, *1988*, *506-19*. <<

[81] Véase Walter Tausk, Breslauer Tagebuch 1933-1940, 181-82; Richarz, 326-27 (testimonio de Hans Berger); Kershaw, Popular Opinion, 265. <<

[82] Maschmann, Fazit, 58. <<

[83] DBS, V. 1204-05. <<

[84] Véase Wiener Library, Londres, «Der 10. November 1938» (texto mecanografiado de informes breves reunidos de judíos perseguidos, compilado en 1939 y 1940); y véase Kershaw, Popular Opinion, 265ss. <<

[85] GStA, Munich, Reichsstatthalter 823, cit. en Ian Kershaw, «Antisemitismus und Volksmeinung. Reaktionen auf die Judenverfolgung», en Martin Broszat y Elke Fröhlich (eds.), Bayern in der NS-Zeit, II: Herrschaft und Gesellschaft im Konflikt, Munich, 1979, 281-348, aquí 332. <<

[86] StA Amberg, BA Amberg 2399, GS Hirschau, 23. 1 1. 38; cit. Kershaw, «Antisemitismus und Volksmeinung», 333. Para reacciones en general del público al pogromo y sus secuelas, véase: Kershaw, *Popular Opinion*, 263ss.; Ian Kershaw, «Indifferenz des Gewisses: Die deutsche Bevölkerung und die "Reichskristallnacht"», *Blatter für deutsche und internationale Politik*, 1 1 (1988), 1319-30; Kulka, «Public Opinion», XLIII-IV, 277-86; Dasvid Bankier, *The Germans and the Final Solution. Public Opinion under Nazisin*, Oxford, 1992, 85ss.; Hans Mommsen y Dieter Obst, «Die Reaktion der deutschen Bevölkerung auf die Verfolgung der Juden 1933-1943», en Hans Mommsen y Susanne Willems (ed.), *Herrschaftsalltag im Dritten Reich. Studien und Texte*, Düsseldorf, 1988, 374-485, aquí 388SS.; William S. Allen, «Die deutsche Öffentlichkeit und die «Reichskristallnacht»: Konflikte zwischen Werthierarchie und Propaganda im Dritten Reich», en Detlev Peukert y Jürgen Reuleck (eds.), *Die Reihen fast geschlossen. Beiträge zur Geschichte des Alltags unterm Nationalsozialismus*, Wuppertal, 1981, 397-411. <<

[87] IMG, XIII. 131 (testimonio de Funk); Adam en Pehle, 79-80; Adam, *Judenpolitik*, 208. <<

[88] IMG, IX. 312-13 (testimonio de Göring). La versión de Göring ha de tratarse con cuidado (pese a que la sigan: *Achim, Judenpolitik.* 208; Read-Fisher, 146; Adam en Pehle, 80, y otros). Era interesadamente no fidedigna e inexacta, sobre todo respecto a las supuestas reuniones con Hitler y Goebbels en Berlín la tarde del 10 de noviembre. Göring aseguraba que había reprendido al Führer en cuanto este había vuelto a Berlín, al final de la mañana del 11 de noviembre, por la irresponsabilidad de Goebbels. Göring recuerda que Hitler adoptó una actitud equívoca. «Formulo algunas excusas, pero se mostró de acuerdo conmigo en la idea general de que esas cosas no debían ni podían suceder». Esto se correspondía con las repetidas tentativas de Hitler de distanciarse de los acontecimientos de la noche anterior. Sin embargo, si las discusiones entre Göring y Hitler del 11 noviembre se produjeron de verdad, tuvieron que ser sin duda por teléfono. Porque, en contra de lo que recuerda Göring, Hitler no regresó a Berlín esa mañana, sino que se quedó en Munich y comió con Goebbels. TBJG, I/6, 182 (11. 11. 38). He de dar las gracias a Karl Schleimes por alertarme sobre las incoherencias del testimonio de Göring. <<

[89] IMG, IX. 313-14; TBJG, I/6, 182 (11. 11. 38) para la cita para comer en la Osteria. Sobre los comentarios de Hitler sobre las medidas económicas previstas contra los judíos en el Memorando del Plan Cuatrienal, véase Treue, «Denkschrift», VfZ, 3 (1955), 210; véase también Barkai, «Schicksalsjahr», en Pehle, 99. <<

[90] Adam, *Judenpolitik*, 217. <<

[91] Actas de la reunión: IMG, XXVIII. 499-540 (Doc. 1816-PS); imposición de la «multa», 537SS. Se incluye una versión abreviada en Pätzold-Runge, 142-46; se dan resúmenes en Adam, *Judenpolitik*, 209-11; Read-Fisher, cap. 9; Schleimes, 245-50; Graml, *Reichskristallnacht*, 177-79. <<

[92] Pätzold-Runge, 146-148; véase Adam, *Judenpolitik*, 209-212. <<

[93] TBJG, I/6, 185 (13. 11. 38). <<

[94] Adam, *Judenpolitik*, 205; Reuth, *Goebbels*, 393-94; Grand, *Reichs kristallnacht*, 176. Para el caso, véase Helmut Heiber, *Joseph Goebbels*, Berlin, 1962, 27580. Pero Heiber va demasiado lejos en la hipótesis de que fue una motivación vital para que Goebbels tomase la iniciativa de desencadenar el pogromo. <<

[95] Graml, *Reichskristallnacht*, 183. <<

[96] Gay, cap. 8. <<

[97] Konrad Kwriet y Helmut Eschwege, Selbstbehauptung und Widerstand. Deutsche Juden im Kampf um Existenz und Menschenwürde 1933-1945, *Hamburgo*, *1984*, *143*. <<

[98] Gay, 140-41. <<

[99] Bob Moore, *Refugees from Nazi Germany in the Netherlands, 1933-1940.* Dordrecht, 1986, 87-88. Véase también Dan Michman, «Die jüdische Emigration und die niederländische Reaktion zwischen 1933 und 1940», en Kathinka Dittrich y Hans Würzner (eds.), *Die Niederlande und das deutsche Exil 1933-1940*, Königstein/Ts., 1982, 73-90, esp. 76, 89-90: <<

[100] Martin Gilbert, *The Holocaust. The Jewish Tragedy*, Londres, 1986, 75. <<

[101] Friedländer, 303-04. <<

[102] IMG, XXXII. 415 (D0C. 3575-PS; resumen del discurso de Göring al Consejo de Defensa del Reich, 18. 11. 38); en los extractos más largos de las actas, en Mason, *Arbeiterklasse*, 907-37, aquí 925-26, Göring dice: «Caballeros, las finanzas parecen hallarse en una situación muy crítica. […] Ahora, con esos mil millones que tienen que pagar los judíos, se ha producido una mejora». <<

[103] Adam, *Judenpolitik*, 213-16. <<

[104] Müller, *Heer;* 385-87. <<

[105] Nicholas Reynolds, «Der Fritsch-Brief vom 11. Dezember 1938», VfZ, 28 (1980), 358-71, aquí 362-63, 370. <<

[106] JK, 89 (Doc. 61). <<

[107] Adam, *Judenpolitik.* 228; Wildt, 60. <<

[108] Peter Longerich (ed.), *Die Ermordung der europäischen Juden. Eine umfassende Dokumentation des Holocaust 1941-1945*, Munich. 1989, 83. <<

[109] Adam, *Judenpolitik*, 217-19. <<

[110] Below, 136; HZ, ZS-317, II, Fol. 28 (Wolff); IfZ, ZS-243, I (para el comentario de Brückner, el ayudante de Hitler, de que este se había puesto furioso cuando le habían dicho lo de la quema de la sinagoga de Munich). Véase también, Irving, *Goebbels*, 277, 613 y David Irving, *The War Path. Hitler's Germany, 1933-39*, Londres, 1978, 164-65, para la supuesta sorpresa de Hitler ante los acontecimientos o la condena de estos. <<

[111] IMG, XXI. 392. <<

[112] Below, 136. La versión de Below es muy favorable a Hitler. Él creía que el Führer no sabía nada de lo que estaba pasando. Menciona también el comentario de Schaub de que era Goebbels el que estaba metido en el asunto. Esto era algo que se daba por descontado. Según la versión del propio Goebbels, Schaub se había sentido en su elemento cuando habían ido los dos juntos después de medianoche al Club de Artistas. TBJG, I/6, 181 (10. 11. 38); TB Irving, 410 (10. 11. 38). La cronología de Below es también inexacta. Below da la impresión de que el entorno de Hitler se enteró de la destrucción a su regreso del juramento de los reclutas de las SS. Pero Hitler había sido informado antes de salir hacia allí. IMG, XXI. 392; lfZ, ZS-317 (Wolff), II, Fol. 28; Adam en Pehle, 78. <<

[113] Speer, *Erinnerungen*, 126. <<

[114] Hans-Günther Seraphim (ed.), *Das politische Tagebuch Alfred Rosenbergs 1934/35 und 1939/40*, Munich, 1964, 81 (6. 2. 39). <<

[115] Müller, *Heer*, 385-86; Erich Raeder, *Mein Leben*, Tubinga, 2 vols., 1956-57, II. 133-34. <<

[116] TBJG, I/6, 180 (10, 11. 38); TB Irving, 409 (10. 11. 38). <<

[117] IfZ, ZS-243, I (Heim), Fol. 27 (declaración de Jüttner); Irving, *Goebbels*, 274. <<

[118] TBJG, I/6, 189-90 (17. 11. 38); TB Irring, 417 (17. 11. 38). Véase también Irving, *Goebbels*, 282. <<

[119] Véase, para una interpretación opuesta, Irving, *Goebbels*, 276-77. La explicación de posguerra de Heinrich Heim (un abogado y funcionario del estado que trabajaba en la oficina de Hess, que fue más tarde uno de los ayudantes de Martin Bormann, al que este encargó de tomar notas de los monólogos de sobremesa de Hitler) era que Goebbels había tomado el comentario casual de Hitler de «que los manifestantes (que por el momento eran relativamente inofensivos) no deberían ser tratados con severidad» (*dass man die Demonstranten* (*vorläufig nur relativ harmlose!*] *nicht scharf anpacken soll*), como una licencia (*Freibrief*), y creyó por ello que estaba «actuando sin duda en la dirección que quería su amo» (*bestimmt im Sinne seines Herrn zu handeln*). IfZ, ZS-243, I (Heim), Fol. 29. <<

[120] Para la «cólera» de Goebbels por la quema de la sinagoga de Munich y otros estragos por los que amonestó públicamente a sus jefes de propaganda de *Gau* en la estación de Munich cuando regresaba a Berlín, véase IfZ, ZS-243, I (Heim), Fol. 28 (declaración de posguerra de Werner Naumann, más tarde secretario de estado del Ministerio de Propaganda); y véase Irving, *Goebbels*, 280. <<

[121] Domarus, 973; Treue, «Rede Hitlers von der deutschen Presse (10. November 1938)», 175ss. Hitler no había dado indicio alguno, pese al gravísimo estado de Vom Rath por entonces y el ambiente antisemita amenazador, de que estuviese prevista ninguna acción cuando se había dirigido a la «vieja guardia» del partido en la Bürgerbräukeller la noche del 8 de noviembre. Domarus, 966ss. para el discurso. Plantea la cuestión Adam, *Judenpolitik*, 206. <<

[122] Below, 137. <<

[123] MK, 722; MK Watt, 620. <<

[124] IMT, XXVIII. 538-39. <<

[125] *Das Schwatze Korps*, 27 octubre 1938, p. 6. <<

[126] *Das Schwarze Korps*, 3 noviembre 1938, p. 2. Y véase Kochan, 39. <<

[127] Graml, *Reichskristallnacht*, 185. <<

[128] ADAP, D, IV, Doc.271, 293-95 293); Graml, *Reichskristallnacht*, 184; Adam, *Judenpolitik*, 234, 11. 4. Pirow había planteado la posibilidad de un préstamo internacional para financiar la emigración judía y la idea de asentar judíos en una antigua colonia alemana como Tanganica, una propuesta rechazada rotundamente por Hitler. Véase Graml, *Reichskristallnacht*, 182-83 (y n. 45) para la emigración como una política, 184-85 para la idea del rehén. Para esto ultimo, véanse también los comentarios de Hans Mommsem, «Die Realisierung des Utopischen: Die “Endlösung der Judenfrage” im "Dritten Reich”», *Geschichte und Gesellschaft* [=GG], 9 (1983), 381-420, aquí 396. <<

[129] ADAP, D, IV, Doc. 158, 170; Gram], *Reichskristallnacht*, 186; Adam, *Judenpolitik*, 235. Parece que se reforzó también en este periodo la asociación que establecía entre los judíos y la Revolución de Noviembre de 1918. Hitler se refirió vagamente a «amenazas de oíros» de destruir el Reich en su discurso anual a los fieles del partido en el aniversario de la proclamación del programa, el 24 de febrero de 1939, e inmediatamente después de decir esto, pasó a decir: «El año de 1918 no se repetirá ya nunca en la historia alemana». Domarus, 1086. Para di «síndrome de noviembre» de Hitler, véase Tim Masón, «The Legacy of 1918 for National Socialismo, en Anthony Nicholls y Erich Mathias, *German Democracy and the Triumph of Hitler*, Londres, 1971, 215-39. <<

[130] Birger Dahlems, *Der letzte Versuch: London-Berlin. Sommer 1939*, Munich, 1948, 126 (que incluye el comentario que le hizo Hitler el 1 de septiembre de 1939); *Documents concerning German-Polish Relations and the Outbreak of Hostilities between Great Britain and Germany on September* 7, *1939*, Londres, 1939, 129, nº 75 (Hitler a Henderson, 28.8.39); Domarus, 1238 (discurso de Hitler a sus jefes militares, 22.8.39). <<

[131] *Das Schwarze Korps*, 24 noviembre 1938, p. 1; también cit. en Gramil *Reichskristallnacht*, 187. <<

[132] Hans Mommsen, «Hitler's Reichstag Speech of 30 January 1939», *History and Memory*, 9 (1997), 147-61, destaca sobre todo (véase esp. 157-58) el elemento propagandístico del discurso. Lo sitúa en su marco de las conversaciones entre George Rublee, presidente estadounidense del Comité Intergubernamental para los Refugiados (al que el presidente Roosevelt había encargado que intentase hallar una salida a la crisis de los refugiados judíos de la Alemania nazi) y Helmut Wohltat, uno de los íntimos colaboradores de Göring en el Plan Cuatrienal y en emigración judía. Las negociaciones se dirigieron a financiar la emigración de 150.000 judíos en tres años por medio de un préstamo internacional de un millón y medio de Reich Marks. Según la opinión de Mommsen (151), el discurso de Hitler fue «un gesto retórico destinado a presionar a la comunidad internacional» para cjue aceptase la exigencia chantajista del Reich. Destaca (154) la necesidad que sentía Hitler «de prometer medidas eficaces por parte del gobierno para calmar las actividadades antisemitas extremas que ponían en peligro el plan de emigración que habían elaborado Göring y Schacht». Pero parece dudoso que Hitler se tomase tan en serio el plan de Rnblee-Wohltat como tiene a indicar implícitamente Mommsen, y no del todo convincente decir (156) que es «difícil de creer que la tendencia [de Hitler] a exagerar los problemas que se planteaban fuese algo más que mero camuflaje». <<

[133] Domarus, 1058. <<

[134] Eberhard Jäckel, «Hitler und der Mord an europäischen Juden», en Peter Märthesheimer e Ivo Frenzei (eds.), *Im Kreuzfeuer': Ihr Fernsehfilm Holocaust. Eine Nation ist betroffen*, Frankfurt am Main, 1979, 151-62, aquí 160-61. <<

[1] Michael Jabara Carley, 1939: *The Alliance that Never Was and the Coming of the World War II*, Chicago, 1999, 77-79. <<

[2] Donald Cameron Watt, Hozo War Came. *The Inmediate Origins of the Second World War*, 1938-39, Londres (1989), Mandarin, 1991, 101104. Sobre el papel de Oster en general en la resistencia a Hitler (aunque no mencione este episodio), véase Romedio Galeazzo Reichsgraf von Thun-Hohenstein, *Der Verschwörer. General Oster und die Militäropposition*, Berlin, 1982. <<

[3] Watt, *How War Came*, 40, 101 y véase cap. 6 *passim.* <<

[4] John de Courcy, *Searchlight on Europe*, Londres, 1940, 87; Watt, *How War Came*, 59-64; Weinberg, II.474-78. <<

[5] Courcy, 85. <<

[6] Weinberg, II.476-78; Watt, *How War Came*, 64. <<

[7] Véase también Weinberg, II.467-68. <<

[8] Weinberg, II.4795s.; Watt, *How War Came*, 41. <<

[9] Weinberg, II.481-83; Watt, *How War Came*, 65. <<

[10] Watt, *How War Came*, 66. Los polacos creyeron al principio que eran ideas de Ribbentrop. Pero es indudable que el ministro de asuntos exteriores alemán actuaba como portavoz de Hitler. Véase Joachim von Ribbentrop, *Zwischen London und Moskau. Erin tun ungen und letzte Aufzeichnungen*, ed. Annelies von Ribbentrop, Leoni am Starnberger See, 1953, 154-55. <<

[11] Weinberg, II.484, y véase 503. <<

[12] DFGP, D. V, 125, n° 99, 141, n° 110 (12.11.38, 5.12.38). El ministro de asuntos exteriores polaco, Josef Reck, fue, en realidad, algo menos intransigente al principio que otros miembros del gobierno polaco, pero hubo desde el principio pocas perspectivas de flexibilidad sobre Danzig y el Pasillo. Véase Weinberg, II.501. <<

[13] Domarus, 1065. <<

[14] Vktt, *How War Came*, 69; DBFP, p IV, 80, n° 82, Shepherd a Halifax, 6.2.39. Según el memorando de Shepherd, la reunión de Hitler con susjefes militares se había celebrado el 21.1.39. <<

[15] Watt, *How War Came*, 70. <<

[16] DGFP, D, IV, 529, NL411. <<

[17] Véase Dülffer, 471-88 y esp. 492SS. para la génesis del Z-Plan; DRZW, 1.465-73; y Charles S. Thomas, *The German Navy in the Nazi Era*, Londres, 1990, 179-80. Véase Weinberg, II.503 para planes para un acuerdo con Francia y Gran Bretaña antes de volverse hacia el este, y Keitel, 196-97, para el «Ostwall». <<

[18] TBJG, I/6, 158 (24.10.38). <<

[19] Irving, *Göring*, 241. <<

[20] Keitel, 196. <<

[21] Keitel, 196-97. <<

[22] En un memorando del 3 de septiembre de 1939 «sobre el estallido de la guerra», Raeder escribió: «Hoy ha estallado la guerra contra Inglaterra-Francia, con la que, de acuerdo con los comentarios previos del Führer, no deberíamos contar antes de 1944, más o menos». Continuaba describiendo la flota de guerra que habría estado lista a finales de 1944 o principios de 1945. Luego añadía: «Por lo que respecta a la marina, es evidente que en el otoño de 1939 se halla aún muy lejos de estar suficientemente preparada para la gran lucha contra Inglaterra» («Am heutigen Tage ist der Krieg gegen England-Frankreich ausgebrochen, mit dem wir nach den bishering Äusserungen des Führers nicht vor etwa 1944 zu rechnen brauchten. (…) Was die Kriegsmarine anbetrifft, so ist sie selbstverständlich im Herbst 1939 noch keineswegs für den grossen Kampf mit England hinreichend gerüstet»). BA/MA, PG/33965; y véase Thomas, 187. Quiero dar las gracias al profesor Meir Michaelis por proporcionarme una copia de ese memorando. Para comentarios sobre las deficiencias del ejército cuando estalló la guerra, véase IfZ, F34/1, «Erinnerungen von Nikolaus v. Bormann über die Zeit vom 22.8-27.9.1939 als Verbindungsoffizier des Heeres beim Führer und Obersten Befehlshaber der Wehrmacht», Fol.56. <<

[23] Martens, *Göring*, 169-70. <<

[24] Watt, *How War Came*, cap. 4; para las divisiones sobre la política hacia Polonia en el entorno de Hitler, 68. Para la menguante influencia de Göring en la orientación de la política extendí en esta época, en favor de su archirrival Ribbentrop, véase Kube, 299s.S.; y para Ribbentrop, Bloch, cap. XI. <<

[25] En sus comentarios a sus jefes de las fuerzas armadas de 23.5.39, Hitler, aunque se inclinaba por entonces por destruii Polonia en un futuro próximo, indicó de nuevo que el programa de armamentos no estaría terminado hasta 1943 o 1944, y señaló a Occidente como el principal enemigo. DGFP, D, IV, 57580, Doc.433; y véanse los comentarios retrospectivos de Raeder en su memorando de 3 de septiembre de 1939, BA/MA, PG/33965 (citado antes en nota 22). <<

[26] Véase DRZW, I.349-68; y también Bernd-Jürgen Wendt, «Nationalsozialistische GrossraumWirtschaft zwischen Utopie und Wiiklichkeit: Zum Scheitern einer Konzeption 1938/39», en Knipping y Müller, 223-45, esp.239s»., para los crecientes problemas de la economía y el hundimiento de las perspectivas de una estrategia económica alternativa al objetivo ideológicamente determinado de adquirir «espacio vital». <<

[27] R.J. Overy, *War and Economy in the Third Reich*, Oxford, 1994, 108-9, 196-97 (y 93SS. para el Reichswerke Hermann Göring); DRZW, I.323-31. <<

[28] Ti ni Masón, *Nazism, Fascism, and the Working dass: Essays by Tim Masón*, ed. Jane Caplan, Cambridge, 1995, 109. <<

[29] El discurso de Göring (Masón, *Arbeiterklasse*, 908-33, Doc.152) exponía un panorama general de los principales problemas a los que se enfrentaba la economía alemana, la escasez de trabajadores y de materias primas, la baja productividad y la precariedad financiera; cita, 925. <<

[30] TBJG, I/6, 219 (13.12.38). <<

[31] Véase el discurso de Schacht de 29.11.38: IMG, XXXVI.582-96, esp.587-88, Doc.61 i-EG. 32. IMG, XXXVI.365SS., Doc.EC-369. Véase Masón, *Nazism*, 108 para las presiones inllacionistas acumuladas en 1939. Convendría no exagerar su gravedad real por esas fechas. Aun así, pese a que la represión y los controles rigurosos habían mantenido a raya la inflación hasta entonces, eran evidentes los peligros que entrañaba el aumento de los billetes del Reichsbank en circulación que ¡lasaron de tres mil seiscientos millones de Reich Marks en 1933 a ocho mil doscientos millones en 1938 y diez mil novecientos millones en 1939. Willi A. Boelcke, *Die Kosten von Hitlers Krieg*, Paderborn etc., 1985. <<

[32] Véase también Dietrich Eichholtz, *Geschichte der deutschen Kriegswirtschaft 1939-1945*,1, 1939-1941, Berlín este, 1984, 30. <<

[33] Hjalmar Schacht, *My First Seventy-Six Years*, Londres, 1955, 392-94 (cita, 392). <<

[34] Masón, *Nazism*, 106-107. <<

[35] Véase BA, R43II/194, 2 13b, para numerosas quejas de Darre. <<

[36] Masón, Nazism, 111; Timothy W. Masón, Sozialpolitik im Dritten Reich. Arbeiterklasse und Volksgemeinschaft, Opladen, 1977, 226.SS.; J.E. Farquharson, The Plough and the Swastika: The NSDAP and Agriculture in Germany, 1928-45, Londres-Beverly Hills, 197G, 196SS.; Gustavo Corni, Hitler and the Peasants: Agradan Policy of the Third Reich, 1940-1939, Nueva York-Oxford-Munich, 1990, cap. 10; Gustavo Corni y Horst Giest, Brot-Butter-Kanonen. Die Emährungswirtschaft in Deutschland unter der Diktatur Hitlers, Berlin, 1997, 280-97; Kershaw, Popular Opinión, 55-61. <<

[37] Masón. Nazism, 111. La inversión en nueva maquinaria agrícola había aumentado en realidad un 25,8 por 100 durante los seis primeros años de régimen nazi, con un punto álgido en 1938. Pero el progreso en la mecanización del campo era lento en comparación con el de otras naciones. Mientras en Alemania había un tractor por cada 325 hectáreas de tierra cultivable, la proporción en Inglaterra era de 1,95 y en Estados Unidos y en Canadá de 1,85. Dos tercios de los campesinos alemanes aún sembraban sus tierras a mano; muchos utilizaban bueyes y caballos para arar. Corni/Gies, 308. <<

[38] Corni/Gies, 286-87, 294; Corni, 227-29; Farquharson, 199-200. <<

[39] Véase Kershaw, *Popular Opinión*, 286. A finales de 1939 se llevaron 300.000 prisioneros de guerra polacos a trabajar en el campo en Alemania, junto con unos 40.000 trabajadores civiles. Ulrich Herbert, *Fremdarbeiter. Politik und Praxis des «Ausländer-Einsatzes» in der*- *Kriegswirtschaft des Dritten Reiches*, Berlin-Bonn, 1985,68. <<

[40] Masón, *Sozialpolitik*, 215-26; los informes del Reichstreuhänder der Arbeit del último cuarto de 1938 y primer cuarto de 1939, subrayando las dificultades, están incluidos en Masón, *Arbeiterklasse*, 847-55, Hoc. 147, 942-59, Doc.156. Pueden verse numerosos informes de las regiones militares que indican los problemas que se planteaban en la fabricación de armamento en BA/MA, RW 19/40, 54, 56. <<

[41] Véase el análisis de Masón, *Sozialpolitik*, 241, 245, 295, 313SS.; Tim Masón, «The Workers' Opposition in Nazi Germany», *History Workshop Journal*, 11 (1981), 1 20-37; Timothy W. Masón, «Die Bändigung derArbeiterklas.se in nationalsozialistischen Deutschland. Eine Einleitung», eil Carola Sachse *et ai*, *Angst*, *Belohnung*, *Zucht und Ordnung. Henschajtsrnechanismen im Nationalsozialismus*, Opladen, 1982, 1 1-53; y también Michael Voges, «Klassenkampf in der "Betuebsgemeinschaft". Die "Deutschland-Berichte" der Sopade (1934-40) als Quelle zum Widerstand der Industrie-Arbeiter im Dritten Reich», *Archiv für Sozialgeschichte*, 21 (1981), 329-84; y también Kershaw, *Popular Opinión*, 98-110. Incluso teniendo en (lienta la paranoia habitual, los informes de la Gestapo no daban a los dirigentes del régimen la impresión de que el descontento generalizado entre los trabajadores industriales se estuviese convirtiendo en una amenaza política grave de la resistencia clandestina comunista o socialista. Véanse ejemplos de informes en Masón *Arbeiterklasse*, 856-57, Doc.148, 960-61, Doc.157; en BA, R58/446, 582, 584, 719; y en IML/ZPA, Stg/64, Stg/iSq, Pstg/i5g. <<

[42] Masón, *Nazism*, 113. <<

[43] El argumento propuesto (de una forma estructurada) por Masón en sus diversas obras de que los determinantes económicos (dentro del marco ideológico del régimen) conforman una crisis social y no dejan otra alternativa a Hitler que arriesgarse a una guerra antes de que Alemania esté preparada para ella, ha sido objeto de muchas críticas. Véase especialmente, Jost Dülffer, «Der Beginn des Krieges 1939: Hitler, die innere Krise und das Mächtesystem», GG, 2 (1976), 443-70; Ludolf Herbst, «Die Krise des nationalsozialistischen Regimes am Vorabend des Zweiten Weltkrieges und die forcierte Aufrüstung. Eine Kritik», ViZ, 26 (1978), 347-92; y Richard Over), «Germany, "Domestic Grisis", and War in 1939», *Fast and Present*, 116 (1987), 138-68. Masón, *Nazism*, cap. 9 contiene la respuesta del autor. <<

[44] Below, 138. <<

[45] TBJG, I/6, 158 (24.10.38). <<

[46] Below, 138. <<

[47] DGFP, D, IV, 99-100, nº 81; Keitel, 195-96. <<

[48] Véase Weinberg, II.468-69. <<

[49] TBJG, I/6, 296 (23.3.39). <<

[50] IMG, XII.580: «Der Kerl hat mir meinen Einzug mach Prag versiebt». <<

[51] Watt, *How War Came*, 142; WYinberg, II.469. <<

[52] Véase, por ejemplo, la entrada en TBJG, I/6, 113 (26.9.38). <<

[53] Goitrcy, 94. <<

[54] Véase Bernd-Jürgen Wendt, Grossdeutschland. Aussenpolitik und Kriegsvorbereitung des Hitler-Regimes, *Munich, 1987, 166-67; V'att*, How War Came, *195*. <<

[55] Gedye, 371. <<

[56] Courcy, 94-97. Probablemente el motivo económico no fuese por sí solo suficiente. Pero Weinberg, II. 469, n.16, parece correr el peligro de menospreciar su importancia. <<

[57] Wendt, *Grvssdeutschland*, 166; Watt, *How War Came*, 195. <<

[58] Weinberg, II.479. <<

[59] Courcy, 92-3. <<

[60] Below, 138. <<

[61] Courcy, 85-9. <<

[62] Irving, *Göring*, 2402; Watt, *How War Came*, 142-3. <<

[63] Véase Watt, *How War Came*, 143-7, para Eslovaquia. <<

[64] Weinberg, II.485. <<

[65] DGFP, D. V, 361-6, n° 272. <<

[66] Wreizsäcker-Papiere, 150. Y véase Jutta Sywottek, *Mobilmachung für den totalen Krieg. Die propagandistische Vorbereitung der deutschen Bevölkerung auf den Zweiten Weltkrieg*, Opladen, 1976, 187. <<

[67] Watt, *How War Came*, 146. <<

[68] AD AP, D, V, 127-32, n° 119; Weinberg, II.497-98. <<

[69] Weinberg, II.498. Según Below, cuando Ribbentrop empezó a pensar en un acuerdo con Rusia para impedir que Polonia buscase el apoyo de Inglaterra, fue después del fracaso de su visita a Varsovia. Below, 146. <<

[70] Weinberg, II.498-99 y 11.140. <<

[71] Watt. *How War Came*, 143; apuntado también en Weinberg, II.497-8. <<

[72] BA, NS 11/28, Fols.55-62: citas, Fol.58 («dass unser Deutschland, unser Deutsches Ri ich einmal die dominierende Macht Europas sein wird»); Fol.61 («den Geist linderer jetzigen Zeit, den Geist der Weltanschauung, die heute Deutschland beherrscht, […] ein zutiefst soldatischer Geist…»); Fol.60 («Es ist mein unersc- hütteiliche Wille, dass die deutsche Wehrmacht die stärkste Wehi macht der ganzen Welt wird»). <<

[73] Below, 144; Irving, *Führer*, 164; David Irving, *The War Path: Hitlers Gennany*, 7977-/939, Londres, 1978, 173SS. <<

[74] IfZ, F19/1 o, «Hitlers Rede vordem Offiziersjahrgang 1938 am 25.1.1939 in der Reichskanzlei (geheim)»: «Und wenn dieser Aufbau —sagen wir—111 100 Jahren endgültig in sich gefestigt sein wird, und eine neue tragende Gesellschaftsschichte abgegeben haben wird, dann wird das Volk—das ist meine Überzeugung—, das als erstes diesen Weg beschritt, die Anwartschaft besitzen auf die Herrschaft Europas…». -Fol.25, y véase también esp. Fols.8-9, 1516, 19, 24. Hay una copia diferente del texto en BA, NS 1 1/28, Fols.63-85, citas Fols.68 («Prinzipien der demokratischen, parlamentarischen, pazifistischen, defätistischen Mentalität»), 75 («Brutalitität, dir. das Schwert, wenn alle anderen Mittel versagen»), 84 (como antes). Véase también Irving, Führer, 165. <<

[75] BA, NS 1 1/28, Fols.86-1191 citas: Fols.i 14-15 («Verstehen Sie eines, meine Herren, die grossen Erfolge der letzten Zeit sind uns nur deswegen geworden, weil ich die Gelegenheiten wahrgenommen habe. […]» «Ich habe mir vorgenommen, die deutsche Frage zu lösen, d.h. das deutsche Raumproblem zu lösen. Nehmen Sie es zur Kenntnis, dass, solange ich lebe, dass dieser Gedanke mein ganzes Dasein beherrschen wird. Seien Sie weiter der Überzeugung, dass, sowie ich glaube, in irgendeinem Augenblick einen Schritt hiervorwärts zu kommen, dass ich dann augenblicklich immer handeln werde, dass ich dabei auch vor dem Aussersten nie zurückschrecken werde…»); Fol.i 19 («Seien Sie daher nicht überrascht, wenn auch in den kommenden Jahren bei jeder Gelegenheit irgendein deutsches Ziel zu erreichen versucht wird, und stellen Sie sich dann, bitte sehr, im gläubigsten Vertrauen hinter mich…»). Véase también, para las notas sumarias del discurso, IíZ, ED 57, Irving-Sammlung, «Wiedergabe von Notizen einer Ansprache Hitlers an Offizier der Wehrmacht am 10.2.1939»; se incluyen breves extractos del texto en jost Dülffer, «Der Einfluss des Auslandes auf die nationalsozialistische Politik», en Erhard Forndran, Frank Golczewski y Dieter Riesenberger (eds.). Innen und Aussenpolitik unter nationalsozialistischer Bedrohung, Opladen, 1977, 395-313, aquí 304; Wolfgang Michalka (ed.), Das Dritte Reich: Dokumente zur Innen und Aussenpolitik, 1, Munich, 1985, 267-68; e Irving, *Führer*, 165-66. Véase también Below, 145. En un cuarto discurso, a oficiales recién nombrados, celebrado el 11 de marzo de 1939 en Berlín, Hitler repitió temas de sus discursos de enero y febrero, que incluían la necesidad de «espacio vital», el heroísmo y el valor racial del pueblo alemán, el fracaso de sus dirigentes en 1918, las cualidades del nuevo estado que él había dirigido desde 1933 y los precedentes históricos

en que una raza superior dominaba a un pueblo inferior. BA, NS 11/28, Fols.120-46. <<

[76] TBJG, I/6, 247 (3.2.39). <<

[77] TBJG, I/6, 246 (i-2.39). <<

[78] Watt. *How War Came*, 147-9. <<

[79] TBJG, I/6, 280 (11.3.39); véase también Irving, *Goebbels*, 288- .
<<

[80] Below, 151 Irving, *Göring*, 244. <<

[81] Keitel, 200. <<

[82] TBJG, I/6, 283 (13.3.39). <<

[83] Below, 151; Irring, *Goebbels*, 290; Watt, *How War Came*, 152. <<

[84] TBJG, I/6, 283-4 U3-3-39). <<

[85] TBJG, I/6, 285 (14.3.39); DGFP, D, IV, 243-245, Doc. 202. <<

[86] Walt, *How War Came*, 150. <<

[87] TBJG, I/6, 285-86 (14.3.39, 15-3-69). <<

[88] Schmidt, 435; Watt, *How War Came*, 144, 152; Toland, 515. <<

[89] TBJG, I/6, 287 (15.3.39); Keitel, 200. Según Keitel, la llegada de Hacha le fue anunciada a Hitler hacia las diez de la noche. No se le esperaba hasta el final día (Below, 151), aunque fotos del presidente checo pasando revista a una guardia de honor a la salida de la estación de Berlín a la luz del día indican que no había llegado más tarde de las siete de la tarde. Domarus, 1093 n° 263. <<

[90] Keitel, 200. Para la actitud relajada de Hitler durante la velada, véase Below, 152. <<

[91] Schmidt, 435-36. <<

[92] DGFP, D, IV, 263-69, Doc. 228; Otto Meissner, *Staatsse kretär unter Ebert-Hindenburg-Hitlen Der Schicksalsweg des deutschen Volkes von 1918 bis 1945, wie ich ihn erlebte*, Ilamburgo, 1950, 476; Keitel, 201; Schmidt, 437: Below, 150- E53. <<

[93] Keitel, 201. <<

[94] Según Keitel (200-201) Hacha no sabía nada. Pero, según Schmidt, le había informado Mastny al llegar a Berlín de que habían cruzado la frontera tropas cerca de Ostrau. Schmidt, 437; y Goebbels señalaba que la finalidad de que se enviasen tropas a territorio checoslovaco era ejercer más presión sobre Hacha. TBJG, 286 (.15.3.39). <<

[95] Keitel, 201. <<

[96] Irving, *Göring*, 245. <<

[97] Schmidt, 438-39. <<

[98] Schmidt, 439; DGFP, D, V, 263-69, n° 228. <<

[99] Schroeder, 88. <<

[100] Below, 153; Keitel, 202; Domarus, 1097. <<

[101] Schroeder, 88; Below, 153-4; Schneider, N° 47, 21.1 1.52, 8; TBJG, I/6, 293 (20.3.39), cbnde Goebbels comentaba que Hitler consideraba que el pueblo de Praga se había «comportado muy neutiahílente», y que no podía haberse esperado más de ellos. <<

[102] Schroedei, 88-89. <<

[103] Reichsgesetzblatt [=RGBi] 19339, 485-88, cita 485; Below, 154.
<<

[104] Below, 154. <<

[105] TBJG, I/6, 293 (20.3.39); Below, 155; Domarus, 1103. <<

[106] Véase Below, 154, 156. <<

[107] StA München, NSDAP 126, informe del Kreisleiter de Aichach, Alta Baviera, 31.3.39: «Die Menschen freuten sich über die grossen Taten des Führers und blicken vertrauensvoll zu ihm auf. Die Nöte und Sorgen des Alltags sind aber so gross, dass bald wieder die Stimmung getrübt wird». <<

[108] Below, 156. Speer, 162, destacaba el estado de ánimo depresivo predominante en Alemania y las preocupaciones por el futuro. Véase también, para las reacciones al ultimo golpe, Kershaw, «Hitler Myth», 139-40. <<

[109] DBS, VI.279. Los analistas del cuartel general de Sopade, que se habían trasladado por entonces de Praga a París, llegaban a la conclusión de que, teniendo en cuenta las promesas incumplidas de Hitler y tantas ocasiones para poder darse cuenta de la verdadera esencia del régimen nazi: «Si el mundo […] se permite dejarse engañar, él es el único culpable. […] Para este sistema, no hay otro derecho que el del más fuerte». DBS, VI.372-73. <<

[110] Ruth Andreas-Friedrich, *Schauplatz Berlin. Ein deutsches Tagebuch*, Munich, 1962, 32. <<

[111] Eva Sternheim-Peters, *Die YAt der grossen Täuschungen. Mäddmnleben im Fasclüsmus*, Bielefeld, 11)87, 361-62. <<

[112] DBS, VI.278. <<

[113] Neville Chamberlain, *The Struggle for Peace*, Londres, 1939, 413-20, citad 418. <<

[114] Courcy, 98. <<

[115] Cit. Weinberg, II.542-43. <<

[116] Weinberg, II.545-46. <<

[117] DGFP, D, IV, 99-100, n- 81. <<

[118] Domarus, 510-511, 1029, n. 49a, 1109; Benz, Graml y Weiss, *Enzyklopädie*, 582; Walt, *How WarCame*, 156. <<

[119] Véase Weinberg, II. 536. <<

[120] Domarus, 1109; Watt, *How War Came*, 156-57. <<

[121] TBJG, I/6, 296 (23.3.39). <<

[122] TBJG, I/6, 297 (23.3.39); Domarus, 1109-1110. <<

[123] Domarus, 1110-14. Parece no haber ninguna prueba de lo que afirma Watt, *How War Cante*, 157, de que Hitler desembarcó mareado de su travesía en el Deutschland. <<

[124] TBJG, I/6, 297 (23.3.39). <<

[125] TBJG, I/6, 296 (23.3.39). Hitler había estado dando por supuesto durante unos cuantos meses que se le devolverían a Alemania sus antiguas colonias. Weinberg, II.512-3. Pero el asunto era, como máximo. de importancia secundaria para él, y su suposición, un tanto imprecisa, era que la cuesticm colonial se resolvería quizás a finales de la década de 1940, cuando Alemania fuese la dueña del continente europeo y cuando estuviese lista la flota de guerra. Klaus Hildebrand, *Deutsche Außenpolitik 1933-1945: Kalkül oder Dogma'?* Stuttgart etc., 1971, 78-79. <<

[126] DGFP, D, VI, 70-72, n" 61. <<

[127] DBFP, Serie 3, IV, 463-64, nº 485. <<

[128] Watt, *How War Cante*, 158-59. <<

[129] Below, 157; DGFP, D, VI, 117-119 (cita, 117), n° 99. La actitud de Hitler no es compatible con la afirmación de postguerra (basada en pruebas dudosas) de que ya había decidido sobre la ocupación militar de Polonia el 8 de marzo, cuando habló con la cúpula del empresariado, el partido y el ejército, Dietrich Eichholtz y Wolfgang Schumann (eds.), *Anatomie des Krieges. Neue Dokumente über die Rolle des deutschen Monopolkapitals bei der Vorbereitung und Durchführung des zweiten Weltkrieges*, Berlín este, 1969, 204-05, Doc.88 (basado en informes enviados al presidente Roosevelt el 19 de septiembre de 1939 por William Christian Bullitt, el embajador de Estados Unidos en París). <<

[130] TBJG, I/6, 300 (25.3.39). <<

[131] Domarus, 11 15-16; Watt, *How War Came*, 160-61. <<

[132] Como en Domarus, 1116. Hitler estaba disgustado, sin embargo, por el torpe distanciamiento de Ribbentrop de los polacos, que amenazaban con hacer justo lo que él quería evitar y que los empujaba en los brazos de los ingleses. Bloch, 220. <<

[133] TBJG, I/6, 302 (28.3.39). <<

[134] Watt, *How War Came*, 160-61. <<

[135] Weinberg, II.554-55. <<

[136] DBFP, Serie 3, IV, 553, n- 582. Para los antecedentes y los cambios en la actitud inglesa hacía Alemania en la primavera de 1939, aunque tienda a interpretarlos como una continuación por otros medios de la política existente (tal como la veía el propio Chamberlain), dirigida a preservar el *status quo* en Europa oriental y a mantener la posición de Inglaterra como una potencia mundial, más que como un cambio de dirección, véase Simon Newman, *March 1939: Ihe British Guamntee to Poland. A Study in the Continuity of British Foreign Policy*, Oxford, 1976, que destaca el papel de Halifax instando a Chamberlain a otorgar la garantía. Para una mayor insistencia en la garantía como el cambio decisivo en la política inglesa, aunque no se pretendiese tal cosa, véase A. J. P. Taylor, *The Origins of the Second World War* (1961), Penguin, Harmondsworth, 1964, 253. Resulta atractiva la posición de P.M.H. Bell, *The Origins of the Second World War in Europe*, Londres, 1986, 252-55, de que la explicación más sencilla de la garantía probablemente sea la mejor: la invasión hitleriana de Checoslovaquia había modificado profundamente la opinión pública inglesa, y también la opinión de Chamberlain. Tenía que haber un cambio significativo de política. Chamberlain comprendía ya hasta qué punto se habían burlado de él; cómo el Acuerdo de Munich, cjue él consideraba un logro suyo, no había sido más que un gran engaño. Una valoración equilibrada, y sobre el conjunto de los intentos de Chamberlain de apaciguar y luego disuadir a Hitler en 1938-39, se puede encontrar en R.A.C. Parker, *Chamberlain and Appeasement: British Policy and the Coming of the Second World War*, Londres, 1993; aquí esp. 204SS. <<

[137] Domarus, 1128-1129. El comunicado de la reunión de Chamberlain y Beck del 5 de abril de 1939 está en DBFP, Serie 3, V, 35, nº 10 (y véase 50, nº 17 n.2, que se remite al texto del discurso de *Pariiamentary Debates*, Serie 5, Cámara de los Comunes, vol.345, Cois.2996-99). Para la resolución firme y el falso optimismo de Varsovia que siguieron al comunicado, véase Shirer, 131. Siguieron garantías inglesas a Rumania, Grecia y Turquía y el inicio de negociaciones serias con los soviéticos. Watt, *How War Came*, 193; véase también Weinberg, II.556. <<

[138] Hans Bernd Gisevius, *Bis zum bittem Ende*, Zürich, 1946[2], vol.2, 127: «Denen werde ich einen reufelstrank brauen». Gisevius informaba de lo que le había dicho el almirante Canaris, presente cuando Hitler hizo el comentario. <<

[139] Goebbels anticipó la respuesta de Hitler: «Así que Bech ha caído al final en la trampa de los lores. Es posible que Polonia tenga que pagar algún día un alto precio por eso». TBJG, I/6, 313 (10.4.39). <<

[140] Véase Dirks/Janssen, 83-84. <<

[141] Domarus, 1119-27, esp. 1120, 1125. No se permitió transmitir el discurso en directo, presumiblemente para que se pudiera corregir el texto si era necesario (no lo fue). Las órdenes, supuestamente del propio Hitler, que impedían una transmisión en directo se dieron con tan poco margen de tiempo que a William Shirer no le llegaron hasta después de que Hitler hubiera empezado ya a hablar. El brusco final de la transmisión del discurso y su sustitución por música, condujeron a que en Nueva York se plantearan dudas sobre si Hitler habría sido asesinado. Shirer, 130. <<

[142] Walter Warlimont, *Inside Hitlers Headquarters, 1939-45* (1962) Presidio, Novato, s.f. (1964), 19-20. Para el texto: Walther Hubatsch (ed.), *Hitlers Weisungen für die Kriegführung Dokumente des Oberkommandos der Wehrmacht* (19(12), Munich, 1965, iq-22 [=Weist tilgen]; y véase Müller, *Heer*, 390-92. <<

[143] Domarus, 1130; Below, 159. <<

[144] DGFP. D, VI, 223-28, Doc. 185; Domarus, 1131-33. Weisungen, 22; IMG, XXXIV. 388-91, Doc. 1 20-C («Fall-Weiss»), 429-42, D0C.126-G. <<

[145] Weisungen, 22. <<

[146] Hoffmann, 122. <<

[147] Aunque Polonia se proponía modernizar sus fuerzas armadas, su presupuesto de defensa en los años 1935-39 no ascendió a más del 10 por l00 del de sólo la Luftwaffe en el año 1939. Andrzej Suchcitz, «Poland's Defence Preparations in 1939», en Peter 1). Stachura (ed.), *Poland between the Wars, 191 S-igyg*, Londres, 1998, 109-36, aquí 110. <<

[148] Christian Hartmann y Sergej Shitsch, «Franz Halder und die Kriegsvorbereitungen im Frühjahr 1939. Eine Ansprache des Generalstabschefs der Heeres», VfZ, 45 (1997), 467-95, citas 480, 482-83, 4889°, 495; para la datación en la segunda mitad de abril, 469-70. <<

[1] Speer, 163-64; Domarus, 1144; TBJG, I/6, 322 (20. 4. 39); 6<gow, 160; Scluoeder, 92-94. Y véase Kurt Pätzold, «Hitlers fünfzigstel' Geburtstag am 20. April 195g», en Dietrich Eicholtz y Kurt Pätzold (eds.), *Der Weg in den Krieg. Studien zut Geschichte der Vorkriegsjahre (1933/36 bis 1939)*, Berlín este, 1989, 309-43. <<

[2] Domarus, 1146. Henderse», 214, para su retirada (y 220 para su regreso el 25 de abril). <<

[3] TBJG, I/6, 323 (21.4.39); Domarus, 1145-46; Below, 161; Schroeder, 94. <<

[4] Fritz Terre en, «Der Filmberitch über Hitlers 50. Geburtstag. Fin Beispiel nationalsozialistischer Selbstdarstellung und Propaganda», VfZ, 7 (1959), 75-84, aquí 82. <<

[5] TBJG, I/6, 323 (21.4.39). <<

[6] DBS, VI.435-54. <<

[7] Ilse McKee, *Tomorrow the World*, Londres, i960, 27. <<

[8] Véase Kershaw, *Popular Opinión*, 106, 148-49, 222, para algunos ejemplos. <<

[9] Domarus, 1178; véase también Sebastian Haffner, *Anmerkungen zu Hitler*, Munich, 1978, 43-45. <<

[10] MadR, II.160-61. <<

[11] MadR, II.293. <<

[12] GstA, Reichsstatthalter 563, «Die Lage der bayerischen Landwirtschaft im Frühjahr 1939», Fol. 13; véase Kershaw, *Popular Opinión*, 61. <<

[13] MadR. II. 159, 161, 292, 295. <<

[14] MadR, II.157. <<

[15] BA/ÁLA, RW19/68, «Zusammenfassender Überblick», 31.1.39, Fol. 119. <<

[16] BA/MA, RW19/56, I*Vehrwirtschaftsinspektion* VI, junio 1939. <<

[17] BA/MA, RW19/56, *Wehnuirtschaftsinspektion* VI, julio 1939. <<

[18] Véanse las referencias en cap. 17, nota 41. La actividad ilegal de oposición de la izquierda, especialmente de los comunistas, aunque no parece que llegase en ningún momento a constituir una amenaza seria para el régimen, no cesó nunca y parece que se intensificó en los años inmediatamente anteriores a la guerra. Véase Klaus Mam- macli, «Widerstandsaktionen und oppositionelles Verhalten», en Eichholtzy Pätzold, 403-34. <<

[19] BA, R43II/1941 Fol.103. <<

[20] IfZ, Doc. NG-5428. <<

[21] BA, R43II/528. Laminers presentó también regularmente los informes del Ministerio de Trabajo del Reich a Hitler en los años 1935-37, pero dejó de hacerlo después del 5.1.38. R43II/533. <<

[22] BA, R43II/195, Fol 182. <<

[23] Véase Speer, 229. <<

[24] Véase Masón, *Sozialpolitik*, cap. 1. <<

[25] Treue, «Hitlers Rede vor der deutschen Presse». 188-89. <<

[26] Wiedemann, 90. <<

[27] Domarus, 1317. <<

[28] Véase Below, 162. <<

[29] Schneider, 24.10.52, 8. <<

[30] Véase Jochen Thies, *Architekt det Weltherrschaft. Die «Endziele» Hitlers*, Düsseldorf, 1.976; yjost Düllfer,Jochen fhies y Josef Henke (eds.), *Hitlers Städte. Baupolitik im Dritten Reich. Eine Dokumentation*, Colonia, 1978. <<

[31] Véase Martin Borszat y Klaus Schwabe (eds.), *Die deutschen Eliten und der Weg in den Zweiten Weltkrieg*I Munich, 1989, esp. 61-71 (Hitler); 133 (preocupaciones de la industria en relación con la guerra); 224-25 (papel de los diplomáticos); 285-90 (posición de los militares después de Munich); 383ss. (esperanzas de expansión agraria). <<

[32] Véase el comentario de Fritsch a von Hassell de diciembre de 1938: «Este hombre [Hitler] es para bien o para mal el destino de Alemania. Si es el abismo ahora—cosa que Eritsch consideraba probable—nos arrastrará a todos al fondo con él. No hay modo de evitarlo». Hassell, 71. Los comentarios revelan poco reconocimiento de su responsabilidad por parte de Fritsch y de los como él habían contribuido a situar a Hitler en esa posición. <<

[33] *Ciano's Diary, 1939-199 3*, ed. Malcolm Muggeridge, Londres, 1947, [=CD], 78, para la extensión del discurso. <<

[34] Domarus, 1137-38. <<

[35] Below, 161. <<

[36] Domarus, 1173. <<

[37] Domarus, 1148-79 (para el texto del discurso; «respuestas» de Roosevelt, 1166-79); Shirer, 133, para las risas de los diputados. <<

[38] Schneider, N° 48, 28.22.52, 8. <<

[39] Below, 162. Véase también Shirer, 133, al que la réplica de Hitler le pareció «bastante hábil» por lo bien que jugaba con las simpatías de los apaciguadores. <<

[40] Shirer, 133. <<

[41] Domarus, 1158-59. <<

[42] Watt, *How War Came*, 196-97; Dirks/Janssen, 94ss. <<

[43] Domarus, 1161-63. <<

[44] Weinberg, II.560 y 11. 87, y véase 561 y n. 90. El evitar negociaciones a partir de esa fecha favorece la interpretación de que Hitler había decidido resolver la «cuestión polaca» por la fuerza. (Para posiciones diferentes sobre este punto, véase Müller, *Heer*, 391, y Jenke, *England*, 242 45.) No es coherente con la idea de que aún creía que se podía coaccionar a los polacos para que aceptaran sus términos. Watt, *How War Came*, 196. <<

[45] Müller, *Heer*, 392 y 11. 73; véase también Weinberg, II.558 y n. 78. <<

[46] Müller, *Heer*, 39091 y n. 67. <<

[47] Müller, 392. Halder tenía reservas (393-98), pero, en discusiones con Beck, uno de sus argumentos sobre la falta de perspectiva de oposición era que Danzig era indiscutiblemente una ciudad alemana. (395-96). Véase también Below, 175; también, Hartmann/Slutsch, «Franz Halder und die Kriegsvonbereitung im Frühjahr 1939» para el agresivo discurso de Halder a los jefes militares de abril de 1939, citado en el capítulo anterior. <<

[48] Dülfer, *Weimar; Hitler und die Marine*, 507, 510, 529-30. Según Below, 163, los presentes estaban esperando un análisis del *Fall Weiss* («Caso Blanco»), el plan para el ataque a Polonia. <<

[49] Weinberg, II.576. <<

[50] Brauchitsch aseguraba recordar después de la guerra las palabras de Hitler sobre esto: «Habría sido un idiota metiéndome en una guerra por Polonia como los incapaces *(die Unfähigen)* de 1914». IMG, XX.623. <<

[51] IMG, XXX- VII.546-56, D0C.079-L; DGFP, D, VI, 574-80 (citas 576-80); Domarus, 1196-1201; Below, 163-64 para reacciones. Véase también Weinberg, II.579-83. <<

[52] Mario Toscano, *The Origins of the Pací of Steel*, Baltimore, 1967, 367 (y cap. 4-5 para la génesis y significación del pacto.) <<

[53] CD, 46. <<

[54] Weinberg, II.565-66. <<

[55] DGFP, D, VI, 450-52 n° 341; véase también Bloch, 225; y Toscano, *Steel Pací*, 307-34; y, para el comentario de Hitler sobre Ribbentropp, CD, 91. <<

[56] En 1939, Suecia y Noruega suministraron el 54 por 100 de las importaciones de mineral de hierro de Alemania, con un 13 por 100 procedente de Francia, un 8 por 100 de Luxemburgo y la mayoría del resto de España, África del norte y Terranova. Lotte Zumpe, *Wirtschaft und Staat in Deutschland 1933 Ins 1943*, Berlín este, 1980, 175. <<

[57] Weinberg, II.581, 584-93, y, una valoración más negativa, Bloch, 223. Para el nivel de penetración económica de los países balcánicos, véase también Alan S. Milward. «Fascism and the Economy», en Walter Laqueur (ecl.), *Fascism. A Reader's Guide*, Harmondsworth 1979, 109-53, aquí 440-41; y George W.F. Hallgarten y Joachim Radkau, *Deutsche Industrie und Politik von Bismark bis in die Gegenwart*, Reinbek bei Hamburg, 1981, 330-32. Wendt, *Grossdeutschland*, 167-69, 245-48, indica las graves deficiencias persistentes de la economía alemana en 1939 a pesar de esa penetración. <<

[58] Bloch, 235. Según Below, 155, Hitler había empezado también a barajar esas ideas a raíz de la ocupación de Checoslovaquia. En este punto, Hitler, según afirmaría él mismo más tarde, no estaba seguro de si atacar primero en el este o en el oeste. Domarus, 1422-23 (del discurso de Hitler a los jefes militares de 23 de noviembre de 1939). <<

[59] Véase Ribbentrop, *Zwischen London und Moskau*, 171; Wolfgang Michalka, *Ribbentrop und die deutsche Weltpolitik 1933-40. Aussenpoiitische Konzeptionen und Entscheidungsprozesse im Dritten Reich*, Munich, 1979, 278-79; y Wolfgang Michalka, «From the Anti-Comintem Pacto to the Euro-Asiatic Bloc: Ribbentrop’s Alternative Concept to Hitler’s Foreign Policy Programme», en Koch, *Aspects*, 267-84, aquí 275-78. <<

[60] Weinberg, II.-55053, 568-77; Alan Bullock, *Hitler and Stalin. Parallel Lives*, Londres, 1991, 676-77; Bloch, 235; Geolirey Roberts, *The Unholy Alliance. Stalin's Part with Hitler*, Londres, 1989, 109-19; Watt, *How War Came*, cap. 13. Carley, *1919: The Alliance that Never Was*, examina detalladamente los fallos de las negociaciones francesas e inglesas con la URSS. <<

[61] Roberts, 151-54. <<

[62] *Ribbentrop Memoirs*, 109. Para el discurso de Stalin. Roberts, 118; Weinberg, II.550. Ribbentrop (si es que sus recuerdos son veraces) veía demasiadas cosas en el discurso de Stalin. En realidad este estaba manteniendo abiertas sus opciones al indicar que la Unión Soviética quería mantenerse al margen de cualquier guerra entre estados capitalistas e imperialistas. Weinberg, II.550. <<

[63] Peter Kleist, *Die europäische Tragödie*, Gotinga, 19Ó1,52. <<

[64] DGFP, D, VI, 2(56-67 (aquí 266), n° 215. <<

[65] Gustav Ililger y Holger G. Meyer, *The Incompatible Allies: A Memoir-History of German-Soviet Relations 1918-1941*, Nueva York, 1953, 293-97. Hilger creía que Litvinov había sido cesado por haber presionado en favor de un entendimiento con Inglaterra y Francia, mientras que Stalin se había sentido más inclinado a mirar hacia Alemania. Véase también Bloch, 236; y Weinberg, II.570-72, para el cambio del ministro de asuntos exteriores soviético. Hitler se refirió al significado del cese de Litvinov en su discurso a los generales de 22.8.39 (Winfried Baumgart, «Zur Ansprache Hitlers vor den Führern der Wehrmacht am 22. August 1939. Eine quellenkritische Untersuchung», VfZ, 16 (1968), 120-49, aquí 145) y en su carta a Mussolini de 25.8.39 (Domarus, 1254). <<

[66] Kleist, 58. <<

[67] Weinberg, II.573-74. <<

[68] Below, 170. <<

[69] Bloch, 236; Weinberg, II.573. <<

[70] Weinberg, II.574; ßloch, 236. <<

[71] DGFP. D, VI, 589-93, 597-8 n- 441,446 (cita, 598). <<

[72] DGFP, D, VI, 790, 8io, 813, n° 570, 583, 588. <<

[73] Weinberg, 11.604-5; Bullock, *Hitler and Stalin*, 678; Bloch. 237.
<<

[74] DGFP, D, VI, 755-76 (cita 755), n° 700. <<

[75] DGFP, D, VI, 1006-9, n° 725 y Anthony Read y David Fisher, *The Deadly Embrace*, Londres, 1988, 122-26. <<

[76] DGFP, D, VI, 1047-48 (aquí 1048) n° 757. <<

[77] DGFP. D, VI, 1059-62 (aquí 1060), 1067-68, n° 766, 772. <<

[78] DGFP, D, VI, 1006-9, 1015-16, 1047-48, n° 729, 736, 757; Weizsäcker-Papiere, 157 (entrada del 30.7.39); Weinberg, II.605. <<

[79] DGFP, D, VI, 1059-62. n° 766. Molotov se había mostrado «insólitamente abierto» (1059) y mencionó dos veces «exigencias bien conocidas sobre Polonia» (1060-61). <<

[80] Weinberg, II.604. <<

[81] CP, 300, 304; DGFP, D, VII, 39-49 (cita, 47), n° 43. <<

[82] Domarus, 1217. <<

[83] Keitel, 206; Domarus, 1 214; Irving, *Führer*, 190. <<

[84] Below, 166-69. <<

[85] Below, 172-74. <<

[86] Domarus, 1217-19. <<

[87] Schneider, n° 44, 31.10.52. <<

[88] Kubizek, 282-86. <<

[89] CD, 91 (21.5.39). Ciano había encontrado bien a Hitler, aunque envejecido, con más arrugas en los ojos. Comentaba el insomnio que padecía. <<

[90] Schneider, n° 43, 24.10.52, 1, 8. Véase también Serenv, *Speer*, 193-95. <<

[91] Seraphim, *Rosenberg Tagebuch*, 81 (6.2.39). Lo que pensaba Rosenberg de que se detestaba tanto a Goebbels se basaba, a juzgar por el contexto de sus comentarios, en que usaba el poder para la explotación sexual de muchachas que tenían la esperanza de progresar profesionalmente. En una conversación con Himmler, Rosenberg pasaba también a criticar a Goebbels por el daño que había causado al estado el pogromo de la *Reichskristallnacht*. <<

[92] Véase Martens, 178s.S., 199; Kjlibe, 312; Irving, *Gönng*, 247-54. <<

[93] Serenv, 206. <<

[94] Weizsäcker, *Erinnerung*, 234. <<

[95] Weinberg, II.583-84 y n. 199. <<

[96] Steinert, 84s.S.; lan Kershaw, «Der überfall auf Polen und die öffentliche *Meinung in Deutschland», en Ernst Willi Hansen, Gerhard Schreiber, and Bernd Wegner (eds.)*, Politischer Wandel, organisierte Gewalt und nationale Sicherheit. Beiträge zur neueren Geschichte Deutschlands und Frankreichs. Festschrift für Klaus-Jürgen Müller, *Munich, 1995, 237-50, aquí 239-45*. <<

[97] DBS, VI.407.ss. <<

[98] Ilse McKee, *Tomorrow the World*, Londres, i960, 27. <<

[99] StA Bamberg, K8/JII, 18473, LA Ebermannstadt, sin fecha (finales de julio de 1939). <<

[100] DBS, VI.275. <<

[101] DBS,VI.561. <<

[102] DBS, VI.818. <<

[103] SBS,VI.409s.S. <<

[104] Herberts. Levine, *Hitler's Free City. A History of the Nazi Party in Danzig*, 1925-39, Chicago-Londres, 1973, 151; y Weinberg, II.584 11. 208. <<

[105] Carl J. Burckhardt, *Meine Dunziger Mission 1937-1939*, Munich, 1962, 254-55 para la crisis aduanera. <<

[106] Burckhardt, 255-56. <<

[107] Véase Herbert S. Le vine, «The Mediator: Carl J. Burckhardt's Efforts to Avert a Second World War», *Journal of Modern History*, 45 (1973), 439-55, aquí 453-55. <<

[108] Burckhardt, 261-63; y véase Paul Stauffer. *Zwischen Hofmannsthal und Hitler. Carl J. Burckhardt: Facetten einer aassergewöknlichen Existenz*, Zürich, 1991, 14iss., que indica (152-53) que la noticia de la reunión «secreta» fue filtrada deliberadamente por adelantado, casi seguro que por iniciativa de Hitler, con la intención de demostrar su disposición al diálogo con Occidente, al periodista francés Bertrand de Jouvenel (conocido por sus simpatías en el pasado hacia la Alemania nazi). <<

[109] Burckhardt, 264. El «Nido del Aguila», edificado a una altitud de casi 2.000 metros, unos 800 más que el propio Berghof, no era en realidad ninguna «Casa de Té». La «Casa de Té» de Hitler, el destino habitual de sus paseos de la tarde quedaba más abajo del Berghof. El nombre «Teehaus» era una corrupción del nombre oficial *D-Haas (Diplomaten-Haus)*, que revelaba la intención de causar la máxima impresión a visitantes extranjeros importantes elegidos. El proyecto era de Bonnan, con planos que se remontaban a 1936, como un regalo para Hitler en su quincuagésimo cumpleaños. Trabajaron en su construcción unos 3.500 hombres y por el tiempo en que se terminó, el verano de 1938, había costado unos 30 millones de Reich Marks. Durante la mayor parte de los años de guerra permaneció vacío y sin uso. Ernst Hanisch, *Der Obersalzberg: Das Kehlsteinhaus und Adolf Hitler*, Berchtesgaden, 1995, 18-21; Below, 124. Véanse las impresiones de Francois-Poncet, *Als Botschafter*, 395-97. <<

[110] Below, 124. <<

[111] Schneider, 11-4(5, 14.11.52,8. <<

[112] Hitler había comentado en su primera visita al «Nido del Aguila» el verano anterior que llevaría allí a invitados a los que quisiera impresionar u honrar especialmente. Below, 124. <<

[113] Schneider, nº 46, 14.11.52, 8; Speer, 176. <<

[114] Burckhardt, 264-70; texto en inglés en I)BFP, Serie 3, VI, 691-6, n° 659 (citas, 694-95). Véase Watt, *How War Came*, 332 para la descripción dé Ironside. La propuesta de Ironside la expusieron también Weizsäcker y Henderson, pero al final se decidió en Londres que no sería una persona apropiada como emisario. Meehan, 232-33, 235. La embajada inglesa en París había advertido al Ministerio de Asuntos Exteriores que podría ser perjudicial para las buenas relaciones entre Francia e Inglaterra el que se aceptase la propuesta de Ironside sin consultar a los franceses. Staulfer, 154. <<

[115] Burckhardt se había reunido ya el 13 de agosto, en casa de su madre en Basilea, con Roger Makins del Ministerio de Asuntos Exteriores inglés y Pierre Arnal del Quai d’Orsay. El informe de Makins sobre la reunión (DBFP, Serie 3, VI, 691-95, n° 659) lo dictó prácticamente Burckhardt y se tradujo al alemán para la Meine Danzig Mission, 264SS. Stauffer, 141, 179, 182. <<

[116] DBFP, Serie 3, VI, 696, n" 659; Stauffer, 140-41. <<

[117] *The Diaries of Sie Alexandn Cadogan*, 195. <<

[118] DBFP, Serie 3, VI, 697-98, N" 659; Watt, *How War Came*, 435. El informe de Makins, reproducido más tarde por Burckhardt en su libro, no incluía comentarios de Hitler que el alto comisario añadió en sus memorias, escritas más de veinte años después, asegurando, bastante notablemente, que no le habían parecido interesantes en la época: «Todo lo que yo emprendo está dirigido contra Rusia. Si los de Occidente son tan estúpidos y tan ciegos que no se dan cuenta de esto, entonces me veré obligado a llegar a un entendimiento con los rusos para atacar a Occidente y luego, después de su derrota, volverme, con toda mi fuerza concentrada contra la Unión Soviética. Necesito Ucrania, para que nadie nos mate de hambre como hicieron en la última guerra». Burckhardt, 272; trad. ingl. Klaus Hildebrand, *The Foreign Policy of the Third Reich*, Londres, 1973, 88. Hildebrand (y otros) han dado por supuesto que los comentarios estaban concebidos para influir en Londres. No hay, sin embargo, ningún indicio de que fuesen transmitidos, ni siquiera extraoficialmente. Ni Halifax en sus memorias ni Cadogan en sus diarios los mencionan. A pesar de que el pasaje aparece en casi todas las descripciones de la entrevista de Hitler con Burckhardt, no tiene nada de sorprendente el que se hayan planteado muchas dudas sobre su autenticidad. Parece en una primera impresión intrínsecamente improbable que Hitler hubiese hecho esos comentarios, sabiendo que Burckhardt se proponía informar del contenido de la conversación a las potencias occidentales en un momento en que el pacto con los rusos se hallaba en una etapa tan delicada y en que los pactos entre la Unión Soviética y las democracias occidentales aún seguían arrastrándose. Una copia que se conserva de notas dispersas de Burckhardt de los comentarios de Hitler, sin fecha pero supuestamente del día de su entrevista con el caudillo nazi, indica que Hitler, tras decir que hablaba en serio y que

golpearía fuerte, comentó que «llegaría a un acuerdo con Rusia sólo temporalmente y que después de una victoria frente a Occidente atacaría con toda su potencia para hacerse con Ucrania. ¡Trigo, madera!» (cit. Stauffer, 188). Pero el original no figura, sin embargo, en los documentos de Burckhardt (Stauffer, 308 n. 33) y, según parece, no se ha visto nunca. Aunque Stauffer, tras cuidadosa investigación (178-201), está dispuesto a otorgar el beneficio de la duda respecto a la autenticidad del documento (189-90), hay que mantener un interrogante hasta que se presente el original, teóricamente guardado en una cámara acorazada. Burckhardt no expuso ninguna razón imperativa por la que hubiese de omitir la mención del comentario de Hitler a Makins. Si ha de considerarse auténtico el documento, la mejor glosa tal vez sea que los comentarios de Hitler, formulados en el calor del momento, le parecieron a Burckhardt básicamente similares a lo que había escrito ya en *Mein Kampf* y en consecuencia sin interés para los gobiernos occidentales. Hitler había hablado anteriormente en esa entrevista de la necesidad de tierra en el este y de la necesidad de tener garantizados el trigo y la madera y la práctica repetición de ese punto quizás le pareciese innecesaria a Burckhardt en el momento. En cualquier caso, la versión que publicó de los comentarios debe considerarse uní retoque posterior del texto… que no sería el único de las memorias publicadas de Burckhardt. <<

[119] CP, 297-99. <<

[120] CD, 124. <<

[121] CP, 299-303. Justo una semana después, el 20 de agosto, el antiguo jefe de la sección londinense de la Agencia de Noticias alemana, Fritz Hesse, transmitía al gobierno inglés, con autorización de Ribbentrop, la impresión no sólo de que Hitler estaba decidido a resolver el asunto de Danzig, fuese como fuese, sino (probablemente para que se considerase un «farol») de su convencimiento de que «si estallase la guerra entre Alemania y Polonia, Inglaterra participaría en ella». Josef Henke, «Hitler und England Mitte August 1939. Ein Dokument zur Rolle Fritz Hesse in den deutsch-britischen Beziehungen am Vorabend des Zweiten Weltkrieges», VfZ, 21 (1973), 231-42, esp.240 y (para la cita) 241. Henke (y el propio Hesse, como aseguró más tarde) consideraron los comentarios como expresión auténtica de las ideas de Hitler en el periodo, no como un cálculo táctico. Véase 236 y 11. 20. Fritz Hesse exagera mucho en su libro, *Das Spiel um Deutschland*, Munich, 1933, la importancia de su papel como intermediario entre los gobiernos alemán e inglés en las últimas semanas de paz. <<

[122] CD, 124. <<

[123] DGFP, D, VII, 39-49 (48-49 para la interrupción de las conversaciones), 58-9, N- 43, 50; CP, 302. <<

[124] DGFP. 1), VIJ. 68-9, nº 62; Bloch, 240; Read y Fisher, *The Deadly Embrace*, 193-94. <<

[125] Bloch, 240. *Ribbentrop Memoirs*, 109-10 indica que se lo había propuesto a Göring el propio ministro de asuntos exteriores. Dado que eran los dos archirrivales, eso parece sumamente improbable. El comentario de Ribbentrop de que no sabía nada en la época de que Hitler tuviese intención de atacar Polonia no resulta creíble. <<

[126] Bloch, 241-44. <<

[127] DGFP, D, Vil, 142-48, 152-53, n- 131, 135. Se llegó a un acuerdo el 19 de agosto y se firmó, con una demora posterior por parte de Moscú, a las dos de la madrugada del día 20 de agosto. <<

[128] DGFP, D, VII, 134, n- 125; Read y Fisher, 7*he Deadly Embrace*, 214. <<

[129] Stalin sabía desde el mes de julio que Hitler estaba planeando atacar Polonia a finales de agosto o principios de septiembre, Dmitri Volkogonov, *Stalin, l'riumph and Trágedy* (1991), Rocklin Ca., 1996, 357. Ea frenética actividad diplomática de Berlín a mediados de agosto era un indicio para Stalin y Molotov de que la fecha de la invasión estaba próxima. Weinberg, II.608. Bloch, 244, afirma (sin fuente) que Stalin y Molotov sabían que Hitler se proponía invadir el 26 de agosto. <<

[130] DGFP, D, VII, 156-7, n° 142. <<

[131] Hoffmann, *Hitler was my Friend*, 102. La versión de Speer, 176, difiere en detalles y reseña las reacciones de Hitler al recibir el telegrama (véase Vomarus, 1233). <<

[132] Steinert, 85-86. Y véase Schmidt, 449; Shirer, 145. <<

[133] Baumgart, 142 (el comentario escrito en noviembre de 1939 del general Liebmann), y 145 n. 100, que cita los recuerdos de Rundstedt en su testimonio de Nuremberg de 19.6.46; véase también Below, 181. <<

[134] TBJG, I/7, 72 (22.8.39). <<

[135] TBJG, I/7, 75 (24.8.39) : «Wir sind in Not und fressen da wie der Teufel Fliegen». <<

[136] Seraphim, *Momberg-Tagebuch*, 89-90«(22.8.3 <<

[137] Véase DBS, VI. 985-86. <<

[138] DBS, VI.988. <<

[139] Hoffmann, *Hitler was my Friend*, 103. <<

[140] TBJG, I/7, 73 (23.8.39) . <<

[141] Watt, *How War Came*, 466. <<

[142] Cit. Werner Maser, *Der Wortbruch. Hitler, Stalin und der/.weite Weltkrieg* (1944) Munich, 1997[4], 59-60. <<

[143] Watt, *How War Came*, 467-70. <<

[144] Meehan, 233-34. Halifax sólo destacó la importancia de los efectos sobre la moral. <<

[145] Watt, *How War Came*, 463. <<

[146] La orden de asistir a la reunión se le entregó al general Liebmann el 21 de agosto por la mañana. Baumgart, 141. <<

[147] Below, 181. <<

[148] Baumgart, 144 n. 97, 148. <<

[149] Baumgart, 144 n. 97. Algunos de los presentes afirmaron luego que estaban allí de uniforme. Pero las versiones más contemporáneas mencionan ropa civil. Below, 180, confirma esto. <<

[150] Baumgart, 142. <<

[151] Baumgart, 143 y n. 93-96, 148. <<

[152] Baumgart, 143 y n. 96. <<

[153] Baumgart, 148 n. 111. Las notas eran títulos escritos a mano, según Below, 18]. <<

[154] Baumgart, 120. <<

[155] Baumgart, 122-28. Para el significado del documento, su autenticidad y la autoría de la mejor versión (la de Ganaris), véase el artículo de Baumgart y su respuesta, «Zur Ansprache Hitlers vor den Führern der Wehrmacht am 22.Augu.st 19.3g (Erwiderung)», VfZ, 19 (1971), 301-04, a Hermann Böhm, «Zur Ansprache Hitlers von den Führern der Wehrmacht am 22.August 1939», VfZ, 19 (1971), 294-300. <<

[156] IMG, XXVI, 338-44, D0C.798-PS; DGFP, D, MI, 200-4 (citas 204), n° 192; Baumgart, 149 y n. 113 para la secuencia horaria y el descanso de la comida, 135-36, 11. 67. También Below, <<

[157] Para el tiempo, Baumgart, 126, 149 n. 113. Below recordaba que había hablado durante unas dos horas. Below, 180, Baumgart, 132-33 n. 53, 55 para charlas operativas y alusión a Halder y Warlimont; Below, 181. <<

[158] Sobre las diferentes interpretaciones de lo que quería decir Hitler con esta frase, véase Baumgart, 153 >’ n° 57. <<

[159] IMG, XXM, 523-24, D0C.1014-PS; DGFP, D. VII, 205-06, n" 205-06 (citas, 205). <<

[160] Baumgart, 146. <<

[161] Baumgart, 146. <<

[162] Below, 181, aunque el pacto soviético había silenciado a algunos escépticos. <<

[163] Baumgart, 148. Para la insistencia de Hitler en que Occidente no intervendría, véase IfZ, F34/1, *Bormann Memoirs*, Fols.42-43. <<

[164] Hasseil, 71. <<

[165] Below, 181-82. <<

[166] Banmgart, 143 11. 96, 146; Schmidt, 449-50; Bloch. 246. <<

[167] Schmidt, 455. La versión de Hoffmann de la visita a Moscú (*Hitler was my Friend*, 103-14) es inexacta y presuntuosa. Todo parece indicar que Stalin no se sentía en realidad demasiado feliz por la intromisión fotográfica de Hoffmann, y que no le gustó nada la publicidad. *Ribbentrop Memoirs*, 114. <<

[168] Basado en *Ribbentrop Memoirs*, 110-13, Y Schmidt, 450-52. Ambos son inexactos y no coinciden en la hora de llegada y en las primeras conversaciones; véase Bloch, 247. Aunque Schulenburg llevaba años en Moscú, era la primera vez que hablaba con Stalin. <<

[169] Below, 182. <<

[170] Below, 183. Speer, 177, da una versión deformada del incidente, que describe también gráficamente el «encargado» (*Velwalter*) del Berghof, Hermann Döring, BBC-Archiv, «The Nazis: A Warning from History», Copia, Archivo 244, Fols.30-37. Speer recordaba después de la guerra que nadie que oyese a Hitler se sorprendía por sus comentarios sobre el derramamiento de mucha sangre y sobre que Alemania tendría que lanzarse al abismo con él si no se ganaba la guerra. El propio Speer estaba sobrecogido, según recordaba, por «la grandeza del momento histórico». Albert Speer, *Spandau. 'PheSecret Dimies*, Fontana, Londres, 1977, 40-41 (entrada del 21.12.46). <<

[171] Schmidt, 452-53; Be low, 183; *Ribbentrop Memoirs*, 1 13. Siguió al cabo de dos horas un telegrama que contenía exactamente esas palabras. DGFP, D, MI, 220, 223, n° 205, 210. <<

[172] *Ribbentrop Memoirs*, 113; Schmidt, 454. No se puede confiar en la versión de Hoffman n, *Hitler was my Prienda* 109-11. <<

[173] Bloch,, 249 (que contradice la versión de Ribbentrop, *Ribbentrop Memoirs*, 113. de que fueron firmados antes de medianoche). <<

[174] TBJG, I/7, 75 (24.8.39). <<

[175] Below, 183. <<

[176] Watt, *How War Came*, 463, 465. A Sumner Wehes, secretario de estado en funciones, le dijo el 22 de agosto Joseph E. Davis, antiguo embajador de Estados Unidos en Moscú, que la noticia del pacto de no agresión «no era inesperada». Davies, 453-54. <<

[177] *The Diaries of Sir Alexander Cadogan*, 200. <<

[178] Ni coi son, 154. <<

[179] Chips, 208-09. <<

[180] N.J. Crowson(ed.), *Fleet Street, Press Barons, and Poldics: The fonrnals of Collin Brooks, 1932-1940*, Camden Soc., Serie 5, vol.i 1, Londres, 1998, 252. <<

[181] Roberts,174; Alian Merson, Comunist Resistance in Nazi Germany, Londres, 1985, 212-13. <<

[182] Heinz Kühnrich, «Der deutsch-sowjetische Nichtangriffsvertrag vom 23. August 1939 aus der zeitgenössischen Sicht der KPD», en Eichholtz y Pätzold, 517-51, aquí 519 (cita), 529. <<

[183] Below, 184. <<

[184] Véase TBJG, I/7, 74-77 (24.8.39, 25.8.39) para la inseguridad de Goebbels que, en esta ocasión en el Berghof, probablemente estuviese haciéndose eco de los propios sentimientos de Hitler. <<

[185] *Documents concerning German-Polish Relations and the Outbreak of Hostilities between Great Britain and German, on September 3, 1939*, Londres, 1939, 96-8, n° 56; DBFP, Serie 3, VII, 170-71 (aquí 171, nº 207; DGFP, D, VII, 215-16), nº 200; véase Henderson, 256. <<

[186] *Documents*, 99, nº 57; DBFP, Serie 3, MI, 161-63 (aquí 162), n° 200; véase Henderson 247-48, 256-57, 301-05. <<

[187] *Documents*, 99-100, nº 57; DBFP, Serie 3, MI, 161-63 (aquí 163), nº 200; DGFP, D, VII, 210-16, nº 200; Domarus, 1244-47. <<

[188] DBFP, Serie 3, VII, 201-2 (cita 201), nº 248. <<

[189] *Documents*, 100-1, nº 58; DBFP, Serie 3, MI, 201-2 (aquí 202), nº 248; DGFP, D, VII, 210-16, nº 200: Henderson, 257; Domarus, 1249-50. <<

[190] Domarus, 1247-48; DBFP, Serie 3, VII, 177-79 (aquí, 178), nº 211. <<

[191] Weizsäcker, *Erinnerungen*, 252. <<

[192] TBJG, I/7, 76 (25.8.39); Below, 187; Watt, *How War Came*, 464-65. Y véanse los comentarios de Hitler al jefe de prensa del Reich, Otto Dietrich: «Ningún gobierno democrático puede sobrevivir a una derrota como la que se les ha infligido a Chamberlain y Daladier a través de nuestro tratado de Moscú». Cit. Peter Kleist, *Zwischen Hitler und Stalin*, Bonn, 1950, 66. *(Keine demokratische Regierung kann sich Indien, der eine solche Niederlage und zugleich Blamage zuteil geworden ist, wie Chamberlam und Daladier durch u nseren Moskauer Veitrag.)* Los discursos de Chamberlain y Halifax se pueden encontrar en *Documents*, 107-18. <<

[193] *Ribbentrop Memoirs*, 116. <<

[194] *Documents*, 120-22, nº 68; DBFP, Serie 3, MI, 227-31, nº 283-84; Henderson, 259; Schmidt, 458-59; Domarus, 125657. <<

[195] *Documents*. 122-23, n° 69; DBFP, Serie 3, VII, 230, nº 284; Domarus, 1 257 <<

[196] Henderson, 259. Véase también DBFP, Serie 3, VII, 235, 239, n° 286, 293. <<

[197] TBJG, i/7, 77 (26.8.39). <<

[198] IMG, XXVIII.389, Doc. 1780-PS (diario dejocll, 23.8.39) para el momento fijado para la operación. I Hitler tomó la decisión de seguir adelante a las 1 5:02 de la tarde el 25 de agosto y siguieron a ello varias órdenes subsidiarias a unidades del ejército. Franz. Halder, *Kriegstagebuch. iagliche Aufzeichnungen des Chefs des Generalstabes des Heeres T939-1942*, ed. Arbeitskreis für Wehrforschung Stuttgart, 3 vols., Stuttgart, 1962-64, [=Halder K PB], I.33 (26.8.39); Bormann, en HZ, F34/1, Fol.24. Fs posible que se prefiriese el sábado (un día elegido por Hitler para retirarse de la Liga de Naciones, la introducción del servicio militar obligatorio, la reocupación de la Renania y la *Anschluss*) porque retrasaba la posible reacción del gobierno inglés. Véase Domarus, 1239 y n. 654. Véase también Weinberg, II.634; Walther Hofer, *Die Entfesselung des Zweiten Weltkrieges*, Frankfurt am Main, 1964, 274; Hermann Graml, *Europas Weg in den Krieg. Hitler und die Mächte 1939*, Munich, 1990, 287 (y 277SS, para una versión detallada de los acontecimientos durante los últimos días de agosto). <<

[199] Weinberg, II.633-34. <<

[200] Below, 178. <<

[201] Generaloberst Halder, *Knegstagewbuch. Bd.I: Vorn Polenfeldzug bis zum Ende der Westoffensive* (14.8.1939-30.6.1940), ed. Hans-Adolf Jacobsen, Stuttgart, 1962 [Halder KTBJ, 26 (22.8.39); DGFP, D, VII, 557-59, Apéndice I (extractos del diario de Halder); Domarus, 1239. <<

[202] Below, 182. <<

[203] TBJG, I/7, 77 (26.8.39). <<

[204] Henderson, 258; Halder KFB. i.31 (25.8.39) menciona el levantamiento de las restricciones de las comunicaciones telefónicas con Inglaterra y Francia por Canaris. TBJG, I/7, 79-80 (27.8.39), se refiere a la introducción de cartillas de racionamiento, aunque todavía no para el pan y las patatas. Véase Shirer, 148, 150 para protestas por las cartillas de racionamiento. <<

[205] Halder KTB, i.31-3 (25-6.8.39). IfZ, F34/1, Bormann, Fols.24-25.
<<

[206] Halder KTB, i.31 (25.8.39), 39 (28.8.39). IfZ, F34/1, Bormann, Fols.26-28. <<

[207] Müller, *Heer*, 416-17. <<

[208] Halder KIB, i.33 (26.8.39), 39 (28.8.39). 59 y n. 160. <<

[209] Domarus, 1254-55. <<

[210] Weinberg, H.630-31. <<

[211] DGFP, D, VII, 285-6, 11-271. Mussolini comentó que él había estado preparándose para una guerra en 1942. <<

[212] Schmidt, 462. <<

[213] TBJG, I/7, 78 (26.8.39). Véase el comentario de Halder: «El Führer estaba bastante destrozado» *(Führerziemlich zusammengebrochen)*, Halder KTB, I.34 (26.1.39). Según Bormann, Hitler se paseaba por la habitación muy agitado hablando con unos y otros. A Bormann le dijo: «Ahora tenemos que ser astutos, astutos como zorros» (*Schlau müssen wir jetzt sein, schlau wie die Füchse)*. IfZ, F34/T, Bormann, Fol.26. <<

[214] IfZ, F34/1, Bormann, fol.43: «La negativa de Mussolini se consideró en todas partes una traición y se condenó con dureza», *(… war die Absage Mussolinis allseitig als Verrat empfunden und schärfstem verurteilt worden.)* Véase también Below, 187-89, donde sin embargo Hitler, pese a las «palabras duras» contra su aliado, no duda de la lealtad de Mussolini. <<

[215] IfZ, F34/1, Bormann, Fols.26-28; *Ribbentrop Memuirs*, 117. En cuanto al efecto sobre el prestigio de Hitler, Müller, *Heer*; 420 y 11. 206. <<

[216] Schmidt, 462. <<

[217] Schmidt, 459-61 i IMG, X.240; Robert Coulondre, *Von Moskam nach Beehrt 1936-1939: Erinnerungen des französischen Botschafters*, Bonn, 1950, 421-24; Weinberg, II.634 y n° 32; Hofer, Entfesselung, 275; Graml, Europas Weg, 288-89. <<

[218] Weinberg, II. 635. <<

[219] *Ribbentrop Memoirs*, 116-17. No hay ningún apoyo corroborativo de la improbable afirmación de Ribbentrop de que, al enterarse del pacto anglopolaco, había convencido a Hitler para que detuviese el ataque a Polonia. Domarus, 1259; Schmidt, 459; Weinberg; II.637-38; y para la afirmación de Ribbentrop véase también Bloch. 253. Below, 187, parece tomado directamente de las memorias de Ribbentrop y no puede considerarse como un dato corroborativo. Brauchitsch («no injustificablemente», según Engel) aseguraba también haber persuadido a Hitler de que debía posponer el ataque. Engel, 59 (26.3.39). Goebbels deja claro en las notas de su diario que fue la noticia de la actitud de Mussolini lo decisivo en el cambio de plan. TBJG, I/7, 78 (26.8.39). <<

[220] Un punto que señala Weinberg, II.635. <<

[221] *Ribbentrop Memoirs*, 117; Bloch, 254. <<

[222] Domarus, 1261. <<

[223] IMG, III.280. <<

[224] Birger Dahlerus, *Der letzte Versuch*. London-Berlin, Sommer 1939, Munich, 1948, 53 56. <<

[225] Domarus, 1261. <<

[226] Domarus, 1264-65; CD. 135. <<

[227] CD, 135; DGFP, D, VII, 324-26, nº 320. <<

[228] TBJG, I/7, 80, 82-83 (28.8.39, 29.839). <<

[229] Domarus, 1265-66. <<

[230] Engel, 60 (27.8.39, 2.8.39). <<

[231] Dahlems, 56. <<

[232] DBFP, Serie 3, VII, 283-84, Annexo 1 a Ddc.349. <<

[233] Dahlems, 5666 (cita, 66: *Sein ganzes Verhalten machte den Eindruck eines völlig Anormalen).* <<

[234] Dahlerus, 69-70. <<

[235] Dahlerus, 78-79. <<

[236] DBFP, Serie 3, VII. 318-20, 321-22, nº 424-6. <<

[237] DBFP, Serie 5, VH, 324, n° 41 i,yesp. 328, n°420. <<

[238] TBJG, I/7, 80 (28.9.39). <<

[239] Groscurth, 187 (27.8.39). <<

[240] Halder KTB, 1.40 (28.8.39) . <<

[241] TBJG, I/7,81 (28.8.39). Goebbels estaba recibiendo un anticipo el 27 de agosto de la charla que Hitler daría al día siguiente. <<

[242] Halder KTB, i.38 (28.8.39). <<

[243] *Documents*, 128, n° 75; DBFP, Serie 3, VII, 330-32, 351-55, n° 426, 455. <<

[244] Henderson, 2(52. <<

[245] *Documents*, 128-31, aquí 129, nº 75; DBFP, Serie 3, VII, 352, nº 455. <<

[246] DBFP, Serie 3, VII, 330, n° 426; Alan Bullock, *Hitter: A Study in Tiranny* (1952) Harmondsworth, 1962, 541. <<

[247] *Documents*, 126-28, n° 74; DBFP. Serie 3, VII, 321, n° 426. <<

[248] Henderson, 262. <<

[249] TBJG, I/7, 83 (29.8.39). <<

[250] TBJG, I/7, 84 (30.8.39). La idea del plebiscito formaba parte de las propuestas leídas por Ribbentrop en su reunión con Henderson a ultima hora del 30 de agosto. *Documents*, 146, n° 92. <<

[251] IfZ, ED 100, Irving-Sammlung, *Hitler-Dokumentation*, 20, Aug. 1939; Irving, *Führer*, 222-23; h'ving, *Warpath*, 255-56. <<

[252] Henderson, 263. Shirer, 150-54, comentaba que pocas personas, y esas pocas hoscas y silenciosas, habían estado allí la noche anterior cuando Henderson fue a la Cancillería del Reich. <<

[253] Henderson, 265; *Documents*, 138, n° 79 (texto, 135-37, n° 78); DBFP, Serie 3, VII, 374-75 (aquí 374) n° 490, 38890 (aquí, 390), n° 502; Domarus, 1285-87. <<

[254] Henderson, 267. <<

[255] *Documents*, 138-39. n° 80; DBFP, Serie 3, Vil. 376-77 (aquí 76), ni 493. <<

[256] *Documents*, 140, n° 82; DBFP, Serie 3, vil, 391,400-1 (aquí 401), n° 520. <<

[257] Schmidt, 465. <<

[258] Dahlems, 99-100. <<

[259] *Documents*, 139, n° 81-82; DBFP, Serie 3, VII, 391, 400-01, n° 504, 520; Henderson, 268-69. <<

[260] Domarus, 1289. <<

[261] Domarus, 1290 y n. 809 para el uso por Hitler de «Führer» sólo después de los decretos a partir de entonces (aunque no siempre). <<

[262] Dieter Rebentisch, *Führerstaat und Verwaltung im Zweiten Weltkrieg. Verfassungsentwicklung und Veiwaltungspolifik 7939-/945*, Stuttgart, 1989, 117-32; también Broszat, Staat, 382. <<

[263] *Schmidt*, 465-69, aquí 467-68. <<

[264] Henderson, 270-71; *Documents*, 142-43, n° 89, 145-46, nº 92; DBFP, Serie 3, VTI, 413-14, 432-33, n° 543, 574; texto de la oferta de Hitler, Domarus, 1291-93. Schmidt afirmaba que Ribbentrop no leyó las condiciones demasiado deprisa, aunque Henderson había anotado eso en su informe a Halifax inmediatamente después de la reunión. *Documents*, 145, n° 92 (DBFP, Serie 3, VII, 432-3, n° 574). Para la orden de Hitler a Ribbentrop de no entregar las condiciones por escrito, Véase IMG, X.311. <<

[265] *Documents*, 146, n° 92; DBFP. Serie 3ÍVTI, 433, n° 574. <<

[266] Henderson, 271. <<

[267] Schmidt, 469. <<

[268] TBJG, I/7, 86 (31.8.39) . <<

[269] Domarus, 1297; Henderson, 275, 277; TBJG, I/7, 87 (1.9.39). <<

[270] Dahlerus, 107. <<

[271] Halder KTB, i.46 (30.8.39). <<

[272] Halder KTB, ¡.47(31.8.39). <<

[273] Halder KTB, i.46 (30.8.39). <<

[274] IMG, XXXIV.456-59, Doc. 126-C; Weisungen, 23-25. <<

[275] Halder KTB, i.47-8 (31.8.39), trad. *Halder Diary*, 43 (31.8.39). Véase también Groscurth, 195, n. 441 para la hora de la transmisión de la orden de ataque, enviada por Brauchitsch a las 16:20. TBJG, I/7, 87 (1 9.39) indica que Hitler dio al mediodía la orden de atacar «de noche hacia las cinco de la madrugada». <<

[276] IMG, IX.313 (testimonio de Ribbentrop). <<

[277] TBJG, I/7, 87 (1.9.39). <<

[278] TBJG, I/7, 88 (1.9 397. <<

[279] Henderson, 276; *Ribbentrop Memoirs*, 125; Josef Lipski, *Diplomat in Berlin 1933-1939*, edi. Waclaw Jedr- zejevvicz, Nueva York-Londres, 1968, 609-10; Irving, *Führer*, 225; Irving, *War Rath.* 260. <<

[280] Domarus, 1305-06. <<

[281] Heinz Höhne, *The Order of the Death's Head: The Story of Hitlers SS*, Londres, 1969, 238-44. En el más espectacular de los «incidentes», el maque a la emisora de radio de Gleiwitz, no se utilizaron uniformes polacos (como aseguraba algún testimonio de posguerra) y no fueron necesarios. Un miembro de las SS se había hecho cargo ya de la vigilancia de la emisora para garantizar el éxito de la operación cuando, como estaba previsto, cinco hombres del SD con ropa civil entraron en el edificio para efectuar el ataque. Jürgen Runzheimer, «Der Überfall auf den Sender Gleiwitz im Jahre 1939», VfZ, 10 (1962), 408-26. <<

[282] Shirer, 152. <<

[283] StVB, K8/III, 18473, LR Ebermannstadt, 31.8.39. Véase también DBS, VI.980-83; Steigert, 9iss.; Wolfgang Wette, «Zur psychologischen Mobilmachung des deutschen Bevölkerung 1933-1939», cn Michalka, *Der Zweite Weltkrieg*, 205-23, aquí 220; y DRZW, 1.142. <<

[284] Horst Rohde, «Kriegsbeginn 1939 in Danzig - Planungen und Wirklichkeit», en Wolfgang Michalka (ed.), *Der Ziueite Weltkrieg. Analysen-Gnindzüge-Forschungsbilanz*, Munich-Zurich, 1989, 462-81, aquí 462, 472-77, 479 n_ 1; Levine, 153; Domarus, 1307-08. Debería haber sido el crucero Königsberg, pero ese barco tenía problemas de motor. Levine, *Hitlers Free City*, 152. Véase Baumgart, 147, para el informe de Liebmann de la conversación que escuchó entre Raeder y Hitler después de la entrevista del Berghof del 22 de agosto. Raeder comentó que el Schleswig-Holstein probablemente sería hundido por las baterías costeras polacas con la pérdida de unos 300 cadetes. Hitler contestó con un gesto despectivo. En realidad, el ataque a la Westerplatte no se ajustó al plan previsto. Tuvo que intervenir la Luftwaffe antes de que se tomase finalmente la Westerplatte la tarde del 1 de septiembre, hora a la que los alemanes habían perdido entre cuarenta y cincuenta hombres. Rhode, 474-75. <<

[285] *Halder Diary*, 47 (1.9.39). <<

[286] Levine, *Hitlers Free City*, 153. <<

[287] Domarus, 1308. <<

[288] Shirer, 156. Véanse las impresiones de Henderson, 287-91; y las de Dahlerus, 123-24. <<

[289] Domarus, 1311, cit. *Neue Zürcher Zeitung*, 1.9.39. <<

[290] Shirer, 156; Domarus, 1316 y 11. 901. Below, 195, contradice las impresiones de Shirer, y afirma que Hitler fue recibido con muchos más vítores y aplausos de los habituales, vítores y aplausos que intemimpieron repetidas veces su discurso. Puede que sea preferible la versión contemporánea de Shirer. Hellmuth Groscurth, firme opositor de Hitler en el Abwehr, escribía en su diario: «10 de la mañana discurso Reichstag. Terrible impresión en todas partes». Groscurth, 196. <<

[291] Domams, 1315; texto del discurso, 1312-17. Respecto a la hora de inicio de las hostilidades, Hitler parece haber cometido simplemente un error. Rohde, 479 n. 1. <<

[292] Dahlerus, 124-25. <<

[293] Véanse las alusiones a los esfuerzos de Mussolini en favor de la paz en los discursos de Chamberlain en la Cámara de los comunes los días 1 y 2.9.39: *Documents*, 161, nº 105, 172, nº 116; DBEP, Serie 3, VII, 501-02, 507-08, nº 700, 710; y Weinberg, II.640-41. <<

[294] Domarus, 1319; DGFP. D, VII, 485-89, nº 504, 505, 507. En la noche del 3 de septiembre, Hitler dio las gracias a Mussolini por sus esfuerzos y explicó por qué Alemania estaba ya en guerra con Inglaterra y Francia. DGFP, D, VII, 538-39, nº 565. <<

[295] Dahlerus, 1 25-26. Y véase Hofer, *Fntfesselung*, 392-93. <<

[296] Sir Alexander Cadogan, subsecretario permanente del Ministerio de Asuntos Exteriores inglés, dio una respuesta rápida y enérgica cuando Dahlerus le telefoneó a primera hora de la tarde del 1 de septiembre, después de su entrevista con Hitler. Dahlerus, 127; DBFP, Serie 3, VII, 479-80, nº 651-2. Cadogan había anotado ya en su diario el 28 de agosto que las «masas de mensajes de Dahlems […] no dicen mucho, a menos que se deduzca de ellos que Hitler tiene miedo». *The Diaries of Sir Alexander Cadogan*, 203. Los últimos esfuerzos frenéticos de Dahlerus por organizar una visita de Göring a Londres no sirvieron de nada. Dahlerus, 136-37. En una entrevista de la BBC-TV del 14 de septiembre de 1997, sir Frank Roberts (entonces un diplomático destacado del Ministerio de Asuntos Exteriores, más tarde, en la década de i960, embajador inglés en Moscú, luego en Bonn) que atendió la llamada de Dahlerus la mañana del 3 de septiembre, cuando se había emitido ya el ultimátum inglés, recordaba que no había pensado que mereciese la pena transmitir el mensaje al ministro, lord Halifax. <<

[297] DGFP, VII, 527-28, nº 558; DBFP, Serie 3, IX, 539, Apéndice IV; Weinberg, II.649-50. <<

[298] Henderson, 278-79; *Documents*, 168-9, nº 109-1 1; DBFP, Serie 3, II, 492, nº 682. <<

[299] *Documents*, 175, nº 118; DBFP, Serie 3, VII. 5-35, n° 757. <<

[300] Schmidt, 4.72; Henderson, 284. <<

[301] *Documents*, 175, n" 118; DBFP, Serie 3, VII, 521, 535, 11- 32, 757; respuesta alemana, DBFP, Serie 3. VII, 534-541, n° 76(5, Domarus, 1336-1338. <<

[302] *Documents*, 17c), n° 120. <<

[303] Halder KTB, 1.58 (3.9.39). TBJG, I/7, 91 (4.9.39); DBFP, 3/VII, 538, n° 764. <<

[304] Véase IfZ, F34/1, Bormann, Fol.56. <<

[305] Schmidt, 473. Se han expresado dudas sobre la exactitud de la versión de Schmidt. Gerhard L. Weinberg, «Hitler and England, 1933-1945: Pretense and Reality», *German Studies Um i no*, 8 (1985), 299-309, aquí <<

[306] Las memorias de Schmidt contienen errores, desde luego. Sin embargo, él estaba presente en los hechos y la respuesta de Hitler fue lo suficientemente breve y lo suficientemente sorprendente para que el intérprete la recordara correctamente, incluso varios años después. Lo que tal vez se pudiese poner en duda justificadamente es si Schmidt captó lo que Hitler quería decir; si Hitler no estaba simplemente preguntando a Ribbentrop en términos prácticos cuál iba a ser el paso siguiente. La respuesta reseñada (Schmidt, 473) del ministro de asuntos exteriores: «Supongo que los franceses nos enviarán un ultimátum parecido dentro de una hora», apunta en esa dirección. 306. *Documents*. 157,11-105. <<

[307] L.B. Namier, Con flirts. Studies in Contemporary History, *Londres, 1942, 57.* <<

[308] Kemplerer, 112-29; Watt, How War Came, 390-94; Meehan, esp. cap.7; Lamb, 105-08. Algunas de las advertencias más claras de que era necesario que Inglaterra adoptase una actitud fu me frente a Hitler las transmitió el teniente coronel Von Schwerin, jefe de la secciém «occidental de ejércitos extranjeros» de los servicios secretos del alto mando del ejército. Pero el Ministerio de Asuntos Exteriores no hizo mucho caso de esta información. «Como siempre el ejército alemán confía en que le salvemos nosotros del régimen nazi», fue el comentario de un importante diplomático, Frank K. Roberts. Klemperer, 119. Doy las gracias a R.A.C. Parker por remitirme a informes sobre Schwerin en PRO, FO 371/22990 y FO 371/22968. <<

[309] Gisevius, Zürich, 1946^{2}, II.138. Gisevius no pretende que esas fuesen las palabras exactas de Oster, pero insistía firmemente en que había sido eso lo que había querido decir. <<

[310] Gisevius, Zürich, 1946-’, II.140. <<

[311] Véase Müller, *Heer*, 4 14-19. <<

[312] Watt, *How War Came*, 394-404. <<

[313] Véase Kube, 319; Martens, 199-200; Irving, *Göring*, 268, 272. <<

[314] Bloch, 261. Pensamientos parecidos eran frecuentes en Berlín el mismo día de la declaración inglesa. Shirer, 159. <<

[315] Según Hoffmann, *Hitler was my Friend*, 115-16, el fotógrafo encontró a Hitler en el punto culminante de la crisis de agosto de 1939 derrumbado en su butaca de la Cancillería del Reich, inmediatamente después de una visita de Ribbentrop, criticando agriamente al Ministerio de Asuntos Exteriores. «Yo sabía, por supuesto, qué era lo que quería decir exactamente—escribió Hoffmann—. Había oído una y otra vez a Ribbentrop decirle a Hitler, con un aploma y una seguridad que no guardaba la menor relaciém con sus conocimientos y su deficiente capacidad de juicio, que Inglaterra estaba degenerada, que Inglaterra nunca lucharía, que Inglaterra desde luego nunca iría a la guerra para sacarle a otro las castañas del fuego…». <<

[316] IfZ, F34/1, Bormann, 43: «Hitler glaubtenicht an einen Krieg mit den Westmächten, weil er nicht daran glauben wollte. Wie weit Ribbentrop mitverantwortlich war für diesen Glauben, wird sich wohl kaum mehr feststellen lassen. Aus der Verschiedenheit der beiden Charaktere und auf Grund der ganzen Atmosphäre im Führerhauptquartier [.sic] möchte ich jedoch schh- hessen, dass die Initiative bei Hitler gelegen hat, und der im Grund weiche Ribbentrop, der sowieso keie eigene Meinung vertrat, es für angebracht und /weckmässig liiel, ihn in dieser Einstellung zu bestärken…». <<

[317] Véase la entrada del diario de Himmler de 28 de agosto de 1939, cuando Hitler estaba sopesando su siguiente paso en la crisis polaca. Hitler dijo que quería pensarlo durante la noche. Guando pensaba más claro era entre las cinco y las seis de la mañana. IfZ, ED too, Irvmg-Sammlung, *Hitler-Dokumentation*, 1939 Bd.20; Irving, *Führer*, 222-23. <<

[318] Véase el comentario del oficial de enlace del ejército Nikolaus v. Bormann, respecto a lo que él consideraba característico de Hitler: «Sobre los problemas que le preocupaban, hablaba hasta que los tenía claros. Igual que otros necesitan papel, pluma y la paz de un estudio para ordenar y aclarar sus ideas sentados a una mesa, él necesitaba hablar para un público». HZ, F34/1, Bormann, Fol.47. («Über Probleme, die ihn beschäftigten, sprach er sich klar. Wie andere Papier und Bleistift und die Kube eines Arbeitszimmers brauchen, um am Schreibtisch ihre Gedanken zu ordnen und zu klären, brauchte er einen Zuhörerkreis, vor dem er sprechen konnte».) <<

[319] Véase Speer, 17879 para su escaso contacto. <<

[320] Gisevius, *Bis zum hittern Ende*, Zürich, 1946[a], II.135. <<

[321] Weizsäcker, *Erinnerungen*, 254-55. <<

[322] Weizsäcker, *Erinnerungen*, 255. <<

[323] DBFP, Serie 3, VII, 201-2 (cita 201), nº 248. El comentario se hizo el 23 de agosto. <<

[324] HZ, F34/1, Bormann, Fol.44 (29 de agosto): «Ich bin jetzt 50 fahre alt, noch im Vollbesitz meiner Kraft. Die Probleme müssen von mir gelöst werden, und ich kann nicht mehr warten. In einigen Jahren bin ich dazu rein körperlich und vielleicht auch geistig nicht nehr im Stande …». <<

[325] Weinberg, II.629. <<

[326] Véase Weinberg, II.654. <<

[327] Véase Dahlems, 126. <<

[328] UZ. F34/1, Bormann, Fols.31, 34. <<

[329] Weizsäcker-Papiere, 162 entrada correspondiente al 29 de agosto de 1939: «Ich habe in meinem Leben immer va banque gespielt». <<

[330] TBJG, I/7, 92 (4.9.39). <<

[1] Véase Broszat, *Staat*, 380-81. <<

[2] Masón, *Sozialpolitik*, 26. <<

[3] Schroeder, 98; Jochen von Lang, *Der Sekretär Martin Bormann*: *Der Mann, der Hitler beherrschte*, Frankfurt am Main, 1980, 149. <<

[4] Below, 205. <<

[5] Below, 204. <<

[6] Lang, 149; David Irving, *Hitlers War*, Londres etc., 1977 [=HW], 3. <<

[7] Cit. Broszat, *Staat*, 392 nota. <<

[8] Below, 203. <<

[9] Below, 207. <<

[10] Halder KTB, i.61, Halder, *Diary*, 5° (5-9-39). <<

[11] Gerhard L. Weinberg, *A World at Arms. A Global History of World War II*, Cambridge, 1994 [Weinberg, III], 51. <<

[12] Keitel, 216-17; Below, 205. <<

[13] Keitel, 216, menciona visitas al frente todos los demás días desde la mañana hasta última hora de la noche. <<

[14] Schroeder, 98-99 <<

[15] Halder KTB, i.80 (20.9.39). Véase también Groscurth, 207-208: «German blood helped the Russians and Bolshevism to the effortjess advance» y Below, 206; Irving, HW, 19. <<

[16] Below, 206; Irving, *HW*, 19-20. <<

[17] Below, 207; Irving, *HW*, 24. <<

[18] DRZW, II. 133. Czeslaw Madajczyk, *Die Okkupationspolitik Nazideutschlands in Polen 1939-1945*, Berlin Este, 1987, 4, dice que 40.000. Según Weinberg, III.57 (sin fuente), un millón de soldados polacos cayeron prisioneros de los alemanes y de los rusos. <<

[19] DRZW, II. 133. Jörg K. lloensch, *Geschichte Polens*, Stuttgart, 1983, S.2S0, da la cifra de 66.300 muertos y 134.000 heridos. Véase también Christian Jansen-Arno Weckbecker, «Eine Miliz im “Weltanschauungskrieg”: der “Wiksdeutsche Selbstschutz in Polen 1939/40», en Michalka, *Der Zweite Weltkrieg*, 482-500, aquí 484. Las cifras no incluyen a los asesinados por los *SS Einsatzkommandos* nt la *Selbstschutz* etc. Madajczvk, 4, da las cifras de 66.000 muertos y 133.000 heridos. <<

[20] DRZW, II. 133. Madajczyk, *Okkupationspolitik*, 4 (sin fuente), da cifras de 16.000 alemanes muertos y 28.000 heridos. El 6 de octubre de 1939, Hitler comunicó que había 10.572 muertos, 30.322 heridos, y 3.409 desaparecidos el 30 de septiembre. Domarus, 1381. Groscurth, 211 (29.9.39) dio una cifra provisional de 5.450 muertos y 22.000 heridos entre el 1 y el 24 de septiembre. <<

[21] Groscourth, 265-66; Janssen/Tobias, 248-49. Los datos demuestran que su muerte no fue en realidad un suicidio, como a menudo se supuso, y como insinuó inmediatamente Heydrich. Véase también Groscurth. 21011; Keite, 21g. <<

[22] Cit. Janssen/Tobias, 247. <<

[23] Domarus, 1367; Below, 207. <<

[24] Groscurth, 209-10 (25.9.39); Janssen/Tobias, 250. <<

[25] Janssen/Tobias, 251. <<

[26] RSA, HA «Aussenpolitische Standortbestimmung nach der Reichstagswahl Juni-Juli 1928» (publicado inicialmente en Gerhard Weinberg (ed.), *Hitlers Zweites Buch. Ern Dokument aus dem Jahr 11)28*. Stuttgart, 1961), 37. <<

[27] Véase Martin Broszat, *Nationalsozialistische Polenpolitik* (1961), Fischei ed. bolsillo, Frankfurt am Main, 1965, 11-15. <<

[28] Halder KTB, i.65 (7.9.39). <<

[29] Groscurth, 357; Halder KTB, i.72 (12.9.39). <<

[30] Groscurth, 357; Broszat, *PolenpoUtik*, 16. <<

[31] Domarus, 1362 (discurso, 1354-66); Broszat, *Polenpolitik*, 16. <<

[32] Broszar. *Polenpolitik*, 16-17. <<

[33] Seraphim, Rosenberg-Tagebuch, 99 (19.9.39); Weisungen, 34 (Weisung n° 5, (30.9.39). <<

[34] Domarus, 1391 (texto del discurso, 1377-93). <<

[35] Broszat, *Polenpolitik.* 29-35. <<

[36] Broszat, *Polenpolitik*, 36-41. <<

[37] Masón, *Arbeiterklasse*, 1074-83, para el Decreto de Economía de Guerra; Max Seydewitz, *Civil Life in Wartime Germany. The Story of the HomeFront*, Nueva York, 1945, 58-59; Steinert, 97. <<

[38] Shirer, 157. <<

[39] Shirer, 159. <<

[40] Shirer, 164. <<

[41] Shirer, 165. <<

[42] Shirer, 173. <<

[43] DBS, VT.965ss. <<

[44] DBS, VI. 1032. <<

[45] Ortwin Buchbender y Reinhold Sterz (eds.), *Das andere Gesicht des Krieges. Deutsche Feldpostbriefe* 7959- *i)4)*, Munich, 1982, 40. <<

[46] Véase Shirer, 173. <<

[47] MadR, II.331. <<

[48] Véase Kershaw, «Hitler Myth», 143-46. <<

[49] Véase Broszat, *PolenpoUtik*, 41 ss.; Madajczyk, *Okkupationspohtik*, 14-18, 186ss. <<

[50] Heydrich, en su discusión con el comandante en jefe Brauchitsch del 22 de septiembre, accedió a rescindir la orden de fusilar sin juicio a los insurgentes (que había llegado, se decía, directamente del tren de Hitler). Groscurth, 360-61. <<

[51] Heydrich pidió, en su discusión con Brauchitsch del 22 de septiembre, que fuesen inmediatamente detenidos e internados en campos de concentraciém. Groscurth, 361-62. <<

[52] Helmut Krausnick y Hans-Heinrich Wilhelm, *Die Huppe des Weltanschauungskrieges. Die Einsatzgruppen der Sicher- heitspolitzei und des SD 1)38-1942*, Stuttgart, 1981, 19-106, esp.qqss., 63, 69; Helmut Krausnick, «Judenverfolgung», en Hans Buchheim et ah, *Anatomie des SS-Staates*, Olten-Freiburg im Breisgau, 1965,11-348-49; Madajczyk, 14SS., 1 87; Benz, Graml y Weiss, *Enzyklopädie*, 524 (entrada sobre «Intelligenzaktion»). El uso del terror contra la población polaca no estuvo reducido ni mucho menos a la zona alemana de ocupación. Después de que la Unión Soviética ocupó la parte oriental de Bolonia el 17 de septiembre, la NKVT) (policía secreta de Stalin, que mantenían contactos en esa época con las SS) detuvo y deportó al Ártico y a Asia central a unos 315-330.000 polacos, y en la primavera de 1940 perpetró la infame matanza de miles de oficiales polacos capturados, descubiertos posteriormente en el bosque de Katyn, cerca de Smolensk. Norman Davies, *Europe. A History*, Oxford, 1996, 1002-5 (donde se da la cifra de 1-2 millones de deportados, de acuerdo con los datos presentados por el gobierno polaco en el exilio durante la guerra). El análisis más detallado de las expulsiones y los cálculos más veraces del número de afectados lo proporciona Günther Häufele, «Zwang- sunsidelungen in Polen 1939-1941. Zum Vergleich sowjetischer und deutscher Besa- trungspolitik», en Dittmar Dahlmann y Gerhard Hirschfeld (eds.), *Lager, Zwangsarbeit, Vertreibung und Deportation. Dimensionen der Massemmbrechen in der Sowjetunion und in Deutschland ibis 145*, Essen. 1999, 515-33, aquí 526 y 521 para el cálculo de víctimas de las «ejecuciones» de Katyn. <<

[53] Helmut Krausnick, «Hitler und die Morde in Poolen», *VJZ*, 1 1 (1963), 196-209, aquí 196-97. <<

[54] JansenWeckbecker, «Miliz», 483. <<

[55] Jansen-Weckbecker, «Miliz», 484. <<

[56] Hilarius Breitinger, *Als Deutschenseelsorger in Färsen und in Warthegau 19)4-45*. Ei uinerungen. Maguncia, 1984, 30-38; Jansen-Weckbecker, «Miliz», 484. <<

[57] Madajczyk, *Okkupationspolitik*, 12-13; Broszat, *PolenpoUtik.* 50-51. El gobierno polaco exiliado en Londres, citando el informe de una inglesa que había vivido en Bromberg y había estado allí el 3 de septiembre, el llamado «domingo sangriento», indicaba que ese día no había pasado nada y que había sido todo una invención alemana. *The German New Order in Poland*, Londres, s.f. (1941), 131. <<

[58] Broszat, *Polenpolitik*, 51. <<

[59] Broszat, *Polenpolitik*, 51 y 180 11. 78 (para la afirmación posterior del asesor del ejército de tierra de Hitler, Gerhard Engel, de que el dictador había dado personalmente la orden de exagerar el número de víctimas); Madajczyk, *Okkupationspolitik*, 12-13 y n. 23. Véase también, Breitinger, 38-42 y, para un examen detallado del mito lanzado por la propaganda alemana, Karol Marian Pospieszalski, «The Case of the 58.000 "Volksdeutsche"». An Investigation into Nazi Claims Concerning Lösses of the German Minority in Poland before and during 1939», en *Documenta Occupationis*, ed. Instvtut Zachodni, vol. VII, *2*- ed., Poznan, 1981. <<

[60] Jansen-Weckbecker, «Miliz», 484. <<

[61] Broszat, *Polenpolitik*, 51. <<

[62] Jansen-Weckbecker, «Miliz», 486. Un análisis completo del papel de la *Volksdeutsche Selbstschutz puede* verse en otro libro de los mismos autores: Christian Jansen y Arno Weckbecker, *Der «Volksdeutsche Selbstschutz» in Polen 1939-40*, Munich, 1992, esp. para las atrocidades perpetradas por la organización, 111-59. <<

[63] Jansen-Weckbecker, «Miliz», 468. <<

[64] Jansen-Weckbecker, «Miliz», 487-88; Madajczyk, *Okkupationspolitik*, 14. <<

[65] Cit. Jansen-Weckbecker, «Miliz», 490. <<

[66] Broszat, *Polenpolitik*, 32. <<

[67] Jansen-Weckbecker, «Miliz», 491. <<

[68] Jansen-Weckbecker, «Miliz», 496; Madajczvk, *Okkupationspolitik*, 14. <<

[69] Groscurth, 201 (8.9.39) *Y* n° 476, incluido el recuerdo de que Hitler había formulado las mismas quejas que Heydrich el mismo día a Keitel. <<

[70] Halder KTB, i.79 (19.9.39). Véase Broszat, *Polenpolitik*, 20 para el primer uso de *Flurbereinigungen* las notas de la conversación de Canaris con Keitel el 12 de septiembre. <<

[71] Halder KTB, i.67 (10.9.39); Groscurth, 203 (11.9.39). <<

[72] IfZ, *Nuremberg Documents*, PS-3047, Serie II, Blatt 2, «Aktenvermerk über die Besprechung im Führerzug am 12.9.1939 in Ilnau»; Groscurth, 358: también cit. Broszat, *Polenpolitik*, 20; JansenWeckbecker, «Miliz», 494. <<

[73] Groscurth, 202 (9.9.39). <<

[74] IMG, XXVI.255- 57, Doc.686-PS; Broszat, *Polenpolitik*, 22 y 175, n. 35. <<

[75] Broszat, *Polenpolitik*, 21 22; publicado también en Kurt Pätzold (ed.), *Verfolgung, Vertreibung, Vernichtung. Dokumente des faschistischen Antisemitismus 1939 bis 1942*, Leipzig, 1983, 239-40 (mal fechado a 27 de septiembre); y *Europa unterm Hakenkreuz: Die faschistische Okku- pationzpolitik in Polen (1939-1945), Dokiunentenausimhl und Einleitung von Weiner Röhr et al*, Berlin Este, 1989, 119-20 (y 120-22 para las instrucciones remitidas el mismo día a los comandantes de los *Einsatzgruppen).* El «Departamento Judío» II 112 del SD había empezado ya a recoger datos precisos a principios de mayo sobre la población judía de Polonia, creando un índice de fichas que, en caso de que se utilizase, podía pasarse a un *Einsatzkommando.* Tengo que dar las gracias al profesor Dan Michmann, Bar-lian, Israel, por facilitarme una copia de ese importante documento, procedente del Bundensarchiv. Véase también Dan Michmann, «Preparing for Occupatfon? A Nazi Sicherheitsdienst Document of Spring 1939 on the Jews of Holland», *Studia Rosenthaliana*, 32 (1998), 173-80, aquí 177. <<

[76] Seraphim, *Rosenberg-l'agebuch*, 98-99. Es evidente que Hitler, a diferencia de Heydrich, situaba las fortificaciones orientales más allá del Gobierno General, pero excluyendo la zona de asentamiento polaco. Heydrich las bosquejó siguiendo la línea de las provincias alemanas. <<

[77] I BJG, I/7, 147 (10.10.39). El desprecio de Hitler hacia los polacos estaba estimulado por sus impresiones de Polonia durante la campaña, tal como él mismo le explicó a Mussolini varios meses más tarde. Andreas Hillgruber (ed.), *Staatsmänner und Diplomaten bei Hitler. Vertrauliche Aufzeichnungen 1939-1941*, Munich, 1969, I — *Staatsmänner* I) 46-47 (18.3.40). <<

[78] Domarus, 1283; Broszat, *Polenpolitik*, 23. <<

[79] La reunión se debía al parecer a una queja de Hans Frank respecto a sus superiores militares. Krausnick/Wilhelm, Truppe, 85. <<

[80] El general gobernador Frank justificó más tarde, el 30 de mayo de 1940, la liquidación de una capa dirigente polaca en la tristemente célebre *AB-Aktkm* (la *Aussnordent liehe Befriedungsaktion*, «Acción especial de pacificación», camuflaje para la liquidación sobre todo de adversarios políticos y delincuentes en el Gobierno General entre mayo y julio de 1940) recurriendo a una directriz de Hitler. Krausnik, *Morde*, 203; Müller, *Heer*, 453. <<

[81] IMG, XXVI.37-8-79 (cita, 379), D0C.864-PS; *Documenta Occnpationis*, vol. VI, ed. Instytut Za- chodni, Poznan, 1958, 27-30; Broszat, *Polenpolitik*, 25. <<

[82] IMG, XXVI.381, Doc. 864-PS; *Documenta Occnpationis*, VI.29; Krausnick/Wilhelm, *Truppe*, 86. <<

[83] Aunque hay dudas implícitas en Irving, HW, 12. <<

[84] Krausnick, *Morde*, 206-207. <<

[85] Groscurth, 358; Müller, *Heer*, 428. Los deseos de Brauchitsch, esbozados para Heydrich el 22 de septiembre, de que no hubiese «ninguna eliminación precipitada de iosjudíos», para respaldar la orden del Führer de no dar prioridad a las cuestiones económicas y! a los «movimientos étnico-políticos» hasta después de acabadas las operaciones militares, indica también su amplio conocimiento del programa de «limpieza étnica». Heydrich le dijo explícitamente en esta ocasión que, por lo que se refería a las cuestiones económicas, no se podía tener ninguna consideraciém con la nobleza, el clero, los maestros y los legionarios: «Pero esos no eran muchos… unos cuantos miles», dijo. Groscurth, 361. <<

[86] *Documenta Occupationis*, vol. V, ed. Instytut Zachodni, Poznan, 1952, 40. <<

[87] Krausnick/Wilhelm, *Truppe*, 76-77; Omer Bartov, *Hitler's Anny. Soldiers, Nazis, and War in the Third Reich*, Nueva York-Oxfórd, 1991, 62- 67. Marcel-Reich-Ranicki, el crítico literario alemán, de ascendencia judío-polaca, describió la conducta de sadismo y pillaje de los soldados alemanes en Varsovia en el otoño de 1939, de la que fue testigo directo, como «el placer de la caza». Libres de cualquier tipo de contención que pudiesen haber sentido en su país, campaban sin control alguno y podían «desmandarse» sin más ni más. Marcel Reich-Ranicki, *Mein Leben*, Stuttgart, 1999, 178SS., esp. 183-84. <<

[88] Krausnick/Wilhelm, *Truppe*, 77-78 (cita del decreto de amnistía, 82). <<

[89] Krausnick/Wiliielm, *Truppef*. <<

[90] Krausnick/WifheJm, *Truppe*, 84; Broszat, *Polenpolitik.* 34 (para la queja por el Gauleiter Förster). <<

[91] TBJG, I/7, 153 (14.10.39). <<

[92] Krausnick/Wilhelm, *Truppe*, 87. <<

[93] Broszat, *Polenpolitik*, 34-135. <<

[94] Véase Müller, *Heer*, 437-50, para las quejas de Blaskowitz y Ulex.
<<

[95] Krausnick/Wilhelm, *Truppe*, 97-98, 102-103; Ernst Klee. Willi Dressen y Volker Riess (eds.), *«Schöne Zeiten». Judenmord aus der Sicht der Täter und Gaffer*, Frankfurt am Main, 1988, 14-15; Hans-Adolf Jacobsen, 1939-/945. *Der Zürnte Weltkrieg in Chronik und Dokumenten*, Darmstadt, 1961/ 606-8; Müller, *Heer.* 448-49. <<

[96] Véase Müller, *Heer*, 428SS. <<

[97] IfZ, MA 1564/24, Nuremberg Document, NOKW-1799; texto incluido en Krausnick/Wilhelm, Truppe, 103-104 y n. 425; los comentarios de Brauchitsch llegaron un día después del informe final de Blaskowitz y cinco días después de la queja de Ulex. <<

[98] Engel, 68; Krausnick, *Morde*, 204 n. 42. <<

[99] Krausnick/Wilhelm, *Truppe*, 103. <<

[100] Müller, *Heer*, 451, 11. 152. <<

[101] Krausnick/Wilhelm, *Truppe*, 106; Klaus-Jürgen Müller, «Zu Vorgeschichte und Inhalt der Rede Himmlers vor der Höheren Generalität am 13.März 1940 in Koblenz», VfZ, 18 (1970), 95-120, aquí 108. Véase Albert Zoller, *Hitler privat. Erlebnisbericht seiner Geheimsekretärin*, Dusseldorf, 1949, 195, para los comentarios de Himmler, evidentemente en el mismo contexto: «La persona del Führer no se debe relacionar bajo ningún concepto con [las atrocidades de Polonia]. Yo acepto toda la responsabilidad». <<

[102] IfZ. ZS 627 (Cien. Wilhelm Ulex) Fol.124: «Ich tue nic hts, was der Führer nicht weiss». Véase también Krausnick/Wilhelm, *Truppe*, 105; Krausnick, *Morde*, 205; Midier, *Heer*, 451. Irving, *HW*, 1311., plantea dudas sobre la veracidad del recuerdo de Ulex, basándose en que ningún otro de los presentes en los hechos se refirieron posteriormente a esas palabras. <<

[103] Broszat, *Polenpolitik*141. <<

[104] TBJG, I/7, 157 (17.10.3g). Para la producción y contenido de la película, véase el estudio detallado de Stig H o r n s h oj-M 0 Her, *«Der ewige Jede». Quellenkritische Analyse eines antisemitischen Propagandajihns*, Institut für den Wissenschaftlichen Film, Gotinga, 1995. <<

[105] TBJG, I/7, 173 (29.10.39); cita, 177 (2.1 1.39). Hitler se tomó un interés personal por la película. Le hizo sugerencias a Goebbels cuando este le habló de nuevo sobre el desarrollo de la misma a mediados de noviembre. TBJG, I/7, 201 (19.11.39). Fritz Hippler, jefe del departamento de cine del Ministerio de Propaganda y productor de la película, afirmaba en sus memorias mucho después de la guerra que Goebbels le había dicho cuando le había encargado la película sobre los guetos polacos que el Führer quería que todos los judíos fuesen reasentados en Madagascar o en otro sitio parecido, y que la película se necesitaba para los archivos. Möller, «Der ewige Jude», 16; Fritz Hippler, *Die Verstrickung*, Düsseldorf, 1981, 187. El lenguaje que utilizaba Goebbels para hablar de los polacos recordaba el de Hitler: «Recorrido en coche por las carreteras polacas. Esto ya es Asia. Tendremos que trabajar mucho para germanizar esta zona». TBJG, I/7, 177 (2.11.39). <<

[106] *Michael Burleigh*, Germany turns Eastwards. A Study of Ostforschung in the Third Reich, *Cambridge, 1988, esp. cap. 4.* <<

[107] *Documenta Occupationis*, V. 2-28; Broszat, Polenpolitik, 26-27.
<<

[108] Véase Götz Aly y Susanne Heim, *Vordenker der Vernichtung. Auschwitz und die deutschen Pläne für eine europäische Ürdnung*, Frankfurt am Main, 1993. <<

[109] Para un breve esbozo de la personalidad y la carrera de Greiser, véase Ian Kers- haw, «Arthur Greiser - Ein Motor der “Endlösung”», en Smelser, Svring y Zitelmann, *Die Braune Elite II*, 116-27. licencia de la embarcación de motor de Greiser de 1930 está en su expediente de NA, IRR, Caja 69, XE 000933, NND 871063, Carpeta 3. Por entonces ya había ingresado en el partido, porque se decía que había afirmado (carta del expediente para Greiser de Rolf-Heinz Höppner, 22.11.43), «que eso era la única cosa que aún podía salvarle» («dass dies das einzige sei, was ihn noch retten könne»). Sus enemigos políticos dirían más tarde que estaba metido en el contrabando de moneda en ese periodo. <<

[110] Cit. Kershaw, «Greiser», 125. <<

[111] Burckhardt, 78. <<

[112] Burckhardt, 79. <<

[113] Cit. Kershaw, «Greiser», 125. <<

[114] Rebentisch, 163-88, aquí esp. 183. <<

[115] Cit. Kershaw, «Greiser», 125. <<

[116] Cit. Kershaw, «Greiser», 1 23. <<

[117] Archiwum Panstowe Poznan, Best. Schutzpolizei Posen, V0I.7, S.i, Dienstabt. Jarotschin, 15.10.39, Dienstbefehl n° 1. <<

[118] Archiwum Panstowe Poznan, Best. Schutzpolizei Posen, V0I.7. S.9-10, Leistungsbefehl, <<

[119] Información amablemente facilitada por Stanislaw Nawrocki, director del Archiwum Panstowe Poznan, 25.9.93. Las cifras se refieren a la situación en 1942-43. <<

[120] Cit. Krausnick/Wilhelm, *Truppe*, 626-27, cit. BA R43 II/1549, Bormann a Lammers, 20.1 1.40. <<

[121] Véase Broszat, *Polenpalitik*, 200 11. 45. <<

[122] Broszat, *Polenpolitik*, cap. 5. <<

[123] Véase Ian Kershaw, «Improvised Genocide? The Emergence of the “final Solution” in the “Warthegau”», *Transactions of the Royal Histo- rical Society*, Serie 6, 2 (1992), 51-78. No fue ningún accidente el que la primera unidad de exterminio, Chelmno, que empezó a funcionar a principios de diciembre de 1941, estuviese situada en la *Warthegau.* <<

[124] Ernst Klee (ed.), *Dokumente zur «Euthanasie»*, Frankfurt am Main, 1985, 85; Ernst Klee, «*Euthanasie» im NS-Staat. Die «Vernichtung lehensunwerten Lebens*», Frankfurt am Main, 1983, 100; facsímil en Michael Burleigh y Wolfgang Wippermann, *The Racial State. Germany, 193* 5-/945, Cambridge, 1991, 143. Philipp Bouhlei era jefe de la Cancillería del Führer del NSDAP, responsable del manejo de la voluminosa correspondencia dirigida a Hitler como jefe del partido. El doctor Rudolf Brandt había sido médico personal de Hitler desde 1934. Benz. Grand y Weiss, *Enzyklopädie*, 51-52, 54-55. <<

[125] Lothar Gruchmann, «Euthanasie und Justiz im Dritten Reich», *Vf/,*, 20 (1972), 235-79, aquí 241; Lothar *Gruchmaitir, Justiz in Dritten Reich 1993-1940. Anpassung und Unterwerfung in der Ara Gärtner*, Munich. 1990, 502 y 497-554 para las reacciones de las autoridades judiciales a la «acción de eutanasia»; Burleigh y Wippermann, 143; Jeremy Noakes, «Philipp Bouhler und die Kanzlei des 1' fihrers der NSDAP: Beispiel einer Sonderverwaltiing im Dritten Reich», en Dieter Rebentisch y Karl Tippe (eds.), *Verwaltung contra Menschen- fiüming im Staat Hitlers. Studien zum politisch-administrativen System*, Gotinga, 1986, 208-36, aquí 229. <<

[126] Gruchmann, «Euthanasie», 241, 254. <<

[127] Gruchmann, «Euthanasie», 247-50; Klee, *Dokumente*, 86-87. <<

[128] Klee, *Dokumente*, 8687; Gruclnnann, «Euthanasie», 241-42. <<

[129] Gruchmann, «Euthanasie», 242. <<

[130] Gruchmann, «Euthanasie», 254. <<

[131] Gruchmann, «Euthanasie», 255; *Gruchmann, Justiz, 511-3; Susanne Willems, Lothar Krevssig. Vom eigenen verantwortlichen Handeln. Eine biographische Studie zum Protest gegen die Euthanasieverbrechen in NaziDeutschland, Gotinga, s.f. (1 196), 137-61.* <<

[132] Los antecedentes de la «higiene racial» y de las ideas eugenésicas y su traslado al Tercer Reich, lo analiza detenidamente Hans-Walter Schmuhl. *Rassenhygiene, Nationalsozialismus, Euthanasie. Von der Verhütung zur Vernichtung «kbensunwerten Lebens»*, *1890-1945*, Gotinga, 1987; Robert N. Proctor, *Racial Hygiene, Medicine ander the Nazis*, Cambridge Mass., 1988; y Paul Weindling, *Health, Race, and German Poli des between National Unification and Nazism, i8yo-1945*, Cambridge, 1989. <<

[133] Klee, «Euthanasie», 19-28; Schmuhl, 115-25; Burleigh, *Death* 15s.S.; Gruchmann, «Euthanasie», 235-36; Robert Jay Lifton, *The Nazi Doctors. Medical Killing and the Psychology of Genocide*, Nueva York, 1986, cap. 2. <<

[134] Michael Burleigh, *Death and Deliverance. «Euthanasia» in Germany, c. 1900-1945*, Cambridge, 1994, cap. 1, esp. 24, 33, 38-39; y 53-54. Véase también Hans Ludwig Siemen, «Reform und Radikalisierung. Veränderungen der Psychiatrie in der Weltwirtschaftskrise», en Norbert Frei (ed.), *Medizin und Gesundheitspolitil in der NS-Zeit*, Munich, 1991, 191- 200; Michael Burleigh, *Ethics and Extermination. Reflections on Nazi Genocide*, Cambridge, 1997, 113-29; Schmuhl, 121, 147, 192-93; y Hilde Steppe, «"Mit Tränen in den Augen haben wir dann diese Spritzen aufgezogen". Die Beteiligung von Krankenschwestern und Krankenpflegern an den Verbrechen gegen die Menschlichkeit», en Hilde Steppe (ed.) *Krankenpflege im Nationalsozialismus*, Frankfurt am Main, 1993[7], 137-74, esp.146.ss. La aguda cesura de 1933, discernible en el cambio hacia ideas proeutanasia que siguió, está bien expuesto en Michael Schwarz, «"Euthanasie"-Debatten in Deutschland (1895-1945)», VfZ, 46 (1998), 617- 65, esp. 621-22, 643SS. La administración burocrática de la facción de eutanasia» la examina detenidamente Henry Friedlander, *The Origins of Nazi Genocide. Front Euthanasia to the Final Solution*, Chapel Hill-Londres, 1995. <<

[135] Kurt Novak, «Widerstand, Zustimmung, Hinnahme. Das Verhalten der Bevölkerung zur “Euthanasie”», en Drei, *Medizin und Gesundheitspolitik*, 235-51; Schwarz, 639-43, 647-49. <<

[136] *MK*, 279-80; tracl. *MK* Watt, 232. <<

[137] RSA, 111.2, 347. <<

[138] RSA, III.2, 348. <<

[139] Klee, «Euthanasie», 46-47. <<

[140] Burleigh, *Death*, 97. <<

[141] Cit. Gruchmann, «Euthanasie», 235. <<

[142] Gruchmann, «Euthanasie», 236. Véase también las advertencias públicas del cardenal Faulhaber en 1934 sobre los peligros de posibles concesiones a la eutanasia. Klee, «Euthanasie»,53. <<

[143] Gruchmann, «Euthanasie»,236-37. <<

[144] Cit. Gruchmann, «Euthanasie», 238; IíZ, 2719/61, Fols.28-9: «Aktenvermek zu dem Ermittlungsverfahren gegen Professor Dt Werner Hey de und Rechtsanwalt Dr. Gerhard Bohne (Stand vom 1.1.1961)». Hitler había indicado ya a Wagner el año anterior que estaba dispuesto a invalidar la ley para impedir que se persiguiese a cualquier médico acusado de poner fin a un embarazo cuando uno de los padres padeciese una enfermedad hereditaria. Gruchmann, «Euthanasie», 239-40. <<

[145] Klee, «Euthanasie», 53. <<

[146] Bin leigli, *Death*, 187. <<

[147] Burleigh, *Death*, 184, 188. <<

[148] Klee, «Euthanasie», 66ss. <<

[149] Klee, «Euthanasie», 63; Burleigh, *Death*, cap. 2. <<

[150] Klee, «Euthanasie», 62. <<

[151] Cit. Klee, «Euthanasie», 63. <<

[152] Noakes, «Bouhler», 210-11. <<

[153] Noakes, «Bouhler», 221. <<

[154] Alben Krebs, *Tendenzen und Gestalten der NSDAP. Erinnerungen an die Frühzeit der Partei*, Stuttgart, 1959, 142, 197; Orlow, 59. <<

[155] Para esbozos biográficos, véase Hans-WaJter Schmuhl, «Philipp Bouhler. Ein Vorreiter des Massenmordes», en Ronald Smelser, Enrico Syring, y Rainer Zitelmann (eds.), *Die braune Elite II*, Darmstadt, 1993, 39-50; Robert Wi strich, *Wer war iver im Dritten Reich*, Munich, 1983, 29; Weiss, *Biographisches Lexikon*, 51-52. <<

[156] Noakes, «Bouhler», 211-12; 234. <<

[157] Noakes, «Bouhler», 223-24. <<

[158] Noakes, «Bouhler», 223. <<

[159] Noakes, «Bouhler», 226. <<

[160] Noakes, «Bouhler», 225-27. <<

[161] Burleigh, *Death*, 94-95. <<

[162] Gitta Sereny, *hito that Darkeness. An Examination of Conscience*, Pan Books ed., Londres, 1977, 65; Burleigh, *Death*, 93. <<

[163] Noakes, «Bouhler», 227; Burleigh, *Death*, 98; Udo Benzenhöfer, *Der gute Tod? Euthanasie und Sterbehilfe in Geschichte und Gegenwart*, Munich, 1999, 114-18. Lido Benzenhöfer, «Der Fall “Kind Knauer”», *Deutsches Arz4Matt*, 95, Cuaderno 19, 8.5.98, 54-54 consiguió identificar al niño referido, que nació el 20 de febrero y murió el 25 de julio de 1939. Véase también Ulf Schmidt, «Reassessing the Beginning of the “Euthanasia” Programme», *German History*, 17 (1999), 543-50. <<

[164] Noakes, «Bouhler», 227; Gruchmmann, «Euthanasie», 240. El médico de Hitler, Titeo Morell, preparó uní memorando durante el verano de 1939 sobre la necesidad de una ley de «eutanasia» y habló con Hitler sobre ello, probablemente basándose en ese memorándum, aunque no está claro en qué fecha concreta. Burleigh, *Death*, 98. <<

[165] Sereny, Into that Darkness, bqss., aquí 68; Klee, Dokumente, 40-46, 146-51; LTdo Benzenhöfe y Karin Finsterbuch, Moraltheologie pro «NS-Euthanasie». Studien zu einem «Gutachten» (iijjo) von Prof. Joseph Mayer mit Edition des Textes, Hannover, 1998. <<

[166] Noakes, «Bouhler», 227-28. <<

[167] Gruchmann, «Euthanasie», 241. <<

[168] Noakes, «Bouhler», 228. <<

[169] Bert Honolka, *Die Kreuzeischreibei: Arzte ohne Gewissen: Euthanasie im Dritten Reich*, Hamburgo, 1961, 35. Broszat, *Staat*, 399, indica que sólo unos cincuenta médicos y técnicos conocían el verdadero alcance de la «acción». Los nombres alemanes de las organizaciones fantasma implicadas eran, respectivamente: «Reichsarbeitsgemeinschaft der Heil- und Pflegeanstalten»; «Gemeinnützige Krankentransportgesellschaft»; y «Gemeinnützige Stiftung für Anstaltspflege». <<

[170] Honolka, 37. <<

[171] Honolka, 33. <<

[172] Burleigh- Wippermann, *The Racial State*, 148. <<

[173] Klee, «Euthanasie», 95-98, 112-15, 192 93; Schmuhl, 240-42; Götz Aly, «*Endlösung*». *Völkerverschiebung und der Mord an den europäischen Juden*, Frankfurt am Main, 1995, 114-26, Bennenhöfer, *Der gute Tod?*, 118 <<

[174] Gruchmann, «Euthanasie», 244 y n° 33; Burleigh-Wippermann, *The Racial State*, 153. <<

[175] Incluidos los asesinatos que continuaron en los manicomios a pesar del «decreto de cese», los miles eliminados más tarde en la llamada eutanasia «salvaje» y el programa «14H3» que continuó hasta el final de la guerra, los miles de víctimas de la «eutanasia» que fueron asesinados en Polonia, la Unión Soviética y otros territorios ocupados y los niños asesinados en el programa de «eutanasia infantil» (que no se paralizó con el «decreto de cese»), es posible llegar a cálculos tan elevados como 90.000 más que hay que añadir a los 70.000 o más de la «acción» T4. Klee, «Euthanasie», 345s.S. Burleigh-Wippermann, *The Racial State*, 144, 148; Benzenhöfer, *Der gute Tod?*, 129. <<

[176] Lo anterior se basa en Deutsch, 42-67, 81-91, 105-7, cap. VI; y véase Gisevius, *To the Bitter End*, 419-29. <<

[177] Mommsen, «Widerstand», 9, habla de «una resistencia de servidores del estado» *(einen Widerstand der Staatsdiener).* <<

[178] Deutsch, 188-89. <<

[179] Gisevius, *To the Bitter End*, 376-402; Kordt, 359-77; Deutsch, 189-253 y cap. VII; Miller, *Heer*, cap. XI. <<

[180] Véase Peter Iloffmann «Maurice Bavaud's Attempt to Assassinate Hitler in 1938», en George L. Mosse, *Polüc Torces in History*, Beverly lhlls, 1975, 173-204, para los planes disparatados del estudiante suizo Maurice Bavaud. Sobre el servicio de seguridad de Hitler, véase Hoffmann, «Hitler's Personal Security», en el mismo libro, 151-71, y Peter Hoff- mann, *Hitler s Personal Security*, Londres, 1979. Los grupos de la resistencia de izquierdas se habían reducido mucho de tamaño inevitablemente por entonces, en un proceso iniciado en los primeros años del régimen, en que decenas de miles de personas habían participado en varias formas de actividad ilegal. Una fracción minúscula de la clase obrera lo hacía también ahora. Solían formar la base redes de amigos y contactos de conlianza. Véase DetlevJ.K. Peukert, «Working-Class Resistence: Problems and Opttions», en David Clav Large (ed.), *Contending zuith Hitler. Varieties of German Resistance in the Third Reich.* Cambridge, 1991,35-48, aquí 41-42; y Martin Broszat, «A Social and Historical Typologv of the German Opposition to Hitler», en el mismo libro, 25-33, aquí 27-29. Mantener en secreto esas redes de personas de ideas similares opuestas al régimen, intercambiar opiniones y mantener la moral alta solía ser un fin en sí mismo para los socialdemócratas. William Sheridan Allen, «Die sozialdemokratische Untergrundbewegung: Zur Kontinuität der subkulturellen Werte», en Schmä- deke y Steinbach, 849-66, esp.857ss. Para los comunistas había comenzado con la conclusión del Pacto nazi-soviético en agosto una fase difícil, con mucha decepciém y confusión en las bases del movimiento de resistencia clandestino. Detlev Peukert, *Die KPD en Widerstand. Verfolgung und Unt ergründarbeit an Rhein und Ruhr 1933 bis 1943*, Wuppertal, 1980, 329SS. <<

[181] Weinzsäcker-Papiere, 164: «… wäre man der peinlichen Entscheidung überhoben, wie man denn England Militärisch zu Boden zwingen kann». <<

[182] Las 65 divisiones irancesas disponibles para un ataque a Alemania desde el oeste en septiembre de 1939 superaban abrumadoramente en número a las unidades de la *Wehrmacht*, que estaban tan ocupadas en Polonia. Pero nunca se les llegó a ordenar entrar en acción. *DRZW*, 11.18-19, 270. Véase también Andreas Llill-gruber, *Hitlei's Strategie. Politik und Kriegführung 1940-1941* (1965) Bonn, 1993^3, 34-35,53. <<

[183] Véase Domarus, 1369-70 para la sugerencia de Hitler al intermediado sueco Dahlerus el 26 de septiembre de que garantizaba la seguridad de Inglaterra y Francia, necesitaba paz para cultivar (una tarea que exigía por lo menos cincuenta años) los territorios recién conquistados de Polonia (un estado que no se permitiría que volviese a crearse) y podía ofrecer la paz a Inglaterra al cabo de catorce días sin desprestigio. Como siempre, esta «generosidad» iba unida a amenazas. Había destruido Polonia en tres semanas. Los ingleses (*Engländer*) deberían reflexionar sobre lo que podría pasarles en tres meses. Si querían una guerra larga, Alemania aguantaría y reduciría Inglaterra a un montón de ruinas. Algunos de estos sentimientos se repitieron en el discurso de Hitler al Reichstag de 6 de octubre. Véase Domarus, 1388.SS. <<

[184] Irving, IIW, 25. El gabinete de guerra inglés emitió el 9 de septiembre un comunicado que decía que esperaba una guerra de tres años para apagar rumores de que la actuación inglesa dependía de los acontecimientos de Polonia, *The Diaries of Sir Alexander Cadogan*, 215 y nota. <<

[185] *DRZW*, II.240. <<

[186] Below, 210. Se había enterado ya por Schmundt el 8 de septiembre de que Hitler se proponía atacar Francia en cuanto pudiese. Hitler, según Below, habló de esto con sus asesores militares más íntimos en una serie de ocasiones durante los días siguientes y estaba decidido a lanzar el ataque en octubre o noviembre. <<

[187] Halder KTB, i.86-90 (27.9.39); trac!. Halder Diary, 62-6. <<

[188] *DRZW*, II.238. <<

[189] Warlimont, 37. <<

[190] Seraphim, *Rose?djerg-Tagebuch*, 99 (29.9.39). <<

[191] Domarus, 1392. <<

[192] Domarus 1390. <<

[193] Domarus, 1389, 1393. <<

[194] Domarus, 1393. <<

[195] Chamberlain preguntó quién se interponía en el camino de una verdadera paz en Europa y contestó así a su propia pregunta retórica: «Es el gobierno alemán y sólo el gobierno alemán». Cit. *The Diaries of Sir Alexander Cadogan*, 223. Todos los tanteos no oficiales de los meses siguientes se encontraron con una respuesta similar. <<

[196] Halder KTB, i.99 (7.10.39); Müller, *Heer*, 475. <<

[197] Halder KTB, too (9.10.39); Müller, *Heer*, 476. <<

[198] Cit. Müller, *Heer*, 476. <<

[199] Warlimont, 50; Müller, *Heer*, 476. <<

[200] Halder KTB, i.i 01-3 (10.10.39); Müller, *Heer*, 476; Hans-Adolf Jacobsen, *Dokumente zur Vorgeschichte des Westfeldruges 1 y39-1940*, G o ti nga-Bertín-Frank- furt, 1956, 4-20, n- 3, S.4SS, aquí 15, 19. Véase también *DRZW*, II.239; y Hillgruber. *Strategie*, 45-46. Hitler seguía convencido de que había acertado en sus suposiciones cuando se refirió al memorándum en diciembre de 1944. Helmut Heiber (ed.), *Lagebesprechungen im Führerhauptquartier. Protokollfragmente aus Hitlers militärischen Konferenzen 1942-1945*, Deutsche Buch-Gemeinschaft edn., Berlüi-Darmstadt-Viena, 1963, [=LB Darmstadt], 284. <<

[201] Halder KTB. I.101 (10.10.39). <<

[202] Weisungen, 37-38. <<

[203] *Weizsäcker, Erinnerungen, 268.* <<

[204] Halder KTB, I. 107 (16.10.39). <<

[205] Halder KTB, I. 111 (22.10.39); Jacobsen, *Vorgeschichte*, 41 (para conflrmaciém en 27.10.39). <<

[206] TBJG, I/7, 150 (12.10.39). <<

[207] TBJG, I/7, 153 (14.10.39). «Die Engländer müssen durch Schaden klug werden». <<

[208] TBJG, I/7, 164(22.10.39) <<

[209] Groscurth, 385; y véase Müller, *Heer*, 493. <<

[210] TBJG, I/7, 180 (3.11.39). <<

[211] TBJG, I/7, 184 (7.11.39). El Tratado de Westfalia (1648) puso fin a los conflictos religiosos y políticos de la Guerra de los Treinta Años, pero lo hizo debilitando la autoridad central del Sacro Imperio Romano en favor de los estados individuales. Hubieron de hacerse también concesiones territoriales a Francia y Suecia, mientras que Suiza y Holanda confirmaron su independencia del Reich. Es evidente que el pacto era anatema para Hitler. <<

[212] TBJG. 1/7,187(9.11.39). <<

[213] Dülffer, *Weimar, Hitler und die Marine*, 541SS. <<

[214] Göring había seguido realizando sondeos extraoficiales durante las primeras semanas de la guerra a través de Dahlems para un posible acuerdo con Inglaterra, Irving, *Göring*, 274-78. El Ministerio de Asuntos Exteriores inglés se mostro desdeñoso y, el 19 de octubre, comunicó diplomáticamente a Dahlems que pusiera fin a los contactos. *Diaries of Sir Alexander Cadogan*, 223-26. <<

[215] Halder KTB, I.105 (14.10.39). <<

[216] Müller, *Heer*, 480 y n. 59; Weizsäcker, *Erinnerungen*, 269-70. <<

[217] Müller, *Heer*, 480. <<

[218] Müller, *Heer*, 481. <<

[219] Müller, *Heer*, 485. <<

[220] Müller, *Heer*, 485-86. <<

[221] Hofft nanu, *Widerstand*, 167-68; Müller, *Heer*, 516-17 (sin dudas respecto a si detalles de la conspiración posterior no estaban entremezclados con planes de 1939 en la versión de posguerra de este documento). Para el grupo del *Abwehr* véase Deutsch, 81 ss. <<

[222] Müller, *Heer*, 490-96. <<

[223] Deutsch, 16-17. <<

[224] Hoffmann, *Widerstand*, 166; Müller, *Heer*, 500-1. <<

[225] Hoffmann, *Widerstand*, 172-73; Müller, *Heer*, 502, 507-508. Sobre la posición ambivalente de Halder en el otoño de 1939, véase también Hartmann, *Halder*, 162-72; Ueberschär, *Halder*, 35-45. <<

[226] Hoffmann, *Widerstand*, 173-74. <<

[227] Müller, *Heer*, 518-20. <<

[228] Deutsch, 226-29; Müller, *Heer*, 520-21; Hoffmann, *Widerstand*, 177; Halder KTB, i.i 20 (5.11.39); IMG, XX.628; Groscurth, 224 (5.1 1.39); Keitel, 225; Warlimont, 58; Below, 213; Engel, 66-67. <<

[229] Halder KTB, i.120 (5.11.39). <<

[230] Hoff-«asnn, *Widerstand*, 178. <<

[231] Groscurdi, 225, 305 (5.11.39). <<

[232] Hoffmann, *Widerstand*, 178. <<

[233] Groscurth, 226, 306 (7.1.39). <<

[234] Hoffmann, *Widerstand*, 178-80, 182-83; Müller, *Heer*, 524-46; Hans Bernd Gisevius, *Bis zum bi ítem Ende, id.II: Vom Münchner Abkommen zum 2().Juli* 7944, Zürich, 1946^2, 120-22. <<

[235] El número de aplazamientos aparece en Milan Hauner, *Hitler. A Chronologe of his Life and Time*, Londres, 1983, 147. <<

[236] Groscurth, 227 (9.11.39); Gisevius, *To the Bitter End*, 393-94 (donde Gisevius afirma que él pensó en principio que detrás de la tenta- liva de asesinato estaba Himmler, y comenta que I lelldorf, el jefe de la policía de Berlín, no sabia más que lo que había visto en los periódicos); Hoffmann, *Widerstand*, 181. Gisevius (396-41 1) acabó comprendiendo que era obra de un solo hombre. <<

[237] Zoller, 181. <<

[238] TBJG; I/7, 188 (9.11.39). <<

[239] TBJG, I/7, 197 (i 7.1 1.39), 201 (19.11.39). <<

[240] Lothar Gruchmann (ed.), *Autobiographie eines Attentäters. Johann Georg Elser. Aussage zum Sprengstoffanschlag im Bürge)bräuheller*, München, am 8.November 1939, Stuttgart, 1970, 13-14; Hoffmann, Widerstand, 181. <<

[241] La mayoría de las primeras versiones del atentado (a excepción de la de Gise- vius) dieron por supuesto que Elsen había sido el brazo ejecutor de una conjura. (Véase, por ejemplo, Bullock, Hitler, 566-67, donde se dice que el atentado estaba organizado por la Gestapo). El primero que demostró convincentemente que Elser había planeado y ejecutado el atentado solo fue Anton Hoch, «Das Attentat auf Hitler in Münchner Bürgerbräukeller 1939», VfZ. 17 (1969), 383-413, el artículo presentaba una descripción veraz de los antecedentes y motivos de Elser, y de cómo preparó el atentado, ratificando la autenticidad de la declaración del propio Elser a la policía (aparece en Gruclunann, Elser, en el que se basa la descripción que sigue). <<

[242] Gruclunann, *Elser*, 27. Había nacido en 1903 en Hermaringen (Württemberg). <<

[243] Gruchmann, *Elser*, 9, 20-22, 76-78, 80-84, 1651164. <<

[244] Gruclunann, *Elsw*, 84-101, 104-106, 121-24, 131, 146-53. <<

[245] Gruchmann, *Elser*, 9; Domarus, 1404. <<

[246] Domarus, 1405. <<

[247] Domarus, 1405-14; véase TBJG, I/7, 18788 (9.11.39). <<

[248] Gruclunann, *Elser,*. 9; Domarus, 1414-15. Hitler había ido a Munich en avión, pero no se podía garantizar que pudiese volver a tiempo por vía aérea debido a las condiciones meteorológicas. <<

[249] Domarus, 1414-15; Gruch- mann, *Elser*, 8-9. <<

[250] Zoller, 181; Below, 214. <<

[251] *Der Völkische Beobachter* [=YBN], 10.11.39 («Die wunderbare Errettung des Führers»). <<

[252] Gruchmann, *Elser*, 9-101 <<

[253] Gruchmann, *Elser*, 7-8, 13SS., 18-20. <<

[254] Masón, *Arbeiterklasse*, 96iss., 1050SS., 1196, 1205. <<

[255] Masón, *Arbeirterklasse*, io86ss., 1183SS., 1233-34. <<

[256] Kershaw, *Popular Opinión*, 298-301. <<

[257] Véase Kershaw, «Hitler Myth», 144-45. <<

[258] Reck-Malleczewen, 68 (cit. HM, 146 n. 88). <<

[259] MadR. III.499. Y véase HM y n. 88. <<

[260] DBS, VI. 1024-25 (2.12.39). <<

[261] IMG, XXVI.327-36, D0C.789-PS; Domarus, 1422; DGFP, D, 8, 439-46, aquí 440, n° 384, «Memorandum of a Gonference of the Führer with the Principal Military Commanders, November 23, 1939». <<

[262] Domarus, 1422; DGFP, D, 8, 441, n° 384. <<

[263] Domarus, 1423; DGFP, D, 8, 441, n° 384. <<

[264] Domarus, 1423; DGFP, D, 8, 442, n° 384. <<

[265] Domarus, 1424; DGFP, D, 8, 442, n° 384. <<

[266] Domarus, 1424; DGFP, D, 8, 443, n° 384. <<

[267] Domarus, 1424; DGFP, D, 8, 443, n° 384. <<

[268] Domarus, 1425; DGFP, D, 8, 444, n° 384. <<

[269] Esto se hace eco de los comentarios que él había hecho varias semanas antes, inmediatamente después de volver de Polonia, el 27 de septiembre. Halder KTB, i.88 (27.9.39). <<

[270] Domarus, 1426; DGFP, D, 8, 445, n° 384. Véase también Hiilgruber, *Strategie*, 28-29. <<

[271] Domarus, 1425, 1426; DGFP, D, 8, 444-45, n° 384. <<

[272] Domarus, 1426; DGFP, D, 8, 445-46, n° 384. <<

[273] Domarus, 1426; DGFP, D, 8, 446, n° 384. <<

[274] LB Darmstadt, 287. <<

[275] Domarus, 1426; DGFP, D, 8, 446, n° 384. <<

[276] Domarus, 1427; DGFP, D, 8, 446, n° 384. <<

[277] Halder KTB, 1.132 (23.11.39), para la alusión de Hitler al «Geist von Zossen»; IMG, XX.628 (declaración de von Brauchitsch, 9.8.46).
<<

[278] Müller, *Heer*, 547-49, 550. <<

[279] TBJG, I/7, 228 (12.12.39). <<

[280] Halder KTB, i. 154 (10.1.40), 157 (13.1.40), 161 (18.1.40), 165-7 (20.1.40), 167-9 (21.1.40); Hans-Adolf Jacobsen, *Eall Gelb. Der Kampf um den deutschen Operationsplan zur Westoffensive 1930*, Wiesbaden, 1957, 98. <<

[281] Véase Hilberg, 137SS; Aly, 29SS. <<

[282] TBJG, I/7, 220-1 (5.12.39). <<

[1] TBJG, I/7, 273 (16.1.40). <<

[2] Halder KTB, I.93 para el infórme pesimista del comandante general Georg Thomas, jefe de la Oficina de Armamento y Economía de la Defensa en la OKW, sobre las carencias económicas y la incapacidad para satisfacer las necesidades de las fuerzas armadas en los meses siguientes; DRZW, II.242; Hillgruber, *Strategie*, 54, que se refiere al plan básico, dirigido a una guerra larga, aprobado por el gabinete inglés el 9.9.39. <<

[3] DRZW, II.235-36; Ilillgniber, *Strategie*, 40. <<

[4] Hillgruber, *Strategie*, 38-39. Sin embargo, (“1 *Luftwajfenführungsstab* (Estado Mayor Operativo de la Luftwaffe) presionó en el otoño de 1939 para que se efectuaran ataques aéreos contra Inglaterra antes de finales de año (dirigidos contra los puertos para destruir barcos y suministros) antes de que los ingleses pudiesen organizar su defensa aérea. DRZW, II.333, 336. <<

[5] DRZW, II. 193. <<

[6] DRZW, II.239, 266; Hillgruber, *Strategie*, 34-40, 48 y (para el Z-*Plan*, que, el 11 de julio de 1940, Hitler accedió a reiniciar) 148. <<

[7] IMT, XV.385-86 (testimonio de Jodl); Jacobsen, *Fall Gelb*, 4-5; Hillgruber, *Strategie*, 34, 53. La Fuerza Expedicionaria Británica, compuesta inicialmente por sólo 152.000 hombres, no empezó a trasladarse a Francia hasta el 4 de septiembre y era en su composición puramente defensiva, sin división blindada, inadecuada en cuanto a comunicaciones, equipamiento e instrucción de la tropa y con escasa potencia aérea. *The Oxford Companion to the Second World War*, ed. I.G.B. Dear y M.R.D. Foot, Oxford, 1995, 154-55. <<

[8] DRZW, II.236-37. Véase Staatsmänner, I.45, sobre cómo Hitler describe a Mussolini (el 18.3.40) lo débiles que eran las fuerzas alemanas en el frente occidental al estallar la guerra, aunque añadió que el Muro occidental habría constituido una barrera inexpugnable en caso de ataque de los Aliados. Alemania tenía municiones suficientes para un tercio de las divisiones disponibles durante catorce días de combate, con reservas suficientes para otros catorce días más. Halder KTB. I.99 (8.10.39). <<

[9] Jacobsen, *Fall Gelb*, 18-21. <<

[10] Hillgruber, *Strategie*, 41-45, 48. <<

[11] Hillgruber, *Strategie*, 32, 45-46. Véase también Andreas Hillgruber, «Der Faktor Amerika in Hitlers Strategie 1938-1941», *Aus Politik und Zeitgeschichte. Beilage zur Wochenzeitung «Das Parlament»*, B19/66 (11 de mayo de 1966), 3-21, esp.8ss. <<

[12] DGFP, D, VIII, 604-09 (esp.608), Doc.504; Hillgruber, *Strategie*, 30 n. 13. <<

[13] DGFP, D, VIII, 871-80 (esp.876), Doc.663; Hillgruber, *Strategie*, 30 n. 13. Véase William Carr, *Poland to Pearl Harbour. The Making of the Second World War*, Londres, 1985, 113-14, para más comentarios con esa orientación, que Carr está dispuesto a considerar un indicio de que las ideas de Hitler sobre Rusia estaban experimentando una metamorfosis. <<

[14] TBJG, I/7, 269-70 (13.1.40). Quince días antes, se había referido a Stalin como «un típico ruso asiático». El bolchevismo había eliminado al estrato dirigente occidentalizado capaz de activar «ese coloso gigante», según había dicho. Alemania podía estar contenta de que Moscú tuviera las manos llenas, pero sabría tratar cualquier tentativa del bolchevismo de avanzar hacia el oeste. TBJG, I/7, 250 (29.12.39).
<<

[15] Hans-Adolf Jacobsen, *Dokumente zur Vorgeschichte des Westfeldzuges 1939-1940*, Gotinga-Berlin-Frankfürt, 1956, 4-21 («Denkschrift und Richtlinien über die Führung des Krieges im Westen» de Hitler), aquí 7. <<

[16] TBJG, I/7, 270 (13.1.40). <<

[17] Véase Hillgruber, *Strategie*, 43-44, para la interpretación errónea de las motivaciones de los ingleses y, para los elementos personalizados del conflicto, John Lukacs, *The Duel. Hitler vs. Churchill: 10 may-31 July 1940*, Oxford, 1992; John Strawson, *Churchill and Hitler*, Londres, 1997, cap. 5. <<

[18] Hillgruber, *Strategie*, 16. <<

[19] DRZW, II. 193, 195-96. <<

[20] Hillgruber, *Strategie*, 49-50. <<

[21] DRZW, II. 190-92. <<

[22] Para el ataque, véase Churchill, I.506-8. Las cañoneras noruegas no intervinieron. El Altmark se dejó varado en el JösLng Fjord mientras el Cossack conseguía escapar con los prisioneros rescatados a bordo. Las protestas noruegas por la irrupción en sus aguas territoriales fue desdeñada por el gobierno inglés, que pudo apuntarse un éxito que necesitaba mucho para reforzar la moral. <<

[23] Below, 221-22. Sobre la planificación de la campaña, véase Walter Hubaysch, *«Weserübung». Die deutsche Besetrung von Dänemark und Notwegen 1940*, Gotinga-Berlín-Frankfürt, 2° ed., 1960, cap. 2, 39s.S.; y Michael Salewski, *Die deutsche Seekriegskitung 1935-1945, BcLi: 1955-1941*, Frankfurt am Main, 1970, 176.SS.; *Lagevorträge des Oberbefehlshabers der Kriegsmarine vor Hitler 1939-1945*, cd. Gerhard Wagner, Munich, 1972, 82, 85s» <<

[24] DRZW, II. 197-98; Weisungen, 5457. <<

[25] DRZW, II.198; véase Halder KTB, I.218 (3.3.40). <<

[26] Weisungen, 57; DRZW'. II.200. <<

[27] Churchill había sugerido la operación de minado ya en el septiembre anterior. Problemas de violación de la neutralidad escandinava y divisiones dentro del gobierno inglés y entre los ingleses y los franceses habían hecho que se aplazara antes toda actuación hasta que (sin tener conocimiento de que el «Ejercicio Weser» era inminente) se tomó a principios de abril la decisión de minar Narvik. El objetivo británico había sido interrumpir los suministros de mineral de hierro a Alemania y provocar, al mismo tiempo, la represalia alemana con la que quedarían justificados los desembarcos ingleses en Escandinavia - DRZW, II.204-11. <<

[28] DRZW, II. 202. <<

[29] TBJG, I/8, 41-42 (9.4.40). Dos días después, Hitler estaba hablando de que el objetivo era una «nordgermanischer Staatenbund», que significaba en la práctica convertir a Dinamarca y a Noruega en estados marionetas alemanes bajo «protección» militar. - TBJG, I/8, 47 (11.4.40). <<

[30] Churchill, I.524 para los informes suecos. <<

[31] Lothar Gruchmann, *Der Zweite Weltkrig. Kriegführung und Politik* (1967) 4ª ed., Munich, 1975, 56. <<

[32] Basado en: DRZW, II .212-25; Weinberg, III. 116-19; Lukacs, *Dual*, 32-35; Gruchmann, *Zweiter Weltkrieg*, pt.I, cap. 4; R.A.C. Parker, *Struggle for Suwival. The History of the Second World War*, Oxford, 1990, 25; Churchill, I.528-92. <<

[33] Warliraont, 75-78. <<

[34] Warlimont, 76, 79-80. <<

[35] DRZW, II.247-48. <<

[36] Lo señala Lukacs, *Duel*, 22. <<

[37] DRZW, II.248. Lo siguiente se basa sobre todo en Hans-Adolf Jacobsen, «Hitlers Gedanken zur Kriegführung im Wesen», *Wehiwissenschaftlichr Rundschau*, 5 (1955), 433-46; y Jacobsen, *Fall Gelb*, 66ss., 107SS., esp.i i2ss. <<

[38] Esta versión se consiguió, en realidad, después de que el avión de un oficial alemán se viera obligado a aterrizar en Bélgica. Véase Jacobsen, *Fall Gelb*, 93-99. <<

[39] DRZW, II.250-51. <<

[40] IfZ, MA 444/3, «Grundsätzlicher Befehl», 1 1.1.40, Domamsa, 1446. <<

[41] Engel, 75. <<

[42] DRZW, II.252. <<

[43] DRZW, II.254. Francois Delphi, *La ruse nazi. Dunkerque - 24 mai 1940*, Paris, 1997, J 20 y n. 30-31, no pudo encontrar ninguna alusión al término en documentos contemporáneos. Se lo atribuyó a Churchill, que escribió después de la guerra sobre «el corte de guadaña alemán». Winston S. Churchill, *The Second World War*, vol. II, *Their Finest Hour*, Londres etc., 1949, 74. Propuso como primer uso en la literatura académica el de Jacobsen en *Fall Gelb*, publicado en 1957. <<

[44] Weisungen, 53: Jacobsen, *Vorgeschichte*, 64-68; DRZW, II.253 (mapa). <<

[45] Schmidt, 48849; CD, 223. <<

[46] Staatsmänner, 1.47. <<

[47] Staatsmänner, I.48. <<

[48] Lo anterior se basa en Staatsmänner, 1.37-59; Schmidt, 488-91; CD, 223-25; CP, 361-65. <<

[49] CD, 224-25. <<

[50] TBJG, I/7, 356 (19.3.40), 357 (20.3.40). <<

[51] TBJG, i/7, 358 (20. 3. 40). <<

[52] Como señala Lukacs, 221. <<

[53] TBJG, I/8, 66 (21.4.40). <<

[54] TBJG, I/8, 73 (25.4.40). <<

[55] Hillgruber, *Strategie*, 58. <<

[56] DRZW', II.283-84; Belovv, 228. <<

[57] Be low, 228-9. <<

[58] DRZW, II.282. <<

[59] DRZW, II. 266-67. <<

[60] Schroeder, 101-2, 349-50, nota 196; Below, 229-30. <<

[61] Belovv, 231. <<

[62] DRZW, II.284-96; Weinberg, III. 125-30; Gruchmann, *Zweiter Weltkrieg*, pt.i, cap.7; Parker, *Struggle*, 27.SS; Churchill, II.66-104. <<

[63] Véase DRZW, II.296 para el enfoque autoexculpatorio de postguerra de Rundstedt. Véase también Guenther Blumentritt, *Von Rundstedt. The Soldier and the Man*, Londres, 1.952, 74-78. Churchill identificó, ya cuando escribía a fines de los años cuarenta, el carácter engañoso de las versiones de los generales alemanes. Churchill. II.68-70. Véase también, sobre la «orden de alto», Gruchmann, *Zweiter Weltkrieg*, 63; Weinberg, III. 130-31; Parker, *Struggle*, 35-36, Irving, HW, 120-22; Charles Messenger, *The Last Prussian. A Biography of Field Marshal Gerd von Rundstedt, 1833-1933*, Londres etc., 1991,113-20; Lukacs, *Duel*, 90-97. Delpla, *La nise*, aquí esp. 290-92 (también Frangois Delpla, *Hitler*, Paris, 1999, 326-27) es el único que interpreta la «orden de alto» como parte de una compleja maniobra diplomática, en la que participaban Göring y Dahlems, para poder presionar a los ingleses y forzarles a poner fin a la guerra aceptando las condiciones alemanas. <<

[64] Schroeder, 105-6 (donde se fecha el comentario de Hitler el día que se entere) de la oferta francesa de armisticio, el 17 de junio). <<

[65] Below, 232. <<

[66] ING, XXVIII.433, Doc. 1809-PS (Jodl-Tagebuch); Hans-Adolf Jacobsen (ed.), *Dokumente zum Westfeldzug 1940*, Gotinga- Berlin-Frankfurt, i960, 73-86; Hans-Adolf Jacobsen, 7939- 7945. *Der Zweite Weltkrieg in Chronik und Dokumenten*, Darmstadt (1959), 5- ed., 1961, 146; Hans-Adolf Jacobsen, *Dünkirchen. Ein Beitrag zur Geschichte des Westfeldzuges 1940*, Neckargemünd, 1958, 70-122, esp. 94-95. Jodl repitió después de la guerra que la idea de que Hitler se negó a enviar los tanques a Dunkerque era una «leyenda». Hitler, afirmó, no se había decidido a seguir el consejo de Brauchitsch de hacerlo porque el terreno no era adecuado para tanques y había un peligro muy grande de no poder disponer luego de ellos para seguir la ofensiva hacia el sur. Dejó sin embargo que fuesen los comandantes locales los que decidiesen, y estos eligieron no lanzar los tanques contra Dunkerque. IfZ, ZS 678 *(Generaloberst* Alfred Jodl), «Hitler, eine militärische Führerpersönlichkeit. Ein Gespräch mit Generaloberst Jodl von Freg.Kapt. Meckel», Mayo-Julio 1946, Fol.3. <<

[67] Below, 232-33. <<

[68] Halder KTB, I.319 (25.5.40). <<

[69] IMG, XXVIII.434, DOC.1809-PS (Jodl-Tagebuch);Jacobsen, 1939-45, 146-47; Below, 233. <<

[70] Halder KTB, I.318-19 (24.5.40, 25.5.40). <<

[71] DRZW. II.297. <<

[72] Halder KTB, I.318 (24.5.40): Below, 232. <<

[73] DGFP, D, 9, 484, n- 357. <<

[74] DRZW, II.296; Weinberg, 111.130-31. <<

[75] Halder KTB. 1.320-21 (26.5.40). <<

[76] En realidad, el general sirjohn Gort, comandante de la Fuerza expedicionaria británica, no había dado orden de evacuación hasta las 7 de la mañana del 26 de mayo y durante las veinticuatro horas siguientes no fueron evacuados más que 8.000 hombres. Lukacs, *Duel*, 96-97. La evacuación continuó durante otra semana. Dunkerque no cayó hasta el 4 de junio. <<

[77] Véase Lukacs, *Duel*, *gjss.*, para el aislamiento político de Churchill durante los días de la evacuación, y la presión de los que querían solicitar condiciones de paz, de los que era portavoz sobre todo lord Halifax. <<

[78] Below, 233; Schroeder, 102. <<

[79] Véase Eugen Weber, *The Hol low Years. France in the 1930s*, Nueva York-Londres, 1996, 272-79. <<

[80] Weinberg, III.131; Below, 233-34. <<

[81] DRZW II.307; *Gtiford Co-mpanivn*, 414. <<

[82] Schroeder, 106. La fotografía trucada convirtió más tarde el gesto característico de Hitler de levantar una pierna y darse un azote en el muslo en una broma chusca. Lukacs, 142. <<

[83] CD, 263-64, 268. <<

[84] Below, 234; Domarus, 1527-28. <<

[85] Lukacs, *Duel*, 139. <<

[86] CD, 267 (18 19.6.40). <<

[87] CD, 266-67, Schmidt, 495. <<

[88] TBJG, I/8, 202 (3.7.40). <<

[89] *Churchill and Roosevelt: The Complete Correspondence*, vol. 1, ed. Warren Kimball, Princeton, 1984, 49-51, D0C.C-17X (cita, 49). <<

[90] Schmidt, 495; CD, 266-67; Domarus, 1528. <<

[91] IMG, XXVIII.431, Doc. 1809-PS (Jodl-Tagebücher). <<

[92] TBJG, II/4, 492 (10.6.42). <<

[93] Schmidt, 497-502; Keitel, 235-36; Domarus, 1529-30. Y véase Eberhard Jäckel, *Frankreichg in Hitlers Europa*. *Die deutsche Frankreichpolitik im Zweien Weltkrieg*, Stuttgart, 1966, 38-40. Hitler dio órdenes para que el vagón de ferrocarril y monumento conmemorativo de la victoria francesa se llevase de nuevo a Berlín. El monumento al mariscal Foche, el héroe francés de la Primera Guerra Mundial, debía dejarse intacto. Se hizo pasar el vagón por la puerta de Brandenburgo el Día de los «Héroes» *(Heldengedenktag)* de 1941, luego quedó expuesto en el Lustgarten. Tb Reuth, 1438, n. J05. <<

[94] TBJG, I/8, 186 (22.6.40). <<

[95] DRZW, II.316- 19. <<

[96] Domarus, 1533. <<

[97] Speer, 185-86. <<

[98] Below, 235; Schroeder, 106 y 351 n. 202.Hitler había hecho ya una visita a principios de mes a los campos de batalla, incluidos el Monumento de Langemarck y las alturas de Vimy. - TR[G, 1/8, 154 (4.6.40), 159 (6.6.40); Below, 235. <<

[99] Irving, RW, 131, Hauner, 152, y una nota editorial a Schroeder, 351 n. 203, fechan la Visita el 23 de junio, sin indicar la fuente; Giesler, 387, el 24 de junio. Pero tanto Schroeder, 106, como Below, 235, sitúan la visita después, no antes, del viaje a los campos de batalla. Speer, 186, fecha la risita «tres días después del comienzo del armisticio», lo que sería el 28 de junio. Esa es la fecha que da Domarus, 1534, remitiéndose a informaciones de prensa de 30 de junio de 1940 sobre la visita. <<

[100] Speer, 186-87. <<

[101] *Monologe*, 116 (29.10.41). <<

[102] Speer, 187. <<

[103] TBJG, I/8, 202 (3.7.40). <<

[104] Speer, 187. En el otoño de 1941 explicó a los invitados en la cena que, pese a impresiones contradictorias sobre la belleza de la ciudad, se había alegrado de que no hubiese sido necesario destruirla. *Monologe*, 116 (29.10.41). <<

[105] TBJG, I/8, 202 (3.7.40). Hitler le había dicho a Goebbels que a Inglaterra se la podía derrotar en cuatro semanas. Véase Schroeder, 105, para Hitler indicando la misma noche que entró en vigor el armisticio que iba a pronunciar un discurso (que ella consideró que era una última apelación a Inglaterra), y que si no se avenían actuaría contra ellos «implacablemente». Sin embargo, Schroeder fecha su carta el 20 de junio de 1940 cinco días antes del cese del fuego. Below indicó también que Hitler suponía que su «oferta» iba a ser rechazada. Below, 236. <<

[106] Albert Zoller, *Hitler privat. Erlebnisbericht seiner Geheimsekretärin*, Düsseldorf, 1949, 141; Below, 237; TBJG, I/8, 209-10 (7.7.40). <<

[107] StA Neuburg an der Donau, vori.LG A5, informe de! *Kreisleiter* de AugsburgStadt, 10.7.40. <<

[108] GStA, MA 106.683, informe del *Regierungspräsident* de Schwaben, 9.7.40. <<

[109] Véase Kershaw, «Hitler Myth», 155-56. El comentario de Goebbels de que la gente estaba deseando una guerra con Inglaterra (TBJG, I/8, 205, 5.7.40) no estaba muy descaminado en esta ocasión. <<

[110] Below, 237. <<

[111] Weinberg, III. 145-46; Lukacs, *Dtiel*, 1 72-73. Hitler había asegurado a los franceses, de acuerdo con las condiciones del armisticio, que no tenía ninguna intención de desplegar su ilota con propósitos bélicos y que había permitido a la ilota francesa mantenerse armada. Domarus, 1532; TBJG, I/8, 210 (7.7.40). <<

[112] TBJG, I/8, 210. <<

[113] CD, 275 (7.7.40); CP, 375-79. Las palabras de Hitler iban dirigidas en parte a Inglaterra, dado que se daba cuenta de que lo que le decía a Ciano acabaría llegando a los ingleses. Below, 239. <<

[114] Lukacs, *Duel*, 173. <<

[115] TBJG, I/8, 213 (9.7.40). <<

[116] Hillgruber, *Strategie*, 168; Karl Klee (ed.), *Dokumente zum* Unternehmen «Seelöwe». Die geplante deutsche Landung in England 1940, *Gotinga-Berlin- Frankfurt, 1959, 238*-*39.* <<

[117] Klee, Dokumente zum Unternehmen «Seelöwe», 239 40; Karl Klee, Das Unternehmen «Seelöwe», Gotinga-Berlin-Frankfurt, 1958, 58-59; Below, 236. <<

[118] DRZW, II.371. Véase el *Memorandum* de Jodl de 30.6.40 en IMG, XXVIII.301-3, D0C.1776-PS. Para Jodl los desembarcos sólo habían sido un últ'imo recurso, y sólo en caso de que estuviese garantizada la superioridad aérea. <<

[119] Thomas, *German Navy*, 195. <<

[120] Klee, *Dokumente*, 240-41; BA/MA, PG/31320, Handakten Raeder, *Denkschrift*, 11.6.40 (me llamó la atención amablemente sobre ello Meir Michaelis); véase Thomas, *Navy*, 192. <<

[121] Lukacs, 180-1; Below, 23940. <<

[122] Klee, *Utit/rnehmen*, 72. El miedo a una invasión llevaba varias semanas presente en Inglaterra por entonces. Churchill lo mantuvo deliberadamente vivo para estimular la voluntad de lucha, aunque personalmente dudase que la amenaza de invasión fuese un peligro serio. John Colville, *Downing Street Dianes* 1939/1955, Londres, 1985, 192. Doy las gracias a Tilman Remme por esta referencia. Churchill había recibido atisbos de lo que pensaban los alemanes sobre la marina en relación con la invasión de junio. Churchill, II.267.
<<

[123] Franz Halder, *Kriegstagebuch. I'agliche Aufzeichnungen des Chefs* des Gemrcdstabes des Heeres [949-1942, *Vol.i 1*, Von der geplanten *Landung in England bis zum Beginn des Ostfaidzuges (i.j. 1940-21.6.1941)*, Stuttgart, [=Halder KTB, II], 19-22 (13.7.40). Aparte de «León marino», Hitler analizó con Halder propuestas de licenciar a algunas unidades planteadas por el alto mando del ejército. Hitler, considerando claramente que era probable que hubiese nuevos enfrentamientos bélicos en el futuro próximo, sólo aceptaba licenciar quince divisiones… número elevado posteriormente (Halder KTB, II.20 [13.7.40), 27 [19.7.40]; DRZW, II. 371; DRZW, IV.9, 261-62) a diecisiete, mandando de permiso a la mayor parte del resto, para que estuviesen así disponibles si había que llamarles con prisa. Los planes iniciales de mediados de junio de 1940 habían previsto la disolución de 40 divisiones. DRZW, IV.260. <<

[124] Halder KTB, II.27 (13.7.40), trad. *Halder Diary*, 227. Véase también Below, 240. Con lo de «otros», Hitler se refería a la Unión Soviética. Hillgruber, *Strategie*, 155, n. 53. <<

[125] Mosley y su esposa Diana (Mitford de soltera), admiradora de Hitler desde hacía mucho tiempo, fueron detenidos al producirse una oleada de miedo a los quintacolumnistas en Inglaterra tras el inicio de la ofensiva occidental alemana. Skidelsky, 449SS. <<

[126] Engel, 85 (15.7.40). <<

[127] Below, 240. <<

[128] Weisungen, 71. <<

[129] Blumentritt, 85-87; y véase Messenger, 125-27. <<

[130] Domarus, 1539. <<

[131] Below, 240-41; Shirer, *Berlin Diary*, 356. <<

[132] Engel, 85-86 (22.7.40). BA, R4311/1087a contiene reseñas de magníficos regalos de fincas hechos durante la guerra a Keitel, Guderian, Reichebau, Leeb y otros. <<

[133] Below, 237, 240 (para la impresión de que Brauchitsch no se merecía un ascenso). <<

[134] Shirer, *Berlin Diary*, 355-56. <<

[135] TBJG, I/8, 229 (20.7.4°). <<

[136] Wilhatn L. Shirer, *Ihis is Berlin. Reporting from Nazi Germany 1938-40*, Londres, 1999,35. <<

[137] Shirer, *Berlin Diary*, 357. <<

[138] Domarus, 1558. <<

[139] Domarus, 1558 (texto del discurso, 1540-59). <<

[140] Below, 242; CD, 277 (19.7.40); Domarus, 1560. <<

[141] Lukacs, *Duel*, 193SS. <<

[142] CP, 381. <<

[143] TBJG, I/8, 231 (21.7.40). <<

[144] Para lo que sigue: Halder KTB, II.30-33 (22.7.40); trad. *Halder Diary*, 230-32; Klee, *Dokumente*, 245-46. Y véase, DRZW, II.370. <<

[145] Para consideraciones insistentes de que era necesario discutir las condiciones con Hitler, véase John Charmley, *Churchill, the End of Glory. A Political Biography*, Lon- dres-Nueva York, 1993, 422-32; y Lukacs, *Duel*, 97SS. Él plan de Ribbentrop de reclutar al duque de Windsor, entonces en Portugal, como intermediario con los grupos que había en Inglaterra que estaban dispuestos a considerar la paz, presumiblemente con la finalidad de hacer volver al duque al trono a expensas de su hermano, George VI, concluyó con la marcha de los Windsor el 1 de agosto hacia las Bahamas, donde el duque, alejado de donde podía hacer daño desde el punto de vista de Churchill, asumió el cargo de gobernador. Hillgruber, *Strategie*, 153-54; Walter Schellenberg, *Schellenberg*, Mayflower ed., 1969, 67-80. <<

[146] Halder KTB. II.30-33> *Halde) Diary*, 230-32 (22.7.40). Según Below, Hitler había comentado a principios de julio que quería evitar la guerra con Inglaterra porque era inevitable un enfrentamiento con Rusia. Below, 236. Un mes antes de esto, el 2 de junio, se dijo que había comentado en una conversación con Von Rundstedt que con Inglaterra, dispuesta a hacer la paz, creía que podría empezar a ajustar cuentas con el bochevismo. Warli- mont, 113; Walter Ansel, *Hitler Confronts England*, Durham N. C., i960, 175-76. <<

[147] Speer, 188. <<

[148] Véanse los comentarios que presuntamente hizo Hitler a Rundstedt y a Jodl sobre el ataque al bolchevismo. Warlimont, 111, 113. Y véase Bernd Stegemann, «Hitlers Kriegsziele im ersten Kriegsjahr 1939-40. Ein Beitrag zur Quellenkritik», *Militärgeschichtliche Mitteilungen*, 27 (1980), 93-105, aquí esp.99.
<<

[149] Halder, KTB, I.358 (16.6.40); 372 (25.6.40); DRZW, IV9; Carr, *Poland*, 115. <<

[150] Halder Kl B, II.6 & 11. 1 (3.7.40); *Halder Diary*, 220-1. Halder había hablado ya sobre los preparativos a un pequeño número de su equipo planificador a mediados de junio. - Dirks/Janssen, 131. <<

[151] TBJG, I/8, 232 (22.7.40). <<

[152] TBJG, I/8, 234 (24-7-40); Domarus, 1562. <<

[153] Kubizek, 287-90. <<

[154] Halder KTB, II.43 (30.7.40). <<

[155] DRZW, II.371. <<

[156] Halder KTB, II.45-46 (30.7.40). <<

[157] IfZ, ZS 678, Generaloberst Alfred Jodl. «Hitler, eine militärische Führerpersön- iichkeit», Verano, 1946, Fol.5: «Das Reer hatte von den Absichten des Führers schon erfahren, als diese noch im Stadium der Erwägung waren. Es wurde deshalb ein Operationsplan entworfen, noch ehe der Befehl dazu erging». IFZ, ZS 97. Major- General Bernhard Y. Lossberg, Pol. 10 (carta de Lossberg, 7.9.56). Lossberg también indicaba (Fol. 15, carta de 16.9.56) que había sido presentado ya el 5 de agosto otro estudio más de factibilidad de la operación (del comandante general Marcks, véase Jacobsen, 1939-1945, 164-67) del Estado Mayor general del OKH, aunque I líder no había hablado con Jodl por primera vez sobre la campaña rusa hasta el 29 de julio. Y los planes operativos estaban ya tan adelantados el 20 de agosto que Eduard Wagner, jefe del cuartel general, estaba en condiciones de informar a Halder de la planificación de los suministros de la hopa. Edward Wagner, *Der Generalquartimneister Briefe und Tagebuch au fzeichniui gen des Generalquartiermeisters des Heeres General der Artillerie Eduard Wagner*, ed. Elisabeth Wagner, Munich- Viena, 1963, 261-63, esp. 263. Según Jodl, en otra declaración de postguerra (HZ, MA 1564-1 Nuremberg Document NOKW-065, una declaración de diez páginas de Jodl, fechada el 26 de septiembre de 1946, aquí pp. 9-10 [Frames 0654-5]), I lit 1er estaba preocupado por la amenaza rusa a los campos petrolíferos rumanos. Sin embargo, los estudios de factibilidad de las semanas siguientes descartaron por completo una operación inmediata. No se podrían completar los preparativos en menos de cuatro meses y por entonces sería ya invierno, estación en la que el estado mayor de Jodl pensaba que sería imposible realizar operaciones militares en el este. Por el momento, se dejó a un lado la idea de atacar a la Unión Soviética, pero se encargó a Warlnnont en agosto que introdujese mejoras encaminadas a acelerar la

concentración de tropas en el este. Luego, en noviembre, Hitler comunicó a Jodl la orden de que debía encargarse de que todas las secciones de la Wehrmacht empezasen a planificar una operación contra Rusia. Véase también Lukacs, *Duel*, 213- 14. Como indica Lossberg, los planes operativos posteriores guardaban fuerte semejanza con los estudios de factibilidad del verano de 1940 de lo que él había denominado (por su hijo pequeño) «Operación Fritz» y que fue después rebautizado como «Operación Barbarroja». IíZ, ZS 97, Fols. 1 o- 11, 14-15. <<

[158] Según la versión posterior de Warlimont, Jodl comprobó que estuviesen bien cerradas puertas y ventanas antes de explicarles que Hitler había decidido librar al mundo del bolchevismo «de una vez por todas» mediante un ataque sorpresa a Rusia en el mayo siguiente. Warlimont, III. <<

[159] Warlimont, 111-12. <<

[160] Warlimont, 112.Véase también Lukacs, *Duel*, 214. <<

[161] Halder KTB, II.46-50 (31.7.40); trad. *Halder Diary*, 241-45. <<

[162] Halder KTB, II.6 (3.7.40). <<

[163] Hillgruber, *Strategie*, 213-14. <<

[164] Weisungen, 75-76. <<

[165] DRZW, II.378, 382. Below, 244, tenía cazas en acción desde el 8.
<<

[166] Below, 244. Churchill, II. Cap.XVI proporciona una gráfica descripción de la «Batalla de Inglaterra». <<

[167] DRZW, II.386 (y, para la directriz de Göring del 2.8.40, encaminada en principio a destruir la sección de cazas inglesa del área de Londres antes de lanzar ataques importantes contra la capital 380 y n. 50-51). <<

[168] Steinert, 367 y n. 160. <<

[169] Below, 244. <<

[170] Domarais, 1580. <<

[171] Below, 244. Para el *Blitz*, véase Churchill, II. Cap.XVII-XVIII. <<

[172] Hillgruber, *Strategie*, 174. <<

[173] Halder KTB, II.128-29 (7.10.40); Hillgruber, *Strategie*, 1 77. <<

[174] Hillgruber, *Strategie*, 1 75-76. <<

[175] Halder KTB, II.98- 100 (14.9.40); DRZW. II.389. <<

[176] Below, 246. <<

[177] Domarus, 1585. <<

[178] DRZW, II.396; Below, 245. Resultó destruido el centro urbano de Coventry (la catedral incluida). Hubo un total de 380 muertos y 865 heridos. También resultaron dañadas doce fábricas de armamento, aunque pudieron seguir funcionando. Los ingleses habían descifrado las señales alemanas y habían prevenido a las fuerzas aéreas de que iba a producirse un ataque importante contra las ciudades de las MkMands y habían señalado incluso Coventry como el principal objetivo. Sin embargo, la defensa aérea de Coventry fue deplorable. Casi toda la flota de unos 500 aparatos alemanes alcanzó el objetivo. Solo un aparato fue abatido con seguridad. *Oxford Companion*, 275; *Churchill*, 11.332-33. <<

[179] Wee, *Unternehmen*, 205; Domarus, 1586 11. 505; Jacobsen, *1938-1945*, 172; y véase Hillgruber, *Strategie*, 175-76. <<

[180] Carr, *Poland*, 103; Lukacs, *Duel*, 225-27. <<

[181] Un término acuñado por Hans Mommsen, *Beamtentum im Dritten Reich*, Stuttgart, 1966, 98 n. 26; y Hans Mommsen, «Nationalsozialismus», en *Sowjetsystem und demokratische Gesellschaft. Eine vergleichende Enzyklopädie*, ed. C.D. Hernig, 7 vols., Friburgo etc., 1966-72, vol. 4, columna 702. Para una evaluación crítica, véase Hermann Weiss, «Der "schwache" Diktator. Hitler rtrrd der Führerstaat», en Wolfgang Benz, Hans Buchheim y Hans Mommsen (eds.), *Der Nationalsozialismus. Studien zur Ideologie und Herrschaß*, Frankfurt am Main, 1993, 64-77; Manfred Funke, *Starker oder schzuacher- Diktator? Hitlers Herrschaft und die Deutschen. Ein Essay*, Düsseldorf, 1989; Y Ian Kershaw, *The Nazi Dictatorship. Problems and Perspectivas of Interpretation*, Londres (1985), 4- ed., 200, Cap.4. <<

[182] Broszat, *Staat*, 382, irrdica que la radicalización del contenido político y la desintegración de la forma de gobierno iban de la mano. <<

[183] Lo que sigue se basa en Rebentisch, 117-28, y Broszat, *Staat*, 382-83. <<

[184] Hitler dictó un decreto a ese efecto el 5 de junio de 1940. Broszat, *Staat*, 382. <<

[185] Lothar Gruchmann, «Die '“Reichsregierung” rin Führerstaat», en Günther Doeker y Winfried Steffani (eds.), *Klassenjustiz und Pluralismus*, Hamburgo, 1973, 187223, aquí 202; Rebentisch, 290 vn. 24, 371-73. <<

[186] Rebentisch, 291. <<

[187] Rebentisch, 291, 331s. Véase el comentario de postguerra de Frank sobre las muestras de «darwinismo social» en la raíz del fomento hitleriano del conflicto y la lucha: «… yo asociaba con mi lucha la ambición personal de triunfar; no considerarme menos que un Himmler o un Bormann y, confiando en la táctica del Führer, dar amplio espacio al «darwinismo» político de la selección entre sus subordinados cuando luchaban entre ellos, estar firmemente seguro de quedar victorioso en esa prueba». Hans Frank, *Im Angesicht des Galgens. Deutung Hitlers und seiner Aeit auf Grund eigener Erlebnisse und Erkenntnisse*, Munich-Gräfelfing, 1953, 195. <<

[188] Rebentisch, 290-91. <<

[189] Véase Reinhard Bollmius, *Das Amt Rosenberg und seine Gegner. Studien zum Machtkampf im nationa Imoz ia äs tischen Herrschaftssystem*, Stuttgart, 1970, cap. 6, 236ss, esp.245: Rebentisch, 284. <<

[190] Para el término, véase Hans Mommsen, «Der Nationalsozialismus. Kumulative Radikalisierung und Selbstzerstörung des Regimes», en Meyers *Enzyklopädisches Lexikon*, Vol. 16, Mannheim, 1976, 785-790 (aunque Mommsen resta importancia a la ideología como fuerza motriz). <<

[191] Véase también Rebentisch. *164*, 338. <<

[192] Véase Rebentisch, 132SS; Peter Hüttenberger, *Die Gauleiter: Studie zum Wandel des Machtgefiifes in der NSDAP*, Stuttgart, 1969, 152SS; y Kar l Teppe, «Der Reichsverteidigungskommissar. Organisation und Praxis in Westfalen» en Rebentisch y Teppe, *Verxualtimg contra Alenscherifiihrung*, 278-301. <<

[193] Se celebraron diecinueve *Gauleitertagungen* a lo largo de la guerra. Rebentisch, 290 11. 26. Muchas gracias a Martirr Moll por permitirme examinar un estudio detallado que él ha emprendido y que está aun inédito. «Die Tagungen der Reichs- *und* Gauleiter der NSDAP: Ein verkanntes Instrument zur Koordinierung im "Amterchaos” des Dritten *Reiche*.s?». <<

[194] Schirach, 298. <<

[195] Véase Örlow, 268-72. <<

[196] Véase Lorrgerich, *Hitlers Stellvertreter*, cap. VIII. <<

[197] Rebentisch, 246-5 r. <<

[198] Cit. Rebentisch, 25 t. <<

[199] Rebon tisch, 206ss, 247, 251; Hüttenberger, *Gauleiter*, 138ff <<

[200] Para la confusión administrativa y las enmarañadas riendas del control del poder en la Polonia ocupada, véase Norman Rieh, *Hitlers War A i ms. The Establishment ofthe New Order*, Londres, 1974, 72-73. <<

[201] Véase Rebentisch, 248-50 pura Förster y Greiser; también Kershaw, «Greiser». El comentario de Förster sobre Himmler («Wenn ich so aussehen würde wie Himmler, würde ich von Rasse überhaupt nicht reden») se cita en Hüttenberger, 181 (del testimonio aportado al RS HA en 1943 en la disputa entre Himmler y Förster) y en Jochen von Lang, *Der Adjutant Karl Wolff: Der Mann zwischen Hitler und Himmler*, Munich, 1985, 147. <<

[202] Ruth Bettina Birn, *Die Höhnen SS- und Polizei führ er. Himmlers Vertreter im Reich und in den besetzten Gebieten*, Düsseldorf, 198b, 197-205. Martyn Housden, «Hans Frank. Empire Builder in the East, 1939-41», *European History (hiarterly*, 24 (19194)) 367-93, aquí esp. 376-78, se inclina por minimizar la subordinación de Frank a las SS. Sobre la figura de Hans Frank, véase Christoph Klessmann, «Der Generalgouverneur Hans Frank», YfZ, 19 (1971), 245- 60; Christoph Klessmann, «Hans Frank - Parteijurist und Generalgouverneurin Polen», en Ronald Smelsery Rainer Zitelmann (eds.), *Die braune Elite*, Darmstadt, 1989, 41-51; y Joachim C. Fest, *The Face of the Third Reich*, Harmonds- woith, 1972, 315-31. <<

[203] Véase Herbert, *Fremdarbeiter*, 115SS. <<

[204] Véase Christopher Browning, «Nazi Resettlement Policy and the Search for a Solution to the Jewish Question, 1939-1941», en Christophe!" Browning, *ThePath to Genocide. Essays on Launching the Final Solution*, Cambridge, 1992, 3-27. Alv, «Endlösung», 14SS., destaca la interconexión de planes de reasentamiento y genocidio, que examina su estudio. <<

[205] Aly, 60-62. <<

[206] Véase Seev Goschen, «Eichmann und die Nisko-Aktion im Oktober 1939», VfZ, 29 (1981), 74-96, esp.72, 82, 86; Saffrian, 68ss. <<

[207] Aly, 62-64. <<

[208] Goschen, giss; Saffrian, 78-81. <<

[209] *Faschismus-Getto-Massen-mord. Dokumentation über Ausrottung und Widerstand der Juden in Polen während des zweiten Weltkneges*, ed Jüdisches Historisches Institut Warschau, Frankfurt am Main, s.f. [1961] 42-43. <<

[210] *Faschismus*, 43-46; Hilberg, 137SS.; Kershaw, «Warthegau», 516-5171 <<

[211] Véase Ernst Klee y Willi Dressen (eds.), *«Gott mit uns». Der deutsche* Vernichtungskrieg im Osten 1939-1943, *Frankfurt am Main, 1989, 12-13;* The New Crerman Order in Poland, *220SS, 230-31;* Faschismus, *53.* <<

[212] Faschismus, 46. <<

[213] Glowna Komissa Badni Zbrodni Hitlerowskich w Polsce Archiwuz Warsaw [Archivo de crímenes de guerra], Proceso Al tura Greisera, Exp. 27, Fol. 1 67. <<

[214] Véase *Faschismus*, 52-53. <<

[215] Aly, 84-85. Como ya hemos dicho en el capítulo anterior, los pacientes de los manicomios de Stettin y de otras localidades de la costa de Pomerania habían sido asesinados el otoño anterior para hacer sitio a casi 50.000 alemanes étnicos transportados allí desde Letonia. Véase Aly, «Endlösung», 65. <<

[216] Aly, 85. <<

[217] Pätzold, *Verfolgung*, 262. <<

[218] Browning, *Path*, 32. <<

[219] Lucjan Dobroszvcki (ed.), *The Chronide of the Lodz Ghetto, 1941-1944*, New Haven-Londres, 1984, XXXIX. <<

[220] Browning, *Path*, 35. <<

[221] Werner Präg y Wolfgalüg Jacobmeyer (eds.), *Das Diensttagebuch des deutschen GeneraIgouvemeurs in Idolen 19191945*, Stuttgart, 1975 [=DTB Frankl, 261-64 (31.7.40). <<

[222] Kershaw, «“Warthegau”»; 58. <<

[223] DTB Frank (31.7.40), 261 (*Faschismus*, 57-58. <<

[224] Wildt, 32-33. <<

[225] Brechtken, 16, 32SS; en Leni Yabil, «Madagascar. Phantom of a Solution for the Jewish Question», en Befa Vago y George L. Nosse (eds.), *Jews and Nonjnus in Rastern Fitrope*, Nueva York, 1974, 315-34, aquí 315-319, donde bosqueja las consideraciones del gobierno polaco al final de la década de los treinta sobre la posibilidad de convertir Madagascar en una zona para reasentar judíos; llegó a haber incluso conversaciones con el gobierno francés sobre el asunto. El 5 de marzo de 1938, I leydrieh dio instrucciones a Eichmann de preparar un memorándum que indicase que, en parte por razones económicas, no podía pensarse ya en la emigración como medio de resolver la «cuestión judía» y que era por tanto necesario «encontrar una solución de política exterior como la que ya había sido negociada entre Polonia y Francia» («und dass man darum herantreten muss, eine aussenpolidsche Lösung zu finden, wie sie bereits zwischen Polen und Frankreich verhandelt wurde»). Una flecha señalaba «Madagas kaff- Projekt» escrito en el margen. Cit. Yaliil, «Madagascar», 321. <<

[226] Christopher Browning, *The final Solution and the German Foreign Office*, Nueva Yoik-Londres, 1978, 35 <<

[227] Richard Breitman, *The Architect of Genocide. Himmler and the Final Solution*, Londres, 1991, 122. El ministro francés de asuntos exteriores Georges Bonnet había informado a finales de 1938 que, si otros gobiernos que participaban en el Comité Evian estaban dispuestos a contribuir, Francia «consideraría el asentamiento en Madagascar y Nueva Caledonia de 10.000 personas», aunque estas no debían ser de origen alemán. Brechtken, 204. Y véase Yabil, «Madagascar», 319. <<

[228] IMG, XXVIII.539, 1816-PS (Actas de reunión de 12.11.38); Yabil, «Madagascar», 322; Breitman, *Architect*, 122. <<

[229] Breitman, *Architect*, 121, menciona a Hitler hablándole a Jodl el 20 de mayo sobre la exigencia de la devolución de las colonias alemanas como parte de un acuerdo con Inglaterra y (276 11. 24) a Himmler elaborando va planes para la creación de una policía colonial. <<

[230] Helmut Krausnick, «Denkschrift Himmlers über die Behandlung der Fremdvölkischen im Osten, Main 1940», VfZ, 5 (1957), 194-98, aquí 197. Para el significado de los comentarios de Himmler sobre el exterminio, en relación con los judíos, véase la interpretación de Breitman, *Architect*, 121 y nota. <<

[231] Breitman, *Architect*, 118 y 275-76, n. 11. Aly, 140, da como fecha el 25 de junio, pero eso parece un error. <<

[232] Krausnick, «Denkschrift» 197 (trad. de N&P, III.932). <<

[233] Hans-Jürgen Düscher, *Das Auswärtige Amt im Dritten Peich. Diplomatie im Schatten der «Endlösung»*, Berlin, 1987) 215; véase también Yahil, «*Madagascar*», 325; Browning, *Final Solution*, 36; Breitman, *Architect*, 123. <<

[234] Döscher, *Das Auswärtige Amt*, 219-20. <<

[235] Browning, *Final Solution*, 37. <<

[236] Döscher, Das Auswärtige Amt, 217-18. <<

[237] Döscher, Das Auswärtige Amt, 217. Véase Lukacs, Duel, 142 nota. <<

[238] Döscher, *Das Auswärtige Amt* 218-19; Yahil, «Madagascar», 326; Browning, *Final Solution*, 40-41. <<

[239] Schmidt, 495, <<

[240] CP, 374; véase también CD (18-19.6.40), donde se asegura que Ribbentrop dijo «que hay un proyecto alemán para reunir a todos los judíos y mandarlos a Madagascar» . <<

[241] *Lagevorträge des Oberbefehlshabers der Kriegsmarine vor Hitler 1939-1*945, Munich, 1972, 107 (20.6.40); Brechtken, 230; Browning, *Path*, 18. Según la nota de la reunión con Raeder, Hitler habló, curiosamente, de «responsabilidad francesa» sobre los judíos deportados a Madagascar. Raeder propuso cambiar Madagascar por la parte norte de la Angola portuguesa. Hitler dijo que mandaría estudiar la propuesta. La conveisación parece indicar un interés superficial por la propuesta de Madagascar, <<

[242] DIB Frank, 252; Aly, 146-47 (y n. 35); y *Faschismus*, 57. <<

[243] John P. Fox, «Germán Bureaucrat or Naziíied ideologue? Ambassador Otto Abetz and Hitler s Anti-Jewish Policies 1940-44”» en Michael Graham Fry (ed.), *Power*; *Personalitiesj and Policies. hssays in Honour ojDonald (lamerón Watt*, Londres, 1992, 175232, aquí 184, Döscher, *Das Auswärtige Amt*, 216; Breitman, *Architect*, 128. La reunión se celebró el 3 de agosto. <<

[244] TBJG, I/8, 276 (17.8.40). <<

[245] A Goebbels la película le pareció terminada, pero hubo que rehacerla al cabo de tres días. TBJG, 1/3, 264 (9.1.40), 268 (12.1.40); Möller, 19. <<

[246] TBJG, I/8, 159 (6.6.40). <<

[247] FtíJO, 1/8, 236 (25.7.40). <<

[248] Breitman, *Architect*, 131-32. <<

[249] Pätzold, *Verfolgung*, 271-75; Hilberg, 392. <<

[250] Breitman, *Architect*, 135. <<

[251] IMG, XXXIX, 425-29, Doc. 1 72-USSR; D I B Frank, 302 (6.11.40); Breitman, *Architect*, 43. Hitler le dijo también a Frank que tendría que aceptar más deportados polacos en su zona de los territorios incorporados. El nivel de vida de los deportados no importaba. <<

[252] Breitman, *Architect*, 137; Hilberg, 166; Ulrich Herbert, «Labour and Extermination: Economie Interest and the Primacy of Weltanschauung in National Socialismo, *Pust and Present*, 138 (1993), 144-95, aquí 158ss. <<

[253] Breitman, *Architect*, 139. <<

[254] DTB Frank, 318-20 (11.1.41); Breitman, *Architect*, 143. <<

[255] IMG, XXVIII.301, D0C.1776-PS; Klee, *Dokumente*, 298; Hillgruber, *Strategie*, 178. <<

[256] Michalka, «From the Anti-Comintern Pact», 282; Hillgruber, *Strategie*, 179; Carr, *Poland*, 117. <<

[257] Carr, *Poland*, 107. <<

[258] Domarus, 1588-89; Carr, *Poland*, 107-8; Michalka, «From the Anti-Comintern Pact», 281-85; Bloch, 3036; Weinberg, 111.168-69, 248. <<

[259] Hillgruber, *Strategie*, 188-92. <<

[260] Hillgruber, *Strategie*, 189-90; y véase Carr, *Poland*, 117. <<

[261] *Hillgruber, Strategie*, 190. <<

[262] Bloch, 308-10. <<

[263] CP, 395-9; Bloch. 307. <<

[264] CD, 296 (4.10.40). <<

[265] CD, 297 (12.10.40); CP, 398. <<

[266] Bloch, 311. <<

[267] Staatsmänner, 1.124-33; *Y* véase Jäckel, *Frankreich*, 105-17. <<

[268] Bloch, 310. <<

[269] Halder KTB, II.133 (11.10.40); Weizsäcker-Papiere, 221 (21.10.40). <<

[270] Preston, *Franco*, 393. <<

[271] Schmidt, 510-11, aseguraba que el tren de Franco llegó con una hora de retraso. En realidad, el retraso fue de sólo 8 minutos. Preston, *Franco*, 394. <<

[272] Schmidt, 511. <<

[273] La versión siguiente se basa en Staatsmänner, I.i 33-40 (cita, 138); y Schmidt, 511-14. Schmidt, 511, transmite la impresión errónea de que estuvo presente durante todas las conversaciones. En realidad, se utilizó a otro intérprete alemán en esta ocasión porque Schmidt no hablaba el español con lluidez. Figuró, sin embargo, en el grupo de Hendaya, y es casi seguro que redactó el informe (incompleto) de las conversaciones para el Ministerio de Asuntos Exteriores. Estaba, por tanto, bien enterado del desarrollo de las conversaciones y su versión de ellas se ajusta bien a las notas contemporáneas del intérprete español, barón de las Torres. Sobre la reunión, véase especialmente, Paul Preston. «Franco and Hitler: the Myth of Flendaye 1940», *Contemporary European History*, 1 (1992), 1-16, aquí 9-10; y Preston, *Franco*, 394-400. Se señala la impresión engañosa que da Schmidt en David Wingeate Pike, «Franco and the Axis Stigma», *JCH*, 17 (1982), 369406, aquí 377-79. <<

[274] Véase Samuel Hoare, *Ambassador 0n special mission*, Londres, 1946, 92-95, para la impresión general de los círculos diplomáticos de que el principal obstáculo en las conversaciones habían sido las reivindicaciones españolas en el norte de Africa. <<

[275] Cit. Preston, «Hendaye», 10 y n. 32 (el comentario mencionado del intérprete español, barón de las Torres, en 26.10.40). <<

[276] Cit. Preston, «Hendaye», 1 2. <<

[277] Schmidt, 514; Bloch, 311-12. <<

[278] CP, 401-2. <<

[279] Halder KTB. 11.158 (1.11.40); trad. *HalderDiary*, 272. Halder anotaba comentarios transmitidos por el ayudante de Hitler en el ejército, Gerhard Engel. <<

[280] Schmidt 514-16. <<

[281] Francois Delpla, *Montoire. Lespremiers jours de la collaboration*, Paris, 1996, cap. 16, y Delpla, *Hitler*, 337-38, da un tono más positivo al resultado de las conversaciones, desde el punto de vista de Hitler, especialmente por la impresión propagandística que se pretendía transmitir al exterior de que Alemania era todopoderosa en el continente europeo. <<

[282] Staatsmänner, 1.149; Halder KTB, II. 1 5758 (1.11.40); CP. 401; y véase Jäckel, *Frankreich*, 121. <<

[283] Schmidt, 516; Below, 249. La decepción de Hitler estaba implícita en los comentarios transmitidos por Engel y anotados por Halder. Halder KTB, II. 158 (1.11.40). <<

[284] Below, 250. <<

[285] Schmidt, 516-17; Engel, 88 (28.10.40). <<

[286] CP, 399-404; Schmidt, 517. <<

[287] CT. 402. <<

[288] Engel, 89-90 (4.11.40), y n. 272. <<

[289] Carr, *Poland*, 98-9, 118-19; Martin van Creveld, *Hitler’s Strategy 1940-1941. The Balkan Cine*, Cambridge, 1973, 69-72; y véase Robert. Ge eil, *Hitler’s Decisión lo Invade Russin 1941*, Londres, 1975, cap. VI-VII. <<

[290] Weisungen, 81, Directriz n° 18, Sección 5 (12.11.40). <<

[291] Carr, *Poland*, 120. <<

[292] Weizsäcker-Papiere, 224 (15.11.40). La visita de Molotov se describe bien en Anthony Read y David Fisher, *The Deadly Embrace. Hitler, Stalin, and the Nazi-Soviet Pact, 1999-1941*, Nueva York-Londres, 1988, cap. 46, 51OSS. La versión siguiente se basa en Schmidt, 526-36, y en los textos oficiales de las conversaciones: Staatsmänner, 1.166-93; ADAP, 1), Xl.J, 455-61, 462-72, n° 326, 328. <<

[293] Carr. *Poland*, 121. <<

[294] Staatsmänner, 1.193; ADAP, D, XI.1, 472-78, n- 329. <<

[295] ADAP, D, x 1.2, 597-98, n° 404; Carr, *Poland*, 121; Weinberg, III.201; Bloch, 316. <<

[296] Bloch, 316. <<

[297] HiUgruber, *Strategie*, 356 y n. 21 (comunicado de Engel de 10 de abril 1964). <<

[298] Engel, 91 (15.11.40). <<

[299] Below, 253. <<

[300] Fedor von Bock, *The War Diary 1939-1945*, ed. Klaus Gerbet, Atglen PA, 1996, 193-94; *Hillgruber, Strategie*, 361 n. 50. Traducción de parte del pasaje del diario de Bock: «zumal ein wirksames Eingreifen Amerikas dann durch Japan, das nun den Rücken frei hat, erschwert wird» («especialmente porque una intervención efectiva de los Estados Unidos se vería complicada por Japón, que mantendría libre nuestra retaguardia»); indica erróneamente de forma implícita que la eliminación de la Unión Soviética significaría que estaría asegurada la retaguardia de Alemania, no la de Japón. <<

[301] Halder KTB, II.209-14 (5.12.40); trac!., *Halder Diary*, 292-98. Hitler introdujo enmiendas en el plan operativo cuando se lo presentó Jodl el 17 de diciembre en un elemento significativo. Insistió en que unidades móviles fuertes se desviasen hacia el norte desde la región de Varsovia para garantizar la destrucción de las fuerzas soviéticas en el norte y la posterior ocupación de Leningrado y Kronstadt. Hasta después de eso no se iniciarían operaciones centradas en la toma de Moscú. *Kriegstagebuch des Oberkommandos der Wehrmacht (Wehrmachtführungsstab)*, ed. Pe rey Ernst Schramm, [=KTB OKWJ Vol.l: 1. Agosto 1940-31. Diciembre 1941, Frankfurt am Main. 1965, 233. <<

[302] Halder KTB, II.227-28 (13.12.40). <<

[303] KTB OKW, I.996; Hillgruber, *Strategie*, 363. <<

[304] Weisungen, 96 (18.12.40). <<

[305] El alto mando del ejército había utilizado hasta diciembre de 1940 para designar su plan operativo para el este el nombre cifrado «Otto». Halder KTB, II.2 10, 214 (5.12.40). La *Wehrmachtführungsstab*, sin embargo, había utilizado la denominación «Fritz», acuñada por Lossberg, que (véase la n. 157) puso a la operación el nombre de su hijo en su propio plan de campaña. Este último término se lo aplicó luego Jodl al borrador de la directriz 11- 21 para las operaciones del este el 12 de diciembre de 1940, antes de que se convirtiera en «Barbarroja» cinco días después. KTB OKW, I.226, 233. Y véase B. Whaley, *Codeword Barbarossa*, Cambridge Mass., 1973, 1 (5- 18; Barry A. Leach, *German Stratey against Russia 1939-1941*, Oxford, 1973, 79, 82, 258; Dirks/Janssen, cap. 9. El ejército utilizó también, confusamente, «Otto- Programm» para el programa de construcción de carreteras y vías férreas en el este. Halder KTB, II. 133 n. 3, 210 n. 6, 381. <<

[306] KTB OKW, I.257-58; Hillgruber, *Strategie*, 364-65. <<

[307] Below, 259. <<

[308] Halder KTB, II.283; liad., *Halder Diary*, 320 (17.2.41); Hillgruber, *Strategie*, 365. <<

[1] Below, 252, 254. Probablemente exagere (259, 279-80) la amplitud de la reserva que se mantuvo sobre el ataque a la URSS. Véase Irving, HW, 181-2, e Irving, *Göring*, 307-9, para las objeciones iniciales de Göring (en noviembre de 1940) no por motivos morales sino económicos (destacaba la dependencia alemana del trigo y el petróleo soviéticos) y su rápida capitulación ante los argumentos de Hitler. La estrategia preferida por Göring habría sido obligar a los ingleses a abandonar el Mediterráneo y Oriente Medio, en una actuación conjunta con los italianos y los españoles, y ocupar el norte de África y los Balcanes. <<

[2] IfZ, F37/3 (1940-41), *Kreislmtertagimg am 28.11.1940*, citas Fols.290-1 (pp. 18-19 del discurso). En la parte anterior de su discurso, Himmler había dicho (Fol.277) que Hitler no tenía interés en destruir al pueblo inglés y su imperio («Dem Führer lag nichts an der Vernichtung des englischen Volkes und Imperiums»), pero que los ingleses habían rechazado sus ofertas de paz. El Führer preferiría no emprender un desembarco en Inglaterra, pero lo haría en la primavera siguiente si no se vencía la última resistencia. Preveía que el futuro de Inglaterra, tras su hundimiento, sería una probable fusión *(Fusion)* con los Estados Unidos. Fols.279-82. Himmler esbozaba luego su visión del futuro desarrollo del continente europeo bajo dominio alemán, antes de pasar a la cuestión de Rusia. <<

[3] Hofer, *Der Nationalsozialismus*, 194, <<

[4] ING, XXXIV.469, Doc. 134-G (los comentarios de Hitler en 20.1.41); y para los comentarios de Hitler en 20.6.41, (según las notas del general Thomas) sobre la necesidad de asegurar el control de todos los territoiios necesarios para la economía de defensa, IMG, XXYI1.220-2 1, Doc. 1456-PS; véase también Norman Rieh, *Hitler's War A mis*. vol 1: *Idaology, the Nazi State, and the Course of Expansion*, Londres, 1973, 207; y Garr, *Poland*', 122-25. <<

[5] Véfcse Breitman, *Arehitert*, cap. 7. <<

[6] Engel, 92 (18.12.40). <<

[7] DRZW, IV.244; Leach, 159-65: Hillgruber, *Strategie*, 501-504. <<

[8] Leach, 140. <<

[9] Halder KTB. II 261 (28.1.41); trad. *Halder Diary*, 314. <<

[10] Leach, 141. <<

[11] Bock, *Diary*, 197-98 (1.2.41); Leach, 141. <<

[12] Leach, 142-43. <<

[13] Below, 262. <<

[14] Leach, 143-45. <<

[15] KTB OKW, I.339-40 (1.3.41); DRZW, Iv. 244; Leach, 159-61. <<

[16] Halder KtB, II.319; Leach, 162-63. <<

[17] Engel, 92-93 (entrada del 17.1.41); Hillgruber, *Strategie*, 504 (donde la entrada de Engels está mal fechada, el 17.3.41); Leach, 163.
<<

[18] CD, 328-29 (16.1.41, 18.1.41), para la desazón de Mussolini en la visita; Domarus, 1654. <<

[19] CP, 417-20. Para la visita y la reacción de Mussolini, véase MacGregor Knox, *Mussolini Unleashed 1939-1941. Politics and Strategy in Fascist Italy's Last War*, Cambridge (1982) 1986 ed. bolsillo, 279-81; Mi Iza, 791. <<

[20] CD, 329 (entrada con fecha 18.1.41 en texto, pero que cubre en realidad las fechas 18-21.1.41, que se corresponde aquí a 19.1.41). Para la autenticidad de los diarios, salvo algún retoque en 1943, véase Knox, 291-92. <<

[21] CD, 330 (entrada con fecha 18.1.41, pero que corresponde aquí a 20.1.41). <<

[22] IMG, XXXIV.469, Doc. 134-C. <<

[23] GD. 330 (entrada con fecha 18.1.41, pero que corresponde aquí a 21.1.41). <<

[24] GD, 331 (22.1.41). <<

[25] Para el desdén entre la población hacia las actividades bélicas de los italianos en Grecia y en el norte de Africa, véase Steinert, 171. <<

[26] TBJG, I/9, 114 (29.1.41), véase también 153 (22-2.41) para las crecientes dudas sobre Mussolini y 197-98 (21.3.41) para otras quejas sobre la capacidad militar y el alto mando italianos. <<

[27] TBJG, I/9, 118 (31.1.41) para las críticas de Hitler a los italianos.
<<

[28] Véase Gruchmann, Z*weiter Weltkrieg*, 107 para las derrotas militares y el número de prisioneros, y Knox, 251SS, para las desastrosas campañas. <<

[29] Irving, HW, 200. <<

[30] KTB OKW, I.284 (28.1.41). <<

[31] Domarus, 1666. <<

[32] CP, 421-30 (aquí 428). Véase Preston, *Franeo*, 421-22, para la extraordinaria «lista de la compra» de equipamiento militar preparada por el Estado Mayor general español… tan exorbitante que en Berlín la consideraron con desdén un mero pretexto para no participar en la guerra. <<

[33] TBJG, I/9, 121 (1.2.41). <<

[34] TBG, I/9, 119 (31.1.41), 121 (1.2.41). <<

[35] TBJG, I/9, 121 (1.2.41). <<

[36] Domarus, 1661 n. 50. <<

[37] TBJG, I/9, 121 (1.2.41). <<

[38] Domarus, 1663. <<

[39] Domarus, 1663 n. 54, y véase Eberhard Jäckel, «Hitler und der Mord an den europäischen Juden», en Peter Märthesheimer e Ivo Frenzei (eds.), *Im Kreuzfeuer: Der Fernsehfilm Holocaust. Eine Nation ist betroffen*, Frankfurt am Main, 1979, 151-62, aquí 160-62. <<

[40] Domarus, 1659. Destacó también en su discurso, en un marco distinto, que ni él ni el Duce eran judíos ni «hacedores de negocios» *(Geschäftemacher)*, y que su apretón de manos era sincero. Domarus, 1.661. <<

[41] Alv, 269. <<

[42] Moller, 187, y véase 2-3, 18-19, 179-81, 295-96. En un preestreno para un público invitado el 1 de marzo de 1940, el extracto del discurso de Hitler, que hacía poco que había sido incorporado a la película, provocó una salva de aplausos espontáneos. La película se proyectó en público en el «UFA-Palast» ele Berlín el 28 de noviembre de 1940. Möller, 18-19, 33. <<

[43] Para el carácter de las entradas del «diario» de Engel, sólo aparentemente contemporáneo, véase Engel, 12-13. <<

[44] Engel, 94-95. Véase Breitman, *Arehitert*, 155 nota, para razones para aceptar su testimonio, pese a su carácter polémico. <<

[45] Alv, a 73. <<

[46] Véase Alv, 268-79. <<

[47] Gerhard Botz, *Wohnungspolitik und Juden deportation* 1938-1945. Zur Funktion des Antisemitismus als Ersatz nationalsozialistischer Sozialpolitik, *Viena, 1975, 108-9, 197; IMG, XXIX. 176, Doc. 1950-PS.* <<

[48] TBJG, I/9, 193 (18.3.41). <<

[49] Aly, 212-151, Breitaian, *Auhitect*, 151-52. <<

[50] Aly, 2 17 18. <<

[51] Aly, 219-25, Safrian, 96-98. <<

[52] Aly, 269, Breitman, *Architect*, 152 y 28511.33. <<

[53] Cit. Aly, 269. <<

[54] Aly, 269. <<

[55] Cit. Aly, 269; Breitman, *Architect*, 152 *8c.* 205 11. 33. <<

[56] Frank DTBj 332-33 (17.3.41), 336-37 (25.3.41); Breitman, *Architect*, 156. <<

[57] Breitman, *Architect*, 156 y 285 n. 33. <<

[58] Breitman, *Architect*, 146. <<

[59] IMG, IV.535-36 (declaración de Erich von dem Bach-Ze- lewski, 7.1.46); Krausnick-Wilhelm, 1 *igf*, Breitman, *Architect*, 147. <<

[60] KrausnickWilhelm, 141. <<

[61] Breitman, *Architect*, 147-48. <<

[62] Cit. Christian Streit, *Keine Kameraden. Die Wehrmacht und die sowjetischen; Kriegsgefangenen 1941-1943*, Stuttgart, 1978, 28. Esta es la primera prueba documental que insinúa la orden de aniquilación en la campaña del este. <<

[63] Se lo llevaron a Hitler al Berghof a finales de un mes tranquilo en que, según alguien que tenía experiencia directa del medio, apenas se percibía que Alemania estaba en guerra. Below, 262. <<

[64] KTB OKW, 1.341 (3.3.41); trad. corr. de Warlimont, 150-51; Krausnick-Wilhelm, 115; Breitman, *Architect*, 148-49; Streit, 30. <<

[65] Warlimont, 152-53; *Anatomie*, 198-201, aquí esp.199. <<

[66] Cit. Aly, 270. La GPU era el Comité ejecutivo político del estado, el órgano sucesor de la Cheka, la tristemente célebre policía de los zares y luego de los bolcheviques. <<

[67] Aly, 270-72. <<

[68] En un artículo aún inédito, «From Barbarossa to Wannsee. The Role of Reinhard Heydrich», Eberhard Jäckel (al que agradezco mucho que me permitiese consultarlo) defiende convincentemente la tesis de que fue Heydrich y no Himmler (como sosúene Richard Breitman en su *The Architect of Genocide)* el «arquitecto» jefe de la Solución Final. <<

[69] Halder KTB, II.320 (17.3.41); trad., *Halder Diary*, 339. <<

[70] Streit, 31. <<

[71] Warlimont, 158-60; *Anatomie des SS-Staates*, II.172, 202-3 (Doc.2). Estaban en marcha a primeros de mayo negociaciones que incluían al general de intendencia Eduard Wagner y a la jefatura de las SS sobre las medidas que había que tomar para la «comisión especial» del Reichsführer-SS. *Anatomie*, II.171-72. Según Walter Schellenberg, él mismo estaba involucrado en deliberaciones con Wagner, y en convertirlas en «una expresión de la voluntad del Führer». Schellenberg, 92; véase Streit, 31-32 y 310 11. 19 (para contradicciones en el testimonio de Schellenberg). Las conversaciones entre Wagner y Heydrich acabaron estableciendo una línea de demarcación entre las esferas de responsabilidad policial y militar en la liquidación de los comisarios políticos capturados y las impulsó la preocupación de la Wehrmacht por la posibilidad de que Heydrich ampliase enormemente el ámbito de sus poderes. Jörg Friedrich, *Das Gesetz des Krieges. Das deutsche Heer in Rugland 1941-1945. Der Prozess gegen das Oberkommando der Wehrmacht*, M11- nich-Zurich, 2- ed., 1995, 289-92. <<

[72] DRZW, IV.416-17. <<

[73] Halder KTB, H.335-37 (30.3.41); trad. *Halder Diary*, 345-46. Según el testimonio de postguerra de Halder, Hitler justificó su guerra ideológica en el este aludiendo al hecho de que la URSS no había firmado la Convención de Ginebra de 27 de julio de 1928 sobre el tratamiento de los prisioneros de guerra. IMG, VII.396-97 (declaración de Halder el 31.10.45). Véase también, *Anatomie*, II Streit, 36. <<

[74] IMG, XX.635 (testimonio de Brauchitsch del 9.8.46); véase también Leacli, 153; y Streit, 35. <<

[75] Warlimont, 162. Es poco creíble su explicación de que no habían seguido la diatriba de Hitler o no habían captado el sentido de lo que estaba diciendo. <<

[76] Cit. Doma- rus, 1683, n. 134. <<

[77] Cit. *Anatomie*, II. 175-6; trad., *Anatomy of the SS State*, Londres, 19687 516. <<

[78] *Anatomie*, II. 176, 211-12. <<

[79] *Anatomie*, II.211. <<

[80] Véase Jürgen Förster, «The German Army and the Ideological War against the Soviet Union», en Gerhard Hirschfeld (ed.), *The Policies of Genocide. Getos y Soviet Prisoners of War en Nazi Germany*, Londres, 1986, 15-29, aquí 17. Véase también Streit, cap.111: Manfred Messerschmidt, *Die Wehrmacht im NS-Staat. Zeit der Indoktrination*, Hamburgo, 1969, 390-411; Y Helmut Krausnick, «Kommissarbefehl und "Gerichtsbarkeitserlass Barbarossa" en neuer Siebt», VfZ, 25 (1977), 682-738, esp.7i7ss, 737. <<

[81] Förster, «Oerman Army», 19; Streit, 36SS. <<

[82] *Anatomie*, II. 178-79, 215-18. <<

[83] Förster, «German Army», 19. Véase, sobre su génesis, Streit, 44-49. <<

[84] *Anatomie*, II. 225-7; trad., *Anatomy of the SS State*, 532. (Cursiva en el original). <<

[85] Streit, 50 51. <<

[86] Engel, 102-3 (10.5.41). *Anatomie*, II.177; DRZW, IV.446; Bodo Scheurig, *Henningvon Tresckow. Ein Preusse gegen Hitler*, Frankfurt am Main/Berlín, 1987, 113-14. Sobre informes de la aplicación de la orden por las diversas unidades, véase Krausnick, «Kommissarbefebl», 733-76. Según el análisis estadístico más meticuloso, aunque todavía provisional, que se ha hecho, entre la mitad y dos tercios de las divisiones del frente cumplieron la orden. Detlef Siebert, *Die Durchführungfrd' Kommissarbefehls in den Frontverbänden des Heeres. Eine quantiferende Auswversung der Forschung.* Agradezco mucho a Detlef Siebert que me proporcionase una copia de este trabajo aún inédito. <<

[87] *Anatomie*, II. 177. <<

[88] Leach, 154-5. Se ha supuesto, sin embargo, con cierta justificación que las objeciones de Bock iban dirigidas primordialmente contra el decreto que limitaba la jurisdicción militar, emitido al día siguiente del decreto sobre el tratamiento de los «representantes políticos». *Anatomie*, II. 174-75. <<

[89] DRZW, IV.24, 446. Para el apoyo de Küchler a «las severas medidas adoptadas» en Polonia (donde él había criticado, sin embargo, la brutalidad de las SS) en pro de una «solución t*dilkisch* final» a «una lucha étnica que lleva siglos desarrollándose en la frontera oriental», véase Streit, 55-56. <<

[90] DRZW, IV.446. Para un breve esbozo de la carrera del enigmático Hoepner, véase Samuel W. Mitcham, Jr. y Gene Mueller, «Generaloberst Erich Hoepner», en Gerd R. Ueberschär (ed.), *Hitlers militärische Elite*, V0I.2, *Vom Knegsbeginn bis zum Weltkrwegsende*, Darmstadt, 1998, 93-99. <<

[91] Véase ArnoJ. Mayer, *Why did the Heavens not Darken? The «Final Solution» in History*, Nueva York, 1988, 212. <<

[92] Tal como dice Ulrich von Hassell. poco antes de comenzar la campaña: «Brauchitsch y Halder han aceptado ya sumarse a la maniobra de Hitler de transferir al ejército el odio a la política incendiaria *(Mordbrennerei)* de las SS, que eran quienes habían cargado con él». Hassell, 257 (15.6.41). <<

[93] CP, 432 (25.3.41). <<

[94] Staatsmänner. 1 234. <<

[95] Staatsmäner, I.236; Irving, HW, 217, para los informes del *Abwehr* sobre el creciente sentimiento antigubernamental en Yugoslavia. <<

[96] Keitel, 260. <<

[97] DRZW, III.419. <<

[98] Hiügruber, *Strategie*, 337; DRZW, III. 418. <<

[99] Weisungen, 80. <<

[100] DRZW, III.421. <<

[101] Weisungen, 94. <<

[102] Weisungen, 95; DRZW, III.423. <<

[103] DRZW, III.422. <<

[104] Véase Creveld, 96SS. <<

[105] Creveld, 134-35. <<

[106] DRZW, III.418 11. 10; Domartis, 162324. <<

[107] Domarus, 1670; Hauner, *Hitler*, 158. <<

[108] Weinberg, III.216. <<

[109] DRZW, III.438-40. <<

[110] DRZW, III.442SS; Creveld, 139s.S. <<

[111] Keitel, 261. <<

[112] TBJG, I/9, 210 (29.3.41). <<

[113] IMG, XXVÍlI.22, D0C.1746-PS (discurso de Hitler a sus jefes militares); 1IZ, ED too, Sammlung-lrving, *Hewel-Diary*, entrada del 27.3.41; Irving, IIW, 218. <<

[114] Below, 265. <<

[115] Peter Bor *Gespräche mit Halder*, Wiesebaden, 1950, 180. Véase también Heidemarie Schall-Rian- cour, *Aufstand und Gehorsam. Offiziers tum und Generalstab im Umbruch. Leben und Wirken von Generaloberst Franz Halder, Generalstabschej 1938*-1942, Wiesbaden, 1972, 159. Creveld, 145, indica que los preparativos para un ataque preventivo a Yugoslavia se habían iniciado meses antes, de modo que no cogió tan de sorpresa al ejército como pretendieron a veces versiones de postguerra. <<

[116] Halder KTB, II.330-31 (27.3.41); Below, 265. Estaba también presente Ribbentrop. <<

[117] IMG, XXVIII.23, Doc.j746-PS; KTB OKW, I.368 (27.3.41). <<

[118] Keitel, 262. <<

[119] Weisungen, 124-26; Below, 265. <<

[120] Keitel, 262; DRZW, III.448s.S. <<

[121] DRZW, 45É- Inicialmente, los ataques a Grecia («Manta») y Yugoslavia («Directriz 251») se previeron como operaciones independientes, que empezaban en distintas fechas de principios de abril. El 29 de marzo se decidió unificar las dos operaciones. De acuerdo con el nuevo plan, el bombardeo de Belgrado y el principio de «Marita» se postpuso del 1 al 5 de abril y luego, el 3 de abril, se postpuso veinticuatro lloras más. Creveld, 154. <<

[122] TBJG, I/9, 211 (29.3.41). Esta fue la primera vez que Goebbels se reiirió a «Barbarroja» en su diario. Tb Reuth, 1546, n. 46. <<

[123] Schmidt, 539-40, 542. <<

[124] Schmidt, 536-69. <<

[125] Irving, HW, 220. <<

[126] Lo que pensaba Tokio difería profundamente en este punto. Se suponía que un ataque a Singapur sería precisamente el paso que llevaría a los Estados Unidos a entrar en la guerra en apoyo de Inglaterra. Staatsmäner, I.255 y n. 5. Hitler contaba con un enfrentamiento entre Alemania y los Estados Unidos, pero no antes de que la conquista de la LTRSS le hubiese dado la base para afrontar ese choque. Staatsmänner, I.256 n. 7; y véase Andreas Hillgruber, «Hitler und die USA», en Otmar Franz (ed.), *Europas Mitte*, Gotinga-Zurich, 1987, 125-44, aquí 314. <<

[127] Carr, *Poland*, 146. <<

[128] Schmidt, 540-42; Staatsmänner, I., 244 11. 16. Según Schmidt, el propio Hitler hizo una insinuación general, cuando se iba ya Matsuoka después de su regreso a Berlín, de que no podía excluirse el conflicto entre Alemania y la Unión Soviética. Schmidt, 548. Por entonces los criptoanalistas estadounidenses habían descifrado los códigos diplomáticos japoneses y pudieron leer el creciente número de mensajes que transmitió a Tokio el embajador japonés en Berlín, General Oshiza Hiroshi, a raíz de la visita de Matsuoka. A mediados de abril de 1941, los servicios de espionaje estadounidenses tenían información detallada sobre la inminente invasión rusa de la URSS y estaban pasando información a los rusos. Carl Boyd, *Hitler's Japanese Confidant. General Oshiza Hiroshiy MAGIC Intelligence, 1941-1945*, Kansas, 1992, 18-21. <<

[129] Staatsmänner, I., 245 y n. 18. En el banquete en honor de Matsuoka del 28 de marzo, Hitler comentó en un aparte con el embajador japonés Oshima que si la URSS atacase al Japón, Alemania no dudaría en atacarla. Andreas Hillgruber, «Japan und der Fall "Barbarossa”. Japanische Dokumente zu den Gesprächen Hitlers und Ribbentrops mit Botschafter Oshima von Februar bis Juni 1941», *Wehrwissenschaftliche Rundschau*, 18, 1968, 312-36, aquí 315-316. <<

[130] Staatsmäner, 1.240-47. <<

[131] Staatsmäner, 1.24,8. <<

[132] Staatsmäner, I. 262. <<

[133] CP, 436 (20.4.41). <<

[134] Staatsmänner, L256-57. <<

[135] TBJG, I/9, 248 (15.4.41). Stalin había hecho gestos demostrativos de amistad hacia Alemania inmediatamente después de que se fuese Matsuoka de Moscú, abrazando al embajador y agregado militar alemán y proclamando que Rusia y Alemania marcharían juntas hacia su objetivo. TBJG, I/9, 247; Schmidt, 548-49. <<

[136] TBJG, I/9, 230 (6.4.41). <<

[137] TBJG, I/9, 229 (6.4.41); Domarus, 1686. <<

[138] Hitler había hablado por extenso sobre esto en su risita a Linz a mediados de marzo. TBJG, I/9, 185 (13.3.41). A mediados de mayo, Goebbels comentaba lo mucho que estaba costando la transformación de Linz en una capital cultural. «Pero el Führer le atribuye tanto valor a eso», añadía. TBJG, I/9, 318 (17.5.41). Hitler insistiría a menudo en el futuro en su intención de convertir Linz en un centro cultural y en sus críticas a Viena. Véase TBJG, II/4, 407 (30.5.42); Picker, 377 (29.5.42) y 493-94 (10.6.42). <<

[139] TBJG, I/9, 231 (6.4.41) . <<

[140] TBGJ, I/9, 231 (6.4.41); texto de la proclama, Domarus, 1687-89.
<<

[141] Domarus, 1,689. <<

[142] EWG, I/9, 230 (6.4.41); y en su discurso a los jefes militares del 27.3.41. Domarus, 1677. <<

[143] DRZW, IV.423. <<

[144] Below, 268 69; Keitel, 263; Domarus, 1691 n. 155 (donde se afirma que se mantuvo el motor en marcha por si se producía un ataque aéreo, aunque sin una fuente de referencia). <<

[145] Below, 268. <<

[146] Below, 271; Keitel, 263-64; Domarus, 1692-93. <<

[147] Domarus, 1692. <<

[148] Keitel, 263. <<

[149] Creveld, 158-66; DRZW, III.458SS. <<

[150] CreveLd, 165-66; Gruciflmann, 112. <<

[151] Gruchmaun, *ZweiMr Weltkrieg*, 112; Weinberg, III.221. <<

[152] TBJG, I/9, 234 (8.4.41). Hitler prodigaba las expresiones de admiración al mundo clásico, mientras que odiaba al cristianismo «porque había paralizado todo lo que tenía de noble la humanidad». Aplaudía la majestuosidad de la arquitectura clásica, «su claridad, brillantez y belleza», y detestaba la «oscuridad y el misticismo impreciso» de la arquitectura gótica. <<

[153] Creveld, 163. Jodl informaba de que la rendición conjunta había sido grotesca. TBJG, I/q, 279 (29.4.41). <<

[154] Gruchmann, *Zweiter Weltkrieg*, 113-14; Weinberg, III.222. <<

[155] Keitel, 263, dice erróneamente cinco semanas. <<

[156] Creveld, 167. <<

[157] Gruchmann, *Zweiter Weltkrieg*, 115; Creveld, 170. <<

[158] Creveld, 170; Gruchmann, *Zweiter Weltkrieg*, 115. <<

[159] Domarus, 1692, 1708; Kershaw, «Hitler myth», 158-60. <<

[160] Weisungen, 97. <<

[161] Halder KTB, II.210, 214 (5.12.40); y véase Creveld, 151. <<

[162] IMG, XXVIII.23, Doc. 1746-PS. <<

[163] KTB OKW, I.411-12 (28.5.41); Halder KTB, 387 (30.4.41); Hillgruber, *Strategie*, 507; Domarus, 1696. <<

[164] *Hitlers politisches Testament. Die Bormann-Diktate vom Februar und April* 7945, Hamburgo, 1981, 88 (17.2.45). Nunca ha llegado a salir a la luz ningún texto alemán auténtico del mal llamado «Testamento», aunque los comentarios tienen, ciertamente, el tono de Hitler. <<

[165] Véase Hillgruber, *Strategie*, 506 n. 26, que indica que los comentarios de Hitler estaban concebidos sólo para defender los intereses de su reputación ante la posteridad. <<

[166] Leach, 166; Hillgruber, *Strategie*, 506. <<

[167] Hillgruber, *Strategie*, 506 y n. 26. <<

[168] Hillgruber, *Strategie*, 506-7. <<

[169] Leach, 166. <<

[170] Irving, HW, 233. <<

[171] Domarus, 1709. <<

[172] Schmidt, 549. <<

[173] Schmidt, 549; y véase TBJG, I/9, 309 (13.5.41). <<

[174] Rainer P. Schmidt, «Der Hess-Flug und das Kabinett Churchill», VfZ, 42 (1994), 1-38, aquí 12-13. <<

[175] Peter Padlield, *Hess. The Führer's Disriple*, Londres, 1991, 193211. <<

[176] Winston S. Churchill, *The Second World War.* vol. III: *The Grand Alliance*, Londres etc., 1950, 43; James Douglas-Hamilton, *Motive for a Mission. The Story behind Hess's Flight to Brifain*, Londres, 1971, 157s»; Colville, 306-7; John Costello, *Ten Days that Saved the West*, Londres, 1991, 417-19; Padfield, Hess, 213-17, cita 217; James Leasor, *Rudolf Hess: The Uninvited Envoy*, Londres, 1962, caps.1-2, 7;J. Bernard Hutton, *Hess: The Man and his Mission*, Londres, 1970, iss, 49-52. <<

[177] Padfield, *Hess*, 218-19, 225; *Diaries of Sir Alexander Cadogan*, 377. Cadogan estaba enormemente irritado por lo (jue le parecía una distracción importuna provocada por Hess. «Hess es la pesadilla de mi vida y no hago más que perder el tiempo», escribía el 14 de mayo (*Diaries*, 378). «Si no se hubiese abierto el paracaídas, él sería un hombre más feliz y más eficiente», comentó a colegas íntimos; «es un asunto de difícil manejo pero muy importante psicológicamente». Colville, 388 (14.5.41). <<

[178] De acuerdo con algunas versiones, Hitler estaba aún en la cama cuando llegó Pintsch, aunque se vistió con notable rapidez. Heinz Linge, «Kronzeuge Linge. Der Kammerdiener des “Führers”», *Revue*, Munich, Nov.i955-Marzo 1956, 60; Below, 273. Linge contradijo, sin embargo, más tarde su primera versión, indicando que, aunque no quería que le despertaran hasta mediodía, Hitler estaba ya vestido cuando llegó Pintsch. Heinz Linge, *Bis zum Untergang. Als Chef des persönlichen Dienstes bei Hitler, hrsg. von W. Maser*, Munich/Berlín, 1980, 141-2. Según Engel, estaba presente (algo con lo que discrepa Linge, *Bis zum Untergang*, 142 n.) mientras el Führer estaba discutiendo cuestiones militares cuando se hacía pasar a Pintsch al Berghof. I líder, contrariado por la interrupción, se negó al principio a ver a Pintsch, pero finalmente, y malhumorado, accedió a hacerlo. Engel. 103 (1 1.5.41). El general Karl Bodenschatz, representante de Göring, aseguraba después de la guerra que estaba él solo con Hitler cuando Pintsch le hizo entrega de la misiva de Hess hacia las 11 de la mañana. HZ, ZS 10, Karl Bodenschatz, Fol.32 (entrevista con David Irving, 30.11.70); Irving, HW, 244; Schmidt, «Der Hess-Flug», 5 n. El propio Hitler recordaba al parecer, erróneamente, en abril de 1942, que quien le había dado la noticia había sido Heinz Lorenz, representante en el cuartel general del Führer del jefe de prensa Dietrich, cuando estaba tornando el té junto al fuego. Picker, 282 (19-20.4.42). <<

[179] Engel, 103 (11.5.41). Finge, «Kronzeuge», 60, en una escena que aseguraba que nunca olvidaría, presenta a Hitler aparentemente tranquilo mientras lee la carta y sólo cae víctima de un arrebato de cólera y empieza a pegar puñetazos en la mesa cuando llega Bormann.
<<

[180] Speer, 189. Los detalles de Speer no siempre son exactos, sin embargo. Llama Pietsch en vez de Pintsch al ayudante de Hess y dice que también estaba presente Leitgen, que no lo estaba. Dice que Hitler mandó llamar a Goebbels y a Himmler, y que se encargó de hacerlo por teléfono Bormann. Ni Himmler ni Goebbels estuvieron allí en un principio. A Goebbels no se le informó hasta el día siguiente. <<

[181] De hecho, según explicó Hitler a sus jefes militares unos cuantos días después, a última hora del día anterior habían entregado en el Berghof un paquete de Hess, pero él, suponiendo que no era más que inatenal admi- nistradvo rutinario del partido del Vice-Führer, m siquiera se había molestado en abrirlo. Halder KTB, II.414 (15.5.41). Véase también Irving, HW, 144. No hay ningún motivo visible por el que Hitler pudiese haber inventado eso. Pero dado que las cartas no han sobrevivido, no está claro ni el contenido preciso, ni qué relación tenían entre sí el paquete de última hora del sábado (que no se abrió hasta el domingo) y la carta del domingo que llegó por mediación de Pintsch. La carta más larga, que Hitler no se había molestado en abrir, parece ser que era un memorando de catorce páginas con las sugerencias para la paz que se proponía plantear a los ingleses. La carta más corta, que tanto horro rizó a Hitler cuando la leyó, parece ser que empezaba diciendo que en el momento en que se recibiese la carta, su autor estaría en Inglaterra. (Según Bodenschatz, que aseguró haberla leído, esa carta sólo tenía unas dos páginas de extensión. IfZ, ZS 10, Fol.32). Hess se la entregó a Pintsch inmediatamente antes de despegar del aeródromo de Haunstetten. David Irving, *Rudolf Hess, ein gescheiterter Friedensbote ? Die Wahrheit über die unbekannten Jahre 1941-1945*, Graz- Stuttgart, 1987, 89-90, 100. Hess le contó al duque de Hamilton que había hecho antes otros tres intentos, pero que el mal tiempo le había impedido llegar. Necesitaba también, además, muchos más datos de navegación de los que había pensado en un principio. Irving, *Hess*, 91-92. <<

[182] Domarus, 1711; Irving, *Hess*, 90, que se apoyan ambos en el testimonio de postguerra en Nuremberg de Hilldegard Fath, una de las secretarias de Hess: Eiclesstatüiche Erklärung, undatiert, ND Beweisstück, Hess-13, IWM FO 645, Caja nº 31, N? 3 - cit. Irving, *Hess*, 444, nota a p.89. <<

[183] Engel, 103-4 (11-5.41). <<

[184] Below, 273. <<

[185] La entrada del diario de Hevvel habla de «gran agitación»-(«Grosse Erregung») cuando Pintsch entregó la carta. Se convocó a Göring y a Ribbentrop. Hitler interrumpió sus conversaciones con Darían. Cuando llegó Göring esa noche y Bodenschatz le informó de lo que pasaba, se puso también «muy agitado» («sehr erregt»). Hewel describe también la atmósfera del prolongado análisis de la cuestión por Hitler, Ribbentrop, Göring, y Bormann en el salón como «muy agitada» («sehr erregt»). »Muchas combinaciones» («Viele Kombinationen»), termina la entrada del diario. ItZ, ED 100, Irving-Sammlung, *Hewel-lagebuch* (entrada del 11.5.41). <<

[186] Martin Moll (ed.), *«Eiihm-Erlasse» 1939-1945*, Stuttgart, 1997, 172; Domarus, 1716; Longerich, *Hitlers Stellvertreter*, 149-50. <<

[187] Véase Orlovv, II.334. <<

[188] Véase Longerich, *Hitlers Stellvertreter*, 154.SS, esp. 178-79. <<

[189] líZ, ED 100, *Hewel-Tagebuch*, Irving-Sa 111 m 1 ung, entrada del 12 de mayo de 1941; Use Hess, *England-Niimberg-Spandau: Ein Schicksal en Bildern*, Leoni am Starnberger See, 1952, 130; Irving, HW, 246; Domarus, 1713 n. 215, 1714. Halder KTB, II.414 (15.5.41) transmite la errónea impresión de que Göring y Udet habían considerado probable que Hess llegase a su destino. Según Hevvel, su idea inicial era que no lo conseguiría; pero Hitler no les hizo caso. <<

[190] Below, 273-74; IfZ, ED ico, *Hewel-Tagebuch*, Irving-Saroalung, entrada del i 2 de mayo de 1941: «Dia Ueno de agitación. Indagaciones sobre el vuelo de Hess. El Führer decide sobre [publicación. El Führer propugnó la sección de que liie un acto de la locura». («Sehr erregter Tilg. Untersuchungen über Hess's Flug. Der Füll rer entschliefst sich zur Veröffentlichung. Passus, dass es sich um eine Wahnsinnstat handelt, wird von Ffführer] durchgesetzt».) <<

[191] Domarus, 1714. <<

[192] TBJG, I/9, 309 (13.5.41). <<

[193] TBJG, I/9, 311 (14.5.41). <<

[194] Domarus, 1716. <<

[195] TBJG, I/9, 309 (13.5.41) . <<

[196] I’BJG, I/9, 309-10 (13.5.41). Y véase Below, 274. Al día siguiente (después de haber visto a Hitler) escribió que había sido necesario emitir el comunicado del 12 de mayo y atribuir el asunto a delirios de Hess. «¿Cómo podría haberse explicado si no?», preguntaba. TBJG, I/9, 311 (14.5.41). <<

[197] TBJG, I/9, 311 (14.5.41) . <<

[198] Kriegspropaganda 1939-1941. Geheime Ministerkonfcrenzen im Reichs propagandaministerium, ed. Willi A. Boelcke, Stuttgart, 19(16, 728-36 (13, 14, 15.5.41); Rudolf Semmler, *Goebbels, the Man next to Hitler*, Londres, 1941,32-33 (14.5.41); Orlow, II.332. <<

[199] TBJG, I/9, 311 (14.5.41). Hess era, en realidad, la tercera autoridad del Reich; había sido designado en septiembre de 1939 sucesor de Hitler después de Göring en caso de fallecimiento. Domarus, 1709. <<

[200] TBJG, I/9, 312-13 (14 15.5.41). <<

[201] Kershaw, «Hitler myth», 167. <<

[202] GStA, MA 106671, informe del Regierungspräsident de Oberbayern, 10.6.41: «… der Monat der Gerüchte». <<

[203] Véase Kershaw, «Hitler Myth», 164. <<

[204] TBJG, I/9, 313-14 (15.5.41). <<

[205] TBJG, I/9, 315 (16.5.41). <<

[206] Hans-Jochen Gama, *Der Flüsterwitz im Dritten Reich*, Munich, 1972, 36; *The Berlin Diaries 1940-194* 5 *of Marie «Missie» Vassiltchikov*, Londres, 1985, 51 (18.5.41), y 50-51 para otros chistes sobre Hess. <<

[207] Kershaw, «Hitler Myth», i6oss, 166-7. <<

[208] Véase la descripción de Hewel de la reunión, HZ, ED 100, Irving-Sanlung, *Hewel-Tagebuch*, entrada del 13 de mayo de 194.1: «El jefe y Göring en la montaña. Todos los Reichsleiter y Gauleiter allá arriba a las 4. Bormann lee las cartas de Hess. Reunión dramática. Gran emoción. Miene el Führer, habla de una forma muy personal, analiza el hecho en sí y prueba el trastorno mental a través de la irracionalidad. *[…]* Manifestación muy conmovedora. Simpatía. «El Führer no elude nada». («Chef und Göring auf dem Berg. 4 Uhr alle Reichsleiter und Gauletier oben. Bormann verliest Hess» Briefe. Dramatische Vermmsalung. Grosse Ergriffenheit. Führer kommt, spricht sehr persönlich, analysiert Tat also solche und beweist Geistesgestörtheit an Unlogik. […] Sehr ergreifende Kundgebung. Mitleid. «Dem Führer bleibt auch nichts erspart"».) <<

[209] Cit. Fest, *Face*, 292. <<

[210] IfZ, MA 12/15, E0I.480, «Rede Hans Franks überWirkung des Englandllugs von Rudolf Hess»: «Der Führer war so vollkommen erschüttert, wie ich das eigentlich noch nicht erlebt habe». «Yo estaba absolutamente consternado» («Ich war geradezu entsetzt»), escribió Frank después de la guerra, en la cárcel de Nuremberg. Hans Frank, *Im Angesicht des Galgens. Deutung Hitlers und seiner Zeit auf Grund eigener Erlebnisse und Erkenntnisse*», Munich, 1953, 411. <<

[211] Robert M.W. Kempner, *Das Dritte Reich im Kreuzverhör. Aus den Veniehmungsprotokollen des Aklägers*, Düsseldorf, 1984, 107-9 (testimonio del Gauleiter Ernst Wilhelm Bohle). <<

[212] TBJG, I/9, 312 (14.5.41). <<

[213] Kempner, 106. <<

[214] R. Schmidt, 5 n. 20 señala que las grabaciones mediante micrófonos ocultos de las conversaciones de Bodenschatz con otros antiguos oficiales de alta graduación de la *Luftwaffe* mientras estaba preso en manos de los ingleses han minado su declaración y en consecuencia el testimonio en que tantos se habían apoyado para afirmar que Hitler estaba implicado. Julius Schaub, factótum general y ayudante de Hitler durante mucho tiempo, estaba convencido, según testimonio de postguerra, de que Hitler no sabía nada del vuelo de Hess. IfZ, ZS 137, Julius Schaub, *Vemebaung*, 12.3.47, Fol. 14. <<

[215] Véase R. Schmidt, 5 n. 20. <<

[216] Costello intenta demostrar que hubo un complot de los servicios secretos ingleses. Pero para una crítica de eso, véase R. Schmidt, 5 n. 20. Debo dar las gracias a Ted Harrison por permitirme leer su trabajo aún inédito «“… wir wurden schon viel zu oft hereingelegt”». Main 1941: «Rudolf Hess in englischer Sicht», una minuciosa investigación del espionaje británico y el asunto Hess, que demuestra claramente que no existía ningún plan para atraer a Hess a Inglaterra ni conocimiento previo de que iba a llegar allí. <<

[217] Göring se burlaba después de la guerra de la idea de que Hitler había estado detrás del vuelo de Hess. ¿Le habría enviado, preguntaba, en una misión tan solitaria sin la menor preparación? Si hubiese querido tratar con Inglaterra tenía abiertos canales semioliciales a través de países neutrales (Dahlerus, por ejemplo) y él, Göring, podría haber organizado eso a través de sus contactos en cuarenta y ocho horas. Irving, *Göring*, 323. <<

[218] Cit, R. Schmidt, 14. <<

[219] R. Schmidt, 15-16. <<

[220] Véase también R. Schmidt, 26-27 para el tercer interrogatorio de Hess por Lord Simon y Kirpatrick el 9 de junio. Hess negó también en este caso explícitamente que Hitler tuviese algún conocimiento de su viaje. Véase también National Archives, NND 881102, informe de los servicios secretos estadounidenses sobre Hess, 28 de octubre de 1941: «Hess ha insistido siempre en que Hitler no tenía conocimiento alguno de su vuelo». <<

[221] Véase Schmidt, 26. <<

[222] Padfield, Hess, XIII para lo de «Fräulein Anna» y XIV para otros motes poco halagadores. Sir John Simon sacó la conclusión después de interrogar a Hess el 10 de junio de «que la posición de Hess y su autoridad en Alemania se habían deteriorado y que si podía dar el golpe de conseguir una paz rápida en las condiciones de Hitler reafirmadía su posición… ¡y prestaría un inmenso servicio a Alemania!». Cit. Schmidt, 28. <<

[223] NA, NND-881102; Irving, HW, 246-47 y n. 2. Harrison, «Rudolf Hess (texto mecanografiado inédito, 2-4) indica que la sección de contraespionaje británica Mi5 había recibido el 2 de noviembre de 1940 una carta de Albrecht Haushofer a Hamilton, fechada el 23 de septiembre e interceptada por censores ingleses. Esta carta hacía alusión a otra anterior de julio de 1939 y proponía una reunión con Hamilton en Lisboa, o en cualquier otro lugar de la periferia de Europa. El Mi5 analizó la carta con el Servicio secreto, pensando en utilizar a Hamilton para pajar a los alemanes información falsa. A Hamilton no se le consultó sobre esta idea hasta unos meses después. En el intermedio se perdió el original de la carta. La respuesta cautelosa de Hamilton a la propuesta dejó a las autoridades inglesas indecisas respecto a la vía que había que seguir. Fue entonces cuando llegó Hess. <<

[224] *Diaríes of Sir Alexander Cadogan*, 379, expone la impaciencia de Cadogan con la línea inicial de Churchill, que Hess había ido en una misión de paz, que él creía que se correspondía demasiado estrechamente con lo que estaba diciendo la propaganda alemana. Churchill no accedió hasta el día siguiente, 15 de mayo, de muy mal humor, ante la presión de Cadogan y de otros asesores, a no hacer una declaración pública sobre el caso Hess. Goebbels, inmensamente aliviado porque los ingleses no habían actuado como lo habría hecho él extrayendo el máximo capital propagandístico del asunto («el único peligro para nosotros, pero un peligro terrible»), comentaba que «parece como si tuviésemos de nuevo a nuestro lado un ángel guardián», y llegaba mordazmente a la conclusión de que «estamos tratando con aficionados un poco tontos (*mit doofen Dilettanten)*. ¡Lo que habríamos hecho nosotros si fuese al revés!». TBJG, I/9, 315 (16.5.41). <<

[225] Véase R. Schmidt, 24. <<

[226] R. Schmidt, 29. <<

[227] Irving, Göring, 316-17, 327; Irving, HW, 22m. <<

[228] R. Schmidt, 10; Gabriel Gorodetsky, «Churchills Warning to Stalin. A Reapprai- sal», *The Historical Journal*, 29 (1986), 9794)0. Para la información que estaba llegando a Stalin sobre la concentración militar alemana y su conocimiento de que iba a producirse una invasión, véase Valentin Falin, *Zweite Front. Die lnieressenkonflikte en der Anti-Hitler- Koalition*, Munich, 1995, 193-95. <<

[229] R. Schmidt, 18-19. Harrison, «Rudolf Hess» (texto mecanografiado inédito, 22-3) minimiza la intención, destacando más bien la confusión del Ministerio de Asuntos Exteriores inglés y la oportunidad propagandística desperdiciada, reconociendo al mismo tiempo la enorme preocupación que el hecho provocó, y la interpretación errónea que se produjo, en la cúpula dirigente soviética. <<

[230] R. Schmidt, 34-36. <<

[231] Stalin aún recelaba unos tres años después del asunto Hess, que creía que había sido un complot para conseguir que Inglaterra y Alemania entraran juntas en una guerra contra la Unión Soviética. Churchill, III.49. <<

[232] R. Schmidt, 32, 36. Estas medidas no son prueba de que hubiese una intención previa por parte de la Unión Soviética de atacar a Alemania, la tristemente célebre «teoría de la guerra preventiva». Véase cap. 22 11. 4. <<

[233] Weisungen, 139-40; Domarus, 1719-20; *Oxford Companion*, 571.
<<

[234] Elizabeth-Anne Wheal y Stephen Pope, *The Macmillan Dictionary of the Second World War, 2*- ed., Londres, 1995, 57-59, contiene una descripción sumaria del hundimiento del Bismarck. Hay una vivida descripción en Churchill, III. cap. XVII. <<

[235] Hewel reseñó el «estado de ánimo muy deprimido» («sehr deprimierte Stimmung») que había en la cúpula dirigente nazi por la suerte del Bismarck. Hitler estaba «infinitamente triste» («unendlich traurig») e «inconmensurablemente furioso con el alto mando de la marina» («Masslose Wut auf Seekriegsleitung») por no haber adoptado la táctica correcta y haber expuesto al Bismarck a un peligro innecesario. I1Z, ED 100, lrving- Sammlung, *Hewel-Tagebuch*, entradas del 26 de mayo, esp. 27 de mayo, y 31 de mayo de 1941. Véase también Raeder, *Mein Leben*, II. 2 69-71; *Lagevorträge des Oberbefehlshabers der Kriegsmarine bei Hitler*, 239 (6.6.41); Irving, HW, 254, 258. <<

[236] Christopher *R. Browning*, Ordinary Men. Reserve Police Battalion 101 and The Final Solution in Roland, *Nueva York, 1992, 11*. <<

[237] Anatomie, *II. 176-82, 2o6ss.* <<

[238] Krausnick-Wilhelm, 141-50; Höhne, *Death's Head*, 328-30. <<

[239] Höhne, *Death's Head*, 328. <<

[240] Krausnick-Wilhelm, 148. <<

[241] Ulrich Heibert, «“Generation der Sachlichkeit”. Die völkische Studentenbewegung der frühen zwanziger Jahre in Deutschland», en; Frank Bajohr, Werner Johe y L’we Lobalia (eds.), *Zivilisation und Barbarei*, Hamburgo, 1991, 115-44, esp. 137-38. <<

[242] Krausnick-Wilhelm, 148-49. <<

[243] Höhne, *DeatlTs Head*, 330. <<

[244] TBJG, I/9, 346 (31.5.41). <<

[245] Domarus, 1722. <<

[246] CD, 352 (1.6.41). <<

[247] IfZ, ED 100, Irving-Sammlung, *Hewel-Tagebuch*, entrada del 2 de junio de 1941; Irving, HW, 262. Hitler le dijo a Goebbels justo antes de la invasión que Mussolini había recibido una indicación general de lo que iba a producirse durante la reunión del Brenner. TBJG, I/9, 395 (22.6.41). <<

[248] CD. 352 (2.6.41). <<

[249] Hitler, anotaba Goebbels el día que se iniciaba «Barbarroja», no sentía hacia Hess más que desprecio, porque había causado un enorme daño al partido y a la *Wehrmacht* y debería haber sido fusilado, si no estuviese loco. TBJG, I/9, 395-96 (22.6.41). <<

[250] CP. 442. <<

[251] Staatsmänner, 1.260-76. <<

[252] CD, 352 (1.6.41); CP, 441; Staatsmänner, I., 262-63. <<

[253] Staatsmänner, I.264-66, 269-72, 276. <<

[254] Véase Schmidt, 550. <<

[255] Domarus, 1722. <<

[256] CD, 352 (2.6.41). <<

[257] IfZ, ED 100, Irving-Sammlung, *Hewel-Tagebuch*, entrada del 3 de junio 19415 Irving, EW, 262; Bernd Martin, *Deutschland und Japan im Zweiten Weltkrieg*, Gotinga, 1969, 97 n. 13; Boyd, 21. <<

[258] Staatsmänner, 1.277-91. <<

[259] Staatsmäner, I 279, 285, 289 y 11. 39. <<

[260] Staatsmänner, I.280 n. 14, 288 n. 36, 289 n. 39. <<

[261] Staatsmäner, 1.284-90. <<

[262] Staatsmäner, I.291. <<

[263] Below, 277. <<

[264] Halder KTB, 455 (14.6.41). Pese a esta aparente confianza, sólo tres días antes había emitido la Directriz 32, que esbozaba planes operativos para continuar la lucha contra las posiciones inglesas en el Mediterráneo, el norte de Africa y Oriente Medio. Weisungen, 15iss. <<

[265] Below, 277. <<

[266] Below, 278. <<

[267] Lo que sigue es de TBJG, I/9, 377-80 (16.6.41). <<

[268] Below, 272-73. El propio Goebbels estaba al tanto de rumores acertados y de tensión tanto en el interior del país como en el extranjero sobre la «acción» inminente. TBJG, I/9, 372 1599 (14-6.41), 387 (19.6.41). <<

[269] BA/MA, KW,20-1319, Geschichte der Rüstungs Inspektion XIII, FolJi56: «Die Konzentration zahlreicher Truppen in den Ostgebieten hatte zwar die Vermutung auikominen lassen, als bereiten sich dort bedeutugns- volle Ereignisse vor, jedoch glaubte wohl der überwiegende Teil des deutschen Volkes an keine kriegerische Auseinandersetzung mit der Sowjet-Union». <<

[270] TBJG, I/9, 380 (16.6.41). <<

[271] TBJG, I/9, 387 (19.6.41); Tb Renth, 1606 dice que 800.000. Goebbels había reseñado unos días antes que en el Ministerio de Propaganda se habían preparado 30 millones de panfletos sobre la guerra del este para distribuirlos. TBJG, I/9, 366-67 (12.6.41). <<

[272] Below, 278; TBJG, I/9, 395 (22.6.41). Goebbels propuso unas cuantas modificaciones. <<

[273] Below, 178-79; TBJG, I/9, 395 (22.6.41). <<

[274] TBJG, I/9, 395-96 (22.6.41). <<

[275] Según KTB OKW, I.408 (22.6.41), el ataque empezó a las 3 de la madrugada. Domarus 1733 da como hora de inicio las 3:05; DRZW, IV.451 dice que empezó entre las 3:00 y las 3:30, e indica (n.i) que las variaciones en el tiempo se deben a los diferentes momentos de la salida del sol en un frente tan extenso. TBJG», I/9, 396 (22.6.41), dice que a las «3:30. Ya están atronando los cañones». <<

[276] TBJG, I/9, 396 (22.6.41); Tb Reuth, 1611 n. 128. <<

[277] Domarus, 1727. <<

[278] Domarus, 1731. <<

[279] Domarus, 1732. <<

[280] Domarus, 1735-36. <<

[281] DGFP, D, XII, 1066-9, nº 660, cita 1069. <<

[1] TBJG, II/1,36-7 (9.7.41); Domarus, 1732. Hitler estaba tan seguro en el verano de 1942 de que se estaba trazando ese paralelismo que ordenó a «especialistas» que lo contrarrestasen declarando que en realidad Napoleón no había iniciado su penetración en Rusia hasta el 23 de junio. Picker, 462 (19.7.42). <<

[2] DRZW, IV.72, 75; Leacli, 192; Omer Bartov, «From Blitzkrieg to Total War: Controversial Links between Image and Reality», en Kershaw y Lew in, 158-84, aquí 165 (que señala que la Luftwaffe desplegó significativamente menos aparatos que en la campaña del oeste); Hartmut Schustereit, *Vahan que: Hitlers Angriff auf die Sowjetunion 194 1 als Versuch, durch den Sieg im Osten den Westen zu bezwingen*, Herford, 1988, 30-41. Una evaluación detallada de las fuerzas rivales y de las operaciones militares iniciales la aporta David M. Glantz (eck), *The Initial Period ofWaron the Eastem Front, 22 June-August 11)41*, Londres, 1993; véase 29-31 para el despliegue y disposión de las tropas soviéticas el 22 de junio de 1941. <<

[3] DRZW, IV.Beiheft, mapas 5, 7: Domarus, 1744 para la caída de Minsk, notificada el 10 de julio. <<

[4] Véase sobre todo Gerd R. Ueberschár y Lev A. Bezy- menskij (eos.), *Der deutsche Überfall auf die Soiujetunion. Die Kontroverse um die Präventivkriegsthese*, Darmstadt, 1988, aquí esp. VIII-IX, 59, 100-101, y, para el plan de Timos- henko y Zukhov, 186-93. Véase también Gabriel Gorodetsky, «Stalin und Hitlers Angriff auf die Sowjetunion. Eine Ausei nandersetzung mit der Legende vom deutschen Präventivschlag», VfZ, 37 (1989), 645- 72; y Brianka Pietrow, «Deutschland im Juni 1941 - ein Opfer sowjetischer Aggression? Zur Kontroverse über die Präventivkriegsthese», *GG*, 14 (1988), 116-35. Stalin había advertido a un numeroso auditorio de graduados de las academias militares soviéticas de que la guerra era inminente. Pero el descubrimiento tardío de un texto del discurso, del que se creían perdidas todas las copias, ha desmentido los informes que indicaban que Stalin abogaba por una guerra preventiva contra Alemania. Véase Lev A. Bezymenskij, «Stalins Rede vom 5.Mai 1941 - neu dokumentiert», en Ueberschár y Bezymenskij, 131-44; también DGFP, D, XII, 964-5, n" 593; Alexander Werth, *Husma at War 1941-1945*, Nueva York (1964) 1984, 122-3; John Erikson, *The Road to Stalingrad. Stalin's War with Germany*, Londres, (1975), Phoenix paperback edn., 1998, 82; Valentín Falin, *"¿weiteFront. Die Interessenkonjlikte in der Anti-Hitler-Koalition*, Munich, 1995, 194-7; Weinberg, HI.204-4, Bullock, *Hitler and Stalin*, 791, 798-9, 807. <<

[5] Bullock, *Hitler and Stalin*, 791-3. <<

[6] Yolkogonov, 411-13. <<

[7] Bernd Bonwetsch, «*Stalin, the Red Armv, and the “Great Patriotic War”*», en Kershaw y Lewin, 185-207, aquí 188, 193-95; >' ««ase Glantz, *InitialPeiiod*, 31. <<

[8] Los soviéticos prisioneros eran unos 3,8 millones a finales de 1941 y 5,25 millones al final de la guerra. DRZW, IV.727 (586 11. 523 para cifras algo distintas del número de prisioneros a finales de 1941). Dos millones y medio al menos murieron en cautividad, aparte de un mínimo de 140.000 liquidados inmediatamente después de su captura. DRZW, IY.730; Streit, cap.VII. Goebbels habló ya a mediados de diciembre de 900.000 muertos de hambre, de agotamiento y de enfermedad, y es seguro (jue murieron muchos más en las semanas y meses siguientes. TBJG, II.2, 484 (12.12.41). Poco antes de esto, Göring le había hablado a Ciano de canibalismo en los campos de prisioneros de guerra rusos. GP, 464-5 (24-27.11.41). <<

[9] Bonwetsch, 189. <<

[10] Véase Streit, cap.VI; DRZW, IV. Parte II, Cap.VII: *Oner Bartov*. *The Fastern Front*, 7947-45, *German Troops, and theBarbarisation uf Warf are*, Nueva York, 1986, cap.4. <<

[11] Volkogonov, 413; Irving, HW, 286-7. <<

[12] IMG, XXXVII I.86-94, Doc. 22 í-L; Ernst Klee y Willi Dressen (eds.), *«Gott mit uns». Der deutsche Vernichtungskrieg im Osten* 7939-7945, Frankfurt am Main, 1989, 23 (reunión de 16.7.41). Para la lucha brutal de la Wehrmacht contra los guerrilleros, véase: Hannes Heer, «Die Logik des Vernichtungskriegs. Wehrmacht und Partisanenkampf», en Hannes Heer y Klaus Hautann (eds.), *Vernichtungskrieg. Verbrechen der Wehrmacht 1941 bis 1944*, Hamburgo, 1995, 104-38; Hannes Heer, «Killing Fields: the Wehrmacht and the Holocaust in Belorussia, 1941-19421», *Holocaust and Genocide Studies*, 11 (1997), 79-101; Lutz Klinkhamzer, «Der Partisanen krieg der Wehrmacht 1941-1944» y 1 imm C. Richter, «Die Wehrmacht und der Partisanenkrieg in den besetzten Gebieten der Sowjetunion», los dos en Müller y Volkmann, *Die Wehrmacht*, 815-36, 837-57. <<

[13] TBJG, I/9, 398 (23.6.41). <<

[14] Below, 253, 281. <<

[15] Domarus, 1743 para el nombre «Lobo»; Schrocder, 111. <<

[16] Below, 281-2; Warlizont, 172-3; Alfons Schulz, *Drei Jahrein der Nachrichtenzentrale des Führerhauptquartiers*, Stein am Rhein, 1996, 30-1, 39SS; el decreto de sucesión de Hitler relacionado con Göring está en Domarus, 1741. <<

[17] Schroeder, 116, 1201: Below, 282-3. Schroeder dice de forma implícita que la segunda reunión informativa del día era, igual que más tarde en la guerra, a última hora del día. Pero Below indica de forma precisa que se celebró durante las primeras semanas de la campaña a las seis de la tarde. <<

[18] Schroeder, 115. <<

[19] Schroeder, 120-1. <<

[20] Schroeder, 113. <<

[21] Below, 282-3, 285. <<

[22] IMG, XV, 325. Véase también Picker, 374 (28.5.42), donde la vida en el cuartel general del Führer se describe como una «existencia monástica» *(Klösterdasein).* <<

[23] Schroeder, 119, 121-2. <<

[24] Schroeder, 111-12. Goebbels hizo comentarios sobre los enjambres de mosquitos cuando visitó el cuartel general del Führer el 8 de julio de 1941. TBJG, IIA, 30 (9.7.41). <<

[25] Schroeder, 112. <<

[26] Schroeder, 125. <<

[27] Below, 283. <<

[28] Schroeder, 113-14. Para ideas similarmente optimistas del OKW de la Wehrmacht y de Ribbentrop en este periodo, véase Irving, HW, 282. En la versión anterior de sus memorias, anotadas por Zoller, Hitler añadía supuestamente que iba a construir un embalse (*Staubecken*) en el emplazamiento de Moscú. Zoller, 143. <<

[29] Schroeder, 120. <<

[30] TBJG, II/1, 30 (9.7.41). <<

[31] TBJG, II/1, 35 (9-7-41). <<

[32] TBJG, *U/i*, 32-5 (9-7-41). <<

[33] Schroeder, 113. <<

[34] Staatsmänner, I.293. A Osliima le impresionó lo que oyó sobre los progresos alemanes en la guerra y recomendó a su gobierno que Japón atacase en seguida a la Unión Soviética por el este. Boyd, 27. <<

[35] Schroeder, 1 14. <<

[36] Below, 283; Domarus, 1740. <<

[37] TBJG, I/9, 412 (30.6.41); Domarus, 1740 11.323. <<

[38] TBJG, I/9, 412, 415-16 (30.6.41), 415-16 (1.7.41), 426 (5.7.41).
<<

[39] Willi A. Boeleke (ed.), *Wollt Ihr den totalen Krieg? Die geheinen Goebbels-Konferenzen 1939-1943*, Munich, 1969, 235-7; Tb Reuth, 1623 n. 144.i Y véase Woliram Wette, «Die propagandistische Begleitmusik zum deutschen Überfall auf die Sowjetunion am 22. Juni 1941», en Gerd R. Ueberschär y Wolfram Wette (eds.), «*Unternehmen Barbarossa*». *Der deutsche Oberfall auf die Sowjetunion* 7947. *Berichte, Analysen, Dokumente*, Paderbon, 1984, 111-29, aquí esp. 118-19. <<

[40] Véase TBJG, II/1, 30-9 (9.7.41): «El Führer está furioso con la camarilla dirigente bolchevique que se proponía invadir Alemania, y con ella Europa, y finalmente, con el Reich debilitado, por efectuar el intento de bolchevizar el continente, tal como estaba planeado desde 1917» (31). «La guerra preventiva aun sigue siendo la más segura y la más suave, si se tiene la seguridad de que el enemigo atacará de todos modos en la primera oportunidad favorable que se le presente; y eso era lo que pasaba con el bolchevismo» (33) «Es indudable que [el Kremlin] quería ocupar Rumania este otoño, cuando nosotros no tuviésemos ya ninguna posibilidad de acción ofensiva contra Rusia por causa de la meteorología. Podría cortarnos así el suministro de petróleo» (38). Hitler comunicó a sus colaboradores a mediados de septiembre: «Hizo falta la máxima fuerza para tomar la decisión el año pasado de atacar al bolchevismo. Tenía que tener en cuenta que Stalin pasaría al ataque en el curso cié este año. Era necesario actuar lo antes posible. La fecha más temprana era junio de 1941». *Monologe*, 60-1 (17-18.9.41). <<

[41] DRZW, IV.461. <<

[42] Leach, 200. <<

[43] Leach, 202. <<

[44] KTB OKW, 1.102 1; DRZW, IY.487; Leach, 201. <<

[45] Generaloberst Halder, Kriegstagebuch. Band III: Der Russlandfeldzug bis zu Marsch auj Stalingrad (22.6.7947-24.9.7942;, ed. Hans-Adolf Jacobsen, Stuttgart, 1964 [=Halder KTB, III], 38; trad., Halder Diary, 446-7 (3.7.41). <<

[46] *Monologe*, 39 (5-6.7.41). <<

[47] *BA*, R6 134a, «Aufzeichnungen des persönlichen Referenten Rosenbergs Dr. Koeppen über Hitlers Tischgespräche 1941, [= Koeppen], Fol. 15 (19.9.41). De hecho las esperanzas de la Volkswage n-werk de volver a la fabricación de automóviles para uso civil se apagaron durante el verano y el otoño de 1941 porque la campaña del este exigía que se fabricasen más y más tanques. Véase Hans Nomasen y Manfred Grieger, *Das Volkswagenwerk und seine Arbeitei im Dritten Reich*, Düsseldorf, 1966, 453, 460ss. <<

[48] *Monologe*, 39 (5-6.7.41). <<

[49] Koeppen, Fol.9 (10.9.41) . <<

[50] Koeppen, Fol. 12 (19.9.41). Goebbels recogía la intención de Hitler el 18 de agosto en cuanto a la rendición por hambre de San Petersburgo (Leningrado) y Kiev. Después de que se hubiese cerrado el cerco de Leningrado y se hubiese producido el bombardeo, de acuerdo con el plan de Hitler, «probablemente no quede ya mucho de esa ciudad». TBJG, lili, 260-1 (19.8.41). <<

[51] *Monologe*, 48 (27.7.41) . <<

[52] Koeppen, Fol.28 (23.9.41). <<

[53] *Monologe*, 38 (5.7.41). <<

[54] Koeppen, Fol. 1 2 (19.9.41). <<

[55] Koeppen, Fol.28 (24.9.41). <<

[56] *Monologe*, 42 (1 1-12.7.41). <<

[57] Hitler comentó en septiembre que sería un error educar a la población nativa. Lo único que se lograría sería el tipo de conocimiento a medias que lleva a la revolución. *Monologe*, 63 (17-18.9.41); Koeppen, Fol. 12 (18.9.41). <<

[58] *Monologe*, 48 (27.7.41). <<

[59] *Monologe*, 54-5 (8-1 1.8.4 1). <<

[60] *Monologe*, 51 (1-2.8.41). <<

[61] *Monologe*, 54 (8-11.8.41). <<

[62] *Monologe*, 55 (8-11.8.41). Reitero los mismos sentimientos con palabras similares un mes después. «El territorio ruso (*Raux)* es nuestra India—afirmó—y lo mismo que los ingleses gobiernan la India con un puñado de hombres, así también gobernaremos nosotros esto, que es nuestro territorio colonial». *Monologe*, 62-3 (1 7-18.9.41); Koeppen, Fol. 12 (18.9.41). <<

[63] Un mes después de estos comentarios de mediados de agosto, Hitler se entusiasmó con la conquista de la zona de Kriwoi-Rog, rica en mineral de hierro, con una capacidad productiva, según él, que eliminaba toda preocupación sobre la satisfacción de la demanda, Koeppen, Fol. 10 (17.9.41). <<

[64] *Monologe*, 58 (19-20.8.41). <<

[65] *Monologe*, 63 (17-18. 9. 41). <<

[66] *Monologe*, 62 (17-18. 9. 41). <<

[67] *Monologe*, 69-71 (25. 9. 41). <<

[68] *Monologe*, 66 (23.9.41). <<

[69] *Monologe*, 67 (23. 9. 41); Koeppen. Fol. 29 (23. 9. 41). <<

[70] *Monologe*, 68 (25. 9. 41). El 27-28 de septiembre, habló del objetivo de librar la guerra «en los bordes» del territorio alemán. *Monologe*, 72. Hitler se había referido anteriormente a una «muralla viva» para proteger el nuevo este «contra las masas centroasiáticas». *Monologe*, 55 (8-11. 8. 41). Véase también RolfDieter Müller, *Hitlers Ostkrieg und die deutsche Siedlungspolitik*, Frankfurt am Main, 1991, 23-4. <<

[71] *Monologe*, 71 (25-6. 9. 41). <<

[72] *Monologe*, 71 (25-6. 9. 41). <<

[73] *Monologe*, 58 (19-20. 8. 41). <<

[74] *Monologe*, 72 (27-8. 9. 41). <<

[75] *Monologe*, 65 (22-3. 9. 41). <<

[76] *Monologe*, 65 (22-3. 9. 41). <<

[77] Hay un énfasis excesivo en la «modernidad» de Hitler en toda la interpretación que hace de él Rainer Zitelmann, *Hitler. Selbstverständnis eines Revolutionärs*, Hamburgo-Leamington Spa-Nueva York, 1987. Véase también Rainer Zitelmann, *Adolf Hitler. Eine politische Biographie*, Gotinga, 1989, y su ensayo «Die totalitäre Seite der Moderne», en Michael Prinz y Rainer Zitelmann (eds.), *Nationalsozialismus und Modernisierung*, Darmstadt, 1991. Para una fuerte crítica de ese énfasis, véase Hans Mommsen, «Nationalsozialismus als vorgetäuschte Modernisierung», en Walter R. Pehle (ed.), *Der historische Ort des Nationalsozialismus. Annäherungen*, Frankfurt am Main, 1990, 11-46, Norbert Frei, «Wie modern war der Nationalsozialismus?», *GG*, 19 (1993), 367-87. aquí esp. oooss; Axel Schildt, «NS-Regime, Modernisierung und Moderne. Anmerkungen zur Hochkonjunktur einer andauernden Diskussion», *Tel Aviver Jahrbuch für deutsche Geschichte*, 23 (1994), 3-22, aquí esp. 11ss. <<

[78] *Monologe*, 57 (8-11. 8. 41). <<

[79] *Monologe*, 64 (17-18. 9. 41). <<

[80] IMG, XXXVIII. 86-94, cita 87-8, Doc. 221-L. DGFP, 3, 13, 149 56, n° 1 14, extractos en Klee y Dressen, *Gott mit uns*, 22-3. Véase también Alexander Dallin, *German Rule en Russia* 1941-1945. *A Study of Occupation Policies*, (1957), 1981^{2}, 84, 123, 204; y Eberhard Jäckel, «Hitlers doppeltes Kernstück», en Roland C. Foerster (ed.), *«Unternehmen Barbarossa». Zum historischen Ort der deutsch-sowjetischen Beziehugen von 1933 bis Herbst 1941*, Munich, 1993, 14-22, aquí 14-18. <<

[81] IMG, XXIX. 235-7, 1997-PS. <<

[82] *CP*, 465 (24-7. 11.41); Klee y Dressen, *Gott mit uns*, 23; Halder, KTB, II. 335-8 (30. 3. 41); ING, XXXI. 135-7, 126-EC. Los planes para la deportación en masa estaban en proceso de elaboración para el «Plan general para el este». Véase Helmut Heiber (ed.), «Der Generalplan Ost», VfZ, 6 (1958), 281-325; Czeslaw Madajczyk (ed.), *Vom Generalplan Ost zum Generalsiedhtmgsplan*, Munich etc., 1994; Mechtild Rössler y Sabine Schleiermacher (eds.), *Der «Generalplan Ost». Hauptlinien der nationalsozialistischen Planungs- und Virniciitungspolitik*, Berlin, 1993. <<

[83] Dallin, cap.3, esp.56h. <<

[84] Dallin, 84, 123-4. *Givilian rule was established in the occupied territorios in August and September*. 1941. Dallin, 85. <<

[85] Koeppen, Fols. 12-13 (18.9.41) . <<

[86] Dallin, 185SS. <<

[87] Dallin, 203SS. <<

[88] Halder KTB, III.10 (24.6.41) . <<

[89] Halder KTB, III.¡15 (25.6.41); trad. *Halder Diary*, 424. <<

[90] Halder KTB, III.20 (27.6.41), 25 (29.6.41), 29 (30.6.41), 34-5 (2.7.41), 39 (3.7.41). <<

[91] Halder KTB, III.39 (3.7.41); trad. *Halder Diary*, 448. <<

[92] DRZW, IV.212-13; Leacli, 53, 99; Dirks/Janssen, 137SS. <<

[93] DRZW, IV.219-42; Leach, 99-1 18, 250 69. Véase antes, cap. 7 nota 156, para la afirmación de Lossberg después de la guerra de que ya había empezado a trabajar en el estudio estratégico a principios de julio de 1940 y sin que hubiese habido ninguna petición oficial para que lo hiciese. Lossberg no hace mención alguna de eso en sus memorias de postguerra, Bernhard von Lossberg, *Im Wehrmachtfürungsstab. Bericht eines Generals tabsofßziers*, Hamburgo, 1950, 104-8. <<

[94] Véase Halder KTB II.463-9 «Aufmarschamveisung OKH vom 31.1.1941 Barbarossa"». Leach, 263-9 (OKH Deployment Directive, «Barbarossa», 31.1.41). La directriz la discutieron Halder y Brauchitsch con los tres comandantes de grupo de ejército el 31.1.41, se emitió el 1.2.41. Halder KTB, II.465, trad. Leach, 264 11.1, 266 (31.1.41, 2.2.41)- La mención de Moscú se hallaba limitada a una sola frase: «En el caso de un desmoronamiento súbito e inesperado de la resistencia enemiga en el norte de Rusia, se podría considerar la posibilidad de abandonar el movimiento envolvente y de un avance hacia Moscú». Halder KTB, II. 465, trad. Leach, 264. <<

[95] Weisungen, 98-9 (n° 21, 18.12.40). La corrección significativa del plan original de ataque había sido comunicada a Jodl el 17 de diciembre de 1940, el día antes de la directriz n° 21 para «Barbarroja». KTB OKW, I.233. <<

[96] Halder KTB, III.24-5 (29.6.41) . <<

[97] KTB, OKW, I.1020; DRZW, IV.486-7»; y véase Warlimont, 182.
<<

[98] DRZW, IV.487. <<

[99] Leach, 197. <<

[100] DRZW, IV.487; Leach, 216. <<

[101] KTB, OKW, i. 1030 (durante la vista de Hitler a Leeb en el grupo de ejército del norte el 21 de julio). Véase también Warlimont, 186; DRZW, iv. 495. <<

[102] Weisungen, 166 (23.7.41); DRZW, IV.490: Leach, 198. <<

[103] KTB OKW, I.1030; Halder KTB, III. 103-7 (23.7.41), esp. i04yn. 1, 106 (cita); DRZW, IV.491. <<

[104] Weisungen, 165; DRZW, IV.689-93; Leach, 204. La directriz n°33 de Hitler de 19 de julio de 1941, «Continuación de la guerra en el este», había indicado, sin embargo, que las incursiones aéreas en apoyo del ejército en el frente suroriental, no en Moscú, eran la primera prioridad. Weisungen, 164-5. Göring describió más tarde las incursiones sobre Moscú como «ataques de prestigio», provocados por comentarios sarcásticos de Hitler en que planteaba dudas sobre si la Luftwaffe tendría una sola escuadrilla con valor suficiente para atacar Moscú. DRZW, IV693. <<

[105] Leach, 205. <<

[106] Halder KTB, III. 151 (4.8.41). En «Bajas» (*Verluste)* Halder anotaba 46.470 oficiales y soldados muertos, 11.758 desaparecidos y 155.073 heridos. <<

[107] Leach, 205-7, 210. <<

[108] Leach, 207. <<

[109] KTB OKW, I.1033. <<

[110] DRZW, IV.493. <<

[111] KTB OKW, I.1037, 1040. <<

[112] Warlimont, 185; Leach, 208. <<

[113] KTB OKW, I.1040; DRZW, IV.495-6; Leach, 209. <<

[114] Halder KTB, III. 134 (30.7.41); trad., *Halder Diary*, 490. <<

[115] Weisungen, 168-9; DRZW, IV.495; Leach, 209. <<

[116] DRZW, IV.495-6. <<

[117] DRZW, IV.499-500. . <<

[118] Halder *KB*, III.170 (11.8.41); trad., *Halder Diaiy*, 506. <<

[119] Weisungen, 173; y véase DRZW, IV.503; Warlimont, 187. <<

[120] DRZW, IV.504. <<

[121] TBJG, II/1, 258 (19.8.41). La idea (exagerada) que tenía Hitler era que no había estado enfermo desde que tenía dieciséis años. *Monologe*, 190 (9-10.1.42). <<

[122] David Irving, *The Secret Diaries of Hitter's Doctor*, Londres (1983), 1990, 87-8; Irving, HW, 293-5. <<

[123] TBJG, II/1, 260-3 (19.8.41). <<

[124] Laurence Rees, *War of the Century. When Hitler fouglit Stalin*, Londres, 1999, 52-6; Volkogonov, 412-131 <<

[125] TBJG, II/1, 266 (19.8.41). <<

[126] KI B GKW, II. 1055-9; DRZW, IV.505. <<

[127] Adolf Heusinger, *Befehl im Widerstreit. Schicksalsstunden der deutschen Armee 1923-1945*, Tubinga-Stuttgart, 1950, 132-5; Warlimont, 189 (cuya traducción se ha utilizado). <<

[128] KTB OKW, I.1061-3 (memorando de Halder y orden de Hitler); Halder KTB, III. 192 (22.8.41), trad. *Halder Diary*, 514; Warlimont, 190. <<

[129] KTB OKW, I.1065; Halder KTB. III.193 (22.8.41); DRZW, IV.506; Warlimont, 190-1. <<

[130] KTB OKW, II. 1063-8 («estudio» de Hitler); DRZW, IV.505-6. <<

[131] Halder KTB, III. 193 (22.8.41); trad., *Halder Diary*, 515; y véase Bock, 290-1 (23.8.41), y Hartmann, 283. <<

[132] Los datos proceden de Guderian, 198-202. <<

[133] Hartmann, 283-4; la reacción de Halder al cambio de opinión de Guderian en Halder KTB, III. 194-5 (24.8.41). <<

[134] Bock, 291 (24.8.41); Hartmann, 284 n.57. <<

[135] Lo señala Warlimont, 191. <<

[136] DRZW, IV.514,516, 516 n. 252; Leach, 222 (las cifr0as algo distintas). <<

[137] Leach, 222. <<

[138] DRZW, IV.516; Warlimont, 193, de acuerdo ya en cuanto a que era necesario llegar a Moscú antes del invierno. <<

[139] De hecho, una vez completado el bloqueo alemán, quedarían prácticamente atrapados en la ciudad (salvo por una ruta sobre el helado lago Ladoga) 2,5 millones de civiles durante un invierno excepcionalmente gélido y después de él. (El asedio no se levantaría hasta finales de enero de 1944). Con las rutas de suministro cortadas, pronto se impusieron condiciones de hambre. Se consumieron en seguida, los caballos y los perros callejeros. El suministro de pan y gachas era extremadamente escaso. La mayoría de la gente tenía que recurrir a raíces o tubérculos comestibles y, cuando se agotaron, a un infame mejunje hecho con turba y papel. Se calcula que sucumbieron al hambre, el frío y las enfermedades entre 850 y 950.000 personas. Osobyi Arkhiv (Sonderarchiv), Moscú, 5001-25, *Ereignismeldung UDSSR* Mr. 1911, 10.4.42, Fols.264-70; *Oxford Companion*, 683-6; Richard Overy, *Russia's War*, Londres, 1997, 105-11. <<

[140] TBJG, II/11, 481-3 (24.9.41). <<

[141] TBJG, II/1,486 (24.9.41). <<

[142] TBJG, II/11,482 (24.9.41). De hecho (1671-2), Hitler tenía la esperanza de poder retirar un buen número de divisiones después de alcanzar los próximos objetivos militares. Halder había decidido ya el 8 de julio hacer preparativos para el invierno pensando en una fuerza de ocupación más que de combate en la Unión Soviética. Halder KTB, III.53 (18.7.41): Dallin, <<

[143] La nota justificativa adjunta de Keitel del 1 de septiembre aseguraba que Hitler había aprobado el memorando. Su circulación estaba reservada por órdenes de Hitler a los comandantes en jefe de las ramas de la Wehrmacht y al ministro de asuntos exteriores del Reich (Ribbentrop). Es de suponer que Halder, jefe del Estado Mayor, no la viese hasta varios días después de su distribución inicial, ya que incluye extractos en la entrada de su diario correspondiente al 13 de septiembre. ADAP, D, XIII, 345-53, cita 352, nº 265; DGFP, D, 13, 422-33, cita 431, N° 265; Halder KTB, III.226-9; DRZW, IV.507; Warlimont, 192-3. <<

[144] Halder KTB, III.205 (29.8.41). <<

[145] DRZW, IV.571. <<

[146] Véase Leach, 220. 222. <<

[147] Bonwetsch, 203SS (aunque el cambio fue sólo gradual y de 1942 en adelante). Se hace hincapié en la debilidad estructural del Ejército Rojo en 1941 (diluyendo la culpa asignada exclusivamente a Stalin) pero en la actuación rápida para remediarla que se emprendió, véase Jacques Sapir, «The Economics of War in the Soviet Union during World War II», en Kershawv Lewin, 208-36, aquí 216-219. Véase también David M. Glantz yjonathan M. Rouse, *Wien Titans Clashed. How the Red Army stopped Hitler*, Kansas, 1995, 65SS. <<

[148] Leach, 234-7 (y véase también pp.118-23) Para lo anterior. <<

[149] Leach, 212, 223-4. Podría ponerse en duda, sin embargo, el que la decisión soviética de mantenerse firmes y defender Moscú, respaldada por la matanza absolutamente implacable de los que intentaban huir, hubiese sido sostenible si Stalin hubiese abandonado la capital. Y esa posibilidad estuvo próxima a mediados de octubre, cuando había un tren especial a punto y esperando en una de las estaciones de Moscú, preparado para llevar al dictador soviético fuera de la ciudad. Parece que Stalin sopesó, sin embargo, las posibles repercusiones en la moral de los ciudadanos y decidió quedarse. Volko- gonov, 434-5; Edvard Radzinsky, *Stalin*, Nueva York, 1996, 482-3; Rees, *War of the Century*, 71-4; Bonwetsch, 189, Glantz y House, 81; Heinz Magenheizer, *Hitler's War. German Military Strategy*, 1940-1945, Londres, 1998, 117-18. Para una guía por el laberinto de interpretaciones, véase Rolf-Dieter Müler y Gerd R. Ueberschär, *Hitlers War in the East 1941-1943. A Critica! Assessment*, Providence-Oxford, 1997, 85-104, esp.99ss. <<

[150] Véase Leach, 238-41. <<

[151] Hauner, *Hitler*, 151-2. <<

[152] H aun er, *Hitler*, 166-8. Para Udet, cuya muerte atribuyó el régimen a un accidente cuando probaba un nuevo avión, véase Robert Wistrich, *Wer war wer im Dritten Reich*, Munich, 1983, 280. <<

[153] Rebentisch, 374. <<

[154] Lang, *Der Sekretär*, 464. <<

[155] Rebentisch, 374. <<

[156] Steinart, 206-8. <<

[157] Boelcke, *Wollt Ihr*, 236. <<

[158] Steinert, 209-13; Boelcke, *Wollt Ihr*, 234-44; Max Seydewitz, *Civil Life in Wart wie Germany. The Story of the Home Eront*, Nueva York, 1945, 70-2. <<

[159] Heinrich Breloer (ed.), *Mein Tagebuch. Geschichten von Überleben 1939-1947*, Colonia, 1984, 63. <<

[160] Breioer, 63. <<

[161] StA Bamberg, K8/11I, 18475, Informe del Landrat de Ebermannstadt. 1.7.41: «Nicht das geringste Verständnis besteht füi die Verwiiklichujig von Weltherrschaftsplänen […] . Die überarbeiteten und abgewirtschafteten Männer und Frauen sehen nicht ein, warum der Krieg noch weiter nach Asien und Afrika hineingetragen werden muss». <<

[162] StA Bamberg, K8/III, 18475, informe del Landrat de Eberzarmstadt, 30.8.41; publicado en Martin Broszat, *Elke Fröhlich*, y Falk Wiesemann (eds.), *Bayern in der NS-Zeit. Soziale Lage und politisches Verhalten der Bevölkerung im Spiegel vertraulicher Belichte*, Munich-Viena, 1977, 152. <<

[163] Steinert, 213-14. <<

[164] StA Munich, LRA 61618, informe de Gendarmerie-Posten Mittenwald, 24.5.41 (*schlecht und kriegsmüde)*-, informe de Gendarmerie-Kreisführer Mittenwald, 28.11.41 (… *die sich stetig steigernden grossen und kleinen Alltagssorgen* …). <<

[165] John S. Oonway, *The Nazi Persecution ofthe Churches, 11)33-45*, Londres, 1968, 25960, 383- 6. <<

[166] Para la creciente intervención de Bormann en cuestiones eclesiásticas durante la guerra, véase Longeiich, *Hitlers Stellvertreter*, 25OSS. <<

[167] Kers- haw, *Popular Opinión*, 332-4; E.D.R. Harrison, «The Nazi Dissolution of the Monasteries: a Gase Study», *English Historical Revino*, 109 (1994), 323-55, aquí 336341. <<

[168] *GSTA*, Munich, Epp-Akten 157, Reichsstatthalter Epp to Laminers, 23.12.41: «Staatsminister Wagner wollte mit seinem Kruzifixerlass aufseine Weise der von Reichsleiter Bormann herausgegebenen Lehre, dass Nationalsozialismus und Christentum unvereinbare Gegensätze seien, sichtbare Auswirkung verschaffen…». <<

[169] Landratsaat Traunstein, IV-7-177, carta anónima al Landrat del Landkreis Traunstein, 20.9.41: «Die Söhne unserer Stadt stehen im Osten im Kampf gegen den Bcdshewismus. Viele aus ihnen geben dafür ihr Leben. Wir können nicht verstehen, dass man uns gerade in dieser schweren Zeit das Kreuz aus den Schulen nehmen will». <<

[170] Véase Kershaw, Popular Opinión, 340-57; Heinrich Huber (ed.), Dokumente einer christlichen Widerstandsbewegung. Gegen die Entfernung der Kruzifixe aus den Schulen 1941, Munich, 1948. <<

[171] Cit. Kershaw, «Hitler Myth», 178. <<

[172] Landratsamt Parsberg 939, informe del Landrat de Parsberg, 19.9.41: «Durchführung des Kreuzerlasses in Parsberg»: «… das will der Führer nicht und er weiss bestimmt nichts von dieser Kreuzentfernung». <<

[173] StA Munich, LRA 31933, carta anónima (sin fecha pero recibida el 2.10.41) dirigida al Bürgermeister de Ramsau, Landkreis Berchtesgaden: «Braune Hemden trägt Ihr von Oben, Innen raus seid Bolschewisten u. Juden sonst könnt Ihr nicht handeln des Führers Rücken…» (Redacción y puntuación del original). <<

[174] Véase Kershaw, *Popular Opinión*, 340; Lutz Lemhöfer, «Gegen den gottlosen Bolschewismus. Zur Stellung der Kirchen zum Krieg gegen die Sowjetunion», en Ueberschär y Wette, 131-9, aquí 135-36. <<

[175] Este era el sentido implícito de la interpretación de Peter Hüttenberger, «Vorüberlegungen zum “WiderstandsbegrifT», en Jürgen Kocka (ed.), *Theorien in der Praxis des Historikers*, Gotinga, 1977, 117- 34. <<

[176] Klee, «Euthanasie», 290. <<

[177] Klee, «Euthanasie», 324-5. <<

[178] Klee, «Euthanasie», 2o6ss, 289-91. <<

[179] Honolka, 84-90; Klee, «Euthanasie», 286-7. <<

[180] Klee, «Euthanasie», 334. <<

[181] Klee «Euthanasie», 334, 486-7 n.127. <<

[182] Heinz Boberach (ed.), *Berichte des SD und dir Gestapo über Kirchen und Kirchenvolk*, Maguncia, 1971, 570-1. <<

[183] Harrison, «Dissolution», 349-50. <<

[184] Cit. Harrison, «Dissolution», 350; Peter Löffler (ed.), *Bischof Clemens' August Graf von Galen. Akten, Briefe und Predigten*, vol.2, 19391946, Maguncia, 1988, 864-6. <<

[185] Harrison, «Dissolution», 352; véase también Löfler, 874-83; y Ludwig Volk, «Episkopat und Kirchenkampf», en Dieter Albreciit (ed.), *Katholische Kirche und Nationalsozialismus. Ausgewählte Aufsätze von Ludwig Volk*, Maguncia, 1987, 94. <<

[186] Klee,'Dokumente, 193-8; trad. N&P, III. 1036-4. <<

[187] Harrison, «Dissolution», 352; Lew)', 253. <<

[188] Papen, 481-2. <<

[189] Véase Harrison, «Dissolution >, 325-6. <<

[190] Picker, 260 (7.4.42). <<

[191] Bernhard Stasiew'ski. «Die Kirchenpolitik der Nationalsozialisten ¡111 Warthegau 1939-1945», Vf/, 7 (1959), 46-74, aqm 65. <<

[192] Papen, 481-2. <<

[193] Klee, «Euthanasie», 335. <<

[194] Klee, «Euthanasie», 335. <<

[195] TBJG, JI/2, 33 (1.10.4 1). <<

[196] TBJG, II/1, 239 (15.8.41). Goebbels aludía a la posibilidad de vincular el «debate» a la película que justificaba la «eutanasia», *Ich kluge an* (Yo acuso), que él mismo había encargado y que estaba ya casi lista para la difusión. Véase Welch, «Propaganda and the German Cinema», 1 2 iss. para el contenido de la película, que se proyectó por primera vez en Berlín el 29 de agosto de 1941. <<

[197] Klee, «Euthanasie», I.339; Eugen Kogon u.a. (eds.), *Nationalsozialistische Massentötnagen durch Giftgas. Fine Dokumentation*, Frankfurt am Main, 1983, 62. <<

[198] Aly, 314-15. <<

[199] Basado en Aly, 313, 316. <<

[200] Klee, «Euthanasie», 340-1. <<

[201] TBJG, I/9, 119 (31.1.41). <<

[202] Klee, «Euthanasie», 340-1. <<

[203] Klee, «Euthanasie», 345SS, 417s.S. <<

[204] TBJG, II/1, 484 (24.9.41). <<

[205] El objetivo era destruir el grupo de ejército soviético del mariscal Timoschenko antes de que empezase el Invierno y no avanzar sobre Moscú hasta después de que se hubiese conseguido esto. Weisungen, 1 74-8. Para los acontecimientos militares, véase DRZW, rY.568.ss. <<

[206] TBJG, II/2, 44 (3.10.41). <<

[207] Domarus, 1756. <<

[208] Domarus, 1757. <<

[209] TBJG, II/2, 50 (4.10.41). <<

[210] TBJG, II/2, 50-1 (4.10.41). <<

[211] TBJG, II/2, 51 (4.10.41). <<

[212] TBJG, II/2. 52 (4.10.41). Durante la quincena siguiente, Stalin estaría a punto de escapar de Moscú y, según una prueba testimonial anecdótica, consideró la posibilidad (si el testimonio es cierto y por segunda vez, ya que se habían hecho las mismas consideraciones en julio) de efectuar sondeos sobre condiciones de paz con Alemania. Rees, *War of the Century*, 55-6. <<

[213] TBJG, II/2, 54 (4.10.41). <<

[214] La entrada del diario de Hewel correspondiente a la tarde del 3 de octubre reseña: «… Con el Führer en el Sportpalast. Gran discurso - improvisado. Tremendamente arrebatador. Después al tren directos y vuelta al cuartel general». (« … mit dem FJuhrer] zum Sportplast. Ganz grosse Rede - aus dem Stehgreif. Unerhört andachtsvoll. Direkt anschliessend zum Zug und zurück ins Hauptquartier». HZ, ED 100. Y véase Irving, 319. <<

[215] TBJG. II/2, 55 (4.10.41). <<

[216] Domarus, 1759. <<

[217] Domarus, 1763. <<

[218] TBJG, II/2, 55-6. <<

[219] Koeppen, Fol.36 (Midday, 4.10.41); TBJG, II/2, 56 (4.10.41). <<

[220] TBJG, II/2, 53, 56 (4.10.41). <<

[221] TBJG, II/2, 56 (4.10.41). <<

[222] TBJG, II/2, 55 (4.10.41). <<

[223] TBJG, II/2, 56 (4.10.41) . <<

[224] Véase Irving, HW, 318. <<

[225] Halder KTB. III.266 (4.10.41), 268 (5.10.41). <<

[226] DRZW, IV.574, donde se señala que la capacidad de combate, con muchas de las unidades sin haber descansado apenas y habiendo sufrido cuantiosas bajas, no estaba a la altura de las fuerzas del 22 de junio. Véase también Koeppen, 32 (2.10.41). <<

[227] DRZW, IV.765; véase también 575s.S; Below, 292 da la cifra de 660.000 prisioneros. <<

[228] //Z, ED 100 (*Hewel Tagebuch)*, entrada del 7 de octubre de 10)41: «Viaz’ma tomada. Cerrado el cerco en torno al ejército de Timoschenko. Jodl: El día más decisivo de la guerra rusa. Comparación con Köningrätz». («Wiasma genommen. Ring um Timoschenko-Armee geschlossen. Jodl: Entschei- denster Tag des Russenkrieges. Vergleich mit Königgrätz».) Para la confianza del grupo de ejército del centro y de Halder, véase DRZW, IV.576. <<

[229] Eduard Wagner, Der General/juarfiermeister Briefe und Tagebuch au ¡Zeichnungen des Genera h/nartienneisters des Heeres General der Artillerie Eduard Wagner *ed. Elisabeth Wagner, Munich-Viena, 1963, 204.* <<

[230] Koeppen, Fols.45-6 (8-9.10.41). <<

[231] Monologe, 77 (10-11.10.41). A principios de diciembre, Hitler aceptaba que la Wehrmacht no tenía ninguna defensa satisfactoria contra los tanques pesados soviéticos. TBJG, 1 1.2, 467; Below, 297. <<

[232] Koeppen, Fol. 48 (16.10.41). <<

[233] Koeppen, Fol. 37 (4.10.41). <<

[234] Koeppen, Fol. 40 (5.10.41). <<

[235] *Monologe*, 78. <<

[236] Koeppen, Fols. 51-2 (17.10.41). <<

[237] Bock, 337 (21.10.41) . <<

[238] Koeppen, Fol 57 (19.10.41). <<

[239] Véase Koeppen, Fols. 53, 57, 62 (18.10.41,19.10.41,23.10.4 1). Goebbels hace comentarios varias veces sobre el mal tiempo: e.g., TBJG, II/2,96 (11.10.41); 152 (2 1.10.41); 204 (30.10.41), donde comenta que «la situación meteorológica ha hecho imposibles casi todas nuestras operaciones en el este». Véase también DRZW, IV.578-582 para el empeoramiento del tiempo y la crisis creciente de suministros y transporte; y para el comentario de que el mal tiempo no se había adelantado a su estación correspondiente, Doma- rus, 1770, n. 439. <<

[240] Koeppen, Fol. 72 (26.10.41). <<

[241] Belovv, 294. <<

[242] TBJG, II/2, 215 (1.11.41). <<

[243] Salder KTB, III.58 (9.7.41), 142 (2.8.41); E. Wagner, 206-7 (cartas de 12 y 20 de octubre). Había trenes con equipo de invierno en vías muertas en Breslau y Cracovia desde finales de agosto, pero la congelación de los motores y la escasez de vagones fueron una de las razones de que no se pudieran enviar suministros al frente. E. Wagner, 2o6n, 266-7. Véase también Irving, HW, 333, 851; Leach, 212. <<

[244] TBJG, II/2, 213 (1.11.41). <<

[245] TBJG, II/2, 214-18. <<

[246] DRZW, IY.578 para el optimismo militar a mediados de octubre, 584-5 para expectativas irreales. Véase también Irving, HW, 339. <<

[247] DRZW, rV.585. <<

[248] Domarus, 1771-81 para el texto del discurso. No se habían reparado en la Bürgerbräukeller los desperfectos ocasionados por el atentado contra la vida de Hitler, de dos años antes. Domarus, 1771 n. 446. <<

[249] TBJG, II/2, 259 (10.11.41). <<

[250] Domarus, 1775. <<

[251] Domarus, 1776. <<

[252] Domarus, 1778. <<

[253] TBJG, II/2, 261-2 (10.11.41); Orlow, II.270-1; Johannes Volker Wagner, *Hakenkreuz über Bochum*, Bochum, 1983, 206. <<

[254] Hitler había proclamado en su discurso del día anterior que nunca se repetirá en Alemania un noviembre de 1918. No puede repetirse. Todo es posible menos una cosa: ¡Alemania nunca capitulará!». Domarus, 1778. <<

[255] TBJG, II/2, 262 (10.11.41). <<

[256] TBJG, II/2, 262-3 (10.11.41). Cita 263. <<

[257] El viaje duró tanto tiempo porque el «tren especial» no viajaba de noche. Koeppen, Fol. 80 (6.11.41). <<

[258] Guderian, 245-8. <<

[259] DRZW, IV.586 de una cifra de bajas de 277.000 hombres a 16 de octubre, con una partida de reemplazo disponible de 151.000. <<

[260] Guderian, 247. <<

[261] DRZW, IV.586-7, 591-2. <<

[262] DRZW, IV.587-8. Véase también Hartmann, 292-3. <<

[263] Véase Engel, 113-16 (12.11.41, 16.11.41,22.11.41), para la inseguridad de Hitler. <<

[264] DRZW, IV.590-1. <<

[265] Engel, 1 16 (25.11.41). <<

[266] TBJG, II/2, 336-7 (22.11.41). El ejército inglés había iniciado su contraofensiva el 18 de noviembre. <<

[267] TBJG, II/2, 337 (22.11.41). <<

[268] TBJG, II/2, 338 (22.11.41). <<

[269] TBJG, II/2, 364 (25.11.41). <<

[270] MadR, IX.3120 (5.1.42). <<

[271] TBJG, II/2, 403 (30.11.41). <<

[272] Halder KTB, UI.315 (28.11.41); KTB OKW, I.781 (28.11.41); Irving, *HW*, 342. <<

[273] TBJG, II/2, 398-9 (30.11.4C). <<

[274] TBJG, II/2, 399-401 (30.11.41). <<

[275] TBJG, II/2, 401 (30.11.41). <<

[276] *TWG*, II/2, 403 (30.11.41). <<

[277] Franz W. Seidler, *Fritz 'Jodl. Baumeister des Dritten Reiches*, Munich, 1986, 356. Esto contrasta con la opinión de Hitler, tal como la expone Goebbels el 21 de noviembre, de que la entrada de los Estados Unidos en la guerra no planteaba ninguna amenaza grave y no podía modificar la situación en la Europa continental. TBJG, II/2, 339 (22.11.41). <<

[278] Walter Rohland, *fínuegte Zeiten. Erinnerungen eines Eisenhüttenmannes*, Stuttgart, t978, 78; Seidler, 356-7. <<

[279] TBJG, 1 1,12, 404 (30.11.41). Por entonces, las bajas (muertos, heridos y desaparecidos) en el frente oriental habían aumentado notablemente, alcanzando la cifra, desde el principio de «Barbarroja», de 743.112 personas, el 23 por loo del ejército del este. Halder, KTB III.318 (30.11.41). <<

[280] Halder KTB, III.319 (30.11.41). <<

[281] Halder KTB,' III (1.12.41). <<

[282] Halder KTB, III.322 (1.12.41). <<

[283] Halder KTB, III.325 (3.12.41): Domarus, 1787. <<

[284] Irving, HW, 349-50. <<

[285] Guderian, 258-60. <<

[286] Irving, IIW, 350. <<

[287] Irving, IIW, 352, menciona (sin fuente) a Heinz Lorenz, un oficial de prensa del cuartel general del Führer irrumpiendo con la noticia (que acababa de dar una emisora de radio estadounidense) hacia la medianoche. El ataque japonés a Pearl I larbor se produjo a primera hora de la mañana del domingo 7 de diciembre, hora local, y duró hasta las 21:45, lilrima hora del día en la Europa central. Churchill se enteró del ataque poco después de las 21:00. Churchill, III.537. Un oficial subalterno destinado en el cuartel general del Führer en ese periodo, recordaba muchos años después que un ordenanza había llevado un telegrama de Berlín con la noticia durante la cena, poco antes de las 20:00 (aunque la fecha dada, 9 de diciembre, es claramente errónea). Notas inéditas (25.4.97) X entrevista grabada a Hans Mommsen de Wolfgang Brocke, un teniente del Technischer Kriegsverwaltungsrat que había servido desde el 22.6.41. en el grupo del Führer-Begleitbataillon en el cuartel general del Führer. Agradezco a Hans Mommsen que me haya dado acceso a este material. <<

[288] TBJG, II.2, 455 (9.12.41). La embajada japonesa en Berlín había informado inicialmente del hundimiento de dos acorazados (Virginia y Oklahoma) y dos cruceros. KTB OKW. I.803. En realidad, a la larga, el ataque resultó no ser un desastre militar tan terrible como se pensó en el momento. El acorazado Arizona resultó destruido, siete más quedaron fuera de servicio y otros diez fueron hundidos o quedaron dañados. Murieron unos 2.400 militares estadounidenses y resultaron heridos 1.100 más. Pero los dos portaaviones de la flota del Pacífico no estaban por entonces en el puerto y se libraron del ataque. La mayoría de los barcos pudieron repararse. Todos los acorazados salvo el Arizona se reincorporaron al servicio (y contribuyeron a posteriores victorias estadounidenses). La mayoría de los miembros de las tripulaciones sobrevivieron y continuaron prestando servicios. Weihberg, III.260-1. <<

[289] Weinberg, III. 261. <<

[290] Churchill, III. 537-43 (cita 538). <<

[291] IfZ, ED 100, Hewel-Tagebuch, entrada del 8 de diciembre de 1941: «Wir können den Krieg gar- nicht verlieren. Wir haben jetzt einen Bundesgenossen, der in 3000 Jahren nicht besiegt worden ist ..». Hitler comentó, unos días después (entrada del 16 de diciembre de 1941): «Extraño, que destruyamos con la avílela de Japón las posiciones de la raza blanca en el este de Asia y que Inglaterra luche contra Europa con el cerdo bolchevique». («Seltsam, dass wir mit Hilfe Japans die Positionen der weissen Rasse in Ostasien vernichten und dass England mit den Bolshewistischen Schweinen gegen Europa kämpft».) <<

[292] Véase Eberhard Jäckel, «Die deutsche Kriegserklärung an die Vereinigten Staaten von 19411, en Friedrich J. Krem eck y Thomas Oppermann (eds.). *Im Dienste Deutschlands und des Rechts: Festschrift für Wilhelm G. Grewe*, Baden-Baden, 1981, 117-37, aquí 137. <<

[293] TBJG, II/2, 457 (9.12.41). <<

[294] Saul Friedländer, *Prelude to Downfall: Hitler and the United States, 1939-1941*, Nueva York, 1967, 285. <<

[295] Friedländer, *Prelude*, 304. <<

[296] Friedländer, *Prelude*, 304-5. <<

[297] TBJG, II/2, 339 (22.11.41). <<

[298] Jäckel, «Kriegserklärung», 126. <<

[299] DGFP. D, 13, 806, n° 487. <<

[300] DGFP. D, 13, 813-14, n° 492. <<

[301] *ING*, XXXV.320-3, Doc. D-656; Friedländer. *Prelude*, 306;Jäckel, «Kriegserklärung», 127-8. Oshima llegó a la conclusión, después de hablar con Ribbentrop, de que «hay indicios en este momento de que Alemania no desdeñaría combatir a los Estados Unidos en caso necesario». Bovd, 35. <<

[302] Friedländer, *Prelude*, 306. <<

[303] Staatsmänner, I.256-7 y 11.9; y véase *CP*, 436 (20.4.41). Hitler había comentado en mayo que Japón tenía la llave de los Estados Unidos. *IfZ*, ED 100, diario de He web entrada del 22.5.41. <<

[304] Eberhard Jäckel, *Hitler in History*, Hanover-Londres, 1984, 80. En la versión original alemana Jäckel fecha el comentario de Ribbentrop a Oshima el 2 de diciembre. «Kiiegserklärung», 30. Ribbentrop manifestó de nuevo la voluntad del gobierno alemán de combatir a los Estados Unidos. Boye!, 36. <<

[305] Jäckel, '«Kriegserklärung», 130-1; Domarus, 1788-9. <<

[306] DGFP, D, 13, 958-9, n° 546; Jäckel, «Kriegserklärung», 131-2; Jäckel, *Hitler in History*, 81. <<

[307] Jäckel, «Kriegserklärung», 132-4. <<

[308] TBJG, II/2, 346 (22.11.41). Se proponía continuarlo con unas cuantas semanas de recuperación en el Berghof. Dada la situación del frente oriental, abandonó, evidententemente, todo pensamiento relativo a esto. <<

[309] TBJG, II/2, 453 (8.12.41). Véase el comentario de Below. Después de hablar con Hitler el 9 de diciembre: «Confiaba en que los Estados Unidos, forzados también por el conflicto con Japón, no podría intervenir en un futuro previsible en el teatro bélico europeo». Below, 296. <<

[310] IMG, XXXV.324, Ü0C.657-D; Friedländer, *Prelude*, 308. <<

[311] TBJG, II/2, 468 (10.12.41); 476 (11.12.41). <<

[312] TBJG, II/2,476 (11.12.41). <<

[313] Domarus, 1793; TBJG, II. 2,463 (10.12.41); Below, -95. <<

[314] TBJG, II/2,463-4 (10.12.41). Halder se había enterado por el Di. Hasso von Etzdorf, el contacto de Ribbentrop en el OKU, el 7 de diciembre, el mismo día del ataque a Pearl Harbor, de que la guerra del Japón con los Estados Unidos era «quizás inminente» («Möglich, dass Konflikt mit Amerika bevorsteht»). Halder KTB, III.332 (7.12.41); trad. *Halder Diary*, 532. Pese a que era cada vez más evidente que la guerra entre Japón y Estados Unidos podía ser inminente, los japoneses no habían revelado ningún plan operativo. Ribbentrop aún tenía la esperanza, dos días antes de Pearl Harbor, de que los estadounidenses la provocasen con algún acto de agresión. Friedländer, *Prelude*, 307; y véase Carr, *Poland*, 169. <<

[315] TBJG, II/2, 469 (10.12.41) . <<

[316] TBJG, II/2, 463, 468 (10.12.41). <<

[317] TBJG, II/2, 476 (11.12.41) . <<

[318] Weizsäcker, *Erinnerungen*, 328. <<

[319] Weinberg, III.262; Friedländer, *Prelude*, 308: TBJG, II/2, 464 (10.12.41). La reacción inmediata de Hitler al enterarse de la noticia de Pearl Harbor fue declarar la guerra a los Estados Unidos, según Wolfgang Brocke, ¡por entonces oficial adscrito al cuartel general del Führer, aunque el comentario date de cincuenta años después de los hechos. Notas inéditas de Brocke (25.4.97) y entrevista grabada; véase antes 11.290. <<

[320] Jäckel, «Kriegserklärung», 136-7. <<

[321] Friedländer, *Prelude*, 309. <<

[322] Weizsäcker, *Erinnerungen*, 328. <<

[323] TBJG, II/2, 485 (12.12.41). Texto en Domarais, 17942111. <<

[324] TBJG, II/2, 485 (12.12.41); Domarus, 1800 y n.533. <<

[325] Halder dio como el total de bajas en el frente oriental el 30 de noviembre (sin contar a los enfermos) la cifra de 743.112 hombres, incluidos 156.475 muertos. Halder KTB, III. 318 (30.11.41) y (III.319) dice que al ejército del este le hacían falta 340.000 hombres más. El 5 de enero de 1942 (III.374) afirma que el total de bajas en el este entre el 22 dejunio y el 31 de diciembre era de 830.903 hombres (173.722 muertos) , el 26 por 100 del total de 3,2 millones de hombres del ejército del este. <<

[326] Domarus, i8oiss, aquí 1804. Véase también 1803, 1808 para alegaciones específicas de las ideas que había detrás de Roosevelt. <<

[327] Domarus, 1808-10. <<

[328] TBJG, II/2, 504 (14.12.41). <<

[329] Véase Philippp Gassert, *Amerika im Dritten Reich. Ideologie, Propaganda und Volksteinung 1933-1945*, Stuttgart, 1997, 316-22; y Kershaw, «Hitler Myth», 176. <<

[330] Véanse, por ejemplo, sus comentarios reveladores en TBJG, II/2, 477 (11.12.41), y 482-3, 486 (12.12.41). <<

[331] TBJG, II/2, 465 (10.12.41). Tres días después, Hit1er pregonaba sentimientos similares. Consideraba, naturalmente, que los acontecimientos del este eran dolorosos, pero «nada de eso se podía cambiar» y tenía la esperanza de llegar a la línea de defensa prevista sin graves pérdidas. TBJG, II/2, 493 (13.12.41). <<

[332] TBJG, II.12, 466 (10.12.41). <<

[333] TBJG, H/2,467 (10.12.41). <<

[334] TBJG, II/2,468 (10.12.41). <<

[335] TBJG, II/2,475-6(11.12.41). <<

[336] Véase TBJG, II/2, 483 (12.12.41). <<

[337] TBJG, II/2, 475-6 (1 1.12.41). <<

[338] TBJG, II/2, 494 (13.12.41). <<

[339] TBJG, ÍI/2, 494-8 (13-12-41). <<

[340] TBJG, II/2, 495 (13.12,41). <<

[341] TBJG,II/2, 497 (13.12.41). <<

[342] TBJG, II/2, 498 (13.12.41). <<

[343] TBJG, II/2, 499 (13.12.41) . <<

[344] TBJG, II/2, 499-500 (13.12.41). <<

[345] TBJG, II/2, 500 (13.12.4 1); Domarus, 1812. A Goebbels le pareció divertido que a Hitler se le olvidase el nombre de la condecoración cuando se la iba a imponer a Oshima. TBJG, II/2, 506 (14.12.41). Oshima le explicó a Hitler que Japón tenía previsto atacar en la India después de tomar Singapur. Hitler, repitiendo en general gran parte de lo que le había dicho a Goebbels y a los Gauleiter sobre una ofensiva de primavera, habló de un avance alemán hacia el Cáucaso por razón del petróleo y luego a Iraq e Irán, pero no se comprometió al ataque sincronizado a la India que había insinuado Oshima. Hitler repitió que Moscú era para él de poca importancia. Staatsmänner, I. 337-43. <<

[346] Below, 298, paral el regreso de Hitler a la *Wolfsschanze*. <<

[347] Halder KTB, III.335 (8.12.41). <<

[348] Halder KTB, III.336 (9.12.41); DRZW, IV.606. <<

[349] DRZW, IV.609. <<

[350] DRZW. IV.609-10. <<

[351] DRZW, IV. filo. <<

[352] Halder KTB, III.346 (15.1 2.41); DRZW, IV.608. <<

[353] DRZW, IV.608. <<

[354] Halder KTB, III.348 (15.12.41); Warlimont. 212. <<

[355] Halder KTB, III.332 (7.12.41). <<

[356] Bock, 391 (13.12.41); DRZW, IV.611. Pero la entrada del diario de Bock indica que se quedó sorprendido ante la orden de Hitler prohibiendo la retirada y considero la exhortación a rellenar huecos utilizando fuerzas de reserva una idea ilusoria, ya que no había fuerzas de reserva. Bock, 394-5 (16.12.41). <<

[357] Bock, 395 (16.12.41); DRZW, IV.61 o. <<

[358] Guderian, 262-3. <<

[359] DRZW, IV.612. <<

[360] Halder KTB, III.350 (16.12.41). <<

[361] DRZW, IV.607 n.592. <<

[362] Bock, 396-9 (16-19.12.41); Halder KTB, III.354 (18.12.41); Below, 298 (remitiéndose al; DRZW, IY.61 2 y n.608. Al cabo de unas semanas se asignó a Bock, tras una notable recuperación, evidentemente, el mando del grupo de ejército del sur. DRZW, IY.612 n.608, 646. <<

[363] Engel, 115 (22.11.41). <<

[364] Halder KTB, III.285 (10.11.41) . <<

[365] Halder KTB. III.322 (1.12.4 j). <<

[366] Engel, 115 (22.1u.41). <<

[367] Engel, 117 (6.12.41); Halder KTB, III.33 2 (7.12.41). <<

[368] Engel, 117 (6.12.41); Irving, HW, 351, 854. <<

[369] Engel, 115 (22.11.41); 117 (7.12.41); Below, 297 (refiriéndose al 9.12.41). <<

[370] Véase Bock, 395 (16.12.41). Tres meses después Hitler, hablando con Goebbels, atribuyó gran parte de la culpa de la crisis del invierno a Brauchitsch. No mostró más que desprecio hacia su antiguo comandante en jefe del ejército, al que calificó de «cobarde» y totalmente incapaz. TBJG, II/3, 510 (20.3.42). No explicó, sin embargo, por qué mantuvo en su puesto a un jefe del ejército tan insatisfactorio. <<

[371] Below, 298; Engel, 115 (22.11.41); 117 (6.12.41). Para esbozos biográficos de Kesselring, véase Samuel J. Lewis, «Albert Kesselring. Der Soldat als Manager», en Smelser-Syring, 270-87, Elmar Krautki ämer, «Generalfeldmarschall Albert Kesselring», en Ueberschär, *Hit Urs militärische Elite*, 1.121-9; Shelford Bidwell, «Kesselring», en Correlli Barnett (cd.); *Hitler's Generals*, Londres, 1489, 265-89. En *The Memovrs ofHeld-Mars hol Kesselring*, (1953), Londres, 1997, no se menciona el cambio en el alto mando del ejército de diciembre de 1941. <<

[372] Franz Halder, *Hitler als Feldherr. Der ehemalige Chef des Generalstabes berichtet die Wahrheit*, Municb, 1949, 45: «Das bisschen Operationsführung kann jeden machen». <<

[373] Véase Halder KTB. III.354 y 11.3 (19.12.41); DRZW, IV.613 11.610, 614; Hartmann, 303. <<

[374] Domarus, 1813-15. <<

[375] Algo que se indica también en DRZW, IV.619. <<

[376] Domarus, 1815. <<

[377] TBJG,' 11,12, 554 (21.12.41); Tb Reuth, 1523,11.224. <<

[378] Kershaw, «Hitler Mvth», 176. <<

[379] Hans-Adolf Jacobsen, *Der Weg zur Teilung der Welt, Politik und Strategie von icjjcj-kjj* 5, Koblenz-Bonn, 1977, 134-5; Wolf gang Michalka (ed.), *Das Dritte Reich. Bd. 2: Weltmachtanspruch und nationaler Zusammenbruch* 7979-/945, Munich, 1985, 66-7, trad.(con ligeras enmiendas) N&P, III.827-8. <<

[380] DRZW, IV.614. <<

[381] DRZW, IV.614-15; Guderian, 264, y 269-70 para el conflicto con Kluge; véase también Below, 298, para la influencia de Klugei. Bock y Guderian habían chocado también a primeros de septiembre, hasta el punto de que Bock había pedido el 4 de septiembre la sustitución del comandante de blindados. Véase Bock, 298-306 (31.8-6.9.41). Bock consideraba a Guderian un comandante «excelente y valeroso» pero «obstinado». Bock, 304-5. (4-5.9.41). <<

[382] Guderian, 265-8. <<

[383] Guderian, 270. <<

[384] Halder KTB, III. 369 (29. 12. 41), III. 376-7 (8. 1. 42), III. 386 (15. 1. 42); Warlimont, 223. <<

[385] Véase Irving, HW, 366; y también Leach, 225-6. <<

[386] Para el conflicto constante durante este periodo entre Hitler y Kluge, véase Halder KTB, III. 370-385 (30. 12. 4114. 1. 42). <<

[387] Schroeder, 126-8; Irving, HW, 354-5. <<

[388] Halder KTB, III.385, 388 (14.1.42, 19.1.42); KTB OKW, II.1268-9 (151.42). <<

[389] Willi Boelcke (ed.), *Deutschlands Rüstung im Zweiten Weltkrieg. Hitlers Konferenzen mit Albert Speer* 7942-/945, Frankfurt am Main, 1969, 126-30, aquí 127. <<

[390] Warlimont, 223; TBJG, II/3, 5 11 (20.3.42), 517 (21.3.42); Gl), 461 (29.4.42). <<

[391] Halder, *Hitler als Feldherr*, 46-7; Günther Blumentritt, «Moscow», en *The Fatal Decisions*, Londres, 1956, 67; John Strawson, *Hitler as Military Commander*, Londres, 1971, 147. Alan Clark, *Barbarossa. The Russian-German Conflict 1941-45*, (1965) Nueva York, 1985, 1823, exagera el asunto al describir la «Orden de alto» como «el mejor momento de Hitler» en el que su «completo conocimiento de los detalles hasta en la actuación de un regimiento» salvó al ejército alemán. <<

[392] El análisis más completo de la crisis del invierno, Klaus Reinhardt, *Die Wende vor Moskau. Das Scheitern der Strategie Hitler im Winter* /94J-42, Stuttgart, 1972, 221-2, admite que la decisión de Hitler se correspondía con las ideas de Bock y de sus comandantes subordinados, y que «la afirmación de que la orden de Hitler salvó inicialmente el frente del este es en sí correcta («die Behauptung, dass Hitlers Befehl die Ostfront zunächst gerettet habe, an sich richtig [ist]».) Añade, sin embargo, que, debido a la imposibilidad de proporcionar refuerzos, la rigidez de la orden, dados los emplazamientos existentes de las tropas, significó también una debilidad, y que una flexibilidad mayor habría permitido consolidar una posición más defendible. <<

[393] William Carr, *Hitler. A Study in Personality and Politics*, Londres, 1978, 96. <<

[394] TBJG, II/3, 501, 509, 512 (20.3.42). <<

[395] Hitler le había dicho el 27 de noviembre al ministro de asuntos exteriores danés, Erik Scavenius, que sí el pueblo alemán no era lo suficientemente fuerte, merecía ser destruido «por otra potencia más fuerte». Fue la primera de una serie de ocasiones en las que utilizaría esa fraseología socialdarwiniana característica, que brindaba según su mentalidad una justificación para una derrota alemana. Véase Staatsmänner, I.329 y n.7. <<

[396] *Monologe*, 179 (5.1.42). <<

[397] *Monologe*, 183-4 (7.1.42) . <<

[398] *Monologe*, 193 (10.1.42). <<

[399] De hecho se ha sugerido que «ninguna persona racional habría supuesto a principios de 1942 cuál sería el resultado final de la guerra». Richard Overy, *Why the Allies Won*, Londres, 1995, 15. <<

[400] Véase Klaus Reinhardt, «Moscow 1941. The Turning-Point», en John Erikson y David Dilks (eds.), *Barbarossa. The Axis and the Allies*, Edimburgo, 1994, 207-24. <<

[401] Véase Churchill, III.341-2; Weinberg, III.284-5. <<

[402] Véase *Monologe*, 184 (7.1.42) para la expresión de desprecio de Hitler. <<

[1] Véanse también los comentarios en Mommsen, «Realisierug», 417-18. <<

[2] Klee, Dressen y Riess, «Schöne Zeiten», 148, cit. Una carta del *Gendarmerie-Meister* Fritz Jacob, 29. 10. 41, sobre su entusiasmo porque le mandaran al este. <<

[3] DTB *Frank*, 386 (entrada de 17 de julio de 1941, que alude a una declaración de Hitler de 19 de junio). <<

[4] TBJG, IV. 705 (20. 6. 41). <<

[5] Véase Philippe Burrin, *Hitler and the Jews. The Genesis of the Holocaust*, (1989) Londres, 1994, 98-100, para pruebas de que lo que se preveía por entonces era una «solución territorial». <<

[6] Rolf-Dieter Müller, *Hitlers Ostkrieg und die deutsche Siedlungspolitik. Die Zusammenarbeit von Wehrmacht, Wirtschaft und SS*, Frankfurt am Main, 1991, 96. Véase Helmut Heiber, «Der General-plan Ost», *VfM* (1958), 297-324, esp.299-301, 307-9; Gzeslaw Madajczyk, «Generalplan Ost», *Polish Western Affairs*, 3 (1962), 3-54, aquí esp.3. En su extenso memorando del 27 de abril de 1942, en que analizaba el plan que había sido elaborado en el otoño de 1941 en el RSHA, el doctor Erhard Wetzel, jefe del negociado (*Dezernent)* de política racial del *Ostministerium*, consideró demasiado baja la cifra de 31 millones y calculó que habría que evacuar a entre 46 y 51 millones. Himmler había querido en principio que la «construcción del este» *(Ostaufbau)* se terminase en veinte años. 1 íei- ber, 298 n.16. Para la fecha del encargo del plan (24 de junio de 1941), véase la carta a Hitler de 15 de julio de 1941 del profesor doctor Konrad Reyer, SS-Standarten- fñhrer y jefe del departamento de planificación de la comisión del Reich para el fortalecimiento de la germanitud, en Dietrich Eichholtz, «Der “Generalplan Ost”. Uber eine Ausgeburt imperialistischer Denkart und Politik (mit Dokumenten), *Jahrbuch für Geschichte*, 26 (1982), 217-74, aquí 256. Véase también Robert L. Koehl, *RKFDV: German Resettlement and Population Policy 1939-1945. A History of the Reich Gom- missionfor the Strenghening of Germandorn*, Cambridge Mass., 1957, 147-51. <<

[7] Warlimont, 150. <<

[8] Peter Longerich (ed.), *Die Ermordung dn europäischen Juden. Eine umfassende Dokumentation des Holocaust 1941-1945*, Munich-Zurich, 1989, 116-18; Krausnick-Wilhelm, 164. <<

[9] Alfred Streim, *Die Behandlung sowjetischer Kriegsgefangener im «Fall Barbarrosa»*, Heidelberg-Karlsruhe, 1981, 89 n. 333. <<

[10] Krausnick-Wilhelm, 163; Klee, Dress y Riess, Schöne Zeiten, 52.
<<

[11] Osobyi Arkhiv, Moscú, 500-1-25, Fols. 119-20: «Gesamtaufstellung der im Bereich des EK.3 bis zum I.Dez. 1941 durchgeführten Exekutionen». Del total de 138.272 personas «ejecutadas» por el misino Einsatzkommando (entre las que se incluían 55.556 mujeres y 34.464 niños), registradas por el propio Einsatzkommando en un resumen manuscrito (en el mismo expediente, Fol.128) de 9.2.42, por lo menos 136.421 eran judíos. <<

[12] Véase Krausnick-Wilhelm, 627; Streim, 88-9. <<

[13] Burrin, 106-7. <<

[14] Krausnick-Wilhelm, 196. <<

[15] Christoph Dieckmann, «Der Krieg und die Ermordung der litauischen Juden», en Ulrich Herbert (ed.), *Nationalsozialistische Vemich- tungspolitik 1959-1945. Neue Forschungen und Kontroversen*, Frankfurt am Main, 1998, 292-329, aquí 292-293 y 295-306. Véase también Dina Porat, «The Holocaust in Lit- liuania. Some Unique Aspects», en David Cesarani (ed.), *The Final Solution. Origins and Implementation*, Londres, 1996, 159-74. <<

[16] El fomento de los «esfuerzos de auto-limpieza de círculos anticomunistas y antijudíos» («Selbstreinigungsbestrebungen an-likommunistischer oder antijüdischer Kreise») había sido estipulado verbalmente por Heydrich en su informe de Berlín de 17 de junio y luego puesto por escrito en las órdenes remitidas a los cuatro *Einsatzgruppen* el 29 de junio e incorporado a las instrucciones a los jefes superiores de la policía y de las SS el 2 de julio. Osobyi Arkhiv, Moscú, 500-1-25, Fols.387, 391,393. <<

[17] Klee, Dregy Riess, «Schöne Zeiten», 32-41. Y véase Laurence Rees, *The Nazis. A warning from History*, Londres, 1997, 179-81. A finales de agosto los jefes de los *Einsatzguppen* recibieron instrucciones de impedir que se congregaran espectadores, incluidos oficiales de la Wehrmacht, para ver las «ejecuciones». Osobyi Arkhiv, Moscú, 500-1-25, Fol.424 (RSHA IV - Müller - a *Einsatzgruppe* A-D, 30.8.41). <<

[18] Klee, Dress y Riess, «Schöne Zeiten», 36, 38. <<

[19] Gerald Fleming, *Hitler und die Endlösung. «Es ist des Führers Wunsch …»*, Wiesba- den-Munich, 1982, 86. Para el sistema de comunicación de los *Einsatzguppen*, utilizando códigos Enigma, véase Richard Brei titilan, *Official Secrets. WJ<rat the Nazis Planned. What the Bntish and Arnericaris Kneiu*, Londres, 1998, cap.4. <<

[20] TBJG, II/1, 213 (11.8.41). <<

[21] TBJG; 11/2, 221-2 (2.11.41). <<

[22] Klee y Dressen, «Gott mit uns», íoiss. <<

[23] Véase Kiausnick-Wilhelm, cap.IVB, 205-78, esp.223-43; DRZW, IV. 10445s-; Streit, 109-27; y véase Omer Bartov, «Operado» Barbarossa and the Origins of the Final solution», en Cesarani, *Final Solution*, 119-36. <<

[24] Klee y Dressen, «Gott mit uns» 102-3. <<

[25] Klee y Dressen, «Gott mit uns», 106. <<

[26] IMG, xxxv.85-6, Doc.41 l-I); Klee y Dressen, «Gott mit uns», 39-40. Y véase DRZW, IV. 10502; Krausnick-Wilhelm, 258-61 y Gerd Ueberschär y Wolfgang Wette (eds.), « *Unterrieh- zen Baarbarrosa*». *Der deutsche Überfall auf die Sowjetunion*, Paderborn, 1984, 373-4. <<

[27] DRZW, IV. 1052-3. <<

[28] IMG, XXXIV. 129-32 (cita, 130-1), D0C.4064-PS; Klee y Dressen, «Gott mit uns», 41-2. <<

[29] Heer, «*KillingFields*», 87-90; Richter, 844-6; y véase Theo J. Schulte, *The German Army and Naz¡ Policies in Occupied Russin*, Oxford- Nueva York-Munich, 1989, esp. cap.6, g. <<

[30] Stalin había pedido la guerra de guerrillas en su discurso del 3 de julio. Volkogonov, 413. Pero las unidades guerrilleras organizadas no tomaron forma hasta el otoño de 1941. Las implacables tentativas alemanas de combatir la propagación de las guerrillas se intensificaron a partir de entonces. <<

[31] DRZW, IV.1044 (y Véase 1041-44). <<

[32] Véase DRZW, IV1054. <<

[33] DRZW, IV. 1047. <<

[34] DRZW, IV. 1048. <<

[35] Véase Omer Bartov, *Hitlers Army. Soldiers, Nazis, and war in the Third Reich*, Nueva York-Oxford, 1991, cap.4; Bartov, *Barbarisation*, cap.3-4; Bartov, *«Operation Barbarrosa»*, 124-31. <<

[36] Buchbender y Sterz, 73, carta 101, Bartov, *Hitlers Army*, 153. <<

[37] Bartov, *Hitler's Army*, 155. Texto alemán en Omer Bartov, *Hitlers Wehnnacht Sold* aten, Fanatismus und die Brutalisierung des Krieges, Reinbek bei Hamburg, 1995, 232: «Jeder hier, selbst der Zweitier, Weis« heute, dass der Kampf gegen diese Untermenschen, die von den Juden bis zur Raserei aufgehetzt wurden, nicht nur notwendig war, sondern auch gerade zun rechten Zeitpunkt kam. Unser Führer hat Europa vor dem sicheren Untergang bewahrtl». <<

[38] Bartov, *Barbarisation*, 120SS. <<

[39] Burrin, 110. <<

[40] Osobyi Arkhiv, Moscü, 500-1-25, Fol.94. «Tätigkeks- und Lagebericht Nr.6 der Einsatzgruppen der Sicherheitspolizei und des SD in der UdSSR (Berichtszeit vom 1.31.10.1941): Als Vergeltungsmassnahme für die Brandstiftungen in Kiew wurden sämtliche Juden verhaftete und am 29. und 30.9 insgesamt 33 771 Juden exekutiert». <<

[41] Klee, Dress y Riess, «Schöne Zeiten», 66-70; Klee y Dressen, «Gott mit uns», 11736; Arno J. Mayer, *Why did the Heavens not Darken? The «Final Solution» in Histoiy*, Nueva York, 1988, 267-8. <<

[42] Burrin, 104-5, 110-13; Christopher Browning, «Hitler and the Euphoria ofVictory. The Path to the Final Solution», en Gesarani, *Final Solution*, 137-47, aquí 140-143. Los jefes de los distintos pelotones asesinos interpretaron las instrucciones de formas distintas. Es evidente que no equivalían a carta blanca para matar a todos los judíos sin distinción. Christian Gerlach, *Krieg, Ernährung, Völkermord. Forschungen zur deutschen Vernichtungspolitik in Zweiten Weltkrieg*, Hamburgo, 1998, 63SS, 261. <<

[43] Burrin, 11o. <<

[44] Burrin, 113. Para la amplitud de la matanza, véase *Peter Longerich*, Politik der Vernichtung. Eine Gesamtdarstellung der nationalsozialistischen Judenverfolgung, *Munich-Zürich, 1998, 352-410.* <<

[45] Burrin, 104. <<

[46] Krausnick-Wilhelm, 160; Streim, 74-80. <<

[47] Véase Burrin, 102SS; Streim, 834; Longerich, *Politik*, 310-51. <<

[48] Browning, *Path*, 106. Para la composición de los *Einsatzgmppen*, véase Krausnick/Wilhelm, 141-50, 281-93: Longerich, *Politik*, 302-10. Una buena proporción de los dirigentes eran hombres de las SS con estudios universitarios, algunos con doctorados en derecho. Krausnick-Wilhelm, 282-3. Los miembros de los batallones de la *Ordnungspolizei*, un organismo cuyo alto mando, como el de la *Sicherheitspolizei* (policía de seguridad) estaba dominado por las SS eran en su mayoría jóvenes policías de carrera ideológicamente adoctrinados. Véase Longerich, *Politik*, 305- 10 (con crítica de Goldhagen, cap.6, por la insistencia del último en la selección de reclutas elegidos al azar sin adiestramiento ideológico que eran «alemanes ordinarios» e indicando que eran «menos ordinarios» de lo que aseguraba Christo- pher R. Browning, *Ordinary Men. Reserve Pólice Battalion 101 and the Final Solution in Po- land*, Nueva York, 1992, 45-8 y cap. 18). <<

[49] Browning, *Path*. 106: en junio de 1942 las unidades tenían 165.000 miembros y en enero de 1943 su número se había elevado hasta la asombrosa cifra de 300.000. Véase también Browning, «Hitler and the Euphoria of Victory», 138SS; y, esp., Yehoshua Büchler, «Kommandostab Reichs- führer-SS: Himmler's Personal Morder Brigades in 1941», *Holocaust and Genomde Studies*, 111 (1986), i 1-26. <<

[50] *Der Dienstkalender Heinrich Himmlers* 7947-42, ed. Peter W itte et ah, Hambnrgo, 1999, 195 11.14. *Justiz und NS-Verhrechen. Sammlung deutscher Strafurteile wegen nationalsozialistischer 'rötungsverbrechen* 794 5-/966, vol.20, Amsterdam 1979, 435-6, No.580 a-51-2 (jmcio de Karl W'olff); Burrin, 105. <<

[51] Browning, «Hitler and the Euphoria of Victory», 140-1; y véase Longerich, *Politik*, 362-9. <<

[52] Dienstkalender, 184-5; Browning, *Path*, 105. <<

[53] IMG, XXXVIII, 86-94, D0C.221-L; Klee y Dressen, «Gott mit uns», 23. <<

[54] Moll, «Führer-Erlasse», 188-9; Longerich, *Politik*, 362-3; Breitman, *Architect*, 183-4. <<

[55] Browning, «Hitler and the Euphoria of Victory», 140. <<

[56] IfZ, EW 100, *Tagebuch Walther Hewel 1941*, 10 de julio de 1941; y véase Irving, HW, 291: «Ich fühle mich wie Robert Koch in der Politik. Der fand den Bazillus [der Tuberkulose - *estas dos palabras tachadas por Hewel]* und wies damit der ärztlichen Wissenschaft neue Wege. Ich entdeckte den Juden als den Bazillus und das Ferment aller [menschl. - *tachado por Heiuel]* gesellschaftlichen Dekomposition. Ihr‘Ferment. Und eines habe ich bewiesen, dass ein Staat ohnejudcn leben kann. Dass Wirtschaft, Kultur, Kunst etc etc ohne Juden bestehen kann und zwar besser. Das ist der schlimmste Schlag, den ich den Juden versetzt habe». <<

[57] Staatsmänner, I.304 y n.2, 295. <<

[58] Staatsmänner, 1.306-7. <<

[59] Staatsmänner, I.309-10. <<

[60] Päteold, *Verfolgung*, 295-6. <<

[61] Eichmann confirmó después de la guerra que el documento había sido redactado en la RSHA y que Göring se había limitado a femado. Rudolf Aschenauer (ed.), *Ich, Adolf Eichmann*, Leoni. 1980, 479. El diario del escritorio de Göring indica que tenía concertada una cita con Heydrich el 31 de julio entre las 18:15 y las 19:15. Hermann Weiss «Die Aufzeichnungen Hermann Görings im Institut für Zeitgeschichte», VfZ, 31 (1983), 365- 8, aquí 366-367. <<

[62] IMG, xxvi, 266-7, Doc. 710-PS; Longerich, *Ermordung*, 78. <<

[63] Aly, 270-1, 307. <<

[64] Aly, 271; Burrin, 116. <<

[65] La única prueba que relaciona el documento con Hitler es poco sólida. Un año después, el especialista en política antijudía del Ministerio de Asuntos Exteriores, Martin Luther, aseguraba haber oído a Heydrich mencionar en la conferencia de W'annsee, el 20 de enero de 11942, que había recibido el encargo de Göring siguiendo instrucciones de Hitler. Gerald Fleming, *Hitler and the Final Solution*, Oxford, 1986, 4611.13. No hay ninguna prueba que atestigüe el supuesto comentario de Heydrich, ni en las actas ni en declaraciones de los otros que asistieron a la conferencia. Véase Burrin, 116; Breitman (que acepta el comentario de Luther), 193 y 296 n.27. Eberhard Jäckel, en un trabajo aún inédito sobre el papel de Heydrich en la elaboración de la política de exterminio, que me permitió amablemente leer, considera que es «muy probable que Göring pusiese su firma sin instrucciones de Hitler o al menos sin su aprobación. Como el «mandato» confirmaba básicamente poderes que Heydrich ya poseía (aunque, y ese era su propósito, se estableciese ahora más claro para otros su primacía en la planificación de una «solución final de la cuestión judía») sigue sin estar claro por qué era necesaria la participación explícita de Hitler. <<

[66] Véase Burrin, n6ss; Aly, 271-3, 307; Monnnsen, «Realisierung», 409. <<

[67] Aly, 307. <<

[68] NA, Ti 75, Rollo 577, Frame 366-337, Informe del SD-Hauptaussenstelle Bielefeld, 5.8.41. Doy las gracias al profesor Otto Dov Kulka (Jerusalén) por remitirme a ese informe. <<

[69] TBJG, II/2, 218 (12.8.41). <<

[70] «Das Reiclisministeriuni des Innern und die Judengesetzgebung. Aufzeichnungen von Dr. Bernhard Lösener», *VfZ*, 9 (1961), 262-311, aquí 303. <<

[71] «Das Reichszministeriu des Innern und die Judengesetzgebung», 302-3. No hay ninguna duda de que esto era un reflejo preciso de las ideas del propio Goebbels. El 7 de agosto, había escrito en su diario, en el marco de unos informes de un brote de tifus en el gueto de Varsovia: «Los judíos han sido siempre portadores de enfermedades infeciosas. Deberían estar o encerrados (*zusammenpferchen*) en un gueto y abandonados a su suerte o liquidados». TBjG, II/1, 189 (7.8.41). <<

[72] «Das Reichsministerium des Innern und die Judengesetzgebung», 303. <<

[73] «Das Reichsministerium des Innern und die Judengesetzgebung», 303-4. <<

[74] TBJG, II/1, 258-9, 261 (19.8.41). <<

[75] TBJG, II/1, 265-6, 269 (19.8.41). Tobias Jersak, «Die <<

[76] Interaktion von Kriegsverlauf und Judenvernichtung», HZ, 268 (1999), 31 1-49, aquí 349-352, afirma que Hitler, cuando se reunió con Goebbels, había tomado ya la decisión fundamental de que los judíos de Europa debían ser físicamente destruidos. Pero no resultan convincentes las pruebas de que Hitler cambió espectacularmente su política hacia los judíos, tomando una decisión fundamental para su exterminio en ese momento, cuando padecía una crisis nerviosa, agobiado por el convencimiento de que su plan estratégico para derrotar rápidamente a la Unión Soviética había fracasado y comprendiendo que con la firma de la Carta del Atlántico por Roosevelt y Churchill, pronto estaría inevitablemente luchando contra los Estados Unidos. Además la idea que tenía Hitler de la Carta del Atlántico (según la versión de Goebbels) era, como es de suponer, despectiva. TBJG. II/1, 263 (19.8.41). 76. TBJG. II/. 1, 278. <<

[77] Fleming,' *Hitler und die Endlösung*, 79. <<

[78] NA, TT 75, Rollo 577, informes del SD-Aussenstelle Höxter, 25.9.41, SD-Hauptaussenstelle Bielefeld, 30.9.41; *MétdR*, IX.3245-8; Steinert, 239-40; lan Kershaw, «German Popular Opinión and the “Jewish Question”, 1939-1943: Some Further Reílections», en Arnold Paucker (ed.), *Die Juden im Deutschland*, Tubinga,i986, 366-86, aquí 373; Bankier, 134. <<

[79] Andreas-Friedrich, 53 (19.9.41, el día en que entró en vigor el decreto de la estrella amarilla»). <<

[80] Klemperer, I.671 (20.9.41), 673 (25.9.41). <<

[81] Inga Deutschkron, *Ich trugden gelben Stern*, (1978), 4ª ed., Colonia, 1983, 87. <<

[82] Bankier, 124-30. <<

[83] Bankier, 127. <<

[84] *Faschismus*, 250-2; Aly, 336-7; Fox, «Abetz», 198-201. <<

[85] Aly, 335-61 338; véase también Bunin 118-19. <<

[86] Christopher R. Browning, *Fateful Months. Essays en the Emergence of the Final Solution, Nueva York-Londres, 1985, 26; Browning, Final Solution and the German Foreign Office, 58.* <<

[87] *87. Una deducíón de Aly, 306.* <<

[88] *88. Overy, Russia’s War, 232-3; Robert Service, A History of Twentieth-century Russin, Londres, 1998, 276-7; Robert Conquest, The Nation Killers. The Soviet Deportation of Nationalities, Londres, 1970, 59-66, 107-9.* <<

[89] Longerich, *Politik*, 429. <<

[90] TBJG, II/2, 385 (9.9.41). <<

[91] H.D. Heilmann, «Aus den Kriegstagebuch des Diplomaten Otto Bräutigam», en *Biedermann und Schreibtischtäter. Materialien zur deutschen Täter-Biographie*, ed. Götz Aly, Berlin, 2- ed., 1989, 123-87, aquí 144-45 (entrada del 14.9.41); H.G. Adler, *Der Verwaltete Mensch. Studien zur Deportation der Juden aus Deutschland*, Tubinga, 1974, 176-7; Peter Witte, «Two Decisions concerning the “Final Solution to the Jewish Question”. Deportations to Lodz and Mass min der in Chelm- no», *Holocaust and Genocide Studies*, 9 (1995), 293-317, aquí 330: véase también Bunin, 122; Longerich, *Politik* 429-30. <<

[92] Adler, 176-1; Witte, «Two Decisions», 330; Eberhard Jäckel, *Hitlers Herrschaft. Vollzug einer Weltanschauung*, (1986) Stuttgart, 1988, 1 16; Burrin, 1 22, Lonigerich, *Politik*, 430 y 699 n.45. <<

[93] Koeppen, Fol.21 (Bericht N° 34, Blatt 2-3, 20.9.41). Koeppen estaba casi con seguridad mal informado en este punto de los pasos que se habían dado ya dos días antes. Así que su entrada probablemente refleje su interpretación de la posición de Hitler de varios días atrás. Véase Longerich, *Politik*, 431. <<

[94] La insistencia en la Carta del Atlántico como la causa de un cambio fundamental en la política de Hitler hacia los judíos, que desencadenó supuestamente la decisión de aplicar una «solución final», en Jersak. 341ss, 349SS (véase antes n. 75), parece exagerada. <<

[95] Véase Longerich, 431-2. <<

[96] Véase Balder KTB, III.226 (13.9.41), para el memorando del OKW de 13.9.41, aprobado por Hitler, en el que se indicaba por primera vez que era probable que la guerra se prolongase durante el invierno. La victoria de Kiev restauró temporalmente, unos días después, la confianza de Hitler en que estaba a la vista un final rápido de la campaña. *TBG*, II/1, 481-2 (24.9.41). <<

[97] Dienstkalender, 21 1. <<

[98] L0ngerich, 430; Witte, «Two üecisions», 530; Dienstkalender, 213 y 11.57. <<

[99] Longerich, «Ermordung», 157. La cifra de 60.000 judíos era la misma que la mencionada en dos alusiones anteriores a la deportación como mínimo: la de los judíos vieneses en el invierno de 1940-1 y la de Eiclnnann en una reunión en el Ministerio de Propaganda en marzo. Parece haber surgido de la nada. El número concreto que se aceptó, tras un duro regateo entre Eiclnnann y las autoridades regionales de la *Warthegau*, fue 20.000 judíos y 5.000 gitanos, a los que Eiclunann parece que incluyó en las solicitudes de deportación debido a la presión de las autoridades locales nazis del Burgenland. Saffrian, 1 15- 19; Michael Zimmermann, «Die nationalsozialistische Lösung der Zigeunerfragei», en Herbert, *Vernichtung spolitik*, 235-62, aquí 248-49. Como indica Zimmermann (237-8), el asesinato de los gitanos se produjo sin que Hitler mostrase siquiera un notable interés por la «cuestión gitana»; no se elaboró un programa previo para su persecución y exterminio, ni Himmler ni Heydrich lo hicieron. Michael Zimmermann, *Verfolgt, vertrieben, vernichtet. Die nationalsozialistische Vernichtungspolitik gegen Sinti und Roma*, Essen, 1989, 82-3, donde el número de sintis y romas asesinados se calcula que fue entre 220.000 y 500.000. <<

[100] Las conexiones con el genocidio se hayan bien expuestas en Gerlach, *Krieg, Ernährung, Völkermord*, 167-257; y Christian Gerlach, «Deutsche Wirtschaftsinteressen, Besatzungspoltik und der Mord an den Juden in Weissrussland, 1941-1943», en Herbert, *Veryiichtungspolitik*, 263- 91. <<

[101] Véase Herbert, «Labour and Extermination», 167SS., para la delicada cuestión de la mano de obra en la aplicación de la política antijudía en ese momento. <<

[102] TBJG, II/1, 481-2 (24.9.41). <<

[103] Burrin, 123-4, lo ve así. Eiclnnann, cuyo testimonio cuando estaba preso en Israel muchos años después f ue vacilante en la cronología, aseguraba que Heydrich le había hablado dos o tres meses después de que se iniciase la campaña rusa de la orden del Führer para el exterminio físico de los judíos. Jochen von Lang (ed.), *Eichmann-Protokoll. Tonbandau freichnungen der israelischen Verhöre*, Berlín, 1982, 69; véase Browning, *Fateful Months*, 23-6. Hóss, el comandante de Auschwitz, recordaba que Himmler le había explicado en el verano de 1941 la decisión de Hitler. Pero su memoria era como mínimo igual de insegura que la de Eiclnnann en los detalles y mucho de lo que contaba, quizás todo, parece ajustarse mejor a 1942 que a 1941. *Komandant in Auschwitz. Autobiographische Aufzeichnungen des Rudolf Hass*, (1963) Munich, 4ª ed., 1978, 157. Y véase Browning, *Fateful Months*, 22-3; Burrin, 170 n. 15. Breitzan, *Architect*, 189- 90, acepta el testimonio en cuanto al momento de la decisión de Hitler, lo mismo que Gra/.l, *Reichskristallnacht*, 228-9. Pero la idea de que el testimonio de Hoss se refería a 1941 la rebate convincentemente Karin Orth, «Rudolf Hóss und die "Endlösung der Judenfrage". Drei Argumente gegen deren Datierung auf den Sommer 1941», *Werkstattgeschichte*, 18 (1997), 45-57. <<

[104] Longerich, *Politik*, 475. <<

[105] John *L. Heinemann*, Hitler’s First Foreign Minister. Constantin Frei herr von Neurath, Diplomat and Staiesman,,*Berkeley*-*Los Angeles*- *Londfes*, *1979*, *209*-*11*. <<

[106] *106. TBJG, II.1.480-1 (24.9.41).* <<

[107] TBJG, II.I.485 (24.9.41). <<

[108] TBJG, II.II.169 (24.10.41). Fue la primera de nueve remesas de deportados de Berlín hasta el parón temporal que se produjo a finales de enero de 1942 debido a problemas de transporte. Tb Reuth, 1710, n.209. <<

[109] TBJG, II.II. 194-5 (28.10.41). <<

[110] TBJG, II.II.309 (18.11.41). <<

[111] *Das Reich*, 16 Nov. 1941: «Die Juden sind schuld!»: «… Es bewahr liehet sich an ihnen [den Juden] auch die Prophezeilnmg, die der Führer am 30. Januar 1939 im Deutschen Reichstag aussprach. […] Wir erleben eben den Vollzug dieser Prophezeihung, und es erfüllt sich damit am Judentum ein Schicksal, das zwar hart, aber mehr als verdient ist. Mitleid oder Bedauern ist da gänzlich unangebracht …». Hay un extenso extracto del artículo, que incluye este pasaje, en Hans Heinrich Wilhelm, «Wie geheim war die «Endlösung”», en Benz, Miscellanea, 131-48, aquí 137-138 (13b para las cifras de circulación de Das Reich); y véase Reuth, Goebbels, 491. Como el pasaje indica, Goebbels, a diferencia de Hitler, databa correctamente la «profecía» de 1939. <<

[112] Irving, *Goebbels*, 379. <<

[113] MadR, III.3007 (20.11.41). <<

[114] FBJG, II/2, 352 (23.11.41). <<

[115] TBJG, II/2, 340-1 (22.11.41). Hitler también recomendó a Goebbels (respondiendo claramente a algo próximo al corazón del ministro de propaganda) que obrase con tacto respecto a «matrimonios mixtos» de judíos, especialmente en medios artísticos. Opinaba que esos matrimonios estaban extinguiéndose de todos modos con el paso del tiempo y que no era necesario molestarse por ellos. Quince meses después, Goebbels haría caso omiso de esa recomendación. Pero una protesta de centenares de esposas que duró una semana acabaría paralizando la deportación prevista de sus maridos judíos. Véase Nathan Stoltzfus, *Resistance of the Heart*, Nueva York-Londres, 1996. <<

[116] Véase Martin Broszat, «Hitler und die Genesis der “Endlösung”. Aus Anlass der Thesen von David Irving», *VfZ*, 25 (1977), 739-75, aquí esp. 752-753, 755-756. <<

[117] Raul Hilberg, «Die Aktion Reinhard», en Eberhard Jäckel y jürgen Rohwer (eds.*), Der Mord an den Jaden im Zweiten Weltkrieg. Entschlubildung und Venvirklichung*, Stuttgart, 1985, 125-36, aquí 126; Longerich, *Politik*, 457; Kly, 342-7; Christian Gerlach, «Failure of Plans for an SS Extermination Camp in Mogilev, Belorussia», *Holocaust and Genocide Studies*, 11 (1997), 60-78. <<

[118] Para la significación de las iniciativas locales y regionales en el desarrollo del genocidio en Polonia, véase Dieter Pohl, *Von der «Judenpolitik» zu Judenmord. Der Distrikt Lublin des Generalgo uvern emen ts 1939-1944*, Frankfurt am Main, 1993; Dieter Pohl, «Nationalsozialistische Judenverfolgung in Ostgalizien. Organisation un Durchfiihrung eines staatlichen Massenverbrechens, Munich, 1996; Dieter Pohl, «Die Ermordung der Juden in Generalgouvernement», en Herbert, *Vernichtungspolitik*, 98- 121; Thomas Sandkühler, *«Endlösung» in Galizien. Der fudenmord in Ostpolen und die Rettungsinitiativen x<on Rerthold ßeitz*, Bonn, 1996; Thomas Sandkühler, «Judenpolitik und Judenmord im Distrikt Galizien, 1941-1942», en Herbert, *Vernichtungspolitik*, 122-47; también Longerich. *Politik*, 457-8; Kershaw, «Improvised Genocide?», esp.74.ss. <<

[119] Véase Browning, *Fateful Months*, cap.3 («The Development and Production of the Nazi Gas Van»). <<

[120] *Kommandant in Auschwitz*, 159; Da- ntita Czech, *Kalendarium der Ereignisse im Konzentrationslager Auschwitz-Birkenau* 7-939*1943*, Reinbek bei Hamburg, 1989, 117-18; Yehuda Bauer, *A History of the Holocaust*, Nueva York etc., 1982, 214-15; Leni Yaliil, '*Hie Holocaust. The Eate of European Jnury, 1932-1945*, Nueva York-Oxford, 1990, 365; Browning, *Eateful Months.* 29; Gerald Fleming, « Ihe Auschwitz Archives in Moscow», *The Jewish Quarterly* (Otoño, 1991), 9-12, aquí 9. Jean-Claude Pressac, *Les Crématoires dAuschwitz. La Machinerie du Meurtre de Masse*, Paris, 1993, 2Öss, esp. 34, 101 n.107, 113-14, fecha plausiblemente el gaseo de los prisioneros soviéticos en diciembre, en vez del 3 de septiembre, la fecha dada por Czech y la mayoría de los demás historiadores. Véase Longerich, 444-5, 457 y 704 n. 1 14. <<

[121] BDC, SS-IIO, 1878: «… Es bestehe auf jeden Fall die Gefahr, dass vor altem von Seiten der Wirtschaft in zahlreichen Fällen Juden als unentbehrliche Arbeitskräfte reklamiert würden und dass sich niemand bemühe, an Stelle der Juden andere Arbeitskräfte zu bekommen. Dies würde aber den Plan einer totalen Aussiedlung der Juden aus den von uns besetzten Gebieten zunichte machen…». <<

[122] Browning, *Eateful Months*, 30-1; Breitman, *Architect*, 200; Longerich, *Politik*, 455. <<

[123] Véase *Faschismus*, 269-70. <<

[124] Véase Yitzhak Arad, *Belzec, Sobiboi*; *Treblinka*, *The Operation Reinlmrd Death Camps*, Blomington-Indianapolis, 1987. EI nombre parece haber sido tomado del secretario de estado del ministro de Economía del Reich. Fritz Reinhardt, e indica el interés del régimen por el resultado material del asesinato en masa de 1,75 millones de judíos (principalmente de Polonia). Cuando se presentaron cuentas, se depositaron en el Deustche Reiclisbank dinero y valores por unos 180 millones de Reich Marks para futuro uso de las SS. Hombres de las SS que participaron en la «acción» atribuyeron erróneamente el nombre a Reinhard Heydrich. Beni, Graial y Weiss, *Enzyklopädie*, 354-5. <<

[125] *Faschismus*, 374-7; *Kommandant in Auschwitz*, 157-8; Lang, *Eichmann-Protokoll*, 76-7; Browning, *Fateful Months*, 24; Breitman, *Architect*, 203. <<

[126] Kershaw, «Improvisad Genocide?», 63, 65-6. <<

[127] *Faschismus*, 278; Kershaw, «Improvised Genocide?», 71, 73; Longerich, 451-2. <<

[128] BDC, *Personalakte Arthur Greiser*, Brandt a Koppe, 14.5.42: «Der letzte Entscheid muss ja in dieser Angelegenheit vom Führer gefällt werden». <<

[129] BDC, *Peisona- lakte Arthur Greiser*, Greiser a Himmler, 21.11.42: «Ich für meine Person glaube nicht, dass der Führer in dieser Angelegenheit noch einmal befragt werden muss umso mehr, als er mir bei der letzten Rücksprache erst bezüglich der Juden gesagt hat, ich möchte mit diesen nach eigenem Ermessen verfahren». <<

[130] Kershaw, «Improvisad Genocide?», 65ss, 70-4. <<

[131] Hilberg, *Destruction*, 232: Longerich, *Politik*, 461-5. <<

[132] TBJG, II.2, 503 (14.12.41). Véase Buirin, 124-5, *Y* Ulrich Herbert, «Die deutsche Militärverwaltung in Paris und die Deportation der französischen Juden", en Herbert, *Vernichtungspolitik*, 1 70-208, aquí 1 85-193, para los antecedentes de la deportación de los judíos franceses; y Leni Yahil, «Seme Remarks about Hitler's Impact on the Nazis» Jewish Policv», *Yad Vashem Studies*, 23 (1993), 281-93, aquí 288-289, para el papel de Hitler en los pasos que llevaron a la deportación. <<

[133] Krausnick-Wilhelm, 566-70 (testimonio de Jeckeln), cita 566; Fleming, *Hitler und die Endlösung*, 87-104; Longerich, *Politik*, 464. <<

[134] Christian Gerlach, «Die Wannsee -Konferenz, das Schicksal der deutschen Juden und Hitlers politische Grundsatzentscheidung, alle Juden Europas zu ermorden», *Werkstattgeschichte* 18 (1997), 7-44, aquí 17; Jngerich, *Politik*, 463. <<

[135] Gerlach, «Wannsee», 12; Fleming, *Hitler und die Endlösung*, 88 y 11.184, 103-4; Longerich, *Politik*, 464. <<

[136] Longerich, *Politik*, 466. <<

[137] Un punto que destaca Eberhard Jäckel en su trabajo, hasta ahora inédito, sobre el papel de Heydrich en la génesis de la «solución final». <<

[138] tiopgerich, *Politik*, 466. <<

[139] IMG, XXIX, 145, Doc. PS-1919. <<

[140] Koeppen, 42 (6.10.41). <<

[141] *Monologe*, 99; Koeppen, 60-1 (21.10.41). <<

[142] Himmler visitó el cuartel general del Führer 19 veces—ningün otro invitado lo hizo con mayor frecuencia—entre julio de 1941 y enero de 1942. Bullock, *Hitler and Stalin*, 800-1. <<

[143] Koeppen, 71 (25 10.41). <<

[144] *Monologe*, 106. La traducción del pasaje en *Hitler's Table Talk, 1941-1944*, Londres, 1,953, 87, no es del todo exacta, e incluye una frase («El terror es una cosa saludable») que no se encuentra en el texto alemán. <<

[145] Himmler había hablado el 1 de agosto de llevar mujeres judías a los pantanos del Pripet. Las SS lo habían hecho, pero los pantanos habían resultado ser demasiado poco profundos para que pudieran ahogarse. Burrin, 11 L-12; Browning, *Path*, 106. <<

[146] No se entiende muy bien por qué Irving, HW, 331. deduce de los comentarios que Hitler no era partidario de exterminar a los judíos. <<

[147] *Monologe*, 130. <<

[148] *Monologe*, 130-1; Koeppen, 78 (5.11.41). <<

[149] Domarus, 1772-3. <<

[150] *Monologe*, 148; Picker, 152. <<

[151] Kershaw, «Improvised Genocide?», 66 11.71 para los testimonios contradictorios sobre la fecha precisa del comienzo del gaseo; y para el exterminio en Chelmno, véase sobre todo Adalbert Rückerl (eck), *NS- Vernichtungslager im Spiegel deutscher Strafprozesse*, Munich, 1977, Part 2. <<

[152] TBJG, II.2, 498-9 (13.12.41). Aunque los comentarios extremados de Hitler dieron sin duda mayor ímpetu al creciente impulso genocida, Gerlach, «Wannsee», 28, va de todos modos demasiado lejos, en mi opinión, al considerar su discurso a los Gauleiter como la proclamación de una «decisión básica» de asesinar a todos los judíos de Europa. Véase también Ian Kershaw, *The Nazi Dictatorship. Problems and Perspectives of Interpretation*, (1985) 4-ed., Londres, 2000, 126-30. <<

[153] IMG, XXVII.270, Doc.PS-i 517; y véase Gerlach, «Wannsee», 24. <<

[154] DTB *Frank*, 457-8 (16.12.41); tracl., ligeramente modificada, N&P, III. 1126-7, Doc.848. <<

[155] IMG, XXXII.435-7, Docs. PS- 3663, PS-3666 (cita, 437). <<

[156] *Dienstkalender*, 294. Es sumamente improbable que pueda identificarse la entrada del modo que lo hace Gerlach, «Wannsee», 22, con una «decisión básica» de ampliar el exterminio de los judíos soviéticos a los del resto de Europa, considerando a los judíos en general como «guerrilleros imaginarios». Por lo que se sabe, Hitler no utilizó el término «guerrillero» en relación con los judíos en el Reich ni en la Europa occidental. Véase Longerich, *Politik*, 467 y 712 n.234.
<<

[157] Lo que sigue está tomado de las actas de la conferencia: Longerich, *Ermordung*, 83-92; trad. N&P, III. 1127-34, Doc.849. Véanse los comentarios de Eichmann sobre las actas durante su interrogatorio en Jerusalén en 1961 en Longerich, *Ermordung*, 92-4. <<

[158] Véase Jeremy Noakes, «The Development of Nazi Policy towards the German-Jewish “Mischlinge” 1935-1945[1], *LBYB*, 34 (1989), 291-354, aquí 341SS. <<

[159] Longerich, *Ermordung*, 93. <<

[160] Longerich, *Politik*, 490-u <<

[161] Longerich, *Ermordung*, 91. <<

[162] Longerich, *Politik*, 514-15. <<

[163] Dienstkalender, 73. <<

[164] Domarus, 1829. Hitler había lanzado también una amenaza contra aquellos que buscaban a través del «odio del judío» provocar destrucción a través de la guerra en su «Discurso de Año Nuevo». Domarus, 1821. Dos semanas después, Hitler habló con Goebbels de que los judíos se merecían la catástrofe que estaba abatiéndose sobre ellos. «Con la destrucción de nuestros enemigos experimentarán también su propia destrucción», decía Hitler según Goebbels. TBJG, II/3, 320 (15.2.42). <<

[165] *MadR*, 3235. <<

[166] Martin Broszat y Norbert Frei (eds.), *Das Dritte Reich im Überblick. Chronik- Ereignisse-Zusammenhänge*, Munich-Zurich, 1989, 270, dala fecha del 17 de marzo para el inicio de la matanza en masa en Belzec. La decisión de exterminar a la mayoría de los judíos de las zonas de Luhlin y Galitzia probablemente se hubiese tomado a principios de marzo. Longerich, *Politik*, 513; <<

[167] TBjG, II/3, 513 (20.3.42). <<

[168] TBJG, II/3, 561 (27.3.42). <<

[1] Schroeder, 129. <<

[2] TBJG, II/3, 501-2 (20.3.42). <<

[3] TBJG, II/3, 511 (20.3.42). <<

[4] Schroeder, 129-30. <<

[5] TBJG, II/3, 513 (20.3.42). La ausencia de todo contacto personal auténtico con Hitler la destacaba Gerda Daranowski, una de sus secretarias, que, sin embargo, aún seguía teniendo un buen concepto de él muchos años después de la guerra. Library of Congress, Washington, Adolf Hitler Collection, cinta C-63A (entrevista con John Toland, 26.7.71). <<

[6] Koeppen, 67 (24.10.41). <<

[7] Guderian, 266. <<

[8] Breloer, 100 (29.1.42). <<

[9] AdolfGórtz, Stichwort: Front, lagebuch eines jungen Deutschen *1938-1942, 2ª ed., Leipzig, 1987, 139.* <<

[10] MadR, IX.3225, 29.1.42. <<

[11] Ernest K. Bramsted, *Goebbels and National Socialist Propaganda* 192 5-/945, Michigan, 1965, 222-3; Kershaw, «Hitler Myth», 180-1 y n. 40; Robert Edward Herzstein, *The War that Hitler Won. The Most Infamous Propaganda Campaign in History*, Londres, 1979, 429, para el éxito de la película. <<

[12] Para los paralelismos claramente intencionados indicados por el propio Goebbels, lo mucho que le complació la película a Hitler y el efecto que le produjo la caracterización de Federico el Grande, véase TBJG,. II/3, 499, 506 (20.3. 42). <<

[13] Franz W. Seidler, *Fritz Todt. Baumeister des Dritten Reiches*, Munich-Berlín, 1986, cap. 3-4. <<

[14] Seidler, 239; Alan S. Milward, «Fritz Todt als Minister für Bewaffnung und Munition», VfZ, 1966, 46; Alan S. Milward, *Die deutsche Kriegswirtschaft* 1959-1945, Stuttgart, 1966, 56. <<

[15] Seidler, 273. <<

[16] Seidler, 262-3; Mommsen, *Volkswagenwerk*, 544-5. <<

[17] Seidler, 352SS. <<

[18] Overy, *War and Economy*, 354-5; Seidler, 256. <<

[19] Overy, *War and Economy*, cap. 1 1, esp. 352SS; Hans-Ulrich Thanier , *Verführung und Gewalt. Deutschland 1933-1945*, Berlin, 1986, 716; Ludolf Herbst, *Das nationalsozialistische Deutschland 1933-1945*, Frankfurt am Main, 1996, 410. <<

[20] Seidler, 25660. <<

[21] Seidler, 258, 365. <<

[22] Seidler, 260, 365-6. <<

[23] Jürgen Thorwald, *Die ungeklärten Fälle*, Stuttgart, 1950, 144-5.
<<

[24] Seidler, 367-9; Max Müller, «Der Tod des Reichsministers Dr. Fritz Todt», y Reimer Hansen, «Der ungeklärte Fall Todt», *Geschichte in Wissenschalt und Unterricht*, 18 (1967), 602-5. <<

[25] Seidler, 375ss; Thorwald, 133-154. Debo dar las gracias a Steven Sage por un anticipo resumido de la investigación que está realizando sobre Fritz Todt. Considera que el accidente aéreo se preparó a instancias de Hitler. <<

[26] Below, 305-6; Hans Batir, *Ich flog Mächtige der Erde*, Kempten, 1956, 216; véase también TBJG, II/3, 299, 306 (13.2.41) . <<

[27] Seidler, 377SS; Speer, 209; Joachim Fest, *Speer. Eine Biographie*, Berlin, 1999, 181-2. La descripción de los hechos que hace el propio Speer no es de fiar y, en la versión publicada de sus memorias *(Erinnerungen*, 205s.S), está muy retocada. Véase Sereny, *Speer*, 274-83; Seidler, 366-7. En los *Speer Papers* (retratos de dirigentes nazis, trazados en 1946, y que me facilitó amablemente Gitta Sereny) AH/I/BI.4, Albert Speer afirmaba que estaba por casualidad en el cuartel general del Führer cuando se produjo el accidente de Todt. Speer le preguntó inicialmente a Todt si podría ocupar el asiento libre que había en el avión para ir hasta Munich, pero cambió de idea y no utilizó ese vuelo, previsto para las 8 de la mañana, después de estar hablando con Hitler por la noche hasta muy tarde. Matthias Schmidt, *Albert Speer-. Das Ende eines Mythos. Speers wahre Rolle im Dritten Reich*, *Qenvd-Mumch*, 1982,75. <<

[28] Schroeder, 132. <<

[29] Sereny, *Speer*, toqss. <<

[30] Speer, 210; Seidler, 832. <<

[31] Seidler, 403-4; Speer, 210; *Speer Papers*, AH/I/Bl.4. <<

[32] Speer, 210; Sereny, *Speer*, 276-7; Seidler, 382. <<

[33] Speer, 211, 215, 217; Overy, *War and Economy*, 355, Herbst, *Das nationalsozialistische Deutschland*, 410. <<

[34] Domarus, 1836-40; Thorwald, 148. <<

[35] Speer, 217. <<

[36] Dietrich Eichholtz, *Kriegswirtschaft 1939-1945*, Vol.11 1941-1943, Berlin Este, 1985, 265, 308.SS, Overy, *War and Economy*, 366-7. <<

[37] TBJG, II.3, 299 (13.2.42), 303, 308 (14.2.42), 31 1-12, 318 (15.2.42). Véase también Irving, HW, 367-8, 371-2; Domarus, 1841 n.73. La alegría alemana pronto se vio atenuada por la noticia de que el Scharnhorst y el Gneisenau habían tropezado con minas colocadas por las fuerzas aéreas inglesas. El Scharnhorst estuvo fuera de servicio varios meses; el Gneisenau fue bombardeado cuando estaban reparándolo y quedó inutilizado del todo. Weinberg, III.358. <<

[38] TBJG, II.3, 321 (15.2.41); Below, 3*07*. <<

[39] *39. Andreas Hillgruber (ed.), Staatsmäner und Diplomaten bei Hitler. Zweiter Teil. Vertrauliche Aufzeichnungen über Unterredungen mit Vertretern des Auslandes 1942-1944, Frankfurt am Main, 1970, [Staatsmänner, iij, 48 (11.2.42). Hitler había dicho el 18 de diciembre en el Wolfsschanze: «Yo no quería eso en Asia oriental. He dicho durante muchos años a todos los ingleses: "Perderéis Asia oriental si iniciáis un conflicto en Europa"». Monologe, 156. Se rumoreaba que no le entusiasmaban Los éxitos japoneses y que comentó que le habría gustado muchísimo enviar veinte divisiones a los ingleses para rechazar a «los amarillos». Hassell, 305 (22.3.42). Aproximadamente un año después cavilaría melancólicamente sobre «si el hombre blanco puede mantener su superioridad a largo plazo en vista de las enormes reservas humanas del oriente». TBJG, ¡1/6, 236 (8.5.43).* <<

[40] Schroeder, 132. <<

[41] TBJG, II/3, 514 (20.3.42) . <<

[42] Schroeder, 131. <<

[43] TBJG, II/3, 319 (15.2.42). <<

[44] Domarus, 1-842. <<

[45] Below, 3oró. <<

[46] Domarus, 1851. <<

[47] Domarus, 1850. Hitler repitió esto en su discurso ante el Reichstag del 26 de abril. En realidad el invierno anterior, el de 1940-1, había sido más frío en el este. Domarus, 1871 y n. 181; véase también 1872 y n.183. <<

[48] Domarus, 1850. <<

[49] MadR, IX.3486-8 (19.3.42); Steinert, 283-5. Véase también TBJG, II/3, 479 (16.3.42), a partir de informes del SD. «El pueblo alemán está preocupado sobre todo por el problema de los alimentos». En consecuencia «hay una cierta disminución del interés por las cuestiones militares». <<

[50] TBJG, II/3,488 (18.3.42), 496 (19.3.42). <<

[51] TBfCi, II/3, 479 (16.3.42) . <<

[52] TBJG, II/3, 496 (19.3.42). <<

[53] TBJG, II/3, 497 (19.3.42). <<

[54] TBJG, II/3, 489 (18.3.42), 496 (19.3.42). <<

[55] TBJG, II/3, 494 (19.3.42). <<

[56] TBJG, II/3, 484 (7.3.42). <<

[57] TBJG, II/3, 495 (19.9.42). <<

[58] TBJG, II/3, 499 (20.3.42). <<

[59] TBJG, II/3, 503 (20.3.42). Pero está claro que Hitler no soportaba que le recordaran la desmoralización. Sólo unos cuantos días después escribía esta nota en un informe que le habían presentado sobre el asunto: «Si fuese decisivo lo que siempre dice la gente, habría' estado todo perdido hace mucho tiempo. Lo verdaderamente importante de la gente está mucho más profundo y se apoya en un soporte interior muy firme. Sí no fuese así, serían inexplicables todos sus logros». Picker, 206 (25.3.42). <<

[60] TBJG, II/3, 504 (20.3.42); Weiss, *Biographisches Lexikon*, 457-9.
<<

[61] Para la capitulación de la justicia ante el estado policial, véase esp. Martin Broszat, «Zur Perversion der Strafjustiz in Dritten Reich», VfZ, 6 (1958), 390443; y Broszat, *Staat*, cap. 10, esp.421-2. Thierack fue nombrado ministro de justicia del Reich el 20.8.42. Wistrich, *Wer war wer*, 272. <<

[62] TBJG, II/3, 505 (20.3.42); Irving, HW, 366. <<

[63] TBJG, II/3, 506 (20.3.42). <<

[64] MadR, IX.3526-9 (26.3.42); Steinert, 287-9. <<

[65] Picker, 222-5, aquí 225 (29.3.42). <<

[66] Domarus, *1857, 1859-60; Rebentisch, 419; Ralph Angermund*, Deutsche Richterschaß 19191945. Kiisenerfahrung, Illusion, politische Rechtsprechung, *Frankfurt am Main, 1990, 249-50.* Para posteriores intervenciones de Hitler en sentencias, véase Rebentisch, 399 y n.83; Broszat, *Staat*, 418. Se ha calculado que hubo unos 25-30 casos entre 1939 y 1942 en los que Hitler impuso la pena de muerte en vez de una pena inferior, feremy Noakes y Geoffrey Pridham, *Documents on Nazism 1919-1945*, Londres, 1974, 276. La abúlica conducta de Schlegelberger en el caso Schlitt contrasta con la actitud, notable dadas las circunstancias, del Gauleiter Rover de Oldenburg, que se mostró dispuesto a presentar a Hitler el 2 de mayo la queja del presidente del tribunal regional superior de Oldenburg y que le convenció de que se había equivocado al suponer que la sentencia de Schlitt había sido demasiado indulgente. Hitler le encomendó luego que comunicara a los jueces de OLdenberg que lamentaba lo ocurrido. Su cólera se centró en aquellos que le habían «engañado». Domarus, 1881; Angermund, 250. <<

[67] Picker, 199 (22.3.42). <<

[68] TBJG, II/4, 162-3 (24.4.42). <<

[69] Gruchzann, *Zweiter Weltkrieg*, 197; Steinert, 286; Below, 308. <<

[70] TBJG, II/4, 174 (26.4.42). <<

[71] TBJG, TI/4, 176 (26.4.42). <<

[72] TBJG-, II/4, 175-6 (26.4.42). <<

[73] Véase también Picker, 294-5 (25.4.42) para una extensa relación de los comentarios de Hitler sobre el vegetarianismo durante la comida. <<

[74] TBJG. II/4, 177 (26.4.42). <<

[75] TBJG, II/4, 180 (27.4.42). <<

[76] TBJG, II/4, 181 (27.4.42). <<

[77] TBJG, II/4, 183-4 (27.4.42). La versión de Picker sobre la conversación en la mesa al mediodía aborda sólo la cuestión de los comentarios políticos de los participantes, especialmente de Emil Jannings. La versión del propio Goebbels de la misma sesión deja claro que ese no fue más que un tema secundario sin importancia. Picker, 296; TBJG, II/4, 185-6 (27.4.42). <<

[78] TBJG, II/3, 561 (27.3.42). <<

[79] TBJG, II/4, 184 (27.4.42) . <<

[80] TBfG, II/4, 183 (27.4.42). <<

[81] TBJG, II/4, 186-7 (27.4.42). <<

[82] Domarus, 1865-74. <<

[83] Domarus, 1874-5. <<

[84] Rebentisch, 420-1. <<

[85] RGBl, 1942,1.247. Véase también Rebentisch, 42 1 & n.154 (para la inserción de Lammers); y Max Domarus, *Der Reichstag und die Macht*, Würzburg, 1968, 149-51. <<

[86] Domarus, 1877. <<

[87] MadR, X.3673-4 (27.4.41); 3685-8 (30.4.42); Steinert, 289. <<

[88] MadR, X.3686-7. Steinert, 289-92; Angermund, 248-9; Klaus Oldenhage, «Justizverwaltung und Lenkung der Rechtsprechung im Zweiten Weltkiieg», en Rebentisch y Teppe, 100-20, aqm 114-115. <<

[89] Cit. Oldenhage, 115. <<

[90] Steinert. 2894)0. <<

[91] Picker, 2984) (26.4.42); TBJG, II/4, 188 (27.4.42). <<

[92] StA Neuburg an der Donau, vorl.LO 30135, KL Nördlingen, 11.5.42: «Verzagte Gemüter […] scheinen nur von einer Stelle der Rede des Führers beeindruckt worden zu sein: als der Führer von den Vorbereitungen zum Winterf'eldzug 42-43 sprach. Je mehr die Grausamkeit und Härte des Winterkampfes im Osten der Heimat voll bewusst geworden ist, umso mehr ist die Sehrsuch nach einem Ende gestiegen. Nun aber ist das Ende nocht nicht absehbar - darunter leiden viele Frauen mul Mütter». <<

[93] La Osteria Bavaria estaba en Schellingstrasse 62, en el «distrito del partido» de Munich. Domarus, 1878, 11.198. <<

[94] Picker, 299-300 (27.4.42). <<

[95] Picker, 300-3 (29.4.42); Hitler alabó a Furtwängler por convertir la Filarmónica de Berlín en una orquesta muy superior a la Filarmónica de Viena, pese a que la subvención que recibía fuese menor. Para un análisis de las relaciones con el régimen de Walter, Knap- pertsbusch, Furtwängler y Herbert von Karajan (una estrella en rápido ascenso que unía al talento musical un oportunismo profesional implacable), véase Michael H. Kater, *The Twisted Muse. Musicians and their Music in the Third Reich.* Nueva York-Oxford; 1997, 4°"b, 55-61. 93-4, 114-16, 195-203. Richard J. Evans, *Rereading German History iSoo-iijqó. From Unification to Reunification*, Londres, 1997, 187-93, aporta un correctivo necesario al tratamiento acrítico de Furtwängler en Fred K. Prieberg, *Trial of Strength: Wilhelm Furtwängler and the Third Reich*, Londres, 1992, y Sam H. Shirakawa, *The DeviTs Music Master: The Coniromrsial ¡Áje and Career of Wilhelm Furtwängler*, Nueva York, 1992. <<

[96] GD, 461 (29.4.42); Schmidt, 562. <<

[97] Staatsmänner, II.65 (29.4.42) . <<

[98] GP, 481-4 (29-30.4.42); CD, 461-2 (29.4.42); Schmidt, 562-3. <<

[99] CD, 462-3 (fechado el 29.4.42, aunque se refiera a ambas reuniones y aquí a la de 30.4.42). <<

[100] CD, 463-4. <<

[101] Andreas Hillgruber y Jürgen Förster (eds.), «Zwei neue Aufzeichnungen über “Führer-Besprechungen” aus demjahre 1942», *Militärgeschichtliche Mitteilungen*, 11 (1972), 109-26. aquí 116. <<

[102] La ofensiva de Rommel se inició el 26 de mavo contra fuerzas británicas superiores en número del 8° ejército en Gazal, Libia, en la costa mediterránea, entre Bengasi y Tobruck. Gruch- mann, *Zweiter Weltkrieg*, 183; Weinberg, III.350. La invasión de Malta no llegaría a producirse nunca. El verano de 1942 demostró ser el punto culminante del asedio de la isla. Véase *Oxford Companion*, 713-16. <<

[103] Staatsmänner, II.79 (30.4.42), Hillgruber y Förster, 114-21. <<

[104] Picker, 304 (1.5.42). <<

[105] Weisungen, 215. <<

[106] Weisungen, 213-19; Halder KTB, III.420 (28.3.42). <<

[107] IMG, VII.290 (testimonio del mariscal de campo Friedrich Paulus). <<

[108] Véanse los comentarios de Bernd Wegner, «Hitlers zweiter Feldzug gegen die Sowjetunion. Strategische Grundlagen und historische Bedeutung», en Michalka, *Zweiter Weltkrieg*, 652-66, here 659. <<

[109] Hartmann, 314-16; Wegner, «Hitlers zweiter Feldzug», 657. <<

[110] Wegner, «Hitlers zweiter Feldzug», 660. <<

[111] Wegner, «Hitlers zweiter Feldzug», 658-9. <<

[112] Hartmann, 313 (a partir de cifras recogidas el 2 de abril de 1942; véase 314 n. 14). <<

[113] Wegner, «Hitlers zweiter Feldzug», 654. <<

[114] Halder KTB, III.430-2 (21.4.42). <<

[115] Hartmaun, 314. <<

[116] Overy, *Why the Allies Won*, 66. <<

[117] Halder KTB, III.442-4 (15-19.5.42). <<

[118] Halder KTB, IÜ.449-50 (28.5.42). <<

[119] Hartmann, 320 (y véase n. 58 para una critica de la interpretación de Irving, que considera válida la versión de Hitler y asegura que Halder había modificado posteriormente la entrada de su diario); Below, 310. <<

[120] Domarus, 1883; TBJG, II/4, 344 (23.5.42). <<

[121] TBJG, II/4, 354 (24.5.42) . <<

[122] TBJG, II/4,354,360-1 (24.5.42). El día anterior durante la comida Hitler se había lanzado ya a feroces ataques contra la Judicatura. Picker, 371-2 (22.5.42); TBJG, II/4, 343 (23.5.42). <<

[123] TBJG, II/4, 357 (24.5.42). <<

[124] TBJG, II/4, 358-9» 362 (24.5.42). <<

[125] TBJG, II/4, 360 (24.5.42). <<

[126] TBJG, II/4, 36. (24.5.42). <<

[127] TBJG,II/4, 355 (24.542). <<

[128] TBJG, II/4, 355-7 (24.5.42). <<

[129] TBJG, II/4, 358-9, 361 (24.5.42). <<

[130] TBJG, II/4, 362-4 (24.5.42) . <<

[131] Domarus, 1887-8; véase también Picker, 493-504. <<

[132] TBJG, H/4,401 (30.5.42). <<

[133] TBJG, II/4, 402 (30.5.42). <<

[134] TBJG, II/4, 406 (30.5.42) . En su reunión con Mussert el 10 de diciembre de 1942, Hitler dejaría claro que preveía, en el futuro nuevo orden europeo, que Holanda, lo mismo que Bélgica, aunque no serían tratadas como uní país conquistado, no tendrían ninguna independencia y serían incorporadas a un «Gran Reich Alemán» («gross-germanisches Reich»). Hitler mencionó explícitamente la incorporación de Austria como un indicador de lo que tenía pensado. Hillgruber y Förster, 121-6, aquí 1 25. <<

[135] Charles Wighton, *Heydrich Hitlers Most Evil Henchman*, Londres, 1962, 268ss; Charles Whi- ting, *Heydrich. Henchman of Death*, Londres, 1999, 141-7; N. R. D. Foot, *Resistance. European Resistance to nazis 1940-45*, Londres, 1976, 204-6; *Oxford Companion*, 1018-22. <<

[136] Foot, *Resistance*, 206, sitúa el número de muertos por las represalias en los 2.000; Whiting, 159SS; Tb Reuth, 1800, n.66. <<

[137] TBJG, II/4, 405 (30.5.42). Baum y sus colegas fueron detenidos, torturados, condenados a muerte y ejecutados. Sobre la tentativa de incendio, véase Allan Merson, *Comunist Resistance in Nazi Germany*, Londres, 1985, 243; Arnold Paucker, *Deutsche Juden im Widerstand 1955-1945. Tatsachen und Problese, Beiträge zum Widerstand 1955-1945*, ed. Gedenkstätte Deutscher Widerstand, Berlin, 1999, 21; Wolfgang Benz y Walter H. Peble (eds.), *Lexikon des deutschen Widerstandes*, Frankfurt am Main, 1994, 225-7. Hitler le había dado permiso a Goebbels para detener a 500 «rehenes» judíos y para responder a cualquier tentativa futura con fusilamientos. (Goebbels comunicó a los dirigentes de la comunidad judía de Berlín que si había alguna nueva tentativa serían fusilados entre 100 y 150 judíos.) Hizo fusilar también a cierto número de judíos en el campo de concentración de Sachsenhausen. TBJG, 4, 432 (2.6.42). Al mismo tiempo, Hitler había encargado a Goebbels (probablemente a instancias de este) que «procure que sean evacuados los judíos de Berlín lo más rápidamente posible». Pero Speer había objetado que era necesario buscar antes sustitutos para los judíos que trabajaban en la industria de armamentos. 351 (24.5.42). Véase también 386 (28.5.42), donde Goebbels se refería a la lista de rehenes judíos que había elaborado y a numerosas detenciones que se habían hecho a instancias suyas después de que se produjera la tentativa de sabotaje en la exposición. <<

[138] TBJG, II/4, 393 (29.5.42). <<

[139] TBJG, II/4, 405 (30.5.42). Goebbels repitió al tinal de su resumen de los comentarios de Hitler que había estado prácticamente de acuerdo en todo con lo que había dicho el Führer. TBJG, II/4, 410 (30.5.42). <<

[140] TBJG, II/4, 361 (24.5.42). <<

[141] TBJG, II/4, 405 (30.5.42). <<

[142] TBJG, II/4, 406 (30.5.42). Para otra versión de los comentarios de Hitler sobre los judíos durante esa comida, en que sostuvo que eran en realidad asiáticos y no europeos, véase Picker, 378 (29.5.42). Hablando en la cena para su séquito en el cuartel general cerca de Vinniza a finales de julio de la evacuación de los judíos, Hitler, tras describirlos como «el enemigo número uno», mencionó una vez más la posibilidad de enviarlos a Madagascar «o algún otro estado nacional judío»… unos planes que habían sido abandonados en 1940. Picker, 471 (24.7.42). <<

[143] IMG, xxix. 582. Doc. 2233-PS *(Die Weisung der fudenvermichtung Kommt von Höherer Stelle).* Goebbels escribía, después de hablar con Frank el 23 de mayo sobre políticajudía en el Gobierno General, que no se trataba de «una cuestión intrascendente (*nicht von Pappe)*», pero que el mérito no le correspondía a él, ya que el Führer había nombrado un Secretado de Estado de las SS (Krüger) adjunto a él que recibía órdenes de Himmler. Esto era necesario porque «la política étnica y judía debe sobre todo seguir unas directrices unificadas». TBJG, II/4, 352 (24.5.42). En sus memorias de postguerra Frank se mantuvo firme en que Hitler era responsable de la orden de asesinar a los judíos. Véase Frank, 391-2. <<

[144] BDC, SS-HO, 933: RFSS a Berger, 28.7.42: «Verbot einer Verordnung über den Begriff “Jude”». «Die besetzten Ostgebiete werden judenfrei. Die Durchführung dieses sehr schweren Befehls hat der Führer auf meine Schultern gelegt». Para la frecuente referencia de los relacionados con la «solución final» a una orden o un deseo de Hitler, véase Fleming, *Hitler und die Endlösung*y Ö2ss. <<

[145] BDC, SS-HO/1220, Chef des OKW, ib.12.42, betr. Bandenbekänipfung; SS-HO/1238, Reichsführer-SS, 29.12.42: «Meldungen an den Führer über Bandenbekäzpfungl», Meldung nº 51, RuBland-Süd, Ukraine, Bialystok. Bandenbekämpfungserfolge voz 1.9 bis 1.12.1942. La nota manuscrita de Himmler de la parte superior indica que presentó el informe a Hitler el 31 de diciembre de 1942. <<

[146] Véase Walter I.aqueur, *7he Temible Secret*. *Suppression of the Truth about Hitler's «Final Solution»*, Harmondsworth, 1982, 15 n., 17-18; Steinert, 257. Raul Ihlberg, *Die Vernichtung der europäischen Juden*, trad. revisada, Frankfurt an Main, 1990, UI. 1283-4 contiene una explicación innecesariamente compleja de la supresión del lenguaje explícito por Himmler. El Reichsführer, indica, estaba deseoso de hacer ostentación de sus «logros», pero tenía un problema. Speer y el general Fritz Fromm, comandante del ejército de reserva, le habían criticado y habían puesto en duda con el propio Hitler las estadísticas de la RSHA sobre detenciones de judíos que, aseguraban, eran necesarios para la industria de armamentos. Himmler eludió este problema encargando un informe estadístico para Hitler, pero presentándolo en lenguaje camuflado. Irving, HW, 392, 503-4,871 considera que el informe de Korherr estaba retocado para impedir que Hitler conociese las operaciones de matanza. <<

[147] Véase Mommsen, «Realisierung», 414-17. <<

[148] TBJG, TI/3, 561 (27.3.42). <<

[149] Hitler, en su discurso a los Reichsleiter y Gauleiter después de la muerte de Rover indicó que tenía poco interés por conseguir colonias en ultramar, diciendo en vez de eso: «Nuestro territorio colonial está en el este». TBJG, II/4, 363 (24.5.42). <<

[150] Irving se basa en eso para afirmar que no estaba enterado de la «solución final»; véase HW. 327 y 850-1 (nota de 326). <<

[151] Laqueur, 18 se remite al testimonio del jefe de Estado Mayor de Himmler, Karl Wolff, en el juicio a que fue sometido después de la guerra, en el que negó que su jefe le hubiese mencionado alguna vez el asesinato en masa. El ayudante jefe de Himmler, Werner Grothmann, dijo así mismo en una entrevista, mucho después de la guerra, que él nunca había oído hablar a Himmler de la «solución final». Franklin D. Roosevell Library, Hyde Park, Nueva York, Toland Papers, C-58, I/T2/S11/10, entrevista grabada con John Toland, 7.10.71. El Reichs- führer-SS se olvidó en una ocasión de utilizar el lenguaje cifrado (si hemos de creer el testimonio muy posterior de una telefonista del cuartel general del Führer). Se le oyó, al parecer, decir por teléfono a Bormann, a mediados de mayo de 1942, que tenía buenas noticias par a el Führer de Auschwitz, que habían vuelto a ser «liquidados» allí 20.000 judíos. Se corrigió inmediatamente sustituyendo esa palabra por «evacuados». Pero Bormann le recordó furioso que esos informes sólo se le debían transmitir, según lo acordado, por correo de las SS para pasárselos al Führer. Schulz, 98. Es imposible comprobar la veracidad del testimonio. Parece dudoso que se le enviasen a Hitler informes frecuentes por correo de las SS; lo mismo que el desliz de Himmler. La fecha parece también demasiado temprana, ya que el exterminio en masa rutinario y sistemático no empezó en Auschwitz hasta julio de 1942. Longerich, *Politik* 515. <<

[152] Domarus, 1446: «Grundsätzlicher Befehl», 11.1.40; Laqueur, 18-19. El numero de personas que tenían conocimiento indirecto o parcial era, por supuesto, mucho mayor. <<

[153] Esto se dio como una razón, en el otoño de 1942, para que el Gauleiter Greiser no tuviese que cumplir su propósito de exterminar a 30.000 polacos que padecían tuberculosis incurable. Kershaw, «Improvised Genocide?», 72. <<

[154] Véase Steinert, 252-7, incluida (257) la referencia a la circular secreta de Bormann a los Gauleiter, informándoles de parte de Hitler de que «en el tratamiento público de la cuestión judía debe cesar toda discusión sobre una futura solución completa *(Gesamtlösung).* Se puede mencionar sin embargo que se recluta a los judíos en bloque para un uso apropiado de la mano de obra». <<

[155] IMG, XXVII.270-3, aquí 270, Doc. 1517-PS, Alfred Rosenberg: «Vermerk über Unterredung beim Führer am 14.12.41». <<

[156] Steinert, 252-3. <<

[157] IMG, XXIX. 145, 1919-PS; Anatomie, I.329; 11.44(5-7. <<

[158] Véase Jäckel, «Hitler und der Mord an den europäischen juden», 161. <<

[159] Véase antes nota 144: BDC, 55-HO, 933: RFSS a Berger, 28.7.42: «Verbot einer Verordnung über den Begriff “Jude”». <<

[160] Véase TBJG, II/4, 402 (30.5.42) para la «presión psicológica» durante el invierno debido a «la fracasada aventura napoleónica». <<

[161] Véase Kershaw, *Popular Opinión*, 365, 368-9. <<

[162] Véase TBJG, II/4, 482, 489 (10.6.42). <<

[163] S.W. Roskill, *The War at Sea*, Londres, 1954, 1956, i960, I.599SS, 614, II.467SS, 475, III.364SS. Véase también Overv, *Why theAllies Won*, 47 (con cifras distintas), 49, 52. <<

[164] Gruchmann, *Zweiter Weltkrieg*, 183; Weinberg, III.350 (que da la cifra de 28.000 soldados británicos capturados); DRZW, VI.623-33; Winston S. Churchill, *The Second World War.* Vol. IV, *The Hinge of Fate*, Londres etc., 1951, 371-8. <<

[165] Weinberg, III.350-1. <<

[166] Below, 312; Irving, HW, 399; Weinberg, III.350-1. <<

[167] TBJG, II/4, 416 (31.5.42). Hitler repitió que los ataques serían contra «centros culturales», ya que los objetivos económicos y militares casi no merecían la pena. El nombramiento del mariscal del aire Arthur Harris como comandante en jefe de la sección de bombarderos de las fuerzas armadas inglesas el 23 de febrero había intensificado notoriamente la estrategia británica de «bombardeo de zona» dirigido a desmoralizar a la población que vivía en el centro de las ciudades alemanas. Overy, *Why the Allies Won*, 112-13. <<

[168] TBJG, II/4, 422 (1.6.42); 431 (2.6.42). <<

[169] Below, 311-12. <<

[170] *Kriegstagebuch des Oberkommandos der Wehrmacht (Wehrmachtführungsstab), Bd.ii: I.Januar 1942-31.Dezember 1942*, ed. Andreas Hillgruber, Frankfurt am Main, 1963 [=KTB OKW, II.] II/1, 395-61.6.42; Bock, 490 (1.6.42); Picker, 381 (1.6.42). <<

[171] Picker, 381 (2.6.42). <<

[172] I BJG, II/4, 489 (10.6.42). <<

[173] En la primavera de 1941 se había llegado a una alianza militar más que a un pacto formal. Los Finlandeses habían emitido inicialmente una declaración de neutralidad el día del ataque alemán a la Unión Soviética, aunque la proclama de Hitler había indicado el mismo día que los soldados alemanes del extremo norte del frente estaban luchando junto con divisiones finlandesas. Los ataques soviéticos inmediatos a Finlandia condujeron a una declaración de guerra el 25 de junio de 1941. Véase DRZW, IV.cap.VI, pts.1-4, esp-390ss, 400-4. <<

[174] Bernd Wegner, «Hitlers Besuch in Finnland. Das geheime Tonprotokoll seiner Unterredung mit Mannerheim am 4. Juni 1942», VFZ, 41 (1993), 122 11. 23; Domarus, 1889. <<

[175] Wegner «Hitlers Besuch in Finnland», 122-3, 127. <<

[176] Wegner «Hitlers Besuch in Finnland» 124, 128; Domarus, 1889.
<<

[177] Wegner, «Hitlers Besuch in Finnland» 126 y (para el texto) 1307.
<<

[178] Wegner, «Hitlers Besuch in Finnland» 127. <<

[179] Wegner, «Hitlers Besuch in Finnland», Wegner, 125-6 y n. 40, 134 n. 74. Para la leyenda de la «guerra preventiva» y cómo la explotó la propaganda nazi, véase antes cap. 9, notas 3,12. <<

[180] Wegner, «Hitlers Besuch in Finnland» 128. <<

[181] TBJG, II/4, 489 (10.6.42). <<

[182] Wegner. «Hitlers Besuch in Finnland» 129. <<

[183] TBJG, II/4, 450 (5.6.42). Daluege telefoneó a Goebbels a las 10 de la mañana para decir que Heydrich había muerto media hora antes. Es de suponer que hubiese telefoneado antes al cuartel general del Führer. Pero Hitler, como indicaba Goebbels, no podía tomar ninguna decisión sobre el funeral, oficial porque estaba en Finlandia y no se esperaba que volviera hasta última hora del día. Así que debía de haber salido ya del cuartel general del Führer cuando llegó la noticia. Aterrizó en Finlandia a las T i: 15 de la mañana (Domarus, 1889). No se sabe seguro si se le informó durante su visita de seis horas a Finlandia o si se enteró de la muerte de Heydrich a su regreso (Domarus, 1890). <<

[184] Picker, 386 (4.6.42). Hitler se refería aquí, como en una ocasión anterior, el 3.5.42 (Picker, 3068), a atentados contra su vida. Cuando estaba en Berlín para el funeral de Heydrich repitió que le había advertido que sólo viajase en un coche blindado. TBJG, II/4, 486 (10.6.42). <<

[185] TBJG, II.14, 496 (10.6.42). <<

[186] TBJG, II/4, 492 (10.6.42) . <<

[187] Véase DRZW, VL868ss para el desarrollo de la campaña. <<

[188] Halder KTB, III.462 (21.6.42). <<

[189] Overy, *Why the Allies Won*, 66. <<

[190] Halder KTB, III.467 (28.6.42). <<

[191] Halder KTB, III.469 (1.7.42); Domarus, 1895-6. <<

[192] Bock, 512-14 (3.7.42). <<

[193] Halder, 632-9 (3-13.7.42); Bock, 525-6: Below, 312. En su charla con Bock del 3 de julio, Hitler se había burlado de los ingleses por destituir a sus generales cuando algo iba mal. minando con ello la libertad de decisión del ejército. Bock, 513 (3.7.42). <<

[194] Véase Domarus, 1897, 11. 312. <<

[195] Domarus, 1897; Hauner, *Hitler* 179, para el regreso de Rastenburg el 1 de noviembre. <<

[196] Schroeder, 135-41; Halder KTB. III.483 (16.7.42); Below, 313. A Picker Ucrania le pareció una zona atractiva. Picker, 465 (22.7.42). Below, que había mencionado que a Hitler le molestaban el calor y las moscas en el verano de 1942, calificaba de «agradable» el cuartel general de Vinnitsa durante el segundo periodo de estancia allí, a finales de febrero y principios de marzo de 1943. Below, 331. Sin embargo a Goebbels, que visitó el cuartel general del Führer por entonces, el lugar le pareció «desolado» *(trostlos)*. TBJG, II/7, 501 (9.3.43). <<

[197] Below, 313; Picker, 461 (19.7.42). <<

[198] Picker, 457-77 (18.7.42-26.7.42). <<

[199] Below, 313. <<

[200] Halder KTB, 492 (28.7.42) 493-4 (30.7.42), 494-5 n. 1; KTB OKW, II/2.1285; Irving, HW, 405-6. <<

[201] Hartmann, 325. <<

[202] Below, 313. <<

[203] Véase Bernd Wegner, «Vom Lebensraum zum Todesraum. Deutschlands Kriegführung zwischen Moskau und Stalingrad», en Jürgen Förster (ed.), *Stalingrad. Ereignis-Wirkung-Symlwl*, Munich-Zurich, 1992, 17-37, aquí 19. <<

[204] Cit. Hartmann. 326 11. 90. El 90 por 100 del petróleo de la Unión Soviética llegaba de los yacimientos petrolíferos de Bakú y del norte del Cáucaso. Wegner, «Vom Lebensraum zum Todesraum», 19. <<

[205] Wegner, «Vom Lebensraum zum Todesraum«, 21, para el escepticismo de los generales y la falta una alternativa convincente. <<

[206] Wegner, «Hitler zweiter Feldzug», 660; Wegner, «Vom Lebensraum zum Todesraum», *Stalingrad*, 29. <<

[207] Weisungen, 227. El mariscal Semyon Timoshenko era el general de más alto rango del Ejército Rojo, al que se consideraba por entonces el comandante militar más competente de la Unión Soviética. Había perdido, sin embargo, un cuarto de millón de hombres de las tropas que estaban a su mando, junto con los tanques y la artillería, en la batalla de Kharkov, en la primavera, y fue llamado a Moscú el 23 de julio, no regresando al mando de campaña, esta vez en el frente noroeste, hasta octubre. *Oxford Companion*, 1108-9. <<

[208] Hartmann, 325. <<

[209] Weisungen, 227-9; véase Hartmann. 326. <<

[210] Hartmann, 328-9; DRZW, VI.9533«. <<

[211] Halder KTB, III.489 (23.7.42), trad. *HalderDiary*, 646; Hartmann, 328.21.2. <<

[212] Cit. Hartmann, 328. <<

[213] Overy, *Why the Allies Won*, 67. <<

[214] Halder KTB, 503-7 (12-19.8.42); Hartmann, 329. <<

[215] Halder KTB, 501 (9.8.42); Speer, 252; DRZW, VI.942-3; Wegner, «Vom Lebensraum zum Todesraum», 30; Irving, HW, 414. <<

[216] TBJG, II/5, 353-4 (20.8.42). <<

[217] Esto fue lo que afirmó más tarde Speer. Speer, 252. <<

[218] Halder KTB, III.508 (22.8 42); Below, 313; Domarus, 1905. <<

[219] Speer, 253. <<

[220] DRZW, VI.965; Hartmann, 329. <<

[221] Halder KTB, III.509 (23.8.42). <<

[222] Véase Hartmann, 329. <<

[223] Halder KTB. III 51 1 (26.8.42). <<

[224] Warlimont, 251 (que fecha el encuentro el 8 de agosto); Halder KTB, III.501 (7.8.42); DRZW, VI.908; living, HW, 415. <<

[225] Below, 314; DRZW, VI.898-906; Irving, HW, 416-18. <<

[226] Hartmann, 330. <<

[227] Adolf Heusinger, *Befehl im Widerstreit. Schicksalsstunden der deutschen Armee 19231945*, Tubinga-Stuttgart, 1950, 200-1; trad. corregida de Warlimont, 251-2. <<

[228] Engel, 125 (4.9.42); véase también Warlimont, 251-2, 618 n. 21; Erich von Manstein, *Lost Victoües*, (1955) Londres, 1982, 261-2. Aunque la entrada de su diario está mal fechada, y es una reconstrucción de postguerra, no parece haber ninguna razón visible para dudar de la autenticidad del testimonio de Engel. La versión de Heusinger (Heusinger, 201, también mal fechada) de la respuesta posterior de Hitler es menos ofensiva de lo que en realidad se ha dicho. Heusinger admitió después de la guerra que había evitado deliberadamente publicar el peor insulto de Hitler. Véase Hartmann. 331-2 y notas 14, 17. <<

[229] Engel, 125 (4.9.42). Halder, dándose cuenta de que no podría sobrellevar ya el mando operativo de Hitler, parece ser que estuvo procurando conscientemente, hacia la segunda mitad de julio, provocar su destitución, sabedor de que una dimisión convencional no sería aceptable. DRZW, VI.954. <<

[230] Engel, 126 11.395. <<

[231] Engel, 124 (27.8.42). Esta entrada y otra posterior de la misma fecha están mal datadas en Engel (véase 124 n. 389) y se repite casi literalmente (1 26) bajo la fecha 7.9.42. <<

[232] Engel, 124 (27.8.42). <<

[233] Engel, 126 (8.9.42). Jodl le dijo a su segunda esposa Luise, según el testimonio posterior de esta, que «él nunca había presenciado tal explosión de cólera» de Hitler». Franklin D. Roosevelt Library, Hyde Park, Nueva York, Toland Tapes, II/TI/S2/3 (entrevista, en inglés, con John Toland, 7.11.110). <<

[234] Below, 315. <<

[235] Warlimont, <<

[236] Halder KTB, III.518-19 (8.9.42). <<

[237] Engel, 125 (27.8.42). <<

[238] Irving, HW, 4-22. <<

[239] Engel, 125 (27.8.42). Véanse sus comentarios similares, 128 (18.9.42) . <<

[240] Engel, 127 (8.9.42). <<

[241] Warlimont, 257; Below, 315. <<

[242] Engel, 127 (18.9.42). Para la falta de confianza de Hitler en sus generales, véase Engel 127-9 (14-30.9.42). <<

[243] Warlimont, 257-8. <<

[244] Warlimont, 258. <<

[245] Below, 316. <<

[246] Warlimont, 259; Below, 315. Zeitzler era un amigo íntimo de Schmundt (Warlimont, 259). Véase Hartmann, 337-9, para una descripción de Zeitzler y su fe en Hitler. Hitler le había comentado a Goebbels unas semanas antes lo mucho que le había impresionado el trabajo de Zeitzler en el oeste. TBJG, II/5, 353(20.8.42). <<

[247] Warlimont, 260. <<

[248] Hartmann, 337. <<

[249] Halder KTB, III.528 (24.9.42). Halder no era pesimista ni mucho menos respecto a la marcha general de la guerra. Véase Weizsäcker-Papiere, 303 (30.9.42). <<

[250] Hartmann, 339. <<

[251] KTB OKW, II/I, 669 (2.9.42). <<

[252] Halder KTB, III.514 (31.8.42). <<

[253] Halder KTB, III.521 (11.9.42); DRZW, VI.982; Wegner, «Vom Lebensraum zum Todesraum», 32. <<

[254] Wegner, «Vom Lebensraum zum Todesraum», 32-3. <<

[255] Below, 318; Domarus, 1924-5. <<

[256] DRZW, VI.684-7; W'egner, «Vom Lebensraum zum Todesraum», 30-1; Irving, HW. 419; Domarus, 1924. 256. Véase Weinberg, III.351, 355-6, 361-2. <<

[257] Below, 317. <<

[258] TBJG; *W5*> 594 (29-9-42). Pina tilia repetición de estos comentarios y una crítica del comportamiento de la población de Munich durante el ataque aéreo, TBJG, II/5, 604. <<

[259] TBJQ, II/5, 358 (20.8.42). <<

[260] Steinert. 316; Kershaw, «Hitler Myth» 185. <<

[261] Below, 317; Irving, HW, 427. <<

[262] TBJG, II/5, 370 (20.8.42). Parece que la fecha no se lijó hasta finales de septiembre. TBJG, II/5, 584 (28.9.42). <<

[263] TBJG, II/5, 594-5 (29.9.42). Véase también 596 para el escepticismo de Goebbels; y Domarus, 1912, para el resumen del DNB del discurso. <<

[264] Below, 318. <<

[265] IfZ, ED 100, Irving-Samalung, *Hitler-Dokumentation*, Vol. HM, (Sept.-Oct.), de NA TyS/317/ 1567SS, Führerrede zum Ausbau des Atlantikwalles am öp.Sept. 1-942. Véase Irving, HW, 428-9. <<

[266] Domarus, 1913-24. <<

[267] Domarus, 1915; MadR.XI.4259 (1.10.42). <<

[268] Domarus, 1920. <<

[269] Domarus, 1914, 1916. <<

[270] TBJG, II/6, 42 (2.10.42). <<

[271] TBJG, II/5, 357. <<

[272] TBJG, II/6, 46-7 (2.10.42); and véase también TBJG, II/5, 354 (20.8.42) . <<

[273] TBJG, II/6, 48-9 (2.10.42). <<

[274] Wegner, «Vom Lebensraum zum Todesraum», 33; y véase Engel, 129-30 (2-3, 10.10.42). <<

[275] TBJG, II/5, 356 (20.8.42). <<

[276] DRZW, VI.987-8; Wegner, «Vom Lebensraum zum Todesraum», 33. <<

[277] DRZW, VI.988-93; Wegner, «Vom Lebensraum zum Todesraum», 34. <<

[278] Engel, 129 (10.2.42). <<

[279] DRZW, VI.993-4; Wegner, «Vom Lebensraum zum Todesraum», 34. <<

[280] Domarus, 191b. <<

[281] Below, 319; Manfred Kehrig, «Die 6. Armee im Kessel von Stalingrad», en Förster, *Stalingrad*, 76-110, aquí 76-9. <<

[282] Domarus, 1931. <<

[283] Below, 320-1; 1929-30; Irving, HW, 439-42 (que traza una comparación con la suerte de los generales Hoepner y Sponeck en el mes de enero anterior). <<

[284] El 1 de noviembre Hitler había vuelto a trasladar su cuartel general de Vinniza a la «Guarida del Lobo», en Prusia oriental) donde su séquito comprobó complacido que a los búnkeres sombríos en que habían estado confinados todos anteriormente se habían añadido barracones de madera claros y espaciosos. Hitler había abandonado su cuartel general para ir a Berlín, y luego a Munich, el 6 de noviembre. Below, 321. <<

[285] Las ideas de los alemanes sobre el convoy que se dirigía al este desde Gibraltar iban desde considerar que llevaba provisiones a Malta a que se dirigía a Tripolitania para atacar a Rommel por la retaguardia. El Estado Mayor italiano supuso, con mayor realismo, que el objetivo era la ocupación de bases francesas del norte de Africa. Mussolini y Ciano no esperaban ninguna resistencia de los franceses. CD, 520 (7.11.42). <<

[286] Las primeras unidades combatientes estadounidenses que participaron en el escenario bélico del norte de Africa fueron tripulantes de bombarderos trasladados desde la India al frente egipcio tras el desastre de Tobruck. Weinberg, III.356. <<

[287] Below, 32 1-2; Engel, 134 (8.1 1.42). <<

[288] Below, 321-2. <<

[289] Domarus, 1937. <<

[290] TBJG, II/6, 254 (9.1 J-.42). <<

[291] TBJG, II/6, 257-9 (9.11.42). <<

[292] TBJG, II/6, 259 (9.11.42). <<

[293] Domarus, 1935. <<

[294] Domarus, 1938. <<

[295] Domarus, 1937; Jäckel, «Hitler und der Mord an den europäischen Juden», 161. <<

[296] Steinert, 318-19; Kershaw, «Hitler Myth», 186-g. <<

[297] Según Engel el discurso de Hitler había sido objeto de mucha discusión en el cuartel general del Führer. A él y a otros, decía, les había «disgustado» que hubiese hablado con tanto optimismo «pensando en su auditorio» *(berechnet auf Zuhörerkreis)*. Engel, 134 (10.11.42). <<

[298] TB]G, II/6, 259-60 (9.11.42). <<

[299] TBJG, II/6, 261, 263 (9.11.42). <<

[300] TBJG, II/6, 258-9, 261-2 (9.11.42). <<

[301] CD, 521 (9.11.42); 522 (10.11.42) . <<

[302] CD, 522 (9.11.42). <<

[303] CD, 522 (10.11.42); Schmidt, 576. <<

[304] Domarus, 1945-9. <<

[305] Weisungen, 220-1 (Directriz n° 42, 29.5.42). <<

[306] Below, 322-3. <<

[307] Below, 323; DRZW, VI.997; Irving, HW, 455. <<

[308] Gruchmann, *Zweiter Weltkneg*, 191; Kehrig, «Die 6.Armee», 80-1; DRZW, VI.997-1009, 1018- 21; y Erickson, cap. 10, fundamental sobre todo para el bando soviético. Había también más de 30.000 soldados de otras nacionalidades cercados, 10.000 de ellos rumanos. Kehrig, «Die 6. Armee», 90. <<

[309] Below, 323-4. <<

[310] Manfred Kehrig, *Stalingrad. Analyse und Dokumentation einer Schlacht*, Stuttgart, 1974, 163; Kehrig, «Die 6. Armee», en *Stalingrad*, 82; DRZW, VT.»024. <<

[311] KTB OKW, II/1, 84, II/II, 1006 (22.11.42); Kehrig, *Stalingrad Analyse und Dokumentation*, 183; Kehrig, «Die 6. Armee», 85; DRZW, VI. 1025. <<

[312] Below, 324. Tanto los próximos a Hitler como los que más tarde fustigaron su dirección de la guerra coincidieron muchos años después de los hechos en que aceptó las garantías de Göring de que las tropas de Stalingrado podían abastecerse por aire. Franklin D. Roosevell Library, Hyde Park, Nueva York, Toland Tapes, Tl-Sf; entrevista de Adolf' Heusinget por John Toland, 30.3.70; 68-1, entrevista de Otto Günsete por John Toland, 26.3.71. Para las horribles condiciones meteorológicas en Stalingrado en noviembre, con el termómetro alcanzando a veces los 18° bajo cero, véase Antony Beevor, *Stalingrad*, Londres, 1998. 214, 230, 232. <<

[313] Kehrig, *Stalingrad Analyse und Dokumentation*, 219: Kehrig, «Die 6. Armee», 86; DRZW, VI.1025-6; Gnichmann, *Zweiter Weltkrieg*, 192. <<

[314] Kehrig, *Stalingrad Analyse und Dokumentation*, 220; Kehrig, «Die 6. Armee», 87; DRZW, VI. 1028-9. <<

[315] Gnichmann, *Zweiter Weltkrieg*, 192. <<

[316] Kehlig, *Stalingrad Analyse und Dokuentation*, 224; Kehl ig, «Die 6. Armee», 87-8; Manstein, 315; DRZW, VI. 1032. Kl testimonio de postguerra del propio Manstein sobre Stalingrado (Manstein, 289-366) presentaba sus propias acciones muy favorablemente, como es natural. Se consideraba responsable del desastre a Hitler (casi en exclusiva), aunque también en cierta medida a Göring (por sus garantías ilusas de que podía abastecerse Stalingrado por aire) y a Paulus (por el error de no haber intentado romper el cerco mientras aún estaba a tiempo). Aunque el mando desastroso y la culpabilidad preponderante de Hitler son indiscutibles, un vigoroso crítico de su dirección de la guerra, el jefe de operaciones del ejército Adolf Heusinger, admitía, mucho después del final del conflicto, que Manstein tenía que compartir parte de la culpa por la catástrofe. Franklin D. Roosevelt Library, Hyde Park, Nueva York, Toland Tapes, TI-Sí, entrevista de Adolf Heusinger por John Toland, 30.3.70. Véanse también los análisis críticos de Joachim Wieder y Heinrich Graf von Einsiedel (eds.), *Stalingrad. Alemanes and Reassessments*, (1962), Londres, 1997, 148-78; Beevor, 308-10, y, esp., DRZW, VI.1060. Menos crítico con Manstein es Geoffreyjukes, *Hitlers Stalingad Decisions*, BerkeleyLos Angeles-Londres, 1985, 106-47, donde se describe, sin embargo, el papel desastroso de Hitler dentro de un proceso decisorio cada vez más agobiante no sólo en el frente de Stalingrado. <<

[317] Manstein, 316; DRZW, VI. 1033. <<

[318] Kehrig, *Stalingad Analyse und Dokumentation*, 386SS; Kehrig, «Die 6. Armee», 97-8; DRZW, VI.1033-4. <<

[319] Below, 324; Gruchzann, *Zweiter Weltkrieg*, 192-3. Para la tentativa de Hoth, DRZW, VI. 1035SS. <<

[320] Según KTB ÖKW, II/2, 1168 (21.1 2.42), Manstein había afirmado en la sesión informativa que el 6° ejército podría avanzar un máximo de 30 kilómetros; Kehrig, «Die 6. Armee», 99; Kehrig, *Stalingad Analyse und Dokumentation*, 3345 DRZW, VI. 1048. <<

[321] Kehrig, *Stalingad Analyse und Dokumentation*, 406-7; Kehrig, «Die Ö.Armee», 99-100. <<

[322] KTB GKW, II/2, 1168 (21.12.42). <<

[323] Kehrig, *Stalingad Analyse und Dokumentation*, 407; Kehrig, «Die 6. Armee», 100; DRZW, VI. 1048. <<

[324] Kehlig, *Stalingad Analyse und Dokumentation*, 410; Kehrig, «Die 6. Armee», 100; DRZW, VI. 1048-9. <<

[325] Gruclim*ann*, Zweiter Weltkrieg, *193.* <<

[326] Kehrig, *Stalingad Analyse und Dokumentation*, 431-432; Kehrig, «Die 6. Armee», 101. <<

[327] Gnichmann, *Zweiter Weltkrieg*, 193. <<

[328] Below, 324. <<

[329] Kehrig, «Die 6. Armee», 102; Manstein, 373. <<

[330] Weinberg, III.44Í; Below, 329. <<

[331] Irving, *Göring*, 372-3. <<

[332] Weinberg, m.434, 436. <<

[333] Irving, *Göring*, 373. <<

[334] Véase *The Rommel Papers*, ed. B.H. I.iddell Hart, Londres, 1953, 368-9. <<

[335] Staatsmänner, II. 160-81 (18.12.42), 190-6 (19.12.42, 20.12.42), aquí esp. 165, 168-70, 195 (*kriegentscheidend)*. <<

[336] GD, 536 (18.12.42). <<

[337] CD, 535 (18.12.42); Staatsmänner, II. 169-70 (18.12.42). <<

[338] Staatsmänner, II. 192 (19.12.42). <<

[339] William Craig, Enemy at the Gates. 1 heBattleforStalingad, *Londres, 1973, 295-6; Beevor, 313.* <<

[340] *340. Craig, 293.* <<

[341] Kershaw, «Hitler Myth», 191; Buchbender/Sterz, 99. Para vividos testimonios de las condiciones del ejército cercado en sus últimas semanas, véase Beevor, esp.cap. 19-22; y Craig, 259-381. <<

[342] Buchbender/Sterz, 102. Los planes de Goebbels para una edición de las últimas cartas de los soldados de Stalingrado tuvieron que abandonarse cuando se supo que la mayoría de ellas expresaban sentimientos muy alejados del tono heroico necesario. Steinert, 328. Véase *Letzte Briefe aus Stalingad*, Frankfurt am Main-Heidelberg, 1950, 5-6 (que indica que sólo un 2 por 100 de las cartas mostraban una actitud favorable hacia la dirección de la guerra). <<

[343] *Letzte Briefe, 2.* <<

[344] *Letzte Briefe*, 14. <<

[345] *Letzte Briefe*, 25. <<

[346] *Letzte Briefe*, 16-17. <<

[347] Rolow, 326. <<

[348] Below, 325-7. <<

[349] Lo anterior se basa en Kehrig, «Die 6. Armee», 104-6; Below, 327; Gruchmann, *Zweiter Weltkrieg*, 194; DRZW, VI. 1056-7. <<

[350] *Wollt ihr den totalen Krieg?*, 422. <<

[351] *Wollt ihr den totalen Krieg?*, 425-6; Steinert, 327. Para la presión de Goebbels para una reorientación de la prensa y la propaganda del OKW, véase TBJG, II/7, 164, 180. <<

[352] TBJG, II/7, 162, (23.1.43). <<

[353] TBJG, II/7, 169, 173 (23.1.43). <<

[354] TBJG, II/7, 162, 168-9 (23.1.43). <<

[355] TBJG, W7, 166 (23.1.43). <<

[356] TBJG, II/7, 162, 168 (23.1.43). <<

[357] TBJG, II/7, 162-3, 171-2, (23.1.43). <<

[358] TBJG, II/7, 175 (23.1.43). <<

[359] Kehrig, «Die 6. Armee», 107; DRZW, VI. 1057-8. <<

[360] Domarus, 1974. <<

[361] Kelirig, *Stalingrad Analyse und Dokumentation*, 531; Kehrig, «Die 6.Armee», 108; Gruchmann, */.weitet' Weltkrieg*, 194; DRZW. vi. 1059-60. <<

[362] Kehrig, «Die 6. Armee», 108. <<

[363] Domarus, 1975. <<

[364] Esto había sido preparado en la visita de Goebbels al cuartel general del Führer del 22 de enero. TBJG, II/7, 173 (23.1.43); el texto está en Domarus, 1976-80. <<

[365] Domarus, 1979. <<

[366] Kehrig, «Die 6. Armee», 108. <<

[367] Domarus, 1981. <<

[368] Kehrig, «Die 6. Armee», 109. La división de las dos bolsas de Stalingrado, que culminó el 2 de enero, había causado una ruptura de las comunicaciones entre ellas al día siguiente. Paulus mandaba la bolsa más grande, la del sur. LB (Darmstadt), 72 n. 76. Según Lew Besymenski, que fue intérprete de Paulus en el primer interrogatorio después de su captura, el recién nombrado mariscal de campo insistió en el reconocimiento de su graduación, negó que se hubiera rendido (aseguró que había sido «sorprendido» por sus atacantes, pese a que había establecido largas negociaciones previas) y no quiso sancionar la capitulación de sus hombres (pese a su propia rendición) por considerarlo «indigno de un militar». «“Nein, nein, das ist nicht mehr reine Pflicht”. Lew Besyaenski über Stalingrad und seine Erlebnisse mit General feldmarschall Paulus», *Der Spiegel*, 37/1992, 170-1. <<

[369] Gruchmann, *Zweiter Weltkrieg*, 194; Kelirig, «Die 6. Armee», 109. <<

[370] LB (Darmstadt), 731.2.43). <<

[371] LB (Darmstadt), 72. <<

[372] LB (Darmstadt), 73. <<

[373] LB (Darmstadt), 74 y n. 84, 79. <<

[374] LB (Darmstadt), 77, 79-80. Paulus quedó prisionero de los soviéticos con el resto de sus tropas y acabó siendo liberado en 1953. En 1944 proporcionó apoyo desde Moscú al «Comité Nacional de Alemania Libre», la organización creada por las autoridades soviéticas y que estaba formada por alemanes comunistas exiliados y por prisioneros de guerra, que intentó (sin demasiado éxito) minar la moral en el frente entre las tropas alemanas y fomentar la oposición al régimen nazi. Emst Nolte, *Der europäische Bürgerkrieg. Nationalsozialismus und Bolschewismus*, Berlin. 1987, 114-23 (esp.115), 528-9, 564 n. 24, 596 n. 36, utilizó los comentarios de Hitler sobre las ratas en las cárceles de la Lubljanka como parte de una hipotética teoría de que su antisemitismo paranoico nació del horror intenso y perdurable a las atrocidades bolcheviques en los años que siguieron a la Revolución Rusa. Esta afirmación fue incorporada luego a la elaboración de su sumamente criticada interpretación que sitúa el bolchevismo y el «genocidio clasista» como agente primario de un nexo causal que conduce finalmente al «genocidio racial» nazi contra los judíos. Véase Ernst Nolte, «Vergangenheit, die nicht vergehen will», en *«1 fistorikerstreit». Die Dokumentation der Kontnwerse um die Einzigartigkeit der nationalsozialistischen Judenvernichtung, 2*- ed., Munich-Zurich, 1987, 39-47. <<

[375] Domarus, 1985. <<

[376] Kershaw, «Hitler Myth», 192. <<

[377] Fritz Nadler, *Eine Stadt im Schatten Streichers*, Nuremberg, 1969,73, 76. <<

[378] MadR, XII.4720 (28.1.43), 4750-1 (4.2.43), 4760-1 (8.2.43). <<

[379] Goebbels reconocía que la crítica iba ya dirigida también contra Hitler. TBJG, II/7, 266 (5.2.43). <<

[380] Hassell, 347 (1.4.2.43). <<

[381] MadR, XII.4720 (28.1.43). <<

[382] GSTA, Munich, MA 106671, informe del Regierungspräsident de Oberbayern, 10.3.43: «Der Stalingrad-Mörder». <<

[383] Hasseil, 348-9 (14.2.43); Gisevius, *To the Bitter End*, 464SS; Ritter, 35O.SS; Hoffmann, 346SS, Joachim Fest, *Staatsstreich. Der lange Weg zum 20. Juli*, Berlin, 1994, 1999-205. <<

[384] Inge Scholl, *Die Weisse Rose*, Frankfurt, 1952, 108; («Kommilitonen! Kommilitonin- nen! Erschüttert steht unser Volk vor dem Untergang der Männer von Stalinqrad. Dreihundertdreissigtausend deutsche Männer hat die geniale Strategie des Weltkriegsgefreiten sinn- und verantwortungslos in Tod und Verderben gehetzt. Führer, wir danken dir!»); incluido también en Hinrieh Siefken (ed.). *Die Weisse Rose und ihre Flugblätter*, Manchester, 1994, 32. Este fue el sexto y último panfleto. El quinto, elaborado entre el 13 y el 29 de enero, se incluye (erróneamente fechado el 18 de febrero de 1943) junto a otros textos relacionados con la «Rosa Blanca» en Peter Steinbach y Johannes I'uchel (eds.), *Widerstand in Deutschland* 7943-7945. *Ein historisches Lesebuch*, Munich, 1994, 236-7 (trad. en N&P, IV.457) yse reproduce en facsímil en Siefken, *Die Weisse Rose und ihre Flugblätter*, 88-9 (véase 20-1 para la fecha). Véase también, J.P. Stern, « ! he White Rose», en Hinrich Siefken (ed.), *Die Weisse Rose. Student Resistance to National socialism* 7942-43. *Forschungsergebnisse und Erfahrungsberichte*, Nottingham, s.f. (1991), 11-36. <<

[385] Benz y Pehle, *Lexikon*, 318-19. <<

[386] Véase *JfZ*, ED 100, lrving-Samalung, Traudl Junge Memoirs, Fol.79: Hitler era la noche de la noticia de la caída de Stalingrado «un viejo cansado» *(ein müder alter Herr)* y el ambiente en el cuartel general le recordaba una visita a un cementerio un día lluvioso de noviembre. Véase también Irving, HW, 480. Según Speer, 264, después de la capitulación Hitler nunca volvió a mencionar Stalingrado. <<

[387] TBJG, II/7, 171 (23.1.43). <<

[388] Schroeder, 130; TBJG, II/7, 171 (23.1.43). <<

[389] Véase Irvijig, *HW*, 480. <<

[390] Below, 326. <<

[391] Below, 329-30. <<

[392] TBJG, II/7, 285 (8.2.43). <<

[393] TBJG, II/7, 293 (8.2.43). <<

[394] TBJG, II/7, 285-6 (8.2.43); también 287-8, 293-5. <<

[395] TBJG, II/7, 288-9 (8.2.43). <<

[396] TBJG, II/7, 287 (8.2.43). <<

[397] Below, 327. <<

[398] TBJG, II./7, 287 (8.2.43). <<

[399] TBJG, II/7, 291-2 (8.2.43). <<

[400] TBJG, II/7, 290-2, 294 (8.2.43). <<

[401] TBJG, II/7, 295-6 (8.2.43). <<

[402] TBJG, II/7, 295-7, (8-2.43). <<

[403] TBJG, II/7, 292 (8.2.43). <<

[404] TBJG, II/7, 296 (8.2.43). <<

[405] El discurso había sido pospuesto el 14 de marzo. RGBI, 1943 1, 137; Domarus, 1998. Hitler indicó al principio del mismo (Do manís, 1999) que el aplazamiento se había debido a una crisis en el frente este. Esta había concluido (temporalmente) con la reconquista el 14-15 de marzo de Járkov (que el Ejército Rojo había recuperado en febrero). KTB OKW, II/2, 209 (14.3.43), 214-15 (i5.3.43). <<

[406] TBJG, II/7, 593-4, 607, 611 (20.3.43). <<

[407] TBJG, II/7, 10 (20.3.43). <<

[408] Kershaw, «Hitler Myth», 196-7. La cifra probablemente pareciese demasiado pequeña porqué la mayoría de la gente la refundía con el total de bajas. Halder, en la última notificación de bajas en el frente este antes de que dejara el cargo, dio un total de muertos para el periodo comprendido entre el 22 de junio de 1941 y el 10 de septiembre de 1942 de 336.349, y un total de bajas (muertos, heridos y desaparecidos) de 1.637.280. Halder KTB, III.522 (15.9.42). La cifra de muertos que ofrecía Hitler en marzo de 1943 era, por tanto, menos peregrina de lo que pareció a su público. Muchos supusieron que se refería sólo a los muertos en el frente oriental, no en todos los escenarios de la guerra. Pero, de todos modos, el frente oriental aportaba una vasta mayoría de los muertos en combate. <<

[409] Kershaw, «Hitler Myth», 207-10. <<

[1] Iring Fetsdher, *Joseph Goebbels iw Berliner Sportpalast 1943. «Wollt ihr den totalen Krieg?»*, Hamburgo, 1998, 95, 98; Hofer, *Der Nationalsozialismus*, 251. El texto del discurso está incluido en Helmut Reiber (ed.), *Goebbels-Reden*, 2 vols.j Düsseldorf, 1971, 1972 (Vol.1:1932-1939; V0l.2: 1939-1945), II.17 2-208; y Fetscher, 63-98; y se analiza en Petscher, 104-22; y Günter Moltmann, «Goebbels Rede zum totalen Krieg am 18. Februar 1943», VfZ, 12 (1964), 13-43 (antecedentes del discurso, 13-29, análisis 30-43); trad. ingl., Gffmter Moltmann, «Goebbels' Speech on Total War, February 18, 1943», en Hajo Holborn (ed.), *Republic to Reich. The Makingof theNazi Revolution*, Vintage Bo- oks ed., Nueva York, 1973, 39-342. Véase también Reuth, *Goebbels*, 518s.S; Irving, *Goebbels*, 42iss. Fetscher, pt.II, ofrece un análisis exhaustivo de la recepción del discurso en el extranjero. <<

[2] Boelcke, *Wollt Ihr*, 445-6. Véase también, para los objetivos del discurso. Fetscher, 107-8. <<

[3] Boelcke, *Wollt Ihr*, 25. <<

[4] Para interpretaciones discrepantes, véase Moltmann, «Goebbels' Speech», 310-14; e Irving, HW, 421, 659 n.11. <<

[5] TBJG, II/7, 373 (19.2.43). <<

[6] Moltmann, «Goebbels’ Speech», 311,313-14; TBJG, II/7, 508 (9.3.43). <<

[7] Véase Masón, *Sozialpolitik*, cap.i. Moltmann, «Goebbels' Speech», 305, alude a la oposición de Göring a las medidas de la «guerra total» en 1942. <<

[8] Véase Stephen Sal te r, «The Mobilisation of German Labour, 1939-1945. A Contribution to the History of the Working dass in the Third Reich», tesis doctoral inédita, Oxford, 1983, 29-38, 48-56, 73-4, que destaca el interés por evitar la desmoralización y la tensión política en el frente interno; y Dörte Winkler, «Frauenarbeit versus Frauenideologie. Probleme der weiblichen Erwerbstätigkeit in Deutschland 1930-1945», *Archiv Jur Sozialgeschichte*, 17 (1977), 99-126, aquí 116-1 20, que admite lo de la desmoralización pero destaca el papel decisivo de las objeciones ideológicas de Hitler. <<

[9] Moltmann, «Goebbels' Speech», 306-7. <<

[10] Sobre los bloques de poder rivales de Sauckel y Speer, que se disputaban el control de la distribución de la mano de obra, véase Walter Naasner, *Neue Machtzentren in der deutschen Kiiegswirtschaß 1942-1945*, Boppard am Rhein, 1994, partes 1-2. <<

[11] TBJG. 11/7, 561 (16.3.43). <<

[12] Tenía capacidad para emitir directrices pero no decretos vinculantes y Hitler se reservó el derecho de decidir cuando se pusiesen objeciones a las directrices. Rebentisch, 516-17. <<

[13] TBJG, II/8, 521 (24.6.43). <<

[14] TBJG, II/8, 265 (10.5.43). <<

[15] Speer, 315. En realidad, Hitler parecía notablemente frío y práctico más que exteriormente amistoso hacia Eva Braun en las conversaciones telefónicas en la Wolfsschanze. Schulz, 90-1. <<

[16] Schroeder, 130. <<

[17] TBJG, II/8, 265 (10.5.43). <<

[18] Speer, 259. <<

[19] Moltmann, «Goebbels' Speech», 312; Hauner, *Hitler*, 181-7; Domarus, 1999-2002 (21.3.43), 2050-9 (8.11.43). <<

[20] Hauner, *Hitler*, 181-7. <<

[21] TBJG, II/9, 160 (25.7.43). <<

[22] Rebentisch, 463. <<

[23] *Monologe*, 221-2 (24.1.42); Rebentisch, 466 y n.295. <<

[24] Rebentisch, 466-70. <<

[25] Rebentisch, 470-2. <<

[26] Rebentisch, 473 y 11.318. Entre los demás planes fantásticos que barajaba Hitler figuraban grandes proyectos de reconstrucción para Berlín y Tinz. <<

[27] Rebentisch, 475. <<

[28] Rebentisch, 477. <<

[29] Steinert, 356. <<

[30] Speer, 234-5. <<

[31] Véase Oferte Winkler, *Frauenarbeit im Dritten Reich*, Hamburgo, 1977, 114-21, para la actitud de Hitler respecto el «trabajo femenino obligatorio» (*Frauendienstpjlicht)*. <<

[32] *IMG*, XXV.61,63-4, Doc. 016-PS (declaración de Sauckel de 20.4.42). <<

[33] Véase, para las cifras, *Sozialgeschichteliches Arbeitsbuch III. Materialien zur Statistik des Deutschen Reiches 1914-1943*, ed. Dietmar Petzina, Werner Abelshauser y Anselm Faust, Munich, 1978, 85. En 1944 los trabajadores extranjeros constituían el 26,5 por 100 del total de la mano de obra en Alemania y un 46 por 100 de ellos, como mínimo, trabajaban en la agricultura. Herbert, *Fremdarbeiter*, 270. <<

[34] Rebentiich, 478. <<

[35] Moll, 311 13; Michalka, *Das Dritte Reich*, II.294-5 (Doc. 169). Para las repercusiones del decreto, véase esp. Ludolf Herbst, *Der Totale Krieg und die Ordnung der Wirtschaft. Die Kriegswirtschaft im Spannungsfeld von Politik, 'Ideologie und Propaganda 11)39-1945*, Stuttgart, 1982, 207-31. <<

[36] Salter, «Mobilisation», 76-81; Stepheil Salter, «dass Harmony ordass Conflict? 1 he Industrial Working dass and the National Socialist Regime 1931945», eil Jeremy Noakes (ed.), *Government, Party, and People in Nazi Germany*, Exeier, 1980, 76-97, aquí 90-91; Winkler, «Frauenarbeit versus Frauenideologie», 118-20. <<

[37] Rebentisch, 478. <<

[38] Rebentisch, 479. <<

[39] Speer, 265. <<

[40] Speer, 266; Rebentisch, 480. <<

[41] Speer, 268; Rebentisch, 47g y n.332. <<

[42] Véase Rebentisch, 48iss. <<

[43] Speer, 270-1. <<

[44] TBJG, II/7, 444-5 (1.3.43); Speer, 272. <<

[45] TBJG, HI/7, 450 (2.3.43). <<

[46] TBJG, II/7, 452 (2.3.43). <<

[47] TBJG, II/7,452-3 (2.3.43). <<

[48] Speer, 270-1. <<

[49] TBfG, II/7, 452 (2.3.43). <<

[50] TBJG, II/7, 454 (2.3.43). <<

[51] TBJG, ÍI/7, 454 (2.3.43). <<

[52] TBJG. B/?’ 466 (2.3.43). Bl Gauleiter Carl Röver o bien (más probablemente) su sucesor como Gauleiter de Weser-Ems, Paul Wegener, había redactado en 1942 un informe crítico mordaz sobre el partido y la urgencia de su reforma (con resultados desdeñables). Véase Peterson, *Limits*, 25-6; y Orlow, II.352-5. <<

[53] TBJG, II/7, 456-7 (2.3.43). <<

[54] TBJG, II/7, 456-8 (2.3.43); Speer, 273, 275. <<

[55] Speer, 271. <<

[56] TBJG, II/8, 98 (12.4.43). <<

[57] TBJG, II./8, 521 (24.6.43). <<

[58] TBJG, H/7, 4o6 (2.3.43). <<

[59] Speer, 271 y 553 11.5. <<

[60] Rebentisch. 460, 498. La influencia de Bormann era ciertamente grande y seguía creciendo. Le proporcionaban una posición de poder única, sobre todo, su proximidad a Hitler y su control del acceso a él de otros (con importantes excepciones), y además su jefatura del partido. Pero en 1943 Lammers logró mantener la suya en su mayor parte y llegó a un acuerdo de trabajo con Bormann, en cuestiones relacionadas con la administración del estado. Más tarde su propio acceso a Hitler fue siendo progresivamente limitado por Bormann, cuyo poder alcanzaría el punto culminante en la última fase del Tercer Reich. Rebentisch, 459-63, 531. Pero ni siquiera entonces dispuso Bormann de poder independiente, sino que se mantuvo, en frase de Lammers, como «un intérprete veraz de las directrices de Adolf Hitler». Cit. Rebentisch, 83, n.182 (y véase también 498). <<

[61] Speer, 274; TBJG. II/7, 501-2 (9.3.43). <<

[62] TBJG, II/7, 503 (9.3.43); Speer, 275. <<

[63] TBJG, II/7, 505-6, 512 (9.3.43). <<

[64] TBJG, II/7, 507 (9.3.43). <<

[65] Speer, 275-6; TBJG, II/7, 516 (9.3.43). <<

[66] TBJG, II/7, 576-7 (18.3.43); Speer, 276. <<

[67] Rebentisch, 495. <<

[68] Speer, 278 (que asegura que se debió a la adicción a la morfina de Göring). Una revisión médica que le hicieron los estadounidenses en 1945 reveló su dependencia de la dihidrocodeína, cuyos efecto y nivel de adicción eran sólo una fracción de los de la morfina. Irving, *Göring*, 476. <<

[69] Irving, *Göring*, 383. <<

[70] Speer, 279. <<

[71] TBJG, II/9, 549-50 (21,9.43). <<

[72] Rebentisch, 482-3. <<

[73] Rebentisch, 483-4. <<

[74] Rebentisch, 485-6. <<

[75] Rebentisch, 486-7. <<

[76] Rebentisch, 489-90. Según un informe de Viena, de los 84.000 incluidos allí en la «acción de rastreo», los cierres habían proporcionado sólo 3.600 hombres, de los que sé>lo 384 fueron útiles para las fuerzas armadas. Rebentisch, 490. <<

[77] Véase Steinen, 332.SS. <<

[78] StA Würzburg, SD/13, informe del SD-Aussenstelle Bad kissingen, 22.4.43: »Das Ansehen der NSDAP wurde durch ein je) Einschaltung der Partei bei der Geschäftsschliessung und dem Arbeitseinsatz in der Provinz stark beeinträchtigt. Gerüchtweise verlautet, dass Vg. welche durch Schliessungen wie auch durch Verluste von Angehörigen heimgesucht wurden, I ührerbilder in ihrer Wohnung heruntergerissen und zertrümmert hätten». <<

[79] Para un breve bosquejo de la personalidad y la carrera de Weber, véase *München - Hauptstadt dir Bewegt mg*, ed. Münchner Stadtmuseum, 1993, 231-2. Weber es el tema de una novela-documental escrita con mucha perspicacia por Herbert Rosendorfer, *Die Nacht der Amazonen. Roman*, Munich, 1992. <<

[80] Todo lo anterior se basa en Rebentisch, 490-2. <<

[81] Guderian, 288. <<

[82] Véase Churchill, IV. cap.XXX- VIII para una descripción de la conferencia y 615 para la Sorpresa de Churchill. La sorpresa era un poco falsa. Como admitió Churchill y como mostraban las actas del gabinete de guerra del 20 de enero, había decidido ya antes de la Conferencia de Casablanca esa posición de exigir una «rendición incondicional». Para las implicaciones, a menudo exageradas, de la exigencia de «rendición incondicional», véase Gruch- mann, *Der Zweite Weltkrieg*, 342-4; Weinberg, III.482; *Oxford Companion*, 1174-6. <<

[83] Below, 330; y véase también 329, 339 para el repetido recurso de Hitler a la exigencia de «rendición incondicional» para reforzar su idea de que era inútil cualquier propuesta de capitulación o de buscar una paz negociada. Goebbels, por otra parte, no la mencionó en su discurso de la «guerra total» e hizo poco o ningún uso de ella en la orientación de la propaganda. Véase Gruchmann, *Dn Zweite Weltkrieg*, 344; Irving, HW, 47811.4. <<

[84] Below, 329; Manstein, 406-13; Gruehniann, *Der Zweite Weltkrieg*, 238. <<

[85] Guderian, 302. <<

[86] Eberhard Schwarz, *Die Stabilisierung* der Ostfront nach Stalingrad: Mansteins Gegenschlag zruischen Donez und Dnieper im Frühjahr 1943, *1981,325-6; Below, 330-1; Guderian, 302; Weinberg, III.457-9.* <<

[87] Below, 332. <<

[88] Warlimont, 312. <<

[89] TBJG, II/7, 593 (20.3.43). <<

[90] Guderian, 306. <<

[91] *Kriegstagebuch des Oberkommandos der Wehrmacht (Wehrtnach tfiih-rungsstab)*, Vol. III: I. enero 1943-31. diciembre 1943, ed. Walther Hubatscli, Frankfurt am Main, 1963 [=KTB OKW, III], pt.2, 1420-2 (Operationsbefehl n° 5, Weisung für die Kampfführung der nächsten Monate an der Ostfront vom 13.311943). Véase también Manstein, 443-6; y Weinberg, III.601. <<

[92] KTB OKW, III/2, 1425-8 (Operationsbefehl nº 6, Zitadelle, 15.4.43), cita 1425. <<

[93] Domarus, 2009; Manstein, 447. <<

[94] Guderian, 306. <<

[95] Para breves retratos de Model, véase Joachim Ludewig, «Walter Model - Hitlers bester Feldmarschall?», en Smelser y Sy- ring, 368-87; Samuel W. Mitcham, Jr. y Cieñe Mueller, «Generalfeldmarschall Walter Model», en *Ueberschär, Hitlers militärische Elite*, II. 153- 60; y Carlo D'Este, «Model», en Barnett, 318-33. <<

[96] Guderian, 306. <<

[97] Guderian, 308-9. <<

[98] Véase LB (Darmstadt), 197-8 (26.7.43). <<

[99] Timothy Mulligan, «Spies, Cyphers, and "Zitadelle''. Intelligence and the Battle of Kursk»,*JCIi*, 22 (1987), 235-60; Glantz y Rouse, 162-6. <<

[100] Warlimont, 308, 311. <<

[101] Warlimont, 307. <<

[102] Warlimont, 308-10. Hitler se daba cuenta de que Kesselring era «un colosal optimista» *(ein kolossaler optimista)* y que había que tener cuidado de no dejarse cegar por ese optimismo. IB (Darmstadt), 95-6 (20.5.43). <<

[103] Warlimont, 312. <<

[104] Below, 333-4. <<

[105] Eso le dijo Hitler a Goebbels casi un mes después. TBJG, II/8, 225 (7.5.43). Las reuniones en Klessheim se celebraron entre el 7 y el 10 de abril. Hauner, *Hitler*, 182-3. <<

[106] Schmidt, 563. <<

[107] TBJG, II/8, 225 (7.5.43). <<

[108] Eugen Dollmann, *Dolmetscher der Diktatoren*, Bayreuth, 1963, 35-7; véase también Irving, HW. 504-6. <<

[109] TBJG, II/7, 225 (7.5.43). <<

[110] Domarus, 2003-8. <<

[111] *Staatsmänner*, II.2 14-33, esp.2 17-24, 228-33 (citas 215, 233). <<

[112] *Staatsmänner*, II.234-63, cita 238. <<

[113] Nuremberg y Fürth estaban a unos siete kilómetros de distancia, en la región de la Franconia Media, y habían sido unidas en 1835 por la primera línea de ferrocarril de Alemania. La tradición de Nuremberg como una «Freie Reichstadt» (Ciudad Imperial Libre) en los tiempos del Sacro Imperio Romano Germánico, las virtudes «germánicas» asociadas a la ciudad a través de los «Meistersinger von Nürnberg» y, en la época nazi, su condición de la «Ciudad de las Concentraciones del Partido de todo el Reich» («Stadt dei Reichsparteitage») contribuyeron (junto con el clima de antisemitismo extremo fomentado por el Gauleiter acosa judíos Julius Streicher) a singularizarla para Hitler como una ciudad especialmente «alemana». Por el contrario, Fürth había tenido, hasta finales del siglo XIX, la población judía más numerosa de Baviera, llegando a ser para los nazis un ejemplo de «población judía». En realidad, en la época en que Hitler accedió al poder, la proporción de judíos en la población de Fürth (2 por 100) era poco mayor que la de Nuremberg (1,8 por 100). En 1939, las proporciones relativas habían disminuido al 1,0 y 0,6 por 100 respectivamente. Ophii/Wiesemann, 179,203. <<

[114] Hillgruber, *Staatsmänner*, II.256-7. <<

[115] TBJG, II/7, 515 (9.3.43). <<

[116] Hilberg, *Vernichtung*, 111. 1283-5; Fleming, *Hitler und die Endlösung*, 148-53; Gerald Reitlinger, *The Final Solution*, (1953) Sphere Books, 1971,534-5. <<

[117] Hilberg, *Destruction*, 323. Para el levantamiento, véase Yisrael Gutman, *The fetus ofWarsaiu 1939-1943. Ghetto, Underground, Revolt*, Londres, 1982, cap. 14. El que a los alemanes les costase tanto aplastar el levantamiento es indicativo, como muestra Gutman, de hasta qué punto las fuerzas alemanas de ocupación habían subestimado las actividades y la tenacidad del movimiento clandestino judío de resistencia del gueto. <<

[118] TBJG, II/8, 104 (44.4.43) . <<

[119] TBJG, II/S, 114-15 (17.4.43). Hitler hizo saber a Goebbels unos días después que quería hablar con él sobre el tratamiento futuro de la «cuestión judía», en el que tenía depositadas grandes esperanzas. II.8, 165 (25.4.43). Para la explotación por Goebbels de Katyn con propósitos propagandísticos, véase Bramsted, 330-2; Reuth, *Goebbels*, 526-7; y David Welch, *The Third Reich. Politics and Propaganda*, Londres, 1993, 112-13. Los informes de las matanzas realizadas por los bolcheviques tuvieron, sin embargo, el efecto de provocar comentarios sobre la matanza de los judíos por los alemanes. Véase la entrada del diario de Hassell, 365 (15.5.43), que indica que tenía conocimiento del gaseado de centenares de miles en cámaras especialmente construidas (Hallen). Y véase también Steinert, 255; Lawrence D. Stokes, «The German People and the Destruction of the European Jews», *Central European History*, 6 (1973), 167-91, aquí 186-87; Bankier, 109; Kershaw, *Popular Opinion*, 365-7; y Kulka, «Public opinion», 289 (para el elocuente informe de la Gauleitung de la Alta Silesia que indicaba la existencia de pintadas en la zona que comparaban Katyn con Auschwitz). <<

[120] TBJG, II/8, 235, 237 (y véase 229) (8.5.43). Hitler volvió en varias ocasiones a destacar el papel vital que debía tener la propaganda antisemita en conversaciones con Goebbels durante los días siguientes. TBJG, III/8, 261 (10.5.43), 297-90 (13.5.43). <<

[121] TBJG, II/8, 105 (14.4.43), 225 (7-0-43). <<

[122] TBJG, II/8, 236 (8.5.43). <<

[123] *Deutschland im Zweiten Weltkneg*, ed. Wolfgang Schutam et al., 5 vols., Berlín este, 1974-84, III.411-13. <<

[124] TBJG, II/8, 236, 238 (8.5.43). <<

[125] TBJG, II/8, 224 (7.5.43). <<

[126] TBJG, II/8, 229, 233-40 (8.5.43) . <<

[127] Warlimont, 313; Domarus, 2014; Weinberg, III.446; Gruchmann, Der Zürnte Weltkrieg, *221*. <<

[128] Karl Doenitz, *Memoirs. Ten Years and Twenty Days*, (1958), Nueva York, 1997, 299SS, 342SS; Thomas, 218, 226-7. Pero Dönitz cambiaría de opinión en lo de desechar los acorazados al ocupar el cargo y conseguiría convencer a Hitler de que los conservara. Doenitz, 371SS; Thomas, 227. <<

[129] TBJG, II/7 239 (8.543). <<

[130] Lagevorträge, 510 (5.6.43). «Niederschrift über die Besprechung des Ob.d.M. beim Führer as 31.5.43 auf dem Berghof». <<

[131] Doenitz, 341; S.W. Roskill, *The War at Sea*, 3 vols., Londres, 1954, 1956, i960, ii.470; Thomas, 230-1. <<

[132] Winston S. Churchill, *The Second World War*, volumen V, *Closing the Ring*, Londres etc., 1952, 6-10; Overy, *Why the Allies Won*, 50-9; *Oxford Companion*, 68-9, 1168-9. <<

[133] Weinberg, III.594. <<

[134] Warlimont, 317-19. <<

[135] LB (Darmstadt), 97-8 (20.5.43). <<

[136] LB (Darmstadt), 100-1. <<

[137] LB (Darmstadt), 104-6. <<

[138] Warlimont, 331. <<

[139] TBJG, IIIS, 300 (15.5.43), 3i4 (17.5.43), 337 (21.5.43), 351 (23.5.43). <<

[140] Below, 339. <<

[141] TBJG, II,18,492-8 (19.(5.43). <<

[142] Kershaw, «Hitler Myth», 202-3. <<

[143] TBJG, ÍI/8, 527-8 (25.6.43). Hitler, tal como había dicho antes en una ocasión, pensaba que no estaba tan mal que se hubiesen destruido los barrios pobres de las ciudades. La mayoría de las ciudades industriales habían sido mal trazadas y mal construidas. Los ataques aéreos ingleses brindaban la posibilidad de grandiosos planes de reconstrucción después de la guerra. <<

[144] TBJG, II/8, 533 (25.6.43). <<

[145] TBJG, II/8, 2Q1 (13.5.43). <<

[146] TBJG, II/8, 287 (13.5.43). <<

[147] TBJG, II/8, 288 (13-5-43). <<

[148] TBJG, II/8, 288 (13.5.43). <<

[149] TBJG, II/8, 290 (13-5-43). <<

[150] The Stroop Report, *The Jewish Qarter of Warsaw Is No More. A facsímile edition and translation of the official Nazi report on the destruction of the Warsaw Ghetto*, introd. de Andrzej VVirtli, (i960), Londres, 1980, (sin paginar), entrada del 16 de mayo de 1.943. <<

[151] Broszat, Nationalsozialistische Polenpolitik. 164-71, Madajczyk, Okkupationspolitik, 422- 8; Irving, HW, 528-9. Hitler expresó en varias ocasiones su descontento con Frank y pensó en sustituirlo por Greiser. Pero, como tantas veces, no tomó ninguna decisión y señaló finalmente que la tarea de Frank en el Gobierno General era tan difícil que nadie podía hacerla bien. Véase TBJG, II/ 18, 226 (7.5.43), 251 (9.5.43), 535 (25.6.43). <<

[152] HZ. MA 316, Frames 2615096-8, «Vortrag beim Führer am 19.6.1943 auf dem Obersalzberg: “Bandenkampf und Sicherheitslage”», cita Frame 2615097; Fleming, *Hitler und die Endlösung*, 33. Que la sugerencia procedía de Hitler lo apoya la formulación similar en su carta a Hans Frank de unas semanas antes, del 26 de marzo, en la que escribía: «La evacuación también de los últimos 250.000 judíos, que provocará sin duda agitación durante unas semanas, debe completarse lo antes posible pese a todas las dificultades. IfZ, MA 330, Frames 2654157-8, «Einladung des Generalgouverneurs an den Reichsführer-SS Heinrich Himmler zu Besprechung», 26.5.43; 265, 162-3, Antwortschreiben Himmlers, 26.5.43 (cita,, 2654162: «Die Evakuierung auch der letzten 250.000 Juden, die für Wochen noch ohlne Zweifel Unruhe hervorrufen wird, muss trotz aller Schwierigkeiten so rasch wie möglich vollzogen werden»). <<

[153] Schirach, 288; TBJG, II/8, 265 (10.5.43), 458 (li ó.43). <<

[154] Schirach, 289. <<

[155] Schirach, 290-1. <<

[156] Schirach, 291-2. <<

[157] Schirach, 292-4; también *Monologe*, 403-6, para una versión suavizada; TBJG, II/8, 538-41 (25.6.43), que describe a Frau von Schirach comportándose como una «pavisosa (*dumme Pute*)»; Hoffmann, *Hitler was my Friend*, 190-1; Below, 340 (que no menciona el incidente de las mujeres judías), Henriette von Schirach, *Der Preis der Herrlichkeit. Erlebte Zeitgeschichte*, (1956) Munich-Berlin, 1975, 8-10. <<

[158] Guderian, 310. <<

[159] Guderian, 311. <<

[160] Warlimont, 333-4. <<

[161] TBJG, II/8, 531-2 (25.6.43). <<

[162] Domarus, 2021; véase también Irving, HW, 532-3. <<

[163] Below, 340. <<

[164] Véase I.B (Stuttgart), 269-75, 297-8, 309-12, 338-40, 364-8 (sesiones informativas de mediodía y de noche, 25.7.43), donde se ve claramente que las cifras de la producción de tanques eran más bajas que las que había esperado Hitler; Guderian, 306-9; Manstein, 448-9; Earl F. Ziemke, *Stalmgrad to Berlin: The German Defeat in the East*, Washington, 1968, 130-2, 135-73; John Erickson, *The Road to Berlín*, Boulder, Colorado, 1983, 86, 97SS, 135; Enst Klink, *Das Gesetz des Handelns: Die Operation «Zitadelle» 1943*, Stuttgart, 1966, 140-4, 196; Weinberg, III.601-3; Gruchmann, *Der Ziueite Weltkrieg*, 239; Overy, *Why the Allies Won*, 86- 97; Overy, *Russia's War*, cap.7, esp.203-12; Glantzy House, 166-7; Irving, HW, 533. Las versiones de la batalla varían en cuanto al número de tanques que participaron en ella. Ziemke, 101, da 4.000 soviéticos y 3.000 alemanes. DZW, III.545, cifra el número de tanques soviéticos en 2.700; véase también Erickson, *Stalingrad to Berlin*, 5; V Klink, 205. <<

[165] Guderian, 311; y véase Manstein, 448. <<

[166] Below, 341; Manstein, 448-9; Weinberg, III.603. <<

[167] Gudeiian, 312. <<

[168] Warlimont, 334. <<

[169] Below, 341; Warlimont, 335-8; Weinberg, III.594; Irving, HW, 534-5; *Oxford Gompanum*, 1001-3. Mussolini, mirando hacia atrás en 1944, destacaba la desmoralización de las tropas italianas en Sicilia antes del desembarco de los Aliados. Benito Mussolini, *My Rise and Fall* (1948) Nueva York, 1998, dos vals, en uno, II.25. <<

[170] Warlimont, 336-7. <<

[171] *Staatsmänner*, II.287-300; Hans Baur. *Ich flog Mächtige der Erde*, Kempten, 1956, 245-6; Warlimont, 339. <<

[172] Basado en: *Staatsmänner*, II.286-300; IfZ, ED 100, Irving-Sammlung, *Hitler-Dokumentation* (1943), extractos del diario de Mussolini, Auswärtiges Ait, Serial 715/263729-32, 263755-8 (en italiano, y en traducción alemana); Mussolini, II.49-51; Irving, HW, 541-2; Denis Rack Smith, *Mussolini*, Baladin, Londres, 1985, 341-2; Warlimont, 33940; Schmidt, 340; Domarus,' 2022-3. <<

[173] HZ, MA 460, Frames 2567178-81. Himmler fue informado el 19 de julio y telegrafió a Bormann sin dilación. Véase también Irving, HW, 543; y Meir Michaelis, *Mussolini and the Jeius. (retinan Italian Relations and the Jewish Question in Italy 1922-1945*, Oxford, 1978, 339- 40. <<

[174] LB (Darmstadt), 148 y n.207 (25.7.43); TBJG, II/9, 157 (25.7.43): Below, 342. <<

[175] Mussolini, II.55-67; Rack Smith, 342-5; Domarus, 2023 y 11.250. Véase también Hans Woller, *Die Abrechnung mit dem Faschismus in Italien 1943 bis 1948*, Munich, 1996, 9-35. <<

[176] Mussolini, II.68-81; Mack Smith, 346-9. <<

[177] LB (Darmstadt), 148-9. El extremista Roberto Farinacci era sólo una de las fuerzas que había detrás de la convocatoria del Consejo. La facción agrupada en torno a Dino Grandi, más moderado, se proponía utilizar la reunión para preparar el camino para poner fin a la participación italiana en la guerra. Véase LB (Darmstadt), 148 n.207 (25.7.43); Mack Smith, 344. <<

[178] LB (Darmstadt), 153 (25.7.43). <<

[179] LB (Darmstadt), 156-7, 160. <<

[180] LB (Darmstadt), 149-50, 158. <<

[181] LB (Darmstadt), 160. <<

[182] LB (Darmstadt), 159-61. <<

[183] TBJG, II/9, 166 (26.7.43). <<

[184] TBJG, II/9, 169 (27.7.43). <<

[185] LB (Darmstadt), 168-70 (26.7.43). <<

[186] TBJG, II/9, 169 (27.7.43). <<

[187] LB (Darmstadt), 171 (26.7.43). <<

[188] TBJG, II/9, 174 (27-7-43). <<

[189] MadR, XIV, 55602 (2.8.43). <<

[190] TBJG, II/9, 169-74 (7.7.43). <<

[191] LB (Darmstadt), LB, 173-96 (26.7.43). <<

[192] LB (Darmstadt), LB, 206 (26.7.43). <<

[193] TBJG, II/9, 177 (27.7.43), ’ 185 (28.7.43). <<

[194] TBJG, II/9, 179-80, (27.7.43). <<

[195] TBJG, II/9, 185 (27.7.43). <<

[196] Warlimont, 373. <<

[197] Warlimont, 373; Irving, HW, 550. <<

[198] Domarus, 2026. *La voluntad de poder (Der Wille zur Macht)* era el título de la obra que quedó inconclusa tras la muerte de Nietzsche y que pretendía ser una exposición sistemática de su filosofía. <<

[199] LB (Darmstadt), LB, 133 n.179; Broszat-Frei, 278; Weinberg, III.616; Churchill, V.459-60; Martin Middlebrook, *The fíattle of Hamburg: Allied BomberForces against a German City in 1943*, Nueva York, 1981, 252SS, para testimonios de ciudadanos de Hamburgo, 322SS para una valoración del ataque. Para la opinión popular y los problemas con que se enfrentaba la maquinaria de propaganda, véase Gerald Kirwin, «Allied Bombing and Nazi Domestic Propaganda», *European History (¿uarterly*, 15 (1985), 341-62 aquí 350-1. <<

[200] LB (Darmstadt), LB, 136 (25.7.43). <<

[201] MadR. XIV.5562-3 (2.8.43). <<

[202] Speer, 296. <<

[203] TBJG, II/9, 205-6 (2.8.43). <<

[204] TBJG, II/9, 229 (6.8.43). <<

[205] Warlimont, 375-7, 379; *Oxford Companion*, 1001, 1003. <<

[206] En realidad, tras rechazar a Kesselring por su escasa fama, comparada con la de Rommel, Hitler acabó pasando a preferir, en el otoño, el optimismo del primero y le entregó el mando general en Italia. LB (Darmstadt), 186 (26.7.43) y n. 258; Warlimont, 386. <<

[207] Warlimont, 374-8; Irving; HW, 554-5, 559-60. <<

[208] TBJG, II/8, 535 (25.6.43). <<

[209] Himmler había visto a Hitler y a Bormann con desusada frecuencia desde el día siguiente a la caída de Mussolini hasta su nombramiento como ministro del interior del Reich. Hitler había decidido sobre ese nombramiento como muy tarde el 16 de agosto, cuando Lammers empezó a preparar los documentos para un cambio de ministro. Aunque la caída de Frick hacía meses que parecía inevitable (la impedía sólo la notoria oposición de Hitler por razones de prestigio a hacer cambios de personal en los escalones superiores del régimen) el nombramiento de Himmler fue claramente una reacción improvisada a la potencial amenaza interna en Alemania a raíz de la crisis de Italia. Goebbels y Bormann habían albergado los dos pretensiones de suceden a Frick. Es evidente que el factor determinante en favor de Himmler no fue administrativo (hizo pocos cambios en esa esfera) sino de control sobre los instrumentos de represión. Para las circunstancias del nombramiento de Himmler, véase esp. Birgit Schulze, «Himmler als Reichsinnenminister», trabajo inédito, Ruhr-Universität Bochum, 1981, 16-23; también Rebentisch, 499-500, Jane Caplan, *Government without Administration. State and Civil Service in Weimar and Nazi Germany*, Oxford, 1988, 318-19; Peter Diehl- fhiele, *Partei und Staat im Dritten Reich. Untersuchungen zum Verhältnis von NSDAP und allgemeiner innerer Staatsverwaltung*, Munich, 1971[2], 196-7. <<

[210] Domarus, 2028-9. <<

[211] TBJG, II/9, 458 (10.9.43); Irving, HW, 561. <<

[212] Manstein, 458-67-, Below, 346, Domarus, 2029, 2032-3, Irving, UW, 562-3. <<

[213] Below, 346, TUG, II/9, 449-50 (9.9.43), 457 (10.9.41). <<

[214] A Goebbels le llamó por teléfono Hitler antes de las siete de la tarde, una hora después de que la BBC emitiera la noticia de la capitulación, y le dijo que acudiera esa misma noche al cuartel general del Führer. Los planes de ir hasta allí en avión quedaron descartados por la densa niebla (había estado lloviendo todo el día) así que había salido hacia Pmsia oriental a las 21:20, en el tren nocturno. TBJG, II/9, 449-50, 454 (10.9.43), 455» 457. <<

[215] TBJG, II/9, 455-6 110.9.43). <<

[216] TBJG, II/9, 458; Warlimont, 380, Irving, HW. 564. <<

[217] FBJG, II/9, 460 (10.9.43). <<

[218] Warlimont, 381; Below, 346; Weinberg, III.599; *Oxford Companion*, 573, 588. <<

[219] Véase TBJG, II/9, 456 (10.9.43). <<

[220] Irving, FTW, 567-8. <<

[221] Below, 347, qu dice que Hitler descartó por completo cualquier acuerdo con las potencias occidentales; TBJG, II/9, 464, donde se menciona su preferencia por tantear a Inglaterra, 466-7 (10.9.43); véase también 566 (23.9.43). Para el posible interés soviético por una paz separada en ese periodo, véase Weinberg, III.609-11. <<

[222] Domarus, 2034-9. <<

[223] Goebbels estaba encantado con sus efectos. TBJG, 489-90, 493-4 (12.9.43), 499 (t 3-9-43); para el seguimiento del SD, véase Kershaw, «Hitler Myth», 211. <<

[224] TBJG, II./9, 468, 473, 475, 483-4, 485-7 (10.9.43), <<

[225] Warlimont, 385-6; TBJG, II/9, 460-1, 464-5 (10.9.43). <<

[226] TBJG, II.9, 500-1 (13.9.43); Below. 346-7, Otto Skorzeny, *Geheimkommando Skorzeny*, Hamburgo, 1950, 135-51. <<

[227] TBJG, II/9, 567-8 (23.9.43). <<

[228] Below, 347. <<

[229] Mack Smith, 350-8, Woher, 45SS. <<

[230] TBJG, II/9, 561, 563, 565-7 (23.9.43). <<

[231] Warlimont, 388; Weinberg, III.606, Irving, HW, 565-7; Glantz y House; 172-3. Manstein, 450-86, esboza el avance soviético y la acción de retaguardia alemana desde su perspectiva. <<

[232] Manstein, 486-7; y véase Irving, HW, 578-9, <<

[233] Weinberg, III.605-7 (para los acontecimientos militares anteriores). <<

[234] IMG, XXXIIII.68-9, Doc. 4024-PS, informe de Goblocnik a Himmler de 4.11.43. Véase también Leon Pohakov y Josef Wulf, *Das Dritte Reich und die Juden, Dokumente und Aufsätze*, 2- ed., Berlin. 1955, 44-5; Hilberg, *Vernichtung*, III. 1299; Fleming, *Hitler und die Endlösung*, y 11.132. <<

[235] LeniYahil, *The Rescue of Danish Jewry. Test of a Democracy*, Filadelfia, 1969, 285SS; Herbert, *Best*, 363-4, 367; Ulrich Herbert. «Die deutsche Besatzungspolitik in Dänemark in 2. Weltkrieg und die Rettung der dänischen Juden», *Tel AviverJahrbuch für deutsche Geschichte*, 23 (1994), 93-114; Hilberg, *Vernichtung*, II.586- 96, Longerich, *Politik* 555- 60. <<

[236] Michaelis, 360-70; Hilberg, *Vernichtung*, II.714-15; John Cormvell, *Hitlers Pope. The Secret History of Pius XII*, Londres, 1999, 298- 318. Odilo Globocnik, que había organizado la «Acción Reinhardt» en el Gobierno General, había sido nombrado jefe superior de la policía y de las SS en Austria a finales de agosto. Habían ido con él algunos de los principales especialistas en gaseado, que habían figurado antes en la «acción de eutanasia» T4. Parece, pues, que la intención era crear una unidad de exterminio para los judíos italianos. N&P, III. 11(58. Para reflexiones sobre la distinta actitud de italianos y alemanes hacia los judíos, véase Jonathan Steinberg, *All or Nothing. The Axis and the Holocaust iyji-43*, Londres- Nueva York, 1991, 168-80, *22041*. <<

[237] IMG, XXIX. 145-6, Doc.908; trad., algo enmendada, N&P, III. 1199- 1200; extracto parcial, Michalka, *Das Dritte Reich*, II,256- 7. <<

[238] Fleming, *Hitler und die Endlösung*, 73-4. <<

[239] TBJG, II/10, 72 (7.10.43). <<

[240] Smith y Peterson, *Himmler. Geheimreden*, 169 (texto completo del discurso, 162-83; texto mecanografiado, BDC, 0.238 1 H. Himmler; notas manuscritas, BDC, 0-238 I - H. Himmler); Fleming, *Hitler und die Endlösung*, 74-5. <<

[241] Irving, HW, 575-6. <<

[242] Domarus, 2045. <<

[243] Domarus, 2050-9. El discurso se grabó para su transmisión radiofónica esa noche. Hitler había escrito un texto de la primera sección, pero improvisó gran parte de la segunda. Esto exigió que Goebbels, con permiso de Hitler, cortase algunas formulaciones un poco torpes en la versión radiada. TBJG, II/10, 262 (9.11.43). <<

[244] Broszat-Frei, 278. <<

[245] Kershaw, «Hitler Myth», 211-13. <<

[246] Domarus, 2054-5. <<

[247] Weisungen, 270. <<

[248] LB (Darmstadt), 218-19 (20.12.43). <<

[1] Domarus, 2073 (texto de la Proclama, 2071-4). <<

[2] Domarus, 2075 (texto del Mando Diario, 2074-6). <<

[3] Domarus, 2076. <<

[4] Speer se refiere en una serie de breves reflexiones sobre dirigentes nazis que escribió en cautividad inmediatamente después del final de la guerra, a la creciente insistencia de Hitler en el «Destino», que atribuía a su exceso maníaco de trabajo y a la pérdida de capacidad para distanciarse de los acontecimientos y pensar libremente. *Speer Papers*, AR/II, BI. 13. He de dar las gracias a Gitta Sereny por permitirme acceder a material que se hallaba en posesión suya. <<

[5] TBJG, II/12, 421 (7.6.44). <<

[6] Esta era la opinión de Albert Speer inmediatamente después de la guerra, que escribió que Hitler se mantuvo interiormente «convencido de su misión» («von seiner Mission … überzeugt») y de que no se podía perder la guerra. *Speer Papers*, AH/1I, BI.14. Below, 361, sin embargo, se preguntaba si el excesivo optimismo de Hitler respondía a sus verdaderos sentimientos. Que Hitler no albergaba ninguna clase de ilusiones respecto al desenlace de la guerra a partir del otoño de 1942 lo sostiene con vigorosos argumentos, en un artículo inédito que puso a mi disposición amablemente, Bernd Wegner, «Hitler, der Zweite Weltkrieg und die Choreographie des Untergangs». <<

[7] *Speer Papers*, AFI/II, BI. 1-11. <<

[8] Véase, entre numerosos testimonios de esto, TBJG, II/13, M^2 (23.7.44). El propio Goebbels pensaba que Hitler se había hecho viejo y que daba una impresión de fragilidad. <<

[9] Kriegstagebuch des Oberkommandos der Wehrmacht (Wehrmachtführungsstab), BD.IV: I.Januar 1944-22.Mai 1945, ed. Percy Ernst Schramm, Frankfurt am Main, 1961, [= KTB OKW. IV], pt.2, 1701-2. Aunque la descripción de Schramm data de varios meses después, índica que el deterioro de la apariencia de Hitler había continuado acentuándose. Para una descripción similar, de Werner Best, referente al 30 de diciembre de 1943, véase Ernst Günther Schenck, *Patient Hitler. Eine medizinische Biographie*, Düsseldorf, 1989, 3901. <<

[10] Schenck, 190-215; Irving, *Doctor;* 66ss, 259-70; Pritz Redlich, *Hitler. Diagnosis of a Destructive Prophet*, Nueva Yoik-Oxford, 1999, 237- 54, 358-62. <<

[11] Redlich, 224-5. <<

[12] Ellen Gibbels, «Hitlers Nervenkrankheit. Eine neurologisch-psychiatrische Studie», VI/., 42 (1994), 155-220; también Redlich, 232-3; Schenk, 426-38. <<

[13] Redlich, 276. <<

[14] *Speer Papers*, AH/Schl., Bl.2, para la visión de Hitler como un «fenómeno demoníaco» («in seiner dämonischen Erscheinung»), y «uno de los fenómenos naturales históricos» («eines dieser immer unerklärlichen geschichtlichen Naturereignisse»). <<

[15] Después de pasar las primeras semanas del año en la «(marida del Lobo», se fue al Berghof, donde permaneció, con soló uno o dos rifas de ausencia, hasta que abandonó el lugar para siempre el 14 de julio de 1944. Regresó entonces a la «(marida del Lobo», donde permaneció hasta su marcha definitiva el 20 de noviembre. Tras una estancia de tres semanas en Berlín, se trasladó el 10 de diciembre a su cuartel general de campaña del oeste, el Adlerhorst (Nido de águila), que se había construido en 1939-40 en Ziegenberg, cerca de Bad Nauheim, donde supervisó la ofensiva de las Aredenas y permaneció hasta enero de 1945. Hauner, *Hitler*, 187-95; *Das Grosse Lexikon des Zweiten Weltkriegs*, ed. Christian Zentner y Friedemann Bedürftig, Munich, 1988, 13, 204. <<

[16] Hitler, que sólo dos días antes había proclamado que tenía intención de pronunciar el discurso, estaba, según Goebbels, en buena forma. El ministro de propaganda creía que le convencería para que permitiese hacer una versión radiada de él. pero es evidente que no lo consiguió. TBJG, II/11, 332, 347-8 (23.2.44, 25.2.44). No hubo tampoco una reseña, m siquiera 1111 anuncio del discurso, en el *VB*. Tb Reuth, v. 1994,11.38. Pero Domarus, 2088-9, se equivoca al pensar que Hitler había prescindido por completo del acontecimiento ese año.
<<

[17] GStA Munich. NLA. 106695, informe del Regierungspräsident de Oberbayern, 7 agosto de 1944: «Lieber ein Ende mit Schrecken als ein Schrecken ohne Ende!». <<

[18] Estos eran, por ejemplo, los sentimientos de Jodl cuando se dirigió a un grupo de Gauleiter en febrero en Munich. TBJG, II/1 1, 345-6 (25.2.44). Goebbels siguió en una vena parecida en una reunión jefes de propaganda en Berlín unos cuantos días después. Tb Reuth, v. 1996, 11.41. <<

[19] Below, 357. <<

[20] Below, 352. <<

[21] Below, 357. <<

[22] «Freies Deutschland», creada en septiembre de 1943, se fundió con las organizaciones «Nationalkomitee “Freies Deutschland’” (NKFD), que habían creado en julio de 1943 las autoridades soviéticas y que estaba formada principalmente por prisioneros de guerra y emigrados comunistas alemanes, y la «Bund Deutscher Offiziere» (Federación de oficiales alemanes), dirigida por el general Walter von Seyditzl-Kurzbach (uno de los comandantes superiores del 6° ejército que había sido capturado con Paulus en Stalingrado). Benz, Grazl y Weiss, *Enzyklopädie*, 408, 596-7. <<

[23] Véase Waldemar Besson, «Zur Geschichte des nationalsozialistischen Führugsof- íiziers (NSFO)», VfZ, 9 (1961), 76-116; Gerhard L. Weinberg, «Adolf Hitler und der NS-Führungsoffizier (NSFO)», VfZ, 12 (1964), 443-56; Volker R. Bergbahn, «NSDAP und "gestige führung” der Wehrmacht 1939-1943», VfZ, 17 (1969), 1,7-71; y Messerschmidt, 441SS. Para la orden de Hitler de 22.12.43, Below, 356. La tarea de crear un cuerpo de oficiales superiores nacionalsocialistas se encomendó al general Hermann Reineeke. Su misión consistía en difundir la adhesión a la ideología nacionalsocialista por medio de conferencias y adoctrinamiento. A finales de 1944, había unos 1.100 «oficiales superiores» a tiempo completo y 47.000 a tiempo parcial, la mayoría de ellos en la reserva. Benz, Grail, y Weiss, *Enzyklopädie*, 608. <<

[24] Manstein, 5003, cita 503; Domarus, 2076-7. <<

[25] Manstein, 504. <<

[26] Manstein, 505; Domarus, 2077. <<

[27] Guderian, 326-7, cita 327. <<

[28] Irving, *Hitler’s Doctor*, 126, menciona unos 105 generales presentes basándose en el diario de Morell. <<

[29] IíZ. F19/3, «Ansprache des Führers an die Feldmarschälle und Generale am 27.1.1944 in der Wolfssechanze», 56-7 (para nuevos submarinos); cita, 63 (« … dass niemals auch nur der leiseste Gedanke einer Kapitulation kommen kann, ganz gleich, was auch geschehen möge») Irving, HW, 598; IfZ, ED 100, Ii ving-Saazlung, Hitler-Dokumentation (1944), extracto de Nachlass von Salmuth (sin fecha, pero del 27.3.46, según Irving, HW, 881); atmósfera fría: Manstein, 511; TBJG, II/11, 368 (29.2.44), informe de Schmundt a Goebbels. <<

[30] IfZ, F 1.9/3, Ansprache des Führers an die Feldaarschälle und Generale am 27.1.1944 in der Wolfsschanze», 48 («In der letzten Konsequenz müsste ich, wenn ich als oberster Führer jemals verlassen sein würde, als Letztes um mich das gesamte Offizierkorps haben, das müsste dann mit gezogenen) Degen um mich geschart stehen […]»); la formulación es distinta (errónea) en Mans- tein, 511, y Domarus, 2080 (basado en Línge), y 1 Vaud 1 Junge, memorias inéditas, IfZ, ED 100, Irving-Sammlung, Fol. 106. <<

[31] IfZ, Flg/3, Ansprache des Führers an die Feldmarschälle und Generale as 27.1.1944 in der Wolfsschanzel, 49 («So wird es auch sein, mein Führer!»); Manstein, 511 (con redacción algo distinta, tanto en el comentario de Hitler como en su interjección) <<

[32] IfZ, F19/3, Ansprache des Führers an die Feldmarschälle und Generale as 27.1.1944 in der Wolfsschanze», 49 («Das ist schön! Wenn das so sein wird, dann werden wir diesen Krieg nie verlieren können, niemals, da kann sein, was sein will. Denn die Nation wird dann mit der Kraft in den Krieg gehen, die notwendig ist. Ich nehme das sehr gern znr Kenntnis, Feldmarschall von Manstein!»). Manstein, 512, cita una versión inexacta de las palabras de Hitler, y afirma que este dio luego por terminado un poco abruptamente su discurso. En realidad, por entonces, aún faltaba casi una quinta parte de él. <<

[33] Goebbels no se sintió inclinado a tomarse en serio el incidente cuando se enteró. TBJG, II/11, 249 (6.2.44). Cambió de opinión al cabo de unas semanas, después de que Schmundt le explicase lo que había pasado, aludiendo entonces a la «interjección estúpida» *(blöder Zwischenruf)* de Manstein, dicha «de una forma bastante provocadora» *(in ziemlich provozierender Fonn)*. Schmundt recordaba que la reunión se había celebrado en una atmósfera glacial *(in einer eisigen Kühle)*. Goebbels indicaba que la relación de Hitler con sus generales estaba «un tanto envenenada» *(etwas vergiftet)*. IßJG, II/11, 368 (29.2.44). <<

[34] Manstein, 512. <<

[35] Below, 360. <<

[36] Manstein, 510-11. <<

[37] Manstein, 512. <<

[38] Véase Irving, HW, 881 nota, del diario de Schmundt, donde la interrupción y las tensiones se relacionaban con la destitución de Manstein. <<

[39] TBJG, II/1 1, 205-6, 208 (31.1.44). <<

[40] Dornarus, 2082-6. <<

[41] TBJG, II/11, 273-4 (10.2.44). <<

[42] MadR, 16, 6299 (4.2.44). <<

[43] El 21 de diciembre, Hitler había nombrado a Goebbels jefe de la recién fundada Reichsinspektion der zivilen Luftkriegsmassnahmen (Inspección del Reich de medidas civiles para la guerra aérea). Moll, 380. <<

[44] TBJG, II/11, 401 (4.3.44). <<

[45] TBJG, II/11,402 (4.3.44). <<

[46] TBJG, II/12, 406-7 (6.6.44). <<

[47] Speer, 3,72; Irving, HW$_{r}$531. <<

[48] Below, 363-4. <<

[49] TBJG, II/12, 354-5 (24.5.44). <<

[50] Speer, 374-8, cita 377. <<

[51] TBJG, II/1 r, 247 (6.2.44). <<

[52] Speer, 378; Heinz Dieter Ilölsken, *Die V-Waffen. Entstehung-Propaganda-Kriegseinsatz*, Stuttgart, 1984, 142. <<

[53] Irving, HW, 609. <<

[54] TBJG, II/11, 247 (6.2.44). Jodl explicó a los Gauleiter, ese mismo mes pero más tarde, que las represalias se iniciarían por fin a mediados de abril. TBJG, II/11, 347 (25.2.44). <<

[55] Irving, 609. <<

[56] Below, 363. <<

[57] Below, 363; véase Peter Hoffmann, *Hitlers Personal Security.* Londres, 1979, 229-32, 241- 4. <<

[58] Hauner, 188; Irving, HW, 607; Hitler sale en los dos el 23 de febrero, pero el diario de Morell dice que cogió el tren la noche del 22 de febrero. Irving, *Hitlers Doctor*, 129. TBJG, II/11, 332 (23.3.44), para la notificación de Hitler de que hablaría en Munich. Goebbels, al referirse a la intención de Hitler de ir a Munich, exponía una crítica implícita en las lineas siguientes de su entrada del diario al indicar que sería bueno que el Führer fuese a visitar Berlín u otra ciudad que hubiese sufrido el bombardeo. No había visitado hasta entonces ni una sola ciudad bombardeada y «eso no puede mantenerse a la larga». <<

[59] Schenck, 352, 391; Irving, *Hitlers Doctor*, 128-9; Redlich, 346; TWJG, II/11, 297 (16.2.44). <<

[60] Irving, *Hithrs Doctor*, 131-2; Redlich, 228-9, 346; Schenck, 308.
<<

[61] Irving, *Hitler's Doctor*, 131; Redlich, 346; Schenck, 382s.S. <<

[62] TBJG, JI/11, 346-7 (25.2.44). <<

[63] TBJG, II/11, 347-8 (25.2.44). <<

[64] Irving, *Hitlers Doctor*, 129; TBJG, II/11, 849 (25.2.44). <<

[65] TBJG, II/11, 408-9 (4.3.44); Irving, *Hitlers Doctor*, 129; Irving, HW, 608. Para la construcción de los pasadizos subterráneos, véase Josef Geiss, *Obersalzberg. The History of a Mountain*, Berchtesgaden, s.f. (1955), 147-56, y Manisch, 35. En 1944, los servicios secretos ingleses habían conseguido acumular un conocimiento bastante detallado de la distribución del Berghof, con la intención de planear un posible intento de asesinato de Hitler allí. *Operation Foxley: The British Plan to Kill Hitler*, Londres, 1998, 8yss (para las medidas de seguridad), 100-1 (para los refugios antiaéreos). <<

[66] TBJG, II/i 1, 389 (3.3.44). <<

[67] Hauner, Hitler, 194. El armisticio entre Finlandia y los aliados se formalizó el 19 de septiembre: las tropas alemanas tenían que abandonar Finlandia en el plazo de dos semanas. <<

[68] TBJG, II/II, 397-8 (4.3.44). <<

[69] El desembarco anfibio había cogido por sorpresa a las fuerzas alemanas. Pero los comandantes aliados no habían aprovechado la oportunidad para avanzar y la consolidación de su posición concedió a Kesselring tiempo para conseguir que rodeasen el perímetro aliado no menos de seis divisiones. Los combates encarnizados continuaron a lo largo de febrero y hasta la primavera no consiguieron los aliados, muy reforzados ya por entonces, salir del cerco. Las bajas aliadas fueron de unos 80.000 hombres (con unos 7.000 muertos); las alemanas de 40.000 (con unos 5.000 muertos). Churchill, v.cap.XXVII; Parker, *Struggle for Survival*, 188-91; Weinberg, III.661; Gruchmann, *Der Zumte Weltkrieg*, 231, *Oxford Gompanion*, 45-6. <<

[70] TBJG, II/11, 399-400 (4.3.44). <<

[71] TBJG, II/11, 400 (4.3.44). <<

[72] TBJG, II/ii, 401 (4.3.44). <<

[73] TBJG, *11/f 1*, 403 (4.3.44). <<

[74] Gruchm.anni *Der Zweite Weltkrieg*, 248-9; Bloch, 398-95 Weinberg, III.671-2; Irving, *HW*, 61 1. <<

[75] Warlimont, 412; Gruchmann, *Der Zweite Weltkrieg*, 249; Irving, *HW*, 611. <<

[76] Schmidt, 587. <<

[77] Gruchmann, *Der Zweite Weltkrieg*, 249. Cuando volvieron a reunirse el 23 de marzo, Hitler le dijo a Antonescu (algo que el dil igente rumano llevaba mucho tiempo esperando oír) que Alemania renunciaba a su compromiso con el acuerdo territorial de 30 de agosto de 1940 debido a la deslealtad húngara, pero le pidió que no lo divulgase por el momento. Hitler prometió a Antonescu hacer publica esta decisión, pero la promesa nunca llegó a materializarse. *Staatsmänner*, II.391-2. <<

[78] Warlimont, 413. <<

[79] Bloch, 399. <<

[80] Schmidt, 587-8. <<

[81] Domarus, 2091; también IfZ, ZS Eichmann 807, F0I.2703 (*Eichmann-Prozess, Beweisdokumente: Horthys Aussage am 4.März 1948 über Treffen mit Hitler in Klessheim*). <<

[82] *82.* Schmidt, 587-9; también Irving, HW, 612-13; Bloch, 399-400. <<

[83] Cuando Hitler se dirigió a los jefes del partido el 17 de abril les dijo que habría materias primas y mano de obra disponibles de Hungría. «En especial—escribía Goebbels—quiere dedicar a los 700.000 judíos de Hungría a actividades tiltiles para nuestros objetivos bélicos» (TBJG, II/12, 137 [18.4.44]). Incluso delante de sus jefes de partido, Hitler mantenía la ficción de que se estaba poniendo a trabajar a los judíos (aunque la formulación, tal como la transmite Goebbels, fuese ambigua). En realidad, más de la mitad de ellos fueron deportados en tres meses a Auschwitz. <<

[84] Longerich, *Ermordung*, 322-4. <<

[85] Randolph L. Braharn, *The Destruction of Hungarian Jewry. A Documentary Account*, Nueva York, 1963, vol.l, 399 (facsim., 13 de junio de 1944). <<

[86] Hilberg, *Destruction*, 547. Y véase Staatsmänner, II.462-6, para los comentarios de Hitler al nuevo primer ministro húngaro Sztqjay en Klessheim el 7 de junio de 1944. <<

[87] Goebbels (TBJG, II/11, 515 (20.3.44)), indicaba que la reunión tuvo lugar en Klessheim, pero Manstein (531,533), que estuvo presente, dice que le convocaron al Obersaizberg y que la reunión se celebró allí. <<

[88] TBJG, II/11, 368 (29.2.44), 454-5 (1 1.3.44); II/12, 1 28 (18.4.44).
<<

[89] Véase antes, nota 22. <<

[90] Manstein, 532. A Hitler le había complacido especialmente el que hubiese firmado la declaración Manstein, su mariscal de campo más abiertamente crítico. TBJG, II/1 1,475. <<

[91] Manstein, 532; 1BJG, M/i 1, 515 (20.3.44). <<

[92] Manstein, 536-43. Guando Goebbels se enteró de ello sel desanimó ante el debilitamiento del frente oeste. Lo mismo le sucedió, según él, a Jodl. Según su curioso razonamiento, cuanto más avanzasen los soviéticos, mejor sería la situación política alemana, ya que los aliados occidentales verían entonces que también era un peligro para ellos la expansión bolchevique. Pero si tenía éxito una invasión por el oeste, el Reich se encontraría realmente en una «situación fatídica». TBJG, II/11, 568-9 (28.3.44). Véase también 556-7 (26.3.44) y 564 (27.3.44) Para la fuerte crítica de Goebbels a Manstein y luego la aceptación, como siempre, del cambio radical de opinión de Hitler. <<

[93] Gruchmann, Der Zweite Weltkrieg, 210. <<

[94] Manstein, 544. <<

[95] TBJG, II/1 1, 589 (31.3.44), II/12, 33 (1.4.44); Manstein, 544-6. El pasaje en Tb Reuth, v.2030-1 (31.3.44) se desvía de las entradas de TBJG. <<

[96] Weisungen, 289. <<

[97] Gruchmann, Der 'Zweite Weltkrieg, *251-2*. <<

[98] *98. Parker*, Struggle for Survival, *194.* <<

[99] TBJG, U/12, 128 (18.4.44); Irving, *HW* 624. <<

[100] l00. TBJG, II./12, 129-30 (18.4.44) . <<

[101] TBJG, II/11, 472 (14.3.44). <<

[102] Homaros, 2090; TBJG, II/11,456(11.3.44). <<

[103] TBJG, II/12, 132 (18.4.44). <<

[104] TBJG,II/12, 134-40 (aquí, 136). <<

[105] TBJG, II/12, 126 (18.4.44), para el informe de Goebbels sobre los pocos ánimos. <<

[106] TBJG,II/12, 155 (20.4.44). <<

[107] TBJG, U/12, 167 (22.4.44). <<

[108] Kershaw, «Hitler Myth», 214. <<

[109] VB (Süd deutsche Ausgabe), 20.4.44, incluido en Hans Notasen y Susanne Willeis (eds.), *Herrschaftsalltag im Dritten Reich: Studien imd Texte*, Düsseldorf, 1988, 88-9: «Niemals hat das deutsche Volk so gläubig zu seinem Führer aufgeschaut wie in den Tagen und Stunden, da ihm die ganze Schwere dieses Kampfes um unser Leben bewusst wurde …». <<

[110] Below, 367; TBJG, II/12, 160 (21.4.44); Irving, *HW*, 619. <<

[111] Below, 367-8; TBJG, II/12, 168 (22.4.44), 111 (27.4.44), 194-5 (27.4.44); Domarus, 2099. <<

[112] Staatsmänner, H.418SS; trad. N&P, III.868. <<

[113] Speer, 336-47; Serenv, *Speer*, 409-28. <<

[114] Speer, 344. <<

[115] Speer, 347-8. <<

[116] Speer, 348-54; también Below, 368-9; y Sereny, *Speer*, 428-30; Fest, *Speer*, 282-9. <<

[117] IfZ, ED 100, Irving-Sammlung, *Hithr-Dokumentation*, 1944 (copia de los comentarios de Göring sobre la necesidad de aumentar la producción de bombarderos, en una reunión de 25 de mayo de 1944 en el Obersalzberg, a la que asistieron Speer, Milch, Koller y otros); Irving, HW, 626-8. <<

[118] Irving, *HW*, 580; Irving, *Göring*, 410-11; Garr, *Hitler*, 80. <<

[119] Speer, 372-3. <<

[120] IfZ, ED 100, Irving-Sammlung, *Hitler-Dokumentation*, 1944; testimonio de postguerra del antiguo comandante general Galland sobre la cólera de Hitler al enterarse de que el Me202, pese a la promesa de Messerschmidtt (según su punto de vista), se estaba fabricando como caza. Para la cólera de Göring (que era un reflejo de la que descargaba Hitler sobre él) contra sus asesores de Messerschmitt por lo que consideraba un consejo engañoso (también del propio Messerschmitt a Hitler) sobre la conveniencia de fabricar el bombardero a reacción, véase IfZ, ED 100, Irving-Sammlung, *Hitler-Dokumentation*, 1944, «Stenographische Niederschrift über die Besprechung beim Reichsmarschall am 24.Mai 1944», 1-4. El expediente contiene también lina copia (de BA, N56/152) de una nota de Bormann de 21 de octubre de 1944, atribuyendo a encargo de Hitler el octubre anterior el diseñar el Me262 como un bombardero y su previsión de que se utilizase para rechazar una invasión por el oeste. La nota decía: «Debido al fallo de la Luftwaffe, el tipo Me262 ahora desarrollado como bombardero, no estaba listo a tiempo». («Infolge Versagens der Luftwaffe wurde der nunmrehr als Bomber entwickelte Typ Me 262 nicht rechtzeitig fertig».). Erl el expediente hay también extractos de una reunión posterior sobre la construcción del MC262 de 25 de mayo). Véase también Below, 370-1; Irving, HW, 628-30. <<

[121] Speer, 357-60. Hitler accedió al traslado el 4 de junio. <<

[122] Hans-IIeiiirich Wilhelm, «Hitlers Ansprache vor Generalen und Offizieren am 26. Mai 1944», *Militärgeschichtliche Mitteilungen*, 2 (1976), 123-70, aquí 134. <<

[123] Wilhelm, «Hitlers Ansprache», 135, 167 11.74; IfZ, HA-316, BI.2614608-46, Rede des Reichsführers-SS am 24.5.44 en *Sonthofen vor den Teilnehmern des politisch- weltanschaulichen Lehrgangs (Generale)*, cita BI.2614639 (e incluido cn Himmler: Geheimreden, 203): «Eine andere Frage, die massgeblich für die innere Sicherheit des Reiches und Europa war, ist die Judenfrage gewesen. Sie wurde nach Befehl und standesmässiger Erkenntnis kompromisslos gelöst». <<

[124] Wilhelm, «Hitlers Ansprache», 136. <<

[125] Wilhelm,-Hitlers Ansprache», 146-7. <<

[126] Wilhelm, «Hitlers Ansprache», 155. <<

[127] Wilhelm, «Hitlers Ansprache», 156; véase también 168 n.77. Véase también Hans-Heinrich Wilhelm, «Wie geheim war die “Endlösung”?», en Wolfgang Benz *et al.* (eds.), *Miscellanea. Festschrift für Helmut Krausnick zum* 75. *Geburtstag*, Stuttgart, 1980, 131-48, aqui 134- 136. <<

[128] Wilhelm, «Hitlers Ansprache», 157. <<

[129] Wilhelm, «Hitlers Ansprache», 161. <<

[130] Below, 370; Speer, 359; *Monologe*, 406-12. Goebbels comentó después de unas conversaciones con Albert Bormann al llegar al Berghof el 5 de junio: «Hasta ahora sólo el alto mando sabe algo de la guerra; los mandos medios e inferiores se muestran más bien apáticos al respecto». TBJG, II/12, 405 (6.6.44). <<

[131] TBJG, II/12, 405 (6.6.44); Below, 372. <<

[132] TBJG, II/12, 408 (6.6.44). <<

[133] Weisungen, 291-2. <<

[134] TBJG, II/1 2, 407 (6.6.44). <<

[135] Speer, 363-4; TBJG, II/12, 407 (6.6.44). <<

[136] Below, 373. <<

[137] TBJG, II/12, 410, 413 (6.6.44). <<

[138] TBJCi, II/12, 414-15 (6.6.44); y véase Dieter Ose, *Entscheidung im Westen*, Stuttgart, 1982, 101-2. <<

[139] Irving, HW, 884. Según el KTB Ob West H 11-10/10 (copia en IfZ, Ed *too*, Irving- Sammlung, *Hitler-Dokumentation*, 1944), p. 7, la aparición de un centenar de navios de guerra al oeste de Le Havre y en la zona del Barfleur aportó confirmación definitiva, a las 6:42 de la mañana en que se estaba iniciando la invasión. <<

[140] El servicio secreto alemán fracasó lamentablemente en su seguimiento de los preparativos del desembarco. Análisis posteriores indicaron que unas cuatro quintas partes de los informes sobre la invasión inminente de agentes del Abwehr recibidos antes del 6 de junio eran erróneos. Parece que además el OKW se mostró desdeñoso con los informes que le llegaron a principios de junio y que indicaban una invasión inminente. Véase Irving, HW, 884, y IfZ, Ed 100, Irving-Samalung, *Hitler-Dokumentation*, 1944 para cables de 2-3 de junio de 1944 del SD avisando de una invasión inminente según mensajes de radio detectados de grupos de la resistencia francesa. <<

[141] Weinberg, III.686. <<

[142] Weinberg, 111.688. <<

[143] Irving, *HW*, 638, 883-4. Rundstedt había solicitado que se liberase «para cualquier eventualidad» («für alle Fälle») a las dos divisiones de reserva situadas entre el Loira y el Sena a las 4:45 de la mañana. KTB Ob West II 11- 10/10 (copia en IíZ, Ed 100, lrving-Sammlung, Hitler-Dokumentation, 1944), p. 4. Véase también KTB OKW, IV.i, 31 1-12. <<

[144] Speer, 364-5. <<

[145] Esto sólo era parcialmente exacto. Había sido Rommel quien había insistido más en la posibilidad de un desembarco en Normandía, mientras que Hitler, aunque no excluyese esto, se había sentido inclinado más bien a seguir a Rundstedt, que suponía que el desembarco se produciría en el paso de Calais, en la parte del estrecho de Dover en que era más corta la extensión de mar que había que cruzar. Gruchmann, *Der Zweite Weltkrieg*, 291. <<

[146] También aquí era Hitler excesivamente optimista. Aunque el tiempo fue el 6 de junio nublado y ventoso, mejoró respecto al día anterior (en que había sido lo suficientemente malo para que se aplazase la «Operación Jefe Supremo»). Mientras los defensores alemanes pensaban que el tiempo era demasiado malo para una invasión, Eisenhower lo había considerado lo suficientemente bueno. Parker, *Struggle jor Survival*, 197; Weinberg, III.684. <<

[147] TBJG,II/1 2, 418-19 (7.6.44); Below, 374; Tinge, Kronzeuge, Bl.42. <<

[148] Basado en Gruchmann, *Der 'Zweite Weltkrieg*, 291-2; Parker, *Struggle for Survival*, 197-8; Weinberg, III.686-8; Winston S. Churchill, *The Second World War*, vol.6: *Triumph and Tragedy*, Londres etc., 1954, 6; *Oxford Companion*, 853. Las cifras de buques que participaron en el desembarco varían según las fuentes. Parker, *StruggleforSurvival*, 197, habla de 2.727 embarcaciones, que se convirtieron en 6.939 cuando las unidades más pequeñas de desembarco salieron de los buques en que iban. Gruchmann, *Der Zweite Weltkrieg*, 291, habla de 5.134 barcos y vehículos *(Fahrzeuge*). *Oxford Companion* de casi 7.000 barcos y unidades de desembarco, entre los que se incluían 1.213 barcos de guerra. Se ha utilizado la cifra de barcos que da Parker. <<

[149] Weinberg, III.686, 688. <<

[150] Irving, *Göring*, 426-7; véase también Parker, *Struggle for Survival*, 196. <<

[151] Parker, *Struggle for Survival*, 198-9; Weinberg, III.687. <<

[152] Weinberg, III.688. <<

[153] Véase Speer, 366. <<

[154] Speer, 366; Irving, *HW*, 641 (con cifras ligeramente distintas a las de Speer); TBJG, II/12, 479 (17.6.44). <<

[155] Speer, 366; Hölsken, *V-Waffen*„ 132. Göring había intentado echar la culpa del fallo inicial de la VI a Milch. Cuando Hitler, cambiando completamente de actitud, pasó a pedir que se aumentase la producción. Göring intentó, naturalmente, atribuirse el mérito. <<

[156] Weinberg, III.691. <<

[157] *Die Wehrmachtberichte 1939-1945*, Colonia, 1989, III.i28ss: «La Inglaterra meridional y la zona de Londres fueron bombardeadas (*belegt)* anoche con nuevos explosivos del más grueso calibre». Véase también Domarus, 2106; y Tb Reuth, v.2058, n.125 para la propaganda de Dietrich. <<

[158] TBJG, II/12, 480 (17.6.44) , 491-2 (18.6.44). La matización de las expectativas por parte de Goebbels se menciona en Elke Fröhlich, «Hitler und Goebbels im Krisenjahr 1944», VfZ, 38 (1990), 196-294, aquí 217-218; y Reuth, *Goebbels*, 542-4. Para el desánimo y el fracaso propagandístico en torno a la V1, véase esp. Gerald Kirwin, «Waiting for Retaliation. A Study in Nazi Propaganda Behaviour and German Civilian Morale», *JCH*, 16 (1981), 565-83. <<

[159] Irving, HW, 642. <<

[160] Below, 375; Linge, *Kronzeuge*, BI.42; Domarus, 2106; Speer, 366; Irving, HW, 641. <<

[161] Hans Speidel, *Invasion 1944. Ein Beitragzu Rommels und des Reiches Schicksal*, Tubinga/Stuttgart, 1949, 113-14. <<

[162] Below, 375. <<

[163] Speidel, 114-17. <<

[164] Speidel, 118; Below, 375. <<

[165] Speer, 366. <<

[166] LB (Stuttgart), 573-4; Weinberg, III.688. <<

[167] Weinberg, III.667-9. <<

[168] Below, 375-6. <<

[169] TBJG,II/12, 463 (14.6.44), 517 (22.6.44) . <<

[170] TBJG,II/12, 516-18 (22.6.44). <<

[171] TBJG,, II/12, 518-19 (22.6.44) . <<

[172] TBJG,II/12, 519-21 (22.6.44), cita 521. <<

[173] TßJGJI/12, 521-2,527 (22.6.44), cita 522. <<

[174] TBJG,II/12, 523-6 (22.6.44). <<

[175] IfZ, F19/3, discurso de Hitler, 22.6.44 (citas, pg. 7: « … dass das Ende im Falle des Nachgebens immer die Vernichtung ist, auf die Dauer die restlose Vernichtung»); «Vorsehung», p. 12, y su comentario en p. 47: «Ich habe das Leben schon im Weltkrieg als Geschenk der Vorsehung aufgefasst. Ich konnte so oft tot sein und bin nicht tot. Das ist also schon ein Geschenk gewesen». «Der Jude ist weg …», p. 39; «Niemals wird dieser neue Staat kapitulieren», p. 67); véase también, esp. 55, 59 y 62 («Wir kämpfen hier für die deutsche Zukunft, um Sein oder Nichtsein»). <<

[176] Below, 376. El discurso lue frecuentemente interrumpido por los aplausos y fue seguido de gritos de «Heil» (IfZ, Flg/3, pg. 70). Hitler estaba en bastante peor forma cuando habló el 26 de junio (la situación militar había empeorado durante los cuatro días anteriores) para unos cien representantes distinguidos de la industria armamentista, a los que intentaba tranquilizar respecto a la intromisión del partido en la economía. Durante este discurso apenas hubo aplausos y el impreciso filosofar de Hitler no llegó bien al público. El intento, que Speer esperaba que levantase la moral de los industriales reunidos, no tuvo éxito. El texto está incluido en Von Kotze, 35-68; y véase Speer, 369-71. <<

[177] TBJG, II/12, 524 (22.6.44). Goebbels! había sido más excéptico. La noche del 21-22 de junio se iniciaron fuertes bombardeos contra las zonas de retaguardia alemanas y al día siguiente se iniciaron los ataques principales. Glantz y fíouse, 204. <<

[178] DZW, VI.35-6; Glantz y House, cap. 13. <<

[179] Gruchmann, *Der Zweite Welt* krieg, 252; Weinberg, III.704; David Glanz, *Soviet Military Deception in the Seeond World War*, Londres-Totowa N.J., 1989, 362-79, aquí 463, 467SS.; DZW, VI.33. <<

[180] Irving, HW, 643-4. <<

[181] Hans-Adolf Jacobsen y Jürgen Roliwer, *Entscheidungsschlachten des Zweiten Weltkrieges*, Frankfurt am Main, i960, 452. <<

[182] TBJG, II/12, 538-9,542 (24.6.44). <<

[183] Weisungen, 281-5. El propósito de los doce bastiones creados en el escenario bélico del grupo de ejército del centro, con tres divisiones asignadas a cada una de las plazas fuertes, era inmovilizar al Ejército Rojo, atándolo a la zona, y constituir luego la base de una contraofensiva victoriosa. La táctica resultó absolutamente contraproducente en la ofensiva soviética de junio de 1944. <<

[184] Below, 377-8. <<

[185] Véase DZW, VI.34. <<

[186] Gruchmann, *Der Zweite Weltkrieg*, 253. <<

[187] Gruchmann, *Der Zweite Weltkrieg*, 253; Weinberg, III.706-8; Below, 378. La ofensiva soviética de centro sur y norte se describe por extenso en DZW, VI.30- 52, 52-70, 70-81. <<

[188] Wistrich, *Wer wW wer*, 188; Gruchmann, *Der Zweite Weltkrieg*, 253; DZW, VI.41. <<

[189] Speidel. 127; Guderian, 334; Irving, HW, 649-51. <<

[190] Domarus, 2110. <<

[191] Guderian, 334. <<

[192] Below, 378; Irving, HW, 648; Wistrich, *Wer war wer*, 301; Domarus, 2130. <<

[193] Below, 378. <<

[194] Below, 379. <<

[195] Below, 380. <<

[196] Below, 380. <<

[197] Domarus, 2118. Véase Peter Hoffmann, *Stauffenberg. A Family History, 1903-1944*, Cambridge, 1995, cap.9, esp. 179-80, para la participación de Stauffenberg en la campaña del norte de Africa en que sufrió sus graves heridas el 7 de abril de 1943 y 253-4 para su presencia en las sesiones informativas del 6 y el 11 de julio de 1944. <<

[198] Domarus, 2121; Hoffmann, *Stauffenberg*, 256-60; Hoffmann, *Widmstand*, 469-75. <<

[199] Los testigos discrepan en cuanto al momento en que se produjo la explosión, entre las 1 2:40 y las 12:50. Hoffmann, *Widerstand*, 493, 817 n.43. <<

[1] La antología de ensayos sobre la resistencia que mayor campo abarca es Jürgen Schmädeke y Peter Steinbach (eds.), *Der Widerstand gegen den Nationalsozialismus*, Mu- nich-Zurich, 1985. Entre las numerosas guías para moverse por el laberinto de la literatura científicay los debates morales sobre la resistencia figura Gerd R. Ueberschär (ed.), *Der 20.Juli 1944. Bewertung und Rezeption des deutschen Widmstandes geqen das NS- Regime*, Colonia, 1994; Ulrich Heinemann, «Arbeit am Mythos. Neuere Literatur zum bürgerlich-aristokratischen Widerstand gegen Hitler und zum 20.J11IÍ 1-944 (Teil I)»,GG, 21 1995), 111-39; y Ulrich Heinemann y Michael Krüger-Charlé, «Arbeit as Mythos. Der 20 Juli 1944 in Publizistik und wissenschaftlicher Literatur des Jubiläumsjahres 1994 (Teil 11), GG, 23 (1997), 475-501. La descripción más detallada y mejor informada de las conspiraciones contra Hitler sigue siendo la de Peter Hoffmann, *Widerstand, Staatsstreich, Attentat, 4*- ed., Munich-Zurich, 1985, en la que se apoya a menudo este capítulo. I'na versión más breve y elegante es la dejoachim Fest, *Staatsstreich. Der lange Weg zum 20. Juli*, Berlin, 1994. Pueden encontrarse breves descripciones de los protagonistas en Peter Steinbach yjohannes Tuchei, *Lexikon des Widerstandes 1933-1943*, Munich, 1994. Se pueden examinar problemas de conceptos y terminología que no se abordan aquí en las entradas de Wolfgang Benz y Walter H. Pehle (eds.), *Lexikon des deutschen Widerstandes*, Frankfurt am Main, 1-994; también en Ian Kershaw, *The Nazi Dictatorship. Problems and Perspectives of Interpretation*, 3ª ed, Londres, 1993, cap.8. <<

[2] Para una reflexión sobre los ideales prusianos (vistos como motivos determinantes [*bestimmendes Motiv*] de la resistencia a Hitler), véase Hans Mommsen, «Preussentum und Nationalsozialismus», en Wolfgang Benz, Hans Buchheim y Hans Mommsen (eds.), *Der Nationalsozialismus. Studien zur Ideologie und Herrse*- *chajt*, Frankfurt am Main, 1993, 29- 41, aquí 37, 41. <<

[3] La mezcla de motivaciones dentro de la conspiración durante el periodo de la guerra la examina brevemente Peter Hoffmann, «Motive», en Schmädeke y Steinbach, 1089-96; y con mayor amplitud Theodore S. Hamerow, *On the Road lo the Wolf's Laie Genrían Resistance to Hitler*, Cambridge Mass.-Londres, 1997. La dimensión moral la valora Robert Welclon Whaley, *Assassinating Hitler: Ethics and Resistance in Nazi Germamy*, Londres-Ontario, 1993. Véase también la recopilación hecha en la década de 1950 por Annedore Leber, *Gonscience in Revolt*, Londres, 1957, y la colección de textos más reciente de Peter Steinbach y Johannes Tuchel (eds.), *Widerstand in Deutschland 1933-1945. Ein historisches Lesebuch*, Munich, 1994. <<

[4] Joachim Kramarz, *Claus Graf Stauffenberg. 13. November, 1907 20. Juli 1944: Das Leben eines Offiziers*, Frankfurt am Main, 1965, 131; Hoffmann, *Stauffenberg*, 183. <<

[5] Véase Hans Mommsen, «Social Views and Constitutional Plans of the Resistance», en Hermann Graal *et cd*i, *The German Resistance to Hitler* (1966), Londres, 1970, 55-147, aquí 59, para las percepciones de la falta de apoyo popular a un golpe por Peter Alfred Delp y Adam von Trott. Unos siete años después de los hechos, el general Klaus Liebe insistía en que la mayoría de los soldados rechazaban cualquier idea de una actuación de los oficiales contra Hitler. IfZ, ZS 164, Klaus Uebe, 3.1.52. <<

[6] Kramarz, 201. <<

[7] Fabian von Schlabrendorff, *Offiziere gegen Hitler*, (1946) ed. revisadla, Berlín, 1984, 109. <<

[8] Bodo Scheurig, *Henning von Tresckow. Ein Preusse gegen Hitler. Biographie*, Frankfurt am Main-Berlin, 1987, esp. cap.4; también Fest, *Staatsstreich*, 177; Whalen, 48-9, 54, 56. <<

[9] Scheurig, *Tresckow*, 111-12. <<

[10] Scheurig, *Treskoxu*, noss.; Fest, *Staatsstreich*, 177-80. <<

[11] Fest, *Staatssträch*, 193-4. <<

[12] Hasseil, 307 (28.3.42). <<

[13] Helena P. Page, *General Friedrich Olbricht. Ein Mann des 20.Juli*, Bonn-Berlin, 1992, 206. <<

[14] Fest, *Staatsstreich*, 194; cita, Spiegelbild einer «Verschwörung. Die Kaltenbrunner-Berichte an Bormann und Hitler über das Attentat vom 20.Juli 1944. Geheime Dokumente aus dem ehemaligen Reischssicherheitshauptamt, ed. Archiv Peter für historische und zeitgeschichtliche Dokumentation, Stuttgart, 1961, 368. <<

[15] Romedio Galeazzo Reichsgraf von 1 hun-Hohenstein, *Der Verschwörer General Oster' und die Militäropposition*, Berlin, 1982, 224, que cita Hermann Kaiser, *Tagebuch* v.3.2.43. La entrada no estaba incluida en los extractos del diario de Kaiser publicado en «Neue Mitteilungen zur Vorgeschichte des <<

[16] Juli», Die Wandlung, 1 (1945-46), 530-4. Pero véase también la entrada del diario de Kaiser del 3 1.3.43 en Annedore Leber y Freya Gräfin von Moltke, *Für und wider Enlschiedungen in Deutschland 191S-1945*, Frankfurt, 1961, 203: «Surge una discusión sobre la disciplina y la obediencia al mando y Fromm dice: debe uno obedecer en cien casos al 100 por 100. Olbricht se opone a esto: debe uno poder decir no una vez en noventa y nueve casos. Fromm replica vehementemente defendiendo la obediencia incondicional. […]». («Es kommt Gespräch über Disziplin und Gehorsam der Führung auf und Fromm sagt, in hundert Fällen müsse man íooig gehorsam sein. Olbricht dagegen: Man müsse bei 99 Fällen einmal nein sagen können. Fromm erwidert heftig, für unbedingten Gehorsam …».) La participación de Kaiser en la oposición la aborda detenidamente Ger van Roon, «Hermann Kaiser und der deutsche Widerstand», VfZ, 24 (1976), 259-86. <<

[17] Para el uso del término, véase, e.g., Hoffmann, *Widerstand*, 350. <<

[18] Hoffmann, *Widerstand*, 341-2. <<

[19] Hoffmann, *Widerstand*, 343-6, 350; Fest, *Staatsstreich*, 194-5. <<

[20] Hoffmann, *Widerstand*, 3489. <<

[21] Véase Hoffmann, *Hitlers Personal Security*, 11 iss. <<

[22] Hoffmann, *Widers tänd*, 351; Hoffman, *Hitlers Personal Security*, cap.5-9. <<

[23] Hoffmann, *Widerstand*, 347. <<

[24] Hoffmann, *Widerstand*, 347, 351. <<

[25] Schlabrendorff, 67-75; Hoffmann, *Widerstand*, 352-3; Fest, *Staatsstreich*, 196-7. <<

[26] Rudolf-Christoph 1 ihr. v. Gersdorff, *Soldat im Untergang. Lebensbilder*, Frankfurt etc., 1979, 128-32: Hoffmann, *Widerstand*, 353-60. <<

[27] Meehan, 337; y véase Klemperer, 287. Enrique II había utilizado supuestamente las palabras «;no me librará nadie de ese sacerdote perturbador?» ante lo que cuatro caballeros de su séquito cabalgaron basta Canterbury a asesinar al arzobispo, Tomás Beckett. La evolución de la actitud del obispo Bell hacia el régimen nazi durante la década de 1930 puede seguirse en Andrew Chandler (ed.), *Bncethrm in Advnsity. Bishop George Bell, the Church of England, and the Crisis of Germán Protestantism*, *igyq-igyg*, Woodbridge, 1997. <<

[28] En Lothar Kettenacker (ed.*)*, Das »Andere Deutschland» im '¿weiten Weltkrieg. Emigration und Widerstand in internationaler Perspektive. *Stuttgart. 1977, 203.* <<

[29] *28. Tas actitudes inglesas se investigan críticamente en Lothar Kettenacker. <T)ie britische Haltung zum deutschen Widerstand während des Zweiten Weltkriegs», en Kettenacker, 49-76 (y véase la documentación del mismo volumen, 164-217); y Richard I.amb, «Das Foreign Office und der deutsche Widerstand 1938-1944», en Klaus-Jürgen Müller y David N. Dilks (eds.), Grossbritannien und der deutsche Widerstand 1944-/944, Paderborn etc., 1994, 53-81. Para criterios de valoración diferentes de la posición de los aliados de no aceptar acuerdos, véase Fest, Staatsstreich, 212-13; >' Heinezarm-Krüger-Charlé, 492-3. La variedad de ideas sobre política exterior dentro de la resistencia la investiga Hermann Graal, «Resistance Thinking on Foreign Policy», en Graal et al, German Resistance, 154.*
<<

[30] *29. Para breves estudios del «Grupo de Goerdeler», véase Ger van R0011, Widerstand im Dritten Reich. Ein Überblick, Munich, (1979) 7ª ed. revisada, 1998, cap.8; y Benz-Peble, Lexikon des deutschen Widerstandes, 217-22.* <<

[31] Grand, «Resistance riiinkmg», 27. Y véanse los planes de política exterior de Goerdeler expuestos en 1941 en *Germans against Hitler:July 20, 1944*, 5ª ed., ed. Bundeszentrale für politische Bildung, Bonn, 1969,55-60. <<

[32] Hoffmann, *Widerstand*, 372-3; Goerdeler propuso un programa similar en mayo de 1944. Christian Müller, *Stauffenberg*, Düsseldorf, 1970, 393. <<

[33] Mommsen, «Social Views», 60; Mommsen, «Der Widerstand gegen Hitler und die deutsche Gesellschaft», 9, 11; y Hans Mommsen, «Verfassungsund Verwaltungsreforapläne der Widerstandsgruppen des 20Juli 1944», en Schmä- deke y Steinbach, 570-97; Roon, *Widerstand*, 135-9; Fest, *Staatsstreich*, 147-57. <<

[34] Hoffmann, *Widerstand*, 373. <<

[35] Spiegelbild, 178. <<

[36] Spiegelbild, 56, 112; Fest, *Staatsstreich*, 234. <<

[37] Véase Helmuth James von Moltke, *Letters to Freya*, 7949-/944. *A Witness against Hitler*, Londres, 1991; y Michael Balfour y Julian Frisby, *Helmuth von Moltke. A Leader against Hitler*, Londres, 1972.
<<

[38] Véase Ger van R0011, *Neuordnug im Widerstand. Der Kreisauer Kreis innerhalb der deutschen Widerstandsbewegung*, Munich, 1967; Ger van R0011, «Staatsvorstellungen des Kreisauer Kreises», en Schmädeke y Steinbach. 560-9; R0011, *Widerstand*, 155-7: Hans Mommsen, «Der Kreisauer Kreis und die künftige Neuordnung Deutschlands und Europas», VfZ, 42 O994)» 361-77; Betiz-Pehle, *Lexikon des deutschen Widerstandes*,247-52. <<

[39] Roon, *Widerstand*, 157-8. <<

[40] Gersdorff, 134SS. (cita, 135). <<

[41] Hoffmann, *Widerstand*, 361. <<

[42] Para el importante papel de intermediario de Sclmleiiburg, véase Ulrich Heinemann, *Ein konservativer Rebell*, *Fritz-Dietlof i>on der Schulenburg und der 20Juli*, Berlin, 1990, 142SS. (149-50 para su detención temporal). <<

[43] Hoff mann, *Widerstand*, 363-6; Heinz Höhne, *Canaris Patriot im Zwielicht*, Munich, 1976, 529; y para el enigmático papel que desempeñó Canaris, véase, aparte de su biografía, también Heinz Höhne, «Canaris und die Abwehr zwischen Anpassung und Opposition», en Schmädeke y Steinbach, 405-16. <<

[44] Hoffmann, *Widerstand*, 373. <<

[45] Fest, *Staatsstreich*, 218. <<

[46] Hoffmann, *Stauffenberg*, cap. 1-2; Michael Baigent y *Richard Leigli*, Secret Gemiany: Claus von Stauffenberg and the Mystical Crusade against Hitler, *Londres, 1994, cap. 5; y véase George L. Nosse*, The Crisis of Germán ¡deoloqy. In- tellectual Origins of the Third Reich, *Londres, 19667 209-11; y Roon*, Widerstand, *180. 46. Hoffmann*, Stauffenberg, *115-16.* <<

[47] Hoffmann, Stauffenberg, 132. <<

[48] Hoffmann, Stauffenberg, 133, 151. Para valoraciones de las diversas actitudes hacia los judíos y el antisemitismo entre los que participaban en la oposición al régimen nazi, véase Christoph Dipper, «Der deutsche Widerstand und die Juden», CG, 9 (1983), 349-80; Christoph Dipper, «Der Widerstand und die Juden», en Schmädeke y Steinbach, 598-616; y Hans Mommsen, «Der Widerstand gegen Hitler und die nationalsozialistische Judenverfolgung» (aún inédito, pero que me facilitó amablemente el autor). No son raras las tendencias antisemitas, como podría esperarse (en general resentimientos tradicionales, muy alejados de los extremos de las mentalidades genocidas nazis), especialmente entre los sectores más viejos y más conservadores de la oposición. En polos opuestos de la resistencia, también respecto a las actitudes hacia los judíos, estaban Oster y Groscurth, que no mostraban signos de antisemitismo, y Wolf Heinrich Graf von Helldorf (el furibundo antisemita jefe de la policía de Berlín y antiguo dirigente de las SA) y Arthur Nebe (jefe de un Eisantzgruppe criminal, responsable de las muertes de decenas de miles de judíos). Las crecientes atrocidades contra la población judía en los territorios ocupados del este, fueron indiscutiblemente, como en el caso de Stauffenberg, un motivo importante (aunque, en general, no decisivo, al parecer) para unirse a la conspiración para matar a Hitler. Sin embargo, persisten, es casi inevitable, ambigüedades: incluso entre los valerosos oficiales del frente del grupo de ejército del centro, par ece haber habido una aprobación al menos inicial de la guerra implacable contra guerrilleros y «bandidos», que equivalía en gran medida al creciente ataque genocida contra los judíos. Véase Heinemann-Kni- ger-Charlé, 499 y 11.99. <<

[49] Gisevius, *Bitter End*, 508, para una imagen poco halagadora de Stauffenberg. <<

[50] Eberhard Zeller, *Geist der Freiheit. Der Ziuanzigste Juli*, 4° ed., Munich, 1963, 244; Roon, *Widerstand*, 179-83. <<

[51] Ritter, 366-7; Fest, *Staatsstreich*, 222; Hoffmann, *Widerstand*, 396; Roon, *Widerstand*, 184. <<

[52] *Germans against Hitler*, 131. <<

[53] Roon, l *Vid erstand*, 178-9; Hoffmann, *Wider stand*, 374SS, esp. 386- 7; Fest, *Staatsstreich*, 222-4. <<

[54] Para un retrato psicológico del personaje, véase Bernhard R. Kroener, «Friedrich Fromm: Der “starke Mann im Heimat-kriegsgebiel'», en Saelser-Syring, 171-86. <<

[55] Hoffmann, *Widerstand*, 397-8. <<

[56] Hoffmann, *Widerstand*, 398-405. Para Bussche, véase un breve retrato, fruto de un conocimiento directo, en Marion Gräfin Dönhoff, «Um der Ehre willen». Erinnerungen and die Freunde vom ÉoJulij (1994,) 2ª ed., Berlin 1996, 67-76. <<

[57] Kleist pidió primero a Stauffenberg tiempo para pensarlo. Preguntó a su padre, con la esperanza de que le aconsejase en contra de ello. Su padre contestó sin vacilación: «Sí, debes hacerlo. Quien falle en un momento así no volverá a ser feliz en toda su vida». Bocio Scheurig, *Ewald von Kleist-Schmenzin. Ein Konservativer gegen Hitler. Biographie*, Berlín- Frankfurt am Main, 1994. El padre acabaría pagando por su oposición con la vida; el hijo sobreviviría al régimen nazi. <<

[58] Hoffmann, *Widerstand*, 405-6: <<

[59] Hoffmann, *Widerstand*, 407-10. <<

[60] Roon, *Widerstand*, 188-9. <<

[61] Véase, para la referencia, la nota 7. <<

[62] Hoffmann, *Widerstand*, 406; Fest, *Staatsstreich*, 243. <<

[63] Roon, *Widerstand*, 187. <<

[64] Hoffmann, *Widerstand*, 469; Fest. *Staatsstreich*, 242-3, 246. <<

[65] Hoffmann, *Widerstand*, 471-5. <<

[66] Roon. *Widerstand*, 189; Hoffmann, *Widerstand*, 471-2; Fest, *Staatsstreich*, 250-2. <<

[67] Roon, *Widerstand*. 189-90; Fest, *Staatsstreich*, 252-3. <<

[68] Hoffmann, *Widerstand*, 486-8; Fest, Staatsstreich, 2*58-9.* <<

[69] Hoffmann, Widerstand, 489-91, 49S- Fest, Staatsstreich, 261. da como hora las 12:40 del mediodía. Below, 381 y algunos otros testigos indican esa hora, otros (e.g. Heinz Linge, en su segunda serie de memorias muy posterior. Bis zum Untergang. Als Ghej des Persönlichen Dienstes bei Hitler, ed. Werner Maser, Munich- Berhii, 1980p 225, que, sin embargo, es con frecuencia poco fiable en los detalles) un poco más tarde. Benz, Graml y Weiss, Enzyklopädie des Nationalsozialismus, 814, da la hora precisa de las 12:42, aunque sin mencionar fuente. Según el resumen de las pruebas de Hoffmann, Widerstand, 817 n. 43, no se puede emplazar la explosión con más exactitud que diciendo que se produjo entre las 12:40 y las 12:50. El comentario de Sander sobre las explosiones que se producían como consecuencia de animales que detonaban minas lo repitió más tarde Christa Schroeder, la secretaria de Hitler. Schroeder, 147. Heinz Linge, el criado de Hitler, aseguró mucho después que él al principio había creído que la perra de Hitler había hecho estallar una mina. Linge, *Bis zu Untergang*, 224. Pero, teniendo en cuenta que Linge estaba cerca de la cabaña donde se produjo la explosión, eso no resulta creíble. <<

[70] Hoffmann, *Widerstand*, 491-3; Hoffmann, *Stauffenberg*, 267. <<

[71] Hoffmann, *Widerstand*, 493-5; Fest, *Staatsstreich*, 261; Irving, *HW*, 662-3; Below, 381: Schroeder, 147; Irving, *Doctor*, 145. <<

[72] Below, 381. <<

[73] Hoffmann, *Widerstand*, 496-7; Spiegelbild, 83. <<

[74] Speer, 399; TBJG, II/13, 139 (23.7.44). <<

[75] Below, 381; Schroeder, 148; Hoffmann, *Widerstand*, 496. <<

[76] Irving, *Doctor*, 146-8 (donde se dice que el pulso y la presión sanguínea de Hitler habían aumentado, pero no excesivamente, después de la explosión); Below, 381; Schroeder. 148; TBJG, II/ 13, 139 (23.7.44), Redlich. 2045; Schenck, 317-18. Morell le dijo esa tarde a Paul Schmidt, el intérprete, que el pulso de Hitler era perfectamente normal después de la explosión. Schmidt, 593. <<

[77] Linge, *Bis zum Untergang*, 225. <<

[78] Below, 382; Hoffmann, *Widerstand*, 498501; Irving, *Göring*, 430.

<<

[79] Schroeder, 148. Hitler le pidió a Christa Schroeder, según escribió ella más tarde, que enviase la chaqueta y los pantalones hechos jirones a Eva Braun para que los guardase. Otra de las secretarias de Hitler, Gerda Christian (Daranowski antes de que se casara, en febrero de 1943), recordaba más tarde que Hitler estaba tranquilo cuando les habló a última hora del día del atentado. Library of Congress, Washington, TeJ.aud lapes, C-63B, entrevista con John Toland, 26.7.71. <<

[80] Below, 382; véase también Speer, 391; y Reuth, *Goebbels*, 548. <<

[81] TBJG, II/13, 141 (23.7.44); Below, 382; Linge, *Bis zu Untergang*, 229; Schroeder, 148-9; Hoffmann, *Widerstand*, 597. Según la versión de Linge, de la década de 1950, oyó decir a una telefonista que Stauffenberg había dejado los barracones en una dirección por la que podía deducirse que abandonaba el cuartel general del Führer y había transmitido esa información a Hitler. Linge, *Kronzeuge*, Bl.83. Como Stauffenberg abandonó la cabaña-barracón sin gorra ni cinturón, dirigiéndose hacia el edificio de los ayudantes, bastante alejado de las salidas del recinto y en dirección opuesta al aeródromo, eso parece una elaboración posterior de Linge, destinada a realzar su propio papel. <<

[82] Hoffmann, *Widerstand*, 506SS. <<

[83] Hoffmann, *Widerstand*, 509 y 823 11.88. <<

[84] Gisevius; *Bitter End*, <<

[85] Hoffmann, *Widerstand*, 506-1 1; Roon, *Widerstand*, 192. Himmler había ordenado que se levantara el bloqueo de las comunicaciones hacia las tres de la tarde. No se normalizaron del todo hasta una hora después, aproximadamente. Hoffmann, *Widerstand*, 504, 510-11. Véase también Spiegelbild, 330. <<

[86] Hoffmann, *Widerstand*, 511,823-6 (notas 93, 95). <<

[87] Hoffmann, *Widerstand*, 519 y 833 n.122. Parece improbable, sin embargo, que Stauffenberg hubiese visto, tal como él aseguró (y más tarde Fellgiebel), que sacaban a una persona de la cabaña de las sesiones de información cubierta con la capa de Hitler y él había supuesto que era el Führer (Fest, *Staatsstreich*, 261; Hoffmann, *Stauffenberg*, 267). El edificio de los ayudantes, donde estaban cuando oyeron la explosión, se encontraba a cierta distancia (unos 200 metros, Hoffmann, *Widerstand*, 490) de la cabaña. Había otros edificios y árboles que habrían tapado la vista. Y es dudoso que Stauffenberg y Haeften hubiesen vacilado tanto antes de escapar de allí como para esperar a que sacaran a las primeras víctimas de la cabaña. Es posible que apreciaran de forma imprecisa que estaban sacando a alguien de la cabaña cuando se iban en el coche. Parece dudoso que en el desconcierto y la confusión que siguieron a la explosión pudiesen cerciorarse de que estaba envuelto en la capa de Hitler. <<

[88] Gisevius, *Bitter End*, 545; Hoffmann, *Widerstand*, 513-14. <<

[89] Hoffmann, *Widerstand*, 514; Hoffmann, *Stauffenberg*, 269. <<

[90] Gisevius, *Bitter End*, 5.46-7; Hoffmann, *Widerstand, 519-20; Hoffmann, Stauffenberg, 270.* <<

[91] Hoffmann, *Widerstand*, 520-4. <<

[92] Hoffmann, *Widerstand*, 520, 607. 609. <<

[93] Se critica en Gisevius, *Bitter End*, 545. <<

[94] En la versión alemana, Gisevius da la siguiente versión de las palabras de Beck: «Gleichgültig, was jetzt verbreitet werde, gleichgültiq sogar, was wahr sei, für ihn, Beck, sei die Entscheidung gefallen. Erfordert die Herren auf, sich mit ihm solidarisch zu erkläran. “Für mich ist dieser Mann tot. Davon lasse ich mein weiteres Handeln bestimmen’’». («Se dijese lo que se dijese entonces, fuese incluso cual fuese la verdad, para él, Beck, la decisión estaba tomada. Pidió a los caballeros que se declarasen solidarios con él: “Para mí ese hombre está muerto. Dejaré que mis actuaciones posteriores estén determinadas por eso”».) Hans Bernd Gisevius, *Bis Zum Bitten Ende*, 2ª ed., Zürich, 1946, II.382. La versión en inglés (Gisevius, *BitterEnd*, 557) difiere: «[…] No importaba en absoluto si Hitler estaba muerto o aún vivía. Un «caudillo» en cuyo entorno inmediato había personas que se oponían a él hasta el punto de intentar asesinarle debía ser considerado moralmente muerto». <<

[95] Gisevius, *Bitter End*, 558; Hoffmann, *Widerstand*, 615. <<

[96] Fest, *Staatsstreich*, 269. <<

[97] Roon, *Widerstand*, 194. <<

[98] Véase Hoffmann, Widerstand, 529SS.; Fest, Staatsstreich, 270-1; Roon, Widerstand, 195. <<

[99] Gisevius, Bitter End, 558. <<

[100] Hoffmann, Widerstand, 581SS.; Fest, Staatsstreich, 283-91. <<

[101] La única forma de armonizar las distintas versiones de Speer, 391 y Wilfried von Oven, *Mit Goebbels bis zum Ende*, 2 vols., Buenos Aires, 1950, II, 59SS., es suponer que hubo dos llamadas telefónicas desde el cuartel general del Führer, la primera de Otto Dietrich muy poco después del atentado, la segunda, entre las dos y las tres, de Heinz Lorenz. Esto parece aceptarlo Oven en su segunda versión posterior (después de la publicación de las memorias de Speer). Wilfried von Oven, «Der 2o.Juli 1944 - erlebt im Hause Goebbels», en VerrcU und Widerstand im Dritten Reich, Nation Europa, 28 (1978), 43-58, aquí 47SS. Goebbels habló de una llamada telefónica a mediodía (mencionando que estaban con él dos de sus colegas ministeriales, Fnnkv Speer) en su alocución radiada el 26 de julio sobre el intento de asesinato. Heiber, Goebbels-Reden, II.342-3; véase también Reuth, Goebbels, 548. Parece improbable que en esa llamada, minutos después de la explosión de la bomba, se transmitiese la petición de Hitler de que se emitiese inmediatamente por radio un comunicado que dejase claro que él estaba vivo y bien, como sugiere Irving, 471 (que emplaza la llamada, aunque sin ninguna prueba visible que lo apoye, en la una de la tarde y que la hizo Lorenz, no Dietrich). Lo más probable es que esa petición se hiciese en una llamada posterior, a media tarde, como afirma Oven. Véase Reuth, Goebbels, 550; Irving, Goebbels, 471, 473, para versiones discrepantes. Unge, Kronzeuge, BI-84, alude a dificultades para localizar a Goebbels aquella tarde y que la comunicación telefónica se restableció por fin a las 16:301 En su versión, esa fue la llamada telefónica en la que Hitler habló con Remer. Esa llamada se hizo, sin embargo, a las siete de la tarde. Véase Hoffmann, Widerstand, 597; Reuth, Goebbels, 550-2. En esto, como en otras cuestiones de detalle, Linge no es fidedigno. <<

[102] Speer, 391. <<

[103] Hoffmann, *Widerstand*, 593, 595. <<

[104] Speer, 392-3. <<

[105] Speer, 393-4. La inquietud respecto a Himmler no estaba del todo injustificada. Himmler sabía desde el otoño de 1943 como mínimo que estaba fraguándose «algún tipo de planes sombríos» y, con permiso de Hitler, había establecido contacto con Popitz y, a través de él, con otros miembros de la conspiración. El papel de intermediario lo ejercía el abogado de Himmler, doctor Cari Langbehn, que Himmler sabía que simpatizaba con la oposición desde antes de la guerra. Himmler estaba jugando, evidentemente, un doble juego. Por una parte, procuraba demostrar su lealtad a Hitler, indicando al dictador que si llegaban a él rumores sobre sus contactos con la oposición, debería saber que sus motivos estaban fuera de toda duda. Hitler reconoció que tenía absoluta confianza en su Reichsführer. Por otra parte, Himmler sabía muy bien que el régimen tenía los días contados y que Hitler constituía un obstáculo para cualquier tentativa de negociación. Queda mantener todas las puertas abiertas y disponer de una posible vía de escape por si resultaba necesario. Speer, ggo; Ritter, 360-2; Hoffmann, *Widerstand*, 367-8; y Hedwig Maier, «Die SS und der 2oJulli 1944», *VfZ*, 14 (1966), 299-316, aquí esp. 311-14. Parece) dudoso, sin embargo, que Himmler uniese alguna sospecha o algún dato de planes específicos para derrocar a Hitler el 20 de julio. Se ha dicho que actuó con lentitud, dejando con retraso la Guias íida del Lobo y no apareciendo hasta la medianoche para aplastar el golpe. Padíield, *Himmler*; 498-514. Pero se hizo cargo en seguida de la dirección de las cuestiones de seguridad en el cuartel general del Führer inmediatamente después del atentado, apareciendo allí con su séquito una hora después de que estallase la bomba. Hoffmann, *Widerstand*, 503, 824. Se le pidió que acompañara a Hitler en la visita de Mussolini luego, esa misma tarde, lo que dilató su partida hacia Berlín. Es probable que, antes de salir para la capital del Reich,

esperase también para hablar con el jefe de la Policía de seguridad. Einst Kaltenbrunner, que iba ya por entonces hacia la Guarida del Lobo. Al llegar a Berlín tendría que dedicar un tiempo a coordinar el aplastamiento de una insurrección militar cuyas ramificaciones eran todavía inciertas por entonces. <<

[106] Speer, 393. <<

[107] Véase la versión de Remer en: Hans Adolf Jacobsen (ed.), *Spiegelbild einer Verschwörung. Die Opposition gegen Hitler und der Staatsstreich vom 20.Juli 1944 in der SD-Bcrichterstattung. Geheime Dokumente aus dem ehemaligen Reichssicherbeitshauptamt*, ed. Hans Adolf Jacobsen, 2 vols., Stuttgart, 1984, II.637SS.; también Hoffmann, Widerstand, 528, 594-5. <<

[108] Hoffmann, *Widerstand*, 528. <<

[109] Otto Ernst Remer, 20. Julio 1944, Hamburgo, 1951, 12; repetido con ligeras variaciones en Otto Ernst Remer, *Verschwörung und Verrat um Hitler. Urteil eines Frontsoldaten*, Preussisch- Oldendorf, 1981, 33. Se da la misma versión en Lin ge; *Kronzeuge*, BL84. Linge dice que estaba en la habitación cuando habló Hitler. Véase también Jacobsen, *Spiegelbild*, 639. No es probable que Hitler ascendiese inmediatamente a coronel a Remer, como afirma Linge, Kronzeuge. BI.84. Véase Hoffmann, *Widerstand*, 597 y 854 n.343. <<

[110] Speer, 394 5; Hoffmann, *Widerstand*, 594-8. Véase también Gisevius, *Bitter End*, 563-4; Remer, *20.Juli 1944*. Hamburgo, 1951, 12: Remer, *Verschwörung und Verrat um Hitler*, 33-34; y el informe de Hagen, Spiegelbild, 12-15. <<

[111] *Germans against Hitler*, 147, para la hora. <<

[112] Domarus, 2127 da como hora de la emisión, a petición de Hitler, las seis y media; Speer, 395-6 recuerda que la emisión fue «sobre las siete de la tarde»; Reuth, *Goebbels*, 550, da como hora de la emisión las 18:45. <<

[113] Hoffmann, *Widerstand*, <<

[114] *Hoñnvdnn, Widerstand, 60&, 6ív,.* <<

[115] Hoffmann, *Widerstand*, 616. <<

[116] Hoffmann, *Widerstand*, 620-2; Fest, *Staatsstreich*, 277-9. <<

[117] Gisevius, *Bitter End*, 570. <<

[118] IMG, XXXIIL417-18, Doc. 3881-PS; Gisevius. *Bitter End*, 570-1 (con alguna variación textual); Zeller, 397-8; Hoffmann, *Widerstand*, 623-5; Fest, *Staatsstreich*, 279-80. <<

[119] Hoffmann, *Widerstand*, 623s.S.; Fest, *Staatsstreich*, 280-1; Hoffmann. *Widerstand, Stauffenberg*, 276-7. <<

[120] Schroeder, 148; Domarus, 2123 <<

[121] Domarus, 2124; Schmidt, 595. <<

[122] Schmidt, 593. El comentario de Lingels, *Bis zum Untergang*, 229, que Hitler tenía el brazo en cabestrillo se contradice con el de Schmidt, 593, de que no apreció nada raro en la apariencia de Hitler antes de que utilizase el brazo izquierdo para darle la mano a Mussolini y se hiciese evidente que tenía problemas para levantar el brazo derecho. La fotografía de Hitler inspeccionando el barracón destruido con Mussolini está hecha desde un ángulo impropio para que resulte concluyente, pero no indica, sin embargo, que Hitler tuviese el brazo en cabestrillo. Guando pronunció su alocución radiada a primera hora de la mañana siguiente, no tenía el brazo en cabestrillo. Véanse las fotografías en Fest, *Staatsstreich*, 265, 278. <<

[123] Schmidt, 594. <<

[124] Hoffmann; *Widerstand*, 501-2. <<

[125] Belovv, 383. <<

[126] Schroeder, 149; en *Germans against Hitler*, 180, sobre la una de la madrugada. <<

[127] Domarus, 2127-9. <<

[1] Schroeder, 148-9; Zoller, 186. <<

[2] Speer, 399-400; trad., Albert Speer, *Inside the Third Reich*, Sphere Books ed., Londres, 1971,525. <<

[3] TBJG, II/13, 206 (3.8.44). <<

[4] LB (Darmstadt), 246-8. <<

[5] Schroeder, 148. La frase se usa también en el telegrama que envía Bormann a los Gauleiter a las 21:20 de la noche del 20 de julio. *The Bormann Letters. The Prívate Correspondence between Martin Bormann and his Wife from January 1943 to April 1945*, ed. H.R. Trevor-Roper, Londres, 1954, 63. <<

[6] Speer, 400; trad., Speer, *Inside*, 525. <<

[7] Zeller, 538 11.11, eit. W. Scheidt, *Gespräche mit Hitler, Echo der Woche*, 7 *Oct.*, 1949, p.5: «Die müssen sofort hängen ohne jedes Erbarmen». Scheidt formaba parte del equipo del comandante general Walther Scherff, el historiador oficial del cuartel general de Hitler (que resultó herido en la explosión del 20 de julio de 1944) y oyó decir esas palabras en una de las sesiones infomativas militares que siguieron a la tentativa de asesinato, a las que asistía como delegado de Scherff. <<

[8] Guderian, 345-7, indica que recibió orden de asistir y que lo hizo a regañadientes y con escasa frecuencia. <<

[9] TBJG, II/13, 212 (3.8.44). El «Tribunal de Honor» militar se reunió por primera vez el 4 de agosto de 1944. En esta sesión y en las tres siguientes (14 y 24 de agosto y 14 de septiembre) fueron expulsados en total del ejército 55 oficiales. *Germans against Hitler*, 196-8. <<

[10] Speer, 399; Schroeder, 149. <<

[11] TBJG, II/13) 141 (23.7.44). Goebbels añadió este comentario (142): «El Führer está decidido a extirpar de raíz a todo el clan de los generales que se han opuesto a nosotros para derribar el muro que esa camarilla de generales ha erigido artificialmente entre el ejército por una parte y el partido y el pueblo por la otra». <<

[12] Below, 383; Linge, *Bis zum Untergang*, 232. <<

[13] Para un breve sumario biográfico, véase Weiss, *Biographisches Lexikon*, 130-1. <<

[14] TBJG, II/13, 141 (23-7-44). <<

[15] Zeller, 538 n.11, cit. Schmidt, *Gespräche mit Hitler*, (véase antes 11.7): «l nd das wichtigste ist, dass sie keine Zeit zu langen Reden erhalten dürfen. Aber' der Kreisler wird das schon machen. Das ist unser Wyschinski». Goebbels habló con Hitler a principios de agosto, unos días antes de que comenzasen los juicios ante el tribunal del Pueblo, de cómo debían ser esos juicios. Se decidió que no se permitirían largos discursos de defensa. Las sesiones no serían públicas, pero Goebbels se encargaría de que estuviesen presentes en los juicios periodistas de primera clase que escribiesen reportajes sobre ellos para el público en general. Quedó también en hablar directamente con Kreisler para explicarle cómo debían desarrollarse los juicios. Estaba además muy interesado en que se mantuviese la ficción de que los conspiradores habían sido sólo una pequeña camarilla y en que no hubiese ataques globales al conjunto de los oficiales, ni al ejército ni a la aristocracia (con los que se ajustarían cuentas en una fecha posterior). TBJG, II/13, 214 (3.8.44). Las directrices propagandísticas habían hecho hincapié, en el periodo que siguió inmediatamente al golpe de estado fallido, en que los conspiradores eran sólo 1111 grupo pequeño y que ni la Wehrmacht ni los oficiales en su conjunto habían formulado ninguna crítica. Steinen, 473-4. <<

[16] *Bormann Lettters*, 62-3. <<

[17] Speer, 397-8. <<

[18] Kroener, 183-4. La ejecución de Fromm parece ser que había sido ordenada concretamente por Hitler, es probable que a instancias de Goebbels, después de que este hubiese planteado de nuevo el caso el 5 de marzo de 1945, señalando que Fromm merecía morir «por haberse comportado de una forma tan cobarde frente al enemigo, es decir, frente a los conspiradores del 20 de julio», y que presidiendo quien presidía el Tribunal del Pueblo en aquel momento no podía esperarse ninguna pena de muerte. rBjG, II/15, 425 (5.3.45); Speer, 450; Linge, *Bis zum UnUrgang*, 232. <<

[19] Véase Otro Skorzeny, *Skorzeny’s Special Missions*, Londres (1957), 1997, 113-19. <<

[20] *Bormann Letters*, 65. <<

[21] *Bormann Letters*, 64-5. <<

[22] Spiegelbild, 23; Hoffmann, *Widerstand;* 625-6. Gerstenmaier fue condenado después a siete años de piisión; todos los demás fueron ejecutados. <<

[23] Spiegelbild, 16; Hoffmann, *Widerstand*, 629-30. <<

[24] Hoffmann, *Widerstand*, 630-4; Below, 384. <<

[25] Véase esp. Sclilabrendorff, 132-40; también Hoffmann, *Widers tand*, 642-3; Fest, *Staatsstreich*, 296-8. <<

[26] Hoffmann, *Widerstand. 628; RUler, 420; Fest, Staatsstreich, 294.*
<<

[27] Below, 3,85. <<

[28] *The Berlin Dianes 1940-1945 of Marie Missiel Vassiltchikov*, Londres, 1985, 204; Ted Harrison, «Der “Alte Kämpfer” Graf Helldorf im Widerstand», VfZ, 45 (1497), 385-423, aquí 421. <<

[29] Below, 385; Ritter, 411-24; Fest, *Staatsstreich*. 306-11. <<

[30] Schroeder, 149. <<

[31] TBfG. II/13, 214 (3.8.44). A Robert Ley se le ordenó con toda firmeza que no repitiese los feroces ataques que había lanzado contra la aristocracia en discursos populistas. <<

[32] «Die Rede Himmlers vor den Gauleitern am 3. August 1944», ed. Theodor Eschenburg, VfZ, 1 (1953), 357-94, aquí!385: «Die Familie Graf Stauffenberg wird ausgelöscht werden bis ins letzte Glied». Véase también Hoffmann, *Widerstand*, 639-41; Fest, *Staatsstreich*, 305-6. <<

[33] Hoffmann, *Widerstand*. <<

[34] Cit. Dieter Ehlers, *Technik und Mond einer Verschwörunq*. *De? Aufstand am 20. Juli 1944*, Bonn, 1904, 28: «“Morde? […] Sie sind ja ein schäbiger Lump! Zerbrechen Sie unter der Gemeinheit?”»; trad. *Germans against Hitler*, 198-200. Véase también Zeller, 461-2, y *Germans against Hitler'*, 211. Para una descripción de la sala del juicio, véase Oven, *Mit Goebbels*, II. 113, entrada del 10 de agosto de 1944. <<

[35] *Germans against Hitler*, 198, 211: Reuth, *Goebbels*, 599-60. <<

[36] Zeller, 463-4: «Dann beeilen Sie sich mit dem Aufhängen, Herr Präsident, sonst hängen Sie eher als wir» . (Fellgiebel). «Sie können uns dem Henker überantworten. In drei Monaten zieht das empörte und gequälte Volk Sie zur Rechenschaft und schleift Sie bei lebendigem Leibe durch den Kot der Strassen». (Witzleben); trad., *Germans against Hitler*, 201. <<

[37] *Germems against Hitler*, 201; TBJG, II/13, 225 (4.8.44). <<

[38] *Germans against Hitler*, 21o. <<

[39] La decapitación con hacha había sido la forma tradicional de ejecución en gran parte de Alemania, Prusia incluida, y siguió siéndolo en los primeros años del régimen de Hitler. Pero en algunos estados (Baviera, Württemberg, Baden, Sajonia, Turingia, Bremen, Oldenburg y Hesse) se utilizaba la guillotina. Los debates en los medios jurídicos (y las cartas enviadas por el público en general al ministro de justicia del Reich recomendando variantes de pena capital truculentamente inhumanas) culminarían finalmente en la decisión de Hitler de unificar en 1936 las formas de ejecución imponiendo la guillotina en toda Alemania. Pero la brutal escalada en el numero de ejecuciones durante la guerra condujo en 1942-43 al uso creciente de la horca como una alternativa sencilla y barata. También se recurrió al fusilamiento de los presos condenados cuando se activó la búsqueda de nuevos métodos rápidos de ejecución a medida que se aceleró el desmoronamiento del orden jurídico. Véase Richard J. Evans, *Rituals of Retribution. Capital Punishment in Germany 1600-148* y, Oxford, 1996, cap. 15-16, aquí esp. 651-60, 710-20. <<

[40] Cit. Ehlers, 113: «Ich will, dass sie gehängt werden, aufgehängt wie Schlachtvieh». <<

[41] Basado en las versiones de testigos de *Germans against Hitler*, 211-12 y en las pruebas reunidas por Hoffmann, *Widerstand*, 649- 50, y 971-3, nota 1 11. <<

[42] Speer, 404. <<

[43] Según afirmaría más tarde Speer, Hitler la vio muchas veces. Toland, 818, cit. la entrevista a Speer del *Playboy* de junio de 1971. Below, el ayudante de la Luftwaffe, comentó, por otra parte, que Hitler mostró poco interés por las fotografías de las ejecuciones, que estaba haciendo circular de un modo repugnante por el cuartel general del Führer el SSGruppen-führer Hermann Fegelein, oficial de enlace de Himmler en la Guarida del Lobo. Below, 385. Walter Frentz, cámara de Hitler, que tenía su base en la Guarida del Lobo y que asistía a menudo a los monólogos nocturnos aseguró también, mucho después de la guerra, que habían llegado allí las películas, pero que el único que las había visto había sido Fegelein. Hoffmann, *Widerstand*, 872. <<

[44] Hoffmann, *Widerstand*, 652, 864-5, notas 33, 874, nota 123, y véase *Germans against Hitler*, 202-9, 214-19. <<

[45] Véase Irving, *Doctor*, 151-2. A final de mes explicó a su entorno militar que debería haberse pasado de diez a catorce días en la cama, pero que había seguido trabajando ocho horas al día como mínimo. LB (Darmstadt), 271 (31.7.44). <<

[46] Irving, *Doctor*, 154. <<

[47] Irving, *Doctor*, 150. <<

[48] Redlich, 204-6; Schenck, 302, 318; Irving, *Doctor*, 152-3; LB (Darmstadt), 270, 31.7.44 (en que Hitler descarta la posibilidad de viajar en avión en ocho días más como mínimo, hasta que esté curado de los oídos); TBJG, II/13, 209 (3.3.44), 232 (5.8.44). <<

[49] *Bormann Letters*, 68. <<

[50] Redlich, 205. <<

[51] Irving, *Doctor*, 150; TBJG, II/13, 213 (3.3.44). <<

[52] Irving, *Doctor*, 149 (impresiones de Giesing), 157 (impresiones de Goebbels); y véase Schenck, 394-5. <<

[53] LB (Darmstadt), 270 (31.7.44). <<

[54] Schenck, 250, cit. entrada de diario de Morell de 3.10.44; Redlich, 205. <<

[55] Irving, *Doctor*, 153 (entrada del diario de Morell del 29 de julio de 1944); LB (Darmstadt), 217 (31.7.44). <<

[56] Irving, *Doctor*, 160; Redlich, 205. <<

[57] Hoffmann, *Security*, 253-4; Zoller, 186. <<

[58] TBJG, II/13, 2 10 (3.8.44); Warlimont, 442. <<

[59] Zoller, 186. <<

[60] Guderian, 342, y 339-40 para su nombramiento. <<

[61] Véase TBJG, II/13, 207 (3.8.44), donde Goebbels escribe que la propaganda debe cumplir su función de impedir una versión invertida de la puñalada por la espalda de 1918. En su opinión, entonces el frente interior había desbaratado el esfuerzo bélico; ahora los militares habían estado a punto de desbaratar el frente interior. <<

[62] Schroeder, 149. <<

[63] IMG, XVI. 541; Speer, 403. <<

[64] KTB OKW, IV.2, 1572-6. <<

[65] LB (Darmstadt), 275-7, 280; LB (Stuttgart), 609-20. <<

[66] Véase antes, capítulo 14, nota 5. <<

[67] Las directrices de propaganda que siguieron al golpe frustrado se referían concretamente a él como una «puñalada por la espalda» fallida. Véase Steinert, 475. <<

[68] Steinert, 472-3. <<

[69] BA, R55/614, R551678, «’Treukundgebungen” nach dem 20.7.44; insbes. Berichte über einzelne Veranstaltungen und Stimmung nach dem Attentat»; Imperial War Museum, Londres [=IWM], «Aus deutschen Urkunden 1935-1945», colección inédita de documentos capturados, s.f., c. 1945-6, 289-92 (instrucciones del Ministerio de Propaganda del Reich a los Gauleiter y a las oficinas de Propaganda de *Gau*, respecto a «Treukundgebungen anlässlich des misslungenen Attentates auf den Führer); MadR, XVII.6684-6 (28.7.44); Steinert, 476fr; Michael Balfour, *Propaganda in War, 1939-1945*, Londres, 1979, 388. <<

[70] Spiegelbild, 1-3. Para las reacciones totalmente dispares (basadas en rumores y reportajes de prensa) de los angustiados judíos que quedaban en Dresden, véanse las entradas de Klemperer, 548-54 (2128.7.44). <<

[71] En realidad, hasta unas semanas antes del atentado de Stauffenberg contra la vida del dictador no se habían formulado planes ingleses para matar a Hitler. Entre los argumentos utilizados por oficiales de Estado Mayor dentro de la agencia subversiva inglesa, la Comisión de Operaciones Especiales, para oponerse a un atentado inglés contra Hitler (que era, de todos modos, letra muerta en el periodo concreto en que se consideraba) figuraba la idea de que resultaría contraproducente, porque estimularía el apoyo a Hitler (y haría con ello más difícil un acuerdo de postguerra). Se consideraba además «que, desde el punto de vista estrictamente militar, era casi una ventaja que Hitler conservase el control de la estrategia alemana, teniendo en cuenta los errores que había cometido». Operation Foxley, 14-15, 30-1. <<

[72] Spiegelbild, 4-7. <<

[73] Spiegelbild, 8-11. <<

[74] M. I. Gurfein y Morris Janowitz, «Trends in Wehrmacht Morale», *Public Opinión Qjuarterly*, 10 (1946), 78-84, aquí 81; Balfour, *Propaganda*, 389. Véase también Breloer, 334, para una carta enviada por un prisionero de guerra alemán a Hitler desde Tejas, felicitándole por haber sobrevivido al atentado y una entrada de diario del 2 1 de julio de 1944 que dice: «No creo que me equivoque al decir en una hora tan triste para todos nosotros: "Alemania se mantiene en pie o cae en esta lucha con la persona de Adolf Hitler. Si este ataque contra Adolf Hitler hubiese tenido éxito, estoy convencido de que nuestra patria seria ahora un caos». <<

[75] Buchhender y Sterz, 21-2. <<

[76] Spiegelbild, 8-11. <<

[77] Véase, por ejemplo, Andreas-Friedrich, 103 (entrada del 31.7.44), en que fue denunciada a la Gestapo por un comentario denigratoiio sobre Hitler por un miembro del partido que estaba sentado cerca de ella en un café de Berlín. «Desde el 20 de julio todos los órganos de los nazis tienden a ver un golpista en cada ciudadano alemán», escribía. Escapó por poco a las recriminaciones que siguieron a la denuncia. <<

[78] Yassiltchikov, 203. <<

[79] Breloer, 132-3. <<

[80] Breloer, 69. <<

[81] Elisabeth Hoemberg. *Thy People, My People*, Londres, 1950, 161.
<<

[82] GStA, Munich, MA 106695, informe del Regierungspräsident de Oberbayern, 7.8.44: « […] ein Teil der Bevölkerung das Gelingen des Attentats in erster Linie deshalb begrüsst hätte, weil er sich davon eine frühere Beendigung des Krieges erhoffte». <<

[83] StA, Munich, LRA 29656, informe del SD-Aussenstelle Berchtesgaden, 3.3.44: «Ja, wenn’s ihn nur erwischt hätte». <<

[84] Buchbender y Sterz, 146. <<

[85] Véase Buchbender y Sterz, 24, 147-8. El informe del censor hablaba de comentarios negativos (sobre cuestiones generales, no concretamente sobre Hitler) en el 25 por 100 de las cartas examinadas, un aumento respecto al mes anterior. Una estadística de finales de noviembre de 1944 indica que 9 523 miembros de la Wehrmacht habían sillo fusilados por delitos que incluían indisciplina, subversión y sabotaje tras someterlos a juicios normalmente protocolarios ante un tribunal militar. Es imposible determinar cuántos habían sido condenados por comentarios negativos en cartas. Podemos suponer con bastante seguridad que los comentarios relacionados con el atentado contra Hitler habrían sido una proporción minúscula. Buchbender y Sterz, 20-5. <<

[86] Steinert, 482. <<

[87] Steinert, 479. <<

[88] *Jahrbuch der öffentlichen Meinung* 7947-7955, ed. Elisabeth Noelle y Erich Peter Neumann, Allensbach, 1956, 138. <<

[89] Michael Kälter, *The Nazi Party. A Social Profile of Members and Leaders*, 79 79- 7945, Oxford, 1983, 263 (figura 1). <<

[90] IWM, «Aus deutschen Urkunden 1935-1945”, 264, informe del SD-Leitabschnitt Stuttgart, 8.8.44: «Mit anderen Worten würde das heissen: Der Führergibt zu, dass die Zeit bisher nicht für uns, sondern gegen uns gearbeitet hat. Wenn sich also ein Mann wie der Führer einer solch gewaltigen Täuschung hingegeben hat, […] so wäre er entweder nicht das Genie, für das er immer Eingestellt wird, oder aber, er hätte in Kenntnis der Tatsache, dass Saboteurs am Werk sind, das deutsche Volk vorsätzlich belogen, was ebenso schlimm wäre, denn mit solchen Feinden im eigenen Haus könnte die Kriegsproduktion niemals gesteigert werden, könnten wir niemals siegen. […1 Das Bedenklichste an der ganzen Sache ist wohl, dass die meisten Volksgenossen, auch diejenigen, die bisher unerschütterlich glaubten, jeden Glauben an den Führer verloren haben». <<

[91] IWM, «Aus deutschen Urkunden», 276, informe del SD-Leitabschnitt Stuttgart, 6.11.44: «Es wird immer wieder behauptet, der Führer se¡ uns von Gott gesandt worden. Ich bezweifle es nicht. Der Führer wurde uns von Gott gesandt, aber nicht um Deutschland zu retten, sondern 11m Deutschland zu verderben. Die Verschling hat beschlossen, das deutsche Volk zu vernichten und Hitler ist der Vollstrecker dieses Willens». <<

[92] Breloer, 2 19-20. <<

[93] Steinert, 498. <<

[94] Manfred Messerschmidt, «Krieg in der Trümmerlandschaft.. "Pilichter-füllung” wofür?», en Ülrich Borsdorf y Mathilde Janiin (eds.), Uber Leben im Krieg. Kriegserfahrungen in einer Industrieregion 1939-1945, Reinbek bei Hamburg, 1989, 169-78, aquí 1 73. <<

[95] Matthias von Hellfeld, *Edelweisspiraten in Köln*, 12ª ed, Colonia, 1983, esp. 9-14, 38-59; Detlev Peukert, *Die Edelweisspiraten. Protestbewe gugen jugendlicher Arbeiter im Dritten Reich*, Colonia, 1980, 103-15; *Widerstand und Verfolgug in Köln 1933-1945*, ed. I fistorisches Archiv der Stadt Köln, Colonia, 1974, 394-7. <<

[96] Widerstand und Verfolgung in Köln, *396*. <<

[97] Véase Detlev Peukert, Die KPD im Widerstand. Verfolgung und Untergrundarbeit an Rhein und Ruhr 1933 bis 1943, Wuppertal, 1980, 388-400; Merson, 293-5; Widerstand und Verfolgung in Köln, 394-7. <<

[98] Cit. Steinen, 499-500, 515. <<

[99] Oven, *Mit Goebbels*, II. 109, entrada del 5 de agosto de 1944, y su discurso a los Gauleiter en Posen dos días antes (Heiber, *Goebbels Reden*, II.360-404, aquí 370, 372-73, 377-78) para la comparación de Goebbels con la crisis de Strasser de 1932; también Orlow, II.463. <<

[100] *Bormann Letters*, 61-5; Orlow, II.462 y n.282. <<

[101] *Bormann Letters*, 69. Bormann escribió, en esa carta a su es posa fechada el 26 de julio, que la conferencia de los Gauleiter sería el 1-2 de agosto. En realidad se celebró el 3-4 de agosto. <<

[102] TBJG, II/13, 221-3 (4.8.44); Speer, 402; «Die Rede Himmlers» VfZ, 1 (1953), 357-94; discurso de Goebbels de 3 de agosto en Heiber, *Goebbels Reden*, II.360-404, cita 396: *«das muss jetzt Schluss sein! Jetzt nimmt die Partei diese Entwicklung in die Hand»;* Orlow, II.463-4. <<

[103] Domarus, 2138-9; Speer, 402-3. <<

[104] Véase Karl Teppe, «Der Reichsverteigiguugskommissar. Organisation und Praxis in Westfalen», en Dieter Rebentisch y Karl Teppe (eds.), *Verwaltung contra Menschenführung im Staat Hitlers. Studien zum politisch-administrativen System*, Gotinga, 1986, 278-301, aquí 299-301. <<

[105] Véase Speer, 322-4, 333-4; Rebentisch, 412-13; Herbert, *Fremdarbeiter*, 252-5. <<

[106] Rebentisch, 528. <<

[107] Elke Fröhlich, «Hitler und Goebbels im Krisenjahr 1944. Aus den Tagebüchern des Reichspropagandaministers», VfZ, 38 (1990), 195-224, aquí 205-206; Rebentisch, 512-14; Eleanor Hancock, *National Socialist Leadership and Total War 1941-43*, Nueva York, 1991, 127-36. Wolfgang Bleyer, «Pläne der faschistischen Führung zum totalen Krieg im Sommer 1944», *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft*, 17 (1969), 1312-29. A Speer parece que le impulsó a actuar el jefe de su Oficina de Planificación, Hans Kein1, que consideró que era el momento adecuado después del artículo de Goebbels en *Das Reich* del 30 de junio de 1944. presionando para que se aprovechasen todas las reservas de potencial humano que quedasen. Véase la carta de Kelirl a Speer del 1 o de julio de 1944, en Bleyer, «Pläne der faschistischen Führung», 1315-16. <<

[108] Bleyer, «Pläne der faschistischen Führung», 1317-25, (memorandos de Speer del 12 y el 20 de julio de 1944); Peter Longerich, «Joseph Goebbels und der totale Krieg: eine unbekannte Denkschrift des Propagandamitinisters vom 18. Juli 1944», VfZ, 35 (1987), 289-314, texto del Memorando, 305-14; Hancock, 129, 1133; Fröhlich, «Hitler und Goebbels im Krisenjahr 1944», 206. <<

[109] Rebentisch, 514. <<

[110] TBJG, II/12, 521 (22.6.44). <<

[111] El texto está en Bleyer, «Pläne der faschistischen Führung», 1326-9. Véase también TBJG, II/13, 135-6 (23.7.44); Rebentisch, 515; Hancock, 137-8; Longerich, «Joseph Goebbels und der totale Krieg», 304-5; Fröhlich, «Hitler und Goebbels in Krisenjahr 1944», 206-7. <<

[112] TBJG, II/13. 154 (24.7.44). <<

[113] Rudolf Semmler [= Sealer], *Goebbels: The Man next to Hitler*, Londres, 1947, 147 (entrada del 23 de julio de 1944). <<

[114] RGBl, 1944, I, N.° 34, 161-2. <<

[115] Irving, *Wring*, 433; Fröhlich, «Hitler und Goebbels im Krisenjahr i944», 207. Para Rominten (y otras residencias de Göring, tuvo diez en diversos periodos, aparte de Caí inhall, su hogar principal, y trenes y yates a su disposición), véase Volker Knopf y Stefan Martens, *Görings Reich. Selbstinszenierungen in Carinhcdl*, Berlin, 1999, 158-9. <<

[116] TBJG, II/13, 153-6 (24.7.44). <<

[117] Oven, *Mit Goebbels*, II.94, entrada del 25 de julio de 1944. <<

[118] Rebentisch, 516-17; Hancock, 138. <<

[119] Texto en Heiber, Goebbels Reden, II.342-59, cita 353: «Es wird im Lande sowohl für die Front wie für die Rüstungsproduktion so viel Kräfte frei machen, dass es uns nicht allzu schwerfallen dürfte, der Schwierigkeiten, die die Kriegslage immer wieder mit sich bringen wird, in souveräner Weise Herr zu werden». (Trad. inglesa corregida de Max Seydewitz, *Civil Life in Wartime Germamy. The Story of the Home Front*, Nueva York, 1945, 274J. <<

[120] Orlow, H.470. <<

[121] Según la antigua ama de llaves de su piso de Munich, Frau Anni Winter, Hitler había perdido mucha vista y había necesitado cambiarse cinco veces de gafas en otros tantos años. UfZ, ZS1194, Bl.3. <<

[122] Rebentisch. 518-20. <<

[123] Rebentisch, 52 1. <<

[124] Rebentisch, 522. <<

[125] Speer, 406. <<

[126] Speer, 405-7; TBJG, II/13, 525-7 (20.9.44). <<

[127] Speer, 407. <<

[128] Véase Speer, 575 n.Jfc y Rebentisch, 520. <<

[129] Hancock, 152-5, 287 11.27. Véase también DZW, VI.222-37; Herbst, *Der Totair Krieg*, 343-7; Seydewitz, 275-9; Steinert, 505-6; Klaus Manach, *Der Volkssturm. Bestandteil des totalen Kriegseinsatzes der deutschen Bevölkerung 1Q44-45*, Berlin Oriental, 1981, 17-20. <<

[130] Hancock, 157-8. <<

[131] Harlan pudo utilizar por otra parte los poderes que le otorgó Goebbels para que participaran también en su película 4.000 marinos, que habían recibido instrucción para rechazar los ataques de los aliados a los submarinos, así como 6.000 caballos. Se le permitió gastar lo que quiso. Los costes del film rondaron los ocho millones y medio de marcos (ocho veces más de lo que costaba normalmente hacer una buena película). Veit Harlan, *Im Schatten meiner Filme. Selbstbiographie*, Gütersloh, 1966, 184, 187-8. Y véase Welch, *Propaganda andthe Gmrran Cinema*, 22 iss, aquí 234. <<

[132] Mammach, 39; Franz W. Seidler, *«Deutscher Volkssturm». Das letzte Aufgebot* 7944-45, Munich, 1989, 45-g; Padfield, *Himmler*, 540-3. El texto del discurso de Himmler cuando se «pasó lista» por primera vez en la Volkssturm de Bartenstein (Prusia Oriental), el 18 de octubre de 1944, en IfZ, NÍA 315, frames 2614201SS. <<

[133] De hecho, Hitler, al explicar en 1937 las razones por las que había tenido que «aniquilar» a Ernst Rohm y a otros dirigentes de las SA tres años antes, rechazó explícitamente «la llamada Levée en masse» y la idea de «que sólo se pueden crear soldados mediante la movilización de, digamos, entusiasmo». Domarus, 424, 2150, n.312. <<

[134] Mammach, 32; Hancock, 141. <<

[135] Mammach, 24-9. <<

[136] RGBI, 1944, 1, N° 53, 253-4; Mammach, 32-3. <<

[137] Mammach, 168-70. <<

[138] Mammach, 171. <<

[139] Mammach, 57. <<

[140] Mammach, 54. <<

[141] Mammach, 186-7. <<

[142] Mammach, 65-8. <<

[143] Véase Mammach, 43-51, aquí 47, 50. <<

[144] Mammach, 72-3. <<

[145] Benz. Grail y Weiss, *Enzyklopädie*, 788. <<

[146] Longerich, *Hitlers Stellvertreter*, 171, procura minimizar esto. <<

[147] Véase Rebentisch, 423-63, que se refiere principalmente al periodo 1941-1943. <<

[148] IMG, XXXV, 494-502, D0C.753-D (con la respuesta de Bormann del 5 de enero de 1945, atribuyéndolo principalmente a «malentendidos»). Véase Rebentisch, 426; Longerich. *Hitlers Stellvertreter*, 171-2; Gruchmann, «Die “Reichsregierung’' im Führerstaat», 211, 223 (in 15; Broszat, *Staat*, 394-5; Lang, *Der Sekretär*, 309-10, 490; Dieter Rebentisch, «Hitlers Reichskanzlei zwischen Politik und -Verwaltung», en Rebentisch y Teppe, 65-99, aquí 96; Diehl-Thiele, 256-7. <<

[149] Padfield, *Himmler*, 514, hasta le describe como «sin duda el principal beneficiario del golpe fallido». <<

[150] Padfield, *Himmler*, 54355. <<

[151] Weinberg, III.750; DZW, VI.78-9. Las bajas totales desde el principio de la guerra eran, el 1 de octubre de 1944, 2.748.034 hombres muertos, heridos! desaparecidos o capturados por el enemigo. <<

[152] DZW, VI. 183; Weinberg, *War*, 750 (donde las pérdidas de octubre se reducen a sólo un barco mercante). El número total de pérdidas causadas por submarinos en los últimos meses de 1944 ascendía a 321.732 toneladas, sólo un 2,3 por 100 de los 14 millones de toneladas desplazadas por los aliados en el año anterior. *Oxford Companion*, 69. <<

[153] KTB OKW, IV/2, 1573. <<

[154] Hoffmann, *Widerstand*, 433-4, 478, 480, 741 n.i 1 2, 786 n. 155; Gruchmann, *Der /weite Weltkrieg*, 295. <<

[155] Weinberg, III.692-3; Gruchmann, *Der Zweite Weltkrieg*, 295-6. Sobre los detalles militares, John Prados, «Cobra: Patton's offensive in France, Summer 1944», en Albert A. Nofi (ed.), *The War against Hitler. Military Strategy in the West*, Conshokoken PA, 1995, 133- 55. <<

[156] Hitler afirmó en la sesión informativa que si pudiese disponer de otros 800 cazas allí «se superaría inmediatamente la crisis en que nos hallamos». LB (Darmstadt), 245. En una sesión informativa posterior, el 31 de agosto, Hitler dijo que siempre habría momentos en que las tensiones se harían demasiado grandes para que se mantuviese la alianza. «Las coaliciones siempre se han deshecho en algún momento en la historia del mundo. Ahora tenemos que esperar el momento, por duro que sea». LB (Darmstadt), 276. <<

[157] Below, 386-7. Hitler daría finalmente órdenes de prepararse para una ofensiva en el oeste que se produciría en noviembre el 19 de agosto, cuando les dijo a Keitel, Jodl y Speer que se preparasen para reclutar 25 nuevas divisiones para el ataque. IfZ, MA 1360, fraine 6217521: «Notiz Keitels über Besprechung mit General der Artillerie Buhle vom 24. August 1944», en que Buhle comunicaba las ideas de Hitler; Irving, HW, 689 y 889, nota de 689. Véase también Guderian, 364, donde se establecía como objetivo derrotar a las potencias occidentales y volver a arrojarlas al Atlántico. <<

[158] LB (Darmstadt), 243, 245, 253. <<

[159] LB (Darmstadt), 249. <<

[160] LB (Darmstadt), 250. <<

[161] LB (Darmstadt), 244, 250, 260. <<

[162] Hitler supuso correctamente lo que había preferido Montgomery: un ataque en el Ruhr. Eisenhower impuso su criterio de que el ataque a Alemania debía seguir en un frente amplio a lo largo del Rin. Véase LB (Darmstadt), 252, n.331; Weinberg, 111.697-700. <<

[163] LB (Darmstadt), 251, 253, 258, 262-3. <<

[164] LB (Darmstadt), 253, 255. <<

[165] LB (Darmstadt), 251, también 258-9, 264. <<

[166] LB (Darmstadt), 244. <<

[167] Weinberg, III. 721. Dönitz había convencido a Hitler para que diese prioridad a la fabricación de dos nuevos tipos de submarinos, el Tipo XXI y el Tipo XXIII, más pequeño, que eran más rápidos que sus predecesores y estaban equipados con esnorkel y radar, lo que les permitía permanecer sumergidos durante largos periodos y detectar la aviación enemiga. La falta de materiales y de especialistas, junto con los problemas creados por los bombardeos, obstaculizaron la producción, de manera que, mientras que los estadounidenses esperaban 300 nuevos submarinos en servicio a finales de 1944, sólo llegaron a producirse 180 al final de la guerra. Parker, *Strugglefor Suruival* 211; véase también Thomas, 244-5; Peter Padfield, *Dönitz: The Last Führer*, Nueva York, 1984, 387 (para los comentarios de Dönitz a Hitler el 16 de diciembre sobre la necesidad de los nuevos submarinos); y Dönitz, *Memoirs*, 424SS., 432-3 para sus ideas retrospectivas sobre la campaña submarina a finales de 1944 y principios de 1945. <<

[168] LB (Darmstadt), 244-5. <<

[169] LB (Darmstadt), 254-5, 59-268. La falta de puertos para desembarcar hombres y municiones fue realmente un problema para los aliados durante el otoño. En principio solo estaba en sus manos el puerto de Clret burgo, muy dañado. La rendición de Dieppe y Ostende y la torna de Brest, Le Havre, Boulogne y Calais facilitaron un poco las cosas en octubre. Pero la escasez de grandes grúas de muelle siguió siendo un grave inconveniente hasta que llegó a ser plenamente operativo Amber es; tomado por los ingleses el 4 de septiembre, una vez ocupado el estuario de Scheidt, a fines de noviembre. LB (Darmstadt), 253, n.335; Weinberg, III. 693. Para el intercambio de telegramas de Hitler con el comandante de la guarnición alemana de St. Malo, tomada a mediados de agosto, véase Domarus, 2142. Hitler le dijo al comandante (coronel Von Aulock) que cada día que aguantase era beneficioso para el esfuerzo bélico alemán. El comandante prometió luchar hasta el último hombre. Hitler les dio las gracias, a él y a sus «heroicos soldados» y dijo que su nombre pasaría a la historia. <<

[170] Irving, HW, 683-4; Weinber g, 111. 693; Par ker, *Struggle for Survival*, 202. <<

[171] Gruchmaim,*Der Zweite Weltkrieg*, 296-7; Weinberg, 111. 692-4; Parker, *Strugglefor Survival*, 2002; Irving, *HW*, 683-9. <<

[172] LB (Darmstadt),' 273. Irving, HW, 696 y n.6, 889-90, notas a 687 y 696, considera justificada la sospecha de Hitler y le sigue en esto Richard Larnb, «Kluge», en Correlli Barnett (ed.), *Hitlers Generáis*, Londres, 1990, 394-409, aquí 407. Pero las pruebas reunidas parecen débiles. Y parece dudoso que Kluge hubiese tenido el valor de dar un paso así. El coronel Vort Gersdorff, que había estado profundamente implicado en las tentativas del grupo de ejército del centro de matar a Hitler, aseguró que había intentado en vano convencer a Kluge por esas fechas para entrar en negociaciones con el enemigo. Gersdorff había dicho que la decisión era del género de las que habían tenido que afrontar «todos los grandes hombres de la historia del mundo». La respuesta de Kluge fue: «Gersdorff, el mariscal de campo Von Kluge no es un gran hombre». Cit. Gersdorff, 151-2. Para el conocimiento por parte de Hitler de las relaciones de Kluge con el grupo de oposición, véase Guderian, 34t! TBJG, II/13, 208, 2 10 (3.8.44). <<

[173] LB (Darmstadt), 273. <<

[174] Gene Mueller, «Generalfeldmarschall Günther von Kluge», en Gerd R. Deberschär (ed.), *Mitin s militärische Elite*, Vol. 1, Darmstadt, 1998, 130-7, aquí 134; Peter Steinbach, «Hans Günther von Kluge - Ein Zauderer in Zwielicht», en Ronald Sielser y Enrico Syrinq, *Die Militärelite des Dritten Reiches.* 27 *biographische Skizzen*. Berlin, 1997, 288-324, aquí 318-19. Para los errores de Monlgomery, véase Weinberg, III.689-90, 693-4, 725. <<

[175] Hitler comentó en una sesión informativa del 31 de agosto que las sospechas eran tales que Kluge habría sido detenido inmediatamente si no se hubiese suicidado. LB (Darmstadt), 272. <<

[176] Dieter Ose, *Entscheidungirn Westen. Der Oberbefehlshaber West und die Abwehr der a liiert en Invasion*, Stuttgart, 2ª ed., 1985, S.340, suplemento 18. <<

[177] Pese a las dudas de Steinbach, «Kluge», 320, y Mueller, «Kluge», 135, es indudable que Hitler recibió la carta de Kluge. Véase TBJG, II/13, 372 (31.8.44), e Irving, *HW*, 696. <<

[178] LB (Darmstadt), 279 y 11.383. <<

[179] LB (Darmstadt), 280. Véase también Irving, HW, 696. <<

[180] Véase Weinberg, III.761; *Oxford Companien*, 418-22. <<

[181] Gruchmann, *Der Ziueite Weltkrieg*, 299. <<

[182] Domarus, 2143; DZW, VI.424-5; KTB OKW, IV/1, 358-60. <<

[183] Gruchmann, *Der' Zweite Weltkrieg*, 297-9; Weinberg, III.694-5.
<<

[184] Ronald Heifermann, *World War II*, Londres, 1973,229. <<

[185] Weinberg, III.700. <<

[186] Los aspectos militares se valoran en Phil Kosnett y Stephen B. Patrick, «Highway to the Reich: Operation Market-Garden, 17-26 September 1944», en Noli, 156-77. <<

[187] DZW, VI. 112-18; Gruchmann, *Der Zweite Weltkrieg*, 302-5; Weinberg, III. 701-2; Parker, 206-8; Heifermann, 229-30. Los aliados occidentales perdieron unos 17.000 hombres en combate en la segunda mitad de septiembre. Las bajas alemanas fueron de 3.300 hombres. Sólo las bajas inglesas se elevaron a entre doce y trece mil. DZW, Vl.i 16. <<

[188] Weinberg, III. 752 <<

[189] Véase TBJG, II/13, 204, 209 (3.8.44). Turquía no declaró en realidad la guerra a Alemania hasta el 1 de marzo de 1945. Domarus, 2136. <<

[190] Guderian, 364-5; Irving, HW, 681. <<

[191] Weinberg, III. 713. <<

[192] Guderian, 367. <<

[193] Weinberg, III. 714. <<

[194] Weinberg, III. 714-15. <<

[195] Gruchmann, *Der Zweite Weltkrieg*, 274-5; Weinberg, III. 716-1 7; DZW, VI, 90-5. <<

[196] Erickson, *Road to Berlin*, 290-307; Weinberg, III. 712; DZW, VI.86-90. <<

[197] Weinberg, HI. 715. <<

[198] TBJG, II/13, 204 (3.3.44). <<

[199] Domarus, 2142-3; Gruchmann, *Der Zweite Weltkrieg*, 258. <<

[200] Gruchmann, *Der Zweite Weltkrieg*, 258-9. <<

[201] Gruchmann, *Der Zweite Weltkrieg*, 254-6; Weinberg. III. 710-11.
<<

[202] Guderian, 355. <<

[203] El discurso de Himmler a los comandantes del Wehrkreis de 21 de septiembre de 1944, en Smith-Petersen, *Himmler. Gehemreden*, 246; trad. (ligeramente modificada), Padileld, *Himmler* 524. En las notas manuscritas que hizo para su discurso a los comandantes del Wehrkreis en Jägerhöhe el 21 de septiembre de 1944, Himmler anotaba: «El general Bor en Varsovia se niega a rendirse. Entonces la población muere con él». [.¿General Bor in Warschau lehnt Übergabe ab, dann stirbt Bevölkerung mit».] HZ, MA 315, frames 2584103SS (cita, frame 2584105). <<

[204] Himmler dijo esto en su discurso a los comandantes del Wehrkreis del 2 1 de septiembre. Véase Pad- field, 724. Para la orden de arrasar Varsovia que dio Hitler el 11 de octubre, véase IMG, XII.88, cit. Dok. USSR-i 28 WPS-3305); también Padfield, *Himmler*, 524-5; y Guderian, 358. <<

[205] Guderian, 356; Höhne, *Deaths Head*, 502; Padfield, *Himmler*, 524-5; Benz, Grail y Weiss, *Enzykopddie*, 440, 539, para las unidades Dirlewanger y Kaminski. Véase también, Hellmuth Auerbach, «Konzentrationslagerhäfthnge un Fronteinsatz», en Benz, *Miscellanea. Festschrift für Helmut Krausnick*, 63-83, aquí esp. 66-7. <<

[206] Padfield, *Himmler*, 527; DZW, VI.61. Gruchmann, *Der Zweite Weltkrieg*, 257, da cifras inferiores tanto de las bajas polacas como de las alemanas. <<

[207] IMG, XII.88; Guderian, 358. <<

[208] Schenck, 148; Irving, *Doctor*, 160; también Redlich, 207. <<

[209] Schenck. 337-8, 342-3. <<

[210] Schenck, 329, 333-6; Irving, *Doctor*, 161-2, 252-6; Redlich, 224-5, 366-9. Schenck, 336-7, rechaza las sugerencias de que Hitler pudiese haber sufrido en algún momento un ataque al corazón, como se ha dicho a veces (p.e. en Hauner, *Hitler*, 193, y Toland, 822). <<

[211] Schenk, 148, Betow, 389, atribuyeron el hundimiento físico de Hitler a la noticia que acababa de darle Himmler de la participación de Canaris, Goerdeler, Oster, Dohnanyi y Beck en una conspiración contra él ya en 1938-9. Pero Himmler le dio esa información a Hitler el 26 de septiembre, como indica Below (véase también, Irving, HW, 710-11); los graves espasmos estomacales de Hitler se habían iniciado la noche del 23-24 de septiembre, según indica el diario de Morell. Para la «agitación» de Hitler por Arnhem y el fracaso de la Luftwaffe, véase Irving, HW, 706-8. <<

[212] Irving, *Doctor*, 163; Irving, HW, 712; Below, 389. <<

[213] Schenck, 148-9; Irving, *Doctor*, 164; Irving, HW, 712; Redlich, 207. <<

[214] Schenck, 44, 150-3; Irving, *Doctor* 164-8, 172-3. <<

[215] Irving, *Doctor*, 169-79; Redlich, 209. <<

[216] Linge, *Bis zum Untergang*, 161. <<

[217] Véase Redlich, 244-52 para una valoración equilibrada de Morell. Es mucho más crítico Schenck, 287-8. <<

[218] Redlich, 237-44. Schenck, 196-215 evalúa las numerosas medicinas administradas a Hitler. Véase también lrving, *Doctor* 259-70. Leonard L. Heston y Renate Reston, *The Medical Casebook of Adolf Hitler*, Londres, 1979, elabora una teoría que no resulta plausible sobre la dependencia de Hitler de las anfetaminas como base de su irracionalidad. Véase Redlich, 240-2 para una crítica. <<

[219] Véase Redlich, 233; y Schenck, 325SS. Redlich, 224-5 Para problemas cardiovasculares. <<

[220] Redlich, 332-41. <<

[221] Ingeborg Fleischhauer, *Die Chance des Sonderfriedens.* Deutschsowjetische Geheimgespräche 1941-1945, *Berlín, 1986. 265ff; Earl F. Ziezke*, Stalingrad to Berlin: The German Defeat in the East, *Washington, 1968, 404-5; y Bernd Martin*, Deutschland und Japan im Zweiten Weltkrieg. Vom Angriff auf Pearl Harhor bis zur deutschen Kapitulation, *Gotinga, 1969. 195SS.* <<

[222] IMG, XVI.533 (testimonio de Speer de 20.6.46); Boyd, 158-9; Irving, HW. 891 (nota a 699). No está claro por qué Wein- betg, III. 720, cree que «hay ciertas pruebas que indican que Hitler consideró seriamente por primera vez en el otoño de 1944 una posibilidad que hasta entonces siempre había descartado». <<

[223] TBJG, II/13, 524 (20.9.44). <<

[224] TBJG, II/13, 524-5 (20.9.44). La noticia de la propuesta de Osliima se había difundido por entonces, evidentemente, fuera del Ministerio de Goebbels. Este fustigó al día siguiente en la entrada correspondiente de su diario un discurso que había pronunciado el dirigente del Frente del Trabajo, Robert Ley, en privado y para un público selecto, en el que informó de la iniciativa de Oshima y comentó que se esperaba para un futuro cercano la paz con Moscú. TBJG, II/13, 535 (21.9.44). <<

[225] TBJG. II/13, 536-42 (23.9.44). El resto de la carta era un ataque a su viejo adversario Ribbentrop, a quien consideraba el hombre menos capacitado para efectuar la hábil maniobra que se necesitaba realizar, y un desmentido de que él tuviese otra ambición que la de servir a Hitler, de cuya genialidad dirigiendo con éxito hacia la victoria «esta guerra, la más grande de la historia» y garantizando así un futuro feliz para el pueblo alemán no dudaba ni por un segundo. <<

[226] TBJG, II/13, 556 (24.9.44), 562 (25.9.44); TBJG, II,114,83-4(12.10.44). <<

[227] Véase lrving, HW, 689. <<

[228] Below, 390; Guderian, 364. <<

[229] Speer, 423. <<

[230] Below, 390. <<

[231] Below, 386-7. <<

[232] Speer, 417-19, y véase Kirwin, «Waiting for Retaliation», para las expectativas. <<

[233] Speer, 377. Hasta esto habría llevado una carga explosiva de menos de la mitad de una sola inclusión de bombardeo combinada angloamericana de hacia el final de la guerra. Speer, 572, n.g. <<

[234] Speer, 378. <<

[235] Below, 390. <<

[236] Gruchmann, *Der zweite Weltkrieg*; 284-5. DZW; VI. 176. <<

[237] Speer, 239-43; Mark Walker, *German National Socialism and the Quest far Nuclear Power 1939-1949*, Cambridge, 1989, 77-8 y cap.4, esp. 136-7, y 155; Mark Walker, «Legenden um die deutsche Atombombe», VfrZ, 3 (1990), 45-74, aquí 53; Monika Renneberg y Mark Walker (eds.), *Science, Techuoloqy, and National Socialism*, Cambridge, 1994, 2; Kristie Macrakis, *Surviving the Swastika. Scientific Research in Nazi Gennany*, Nueva York-Oxford, 1993, 173-4, 244 n.41. <<

[238] LB (Darmstadt), 245. <<

[239] Speer, 415-17. <<

[240] Speer, 578 n.2 1. <<

[241] Speer, 414. <<

[242] Speer, 414-15. <<

[243] Irving, *Doctor*, 166. <<

[244] BJG, II/14, 1 17 (29.iO.44). <<

[245] Speer, 423. <<

[246] Speer, 413. <<

[247] Domarus, 2141 (en respuesta a la oferta de Papen de efectuar sondeos vía España). <<

[248] Speer, 423. <<

[249] TBJG, II/13, 208, 210 (3.8.44). Véanse también sus comentarios negativos sobre Rommel del 31 de agosto en LB (Darmstadt), 273-5.
<<

[250] Keitel, 332; Domarus, 2155, Speidel, *Invasión*, 178SS.; Hoffmann, *Widerstand*, 651-2; Fest, *Staatsstreich*, 313-14. <<

[251] Domarus, 2157. <<

[252] Gruchmann, *Der Zweite Weltkrieg*, 275-6 (y véase Irving, HW, 722-3). <<

[253] Skorzeny, 126, 130, 132, 134. <<

[254] Skorzeny, 134-5. <<

[255] Skorzeny, 133-5. <<

[256] Skorzeny, 136-8. <<

[257] Véase Gruchmann, *Der Zweite Weltkrieg*, 275-8; Irving, HW, 719-24; DZW, VI.531-2; Hilberg, *Destruction*, 552-4. <<

[258] Hilberg, *Destruction*, 546. <<

[259] Hilberg, *Destruction*, 552. <<

[260] Hilberg, *Destruction*, 553 y n. 1035. <<

[261] Hilberg, *Destruction*, 554. <<

[262] Skorzeny, 146. <<

[263] IfZ. F29, diario del general Werner Kreipe, jefe de Estado Mayor de la Luftwaffe, Fol.21. Véase también Guderian, 370-1; Irving, HW, 705. Las advertencias de Guderian de que una ofensiva en el oeste debilitaría gravemente las defensas en el este no tardaría en resultar profética. Weinberg, III.770. <<

[264] TBJG, II/13, 498, 500-1 (17.9.44). Véase también Irving, HW, 706. <<

[265] Warlimont, 478. Para los diversos puntos de vista de Goebbels, Speer y Stuckart sobre el ministro del interior del Reich, véase TBJG, II/13, 491 (16.9.44), 501 (17.9.44). El fallo en las relaciones entre el partido y la Wehrmacht en los primeros días críticos del avance aliado sobre Aachen provocó las directrices de 19 y 20 de septiembre de Hitler, en que se ordenaba que continuasen las actividades del partido y la administración civil en las zonas operativas, también dentro del propio Reich, y se indicaban los deberes de los comisarios de defensa del Reich/Gauleiter. Weisungen, 337-41; Warlimont, 478-9. <<

[266] TBJG, II/1 3, 153 (24.9.44). <<

[267] Gruchmann, *Der Zweite Weltkrieg*, 306. <<

[268] Gruchmann, *Der Zweite Weltkrieg*, 260; TBJG, II/14, 89 (23.10.44). <<

[269] Below, 391. <<

[270] *Bormann Letters*, 13g (25.10.44). <<

[271] *Bormann Letters*, 138 (24.10.44); Schroeder, 150. <<

[272] TBJG, II/14, 93 (24.10.44). Véase también TBJG, II/14, 88 (23.10.44), Schroeder, 150; e Irving, HW, 725. <<

[273] Below, 391; TBJG, II/14, 110 (26.10.44); Irving, HW, 726, 893 nota. Hitler estaba deseoso de hacer uso de las atrocidades con fines propagandísticos. Véase nota de Jodl de la sesión militar informativa de 25 de octubre de 194.4 en líZ, Nbg.-Dok., 1787-PS, 496: «La propaganda de la Wehrmacht debe difundir las atrocidades rusas en la ocupación de territorio de Prusia oriental. Fotos, interrogatorio de testigos, informes de los hechos, etc. ¿Donde están las secciones de propaganda [de la Wehrmacht!? [«Russische Greueltaten bei der Besetzung ostpreussischen Gebiets müssen durch Wpr verbreitet werden. Dazu Aufnahmen, Zeugenvernehmung, Tatsachenberichte usw. Wo bleiben die Prop.-Kom- panien?».J Aunque hubiese una explotación propagandística, no hay duda de que soldados del Ejército Rojo perpetraron realmente horribles atrocidades. En términos militares, la efímera toma de Gumbinen y Goldap (a un elevado coste) proporcionaron a las tropas soviéticas una valiosa experiencia para preparar su posterior asalto a gran escala de Prusia Oriental. Glantz y House, 228-9, 365-6 (n. 34). <<

[274] KTB OKW, IV/1, 439, 442-3; Warlimont, 480; Below, 391-2. <<

[275] Below, 390. <<

[276] Véase TBJG, II/13, 582 (28. 9. 44): Irving, HW, 708, Samuel W. Mitchaz Jr., «Generalfeldzarschall Robert Ritter von Greiz», en Gerd Ueberschär (ed), *Hitlers militärische Elite, Bd. II. Vom Kriegsbeginn zum Weltkriegsende*, Darmstadt, 1998, 72-7. <<

[277] TBJG, II/14, 32 (2. 12. 44). <<

[278] Hitler, hablando con Goebbels, uno de los principales detractores del mariscal del Reich, defendió a Goring y mencionó sus primeros servicio en la formación de la Luftwaffe. TBJG, II/13, 213 (3. 8. 44). Es improbable, sin embargo, que fuese el sentimentalismo la principal razón de que mantuviese a Goring en su cargo. Tenían un mayor peso razones de imagen pública. <<

[279] Below, 394; Irving, HW, 708, 714, 728; Mitcham, 76. <<

[280] TBJG, II/13, 582 (28. 9. 4); Irving, HW, 728. Véase también Irving, *Göring*, 438-45. <<

[281] TBJG, II/14. 330 (2. 12. 44). <<

[282] Speer, 578. n. 21; Irving, Göring, 442, 444. Hitler interrumpió a Below cuando este abogó por el uso exclusivo de los Me262s como cazas. Below, 393. Pese a su insistencia en que se fabricasen como bombarderos, a mediados de octubre entraron en servicio los primeros cincuenta cazas. Irving, *Göring*, 442. <<

[283] Véanse sus comentarios en su sesión militar informativa del 28 de diciembre de 1944. LB (Darmstadt), 314; también sus insinuaciones en ese sentido en la sesión informativa del 12 de diciembre. LB (Darmstadt), 31. Le dijo a Goebbels a principios de diciembre que las armas alemanas eran superiores a las de los aliados en todos los sectores excepto en el de la Luftwaffe, y que no había ninguna perspectiva de superar esa inferioridad en el futuro inmediato. TBJG, II/14, 330 (2. 12. 44). <<

[284] TBJG, II/13, 503-4 (17-9-44). 510 (18. 9. 44). <<

[285] TBJG, II/14, 193 (10. 11. 44), 210 (13. 11. 44). <<

[286] Domarus, 2162. Las palabras *Ausrottung* ('erradicación') y «*Vernichtung*» ('aniquilación') se usaron en numerosas ocasiones en la proclama. <<

[287] Domarus, 2163. <<

[288] Domarus, 2165-6. <<

[289] Domarus, 2165. <<

[290] Domarus, 2167. <<

[291] Below, 395. Para más indicios de desaliento, véase Irving, HW, 893, nota a 726 y 894, nota a 739. <<

[292] TBJG, II/14, 210 (13. 11. 44), 217 (16. 11. 44). Para la mala salud general de Hitler, los problemas de garganta, la tensión nerviosa por la ofensiva inminente y la irritabilidad en noviembre de 1944, véase Schenk, 256-62; Irving, *Doctor*, 187-97 (del diario de Morell). <<

[293] Below, 395. Schenck, 320-3; Irving, *Doctor*, 194-7, Irving, HW, 734. La operación se efectuó el 22 de noviembre. Durante una semana no pudo hablar más que en un susurro. Below, 396. <<

[294] TBJG, II/14, 316 (2. 12. 44). <<

[295] TBJG, II/14, 317 (2. 12. 44). <<

[296] TBJG, II/14, 318-19 (2. 12. 44). <<

[297] TBJG, II/14, 322 (2. 12. 44). <<

[298] TBJG, II/14, 323-4 (2. 12. 44). <<

[299] TBJG, II/14, 32 1 (2. 12. 44). Linge recordaba la efímera revitalización de Hitler al principio de la ofensiva. Linge, *Bis zum Untergang*, 250. <<

[300] Para Dietrich, véase Charles Messenger, *Hitler's Gladiator. The Life and Times of Oberstgruppenführer der Waffen-SS Sepp Dietrich*, Londres, 1988; James T. Weingartner, «Josef "Sepp" Dietrich Hitlers Volksgeneral», en Smelser y Syring. *Die Militärelite des Dritten Reiches*, 113- 28; William T. Allbritton y Samuel W. Mitcham, Jr., «SS- Oberstgruppenführer und Generaloberst der Waffen-SS Joseph (Sepp) Dietrich», en Uebersehär, *Hitlers militärische Elite*, II. 37-44. Quiero dar las gracias al doctor Chris Clarke por dejarme leer un esbozo del carácter y la carrera de Dietrich, «Josef Sepp Dietrich: Landsknecht im Dienste Hitler», de inminente publicación en Ronald Smelser y Etnico Syring (eds.), *Die SS: Elite unter den Totenkopf. 30 Lebensläufe*, Paderborn etc., 2000, 119-33. Tanto Dietrich como Manteuffel son objeto de un breve retrato psicológico de Franz Kurowski, «Dietrich and Manteufel», en Correlli Barnett (ed.), *Hitler's Generals*, Londres, 1990, 411-37. <<

[301] Warlimont, 480-3 (citas, 482, 482-3; nombres en clave de la operación, 480, 490); KTB OKW, IV/1. 439. <<

[302] Warlimont, 485. <<

[303] Below, 396; Domarus, 2171, n. 377. <<

[304] LB (Darmstadt), 290-] (12.12.44). <<

[305] LB (Darmstadt), 291. <<

[306] LB (Darmstadt), 277(31.8.44). <<

[307] LB (Darmstadt), 292. <<

[308] Weinberg, III. 766. <<

[309] Stephen B. Patrick, «The Ardennes Offensive: An Analysis of the Battle of the Bulge, December 1944», en Hofi, 206-24, aquí 217; *Oxford Companion*, 114. <<

[310] Guderian, 380-1; Varlimont, 490-1; Gruchmann, *Der Zweite Weltkrieg*. 310-12; Weinberg, III. 766-8; Heifermann, 232-4. <<

[311] LB (Darmstadt), 302-3, Griichmann, *Der Zweite Weltkrieg*, 313.
<<

[312] LB (Darmstadt), 295-6 (28.12.44). <<

[313] LB (Darmstadt), 297. <<

[314] LB (Darmstadt), 315. <<

[315] LB (Darmstadt), 305. <<

[316] Gruchmann, *Der Ziueite Weltkrieg*, 313-14; LB, 316 11.428. <<

[317] Gruchmann, *Der Zweite Weltkrieg*, 312, Weinberg, 111 769. <<

[318] Hasta los informes de las oficinas de propaganda del Reich de toda Alemania, poco dispuestas siempre a transmitir lo que no fuesen las versiones más de color de rosa, mencionaban la decepción por el discurso. BA, R55/612, «Echo zui Führerrede», Fols.20-1. Goebbels, claramente irritado, tachó los pasajes ofensivos del informe extractado redactado para él. Los artículos de prensa sobre el discurso sorprendieron a los lectores judíos de Dresden porque no se hacía mención alguna de la ofensiva occidental. Klemperer, II.637 (5.1.45).
<<

[319] Domarus, 2180. <<

[320] Domarus, 2180, 2182. <<

[321] Domarus, 2184. <<

[322] IWM, «Aus deutschen Urkunden», 277, informe del SD-Leitabschnitt Stuttgart, 9 de enero de 1945: «Der Führer habe also von allem Anfang an auf den Krieg hingearbeitet». <<

[323] IWM, «Aus deutschen Urkunden», 67, informe del SD-Leitabschnitt Stuttgart, 12 de enero de 1945: «[…] er hätte bewusst diesen Weltbrand entfacht, um als grosser “Varwandler der Menschheit” proklamiert zu werden». <<

[324] KTB OKW, IV/2.1345; Wariimont, 494. <<

[325] KTB OKW, IV/2.1346-7; también 1352-4. <<

[326] Warlimont, 494; KTB OKW, IV/2, 1353 (encabezamiento de la sección que trataba de los acontecimientos militares entre el 14 y el 28 de enero de 1945). <<

[327] Weinberg, III. 769. <<

[328] Below, 398. <<

[1] Breloer, 359-60. <<

[2] Breloer, 359 (entrada del 22. 1. 45). <<

[3] Parece ser que Hitler afirmó explícitamente esto, al dirigirse al coronel general Carl Hilpert, comandante en jefe del grupo de ejército de Courland, el 18 de abril 1945: «Si el pueblo alemán pierde la guerra, habrá demostrado que no es digno de mí». («Wenn das deutsche Volk den Krieg verliert, hat es sich meiner als nicht würdig erwiesen».) K I'B OKW, IV/1.68 (introducción de Percy Ernst Schramm, que cita un informe escrito del doctor W, Heinemeyer, entonces responsable de la redacción del diario de guerra del grupo de ejército de Courland, sobre la reunión de Hitler con Hilpert). <<

[4] Below, 340, respecto a la visita al Berghof el 24 de junio de 1943 de Baldur y Henriette von Schirach, que terminó con su prematura partida tras enfurecer a Hitler. <<

[5] Guderian, 382; y véase Gruclnnann, *Der Zweite Weltkrieg*, 414; Paiker, *Strugglefor Survival*, 217; DZW, VI.502-3. A principios de 1945, el ejército alemán tenía unos 7,5 millones de hombres a su disposición. De sus 260 divisiones, había 75 situadas en el frente oriental entre los Cárpatos y el Báltico, donde estaba prevista la ofensiva soviética. Aparte de las 76 divisiones que estaban en el oeste, había 24 más desplegadas en Italia, 17 estacionadas en Noruega y Dinamarca protegiendo las bases de submarinos y los suministros de mineral de hierro suecos, 10 en Yugoslavia, 28 defendiendo los suministros de petróleo y bauxita de Hungría y 30 aisladas en Memel y Courland. Gruclnnann, *Der- Zweite Weltkrieg*, 414. <<

[6] Guderian, 383. <<

[7] Guderian, 385. <<

[8] Guderian, 386-8. Hitler, hablando con Guderian en privado unos cuantos días después del avance soviético, no culpó de él en primer término a un fallo de la dirección militar. Señaló la inevitable escasez de las defensas en tomo a la cabeza de puente de Baranov motivada por la necesidad de llevar tropas al oeste, para la ofensiva de las Ardenas, y a Hungría, para asegurar los suministros fie petróleo. TBJG, II/15, 193. <<

[9] Guderian, 393-4, 417. Göring, al que la debilidad de las defensas de la cabeza de puente de Baranov le pareció incomprensible, dado que los servicios secretos habían comunicado que podía producirse allí la ofensiva, se mostró crítico, en su conversación con Goebbels, con la decisión de Hitler de intentar un contraataque en Hungría. A Goebbels le pareció que la decisión de Hitler había sido correcta debido a la necesidad urgente de combustible. TBJG, II/15j 251 (28.1.45). <<

[10] Guderian, 394-5, 412 -13, Gerhard Boldt, *Hitlers Last Days. An Eye-Witness Account*, (i947)> Sphere Books, Londres, 1973, 50-3; Michael Salewski, *Die deutsche Seekriegsleitung* 1933-1145, vol.11: 1942- 1945, Munich, 1975, 493, 496, 52035; Weinberg, III. 721, 782; y Gerhard L. Weinberg, «German Plans for Victory, 1944-1945», en Gerhard L. Weinberg, *Germany, Hitler, and World War II*, Cambridge, 1995, 274-86, aquí 284-85. <<

[11] DZW, VI.525. <<

[12] Guderian, 396-8. <<

[13] DZW, VI.529-36. <<

[14] Guderian, 398. <<

[15] DZW, VI.51012; Guderian. 400-1; Gruchmann, *Der Zweite Weltkrieg*, 416. <<

[16] Guderian, 400. <<

[17] Goebbels destacó los problemas de Himmler, dado que «su grujió de ejército sólo existe sobre el papel en la jiráctica». Creía que Hitler se equivocaba al sujioner con tanto optimismo que se mantendrían las líneas del frente en el este. TBJG, II/15, 231 (26.1.45). <<

[18] Guderian, 415. <<

[19] Para eso, véase Guderian, 403-4, 414-15, 422. <<

[20] «El Führer está muy descontento de él», escribía Goebbels el 12 de marzo de 1945 (TBJG, II/15, 480). Véase también Below, 406. <<

[21] Para una descripción de las condiciones dentro de Breslau en febrero de 1945, véase Siegried Knappe y Ted Brusaw, *Soldat. Reßections ofa German Saldier, 1936-1949*, Nueva York, 1992, 299-312. <<

[22] Gruchmann, *Der Zweite Weltkrieg*, 416. <<

[23] Guderian. 402, 405, 417. <<

[24] Orlow, II.478. Goebbels, que consideraba despreciable la fuga de Greiser, tras haber informado a Hitler de la inminente caída de Posen, recomendaba castigo implacable. TBJG, II/15, 232 (26.1.45). Véase también TBJG, II/15, 205, 210 (24.1.45), 214, 219, 223 (25.1.45), 241 27.1.45). Hitler no tomó ninguna medida. Por lo que le contó a Goebbels y por la conversación que Goebbels tuvo con Bormann se sabe que Hitler había mandado a Greiser abandonar Posen… resultó que muy prematuramente. (Greiser aseguró después de la guerra que Hitler le había ordenado el 20 de enero ir a Frankfurt an der Oder como gobernador del Reich y dejar su cargo en la Warthegau. NA, Washington, NND 871063: informe de la detención en Greiser, 17 de mayo de 1945; *Special Interrogation- Report*, 1 de junio de 1945). La ciudad permaneció ocho días más en manos alemanas, pero las columnas de refugiados que huían del Ejército Rojo no recibieron ningún apoyo del partido. TBJG, II/15, 190, 193 (23.1.45), 261-2 (29.1.45). Greiser sería juzgado después de la guerra en Varsovia, condenado a muerte y ahorcado públicamente en Poznan el 14 de julio de 1946. <<

[25] Véase BA, R55/622, fols.181-2, una inspección fechada el 9 de marzo de 1945 de cartas enviadas a las oficinas de propaganda del Reich, que aseguraba: «El “asunto Greiser” sigue su curso y va acompañado de informes de refugiados sobre los fallos del NSDAP en la evacuación de todas las *Gaue*». («Der fall Greiser” macht überall die Runde und wird durch die Belichte der Flüchtlinge über das Versagen der NSDAP bei der Evakuierung ganzer Gaue ergänzt».) Un pasaje citado de una carta anónima se atenía a la vieja fábula: «Si el Führer supiese cómo le engañan en todas partes, habría hecho una buena limpieza hace mucho». («Wenn der Führer wüsste, wie er überall hintergangen wird, hätte er längst dazwischengefegt».) <<

[26] Guderian, 412; Gruchmann, *Der Ziveite Weltkrieg*, 4 17-18. Véase la descripción que hace Speer de las acaloradas discusiones entre Hitler y Guderian sobre la evacuación de las tropas de Gourland. Speer, 428. <<

[27] Parker, *Struggle for Survival*, 218; Weinberg, III. 801; Gruchmann, *Der 'Zweite Weltkrieg*, 420. <<

[28] Los pasajes siguientes se basan en Gruchmann, *Der Zweite Weltkrieg*, 4205; Weinberg, III. 811-13; Parker, *StruggleforSurvival*, 219- 20; DZW, VI.537-58. <<

[29] Weinberg, III. 811. <<

[30] Gruchmann, *Der Zweite Weltkrieg*, 423-4. Hitler le explicó a Kesselring que confiaba en mantener el frente oriental, de lo que dependía todo. La exigencia urgente era mantener el frente occidental hasta que pudieran llegar refuerzos del este y se pudieran utilizar nuevos cazas y otras armas nuevas en gran número, y hasta que Dönitz pudiese hacer los nuevos submarinos. «Así que era—concluía—de nuevo una lucha contra el tiempo». Albert Kesselring, *The Memoirs of Field-MarshalKesselring*, (H953, Greenhill Books ed., Londres, 1997, 237-9 (cita, 239). Sobre la destitución de Rundstedt, véase Blumentritt, 277-9; Messenger, 228-9. <<

[31] John Toland, *The Last iooDays*, Londres, 1966, 256; LB (Darmstadt), 339 n.451. <<

[32] Gruchmann, *Der Zweite Weltkrieg*, 424. <<

[33] DZW, VI.583-5; *Oxford Companion*, 311-12. <<

[34] DZW, M.586; Gruchmann, *Der Zweite Weltkrieg*, 280, 414. Según los cálculos de postguerra de los aliados un tercio de la población alemana padeció directamente por los bombardeos, unos 14 millones perdieron propiedades, 20 millones se vieron privados de electricidad, gas o agua en algún periodo, cinco millones hubieron de pasar por la experiencia de la evacuación. Habían resultado dañados una cuarta parte de los hogares. Habían perecido unas 305.000 personas. *United States Strategie Bomhing Sumey*, vol.4, Nueva York-Londres, 1976, 7-10. <<

[35] Die Vertreibung der deutschen Bevölkerung aus den Gebieten östlich der oder-Neisse, repr. Munich, 1984, Vol.i, 28. <<

[36] Hans Graf von Lehndorff, *Ostpreussisches lagebuch. Aufzeich nungen eines Artztes aus den fahren 1945-1947*, Munich (1967). 15-ed., 1985, 18, 22. <<

[37] Lehndorff, 18. <<

[38] Lehndorff. 24-5. <<

[39] Johannes Steinhoff, Peter Pechei y Dennis Showalter, *Voices from the Third Reich: An Oral History*, (1989), Nueva York, 1994, 420. <<

[40] Ursula von Kardorff, *Berliner Aufzeichnungen 1942-1945*, Munich (1976), 2- ed., 1982, 228. Véase también la descripción de la fuga de una mujer de Breslau en enero de 1945, acompañada por sus dos hijos pequeños y sus padres ancianos, en Margarete Dörr, *«Wer die Zkit nicht miterlebt hat…». FrauenerJahrungen im Zweiten Weltkrieg und in den Jahren danach*, 3 vols., Frankfurt/Nueva York, 1998, II.455-60. <<

[41] Andreas-Friedrich, 126. <<

[42] Véase el escepticismo inicial sobre esas historias en Kardoff, 229. Para la angustia en Dresde, véase Klemperer, II.645-6. <<

[43] GStA, Munich, RA 106696, informe del Regierungspräsident de Niederbayern y Oberpfalz, 10.3.45: «Die aus den Ostgauen hier ein treffen den Flüchtlinge bringen zum grossen Teil recht erschütternde Nachrichten von dem Elend der flüchtenden Bevölkerung, die zum Teil panikartig ins Innere des Reiches vor den Bolschewisten geflüchtet ist». Goebbels hablaba en su diario de la «miseria indescriptible» que imperaba entre las partidas de refugiados del este, y añadía dos días después que los informes sobre atrocidades bolcheviques sólo podían facilitarse para su publicación en el extranjero porque si se publicasen en Alemania sembrarían el pánico entre los refugiados. TBJG, II/15, 190 (23.1.45), 216 (25.1.45). <<

[44] Véase, entre muchos ejemplos, *Die Vertreibung*, V0I.2, 159-64, 224-34; Käthe von Normann, *Tagebuch aus Pommern 1945-46*, Munich (1962), 5ª ed., 1984, i2ss; Dörr, II.406-24. <<

[45] Barbara Johr, «Die Ereignisse in Zahlen», en Heike Sander y Barbar Johr (eds.), *Befreierund Befreite. Kneg*, *Vergewaltigungen*, *Kinder*, Munich, 1992, 46-72, aquí 47-48, 58-59. Doy las gracias a Detlef Siebert .por remitirme a ese texto. <<

[46] Cit. Steinen, 547. <<

[47] Steinen, 547-50. <<

[48] Steinen, 550-1; texto del decreto de Thierack de 15.2.45 y de la orden de Hitler de 9.3.45 en: Rolf-Dieter Müller y Gerd R. Ueberschär, *Kriegsende 1945. Die Zerstörung des Deutschen Reiches*, Frankfurt am Main, 1994, 161-4. <<

[49] Véase el ejemplo en Laurence Rees, *The Nazis: A Warning from History*, Londres, 1997, 231-4. <<

[50] Kardorff, 231. <<

[51] Cit. Steinen, 559. <<

[52] GStA, Munich, MA 106695, tnforffte del Regierungspräsident de Schwaben, 7.2.45: «Mit Schrecken verfolgt die Bevölkerung die Ereignisse im Osten des Reiches, wo die Sturmflut der Soviets die Grenzen der Heimat umbrandet …». <<

[53] Dörr, «Wer die Zeit nicht miterlebt hat…». Frauenerfährungen, I.156. <<

[54] GStA, Munich, MA 106696, informe del Regierungspräsident de Oberfranken y Mittelfranken, 8-2.45. <<

[55] Basado en un informe recogido diez años después de los hechos por el Geschaftsiiihrer des Interministerialen Luftkriegsauschusses der Reichsregierung en Berlin 1943-45, Theodor Ellgering, cit. en Müller y Deberschär, *Kriegsende 11445*, 158-61. Véase también la descripción del bombardeo en Klemperer, 11.661-72. <<

[56] Friedmann Behr, *Mein Jahr UJ45*, Berlín Este, 1988, 15: «Wir sahen die ersten Toten des Krieges und erschraken so sehr, dass uns aller Mut verliess». <<

[57] Cit. Maschmann, 169: «Ja, aber das ist nicht wichtig. Deutschland muss siegen». <<

[58] Véase Klemperer, II.676 para comentarios tras el bombardeo de Dresde. <<

[59] BA, R55/62, Fol.181, «Briefübersicht Nr. 10», 9.3.45: «Das Vertrauen in die Führung schwindet immer mehr, weil der angekündigte Gegenschlag zur Befreiung unserer besetzten Ostprovinzen ausblieb und sich die manigfachen Versprechungen auf eine bevorstehende Wende als unerfüllbar erwiesen haben. […] Besonders hart ist die Kritik an der oberen Führerschicht der Partei und der militärischen Führung». <<

[60] BA, R55/ 601, Fo.295-6, Tätigkeitsbericht, 21.3.45: «Diejenigen, die noch nach wie vor unbeirrbar und unerschütterlich auf die Worte des Führers vertrauten, dass noch in diesem Jahre die geschichtliche Wende zu unserem Gunsten eintrete, hätten gegenüber den Zweiflern und Miesmachern einen sehr schweren Stand. Bei allem unerschütterlichen Vertrauen in den FTihrer scheue zan sich jedoch nicht zu äussern, dass der Führer bestimmt nicht durch die militärischen Stellen über die wirkliche Lage unterrichtet sein könne, sonst wäre es nicht zu der jetzigen schweren Krise gekommen». Goebbels hablaba, incluso a finales de junio, de los informes «profundamente deprimentes» de las oficinas regionales de propaganda, de la pérdida de esperanza en que nuevas armas fuesen a modificar el curso de la guerra y de las severas críticas a las autoridades por no haberse preparado para la ofensiva soviética. TBjG, II/15, 230. <<

[61] StA, Munich, infórme del Landrat de Berchtesgaden, 4.4.45: «Ais der Führer der Wehrmachtseinheit am Schluss seiner zu der Feier gehaltenen Rede ein “Sirjg-Heü” auf den Führer ausbrachte, wurde es weder von der angetretenen Wehrmacht, dem Volkssturm noch von der als Zuschauer erschienenen Zivilbevölkerung erwidert. Dieses Schweigen der Masse wirkte geradezu drückend und spiegelt wohl am besten die tatsächliche Einstellung des Volkes». El comentario lo envió el Regierungspräsident de Oberbayern en su informe del 7 de abril de 1945: GstA, Munich, MA 106695. <<

[62] Véase Klemperer, II.646, 658, 661, 675, 677; y también Monika Richarz (ed.),Jüdisches Leben in Deutschland. Bd.3. Selbstzeugnisse zur Sozialgeschichte 1918-1945, Stuttgart, 1982, 471. <<

[63] Klemperer, II.658 (13.2.45). <<

[64] Klemperer, 11.661 (13.2.45). <<

[65] Martin Broszat, «Nationalsozialistische Konzentrationslager 1933-1945», en *Anatomie des SS-Staates*, II. 159-60; Daniel Blat- man, «Die Todesmärsche», en Ülrich Herbert, Karin Orth y Christoph Dieckmann (eds.), *Die nationalsozialistischen Konzentrationslager. Entwicklung und Struktur*, 2 vols., Gotinga, 1998, II.1063-92, aquí 1066; y, sobre todo, para los campos de concentración en el último año de régimen nazi, Karin Orth, *Das System der nationalsozialistischen Konzentrationslager. Eine politische Organisationsgeschichte*, Ilamburgo, 1999, 222SS. Alrededor de medio millón de prisioneros eran varones, las mujeres eran unas 200.000; so encargaban de ellos unos 40.000 guardias de las SS. <<

[66] Véase una relación de primera mano del horror en Richarz, 448-53 (relato de Paul Heller). Véase también Blatmann, esp. 1085-7; Goldhagen, 330; Orth, 278.SS., 285-6, Schmuei Krakowski, «4 he Death Marches in the Period of the Evacuation of the Camps», y Yehuda Bauer. «The Death-Marches, January-May 1945», ambos en Michael Marrus (cd.), *The Nazi Holocaust: Hisknical Articles on the Destruction 0/ European fews*, Westport, 1989, vol.g, 476-90 (aquí esp., 480-83) y 491-51 1; y «Death Marches», en *Encyclopaedia of the Holocaust*, ed. Israel Gutman, Nueva York, 1990, 548-54. <<

[67] Goldhagen, 565, 587 11.23; ísabell Sprenger, «Das KZ Gross-Rosen in der letzten Kriegsphase», en Herbert *et ah, Die Konzentrationslager*,I II. 1113-27, aquí 1120-21. <<

[68] Danuta Gzech, *Kalendarium der Erei*gnisse im Konzentrationslager A usehwitz-Birkenau 1939- 1943, *Reinbek bei Hamburg, 1989, 898-900, 933, 940-1, 948-9, 952-3, 957-8; Jean-Claude Pressac*, Les Crématoires d Auschwitz, La Machinerie du Meurtre de Masse, *Paris, 1993*. <<

[69] Cit. Czech. 967. <<

[70] Andrei Strzelecki, «Der Todesmarch der Häftlinge aus dem KI, Auschwitz», en Herbert *et al, Konzentrationslager*, II. 1093-1112, aquí 101)7-98; Orth, 276-9. <<

[71] Cit. en Blatian, 1078-9. <<

[72] Czech, 982. <<

[73] Véase, para este campo, Sprenger, esp. 1118 ss.; y también Orth, 279-81. <<

[74] Basado en Czech, 966-95; Herbert *et al*, *Konzentrationslager*, II. 1063-1138 (aportaciones de Blatman, Strzelecki, Sprenger y Kolb), Eberhard Kolb, «Bergen-Belsen», en Martin Broszat (ed.), *Studien zur Geschichte der Konzentrationslager*, Stuttgart, 1970, 130-53, aquí 147SS., y Eberhard Kolb, *Vom «Aufenthaltslager*» *zum Konzentrationslager 1943 bis 194*5, Gotinga, 1985, 39ss. Véase también Hilberg, *Destruction*, 631-3; Goldhagen, cap. 13; Martin Gilbert, *Ehe Holocaust. TheJnuish Tragedy*, Londres, 1987, cps.40-1, Martin Gilbert, *Atlas of the Holocaust*, Londres, 1982, 215SS. <<

[75] Hilberg, 632. <<

[76] IfZ, ED 100, Irving-Sammlung, *Traudl Junge Memoirs*, 123; Pierre Galante y Engen Silianoff. *Last Wit- nesses in the Bunker*, Londres, 1989, 137 (testimonio de Traudl Junge), Below, 400; Domarus, 2189. <<

[77] Hitler echaba la culpa a la ofensiva del este del fracaso de su propia ofensiva en el oeste, i BJG, II/15, 197 (23.1.45), 217 (25.1.45). <<

[78] Guderian. 392-3. <<

[79] Boldt, 36, para una descripción de la Cancillería del Reich; IíZ, ZS 2235, TraudklJunge, Fol.2 (entrevista con David Irving 29.6.68), comenta que estaban bajadas las persianas en el tren y que la ruta de los coches desde la estación hasta la Cancillería del Reich pasaba por calles que habían resultado relativamente poco destruidas. El saber que Hitler había vuelto a la capital podría haber dado a los ciudadanos más motivos de angustia porque era probable que se intensificasen los ataques aéreos en cuanto los aliados supiesen de su presencia allí. <<

[80] Boldt, 36-7 <<

[81] Guderian, 409. <<

[82] Guderian, 401-2. <<

[83] Guderian, 404-5. <<

[84] Speer, 431. <<

[85] Hansjakob Stehle, «Deutsche Friedensfühler bei den Westmächten im Februar/März 1945», VfZ, 30 (1982), 538-55; Reimer Hansen, «Ribbentrops Friedensfühler im Frühjahr 1945», *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht* t 8 (1967), 716-30, Inge borg Pleiscbauer, *Die Chance des Sonderfriedens. Deutsch-sowjetische Geheimgespräche 1941-1945.* Berlin, 1986, 267-75; Werner von Schmieden, «Notiz betreffend den deutschen Friedensfühler in der Schweiz Anfang 1945», IfZ, ZS 604 (30.6.47), Weinberg, III. 783-4. <<

[86] Schmidt, 587. Según Goebbels, a mediados de febrero Ribbentrop quiso sondear a los ingleses, pero Hitler le prohibió hacerlo. TBJG, II/15, 199 (23.1.45). Hitler no dio «autorización oficial» a Ribbentrop para sus sondeos. IMG, X.218; Hansen, «Ribbentrops Friedensfühler», 718-19. <<

[87] Schmidt, 587. Según Schmidt el interés de Ribbentrop disminuyó inmediatamente cuando se enteró de que también era una condición previa su propia destitución. <<

[88] *The Ribbentrop Memoirs*, 170, 173. Speer indicó las vagas insinuaciones de sondeos de paz de Hitler a principios de 1945. Peto él tenía la impresión de que Hitler «estaba mucho más interesado en crear una atmósfera lo más irreconciliable que fuese posible, sin dejar abierta ninguna vía». Speer, 433. Las conversaciones secretas que Karl Wolff, jefe de la policía en la Italia septentrional y antiguo jefe del servicio personal de Hitler, inició en Zürich en febrero de 1945 con Allen W. Dulles, jefe de la Oficina de Servicios Estratégicos (OSS) en Europa de los Estados Unidos estaban encaminadas primordialmente a salvar el pellejo de Wolff (al final tuvieron éxito en eso) y, además, a ofrecer la rendición de las fuerzas alemanas que estaban en Italia (que acabarían capitulando prematuramente el 2 de mayo de 1945) como parte de un plan destinado a separar a los aliados occidentales de la Unión Soviética. Es casi seguro que los sondeos se efectuaron con conocimiento de Himmler, buscando un «arreglo» que eludiese la implacable hostilidad de Hitler a un final negociado de la guerra prescindiendo de este, con el objetivo de salvar lo que fuese posible del poder de las SS uniendo fuerzas con los occidentales en la lucha contra el bolchevismo. Véase Padfield, *Himmler*, 572-7. <<

[89] TBJG, II/15, 251-2 (28.1.45). <<

[90] TBJG, II/15, 232 (26.1.45). <<

[91] TBJG, II/15, 255 (28.1.45). <<

[92] LB (Stuttgart), 8601 (27. t-45). Véase TBJG, II/15, 259 (29.1.45) para el resumen de Goebbels del tenor de los artículos de la prensa inglesa, que preguntaban si los objetivos bélicos ingleses no habrían cambiado drásticamente ante la creciente amenaza soviética. <<

[93] TBJG II/15, 253 (28.1.45). <<

[94] TBJG II/15, 254-5 (28.1.45); también TBJG, II/15, 220 (21.5.45).
<<

[95] TBJGI 11/15, 264-5 (29.1.45). Goebbels había comparado unos días antes, como tantas veces, a Hitler con Federico el Grande durante la Guerra de los Siete años. TBJG, II/15, 221 (25.1.45). <<

[96] TBJG, II/15, 273 (30.1.45). <<

[97] TBJG, II/15, 275 (30.1.45). <<

[98] TBJG, II/15, 256 (28.1.45). <<

[99] Texto del discurso en Domarus, 2195-8; citas, 2195, 2197. Según Traudl Junge, Hitler clamaba en privado por las historias aterradoras de barbarie soviética que llegaban de las regiones orientales, afirmando insistentemente: «No debe ni puede ser que estas bestias incultas inunden Europa. Yo soy el último bastión contra ese peligro». («Es kann und darf nicht sein, dass diese kulturlosen Bestien Europa überschwemmen. Ich bin das letzte Bollwerk gegen diese Gefahr».) lfZ, ED 100, Irving-Sammlung, *Traudl Junge Memoirs*, 125, Galante, 139 (con una traducción un tanto libre). Bormann escribió sobre las «atrocidades rusas» en una carta a su esposa de 30 de enero, en que le dice que «los bolcheviques están asolándolo todo» y «consideran la violación normal, un chiste y los fusilamientos en masa (sobre todo en las zonas rurales) como algo rutinario». *Bormann Letters*, 164. <<

[100] Joachim Günther, *Das letzte Jahre. Mein Tagebuch 1944-45*, Hamburgo, 1948, 453-4. <<

[101] TBJG II/15, 285 (31.1.45); 301-2 (2.2.45), donde Goebbels confesaba que «en círculos intelectuales había decepción por la ausencia absoluta de una valoración de la probable evolución de las cosas en el este». <<

[102] StA, Neuburg an der Donau, vori. Slg. Schum. A11I1.3, SD-Aussenstelle Friedberg, 3.2.45: «Die Propaganda hat es nicht fertiggebracht, den Glauben an eine positive Wendung zu stärken. Selbst die Führerrede zum 30.Januar vermochte nicht die lauten Zweifel zu beseitigen». <<

[103] Speer, 431-2. Guderian se equivocó al creer que Hitler lo había guardado en su caja fuerte sin leer-' lo. Guderian, 407. <<

[104] Speer, 434. <<

[105] Según Bormann *(Bormann Letters.* t68), la nueva Cancillería del Reich no podía utilizarse por el momento. Sin embargo, Goebbels tuvo charlas con Hitler allí, en el gran estudio, el 12 de febrero y describió la nueva Cancillería del Reich como «aún completamente intacta». TBJG, II/15, 371 (13.2.45). <<

[106] Véase una descripción de los daños en *Bormann Letters*, 168; también Schroeder, 197, 199; TBJG, II/15, 306 (5.2.45), 320 (6.2.45), 327 (7.11.45); IfZ, ED 100, Irving-Sammlung, *Traudl Junge Memoirs*, 123; Galante, 138 (Junge); Boldt, 35; Anton Joachimsthaler, *Hitlers Ende. Legenden und Dokumente*, Augs- burgo, 1999, 58-60. <<

[107] Véase Ada Petrova y Peter Watson, *The Death of Hitler-: I he Final Words from Rusias Secret Archives*, Londres, 1995, 84; Boldt, 73; Joachimsthaler, 47SS. <<

[108] Schroeder, 197, 378 11.364; IfZ, ED 100, Irving-Sammlung, *Traudl Junge Memoirs*, 123; Galante, 137 (Junge); Joachimsthaler, 46-7, 65SS. <<

[109] Joajhimsthaler, 48, 75-7. <<

[110] T BJG, II/15, 200 (23.1.45). <<

[111] . Aportaron descripciones las secretarias de Hitler Christa Schroeder, Traudl Junge y Johanna Wolf. Véase Schroeder, 197-8; If'7 ED 100, Irving-Sazzlung, *IraudlJung? Memoirs*, 1 24-5; Galante (Junge), 138; Joachimsthaler, 73-81. <<

[112] Guderian, 416. <<

[113] Schroeder, 197 y 59-60, 318 11.75 para descripciones de la Vieja Cancillería del Reich (Rad- ziwill Palais). <<

[114] Below, 405; Boldt, 37-8 (que daba la impresión de que aún se celebraban las reuniones en el ala que se conservaba intacta de la vieja Cancillería del Reich). <<

[115] Below, 403-4. <<

[116] Schroeder, 197; IfZ, ED loo, Lrving-Sammlung, *'Dandi Junge Memoirs*, 124; Galante, 138 (Junge). <<

[117] TBJG, II/15, 320 (6.2.45); véase también 371 (13.2.45). <<

[118] IfZ, ED 100, Irving-Sammlung, Traudl Junge Memoirs, 123; Galante, 138 (Junge); Irving, *Dorlar*; 216-17. <<

[119] Véase la agenda del día que llevaba Heinz Lingei y que se conserva para el periodo que va del 14 de octubre de 1944 al 28 de febrero de 1945, IfZ, F19/14, Fols.450-77 (para febrero 1945). La descripción que sigue de la rutina diaria de Hitler se basa en esa agenda del día y en Schroeder, 198-9. <<

[120] Sobre sus tratamientos médicos, véase Redlich, 243, 358-62; Irving, *Doctor*, 2o8ss.; Maser, 401-6; Heston, 82-9; Schenck. 446-50. Hitler, que parecía agotado, le contó a Goebbels en enero que su jornada de trabajo era de 16-18 horas y que se prolongaba a lo largo de la noche. TBJG, II/15, 262 (29.1.45). Dos meses después le explicaba que durante las veinticuatro horas anteriores sólo había dormido dos horas. TBJG, II/115, 644 (31.3.45). <<

[121] Se trataba de temas similares a los monólogos de las «charlas de sobremesa» de los años anteriores de la guerra, recogidos por Heim, Picker y Koeppen. En 1951 salieron a la Luz otra serie de monólogos, supuestamente de Hitler, dictados a Bormann (17 de febrero de 1945, uno final del 2 de abril). El tono de los monólogos es inconfundible, corresponde al de Hitler. Los temas son familiares, lo mismo que el estilo divagatorio y las inmersiones discursivas en la historia. Se habla, entre otros temas, de la responsabilidad de Churchill (influido por los judíos) por la guerra; del rechazo por parte de Inglaterra de las ofertas de paz alemanas, que si hubiesen sido aceptadas habrían permitido la destrucción del bolchevismo y habrían salvado el imperio británico; de una coalición antinatural cuya finalidad era destruir Alemania, una voluntad de exterminio que no daba más opción al pueblo alemán que continuar la lucha; del ejemplo de Federico el Grande; de la necesidad de expandirse hacia el este, en vez de buscar colonias; del momento y la necesidad de la guerra contra la Unión Soviética; de los problemas que la debilidad y los errores de Italia habían creado a Alemania; del pesar por el hecho de que Japón no hubiese declarado la guerra a Rusia en 1941, y por el hecho inevitable de que los Estados Unidos tuviesen que entrar en guerra contra Alemania; de la oportunidad perdida de iniciar la guerra en 1938, lo que le habría dado una ventaja a Alemania; de que el tiempo corría siempre en contra de Alemania; de verse obligado a desencadenar la guerra como última esperanza de Europa; y de la necesidad de mantener las leyes raciales y de la supuesta gratitud que se le debía por el hecho de haber eliminado a los judíos de Alemania y de Europa central. Los monólogos tienen un tono de autojustificación. Van dirigidos a la posteridad, a asegurarse un lugar en la historia. Hay en ellos una disposición reflexiva (insólita, tal vez única, en Hitler) a

considerar su responsabilidad en los errores, por ejemplo, en la política hacia Italia y España.

Estos monólogos, a diferencia de los de 1941-44, no eran producto de cavilaciones durante comidas a las que asistían otros de su entorno, o durante la «hora del té» con sus secretarias. Ni las secretarias ni nadie más los mencionaron por entonces ni supieron al parecer que se estaban recopilando. Gerda Christian (antes Daranowski), en una carta a Christa Schroeder mucho después de la guerra, no los consideraba auténticos, aunque aceptaba que pudiesen ser una recopilación de pensamientos de Hitler en los últimos meses. Descartaba la posibilidad de que Hitler llamase a Bormann para dictarle, indicando la aversión que le producía el que se copiase literalmente lo que él había dicho despreocupadamente. Schroeder, 257. El principal problema de la autenticidad del texto es que no existe ninguna versión alemana fidedigna y certificable. Así que no se puede estar seguro.

El documento original de los monólogos se decía que había sido confiado el 17 de abril de 1945 por Martin Bormann a Walther Funk, ministro de economía del Reich, para que lo sacara de Berlín y lo depositara en la cámara acorazada de un banco de Bad Gastein. Se dice que Funk, cuando cumplía condena en Spandau después de los juicios de Nuremberg, temiendo más acusaciones si se descubría el documento, encomendó a un amigo, Hans Rechenberg, la tarea de destruirlo. Rechenberg, según esa versión, cumplió su promesa en un sentido literal; pero hizo una fotocopia y en 1951 se la entregó a Francois Genoud, un abogado suizo que se había hecho en el ínterin con el control de las cuestiones de derechos de autor de Bormann, Goebbels y otros dirigentes nazis. Funk, después de que salió de Spandau, autorizó a Genoud a buscar a Hugh Trevor-Roper con vistas a tramitar la publicación del documento fuera de Alemania. Tras la reunión con Trevor-Roper, según Genoud, la fotocopia se le devolvió a Funk. A partir de entonces se perdió. Curiosamente, no se había

hecho ninguna copia de la copia antes de devolverla. Genoud había hecho una traducción al francés (*Le testament politique de Hitler. Notes recueillies par Martin Borman*, París, 1959) V ep 1-958 se había vuelto a hacer una traducción al alemán de la versión francesa. Según Genoud esto se hizo por deseo de Funk, ya que quería comparar los textos. Luego Funk corrigió supuestamente la «retraducción» de acuerdo con la copia que existía aún del original, «por lo que», en palabras de Genoud, «a partir de ese momento pasa a existir un texto prácticamente auténtico». En 1961 se publicó una versión en inglés con una introducción de Trevor-Roper (Francois Genoud, ed., *The Testament of Adolf Hitler. The Hitler-Bormann Documents, February-April 1(44* 5, *xvith an introduction by H. R. Trevor-Roper*, Londres, 1961). Esta versión inglesa consiste en una traducción bastante libre y poco fidedigna del texto alemán (que no está garantizado que sea idéntico al posible original hace mucho perdido o a la copia perdida de ese original) que no se publicó finalmente hasta 1981). (*Hitlers politisches Testament. Die Bormann Diktate vom Februar und April 1945, mit einem Essay von Hugh R. Trevor-Roper und einem Nachwort von Andre Francois-Poncet*, Hamburgs, 1981. Un examen posterior del texto efectuado por el profesor Eduard Baumgarten había demostrado mientras tanto (aunque los editores alemanes no lo mencionasen) que la retraducción al alemán del francés (realizada por un holandés) contenía entre líneas un segundo texto alemán, escrito por Francois Genoud. Así que el texto alemán disponible es en el mejor de los casos un montaje; no existe ni el original ni la copia de ese original. Dado que el contenido coincidía con el pensamiento y la expresión de Hitler, Baumgarten tendía a aceptar la autenticidad del texto. Pero no hay ninguna prueba y, por tanto, ningún texto alemán fidedigno cuya autenticidad pueda considerarse indiscutible. Institut für Zeitgeschichte (ed.), *Wissenschaftsfreiheit und ihre rechtlichen Schranken, Ein Kolloquium*, Munich-Viena, 1978, 45-51 (comentarios de Francois Genoud, Eduard

Baumgarten y Martin Broszat). <<

[122] Hermann Giesler, *Ein anden er Hitler. Erlebnisse, Gespräche, Reflexionen*, Leoni, 1977» 478-50. Para la fecha de la presentación de la maqueta, Irving, HW, 478-80, 483. <<

[123] Véase Kubizek, esp. 97-110. Hitler aún seguía soñando cuando le explicó a Goebbels, después de que examinase la maqueta de Linz, que la tecnología moderna permitiría una rápida reconstrucción de las ciudades alemanas después de la guerra y que se resolvería el problema de la vivienda en el plazo de cinco años. TBJG, II/15, 579 (13.2.45). <<

[124] TBJG, II/15, 321 (6.2.45). Le repetiría esto a Goebbels unos cuantos días después, aunque este último comentaba que no se podría publicar porque si no se atribuiría a esa decisión cada futuro ataque aéreo contra Berlín. TBJG, II/15, 37» (12.2.45). <<

[125] TBJG, II/15, 320 (16.2.45), 337 (8.2.45), 365 (12.2.45). <<

[126] TBJG, II/15, 525 (6.2.45). <<

[127] TBJG, II/i5, 368 (12.2.45). <<

[128] Véase Weinberg, III. 802-9. <<

[129] TBJG, II/15, 381-2 (13.2.45) . <<

[130] Below, 402. <<

[131] Speer, 453. <<

[132] Giesler, 482. <<

[133] Senler, 183; Reuth, *Goebbels*, 581-2; Irving, *Goebbels*, 502. <<

[134] LB (Stuttgart), 902-3 (2.3.45). <<

[135] Guderian, 427 (trad. ligeramente corregida); LB (Stuttgart), 905 n.2. Y véase TBJG, II/15, 617, 620 (28.3.45). <<

[136] El resumen de Jodl para Hitler de las ventajas y desventajas de abandonar la Convenciém de Ginebra argumentaba que si se hacía los aliados tendrían el camino expedito para el uso de gases asfixiantes en un momento en que gozaban de una evidente superioi idad aérea; decía también que había más prisioneros alemanes en manos de los aliados que prisioneros de guerra aliados en poder de Alemania, de manera que si se aplicasen represalias generalizadas sería también peor para los alemanes. IMG, XXXV. 181-6, Doc.606- D Véase también IMG, IX.434, X.342, XIII.517-18, XVI.542, XVIII.397-8, y XXXIIII.641-4, D0C.158-C. <<

[137] Descripciones por el doctor Giesler, a mediados de febrero, y de Percy Ernst Schramm 1111 mes después: Maser, 394-5; cit. Informe de Giesen del 12.6.45, 175ss. Percy Ernst Schramm, *Hitler als militärischer Führer. Erkenntnisse und Erfahrungen aus dem Kriegstagebuch des Oberkommandos der Wehrmacht* Frankfurt am Main, 1962, 134SS.; KTB OKW, IV/2.1701-2. Véase también Irving, HW, 7723; Irving, *Doctor*, 211. <<

[138] Rudolf Jordan, *Erlebt und erlitten. Weg eines Gauleiters von München bis Moskau*, Leoni am Starnberger See, 1971, 253. <<

[139] Below, 402. Goebbels había comentado en su diario, a principios de febrero, que los Gauleiter no se habían tomado en serio las instrucciones procedentes de Berlín y hacían las cosas a su manera. TWG, lili 15, 31 1 (5.2.45). <<

[140] Jordan, 251-8; Karl Wahl, « […] *es ist das deutsche Herz*». *Erlebnisse und Erkenntnisse eines ehemaligen Gauleiters*, Augsburgo, 1954, 384-92 (donde la reunión está fechada erróneamente el 25 de febrero); Below, 402; Martin Noll, «Die Tagungen der Reichs- und Gauleiter der NSDAP: Ein verkanntes Instrument der Koordinierung im "Amterchaös" des Dritten Reiches?», manuscrito mecanografiado, 60-1 (doy las gracias al doctor Noll por darme la oportunidad de ver este valioso trabajo aún inédito); Irving, HW, 772-3; Toland, *Adolf Hitler*, 855 (basado en testimonio oral en 1971 de tres Gauleiter que estaban presentes). El comunicado oficial de la reunión se limitaba a exponer que Hitler había impartido a los Gauleiter «las directrices para la continuación victoriosa de la lucha, para la organización general de todas las fuerzas de la resistencia y para el despliegue implacable del partido en la lucha trascendental del pueblo alemán». Domarus, 2207. En casos individuales, Hitler consiguió, incluso entonces, infundir nueva esperanza. Según Christa Sch roed er, Albert Förster, Gauleiter de Danzig-Prusia Occidental, llegó a Berlín en marzo de 1945 decidido a decirle a Hitler la verdad sin barnices sobre la sombría situación de Danzig. Salió de su audiencia revigorizado, diciendo «me ha explicado que salvará Danzig y no puede haber ninguna duda sobre eso». Schroeder, 74. <<

[141] Domarus, 2203-6. Domarus (2202, n.71, 2088) creyó erróneamente que se había dejado pasar sin más esa fecha en 1944. En realidad, Hitler había pronunciado un discurso ese día (24.2.44), que Goebbels había descrito como «extraordinariamente fresco» (TBJG, II/11,347 [25.2.44]). En 1942, el Gauleiter de Munich y Alta Baviera, Adolf Wagner, había leído una proclama de Hitler (TBJG, 1113, 371 (25.2.42)); en 1943, leyó la proclama Hermann Esser (4 BJG, II/7, 412 (25.2.43)). <<

[142] StA Munich, LRA 29656, informe del SD-AussenstelIe Berchtesgaden, 7.3.45: « […] während bei der überwiegenden Zahl der Volksgenossen der Inhalt der Proklamation vorbeirauschte wie der Wind in leerem Geäst». Otros informes destacaban la impresión de que el discurso de Hitler no había conseguido levantar la moral y no había hallado eco entre la masa de la población. GStA, Munich, MA 106695, informes del Regierungspräsident de Oberbayern, 7.3.45, 7.4.45. Algunos informes de mediados de febrero comentaban que las esperanzas de un milagro quedaban ya limitadas a creer en el propio Hitler. Volker Berghahn, «Meinungsforschung im "Dritten Reich": Die Mundpropaganda-Aktion der Wehrmacht im letzten Kriegshalbjahr», *Militärgeschichtliche Mitteilungen*, 1 (1967), 83- 1 19, aquí 105. <<

[143] TBJG, II/13, 420 (5.3.4g); Irving, *Doctor*> 212. Parece que Hitler acabó permitiendo que las imágenes aparecieran en la prensa y en los noticiarios, aunque se retrasó para dar la impresión de que la visita había sido el «Día de los héroes», el 11 de marzo de 1945. Domarus 22 1 i y Hauner, *Hitler*, 200, dan esa fecha como la de la última visita de Hitler al frente, mientras Irving, HW, 776, da el 15.345 (basándose posiblemente en Below, 405, que da el 15 de febrero, aunque es de suponer que por un error, queriendo decir el 15 de marzo). Goebbels estuvo con Hitler varias horas la noche del 11 de marzo, aunque no había mención de una segunda visita al frente del Oder ese día. Mencionó la nueva edición del noticiario, que se pasó esa noche, con escenas de la visita de Hitler al frente, aunque eso es de suponer que se refiere a la visita de Wriezen, o a una posterior. TBJG, II/15, 479, 487. Entre los soldados capturados en el frente occidental, la confianza en Hitler había descendido en marzo de 1945 al 31 por too, la mitad que en enero. Gurstein y Janowitz, 81. <<

[144] TBJG, II/15, 542 (19.3.45). <<

[145] TBJG, II/15, 420-1, 423 (5.3.45)» 450 (8.3.45). Goebbels indicaba primero que Himmler tenía una infección; luego que había tenido una angina de pecho. A Gude- rian le dijeron que el Reichsführer se hallaba en cama con gripe, pero le encontró «con la apariencia de una robusta salud» en una risita que hizo al sanatorio de 1 lohenlychen. Guderian, 421. Véase también Felix Kersten, *The Kersten Memoirs 19401945*, Londres, 1956, 276-7; Padíield, Himmler, 567. <<

[146] TBJG, II/15, 421-2 (5-3-45)- Sepp Dietrich, en cuyo mando militar en Hungría depositaba Hitler tantas esperanzas, había sido sumamente critico con las repetidas intervenciones de Hitler en cuestiones militares, hasta el nivel de compañía, sin dejar espacio de maniobra a sus comandantes. TBJG, II/15, 404 (3.3.45). <<

[147] TBJG, II/15, 421-4 (5.3.45), citas 422, 424, 486 (12.3.45). <<

[148] TBJG, H/15, 426-7 (5.3.45). <<

[149] TBJG, H/15, 425-6 (5.3.45.). <<

[150] H.R. Trevor-Roper, *The Last Days of Hitler*, (1947) Pan Booksed., Londres, 1973, 140. <<

[151] TBJG, II/15, 383-4 (2S.2.35), 419 (.5.3.45), cita 479 (12.3.45). Véase también 557 (21.3.45), 570 (22.3.45). <<

[152] Domarus, 2212. <<

[153] Llamado así por el ministro del tesoro de los Estados Unidos, Henry Morgenthau Jr., el plan preveía la división de Alemania en dos y «ruralizar» el país, lauto Roosevelt como Churchill lo aceptaron en principio y, aunque lo desechasen luego por la fuerte oposición de sus asesores, lo que lo descartó definitivamente fueron los acuerdos de Potsdam de julio-agosto de 1945. Churchill, VI. 138-9; Weinberg, HI.796-7; *Oxford Companion*, 758-9. <<

[154] Véase Herbst, *Der Totale Krieg*, 345-7 (y Pt.V en general), para la planificación de postguerra dentro de la industria alemana en los últimos meses del régimen. Véase también, Gregor, 100-8, y Dietrich Eichholtz y Wolfgang Schumann, *Anatomie des Krieges*, Berlín Este, 1969, 484-6. <<

[155] Speer. 440-2, 581 n.5; Guderian, 422-3. <<

[156] Speer, 443. Speer, 448, alude a este memorando de 18 de marzo. Pero sugiere, en otro lugar, que se lo entregó él mismo a Hitler, y después de la medianoche del 19 de marzo. Speer, 445. Below, 404, habla de que Speer le pasó el memorando. <<

[157] IMG, XLI.420-5 (cita, 424-5), Beweisstück Spear, Doc.23; IMG,XVI.546-7 (testimonio de Speer); y véase también Speer, 443, 532 n° 6; Guderian, 423; Below, 404-5. <<

[158] Speer, 444-5. <<

[159] Speer, 446 y 583 11.8. Domarus, 2214 y 11.106 indica que probablemente el recuerdo de Speer no coincidiese exactamente con el comentario de Hitler. Según Speer, Hitler había dicho que el futuro pertenecía exclusivamente a «la gente más fuerte del este», una frase que no se sabe por lo demás que haya utilizado y que se contradice con su creencia en el «primitivismo» de la población soviética. <<

[160] Véase Irving, HW, 784. <<

[161] IMG, XLI.430-1, Doc. Beweisstück Speer-25; Weisungen, 348-9.
<<

[162] Speer, 453; TBJG, II/ 15, 612-13 (28.3.45). <<

[163] Véase IMG, XLI.425-37, Does. Beweisstück Speer-24,-28, -29; Speer, 45064; Guderian, 424. Segün Guderian, 426, Hitler se mostraba por entonces reacio a ver a Speer y a escuchar sus comentarios pesimistas sobre la guerra. Le habló a Goebbels de la cólera que le producían esos comentarios de Speer y de que este se había dejado influir por los industriales. Se proponía sustituirle por Saun TBJG, II/15, 619-20 (28.3.45), Ö45 (31.3.45H <<

[164] TBJG, II/15, 613 (28.3.45). <<

[165] Schroeder, 209. <<

[166] TBJG, H/15, 369 (12.2.45). <<

[167] Boldt, 86-7. <<

[168] Véase, e.g., TBJG, II/15, 425 (5.3.45), 569-71 (22.3.45), 618-19 (28.3.45). <<

[169] Walter Schellenberg, *Schellenberg*, Mavilo wer Paperback ed., Londres, 1965. 175: Trevor-Roper, 133 y 11.1; TBJG, II/15, 61314 (28.3.45); Gruchmann, *Der Zweite Weltkrieg*, 434; Padfield, *Himmler*, 577. Dietrich no cumplió la orden, pero a pesar de ello Hitler no le destituyó, un indicio de que la orden había sido dictada en un arrebato de cólera. Weingartner, 124. Y véase antes, n.146. <<

[170] TBJG, II/15, 48° (1 ».3.45) Himmler experimentó directamente la constatación de haber caído en desgracia en su audiencia siguiente con Hitler, el 15 de marzo. TBJG, II/15, 521 (16.3.45). Véase también Padfield, *Himmler*, 569. <<

[171] TBJG, II/15, 525 (iT S-lo); y véase también 532-3 (18.3.45), 634 (30.3.45). <<

[172] Véase TBJG, II/15, 649 (31.3.451). <<

[173] Véase Guderian, 426. <<

[174] Véase Boldt, 40-6 para la comparación (40, para la descripción de Keitel). <<

[175] TBJG, II/15, 567 (22.3.45), (315-16 (28.3.45). <<

[176] TBJG, II/15, 648 (31.4.45). Hitler culpó a Guderian, al mismo tiempo, de la crisis de 1941-2. <<

[177] Guderian, 428-9, y véase, para Krebs, 415-16. <<

[178] TBJG, II/15, 606-7 (27.3.45). <<

[179] TBJG, II/15, 014-15, 617, 622-3 (28.3.45); también 643 (31.3.45), 678 (4.4.45). <<

[180] TBJG, H/15, 648 (31.3.45). <<

[181] TBJG, II/15, 313 (28.3.45). <<

[182] TBJG, II/15, 621 (28.3.45). <<

[183] *Bormann Letters*, 177-8 (7.2.45). <<

[184] Véase Rebentisch, 530. <<

[185] TBJG, II/15, 613 (28.3.45.). <<

[186] Orlow, II.479- 30. <<

[187] TBJG, II/15, (377 (4-4-45). <<

[188] Rebentisch, 529; Longerich, Hitlers *Stellvertreter*, 201-2. <<

[189] Cit. Kurt Pätzold y Manfred Weissbeeker, *Geschichte der NSDAP 1920-1945*, Colonia, 1981,379. <<

[190] Benz, Graal y Weiss, *Enzyklopädie*, 802-4. Para las críticas de Goebbels a La «Werwolf» y a los «Freikorps Adolf Hitler» (un invento de Robert Lev) véase TBJG. II/15, 637-8 (30.3.45). <<

[191] Cit. Longerich, *Hitlers Stellvertreter*, 202. <<

[192] Véase Pätzold/Weissbecker, 377; Orlow, 11.482. <<

[193] TBJG, II/15, 672 (4-4-45). <<

[194] Trevor-Roper, 140-3. <<

[195] TBJG, II/15,638-9(30.3.45). <<

[196] Speer, 467. <<

[197] Trevor-Roper, 140-142; Speer, 467. <<

[198] Below, 408. <<

[199] Kesselring, 265. <<

[200] Gruchmann, *Der Zürnte Weltkrieg*, 429, Ludewig, 383-4. <<

[201] Véase Gruchmann. *Der Zweite Weltkrieg*, 433; Parker, *Struggle Jar Suruival*, 221: Weinberg, III. 820-1; Irving, HW, 790; Boldt, 113. Hitler había retirado como consecuencia una serie de divisiones del grupo de ejército del Vístula y las había transferido al grupo de ejército del centro y al grupo de ejército del sur. <<

[202] Weisungen, 355-6. <<

[203] Weisungen, 357-8. <<

[204] Gruchmann, *Der Zweite Weltkrieg*, 436; DZW, VL696-7; Irving, HW, 801-2. <<

[205] KTB OKW, IV/2.1438-9. <<

[206] DZW, VI.686-703; Gruchmann, *Der Ziueite Weltkrieg*, 435-7; véase Below, 409-10. <<

[207] Schroeder, 200; lf:, EI) 100, Irving-Sammlung, *Traudl Junge Memoirs*, Fol. 1 26; Galante, 14. <<

[1] Below, 407-8 habla del regreso de Eva Braun a finales de marzo. En Schroeder, 168, se habla de febrero, lo mismo (sin ninguna indicación precisa de la fecha) en Nerin E. Gun, *Eva Braun-Hitler. Leben und Schicksal*, Velbert und Kettwig, 19(58, 181. Speer indicaba (Speer, 468) que ella llegó a Berlín «por sorpresa y sin que la llamaran» en la primera mitad de abril. Irving, HW, 793 (sin mención de fuente) da una fecha específica, el 15 de abril. Joachimsthaler, 472 n. 23 (también sin mención de fuente) da también una fecha específica, aunque diferente, el 7 de marzo. <<

[2] Basado en Linge, *Bis zum Untergang*, 270-2; y también IfZ, 7,5 194, los recuerdos de postguerra del ama de llaves de Hitler en Munich, Anni Winter, Fol. 4, sobre lo que le había contado la esposa de Arthur Kannenberg, el mayordomo de Hitler. Según esta versión, Hitler había necesitado ayuda para caminar cuando salió de habitación para ver al personal que estaba a su servicio. <<

[3] Linge, *Bis zum Untergang*, 272. <<

[4] IfZ, ED 100, Irving-Sammlung, *Traudl Junge Memoirs*, Fol. 12(5: «2o.April 1945 - Hitlers Geburtstag! […] Die ersten russischen Panzer standen vor Berlin. Der Donner der Infanteriegeschütze drang bis in das Gebiet der Reichskanzlei. Der Führer empfing die Glückwünsche seiner Getreuen. Alle kamen, drückten ihm die Hand, gelobten Treue, und versuchten, ihn zum verlassen der Stadt zu bewegen. […] Draussen im Park dekorierte er Hitleijungen. Kinder waren es, die sich ausgezeichnet hatten itn Kampf gegen russische Panzer. Wollte ersieh auf diese Verteidigung verlassen? […]». (20 de abril de 1945 ¡Cumpleaños de Hitler! Los primeros tanques rusos estaban ya en las cercanías de Berlín. Hasta en la Cancillería del Reich podía oírse el estruendo de los cañones de la infantería. El I- (ihrer recibió las felicitaciones de sus fieles seguidores. Acudieron todos, le estrecharon la mano, se inclinaron lealmente e intentaron convencerle para que abandonase la ciudad. .[…] Fuera, en el parque, condecoró a muchachos de la juventud de Hitler. Eran niños que se habían distinguido en la lucha contra los tanques rusos. ¿(Quería él basarse en aquella defensa? …). Véase también Galante, 141 (Junge), con alguna inexactitud en la traducción. <<

[5] Linge, 273-4; Speer, 477; Keitel, 342; Joachimsthaler, 139-41. <<

[6] Schroeder, 200. <<

[7] Speer, 477; Linge, *Bis zum Untergang*, 274. <<

[8] *Karl Koller, Der letzte Monat. Die Tagebucha ufzeichnungen des ehe maligen Chefs des Generalstabes der deutschen Luftwaffe vom 14. April bis 27. Mai 1945, Mannheim, 1949, 16-17.* <<

[9] *Keitel, 343.* <<

[10] *Speer, 477; Below, 410-1 1; Boldt, 116.* <<

[11] Irving, *Coring*, 452-9; para la suerte que correría Carinhall una vez acabada la guerra, véase Knopf y Parten, *Görings Reich*, 145SS. <<

[12] Speer 477-8; Below, 410; Linge, *Bis zum Untergange*, 274; Koller, 18; Lmng, *Goring*, 459- 60. <<

[13] Joachimsthaler, 140-1. Weisungen, 357, no aclara que esta orden adicional se emitió cinco días después de la directriz inicial. <<

[14] Cit. Joachimsthaler, 140. <<

[15] Michael A. Musmanno Collection. Duquesne University, Pittsburgh, entrevista con el almirante Karljesko von Puttkamer, 3.4.48, FF53, Fols.8-ío; Franklin D. Roosevelt Library, Hyde Park, Nueva York, Toland Tapes, V/813; Below, 410-11: Speer, 478; Joachimsthaler, 139. <<

[16] Schroeder, 200. <<

[17] Schroeder, 203. <<

[18] Joachimsthaler, 143. I 11 avión, en el que iba uno de sus sirvientes, Wilhelm Arndt, y el resto de las posesiones de Hitler y Eva Braun, se estrelló cerca de Börnersdorf, Sajonia. Véase también Robert Harris, *Selling Hitler*, Londres, 1986, 29-32. <<

[19] Below, 411. <<

[20] IfZ, ED 100, Irving-Sammlung, *Traudl Junge Memoirs*, Fols. 126-8; Galante, 141-2 (Junge). Traudl Junge defendió vigorosamente su versión mucho después de la guerra contra los que negaban que hubiese habido tales jolgorios. Library of Congress, Toland Tapes, C-68. Gerda Daranowski Christian (Tape C-64) aseguró que no había habido ninguna fiesta en el bunker mismo, que era en realidad demasiado pequeño para eso; pero Junge había descrito una velada arriba, en la superficie, en la Cancillería del Reich parcialmente en ruinas. <<

[21] Esta fue la noticia que comunicó inmediatamente al jefe de Estado Mayor de la Luftwaffe, Karl Koller: «A primera hora de la mañana llamó Hitler por teléfono. “¿Sabe que Berlín está sometida al fuego de la artillería? El centro de la ciudad”». («Am frühen Morgen ruft Hitler au. “Wissen Sie, dass Berlin unter Artilleriefeuer liegt? Das Stadtzentrum”».) Koller, 20; también KTB OKW, IV.2, 1685 (entrada del 21.4.45). <<

[22] Koller, 20-1. <<

[23] Koller, 21. <<

[24] Koller, 22-3, 26. <<

[25] Koller, 23. <<

[26] Cit. DZW, VI.705; Joachimsthaler, 146. <<

[27] DZW, VI.705; Joachimsthaler, 146; Boldt, 117-18. <<

[28] Keitel, 344-5. <<

[29] DZW, VI.705. <<

[30] Speer, 471, 47g. <<

[31] «Die Vernehmung des Generaloberst Jodl durch die Sowiets», Wehnvissenschaftliche Rundschau, 1-966 (11), 534-42, aquí 535: «Ich werde so lange kämpfen, solange ich noch einen Soldaten habe. Wenn mich der letzte Soldat verlässt, werde ich mich erschiessen». <<

[32] Koller, 25. Véase también el telegrama enviado a Mussolini el 21 de abril, en que se hablaba de «el espíritu de desprecio obstinado de la muerte», con el que el pueblo alemán contendría el asalto del «bolchevismo y el tropel de la judeidad» decididos a «precipitar nuestro continente en el caos». Domarus, 2226. <<

[33] Cit. Irving, *Doctor*, 2 19. Véase también IfZ, ED 100, Irving-Sammlung, *Traudl Junge Memoirs*, Fol. 143. <<

[34] Keitel, 346. <<

[35] Koller, 27-8. <<

[36] Below, 411. <<

[37] Koller, 29, comentarios de Eckhard Christian. <<

[38] Joachimsthaler, 150-1 (fotocopia de un informe - «Meldung über Führerlage am 22.4.1945» 1 - por el Oberleutnant Hans Volek, ayudante del comandante general Eckhard Christian, del 25.4.45, que contiene un extracto de notas de la discusión del general Karl Koller con Jodl del 2 3.4.45, con fecha 25.4.45) y 148-54 (versiones de postguerra); Koller, 28-33; Keitel, 346-8; y «Die Vernehmung von Generalfeldmarschall Keitel durch die Sowjets», *Wehrwissenschaftliche Rundschau*, 11 (1966), 651-62, aquí 656 (para la expulsión colérica de Keitel de la sala por Hitler y el comentario de Keitel a Jodl: «Esto es el colapso» «Das ist der Zusammen bruch».); IfZ, ED 100, Irving-Sammlung, *Traudl Junge Memoirs*, Fols.130- 2; Galante, 2-3 (Junge); Boldt,] 2 1-3. Véase también Trevor-Roper, 157.SS. <<

[39] Joachimsthaler, 152 (informe de Schaub); IfZ, ED 100, Irving-Sanlung, *Traudl junge Memoirs*, Eols.131-2 describe a Hitler de pie en la pequeña antecámara que daba a su habitación «inmóvil. Su rostro ha perdido toda expresión, tiene los ojos empañados. Parecía su propia máscara mortuoria». («In dem kleinen Vorraum vor seinem Zimmer steht Hitler regungslos. Sein Gesicht hat jeden Ausdruckverloren, die Augen sind erloschen. Er sieht aus wie seine eigene Totenmaske».) <<

[40] HZ, ED 100, Irving-Sammlung, *Traudl Junge Memoirs*, Fols. 131-2, 137 (texto ligeramente corregido); Galante, 2-3 (Junge, con traducción ligeramente inexacta). Eva, en una carta a su hermana, Gretl Braun Fegelein, escrita al día siguiente, 23 de abril, decía que Hitler había «perdido toda esperanza de un final deseable» («Der Führer selbst hat jeden Glauben an einen glücklichen Ausgang verloren»), y que no dejarían que les capturasen vivos, lomó medidas para pasar parte de sus joyas a Gretl y le pidió también que destruyera algunas cartas personales, incluido un sobre dirigido al Führer. NA, Washington, NND 901065, Folder 5, texto y traducción de carta de Eva Braun a Gretl Braun Fegelein, 23.4.45. <<

[41] Joachimsthaler, 150 (informe Volck). <<

[42] Reuth, *Goebbels*, 599-600. <<

[43] Véase Finge, *Biszum Untergang*, 275. <<

[44] Koller, 29-30. <<

[45] Koller, 29. <<

[46] Finge, *Bis zum Untergang*, 275. <<

[47] KTB OKW, IV/2,1454. <<

[48] Joachimsthaler, 156. <<

[49] DZW, VI.711. <<

[50] Keitel rechazó ya de todos modos esta idea al día siguiente, después de hablar con Jodl, considerándola poco práctica. Keitel, 352.
<<

[51] Keitel, 348; OB OKW, IV/2, 1454. <<

[52] Michael A. Musmanno Golleciion, Duquesne University, Pittsburgh, entrevista con Julius Schaub, (marzo, 1948), FF39a, Fols.2-3, 7; Amtsgericht Laufen, Verfahren des Amtsgerichts Berchtesgaden zur Todeserklärung bzw. Feststellung der Todeszeit von Adolf Hitler, testimonio de Otto Günsche, 19-21.6.56, RI.9; Joachimsthaler, 157 (testimonio de Günsche y Schaub); Below, 411; Michael A. Musmanno, *Ten Days to Die*, Londres, 1951, 32. Traudl Junge (IfZ, ED 100, IrvingSammlung, *Traudl Junge Memoirs*, Pol. 139; Galante, 3 (Junge)), asegura que Schaub huyó ese día (22 de abril). (En una sección anterior de su texto, Fol. 133, Junge decía «am nächsten Morgen», es decir el 23 de abril, para llenar un baúl con documentos y Schaub saliendo a regañadientes para volar hacia el sur.) Schaub repitió en su entrevista de Musmanno que él se había ido el 25 de abril. <<

[53] Below, 412; IfZ, ED 100, Irving-Sammlung, *Traudl Junge Memoirs*, Fol. 133; Galante, 3 (Junge); Joachimsthaler, 158. <<

[54] Michael A. Musmanno Gollection, Duquesne University, Pittsburgh, testimonio del comandante Bernd von Loringhoven, 14.3.48, FP51, Pol.41 (citas en inglés); Joachimsthaler, 152. Véase también Koller, 29. <<

[55] KTB OKW, IV/2, 1454; Boldt, 123; Domarus, 2228; Joachimsthaler, 160-1. <<

[56] «… warum dann über haupt noch leben!». Hitlers Lagebesprechungen am 23., 25. und 27. April 1945», *Der Spiegel*, 10 de enero de 1966, 32- 46, aquí 32-3. Los textos mecanografiados de las sesiones informativas (*Lagebesprechungen*) se encuentran en PRO, W0208/3791, Fols.89-111. <<

[57] La iniciativa para esto había llegado de Goebbels a mediados de marzo. LB (Darmstadt), 343-5 (23.3.45). <<

[58] Speer, 479-81. Y véase Serenv, *Albert Speer*, 517-19, 523-33; Fest, Speer, 360-5. <<

[59] Speer, 482-3. <<

[60] En cuanto se fue Keitel, los únicos asesores militares que quedaron fueron el general Krebbs, jefe del Estado Mayor general, apoyado por sus jóvenes oficiales el comandante Bernd Freiherr von Freytag-Loringhoven y el capitán Gerhard Boldt, y el ayudante de la Wehrmacht general Burgdorí. La comunicación con Dónitz siguió manteniéndose a través del almirante Voss; Below aportó los vínculos con la Luftwaffe. Keitel, 348-9; Below, 412. Véase también Trevor-Roper, 181 para el personal que quedaba en el búnker después del 25 de abril. <<

[61] Speer, 483-4. <<

[62] Koller, 35-40. Texto: Below, 412, Domarus, 2228 11.165; Joachimsthaler, 162. <<

[63] Speer, 485-6; Lang, 329-30. <<

[64] Koller, 42-3; Schroeder, 210-11. <<

[65] Speer, 487-8. <<

[66] Keitel, 366;' Irving, HW(803. <<

[67] Joachimsthaler, 163-4; Irving, HW, 811-1 2. Para la versión de Weidling de su reunión con Hitler, véase «Der Endkampf in Berlin (23.4-2.5.1945)», *Wehrwissenschaftliche Rundschau*, 12/I (1962), 40-52, 111-18, 169-74, aquí 43. El rostro de Hitler le pareció una «máscara sonriente» *(gleich einer lächelnden Maske)* y le temblaban constantemente ambas manos y una pierna y apenas pudo levantarse del asiento. <<

[68] Joachimsthaler, 164-7; Boldt, 142-5. Hacia finales de marzo, Eisenhower había cambiado el plan estratégico de los aliados occidentales. Preocupado por la posibilidad de una lucha prolongada, después incluso de que hubiese terminado la guerra, centrada en la idea de un «Reducto nacional» en los Alpes, probablemente con su cuartel general en el Berghof, no hizo ningún intento de avanzar sobre Berlín sino que dirigió en vez de eso las fuerzas estadounidenses hacia el sur de la capital, adentrándose en Sajonia, en lo que se había previsto como la zona soviética después de la guerra. Fue debido a ese avance por lo que los soldados del primer ejército de los Estados Unidos se encontraron con las tropas de Konev el 25 de abril en Torgau. <<

[69] Para una descripción, véase Schroeder, 211-12; también Koller, 49, 51 <<

[70] Hitlers Lagebesprechungen, *Der Spiegel*, 1966, 34. <<

[71] Keitel, 356. <<

[72] Hitlers Lagebesprechungen, *Der Spiegel*, 1966, 34 (y 37-8 para comentarios similares). Véase también Boldt, 145-6 para la reacción de Hitler a las noticias de lo que resultaron ser desacuerdos menores entre los comandantes soviéticos y estadounidenses cuando se encontraron en Torgau. <<

[73] Hitlers Lagebesprechungen, *Der Spiegel*, 1966, 37. <<

[74] Hitlers Lagebesprechungen, *Der Spiegel*, 1966, 34. <<

[75] Hitlers Lagebesprechungen, *Der Spiegel*, 1966, 37-9. <<

[76] Boldt, 150. <<

[77] Boldt, 149. <<

[78] Boldt, 157. <<

[79] Joachimsthaler. 168. <<

[80] Boldt, 153. <<

[81] Koller,'48; Hanna Reitsch, *Fliegen - Mein Leben*, Stuttgart, 1951, 292SS (y para lo que sigue); también NA, Washington, NN1) 901065, Folder, 2, interrogatorio estadounidense de Hanna Reitsch, 8.10.45, Fols.1-14; y PRO, Londres, W0208/4475, Fols.7-8 de informe del servicio secreto sobre Hanna Reitsch sin fecha (1945?). <<

[82] Koller, 60-1; Trevor- Roper, 186-91; Below, 415-14; NA, Washington, NND 901065, Folder, 2, interrogatorio estadounidense de Hanna Reitsch, 8.10.45, F0I.4. <<

[83] Hitlers Lagebesprechungen, *Der Spiegel*, 1966, 40-2. <<

[84] KTB OKW, IV/2.14(10; Joachimsthaler, *171-2*. <<

[85] Lew Besyzienski, Die letzten Notizen von Martin Bormann. Ein Dokument und sein Verfasser, Stuttgart, 1974, 230-1. <<

[86] Hitlers Lagebesprechungen, Der Spiegel, 1966, 42-4. <<

[87] Boldt, 160. <<

[88] Below, 414. <<

[89] Hitlers Lagebesprechungen, Der Spiegel, 19(16, 44-5. <<

[90] Linge, Bis zum Untergang, 277. <<

[91] Joachimsthaler, 442SS, esp. 464SS; Schroeder, 167-9. <<

[92] Joachimsthaler, 464-5; Trevor-Roper, 191-5; Boldt, 167. <<

[93] KTB OKW, iv/2.1461-2 (cita 1462). <<

[94] Cit. Trevor-Roper, 198; Lang, *Der Sekretär*, 334; Olaf Groehler, *Das Ende der Reichskanzlei*, Berlin Este, 1974, 29 (ninguno menciona fuente). Véase también la entrada de Bormann del 28 de abril en su diario de mesa: «Nuestra Cancillería del Reich se ha convertido en un montón de ruinas» («Unsere RK [Reichskanzlei] wird zum Trümmerhaufen«). Besymenski, *Die letzten Notizen*, 230-1. Trevor-Roper indica que Bormann envió el mensaje a Puttmaker, a Munich. Pero la versión posterior del propio Puttmaker no menciona en ningún momento que volase a Munich e indica que su destino era Salzburgo, antes de dirigirse al Berchtesgaden. Michael A. Musmanno Collection, Duquesne University, Pittsburgh, entrevista con el almirante Karl-Jesko von Puttmaker, 3.4.48,» FF53, Pols.8-1 o; Franklin D. Roosevelt Librar)', Hyde Park, Nueva York, Toland Tapes, V/8/3. Si se envió realmente el mensaje, tuvo que ser por la línea telegráfica del partido y tuvo que haberse transmitido desde Munich (es de suponer que desde un cuartel general del partido ya en las últimas) a Puttmaker al Berchtesgaden. <<

[95] Besymenski, *Die letzten Notizen*, 230-1. <<

[96] Below, 415. <<

[97] KTB OKW, IV/2.1463. Domarus, 1 232 parece refundir los dos informes independientes, el de la tarde y el de la noche. <<

[98] Below, 415. Below se muestra confuso en la cronología de la huida de Fegelein en relación con las noticias de la conducta de Himmler, pero sus comentarios encajan por lo demás con las diferentes reacciones a los informes de la tarde y de la noche. <<

[99] Cit. Joachimsthaler, 182-3, Y Groehler, *Das Ende der Reich skanzlei*, 30. Véase también Trevor- Roper, 198, 202; Boldt, 169; Below, 415. <<

[100] Esto fue lo que provocó la explosión de Hitler. Véase la carta de Bormann a Wenck (que nunca le llegaría), en que se habla de la «propuesta de Himmler a los angloamericanos, que entrega incondicionalmente a nuestro pueblo a los plutócratas. Un cambio sólo puede traerlo el Führer y sólo él». («[…] hat der Reichsführer SS Himmler den «Anglo-Amerikanern einen Vorschlag gemacht, der unser Volk bedingugslos den Plutokraten ausliefert. Eine Wende kann nur vom Führer selbst herbeigeführt werden und nur von ihm!«.) Cit.Groehler, *Das Ende der Reichskanzlei*, 31, Joachimsthaler, 185, y Olaf Groehler, *Die Neue Reichskanzlei. Das Ende*, Berlin. 1995, (io (donde se menciona como un telegrama de Krebs y Bormann a Wenck, enviado al final del día, no a primera hora de la madrugada). <<

[101] Véase Below, 406. <<

[102] Las principales versiones de primera mano son Schellenberg, 170-87 (aunque retocada a partir del diario original; véase Irving, HW, 610 11.4); y Graf Pol- ke Bernadotte, *Das Ende. Meine Verhandlungen in Deutschland im Frühjahr* 45 *und ihre politischen Folgen*, Zurich-Nueva York, 1945. Véase también, para las negociaciones de Bernadotte, Fritz Resse, *Das Spiel um Deutschland*, Munich, 1953, 384-5, 429; Feter Kleist, *Die europäische Tragödie*, Gotinga, 1961, 247-52; Kersten, 14-19 (introducción de H.R. Trevor-Roper) y 272-90; Trevor-Roper, 144-7, 155-6, 162-4, 170-3, 199-202; Padfield, *Himmler*, 565-96. <<

[103] Padfield, *Himmler*, 565. <<

[104] Padfield, *Himmler*, 566. <<

[105] Padfield, *Himmler*J 567; Kersten, 276-83 (aunque de dudosa autenticidad. Véase Irving, HW, XX). <<

[106] Padfield, *Himmler*; 578. <<

[107] Véase Padfitdd. *Himmler*, 582, 585. <<

[108] Padfield, *Himmler*, 578. <<

[109] Véase Kersten, 278, 281; Guderian, 426; Padfield, *Himmler*, 567, 571, 579-80. <<

[110] Padfield, *Himmler*, 591. Se discutieron en la reuniém las medidas precisas para que un convoy de la Cruz Roja transportase a cierto número de mujeres judías del campo de concentración de Ravensbrück. Esto había seguido a una entrevista en casa de Felix Kersten, el masajista de Himmler, entre este último y un representante del Consejo Mundial Judío de Nueva York, Norbert Masur, que había viajado hasta Alemania de incógnito y bajo promesa de salvoconducto. Himmler, al que acompañaban su avu- dante Rudoll Brandt y Schellenberg, había accedido a poner en libertad a las mujeres judías internadas en Ravensbrück, siempre que se mantuviese en secreto el hecho y que se luciesen pasar por polacas. También accedió a que no se matase a más judíos y a mantener su promesa de entregar los campos de concentración intactos a los aliados. Kersten, 284-90; Padfield, *Himmler*, 590. <<

[111] Schellenberg, 181-2. <<

[112] Padfield, *Himmler*, 595; Trevor-Roper, 171. <<

[113] Bernadotte, *Das Ende*, 79-85; Schellenberg, 182-5; Trevor-Roper, 171-2; Padfield, *Himmler*, 593-4. <<

[114] Padfield, 595; Trevor-Roper. 172, 200-1; Bernadotte, 85. <<

[115] Padfield, *Himmler*, 5956. <<

[116] Boldt, 170; véase también IfZ, ED. 100, Irving-Sammlung, *Traudl Junge Memoirs*, Fols. 152-3; Galante, 1 1 (Junge); Trevor-Roper, 202.
<<

[117] Trevor-Roper, 203-4, 277-8; Joachimsthaler, 183, 465, Padfield.596-7; Below, 415 (que refunde los datos); Erich Kempka, *Die letzten Tage mit Adolf Hitler*, Preussisch Oldendorf, 1975, 7883 (con inexactitudes); Boldt, 170; IfZ, ED 100, Irving-Sammlung, *Traudl Junge Memoirs*, Fol. 153; Galante, 11-12 (Junge); Hans Baur, *Hitler at my Side*, Houston, 1986, 187-8 (con inexactitudes); Linge, *Bis zum Untergang*, 278; Koller, 95. <<

[118] Joachimsthaler, 181 (v 174 para la interrupción de las comunicaciones). <<

[119] Boldt. 17t. <<

[120] Boldt, 170; Irevor-Roper, 205; Reitsch, 303-4 (que no menciona el encargo relacionado con Himmler). <<

[121] Koller, 93. Hanna Reitsch describe su propia marcha del búnker con Greim, y el enfrentamiento que tuvo con Himmler por la traición a Hitler de este en el interrogatorio a que la sometieron los estadounidenses el 8 de octubre de 1945, NA, Washington, NO 901065, Folder 2, Fols. 10-13. <<

[122] Amtsgericht Laufen, Verfahren des Amtsgerichts Berchtesgaden zur Todeserklärung bzw. Feststellung der Todeszeit von Adolf Hitler, testimonio de Gertraud Junge, 24.2.54, Bl.4; Michael A. Musmanno Collection, Duquesne Universitv, Pittsburgh, entrevista con Gertraud Junge, 7.2.48, FF25, Fol.31; Joachimsthaler, 188. Prescindiendo de las insinuaciones, Junge no llegó a enterarse del todo del matrimonio con Eva Braun hasta que Hitler le dictó su testamento privado. Entrevista de Musmanno, 32; IfZ, ED 100, Irving-Sammlung, *Traudl Junge Memoirs*, Fol.156; Galante, 16. Gerda Daranowski Christian comenta la sorpresa que causó la boda. PRO, W020813791, F0I.190 (interrogatorio, 25.4.46, donde, sin embargo, su cronología de los hechos es confusa); y Library of (Kongress, Toland 'lapes, C-64 (entrevista con John Toland, 26.7.71). <<

[123] Below, 415-16; IfZ, ED 100, Irving-Sammlung, *Traudl Junge Memoirs*, Fol. 156; Galante, 13, 16 (Junge, con inexactitudes), 17-18 (Günsche); Joachimsthaler, 185-9; Linge, *Bis zum Untergang*, 281-3; Kempka, 84-6; Boldt, 171-2; Baur, 186 (breve e inexacto); Trevor-Roper, 207-8; Musmanno, 197ff. En su testimonio de 1954 (Amtsgericht Laufen, Verfahren des Amtsgerichts Berchtesgaden zur Todeserklärung bzw. Feststellung der fodeszeit von Adolf Hitler, testimonio de Gertraud Junge, 24.2.54, BI.4), Traudl Junge aseguró que Hitler había empezado a dictar su testamento poco antes de la medianoche, antes de casarse. Pero en su testimonio anterior para Musmanno (Michael A. Musmanno Collection, Duquesne Universitv. Pittsburgb, entrevista con Gertraud Junge, 7.2.48, FF25, Fols.32-6), había dicho que, si bien el dictado del testamento (en el que ella se enteró por el testamento privado, que él le dictó primero, que pensaba casarse con Eva Braun) empezó a las 11:30, le llevó luego de dos a tres horas mecanografiar los dos (el político y el personal), y que la boda se celebró mientras ella estaba haciendo eso. En su testimonio posterior (IfZ, ED 100, Irving-Sammlung, *Traudl Junge Memoirs*, Fols. 152-4), habla de que la despertaron en plena noche cuando se estaban haciendo los preparativos de la boda. Como indica Trevor-Roper (207 11.1), cuando Greim y Reitsch hablaron con Koller no sabían nada del enlace nocturno, pese a ser ya 8 de mayo. Koller, 95. Fue, por tanto, después de que ellos se marcharon del búnker. Joachimsthaler, 183, acepta que Greim y Reitsch se fueron después de medianoche. La fecha del certificado de matrimonio es el 29 de abril, lo que indica que la ceremonia se completó después de medianoche y no antes (Joachimsthaler, 186-7). Así que la boda probablemente no se celebrase antes de la una. Hay copia del certificado de matrimonio en PRO, W020813790, Fols. 151-2,Joachimsthaler, 186-7 (fotocopia).

<<

[124] IfZ, ED 100, Irving-Sammlung, *Traudl Junge Memoirs*, Fol.155 (donde se da la impresión de que el dictado .empezó más tarde); Amtsgericht Laufen, verfahren des Amtsgerichts Berchtesgaden, zur Todeserklärung bzw. Feststellung der Todeszeit von Adolf Hitler, testimonio de Gertraud Junge, 24.2.54, BI.4; Michael A. Musmanno Collection, Duquesne University, Pittsburgh, entrevista a Gertraud Junge, 7.2.48, FF25, Fol.32; Galante, 13 (Junge); Joachimsthaler, 188-9; Musmanno, 202SS. <<

[125] Joachimsthaler, 192 (fotocopia de texto); Domarus, 2240-1. En su primer testimonio de postguerra, Traudl Junge dejó claro que Hitler dictó primero el testamento privado y después el político. Michael A. Musmanno Collection, Duquesne University, Pittsburgh, entrevista con Gertraud Junge, 7.2.48, FF25, Fol. 32; Amtsgericht Laufen, Verfahren des Amtsgerichts Berchtesgaden zur Todeserklärung bzw. Feststellung der Todeszeit von Adoli Hitler, testimonio de Gertraud Junge, 24.2.54, Bl.4. En sus memorias posteriores, dijo implícitamente que dictó primero el político. IfZ, ED 100, Irving-Sammlung, *Traudl Junge Memoirs*, Fol.155; Galante, 13. <<

[126] IfZ, ED 100, Irving-Sammlung, *Traudl Junge Memoirs*, Fol.155; Galante, 13. <<

[127] La redacción de este pasaje es confusa en el original: «Ich habe weiter keinen darüber im Unklaren gelassen, dass dieses Mal nicht nur Millionen Kinder von Europäern der arischen Völker verhungern werden, nicht nur Millionen erwachsener Männer den Tod erleiden und nicht nur Hunderttausende an Frauen und Kindern in den Städten verbrannt und zu Tode bombardiert werden dürften, ohne dass der eigentlich Schuldige, wenn auch durch humanere Mittel, seine Schuld zu büssen hat». («Dije también con toda claridad que esta vez millones de niños […] no morirían […] sin que el verdadero culpable pagase su culpa […]».) Werner Maser (ed.), *Hitlers Briefe und Notizen. Sein Weltbild in handschriftlichen Dokumen ten,* Düsseldorf, 1973, 360-1; Joachimsthaler, 190; trad. NCA, vi.260. <<

[128] Maser, *Hitlers Briefe und Notizen*, 356-66; Joachimsthaler, 190-1; Domarus, 2236-7; trad. (con leves enmiendas), NCA, VI.260-1. <<

[129] Amtsgericht Laufen, Verfahren des Amtsgerichts Berchtasgaden zur Todeserklärung bzw. Feststellung der Todeszeit von Adolf Hitler, testimonio de Gertraud Junge, 24.2.54, BI.4; Michael A. Musmanno Collection, Duquesne University, Pittsburgh, entrevista con Gertraudjunge, 7.2.48, FF25, Fol.35; Joachimsthaler, 18g. <<

[130] Maser, *Hitlers Briefe und Notizen*, 368-75; Joachimsthaler, 191-2, Domarus, 2238-9; trad. (con enmiendas), NCA, VI.262-3, D0C.3569-PS. La copia de los testamentos político y privado en PRO, W02081 13781, Fols. 90-105, era la que la que se le había dado a Heinz Lorenz para que la sacara del búnker y se le encontró cosida en las hombreras cuando fue capturado. PRO, W020813789, Fol.69. <<

[131] Traudl Junge aseguraba en 1954 que no terminó su trabajo con los testamentos de Hitler, que efectuó mientras continuaba la celebración de la boda, hasta las 5 de la madrugada. Amtsgericht Laufen, Verfahren des Amtsgerichts Berchtesgaden zur Todeserklärung bzw. Feststellung der Todeszeit von Adolf Hitler, testimonio de Gertraud Junge, 24.2.54, BI.4. Phi 1948 había dicho que mecanografiar los testamentos le había llevado de dos a tres horas, lo que sitúa su terminación no más tarde de las tres. Michael A. Musmanno Collection, Duquesne University, Pittsburgh, entrevista con Gertraud Junge, 7.2.48, FF25, Fol.35. Véase también Joachimsthaler, 189. E4 documento indica como hora de la firma las cuatro de la madrugada. <<

[132] IfZ, ED 100, Irving-Sammlung, *Traudl Junge Memoirs*, Fols.152-3 («Wenn der Führer tot ist, ist mein Leben sinnlos».); Galante, 16 (Junge). <<

[133] NA, Washington, NND 901065, Folder 2; incluido en Joseph Goebbels, *Tagebücher 1945 Die letzten Aufzeichnungen*, Hamburgo, 1977, 555-6. <<

[134] Below, 416. <<

[135] Linge, *Bis zu Untergang*, 279-80. <<

[136] Amtsgericht Lauten, Verfahren des Amtsgerichts Berchtesgaden zur Todeserklärung bzw. Feststellung der Todeszeit von Adolf Hitler, testimonio de Otto Günsche, 19-21.6.56, BI.8; Kempka, 80; Trevor-Ro- per, 227 (Junge).Joachimsthaler, 250-9, sostiene convincentemente que el veneno no era cianuro, como pensaban la mayoría de los habitantes del búnker, sino cápsulas de ácido prúsico, mucho más eficaz, que fabricaba a miles la policía criminal y que causaban la muerte en una fracción de segundo. <<

[137] Amtsgericht Laufen, Verfahren des Amtsgerichts Berchtesgaden zur Todeserklärung bzw. Feststellung der Todeszeit von Adolf Hitler, testimonio de Otto Günsche, 19-21.6.56, BI.8-9; Joachimsthaler, 194'7! ED 100, Irving-Sammlung, *Traudl Jung Memoirs*, Fol. 153; Galante, 12 (Junge); Kempka, 84. <<

[138] Trevor-Roper, 218-21; Domarus, 2241 & n.214-16. <<

[139] Trevor-Roper, 221, Joachimsthaler, 176-81. <<

[140] Joachimsthaler, 193-4. <<

[141] Boldt, 172-5. <<

[142] Trevor-Roper, 224-5; E)omarus, 2242. <<

[143] Domarus, 2242; Trevor-Roper, 226. <<

[144] Trevor-Roper, 223-4. <<

[145] KTB OKW, IV/2.1466; Joachimsthaler, 199 (fotocopia). <<

[146] KTB OKW, IV/2.1467; Joachimsthaler, 201-2 (fotocopia, en que se ve claro que el telegrama, al que se asigna como hora de envío la 1 se envió en realidad a las 2:57). <<

[147] Joachimsthaler, 202. Keitel, 368, da otra versión, de la que no hay ninguna otra prueba y es de suponer que se trata de una distorsión del recuerdo: «Ya no hay esperanza de auxilio a Berlín y de reapertura de acceso desde el oeste; sugiero salida vía Potsdam hacia Wenck: como alternativa vuelo del Führer hacia la región meridional». El telegrama provocó de nuevo acusaciones de traición, ahora ya hasta por parte de Keitel. Véase Trevor-Roper, 228-9 (aunque el texto original del telegrama de Bormann a Dönitz no se conserva y Trevor-Roper no indica fuente). <<

[148] Amtsgericht Laufen, Verfahren des Amtsgerichts Berchtesgaden zur Todeserklärung bzw. Feststellung der Todeszeit von Adolf Hitler, testimonio de Emin Jakubeck, 23.11.54; Michael A. Musmanno Collection, Duquesne University, Pittsburgh, entrevista con Gertraud Junge, 7.2.48, FF25. Fols.38, 4i;Joachimsthaler, 201-4, 217; Trevor-Roper, 227 y 275 (donde se fecha erróneamente la despedida el 29 de abril). Un guardia atestiguó posteriormente que había presenciado una ceremonia de despedida del círculo íntimo de Hitler durante la noche del 29-30 de abril. Joachimsthaler, 201 (testimonio de Kólz). Debió de tratarse de una confusión con la despedida de unas 20-25 personas, principalmente criados y guardias. Hitler no se despidió de su «servicio doméstico» hasta la tarde siguiente, poco antes de suicidarse. <<

[149] Joachimsthaler, 206. <<

[150] «Der Endkampf in Berlin», *Wehnvissetischajtliche Rundschau*, 12/I (1962), 118, 169-70. <<

[151] Joachimsthaler, 210-15 (con críticas justificables a la credibilidad de Kempka); Kempka, 90-2. Kempka aseguraba en su testimonio del 20 de junio de 1945 que Günsche había telefoneado hacia las 2:30 y le había dicho que fuese al búnker del Führer y que llevase 200 litios de gasolina. David Irving Microfilm Collection (Microform Académie Publishers, East Ardsley, Wakefield), Third Reich Documents, Group 7/13, «Erklärung von Herrn Erich Kempka über die letzten Tage Hitlers». <<

[152] Junge, que suele equivocarse en los detalles, recordaba (IfZ, EQ 100, Irving-Sammlung, *Traudl Junge Memoirs*, Fol. 159; Galante, 20) que Eva Braun llevaba un vestido negro adornado con rosas, uno que le gustaba mucho a Hitler. Linge y Günsche, dos de Los primeros que entraron en el escenario del suicidio, dijeron ambos independientemente que llevaba un vestido azul con adornos blancos. Amtsgericht Laufen, Verfahren des Amtsgerichts Berchtesgaden zur Todeserklärung bzw. Feststellung der Todeszeit von Adolf Hitler, testimonio de Heinz Linge, 8-10. 2. 56, Bl. 6; testimonio de Otto Günsche, 19-21. 6. 56, Bl. 5; Joachimsthaler, 230, 232. <<

[153] Amtsgericht Laufen, Verfahrendes Amtsgerichts Berchtesgaden zur Todeserkläning bzw. Feststellung der Todeszeit von Adolg Hitler, testimonio de Heinz Linge, BI. 4-5; testimonio de Otto Günsche, 19-21. 6. 56 31. 3-5; testimonio de Gertraud Junge, Bl. 5; Joachimsthaler, 217-19, 221-2 (Junge, Christian, Jakubeck, Linge, y, especialmente, el testimonio de Günsche); PRO, W020813791. Fol. 192, informe de interrogatorio de Gerda Christian, 2. 4. 46; Michael A. Musinanno Collection, Duquesne University, Pittsburgh, entrevista con Gertraud Junge, 7. 2. 48, FF25, Fols. 45-8; HZ, ED 100, Irving-Sammlung, *Traudl Junge Memoirs*, Fols. 158-9; Galante, 20-2 (Junge, Günsche); Linge, *Bis zum Untergang*, 284-6 (con inexactitudes, y véase Joachimsthaler, 222-4 para la poca fiabilidad de Linge como testigo); testimonio de Günsche en James P. O'Donnell y Uwe Bahnsen, *Die Katakombe. Das Ende in der Reichskanzlei*, Stuttgart, 1975, 210 (también en Galante, 21-2); Library of Congress, Washington, Toland Tapes, C-64, entrevista con Gerda Daranowski Christian, 26. 7. 71. Reuth, 608: Tremor- Roper, 230. Kempka, 90, incluye a Eva Braun en la comida. El, por su parte, no estaba presente; quienes estaban (Traudl Junge y Gerda Daranowski Christian) comentaron independientemente la ausencia de Eva Braun. Baur, 191-2, y el testimonio de 1955 de Joachimsthaler, 225-6 no son fidedignos en los detalles. <<

[154] Amtsgericht Laufen, Verfahren des Amtsgerichts Berchtesgaden zur Todeserklärung bzw. Feststellung der Todeszeit von Adolf Hitler, testimonio de Otto Günsche, Bl. 4; Galante, 22 (Günsche). Le habían dicho que esperase diez minutos antes de entrar. <<

[155] Amtsgericht Laufen, Verfahren des. Amtsgerichts Berchtesgaden zur Todeserklärung bzw. Feststellung der Todeszeit von Adolf Hitler, testimonio de Otto Günsche, 19-21. 6. 56, BI. 5; testimonio de Heinz Linge, 8-10. 2. 56, BI. 5; Joachimsthaler, 230, 232 (Linge, (Günsche); testimonio de Gertraud Junge, 24. 2. 54, Bl. 5; Michael A. Musmanno Collection, Duquesne University, Pittsburgh, entrevista con Gertraud Junge, 7. 2. 48, FF25, Fols. 47-8; IfZ, ED 100, IrvingSammlung, *Traudl Junge Memoirs*, Fol. 159; Galante, 21 (Junge). <<

[156] Amtsgericht Laufen. Verfahren des Amtsgerichts Berchtesgaden zur Todeserklärung Feststellung der Todeszeit von Adolf Hitler, testimonio de Otto Günsche, 19-21. 6. 56, Bl-5-6, 8-9; testimonio de Seinz Linge, 8-10. 2. 56, Bl. 5-8; Joachimsthaler, 230, 232. El meticuloso estudio de las pruebas testimoniales y forenses de Joachimsthaler, 229-73, desvanece cualquier duda sobre la forma de muerte. Las primeras versiones procedentes del búnker eran que Hitler se había pegado un tiro y Eva Braun había tomado veneno. Below (que se había ido antes de los suicidios) oyó esto ya el 6 de mayo de labios de uno de los guardias de servicio en el búnker. PRO, Londres, W0208/3781, F0I. 5, interrogatorio de Nicolaus von Below, s. f. (pero la carta adjunta es del 22. 6. 46). A Hugh Trevor-Roper le dieron esa misma información Erich Kempka y Artur Axmann, que vieron los cadáveres in situ, y también Else Krüger, la secretaria de Martin Bormann. PRO, WO2O8/3790, Fol. 54 (nota manuscrita de Trevor-Roper sobre la cronología de los hechos durante los últimos días en el búnker). Los testimonios claves no dan ninguna indicación de que se oyese un tiro, a diferencia de algunos de los relatos no fidedignos (e. g. Michael A. Musmanno Collection, Duquesne University, Pittsburgh, entrevista con Gertraud Junge, 7. 2. 48, FF25, Fol. 48; HZ, ED 100, Irving-Sammlung, *Traudl Junge Memoirs*, Fol. 159; Galante, 21, testimonio de Junge). La versión intencionadamente engañosa de la muerte de Hitler por envenenamiento con cianuro difundida por historiadores soviéticos (véase, especialmente, Lev Bezymenski, *The Death of Adolf Hitler. Unknown Documents from Soviet Archives*, Londres, 1968) puede desecharse sin más. Tampoco tienen interés los hallazgos de Ada Petrova y Peter Watson, *The Death of Hitler. The Final Words from Russia's Secret Archives*, Londres, 1995. La primera indicación de que Hitler se había envenenado en vez de pegarse un

tiro parece proceder del testimonio de aproximadamente una hora después del disparo del sargento Fritz Tornow, que había ayudado a envenenar a la perra alsaciana de Hitler y dijo que había detectado un olor similar en la habitación después de los suicidios (aunque cuando había entrado en ella ya se habían retirado los cadáveres). PRO, Londres, W0208/3790, Fol. 128 (donde se le llama Tornoff), testimonio de Willi Otto Müller, 4. 2. 46. Hans Batir, piloto de Hitler, declaró cuando abandonó la prisión de Moscú en 1949 que Hitler había tomado veneno y que luego se había pegado un tiro en la cabeza. Pero Batir no estaba presente en el momento de las muertes y su testimonio no es fidedigno de todos modos en varios aspectos. Véase Joachimsthaler, 225, 260. Artur Axmann, que había visto los cadáveres, declaró también el 16. 10. 47 que Hitler había tomado primero veneno y luego se había pegado un tiro en la boca. PRO, W0208/4475, Fol. 39. Repitió esto en su entrevista con Musmanno el 7. 1. 48 (Michael K. Musmanno Collection, Duquesne University, Pittsburgh, entrevista con Artur Axmann, 7. 1. 48, FF1, Fols. 28-32, 44), diciendo que la información procedía de Günsche, que lo desmintió más tarde explícitamente (Joachimsthaler, 236-7). Esta versión de Axmann contradice además su testimonio anterior de 1946 (véase más adelante). Ninguno de los testigos supervivientes que estuvieron presentes inmediatamente después de las muertes (Linge y Günsche), que vieron los cadáveres in situ, dijeron que Hitler se hubiese envenenado, y no había ningún rastro del olor acre a almendras amargas en su cuerpo (a diferencia del de Eva Braun). Este dato negativo descarta también por sí solo la remota posibilidad de que tomase veneno y además se pegase un tiro. La rapidez con que actúa el ácido prúsico habría hecho prácticamente imposible que Hitler pudiese romper la cápsula de veneno y luego dispararse; y en caso de que hubiese podido tragar el veneno una décima de segundo después de disparar, los espasmos consiguientes habrían hecho que se derramase la sangre sobre el hombro y en el entorno inmediato, cosa

que no sucedió. (Sobre esto, véase Joachimsthaler, 26970 y la versión inglesa de su libro *The Last Days of Hitler. The Legends, the Evidence, the Truth*, Londres, 1996, 179-80, que incluye unas cuantas líneas que no aparecen en el original alemán.) Los datos forenses contradicen también esa versión, que puso en circulación primero Artur Axmann, aunque se basaba en datos procedentes de rumores sin fundamento, según la cual Hitler se había pegado un tiro en la boca. De hecho el propio Axmann había descartado explícitamente en su primer testimonio lo del tiro en la boca y había dicho (lo mismo que Günsche) que se había disparado en la sien derecha. PRO, W0208/3790, Fol. 125 (interrogatorio de Axmann, 14. 1. 46). No tiene ninguna base tampoco lo de que le dieran el tiro de gracia Linge o Günsche (otra suposición de Bezymenski). Las «teorías» de Hugh Thomas, *Doppelgänger: The Truth about the Bodies in the Berlin Bunker*, Londres, 1995, de que a Hitler le estranguló Linge, y de que el cuerpo de mujer que se quemó no era el de Eva Braun, que había escapado supuestamente del bunker, pertenecen al mundo de los cuentos de hadas. <<

[1] Esto y lo que sigue se basa en Joachimsthaler, cap. 5-6, el estudio más fidedigno y detallado de la cremación de Hitler y de Eva Braun, que aporta, además (347SS.), razones convincentes para considerar con sumo escepticismo las afirmaciones de los soviéticos de que recuperaron los restos del cadáver de Hitler y le practicaron una autopsia. (Para esto, véase Bezymenski, *Death of Adolf Hitler*, y para una temprana manifestación de escepticismo, la recensión del libro de Bezymenski por Hugh Trevor-Roper, «The Hole in Hitler's Head», *Sunday Times*, 29 de septiembre de 1968.) Se basa también en el testimonio que prestaron Heinz, Linge y Otto Günsche en el Berchtesgaden en 1954 (Linge) y 1956 (Günsche), junto con varios testigos más, sobre el final de Hitler. Doy las gracias a Frau A. Regnauer, director del Amtsgericht Laufen por permitirme examinar ese material. Debo dar las gracias también al profesor Robert Service (St. Antony's College, Oxford) por traducirme parte de uno de los interrogatorios a que fue sometido Günsche en Moscú. Osobyi Arkhiv [= Archivo Especial], Moscú, 130-0307, Fol. 282. Dejando aparte incluso las cuestiones forenses, resulta curioso que si las autoridades soviéticas hubiesen tenido en su poder los restos de Hitler nunca se lo hubiesen dicho, o no se los hubiesen enseñado, a Linge, a Günsche y a otros testigos del búnker a los que tuvieron en cautividad hasta diez años. En vez de eso, y pese a los testimonios coincidentes en sentido contrario de testigos independientes, siguieron insistiendo en que Hitler aún seguía vivo en innumerables horas de interrogatorios extremadamente inhumanos, que incluyeron el trasladarles de nuevo a Berlín en 1946 para reconstruir la escena en el búnker, con el fin de asegurarse de si Hitler se había suicidado realmente. Según Linge (Amtsgericht Laufen, F0l. 9), le interrogaron repetidamente sobre si Hitler estaba vivo o muerto, si podía haber huido de Berlín y si había

sido sustituido por un «doble». Cuando finge preguntó a sus interrogadores durante la visita a Berlín si tenían en su poder el cadáver de Hitler, le dijeron (Fol. 1o) que habían encontrado muchos cadáveres pero que no sabían si el de Hitler estaba entre ellos. Parece ser que el propio Stalin se resistía obstinadamente a creer las historias de la muerte de Hitler en los primeros años de postguerra, y no sólo por razones de propaganda. La apertura de los archivos soviéticos tras el final de la Guerra Fría aportó un chaparrón de nuevas «revelaciones» sobre el final de Hitler y sobre la localización de sus restos, que fueron supuestamente desenterrados en un solar cerca de Magdeburg y quemados por orden del jefe del estado soviético Leonid Breschnev la noche del 4-5 de abril de 1970 por cinco agentes de la KGB. Se decía que esos restos habían sido enterrados allí, junto con los de Eva Braun, la familia de Goebbels y (probablemente) el general Hans Krebs, en 1946 y se exhumaron entonces porque se corría peligro de que se descubrieran porque se iban a iniciar obras en la zona. Véase «Hitlers Höllenfahrt», *Der Spiegel*, 14/1995, 170-87, 15/1995, 172-86; también Norman Stone, «Hitler, ein Gespenst in den Archiven», *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 19 de abril de 1995; Alexander Lesser, «Russians wanted to seil “Hitler skull” Story», *The Jerusalem Report*, 11 de marzo de 1993; «Kremlin “secretly burned Hitler’s remains”», *The Guardian*, 4 de abril de 1995; «Secret of Hitler’s ashes revealed in Soviet archive», *New York Post*, 27 de enero de 2000. Donde se examinan más detenidamente los datos soviéticos es en Petrova y Watson, y fueron también tema de un documental de BBC TV, que tenía el título optimista de «Hitler’s Death: The Final Report» [La muerte de Hitler: el informe definitivo], abril de 1995. Pero los únicos supuestos restos adicionales de Hitler que han salido a la luz son partes de un cráneo que se descubrieron en 1946 (y que nunca llegó a demostrarse concluyentemente que fuesen de Hitler). No está clara la relación de este cráneo con los restos supuestamente hallados en mayo de 1945 y exhumados (presumiblemente sin cabeza)

en Magdeburg en 1970. Si consideramos que los soviéticos no llegaron a tener nunca el cadáver de Hitler, no pueden aceptarse, claro está, las revelaciones posteriores a la Guerra Fría sobre la eliminación de sus restos. Los restos que se enterraron en Magdeburg y se desenterraron y quemaron más tarde no es probable que fuesen los de Hitler. En cualquier caso, el asunto es importante sobre todo para la interpretación de la actuación de los soviéticos en la postguerra más que para un estudio de la vida de Hitler. <<

[2] Joachimsthaler, 334. <<

[3] Joachimsthaler, 335. <<

[4] Joachimsthaler, 339, 346-7, 349. <<

[5] Joachimsthaler, 356-7; Galante, 162 (Günsche). <<

[6] Joachimsthaler, 274-6; Trevor-Roper, 238-9. <<

[7] Joachimsthaler, 280-1. <<

[8] Joachimsthaler, 277-8. <<

[9] Joachimsthaler, 281-3. <<

[10] Domarus, 2250 y notas 250, 252; Joachimsthaler, 282-3. <<

[11] Trevor-Roper, 240-1. <<

[12] Joachimsthaler. 284-5; véase también 278-80. <<

[13] Trevor-Roper, 241-3; Reuth, *Goebbels*, 613-14; Irving, *Goebbels*, 531-3. <<

[14] Véase Joachimsthaler, 350. <<

[15] Trevor-Roper, 243-7; Tang, *Der Sekretär*, 340-50, 436-40. Los esqueletos fueron descubiertos cuando se trabajaba en la construcción de un edificio en 1972. Se pudo identificar a Bormann y a Stumpfegger con casi total seguridad a través de archivos dentales y de un examen patológico. <<

[16] Rolf-Dieter Müller y Gerd R. Ueberschär, *Kriegsende 1945. Die Zerstörung des Deutschen Reiches*, Frankfurt am Main, 1994, 101. Y véase Dönitz, *Memoirs*, cap. 22. <<

[17] DZW, VI. 748-58. <<

[18] Müller y Ueberschär, *Kriegsende*, 103. <<

[19] DZW, VI. 775-8; Müller y Ueberschär, *Kriegsende*, 103. <<

[20] Müller y Ueberschär, *Kriegsende*, 107-8. <<

[21] Müller y Ueberschär, *Kriegsende*, 178-9 (Doc. 19); KTB OKW, VI. 1478-84. <<

[22] KTB OKW, VI. 1482. <<

[23] La firma tuvo lugar, según el horario europeo occidental a las 23:16 de la noche del 8 de mayo; según el horario centro-europeo (horario de verano alemán) a las 0:16 del 9 de mayo. Domarus, 2252, n. 259. <<

[24] KTB OKW; VI. 1485-6; Müller y Ueberschär, *Kriegsende*, 180-1 (Dok. 20). <<

[25] KTB OKW, VI. 1281-2; Müller y Ueberschär, *Kriegsende*, 181 (Dok. 21). <<

[26] Padfield, *Himmler*, 611. <<

[27] Douglas M. Kelley, *22 Cells in Nuremberg*, (1947) Nueva York, 1961, 125-6; Ronald Smelser, *Robert Ley. Hitler’s Labor Front Leader*, Oxford-Nueva York-Hamburgo, 1988, 292-7. <<

[28] Irving, *Göring*, 504-11; Kelley, 61. <<

[29] Michale R. Marrus, *The Nuremberg War Crimes Trial 1945-46. A Documentary History*, Boston-Nueva York, 1997, 57-70; 258-61. <<

[30] Marrus, 258-60. Para un análisis psicológico de las bases del complejo de culpa de Speer, véase esp. el libro de Gitta Sereny, muy adecuadamente titulado *Albert Speer: His Battle with Truth* [Albert Speer: Su batalla con la verdad]. <<

[31] Wistrich, *Wer war wer*, 64, 73, 98, 141, 159, 268; Weiss, *Biographisches Lexikon*, 107, 125, 161, 228, 270, 451. <<

[32] Wistrich, *Wer war wer*, 177-8; Weiss, *Biographisches Lexikon*, 304-5. <<

[33] Kershaw, «Improvised Genocide», 78. <<

[34] Para las carreras de postguerra de muchos los que participaron en la «acción de eutanasia», véase *Ernst Klee*, Was sie taten - Was sie wurden. Arzte, Juristen und andere Beteilige am Kranken- oder Judenmord, *Frankfurt am Main*, *1986*. <<

[35] Para el uso del término, véase Hans Mommsen, *Von Weimar nach Auschwitz. Zur Geschichte Deutschlands in der Weltkriegsepoche*, Stuttgart, 1999, 247. <<

[36] Klemperer, II. 766. <<

[37] Viktor Gollancz, *In Darkest Germany. The Record of a Visit*, Londres, 1947, 28. <<

[38] Klemperer, II. 790. <<

[39] *Manchester Guardian*, 2 de mayo de 1945. <<